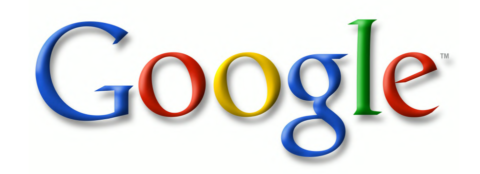


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

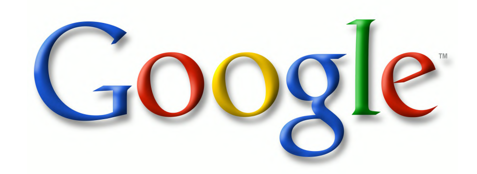
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

v.7

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO SÉTIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

15-25-0

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS

GENERAL LIBRARY
University of
MICHIGAN

COMEDIAS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Coleccion mas completa que todas las anteriores,

HECHA É ILUSTRADA

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO PRIMERO.

SEGUNDA EDICION.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
SALON DEL PRADO, NÚM. 8.

1851.

Digitized by Google

Digitized by Google

PROLOGO.

Segun el comun parecer de las personas capaces de voto en materias de literatura, tres cosas necesita la edicion buena de un libro clásico : la historia del autor, la de sus obras y el juicio de ellas : una biografía, una noticia bibliográfica y un exámen crítico. A muy leve costa se puede cumplir tal precepto, cuando se trata de reimprimir las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca : hecha está, bien ó mal, su biografía, y publicados hay hartos dictámenes propicios y adversos al escritor; la lista de sus producciones, arreglada por órden rigoroso de tiempos, no puede hacerse completa. Se nos ha conservado la fecha de algunas; otras, que recuerdan sucesos contemporáneos, la traen en su propio contexto; de las restantes, aunque sepamos el año de una impresion, ignoramos cuándo fuéron escritas ó representadas por primera vez. Salieron á luz, como expresamente dice en su *Biblioteca* Nicolas Antonio, parte sueltas, y parte en coleccion, siendo muy probable que las coleccionadas hubieran sido ántes impresas separadamente; pero de aquellas ediciones originales, raro es el ejemplar que se halla, y aun los que aparecen, aprovechan muy poco, en razon de que no suelen traer año, pueblo, ni oficina de la impresion : falta notable, por la cual no podemos contestar victoriosamente á los eruditos franceses, que aseguran hoy con grande ufanía que no fué Pedro Corneille quien imitó en su *Heraclio*, como generalmente se habia creido hasta ahora, la comedia de Calderon titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, sino que por el contrario nuestro poeta imitó en esa composicion al autor de *Cinna* y de *Polieucto*. Redúcese pues nuestra tarea casi exclusivamente en esta ocasion á reunir y trasladar escritos ajenos, para no repetir lo que está ya dicho. Y aunque se leeria mejor, traducida en lenguaje mas llano, la biografía de Calderon ordenada por Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, que es la que se ponia en todas las ediciones del autor que reimprimimos; como al cabo es la mas autorizada, como no podríamos hacer mas que renovarla en su mayor parte, corrigiendo sí los yerros que notó en ella Don Gaspar Agustin de Lara; la hemos adoptado aquí, agregándole alguna noticia, de poco bulto á la verdad, que por otro lado hemos adquirido. La consideracion ya expuesta de sernos imposible decir nada nuevo, deberia impedirnos tratar del mérito respectivo de las obras de Calderon, porque habiendo formado los preliminares de este volúmen con veinte artículos de diez y ocho plumas españolas (muy ilustres algunas), que forman una como galería crítico-histórica desde los tiempos de Calderon hasta el presente, difícil sería dar con un pensamiento que allí no estuviese ya formulado : con declarar que el xviii, escrito por el Ilustrísimo Señor Don Antonio Gil de Zárate, es el que mejor nos parece, ahorrábamos trabajo el lector y nosotros. Pero juzgaron tan desacertadamente en nuestro concepto á Calderon de la Barca ciertos humanistas y poetas del siglo pasado, que no podemos consentir se lean sus equivocadas censuras, hasta haber hecho al lector alguna advertencia, para que así, con pleno conocimiento de causa, los juzgue á ellos y nos juzgue á nosotros. Vamos pues á decirle algo de lo que pensamos de Calderon.

Digitized by Google

Corre como opinion incontrovertible en el vasto dominio que comprende la república de las letras, que los dos monumentos notables de la capacidad poética de los españoles, lo mejor que en poesía se ha escrito en España, son el Romancero y el Teatro. Dulce es en efecto el lamentar de los pastores á quienes prestó su encantadora voz Garcilaso : Fray Luis de Leon, el cantor de Eliodora y el autor de la epístola á Fabio celebraron dignamente la Ascension del Señor, la batalla de Lepanto, la Rosa, el Clavel y la Arrebolera; pero si no contáramos otros autores que estos en nuestro parnaso, mal pudiéramos blasonar de que teníamos una poesía nacional y grande. Nacional, enteramente nacional y propia, la tenemos en nuestros romances históricos, caballerescos y moriscos; española y grande, la tenemos en nuestra comedia antigua, la cual aventaja mucho al romance, porque animada con el mismo espíritu que él, y tomando de él la materia á veces, le da mayores proporciones, y sustituye á la relacion muerta la representacion y accion viva; de manera que la comedia española antigua es el romance, y es todavía mas que el romance. No creo que podamos en conciencia poner á los épicos y líricos de nuestro siglo de oro frente á frente con los de Grecia y Roma, porque aparecerian pequeños en su presencia, y tendrian que hacerles muchas restituciones; pero nuestro Lope, nuestro Tirso, Alarcon, Moreto, Rojas, y CALDERON sobre todo, pueden encararse muy bien con Sófocles y Eurípides, Plauto y Terencio, sin necesidad de bajar los ojos : nuestro teatro vale tanto como el suyo, y no es hijo del suyo. Ahora bien, el príncipe de la escena castellana, lo cual vale tanto como decir, el ingenio mas eminente de la poesía española, es CALDERON. Se escandalizarán tal vez, de que le concedamos tan glorioso título, los que admiran con cierta especie de idolatría la pura y tersa diccion de Garcilaso y Rioja, la fe y majestad de Fray Luis y de Herrera : tambien admiramos nosotros á estos esclarecidos ingenios que tanta gloria dan á las bellas letras castellanas; pero no hemos podido olvidar aun aquel principio de la clase de retórica : «en la jerarquía poética el primer puesto pertenece al épico, el segundo al cómico, el tercero y último al lírico.» Los españoles no tenemos aun verdadera epopeya : nuestro teatro resume en sí el elemento épico y lírico, indistintamente mezclados con el dramático : es pues el mayor poeta español el que fuere mayor poeta dramático ; el puesto de primer poeta heróico no está lleno todavía en España.

Cuando en el año de 1621 Felipe IV, *el Ingenio*, sucedió á su padre, *el Devoto*, Lope de Vega empuñaba el cetro de la escena española. Miéntras él vivió, lucieron modestamente á su lado Tirso, Alarcon, Rojas y Moreto, repartiendo su celebridad con otros poetas visiblemente inferiores á ellos; muerto Lope, CALDERON le hizo olvidar y oscureció á todos sus contemporáneos. Y sin embargo no era CALDERON tan fecundo como Lope, ni tan hábil ó feliz en la expresion de la ternura, ni en la diccion tan claro y sencillo. Faltaba á CALDERON el gracejo cómico de Tirso de Molina y de Moreto : faltábale la escrupulosa lima y firme propósito doctrinal de Alarcon; á Rojas ni á los autores de segundo órden, nada tenia que envidiar : Rojas era otro CALDERON de proporciones mas reducidas. ¿Por qué pues CALDERON, que no aventajaba á ciertos competidores suyos en todo, pudo conseguir la preferencia sobre ellos? La respuesta es muy fácil. Para divertir, para entretener á un público, basta darle en el teatro puro lenguaje, buenos versos, vivos diálogos, sazonados chistes y sensata doctrina; para ir mas allá, para arrebatar á ese público y entusiasmar á una nacion entera por espacio de medio siglo, era indispensablemente necesario descollar, como en efecto descolló CALDERON sobre todos los dramáticos españoles, en los dos puntos mas importantes del poema escénico: en la forma y en el espíritu, en el cuerpo y en el alma, en arte y en nacionalidad.

El drama español, constituido por el maravilloso ingenio de Lope, drama tan diferente del griego como la España de Felipe III y la Grecia de los tiempos de

Digitized by Google

Alcibiades, era, cuando CALDERON principió á florecer, una ingeniosa novela, dialogada y en verso, á la cual daba asunto una competencia amorosa, bien entre caballeros, bien entre príncipes. CALDERON, que fué ménos inventor que perfeccionador, aceptó el género de Lope, escribió esa novela ingeniosa, y empleó en ella mayor ingenio: combinó esas competencias de amor, y las hizo mas reñidas, mas difíciles de solucion, mas copiosas de peripecias, mas interesantes; pintó príncipes y caballeros, y los pintó mas príncipes y mas caballeros que los habia retratado ninguno; representó en fin una misma cosa, pero muy grande y bella, en el mayor número de sus dramas: el caballero español, el carácter nacional en su mas elevada expresion y con su mas noble y gallardo aspecto. ¿Quién no aplaude y admira al pintor, que respetando la semejanza, da belleza singular al retrato? Eran los españoles del siglo XVII apasionados amantes de su ley, de su rey y de la belleza; principalmente eran valerosos y enamorados. CALDERON, que siguiendo las pisadas de Lope, habia de poner en escena competencias de amor siempre que manejara asuntos profanos, miró al rededor de sí, miróse á sí propio, y no viendo en sí, ni en el resto de la sociedad española, mas elementos sociales y dramáticos que honor y galantería, tomó lo mas bello de aquel y lo mas brillante de esta, y abrió en el teatro cátedra pública de galantería y honor, proponiendo por modelos un caballero y una dama típicos, que reprodujo continuamente. El caballero está allí fiel y maravillosamente delineado; la dama aparece con mas esplendor que verdad, porque en el caballero español todo lo bello era dramático, y en la mujer principal española no era dramático todo lo bello. El caballero español era valiente, apasionado y celoso; defendia á la mujer, amparaba á todo el que necesitaba su auxilio; podia amar, y podia decirlo: no sufria competidor; no habia sacrificio que no hiciese por la amada ó por el amigo; no habia poder que le hiciera sacrificar su honra: todo esto era bello en la realidad y en la imitacion poética, en el mundo y en el teatro; y así no habia que hacer mas que trasladarlo de la vida al poema. Pero la dama española de entónces, recatada y honesta, que obedecia dócil á su padre cuando le daba un esposo, y era fiel á este esposo y le amaba al fin, aunque al principio le repugnara, no podia ser presentada así en el teatro, porque donde falta lucha, no hay interes, y la virtud paciente, por mas bella y admirable que sea, no es de efecto dramático: parece en el teatro que el que se resigna es porque siente poco, y el que siente poco, no excita vivo interes. Tenia pues CALDERON que formarse una dama algun tanto ideal, reuniendo en una persona rasgos de carácter, pertenecientes á mujeres de clases distintas: hízola altiva, grave y discreta como la señora de corte; determinada, traviesa y sagaz, como la hija de vecino; un poco egoista, es decir, incapaz de amistad con otra mujer, como lo son todas, porque la verdadera y única amistad posible en la mujer es el amor, su verdadero y único amigo es el hombre. Tambien animaba el honor á esta encantadora criatura; pero la diferencia de sexo establecia una total diferencia entre su modo de obrar y el del hombre: aquel hacia alarde público de su amor; esta necesitaba ocultarlo á su familia y al público: las tinieblas nocturnas, el traje negro de manto, y la oportuna falta de cuidado con llaves y puertas, facilitaban entrevistas al galan y la dama, ya en la reja, ya en la calle, ya en el mismo aposento de ella, donde un discreto y honestísimo coloquio solia ser turbado por la terrible aparicion del padre ó del hermano ofendidos, ó por la aciaga visita de una rival ó un competidor que convertian la dulce plática en acalorada riña de celos. Así corrian sus amores cada vez mas contrastados y mas encendidos, hasta que un malogrado escondite, ú otro accidente, les daba cierto grado de publicidad doméstica, en cuyo apretado conflicto el honor, inexorable como el destino, decidia la suerte de todos. Por cumplir en tal caso con el honor, consentian el hermano y el padre que la hija y la hermana se uniera con el hombre en quien ellos no hubieran pensado; por cumplir con el honor, que así lo exigia, la dama y el ga-

Digitized by Google

lan contraian tal vez un enlace, que poco ántes resistian ó repugnaban; y el espectador que lo presenciaba, se iba á su casa nada inquieto por la futura felicidad de los violentos cónyuges : el honor que mandaba el sacrificio, daba fuerzas para cumplir deberes, de cuyo virtuoso ejercicio nacia prontamente la dicha. Tales eran en general las personas que introducia Calderon en sus dramas profanos, escuela práctica de galantería honesta y rígido honor : tal era el hombre de la época y pais donde escribia; y por eso los españoles de aquel tiempo declararon unánimes intérprete digno suyo al poeta que los representaba como eran y como les convenía ser. Las damas hubieran podido desconocerse; pero á la mujer basta que se la pinte bella, aunque no sea parecido el retrato; las que van al teatro, se dan por contentas en advirtiendo que están bien pintados los hombres.

Fundado el drama de Calderon sobre la preciosa base del honor convertido en nacionalidad, claro es que este drama no podia ménos de ser útil, beneficioso, civilizador y moral. El honor en sí, aunque peque de inmoral si se lleva á perniciosos extremos, es moral en su esencia : el honor convertido en nacionalidad ha de ser de preciso moralmente bueno, porque las naciones, lo mismo que los individuos, aunque tengan cualidades buenas y malas en su carácter, pueden solo gloriarse de lo recomendable que tengan. Por esto nos admira mucho en las críticas que de Calderon se hicieron en el siglo pasado, leer una y otra vez repetido que en el teatro de Calderon no hay que buscar doctrina. Por ventura, el enseñar á ser hombre de honor y buen caballero ¿nada supone? Supone tanto, que esta sola enseñanza excusa la mayor parte de los documentos dados por los autores cómicos de la escuela francesa. Molière, el gran Molière, el poeta cómico, el poeta filósofo por excelencia, ¿qué decia al público á quien dirigia sus lecciones? « Hombre que me escuchas, no seas misántropo, no seas avariento, no seas hipócrita, no apalees á tu mujer, no te dejes casar á palos. » Calderon, maestro de caballeros, no tenia necesidad de inculcar ninguna de estas máximas, porque el caballero cumplido ni es enemigo de los hombres, ni es miserable, ni aparenta la santidad que no tiene, ni da palos ni los recibe. Da, sí, y recibe cuchilladas, contraviniendo al quinto mandamiento y á los bandos de policía; pero ni los valientes lo son de balde, ni la templanza es la virtud que descuella mas en los enamorados.

De no haber considerado los humanistas del siglo último que nuestro teatro antiguo, perfeccionado por Calderon, vivia de los dos elementos ya citados, honor y galantería, rasgos constitutivos del carácter de los españoles, de ahí nació que notaran en las obras de Calderon varios defectos de arte, que en él (y lo mismo acontece en todos nuestros antiguos dramáticos) no son defectos. Cúlpanle, porque introduce en la comedia reyes y príncipes, mezclados con personas de inferior jerarquía; táchanle de poca variedad en los caractéres; tíldasele de escasez de chiste, ó *vis comica*. Ridículos cargos son todos tres. Siendo el teatro de Calderon honor y galantería, claro es que tenian derecho á figurar en ese teatro todas las personas en quienes concurriesen las circunstancias de galantería y honor, que hasta ahora no se han considerado ajenas de los príncipes; siendo uno el honor, claro es que los hombres de honor deben parecer siempre unos mismos : por eso en el drama de Calderon no está ni debe estar la variedad en los caractéres, sino en los lances, en las ocasiones de probar ese honor, en la combinacion de la fábula, donde Calderon, aunque se repite á veces, como sucede á todo el que vive y escribe mucho, es no obstante rico y vario de una manera que sorprende. Y como el honor y la galantería de Calderon no son ridículos; como su dama y su galan no son figurones, sino figuras muy nobles y bellas; como los amores de este galan y esta dama son apasionados y honestos, y por consiguiente no dan materia al escarnio, viénese á los ojos que tan digna pareja no puede hacer reir á su costa, como los personajes viciosos : ríese en las comedias de Calderon, pero la risa no brota de los caractéres, sino de las situaciones; ríese con

Digitized by Google

el gracioso, que puede ser personaje ridículo, porque no es caballero; y en verdad que los graciosos de CALDERON, léjos de adolecer de monotonía, léjos de parecerse unos á otros, varían muchísimo entre sí. Risa ó llanto, compasion ó desprecio es lo que únicamente se propusieron excitar los dramáticos griegos, y lo que han recomendado los preceptistas modernos; pero entre la burla y la piedad cabe muy bien el cariño libre de lástima, y el entusiasmo hácia una persona, capaz de excitar la noble emulacion de ser como ella. Los dramáticos griegos posteriores á Aristófanes castigaban el vicio en la comedia, segun se nos dice; los dramáticos griegos castigaban, ó por lo ménos presentaban infeliz á la virtud, como se ve en los personajes de Ifigenia, Polixena y Antígone: CALDERON hizo tambien algo de esto con su Mariamne ó Mariene, con la hija del Alcalde de Zalamea y *La niña de Gomez Arias*, aunque tambien sobre el altar de las inocentes víctimas sacrificó á los verdugos: ¿por qué pues no le habia de ser lícito conmover, interesar al público en favor de un hombre ó una mujer de bien, que afligidos por su mala suerte durante cierto espacio de tiempo, eran despues venturosos? Riámonos de Euclion y de Pirgopolinices, compadezcamos á Edipo y Alceste; pero admiremos al Don Cárlos de *No siempre lo peor es cierto*, y séanos lícito desear parecernos á él. Pobremente pensaban los que entendian que para instruir al pueblo en el teatro, no habia otro medio que satirizar lo que fuera malo: el recomendar lo bueno tiene la ventaja de que para todos es la leccion, y á ninguno se ofende. Mas efecto hace lo que mejor se recibe, mas útil es lo que á mayor número de individuos alcanza: corregir avaros, hipócritas, misántropos, marisabidillas y pedantes, bueno es; pero crear hombres de honra, es incomparablemente mucho mejor, porque lo uno es como echar una leva para lanzar de la sociedad á unos cuantos individuos, y lo otro es constituir una sociedad; lo uno viene á ser policía ordinaria, lo otro es alta ciencia política: para lo uno basta un ingenio agudo, observador y maligno; para lo otro se necesita grande ingenio y corazon grande y sano. Si se niega que el teatro corrige, replicarémos que siempre es mas glorioso representar lo bello, que remedar lo deforme de una nacion: lo mas grande y bello de la poesía es la epopeya, y la epopeya no satiriza. Por eso CALDERON ha puesto en escena muchas veces al buen caballero, y muy pocas al malo; aunque necesitaba en efecto presentar algun retrato de ese feo carácter, para que la leccion que se proponia dar fuese completa. Desde el Don Cárlos de *No siempre lo peor es cierto*, hasta Gomez Arias, ha establecido una escala de criminalidad en materia de honor, donde á todos los reos alcanza la pena de que se han hecho merecedores. El artificioso Lotario, que figura en *Lances de amor y fortuna*, pierde la mano de Aurora, á cuyo logro iban todos sus artificios encaminados; el temerario Don Juan de *No hay cosa como callar*, vuelve sobre sí y repara la ofensa que habia hecho á la virtuosa Leonor; el inicuo Don Alvaro, que atropella y no quiere recibir despues por esposa á la hija del Alcalde de Zalamea, perece ajusticiado. Los galanes acuchilladores se ven perseguidos por la justicia; las damas callejeras se ven amenazadas no ménos que de muerte por sus padres ó hermanos; y aun cuando se casan con el que prefieren, adviértase que este, que parece premio, es moralmente como un castigo: se casan porque su opinion está comprometida; se casan porque habiendo adquirido sus amores cierta publicidad, el honor exigia la boda; pero el haber adquirido esta publicidad con sus amores, era ya una pena: los casamientos, en que terminan muchas comedias de CALDERON, son en cierto modo casamientos producidos por el escándalo, casamientos (digámoslo así) de gobierno político, nada apetecibles para una doncella bien criada, y por consiguiente poco ó nada peligrosos: atendido el carácter de la época, no convidaban con la imitacion; enseñaban, sí, con el escarmiento.

Quede sentado pues que en las obras dramáticas de CALDERON hay doctrina, hay un fin social ó político, generalmente hablando, fin que se observa aun hasta en algunas de sus fiestas reales, ó comedias de espectáculo, de magia y música, donde no se

Digitized by Google

deben pedir al autor maravillas : en las comedias devotas, indisputable es que hay un fin piadoso. Los críticos nada pios del siglo pasado, se enfurecieron contra lo que no acertaban á comprender; anatematizaron en folletos y periódicos á CALDERON, como á escritor perjudicial á la fe y á las costumbres (no siendo aquella muy ardiente, ni estas muy ejemplares á la sazon), y prohibidos ya los autos, obtuvieron á principios de este siglo que se prohibiese tambien la representacion de varias comedias suyas, entre ellas las de *El príncipe constante, El príncipe de Fez,* y ¡ LA VIDA ES SUEÑO ! Sueño parece, porque alguna de esas composiciones, como otras varias de CALDERON, habia sido escrita con determinado objeto moral y filosófico. En la de *Hombre pobre todo es trazas* y en *El astrólogo fingido* reprendió la estafa y la impostura; en *Agua mansa*, la mogigatería; en *La dama duende* y *El galan fantasma*, la credulidad supersticiosa; en *Cuál es mayor perfeccion* y *No hay burlas con el amor*, escarmentó á las damas necias y bachilleras, y á los galanes presumidos de indiferentes ó de muy dueños de sí. Añádase á estas obras el pensamiento admirable de *La vida es sueño*, con el cual nada hay comparable en Corneille ni en Molière ; añádanse mas de quince dramas de asunto devoto ó sagrado; añádanse los setenta y tres autos sacramentales de que consta la edicion hecha por los herederos de Don Pedro Pando; y señálesenos un autor moderno que haya hecho otro tanto por la moral en la escena.

Lo mismo podrémos decir respecto de los caractéres. CALDERON satisfacia las necesidades de su época, pintando un solo carácter ó dos, el buen caballero y el malo; pero en el teatro español, artículos de necesidad y artículos de lujo abundan á la vez. En *Cuál es mayor perfeccion*, hay tres caractéres : la necia, la discreta y el indiferente; en *No hay cosa como callar*, el hijo calavera, el padre recto y la dama libre; y para excusar largas citas, los cuatro celosos, Heródes, Gutierre, Lope de Almeida y Don Juan de la Roca; el príncipe Segismundo en *La vida es sueño*, el singular Alcalde de Zalamea junto con el mas singular Don Lope de Figueroa, y por último el mártir sublime de Portugal, Don Fernando, muestran si sabía CALDERON dibujar caractéres cuando lo necesitaba.

Confesarémos, á pesar de todo lo dicho, que en la pintura de caractéres no es de ordinario tan feliz como en el manejo de la trama y conocimiento de los recursos propios para producir, mantener y avivar la curiosidad y el interes. Aquí sí que es difícil buscarle competidor, sobre todo fuera de España : no creemos que haya dramático antiguo ni moderno que en esto le exceda; dudamos haya quien llegue á él. Tambien esto le fué censurado en el último siglo como exceso punible; en el presente, la trama de CALDERON es la que priva : el artificio de las obras de Scribe, las de sus imitadores y rivales, es el mismo de nuestro poeta : trama de Calderon y diálogo de Moratin es ó debe ser la buena comedia moderna.

Pero CALDERON no respetó las unidades.— La de accion sí; las de lugar y tiempo las quebrantó sin necesidad á veces; las quebrantó á veces muy oportunamente. El argumento que se elige es el que debe dar la regla : unos piden la observancia estricta de las tres unidades, otros permiten mayor ó menor licencia : CALDERON no distinguió de casos..... Es llegado el momento de señalar los defectos de CALDERON.

De dos especies han de ser estos : de moralidad y de arte. Las escapatorias de las doncellas y las resistencias á la justicia han sido condenadas con grande rigor : no las defenderémos en general; pero hay algunas que no son culpables. Natural y justo es que huya la mujer á quien el padre ó el hermano persiguen de muerte, sin razon grave; natural es, si no justo, que, por salvar el crédito de una dama, ponga en huida un galan á unos alguaciles impertinentes. Palabras y expresiones hay á veces en CALDERON, que hoy suenan mal; pero cuando se escribieron eran tolerables : afortunadamente son muy contadas. La sospecha de infidelidad conyugal se ve en las comedias de CALDERON castigada con pena de la vida : atrocidad espantosa para nuestra época, en que tomando ejemplo del Salvador, se perdona el adulterio sin dificultad.—

Digitized by Google

¡Oh! Somos ahora muy cristianos, mucho mas cristianos que nuestros mayores.... en solo este punto.—Pero no escarnezcamos una benignidad necesaria y justificable: siempre las ideas mas humanas son preferibles. No es peligrosa la doctrina de Calderon: leyes y costumbres la están rechazando. En su tiempo aquello era lo que privaba: léanse las aprobaciones de los cuatro tomos de Calderon, publicados durante su vida; léanse las de los otros cinco, impresos posteriormente, que á ese fin se copian á continuacion de este prólogo, y se hallará que el Maestro José de Valdivieso, capellan mozárabe de la Santa iglesia de Toledo, y poeta devoto, afirma que no hay comedia de Calderon que no encierre mucha doctrina moral para la reformacion, muchos avisos para los riesgos, muchos escarmientos, muchos desengaños para los incautos. En el mismo sentido las encomiaron el Padre Guerra, el cronista Don Juan Baños de Velasco y otros.

Defectos de arte.—Muchos de los que Luzan, Nasarre y Don Nicolas Fernandez de Moratin advirtieron en las obras de nuestro insigne poeta, carecen seguramente de excusa; otros la tienen. Es muy frecuente en Calderon trasladar á un personaje de un punto á otro, sin mas preparacion ni mas arte que decir: «Ahora estoy en mi casa, ahora estoy en la calle, ahora estoy en el cuarto de mi querida.» Con hacer esta prevencion y entrarse un par de veces entre bastidores por un lado, y volver por otro, salia Calderon de la dificultad: licencia que no se puede conceder á un hombre que tanta habilidad poseia para plantear bien una fábula escénica. Las faltas gramaticales y de versificacion tampoco deben disimulársele, si en efecto son suyas, lo cual es bien dudoso, pues no conocemos, como se dirá mas adelante, el texto genuino de los escritos de Calderon. Los testimonios que levanta á la historia y á la geografía, son á veces muy reprensibles. ¿Qué ganaba la comedia, ó por mejor decir la tragedia, titulada *El mayor monstruo los celos*, con hacer á Jerusalen y á Ménfis puertos de mar, suponer acaecida en esta última ciudad, y no en Alejandría, la muerte de Marco Antonio y Cleopatra, llevar hasta Ménfis á Octavio, mandar este que desde Jafa trajesen allí á Heródes, como si fuera un viaje de cuatro leguas, y luego, sin mayor motivo que ántes, ir él con Heródes á Jerusalen? De esta infidelidad histórica y geográfica, seguramente que el futuro matador de Mariamne no resultaba mas celoso, ni su infeliz esposa mas digna de lástima. Pero ¿qué efecto hubiera producido en nuestros teatros en tiempo de los Felipes de Austria un desembarco, sin la correspondiente salva de cañonazos? ¿Qué compañía cómica hubiera representado el *Júdas Macabeo*, si la toma de Jerusalen se hubiese de haber ejecutado al arma blanca, sin el estrépito de la pólvora? Hércules, Ulíses, Coriolano, Júdas, Augusto, Heródes, ¿cómo hubieran podido agradar á los madrileños del siglo xvii, sino disfrazados de golilla y trocados en españoles castizos? El poeta necesita agradar: acontece con el poema dramático lo mismo que con los vestidos, el que no es de moda no gusta.

Pero ¿por qué, se nos dirá, por qué echaba mano Calderon de asuntos históricos ó mitológicos, una vez que debia conocer cuán imposible le era manejarlos propia y debidamente? Aquí es necesario advertir que muchas de esas composiciones históricas ó mitológicas fuéron funciones que dieron los reyes Felipe IV y Cárlos II á su corte; y así se deben considerar, ya como dramas de espectáculo, ya como comedias de magia, y en todo caso como piezas de circunstancias: por ellas, aunque tienen hartos primores, no debe juzgarse el mérito de Calderon, como no se juzga á Molière por su *Princesa de Elide*, su *Melicerta*, ni sus *Amantes magníficos*. Debe advertirse ademas que en el año de 1644 estableció el Consejo de Castilla que no se escribieran comedias *de invencion*, sino históricas y *sin amores*: disposicion que de cierto no fué cumplida, puesto que no dió fin del teatro; pero el autor que tenia mas obligacion de sujetarse á ella en la forma posible, era el poeta regio, era Calderon.

Habrá quien le perdone como nosotros las comedias mitológicas, en atencion á haber escrito las de capa y espada; habrá quien le pase sus anacronismos voluntarios y

Digitized by Google

caprichosos, sus relaciones larguísimas, pero gallardamente versificadas; sus apartes en duo, en terceto ó en coro, y aquello de interrumpir una frase corta con media docena de aydemíes, de *¡cielos! ¡qué pena! ¡qué rabia! ¡yo muero! ¡suerte cruel!*... aquellas fanfarronadas á competencia en que dos actores no se hartan de alabarse á sí propios, diciendo: *yo soy rayo, yo soy fuego, yo soy furia, yo soy muerte;* las coincidencias de la música con el diálogo; las palabras proféticas, y cosas así; pero difícilmente le disimulará ninguno los dos graves defectos que muchos, casi todos sus censores, le echan en cara: lenguaje oscuro y afectacion é impropiedad en la expresion de los afectos. Que la frase de CALDERON es á veces poco comprensible para nosotros, no hay por qué negarlo; pero tampoco se debe poner en duda que en su tiempo entendian todos á CALDERON, pues que de todos era aplaudido, lo mismo de los doctos que de los ignorantes, lo mismo en la corte que en las provincias: el Padre Fray Manuel de Guerra celebra en la aprobacion de la quinta parte de comedias de CALDERON, la claridad de los conceptos de nuestro autor, y el feliz tino con que supo unir lo conceptuoso con lo perceptible. Luzan mismo habló de CALDERON alguna vez casi en iguales términos. El estilo de CALDERON era corriente en su tiempo, usándose aun en los asuntos mas familiares, aun en las cartas: habíase sustituido la significacion figurada á la propia en las voces, y la metáfora tenia ya el valor mismo de la locucion simple y genuina. *Cinco jazmines* eran los cinco dedos de la mano; *cristal* significaba tez, cútis, carnes blancas; los ojos de una mujer eran *luces, lumbres, rayos;* el cabello *ébano* ú *oro*. El cabello suelto (figuradamente hablando) hace ondas; el mar las hace en sentido recto: hé aquí la cabellera de una rubia convertida por semejanza en un Océano de oro con sus naves, que serán la mano y el peine, los cuales naufragarán si es preciso, para llevar al último extremo la alegoría. En la comedia de *Mejor está que estaba* se leen los extravagantes versos siguientes, en que retrata CALDERON á una dama que se arreglaba el tocado para acostarse.

De los cuidados del dia
Ya absuelto el cabello vi,
Siendo océano de rayos,
Donde la mano feliz,
Bucentoro de cristal,
Corrió tormenta de Ofir.

Para entender bien esta enrevesada cláusula, hay que tener presente la Biblia y la Historia del Triunvirato, y acordarse de Salomon y de Cleopatra; pero muchos lectores nuestros habrán oido como nosotros aquella tan vulgar seguidilla:

En el mar de tu pelo
Navega un peine,
Y entre las ondas que hace,
Mi amor se duerme.

Véase pues cómo la alegoría de CALDERON se habia hecho popular, en tales términos, que despojada de la parte erudita y pedantesca, ha llegado hasta nosotros cantada en las calles. Pero en tiempo de CALDERON el reino de Ofir y la famosa nave de la reina de Egipto eran muy conocidos de todos los que formaban aquel auditorio, que por espacio de siglo y medio llevó el alto nombre de *Senado;* la aficion á la poesía y al teatro eran grandes; los poetas se contaban por centenas, por miles; el rey y el título de Castilla, el teólogo y el judío, el menestral y el fraile, la camarista y la monja, todos hacian comedias: el que no las escribia, no escapaba de la aficion á verlas. En el teatro (*corral* entónces) se congregaba una turba de gente de oficio, que gracias á la baratura del precio, no perdia funcion, y á fuerza de ver muchas, llegaba á ponerse en el caso de comprenderlas y juzgarlas bien casi todas. Allí concurrian los primeros

Digitized by Google

magnates, los escritores, los letrados, y aun los religiosos á veces en muy gran número (1): espectadores tan inteligentes, ya por su educacion literaria, ya por la costumbre de asistir á las representaciones escénicas; espectadores que en los intermedios del espectáculo requebraban á las damas, ó se burlaban del mal cómico en el mismo lenguaje, con los propios floreos y epígramas de CALDERON, ¿cómo no habian de comprenderle, cuando entendian á Don Antonio de Mendoza? CALDERON, oscuro á veces y afectado para nosotros, era claro y propio para sus coetáneos, porque (exceptuando á Rioja y algun otro con él) escribió como á la sazon se escribia; habló, ó hizo hablar, como entónces hablaban (2).

Aquella afectacion de lenguaje, á la que sin duda contribuyó en parte la celebridad que obtuvieron las poesías de Góngora, no se debe atribuir sin embargo exclusivamente á ese ni á otro escritor mas antiguo, ni á todos juntos: no procedia solo de la falta de estudios severos que mantuvieran en vigor los preceptos del buen gusto; venía tambien del espíritu galante que reinaba en nuestra península. La galantería, aunque se parece al amor, no es el amor mismo: es hija suya, hija por cierto algo vana, bachillera y ponderativa. Emplea el verdadero amante por lo comun la expresion mas sencilla y breve: una mirada, un suspiro le satisface; el galan no se contenta con esto: necesita encarecimientos grandes para pintar su afecto, frases ingeniosas y peregrinas; aquel dice su amor, este diserta sobre él; el uno le deja sentir, el otro se empeña en probarlo con argumentaciones lógicas; el primero es un hombre que ama solamente para ser amado, el segundo ama para obtener amor y admiracion: amor, por lo que siente; admiracion, por lo que dice. De aquí las hipérboles, los retruécanos, la forma silogística aplicada á todo, la copia de máximas, los certámenes ó academias sobre puntos psicológicos: justas de ingenio que naturalmente habia de introducir CALDERON en sus poemas, puesto que los veia tan introducidos en la sociedad que representaba.

En las comedias de capa y espada, y en las palaciegas puramente de enredo, no ofende mucho esa hojarasca retórica, porque se consiente sin dificultad en situaciones poco apuradas; en los dramas cuyo asunto se acerca á lo trágico, producen malísimo efecto. La afectacion de la galantería cabe en un diálogo amoroso, en que dama y galan solamente se tienen que decir castos amores ó quejas templadas; pero en los grandes conflictos de la vida, en la lucha fiera, en medio de la terrible explosion de las mas vehementes pasiones; allí no cabe galantería, allí no se admiten silogismos ni discreteos; allí ha de hablar el corazon y ha de enmudecer la agudeza: el ingenio está en el corazon entónces. CALDERON en estos casos, ó de propósito ó por

(1) En las *Obras líricas y cómicas de Don Antonio de Mendoza*, se hallan estos versos de un romance, en que se refiere el estreno de la comedia *De un castigo, dos venganzas*, escrita por Montalban:

«Fuí, señor, á la comedia
Esta tarde, donde hallé,
Poco es pensar un Madrid,
Nada es decir un Babel.

. . . .

Senos, retretes, retiros
Se inundaron de mujer,
De hombre y frayle... *¿Frayle digo?*
Llenóse todo con él.
Celosías recoletas
Fuéron campaña y vergel
De la mas cuerda matrona
Y del mas rígido juez.
No aquella civilidad (*vulgaridad*)
Tan dicha de *un alfiler*
Cupiera; ni aun tu ambicion,
Que es lo ménos que yo sé.»

(2) Léase (pag. XXIV, col. 2.ª de este vol.) la Aprobacion que á la *Parte cuarta* hizo en el año 1682 Don Francisco de Avellaneda, y se hallará una prosa tan afectada y oscura, que los conceptos alambicados de CALDERON parecen modelos de sencillez, comparados con ella.

Digitized by Google

instinto, cumple á medias con las exigencias del arte, y cede á medias á la tiranía del mal gusto dominante en su época: mezcla la verdad con la falsedad, poniendo alternativamente en boca de sus héroes, ya rasgos de sentimiento y pasion admirables, ya conceptos alambicados, frias sutilezas, cavilaciones malamente ingeridas. CALDERON, como Corneille, pocas veces acertaba á expresar bien la ternura: es grande, no es dulce; sublime, no halagüeño: sus mujeres no sienten, ó no expresan sus sentimientos como mujeres, sino como hombres: como ellos se irritan en lugar de afligirse: es mas frecuente en ellas la ira que el llanto. Pero vuélvase á tener presente lo que ya va dicho: aquella afectacion, aquella declamacion, aquella impropiedad en la manera de expresar el sentimiento, defecto gravísimo para nosotros, no era grave, ni aun era defecto en el siglo de Lope: dada la situacion, y puestos en su lugar los accidentes principales de ella, el espectador la comprendia, la sentia; y léjos de ofenderse por las galas de ingenio que el autor desplegaba allí, hubiera echado ménos su falta, si el escritor hubiese respetado mas escrupulosamente la verdad y el arte (1). Cuando el crítico moderno lee una de esas fábulas, en que tan revueltas suelen andar la pasion y la declamacion, la verdad y la mentira, le sucede lo que al viajero que caminando en un dia de sol clarísimo, descubre un edificio notable: desea registrarlo, dirígese al dueño, y penetra con él en una hermosa capilla gótica, cuyas ventanas están cubiertas de lienzos. Como el forastero viene de la luz, nada percibe al pronto: en vano el dueño le pondera la rara perfeccion de las efigies que adornan los nichos; el huésped solo alcanza á distinguir unos bultos como de frailes, con grandes florones de oro sobre los hábitos, circunstancia que le obliga á preguntar si los padres franciscanos ó capuchinos habian hecho uso de los bordados que se llevan hoy en los uniformes. Hubiérase detenido mas, y sus ojos se hubieran acostumbrado á la media luz del templo: hubiera entónces visto y admirado sus maravillas; hubiera notado que las estatuas eran hermosas, y que á pesar de aquellos adornos vistosos y ricos, bien que ajenos del hábito, el hábito, sin embargo, era el propio y estaba bien hecho. Lo mismo nos acontece cuando recorremos lijeramente las obras de nuestros antiguos dramáticos: todo nos parece oscuro al principio; pero, si seguimos pacientemente el exámen, la oscuridad se va disminuyendo por grados: la arquitectura del templo aparece; su ornato brilla, y su riqueza nos asombra y confunde. CALDERON entónces, arrebatándonos en el carro de Elías, nos coloca en medio del espacio, entre la mansion de Dios y la cárcel del hombre, y desde las anchas llanuras del éter nos señala con majestuoso ademan, ya arriba la Jerusalen mística, ya abajo la ciudad de David, en que espira Mariamne; ya el purgatorio de San Patricio, ya el sacro monte que recobra por mano de Heraclio el prodigioso madero, *Iris de paz que se puso entre las iras del cielo y los delitos del mundo;* ya, volviendo la vista á la dulce patria, nos hace presenciar la dolorosa fuga del obispo Urbano, que rendida Toledo al infiel, saca y se lleva á las montañas de Astúrias las venerandas reliquias de los mártires españoles; ya siglos despues, el glorioso triunfo de Alfonso VI, y la bizarra competencia entre el montañes y el mozárabe sobre la admision del rezo romano. Del carro del profeta salta al Olimpo: con un soplo le destruye, con una voz crea de sus ruinas otro Olimpo nuevo con otro Júpiter, otro Apolo y otras deidades superiores é inferiores, de nombres iguales y distinta fisonomía; parando por fin su vuelo en los muros patrios, donde reune ante sí todo lo grande, bello y seductor de su pais, á quien enriquece con todo lo grande y bello de todas las regiones del mundo. Astro deslumbrador, apénas deja distinguir las manchas de su disco, porque la fuerza de su luz obliga al punto á cerrar los ojos.

(1) Bien lo conocia CALDERON, cuando en *El acaso y el error* escribió estos versos, despues de una escena de sutilezas amorosas:

FABIO.
¡Palaciegas discreciones!
Poco fruto y mucho ruido.

FISBERTO.
Déjalos vivir, pues *de esto*
Se pagan los entendidos.


Digitized by Google

Dejada ya la parte, digámoslo así, espiritual de los escritos de CALDERON, y considerándolos como objetos puramente materiales, como libros impresos, admirémonos ahora de la suerte que les ha cabido. Las comedias de CALDERON que, en su tiempo y despues, hubieran debido publicarse á expensas del pais cuya gloria extendian, fuéron presa de la rapacidad y la ignorancia, impresas por editores bandoleros, que las robaban desfigurándolas, para que se conociera ménos el hurto. CALDERON se limitó á quejarse del daño, sin pasar nunca á ponerle remedio. CALDERON, segun parece, solo corrigió las pruebas de dos comedias suyas (1): de las demas ni siquiera imprimió una sola por sí, de lo que hoy resulta que no conocemos verdaderamente el teatro de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. Su amigo Don Juan de Vera Tasis y Villarroel ofreció, muerto ya DON PEDRO, publicarlas todas, restableciendo por manuscritos fidedígnos el texto viciado; pero el amigo del gran poeta se obligó á mas de lo que podia cumplir. Vera Tasis (como sin rebozo afirma Don Gaspar Agustin de Lara) no poseia las obras inéditas de CALDERON que habia heredado la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid: Vera Tasis no poseia ni manuscrito ni impreso el texto genuino de todas las otras comedias de CALDERON, aunque sí habria conseguido el de algunas. Las dos comedias tituladas *Mañana será otro dia* y *El Astrólogo fingido* fuéron reimpresas por Vera Tasis en vista de algun ejemplar adulterado, ya por los cómicos, ya por los impresores, no habiendo tenido presentes ediciones antiguas, en que estaban mucho mas completas, mucho mas cercanas á lo que debió escribir CALDERON. Hemos visto un ejemplar suelto de *La devocion de la Cruz*, con el título de *La Cruz en la sepultura*, cuyas variantes (de que insertarémos algunas al fin de esta obra) no fuéron aprovechadas por Vera Tasis. Hemos creido notar en algunas comedias falta de versos; todo lo cual nos induce á creer que Vera Tasis, viendo tan mal paradas las obras de su amigo, y pobre de medios para restablecer la leccion original, las corrigió como le pareció mejor, librando muchas de ellas de graves yerros, ya que no de todos los que tenian: de modo que en cierto número de poemas habrá labor de tres manos distintas al ménos, la del autor, la del primero que tuvo por conveniente enmendarle la plana, y la de Vera Tasis que, muerto su amigo, podia hacer cuanto quisiera sin ningun género de responsabilidad. De todos modos, su edicion es por punto general la mas autorizada, y hay que seguirla, miéntras no aparezcan manuscritos ó impresos preferibles á ella: no tendrémos las obras de CALDERON como él las escribió; pero las tendrémos como se hallan, ó lo ménos mal que se pueden tener. Calamidad ha sido esta beneficiosa en parte para CALDERON, como observa con chiste Don Gaspar Agustin de Lara: los primores que se hallan en las obras de CALDERON deben atribuírsele: los defectos pueden achacarse á manos extrañas.

Convendrá ahora determinar primero cuáles y cuántas son las comedias de CALDERON; y por dicha suya y nuestra, él propio lo dejó declarado. Diez meses ántes de su fallecimiento, hubo de contestar á una carta del Excelentísimo Señor Duque de Veragua, que le pedia desde Valencia nota cabal de sus comedias y de sus autos: formó y le remitió CALDERON ambas listas, y en la de comedias incluyó la titulada *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, la cual, segun afirma Vera Tasis, y es general creencia, fué la última que escribió. Se ocupó despues en la composicion de los autos sacramentales que habian de representarse el dia del Córpus del año siguiente; pero no se halla noticia de que trabajase ya comedia ninguna, ni es creible, porque el mal estado de su salud penosamente le permitiria cumplir con la tarea anual de los autos, que, si eran cuatro, debian dar bastante que hacer á un octogenario achacoso. Así el número de ciento y once comedias que comprende la lista formada por CALDERON en julio del año 1680, debe ser el verdadero y total de las suyas, aunque se le atribuian ademas otras tantas, poco mas ó ménos. Vera Tasis le dió ciento y veinte en el catálogo

(1) *Las armas de la hermosura* y *La señora y la criada*, impresas en la *Parte cuarenta y seis* de Comedias de varios autores, año de 1679.

Digitized by Google

que puso al fin de la *Parte sexta*, y ciento veinte y dos en el de la *novena*, comprendiendo en ambas notas las ciento y once de la lista de CALDERON, y las once siguientes:

Las CADENAS DEL DEMONIO.
CÉFALO Y POÓCRIS, *burlesca*.
El CONDENADO DE AMOR.
DESAGRAVIOS DE MARÍA.
La EXALTACION DE LA CRUZ.
NADIE FIE SU SECRETO.
El SACRIFICIO DE EFIGENIA
La SEÑORA Y LA CRIADA.
La SIBILA DEL ORIENTE.
La VÍRGEN DE MADRID.
Las TRES JUSTICIAS EN UNA.

A cuyo número añadió estas siete, para cada una de las cuales habia escrito un acto DON PEDRO.

CIRCE Y POLIFEMO. (Es de CALDERON la 3.ª jornada.)
ENFERMAR CON EL REMEDIO. (La 1.ª)
La MARGARITA PRECIOSA. (La 3.ª)
El MEJOR AMIGO EL MUERTO. (La 3.ª)
El MONSTRUO DE LA FORTUNA. (La 1.ª).
El PASTOR FIDO. (La 3.ª)
El PRIVILEGIO DE LAS MUJERES. (La 1.ª)

De modo que, segun Vera Tasis, su amigo compuso desde la edad de trece años á la de ochenta y uno, ciento veinte y dos comedias por sí solo, y siete en compañía de otros ingenios, habiendo sido la primera de aquellas la de *San Elías, ó el carro del cielo*, y la última la de *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*. De las ciento veinte y dos, juntó Vera Tasis ciento y ocho en nueve tomos de á doce cada uno, anunciando para el décimo, que no llegó á imprimirse, las trece siguientes:

El ACASO Y EL ERROR.
El CARRO DEL CIELO.
La CELESTINA.
CERTÁMEN DE AMOR Y CELOS.
El CONDENADO DE AMOR.
DESAGRAVIOS DE MARÍA.
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.
SAN FRANCISCO DE BORJA.
El TRIUNFO DE LA CRUZ.
La VÍRGEN DE LA ALMUDENA. Primera y segunda parte.
La VÍRGEN DE LOS REMEDIOS.
La VÍRGEN DE MADRID.

Nueve de ellas eran indudablemente de CALDERON; las otras tres no debian serlo. Del *Carro del cielo*, *Don Quijote*, *Celestina* y *Certámen de amor y celos*, no hallamos noticia de haber sido impresas. *Nuestra Señora de los Remedios*, *Nuestra Señora de la Almudena*, *San Francisco de Borja*, *El acaso y el error*, y *El sacrificio de Efigenia*, ú otras seis de iguales títulos y distinta mano, hubieron de ser dadas á luz por medio de la estampa, pues constan en el *Indice de todas las comedias impresas en España hasta el año de* 1716, formado por Don Juan Isidro Fajardo, que existe manuscrito en la Biblioteca nacional, y se hallan tambien, á excepcion de la de *El acaso y el error*, en el índice impreso en Madrid por Alfonso de Mora en el año de 1735, que comprende las obras dramáticas que tenian de venta los herederos del librero Francisco Medel del Castillo. Nosotros, sin embargo, no hemos visto impresa ninguna de esas composiciones. En la *Parte cuarenta y tres de Comedias nuevas* (Madrid 1678) hay una, de mucho

Digitized by Google

mérito en su clase, con el título de *El Fénix de España*, *San Francisco de Borja*, escrita por *un ingenio de esta corte*, la cual fué representada en el Colegio imperial, cuando se celebró la canonizacion del Santo. El *Indice* de Alfonso Mora, ó de los herederos de Medel, trae á la página 43, dos comedias con el idéntico título de *El Fénix de España*, una de CALDERON y otra de Calleja; en la página 102 señala tres comedias de *San Francisco de Borja*, una de CALDERON, otra del licenciado Calleja y otra de Melchor Fernandez de Leon; pero Don Juan Isidro Fajardo, que al folio 22 vuelto de su *Indice* pone una comedia de *El Fénix de España*, como de CALDERON, dice expresamente mas abajo que la de *El Fénix de España*, contenida en la *Parte cuarenta y tres, de Varios,* es obra de Don Diego Calleja : ademas de esto, Vera Tasis incluye *El Fénix de España* en la lista de las comedias que llevan falsamente el nombre de CALDERON. Si el testimonio de Vera y Fajardo es cierto (que lo dudamos por esta vez), entónces para nosotros es hasta ahora desconocido el *San Francisco de Borja* que escribió CALDERON, y lo mismo *Nuestra Señora de la Almudena* y *Nuestra Señora de los Remedios*, á pesar de haber sido impresas. Pero *El San Francisco, de un ingenio de esta corte,* atribuido por Fajardo á Calleja, nos parece muy calderoniano para no ser de DON PEDRO; y á fe que no dirémos lo mismo del que se atribuye á Melchor Fernandez de Leon.

De *El acaso y el error* no ha venido á nuestras manos impresion alguna; pero sí tenemos un manuscrito, copia del que existe en el archivo del teatro de la Cruz. *El acaso y el error* parece, aunque cercenado, el verdadero original de *La señora y la criada*, comedia que CALDERON no incluyó en el número de las suyas, dándonos mucho que pensar con tal omision. Afirma Vera Tasis en la advertencia al lector que puso al principio de la *Parte quinta*, y va trasladada en estos preliminares, página XXV, columna 2.ª, que DON PEDRO CALDERON le permitió imprimir las dos comedias que hay suyas en el tomo XLVI de *Varios Autores*, y corrigió las pruebas de ambas : de las dos piezas de CALDERON que comprende el libro, *La señora y la cricda* es la segunda; y sin embargo, al formar CALDERON su catálogo un año despues, apuntó allí el título de *El acaso y el error*, y no el de *La señora y la criada* : lo que prueba cuando ménos que aquel, y no este, era el título verdadero de la comedia; siendo muy de extrañar que repasando CALDERON las pruebas de su obra, permitiese que la titularan de otro modo, y no se atreviese á añadir, ni siquiera como título doble, el que él preferia. Lo peor es que Don Gaspar Agustin de Lara, amigo de CALDERON tambien, y mas íntimo que Vera Tasis á lo que parece, sostuvo que (á no acudir á la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, cosa que Vera Tasis no hizo), nadie podia poseer el verdadero texto de las comedias de CALDERON, porque ni él imprimió ninguna por sí, ni consintió de buena gana en que se las imprimiesen, ni quiso corregirlas por mas instancias que se le hicieron, diciendo que las corrigiera quien las imprimia : de suerte que si Lara tiene razon, se puede creer que *La señora y la criada* es una refundicion de *El acaso y el error*, hecha por cualquier poeta dramático; y si es cierta la asercion explícita de Vera Tasis, *La señora y la criada* es *El acaso y el error*, corregida por CALDERON mismo. Sea lo que fuere, nosotros nos felicitamos de poder ofrecer á nuestros lectores la primera, no privándoles por eso de la refundida, porque sería quitarles el placer de cotejar una con otra. Y no se nos haga la objecion de que nos exponemos á mezclar obras de CALDERON con otras ajenas, porque en nuestro humilde parecer todas las colecciones de CALDERON adolecen del mismo achaque. Siete á lo ménos, de las once comedias añadidas por Vera Tasis á la lista de CALDERON, han de pertenecer á otras plumas en parte, si no es en todo. Nada nos es posible afirmar en cuanto á *Nuestra Señora de Madrid*, ni *Los desagravios de María*, que nunca vimos; pero la de *El condenado de amor* (tan rara como las dos anteriores, porque no hay noticia de que las hayan impreso) ofrece la particularidad notable de estar escrita casi toda en romance, con unas pocas décimas, y algunos trozos en endecasílabos aconsonantados, sin que

Digitized by Google

haya en sus tres jornadas una sola redondilla ó quintilla : rareza que no ocurre en ninguna comedia de CALDERON. El estilo no dista mucho del calderoniano, porque todos nuestros dramáticos le imitaban en aquella época; pero faltan allí los rasgos valientes de su ingenio, y en la trama, su rico, vario y admirable artificio. Es una funcion de circunstancias, una fiesta de palacio, hecha probablemente en obsequio de la reina Doña Mariana de Austria por un discípulo de CALDERON, que recuerda tal vez al maestro, pero que no puede equivocarse con él.

Respecto al *Sacrificio de Efigenia*, que tampoco hemos visto, tenemos precision de advertir que á pesar de haberse impreso con el nombre de CALDERON una de las dos composiciones que llevan ese título, y se atribuyen á Don José Cañizares, la *Efigenia* que Vera Tasis anunció como de CALDERON en el tomo VI de *Comedias,* impreso en 1682, no pudo ciertamente ser escrita por Cañizares, que solo tenia seis años entónces. La segunda parte de *El sacrificio de Efigenia*, ó sea Ifigenia en Aulis, no es, á nuestro parecer, de la propia mano que la primera; pero no debe de eso inferirse que sea de CALDERON, porque de seguro fué escrita con posterioridad á la primera, pues á ella se hace relacion en los últimos versos. Hubo pues, ó parece que hubo, una Ifigenia anterior á la de Cañizares, que no es hoy conocida, y que en su totalidad no debe ser obra de CALDERON, como no lo es la comedia burlesca de *Céfalo y Pocris*. No es de creer que, si CALDERON hubiera hecho un ensayo en la parodia, se le hubiese olvidado apuntar en su lista una obra tan rara en él.

Algo inclinados nos sentimos á creer que el drama de *La exaltacion de la Cruz*, impreso por Vera, y el de *El triunfo de la Cruz*, inédito hasta hoy, vengan á ser una misma pieza, á pesar de que, rigorosamente hablando, los dos títulos parecen referirse á dos hechos históricos, tan diferentes, como la restauracion de la Santa Cruz hecha por el emperador Heraclio, y la célebre batalla de Úbeda ó las Navas de Tolosa. Sea cierta ó no esta conjetura, no puede negarse que en *La exaltacion de la Cruz* y en *Las cadenas del demonio* hay varios pasajes muy dignos y propios de la pluma de CALDERON; y aunque no se pueda exactamente decir lo mismo de *Nadie fíe su secreto* y *Las tres justicias en una*, todavía se hallan rasgos allí, que nos inducen á creer que tambien puso CALDERON en ellas la mano. Verosímil nos parece, por tanto, que esas cinco comedias fuesen de las que solian componer dos ó tres autores juntos para sacar de un apuro á los cómicos; y por eso no las incluiria CALDERON en su lista, donde tampoco incluyó las otras siete escritas en compañía de Rojas, Coello, Belmonte y otros, de las cuales ya se hizo mencion. *La Sibila del Oriente* es una refundicion del auto sacramental titulado *El árbol de la vida*, refundicion que de cierto CALDERON no hizo, porque en las listas enviadas al Señor duque de Veragua está el auto, y no está la comedia : no es de presumir que se le olvidase ó no quisiera introducir en la lista una obra toda suya, por haberla escrito dos veces, cuando incluyó la de *Los cabellos de Absalon*, que es una recomposicion de la comedia ó tragedia del maestro Tirso de Molina, titulada *La venganza de Tamar*.

Repitiendo pues en ménos palabras lo que va dicho, en nuestro sentir DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA no escribió por sí solo mas que las ciento y once comedias, cuya lista formó en julio de 1680.

De las ciento y once recogió Vera Tasis en su coleccion hasta el número de ciento y una, con siete mas en que pudo CALDERON tener parte. *La señora y la criada* es refundicion de *El acaso y el error*, hecha quizá por CALDERON mismo.

Ademas de las ciento y una, coleccionadas por Vera Tasis, parece que fuéron impresas las cuatro siguientes, que no se hallan.

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA. Primera y segunda parte.
NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS.
SAN FRANCISCO DE BORJA.

Digitized by Google

Tampoco se hallan estas otras cinco, que no consta se hayan impreso.

El CARRO DEL CIELO.
La CELESTINA.
CERTÁMEN DE AMOR Y CELOS.
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.
El TRIUNFO DE LA CRUZ.

Hemos hallado manuscrita la de *El acaso y el error*, que tambien fué impresa.

Yacen pues olvidadas y perdidas nueve comedias de CALDERON : no hemos podido encontrar mas que una de las diez que faltaban (1).

En cambio (perdidoso cambio, en verdad) hubimos la de *El condenado de amor*, que es una de las otras cuatro que atribuye á CALDERON Vera Tasis, ademas de las siete mencionadas arriba. Son pues hasta hoy ignoradas enteramente de nosotros :

Los DESAGRÀVIOS DE MARÍA.
El SACRIFICIO DE EFIGENIA.
La VÍRGEN DE MADRID.

Las cuales solo en parte pueden ser obra de CALDERON.

La edicion presente, que irá dividida en cuatro volúmenes, comprenderá :

1.° Las ciento y ocho comedias coleccionadas por Vera Tasis, de las cuales pertenecen exclusivamente á CALDERON ciento y una.

2.° Las siete comedias escritas por CALDERON y otros, que no fuéron incluidas por Vera Tasis en su coleccion, aunque dió cuenta de ellas, y de las cuales son muy raras las cinco.

3.° *El acaso y el error*, pieza rarísima, que irá en el segundo tomo, precediendo á *La señora y la criada*, para que los eruditos puedan hacer el cotejo de ambas.

4.° *El Condenado de amor*, inédita, que (sea dicho con perdon del Señor Vera Tasis) no nos parece de CALDERON. Los inteligentes decidirán.

5.° *El Fénix de España*, *San Francisco de Borja*, drama que Don Juan Isidro Fajardo atribuye á Don Diego Calleja, pero que desdice mucho ménos de CALDERON que *Céfalo* y *Pocris* y *Las tres justicias en una*.

Total ciento diez y ocho comedias : diez mas de las que dió Vera Tasis.

Tenemos esperanza de obtener otras dos, en cuyo caso nuestra coleccion constará de ciento veinte dramas del príncipe de nuestros poetas.

Este primer tomo comprende treinta : el segundo y el tercero constarán de mas : el cuarto de ménos.

Entre los artículos que preceden á las comedias incluidas en este primer tomo, hay varios que no se han copiado íntegros por no ser necesario ni conveniente. Nótase diferencia y aun contrariedad en ellos, comparados unos con otros; pero pueden recíprocamente servirse de correctivo.

En el cuarto y último tomo, pondrémos por apéndice :

1.° Noticia de las ediciones de CALDERON y observaciones sobre ellas.

2.° Como consecuencia del artículo anterior, un registro, donde hasta el punto posible, se establezca el órden cronológico y fecha de la composicion ó publicacion de dichas comedias.

3.° Imitaciones hechas por CALDERON, imitaciones que se le han hecho, juicios críticos nuestros y de otros.

4.° Opiniones de autores extranjeros notables acerca del mérito de CALDERON.

5.° Variantes de gran importancia.

(1) En los libros de la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, no se hallan noticias acerca de los manuscritos de CALDERON que ella heredó.

Digitized by Google

No tratarémos de los autos, porque de ellos se hará á su tiempo coleccion separada.

No se ha hecho ni hará mencion de los entremeses, porque los de nuestro poeta irán con otros muchos en una coleccion que está formando para la Biblioteca de Autores Españoles nuestro apreciabilísimo amigo el Señor Don Aureliano Fernandez Guerra.

Tal va á ser la edicion nueva de las comedias de Calderon, cuyo primer tomo ofrecemos al público. Nuestro objeto no es dar una edicion completamente digna del gran dramático y de la nacion que le produjo : nuestro objeto es acudir á la necesidad presente, reimprimiendo un libro que hace gran falta, pues consumida muchos años há la edicion que Don Juan Fernandez de Apontes principió en 1760, y concluyó en 1763, carecemos los españoles de una obra que tienen los alemanes, merced á la constancia, saber y exquisito gusto de Don Juan Jorge Keil, á quien, lo mismo que al Señor Federico Adolfo de Schack, autor de la *Historia de la literatura y arte dramática de los españoles*, á los Señores Luis de Viel-Castel, Adolfo de Puibusque, Philarète Chasles, y otros literatos de diversos paises, tributarémos los elogios á que son acreedores. El trabajo preparatorio que exige una edicion clásica de Calderon ocuparia casi la vida de un hombre : sería preciso viajar por España y paises extranjeros, comprando á toda costa ediciones y manuscritos de Calderon; y cotejados larga, escrupulosa y atinadamente unos con otros, pudiérase entónces depurar y fijar el texto de estas excelentes obras dramáticas, que deberian salir á luz bajo los auspicios de la Corona ó del Gobierno. El editor de la Biblioteca de Autores Españoles y el colector de las comedias de Calderon, cuyas fuerzas no alcanzan á tanto, se ven precisados á decir humildemente al público :

Limitado es el don, rico el deseo.
—Cuanto puedo te doy.

Dirigiendo á cada lector en particular, al presentarle nuestro libro, estas palabras de un *Diablo*, *predicador* de la verdad esta vez.

Por tu vida (1)
Que leas un rato en él :
Hallarás en sus escritos
Siempre odiosos los delitos,
La virtud siempre muy fiel,
Las palabras muy compuestas,
Muy atento el pundonor,
Y las pláticas de amor,
Aunque finas, muy honestas;
Que el ingenio tan medido
Aun lo indecente dispone,
Que ó no lo escribe, ó lo pone
Como debiera haber sido.
Y el alma suele beber
En las historias divinas
Disfrazadas las doctrinas
Con máscara de placer.

(1) Comedia de *El Fénix de España, San Francisco de Borja, de un ingenio*, acto 2.°

Digitized by Google

ADVERTENCIAS.

Las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, van divididas en escenas, en obsequio de la claridad; y las variaciones de lugar, se expresan donde quiera que ocurren. En los encabezamientos de las escenas, los nombres de la persona ó personas que salen, van separados con un guion de los nombres de la persona ó personas con quienes se encuentran y discurren. Así, por ejemplo, cuando en la página 7 de este tomo, columna 1.ª, se halla impreso :

ESCENA II. (*Del segundo acto.*)
CLARIN. — CLOTALDO.

Debe entenderse :

CLARIN, *que sale.* — *Estaba* CLOTALDO.

En la página 2, columna 1.ª se verá :

ESCENA III. (*Del primer acto.*)

CLOTALDO, SOLDADOS. — SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN.

Lo cual significa :

CLOTALDO Y SOLDADOS, *que salen á la escena*, *hallándose ántes en ella* — SEGISMUNDO, ROSAURA Y CLARIN.

Por la razon que indicamos en el prólogo á las *Comedias escogidas de Fray Gabriel Tellez* (tomo v de esta Biblioteca), imprimimos aquí tambien con sola una vocal, de las dos que tienen, aquellas palabras en que el autor hace sinéresis, y no es posible pronunciarlas formando diptongo, porque la identidad del sonido no lo permite. Así, en lugar de *creer* y *buscándoos,* pondrémos *crêr* y *buscándôs,* siempre que lo exija la medida del verso.

En tiempo de Calderon era práctica general escribir indistintamente *dél* y *de él*, *della* y *de ella*, *agora* y *ahora*, *efeto* y *efecto*, *vistes* y *visteis*, etc. : nosotros hemos respetado esa costumbre, arreglándonos á las ediciones mas autorizadas.

Digitized by Google

Digitized by Google

APROBACIONES Y ADVERTENCIAS

Ó PRÓLOGOS

A LAS COMEDIAS DE CALDERON,

PUBLICADAS

EN NUEVE TOMOS Ó PARTES, DESDE EL AÑO 1635 HASTA EL DE 1682.

PARTE PRIMERA.

PRIMERA EDICION.

Aprobacion del Maestro Josef de Valdivieso, capellan del Eminentísimo Señor cardenal de Toledo, Don Bernardo de Rojas y Sandoval, y mozárabe en la santa iglesia de Toledo. — Muy poderoso Señor : En estas comedias que me mandó ver V. A. y que escribió Don Pedro Calderon de la Barca, cuyo ingenio es de los de primera clase en la novedad de las trazas, en lo ingenioso de los conceptos, en lo culto de las voces y en lo sazonado de los chistes, sin que haya alguna que no encierre mucha doctrina moral para la reformacion, muchos avisos para los riesgos, muchos escarmientos para la juventud, muchos desengaños para los incautos y muchas sales para la diversion; basta su nombre para su mayor aprobacion, pues en los teatros se las ha merecido de justicia. Por todo lo cual, y no hallar cosa disonante á la verdad católica de nuestra sagrada religion, ni peligrosa á las costumbres, merece la licencia que suplica á V. A. Este es mi parecer, salvo, etc. — En Madrid en 23 de noviembre de 1635. — El Maestro Josef de Valdivieso.

SEGUNDA EDICION. — 1682.

AL QUE LEYERE.

(*Advertencia de Don Juan de Vera Tasis y Villarroel.*)

Estas comedias, que por desfiguradas desconoció su autor en su primera parte, ya ilustradas en esta nueva luz con que las retocó el desvelo mio, las verás con tan propias facciones, que no ignores por ellas el verdadero retrato de su dueño, pues todos los escritos lo son en opinion de Quintiliano; y siendo este tan primoroso, no pudo eximirse de ajenos colores que le ofendiesen, ya que con mano grosera no le borrasen. Pongo al principio de ellas el epílogo de su vida, que le dediqué en su forzosa muerte, por colocarle en el primer tomo de sus obras, y repetirle obligado el justo y debido obsequio, como tambien la tabla de las comedias solas que escribió con tantos aciertos, y el número de autos; que aunque reservaba esta noticia para cuando publicase el primer tomo de ellos, las prolijas instancias de muchos me han precisado á ponerlos aquí, y asimismo por tener noticia que andan usurpados de varias y ridículas opiniones. Esta te certifico que no lo es, pues los mas he visto de su letra, y todos rubricados de su mano : *El de los obreros del Señor*, que anda en otras memorias por suyo, es de Don Francisco de Rojas, impreso mas há de sesenta años, y ni este, ni la comedia *Bien vengas, mal, si vienes solo*, se habia de arrogar Don Pedro, dejando de poner mas de veinte grandes comedias, y mas de veinte y seis mayores autos : desventura de nuestro siglo es que la pasion ignorante intente deslucir lo que el amor de la verdad se desvela en examinar. Esto se me ofrece que advertir por satisfacer á la curiosidad, hasta que con la segunda, tercera, cuarta, novena y décima parte de sus comedias, dándome Dios vida, te sirva muy pronto. *Vale.*

PARTE II.

PRIMERA EDICION.

Aprobacion del Maestro Josef de Valdivieso, capellan del Eminentísimo Señor cardenal de Toledo, Don Bernardo Rojas y Sandoval, y mozárabe en la santa iglesia de Toledo. — Muy poderoso señor : Por mandado y comision del señor Don Antonio Valdés, del Consejo real de S. M., he visto este libro de doce comedias, escritas por Don Pedro Calderon, y representadas en los mayores teatros de España con aplausos repetidos en numerosos concursos; y no hallo en ellas cosa disonante á la verdad católica de nuestra sagrada religion, ni peligrosa á las costumbres. El ingenio del autor es tan conocido, que sería desacuerdo intentar sus alabanzas, por ser superior á las mayores, y todas se dicen en diciendo que es Don Pedro Calderon. Merece la licencia que suplica á V. A. Este es mi parecer, salvo, etc. — En Madrid en 22 de abril de 1637. — El Maestro Josef de Valdivieso.

SEGUNDA EDICION. — 1682.

ADVERTENCIAS AL QUE LEYERE.

(*De Vera Tasis.*)

Continuando con el preciso empeño de mi amistad, hice riguroso exámen de las comedias que contiene esta

Digitized by Google

segunda parte; y hallando diminutas las mas y defectuosas todas, pasé á corregirlas por sus originales, algunos de la mano de su autor; otros, por adulterados, de ajena letra. La que en la antigua impresion de este libro se intitulaba *El mayor monstruo del mundo*, la encontré muy otra en el contexto y el título, como lo es el de *El mayor monstruo los celos*, y el argumento como en este se leerá: confiando en nuestro Señor publicar muy pronto el tercero tomo, que no tiene menores yerros que los notados, pues concurriendo ignorancia y negligencia en imprimirle, era forzoso fraguarse los mas proporcionados; y los que en este advertirá el desapasionado lector, son tan leves escrúpulos de la prensa, que podrá corregirlos, sin desvelado estudio. *Vale*.

PARTE III.

PRIMERA EDICION.

Aprobacion del Ilustrísimo Señor Don Manuel Mollinedo y Angulo, cura propio que fué de la parroquial de Santa María la Real de la Almudena, y hoy obispo del Cuzco.— Por comision del señor Don García de Velasco, vicario en esta villa de Madrid, he visto un libro de diversas comedias, compuestas por Don Pedro Calderon de la Barca, caballero de la órden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo; y siendo el autor tan estimado y aplaudido no solo en nuestra España, sino en las mas naciones del mundo, habiendo traducido sus obras en su idioma, cualquiera aprobacion y censura mia quedará muy corta; solo sé decir que continuamente le quisiera estar oyendo, porque la eficacia en sus razones y elegancia en el hablar excede á toda ponderacion: si alguna cosa es óbice de estar reputado por el mayor de todos los siglos, es conocerle nuestro, y verificarse *Nullus propheta in patria sua*, achaque de nuestra cortedad ó malicia. El libro corresponde á su autor, pues los versos son tan grandes, que cualquiera docto podrá sacar mucho fruto para la materia en que se ejercitare: el estilo tan casto como acostumbra, sin que lo cómico y gustoso lo contraiga á término que no sea muy decente. Por lo cual juzgo que es muy digno de que salga á luz y se dé á la estampa. — Santa María de Madrid á 15 de junio de 1664.— Don Manuel Mollinedo y Angulo.

SEGUNDA EDICION. — 1682.

PRÓLOGO.

(*De Vera Tasis*.)

Publicó esta tercera parte de comedias en otro tiempo Don Sebastian Ventura de Vergara, con la vana ostentacion de amigo de nuestro Don Pedro; y tambien por restaurarlas (segun dijo) de los acumulados yerros que le imputaban en las repetidas fatigas de la prensa; mas cuando su celosa solicitud quiso hacer á Don Pedro una lisonja, su perezoso descuido le fraguó una injuria, pues ninguna de cuantas andan impresas con nombre suyo padecia tantos errores como estas: lo cual verificará el que diligente ó curioso cotejare la de *El laurel de Apolo*, que ahora sale, con la que él permitió imprimir, que ademas de concluirla en un medio verso, faltándola mas de doscientos, los demas en los razonamientos están desfigurados. Las de *Tambien hay duelo en las damas*, y *La hija del aire*, primera y segunda parte, tambien estaban diminutas; y padecian la misma calamidad todas las otras, cuyos achacados descuidos supo enmendarlos el discreto y perdonarlos el autor. Sin ellos (á mi juicio) salen ahora á nueva luz; y si hubiere quedado alguno, protesto que no es suyo, pidiendo al estudioso me le disimule, miéntras entrego á su censura la *Historia*, que tengo escrita y ofrecida, *de nuestra Señora de la Almudena*, patrona de Madrid, y despues las demas comedias y autos de Don Pedro.

PARTE IV.

PRIMERA EDICION.

Aprobacion de Don Francisco de Avellaneda y de la Guerra, censor de las comedias por S. M. — Muy poderoso Señor: Por mandado de V. A. he visto un libro de doce comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, cuarta parte de ellas, que se da á la estampa para que califiquen las mejores observaciones de los ojos cuantos discretos primores han logrado los oidos en tantos repetidos aciertos como vocean inmortales sus aplausos. Díganlo sin emulacion todas las naciones, pues en sus dialectos traducidas las veneran, coronando los laureles de sus estimaciones la siempre digna frente de su gloriosa fama, sin que el rayo de la emulacion pueda injuriar la defendida posteridad que la guarece contra la ojeriza de los tiempos. No es disipar los altos grados de los remontados cisnes, que se elevaron al mas encumbrado Olimpo de sus plausibles ideas con tantos felices vuelos de sus doctas plumas, el que con vanidad mi cariño diga (dentro de las precisiones del arte en novedad de trazas, pasos del tablado, valentía en el movimiento de las figuras é invenciones de teatros, siendo el mas festivo desempeño de los reales festejos) que este ingenio supo, imitando los primores de cada uno, hacerse singular entre todos; sin que este sentir mio sea osadía cariñosa, por las veneraciones que le tributo, sino verdad apoyada en todo el resto de tantas repetidas calificaciones como la ilustran. Exclame Roma (no por mejor patria) el haberle faltado un hijo en que ennoblecer por mayor asombro la mejor estatua á fatigas de Fidias y Lisipos: ni del buril afanes, ni del pincel colores, pudieron exaltar mas relevantes ejecuciones, que las que á la continua tarea de estos estudios se vinculan en los siempre fijos fundamentos del templo de su memoria, sin segundo en nuestro siglo. Si en el limitado vuelo de la pluma pudieran estrecharse sus elogios, dijera lo que le contribuye la mia en los breves rasgos que la gobiernan, haciendo escudo y reparable antídoto de las mas doctas que le defienden contra la ponzoña de la envidia, comun cosecha de los tiempos en propagar Zoilos contra Homeros. Ociosa dejó siempre á la censura la discrecion del autor, anticipando en los créditos de sus aciertos la licencia, que tan merecida le tiene á V. A. Este es mi sentir. — Madrid á 18 de junio de 1672. — Don Francisco de Avellaneda.

SEGUNDA EDICION. — 1684.

AL QUE LEYERE.

(*Vera Tasis*.)

Dejo advertido en la *Verdadera quinta parte* de Don Pedro Calderon, que publiqué dias há, los motivos que excitaron mi atencion á recoger y distinguir las comedias suyas, de las que con su nombre se divulgaban: allí dije que una de estas era la de *El conde Lucanor*; y cuando va incluida en este tomo, me es preciso distinguirla de

Digitized by Google

aquella que corre impresa en la *Parte quince* de varios autores, pues porque Don Pedro la reprobó por adulterada, diciendo en el prólogo que hizo á esta cuarta parte: *La comedia de El conde Lucanor, hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la parte quince, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro: si buenos ó malos, remítome al cotejo*, me obligó á que hiciese entónces aquella distincion, y ahora esta advertencia; y procuraré cuanto ántes publicar las partes novena y décima, para perfeccionar el empeño que he tomado, como tambien el de dar muy presto á luz la *Historia de nuestra Señora de la Almudena. Vale.*

PARTE V.

PRIMERA EDICION.

(*Hecha por Vera Tasis.*)

Aprobacion de Don Juan Baños de Velasco y Acevedo, cronista general que fué de estos reinos de Castilla y Leon. — Muy poderoso Señor: Obedeciendo á V. A. he visto los libros de comedias y sainetes varios del insigne poeta español Don Pedro Calderon de la Barca, que con gratísimo desvelo ha recogido su íntimo amigo y mi amigo Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, cuya alabanza será siempre menor que los grandes méritos de la fama que supo granjear al laborioso afan de sus insuperables estudios; y conformándome con el grande juicio de Plinio, puedo decir de sus dulces y elegantes escritos: *Omnia mihi tantò laudabiliora, quantò jucundiora, et tantò jucundiora quantò laudabiliora. Plin. libr.* 9. *epist.* 31; y confieso con sincera humildad que al ver comedias tan útiles y deleitables, cobarde mi pluma solo tiene aliento para respetarlas, viéndolas tan defendidas por sí y aprobadas de la muy docta y erudita del Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Rivera: uno y otro solo me deja lugar para la admiracion y no voz para la censura. *Magna laus non abest ab admiratione, admiratio autem non parit verba, sed silentium. Gellius, lib.* 5. *cap.* 1. Y así puede V. A. conceder la licencia que pide Don Juan para que logre publicar esta utilidad comun; pues no tiene encuentro con el decoro de la majestad, ni con la buena política. Este es mi sentir. — Madrid y mayo 6 de 1682. — Don Juan Baños de Velasco y Acevedo.

ADVERTENCIA Á LOS QUE LEYEREN.

(*De Vera Tasis.*)

La codicia de algunos libreros y la ignorancia de muchos trasladantes han ocasionado los innumerables errores que padecen todas las comedias de España, ya haciéndolas imprimir diminutas y defectuosas, ó ya trasladándolas sin conocimiento de ellas, intitulándolas unos y otros con supuestos autores, tanto por autorizar su maliciosa culpa, cuanto por darlas mas interesado valor: atrevimiento que no perdonó las siempre inimitables de aquel venerado fénix Don Pedro Calderon de la Barca; pues aunque su modestia disimuló cuanto pudo este continuado yerro, no puede mi respeto y obligacion dejar de atajarle ántes que llegue á excesivo, ya que no en todo, en alguna parte; y mas acordándose de las repetidas persuasiones que muchos amigos suyos y yo le hicimos para que en vida declarase las suyas, juntándolas en tomos separados de las ajenas. Y aunque, por el ceño grande que siempre tuvo con sus obras y con los que se las usurpaban, no condescendió con nuestros ruegos, ya vino á permitir á mi celosa instancia la pretendida licencia de darlas á la prensa y pasar las pruebas de ellas: vanidad que no podrán usurparme cuantos blasonan de mayores amigos suyos, pues pueden desengañarse viendo que empecé á usar de ella en las dos comedias que puse en la parte cuarenta y seis de varias; y cuando en vida le merecí este singular favor, yerro fuera en mí muy descolorido y ajeno de toda razon, si en muerte no me valiera de él para sacrificarle los tesoros de mi voluntad; y no ménos notable si habiéndolas de poner en partes separadas, intitulara esta *la sexta*, cuando en vida tambien fué la primera capitulacion el deshacerla; y cuando aun en muerte me lo está mandando en el prólogo del primer tomo de sus autos, con estas palabras: «Pues no »contenta la codicia con haber impreso tantos hurtados »escritos mios, como andan sin mi permiso adocenados; »y tantos como sin ser mios, andan impresos con mi nom»bre, ha salido ahora un libro intitulado Quinta parte de »comedias de Calderon, con tantas falsedades como ha»berse impreso en Madrid y tener puesta su impresion en »Barcelona; no tener licencia ni remision ni del Vicario »ni del Consejo, ni aprobacion de persona conocida; y »finalmente, de diez comedias que contiene no ser las »cuatro mias, ni aun ninguna pudiera decir, segun están »no cabales, adulteradas y defectuosas, bien como tras»ladadas á hurto para vendidas y compradas de quien ni »pudo comprarlas, ni venderlas»: por cuya causa intituló esta *la verdadera quinta parte*. En la cuarta que publicó Don Pedro, quiso distinguir las ajenas, y su achacosa edad no permitió pudiese hacer entero juicio de ellas, y así solo señaló cuarenta; pero no puso las suyas, que era el verdadero distinguirlas de las otras: por lo cual me fué preciso pasar á hacer exámen mas riguroso, viendo (á mi parecer) cuantas comedias se han impreso en España, con cuyo prolijo desvelo, he recogido unas y otras, quedando vanamente descansado por conocer que á las propias quité infinitos errores con que andaban impresas y trasladadas; y las que andan debajo de su nombre, las separé de ellas; y para que á todos conste cuáles son las verdaderas y cuáles las supuestas, se ponen aquí unas y otras.

COMEDIAS SUPUESTAS QUE ANDAN BAJO EL NOMBRE DE DON PEDRO CALDERON (1).

En el juego de varias.

Los empeños de seis horas.
La tercera de sí misma.
El escándalo de Grecia.
La española de Florencia.
El vencimiento de Turno.
Los desdichados dichosos.
Las canas en el papel.
El conde Lucanor.
El mejor padre de pobres.
Los empeños de un plumaje.
Amor, ingenio y mujer.
Séneca y Neron.
El rigor de las desdichas.
Saber desmentir sospechas.
Las vísperas sicilianas.
Industrias contra el poder.
Vencerse es mayor valor.
Mudanzas de la fortuna.
Los celos hacen estrellas.
El Tuzaní de las Alpujarras.
El rey Don Pedro en Madrid.
Cómo se comunican dos estrellas contrarias.

(1) Se ha omitido la lista de las verdaderas, porque mas adelante se copia la que formó Calderon mismo.

Digitized by Google

Un castigo en tres venganzas.
Sucesos del príncipe Lisardo.
Marco Aurelio y Cleopatra.

En las que andan sueltas.

Los triunfos de José.
La paciencia de Job.
La batalla de Sopetran.
La roca del honor.
La codicia rompe el saco.
La palabra en la mujer.
La victoria de Fuente-rabía.
Del Rey abajo ninguno.
El casamentero.
La respuesta está en la mano.
Amor con amor se obliga.
El mal pagador en pajas.
El mayor rey de los reyes.
El rollo de Écija.
El tejedor de Segovia, 1.ª y 2.ª
El conde Don Sancho Niño.
La prudente Abigail.
El imposible mas fácil.
El castigo del pensé qué.
El mejor testigo el rey.
El prodigio de Alemania.
El saco de Ambéres.
El venturoso por fuerza.
El esclavo de María.
Enseñar á ser buen rey.
Haz bien y guárdate.
Las mujeres cuando quieren.
El blason de los Mendozas.
Engañar para reinar.
El lucero de Castilla.
Muchos indicios sin culpa.
Celos no ofenden al sol.
La mayor fineza.
Encantos del marques de Villena.
Obrar bien, que Dios es Dios.
El mejor testigo.
Porfiando vence amor.
El Polifemo.
El caballo vos han muerto.
El premio añade el valor.
Yo me entiendo.
La bárbara de los montes.
El casamiento en la muerte.
Dia de San Blas en Madrid.
La dicha del retraido.
Honra, confusion y amor.
El perdon castiga mas.
El pedir con mal intento.
Prueba de amor y amistad.
El mejor testigo es Dios.
La cena del rey Baltasar.
El paje de Don Álvaro.
Lo que hace un manto.
Huyendo vence el honor.
Las tres edades de España.
El rey ángel.
Cada cual lo que le toca.
Donaires de Mengo.
El Fénix de España.
El honor contra la fuerza.
El castañar de Toledo.
Cada cual á su negocio.
El amor hace prodigios.
El Angel de la guarda.
El amor hace discretos.
Duelo de amor y amistad.
El galan sin dama.
Quien calla otorga.
Las amazonas.

Manuscritas.

La necedad del discreto.
La fianza satisfecha.
Aventuras de Oliveros y lealtad de Artus de Algarbe.
El capitan Cornejo.
Santa Teodora.
La pulida Sayaguesa.
La duquesa Rosimunda.
Los Reyes magos.

Algunas mas podrá ser se hallen de las que le prohijan; porque hay quien asegure que todas cuantas se imprimen en Sevilla para pasar á las Indias, las gradúan con el nombre de Don Pedro, por intereses particulares que se les siguen á los que hacen cambio de los talentos ajenos; pero de las legítimas no creo que habrá otras, por tener en mi poder solo las que he señalado rubricadas de su mano; y aunque muchas de aquellas son de tan ingeniosa inventiva, que pueden ilustrar á los ingenios mas célebres del orbe, su profunda modestia nunca permitió que se las arrogasen por el escrúpulo grande que hacia de usurpar estudios y desvelos ajenos; y así el distinguirlas no se lo atribuya la censura maliciosa á desprecio, pues me consta que siempre veneró las de aquel gloriosísimamente elevado espíritu de nuestro Don Antonio de Solís, y entre las que le prohijan, se halla la siempre plausible de *Las amazonas*, que escribió este soberano autor con tantos aciertos como las demas; y así (vuelvo á decir) habiendo mi celosa obligacion y obediente gratitud de poner en tomos separados las que fueren suyas, ha sido preciso verlas todas, dando principio con este, para salvar la justa objecion que podia ponerme la discreta censura, y obedecer el respetado precepto de Don Pedro en todo.

De la comedia de *El conde Lucanor*, que pongo por suya y por ajena, hallará el escrupuloso en el cuarto tomo de sus comedias entera satisfaccion; y de la de *Amar despues de la muerte*, la daré á su tiempo, pues quedo continuando los demas tomos, para que los aclare la luz de la prensa.

En este y en los que publicare, hallará el ingenioso tanto que aprender, cuanto el ignorante que censurar; y mas si tropieza en la claridad de los dulces versos, que nunca afectó en las comedias de capa y espada; pues con toda reverencia, y sin injuria de tantos célebres ingenios de nuestra España, confieso que solo nuestro Don Pedro supo encontrar un nuevo arte de escribir con propiedad de voces, por muy pocos en el mundo practicado, y de ninguno excedido, por que en él fué naturaleza lo que en otros estudio; y cuando quiso unir el estudio y naturaleza, vean las comedias de historia ó fábula, ó cualquiera de los autos sacramentales, y admirarán conceptos, sentencias, tropos y figuras inimitables.

Este pues (lector discreto) planeta luminoso, que con los rayos de sus lucientes escritos ilustra todo el orbe, cuyo oriente y ocaso mereció nuestro hemisferio, sepultado quedara en los mas de sus estudios, si mi desvelo, vigilancia y veneracion no los expresara á la prolija tarea de repetidos afanes, quedando mi gratitud felizmente descansada y gloriosamente reconocida á los continuos favores con que supo labrarla en vida para vivir en muerte, sacrificándole todos mis afectos: y estos son los motivos que han ejecutado mi voluntad para publicar estas obras, deseando siempre con toda humildad me enmiendes los cometidos errores que en este y en los demas libros advirtieres, como tambien que viva en la sucesion de los siglos quien fué tan gloriosa admiracion de ellos. Vale.

Digitized by Google

PARTE VI.

PRIMERA EDICION.

(*Publicada por Vera Tasis.*)

La aprobacion de Don Juan Baños de Velasco es repeticion de la dada al tomo v.

PARTE VII.

PRIMERA EDICION.

(*Hecha por Vera Tasis.*)

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Doctor Don Antonio Pascual, Arcediano de las Selvas, dignidad en la santa iglesia de Girona y vicario de esta villa de Madrid y su partido, por la presente y por lo que á nos toca damos licencia para que se pueda imprimir un libro intitulado *Séptima parte de Comedias*, su autor Don Pedro Calderon de la Barca, caballero que fué del orden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo: atento por la censura del Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, del órden de la Santísima Trinidad, predicador de S. M., nos consta no tiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 17 de abril de 1682 años. — Doctor Don Antonio Pascual.—Por su mandado, Juan Alvarez de Llamas, notario.

AL DISCRETO Y PRUDENTE LECTOR.

(*Vera Tasis.*)

Estas comedias de Don Pedro Calderon, que aun siendo suyas no han podido eximirse de ajenos yerros, salen hoy (discreto y prudente lector) limpias, cabales y desagraviadas de las graves injurias que de la pluma y el molde padecieron. En ellas admirarás un vivo y hermoso espejo del desengaño, guarnecido de políticas y morales virtudes, que reprenden y castigan la desahogada libertad de los vicios, sirviendo de inocente diversion á los sentidos, suministrando singulares especies á las ideas, y previniendo saludables ejemplos á todos los accidentes humanos, cuyo concepto explica aquella alta y grave definicion que de ellas hace el sapientísimo, ilustrísimo y Reverendísimo señor Don Fray Juan de Caramuel, citando al elocuentísimo Tulio, que abraza su pensamiento con elegancia dulce en estos versos :

Humanæ est vitæ speculum comœdia : monstrat
Quæ-ve ferat juveni commoda, quæ-ve seni.
Quia præter lepidosque sales, excultaque verba,
Et genus eloquii purius inde petas.
Quæ gravia in mediis occurrant lusibus et quæ
Jucundis fuerint seria mixta jocis.
Qui sint fallaces servi, quamque improba semper,
Fraudeque et omnigenis fœmina plena dolis.
Quam miser, infelix, stultus et ineptus amator,
Quamvis succedant, quæ bene cœpta putes.

No ménos aplaude este discretísimo autor á nuestro Don Pedro, que á los mayores ingenios de todo el orbe: vean sus apasionados los tres *Cálamos* suyos, y en repetidos elogios reconocerán el altísimo concepto que de él hacia, sin moverle la pasion de compatriota suyo. Si en este libro, lector discreto, echares ménos la eruditísima aprobacion del Reverendísimo Padre Maestro Guerra, ya la hallarás donde con nueva estimacion la veneres, por verla de su doctísimo autor adelantada y excedida; que él solo pudiera entre los estudiosos adelantarse y excederse á sí mismo, para que acaben de romper sus dientes los mordaces detractores, que ociosamente han intentado mellar el inmortal simulacro de su fama. Las demas comedias de Don Pedro, saldrán (dándome Dios vida) muy en breve, para darme lugar á que yo te sirva del corto caudal mio con el Poema heróico y *Paráfrasis de Job*, que te he ofrecido. *Vale.*

PARTE VIII.

PRIMERA EDICION.

(*Hecha por Vera Tasis.*)

SUMA DE LA APROBACION.

Por comision del Señor vicario de esta villa de Madrid y su partido, aprobó este tomo de la octava parte y todos los demas de comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo, el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofía en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal de este arzobispado, del órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos.—Su fecha en Madrid á 14 de abril de 1682.

AL QUE LEYERE.

(*Vera Tasis.*)

El octavo tomo de los ingeniosos desvelos del cómico poeta español, y cuarto en órden, de los que mi cuidadosa tarea ha publicado, te ofrezco, lector mio, para calificacion de mi segura voluntad. Muchas de las comedias que contiene habrás visto en los teatros representadas y en los libros impresas; pero ninguna en unas y otros tan cabal, como las que agora salen á la luz pública; pues si tu juiciosa capacidad pasare al exámen de su cotejo, no dudo que te deba repetidos agradecimientos mi cuidado, asegurándote que sin larga y continua prolijidad es dificultoso el vencer tanto imposible, el cual solo podrá ponderarle quien con afectuosa gratitud le experimenta. Las demas que en mi poder quedan, están en sus traslados tan inciertas, que hasta conseguir otros mas verdaderos, habré de suspender el proseguir el noveno tomo, pasando á repetir en la prensa los cuatro primeros, que te aseguro no tienen ménos yerros que los advertidos en los que tengo publicados; pues aun no bastó el respeto de su autor vivo, para eximirse del riesgo que suelen padecer á manos de los traslados y moldes. Y como el verdadero amor es preciso que pase mas allá de la muerte, yo que fui quien mas entrañablemente amé á Don Pedro; pues como *omni tempore diligit, qui amicus est*, es forzoso que á repetidas instancias de la voluntad, cuando parece que acabo, empiece de nuevo á ejercitar mi obligacion, tomando esta fatiga por alivio, para que todo ceda en su obsequio y en honra y gloria de Dios, que te guarde.

Digitized by Google

PARTE IX.

PRIMERA EDICION.

(*Hecha por Vera Tasis.*)

SUMA DE LA APROBACION.

Por comision del señor Don Antonio Pascual, Arcediano de las Selvas, dignidad en la santa iglesia de Girona, y vicario de esta villa de Madrid y su partido, aprobó este tomo de la novena parte y todos los demas de comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo, el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofía en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal de este arzobispado, del órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos. Su fecha en Madrid á 14 de abril de 1682.

AL LECTOR.

(*Vera Tasis.*)

Pongo en tus manos y en el teatro comun este noveno tomo de comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca: ninguna de ellas la leerás como andaban manuscrita ó impresa; porque solicitando unas y otras originales, se ha procurado corregir y ajustar con la mayor legalidad posible esta impresion: si en cualquiera de ellas notares algun desliz ó borron, no le achaques á descuidado delito suyo, sino á grosera ignorancia mia, pues como tal la confieso, y la sujeto á la juiciosa correccion de los discretos. La comedia de *Amar despues de la muerte* (como dejé advertido en la verdadera quinta parte) la desconoció por suya Don Pedro, no tanto por hallarla con el título de *El Tuzaní de la Alpujarra*, cuanto por verla adulterada y diminuta en la impresion. La de *Un castigo en tres venganzas*, que tambien está en la quinta falsa, padecia la misma calamidad; y por eso se anota allí y aquí se publican ambas, desmintiendo los errores de la prensa. La de *Bien vengas mal*, dije en el primer tomo que no era de Don Pedro, á causa de haber visto otra con el mismo título; y registrando esta que ahora te presento, reconozco por lo artificioso de la traza y la naturaleza del verso, que es legítimo parto suyo. Las demas, aunque todas estaban defectuosas, van corregidas y cabales, por lo que no pretendo mas gloria que haberle acertado á servir con la voluntad, para que desapasionado suplas la cortedad de mi entendimiento. *Vale.*

Digitized by Google

ARTICULOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS

ACERCA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Y SU TEATRO.

I.

DE DON JUAN DE VERA TASIS Y VILLARROEL.

FAMA, VIDA Y ESCRITOS DE CALDERON.—(*Publicado en la* VERDADERA QUINTA PARTE DE COMEDIAS DE CALDERON, *impresa en Madrid*, *año* 1682.)

Mal se estrechará en la esfera breve de mi labio quien generosamente ocupa todas las lenguas de la fama, y mal ceñiré á un epílogo tan corto al que no cabe en los dilatados espacios de los siglos; porque quien pone márgenes al resplandor, mas que lisonjea agravia su claridad. Pero fiado en el afecto mio, que suplirá la capacidad del asunto suyo, corro veloz la pluma para describir en un abreviado suspiro un permanente sollozo, que le resucite en el ancho templo de la memoria de cuantos en la posteridad le registraren; y sean sus elegantes escritos los que con mas viva y eficaz lengua persuadan, enseñen y muevan á todos los estudiosos, resultando los venerados ecos de sus numerosas voces desde Madrid, en España, en Europa y en el orbe entero, porque solo el orbe podrá ser esfera capaz de percibirlos; que habiendo mi celosa obligacion de publicarlos á nueva luz, es preciso que á sus religiosas cenizas erija un túmulo honorario que las cele, ya que no las abrigue, valiéndose para tanto empeño de una de las muchas plumas de su fama, en tanto que otras, mas bien cortadas que la mia, publican elogios dignos de su nombre.

Parece que á la suma Providencia, en quien todo es fácil, cuesta algun desvelo formar varones insignes que han de llenar los abultados anales de los siglos, pues por siglos nos los concede; y este con notable particularidad lo fué, porque le empezó el año de 1601 (1), dia de la santísima Circuncision de su humano Hijo, nuestro Señor, y dia que pudo esta feliz coronada villa de Madrid señalar con piedra blanca, pues le mereció por hijo, donde, aun sin pisar los alegres umbrales de la vida, ya parece que con tristes ecos anunciaba aquel glorioso ruido que habia de hacer en los distantes términos del mundo; pues ántes de abrir las orientales puertas, lloró en el materno seno, por entrar en el mundo con la sombra de la tristeza, quien, como

(1) Calderon, como se verá mas adelante, nació en 17 de enero de 1600.
(*Nota del colector, de quien son igualmente las demas, á excepcion de tres.*)

Digitized by Google

nuevo sol, le habia de llenar de inmensas alegrías : cuya ponderable noticia me participó la señora Doña Dorotea Calderon de la Barca, hermana suya, y ejemplarísima religiosa en el real convento de Santa Clara de Toledo, asegurando que les oyó decir á sus padres muchas veces como tres habia llorado ántes de nacer. Ni en el número ni en la singularidad cargo ahora la consideracion, porque este breve discurso mas permite referir que ponderar.

Fué Don Pedro Calderon de la Barca hijo de Don Diego Calderon de la Barca Barreda y Doña Ana María de Henao y Riaño : por el apellido de su padre, ilustrísimo, pues los Calderones de la Barca Barreda gozaron el fuero de antiguos hijosdalgo en el valle de Carriedo de las montañas de Búrgos, adonde esta noble familia se retiró desde la imperial ciudad de Toledo en la pérdida de España, segun se deduce de sus mas clásicas historias y verídicos nobiliarios. Por el de su madre, fué de los principales caballeros de los Estados-Bajos de Flándes, descendientes del señor de Mons de Henao, y de antiguo tiempo venidos á Castilla, como tambien dé los esclarecidos Riaños, infanzones de Astúrias.

Los primeros años pasó con la educacion de sus nobles y virtuosos padres; y ántes de cumplir los nueve de su florida edad, descubrió un gallardo y fecundo ingenio, con que le aplicaron en este grande colegio de la Compañía á los rudimentos de la gramática, donde su diligente vivacidad se adelantó en poco tiempo á todos sus contemporáneos; con cuya admiracion le trasladaron sus padres desde aquella docta escuela á la mayor del orbe, madre gloriosísima de todas las ciencias y de los mas vehementes ingenios que han ilustrado las edades. En esta pues insigne universidad de Salamanca, con el laborioso afan de sus continuados estudios, á pocos años se hizo señor de las mas recónditas especulaciones matemáticas y profundidades filosóficas, con noticia grande de la geografía, cronología, historia política y sagrada, penetrando con su perspicaz sutileza los mas íntimos secretos de ambos derechos, civil y canónico, con que en cinco años de estudios se hizo capaz de tantas noticias, que le juzgaban profeso en todas las ciencias, labrándole unas y otras, para nuestra veneracion, perfectísimo poeta, pues ya en esta edad tenia ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias.

El año de 19 dejó á Salamanca, cultivando el precioso fruto que en ella habia cogido su estudiosa aplicacion, al lado de muchos grandes señores de esta corte. El de 25 pasó, por su natural inclinacion, á servir á S. M. al estado de Milan y despues á los de Flándes, en cuyo noble ejercicio supo hermanar con excelencia las armas con las letras : invencion muy en lisonja de ellas, pues ciñendo la espada al lado, honró su cabeza con las plumas. Mucho se hubiera adelantado en este honroso ejercicio (1), á no haberse servido S. M. de llamarle para el de sus reales fiestas, honrándole el año de 36 con una merced de hábito, que se puso el 37; y aunque el de 40, al salir las órdenes militares (2), le excusó, mandándole escribir aquella célebre

(1) En las armas debió hacer Calderon poca fortuna, segun se infiere de lo que dice Don Gaspar Agustin de Lara en dos octavas de su *Obelisco fúnebre á la memoria del mismo* Calderon.

«*Canto 1.°, octava 50.*

Ya en edad varonil, tiempo oportuno
Le pareció para cortar la pluma
Con los filos de Marte; que es todo uno
Minerva y Pálas para el noble, en suma.
La milicia siguió, aunque opuesta Juno
A sus progresos, porque no consuma
El tiempo en él los hechos memoriosos
De sus progenitores valerosos.

Octava 52 del mismo canto.

Con prudente valor, en la milicia
De esfuerzo invicto dió nobles señales,
Por las cuales le diera la justicia
Puestos, si militara entre mortales.
Y sintiendo á Belona no propicia,
En paz dejó los campos marciales,
Conduciéndole Apolo á mis riberas (*a*),
Capitan general de sus banderas.»

(2) Don José Pellicer y Tovar, cronista del reino de Aragon, da las dos noticias siguientes acerca de Don Pedro, en sus *Avisos históricos*, impresos en los tomos XXXI y XXXII del *Semanario erudito* que publicó Don Antonio Valladares y Sotomayor.

«*Avisos de 28 de febrero de 1640.*

En el aviso pasado di cuenta del incendio del Buen Retiro, por mayor : ahora por menor hablaré de otras circunstancias. Tenia el señor Conde-Duque prevenida una gran fiesta y dos comedias en el coliseo nuevo, con muchas tramoyas, y aquello tan bien aderezado, que no podia alcanzar mas la imaginacion..... El domingo antecedente, estando ensayando las comedias, en unas cuchilladas que se levantaron, dieron algunas heridas á Don Pedro Calderon, su autor : que parece fué presagio de lo que sucedió el lúnes siguiente.

Avisos de 5 de noviembre de 1641.

Vino Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, enviado por el señor marques de la Hi-

(*a*) Habla Madrid.

Digitized by Google

fiesta de *Certámen de amor y celos*, que se representó en los estanques del Buen-Retiro (1), su honrado espíritu y vivaz ingenio quiso cumplir con las dos obligaciones; pues en breve tiempo concluyó la comedia, y tuvo lugar para seguirlas á Cataluña, asentando plaza en la compañía del Excelentísimo señor conde-duque de Olivares, donde asistió hasta ajustarse la paz de los dos reinos, que volvió á la corte, y S. M. le hizo nueva merced de treinta escudos de sueldo al mes, en la consignacion de la artillería. El de 49, hallándose en Alba con el Excelentísimo señor Duque, le mandó S. M. por su real decreto volver á la corte á trazar y describir aquellos célebres arcos triunfales para la feliz entrada de su augusta esclarecida esposa, Doña María Ana de Austria, nuestra señora, gloriosísima reina madre. El de 51, por su real cédula, le dió licencia el consejo de las Órdenes para hacerse sacerdote, con que atajó aquellos ardentísimos impulsos militares, dedicándose al mas forzoso obsequio del Señor de los ejércitos, como tambien á la dulce quietud de las festivas musas. El de 53 repitió S. M. sus generosos honores, dándole una de las capellanías de los señores Reyes nuevos de Toledo, de que tomó posesion en 19 de junio de dicho año. El de 63, considerándole distante para el empleo de sus reales fiestas, le honró con otra capellanía de honor en su real capilla, haciéndole corrientes los gajes y emolumentos de Toledo en esta corte, y dándole una pension en Sicilia, con otras especiales y continuas mercedes en reconocimiento de sus grandes servicios y premio de sus altos merecimientos; que aquel cuarto gloriosísimo Monarca fué magnánimo en premiar, por ser generoso en conocer los hombres de habilidad, con cuyo motivo anhelaban los espíritus valientes al glorioso afan de los combates con generosa ambicion de conseguir el digno premio, labrándose, en aquella felicísima serie, mas fecundos ingenios que han florecido en todas las edades.

Obligóle asimismo con premio y aplauso esta siempre ilustre y coronada villa de Madrid algunos años á escribir uno de los autos sacramentales, con que celebra su festivo dia; y reconociéndole despues por único, acordó que los continuase solo, como lo hizo por espacio de treinta y siete años, escribiendo al mismo tiempo los de Toledo, Sevilla y Granada, hasta que en aquellas insignes ciudades faltaron estos festejos; y aun mas allá de la vida pasan los justísimos aplausos de esta imperial villa, pues los repite en sus festividades, con acertada resolucion de continuarlos. El mismo año de 63 fué recibido por congregante en la venerabilísima y nobilísima Congregacion del glorioso apóstol San Pedro, de Presbíteros naturales de esta corte. El de 66 fué electo capellan mayor de dicha venerable Congregacion, y el de 81, agradecido á tantos singulares beneficios, se los recompensó dejándola por su universal heredera en el remanente de sus bienes, que fué el año que nos le arrebató la muerte, de nuestros amantes ojos, domingo á 25 de mayo, dia gloriosísimo de la pascua de Pentecostes, desconsolado para todos sus afectos y lamentable para mí, que me faltó á un tiempo maestro, padre y amigo. El invisible golpe de su muerte hirió muchos corazones, que por los labios y por los ojos desahogaron su sentimiento, ya en amargas quejas, y ya en dulces canciones; pues lágrimas y acentos en obsequiosa demostracion se unieron á dedicarle aplausos y congojas, como tributo debido á la castellana deidad de los respetos.

Díganlo con voz mas docta aquellos eruditísimos elogios con que le celebraron los esclarecidos caballeros del alcázar de Valencia, y aquellos elegantísimos de la muy noble ciudad de Lisboa, los de Nápoles, Milan y Roma, con los que en Madrid han publicado y esperan publicar tantos célebres ingenios. Dígalo tambien el cenotafio honorario que le dedicó la venerable Congregacion de Presbíteros naturales para la eterna memoria de los siglos, y tantos doctos fúnebres epitafios como en esta y otras naciones le lloran difunto y le admiran inmortal.

Cesen (podia yo decir) tantos nobles sentimientos, pues ya á unos y á otros nos queda por consuelo en esta precisa larga ausencia el retrato vivo que dejó para nuestra veneracion en

nojosa desde Tarragona, á dar cuenta á S. M. del estado de aquel ejército y de la forma con que lo tenia puesto; tambien de cómo se habia reformado la caballería, por estar los soldados desmontados, dejando solo algunos capitanes de los de mas experiencia. Trajo las listas del ejército, que llega á nueve mil hombres, y las plantas de la plaza, con todo lo concerniente á esta materia. Pasó al Escorial, donde estaba S. M., que Dios guarde, y volvió en el coche del señor Conde-Duque, haciéndole relacion de todo con mucha puntualidad, y del canje ó trueco que piden los catalanes de prisioneros de una parte á otra.»

(1) No era ya la primera que se representaba sobre el estanque del Retiro. Véanse los documentos que preceden á la comedia *El mayor encanto amor*, páginas 385 y siguientes de este volúmen.

Digitized by Google

sus elegantes escritos, pues cada uno de ellos es una viva imágen en que copió su incomparable entendimiento. Confírmenlo mas de cien autos sacramentales, mas de ciento veinte comedias, sin descaecer en ninguna edad con ellas; pues empezó grande con la de *El carro del cielo*, de poco mas de trece años, y acabó soberano con la de *Hado y divisa*, de ochenta y uno, coronando su madura edad doscientas loas divinas y humanas, cien sainetes varios, el libro de la entrada de la augusta Reina madre, nuestra señora; un dilatado discurso sobre los cuatro Novísimos, en octavas; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura; otro en defensa de la comedia; canciones, sonetos, romances, con otros metros á varios asuntos, premiados en el primer lugar de certámenes y academias y en el juicio de todos los discretos cortesanos, que fuéron innumerables.

¿Qué otra cosa, repito, es cada uno de estos discursos, que una pintura espirante y un perfecto retrato suyo, á quien ni la injuria de las edades, ni la malignidad de la envidia podrá desfigurar ni oscurecer? Sus obras las venera y guarda la librería del colegio mayor de Oviedo en Salamanca, como tambien las mas selectas de España. Sus autos, reconociéndolos nuestros católicos Monarcas como joyas dignas de reales capacidades, se los remitian, explicando con ellos su voluntad, á los señores Emperador de Alemania y Rey de Francia.

Sus comedias se han hecho las mas plausibles de todo el orbe, pues en la mayor parte de él se hallan traducidas en frances, en italiano y otras lenguas, porque todas á una dignamente han celebrado sus singulares aciertos, cuya estudiosa aplicacion y decente divertimiento no se atreve á ponderar ni defender mi tosca humilde pluma, cuando estas y las demas comedias honestas de España las aprueba y califica la elevada sobre todas del *Fénix orador* (generoso blason tambien de esta coronada villa de Madrid, venturosa madre suya), el elocuentísimo y reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, á quien sus muchos émulos labraran corona para la eternidad, si ya no se la hubieran labrado sus grandes merecimientos; y cuando tambien, al ver aprobacion tantas veces docta, cesó en la suya prorumpiendo en venerables admiraciones la de aquel modesto, noble y erudito caballero Don Juan Baños de Velasco, dignísimo cronista general de estos reinos: accion heróica, y obra la mas acertada que hizo en su vida, pues con ella falleció, reverenciando y siguiendo las huellas de nuestro venerado Don Pedro Calderon, su compatriota.

Estas son las mas verdaderas noticias que he podido averiguar, así por el informe de su hermana y parientes, como por las informaciones que repetidas veces se le hicieron; y este es un corto resúmen de su vida, hasta que en líneas mas dilatadas la describa nueva fama. Este fué el honrado y premiado caballero de tres católicos monarcas, los señores reyes Don Felipe III, el Piadoso; Don Felipe IV, el Grande; y Don Cárlos II, el Deseado, que Dios guarde, pues siempre con mano liberal derramaron en él copiosísimos favores, ya eligiéndole el primero para el logro de sus festividades, y ya haciéndole continuas honoríficas mercedes. Este fué aquel dulce cisne que supo llorar ántes de nacer y cantar aun despues de morir, para eternizar su vida sin pasar por el caos tremendo del olvido; pues en la llama del amor sacramentado renació fénix inmortal de su fama en su gloria, á merecer las justas aras que le erigen discretas veneraciones; siendo en este y todos los tiempos generosamente favorecido de los Excelentísimos señores condestable de Castilla, duque del Infantado y duque de Alba, y dignamente solicitado del Excelentísimo señor conde-duque de Olivares, marques del Carpio y Eliche, duque de Medina de las Torres, y príncipe de Stillano, magnánimos protectores suyos. Este fué el oráculo de la corte, el ansia de las extranjeras, el padre de las musas, el lince de la erudicion, la luz de los teatros, la admiracion de los hombres, el que de peregrinas virtudes estuvo ornado siempre; pues su casa era el abrigo general de los desvalidos (1), su condicion la mas prudente, su humil-

(1) No es de omitir el magnífico elogio que Don Gaspar Agustin de Lara hace de la caridad y modestia de Calderon.

«*Obelisco fúnebre*, *canto* 1.°, *octavas* 74, 75 *y* 76.

Siempre fué su limosna la primera
Para aliviar al pobre desvalido.
Con mano generosa, si lijera,
Fué el miserable enfermo socorrido.
De toda desnudez reparo era,
Aun ántes de informarse del oido:
En él hallaba á un tiempo, todo junto,
El vivo su descanso y el difunto.
Fuéron sus actos de virtud tan llenos,
Tan nobles juntamente y cortesanos,
Que desmintiendo, al parecer, lo buenos,
Se acreditaban á la vista humanos.


Digitized by Google

dad la mas profunda, su modestia la mas elevada, su cortesía la mas atenta, su compañía la mas segura y provechosa, su lengua la mas cándida y honradora, su pluma la mas cortesana de su siglo, y que no hirió jamas con mordaces comentos la fama de ninguno, ni manchó con libelos á los maldicientes, ni su oído atendió á las detracciones maliciosas de la envidia; y este, en fin, fué el príncipe de los poetas castellanos, que suscitó con su sagrada poesía á griegos y latinos; pues en lo heróico fué culto y elevado; en lo moral, erudito y sentencioso; en lo lírico, agradable y elocuente; en lo sacro, divino y conceptuoso; en lo amoroso, honesto y respectivo; en lo jocoso, salado y vivo; en lo cómico, sutil y proporcionado. Fué dulce y sonoro en el verso, sublime y elegante en la elocucion, docto y ardiente en la frase, grave y fecundo en la sentencia, templado y propio en la traslacion, agudo y primoroso en la idea, animoso y persuasivo en la inventiva, singular y eterno en la fama.

Te celebrant alii quanto decet ore, tuasque
Ingenio laudes uberiore canunt.

(Ovid., lib. 2. Trist.)

II.

DE DON ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

BIOGRAFÍA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. — (*Madrid, imprenta de Boix*, 1840.)

Don Pedro Calderon de la Barca Barreda, Gonzalez de Henao, Ruiz de Blasco y Riaño, nació en Madrid en 17 de enero de 1600, segun él mismo aseguraba, y fué bautizado en la parroquia de San Martin en 14 de febrero siguiente (1), siendo sus padres Don Diego Calderon de la Barca Barreda, natural de la misma villa, señor de la casa de Calderon de Sotillo en la jurisdiccion de Reinosa, y secretario de cámara del Consejo de Hacienda, y Doña Ana Gonzalez de Henao, de la propia naturaleza.

. . . .

Otorgó su testamento con fecha 20 de mayo de 1681 ante Juan de Búrgos, escribano de número, y un codicilo cerrado en 23 del mismo, bajo cuyas disposiciones falleció con inaudita tranquilidad el domingo de Pascua de Pentecostes á 25 del propio mes y año, en el cuarto principal de la casa, calle de las Platerías, número 4 antiguo y 95 moderno de la manzana 173 (2).

Publicado su testamento y abierto el codicilo con las formalidades de la ley, se reconoció por heredera universal á la venerable y nobilísima Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, con la condicion de que el remanente de sus bienes le impusiese en renta, y asistiese con toda ella á su hermana Doña Dorotea, religiosa de Santa Clara en la ciudad de Toledo, por

Valíase tal vez de piés ajenos
Por negar la noticia á propias manos,
En cuantos ya pudieran ser indicios
De vanidad, que es vicio de los vicios.
Fué liberal, sin ser desperdiciado;
Sin parecer perdido, maniroto;
Solo por dar, distribuyó lo dado,
Sin que tocase de interes el coto.
A todos dió igualmente con agrado,
Y á ninguno le dió con alboroto;
Que ha de correr la dádiva tan lenta
Que apénas á quien llega no lo sienta.»

(1) En el libro cuarto de bautismos de dicha parroquia, y al folio 57, se halla la siguiente partida: «En la villa de Madrid á 14 dias del mes de febrero de 1600, yo Fabian de San Juan Romero, teniente de esta de San Martin, bauticé á Pedro, hijo del secretario Diego Calderon de la Barca, y de Doña Ana María de Nao: fuéron sus padrinos el contador Antolin de Serna y Doña Ana Calderon; fuéron testigos Lúcas del Moral y Juan de Montoya, y lo firmé. — Fabian de San Juan Romero.»

(2) La partida de defuncion que consta al folio 161 del libro de fallecimientos de la parroquia del Salvador, que empieza en 1630 y concluye en 1683, dice así: «En 26 de mayo de 1681 se enterró en esta iglesia de San Salvador de la villa de Madrid Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de los señores Reyes de Toledo y de honor de S. M., en la bóveda de una capilla que es de Don Diego Ladron de Guevara, que está á mano izquierda como se entra por la puerta principal de esta dicha iglesia. Otorgó su testamento ante Juan de Búrgos, escribano del número de esta dicha villa. Dejó por sus testamentarios al señor doctor Don Juan Mateo Lozano, cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel de esta dicha villa, y al señor Don Diego Ladron de Guevara, caballero del órden de Calatrava, y otros. Dieron de limosna á la fábrica de esta dicha iglesia ciento veinte y cinco reales. Tocó de cuarta quinientas misas.» (*Esta nota y la anterior se hallan en la biografía publicada por Zamácola.*)

Digitized by Google

los dias de su vida, y que á su fallecimiento se emplease la misma suma en los fines piadosos de la venerable Congregacion.

Dejó dispuesto por encargo especial que su cuerpo se enterrase sin fausto, llevándose descubierto para que ofreciese desengaño de lo perecedero de esta vida; y á las once de la mañana del dia 26 de mayo se verificó el entierro entre un numeroso concurso y con asistencia de toda la música de la Real Capilla á la vigilia y misa, siendo conducido el cadáver por sus dignos amigos, herederos y hermanos, los Presbíteros naturales, bajándole luego los capellanes mayores que habian sido, á una bóveda subterránea de nueve piés en cuadro, propia de la capilla, hoy totalmente demolida, pero que en lo antiguo se nombraba de *San José*, y estaba situada á los piés de la iglesia y á la izquierda de la puerta principal, venerándose en ella la imágen de la Sentencia de Jesus, siendo patrono el señor Don Diego Ladron de Guevara, caballero del órden de Calatrava, á quien dejó por su testamentario en union del doctor Don Juan Mateo Lozano, cura párroco de la iglesia de San Miguel, capellan de honor y predicador de S. M. Y en el dia 2 de junio siguiente le hizo la Congregacion de Presbíteros las honras en dicha parroquia, á cuyo acto asistió la mayor parte de la nobleza y cuantos particulares de todas clases pudo contener el templo.

Tres hermanos tuvo Don Pedro Calderon de la Barca, que lo fuéron Don Diego, bautizado en la parroquia de San Martin en 1596, que sucedió en la casa de su padre; Don José, que sirvió por mas de treinta años en varios empleos de la milicia, hasta teniente de Maestre de Campo general, y murió peleando sobre el puente de Camarasa en 1645; y Doña Dorotea, á quien legó los intereses de sus bienes; pero habiendo fallecido esta en el siguiente año de 1682, recayó el todo del usufructo en la Congregacion de Presbíteros, su heredera universal. Otros varios parientes, ó por lo ménos vástagos, de la ilustre alcurnia de Calderon se han distinguido en las letras, y entre ellos hacemos justa conmemoracion de Don Fernando Calderon de la Barca, del célebre Calderon de Montalvan, de Don Gabriel Diaz Varea Calderon, Don Juan Calderon de Robles, Don Antonio Calderon y Don Juan Calderon.

Agradecida la venerable corporacion de Presbíteros á su generoso congregante, quiso perpetuar su memoria distinguiendo el sitio donde se hallaba sepultado, costeando al efecto los mármoles que puso en el mismo año de 1682, con la inscripcion formada al intento por la misma Congregacion, y sobre ella un retrato original, al oleo, de Calderon de la Barca, firmado por el autor Francisco Zorrilla, de unas tres cuartas de alto; para cuya colocacion comisionó á los señores Don Juan Mateo Lozano y licenciado Don Juan Diaz Mariño, ambos individuos de dicha congregacion de Presbíteros, y el segundo su tesorero y beneficiado, quienes para realizarlo tuvieron que vencer no pocas dificultades. El epitafio dice así:

D. O. M.

D. PETRUS CALDERONIUS DE LA BARCA, MANTUÆ
URBE NATUS, MUNDI ORBE NOTUS.
RUBRO D. JACOBI STEMMATE AURATUS EQUES,
CATHOLICORUM REGUM TOLETI,
PHILIPI IV ET CAROLI II MATRITI AD HONOREM
FLAMEN.
CAMŒNIS OLIM DELICIARUM AMÆNISSIMUM FLUMEN
QUÆ SUMMO PLAUSU VIVENS SCRIPSIT,
MORIENS PRÆSCRIBENDO DESPEXIT.
MYSTARUM EX INDIGENIS CŒTUM
HÆREDEM HAC LEGE RELIQUIT,
UT VERÆ GLORIÆ CUPIDUM TUMULARET INGLORIUM;
MUNIFICO TAMEN GRATUS BENEFACTORI,
HOC MARMORE CONDIDIT
OCTOGENARIUM.
ANNO DOMINI M. D. C. LXXXII.
NEC REGUM PLAUSU FIDE NEC INGENIO.

Digitized by Google

Cuya traduccion ha ejecutado la distinguida Academia Greco-Latina, en obsequio á la memoria del inmortal poeta, en esta forma (1).

D. O. M.

Don Pedro Calderon de la Barca,
natural de Madrid, célebre en todo el mundo.
Caballero del hábito de Santiago,
Capellan de la de Reyes nuevos de Toledo,
y de honor de SS. MM. Don Felipe IV y Don Cárlos II.
Fué rio de delicias muy amado de las musas.
Despreció al morir
las obras que escribiera con extraordinario aplauso.
A la venerable Congregacion de Sacerdotes naturales de esta corte,
instituyó heredera, con esta condicion:
Que sepultase sin pompa al que no apetecia otra gloria que la eterna.
La Congregacion no obstante, en muestras de gratitud
á tan liberal bienhechor,
le dió sepultura bajo este mármol.
Vivió ochenta años.
Año del Señor M. D. C. LXXXII.
No en real aplauso ni en talento fies.

Debajo de esta lápida principal se colocó otra circular, ochavada, con la siguiente memoria.

LA VENERABLE CONGREGACION DE SACERDOTES NATURALES DE ESTA VILLA PUSO AQUI ESTA INSCRIPCION CON PERMISO DE DON DIEGO LADRON DE GUEVARA, CABALLERO DEL ÓRDEN DE CALATRAVA, PATRON DE ESTA CAPILLA. 1682.

Finalmente, la ilustre Congregacion, inconsolable por la pérdida de su hermano predilecto, fundó en dicha iglesia un aniversario perpetuo en el dia 26 de mayo de cada año; pero le mandó suprimir la visita eclesiástica en 1690, así como anteriormente desaprobó los gastos del epitafio y otros, que sin embargo pasó en cuentas en fuerza de gestiones y por un acto de justicia, porque la Congregacion costeó todos los gastos sin auxilio de parientes ni corporaciones.

. . . .

Sus virtudes le adquirieron el título de *Venerable*, que le distinguia ya en los dias de su existencia; y aun se asegura que el tribunal de la Inquisicion, tomando apoyo en solo sus obras dramáticas, fué el único que impidió el que despues de algunos años se entablase expediente de beatificacion.

(Á la biografía sigue la noticia siguiente.)

El monumento fúnebre con que honraron á CALDERON los sacerdotes sus compatriotas, estaba próximo á desaparecer. Ruinosa la iglesia del Salvador, urgia evitar que las cenizas de CALDERON fuesen confundidas entre sus escombros. Ya se habia hecho una tentativa para robar su retrato: arrancado de su lugar en un momento en que estaba sola la iglesia, la diligencia de los dependientes de ella estorbó que se pudiese sacar el hurto, y el ladron hubo de huir, abandonando la presa. Los señores Don Joaquin Marracci y Soto, Don Antonio de Iza Zamácola, y Don Francisco Perez concibieron entónces el patriótico pensamiento de trasladar á otra parte los despojos mortales de CALDERON, poco ántes que el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, movido de igual impulso, se ocupase tambien en el propio designio. Los señores mencionados, mayordomos los tres de la Sacramental de San Nicolas, acudieron á esta digna corporacion,

(1) La Academia ha procurado dar á su traduccion el verdadero valor, sin embargo de los graves defectos que halla en la inscripcion original. (*Nota de la biografía.*)

Digitized by Google

solicitando que cediese para sepulcro de CALDERON el punto mas á propósito en la capilla perteneciente al cementerio de la misma, sito en las inmediaciones de la puerta de Atocha. Obtenido de la Sacramental el mas generoso beneplácito, se dirigieron los autores del proyecto á la venerable Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid y al Excelentísimo Señor conde del Asalto, heredera la una y descendiente el otro de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA; y con su permiso y el de las autoridades competentes, se hizo la exhumacion el dia 12 de junio de 1840, depositándose provisionalmente el humilde ataud que encierra los preciosos restos del gran dramático, casi reducidos á polvo, en la propia iglesia.

El proyecto del Ayuntamiento era y debia ser diferente. Señalado el magnífico convento de San Francisco para panteon de los españoles célebres, allí parece que piensa el Ayuntamiento erigir un túmulo digno del varon á quien se destina, del templo donde ha de colocarse y de la corporacion que ha de construirlo. Miéntras tanto que las circunstancias permiten al Ayuntamiento llevar á cabo su designio, CALDERON descansará en la capilla de la Sacramental de San Nicolas, cumpliéndose así los deseos del cuerpo municipal mas adelante, y los de los señores Iza, Marracci y Perez ahora, quienes para subvenir á los gastos de esta obra han invitado en particular á las corporaciones literarias de esta capital, y abierto ademas una suscricion para todo el que quiera concurrir á tan sagrado objeto.

III.

DE DON GASPAR AGUSTIN DE LARA.

PRÓLOGO Á LA OBRA TITULADA *OBELISCO FÚNEBRE, PIRÁMIDE FUNESTO A LA INMORTAL MEMORIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.* — (*Año de 1684, en Madrid.*)

ÚLTIMA y mas numerosa excelencia de esta familia nuestro DON PEDRO CALDERON, supo unir al esplendor de sangre que le dió el cielo, las resplandecientes luces de sus virtudes, los astros luminosos de su sabiduría y el luminar flamante de su ingenio, habiendo dejado para la imitacion ciento y once comedias, con muchas loas y sainetes, que se estrenaron la mayor parte de ellas en festejos de las Católicas Majestades, alumbrando aciertos al gobierno político, militar y económico, con aplauso y gusto majestuoso de los Reyes, con aceptacion atenta de la prudente política, con respeto heróico de la milicia valerosa y con veneracion discreta de la economía cristiana; y las demas, representadas en los teatros de esta corte con el gusto y admiracion universal, llenando al juicio mayor, al estudio mas grande y al ingenio mas remontado todos los espacios del deseo; dejando solo á la envidia capacidad para la imitacion; facilitando siempre con novedad aquellos elevados imposibles, que no alcanzaron las mas caudalosas plumas antiguas y modernas, como lo manifiesta doctísima y elocuentísimamente en la aprobacion de la *Nueva quinta parte de* sus *Comedias* el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofía en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal del arzobispado de Toledo.

Dejó tambien para la imitacion setenta autos, con mas de cien loas sacramentales, sin otros muchos pequeños que se usaban antiguamente, de que no hizo memoria por no tener aquella proporcion medida (de que fué primer autor), con que perfeccionó este género de representaciones.

En estos sacramentales vuelos se excedió á sí mismo, discurriendo y examinando lo que el mas atento vigilante caudal no alcanzó; causando admiracion á los linces mas agudos, considerándole Argos con cien ojos desvelados para los argumentos soberanos que propone, para los conceptos divinos con que los concluye, para el decoro de los adornos con que los trata, las moralidades con que los ilustra, las sentencias con que los apoya, las doctrinas con que los califica, la elocucion distinta con que los declara, y la discreta sal con que los sazona.

Si se numerasen sus escritos, se fatigarian los números y faltara papel para numerarlos. No solo dejó modelos perfectísimos para que se imiten en verso, mas tambien normas elocuentes

Digitized by Google

para que se sigan en prosa: dígalo el libro en folio que escribió, de la entrada de la augustísima reina madre, nuestra señora, Doña Mariana de Austria; que para prueba de sus elegantes cláusulas, no es la menor el saber que Don Lorenzo Ramirez de Prado, del Consejo Supremo y Cámara de Castilla (Justo Lipsio español), que fué superintendente de aquella celebridad, permitió se imprimiese en su nombre. Otros muchos papeles escribió; y si se juntaran estos, las comedias, autos, loas, sainetes y asuntos escritos en todo género de metros, dados á luz universal, junto con lo que dejó en borradores (entre los cuales ha de haber trescientas octavas inimitables, discurriendo en los Novísimos, que me las leyó á mí, diciendo que le faltaban de hacer otras ciento, que habia de tener el cuarto), llenaran no pocos estantes de cuerpos de libros; porque no hubo academia en que no lograse el primer aplauso, certámen en que de justicia no consiguiese el primer premio, fiesta que no se celebrase con sus consonancias, ni autor de libro, para engrandecerle, que no desease y consiguiese su aprobacion ó elogio; que la fecundidad de su ingenio, con generosidad cortesanamente agradable, todo lo producia.

Acabada de escribir esta cláusula (1), se me ofreció una duda, y es que habiendo dejado Don Pedro por heredera en el remanente de sus bienes á la Congregacion del glorioso apóstol San Pedro, siendo todo el útil que resultara de sus escritos herencia suya, ¿cómo no está el privilegio de la *Verdadera quinta parte* (ni de la sexta y séptima que han salido despues de su muerte) *de Comedias* en su cabeza, habiendo valido al impresor (como dicen todos los libreros) en ménos de un año mas de tres mil ducados, sacada la costa de la impresion? — Con que sea trasferible la herencia y que la haya trasferido la Congregacion, se me podrá responder á esta duda; mas no siendo así, yo siempre dudaré cómo pueda la Congregacion dejar de ser heredera del privilegio de los libros, y que deje de tener derecho á percibir lo que han valido las impresiones; porque siendo el instituto de su ejercicio emplearse en obras pias, fuera faltar á él, defraudando, no sin grave escrúpulo de conciencia, á los pobres el caudal de las fatigas de Don Pedro, que dejó destinado para alivio de sus ahogos en su piadosa disposicion, que fué la causa de hacerla heredera.

Acerca de la edad de Don Pedro Calderon, no puedo dejar de proponer la cuenta que yo hago en mi *Obelisco*, y la que hallo hecha en la *Verdadera quinta parte de* sus *Comedias*. Dice esta que nació el año de 1601, dia de la Circuncision del Señor, y que murió á 25 de mayo de 1681, y segun esto habia de tener Don Pedro ochenta años, cuatro meses y veinte y cinco dias; y de esta cuenta se retrata, pues se pinta en el retrato de ochenta y un años. Mi cuenta la hago por la que muchas veces he visto hacer al mismo Don Pedro (y todos cuantos le comunicaron harán la misma), pues decia habia nacido el año de 1600, á 17 de enero, dia de San Antonio Abad: de forma que tenia cuando murió ochenta y un años, cuatro meses y ocho dias. Disminuir á los varones grandes una respiracion de vida, es usurparles un inmortal aliento de fama, cuando no hay dia sin línea en sus desvelos, que no le señale con piedra blanca, y no le aclame con dorado clarin. Comprueben esta verdad los cordiales amigos (y si lo fué, como dice, quien no hace esta cuenta, tambien lo comprobará), á quienes convidaba este dia de su natal, celebrándole con los graciosísimos cuentos que con festiva gracia referia de sus niñeces, y en particular el de que no sentia tanto los azotes del maestro, como que los muchachos de la escuela le llamasen *el Peranton*, por llamarse *Pedro*, y haber nacido el dia de *San Anton*. Haga ahora la prueba real de estas dos cuentas el que quisiere saber la edad que tenia Don Pedro, y el dia que nació, sacando las consecuencias que fuere servido.

Pasaré ahora á dar razon de haber impreso despues de este prólogo las dos cartas originales que me participó Don Cárlos del Castillo, caballero del hábito de Santiago, cuyas cortesanas prendas son dignas de todo aplauso, habiendo merecido el íntimo cordial afecto de Don Pedro Calderon, y la única estimacion de su verdadera amistad, dejándole por uno de sus testamentarios. La primera es del Excelentísimo Señor duque de Veragua, siendo virey y capitan general del reino de Valencia, en cuyo contexto se reconocerá compite el augusto esplendor de tan soberano príncipe con la excelsa majestuosa llama de su divino entendimiento, pues resplandecen generosamente iguales, ilustrando y enriqueciendo á la sabiduría. (¡Oh si tuviese muchas emu-

(1) Se han omitido muchas por innecesarias en este fragmento.

Digitized by Google

luciones esta excelentísima antorcha, para que se avivasen los ingenios que yacen apagados en las pálidas pavesas de la despreciada necesidad!) Esta es la causa principal por que se da á luz pública, pues sus cláusulas son puntos sobre que se puede construir al difunto el mas glorioso monumento.

La segunda es respuesta de Don Pedro Calderon, en donde desengañado verá el que pretende acaudalar sus obras verdaderas, cuán en vano lo solicita, cuando lo experimentó imposible su propio autor; pues dice en ella *que por los títulos las conocia, y por el contexto las ignoraba*. Y los caminos por donde el ocio pudo juntar algunas, son tan poblados de fraudes, que aun percibiéndolas de la misma mentira, se pudieran tener por mas verdaderas; porque si se adquieren por el de los comediantes, las dan defraudadas, ó porque no las goce nadie como ellos las tienen, ó por disculparse de que no las han dado, cuando les puede hacer ese cargo el autor. Si se logran por la via de los que las hurtan, las trasladan con tanto susto, que las llenan de errores. De forma que por ninguna parte pueden haberse adquirido verdaderas, porque bien saben todos que Don Pedro jamas dió ninguna comedia suya á la prensa, y que las que se imprimieron fué contra su voluntad (1): tanto que aun corregirlas nunca quiso, aun pidiéndolo personas de autoridad. Lo mas que decia era que las corrigiesen ellos, ya que se hubiesen de imprimir sin su gusto; cediendo esta cortesanía á lo importuno de quien para el buen despacho de un libro solicitaba una comedia suya. Y de esta forma todos los que las imprimieron y corrigieron en vida de Don Pedro con los errores y defectos que le obligaron á desconocerlas por suyas, pueden imprimirlas hoy, alegando el lugar del primer tomo, impreso en el prólogo de sus Autos, que alega el que las está imprimiendo ahora, diciendo *que las quita los infinitos errores con que andaban impresas y trasladadas*, cosa digna de loor grande, si puede ser posible.

Aunque Don Pedro Calderon padeció los penosos habituales achaques de la edad, hasta el último aliento de la vida le conservó el cielo tan sano el juicio, que se desmintió humano, si en los aciertos de su muerte se acreditó divino; que es al contrario de lo que leo en las advertencias de la *Verdadera quinta parte*, pues dicen que *su achacosa edad no permitió pudiese hacer entero juicio de sus comedias*. Para distinguirlas, no tuvo necesidad Don Pedro de desvelarse en leer títulos de las de los otros: con hacer memoria de los suyos, las distinguia de los ajenos; que lo contrario era dejar puerta abierta á todos cuantos quisiesen hacerlos, poniéndolos en su nombre, acrecentándose cada dia el número, y dejando en disputa si eran ó no de Don Pedro; y así siempre habrán de ser suyos solos aquellos que él declaró lo eran; los demas, aunque estén en su nombre, bien se deja conocer que son supuestos.

Y ¿quién podrá haber que se persuada que la memoria de todas las comedias que se ponen en la *Verdadera quinta parte*, está rubricada de Don Pedro, cuando él mismo confiesa *que*

(1) En comprobacion de lo que afirma aquí Don Gaspar Agustin de Lara, véase este pasaje de la carta que sirve de prólogo á la *Cuarta parte de Comedias de* Calderon, impresa en Madrid, año 1672.

«Mándame Vmd., señor y amigo mio, que para sobrellevar la soledad á que le han reducido sus desengaños, le remita los libros inclusos en la memoria de su carta, en cuya última linea especialmente pone los libros de comedias, en que andan algunas mias esparcidas. Yo, con el deseo de obedecer en todo, á pesar del dejo con que ya miro esta materia, y desimaginado (por el poco afecto que he puesto en andar en sus alcances) de lo que habia de encontrar en ella, acudí á buscarlos; y no solo hallé en sus impresiones que ya no eran mias las que lo fuéron, pero muchas que no lo fuéron, impresas como mias, no contentándose los hurtos de la prensa con añadir sus yerros á los mios, sino con achacarme los ajenos; pues sobre estar, como ántes dije, las ya no mias llenas de erratas, y, por el ahorro del papel, aun no cabales (pues donde acaba el pliego acaba la jornada, y donde acaba el cuaderno acaba la comedia), hallé, ya adocenadas y ya sueltas, todas estas que no son mias. (*Sigue la lista.*)

.....Un amigo mio me dijo: Pues no tiene remedio lo pasado, enmendad lo por venir. ¿Cómo? le pregunté. Y él me respondió: Imprimiendo vos vuestras comedias, atajaréis la sinrazon de que otro las imprima. Si veis (le dije) que ya no las busco para enviarlas, sino para consumirlas, ¿cómo me aconsejais el aumentarlas? A que replicó: Ni el recogerlas es posible, ni el que no crezcan fácil. Sabed que hay persona que, de las últimas que aun no han corrido esa fortuna, tiene para imprimir un libro; y es tan atento, que por no daros pesar se ha valido de mí, para que solicite vuestra permision. No me hableis en ella (le dije), porque no he de darla. Pues tened entendido (prosiguió) que no es sola la persona por quien os pido quien las tiene, y que de no imprimirlas él en Madrid, donde con mi asistencia salgan ménos erradas, será sin duda el que otros las envien á Zaragoza ó á Sevilla, de donde vendrán, sin poder vos remediarlo, como las demas, mal corregidas. Viendo yo que el que empezaba en ruego, acababa en amenaza, y amenaza tan factible, dándome no sé si al partido ó al despecho: Haced vos lo que quisiéredes (le dije); pero con condicion, si se imprimiere, que ha de ser la de *Lucanor* alguna de ellas. Aquí entra la citada prueba, de que aun las mias no lo son, pues hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la *Parte quince*, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro; si buenos ó malos, remítome al cotejo. Tomóme la palabra, y á pocos dias me trujo el libro impreso.»

Digitized by Google

las desconocia por el contexto, y por los títulos no? Porque ¿cómo habia de firmar aquello que desconocia por suyo? Y siendo esto así, tampoco habrá quien crea rubricó los títulos por donde las conocia; pues no pudo Don Pedro prevenir en vida el que despues de muerto hubiese quien pretendiese hacer creer al mundo que firmaba por propio lo que confirmaba por ajeno.

Y porque en los títulos de sus comedias no se compre el fraude (ya que no se evite vender el error), se pone aquí la memoria de todos los que tienen las que escribió, que es copia de la original que envió al Excelentísimo Señor duque de Veragua, para que la grande estimacion de sus obras consista en el mayor aplauso que ellas mismas se adquirieron, cuando siendo todas representadas en esta corte, emporio de los mayores ingenios del orbe, se examinaron y admiraron á un tiempo sin defecto alguno; y en que de los que en ellas reconoció, procedidos de los malos trasladados y peores impresiones, se originó el desconocerlas por suyas: de que se debe inferir que todos los errores que se reconocieren, serán causados de quien pretende enmendar ahora los que no tuvieron cuando su autor las dió la última perfeccion que se reconoció en su primer exámen: siendo la mayor gloria para su posteridad el que siempre se tengan por perfectas, aun á resistencia de las imperfecciones que el tiempo caduco las pudiere introducir, y la ignorancia balbuciente presumiere enmendar.

Por cuyas razones se advierte que todas las obras que no salieren por disposicion del doctor Don Mateo Lozano, capellan de honor de S. M. y cura propio de la parroquial de San Miguel de esta corte (á quien Don Pedro por cláusula de testamento dejó todos sus papeles, y por uno de sus testamentarios, como á mas dilecto, íntimo amigo del alma, en cuyos brazos la dió á su Criador), no pueden ser verdaderamente suyas. Y porque de las razones de su carta se sacarán mejores consecuencias para prueba de lo dicho, no me detengo mas en este punto.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA, ESCRITA Á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.
SIENDO VIREY Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE VALENCIA.

«Habiendo deseado recoger todas las comedias de Vmd., mas para crédito de mi buena »eleccion, que para vanidad de mi inteligencia, he hallado tan confundidos sus títulos y tan »menoscabado su número, que me he resuelto á recurrir á Vmd., para que pasando de »oráculo de los ingenios en comun oráculo de su ingenio, en particular me declare estas du»das; pues no puede haberla en que será mas digno empleo de su númen el desagraviarse de »los descuidos propios ó de las equivocaciones ajenas, que el haber por tan dilatado curso de »años sido objeto de los aplausos ajenos con los cuidados propios, cuanto va de ser Vmd. »quien se califique, á ser los demas los que le veneren. Y así, pues debo á mi fortuna la na»tural inclinacion que siempre le he profesado, suplico á Vmd. tenga á bien expresar con toda »individuacion cuáles son todas sus comedias, enviándome una nómina de sus títulos, para »que pueda yo con esta regla irlas buscando, con la seguridad de que no me defraudará la dili»gencia la incertidumbre de conseguirlas de otro; y para este fin incluyo á Vmd. la memoria »de todas las que hasta ahora tengo en cinco partes, que corren con el nombre de suyas, »pidiéndole me diga si hay mas; y tambien dónde hallaré las de la otra memoria, que tambien »incluyo, en que he apuntado las que por ahora he echado ménos. Y este primer punto asen»tado, pasemos á otro, y permítame Vmd. que empiece riñéndole, pues cuanto ha granjeado »del mundo en aplausos, parece se lo retribuye en desprecios; y por rígida que sea la filoso»fía, no hallo yo que toquen sus desengaños en ingratitudes.

»¿Qué cosa es, que siendo Vmd. la gloria de nuestra nacion, logre con tanta flojedad este »timbre, que no se acuerde de la obligacion en que le impone, para no dejar aventurado el »lustre que á todos los españoles nos resulta en sus obras, en la contingencia de su desperdi»cio? Y especialmente en los autos, donde despues de haber tenido sudando tanto número de »años la paciencia de los doctos y la curiosidad de los discretos, imprime un tomo, ofreciendo »los demas, para recrecer la sinrazon de no haberlo hecho. No, Señor Don Pedro, Vmd. está

Digitized by Google

»demasiadamente bien consigo, ó demasiadamente mal con los otros; y cualquiera de estos »extremos es muy contra la verdadera templanza; y así protesto á Vmd. en nombre de todos »(ya que la casualidad de mi intento me constituye voz prórumpida de la expectacion) que esto »es injuriar muchos deseos y muchas estimaciones : por lo cual vuelvo á suplicar á Vmd. pro- »siga la impresion de sus autos (no digo bien que la prosiga : que la fenezca, digo), dando á »la estampa á un tiempo todos los que ha hecho; y si para ello le faltan á Vmd. los medios que »corresponden, dígame cuáles quiere que yo le ofrezca, y se pondrán donde fueren menester »las cantidades que fueren necesarias : siendo bien infeliz muestra del siglo, que á quien lo »merece todo, se llegue á recelar le pueda faltar nada. Y lo que de esta insinuacion me ha de »dar Vmd. en agradecimientos, démelo en puntualidades, que me serán la verdadera satisfac- »cion; y en el ínterin que se logra, hágame Vmd. gusto de enviarme, tambien con las come- »dias, una memoria aparte de los títulos de todos sus autos, y trate Vmd. de no negárseme á »uno ni á otro, engañando su modestia con su atencion. Guarde Dios á Vmd. muy largos años. »Real de Valencia y junio 18 de 1680.—Su mas aficionado servidor de Vmd.

EL ALMIRANTE DUQUE.»

RESPUESTA DE DON PEDRO CALDERON.

«Excelentísimo Señor : Bien ha sido menester, Excelentísimo Señor, la suma dicha de tener- »me V. E. en su memoria, para consuelo de las penalidades en que me halla, á causa de una »leve caida, á quien han hecho grave achaques y años, pues ha resultado de ella el haberme »impedido de todo un lado : con que, por no escribir á V. E. de ajena letra, lo he dilatado »hasta que algo convalecido, me permite tomar la pluma. Pero no por eso he perdido tiempo »en obedecer á V. E.; pues lo retardado me ha servido de hacer acuerdo en órden al cumpli- »miento de lo que me manda y me riñe; bien que con mas aprecio de lo que me riñe, que »de lo que me manda. Y cuando una y otra razon no me sirva de disculpa, discúlpeme el que »tomar plazo para responder á V. E. ha sido por no hallarme con razones que signifiquen la »estimacion, respeto y veneracion en que me ponen las no merecidas honras que V. E. me »hace. Y aun no pára en eso la disculpa, sino en que, despues de haberlas meditado, me hallo »tan sin ellas como ántes; y así, remitiéndome á que la benignidad de V. E. me salga por fia- »dora (pues sola su grandeza puede ser desempeño de mi reconocimiento), paso á la obliga- »cion en que me pone su mandato.

»Yo, Señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho libreros y im- »presores (pues no contentos con sacar sin voluntad mia á luz mis mal limados yerros, me »achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los mios; y aun esos mal trasladados, »mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto que puedo asegurar á V. E. que aunque »por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco; pues algunas que »acaso han llegado á mi noticia, concediendo el que fuéron mias, niego el que lo sean, segun »lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven »de venderlas, porque hay otros que viven de comprarlas; sin que sea posible restaurar este »daño, por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que, informados de su jus- »ticia, juzgan que la poesía mas es defecto del que la ejercita, que delito del que la desluce. »Esta desestimacion y poco caso que los señores jueces privativos de imprentas y librerías tal »vez han hecho de mi queja, me han puesto en tal aborrecimiento, que no hallo mas remedio »que ponerme de su parte, haciendo yo tambien desprecio de mí mismo. En este sentir pen- »saba mantenerme, cuando la no esperada dicha de tenerme V. E. en su memoria me alienta »de manera, que con su patrocinio proseguiré la impresion de los autos, que son lo que solo »he procurado recoger, porque no corran la deshecha fortuna de las comedias, temeroso de »ser materia tan sagrada, que un yerro ó de pluma ó de la imprenta, puede poner un sentido »á riesgo de censura; y así remito á V. E. la memoria de los que tengo en mi poder, con la »de las comedias, que así esparcidas en varios libros, como no ofendidas hasta ahora, se

Digitized by Google

»conservan ignoradas, para que V. E. disponga de uno y otro, en cuyo nombre proseguiré la »impresion de los autos, luego que me halle convalecido, de que daré parte á V. E., reser»vando la liberalidad que me ofrece para cuando necesite valerme de ella. Cuya vida Nuestro »Señor guarde con las felicidades y puestos que merece, y este humilde capellan suyo le desea. »Madrid y julio 24 de 1680. — Excelentísimo Señor.— B. L. M. de V. E. su humilde capellan, »Don Pedro Calderon de la Barca.»

MEMORIA DE COMEDIAS DE DON PEDRO CALDERON, ENVIADA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA.

TOMO PRIMERO.

La vida es sueño.
Casa con dos puertas.
El purgatorio de San Patricio.
La gran Cenobia.
La devocion de la Cruz.
La puente de Mantible.
Saber del mal y del bien.
Lances de amor y fortuna.
La dama duende.
Peor está que estaba.
El sitio de Bredá.
El Príncipe constante.

TOMO II.

El mayor encanto amor.
Argénis y Poliarco.
El galan fantasma.
Júdas Macabeo.
El médico de su honra.
La Virgen del Sagrario.
El mayor monstruo del mundo.
El hombre pobre todo es trazas.
A secreto agravio, secreta venganza.
El astrólogo fingido.
Amor, honor y poder.
Los tres mayores prodigios.

TOMO III.

En esta vida todo es verdad y todo mentira.
El maestro de danzar.
Mañanas de abril y mayo.
Los hijos de la fortuna.
Afectos de odio y amor.
La hija del aire, primera y segunda parte.
Ni amor se libra de amor.
El laurel de Apolo.
La púrpura de la rosa.
La fiera, el rayo y la piedra.
Tambien hay duelo en las damas.

TOMO IV.

El postrer duelo de España.
Eco y Narciso.
El monstruo de los jardines.
El encanto sin encanto.
La niña de Gomez Arias.
El gran príncipe de Fez.
El Faetonte.
La aurora en Copacabana.
El conde Lucanor.
Apolo y Climene.
El golfo de las Sirenas.
Fineza contra fineza (1).

Fieras afemina amor.
La estatua de Prometeo.
El Tuzaní de la Alpujarra.
Amado y aborrecido.
El jardin de Falerina.
Darlo todo, y no dar nada.
De un castigo tres venganzas.
¿Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion?
Luis Perez el gallego.
Mujer, llora y vencerás.
Basta callar.
La Virgen de los Remedios.
Auristela y Lisidante.
Mejor está que estaba.
Mañana será otro dia.
La Virgen de la Almudena, primera y segunda parte.
El mágico prodigioso.
San Francisco de Borja.
Los dos amantes del cielo.
Amigo, amante y leal.
El secreto á voces.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Las armas de la hermosura.
Duelos de amor y lealtad.
El segundo Scipion.
El castillo de Lindabridis.
Don Quijote de la Mancha.
La Celestina.
No hay cosa como callar.
El José de las mujeres.
El triunfo de la Cruz.
Los empeños de un acaso.
Primero soy yo.
El agua mansa.
Agradecer y no amar.
Para vencer á amor, querer vencerle.

(1) Las que siguen son las no coleccionadas y las inéditas hasta entónces.

Digitized by Google

No siempre lo peor es cierto.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Dicha y desdicha del nombre.
Manos blancas no ofenden.
El escondido y la tapada.
Cada uno para sí.
La desdicha de la voz.
Antes que todo es mi dama.
Los tres afectos de amor.
El pintor de su deshonra.
No hay burlas con el amor.
Dar tiempo al tiempo.
¡Fuego de Dios el querer bien!
La cisma de Inglaterra.
El acaso y el error.
Celos, aun del aire, matan.
Andrómeda y Perseo.
El alcalde de Zalamea.
La banda y la flor.
Con quien vengo, vengo
El alcaide de sí mismo.
El carro del cielo.
De una causa dos efectos.
Bien vengas mal, si vienes solo.
Certámen de amor y celos.
Los cabellos de Absalon.

IV.

DEL REVERENDISIMO PADRE MAESTRO FRAY MANUEL DE GUERRA Y RIBERA.

APROBACION DEL QUINTO TOMO DE COMEDIAS DE CALDERON, *primero que publicó Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, firmada por el Padre Guerra, en el convento de la Trinidad de Madrid, á 14 de abril de 1682.*

Tienen las comedias tres clases, porque se reducen á tres clases los genios. Para los medianamente avisados son indiferentes, para los discretos son buenas, para los necios pueden ser malas. Esta sospecha me la funda la naturaleza misma. Los medianamente avisados son regularmente de unos genios blandos, que no apuran mucho los objetos, no exprimen demasiado el jugo de aquello que miran y oyen. Estos toman aquella lijera diversion de los ojos y los oídos, sin pasar á penetrar mas allá lo escondido de los objetos : para estos se queda puramente indiferente.

Para los discretos es buena; porque si es de santo, como penetran el primor de los números, les mueve á ternura; si es de historia, reparan el ejemplo; si es de pasos amatorios, se irritan, si no van tan puros. De todas sacan utilidad : estos no tienen peligro; y la razon es, porque ocupado el entendimiento en atender los defectos ó los primores, no deja lugar á que puedan distraerse los sentidos.

Por esta misma razon pueden ser para los necios malas; porque como no tienen entendimientos que ocupar, aplican todos sus sentidos al ver, y es fácil que faltando el ayo del entendimiento, se deslice algun sentido. Bien deseara mi buena intencion que para estos estuviera la puerta cerrada; porque aunque conozco que es remota la contingencia del mal, me inclino á que no es tan contingente la del bien.

Habiendo deseado cumplir con la obligacion comun, me resta ahora la particular, y es de tales comedias : las comedias son tales, que son de Don Pedro Calderon de la Barca.

Sin agravio de tantos insignes poetas como han ilustrado é ilustran el teatro del mundo y de esta corte, me han de permitir que diga que solo nuestro Don Pedro Calderon bastaba para haber calificado la comedia, y limpiado de todo escrúpulo el teatro. Este grande juicio, estudio y ingenio pisó con tal valentía y majestad la cumbre de lo cómico, que solo ha dejado á la envidia capacidad para desearle imitar : no lo dice mi amor y respeto, sus comedias lo dicen.

¿Quién ha casado lo delicadísimo de la traza con lo verosímil de los sucesos? Es una tela tan delicada que se rompe al hacerla, porque el peligro de lo muy sutil es la inverosimilitud. Alargue la admiracion los ojos á todos sus argumentos, y los verá tan igualmente manejados, que anden litigando los excesos. Las comedias de santo son de ejemplo, las historiales de desengaño, las amatorias de inocente diversion sin peligro. La majestad de los afectos la claridad de los conceptos, la pureza de las locuciones, la mantiene tan tirante, que aun la conserva dentro de las sales de la gracia. Nunca se desliza en puerilidades, nunca se cae en

Digitized by Google

bajeza de afectos. Mantiene una alta majestad en el argumento que sigue, que si es de santo, le ennoblece las virtudes; si es de príncipe, le enciende á las mas heróicas acciones; si es de particular, le purifica los afectos. Cuando escribe de santo, le ilustra el trono; cuando de príncipe, le enciende el ánimo; cuando de particular, le limpia el afecto.

Este monstruo de ingenio dió en sus comedias muchos imposibles vencidos. Noten cuántos. Casó con dulcísimo artificio la verosimilitud con el engaño, lo posible con lo fabuloso, lo fingido con lo verdadero, lo amatorio con lo decente, lo majestuoso con lo tratable, lo heróico con lo inteligible, lo grave con lo dulce, lo sentencioso con lo corriente, lo conceptuoso con lo claro, la doctrina con el gusto, la moralidad con la dulzura, la gracia con la discrecion, el aviso con la templanza, la reprension sin herida, las advertencias sin molestia, los documentos sin pesadez; y en fin, los desengaños tan caidos y los golpes tan suavizados, que solo su entendimiento pudo dar tantos imposibles vencidos.

Lo que mas admiro y admiré en este raro ingenio, fué que á ninguno imitó (1). Nació para maestro, y no discípulo; rompió senda nueva al Parnaso, sin guia escaló su cumbre: esta es para mí la mas justa admiracion, porque bien saben los eruditos que han sido rarísimos en los siglos los inventores.

Solo el singular ingenio de nuestro Don Pedro pudo conseguir hacer caminos nuevos, sin pisar los pasos antiguos; los miró, no para seguirlos, sino para adelantarlos: voló sobre todos. Puedo decir de esta insigne pluma lo que dijo el eruditísimo Macedo, de Tasso, que *solo pecó en no pecar*. O lo que dice de su idolatrado Camoens, que aun contentó con los pecados veniales. Son tan artificiosos los defectillos lijeros que puede notarle la escrupulosa melancolía de los críticos, que debo juzgar que los puso para mayor hermosura, por habilidades los deslices.

Para todos los accidentes humanos ministran las comedias de Don Pedro ejemplos, y es tan discreta la medicina, que dejan, por lograrla, ambiciosa la llaga. Sirva este rasgo de sus obras de venerable lisonja á sus respetadas cenizas, y viva eterno en la mente de los estudiosos para viva idea de los aciertos.

V.

DE DON IGNACIO DE LUZAN.

LA POÉTICA Y REGLAS DE LA POESÍA, *obra impresa por primera vez en Zaragoza, año de* 1737, *y reimpresa en Madrid, corregida y aumentada por el autor, en la oficina de Don Antonio de Sancha, año de* 1789. *Capítulo* 1.º *del libro* III.

Estaba reservado el hacerla á Don Pedro Calderon de la Barca, que empezó á darse á conocer cuando Lope declinaba; y así como este oscureció á los que le precedieron, Calderon anubló aun al mismo Lope, y casi le desterró de los teatros. Alcanzó Calderon tiempo mas favorable. Felipe II, monarca serio, achacoso y retirado, no veia comedias. Felipe III, devoto é inclinado á otras diversiones, acaso hacia escrúpulo de verlas y aun de permitirlas; y así no tengo noticia de que comedia alguna de Lope se representase á los Reyes. Al contrario Calderon, floreció cuando era jóven Felipe IV, en cuya persona sobresalian las inclinaciones y habilidades caballerescas, junto con la de hacer versos. Llevó las comedias á Palacio, donde se representaban con magníficas decoraciones. El mismo escribió algunas, y se le atribuyen las que se dicen *de un ingenio de esta corte*. Estimó y agasajó á los poetas, de forma, que si hubiese tenido conocimiento del arte y mejor gusto, su tiempo hubiera sido el de la perfeccion de nuestra dramática, por los grandes ingenios que concurrian. Era Calderon el mas sobresaliente de todos; y como á su crianza caballerosa y á la profesion militar, que siguió hasta que se hizo sacerdote, añadió la frecuencia de la corte y el trato amistoso con personas de la primera jerarquía, se formó un lenguaje tan urbano, tan ameno y seductivo, que en esta parte no tuvo competidor en su tiempo, y mucho ménos despues. Sus comedias son

(1) Este elogio, que Don Pedro Calderon no necesita, es exagerado. (*Véase mas adelante la nota puesta al artículo* VI.)

Digitized by Google

de tres clases: unas, las que llaman *de teatro*, esto es, las que se representan con decoraciones, máquinas y mutacion de escenas; otras, las *heróicas*, cuyos asuntos é interlocutores son de alta clase; y otras, las que llamamos *de capa y espada*, en que intervienen caballeros y damas, ó personas inferiores, en su traje regular (que entónces era la capa y la espada de golilla en los hombres), sin decoracion ni mudanza de escena. En las dos primeras clases siguió, como todos, el rumbo de Lope, aunque con alguna mas nobleza y regularidad; pero en las de capa y espada no sé que tuviese modelo. La invencion, formacion y solucion de enredo complicadísimo; las discreciones, las agudezas, la galantería, los enamoramiéntos repentinos; las rondas, las entradas clandestinas y los escalamientos de casas; el punto de honor, la espada en mano, el duelo por cualquier cosa, y el matarse un caballero por castigar en otro lo que él mismo ejecutaba; las damas altivas, y al mismo tiempo fáciles y prontas á burlar á sus padres y hermanos, escondiendo á sus galanes aun en sus mismos retretes; las citas nocturnas á rejas ó jardines; los criados pícaros, las criadas doctas en todo género de tercería, por cuya razon hacen siempre parte principal de la trama; y en fin, la pintura exagerada de los galanteos de aquel tiempo y los lances á que daban motivo, todo era suyo. Digo exagerada, pues no creo fuesen tales como él los pinta; y si lo eran, tienen poca razon los que envidian el recato de aquellas damas, cuyas liviandades quedaban siempre premiadas y airosas. Prescindiendo de lo perteneciente á la moral, que con razon le han censurado muchos; por lo que mira al arte, no se puede negar que sin sujetarse CALDERON á las justas reglas de los antiguos, hay en algunas de sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores ó lectores, y llevarlos de escena en escena, no solo sin fastidio, sino con ansia de ver el fin: circunstancia esencialísima, de que no se pueden gloriar muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas. Algunos le tachan de poca variedad en los asuntos y caractéres, diciendo que el que haya visto lo que hacen y dicen el Don Pedro y la Doña Juana de una comedia, puede figurarse lo que harán y dirán el Don Enrique y Doña Elvira de otra. No es mal fundada esta crítica; pero á quien tiene las calidades superiores de CALDERON y el encanto de su estilo, se le suplen muchas faltas; y aun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro, que igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como este no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva CALDERON casi todo su primitivo aplauso: sirvió y sirve de modelo, y son sus comedias el caudal mas redituable de nuestros teatros.

VI.

DE DON BLAS NASARRE.

DISERTACION SOBRE LAS COMEDIAS DE ESPAÑA, QUE SIRVE DE PRÓLOGO A LA REIMPRESION DE LAS COMEDIAS Y ENTREMESES DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *hecha en Madrid por el mismo Nasarre, año de 1749, en la imprenta de Antonio Marin.*

TENEMOS ciertamente muchas piezas de teatro escritas con todo el arte, con caractéres naturales y propios, con buena moral, con maraña y enredo verosímil, con las unidades tan apetecidas y decantadas, con diccion hermosa y correspondiente, y que agradan, divierten é instruyen al vulgo y á los cortesanos, y que quitan el sobrecejo á los Catones, purgando con gracia y risa los vicios de todos; pero no hay que buscar estas comedias entre las de Lope de Vega, ni las de DON PEDRO CALDERON, ni de otros que los imitaron.

Es verdad que á CALDERON le levantaron altares como á un dios del teatro, y que su ingenio superior tropezaba algunas veces con cosas inimitables; pero acompañadas con otras tan poco nobles, que se puede dudar si la bajeza de ellas ensalza lo sublime, ó si el sublime hace ménos tolerable su bajeza. A nadie imitó cuando escribia de propósito: todo lo sacaba de su propia imaginacion; abandonó sus obras al cuidado de la fortuna, sin elegir las circunstancias nobles y necesarias de sus asuntos, y sin descartar las inútiles. Despreció el estudio

Digitized by Google

de las antiguas comedias (1): sus personas vagan desde el Oriente al Occidente, y obliga á los oyentes á que vayan con ellas ahora á una parte del mundo, ahora á la otra. La ufanía, el punto de honor, la pendencia y bravura, la etiqueta, los ejércitos, los sitios de plazas, los desafíos, los discursos de estado, las academias filosóficas, y todo cuanto ni es verosímil ni pertenece á la comedia, lo pone sobre el teatro. No hace retratos, espejos, ni modelos, si no decimos que lo son de su fantasía. Es verdad que para disculparle quieren decir que retrata la nacion, como si toda ella fuese de caballeros andantes y de hombres imaginarios. Pues ¿qué diré de las mujeres? Todas son nobles, todas tienen una fiereza á los principios, que infunde en lugar de amor, miedo; pero luego pasan de este extremo, por medio de los celos, al extremo contrario, representando al pueblo pasiones violentas y vergonzosas, y enseñando á las honestas y incautas doncellas los caminos de la perdicion, y los modos de mantener y criar amores impuros, y de enredar y engañar á los padres y de corromper á los domésticos; esperanzándolas con el fin de casamientos desiguales y clandestinos, en desprecio de la autoridad de los padres, disculpados solo con la pasion amorosa y extremada (que se pinta como honesta y decente), que es la peste de la juventud y el escarnio de la edad provecta. Es verdad que en esta parte retrata mas de lo que era razon que se viese; pero retrata como honesto y aun heróico lo que no es lícito representar sino como reprensible. Da al vicio fines dichosos y laudables, endulza el veneno, enseña á beberlo atrevidamente y quita el temor de sus estragos.

Hace hablar á sus personas una lengua seduciente, con metáforas ensartadas unas en otras, y tan atrevidas y fuera de modo, que los sueños de los calenturientos de Horacio serían ménos desvariados. No hablan ciertamente así las gentes á quienes no falta del todo el juicio, ni aun las mas apasionadas; siendo cierto que les repugnan del todo las que llaman discreciones, y aun mas las erudiciones afectadas, fuera de tiempo y sazon, equivocadas y traidas de los cabellos; y de todo esto viste y engalana CALDERON sus comedias. Sus amantes, sus desfavorecidos, á nadie se parecen; y así no retrata, ántes bien desfigura, y peca gravemente en esto contra la razon y contra el arte de la comedia; y no solo contra este poema, sino contra todos, porque toda poesía debe ser como la pintura, la cual consiste en la imitacion de la naturaleza.

No acuerdo para esto á Aristóteles, á Horacio ni á Quintiliano: sobrará lo que en el acto octavo de la incomparable *Celestina* se reprende al héroe de la comedia.

«*Calisto.* Ni comeré hasta entónces, aunque primero sean los caballos de Febo apacenta-»dos en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.»

«*Sempronio.* Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías; que no es habla conveniente la »que á todos no es comun, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di *aunque se »ponga el sol*, y sabrán todos lo que dices.»

Cotéjese la frase reprendida en Calisto, cuando lo pintan casi loco de enamorado y haciendo soliloquios, con las que usan las personas de las comedias de CALDERON. Cotéjese con las de sus galanes, damas y lacayos, y en los mayores aprietos de la maraña, y se verá que ni humana ni poéticamente son sufribles.

No supo CALDERON que los autores de las comedias, conociendo la utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad pública para instruir á sus conciudadanos, persuadiéndose que la patria les confía tácitamente el oficio de filósofos y de censores de la multitud ignorante, corrompida ó ridícula. Es así, que los preceptos de la filosofía puestos en los libros son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo; pero presentados en los espectáculos animados, lo conmueven vivamente. El filósofo austero se desdeña de ganar los corazones. El tono dominante de sus máximas ú ofende ó cansa. El cómico excita alternativamente mil pasiones en el alma: hácelas servir de introductoras de la filosofía: sus lecciones nada tienen que no sea agradable, y están muy apartadas del sobrecejo magistral, que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres. Pero ¿qué digo? El cómico no da lecciones

(1) Léjos de despreciarlas, aprovechó los argumentos de algunas. *Lances de amor y fortuna*, y *A secreto agravio secreta venganza*, incluidas en este primer tomo, son imitaciones, aunque muy libres, de *Palabras y plumas* y *El celoso prudente*, de Tirso de Molina. Verdad es que para Nasarre no eran las de Tirso comedias antiguas ni buenas.

Digitized by Google

algunas : cada uno de los oyentes se las da á si mismo, y se toma los dictámenes que quiere inspirarnos, sin que pensemos que nos los quiere dar.

Estas y otras consideraciones hicieron decir al sabio y elocuente jesuita Porée, que la comedia enseña mejor que la historia, siendo la historia mejor que la filosofía, porque la comedia elige los ejemplos de los vicios desgraciados y de las virtudes coronadas. La historia pinta los hombres que fuéron y ya no existen : la comedia los representa vivos y existentes ; los vemos á ellos mismos, no á sus retratos ; oimos sus discursos, y ejecutan en nuestra presencia las mismas acciones de que la historia solo conservó la memoria. Véase á esta luz ¡ qué nos representa Calderon, y cuánto se apartó del fin que debió siempre tener po mira! ¿Qué vicio nos pinta ridículo y despreciable? Qué carácter sostiene desde el principio al fin de la fábula? ¿Cuándo triunfan la verdad y el juicio? Cuándo el vicio y la extravagancia, decaidos de su esperanza, son expuestos á la vergüenza y á la risa?

El enredo hace toda la esencia de sus comedias, el carácter está absolutamente despreciado; rara vez se contenta con una materia simple y única : parece que al contrario quiere sostener su genio con la variedad de acciones que toma de dos ó tres asuntos. Parecióle tal vez que esta, que es verdadera pobreza, era riqueza de imaginacion. Mezcla, no liga los asuntos; pero de modo tan infeliz, que parece se ven representar de una vez dos comedias, en tanto una escena de la una y en tanto de la otra; lo que es tan contrario á las leyes del teatro como á las del juicio. Las reglas y leyes del teatro, digo, que el exacto conocimiento del corazon humano sacó y hizo seguras para excitar y entretener el placer que causan ciertas pasiones.

VII.

DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DISERTACION QUE PRECEDE A LA *PETIMETRA*, COMEDIA NUEVA, ESCRITA CON TODO EL RIGOR DEL ARTE *por el mismo Don Nicolas Fernandez de Moratin, entre los Arcades de Roma* Flumisbo Thermodonciaco.—(*Madrid, en la oficina de la viuda de Juan Muñoz, año de* 1762.)

Aunque el arrojarse uno á empeños imposibles, con razon es vituperado de los cuerdos, suele haber pasiones tan vehementes, que ofuscando el entendimiento, no dejan conocer la temeridad. Yo bien conozco la mia; pero el amor de la patria puede tanto conmigo, que á trueque de vindicarla en lo que pueda de las injurias de los extraños, me expongo evidentemente á las de los críticos y maldicientes de casa. Bien pudieran excusarme esta afrenta muchos doctos españoles, que con mas felicidad, mas años y mas estudios que los mios, sabrán perfeccionar la comedia. Solamente esta proposicion era empeño de mayores fuerzas; pues parece blasfemia el decir que habiendo en el mundo Lope, Calderon, Moreto, Solis, Candamo y otros, haya que añadir perfeccion á la comedia.—Pues lo cierto es que los extranjeros, y algunos naturales, se burlan de las nuestras; y aun ha habido quien afirme que no tenemos una perfecta. Lope dice que escribió seis con las reglas que manda la *Arte Poética* : con que fuera de estas (que él no señala cuáles sean, ni á mi noticia han llegado), podemos con licencia suya echar á un lado por desarregladas, y consiguientemente imperfectas, las muchas que produjo aquel insigne varon.

Aquí es donde oigo yo levantarse contra mí la turba-multa de los necios, llamándome atrevido, temerario, sacrílego y blasfemo, enemigo de la patria, pues digo contra sus hijos semejantes insolencias, habiendo merecido muchos de ellos los mayores elogios de los hombres mas insignes del orbe; y en fin, rematarán diciendo que las comedias así como están logran aplauso, y que ¿si querré yo saber mas que Lope, ni Calderon, ni otros muchos, que levantaron á los cielos las musas españolas? Pero ni todas esas voces me espantan, ni todos los defensores juntos estiman ni veneran mas á nuestros célebres poetas, que yo los estimo y los venero.

Para agradar al pueblo, no es preciso abandonar el arte; y si alguna comedia ó tragedia escritas sin él agradan, no es por la precisa circunstancia de que estén desarregladas; pues si la

Digitized by Google

tal composicion tuviera el arte, sería al doble mas aplaudida. No solamente espero impugnaciones de los necios, pero aun de algunos mas estudiosos, que dirán que yo no escribo nada de nuevo, pues no hago mas que repetir lo que dice Aristóteles en su *Poética*, y lo que han repetido muchísimos comentadores suyos en las mas cultas naciones; pero esta impugnacion me sirve de defensa contra la que me censure de introductor de novedades, pues nuestros mas selectos autores han tocado ya este punto felizmente; y el condenar yo el método de nuestras comedias, no es atrevimiento mio, pues lo confesó primero el mismo Lope de Vega. Cervántes blasfema de ellas. Cascales en sus *Tablas poéticas* se rie. Don Ignacio Luzan, á quien estiman los extranjeros aun mas que los naturales, enseña en su *Poética* con admirable doctrina y profunda erudicion todo lo que llevo dicho. Don Gregorio Mayans y Siscar hace lo mismo; y últimamente, el señor Montiano y Luyando, en el *Discurso de las tragedias españolas*, hace una severa, aunque justísima crítica de los autores españoles que faltaron á estos preceptos; y no es extraño que yo escriba en esta forma, pues no hay enmienda alguna; y las pocas comedias que hoy dia salen á luz, sacan los mismos defectos y aun mas que las antiguas: de suerte que parece que ha sido en balde el trabajo de estos grandes hombres, padres de la patria y de la española república literaria. Los errores de las comedias españolas son tantos, que en algun modo disculpan á los extranjeros, quienes con ridículas mofas y sátiras se han burlado de nuestros grandes autores, sin que les hayan valido tantos y tan grandes primores como se ven en sus dramas; porque como la obra está mal concertada en todo el cuerpo, no la libra de la crítica alguna parte, por mas que no esté dañada.

El célebre Luzan hizo un capítulo aparte de los defectos mas comunes de nuestras comedias; y aunque en algun modo parezca que repito lo que dijo este gran poeta (1), diré brevemente algunos, sin que por eso se infiera que yo no estimo como debo á nuestros cómicos. La comedia de *San Amaro*, la de los *Los siete durmientes*, *Los trabajos de Adan y Eva*, *El conde de Saldaña* y otras infinitas, mas que comedias se pueden llamar historias representadas, segun la duracion de sus acciones. La desunion de lugar se nota en las mejores y mas bien parladas comedias nuestras, pues hay alguna, cuyas tres jornadas se representan en las tres partes del mundo, y me admiro que no hayan puesto cuatro actos, para que no quede desconsolada la América; pero ya se acordó de ella el Maestro Tirso de Molina, que en *Las hazañas de los Pizarros* saltó desde Trujillo al Perú; y yo he visto comedia del giro que hizo en el orbe la nave *la Victoria*, donde es gusto hallarse, ya en el estrecho de Magallanes, ya en las islas Marianas, ya en las Filipinas, ya en las Molucas y Maldivias, ya en el Cabo de Buena-Esperanza, ya en las Canarias, hasta llegar á Sanlúcar, donde se empezó la comedia. En la unidad de accion se puede verificar mejor que en cosa ninguna el gusto estragado del vulgo, que dijo Lope. La culpa de esto, es sin duda que la tiene el profundo CALDERON (2), quien con la inmensa fantasía de que pródigamente le dotó naturaleza, amontonó tantos lances en sus comedias, que hay alguna, que de cada acto ó jornada se pudiera componer otra muy buena; y el vulgo embelesado en aquel laberinto de enredos, se está con la boca abierta, hasta que al fin de la comedia salen absortos, sin poder repetir toda la sustancia de ella. Pero los hombres de juicio, que saben que la comedia se hizo para corregir las malas costumbres, y que no podemos cumplirlo sin entenderlo, conocen que es superflua é inverisímil toda aquella redundancia, la cual es originada de la libertad que se toman en que dure la accion lo que ellos quieren; pues si la redujeran á los límites del arte, no pudieran en tan poco tiempo desatar tantos enredos; y si alguno lo conseguia, tropezaba con la inverisimilitud, porque es imposible, ó á lo ménos muy extraño, que en un dia y en un paraje le sucedan á un hombre tantos acasos. Otras impropiedades no menores se notan en nuestras comedias. Sea la primera en la de *El cerco de Roma*, por el rey longobardo Desiderio, que estando acampado este pagano á vista de aquella ciudad, ve en sueños á Carlo-Magno en Francia, y á Bernardo, que está en España: lo que aunque no es imposible que pudiera soñar él, lo es que se lo haga percibir visiblemente al audi-

(1) Si Luzan era gran poeta, CALDERON ¿qué sería?

(2) CALDERON no tendria la culpa de los abusos que reinaban ántes que él floreciera. En el año de 1614 ya estaba impresa la comedia de Lope *El Nuevo mundo de Colon*, que pasa en España y América: entónces tenia CALDERON catorce años.

Digitized by Google

torio, el cual lo está oyendo todo, y viendo desde su asiento tres parajes tan distantes, lo que pudiera haber evitado el autor con hacer referir el sueño en alguna pequeña relacion. No es ménos duro despues aquel paso tan desatento, que sucede en Roma, ya acabado de llegar Bernardo, cuyas descorteses fanfarronadas y arrogancias vanas y jactanciosas, impropias en tal lance y en persona de su esfera, mas deslucen que acreditan á aquel valiente español. En *La cisma de Inglaterra*, el embajador de Francia hace y dice su embajada delante de todas las damas de palacio; y en la de *Rendirse á la obligacion*, otro embajador da su embajada á la reina en un jardin, delante de los jardineros; y uno de ellos (que es un príncipe disfrazado) riñe con el dicho embajador, porque anduvo descomedido con la reina. Si estos pasos son ó no son verisímiles, senténcienlo los desapasionados juiciosos; que yo no quiero cansarme en vano. La altura del estilo sublime de nuestras comedias es censurada tambien; porque hablando, como se supone, los actores de repente, no pueden proferir agudezas tan artificiosas y sutiles como se oyen á cada paso, y mas debiendo ser personas humildes y plebeyas. Otras impropiedades hay: v. g. no guardar el carácter del sugeto, de la nacion y el siglo en que se supone. Los lances tan frecuentes de las tapadas, quiero que los sentencie todo el mundo, y diga cualquiera si no conoceria por la voz y por otras mil señales á su hermana ó dama, ó á otra con quien tenga mucha comunicacion; y suele haber conversaciones bien largas, y la señora está muy segura, fiada solo á la raridad de un manto, sin que la conozca quien continuamente suele estar pensando en ella. La instruccion moral, que es el alma de la comedia, pocas son las que la tienen, siendo circunstancia esencialísima; porque el fin de la poesía es enseñar deleitando, y para esto es la comedia; y hay algunas que aunque su asunto principal no es manifiestamente malo, suelen tener algunas cláusulas, que pudieran compararse con las de Menandro y Aristófanes; y este es el motivo por que han sido perseguidas las comedias tantas veces por varones religiosos y cristianos, lo que no sucediera si estuvieran segun el arte que enseña á ultrajar el vicio y á dejar siempre triunfante la virtud. De todo lo arriba dicho se origina una cuestion, y es, si nuestros autores cómicos supieron el arte, ó no. Muchos son de la segunda opinion, y dicen que si acaso le supieron, ¿cómo no le mostraron en una ú otra comedia con distincion, escribiendo alguna en particular para los doctos quien escribió tantas veces para los necios? Pero se acredita de ello quien tal piensa; pues del gran Lope consta que le supo, cuando supo distinguir, aun en sus mismas comedias, las unas de las otras. Y aun sin esta razon, ¿quién pudiera persuadirse que un hombre de tan vasta erudicion y doctrina como Lope ignorase una cosa tan trivial para quien discurria divinamente en materias mas profundas? Una cosa es el capricho y otra la ignorancia, y de esta no tuvo nada el gran poeta español: él dió en aquel arte nuevo, y CALDERON le siguió, como vió la aceptacion de las comedias de Lope; que no porque ignoraba el modo de hacer bien una comedia; y lo mismo digo de los demas autores de aquel tiempo, en el cual, aunque no se practicaba, se sabía el arte en España, pues Cascales le enseña bien.

Ahora vuelve la pregunta: ¿cómo aunque están sin arte, agradan tanto nuestras comedias? A esto digo sin lisonja que ¿á quién no ha de agradar y embelesar por extremo aquella prodigiosa afluencia, tan natural y abundante del profundo CALDERON, por cuya dulce boca hablaron suavidades las musas? ¿Quién no admira la discrecion de Solis, de Don Francisco de Rojas, de Don Agustin Moreto, de Candamo, de Montalvan y otros muchos? Y ¿qué hombre habrá tan idiota, que no admire absorto la facilidad natural y la elegancia sonora del fecundísimo Lope?

Esto que digo ingenuamente, es para que se vea el justo aprecio que yo hago del mérito y la virtud, y que yo no he concebido ningun odio ni envidia contra tan insignes hombres, los cuales abandonaron el arte, que no ignoraban, solamente por capricho y novedad, y esto ha sido lo que les ha quitado la estimacion entre los doctos; porque aunque en las mismas comedias desarregladas se encuentran cosas altísimas, sucede lo que en una ciudad mal dispuesta, que aunque tenga edificios suntuosísimos, todos se lastiman de verlos mal empleados en semejante paraje; y no son todas las comedias totalmente imperfectas, pues hay muchas, que si no son buenas, lo quedaran con poquísimo reparo, v. g.: *Los empeños de un acaso*, *Antes que todo es mi dama*, *El amor al uso*, *Tambien hay duelo en las damas*, *Mejor está que*

Digitized by Google

estaba, *No siempre lo peor es cierto*, *El esclavo en grillos de oro*, *El tramposo con las damas*, y otras, de las cuales hay alguna, que con solo quitarla ó añadirla una palabra, quedaba perfecta.

VIII.

DEL MISMO DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DESENGAÑO AL TEATRO ESPAÑOL. (*Folleto de diez y seis páginas en 8.°, sin año de impresion.*)

Para que las obras arregladas no agraden, es menester que la omnipotencia de Dios trastorne y pervierta todo el órden de la naturaleza, porque el arte está fundado en ella, y una obra con arte es lo mismo que decir una obra buena; y siendo así, no puede ménos de agradar, y se experimenta en las comedias mas arregladas; y así habrá visto V. cuán gustoso está el pueblo viendo representar un carácter bien sostenido, como en *El dómine Lúcas*, *El músico por amor*, *El labrador Juan Pascual*, *El amor al uso*, *Don Lúcas del Cigarral*, *Cuál es mayor perfeccion*, *El hechizado por fuerza*, *Don Domingo de Don Blas*, *El castigo de la miseria*, y otras que ahora no me ocurren, de las cuales hay algunas traducidas en frances, y son allí muy estimadas, y aquí tambien, no obstante que no carecen de algunas faltas que se disminuyen por los grandes primores de que abundan, y no saben conocer los que tan ciegamente se precian de *chorizos* y *polacos* (1). El mismo pueblo, que en tan mala opinion está, conoce la futilidad de nuestras comedias, y lo conocen los mismos cómicos, cuando se valen de mil invenciones para atraer á la gente: unas veces con iluminaciones inverisímiles y decoraciones de teatro, y lo que llaman *tramoyas*; otras veces dividen la comedia, para que haya mas entremeses; otras apelan á diferencia de tonadillas y recitados, y otras tienen que andar suplicando á los bailarines; y ya sabe V. que al coliseo donde hay mejor bailarin, acude toda la gente: prueba cierta del corto mérito de la comedia, y que no es el pueblo tan bárbaro como le juzgó Lope de Vega; y aunque en los méritos literarios no me comparo con él, hago atrevidamente esta reflexion. Yo, por volver por la verdad y el honor de mi nacion, reputada de las otras de bárbara é inculta por la confesion de este autor, sin arrimo ni proteccion he sacado la cara á defenderla en lo que pueda, aun con saber que me exponia á la befa de los necios, que son muchos. Lope, por autorizarse él solo, abatió y despreció á toda su nacion, injusta é ingratamente, tratándola de irracional, como si fuera de distinta naturaleza que las otras con quienes la quitó el crédito. ¿A cuál de los dos debe mas favor la nacion? ¿Quién será hijo mas fiel de la patria? Dígolo esto porque á los que escribimos así, nos llaman extranjeros y desertores, como si tuviéramos obligacion de sostener los desvaríos de los nuestros; y sin duda alguna fué Lope de Vega Carpio el primer corrompedor del teatro, y al mismo tiempo Cristóbal de Virues. No es esta impostura mia, ni tienen que capitularme por eso sus secuaces, pues su arte disparatado de hacer comedias está lleno de confesiones que me disculpan. Allí confiesa que escribe bárbaramente por dar gusto al pueblo, que él graduó de bárbaro. Confiesa que cuando ha de escribir, echa de su estudio á Plauto y á Terencio, y que encierra los preceptos con seis llaves. Confiesa que todas sus comedias, fuera de seis, pecaron gravemente contra el arte. Confiesa que lo que mas le daña es haberlas escrito desarregladas. Confiesa que él es mas bárbaro que todos, pues da preceptos contra el arte, exponiéndose á que Italia y Francia le llamen ignorante, etc. ¿Qué dirán ahora los que, sin saber lo que se pescan, dicen que Lope y Calderon elevaron nuestro teatro, habiendo sido sus principales corruptores? A la verdad Lope, envanecido con aquella fecundidad prodigiosa de que le dotó el cielo, sin semejante en otro siglo ni en nacion alguna, quiso arrebatar con la multitud de sus obras toda la gloria que alcanzaron los antiguos; y así abandonó los preceptos, y aun puso por precepto el abandonarlos; y con su afluencia y esta libertad, dió á las tablas mas de dos mil y

(1) *Chorizos* se llamaban los apasionados del teatro del Príncipe, los de la Cruz *Polacos*.

Digitized by Google

doscientas piezas; pero siempre confesando que eran desarregladas; y aun con todo eso sufrió sátiras mordacísimas, que le tiraron á la cara Villegas, Argensola, y Cervántes en su *Don Quijote*, en boca del canónigo, y otros. Á este monstruo de naturaleza siguió Don Pedro Calderon de la Barca, no igual en la fecundidad; mas tampoco inferior en la elegancia, que por ser tanta, impropia del estilo cómico, es una continua inverisimilitud. Los preceptos que él sigue fuéron los de su capricho, autorizados por Lope, con que se infiere cuáles serán; y ni aun quiso que tuviesen disculpa los que neciamente le aplauden, pues sus obras, y las de los otros poetas cómicos de su tiempo, confiesan claramente en muchas partes los errores que cometen contra la unidad de tiempo, lugar y accion. Me acuerdo haber leido (aunque no tengo ahora presente en qué comedias) que la imaginacion puede anteponer unas cosas á otras, y variar los tiempos y lugares; que el poeta farfulla y mete en pocas horas muchos años; que el tiempo se pása corriendo por su gusto, aunque á costa de críticos sartenazos, y otras cosas semejantes : de lo que inferirá V. que el mismo Calderon conoce sus desaciertos, y que estos que le aplauden no le entienden, ni aun le saben leer, ni ménos distinguir lo que es bueno y lo que malo. Pero todos estos defectos me parecen nada respecto de otro mayor, que es la falta de instruccion moral. Despues del púlpito, que es la cátedra del Espíritu Santo, no hay escuela para enseñarnos, mas á propósito que el teatro; pero está hoy dia desatinadamente corrompido. El es la escuela de la maldad, el espejo de la lascivia, el retrato de la desenvoltura, la academia del desuello, el ejemplar de la inobediencia, insultos, travesuras y picardías. No le parezca á V. mucho, pues lo mismo que yo digo dicen todos, aunque no con tanta claridad. ¿Quisiera V. que su hijo fuese un rompe-esquinas, mata-siete, perdona-vidas, que galantease á una dama á cuchilladas, alborotando la calle y escandalizando el pueblo, foragido de la justicia, sin amistad, sin ley y sin Dios? Pues todo esto lo atribuye Calderon á Don Félix de Toledo como una heroicidad grande. ¿Quisiera nadie que su hija, aunque con fin de matrimonio, no contenta con entrar ocultamente en su casa á un hombre tan revoltoso (1), vaya á la posada de un mozo solo, como la mas infame barbacanera? Pues Doña Leonor da ejemplo de ello á las mocitas solteras. Yo creo que nadie se allanaria á lo dicho, ni aun la canalla rematadamente perdida, que es la que aprueba tales liviandades, porque las ve aplaudidas y premiadas en los teatros.

IX.

DEL MISMO DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DESENGAÑO SEGUNDO AL TEATRO ESPAÑOL.

Que Calderon fuese muy católico y muy docto, yo no lo niego; pero que nos dió malísimos ejemplos en sus comedias, lo pruebo en mi primer *Desengaño*; y que no obstante su ciencia, erró muchas veces la historia, geografía, etc., se puede ver en sus obras; pues en la comedia *Los tres afectos de amor* y otras, se acuerda muy de antemano de escopetas y pólvora. En *La gran Cenobia* hace á Decio sucesor de Aureliano, y en *La Sibila del Oriente* pone el Danubio en el Asia. En otra parte trabuca las situaciones de Hipona, Cartago, Aténas, etc. Y en el auto *La devocion de la misa*, hace á Leon pueblo de Astúrias (2), y otros descuidos que nota Luzan, y muchos

(1) En *La Petimetra*, única comedia que escribió Don Nicolas Moratin, las damas reciben visitas de sus galanes á hurto del tio que cuida de ellas, hablan con ellos largamente á solas, y los esconden en un cuarto con una criada, la cual, para que el tio no entre allí, dice que está en camisa, mirándose las pulgas. Hay tambien su poquito de desafio, hay niña que se va á misa asida al brazo de su obsequiante, y otras frioleras que puede ver el curioso. Si esto era inmoral en las comedias antiguas, ¿por qué lo repitió Moratin en la suya, destinada por él á servir de modelo? Ello es que los cómicos (los cuales, segun el mismo Don Nicolas, conocian el poco mérito de las comedias antiguas) desconocieron el mucho de *La Petimetra* y no la quisieron representar.

(2) La accion de este auto se supone en tiempo del Conde Garci-Fernandez El gracioso *Pernil* dice al soldado *Pascual Vivas* estas expresiones :

«Perdona, que pensé que eras
Un amo, que allá en Leon,
Asturiana patria nuestra,
Dió la muerte á cierto hidalgo.»

A mi entender, no es esto decir precisamente que Leon fuese entónces pueblo de Astúrias, sino aludir á que en al-

Digitized by Google

mas se le pudieran notar : olvidar la naturaleza, y en vez de retratarla desfigurarla, es muy frecuente en Don Pedro Calderon. El principio de su comedia *La vida es sueño* lo acredita. Yo quisiera saber si una mujer que cae despeñada por un monte con un caballo, en vez de quejarse donde la duele y pedir favor, le dice todas aquellas impropias pedanterías, que las entiende el auditorio como el caballo. Si algun su apasionado cayese por las orejas, llámele *hipógrifo violento*, y verá cómo se alivia.

X.

DE DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

No puedo verdaderamente alcanzar por qué razon colocó entre las comedias de nuestro teatro ménos sujetas á censura Don Ignacio Luzan, sabio español y muy digno de alabanza por su ingenio y conocimientos en la poética y en otras muchas materias, las dos intituladas : *Dicha y desdicha del nombre* y *De una causa dos efectos*, diciendo de ellas en su tratado de *Poética*, página 411 (1), *que hallarán los críticos muy poco ó nada que reprender, y mucho que admirar y elogiar;* siendo así que en la una se muda la escena, en la primera jornada, de Parma á Milan, y la otra de Mantua á Milan igualmente, cuyo defecto es ciertamente muy considerable y sustancial, y no de aquellos que admiten venia ni disimulo; pues aun los ménos escrupulosos no pueden tolerar semejantes quiebras y traslaciones de la escena, las cuales, ni otras faltas de esta naturaleza, no se hallan en otras muchas *comedias heróicas*, que en las demas circunstancias son á lo ménos comparables con las dos expresadas : infiriéndose de esto que Luzan se olvidó en este caso enteramente de las reglas que acababa de fijar tan rigorosa como extensamente en aquel mismo tratado de *Poética*, y por consiguiente, que hay una muy manifiesta y palpable contradiccion entre su crítica y sus preceptos, la cuál es mucho mas extraña, por cuanto despues se hace cargo de este defecto, hablando de la primera de las dos expresadas comedias.

El mismo Luzan, notando en el propio lugar otros defectos de diferentes comedias, dice que en la intitulada *Con quien vengo, vengo*, hace Calderon puerto de mar á la ciudad de Verona. Es verdad que en las impresiones ordinarias se halla que se supone ser pueblo marítimo en uno ó dos pasajes nada principales ni importantes, y no puerto de mar, que es cosa muy diferente en el lenguaje de los geógrafos y en el comun modo de hablar; pero yo tengo dos copias del tiempo de Calderon de esta misma comedia, en las cuales no se halla semejante error, y solo se habla del rio que rodea parte de la ciudad de Verona, que es el Athesis antiguo, llamado ahora Adige, uno de los mas caudalosos de Italia. No será extraño que el error notado por Luzan, y otros muchos que se hallan en otras comedias, sean alteraciones hechas por remendones ignorantes, ó por los malsines envidiosos, de quienes Calderon se quejaba justamente.

No es menor la equivocacion de Luzan, cuando dice en la página 423, que en la comedia *Mejor está que estaba* hace Calderon á Viena corte de Bohemia, sin mas fundamento que el haber adoptado un error de imprenta, que hay en la primera escena de ella, en la relacion de Flora, en la que al verso octávo se imprimió *Bohemia* en lugar de *Viena*. Esta equivocacion de Luzan fué sin duda originada de no haber leido la expresada comedia, pues con esto solo hubiera visto que no se habla en toda ella ni una vez sola de Bohemia. ¡Cuántos se habrán engañado con esta autoridad!

gun tiempo lo habia sido, lo cual es cierto; pues antiguamente el pais de los *Astures*, comprendia el territorio de Leon. Hoy decimos á cada paso : «La cosecha del reino de Leon, de Valencia, de Jaen, etc. se ha perdido»; y bien sabemos todos que ya no son reinos esas provincias.

(1) De la primera edicion.

Digitized by Google

XI.

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NOTA 65 AL DISCURSO HISTORICO SOBRE LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL. (*Tomo* I *de las obras de* MORATIN. — *Madrid, por Aguado,* 1830.)

EL prólogo que puso Don Blas Nasarre á las comedias de Cervántes contiene excelentes doctrinas acerca del arte dramático; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espíritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y CALDERON, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado ménos defectuoso, como si alguno de sus contemporáneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aquí los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento crítico.

«Los árabes y moros fuéron excelentes en las representaciones dramáticas. — Los trovado» res provenzales fuéron los primeros que escribieron comedias. — En las obras poéticas de » Alfonso el Sabio, en las de Gonzalo de Berceo y romances antiguos, se conservan testimonios » auténticos de nuestras composiciones teatrales, con muchos siglos de anterioridad á las pia» dosas farsas de los italianos y franceses.—Los peregrinos que iban á Santiago cantaban y repre» sentaban al vivo los misterios de la religion y las historias sagradas, de cuya costumbre que» daron las relaciones de ciegos y los autos sacramentales. — Cervántes compuso sus comedias » con la misma idea que el *Quijote*, haciéndolas de intento desarregladas y llenas de desatinos » á fin de purgar del mal gusto y mala moral al teatro. — Cuando Lope empezó á escribir, eran » ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas. — CALDERON *fué el segundo » corruptor del teatro.* — Molière puso en escena algunas de las comedias de este autor, que » tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobacion entre los franceses. — Guillen de Castro, Rojas » y Solis guardaron la moderacion que pide el estilo de las comedias.—Tenemos mayor número » de comedias perfectas y segun arte, que los franceses, italianos é ingleses juntos.—Tene» mos comedias ajustadísimas á la razon y al arte, que en nada son inferiores á las de Molière, » Wicherley, Maffei y Riccoboni.—Don Estéban Manuel de Villegas es comparable á los mejores » poetas griegos.»

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, responderia sin peligro de ser desmentido: «Todo es falso.»

XII.

DE DON PEDRO ESTALA.

EN la disertacion del bibliotecario Nasarre se pretende elevar hasta el cielo á algunos cómicos nuestros desconocidos, con el fin de abatir hasta el extremo á Lope, CALDERON y los demas que siguieron á estos. Nasarre los llama corruptores del teatro; pero la corrupcion, como observa Napoli Signorelli, supone un estado anterior de perfeccion; ¿y dónde están esas comedias perfectas anteriores á Lope? Todos los extranjeros imparciales confiesan que Lope y sus secuaces dieron un realce al teatro español, que fué el orígen de los grandes progresos que hizo, principalmente en Francia; y Nasarre emplea toda su erudicion é ingenio en desacreditar á estos grandes hombres, para sustituir en su lugar no sé qué comediógrafos que nadie ha visto, y que no deben salir del olvido en que yacen sepultados.

La época del mayor esplendor de nuestro teatro, fué el reinado de Felipe IV, el cual fué muy apasionado al teatro, fomentó á los cómicos, y él mismo compuso la comedia intitulada *El*

Digitized by Google

conde de Essex. En su tiempo floreció CALDERON, que compitió en la fecundidad con Lope de Vega, y le excedió en la invencion y disposicion de las fábulas. Los que lijeramente niegan á CALDERON estas prendas, afirmando que todas sus comedias son semejantes, seguramente han leido muy pocas ó ninguna, y desde luego carecen de principios para juzgar en el asunto. Es verdad que hay unas cuantas comedias, de las que mas andan en manos de todos, en las cuales CALDERON emplea unos medios muy semejantes para el enlace y desenlace; pero en tanta multitud de composiciones era casi imposible que CALDERON no se copiase á sí mismo, mayormente trabajando sus comedias con tanta precipitacion.

CALDERON tenia genio mas propio para la tragedia que para la comedia, como lo muestra en varias escenas de sus dramas, y principalmente en *El tetrarca de Jerusalen*, en *La niña de Gomez Arias*, y en la segunda parte de *La hija del aire*. Sus comedias llamadas vulgarmente de capa y espada son mas regulares que las heróicas : observa en ellas un estilo mas propio de la comedia, y algunas necesitan de muy poca correccion para ser perfectas, como *Casa con dos puertas*, *Los empeños de un acaso*, *Primero soy yo*, y algunas otras. Parece que no tenia CALDERON talento propio para pintar en ridiculo, pues no vemos entre sus comedias ninguna de las que llaman de carácter (1).

XIII.

DE DON JOSÉ LUIS MUNARRIZ.

LECCIONES SOBRE LA RETÓRICA Y LAS BELLAS LETRAS, POR HUGO BLAIR, *traducidas del inglés, con adiciones acerca de la literatura castellana.* (*Madrid, en la oficina de García y compañía,* 1801. *Tomo* IV, *leccion* 45, *comedia española.*)

HABIA mucha brillantez en las comedias de Lope, y rasgos de imaginacion y de talento que no tenian las de sus contemporáneos. En virtud de estas prendas arrojó á todos ellos del teatro, y llegó á tiranizar este en términos, que ni el público ni los *autores* querian comedias sino de Lope : de Lope, que diariamente les daba el placer de la novedad; de Lope, que por satisfacer esta misma ansia de la novedad no se detenia en arreglarlas, y por esta misma razon, apagada ya la curiosidad, tenia que darles, y con ménos trabajo les daba otras nuevas, que el que hubiera tenido en arreglar las primeras. CALDERON alcanzó mejores tiempos. Como observa Luzan, llevó las comedias al palacio de Felipe IV, de un príncipe magnífico y apasionado de la brillantez. En el palacio de este príncipe los asuntos debian de ser no ménos magníficos que su genio, heróicos y tratados á su gusto. Las decoraciones, las máquinas, la grandilocuencia se hicieron una parte esencial del drama : de aquí nacieron las *comedias de teatro*, en las que CALDERON siguió el rumbo ó el desarreglo de Lope ; y á ejemplo de CALDERON lo siguieron igualmente los demas poetas de su tiempo. Contento el auditorio con el aparato de la representacion, la nobleza de los asuntos y la riqueza del lenguaje y del verso, consideró como punto ménos principal el manejo de la accion, la exhibicion de los caractéres y la observancia del decoro. En una corte alegre, en que á ejemplo de un rey jóven é ingenioso todos los cortesanos eran joviales, decidores y amigos de la diversion y del placer, se dió á todos los asuntos un giro festivo y amoroso; y por mas nobles y aun trágicos que fuesen, se trataron cómicamente, y con una mezcla de lo mas gracioso y aun chocarrero con lo mas serio y lastimoso. Trataban únicamente de divertirse, y era preciso que los asuntos mas graves y aun terribles se presentasen bajo de un aspecto festivo, ó á lo ménos no del todo trágico ó ceñudo. Esto hizo nacer las tragicomedias, esto dió lugar á la poca ó ninguna observancia de las unidades, á hacer historias ó novelas los que debieran ser dramas, y esto hizo en cierto modo inevitables los defectos de plan en las comedias de teatro, que fuéron hasta poco hace las mas aplaudidas y concurridas. Así se observa que estos defectos son mas comunes en ellas que en las *de capa y espada*. ¿Y podrá culparse enteramente á nuestros escritores cómicos de que cediesen al torrente de la costumbre, del gusto arraigado en fuerza de ella, y de la utilidad que les traia su

(1) De figuron, quiso decir Estala, olvidando que el *Don Toribio* de *Guárdate del agua mansa* es un figuron, un carácter notable ridículo.

Digitized by Google

condescendencia? No es esto decir que estas causas puedan cohonestar el desarreglo, sino que deben influir para que lo disimulemos en parte; y mas cuando vemos que á veces sabian arreglar la comedia, y que si ha llegado á ser adagio la censura de Boileau, demasiado general, del ningun riesgo con que nuestros cómicos encierran en un dia años enteros, y presentan ya hombre hecho en la tercera jornada al que estaba en mantillas en la primera ó segunda, desechada la multitud de comedias disformes, tenemos aun bastantes que contraponer á las escogidas del teatro frances.

En nuestros cómicos, y señaladamente en Calderon, Rojas, Moreto y otros, vemos un maravilloso que no nos parece ya verosímil; un pundonor caballeresco que hace á los personajes desafiarse por cualquiera cosa, y los tiene siempre con la espada en la mano, ó con el duelo en la punta de la lengua; falta de decoro en las mujeres, que se enamoran de golpe y andan en busca de sus amantes, unas veces disfrazadas de hombres, y otras á la sombra de un velo, de un jardin ó de una reja; y sobra de licencia en los criados que, á título de *graciosos*, se entrometen en las conversaciones mas serias, y tercian en ellas con los mas graves personajes. Aquí es preciso no perder de vista que el gran mérito de nuestros escritores es haber pintado las costumbres de su tiempo, objeto principal del poeta cómico, y en el que aventajaron á Plauto y á Terencio. En efecto, vemos en ellos un retrato, sin duda fiel, de las costumbres de su edad, aun mas fiel del que nos presentan los historiadores. Yo no puedo convenir con Luzan en que sean exagerados los lances de Calderon. Pintando las costumbres de su tiempo no hubiera podido agradar, si los espectadores no las hubiesen hallado conformes á la verdad mas exacta. Si hay algun grado de exageracion en la pintura, esta la hubiera dado un nuevo mérito, pues el drama no debe retratar personas y lances determinados, sino que de la reunion de varios, bien escogidos, debe formar, por decirlo así, un grupo para el mayor realce y belleza del cuadro, y para que la sátira, como mas general ó ménos determinada, sea mas útil al paso que mas inocente. ¿Y estamos por ventura ahora en situacion de juzgar de la verdad ó falsedad de sus pinturas? ¿No tenemos otras costumbres? ¿No están ya aquellas anticuadas en gran parte? ¿No nos consta que las ideas caballerescas dominaban aun la imaginacion española por la impresion que dejaron los libros de caballería, lectura favorita de tiempos poco anteriores; que estas ideas habian acrecentado la pasion del hombre á todo lo maravilloso; que el pundonor gótico hacia concebir ofensas en la accion ó palabra ménos descomedida, y dictaba el hacerse justicia por su mano; que este mismo pundonor tenia en demasiada sujecion al bello sexo, dando un imperio violento á los hombres sobre sus hijas y hermanas; y que este imperio y el estrecho recato á que obligaban á las mujeres, hacia que estas tratasen de sacudirlo, de burlar su vigilancia, y de ofrecerse al primer advenedizo qué las sacaba de tan duro pupilaje? El encierro mismo que observaban entónces las mujeres, mas estrechamente que en el dia, las estimulaba á buscar el solaz de la música. El galanteo se hacia con músicas. Aquellas las oian desde las rejas bajas, ó detras de sus celosías; y las oian acompañadas de sus criadas. Se confiaban á estas por precision; y las criadas ¿no habian de ser sus confidentas? ¿No habian de proporcionar las entradas clandestinas de los amantes? Estos, ¿no habian de rondar y acechar el momento en que pudiesen entrar en el jardin ó escalar la casa? Si tropezaban con otra música, ¿no habian de entrar en recelos de si se daba á su dama? En la incertidumbre, ó á impulsos de una jactancia harto natural, ¿no se habian de empeñar los galanteadores en que desembarazasen la calle los que miraban como enemigos? De este empeño, ¿no habian de resultar riñas, duelos, heridas y aun muertes? ¿Y quiénes eran estos galanes tan matones? La flor de nuestra nobleza, que habia pasado á las guerras de Flándes; que de allí volvia con un espíritu marcial y aun mas caballeresco, y volvia á su patria con un soldado que habia sido su criado y su camarada; y hallando ó sospechando infiel á su dama, trataba de introducirse para averiguarlo: el criado hablaba á la criada; esta proporcionaba la ocasion, y ya introducido el amo, hacia alarde de su pasion, de su fidelidad, de sus penalidades, y aun de sus proezas, que le habian de dar nuevo realce á los ojos de ella; y el criado, remedando el lenguaje del amo, galanteaba tambien á la criada, y era no ménos fanfarron ó vanaglorioso, aunque con la desigualdad de su clase. Esto influyó sin duda en la mucha parte que nuestros cómicos dieron á la relacion de proezas militares, y á la intervencion de los criados en la accion y el diálogo; y

Digitized by Google

si lo observamos, no solo en las comedias de un carácter medio, sino en las heróicas; si vemos hoy con disgusto que los *graciosos* se familiarizan con los príncipes y las damas de mayor elevacion, ¿deberémos olvidar que por mucho tiempo era harto comun en los palacios y casas grandes mantener un bufon, un enano con el que se entretenian los señores, un Rodrigon, un vejete que acompañaba á las señoras á misa y á paseo? Nada de esto debe parecernos inverosímil en nuestras comedias, siendo constante que en el siglo último hemos visto tan sensibles al menor desaire á los militares y caballeros; hemos tenido provincias en que aun se usaban los mantos, y llevados con tal arte que á su sombra se fomentaban no pocos galanteos en las calles y aun en las iglesias; provincias en que apénas habia una casa que tuviese ventanas sin reja ó celosía; y provincias en que las músicas de noche eran muy comunes, y ocasion de muchas pendencias y escenas tales como las de nuestras comedias. Así deberemos confesar que nuestros escritores cómicos fuéron muy verdaderos y felices en la pintura de las costumbres; como que pintaron las de su tiempo, que es lo que era de su cargo. Si en algo los hallo defectuosos por esta parte, es en no haber sacado mas partido de sus pinturas, haciéndolas de una utilidad moral. En *El caballero*, de Moreto, tan caballeros son Don Lope y Don Diego como Don Félix. En la de Rojas, *No hay amigo para amigo*, tan arrojada es Aurora como Estrella. A Calderon se le tacha tambien la poca variedad que da á los personajes. Despues del poco contraste que resulta de aquí en los caractéres, nace tambien la debilidad en el ridículo, que hubiera resaltado mas si los cómicos presentando un caballero pundonoroso y puntiagudo, le hubiesen contrapuesto otro sesudo y juicioso, que hiciese ver y desaprobase las ideas góticas y el injusto proceder de aquel; y al lado de una dama no bastantemente recatada, hubiesen puesto una matrona ejemplar, ó una doncella tan recogida como honesta.

Tambien son defectuosos sin disputa nuestros cómicos en haber trasladado á otros tiempos y paises las costumbres de su pais y de su siglo. Pero pintaban para su pais, y á este fin era mas oportuna tal pintura, que la de los siglos y paises remotos.

Calderon era hombre instruido; pero no podia contener la travesura de su ingenio. Así desatendia la historia y las reglas mas obvias del arte para enmarañar bien un asunto. Este era su fuerte: este le atraia la admiracion y el embeleso de los espectadores: tentacion halagüeña que le hizo poner todo su conato en tener suspenso é interesado al auditorio, y no reparar para lograrlo en la moralidad de la accion y de los lances, ni aun en la delicadeza de la expresion. Era buen versificador. Sucedió en el teatro á Lope de Vega, que sobresalió en este talento. Le fué preciso no dejarse vencer en esta parte, y su empeño le hizo excederse no pocas veces en la lozanía de las descripciones y floridez del estilo. Compuso muchas comedias por la precision de surtir al teatro de Palacio y los de la corte, de los cuales era, y con razon, el poeta favorito; y como le era mas fácil disponer un enredo de su invencion, que seguir el órden metódico de la historia, fué mas desarreglado en las comedias históricas que en las de asuntos fingidos y en las de capa y espada, que abandonadas á su mérito intrínseco y fuerza cómica, necesitaban sobresalir mas en ella. Casi todas las buenas comedias de Calderon son notables por el enredo; y como la solucion no es ménos feliz, pertenecen propiamente á esta clase. De ella son: *Los empeños de un acaso*, *No siempre lo peor es cierto*, *Antes que todo es mi dama*, *Dicha y desdicha del nombre*, *La dama duende*, y *Bien vengas, mal, si vienes solo*; y siendo excelentes en su línea, le acreditan por el primer dramático moderno en la clase de comedias de enredo.

XIV.

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

APENDICE SOBRE LA COMEDIA ESPAÑOLA. (*Tomo II de las obras literarias de dicho señor. — Paris*, 1827.)

En circunstancias tan prósperas, y al declinar ya Lope de Vega, se presentó en la palestra un rival poderoso, destinado á desterrar casi de la escena al que habia ejercido en ella tan absoluto imperio: tal era Calderon. Dotado de ingenio el mas agudo, de imaginacion no tan

Digitized by Google

vehemente como osada y florida, de invencion ménos vasta que la de Lope, pero mas sutil y artificiosa; no tan rico en el habla, aunque tambien fácil y puro; buen versificador, ya que no tan gran poeta, parecia que CALDERON habia nacido para ocupar el puesto que iba á dejar vacío su célebre predecesor, y aun tal vez para sacarle ventaja. De familia noble, de educacion esmerada, y bien acogido en una corte tan culta y galante, pudo desde luego CALDERON observar el cuadro vasto y ameno que se presentaba á su vista, y dar á su locucion y á su estilo aquel barniz limpio y suave que tanto agrada en el teatro.

Mas por desgracia, las cualidades de ese poeta, su siglo y su nacion influyeron en él desventajosamente, contribuyendo á alejarle de la buena senda: el talento de CALDERON era grande; su instruccion no escasa, aunque no bastante sana y escogida; nació en una época de contagio, en que por todas partes cundian la afectacion y el culteranismo; vió delante de sí á un Lope, que habia sobresalido tanto, sacudiendo las trabas del arte; sintióse él propio mas inclinado á lucir las dotes espontáneas del ingenio, que las que se adquieren á costa de continuo trabajo y de penosa observacion, y halló mas fácil y lisonjero pintar con libertad y gracia, que esclavizarse á retratar fielmente costumbres y caractéres. La índole de su talento, el ejemplo de los demas dramáticos, el gusto del público, todo le convidaba á buscar en sus dramas la novedad y artificio, mas bien que la imitacion y verdad, hallándose seguro de que lograria luego con la viveza y brillo de los colores disimular las faltas de correccion en el diseño.

Si aun en tiempo mas llano y mas sencillo, y casi entre los juegos de su niñez, empezó ya nuestro teatro cómico á admitir en la escena reyes y personajes ilustres; y si despues habia continuado haciéndolo con aceptacion y aplauso, no era de esperar que renunciase en el reinado de Felipe IV á tan ambiciosas pretensiones, reduciéndose á modesta medianía. La proteccion de la corte, su lujo y el deseo de vistosos espectáculos, convidaban á los poetas á dedicarse á *comedias heróicas* (1); incitábalos tambien á ello el gusto de aquel tiempo, inclinado á todo lo que era hinchado y pomposo; cabia en tales argumentos dar mayor soltura á la imaginacion, alzar el tono del estilo, engalanar la frase, ostentar mas artificio en los versos, en una palabra, todo lo que agradaba mas al público, y lo que costaba ménos á nuestros dramáticos. No es, por lo tanto, de extrañar que mostrasen estos mucha aficion á tales composiciones, mas confiados de sobresalir en ellas con su ingenio, que temerosos de los peligros que de cerca les amenazaban.

Léjos estuvo CALDERON de evitarlos; y el que de edad de trece años habia empezado por componer *El carro del cielo*, daba harto motivo de temer que, con el impulso de su propio aliento y la grata acogida del público, se empeñase mas y mas en tan desacordadas empresas. Así aconteció efectivamente: CALDERON malgastó grandísima parte de sus fuerzas en la composicion de *dramas heróicos*, en los cuales la mala eleccion de argumentos, aunque á veces no desnudos de interes y belleza, resaltó todavía mas por los gravísimos defectos que comunmente la acompañaban. Y ¿qué podia esperarse de comedias forjadas sobre las proezas de la *Gran Cenobia*, ó sobre la vida de *Semíramis*, apellidada *La hija del aire*; sobre los cuentos de Roldan y del gigante Galafre en el *Puente de Mantible;* sobre un príncipe de Polonia encerrado por su padre como una fiera; sobre los ímpetus de Coriolano y las lágrimas de Veturia, y sobre otros asuntos semejantes tan impropios de la comedia? Que el poeta no cuidase de la verosimilitud del plan, ni del curso natural de los incidentes, ni de la verdad en los caractéres; que estropease mas de una vez la historia, confundiese los hechos, y cometiese en geografía y en cronología los errores mas crasos; y que no acertando á pintar tan varias costumbres conforme á la nacion, al tiempo y á las demas circunstancias peculiares que cada drama requeria, se diese

(1) Hasta las disposiciones de la autoridad contribuian y aun precisaban á ello, como lo prueba esta noticia dada por Don José Pellicer y Tovar.

«*Avisos de 1.º de marzo de 1644.*

En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto á comedias y comediantes. Hanse hecho á instancia de Don Antonio de Contreras, del Consejo Real de Castilla y Cámara. En primer lugar, QUE NO SE PUEDAN REPRESENTAR DE AQUÍ ADELANTE DE INVENTIVA PROPIA DE LOS QUE LAS HACEN, SINO DE HISTORIAS, Ó VIDAS DE SANTOS.»

La segunda cláusula del dictámen dado por el Consejo de Castilla en dicho año sobre este asunto, era, segun lo trae Don Casiano Pellicer en su *Tratado sobre el orígen de la Comedia*, parte primera, páginas 217 y 218: «Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que TODO ESTO FUESE SIN MEZCLA DE AMORES.»

Digitized by Google

por satisfecho con amontonar incidentes, con enredarlos no sin artificio, y con delirar en estilo altisonante, que el estragado gusto del público aclamaba como sublime.

No se debe pues calificar el mérito de CALDERON por esa clase de composiciones, tan celebradas en su tiempo como desacreditadas hoy dia, sino por el talento que mostró en otras, de las que puede considerarse, ya que no como padre, al ménos como uno de los que mas contribuyeron á ennoblecerlas : tales son las comedias *de capa y espada*, así llamadas por el traje con que se representaban. No es decir tampoco que estas composiciones desempeñasen el fin que debieran haberse propuesto; pero ya era no pequeña ventaja hacer bajar á la comedia de las nubes, por decirlo así, y enseñarla á andar en terreno llano : ya era un paso muy adelantado presentar en la escena cuadros de la sociedad civil, intrigas domésticas, sucesos comunes entre personas particulares; con lo cual se ganaba, no solo cultivar argumentos mas propios de la comedia, sino mejorar el estilo, el diálogo y la versificacion, tomando un tono mas templado y conveniente, en vez de aturdir los oídos con sentencias huecas y clausulones retumbantes.

Por mala suerte no aspiró CALDERON al honroso título de censor de costumbres, tal vez porque en su época lo juzgó inútil, cuando no peligroso; y hallándose en una corte de fiesta y galanteo, protegido y lisonjeado, tuvo por mas seguro y cómodo dejarse llevar de la corriente, y emplear su talento en dorar ciertos vicios brillantes, que veia ensalzados por todas partes, que no presentarlos desnudos en la escena para escarnecerlos y desterrarlos. Esta es la imputacion mas grave que puede hacerse á CALDERON; pues muy frecuentemente se ven en sus comedias, no solo disculpadas y ennoblecidas, sino coronadas con el mas feliz éxito acciones vituperables, en vez de haberse propuesto el poeta, cual debiera, sacar á la vergüenza los vicios y defectos ridículos que presentaba en su tiempo la sociedad, para esgrimir contra ellos las finas armas de su ingenio.

Habiéndolo hecho así, no solo hubiera procurado grandes bienes, en vez de causar graves daños, sino que habria mejorado mucho sus composiciones dramáticas, aun consideradas bajo el aspecto literario : proponiéndose zaherir en cada drama un vicio ó defecto ridículo, y dedicándose por precision á la pintura de caractéres, como estos son en el mundo tan varios, sus retratos tambien lo hubieran sido; mas empeñándose el poeta en forjar sus dramas á fuerza de enredar incidentes, logró con su gran talento interesar y divertir, llevando suspensa la curiosidad de una escena en otra: pero no bastó la mucha fecundidad y agudeza de su ingenio á libertarle de aparecer con desdoro suyo pintor amanerado. Algunos incidentes se ven tan repetidos en sus comedias, que hasta suelen llamarse por donaire en el trato comun *lances de Calderon ;* y por lo que hace á caractéres, ¡cuánto no se parecen entre sí los galanes valientes y favorecidos, las damas enamoradas y desenvueltas, los segundos quejosos é importunos, las segundas desairadas y celosas, los padres necios, los hermanos espadachines, y los criados truhanes, insolentes y entremetidos!

En lo que brilla el gran talento de CALDERON, no es en la parte de caractéres, sino en el artificio dramático : cualidad preciosa, que le valió en su tiempo tantos aplausos, que le sostiene todavía con crédito en nuestro teatro, y que le ha adquirido gran renombre en el extranjero, especialmente en el de Alemania. En la mayor parte de los dramáticos se nota escasez y dificultad en la invencion y en la trama; en CALDERON solo se advierte exceso y demasía : en comedias de otros autores el espectador corre á la par del poeta, y aun le gana tal vez el paso, previendo el curso y término de los sucesos; con CALDERON siempre se queda atras y se reconoce inferior. *La Dama duende*, *Casa de dos puertas mala es de guardar*, *El secreto á voces*, *No hay burlas con el amor*, *Peor está que estaba*, y otras muchas composiciones suyas, manifiestan no solo su mérito sobresaliente en este punto, sino de lo que hubiera sido capaz, si la razon y el buen gusto hubiesen moderado el ímpetu de su fantasía; porque á veces es tal la abundancia de incidentes, que su peso cansa y agobia, y tan artificioso el enredo dramático, que ántes parece maraña que nudo.

De cuyo orígen nacieron tambien otros gravísimos defectos en las obras de ese poeta; pues aunque fuese comunmente diestro y feliz en los desenlaces, tuvo mas de una vez que cortar al fin lo que desatar no podia : entre tanto cúmulo de incidentes, muchos de ellos bellos y singulares, mezcló desacertadamente otros, poco naturales y escogidos, y en composiciones tan

Digitized by Google

complicadas y artificiosas fué mas difícil sujetarse á la estrechez de las reglas dramáticas. No cometió CALDERON, es cierto, en esta especie de *comedias urbanas* los absurdos y extravagancias que en las *heróicas*; pero incurrió en licencias culpables, ménos dignas de excusa en él que en ningun otro, porque tan raro era su talento, que sin hallar nunca obstáculos ni dificultades que le detuviesen, solo habia menester templanza y cordura.

Ademas de la invencion y artificio, poseia CALDERON otras muchas cualidades de gran precio; y aunque el gusto severo condene hoy dia en sus comedias tantas flores y pespuntes de ingenio, siempre queda que admirar en ellas la urbanidad amena, la diccion purísima y la versificacion agradable. Mas, por lo que respecta á sus contemporáneos, debió CALDERON encantarlos: muchos de sus defectos reputábanse entónces bellezas; y en una época de ingenio y de galantería, ¡cuánto no deberia agradar ver unas damas tan discretas y apasionadas, y unos amantes tan rendidos y pundonorosos, con el requiebro siempre en los labios y la mano en la espada! Lope de Vega habia sacado á la comedia de su desaliño y rustiquez, dándole mas ornato y decoro; en CALDERON ya se ve un poeta de corte, y de la corte de Felipe IV.

XV.

DE DON FRANCISCO JAVIER DE BURGOS.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. (*Artículo reimpreso en* EL PANORAMA, *periódico literario de Madrid, en los números 98 y 99 de la* SEGUNDA ÉPOCA, *correspondientes al 12 y al 19 de noviembre de 1840.*)

NACIÓ en Madrid, pero no en 1.° de enero de 1601, como dice su grande amigo y coronista Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, sino en uno de los primeros dias de 1600, pues consta por la partida de bautismo que inserta en sus *Hijos de Madrid* Don Juan Alvarez y Baena, que fué bautizado el 14 de febrero de dicho año de 1600 en la parroquia de San Martin.

. . . .

Colmado de bienes, favorecido por los tres últimos soberanos de la dinastía austriaca, solicitado y protegido por el condestable de Castilla, por los duques del Infantado, Alba y Medina de las Torres, por el conde-duque de Olivares, marques del Carpio, príncipe de Estillano y otros magnates, y honrado con el aprecio y con la admiracion de sus contemporáneos, CALDERON murió en Madrid en 25 de mayo de 1681, dejando una reputacion que nunca perecerá.

Segun las épocas, las obras dramáticas de este ilustre poeta han sido juzgadas ó como portentos de ingenio, ó como modelos de extravagancia; y esta diversidad de opiniones, que podria explicarse diciendo que una era la del siglo XVII, y otra la del XVIII, continúa con harto asombro de los que meditan, en el siglo XIX, sin que haya podido fijarse todavía de un modo positivo el concepto sobre el mérito de CALDERON. Don Nicolas Antonio, que moderado siempre en la alabanza y en el vituperio, parecia no participar del espíritu característico de ninguna época determinada ó exclusiva, dijo en el siglo XVII, hablando de CALDERON, ser opinion comun que él fué casi el único cuya reputacion dramática igualó á la de Lope de Vega, y que le aventajó en algunas prendas. «Todo cuanto el ingenio puede hacer para enredar y desenredar las fábulas, dice el ilustre biógrafo, para presentar en la escena todos los casos de la vida, y vencer todas las dificultades, otro tanto le debe á él la comedia. Ademas, en el número de las composiciones y en su talento dramático fué, exceptuando á Lope, el primero de todos los poetas de esta clase, ora compusiese piezas sagradas, ora profanas, por cuya razon lo empleó frecuentísimamente Felipe IV, juez bien perspicaz é inteligente en estas materias.» El juicioso, el circunspecto, el amante de lo clásico Don Ignacio de Luzan, escribia en el capítulo 15 del libro 3.° de la *Poética*, impresa en 1737: «En CALDERON admiro la nobleza de su locucion, que *sin ser jamas oscura ni afectada*, es siempre elegante; y especialmente me parece digna de muchos encomios la manera y traza ingeniosa con que este autor, teniendo dulcemente suspenso á su auditorio, ha sabido enredar los lances de sus comedias, y particularmente de las que llamamos de capa y espada, entre las cuales hay algunas donde hallarán los críticos muy poco ó nada que reprender, y mucho que admirar y elogiar. Tales son las comedias *Primero soy yo*, *Dar tiempo al*

Digitized by Google

tiempo, *Dicha y desdicha del nombre*, etc. (1)» Desde los años de 1625 á 1630 que empezó CALDERON á ser elogiado, nunca hasta el de 1737 lo habia sido ménos que lo fué por Don Ignacio de Luzan.

Sin embargo, poco despues de esta época se empezó á perder totalmente el respeto á CALDERON; y los Nasarres, Montianos, Moratines, Clavijos y otros eruditos, declamaron amargamente contra nuestros poetas antiguos. Encarnizáronse mas particularmente contra nuestro autor, y contra el padre de la comedia española, Lope de Vega, siendo de todos aquellos críticos severos el que mas escribió ó difundió mas su doctrina, Don José Clavijo y Fajardo, redactor del *Pensador Matritense*, periódico bastante útil, que empezó á publicarse en Madrid en 1762. El mayor número de literatos de tertulias ó de cafés, que nunca tienen opinion propia, y que diciendo en una parte lo que oyen en otra, suelen al cabo de cierto tiempo ser calificados de hombres de gusto, repitieron con mucho énfasis las ideas y aun las expresiones del *Pensador*, las exageraron, si en ello cabia exageracion, y dejaron por cosa asentada que Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA fué un poeta extravagante. La escuela dramática alemana vino en breve á vengarle de estos insultos, le declaró el primer ingenio del imperio de Talía, y renovó una cuestion que hace mucho tiempo deberia estar decidida. Clavijo, declamando violentamente contra la corrupcion del gusto dramático en el siglo XVII, intentaba rectificar la opinion de su nacion, y hacerla volver al gusto clásico, que es el que asegura la duracion de las producciones literarias, y que se veia ya renacer en dos composiciones de Don Agustin Montiano y Luyando. En ocasiones semejantes, y por tan respetables motivos, es permitido recargar alguna vez la crítica; pero si esto era lícito á Clavijo por esta razon, no habia por qué deferir ciegamente á su opinion, cuando se prescindiese del motivo, ó cuando no se estuviese en el caso que él. Así pues, era menester hacer justicia imparcialmente, examinar lo que se criticaba, y sentar el juicio sin exagerar el elogio ni la reconvencion.

No es de nuestro propósito inquirir aquí por qué camino se corrompió en tan poco tiempo el gusto clásico en la literatura española; basta establecer que Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA le encontró corrompido, y lo que es mas, que el primero de sus predecesores en la carrera dramática, el ilustre Lope de Vega le habia encontrado viciado tambien; pues aunque ántes de él hubiese uno ú otro poeta distinguido compuesto una ú otra pieza dramática ménos defectuosa, ó si se quiere, completamente arreglada á las leyes del arte, estas no habian hecho fortuna en sus representaciones, y se posponian á las extravagancias antiguas. Cuando nació nuestro autor, tenia treinta y ocho años Lope, y sesenta lo ménos cuando aquel ilustre ingenio empezó á darse á conocer. Lope por su parte habia dado á la contextura de las fábulas teatrales una libertad, un ensanche extraordinario y monstruoso, y esto en tiempo que su coetáneo Don Luis de Góngora habia dado al estilo un giro igualmente exagerado y ridículo, que desgraciadamente tenia muchos admiradores. Doce ó quince poetas dramáticos, que se habian hecho célebres al mismo tiempo que Lope y ántes que CALDERON, habian acreditado el nuevo género de comedias del padre del teatro español, y quince ó veinte líricos el nuevo estilo de Góngora. Don Francisco de Rojas y Zorrilla, muy conocido aun hoy por su preciosa comedia de *Entre bobos anda el juego*, habia encarecido sobre los extravíos de Lope de Vega, Mira de Amescua, Don Guillen de Castro, Don Jerónimo Cáncer, etc.; y aplicando á la comedia el gongorismo con toda su oscuridad y sus despropósitos, habia hecho ya del diálogo dramático una jerga ininteligible. El mismo maestro Lope y los demas contemporáneos se avergonzaron de pasar por ménos ingeniosos que Rojas, y se empeñó una lucha sobre quién diria mas disparates, lucha en que no se desdeñaron de tomar parte el facilísimo Tellez, el elegante Moreto, y algunos de los hombres mas ilustres de aquella época.

Tal era el estado de nuestra literatura, cuando al advenimiento de Felipe IV al trono, empezó á oirse el nombre de CALDERON. En tales circunstancias es difícil, por no decir imposible, resistir al torrente, y sobre todo cuando un monarca poderoso, que cultiva las letras, sigue la misma mala escuela, y con su ejemplo autoriza, sanciona ó consolida la corrupcion; qué era lo que puntualmente sucedia en España. DON PEDRO CALDERON escribió pues sus comedias en el viciado y detestable estilo de su tiempo, lleno de figuras, ó atrevidas, ó incoherentes, ó absurdas, de

(1) En la segunda edicion de la poética de Luzan (1789) no se halla este pasaje, que debe ser uno de los que reformó el autor ó su hijo Don Juan.

Digitized by Google

locuciones extravagantes, y de ideas falsas ó ridículas; pero en medio de esto se ve en ellas un interes siempre sostenido. Sus versos, cuya contextura métrica es admirable, tienen tanta armonía, que el poeta mas severo no puede resistir á su prestigio, por mas que vea alguna vez que solo contienen disparates rimados. En suma, CALDERON tiene golpes de teatro magníficos, habla á veces al corazon, y arrastra siempre á la imaginacion y la cautiva: testigo el efecto constante y casi mágico, que por mas de dos siglos ha producido la representacion de sus piezas, y que produciria aun hoy, si se supiesen recitar sus hermosísimos versos; testigo el gran poeta cómico de nuestros dias, que hablando de ciertas comedias bárbaras, que hace veinte y cinco años se representaban con mucho aplauso, decia: «¡Cuánto mas valen Solis, Moreto, CALDERON y Rojas cuando deliran, que estos otros cuando hablan en razon!»

Si se exigiesen de nosotros otras pruebas del juicio que acabamos de formar, no tendríamos mas que remitir á nuestros lectores á cualquiera de las piezas que componen el teatro de este hombre insigne, en todas las cuales se encuentra por donde quiera interes constante, versificacion magnífica y estilo monstruoso. En algunas se hallan ademas sentencias luminosas y oportunamente aplicadas, y á veces el lenguaje puro y fácil que conviene al diálogo dramático, como por ejemplo en muchas escenas de *La dama duende*, de *Para vencer á amor, querer vencerle*, de *No siempre lo peor es cierto*, de *Fuego de Dios en el querer bien*, y de *El secreto á voces*, por no hablar de otras en que tambien hay pasajes admirables, ya por la fuerza ó la novedad de los pensamientos, ya por la gracia ó la majestad del estilo, ó ya por el efecto teatral de la situacion, y en que el dramático madrileño no quedó inferior á los primeros modelos de este género, y se mostró igualmente capaz de aterrar con los lúgubres acentos de Melpómene, que de divertir con los festivos ecos de Talía.

Pero en las comedias de argumentos caseros, llamadas de capa y espada, porque se representaban con este traje, que era el que entónces usaban todos, y el que usan aun hoy los alguaciles, fué en las que nuestro CALDERON sobresalió particularmente, rasgueando con un pincel vigoroso y magistral las costumbres de su tiempo. Los que en las piezas que de esta clase escribió nuestro poeta, se quejan de no ver mas que desafíos, escondites de galanes, raptos de doncellas y un pundonor exagerado y quisquilloso, no reparan sin duda en que el poeta no creó estos usos ó estos sentimientos, sino que eran los de la época y del pais en que vivia; no reflexionan que las comedias verdaderas, ó propiamente dichas, deben siempre pintar las costumbres de la sociedad en que se supone pasar la accion, y que es tan ridículo reprender á CALDERON por haber retratado estos usos, que hoy ya no existen, como lo sería reprender al cultísimo Terencio, porque en su *Andria* presenta á Glicerio dando chillidos que le arrancan los dolores del parto, y pidiendo proteccion á Juno; á la partera mandando que laven á la parida, a unos y á otros poniendo al hijo de Pánfilo á la puerta de la casa del viejo Simon, y otras cosas que están mas léjos de nuestros hábitos y de nuestros usos, que los pendencieros amores del siglo XVII. Aun podríamos añadir que en las costumbres de dicho siglo hay en medio de estas extravagancias mucho que nos convendria aprender ó imitar. El cuidado con que los amantes se recataban de los padres ó hermanos de sus queridas, prueba que la autoridad doméstica estaba en toda su fuerza, á lo ménos cuando se trataba del honor. La galantería caballeresca, de que eran consecuencias la exaltacion del amor, la fidelidad en cumplir lo prometido, la disposicion constante para socorrer al que necesitaba favor, es una virtud social, que no estaria demas que se conservase. Las academias de damas y caballeros, en que se proponian y ventilaban cuestiones muy ingeniosas, tenian la ventaja de hacer necesaria alguna instruccion para figurar algo en el mundo, en el cual estaban seguros de no poder representar el menor papel ciertos hombres de pocos alcances ó de ninguna instruccion, que desde que se desterró aquel uso pudieron andar mas á sus anchas. En fin, el amor á la patria, el horror á cierta clase de vicios que estaban reputados por bajos, el hábito de emprender todo aquello que el valor podia superar, eran otras tantas ventajas de las costumbres en los tiempos de CALDERON.

Digitized by Google

XVI.

DE DON FERMIN GONZALO MORON.

ENSAYO HISTÓRICO-FILOSÓFICO SOBRE EL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL. (REVISTA DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO, *tomo* VII. — *Madrid*, 1843.)

EN brillante estado legó Lope de Vega el teatro español al célebre poeta madrileño DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, cuyo genio dramático fué indudablemente superior al suyo.

Si Lope de Vega se distingue por la fluidez del verso, la invencion, la dignidad y dulzura de los sentimientos, CALDERON es el poeta que refleja mejor las ideas, creencias y costumbres de los españoles. Es por excelencia el poeta del honor y de la religion, y estos eran los objetos caros, sagrados para nuestros ascendientes. El respeto á las mujeres, la deferencia caballeresca hácia las mismas, sacrificándolo todo al honor de una dama, la defensa de este en caso de cualquier agravio, la delicadeza de los sentimientos y el pundonor en todas sus acciones: hé aquí lo que se descubre en el fondo filosófico de sus comedias, y especialmente en *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El mayor mónstruo los celos*, *El alcalde de Zalamea*, *Las armas de la hermosura*, *No siempre lo peor es cierto*, *Amigo, amante y leal*, y *Los empeños de un acaso*. Considerado su teatro en la parte artística ó de desempeño, se admira una imaginacion inagotable, trozos brillantes de poesía lírica, y una facilidad en la intriga y enredo, que desespera, y en que no ha sido dado todavía á ningun poeta anterior ni posterior excederle, ni acercársele con gran distancia.

La deferencia al honor de las mujeres se halla recomendada por Laura en la *Casa con dos puertas mala es de guardar*, cuando dice á Félix:

Mira, por Dios, lo que haces;
Pues en quien es caballero,
El honor de las mujeres
Siempre ha de ser lo primero.

Pero obsérvase en especial ese idealismo respetuoso hácia el bello sexo en las *Armas de la hermosura*. Versa esta comedia sobre los tan trágicos sucesos ocurridos en Roma por el destierro de Coriolano; y tan vestida á la española está, que en lugar de presentar CALDERON los hechos tan interesantes y dramáticos de la historia, prefiere falsificar esta, y supone á Coriolano enamorado de Veturia, desterrado de Roma, y puesto al frente de los sabinos para atacarla, porque el Senado no quiso otorgar su peticion, hecha á instancias de su amante, de revocar las leyes suntuarias que acababa de establecer contra el lujo y los adornos de las mujeres. Esta comedia marca perfectamente la diferencia de las costumbres de Roma, y de España en la fastuosa corte de Felipe IV. Es grandioso el personaje de Coriolano en la historia romana, y sobre manera dramáticas las palabras y lágrimas que Veturia emplea para templar el furor y la indignacion noble de su hijo; mas en CALDERON el primero es pueril, y la segunda una despreciable coqueta. La deferencia al bello sexo es noble y honrosa, cuando se consideran su debilidad y sus virtudes; pero es ridícula y humillante, cuando el hombre se mezcla en la defensa de sus frivolidades y caprichos, y esto último es lo que se observa en la comedia de CALDERON, sobre todo al fin de la misma, cuando dice Coriolano:

........................Advierte
Que nunca dije que habia
Negádosela rebelde
A mi dama; que el mas noble
Puede negar justamente
Lo que le pide, á su patria,
A su padre, á sus parientes,
A su amigo y enemigo;

Digitized by Google

Pero á su dama no puede,
Y mas cuando su hermosura
Con armas del llanto vence.

Y concluye:

............Primeramente,
Que las mujeres que hoy
Tiranizadas contiene,
Se pongan en libertad;
Y á las que volver quisieren
A Sabinia, no se impidan
Ni sus personas ni bienes.
Que las que quieran quedarse,
Restituidas se queden
En sus primeros adornos
De galas, joyas y afeites
Que á la que se aplique á estudios
O armas, ninguno la niegue
Ni el manejo de los libros,
Ni el uso de los arneses;
Sino que sean capaces,
O ya lidien ó ya aleguen,
En los estrados de togas,
Y en las lides de laureles.
Que el hombre que á una mujer,
Donde quiera que la viere,
No la hiciere cortesía,
Por no bien nacido quede.
Y por mayor privilegio,
Mas grave y mas eminente,
Pues por las mujeres yo
Sin honra me vi, se entregue
Todo el honor de los hombres
A arbitrio de las mujeres.

Tal es la última arenga del héroe de esta pieza; y si bien hay en estos sentimientos algo de ridículo y de exagerado, son la demostracion mas clara de que la deferencia al bello sexo fué uno de los resortes ó medios dramáticos de nuestros distinguidos ingenios.

Mas la comedia donde la dignidad y la inocencia candorosa de la mujer, el idealismo mas exaltado del amor y del respeto hácia la mujer están pintados de un modo interesante y dramático, es la de *No siempre lo peor es cierto*. En ella, el galan Don Cárlos, despues de herir en el cuarto de su dama al que suponia ser su rival y hallarse escondido en el mismo, no obstante su indignacion y amargo dolor por creer infiel á su amada, viendo á esta en peligro de su honor por la entrada de su familia, la arrebata, cuida de ella con la mas esmerada consideracion, y lleva su generosidad hasta permitir su enlace con el que juzga ser su rival, á fin de que no quede manchada su honra.

Mas si interesante y bellísimo aparece el carácter de Don Cárlos, el de su amada Leonor es una creacion angelical. Ella amaba á Don Cárlos con la mas apasionada sublimidad, y habia despreciado á Don Diego, quien valiéndose de una criada, logró introducirse en el aposento en que se hallaban Leonor y Don Cárlos, y donde fué herido por este. Leonor comprende lo justo del enojo de su amante; mas sin entrar en explicacion alguna, solo afirma su inocencia, esperando con resignacion que el tiempo la aclare, y padeciendo el mas acerbo dolor, hasta que su enemigo mismo por una serie de sucesos y combinaciones en que tanto descolló el númen de Calderon, confiesa su culpabilidad y la de la criada de Leonor.

Si la deferencia mas ideal y el delicado respeto á la mujer forma una de las principales bellezas dramáticas del poeta madrileño, es otra el honor en el hombre, quien ejecuta por él las acciones mas nobles, y no sufre el menor agravio en el mismo. Por eso las pendencias, los duelos y cuchilladas son tan frecuentes en las piezas de Calderon, y por ello tambien se ha repren-

Digitized by Google

dido la perjudicial influencia de sus comedias, aunque no anda en esto muy acertada la crítica, pues él pintaba las costumbres y halagaba las inclinaciones de su tiempo, y no es justo exigirle la filosofía del actual.

En la comedia *A secreto agravio, secreta venganza*, se descubre bien este sentimiento del honor, cuando Leonor dice á su esposo Don Lope :

Ya no quiero que el amor,
Sino el valor, me aconseje.
Servid hoy á Sebastian,
Cuya vida el cielo aumente;
Que es la sangre de los nobles
Patrimonio de los reyes;
Que no quiero que se diga
Que las cobardes mujeres
Quitan el valor á un hombre.
Cuando es razon que le aumenten.

Y cuando Don Lope dice á Don Luis :

¿Qué es á creer? si llegara
A imaginar, á pensar
Que álguien pudo poner mancha
En mi honor... ¿qué es en mi honor?
En mi opinion y en mi fama,
Y en la voz tan solamente
De una criada, una esclava,
No tuviera, ¡vive Dios!
Vida que no le quitara,
Sangre que no le vertiera,
Almas que no le sacara,
Y estas rompiera despues,
A ser visibles las almas.

En *El mayor monstruo los celos*, el Tetrarca se decide á mandar la muerte de su mujer, á quien adora, para que no sea de Otaviano, y dice :

No te acobarde lo horrible
De una historia tan extraña;
Que cuando murmuren unos
Que hubo quien dejó por manda
Un homicidio, creyendo
Que así sus penas engaña,
Que así sus quejas desmiente,
Que así desdice sus ansias,
Y que así enmienda sus celos,
Otros habrá que lo aplaudan;
Pues no hay amante ó marido
(Salgan todos á esta causa)
Que no quisiera ver ántes
Muerta, que ajena su dama.

Empero donde resplandece el honor español en todo su brillo y pureza es en *Los empeños de un acaso*, y especialmente en la comedia *El alcalde de Zalamea*. No se invoca ni se defiende el honor en la última por un noble, sí que por un villano ó labrador de Zalamea, á quien un capitan de ejército le ha robado su hija. La nobleza, el pundonor y la rectitud se ven delicadamente retratados en el bien delineado carácter del labrador, pudiendo ser esta comedia la mejor demostracion de lo generalizada que se hallaba la honradez y la grandeza de los sentimientos en todas las clases del pais. El labrador era alcalde de Zalamea, y habia mandado la prision del capitan raptor, y es interesante el diálogo entre aquel y el bien sostenido carácter

Digitized by Google

del general Don Lope de Figueroa, que le reprende la prision del capitan, como una extralimitacion de sus facultades.

DON LOPE.

¿Sabeis ¡vive Dios! que es
Capitan?

CRESPO.

Sí, ¡vive Dios!
Y aunque fuera el general,
En tocando á mi opinion
Le matara.

DON LOPE.

A quien tocara
Ni aun al soldado menor
Solo un pelo de la ropa,
Viven los cielos, que yo
Le ahorcara.

CRESPO.

A quien se atreviera
A un átomo de mi honor,
Viven los cielos tambien,
Que tambien le ahorcara yo.

DON LOPE.

¿Sabeis que estáis obligado
A sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas?

CRESPO.

Con mi hacienda,
Pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.

Mas donde aparece toda la honradez y pundonor del alcalde de Zalamea es en el diálogo con el capitan.

Ya que yo como justicia
Me valí de su respeto
Para obligaros á oirme,
La vara á esta parte dejo,
Y como un hombre no mas
Deciros mis penas quiero, etc.

El capitan, que forzó á la hija del honrado labrador, resiste con arrogancia su pretension; y este por último le manda ahorcar, interviniendo Felipe II para aprobar en el fondo esta sentencia. El trozo que acabamos de citar es un cuadro brillante y acabado por la sublimidad de los sentimientos, lo dramático de la situacion, y la verdad y propiedad del carácter; y es sin disputa esta comedia una de las mas acabadas de Calderon.

El tercer resorte dramático de Calderon fué el sentimiento religioso, tan vivo en el pueblo español, y que excitó y halagó en sus comedias *La vida es sueño*, *La devocion de la cruz*, *El Josef de las mujeres*, *Los dos amantes del cielo*, *El cisma de Inglaterra*, y sus numerosos *autos sacramentales*, que versaron sobre objetos morales y sagrados, cuyos personajes son alegóricos, y su objeto la veneracion de algun misterio, ó la demostracion de alguna verdad religiosa ó moral. Al hablar de los siglos medios, observamos el nacimiento de la poesía y del drama vulgar en los templos, romerías, procesiones y festividades religiosas. Notamos tambien que no solo la religion era el principio civilizador de la sociedad, si que se encargó de procurar al pueblo el solaz y la distraccion. Y como siempre toda literatura nacional refleja los sentimientos que se arraigaron profundamente en la vida y las costumbres de un pais, de aquí el que en España, donde el principio religioso era tan fuerte y poderoso como ya hemos demostrado, fué muy

Digitized by Google

frecuente hasta el siglo XVIII la representacion de comedias de santos y autos sacramentales en las iglesias y en las grandes festividades religiosas. Escribieron en este género casi todos los poetas españoles; pero su gloria fué oscurecida completamente por los autos sacramentales de CALDERON. En ellos campea la rica imaginacion de CALDERON, la exaltacion religiosa, y un misticismo elevado, mezclado de ese tinte ideal y filosófico, tan propio de su genio, y que ha valido á nuestro poeta la admiracion y entusiasmo de los literatos alemanes.

Las antecedentes reflexiones bastarán á dar á conocer el númen dramático de CALDERON en la parte filosófica. En la artística, si Lope de Vega descolló por la fluidez del verso y la fecundidad de su genio, no fué ménos célebre CALDERON por la gala y pompa oriental de su poesía, por la facilidad prodigiosa del enredo y combinacion sorprendente de sucesos, por la abundancia de conceptos y palabras.

Con respecto á la facilidad de la intriga y del enredo, admira esta siempre en las comedias de CALDERON, hasta perderse el lector ó el espectador en un intrincado laberinto, de donde le saca siempre con sorpresa el genio del poeta. Esta cualidad no puede demostrarse sino siguiendo paso á paso el movimiento de una pieza, y por ello recomendamos la lectura de sus comedias, para conocer la rica imaginacion de CALDERON, y este carácter distintivo del teatro español en su parte artística, ó de desempeño material. Se observan tambien prodigadas en las piezas de tan esclarecido ingenio las sentencias, las definiciones, y hasta los silogismos, en que pagó su tributo á la corrupcion del buen gusto en la poesía, y á la educacion pedantesca y escolástica comun á la sazon en Europa, y sobre todo en España. Para que CALDERON fuese el fiel reflejo en el teatro de todo lo que habia sido popular en nuestro pais, ensayó igualmente en sus comedias el género ó romance caballeresco, siendo notable en el mismo *El jardin de Falerina* y *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*. Préstase difícilmente al teatro este género, y nada por lo mismo de recomendable ofrece en la parte filosófica: admíranse solo en la artística la multitud de aventuras y las mutaciones de lugares y paisajes, tan frecuentes en las mismas como en los autos sacramentales, y que debian halagar extraordinariamente la imaginacion de un pueblo tan amante como el español de todo lo maravilloso.

Resumiendo ahora nuestro juicio sobre CALDERON, no podemos ménos de manifestar que si su genio hubiese de sujetarse á las estrictas reglas de los preceptistas, la reputacion y mérito del mismo serían tan inferiores como los que estos le han señalado. Si se le considerase como pintor de pasiones y caracteres en general, haciendo abstraccion de la sociedad en que él vivia, su númen dramático apareceria mediano. Calderon era un poeta español, hablaba á españoles, sus comedias se representaban ante el pueblo español: así debe juzgársele en nuestro concepto; y de este modo CALDERON es un poeta nacional de primer órden, porque supo reflejar cual nadie los sentimientos y las creencias de nuestro pais. Afortunadamente eran nobles y sublimes, y el poeta es noble y sublime, adornada su musa con los brillantes colores de una naturaleza y un cielo hermosos, de una corte magnífica y de habitantes entusiastas de todo lo que es bello é ideal. La verdad dramática en su fondo la desconoció en general como Lope de Vega, porque el carácter español, noble y sublime por honor, no ofrece esa parte terrible y profunda de los héroes de Shakespeare. A pesar de la semejanza que presenta en su marcha la civilizacion europea, hay una diferencia notable entre la literatura del Norte y del Mediodía. Se ve en la primera insculpido fuertemente el genio de la edad media en su rústica grandeza, con sus profundas y terribles pasiones, y con un tinte severo y melancólico. Ella refleja fielmente la vida moral de los hombres del Norte, esforzados en sus acciones, y profundamente terribles y tristes en sus sentimientos. La literatura del Mediodía presenta por el contrario la belleza y alegría de un cielo y de una naturaleza hermosa, y la existencia brillante, muelle y algo voluptuosa de sus habitantes. Podria decirse bien que la literatura del Norte deriva sus bellezas de todo lo que es íntimo, profundo y doloroso en el corazon humano, miéntras la del Mediodía considera la vida como un magnífico festin, y busca entretener la imaginacion y cautivar los sentidos con la pintura de todo lo que es maravilloso, dulce y sorprendente. Esto nos ha decidido siempre en favor de la literatura del Norte. La poesía, en su esencia y en su mayor elevacion, es para nosotros la copia ó el reflejo de todo lo que hay mas fuerte, íntimo y profundo en la vida moral de la especie humana. Como para resaltar mas la

Digitized by Google

sabiduría y el órden, ha repartido Dios el bien y el mal sobre la tierra, y ha impreso en el alma del hombre el sentimiento del placer y del dolor, de la alegría y del infortunio. Mas del mismo modo que parece en la naturaleza física prevalecer la cantidad del mal sobre la del bien, así en la moral la parte íntima y dolorosa afecta mas profundamente el corazon humano, que la dulce y agradable. Por eso se ha visto siempre que el dolor y el infortunio produjeron las bellezas mas sublimes, y que un sentimiento profundo y melancólico inspiró las composiciones de los mas eminentes poetas del mundo. Léanse los mas brillantes cuadros de Homero, de Sófocles y Eurípides, del Dante y del Tasso, de Milton, de Lope de Vega, de Schiller y de Byron, y se observará siempre el sello del dolor y de la amargura. Esta es la razon por la que preferimos la literatur del Norte á la del Mediodía, por la que reconocemos la superioridad de Shakespeare sobre Calderon en la pintura de pasiones y caractéres. Pero al expresarnos de esta suerte, no se crea que la historia de España no presentaba á la imaginacion de los poetas los hombres de hierro del Norte con sus misteriosas y profundas pasiones. Al traves del tinte oriental de nuestras costumbres, la lucha de ocho siglos con los árabes, emprendida por todos los sentimientos mas fuertes en el corazon humano, habia dado al carácter español el mas altivo y grandioso temple, y nuestros caballeros de los siglos XIII, XIV y XV podian competir y excedian indudablemente en calidades magnánimas á los del Norte; mas nuestros poetas del siglo XVII no supieron pintarlos con la profundidad necesaria, porque aquella grandeza colosal habia desaparecido, y la fiel y enérjica descripcion de los mismos, requeria una fuerza y poder de imaginacion de que carecian, y un trabajo artístico y de meditacion que se descuidó siempre por nuestros mas esclarecidos ingenios. Es tan cierta esta observacion, que en *El médico de su honra*, de Calderon, en *Las mocedades del Cid*, de Guillen de Castro, y en otras comedias célebres, los sucesos son por sí dramáticos, los caractéres profundos y grandes, y sin embargo sentimos un vacío al comparar el desempeño y la accion del drama con lo que los hechos requieren; y esto solo se explica porque el poeta no ha sabido apoderarse de su situacion y pintarla en su grandeza, porque las pasiones y los caractéres que describe son superiores á su genio. Aplícase sobre todo esta observacion á Calderon, que manejó toda clase de argumentos. En casi todas las situaciones dramáticas hay falsedad de sentimientos y mucha abundancia de palabras; y cualquiera que sea la lengua y la forma de expresion de un pais, nos parece que siempre revelan falta de verdadero genio y enerjía moral; y esto nos impide comparar Calderon á Shakespeare en la pintura de los caractéres y pasiones. En una sola cosa aseméjanse ambos: en que aplicaron al teatro todos los géneros mas varios de poesía, y reflejaron todo lo que habia mas grave, profundo é íntimo en la vida moral de su respectivo pais. Ostenta el poeta del Mediodía mayor fecundidad de imaginacion que el del Norte; pero la de este es mas profunda. Distingue al primero la pompa y riqueza mas lujosa en la descripcion de situaciones y pasiones, miéntras el segundo revela en una frase, en dos palabras, todo lo que hay mas íntimo y misterioso en el corazon humano. Los dos son sin duda el ornamento y los mas bellos genios de su nacion, y la memoria del poeta madrileño será respetable y sagrada para los españoles, miéntras aprecien y recuerden con emocion y con entusiasmo las brillantes páginas de su historia, y todo lo que hubo noble, generoso y magnánimo en el carácter español.

XVII.

DE DON RAMON MESONERO ROMANOS.

RAPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL. (Semanario pintoresco, *segunda serie*, *tomo* IV. — 1842.)

Mucho habia adelantado la comedia española con Lope de Vega y sus imitadores; pero por desgracia no estaba aun formado el gusto en este punto, y el mismo ingenio de aquel, sublime é independiente de toda regla, perjudicó extraordinariamente á los verdaderos progresos

Digitized by Google

del arte. Porque acostumbrados los ánimos de los espectadores á la multiplicidad de lances é incidentes en la accion, á la mezcla extravagante de lo trágico y cómico, y en fin, á los ingeniosos disparates, era menester un genio igual al suyo en atrevimiento, y que le excediese mucho en juicio, para dirigir la comedia hácia la verdadera senda de la razon y el buen gusto.

Puede decirse que este genio brilló en Don Pedro Calderon de la Barca. Contemporizando hasta cierto punto con el gusto que Lope habia extendido, hizo sin embargo desaparecer sus monstruosidades, é imaginó la verdadera comedia española, la cual, si bien todavía defectuosa en el plan, es encantadora en su desempeño. Sus muchísimos dramas (porque aun le alcanzó la manía de escribir mucho) son por lo general admirables por el artificio de su accion; el ingenio con que se la conduce hasta el fin, teniendo al espectador en una continua sorpresa; la nobleza de los caractéres, principalmente amorosos, el estilo sentencioso y sublime, y la armonía encantadora del verso. Entre ellos los hay, en donde los críticos mas severos hallarian poco que reprender en cuanto á la regularidad de su plan: tales son, *Dicha y desdicha del nombre*, *Mejor está que estaba*, *Dar tiempo al tiempo*, *Casa con dos puertas*, *Los empeños de un acaso*, y otros varios.—Los hay tambien en el género trágico ó del drama elevado, en el cual, aunque con los defectos anejos á la época, sobresalió tambien Calderon. *La vida es sueño*, *El Tetrarca de Jerusalen*, *El alcalde de Zalamea*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, son creaciones de primer órden, que darian á Calderon el título de nuestro primer dramático, si no le hubiese sabido merecer por otra clase de comedias de que puede decirse que fué el original inventor.

Hablamos de las comedias llamadas de enredo y de *capa y espada*, en que tan hábilmente supo pintar las costumbres galantes de su época, y trazar cuadros de tan prodigioso interes, que en vano han pretendido competir con él cuantos poetas han alcanzado despues aplausos en nuestra escena. *La Dama duende*, *El escondido y la tapada*, *Mañanas de abril y mayo*, *Gustos y disgustos*, *Cuál es mayor perfeccion*, y otras ciento que pudiéramos citar, colocan á Calderon en una línea especial, en un puesto eminente sobre cuantos dramáticos han inventado ántes y despues enredos teatrales, y son un testimonio claro de que su inagotable imaginacion le suministraba una rica vena de recursos poéticos, y le hacia parecer siempre nuevo, siempre ingenioso y siempre admirable. Ni solo lo fué para los españoles: los autores mas clásicos de Francia é Italia se apresuraron á rendirle el homenaje debido á su talento: Corneille le debió su *Heraclio;* Molière tomó la idea de *Las mujeres literatas* en la de *No hay burlas con el amor*, y el célebre Metastasio le imitó repetidas veces.

Tuvo la fortuna este insigne poeta de haber vivido bajo el reinado de Felipe IV, príncipe decidido protector del teatro, y poeta él mismo, pues se sabe que escribió algunas comedias bajo el nombre de un *Ingenio de esta corte*, entre ellas algunas apreciables, como es la de *Dar la vida por su dama*. No es pues extraño que engrandeciese con sus mercedes al poeta mayor de su siglo. Por eso Calderon recibió en vida los testimonios mas marcados de su benevolencia: sus comedias se representaban en el gran teatro que este príncipe hizo construir en el sitio del Buen-Retiro, y aun una de ellas, *Certámen de amor y celos*, fué representada con inmensos gastos en el estanque grande del mismo sitio, por disposicion del duque de Olivares.

Calderon nació en Madrid de una familia ilustre, en enero de 1600, y recibió una distinguida educacion; fué geógrafo, cronologista, historiador, matemático y canonista; estudió en Salamanca, fué militar, y despues sacerdote, caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los Reyes nuevos de Toledo; murió en 25 de mayo de 1681, y fué enterrado en la iglesia de San Salvador de Madrid, y allí han permanecido sus restos hasta que por una suscricion voluntaria del pueblo de Madrid fué trasladado al cementerio de la puerta de Atocha, en abril del año pasado de 1841.

Digitized by Google

XVIII.

DE DON ANTONIO GIL DE ZARATE.

MANUAL DE LITERATURA, SEGUNDA PARTE, *tomo*.II. (*Madrid*, *imprenta de Boix*, 1844.)

Cual consecuencia precisa del gran movimiento dramático que se habia desarrollado en España, despues de tantos escritores con tan varias cualidades, pero siguiendo todos un mismo sistema; al cabo de tan inmenso caudal de comedias sobre cuantos asuntos pueden imaginarse; como remate y corona de aquella época floreciente para el teatro español, tenia que aparecer algun ingenio feliz que reuniese en sí las cualidades sobresalientes de este teatro, que lo elevase á su mayor altura, y fuese, por decirlo así, la última expresion de aquella escuela dramática nueva, original, y tan diferente de la antigua. A Lope de Vega le faltó fuerza y arte para la combinacion de sus fábulas; Tirso pecaba por licencioso y procaz; Moreto no poseia toda la inventiva necesaria; Alarcon se presentaba con poca idealidad; Rojas era exagerado y gongorino: se necesitaba pues un hombre que al artificio para disponer planes hábilmente combinados, á la urbanidad y decoro, á la fecunda imaginacion, al lenguaje poético y armonioso, reuniese las dotes de aquellos escritores: facilidad, abundancia, espíritu caballeresco, gracia, filosofía, elevacion, conocimiento del corazon humano y de las pasiones, y, lo que tal vez escaseó en todos, sublimidad en los pensamientos. Cualidades tan varias, tan raras, tan difíciles de reunir en una sola persona, eran precisas para formar el poeta dramático español perfecto. No bastaba ser apto para la poesía elevada, para la pintura de las grandes pasiones, si no se poseia tambien la gracia y soltura que permiten trazar cuadros familiares; poco era tener chiste para las situaciones cómicas, sin la facultad de remontarse á la expresion de los mas nobles afectos. Nuestro teatro no conocia la division de géneros, no consentia la perfeccion en unos y la mediocridad en otros; los mezclaba todos; exigia todos los talentos reunidos; y su inmensa variedad, al paso que engendraba multitud de comedias desarregladas y monstruosas, hacia mas difícil la tarea del que intentase llegar á la perfeccion; no siendo dado alcanzarla sin poseer cualidades extraordinarias y portentosas. Favorecia, sí, la inmensa avenida de ingenios medianos que escriben sin arte, que exageran los defectos de un sistema, porque no alcanzan sus bellezas, que tal vez logran ante un público ansioso de novedades triunfos efímeros que pronto quedan sepultados en un eterno olvido; pero no podia producir mas que uno solo de esos ingenios sublimes que abrazan todos los primores del arte, que vencen todas las dificultades, que realizan en sus obras inmortales el bello ideal del género que cultivan, y cuyo nombre por lo tanto resuena en todas las naciones y traspasa los mas remotos siglos. Tal fué Don Pedro Calderon de la Barca, príncipe de los poetas dramáticos españoles, y bajo cuyo imperio llegó nuestra escena á su mayor altura, sin que despues le fuese dable otra cosa mas que descender, cayendo en la postracion que siempre sigue á los grandes esfuerzos.

En Calderon pues tenian que reunirse todas las excelencias del sistema dramático acepto á los ojos de la nacion española, propio de la edad moderna, y cuyas bases fuéron asentadas por el gran Lope de Vega: excelencias que hasta entónces se habian presentado diseminadas entre variedad de ingenios. Pero como este sistema no aspiraba á una bondad absoluta, como encerraba en sí vicios, los unos inherentes á su propia naturaleza, los otros debidos al modo que tuvo de constituirse; como por otra parte las circunstancias literarias de la época, circunstancias calamitosas para el buen gusto, no podian ménos de influir en todo aquel que escribiese para el público, era tambien indispensable que Calderon pecase en muchas cosas, pues no hubiera sido la viva y verdadera representacion del ingenio poético español, á no reunir en grado igual sus prendas y sus defectos. Así pues no presentarémos á Calderon como un dechado de la perfeccion poética, sino como un portento de la naturaleza, superior tal vez en dotes á todos los ingenios conocidos; pero que abusando de estas dotes, así se entrega indiferente á lo malo, como sabe alcanzar lo mas sublime del arte. Semejante á la

Digitized by Google

naturaleza en su exuberante lozanía, crea la maleza estéril al pié de la elevada y fructífera palma.

No se puede tampoco juzgar á CALDERON sin considerar la época en que escribió, así en la parte política, como en la moral, religiosa y literaria. En su tiempo habian llegado á su complemento y desarrollo los principios de toda clase sembrados en la nacion, cuando, expulsados los moros de la Península, se reunió toda en una sola monarquía, que no contenta ya con sus límites naturales, hizo alarde de sus fuerzas, llevó su pendon á todos los puntos del mundo conocido, buscó otro nuevo para sus hazañas, y aspiró durante muchos años á la dominacion universal. Estos principios que abrigaban el gérmen de una grandeza inmediata y de una futura decadencia, habian llevado el Estado al punto en que la primera declinaba ya, y empezaba la última con rapidez prodigiosa. De aquí pues la mezcla de cualidades contradictorias en los españoles de entónces.

En lo político, no era España aquella potencia formidable que ponia en peligro la libertad de toda Europa: rotos sus invencibles tercios, menguado su inmenso territorio, combatida en su propio seno por rebeliones obstinadas ó triunfantes, oscurecido su prestigio, conservaba sin embargo el orgullo de la pasada gloria, y la elevacion de ánimo que procura un gran poder, pero sin la enerjía suficiente para producir grandes cosas; siendo por lo tanto altiva y desgraciada. El poder absoluto se habia consolidado; y robustecido el trono, tanto como en otro tiempo fué débil, los sentimientos monárquicos, fundados en el derecho divino de los reyes, estaban profundamente grabados en los corazones. La religion, afianzada con tantas guerras contra los infieles, y conservada en su pureza por la Inquisicion, se ostentaba ardiente, fervorosa y con firmes creencias. La moral, apoyada en el honor y los sentimientos religiosos, era rígida, y no transigia con deslices de ninguna clase, castigándolos severamente. La literatura, cultivada por claros ingenios, y rica en bellas producciones, habia hecho de la lengua española una lengua europea, siendo de todas las modernas la que tenia mas pompa y mas vigorosa armonía. Pero á la par de tan altas cualidades, existian los defectos que la degradacion acarrea: el valor degeneraba en fanfarronería, el pundonor en espíritu pendenciero, la galantería en atrevimiento, la lealtad en servilismo, la religiosidad en supersticion, el cuidado de la fama en tiranía doméstica, la pompa del lenguaje en altisonancia, el ingenio en ridículo culteranismo. Así pues los hombres eran valientes, enamorados, caballerosos, galantes, pundonorosos, fieles á su rey y á su dama, observadores rígidos de su palabra, en extremo religiosos, y siempre bien hablados; pero se mostraban tambien pendencieros, fanfarrones, celosos, opresores de sus mujeres y hermanas, cruelmente vengativos, llenos de supersticiosas creencias, y afectados y oscuros en sus estudiados discursos. Las mujeres aparecian altivas, recatadas, devotas y discretas; pero la opresion y vigilancia que se ejercia sobre ellas las hacia astutas en sus amores, ingeniosas para conducir una intriga secreta, é hipócritas en toda su conducta. Tales son los galanes que presenta CALDERON en sus comedias; tales las damas que saca á la escena. CALDERON no tan solo retrató perfectamente las costumbres de su época, sino que reprodujo en sus obras el espíritu, los afectos, las creencias, el lenguaje del mismo siglo con exactitud admirable: los que en él nos parecen ahora defectos, no lo eran entónces; y de no tenerlos, careceria de aquel sello de verdad que el poeta dramático debe imprimir á todas sus composiciones.

Tan profundamente grabado estaba en CALDERON este carácter esencialmente nacional, que en cada escena, en cada frase, en cada palabra se revela, imposibilitándole de pintar nada que no fuese español. Vanamente recorre en sus numerosos dramas todas las naciones, todas las épocas de la historia, todas las creencias; vanamente deja el mundo real, y se interna en la fábula ó en la region de las alegorías: siempre es el mismo; con él ningun hecho, ningun héroe toma el colorido local; con él jamas se oye el lenguaje que corresponde á sus personajes: así como tenia que prestarles á todos el habla castellana, castellanos los hacia en sus acciones, en sus ideas, en sus afectos. Solo le queda en CALDERON á todo lo extranjero los nombres, y aun á veces desfigurados; en lo demas, todo tiene que pasar bajo las horcas caudinas que su profunda nacionalidad impone á cuanto no es de su patria. Nadie á su lado hallaba acceso, como no fuese disfrazado con ropilla y ferreruelo.

Digitized by Google

Para que esto sucediese, claro está que CALDERON tenia que ser en todo un español puro, y presentar en sí una viva imágen de su siglo. Con efecto, en su persona se reunieron el caballero, el soldado, el cortesano y el sacerdote; y en todas estas condiciones fué poeta para reproducir con admirable pincel los afectos é ideas que las distinguen. Aunque no estamos tan ignorantes de su vida como respecto de otros célebres dramáticos, ignoramos sin embargo las particularidades de ella que necesitariamos para tener su verdadero retrato en cada uno de esos estados; mas por lo que se sabe, y por lo que se deduce de la lectura de sus obras, se puede asegurar que fué valiente, honrado, discreto, enamorado, en extremo religioso, leal á toda prueba, y como sus galanes, algo pendenciero.

Si atendemos á la larga vida de este poeta, durante la cual, desde muy jóven, no dejó de escribir, el número de ciento veinte comedias que es el mayor que se le atribuye, no sorprende; pues aun contando solo desde la edad de veinte años, no salen á dos cada uno; y á otros tantos ascenderian á lo mas los autos sacramentales, resultando el tiempo de tres meses para cada una de sus composiciones dramáticas. Aunque las mas serían hechas sin duda alguna en mucho ménos tiempo, siempre se ve que no trabajaba sus obras con la precipitacion de Lope; y prueba de ello es que para concluir en mas de ocho dias la fiesta de *Certámen de amor y celos*, tuvo que hacer un esfuerzo: no le hubiera ciertamente embarazado á Lope el tener que marcharse á la guerra al otro dia de empezada una comedia, para darla ya terminada.

El sistema de CALDERON no era sin embargo susceptible de tanta velocidad como el de Vega. Hay en las comedias de aquel mucho mas artificio; y sus planes, por lo bien combinados, requerian mucho mas detenimiento. No obstante, una vez arreglados, no creemos que le costase gran trabajo el desempeño. A su natural facilidad debió añadir la que procura una larga práctica; y pruebas se hallan no pocas en sus obras de que solia escribir con bastante desaliño.

A grandes elogios y á sangrientas críticas ha dado lugar este insigne poeta entre los extranjeros; pues entre nosotros, exceptuándose algunos críticos del siglo pasado que le trataron de delirante, nunca ha dejado de ser aplaudido por el pueblo, hasta ahora en que, por el contrario, los literatos le ensalzan, y el público no asiste á la representacion de sus dramas. Los alemanes sobre todo, se han entusiasmado por él en estos últimos tiempos, y no han contribuido poco á la fama de que hoy goza en Europa, hasta en las naciones donde ántes era objeto de burla y menosprecio. Por lo tanto, creemos deber nuestro el trascribir aquí el elocuente elogio que de él hace el célebre crítico Schlegel, tomando esta traduccion de la de Sismondi. Dice así:

«Apareció, en fin, DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, genio no ménos fecundo, escritor no ménos ágil que Lope, pero mucho mas poeta, poeta por excelencia, si alguna vez ha merecido hombre alguno este título. Renovóse para él, mas no en grado muy superior, la admiracion de la naturaleza, el entusiasmo del público, y la dominacion del teatro..... En el número casi infinito de sus obras, no se encuentra nada debido á la casualidad: todo está trabajado con la habilidad mas perfecta, siguiendo seguros y consecuentes principios y con miras profundamente artísticas: lo cual no pudiera negarse, aun cuando se considerase como una manera este estilo puro y elevado del teatro romántico, y se tuviesen por desairados estos atrevidos vuelos de la poesía, que se elevan hasta los últimos límites de la imaginacion. CALDERON ha cambiado por todas partes en su propia substancia lo que habia servido solamente de forma á sus predecesores, y para alcanzarlo, bastábanle solo las mas notables y delicadas flores. De aquí proviene que repite á menudo muchas expresiones, muchas imágenes, muchas comparaciones, y hasta muchos juegos de situacion, aunque era demasiado rico para tomar prestado, no digo de los demas, sino de sí mismo. La perspectiva teatral es á sus ojos la parte esencial del arte; pero esta vista, cerrada para otros, llega á ser positiva para él: no conozco ningun autor dramático que haya sabido como él poetizar el efecto, y que le haya hecho obrar tan poderosamente sobre los sentidos, haciéndolo al mismo tiempo tan aéreo.

»Sus dramas se dividen en cuatro clases: representaciones de historias de santos, sacadas de la Escritura, piezas históricas, mitológicas, ó tomadas de cualquiera otra invencion poética, y pinturas en fin de la vida social en las costumbres modernas. En un sentido riguroso, no

Digitized by Google

pueden llamarse históricas mas que las obras fundadas sobre la historia nacional : CALDERON ha tratado con mucha verdad las antigüedades españolas; pero tenia de otra parte una nacionalidad muy decidida, y pudiera decirse muy ardiente, para poder mudarse en otra esencia. Pudo, cuando mas, identificarse con los pueblos que un sol esplendoroso anima, tales como los del Mediodía ó del Oriente; pero nunca con los de la antigüedad clásica ó del Norte de Europa. Cuando ha escogido en la historia de estos pueblos asuntos, los ha tratado de una manera fantástica en extremo. La mitología griega no ha sido para él mas que una fábula encantadora, ni la historia romana mas que una hipérbole majestuosa.

» Sin embargo, deben ser consideradas sus representaciones religiosas como históricas hasta cierto punto; pues aun cuando CALDERON las haya envuelto en una poesía mas rica aun, ha expresado siempre en ellas con gran fidelidad la mayor parte de los caractéres de la historia hebráica ó de la Sagrada Escritura. Distínguense ademas estos dramas de las demas comedias históricas por las altas alegorías que pone frecuentemente en escena, y por el entusiasmo religioso con que ha hecho brillar el poeta en las representaciones que eran destinadas á la fiesta del Santo Sacramento, el universo, que pintaba alegóricamente con llamas de púrpura y de amor. En este último género de composiciones ha sido admirado, sobre todo por sus contemporáneos, y á este género daba él mismo la mas alta preferencia.

. . . .

» Hizo CALDERON algunas campañas en Flándes y en Italia, y sometióse, como caballero de Santiago, á los deberes militares de esta órden, hasta que abrazó el estado eclesiástico; y de esta manera anunció exteriormente hasta qué punto era la religion el sentimiento dominante de su vida. Si es verdad que el sentimiento religioso, la lealtad, el valor, el honor y el amor son las bases de la poesía romántica, bajo estos auspicios debe seguramente haber nacido, desarrolládose y tomado el mas atrevido vuelo en España. La imaginacion de los españoles era osada, como su espíritu emprendedor, y ninguna aventura espiritual les parecia peligrosa. Ya ántes de esta época se habia manifestado el gusto del pueblo por lo sobrenatural mas increible en los romances de caballería; queria este pueblo tornar á ver las mismas cosas en el teatro, y como en esta época, llegados los poetas españoles al mas elevado punto de cultura en las artes y de perfeccion social, tratando estos asuntos les inspiraron una alma musical, y purificándolos de cuanto tenian de corporal y grosero, no les dejaron mas que los colores y los olores, resulta un encanto irresistible de este contraste hasta entre la forma y el fondo. Los espectadores creian ver en la escena una aparicion de la grandeza de su nacion, que estaba ya medio destruida, despues de haber amenazado conquistar el mundo, miéntras que veian derramar en una poesía siempre nueva toda la armonía en los mas variados metros, toda la elegancia del juego mas espiritual, y toda la magnificencia de imágenes y comparaciones, que podia permitir su lengua sola. Los tesoros de las mas apartadas zonas eran, tanto en poesía como en realidad, importados para satisfacer á la madre patria; y puede decirse que en el imperio de esta poesía, así como en el de Cárlos V, no se ocultaba el sol nunca.

» Hasta en los dramas de CALDERON que representan las costumbres modernas, y que en su mayor parte descienden al tóno de la vida vulgar, nos sentimos encadenados por un encanto fantástico, sin que sepamos considerarlos como comedias en el sentido ordinario de la palabra. Las comedias de Shakespeare están compuestas siempre con las costumbres inglesas, porque la imaginacion cómica debe referirse á las cosas locales y conocidas, y la parte romántica está siempre tomada de cualquier teatro meridional, porque no es el sol natal suficientemente poético. En España, por el contrario, pueden ser aun consideradas las costumbres nacionales bajo un punto de vista ideal. Es verdad que esto no hubiera sido posible, á habernos introducido CALDERON en la vida doméstica, en donde la necesidad y el hábito lo reducen todo á límites estrechos y vulgares. Sus comedias concluyen, como las de los antiguos, en casamientos; pero ¡cuán diferente es todo cuanto precede al desenlace! En estas, para satisfacer pasiones sensuales y miras egoistas, se emplean á menudo medios muy inmorales : los hombres, con todas las fuerzas de su espíritu, no son mas que entes físicos opuestos los unos á los otros, que tratan de aprovecharse de sus debilidades para sorprenderse mutuamente. En las otras domina ante todas cosas, un sentimiento ardiente y apasionado que ennoblece

Digitized by Google

todo lo que le rodea, porque liga á todas las circunstancias una afeccion del alma. CALDERON nos representa, es verdad, sus principales personajes de ambos sexos en los primeros albores de la juventud y entregados á la esperanza de todos los goces de la vida; pero el premio por el cual luchan y por que ansían, desdeñando todo lo demas, no puede á sus ojos trocarse por ningun otro bien. El honor, el amor y los celos son las pasiones dominantes : su juego noble y atrevido forma el nudo de las comedias, sin que se complique por medio de travesuras ó de industriosos engaños; el honor es siempre en ellas un sistema ideal que descansa sobre una moral elevada que santifica el principio, sin dejar pensar en las circunstancias. Puede llegar á ser el arma de la vanidad, descendiendo á opiniones vulgares y á preocupaciones; pero bajo todos estos aspectos se reconocen siempre en él las huellas de una idea elevada. Difícil me sería encontrar una imágen mas perfecta de la delicadeza con que representa CALDERON el sentimiento del honor, que la tradicion fabulosa sobre el armiño, que estima tanto, segun se dice, la blancura de su piel, que ántes de ensuciarla, se entrega él mismo á la muerte, al verse perseguido por los cazadores. Este sentimiento del honor no es ménos poderoso entre las damas de CALDERON, dominando el amor, que no encuentra lugar mas que al lado de él, sin merecer la preferencia. Conforme á los sentimientos que el poeta expone, consiste el honor de las mujeres en amar solo á un hombre honrado y sin tacha alguna, y con una perfecta pureza, y en no sufrir ningun homenaje equívoco que pueda ofender á la mas severa dignidad femenina. Este amor exige un secreto inviolable hasta que una union legal permite declararlo públicamente; y esta sola condicion le pone á cubierto de los tiros emponzoñados de la vanidad, que se gloriaria de pretensiones ó adquiridas ventajas. Aparece de este modo el amor como un voto secreto y una religion oculta. Es verdad que siguiendo esta doctrina, están permitidas la astucia y la disimulacion, que el honor proscribe por otra parte absolutamente; pero las mas delicadas consideraciones se ven aun observadas en la liga del amor con los demas deberes, entre otros el de la amistad. El poder de los celos, despiertos siempre, siempre terribles en su explosion, no está como entre los orientales, ligado á la posesion, y sí á las mas lijeras preferencias del corazon y á la manifestacion mas imperceptible. Ennoblécese al amor, porque este sentimiento llega á envilecerse cuando no es completamente exclusivo. El nudo que estas diversas pasiones habian formado, no produce frecuentemente resultado alguno, y entónces es la catástrofe verdaderamente cómica; otras veces toma un giro en extremo trágico, y entónces llega á ser el honor un destino contrario, á quien no puede satisfacerse sin sacrificar su ventura y caer en el crímen.

»Esta es pues la índole mas elevada de los dramas que los extranjeros llaman comedias de intriga, y á los cuales, conforme á la costumbre con que se les pone en escena, han dado los españoles el título de comedias de *capa y espada*. Ordinariamente no tienen de burlesco mas que el papel del criado bufon, que es conocido bajo el nombre de *gracioso*. Este sirve solamente para parodiar los motivos poéticos conforme á los cuales obra su amo, haciéndolo á menudo de la mas elegante manera y del modo mas ingenioso. Raras veces es empleado como instrumento para aumentar el embrollo con sus astucias, lo cual es debido con mas frecuencia á fortuitos acontecimientos, aunque de una invencion admirable. Otras obras dramáticas son llamadas comedias de *figuron*: los demas papeles son en ellas comunmente los mismos; pero se distingue entre ellos una figura precisamente representada en caricatura. No puede negarse á muchas piezas de CALDERON el título de comedias *de carácter*, aunque no se deben esperar los mas delicados rasgos del talento característico de los poetas de una nacion cuyos sentimientos apasionados y cuya melancólica imaginacion no podrian avenirse con el espacio y la sangre fria de la observacion.

»Ha dado CALDERON á otra clase de sus obras el nombre de *fiestas*, las cuales habian sido en efecto destinadas á ser representadas en la corte, en las mas solemnes ocasiones. Segun su pompa teatral, las frecuentes mudanzas de decoraciones, los prodigios que á vista del espectador se representan, y hasta la música que se ha introducido en ellas, pudiera dárseles el nombre de *óperas poéticas*: tienen efectivamente mas poesía que las demas composiciones de este género, puesto que por solo el brillo de aquella pudieran obtener el mismo efecto que en las óperas sencillas no se obtiene, sino por las decoraciones, la música y la danza. En estas

Digitized by Google

obras se abandona el poeta á los mas atrevidos vuelos de su imaginacion, y sus representaciones pertenecen apénas á la tierra.

»Pero el carácter de CALDERON brilla sobre todo cuando se ocupa de asuntos religiosos: no pinta el amor sino es con rasgos vulgares, y no le hace hablar sino el lenguaje poético del arte; mas la religion es el amor que le es propio: este es el corazon de su corazon, y por ella solamente pone en movimiento las teclas que penetran y conmueven el alma profundamente. Parece que no quiso hacer otro tanto en las circunstancias puramente mundanas: su piedad le hace penetrar con claridad en las mas confusas relaciones. Este hombre venturoso se habia librado del laberinto y del desierto de la duda en el asilo de la fe, desde donde contempla y pinta, con una serenidad que nada puede turbar, el curso de las tempestades del mundo. Para él la existencia humana no es un enigma oscuro: sus mismas lágrimas, como una gota de rocío sobre una flor, presentan al resplandor del sol la imágen del cielo; su poesía, cualquiera que sea el asunto que trate aparentemente, es un himno infatigable de gozo sobre la magnificencia de la creacion; solemniza con una admiracion alegre y siempre nueva los prodigios de la naturaleza y del arte, como si los viera siempre por la vez primera, con un brillo que el uso no ha empañado aun. Este es el primer despertamiento de Adan, acompañado de una elocuencia y de una sobriedad de expresiones que pueden dar solamente el conocimiento de las mas secretas propiedades de la naturaleza, la mas alta cultura del ingenio, y la reflexion mas madura y grave. Cuando reune los mas apartados objetos, los mas grandes y los mas pequeños, las estrellas y las flores, el sentido de sus metáforas es siempre la relacion de las criaturas con el Criador comun, y esta arrebatadora armonía, este concierto del universo, es de nuevo para él la imágen del eterno amor, que todo lo comprende.

»Florecia aun CALDERON, cuando en las demas partes de Europa dominaba el gusto amanerado en las artes, y la literatura declinaba hácia el prosaismo, que tan general llegó á ser en el siglo XVIII. Por esta razon puede ser considerado como puesto sobre la mas alta cima de la poesía romántica: todo su esplendor ha sido invertido en sus obras, del mismo modo que en un fuego artificial se acostumbra reservar los mas variados colores, las mas brillantes luces para la última explosion.»

El entusiasmo brilla en este elocuentísimo trozo, y despues de él, nada puede decirse en elogio de CALDERON. Mas así como hay críticos que ensalzan de tal suerte á este gran poeta, existen otros que no le son tan favorables, y entre ellos Sismondi, que convierte en defectos las bellezas que Schlegel le atribuye. En su concepto, CALDERON es el hombre de la miserable época de Felipe IV: falso en las costumbres que representa, falso en su lenguaje, exagerado en todo, excede á todos los poetas castellanos, y aun á los mas ridículos conceptistas de Italia, en amaneramiento y en el modo de alambicar las ideas; es incapaz de expresar las pasiones y de pintar los grandes dolores, mezclando una poesía importuna en las situaciones mas despedazadoras; y aunque suele tener situaciones de un efecto admirable, jamas se encuentra en él una expresion patética ó sublime por su verdad y sencillez. Critica en extremo su falta de colorido local y de verdad histórica, atribuyéndola á ignorancia; y por último dice que es el poeta de la Inquisicion, no inspirando mas que horror por la religion que profesa, á la cual solo atribuye pasiones feroces y una moral corrompida.

La enorme diferencia que existe entre estos dos juicios nace de que sus autores juzgan á CALDERON con arreglo á distintos sistemas. Schlegel le considera desde las alturas de la mas elevada poesía, y le coloca en el punto culminante del romanticismo; y Sismondi le mira al traves de la prosáica manera de los dramáticos franceses, y ademas, en la parte religiosa, con todas las prevenciones de un protestante contra la comunion católica. Bajo estos dos distintos aspectos, el elogio y la alabanza son ciertos; más diremos: si se considera el arte en el punto en que hoy dia se encuentra, tan distante de las exageraciones románticas como del rigorismo clásico; si se atiende á las ideas de la época presente, el juicio verdadero de CALDERON puede resultar de la mezcla de ambos juicios: en el primero se hallan brillantemente ensalzadas sus verdaderas bellezas; en el segundo vemos presentados sus verdaderos defectos; mas estos no destruyen el mérito de aquellas, y son tanto ménos atendibles, cuanto mas consideramos á CALDERON, no con respecto á nuestro siglo, sino relativamente á la época en que ha vivido;

Digitized by Google

y cuanto mas nos acercamos á las regiones de la alta poesía, dejando el mundo real, que es el patrimonio de la comedia tal cual hoy la entendemos, para internarnos en el ideal, que era donde se colocaban nuestros dramáticos antiguos.

Sea defecto, sea belleza, estos poetas han procurado siempre dar mas á la fantasía que á la razon y al juicio: han querido alucinar primero que convencer; han preferido cuadros brillantes y sorprendentes, á las pinturas exactas de la naturaleza; y en vez de conmover los corazones haciendo derramar lágrimas, tienen por objeto recrear imaginaciones vivas y ardientes. Si es este un defecto, es el de todo nuestro teatro; y CALDERON que, como hemos dicho, habia venido á ser su complemento y quinta esencia, no podia ménos de tenerlo; ántes bien le correspondia alcanzar mas brillantez, mas magia que sus antecesores. Siguiendo el camino que agradaba á la nacion para la cual escribia, llegó al último límite, y fué el encanto de sus contemporáneos. Despójesele de esos defectos que tiene, y ya no será el poeta español: su prestigio desaparece, su poder queda aniquilado, y cae de sus manos el cetro del teatral imperio.

Ese espíritu esencialmente español, esa exuberancia de poesía que, á la verdad, traspasa los límites permitidos, esa profusion de imágenes y de hipérboles, ese lenguaje florido y musical, esos caractéres ideales, esa exageracion de ciertos sentimientos nobles y pundonorosos, esa religiosidad, sin duda, supersticiosa: todo eso era lo que entusiasmaba á los espectadores que aplaudian las comedias de CALDERON, así como todo eso es tambien lo que en la actualidad las hace ménos concurridas en el teatro. Nosotros no encontramos en ellas nuestros usos ni nuestros afectos; buscamos otra especie de sensaciones, necesitamos trasportarnos en idea á la época en que se escribieron, y esto lo hacen únicamente los literatos, no el público que va á buscar placeres conformes á sus gustos actuales. Pero si sería error en CALDERON, viviendo ahora, escribir del modo que lo hizo, tambien lo hubiera sido seguir diferente rumbo, teniéndoselas que haber con españoles del siglo XVII.

Que estos españoles no eran ya los del siglo anterior; que conservaban la altivez de su pasada prepotencia, contrastando con el decaimiento de la monarquía; que la Inquisicion habia influido harto desgraciadamente en sus costumbres y sentimientos religiosos: esto ya lo hemos dicho, y estamos conformes en ello con Sismondi; pero creemos que este escritor lleva demasiado léjos su crítica, y que preocupado con su idea, deja de ver la parte noble y bella que tienen esas cualidades, parándose únicamente en la que merece vituperio. Reprueba la fanfarronería, el humor pendenciero, el carácter vengativo de los héroes de CALDERON que, segun él, solo viven en el duelo y el asesinato; pero no ve el honor que resalta en ellos, su lealtad, sus sentimientos caballerosos, su cortesanía, la generosidad que los anima, y otras mil prendas que, no por ser á veces exageradas, dejan de merecer elogios. Atribuye á las mujeres una relajacion de costumbres que no tenian, y olvida su delicadeza hasta en el amor mas ardiente; no le prendan su constancia y las virtudes de que hacen á cada momento alarde. Por último, anatematiza supersticiones dignas de reprobacion, pero no percibe el espíritu verdaderamente religioso que anima siempre al poeta, su ardiente fe, sus firmes creencias, y aquel estudio profundo de los misterios cristianos que desenvuelve con tanta filosofía en medio de torrentes de poesía encantadora, sabiendo sacar efectos teatrales de lo mas abstracto que la religion conoce.

En la parte artística, tampoco hace justicia Sismondi á CALDERON. Nada dice del ingenioso artificio con que están dispuestos sus dramas, de sus bien meditadas combinaciones, de la perfeccion de sus planes. Esta perfeccion no es á la verdad la de los dramáticos franceses: no observa CALDERON la unidad de tiempo ni de lugar, varía con frecuencia la escena, amontona á veces incidentes que al parecer pudieran descartarse; pero es la perfeccion del género que seguia. Las situaciones se enlazan bien entre sí y se deducen con naturalidad unas de otras: el movimiento de la accion nunca pára, el interes ó la curiosidad crece á cada instante, se sigue el argumento con facilidad; y aunque la trama se complica á veces demasiado, se desenlaza de un modo sorprendente, pero sin inverosimilitud ni esfuerzo. Hasta esos incidentes, que parecen superfluos, suelen ser necesarios para la inteligencia de la fábula; y es tal la trabazon de sus diferentes partes, que los refundidores que han intentado reducir sus

Digitized by Google

obras á mas arregladas formas, ó no lo han conseguido, ó han aumentado la confusion y el embrollo.

Sobresalen en CALDERON las ideas sublimes, las imágenes atrevidas, mas bien que los rasgos de pasion y sensibilidad; pero fuera de que no es raro encontrar trozos verdaderamente tiernos, y confesando que ha echado á perder muchas situaciones patéticas con el prurito de ostentar una poesía extemporánea, tenemos aquí otro defecto del sistema y del gusto de la época. Ciertamente, preferible es en muchos casos una exclamacion sentida, á la mas bella amplificacion poética; pero el público de CALDERON no era de este modo de pensar, y hubiera tenido por poco ingenioso al poeta que se hubiese contentado con un ¡ah! de horror de un amante al ver muerta á su querida, en vez de manifestar su dolor con expresiones, á la verdad, poco naturales, pero enfáticas y ponderativas.

Reconocemos en el estilo de CALDERON todos los defectos que le atribuye Sismondi; pero es preciso tener presente que en su tiempo estaba en su mayor auge el género culto, y no solamente era difícil libertarse de él, sino que el público no hubiera apreciado al poeta exento enteramente de un defecto que tanto nos choca ahora, y que entónces se tenia por el mayor esfuerzo del arte. CALDERON es mas gongorino que Lope, Tirso y Moreto, pagando hartos tributos al culteranismo; pero el que lea sus dramas, advertirá fácilmente que este defecto lo usa, si así puede decirse, con discrecion y cordura; y como eligiendo los parajes y las obras en que puede incurrir en él con ménos daño de los efectos teatrales. Fuera de esto, una cualidad en que los vence á todos, y que Sismondi no se hallaba en situacion de apreciar, es la armonía. La versificacion de CALDERON es una música continuada que encanta y enajena, produciendo una especie de arrobamiento celestial, á cuyo mágico efecto se le perdona todo: muchas veces no se le comprende bien, y sin embargo se le oye con delicia. Este don de la armonía era en él todo natural, sin que nada le debiese al arte: brotaban de su pluma raudales de dulces versos como manan de ciertas plantas los aromas; y como estos sobresalen siempre aun de entre la broza con que se mezclan, así aquella melodía seductora se deja sentir á pesar de los muchos defectos que suelen oscurecer su estilo. Estos defectos son bastantes; y ademas de los ya señalados, se deben indicar la oscuridad y la incorreccion. Notable es, en verdad, el desaliño con que á menudo escribe; y por esta y otras muchas razones de las que hemos manifestado, CALDERON no nos parece el autor que primero conviene poner en manos de los jóvenes. Aunque de su estudio se debe sacar gran provecho, es preciso tener para leerlo el juicio y el buen gusto formados: de otro modo, deslumbrados los jóvenes con sus brillantes cualidades, seducidos por su mágica armonía, no verán sus defectos, se acostumbrarán á ellos, y los imitarán, ya que no les sea dado alcanzar sus bellezas.

CALDERON, despues de vivir largos años, admirado de sus compatriotas, agasajado por los reyes, y lleno de riquezas, pero usando siempre de su fortuna con modestia, templanza, y en beneficio de los pobres, murió sin desmentir los principios religiosos que tanto resplandecen en sus obras, dejando por universal heredera del remanente de sus bienes á la Congregacion de que era miembro y capellan mayor. Esta decretó á su memoria un monumento que por mas de siglo y medio ha estado en San Salvador de Madrid. Derribada esta parroquia, los huesos del ilustre poeta han sido trasladados solemnemente en abril de 1841 á la capilla del cementerio de San Nicolas, fuera de la puerta de Atocha, donde hoy existen.

XIX.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

HISTORIA DE ESPAÑA, *reductada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el doctor* DUNHAM.— (*Madrid*, 1845, *tomo* v.)

AL frente de los autores españoles en este ramo, merece ser y está puesto DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA: en la invencion feliz, en la formacion del enredo y desenredo de sus comedias,

Digitized by Google

ingenioso y acertado; en idear caractéres, casi siempre comun, aunque en raras ocasiones, como en su Segismundo de *La vida es sueño*, en su *Alcalde de Zalamea* y otros, aun en esto acertó á ser eminente; en sus conceptos valiente, si bien con frecuencia afectado; con altas calidades para lírico, para trágico, para cómico, con frecuencia desperdiciadas por sutilezas, hinchazon y pedantería; con fluidez, soltura, pompa, sonoridad en la versificacion; ya natural en la expresion, ya violento: una de las primeras glorias de España, en fin, aunque por muchos años tasada en ménos de su justo valor, y hoy acaso, á consecuencia de los elogios de algunos extranjeros, repetidos por no pocos de sus paisanos, avaluado en grado todavía superior al de su verdadero merecimiento.

XX.

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LAS REGLAS DEL DRAMA, ENSAYO DIDÁCTICO. (*Tomo* II *de las poesías de dicho señor. — Madrid, imprenta Nacional, año* 1821.)

...De consejo y reglas impaciente,
Audaz inunda la española escena
El ingenio de Lope omnipotente;
Y con su dulce inagotable vena,
Con su varia invencion, con su ternura,
De asombro y gusto á sus oyentes llena.
Mas enérjico y grave, á mas altura
Se eleva Calderon, y el cetro adquiere
Que aun en sus manos vigorosas dura.
¡Dichoso, si á la fuerza con que hiere,
Si al fuego, si á la noble bizarría,
En que hacerle olvidar ninguno espere,
Uniera su valiente poesía
La variedad de formas y semblante
Que á cada actor diferenciar debia!
Nadie pudo emular su luz brillante
Entre tanto rival: Moreto solo
Osó tal vez ponérsele delante,
Cuando inspirado por el mismo Apolo
Pintó el desden de la sin par *Diana*,
Haciéndola admirar de polo á polo.
Tales de la comedia castellana
Los astros fuéron ya; y en su destino
Enseñan claro á la razon humana,
Que si asiste al poeta el don divino
De interesar y de animar la escena,
Siempre se abre al aplauso ancho camino,
Y el ceño de la crítica serena.

Digitized by Google

LA VIDA ES SUEÑO.

PERSONAS.

BASILIO, *rey de Polonia.*
SEGISMUNDO, *príncipe.*
ASTOLFO, *duque de Moscovia.*
CLOTALDO, *viejo.*
CLARIN, *gracioso.*

ESTRELLA, *infanta.*
ROSAURA, *dama.*
SOLDADOS.
GUARDAS.

MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
DAMAS.

La escena es en la corte de Polonia, en una fortaleza poco distante y en el campo.

JORNADA PRIMERA.

A un lado monte fragoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prision á Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La accion principia al anochecer.

ESCENA PRIMERA.

ROSAURA, CLARIN.

(*Rosaura vestida de hombre aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.*)

ROSAURA.

Hipogrifo violento
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas
Te desbocas, arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
Donde tengan los brutos su Faetonte;
Que yo, sin mas camino
Que el que me dan las leyes del destino,
Ciega y desesperada
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
A un extranjero, pues con sangre escri-
Su entrada en tus arenas, [bes
Y apénas llega, cuando llega á penas.
Bien mi suerte lo dice;
¿Mas dónde halló piedad un infelice?

CLARIN.

Di dos, y no me dejes
En la posada á mí cuando te quejes;
Que si dos hemos sido
Los que de nuestra patria hemos salido
A probar aventuras,
Dos los que entre desdichas y locuras
Aquí habemos llegado,
Y dos los que del monte hemos rodado,
¿No es razon que yo sienta
Meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA.

No te quiero dar parte
En mis quejas, Clarin, por no quitarte,
Llorando tu desvelo,
El derecho que tienes tú al consuelo.
Que tanto gusto habia
En quejarse, un filósofo decia,
Que, á trueco de quejarse,
Habian las desdichas de buscarse.

CLARIN.

El filósofo era [diera
Un borracho barbon: ¡oh! ¡quién le
Mas de mil bofetadas!
Quejárase despues de muy bien dadas.
¿Mas qué harémos, señora,
A pié, solos, perdidos y á esta hora
En un desierto monte,
Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA.

¡Quién ha visto sucesos tan extraños!
Mas si la vista no padece engaños
Que hace la fantasía,
A la medrosa luz que aun tiene el dia,
Me parece que veo
Un edificio.

CLARIN.

O miente mi deseo,
O termino las señas.

ROSAURA.

Rústico nace entre desnudas peñas
Un palacio tan breve,
Que al sol apénas á mirar se atreve:
Con tan rudo artificio
La arquitectura está de su edificio,
Que parece, á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas
Que al sol tocan la lumbre,
Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN.

Vámonos acercando;
Que este es mucho mirar, señora, cuan-
Es mejor que la gente [do
Que habita en ella, generosamente
Nos admita.

ROSAURA.

La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está, y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra dentro.

(*Suenan dentro cadenas.*)

CLARIN.

¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA.

Inmóbil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN.

¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena:
Bien mi temor lo dice.

ESCENA II

SEGISMUNDO, *en la torre.*—ROSAURA, CLARIN.

SEGISMUNDO. (*Dentro.*)

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

ROSAURA.

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN.

Yo con nuevos temores.

ROSAURA.

Clarin.....

CLARIN.

Señora.....

ROSAURA.

Huyamos los rigores
Desta encantada torre.

CLARIN.

Yo aun no tengo
Animo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA.

¿No es breve luz aquella
Caduca exhalacion, pálida estrella,
Que en trémulos desmayos,
Pulsando ardores y latiendo rayos,
Hace mas tenebrosa
La oscura habitacion con luz dudosa?
Sí, pues á sus reflejos
Puedo determinar (aunque de léjos)
Una prision oscura,
Que es de un vivo cadáver sepultura;
Y porque mas me asombre,
En el traje de fiera yace un hombre
De prisiones cargado,
Y solo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchemos;
Sepamos lo que dice.

(*Abrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.*)

SEGISMUNDO.

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo:
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Solo quisiera saber
Para apurar mis desvelos,
(Dejando á una parte, cielos,
El delito del nacer),
¿Qué mas os pude ofender,
Para castigarme mas?
¿No nacieron los demas?
Pues si los demas nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamas?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apénas es flor de pluma,
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas alas
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad

Digitized by Google

Del nido que deja en calma;
¿Y teniendo yo mas alma,
Tengo ménos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apénas signo es de estrellas
(Gracias al docto pincel),
Cuando atrevido y cruel,
La humana[1] necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Mónstruo de su laberinto:
¿Y yo con mejor instinto
Tengo ménos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apénas bajel de escamas
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frio:
¿Y yo con mas albedrío
Tengo ménos libertad?
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apénas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad,
Que le da la majestad
Del campo abierto á su huida:
¿Y teniendo yo mas vida
Tengo ménos libertad?
En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon:
¿Qué ley, justicia ó razon
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave?

ROSAURA.

Temor y piedad en mí
Sus razones han causado.

SEGISMUNDO.

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARIN. (*Ap. á su amo.*)

Dí que sí.

ROSAURA.

No es sino un triste (¡ay de mí!)
Que en estas bóvedas frias
Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO.

Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé (*Asela.*)
Que sabes flaquezas mias.
Solo porque me has oido,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN.

Yo soy sordo, y no he podido
Escucharte.

ROSAURA.

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.

SEGISMUNDO.

Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí:
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) solo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto:
Y aunque nunca vi ni hablé,
Sino á un hombre solamente
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra, y aunqué
Aquí, porque mas te asombres
Y mónstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres:
Y aunque en desdichas tan graves
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros süaves
Los círculos he medido;
Tú solo, tú has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.
Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me das,
Y cuando te miro mas,
Aun mas mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben mas, y desta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,
El no verte qué me diera.
Fuera, mas que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte: desta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado
Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA.

Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Solo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es mas desdichado.
Cuentan de un sabio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que solo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Mas pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna
Yo en este mundo vivia,
Y cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte mas importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrías
Las hubieras recogido.
Y por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Oyelas atento, y toma
Las que dellas me sobraren.
Yo soy.....

ESCENA III.

CLOTALDO, SOLDADOS.—SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO. (*Dentro.*)

Guardas desta torre,
Que, dormidas ó cobardes,
Disteis paso á dos personas
Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA.

Nueva confusion padezco.

SEGISMUNDO.

Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO. (*Dentro.*)

Acudid, y vigilantes,
Sin que puedan defenderse,
O prendedles, ó matadles[2].

VOCES DENTRO.

¡Traicion!

CLARIN.

Guardas desta torre,
Que entrar aquí nos dejasteis,
Pues que nos dais á escoger,
El prendernos es mas fácil.

(*Salen Clotaldo y los soldados: él con una pistola, y todos con los rostros cubiertos.*)

CLOTALDO. (*Ap. á los soldados al salir.*)

Todos os cubríd los rostros;
Que es diligencia importante
Miéntras estamos aquí
Que no nos conozca nadie.

CLARIN.

¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO.

O vosotros que ignorantes,
De aqueste vedado sitio
Coto y término pasasteis
Contra el decreto del Rey,
Que manda que no ose nadie
Examinar el prodigio
Que entre esos peñascos yace,
Rendid las armas y vidas,
O aquesta pistola, áspid
De metal, escupirá
El veneno penetrante
De dos balas, cuyo fuego
Será escándalo del aire.

SEGISMUNDO.

Primero, tirano dueño,
Que los ofendas ni agravies,
Será mi vida despojo
Destos lazos miserables;
Pues en ellos, vive Dios,
Tengo de despedazarme
Con las manos, con los dientes,
Entre aquestas peñas, ántes
Que su desdicha consienta
Y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO.

Si sabes que tus desdichas,
Segismundo, son tan grandes,
Que ántes de nacer moriste
Por ley del cielo; si sabes
Que aquestas prisiones son
De tus furias arrogantes
Un freno que las detenga,
Y una rueda que las pare;
¿Por qué blasonas? La puerta (*A los soldados.*)

1 Natural.

2 *Prendedles* y *matadles*, en vez de *prendedlos* y *matadlos*: licencia poética, no muy frecuente por fortuna en Calderon.

Digitized by Google

Cerrad de esa estrecha cárcel;
Escondedle en ella.

SEGISMUNDO.

¡Ah, cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad! porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO.

Quizá, porque no los pongas,
Hoy padeces tantos males.

(*Llévanse algunos soldados á Segismundo, y enciérranle en su prision.*)

ESCENA IV.

ROSAURA, CLOTALDO, CLARIN, SOLDADOS.

ROSAURA.

Ya que vi que la soberbia
Te ofendió tanto, ignorante
Fuera en no pedirte humilde
Vida que á tus plantas yace.
Muévate en mí la piedad;
Que será rigor notable,
Que no hallen favor en tí
Ni soberbias ni humildades.

CLARIN.

Y si humildad ni soberbia
No te obligan, personajes
Que han movido y removido
Mil autos sacramentales,
Yo, ni humilde ni soberbio,
Sino entre las dos mitades
Entreverado, te pido
Que nos remedies y ampares.

CLOTALDO.

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO.

A los dos
Quitad las armas, y atadles
Los ojos, porque no vean
Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA.

Mi espada es esta, que á tí
Solamente ha de entregarse,
Porque al fin, de todos eres
El principal, y no sabe
Rendirse á ménos valor.

CLARIN.

La mia es tal, que puede darse
Al mas rüin: tomadla vos.
(*A un soldado.*)

ROSAURA.

Y si he de morir, dejarte
Quiero, en fe desta piedad,
Prenda que pudo estimarse
Por el dueño que algun dia
Se la ciñó: que la guardes
Te encargo, porque aunque yo
No sé qué secreto alcance,
Sé que esta dorada espada
Encierra misterios grandes,
Pues solo fiado en ella
Vengo á Polonia á vengarme
De un agravio.

CLOTALDO. (*Ap.*)

¡Santos cielos!
¡Qué es esto! ya son mas graves
Mis penas y confusiones,
Mis ansias y mis pesares.
¿Quién te la dió?

ROSAURA.

Una mujer.

CLOTALDO.

¿Cómo se llama?

ROSAURA.

Que calle
Su nombre es fuerza.

CLOTALDO.

De qué
Infieres ahora, ó sabes,
Que hay secreto en esta espada?

ROSAURA.

Quien me la dió, dijo: «Parte
A Polonia, y solicita
Con ingenio, estudio ó arte,
Que te vean esa espada
Los nobles y principales,
Que yo sé que alguno dellos
Te favorezca y ampare»;
Que por si acaso era muerto,
No quiso entónces nombrarle.

CLOTALDO. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo, qué escucho!
Aun no sé determinarme
Si tales sucesos son
Ilusiones ó verdades.
Esta es la espada que yo
Dejé á la hermosa Violante,
Por señas que[1] el que ceñida
La trajera, habia de hallarme
Amoroso como hijo,
Y piadoso como padre.
¿Pues qué he de hacer (¡ay de mí!)
En confusion semejante,
Si quien la trae por favor,
Para su muerte la trae,
Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡Qué notable
Confusion! ¡Qué triste hado!
¡Qué suerte tan inconstante!
Este es mi hijo, y las señas
Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho, y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle
Se asoma por la ventana:
El así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al Rey, es llevarle (¡ay triste!)
A morir. Pues ocultarle
Al Rey, no puedo, conforme
A la ley del homenaje.
De una parte el amor proprio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. Pero ¿qué dudo?
La lealtad del Rey ¿no es ántes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte.
Fuera de que si ahora atiendo
A que dijo que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame. —
No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire,
¿Qué mas puede hacer, qué mas,
El que es noble, de su parte,
Que á costa de tantos riesgos
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene,
Pues tiene valor tan grande;
Y así, entre una y otra duda,
El medio mas importante
Es irme al Rey, y decirle
Que es mi hijo, y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle;
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el Rey,
En sus rigores constante,
Le da muerte, morirá
Sin saber que soy su padre.—
Venid conmigo, extranjeros,
(*A Rosaura y Clarin.*)
No temais, no, de que os falte[2]
Compañía en las desdichas,
Pues en duda semejante
De vivir ó de morir,
No sé cuáles son mas grandes.
(*Vanse.*)

Salon del Palacio Real en la corte[3].

ESCENA V.

ASTOLFO Y SOLDADOS *que salen por un lado, y por el otro* LA INFANTA ESTRELLA Y DAMAS. *Música militar dentro y salvas.*

ASTOLFO.

Bien al ver los excelentes
Rayos, que fuéron cometas,
Mezclan salvas diferentes
Las cajas y las trompetas,
Los pájaros y las fuentes:
Siendo con música igual,
Y con maravilla suma,
A tu vista celestial
Unos, clarines de pluma,
Y otras, aves de metal;
Y así os saludan, señora,
Como á su reina las balas,
Los pájaros como Aurora,
Las trompetas como á Palas
Y las flores como á Flora;
Porque sois, burlando el dia
Que ya la noche destierra,
Aurora en el alegría,
Flora en paz, Palas en guerra,
Y reina en el alma mia.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir
Con las acciones humanas,
Mal habeis hecho en decir
Finezas tan cortesanas,
Donde os pueda desmentir
Todo ese marcial trofeo
Con quien ya atrevida lucho;
Pues no dicen, segun creo,
Las lisonjas que os escucho,
Con los rigores que veo.
Y advertid que es baja accion,
Que solo á una fiera toca,
Madre de engaño y traicion,
El halagar con la boca
Y matar con la intencion.

ASTOLFO.

Muy mal informada estais,
Estrella, pues que la fe
De mis finezas dudais,
Y os suplico que me oigais
La causa, á ver si la sé.

---

[1] *De que*, se diria ahora.

[2] *No temais que os falte*, seria mejor.

[3] Calderon no la nombra: sin duda le pareció poco necesario, por ser el drama de pura invencion.

Digitized by Google

Falleció Eustorgio tercero,
Rey de Polonia, y quedó
Basilio por heredero,
Y dos hijas, de quien yo
Y vos nacimos.—No quiero
Causar con lo que tiene
Lugar aquí.—Clorilene,
Vuestra madre y mi señora,
Que en mejor imperio ahora
Dosel de luceros tiene,
Fué la mayor, de quien vos
Sois hija; fué la segunda,
Madre y tia de los dos,
La gallarda Recisunda,
Que guarde mil años Dios;
Casó en Moscovia, de quien
Nací yo. Volver ahora
Al otro principio es bien.
Basilio, que ya, señora,
Se rinde al comun desden
Del tiempo, mas inclinado
A los estudios que dado
A mujeres, enviudó
Sin hijos, y vos y yo
Aspiramos á este Estado.
Vos alegais que habeis sido
Hija de hermana mayor;
Yo, que varon he nacido,
Y aunque de hermana menor,
Os debo ser preferido.
Vuestra intencion y la mia
A nuestro tio contamos:
El respondió que queria
Componernos, y aplazamos
Este puesto y este dia.
Con esta intencion salí
De Moscovia y de su tierra;
Con esta llegué hasta aquí,
En vez de haceros yo guerra,
A que me la hagais á mí.
¡Oh! quiera Amor, sabio dios,
Que el vulgo, astrólogo cierto,
Hoy lo sea con los dos,
Y que pare este concierto
En que seais Reina vos,
Pero Reina en mi albedrío,
Dándôs, para mas honor,
Su corona nuestro tio,
Sus triunfos vuestro valor
Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

A tan cortes bizarría
Ménos mi pecho no muestra,
Pues la imperial monarquía,
Para solo hacerla vuestra
Me holgara que fuera mia;
Aunque no está satisfecho
Mi amor de que sois ingrato,
Si en cuanto decís, sospecho
Que os desmiente ese retrato
Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento
Con él..... Mas lugar no da
Tanto sonoro instrumento,
(*Tocan cajas.*)
Que avisa que sale ya
El Rey con su parlamento.

ESCENA VI.

EL REY BASILIO, ACOMPAÑAMIENTO. — ASTOLFO, ESTRELLA, DAMAS, SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Táles.....

ASTOLFO.

Docto Euclídes.....

ESTRELLA.

Que entre signos.....

ASTOLFO.

Que entre estrellas.....

ESTRELLA.

Hoy gobiernas.....

ASTOLFO.

Hoy resides.....

ESTRELLA.

Y sus caminos.....

ASTOLFO.

Sus huellas.....

ESTRELLA.

Describes.....

ASTOLFO.

Tasas y mides.....

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos.....

ASTOLFO.

Deja que en tiernos abrazos.....

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Rendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,
Y creed, pues que leales
A mi precepto amoroso
Venis con afectos tales,
Que á nadie deje quejoso
Y los dos quedeis iguales:
Y así, cuando me confieso
Rendido al prolijo peso,
Solo os pido en la ocasion
Silencio, que admiracion
Ha de pedirla el suceso.
Ya sabeis (estadme atentos,
Amados sobrinos mios,
Corte ilustre de Polonia,
Vasallos, deudos y amigos),
Ya sabeis que yo en el mundo
Por mi ciencia he merecido
El sobrenombre de docto,
Pues, contra el tiempo y olvido,
Los pinceles de Timantes,
Los mármoles de Lisipo,
En el ámbito del orbe
Me aclaman el gran Basilio.
Ya sabeis que son las ciencias
Que mas curso y mas estimo,
Matemáticas sutiles,
Por quien al tiempo le quito,
Por quien á la fama rompo
La jurisdiccion y oficio
De enseñar mas cada dia;
Pues cuando en mis tablas miro
Presentes las novedades
De los venideros siglos,
Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio
Que el sól ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros;
Esos orbes de diamantes,
Esos globos cristalinos
Que las estrellas adornan
Y que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros
Donde en papel de diamante,
En cuadernos de zafiro,
Escribe con líneas de oro,
En caractéres distintos,
El cielo nuestros sucesos,
Ya adversos ó ya benignos.
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo
Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al cielo, primero
Que mi ingenio hubiera sido
De sus márgenes comento,
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porquè de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos mios,
Para cuya admiracion
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos
Se agotaron de prodigios.
Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre (porque el nacer
Y el morir son parecidos)
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompia
Sus entrañas atrevido
Un monstruo en forma de hombre,
Y entre su sangre teñido,
La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos
(Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos),
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafio;
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
A luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el mas horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo:
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.
En aqueste pues del sol
Ya frenesí, ó ya delirio,
Nació Segismundo dando
De su condicion indicios,
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo:
Hombre soy, pues que ya empiezo
A pagar mal beneficios.
Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro
Que Segismundo sería
El hombre mas atrevido,
El príncipe mas cruel
Y el monarca mas impío,
Por quien su reino vendria
A ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas, y yo rendido
A sus piés me habia de ver,
(¡Con qué vergüenza lo digo!)
Siendo alfombra de sus plantas
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y mas al daño que ha visto
En su estudio, donde hace

Digitized by Google

El amor proprio su oficio?
Pues dando crédito yo
A los hados, que divinos
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver si el sabio tenia
En las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
Nació muerto, y prevenido
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apénas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes,
Que con públicos edictos
Declararon que ninguno
Entrase á un vedado sitio
Del monte, se ocasionaron
De las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive
Mísero, pobre y cautivo,
Adonde solo Clotaldo
Le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias;
Este en la ley le ha instruido
Católica, siendo solo
De sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas: la una
Que yo, Polonia, os estimo
Tanto, que os quiero librar
De la opresion y servicio
De un rey tirano, porque
No fuera señor benigno
El que á su patria y su imperio
Pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar
Que si á mi sangre le quito
El derecho que le dieron
Humano fuero y divino,
No es cristiana caridad;
Pues ninguna ley ha dicho
Que por reservar yo á otro
De tirano y de atrevido,
Pueda yo serlo, supuesto
Que si es tirano mi hijo,
Porque él delitos no haga,
Vengo yo á hacer los delitos.
Es la última y tercera
El ver cuánto yerro ha sido
Dar crédito fácilmente
A los sucesos previstos;
Pues aunque su inclinacion
Le dicte sus precipicios,
Quizá no le vencerán,
Porque el hado mas esquivo,
La inclinacion mas violenta,
El planeta mas impío,
Solo el albedrío inclinan,
No fuerzan el albedrío.
Y así, entre una y otra causa
Vacilante y discursivo,
Previne un remedio tal,
Que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
Sin que él sepa que es mi hijo
Y Rey vuestro, á Segismundo
(Que aqueste su nombre ha sido)
En mi dosel, en mi silla,
Y en fin, en el lugar mio,
Donde os gobierne y os mande,
Y donde todos rendidos
La obediencia le jureis;
Pues con aquesto consigo
Tres cosas, con que respondo
A las otras tres que he dicho.
Es la primera que siendo
Prudente, cuerdo y benigno,
Desmintiendo en todo al hado
Que dél tantas cosas dijo,
Gozaréis el natural
Príncipe vuestro, que ha sido
Cortesano de unos montes
Y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él
Soberbio, osado, atrevido
Y cruel, con rienda suelta
Corre el campo de sus vicios,
Habré yo piadoso entónces
Con mi obligacion cumplido;
Y luego en desposeerle
Haré como Rey invicto,
Siendo el volverle á la cárcel
No crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
El príncipe como os digo,
Por lo que os amo, vasallos,
Os daré reyes mas dignos
De la corona y el cetro;
Pues serán mis dos sobrinos,
Que junto en uno el derecho
De los dos, y convenidos
Con la fe del matrimonio,
Tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sabio os ruego,
Esto como anciano os digo;
Y si el Séneca español,
Que era humilde esclavo, dijo,
De su república, un rey,
Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO.

Si á mí el responder me toca,
Como el que en efecto ha sido
Aquí el mas interesado,
En nombre de todos digo
Que Segismundo parezca,
Pues le basta ser tu hijo.

TODOS.

Dános al príncipe nuestro,
Que ya por rey le pedimos.

BASILIO.

Vasallos, esa fineza
Os agradezco y estimo.
Acompañad á sus cuartos
A los dos atlantes mios,
Que mañana le veréis.

TODOS.

¡Viva el grande rey Basilio!

(Éntranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo; quédase el Rey.)

ESCENA VII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.—BASILIO.

CLOTALDO.

¿Podréte hablar? *(Al Rey.)*

BASILIO.

¡Oh Clotaldo!
Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO.

Aunque viniendo á tus plantas
Era fuerza haberlo sido,
Esta vez rompe, señor,
El hado triste y esquivo
El privilegio á la ley
Y á la costumbre el estilo.

BASILIO.

¿Qué tienes?

CLOTALDO.

Una desdicha,
Señor, que me ha sucedido,
Cuando pudiera tenerla
Por el mayor regocijo.

BASILIO.

Prosigue.

CLOTALDO.

Este bello jóven,
Osado ó inadvertido,
Entró en la torre, señor,
Adonde al Príncipe ha visto,
Y es...

BASILIO.

No os aflijais, Clotaldo:
Si otro dia hubiera sido,
Confieso que lo sintiera;
Pero ya el secreto he dicho,
Y no importa que él lo sepa,
Supuesto que yo lo digo.
Vedme despues, porque tengo
Muchas cosas que advertiros
Y muchas que hagais por mí;
Que habeis de ser, os aviso,
Instrumento del mayor
Suceso que el mundo ha visto:
Y á esos presos, porque al fin
No presumais que castigo
Descuidos vuestros, perdono. *(Vase.*

CLOTALDO.

¡Vivas, gran señor, mil siglos!

ESCENA VIII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO.

(Ap. Mejoró el cielo la suerte:
Ya no diré que es mi hijo,
Pues que lo puedo excusar.)
Extranjeros peregrinos,
Libres estais.

ROSAURA.

Tus piés beso
Mil veces.

CLARIN.

Y yo los viso,
Que una letra mas ó ménos
No reparan dos amigos.

ROSAURA.

La vida, señor, me has dado;
Y pues á tú cuenta vivo,
Eternamente seré
Esclavo tuyo.

CLOTALDO.

No ha sido
Vida la que yo te he dado,
Porque un hombre bien nacido,
Si está agraviado, no vive;
Y supuesto que has venido
A vengarte de un agravio,
Segun tú proprio me has dicho,
No te he dado vida yo,
Porque tú no la has traido,
Que vida infame no es vida.
(Ap. Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA.

Confieso que no la tengo,
Aunque de tí la recibo;
Pero yo con la venganza
Dejaré mi honor tan limpio,
Que pueda mi vida luego,
Atropellando peligros,
Parecer dádiva tuya.

CLOTALDO.

Toma el acero bruñido
Que trajiste; que yo sé
Que él baste, en sangre teñido
De tu enemigo, á vengarte;
Porque acero que fué mio
(Digo este instante, este rato
Que en mi poder le he tenido),
Sabrá vengarte.

ROSAURA.

En tu nombre
Segunda vez me le ciño,
Y en él juro mi venganza,

Digitized by Google

Aunque fuese mi enemigo
Mas poderoso.

CLOTALDO.

¿Eslo mucho?

ROSAURA.

Tanto, que no te lo digo,
No porque de tu prudencia
Mayores cosas no fio,
Sino porque no se vuelva
Contra mí el favor que admiro
En tu piedad.

CLOTALDO.

Antes fuera
Ganarme á mí con decirlo;
Pues fuera cerrarme el paso
De ayudar á tu enemigo.
(*Ap.* ¡Oh si supiera quién es!)

ROSAURA.

Porque no pienses que estimo
Tan poco esa confianza,
Sabe que el contrario ha sido
No ménos que Astolfo, duque
De Moscovia.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mal resisto
El dolor, porque es mas grave,
Que fué imaginado, visto.
Apuremos mas el caso.)
Si moscovita has nacido,
El que es natural señor,
Mal agraviarte ha podido:
Vuélvete á tu patria pues,
Y deja el ardiente brío
Que te despeña.

ROSAURA.

Yo sé,
Que aunque mi príncipe ha sido,
Pudo agraviarme.

CLOTALDO.

No pudo,
Aunque pusiera atrevido
La mano en tu rostro. (*Ap.* ¡Ay cielos!)

ROSAURA.

Mayor fué el agravio mio.

CLOTALDO.

Dilo ya, pues que no puedes
Decir mas que yo imagino.

ROSAURA.

Sí dijera; mas no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto,
Que no me atrevo á decirte
Que es este exterior vestido
Enigma, pues no es de quien
Parece: juzga advertido,
Si no soy lo que parezco,
Y Astolfo á casarse vino
Con Estrella, si podrá
Agraviarme. Harto te he dicho.

(*Vanse Rosaura y Clarin.*)

CLOTALDO.

¡Escucha, aguarda, detente!
¿Qué confuso laberinto
Es este, donde no puede
Hallar la razon el hilo?
Mi honor es el agraviado,
Poderoso el enemigo,
Yo vasallo, ella mujer:
Descubra el cielo camino;
Aunque no sé si podrá,
Cuando en tan confuso abismo
Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

BASILIO, CLOTALDO.

CLOTALDO.

Todo, como lo mandaste,
Queda efectuado.

BASILIO.

Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO.

Fué, señor, desta manera.
Con la apacible bebida,
Que de confecciones llena
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza
Así al humano discurso
Priva, roba y enajena,
Que deja vivo cadáver
A un hombre, y cuya violencia,
Adormecido, le quita
Los sentidos y potencias...
—No tenemos que argüir,
Que aquesto posible sea,
Pues tantas veces, señor,
Nos ha dicho la experiencia,
Y es cierto, que de secretos
Naturales está llena
La medicina, y no hay
Animal, planta ni piedra,
Que no tenga calidad
Determinada, y si llega
A examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que dén la muerte, ¿qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que maten,
Haya venenos que aduerman?
Dejando aparte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias...
—Con la bebida, en efecto,
Que el opio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé á la cárcel estrecha
De Segismundo; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda naturaleza
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela
La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle mas
El espíritu á la empresa
Que solicitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego rayo de pluma,
O desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo: «Al fin eres reina
De las aves, y así, á todas
Es justo que las prefieras».
El no hubo menester mas;
Que en tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia;
Porque en efecto la sangre
Le incita, mueve y alienta
A cosas grandes, y dijo:
«¡Que en la república inquieta
De las aves tambien haya
Quien les jure la obediencia!
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan;
Pues por lo ménos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza;
Porque voluntariamente
A otro hombre no me rindiera».
Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apénas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo
Por los miembros y las venas
Un sudor frio, de modo,
Que á no saber yo que era
Muerte fingida, dudara
De su vida. En esto llegan
Las gentes de quien tú fias
El valor desta experiencia,
Y poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza
Que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
Donde al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á tí mismo, señor,
Le sirvan, que así lo ordenas.
Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, solo te pido
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas, ¿qué es tu intento,
Trayendo desta manera
A Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Solo á tí satisfacerla.
A Segismundo mi hijo
El influjo de su estrella
(Bien lo sabes) amenaza
Mil desdichas y tragedias:
Quiero examinar si el cielo,
Que no es posible que mienta,
Y mas habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras,
En su cruel condicion,
O se mitiga, ó se templa
Por lo ménos, y vencido
Con valor y con prudencia
Se desdice; porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar,
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo la vence,
Reinará; pero si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás,
¿Que para aquesta experiencia,
Qué importó haberle traido
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.
Si él supiera que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido
A su prision y miseria,
Cierto es de su condicion
Que desesperara en ella;
Porque sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar

Digitized by Google

Abierta al daño la puerta
Del decir que fué soñado
Cuanto vió. Con esto llegan
A examinarse dos cosas :
Su condicion, la primera;
Pues él despierto procede
En cuanto imagina y piensa :
Y el consuelo la segunda ;
Pues aunque ahora se vea
Obedecido, y despues
A sus prisiones se vuelva,
Podrá entender que soñó,
Y hará bien cuando lo entienda
Porque en el mundo, Clotaldo,
Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltaran
Para probar que no aciertas;
Mas ya no tiene remedio;
Y segun dicen las señas,
Parece que ha despertado,
Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO.

Yo me quiero retirar :
Tú, como ayo suyo, llega,
Y de tantas confusiones
Como su discurso cercan,
Le saca con la verdad.

CLOTALDO.

¿En fin, que me das licencia
Para que lo diga?

BASILIO.

Sí;
Que podrá ser, con saberla,
Que conocido el peligro
Mas fácilmente se venza. (*Vase.*)

ESCENA II.

CLARIN. — CLOTALDO.

CLARIN. (*Ap.*)

A costa de cuatro palos,
Que el llegar aquí me cuesta,
De un alabardero rubio
Que barbó de su librea,
Tengo de ver cuanto pasa;
Que no hay ventana mas cierta,
Que aquella que, sin rogar
A un ministro de boletas,
Un hombre se trae consigo;
Pues para todas las fiestas,
Despojado y despejado
Se asoma á su desvergüenza.

CLOTALDO.

(*Ap.* Este es Clarin, el criado
De aquella (¡ay cielos!), de aquella
Que, tratante de desdichas,
Pasó á Polonia mi afrenta.)
Clarin, ¿qué hay de nuevo?

CLARIN.

Hay,
Señor, que tu gran clemencia,
Dispuesta á vengar agravios
De Rosaura, la aconseja
Que tome su propio traje.

CLOTALDO.

Y es bien, porque no parezca
Liviandad.

CLARIN.

Hay que mudando
Su nombre, y tomando cuerda
Nombre de sobrina tuya,
Hoy tanto honor se acrecienta,
Que dama en palacio ya
De la singular Estrella
Vive.

CLOTALDO.

Es bien que de una vez
Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando
Que ocasion y tiempo venga
En que vuelvas por su honor.

CLOTALDO.

Prevencion segura es esa;
Que al fin el tiempo ha de ser
Quien haga esas diligencias.

CLARIN.

Hay que ella está regalada,
Servida como una reina,
En fe de sobrina tuya.
Y hay que viniendo con ella,
Estoy yo muriendo de hambre
Y nadie de mí se acuerda,
Sin mirar que soy Clarin,
Y que si el tal Clarin suena,
Podrá decir cuanto pasa
Al Rey, á Astolfo y á Estrella;
Porque Clarin y criado
Son dos cosas que se llevan
Con el secreto muy mal;
Y podrá ser, si me deja
El silencio de su mano,
Se cante por mí esta letra :
Clarin que rompe el albor,
No suena mejor.

CLOTALDO.

Tu queja está bien fundada;
Yo satisfaré tu queja,
Y en tanto sírveme á mí.

CLARIN.

Pues ya Segismundo llega.

ESCENA III.

MÚSICOS, *cantando*, *y* CRIADOS, *dando de vestir á* SEGISMUNDO, *que sale como asombrado.* — CLOTALDO, CLARIN.

SEGISMUNDO.

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño :
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió miéntras dormia,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

CRIADO 1.°
(*Ap. al criado 2.° y á Clarin.*)

¡Qué melancólico está!

CRIADO 2.°

¿Pues á quién le sucediera
Esto, que no lo estuviera?

CLARIN.

A mí.

CRIADO 2.°

Llega á hablarle ya.

CRIADO 1.° (*A Segismundo.*)

¿Volverán á cantar?

SEGISMUNDO.

No,
No quiero que canten mas.

CRIADO 2.°

Como tan suspenso estás,
Quise divertirte.

SEGISMUNDO.

Yo
No tengo de divertir
Con sus voces mis pesares;
Las músicas militares
Solo he gustado de oir.

CLOTALDO.

Vuestra Alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero os ha de dar
Esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Clotaldo es: ¿pues como así,
Quien en prision me maltrata,
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO.

Con la grande confusion
Que el nuevo estado te da,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razon;
Pero ya librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber
Que eres príncipe heredero
De Polonia. Si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
A la inclemencia del hado,
Que mil tragedias consiente
A este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas fiando á tu atencion
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas
Un magnánimo varon,
A palacio te han traido
De la torre en que vivias,
Miéntras al sueño tenias
El espíritu rendido.
Tu padre, el Rey mi señor,
Vendrá á verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demas.

SEGISMUNDO.

Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo mas que saber,
Despues de saber quien soy,
Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?

CLOTALDO.

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO.

Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el Rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el Rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

CRIADO 2.°

Señor.....

SEGISMUNDO.

No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; ¡y vive Dios!
Si os poneis delante vos,
Que os eche por la ventana.

CRIADO 2.°

Huye, Clotaldo.

Digitized by Google

CLOTALDO.
¡Ay de tí,
Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! (*Vase.*)
CRIADO 2.°
Advierte....
SEGISMUNDO.
Aparta de aquí.
CRIADO 2.°
Que á su Rey obedeció.
SEGISMUNDO.
En lo que no es justa ley
No ha de obedecer al Rey,
Y su príncipe era yo.
CRIADO 2.°
El no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho.
SEGISMUNDO.
Que estais mal con vos sospecho,
Pues me dais que replicar.
CLARIN.
Dice el Príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.
CRIADO 2.°
¿Quién os dió licencia igual?
CLARIN.
Yo me la he tomado.
SEGISMUNDO.
¿Quién
Eres tú, di?
CLARIN.
Entremetido,
Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor que se ha conocido.
SEGISMUNDO.
Tú solo en tan nuevos mundos
Me has agradado.
CLARIN.
Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

ESCENA IV.

ASTOLFO.—SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS, MÚSICOS.

ASTOLFO.
¡Feliz mil veces el dia,
Ó Príncipe, que os mostrais,
Sol de Polonia, y llenais
De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salis como el sol
De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.
SEGISMUNDO.
Dios os guarde.
ASTOLFO.
El no haberme conocido
Solo por disculpa os doy
De no honrarme mas. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro:
Haya igualdad en los dos.
SEGISMUNDO.
Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os muestro?
Pero ya que haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais
Le diré á Dios que no os guarde.
CRIADO 2.° (*A Astolfo.*)
Vuestra Alteza considere
Que como en montes nacido
Con todos ha procedido.
(*A Segismundo*).
Astolfo, señor, prefiere....
SEGISMUNDO.
Cansóme como llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.
CRIADO 2.°
Es grande.
SEGISMUNDO.
Mayor soy yo.
CRIADO 2.°
Con todo eso, entre los dos
Que haya mas respeto es bien
Que entre los demas.
SEGISMUNDO.
¿Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA V.

ESTRELLA.—DICHOS.

ESTRELLA.
Vuestra Alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que agradecido
Le recibe y le desea,
Adonde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.
SEGISMUNDO. (*A Clarin.*)
Dime tú ahora, ¿quién es
Esta beldad soberana.
¿Quién es esta diosa humana,
A cuyos divinos piés
Postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta mujer bella?
CLARIN.
Es, señor, tu prima Estrella.
SEGISMUNDO.
Mejor dijeras el sol.
Aunque el parabien es bien (*A Estrella.*)
Darme del bien que conquisto,
De solo haberos hoy visto
Os admito el parabien:
Y así, de llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco,
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegría
Al mas luciente farol.
¿Qué dejais que hacer al sol,
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano,
En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.
ESTRELLA.
Sed mas galan cortesano.
ASTOLFO. (*Ap.*)
Soy perdido.
CRIADO 2.°
(*Ap.* El pesar sé
De Astolfo, y le estorbaré.)
Advierte, señor, que no
Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo....
SEGISMUNDO.
¿No digo
Que vos no os metais conmigo?
CRIADO 2.°
Digo lo que es justo.
SEGISMUNDO.
A mí
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto.
CRIADO 2.°
Pues yo, señor, he escuchado
De tí que en lo justo es bien
Obedecer y servir.
SEGISMUNDO.
Tambien oiste decir
Que por un balcon, á quien
Me canse, sabré arrojar.
CRIADO 2.°
Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.
SEGISMUNDO.
¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.
(*Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, volviendo á salir inmediatamente.*)
ASTOLFO.
¿Qué es esto que llego á ver?
ESTRELLA.
Idle todos á estorbar. (*Vase.*)
SEGISMUNDO. (*Volviendo.*)
Cayó del balcon al mar:
¡Vive Dios! que pudo ser [1].
ASTOLFO.
Pues medid con mas espacio
Vuestras acciones severas,
Que lo que hay de hombres á fieras,
Hay desde un monte á palacio.
SEGISMUNDO.
Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallareis cabeza
En que se os tenga el sombrero.
(*Vase Astolfo.*)

ESCENA VI.

BASILIO.—SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS.

BASILIO.
¿Qué ha sido esto?
SEGISMUNDO.
Nada ha sido.
A un hombre, que me ha cansado,
Deste balcon he arrojado.
CLARIN. (*A Segismundo.*)
Que es el Rey está advertido.
BASILIO.
¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer dia?
SEGISMUNDO.
Díjome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.
BASILIO.
Pésame mucho que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion,
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré

[1] Polonia no tenia puertos: Calderon por consiguiente no pudo colocar la accion del drama en una ciudad marítima. A este cargo que se ha hecho al autor por estos dos versos, creo que se responde muy fácilmente. *Mar* se llamaba en tiempo de Calderon al de *Ontígola*, que es un estanque; *Mar* se llamó despues al estanque grande de los jardines de la Granja. *Cayó del balcon al mar*, querrá, segun esto, decir: «cayó á un estanque de los jardines de palacio, cayó al estanque que está debajo del balcon».

Digitized by Google

A darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos,
Qué están enseñados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar, adonde
A otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta? que el mas fuerte
A su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISMUNDO.

Sin ellos me podré estar
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condicion ingrata
De su lado me desvía,
Como á una fiera me cria,
Y como á un monstruo me trata
Y mi muerte solicita,
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO.

Al cielo y á Dios pluguiera
Que á dártele no llegara;
Pues ni tu voz escuchara,
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO.

Si no me le hubieras dado,
No me quejara de tí;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmele quitado;
Pues aunque el dar la accion es
Mas noble y mas singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo despues.

BASILIO.

¡Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya!

SEGISMUNDO.

Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
¿Muriéndote, qué me das?
¿Dasme mas de lo que es mio?
Mi padre eres y mi rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así agradéceme á mí
Que yo no cobre de tí,
Pues eres tú mi deudor.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido:
Cumplió su palabra el cielo;
Y así, para él mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quién eres,
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto,
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto. (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

¿Que quizá soñando estoy,
Aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
Lo que he sido y lo que soy.
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás;
Sé quien soy, y no podrás,
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste primero
A las prisiones rendido,
Fué porque ignoré quién era;
Pero ya informado estoy
De quien soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA VII.

ROSAURA, *en traje de mujer.*—SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS.

ROSAURA. (*Ap.*)

Siguiendo á Estrella vengo,
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;
Que Clotaldo desea
Que no sepa quién soy, y no me vea,
Porque dice que importa al honor mio:
Y de Clotaldo fio
Su efecto, pues le debo agradecida
Aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARIN. (*A Segismundo.*)

¿Qué es lo que te ha agradado
Mas de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO.

Nada me ha suspendido;
Que todo lo tenía prevenido;
Mas si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la mujer. Leía
Una vez yo en los libros que tenía,
Que lo que á Dios mayor estudio debe,
Era el hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y mas beldad encierra
Que el hombre, cuanto va de cielo á [tierra;
Y mas si es la que miro.

ROSAURA. (*Ap.*)

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente,
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fria,
Serás sin duda síncopa del dia.
¿Pero qué es lo que veo?

ROSAURA.

Lo mismo que estoy viendo, dudo y [creo.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Yo he visto esta belleza
Otra vez.

ROSAURA. (*Ap.*)

Yo esta pompa, esta grandeza
He visto reducida
A una estrecha prision.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* Ya hallé mi vida.)
Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre,
¿Quién eres? que sin verte
Adoracion me debes, y de suerte
Por la fe te conquisto,
Que me persuado á que otra vez te he [visto.
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA.

Disimular me importa. Soy de Estrella
Una infelice dama.

SEGISMUNDO.

No digas tal; di el sol, á cuya llama
Aquella estrella vive,
Pues de tus rayos resplandor recibe;
Yo vi en reino de olores
Que presidia entre escuadron de flores
La deidad de la rosa,
Y era su emperatriz por mas hermosa;
Yo vi entre piedras finas
De la docta academia de sus minas
Preferir el diamante,
Y ser su emperador por mas brillante;
Yo en esas cortes bellas
De la inquieta república de estrellas,
Vi en el lugar primero
Por rey de las estrellas al lucero;
Yo en esferas perfetas,
Llamando el sol á cortes los planetas,
Le vi que presidia,
Como mayor oráculo del dia.
¿Pues cómo si entre flores, entre estre- [llas,
Piedras, signos, planetas, las mas be- [llas
Prefieren, tú has servido
La de ménos beldad, habiendo sido
Por mas bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

ESCENA VIII.

CLOTALDO, *que se queda al paño.*—SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN, CRIADOS.

CLOTALDO. (*Ap.*)

A Segismundo reducir deseo,
Porque en fin le he criado: ¡mas qué [veo!

ROSAURA.

Tu favor reverencio:
Respóndate retórico el silencio:
Cuando tan torpe la razon se halla,
Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO.

No has de ausentarte, espera.
¿Cómo quieres dejar de esa manera
A obscuras mi sentido?

ROSAURA.

Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO.

Irte con tal violencia
No es pedirla, es tomarte la licencia.

ROSAURA.

Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO.

Harás que de cortés pase á grosero,
Porque la resistencia
Es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA.

Pues cuando ese veneno,
De furia, de rigor y saña lleno,
La paciencia venciera,
Mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO.

Solo por ver si puedo,
Harás que pierda á tu hermosura el [miedo,
Que soy muy inclinado
A vencer lo imposible: hoy he arrojado
De ese balcon á un hombre, que decia
Que hacerse no podia;
Y así por ver si puedo, cosa es llana
Que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO. (*Ap.*)

Mucho se va empeñando.
¿Qué he de hacer, cielos, cuando
Tras un loco deseo
Mi honor segunda vez á riesgo veo?

Digitized by Google

ROSAURA.

No en vano prevenia
A este reino infeliz tu tiranía
Escándalos tan fuertes
De delitos, traiciones, iras, muertes.
¿Mas qué ha de hacer un hombre,
Que no tiene de humano mas que el [nombre,
Atrevido, inhumano,
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,
Nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO.

Porque tú ese baldon no me dijeras,
Tan cortés me mostraba,
Pensando que con eso te obligaba;
Mas si lo soy hablando deste modo,
Has de decirlo, vive Dios, por todo.—
Hola, dejadnos solos, y esa puerta
Se cierre, y no entre nadie.
(*Vanse Clarin y los criados.*)

ROSAURA.

Yo soy muerta.—
Advierte....

SEGISMUNDO.

Soy tirano,
Y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO.

(*Ap.* ¡Oh qué lance tan fuerte! [muerte.
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la
Señor, atiende, mira. (*Llega.*)

SEGISMUNDO.

Segunda vez me has provocado á ira,
Viejo caduco y loco.
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO.

De los acentos desta voz llamado,
A decirte que seas
Mas apacible, si reinar deseas;
Y no, por verte ya de todos dueño,
Seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO.

A rabia me provocas,
Cuando la luz del desengaño tocas.
Veré, dándote la muerte,
Si es sueño ó si es verdad.
(*Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.*)

CLOTALDO.

Yo desta suerte
Librar mi vida espero.

SEGISMUNDO.

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO.

Hasta que gente venga,
Que tu rigor y cólera detenga,
No he de soltarte.

ROSAURA.

¡Ay cielo!

SEGISMUNDO.

Suelta, digo,
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,
O será desta suerte, (*Luchan.*)
Dándote ahora entre mis brazos muerte.

ROSAURA.

Acudid todos presto,
Que matan á Clotaldo. (*Vase.*)
(*Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.*)

ESCENA IX.

ASTOLFO. — SEGISMUNDO, CLOTALDO.

ASTOLFO

¿Pues qué es esto,
Príncipe generoso?
¿Así se mancha acero tan brioso
En una sangre helada?
Vuelva á la vaina tan lucida espada.

SEGISMUNDO.

En viéndola teñida
En esa infame sangre.

ASTOLFO.

Ya su vida
Tomó á mis piés sagrado,
Y de algo ha de servirle haber llegado.

SEGISMUNDO.

Sírvate de morir; pues desta suerte
Tambien sabré vengarme con tu muerte
De aquel pasado enojo.

ASTOLFO.

Yo defiendo
Mi vida; así la majestad no ofendo.
(*Saca Astolfo la espada, y riñen.*)

CLOTALDO.

No le ofendas, señor.

ESCENA X.

BASILIO, ESTRELLA Y ACOMPAÑAMIENTO. — SEGISMUNDO, ASTOLFO, CLOTALDO.

BASILIO.

¿Pues aquí espadas?

ESTRELLA. (*Ap.*)

¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO.

¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO.

Nada, señor, habiendo tú llegado.
(*Envainan.*)

SEGISMUNDO.

Mucho, señor, aunque hayas tú venido:
Yo á ese viejo matar he pretendido.

BASILIO.

¿Respeto no tenias
A estas canas?

CLOTALDO.

Señor, ved que son mias:
Que no importa veréis.

SEGISMUNDO.

Acciones vanas,
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues aun esas podria (*Al Rey.*)
Ser que viese á mis plantas algun dia,
Porque aun no estoy vengado
Del modo injusto con que me has criado.
(*Vase.*)

BASILIO.

Pues ántes que lo veas,
Volverás á dormir adonde creas
Que cuanto te ha pasado,
Como fué bien del mundo, fué soñado.
(*Vanse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.*)

ESCENA XI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ASTOLFO.

¡Qué pocas veces el hado,
Que dice desdichas, miente,
Pues es tan cierto en los males,
Cuanto dudoso en los bienes!
¡Qué buen astrólogo fuera,
Si siempre casos crueles
Anunciara; pues no hay duda
Que ellos fueran verdad siempre!
Conocerse esta experiencia
En mí y Segismundo puede,
Estrella, pues en los dos
Hace muestras diferentes.
En él previno rigores,
Soberbias, desdichas, muertes,
Y en todo dijo verdad,
Porque todo, al fin, sucede;
Pero en mí, que al ver, señora,
Esos rayos excelentes,
De quien el sol fué una sombra
Y el cielo un amago breve,
Que me previno venturas,
Trofeos, aplausos, bienes,
Dijo mal, y dijo bien;
Pues solo es justo que acierte
Cuando amaga con favores
Y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA.

No dudo que esas finezas
Son verdades evidentes;
Mas serán por otra dama,
Cuyo retrato pendiente
Al cuello trajisteis cuando
Llegásteis, Astolfo, á verme;
Y siendo así, esos requiebros
Ella sola los merece.
Acudid á que ella os pague,
Que no son buenos papeles
En el consejo de amor
Las finezas ni las fees
Que se hicieron en servicio
De otras damas y otros reyes.

ESCENA XII.

ROSAURA, *que se queda al paño.* — ESTRELLA, ASTOLFO.

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Gracias á Dios que llegaron
Ya mis desdichas crueles
Al término suyo, pues
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO.

Yo haré que el retrato salga
Del pecho, para que entre
La imágen de tu hermosura.
Donde entra Estrella no tiene
Lugar la sombra, ni estrella
Donde el sol; voy á traerle.—
(*Ap.* Perdona, Rosaura hermosa,
Este agravio, porque ausentes,
No se guardan mas fe que esta
Los hombres y las mujeres.) (*Vase.*)
(*Adelántase Rosaura.*)

ROSAURA. (*Ap.*)

Nada he podido escuchar,
Temerosa que me viese.

ESTRELLA.

¡Astrea!

ROSAURA.

Señora mia.

ESTRELLA.

Heme holgado que tú fueses
La que llegaste hasta aquí;
Porque de tí solamente
Fiara un secreto.

ROSAURA.

Honras,
Señora, á quien te obedece.

ESTRELLA.

En el poco tiempo, Astrea,
Que ha que te conozco, tienes
De mi voluntad las llaves;
Por esto, y por ser quien eres,
Me atrevo á fiar de tí
Lo que aun de mí muchas veces
Recaté.

ROSAURA.

Tu esclava soy.

ESTRELLA.

Pues para decirlo en breve,
Mi primo Astolfo (bastara
Que mi primo te dijese,
Porque hay cosas que se dicen

Digitized by Google

Con pensarlas solamente),
Ha de casarse conmigo,
Si es que la fortuna quiere
Que con una dicha sola
Tantas desdichas descuente.
Pesóme que el primer dia
Echado al cuello trajese
El retrato de una dama :
Habléle en él [1] cortesmente,
Es galan, y quiere bien,
Fué por él, y ha de traerle
Aquí; embarázame mucho
Que él á mí á dármele llegue :
Quédate aquí, y cuando venga,
Le dirás que te le entregue
A tí. No te digo mas;
Discreta y hermosa eres:
Bien sabrás lo que es amor. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ROSAURA.

¡Ojalá no lo supiese!
¡Válgame el cielo! ¿quién fuera
Tan atenta y tan prudente,
Que supiera aconsejarse
Hoy en ocasion tan fuerte?
¿Habrá persona en el mundo,
A quien el cielo inclemente
Con mas desdichas combata,
Y con mas pesares cerque?
¿Qué haré en tantas confusiones,
Donde imposible parece
Que halle razon que me alivie,
Ni alivio que me consuele?
Desde la primer desdicha,
No hay suceso ni accidente
Que otra desdicha no sea;
Que unas á otras suceden,
Herederas de sí mismas.
A la imitacion del Fénix,
Unas de las otras nacen,
Viviendo de lo que mueren,
Y siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.
Que eran cobardes, decia
Un sabio, por parecerle
Que nunca andaba una sola;
Yo digo, que son valientes,
Pues siempre van adelante,
Y nunca la espalda vuelven:
Quien las llevare consigo,
A todo podrá atreverse,
Pues en ninguna ocasion
No haya miedo que le dejen.
Dígalo yo, pues en tantas
Como á mi vida suceden,
Nunca me he hallado sin ellas,
Ni se han cansado hasta verme,
Herida de la fortuna,
En los brazos de la muerte.
¡Ay de mí! ¿qué debo hacer
Hoy en la ocasion presente?
Si digo quien soy, Clotaldo,
A quien mi vida le debe
Este amparo y este honor,
Conmigo ofenderse puede;
Pues me dice que callando
Honor y remedio espere.
Si no he de decir quien soy
A Astolfo, y él llega a verme,
¿Cómo he de disimular?
Pues aunque fingirlo intenten
La voz, la lengua y los ojos,
Les dirá el alma que mienten?
¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio
Lo que haré, si es evidente,
Que por mas que lo prevenga,
Que lo estudie y que lo piense,
En llegando la ocasion,
Ha de hacer lo que quisiere
El dolor? porque ninguno
Imperio en sus penas tiene.
Y pues á determinar
Lo que ha de hacer no se atreve
El alma, llegue el dolor
Hoy á su término, llegue
La pena á su extremo, y salga
De dudas y pareceres
De una vez; pero hasta entónces
Valedme, cielos, valedme.

ESCENA XIV.

ASTOLFO, *que trae el retrato.*—ROSAURA.

ASTOLFO.

Este es, señora, el retrato;
Mas ¡ay Dios!

ROSAURA.

¿Qué se suspende
Vuestra Alteza? ¿qué se admira?

ASTOLFO.

De oirte, Rosaura, y verte.

ROSAURA.

¿Yo Rosaura? Hase engañado
Vuestra Alteza, si me tiene
Por otra dama; que yo
Soy Astrea, y no merece
Mi humildad tan grande dicha
Que esa turbacion le cueste.

ASTOLFO.

Basta, Rosaura, el engaño,
Porque el alma nunca miente,
Y aunque como á Astrea te mire,
Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA.

No he entendido á vuestra Alteza,
Y así no sé responderle :
Solo lo que yo diré,
Es que Estrella (que lo puede
Ser de Vénus) me mandó
Que en esta parte le espere,
Y de la suya le diga
Que aquel retrato me entregue,
Que está muy puesto en razon,
Y yo misma se lo lleve.
Estrella lo quiere así,
Porque aun las cosas mas leves
Como sean en mi daño,
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO.

Aunque mas esfuerzos hagas,
¡Oh qué mal, Rosaura, puedes
Disimular! Di á los ojos,
Que su música concierten
Con la voz; porque es forzoso
Que desdiga y que disuene
Tan destemplado instrumento,
Que ajustar y medir quiere
La falsedad de quien dice,
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA.

Ya digo que solo espero
El retrato.

ASTOLFO.

Pues que quieres
Llevar al fin el engaño,
Con él quiero responderte.
Dirásle, Astrea, á la Infanta
Que yo la estimo de suerte,
Que, pidiéndome un retrato,
Poca fineza parece
Enviársele, y así,
Porque le estime y le precie
Le envío el original;
Y tú llevársele puedes,
Pues ya le llevas contigo,
Como á tí misma te lleves.

ROSAURA.

Cuando un hombre se dispone,
Restado, altivo y valiente,
A salir con una empresa,
Aunque por trato le entreguen
Lo que valga mas, sin ella
Necio y desairado vuelve.
Yo vengo por un retrato,
Y aunque un original lleve,
Que vale mas, volveré
Desairada: y así, déme
Vuestra Alteza ese retrato,
Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO.

¿Pues cómo, si no he darle,
Le has de llevar?

ROSAURA.

Desta suerte.
Suéltale, ingrato.
(*Trata de quitársele.*)

ASTOLFO.

Es en vano.

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de verse
En manos de otra mujer!

ASTOLFO.

Terrible estás.

ROSAURA

Y tú aleve.

ASTOLFO.

Ya basta, Rosaura mia.

ROSAURA.

¿Yo tuya? Villano, mientes.
(*Están asidos ambos del retrato.*)

ESCENA XV.

ESTRELLA.—ROSAURA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO. (*Ap.*)

Aquesta es Estrella.

ROSAURA.

(*Ap.* Déme
Para cobrar mi retrato,
Ingenio el amor.) Si quieres (*A Estrella.*)
Saber lo que es, yo, señora,
Te lo diré.

ASTOLFO. (*Ap. á Rosaura.*)

¿Qué pretendes?

ROSAURA.

Mandásteme que esperase
Aquí á Astolfo, y le pidiese
Un retrato de tu parte.
Quedé sola, y como vienen
De unos discursos á otros
Las noticias fácilmente,
Viéndote hablar de retratos,
Con su memoria acordéme
De que tenia uno mio
En la manga. Quise verle,
Porque una persona sola
Con locuras se divierte;
Cayóseme de la mano
Al suelo: Astolfo, que viene
A entregarte el de otra dama,
Le levantó, y tan rebelde
Está en dar el que le pides,
Que en vez de dar uno, quiere
Llevar otro; pues el mio
Aun no es posible volverme,
Con ruegos y persuasiones :
Colérica é impaciente
Yo, se le quise quitar.
Aquel que en la mano tiene,

[1] *Hablar en* equivalia ántes á *hablar de.*

Digitized by Google

Es mio, tú lo verás
Con ver si se me parece.

ESTRELLA.

Soltad, Astolfo, el retrato.
(*Quitasele de la mano.*)

ASTOLFO.

Señora.....

ESTRELLA.

No son crueles
A la verdad los matices.

ROSAURA.

¿No es mio?

ESTRELLA.

¿Qué duda tiene?

ROSAURA.

Ahora di que te dé el otro.

ESTRELLA.

Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA. (*Ap.*)

Yo he cobrado mi retrato,
Venga ahora lo que viniere. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Dadme ahora el retrato vos
Que os pedí; que aunque no piense
Veros ni hablaros jamas,
No quiero, no, que se quede
En vuestro poder, siquiera
Porque yo tan neciamente
Le he pedido.

ASTOLFO.

(*Ap.* ¿Cómo puedo
Salir de lance tan fuerte?)
Aunque quiera, hermosa Estrella,
Servirte y obedecerte,
No podré darte el retrato
Que me pides, porque...

ESTRELLA.

Eres
Villano y grosero amante.
No quiero que me le entregues;
Porque yo tampoco quiero,
Con tomarle, que me acuerdes
Que te le he pedido yo. (*Vase.*)

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte.—
¡Válgate Dios por Rosaura!
¿Dónde, cómo, ó de qué suerte
Hoy á Polonia has venido
A perderme y á perderte? (*Vase.*)

—

Prision del Príncipe en la torre.

ESCENA XVII.

SEGISMUNDO, *como al principio, con pieles y cadena, echado en el suelo;* CLOTALDO, DOS CRIADOS Y CLARIN.

CLOTALDO.

Aquí le habeis de dejar,
Pues hoy su soberbia acaba
Donde empezó.

UN CRIADO.

Como estaba,
La cadena vuelvo á atar.

CLARIN.

No acabes de despertar,
Segismundo, para verte
Perder, trocada la suerte,
Siendo tu gloria fingida
Una sombra de la vida,
Y una llama de la muerte.

CLOTALDO.

A quien sabe discurrir,
Asi es bien que se prevenga
Una estancia, donde tenga
Harto lugar de argüir.—
Este es al que habeis de asir,
(*A los criados.*)
Y en este cuarto encerrar.
(*Señalando la pieza inmediata.*)

CLARIN.

¿Por qué á mí?

CLOTALDO.

Porque ha de estar
Guardado en prision tan grave,
Clarin que secretos sabe,
Donde no pueda sonar.

CLARIN.

¿Yo, por dicha, solicito
Dar muerte á mi padre? No.
¿Arrojé del balcon yo
Al Icaro de poquito?
Yo sueño ó duermo? ¿A qué fin
Me encierran?

CLOTALDO.

Eres Clarin.

CLARIN.

Pues ya digo que seré
Corneta, y que callaré,
Que es instrumento ruin.
(*Llévanle, y queda solo Clotaldo.*)

ESCENA XVIII.

BASILIO, *rebozado.* — CLOTALDO, SEGISMUNDO, *adormecido.*

BASILIO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Señor! ¿así
Viene vuestra Majestad?

BASILIO.

La necia curiosidad
De ver lo que pasa aquí
A Segismundo (¡ay de mí!),
Deste modo me ha traido.

CLOTALDO.

Mírale allí reducido
A su miserable estado.

BASILIO.

¡Ay Príncipe desdichado
Y en triste punto nacido!
Llega á despertarle, ya
Que fuerza y vigor perdió
Con el opio que bebió.

CLOTALDO.

Inquieto, señor, está,
Y hablando.

BASILIO.

¿Qué soñará
Ahora? Escuchemos, pues.

SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Piadoso príncipe es
El que castiga tiranos:
Clotaldo muera á mis manos,
Mi padre bese mis piés.

CLOTALDO.

Con la muerte me amenaza.

BASILIO.

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.

Quitarme la vida intenta.

BASILIO.

Rendirme á sus plantas traza.

SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Salga á la anchurosa plaza
Del gran teatro del mundo
Este valor sin segundo:
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al príncipe Segismundo. (*Despierta.*)
¡Mas ay de mí! ¿dónde estoy?

BASILIO.

Pues á mí no me ha de ver:
(*A Clotaldo.*)
Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharle voy. (*Retírase.*)

SEGISMUNDO.

¿Soy yo por ventura? ¿soy
El que preso y aherrojado
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre? Sí. ¡Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado!

CLOTALDO. (*Ap.*)

A mí me toca llegar,
A hacer la deshecha ahora.—
¿Es ya de despertar hora?

SEGISMUNDO.

Sí, hora es ya de despertar.

CLOTALDO.

¿Todo el dia te has de estar
Durmiendo? ¿Desde que yo
Al águila que voló
Con tardo vuelo seguí,
Y te quedaste tú aquí,
Nunca has despertado?

SEGISMUNDO.

No,
Ni aun agora he despertado;
Que segun, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo:
Y no estoy muy engañado;
Porque si ha sido soñado
Lo que vi palpable y cierto,
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO.

Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO.

Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé,
Lo que vi, Clotaldo, sí.
Yo desperté, yo me vi
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)
En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos
A mis piés nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia,
Que, aunque estoy desta manera,
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO.

Buenas albricias tendria.

SEGISMUNDO.

No muy buenas: por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.

De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Solo á una mujer amaba....
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba. (*Vase el Rey.*)

Digitized by Google

CLOTALDO.

(*Ap.* Enternecido se ha ido
El Rey de haberle escuchado.)
Como habiamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entónces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
No se pierde el hacer bien. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion,
Por si alguna vez soñamos:
Y sí harémos, pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir solo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta dispertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe;
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡desdicha fuerte!):
¡Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que mas cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Mas lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí:
¿Qué es la vida? Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

CLARIN.

En una encantada torre,
Por lo que sé, vivo preso:
¿Qué me harán por lo que ignoro,
Si por lo que sé me han muerto?
¡Que un hombre con tanta hambre
Viniese á morir viviendo!
Lástima tengo de mí;
Todos dirán: «bien lo creo»;
Y bien se puede creer,
Pues para mí este silencio
No conforma con el nombre
Clarin, y callar no puedo.
Quien me hace compañía
Aquí, si á decirlo acierto,
Son arañas y ratones:
¡Miren qué dulces jilgueros!
De los sueños desta noche
La triste cabeza tengo
Llena de mil chirimías,
De trompetas y embelecos,
De procesiones, de cruces,
De disciplinantes; y estos
Unos suben, otros bajan,
Unos se desmayan viendo
La sangre que llevan otros:
Mas yo, la verdad diciendo,
De no comer me desmayo;
Que en una prision me veo,
Donde ya todos los dias
En el filósofo leo
Nicomédes, y las noches
En el concilio Niceno.
Si llaman santo al callar,
Como en calendario nuevo,
San secreto es para mí,
Pues le ayuno y no le huelgo;
Aunque está bien merecido
El castigo que padezco,
Pues callé, siendo criado,
Que es el mayor sacrilegio.

(*Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.*)

ESCENA II.

SOLDADOS. — CLARIN.

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)

Esta es la torre en que está.
Echad la puerta en el suelo:
Entrad todos.

CLARIN.

¡Vive Dios!
Que á mí me buscan, es cierto,
Pués que dicen que aquí estoy.
¿Qué me querrán?

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)

Entrad dentro.

(*Salen varios soldados.*)

SOLDADO 2.°

Aquí está.

CLARIN.

No está.

TODOS LOS SOLDADOS.

Señor...

CLARIN. (*Ap.*)

¿Si vienen borrachos estos?

SOLDADO 1.°

Tú nuestro príncipe eres;
Ni admitimos ni queremos
Sino al señor natural,
Y no á príncipe extranjero.
A todos nos da los piés.

LOS SOLDADOS.

¡Viva el gran Príncipe nuestro!

CLARIN. (*Ap.*)

Vive Dios, que va de véras.
¿Si es costumbre en este reino
Prender uno cada dia
Y hacerle príncipe, y luego
Volverle á la torre? Sí,
Pues cada dia lo veo:
Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARIN.

No puedo,
Porque las he menester
Para mí, y fuera defecto
Ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2.°

Todos á tu padre mesmo
Le dijimos que á tí solo
Por príncipe conocemos,
No al de Moscovia.

CLARIN.

¿A mi padre
Le perdísteis el respeto?
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1.°

Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN.

Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2.°

Sal á restaurar tu imperio.
¡Viva Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARIN. (*Ap.*)

¿Segismundo dicen? Bueno:
Segismundos llaman todos
Los príncipes contrahechos.

ESCENA III.

SEGISMUNDO. — CLARIN, SOLDADOS.

SEGISMUNDO.

¿Quién nombra aquí á Segismundo?

CLARIN. (*Ap.*)

¡Mas que soy príncipe huero!

SOLDADO 1.°

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO.

Yo.

SOLDADO 2.° (*A Clarin.*)

¿Pues cómo, atrevido y necio,
Tú te hacias Segismundo?

CLARIN.

¿Yo Segismundo? Eso niego.
Vosotros fuísteis los que
Me segismundeasteis: luego
Vuestra ha sido solamente
Necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1.°

Gran príncipe Segismundo,
(Que las señas que traemos
Tuyas son, aunque por fe
Te aclamamos señor nuestro),
Tu padre el gran rey Basilio,
Temeroso que los cielos
Cumplan un hado, que dice
Que ha de verse á tus piés puesto,
Vencido de tí, pretende
Quitarte accion y derecho
Y dárselo á Astolfo, duque
De Moscovia. Para esto
Juntó su corte, y el vulgo,
Penetrando ya y sabiendo
Que tiene rey natural,
No quiere que un extranjero
Venga á mandarle. Y así,
Haciendo noble desprecio
De la inclemencia del hado,
Te ha buscado donde preso
Vives, para que asistido
De sus armas, y saliendo
Desta torre á restaurar
Tu imperial corona y cetro,
Se la quites á un tirano.
Sal, pues; que en ese desierto,
Ejército numeroso
De bandidos y plebeyos
Te aclama: la libertad
Te espera; oye sus acentos.

Voces dentro.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

¿Otra vez (¡qué es esto, cielos!)
Quereis que sueñe grandezas,
Que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea
Entre sombras y bosquejos
La majestad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que toque
El desengaño, ó el riesgo

Digitized by Google

A que el humano poder
Nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser
Mirarme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño,
Idos, sombras, que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni teneis voz ni cuerpo;
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones
Que al soplo ménos lijero
Del aura han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores,
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan,
Marchitando y desluciendo
De sus rosados capillos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme:
Para mí no hay fingimientos;
Que, desengañado ya,
Sé bien que *la vida es sueño.*

SOLDADO 2.°

Si piensas que te engañamos,
Vuelve á esos montes soberbios
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ellos
Para obedecerte.

SEGISMUNDO.

Ya
Otra vez vi aquesto mesmo
Tan clara y distintamente
Como ahora lo estoy viendo,
Y fué sueño.

SOLDADO 2.°

Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto sería,
Si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO.

Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez; pero ha de ser
Con atencion y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo;
Que llevándolo sabido,
Será el desengaño ménos;
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado
Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo.—
Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí llevais
Quien os libre osado y diestro
De extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
Vereis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos.
Puesto he de verle á mis plantas.....
(*Ap.* Mas si ántes desto despierto,
¿No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?)

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

—

ESCENA IV.

CLOTALDO. — SEGISMUNDO, CLARIN, SOLDADOS.

CLOTALDO.

¿Qué alboroto es este, cielos?

SEGISMUNDO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

Señor... (*Ap.* En mí
Su rigor prueba.)

CLARIN. (*Ap.*)

Yo apuesto,
Que le despeña del monte. (*Vase.*)

CLOTALDO.

A tus reales plantas llego,
Ya sé que á morir.

SEGISMUNDO.

Levanta,
Levanta, padre, del suelo;
Que tú has de ser norte y guia
De quien fie mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.

CLOTALDO.

¿Qué dices?

SEGISMUNDO.

Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, aun en sueños.

CLOTALDO.

Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicite lo mesmo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto,
Dame la muerte.

SEGISMUNDO.

¡Villano,
Traidor, ingrato! (*Ap.* Mas ¡cielos!
El reportarme conviene,
Que aun no sé si estoy despierto.)
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco.
Idos á servir al Rey,
Que en el campo nos veremos.—
Vosotros tocad al arma.

CLOTALDO.

Mil veces tus plantas beso. (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

A reinar, fortuna, vamos;
No me despiertes, si duermo,
Y si es verdad, no me aduermas.
Mas sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos.
(*Vanse, tocando cajas.*)

—

Salon del Palacio Real.

ESCENA V.

BASILIO Y ASTOLFO.

BASILIO.

¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente
La furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un rio la corriente
Que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender valiente
De la cima de un monte desgajado?
Pues todo fácil de parar se mira,
Mas que de un vulgo la soberbia ira.
Dígalo en bandos el rumor partido
Pues se oye resonar en lo profundo
De los montes el eco repetido,
Unos *¡Astolfo!* y otros *¡Segismundo!*
El dosel de la jura, reducido
A segunda intencion, á horror segundo,
Teatro funesto es, donde importuna
Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO.

Señor, suspéndase hoy tanta alegría;
Cese el aplauso y gusto lisonjero,
Que tu mano feliz me prometia;
Que si Polonia (á quien mandar espero)
Hoy se resiste á la obediencia mia,
Es porque la merezca yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,
Rayo descienda el que blasona trueno.
(*Vase.*)

BASILIO.

Poco reparo tiene lo infalible,
Y mucho riesgo lo previsto tiene:
Si ha de ser, la defensa es imposible,
Que quien la excusa mas, mas la previene.
¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terrible!
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene:
Con lo que yo guardaba me he perdido;
Yo mismo, yo mi patria he destruido.

ESCENA VI.

ESTRELLA. — BASILIO.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata
De enfrenar el tumulto sucedido,
Que de uno en otro bando se dilata
Por las calles y plazas dividido,
Verás tu reino en ondas de escarlata
Nadar, entre la púrpura teñido
De su sangre, que ya con triste modo,
Todo es desdichas y tragedias todo.
Tanta es la ruina de tu imperio, tanta
La fuerza del rigor duro, sangriento,
Que visto admira, y escuchado espanta.
El sol se turba y se embaraza el viento;
Cada piedra un pirámide levanta,
Y cada flor construye un monumento,
Cada edificio es un sepulcro altivo,
Cada soldado un esqueleto vivo.

ESCENA VII.

CLOTALDO.—BASILIO, ESTRELLA.

CLOTALDO.

¡Gracias á Dios que vivo á tus piés llego!

BASILIO.

Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO.

Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego,
La torre penetró, y de lo profundo
Della sacó su príncipe, que luego
Que vió segunda vez su honor segundo,
Valiente se mostró, diciendo fiero,
Que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO.

Dadme un caballo, porque yo en persona
Vencer valiente un hijo ingrato quiero;
Y en la defensa ya de mi corona
Lo que la ciencia erró, venza el acero.
(*Vase*)

ESTRELLA.

Pues yo al lado del Sol seré Belona:
Poner mi nombre junto al suyo espero;
Que he de volar sobre tendidas alas
A competir con la deidad de Pálas.
(*Vase, y tocan al arma.*)

ESCENA VIII.

ROSAURA, *que detiene á* CLOTALDO

ROSAURA.

Aunque el valor que se encierra
En tu pecho, desde allí

Digitized by Google

Da voces, óyeme á mí,
Que yo sé que todo es guerra.
Bien sabes que yo llegué
Pobre, humilde y desdichada
A Polonia, y amparada
De tu valor, en tí hallé
Piedad; mandásteme (¡ay cielos!)
Que disfrazada viviese
En palacio, y pretendiese,
Disimulando mis celos,
Guardarme de Astolfo. En fin
El me vió, y tanto atropella
Mi honor, que viéndome, á Estrella
De noche habla en un jardin:
Deste la llave he tomado,
Y te podré dar lugar
De que en él puedas entrar
A dar fin á mi cuidado.
Así altivo, osado y fuerte,
Volver por mi honor podrás,
Pues que ya resuelto estás
A vengarme con su muerte.

CLOTALDO.

Verdad es que me incliné,
Desde el punto que te vi,
A hacer, Rosaura, por tí
(Testigo tu llanto fué)
Cuanto mi vida pudiese.
Lo primero que intenté,
Quitarte aquel traje fué;
Porque, si acaso, te viese
Astolfo en tu propio traje,
Sin juzgar á liviandad
La loca temeridad
Que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba
Cómo cobrar se pudiese
Tu honor perdido, aunque fuese
(Tanto tu honor me arrastraba)
Dando muerte á Astolfo. ¡Mira
Qué caduco desvarío!
Si bien, no siendo rey mio,
Ni me asombra, ni me admira.
Darle pensé muerte; cuando
Segismundo pretendió
Dármela á mí, y él llegó,
Su peligro atropellando,
A hacer en defensa mia
Muestras de su voluntad,
Que fuéron temeridad,
Pasando de valentía.
¿Pues cómo yo ahora (advierte),
Teniendo alma agradecida,
A quien me ha dado la vida
Le tengo de dar la muerte?
Y así, entre los dos partido
El efecto y el cuidado,
Viendo que á tí te la he dado,
Y que dél la he recibido,
No sé á qué parte acudir:
No sé á qué parte ayudar,
Si á tí me obligué con dar,
Dél lo estoy con recibir;
Y así, en la accion que se ofrece,
Nada á mi amor satisface,
Porque soy persona que hace,
Y persona que padece.

ROSAURA.

No tengo que prevenir
Que en un varon singular,
Cuanto es noble accion el dar,
Es bajeza el recibir.
Y este principio asentado,
No has de estarle agradecido,
Supuesto que si él ha sido
El que la vida te ha dado,
Y tú á mí, evidente cosa
Es, que él forzó tu nobleza
A que hiciese una bajeza,
Y yo una accion generosa.
Luego estás dél ofendido,
Luego estás de mí obligado,
Supuesto que á mí me has dado
Lo que dél has recibido;
Y así debes acudir
A mi honor en riesgo tanto,
Pues yo le prefiero, cuanto
Va de dar á recibir.

CLOTALDO.

Aunque la nobleza vive
De la parte del que da,
El agradecerla está
De parte del que recibe.
Y pues ya dar he sabido,
Ya tengo con nombre honroso
El nombre de generoso:
Déjame el de agradecido;
Pues le puedo conseguir
Siendo agradecido, cuanto
Liberal, pues honra tanto
El dar como el recibir.

ROSAURA.

De tí recibí la vida,
Y tú mismo me dijiste,
Cuando la vida me diste,
Que la que estaba ofendida
No era vida: luego yo
Nada de tí he recibido;
Pues vida no vida ha sido
La que tu mano me dió.
Y si debes ser primero
Liberal que agradecido
(Como de tí mismo he oido),
Que me dés la vida espero,
Que no me la has dado; y pues
El dar engrandece mas,
Si ántes liberal, serás
Agradecido despues.

CLOTALDO.

Vencido de tu argumento,
Antes liberal seré.
Yo, Rosaura, te daré
Mi hacienda, y en un convento
Vive; que está bien pensado
El medio que solicito;
Pues huyendo de un delito,
Te recoges á un sagrado;
Que cuando desdichas siente
El reino, tan dividido,
Habiendo noble nacido,
No he de ser quien las aumente.
Con el remedio elegido
Soy en el reino leal,
Soy contigo liberal,
Con Astolfo agradecido;
Y así escoge el que te cuadre,
Quedándose entre los dos,
Que no hiciera ¡vive Dios!
Mas, cuando fuera tu padre.

ROSAURA.

Cuando tú mi padre fueras,
Sufriera esa injuria yo;
Pero no siéndolo, no.

CLOTALDO.

¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA.

Matar al Duque.

CLOTALDO.

¿Una dama,
Que padre no ha conocido,
Tanto valor ha tenido?

ROSAURA.

Sí.

CLOTALDO.

¿Quién te alienta?

ROSAURA.

Mi fama.

CLOTALDO.

Mira que á Astolfo has de ver...

ROSAURA.

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO.

Tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA.

¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTALDO.

Es locura.

ROSAURA.

Ya lo veo.

CLOTALDO.

Pues véncela.

ROSAURA.

No podré.

CLOTALDO.

Pues perderás...

ROSAURA.

Ya lo sé.

CLOTALDO.

Vida y honor.

ROSAURA.

Bien lo creo.

CLOTALDO.

¿Qué intentas?

ROSAURA.

Mi muerte.

CLOTALDO.

Mira
Que eso es despecho.

ROSAURA.

Es honor.

CLOTALDO.

Es desatino.

ROSAURA.

Es valor.

CLOTALDO.

Es frenesí.

ROSAURA.

Es rabia, es ira.

CLOTALDO.

En fin, ¿que no se da medio
A tu ciega pasion?

ROSAURA.

No.

CLOTALDO.

¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA.

Yo.

CLOTALDO.

¿No hay remedio?

ROSAURA.

No hay remedio.

CLOTALDO.

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA.

Perderme de otra manera. (*Vase.*)

CLOTALDO.

Pues si has de perderte, espera,
Hija, y perdámonos todos. (*Vase.*)

—

Campo.

ESCENA IX.

SEGISMUNDO, *vestido de pieles;* SOLDADOS, *marchando;* CLARIN.

(*Tocan cajas.*)

SEGISMUNDO.

Si este dia me viera
Roma en los triunfos de su edad primera,
¡Oh, cuánto se alegrara
Viendo lograr una ocasion tan rara,
De tener una fiera
Que sus grandes ejércitos rigiera,
A cuyo altivo aliento
Fuera poca conquista el firmamento!

Digitized by Google

Pero el vuelo abatamos,
Espíritu; no así desvanezcamos
Aqueste aplauso incierto,
Si ha de pesarme cuando esté despierto,
De haberlo conseguido
Para haberlo perdido;
Pues miéntras ménos fuere,
Ménos se sentirá si se perdiere.
(*Tocan un clarin.*)

CLARIN.

En un veloz caballo,
(Perdóname, que fuerza es el pintallo
En viniéndome á cuento)
En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra, [ra,
El fuego el alma que en el pecho encier-
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,
En cuya confusion un caos admiro; [to,
Pues en el alma, espuma, cuerpo, alien-
Monstruo es de fuego, tierra, mar y vien-
De color remendado, [to;
Rucio, y á su propósito rodado,
Del que bate la espuela;
Que en vez de correr vuela;
A tu presencia llega
Airosa una mujer.

SEGISMUNDO.

Su luz me ciega.

CLARIN.

¡Vive Dios, que es Rosaura!
(*Retírase.*)

SEGISMUNDO.

El cielo á mi presencia la restaura.

ESCENA X.

ROSAURA, *con vaquero, espada y daga.* — SEGISMUNDO, SOLDADOS.

ROSAURA.

Generoso Segismundo,
Cuya majestad heroica
Sale al dia de sus hechos
De la noche de sus sombras;
Y como el mayor planeta,
Que en los brazos de la aurora
Se restituye luciente
A las plantas y á las rosas,
Y sobre montes y mares,
Cuando coronado asoma,
Luz esparce, rayos brilla,
Cumbres baña, espumas borda;
Así amanezcas al mundo,
Luciente sol de Polonia,
Que á una mujer infelice,
Que hoy á tus plantas se arroja,
Ampares por ser mujer
Y desdichada: dos cosas,
Que para obligarle á un hombre,
Que de valiente blasona,
Cualquiera de las dos basta,
Cualquiera de las dos sobra.
Tres veces son las que ya
Me admiras, tres las que ignoras
Quién soy, pues las tres me viste
En diverso traje y forma.
La primera me creíste
Varon en la rigurosa
Prision, donde fué tu vida
De mis desdichas lisonja.
La segunda me admiraste
Mujer, cuando fué la pompa
De tu majestad un sueño,
Una fantasma, una sombra.
La tercera es hoy, que siendo
Monstruo de una especie y otra,
Entre galas de mujer
Armas de varon me adornan.
Y porque compadecido
Mejor mi amparo dispongas,
Es bien que de mis sucesos
Trágicas fortunas oigas.
De noble madre nací
En la corte de Moscovia,
Que, segun fué desdichada,
Debió de ser muy hermosa.
En esta puso los ojos
Un traidor, que no le nombra
Mi voz por no conocerle,
De cuyo valor me informa
El mio; pues siendo objeto
De su idea, siento ahora
No haber nacido gentil,
Para persuadirme loca
A que fué algun dios de aquellos,
Que en metamorfósis llora
Lluvia de oro, cisne y toro
En Dánae, Leda y Europa.
Cuando pensé que alargaba,
Citando aleves historias,
El discurso, hallo que en él
Te he dicho en razones pocas
Que mi madre, persuadida
A finezas amorosas,
Fué, como ninguna, bella,
Y fué infeliz como todas.
Aquella necia disculpa
De fe y palabra de esposa
La alcanzó tanto, que aun hoy
El pensamiento la llora;
Habiendo sido un tirano
Tan Eneas de su Troya,
Que la dejó hasta la espada.
Envaínese aquí su hoja,
Que yo la desnudaré
Antes que acabe la historia.
Deste pues mal dado nudo
Que ni ata ni aprisiona,
O matrimonio ó delito,
Si bien todo es una cosa,
Nací yo tan parecida,
Que fuí un retrato, una copia,
Ya que en la hermosura no,
En la dicha y en las obras;
Y así, no habré menester
Decir que poco dichosa
Heredera de fortunas,
Corrí con ella una propia.
Lo mas que podré decirte
De mí, es el dueño que roba
Los trofeos de mi honor,
Los despojos de mi honra.
Astolfo... ¡Ay de mí! al nombrarle
Se encoleriza y se enoja
El corazon, propio efecto
De que enemigo le nombra. —
Astolfo fué el dueño ingrato,
Que olvidado de las glorias
(Porque en un pasado amor
Se olvida hasta la memoria),
Vino á Polonia, llamado
De su conquista famosa,
A casarse con Estrella,
Que fué de mi ocaso antorcha.
¿Quién creerá, que habiendo sido
Una estrella quien conforma
Dos amantes, sea una Estrella
La que los divida ahora?
Yo ofendida, yo burlada,
Quedé triste, quedé loca,
Quedé muerta, quedé yo,
Que es decir, que quedó toda
La confusion del infierno
Cifrada en mi Babilonia;
Y declarándome muda
(Porque hay penas y congojas
Que las dicen los afectos
Mucho mejor que la boca),
Dije mis penas callando,
Hasta que una vez á solas,
Violante mi madre (¡ay cielos!)
Rompió la prision, y en tropa
Del pecho salieron juntas,
Tropezando unas con otras.
No me embaracé en decirlas;
Que en sabiendo una persona
Que, á quien sus flaquezas cuenta,
Ha sido cómplice en otras,
Parece que ya le hace
La salva y le desahoga;
Que á veces el mal ejemplo
Sirve de algo. En fin, piadosa
Oyó mis quejas, y quiso
Consolarme con las propias:
Juez que ha sido delincuente,
¡Qué fácilmente perdona!
Escarmentando en sí misma,
Y por negar á la ociosa
Libertad, al tiempo fácil,
El remedio de su honra,
No le tuvo en mis desdichas;
Por mejor consejo toma
Que le siga, y que le obligue,
Con finezas prodigiosas,
A la deuda de mi honor;
Y para que á ménos costa
Fuese, quiso mi fortuna
Que en traje de hombre me ponga
Descuelga una antigua espada
Que es esta que ciño: ahora
Es tiempo que se desnude,
Como prometí, la hoja,
Pues confiada en sus señas,
Me dijo: «Parte á Polonia,
Y procura que te vean
Ese acero que te adorna,
Los mas nobles; que en alguno
Podrá ser que hallen piadosa
Acogida tus fortunas,
Y consuelo tus congojas.»
Llegué á Polonia en efecto:
Pasemos, pues que no importa
El decirlo, y ya se sabe,
Que un bruto que se desboca
Me llevó á tu cueva, adonde
Tú de mirarme te asombras.
Pasemos que allí Clotaldo
De mi parte se apasiona,
Que pide mi vida al Rey,
Que el Rey mi vida le otorga,
Que informado de quien soy,
Me persuade á que me ponga
Mi propio traje, y que sirva
A Estrella, donde ingeniosa
Estorbé el amor de Astolfo
Y el ser Estrella su esposa.
Pasemos que aquí me viste
Otra vez confuso, y otra
Con el traje de mujer
Confundiste entrambas formas;
Y vamos á que Clotaldo,
Persuadido á que le importa
Que se casen y que reinen
Astolfo y Estrella hermosa,
Contra mi honor me aconseja
Que la pretension deponga.
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente
Segismundo! á quien hoy toca
La venganza, pues el cielo
Quiere que la cárcel rompas
De esa rústica prision,
Donde ha sido tu persona
Al sentimiento una fiera,
Al sufrimiento una roca,
Las armas contra tu patria
Y contra tu padre tomas,
Vengo á ayudarte, mezclando
Entre las galas costosas
De Diana, los arneses
De Pálas, vistiendo ahora
Ya la tela y ya el acero,
Que entrambos juntos me adornan.
Ea pues, fuerte caudillo,
A los dos juntos importa
Impedir y deshacer

Digitized by Google

Estas concertadas bodas :
A mí, porque no se case
El que mi esposo se nombra,
Y á tí porque, estando juntos
Sus dos estados, no pongan
Con mas poder y mas fuerza
En duda nuestra victoria.
Mujer vengo á persuadirte
Al remedio de mi honra,
Y varon vengo á alentarte
A que cobres tu corona.
Mujer vengo á enternecerte
Cuando á tus plantas me ponga,
Y varon vengo á servirte
Con mi acero y mi persona.
Y así piensa, que si hoy
Como mujer me enamoras,
Como varon te daré
La muerte en defensa honrosa
De mi honor; porque he de ser,
En su conquista amorosa,
Mujer para darte quejas,
Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Cielos, si es verdad que sueño,
Supendedme la memoria,
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas.
¡Válgame Dios, quién supiera,
O saber salir de todas,
O no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
En que me ví, ¿cómo ahora
Esta mujer me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño;
Y si fué verdad (que es otra
Confusion, y no menor),
¿Cómo mi vida le nombra
Sueño? Pues ¿tan parecidas
A los sueños son las glorias,
Que las verdaderas son
Tenidas por mentirosas,
Y las fingidas por ciertas?
¡Tan poco hay de unas á otras,
Que hay cuestion sobre saber
Si lo que se ve y se goza,
Es mentira ó es verdad!
¡Tan semejante es la copia
Al original, que hay duda
En saber si es ella propia?
Pues si es así, y ha de verse
Desvanecida entre sombras
La grandeza y el poder,
La majestad y la pompa,
Sepamos aprovechar
Este rato que nos toca,
Pues solo se goza en ella
Lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
Su hermosura el alma adora,
Gocemos, pues, la ocasion;
El amor las leyes rompa
Del valor y la confianza
Con que á mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
Soñemos dichas ahora,
Que despues serán pesares.
Mas ¡con mis razones propias
Vuelvo á convencerme á mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿Quién por vanagloria humana
Pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heróicas
Que entre sí no diga, cuando
Las revuelve en su memoria:
Sin duda que fué soñado
Cuanto ví? Pues si esto toca
Mi desengaño, si sé
Que es el gusto llama hermosa,
Que la convierte en cenizas
Cualquiera viento que sopla,
Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas,
Ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
Más á un príncipe le toca
El dar honor, que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
He de ser conquistador,
Antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasion,
Que es muy fuerte.—Al arma,
(*A un soldado.*)
Que hoy he de dar la batalla,
Antes que la oscura sombra
Sepulte los rayos de oro
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA.

¡Señor! ¿pues así te ausentas?
¿Pues ni una palabra sola
No te debe mi cuidado,
Ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, Señor,
Que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura, al honor le importa,
Por ser piadoso contigo,
Ser cruel contigo ahora.
No te responde mi voz,
Porque mi honor te responda;
No te hablo, porque quiero
Que te hablen por mí mis obras,
Ni te miro, porque es fuerza,
En pena tan rigurosa,
Que no mire tu hermosura
Quien ha de mirar tu honra.
(*Vase, y los soldados con él.*)

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son estas?
Despues de tanto pesar,
¡Aun me queda que dudar
Con equívocas respuestas!

ESCENA XI.

CLARIN.—ROSAURA.

CLARIN.

¿Señora, es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay Clarin! ¿dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado
Brujuleando mi muerte,
Si me da, ó si no me da;
Y á figura que me diera,
Pasante quínola fuera
Mi vida: que estuve ya
Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Porque sé el secreto
De quien eres, y en efeto,
Clotaldo... ¿Pero qué ruido
Es este? (*Suenan cajas.*)

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado
Sale un escuadron armado
A resistir y vencer
El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

¡Pues cómo cobarde estoy,
Y ya á su lado no soy
Un escándalo del mundo,
Cuando ya tanta crueldad
Cierra sin órden ni ley? (*Vase.*)

ESCENA XII.

CLARIN. — SOLDADOS, *dentro.*

Voces de unos.

¡Viva nuestro invicto Rey!

Voces de otros.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!
Vivan muy enhorabuena,
Que á mí nada me da pena
Como en cuenta me reciban
Que yo, apartado este dia
En tan grande confusion,
Haga el papel de Neron,
Que de nada se dolia.
Si bien me quiero doler
De algo, y ha de ser de mí:
Escondido, desde aquí
Toda la fiesta he de ver.
El sitio es oculto y fuerte,
Entre estas peñas. — Pues ya
La muerte no me hallará,
Dos higas para la muerte.
(*Escóndese; tocan cajas, y suena ruido de armas.*)

ESCENA XIII.

BASILIO, CLOTALDO Y ASTOLFO, *huyendo.*—CLARIN, *oculto.*

BASILIO.

¡Hay mas infelice rey!
¡Hay padre mas perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército vencido
Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores vencedores
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues,
Del cruel, del inhumano
Rigor de un hijo tirano.
(*Disparan dentro y cae Clarin herido de donde está.*)

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es
Este infelice soldado,
Que á nuestros piés ha caido
En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado,
Que por quererme guardar
De la muerte, la busqué.
Huyendo della, encontré
Con ella, pues no hay lugar,
Para la muerte, secreto:
De donde claro se arguye,
Que quien mas su efecto huye,
Es quien se llega á su efeto.
Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luego;
Que entre las armas y el fuego
Hay mayor seguridad
Que en el monte mas guardado,
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del destino
Y á la inclemencia del hado;
Y así, aunque á libraros vais

Digitized by Google

De la muerte con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais.
(*Cae dentro.*)

BASILIO.

¡Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais!
¡Qué bien (¡ay cielos!) persuade
Nuestro error, nuestra ignorancia
A mayor conocimiento
Este cadáver que habla
Por la boca de una herida,
Siendo el humor que desata
Sangrienta lengua que enseña
Que son diligencias vanas
Del hombre, cuantas dispone
Contra mayor fuerza y causa!
Pues yo, por librar de muertes
Y sediciones mi patria,
Vine á entregarla á los mismos
De quien pretendí librarla.

CLOTALDO.

Aunque el hado, señor, sabe
Todos los caminos, y halla
A quien busca entre lo espeso
De las peñas, no es cristiana
Determinacion decir
Que no hay reparo á su saña.
Sí hay, que el prudente varon
Victoria del hado alcanza;
Y si no estás reservado
De la pena y la desgracia,
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, Señor, te habla
Como prudente varon
Que madura edad alcanza,
Yo como jóven valiente.
Entre las espesas matas
De ese monte está un caballo,
Veloz aborto del aura;
Huye en él, que yo entre tanto
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,
O si la muerte me aguarda
Aquí, hoy la quiero buscar,
Esperando cara á cara.
(*Tocan al arma.*)

ESCENA XIV.

SEGISMUNDO, ESTRELLA, ROSAURA, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO. — BASILIO, ASTOLFO, CLOTALDO.

UN SOLDADO.

En lo intrincado del monte,
Entre sus espesas ramas,
El Rey se esconde.

SEGISMUNDO.

¡Seguidle!
No quede en sus cumbres planta
Que no examine el cuidado,
Tronco á tronco, y rama á rama.

CLOTALDO.

¡Huye, señor!

BASILIO.

¿Para qué?

ASTOLFO.

¿Qué intentas?

BASILIO.

Astolfo, aparta.

CLOTALDO.

¿Qué quieres?

BASILIO.

Hacer. Clotaldo,
Un remedio que me falta.—
Si á mí buscándome vas,
(*A Segismundo.*)
Ya estoy, Príncipe, á tus plantas:
(*Arrodillándose.*)
Sea dellas blanca alfombra
Esta nieve de mis canas.
Pisa mi cerviz, y huella
Mi corona; postra, arrastra
Mi decoro y mi respeto;
Toma de mi honor venganza,
Sírvete de mí cautivo;
Y tras prevenciones tantas,
Cumpla el hado su homenaje,
Cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO.

Corte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended,
Que vuestro Príncipe os habla.
Lo que está determinado
Del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña
Es quien, para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por excusarse á la saña
De mi condicion, me hizo
Un bruto, una fiera humana:
De suerte, que cuando yo
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra
Hubiera nacido dócil
Y humilde, solo bastara
Tal género de vivir,
Tal linaje de crianza,
A hacer fieras mis costumbres:
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si á cualquier hombre dijesen:
«Alguna fiera inhumana
Te dará muerte»: ¿escogiera
Buen remedio en despertalla
Cuando estuviera durmiendo?
Si dijeran: «Esta espada
Que traes ceñida, ha de ser
Quien te dé la muerte»; vana
Diligencia de evitarlo
Fuera entónces desnudarla
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen: «Golfos de agua
Han de ser tu sepultura
En monumentos de plata»;
Mal hiciera en darse al mar,
Cuando soberbio levanta
Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
Que á quien, porque le amenaza
Una fiera, la despierta;
Que á quien, temiendo una espada,
La desnuda; y que á quien mueve
Las ondas de una borrasca:
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza,
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque ántes se incita mas;
Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza.
No ántes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta extraña
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es mas, que llegar á ver
Con prevenciones tan varias,
Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué;
Por mas que quiso estorbarla
El, no pudo; ¿y podré yo
Que soy menor en las canas,
En el valor y en la ciencia,
Vencerla?—Señor, levanta, (*Al Rey.*)
Dame tu mano; que ya
Que el cielo te desengaña
De que has errado en el modo
De vencerla, humilde aguarda
Mi cuello á que tú te vengues:
Rendido estoy á tus plantas.

BASILIO.

Hijo, que tan noble accion
Otra vez en mis entrañas
Te engendra, príncipe eres.
A tí el laurel y la palma
Se te deben; tú venciste;
Corónente tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva.

SEGISMUNDO.

Pues que ya vencer aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la mas alta
Vencerme á mí.—Astolfo dé
La mano luego á Rosaura,
Pues sabe que de su honor
Es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO.

Aunque es verdad que la debo
Obligaciones, repara
Que ella no sabe quien es;
Y es bajeza y es infamia
Casarme yo con mujer.....

CLOTALDO.

No prosigas, tente, aguarda;
Porque Rosaura es tan noble
Como tú, Astolfo, y mi espada
Lo defenderá en el campo;
Que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO.

¿Qué dices?

CLOTALDO.

Que yo hasta verla
Casada, noble y honrada,
No la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
Pero en fin, es hija mia.

ASTOLFO.

Pues siendo así, mi palabra
Cumpliré.

SEGISMUNDO.

Pues porque Estrella
No quede desconsolada,
Viendo que príncipe pierde
De tanto valor y fama,
De mi propia mano yo
Con esposo he de casarla
Que en méritos y fortuna,
Si no le excede, le iguala.
Dame la mano.

ESTRELLA.

Yo gano
En merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO.

A Clotaldo, que leal
Sirvió á mi padre, le aguardan

Digitized by Google

Mis brazos, con las mercedes
Que él pidiere que le haga.

UN SOLDADO.

Si así á quien no te ha servido
Honras, ¿á mí que fuí causa
Del alboroto del reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO.

La torre; y porque no salgas
Della nunca, hasta morir
Has de estar allí con guardas;
Que el traidor no es menester
Siendo la traicion pasada.

BASILIO.

Tu ingenio á todos admira.

ASTOLFO.

¡Qué condicion tan mudada!

ROSAURA.

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO.

¿Qué os admira? ¿qué os espanta,
Si fué mi maestro un sueño,
Y estoy temiendo en mis ansias
Que he de dispertar y hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prision? Y cuando no sea,
El soñarlo solo basta;
Pues así llegué á saber
Que toda la dicha humana
En fin pasa como un sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me durare:
Pidiendo de nuestras faltas
Perdon, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas.

Digitized by Google

SABER DEL MAL Y DEL BIEN.

PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO EL VII DE CASTILLA.
DON ALVARO DE VISEO.
EL CONDE DON PEDRO DE LARA.
DOÑA HIPOLITA DE LARA.
DOÑA LAURA DE QUIÑONES.
DOÑA JACINTA DE SILVA.
ORDOÑO.
IÑIGO.
FABIO, *criado.*
LUCINDO, *criado.*
GARCIA, *criado de Don Alvaro.*
JULIO, *criado del Conde.*
LICIA, *criada de Doña Hipólita.*

La escena es en Toledo y en las inmediaciones de una quinta próxima al Tajo.

JORNADA PRIMERA.

Valle sombrío, al pié de un monte, cuya falda se verá á un lado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA HIPOLITA, LAURA Y JACINTA, *de caza, con galas y plumas.*

DOÑA LAURA.

En tanto que el gran planeta
Con ardientes rayos dore
El mundo, hurtando su injuria
La oposicion de dos soles,
Puedes descansar en esta
Parte mas remota, donde
Tejidas nubes de hiedra
Rústicamente se oponen
Al sol, porque defendido
El sitio á las sinrazones
Del tiempo, el fuego lo dude
Para que el fuego lo ignore.

DOÑA JACINTA.

Aquí puedes descansar
En tanto que los veloces
Caballos (envidia hermosa
De Flegon, Pirois y Etonte),
Pagan en coral y nieve
Nieve, coral, fruta y flores.

DOÑA HIPÓLITA.

Doña Jacinta de Silva,
Doña Laura de Quiñones,
Amigas mias, en quien
Igualmente amor dispone
Un alma y un albedrío,
Dando generosa y noble
Un corazon á tres pechos,
Y á un pecho tres corazones:
Aquí con vosotras quiero
Hoy divertir los rigores
De un amor que engendra en mí
Varias imaginaciones.
El rey Don Alfonso, hijo
De Doña Urraca, á quien pone,
O la envidia ó la traicion,
Injustamente en prisiones,
Porque dicen que trataba
De entregar el reino al conde
Don Pedro, mi hermano, y esto
La tiene en aquesta torre,
Donde vivimos: en fin,
El rey Don Alfonso, jóven
Tan galan y tan brioso,
Que en Vénus, madre de amores,
Le dió Marte la fiereza,
Le dió la hermosura Adónis,
A mis desdenes constante
Solicita mis favores,
Siendo el laurel de sus rayos,
La clicie de sus ardores,
Por cuya causa mil veces
A caza viene á estos montes;
Y por esto, ó por temor
Mi hermano levanta sobre
Los hombros de su privanza
Máquinas y presunciones.
Aconsejadme las dos
En tal caso, pues conoce
En la ocasion vuestro pecho
Dónde está el peligro, y dónde
El interes.

DOÑA JACINTA.

Si permites
El consejo á mis razones,
¿Qué mujer no es ambiciosa?
¿Cuál no previene y dispone
Antes el mando que el gusto?
Que el poder todo lo rompe.
Y si en la esfera del mundo
El rey es sol de los hombres,
Y tú de tan gran planeta
La inteligencia y el móvil,
Ama al Rey.

DOÑA LAURA.

Mal la aconsejas;
Pues si el rey es sol, y en orbe
De zafir alumbra, ¿quién
No vive atento al desórden
De sus rayos? pues apénas
Una nube se le opone,
Cuando todos al instante
Su mancha y error conocen;
Lo que no sucede cuando
Turba los aires veloces
Una nube, porque son
Mas notados los mayores.

Voces dentro.

¡Muera! ¡Matadle!

DON ÁLVARO. (*Dentro.*)

Villanos,
¡Tantos para solo un hombre!
¡Válgame el cielo!

ESCENA II.

DON ALVARO, *que baja despeñado y herido, con la espada en una mano, y un pan en la otra, y viene á caer á los piés de las damas.*—DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA, DOÑA JACINTA.

DOÑA LAURA.

¿Qué es esto?

DOÑA JACINTA.

Precipitado del monte
Un hombre baja.

DOÑA LAURA.

Y bañado
En el rojo humor que corre
De sus venas, ya parecen
Lengua de sangre las flores.

DOÑA HIPÓLITA.

Aunque el horror y el espanto
Son de mis plantas prisiones,
El ánimo generoso,
La piedad altiva y noble
Me llaman á socorrerle.—
Hombre infelice, á quien pone
(*A Don Alvaro.*)
La fortuna en tal estado,
Que en las entrañas de un monte
Es tu sepulcro una peña
Y tu pirámide un roble;
Si acaso te deja el alma
Ultimas inspiraciones
Para que hoy á tus sentidos
Puedan penetrar mis voces,
Oye lástimas y quejas
De quien aun no te conoce,
Y llora desdichas tuyas;
Que puede ser, si las oyes,
Que cobres nuevo valor,
Que nuevo espíritu cobres;
Que es vida de un desdichado
Hallar quien sus penas llore.

DON ÁLVARO.

Hermosísimas señoras,
Cuya voz, cuyas acciones
Ninfas os dicen del valle,
Diosas os llaman del bosque,
No ha sido el mayor agravio
De mis pasados rigores
Rendir la vida á la accion
Del hado ántes que al golpe,
Sino el haberla guardado
De tan furiosos rigores,
Para morir á esos piés,
Donde mi sangre me estorbe
El veros. Mas si en vosotras,
Para mi dicha, dispone
Piedad y hermosura el cielo,
Muévaos el ver cómo corre
De mi rostro á vuestras plantas,
Siquiera porque fué noble,
Copioso raudal de sangre
De las heridas atroces
(Si no tambien de los ojos),
Pues tales son mis pasiones,
Que no extrañaré de mí
Que sangre mis ojos lloren.

ESCENA III.

EL REY, EL CONDE, IÑIGO, ORDOÑO.—DICHOS.

REY.

¿Qué es esto?

DOÑA HIPÓLITA.

Mejor lo diga
Este asombro, que mis voces,
Este espanto, que mis penas,
Este horror, que mis razones....

REY. (*A Don Alvaro.*)

¿Quién eres?

DON ÁLVARO.

Quien á tus plantas
Es bien que la vida cobre
Antes de hablar, y despues
Te responda. Señor, oye:
Un pobre soy, que ahora huyendo

Digitized by Google

En mi patria los rigores
De la fortuna (que tienen
Fortuna tambien los pobres),
Desesperado de hallar
Piedad alguna en los hombres,
Huyendo de los poblados,
Me salgo al campo á dar voces,
Por ver si entre fieras hallo
Tan rigurosos favores;
Y no fué en vano, pues tuve
En desiertos horizontes
El cristal de esos arroyos
Y la yerba de esos montes,
Y no esta piedad divina
En las humanas acciones
De vuestra gente; pues hoy,
Viéndôs, Señor, nuevo Adónis,
Seguir las fieras, herir
Las aves, medir el bosque,
Procurando algun sustento,
Llegué á vuestros cazadores,
Que estaban dando á los canes
El tosco manjar que comen.
Envidioso de los brutos,
Dije humilde: Dad á un pobre
Algun sustento; mas ellos
Soberbiamente responden
No tienen cosa que darme;
Yo desesperado entónces,
«¿Cómo, lo que dais á un perro
Se sabe negar á un hombre?»
Dije: y la necesidad,
Que el mayor respeto rompe,
Ni hay agravio á que se rinda,
Ni hay peligro á que se postre,
Me obligó á quitar á un perro
Aqueste pan: y feroces
Vuestros criados sacaron
Las espadas. (¡Qué rigores!)
Saqué la mia, y rendido
Mas á la hambre que á los golpes
De sus aceros, aunque
Eran muchos, caí del monte,
Donde, bañado en mi sangre,
Te pido que los perdones
Mi muerte; pues fué piedad
Darla con fieras acciones
A un hombre tan desdichado,
Que la cara no conoce
Del bien; porque siempre tuvo
Agravios, penas, dolores,
Llantos, miserias, y hoy muere
Desdichado, humilde y pobre.

REY.

Conde.

CONDE.

Señor...

REY.

Con cuidado
Haced curar ese hombre.
Y vos sabed quién ha sido
(A Iñigo y Ordoño.)
Dueño de una accion tan torpe.

CONDE.

Venid, Señor, en mis brazos;
(A Don Alvaro.)
Que mueven vuestras razones
A lástima; y cuando no
Fuera del Rey este órden,
Por mí lo hiciera.

DON ÁLVARO.

Los cielos
Os paguen accion tan noble;
Que esta es la primera dicha
Con que el cielo me socorre,
Porque ha de ser la postrera.
(Llévanle el Conde, Iñigo y Ordoño.)

ESCENA IV.

DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA, DOÑA JACINTA.— EL REY.

DOÑA LAURA.

¡Qué dignas son tus acciones
De tu pecho!

DOÑA HIPÓLITA.

Plegue al cielo,
Invicto Alfonso, que logres
Las esperanzas altivas,
Coronando tus pendones
El águila de dos cuellos,
A dos imperios conformes.
Mas poco son dos imperios:
Dueño te aclame del orbe
La fama con letras de oro
Sobre láminas de bronce.

REY.

La primera vez ha sido,
Hipólita, que he llegado,
A tanta nieve postrado,
A tanto fuego rendido,
Y que piedades ha oido
Mi rendimiento constante:
Mucho tiene de diamante
Tu desden y tu rigor,
Pues que, sin sangre, el amor
No fué á labrarte bastante.
¡Pluguiera á Dios fuera mia
La que venció tu crueldad!
Debiérale esa piedad
A tu rigor este dia,
A mi pena tu alegría;
Que en los extremos del hado,
No hay hombre tan desdichado
Que no tenga un envidioso,
Ni hay hombre tan venturoso
Que no tenga un envidiado.
Bien su condicion se advierte
En mí, que estoy envidiando
A un mísero, agonizando
En los brazos de la muerte,
A un hombre que desta suerte
Piedad y lágrimas das:
En cuyo efecto verás
Que no hay, de mudanza llenos,
Bien, que no pueda ser ménos,
Mal, que no pueda ser mas.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Jesus! Señor, vuestra Alteza
Viva, fénix español,
La edad luciente del sol,
Que en alta naturaleza
Una acaba y otra empieza,
Sin temer mudanza alguna
De la imágen de la luna,
Ni el olvido se le atreva;
Porque sus aplausos deba
Al tiempo y á la fortuna.
Que yo no soy tan cruel
Como os habré parecido;
Pues ningun rayo ha ofendido
La majestad del laurel:
Reservadas viven dél
Las hojas, que mauseolo
Son de la ninfa de Apolo;
Y así estais de mi rigor
Libre vos solo, Señor,
Porque sois mi laurel solo.

REY.

¿Luego ya con sus favores
Podrá coronarme el sol,
Siendo el laurel español
Rey de las plantas y flores?

DOÑA HIPÓLITA.

Bastará que sus rigores
Resista privilegiado.

REY.

Nunca estuvo en peor estado
Mi pensamiento amoroso,
Pues ni el bien me hace dichoso,
Ni la pena desdichado.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Luego vuestra Majestad
Mas estimara un rigor
Cierto, que un dudoso amor?

REY.

Sí; porque la voluntad
Adora allí la crueldad,
Que vida y muerte le daba.
Un hombre, que se criaba
Con veneno, adolecia
De un grave dolor el dia
Que el veneno le faltaba.
Yo así, que siempre adoré
Rigores tuyos; yo así,
Que tus desprecios sentí
Y tus desdenes amé,
Con veneno me crié:
Y estoy de gloria tan lleno
Cuando siento, lloro y peno
Tu desden y tu rigor,
Que adoleciera mi amor
A faltarle este veneno.
Aborréceme, y verás
Que habrá mas bien que me ofrezcas;
Pues cuanto mas me aborrezcas,
Tengo de quererte mas.
Los rigores que me das,
Amor en el alma escribe,
Y por glorias los recibe.
(Doña Hipólita hace ademan de irse.)
¿Así ausentas tu belleza?

DOÑA HIPÓLITA.

Esto es dar á vuestra Alteza
El veneno con que vive.
(Vanse las damas.)

ESCENA V.

IÑIGO Y ORDOÑO, *que traen preso á* GARCÍA. — EL REY.

IÑIGO.

Todo el monte he discurrido,
Y solo este hombre he encontrado
Que haya en su temor mostrado
La gran culpa que ha tenido
En este caso; porqué
Entre dos peñas le ví
Escondido, y cuando así
Hallarle pude, tal fué
La turbacion, que callando
Ni se absuelve ni disculpa,
Con que confiesa su culpa.

REY.

¿Quién eres?

GARCÍA.

(Ap. ¡Estoy temblando!
Si al Rey le digo que soy
Un criado del que allí
Riñó con su gente, aquí
Vengará su enojo hoy.
Pues disimular pretendo,
Y decirle que yo he sido
Quien su gente ha defendido,
Porque así librarme entiendo.)
No es bien que yo, por callar,
Pierda la vida, que espantos
En la corte ha dado á cuantos
La han perdido por hablar;
Y así disculparme quiero,
Diciendo cómo, ó por qué
Me escondí. La causa fué
Para limpiar este acero,
Que estaba en sangre bañado,
Pues llegando á tiempo yo,

Digitized by Google

Que vuestra gente sacó
Las espadas, á su lado
Cerré luego con aquel
Que era el de la ardiente espada,
Y tiré una cuchillada
Tan soberbia y tan cruel,
Que si, como dió en el suelo,
En la cabeza le diera,
Hacerle algun mal pudiera:
Al fin, por piedad del cielo,
No le alcancé. ¿Mas no vió
Tu majestad este dia
Una herida que traia?

REY.

Sí.

GARCÍA.

Pues no se la di yo;
Pero tanto le apreté,
Que, haciéndole retirar,
Hasta aquí le hice rodar.
Aquesta la causa fué
De hallarme escondido allí,
Descansando.

REY.

¿En fin, tú fuiste
El que las heridas diste
A este hombre?

GARCÍA.

Señor, sí.

REY.

Pues denle...

GARCÍA. (*Ap.*)

Dichoso he sido:
Lindamente he negociado.

REY.

Garrote, á un árbol atado,
Porque necio y atrevido,
Siquiera no se disculpa
Delante de mí, y porqué
Confiesa él mismo que fué
El agresor de la culpa.

GARCÍA.

Suspende la rigurosa
Sentencia, señor, que has dado
A un hombre tan desdichado,
Que en su vida acertó en cosa;
Pues por librarse, fingió
Lo que ahora le acrimina;
Porque no hay mayor gallina
En todo el mundo que yo.
¡Yo, señor, haber reñido!
¡Yo haber sacado la espada!
¡Yo haber dado cuchillada!
La mayor mentira ha sido
Que he dicho en toda mi vida,
Aunque las he dicho buenas;
Porque soy hombre, que apénas
Fuí ni aun mental homicida.
Criado soy del que aquí
Con vuestra gente riñó;
Y pensando ahora yo
Escaparme, esto fingí,
Porque mi suerte se note.
Y pues digo la verdad,
Mande vuestra majestad
Suspender este garrote;
Que aunque á la desdicha mia
Este falte, sobrarán
Garrotes, que hartos nos dan
Los fulleros cada dia:
Y no será bien que aquí
Pregone, perdiendo yo,
Que un rey fullero me dió
Muerte de garrote á mí.

REY.

¡Si este es loco!

IÑIGO.

No lo dudo.

GARCÍA.

Si es que conmigo los pones,
Dos Sénecas, dos Platones
Son Vinorrio y Pollocrudo.
Manda que me dejen ir
Libre deste fiero ultraje,
Que yo hago pleito homenaje
Gran Señor, de no servir
A hombre que saque jamas
La espada con los señores,
Monteros y cazadores
De sus reyes.

REY.

Libre estás. (*Vase García.*)
Y tú, Iñigo, haz poner
La carroza.—(*Ap.* Antes que el sol
Entre en el mar español,
Pienso á este sitio volver.)

ESCENA VI.

EL CONDE.—EL REY, IÑIGO, ORDOÑO.

CONDE.

Ya le han curado, y no ha sido
De peligro ni cuidado.
Su mal; porque desmayado
A la sangre que ha perdido,
O al golpe de la caida,
Flaqueza alguna mostró;
Pero luego que cobró
Con tus favores la vida,
Pudo ya sentirse bueno.
Lo que te aseguro aquí
Es, que hombre en mi vida vi
De mas perfecciones lleno.
Si es valiente, ya le viste,
Cuando en alto levantada,
Rayo de acero su espada
La miraste y la creiste.
Es muy bien hecho y brioso;
Porque habiéndole mandado
Dar un vestido, ha quedado
Muy galan y muy airoso.
Es discreto al parecer,
Aunque por tal no le aprecio:
Que es, cuanto fácil un necio,
Difícil de conocer
Un discreto; pero en calma
La voz, la lengua en prisiones,
Agradece con acciones,
Que son afectos del alma.

REY.

De manera le has pintado,
Que si un hombre igual hubiera,
Dignamente mereciera
Ser de todo el mundo amado:
Y cuando no fuera así,
Saber que á tí te agradó,
Bastaba para que yo
Le estimase; y pues aquí
Con suerte tan importuna,
Despues de prodigios tales,
A tus piadosos umbrales
Le ha arrojado la fortuna,
Hazle algun favor; y advierte
Que quiero, Conde, que sea
Tan grande, que en él se vea
Lo que te estimo. de suerte,
Que hoy he de ver si has llegado
A lugar tan poderoso,
Que puedes hacer dichoso
A un hombre tan desdichado.
(*Vanse el Rey y el Conde.*)

ESCENA VII.

IÑIGO, ORDOÑO.

IÑIGO.

¿A qué mas ha de llegar
Su amistad y su privanza?
Ya no tiene la esperanza
Mas término á que aspirar.

ORDOÑO.

Dignamente ha merecido
El lugar que el Rey le ofrece.

IÑIGO.

¿Pues cómo, si le merece,
Le tiene? ¿En qué le ha servido
Para pasar esto aquí?
¿Don Pedro en qué mereció
Su gracia? ¿En que pretendió
Ser rey de Castilla? Dí.
¡Bueno es que altivo y cruel
Tenga presa á Urraca bella;
Y lo que es castigo en ella,
Hacerlo favor en él!

ORDOÑO.

De esa manera asegura
El reino, que no pudiera,
Sin él hoy.

ESCENA VIII.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

(*Ap.* ¡Envidia fiera!
¿Tu veneno qué procura?)
¿Qué se trata, caballeros?

IÑIGO.

En decir con la razon
Que os quiere el Rey.

CONDE. (*Ap.*)

Estos son,
Palacio, tus lisonjeros.

IÑIGO.

Y pocos favores hace
A un hombre, que su cuchilla
Pudo hacer rey en Castilla.

CONDE.

Iñigo, Iñigo, si nace
De ignorancia ó de malicia,
La ignorancia despertad,
O la malicia templad;
Que es soberana justicia
El Rey; y aunque yerre, vos
No lo habeis de remediar;
Porque nadie ha de juzgar
A los reyes, sino Dios. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

DOÑA LAURA Y DOÑA HIPOLITA.

DOÑA HIPÓLITA.

Dime, ¿qué evidencia tal
Imaginacion te ofrece?

DOÑA LAURA.

No mas de que me parece
Que este es hombre principal.

DOÑA HIPÓLITA.

¿En qué lo ves?

DOÑA LAURA.

Lo primero,
En verle tan desdichado;
Pues ya parece que el hado
Niega, cruel y severo,
La ventura á la nobleza;
Porque efectos no se ven
Adonde opuestas no estén
Fortuna y naturaleza:
De donde tan recibido
Este argumento ha quedado,
Que vale: ¿Este es desgraciado?
Si: luego este es bien nacido.

DOÑA HIPÓLITA.

La mayor dicha del suelo
En tener nobleza está;
Que si las riquezas da
La fortuna varia, el cielo
La sangre; y no hay duda alguna

Digitized by Google

Que esta es la dicha mayor,
Cuanto es mas noble y mejor
El cielo que la fortuna.
Luego si el bien mas dichoso
En la sangre ha consistido,
Vale : ¿Aqueste es bien nacido?
Sí : luego este es venturoso.

DOÑA LAURA.

Sin nobleza, no pudiera
Ser de ánimo tan valiente,
Que solo él á tanta gente
Las espaldas no volviera.

DOÑA HIPÓLITA.

Estas acciones no son
Hijas de la bizarría;
El morir no es valentía,
Sino desesperacion.
El hombre mas alentado
Es un hombre finalmente,
Y el que á su riesgo es valiente,
Llámale desesperado.

DOÑA LAURA.

¿Y tan cuerdas las razones,
Las palabras tan limadas,
Las penas tan declaradas,
Tan medidas las acciones?
Quejarse de la fortuna
Ningun hombre humilde sabe;
Porque en su pecho no cabe
Sino una queja importuna,
Llorada rústicamente.

DOÑA HIPÓLITA.

Con el viento el mar se altera,
Con celos brama una fiera,
Y un monte con causa siente:
Luego lágrimas y acciones
En los hombres han de hallarse;
Que para saber quejarse
A nadie faltan razones.

DOÑA LAURA.

¿Y el verle ahora tan galan
Con un vestido prestado,
Con aseo y sin cuidado,
No lo acredita?

DOÑA HIPÓLITA.

Ahi están
Tus engaños, y he sentido
Que eso te parezca bien.
¿Qué puede ser hombre, á quien
Viene cualquiera vestido?

DOÑA LAURA.

¡Qué rigurosa y cruel
Solo en deslucirle das!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Qué temeraria que estás
En volver tanto por él!

DOÑA LAURA.

Siento, Hipólita, ver cuánto
Culpas su merecimiento.

DOÑA HIPÓLITA.

Y yo tambien, Laura, siento
Ver que tú le alabes tanto.

ESCENA X.

GARCIA. — DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA.

GARCÍA. (*Ap.*)

Aquí me trae mi deseo
Buscando,.. ¡Válgame Dios!
O son dos damas, ó dos
Arcángeles con manteos.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué es lo que buscais?

GARCÍA.

Señora,
Aquí....

DOÑA LAURA.

Decid.

GARCÍA.

Busco yo
Un amo, que Dios me dió,
Que es aquel á quien ahora
Dieron no sé qué disgusto,
Sin Dios, sin razon ni ley,
Los montereros del Rey;
Y yo tuviera por justo
Que tras los enojos fieros,
Si las dos, mas lisonjeras,
Sois las señoras monteras,
Mujeres de los monteros,
Me dejeis entrar á verle.

DOÑA HIPÓLITA.

¿No hubiera sido mejor
En la ocasion con valor
Ayudarle y defenderle,
Que venirle á ver ahora?

GARCÍA.

Pues si yo estuviera allí...

DOÑA LAURA.

¿Qué?

GARCÍA.

¿No me dieran á mí
Tambien? Es cierto, señora.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Cómo á tan pobre señor
Servís?

GARCÍA.

Porque yo soy tal,
Que, aunque él me paga muy mal,
Le sirvo mucho peor.
Y así de aquesta manera
Los dos podemos vivir,
Pues no hallara, si me fuera,
Ni yo otro á quien servir,
Ni él otro que le sirviera.

DOÑA LAURA.

¿Y quién es él, en efeto?

GARCÍA.

¡Qué terrible tentacion!
Con demonios San Anton
Nunca se halló en tal aprieto,
Como con ángeles yo.
Pero con decir concluyo
Que soy criado; mas cuyo,
Eso no lo diré yo.

DOÑA HIPÓLITA.

Esperad de mí favores.

DOÑA LAURA.

Si este desengaño toco,
Rico te haré.

GARCÍA.

Poco á poco,
Mis ángeles tentadores.

DOÑA HIPÓLITA.

Deseamos saber quién es.

GARCÍA.

Y yo deciros deseo
Que es Don Alvaro Viseo,
Un gallardo portugues;
Pero callarlo he jurado....

DOÑA LAURA. (*Ap.*)

¡Hágante los cielos bien!

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

¡Maldígate Dios, amen!
¡Qué gran disgusto me has dado!

GARCÍA.

Y no lo puedo decir.

DOÑA LAURA. (*Ap. á Hipólita.*)

¿Ves, Hipólita, si yo
Digo bien?

DOÑA HIPÓLITA.

¿Y quién fió
Que este no pueda mentir?

GARCÍA.

Mas él mismo viene allí,
Y no quiero que me vea
Con las dos, porque no crea
Esta liviandad de mí;
Porque solo este secreto,
Despues que soy su criado,
De cuantos supe he contado;
Mas soy criado, en efeto. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON ALVARO. — DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¿Díme, hasta cuándo, fortuna,
Objeto tuyo he de ser?
¿O cuándo tengo de ver
En tu faz piedad alguna?

DOÑA LAURA.

Hablarle, Hipólita, quiero,
Y hacerle, pues su valor
Conozco, un cortés favor;
Que solo este amor espero
Lograr; pues si su presencia
Tanto te desagradó,
Podré aventurarme yo
Segura en la competencia.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Pues puedo, Laura, ¡ay de mí!
Competir contigo yo?

DOÑA LAURA.

Llámale tú, porque no
Me declare tanto aquí;
Que al favor que le he de dar,
Presuma que mi aficion
Busca tambien ocasion.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Yo tambien le he de llamar?

DOÑA LAURA.

Oficio es entre las dos
De amiga discreta.

DOÑA HIPÓLITA.

(*Ap.* Muero
De celos.) ¡Ah, caballero!

DON ÁLVARO.

¿A mí me llamais?

DOÑA HIPÓLITA.

A vos.

DON ÁLVARO.

Al nombre no respondí;
Porque un hombre que ha llegado
Tan pobre y tan desdichado,
No puede entender por sí
Título que á serlo llega
De quien por sí lo adquirió.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap. á Laura.*)

¿Ves si el criado mintió,
Pues ser caballero niega?

DOÑA LAURA. (*Ap. á Hipolita.*)

Mas con negarlo declara
Serlo; pues si humilde fuera,
Antes se desvaneciera
Con el bien, que se humillara.

DON ÁLVARO.

Si enojos, señora, son,
Que mi atrevimiento espera,
Porque con alas de cera
He tocado la region
Del fuego, donde abrasadas
Las hojas que el aire mueve,
Son mariposas de nieve
Con visos iluminadas:
Castigue tanto esplendor
Mi inadvertencia en los ojos,
Flechando penas y enojos,
Rayo á rayo y flor á flor.

Digitized by Google

DOÑA LAURA.

Mas piedades que castigo
Aqueste cuidado dice.
¿Cómo os sentis?

DON ÁLVARO.

Tan felice,
Que á mí me pregunto y digo:
¿Quién soy? y desvanecido
Le respondo á mi cuidado:
Quien hoy fuera desdichado,
Si dichoso hubiera sido;
Pues todo el pasado mal
No iguala al presente bien,
Como ahora mis ojos ven.

DOÑA LAURA.

Yo os ví á mis plantas mortal.

DON ÁLVARO.

Es la vida un girasol
Que tiene hermosura incierta,
¿Pues quién no vive y despierta
A los alientos del sol?
Muerto llegué á vuestras plantas,
Flor marchita entónces fuí;
A vuestros rayos viví.

DOÑA LAURA.

¿Y cómo de penas tantas
Estais?

DON ÁLVARO.

Solo en este brazo
Un golpe tengo cruel.

DOÑA LAURA. (*Dale una banda.*)

Poned esta banda en él.

DON ÁLVARO.

Será de mi cuello lazo,
Será.....

DOÑA LAURA.

¿Qué ha de ser? Callad,
Porque aqueste no es favor
Ocasionado de amor,
Sino de necesidad. (*Vase.*)

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

Alma, ¿qué es esto que ves?

DON ÁLVARO.

Perdonad á un atrevido,
Que por ser agradecido,
Bien puede ser descortes.
En fe de lo cual, me atrevo
A saber cómo se llama
Esta bellísima dama
A quien tanta piedad debo.

DOÑA HIPÓLITA.

(*Ap.* ¿Otro lance, amor, me pones?
Pues aunque quieras perderme,
Vencerte sabré, y vencerme.)
Doña Laura de Quiñones. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

EL CONDE Y JULIO.—DON ALVARO.

EL CONDE.

Vuélvete, Julio, que allí
Está el galan forastero,
Y á solas hablarle quiero,
Por saber quién es aquí. (*Vase Julio.*)

DON ÁLVARO.

Pobre y miserable un dia
Llegó á los piés de Alejandro
El doctísimo Tebandro,
Celebrado en la poesía:
Y queriendo con alguna
Merced el César ufano
Hacer paces (aunque en vano)
Entre el ingenio y fortuna,
Le dió tan preciosos dones,
Que desvanecer pudieran
A la ambicion, cuando fueran
Los átomos ambiciones.
Suspenso el sabio quedó
Sin responder, temeroso
A la merced, y dudoso
Alejandro preguntó:
¿Cómo el bien das al olvido
Y á la memoria el agravio?
¿Tú, cómo puedes ser sabio,
Siendo desagradecido?
A quien Tebandro miró,
Diciendo: Si el gusto está
En la mano del que da,
Y del que recibe no,
Yo no debo agradecerte
El bien que me haces aquí;
Tú has de agradecerme á mí
El darte yo desta suerte
Ocasion en que mostró
Tu pecho grandeza tal,
Pues no fueras liberal,
Si no fuera pobre yo.—
Fácil es la aplicacion,
Ilustre Don Pedro, á quien
Debo la vida y el bien;
Pues si en aquesta ocasion
Favor mi desdicha alcanza,
Tú la fama esclarecida;
Y si tú me das la vida,
Yo te he dado la alabanza;
Y así soy mas liberal,
Pues tú una vida me has dado,
Que en efecto es bien prestado,
Y yo una fama inmortal.

CONDE.

Confieso que agradecido
Debo ser, y que he quedado
En la ocasion obligado,
Y en el término excedido;
Y así, porque empiece yo
A pagaros lo que os debo,
Si está el bien en dar, me atrevo
A pediros.....

DON ÁLVARO.

Eso no;
Porque si os ha de costar
La vergüenza del pedir
Lo que habeis de recibir,
Poco tengo yo que dar;
Y tan poco, que he pensado
Daros en esta ocasion
Escarmientos, que en fin son
Dádivas de un desdichado.
Pero si dijo un discreto:
«Aunque amigo pobre fuí,
Mas que oro y plata te di;
Pues que te dí mi secreto,»
Estimad el don en mucho,
Que del pecho no saliera
Si para el vuestro no fuera,
Y escuchadme.

CONDE.

Ya os escucho.

DON ÁLVARO.

Yo soy, ilustre Don Pedro
De Lara, español Atlante,
En cuyos hombros se asienta
La quinta esfera de Marte;
Yo soy (el aliento aquí
Turbado, la voz cobarde,
Torpe la lengua, y helado
El pecho, quieren que falte
Valor para pronunciar
Mi nombre, y mis ojos hacen
Con lágrimas y suspiros
Competencia al mar y al aire)
Don Alvaro de Viseo.
Ya lo dije; no os espante,
Sabiendo quién soy, el verme
Tan pobre y tan miserable;
Que representar tragedias
Así la fortuna sabe,
Y en el teatro del mundo
Todos son representantes.
Cuál hace un rey soberano,
Cuál un príncipe ó un grande
A quien obedecen todos:
Y aquel punto, aquel instante
Que dura el papel, es dueño
De todas las voluntades.
Acabóse la comedia,
Y como el papel se acabe,
La muerte en el vestuario
A todos los deja iguales.
Dígalo el mundo, pues tiene
Tantos ejemplos delante:
Dígalo la fama, pues
No hay muerte en que no se halle:
Dígalo quien ayer era
Hermano de un condestable,
De un conde de Guimarans
Cuñado, y deudo por sangre
De otros muchos caballeros,
Todos nobles y leales,
Y muertos á manos todos
De la envidia, monstruo infame,
Disimulado en lisonjas,
Como entre flores el áspid,
En un público teatro.
Mas ¡ay memorias, dejadme!
¡No me atormenteis, recelos!
Pues todos no sois bastantes
Para quitarme la vida:
Pero repetidme, dadme
Con mi desdicha en los ojos,
Porque ya que no me maten,
Puedan dejarme á lo ménos
Con dolor tantos pesares.
A Don Pedro de Coimbra
Vi agonizando en su sangre:
¡Ah, plegue á Dios no la oiga,
Cuando inocente le clame!
Y al condestable (¡ay de mí!)
En palacio (¡duro trance!
¡Fuerte error! ¡triste desdicha!
¡Espectáculo admirable!)
Muerto á las manos de un rey,
Y á aquel, que poder tan grande
Tuvo, le ví reducido
A siete piés de un cadáver.
Yo, viendo que en el castigo
Todos fuéramos iguales,
Habiéndolo sido todos,
En ser vasallos leales...
(Que esta era la culpa mia;
Pues ruego á Dios, que él me falte,
Y arrojadas de sus manos
Culebras de fuego bajen,
Que los cielos se me cierren,
Se me enfurezcan los aires,
Se me abra en bocas la tierra,
Se me retiren los mares,
Y yo, enemigo de todos,
Rabiando me despedace
El corazon, y á bocados
Le coma, y beba mi sangre,
Si en el enojo del Rey
Tuve en algun tiempo parte,
Ni sé por qué nos castiga
Con escándalos tan grandes.)
Yo viendo, pues, tan cercana
Mi desdicha, por librarme,
No de la muerte, pues fuera
Lisonjeramente amable,
Sino de tan vil indicio,
Y por esperar que saque
La verdad su luz, rompiendo
Estas nubes, que deshacen
Tanto esplendor como el sol
En tornasoles cambiantes,
Que en tumba de mármol muere
Y en cuna de flores nace,
A Castilla vine, donde
Estoy tan pobre, que á nadie

Digitized by Google

Oso mirar, porque entiendo
Que todos mis penas saben,
Sino solamente á vos,
A quien descubro mis males,
A quien mis desdichas digo,
Cuento mis adversidades,
Por daros, ya que no puedo
Satisfacciones bastantes
A tanto honor, desengaños
De la fortuna inconstante;
Porque esta diosa....

CONDE.

Detente,
Espera, aguarda, no acabes
Tan peligroso discurso;
No prosigas, no me mates;
Porque afligido no sé
Lo que siento al escucharte,
Que el corazon por los ojos
Deshecho á pedazos sale.
Ya sé, Alvaro, ya sé
Que esa diosa, que en altares
Vivió idolatrada un tiempo,
A quien dieron ignorantes
Los hombres bultos de bronce
Sobre columnas de jaspe,
Es de aspecto tan confuso,
De tan dudoso semblante,
De tan engañoso trato
Y de condicion tan fácil,
Que, á quien la mira, parece
Que diversos rostros hace,
Como el girasol que muestra
Verdes y rojos celajes.
Ya sé que pone las plantas
Sobre una rueda, á quien trae
Tan veloz el tiempo, que
No hay discurso que la alcance:
Y ya sé que su hermosura
Es maravilla, que nace
Al alba, y muere á la noche,
Como efímera fragrante.
Y siendo así que he llegado
Yo mismo á desengañarme,
Aun prevenido la temo
Esperando cada instante
El golpe. Y así he pensado
Que de aquel rayo tan grande
Tus voces han sido el trueno,
Pues han venido delante,
Y témole, por estar
En tan levantada parte;
Porque el rayo y la fortuna
Su mayor efecto hacen
En la eminencia del monte
Que en la humildad de los valles;
Pues aquí vive seguro
El lirio, que humilde nace,
Y allí no el roble, que quiso
Ser contra el cielo gigante.
Yo, pues, viendo que del Rey
Y el reino tengo las llaves,
Quiero tener hoy en vos
Un espejo en que mirarme,
Un ejemplo en que temerme,
Y un sagrado en que ampararme,
Y al fin un despertador
Que con voces desiguales
Me esté tocando al oido
Cada punto, cada instante;
Porque si representando
Una tragedia (escuchadme,
Qué en vuestro concepto mismo
Quiero tambien explicarme),
Si representando un hombre
En Roma en carros triunfales
Una tragedia, mandó
Que el cuerpo desenterrasen
De un grande amigo, y que siempre
Se le tuviesen delante;
Porque el sentimiento allí
Tanto en él se transformase,
Que llevado del afecto,
Pudiese en acciones tales
Mover el pueblo llorando:
Yo, teniéndôs por imágen
De la fortuna, pues fuisteis
De la fortuna un cadáver,
Teneros delante quiero,
Porque pueda transformarme
Tanto en vos, que mis afectos
Vuestro dolor arrebaten.
Y fuera desto, si todo
En las cosas naturales
Con la oposicion se aumenta,
Porque viene á conservarse
Un enemigo con otro,
Juntemos hoy dos caudales:
Yo pondré contentos mios,
Poned vos vuestros pesares;
Yo venturas, vos desdichas;
Y así vendrémos iguales
A saber los dos á un tiempo
De glorias y adversidades,
Porque quiero que seamos
Los dos amigos tan grandes,
Que dejemos admiradas
A las futuras edades.

DON ÁLVARO.

Si no acierto á responder,
No os admire, no os espante,
Que como mi pecho nunca
Esperaba el bien, no sabe
Cómo le ha de recibir.
El cielo, señor, os guarde
Los siglos que el mundo cuenta
De aquel prodigio, que sabe
Su sepulcro y cuna, siendo
Gusano, ceniza y ave:
Que el que yo de mí os ofrezco,
Si es satisfaccion bastante,
Es un amigo leal.

CONDE.

Solo eso pudo obligarme,
Porque como está Castilla
Deshecha en parcialidades
Con mi privanza, no sé
Si tengo de quien fiarme,
Y así me faltaba solo
Un amigo.

DON ÁLVARO.

Si mi sangre
Os da fianza de mí,
Yo lo soy vuestro.

CONDE.

Pues dadme
Palabra que no seréis
Ingrato.

DON ÁLVARO.

Un traidor me mate,
Si no fuere eterno ejemplo
De los amigos leales.

CONDE.

Pues yo os pondré en tal lugar,
Que la envidia no os alcance.

DON ÁLVARO.

Tendréis en mi pecho entónces
Un escudo de diamante.

CONDE.

Tendré al ménos un traslado
En quien llegue á consolarme,
Cuando sepamos los dos
De los bienes y los males.

JORNADA SEGUNDA.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA, JULIO.

JULIO.

Venga en buen hora el señor
García: ¿cómo le va?
Mas gordo y mas lucio está
Despues que es gorra. Mejor
Vida debe de pasar
Ahora en la corte, que cuando
Se andaba briboneando,
Que otros llaman tunar.

GARCÍA.

¡Que aquesto tengo de oir
De un lacayo! ¿qué he de hacer?

JULIO.

Callar, que en fin por comer
Todo se puede sufrir.

GARCÍA.

García, ¿que esto consientes?
¡Paje!

JULIO.

¡Gorra!

GARCÍA.

¡Que me corra
Este pringonazo!

JULIO.

¡Gorra!

GARCÍA.

Eres un potaje, y mientes.

JULIO.

Ya toca aquesto en honor:
¡Saca la espada!

GARCÍA.

Sí haré,
Y con ella te diré
Mi sentimiento mejor;
Porque en sacando la espada,
Y con gran desembarazo
Revuelta la capa al brazo[1],
Calo el sombrero, voime y no hago nada.
(*Vase.*)

JULIO.

Por la mano me ganó
En esta fuga lijera;
Pues si un poquito se espera
Y él no huye, huyera yo.

ESCENA II.

IÑIGO, ORDOÑO.—JULIO.

ÍÑIGO

El Rey ha despreciado
Nuestros consejos, pues tan sin cuidado
Hoy, en nada repara.
Por complacer al gran conde de Lara
A la Reina ha traido
Al alcázar, y aquí mas advertido
La tiene.

ORDOÑO.

Esas son cosas
A los ojos del vulgo sospechosas,
Cuanto mas á los nuestros.
Iñigo, haced los sentimientos vuestros
Mas reportados, cuerdos y advertidos,
Porque el palacio es ojos, es oidos:
No sabeis quién os oye y ve....

ÍÑIGO.

Yo puedo
Quejarme á voces, pues sin premio quedo
De mis servicios.

ORDOÑO.

¡Ved si en vano he hablado!
Cuanto habeis dicho sabe ese criado.

JULIO. (*Ap.*)

Haré yo desta suerte,
Que no le oí ni vi. (*Vase.*)

ORDOÑO.

¡Tu daño advierte!

[1] Este verso endecasílabo, que pone de intento Calderon, encierra un pensamiento de Cervántes, muy conocido.

Digitized by Google

ESCENA III.

EL REY, EL CONDE, DON ALVARO. — IÑIGO, ORDOÑO.

CONDE.

Mandó tu majestad para que viese
Si soy tan poderoso que pudiese
Hacer felice á un hombre desdichado,
Que le pusiese en tan supremo estado
Que excediese al deseo :
Díle grandes riquezas; mas no creo
Que estas le hagan dichoso ;
Que el ánimo desprecia generoso
A la codicia, bestia tan ingrata, [mata.
Que con su aliento á quien la engendra
Y viendo que no es dicha la riqueza,
Por levantarle á la mayor grandeza,
Polo, centro y cenit de glorias tantas,
Le traigo, gran señor, á vuestras plan-
Porque viéndose en ellas, [tas;
Venza la oposicion de las estrellas.
Veréis así, que soy tan poderoso, [so.
Que á un desdichado pude hacer dicho-
(*Pónese de rodillas Don Alvaro.*)

DON ÁLVARO.

Y tanto, que corrida
La fortuna, mirándose excedida
De vuestra invicta mano,
En vano anhela, solicita en vano
Al centro derribarme
De mis desdichas, pues á coronarme
De rayos, si me humilla, me levanta ;
Tanto fué tu poder, mi dicha tanta.

REY. (*Al Conde.*)

¿Qué merced le habeis hecho?

DON ÁLVARO.

Esta, señor; porque de mí sospecho,
Aunque haya recibido [sido.
Muchas, que esta no mas merced ha
Estando el sol delante,
¿Qué estrella no caduca? ¿O qué fra-
Rosa, de color bella, [grante
No es pálido despojo de una estrella?
¿Qué flor, la mas hermosa,
No es marchito desmayo de una rosa?
¿Qué planta, qué hoja verde
Con una flor la vanidad no pierde?
Pues yo así, aunque he tenido
Dicha, señor, con tu presencia, he sido
Planta, flor, rosa, estrella,
A quien el sol desluce y atropella.

REY.

(*Ap.* ¡Bien dispuesto conceto !
¡Qué galan! qué brioso! que discreto!)
Conde, sabed su calidad, y della
(*Ap. al Conde.*)
Me avisaréis; porque conforme á ella
Hacerle merced quiero.

CONDE.

Ya yo estoy informado, y considero
Es tal, que aunque en la cámara sirviera
A vuestra Majestad, lo mereciera;
Porque es...

REY.

Decid.

CONDE.

Don Alvaro Viseo,
De la fortuna mísero trofeo.
Sangre tiene de rey.

REY.

¿Y si ofendido
Queda, porque le amparo, habiendo
[huido?

CONDE.

Tu majestad no crea
De tan ilustre sangre accion tan fea;
Que no es posible que hombres que han
Con amorosas leyes [llegado
A solo ver el rostro de los reyes,
Traicion intenten.

REY.

¿Pues de qué está lleno
El mundo?

CONDE.

De ponzoña y de veneno,
Con que á la fama y la virtud altiva
La envidia postra, la ambicion derriba.

REY.

Vos la merced le hicisteis;
No he de quitarle lo que vos le disteis.
(*Vase.*)

CONDE.

(*Ap.* No quiero darle agora
La nueva, por no darle en dos testigos,
A un tiempo con un bien dos enemigos.)
Iñigo, Ordoño, vuestras manos beso.

ÍÑIGO.

Atlante al fin de tan prolijo peso,
No os dejan los cuidados
Hablar á vuestros deudos y criados.

ESCENA IV.

JULIO. — CONDE, DON ALVARO, IÑIGO, ORDOÑO.

JULIO.

Ahora á buen tiempo llego.—
Escucha, Señor, aparte, (*Al Conde.*)
Que tengo un poco que hablarte,
Que importa, y ha de ser luego.
Mira cómo hablas delante
Deste Iñigo, y sabrás
Que no habla muy bien detras.

CONDE.

Loco, bárbaro, arrogante,
Necio, vil, traidor, villano,
Que así es justo que te llame :
Tu lengua ha mentido, infame;
Y por no manchar la mano
En sangre tan vil, aquí
Templo la cólera mia. —
¿Qué pensais que me decia?
(*A Iñigo y Ordoño.*)
Que hay quien dice mal de mí,
Y es mentira ; porque ¿quién
Creyera que hablasen tal
De quien á nadie hizo mal,
Y á los que puede hace bien?
¿Qué agravios causó el poder,
Iñigo y Ordoño? ¿Yo
Tengo algun quejoso? No;
A todos pretendo hacer
Gusto. Pues cuando quisiera
Murmurar alguno aquí,
Y dijera mal de mí,
¿No mintiera? Sí mintiera,
Sí mintiera.

ÍÑIGO. (*Ap.*)

¡Estoy turbado!

ORDOÑO. (*Ap.*)

El ha hablado con los dos
Cuerdamente.

ÍÑIGO. (*Ap.*)

¡Vive Dios,
Que he de matar al criado!
(*Vanse Ordoño é Iñigo.*)

CONDE.

Tú vete de casa luego,
Que no has de servirme mas.

JULIO.

Advierte, señor, que estás,
Sin causa, de enojo ciego. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL CONDE, DON ALVARO.

CONDE.

(*Ap.* Poco airosos han quedado;
¡Vive Dios! que me han temido.
De que Julio se haya ido
En extremo me ha pesado.)
Ya estamos solos los dos :
Esta es la primer coluna
Del templo de la fortuna,
Que empiezo á labrar en vos.
El Rey merced os ha hecho,
Don Alvaro, de una llave
De su cámara.

DON ÁLVARO.

Hoy alabe
La fama tu heróico pecho.

CONDE.

Cumplimientos ¿para qué?

DON ALVARO.

Estos no lo son en mí.

CONDE.

Desde el instante que os vi,
A serviros me incliné :
Fuerza de mi estrella ha sido,
Y así no me agradezcais
Nada que en mi amor veais.
Y sabed, que yo he sentido
Haber despedido aquí
A ese criado; y porqué
Estos no piensen que fué
Ceremonia, os pido aquí
Que con gusto mio vos
Le recibais, pues será
Lo mismo, puesto que ya
Tan uno somos los dos.
Y así nadie habrá que pueda
Por tan fácil condenarme,
Ni él por ingrato culparme,
Pues ni se va ni se queda.

DON ÁLVARO.

En esta parte tambien
Tengo que rogaros yo.
García ayer me pidió,
Que mis venturas le dén
Parte á él; y así desea
Serviros, señor, y creo
Que tan altivo deseo
Es digno que tuyo sea.
Así espera adelantarse,
Cansado ya de seguir
Mi fortuna hasta morir.

CONDE.

¿Cómo ha de poder negarse
Cosa de que gustais vos?
Desde aquí quedan trocados,
Entre los dos, los criados.

ESCENA VI.

GARCIA. — DICHOS.

GARCÍA.

(*Ap.* Aquí están juntos los dos;
Ponerme delante quiero
Porque se acuerde de mí
Y de lo que le pedí,
Pues sirviendo al Conde, espero
Verme mas grave algun dia.)
Ya la fortuna, señor,
Trueca el desden en favor.

DON ÁLVARO.

¿Pues de qué es tanta alegría?

GARCÍA.

Pasaba por el terrero,
Y la dama que te ha dado
La banda, que tú has contado,
Me dijo : ¡Ce caballero!
Yo la dije : Así me llamo;
Y ella con tierno ademan
Me dijo.....

DON ÁLVARO.

¿Qué?

Digitized by Google

GARCÍA.

Tan galan
Sois vos, como vuestro amo.

DON ÁLVARO.

¡Maldígate el cielo, amen!

GARCÍA.

¡A ella la maldiga el cielo,
Que lo dijo! Mas recelo
Que la respondí muy bien.

DON ÁLVARO.

¿Cómo?

GARCÍA.

Díjela muy grave:
¿Tan galan? Aqueso no;
Que mucho mas lo soy yo.
Pero aquí el discurso acabe;
Que mas venturoso has sido
Si su hermosura codicias,
Pues me dijo que en albricias
De no sé qué, que ha sabido,
Una joya me ha de dar.

DON ÁLVARO.

Y tú, ¿qué has de darme á mí
Por otras nuevas que aquí
Te puede el mundo envidiar?
Ya eres del Conde criado.

GARCÍA.

Esclavo suyo seré.
Dame la mano.

CONDE.

¿Por qué
A Don Alvaro has dejado?

GARCÍA.

Dicen que por mejoría.

CONDE.

¿Y aquesa es lealtad perfeta?

GARCÍA.

¿No sabes tú lo que aprieta
La hambre de mediodía?
¡Es grande cosa el comer!
Escucha lo que pasó
A un hombre que se casó.
El padre de su mujer
Se obligaba á sustentarle,
Y leyendo el escribano:
«Item, el señor fulano
Se obliga desde hoy á darle
Tanto tiempo de comer,»
Dijo el triste desposado:
¿No dice mas? Pues errado
Viene, y echado á perder;
Porque se ha de declarar
Lo que yo he de recibir,
Que ahí, señor, ha de decir:
«De comer y de cenar».
Y respondiéndole: En esto
Se entiende; dijo: No hay tal;
Porque hay suegro literal
Que no entiende mas del testo
Sin la glosa; y por quitar
Pleitos que pueden venir,
«De cenar» ha de decir,
O no me quiero casar. —
Ved si le apretaba bien
La hambre nocturna.

CONDE.

Sí.

GARCÍA.

Demas, que yo sirvo en tí
A Don Alvaro tambien;
Que solo este honor adquiero.

CONDE. (*A Don Alvaro.*)

Ahora bien; quedáos con Dios,
Que tengo que hacer.

DON ÁLVARO.

Y á vos
Os guarde.

GARCÍA.

Seguirle quiero.

CONDE.

¿Tal puntualidad, García?

GARCÍA.

Yo perderé ese cuidado,
Porque en fin cualquier criado
Sirve bien el primer dia. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO.

Por aqueste corredor,
Línea y eclíptica breve
De hermosos soles, que dan
A un ocaso mil orientes,
Desde el cuarto de la Reina
Bizarras las damas suelen
Bajar á aquestos jardines,
Chipres, donde Vénus duerme.
Quiero esperar á la vista,
Por si tan dichoso fuese
Que Doña Laura pasase,
Doña Laura, á quien le debe
Mi humildad tantos favores,
Y mi amor tantos desdenes.
Mas Doña Hipólita llega.
¡Qué airosa y qué bella viene!
Si lo que es obligacion
En Laura divina, hubiese
De ser eleccion, amara
A Hipólita. Mas detente,
Imaginacion, que en vano
A mirar el sol te atreves.

ESCENA VIII.

DOÑA HIPOLITA, LICIA. — DON ALVARO

DOÑA HIPÓLITA.

Este es aquel forastero
De quien hablábamos, este (*A Licia.*)
Es Don Alvaro Viseo.

LICIA.

Parece que hablarte quiere.

DOÑA HIPÓLITA.

(*Ap.* Y parece que mi pecho
Lo desea y lo aborrece;
Porque en mí mis pensamientos
Pelean confusamente
Por llegarse y por huir:
Bien como la abeja suele,
Bien como la mariposa,
Que se acobarda y se atreve
A la rosa y á la llama,
Hasta que confusamente
Enamoradas las dos
La luz y la pompa pierden.)
Licia.

LICIA.

Señora....

DOÑA HIPÓLITA.

Yo temo
Que esta ocasion me despeñe;
Y así, por si llega á hablarme,
Estar á la vista puedes:
Y si vieres en mí afecto,
Accion ó razon que puede
Declararme, estorba entónces
La ocasion; que en fin advierte
Mejor el lance el que mira,
Que el que juega. Ya me entiendes.

DON ÁLVARO.

Como á la primera causa
De mis esperados bienes,
Vengo á hablaros, porque en fin
Ya paga quien agradece.
De la cámara soy ya,
Y estas honras y mercedes
Todas nacieron de vos;
Y así á vuestro centro vuelven.

DOÑA HIPÓLITA.

Haber sido causa yo
De efectos tan diferentes,
Agradezco á mi fortuna:
Tanto la vuestra se aumente,
Que la fama no la olvide,
Y la envidia no la acuerde.

DON ÁLVARO.

Si porque soy mas dichoso,
Me hablais tan severamente,
Mejor estaba con ser
Desdichado, pues alegre
Os vi el rostro, no enojado:
Ved que ingratitud parece
Ver que donde hallé la vida
Entónces, ahora encuentre
La muerte, pues bastará
Un átomo solamente
De vuestro enojo á matarme;
Y en una causa no pueden
Verse efectos tan contrarios
Como fuéron vida y muerte.

DOÑA HIPÓLITA.

Sí pueden; pues á un aliento
Una llama vive y muere;
Una flor ofrece al áspid
Ponzoña, y tambien ofrece
Miel dulcísima á la abeja.
Una víbora ¿no tiene
La ponzoña y la triaca,
Don Alvaro? Luego pueden
Verse en una misma causa
Dos efectos diferentes;
Y tanto, que sean trasuntos
De la vida y de la muerte.

DON ÁLVARO.

No sé en qué pueda enojaros
Quien os sirve.

DOÑA HIPÓLITA

No se entiende
Que esto lo digo por vos,
Sino por mí.

DON ÁLVARO.

¿De qué suerte?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No puedo estar triste yo,
Y advirtiendo que proceden
De un amor gustos y celos,
Que son enemigos siempre,
Haber hecho este discurso?

LICIA. (*A Doña Hipólita.*)

Allí prevenido tienes
El recado de escribir.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué dices?

LICIA. (*Ap. á su ama.*)

¿Qué, no me entiendes?
Yo te ví ya declarada.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

¡Ay Licia! á buen tiempo vienes,
Porque me iba despeñando
Amor lisonjeramente.
Vuelva mi respeto en mí,
Y tú á tu contrato vuelve.

DON ÁLVARO.

Mas fácil fué presumir
Que contra mi pecho fuese
El enojo, que pensar
Que dar cuidado pudiese
Amor á quien al amor
Se le ha dado tantas veces;
Fuera de que en vuestros labios
Imposible me parece
Aun el haberle escuchado;
Porque el amor que se atreve
A palacio, no es amor.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Pues qué?

Digitized by Google

DON ÁLVARO.
Una deidad que mueve,
Una estrella que arrebata,
Una inclinacion que vence,
Una humana adoracion
A lo hermoso solamente,
Un respeto á lo divino,
Que ni desea ni quiere
Mas premio que solo amar.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Y entre ese respeto y ese
Temor, esa adoracion
Que arrebata y que suspende,
Entre esa deidad que inclina
En palacio, haber no puede
Quien quiera esperando?

LICIA. (*A Doña Hipólita.*)
Mira
Que ya es tiempo de que entres
En el cuarto de la Reina.

DOÑA HIPÓLITA.
Bien dices, Licia. (*Ap. á ella.* Dejéme
Llevar de mi pensamiento.
Ya voy; al contrato vuelve.)

DON ÁLVARO.
Este es amor en palacio.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Y vos quereis desta suerte
A la vuestra?

DON ÁLVARO.
Sí, obligado.....

DOÑA HIPÓLITA.
¿Pues qué atrevimiento es ese,
El que confiesa que aquí
Ni aun el sol ha de atreverse
A amar?

DON ÁLVARO.
Digo que la quiero;
Pero como digo siempre...

LICIA. (*Acercándose á Doña Hipólita.*)
Advierte...

DOÑA HIPÓLITA.
Déjame Licia.

LICIA.
Que Laura y Jacinta vienen...

DOÑA HIPÓLITA.
(*Ap. á Licia.* Si te mandé que avisases,
Ya te digo que me dejes
Aunque despeñar me veas;
Que las mas cuerdas mujeres
Pueden callar con amor,
Pero con celos no pueden.)
(*A Don Alvaro.* ¿Cómo delante de mí
Se pronuncia desa suerte?)

DON ÁLVARO.
Huir el rostro á tu rigor
Será lo mas conveniente,
Pues no puedo disculparme.
(*Ap.* ¿Qué abismo, cielos, es este
De enojos y de favores,
De desaires y desdenes,
De quejas y de lisonjas,
Que ni se ven ni se entienden?)(*Vase.*)

LICIA.
Ya están contigo las dos:
Mira si mi voz te miente.

ESCENA IX.

DOÑA LAURA, DOÑA JACINTA, LUCINDO. — DOÑA HIPOLITA, LICIA.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)
Pues no puede mi deseo
Declarar mis penas, llegue,
Estorbando, á sustentarse.
Déme amor ingenio, y dénme
La industria celos y arte,
Para estorbar sutilmente
Sus favores. Yo he de hacer
Que jamas á amarse lleguen,
Con ingenio y con industria.
Esto ha de ser desta suerte.
(*Habla aparte con Licia.*)

DOÑA LAURA. (*A Lucindo.*)
Oye aparte: busca en casa
Del Conde al hombre que fuere
De Don Alvaro criado,
Y esta le da.
(*Dale una caja, y vase Lucindo.*)

DOÑA HIPÓLITA.
Vete, y vuelve
Prevenida deste engaño.
(*Dale un papel á Licia, y vase.*)

LICIA.
Verásle fingir de suerte
Que le creas.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Qué mujer
No sabe fingir si quiere?

DOÑA LAURA.
(*Ap. á ella.* Jacinta, así por saber
Todos los secretos deste
Caballero, á su criado
Granjeo liberalmente.)
¡Hipólita!

DOÑA HIPÓLITA.
¡Laura hermosa!

DOÑA JACINTA.
¿Pues qué soledad es esta?

DOÑA HIPÓLITA.
Fineza que ya me cuesta
Una pasion amorosa.

DOÑA LAURA.
Es muy filósofo amor:
La soledad le recrea.

DOÑA JACINTA.
¡Bien haya quien no desea
Su agrado ni su rigor,
Su favor ni su desden!
¡Bien haya quien no esperó
Su gloria, y bien haya yo
Que en mi vida quise bien!

ESCENA X.

LICIA. — DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA, DOÑA JACINTA.

LICIA. (*A Hipólita.*)
Señora, ya declarada
Contra tí de amor la guerra,
Ardides el campo encierra:
Conviene estar avisada.
Oye lo que ahora oí
De quien lo sabe muy bien;
Y á tí te importa tambien,
Laura hermosa.

DOÑA LAURA.
¿Cómo así?

LICIA.
Sabiendo que eres amiga
De Hipólita mi señora,
Alfonso pretende ahora
Que tu misma lengua diga
Si Hipólita quiere bien
En otra parte, ofendido
De solo haber presumido
Que esto causa su desden.
Y para aquesto ha mandado
A Don Alvaro Viseo,
Forastero, que el deseo
Te consagre enamorado,
Que te sirva cuidadoso
Fingidamente; y así
Pretende saber de tí
Este secreto amoroso.

DOÑA LAURA.
¿Qué dices?

LICIA.
Lo que es verdad.
Por eso, aunque ya le veas
Muy constante, no le creas,
Que es fingida voluntad. (*Vase.*)

DOÑA JACINTA.
Y aun por eso se atrevió;
Que aun á mirarte no osara,
Si el Rey no se lo mandara,
Un hombre que aquí llegó
Por suerte tan lastimosa.

DOÑA HIPÓLITA.
Yo, Laura, nada diré,
Porque en esta parte sé
Que llego á ser sospechosa;
Pero ya yo lo sabía.

DOÑA JACINTA.
Tú tienes, Laura, un amante
Muy finísimo y constante:
Quiérele por vida mia,
Porque todo lo merece,
Y está muy enamorado,
Y granjea su criado. (*Vase.*)

DOÑA HIPÓLITA.
¿Pues aquesto te entristece?
¿Y esto te suspende así?
Tú, Laura, en aquesta parte
No tienes de qué quejarte,
Que todos quieren así.
¿Cuál hombre de engaños lleno,
De solo fingir no trata?
(*Ap.* Muera así quien así mata:
No lo hace mal el veneno.) (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA LAURA.

¡Ay amor, falsa sirena,
Cuya queja, cuya voz,
Rompiendo el aire veloz
Dulcísimamente suena,
Y está de traiciones llena!
¡Ay amor, serpiente ingrata,
Que en sus afectos retrata
La pasion que me provoca;
Pues halaga con la boca
A quien con la cola mata!
¡Ay amor, veneno vil,
Que viene en vaso dorado!
¡Ay amor, áspid pisado
Entre las flores de abril!
¡Mal haya una vez y mil
Quien tus engaños consiente!
Miente tu lisonja, miente
Tu halago, tu voz, tu pena;
Porque eres, amor, sirena,
Aspid, veneno y serpiente.

ESCENA XII.

DON ALVARO. — DOÑA LAURA.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)
Fuése Hipólita, y quedó
Laura: ¡venturoso he sido!

DOÑA LAURA. (*Ap.*)
¡Oh qué falso que ha venido
A que le escuchase yo!

DON ÁLVARO.
Amor la ocasion me dió;
Perdonad, Laura, si llego
A mirar el sol tan ciego,
Que resisto su luz pura,
Salamandra de hermosura,
Como otras lo son de fuego.
Hoy, que del Rey tan honrado
Me miro, Laura, no sé
Si me atreva á decir que,
Mas firme y mas alentado,
A vuestros piés he llegado
Solo á deciros que he sido

Digitized by Google

Tan feliz, que he merecido
Adoraros.

DOÑA LAURA. (*Ap.*)

¡Qué rigor!
¿Dónde hay verdadero amor,
Si este puede ser fingido?
Iréme sin responder;
Porque de mi enojo temo
Un grave y notable extremo.
(*Intenta irse, Don Alvaro la detiene.*)

DON ÁLVARO.

¿Qué es esto que llego á ver?
¿Pues en qué os puede ofender
Mi amor, que obligue á poneros,
Sol hermoso? Si á ofenderos
Llegó el alma con amaros,
Mal podrá desenojaros,
Pues mal podrá no quereros.

DOÑA LAURA. (*Ap.*)

Si fingida voluntad
Puede imitarse tan bien,
Si es tal la mentira, ¿quién
Conocerá la verdad?

DON ÁLVARO.

Volved, señora, escuchad
Voces de un pecho rendido:
Si el verme así habeis sentido,
Porque quisierais que fuese
Hechura de amor, no os pese
Verme así, porque yo he sido
Un hombre tan desdichado,
Que aun he envidiado de un can
El sustento que le dan.
Nada, Laura, me ha trocado
La dicha: á tus piés postrado
Estoy.

DOÑA LAURA.

(*Ap.* Si así con fingir
Saben los hombres mentir,
¿Quién dice de las mujeres?
¡Déjame, honor! ¿qué me quieres?
Que no lo puedo sufrir.)
Villano, mal caballero;
Que noble no puede ser
Quien engaña á una mujer
Con amor tan lisonjero:
Ni el honor vuestro mi fiero
Rigor causa, ni he sentido
Veros del Rey tan querido,
Porque me excedais; que así
Estais tan léjos de mí,
Como ántes de haber subido. (*Vase.*)

DON ÁLVARO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Que yo á mí mismo pretendo
Entenderme, y no me entiendo.
¿Qué vi? Qué escuché? Qué oí?
Cuando tan pobre me vi,
Los favores merecia
De Hipólita y Laura; hoy dia
Rico, me dejan las dos.
¡Qué juntos andan, ay Dios,
El pesar y la alegría!

ESCENA XIII.

JULIO. — DON ALVARO

JULIO.

A tus piés vengo á arrojarme,
O gallardo portugues,
Y de tus invictos piés
No tengo de levantarme,
Si tu amistad no destierra
El enojo que se esconde
En las entrañas del Conde
Contra mí, pues que no yerra
Quien yerra por acertar.

DON ÁLVARO.

Julio, no me atreveré
A pedirlo, porque sé
Que dello le ha de pesar;
Pero lo que haré por tí,
Será recibirte yo
Con su gusto; él me mandó,
Julio, que lo hiciese así.
En tanto pues que se pasa
El enojo, aquí estarás
Conmigo: así no te vas,
Ni sales fuera de casa.

JULIO.

Digo que de tí recibo
Mil honras: tu esclavo soy,
Pues honrado desde hoy
Contigo en su casa vivo;
Y aunque yo mercedes tales
Por tí vengo á recibir,
Solo agradezco el vivir
Por morir á sus umbrales.
(*Vase Don Alvaro.*)

ESCENA XIV.

GARCIA. — JULIO.

GARCÍA.

¡Bien venido sea el buen Julio!
¿Cómo va? Diz que ha quedado
Criado huérfano del Conde,
Mi señor?

JULIO.

Trocó las manos
La fortuna, pues ya soy
De Don Alvaro criado.

GARCÍA.

¿Conceptico? ¡Bueno, bueno!
Pero la hambre, no me espanto,
Los ingenios sutiliza.
Acuda, y le daré algo;
Que al buen Julio, sí, en verdad,
Le quiero como á mi hermano.
Acuda, acuda.

JULIO.

¡Que sufra
Tal desprecio de un menguado!

ESCENA XV.

LUCINDO, *con una joya en una caja*.— GARCIA, JULIO.

LUCINDO.

(*Ap.* Mas fácil es preguntar,
Que errar.) Señores hidalgos,
Digan, ¿cuál es de los dos
De Don Alvaro el criado?

GARCÍA.

El señor Julio ó Agosto:
Por lo seco y por lo flaco
Le pudierais conocer.

LUCINDO.

Pues para vos, señor, traigo
En esta caja una joya,
Que vale muchos ducados.
Ya sabeis quién os la envía;
Y así aquí será excusado
Deciros el nombre. El cielo
Os guarde, señor, mil años.
(*Dale la caja, y vase.*)

JULIO.

¿Joya para mí? Qué es esto?
¿Si me la dió por engaño?
Pero no, pues preguntó
Mi nombre.

GARCÍA. (*Ap.*)

Yo estoy rabiando.
¿Joya para Julio? ¡Cielos!

ESCENA XVI.

FABIO.—GARCIA, JULIO.

FABIO. (*Ap.*)

Solo á que se vaya aguardo
El hombre que está con él.

JULIO.

Advierte aquí cómo, cuando
Quiere el bien hallar á un hombre,
Le halla en cualquier estado.

GARCÍA.

No pierdo las esperanzas
De que es de carbon.

JULIO.

Pues abro,
Diamantes son.

GARCÍA.

¿Si esta fuese
La joya que me ha mandado
A mí Laura? ¡Vive Dios,
Que me ahorcara!

FABIO.

(*Ap.* ¡Qué despacio
Estan! Para darle á uno,
Yo no puedo esperar tanto.
El que á aqueste lado estaba
Dijeron. ¿Si se ha mudado?
Pero ¿qué importa? Ya sé
Que es el que fuere criado
Del Conde.) Digan voacedes,
¿Cuál de los dos á quien hablo,
Sirve á Don Pedro?

GARCÍA. (*A Julio.*)

Hoy verás
Que si joyas vienen dando,
Es mucho mejor la mia.
Yo sirvo al Conde. (*A Fabio.*)

FABIO.

A este lado
He de hablar solo con vos,
Que os traigo cierto recado.

GARCÍA.

Ahora, Julio, verás
Si es mucho mejor.

JULIO.

Aguardo
La joya.

FABIO.

Ya es tiempo. Este
Es el recado que os traigo.
(*Saca la daga, hiérele y vase.*)

GARCÍA.

¡Muerto soy! Jesus! confi...

JULIO.

¿Qué joya es esa?

GARCÍA.

¡Es el diablo
Que me lleve!

JULIO.

¿Qué te dieron?

GARCÍA.

Aquí en la cabeza un tanto,
Y en la cara un cuanto.

JULIO.

¿Cómo?
¿En la cara? Aqueso es malo.

GARCÍA.

Y aun todo. Mas ahí verás,
Que á quien dan no escoge. Vamos,
Llévame, Julio, por Dios,
En casa de un cirujano,
Que este beneficio simple
Me le convierta en curado.
Por un instante me erró
La dicha que habia esperado,
Y por otro me acertó
La desdicha. ¡Ah, cielo santo!
Para Julio hubo diamante
Tan grande como un guijarro;
Y un guijarro para mí
Como un diamante. ¡Qué en vano
Sus estados muda el hombre!
Que el que fuere desdichado,

Digitized by Google

No estará de su fortuna
Seguro en ningun estado.

JULIO.

¿De dónde pudo venirte
Esta herida?

GARCÍA.

Yo la aguardo
De tantas partes, que ántes
Me huelgo, y discursos hago,
Diciendo: ¡gracias á Dios,
Que salí deste cuidado! (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

ÍÑIGO, ORDOÑO.

ÍÑIGO.

Trocó Fabio la suerte,
Y á García infelice dió la muerte.

ORDOÑO.

Siempre severo el hado
Castiga al inocente, no al culpado;
Y por esto quisiera
Tener yo parte en vuestra envidia fiera.

ÍÑIGO.

Segun eso ya puedo
Hablar con vos, y deponer el miedo:
Pues oiga el alma atenta
Lo que ofendida la razon intenta.
Yo estoy en un estado,
Que envidioso de verme mal premiado,
Tanto este afecto sigo,
Que he ejecutado lo que ahora digo.
La firma contrahice
Del Conde, y una carta en ella hice
Con tan grande cuidado,
Que á las manos del Rey habrá llegado,
Fingiendo que la envia
A su hermano Manrique, en que decia...
Pero el Rey viene; luego
Os diré lo demas. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

EL REY, *leyendo una carta; despues* EL CONDE.

REY.

Turbado y ciego,
Lo que estoy viendo dudo.
¿Esto pudo ser cierto? No, no pudo,
Porque no corresponde
A mi amor que traicion quepa en el Conde.
Pero entre mis papeles
La carta estaba: ¡hay penas mas crueles!
La cólera me ciega.
¿Quién, sino el Conde, á mis papeles llega?
Segunda vez la leo,
Por ver si es ilusion esto que veo. (*Lee.*)

CONDE. (*Saliendo.*)

Los piés, señor, te pido.

REY.

¡Oh Conde, á qué mal tiempo habeis venido!

CONDE.

¿Cómo, señor, airado
El rostro me volveis? ¿Vos enojado?
¿Vos sin gusto conmigo?
Como sombra del sol tus rayos sigo....
¿Qué es esto?
(*Dale la carta al Conde.*)

REY.

¿Conoceis aquesta firma?

CONDE.

Mia parece; el alma lo confirma.

REY.

Pues leedla, si es vuestra.

CONDE. (*Ap.*)

Horror su rostro y su semblante muestra.
(*Lee.*) «Por reinar no hay traicion...»
Señor, no es mia.

REY.

Leed mas. — (*Ap.* Vive Dios que se ha turbado!)

CONDE. (*Ap.*)

¿Quién vió veneno en vaso tan penado?
(*Lee.*) «Por reinar, no hay traicion, ni
» privanza como reinar. La Reina padece,
» el Rey me teme, el pueblo me
» ama. Yo estoy de la pasada ocasion
» arrepentido.»

REY.

Conde, aunque yo no crea
Que esta traicion de vuestro pecho sea,
Y que la envidia derribaros quiso,
Ya que verdad no sea, es un aviso
Que me despierta y llama,
Viendo que el Rey os teme, el pueblo os ama.
Yo soy rey, y yo puedo
Vivir sin vos, atropellando el miedo
Que ese brazo me daba,
Cuando infante en Galicia me criaba.
Sabed, Conde, ó culpado ó perseguido,
Que soy rey, que hasta aquí no lo habia sido.

CONDE.

¿Cómo, señor, pueden ser
Obras de un pecho tan limpio
Las que ois vos enojado,
Las que yo turbado admiro?
Yo, que en vuestra infancia, cuando
El clavel recien nacido,
Desplegado no se habia
De su rosado capillo,
Despreciando inconvenientes,
Atropellando peligros,
De vuestra primera cuna
Os saqué en los brazos mios,
Y en las mantillas, que así
Lo repite el pueblo á gritos,
Dije: ¿Cómo, castellanos,
Confusos y divertidos
Os mostrais, teniendo rey,
Que aunque ahora es tierno niño,
Gigante será, que dé
Miedo á los futuros siglos?
Este es vuestro rey, hidalgos,
De Alfonso y de Urraca hijo,
Legítimamente dueño
De las Barras y Castillos.—
Esto dije, y en la iglesia
Mayor, os obedecimos;
Yo el primero. Mas no es mucho
No os acordeis de servicios,
Que en aquella edad os hice;
Pero que advirtais os digo,
Que ántes que vos fuerais rey,
Era yo leal: testigos
Son los cielos. En ausencia
Vuestra, á ser mas atrevido,
Quisieron hacerme rey;
Y quizá, señor, los mismos
Que hoy quieren hacerme nada.
¿Pues cómo se ha convenido
Obedeceros infante,
Y jóven no? Quien no quiso
Sin peligro coronarse,
¿Cómo querrá con peligros
Tan grandes, como perdiendo
La gracia vuestra? Rey mio,
Mi señor, mirad que anda
En palacio un basilisco,
Que con la vista da muerte,
Monstruo de sus laberintos.
No cerreis, señor, los ojos,
Ya que cerrais los oidos
A mis quejas, á mis voces,
Mis lágrimas y suspiros. (*Vase el Rey.*)
Mas no los podeis cerrar;
Porque aqueste aliento mio
Llegará al cielo, rompiendo
Esos velos cristalinos,
Que el sol viste de topacios
Y la luna de zafiros.

ESCENA XIX.

DON ALVARO.—EL CONDE.

DON ÁLVARO.

¿Qué extremos, Conde, son estos?

CONDE.

¡Ay Don Alvaro! ay amigo!
Ya esta llama se desata,
Ya caduca este edificio,
Ya se desmaya esta flor,
Ya da este monte crujidos.
Estos son de mi privanza
Los últimos parasismos;
Y ya despierto de un sueño,
De un letargo, de un delirio.
He visto al Rey enojado,
Disgustado al Rey he visto.
¡Con qué congojas lo siento!
¡Con qué afectos que lo digo!
Cuando el cristal despeñado
Con undoso precipicio
Desde la cumbre de un monte
Baja, hecho sierpes de vidrio,
Con poco caudal nos causa
Tal escándalo y rüido,
Que finge á los moradores
Las siete bocas del Nilo;
Y es, porque bajó: yo así,
Que ahora me precipito,
Y en mi sentimiento caigo
Desde la cumbre al abismo,
Bravo estruendo pienso hacer.
Dadme un descanso, un alivio
Entre rosas ó entre peñas:
Alvaro, consejo os pido.
Pero no, no me le deis,
Que ya de un discurso mio
Me acuerdo: un cadáver soy,
Y en vuestro rostro he leido:
«Como tú te ves me vi,
Veráste como me miro.»

DON ÁLVARO.

El mundo todo es presagios,
El cielo todo es avisos,
El tiempo todo mudanzas,
Y la fortuna prodigios.
No desmayeis porque ahora
Manso arroyo cristalino
Bajais despeñado al valle
Desde alcázares y riscos;
Que al agua precipitada
Pudo luego el artificio
Levantarla, cuanto pudo
Despeñarla al precipicio.
Miéntras mas bajeis, mas fuerzas
Cobrais, mas valor, mas brio
Para levantaros solo.
Don Pedro, una cosa os digo,
Que los enojos de un rey
Son cometas cuyos giros
Anuncios son de sucesos
Adversos; por eso huidlos.
Pues no se examinan culpas,
Si se ejecutan castigos.
Pase el enojo, el cometa
Severo; y en tanto, amigo,
Ausentáos vos, que yo quedo
En palacio, donde afirmo
Que no os vais, pues que se queda
Este pecho, que es lo mismo.
Yo cuidadoso sabré
Quién son vuestros enemigos,
Y aventurando la vida,
(¿Qué es la vida? poco he dicho)
El sér, el honor, el alma,
Felice en vuestro servicio,
Sacaré á luz la verdad
Destos nublados que han sido

Digitized by Google

La noche de vuestro honor,
Hasta que claros y limpios
Deje el sol, venciendo sombras,
Cabellos crespos y rizos,
Haciendo nubes de nácar
Claras troneras de vidrio.

CONDE.

Poca fuerza contra mí
La fortuna habrá tenido,
Si este bien no me ha quitado,
Que es mucho bien un amigo.
Pediré licencia al Rey
Para ausentarme: advertido
Vivid en palacio vos;
Y solo una cosa os digo,
Porque no desconfieis
De mí, y es que no he tenido
Culpa.

DON ÁLVARO.

¡Jesus! ¡tal agravio
A mi amistad? De vos fio
Lo que debo, y cuando no
Lo hiciera, el haberos visto
Padecer os disculpara;
Pues ya dice el haber sido
Infeliz, ser inocente;
Que dar sin culpa castigos
Es inclinacion del hado,
Y es de la fortuna oficio.

CONDE.

Dadme los brazos, que el pecho
Os responde agradecido.

DON ÁLVARO.

Y á vos el alma os responda,
Deshecha en los ojos mios.

CONDE.

Obligacion vuestra es
Levantarme por caido.

DON ÁLVARO.

Si, como vuestra el caer
Por levantado lo ha sido,
De modo que ya los dos
Navegamos un mar mismo.

CONDE.

Sí, pues los dos igualmente
Del bien y del mal supimos.

JORNADA TERCERA.

Montes con peñascos cubiertos de matas.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ORDOÑO, IÑIGO, DON ALVARO.

REY.

Dejadme solo; ninguno
Quede conmigo.

IÑIGO.

¡Cruel
Melancolía!

ORDOÑO.

¡Notable!

(*Vanse Ordoño é Iñigo.*)

REY.

¿Alvaro, pues tú tambien
Me dejas?

DON ÁLVARO.

Quien dice á todos,
No excepta á nadie.

REY.

Así es;
Mas quien la ley establece,
Puede derogar la ley.
Quédate solo conmigo;
Serás tú solo á quien dé
Parte de mis sentimientos;
Que no es posible que un rey
Viva, sin tener un polo
Con quien partir el poder;
Que Atlante no sustentara
Tanta máquina, á no ser
El Olimpo de los cielos
Para columna tambien.
¿Mas cómo á tantos favores
Posible ha sido que estés
Suspenso? No me agradeces
La eleccion, y que te dé
Lugar en el pecho mio?

DON ÁLVARO.

No, señor invicto, pues,
Mas que agradeceros, tengo
Que dudar y que temer.
Los lógicos naturales
Suponen, que un hombre esté
En un desierto, que solo
Haya pisadas en él.
Naturalmente este hombre
Tal silogismo ha de hacer:
Aquí hay pisadas, aquí
Ha habido gente; y tambien
Naturalmente es forzoso
Que haya de seguirlas; pues
Ha de ir donde fueren ellas:
Discurso que suele hacer
Un bruto, si es que los brutos
Discurren, pues que se ve
Por las estampas seguirse
Unos á otros tal vez.
Este principio asentado,
La aplicacion oye dél.
En el monte de fortuna
Perdido estoy, pues no sé
Por dónde he llegado á verme
En su eminencia, ni quién
Me guie; pero animoso
Subir quise, cuando hallé
En el campo la estampa
De un desafirmado pie,
Que me decia: «No subas,
Pues que yo bajo. ¿No ves
En mis avisos, que vas
A subir para caer?»
Y era la verdad, pues cuantas
Señales consideré,
Todas hácia mí venian.
Pues si un bruto capaz es
De un instinto que le enseña
Este argumento, ¿por qué
Ha de faltarme á mí, cuando
Voy por camino, que en él
Están vivas las memorias
De Don Pedro? Luego es bien
Que dude, tema y procure
Seguirle, perdido á él,
O que espere á que se borren
Las estampas de sus piés.

REY.

Si hubiera, Alvaro, creido
Que traidor el Conde fué,
No hubiera el Conde quedado
Con la vida. Yo llegué
A desengañarle solo
De que pudiera sin él
Vivir. ¿Díjele yo mas,
Alvaro, de que era el rey?
Si por esto me pidió
Licencia, dí, ¿fuera bien
Detenerle?

DON ÁLVARO.

No, Señor:
¿Pero quitarle despues
Rentas, lugares y villas?

REY.

Eso solo fué temer,
Que no estuviese Don Pedro
Retirado, con poder
Mayor que yo; ese castigo
Materia de estado fué.

DON ÁLVARO.

Sí, mas con tanto rigor,
Que ha llegado á menester
Valerse, señor, de algunos
Amigos para comer.

REY.

Desengañe su arrogancia,
Escarmiente su altivez,
Que no ha de tener ninguno
Enterezas con su Rey.
Y esto, Don Alvaro, aparte:
En tu vida me hables dél,
Ni con él te correspondas;
Que, ¡vive Dios! que si sé
Que le escribes, que me enoje.
Quiero desta suerte ver
Si los rigores ablandan
Hoy de Hipólita el desden
Mas que un tiempo los favores;
Porque me dicen que es
Política del amor
Tratar mal, por querer bien.
Y apurando esta verdad,
Escucha lo que has de hacer:
Salió apénas de la corte
El Conde, cuando tambien
Ella salió de palacio,
Y vino á esta quinta, á quien
El Tajo sirve de alfombra
Y las nubes de dosel.
Yo vengo á caza por verla,
Y tú has de decirla que
Compre la vida del Conde
Con un favor que me dé,
O de todos sus rigores
Tengo de vengarme en él.
Esto le dirás, y yo,
Para llegar á saber
Cómo me sirves, y cómo
Ella te responde, haré
Destas murtas y jazmines
Un apacible cancel;
Y escondido entre estas peñas
Que el paso forzoso es
Por donde ella cada dia
Sale al campo, escucharé
Su respuesta. Espera tú
En esta parte, hasta que
El aurora de la tarde
Salga hermosa á florecer
Con las manos, cuantas flores
Marchitó profano el pié.
Aquesto has de hacer.

DON ÁLVARO.

Señor,
Ya tú sabes que llegué
A tus plantas por el Conde;
No se compadece bien
Solicitar yo el amor
De hermana suya, despues
Que él solicitó mi dicha.
Y por última merced,
Te suplico que á otro mandes
Que este recado le dé;
Pues no es decencia que sea
Yo el tercero tuyo.

REY.

Bien
Te disculpas; pero dime,
¿A quién valieras, á quién
En la ocasion ayudaras,
A tu amigo, ó á tu rey?

DON ÁLVARO.

A mi rey.

REY.

Pues yo lo soy;
Ya sabes lo que has de hacer.

(*Escóndese el Rey.*)

Digitized by Google

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Oh inconstancia desigual
De nuestro discurso! ¿Quién
Aplausos gozó del bien,
Sin las pensiones del mal?
Pues mi pecho, en pena igual,
Del bien y el mal ha sabido,
Solo una cosa te pido,
Fortuna; y es, pues que estoy
Contigo en paz desde hoy,
Dés mi memoria al olvido.
Déjame en aqueste estado,
Ni envidiado, ni envidioso,
Donde ni aflija al dichoso
Ni consuele al desdichado.
Y supuesto que he llegado
A un punto fijo, deten
La rueda, y en tu vaiven
Otro mi lugar no ocupe;
Déjame á mí, que ya supe
De tu mal y de tu bien.

ESCENA II.

EL CONDE, GARCÍA.—DON ALVARO, EL REY, *escondido.*

GARCÍA.

¿Dónde vas?

CONDE.

Tras mi deseo,
Discurriendo y vacilando,
Por este monte buscando
A Don Alvaro Viseo;
Pues de su nobleza creo,
Que viéndome como estoy,
Y cuán infelice soy,
Remedio á mi pena sea,
Para que en los dos se vea
Lo que va de ayer á hoy.
No puedo en palacio, no,
Por ser conocido en él,
Buscarle (¡ah suerte cruel!);
Y así hoy, que á caza salió
El Rey, ocasion me dió
Para que en el monte pueda
Hablarle, porque conceda
A mi llanto pena alguna.
¿Estos son, diosa fortuna,
Los efectos de tu rueda?

GARCÍA.

¿Qué diosa ó que calabaza?
Dila una deidad sin sér,
Una inconstante mujer
Que asegura y amenaza;
Mas no ha sido mala traza
Para aliviar tu dolor,
Venir buscando, señor,
A Don Alvaro; pues creo,
Que su amistad, su deseo,
Su obligacion, su valor,
Su justo agradecimiento,
Su condicion generosa,
Liberalidad piadosa,
Y propio conocimiento,
Alivien tu sentimiento.

CONDE. (*Reparando en Don Alvaro.*)

¿No es el que está solo?

GARCÍA.

Sí;
Llega, y confía; que aquí
Toma puerto tu fatiga,
Y basta que yo lo diga.

CONDE.

Temblando llego: ¡ay de mí!
—Alvaro, si ha sido mucha
Mi desdicha, bien se advierte,
Pues llego...

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

A ocasion tan fuerte,
Que el Rey te mira y escucha.

CONDE.

Con la vergüenza que lucha,
Por decir y por callar.
¿Cómo se podrá explicar
Quien solo sabe sentir?
¿O cómo sabrá pedir
Quien solo ha sabido dar?
En tal ocasion, ninguna
Persona que á los dos viera,
En los dos no conociera
El rostro de la fortuna.
Desde el monte de la luna
Ayer la mano te di,
Para levantarte á tí;
Caí del lugar primero
Donde quedaste, y espero
Que tú me la des á mí.
¿Cómo te podré decir
La miseria de mi estado,
Sin decirte que he llegado
A haber menester pedir?
No vengo yo á recibir
De tí lo que me has debido;
No á cobrar de tí he venido
Deudas de plazos tan breves;
No pido porque me debes,
Sino solo porque pido.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Ay cielos! ¿qué puedo hacer,
Que el Rey me mira y advierte
Mis acciones? ¿De qué suerte
Le pudiera responder,
Sin ser ingrato, ni ser
Desleal? Si algo le digo,
Se enojará el Rey conmigo;
Si callo, ingrato seré
A tanta amistad. ¿Qué haré
Entre mi Rey y mi amigo?
Muera la amistad, y muera
Con ella mi vida; pues
Esta entre mis dudas es
La eleccion mas verdadera.
(*Hace que se va.*)

CONDE.

¿Pues cómo desta manera
Te vas, sin que el labio abras?
Tu mismo sepulcro labras,
Si nombre de ingrato cobras:
¿Qué he de esperar de las obras
De quien niega las palabras?
No me ofendo, ántes me obligo
De que en desdichas tan graves
Vuelvas la espalda, pues sabes
Que está segura conmigo.
¿Así te vas, y de amigo
Borras los ilustres nombres?
Pues, Alvaro, no te asombres
Diga la fama importuna,
Que en buena ó mala fortuna
Las dichas mudan los hombres.
¡Vive Dios, que has de escucharme;
Y ya que no merecí
Otro galardon de tí,
Que no has de poder quitarme
Este gusto de quejarme!
¿Eres tú aquel á quien yo
Quise tanto? ¿el que me dió
Palabra de que por mi
Volvería ausente?

DON ÁLVARO.

Sí.

CONDE.

¿Y no te disculpas?

DON ÁLVARO.

No.

CONDE.

¿Pues por qué, ingrato, por qué
Conoces el beneficio
Para negarle? ¿Es indicio
De lealtad, amor y fe?
¿Qué me respondes?

DON ÁLVARO.

No sé. (*Vase.*)

ESCENA III

DICHOS, *ménos Don Alvaro.*

CONDE.

¡Hay mas penas, mas enojos!
Si lágrimas son despojos
Que disculpan los agravios,
Nada me digan tus labios,
Que harto me han dicho tus ojos.
No responde y enmudece,
De que llego á presumir,
Que calla por no decir
Penas que el cielo me ofrece;
Pues mas fácil me parece
Haber mi mal presumido,
Que tu ingratitud creido;
Y es mas cierto haber pensado
Que yo sea desdichado,
Que tú desagradecido.

GARCÍA.

¡Vive Cristo, que se fué,
Y que solo respondió
Una vez, sí, y otra, no;
Y por última: no sé!
¿Yo no te lo dije? A fe
Que si tú á mí me creyeras,
Que nunca á hablarle vinieras.
Aguarda, miéntras le digo
Que es un desleal amigo. (*Vase.*)

CONDE.

¿Ya, pensamiento, qué esperas?
¿Qué esperas, memoria mía?
¿Qué espera mi confianza,
Si ha faltado la esperanza
Que en un amigo tenia?
Que era infeliz no creia,
Miéntras probaba el castigo
De los cielos; ahora digo
Que lo soy, ahora lo creo,
Pues tan infeliz me veo,
Que ya no tengo un amigo.
Arboles, peñas y flores,
Pues faltan para mis quejas
A los hombres las orejas,
Ténganlas vuestros rigores.
¡Vive Dios, que son traidores
Los que matarme han querido!
Iñigo y Ordoño han sido,
Porque á los dos desmentí,
Los que se vengan de mí.

REY. (*Escondido.*)

Su llanto me ha enternecido.
Mucho hago en resistir
El dolor y el sentimiento;
Que á sus extremos atento,
Mil veces quise salir
A hablarle, y por no decir
Adonde estoy, he callado.
Gente á esta parte ha llegado
Ya; los que esperaba son:
Yo he perdido la ocasion
De haber ahora escuchado
A Hipólita; porque allí
Está el Conde, y ella viene.
El retirarme conviene,
No me vea el Conde aquí.
Aunque la ocasion perdí,
Por lo ménos ha servido,
Haber estado escondido,
De haberme desengañado
Que el Conde no está culpado.
Sabré cauto y advertido
La verdad. (*Vase.*)

Digitized by Google

ESCENA IV.

GARCÍA. — EL CONDE.

GARCÍA.

Ya dije que era
Ingrato, soberbio, vano,
Mal caballero y villano,
Y que, si yo le cogiera
Cuerpo á cuerpo, yo le hiciera
Que ménos ingrato fuese.

CONDE.

Y él ¿qué dijo?

GARCÍA.

El cuento es ese,
Que nada me respondió;
(*Ap.* Porque no lo dije yo
De manera que lo oyese.)

CONDE.

¡Ay García! ¿En qué consiste
El ser yo tan desdichado?

GARCÍA.

En que yo soy tu criado.

CONDE.

¿Por qué es mi suerte tan triste?

GARCÍA.

Porque á mí me recibiste.

CONDE.

¡Hay desdicha mas cruel!
¿Cómo, García, de aquel
Traidor podré asegurarme?
¿Qué haré yo para vengarme?

GARCÍA.

Acomodarme con él;
Quedarás de tus cuidados
Vengado; pues desde hoy
Serás muy feliz, que soy
La peste de los criados.
Tres romanos celebrados
Dueños del caballo fuéron
Seyano, y los tres murieron.
Si azar el caballo es,
Hable el mundo de otros tres
Que en lacayo azar tuvieron.

CONDE.

¿Qué haré?

GARCÍA.

Despedirme á mí;
Que de mi mala figura
Se anda huyendo la ventura.
(*Ruido dentro.*)

CONDE.

¿No has oido gente?

GARCÍA.

Sí.

CONDE.

Mucho sentiré que aquí
Me vean.

GARCÍA.

Pues miéntras pasa,
Detras de esta peña, escasa
De sombras, podrás ponerte.

CONDE.

Dices bien. ¡Oh avara suerte!
¿Aun peñas me das por tasa?
(*Escóndese.*)

ESCENA V.

DON ALVARO *por una parte*, HIPÓLITA *por otra*. — EL CONDE, GARCÍA, *escondidos*.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Ya llega Hipólita, adonde
El Rey escondido intenta
Escuchar entre los dos
Mi cuidado y su respuesta.
Aquí fué donde quedó,
Y detrás de aquellas peñas
Que, á pesar del tiempo, viven
De verdes hojas cubiertas,
Veo el bulto. ¡Qué turbado
Llego á tan loca experiencia!
¡Perdona, lealtad; perdona,
Amistad, porque esto es fuerza!)
Bella Hipólita (que en esto
Ya te habrán dicho las señas
Tu desdicha, porque dice
Infeliz quien dice bella),
Escúchame atentamente,
Entre lágrimas y quejas,
Los sentimientos que el alma
Da desde el pecho á la lengua.

CONDE. (*A García.*)

García, ¿qué será aquesto?

GARCÍA.

Calla, para que lo sepas.

DOÑA HIPÓLITA.

Alvaro, ¿qué turbacion,
Qué suspensiones son estas?
Hablad, que turbada el alma,
Hablad que la vista atenta
A vuestras razones vive,
No de otra suerte, que llega
Un hombre al mortal veneno
Que ha de matarle, y espera
A que le mate el dolor,
Muriendo desta manera
Entre el temor y la duda
De cobarde, el que pudiera
Morir de animoso. Hablad,
Declaraos de presto, y sea
La desdicha quien me mate,
Y no los temores della.

DON ÁLVARO.

El Rey mi señor, á quien
Tu celebrada belleza
Liberalmente castiga,
Cuanto avaramente premia,
Ofendido de que haya
A la majestad defensa,
Y tenga el honor sagrado
En quien ampararse della;
Deponiendo el gusto, quiere
Valerse ya de la fuerza.
Hipólita, ¿un poderoso
Ofendido, qué no intenta?
Para lo cual me mandó
Que yo de su parte venga
A decirte que si mides
Igualmente la belleza
Con el rigor, él tambien
Medirá igualmente atentas
La crueldad con la justicia,
Tomando de otra manera
Contra tu sangre las armas;
Y aquí te pido que adviertas
Cuán mansamente castiga
Por tu respeto su ofensa.
Y así dice, que si tú
De ser ingrata no dejas,
Dejará de ser piadoso;
Que tú en esta parte seas
Juez de tu causa, advirtiendo
Su amor. Mi embajada es esta.
(*Ap.* Bien el Rey me habrá escuchado.
Por eso llegué tan cerca.)

CONDE. (*A García.*)

¿Cómo es posible, (¡ay de mí!)
Ofendida la paciencia,
Sufrir tanto?

GARCÍA.

Disimula,
Y lo que responde espera.

DOÑA HIPÓLITA.

Delitos hay tan atroces,
Que ya cuando un hombre llega
A cometerlos, no hay ley
Que disponga su sentencia;
Y es, porque nunca previno
La imaginacion, que hubiera
Quien los cometiese. Así
Muda, turbada y suspensa,
No sé yo qué responder;
Que no pensaba que fuera
Posible que á tal estado
Pudiese llegar mi ofensa.
Mas pues quebrasteis la ley,
Quiero daros la respuesta:
Mal caballero, villano,
Que no es posible que sea
De ilustre sangre quien es
Desagradecido, y deja
De ser amigo por ser
Poderoso; ave funesta
E ingrata, que al mismo dueño
Que la regala y alberga
Saca los ojos, despues
Que la crió, como fiera;
A aquella ave generosa,
Aquella ave dulce, aquella
Tan noble y agradecida,
Que si en la casa en que llega
A anidar, liviana esposa
Hace á su señor ofensa,
Ella muere de dolor,
Mira; que al reves intentas,
En casa que fué tu albergue,
Del noble dueño la afrenta.
No, no me quejo del Rey,
Por no presumir que pueda
Ser verdad que un rey tan justo
Se valiera de la fuerza
Contra una mujer, sabiendo
Que hay en mi honor resistencia,
Que hay en mi pecho valor,
Y hay en mi sangre defensa:
De tí me quejo, de tí,
Que en ocasion como aquesta
No previniste que habia
De ser esta la respuesta.
O culpado ó inocente
Está mi hermano; esto es fuerza:
Si está culpado (que yo
No presumo que tal sea),
Examínele su culpa,
Escarmiéntele su pena;
Que ménos inconveniente
Es que culpado padezca,
Que no inocente mi honor,
Cuando su vida defienda.
Si no está culpado el Conde,
El vencerá las sospechas,
Negras nubes que se oponen
A la luz de la nobleza;
Como el sol, que derramando
El horror de las tinieblas,
Sale mas bello; que tiene
La verdad divinas fuerzas.
Esto diréis, al Rey no,
Pues no es razon suya esta,
Sino á algunos lisonjeros,
Que con las alas de cera,
Sin temer del sol los rayos,
Escalar al cielo intentan;
Y á vos mismo, conociendo
Que si mas vidas tuviera
Que piedras tiene este monte,
Que tiene ese mar arenas [1],
Todas las perdiera, todas,
Desesperada, en defensa
De mi honor. Y si del Conde
En una mano tuviera
La vida, en otra la muerte,
Yo mesma, Alvaro, yo mesma

[1] En el sitio en que pasa la escena no hay mar inmediato, pero el rio Tajo está cerca. Aquí pues, como en la comedia anterior, se ve que Calderon solia dar el nombre de mar á cierta cantidad de agua, usando una hipérbole.

Digitized by Google

Hoy con esta le matara,
Por no ofenderle con esta. (*Vase.*)

CONDE. (*A García.*)

Si ántes de pesar no pude
Poner freno á la paciencia,
Ya de placer...

GARCÍA.

Calla ahora.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Qué mujer tan noble y cuerda!
¡Háganle los cielos bien!
¡Qué gusto he tenido en verla
Tan prudente, tan altiva,
Honrada, firme y resuelta!)
(*Al tiempo que él va á volver el rostro para hablar al Rey, sale el Conde, y túrbase Don Alvaro.*)
Ya, Señor, habrás oido
De Hipólita la respuesta.—
¡Mas qué es esto!...

ESCENA VI.

DON ALVARO, EL CONDE, GARCIA.

CONDE.

Desengaños
Del mundo, Alvaro, que enseñan
A vivir.

DON ÁLVARO.

¡Válgame el cielo!

GARCÍA.

¡La tramoya ha estado buena!
¿Alcahuetico me sois?

CONDE.

¿Qué disculpa habrá, que pueda,
Cobarde, satisfacer
Tantos géneros de quejas?
¡Vive Dios!... (*Empuña la espada.*)

DON ÁLVARO.

¡Deten la espada!
Deja, ilustre Pedro, deja
Que me dé la muerte, antes
Que tu acero, mi vergüenza:
Que aunque pudiera, es verdad,
Satisfacerte, y pudiera
Disculparme, un puñal tengo
Al pecho, un lazo á la lengua,
Un nudo al cuello, y en fin,
Una mordaza que sella
Mis labios. Pero si aguardas
A que la verdad se sepa,
Y salgan á luz los rayos
Que ahora entre nubes densas
Son embozos que deshacen
Del sol las doradas trenzas,
Sabrás que, por ser leal,
Soy traidor. ¡Ah, quién pudiera
Declarar mas! Pero basta
Que lo diga, porque entiendas
Que para explicarme mas
No me da el tiempo licencia.
Mas solamente te digo
Que soy tu amigo, y adviertas,
Que tal vez los ojos nuestros
Se engañan, y representan
Tan diferentes objetos
De lo que miran, que dejan
Burlada el alma. ¿Qué mas
Razon, mas verdad, mas prueba,
Que el cielo azul que miramos?
¿Habrá alguno, que no crea
Vulgarmente que es zafiro,
Que hermosos rayos ostenta?
Pues ni es cielo ni es azul.
¿Pero qué razon mas cierta,
Que parecerte traidor
Sabiendo tú mi inocencia?
¡Vive Dios! digo otra vez,
Que soy tu amigo, con muestras
Tan leales, que algun dia
Querrá el cielo que las creas.
En tanto que esta verdad
Sabes, en tanto que llega
La luz deste desengaño,
No desconfies, no temas,
No dudes de mi lealtad,
Para que en esto te deba
Aun darme mas que la vida,
El honor y la riqueza,
Cuando llegué á estos umbrales
Tan pobre, que me fué fuerza
Tomar de un perro el sustento.
¿Cómo ha de tener soberbia
Ni ser desagradecido,
Quien desto, Conde, se acuerda?

CONDE.

No sé cómo responder,
Que en varias dudas envuelta
El alma, cree lo que oye,
Cuando lo que mira niega.
Mas yo he de quejarme al Rey
Hoy del Rey mismo, con cuerda
Resolucion, entablando
Con Don Alvaro la queja;
Y hasta entónces sufrir quiero
Callando, enojos y penas.
¡Venganza, cielos, venganza!
¡Paciencia, cielos, paciencia! (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO, GARCIA.

GARCÍA.

¿Alcahuetico me sois?

DON ÁLVARO.

García, detente, espera.

GARCÍA.

Sí haré; que tambien yo vengo
A pedirte, que siquiera
Me des una cuchillada
Del mismo tamaño que esta,
Para que quede, señor,
Igual la correspondencia.

DON ÁLVARO.

¿Oyó el Conde cuanto dije
A Hipólita?

GARCÍA.

De manera
Que no lo oyera mejor
A decírselo un trompeta.
¿Que no te dije en mi vida
Otra cosa, si te acuerdas,
Sino: «señor, cuando hables
Con las Hipólitas, sea
Quedo»; y no quisiste hacerlo?

DON ÁLVARO.

Y ¿qué dijo?

GARCÍA.

Muy atenta
La vista, clavada en tí,
Decia desta manera:
«¿Alcahuetico me sois,
Alvaro? Pues para esta»;
Y no hablaba otra palabra.
Y aquesto acabado, venga
Algo.

DON ÁLVARO. (*Arrójale una sortija.*)

Toma, y déjame.

GARCÍA.

Loco estás, pues tiras piedras.
¿Pero hácia dónde cayó?

ESCENA VIII.

JULIO. — DON ALVARO, GARCIA.

JULIO.

¿Qué buscas de esa manera,
García?

GARCÍA.

No busco nada:
Pasa adelante; no seas
Tan curioso, que allí está
Tu amo, que busco unas yerbas
(*Los dos buscan por el suelo.*)
Para hacer un defensivo
Contra el mal de la jaqueca.

JULIO.

Pues busca las yerbas tú,
Que yo he hallado una piedra
Que vale mucho dinero.

GARCÍA.

¡Hay desdicha como aquesta!
Esa es la que yo buscaba,
Y es mia.

JULIO.

Engañarme intentas,
Por que tú yerbas buscabas
Para el mal de la cabeza.

GARCÍA.

Por Dios, que es mia, y haré
Una informacion muy plena
De como yo la perdí.

JULIO.

Y tan perdida, que es fuerza
Que no la vuelvas á hallar,
O vente tras mí por ella. (*Vase.*)

GARCÍA.

¿Oyes, Señor? La sortija
Que tú me diste...

DON ÁLVARO.

¡Que vuelvas
A matarme! ¡Vive Dios,
Que te rompa la cabeza!
¡Vive el cielo, que te mate,
García, si no me dejas!

GARCÍA.

Hombres, que sois desgraciados,
Decidme por vida vuestra,
¿Qué debo yo hacer aquí
Viendo que el diablo rodea
Que á mí me den la sortija
Y que el otro dé con ella?
Yo me llevo los porrazos,
Y él el diamante se lleva.
¡Venganza, cielos, venganza!
¡Paciencia, cielos, paciencia! (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REY.—DON ALVARO, *muy pensativo.*

REY.

¡Alvaro! ¿qué suspension,
Qué delirio, qué tristeza
Es esta?

DON ÁLVARO.

El Conde, Señor...

REY.

Ya lo sé, no me refieras
Que llegó á hablarte, y que tú
Enternecido quisieras
Consolarle, y yo tambien;
Porque escuchando sus quejas,
Resuelvo que es imposible
Que traidor el Conde sea;
Que él á solas no extrañara
Su culpa, si la tuviera.
Y para satisfacerme,
He de usar de una cautela:
Verás su lealtad premiada,
Y castigada su ofensa.
¿Qué hay de Hipólita?

DON ÁLVARO.

Pensando,
Que aquí escondido me oyeras...

REY.

Fuíme, porque vi perdida
La ocasion; mas ¿qué hubo en ella?

DON ÁLVARO.

Díjela lo que mandaste

Digitized by Google

Y trocóse de manera
La suerte, que me oyó el Conde;
Y así dice que en defensa
De su honor, importa poco
Que el Conde la vida pierda.

REY.

¡Vive Dios que ese valor
Me ha obligado de manera,
Que lo que fué tema amando,
Ya premiando ha de ser tema!
¿Habrá algun hombre en el mundo
Que desengañado quiera,
O que quiera aborrecido
Porfiar contra su estrella?
No, pues ya que yo llegué
A la última esperiencia,
Desengaño mi esperanza:
Muera yo, porque ella muera.
Tan honestamente quise
A Hipólita, que si fuera
Mas venturoso mi amor,
Me pesara á mí por verla
Rendida, porque mas quiere
Quien llega á querer de véras,
El honor de lo que ama,
Que el fin de lo que desea.
Este es amor dado á un rey;
Y para que mejor sea,
Verá mi amor desengaños,
Acrisolando las fuerzas
De amistad, lealtad y honor.

DON ÁLVARO.

Iñigo y Ordoño llegan.

ESCENA X.

IÑIGO, ORDOÑO.—EL REY, DON ALVARO.

IÑIGO.

Retirado vuestra Alteza,
No deja hallarse.

REY.

(*Ap.* En mi daño,
Donde acaba un desengaño,
Otro desengaño empieza.
Iñigo y Ordoño son
De los que el Conde recela
Su daño, y una cautela
Puede en aquesta ocasion
Ayudarme. Yo leí
Un discurso, que decia
Que ningun hombre podia
Oir su culpa tan en sí,
Que no se turbase; y quiero
Con esta curiosidad
Acrisolar la verdad
Del desengaño que espero.)
Ordoño.

ORDOÑO.

Señor...

REY.

Advierte
Lo que tú has de hacer por mí.

ORDOÑO.

Sabré yo ofrecer por tí
En los brazos de la muerte
Mi vida.

REY. (*Al oido.*)

Pues solo quiero
Que á lo que dijere yo,
Nunca me digas que no,
Sino siempre muy severo
Dirás que sí, sin temor.

ORDOÑO.

Haz cuenta que ya lo ves.

REY. (*Alto.*)

¡Ordoño, en fin, verdad es
Lo que dices?

ORDOÑO.

Sí, señor.

REY.

¿Ese hombre, en efecto, fué (*Por Iñigo.*)
El que la carta escribió
(*Ap. á él.* A nada digas que no.)
Para Don Manrique, en que
Le avisaba que queria
Levantarse contra mí
El Conde? Responde.

ORDOÑO.

Sí.

REY.

(*Ap.* No es vana la industria mia,
No se ha declarado mal
El secreto. ¡Vive Dios,
Que se han turbado los dos!)
¿En fin él fué el desleal, (*Alto.*)
El aleve y el traidor?

IÑIGO. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo, que así
Me vendiese Ordoño!

REY. (*A Iñigo.*)

Dí,
¿Esto es verdad?

IÑIGO.

Sí, señor:
Que ya que Ordoño llegó
A descubrirte mi culpa,
Quiero tener por disculpa
Solo el confesarla yo.
Lo que dice Ordoño es cierto.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Hay suceso mas felice!

REY.

No es Ordoño el que lo dice,
Sino tú, tu desacierto,
Tu malicia y tu crueldad:
Caso que el cielo previene
Para enseñarnos que tiene
Mucha fuerza la verdad.

ESCENA XI.

EL CONDE, DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA.—DICHOS.

DOÑA HIPÓLITA. (*Al Conde.*)

¿Dónde vas, señor? Espera.

CONDE.

Dejadme, Hipólita y Laura;
Porque en presencia del Rey
He de entablar mi venganza.

REY.

¿Qué es aquello?

CONDE.

Ilustre Alfonso
De Aragon y de Navarra [1],
Cuyo nombre viva eterno
En los labios de la fama,
Permite que ahora llegue
Tan ofendido á tus plantas,
Que me obliga el sentimiento
A romper la ley, que manda
Que el que ha de morir, no muera,
Mirando á su Rey la cara.
Yo ofendido de un aleve
Amigo.....

REY.

Detente, aguarda,
Que el sentimiento te ciega,
Que la presuncion te engaña.
No estás informado bien
De la amistad que te guarda;
De su lealtad y valor,
Respondo yo á la demanda:
Don Alvaro es noble amigo;
No hay en su término mancha
De ingratitud, y que yo
Pongo sobre mí la causa,
Siendo tercero entre dos
Amigos tales, que aguarda
El tiempo á hacerlos eternos
En vividoras estatuas.
Y porque mayor firmeza
Desde hoy tenga amistad tanta,
Pasando á deudo, le doy
Por esposa á vuestra hermana,
Asegurándôs de todo
Cuerdamente; y esto basta.
Hipólita, desta suerte
Premia quien de véras ama;
Que dar por pesares gustos
Es la mas noble venganza.
Vos, Alvaro, ya sabeis
Qué esposa teneis.

DON ÁLVARO.

Levantas
A las nubes mi fortuna,
Al cielo mis esperanzas.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

Logró su industria el amor,
Despues de fortunas tantas:
Aquí mi ventura empieza.

DOÑA LAURA. (*Ap.*)

Aquí mi ventura acaba:
Murió mi amor, mi deseo.

REY.

Agora, Don Pedro, falta
Que hagais dos cosas por mí:
La una es, quitar la causa
A las lenguas lisonjeras,
Que ignorantemente hablan;
Que tomeis estado: otra
Es, que volviendo á mi gracia,
Seais otra vez el centro
De mi amor y mi privanza.
Y así, por daros de todo
Satisfaccion y venganza,
Conde, en Iñigo y Ordoño
Sed vos juez de vuestra causa,
Y pronunciad su sentencia.

CONDE.

Si tú, con prudencia tanta,
Me enseñas á perdonar,
De tí he de aprender; y basta,
Porque ellos mismos no vean
Su error, que al momento salgan
De Toledo desterrados.
Y por hacer lo que mandas,
En tu presencia, señor,
Doy la mano á Doña Laura,
Si mi humildad y deseo
Merecen ventura tanta.
Y me quedaré á servir
Con mayores esperanzas
De que sabré, pues ya supe
Del bien y del mal.

GARCÍA.

¡Aguarda!
Ya sabrán vuesas mercedes,
Que en el punto que se casan
Las damas de la comedia,
Es señal de que se acaba;
Y siendo así, poco á poco
Vuesas mercedes se vayan,
Admitiendo los deseos
Y perdonando las faltas,
Sin morder en la comedia,
Porque otros vengan mañana.

[1] Alfonso VII de Castilla se tituló *Emperador*, por las conquistas que hizo, aunque poco duraderas, en Aragon y en Navarra.

LANCES DE AMOR Y FORTUNA.

PERSONAS.

LOTARIO, CONDE DE URGEL.
EL CONDE DE RUISELLON.
RUGERO.
ALEJO, *criado*.
CELIO, *criado*.
AURORA.
ESTELA.
DIANA.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
CRIADOS.

La accion pasa en Barcelona, y sus alrededores.

JORNADA PRIMERA.

Plaza de Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

RUGERO, ALEJO, *vestidos de camino.* (*Tocan dentro cajas.*)

RUGERO.

¡Gracias á Dios que he llegado,
Noble Barcelona, á verte!

ALEJO.

Y no ha sido menor suerte
Que tanto bronce animado
Hoy con salva nos reciba.

RUGERO.

Mal articuladas voces
Rompen los vientos veloces.

(*Voces dentro.*) *Unos.*

¡Viva Aurora!

Otros.

¡Estela viva!

RUGERO.

No pudo engañarse ahora
Entre el rumor el oido;
Las hijas del Conde han sido
Las dos, Estela y Aurora.
¿Qué será?

ALEJO.

¿Qué te da pena,
Que voces al viento escriban,
Que Aurora y Estela vivan?
Vivan muy en hora buena,
Y vamos á la posada,
Donde nosotros tambien
Vivamos; porque no es bien
(Despues de tanta jornada)
Morirnos sin descansar.

RUGERO.

¿A la posada sin ver
A mi hermana, y sin saber
Qué ocasion pudo causar
Tal novedad?

ALEJO.

Sí, por Dios,
A la posada, y despues
De haber descansado un mes,
Y de haber dormido dos,
Saldrémos de mejor gana
Por Barcelona tú y yo,
A ver si viven ó no,
Y á visitar á tu hermana.

RUGERO.

A las puertas de palacio
Dividida en bandos vi
Mucha gente; desde aquí
Escuchemos.

ALEJO.

¡Lindo espacio!
(*Retíranse los dos.*)

ESCENA II.

Por una parte, ESTELA, EL CONDE DE RUISELLON, *y por otra*, AURORA, LOTARIO Y SOLDADOS.—RUGERO, ALEJO, *retirados.*

ESTELA.

Ya sabes, hermosa Aurora,
Y ya todo el mundo sabe,
De mi justicia informado,
Como el Conde nuestro padre
(Que Dios haya) en Margarita
Su esposa (que eterna yace
En mejor imperio) tuvo
Dos hijas; mas con tan grande
Diferencia, que las dos
Hemos de ser, aunque iguales
En sangre, no en el valor
Que comunicó una sangre;
Pues el Conde, ántes que el nudo
Del matrimonio enlazase
Dos almas, de su hermosura
Firme galan, tierno amante
La sirvió. Si fué culpada
En este amor, tú lo sabes,
Pues publicaste naciendo
Sus necias facilidades.
Si fué su esposa despues,
Tambien fué su dama ántes,
Y el futuro matrimonio
No la disculpó de fácil.
Casóse con ella en fin,
Que es el yugo mas süave,
Cuando á su coyunda llegan
Dispuestas dos voluntades.
Nací yo, y el Conde muerto,
Tú, por mayor, te llamaste
Condesa de Barcelona,
Sin ser legítima parte;
Pues hay cláusula que diga,
Y hay antigüedad que mande,
Que si hay legítimo hijo,
Este herede, y cuando falte,
El bastardo y natural:
Luego á mí es bien que me aclamen
Por señora, siendo yo
Legítima, pues durante
El matrimonio nací;
Y tú natural, pues ántes
Que fuese su esposa, fuiste
Fruto humilde, si no infame.
Quise por piadosos medios
Convencerte y obligarte,
Haciendo campo del duelo
Jurídicos tribunales;
Pero tú, con mas poder,
Con mas industria ó mas arte,
Hiciste á los jueces tuyos;
Que no hay cosa que no alcance
Sin justicia el interes,
Pues quien la tiene no sabe
Sobornar; quien no la tiene,
Como del medio se vale,
Consigue lo que desea;
Y por esto en tiempos tales
Vemos valer las mentiras,
Y padecer las verdades.
Saliste con la sentencia;
Pero yo viendo parciales
Los jueces, para mí apelo
De una sinrazon tan grande.
Ya no quiero que te informen
De mi justicia legales
Derechos, sino las voces
De la trompeta y el parche;
Y así trueco hojas de libro
A las hojas de diamante,
Los consejos á las fuerzas,
Los depuestos tribunales
A las campañas, las plumas
Que atrevidas se deshacen
Entre los rayos del sol,
A cuyo metal se abaten,
A las plumas lisonjeras
De los vistosos plumajes,
Que en opuestos tornasoles
Son primaveras del aire.
La toga trueco á la malla;
Que en las escuelas de Marte,
El soldado que pelea
Es el letrado que sabe.
Señores hay que me sigan,
Príncipes hay que me amparen,
Reyes que me favorezcan,
Y vasallos que me aclamen
Su legítima señora;
Y cuando todos me falten,
No podré faltarme yo,
Que soy de mí misma atlante;
Pues el invencible acero
Será en mi mano bastante
Para postrar á mis piés
Montes de dificultades.
Suene alentado el clarin,
Resuene oprimido el parche,
Gima el bronce repetido,
Y abrasado el plomo brame;
Que no solo á Barcelona
Pienso gobernar triunfante,
Pero sujetar despues
Del mundo las cuatro partes.

AURORA.

Si la pasion y el enojo,
En tu discurso dejasen
Lugar adonde cupiese
El desengaño, bastante
Le vieras en tus razones;
Pues la que juzgas mas grande
En tu favor, hoy pudiera
Contra tí misma informarte.
Tambien confieso que el Conde
(Quiera el cielo que descanse
En mayor quietud) murió,
Sin que entre las dos dejase
Declarada la justicia,
Causa de enojos tan grandes:
Confieso que enamorado
De una dama, cuya sangre,

Digitized by Google

Cuyo valor y virtud
Vive en estatuas de jaspe
(Que no es bien, cuando no fuese
Tal, que yo la murmurase;
Porque ¿quién me honrará á mí
Si yo misma no sé honrarme?)
Solicitó sus favores,
De cuyas finezas, ántes
Que se casase, gozó
Anticipadas señales;
Mas no ántes de ser su esposo;
Porque si entónces amantes
Se dieron palabra, ya
Se casaron; que es bastante
Matrimonio para el cielo
La union de dos voluntades.
Y cuando no fuese así,
El dia que llegó á darle
La mano, legitimó
Mi persona. Y esto baste,
Sin el comun parecer
De hombres doctos, á quien hace
Tu malicia lisonjeros,
Cuando en ocasiones tales
A los que sabios gobiernan,
Y á los que juzgan leales,
No hay soborno que los venza,
Ni interes que los ablande.
Mas cuando de la sentencia
A tí apeles, y arrogante
El templado acero vistas,
Cuyos hermosos celajes
Sirvan de espejos al sol,
Y en tornasoles errantes,
Hecha una selva de plumas
La celada, retratase
Un sol que entre pardas nubes
Sepultando estrellas sale:
Cuando el valeroso Conde
De Ruisellon hoy te ampare
Con dineros y con gente,
Como esposo y como amante:
Cuando en tu ejército asistan
Uno ó muchos desleales,
(No sé si alguno me escucha,
No importa; paso adelante)
Que te ofrezcan su favor,
Que su señora te llamen,
Siendo causa entre las dos
De tantas enemistades:
No importa; que tambien yo
Sabré altiva, y no cobarde,
Vestir el templado acero,
Y en un caballo arrogante,
Parto que engendró la tierra,
Hijo del fuego y del aire,
Sabré humillar tus soberbias,
Abatir tus vanidades,
Deshacer tus pensamientos,
Postrando altivez tan grande.
Y así, Estela, ántes que llegue
Con acciones semejantes
A romper montes de acero,
Despojo á mi ofensa fácil;
Antes que llegue ofendida
A vencerte y derribarte,
Parte el Estado conmigo:
Mandemos en él iguales;
Tuyo será, siendo mio;
No te muevan, no te ablanden
Imposibles pretensiones
Tan léjos de ejecutarse.
Y este no es temor; pues cuando
(Como tú dijiste) brame
El bronce y el plomo gima,
Sonando el clarin y el parche,
No habrá temor que me venza,
No habrá furia que me espante,
Asombro que me estremezca,
Ni muerte que me acobarde.
¿Qué me respondes?

ESTELA.

Que quiero
Mandar sola, y no es bastante
Tu razon á convencerme
Con fingidas humildades.
Hoy te declaro la guerra.

AURORA.

Pues bien será desterrarte;
Que apartar al enemigo,
Es razon. Sal al instante
De Barcelona.

ESTELA.

Sí haré;
Y me huelgo de dejarte
En el Estado que tienes,
Por tener mas que quitarte.

RUISELLON.

Aurora, no te parezca
Que con amenazas tales
Como tu valor promete,
La venzas, ni me acobardes.
De tu Estado (si es que es tuyo),
Estela saldrá al instante
Para ser señora en otro,
Miéntras vuelve á coronarse
En este; pues faltará
Luz al fuego, aliento al aire,
Agua al mar, flores al suelo,
Antes, bella Aurora, ántes
Que mi Estado, hacienda y vida
A Estela divina falten.

LOTARIO.

Yo de Aurora bella sigo
Los banderas, por hallarme
De parte de su justicia;
Y hasta que llegue triunfante
A ser única en el cetro
Como en la beldad, mi sangre,
Mi sér, mi vida y mi Estado
Rendido á sus plantas yace.

Unos.

¡Viva Estela!

Otros.

¡Aurora viva!

AURORA.

Pues la guerra declaraste,
Guárdate de mí, que soy
Fuego, que un monte deshace.

ESTELA.

Yo rayo, hijo de ese fuego.

AURORA.

Ira soy, que vierte sangre.

ESTELA.

Yo sóberbia, que la bebe.

AURORA.

Yo un basilisco.

ESTELA.

Yo un áspid. (*Vanse todos, menos Rugero y su criado.*)

ESCENA III.

RUGERO, ALEJO.

ALEJO.

¿A qué hemos venido acá?
¿A solo guerra, señor?

RUGERO.

Si la guerra altivo honor
Fuera de la patria da,
En ella será forzoso
Darle mas adelantado.
Dime, ¿á cuál te has inclinado
De las dos?

ALEJO.

Estoy dudoso
Hasta ahora.

RUGERO.

¿En qué lo estás?

ALEJO.

Pues me preguntas en qué,
Diréle: en que yo no sé
En qué parte están los mas.
Mas dime tú á quién te inclinas.

RUGERO.

Son dos prodigios humanos,
Dos sugetos soberanos,
Son dos mujeres divinas,
Son de la hermosura dueños;
Y Aurora es ángel en fin.

ALEJO.

Y Estela es un serafin,
Si hay serafines trigueños.

RUGERO.

Es Aurora...

ALEJO.

No prosigas;
Que estás obligado ahora
Al concepto de la Aurora,
Y no quiero que le digas...
¿Mas hablas de véras?

RUGERO.

Sí.

ALEJO.

¿En un punto, en un instante
Puede un hombre hablar amante?

RUGERO.

Bien puede ser.

ALEJO.

¿Cómo? di.

RUGERO.

Cuando amor con arco y flecha
Los corazones heria,
Espacio el alma tenia
Para morir satisfecha
De un blando dolor; despues
Que pólvora se inventó,
Y armas de fuego tomó,
Hace el efecto que ves;
Y así en un punto amor ciego
Vence ya; porque no es bien
Que mate despacio, quien
Mata con armas de fuego. (*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de la Condesa.

ESCENA IV.

LOTARIO, CELIO.

LOTARIO.

No hay mujer, Celio, en rigor,
Que aunque se muestre ofendida,
Le pese de ser querida,
Que es un exámen amor
Del ingenio, del valor,
De la hermosura extremada,
La discrecion celebrada;
Y siendo imposible cosa
Que una sienta ser hermosa,
Lo es que sienta ser amada.
Yo quiero, y aunque no alcanza
Mi amor cobarde hasta ahora
Merecer tan gran señora,
No he perdido la esperanza.
Todo vive á la mudanza
Sujeto, y mas la mujer;
Y así, aunque hoy la llegué á ver
Ofenderse y desdeñarse,
Espero que por mudarse
Ha de venirme á querer.
Ame y sienta su rigor
Hasta ver la suerte mia,
Que al fin vence quien porfía,
Y mas en guerras de amor.

CELIO.

Si tú eres conde, señor,
De Urgel, y por tu persona
Digno de mayor corona,
¿Qué temes, cuando á tu estrella

Digitized by Google

Nada excede Aurora bella,
Condesa de Barcelona?
Aquí viene.

ESCENA V.

AURORA, DIANA.—LOTARIO, CELIO.

LOTARIO.

(*Ap*. El sol me ciega,
Si la miro: hermosa es.)
Hoy á esos invictos piés (*A Aurora*.)
Un nuevo soldado llega,
Que á vuestro servicio entrega
Un escuadron de soldados,
Donde vienen alistados,
Para amaros y serviros,
Lágrimas, penas, suspiros,
Pensamientos y cuidados.
Por capitan viene amor
Resuelto á cualquiera daño,
Y por cabo el desengaño,
Cabo y fin de su rigor;
Por artillero mayor
El corazon, porque luego
Que os mira, turbado y ciego,
Rayos á los vientos da;
¿Qué mucho si en él está
Toda la esfera del fuego?
Luego os vienen á servir
De centinelas mis ojos:
Bien que mis penas y enojos
No les dejarán dormir,
Ellos sabrán resistir
Sueño á la noche y al dia;
Y para perdida espía
Viene mi loca esperanza,
Que bien este nombre alcanza
Mi esperanza, por ser mia.
Para hacer minas, tambien
Conmigo vienen los celos.
Porque siempre sus desvelos
Lo mas escondido ven:
Ingenieros son, á quien
Ninguna máquina yerra,
Pues en la amorosa guerra
Saca á luz su resplandor
Estratagemas de amor
De debajo de la tierra.
Esto os ofrezco, y despues
Mi vida, Aurora, entre tantas;
Que es bien sirva á vuestras plantas
Vida que tan vuestra es.
Todo se ofrece á esos piés;
Triunfad, y vuestra persona,
Digna de mayor corona,
La imperial ceñida vea,
Porque todo el mundo sea,
De quien es hoy Barcelona.

AURORA.

Invicto conde de Urgel,
Cuya heróica frente viva,
Ya coronada de oliva,
Ya ceñida de laurel,
No es ser altiva y cruel
El no ofreceros la vida,
A esa accion agradecida,
Porque, dudosa y turbada,
No sé si estoy obligada,
No sé si estoy ofendida.
Si aqueste favor merezco
Como mujer que amparais,
Y de amor os olvidais,
A vuestras plantas me ofrezco,
Yo le estimo y le agradezco;
Pero si el favor intimo
Que ofreceis (mal me reprimo),
Como mujer que quereis,
Que amais y que pretendeis,
Ni le agradezco, ni estimo.
Así á un tiempo combatida,
No sé, desta accion dudosa,
Si he de responder quejosa,
Lotario, ó agradecida.
No fué ofensa el ser querida;
El decírmelo lo fué:
Mi respuesta en vos se ve,
Diga vuestra voz turbada
Si quereis que esté agraviada,
O que agradecida esté.

LOTARIO.

Es argumento en amor
Tan sofístico y tan nuevo,
Que á determinar no atrevo
De dos males el menor.
No sé cuál me esté peor,
O no amaros, ó no veros
Obligada; si el quereros
Es ley, fuerza es agraviaros;
Pues si os ofende el amaros,
¿Qué hiciera el aborreceros?
De cualquiera suerte muero
En el loco amor que sigo,
Si le callo y si le digo,
Si os aborrezco ó si os quiero:
Y pues que la muerte espero
Cada punto, cada instante,
Máteme un amor constante;
Que necia eleccion hiciera
Quien de mudable muriera,
Pudiendo morir de amante.
Así el favor que mirais,
Amor fué quien lo causó:
Sabed que os adoro yo,
Y no me lo agradezcais:
Aunque si vos misma hallais
Que la culpa de amor fué
El decirlo, yo amaré
Callando, porque se escriba
Que soy una estatua viva
Que se ofrece á vuestra fe.
Yo os doy palabra que siga
Vuestra justicia y derecho,
Sin que dé muestras el pecho,
Y sin que la lengua diga
Que es amor el que me obliga:
Pero vos, divino encanto,
No esteis satisfecha tanto,
Que podrá ser (no os asombre),
Que la Aurora que os dió el nombre,
Os dé su amor y su llanto.
(*Vanse Lotario y Celio*.)

ESCENA VI.

AURORA, DIANA.

DIANA.

¡Qué en tí, señora, estuviste!
Y no sé en leyes de amor
Si es crueldad, ó si es valor
El que tanto se resiste.

AURORA.

¡Qué bien, Diana, dijiste,
Pues no es valor, ni crueldad!
Valor, pues la voluntad
A ajeno dueño rendí;
Ni es crueldad, pues que ya ví
Otro dueño con piedad.
No sé qué digo (¡ay de mí!);
Mas bien, Diana, lo sé:
Yo ví, yo quise, yo amé.
Ya lo dije, ya rompí
El secreto; y pues de tí
Fio los necios enojos,
De mis fáciles antojos,
Salgan con cordura poca
Los suspiros á la boca,
Las lágrimas á los ojos.
Mucho, Diana, te fio;
Pero bien está mi pecho
De tu lealtad satisfecho;
Vuelvo, pues, al llanto mio.
Blasonaba mi albedrío
De libre (mal blasonaba),
Y un dia, que lugar daba
A necias melancolías,
Sola por las galerías
Del jardin me paseaba.
El mar á una parte via,
Que con azules bosquejos,
Entre las sombras y léjos,
Varios paises fingia;
A otra un jardin, donde habia
Flores de rizadas plumas,
Tal, que es razon que presumas
Entre léjos y colores,
Al jardin un mar de flores,
Y al mar un jardin de espumas.
Allí el viento levantaba
Edificios de cristal,
Y el aura aquí celestial
Los de rosas humillaba;
Allí el agua murmuraba
De los céfiros herida,
Y en las hojas repetida
La tierra aquí; y en tal calma
Toda era sombras el alma,
Toda imágenes la vida.
Dispuesta la voluntad
A amar entónces vivia;
Que amor es filosofía
Hallada en la soledad.
La ociosa curiosidad,
Al parecer, me culpaba
De que yo sola no amaba,
Y díjele: Yo tambien
Amara, si hubiera á quién.
Divertida en esto estaba,
Cuando á mis piés un retrato
De un hombre (que acaso allí
Perdió alguna dama) ví,
Cuyo pincel no fué ingrato
Al dueño. Suspensa un rato,
Dudé si era cierto, ó era
Una imágen lisonjera
De mi misma fantasía,
A quien el alma decia:
A este amara, si á este viera.
En fin, los vanos desvelos
De un triste, ó la privacion
De una imposible aficion,
O la espuela de los celos,
O la fuerza de los cielos,
Que su máquina perfeta,
Siempre en sí misma inquieta,
Contra mi pecho previno
En aquel punto el destino
De algun amante planeta...
Fué en fin mi desdicha (ví
Un hombre) ó mi estrella fué:
A este quise, y á este amé,
Mi libertad á este dí.
Advierte, Diana, aquí,
Si yo en mis locos desvelos
Celos tengo y amor (¡cielos!),
Con tan extraño rigor,
Que ni sé á quién tengo amor,
Ni sé de quién tengo celos.

DIANA.

Con admiracion te escucho.
¿Que no sabes cuyo fué?

AURORA.

A nadie lo pregunté.

DIANA.

Muestra, yo conozco mucho,
Lo diré. (*Ap*. Conmigo lucho.)

AURORA.

Mira, Diana.

DIANA.

¡Ay de mí!

AURORA.

¿Hasle conocido?

DIANA.

Sí.

Digitized by Google

AURORA.
¿Sabes su nombre?
DIANA.
¿Pues no
He de saberlo, si yo
Este retrato perdí?
AURORA.
¡Qué dices? Midan los cielos
Mi dolor con tu dolor;
Mis celos dije y mi amor,
Tu amor dijiste y tus celos:
Unos son nuestros desvelos,
Presto, Diana, vengaste
Tu agravio.
DIANA.
Señora, baste
La presuncion hasta aquí;
Que aunque es verdad que perdí
El retrato que tú hallaste,
Tu temor ha sido vano;
Porque el retrato que ves...
AURORA.
No dudes, dí cuyo es.
DIANA.
Es de Rugero mi hermano.
AURORA.
Hoy nueva esperanza gano
Con tal desengaño yo.
DIANA.
Cuando de aquí se partió
A Italia, para una dama
Que amaba...
AURORA.
¿Y ya no la ama?
DIANA.
No, pues della se ausentó.
Se retrató, y disgustado
Me lo dejó á mí, y no á ella.
AURORA.
¿Y era esa dama muy bella?
DIANA.
No hermosa, mas con agrado.
AURORA.
¿Y está muy enamorado
Todavía?
DIANA.
No, señora.
AURORA.
¿Sábeslo tú?
DIANA.
¿Quién lo ignora?
AURORA.
¿De qué?
DIANA.
Sélo claramente
De que es hombre, y está ausente.
AURORA.
¿Y era su nombre?
DIANA.
Leonora.

ESCENA VII.

ALEJO. — AURORA, DIANA.

ALEJO.
¡Válgate Dios por Diana,
O por diablo! ¿Dónde estás?
DIANA.
¡Ah soldado! ¿dónde vas?
ALEJO.
A besar de buena gana
Con toda esta boca alana,
Por el gusto deste dia,
El pié de vueseñoría;
Tragaré, cuando le bese,
El chapin, como si fuese
Chapin de pastelería.
DIANA.
¡Alejo!
ALEJO.
Señora.
DIANA.
Cesa
De loquear.
ALEJO.
A esto nací.
DIANA.
Considera que está aquí
Mi señora la Condesa.
ALEJO. (*A Aurora.*)
A mí pecador me pesa,
Y mucho, de haber llegado
Tan grosero y tan turbado
A vuestras plantas, señora;
Mas no fuérades Aurora,
A no haberme deslumbrado.
Beso, no el pié ni escarpin
Que el pié alabastrino toca,
Ni aun besa mi sucia boca
El zapato, ni el chapin,
Ni la tierra, que está al fin
Tan cerca; si no se yerra
Mi memoria, aquí se encierra
Piedra de un rayo, esta beso,
Y vendrá á quedar mi beso
A siete estados de tierra.
DIANA. (*A Aurora.*)
Es un loco...
ALEJO.
¿Quién lo ignora?
DIANA.
Y así á mi hermano entretiene.
AURORA.
¿Viene Rugero?
ALEJO.
No viene,
Porque ha venido, señora.
A la puerta queda ahora
Esperando á ver su hermana,
La bellísima Diana.
Mas yo, que no sé esperar,
Me entré acá dentro, hasta hallar
Tu hermosura soberana,
Por no perder mi por qué.
AURORA.
Esta cadena te doy; (*Le da una.*)
Que estando con guerras hoy,
Es bien que albricias te dé
De que en mi campo se ve
Tal soldado.
ALEJO.
¿No dirás
Tales, puesto que verás,
Que somos los dos iguales,
Dos tales, y aun dos por cuales?
Que él ni yo no somos mas.
AURORA.
Dí que entre Rugero á verme.
(*Vase Alejo.*)

ESCENA VIII.

AURORA, DIANA, RUGERO, ALEJO.

AURORA.
Diana, tu pecho fiel
No le descubra mi amor;
Y pues de tí me fié,
Débate mas mi secreto
Que tu sangre. Advierte pues
Que el dia que mi aficion
Digas á Rugero, en él
He de vengarme; tirana,
Mas que piadosa, seré.
DIANA.
Conocerás mi lealtad.
Mas dime, ¿cómo sabré,
Si hace, visto, el mismo efecto?
Y es fácil, como me dés
Una seña.
AURORA.
Pues Amor
Y Marte á un tiempo se ve
En mi pecho (estáme atenta),
Los dos la seña han de ser:
Marte, si parece mal,
Amor, si parece bien.
Lo primero que nombrare
Me ha parecido. (*Salen Rugero y Alejo.*)
RUGERO. (*Arrodíllase.*)
A tus piés
Llega, bellísima Aurora,
Un soldado, cuya fe
Pretende abrasado y ciego
Resistir y defender
Tanto fuego, tantos rayos,
Como el águila, que ve
Al sol mismo, y en el viento
Reina de las aves es.
Mas no soy águila yo,
Mariposa sí, que al ver,
Haciendo á la llama visos
Las alas de rosicler,
Muere en su mismo deseo.
Mas si con vida me ves,
Tampoco soy mariposa,
Sino aquel pájaro, aquel
Prodigio, que nace y muere
Hijo y padre de su sér;
Pues en mis propias cenizas
Perdí la vida, y despues
La volvió á resucitar
Tal favor y tal merced;
Siendo mi vida á la llama,
Al fuego y al sol tambien,
Mariposa si se quema,
Aguila hermosa si os ve,
Y Fénix si muere y vive
A vuestros ojos; porque
Sea solo un corazon
Imágen de todos tres.
AURORA.
Seais, Rugero, bien venido.
Ya, ¿qué tengo que temer,
Si en mi defensa se emplea
De vuestro brazo el poder?
Alzad, no esteis en la tierra,
Rugero; porque no es bien
Que quien merece los brazos,
Tanto sin ellos esté.
Dad los vuestros á Diana,
Vuestra hermana, que yo sé
Que ha dias que lo desea:
Llegad á hablarla.
RUGERO.
Despues,
Señora, hablaré á Diana,
Que ahora no es tiempo.
AURORA.
¿Por qué?
RUGERO.
Porque en la presencia vuestra
Ni ha de buscar, ni tener
El alma segundo objeto,
Señora; porque no es bien
Mudar á segunda especie
La gloria que en vos se ve.
¿Si no es para mejorarse,
Quién se mudó? Siendo, pues,
Cierto mi argumento, yo
Que he llegado á merecer
Veros, ¿por qué he de dejar,
Hasta que vos me dejeis,
Pues no puedo mejorarme?
AURORA. (*Ap.*)
¡Qué argumento tan cortés!

Digitized by Google

DIANA.
Dice bien Rugero, y yo
Perdono al tiempo esta vez
La dilacion por tal causa. —
¿Qué te parece? (*Ap. á Aurora.*)

AURORA.
No sé.

DIANA.
¿Quién vive, Marte ó Amor?

AURORA.
Yo te lo diré despues. —
Mucho habeis estado ausente.
(*A Rugero.*)

RUGERO.
Mucho, que no pudo ser
Poco, estándolo de vos.

AURORA.
Aunque por disgusto sé
Que os ausentásteis, quisiera,
Solamente por saber
(Que en efecto fué el primero
Delito de la mujer),
Quisiera que me dijérais
Todo el caso como fué;
Que tendré gusto de oirle
Muy despacio.

RUGERO.
No podré,
Que está ya muy olvidado;
Pero la obediencia es ley.

DIANA. (*Ap. á Aurora.*)
¿Qué tenemos, paz ó guerra?

AURORA.
Yo te lo diré despues.

RUGERO.
En la ilustre Barcelona,
A cuyo altivo dosel
El mar con rizas espumas
Argenta el sagrado pié,
Nací noble, que en un hombre
La dicha primera es;
Moncada, en fin, deudo tuyo,
Que no hay mas que encarecer.
El ocio y la juventud
¿A quién libraron, á quién
Del yugo de amor? Perdona,
Que es fuerza, si has de saber
La causa, que hable de amor
En tu presencia.

AURORA.
Está bien;
Prosigue, di.

RUGERO.
En un caballo
Por Barcelona pasé
Un dia, que mis desdichas
Todas nacieron en él;
Que este dia en un reja
Con mas cuidado miré
Una dama, á quien serví
Algunos dias...

AURORA.
Tened,
Que vais muy apriesa; poco
Os han llegado á deber
Ese caballo, esa dama,
Pues la relacion haceis
Sin pintar uno ni otro,
Que es de relaciones ley.

RUGERO.
No es importante el caballo;
Y si la dama lo es,
¿Quién en presencia del alba
Pintará la noche? ¿Quién
Con el sol verá un lucero,
Ni una llama, cuando esté
Lleno de rubias estrellas
El cristalino dosel?
¿Quién pintó un cárdeno lirio
En presencia del clavel?
¿Un alhelí de la rosa?
Y al fin, bella Aurora, ¿quién
Pintará ajena hermosura,
Donde la vuestra se ve?
Pues mas quiero que mi voz
Sujeta, señora, esté
A descuidos de ignorancia,
Que á culpas de descortes.

AURORA.
Las vuestras perdono, y quiero
Muy por extenso saber
Cómo fué todo.

RUGERO.
Escuchadme,
Que desta manera fué.

DIANA. (*Ap. á Aurora.*)
¿De qué ramas le coronas?
¿Es oliva, ó es laurel?
Declárate ya.

AURORA.
No puedo;
Yo te lo diré despues.

RUGERO.
Salí en un caballo hermoso,
A quien el docto pincel
De naturaleza hizo
Con mas estudio, y á quien
Hijo del viento engendró
En las orillas de aquel
Centro de animados rayos,
Un andaluz cordobes:
Todos los cuatro elementos
Hicieron un mapa en él,
Tierra el cuerpo, mar la espuma,
Viento el alma y fuego el pié.
Este, pues, aire sin plumas,
Rayo sin luz, este pues,
Ocupaba tan señor
De mis acciones y dél,
Que su instinto no tenia
Mas obediencia ó mas ley,
Que el gobierno de las manos
Y la eleccion de los piés:
Cuando en un balcon, señora,
Que, ó por asistir en él
Un sol, ó por ser azul,
Pedazo de cielo fué,
Vi una dama, vi al sol mismo,
Que mas triste alguna vez,
Por el balcon del oriente
Le he visto yo amanecer.
Al hacerla cortesía
Hasta el suelo me incliné;
Que, por lisonjear al dueño,
Sabe un bruto ser cortes.
Doradas hebras al viento
Flechaba, que amor cruel,
Cansado del arco y flecha,
Trocó la aljaba á la red.
Cejas grandes, ojos negros
Que sobre la blanca tez,
Muestra que la oposicion
Es hermosura tambien.
Pequeña boca, que junta
Era un hermoso clavel,
Y partida, dos rubíes,
Que sirviendo de cancel
Al tesoro de sus perlas,
Dejaban ver y no ver
El marfil, tal vez negado,
O concedido tal vez.
Manos blancas, gentil talle,
Y en todo tan gentil fué,
Que con ser amor su dios,
Con amor no tuvo fe.
En fin, era en breve suma
Del soberano poder
El mas dilatado amago
Que hizo el natural pincel;
Era un rasgo...

AURORA.
Bien está,
Rugero.

RUGERO.
No os enojeis
Si como fué os lo repito;
Que desta manera fué.

AURORA.
Aunque fuese, habeis andado
Muy grosero y descortés;
Bien que la pintarais quise,
No que la pintarais bien.
No prosigais; que no quiero
Que en el cándido papel
De mis orejas, se imprima
La imágen de quien haceis
Vuestras razones matices,
Siendo la lengua el pincel.

RUGERO.
Señora...

AURORA.
Basta, Rugero.

RUGERO.
Mirad, que la causa fué
Vuestro gusto.

AURORA.
Y mi pesar. —
Diana, conmigo ven.

DIANA. (*A Aurora.*)
¿Eres Vénus, ó eres Pálas?

AURORA.
No sé, Diana, no sé:
Marte venció con los celos,
Amor venció con la fe;
Guerra dice quien le oye,
Paz publica quien le ve;
Laurel es, si he de olvidar;
Oliva, si he de querer;
Y al fin, ya Vénus, ya Palas,
Entre el favor y el desden,
Venció amor para conmigo,
Y Marte para con él.
¿Mas qué es esto? (*Se oyen cajas.*)

ESCENA IX.

LOTARIO. — AURORA, DIANA, RUGERO, ALEJO.

LOTARIO.
Bella Aurora,
Sal donde tu hermosa vista
Del necio vulgo resista
La turbacion; porque ahora,
Viendo que Estela se parte,
Ya de la piedad movidos,
Ya del interes vencidos,
Muchos, valiendo su parte,
Que no se ausente desean,
O por ostentar lealtades,
O por valer novedades.
Y como á tí no te vean,
Sus lágrimas te harán guerra;
Porque á todos despidiendo
Va con engaños, diciendo
Que su hermana la destierra
De Barcelona: de suerte,
Que allí tu presencia importa:
Este alboroto reporta.

AURORA.
¿Pues Barcelona no advierte
Que queda en su amparo Aurora,
Hermana mayor de Estela,
Y sin engaño ó cautela
Su legítima señora?
Si Estela á sí se destierra,
Yo ni la fuerzo, ni sigo;
Quédese á mandar conmigo,

Digitized by Google

Y cese por mí la guerra.
Viva en Barcelona altiva,
Teniendo en ella igual parte;
Porque entre el Amor y Marte,
Muera Marte y Amor viva.
(*Vanse Aurora y Diana.*)

ESCENA X.

RUGERO, LOTARIO, ALEJO.

RUGERO.

Pues desta ocasion espero
Honrarme, no me negueis
Los brazos que me debeis.

LOTARIO.

¡Oh valeroso Rugero!
¿Quién duda que una ocasion
Hoy tenga á los dos aquí?

RUGERO.

Yo solo diré de mí,
Que la justa pretension
De Aurora sigo, y por ella
Daré mil veces la vida,
Dichosamente perdida
En su servicio. ¡Qué bella,
Qué cuerda, qué generosa!
Le dió igual naturaleza
El ingenio y la belleza.
¡Qué liberal! ¡qué piadosa!
Siempre la paz pretendió.
Cuando razon no tuviera,
Por sus virtudes se hiciera
Señora del mundo.

ALEJO.

Yo,
Miéntras que los dos hablais,
Ver en lo que pára quiero
Esta novedad. (*Vase.*)

LOTARIO.

Rugero,
Bien claramente mostrais
En lo que cuerdo decis,
Y en lo que valiente haceis,
La fama que mereceis,
La opinion que conseguis.
¿Quién, Rugero, no procura
Seguirla en esta ocasion?

RUGERO.

Su valor, su discrecion
Y celebrada hermosura,
Que en competencia se atreve
Á la luz que nos fatiga,
¿Qué voluntades no obliga?
¿Qué corazones no mueve?
Que haya quien niegue me espanto,
Su valor.

LOTARIO.

Basta, Rugero,
Que bien que la alabes quiero,
Mas no que la alabes tanto.
(*Ap.* Siempre amor fué desigual,
Pues de lo que quiere bien
Siente que le digan bien,
Siente que le digan mal.
No hicieron cosa los cielos
Tan sujeta á sus mudanzas:
Celos dan las alabanzas,
Y los desprecios dan celos.
El nombre en ajenos labios
Siempre dar penas pretende,
Pues con lisonjas se ofende,
Y se ofende con agravios.
¿Cómo con Rugero haré,
Que aun para alabar su nombre,
Ni la imagine ni nombre?)

RUGERO.

¡Qué cuerdamente que fué
Publicando paz! ¡Por Dios,
Que es su valor singular!

LOTARIO.

¿En ella volveis á hablar?

RUGERO.

Hablo porque callais vos.

LOTARIO.

(*Ap.* Mucho Rugero atropella:
Al principio de un engaño
Puede remediarse el daño;
Diréle mil males della.)
Callo, porque nunca yo
Lo que es dudoso afirmé;
Y aunque la sirvo, no sé
Si tiene justicia ó no;
Pues si Estela no tuviera
Tambien su justicia clara,
Estas guerras no intentara,
Ni el de Ruisellon le diera
Favor. Esto es cuanto á esto;
Cuanto á que hermosa se ofrece,
Lo es, si á vos os lo parece,
Para vos; pero es muy presto.
En cuanto el haber pensado
Que es tan cuerda y tan discreta,
Prudente, sabia y perfeta,
Quedaréis desengañado.

RUGERO.

Aurora es señora mia,
Y dejando aparte el ser
La mas principal mujer,
Cuyo honor es sol del dia;
Quien pensare que no fué
La mas bella y mas hermosa,
Cuerda, afable y generosa
Del mundo... Sustentaré
Solo, desnudo ó armado
En el campo, en la estacada,
Cuerpo á cuerpo, espada á espada,
Que á lo ménos se ha engañado,
Y á lo mas mentido.

LOTARIO.

Presto
Será tu muerte castigo
De mi agravio. (*Sacan las espadas.*)

ESCENA XI.

AURORA, DIANA, ALEJO.—RUGERO, LOTARIO.

ALEJO.

Fuera, digo.

AURORA.

¡Espadas aquí! ¿Qué es esto?

RUGERO.

Es satisfacerte así
De una ofensa.

LOTARIO.

Es defenderte
De una injuria desta suerte.

AURORA.

¿Cómo me amparais á mí
Los dos, y reñis los dos,
Si causa de entrambos fué?

LOTARIO.

Yo, señora, la diré.

RUGERO.

Y yo tambien.

AURORA.

Callad vos,
Rugero, y hable el de Urgel.

LOTARIO. (*Ap.*)

¡Válgame el ingenio hoy!

AURORA. (*Ap.*)

Así no verán que estoy
Apasionada por él.

RUGERO.

A ningun temor me obliga
Que hoy el Conde en tu presencia
Diga, Aurora, la pendencia;
Mas temo que no la diga.
Quédese en aqueste estado,
Y lo que ello fuere sea.

LOTARIO.

El que partidos desea,
Ya se confiesa culpado:
Siempre al silencio se obliga
El que sin razon se ve.

AURORA.

Decidme vos cómo fué.

RUGERO.

No hayas miedo que él lo diga.

LOTARIO.

Miéntras tu vista procura
Apaciguar aquel bando,
Quedamos los dos hablando
De tu valor y hermosura,
Y dije: «Cuando no fuera
La legítima señora,
Por sus virtudes Aurora
Reina del mundo se hiciera,
Demas de que su justicia
Es clara». Á esto respondió:
«No hablo en esas cosas yo;
Porque la humana malicia
A Estela no la moviera,
Sin tener justicia clara,
A que guerras intentara,
Ni el de Ruisellon la diera
Favor. Esto es cuanto á esto:
Cuanto á que hermosa se ofrece,
Lo es, si á vos os lo parece,
Para vos». Mas descompuesto
Le repliqué: «Es muy mal hecho,
Y en un caballero espanta,
Que tenga distancia tanta
Entre la lengua y el pecho».
Dijo que no me tocaba
Reñir por causa tan poca.
Yo le dije: «Sí me toca;»
Y con cólera mas brava
Proseguí: «que es luz del dia
Aurora....» No digo aquí
Lo mas que dije de tí,
Y que lo sustentaria
En el campo, como era
Todo nuestro honor Aurora.
Esta es la verdad, señora.

RUGERO.

¡Pluguiera á Dios que lo fuera!
Porque yo soy.....

AURORA.

Bien está.

RUGERO.

Quien.....

AURORA.

Me desprecia y ofende.

RUGERO.

Tu fama.....

AURORA.

Borrar pretende.

RUGERO.

Es engaño.

AURORA.

Baste ya.

RUGERO.

Oigame tu Alteza.

AURORA.

Mucho
Debo á mi paciencia.

RUGERO.

Yo
Soy.....

AURORA.

Quien en mi ofensa habló.

DIANA. (*Ap.*)

¿Esto de Rugero escucho?

Digitized by Google

RUGERO.

No, sino que solo intenta
Que tu fama eterna vuele.
Como en el teatro suele
Errarse el que representa,
Y otro que los versos sabe,
Decirlos por el que erró;
Así suspendido yo
A tu enojo hermoso y grave,
Tardé en hablar siendo fiel,
Y enmendóme mi contrario;
Mas cuanto ha dicho Lotario,
Son versos de mi papel:
Y aunque tu rostro me ciega,
Viven los cielos, que yo
Soy el que te defendió.

AURORA.

Tarde la disculpa llega.
A Lotario he examinado
Con muestra mas verdadera,
Y en mi ofensa no dijera
Quien estaba enamorado:
Así á creerle me obligo,
Pues vos no lo estais de Aurora,
Sino solo de Leonora.
Venid, Lotario, conmigo;
Muestren mis favores hoy,
Con agrado y con desden,
Lo que puede el hablar bien.
(*Ap. á Diana.* ¡Ay Diana, muerta voy!)
(*Vanse todos, ménos Rugero.*)

ESCENA XII.

RUGERO.

¿A quién no espanta y admira
Ver, con tanta novedad,
Que padezca la verdad
A manos de la mentira?
¡Oh pasion dura y cruel
De la estrella en que nací!
Yo las gracias merecí,
¡Y viene á gozarlas él!
Ya no tendré dicha alguna;
Pues aunque en tanto rigor
De mi parte esté el amor,
De la suya la fortuna.
Y si en la opinion dudoso
Mi amor es amor hurtado,
Finezas del desdichado
Serán premios del dichoso.
Sal, oculto resplandor
De la verdad: ¿dónde estás?
Verémos quién puede mas,
La fortuna, ó el amor.

JORNADA SEGUNDA.

Playa de Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, DIANA.

DIANA.

Esta es la verdad, señora.

AURORA.

Diana, en vano procuras
A mis desdichas consuelo,
Ni á mis ofensas disculpa.

DIANA.

Que él fué el que te defendia,
Con mil juramentos jura.

AURORA.

Algo habia de decir;
Pero tú, Diana, juzga
Que si de un hombre tuvieses
Mil experiencias seguras
De su amor y sus finezas,
Y de otro apénas una,
Que ántes creyeras que habia
Vuelto á las espaldas tuyas
Por tí el que te habia querido.
¿Quién lo niega, quién lo duda?
Rugero es el que me ofende.

DIANA.

Satisfaccion que es tan justa
Hoy te diera con su muerte,
A no mirar que es locura;
Pues ya su vida le importa,
Para que el tiempo y fortuna
Saquen la verdad á luz;
Y pues se dice que nunca
Quiebra, esperemos del tiempo
Las experiencias que apura.

AURORA.

¿Y si llega la experiencia
Cuando ya mi pecho ocupan
Resucitados deseos
Entre esperanzas difuntas?
Mas con todo, quiero hacer,
Pues tú lo pretendes, una
Experiencia entre los dos:
Sabré, con arte é industria,
Cuál me ofende, cuál me obliga.

DIANA.

Verás como se disculpa;
Y pues vienes á alegrarte
A estos jardines, que usurpan
Al año la primavera
Y aquí la tienen por suya,
Treguas dén Amor y Marte,
Señora, á las penas tuyas,
Y alégrate.

AURORA.

Mal podré;
Porque tarde llega ó nunca
El contento al desdichado.

ESCENA II.

LOTARIO; *despues* RUGERO.—DICHAS.

LOTARIO.

Ya vuestra Alteza, si gusta,
Podrá en el mar divertirse:
En su orilla está una urca,
Que es cisne de plata y oro,
Siendo los remos las plumas:
Nada, pensando que vuela,
Cuando sus cristales sulca.
Entre vuestra Alteza en ella;
Será, si su espalda ocupa,
Toro de mejor Europa,
Proteo de luz mas pura. (*Sale Rugero.*)

RUGERO.

El de Ruisellon y Estela,
Teniendo su armada junta,
Vienen contra Barcelona,
Cuyo poder se asegura
La victoria; esto he sabido.
Ahora vuestra Alteza supla
Por el aviso el pesar,
Si de mi boca le escucha;
Que aunque vuestra Alteza esté
Adonde todos procuran
Divertirla y darla gustos,
Yo, que no he sabido nunca
Lo que son, mal podré darlos;
Y así estos pesares sufra,
Que de un hombre desdichado
Son dádivas como suyas.

AURORA.

El mismo semblante tienen,
Cuando en mis extremos luchan,
Las glorias que los pesares;
Pues ni aquestos me disgustan,
Ni aquellos me dan contento;
Y por mostrar que se aunan
Tanto en mí, que los estima
Igualmente mi fortuna,
A los dos os doy las gracias
De las dos nuevas. (*Ap.* Escucha,
Diana, esta es la experiencia
Que mi desengaño busca.)
Y ya que los dos estais
Presentes, de aquella duda
Pasada á los dos absuelvo:
Mi pecho á ninguno culpa,
Y no creo que ninguno
Diga de mí cosa alguna
Que me ofenda; y si la dijo,
Quizá por causas ocultas,
Le perdono.

LOTARIO.

Tus piés beso
Dos mil veces. Hoy pronuncias
La sentencia de mi vida.
Tanto se aumente la tuya,
Que imites la edad luciente
Del sol, que por siglos dura.

AURORA.

¿Pues no llegais vos, Rugero,
A darme las gracias?

RUGERO.

Nunca
Di gracias del beneficio
Que no he recibido. Injusta
Es tu liberalidad
Para conmigo, si excusas
El enojo de esa suerte
De quien te ofende é injuria.
Lotario, pues lo agradece,
Debe de ser (¿quién lo duda?)
Quien ha menester perdon;
Yo no; que donde no hay culpa,
El perdon está de mas.
¿De qué servirá la cura
Donde jamás hubo herida?
No hay respuesta sin pregunta,
Satisfaccion sin agravio,
Ni sin delito disculpa.

LOTARIO.

(*Ap.* ¡Vive Dios, que estoy corrido!
El temor me cegó; mucha
Es mi turbacion.) Rugero,
Si agradecido me escuchas,
No fué porque en mi favor
Agora el perdon resulta,
Sino por ver olvidada
La ofensa, que siendo tuya,
Publiqué yo. Esto agradezco
Solamente.

RUGERO.

¿Que aun procuras
Desmentir esos colores,
Que en tus mejillas dibuja
El temor?

LOTARIO.

¿Temor en mí?
(*Mete mano á la espada.*)

AURORA.

¡Lotario! ¿la espada empuñas?
¡Rugero! ¿qué es esto? ¿Es bien
Que esto en mi presencia sufra?

LOTARIO.

Esa mi brazo detiene.

RUGERO.

Esa me enfrena.

DIANA. (*Ap. á Aurora.*)

¿Qué juzgas
Desta experiencia?

AURORA.

No sé;
En pié se queda la duda.—
Si bien voy mas consolada,
Y por mostrar que no turban
Mi pecho las novedades,
Llegue á la orilla la urca;
Entrad, Lotario, conmigo.
(*Ap.* Desta manera se excusa

Digitized by Google

Su muerte, quedando solos,
Y la sospecha importuna
Que de mi amor resultara,
Si á Rugero en tales dudas
Nombrara.) Quedaos, Rugero.

DIANA

Yo, con la licencia tuya,
No entraré en el mar, señora.

AURORA.

Ya sé que del mar no gustas.

DIANA.

Resisto mal su rigor.

AURORA.

Quédate en tierra. (*Ap.* ¡Ay fortuna,
Y cuántas veces amor
A su costa disimula!)

LOTARIO.

Llegue la urca á la orilla,
Voces dulces y confusas
Rompan los vientos, y todas
Saluden al alba juntas.

ESCENA III.

RUGERO, *despues* ALEJO.

(*Cantan dentro.*)

En vano se atreve, en vano,
A quien la suerte no ayuda;
Que el valor da la osadía,
Y el galardon la fortuna.
Quien no tiene ventura,
Ofensas halla donde agrados busca.

RUGERO. (*Repitiendo.*)

¡Quien no tiene ventura,
Ofensas halla donde agrados busca!
(*Sale Alejo.*)

ALEJO.

Quiero preguntarte, ¿á quién
Tales suspiros envías?
Dime, amante Jeremías
De Doña Jerusalen,
¿Hay lamentacion de amor?

RUGERO.

Vuelve, Alejo, al mar cruel,
Verás mi desdicha en él,
Oirás en él mi dolor.

ALEJO.

Ya volví, y cuando temia
Escuchar de un monstruo fiero:
«¡Ay de tí, triste Rugero,
Si no lloras noche y dia!»
Quieto miro el mar: no creo
Que será tu dolor mucho,
Pues dulce música escucho,
Y un dorado barco veo
Solamente.

RUGERO.

Pues advierte
Que, aunque quieto el mar se ostenta,
Yo estoy corriendo tormenta,
Yo estoy bebiendo la muerte.
Estas voces que has oido
Con amorosa atencion,
Exequias, exequias son
De la vida que he perdido.
El barco ataud famoso
Es, que dice: En este puerto
Yace un desdichado, muerto
A manos de un venturoso.
En él Lotario y Aurora
Van, y la voz me asegura,
Que quien no tiene ventura,
En vano suspira y llora.

ALEJO.

A caber consuelo en tí,
Solo lo pudiera ser,
Cuando ves el barco, ver
Que si va Lotario allí,
Tambien los músicos van,
Que los favores de Aurora
Los estorbarán ahora,
Y despues los cantarán:
Tú sabrás cuanto han hablado.
Muy triste Marte se vió,
Por saber quién le contó
A Vulcano su cuidado,
Y díjole el vil herrero:
¿No he de saber cuánto pasa
Y no pasa, si en mi casa
Tengo músico y cochero?
Pero dejando esto, mucha
Es mi turbacion, señor,
Porque en el barco un rumor
De tristes voces se escucha.

RUGERO.

¿No ves que les hace guerra,
Y que no les da lugar,
Para poderse acercar,
Un viento que de la tierra
Los aparta?

ALEJO.

Ya los remos
Resistirán su rigor.

RUGERO.

Y ya con fuerza mayor
Tierra y mar en sus extremos
Luchan con violencia suma;
Y él que sus furias desata,
Montes fabrica de plata,
Torres levanta de espuma.
Todo el reino de cristal,
Monstruo de vidrio, gigante
De zafir, es nuevo atlante
De la esfera celestial.
Tanto se atreve violento,
Que ya será Aurora bella
Nuevo signo, nueva estrella,
Nueva luz del firmamento.

ALEJO.

Ya en los abismos se encierra.

RUGERO.

Entre las ondas veloces
Sirvan de norte mis voces.
¡Ah patron, á tierra, á tierra!

ALEJO.

Ya triste y desesperado,
Sin remedio alguno, choca
En esa desnuda roca.

RUGERO.

Ya roto y despedazado
En breves partes está.

ALEJO.

Bien de los celos de Aurora
Estarás vengado ahora.

RUGERO.

Argos su vista me da,
O el cielo quiere que vea
(Tanto la piedad le mueve)
Que en guerras de nieve á nieve,
Cristal con cristal pelea:
Y así entre los dos violento,
Seguro podré fiar
Tanto fuego á tanto mar,
Tanta llama á tanto viento.

ALEJO.

Señor, ¿qué intentas? ¡Señor!

RUGERO.

No hay peligro en que repare.
(*Arrójase al mar.*)

ALEJO.

¡Leandro te valga y ampare,
Que es amante nadador!
Poco riesgo le amenaza,
Aunque el mar se haya alterado,
Que de todo enamorado
La cabeza es calabaza.
Mas yo, que no sé nadar,
Rompiendo vientos veloces,
Con mis lastimosas voces
Animo les quiero dar:
Todo mortal abadejo,
Que agora en remojo muere,
Salga á tierra si pudiere:
Tome de mí este consejo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

RUGERO, *trayendo en sus brazos desmayada á* AURORA.

RUGERO.

Si en los brazos se ofrece
Nuevo sol, de las ondas dividido,
Hoy diré que amanece
Segunda vez, segundo oriente ha sido
Ese reino de plata,
A cuyo abismo el cielo se desata.
Mas ¡ay de mí! ¡qué miro!
Nuevo dolor, nuevas desdichas creo,
Mayor estrago admiro,
Si la llama que traigo helada veo,
En cuya sombra oscura
Duerme el sentido y vela la hermosura.
¡Ah mi bien! ah señora!
Oye siquiera quejas repetidas
De una alma que te adora,
Y que rindiera á tu beldad mas vidas
Que el mar sediento bebe.
Ni oye, ni ve, ni alienta, ni se mueve.
El cristal de su mano
Helado yace, pálido el semblante;
Piedad espero en vano.
¡Oh clavel deshojado, oh flor fragante,
Oh maravilla fria,
Cuya edad es el término del dia!
Ni el eco me responde,
Ni sé qué ordene agora el albedrío.
Iré á ver si hay adonde
Pueda llevar este cadáver frio.
Tú en tanto, peña dura,
Depósito serás de su hermosura.
(*Reclínala sobre un peñasco, y vase.*)

ESCENA V.

LOTARIO.—AURORA, *desmayada.*

LOTARIO.

¡Qué dulce cosa es la vida!
Agonizando me saca
El ansia de vivir, siendo
De mi tormenta la tabla.
¡Oh madre tierra, qué bien
Me recibes! dulce patria
Eres. ¡Mal haya quien fia
Del viento sus esperanzas!
En un punto, en un instante
Sierras y edificios de agua
Me coronaron de nubes,
Y en otro abismo de plata
Me escondieron, siendo el barco,
Al medir esta distancia,
En monumento de arena
Pálida tumba y mortaja.
¡Oh cuántas vidas le debes
A la tierra! Mas de cuantas
Tu hambiento rigor destruye,
Tu sedienta furia acaba,
Ninguna, ninguna (¡ay cielos!)
Causará desdicha tanta,
Como la infeliz Aurora.
Lloren aquesta desgracia
Cielo, sol, luna y estrellas,
Tierra, viento, fuego y agua:
Y yo mas que todos llore;
Llore, pues no pude darla
Favor, cuando agonizando
La vi en las ondas. El alma
Parece que me repite,
(*Reparando en Aurora.*)
Entre sombras y fantasmas,

Digitized by Google

La misma imágen. ¡Ay cielos!
¿Si es idea que retrata
Mi ilusion y mi deseo?
Mas no, verdades son claras,
Pues veo entre aquestas peñas,
Pálida, triste y helada
A Aurora. Sin duda el mar
La arrojó de sus entrañas
A esta orilla, por no ver
Sus estragos y venganzas;
O indigno de merecerla,
De sus ondas la traslada
A este monte, como suele
Dejar en conchas de nácar
Las perlas que el mar concibe,
Hijas del sol y del alba;
O como entre los peñascos
Desde sus ondas saladas,
Envuelta en blancas espumas
La ballena escupe el ámbar.
¡Ay de tí, Aurora infelice!
¡Ay Aurora desdichada!

AURORA. (*Volviendo en sí.*)

¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!
¿Quien me nombra? quién me llama?

LOTARIO.

Quien llorando está tu muerte,
Y ya rendido á tus plantas,
En venturosas albricias
De tu vida, ofrece el alma;
Quien vive, si vives tú;
Quien, si tú mueres, se mata,
Porque mas tu vida estima.

AURORA.

¿Quién, sino amor, intentara
Tan peligrosa fineza
Y tan venturosa hazaña?
Pues me respondes quién eres,
Oye, y con mucha mudanza
Sabrás quién soy. Yo soy quien
De tu valor obligada,
A tu amor agradecida,
Despues de experiencias tantas,
Esta por última estima.
La vida te debo; basta
Que reconozca la deuda
Por lo ménos quien no paga.

LOTARIO.

(*Ap.* ¿Qué es lo que escucho? Si aquí
Me ofrece con mano franca
Sus favores la fortuna,
Ningun temor me acobarda.
Si el mar la arrojó piadoso,
Y ella piensa que la amparan
Mis brazos, á nadie ofendo
En concederlo.) No haga
Tales extremos tu Alteza
Con quien no la sirve en nada.

AURORA.

Mucho te debo.

LOTARIO.

Es engaño;
Pues con sola una palabra,
Cuando la vida me debas,
Mas que me debes, me pagas.

ESCENA VI.

DIANA, CELIO; *despues* RUGERO Y ALEJO. — AURORA, LOTARIO.

CELIO.

Hácia esta parte los vi
Desde aquellas peñas altas.

DIANA.

¿Es posible que te veo? (*A Aurora.*)
No lo creo.

AURORA.

Sí, Diana,
Posible es, porque á Lotario
Le debo ventura tanta.
El, á riesgo de la vida,
Me ha librado.

LOTARIO.

Mucho agravia
Tu Alteza á quien no la sirve.
(*Salen Rugero y Alejo.*)

RUGERO.

Entre aquestas peñas pardas
La dejé, habiendo sacado
Un rayo sin luz, sin llama
Una antorcha, una venera
Sin aljófar, una caja
Sin joya; que esto es al fin
Una hermosura sin alma.

ALEJO.

A las voces que tú diste,
Discurriendo á partes varias,
Como yo, desde esas quintas
Todos los vecinos bajan;
Y aun me parece que veo,
Si no es que el temor me engaña,
Viva á Aurora.

RUGERO.

Vuestra Alteza
Me dé, señora, sus plantas,
Y viva felices años,
Siempre altiva, siempre ufana,
Mas que el sol estrellas dora,
Y flores matiza el alba.
Apénas desde esta orilla
Ví que los cielos desatan
Las furias, y que en un punto
Gime el viento y el mar brama;
Apénas vi el barco pobre,
Cómo zozobrando andaba,
Poca victoria del viento,
Fácil despojo del agua;
Apénas vi que en la roca
Se quiebra y se despedaza,
Cuando...

AURORA.

Arrojándôs al mar,
Y nuevo bajel con alma,
Haciendo remos los brazos
Sujetasteis su arrogancia;
Y recibiéndome en ellos,
De entre espumosas montañas
Me sacasteis. ¿No es verdad?

RUGERO.

Sí, señora.

AURORA.

Si esperara
Aquese favor de vos,
Muriera en mi confianza:
Peligrosa enfermedad,
Que hoy á muchas necias mata.
Si no llegara Lotario
Antes que vos, ¡qué burlada
Me hallara, señor Rugero,
Librando en vos mi esperanza!
¿Mi muerte pudisteis ver
Desde la orilla con tanta
Flema, y al mar no os echásteis?
¡Poco amor! Lotario estaba
Hoy en su mismo peligro,
Y pudiera, sin que en nada
Fuera culpado, salvar
Su vida; y aventurarla
Quiso por librarme á mí;
Y es fineza mas bizarra
La que, sin temer peligros,
De un riesgo á otro riesgo pasa.

RUGERO.

¿Que Lotario os libró?

AURORA.

Sí.

ALEJO.

¿Qué Lotario ó qué Lotaria?

AURORA.

Mucho quereis vuestra vida;
Sois muy temeroso de agua.

RUGERO.

¿Dícelo él?

AURORA.

Yo lo digo.

RUGERO.

Pues si tú lo dices, basta.
Es Lotario mas dichoso.

ALEJO.

¡Vive Dios!...

RUGERO.

Alejo, calla,
Que es quien lo dice su Alteza.

ALEJO.

Miente su Alteza.

RUGERO.

¿Que aun hablas?
Vive tú y vive dichosa (*A Aurora.*)
Por siglos y edades largas,
Y háyate dado la vida
Quien quiera que pudo darla;
Que á mí, como vivas tú,
Solo el saberlo me basta.
Solo te responderé
Al temor con que me infamas,
Que estoy mojado, y no pude,
Teniendo paciencia tanta,
Mojarme desde la orilla.

AURORA.

Bien está, Rugero, basta.
(*Vase con Diana.*)

LOTARIO. (*Ap.*)

Yo no busqué la ocasion;
Pero no he de despreciarla,
Que no he de cerrar la puerta,
Si se entra la dicha en casa.
(*Vase con Celio.*)

ESCENA VII.

RUGERO, ALEJO.

ALEJO.

¡Buenos habemos quedado!

RUGERO.

¿Hay estrella mas contraria?
Hay vida mas perseguida?
Hay suerte mas desdichada?
Hay hombre mas infelice?

ALEJO.

¿Hay mujer mas temeraria?
Hay Lotario mas dichoso
En cuantos Lotarios se hallan?
Hay hombre mas desgraciado,
Ni hay lacayo con tal plaga
Que oyendo lamentaciones
De la noche á la mañana,
Esté en tinieblas de amor?

RUGERO.

¿Lotario la libró?

ALEJO.

Calla,
Que es quien lo dice su Alteza.

RUGERO.

¿Qué haré?

ALEJO.

Enjugarte.

RUGERO.

¿Qué traza
Daré...

ALEJO.

Irte á una chimenea.

RUGERO.

Para que hoy Aurora salga
Deste engaño?

Digitized by Google

ALEJO.
Echarla dél.
RUGERO.
¿Cómo...
ALEJO.
A coces y á puñadas.
RUGERO.
Diré que fui quien la dió
La vida?
ALEJO.
Llegando á hablarla.
RUGERO.
¿Qué me dirá, si la digo
Hoy, Alejo, que se engaña
En pensar que fué Lotario?
ALEJO.
Diráte muy remilgada:
Mucho quereis vuestra vida;
Sois muy temeroso de agua.
RUGERO.
¡Maldígate el cielo, amen,
Pues eso me dices!
ALEJO.
Calla,
Que es quien lo dice su Alteza.
RUGERO.
Pues si ella lo dice, basta;
Y yo la hago juramento
Que en la guerra con las armas,
Y con mi hacienda en la paz,
He de servirla y amarla,
Sin que sepa que yo soy;
Pues no pretende mas fama
Ni mas agradecimiento,
Que amar quien de véras ama. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

ESTELA, EL CONDE DE RUISELLON; *despues* ALEJO Y SOLDADOS.

RUISELLON.
Ya desde aquí la ilustre Barcelona
Se mira opuesta á la celeste lumbre,
Pues a la luz del alba se corona,
Opuesta al ceño de una y otra cumbre.
El mar, que sus extremos aprisiona,
Mucha prision da á mucha pesadumbre,
Cuando en su terso espejo nos retrata
La luna de zafir ceñida en plata.
ESTELA.
¿Qué puede responder, ilustre Conde,
La que tan obligada teme y duda?
Harto el silencio con callar responde,
Harto dice la lengua á veces muda;
Pues si el concepto, que en el alma es- [conde,
No es posible que igual al labio acuda,
Calla quien ama á extremos semejantes;
Que el silencio es retórica de amantes.
Solo me pesa que esta quinta sea,
Y la tierra que ocupa nuestra gente,
La hacienda que destruye y que sa- [quea,
De Rugero mi primo: porque ausente
Ni contra mí ni en mi favor peléa.
RUISELLON.
Es Rugero mi amigo, y si presente
En Barcelona á esta ocasion se hallara,
La verdad defendiera y amparara.
No ha sido esta eleccion, ha sido en- [gaño
A fuerza por el sitio que hemos puesto;
Mas fácil es de redimir el daño
Despues de la victoria.
(*Salen dos soldados con Alejo preso.*)
SOLDADO 1.°
Llegad presto.
ALEJO.
Lléguenme ellos á mí (¡rigor extraño!),
Si importa. (*Ap.* ¡En mil peligros estoy [puesto!)
SOLDADO 2.°
Este hombre hemos hallado....
ALEJO.
Engaño ha sido.
SOLDADO 2.°
¿Por qué? Di.
ALEJO.
Porque no estaba perdido.
SOLDADO 1.°
Que solo hácia tu campo se venía,
Y espía parece.
ALEJO.
Preguntarle quiero,
Para enmendarme, ¿en qué parezco [espía?
RUISELLON.
¿Quién eres?
ALEJO.
Un lacayo, hácia escudero,
De un desdichado que en la traza mia
Conoceréis, de un pobre caballero,
Cuya hacienda, honra y vida es des- [graciada:
Sirvo en fin á Rugero de Moncada:
Desgraciado en la hacienda, pues ahora
En un punto la suya ve perdida:
En la honra, pues siempre dél se ignora
La alabanza que tiene merecida;
Y en la vida tambien, pues sirve á Au- [rora,
Que le aborrece, y de su honor se ol- [vida.
Y llévase tras sí mi poca dicha,
Que es de participantes su desdicha.
ESTELA.
¿Que Rugero mi primo en Barcelona
Sirve en esta ocasion á Aurora bella?
ALEJO.
Mas valiera que no; pues su persona
Ni es estimada, ni se acuerdan della.
Y si aquesa hermosura que te abona
Llegara mi señor á conocella,
No fuera contra tí.
ESTELA.
¿Que mal contento
Rugero está de Aurora?
ALEJO.
Así lo siento.
Que un pobre caballero, que ha venido
De tan largas ausencias empeñado;
Que á riesgo de su vida la ha servido
En mas de una ocasion; que se ha mos- [trado
En su defensa fuerte y atrevido;
Que la sirve su hermana, y no le ha dado
Una ayuda de costa ni un sustento,
Claro se ve que no estará contento.
Solo á mí tiene ayuda desta costa,
Que le ayuda á gastar lo que no tiene;
Y á tí cuyo rigor pienso que á posta
Hoy á acabar con sus haberes viene;
Pues hoy su poca hacienda por la posta
Tu gente ha despachado, y no previene
Otra esperanza: todo cuanto habia,
Guardado en esta quinta lo tenia;
Y tan guardado está, que eternamente
Lo verá de sus ojos.
ESTELA.
Si Rugero,
Como tan cuerdo, sabio y tan prudente,
Y al fin como tan noble caballero,
Ya que de Aurora esos rigores siente,
A mi campo se pasa, hacerle espero
Tanta merced, que su valor no ofenda
Falta de galardon, fama ni hacienda.
Y tú, porque lo digas así, vete
Libremente, y tambien dirás á Aurora
La victoria que el cielo me promete,
Saliendo desta empresa vencedora.
RUISELLON.
Descuidados están, y si acomete
De improviso la gente, ¿quién ignora
Que ya la fama en tu alabanza vuela?
Vámonos, pues, llegando.
(*Tocan cajas.*)
TODOS.
¡Viva Estela!
(*Vanse.*)

Jardin del palacio de Aurora.

ESCENA IX.

LOTARIO, DIANA; AURORA, *durmiendo y con un ramillete de flores en la mano.*

LOTARIO.
¿Qué hace su Alteza?
DIANA.
Rendida
Al temor que discurrió
Sus sentidos, se quedó
En una silla dormida
En este jardin.
LOTARIO.
Y en él
Serán con su vista hermosa,
Sus mejillas nueva rosa,
Sus labios rojo clavel.
DIANA.
No te acerques, y despierte
Con el ruido. (*Vase.*)
LOTARIO.
¿Qué temor,
Puede acobardar mi amor?
Puede contrastar mi suerte?
Si dicen que la fortuna
Favorece al atrevido,
Yo, que tan dichoso he sido,
No pienso perder alguna.
Mas ya á su hermoso arrebol
Hacen mis sentidos salva;
Hoy en los brazos del alba
Desmayado he visto al sol.
En su blanca mano tiene
Unas flores; si es Aurora
Del cielo, en la tierra es Flora,
Pues sembrando rosas viene.
¿Si me atreveré á tomar
Aquel ramillete? Sí;
Pues si dijeren que fuí
Atrevido, disculpar
Puedo atrevimiento igual.
Las rosas, responderé,
De Aurora no las quité,
Sino de un bello rosal.
Esta arena blanda y bella
Salpica una clara fuente;
Húmeda está, fácilmente
Diré mi ventura en ella.
(*Escribe en la arena con el dedo.*)
«El que á tu rara belleza
Aquellas flores hurtó,
El alma en prendas dejó,
Que esta es la mayor riqueza.» (*Vase.*)

ESCENA X.

RUGERO, *con un cofrecillo de joyas.*— AURORA, *dormida.*

RUGERO.
Sin que ninguno me vea
Hasta el jardin he llegado;
Pienso que el cielo me ha dado
La ocasion que amor desea;
Que en él Aurora dormida
Está, y por no despertarla,

Digitized by Google

Todos quisieron dejarla.
¡Oh nueva luz, nueva vida
De las plantas! Aunque oscura
La nube del sueño esté,
Bien por los claros se ve
El cielo de tu hermosura.
Aquí las joyas pondré,
Sin que diga cuyas son,
Pues en aquesta ocasion
Sus muchos alcances sé.
¿Letras en la blanda arena
Deste jardin (¡ay de mí!)
A sus plantas? Dice así,
Si es que acierto á leer mi pena:
«El que á tu rara belleza
Aquellas flores hurtó,
El alma en prendas dejó,
Que esta es la mayor riqueza».
Otro, ántes que yo, llegó,
Y con intentos mejores,
Pues él vino á llevar flores,
Y á dejarlas vengo yo.
Borraré el mote amoroso:
No sabrán que aquí llegó:
Húrtele la dicha yo,
Que á un traidor, un alevoso.
Señas pondré, que por ellas
No se sepa quién ha sido
El que ha llegado y traido
Aquí aquestas joyas bellas.
(*Borra lo que estaba escrito, y escribe.*)
«Quien en aquesta ciudad
Guerra espera por momentos,
A tales atrevimientos
Da licencia: perdonad.» (*Vase.*)

ESCENA XI.

AURORA, *despertando.*

Hola, ¿qué es esto? Que aquí
Ruido sentí, juraria;
Pero en las hojas sería
El viento. Mas no: si aquí
Un pequeño cofre veo,
Cierto es que alguno llegó,
Y que él tambien me llevó
El ramillete. No creo
Que haya ladron tan felice,
A quien dé el sueño tirano
Tales prendas de mi mano.
Pero así un rótulo dice:
«Quien en aquesta ciudad
Guerra espera por momentos,
A tales atrevimientos
Da licencia: perdonad.»
¡Diana!

ESCENA XII.

DIANA, *y luego* LOTARIO.—AURORA.

DIANA.
Señora.

AURORA.
Di,
¿Quién en el jardin entró
Estando durmiendo yo?

DIANA.
A Lotario solo vi.

AURORA.
Mal el testigo primero
Empieza á decir: ¡Ay triste!
¿Como Lotario dijiste,
No dijeras, á Rugero?
(*Sale Lotario.*)

LOTARIO.
¿Como se siente tu Alteza?

AURORA.
Mala estoy, mi muerte creo,
Pues cuanto oigo y cuanto veo
Todo me causa tristeza.
(*Ap.* Y es verdad, pues te oigo á tí,
Y en tí veo aquesas flores
Cuyos vistosos colores
Son veneno para mí.
Cada matiz diferente
Una yerba es ponzoñosa,
Un áspid es cada rosa,
Cada flor una serpiente.
Pero quizá será engaño,
Que acaso pudo cogellas.
Así sabré si son ellas,
Y máteme el desengaño.)
¿Que flores habeis cogido
Del jardin?

LOTARIO.
Las que aquí veis
En cuyo enigma sabréis
Que cifras de amor han sido.

AURORA.
¿Por qué?

LOTARIO.
Porque el alma llena
De temor dice que tiene
Un bien perdido, y no viene
A ser torre sobre arena.
Es una dicha soñada,
Pues el cielo permitió
Que pueda tenerla yo;
Es una ventura hurtada,
Pues, sin voluntad del dueño,
Hoy en mis manos la ves.
Y con saber que al fin es
Hurto, fantasía y sueño,
No me costó muy barato:
Que sabe amor lo que fué
Lo que por prendas dejé.

AURORA.
Ya ¿qué pretendo? ¿Qué trato
De desengañarme mas?
Si en cifra, sueño y arena,
Gloria hurtada y propia pena
Bastantes señas me das?
Tú, que con extremo igual
Cada momento me pones
En nuevas obligaciones,
Ya altivo, ya liberal,
No sé, no sé cómo diga
Que venciste mi desden;
Porque no es mujer á quien
Un buen término no obliga.
Si fué contra tí algun dia
Esquiva mi voluntad,
Ya tu liberalidad,
Tu agrado, tu cortesía
La venció, y así se ofrece
Mas agradecida ya.

LOTARIO.
(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¿qué será
Lo que tanto me agradece?)
Si porque el alma he dejado
En prendas (que yo no sé
Si otra cosa te dejé)
Destas flores, te ha obligado,
No fué liberalidad.

AURORA.
Amorosos pensamientos
A tales atrevimientos
Dan licencia: perdonad.
Muy bien el mote entendí,
Y estimé lo que mostró
Tu amor liberal.

LOTARIO.
Si yo
En el arena escribí
Que el alma en prendas dejaba
Destas flores, verdad fué,
Pues solo el alma dejé,
Que es lo que mas estimaba.

AURORA.
¡Qué bien tu cordura dice
Que lo una vez ofrecido
Nunca ha de ser repetido!

LOTARIO. (*Ap.*)
¡Hay confusion mas felice! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

RUGERO, ALEJO.—AURORA, DIANA.

RUGERO.
¿Ya qué tengo que esperar?

ALEJO.
Esto es, señor, lo que pasa:
Estela vive en tu casa,
Sin quererla tú alquilar.

RUGERO.
¡Válgame el cielo!

AURORA.
¿Qué es eso?

RUGERO.
Señora...

ALEJO.
¡Qué desvarío!

RUGERO.
Un suceso como mio,
Sabrás que es malo el suceso.
Estela en mi quinta ha entrado,
Y mi hacienda ha destruido.

ALEJO.
Y pagarnos no ha querido
Aun medio año adelantado.

AURORA.
¿Cuándo os tengo de escuchar,
O cuándo quereis que os vea,
Decid, decid, que no sea
Para darme algun pesar?
Nunca habeis llegado á verme
Que no haya sido anunciando
Desdichas. ¿Andais buscando
Malas nuevas que traerme?
De vos, Rugero, escuché
Si gente Estela tenia,
De vos supe que venia,
De vos, que ha llegado sé.
¿Qué es esto? ¿Tanto os holgais
De las penas que advertis,
Que todas me las decis,
Y ninguna remediais?
¡Cuán al contrario se halla
En otro un amor tan justo,
Pues no diciendo el disgusto,
Aun el beneficio calla!
Y porque veais los dos
Qué haberme dado me niega,
Diana, ese cofre llega
De Lotario.

ALEJO.
¡Vive Dios!

RUGERO.
Calla.

ALEJO.
Que este es de Rugero.....

RUGERO.
¿Qué dices?

ALEJO.
Y que él ha sido ...

RUGERO.
¡Mientes!

ALEJO.
Quien eso ha ofrecido.

AURORA.
¿Tambien vos sois embustero?

ALEJO.
¡No están los embustes malos,
Pescadas las joyas!

AURORA.
¿Vos

Digitized by Google

Fingis así? ¡Vive Dios,
Que haga mataros á palos!

ALEJO.

Morir yo á palos no puedo.

AURORA.

¿Cómo os libraréis?

ALEJO.

Muy bien;
Porque ántes que me los dén...

AURORA.

¿Qué?

ALEJO.

Me moriré de miedo.

AURORA. (*A Rugero.*)

Vos, que siempre me teneis
Una pena prevenida,
No me hableis en vuestra vida;
Que yo sé que excusaréis
Mil disgustos; porque creo
Que nunca es para alegrarme,
Y sé que venis á darme
Un pesar siempre que os veo;
Porque á tal punto ha llegado,
Como dicen, el temeros,
Que ya no quisiera veros,
Ni haberos visto pintado.

(*Vase con Diana.*)

RUGERO.

Si siempre que á veros vengo
Un disgusto se os previene,
Nadie da lo que no tiene,
Y así doy yo lo que tengo.
¿Cómo ha de dar alegría
Quien siempre tiene tristeza?
Parto así con tu belleza
El caudal y hacienda mia.
Pues sirviéndôs en secreto,
Dirá una cifra desde hoy
En mi escudo, que yo soy
En amar el mas perfeto;
Porque en mi suerte importuna
Quede el cielo satisfecho,
Examinando en mi pecho,
Lances de amor y fortuna.

JORNADA TERCERA.

Casa pobre en que vive Rugero.

ESCENA PRIMERA.

ALEJO, RUGERO, *con un escudo, pintadas en él cuatro eses, y una banda en el rostro.*

RUGERO.

Guarda, Alejo, ese escudo,
Para que su concepto quede mudo,
Donde nadie le vea,
Y por sus señas conocido sea.

ALEJO.

Cuéntame pues ahora
Lo que ha pasado.

RUGERO.

Di la vida á Aurora;
Porque muerto el caballo...

ALEJO.

¡Mal haya quien tal dió!

RUGERO.

Calla.

ALEJO

Ya callo.

RUGERO.

Cayó rendida en tierra,
Cuando el furor de la trabada guerra
En la campaña hacia
Una esfera de fuego, y mi osadía
Levantó al sol del suelo.
Atlante fuí, la máquina del cielo
Entre rayos y asombros
Felice aseguré sobre mis hombros,
Cuando, para mas gloria,
Ya su gente cantaba la victoria.

ALEJO.

¿Y al fin allí dijiste
Quién eras?

RUGERO.

No hice tal.

ALEJO.

¡Qué mal hiciste!
¿Esperas pues que con azar mas fuerte
Un fullero de amor trueque la suerte?

RUGERO.

No es posible, que tengo
Señas muy claras; ántes me prevengo
A la mayor venganza.

ALEJO.

¿Si él tambien á saber la seña alcanza,
Y mete á su provecho
En garitos de amor el naipe hecho?

RUGERO.

No es posible, ni puede;
Porque entónces el cielo le concede
A Aurora el desengaño
Mejor, porque verá...

ALEJO.

Temo tu daño.

RUGERO.

Si esta accion se atribuye, [guye;
Que hizo así las demas, pues, bien se ar-
Que el que en esta la miente
En todas ha mentido.

ALEJO.

Así lo siente
Un cofrade, que dice
Que el mentir es la cosa mas felice,
Y el estar uno loco, [co.
Porque es de mucho gusto, y cuesta po-

RUGERO.

En fin vine rodeando largo espacio;
Que como vivo á espaldas de palacio.
Alejo, no quisiera [guiera.
Que álguien me viera entrar, ó me si-

ALEJO.

Y vienes tan contento,
Como si te esperara un opulento
Banquete, donde hallaras
En blancas mesas diferencias raras
De cazas de la tierra, aves del viento,
Peces del saladísimo elemento.
Pues ya no hay que comer hasta este
Si no te comes una pierna mia: [dia,
Pues que empeñar, en casa
Están nuestras alhajas tan por tasa,
Que si no empeño agora
Algunos palos que me preste Aurora,
Defendiendo á Lotario,
No tengo nada encima.

RUGERO.

¡Oh tiempo vario!
¡Oh inconstante fortuna!
¡Oh riguroso hado! ¡oh importuna
Suerte!

(*Al hacer extremos Rugero da á Alejo un golpe en el rostro.*)

ALEJO.

¡Cuerpo de Cristo!
Las estrellas jurara que habia visto.

RUGERO.

Admiro así mi estado.

ALEJO.

Admírate otra vez de esotro lado,
Que un duende no tuviera
Mano de hierro mas pesada y fiera.
¿Con qué, Señor, me diste?
Pero ¿qué es lo que veo? ¡Bien hiciste!
Otra vez te provoca,
Admírate otra vez, quiebra mi boca.
¿Sortijon? diamantazo?
No diera la de lana igual porrazo.
¡Gracias á Dios, que al fin destos ex-
Ya que vender tenemos! [tremos

RUGERO.

No tenemos.

ALEJO.

Que empeñar: no es muy malo. Yo es-
[toy loco.

RUGERO.

Ni que empeñar tampoco.

ALEJO.

Pues duélame el porrazo, y diga ahora:
¡Gracias á Dios que hay ya que dar á
[Aurora!

RUGERO.

Y dices bien, que para Aurora bella
Es aquesta sortija. Hasta que á ella
Se la dé, que esta caja honestamente
La ha de guardar, el sol eternamente
La ha de ver, hasta tanto
Que la mire en sus manos.

ALEJO.

No me espanto;
Que una mujer que tanto lo agradece,
Ese cuidado y mucho mas merece.

RUGERO.

De locuras acorta,
Que no sabes, Alejo, lo que importa;
Y es verdad, pues no sabes
Que de mis hechos son señas tan graves,
Que me la dió su mano
Cuando la di la vida, y así es llano
Que nadie hurtarme puede
La dicha que el diamante me concede.

(*Siéntase Rugero en una silla, y quédase dormido.*)

ALEJO.

Ni lo espero saber, pues ya no espero
Vivir; pero quejarme solo quiero
De que tu mano tal rigor prevenga,
Que en penas semejantes,
Para romperme las narices tenga,
Y no para otra cosa, los diamantes.
Si de hambre murieses,
¿Cómo hicieras despues? Y qué impor-
La fama que dejaba [taba
El caballero de las cuatro eses?
¿No respondes? Rendido
Al cansancio, ó la hambre, se ha dor-
¡Oh qué sutil intento! [mido.
¡Famoso es, si le logro, el pensamien-
Si la sortija cojo, [to!
Hago tres cosas; vengo aquel enojo
De Aurora, pues á ella
Nunca se la dará; luego con ella
Aseguro la vida de mi amo:
Ladron piadoso de su honor me llamo,
Viviendo deste modo,
Y como yo, que importa mas que todo;
Que una vez empeñada,
Segura está la piedra, y mas guardada
Para cuando importare.

(*Mete la mano en el bolsillo de su amo, y sácale la caja.*)

El dos de bastos meto. ¡Aquí me ampare
Caco! La caja hallé. ¡Qué hermosa y bella
Es la piedra! pondréle un canto en ella.

(*Quítale la sortija, pónele una piedra, y vuélvele la caja al bolsillo.*)

Que si él mismo no quiere que la vea
El sol hasta que sea
De Aurora, está con eso
Mas engañado por el son y el peso.

(*Golpes dentro.*)

Llamaron á buen punto;
Todo parece que ha llegado junto.

RUGERO, *despertando.*

¿Qué es eso?

Digitized by Google

ALEJO.
Que han llamado
A la puerta.
RUGERO.
¿Y quién es?
ALEJO.
Es un soldado.
RUGERO.
¿Soldado á mí? Entre pues.

ESCENA II.

UN SOLDADO. — DICHOS.

SOLDADO.
Antes que bese
Tus piés, deja admirarme de que fuese
Tan humilde posada
Palacio de un Rugero de Moncada;
Y ahora dame tus manos.
RUGERO.
Prolijos son excesos cortesanos,
Y así su cumplimiento está excusado;
Porque yo soy tambien pobre soldado.
Decid, ¿qué me mandais?
SOLDADO.
Solo quisiera
Hablaros.
RUGERO.
Pues, Alejo, salte afuera.
ALEJO. (*Ap.*)
Y yo lo deseaba.
Rabiando por buscar á Celio estaba,
Que me preste el dinero
Con que comprar alguna cosa espero.
(*Vase Alejo.*)
SOLDADO.
Dijera los peligros que he pasado
Hasta el haber llegado
A vuestra casa, porque fuerza ha sido;
Pero baste deciros que he venido
Con ánimo y cautela
Con esta para vos. (*Dale una carta.*)
RUGERO.
¿Cuya es?
SOLDADO.
De Estela.
RUGERO.
¡Dichosa el alma vive!
¿Estela á mí? Veré lo que me escribe.
(*Lee.*) «Primo, yo he sabido vuestras »quejas, y vos no habeis ignorado mi »justicia; y así, para que quedemos yo »satisfecha y vos vengado, venid á mi »ejército, donde disculparé vuestros a»gravios, adelantando vuestra persona. »Ahí van de primera muestra las joyas »que ese soldado lleva, y de creencia »esta carta. Dios os guarde.
»Vuestra prima ESTELA.»
Si en una ocasion tan fuerte
No os disculpara en rigor
La exencion de embajador,
Yo mismo os diera la muerte.
Pluma aqueste acero fuera,
Papel la tierra sucinta,
Y vuestra sangre la tinta,
Con que á Estela respondiera.
Pero ya que os ha librado
La ley que os aseguró,
Decid á Estela que yo
Jamas estuve engañado
En la justicia de Aurora;
Y que aunque tan pobre vivo
Y quejoso, no recibo
Esas joyas, y que ignora,
Que, humilde y pobre, me fundo
En que mas contento estoy
Sirviendo así á Aurora hoy,
Que siendo señor del mundo.
Esto decid á su hermana,
Y llevad con el recado
Las joyas, ántes, soldado,
Que os eche por la ventana.
SOLDADO.
Obligarte pensé así,
No ofenderte.
RUGERO.
Ya lo veo;
Pero en mis dudas aquí
Conmigo mismo peleo.
¡Defiéndame Dios de mí!
(*Vase el soldado.*)

ESCENA III.

RUGERO.

Ya mi pecho desleal
De la fortuna no es bien
Quejarse en extremo igual:
Ya me dió el bien; pero es bien
Que vale ménos que el mal.
¡Pero qué notable extremo
De desdicha poner pudo
Sombra al resplandor supremo?
Mi desgracia: ¡qué bien dudo!
Mi desdicha: ¡qué bien temo!
Cuando aquesto á pensar llego,
Fuego arrojo por despojos,
Fuego á los aires entrego,
Fuego vierto por los ojos;
¡Que me abraso, fuego, fuego!

ESCENA IV.

ALEJO, *corriendo y trayendo que comer.* — RUGERO.

ALEJO.
¿Dónde está el fuego, señor,
Que aquí no estoy satisfecho
De su furia y su rigor?
RUGERO.
Bien dices, que está en mi pecho,
Porque todo es fuego amor.
ALEJO.
¿De donde agora salió
Tal frialdad, haber pudiera
Fuego?
RUGERO.
Sí, Alejo; ¿pues no?
ALEJO.
Por poco nos sucediera
Hoy lo que le sucedió
A un poeta con su ama.
Como dicen que se inflama
De un espíritu su pecho,
De cuyo ardor satisfecho,
Es el corazon la llama;
El enfurecido estaba,
Y tanto se divertia
Del afecto que llevaba,
Que todo cuanto escribia,
A voces representaba.
Llegó al paso de un leon,
A aquella misma ocasion
Que con la comida entraba
El ama; y como él estaba
Llevado de su pasion:
¡Guarda el leon! con voz fiera
Dijo. Y el ama lijera,
Que ya temió sus cosquillas,
Con puchero y escudillas
Rodó toda la escalera,
Diciendo: ¡Ay Vírgen sagrada,
Librad á Marí-Guisada
De sus uñas importunas!
Quedando el amo en ayunas,
Y la rucia ama rodada.
No pienso que es menester
Aplicallo, cuando llego
A casa con que comer.
Y puesto que no hizo el fuego
Lo que el leon pudo hacer,
Siéntate á comer, pues ves
Que te traigo qué, señor.
RUGERO.
¿Con qué pagaré cortes
Ahora tanto favor?
ALEJO.
Con no reñirme despues.
(*Llaman á la puerta.*)
RUGERO.
¿Llaman á la puerta?
ALEJO.
Sí.
RUGERO.
Quita todo esto de aquí.

ESCENA V.

UN CRIADO. — RUGERO, ALEJO.

CRIADO.
La condesa, mi señora,
Que vais á palacio ahora.
RUGERO.
Iré, si la sirvo así. (*Vase el criado.*)
Alejo, ya en mi conceto,
Alta ocasion me prometo;
Trae ese escudo.—¡Oh si vieses
Descifradas ya las eses
Del amante mas perfeto! (*Vanse.*)

Sala en el palacio de Aurora.

ESCENA VI.

LOTARIO, CELIO.

LOTARIO.
¿Hiciste ese escudo?
CELIO.
Sí,
Pintadas las cuatro eses,
Tal, que en los dos engañarse
El mismo artífice puede.
LOTARIO.
Si el que vence por industria
Se corona de laureles,
Y es tan celebrado como
El que por las armas vence;
Y que hasta aquí en mi favor
Tuve á la fortuna siempre;
Pretendo, pues es mudable,
Dejarla ántes que me deje,
Y valerme del ingenio.
Venza la industria la suerte,
Que harto hace la fortuna
Pues que la ocasion me ofrece.
No fuera traidor, si el cielo
No me hiciera que lo fuese,
Atribuyéndome glorias
Que ya es fuerza que sustente;
Demas de que por amor
Ninguno este nombre tiene.
CELIO.
Dices bien, y no lo fuera
Mas al yerro que pretendes,
Entre traiciones de amor
Mezclar otras.
LOTARIO.
¿De qué suerte?
CELIO.
Hoy Alejo me pidió
Que unos dineros le preste
Sobre una sortija.
LOTARIO.
Muestra.
(*Toma la sortija.*)
Prosigue, ¿qué te detienes?
CELIO.
Díjele que me esperase
En su casa, y brevemente
Le llevaria el dinero.

Digitized by Google

LOTARIO.
¡Ella es!—¿Qué te suspendes?
(*Observando la sortija.*)

CELIO.
Fui á su casa, y della vi
Salir encubiertamente
Y con recelo un soldado,
A quien yo vi algunas veces
Sirviendo al de Ruisellon.
Dudé si era ó no, y halléme
Tan empeñado, que quise
Seguirle, y vi claramente
Que de la ciudad salia,
Entre algunos mercaderes,
Disfrazado y encubierto,
De donde claro se infiere
Que Rugero se cartea
Con Estela.

LOTARIO.
Tú me ofreces
Con una ocasion dos dudas:
Y es una, pensar que ofende
Rugero á Aurora; y la otra,
Ver que este anillo parece
A otro que he visto en sus manos;
Y con mirar que es aqueste
De tan extraña labor,
Mas mis confusiones crecen.
¿Pudo ser de Aurora?

CELIO.
Sí.

LOTARIO.
Di, ¿cómo?

CELIO.
Muy fácilmente;
Que Alejo es muy despejado,
Y pudo ser se le diese
Celebrando algun donaire.

LOTARIO.
Bien discurres, bien adviertes;
Si es de Aurora, porque es suyo,
Si no, porque lo parece,
Toma el dinero que diste,
Y el que Alejo te trajere,
Que yo me quedo con él;
Pues si Aurora no le tiene,
Sin duda es suyo el diamante:
Fuera de que no se puede
Imitar tanto una piedra
Tan perfecta y excelente.
Tú, Celio, trae ese escudo,
Y al descuido, si pudieres,
Haz que Aurora te le vea,
Y á este mismo puesto vuelve.
(*Vase Celio.*)

ESCENA VII.

AURORA, DIANA.—LOTARIO.

AURORA.
(*Ap.* Amor, que en mi pecho vives,
Amor, que en mi llanto mueres,
Un dia te doy de plazo,
Un dia de vida tienes;
Pues si Rugero no es
A quien mi pecho le debe
Dos vidas en dos peligros,
Y á quien di aquel excelente
Diamante, tan prodigioso,
Que desmentirse no puede;
Diré, contando y midiendo
Del tiempo las horas breves,
De las horas los minutos:
Corre veloz, porque llegue
A un mismo tiempo á mi pecho
O el desengaño, ó la muerte.)
Lotario, ¿qué haces aquí?

LOTARIO.
Dándome estoy parabienes
De que la divina fama
Hoy tus victorias celebre.
(*Ap.* ¿Cómo veré si el diamante
En sus blancas manos tiene?)

AURORA. (*Ap.*)
¿Cómo sabré si este es?
Diré mejor, ¿si no es este?

LOTARIO. (*Ap.*)
¿Qué ocasion podré tomar
Para que los guantes deje?

AURORA. (*Ap.*)
¿Con qué ocasion saldré ya
De confusiones tan fuertes?

LOTARIO.
Oí decir que en una mano
Un golpe tu Alteza tiene.

AURORA.
Engaño, Lotario, fué.

LOTARIO.
No podré satisfacerme
Del cuidado que he tenido,
Si no es, señora, que llegue
A verlas sanas.

AURORA.
Si á mí,
Con ser mias, no me duelen,
No querais mas desengaño.
Peor pudiera sucederme,
Si no llegara á aquel punto
Un soldado tan valiente,
Que me dió victoria y vida.

LOTARIO.
Eslo mucho quien bien quiere.

AURORA.
(*Ap.* ¿Qué espera mi sufrimiento?
¿Mi desengaño, qué teme?
¿Qué duda mi confusion?
Muera, sabiendo que muere.
No le hablaré en el diamante,
Porque si acaso no es este,
No se advierta para hacer
Engaños. ¡Cielos, valedme!)
Quisiera que me dijérais,
Pues vuestro ingenio se atreve
A competir con Apolo,
De quien tanta luz le viene,
¿Qué es lo quieren decir
De un escudo cuatro eses?
Buena ocasion os he dado;
Pues siendo tan excelente
Vuestro ingenio, mostrará
En eso el valor que tiene.
(*Ap.* Y bien he dicho el valor,
¡Plegue á Dios que no lo muestre!)

LOTARIO.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que estoy confuso!
Mas no son precisas leyes
De las enigmas y cifras,
Decir una cosa siempre.
Campo abierto es el ingenio;
Decir varias cosas pueden
Cuatro eses. Pues ¿qué dudo?
Todo el ingenio lo vence.)
Puesto que el ingenio mio
No es tan grande, pues tú quieres
Que descifre aquesas letras,
Solo por obedecerte
Y darte gusto, lo haré.

AURORA. (*Ap.*)
Ofrecióse fácilmente.
El es.

LOTARIO.
Acertar quisiera
A agradarte.

AURORA. (*Ap.*)
Si eso temes,
Acertarás á agradarme,
Como á descifrar no aciertes.

ESCENA VIII.

RUGERO, ALEJO.—AURORA, LOTARIO, DIANA.

RUGERO. (*A Alejo.*)
Guarda ese escudo, y ninguno
Le vea. Si es que merece (*A Aurora.*)
Mi boca besar tus plantas,
Permíteme que las bese.

AURORA.
Para mi bien ó mi mal,
Rugero, á buen tiempo vienes.

RUGERO.
¿Pues qué me mandas?

AURORA.
Que escuches
De Lotario lo que quieren
Decir, por alto blason,
De un escudo cuatro eses.

RUGERO.
¿Y para aquesto, señora,
Me has llamado?

LOTARIO.
(*Ap.* ¡Favorece
Este atrevimiento, amor,
Pues tú le disculpas siempre!)
Un amante que no alcanza
Por fruto de firme amor
Sino desden y rigor,
Sirve una desconfianza
Sin galardon ni esperanza;
Y con el fin de obediente,
Siente el ver que eternamente
Ha de quedar satisfecho
Su cuidado; así su pecho
En un punto sirve y siente.
No es bastante el sentimiento
A que deje de servir;
Que sintiendo ha de sufrir
Mas rigor y mas tormento:
Y nunca al favor atento
Sirve, siente y *sufre* el daño;
Y aunque toca el desengaño,
No hay quien á olvidar le obligue;
Que despues de todo *sigue*
Ya su estrella ó ya su engaño.
Sirve, nunca mereciendo,
Siente, jamas esperando,
Sufre sus penas amando,
Y sigue su amor sintiendo.
Y desta manera entiendo
Que á declararlas me obligo
Las eses, pues así digo
A tu belleza, que amante,
Quejoso, triste y constante,
Sirvo, siento, sufro y *sigo.*

AURORA. (*Ap.*)
¡Declaróse mi tormento!
Nunca amaras ni sintieras,
Ni esperaras, ni dijeras
Por cifras tu pensamiento.
¿Qué espera mi sufrimiento?
¿Mi desengaño qué espera?

ALEJO.
Para hablar desta manera,
Yo tambien, Señora, he sido
Quien tu vida ha defendido:
Si en eso consiste, espera.
Cuatro eses ha de tener
El amor siendo perfeto.
(¡Dios me saque deste aprieto!)
Por la primera ha de ser
Sabañon, que ha de comer;
Y pruébase esta verdad
En que la necesidad
El respeto al amor pierde,
Que toda hermosura muerde,
Y masca toda deidad.
Despues de comer, no hay duda

Digitized by Google

Que ha de vestirse esta dama;
En la segunda se llama
Sastre el amor, porque acuda
A esta belleza desnuda.
Y el amante, que no ha sido
Para dar plato y vestido,
Aunque á su fineza pese,
Será á la tercera ese,
Viendo y callando, *sufrido*.
Y para el que no sufriere
Tanta desdicha y afan,
Es el amor *sacristan*,
Que le entierre, pues se muere:
De donde claro se infiere
Que todo amor ha tenido,
Ó verdadero ó fingido,
Las eses deste blason,
Siendo el amor *sabañon*,
Sacristan, *sastre* y *sufrido*.

AURORA.

Aunque loco, bien advierte
Que el ingenio pudo hallar
Dos sentidos, para dar
A un desengaño la muerte.—
¿Qué decis vos? (*A Rugero.*)

RUGERO.

De otra suerte
Yo las letras entendí;
Y si me dierais á mí
Licencia, dijera hoy
Lo que siento.

AURORA.

Yo la doy.

RUGERO.

Pues estadme atenta.

AURORA.

Di.

RUGERO.

Sabio ha de ser amor, viendo la fama
Del sugeto que estima hermoso y grave,
Porque no sabe amar quien solo ama
El cuerpo, si es que el alma amar no [sabe.
Solo ha de ser amor, solo una dama
Ha de estimar en su prision süave;
Que un esclavo no sirve á dos señores,
Ni caben en un alma dos amores.
Solícito ha de ser, no procurando
Ocasiones al gusto solamente,
Sino las del pesar tambien, mostrando
Que el gusto estima, y los pesares siente.
Secreto en fin, pues ha de callar, cuando
Algun favor ó alguna accion intente.
Y así será el amor, siendo perfeto,
Sabio, *solo*, *solícito* y *secreto*.

AURORA. (*Ap.*)

Vuelva el amor, vuelva á encender la lla-
Del pecho. [ma

LOTARIO.

Aunque la cifra hallar pudieses,
No me podrás quitar la altiva fama
Del caballero de las cuatro eses:
Por este escudo el orbe así me llama.
(*Sácale.*)
No le desmentirás, aunque trajeses
Otro, siendo muy fácil, contrahecho.

RUGERO. [hecho;

Tú sabrás si es muy fácil, pues lo has
Pero aqueste es el mio. (*Descúbrele.*)

AURORA

(*Ap.* En nueva duda
Una vez me acobardo, otra porfío: [da,
No sé á cuál de los dos á un tiempo acu-
Ya me aseguro, y ya me desconfío.
¿Pero qué espera el alma ya, qué duda?)
¿Cuál de los dos tiene un diamante mio?
Declárese.

RUGERO.

¡Oh qué dicha tan segura!
Yo le tengo.

LOTARIO.

¿Es aqueste por ventura?

RUGERO.

Por desgracia será, porque el diamante
Que busca Aurora, en esta caja viene,
Comparado á mi amor, ménos constan-
[te.

AURORA. (*Ap.*)

Muchas dudas el cielo me previene.
Lotario, en desengaño semejante,
Es el que la sortija misma tiene,
Y Rugero la ofrece; ya no dudo,
Disculpando el diamante y el escudo.

LOTARIO.

¿Es esta la piedra bella,
Que en el cielo soberano
De tu bellísima mano
Fué, señora, errante estrella?

RUGERO.

Abre esta caja, y en ella
Luego el diamante verás
Que tú por señas me das.—
Alejo, esta es la ocasion: (*Ap. á él.*)
(*Ap.* Lograré mi pretension.)

AURORA.

No sé yo qué espero mas:
Esta es la misma. Mas quiero
Ver la caja. ¿Qué temor (*Abrela.*)
Es este? ¿Es cifra de amor
Aquesta piedra, Rugero?

RUGERO.

¡Cielos, qué miro!

ALEJO. (*Ap.*)

¿Qué espero,
Habiendo el daño causado?

AURORA.

Si es que piedra habeis llamado
Desta suerte á mi belleza,
Piedra seré en la dureza.

RUGERO.

Y yo en lo inmóbil y helado.

AURORA.

Decid, ¿qué ha significado
Esta piedra? ¿Enmudeceis?
¿No hablais, no me respondeis?
¿Qué decis?

RUGERO.

¡Soy desdichado! (*Vase.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *ménos Rugero.*

ALEJO.

Breve respuesta te ha dado;
Mas si, por lo que él calló,
Puedo, señora, hablar yo,
Sabrás que es Rugero fiel,
Y que fué sin duda á él
A quien tu mano le dió
El diamante. Yo le hurté,
Porque en desdicha tan fiera
De hambre no se muriera.
La piedra en la caja eché,
Y la sortija empeñé
En Celio, de donde es llano,
Que haya venido á la mano
De Lotario.

AURORA.

¡Qué quimera
Tan descarada! ¡Que quiera
Un necio, un loco, un villano,
Hacerme creer á mí
Que á Rugero le di yo
La sortija, que él la hurtó,
Y que echó la piedra allí,
Que él la empeño, porque así
Venga á Lotario! ¿Qué espero?
Pícaro, vil, embustero,
Quimerista, enredador,
Mas que Rugero, traidor,
Y mas falso que Rugero;
Pues con causa me provoco,
Hoy morirás.

ALEJO.

¡Ay de mí!

AURORA.

¡Hola! ¿No habrá gente aquí
Que mate á palos á un loco?

ALEJO.

Sí habrá; vete poco á poco
En mandarlo; que ya están
Prevenidos, y lo harán
Cuando de aquí salga... aunqué
No me tocarán.

AURORA.

¿Por qué?

ALEJO.

Porque no me alcanzarán.
(*Vase corriendo.*)

ESCENA X.

AURORA, DIANA, LOTARIO.

AURORA.

Ya en los extremos que hago,
Conocerás que no es nuevo
Confesar lo que te debo,
Y negar lo que te pago.
Callando te satisfago
Una y otra accion honrada,
Cuando viéndome obligada,
Te doy por respuesta á ti
La que me dieron á mí,
Que es decir: «Soy desdichada».

LOTARIO.

Aunque amor mi pecho abrasa,
Nunca tan humilde ha sido,
Que ha de esperar que el olvido
Le desocupe la casa;
Y pues mi desdicha pasa
A tal desengaño, llegue
El tuyo, Aurora, tambien;
Porque mi pecho no es bien
Que mas verdades te niegue.
Rugero es buen caballero;
El vida y joyas te dió.
Con industria quise yo
Quitarle el bien que no espero.
Y pues merece Rugero
Las glorias que á mí me ofrece,
Gócelas, pues las merece,
Y diga mi voluntad,
Pues se muere, la verdad.

AURORA.

Bien tu humildad me parece.

LOTARIO.

Y pues las verdades digo,
Que tan mal me están á mí,
Las que te están mal á ti
Tambien á decir me obligo.
De todo el cielo es testigo,
Inquiere tú, sabe y cela
Quién con engaño y cautela
En traje de mercader,
Suele á Rugero traer
Cartas del Conde y de Estela.
Procura saber y oir
Lo que en tu deshonra pasa:
Quien de noche entra en su casa,
De dia suele salir.
Algo habia de añadir;
Que yo en la pena que ves
No espero mas gloria: y pues
De todo advertida estás,
Remédialo, y no podrás
Quejarte de mí despues. (*Vase.*)

ESCENA XI.

AURORA, DIANA.

AURORA.

¿Qué es esto, Diana?

Digitized by Google

DIANA.

Yo,
Aunque me pese, creré
Que necio Rugero fué,
Pues tu favor no estimó,
Pero traidor, eso no.
Y para que yo lo crea,
Es menester que lo vea.

AURORA.

Y yo tanto me resisto,
Que despues de haberlo visto,
Tengo de dudar que sea.
¿Cómo sabré lo que pasa
En su casa?

DIANA.

¿Quién lo impide?
Un jardin solo divide
Tu palacio de su casa;
Y cuando la noche, escasa
De luz, salga de occidente,
Pasarémos fácilmente
Adonde acechar podemos
A Rugero, y dél sabrémos
Si este habla verdad, ó miente.

AURORA.

¿Podré pasar?

DIANA.

Buen remedio.
Fácil es de publicar
Que se cayó, y derribar
Una tapia que está en medio.

AURORA.

Bien dices, no hay otro medio:
Las dos irémos. Rigor
De un desatinado amor,
Ya pienso que agadeciera,
Que Rugero ingrato fuera,
Como no fuera traidor. (*Vanse.*)

—

Calle.—Es de noche.

ESCENA XII.

EL DE RUISELLON, ESTELA, SOLDADOS.

RUISELLON.

La noche, que siempre ha sido
Funesta sombra del sueño,
En nosotros ha engendrado
Bizarros atrevimientos.

SOLDADO 1.°

Bien dije yo, que era fácil,
Sin padecer algun riesgo
Como viniésemos solos,
Entrar hasta aquí encubiertos;
Porque como es esta guerra
Entre naturales mesmos,
Dejan entrar y salir
Muy fácilmente, diciendo
Que es á vender y comprar,
Hasta un número pequeño,
Tal, que no les dé cuidado.

ESTELA.

Si logramos nuestro intento,
Segura está la victoria;
Porque teniendo á Rugero
De nuestra parte, ¿quién duda
La gloria del vencimiento?
Pues segun Leonardo dice,
Le vió en su pobre aposento
El escudo de las eses,
Que fué nuestro asombro y miedo;
Porque es fuerza que tan pobre,
Pague en agradecimientos
Este amor y este cuidado.

SOLDADO 2.°

Esta es su casa.

RUISELLON.

Esperemos
Que pase un hombre que ahora
Ocupa la calle, y luego
Llamarémos.

ESCENA XIII.

ALEJO.—DICHOS.

ALEJO.

¡Ay de tí,
Pobre y desdichado Alejo!
Rota traigo la cabeza,
Desgonzado traigo el cuerpo,
Derrengada traigo el alma.
¡Ay de mí, yo vengo muerto!
(*Va á entrar en casa de su amigo.*)

ESTELA.

Entra en casa.

SOLDADO 1.°

Este es, sin duda,
Su criado.

RUISELLON.

Hablarle quiero.—
Oid, hidalgo.

ALEJO.

¿Hablan conmigo?

RUISELLON.

Con vos hablo.

ALEJO.

Pues no entiendo
Por hidalgo, por que yo
Soy villano, y mucho ménos;
Porque si ellos pecho pagan,
Yo he pagado espalda y pecho.

RUISELLON.

¿Sois de Rugero criado?

ALEJO.

Criado fuí de Rugero,
Cuando viví.

RUISELLON.

¿Estais herido?

ALEJO.

Tanto monta á palos muerto.
Si acaso Aurora os envía,
Oficiales de refresco
Para acabar esta obra,
Duélaos el saber qué tengo
A ruedas, y de fortuna,
Salmonado todo el cuerpo.

RUISELLON.

Amigo, fin diferente,
Y mas en provecho vuestro,
Me obliga: decidme, pues,
Desta verdad satisfecho,
Si es que está Rugero en casa,
Si podré hablar á Rugero,
Advirtiendo que le importa.

ALEJO.

Como estamos ya tan hechos
A llantos, aunque decis
Que por bien venis, no os creo.
Pero él no está ahora en casa;
Mas vendrá (si esperais) presto.
Si le quereis aguardar,
Entrad, caballeros, dentro;
Que aquí estaréis mas seguros.

RUISELLON.

Bien decis, esperarémos
En su casa, que es mejor;
Porque le importa el secreto
A él tambien, como á nosotros.

ALEJO.

Pues entrad, y miéntras vuelvo
Con luz, en este portal
Estaréis.

RUISELLON.

Aquí os espero.

ESTELA.

Si hoy á Rugero llevamos,
La victoria y triunfo es nuestro. (*Vanse.*)

—

Sala en la casa de Rugero.

ESCENA XIV.

AURORA Y DIANA, *á oscuras.*

DIANA.

Fácilmente hemos llegado
Hasta su mismo aposento,
Si es que puedo distinguir
Ser aqueste, andando á tiento.

AURORA.

Ven conmigo, y habla paso,
Diana, que no sabemos
Si hay álguien que nos escuche.

DIANA.

¿No será mejor acuerdo
Estarnos en un lugar
Quedas, sin andar á riesgo
De hallar alguna escalera?
Pues para lo que queremos,
Luz ha de haber, y guiadas
De sus hermosos reflejos,
Mas advertidas entónces
Escoger sitio podemos.

AURORA.

Dices bien, y aun me parece
Que viene la luz á tiempo;
Que aunque no quisiera, habia
De tomar tan buen consejo.

DIANA.

Acercándose va.

AURORA.

Aquí
Con la escasa luz ver puedo
A esta parte un corredor,
Y allí una sala.

DIANA.

Este puesto
Nos conviene; desde aquí
Apartadas escuchemos
Lo que pasa.

AURORA.

La pistola
Me da; que viven los cielos,
Que si Rugero es traidor,
He de matar á Rugero. (*Escóndense.*)

ESCENA XV.

ESTELA, EL DE RUISELLON; ALEJO, *con luz.*—AURORA, DIANA, *escondidas.*

ALEJO.

Entrad, señor, y sentaos;
Que si yo mal no me acuerdo,
Desde que con luz os vi,
De haberos visto me huelgo.

RUISELLON.

¿Conocéisme?

ALEJO.

Creo que sí,
Y tengo mucho contento
De veros; porque con vos,
Y el hermano compañero,
He de vengarme de Aurora.

AURORA. (*Ap. á Diana.*)

¡Diana, mi muerte veo!
¿No es aquel el Conde?

DIANA.

Sí.

AURORA.

¿No es Estela aquella? ¡Cielos,
Verdades, verdades son
Las traiciones de Rugero!

ESTELA.

¿Por qué tan quejoso vives
De mi hermana?

ALEJO.

Porque tengo
Sobradísima razon.

Digitized by Google

Porque hoy la dije lo cierto
De un caso que ella ignoraba,
Me entregó, sin algun duelo,
Al brazo seglar de pajes,
Condenado á mantear; y ellos
Con tal gana lo tomaron,
Que al mas mínimo boleo
Andaba de viga en viga
Como bruja por el techo.
Pero yo se lo perdono,
Si con vosotros me vengo
Desta Aurora, desta alba,
Noche para mí.

AURORA.

¿Qué espero...

DIANA.

Repórtate.

AURORA.

Que no salgo
A matar un embustero?

ESCENA XVI.

RUGERO, LOTARIO. — DICHOS.

RUGERO. (*Dentro.*)

Esta, Lotario, es mi casa,
Entrad, no temais.

LOTARIO. (*Dentro.*)

No temo.

ALEJO.

Mi señor es el que llama,
Y pues viene hablando, es cierto
Que no viene solo. Allí
Os retirad, que no quiero
Que os vea, si no es seguro
El huésped que trae.

RUISELLON.

Tu ingenio
Previene muy bien. ¿Adónde
Estaré?

ALEJO.

En este aposento.

(*Escóndense el de Ruisellon y Estela. —Salen Rugero y Lotario.*)

LOTARIO.

Nunca Lotario temió.

RUGERO.

Así lo he creido. — Alejo,
Salte afuera.

(*Vase Alejo, y cierra Rugero la puerta.*)

ESCENA XVII.

RUGERO, LOTARIO; AURORA Y DIANA, *escondidas.*

LOTARIO.

¿Pues qué haceis?

RUGERO.

¿No lo veis? La puerta cierro;
Y despues de haber cerrado,
Pongo la llave en el suelo.
Oidme ahora.

LOTARIO.

Ya escucho.

AURORA.

¿En qué puede parar esto?

RUGERO.

No os saqué al campo, Lotario,
Porque salir no podemos
De Barcelona, por causa
Del sitio; y así, resuelto
A reñir con vos, os dije
Que me siguiérais; y haciendo
Como tan valiente al fin
Y gallardo caballero,
Me seguisteis; que el temor
No vive en altivos pechos.
A mi casa os he traido,
Lotario, con este intento,
Por ser campo mas seguro.
Si no lo está vuestro pecho,
Tomad esta luz, mirad
El mas oculto aposento;
Y si hubiere algun testigo,
Yo me juzgo desde luego
Por el mas vil, mas infame
Y cobarde caballero.
Pero despues de quedar
De mi trato satisfecho,
Me habeis de dar por escrito
Que yo he sido el que primero
Dijo alabanzas de Aurora,
Cuando vos en su desprecio
Hablasteis, y que trocasteis
Entónces las suertes: luego
Habeis de firmar tambien
Que yo fuí, pues es lo cierto,
El que del mar la sacó,
Y aquí de barato os dejo
Las joyas, que no he de hablar
En cosa que tenga precio;
Que contrahicisteis despues
El escudo, y con ingenio,
Arte ó encanto, me hurtasteis
Tambien el diamante bello
Que disteis á Aurora: todo
Lo habeis de firmar, ó expuestos
Los dos á un peligro igual,
Medir el templado acero,
Y riñendo en esta sala,
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo,
Me habeis de quitar la vida,
Que vendré á sentirla ménos
Pues me quitasteis á Aurora,
O yo la vuestra, advirtiendo
Que si en este desafío
Quedais á mis manos muerto,
Os doy mi fe y mi palabra
De tener siempre en secreto
Vuestros engaños; si vos
Me diereis muerte, en el suelo
Está la llave, escapaos;
Pues yo con cualquier suceso
He de quedar esta noche
De mi agravio satisfecho,
O vivo desengañado,
U honrado despues de muerto.

LOTARIO.

Ya que atento os escuché,
A todo iré respondiendo
Como lo oí: á que estais
Solo en vuestra casa, creo
Que así es, y en esta parte,
Rugero, estoy satisfecho
De vuestro valor. Y así,
Respondiendo á lo primero,
Digo que es verdad que yo
Hablé en ofensa y desprecio
De Aurora, á quien estimaba;
Pero fué la causa dello
Sentir que vos la alabaseis
Tanto: dudando y temiendo,
Como amante, pretendí
Divertiros el deseo,
Y hacer que no os empeñarais
En amar (error de celos);
Y así, si sentí al reves,
No fué traicion ni mal hecho,
Cuando lo que siento callo,
El decirla lo que siento.
Yo salí del mar á nado,
Cuando entre unas peñas veo
A Aurora, que desmayada,
Estaba sola, y volviendo,
Me agradeció á mí su vida:
Diga ella si mi pecho
Esta accion se atribuyó;
Pues ignorando el suceso,
Callé por no desmentirla.
Tambien sucedió esto mesmo
Con las joyas, que hasta hoy
No supe ser vuestras: luego
No hubo engaño de mi parte,
Si fué la causa de haberlo
Unas flores que yo mismo
La quité estando durmiendo.
Solo el escudo me culpa;
Que en lo del diamante, es cierto
Que á Celio, un criado mio,
Le empeñó un criado vuestro;
Y así, cuando dijo Aurora
En tan dudoso suceso,
¿Quién tiene un diamante mio?
Respondí, de engaño ajeno:
¿Es aqueste por ventura?
Si lo fué, ¿qué culpa tengo?
Toda esta satisfaccion
Doy porque en este aposento
Estamos solos los dos;
Que á haber un testigo, es cierto
Que no la diera; porque
Ya que empeñado me veo,
He de sustentar valiente
Que yo soy un caballero,
A quien Aurora le debe
Las finezas que habeis hecho;
Y he de empezar castigando
El altivo atrevimiento
De llamarme á desafío;
Pues no quedaré bien puesto,
Si, siendo de vos llamado,
Sin reñir con vos me vuelvo.
Sacad la espada.

RUGERO.

Sí haré.

(*Sacan las espadas y riñen. — Salen Aurora y Diana.*)

AURORA.

Y yo ántes que tú, pues tengo
Mayor parte en este agravio,
Satisfacerme á mí quiero.
Traidor, cuanto has confesado
Escuché.

RUGERO.

¿Qué es lo que veo?

AURORA.

Y como me has ofendido,
Quedar satisfecha espero
Con tu muerte.

LOTARIO.

Aquesta ha sido
Traicion; pues cuando yo vengo
Solo, traes contigo á Aurora.

AURORA.

Es engaño, que tú mesmo
Me has traido.

LOTARIO.

¿De qué suerte?

AURORA.

Diciéndome que Rugero
Era traidor, cuya causa
Me obligó á venir á verlo
Encubierta.

LOTARIO.

Y cuando vengas,
Aurora, con ese intento,
¿Podrás quejarte de mí,
Si yo prevenido y cuerdo
Antes te desengañé?

AURORA.

Es verdad, yo lo confieso;
Y pues contra tí ayudé
A Rugero con mi esfuerzo,
Agora, puesto á mi lado,
Me ayuda contra Rugero.

RUGERO.

¿Contra mí, por qué?

Digitized by Google

AURORA.

Porque eres
Traidor.

RUGERO.

¿Yo traidor? Los cielos
Saben mi lealtad.

AURORA.

Y yo
Sé que en aqueste aposento
Están el Conde y Estela,
Que han venido con secreto
A solo tratar mi muerte,
Y te has escrito con ellos.

RUGERO.

¿El Conde y Estela aquí?
¡Cielos, qué encantos son estos!

(*Salen el conde de Ruisellon y Estela.*)

ESCENA XVIII.

EL DE RUISELLON, ESTELA; *despues* ALEJO.—LOTARIO, RUGERO, AURORA, DIANA.

ESTELA.

Ya que sabes donde estamos
Encerrados, conociendo
Que es imposible escaparnos,
Por mejor partido tengo
El entregarnos rendidos,
Y tratar cualquier concierto
Que hacer quisieres. Y ahora
Doy palabra, que Rugero
No supo que yo aquí estaba.
Es verdad que con intento
De que mi parte ayudara,
Le escribí; mas noble y cuerdo
Respondió que te servia;
Y pensando con mis ruegos
Convencerle, vine á hablarle.
Esto, señora, es lo cierto:
Agora dame la muerte.

AURORA.

Los brazos, Estela, tengo
Para mi hermana; y pues ya
Se acaba con tal suceso
Nuestra guerra, disponed
Los partidos, que yo acepto
Cuanto los dos dispusiereis;
Que tales albricias debo
En nuevas de un desengaño,
Que le pago y agradezco,
Dando á Rugero la mano
De esposa.

RUGERO.

Tus plantas beso.

RUISELLON.

Yo, que en ser de Estela esposo
La mayor ventura espero,
La mano la doy, quedando,
Aurora, á tus plantas puesto.

LOTARIO.

Nunca mejor se lograron
Los engaños; que en efecto
Siempre vive la verdad.
Confuso y corrido quedo;
Pero por satisfacer
Las ofensas de Rugero,
Hoy me caso con Diana,
Haciendo el agravio deudo.

ALEJO. (*Dentro.*)

¡Abran aquí, ó vive Dios
Que eche la puerta en el suelo!

(*Abren la puerta, y sale Alejo.*)

Todo lo he estado escuchando
Por el pequeño agujero
De la llave, y á las bodas
No hay quien se acuerde de Alejo;
Pero á las mentiras no hay
Quien se olvide dél.

AURORA.

Ya espero
Satisfacerte.

RUGERO.

Y aquí,
Senado, acabe con esto,
Lances de Amor y Fortuna
Del amante mas perfecto,
Como las eses lo dicen,
Perdonando nuestros yerros.

Digitized by Google

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

PERSONAS.

EUSEBIO.
CURCIO, *viejo.*
LISARDO.
OCTAVIO.
ALBERTO, *sacerdote.*
CELIO. } *Bandoleros.*
RICARDO. } *Bandoleros.*
CHILINDRINA. } *Bandoleros.*
GIL, *villano gracioso.*
BRAS. } *Villanos.*
TIRSO. } *Villanos.*
TORIBIO, *villano.*
JULIA, *dama.*
ARMINDA, *criada*
MENGA, *villana graciosa.*
BANDOLEROS, VILLANOS.
SOLDADOS.

La accion es en Sena y en sus contornos.

JORNADA PRIMERA.

Arboleda inmediata á un camino que se dirige á Sena.

ESCENA PRIMERA.

MENGA, GIL.

MENGA. (*Dentro.*)

¡Verá por dó va la burra!

GIL. (*Dentro.*)

Jo, dimuño; jo, mohina.

MENGA.

Ya verá por do camina:
Arre acá.

GIL.

¡El diabro te aburra!
¿No hay quien una cola tenga,
Pudiendo tenella mil? (*Salen.*)

MENGA.

¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL.

¡Buena hacienda has hecho, Menga,
Pues tú la culpa tuviste!
Que como ibas caballera,
Que en el hoyo se metiera
Al oido la dijiste,
Por hacerme regañar.

MENGA.

Por verme caer á mí,
Se lo dijiste, eso sí.

GIL.

¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA.

¿Pues en el lodo la dejas?

GIL.

No puede mi fuerza sola.

MENGA.

Yo tiraré de la cola,
Tira tú de las orejas.

GIL.

Mejor remedio sería
Hacer el que aprovechó
A un coche, que se atascó
En la corte esotro dia.
Este coche, Dios delante,
Que arrastrado de dos potros,
Parecia entre los otros
Pobre coche vergonzante;
Y por maldicion muy cierta
De sus padres (¡hado esquivo!)
Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta;
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cochero,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliesen procuraban:
Por recio que lo mandaban,
Mi coche quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron
Un harnero de cebada.
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron,
Que tosieron y arrancaron;
Y esto podemos hacer.

MENGA.

¡Que nunca valen dos cuartos
Tus cuentos!

GIL.

Menga, yo siento
Ver un animal hambriento,
Donde hay animales hartos.

MENGA.

Voy al camino á mirar
Si pasa de nuestra aldea
Gente, cualquiera que sea,
Porque te venga á ayudar,
Pues te das tan pocas mañas.

GIL.

¿Vuelves, Menga, á tu porfía?

MENGA.

¡Ay burra del alma mia! (*Vase.*)

ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!
Tú fuiste la mas honrada
Burra de toda la aldea;
Que no ha habido quien te vea
Nunca mal acompañada.
No eres nada callejera:
De mijor gana te estabas
En tu pesebre, que andabas
Cuando te llevaban fuera.
Pues ¿altanera y liviana?
Bien me atrevo á jurar yo
Que ningun burro la vió
Asomada á la ventana.
Yo sé que no merecia
Su lengua desdicha tál;
Pues jamas para habrar mal
Dijo: Aquesta boca es mia.
Pues como á ella la sobre
De lo que comiendo está,
Luego al punto se lo da
A alguna borrica pobre. (*Ruido dentro.*)
Mas ¿qué ruido es este? Allí
De dos caballos se apean
Dos hombres, y hácia mí vienen,
Despues que atados los dejan.
¡Descoloridos, y al campo
De mañana! Cosa es cierta
Que comen barro, ó están
Opilados. Mas ¿si fueran
Bandoleros? ¡Aquí es ello!
Pero lo que fuere sea,
Aquí me escondo: qué andan,
Que corren, que salen, que entran.
(*Escóndese.*)

ESCENA III.

EUSEBIO, LISARDO.- GIL, *escondido.*

LISARDO.

No pasemos adelante,
Porque esta estancia encubierta
Y apartada del camino,
Es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada;
Que yo, de aquesta manera,
A los hombres como vos
Saco á reñir.

EUSEBIO.

Aunque tenga
Bastante causa en haber
Llegado al campo, quisiera
Saber lo que á vos os mueve.
Decid, Lisardo, la queja
Que de mí teneis.

LISARDO.

Son tantas,
Que falta voz á la lengua,
Razones á la razon,
Y al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlas,
Y aun olvidarlas quisiera;
Porque cuando se repiten,
Hacen de nuevo la ofensa.
¿Conoceis estos papeles?

EUSEBIO.

Arrojadlos en la tierra,
Y los alzaré.

LISARDO.

Tomad.
¿Qué os suspendeis? Qué os altera?

EUSEBIO.

¡Mal haya el hombre, mal haya
Mil veces aquel que entrega
Sus secretos á un papel!
Porque es disparada piedra
Que se sabe quién la tira,
Y no se sabe á quién llega.

LISARDO.

¿Habeislos ya conocido?

EUSEBIO.

Todos están de mi letra,
Que no la puedo negar.

LISARDO.

Pues yo soy Lisardo, en Sena,
Hijo de Lisardo Curcio.
Bien excusadas grandezas
De mi padre consumieron
En breve tiempo la hacienda

Digitized by Google

Que los suyos le dejaron;
Que no sabe cuánto yerra
Quien, por excesivos gastos,
Pobres á sus hijos deja.
Pero la necesidad,
Aunque ultraje la nobleza,
No excusa de obligaciones
A los que nacen con ellas.
Julia pues (¡saben los cielos,
Cuánto el nombrarla me pesa!)
O no supo conservarlas,
O no llegó á conocerlas.
Pero al fin, Julia es mi hermana;
¡Pluguiera á Dios no lo fuera!
Y advertid que no se sirven
Las mujeres de sus prendas
Con amorosos papeles,
Con razones lisonjeras,
Con ilícitos recados,
Ni con infames terceras.
No os culpo en el todo á vos·
Que yo confieso que hiciera
Lo mismo, á darme una dama
Para servirla licencia.
Pero cúlpôs en la parte
De ser mi amigo, y en esta
Con mas culpa os comprehende
La culpa que tuvo ella.
Si mi hermana os agradó
Para mujer (que no era
Posible, ni yo lo creo
Que os atrevierais á verla
Con otro fin, ni aun con este;
Pues ¡vive Dios! que quisiera
Antes, que con vos casada,
Mirarla á mis manos muerta):
En fin, si vos la elegisteis
Para mujer, justo fuera
Descubrir vuestros deseos
A mi padre, ántes que á ella.
Este era término justo,
Y entónces mi padre viera
Si le estaba bien el darla,
Que pienso que no os la diera;
Porque un caballero pobre,
Cuando en cosas como estas
No puede medir iguales
La calidad y la hacienda,
Por no deslucir su sangre
Con una hija doncella,
Hace sagrado un convento;
Que es delito la pobreza.
Aqueste á Julia mi hermana
Con tanta prisa la espera,
Que mañana ha de ser monja,
Por voluntad ó por fuerza.
Y porque no será bien
Que una religiosa tenga
Prendas de tan loco amor,
Y de voluntad tan necia,
A vuestras manos las vuelvo,
Con resolucion tan ciega,
Que no solo he de quitarlas,
Mas tambien la causa dellas.
Sacad la espada, y aquí
El uno de los dos muera;
Vos, porque no la sirvais,
O yo, porque no lo vea.

EUSEBIO.

Tened, Lisardo, la espada,
Y pues yo he tenido flema
Para oir desprecios mios,
Escuchadme la respuesta.
Y aunque el discurso sea largo
De mi suceso, y parezca
Que, estando solos los dos,
Es demasiada paciencia;
Pues que ya es fuerza reñir,
Y morir el uno es fuerza;
Por si los cielos permiten
Que yo el infelice sea,
Oid prodigios que admiran
Y maravillas que elevan;
Que no es bien que con mi muerte
Eterno silencio tengan.
Yo no sé quién fué mi padre;
Pero sé que la primera
Cuna fué el pié de una Cruz,
Y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
Segun los pastores cuentan,
Que desta suerte me hallaron
En la falda de esas sierras.
Tres dias, dicen, que oyeron
Mi llanto, y que á la aspereza
Donde estaba, no llegaron
Por el temor de las fieras,
Sin que alguna me ofendiese;
Pero ¿quién duda que era
Por respeto de la Cruz,
Que tenia en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
Buscó una perdida oveja
En la aspereza del monte,
Y trayéndome á la aldea
De Eusebio, que no sin causa
Estaba entónces en ella.
Le contó mi prodigioso
Nacimiento, y la clemencia
Del cielo asistió á la suya.
Mandó en fin que me trajeran
A su casa, y como á hijo
Me dió la crianza en ella,
Eusebio soy de la Cruz,
Por su nombre, y por aquella
Que fué mi primera guia,
Y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
Por pasatiempo las letras;
Murió Eusebio, y yo quedé
Heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,
No lo fué ménos la estrella,
Que enemiga me amenaza,
Y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
Del ama, cuando mi fiera
Condicion, bárbara en todo,
Dió de sus rigores muestra;
Pues con solas las encías,
No sin diabólica fuerza,
Partí el pecho de quien tuve
El dulce alimento; y ella,
Del dolor desesperada,
Y de la cólera ciega,
En un pozo me arrojó,
Sin que ninguno supiera
De mí. Oyéndome reir,
Bajaron á él, y cuentan
Que estaba sobre las aguas,
Y que con las manos tiernas
Tenia una Cruz formada
Y sobre los labios puesta.
Un dia que se abrasaba
La casa, y la llama fiera
Cerraba el paso á la huida,
Y á la salida la puerta,
Entre las llamas estuve
Libre, sin que me ofendieran:
Y advertí despues, dudando
Que haya en el fuego clemencia,
Que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apénas,
Cuando por el mar fuí á Roma,
Y en una brava tormenta,
Desesperada mi nave
Chocó en una oculta peña:
En pedazos dividida,
Por los costados abierta;
Abrazado de un madero
Salí venturoso á tierra,
Y este madero tenia
Forma de Cruz. Por las sierras
De esos montes caminaba
Con otro hombre, y en la senda
Que dos caminos partia,
Una Cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
Haciendo oracion en ella,
Se adelantó el compañero;
Y despues dándome priesa
Para alcanzarle, le hallé
Muerto á las manos sangrientas
De bandoleros. Un dia,
Riñendo en una pendencia,
De una estocada caí,
Sin que hiciese resistencia,
En la tierra; y cuando todos
Pensaron hallarla ajena
De remedio, solo hallaron
Señal de la punta fiera
En una Cruz que traia
Al cuello, que en mi defensa
Recibió el golpe. Cazando
Una vez por la aspereza
Deste monte, se cubrió
El cielo de nubes negras,
Y publicando con truenos
Al mundo espantosa guerra,
Lanzas arrojaba en agua,
Balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
Contra las nubes defensa,
Siendo ya tiendas de campo
Las mas ocultas malezas;
Y un rayo, que fué en el viento
Caliginoso cometa,
Volvió en ceniza á los dos
Que de mí estaban mas cerca.
Ciego, turbado y confuso
Vuelvo á mirar lo que era,
Y hallé á mi lado una Cruz,
Que yo pienso que es la mesma
Que asistió á mi nacimiento,
Y la que yo tengo impresa
En los pechos; pues los cielos
Me han señalado con ella,
Para públicos efectos
De alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quién soy,
Tal espíritu me alienta,
Tal inclinacion me anima,
Y tal ánimo me fuerza,
Que por mí me da valor
Para que á Julia merezca;
Porque no es mas la heredada,
Que la adquirida nobleza.
Este soy, y aunque conozco
La razon, y aunque pudiera
Dar satisfaccion bastante
A vuestro agravio, me ciega
Tanto la pasion de veros
Hablando de esa manera,
Que ni os quiero dar disculpa,
Ni os quiero admitir la queja;
Y pues quereis estorbar
Que yo su marido sea;
Aunque su casa la guarde,
Aunque un convento la tenga,
De mí no ha de estar segura;
Y la que no ha sido buena
Para mujer, lo será
Para dama: así desea,
Desesperado mi amor
Y ofendida mi paciencia,
Castigar vuestro desprecio,
Y satisfacer mi afrenta.

LISARDO.

Eusebio, donde el acero
Ha de hablar, calle la lengua.

(*Sacan las espadas, y riñen; Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.*)

¡Herido estoy!

Digitized by Google

EUSEBIO.

¿Y no muerto?

LISARDO.

No, que en los brazos me queda
Aliento para... ¡Ay de mí!
Faltó á mis plantas la tierra.

EUSEBIO.

Y falte á tu voz la vida.

LISARDO.

No me permitas que muera
Sin confesion.

EUSEBIO.

¡Muere, infame!

LISARDO.

No me mates, por aquella
Cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO.

Aquesa voz te defienda
De la muerte. Alza del suelo;
Que cuando por ella ruegas,
Falta rigor á la ira,
Y falta á los brazos fuerza.
Alza del suelo.

LISARDO.

No puedo;
Porque ya en mi sangre envuelta
Voy despreciando la vida,
Y el alma pienso que espera
A salir, porque entre tantas
No sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO.

Pues fíate de mis brazos,
Y anímate; que aquí cerca
De unos penitentes monjes
Hay una ermita pequeña,
Donde podrás confesarte
Si vivo á sus puertas llegas.

LISARDO.

Pues yo te doy mi palabra,
Por esa piedad que muestras,
Que si yo merezco verme
En la divina presencia
De Dios, pediré que tú
Sin confesarte no mueras.

(*Llévale Eusebio en brazos.*)

GIL.

¡Han visto lo que le debe!
La caridad está buena;
Pero yo se la perdóno.
¡Matarle y llevarle á cuestas!

ESCENA IV.

BRAS, TIRSO, MENGA, TORIBIO.—GIL.

TORIBIO.

¿Aquí dices que quedaba?

MENGA.

Aquí se quedó con ella.

TIRSO.

Mírale allí embelesado.

MENGA.

Gil, ¿qué mirabas?

GIL.

¡Ay Menga!

TIRSO.

¿Qué te ha sucedido?

GIL.

¡Ay Tirso!

TORIBIO.

¿Qué viste? Danos respuesta.

GIL.

¡Ay Toribio!

BRAS.

Di, ¿qué tienes,
Gil, ó de qué te lamentas?

GIL.

¡Ay Bras, ay amigos mios!
No lo sé mas que una bestia.
Matóle y cargó con él,
Sin duda á salar le lleva.

MENGA.

¿Quién le mató?

GIL.

¿Qué sé yo?

TIRSO.

¿Quién murió?

GIL.

No sé quien era.

TORIBIO.

¿Quién cargó?

GIL.

¿Que sé yo quién?

BRAS.

¿Y quién le llevó?

GIL.

Quien quiera.
Pero porque lo sepais,
Venid todos.

TIRSO.

¿Dó nos llevas?

GIL.

No lo sé, pero venid,
Que los dos van aquí cerca. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Curcio, en Sena.

ESCENA V.

JULIA, ARMINDA.

JULIA.

Déjame, Arminda, llorar
Una libertad perdida,
Pues donde acaba la vida,
Tambien acaba el pesar.
¿Nunca has visto de una fuente
Bajar un arroyo manso,
Siendo apacible descanso
El valle de su corriente;
Y cuando le juzgan falto
De fuerza las flores bellas,
Pasa por encima dellas
Rompiendo por lo mas alto?
Pues mis penas, mis enojos
La misma experiencia han hecho;
Detuviéronse en el pecho,
Y salieron por los ojos.
Deja que llore el rigor
De un padre.

ARMINDA.

Señora, advierte...

JULIA.

¿Qué mas venturosa suerte
Hay, que morir de dolor?
Pena que deja vencida
La vida, ser gloria ordena;
Que no es muy grande la pena
Que no acaba con la vida.

ARMINDA.

¿Qué novedad obligó
Tu llanto?

JULIA.

¡Ay, Arminda mia!
Cuantos papeles tenia
De Eusebio, Lisardo halló
En mi escritorio.

ARMINDA.

¿Pues él
Supo que estaban allí?

JULIA.

Como aqueso contra mí
Hará mi estrella cruel.
Yo (¡ay de mí!) cuando le via
El cuidado con que andaba,
Pensé que lo sospechaba,
Pero no que lo sabía.
Llegó á mí descolorido,
Y entre apacible y airado,
Me dijo que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido:
Que una joya le prestase
Para volver á jugar.
Por presto que la iba á dar,
No aguardó á que la sacase:
Tomó él la llave y abrió
Con una cólera inquieta,
Y en la primera naveta
Los papeles encontró.
Miróme y volvió á cerrar.
Y sin decir nada (¡ay Dios!)
Buscó á mi padre, y los dos
(¿Quién duda es para tratar
Mi muerte?) gran rato hablaron
Cerrados en su aposento;
Salieron, y hácia el convento
Los dos sus pasos guiaron,
Segun Octavio me dijo.
Y si lo que está tratado
Ya mi padre ha efectuado,
Con justa causa me aflijo;
Porque si de aquesta suerte,
Que olvide á Eusebio desea,
Antes que monja me vea,
Yo misma me daré muerte.

ESCENA VI.

EUSEBIO.—DICHAS.

EUSEBIO.

(*Ap.* Ninguno tan atrevido,
Si no tan desesperado,
Viene á tomar por sagrado
La casa del ofendido.
Antes que sepa la muerte
De Lisardo Julia bella,
Hablar quisiera con ella,
Porque á mi tirana suerte
Algun remedio consigo
Si, ignorado mi rigor,
Puede obligarla el amor
A que se vaya conmigo;
Y cuando llegue á saber
De Lisardo el hado injusto
Hará de la fuerza gusto
Mirándose en mi poder.)
Hermosa Julia.

JULIA.

¿Qué es esto?
¿Tú en esta casa?

EUSEBIO.

El rigor
De mi desdicha, y tu amor
En tal peligro me ha puesto.

JULIA.

Pues ¿cómo has entrado aquí,
Y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO.

Como la muerte no temo.

JULIA.

¿Qué es lo que intentas así?

EUSEBIO.

Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida
Dés á mi amor nueva vida,
Nueva gloria á mi deseo.
Yo he sabido cuánto ofende
A tu padre mi cuidado:
Que á su noticia ha llegado
Nuestro amor, y que pretende
Que tú recibas mañana
El estado que desea,
Para que mi dicha sea,
Como mi esperanza, vana.

Digitized by Google

Si ha sido gusto, si ha sido
Amor el que me has mostrado,
Si es verdad que me has amado,
Si es cierto que me has querido,
Vente conmigo; pues ves
Que no tiene resistencia
De tu padre la obediencia,
Deja tu casa; y despues
Que habrá mil remedios piensa;
Pues ya en mi poder, es justo
Que haga de la fuerza gusto,
Y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,
Gente con que defenderte,
Hacienda para ofrecerte
Y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
Si es verdadero tu amor,
Atrévete, ó el dolor
Hará que mi muerte veas.

JULIA.
Oye, Eusebio.

ARMINDA.
Mi señor
Viene, señora.

JULIA.
¡Ay de mí!

EUSEBIO.
¿Pudiera hallar contra mí
La fortuna mas rigor?

JULIA.
¿Podrá salir?

ARMINDA.
No es posible
Que se vaya; porque ya
Llamando á la puerta está.

JULIA.
¡Grave mal!

EUSEBIO.
¡Pena terrible!
¿Qué haré?

JULIA.
Esconderte es forzoso.

EUSEBIO.
¿Dónde?

JULIA.
En aquese aposento.

ARMINDA.
Presto, que sus pasos siento.
(*Escóndese Eusebio.*)

ESCENA VII.

CURCIO.—JULIA, ARMINDA; EUSEBIO, *escondido*.

CURCIO.
Hija, si por el dichoso
Estado que tú codicias,
Y que ya seguro tienes,
No das á mis parabienes
La vida y alma en albricias,
Del deseo que he tenido
No agradeces el cuidado.
Todo queda efectuado,
Y todo tan prevenido,
Que solo falta ponerte
La mas bizarra y hermosa,
Para ser de Cristo esposa:
Mira ¡qué dichosa suerte!
Hoy aventajas á todas
Cuantas se ven envidiar,
Pues te verán celebrar
Aquestas divinas bodas.
¿Qué dices?

JULIA. (*Ap.*)
¿Qué puedo hacer?

EUSEBIO. (*Ap*).
Yo me doy la muerte aquí,
Si ella le dice que sí.

JULIA.
(*Ap.* No sé cómo responder.)
Bien, señor, la autoridad
De padre, que es preferida,
Imperio tiene en la vida;
Pero no en la libertad.
¿Pues que supiera ántes yo
Tu intento, no fuera bien?
¿Y que tú, señor, tambien
Supieras mi gusto?

CURCIO.
No,
Que sola mi voluntad
En lo justo, ó en lo injusto,
Has de tener tú por gusto.

JULIA.
Solo tiene libertad
Un hijo para escoger
Estado; que el hado impío
No fuerza el libre albedrío.
Déjame pensar y ver
De espacio eso; y no te espante
Ver que término te pida;
Que el estado de una vida
No se toma en un instante.

CURCIO.
Basta que yo lo he mirado,
Y yo por tí he dado el sí.

JULIA.
Pues si tú vives por mí,
Toma tambien por mí estado.

CURCIO.
¡Calla, infame! ¡calla, loca!
Que haré de aquese cabello
Un lazo para tu cuello,
O sacaré de tu boca
Con mis manos la atrevida
Lengua, que de oir me ofendo.

JULIA.
La libertad te defiendo,
Señor, pero no la vida.
Acaba su curso triste,
Y acabará tu pesar;
Que mal te puedo negar
La vida que tú me diste:
La libertad que me dió
El cielo, es la que te niego.

CURCIO.
En este punto á crér llego
Lo que el alma sospechó,
Que no fué buena tu madre,
Y manchó mi honor alguno;
Pues hoy tu error importuno
Ofende el honor de un padre,
A quien el sol no igualó,
En resplandor y belleza,
Sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA.
Eso no he entendido yo,
Por eso no he respondido.

CURCIO.
Arminda, salte allá fuera. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CURCIO, JULIA.

CURCIO.
Y ya que mi pena fiera
Tantos años he tenido
Secreta, de mis enojos
La ciega pasion obliga
A que la lengua te diga
Lo que te han dicho los ojos.
La señoría de Sena,
Por dar á mi sangre fama,
En su nombre me envió
A dar la obediencia al papa
Urbano Tercio. Tu madre,
Que con opinion de santa
Fué en Sena comun ejemplo
De las matronas romanas,
Y aun de las nuestras, (no sé
Cómo mi lengua la agravia;
Mas ¡ay infelice! tanto
La satisfaccion engaña)
En Sena quedó, y yo estuve
En Roma con la embajada
Ocho meses; porque entónces
Por concierto se trataba
Que esta señoría fuese
Del pontífice: Dios haga
Lo que á su estado convenga,
Que aquí importa poco ó nada.
Volví á Sena, y hallé en ella...
Aquí el aliento me falta,
Aquí la lengua enmudece,
Y aquí el ánimo desmaya.
Hallé (¡ay injusto temor!)
A tu madre tan preñada,
Que para el infeliz parto
Cumplia las nueve faltas.
Ya me habia prevenido
Por sus mentirosas cartas
Esta desdicha, diciendo
Que, cuando me fuí, quedaba
Con sospecha; y yo la tuve
De mi deshonra tan clara,
Que discurriendo mi agravio,
Imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea;
Mas quien tiene sangre hidalga,
No ha de aguardar á creer,
Que el imaginar le basta.
¡Qué importa que un noble sea
Desdichado (¡oh ley tirana
De honor! ¡oh bárbaro fuero
Del mundo!) si la ignorancia
Le disculpa? Mienten, mienten
Las leyes; porque no alcanza
Los misterios al efecto
Quien no previene la causa.
¿Qué ley culpa á un inocente?
¿Qué opinion á un libre agravia?
Miente otra vez; que no es
Deshonra, sino desgracia.
¡Bueno es que en leyes de honor
Le comprenda tanta infamia
Al Mercurio que le roba,
Como al Argos que le guarda!
¿Qué deja el mundo, qué deja,
Si así al inocente infama,
De deshonra, para aquel
Que lo sabe y que lo calla?
Yo entre tantos pensamientos,
Yo entre confusiones tantas,
Ni vi regalo en la mesa,
Ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo
Estuve, que me trataba
Como ajeno el corazon,
Y como á tirano el alma.
Y aunque á veces discurria
En su abono, y aunque hallaba
Verisímil la disculpa,
Pudo en mí tanto la instancia
Del temer que me ofendia,
Que con saber que fué casta,
Tomé de mis pensamientos,
No de sus culpas, venganza.
Y porque con mas secreto
Fuese, previne una caza
Fingida, porque á un celoso
Ficciones solo le agradan.
Al monte fuí, y cuando todos
Entretenidos estaban
En su alegre regocijo,
Con amorosas palabras,
(¡Qué bien las dice quien miente!
¡Qué bien las cree quien ama!)
Llevé á Rosmira, tu madre,

Digitized by Google

Por una senda apartada
Del camino, y divertida
Llegó á una secreta estancia
Deste monte, á cuyo albergue
El sol ignoró la entrada,
Porque se la defendian
Rústicamente enlazadas,
Por no decir que amorosas,
Arboles, hojas y ramas.
Aquí pues, adonde apénas
Huella imprimió mortal planta,
Solos los dos...

ESCENA IX.

ARMINDA. — DICHOS.

ARMINDA.

Si el valor,
Que el noble pecho acompaña,
Señor, y si la experiencia
Que te han dado honrosas canas,
En la desdicha presente
No te niega ó no te falta,
Exámen será el valor
De tu ánimo.

CURCIO.

¿Qué causa
Te obliga á que así interrumpas
Mi razon?

ARMINDA.

Señor...

CURCIO.

Acaba;
Que mas la duda me ofende.

JULIA.

¿Por qué te suspendes? Habla.

ARMINDA.

No quisiera ser la voz
De mi pena y tu desgracia.

CURCIO.

No temas decirla tú,
Pues yo no temo escucharla.

ARMINDA.

A Lisardo, mi señor...

EUSEBIO.

Esto solo me faltaba.

ARMINDA.

Bañado en su sangre traen,
En una silla por andas,
Cuatro rústicos pastores,
Muerto (¡ay Dios!) á puñaladas;
Mas ya á tu presencia llega:
No le veas.

CURCIO.

¡Cielos! ¿Tantas
Penas para un desdichado?
¡Ay de mí!

ESCENA X.

GIL, MENGA, TIRSO, BRAS Y TORIBIO, *que traen á* LISARDO *muerto en una silla.* — DICHOS.

JULIA.

Pues ¿qué inhumana
Fuerza ensangrentó la ira
En su pecho? ¿Qué tirana
Mano se bañó en mi sangre,
Contra su inocencia airada?
¡Ay de mí!

ARMINDA.

Mira, señora....

BRAS.

No llegues á verle.

CURCIO.

Aparta.

TIRSO.

Detente, señor.

CURCIO.

Amigos,
No puede sufrirlo el alma.
Dejadme ver ese cadáver frio,
Depósito infeliz de heladas venas,
Ruina del tiempo, estrago del impío
Hado, teatro funesto de mis penas,
¿Qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)
Trágico monumento en las arenas
Construyó, porque hiciese en quejas [vanas
Mortaja triste de mis blancas canas?
¡Ay amigos! decid: ¿quién fué homicida
De un hijo, en cuya vida yo animaba?

MENGA.

Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,
Oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO.

Dí, amigo, dí, ¿quién me quitó esta vida?

GIL.

Yo solo sé que Eusebio se llamaba
Cuando con él reñia.

CURCIO.

¿Hay mas deshonra?
Eusebio me ha quitado vida y honra.
(*A Julia.*)
Disculpa agora tú de sus crueles
Deseos la ambicion; dí que concibe
Casto amor, pues, á falta de papeles,
Lascivos gustos con tu sangre escribe.

JULIA.

Señor...

CURCIO.

No me respondas como sueles:
A tomar hoy estado te apercibe,
O apercibe tambien á tu hermosura,
Con Lisardo temprana sepultura. [quivo
Los dos á un tiempo el sentimiento es-
En este dia sepultar concierta, [vivo,
El muerto al mundo, en mi memoria
Tú, viva al mundo, en mi memoria
[muerta.
Y en tanto que el entierro os apercibo,
Porque no huyas cerraré esta puerta.
Queda con él, porque de aquesta suerte,
Lecciones al morir te dé su muerte.
(*Vánse.*)

ESCENA XI.

JULIA; LISARDO, *muerto;* EUSEBIO.

JULIA.

Mil veces procuro hablarte,
Tirano Eusebio, y mil veces
El alma duda, el aliento
Falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé cómo pueda
Hablar; porque á un tiempo vienen
Envueltas iras piadosas
Entre piedades crueles.
Quisiera cerrar los ojos
A aquesta sangre inocente,
Que está pidiendo venganza,
Desperdiciando claveles:
Y quisiera hallar disculpa
En las lágrimas que viertes;
Que al fin heridas y ojos
Son bocas que nunca mienten.
Y en una mano el amor,
Y en otra el rigor presente,
A un mismo tiempo quisiera
Castigarte y defenderte.
Y entre ciegas confusiones
De pensamientos tan fuertes,
La clemencia me combate,
Y el sentimiento me vence.
¿Desta suerte solicitas
Obligarme? ¿Desta suerte,
Eusebio, en vez de finezas,
Con crueldades me pretendes?
Cuando de mi boda el dia
Resuelta esperaba, ¡quieres
Que en vez de apacibles bodas,
Tristes obsequias celebre!
Cuando por tu gusto era
A mi padre inobediente,
¡Lutos funestos me das
En vez de galas alegres!
Cuando, arriesgando mi vida,
Hice posible el quererte,
¡En vez de tálamo (¡ay cielos!)
Un sepulcro me previenes!
Y cuando mi mano ofrezco,
Despreciando inconvenientes
De honor, ¡la tuya bañada
En mi sangre me la ofreces!
¿Qué gusto tendré en tus brazos,
Si para llegar á verme
Dando vida á nuestro amor,
Voy tropezando en la muerte?
¿Qué dirá el mundo de mí,
Sabiendo que tengo siempre,
Si no presente el agravio,
Quien le cometió presente?
Pues cuando quiera el olvido
Sepultarle, solo el verte
Entre mis brazos, será
Memoria con que me acuerde.
Yo entónces, yo, aunque te adore,
Los amorosos placeres
Trocaré en iras, pidiendo
Venganzas; pues ¿cómo quieres
Que viva sujeta un alma
A efectos tan diferentes,
Que esté esperando el castigo,
Y deseando que no llegue?
Basta, por lo que te quise,
Perdonarte, sin que esperes
Verme en tu vida, ni hablarme.
Esa ventana, que tiene
Salida al jardin, podrá
Darte paso; por ahí puedes
Escaparte; huye el peligro,
Porque, si mi padre viene,
No te halle aquí. Vete, Eusebio,
Y mira que no te acuerdes
De mí; que hoy me pierdes tú,
Porque quisiste perderme.
Vete, y vive tan dichoso,
Que tengas felicemente
Bienes, sin que á los pesares
Pagues pension de los bienes.
Que yo haré para mi vida
Una celda prision breve,
Si no sepulcro, pues ya
Mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
De un hado tan inclemente,
De una fortuna tan fiera,
De una inclinacion tan fuerte,
De un planeta tan opuesto,
De una estrella tan rebelde,
De un amor tan desdichado,
De una mano tan aleve,
Que me ha quitado la vida,
Y no me ha dado la muerte,
Porque entre tantos pesares,
Siempre viva, y muera siempre.

EUSEBIO.

Si acaso mas que tus voces
Son ya tus manos crueles
Para tomar la venganza,
Rendido á tus piés me tienes.
Preso me trae mi delito,
Tu amor es la cárcel fuerte,
Las cadenas son mis yerros,
Prisiones que el alma teme,
Verdugo es mi pensamiento;
Si son tus ojos los jueces,
Y ellos me dan la sentencia,
Por fuerza será de muerte.


Digitized by Google

Mas dirá entónces la fama
En su pregon: «Este muere
Porque quiso,» pues que solo
Es mi delito quererte.
No pienso darte disculpa;
No parezca que la tiene
Tan grande error; solo quiero
Que me mates y te vengues.
Toma esta daga, y con ella
Rompe un pecho que te ofende,
Saca un alma que te adora,
Y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme,
Para que á vengarse llegue
Tu padre, diré que estoy
En tu aposento.

JULIA.

¡Detente!
Y por última razon,
Que he de hablarte eternamente,
Has de hacer lo que te digo.

EUSEBIO.

Yo lo concedo.

JULIA.

Pues vete
Adonde guardes tu vida.
Hacienda tienes, y gente
Que te podrá defender.

EUSEBIO.

Mejor será que yo quede
Sin ella; porque si vivo,
Será imposible que deje
De adorarte, y no has de estar,
Aunque un convento te encierre,
Segura.

JULIA.

Guárdate tú,
Que yo sabré defenderme.

EUSEBIO.

¿Volveré yo á verte?

JULIA.

No.

EUSEBIO.

¿No hay remedio?

JULIA.

No le esperes.

EUSEBIO.

¿Que al fin me aborreces ya?

JULIA.

Haré por aborrecerte.

EUSEBIO.

¿Olvidarásme?

JULIA.

No sé.

EUSEBIO.

¿Veréte yo?

JULIA.

Eternamente.

EUSEBIO.

Pues ¿aquel pasado amor...?

JULIA.

Pues ¿esta sangre presente...?
La puerta abren: vete, Eusebio.

EUSEBIO.

Iré por obedecerte.
¡Que no he de volverte á ver!

JULIA.

¡Que no has de volver á verme!
(Suena ruido, vanse cada uno por una parte, y entran el cuerpo algunos criados.)

JORNADA SEGUNDA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, CELIO, EUSEBIO, *en traje de bandoleros, con arcabuces.*
(Suena un tiro dentro.)

RICARDO.

Pasó el plomo violento
Su pecho.

CELIO.

Y hace el golpe mas sangriento,
Que con su sangre la tragedia imprima
En tierna flor.

EUSEBIO.

Ponle una cruz encima,
Y perdónele Dios.

RICARDO.

Las devociones
Nunca faltan del todo á los ladrones.
(Vanse Ricardo y Celio.)

EUSEBIO.

Y pues mis hados fieros
Me traen á capitan de bandoleros,
Llegarán mis delitos
A ser, como mis penas, infinitos.
Como si diera muerte
A Lisardo á traicion, de aquesta suerte
Mi patria me persigue,
Porque su furia y mi despecho obligue
A que guarde una vida,
Siendo de tantas bárbaro homicida.
Mi hacienda me han quitado,
Mis villas confiscado,
Y á tanto rigor llegan,
Que el sustento me niegan.
No toque pasajero
El término del monte, si primero
No rinde hacienda y vida.

ESCENA II.

RICARDO, BANDOLEROS; ALBERTO, *preso.* — EUSEBIO.

RICARDO.

Llegando á ver la boca de la herida,
Escucha, capitan, el mas extraño
Suceso.

EUSEBIO.

Ya deseo el desengaño.

RICARDO.

Hallé el plomo deshecho
En este libro que tenia en el pecho,
Sin haber penetrado,
Y al caminante solo desmayado:
Vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO.

De espanto estoy y admiraciones lleno.
¿Quién eres, venerable
Caduco, á quien los cielos, admirable
Han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO.

Yo soy, ó capitan, el mas dichoso
De cuantos hombres hay; que he merecido
Ser sacerdote indigno, y he leido
En Bolonia sagrada teología
Cuarenta y cuatro años con desvelo.
Dióme Su Santidad, por este celo,
De Trento el obispado,
Premiando mis estudios; y admirado
Yo de ver que tenia
Cuenta de tantas almas,
Y que apénas la daba de la mia,
Los laureles dejé, dejé las palmas
Y huyendo sus engaños,
Vengo á buscar seguros desengaños
En estas soledades,
Donde viven desnudas las verdades.
Paso á Roma á que el Papa me conceda
Licencia, capitan, para que pueda
Fundar un órden santo de eremitas;
Mas tu saña atrevida
Quita el hilo á mi suerte y á la vida.

EUSEBIO.

¿Qué libro es este, di?

ALBERTO.

Este es el fruto,
Que rinde á mis estudios el tributo
De tantos años.

EUSEBIO.

¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO.

El trata del orígen verdadero
De aquel divino y celestial madero
En que animoso y fuerte,
Muriendo, triunfó Cristo de la muerte.
El libro, en fin, se llama
«Milagros de la Cruz».

EUSEBIO.

¡Qué bien la llama
De aquel plomo inclemente,
Mas que la cera, se mostró obediente!
¡Pluguiera á Dios, mi mano
Antes, que blanco su papel hiciera
De aquel golpe tirano,
Entre su fuego ardiera!
Lleva ropa y dinero
Y la vida; solo este libro quiero.
Y vosotros salidle acompañando
Hasta dejarle libre.

ALBERTO.

Iré rogando
Al Señor te dé luz para que veas
El error en que vives.

EUSEBIO.

Si deseas
Mi bien, pídele á Dios que no permita
Muera sin confesion.

ALBERTO.

Yo te prometo
Seré ministro en tan piadoso efeto,
Y te doy mi palabra,
(Tanto en mi pecho tu clemencia labra)
Que si me llamas en cualquiera parte,
Dejaré mi desierto
Por ir á confesarte:
Un sacerdote soy, mi nombre Alberto.

EUSEBIO.

¿Tal palabra me das?

ALBERTO.

Y la confieso
Con la mano.

EUSEBIO.

Otra vez tus plantas beso.
(Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.)

ESCENA III.

CHILINDRINA. — EUSEBIO.

CHILINDRINA.

Hasta venir á hablarte,
El monte atravesé de parte á parte.

EUSEBIO.

¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA.

Dos nuevas harto malas.

EUSEBIO.

A mi temor el sentimiento igualas.
¿Qué son?

CHILINDRINA.

Es la primera,
(Decirla no quisiera)

Digitized by Google

Que al padre de Lisardo
Han dado...

EUSEBIO.

Acaba, que el efecto aguardo.

CHILINDRINA.

Comision de prenderte ó de matarte.

EUSEBIO.

Esotra nueva temo
Mas, porque en un confuso extremo,
Al corazon parece que camina
Toda el alma, adivina
De algun futuro daño.
¿Qué ha sucedido?

CHILINDRINA.

A Julia...

EUSEBIO.

No me engaño
En prevenir tristezas,
Si para ver mi mal, por Julia empiezas.
¿Julia no me dijiste?
Pues eso basta para verme triste.
¡Mal haya amen la rigurosa estrella
Que me obligó á querella!
En fin, Julia... prosigue.

CHILINDRINA.

En un convento,
Seglar está.

EUSEBIO.

¡Ya falta el sufrimiento!
¡Que el cielo me castigue
Con tan grandes venganzas,
De perdidos deseos,
De muertas esperanzas,
Que de los mismos cielos,
Por quien me deja, vengo á tener celos!
Mas ya tan atrevido,
Que viviendo matando,
Me sustento robando,
No puedo ser peor de lo que he sido.
Despéñese el intento,
Pues ya se ha despeñado el pensamiento.
Llama á Celio y Ricardo. (*Ap.* Amando
[muero!)

CHILINDRINA.

Voy por ellos. (*Vase.*)

EUSEBIO.

Vé, y diles que aquí espero.-
Asaltaré el convento que la guarda.
Ningun grave castigo me acobarda;
Que por verme señor de su hermosura,
Tirano amor me fuerza
A acometer la fuerza,
A romper la clausura,
Y á violar el sagrado;
Que ya del todo estoy desesperado.
Pues si no me pusiera
Amor en tales puntos,
Solamente lo hiciera,
Por cometer tantos delitos juntos.

ESCENA IV.

GIL, MENGA. — EUSEBIO.

MENGA.

¿Mas que encontramos con él,
Segun mezquina nací?

GIL.

Menga, yo ¿no voy aquí?
No temas ese cruel
Capitan de buñuleros,
Ni el hallarlo te alborote;
Que honda llevo yo y garrote.

MENGA.

Temo, Gil, sus hechos fieros;
Si no, á Silvia á mirar ponte,
Cuando aquí la acometió;
Que doncella al monte entró,
Y dueña salió del monte,
Que no es peligro pequeño.

GIL.

Conmigo fuera cruel,
Que tambien entro doncel,
Y pudiera salir dueño.
(*Reparan en Eusebio.*)

MENGA. (*A Eusebio.*)

¡Ah señor! que va perdido,
Que anda Eusebio por aquí.

GIL.

No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO. (*Ap.*)

Estos no me han conocido,
Y quiero disimular.

GIL.

¿Quiere que aquese ladron
Le mate?

EUSEBIO.

(*Ap.* Villanos son.)
¿Con qué podré yo pagar
Este aviso?

GIL.

Con huir
De ese bellaco.

MENGA.

Si os coge,
Señor, aunque no le enoje
Ni vuestro hacer ni decir,
Luego os matará; y creed
Que con poner tras la ofensa
Una cruz encima, piensa
Que os hace mucha merced.

ESCENA V.

RICARDO, CELIO. — DICHOS.

RICARDO.

¿Dónde le dejaste?

CELIO.

Aquí.

GIL. (*A Eusebio.*)

Es un ladron, no le esperes.

RICARDO.

Eusebio, ¿qué es lo que quieres?

GIL.

¿Eusebio le llamó?

MENGA.

Sí.

EUSEBIO.

Yo soy Eusebio; ¿qué os mueve
Contra mí? ¿No hay quien responda?

MENGA.

Gil, ¿tienes garrote y honda?

GIL.

Tengo el diablo que te lleve.

CELIO.

Por los apacibles llanos
Que hace del monte la falda,
A quien guarda el mar la espalda,
Vi un escuadron de villanos
Que armado contra tí viene,
Y pienso que se avecina;
Que así Curcio determina
La venganza que previene.
Mira qué piensas hacer:
Junta tu gente, y partamos.

EUSEBIO.

Mejor es que agora huyamos,
Que esta noche hay mas que hacer.
Venid conmigo los dos,
De quien justamente fio
La opinion y el honor mio.

RICARDO.

Muy bien puedes, que por Dios,
Que he de morir á tu lado.

EUSEBIO.

Villanos, vida teneis,
Solo porque le lleveis
A mi enemigo un recado.
Decid á Curcio que yo
Con tanta gente atrevida
Solo defiendo la vida,
Pero que le busco no.
Y que no tiene ocasion
De buscarme desta suerte,
Pues no di á Lisardo muerte
Con engaño ó con traicion.
Cuerpo á cuerpo le maté,
Sin ventaja conocida,
Y ántes de acabar la vida,
En mis brazos le llevé
Adonde se confesó,
Digna accion para estimarse;
Mas que si quiere vengarse,
Que he de defenderme yo. —
Y agora, porque no vean
(*A los bandoleros.*)
Aquestos por donde vamos,
Atadlos entre estos ramos:
Vendados sus ojos sean,
Porque no avisen.

RICARDO.

Aquí
Hay cordel.

CELIO.

Pues llega presto.

GIL.

De San Sebastian me han puesto.

MENGA.

De San Sebastian á mí.
Mas ate cuanto quisiere,
Señor, como no me mate.

GIL.

Oye, señor, no me ate,
Y puto sea yo si huyere.
Jura tú, Menga, tambien
Este mismo juramento.

CELIO.

Ya estan atados.

EUSEBIO.

Mi intento
Se va ejecutando bien.
La noche amenaza oscura
Tendiendo su negro velo.
Julia, aunque te guarde el cielo,
He de gozar tu hermosura. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

GIL, MENGA, *atados.*

GIL.

¿Quién habrá que ahora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,
Que no diga que es aqueste
Peralvillo de la aldea?

MENGA.

Vete llegando hácia aquí,
Gil, que yo no puedo andar.

GIL.

Menga, venme á desatar,
Y te desataré á tí
Luego al punto.

MENGA.

Ven primero
Tú, que ya estás importuno.

GIL.

¿Es decir, que vendrá alguno?
Pondré que falta un arriero
Las tres ánades cantando,
Un caminante pidiendo,
Un estudiante comiendo,
Una santera rezando,
Hoy en aqueste camino,
Lo que á ninguno faltó;
Mas la culpa tengo yo.

Digitized by Google

Una voz. (*Dentro.*)
Hácia esta parte imagino
Que oigo voces; llegad presto.

GIL.
Señor, en buena hora acuda
A desatar una duda,
En que há rato que estoy puesto.

MENGA.
Si acaso buscais, señor,
Por el monte algun cordel,
Yo os puedo servir con él.

GIL.
Este es mas gordo y mijor.

MENGA.
Yo, por ser mujer, espero
Remedio en las ánsias mias.

GIL.
No repare en cortesías,
Desáteme á mí primero.

ESCENA VII.

CURCIO, OCTAVIO, BRAS, TIRSO, SOLDADOS.—GIL, MENGA.

TIRSO.
Hácia aquesta parte suena
La voz.

GIL.
¡Que te quemas!

TIRSO.
Gil,
¿Qué es esto?

GIL.
El diablo es sutil;
Desata, Tirso, y mi pena
Te diré despues.

CURCIO.
¿Qué es esto?

MENGA.
Venga en buen hora, señor,
A castigar un traidor.

CURCIO.
¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL.
¿Quién? Eusebio, que en efeto
Dice... Pero ¿qué sé yo
Lo que dice? Él mos dejó
Aquí en semejante aprieto.

TIRSO.
No llores pues, que no ha estado
Hoy muy poco liberal
Contigo.

BRAS.
No lo ha hecho mal,
Pues á Menga te ha dejado.

GIL.
¡Ay Tirso! no lloro yo
Porque piadoso no fué.

TIRSO.
Pues ¿por qué lloras?

GIL.
¿Por qué?
Porque á Menga me dejó.
La de Anton llevó, y al cabo
De seis, que no parecia,
Halló á su mujer un dia;
Hicimos un baile bravo
De hallazgo, y gastó cien reales.

BRAS.
¿Bartolo no se casó
Con Catalina, y parió
A seis meses no cabales?
Y andaba con gran placer
Diciendo: ¡Si tú lo vieses!
Lo que otra hace en nueve meses,
Hace en cinco mi mujer.

TIRSO.
Ello, no hay honra segura.

CURCIO.
¿Que esto llegue á escuchar yo
Deste tirano? ¿quién vió
Tan notable desventura?

MENGA.
Cómo destruirle piensa;
Que hasta las mismas mujeres
Tomaremos, si tú quieres,
Las armas para su ofensa.

GIL.
Que aquí acude es lo mas cierto;
Y toda esta procesion
De cruces que miras, son,
Señor, por hombres que ha muerto.

OCTAVIO.
Es aquí lo mas secreto
De todo el monte.

CURCIO. (*Ap.*)
Y aquí
Fué ¡cielos! donde yo vi
Aquel milagroso efeto
De inocencia y castidad,
Cuya beldad atrevido
Tantas veces he ofendido
Con dudas, siendo verdad
Un milagro tan patente.

OCTAVIO.
Señor, ¿qué nueva pasion
Causa tu imaginacion?

CURCIO.
Rigores que el alma siente
Son, Octavio; y mis enojos,
Para publicar mi mengua,
Como los niego á la lengua,
Me van saliendo á los ojos.
Haz, Octavio, que me deje
Solo esa gente que sigo,
Porque aquí de mí y conmigo
Hoy á los cielos me queje.

OCTAVIO.
Ea, soldados, despejad.

BRAS.
¿Qué decís?

TIRSO.
¿Qué pretendeis?

GIL.
Despiojad, ¿no lo entendeis?
Que nos vamos á espulgar.
(*Vanse todos, ménos Curcio.*)

ESCENA VIII.

CURCIO.

¿A quién no habrá sucedido,
Tal vez lleno de pesares,
Descansar consigo á solas,
Por no descubrirse á nadie?
Yo, á quien tantos pensamientos
A un tiempo afligen, que hacen
Con lágrimas y suspiros
Competencia al mar y al aire,
Compañero de mí mismo
En las mudas soledades,
Con la pension de mis bienes
Quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes
Sean testigos bastantes;
Que al fin las fuentes murmuran,
Y tienen lengua las aves.
No quiero mas compañía
Que aquestos rústicos sauces;
Pues quien escucha y no aprende,
Será fuerza que no hable.
Teatro este monte fué
Del suceso mas notable,
Que entre prodigios de celos
Cuentan las antigüedades,
De una inocente verdad.
Pero ¿quién podrá librarse
De sospechas, en quien son
Mentirosas las verdades?
Muerte de amor son los celos,
Que no perdonan á nadie,
Ni por humilde le dejan,
Ni le respetan por grave.
Aquí pues, donde yo digo,
Rosmira y yo... De acordarme,
No es mucho que el alma tiemble,
No es mucho que la voz falte;
Que no hay flor que no me asombre,
No hay hoja que no me espante,
No hay piedra que no me admire,
Tronco que no me acobarde,
Peñasco que no me oprima,
Monte que no me amenace;
Porque todos son testigos
De una hazaña tan infame.
Saqué al fin la espada, y ella,
Sin temerme y sin turbarse,
Porque en riesgos de amor nunca
El inocente es cobarde:
«Esposo, dijo, detente;
»No digo que no me mates,
»Si es tu gusto, porque yo
»¿Cómo he de poder negarte
«La misma vida que es tuya?
»Solo te pido que ántes
»Me digas por lo que muero,
«Y déjame que te abrace.
Yo la dije: «En tus entrañas,
»Como la víbora, traes
»A quien te ha de dar la muerte.
»Indicio ha sido bastante
»El parto infame que esperas.
»Mas no le verás, que ántes
»Dándote muerte, seré
»Verdugo tuyo y de un ángel.»
«Si acaso, me dijo entónces,
»Si acaso, esposo, llegaste
»A creer flaquezas mias,
»Justo será que me mates.
»Mas á esta Cruz abrazada,
»A esta que estaba delante,
»Prosiguió, doy por testigo
»De que no supe agraviarte
»Ni ofenderte; que ella sola
»Será justo que me ampare.»
Bien quisiera entónces yo,
Arrepentido, arrojarme
A sus piés, porque se via
Su inocencia en su semblante.
El que una traicion intenta,
Antes mire lo que hace;
Porque una vez declarado,
Aunque procure enmendarse,
Por decir que tuvo causa,
Lo ha de llevar adelante.
Yo pues, no porque dudaba
Ser la disculpa bastante,
Sino porque mi delito
Mas amparado quedase,
El brazo levanté airado,
Tirando por varias partes
Mil heridas; pero solo
Las ejecuté en el aire.
Por muerta al pié de la Cruz
Quedó, y queriendo escaparme,
A casa llegué, y halléla
Con mas belleza que sale
El alba, cuando en sus brazos
Nos presenta el sol infante.
Ella en sus brazos tenia
A Julia, divina imágen
De hermosura y discrecion:
(¿Qué gloria pudo igualarse
A la mia?) que su parto
Habia sido aquella tarde
Al mismo pié de la Cruz;
Y por divinas señales,

Digitized by Google

Con que al mundo descubria
Dios un milagro tan grande,
La niña que habia parido,
Dichosa con señas tales,
Tenia en el pecho una Cruz
Labrada de fuego y sangre.
Pero ¡ay! que tanta ventura
Templaba el que se quedase
Otra criatura en el monte;
Que ella, entre penas tan graves,
Sintió haber parido dos;
Y yo entónces...

ESCENA IX.

OCTAVIO. — CURCIO.

OCTAVIO.

Por el valle
Atraviesa un escuadron
De bandoleros; y ántes
Que cierre la noche triste,
Será bien, señor, que bajes
A buscarlos, no oscurezca;
Porque ellos el monte saben,
Y nosotros no.

CURCIO.

Pues junta
La gente vaya adelante;
Que no hay gloria para mí,
Hasta llegar á vengarme. (*Vanse.*)

—

Vista exterior de un convento.

ESCENA X.

EUSEBIO, RICARDO, CELIO, *con una escala.*

RICARDO.

Llega con silencio, y pon
A esa parte las escalas.

EUSEBIO.

Icaro seré sin alas,
Sin fuego seré Faeton:
Escalar al sol intento,
Y si me quiere ayudar
La luz, tengo de pasar
Mas allá del firmamento.
Amor ser tirano enseña.
En subiendo yo, quitad
Esa escala, y esperad
Hasta que os haga una seña.
Quien subiendo se despeña,
Suba hoy y baje ofendido,
En cenizas convertido;
Que la pena del bajar,
No será parte á quitar
La gloria de haber subido.

RICARDO.

¿Qué esperas?

CELIO.

Pues ¿qué rigor
Tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO.

¿No veis como me amenaza
Un vivo fuego?

RICARDO.

Señor,
Fantasmas son del temor.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

CELIO.

Sube.

EUSEBIO.

Ya llego.
Aunque á tantos rayos ciego,
Por las llamas he de entrar;
Que no lo podrá estorbar
De todo el infierno el fuego.
(*Sube y entra.*)

CELIO.

Ya entró.

RICARDO.

Alguna fantasía
De su mismo horror fundada,
En la idea acreditada,
O alguna ilusion sería.

CELIO.

Quita la escala.

RICARDO.

Hasta el dia
Aquí le hemos de esperar.

CELIO.

Atrevimiento fué entrar,
Aunque yo de mejor gana
Me fuera con mi villana;
Mas despues habrá lugar. (*Vanse.*)

—

Celda de Julia.

ESCENA XI.

EUSEBIO; JULIA, *en el lecho.*

EUSEBIO.

Por todo el convento he andado,
Sin ser de nadie sentido,
Y por cuanto he discurrido,
De mi destino guiado,
A mil celdas he llegado
De religiosas, que abiertas
Tienen las estrechas puertas,
Y en ninguna á Julia ví.
¿Dónde me llevais así,
Esperanzas siempre inciertas?
¡Qué horror! ¡qué silencio mudo!
¡Qué oscuridad tan funesta!
Luz hay aquí; celda es esta,
Y en ella Julia. ¡Qué dudo!
(*Corre una cortina, y ve á Julia durmiendo.*)
¿Tan poco el valor ayudo,
Que ahora en hablarla tardo?
¿Qué es lo que espero? ¿qué aguardo?
Mas con impulso dudoso,
Si me animo temeroso,
Animoso me acobardo.
Mas belleza la humildad
Deste traje la asegura;
Que en la mujer la hermosura,
Es la misma honestidad.
Su peregrina beldad,
De mi torpe amor objeto,
Hace en mí mayor efeto;
Que á un tiempo á mi amor incito,
Con la hermosura apetito,
Con la honestidad respeto.
¡Julia! ¡ah Julia!

JULIA.

¿Quién me nombra?
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que veo?
¿Eres sombra del deseo,
O del pensamiento sombra?

EUSEBIO.

¿Tanto el mirarme te asombra?

JULIA.

¿Pues quién habrá que no intente
Huir de tí?

EUSEBIO.

Julia, detente.

JULIA.

¿Qué quieres, forma fingida,
De la idea repetida,
Solo á la vista aparente?
¿Eres, para pena mia,
Voz de la imaginacion?
Retrato de la ilusion?
Cuerpo de la fantasía?
Fantasma en la noche fria?

EUSEBIO.

Julia, escucha, Eusebio soy,
Que vivo á tus piés estoy;
Que si el pensamiento fuera,
Siempre contigo estuviera.

JULIA.

Desengañándome voy
Con oirte, y considero
Que mi recato ofendido
Mas te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero.
Donde yo llorando muero,
Donde yo vivo penando,
¿Qué quieres? ¡estoy temblando!
¿Qué buscas? ¡estoy muriendo!
¿Qué emprendes? ¡estoy temiendo!
¿Qué intentas? ¡estoy dudando!
¿Cómo has llegado hasta aquí?

EUSEBIO.

Todo es extremos amor,
Y mi pena y tu rigor
Hoy han de triunfar de mí.
Hasta verte aquí, sufrí
Con esperanza segura;
Pero viendo tu hermosura
Perdida, he atropellado
El respeto del sagrado,
Y la ley de la clausura.
De lo cierto ó de lo injusto
Los dos la culpa tenemos,
Y en mí vienen dos extremos,
Que son la fuerza y el gusto.
No puede darle disgusto
Al cielo mi pretension;
Antes de esta ejecucion,
Casada eres en secreto,
Y no cabe en un sugeto
Matrimonio y religion.

JULIA.

No niego el lazo amoroso,
Que hizo con felicidades
Unir á dos voluntades,
Que fué su efecto forzoso;
Que te llamé amado esposo,
Y que todo eso fué así,
Confieso; pero ya aquí,
Con voto de religiosa,
A Cristo de ser su esposa
Mano y palabra le di.
Ya soy suya, ¿qué me quieres?
Vete, porque el mundo asombres,
Donde mates á los hombres,
Donde fuerces las mujeres.
Vete, Eusebio; ya no esperes
Fruto de tu loco amor;
Para que te cause horror,
Que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO.

Cuanto es mayor tu defensa,
Es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
Del convento, ya te vi;
No es amor quien vive en mí,
Causa mas oculta fué.
Cumple mi gusto, ó diré
Que tú misma me has llamado,
Que me has tenido encerrado
En tu celda muchos dias:
Y pues las desdichas mias
Me tienen desesperado,
Daré voces; sepan...

JULIA.

Tente,
Eusebio, mira... (¡ay de mí!)
Pasos siento por aquí,
Al coro atraviesa gente.
¡Cielos, no sé lo que intente!
Cierra esa celda, y en ella
Estarás, pues atropella
Un temor á otro temor.

Digitized by Google

EUSEBIO.

¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA.

¡Qué rigorosa es mi estrella! (*Vanse.*)

—

Vista exterior del convento.

ESCENA XII.

RICARDO, CELIO.

RICARDO.

Ya son las tres, mucho tarda.

CELIO.

El que goza su ventura,
Ricardo, en la noche oscura,
Nunca el claro sol aguarda.
Yo apuesto que le parece
Que nunca el sol madrugó
Tanto, y que hoy apresuró
Su curso.

RICARDO.

Siempre amanece
Mas temprano á quien desea;
Pero al que goza, mas tarde.

CELIO.

No creas que al sol aguarde
Que en el oriente se vea.

RICARDO.

Dos horas son ya.

CELIO.

No creo
Que Eusebio lo diga.

RICARDO.

Es justo;
Porque al fin son de su gusto
Las horas de tu deseo.

CELIO.

¿No sabes lo que he llegado
Hoy, Ricardo, á sospechar?
Que Julia le envió á llamar.

RICARDO.

Pues si no fuera llamado,
¿Quién á escalar se atreviera
Un convento?

CELIO.

¿No has sentido,
Ricardo, á esta parte ruido?

RICARDO.

Sí.

CELIO.

Pues llega la escalera.

ESCENA XIII.

JULIA, EUSEBIO, *á una ventana.* — RICARDO, CELIO.

EUSEBIO.

Déjame, mujer.

JULIA.

Pues cuando
Vencida de tus deseos,
Movida de tus suspiros,
Obligada de tus ruegos,
De tu llanto agradecida,
Dos veces á Dios ofendo,
Como á Dios, y como á esposo,
¡Mis brazos dejas, haciendo
Sin esperanzas desdenes,
Y sin posesion desprecios!
¿Dónde vas?

EUSEBIO.

Mujer, ¿qué intentas?
Déjame, que voy huyendo
De tus brazos, porque he visto
No sé qué deidad en ellos.
Llamas arrojan tus ojos,
Tus suspiros son de fuego,
Un volcan cada razon,
Un rayo cada cabello,
Cada palabra es mi muerte,
Cada regalo un infierno:
Tantos temores me causa
La Cruz que he visto en tu pecho.
Señal prodigiosa ha sido,
Y no permitan los cielos
Que, aunque tanto los ofenda,
Pierda á la Cruz el respeto.
Pues si la hago testigo
De las culpas que cometo,
¿Con qué vergüenza despues
Llamarla en mi ayuda puedo?
Quédate en tu religion,
Julia: yo no te desprecio,
Que mas agora te adoro.

JULIA.

Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO.

Esta es la escala.

JULIA.

Detente,
O llévame allá.

EUSEBIO.

No puedo, (*Baja.*)
Pues que, sin gozar la gloria
Que tanto esperé, te dejo.
¡Válgame el Cielo! caí. (*Cae.*)

RICARDO.

¿Qué ha sido?

EUSEBIO.

¿No veis el viento
Poblado de ardientes rayos?
¿No mirais sangriento el cielo
Que todo sobre mí viene?
¿Dónde estar seguro puedo,
Si airado el cielo se muestra?
Divina Cruz, yo os prometo,
Y os hago solemne voto
Con cuantas cláusulas puedo,
De en cualquier parte que os vea,
Las rodillas por el suelo,
Rezar un Ave María.

(*Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.*)

ESCENA XIV.

JULIA. (*En la ventana.*)

Turbada y confusa quedo.
¿Aquestas fuéron, ingrato,
Las firmezas? ¿Estos fuéron
Los extremos de tu amor?
¿O son de mi amor extremos?
Hasta vencerme á tu gusto,
Con amenazas, con ruegos,
Aquí amante, allí tirano,
Porfiaste; pero luego
Que de tu gusto y mi pena
Pudiste llamarte dueño,
Antes de vencer, huiste.
¿Quién, sino tú, venció huyendo?
¡Muerta soy, cielos piadosos!
¿Por qué introdujo venenos
Naturaleza, si habia,
Para dar muerte, desprecios?
Ellos me quitan la vida;
Pues que con nuevo tormento
Lo que me desprecia busco.
¿Quién vió tan dudoso efecto
De amor? Cuando me rogaba
Con mil lágrimas Eusebio,
Le dejaba; pero agora,
Porque él me deja, le ruego.
Tales somos las mujeres,
Que contra nuestros deseos,
Aun no queremos dar gusto
Con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
Si pretende alcanzar premio;
Que queridas despreciamos,
Y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
Solo que me deje siento.
Por aquí cayó, tras él
Me arrojaré. ¿Mas qué es esto?
¿Esta no es escala? Sí.
¡Qué terrible pensamiento!
Detente, imaginacion,
No me despeñes; que creo
Que si llego á consentir,
A hacer el delito llego.
¿No saltó Eusebio por mí
Las paredes del convento?
¿No me holgué de verle yo
En tantos peligros puesto
Por mi causa? ¿Pues qué dudo?
¿Qué me acobardo? ¿qué temo?
Lo mismo haré yo en salir,
Que él en entrar: si es lo mesmo,
Tambien se holgará de verme
Por su causa en tales riesgos.
Ya por haber consentido,
La misma culpa merezco;
Pues si es tan grande el pecado,
¿Por qué el gusto ha de ser ménos?
Si consentí, y me dejó
Dios de su mano, ¿no puedo
De una culpa, que es tan grande,
Tener perdon? ¿Pues qué espero?

(*Baja por la escala.*)

Al mundo, al honor, á Dios
Hallo perdido el respeto,
Cuando á ceguedad tan grande
Vendados los ojos vuelvo.
Demonio soy, que he caido
Despeñado deste cielo,
Pues sin tener esperanza
De subir, no me arrepiento.
Ya estoy fuera de sagrado,
Y de la noche el silencio
Con su oscuridad me tiene
Cubierta de horror y miedo.
Tan deslumbrada camino,
Que en las tinieblas tropiezo,
Y aun no caigo en mi pecado.
¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?
Con la muda confusion
De tantos horrores, temo
Que se me altera la sangre,
Que se me eriza el cabello.
Turbada la fantasía,
En el aire forma cuerpos,
Y sentencias contra mí
Pronuncia la voz del eco.
El delito, que ántes era
Quien me animaba soberbio,
Es quien me acobarda agora.
Apénas las plantas puedo
Mover, que el mismo temor
Grillos á mis piés ha puesto.
Sobre mis hombros parece
Que carga un prolijo peso
Que me oprime, y toda yo
Estoy cubierta de hielo.
No quiero pasar de aquí,
Quiero volverme al convento,
Donde de aqueste pecado
Alcance perdon; pues creo
De la clemencia divina,
Que no hay luces en el cielo,
Que no hay en el mar arenas,
No hay átomos en el viento,
Que, sumados todos juntos,
No sean número pequeño
De los pecados, que sabe
Dios perdonar. Pasos siento.
A esta parte me retiro
En tanto que pasan, luego
Subiré sin que me vean.

(*Retirase.*)

Digitized by Google

ESCENA XV.

RICARDO, CELIO. — JULIA, *retirada donde no los ve.*

RICARDO.

Con el espanto de Eusebio
Aquí se quedó la escala,
Y agora por ella vuelvo,
No aclare el dia, y la vean
A esta pared.
(*Quitan la escala, y vanse; Julia llega donde estaba la escala.*)

JULIA.

Ya se fuéron:
Agora podré subir,
Sin que me sientan. ¿Qué es esto?
¿No es aquesta la pared
De la escala? Pero creo
Que hácia estotra parte está.
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!
¿Cómo he de subir sin ella?
Mas ya mi desdicha entiendo;
Desta suerte me negais
La entrada vuestra; pues creo
Que, cuando quiero subir
Arrepentida, no puedo.
Pues si ya me habeis negado
Vuestra clemencia, mis hechos
De mujer desesperada
Darán asombros al cielo,
Darán espantos al mundo,
Admiracion á los tiempos,
Horror al mismo pecado,
Y terror al mismo infierno.

JORNADA TERCERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

GIL, *con muchas cruces, y una muy grande al pecho.*

GIL.

Por leña á este monte voy,
Que Menga me lo ha mandado,
Y para ir seguro, he hallado
Una brava invencion hoy.
De la Cruz, dicen, que es
Devoto Eusebio; y así
He salido armado aquí
De la cabeza á los piés.
Dicho y hecho: ¡él es par diez!
No encuentro, lleno de miedo,
Donde estar seguro puedo;
Sin alma quedo. Esta vez
No me ha visto; yo quisiera
Esconderme hácia este lado,
Miéntras pasa; yo he tomado
Por guarda una cambronera
Para esconderme. ¡No es nada!
Tanta pua es la mas chica:
¡Pléguete Cristo! mas pica
Que perder una trocada,
Mas que sentir un desprecio
De una dama Fierabras,
Que á todos admite, y mas
Que tener celos de un necio.

ESCENA II.

EUSEBIO.—GIL, *escondido.*

EUSEBIO.

No sé adónde podré ir:
Larga vida un triste tiene,
Que nunca la muerte viene
A quien le cansa el vivir.
Julia, yo me ví en tus brazos
Cuando tan dichoso era,
Que de tus brazos pudiera
Hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar al fin dejé
La gloria que no tenia;
Mas no fué la causa mia,
Causa mas secreta fué;
Pues teniendo mi albedrío,
Superior efecto ha hecho
Que yo respete en tu pecho
La Cruz que tengo en el mio.
Y pues con ella los dos,
¡Ay Julia! habemos nacido,
Secreto misterio ha sido
Que lo entiende solo Dios.

GIL. (*Ap.*)

Mucho pica, ya no puedo
Mas sufrillo.

EUSEBIO.

Entre estos ramos
Hay gente. ¿Quién va?

GIL. (*Ap.*)

Aquí echamos
A perder todo el enredo.

EUSEBIO. (*Ap.*)

Un hombre á un árbol atado,
Y una Cruz al cuello tiene:
Cumplir mi voto conviene
En el suelo arrodillado.

GIL.

¿A quién, Eusebio, enderezas
La oracion, ú de qué tratas?
Si me adoras, ¿qué me atas?
Si me atas, ¿qué me rezas?

EUSEBIO.

¿Quién es?

GIL.

¿A Gil no conoces?
Desde que con el recado,
Aquí me dejaste atado,
No han aprovechado voces
Para que álguien (¡qué rigor!)
Me llegase á desatar.

EUSEBIO.

Pues no es aqueste el lugar
Donde te dejé.

GIL.

Señor,
Es verdad; mas yo que vi
Que nadie llegaba, he andado,
De árbol en árbol atado,
Hasta haber llegado aquí.
Aquesta la causa fué
De suceso tan extraño.

EUSEBIO.

(*Ap.* Este es simple, y de mi daño
Cualquier suceso sabré.)
Gil, yo te tengo aficion
Desde que otra vez hablamos,
Y así quiero que seamos
Amigos.

GIL.

Tiene razon;
Y quisiera, pues nos vemos
Tan amigos, no ir allá,
Sino andarme por acá,
Pues aquí todos seremos
Buñoleros, que diz que es
Holgada vida, y no andar
Todo el año á trabajar.

EUSEBIO.

Quédate conmigo pues.

ESCENA III.

RICARDO, BANDOLEROS; JULIA, *vestida de hombre, y cubierto el rostro.* — EUSEBIO, GIL.

RICARDO.

En lo bajo del camino
Que esta montaña atraviesa,
Ahora hicimos una presa,
Que segun es, imagino
Que te dé gusto.

EUSEBIO.

Está bien,
Luego della tratarémos.
Sabe agora que tenemos
Un nuevo soldado.

RICARDO.

¿Quién?

GIL.

Gil: ¿no me ve?

EUSEBIO.

Este villano,
Aunque le veis inocente,
Conoce notablemente
Desta tierra monte y llano,
Y en él será nuestra guia:
Fuera desto, al campo irá
Del enemigo, y será
En él mi perdida espía.
Arcabuz le podeis dar
Y un vestido.

CELIO.

Ya está aquí.

GIL. (*Ap.*)

Tengan lástima de mí,
Que me quedo á embandolear.

EUSEBIO.

¿Quién es ese gentil hombre
Que el rostro encubre?

RICARDO.

No ha sido
Posible que haya querido
Decir la patria ni el nombre;
Porque al capitan no mas
Dice que lo ha de decir.

EUSEBIO.

Bien te puedes descubrir,
Pues ya en mi presencia estás.

JULIA.

¿Sois el capitan?

EUSEBIO.

Sí.

JULIA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

EUSEBIO.

Dime quién eres, y á qué
Viniste.

JULIA.

Yo lo diré,
Estando solos los dos.

EUSEBIO.

Retiraos todos un poco. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

JULIA, EUSEBIO.

EUSEBIO.

Ya estás á solas conmigo;
Solo árboles y flores
Pueden ser mudos testigos
De tus voces; quita el velo
Con que cubierto has traido
El rostro, y dime: ¿quién eres?
¿Dónde vas? ¿qué has pretendido?
Habla.

JULIA.

Porque de una vez
(*Saca la espada.*)
Sepas á lo que he venido,
Y quien soy, saca la espada:
Pues desta manera digo,
Que soy quien viene á matarte.

EUSEBIO.

Con la defensa resisto
Tu osadía y mi temor;
Porque mayor habia sido
De la accion, que de la voz.

Digitized by Google

JULIA.

Riñe, cobarde, conmigo,
Y verás que con tu muerte
Vida y confusion te quito.

EUSEBIO.

Yo por defenderme, mas
Que por ofenderte, riño,
Que ya tu vida me importa;
Pues si en este desafío
Te mato, no sé por qué;
Y si me matas, lo mismo.
Descúbrete agora pues,
Si te agrada.

JULIA.

Bien has dicho,
Porque en venganzas de honor,
Sino es que conste el castigo
Al que fué ofensor, no queda
Satisfecho el ofendido. (*Descúbrese.*)
¿Conócesme? ¿qué te espantas?
¿Qué me miras?

EUSEBIO.

Que rendido
A la verdad y á la duda
En confusos desvaríos,
Me espanto de lo que veo,
Me asombro de lo que miro.

JULIA.

Ya me has visto.

EUSEBIO.

Sí, y de verte
Mi confusion ha crecido
Tanto, que si ántes de agora
Alterados mis sentidos
Desearon verte, ya
Desengañados, lo mismo
Que dieran ántes por verte,
Dieran por no haberte visto.
¿Tú, Julia, en aqueste monte?
¿Tú con profano vestido,
Dos veces violento en ti?
¿Cómo sola aquí has venido?
¿Qué es esto?

JULIA.

Desprecios tuyos
Son, y desengaños mios.
Y porque veas que es flecha
Disparada, ardiente tiro,
Veloz rayo, una mujer
Que corre tras su apetito,
No solo me han dado gusto
Los pecados cometidos
Hasta agora, mas tambien
Me le dan, si los repito.
Salí del convento, fuí
Al monte, y porque me dijo
Un pastor, que mal guiada
Iba por aquel camino,
Neciamente temerosa,
Por evitar mi peligro,
Le aseguré y le di muerte,
Siendo instrumento un cuchillo
Que él en su cinta traia.
Con este, que fué ministro
De la muerte, á un caminante
Que cortesmente previno
En las ancas de un caballo,
A tanto cansancio alivio,
A la vista de una aldea,
Porque entrar en ella quiso,
Le pagué en un despoblado
Con la muerte el beneficio.
Tres dias fuéron y noches
Los que aquel desierto me hizo
Mesa de silvestres plantas,
Lecho de peñascos frios.
Llegué á una pobre cabaña,
A cuyo techo pajizo,
Juzgué pabellon dorado
En la paz de mis sentidos.
Liberal huéspeda fué
Una serrana conmigo,
Compitiendo en los deseos
Con el pastor su marido.
A la hambre y al cansancio
Dejé en su albergue rendidos
Con buena mesa, aunque pobre,
Manjar, aunque humilde, limpio.
Pero al despedirme dellos,
Habiendo ántes prevenido
Que al buscarme no pudiesen
Decir: «nosotros la vimos,»
Al cortés pastor, que al monte
Salió á enseñarme el camino,
Maté, y entré donde luego
Hago en su mujer lo mismo.
Mas considerando entónces
Que en el propio traje mio
Mi pesquisidor llevaba,
Mudármele determino.
Al fin, pues, por varios casos,
Con las armas y el vestido
De un cazador, cuyo sueño,
No imágen, trasunto vivo
Fué de la muerte, llegué
Aquí, venciendo peligros,
Despreciando inconvenientes,
Y atropellando designios.

EUSEBIO.

Con tanto asombro te escucho
Con tanto temor te miro,
Que eres al oido encanto,
Si á la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio;
Pero temo los peligros
Con que el cielo me amenaza,
Y por eso me retiro.
Vuélvete tú á tu convento;
Que yo temeroso vivo
De esa Cruz tanto, que huyo
De ti. — Mas ¿qué es este ruido?

ESCENA V.

RICARDO, BANDOLEROS. — DICHOS.

RICARDO.

Preven, señor, la defensa;
Que apartados del camino,
Al monte Curcio y su gente
En busca tuya han salido.
De todas esas aldeas
Tanto el número ha crecido,
Que han venido contra ti
Viejos, mujeres y niños,
Diciendo que han de vengar
En tu sangre, la de un hijo
Muerto á tus manos, y juran
De llevarte por castigo,
O por venganzas de tantos,
Preso á Sena, muerto ó vivo.

EUSEBIO.

Julia, despues hablarémos.
Cubre el rostro, y ven conmigo;
Que no es bien que en poder quedes
De tu padre y mi enemigo.—
Soldados, este es el dia
De mostrar aliento y brio.
Porque ninguno desmaye,
Considere que atrevidos
Vienen á darnos la muerte,
O prendernos, que es lo mismo:
Y si no, en pública cárcel,
De desdichas perseguidos,
Y sin honra nos verémos:
Pues si esto hemos conocido,
¿Por la vida y por la honra,
Quién temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
Salgamos á recibirlos;
Que siempre está la fortuna
De parte del atrevido.

RICARDO.

No hay que salir; que ya llegan
A nosotros.

EUSEBIO.

Prevenios,
Y ninguno sea cobarde;
Que, vive el cielo, si miro
Huir alguno ó retirarse,
Que he de ensangrentar los filos
De aqueste acero en su pecho,
Primero que en mi enemigo.

ESCENA VI.

CURCIO Y GENTE, *dentro*. — DICHOS.

CURCIO. (*Dentro.*)

En lo encubierto del monte
Al traidor Eusebio he visto,
Y para inútil defensa
Hace murallas sus riscos.

Voces. (*Dentro.*)

Ya entre las espesas ramas
Desde aquí los descubrimos.

JULIA.

¡A ellos! (*Vase.*)

EUSEBIO.

Esperad, villanos;
Que, vive Dios, que teñidos
Con vuestra sangre los campos,
Han de ser undosos rios.

RICARDO.

De los cobardes villanos
Es el número excesivo.

CURCIO. (*Dentro.*)

¿Adónde, Eusebio, te escondes?

EUSEBIO.

No escondo, que ya te sigo.
(*Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.*)

—

Otro lado del monte, en cuyo fondo habrá una Cruz.

ESCENA VII.

JULIA.

Del monte que yo he buscado,
Apénas las yerbas piso,
Cuando horribles voces oigo,
Marciales campañas miro.
De la pólvora los ecos,
Y del acero los filos,
Unos ofenden la vista,
Y otros turban el oido.
¿Mas qué es aquello que veo?
Desbaratado y vencido
Todo el escuadron de Eusebio
Le deja ya el enemigo.
Quiero volver á juntar
Toda la gente que ha habido
De Eusebio, y volver á darle
Favor; que si los animo,
Seré en su defensa asombro
Del mundo, seré cuchillo
De la parca, estrago fiero
De sus vidas, vengativo
Espanto de los futuros,
Y admiracion destos siglos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GIL, *de bandolero; despues* MENGA, BRAS, TIRSO Y VILLANOS.

GIL.

Por estar seguro, apénas
Fui bandolero novicio,
Cuando, por ser bandolero,
Me veo en tanto peligro.
Cuando yo era labrador,
Eran ellos los vencidos;
Y hoy, porque soy de la carda,
Va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento traigo

Digitized by Google

La desventura conmigo;
Pues tan desgraciado soy,
Que mil veces imagino
Que, á ser yo judío, fueran
Desgraciados los judíos.
(*Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos.*)

MENGA.
¡A ellos, que van huyendo!

BRAS.
No ha de quedar uno vivo
Tan solamente.

MENGA.
Hácia aquí
Uno dellos se ha escondido.

BRAS.
Muera este ladron.

GIL.
Mirad
Que yo soy.

MENGA.
Ya nos ha dicho
El traje que es bandolero.

GIL.
El traje les ha mentido,
Como muy grande bellaco.

MENGA.
Dale tú.

BRAS.
Pégale, digo.

GIL.
Bien dado estoy y pegado.
Advertid....

TIRSO.
No hay que advertirnos.
Bandolero sois.

GIL.
Mirad
Que soy Gil, votado á Cristo.

MENGA.
¿Pues no hablaras ántes, Gil?

TIRSO.
Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho?

GIL.
¿Que mas ántes, si el *yo soy*
Os dije desde el principio?

MENGA.
¿Qué haces aquí?

GIL.
¿No lo veis?
Ofendo á Dios en el quinto:
Mato solo mas, que juntos
Un médico y un estío.

MENGA.
¿Qué traje es este?

GIL.
Es el diablo.
Maté á uno, y su vestido
Me puse.

MENGA.
¿Pues cómo, di,
No está de sangre teñido,
Si le mataste?

GIL.
Eso es fácil;
Murió de miedo, esta ha sido
La causa.

MENGA.
Ven con nosotros,
Que victoriosos seguimos
Los bandoleros, que agora
Cobardes nos han huido.

GIL.
No mas vestido, aunque vaya
Titiritando de frio. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

EUSEBIO, CURCIO, *peleando.*

CURCIO.
Ya estamos solos los dos.
Gracias al cielo que quiso
Dar la venganza á mi mano
Hoy, sin haber remitido
A las ajenas mi agravio,
Ni tu muerte á ajenos filos.

EUSEBIO.
No ha sido en esta ocasion
Airado el cielo conmigo,
Curcio, en haberte encontrado;
Porque si tu pecho vino
Ofendido, volverá
Castigado y ofendido.
Aunque no sé qué respeto
Has puesto en mí, que he temido
Mas tu enojo que tu acero:
Y aunque pudieran tus brios
Darme temor, solo temo,
Cuando aquesas canas miro,
Que me hacen cobarde.

CURCIO.
Eusebio,
Yo confieso que has podido
Templar en mí de la ira,
Con que agraviado te miro,
Gran parte; pero no quiero
Que pienses inadvertido
Que te dan temor mis canas,
Cuando puede el valor mio.
Vuelve á reñir, que una estrella
O algun favorable signo,
No es bastante á que yo pierda
La venganza que consigo.
Vuelve á reñir.

EUSEBIO.
¿Yo temor?
Neciamente has presumido
Que es temor lo que es respeto;
Aunque, si verdad te digo,
La victoria que deseo
Es, á tus plantas rendido,
Pedirte perdon; y á ellas
Pongo la espada que ha sido
Temor de tantos.

CURCIO.
Eusebio,
No has de pensar que me animo
A matarte con ventaja.
Esta es mi espada. (*Ap.* Así quito
La ocasion de darle muerte.)
Ven á los brazos conmigo.
(*Abrázanse los dos, y luchan.*)

EUSEBIO.
No sé qué efecto has hecho
En mí, que el corazon dentro del pecho,
A pesar de venganzas y de enojos,
En lágrimas se asoma por los ojos,
Y en confusion tan fuerte,
Quisiera, por vengarte, darme muerte.
Véngate en mí; rendida
A tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO.
El acero de un noble, aunque ofendido,
No se mancha en la sangre de un rendido;
Que quita grande parte de la gloria,
El que con sangre borra la victoria.

Voces. (*Dentro.*)
Hácia aquí están.

CURCIO.
Mi gente victoriosa
Viene á buscarme, cuando temerosa
La tuya vuelve huyendo.
Darte vida pretendo;
Escóndete, que en vano
Defenderé el enojo vengativo
De un escuadron villano,
Y solo tú, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO.
Yo, Curcio, nunca huyo
De otro poder, aunque he temido el tuyo;
Que si mi mano aquesta espada cobra,
Verás, cuanto valor en tí me falta,
Que en tu gente me sobra.

ESCENA X.

OCTAVIO, GIL, BRAS *y los demas* VILLANOS. — DICHOS.

OCTAVIO.
Desde el mas hondo valle á la mas alta
Cumbre de aqueste monte, no ha quedado
Alguno vivo; solo se ha escapado
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO.
Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde.

TODOS.
¿Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO.
¡Llegad, villanos!

CURCIO.
¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO.
¿Pues tú, señor, que habias
De animarnos, agora desconfías?

BRAS.
¿Un hombre amparas que en tu sangre y honra,
Introdujo el acero y la deshonra?

GIL.
¿A un hombre, que atrevido
Toda aquesta montaña ha destruido?
A quien en el aldea no ha dejado
Melon doncella, que él no haya catado,
Y á quien tantos ha muerto,
¿Cómo así le defiendes?

OCTAVIO.
¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pretendes?

CURCIO.
Esperad, escuchad (¡triste suceso!):
¿Cuánto es mejor que á Sena vaya preso?
Date á prision, Eusebio; que prometo,
Y como noble juro, de ampararte,
Siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEBIO.
Como á Curcio no mas, yo me rindiera;
Mas como á juez, no puedo;
Porque aquel es respeto, y este es miedo.

OCTAVIO.
¡Muera Eusebio!

CURCIO.
Advertid...

OCTAVIO.
Pues qué, ¿tú quieres
Defenderle? ¿A la patria traidor eres?

CURCIO.
¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,
Perdona, Eusebio, porque yo el primero
Tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO.
Quítate de delante,
Señor, porque tu vista no me espante;
Que viéndote, no dudo
Que te tenga tu gente por escudo.
(*Vanse todos peleando con él.*)

CURCIO.
Apretándole van. ¡Oh quién pudiera
Darte agora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera!
En el monte se ha entrado,
Por mil partes herido:
Retirándose baja despeñado
Al valle. Voy volando,

Digitized by Google

Que aquella sangre fria,
Que con tímida voz me está llamando,
Algo tiene de mia;
Que sangre, que no fuera
Propia, ni me llamara, ni la oyera.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

EUSEBIO, *que baja despeñado.*

Cuando, de la vida incierto,
Me despeña la mas alta
Cumbre, veo que me falta
Tierra donde caiga muerto:
Pero si mi culpa advierto,
Al alma reconocida,
No el ver la vida perdida
La atormenta, sino el ver
Cómo ha de satisfacer
Tantas culpas una vida.
Ya me vuelve á perseguir
Este escuadron vengativo;
Pues no puedo quedar vivo,
He de matar ó morir:
Aunque mejor será ir
Donde al cielo perdon pida;
Pero mis pasos impida
La Cruz, porque desta suerte
Ellos me dén breve muerte,
Y ella me dé eterna vida.
Arbol, donde el cielo quiso
Dar el fruto verdadero
Contra el bocado primero,
Flor del nuevo paraiso,
Arco de luz, cuyo aviso
En piélago mas profundo
La paz publicó del mundo,
Planta hermosa, fértil vid,
Arpa del nuevo David,
Tabla del Moises segundo:
Pecador soy, tus favores
Pido por justicia yo;
Pues Dios en ti padeció
Solo por los pecadores.
A mí me debes tus lôres;
Que por mí solo muriera
Dios, si mas mundo no hubiera:
Luego eres tú, Cruz, por mí,
Que Dios no muriera en tí,
Si yo pecador no fuera.
Mi natural devocion
Siempre os pidió con fe tanta,
No permitieseis, Cruz santa,
Muriese sin confesion.
No seré el primer ladron
Que en vos se confiese á Dios.
Y pues que ya somos dos,
Y yo no lo he de negar,
Tampoco me ha de faltar
Redencion que se obró en vos.
Lisardo, cuando en mis brazos
Pude ofendido matarte,
Lugar di de confesarte,
Antes que en tan breves plazos
Se desatasen los lazos
Mortales. Y agora advierto
En aquel viejo, aunque muerto:
Piedad de los dos aguardo.
¡Mira que muero, Lisardo;
Mira que te llamo, Alberto!

ESCENA XII.

CURCIO.—EUSEBIO.

CURCIO.

Hácia aquesta parte está.

EUSEBIO.

Si es que venis á matarme,
Muy poco hareis en quitarme
Vida que no tengo ya.

CURCIO.

¡Qué bronce no ablandará
Tanta sangre derramada!
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO.

¿A quién?

CURCIO.

A Curcio.

EUSEBIO.

Esta es. (*Dásela.*)
Y yo tambien á tus piés,
De aquella ofensa pasada
Te pido perdon. No puedo
Hablar mas, porque una herida
Quita el aliento á la vida,
Cubriendo de horror y miedo
Al alma.

CURCIO.

Confuso quedo.
¿Será en ella de provecho
Remedio humano?

EUSEBIO.

Sospecho
Que la mejor medicina
Para el alma es la divina.

CURCIO.

¿Dónde es la herida?

EUSEBIO.

En el pecho.

CURCIO.

Déjame poner en ella
La mano, á ver si resiste
El aliento. ¡Ay de mí triste!
(*Registra la herida, y ve la Cruz.*)
¿Qué señal divina y bella
Es esta, que al conocella
Toda el alma se turbó?

EUSEBIO.

Son las armas que me dió
Esta Cruz, á cuyo pié
Nací; porque mas no sé
De mi nacimiento yo.
Mi padre, á quien no señalo,
Aun la cuna me negó;
Que sin duda imaginó
Que habia de ser tan malo.
Aquí nací.

CURCIO.

Y aquí igualo
El dolor con el contento,
Con el gusto el sentimiento,
Efectos de un hado impío
Y agradable. ¡Ay, hijo mio!
Pena y gloria en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo,
Si tantas señas advierto,
Que para llorarte muerto,
Ya justamente me aflijo.
De tus razones colijo
Lo que el alma adivinó.
Tu madre aquí te dejó
En el lugar que te he hallado;
Donde cometí el pecado,
El cielo me castigó.
Ya aqueste lugar previene
Informacion de mi error;
¿Pero cuál seña mayor
Que aquesta Cruz, que conviene
Con otra que Julia tiene?
Que no sin misterio el cielo
Os señaló, porque al suelo
Fuérais prodigio los dos.

EUSEBIO.

No puedo hablar, padre, ¡adios!
Porque ya de un mortal velo
Se cubre el cuerpo, y la muerte
Niega, pasando veloz,
Para responderte voz,
Vida para conocerte,
Y alma para obedecerte.
Ya llega el golpe mas fuerte,
Ya llega el trance mas cierto.
¡Alberto!

CURCIO.

¡Que llore muerto
A quien aborrecí vivo!

EUSEBIO.

¡Ven, Alberto!

CURCIO.

¡Oh trance esquivo!
¡Guerra injusta!

EUSEBIO.

¡Alberto! Alberto!
(*Muere.*)

CURCIO.

Ya al golpe mas violento
Rindió el último aliento:
Paguen mis blancas canas
Tanto dolor. (*Tírase de los cabellos.*)

ESCENA XIII.

BRAS, *y luego* OCTAVIO.—CURCIO; EUSEBIO, *muerto.*

BRAS.

Ya son tus quejas vanas.
¿Cuándo puso inconstante la fortuna
En tu valor extremos?

CURCIO.

En ninguna
Llegó el rigor á tanto.
Abrasen mis enojos
Este monte con llanto,
Puesto que es fuego el llanto de mis ojos.
¡Oh triste estrella! ¡oh rigurosa suerte!
¡Oh atrevido dolor!
(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.

Hoy, Curcio, advierte
La fortuna en los males de tu estado,
Cuántos puede sufrir un desdichado.
El cielo sabe cuánto hablarte siento.

CURCIO.

¿Qué ha sido?

OCTAVIO.

Julia falta del convento.

CURCIO.

El mismo pensamiento, di, ¿pudiera
Con el discurso hallar pena tan fiera,
Que es mi desdicha airada,
Sucedida, aun mayor que imaginada?
Este cadáver frio,
Este que ves, Octavio, es hijo mio.
Mira si basta en confusion tan fuerte
Cualquiera pena destas á una muerte.
Dadme paciencia, cielos,
O quitadme la vida,
Agora perseguida
De tormentos tan fieros.

ESCENA XIV.

GIL, TIRSO, VILLANOS.—DICHOS.

GIL.

¡Señor!

CURCIO.

¿Hay mas dolor?

GIL.

Los bandoleros,
Que huyeron castigados,
En busca tuya vuelven, animados
De un demonio de un hombre,
Que encubre dellos mismos rostro [nombre.

CURCIO.

Agora que mis penas fuéron tales,
Que son lisonjas los mayores males.
El cuerpo se retire lastimoso [honroso
De Eusebio, en tanto que un sepulcro
A sus cenizas da mi desventura.

Digitized by Google

TIRSO.

¿Pues cómo piensas darle sepultura
Hoy en lugar sagrado, [gado?
Cuando sabes que ha muerto excomul-

BRAS.

Quien desta suerte ha muerto,
Digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO.

¡Oh villana venganza!
¿Tanto poder en tí la ofensa alcanza,
Que pasas desta suerte,
Los últimos umbrales de la muerte?
(*Vase llorando.*)

BRAS.

Sea en penas tan graves,
Su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO.

Del monte despeñado
Caiga, por mas rigor, despedazado.

TIRSO.

Mejor es darle agora
Rústica sepultura entre estos ramos.
(*Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.*)
Pues ya la noche baja,
Envuelta en esa lóbrega mortaja;
Aquí en el monte, Gil, con él te queda,
Porque sola tu voz avisar pueda,
Si algunas gentes vienen
De las que huyeron. (*Vanse.*)

GIL.

¡Linda flema tienen!
A Eusebio han enterrado
Allí, y á mí aquí solo me han dejado.
Señor Eusebio, acuérdese, le digo,
Que un tiempo fuí su amigo.
¿Mas qué es esto? ó me engaña mi deseo,
O mil personas á esta parte veo.

ESCENA XV.

ALBERTO.—GIL, EUSEBIO, *muerto*.

ALBERTO.

Viniendo agora de Roma,
Con la muda suspension
De la noche, en este monte
Perdido otra vez estoy.
Aquesta es la parte adonde
La vida Eusebio me dió,
Y de sus soldados temo
Que en grande peligro estoy.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

¿Qué aliento es este
De una temerosa voz,
Que repitiendo mi nombre
En mis oidos sonó?

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Otra vez pronuncia
Mi nombre, y me pareció
Que es á esta parte; yo quiero
Ir llegando.

GIL.

¡Santo Dios!
Eusebio es, y ya es mi miedo
De los miedos el mayor.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Mas cerca suena.
Voz, que discurres veloz
El viento, y mi nombre dices,
¿Quién eres?

EUSEBIO.

Eusebio soy;
Llega, Alberto, hácia esta parte,
Adonde enterrado estoy;
Llega, y levanta estos ramos.
No temas.

ALBERTO.

No temo yo.

GIL.

Yo sí. (*Alberto le descubre.*)

ALBERTO.

Ya estás descubierto.
Dime de parte de Dios,
¿Qué me quieres?

EUSEBIO.

De su parte.
Mi fe, Alberto, te llamó,
Para que, ántes de morir,
Me oyeses de confesion.
Rato há que hubiera muerto;
Pero libre se quedó
Del espíritu el cadáver;
Que de la muerte el feroz
Golpe le privó del uso,
Pero no le dividió. (*Levántase.*)
Ven adonde mis pecados
Confiese, Alberto, que son
Mas que del mar las arenas
Y los átomos del sol.
¡Tanto con el cielo puede
De la Cruz la devocion!

ALBERTO.

Pues yo cuantas penitencias
Hice hasta agora, te doy,
Para que en tu culpa sirvan
De alguna satisfaccion.
(*Vanse Eusebio y Alberto.*)

GIL.

¡Por Dios, que va por su pié!
Y para verlo mejor,
El sol descubre sus rayos,
A decirlo á todos voy.

ESCENA XVI.

JULIA, *algunos* BANDOLEROS; *despues* CURCIO Y VILLANOS.—GIL.

JULIA.

Agora, que descuidados
La victoria los dejó
Entre los brazos del sueño,
Nos dan bastante ocasion.

UNO.

Si has de salirles al paso,
Por esta parte es mejor;
Que ellos vienen por aquí.
(*Salen Curcio y villanos.*)

CURCIO.

Sin duda que inmortal soy
En los males que me matan,
Pues no me mata el dolor.

GIL.

A todas partes hay gente;
Sepan todos de mi voz,
El mas admirable caso
Que jamas el mundo vió.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
Llamando á un clérigo á voces.
Mas ¿para qué os cuento yo
Lo que todos podeis ver?
Mirad con la devocion
Que está puesto de rodillas.

CURCIO.

¡Mi hijo es! ¡Divino Dios!
¿Qué maravillas son estas?

JULIA.

¿Quién vió prodigio mayor?

CURCIO.

Así como el santo anciano
Hizo de la absolucion
La forma, segunda vez
Muerto á sus plantas cayó.

ESCENA XVII.

ALBERTO.—DICHOS.

ALBERTO.

Entre sus grandezas tantas,
Sepa el mundo la mayor
Maravilla de las suyas,
Porque la ensalce mi voz.
Despues de haber muerto Eusebio,
El cielo depositó
Su espíritu en su cadáver,
Hasta que se confesó;
Que tanto con Dios alcanza
De la Cruz la devocion.

CURCIO.

¡Ay hijo del alma mia!
No fué desdichado, no,
Quien en su trágica muerte
Tantas glorias mereció.
Así Julia conociera
Sus culpas.

JULIA.

¡Válgame Dios!
¿Qué es lo que estoy escuchando?
¿Qué prodigio es este? ¿Yo
Soy la que á Eusebio pretende,
Y hermana de Eusebio soy?
Pues sepa Curcio, mi padre,
Sepa el mundo y todos hoy
Mis graves culpas: yo misma,
Asombrada á tanto horror,
Daré voces: sepan todos
Cuantos hoy viven que yo
Soy Julia, en número infame
De las malas la peor.
Mas ya que ha sido comun
Mi pecado, desde hoy
Lo será mi penitencia;
Pidiendo humilde perdon
Al mundo del mal ejemplo,
De la mala vida á Dios.

CURCIO.

¡Oh asombro de las maldades!
Con mis propias manos yo
Te mataré, porque sea
Tu vida y tu muerte atroz.

JULIA.

Valedme vos, Cruz divina;
Que yo mi palabra os doy,
De hacer, volviendo al convento
Penitencia de mi error.
(*Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.*)

ALBERTO.

¡Gran milagro!

CURCIO.

Y con el fin
De tan grande admiracion,
La *Devocion de la Cruz*
Felice acaba su autor.

Digitized by Google

¿CUAL ES MAYOR PERFECCION?

PERSONAS.

DON FELIX.	DON ANTONIO.	ISABEL.
DOÑA ANGELA.	DON ALONSO.	JUANA.
DON LUIS.	DOÑA BEATRIZ.	ROQUE.
DOÑA LEONOR.	INES.	UN ESCUDERO.

La escena es en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, INES, DON FELIX.

DON FÉLIX.

Famosa tarde tendrás.

DOÑA LEONOR.

Bien confieso que lo fuera,
Si yo de gusto estuviera.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué tienes?

DOÑA LEONOR.

No sé mas
De la necia pasion mia,
De que lo que en su extrañeza
Con causa fuera tristeza,
Sin ella es melancolía.
Mas tú, ¿qué noticias tienes
Para pensar que será
Buena, ó no, la tarde?

DON FÉLIX.

Ya
Que la disculpa previenes
De darme por entendido
De quien las visitas son,
Que hoy esperas, la objecion
Con preguntarlo has vencido,
De que contigo, Leonor,
Hable en esto; y mas si es llano
Que un acaso cortesano
No es escrúpulo de honor,
Que no se pueda decir,
A una hermana : oye, y sabrás
En qué fundo que hoy tendrás
Bien en que te divertir.
A la puente segoviana
Dia del Angel, con todos
(Que para fiesta en Madrid,
Basta el verse unos á otros),
En tu coche (que esta tarde,
A causa de tus penosos
Accidentes, no queriendo
Gozar de sus desahogos,
Me le prestaste; que en casa
Donde hay damas, es notorio
Que á los hombres, tales dias
Aun son prestados los propios)
Con dos amigos (Don Luis
De Mendoza, y Don Antonio
De Ayala, que son con quien
Mas en Madrid me confronto)
Salí, añadiendo al concurso,
Ya que no pude un adorno,
Un número, que sirviese,
Si no de lustre, de estorbo.
Dígalo el efecto, pues
Aferrados en el golfo
De tantas terrenas velas,
Como le surcan el corso,
Doblando el cabo á la puente,
Hubimos de tomar fondo
En el estrecho que hace
Su piélago mas angosto,
Al tiempo que de la guarda
El orgullo presuroso
Hacia á los reyes calle,
Con que fué, Leonor, forzoso
Que el coche, y el de dos damas,
Si á la metáfora torno,
Hubiesen de zozobrar
Entre aquellos dos escollos
De la calzada, que baja
A la Tela, en cuyo abordo,
Los dos coches enredados
Con la prisa de los otros,
Si ya no con la porfía
De los cocheros, que solo
Su honra está en cual rompe mas
Aleros y guarda-polvos,
Llegaron hasta lo llano,
Donde en los bajos de un hoyo
Dejó el nuestro al de las damas
Un eje á la rueda roto.
Si se cae ó no se cae
Quedó, á tiempo que nosotros,
Arrojándonos del nuestro,
Acudimos presurosos.
La cortina, que hasta allí,
En recatados embozos,
A media luz brujuleaba
Las personas sin los rostros,
Franqueada con el acaso,
Dió lugar á que dichoso
Notase de una hermosura
El mas apacible asombro.
En mi vida, hermana, vi...
(Perdóname, si aquí rompo
Fueros á la urbanidad;
Que aunque no dudo ni ignoro
Que en presencia de una dama,
Aunque sea hermana, es loco
El que á otra alaba; hay sucesos
Que dispensan licenciosos,
Mayormente cuando está
Tan recusado mi voto,
Que quedándose en licencia
No puede pasar á oprobio.)
En mi vida, hermana, vi,
Vuelvo á decir, tan hermoso
Maridaje como hicieron,
Mezclando pálido y rojo,
Sus mejillas; y mas cuando
Al sobresaltado asombro
Del lance, vi no sé qué
Desmandadas hebras de oro,
Como acusándole al manto
Que abandonase el rebozo,
La bosquejaron á cercos,
Y dibujaron á tornos.
Con el susto la hermosura
Creció mas, y mas si noto
Que lo purpúreo dejó
A lo cándido tan solo,
Que solamente en los labios
Se hizo reacio, bien como
Diciendo: «De sus mejillas
Bien puedo huir temeroso;
Mas de los labios no puedo»,
Mostrando en unas y en otros
Que no era en ellas ajeno
Lo que en ellos era proprio.
Mas ¿para qué me detengo,
Si aun ahora es culpa que absorto
Ella peligre, y que yo
No acuda á su amparo pronto?
Llegué al coche, pues, que ya
Mal afianzado en los hombros
De gente de á pié, impedia
Que acabase de dar todo
El amenazado vuelco,
Diciendo : «Pues es forzoso,
Señoras, que vuestro coche
De aquí no pase, y que de otro
Hayais de serviros, este
Merezca ser tan dichoso,
Que por estar mas á mano,
Le admitais.» Con mil enojos
Destempladamente airados,
Pero hermosamente airosos,
Despidió el ofrecimiento,
Echándome del destrozo
La culpa. No es la primera
Vez que pagamos nosotros
Desmanes de los cocheros,
Ni la primera tampoco
Que la hermosura se dé
Por mal servida de todo.
La que iba, Leonor, con ella,
Con mas cortesanos modos,
Haciendo gala del susto
Y desden del alboroto,
Dijo : «El no estar, caballeros,
(Seamos las dos quien somos)
A la vergüenza de ser
De tantos vulgares corros,
Como á ver el coche así
Se paran, blanco afrentoso,
Nos obliga á que aceptemos
Ofrecimientos, que otorgo,
En fe de la cortesía,
Que deben tan generosos
Caballeros á las damas;
Pues aquí hay perdido solo
El que desacomodados
Quedeis : deuda que yo pongo
A cuenta de ser quien sois,
Que es quien cobra con mas logro
Las situaciones á quien
Hace lo obligado heróico».
Dijo, y ostentando á un tiempo,
Ya del arte en el adorno,
Ya en la enmienda del acaso,
Lo entendido y lo brioso,
(Cuando apela para el garbo,
No tiene buen pleito el rostro),
Pasó del estribo al nuestro,

Digitized by Google

Con que hubo de hacer lo propio
La hermosa, que todavía
En podridos soliloquios,
Acordándose del daño,
Se olvidaba del socorro.
Con que tomando otra vez
Vuelta el coche, en lo espacioso
De la Tela las perdimos
De vista, porque nosotros,
Viéndonos á pié, fué fuerza
Apelar á lo fragoso
Del parque, y por su calzada
Al prado nuevo. No toco
En si quedé ó no, Leonor,
O contento ó pesaroso
Del lance; pues si contento
Digo, no sé qué penoso
Cuidado desmiento, que
Hasta hoy en el pecho escondo;
Y si pesaroso digo,
Desmiento no sé qué gozo,
Que tambien dentro el pecho
Hasta ahora guardo; de modo,
Que haciendo pesar y agrado
De dos especies un monstruo,
Ni á uno por agrado admito,
Ni á otro por pesar conozco.
Al fin, volviendo el cochero,
De casa y calle me informo,
Y á muy poca diligencia,
Supe que de Don Alonso
De Toledo, un caballero
Rico, ilustre y generoso
(Habiendo dicho Toledo,
Ya lo habia dicho todo)
Hija y sobrina las dos
Son, en cuyos nombres noto
De Angela y Beatriz noticias,
Que una y mil veces recorro
En la memoria, sin dar
En cuándo, adónde ni cómo
Los habia oido, hasta que
Preguntando ahora curioso
Mas que atento, qué visita
Esperabas, reconozco
Que eras tú á quien las habia
Oido nombrar, y que, de otros
Estrados amigas, vienen
A verte hoy: yo envidioso
Dije, tendrás buena tarde;
Y con razon, pues forzoso
Es, que gozando en las dos
De lo discreto y lo hermoso,
Leonor, buena tarde tengan
Los oidos y los ojos.

DOÑA LEONOR.

Esas señoras un dia,
Que sin conocernos, fuimos
Donde acaso concurrimos
De una amiga suya y mia
En la visita, me hicieron
Tantos agasajos, que
En obligacion, quedé
De servirlas, con que fuéron
Creciendo en la voluntad
Correspondencias, que son
Sobre alguna inclinacion,
Buen principio de amistad.
Siempre que á casa de aquella
Amiga nuestra volvian,
Me avisaban y pedian
Que nos viésemos en ella;
Porque esto del visitar
A quien no me visitó,
Es cierto duelo que no
Le quiere nadie empezar.
Y aunque me tocaba á mí,
Por ser ellas dos, y ser
Yo una sola, el no tener
Salud, me hizo que hasta aquí
Lo dilatase, con que
Salvando su vanidad
El duelo en la enfermedad,
Hoy vienen á verme, en fe
Del mal; y si verdad digo,
Lo estimo, porque en mi vida
Vi mujer mas entendida
Que lo es la Beatriz: testigo
De su extremada cultura
Sea, con aplauso justo,
En las burlas el buen gusto,
En las véras la cordura;
En lo que cuenta, el donaire;
En lo que dice, el cariño;
En lo que viste, el aliño;
Y en todo, en fin, el buen aire;
Tanto, para que concluya
Los méritos de Beatriz,
Que me tengo por feliz
Solo en ser amiga suya.

DON FÉLIX.

Aunque el afecto los cielos
Remitieron á una estrella,
De parte de Angela bella
Estoy por pedirte celos.
¿Es posible que no sea
Angela quien te debió
Mayor inclinacion?

DOÑA LEONOR.

No,
Porque aunque hermosa la vea,
La hermosura para mí
No es alhaja; mayormente
Hermosura solamente
Tan á solas, que no vi
Sentidos que mas en calma
Digan: «Hermosa me soy,
Y no mas.» Mil veces voy
A ver donde tiene el alma,
Creyendo que es escultura,
Y solamente la encuentro
Una fantasma que dentro
Anda de aquella hermosura.
Si habla, es todo con enfado;
Si responde, con frialdad;
Si mira, con vanidad;
Si escucha, con desagrado;
Con todas presuntüosa
Tanto, que extraños sus modos,
Parece que tienen todos
La culpa de que sea hermosa.

DON FÉLIX.

¿Ves todo eso, Leonor? pues
Todo eso y mas se asegura
Afianzado en la hermosura.
Ella de las damas es
La única perfeccion rara:
Tenga cualquiera que fuere,
Todo lo que ella quisiere;
Pero tenga buena cara.
Sobre hermosa, en fin, no hay cosa
Que suplir ni que vencer;
Que no tiene una mujer
Mas que hacer que ser hermosa.

DOÑA LEONOR.

Un tono que Ines, tal vez
Que á la labor engañamos,
Con lo que oimos y hablamos,
Cantar suele, ser jüez
De aquesta cuestion podia.
Mas dejando la cuestion
Quizá para otra ocasion,
Si Beatriz es dama mia,
Y Angela tuya, empeñados
Los dos, será bien no ignores,
Pues partimos los amores,
Que partamos los cuidados.
Yo á Beatriz regalaré;
Trata tú de regalar
A Angela.

DON FÉLIX.

Sí haré. A enviar
Dulces voy.

DOÑA LEONOR.

No hay para qué.
Lo que son dulces, y son
Chocolates y bebidas,
Ya las tengo prevenidas;
Alhajillas, que á ocasion
De abrir un escaparate,
Como acaso estén allí,
Solo me faltan; y así,
De enviarme tu amor trate
Como relojes, cajillas,
Y estuches de filigrana,
De cristal y porcelana,
Y si algunas sortijillas,
Lazos y guantes quisieres
Añadir, por eso cré...

DON FÉLIX.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Que no me enojaré,
Pues todo lo que tú hicieres,
Será siempre lo mejor.

DON FÉLIX.

Ahora bien, si eso ha de ser,
Leonor, voite á obedecer. (*Vase.*)

INES.

Al bajar del corredor,
En la escalera ha encontrado,
Con las visitas, que ya
Subian.

DOÑA LEONOR.

Fuerza será,
Habiéndolas encontrado,
Acompañarlas.

ESCENA II.

DOÑA ANGELA y DOÑA BEATRIZ; DON FELIX, *acompañándolas;* UN ESCUDERO.—DOÑA LEONOR, INES.

DOÑA ANGELA.

Muy bien
Pudiérades, caballero,
Pues la asistencia en mi calle
Basta para atrevimiento,
Excusar el de seguirme
Tan libremente grosero
En casa de mis amigas,
Donde de visita vengo.

DON FÉLIX.

De cuerdo, y necio, señora,
Dos cargos me haceis: de cuerdo,
En no abonar la eleccion
Al crêr que os sigo: de necio,
En creer que si os siguiera,
Sería tan desatento,
Que diera esa razon mas
A vuestros justos desprecios.
Hermano soy de Leonor,
Que á honrar venis: si saliendo
De casa, quiso mi dicha
Que de ella al paso os encuentro.
¿Cómo me pude excusar
De haber de volver sirviéndôs
Hasta su cuarto? Y así,
Pues que ya á su vista os dejo,
Ella á vos os desengañe,
Y á mí me disculpe.

DOÑA ÁNGELA.

Aun eso
Vaya; que aunque ser hermano,
Es tambien atrevimiento
De mis amigas, por esta
Vez, y no mas, lo dispenso.

DON FÉLIX.

El cielo os guarde. (*Ap.* ¡Que sea

Digitized by Google

Tan absoluto el imperio
De la hermosura, que aun haga
De la sencillez aprecio!)

ESCENA III.

DICHOS, *ménos Don Félix.*

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¿Hermano de Leonor es,
Cielos, este caballero,
Que desde el dia del Angel
Tan en la memoria tengo?
¿Pero para qué discurro
En pasion que está tan léjos
De ser pasion?

ESCUDERO.
¿A qué hora
El coche vendrá?

DOÑA ÁNGELA.
En volviendo
Mi padre á casa, Munguía,
Puede volver.

ESCUDERO.
El sereno
A esas horas hace daño. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.
Ines. (*Ap. á ella.*)

INES.
Señora...

DOÑA LEONOR.
En trayendo
Lo que enviare mi hermano,
Trata de ponerlo luego
En algun escaparate
Del camarin de allá dentro.

INES.
El caso es que lo envie. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA, DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.
Una
Y mil veces agradezco
A mis achaques, señoras,
La dicha de mereceros
Esta honra con que ya
Tan bien hallada con ellos
Pienso vivir, que los trueque
De pesares á contentos.

DOÑA BEATRIZ.
Del hallaros levantada,
Hermosa Leonor, me debo
Una y muchas norabuenas.

DOÑA ÁNGELA.
Yo no, que todas las vengo
A pagar, por no deber
Nada á nadie.

DOÑA LEONOR.
Con tan nuevo
Favor, siendo como es
El gusto el mayor remedio,
¿Qué mucho que á mejor aire
Respiren mis sentimientos?
Pasad á vuestros lugares.

DOÑA BEATRIZ.
Aquí me quedaré.

DOÑA LEONOR.
¿Eso
Cómo puede ser?

DOÑA BEATRIZ.
Ve tú,
Angela, toma tu asiento.

DOÑA ÁNGELA.
Ninguno hasta ahora es mio.

DOÑA LEONOR.
Ajustad los cumplimientos
Las dos, que á mí no me toca
Mas, que tomar el postrero.

DOÑA ÁNGELA.
Si ha de ser, yo pasaré,
Quede la virtud en medio. (*Siéntase.*)

DOÑA LEONOR.
¿Cómo estás?

DOÑA BEATRIZ.
Para serviros;
Salud, á Dios gracias, tengo.

DOÑA LEONOR.
Vos ¿cómo estáis?

DOÑA ÁNGELA.
Así, así.

DOÑA LEONOR.
Que os haya ofendido temo
En preguntar cómo estáis,
Viéndôs tan linda.

DOÑA ÁNGELA.
Esto tengo,
Pero si Dios me lo dió
Grátis dato, ¿qué he de hacerlo?
¿Helo de echar en la calle?

DOÑA LEONOR.
¡Qué bien compartido pelo!
¡Qué bien asentados lazos!
Por aquí anduvo el espejo
Del buen gusto de Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.
Agravio le haceis en eso,
Que Angela serlo de todas
Cuantas hay, puede.

DOÑA ÁNGELA.
Sí puedo,
Por si hablas en su ironía.
Pero ahora que me acuerdo:
¿Para qué teneis hermano?

DOÑA LEONOR.
Para tener el consuelo
De tener galan y esposo,
En tanto que no le tengo.

DOÑA ÁNGELA.
¿Galan, hermano y esposo?

DOÑA LEONOR.
Sí, todo lo es Félix.

DOÑA ÁNGELA.
¿Y eso
Mas? ¡Hermano, esposo y
Galan y *todo* á un tiempo!
Mucho es para un hombre solo.

DOÑA LEONOR.
Dadme licencia (volviendo
A la pregunta) que extrañe
El decir con tanto ceño
Que para qué tengo hermano.

DOÑA ÁNGELA.
Nada que digo es á tiento;
Pues no sé para qué sea
Tener un hermano bueno,
Que se ande quebrando coches.

DOÑA LEONOR.
Eso es lo que yo no entiendo.

DOÑA ÁNGELA.
Yo sí, y el Angel lo diga,
Testigo, que por lo ménos,
No me dejará mentir,
Pues sin querer, hizo el nuestro
Adredemente pedazos.

DOÑA LEONOR.
¿Sin querer, y adrede?

DOÑA ÁNGELA.
Es cierto:
Ved ¿qué mayor grosería?

DOÑA BEATRIZ.
No digas, Angela, eso;
Que en toda mi vida vi
Mas cortesano y atento
Caballero, que él anduvo;
Y ántes saber agradezco
Que sobre vuestro cariño
Caiga el agradecimiento
De su grande cortesía;
Pues ya sucedido el riesgo
De haberse quebrado el coche,
Dejando el suyo, el primero
Fué, para que no acabase
De caer, que á socorrernos
Llegó, y quedándose á pié,
Nos le dió.

DOÑA ÁNGELA.
¿Pues qué hizo en eso...

DOÑA LEONOR.
Dice bien.

DOÑA ÁNGELA.
¿Si iba yo allí?

DOÑA BEATRIZ.
Claro está, por tí, por cierto,
Son todas las atenciones.

DOÑA ÁNGELA.
Mas no, sino no.

DOÑA LEONOR. (*Ap. á Doña Beatriz.*)
Tu ingenio,
Tu prudencia y tu cordura,
Beatriz, y tu entendimiento
Solo tolerar pudiera
Esta vanidad.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Doña Leonor.*)
¿Qué puedo
Hacer, si al quedar sin padre,
Que en Indias en un gobierno
Murió, hasta venir su hacienda,
Que por instantes espero,
Pues ya ha llegado á Sevilla,
Otro retiro no tengo,
Que la casa de mi tio,
En cuya prision padezco
Aquella antigua sentencia
De ligar el vivo al muerto?

DOÑA ÁNGELA.
Si es murmurar que por mí
No fué, dígalo el efecto,
Pues, de los tres apeados,
Desde aquel instante mesmo
A otro y tu hermano en mi calle
A todas horas los veo,
Camaleones de esquina,
Beberse por mí los vientos.

DOÑA LEONOR.
(*Ap.* ¡Qué fuera, que el otro fuese
Don Luis! Apure el veneno.)
No extraño yo que los dos,
Llegando una vez á veros,
Os adoren; lo que extraño
Es, que el otro sea tan necio,
Que no os adore tambien.

DOÑA ÁNGELA.
No para todos se hicieron,
Leonor, iguales las dichas
De morir á mis desprecios.
Alguno para contar
Las ruindades de mi incendio,
Habia de quedar vivo.

DOÑA BEATRIZ.
Ruinas querrás decir.

DOÑA ÁNGELA.
Eso,
O esotro: equivoqué el nombre.
Y porque veais que no miento,
Una criada, que de otra
Casa en que sirvió primero,
Le conocia, me dijo,
Que es, si del nombre me acuerdo,
Un Don Fulano de Tal.

DOÑA BEATRIZ.
Es un noble caballero.

Digitized by Google

No te olvides de su nombre,
Por si le vieres, que aprecio
De su buena eleccion hagas.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Buena ocasion perdí, cielos,
De saber si es él.

ESCENA V.

INES.— DICHAS.

INES.

Señora,
Lo que mi amo ha enviado, puesto
Ya está en el escaparate,
Que mandaste.

DOÑA LEONOR.

Ya te entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Que te vengas á contar
Eso aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Pues yo ¿qué cuento?
¿He dicho yo algo de que
No esté todo Madrid lleno?
Pues adonde mueren tantos,
¿Qué importan dos mas ó ménos?

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Por tapar sus boberías
Hablar de otra cosa intento.)
¿Es esa hermosa de quien
Dijisteis, si bien me acuerdo,
Que algunos ratos su voz
Os divierte?

DOÑA LEONOR.

Sí, mas eso
Se entiende en nuestras labores:
Que para no ser aquello
De cantar al bastidor,
Ni es primoroso ni es diestro
Lo que canta.

DOÑA BEATRIZ.

Pues la tarde
Toda con vos es festejos,
Entre á la parte este agrado.

DOÑA LEONOR.

Ines, toma el instrumento,
Haz lo que manda Beatriz.

INES.

A mi pesar obedezco.
(*Canta.*) «¿Cuál es mayor perfeccion,
»Hermosura ó discrecion?»

DOÑA ÁNGELA.

Con la hermosura, ¿quién puede
Tener competencia? Pero
No hay que hacer caso, que al fin
Todas son coplas los versos.

INES. (*Canta.*)

«Litigaban dos sentidos
»Sobre ganar los despojos
»De una alma, viendo los ojos,
»Y escuchando los oídos.
»Alegaban competidos
»Cada uno en su opinion,
»¿Cuál es mayor perfeccion?»

DOÑA LEONOR. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

¡Que de cuantas letras sabe,
Hubo de escoger la ménos
A propósito!

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Porque sintiera que de esto
Angela desconfiara,
Imaginando ó creyendo
Que puede ser intencion.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ahora sabes el cuento
Del loco, que preguntando
Qué cosa en el universo
Es la mas bien repartida,
Respondió: «El entendimiento,
Porque cada uno está
Con el que tiene contento»?
No temas que desconfíe.

DOÑA ÁNGELA.

Nunca vi mote mas necio.

INES. (*Canta.*)

«En la trabada conquista,
»La sentencia se asegura,
»Cuando en vista la hermosura,
»La discrecion en revista:
»Con que el oído y la vista
»No desisten de la accion,
»¿Cuál es mayor perfeccion,
»Hermosura ó discrecion?»

DOÑA LEONOR.

No cantes mas. Pues á honrar
Venís mi casa, pretendo
Que toda la honreis: venid,
De un jardinillo que tengo,
Gozaréis el poco adorno.

DOÑA BEATRIZ.

Será del aliño vuestro.

DOÑA LEONOR.

Si le tomara de vos,
Aunque empeorara de dueño,
Mejorara de primores.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Gástense allá los conceptos
Muy en buen hora, que yo
A mi hermosura me atengo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Quien crêrá que haya pasion
Tan obligada al silencio,
Que haya de morir callando?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Quién crêrá que pueda, ¡cielos!
Dar una necia cuidado
Tan solo con el recelo
De si era ó no Don Luis,
El segundo caballero? (*Vanse las tres.*)

ESCENA VI.

ROQUE, *con un azafate.*— INES.

ROQUE.

Ce, Ines.

INES.

¿Qué es lo que quieres,
Roque? ¿No adviertes que entro
A servirlas á estas damas
Las bebidas?

ROQUE.

Que primero
Tomes aqueste azafate,
Que miéntras pasó lijero
Mi amo á la platería,
Una joyera ha compuesto,
Adonde á mí me dejó
Para que le traiga; y temo
Que haya tardado.

INES.

No has;
Pues aunque ántes que tú Celio
Volvió con no sé qué alhajas,
Tambien vienes tú á buen tiempo.
¿Qué traes aquí?

ROQUE.

¿Qué sé yo?
De mil trastos viene lleno.

INES.

Guantes, lazos, cintas: son
Iguales dos aderezos,
Que no discrepa uno de otro.

ROQUE.

Oye.

INES.

Aprisa.

ROQUE.

¿Qué fué eso
Que dijiste de bebidas?

INES.

Pues á ti ¿qué te va en ello?

ROQUE.

¿Bebidas, y no irme á mí?
Implican el argumento.
¿Podrás echar hácia acá
Cualque cosa?

INES.

Sí por cierto.
¿Querrás agua de limon,
Guindas ó canela?

ROQUE.

¿Luego,
Ines, todo el dia es de agua?

INES.

No, que tambien darte puedo...

ROQUE.

¿Qué? ¿sorbete ó garapiña?

INES.

De aloja, que es lo que teng
Para ántes del chocolate.

ROQUE.

Pues que me hagas, te ruego,
Del chocolate y de todas
Esas cosas un compuesto,
Y me llenes un gran vaso.

INES.

¿Estás loco?

ROQUE.

Hacer deseo
Un regalo, cual será
Ver el chocolate lleno
De guindas y de limon,
Sorbete y aloja.

INES.

Eso
Será una gran porquería.

ROQUE.

Mejor que mejor; pues luego
Les dirás á esas señoras,
Que yo las manos las beso,
Y que miren lo que son
Sus pulideces, supuesto
Que este vaso por defuera,
Su estómago es por de dentro. (*Vanse.*)

—

Una calle.

ESCENA VII.

ROQUE, *saliendo de casa de Don Félix;* DON LUIS, DON ANTONIO

DON LUIS.

Roque, ¿está Félix en casa?

ROQUE.

No, señor, ántes corriendo
A buscarle, donde dijo
Que habia de hallarle, vuelvo.

DON ANTONIO.

Dile que Don Luis y yo
Le hemos buscado.

ROQUE.

Al momento
Se lo diré que le halle. (*Vase.*)

DON LUIS.

Pues no está en casa, tomemos
La vuelta de aquesta esquina.
(*Ap.* Llevarle de aquí pretendo
Para poder volver yo,
Por ver á Leonor, supuesto
Que fuera Félix está.

Digitized by Google

Y desvelarle pretendo
El nuevo cuidado mio;
Que una cosa es que mi afecto
Me lleve tras sí, y otra,
Que á las finezas que debo,
Falte.

DON ANTONIO.

Tomemos; y ahora
A la plática volviendo
Que dejamos empezada,
Proseguid.

DON LUIS.

Bien, no me acuerdo
En qué quedamos.

DON ANTONIO.

En que
Ya ganada por lo ménos
La espía de una criada
Teneis, por conocimiento
De otra casa en que sirvió.

DON LUIS.

Eso es todo lo que puedo
Contaros hasta aquí; pues
Si la memoria revuelvo,
Es todo lo que me pasa;
Que desde el punto ¡ay de mí!
Que aquella hermosura vi,
De su calle y de su casa
Hecho humano girasol,
No hay hora que tras su bella
Luz, no me arrastre mi estrella;
Mas no es sino todo el sol
El que me arrastra; que ménos
Que todo el sol en su esfera,
Ser su nombre no pudiera.

DON ANTONIO.

De esos hipérboles, llenos
De crepúsculos y albores,
El mundo cansado está:
¿No los dejarémos ya
Siquiera por hoy? Señores,
¡Que nunca me pase á mí
Esto de una mujer ver,
Que sea mas que una mujer!
En cierta ocasion me vi
En casa de una señora,
De quien decian que era
El alba su pordiosera,
Y su mendiga la aurora.
A oscuras quedé algun rato,
Y su luz no me alumbró,
Hasta que en la cuadra entró
Un candil de garabato.
Mirad ¡qué sol tan civil,
El que arrastrando despojos,
No puede hacer que sus ojos
Alumbren lo que un candil!

DON LUIS.

¡Que toda la vida habeis
De estar de ese buen humor?

DON ANTONIO.

¿Fuera del vuestro mejor?

DON LUIS.

Vos en esto no teneis
Voto, Don Antonio, que hombre
Que se alaba que no ha estado
En su vida enamorado,
De balde disfruta el nombre
De racional.

DON ANTONIO.

Pues sepamos,
¿Cuánto mas irracional
Es quien no distingue el mal
Del bien! ¿En qué nos hallamos
A los brutos superiores,
Sino en saber distinguir
El bien del mal?

DON LUIS.

Eso es ir
A filosofías mayores
De las que el caso requiere,
Y no habemos de pasar
De aquí. ¿Quién deja de amar
Una hermosura?

DON ANTONIO.

Quien quiere,
Sin que ninguna pasion
Quite que coma y repose,
Trovar quanto campar posse
La vita d' un buon poltron.
¿Yo me habia de rendir
Por el mas hermoso dueño,
A perder una hora el sueño?
¿Yo sacrificarme á ir,
De tiernos suspiros lleno,
Al umbral de la mas bella,
Donde mi cielo sea ella,
Y yo sea su sereno?
¿Yo andar en desconfianza
De uno y otro devaneo,
Ajustando si el deseo
Se frisó con la esperanza?
¿Si el afecto descuidado
Es crédito del olvido,
Si el mérito desvalido
Disimulo del agrado?
Y cuando mas á este modo
Quieren callar mis desvelos,
Hételos aquí los celos,
Que lo echan á perder todo.
De mis empleos, señores,
Mejor las mudanzas van:
Dance otro cierto el *galan*,
Que yo he de danzar *flores*
Al compas de una fortuna
Poltrona.

DON LUIS.

¿Y cómo acomodas
El compas?

DON ANTONIO.

Queriendo á todas,
Y no queriendo á ninguna.

DON LUIS.

Amor de esas bizarrías
Orlar suele su laurel.

DON ANTONIO.

¿Habeis estado en Teruel?
¿Conocisteis á Macías?

DON LUIS.

Mejor es irme que no
Cansarme de ver reir
A quien me mira morir. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

DON FELIX, ROQUE.—DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Esperad.

DON FÉLIX.

Que aquí os dejó
A vos y á Don Luis, venia
Diciéndome Roque.

DON ANTONIO.

Sí,
Mas fuése huyendo de mí.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

DON ANTONIO.

Porque me reia
De un alto amor, en que ahora,
Tiernamente enamorado,
Anda como embelesado.
¿Os acordais la señora
Del coche quebrado?

DON FÉLIX.

¿Cuál?

DON ANTONIO.

La cándida beldad leve,
Que sierpecilla de nieve,
Tigrecito de cristal,
Como á negros nos trató
El dia del Angel.

DON FÉLIX.

(Ap. ¡Cielos!
¡Qué escucho!) Y de sus desvelos,
¿Qué os ha dicho?

DON ANTONIO.

¿Qué sé yo?
Aquello de que me abraso,
Con su algo de girasol,
Cielo, estrella, luna y sol,
Y lo demas que en tal caso
De derecho se requiere.
Alcancémosle los dos;
Porque tambien os riais vos
De ver ¡qué conforme muere
A manos de su pasion!
¡Ternísimo majadero!

DON FÉLIX.

Sí fuera y riera; pero...

ROQUE. *(Ap.)*

Risas hay que rabias son.

DON FÉLIX.

Si no tuviera que hacer
Un negocio, á que volvia
A casa... Id, por vida mia,
Tras él vos, hasta saber
En qué paraje se halla,
Y contaréismelo vos
Despues.

DON ANTONIO.

Norabuena: adios. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DON FELIX, ROQUE.

DON FÉLIX.

¿Quién vió tan nueva batalla
Como en un instante ¡cielos!
En mi pecho ha introducido,
Haber (¡ay Roque!) sabido
Que causa Don Luis mis celos?

ROQUE. *(Llamando.)*

Cé, Don Antonio.

DON FÉLIX.

¿A qué, di,
Le llamas?

ROQUE.

No tiene que irse
A buscar de qué reirse,
Pues puede reirse de tí.

DON FÉLIX.

¡En cuánto (¡ay de mí!) empeñado
Ya mi amor se considera!

ROQUE.

Haz cuenta con la joyera,
Y lo sabrás.

DON FÉLIX.

¿Mi cuidado
Ese habia, majadero,
De ser?

ROQUE.

Bien creo que no,
Porque ese cuidado yo
Se lo aclamaba al platero.

DON FÉLIX.

Calla, loco, y ven conmigo,
Que ya es tan otra mi llama,
Cuanto es perder á una dama,
O aventurar un amigo.

ROQUE.

¡Qué poco cuidado á mí
Lo uno ni lo otro me diera! *(Vanse.)*

Digitized by Google

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA X.

DON LUIS; INES *con luz.*

INES.
Sin que te avise, ¿es posible
Que á entrar hasta aquí te atrevas?

DON LUIS.
Sabiendo que no está en casa
Don Félix, ¿en qué, Ines bella,
El atrevimiento estriba?

INES.
En no prevenir que pueda
Haber otro inconveniente.
Mi señora...

DON LUIS.
Dilo apriesa.

INES.
Está con unas amigas
De visita, y que te vean,
Ya verás que no es razon.

DON LUIS.
No me pongas en sospecha
De imaginar que Leonor,
Cansada de mis finezas,
Te dió órden de que impidas
La permitida licencia,
Que tal vez me concedió.

INES.
No es eso, y porque lo veas,
Llega por aquesta parte,
Donde en la cuadra se asientan
Que cae al jardin.

DON LUIS.
Ya veo
Que es verdad. (*Ap.* ¡Cielos! Aquella
Que á la luz de mejor luz
Rayos á la noche presta,
¿No es Angela? ¿No es Beatriz
Su prima? Sí, ya, aunque verla
Siempre fuera para mí
Dicha, no sé si me pesa
Verla amiga de Leonor.)

INES.
No tanto ahora te detengas,
Sino, pues ya las has visto,
Vete presto.

DON LUIS.
Norabuena.

INES.
Pero no salgas, detente.

DON LUIS.
¿Qué es eso?

INES.
Por la escalera
Sube mi señor.

DON LUIS.
Decirle
Que vengo á buscarle, es necia
Disculpa, estando en el cuarto
De Leonor.

INES.
Pues aunque quieras
Entrar, ya ves que no es
Posible.

DON LUIS.
De aquesta reja
En la cortina me escondo. (*Escóndese.*)

INES. (*Ap.*)
Hemos hecho buena hacienda.

ESCENA XI.

DON FELIX, ROQUE. — DICHOS.

DON FÉLIX.
Ines.

INES.
Señor...

DON FÉLIX.
¿Vino á tiempo
Lo que envié?

INES.
Y de manera
Rico, adornado y pulido,
Que aunque Angélica la bella
Fuera Angela, bastaria.

DON FÉLIX.
¿Y qué hacen ahora?

INES.
En esa
Cuadra, donde han merendado,
Se están.

ROQUE.
Y dime, Ines bella,
Las damas tan lindas, ¿comen?

INES.
¿Aqueso preguntas, bestia?
¿Comer las damas habian?
¡Qué indecoro, qué indecencia!

ROQUE.
¿Por qué, di?

INES.
Porque las damas
No comen, aunque meriendan.

DON FÉLIX.
Con otro gusto (¡ay de mí!)
Desde esta parte estuviera
Adorando, Angela hermosa,
Tu peregrina belleza,
Si no me hubiera asaltado
La no pensada violencia
De los celos de Don Luis.

ESCENA XII.

EL ESCUDERO. — DICHOS.

ESCUDERO.
Suplico á usarced, mi reina,
A mis señoras les diga
Que tienen recado.

INES.
Ellas
Debieron de oir el coche,
Porque las almohadas dejan.

DON FÉLIX.
Hácia esta parte me escondo,
Y no quiero que me vean,
Porque esperando las gracias,
Que al paso estoy no parezca.

INES.
Pues á tu cuarto te pasa,
Miéntras se van.

DON FÉLIX.
No quisiera,
Aunque ella no me ve á mí,
Dejar ¡ay de mí! de verla.
Detras de aquesta cortina...
(*Va á esconderse, y le ven las damas.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA; *y poco despues* DON LUIS, *al paño.* — DICHOS.

DOÑA LEONOR.
Félix, ¿para qué te ausentas?
Que estas señoras darán
De irlas sirviendo licencia,
Y mas cuando fuera culpa,
Que los criados que dejan
A sus dueños en visita,
Por ellos, Félix, no vuelvan.

DON LUIS. (*Ap.*)
La primera vez, que vi
Amagado el lance es esta,
Y no ejecutado.

DON FÉLIX.
Yo
Me ausentaba de vergüenza
De lo mal que á sus mercedes
Habrás servido.

DOÑA BEATRIZ.
Aunque sea
Falsedad, no lo será,
Por lo ménos la respuesta.
No solo favorecidas
Y honradas vamos, mas llenas
De tantos dones, que dudo
Que desempeñarse pueda
De sus muchos agasajos
La poca fortuna nuestra;
Si ya no con decir solo
Que conocida la deuda,
En vuestra casa, Don Félix,
Hay quien deje el alma en prendas.

DON FÉLIX.
Eso es honrar entendida
A quien serviros desea.

DOÑA LEONOR.
Claro está.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Pluguiera al cielo!

DOÑA ÁNGELA.
No es en Dios, y en mi conciencia,
Que tantísimas de cosas
Nos ha dado, que no hay cuenta.

DOÑA BEATRIZ.
No habeis de pasar de aquí.

DOÑA LEONOR.
Llegar tengo hasta la puerta.

DOÑA BEATRIZ.
Señor Don Félix, quedaos.

DON FÉLIX.
El favor se me conceda
De llegar hasta el estribo.

DOÑA ÁNGELA.
Llegad muy en hora buena,
Ganareis vos este, y yo
Perderé el de la paciencia.

DOÑA LEONOR.
Adios, amiga.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Doña Leonor.*)
¡Ay Leonor!
¿Quién sin escucha pudiera,
Ya que tanto se confrontan
Las inclinaciones nuestras,
Desahogar contigo el alma?

DOÑA LEONOR.
Yo procuraré que tengas
Ocasion de hacer por mí
Esa confianza, cierta
De que he de servirte.
(*Vanse Doña Beatriz, Doña Angela y Don Félix.*)

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR, INES, DON LUIS.

DON LUIS.
Ce,
Ce, Leonor.

DOÑA LEONOR.
¿Quién aquí...?

DON LUIS.
Deja
El sobresalto: yo soy.

DOÑA LEONOR.
Pues, Don Luis, ¿cómo... ¡qué pena!
Aquí, cuando?...

DON LUIS.
A verte vine,
Tu hermano impidió la puerta,
Y para que si volviere
A otra parte le diviertas,
He querido que no estés

Digitized by Google

Ignorante, y que lo sepas,
Porque veas qué has de hacer.

DOÑA LEONOR.

Vuelve á esconderte, que entra.
(*Escóndese Don Luis.*)

ESCENA XV.

DON FELIX. — DICHOS.

DON FÉLIX.

¡Válgame el cielo, qué presto
Una dicha, á quien debiera
Dar en albricias el alma,
Viendo cuán buena tercera
En la amistad de Leonor
Habian hallado mis penas,
El cielo de uno á otro instante
Quiso que en pesar se vuelva!

DOÑA LEONOR.

Félix, pues ¿qué sentimiento,
Pues qué suspension es esa?
Cuando esperaba que alegre
Tendrias la norabuena,
En ocasion de lograr
El servir á quien festejas,
¡Tan triste y confuso! ¿Qué
Tienes?

DON FÉLIX.

¿Qué quieres que tenga,
¡Ay Leonor! si no hay ventura,
Que sin su pension no venga?
Y esta es tal, que me embaraza
Cuantos alborozos pueda
Haber granjeado; pues cuando
Se me entra el bien por las puertas,
Por las puertas á su sombra
Se me entra el mal; de manera,
Que no basta que en mi casa
La dicha un instante tenga,
Para que no tenga ¡ay triste!
Tambien la desdicha en ella,
Enlazadas una de otra.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Sin duda presume ó piensa
Que está aquí Don Luis.) ¿Pues qué,
(*Ap.* ¡Qué mal el temor se alienta!)
Qué te sucede?

DON FÉLIX.

No sé
Cómo á decirte me atreva
Que tu decoro, Leonor,
No se aventure en materia
Tan achacosa á tu oido,
Sin que se pase á indecencia;
Pero supla la objecion
El sentimiento.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Estoy muerta.

DON LUIS. (*Ap*).

¿Adónde tantas confusas
Palabras, y tan suspensas
Irán á parar?

DON FÉLIX.

Yo...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay triste!

DON FÉLIX.

He sabido...

DOÑA LEONOR.

¿Qué recelas?

DON FÉLIX.

Que Don Lüis de Mendoza...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay cielos, qué mal empieza!

DON FÉLIX.

Enamorado...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

DON FÉLIX.

Pretende...

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

DON FÉLIX.

En mi ofensa...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Ya ¿qué hay que pensar?

DON LUIS. (*Ap.*)

Aquí
Amor y amistad se arriesgan.

DON FÉLIX.

A Angela.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Quién creerá, cielos,
Que tales mis ansias sean,
Que hayan podido tener
A los celos por enmienda?

DON LUIS. (*Ap.*)

Absorto quedo al oirle;
¿Pero quién, cielos, creyera,
Que sean mis ansias tales,
Que á un mismo tiempo me vean,
Celos que doy y me dan,
Persona que haga y padezca?

DON FÉLIX.

Y aunque no acuso, Leonor,
La eleccion, porque eso fuera
Acusar mi amor, no puedo
Dejar de sentir que vea
Desde la orilla mi amor
Antes que el mar, la tormenta;
Antes que el humo, el incendio;
Antes que el monte, la fiera;
La ruina ántes que la mina;
Antes que la nube densa,
El rayo ¡ay de mí! mostrando
En la amiga competencia,
Cuán impensados me asaltan,
Cuán improvisos me cercan,
El nublado y el asedio,
El fuego, el golfo, la niebla,
El rayo, la ruina, el bruto,
El incendio, y la tormenta.
A Angela Don Luis adora,
Y con tan grandes finezas,
Que de dia, ni de noche
De sus umbrales se ausenta.
Si me declaro con él,
¿Qué razon hay que yo tenga,
Que no la tenga él? Si dejo
De declararme, es bajeza,
Que no esté doble conmigo,
Y yo lo esté con él; fuera
De que es partido villano
Que yo que me ofenda sepa,
Y él no que le ofendo yo;
Y pues no es la vez primera,
Que donde andan celos, ande
La amistad en contingencia,
Quitémonos los embozos,
Y lo que viniere venga:
Mejor será de una vez,
O asegurarla ó perderla. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, DON LUIS, INES.

DOÑA LEONOR.

Entreabre esa ventana,
Ines, y en viendo que deja
Mi hermano la calle, ese hombre
En ella pon.

DON LUIS.

Leonor bella,
Oye.

DOÑA LEONOR.

¿Qué mas he de oir?

DON LUIS.

Mis disculpas.

DOÑA LEONOR.

¿Puede haberlas
A tantas injurias, tantos
Agravios, tantas cautelas?

DON LUIS.

Oye, y las sabrás.

DOÑA LEONOR.

Ni oirlas
Quiero, falso, ni saberlas,
Sino que te vayas luego
Tan para siempre, que de esta
Casa en tu vida te acuerdes.

DON LUIS.

Has de oirme, aunque no quieras.

DOÑA LEONOR.

¿Iráste, si te oigo?

DON LUIS.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Pues di.

DON LUIS.

Viéndome en mis penas
Tan suspenso, Don Antonio
Informarse quiso de ellas;
Y como penas de amor
No hay otras que las desmientan,
Por no revelar que tú
Eras, Leonor, dueño de ellas;
Y por desviarle mas
Que de tí escrúpulo tenga,
Quise nombrarle otra dama.

DOÑA LEONOR.

Calla, calla; cesa, cesa,
Falso, aleve, fementido;
Y porque el que mientes veas,
Y veas, que ántes que Félix,
Ya lo habia dicho ella;
¿Qué criada es la que ya
Tienes en su casa mesma
Sobornada?

DON LUIS.

¿Yo criada?

DOÑA LEONOR.

En vano fingir intentas:
¡Muy buena boba enamoras!
Ella me vengará de ella,
Y tú de ella y de tí. Ines,
¿Qué aguardas? La puerta cierra,
Da con ese hombre en la calle,
Y en tu vida á abrirle vuelvas.

DON LUIS.

Leonor mia, mira, mira...

DOÑA LEONOR.

Aquí no hay nada que vea.

INES.

Vamos, no vuelva mi amo.

DON LUIS.

Tú verás que mis finezas
Te desenojan.

DOÑA LEONOR.

Y tú
La poca ó ninguna enmienda
Que puede tener el que
Da celos con una necia.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, *leyendo una carta;* JUANA.

DON ALONSO.

¿Qué hacen Angela y Beatriz?

Digitized by Google

JUANA.

Las dos, señor, asentadas
A las labores están,
Que esta y las demas mañanas,
A estas horas las divierten.

DON ALONSO.

Dilas que tengo que hablarlas
Que á mi cuarto pasen; pero
No, mejor será que vaya
Yo al suyo, y no las estorbe
La digna ocupacion, Juana,
De la diversion, en que
Dices á estas horas se hallan
Bien entretenidas.

JUANA.

Tú
Lo verás.

DON ALONSO.

Aunque me engañas,
Veré tambien qué labores
Son estas.

JUANA.

Las de dos damas,
Que de entendidas y hermosas
Se precian, supuesto que ambas,
Una el ingenio se afeita,
Y otra se estudia la cara. (*Vanse.*)

—

Otro aposento de casa de Don Alonso.

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, *que está al tocador;* DOÑA BEATRIZ, *leyendo un libro.* —DON ALONSO; JUANA, *que va ayudar á Doña Beatriz.*

DON ALONSO.

¡Oh quién pudiera trocar
Tan opuestas, tan contrarias
Inclinaciones, y que
Fuese Angela la inclinada
Al aprender, y Beatriz
Al parecer! Mas ¡qué vana
Pretension, si hay superior
Arbitrio que las reparta!
En cuyos opuestos genios
Suspenso quedé al mirarlas.

DOÑA ÁNGELA.

¿Es posible que no acabes
De hacer esa trenza?

JUANA.

Si andas,
Por mirarte á todas luces,
Tan inquieta, ¿qué te espantas?

DOÑA ÁNGELA.

Noramala para tí:
¡Qué torpe y desaliñada!
Si pudiera deslucirme
Algo á mí, fuera tu maña.
Tres tocados son con este
Los que hoy has errado.

JUANA.

Aguarda,
Verás si tengo disculpa.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué disculpa, mentecata?

JUANA.

Estarte viendo, señora,
Dentro de tu espejo; y tanta
Es la suspension de ver
Tu hermosura, que admirada,
No es posible que te acierte
A servir.

DOÑA ÁNGELA.

Si esa es la causa,
Yerra otros tres por mi cuenta,
Y tres mil, si tres no bastan.

JUANA. (*Ap.*)

Criadas, si oir no quereis
Esto de las noramalas,
Para vuestras amas no hay
Medio como lisonjearlas.

DOÑA BEATRIZ.

Discreto amigo es un libro:
¡Qué á propósito que habla
Siempre en lo que quiero yo!
¡Y qué á propósito calla
Siempre en lo que yo no quiero,
Sin que puntoso me haga
Cargo de por qué le elijo,
O por qué le dejo! Blanda
Su condicion, tanto que
Se deja buscar si agrada,
Y con el mismo semblante
Se deja dejar, si cansa.—
¿Señor, tú estabas aquí?

DON ALONSO.

Sí, Beatriz, y haciendo estaba
Discursos: ¡en cuánto diera,
Porque la suerte trocara
Aquel espejo á ese libro!

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿por qué, señor, te cansas
De mis aliños?

DON ALONSO.

Porque
Verte, Angela, estimara
Mas amiga de saber.

DOÑA ÁNGELA.

¿Pues he de ser yo letrada?
Y cuando hubiera de serlo,
¿Habria alguno en España,
Que mejor parecer diera?

DON ALONSO.

Para de paso, esto basta.
A veros, hija y sobrina
(Mal dije), hijas digo, que ambas
Lo sois, pues tú tambien eres,
Beatriz, pedazo del alma....
A veros, digo, he venido
Con un cuidado: esta carta
Lo dirá mejor que yo.
Prevente para escucharla,
Beatriz, pues á tí te toca
El todo de estas desgracias.

(*Lee.*) «Octavio, en cuya confianza el »Señor Don Alvaro, vuestro hermano »mayor y amigo mio, dejó la hacienda »que vino de Indias para mi señora Doña »Beatriz, puesto en quiebra, ha faltado »de esta ciudad; y aunque deja algu»nos efectos, no tan corrientes que no »necesite de mucha diligencia su co»branza: remitidme poder, noticias y »papeles, para que yo...»

No leo mas, porque me quiebra
El corazon, que sea tanta,
Beatriz, tu poca fortuna,
Que en lo mas y ménos hayas
De necesitar de otro.

DOÑA BEATRIZ.

No, señor, extremos hagas,
Que tu menor sentimiento
Será mi mayor desgracia.

DON ALONSO.

¿Cómo no? A Sevilla he de ir,
Que no es para encomendada
Esta diligencia á quien
Le duela ménos la falta
De tus aumentos.

DOÑA BEATRIZ.

Señor... (*Arrodíllase.*)

DON ALONSO.

¿Qué haces? Del suelo levanta.

DOÑA BEATRIZ.

Será en vano, y no me tengo
De levantar de tus plantas,
Sin que, besando tu mano,
Me dés con ella palabra
De que no te ha de costar
De esa hacienda la cobranza
El menor desasosiego.
Piérdase todo, que nada
Importa con tu quietud:
No el que sea desdichada
En lo ménos, consecuencia
De serlo en lo mas se haga,
Aventurando, señor,
Tu salud, tu edad, tus canas
Por mí; que cuando á mi estado
No le quede otra esperanza,
Para entrarme en un convento
Mis pobres joyuelas bastan.
La mayor fineza sea
El cuidar de tí yo.

DON ALONSO.

Basta,
Basta el ruego, Beatriz, que es
Con tan nueva circunstancia,
Que ruega uno y manda otro;
Pues con las mismas palabras,
Lo contrario que me ruegas,
Parece que me lo mandas:
Fuera de que es bien que sepas,
Que de esta quiebra me alcanza
No pequeña parte á mí,
Que no quiero que obligada
Quedes al cargo de todo;
Y así, miéntras la jornada
Dispongo, y el modo ajusto
En que ha de quedar mi casa
(Bien que quedando tú en ella,
Nadie, Beatriz, hace falta),
Habré de valerme de este
Caballero que con tanta
Fineza en tí, de tu padre
Vivas las memorias guarda. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

Mucho me pesa, Beatriz,
Por cierto: ¡no te faltaba
Mas ahora que ser pobre!
Pero vive en confianza
De que no te faltarémos
Yo, y el que su estrella guarda
Con la dicha de mi esposo,
Pues no dudo...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué?

DOÑA ÁNGELA.

Que traiga
Tu remedio, sí, en algun
Escudero de su casa.

DOÑA BEATRIZ.

Guárdete el cielo, por tanto
Favor: no en vano fiada
En tí vivo yo.

(*Vanse Doña Angela y Juana.*)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ.

Y no en vano
Quiere (¡ay infeliz!) tirana
Esmerarse mi fortuna,
Hasta ver á donde alcanza
El sufrimiento en un pecho,
Y el sentimiento en un alma.
Pero de muy bajos medios
Se vale esta vez, si trata
De acrisolar mi paciencia;
Porque contra mi constancia
No es el interés exámen,
Sin ver que teniendo armas
En mí contra mí tan nobles,
Tan generosas é hidalgas,
Como mi propia memoria,

Digitized by Google

De las civiles se valga;
Y para que de una vez
Desengañe su ignorancia,
Y sepa de cuáles puede
Usar con mayor ventaja,
He de acordárselas todas.
Yo, fortuna...

ESCENA IV.

JUANA, *y luego* DOÑA LEONOR.—DOÑA BEATRIZ.

JUANA.

Una tapada
De buen arte, al parecer,
Afligida, ha entrado en casa,
Y preguntando por tí,
Licencia de hablarte aguarda.

DOÑA BEATRIZ.

¿A mí? ¿quién puede ser? pero
Mujer, y afligida, basta:
Dila que entre.
(*Vase Juana, y vuelve con Doña Leonor, tapada.*)

DOÑA LEONOR.

¿Podré hablaros
A solas?

DOÑA BEATRIZ.

Sí: salte, Juana,
Allá fuera.

JUANA.

A que es, señora,
Embestidura, apostara
La vida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué?

JUANA.

Porque hay
Mil de estas estrafalarias,
Que á título de limosna,
Se estofan de lo que estafan. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Ya estoy sola, bien podrá,
Señora, decir qué manda.

DOÑA LEONOR.

Que me dés, Beatriz, los brazos.

DOÑA BEATRIZ.

¿Leonor mia? ¿pues qué causa
Hay que te obligue á venir
De esta suerte?

DOÑA LEONOR.

Oye, y sabrásla.
Al despedirnos anoche
Me dijiste que deseabas,
En fe de la inclinacion
Que se ha confrontado en ambas,
Desahogar tus desazones
Conmigo; y tan obligada
Quedé á que quieras de mí
Hacer esta confianza,
Que no vi la hora de verte;
Y como si destapada
A pagarte la visita
Viniera, era cosa clara
Que me habia de asistir
Angela, de quien recatas
Tus sentimientos, supuesto
Que dijiste que te holgaras
Que habláramos sin escucha;
Quise, habiendo esta mañana
Ido á sacar á la puerta,
Beatriz, de Guadalajara
Un vestidillo, dejando
A la vuelta una criada,
Con quien salí, no perder
La ocasion, sino lograrla,
Aunque de paso; y así,
Pues no saben con quien hablas,
Mira en qué puedo servirte:
¿Qué me quieres, qué me mandas?
Fiarte de mí bien puedes,
Y si quieres que mis ansias,
(Que tambien de anoche acá
Hay novedad) que mis causas
Quiten el miedo á las tuyas,
Lo haré, aceptando la paga
Antes que la obligacion;
Pues si en mi temor reparas,
Quizá te he menester mas
Yo á tí, que tú á mí. Esto basta
Que te diga por ahora. (*Llora.*)

DOÑA BEATRIZ.

Mas que tus labios me callan,
Tus ojos, Leonor, me dicen.

DOÑA LEONOR.

¿Pues qué esperas, pues qué aguardas,
Para decirme tus penas,
Si me ves llorar? pues nada
Te empeña mas en decirlas,
Que el ver que sabré llorarlas.

DOÑA BEATRIZ.

Aunque es verdad, Leonor mia,
Que la ocasion deseaba
De comunicar contigo
Un cuidado, se adelanta
Tanto tu pena á mis penas,
Que he de rogarte me hagas
El favor de hablar primero.

DOÑA LEONOR.

Si es tomarme la palabra
De que mis ansias, Beatriz,
El paso á las tuyas abran,
Yo lo haré. Sabrás (¡ay triste!)
Que libre, altiva y ufana,
Burlando imperios de amor...
¿La voz parece que extrañas?
Pues no la extrañes, Beatriz,
Que si he de contar mis varias
Fortunas, fuera tibieza
En mí dejar de contarlas;
Pues fortuna sin amor,
No es mas que cuerpo sin alma.
Burlando, digo otra vez,
Imperios de amor, ufana,
Altiva y libre vivia,
Cuando su deidad tirana,
Ofendida de que fuese
Yo la excepcion de sus armas,
Las que contra otras, por uso,
Tomó contra mí en venganza.
Don Luis, el mayor amigo
De mi hermano, con la entrada
Que el serlo le permitia
A todas horas en casa,
Y con el digno pretexto
De esposo, medios y trazas
Buscó de que yo entendiese
Las mudas cifras del alma.
No fuéron dificultosas,
Que mi hermano en su alabanza
Siempre hablando, me quitó
El cuidado de estudiarlas.
Dejo aquí, por no cansarte,
Papeles, ruegos, criadas,
Rejas, noches, y voy solo
A que en fe de la palabra
De esposo, empeñé el cariño,
En cuya tranquila, blanda
Paz, viento en popa, de amor
Sulqué los piélagos, hasta
Que los embates de celos
Levantaron la borrasca.
A Angela tu prima adora,
Y no tan solo me agravia
En la parte del afecto
A quien tan ingrato falta;
Pero en la parte tambien
De que mi hermano la ama,
Y su competencia temo
Que pase á mayor desgracia
Si es que se encuentran los dos;
Porque sé que Félix anda
Buscándole desde anoche
Para decirle sus ansias:
De suerte que entre mi hermano
Y amante, sobresaltada
Es fuerza vivir, temiendo
El todo y la circustancia;
Y así vengo á suplicarte,
Pues como ladron de casa,
Es fuerza estar á la mira
De lo que pasa y no pasa,
Procures con tu cordura,
Tu entendimiento y tu maña,
Haciendo que Angela á entrambos
Cierre el paso á la esperanza,
Desviar aqueste empeño,
Que á dos luces amenaza
Mi vida, pues de cualquiera
Suerte soy á quien alcanzan,
U de Félix las ofensas,
U de Don Luis las mudanzas.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué poco, Leonor, me fias
En lo mucho que me encargas!

DOÑA LEONOR.

¿Es desdeñarte, por ser
Materia de amor?

DOÑA BEATRIZ.

Aguarda,
Y verás cuán al contrario;
Que ántes si (¡ay Dios!) escucharas
El discurso, Leonor mia,
En que cuando entraste estaba,
Vieras que por ser de amor
Solo de mano me ganas;
Pues lo que quise pedirle,
Lo mismo es que tú me mandas.

DOÑA LEONOR.

¿Pues qué era el discurso?

DOÑA BEATRIZ.

Era,
Recopilando desgracias,
Hacer cargo á mi fortuna,
De que de medios se valga
Hoy contra mí tan civiles,
Como que quitado me haya
La esperanza de que pueda
Salir de esta voluntaria
Cárcel, donde mis respetos
Me mantienen de una vana
Necia beldad prisionera;
Pues la hacienda que esperaba,
De anoche acá la he perdido,
Pudiendo, si hacerme trata
Asunto de sus victorias,
Usar de mas nobles armas.
Este era el discurso; ahora,
Para que le entiendas, falta
Saber qué armas eran estas;
¡Mas ay, qué necia ignorancia!
Pues cuando dije, Leonor,
Que ni desdeña ni extraña
Pláticas de amor mi oido,
Dije bien si lo reparas,
Que en su mar una fortuna
Estamos corriendo entrambas.
Libre tambien del tirano
Imperio de amor me hallaba
Yo, Leonor, cuando trocó
En tormentas mis bonanzas;
Y para que veas ¡Ay triste!
Cuanto encadena, y enlaza
Un influjo nuestra estrella,
Hube de amar á quien amas.
No te asustes, que Don Félix,
Sin mas amistad ni entrada
En mi casa, y en mi pecho,

Digitized by Google

Que solo una cortesana
Galantería, en que hicieron
Lo medido en las palabras,
Y lo atento en las acciones
Alarde, sobre su gala,
De su ingenio y su nobleza,
Es el que (la voz me falta)
Me debió el primer afecto,
Sin presumir que pasara,
Ni nunca pasar pudiera
Del primer afecto, hasta
Que repetida la vista,
De esa calle viva estatua,
Reconocí de mi prima
El galanteo. ¡Mal haya
Pasion tan incorregible,
Que cuando quien es recata,
Para que diga quien es,
Es menester maltratarla!
En fin, viendo cuanto vive
Imposible mi esperanza,
Pues tan desfavorecida
El cielo quiere que nazca
De méritos y caudales,
Y todo, Leonor, me falta;
Lo que decirte queria,
Era, lo primero, me hagas
Favor de que esta pasion
Nunca de tu pecho salga;
Pues mejor es que se esté
Oculta, que desairada:
Y lo segundo, que tú
Le diviertas y disuadas
Del empeño de mi prima,
Pues razones tiene hartas,
Que le desagraden de ella;
Y para que tolerada
Viva yo: ¡mira á qué bajo
Partido se dan mis ansias,
Que el no verle galan de otra,
Para consuelo me basta!

DOÑA LEONOR.

Una hermosura, Beatriz,
A las dos ofende: haya
Contra la hermosura ingenio;
Veamos quien puede mas.

DOÑA BEATRIZ.

Baja
La voz y hablemos mas quedo,
Que está Angela en esa cuadra.

ESCENA VI.

DON ANTONIO, DON LUIS. — DICHAS.

DON ANTONIO.

¿Que á entrar os atreveis?

DON LUIS.

Sí,
Que viendo que no está en casa
Don Alonso, pues le he visto
Fuera, quiero á la criada
Que os dije, dar un papel.

DON ANTONIO.

Pues yo me quedo á la entrada,
Para hacer alguna seña,
Si alguien viene. (*Retírase.*)

DON LUIS. (*Ap.*)

Aunque me enfada
Don Antonio en haber sido
Quien dicho á Don Félix haya
Mi amor, porque uno ni otro
Presuman, ya que no caigan
Dónde fué donde lo oí,
No es justo darme de nada
Por entendido hasta que él
Se declare, á cuya causa
No he querido que me halle
Esta noche, porque añada,
Dando á Isabel un papel,
Siquiera esta circunstancia,
De que estoy mas empeñado
Que él.

DOÑA BEATRIZ.

Encúbrete. ¿Quién anda
Aquí?

DON LUIS. (*Ap.*)

Con Beatriz he dado.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ah tirano! ¿quién pensara (*Se encubre.*)
Que aquí habia yo de verte?

DON LUIS.

Quien... si... cuando... vos... (*Ap.* El ha-
Se me ha turbado en el pecho.) [bla

DON ANTONIO. (*Ap.*)

Turbádose ha: ¡quién hallara
Disculpa! (*Sale.*)

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues no decís
Qué buscais?

DON ANTONIO.

A una criada
Buscando venimos: ¿qué
El decirlo os embaraza?

DON LUIS. (*Ap. á Don Antonio.*)

¿Qué decís?

DON ANTONIO.

El caso es...
(*Ap.* Quiera Dios que con bien salga.)
Que en la casa que servia
Antes de esta, que es la casa
De una deuda del señor
Don Luis, de joyas y plata
Se hizo un grande hurto, y ella
Dijo, que aquella mañana
Vió un hombre salir, estando
Asomada á una ventana,
Y que le conoceria,
Si le viese.

DON LUIS. (*Ap. á Don Antonio.*)

Hombre, ¿qué trazas?

DON ANTONIO.

Háse prendido un ladron
Con mil preciosas alhajas,
Y para que reconozca
Si es el que vió, y si de tantas
Son de su señora alguna,
Me ha encomendado la Sala,
Como oficial que soy de ella,
Que un requirimiento la haga.
El señor Don Luis, corrido,
Por ser criminal la causa,
De que vos sepais que él
En la diligencia anda
(Que al fin pensó que sin veros
Fuera posible el hablarla),
Se ha embarazado; mas yo,
A quien nada le embaraza,
Doy testimonio de que
Buscamos á la criada.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien, y la que es
Tambien sé. Isabel.

ESCENA VII.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL.

¿Qué mandas?

DON ANTONIO. (*Ap. á Don Luis.*)

Vive Dios que lo ha creido.

DON LUIS. (*Ap.*)

Conforme á lo que la llama.

DOÑA BEATRIZ.

Ponte el manto, que con esos
Señores fuerza es que vayas.

ISABEL.

Pues yo, señora, ¿qué culpa
Tengo en que...?

DOÑA BEATRIZ.

No digas nada.
Ve y ponte el manto; y los dos,
Pues yo permito llevarla,
Sea donde no tengais,
Que volver aquí á buscarla.

DON LUIS.

(*Ap.* No lo creyó mucho.) Ved...

DOÑA BEATRIZ.

No mas.

DON ANTONIO.

Que nosotros...

DOÑA BEATRIZ.

Basta,
Que ha de ir con los dos

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡No sé
Cómo reprimo mi rabia!

ESCENA VIII.

DON FELIX, ROQUE, *y despues* DOÑA ANGELA. — DICHOS.

ROQUE.

Señor, ¿qué intentas?

DON FÉLIX.

Si yo
Le vi entrar y veo que tarda,
¿Por qué á lo que él se atrevió
No me atreveré yo?

ROQUE.

Aguarda,
Que aquí está él, Don Antonio,
Y Beatriz, y una tapada.

DON FÉLIX.

Oye, pues.

DOÑA ÁNGELA.

¿De cuando acá
Despides tú á mis criadas,
Beatriz? ¿Son tuyas ó mias?

DOÑA BEATRIZ.

Tuyas.

DOÑA ÁNGELA.

¿Pues cómo las mandas?

DOÑA BEATRIZ.

Como esos señores vienen
Por ella, y es cortesana
Accion, que por ella no
Tengan que volver.

DOÑA ÁNGELA.

Si tanta
Gente creyera que habia,
No saliera descuidada,
Porque hoy solo me toqué
Para el gasto de mi casa.

DON FÉLIX. (*Ap. á Roque.*)

¿Qué será esto?

ROQUE.

¿Qué sé yo?

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Qué beldad tan soberana!

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Qué peregrina hermosura!

DON ANTONIO.

Si os enojais de que salga
La criada, mejor es,
Aunque se pierda la instancia,
El que nos vamos sin ella.

DON LUIS.

Decís bien, vamos.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

DON LUIS.

(*Al irse hallan á Don Félix.*)
Don Félix, ¡vos aquí!

Digitized by Google

DON FÉLIX.

¡Pues
Qué os admira? Qué os espanta
Si vos estáis, que esté yo,
Y quizá con mejor causa?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Mi hermano.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Ya es otro el riesgo.)
¿Don Félix aquí?

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué extrañas,
Si el uno por Isabel
Que venga el otro por Juana?

DON LUIS.

¿Por qué mejor?

DON FÉLIX.

Porque tengo
La que teneis, á que añada
La de veniros buscando,
Por tener una palabra
Que hablar con vos.

DON LUIS.

Quien me busca
En parte tan excusada,
No como amigo pretende
Que responda.

DON ANTONIO.

¿Cómo se hablan
Los dos así? ¿Pues Don Luis,
Don Félix, qué es esto?

LOS DOS.

Nada.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué bueno será ver cómo
Los que se mueren, se matan!

DON FÉLIX.

Yo tengo que hablaros.

DON LUIS.

Yo
Que responderos.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Turbada
Estoy!

DOÑA BEATRIZ.

Ved, mirad...

DON FÉLIX.

De aquí
Salgamos, que de las damas
Buenas campañas no son
Los estrados.

DON LUIS.

¿Pues qué aguarda
Vuestro valor?

ESCENA IX.

DON ALONSO.—DICHOS.

DON ALONSO.

¿Cómo es eso
De estrados, y de campañas
En mi casa? ¿cómo?

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Bravo
Empeño!

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Desdicha extraña!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Muerta estoy!

DON ANTONIO.

¿Roque, qué es esto?

ROQUE.

A esto, señor mio, llaman
Cuando pierden los fulleros,
Caerse á cuestas la casa.

DON ALONSO.

¿Aquí tanto atrevimiento?
¿Nadie responde ni habla?
¿Qué es esto, digo? y qué...

DOÑA ÁNGELA.

Yo
Lo diré en cuatro palabras.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Ella ha de echarlo á perder,
Si lo dejo á su ignorancia.

DOÑA ÁNGELA.

Aquesos dos caballeros
Enamorados, me...

DOÑA BEATRIZ.

Aguarda,
Que si no estabas aquí,
¿Has de saberlo?

DOÑA ÁNGELA.

Pues tanta
Dificultad hay en que
Enamorados...

DOÑA BEATRIZ.

Sí, calla,
Pues no lo viste. Señor,
Estando yo en esta sala,
Que Angela estaba allá dentro,
Aquesta mujer tapada
Huyendo se entró, diciendo,
Que su honor y vida estaba
A riesgo, y que por mujer
La favorezca y la valga.
Tras ella esos caballeros,
Y los que los acompañan,
Entraron, y por la cuenta,
Segun el lance declara,
El uno es el que la ofende,
Y el otro es el que la ampara.
Púseme delante de ella,
Y al verme, sin que la espada
Sacasen, á mi respeto
Tuvieron atencion tanta,
Que dijo uno: Pues llegó
Esa fiera, esa tirana
Enemiga al soberano
Sagrado de vuestras plantas,
El la asegure. A que el otro
Dijo: Pues ya asegurada
Queda ella, ahora podemos
Los dos de nuestra demanda
Ajustar en otra parte
El duelo, que de las damas
Buenas campañas no son
Los estrados. ¿Pues qué aguarda
Vuestro valor? dijo el otro:
Con que volver las espaldas,
Quedarse ella, y entrar tú,
Fué uno, y esto es lo que pasa.

DOÑA ÁNGELA.

¡Oiga! que no era por mí
La pendencia!

DON ANTONIO. (*A Roque.*)

Aquesta dama
Tan bien miente como yo.

ROQUE.

Y aun mejor.

DON ALONSO.

Aunque no basta
Para el supremo decoro,
Que se le debe á mi casa,
Haber de su atrevimiento
Sido esa, Beatriz, la causa;
El respeto que han tenido
A tu persona, me ataja
Mucha parte de la ira.

DON FÉLIX.

Si hubiera de nuestra saña
Sido eleccion, por ser vuestra
Tuviérais en qué fundarla:
Mas si el acaso, ó el miedo
Se la dieron á esa ingrata,
Quien sin eleccion elige,
Enoja, pero no agravia.

DON ALONSO.

Tambien aquesa razon
Admito, para que haya
Otra mas que me disculpe
No echaros á cuchilladas
De mis umbrales. Señora, (*A Leonor.*)
(*Ap.* Mude estilo mi templanza,
Que de hombres á mujeres
Son las frases muy contrarias)
De lances de amor y celos,
Mozo fuí, nada me espanta;
Ya en mi casa entrásteis, ya
Es Beatriz la que os ampara,
A cuya cuenta correis:
Ved qué quereis que yo haga,
O qué quereis hacer.

DOÑA LEONOR.

Esto.
(*Vase, llevándose del brazo á Don Luis.*)

DON LUIS. (*Ap.*)

A mí me dice que vaya
Con ella: ¿quién será, cielos,
Esta mujer que me saca
De igual trance?

DON ANTONIO.

Con él vine,
Con él he de ir. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON ALONSO, DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, DON FELIX, ROQUE.

DON ALONSO.

Hasta que haya
Alejádose de aquí,
Que no podais alcanzarla,
No habeis de salir.

DON FÉLIX.

No haré,
Pues el mandarlo vos basta.

DON ALONSO.

Angela, Beatriz, tenedle,
Miéntras que yo á mirar salga,
Si se ha perdido de vista.

ESCENA XI.

DICHOS, *ménos Don Alonso.*

DON FÉLIX.

¿Quién vió, ni prontitud tanta
En un fracaso, ni en una
Desdicha atencion mas sabia?

ROQUE.

¿Eso admiras? ¿qué mujer,
Señor, no nació dotada
En mentira infusa?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Cuerda
Anduvo Leonor, pues salva
El ser conocida, dando
Fuerza al engaño.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué nada
De cuanto tú viste viese!

DON FÉLIX.

¿Cómo acudirá quien se halla
Con poco tiempo, y con dos
Obligaciones á entrambas?
Una es, Angela divina,
Hacerte cargo de tantas
Finezas, como me debes;
Otra es, darte á tí las gracias,
Discreta Beatriz, de tantos
Riesgos, como me restauras:
Y pues á una y á otra deuda
Razon sobra, y tiempo falta,
Supla una y otra, arrojarme
Igualmente á vuestras plantas:
A tí por lo que me libras,
Y á tí, por lo que me matas.

Digitized by Google

DOÑA ÁNGELA.

¿Es eso lo que os quedó
Que decir á la tapada,
Que se fué con otro?

DOÑA BEATRIZ.

Poco
Os debe atencion, que iguala
Nada al agradecimiento.

DON FÉLIX.

¿Qué quereis, si hay quien le arrastra?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué he de querer? Mas si fuera
Mia, yo la domeñara
A que lo primero fuera
Lo primero.

DON FÉLIX.

¿Hubiera traza
Para eso?

DOÑA BEATRIZ.

Querer quererla.

DON FÉLIX.

¿Y querer quererla basta?

DOÑA BEATRIZ.

No, mas dispone.

DON FÉLIX.

No hay
Dispuesta materia que arda,
Si está en otra parte el fuego.

DOÑA BEATRIZ.

Irla acercando la llama.

DON FÉLIX.

Cerca está, pero no prende.

DOÑA BEATRIZ.

Luego es consecuencia clara,
Que no está dispuesta, y pues
Disponerla, es aplicarla.

DON FÉLIX.

Decid, sin que mas os cueste,
El cuidado de guardarla,
Que hoy os quiero, sin teneros
Cuidadosa.

DOÑA BEATRIZ.

Todo pára
Con que me hagais la merced
De no volver á esta casa;
Que no hay para cada dia
Un engaño, una tapada,
Ni un deseo de la enmienda
A atrevimientos, que agravian
Mas, que imaginais; no solo
A ella, á Angela, á su fama,
A mi tio, y á mí; pero
A quién... no sé á quién.

DON FÉLIX.

No vaya
Con tal duda; ¿á quién decís?

DOÑA BEATRIZ.

Preguntadlo á la tapada,
Pues ella lo sabe, y ella
Os lo dirá.

DON FÉLIX.

¡Duda extraña!
¿Ella lo sabe?

DOÑA BEATRIZ.

No sé,
Y sí sé.

DON FÉLIX.

¿En voces contrarias
Respondeis?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

DON FÉLIX.

Mal podré
Sin conocerla.

DOÑA BEATRIZ.

Buscadla.

DON FÉLIX.

No sé á donde.

DOÑA BEATRIZ.

Yo tampoco.
Pero ella...

ESCENA XII.

DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO.

Pues ya se alargan,
Idos, caballero, y ved,
Ya que fué la prisa tanta
Que dió aquella dama á irse,
Que no hubo lugar de que haga
Amistades, que debiera,
Pues salís de aquesta casa;
Y correrá por mi cuenta
Cualquier disgusto ó desgracia
Que de este duelo resulte.

DON FÉLIX.

Yo os doy, señor, la palabra
(Porque fué lance rifado,
Sin empeño de importancia),
Que por aquella mujer
Segundo duelo no haya.

DON ALONSO.

Oid, dejar la que os deja
Es la mas cuerda venganza:
Id con Dios.

DON FÉLIX.

Guárdeos el cielo.
(*Se retira con Roque.*)
¿Qué es lo que llevo en el alma,
Que con sentirlo lo ignoro?

ROQUE.

¿Pues qué ha sido?

DON FÉLIX.

Unas palabras,
Tan confusas á una luz,
A otra luz tan cortesanas,
Que viendo á Angela, el oirlas
Me divirtió de mirarla.
(*Vanse Don Félix y Roque.*)

ESCENA XIII.

DON ALONSO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA.

DON ALONSO.

Si cerradas estas puertas
Estuvieran, no se entraran
Acá tales alborotos.

DOÑA BEATRIZ.

Descuido fué.

DON ALONSO.

¡No faltaba
Mas que era andarme yo ahora,
Si mas el lance durara,
Ajustando duelecitos
De melenas y tapadas!
Entraos las dos allá dentro:
Mas oye, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué mandas?

DON ALONSO.

La jornada corre prisa,
Ya ves que la ropa blanca,
Dice quien es cada uno,
Mayormente en las posadas;
Si menester fuere alguna,
Te ruego esta tarde salgas
A prevenirla.

DOÑA BEATRIZ.

Saldré,
Señor, de muy buena gana
Esta tarde por tí.
(*Vase Don Alonso.*)

ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes,
Angela?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que embobada
Me he quedado de saber,
Que los que á una mujer aman,
Riñen por otra.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres?
Como eso en el mundo pasa:
No hay sino...

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué?

DOÑA BEATRIZ.

Aborrecer
A los dos.

DOÑA ÁNGELA.

Desde mañana
(Porque hoy tengo que hacer unos
Lazos) verán que no tratan
De mas que de aborrecerlos
Mis tres sentidos del alma.

DOÑA LEONOR.

Sí, que las cinco potencias
Estarán muy ocupadas;
Que aborrecer y hacer lazos
Son dos cosas muy contrarias. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, *tapada;* DON LUIS, DON ANTONIO.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Que me conozca no quiero
Don Luis, y cómo podré
Tomar el coche, no sé.)
Pues ya os serví, caballero,
No habeis de pasar de aquí.

DON LUIS.

¿Cómo obedeceros puede
Mi obligacion, sin que quede
Servidor á quien debí
Haberme dado, no digo
La vida, porque es menor
Dádiva, que fué el honor
De una dama? Y si consigo
Dejarla por vos segura
Del riesgo que amenazó
Su opinion, pues aunque no
Fué cómplice su hermosura
Del atrevimiento mio,
Siempre las mujeres son
Deudoras de la opinion
En cualquiera desvarío
De los hombres, ¿cómo puedo
Condenarme á no saber
A quién lo he de agradecer?

DOÑA LEONOR.

Poco convencida quedo
De la razon que me dais
(*Ap.* Disfrazar en vano intento
El habla y el sentimiento),
Pues vos, á mí no me estais
En obligacion ninguna;
Que hallándome acaso allí,
Y empeñada, cuando vi
Que en tan deshecha fortuna
Beatriz de mí se valia,
¿Qué hice de su fingimiento
En ayudar el intento,
Pues así como así habia
Yo de salirme de allí?

DON LUIS.

Sí, pero villano indicio
Fuera, cuando el beneficio

Digitized by Google

Viene á resultar en mí,
El no agradecerle yo.

DOÑA LEONOR.

Pues supuesto que quereis
Agradecerle, podréis,
Con una accion.

DON LUIS.

¿Qué es?

DOÑA LEONOR.

Que no
Me sigais mas.

DON LUIS.

Eso es
Haber, señora, querido...

DOÑA LEONOR.

¿Qué?

DON LUIS.

Que el ser desagradecido
Me cueste el ser descortes;
Pues si de vuestra porfía
Vencerme, señora, intento,
Falto al agradecimiento
Por ir á la cortesía.
Y á dos afectos rendido,
Ya que uno forzoso es,
Mas quiero ser descortés,
Que no desagradecido.
Quién sois, me decid, si ya
Otro bien quereis hacerme.

DOÑA LEONOR.

Quizá os pesará de verme.

DON LUIS.

Quizá no me pesará.
Sepa, pues, quien sois, por Dios.

DOÑA LEONOR.

Estoy porque lo sepais,
No mas de porque añadais
Otro defecto á los dos.

DON LUIS.

¿Qué defecto?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Mal, cruel
Pasion, cubrirte he querido.)
No sé si el de fementido,
Falso, ingrato, aleve, infiel,
Mal caballero, villano....

DON LUIS.

La causa no alcanzo.

DOÑA LEONOR.

¿No?
¿Quereis verla?

DON LUIS.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Pues yo
Soy. ¡Ay de mí! mi hermano!
(*Al descubrirse ve á su hermano.*)

ESCENA XVI.

DON FELIX, ROQUE. — DICHOS.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Quién vió empeño mas cruel?

DOÑA LEONOR.

De aqueste portal pretendo
Valerme: ved que estoy viendo
Cuanto os pasare con él;
Y que si no pensais modo
Para dejar de reñir,
Me tengo de descubrir,
Y hemos de acabar con todo. (*Retírase.*)

DON FÉLIX.

La tapada á quien siguió
Don Luis, al ver que he llegado,
A un portal se ha retirado. (*A Roque.*)

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¿Qué debo hacer ahora yo,
Hallándome entre los dos,
Puesto que, de ambos amigo,
A uno falto si á otro obligo?

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer (¡válgame Dios!)
Entre Félix y Leonor,
Cuando creciendo recelos,
A empeño de amor y celos
Se va añadiendo el de honor?

DON FÉLIX.

Y pues lo quiso mi estrella
Que los alcance, sabrás,
Roque, que me importa mas
Que imaginas conocella;
Y así aunque me veas reñir,
No cuides de mí.

ROQUE.

No haré.

DON FÉLIX.

Sino tras ella te vé
Adonde quiera que ir
La vieres.

ROQUE.

No he menester
Yo tan grande diligencia
Como huir de una pendencia,
Para ir tras una mujer.

DON FÉLIX.

Huélgome haberos hallado
Tan presto.

DON LUIS.

A mí no me pesa.

DON ANTONIO.

A mí sí, que de las burlas
Me sé pasar á las véras.
Ninguno empuñe la espada
Sin mirar la diferencia
Que hay para sacarla, cuando
Suceden las contingencias
Entre amigos ó no amigos,
O el que la sacare entienda
Que me halle al lado del otro.

DON LUIS.

Yo no la sacaré en esta
Ocasion, que habiendo oido
Que hay campañas, mal hiciera
En sacarla, y mas adonde
Hay quien impedirlo intenta.

DON FÉLIX.

Si lo dije, ¿á qué mas puede
Obligarme que á ir á ella?

DON LUIS.

Pues guiad donde no haya
Testigo que lo defienda.

DON ANTONIO.

Ni guieis vos, ni vos sigais,
Sin que primero se advierta
Que ántes que allá hable el acero,
Lo puede aquí hacer la lengua.
¿Qué se ha de contar mañana
De que dos hombres, que eran
Amigos ayer, hoy riñen,
Y mas por cosa tan ciega,
Como el amor de dos dias?
Pues para que reñir deban
Dos amigos, ha de ser
Tan reservada materia,
Que á mas no poder se esté
Honestada por sí mesma.
¿Visteis una dama vos? (*A Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Y rendido á su belleza,
Confieso que la dí el alma.

DON ANTONIO.

¿Pues adónde está la queja
De que á otro, lo que á vos
Os aconteció, acontezca?
¿Teneis vos algun favor? (*A Don Luis.*)

DON LUIS.

Ni amago de que le tenga.

DON ANTONIO.

¿Pues dónde está la esperanza,
Que mas que un amigo pesa?
Volved, necios, en vosotros,
Y ya que la accion suspensa,
Si no capitula paces,
Por lo ménos firma treguas:
Decidme vos: ¿sois amigo
De Don Félix?

DON LUIS.

De manera,
Que diera por él mil vidas.

DON ANTONIO.

¿Vos de Don Luis?

DON FÉLIX.

Nada precia
Mas, que su amistad, el alma.

DON ANTONIO.

Pues puesto que el reñir fuera
Ya para enemigos tarde,
Y para amigos apriesa,
Hayámonos á razones.

DON LUIS.

Yo confieso que si hubiera
Sabido ántes de Don Félix
La pasion (*Ap.* Esto me mueva
Estarlo oyendo Leonor),
De la mia desistiera;
Porque en mí no ha sido mas
(*Ap.* ¡Que haya de ser esto fuerza!
Mas páguelo el gusto, y no
La obligacion de sus prendas)
Que el capricho de saber
Hasta dónde la soberbia
Llegaba de una hermosura
Tan vana.

DON FÉLIX.

Yo no pudiera
Nunca desistir la mia,
Aunque supiese la vuestra,
Con que arguye la ventaja
Que hay, si bien se considera,
De amor á capricho.

DON LUIS.

Hay,
Que no es la ventaja esa.

DON ANTONIO.

¿Luego si no enamorado
Estais, y él lo está, compuesta
Está la cuestion?

DON LUIS.

No está;
Que hay segundo duelo en ella,
Que satisfacer.

DON ANTONIO.

¿Qué duelo?

DON LUIS.

Que siendo la vez primera
Que su amor supe, en su casa
De Angela, buscarme en ella
Tan desatento y decir
Que los estrados no eran
Campañas, me obliga á que
Nadie que lo oiga crea
Que doy la satisfaccion,
Que solo doy por quererla
Dar, al temor, y no...

DON ANTONIO.

Oid:
Quien nunca, Don Luis, dió muestras
De que sabia reñir,
Riña siempre que se ofrezca;
Mas quien sentó su opinion
Tanto como vos la vuestra,
Deje de reñir, que mas
Airoso que el otro queda,

Digitized by Google

Quien saben todos que sabe
Reñir, y de reñir deja,
Porque quiere acompañar
El valor de la prudencia:
¿Quereislo mejor? Don Félix,
¿Pensaréis vos que pudiera
Nunca dejar de reñir
Don Luis por miedo ó flaqueza?

DON FÉLIX.

Y si otro lo pensara,
Le matara en su defensa.

DON ANTONIO.

¿Creyérades vos, Don Luis,
Que si una cosa sintiera
Don Félix, dijera otra?

DON LUIS.

No, de ninguna manera.

DON ANTONIO.

Pues si uno no lo pensara,
Y si otro no lo creyera,
Vive Dios, que sera un ruin,
Quien mal de este duelo sienta;
Y vuélvome á mi principio;
Donde hay amistad no hay tema:
Finezas atropelladas
Son algo mas que finezas.
Si á un amigo no se sufre
Tal vez una impertinencia,
¿A quién se ha de sufrir? Daos
A buenas, y de su estrella
Siga el rumbo el que no puede
No seguirle, y el que llega
A verse allí supèrior,
Palabra...

DON LUIS.

Tened la lengua:
Palabra no la he de dar;
Baste que de Angela bella
Nunca he estado enamorado:
Quien me entendiere me entienda.

DON FÉLIX.

Dejadme echar á esas plantas,
Y ved, si quereis á ellas
Una y mil satisfacciones.

DON LUIS.

Haberla dado quisiera
Mas, que admitirla.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Un celoso,
Cualquiera que escucha aprecia.
(*Doña Leonor sale del portal, y se va.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, *ménos Leonor*.

DON LUIS. (*Ap.*)

Resolvió salir Leonor
En viendo que Félix queda
Ya asegurado; con que
Tambien yo lo quedo en que ella
Vaya sin ser conocida.

DON FÉLIX.

¿La tapada no es aquella,
Que supuso Beatriz?

DON LUIS.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues ya que la competencia
Volvió á su amistad, adios,
Que me importa conocerla.

DON LUIS.

Eso no: conmigo vino
Tan recatada y cubierta,
Que con haber sido yo
El que eligió, no me ruega
Mas de que no la conozca;
Y no es justo si desea
Encubrirse que dé á otro
De descubrirla licencia;
Y ántes para asegurarla,
Que nadie seguirla intenta,
Por esotra parte habemos
De irnos.

DON FÉLIX.

Vamos norabuena.

DON ANTONIO.

Sea, por un solo Dios,
Donde no hablemos de véras;
Que me teneis mareado,
Casi vencido á que crea,
Si hay celos ó si hay amor.

DON FÉLIX.

Pregúntaselo á mis penas.

DON LUIS. (*Ap.*)

Mejor pudiera á las mias:
¡Mal haya eleccion que empeña
A obligaciones, donde haya
De quedar el gusto en prendas!

DON FÉLIX. (*Ap. á Roque.*)

Roque...

ROQUE.

Ya entiendo; el cuidado
Pierde de que se me pierda;
Que desde que del portal
La ví salir, ojo alerta,
Su guarda he sido de vista.

DON FÉLIX.

Pues síguela, hasta que sepas
Donde vive y quién es. (*Ap.* Cielos,
Haced que el enigma entienda,
Que á ella remite Beatriz.) (*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, *tapada, que se encuentra con* INES; ROQUE, *siguiéndolas.*

ROQUE.

Ya da á la calle la vuelta
Alargo el paso á alcanzarla,
No entrándose en otra puerta,
Me dé con el trascanton.

INES.

¿Era hora de que vinieras?

DOÑA LEONOR.

Ven, que hay mucho que contarte.

ESCENA XIX.

ROQUE.

Con otra tapada encuentra,
Y mano á mano las dos
Entran en la calle nuestra,
Y aun en nuestra casa. ¿Cómo
Es esto? ¡Bueno es que tenga
Mi amo contratado ya,
Que á casa á buscarle venga,
Y me haga á mí que la siga!
Si ya no es que ella pretenda
Darme el trascanton en casa...
Pero no, por la escalera
Sube y á la puerta llama,
Cual pudo en su casa mesma.
Volveré á buscar volando
A mi amo, que es bien sepa
La visita que le aguarda,
Y la suma diligencia,
Que la casa me ha costado. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA XX.

DOÑA LEONOR É INES, *quitándose los mantos.*

DOÑA LEONOR.

Quítame este manto aprisa,
Que aunque no importara, Ines,
El que mi hermano supiera
Que fuí en casa de Beatriz,
Importa que no lo sepa
Por circunstancias que hubieron
De obligarme á que por fuerza
Me amparase de un portal,
En que él me vió.

INES.

Pues ya quieta
Y segura estás, ¿no puedo
Saber qué ha habido?

DOÑA LEONOR.

Oye atenta:
Llegué á casa de Beatriz... (*Llaman.*)
Mira quién llama á esa puerta.

INES.

Mas parece invocacion,
Que no relacion aquesta,
Que es ella misma, señora.

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, *con manto.*—DICHAS.

DOÑA LEONOR.

¿Qué decís? ¿qué es esto, bella
Beatriz? ¿Tan presto me pagas
La visita, que aun apénas
He llegado, cuando ya
Te dió cuidado la deuda?

DOÑA BEATRIZ.

Díjome, Leonor, mi tio,
Porque una jornada apresta,
Que comprase no sé qué
Prevenciones para ella,
Mas dadas á mi cuidado,
Que al suyo; y viéndome fuera
Ya una vez de casa, quise
No volverme sin que sepa
Qué te pasó con Don Luis;
Que ser bravo lance es fuerza
El que se hallase contigo
Embarazado, al ver que eras
Tú la que de aquel empeño
Le sacases.

DOÑA LEONOR.

Aun no cesan
¡Ay, Beatriz mia! sucesos,
Que mas á luz de novela
Parecen imaginados,
Que sucedidos. Resuelta
A no descubrirme estuve;
Porfió en que me descubriera;
Y á sus sinrazones mas,
Que á sus razones atenta,
Me descubrí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué diria
Al verte!

DOÑA LEONOR.

Aun eso se queda
Sin saber; porque al instante
Mismo mi hermano...

INES.

Y él que entra,
Que parece que tu voz
Hoy mas conjura, que cuenta.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde podré retirarme?
Que no quiero que me vea,
Que es hacer muy sospechosa
Mi venida, sobre cierta
Plática, que allá tuvimos
Los dos.

INES.

Pues en vano intentas
Esconderte, porque ya
Te vió. (*Tápase Beatriz.*)

Digitized by Google

ESCENA XXII.

DON FELIX, ROQUE. — DICHAS.

DON FÉLIX. (*A Roque.*)
¿Qué es lo que me cuentas?

ROQUE.
Si no me crês, vesla allí.

DOÑA LEONOR. (*Ap. con Doña Beatriz.*)
¿En fin, no quieres que sepa
Que eres tú?

DOÑA BEATRIZ.
No, por Dios.

DOÑA LEONOR.
Pues
De hallarte aquí, sin que pueda
Preguntarme á mí quién eres,
Cuidado con la deshecha.
(*Alzando la voz.*)
Señora, ese caballero
No vive aquí, y bien pudiera,
Pues hay puerta en que llamar,
No entrarse hasta donde...

DON FÉLIX.
Espera,
Y no enojada, Leonor,
Te desazones, ni ofendas
Con esta dama, negando
Que vivo aquí; que si piensas
Que es tomarme en tu decoro
Alguna libre licencia,
Te engañas; y bien podias
Tener hartas experiencias
De cuánto mis atenciones
Pundonorosas respetan
Los umbrales de tu cuarto.
Y porque no solo queja
Formes, pero aun el enojo
En agasajo conviertas;
Sabe que á esta dama debo
La vida, pues si por ella
Y el ingenio soberano
De Beatriz, Leonor, no fuera,
Don Luis, Angela, su padre
Y yo, ten por cosa cierta,
Nos hubiéramos perdido
Esta tarde.

DOÑA LEONOR.
¿Qué me cuentas?

DON FÉLIX.
Esto es para mas despacio,
Que ahora basta que sepas
Que el venir aquí es la dicha
Mayor que hay que me acontezca;
Pues sin saber cómo, hoy solo
Ví entrar el bien por mi puerta.

DOÑA LEONOR.
Siendo así, trueque el estilo.—
Perdonad, por vida vuestra,
El no saber que os estaba
En tan generosa deuda.

DOÑA BEATRIZ.
Perdonadme vos á mí,
Y aqueste agrado os merezca
El haber de recibirle,
Porque que es forzoso, encubierta.
¿Qué es esto, Leonor? (*Ap. á ella.*)

DOÑA LEONOR.
No sé.
Que eres la tapada piensa
De tu casa.

DOÑA BEATRIZ.
¿Qué causa hay
De que por ella me tenga?

DOÑA LEONOR.
Tampoco lo sé; mas puesto
Que por tan claro lo asienta,
Alguna tendrá; y así,
Convenir con él es fuerza.

DOÑA BEATRIZ.
¿Y á qué he de decir que vine?

DOÑA LEONOR.
Tú allá en tu ingenio lo inventa.

DON FÉLIX.
Ahora, señora, mil veces
Dejad que á las plantas vuestras
Ponga primero la vida,
Que os debo, y luego con ella
El alma, de agradecido
De excusar la diligencia
De ir á buscaros, á cuya
Causa mandé que os siguiera
Este criado; pues fué
Mi suerte hoy tan lisonjera
Que supiéseis vos mi casa,
Al ir yo á saber la vuestra.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Doña Leonor.*)
Bien haberte á tí seguido,
Y hallarme á mí se concuerda.

DON FÉLIX.
Decidme, ¿qué me mandais?
Porque obedecida, tenga
La razon de suplicaros
Que me saqueis de una pena,
En que me puso Beatriz,
Diciendo que vos...

DOÑA BEATRIZ.
La lengua
Tened, que porque veais
Que lo que allá diría ella,
Es lo que yo aquí á deciros
Vengo de su parte, es fuerza
Adelantar la razon,
Pero mas sola quisiera.

DON FÉLIX.
Salte tú allá fuera, Roque.

DOÑA LEONOR.
Ines, allá dentro te entra.

DOÑA INES. (*Ap.*)
¿Secretico? no en mis dias,
Sin que saberlo pretenda.

ROQUE. (*Ap.*)
¿Caso reservado á mí?
No en mis meses, sin que quiera
Alcanzarle.

INES. (*Ap.*)
Que sería
Mal contado...

ROQUE. (*Ap.*)
Que error fuera...

LOS DOS. (*Ap.*)
El que volviesen los mantos,
Y no volviesen las puertas.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XXIII.

DON FELIX, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.
Lo que Beatriz os diria
Es, que hay á quien ofenda,
Félix, vuestro galanteo,
Aun mas, sí, que á Angela bella,
A su padre, y al honor
De su lustre y su nobleza;
Y tanto, que traeis la vida
Muy á riesgo de perderla;
No porque haya Angela dado
(Que infamemente mintiera)
Nunca ocasion, mas porque hay
Tan locas pasiones ciegas,
Que se empeñan, donde no
Saben en lo que se empeñan.
Un poderoso enemigo
Teneis, de tantas cautelas,
Que quizá hablando con vos
Está, y cuando mas os muestra
Descubierta el alma, es cuando
La tiene mas encubierta.
Yo (sea quien fuere) sé
Vuestro riesgo, y por sospechas,
Que pueden tocarme, en que
El os mate, y yo le pierda,
Sabiendo cuanto es Beatriz
Prudente, advertida y cuerda,
Tapada, como me hallásteis,
Me fuí á declarar con ella,
Porque su ingenio pusiese
A tanto peligro enmienda.
Que no bastaba me dijo,
Porque su prima era necia,
Loca, vana, y tanto, que
No ve la hora en que sucedan
Por ella escándalos, que hacen
Mas ruidosas las bellezas;
Y que así viniese yo
A deciros que ella os ruega
De su parte, que la hagais
Merced de que por sus puertas
No paseis; que sentiria
Mas, Félix, vuestra tragedia,
Que el deslustre de su prima.
Direis, al valerse ella
De mí, ¿cómo escogí al otro,
Teniendo en esta materia
Que hablar con vos? Pero fácil
Me parece la respuesta;
Con que quise desvelar
Para con vos la sospecha
De la segunda intencion,
Reservando para esta
Ocasion el declararme.
Tambien diréis que es muy nueva
Cosa hacer bien, y guardar
La cara; pues no os parezca
Que no hay razon; que si yo,
Don Félix, me descubriera,
Acabado estaba todo;
Pues por mí fácil os fuera
Que supiéseis quién es vuestro
Enemigo, y error fuera
Curar un daño con otro;
Pues saber basta en mis penas,
Que dí el aviso á Beatriz,
Y Beatriz á vos, por señas
Que os pide que no llegueis
Ninguna noche á la reja
De la vuelta de su calle,
Porque os aguardan en ella.
Con esto, adios, y no hagais
Otra vez la diligencia
De que un criado me siga;
Pues cuando el cuidado os mueva
De saber quién soy, Beatriz
Os lo dirá, ya que es fuerza,
Pues ella os remite á mí,
El que yo os remita á ella. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DICHOS, *ménos Doña Beatriz.*

DON FÉLIX.
Oid, esperad...

DOÑA LEONOR.
No la sigas,
Que no es correspondencia
De un agasajo un pesar.

DON FÉLIX.
No quiero mas de que sepa
Que peligros no retiran
A los hombres de mis prendas.
Vive Dios, que no ha de haber
Noche que no esté á sus rejas.

DOÑA LEONOR.
Será gran temeridad.

DON FÉLIX.
Que lo sea ó no lo sea,
Esto no te toca á tí.

Digitized by Google

DOÑA LEONOR.

Pues toqueme...

DON FÉLIX.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Que adviertas
Lo que debes á Beatriz,
Pues allá el peligro enmienda,
Y aquí el peligro te avisa.

DON FÉLIX.

¿Pero qué importa, si es fea,
Y entendimiento no hay,
Que se iguale á la belleza?

JORNADA TERCERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, *embozado, como recatándose;* DON FELIX *tras él,* Y ROQUE.

DON ANTONIO.

No pongais tanto cuidado
En conocerme: ya he dicho
Que pienso que en este puesto
Mas que os embarazo os sirvo,
Y que no es la primer noche
Que hablar á esa reja os miro.
No me debe de importar,
Pues lo veo y no lo impido.
Llegad, pues, llegad á ella,
Que seguro estais conmigo
Mas que pensais.

DON FÉLIX.

Caballero,
Los reservados motivos
De una alma, no se revelan
Fácilmente. No os he visto
Otra noche sino es esta:
Por eso no he pretendido
Conoceros otra noche.
Ya os ví, y no puedo conmigo
Dejar de saber quién es
De mis acciones testigo.

DON ANTONIO.

Pues no os empeñeis, yo soy,
Don Félix. (*Descúbrese.*)

DON FÉLIX.

¡Qué es lo que miro!
¿Don Antonio?

DON ANTONIO.

Sí.

ROQUE.

¿Esperabas
Para mañana á decirlo?
Que he estado de aquello de
Pendiente el alma de un hilo.

DON FÉLIX.

¿Pues, Don Antonio, qué es esto?

DON ANTONIO.

Es saber vuestro peligro,
Y sin que vos lo sepais,
Quise venir á asistiros.

DON FÉLIX.

La fineza os agradezco,
Pero no el riesgo imagino;
Pues no tiene inconveniente,
Cuando á ninguno compito,
Hablar á una dama.

DON ANTONIO.

Basta,
Que disimulais conmigo,
Como si yo no supiera
Que es el ordinario estilo
De un amante cortesano,
Negarse á cualquier indicio
Del susto, muy en su duelo
El disimulo al amigo.
Yo sé que en aquesta calle,
Centinela de vos mismo,
Esperando la invasion
De un poderoso enemigo,
Estais en vela á un cuidado,
Si desvelado á un cariño;
Y aunque á él le ignorais, sabeis
Que en lo fatal del destino,
El mas ignorado riesgo,
Es el riesgo mas preciso;
Y así, sin haceros cargo
De que es la amistad servicio,
Todas las noches he estado
Como veis.

DON FÉLIX.

Mucho os lo estimo;
¿Mas yo enemigo? ¿yo riesgo?
¿Quién, Don Antonio, os lo ha dicho?

DON ANTONIO.

Si lo hemos de decir todo,
Roque fué el que me lo dijo.

DON FÉLIX.

¿Pues tú de qué lo sabias?

ROQUE.

Si todo hemos de decirlo,
De aquella dama tapada,
A quien seguí, y en tu mismo
Cuarto hallaste, sin romperse
La tramoya donde vino.

DON FÉLIX.

Pues ella contigo ¿cuándo
Habló?

ROQUE.

Cuando habló contigo;
Porque como me mandaste,
Que me saliese á no oirlo,
A oirlo me salí; que en fin,
Criados, dueñas y vecinos,
¿De qué servimos, señor,
Si de acechar no servimos?
Contéselo á Don Antonio,
Pretendiendo leal y fino
Te disuadiese el empeño;
Si él, en vez de hacerlo, hizo
La fineza de asistirte,
Disculpado está el delito.

DON ANTONIO.

Y bien disculpado está.
Pues que el barrio recogido
No está, y esta noche mas
Temprano vuestro amor vino,
Que otras noches: haciendo hora,
Que me digais os suplico,
De la noche al alba ¿qué
Diablos teneis que deciros?
Porque cuando vos hablando,
Estoy yo perdiendo el juicio,
Y mas con una señora,
Que, á lo que á todos he oido,
No es la sabia Pitonisa,
Si ya no es que discursivo
De lo que visteis de dia,
Amante contemplativo,
Enamorais de memoria;
Que aunque es un cielo divino
Lo lindo de su hermosura,
¿Qué importa si anochecido
Se apaga todo y se queda
A buenas noches lo lindo?

ROQUE.

Que enamore con linterna
Mas de mil veces le he dicho,
O que se traiga el lampion
De Siquis, ó de Cupido,
Con que maulero de amor,
Podrá ser que halle perdidos
En los brios de lo hermoso
Los trastos de lo entendido.

DON FÉLIX.

¡Ay Don Antonio! si hubiera
(Ya que en los extremos mios
Para hablar esto con vos
Rodado el lance se vino),
Si hubiera, digo otra vez,
De explicaros, de deciros,
La novedad de un amor
Tan nuevo, y tan peregrino,
Que dudo que hasta hoy en otro
Se haya escuchado ni visto,
No acusárais estas horas;
Antes ¡ay de mí! imagino
Que las tasárais á instantes,
Aunque las viérais á siglos.
Decirlo deseo, y deseo
El callarlo; porque miro
Que si lo digo, aventuro
La verdad con que lo digo;
Y si no lo digo, falto
Tambien al pequeño alivio
De contarlo, de manera,
Que en dos afectos distintos,
En el uno vengo á darme
Lo que en el otro me quito.
Pero entre una y otra duda,
Parta la voz el camino;
Pues el decirlo yo todo,
Será callarlo y decirlo.
Bien os acordais de aquel
Lance, en que todos nos vimos
Restados, cuando Beatriz
Tan rara enmienda previno,
Pues no contenta con darme
La vida que me dió, hizo
Que de intentar darme muerte,
Me dé la tapada aviso.
Díjome, pues, de su parte
Aquello de un enemigo
Poderoso, á quien mi amor
Ofendia: agradecido
La empecé á estar desde entónces;
Pero por el caso mismo,
Que el peligro me avisó,
Abandonando el peligro,
Vine aquella misma noche,
Que es caravana del brio,
Hacer aprecio del riesgo,
Para hacerle desperdicio.
En la calle estaba, cuando
Vi que entreabierto un postigo
De esa reja, una mujer
En sumisa voz me dijo:
¿Es Félix? Sí, respondí:
¿Segun eso no os han dicho,
Prosiguió, que no vengais,
Félix, de noche á este sitio?
Antes de eso, dije, debe
Inferirse que lo he oido,
Pues que quiso que viniese,
Quien que no viniese quiso.
En fin, no perdamos tiempo;
Desde pequeño principio
Resultó de un lance en otro,
Que ser Beatriz averiguo;
Y aun no sé de qué pasion
Con ingenioso designio,
En voces adrede erradas,
Acertados los indicios.
Con que siguiendo su genio
El iman de lo atractivo,
No es Angela con quien hablo
De noche, siendo á quien miro
De dia: ved de un amor
El mas ciego laberinto,
Que jamás se supo; pues
Queriendo cada sentido
Hacer bando de por sí,
Con opuestos desvaríos,

Digitized by Google

Si en Doña Angela lo hermoso
Me suspende, lo entendido
En Doña Beatriz; á una,
Clicie de su luz la sigo
Todo el tiempo que su luz
Goza resplandores vivos
Del sol; á otra, todo el tiempo,
Que es la flor que en su capillo
Se oculta, hasta que á la noche,
Pundonoroso el capricho
De que luce sin el sol,
La hace en trémulos giros
La perfeccionen á sombras,
Sin iluminaria á visos.
En cuya guerra civil,
Ya lo dije, de sentidos
Dentro de mí amotinados,
Dia y noche á dos asisto,
Enamorado de dos;
De la una si la miro;
De la otra si la oigo,
Llevándose á un tiempo mismo
Hermosura y discrecion
(Acabemos de decirlo),
Si la hermosura los ojos,
La discrecion los oidos.

DON ANTONIO.

Una grande novedad
Pensareis que me habeis dicho
En que amais á dos.

DON FÉLIX.

¿No lo es?

DON ANTONIO.

No, que á mí me ha sucedido
Mas de cuatrocientas veces.

ROQUE.

¿Qué pobrete no ha tenido
En una parte el deseo,
Y en otra parte el capricho?

DON FÉLIX.

La reja abren.

DON ANTONIO.

Pues llegad,
Que yo hácia allí me retiro.

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, *á la reja.*— DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es Don Félix?

DON FÉLIX.

Y rendido
A la pena de esperar,
Casi llegaba á culpar
Tu tardanza.

DOÑA BEATRIZ.

Nunca ha sido
Pena esperar; que si llena
De susto á la posesion
Una breve dilacion,
¿Por qué ha de llamarse pena?
¿Contrario efecto, no es justo
Que á una causa se conceda,
Para que inferir se pueda
De una pesadumbre un gusto?

DON FÉLIX.

La gloria, Beatriz, de hablarte,
Con la esperanza se alcanza;
Luego tiene la esperanza
La culpa en aquella parte,
Que sentir toca al cuidado
La dilacion del empleo;
Luego es fuerza que al deseo
Le dé la esperanza enfado.
Del sol una propiedad
Lo diga en la noche fria:
Cuanto mas vecino al dia,
Es mayor la oscuridad.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, mas si llega á advertir
Que al mirar su rosicler,
El empezar á nacer,
Es empezar á morir;
¿Qué logra la posesion
Del dia en su lucimiento,
Si es preciso que al aumento
Siga la declinacion?
Auje es en la astrologia
No poder pasar de allí,
Y término el hasta aquí
Es de la filosofía;
Luego la esperanza mas
Que la posesion alcanza,
Si cuando va la esperanza,
La posesion vuelve atrás:
Y poseido, á perder
Llega estimacion tan grave,
Pues no le admira hoy quien sabe
Que mañana le ha de ver.

ROQUE.

¿Has oido aquello?

DON ANTONIO.

Sí.

ROQUE.

Y dime, por vida mia,
¿Hablan en algarabía?
Porque yo nada entendí.

DON ANTONIO.

Sí deben de hablar; mas yo
A estas horas solo entiendo
Que me estoy de sed muriendo:
¿Sabes, Roque, si hay, ó no,
Por aquí una casa, en que,
O aguas, ó aloja se venda?

ROQUE.

Que hay detras de aquella tienda
Una tabernilla sé.

DON ANTONIO.

¡Qué propia noticia tuya!

ROQUE.

Cada uno habla en lo que alcanza.

DON FÉLIX.

Mucho os debe la esperanza.

DOÑA BEATRIZ.

No os admire de que arguya
Tan en su favor, por qué
Me está muy bien el tenella.

DON FÉLIX.

¿Pues vos necesitais de ella?

DOÑA BEATRIZ.

Y aun de dos.

DON FÉLIX.

Eso no sé.
¿De dos esperanzas?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Cuáles son?

DOÑA BEATRIZ.

Vos las sabeis:
Que dejeis de amar, y ameis.
Mirad, Félix, siendo así,
Que la ha menester á dos
Varias luces mi pesar,
Si la debo lisonjear.

DON FÉLIX.

No, que de ninguna vos,
Que necesitais, os digo.

DOÑA BEATRIZ.

Mejor lo dirá mi estrella,
Y mejor Angela bella.

ESCENA III.

DOÑA ANGELA É ISABEL, *á la reja.*— DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién la mete á usted conmigo?
Y pues estoy acechando,
Sin que me cause fatiga,
Y sin que á mi padre diga:
«Señor, aquí andan parlando,»
Háblense allá sin que yo
Entre en la danza.

DOÑA BEATRIZ.

¡Tú aquí!
¿Cómo, Angela?

DOÑA ÁNGELA.

Como sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿No te acuestas?

DOÑA ÁNGELA.

Como no.

DOÑA BEATRIZ.

Bien ves cómo te he cogido
En el hurto, que no en vano,
Te quise ganar de mano
En haber aquí venido,
A ver esto.

DOÑA ÁNGELA.

¿Luego yo
Soy sobre quien caen las quejas?

DOÑA BEATRIZ.

Caballero, á aquestas rejas
No se habla.

DOÑA ÁNGELA.

¡Mal año... no!

DON FÉLIX.

Vamos de aquí: ¡ay infeliz!

DON ANTONIO.

¿Qué hay?

DON FÉLIX.

Ver con la sombra oscura
A Angela con hermosura,
Y con ingenio á Beatriz. (*Vanse los tres.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA, ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Ven tú, y cierra esa ventana.

ISABEL.

¿Viste bien al hombre?

DOÑA ÁNGELA.

¿Y pues?
¿No habia de verle?

ISABEL.

¿Y quién es?

DOÑA ÁNGELA.

El hermano de la hermana.

ISABEL.

Pues ¿cómo celosa al vello,
No sentiste que hable así
Con Beatriz, quien te amó á tí?

DOÑA ÁNGELA.

Tú tienes la culpa de ello.

ISABEL.

¿Yo?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que es muy fuerte cosa
Querer que me acuerde yo,
Si tú, majadera, no
Me acuerdas que estoy celosa. (*Vanse*)

Digitized by Google

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR; INES *con luces.*

DOÑA LEONOR.

Ines, no me pesa oir
Su queja; pero si ha sido
Verse de mí aborrecido
Lo que le obliga á venir
Con rendimientos, ¿por qué
Me tengo yo de quitar,
Para volver á enfermar,
La cura con que sané?

INES.

Dices bien; pero, señora,
Quien de sanar busca medios,
Aborrece los remedios
En el punto que mejora.
¿Por cuánto pudiera ser
Que despechado dejara
De venir y te pesara?

DOÑA LEONOR.

Yo no le he de oir ni ver.

INES.

Mira, ya que mi señor
Seguro está hasta la hora,
Que es cada voz de la aurora
Clarin que rompe el albor,
No le oigas ni le veas;
Mas deja que desde allí
Pueda oirte y verte á tí:
Yo fingiré, sin que seas
Sabidora para él,
Que soy yo la que me atrevo
A abrir la puerta.

DOÑA LEONOR.

No es nuevo
El lance.

INES.

¿Hay mas de que aquel
Que le oiga de mala gana
Cuando por viejo le muevo,
Me le ponga hoy como nuevo,
Y me le vuelva mañana?
¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

No sé.

INES.

¿Voy? Di
Presto sí ó no.

DOÑA LEONOR.

¿Qué sé yo?

INES.

Que sí has dicho.

DOÑA LEONOR.

¿Que sí?

INES.

Un nó,
Que no se sabe qué es, es sí. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Vé, y aquí pensar me deja,
Si es cierto ó no el refran sabio
De que se duerme el agravio
Al conjuro de la queja.

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR; DON LUIS É INES, *al paño.*

INES.

Mira que no te ha de oir,
Ni ver.

DON LUIS.

Bástame, Inés bella,
Que yo pueda oilla y vella;
Pues si tengo de decir
La verdad, desde aquel dia
Que Leonor se retiró,
A su principio volvió
La ignorada pasion mia.

INES.

De un adagillo que á España
Añadió Lope, se infiere...

DON LUIS.

¿Qué?

INES.

Quien piensa que no quiere,
El ser querido le engaña.
Mas yo me vuelvo á fingir,
Que con ninguno aquí hablaba.
(*Acércase á su ama.*)
No era nadie el que llamaba.

DOÑA LEONOR.

¿Y acabóse ya de ir
Ese necio que á mis rejas
No deja de porfiar?

INES.

Debiéronse de acabar
Por esta noche las quejas
Que prevenidas traia,
Y habrá ido á dar á hacer
Otras nuevas que traer
Para mañana.

DOÑA LEONOR.

¡Qué fria
Cosa, pesada y cruel
Es oir con desazon
Los ecos de una pasion!

INES.

¡Noramala para él!
Si tu favor merecia,
Siendo tú en quien asegura
El ingenio y la hermosura
Su mejor medianería,
Sin costarle en la atencion
De nivelada igualdad,
Lo hermoso una necedad,
Lo feo una discrecion,
¿Quién metió á la tal persona
En buscar caballerías,
Hecho infante Bobalías,
La infanta Bobalindona?
Tienes sobrada razon
De enojarte; mas, señora,
El no nos escucha ahora:
Toma la satisfaccion,
Que te da, pues cosa es clara
Que perdon un yerro espera.

DOÑA LEONOR.

No bastara aunque me diera
Tantas, Ines...

DON LUIS.

Si bastara,
Si tú quisieras, Leonor. (*Llega.*)

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

INES.

¿Pues cómo entraste
Aquí?

DOÑA LEONOR.

El disimulo baste,
Traidora, que...

DON LUIS.

Tu rigor
No á Ines culpe sino á mí,
Que no tiene culpa Ines
De mis despechos; y pues
Tú no te dueles de mí,
Déjala que ella se duela,
Y no acuses su piedad;
Que no dejas tú crueldad
Para nadie; ya que apela
A tus plantas, Leonor bella,
Mi culpa, óyeme en mi culpa
No porque tengo disculpa,
Mas porque quiero tenella.
Yo...

DOÑA LEONOR.

Señor Don Luis, en vano
El satisfacerme es,
Y puesto...

ESCENA VII.

DON FELIX. — DICHOS.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

Una luz, Ines.

DOÑA LEONOR.

¡Ay infelice! mi hermano.

INES.

Como llave maestra tiene,
Entrar pudo.

DOÑA LEONOR.

¡Muerta estoy!

DON LUIS.

¿Qué haré?

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

¿No bajas?

INES.

Ya voy.

DOÑA LEONOR.

Que te retires conviene
A ese camarin.

DON LUIS.

Fuerza es. (*Escóndese.*)

INES.

¿Inventara esto el demonio?
(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

En mi cuarto, Don Antonio,
Con Roque esperad. Ines,
Saca unos dulces, y de agua
Un búcaro, porque tiene
Sed un amigo que viene
Conmigo.

INES. (*Ap.*)

¡Oiga, lo que fragua
La fortunilla!

DON FÉLIX.

Leonor,
¡Vestida á estas horas!

DOÑA LEONOR.

Sí,
Pues ¿cuándo nó me halla así
El dia, con el temor
De los sustos y recelos,
En que hasta volver me tienes?
Mas como siempre que vienes,
Te entras al instante (*Ap.* ¡Ay cielos!)
En tu cuarto, no me ves
Si en vela ó dormida estoy.

DON FÉLIX.

Don Antonio, de quien hoy
Me hallo obligado, despues
Que ese loco le contó
Que un enemigo tenia,
Ni de noche ni de dia
Me deja: tanto debió
Mi amistad, á su amistad.
Conmigo al umbral llegó,
Dijo que tenia sed, yo
Le dije: «En mi cuarto entrad;
Que del de mi hermana, Ines,
Que siempre esperando está,
Agua y dulces sacará.»
Aquesta la causa es
De haber entrado; y en fin,
Si oyéndome estás, ¿qué aguardas?
¿Cómo en ir por ello tardas?
Abre aquese camarin,
Daca un barro.

INES.

Sí abriré.

Digitized by Google

DON FÉLIX.

Y dulces.

INES.

En todo estoy.
Vete tú que ya yo voy.

DON FÉLIX.

Abre: yo los llevaré,
No pases tú allá.

INES. (*Ap.*)

¿Hay mohina
Cómo esta?

DON FÉLIX.

¿Qué sucedió?

INES.

(*Ap.* ¿Para esto nos perdonó
El lance de la cortina?)
La llave se me ha perdido.

DON FÉLIX.

¿Has visto que torpe estás?

INES.

No hallo la llave.

DON FÉLIX.

Tú harás
Que la abra así... Mas ¿qué ruido
Dentro hay? (*Quiébranse vidrios.*)

INES.

¡Ay de mí!
Ladrones deben de ser. (*Huye.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *ménos Ines.*

DON FÉLIX.

Quien anda en él, he de ver.

DON LUIS. (*Ap.*)

Embarazarélo así,
(*Sale, y apaga la luz.*)
Ya que al sentir que iba á abrir,
Por retirarme encontré
Con los vidrios que quebré.

DON FÉLIX.

O he de matar ó morir,
O saber quien eres.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué haré en tan fiero rigor?

DON LUIS. (*Ap. á ella.*)

Toma la puerta, Leonor...

DOÑA LEONOR.

¿Dónde irán mis desconsuelos
Á dar?

DON LUIS.

Que á que no te siga
Me quedo. (*Vase Leonor.*)

ESCENA IX.

DON ANTONIO; ROQUE, *con luz.* — DON FELIX, DON LUIS.

ROQUE.

Acudamos presto
Al ruido.

DON ANTONIO.

Trae luz. ¿Qué es esto?

DON FÉLIX.

Mi desventura os lo diga.
Tomad esa puerta y no
Salga ninguno.

DON ANTONIO.

Sí haré.

DON LUIS. (*Ap. á Don Antonio.*)

Mirad, Don Antonio, en qué
Os empeñais, que soy yo.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¿Quién habrá en el mundo oido
Tan nuevo lance, que pende
De ser mi amigo el que ofende,
Y mi amigo el ofendido!
Uno en mí favor espera,
Otro á mí se me declara:
¡Quién, sin que á alguno faltara,
A entrambos favoreciera!

DON FÉLIX.

Hombre, ya estoy contra tí,
Y en aquella puerta está
Quien salir no os dejará.

ROQUE.

Yo tambien ¿no estoy aquí?
Que siendo tres contra uno,
Si fin al refran no das,
A tu lado me hallarás.

DON FÉLIX.

Medio no te queda alguno,
Sino el morir, ó decir
Quien eres.

DON LUIS.

Pues á escoger
Me das, el medio ha de ser...

DON FÉLIX.

¿Cuál? Dí presto.

DON LUIS.

El de morir.
(*Ap.* Hácia Don Antonio voy.)
(*Ap. á él.* Que me déis paso prevengo.)

DON ANTONIO.

Ved, si hay con quien vengo vengo,
Que hay con quien estoy estoy.

DON LUIS.

Pues sea de esta manera.
(*Abrázase con Don Antonio, y éntrase con él.*)

DON FÉLIX.

A los brazos arrestado
Con Don Antonio ha llegado.

ROQUE.

Y aun rodado la escalera.

DON FÉLIX.

Tras ellos ¡cielos! iré
¡Ay enemiga Leonor!
A restaurar de mi honor
La parte que queda. (*Vase.*)

ROQUE.

¿Qué
Te toca, Roque? Quedarte
Hasta que de empeño igual
Lo que pasa en el portal
Diga la segunda parte. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA X.

DON ALONSO, DOÑA ANGELA.

DON ALONSO.

Mira, Angela, lo que dices.

DOÑA ÁNGELA.

Muy bien mirado lo tengo;
Y así, ántes que te partas,
Quise decírtelo á efecto
De que este cuento te lleves
Hácia allá; porque sospecho
Que oí decir que en los caminos
Suele hacer gran falta un cuento;
Y este de que Beatriz sale
De noche á la reja, pienso
Que no dejará de ser
A criados y cocheros,
(Pues las cosas de importancia
Tú no has de tratar con ellos)
Cuando no haya de que hablar,
De algun entretenimiento.

DON ALONSO.

(*Ap.* De que sea verdad, dos
Grandes conjeturas tengo:
Ser necedad el decirlo,
Y necedad el hacerlo.
En Angela bien se ve
Guardarlo para este tiempo;
Y en Beatriz, pues fué el amor
La necedad del discreto.)
Ven acá, vuelve á decirme,
¿Lo has visto?

DOÑA ÁNGELA.

Por estos mesmos
Ojos que se han de comer
Mariposicas; que aquello
De los gusanos, señor,
No se ha de entender con estos.

DON ALONSO.

Disimula, porque viene
Beatriz.

ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ. — DICHOS; *luego* UN ESCUDERO.

DOÑA ÁNGELA.

Nací para eso:
¿No sabes lo que á mi padre
Le estaba ahora diciendo?
Como en una reja anoche
Estabas tomando el fresco,
Y no mas. (*Ap.* ¿No disimulo
Muy bien, señor?)

DON ALONSO.

Sí por cierto.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad que anoche estaba
A la reja; pero á efecto
De que andaban por la calle
Unas sombras; y queriendo
Saber, señor, qué criada
Les daba el atrevimiento
(Que hay alguna que en tu casa
Se conserva á mi despecho),
La reja abrí.

DON ALONSO.

Ese sería,
A buen seguro, el intento.
¿Pero por qué esa criada
Ha de estar?

DOÑA ÁNGELA.

Porque no tengo
Otra yo que sepa hacer
Mas garambainas del pelo;
Y eso importa mas que esotro.

DON ALONSO.

Pon tú, Beatriz, el remedio.
(*Ap.* Disimule yo mejor,
A pesar de algun recelo,
Que aun ha quedado en el alma.)
(*Sale el Escudero.*)

EL ESCUDERO.

Ya, señor, está dispuesto
Todo, bien puedes bajar.

DON ALONSO.

Beatriz, adios, que yo espero
Sacarte de ese cuidado.

DOÑA BEATRIZ.

Sabe Dios que el que yo tengo
Es tu salud, y que solo
Tu descomodidad siento.

DON ALONSO.

Adios, Angela: los brazos
Me dad las dos. — Los extremos
Bastan. Beatriz, por mi vida
No llores.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, para eso,
No llorara por mi padre:
Por esto diria el proverbio.

DON ALONSO.

Adios otra vez. (*Ap.* Aunque
Nada al escrúpulo creo,
Mucho al escrúpulo dudo;
Pero no es para aquí esto.)

Digitized by Google

Abrazadme vos, Munguía.
(*Ap. á él.* Y esta noche el aposento
Vuestro procurad que esté,
Sin que nadie lo vea, abierto,
Y esperadme en él.)

ESCUDERO.

Ya sabes
Con la fe que te obedezco.

DON ALONSO. (*Ap.*)

Veré lo que hace esta noche,
Y tomaré, por lo ménos,
Resolucion para irme,
O para valerme medio.
(*Vanse Don Alonso y el Escudero.*)

DOÑA ÁNGELA.

Ven acá: ¿lloras de véras?

DOÑA BEATRIZ.

¿Llora álguien de burlas?

DOÑA ÁNGELA.

Pienso
Que sí; porque yo mil veces
Me suelo llorar riendo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios, qué de cosas
Concurren á un mismo tiempo
A un pensamiento afligido!
Dígalo mi pensamiento,
Pues cuando por una parte
Voy, llevada del afecto
De aqueste enigma de amor,
Que le trato y no le entiendo,
Me sale por otra parte
Siempre Angela al encuentro.
Pero ¿qué mucho, qué mucho
Que aun no sepa lo que siento,
Si como nocturno amor,
De las sombras le alimento?
¡Oh cuánto!...

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR.—DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

Beatriz, perdona,
Si sin avisarte entro;
Que hoy no piden atenciones
Las fortunas, que corriendo
Vengo á tus piés tan deshechas,
Que aun este manto sospecho
Que es la tabla del naufragio,
Tan acaso hallada ¡ay cielos!
Que es de una vecina adonde
Tomé anoche el primer puerto.
Mi alma, mi vida, mi honor
A fiar de tí, Beatriz, vengo;
Que no me atreviera de otra.

DOÑA BEATRIZ.

Sosiégate, y cobra aliento.
¿Qué ha sucedido? ¿qué ha habido?

DOÑA LEONOR.

Don Luis anoche (¡yo muero!)
Entró en mi casa; mi hermano
En ella... ¡Válgame el cielo!
(*Desmáyase.*)

DOÑA BEATRIZ.

En mis brazos sin sentido
Cayó con el desaliento
Y la pasion que traia;
Y aunque del grave suceso
Que iba contando, el desmayo
Trocó el discurso tan presto,
Introducidos en él
Félix y Don Luis, bien temo
Que de Félix el honor
Amancillado habrá esto...
Y aunque corre prisa, mas
Corre la de su remedio.
Juana, Juana.

ESCENA XIV.

JUANA.—DICHAS.

JUANA.

¿Qué me mandas?

DOÑA BEATRIZ.

Anda, por tu vida, presto,
Ayúdame á que á Leonor
A aquesa cuadra llevemos,
Que reservada á los cofres,
Detras de mi alcoba tengo;
Que fuera dicha que nadie
La viera.

JUANA.

Pues es á tiempo;
Que Angela con Isabel
Está en el cuarto de adentro.

DOÑA BEATRIZ.

Algo suceder habia,
A pesar del hado fiero,
En favor.

DOÑA LEONOR. (*Recobrándose.*)

¡Jesus mil veces!
En fin ¡ay Beatriz! riñendo
A mi hermano y á Don Luis
Dejé en mi casa y... no puedo
Proseguir... huyendo de ella...

DOÑA BEATRIZ.

Pues no prosigas, que luego
Lo dirás: alienta ahora,
Y cobrando algun esfuerzo,
Haz por descansar conmigo.

DOÑA LEONOR.

En vano, Beatriz, lo intento;
Que el corazon á pedazos
Se está quebrando en el pecho.

DOÑA BEATRIZ. (*A Juana.*)

Pues ya ella se esfuerza á ir,
Enciérrate por de dentro
Con ella tú, miéntras yo
A la deshecha me quedo
De desmentir las espías
De Angela: no ambas faltemos
Juntas, y entren á buscarnos.
(*Vanse Leonor y Juana.*)

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ.

Nadie la vió, todo esto
Está solo: algo en favor
(Otra vez á decir vuelvo)
En tanto tropel de penas
Habia de sucedernos.
¡Mas ay! que el favor es uno,
Y ellas muchas; y aunque el cielo
Nunca deja los resquicios
Tan cerrados al consuelo,
Que no pueda la esperanza
Acecharlos entreabiertos;
Tan tomados las desdichas
Tienen los pasos, que pienso
Que será fácil hallarlos,
Pero no fácil vencerlos;
Siendo la mayor de todas,
Que el honor de Félix puesto
A las censuras esté
De quien sepa, por lo ménos,
La pendencia; y por lo mas,
Que su hermana ¡qué tormento!
Falta de su casa. ¡Hombre,
A quien, ó de mi hado el ceño,
O de mi estrella el influjo
Atrajeron á mi afecto,
Desaire en su honor, y yo
Capaz de él, sin que...!

ESCENA XVI.

JUANA.—DOÑA BEATRIZ.

JUANA.

Ya ha vuelto
En sí, y dice que la veas.

DOÑA BEATRIZ.

Pues en tanto que yo entro
A verla y á escribir, Juana,
Dos letras, ponte corriendo
El manto.

JUANA.

¿Dónde he de ir?

DOÑA BEATRIZ.

A buscar un caballero.

JUANA.

¿Quién es?

DOÑA BEATRIZ.

Don Luis de Mendoza.

JUANA.

Aunque de vista, acudiendo
A esta calle, le conozco,
No sé donde vive.

DOÑA BEATRIZ.

A eso
Nos puede servir de algo
Siquiera el conocimiento
De Isabel; y así, al descuido
Se lo pregunta.

JUANA.

En efecto,
No hay mal que por bien no venga.
A obedecerte voy. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cielos!
Félix restado, y su honor,
Y yo sabidora de ello,
¿Y no tratar de enmendarlo?
Eso no, que por mi mesmo
Pundonor debo acudirle.
Tan vana soy en aquesto,
Que el tiempo de desairado
Presumo que le aborrezco.
Y así, Félix, donde quiera
Que estás tu dolor sintiendo,
Alienta, vive y respira,
Adivinando, ó sabiendo,
Que está seguro tu honor,
Pues yo en mi poder le tengo. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

DON FELIX, DON ANTONIO.

DON FÉLIX.

No hay consuelo para mí,
Don Antonio, ni ha de haberle,
Viendo que aquel hombre ¡ay triste!
Cuando á salir se resuelve,
Llega con vos á los brazos,
Y tanta fortuna tiene,
Que desasido de vos,
De vos y de mí pudiese,
Tomando la calle ¡ay triste!
Escapar tan velozmente,
Que ni sé de él, ni de aquella
Ingrata, tirana, aleve;
Ni qué debo hacer.

DON ANTONIO.

Yo sí.

DON FÉLIX.

¿Pues qué aguardais?

DON ANTONIO.

Mirad, Félix,
La primera instancia, en casos
Tan ásperos como este,
Del acero es; la segunda,
Del consejo. Si la muerte
Le hubiérades dado anoche,
Desempeñarais valiente
El dolor, mas no el honor,

Digitized by Google

Que es el que ahora os compete
Desempeñar; que una cosa
Es que el fracaso me encuentre,
Y otra que le busque yo:
Y así, lo que me parece
Es, que el dolor tolerado,
En ambas instancias muestre
Que andando restado en una,
Anduvo en otra prudente.
Fuerza es que quién es se sepa.
(*Ap.* ¡Quién decírselo pudiese!
Pero fióse de mí,
Y fuerza es, que Leonor fuese,
Claro está, de él á ampararse.)
Y siendo, como se debe
Presumir de su dolor,
En quien nada el lustre pierde,
Lo que os toca es tolerarlo,
Ya lo dije, cuerdamente:
Poneros, Félix, de parte
Del dolor, y hasta que muestre
El veneno su malicia,
Para que mejor recete
Su antídoto la cordura,
No hacer novedad. No os eche
Nadie ménos, ni repare
En voz ni en semblante; aliente
El corazon hácia afuera,
Aunque hácia dentro reviente;
Que los extremos de honrado,
Tal vez ignorando, advierten,
Y si aprovechan algunas,
Dañan infinitas veces.
¿Que hiciérades sin dolor
A estas horas?

DON FÉLIX.

Me parece
Que de Angela la calle
Pasara, porque tuviese
Su jurisdiccion el dia,
Hasta que á la noche entre
En otra jurisdiccion
El alma.

DON ANTONIO.

Pues, aunque os pese
Habeis de venir á ella.

DON FÉLIX.

Porque se vea que tiene
Ganas de sanar mi honor,
Ningun remedio desprecie.
Vamos, aunque es tan costoso,
Como que de amor me acuerde,
Y de él me olvide.

DON ANTONIO.

No olvida
Quien se acuerda de que siente.

ESCENA XIX.

DON LUIS, *al paño.*—DICHOS.

DON LUIS.

¿No me bastaban, fortuna,
Las confusiones crueles
De no saber de Leonor,
Ni dónde, ni cómo fuese,
Sino que añadirme quieras
La de que Beatriz pretende
Hablarme? ¿Qué me querrá?
Pero sea lo que fuere,
Pues el papel dice que
Seguro en su casa entre,
Veré qué me manda.

DON FÉLIX.

Oid.
¿Don Luis no es aquel que viéne
Hácia casa de Beatriz?
Y aun en ella me parece
Que entra.

DON ANTONIO.

¿Qué intentais hacer?

DON FÉLIX.

¿Qué quereis que hacer intente?
Lo que hiciera sin dolor,
Al ver que Don Luis me ofende.

DON ANTONIO.

¿Don Luis os ofende?

DON FÉLIX.

Sí.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¿Quién, cielos, haberle puede
Dicho que él es? Ved...

DON FÉLIX.

Quitad,
Pues vuestro consejo es este.
Don Luis, ah don Luis.

DON LUIS.

¿Quién llama?

DON FÉLIX.

Yo os llamo.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¡Don Félix,
Y demudado el semblante!
¿Si Don Antonio le hubiese
Dicho que soy yo el de anoche?

DON ANTONIO. (*Ap.*)

Echada está ya la suerte
Con todo el resto á una mano.

DON LUIS.

¿Qué mandais?

DON FÉLIX.

Saber qué tiene
Que hacer en aquesa casa,
Don Luis, quien, ya que no ofrece
Clara palabra, la da
A entender tácitamente,
De no entrar en ella.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

Ménos,
Que yo presumí, sucede.

DON LUIS.

(*Ap.* Bien se ve, que Don Antonio
No le ha dicho que yo fuese,
Y bien cuánto sobresalta
Cualquier vara al delincuente;
Y pues lo mas nos mejora,
No lo ménos nos arriesgue.)
La palabra que á uno dí
Cumpliré (el valor se esfuerce);
Que si vengo aquí, no vengo
Porque ver á Angela piense;
Y pues dar satisfacciones
De cómo un hombre procede
Nunca puede ser desaire;
Beatriz me llama por este
Papel: á ver á Beatriz
Vengo; y pues ella no tiene
Que daros pesar, ni yo
Porque el decirlo recele;
Pues ni el secreto me obliga,
Ni el escrúpulo me vence,
Tomad el papel, y adios. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DICHOS, *ménos Don Luis.*

DON FÉLIX.

¿Quién crérá que sí tuviese
Lugar el corazon, donde
Nueva pena se alimente,
Se le añadiera esta mas,
De que Beatriz ¡pena fuerte!
A Don Luis escriba y llame?

DON ANTONIO.

¿Cómo dice?

DON FÉLIX.

De esta suerte.
(Lee.) *Pues podeis, sin que mi tio*
Os sirva de inconveniente,
Señor Don Luis, os suplico
Vengais al instante á verme,
Que me importa, y os importa.
Don Antonio, aunque deseche
En parte vuestro consejo,
No tengo de hacer en este
Lance, con dolor, lo que
Sin él hiciera: que deje,
Perdonad, de obedeceros.

DON ANTONIO.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Como si yo hubiese
De obrar aquí, como obrara,
Entrara donde supiese
Que me ofende con Beatriz,
Quien con Angela me ofende;
Mas no es bien que nuevo empeño
Hoy nuevo escándalo empiece;
Que una cosa es que yo arguya
Que la palabra me quiebre,
Y otra que le informe ¡ay triste!
En duelos, que el duelo aumenten:
Vamos de aquí, que no quiero
Que algun delirio me fuerce
A errarlo.

DON ANTONIO.

Decis bien, vamos.

ESCENA XXI.

ROQUE.—DICHOS.

ROQUE.

¿Es hora de que te encuentre?

DON FÉLIX.

¿Qué me quieres?

ROQUE.

De Beatriz
En casa dejaron este
Papel. (*Dáselo.*)

DON FÉLIX.

¿De Beatriz? Oid,
Pues nada hay que á vos reserve.
(*Lee.*) *Sin que espereis, ni la hora*
Ni la reja, entrad á verme
Al anochecer, pues ya
No es mi tio inconveniente.
Con unas mismas razones,
Poco ó nada diferentes,
A mí y á Don Luis escribe;
Con que es forzoso que cese
Aquel primero motivo
De reportarme prudente,
Y vaya á saber qué es esto,
Supuesto que ya anochece.
Adios quedad. (*Vase.*)

DON ANTONIO.

Id con Dios.
Agora tras los dos entre
Adonde intente escondido
Estar á lo que sucede.
Cumpla yo mi obligacion,
Y venga lo que viniere. (*Vase.*)

ROQUE.

Tras ellos es bien tambien
Que yo por testigo entre,
Y lo que viniere venga. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XXII.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ; *y poco despues* DOÑA LEONOR, *al paño;* JUANA, *con una luz.*

DON LUIS.

A serviros obediente
Vengo á ver qué me mandais.

Digitized by Google

DOÑA BEATRIZ.

Pon ahí esa luz, y vete
Donde puedas avisarme
Si hácia aquí Angela viniere:
Vos esperadme á esa parte.
(Llégase á una puerta, y llama bajito á Leonor.)
Ce, Leonor, ce.

DOÑA LEONOR. *(Ap. á Beatriz.)*

¿Qué me quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Que oigas, y no te descubras.

DOÑA LEONOR.

En todo he de obedecerte.

DON LUIS. *(Ap.)*

¿Qué prevencion será esta?

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Luis, cuánto aleve
Es el hombre que á su amigo
En solo el gusto le ofende,
Vos lo sabeis, y sabeis
Qué será en el honor. Este
Principio asentado, vamos
A que siéndolo Don Félix
Vuestro, y siéndolo Leonor
Mia, á entrambos nos compete
Por él, por ella, por mí,
Y por vos mismo, que enmiende
El juicio lo que erró amor;
Y así, entended que á ponerme
De parte de la razon
Os llamo y... Allí anda gente:
En tanto que quién es miro,
Retiraos á ese retrete;
Que si es quien sospecho, nada,
Ni aun con el tiempo, se pierde;
Pues lo que os dijera á vos,
Será lo que á él le dijere:
Y así, ved que hablo con ambos.
(Escóndese Don Luis.)

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¿Qué enigma, cielos, es este?

ESCENA XXIII.

DON FELIX. — DICHOS.

DON FÉLIX.

(Ap. Sola está Beatriz: ¿pues cómo,
Si Don Luis llamado viene
De ella, con ella no está?
Mas no en discurrir me empeñe,
Ni darme por entendido.)
Perdona, Beatriz, si á verte,
Llamado de tu papel,
No vine tan velozmente
Como quisieran mis ansias.

DON LUIS. *(Ap.)*

¿Llamado de Beatriz viene
Tambien don Félix? ¿qué es esto?

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¿Qué es lo que Beatriz pretende,
Que á mi hermano tambien llama?

DON FÉLIX.

¿Qué mandas, pues, y qué quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Perdido el color, la voz
Torpe, el labio balbuciente,
A todas partes mirando,
Uno dices, y otro sientes.
¿Qué miras?

DON FÉLIX.

Nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué buscas?

DON FÉLIX.

No sé.

DOÑA BEATRIZ. *(Ap.)*

Fuerza es que recele
Si sabe algo de que aquí
Leonor está.

DON LUIS. *(Ap.)*

El alma teme
Si es su cuidado pensar
Si le engaño, y al no verme
Con Beatriz, juzga que estoy
Con Angela.

DON FÉLIX.

Porque no eches
De ver en mí ni un cuidado,
Ni otra nueva causa inventes;
No admires, Beatriz, que cuando
El alborozo de verme
Llamado de tí, debiera
Traerme á tus plantas alegre,
Triste me traiga un dolor.
Mi hermana *(Ap.* ¡Ah tirana aleve!
Si voy á mentir, ¿qué mucho
Que de su traicion me acuerde?)
A un accidente postrada,
Queda en manos de la muerte,
Y aun muerta para conmigo.

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

Nada en lo que finge miente,
Que es verdad, muriendo estoy.

DON LUIS. *(Ap.)*

¡Qué escucho! (¡cielo, valedme!)
Sin duda donde ella fué
A ampararse, y socorrerse,
El la halló, y para matarla
Mas á su salvo, accidente
Va entablando, que despues
Mejor su venganza honeste.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho de tan gran desgracia
Me pesa; pero consuele
Saber que de esos achaques
Se sana muy fácilmente,
Si se aplican los remedios
A tiempo; y como uno llegue,
La vereis mejor.

DON FÉLIX.

No sé.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sí.

DON FÉLIX.

¿Cómo?

DOÑA BEATRIZ.

De esta suerte.
Hablemos, Don Félix, claro;
Que aunque es la verdad, Don Félix,
Que no se tratan achaques
Tan penosos como este,
Sin que empacho á quien los dice,
Y á quien los escucha cuesten;
Con todo eso, cuando caen
En quien mas que tú lo siente,
No es desdoro, y ántes es
Dicha que doliendo empiecen
Los remedios; que hay remedios,
Que no sanan, si no duelen.
Males, pues, de amor y honor
(No el oirlo te avergüence,
Que en mí se ha quedado el rayo,
Aunque hasta tí el trueno llegue)
Son dos males tan contrarios,
Que el alma que los padece,
Implicándose uno á otro,
A sus mismas ansias muere.
Y son dos males tan uno,
Que si á la cura obedecen,
Y se convienen, el alma
Mejorada convalece.
El remedio del amor,
Es considerar que pende
La inclinacion de un influjo,
Que domina, aunque no vence.
El del honor, advertir
Que no hay venganza tan fuerte,
Como no tomar venganza,
Si hay otro fin que lo enmiende.
Con que de parte de amor,
A aquesas plantas, Don Félix,
Te suplico por Leonor,
Que el pasado enojo temples.
Yerros dorados llamaron
A sus yerros, mayormente
Cuando caen sobre sugeto,
Que si tú elegirle hubieses,
No le eligieras mas noble
En los naturales bienes,
En los bienes de fortuna
Mas rico, ilustre y decente.
Siendo así, ahora de parte
De Leonor otra y mil veces
A tus piés, Félix, te pido,
Que mires, que consideres
Que no hay quien se vengue, como
Quede bien sin que se vengue.
Lo ruidoso de la sangre,
Por templado que se cuente,
Suena á agravio; pero cuando
Se le embaraza el que suene,
Por mas que corra ruidoso,
Suena á queja solamente;
Y siendo así que de amor
Y honor las süaves, leves
Medicinas no te apliques,
Y estar mejor te parece
Ofendido que quejoso,
Y vengado que prudente
(Ap. Esto es, que sepa Don Luis
Que otro remedio no tiene);
La que á tus plantas humilde,
Postrada y rendidamente
Lloró, heróicamente altiva,
Sabrá en tus manos ponerte
A tu enemigo, porque
Tras lo lenitivo entre
Lo cáustico: fuego y sangre
Cautericen tus crueles
Ansias, y quedes mejor,
Cuando con esto lo quedes.
Dentro de mi casa está,
De donde salir no puede:
Un caballo de mi tio
En aquella esquina tienes,
Prevenidas estas joyas
Que para tu fuga lleves,
Y esta pistola en mi mano,
(Saca una pistola.)
Para que de tí no piensen
Que ventajoso reñiste,
Con que si él te diere muerte,
Se la daré en tu venganza;
Que aun muerto no quiero dejes
De quedar siempre mejor.
Mira á lo que te resuelves...
Pero no, no te resuelvas,
Sin que yo otra vez te ruegue
Que acudas á lo mejor.
De tu mismo honor te duele
En tí y en Leonor, supuesto
Que cuando muerto le dejes,
Y á tu casa vuelvas, ya
Podrá ser que á ella no encuentres.
Pues ¿qué haréis? Huir forzados
Ella y tú. ¿Será bien lleves
Tú contigo una desdicha,
Y ella otra, cuando puedes
Con no publicarla nunca,
Mejorarla para siempre?
Yo te he pagado hasta aquí
Un afecto que me debes,
Y aun has de deberme otro;
Pues yo te ofrezco, Don Félix,
Si te restauras tu honor,
Desde aqueste instante serte
Tercera de Angela, y...

DON FÉLIX.

Basta,
Beatriz, las lágrimas cesen;

Digitized by Google

Que ellas y la accion te estimo
Como debo, y me convencen
Tus razones de manera,
Que es fuerza que las acete.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dasme esa palabra?

DON FÉLIX.

Sí,
Siendo como me prometes,
Noble.

DOÑA BEATRIZ.

Mira si lo es.
(*Saca á Don Luis.*)

DON FÉLIX.

Aunque pudiera ofenderme
De una amistad ofendida,
Son tantos los intereses
Que con vos, Don Luis, mejora
Que nada hay de que me queje.

DON LUIS.

No sé qué respuesta daros,
Sino es que los piés os bese
A vos y á Beatriz, á quien
Tanto bien mi vida debe.

DON FÉLIX.

Parezca, Don Luis, Leonor,
Que á vos y á ella juntamente
Daré los brazos y el alma.

DON LUIS.

¿Pues cómo, si tú la tienes
A ese accidente rendida,
Que en mí parezca, pretendes?

DON FÉLIX.

Yo no sé de ella.

DON LUIS.

Tampoco
Yo.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sí.—Bien salir puedes,
Leonor.

DOÑA LEONOR.

Humilde á tus plantas...

ESCENA XXIV.

DON ALONSO, *dentro; luego* DOÑA ANGELA Y ROQUE. — DICHOS.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Hoy á mis manos, aleve,
Morirás.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué voz ¡ay triste!
Aquella es?

TODOS.

¿Qué ruido es este?

DON FÉLIX.

Cuchilladas en tu casa
Son.

DOÑA ÁNGELA. (*Saliendo.*)

¿Sabrán decirme ustedes
Qué hay por acá?

ROQUE. (*Saliendo.*)

Don Antonio
Y yo, á ver lo que os sucede
Estábamos á esa puerta,
Cuando un hombre, al sentir gente,
Sacó la espada, diciendo...

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Hoy vengaré con tu muerte
Los agravios de mi casa.

DOÑA BEATRIZ.

¡Mi tio! ¡Desdicha fuerte!

ESCENA XXV.

DON ALONSO, *riñendo con* DON ANTONIO.— DICHOS.

TODOS.

Teneos, señor Don Alonso,
Que aquí ninguno os ofende.

DOÑA ÁNGELA.

¿Tan cerca estaba Sevilla,
Que tan á prisa te vuelves?

DON ALONSO.

Todos me ofendeis, y en todos
Me he de vengar.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, tente;
Que cuantos están aquí,
A solo servirte atienden.
Leonor, sabiendo que estabas
Desde esta mañana ausente,
A vernos vino esta tarde:
Su hermano el señor Don Félix,
Viendo que ya era de noche,
Para acompañarla viene
Por ella, y esos señores
Con él.

DOÑA ÁNGELA.

Miente, señor, miente;
Que Leonor no ha estado acá
Esta tarde; que no pienses
Que has de salirte esta vez
Con los engaños que sueles;
Que me ha reñido Isabel
Que celosa no me muestre,
Y he de mostrarme celosa.

DON ALONSO.

¿Celosa de quién?

DOÑA ÁNGELA.

De este,
El primero, que casarse
Conmigo, señor, pretende.

DON LUIS.

Si casado con Leonor
Estoy, ¿cómo eso ser puede?

DOÑA ÁNGELA.

Pues será de estotro, que
Tambien aquí por mí viene.

DON FÉLIX.

¿Cómo, si yo de Beatriz
Soy esposo porque muestre
Que entre ingenio y hermosura,
El que puede elegir, debe,
Si para dama la hermosa,
Para mujer la prudente?

DOÑA ANGELA.

Pues ello ha de ser alguno:
Ya que no hay otro, sea este.

DON ANTONIO.

¿De mí celosa? ¿de cuándo
Acá?

DOÑA ÁNGELA.

De cuando ello fuere.

DON ALONSO.

Caballero, que Leonor
A ver á Beatriz viniese,
Félix por su hermana, y que
Se case con Beatriz Félix,
Es creer lo que está bien;
Pero no que se sospeche
Que á vos os hallo en mi casa,
Y que mi honor no remedie.
Dadle á Angela la mano.

DON ANTONIO.

¿Yo?

DON FÉLIX.

¿Qué mal estaros puede,
Si sois pobre y ella rica?

DON ANTONIO.

Ahora bien, coma y reviente;
Echad esa mano acá.

DOÑA ÁNGELA.

Ahora bien, tomad.

DON ALONSO. (*Ap.*)

Como eche
Los escándalos de mí,
Mas que bien ó mal se emplee.

ROQUE.

Con que dirá la comedia,
Aunque á Don Antonio pese...

TODOS.

Que para dama la hermosa,
Para mujer la prudente.

Digitized by Google

PEOR ESTÁ QUE ESTABA.

PERSONAS.

DON CESAR URSINO.
DON JUAN.
EL GOBERNADOR DE GAETA.
CAMACHO, *criado*.
FABIO, *criado*.
FELIX, *criado*.
FLERIDA, *dama*.
LISARDA, *dama*.
CELIA, *criada*.
NISE, *criada*.
UN ALCAIDE.
UN CRIADO.
ALGUACILES.
CRIADOS.

La escena pasa en Gaeta.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa del Gobernador.

ESCENA PRIMERA.

EL GOBERNADOR, *leyendo una carta*, FELIX.

GOBERNADOR.

(*Lee.*) «Solo á vos, amigo y señor »mio, me atreviera á decir desnuda»mente mis desdichas, como á perso»na que, si no fuere parte á remediar»las, será todo á sentirlas. Desta ciudad, »por causa de una muerte, se ausenta »un caballero, de cuyas señas y nombre »os informará ese criado. Lleva consi»go una hija mia que, como cómplice »en el primer delito, ha añadido el se»gundo. Hanme dicho que pasa á Es»paña. Si fuere ese puerto el que to»maren por sagrado, detenedlos en él, »aviniéndoos como con mis hijos, por»que, ya que ellos anden errados en »mi honor, yo de todo punto no le »pierda.»

Mucho á sentir he llegado
Este infelice suceso
De Don Alonso, y confieso
Que le estoy tan obligado
En acordarse de mí
En sus desdichas, que diera,
Porque á ampararse viniera
Este caballero aquí,
Una rica joya; y juro
Al cielo que mi valor
Habia de dejar su honor
De toda opinion seguro;
Porque es muy grande el empeño
En que un hombre á otro le pone,
Cuando á hacerle se dispone
De tales desdichas dueño.
Fuera de que yo le tengo
Obligaciones muy grandes
Desde que fuimos en Flándes
Amigos, y ya prevengo
Hacer finezas por él,
Y solo saber espero
Quién es este caballero,
Este homicida cruel
De su vida y de su honor.

FÉLIX.

Don César Ursino es quien
Un hombre mató, y tambien
Robó á Flérida, señor;
Que no hay duda que él sería,
Pues por su hermosura bella
Fué el desafío, y él y ella
Faltaron el mismo dia.
Yo le conozco, y si quieres
Que buscarle solicite,
Dame órden de que visite
Las posadas, pues tú eres
Gobernador; que yo vengo
De mil señas advertido,
Que aquí ha de estar escondido.

GOBERNADOR.

Yo mismo en persona tengo
De andarle con vos buscando,
Y así avisarme podeis
De las señas que traeis.

FÉLIX.

Aquesta mañana, cuando
A la posada llegué,
Pasar vi un criado suyo,
De cuyas señas arguyo
Que aquí Don César esté,
Pues con él habia venido.

GOBERNADOR.

¿Seguísteisle?

FÉLIX.

Ya encargué
A un camarada (porque
No era dél tan conocido)
Le siguiese, y me avisase
Dónde le dejaba.

GOBERNADOR.

Bien:
Id y informaos de quien
Le siguió, de cuanto pase,
En su busca; y cuando haya
Alguna luz, iré yo
A prenderle; porque no
Es bien que sin tiempo vaya;
Que ir un juez alborotando
El lugar, sin saber mas,
Es advertirle no mas
De que le andamos buscando,
Y él se guardará mejor.

FÉLIX.

Cuerdamente has prevenido;
Y de todo eso advertido,
Volveré á verte. (*Vase.*)

GOBERNADOR.

¡Ay, honor,
En una fácil mujer
A cuanto peligro estás!

ESCENA II.

LISARDA, CELIA. — EL GOBERNADOR.

LISARDA.

Señor.

GOBERNADOR.

Hija, ¿dónde vas?

LISARDA.

Vengo á verte, y á saber
¿En qué mi amor te merece
Tan gran desaire, que así,
Sin acordarte de mí,
Salgas de casa? Parece
Que estás triste.

GOBERNADOR.

No te espante
Ver en mí tan loco extremo,
Que al fin, como padre temo.
¿Qué perdido caminante
En noche oscura llegó,
Donde á un pasajero viese
Robado, que no temiese?
¿Qué marinero tocó
El golfo, donde ignorado
Está el escollo cruel,
Sepulcro de otro bajel,
Que no quedase admirado?
¿Qué animoso cazador
Encontró á la luz primera
Muerto á manos de una fiera,
Que no tuviese temor?
Yo pues, en este papel,
Caminante, he descubierto
Dónde está el riesgo mas cierto;
Marinero, he visto en él
El bajío; y cazador,
En él he visto la fiera
Que darme la muerte espera:
Porque al fin es el honor,
Para quien su riesgo advierte,
Caza, camino y bajel,
Y están opuestos en él
Escollo, peligro y muerte. (*Vase.*)

ESCENA III.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Llena estoy de confusiones.
¿Si es que mi padre ha sabido
Algo, Celia, y ha querido,
Con tan prudentes razones,
Avisarme de que tiene
Peligro su honor?

CELIA.

No sé;
Mas muy ponderado fué
El sermon que nos previene.
Sin duda que algo ha entendido
De tu necia voluntad;
Y si va á decir verdad,
Mucha razon ha tenido
En reñirte, porque seas,
Tan á costa de tu honor,
Heresiarca del amor;
Pues introducir deseas
Nuevas sectas. Si tú amaras
Como tus padres y abuelos,
Con tus quejas y tus celos,
Penas y glorias, no hallaras
Las dudas que en un amor
Encubierto y disfrazado,
De tu galan ignorado,
Y sabido de tu honor.

LISARDA.

Celia, mas razon tuvieras
De culpar mi necio amor,
Cuando del primer error
Advertida no estuvieras;
Mas ya que desentendida
Me has culpado de ese modo,
Quiero advertirte de todo.

Digitized by Google

La fama y honra adquirida
De mi padre, mereció
Que su Majestad le diera
Este gobierno, y viniera
En él á servirle. Yo
Con mi padre (claro está)
Vine á Gaeta, y aquí
Bien vista de todos fuí,
Y tan bien vista, que ya
El serlo, Celia, sentia;
Pues de ninguna manera
Dueño de mi misma era.
Cuando de casa salia,
En cualquier parte escuchaba:
«La hija del Gobernador»;
Y en la iglesia era mayor
El ruido cuando á ella entraba.
Si salia, jamas allí
Faltó quien me conociese,
Ni fuí á parte que no fuese
Con publicidad; y así
Era de todos notada:
Si lloraba, ó si reia,
En la plaza se sabia;
Y deste aplauso cansada
(Que aun cansa la vanidad),
Para que sin tanto juez
Pudiese verme tal vez,
Depuse la autoridad,
Y con algunas criadas
A esos jardines salia,
Donde hablaba, y donde via
Con libertad de tapadas.
Un dia que al mar salí
(¡Oh cielos, y quién supiera
En qué dia el mal le espera!)
En él á mi padre vi.
Con la turbacion forzosa
En una quinta me entré,
Donde un caballero hallé,
Que, viéndome temerosa,
En mi defensa se puso,
Porque sin duda creyó
Mayor mal cuando me vió,
Y á ampararme se dispuso.
Yo, agradecida á la accion,
Mi riesgo le aseguré,
Y á pocos lances hallé,
No solo resolucion,
Sino ingenio y gracia al doble:
Nobleza no digo; pues
Hombre valiente y cortes,
Ya habia dicho que era noble.
Díjome que le dijese
Quién era, á que respondí
Que si queria que allí
Algunas tardes le viese,
Iria con condicion
Que no habia de saber
Jamas quién era, ni hacer
En esto demostracion
De seguirme, ni rogarme
Que el rostro le descubriese,
Ni mi nombre le dijese.
Volvió cortes á obligarme
Jurándolo así. Confieso
Que algunas tardes volví
A verle, que él está allí,
No sé si escondido ó preso;
Porque no supe jamas
Mas, de que se llama Fabio.
Yo, que busco sin mi agravio
El divertirme no mas,
Sin peligro de mi honor,
Pues él apénas lo sabe,
Dejando aparte lo grave,
Tengo..... iba á decir amor;
Mas no me atrevo; porque
La novedad que en mí veo,
No es bien amor ni deseo,
Ni sé lo que es; solo sé
Que mi padre no ha de ser
Con sus razones bastante
Para que, amante ó no amante,
Yo le deje de ir á ver.

CELIA.

Temo esas locuras, cuando
Hechos los conciertos ya,
Tu padre á tu esposo está
Por instantes esperando;
Y tanto, que ha ya mandado
Que el cuarto bajo de casa,
Cuya puerta al tuyo pasa,
Limpio esté y aderezado,
Porque ha de hospedarse en él.

LISARDA.

Esto solo me faltó,
¡Ay Celia! para que yo
De mi fortuna cruel
Mejor me pueda quejar.

ESCENA IV.

NISE. — LISARDA, CELIA; *despues* FLÉRIDA.

NISE.

Una bizarra mujer, (*A Lisarda.*)
Forastera al parecer,
Dice que te quiere hablar,
Si das licencia.

LISARDA.

¿No dice
Quién es?

NISE.

Solo dice que es
Una mujer.

LISARDA.

Entre pues.
(*Vase Nise, y sale Flérida con manto.*)

FLÉRIDA.

Ya será puerto felice
De mi fortuna, no en vano,
Este suelo á que me ofrezco,
Si besar en él merezco,
Señora, esa blanca mano.
(*Descúbrese y arrodíllase.*)

LISARDA.

Alzad, señora, del suelo:
Ved, cuán gravemente yerra
Quien así rinde á la tierra,
Todas las luces del cielo.

FLÉRIDA.

Cuando mi beldad lo fuera,
Rendirme no fuera error
A otro cielo superior;
Que así es una y otra esfera.
Fuéramos cielos las dos,
Y estuvieran en el suelo
Un cielo sobre otro cielo;
Y estando rendida á vos
Que ostentais luces tan bellas,
Yo, que lloro mi fortuna,
Seré el cielo de la luna
Y vos el de las estrellas.

CELIA. (*Ap.*)

Bachillera es la señora.

LISARDA.

Estimo en mucho el favor,
No por cielo superior
Que esotro ilumina y dora;
Sino por ver que en las dos
Está bien partido así,
El hacerme estrella á mí,
Haciéndôs planeta á vos.
¿Mas qué mandais, en efeto,
En que os sirva?

FLÉRIDA.

En vos quisiera
Que noble amparo tuviera
Una infeliz.

LISARDA.

Si es secreto,
Quedaré sola.

FLÉRIDA.

No importa
Que sepan, si por bien es,
Lo que han de saber despues.

LISARDA.

Pues decid.

FLÉRIDA.

Yo seré corta.
Hermosísima Lisarda,
En cuya belleza, en cuya
Discrecion están de mas
El ingenio y la hermosura,
Yo soy... ¿Pero qué os importa
Que encareceros presuma
Limpio honor, ilustre sangre,
Padre noble y fama augusta,
Si en quien se confiesa pobre,
Está padeciendo dudas
La nobleza, y en quien llega
A haber menester, se injuria
El valor? Porque en efecto,
Con suerte mísera y dura,
Los pobres son en el mundo
Sátiras de la fortuna.
Una mujer soy no mas;
Pero, por serlo, procura
Mi desdicha hallar piedades,
Que el valor no negó nunca.
¡Oh quién trajera consigo,
Para haceros mas segura
Mi verdad, algun testigo
Que mas que la lengua muda,
Os informara de mí!
Mas suplan su ausencia, suplan
Su falta los ojos mios,
Fuentes que mi rostro inundan:
Serán testigos de abono
Estas lágrimas, que juran
Desde luego que es verdad
Cuanto la lengua pronuncia.
Hija soy de ilustres padres,
Cuyo nombre es bien que cubra
Por su respeto; pues basta
Que destruyeran mis culpas
Su honor allá, sin que aquí
Su fama tambien destruya.
Puso los ojos en mí,
Entre otras personas muchas,
Un caballero, mi igual
En partes como en ventura.
Solicitaba mi calle,
Siendo (desde que madruga
La aurora á peinar en flores
Las madejas de oro rubias,
Hasta que en lechos de nieve
Halla undosas sepulturas,
Juzgado para sus rayos
Todo el mar pequeña tumba)
Girasol de mis ventanas,
Haciendo galas confusas
Con mil colores la calle
Selva de galas y plumas.
Girasol era de dia;
Pero desde que entre turbias
Sombras el sol rebozado,
A nuestros ojos se oculta,
Era un Argos que velaba:
A cuya constancia, á cuya
Fineza postré el decoro
De mi libertad. Disculpa
Mi facilidad, que eres
Mujer, y sabrás sin duda
Cuánto nuestra vanidad
De verse adorada gusta.
En este estado llevaba
Viento en popa la fortuna
Nuestro amor, gozando alegres
Ratos que la noche oscura

Digitized by Google

Dispensa entre dos amantes,
Siendo jazmines y murtas
De un jardin verdes testigos
De mis temores y dudas;
Porque así se estima mas
Lo que mas se dificulta.
¿Quién dudará que ellos fuéron
Nuestra tormenta? ¿Quién duda,
Que ellos la calma de amor
Volvieron montes de espuma?
Un bizarro caballero,
Sin darle ocasion alguna,
Dió en mirarme; pero hallando
En mi desdenes é injurias,
Paseando mi calle vió
Que el recato y la cordura
No era oro todo, y que amor
Iba á la parte. Con furia
Celosa quiso vengarse,
(¡Pensiones de amor injustas!)
Y una noche triste y fea
Aun mas que otras, pues la luna
Sacó entre nubes el ceño
Lleno de sombras y arrugas,
Vino primero á la calle,
Donde cauteloso hurta
La seña, y entra al jardin
A tiempo (¡oh suerte importuna!)
Que ya mi esposo venia:
El cual viendo (¡oh pena dura!)
A las luces que en su muerte
Temerosamente pulsa
Ese trémulo farol,
Esa lámpara nocturna,
Entrar un hombre, tras él
Entra, y ciego le pregunta,
Con mal formadas razones,
Que le diga lo que busca.
Él no le responde nada,
Sino se emboza y empuña
La espada. Yo que miraba,
Ni bien viva ni difunta,
Iba á responder por él,
Cuando veo que se juntan
Los dos, y brillando á un tiempo
Las dos espadas desnudas,
Se tiran. No así animados
Cometas el aire cruzan,
Como estos rayos de acero;
Pues para que no les suplan
El fuego, hicieron los dos
Que fuego la tierra escupa.
Quiso Dios, quiso mi suerte,
(Ya que hubo de ser alguna)
Que al pecho de mi enemigo
Llegó primero una punta.
«Muerto soy,» dijo, y cayó
Sobre unas flores caducas,
Que á ser tálamo nacieron,
Y murieron siendo urnas.
Mi esposo en viéndole (¡ay cielo!),
Dijo en voces tartamudas:
«Goza, ingrata, aquese amante
Que á tales horas te busca,
Pero en su sangre bañado,
Y aun así no me asegura;
Que, para matar de celos,
Basta un muerto». Yo confusa,
Como pude, quise hablarle;
Mas sin esperar disculpas
(Que son Alcoran los celos,
Que no se dan á disputa),
Salió del jardin, adonde
El fuste y la rienda ocupa
De un rocin que le esperaba...
¿Diré un pájaro sin pluma?
Si, pues volaba. Yo triste
Quedé muerta, cuando escuchan
Mis oidos que en la calle
Ya la vecindad murmura,
Ya mi casa se alborota,
Ya mis criados se turban,
Y ya mi padre infelice
A voces por mí pregunta.
No me atreví á responderle;
Antes teniendo la fuga,
Por entónces á su enojo
Por mejor y mas segura,
Salí de casa, y me fuí,
Llena de asombros y angustias,
A la de una amiga, adonde
Estuve algun tiempo oculta.
Supe en ella que mi amante
Pasar á España procura;
Y para satisfacerle
Salí, señora, en su busca;
Pero no he hallado hasta aquí
Seña ni razon alguna:
Y advirtiendo en tantos riesgos
Que voy caminando á oscuras,
Quiero á mi loca esperanza
Dar en el mar sepultura.
Y así, habiendo de vivir
Honrada á la sombra tuya,
Porque habiéndome informado
Tu valor y tu cordura,
De tí, de tí he de valerme.
No consientas pues, no sufras
Que una mujer bien nacida
Ande expuesta á las injurias
Del tiempo. Criadas tienes,
Y poco número es una.
Mi opinion, señora, ampara,
(*Arrodíllase.*)
Mis desdichas asegura,
Mis temores favorece,
Lisonjea mis fortunas.
Mujer eres, por mujer
Me favorece y ayuda,
Así no tengas amores,
O los tengas con ventura.

LISARDA.

Alza, señora, del suelo,
Y esas lágrimas enjuga;
Que se correrá la aurora
Si así su oficio la hurtas.
No he menester mas testigos
De abono que tu hermosura,
Para creer que son ciertas
Todas las desdichas tuyas.
Dí, ¿cómo te llamas?

FLÉRIDA.

Laura.

LISARDA.

Pues, Laura, si de eso gustas
Desde hoy quedas en mi casa
No á servir, como procuras,
Sino á ser servida. Entra
En ella; que es cosa justa
Que no te vea mi padre,
Hasta que licencia suya
Tenga para recibirte.

FLÉRIDA.

Guárdete el cielo.—(*Ap.* ¡Ay fortuna,
No me sigas mas, que basta
Verme en tantas desventuras!) (*Vase.*)

CELIA.

No sé, señora, si aciertas
(Si bien la piedad es justa)
En admitir en tu casa
Esta mujer.

LISARDA.

Pues ¿qué dudas?

CELIA.

Que hay ya mujer en el mundo
Que es doncella y que es viuda,
Es villana y es señora,
Y con cautela é industria,
Si bien viste una mentira,
Mejor una ama desnuda. (*Vanse.*)

Jardin de una quinta próxima á Gaeta.

ESCENA V.

DON JUAN, DON CESAR, *en traje de camino.*

DON JUAN.

Grande ventura ha sido
Haberme en esta quinta detenido,
Don César, pues en ella
Os hallo sin pensar.

DON CÉSAR.

Mi buena estrella
Aquí os trajo; los brazos
Me dad segunda vez.

DON JUAN.

Con tales lazos
Y con nudo tan fuerte,
Que no le pueda desatar la muerte.
¿Qué haceis aquí?

DON CÉSAR.

Son cosas
Muy largas de contar y muy penosas.
Bien se ve que de Flándes
Venis, Don Juan, pues ignorais tan gran[des]
Novedades.

DON JUAN.

Ya he oido,
César, que una desgracia habeis tenido;
Por eso me he admirado
De hallaros hoy aquí tan descuidado.

DON CÉSAR.

No lo estoy, Don Juan, mucho,
Pues con temores y sospechas lucho;
Que si no os conociera,
De donde estoy á veros no saliera.
Miéntras pasaje espero
(Porque embarcarme para España quie[ro]),
Estoy aquí escondido,
Que el dueño desta quinta me ha servido,
Y en ella retirado
Tengo por mas seguro su sagrado;
Pues cuando alguien viniera,
Tengo aprestado un barco en la ribera,
Donde remando puedo
Hacerme al mar, y asegurar el miedo.

DON JUAN.

Yo me huelgo de oiros,
Y de llegar á tiempo en que serviros
Podré. Sabed que tengo
Mucha mano en Gaeta, porque vengo
Amante venturoso
A lograr un amor, y á ser esposo
De la ilustre Lisarda,
Rica, noble, bellísima, gallarda,
Y al fin única hija
De Don Juan de Aragon: nada os aflija,
Porque es en esta tierra
Gobernador y capitan á guerra,
Y de algo ha de valerme
Tener el padre alcalde.

DON CÉSAR.

En vos hacerme
Merced, no es ahora nuevo;
Que me acuerdo muy bien de lo que os [debo.]
Goceis los desengaños
De ese amor, de esa fe felices años;
Y, aparte el cumplimiento,
¿No me diréis, amigo, con qué intento
Aquí entrasteis?

DON JUAN.

Queria
En esta quinta divertir el dia;
Que á Gaeta he venido
(Como soldado al fin) mal prevenido
De joyas y de galas;
Y aunque las de soldado no son malas,
No son de desposado;
Y quiero estar dos dias retirado,
Miéntras que me prevengo

Digitized by Google

De mucho lucimiento; que no tengo
De llegar como vengo de camino,
A vista de mi esposa.

DON CÉSAR.

Ya imagino
Mas las venturas mias:
Aquí os podeis estar esos dos dias
Escondido conmigo.

DON JUAN.

Lo hiciera, á no tener aquí un amigo,
Que es alcaide del fuerte, ya avisado.
Enviéle un recado,
Y divertido en esta
Variedad, esperando estoy respuesta.
Por eso mismo quiero
Apartarme de vos; pues cuando espero
Que á recibirme venga,
No es justo que de vos noticia tenga.

DON CÉSAR.

Bien habeis reparado.

DON JUAN.

Quedad con Dios, que yo tendré cuidado
De veros en secreto,
Y que os he de servir, César, prometo.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

CAMACHO. — DON CESAR.

CAMACHO.

¿Qué va que estás haciendo
Agora un soliloquio reverendo,
En que llamas á cuentas
Al alma y los sentidos, y que intentas
Que ande hecho diablo de auto el pen-
[samiento
Tras la memoria y el entendimiento?
¿Señor, quién vive ahora?
¿Vive Flérida ausente, ó la señora,
Que tapada pretende
Tener futura sucesion de duende?

DON CÉSAR.

Aunque siempre he tenido
Por cansadas tus burlas, nunca hansido,
Camacho, mas pesadas
Que agora.

CAMACHO.

Pues ¿de qué, señor, te enfadas?

DON CÉSAR.

De que hayas preguntado
Quién vive en mi memoria y mi cuida-
¿Puede, dí, en él y en ella [do.
Vivir nadie, sino es Flérida bella?

CAMACHO.

Pues si amas de esa suerte,
¿Cómo otro amor agora te divierte?

DON CÉSAR.

Porque ausente me veo,
Tan léjos de su amor y mi deseo.

CAMACHO.

Y en su sede vacante te acomodas.
Así lo hacemos ya todos y todas.

DON CÉSAR.

Perdí una noche triste
Patria y amor.

CAMACHO.

Sola una cosa hiciste
Que todos te han culpado.

DON CÉSAR.

¿Reñir allí?

CAMACHO.

No.

DON CÉSAR.

¿Cuál?

CAMACHO.

Haber dejado
Allí á Flérida bella,
Y ponerte tú en salvo ántes que á ella.

DON CÉSAR.

Dices bien; mas si ama
Quien me culpa, dí que entre á ver su da-
Y con otro la vea; [ma
Y cuando entónces tan atento sea,
Que en ocasion tan fuerte
Mida el dolor y la eleccion acierte,
Me culpe; que yo sé que no lo errara
Si agora á verme en la ocasion tornara;
Porque de dos, la una
No se yerra en el mundo cosa alguna.
Mas ¿qué será de Flérida?

CAMACHO.

¿No oiste
A un pasajero, cuando aquí veniste,
Que en Nápoles por cierto se decia
Que en un convento Flérida vivia?
Mas por lo que hemos dicho
De aquella dama andante del capricho
Singular, ella viene;
Y aquí lugar acomodado tiene
Lo de *lupus in fabula,* que quiere
Decir (segun colijo)
Que así Lope á sus fámulos lo dijo.

ESCENA VII.

LISARDA, CELIA, *tapadas.* — DICHOS.

DON CÉSAR.

Ya mi deseo sabia,
Al ver en pardo arrebol
Salir rebozado el sol,
Que era para el campo el dia.
Vengais á dar alegria,
Sol disfrazado, á estas flores,
Que bebiendo resplandores
De una luz que no se ve,
Como á su diosa, por fe,
Os están diciendo amores.

LISARDA.

Creer cortesana quiero
Que las flores me dirán
Esos favores, si están
Oyéndos tan lisonjero;
Porque á vos os considero
Tan galan, que aun á las flores
Habeis enseñado amores.

DON CÉSAR.

Antes dellas aprendí,
Despues que venis aquí,
Las quejas y los favores:
Y enseñarlas fuera error;
Que no hay flor aquí delante
Que, por haber sido amante,
No se la entienda la flor.
Todas tuvieron amor,
Y pues amaron primero,
No me hagais tan lisonjero.

LISARDA.

Sóislo mucho.

DON CÉSAR.

¿En qué lo veis?

LISARDA.

En que sin ver me quereis.

DON CÉSAR.

¿Pues no hay amor verdadero
Sin ver lo que se ama?

LISARDA.

No.

DON CÉSAR.

Yo lo pruebo.

LISARDA.

¿Cómo?

DON CÉSAR.

Así:
¿Un ciego puede amar?

LISARDA.

Sí.

DON CÉSAR.

Pues como un ciego amo yo.

LISARDA.

El ciego, que nunca vió,
Ama lo que considera,
Y como verlo no espera,
No desea verlo: luego
Si pudiera ver el ciego,
No amara lo que no viera;
Y ahora al contrario, pues vos
No sois ciego, y podeis ver,
Sin ver no podeis querer.

DON CÉSAR.

¡Engañada estais por Dios!
Porque este amor en los dos
Es de mayor fundamento.

LISARDA.

¿Hay para eso otro argumento?

DON CÉSAR.

El objeto principal
Es de una alma racional
La luz del entendimiento:
Este amo en vos; y si viera
Sin nube esos rayos rojos,
Hoy entre el alma y los ojos
El amor se dividiera:
Luego ménos firme fuera
En dos mitades partido,
Que este solo al alma unido.
Ved si era justo en tal calma
Quitar un amor del alma,
Para dársele á un sentido.

LISARDA.

Cuando el alma dividiera
Con los ojos su luz clara,
Ménos el alma no amara,
Aunque mas el amor fuera.

DON CÉSAR.

No entiendo de qué manera.

LISARDA.

Una luz de rosicler
Arde, y si á su hermoso sér
Otra pavesa se aplica,
Su llama la comunica,
Y ella no deja de arder.
Fuego es amor, y da ciego,
No viendo, en el alma enojos,
Y aunque le enciendan los ojos,
No dejará de ser fuego,
Y tanto como ántes: luego
Los ojos que están ajenos
De luz y de sombras llenos,
Arder entónces verás,
Siendo en un sentido mas,
Sin ser en el alma ménos.

CAMACHO. (*A Celia.*)

¿Y piensa imitar aquí
Aquel estilo, doncella,
De su ama? Diga: ¿y ella
Ha de estar tapada?

CELIA.

Sí.

CAMACHO.

Pues no me ha de ver á mí
Tampoco; que yo tambien
Tengo honor.

CELIA.

Hace muy bien.

CAMACHO.

Estémos; ¡cuerpo de Dios!
De máscaras dos á dos,
Y llévete el diablo, amen,
Si jamas te descubrieres;
Y ese tallazo ocultando,
Lleve tu manto arrastrando
Por donde quiera que fueres:
Desenmantarte no esperes
Jamas; tengas manto tanto,

Digitized by Google

Que te adore Garamanto,
Y despues en el infierno
Te estén dando manto eterno
Las furias de Rada-manto.

DON CÉSAR. (*A Lisarda.*)

Convencido estoy; no quiero
En el discurso pasado
Tenerme por disculpado,
Y si amor no hay verdadero
Sin ver, no seré grosero
En descubriros. (*Quiere descubrirla.*)

LISARDA.

Mirad
Lo que haceis.

DON CÉSAR.

Hoy perdonad,
Que he de veros.

LISARDA.

Bien podeis;
Mas quizá no me veréis
Otra vez.

DON CÉSAR.

Con novedad
Estoy admirando aquí
Hoy de Psíquis y Cupido
El engaño repetido,
Pero al reves, porque allí
Disfrazadò Amor oí,
Que entró á gozar el favor
De Psíquis, y aquí es error
El que ese manto concierta;
Pues Psíquis está encubierta,
Dejándose ver mi amor.
Quitad ese oscuro velo,
Quitad esa niebla oscura;
Y si es cielo la hermosura,
Haya gloria en ese cielo.
Y si por eso en el suelo
Cubrir tu hermosura vi
Con manto de gloria, aquí
Que hay, es razon bien notoria,
Para tí manto de gloria,
Y de infierno para mí.

LISARDA.

Cuando con ingenio sumo
Argüirme procurais,
Tambien es bien que sepais
Que usamos los mantos de humo;
Y este de gloria presumo
Que en humo convertiré,
Pues me iré y no volveré.

DON CÉSAR.

Pues por sí volveis ó no,
Hoy tengo de veros yo.

LISARDA. (*Descúbrese.*)

¿Ya me visteis?

DON CÉSAR.

Sí, y no sé
Por qué avarienta del dia
Rayos guardais. ¿Mas qué es esto?
(*Dentro ruido.*)

LISARDA.

Todas son confusas voces
Cuantas oigo.

ESCENA VIII.

FABIO.—DICHOS.

DON CÉSAR.

¿Qué es aquesto,
Fabio?

FABIO.

Señor, hazte al mar,
Porque este ruido, este estruendo
Es que te viene buscando
El Gobernador.

DON CÉSAR.

Ya creo
Que tuvo aviso que aquí
Estaba.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!
Mi padre viene (¡ay de mí!)
Buscándome; no fué incierto
El aviso de hoy.

DON CÉSAR.

¿Qué haré?

CAMACHO.

Hazte al mar, y con los remos
Quiebra esos vidrios azules.

DON CÉSAR.

Quedad con Dios; que no puedo,
Bella dama, esperar mas;
Que me importa el ir huyendo
De mis desdichas.

LISARDA.

Las mias
Llegarán, señor, mas presto
Si os vais.

DON CÉSAR.

¿Qué quereis?

LISARDA.

Si sois,
Como mostrais, caballero,
No desampareis así
A una mujer, que está á riesgo
De perder honor y vida
Solo por venir á veros.
Más soy de lo que pensais,
Y si en esta parte quedo
Sin amparo, con mi muerte
Al mundo daré escarmiento;
Que á mí me vienen buscando
Porque soy hija... No puedo
Pasar de aquí, porque ya
Dan con la puerta en el suelo.

DON CÉSAR.

(*Ap.* Esto está peor que estaba.
No hay sino morir; que un yerro
Pude una vez cometerle;
Mas ya advertido, no puedo.
No se ha de decir de mí
Que siempre á las damas dejo
En el peligro.) Palabra (*A Lisarda.*)
Os doy, que ántes quede muerto,
Que consienta en vuestro honor
Ni en vuestra vida desprecios.
Entrad á esconderos pues,
Miéntras yo á guardaros quedo;
Porque en hallándome á mí
Tengo, señora, por cierto
Que no os busquen, porque soy
Yo á quien buscan.

LISARDA.

Vamos presto,
Celia.
(*Entranse huyendo, y deja los chapines Celia.*)

CÉSAR. (*A Camacho.*)

Alza tú esos chapines.

CAMACHO.

Buena hacienda habemos hecho.
(*Alza Camacho los chapines, y escóndese.*)

ESCENA IX.

EL GOBERNADOR, *acompañamiento de* ALGUACILES *y* CRIADOS.—CESAR *y los demas, escondidos.*

GOBERNADOR.

¿Sois vos Don César Ursino?

DON CÉSAR.

Nunca niega un caballero
Su nombre.

GOBERNADOR.

Daos á prision.

DON CÉSAR.

Ya lo estoy, y solo os ruego
Considereis que soy noble.

GOBERNADOR.

Ya sé quien sois; el acero
No os desciñais, que con él
Habeis de ir, aunque vais preso.
Una dama, que con vos
Aquí ha de estar, haced luego
Que, guardando á su persona
Todo el decoro y respeto
Que se la debe, parezca,
Que ha de ir presa.

DON CÉSAR.

¿Dama?

GOBERNADOR.

Es cierto.

DON CÉSAR.

¿Dama aquí?

GOBERNADOR.

No hay que negarlo,
Que bien informado vengo,
Y sé tambien que está aquí.
Mirad esa casa.
(*A los alguaciles, que se entran.*)

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué mujer puede ser esta,
Que en tal ocasion me ha puesto?
(*Sacan los alguaciles á Camacho.*)

UN ALGUACIL.

Aquí está un hombre escondido.

GOBERNADOR.

¿Quién sois?

CAMACHO.

Soy un escudero
Deste caballero andante.

GOBERNADOR.

¿Por qué os escondeis?

CAMACHO.

Yo tengo
Este vicio de esconderme;
Que no lo hago á mal intento.

GOBERNADOR.

¿Qué guardais aquí?

CAMACHO.

Señor,
Unos chapines.

GOBERNADOR.

Ya veo
Indicios de lo que busco.
¿Dónde está dellos el dueño?

CAMACHO.

Yo soy.

GOBERNADOR.

¿Pues traeislos vos?

CAMACHO.

Broqueles de corcho, pienso
Que están vedados, señor,
Por justas leyes del reino;
Mas no de corcho chapines.
¡Desdichado del enfermo,
Donde chapines no hubiere!
Dice un divino proverbio.
Está indispuesto mi amo,
Y tráigolos por remedio,
Porque no sea desdichado.
(*Sacan otros alguaciles á Lisarda, tapada.*)

UN ALGUACIL.

En el último aposento
Tapada estaba esta dama.—
Descubríos. (*A Lisarda.*)

GOBERNADOR.

Estad quedo.—
Señora, no os descubrais;
Que yo sé muy bien que os debo
Toda aquesta cortesía.
Perdonad, si por vos vengo.

Digitized by Google

DON CÉSAR.
Pues perdonad si con vos
No va, porque yo resuelto
Estoy ántes á morir
Que abandonar su respeto.
GOBERNADOR.
Señor Don César Ursino,
No blasoneis tan soberbio,
Porque no será tan fácil,
Como el decirlo, el hacerlo.
Yo os sufro esta demasía
Por mucha parte que tengo
En el honor desta dama:
Ya sé quién es, y pretendo
En su respeto y honor
Tanto, como vos, su aumento.
Es tan mi amigo su padre,
Que pienso que soy yo mesmo,
Segun siento sus desdichas,
Y os he sufrido por esto;
Porque, aunque á vos no os conozco,
Por él vuestro honor pretendo.
LISARDA. (*Ap.*)
¿Qué mas ha de declararse?
Ciertas mis desdichas fuéron.
DON CÉSAR.
Si yo dijera, señor,
Que darle la vida puedo
Contra vuestras armas, fuera
Bien culparme de soberbio.
Yo no intento defenderla;
Morir no mas es mi intento;
Tan fácil cosa es morir,
Que podré salir con ello.
GOBERNADOR.
Mejor es que esto lo acabe
La prudencia y el consejo;
Que habeis de tener en mí
Antes que juez, un tercero
Que vuestros pleitos componga,
Pues bien informado vengo
De todo.
DON CÉSAR.
Pues si soy yo
El delincuente, y voy preso,
¿Qué culpa tiene esa dama?
GOBERNADOR.
No me tengais por tan necio,
Que no sé quién es. Venid
Conmigo á una torre preso
Vos, señor César Ursino;
Que yo á esta dama prometo
De regalarla en mi casa,
Mostrando así mis deseos,
Como si ella misma fuera
Una hija que yo tengo.
LISARDA.
(*Ap.* ¿Aquesto escucho? ¡Ay de mí!
Ya aquí será mas acierto
Apelar á la piedad.)
Señor, vengo en ese acuerdo.
(*Ap. á César.*)
DON CÉSAR.
Porque vos gustais, lo haré.—
(*A Lisarda.*)
Señor, el partido aceto:
(*Al Gobernador.*)
En vuestra casa ha de estar.
GOBERNADOR.
Basta decir que lo ofrezco.—
¡Hola!
UN ALGUACIL.
Señor...
GOBERNADOR.
En mi coche
Los dos habeis de ir sirviendo
A aquesta dama, y decid
A Lisarda que la ruego
La tenga en su compañía; (*Llévanla.*)
Que yo á llevaros me quedo
A una torre. (*A Don César.*)

DON CÉSAR.
Con vos voy
Muy honrado y muy contento.
(*Vánse.*)

ESCENA X.

CELIA, CAMACHO.

CELIA.
¿Fuéronse?
CAMACHO.
Sí.
CELIA.
Pues yo iré
Antes á casa corriendo.
CAMACHO.
Por saber quien es tu ama,
Vive Cristo que me alegro.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa del Gobernador.

ESCENA PRIMERA.

NISE, CELIA; *despues* LISARDA, CRIADOS Y ALGUACILES.

NISE.
¿Celia, cómo vienes sola?
¿Dónde mi señora queda?
¿No me respondes? ¿qué tienes?
CELIA.
¡Ay Nise, que vengo muerta!
NISE.
¿Qué ha sucedido?
CELIA.
Sabrás
Que fuimos... Mas gente llega,
Luego lo diré.
(*Salen los alguaciles y criados con Lisarda tapada.*)
UN ALGUACIL.
Avisad...
NISE.
¡Válgame Dios! ¿no es aquella?
EL ALGUACIL.
A Lisarda, mi señora,
Que aquí un recado la espera
Del señor Gobernador,
Que de hablarla dé licencia.
CELIA.
(*Ap.* Disimular nos importa.)
Mi señora está indispuesta,
No podeis entrar á hablarla:
Dad el recado.
ALGUACIL.
Que tenga,
Le dice, en su compañía
Esta dama, y que la ruega
La estime y regale mucho,
Y á su ventura agradezca
Conocer tan buena amiga.
CELIA.
De aquesa misma manera
Lo diremos.
ALGUACIL.
Oid aparte:
Esta dama viene presa;
Dígolo, porque tengais
Mucho cuidado con ella.
(*Vanse los criados y alguaciles.*)

ESCENA II.

LISARDA, CELIA, NISE.

LISARDA.
¿Fuéronse?
CELIA.
Sí, ya se fuéron.

LISARDA.
Quítame este manto, Celia;
Dame otro vestido, Nise.
NISE.
¿Pues qué tramoyas son estas?
¿Tú presa en tu propia casa?
¿Tú de tí misma alcaidesa?
Declaráme este suceso,
Que estoy por saberlo muerta.
LISARDA.
Soy infeliz: ya con esto
Te he dicho que se conciertan
Contra mí amor y fortuna.
Mi padre con gran prudencia
Esta mañana me dió
A entender, lleno de quejas,
Que algo de mi amor sabía;
No quise creerlo (¡ay necia!),
Salí esta tarde, siguióme,
Y hallándome....
CELIA.
Deja, deja
Tan mal discurso, señora.
¿Cómo es posible que creas
Que, pudiéndolo estorbar
En su casa con prudencia,
Tu padre fuese á buscarte,
Expuesto á que allí te viera
Tanta gente, y él hiciese
Pública su misma ofensa?
No, señora: mi temor
Fué que allá nos conociera,
O ántes de llegar á casa;
Mas ya que estamos en ella,
Nada temo, sino solo
Que pregunte por la presa
Que envió; porque no hay duda
De que cuando fué á prenderla,
Iba por otra mujer.
LISARDA.
Necia estás: ¿no consideras
Que dijo: «Yo tengo parte,
Como si su padre fuera,
En el honor desta dama,
Y disimulo por ella?»
Luego ya me conoció;
Que no son razones estas
Dichas acaso. Y decir
Que se expuso á que me vieran,
Ya se niega con decir
Que me estuviese encubierta.
No me arguyas; que sin duda
El me conoció.
CELIA.
¿Y qué piensas
Hacer?
LISARDA.
Echarme á sus piés
En el instante que venga,
Que al fin un padre no mata;
Y decir que mis tristezas
Fuéron causa de que fuese
A aquellos jardines.

ESCENA III.

FLERIDA, DICHAS; *despues el* GOBERNADOR Y FELIX.

FLÉRIDA.
Seas,
Mi señora, bien venida.
LISARDA.
Callemos, y nada entienda
(*A Celia y Nise.*)
Esta, porque aun no tenemos
De su talento experiencia.—
Fuí á visitar á una amiga. (*A Flérida.*)
(*Salen el Gobernador y Félix, quedándose á la puerta.*)
GOBERNADOR.
Irás, Félix, con gran priesa
A Nápoles, y dirás

Digitized by Google

A su padre, cómo queda
Su hija Flérida en mi casa,
Y en una torre Don César.

FÉLIX.

Si iré, señor; pero advierte
Una duda que me queda.
No entré contigo en la quinta,
Porque los dos no supieran
Que fui quien te dió el aviso;
Y estando esperando fuera,
Salió una mujer, por cuanto
Puede ser que no sea ella;
Porque una mujer tapada
Desmiente mudas las señas.
Yo la ví, mas no me afirmo
De que mi señora sea,
Y ir sin saberlo de cierto,
Será yerro sin enmienda.

GOBERNADOR.

Has advertido muy bien.
Aguárdate, llamaréla,
Y afirmaráste.

FÉLIX.

Tampoco
Será justo que me vea,
Porque si soy quien la sigue,
Dará de mi lealtad queja,
Y á quien tengo de servir,
No es razon que me aborrezca.
Si pudiera verla yo,
Señor, sin que ella me viera,
Sin mi riesgo, asegurara
Mi temor.

GOBERNADOR.

Pues así sea:
Ven conmigo. Pero aquí
Está mi hija.

FÉLIX.

Y con ella
Mi señora. No andes mas.
La que está á su mano izquierda,
Es Flérida.

GOBERNADOR.

Fuerza fué
Que hubiese de ser aquella,
Que es la que yo no conozco;
Porque las demas que quedan,
Son mi hija y sus criadas.

FÉLIX.

Pues con esta diligencia,
Parto á Nápoles contento. *(Vase.)*

ESCENA IV.

EL GOBERNADOR, LISARDA, FLÉRIDA, NISE, CELIA.

CELIA.

Mi señor.

FLÉRIDA. *(Ap. á Lisarda.)*

Si á hablarle llegas,
Háblale en mí, y que te dé
Para admitirme licencia.

LISARDA.

Sí haré.

FLÉRIDA.

Ruégaselo mucho.

LISARDA.

Allí retirada espera. *(Retírase Flérida.)*

CELIA. *(Ap.)*

Aquí fué Troya.

GOBERNADOR.

Lisarda,
¿Es bien que no me agradezcas
La amiga que te he enviado?
¿No respondes?

LISARDA.

(Ap. ¡Yo soy muerta!)
Señor, si por ser tu hija,
Es posible que merezca
Piedad en tí...

GOBERNADOR.

Ya querrás,
De agrado y lástima llena,
Que la perdone.

LISARDA.

Señor,
Quien tan levemente yerra,
Ganado tiene el perdon.

GOBERNADOR.

No es tan leve como piensas.

FLÉRIDA. *(Ap.)*

¡Cómo le está hablando en mí!
El de mirarme no cesa.

LISARDA.

¿Es mas de ir á unos jardines
Disfrazada y encubierta?

GOBERNADOR.

Mas; que esa dama, Lisarda,
Tiene padre, á quien debiera
Guardar mejor el respeto.

LISARDA.

(Ap. ¡Con qué razones tan cuerdas
Me está penetrando el alma!)
No quieras, señor, no quieras
Afrentarme así; yo estoy
A tus piés. *(De rodillas.)*

GOBERNADOR.

¿Juzgas á afrenta
Negarte lo que me pides?
No lo es, hija, sino fuerza.

LISARDA.

De aquí no he de levantarme,
Sin que tu perdon merezca

FLÉRIDA. *(Ap.)*

¡Oh cuánto debo á Lisarda!
De rodillas se lo ruega.

GOBERNADOR.

No te canses, mi Lisarda,
En pedir eso; porque ella
De casa no ha de salir,
Hasta que marido tenga.

LISARDA.

Yo digo que será así; *(Se levanta.)*
Y que ventana ni reja
Volverá á ver, si eso quieres;
Pero solo que merezca
Tu gracia te pido.

GOBERNADOR.

Eso
Es fácil; y porque veas
Si tiene mi gracia, escucha,
Lisarda, de qué manera
La agasajo.—Vos, señora, *(A Flérida.)*
Estéis muy en hora buena
En esta casa, que ya,
Mas que mia, será vuestra.
No me espanto de sucesos
De amor, y que á vos os tenga
Tal el enfado, no es mucho,
Si están las historias llenas
De fortunas amorosas
Que tales sucesos cuentan.
He tenido á gran ventura
Que puerto seguro sea
Mi casa; della os servid,
Y estad segura que della
No saldréis, sin que primero
Salgais honrada y contenta.
Todo tendrá fin dichoso
Brevemente, y miéntras llega
Este tiempo, aquí estaréis;
Que de manera me ruega
Lisarda por vos, que pienso
Que mi misma vida os diera,
Dejando aparte quien sois,
Cuando no por vos, por ella.

LISARDA. *(Ap.)*

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?

CELIA. *(Ap. á Lisarda.)*

¿Ves, señora, cuánto yerras
En presumir que tu padre
Te conoció, pues él piensa
Que esta es la presa?

LISARDA.

Es verdad;
Mas como es la vez primera
Que el mal se convierte en bien,
No le conocia. ¡Quiera
Fortuna que no se mude!

FLÉRIDA.

(Ap. Para que mas piedad tenga
De mis desdichas, Lisarda,
Toda mi historia le cuenta.
¡Oh cómo es bien entendida,
Que me quitó la vergüenza
De contarlo yo!) Señor...

CELIA. *(Ap.)*

Ahora á perder nos echa;
Mejor la fuera callar.

FLÉRIDA.

Quien tiene las altas prendas
De vuestro valor y sangre,
Es fuerza que piedad tenga.
Una mujer infelice
Hoy á vuestras plantas llega;
Pues que ya estais informado
De quien soy, tened clemencia
De mi honor; duélaos el verme
Peregrina en tierra ajena.

LISARDA. *(Ap.)*

Nise, Celia, ¿qué es aquesto?
Que como es la vez primera
Que el mal se convierte en bien,
No le conozco.

FLÉRIDA.

Y tú sella,
O bellísima Lisarda,
Mi rostro, pues á la deuda
Primera añades ahora
El afecto con que ruegas,
A tu padre y mi señor
Ampare mi vida.

LISARDA.

(Ap. Ella,
Hablando en sus penas, hace
Equívocas las ajenas:
Esforcemos el engaño.)
Amiga, no me agradezcas *(A Flérida.)*
Lo que yo he de agradecerte;
Que en esta ocasion, quisiera
Valer con mi padre mucho,
Para servirte.

GOBERNADOR.

No ofendas
Así mi amor; que yo haré
(Tú lo verás) cuanto pueda.

LISARDA.

Señor, porque en este caso
Atentamente proceda,
Dime, ¿quién es esta dama?

GOBERNADOR.

Mujer es de muchas prendas,
A quien de su casa y padre
Un hombre robada lleva;
Para que veas, Lisarda,
En su ejemplo ¡cuánto yerra
Una mujer principal
Que á tales riesgos se entrega!

LISARDA. *(Ap.)*

¡Ay de mí!

ESCENA V.

UN CRIADO.—DICHOS; *despues* DON JUAN.

CRIADO. *(Al Gobernador.)*

Un caballero,
Que de una posta se apea,
Por tí pregunta.

Digitized by Google

GOBERNADOR.
Ese es
Don Juan.

LISARDA. (*Ap.*)
¡Aun mas otra pena!

(*Sale Don Juan vestido de camino con botas y espuelas.*)

DON JUAN.
Felice yo, señor, que he merecido,
Por fin dichoso de venturas tantas, [do
Vuestras plantas besar; pues hoy han si-
Centro de mi ventura vuestras plantas:
Hoy, pues, que tanto bien he conocido,
A la fortuna le perdono cuantas
Quejas della formé, pues que con una
Dicha quedo deudor á la fortuna.

GOBERNADOR.
Vengais, Don Juan, con bien; que há [muchos dias
Que os haceis desear; mas de un cui-
A esta casa debeis. [dado

DON JUAN.
Dichas son mias,
Porque llegué con bien, haber tardado.

GOBERNADOR.
¡Oh qué bien os están las bizarrías,
Las galas y las plumas de soldado!
¿A Lisarda no hablais?

DON JUAN.
Turbado llego,
Ciego á su amor, como á sus rayos ciego.
Si merece favor tan soberano
(*A Lisarda.*)
Quien al dosel de tanto sol se atreve,
Dadme, señora, vuestra blanca mano,
Aljaba á quien Amor sus flechas debe;
Porque siendo un prodigio mas que hu- [mano,
Un monstruo celestial de fuego y nieve,
Centro de los dos sols, donde amor ciego
Abrasa con cristal, hiela con fuego.
La fama, hermosa con extremo os llama;
Mas vista, sin extremo sois hermosa.
Sola vos, desvalida de la fama,
Podeis estar de su ambicion quejosa;
Mas no, que ya vuestra beldad aclama
Por única; y si queda temerosa
A tantas perfecciones, no es culpada,
Que sois vista, mayor que imaginada.

LISARDA.
Muchas veces oí que Amor vendado
Hijo de Marte y Vénus ha nacido;
Ahora lo creo, viendo que un soldado
De la guerra lisonjas ha traido.
Otros dicen que Adónis le ha engendra-
Y todo en vos verdad ha parecido; [do,
Pues en vos se contempla en vuestra [parte,
Valiente Adónis y gallardo Marte.

GOBERNADOR.
Basten los cumplimientos, que yo gusto
De que el campo se quede por Lisarda.

DON JUAN.
Yo lo agradezco, porque fuera injusto
Competirla. (*Ap.* ¡Qué bella es! qué ga- [llarda!)

GOBERNADOR.
Que descanseis agora será justo.
Soldado sois, pobre hospedaje aguarda;
Habreis de perdonar.

DON JUAN.
¿Cómo pudiera,
Siendo de humano sol divina esfera?
(*Vanse.*)

—

ESCENA VI.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.
Celia, pues hemos quedado
Solas un rato, ¿qué dices
De mis sucesos?

CELIA.
Felices
Fines tuvo tu cuidado.
¿Hay cosa como pensar
Mi señor, que aquella fué
La presa?

LISARDA.
Pues si la ve
En su casa, sin estar
Avisado de quién era,
Justamente discurrió.

CELIA.
¿Ves cómo te dije yo,
Señora, que era quimera
Pensar que te conocia?

LISARDA.
La cosa es mas extremada
Ver, sin estar avisada,
Cuán á tiempo respondia.

CELIA.
Estas materias de amor,
Aunque hablen acaso, ¿á quién
No le suelen estar bien?

LISARDA.
Hoy empiezo otro temor.

CELIA.
¿Pues lo que hoy te ha sucedido,
Y el esposo que ha llegado,
Aquel tan necio cuidado
No han de entregar al olvido?

LISARDA.
¡Qué mal, Celia, de amor sientes!
¡Mal conoces su rigor!
No me dirás de un amor
Que se rindió á inconvenientes;
Y diréte yo de mil,
Que solo porque tuvieron
Inconvenientes, crecieron.

CELIA.
¡Qué argumento tan sutil!

LISARDA.
Ni he de dejar en prision
Un hombre, Celia, que vi
Dejarse prender por mí,
Ni ha de ser mi presuncion
Tan necia, que si es aquel
El que esta dama buscó,
Le he de estar queriendo yo.
Desta sospecha cruel
Saldré. Tú le has de llevar
Un papel, y he de decir
En él, si puede salir,
Me venga esta noche á hablar.
Y pues mi engaño no cesa,
Y tan adelante pasa,
Dentro de mi misma casa
Ha de verme como presa.

CELIA.
Advierte.....

LISARDA.
No hay que advertir.

CELIA.
Mira.....

LISARDA.
Ya no hay que mirar.

CELIA.
¿Haste de dejar llevar...?

LISARDA.
¿Y heme de dejar morir?

CELIA.
Considera....

LISARDA
No hables mas.

CELIA.
Tu peligro. ...

LISARDA.
Ya le veo...

CELIA
Tu vida.....

LISARDA.
No la deseo.

CELIA.
Tu honor. ...

LISARDA.
¿Qué honor? Necia estás.

CELIA.
Solicito.....

LISARDA.
¿Qué?

CELIA.
Tu bien,
Y temo.....

LISARDA.
¿Qué?

CELIA.
Tu rüina.

LISARDA.
¿Pues has de ser peregrina
Tú sola en Jerusalen?

CELIA.
¿Cómo?

LISARDA.
Como la criada
Primera vienes á ser,
Que la ha pesado de ver
A su ama enamorada. (*Vanse.*)

—

Habitacion en una torre.

ESCENA VII.

DON CESAR, CAMACHO.

CAMACHO.
¡Buenos hemos quedado!

DON CÉSAR.
¿Veslo? Pues todo es bien empleado,
A trueco de haber visto
Aquel rostro que ví.

CAMACHO.
¡Cuerpo de Cristo
Contigo, y con su rostro!
Valiera tanto mas que fuera un mostro,
Y que á un lado tuviera
Otro con barbas; aunque yo le viera
Y no estuvieras preso,
Que haber visto perfecto con exceso
Un ángel con malicia,
Pues él nos ha entregado á la justicia.

DON CÉSAR.
¿Tal dices?

CAMACHO.
¿Qué te espanta,
Si ya se vive con malicia tanta?
Y la primera vez no vino acaso
Sino á espiarnos; porque fuera paso
De caballero andante,
Entrar las dos asaz de mal talante,
Huyendo de algun fiero
Malandrin, demandando al caballero
La mampare en su cuita,
Magüer que fuese noble. Quita, quita
Esto del pensamiento;
Que es lástima sacar aqueste cuento
De una selva encantada,
Donde fabló la Infanta mesurada
Mil famosos requiebros
A Esplandian, Belianis y Beltenébros.

GENERAL LIBRARY
University of
MICHIGAN

Digitized by Google

DON CÉSAR.
Pues dime, ¿si eso fuera, [ra?
Por qué el Gobernador hoy la prendie-

CAMACHO.
Por hacer la deshecha.

DON CÉSAR.
No, Camacho, otra ha sido mi sospe-
Y es que es aquella dama [cha,
Mujer de lustre, de opinion y fama,
Y alguna desventura
(Que el hado no respeta á la hermosura)
La tiene retirada;
Y esto confirma estar siempre tapada,
Y que el Gobernador, que la seguia,
Tuvo estos dos avisos en un dia.
¿No viste cuán turbada
Fué á decirnos quién era, y embargada
La voz, del pecho al labio,
Enmudeció sin pronunciar su agravio?

CAMACHO.
Dices bien. Segun esto,
El grande amor de Flérida está puesto
En olvido.

DON CÉSAR.
No espero
Que se pueda borrar amor primero.
Enseña la moral filosofía,
Que una forma donde otra forma habia
No se puede estampar tan fácilmente.
Explíquelo un ejemplo claramente:
Cuando un pintor procura
Linear una pintura,
Si está lisa la tabla
Fáciles rasgos en bosquejo entabla;
Mas si la tabla tiene
Primero otra pintura, le conviene
Borrarla, no confunda
Con la primera forma la segunda.
Ya me habrás entendido:
Tabla lisa al primer amor ha sido
Mi pecho; mas si hoy quiere
Introducir segundo amor, espere
A ver borrada aquella
Imágen que adoró divina y bella.
Y así, aunque amor con fáciles enojos
Desde el pecho á los ojos
Líneas de fuego corra,
Ahora no dibuja, sino borra.

CAMACHO.
¿Sino borra? Está bien; yo respondiera
Si una tapada á vernos no viniera.
¡Que aun no hemos acabado
Con el negro embeleco del tapado!

ESCENA VIII.

CELIA, *tapada*.—DICHOS.

CELIA.
Fabio, oid.

DON CÉSAR.
Bien venida
Seas á dar á un casi muerto vida.

CELIA.
Este papel recibe
De aquella presa que afligida vive.

DON CÉSAR.
Recibe tú un diamante,
Hijo del sol, que fuera estrella errante,
Si por tachon ó clavo,
Se viera puesto en el zenit octavo.
(*Lee el papel.*)

CAMACHO.
Muestra á ver si es cetrino.

CELIA.
No quiero; mire si es bien cristalino.
(*Dale una higa.*)

CAMACHO.
Pues ve aquí otro diamante,
Al mismo semejante,
Porque me deje vella
Esta cara.

CELIA.
No haré.

CAMACHO.
Tal será ella.

CELIA.
¿Mala?

CAMACHO.
Si fuera buena,
No fuera cara en manto, como en pena.

CELIA.
Pues mire si es muy fea.

CAMACHO.
No quiero verla.

CELIA.
Acabe.

CAMACHO.
No lo crea.
No quiero verla ya, si lo deseas.

CELIA.
Toma el diamante tú, porque me veas.

CAMACHO.
No quiero.

DON CÉSAR.
Ya he leido.
Dile á mi hermosa presa que rendido
Iré esta noche á vella.

CELIA.
Pues el cielo te guarde. (*Vase.*)

CAMACHO.
Adios, doncella;
Y dígale á su ama, aunque se corra,
Que no se ensanche tanto; porque bor-
En fin, ¿qué dice el papel? (ra.—
(*A Don César.*)
¿Es tramoya nuevamente?

DON CÉSAR.
Que vaya á verla esta noche;
Porque sobornadas tiene
Las criadas de Lisarda,
De manera que se atreve
A que entre dentro del cuarto,
Con dos mil impertinentes
Requisitos, como son
Que á nadie conmigo lleve,
Y que ninguno lo sepa.

CAMACHO.
¿Y dices liberalmente,
Que tú irás á verla, como
Si en tu escritorio tuvieses
Las llaves de aquesta torre?

DON CÉSAR.
¿Pues qué inconveniente es ese?

CAMACHO.
Las guardas.

DON CÉSAR.
Al son del oro
Las mas vigilantes duermen.

ESCENA IX.

DON JUAN.-DON CESAR, CAMACHO.

DON JUAN.
A daros pésames yo,
Y á que me deis parabienes
Vengo, César, porque así
Unos con otros se templen.
Escriben los naturales
De dos plantas diferentes
Que son venenos, y estando
Juntas las dos, de tal suerte
Se templan, que son sustento.
Y pues ser veneno suelen
Las dichas y las desdichas,
Y á los dos matarnos quieren,
A vos á poder de penas,
Y á mí á poder de placeres,
Juntemos nuestros caudales
Y templemos desta suerte
Mis bienes con vuestros males,
Mis males con vuestros bienes.

DON CÉSAR.
Contento venis, Don Juan.

DON JUAN.
¿Quién duda, si llego á verme
Dueño de la mayor dicha
Que mi pensamiento puede
Imaginar? Porque pasa
El bien, que el amor me ofrece,
Mas allá del pensamiento.
Estuve fingido ausente
Dos dias en esta casa
(Que ya os dije que del fuerte
El alcaide es muy mi amigo);
En ellos compré excelentes
Joyas, hice cuatro galas,
Cuidados que un novio tiene.
Tomé postas, y fingiendo
Que entónces llegué, apeéme
En el palacio; mal dije
Palacio, si no es que fuese
Ese palacio del sol,
Mentira azul de las gentes,
Hipócrita de sus galas,
Pues no son lo que parecen.
Vi en él reducido el cielo
A sola una esfera breve,
La primavera á una flor,
El aura á un suspiro débil,
La aurora á sola una perla
De las que cria el oriente,
El sol á un rayo; porque es
Lisarda bella aura débil,
Breve esfera, hermosa flor,
Perla fina y sol ardiente.
¡Felice mil veces yo,
A quien tal gloria previene
Un amor bien empleado!

DON CÉSAR.
¡Y yo infelice mil veces
A quien previene desdichas
Un amor que no se entiende!
Y pues han de ser mis penas
Antídoto justamente
De vuestras glorias, oidme:
Supuesto que un caso quieren
La pregunta y la respuesta,
Y en amor hablais, conviene
Responderos en amor.—
Yo vi todo un sol de nieve,
Todo un peñasco de fuego,
Y en un deleitoso albergue
Vi una estátua de jazmines,
Coronada de claveles,
A quien el mayo gentil,
Que es rey de los doce meses,
Por flor juró, y la aclamaron
Toda la nobleza y plebe
De las flores, al compas
De las aves y las fuentes.
No me pregunteis quién es;
Que por Dios, que aunque quisiese
Decirlo, no puedo, que es
Una novela excelente;
Mas solo os puedo decir
Que en este papel me ofrece,
Si puedo romper la cárcel,
Hablarme esta noche y verme.
Respondíla que yo iria,
Como si cierto tuviese
Que me dejará el alcaide.

DON JUAN.
Pues yo hé llegado, no tiene
Duda, César; no os rindais
A vanos inconvenientes.—
Camacho.

CAMACHO.
Señor.

Digitized by Google

DON JUAN.

Dirás
Al Alcaide que se llegue
Aquí, que tengo que hablarle. —
Es mi amigo, y fácilmente
De aquí os dejará salir,
Como yo conmigo os lleve.
(*Vase Camacho.*)

DON CÉSAR.

Supuesto que ya la noche
Sus alas nocturnas tiende,
Haciendo sombra á los dias,
Y en los campos de occidente
Es un cadáver el sol
Cada vez que resplandece,
Di que nos deje salir
Luego.

ESCENA X.

EL ALCAIDE, CAMACHO. — DON CESAR, DON JUAN.

ALCAIDE.

Don Juan, pues ¿qué quieres?

DON JUAN.

Que sepas que no me he ido,
Todavía soy tu huésped;
Que donde vive Don César,
Vivo yo.

ALCAIDE.

No es bien que aumentes
Obligaciones, adonde
Tengo tantas que me fuercen
A servirte.

DON JUAN.

Aquesta noche
Va conmigo, si merece
Mi amistad esta fineza.

ALCAIDE.

Mil preceptos hay, mil leyes
Para que de aquí no salga;
Mas contigo no se entienden,
Como palabra me dés
Que ántes del dia le vuelves.

DON JUAN.

Y desto te hago homenaje,
Y cuanto te sucediere
Correrá por cuenta mia.

DON CÉSAR.

Apénas la rubia frente
Verá el alba coronada
De rosas y de claveles,
Cuando en la prision me veas,
Siendo tu esclavo dos veces.

ALCAIDE.

Pues con esa condicion,
Abiertas las puertas tienes.
A Dios, que os guarde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, DON CESAR, CAMACHO.

DON JUAN.

Ea, Don César,
Guiad por donde quisiereis:
Libre estáis. Vamos adonde
Gustareis; que muy bien puede
Fiarse de mí la espalda.

DON CÉSAR.

Quien es en su casa huésped,
Y mas que huésped esposo,
No es justo que tarde: hacedme
Merced de iros.

DON JUAN.

Eso no;
Ni es término conveniente
Que os saque para el peligro,
Y que en el peligro os deje.

DON CÉSAR.

Quisiera.....

DON JUAN.

No os excuseis,
Que he de ir con vos.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Lance fuerte!
Porque llevarle á su casa
A que me guarde imprudente
La espalda, haciendo traicion
A su dueño, á quien él tiene
Obligaciones mayores,
No es justo.

DON JUAN.

¿Pues qué os suspende?

DON CÉSAR.

Pensaréis que soy ingrato
En recatar neciamente
De vos mi amor. ¡Vive el cielo,
Que ni Pílades y Orestes
Ni Eurialo y Niso fuéron
Amigos mas sin dobleces!
Debajo desta palabra
Hacedme merced, hacedme
Favor de iros; porque yo
Aunque deciros quisiese
Quién es mi dama, ya he dicho
Que no puedo, y me conviene
Ir solo.

DON JUAN.

A tantas porfías
Necio fuera en oponerme.
Adios. (*Ap.* ¡Qué necio recato!
¡Qué amor tan impertinente!) (*Vase.*)

DON CÉSAR.

Camacho.

CAMACHO.

Señor.

DON CÉSAR.

Preven
Con recado un pistolete.

CAMACHO.

Aquí le tienes; mas mira
Si está bueno, no le lleves
Mal prevenido.

DON CÉSAR.

No está:
Pedernal y cebo tiene.

CAMACHO.

¿Y tengo yo de quedarme?

DON CÉSAR.

Sí.

CAMACHO.

Todas vuesas mercedes
(*A los espectadores.*)
Sean testigos, que hubo
Un lacayo que se quede. (*Vanse.*)

—

Jardin en casa del Gobernador.

ESCENA XII.

LISARDA, NISE *con luz.*

LISARDA.

Nise.

NISE.

¿Mi señora?

LISARDA.

¿Está
Mi padre acostado?

NISE.

Sí.

LISARDA.

¿Don Juan?

NISE.

Recogido ya.

LISARDA.

¿Y nuestra presa?

NISE.

Estará
Llorando; que siempre así
La veo noches y dias
Lamentar su destruicion.

LISARDA.

Ruina sus lágrimas son
De las confusiones mias.
¿Qué hace Celia?

NISE.

Está esperando
A la puerta con secreto
A aqueste galan.

LISARDA.

Pues cuando
El entre aquí, sin respeto
Me trata, disimulando
Quien soy; porque ha de pensar,
Viéndome en este lugar,
Que la dama presa soy,
Y que aquí por él estoy.

NISE.

Pues ya he sentido pisar
Cobardemente.

LISARDA.

Sin duda
Viene ya.

ESCENA XIII.

CELIA, DON CESAR. — LISARDA, NISE.

DON CÉSAR.

Favor me dé
La noche trémula y muda.

CELIA.

Pisa con tiento, porque
Lisarda no está desnuda,
Y duerme el Gobernador
Aquí cerca.

DON CÉSAR.

Déme amor
Sus alas.

LISARDA.

Vengais con bien.

DON CÉSAR.

Donde esos ojos me dén
Nueva luz y resplandor.

LISARDA.

Celia, ponte tú á esta puerta,
Que á ese cuarto corresponde
De tu señor, y está alerta;
Y tú, Nise amiga, donde
Está Lisarda.

NISE.

Voy muerta
De temor.

LISARDA.

¿Qué te acobarda?

NISE.

Ver que está Lisarda allí.

LISARDA.

No temas, sus puertas guarda.

NISE.

Bien conviene hacerlo así,
Que es un demonio Lisarda:
Mujer es, que si supiera
Que esto en su casa pasaba,
Dos mil extremos hiciera.

DON CÉSAR.

¡Cuánto el alma deseaba,
Señora, que se ofreciera
Para hablaros ocasion!
Porque en laberintos vivo
De una y otra confusion,
Y no alcanzo ni percibo
La causa desta prision.

LISARDA.

Pues fácil es de entender;
Que buscando una mujer,
Que robada habeis traido,
Por eso á mí me han prendido.

DON CÉSAR.
¿Mujer? ¿Cómo puede ser?
LISARDA.
Siéndolo.
DON CÉSAR.
Malos desvelos
Vuestro ingenio agora halló
Para salvar mis recelos.
¿Hombre tan bajo soy yo
Que no pudiera dar celos?
¿Y que si mujer tuviera
Conmigo, estando los dos
Juntos, tan humilde fuera
Que á sus ojos consintiera
Veros y hablaros á vos?
Vos me disteis a entender,
Con el asombro y el ruego,
Que os importaba no ser
Conocida; y desde luego
Empezásteis á temer:
Luego ya tendréis por qué
Guardaros; luego no fué
Prenderos por otra allá,
Si, desengañados ya,
Os tienen presa; yo sé
Que de algun celoso ha sido
Diligencia: su mal fuerte
Así vengar ha querido.
LISARDA.
¿Pues hubiera yo tenido
Galan de tan poca suerte,
Que con tan bajos desvelos
Vengara sus desconsuelos?
No soy tan humilde, no,
Ni tan poco dama yo
Que no pudiera dar celos.
Creed que soy principal
Mujer, y que siendo tal,
Puede haberme sucedido
El lance que habeis sentido.
DON CÉSAR.
Sí creo; mas saber cuál
Quisiera.
LISARDA.
Sentaos aquí.
(*Al irse Don César á sentar se dispara la pistola de la cinta.*)
DON CÉSAR.
¡Válgame Dios!
LISARDA.
¡Ay de mí!
CELIA.
¡Muerta soy!
DON CÉSAR.
Se disparó
La pistola.
NISE.
¡Triste yo!
GOBERNADOR. (*Dentro.*)
¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?
LISARDA.
Responded: ¡ay de mí triste!
NISE.
¿Quién podrá? ¡que estoy turbada!
CELIA.
¡Yo estoy muerta!
DON CÉSAR.
¿Quién resiste
Una desdicha causada
De un acaso?
CELIA.
Ya se viste;
Que á la escasa luz, que está
Dentro del cuarto le veo
Tomar sus vestidos: ya
Se pone en pié.
LISARDA.
¡Mi fin creo!
DON CÉSAR.
¿Qué haré?
LISARDA.
Esa ventana da
A un patio, y él al portal;
Arrojaos, señor, della,
Y abrid la puerta; que es tal,
La desdicha de mi estrella,
Que me previene mas mal
Del que presumís. Yo os doy
Palabra que de quien soy
Os informe, y que sepais
A quién engañado amais.
DON CÉSAR.
Por vos á matarme voy. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL GOBERNADOR, *con espada.* — LISARDA, CELIA, NISE.

GOBERNADOR.
¿Quién salió agora de aquí?
LISARDA.
Nadie, señor. (¡Ay de mí!)
GOBERNADOR.
¿Qué tienes? ¿Tú tan turbada?
LISARDA.
La pistola disparada
Me turbó, cuando la oí. (*Dentro ruido.*)
GOBERNADOR.
¿Y aquello qué es?
LISARDA.
Yo, señor,
No sé nada.
GOBERNADOR.
Tomar quiero
Esta luz, aunque en rigor,
Si perdí el honor, no espero
Que con luz halle el honor. (*Vanse.*)

—

Portal de la casa.

ESCENA XV.

DON CESAR, *á oscuras; despues* EL GOBERNADOR, DON JUAN.

DON CÉSAR.
En notable confusion
Estoy la puerta buscando,
Sin discurso y sin razon,
En las sombras tropezando
De mi misma turbacion.
¡Qué en casa hubiese de ser
Del Gobernador! ¡ay cielos!
¿Qué remedio han de tener
Mis desdichas y recelos?
Ciego estoy: ¿qué puedo hacer?
Con la puerta no he encontrado.
Este es sin duda el portal,
Pues con una silla he dado
De manos, que es puesto tal
Su lugar determinado.
Ya que remedio no espero
Mayor en tal desventura,
En ella esconderme quiero.
Dejemos á la ventura
Algo en lance tan severo.
(*Métese en una silla de manos. Salen por una puerta el Gobernador con la luz y la espada desnuda, y por otra Don Juan con espada desnuda.*)
GOBERNADOR.
Aquí fué el ruido; acudid
A las puertas, no se vaya.
DON JUAN.
Como tus voces oí,
Señor, salí de la cama.
GOBERNADOR. (*Ap.*)
A aumentar mis confusiones.
DON JUAN.
¿Qué es esto?
GOBERNADOR.
No ha sido nada.
(*Ap.* ¡Disimulemos, honor!)
Pensé que en mi cuarto andaban,
Salí á verlo, y ya me pesa;
Porque mirando la casa
Toda, no he encontrado á nadie:
Y solo sirvió el mirarla,
(Siendo solo una ilusion)
De despertar á Lisarda,
Que ya estaba recogida;
Y así...
DON JUAN.
Señor, no te engañas
En pensar que ha habido gente;
Porque yo escuché que andaban
Aquí, y ruido como cuando
Se arroja de una ventana
Una persona.
GOBERNADOR.
(*Ap.* ¡Qué en vano
Quise desmentir mi infamia!)
Yo estoy ya desengañado,
Que anduve toda la casa;
Mas si tú no lo estás, toma
La luz y vuelve á mirarla.
(*Toma Don Juan la luz.*)
DON JUAN.
Ponte, señor, á esa puerta
Para que ninguno salga,
Que yo la miraré.
GOBERNADOR.
Aquí
No hay nada.
DON JUAN.
Si no se guarda
En esta silla de manos.
GOBERNADOR.
Pues bien fácil es mirarla.
(*Ve Don Juan en la silla á Don César, y él le hace señas que calle.*)
DON JUAN. (*Ap.*)
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
GOBERNADOR.
¿Hay álguien?
DON JUAN.
Aquí no hay nada.
(*Ap.* ¡Pluguiera á Dios!)
GOBERNADOR.
Lo demas
Yo lo he visto.
DON JUAN.
Cosa es llana,
Que yo me engañé, señor:
Sin duda el aire que pasa,
Alguna puerta cerró,
Y esto fué del ruido causa;
Y así, vuélvete, señor.
GOBERNADOR.
Véte, Don Juan, á tu cama,
Seguro que no hubo gente.
DON JUAN.
Vélo tú de que fué vana
Mi ilusion, que yo lo estoy.
(*Vase el Gobernador.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN; DON CESAR, *en la silla.*

DON JUAN.
El presume que me engaña,
Y yo que le engaño á él,
Y los dos con una traza,
Nos estamos desmintiendo
Uno á otro las desgracias.
¡Válgame el cielo! ¿qué haré

Digitized by Google

En confusion tan extraña?
¡César escondido aquí!
César dentro de mi casa,
¡Y yo apadrinando á César!
Tercero soy de mi infamia.
Bien dijo que no podia
Decir quién era la dama;
Mas no pudiera decirlo
(¡Ay cielos!) siendo Lisarda.
Yo tengo ofendida aquí
La amistad, la confianza
Y el honor: pues dispongamos
A tres culpas tres venganzas.
En la silla donde está
Le mataré á puñaladas.
¿Pero cómo cumpliré
El homenaje y palabra
De volverle á la prision?
¿Quién vió confusiones tantas?
¿He de quitar yo una vida
Que he jurado de guardarla?
¿Qué es esto, cielos? qué es esto?
¡Hoy, en acciones contrarias,
Una mano le defiende,
Cuando otra mano le mata!
Pero á toda ley, él muera;
Que donde el honor se agravia,
No hay palabra ni decoro,
Ni riesgo que tanto valga. —
César.

(*Sale Don César de la silla.*)

DON CÉSAR.

Corrido de verte,
Salgo á arrojarme á tus plantas.

DON JUAN.

Sígueme, César, y deja
Ceremonias excusadas.

DON CÉSAR.

¿Dónde me llevas?

DON JUAN.

Yo solo
Voy, y con capa y espada:
No te receles.

DON CÉSAR.

No temo
De tu sangre y de tu fama
Traicion; que si lo pregunto,
Es porque, ciego, no hagas
Cosa que quieras despues,
Y no puedas, remediarla.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON CÉSAR.

Como, si me escuchas,
Satisfacciones...

DON JUAN.

¿Pues haylas?

DON CÉSAR.

Sí.

DON JUAN.

¡Plegue á Dios!

DON CÉSAR.

Las oirás
Aquí, y si de aquí me sacas,
No; que para aquí es la lengua,
Y para fuera la espada.

DON JUAN.

¿Qué satisfacciones hay,
Para haber con culpas tantas
Hoy ofendido mi honor,
Mi amistad y confianza?
Mi honor, pues te has atrevido
A quebrantar esta casa;
Mi amistad, pues que sabiendo
Que soy dueño de Lisarda,
La solicitas y sirves;
Mi confianza, pues hallas
En ella un tercero infame,
De quien contra mí te valgas.
Mira si tengo razon
De quejarme, pues agravias,
Siendo ingrato amigo, honor,
Amistad y confianza.

DON CÉSAR.

Cuando de los dos alguno
Por culpa esté, ó ignorancia,
Ofendido, soy yo solo
A quien indicas y agravias
De traidor y falso amigo,
Siendo para mí las aras
De la amistad un altar,
En quien sacrifico el alma
A tu honor. La causa fué
De quebrantar esta casa,
Vivir en ella quien della
No depende: es una dama,
Que está aquí presa, y con quien
Me prendieron. Esto basta,
Para que cortés y amante
Venga á verla, si me llama.
Tu amistad no está ofendida;
Que negarte yo mi dama
Fué decoro, fué respeto
Que tuve á la sombra y casa
De tu esposa; pues no quise
Decir que á su lado estaba
Mujer á quien yo mirase.
La confianza que falta,
Tan grande la hice de tí,
Que por ver que si agraviaba
Esta casa, á quien tú tienes
Obligaciones tan altas,
Me habias de dar la muerte,
Lo callé; con cuya causa
Está tu honor satisfecho,
Tu amistad desengañada,
Tu confianza contenta;
Pues tú solamente agravias,
Quejándote de mi honor,
Amistad y confianza.

DON JUAN.

Aunque todas son disculpas,
No son disculpas que bastan:
Dame, para responderte,
Término de aquí á mañana.

DON CÉSAR.

Sí haré, y allá en la prision
Estaré.

DON JUAN.

En ella me aguarda.

DON CÉSAR.

Pues hasta mañana, adios.

DON JUAN.

Adios pues, hasta mañana.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa del Gobernador.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN; *despues* CELIA.

DON JUAN.

Desde que la aurora fria,
Envuelta en blanco arrebol,
Despierta diciendo al sol
Que es hora que venga el dia,
Me tiene la pena mia
A estos umbrales clavado;
Que así quiere mi cuidado
Sus penas averiguar:
Y á esta presa no han de dar
Papel, aviso ó recado,
Hasta que la hable primero,
Cogiéndola inadvertida
Yo; que, á precio de mi vida,
Ver mi desengaño quiero.
Si en imaginarlo muero,
Muera en saberlo; y si es tal
Que es á mi sospecha igual,
No haya en mis desdichas medio,
Y muramos del remedio,
Si hemos de morir del mal.
Esta es Celia.—¡Oh Celia mia!

(*Sale Celia.*)

CELIA.

¡Mi señor! pues ¿á esta hora?

DON JUAN.

Dime, ¿qué hace tu señora?

CELIA.

Vestirse agora queria.

DON JUAN.

Saldrá á dar segundo dia
Al campo.

CELIA.

A servirla voy.
¿Mandas algo?

DON JUAN.

Di que estoy
Adorando estos umbrales. —

(*Vase Celia.*)

¡Qué de penas, qué de males
Padece un celoso! Hoy
No saldrá la que yo quiero;
Pero tarde, aunque la aguarde;
Que viendo que viene tarde
El desengaño que espero,
Sin duda que es lisonjero;
Que si desengaño fuera
Mortal, tan presto viniera,
Que un instante no tardára.
¡Oh! quién se desengañara!
¡Oh! quién sin temor se viera!

ESCENA II.

EL GOBERNADOR.—DON JUAN.

GOBERNADOR.

Don Juan.

DON JUAN.

Señor.

GOBERNADOR.

¿Pues aquí
Tan de mañana? Yo creo
Que con un mismo deseo
Madrugamos.

DON JUAN.

¿Cómo así?

GOBERNADOR.

Vos para buscarme á mí,
Y yo á vos.

DON JUAN.

¿Qué me mandais?

GOBERNADOR.

Porque de mi amor veais
El cuidado, ya no quiero
Dilatar el lisonjero
Favor que amando esperais.
Y porque sé del que aguarda
Cuánto suele padecer,
Esta noche habeis de ser
Dueño feliz de Lisarda.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Otro temor me acobarda!

GOBERNADOR. (*Ap.*)

Así las sospechas mias
Aseguro.

DON JUAN.

Si tenias
Por unos dias, señor,
Dilatado este favor,
Dilátale algunos dias:
Yo esperaré.

GOBERNADOR.

Yo aguardaba
Componer algunas cosas,

Digitized by Google

Para este caso forzosas;
Ya lo están.

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Confusion brava!

GOBERNADOR.
(*Ap.* Aun peor está que estaba;
Pues el que lo procuró
Lo dilata; anoche vió,
Sin duda, lo que yo vi.)
Si hoy, Don Juan, no dais el sí,
Mañana no querré yo. (*Vase.*)

DON JUAN.
¡Qué prisa! Mas la que aquí
Viene, es... ¡Muramos, cielos,
Que no hay quien calle con celos!

ESCENA III.

FLERIDA.—DON JUAN.

FLÉRIDA.
Señor, ¿tan temprano?

DON JUAN.
Sí,
Y por solo verte á tí
Tanto he madrugado hoy.

FLÉRIDA.
Siempre á tu servicio estoy.

DON JUAN.
Fiada en mi calidad,
¿Me dirás una verdad?

FLÉRIDA.
Esa palabra te doy.

DON JUAN.
Bien puedes de mí fiarte;
Porque siendo quien sospecho,
De mi vida y de mi pecho
Has de tener mucha parte.
No temas, pues, declararte
Conmigo. ¿Conoces, di,
A César Ursino?

FLÉRIDA.
Sí;
Y al cielo, señor, pluguiera
Que nunca le conociera,
Pues por él estoy aquí:
Por él mi opinion difunta
Yace en brazos del castigo.

DON JUAN.
(*Ap.* No dice mal el testigo
A la primera pregunta.)
¿Diste de noche ocasion
Para hablarle?

FLÉRIDA.
Muchas son
Las ocasiones que di,
Con harto riesgo.

DON JUAN.
(*Ap.* Eso sí;
¡Dadme albricias, corazon!)
Dime, en fin, si en un jardin
Pasó...

FLÉRIDA.
No prosigas, no;
Que en un jardin sucedió
Toda mi desdicha, en fin.
Testigo doy á un jazmin
De mi tragedia cruel,
Que estando los dos en él...

DON JUAN.
Ya basta, no digas mas,
Que vida y alma me das.
(*Ap.* Perdóname, amigo fiel,
El temor que me acobarda;
Ya mi desengaño vi.)
Desto que ha pasado aquí,
No digas nada á Lisarda,
Y quédate adios. (*Quiere irse.*)

FLÉRIDA.
Aguarda.
¿Dónde de esa suerte vas?

DON JUAN.
Pues satisfecho me has,
Ver á César es razon,
Que me espera en la prision.
No tengo de saber mas. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FLERIDA; *despues* LISARDA, CELIA.

FLÉRIDA.
¿A ver á César? ¿qué es esto?
Que el inquirir y el saber,
Y el decir que le va á ver,
En nuevas dudas me ha puesto;
Pero fácil es, supuesto
Que con lo que preguntó
Quiso saber si era yo:
Con lo que le respondí,
Confirmó luego que sí,
Pues albricias se pidió.
En decir que le va á ver
Claramente me decia
Que de su parte venia;
En la prision, da á entender
Que está preso. ¿Qué he de hacer
Sino ir?

(*Salen Lisarda y Celia.*)

LISARDA.
¿Dónde?

FLÉRIDA.
Señora,
Pues que mi humildad no ignora
Que tuyo mi bien será,
Has de saber que aquí está
Preso el que yo busco. Agora
Lo supe, y él ha sabido
(A tanto mi dicha pasa)
Que estoy, señora, en tu casa.
¡Oh qué gran ventura ha sido
Haber á ella venido;
Pues no me podrá culpar
De que no me supe honrar
En su ausencia! ¡Loca estoy!
¿Que á César he de ver hoy? (*Vase.*)

ESCENA V.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.
Celia, añade otro pesar.

CELIA.
¿Qué pesar?

LISARDA.
Solo en los celos,
Ménos lances á ver llega
El que mira, que el que juega.
¿Posible es que en mis recelos,
Mis penas y mis desvelos
No ves un temor que lucha?
¿No ves que mi pena es mucha?
¿Y que cuando un lance acaba,
Vuelve á estar peor que estaba?

CELIA.
Dime, ¿de qué suerte?

LISARDA.
Escucha:
Dijo el portugues Virgilio
En una dulce cancion:
«Vi el bien convertido en mal,
Y el mal en otro peor.»
En otra parte un discreto
Hidras cortadas llamó
A las desdichas, pues donde
Una muere, nacen dos.
Tal me ha sucedido á mí;
Pues cuando contenta estoy
De haber de un temor salido,
Voy entrando á otro temor.
Presa un dia me juzgué,
Y tan bien me sucedió,
Que escapé de aquel peligro;
Mas pagando la pension
De los celos, que una dama
Robada entónces me dió;
Así que, alegre al principio,
Y despues con mas dolor,
Vi el bien convertido en mal,
Y el mal en otro peor.
Vino anoche aquel hidalgo,
Saliendo de su prision
Por verme; pedíle celos;
Si me satisfizo ó no,
No lo sé; pero ya basta
Que me satisfice yo.
Estando los dos hablando,
La guia se le trabó
De la espada á una pistola,
Que no estaba en el fiador.
No tenemos que argüir
Si pudo ser, pues se vió
Muchas veces, y un acaso
Es la desdicha mayor.
Salí deste susto luego;
Que viendo que no le halló
Mi padre, juzgué sin duda,
Y no con poca razon,
Que cayendo en el portal,
Abierta la puerta halló.
Y cuando deste suceso
Daba gracias al amor,
Vi el bien convertido en mal,
Y el mal en otro peor.
Esta presa vino aquí
Tras de un hombre que la dió
Palabra de casamiento,
El cual, por una cuestion,
Huyendo vino: este hombre,
De mi libertad ladron,
Huyendo vino tambien
Por cosas que cometió:
Por cuanto pudiera ser
El que esta dama buscó;
Pues convienen en las señas
De estar aquí, y en prision.
Mira si me viene bien,
Entre tanta confusion,
Aquel adagio vulgar
Que dice en pública voz:
«Aun peor está que estaba»,
Y aquella dulce cancion,
Cuando diga á cielo y tierra,
Mar y viento, luna y sol:
Vi el bien convertido en mal,
Y el mal en otro peor.

CELIA.
Señora, cuando en el mundo
Solo hubiera un matador,
Justamente discurrias
En pensarlo; pero no
Cuando hay tantos, porque ya
Todos los hombres lo son.
Tres hay en una baraja
Sola; deja esa ilusion;
Que si los celos hicieron
Tal figura, porque son
Astrólogos, por lo mismo
No debes creerlos, no.

ESCENA VI.

CAMACHO.—DICHAS.

CAMACHO.
Lo de éntrome acá, que llueve,
Y el cuélome de rondon,
Son frases de aqueste caso.
Yo he de salir, ¡vive Dios!
Deste encanto.

Digitized by Google

CELIA.
Aquel criado
De Fabio hasta aquí se entró.

LISARDA.
¿En esta casa el criado?
Él sin duda la avisó,
De cómo en esta ciudad
Está preso su señor.
Averiguarlo pretendo;
Y pues que nunca me vió
El rostro, disimulemos.

CELIA. (*A Camacho.*)
¿Cómo sin mas atencion
Os entrais aquí?

CAMACHO.
Entré andando;
Si os he ofendido á las dos,
Andando me volveré
Al mismo compas y son.
De lo cierto y lo galano
Del danzar se me pegó,
Que pié derecho deshaga
Lo que pié izquierdo empezó:
Y así me iré como vine.

LISARDA.
Decid, soldado, ¿quién sois?

CAMACHO.
A saberlo yo, os hiciera
En eso poco favor,
Pero no puedo decirlo,
Porque yo no sé quién soy.
Tan encantado me tiene
Un amo que Dios me dió,
Que yo no sabré de mí,
Que ando en las selvas de amor,
A lo de escudero andante,
Siguiendo embozado un sol.
Y hablando en capa y espada,
Aquí busco á la mayor
Invencionera de Europa:
Si es alguna de las dos,
Una dama que está aquí
Presa, por un solo Dios
Me lo diga; porque vengo
Peregrino en estacion
Solo á verla; que mi amo
La cabeza me quebró,
Su belleza encareciendo,
Y quisiera verla yo
A trueco de que me deje.

CELIA. (*A Lisarda.*)
¿Ves, señora, si mintió
El astrólogo?

LISARDA.
No hizo;
Que él busca la presa, y no
Se tiene por presa ella.

CELIA.
¡Sutil imaginacion!

LISARDA.
Y en tanto que celos mienten,
Diga verdades amor.—
¿Tanto la encarece? (*A Camacho.*)

CAMACHO.
Sí.

LISARDA.
¿Qué? ¿belleza, ó discrecion?

CAMACHO.
Todo; que es dama *in utroque*,
Como grado de doctor.

LISARDA.
¿Alábala mucho?

CAMACHO.
Mucho.

LISARDA.
¿Y está enamorado?

CAMACHO.
No,
No es esto porque la quiere;
Porque otro primero amor
Le tiene mas divertido;
Porque esta dama de hoy
Aun no pinta, sino borra.

LISARDA.
¿Qué borra?

CAMACHO.
Eso no sé yo,
Ni entiendo; mas me parece
Que os habeis sentido vos
De que borre. Si sois ella,
Decídmelo.

LISARDA.
(*Ap.* ¡Muerta estoy!)
Pues atrevido, villano,
Infame, falso, traidor,
Yo no soy sino Lisarda,
Hija del Gobernador,
Y en mi casa no se usa
Tratar ni sentir de amor.
En tanto que está en mi casa
Esa mujer, no es razon
Que soliciteis hablarla;
Que es sagrado del honor
Esta casa. Y si volveis
Aquí otra vez, ¡vive Dios!
Que haré que cuatro criados
Os echen por un balcon.

CAMACHO.
Pesaráme; y con tres basta;
¿Qué son tres? sobrarán dos;
¿Qué son dos? bastará uno;
¿Uno? medio, un cuarteron,
Un brazo, una mano, un dedo,
Una uña sola bastó;
Y así, me voy ántes que
Ellos me arrojen. Adios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.
Aun en los menores gustos
Es mi desventura tal,
Que el bien se convierte en mal.

CELIA.
Temores han sido injustos,
Para sentirlos así.

LISARDA.
Ya lo llegué á imaginar,
Y me he de desengañar.
Hoy un papel le escribí,
Y diciendo, Celia, fué,
Que si dinero ó favor
De su prision el rigor
Pueden quebrantar, saldré
A verle donde él quisiere,
Fingiendo que yo tambien
Quebranto mis guardas.

CELIA.
Bien.

LISARDA.
Y donde quiera que él fuere,
Llevaré en mi compañía
Esta dama; y siendo él,
(¡No permita amor cruel
Tan grande desdicha mia!)
Desistiré de mi amor;
Y si no, venceré, amando,
Tantos imposibles.

CELIA.
Cuando
Sea el Páris de su honor,
Hallándote de ese modo
En irle á ver empeñada,
Fuerza es volver desairada.

LISARDA.
Ingenio habrá para todo.

ESCENA VIII.

FLERIDA, *con manto.* — DICHAS.

LISARDA.
Laura, ¿dónde vas así?

FLÉRIDA.
Con tu licencia, señora,
Voy á una prision ahora,
Donde está el alma.

LISARDA.
(*Ap.* Ay de mí!
Di que á matarme, y dirás
Mejor. ¿Cómo he de sufrir
Quedar yo, viéndola ir,
En duda si es él?) ¿No hay mas,
En las casas principales,
De tomar el manto, y voy
Donde quiero?

FLÉRIDA.
Tal estoy,
Que no me dejan mis males
Discurrir con atencion;
Ni es mucho, quien vino así
Desde Nápoles aquí,
Vaya de aquí á una prision.

LISARDA.
Con todo eso corre ya
Por cuenta de quien te tiene
En casa tu honor: si viene
Mi padre, ¿qué nos dirá?

FLÉRIDA.
Yo volveré ántes que venga;
Que no es, señora, muy tarde.

LISARDA.
Has de ir conmigo esta tarde
A una visita.

FLÉRIDA.
¿Que tenga
Paciencia para no verle,
Quieres?

LISARDA.
Hete menester.

FLÉRIDA.
Al instante he de volver,
Que no quiero mas de verle.

LISARDA.
Pues eso no quiero yo.

FLÉRIDA.
Luego te vendré á servir.

LISARDA.
No te canses, que no has de ir.

FLÉRIDA.
Tú no te canses, que no
Puedo, si en esto consiste.

ESCENA IX.

EL GOBERNADOR.—DICHAS.

GOBERNADOR.
¿Las dos en contienda igual?

LISARDA.
(*Ap.* A fe que has de hacer por mal,
Lo que por bien no quisiste.)
Quiérese de casa ir, (*Al Gobernador.*)
Sin hablarte á tí primero.

FLÉRIDA.
Sí, señor, porque irme quiero.

GOBERNADOR.
¿No hay mas de «quiérome ir?»

FLÉRIDA.
Yo confieso que debiera
Tu licencia pretender;
Mas si llegaste á saber
Quién soy, y de qué manera
Aquí estoy, no es liviandad
Ir, si el alma lo desea,
Adonde mi esposo vea,
Que está preso.

Digitized by Google

GOBERNADOR.
Así es verdad;
Mas porque no le veais
Presa habeis estado aquí.

FLÉRIDA.
¿Presa, señor? ¡ay de mí!

GOBERNADOR.
¿Ya tan olvidada estais?
¿No os acordais del jardin?

FLÉRIDA.
Sí, y el alma lo confiesa.

GOBERNADOR.
¿No vinisteis desde él presa?

LISARDA. (*Ap.*)
Llegó nuestro engaño al fin.

FLÉRIDA.
¿Presa yo? Mirad que no.

GOBERNADOR.
¿Yo mismo no os hallé allí?

FLÉRIDA.
¿Pues yo no me vine aquí?

GOBERNADOR.
¿Pues no os envié presa yo?

FLÉRIDA.
Di, señora, por tu vida,
Esto.

LISARDA.
¿Presa no viniste?
Por señas que me dijiste
Que te hallaron escondida
Dentro de la misma casa.
Pues yo ¿de qué lo supiera,
Si tu voz no lo dijera?

FLÉRIDA.
¡Qué es esto que por mí pasa!

GOBERNADOR.
Y aun lo negará con eso
Pues quedais solas las dos,
Acuérdaselo por Dios,
Que quiere quitarme el seso. (*Vase.*)

FLÉRIDA.
¿Presa me trajeron?

LISARDA.
No.

FLÉRIDA.
¿Pues quién tal rigor abona?

LISARDA.
Laura, esto es fuerza; perdona,
Porque primero soy yo.
Vente esta tarde conmigo,
Todo el suceso sabrás,
Y de esas dudas saldrás.

FLÉRIDA.
¡Paciencia! Tu sombra sigo. (*Vanse.*)

—

Prision de Don César.

ESCENA X.

DON JUAN, DON CESAR.

DON JUAN.
César, corrido vengo
De haber de vuestro amor desconfiado;
Mas por disculpa tengo
Que pintan al Amor ciego y vendado,
A quien dieron los cielos,
Para que le guiasen, á los celos.
Mozos de ciego han sido
(No os parezca bajeza este concepto);
Ellos han conducido
A Amor por donde quieren; y él sujeto
Y humilde á obedecellos,
Ha de creer lo que dijeren ellos.
La repuesta que dije
Que hoy os habia de dar, ha sido esta;
Ningun temor me aflige,
Admitid la disculpa por respuesta;
Ya yo estoy satisfecho; [cho.
Mas si vos no lo estais, rompedme el pe-

DON CÉSAR.
Don Juan, aunque pudiera
Agraviarme de vos, la queja mia
Remito; que no fuera
Amigo, como soy, si el primer dia,
Que os disgustais conmigo,
No os sufriera un defecto como amigo.
Confieso que era fuerte
La ocasion que tuvisteis, y confieso
Que el no darme la muerte
Entónces, fué valor; pero tras eso,
De otro hombre no sufriera,
Que mis satisfacciones no admitiera.
¿Cómo os desengañásteis?

DON JUAN.
Si fué eso hacer á mi amistad agravio,
¿Para qué me acordásteis
Que os ofendí? Ya el corazon, ya el la-
Este secreto sella. [bio
Bella es la presa vuestra.

DON CÉSAR.
¿No es muy bella?

DON JUAN.
Sí; mas junto á Lisarda
Es junto al dia una tiniebla oscura,
Es una nube parda
Junto al sol: es un mar de la hermosura;
Ninguna se le atreve,
Que como arroyos fáciles los bebe.

DON CÉSAR.
Cuando tan bella sea,
No será tan discreta y entendida.
¿Quereis, Don Juan, que os lea
Un papel, pues la máscara corrida
Tiene amor, y á los dos, en penas tales,
Comunes son los bienes y los males?

DON JUAN.
Haréisme mucho gusto.

DON CÉSAR.
Mucho lo he encarecido, y no me atrevo.

ESCENA XI.

CAMACHO. — DICHOS.

CAMACHO.
¿Que salí de aquel susto? [vo!
¡Gracias á Dios que el pié turbado mue-

DON JUAN.
¿Qué es eso?

DON CÉSAR.
¿De qué son las confusiones?

CAMACHO.
Vienen tras mí criados y balcones.
Yo quise ver tu presa,
Por ver si era tan bella y tan gallarda
Como tu voz confiesa,
Y con un diablo hallé de una Lisarda,
La cual enfurecida
De saber á qué fuese mi venida,
Me dijo: «Esta no es casa
Donde á nadie se busca con recados;
Y si esto otra vez pasa,
De un balcon mandaré á cuatro criados
Que os echen.»

DON JUAN.
Eso creo muy bien della,
Porque es tan recatada como bella.
Mas el papel leamos,
Y aquese ingenio singular veamos.

DON CÉSAR. (*Lee.*)
«Si podeis sobornar vuestras guar-
»das, como yo las mias, saldré esta
»tarde á veros; mas con tres condicio-
»nes: que tengais una silla á la puerta
»de la iglesia mayor, y una casa donde
»pueda hablaros, y os dejeis en casa
»la pistola.»

DON JUAN.
Buen estilo, y cortesano;
Pero temerario intento
Me ha parecido.

CAMACHO.
Oye un cuento:
Llevando un dia un villano
Una soga y una estaca,
Una cabra, una cebolla,
Una polla y una olla,
Halló una grande bellaca.
Llamóle, y díjole: Gil,
Ven acá, parlemos hoy
En este campo.—Si voy
Cargado de alhajas mil,
(Dijo él) ¿cómo podré,
Sin que se me pierdan todas?—
Dijo ella: Mal te acomodas;
Que eres necio bien se ve.
¿Qué llevas?—Tú lo verás,
Una cebolla, una olla,
Cabra, soga, estaca y polla.—
¿Eso es mucho? ¿Pues hay mas
(Dijo) de hincar en el suelo
La estaca, y cuando lo esté,
Atar la cabra de un pié
Con la soga, y en un vuelo,
Para asegurarlo mas,
Meter la polla en la holla,
Taparla con la cebolla
La boca, y así estarás
Seguro de que se abra,
Y tendrás, si eso te ahoga,
Seguras estaca y soga,
Polla, olla, cebolla y cabra?—
Cuando quiere una mujer,
No hay inconveniente humano:
Lo imposible ha de hacer llano.

DON JUAN.
Y al fin, ¿qué pensais hacer?

DON CÉSAR.
Con gran gusto á hablarla fuera
Si fuera de noche, ó si,
Para salir hoy de aquí,
Licencia el Alcaide diera;
Y luego tuviera adonde
Verla.

CAMACHO.
Tan cargado estás
Como el villano, y aun mas.

DON JUAN.
A eso mi amistad responde:
Licencia, yo la tendré
Del Alcaide; para veros,
Mi cuarto puedo ofreceros
Sin ningun riesgo; porque
Cae á otra calle la puerta.
De aquí en un coche saldréis,
Y todo lo dispondréis
Como esa dama concierta.

CAMACHO.
No está la tramoya mala;
Tan bien lo has acomodado,
Que pienso que has estudiado
La leccion de la zagala.

DON JUAN.
Parte, Camacho, y preven
La silla; la llave es esta
Del cuarto; todo lo apresta
Para que suceda bien.
Ea pues, no tardes, vete.

CAMACHO.
Solo en esto seré presto,
Por ser parecido en esto
Cocinero y alcahuete;
Pues sin probar un bocado
De los manjares que ha hecho,
Suele quedar satisfecho
De solo haberlos guisado. (*Vase.*)

Digitized by Google

DON CÉSAR.
Grandes finezas haceis.
DON JUAN.
Aquestas albricias doy
Al desengaño de hoy.
DON CÉSAR.
¿En efecto, me ofreceis
La licencia, casa y coche?
DON JUAN.
No es muy grande demasía,
Que os quiero llevar de dia,
Porque vos no vais de noche.
Pero aquí el Gobernador
Entra.
DON CÉSAR.
Novedad ha sido,
Pues á la torre ha venido.

ESCENA XII.

EL GOBERNADOR, CRIADOS.—DICHOS.

GOBERNADOR.
Don Juan, ¿aquí estáis?
DON JUAN.
Señor,
Estoy ya preso tambien.
GOBERNADOR.
¿Preso vos?
DON JUAN.
Si está mi amigo
Preso, justamente digo
Que lo estoy yo.
GOBERNADOR.
Decis bien;
Pero si ese es argumento
Que vale, todos lo estamos,
Pues que servir deseamos
A Don César.
DON CÉSAR.
Solo intento
Callando llevar la palma
De agradecido; que es mengua,
Que quiera alzarse la lengua
Con los afectos del alma:
Solo te digo que Dios
Esa vida aumente y guarde.
GOBERNADOR.
Don Juan, dejadme esta tarde
A Don César; que los dos
Tenemos mucho que hablar.
DON JUAN.
Ya te obedezco.
DON CÉSAR.
(*Ap.* ¡Ay de mí!
¡Qué buena ocasion perdí!
Tarde la podré cobrar.)
Don Juan, ya veis lo que pasa;
(*A él aparte.*)
Si acaso hubiere llegado
La dama con el criado
A esperarme á vuestra casa;
Pues es mi tormento tanto,
Id vos mismo, entrad con ella;
Que yo sé que estará ella
Bien tapada con su manto;
Y decidla que no puedo
Ir á verla; y pues sabeis
Quién es, con ella no os déis
Por entendido; y que quedo
Muerto decid
DON JUAN.
Sí diré.
DON CÉSAR.
Id en aqueso advertido,
Que no os déis por entendido
De quién es, Don Juan.

DON JUAN.
No haré. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON CESAR, EL GOBERNADOR.

GOBERNADOR.
Sentaos, Don César, aquí.
(*Siéntanse los dos.*)
DON CÉSAR.
En todo he de obedeceros.
GOBERNADOR.
Habeis, César, de saber,
Que en mis mocedades fui
De Don Alonso Colona
Grande amigo; y así vengo,
Con la obligacion que tengo
A su honor y á su persona,
A hablaros; y no os parezca
Que como juez he venido.
Él, en efecto, ha querido
Que yo á servirle me ofrezca,
Y haciendo, como hombre sabio,
Para lograr su quietud,
La necesidad virtud
Y obligacion el agravio,
Vuestro perdon ha ganado,
Y en este pliego os le envía;
Porque á este remedio fia
El ver su honor restaurado.
Dice en fin, que como vais
Casado con su hija bella,
A su casa vos y ella
Con mucho gusto volvais;
Que como padre los brazos
Tendrá abiertos.
DON CÉSAR.
Vos haceis
Como quien sois, y poneis
En el alma eternos lazos.
Celos fuéron la ocasion
De un furor desatinado;
Mas ya estoy desengañado
De que fuéron sin razon;
Y así digo que he de ser
Desde hoy de Flérida bella,
Y me casaré con ella.
GOBERNADOR.
Esta noche se ha de hacer.
DON CÉSAR.
¿Teneis poder?
GOBERNADOR.
¿Para qué,
Si ella y vos estáis aquí?
DON CÉSAR.
¿Flérida aquí? ¿cómo así?
GOBERNADOR.
¡Buen descuido es este á fe!
¿No está aquí? ¿no está en mi casa?
DON CÉSAR.
Eso, señor, no sabia.
GOBERNADOR.
¿No la hallé con vos el dia
Que os prendí?
DON CÉSAR.
¿Qué es lo que pasa?
Señor, si habeis presumido
Que es esa Flérida bella,
¡Vive el cielo! que no es ella.
GOBERNADOR.
¿Cómo puede haber mentido
Un criado que la vió,
Y decirlo ella tambien?
DON CÉSAR.
¿Ello hay otra presa á quien
Tengas en tu casa?

GOBERNADOR.
No;
Es la que con vos estaba
En el jardin.
DON CÉSAR.
Es error,
Que no es Flérida, señor.
GOBERNADOR.
Ya mi paciencia se acaba.
Si ella misma me confiesa
Con mil rendidas razones
Los amores y ocasiones,
Si bien niega que está presa,
¿Puede ser mentira?
DON CÉSAR.
Pueden
Convenir á otra mujer
Esas señas.
GOBERNADOR.
¿Puede ser,
Si criados lo conceden
Que siguiéndola han venido,
La han visto y desengañado?
DON CÉSAR.
Pues há mentido el criado.
GOBERNADOR.
Haréis que pierda el sentido.
DON CÉSAR.
Llevadme á vella, y si ella
Dice delante de mí
Que es Flérida, desde aquí
Estoy casado con ella.
GOBERNADOR.
Decis bien, venid.
DON CÉSAR. (*Ap.*)
¡Ay cielos,
Sacadme de aqueste engaño!
GOBERNADOR. (*Ap.*)
¡Dadme, cielos, desengaño
De tan confusos desvelos!
DON CÉSAR.
¿En fin, ella es la que andaba
Escondida en el jardin?
GOBERNADOR.
Sí.
DON CÉSAR.
Pues no es Flérida, en fin.
GOBERNADOR.
Pues peor está que estaba. (*Vanse.*)

Habitacion de Don Juan en casa del Gobernador.

ESCENA XIV.

LISARDA, FLERIDA, *tapadas*; CAMACHO.

CAMACHO.
Esta es, señoras, la casa;
Toda la ciudad rodé,
Porque no fueseis seguidas.
Yo apuesto que no sabeis
Donde estais.
LISARDA.
Si hemos venido
Corriendo siempre, sin ver
La luz, y en este portal
Apénas puse los piés,
Porque dentro desta sala
De la silla me apeé,
Imposible es el saberlo.
CAMACHO.
El órden que traje, fué
Que, en dejándôs aquí dentro,
Volviese á cerrar despues
Por defuera. Aquí os quedad,
Que el hospedaje que veis,
Aposento es de hombre mozo:

Digitized by Google

Bien hay que mirar en él.
Adios. (*Vase*)

ESCENA XV.

LISARDA, FLERIDA.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

Callando he venido
Toda la tarde, porque
Camacho no me conozca.
Ya voy echando de ver
Que es verdad que está aquí César,
Pues sus criados se ven.
Pero ¡Lisarda tapada!
¡Tan disimulado él!
¡Y yo por testigo desto!
Quiera Dios que pare en bien.

LISARDA.

Desahoguémonos un poco
Aquí que nadie nos ve,
Laura. Mas ¡válgame el cielo!
(*Reconoce el cuarto.*)

FLÉRIDA.

¿De qué te admiras?

LISARDA.

No sé,
No sé, Laura. ¡Muerta soy!

FLÉRIDA.

¿Qué tienes?

LISARDA.

¿Qué he de tener
Si estoy en mi misma casa,
Cuando encubrirme pensé
Para un amoroso efecto,
Que tú has de saber despues,
Que para algo te he traido?
Este aposento que ven
Tus ojos, es de Don Juan:
Tú, como huespeda, en él
No entraste, y no le conoces;
Mas yo le conozco bien.
Tiene la puerta á otra calle;
Que como tapada entré,
Y vine sin ver por dónde,
Sin luz, sin norte y sin ley,
Pájaro nocturno he sido,
Yo misma he dado en la red.
¡Ay de mí! ¡yo estoy perdida!
¿De quién (¡ay cielos!), de quién
Podré quejarme? De nadie,
Pues mia la causa fué.
Déjame desengañar,
Déjame reconocer
Si es verdad, si es ilusion.
¿Mas quién en el mundo crê
Que, señas que han de matar,
Mentiras pudiesen ser?
Estas sillas, estos cuadros,
Aquel escritorio, aquel
Espejo, estas colgaduras
Son las mismas. No hay que ver:
Yo estoy en mi misma casa.
¿Cómo, ¡cielos! pudo ser?
Mas no tengo de rendirme
De la fortuna al desden;
Si para todo hay remedio,
Para aquesto le ha de haber.
Una puerta deste cuarto
Cae al mio (¡ay Dios!); si en él
Hubiese quien nos abriese...
Pues yéndonos de aquí, bien
Se remediaba el que aquí
No nos hallen, que despues
Alguna disculpa habrá;
Y cuando no, si una vez
Salgo yo de aquí, que nunca
Haya disculpa. Esta es,
Acecha por esa llave.

FLÉRIDA.

Celia á una ventana, que
Desde tu cuarto, señora,
Cae á ese hermoso verjel,
Labor hace.

LISARDA.

Pues aparta,
Llamaréla.—Celia, ce!
Ah Celia!—No sabe donde
Llaman, como no nos ve,
Y anda loca.—Aquí, á esta puerta.

ESCENA XVI.

CELIA, *dentro*. — DICHAS.

CELIA. (*Dentro.*)

¿Pues quién llama aquí? ¿quién es?

LISARDA.

Yo soy, Celia; si es que puedes
(Luego la ocasion diré),
Abre esta puerta.

CELIA.

La llave
Mi señor ha de tener
Sobre un escritorio; espera,
Volando por ella iré.

LISARDA.

¡Oh si tan presto vinieses
Como yo te he menester!

FLÉRIDA.

No será posible ya.

LISARDA.

¿Cómo?

FLÉRIDA.

Como oigo torcer
La llave de esotra puerta,
Y entra un hombre.

LISARDA.

Don Juan es.
¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!
Ingenio aquí es menester.
Laura, quítame este manto,
Y tápate, en tanto que él
Tarda en volver á cerrar,
Y hagamos del ladron fiel.
(*Toma Flérida el manto de Lisarda.*)

ESCENA XVII.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN.

No está en la primera sala
Esta dama: querrá ver
Todo el cuarto.—Vos, señora...
¿Mas qué es esto?

LISARDA.

¿Qué ha de ser?
Que soy yo, señor Don Juan,
Tan galante y tan cortés,
Que viendo que os esperaba
Esta dama, sin tener
Quien la hiciese compañía,
Porque tan sola no esté,
Salí de mi cuarto yo,
Por esa puerta que veis,
A acompañarla; que sois
Buen galan, en buena fe.
¡Buen galan y buen esposo!

DON JUAN.

Señora...

LISARDA.

Callad, no deis
Disculpas mal prevenidas.

DON JUAN.

Yo no...

LISARDA.

Sois un descortes
Ingrato, mal caballero,
Poco amante y poco fiel.

DON JUAN.

¿Conocisteis á esa dama?

LISARDA.

¿Pues habia yo de ser
Tan ingrata como vos,
Llegando á reconocer
A quien no me ofende á mí?

DON JUAN.

Pues escuchad y sabed...

LISARDA.

No estoy tan enamorada,
Don Juan, que haya menester
Satisfaccion; no son celos
Estos, sentimiento es
Del agravio, del desprecio
Que á mi vanidad haceis.
¡En mi casa y á mis ojos
Embozada otra mujer!
¡Silla, corridas las puertas,
Con escudero de á pié!
¡Criado de puerta afuera,
Que no saben si lo es
Los de casa, reservado
Para cierto menester
De ser mastin de las damas!
Todo lo alcanzo y lo sé.

DON JUAN.

Escuchad...

LISARDA.

No hay que decir.

DON JUAN.

Advertid...

LISARDA.

No os disculpeis.

DON JUAN.

Un amigo...

LISARDA.

Ya eso es viejo.
Quereisme dar á entender,
Que un amigo os pidió el cuarto
Para hablar á una mujer,
Cosa entre mozos corriente:
Frívola disculpa es.

DON JUAN.

Señora, escuchad, por Dios.

LISARDA.

Quien escucha que la dén
Satisfacciones, sin duda
Se quiere satisfacer;
Yo no quiero, yo no quiero.
Dadme aquesa llave pues.

DON JUAN.

No se ha de ir, sin que primero
Sepais...

LISARDA.

No lo he de saber:
Apartaos á ese lado.—
Váyase vuesa merced, (*A Flérida.*)
Mi señora, y agradezca
Que soy quien soy, y es quien es.—
(*Ap.* Perdóname, amiga mia,
Que esto es fuerza.)

DON JUAN.

¡Oh dura ley
De amistad! Pues no ha de irse,
Sin que primero escucheis
De su boca mi disculpa.

LISARDA.

Si no la quiero saber,
¿Qué me apurais?

DON JUAN. (*A Flérida.*)

Vos, señora,
Decid si me conoceis,
Decid quién es vuestro amante,
O, vive Dios, que diré
Quien sois vos.

LISARDA.

¿Mas voces dais?
¡Oh qué mal pleito teneis!

Digitized by Google

ESCENA XVIII.

CELIA. — DICHOS.

(*Sale Celia por la puerta á que llamó Lisarda.*)

CELIA.

Señora.

LISARDA. (*Ap.*)

¿Qué quieres?

CELIA.

Ya
La puerta abrí.

LISARDA.

Tarde fué;
Pero bien está.

CELIA. (*Ap. á su ama.*)

¿Qué es esto?

LISARDA. (*Ap. á Celia.*)

Ir con tramoya, y hacer
A esta dama del manjar,
Que la he habido menester.
Mirad si la puerta estaba (*A Don Juan.*)
Abierta por donde entré.

DON JUAN.

¿Quién os niega esa verdad?
Gente viene (¡ay de mí!), y es
Vuestro padre. Solo os pido
Que esto no deis á entender.

LISARDA. (*Ap.*)

Primero soy yo que nadie:
Si buena disculpa hallé
Para no darte mi mano
Y librarme á mí, ¿por qué
La he de aventurar?

ESCENA XIX.

EL GOBERNADOR, DON CESAR, CAMACHO.—DICHOS.

GOBERNADOR.

¿Qué es esto?
Vuestras voces escuché,
Y me obligaron, entrando
En casa, á llegar á ver
Qué sucedia.—¿Tú aquí,
Lisarda?

LISARDA.

Aquí vine...

GOBERNADOR.

¿A qué?

LISARDA.

A visitar una dama.

GOBERNADOR.

¿Dama aquí? ¿Quién puede ser?

LISARDA.

Una dama de Don Juan
Es la tapada que veis.

GOBERNADOR.

Por cierto, señor Don Juan,
Muy poca razon teneis
En entrar así en mi casa...

DON JUAN

Pues tú me matas tambien,
Perdóneme la amistad;
Que no hay rigurosa ley,
Que diga que por su amigo
Un hombre llegue á perder
El honor, que hoy aventuro,
Si pierdo tan grande bien;
Y puesto que aquesta dama
Poco tiene que perder,
Pues ser dama de Don César
Saben ya cuantos la ven,
Desde el dia que tú mismo
La fuiste á prender con él,
Sabe que la dama presa
Que tienes en casa es,
Que para hablar á Don César
Salió esta tarde. Si fué
Mucho yerro hacer espaldas
A un amigo, que me dés
Castigo te pido.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¿Yo
A César hablar ó ver
Quise?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Si la descubierta
Es la dama que yo hablé,
¿Quién la tapada será?

GOBERNADOR.

Ya descubriros podeis,
Señora, pues conocida
Estais; que yerro no es
Muy grande salir á hablar
A vuestro esposo, y tambien
Me importa desengañarle
De que sois Flérida; que él
Dice que vos no lo sois.

FLÉRIDA.

Yo lo soy, señor; porque
Mujer que es tan infelice,
Otra no pudiera ser
Sino yo. (*Descúbrese.*)

DON CÉSAR.

¡Cielos! qué veo!

GOBERNADOR.

Don César, decidme si es
Flérida ahora.

DON CÉSAR.

Sí, señor.

GOBERNADOR.

¡Pues bueno es quererme hacer
Loco, diciéndome allá
César, que no podia ser,
Teniendo vos concertado
Salirla esta tarde á ver
Aquí!

LISARDA.

(*Ap.* Ya estoy consolada
De que no podrá mi bien
Convertírseme en peor,
Pues tal desengaño hallé;
Y pues el amor perdí,
No vaya el honor tras él,
Haya ingenio para todo.)
Si todos quereis saber
El fin de las confusiones
Que á este lance padeceis,
Sabed que Flérida hermosa
De mí se vino á valer,
Y yo la traje engañada
Hasta aquí, porque á deber
A otro no llegue su honor:
Castigar á Don Juan fué,
Porque tenga mas respeto
A su casa y su mujer.

FLÉRIDA.

(*Ap.* ¿Para qué he de averiguar
El cómo, puesto que hallé
Mi honor?) Tuya soy. (*A Don César.*)

DON CÉSAR.

Y yo,
Puesto que vos lo quereis. (*A Lisarda.*)

LISARDA.

Sí, porque el pesar me quite
Este gusto de hacer bien.

GOBERNADOR.

Pues ya que os brinda el amor,
Hacer la razon podeis,
Don Juan y Lisarda, dándòs
Las manos.

DON JUAN. (*A Lisarda.*)

Tuya es mi fe.

CAMACHO.

El *Peor está que estaba*
Nunca ha encajado mas bien
Que ahora que están casados;
Y así: *ite, comœdia est.*

DON CÉSAR.

Y como noble, senado,
Haced á su autor merced
De perdonarle sus faltas,
Pues se pone á vuestros piés.

Digitized by Google

EL SITIO DE BREDÁ.

PERSONAS.

EL MARQUES ESPÍNOLA.
EL CONDE JUAN DE NASAU.
EL MARQUES DE BARLANZON.
PABLOS BALLON.
EL MARQUES DE BELVEDER.
DON FRANCISCO DE MEDINA.
DON FADRIQUE BAZAN.
DON GONZALO DE CORDOBA.
DON LUIS DE VELASCO.
DON VICENTE PIMENTEL.
EL CAPITAN ALONSO LADRON.
ENRIQUE DE NASAU.
EL CONDE ENRIQUE DE VERGAS.
EL PRINCIPE DE POLONIA.
JUSTINO DE NASAU.
ALBERTO, *viejo*.
CARLOS, *niño*.
MORGAN, *ingles*.
MADAMA FLORA.
MADAMA LAURA.
MADAMA ESTELA.
UN INGENIERO.
UN SARGENTO.
UN ESPÍA, SOLDADOS, VILLANOS, etc.

La escena es en Bredá y otros puntos; la accion principia en el ano 1625.

JORNADA PRIMERA.

Campo extramuros de Tornante.

ESCENA PRIMERA.

ESPÍNOLA, ALONSO LADRON.

(*Toque de cajas y trompetas dentro.*)

ALONSO.

Hoy es, señor, el venturoso dia,
Que obediente á las órdenes que diste,
Tornante hospeda tanta bizarría,
Que el tiempo de lisonjas y honor viste;
Porque el bronce y las armas á porfia
Le ven alegre y le oscurecen triste,
Cuando, confusos entre sí, presumo
Que es la aurora su luz, la noche el bu-
[mo.
Aquí la plaza de armas has mandado
Hacer, y aquí la frente de banderas,
Que son ciento y noventa, y numerado
El ejército ya por sus hileras, [llado
Es la muestra que han hecho, y se ha ha-
Que entre propias naciones y extranje-
[ras,
De ejércitos del Rey solo son treinta
Y cuatro mil seiscientos y noventa.
Las del pais, que llaman *escogidos*,
Son dos mil, de felices esperanzas;
Y seis mil y ochocientos prevenidos
De los que llaman *gente de fianzas*:
De la liga católica lucidos
Cinco mil y trecientos, que á venganzas
Ya se previenen: cinco mil la gente
De nuestro Emperador noble y valiente.
Hasta aquí repetí la infantería
Y no ménos admira la opulenta
Majestad de la gran caballería:
Si se reduce á número su cuenta,
De ejércitos del reino, mas habia
Siete mil y seiscientos y sesenta;
Dos mil (no sé si diga Mártes fieros)
De bandas, de hombres de armas y de
[arqueros.

ESPÍNOLA.

Mi humilde celo, mi temor piadoso
Dichosamente sus aplausos fia
A la fe de Filipo poderoso,
Cuarto planeta de la luz del dia;
Y espero que su intento religioso
Ha de asombrar en Flándes la herejía,
Dando el sangriento fin de alguna hazaña
Alabanzas al cielo, honor á España.
(*Tocan dentro.*)
Estos ¿quién son?

ALONSO.

Seis regimientos llegan,
Dos borgoñones, cuatro de alemanes,
Cuyos tercios al conde Juan se entregan
Y marques Barlanzon, ambos Roldanes.

ESCENA II.

EL CONDE JUAN DE NASAU, *de aleman*; EL MARQUES BARLANZON, *de tudesco*. — DICHOS.

JUAN.

Dadnos los piés. (*A Espínola.*)

ESPÍNOLA.

Los brazos no se niegan
A dos tan valerosos capitanes.
Sean Vueseñorías bien venidos.

JUAN.

Siendo de Vuexcelencia recibidos
Con tanto honor, es fuerza lo seamos.

ESPÍNOLA.

¡Buena gente, Marques!

BARLANZON.

Señor, recelo
Que es de provecho; pues en fin lleva-
[mos
Gente nacida en el rigor del hielo.
Vamos á Grave, ó al infierno vamos;
Que voto á Dios, que ha de tener el cielo
Pocos que aposentar, si considero
Que están ya aposentados con Lutero.
(*Tocan cajas.*)

ALONSO.

Estos son italianos y valones.

ESPÍNOLA.

Sufren mucho en un sitio estos soldados.

ALONSO.

Si el saco esperan, sí.

ESPÍNOLA.

No los baldones,
Que pelean tambien.

ALONSO.

Si están pagados.

ESCENA III.

PABLOS BALLON, *de inglés*; EL MARQUES DE BELVEDER, *de italiano*.—DICHOS.

PABLOS.

Así cumplen, señor, obligaciones
Los que á tu sombra viven obligados.

ESPÍNOLA.

Señor Pablos Ballon, ilustre conde
De Belveder...

BELVEDER.

Por mí el honor responde.
(*Tocan cajas.*)

ALONSO.

Estos son españoles. Ahora puedo
Hablar, encareciendo estos soldados,
Y sin temor; pues sufren á pié quedo
Con un semblante bien ó mal pagados.
Nunca la sombra vil vieron del miedo,
Y aunque soberbios son, son reporta-
[dos.
Todo lo sufren en cualquier asalto,
Solo no sufren que les hablen alto.
En tres tercios su gente determina
Divertirse, y tres maestres se previene:
El uno es Don Francisco de Medina,
Y Don Juan Claros de Guzman, que tiene
Sangre al fin de Guzman; y por divina
Muestra de su valor, con ellos viene
Un capitan famoso, un Don Fadrique
Bazan, á quien la fama altar dedique.

ESCENA IV.

DON FRANCISCO DE MEDINA, *con hábito de Santiago*; DON FADRIQUE BAZAN, *con gineta*.—DICHOS.

ESPÍNOLA.

Vuesa merced, señor Fadrique, sea
Mil veces bien venido; que con esto
Mi intento mas alcanza que desea.

MEDINA.

Siempre á servir al Rey estoy dispuesto.

DON FADRIQUE.

Previniendo la fama que lijera
Los vientos rompe con veloces alas,
Que líneas son de la sutil esfera,
Troqué al acero cortesanas galas,
Los ecos de la envidia lisonjera
Al ruido leve de espirantes balas,
La alegre corte á la marcial campaña,
Y al fin por Flándes he trocado á Espa-
(*Tocan cajas.*) [ña.

ALONSO.

Don Gonzalo de Córdoba ha venido.

ESPÍNOLA.

Como en las guerras del Palatinado
Maestre de campo general ha sido,
Puesto ninguno en Flándes ha ocupado,
Que no hay que darle; aunque haya me-
[recido
Victorioso, prudente, afortunado,
Ser general, porque á su bisabuelo
En él enseña repetido el cielo.
No ha perdido faccion, y no ha tenido
Suceso desdichado ni infelice,
Gracias á su valor; porque yo he oido,
Y á voces el ejército lo dice,
Que todos los soldados han vencido
Por Dios y por el Rey; ¡suerte felice!
Y los suyos (¿qué gloria á aquesta igua-
[lo?)
Por Dios y por el Rey y Don Gonzalo.

Digitized by Google

ESCENA V.

DON GONZALO DE CORDOBA.— DICHOS.

ESPÍNOLA.

Ya no puedo temer desdicha alguna,
Pues nuevo Amilcar, á decir me obligo
Que va, ó gran Don Gonzalo, la fortuna
De Fernandez de Córdoba conmigo.

DON GONZALO.

Vueexcelencia remita la importuna
Retórica á los brazos, que, si hoy sigo
Su milicia, del Bétis al Hidáspes
Me harán eterno mármoles y jaspes.
(*Tocan dentro un clarin.*)

ALONSO.

Ya el gran Velasco, general valiente,
Va conduciendo la caballería.
Con él viene el ilustre Don Vicente
Pimentel, que llegó de Lombardía,
Cabo de mil caballos.

ESPÍNOLA.

Benavente,
Ilustre rama de su tronco, envía
Aquel que al mundo dió fértiles plantas,
Aunque la muerte ha marchitado tantas.
Pues ya el rebelde bárbaro ¿qué espera,
Si muerto el mundo á aqueste nombre [yace,
En cuanto mira el sol desde la esfera
Adonde siempre muere y siempre nace?
En dos mitades dividir quisiera
El alma.

ESCENA VI.

DON LUIS DE VELASCO, DON VICENTE PIMENTEL.—DICHOS.

DON LUIS.

Bien tal honra satisface
Nuestros deseos.

ESPÍNOLA.

Triunfos soberanos
Tendréis con imitar vuestros hermanos.

DON VICENTE.

Yo, que siendo el menor, será forzoso
Serlo en valor tambien, hoy solicito
Mostrar, de mis hermanos envidioso,
Que, si no los excedo, los imito,
Pues su blason el tiempo presuroso
En láminas de bronce tiene escrito
Cuando en la tierra y mar, para memo- [rias,
Se escriben con su sangre sus victorias.
Murió en Vergas mi hermano Don Gar- [cía,
Lograda con su muerte su esperanza.
Vueexcelencia perdone la osadía;
Que no es vil, aunque es propia la ala- [banza,
Donde es tan justa. Aqueste mismo dia
Insigne triunfo nuestra gente alcanza;
Que pareció, no triste, alegre suerte,
Que pagó su victoria con su muerte.
Don Alonso en Verceli, que amparado
De un ceston, por instantes esperaba,
De máquinas de fuego rodeado,
La ardiente flecha de encendida aljaba,
De un rayo artificial arrebatado,
Que trueno y lumbre á un mismo tiempo [daba,
Subió tan alto, que, entre fuego y viento,
De sus huesos ignora el monumento.
Cuando el mar, envidioso de la tierra,
Del viento y fuego, por grandezas sumas
Quiso en azul campaña, en naval guerra,
Manchar con nuestra sangre sus espu- [mas;
Y del profundo seno desencierra
Dos aves holandesas, cuyas plumas
Eran de pino, pues con él volaban,
Que hijas del viento serlo imaginaban;
Por heladas campañas discurria
En su alcance con otras dos Don Diego;
Y cuando, atento á su faccion, se via
Sordo el mar, mudo el aire y el sol ciego
Cada cual de las cuatro parecia
Sobre ondas de sal, monte de fuego,
Siendo á tanto espirar humo importuno
Desusados volcanes de Neptuno.
La mas igual batalla que ha tenido
En sus ondas el medio mar de Europa,
Esta fué. Mas despues de haber vencido
La española arrogancia cuanto topa,
Mi hermano, á su fortuna agradecido,
Estaba desarmándose en la popa,
Y apénas quita el peto (¡oh suerte triste!
¿Qué prevencion á lo fatal resiste?)
Cuando una bala (¡caso lastimoso!)
Le rompe el pecho con furor violento,
Porque allí con su sangre venturoso
Quedase, y noble ya, tanto elemento.
Entró en Nápoles muerto y victorioso.
Y yo, que á un punto envidio lo que sien- [to,
Vengo á ofrecer á Dios y al Rey la vida,
Cuanto bien empleada, bien perdida.

ESPÍNOLA.

Valerosos caballeros,
A cuyo poder augusto
Hoy fia al Cuarto Filipo
La máquina de dos mundos,
Por órdenes de su Alteza
La señora Infanta, cuyo
Valor dignamente eterno
Vivirá siglos futuros,
Hoy á veinte y seis de agosto
En Tornante estamos juntos.
El invierno viene ya,
En Flándes mas importuno;
Porque, acercándose al norte,
Va sintiendo sus influjos.
Si no están entretenidos
Los soldados en algunos
De los sitios que se ofrecen
Para victorioso asunto
De nuestras armas, podrán
Amotinarse; y no dudo
Que la esperanza del saco
Pueda sufrir con mas gusto
El grave peso á las armas,
Cuando el diciembre, que anunció,
Molduras de escarcha y hielo
Labre en sus hombros robustos.
Dos plazas se nos ofrecen,
Que cualquiera dellas juzgo
Por dichoso fin. Bredá
Tiene inexpugnable muro
Por los fosos que la cercan;
Que el siempre continuo curso
Del Marc, rio que inunda
Sus calles, la ayuda mucho;
Y es una plaza tan fuerte,
Que han pasado siete lustros
(Que son treinta y cinco años)
Que la ganaron los suyos,
Y nunca la hemos cobrado:
¡Afrenta y baldon injusto
De las armas españolas;
Pero así al cielo le plugo!
Grave es una villa rica,
Y de su asiento presumo
Que fuera muy importante
Al dichoso fin que busco.
El conde Enrico de Vergas
Doce mil caballos tuvo
A la vista de sus torres,
Y escribió lo que pronuncio:
«Yo estoy á vista de Grave,
Donde informarme procuro
Qué gente tiene de guerra,
Y qué defensa en sus muros.
Y como á mí se me envíen
Ocho mil hombres, presumo
Que podré tomarla, siendo,
De los ocho mil que busco,
Los cuatro mil españoles.»
Ahora advertidme, qué rumbo,
Qué designio seguirémos;
Porque yo siempre me ajusto
Al parecer acertado,
A los prudentes discursos
De tan valientes soldados,
Cuyo consejo procuro,
Cuya voluntad estimo,
Y á cuya voz me reduzgo.

DON GONZALO.

Señor, si consideramos
Que aquí dos plazas tenemos,
En cuyo sitio podemos
Entretenernos, y estamos
Dudosos en la eleccion,
Y el Conde avisa que en Grave
Nuestro disinio se sabe,
Estará con prevencion
Esperando á ver tu intento,
Y tendrá toda la tierra
Con prevenciones de guerra,
Con municion y sustento.
Bredá está mas descuidada,
Pongamos sitio á Bredá.

BARLANZON.

¿Y no se advierte que está
Bredá tambien mas cercada?
Es una fuerza invencible,
Y un sitio sin esperanza
De victoriosa alabanza;
Que por armas no es posible
Tomarla, como se ve.
Comiendo y no peleando,
¿Quién ha de estar esperando
A que por hambre se dé?

DON LUIS.

Quien advierta que la gloria
Es mas prudente y modesta,
Y mas noble cuando cuesta
Ménos sangre la victoria.
Si una vez se ven cercados
Vendrán á darse á partidos,
Y como estén conseguidos
Nuestros intentos osados,
Será mas piadosa hazaña
Que ellos se vengan á dar,
Como al fin venga á quedar
Bredá por el Rey de España,
Que es lo que se intenta.

JUAN.

Sí,
Mas que se dén desconfío;
Pues pudiendo por el rio
Meterles socorro, así
Podemos estar mil años
Esperando á que se dén.

DON VICENTE.

¿Y no se podrán tambien
Remediar aquesos daños?

BARLANZON.

¿Y cuando se remediaran
Con alguna estratagema,
Dejará de ser gran flema
Esperar que se entregaran?

BALLON.

Si no quieren pelear
Los españoles, sitiemos
A Bredá, y nos estarémos
Dos mil años sin llegar
A las manos.

Digitized by Google

DON FADRIQUE.

Ya se sabe
Que siempre los españoles
Son en la milicia soles.
Vueexcelencia vaya á Grave,
Y cumpla la voluntad
De los que ocuparse quieren
En sitio, que el saco esperen
Sin mucha dificultad.

ESPÍNOLA.

Caballeros, bien está.

BALLON.

Ir á Grave es lo mejor.
(Óyense voces dentro.)
Unos. (*Dentro.*)
¡Vamos á Grave, señor!
Otros. (*Dentro.*)
¡Señor, vamos á Bredá!

ESPÍNOLA.

¡Oh españoles! ya es forzoso
Que me determine yo;
Y pues mi consejo halló
Vuestro parecer dudoso,
Vamos á Grave, que quiero
Seguir en esta ocasion,
Flamencos, vuestra opinion.

ALONSO. (*Ap.*)

Ya ¿con qué paciencia espero
Que salgan estos gabachos
Con cuanto quieren? Mas es
Que los congracia el marques,
Porque ve que están borrachos.

ESPÍNOLA.

El marques de Barlanzon
Y el valiente conde Juan
Con sus tercios llevarán
La vanguardia.

JUAN.

Dignos son
Dese lugar mis deseos,
Cuando el honor, que me llama,
Espera ocupar la fama
Con victoriosos trofeos.

BARLANZON.

Ve donde tú te aconsejes;
Que yo en cualquiera ocasion
Un auto de inquisicion
He de hacer destos herejes.
(Vanse el conde Juan y Barlanzon.)

ESPÍNOLA.

Señor, la caballería
Será de grande provecho
En el costado derecho;
Porque por allí podria
Venir el conde Mauricio,
Que á aquella parte se ve
Su ejército.

DON LUIS.

Yo daré
De mis deseos indicio,
Callando cuerdo y valiente;
Que el remitirse es gran mengua
De las manos á la lengua.

ESPÍNOLA.

Vaya, señor Don Vicente.

DON VICENTE.

Iré á serviros fiel.
(Vanse Don Luis y Don Vicente.)

ALONSO.

Bien dirán vuestros blasones
Que aun es mas que cien flinflones
Un español Pimentel.

ESPÍNOLA.

En el izquierdo Ballon
Ha de ir, acompañado
Del de Belveder, formado
Un cuerpo á cada escuadron.
(Vanse Ballon y Belveder.)
Vingarte la artillería,
De todas partes cercada,
Lleve en medio bien guardada;
Que yo con la infantería
De los españoles quedo
En la retaguardia.

ALONSO.

¡Andar!
Juro á Cristo, que he de hablar,
Que ya sufrirlo no puedo.
Hoy, sin duda, has pretendido
Oscurecer el honor
De España. ¿Cuándo, señor,
En la retaguardia han ido
Españoles que se ofrecen?...

ESPÍNOLA.

Basta, capitan Ladron,
Que yo sé en toda ocasion
Honrarlos como merecen. —
Oid, despues de reportaros,
Lo que mi honor determina. —
Don Francisco de Medina,
A Don Juan Niño, á Juan Claros
Y demas maestres de campo
Españoles, les llevad
Este órden, y avisad
Que cuando ya marche el campo
A Grave, la retaguardia
Venga la vuelta á Bredá,
Pues con aquesto vendrá
Entónces á ser vanguardia,
Y á ser Bredá la cercada;
Que yo solo he pretendido,
Con la muestra que he fingido,
Que dejen desamparada
Aquella fuerza, enviando
A Grave, con falso intento,
Municiones y sustento;
Pero siempre imaginando
Que este es el fin de una hazaña
Tal, que á mí me ha de costar
La vida, ó ha de quedar
Bredá por el Rey de España.
(Tocan dentro cajas.)

MEDINA.

Beso mil veces tus piés.
El ejército á marchar
Empieza ya.

ESPÍNOLA.

Hasta llegar
A Teteringe no dés
El órden. Vueseñoría (*A Don Gonzalo.*)
Ha de ser mi camarada,
Porque así vea lograda
Tan alta ventura mia;
Porque si en vos considero
Competidos igualmente
Hoy un general valiente
Y un prudente consejero,
A conquistar me anticipo
El mundo con fuerza altiva,
Porque eterno el nombre viva
De Isabel y de Filipo.
(Vanse.)

—

Campo á la entrada de un pueblo inmediato á Bredá.

ESCENA VII.

FLORA, ALBERTO, CARLOS, ENRIQUE DE NASAU.

ENRIQUE.

¡Qué grave melancolía
Con apacibles enojos
Pudo en tus hermosos ojos
Eclipsar la luz del dia?
Cese la injusta porfía,
Que con pálido arrebol
Da rayos al tornasol,
Que el mundo de luces dora,
Porque llorar el aurora
Ya lo vimos, mas no el sol.
A Bredá, madama, vienes,
Donde te adora el lugar
Por ídolo de su altar.
Si esas lágrimas previenes
En exequias á la vida
De tu esposo, el llanto impida
Verte de tu padre honrada,
De tu hijo acompañada
Y de tu esclavo servida.
Supe que á Bredá venias,
Y á este villaje salí
A recibirte, que así
Cumplen corteses porfías
Las obligaciones mias.
Descansa á esta sombra, en tanto
Que nos da treguas el llanto
Suspenso en tus bellos ojos,
Porque desdichas y enojos
Se han de sentir, mas no tanto.

FLORA.

Tan justo es mi sentimiento,
Que quien pretende templar
Su rigor, mas que el pesar
Me quita el entendimiento.
Si es forzoso mi tormento,
Forzoso será que muera;
Porque, si yo no sintiera,
Tuviera en desdicha tanta
Alma inferior á la planta,
Al pez, al ave, á la fiera.
De su centro con dolor
Siente una piedra arrancada,
Del cierzo la furia helada
Siente una temprana flor,
Brama una fiera, el rigor
Dice mudo el pez, y el ave,
Con tono dulce y süave,
Canta amor y celos llora;
Que al fin el que mas ignora,
Sentir las desdichas sabe.
Siente el cielo y se oscurece
Cubierto de un pardo velo;
Y si al fin no siente el cielo,
Por lo ménos lo parece.
Todo alteracion padece:
Tal vez la tierra tembló,
Bramó el aire, el mar gimió,
Y el sol hizo al mundo guerra;
Porque todos en la tierra
Saben sentir, sino yo.
Cuando en amorosos lazos
Mi amante esposo ¡ay de mí!
Ver esperaba, le ví
Herido y muerto en mis brazos,
Partida el alma á pedazos,
Todas las armas rompidas,
Y por funestas heridas
Abrió, ¡qué infelices suertes!
Bocas para entrar mil muertes,
Y para salir mil vidas.
Confieso que en la defensa
De su religion murió;
Mas para no sentir yo
No es bastante recompensa.

ENRIQUE.

Enfrena el dolor, y piensa
El sangriento fin que alcanza
Mi rigor y tu esperanza;
Que, si tu luz no se niega,
Has de ver adónde llega
El brazo de mi venganza.
Daré al matador la muerte,
Si le alcanzo. ¡A Dios pluguiera
Que el mismo Espínola fuera,
Porque de una misma suerte

Digitized by Google

Mi brazo atrevido y fuerte
Hoy pusiera con la hazaña
De venganza tan extraña
Fin á tus desdichas grandes,
Al miedo y temor de Flándes,
Y á la presuncion de España!
Que tanto se ensoberbece
Con los aplausos que ves
Dese noble ginoves,
Que si á rendirle se ofrece,
Estrecho el mundo parece:
Y no es mucho, siendo tal
Este altivo general,
Que al Rey de España convida
Con la hacienda y con la vida,
Animoso y liberal.

FLORA.

El venirme yo á Bredá
Es porque cierto se sabe
Que piensa sitiar á Grave,
Donde el ejército va.
Allí el conde Enrico está
Con su gente, por saber
De aquella fuerza el poder
Segun de su intento creo,
Y con el mismo deseo
Plaza de armas hizo ayer
En Tornante el general,
Donde el ejército vió
Tan numeroso, que dió
Envidia á la celestial
Esfera, viéndole igual
En todo á sus luces bellas;
Porque al competir con ellas,
Excedió, dando desmayos,
En resplandor á sus rayos,
Y en número á sus estrellas.
De Quilche en el campo llano,
Viniendo á Bredá, le vi;
Y mil veces presumí
Ser maridaje lozano
Del invierno y del verano:
Que en las armas los rigores,
En las plumas los colores
Eran, admirando al cielo,
Los unos montes de hielo,
Los otros campos de flores.
No así los rayos corteses
Del sol, con dulces fatigas,
Mieses labraron de espigas
En los abrasados meses,
Como de los fresnos mieses
La gallarda infantería;
Y al mirarlos, parecia
Que espigas de acero daba,
Y que al compas que marchaba,
El céfiro las movia.
La caballería inquieta
Pasó, abreviando horizontes.
¿Diré que marcharon montes
Con obediencia sujeta
Al compas de la trompeta?
Sí, pues al son lisonjero
Del bronce dulce, aunque fiero,
La tropa, que se desata,
Era un escollo de plata,
Era un peñasco de acero.

ESCENA VIII.

MORGAN. — DICHOS.

MORGAN. (*A Enrique.*)

Del Príncipe mi señor
Ahora trajo estas cartas
Un correo, y yo sabiendo
Que en este villaje estabas,
Que está apénas media legua
De la villa, sin tardanza
Vine á traerle.

ENRIQUE.

Veré
Lo que su Alteza me manda

(*Lee.*) «Ahora acabo de saber
»Que el ejército de España,
»Con prevenciones de guerra,
»La vuelta de Grave marcha.
»De Bredá saldréis al punto
»Que esta recibais, sin falta,
»Y la gente que estuviere
»En la villa, se reparta
»Para socorrer á Grave,
»Con bastimento y con armas
»Y municion; advirtiendo
»No sea la gente tanta,
»Que pueda hacer á Bredá
»En tiempo ninguno falta.
»Dejad por gobernador,
»Para su defensa y guarda,
»A Justino, nuestro hermano,
»Y de la villa no salga
»Tampoco el inglés Morgan;
»Que, por estar en la cama,
»No voy en persona yo.
»Los cielos os guarden. Dada
»En Vergas á veinte y seis
»De agosto.» — ¡Desdicha extraña!
¿Qué tanta gente de guerra,
Morgan, estará alojada
Ahora en Bredá?

MORGAN.

Ocho mil hombres.

ENRIQUE.

Pues de aquesos ocho salgan
Los dos mil, y por el rio
Vamos en veloces barcas
Porque lleguemos mas presto,
(*Ap.* O porque, yendo en el agua,
Templen sus heladas ondas
Este fuego que me abrasa.) (*Vase.*)

MORGAN.

Señora, forzoso es ya
Me deis licencia á que vaya
Sirviéndôs, puesto que Enrique
Faltó por tan justa causa
A esta obligacion.

FLORA.

Yo estimo
La lisonja cortesana;
Mas no he de entrar en Bredá
Hasta que en sombras heladas
Hagan los rayos del sol,
Del mar, sepulcro de plata.
En aquestas caserías
Esperaré, acompañada
De la familia que traigo,
Y de mi padre, que basta
Para excusaros de hacerme
Esa merced.

MORGAN.

Mas agrada
Quien obedeciendo yerra,
Que quien acertando cansa. (*Vase.*)

CÁRLOS. (*A Flora.*)

Mil veces he pretendido
Buscar remedio á tus ansias;
Mas yo, ¿cómo podré darte
El consuelo que me falta?
Mi padre perdió la vida
En defensa de su patria,
Si puede decir que muere
Quien vive eterno á la fama.
Contigo viene mi abuelo;
Vive segura y honrada
Al amparo de mis bríos,
Y al respeto de sus canas.

ALBERTO.

En estas hermosas flores
Te sienta un poco, y descansa,
Miéntras destas caserías
Llamo la gente, que salga
A entretenerte, y decirnos
Qué nuevas tienen. (*Vase.*)

FLORA. (*Sentándose.*)

Turbada
Estoy; que un temor me hiela,
Una sospecha me abrasa,
Y astrólogo el corazon
No sé qué le avisa al alma.
(*Quédase dormida.*)

CÁRLOS.

Parece que se ha rendido
Al sueño, y en él traslada
A sus hermosas mejillas
De los claveles la grana,
Del jazmin la castidad,
Mezclando púrpura y nácar.
(*Suena dentro ruido.*)
Pero ¿qué rumor es este?
Desde aquellos montes bajan
Temerosos los villanos,
Que de su miedo se amparan.
¿Qué les obliga? Pues duerme
Flora, iré á saber la causa;
Que, para darla cuidado,
No será bien despertarla. (*Vase.*)

ESCENA IX.

VILLANOS, *dentro.* — FLORA, *dormida.*

UN VILLANO. (*Dentro.*)

¡Huid, pastores, huid;
Que el ejército de España
Ya pisa vuestras riberas!
(*Voces de villanos dentro.*)

UNOS.

Pongamos fuego á las casas.

OTROS.

¡A la villa!

Otras voces.

¡Fuego, fuego!
(*Despierta Flora.*)

FLORA.

¡Fuego, que el alma se abrasa!—
¡Padre! ¡hijo! ¿qué es aquesto?
Sola estoy, no me acompañan
Sino solas mis desdichas;
Parece que no son hartas,
Que aun para hacer compañía
Hacen las desdichas falta.
En un abismo de fuego
Estoy ¡ay cielos! helada,
Que al arbitrio del destino
No le obedecen las plantas.
Todo es iras el desierto,
Todo es rayos la campaña,
Todo es portentos la tierra,
Todo es el cielo venganzas.
Tanto, encendiendo los aires,
A las nubes se levantan
Las centellas, que parecen
Estrellas desencajadas,
Rayos que á la esfera suben,
Luces que al abismo bajan,
A sorberse todo el mundo
Sola la menor de tantas.

ESCENA X.

ALBERTO, CARLOS. — FLORA

ALBERTO.

Entre la piedad del fuego...

CÁRLOS.

Entre el rigor de las llamas...

ALBERTO.

Vengo á buscarte.

CÁRLOS.

He venido
A verte.

ALBERTO.

Oye lo que pasa.
A un lado desa ribera

Digitized by Google

Un tercio emboscado estaba,
De suerte que no le vieron
Las espías, que fué causa
De que estuviese la gente
Ahora tan descuidada.
Salió de allí, y los villanos,
Que así las órdenes guardan,
Retirándose á la villa,
Quemaron sus pobres casas.
¡Perdidos somos! Bredá
Sin duda ha de ser sitiada,
Despues que de bastimentos
Y gente ha quedado falta.
¡Huyamos pues! ¿qué esperamos?

FLORA.

De Grave salí por causa
De huir el riesgo, y parece
Que vine á buscarle: ¡tanta
Es mi contraria fortuna,
Mi desdicha y mi desgracia!
Que el que ha de ser desdichado
Las prevenciones le dañan.

ESCENA XI.

ALONSO LADRON, *dentro; despues* DON FADRIQUE — DICHOS.

ALONSO. (*Dentro.*)

¡Huid, villanos!

ALBERTO.

Perdidos
Somos; que ya su arrogancia
Nos ha hallado.

(*Sale Don Fadrique.*)

DON FADRIQUE.

Mas piedad
Tiene el fuego que mi espada.

FLORA.

A tus plantas, español
Generoso (que la gala
Tuya lo dice, y el brío
No lo desmiente), á tus plantas
Está pidiendo la vida
Una mujer desdichada;
Aunque si eres español,
Mujer que te diga basta.
No permitas que ese acero,
Cuya cuchilla templada
Está en la enemiga sangre,
Que ya le sirve de vaina,
Se ocupe en tres inocentes
Vidas; porque, ¿qué alabanzas
Dará manchar este cuello,
Estas tocas y estas canas?
Tres vidas están sujetas
A un golpe: si acaso alcanza
El órden que traes licencia
A una piedad tan hidalga,
Danos la vida. Yo quise
Decirte (estaba turbada)
Que á precio de algunas joyas,
Piedras, perlas, oro y plata;
Mas tu piadoso semblante
Puso freno á mis palabras,
Y á tanto respeto obliga
Esa presencia bizarra,
Que aun creo que el pensamiento,
Con ser tan veloz, te agravia.
Y si el órden con que vienes
No admite este ruego, pasa
Mi pecho el primero; así
Moriré mas consolada,
No mirándolos, porque
Somos tres cuerpos y un alma.

DON FADRIQUE.

Hermosa madama, cuando
Mi desdicha fuera tanta
Que me obligara el respeto
A tan lastimosa hazaña,
Le rompiera mas el hecho;
Que ninguna ley agrava
Tanto que en la ejecucion
Sea la obediencia infamia.
No he de ser ménos cortés
Que estas vividoras llamas
Que me están diciendo aquí
El respeto que te guardan.
Que, como en un templo á quien
Sacrílego fuego abrasa,
Quedó entre muertas cenizas
La imágen libre, y la estátua
De la diosa, que allí tuvo
Altar, sacrificio y ara;
Así por reliquia quedas
De todas estas campañas,
Compitiendo fuego á fuego,
Rayo á rayo y llama á llama.
No traigo mas órden yo
Que llegar á las murallas
De Bredá, donde venimos.
Aquesas riquezas guarda;
Y porque de otros soldados,
Madama, segura vayas,
Dos caballos he traido.
Huid los dos, y á las ancas
Del uno irás tú: españoles
Son, no temas.

FLORA.

No me espantan;
Que pienso que cortesía
Saben los brutos de España.
Mil años os guarde el cielo.

(*Vanse Flora, Alberto y Cárlos.*)

ESCENA XII.

ALONSO LADRON.—DON FADRIQUE; *despues* MEDINA.

ALONSO.

Tanto á todos te adelantas,
Que el primero que ha llegado
A vista de las murallas
De Bredá, has sido, señor.

DON FADRIQUE.

Pues si vengo en la vanguardia
Del tercio de Don Francisco
De Medina, cosa es clara
Que había de ser el primero.
¿Mas qué triunfo, qué alabanza
Consigo de haberlo sido?

ALONSO.

Pues ¡cuerpo de Cristo! ¿es nada
Llegar hasta aquí? Yo apuesto
Que si se cuenta en España,
Que no falte quien replique
(Que nunca malsines faltan)
Que el darte el lugar que tienes,
Es lisonja ó alabanza.

DON FADRIQUE.

Cárlos Quinto respondió,
Diciéndole el duque de Alba
Que temia no creyesen
Algunos aquella hazaña
De haber con solos siete hombres
Sujetado siete barcas:
«¿Qué importa que no lo crean,
Si á mí el ser verdad me basta?»
Y eso mismo te respondo
En la ocasion que me aguarda:
Cumpla con mi obligacion,
Que el que lo juzgue en España
Por pasion ó por lisonja
No viene á quitarme nada.

(*Sale Medina.*)

MEDINA.

¡Cuál huyeron los villanos!

ALONSO.

¡Oh qué maldita canalla!
Muchos murieron quemados,
Y tanto gusto me daba
Verlos arder, que decia,
Atizándoles la llama:
«Perros herejes, ministro
Soy de la Inquisicion santa.»

(*Tocan cajas.*)

MEDINA.

De la villa van saliendo
En tropas algunas mangas
De arcabuceros.

DON FADRIQUE.

En tanto
Que llega la retaguardia,
Escaramuzar podrémos
Con ellos, y para guarda
Podemos tomar aquestos
Molinos de viento y agua.

ALONSO.

¿Molinos de viento? Ya
Me parece su demanda
Aventura del famoso
Don Quijote de la Mancha.

(*Retíranse á un lado.*)

ESCENA XIII.

JUSTINO, MORGAN, *soldados.*— DICHOS.

MORGAN.

¡Ea, famosos flamencos!
Hoy las victoriosas armas
Muestren sangrientas, que estan
Siempre á vencer enseñadas.

JUSTINO.

No permitais que así tomen
Puesto á vista de las altas
Torres de Bredá. Humillemos
Esta española arrogancia.

DON FADRIQUE.

Pues si conoceis que somos
Españoles, ¿cómo aguarda
Vuestro valor que volvamos,
Pues sabeis, de veces tantas,
Que los españoles nunca
Vuelven con cobarde infamia
De adonde una vez llegaron?

MORGAN.

¡Guerra, guerra!

DON FADRIQUE.

¡Cierra, España!

(*Pelean, y vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Bredá.

ESCENA XIV.

ESPINOLA, NASAU, BARLANZON, DON VICENTE, SOLDADOS, UN TROMPETA.

ESPÍNOLA.

¿Qué rumor es aqueste que escuchamos?

JUAN.

Segun en breves léjos divisamos,
El tercio de Medina
A la muralla tanto se avecina,
Que apoderado está de unos molinos,
A la puerta de Ambéres tan vecinos,
Que desde el muro, que asaltar promete,
Distan no mas que tiro de mosquete.

ESPÍNOLA.

Pues Don Vicente Pimentel acuda
Luego al punto á ayudallos
Con cuatro compañías de caballos.

DON VICENTE.

Ya, como ha descubierto lo restante
Del ejército nuestro, el arrogante
Escuadron que á estorbarlos ha salido,
Y de quien hasta aquí se ha defendido,
Cobarde se retira.

BARLANZON.

Su lijereza admira.

Digitized by Google

ESCENA XV.

MEDINA.—DICHOS.

MEDINA.

Victoria ofrece su temprana ruina.

ESPÍNOLA.

¿Qué es eso, Don Francisco de Medina?

MEDINA.

A vista apénas de Bredá llegamos,
Cuando vueltas miramos
Todas las caserías,
Antes que en llamas, en cenizas frias;
¡Tanta la actividad era del fuego!
Divulgóse la voz, y salió luego
De la ciudad á defender el paso
Un valiente escuadron, que presumia
Sernos estorbo; mas la compañía
De Don Fadrique de Bazan, que era
De todas la primera,
De tal manera el puesto ha defendido...

ESPÍNOLA.

Don Francisco, no mas; ya os he enten- [dido.
No me alabeis á nadie; que no quiero
Parezcais con verdades lisonjero;
Y crêd, que no han de agradecerse á un [hombre
Las acciones, por solo fama y nombre,
A que nace obligado.
Un noble caballero, que es soldado,
Con empresas, trofeos y blasones
No hace mas que cumplir obligaciones:
Luego ningun aplauso se apercibe
En los triunfos que escribe
En su alabanza nueva,
Si paga en sangre lo que en sangre deba.
Lo que yo haré, será premiarles esto,
Dando á los españoles ese puesto.
Y pues tan cerca de Bredá se vieron,
Ya no será razon que atras se vuelvan:
A sustentar el puesto se resuelvan,
Pues á tomarle allí se resolvieron.

MEDINA.

Y yo, que agradecido me confieso
Por tal merced, á Vueexcelencia beso
Las manos.

ESCENA XVI.

ALONSO LADRON.—DICHOS.

ALONSO.

A los muros ha salido
A vernos todo el pueblo,

DON VICENTE.

¡Y qué lucido
Nos muestra sus almenas,
De variedad y de hermosura llenas!

ALONSO.

Bien parece, guardando sus decoros,
Terrado de Madrid en dia de toros;
Pues verás, si la vista allá enderezas,
Un alto promontorio de cabezas.

ESCENA XVII.

MORGAN, JUSTINO, FLORA, LAURA, CARLOS Y ALBERTO, *en los muros de Bredá.* — DICHOS, *en el campo.*

LAURA.

Llégate á ver el campo numeroso,
Que es á los ojos un objeto hermoso
Que suspende y divierte.

FLORA.

Ya nuestra ruina en su rigor se advierte.

ESPÍNOLA.

El marqués Barlanzon con un trompeta
Llegue de paz al muro,
Y á su gobernador haga seguro
El intento que tengo,
Y con la gente que á sitiarle vengo;
Que, si quiere entregarse,
Y en buena guerra á tal partido darse,
Se admitirá; y si no se rinde luego,
Le tengo de abrasar á sangre y fuego.

BARLANZON.

Toca, trompeta, y vámonos llegando.

(*Toca el trompeta, y vase Barlanzón.*)

JUSTINO.

De paz se va á los muros acercando
Con un trompeta un hombre.
Haré que mi respuesta les asombre.

MORGAN.

Si es en la guerra ceremonia usada
Pedir así partidos,
Muertos nos han de ver, y no vencidos.
Al cañon prevenido fuego apresta,
Y llévele su muerte la respuesta.

(*Disparan dentro.*)

ESPÍNOLA.

Del muro dispararon.

DON VICENTE.

Y á Barlanzon en tierra derribaron.

JUAN.

Herido y arrastrando por la tierra,
Se va acercando mas.

ESPÍNOLA.

A retiralle,
Valientes caballeros, acudamos.

ALONSO.

Téngase Vueexcelencia, que aquí esta- [mos
Mil soldados que irémos,
Y la ciudad y todo nos traerémos.

(*Vanse algunos á retirarle.*)

ESPÍNOLA.

Bien nos ha recibido
Bredá; yo pienso que esta salva ha sido
Adelantada gloria,
Que con fiesta pública mi victoria.

(*Sacan á Barlanzon en hombros.*)

DON FADRIQUE.

¿Qué fué, Marques?

BARLANZON.

¿Ha visto Useñoría
Por ahí ciento y cincuenta
Diablos, que llevan una pierna á cuenta?
Pues esto fué: no es nada:
Una pierna no mas de una volada.
¿Qué piensan estos perros luteranos?
¿Piernas me quitan, y me dejan manos?

ESPÍNOLA.

Retírese el Marques (¡oh cielo, cuánto
Sentí su pena!) en tanto
Que en tres partes su ejército dispongo
Y al señor Don Gonzalo le propongo
El intento que tengo prevenido;
Que yo, de sus consejos advertido,
De mi celo ayudado,
En la fe de Filipo confiado,
Vencer dichoso espero,
Y mas cuando al principio considero,
Que es tan dichoso el dia
En que tan alta empresa determino;
Pues dia de Agustino
Será felice contra la herejía,
Porque el piadoso celo
De esta divina hazaña
Dé triunfos á la fe, glorias al cielo,
Opinion á Filipo y honra á España.

JORNADA SEGUNDA.

La tienda de Espínola.

ESCENA PRIMERA.

ESPINOLA, *escribiendo; á un lado* ALONSO LADRON.

ESPÍNOLA.

Alonso.

ALONSO.

Señor.

ESPÍNOLA.

Ninguno
Llegue á hablarme, porque tengo
Mil cosas que despachar
A España, cuando me veo
Cercado de obligaciones
Y de mil cuidados lleno.

ALONSO.

Manda que no hagan rüido
En la ciudad; porque pienso
Que no te deje escribir
El que tienen allá dentro.

ESPÍNOLA.

¿Cómo?

ALONSO.

Están haciendo señas
Desde esos muros soberbios
Con chinillas de á cincuenta
Libras de plomo, lloviendo
Sobre nosotros granizo
De pólvora, tan espeso,
Que estorba el humo á la vista
Mas que la ilumina el fuego.

ESPÍNOLA.

Al rüido escribiré;
Que si en Julio César leo
Que en la guerra le tocaban
Una arpa, á cuyos acentos
Escribia sus victorias,
Yo que victorias no tengo
Escribiré mis cuidados,
Incitado de los ecos
Del bronce, si no mas dulce,
Mas agradable instrumento.

(*Disparan dentro.*)

ALONSO.

¡No es nada! Todos los diablos
Deben de andar allá dentro;
Que tanto fuego no puede
Salir sino del infierno.

ESPÍNOLA.

Esta la Gaceta es
Por donde advertirme quiero.
Dice así: (*Lee.*) *Milan. El duque
De Feria* (gran caballero)
Salió con veinte mil hombres.—
Aun es el mundo pequeño
Trofeo de su valor.

(*Disparan dentro.*)

ALONSO.

¡Oh cuál silban por el viento
Los pajaritos de plomo!

ESPÍNOLA.

*Nápoles. El de Alba ha puesto
Toda su gente en campaña.*—
¡Que nunca guerras se vieron
Sin señor deste apellido
Ni soldado de Toledo!

(*Disparan dentro.*)

ALONSO.

Tira, que un doblon te cuesta
Cada tiro. Este consuelo
No me le podrás quitar.
Juro á Cristo, que me huelgo.

Digitized by Google

ESPÍNOLA.

El Brasil. Las dos armadas
Desde Lisboa salieron
Con la mas lucida gente
Que se ha visto.—¡Quiera el cielo
Tengan el fin que desean!
Génova (con temor leo)
Oprimida está del duque
De Saboya, porque ha puesto
Su campo á dos leguas della,
Y aun ha llegado su esfuerzo...—
Yo sé bien que no llegara,
Si yo estuviera. Mas vuelvo
A mirar dónde llegó.
A la montaña que ha puesto
Naturaleza por guarda
De sus edificios, siendo
Rústico muro que sirve
De coluna al firmamento.—
Perdone el valor, la envidia
Perdone, si me enternezco
Con tal nueva, que tal vez
Es valor el sentimiento;
Y mi patria me perdone,
Si visto bruñido acero
Y no es en defensa suya;
Que aunque tuviera por cierto
Que habia (caso imposible)
De ser humilde trofeo
De las vencedoras armas,
Que tantas veces pudieron
Serlo de España (piedad
De su generoso pecho);
Y aunque supiera tambien
Que bastara á defenderlo
Mi persona, no dejara
La empresa, que en Flándes tengo.
Por mi patria, por mi honor,
Ni por mi vida, no puedo
Al Rey servirle con mas,
Ni agradecerle con ménos.
Génova tiene su amparo;
Pues ¿qué temor, qué recelo
Puede ocuparla, si solo
El nombre de España ha puesto
Terror al mundo, tocando
Con sus manos sus extremos?
Díganlo Italia, el Brasil
Y Flándes, que á un mismo tiempo
Embarazados con guerras,
Su poder están diciendo.
¿Qué mucho, pues, que un monarca,
Que á un tiempo tiene doscientos
Mil hombres en la campaña,
Peleando y defendiendo
La fe, pida á sus vasallos
Que ayuden al justo celo,
Sirvan á la accion piadosa
De tan religioso efecto?
El alma y la vida es poco;
Que la hacienda de derecho
Natural es suya; aunque
A su dilatado imperio
Sirva de testigo el sol,
Sin que le falte un momento.

ESCENA II.

UN INGENIERO.—DICHOS.

INGENIERO.

¿Qué hace su Excelencia?

ALONSO.

Ahora
Su Excelencia está escribiendo.
No puede hablarse.

INGENIERO.

Mandóme
Que ahora viniese.

ESPÍNOLA.

¿Qué es eso?

ALONSO.

El Ingeniero está aquí.

ESPÍNOLA.

Ve tú, llámame al momento
A Don Gonzalo Fernandez
De Córdoba, porque tengo
Que aconsejarme con él. (*Vase Alonso.*)

ESCENA III.

ESPINOLA, EL INGENIERO.

ESPÍNOLA.

Vaya diciendo, maestro,
¿En qué estado están las barcas?

INGENIERO.

Señor, doce barcas tengo...

ESPÍNOLA.

Bien le oigo; pero escribo,
Porque no perdamos tiempo.

INGENIERO.

Sobre el rio fabricadas,
Que llaman barcas de fuego.

ESPÍNOLA.

Ya sé del modo que son.
Tiene cada una dentro
Gran turba (que así se llama)
De piedras, árboles gruesos,
Peñascos, piezas quebradas,
Tierra, vigas, plomo y hierro.
Éstas tienen solo un hombre
Cada una; y él, en viendo
Que se acerca el enemigo,
No hace mas que pegar fuego,
Y arrojarse al agua; ella
Empieza á encenderse luego,
Arrojando de sí cuanto
Encierra su vientre, siendo
Un Etna de fuego horrible.

INGENIERO.

Estas tienen solo un riesgo.

ESPÍNOLA.

Es, que no vengan á nado
Los enemigos, y asiendo
La ocasion, las mismas armas
Nuestras les sirvan á ellos.

INGENIERO.

Sí, pero un remedio tiene.

ESPÍNOLA.

Eso se remedia, haciendo
Una estacada en el rio
De muchos árboles, puestos
En puntas unos con otros,
Llenos de puntas de acero,
Para que encontrando en ellas
Ovas ó hombre, al momento
Se hagan dos mil pedazos.
¿No quiere decirme esto?

ESCENA IV.

DON GONZALO, ALONSO LADRON.—DICHOS.

DON GONZALO.

¿Qué me manda Vueexcelencia?

ESPÍNOLA.

Vaya á trabajar, maestro,
Yo iré por allá despues.
(*Vase el Ingeniero.*)
Señor, un negocio quiero
Conferir con Vueexcelencia,
Para tomar su consejo.
La señora Infanta escribe
Que ha sabido por muy cierto
Que el príncipe de Polonia
Viene á Flándes, con intento
De ver el sitio famoso
Que á Bredá tenemos puesto.
Vueexcelencia ahora me diga,
¿Qué entrada, recibimiento
Y salva le hemos de hacer?
Advirtiendo que es afecto
A España, y en Roma ha estado
De su parte, y despues desto,
Que es príncipe soberano
Y señor de dos imperios.

DON GONZALO.

Pues lo que se debe hacer
Es, que el de Vérgas, fingiendo
Una batalla trabada,
Saque en su recibimiento
Toda la caballería
Dos leguas de Bredá, y luego
El conde de Salazar
Tenga los arcabuceros
A una legua, y con la salva
Real le reciban, haciendo
Que al punto la artillería
Responda en confusos ecos.
Junto á la tienda, señor,
De Vueexcelencia, al derecho
Lado se levante otra,
Donde al Príncipe esperemos
Los maestres y capitanes,
Ayudantes y sargentos,
Con Vueexcelencia; y despues
En sus acciones verémos
Lo que se debe advertir.

ESPÍNOLA.

Paréceme buen acuerdo.

ESCENA V.

DON VICENTE.—DICHOS.

DON VICENTE.

Otra vez han intentado
Hacer con un terrapleno
Los de la muralla un dique;
Y debe de ser su intento,
Que como las ondas bajan
Retardando y deteniendo
Su curso, venga á verter
Sobre el ejército nuestro
Todo el rio, y anegarnos.

DON GONZALO.

Vueexcelencia para esto
Puede hacerle nuevas madres
Al rio, para que al tiempo
Que se vaya rebalsando,
Tomando otro curso nuevo
No pueda ofendernos.

ALONSO.

Yo
Diera un arbitrio mas bueno
Para impedirlo.

ESPÍNOLA.

¿Y cuál es?

ALONSO.

Pusiera allí los tudescos,
Y dijérales: «El dique
Que veis se derribe luego,
O morirémos ahogados»;
Que yo aseguro que ellos,
Por no beber agua, vayan
A derribarlo al momento.

ESCENA VI.

BARLANZON, *con pierna de palo.*—DICHOS.

BARLANZON.

Señor, unas buenas nuevas
Traigo.

Digitized by Google

ALONSO.

Y aun no es caso nuevo
Que, siendo buenas, caminen
Con piés de palo.

ESPÍNOLA.

Ya espero
Saber qué sean.

BARLANZON.

Enrique
De Nasau su gente ha puesto
A la vista nuestra, y dicen
Que ha venido con intento
De meter en la ciudad
Socorro. Ahora verémos
Si esto es guerra, ó si es estarnos
Con las manos en el seno.

ESPÍNOLA.

El conde de Salazar
Salga á campaña al momento
Con el escuadron volante,
Y estense quedos los tercios,
Vengan por donde vinieren;
Que no será buen acuerdo,
Por acudir á una parte,
El que otras desamparemos.

ESCENA VII.

DON FADRIQUE BAZAN. — DICHOS.

DON FADRIQUE.

Por la tierra y por el agua
Quieren meter el sustento
Dentro de la fortaleza.

ESPÍNOLA.

Pues, Don Fadrique, ¿qué es eso?

DON FADRIQUE.

Barcas vienen por el rio
Con gente y socorro.

ESPÍNOLA.

Esto
Me da mas cuidado. Al punto
Sobre aquel fuerte, que ha hecho
Pablos Ballon, cuatro piezas
Se pongan. ¡Pluguiera al cielo
Tuviera yo la estacada
Hecha, que yo sé que presto
Se volvieran!

DON FADRIQUE.

Pues ¿qué aguardas
Para que se haga?

ESPÍNOLA.

Temo
Que han quedado los soldados
Sin fuerzas y sin aliento
De las fortificaciones
Hechas en tan breve tiempo,
Y no querrán trabajar.

DON VICENTE.

Pues cuando no quieran ellos,
¿Aquí no estamos nosotros?

DON FADRIQUE.

¿Qué esperamos, caballeros?
Nosotros hemos de ser
A esta faccion los primeros.

DON GONZALO.

Así á nuestra imitacion
Veréis cómo acuden luego
Los soldados.

(*Toman todos espuertas, azadones y hachas.*)

DON FADRIQUE.

Vengan hachas
Y azadones, poblarémos
Ese caudaloso rio
Destos árboles, haciendo
Las ondas senda inconstante
A los suspiros del viento.

DON VICENTE.

Esta amena poblacion
De los montes traslademos
A las ondas, y parezcan
Errantes bosques amenos.

DON GONZALO.

Unos corten, y otros lleven
Los secos árboles.

(*Disparan, y cae la tienda.*)

ALONSO.

¡Cielos!
Desquiciado de los polos
Se trastorna el firmamento.

ESPÍNOLA.

Una bala es, que se ha entrado,
Derribando y deshaciendo
Grande parte de mi tienda.

BARLANZON.

¡Miren qué poco respeto!
¡Sin licencia se nos entran
A conversacion!

ESPÍNOLA.

Al cielo
Doy gracias, que vivo estoy.

ALONSO.

Si no te hizo mal, lo mesmo,
Aunque haya dado á tus plantas,
Fuera haber dado en Toledo.

ESPÍNOLA.

¡A la estacada, soldados!

DON FADRIQUE.

Ya los españoles puestos
Están para trabajar.

DON VICENTE.

Ya á los rudos instrumentos
Truecan las doradas armas.

ESPÍNOLA.

¡Oh españoles, oh portentos
De la milicia, y asombro
Del mismo Marte! Yo espero,
En vuestro valor fiado,
Que he de unir los dos imperios,
Siendo escudo de Filipo
El águila de dos cuellos. (*Vanse.*)

—

Sala en un castillo de Bredá.

ESCENA VIII.

FLORA, LAURA.

LAURA.

Es la fama sol, que dió
En una sutil vidriera;
Pues aunque el sol quede fuera,
El resplandor penetró.
A mis oidos llegó,
Guardándome á mí el decoro,
Que en estos casos ignoro,
El nombre de un caballero,
Que no le he visto, y le quiero,
No le conozco, y le adoro.
Mas para informarme dél,
Si es mi pena venturosa,
Baste que es, ó Flora hermosa,
Español y Pimentel.
A aquel agrado, y aquel
Noble y discreto apellido,
¿Qué pecho no se ha rendido?
¿Qué gusto no se ha inclinado?
¿Qué libertad se ha negado?
¿Qué aficion se ha resistido?

FLORA.

Parecidas, Laura, son
Tu desventura y la mia.
Libre del amor vivia,
Cuando su dulce pasion
Hizo en el pecho impresion;
Pues en abismo tan fiero
Yo vi un cortés caballero,
Que, aunque en el alma le imprimo,
No sé quién es, y le estimo,
No le conozco, y le quiero.
Para que las dos estémos
Satisfechas en los daños,
De los confusos engaños
Que igual las dos padecemos....
Mas ¿qué notables extremos
Nos causan nuevos enojos?

ESCENA IX.

ESTELA. — LAURA, FLORA.

ESTELA.

Esos hermosos despojos,
Esparcidos por el viento,
Dén suspiros á mi aliento,
Dén lágrimas á mis ojos.

FLORA.

Estela, ¿qué es esto? ¿Así
Haces extremos tan graves?

ESTELA.

Tú, que me consuelas, ¿sabes
La causa que tengo?

FLORA.

Sí,
Sí la sé, pues que perdí
La libertad que perdiste,
Vi los rigores que viste,
Y lloro tu mismo mal;
Porque es á todos igual
Una desdicha tan triste.

ESTELA.

Segun eso, ¿ya has sabido
El bando que han publicado
Morgan y Justino?

FLORA.

Ha estado
Suspenso y mudo el sentido,
En sus penas divertido.
Pero ¿qué nueva impiedad
Mandan?

ESTELA.

Que de la ciudad
Salgan ¡qué torpes consejos!
Los mancebos y los viejos,
Que tuvieren en su edad
A ménos de quince años,
Y á mas de sesenta.

FLORA.

¡Ay Dios!
Que en ese bando los dos,
Padre é hijo, que mis daños
Con amorosos engaños
Hacen dulces, comprendidos
Están.

ESTELA.

Hoy verás perdidos
Consuelos tan desdichados,
Pues hoy saldrán desterrados,
De su patria aborrecidos.
Mas ¿para qué á decir llego
Lo mismo, Flora, que ves?

FLORA.

Si esta mi desdicha es,
Ya en mis lágrimas me anego.

ESCENA X.

MORGAN, *tras de* ALBERTO, Y JUSTINO, *tras de* CARLOS. — FLORA, LAURA, ESTELA.

MORGAN.

Salid de la villa luego.

Digitized by Google

ALBERTO.

¡Ay de mí!

CÁRLOS.

¿Podréis sufrir
Mi muerte?

JUSTINO.

Habeis de salir.

CÁRLOS.

Señor, advierte...

JUSTINO.

Ya está
Advertido.

FLORA.

¿Quién podrá
Tantos golpes resistir?
¿Posible es que tus tiranas
Fuerzas no templen sus daños
A la piedad destos años
Y al respeto destas canas?
Las fieras mas inhumanas
Tienen respeto y amor;
Pues ¿qué furia, qué rigor,
Con injusto parecer,
Hoy ha pretendido hacer
Nuestra desdicha mayor?
¿Qué importa una y otra vida
Tan triste, tan desdichada,
Una, sin razon cortada,
Otra, sin razon rompida?
Del céfiro la atrevida
Furia marchita el candor
Del mas vivo resplandor;
Que no es trofeo bastante,
Justino, una flor infante,
Morgan, una helada flor.

JUSTINO.

Madama, piadoso intento,
Que no cruel, los destierra;
Que inútiles en la guerra,
No han de comer el sustento
De aquellos, cuyo ardimiento
Hoy resistirse pretende
Al poder que nos ofende;
Porque un viejo nos lastima,
Un niño nos desanima,
Y un soldado nos defiende.
Minando una peste va,
De que estamos todos llenos;
Y siendo la gente ménos,
Ménos su furia será,
El sustento durará
Mas ya; que esto se imagina
En la diestra medicina:
Porque no llegue á tocar
La peste al cuerpo, á cortar
Un brazo se determina;
Y en reparo natural,
Cuando un golpe se endereza
A herirnos en la cabeza,
La mano acude leal
Como á parte principal.
Así resistir podrémos
Estos bárbaros extremos;
Que es bien, pues tales estamos,
Porque todos no muramos,
Que la mitad nos matemos.
Y porque los expelidos
Quejas no puedan tener,
Tu hijo y padre han de ser
En el bando comprendidos.
Pero á tus quejas movidos,
Viendo que la pena airada
Se mira en tí duplicada,
Quiero en tan triste fortuna
Seas comprendida en una,
Y en otra privilegiada.
Escoge: presentes tienes
Los dos; y siendo hija y madre,
Tienes hijo y tienes padre:
Determina á quién previenes
La vida; y si te detienes,
Quizá no tendrás lugar.
Sola te quiero dejar,
En tanto que á arrojar voy
El puente: un hora te doy
Para poderlo pensar.
(*Vanse Morgan y Justino.*)

ESCENA XI.

FLORA. ALBERTO, CARLOS, LAURA, ESTELA.

FLORA.

¿Adónde podré volver
¡Cielos! en tantos enojos,
Si á todas partes los ojos
Tienen desdichas que ver?
¿A quién he de responder
Cuando me llaman iguales
Dos afectos principales,
Dos impulsos diferentes,
Dos aprehensiones vêmentes,
Dos acciones naturales?
No sé qué hacer ¡ay de mí!
Mi vida ó mi muerte ignoro.
Aquí me llama el decoro
De padre, el amor allí
De hijo; de aquel recibí
El sér, que he de conocer;
Pero á este le di el sér,
Que he de aumentar generosa
¿Qué eleccion es mas piadosa
Obligar, ó agradecer?

CÁRLOS.

¿Qué es lo que dudosa y triste
Esperas para nombrarme?
Pues á mí puedes quitarme
La vida que tú me diste;
No aquel sér que recibiste
Puedes en esta ocasion
Negar; y es mas noble accion
Asistir con la piedad,
Antes que la voluntad,
Señora, á la obligacion.

ALBERTO.

Si á la obligacion debemos
Asistir siempre, ¿no ves
Que, aumentar nuestro sér, es
La obligacion que tenemos?
Todos con esta nacemos;
Y así debes acudir
A tu hijo, y elegir
Su vida; porque la mia
Es sombra caduca y fria,
Cuando él empieza á vivir.

CÁRLOS.

Porque empiezo, debo ser
Quien de Flora se despida;
Pues teniendo ménos vida,
Tengo ménos que perder.

ALBERTO.

De otra suerte has de entender
Ese modo de decir,
De pensar y discurrir,
Con que convencido estás;
Pues quien ha vivido mas,
Tendrá ménos que vivir.

CÁRLOS.

Un árbol marchito vi
Del sol á las luces rojas,
Y vi cortarle las hojas
Porque viva el tronco así.
Rama dese tronco fuí,
Muera yo y la planta viva.

ALBERTO.

Tambien veo al que cultiva
Campos, si bien se aconseja,
Que el tierno pimpollo deja,
Y el seco tronco derriba.

CÁRLOS.

¿No ves, Alberto, ese rio
Que por opuesto lugar
Del mar sale, y vuelve al mar
Como á centro helado y frio?
Pues así este curso mio
A tí ha de volver. Tú fuiste
Mar, que tus ondas me diste
De tí he nacido; y así
Es justo que vuelva á tí
A darte el sér que me diste.

ALBERTO.

¿Y tú no ves el farol
Que el mundo de rayos dora,
Que entre la noche y la aurora
Muere el sol y nace sol,
Y siempre es un arrebol,
Siempre es una llama ardiente?
Así una vida consiente
En dos una luz entera,
Y es bien que en mi ocaso muera
Para que nazca en tu oriente.

CÁRLOS.

Yo soy jóven, y tal vez
Resistiré osado y fuerte.

ALBERTO.

Yo no temeré la muerte,
Pues ya he visto la vejez.

CÁRLOS.

Madre...

ALBERTO.

Hija...

FLORA.

¿Qué jüez
Se vió en las dudas que lucho?
Mi dolor, mi llanto es mucho,
Pues en tanta confusion
El que tiene mas razon
Es el postrero que escucho.
Cuando un acero se entrega
A dos imanes ¡ay Dios!
Porque su violencia á dos
Le inclina, á ninguno llega:
Por darse á los dos, se niega;
Y en trance tan importuno
Respondiera solo á uno;
Mas si dos causas me inflaman
El pecho, porque me llaman
Dos, no respondo á ninguno.

ESCENA XII.

MORGAN. — DICHOS.

MORGAN.

Dime, Flora, si eligió
Alguno tu voto.

LOS DOS.

Sí.

MORGAN.

¿Y á quién has nombrado?

LOS DOS.

A mí.

MORGAN.

¿Quién va desterrado?

LOS DOS.

Yo.

FLORA.

Escucha, Morgan, que á uno
Hice de mi voto empleo;
Mas cuando nombrar deseo
El uno, y me determino;
Al primero que me inclino,
Es al postrero que veo.
Pero si atento al jüicio
De mi voz el mundo está,
En mis extremos verá
Que doy de mi honor indicio.

Digitized by Google

Sea triste sacrificio
Un hijo al piadoso altar
De un padre; porque al juzgar
En tan grande confusion,
Será mas noble eleccion
Agradecer que obligar.
Cárlos, Cárlos, tú has de ser
De mis brazos desterrado,
Tú, ciegamente entregado,
De la villa has de salir.

CÁRLOS.

Yo voy contento á morir.
Dame, madre, mil abrazos
Antes que tan breves lazos
Pueda la muerte romper,
Puesto que no me he deiver
Otra vez en estos brazos.

MORGAN.

Vamos pues.

ALBERTO.

A mi dolor
Ninguna desdicha iguala;
¿Qué sentencia fuera mala,
Si trajo tanto rigor
La sentencia en mí favor?
¡Oh, mal haya la importuna
Estrella, que sin ninguna
Piedad me influyó al nacer
Larga vida, para ser
Objeto de la fortuna!
¡Plegue á Dios que en sus historias,
Bredá, escriban mil naciones
Con tu ruina sus blasones,
Con tu sangre sus victorias!
Cubra el olvido tus glorias,
Y si alabanza deseas,
Postrados tus muros veas:
Corra sangriento el confin
Tu misma sangre, y al fin
Desierta campaña seas.
Esas azules banderas,
Que aspas queman en las luces
Del sol, con las rojas cruces
Entapicen sus esferas.
A tus mismas ansias mueras,
Siendo una venganza extraña
Fin desta infelice hazaña.
Y porque todo lo tengas,
¡Plegue á los cielos que vengas,
Bredá, á ser del rey de España!

(*Vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Bredá.

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE DE POLONIA, ESPINOLA, DON GONZALO, ALONSO LADRON, DON LUIS DE VELASCO, DON FADRIQUE, DON VICENTE, ACOMPAÑAMIENTO.

(*Tocan dentro atabales y trompetas, y al salir el Príncipe y Espinola, chirimías.*)

ESPÍNOLA.

Venga tu Alteza, ó príncipe excelente,
Cuya vida felice, cuyo estado
En quieta paz, en dulce union se aumen- [te,
A lo voraz del tiempo reservado:
Venga tu Alteza venturosamente,
En alas de su fama celebrado,
Desde el dosel de su templada corte
A los helados piélagos del Norte.
Aquí su fama vivirá segura
Las edades del pájaro fenicio,
Que en llamas de su amor, en lumbre pu- [ra,
A su misma deidad es sacrificio,
De aquel que se labró la sepultura
Y cuna se labró, dándose indicio
De inmortal, viendo que es prodigio hu- [mano,
Ascua y ceniza, pájaro y gusano.
Que yo, con verme á tus divinas plantas,
Dueño me juzgaré de las estrellas,
Sin prevenir la indignacion de cuantas
Tristes influyen, predominan bellas;
Que si á tan alta esfera me levantas,
¿Qué oposicion podrán hacerme aquellas
Sustitutas del sol, que en su porfía
Son mariposas de la luz del dia?

PRÍNCIPE.

Vivas, ó Ambrosio (cuyo brazo fuerte
Es repetido Marte en la campaña,
Dando al mundo terror, miedo á la muer- [te,
A Génova opinion, y honor á España),
Vivas la edad del sol, en quien se advierte
Un fénix celestial, que en rayos baña
Las plumas, con que nueva vida adquie- [re,
Pues en tí nace cuando en otros muere.
Que yo, despues de haberte conocido,
Ni glorias mas, ni mas honor deseo;
Que en tu presencia solo he conocido
Mas triunfos que en imperios mil poseo.
¡Felice patria aquella que ha tenido
Siempre tan celebrado su trofeo!
¡Felice por sus hijos su decoro!

ALONSO. (*Ap.*)

Y mas felice por su plata y oro.

PRÍNCIPE.

¿Quién es aquel prudente, aquel famoso
A quien la fama superior confiesa
A Trajano valiente y victorioso,
En cuyos hombros dignamente pesa
El imperio español, el valeroso
Don Gonzalo de Córdoba?

DON GONZALO.

El que besa
Tus plantas, al favor agradecido,
Soberbio ya de haberle merecido.

PRÍNCIPE.

¡Vive Dios, Don Gonzalo, si tuviera
Un vasallo mi imperio, que segundo
A vuestro invicto abuelo conociera,
Como en vos reconoce, con profundo
Valor y ánimo heróico, no estuviera
Reservada á mi imperio en todo el mun- [do
Parte, desde la India á la Noruega,
Donde se ofrece el sol, donde se niega!—
¿Y en qué estado, marques, está la fuer- [za?
¿No se rinde la villa? (*A Espínola.*)

ESPÍNOLA.

Es imposible
Que se pueda ganar jamas por fuerza;
Que es su muro, señor, inaccesible.
Mas no será posible que se tuerza
Mi pretension altiva y invencible;
Pues ha de ser de España, ¡vive el cielo!
O mi sepulcro este flamenco suelo.

PRÍNCIPE.

¿Y qué nuevas de adentro habeis tenido?

ESPÍNOLA.

Vuestra Alteza advirtió como soldado.
Algunos, que rindiéndose han venido,
Buenos principios de la entrega han da- [do.
Bastante indicio de su hambre ha sido
Haber niños y viejos desterrado;
Pero al salir, yo les salí al encuentro,
Y hice otra vez que se volvieran dentro;
Que, teniendo en el rio la estacada,
Imposible es socorro por la tierra.
No tengo ya que recelarme en nada,
Pues ellos mismos se han de hacer la [guerra.
Miéntras la gente es mas que está sitia- [da,
Mas la victoria en mi esperanza cierra;
Ni les asalto, ni combato el muro,
Que estoy con mas contrarios mas segu- [ro.

PRÍNCIPE.

No vi en mi vida tal razon de estado.

ESPÍNOLA.

Descanse ahora un poco vuestra Alteza;
Saldrá despues, donde con mas cuidado
Los cuarteles verá y su fortaleza;
Y de todos sus puestos informado
Podrá advertirme con la sutileza
De su ingenio, porqué con la alta gloria
Todos tengamos parte en la victoria.
Vuestra Alteza descanse.—Señor conde
De Salazar, Useñoría puede
Al Príncipe asistir.

DON LUIS.

Bien corresponde
A mi cuidado el cargo que concede
Vueexcelencia, señor.

ESPÍNOLA.

Yo voy adonde
Ordene los cuarteles, porque quede
Admirado de ver grandeza extraña.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

El mayor rey del mundo es el de España.

ESCENA XIV.

EL SARGENTO MAYOR.—DICHOS, *ménos Espínola.*

DON LUIS. (*Al Príncipe.*)

El sargento mayor hablarte quiere.

SARGENTO.

Vengo á que vuestra alteza me dé el nom- [bre.

PRÍNCIPE.

¿Qué nombre os he de dar?

SARGENTO.

El marques quiere
Que vuestra Alteza (y esto no le asombre)
Gobierne todo el tiempo que estuviere
En su ejército.

PRÍNCIPE.

Digno de renombre
Es el marques; decidle que hoy le debo
Esta lisonja; mas que no me atrevo
A suplir la prudente fortaleza
De su ingenio, y es fuerza el eximirme
De peso que oprimió tanta grandeza.

SARGENTO.

Orden expresa tengo de no irme,
Hasta que lleve el órden de tu Alteza.

PRÍNCIPE.

Pues no puedo á sus cargos evadirme,
Es bien que á obedecerle me anticipe.
Llegad, Sargento. El nombre es San Fe- [lipe.

(*Vase el sargento.*)

¡Por cuántos modos tiene lisonjeros,
Aunque corteses, la lisonja entrada!
¡Qué bien España hospeda forasteros!

DON LUIS.

Y aun es en hospedarlos desgraciada.

(*Disparan dentro.*)

PRÍNCIPE.

¿Qué salva es esta ahora, caballeros?

DON LUIS.

La vianda, que pasa aderezada
Donde te está esperando.

PRÍNCIPE.

¡Oh españoles,
De cortesía y de milicia soles!

(*Vanse todos, ménos Don Vicente, Don Fadrique y Alonso Ladron.*)

Digitized by Google

DON FADRIQUE.

Con la libertad que ofrecen
Las treguas al bronce dadas,
Las murallas coronadas
De hermosas damas parecen.

DON VICENTE.

Vámonos llegando al muro,
Donde todos los soldados,
Galanes y enamorados,
Se acercan con el seguro
Que tanta quietud consiente.

DON FADRIQUE.

Dos damas hermosas vi
Hácia esta parte.

ALONSO.

Y aquí
Advierta el piadoso oyente
Que esto de esta suerte pasa,
Cuando la guerra está quieta,
Y que no pone el poeta
La impropiedad de su casa.

ESCENA XV.

FLORA y LAURA, *en la muralla en puntos distantes.*—DON FADRIQUE, DON VICENTE, ALONSO LADRON.

FLORA.

Yo vengo en esta ocasion
A la muralla, por ver
A quién he de agradecer
Aquella pasada accion
De haberme vuelto á mi hijo
A mis brazos.

LAURA.

Y yo vengo
Por ver si en algo entretengo
El dolor en que me aflijo.

DON VICENTE. (*A Flora.*)

Llegaos vos á aquella parte,
Que en esta me quedo yo.

DON FADRIQUE. (*A Laura.*)

Mil veces el cielo vió
Juntos á Vénus y á Marte;
Y así no es notable error
Que hagan union tan segura
El rigor con la hermosura,
La guerra con el amor.

LAURA.

Los que le fingen valiente,
Para que el nombre le cuadre,
Le dan á Marte por padre;
Que su orgullo no consiente
Ser hijo de un vil herrero.

FLORA.

Vos no debeis de saber
Las leyes que ha de tener
Por precepto el caballero
Que aquí se fingiere amante.

DON VICENTE.

Sí sé.

FLORA.

Sois español.

DON VICENTE.

Sí.
¿En qué lo visteis?

FLORA.

Lo vi
En que sois tan arrogante.
No quereis ignorar nada;
Todo á su brio lo fia
La española bizarría,
Con presuncion confiada

ALONSO.

Aunque os habeis engañado,
¿Quién argüiros podrá?
Cuando vuestro ingenio está
Aquí tan sutilizado,
Que la agudeza que escucho
No es muy grande.

FLORA.

¿En qué lo veis,
Soldado?

ALONSO.

En que no comeis,
Y el hambre adelgaza mucho;
Tanto que es obligacion
Que cualquiera sea discreta.

FLORA.

¿Y por qué?

ALONSO.

Porque en la dieta
Teneis voto y opinion.

FLORA.

Con el hambre á veces lucho,
Que vos no sufrierais quedo.

ALONSO.

¿En qué lo veis?

FLORA.

En el miedo;
Que el miedo acredita mucho
Las ocsas, y se os hiciera
Mucho mayor de lo que es.—
(*Ap.* Pero, alma, ¿qué es lo que ves?
¡Ay pena celosa y fiera!
Con Laura está el caballero
Que á mí la vida me dió.
No fui tan dichosa yo:
Entre amor y celos muero.)

LAURA.

¿Cómo os llamais?

DON FADRIQUE.

Don Fadrique
De Bazan me llamo.

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!
No sois el fingido vos,
Para que á vos me dedique.
Con lo imposible me engaño:
¿Cómo sabré si es aquel
Don Vicente Pimentel?

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

O finge á la vista engaño
La muralla desde aquí,
O aquella la dama es
A quien piadoso y cortés
Vida en los casares di.
¿Cómo la pudiera hablar?

FLORA.

(*Ap.* Ya no puedo sufrir ¡cielos!
A mis ojos tantos celos.
Trocaré á Laura el lugar.)
¡Ah Laura! ¿quereis feriarme
Ese lugar por el mio,
Que de cierto desvarío
Pretendo así asegurarme?

LAURA. (*A Don Fadrique.*)

Sí.—Dad licencia, que os doy
La palabra de volver.—
(*Ap.* Así pretendo saber
Si es aquel.)

DON FADRIQUE.

Como quien soy
Que no he visto, Don Vicente,
Mujer en toda mi vida
Tan cortés, tan entendida,
Tan hermosa y tan prudente.
Troquemos lugar (*Ap.* Así
Le obligaré que me dé
El que deseo.); porqué
Goceis de su ingenio aquí
Un rato. (*Truécanse todos.*)

DON VICENTE.

De buena gana;
Y aun la dama y todo os diera,
Porque esta es muy bachillera
Muy presumida y muy vana.

FLORA.

Faltándôs dama tan bella,
Diréis, gallardo español,
Que en el ausencia del sol
Os ha salido una estrella.

DON VICENTE.

No diré, pues advertido
En engaño tan confuso,
Sol, que una vez se me puso,
Otra vez me ha amanecido.

FLORA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! en vano procura
Amor nuevas glorias ya
Con mudarse, que no está
En el lugar la ventura.

LAURA.

Mil deseos, que en mí están
Luchando por conoceros,
Me traen, caballero, á veros.

DON FADRIQUE.

Don Fadrique de Bazan
Os dije que me llamaba,
Y aquesto os vuelvo á decir;
Que no tengo que mentir.

LAURA.

Pues ¿qué causa os obliga
A mudaros?

DON FADRIQUE.

La que á vos.

FLORA.

Siempre los discursos van
A su principio, si están
En un pensamiento dos.

ALONSO.

¿Y qué es vuestro pensamiento
En las mudanzas que haceis?
Sin duda fantasmas veis
Con el desvanecimiento.

FLORA.

Si os tengo de responder,
Llegaos mas porque os entienda.

ALONSO.

¿Llegarme? ¡Dios me defienda!
Que eso es lo que no he de hacer.

FLORA.

Pues parlar no será justo,
Que á mí dar voces me cueste.

ALONSO.

Sí, que estais llenas de peste,
Aunque es peste de buen gusto.

FLORA.

En mí aquesos accidentes
No se dejan conocer.

ALONSO.

No, que si no hay que comer,
No echareis ménos los dientes.
Pero confesadme á mí
Si el amor la causa fué
Desta mudanza.

FLORA.

No sé
Cómo deciros que sí.

Digitized by Google

ALONSO.

¡Hambre y amor? Imagino
En este instante ¡por Dios!
Que debeis de ser las dos
Damas de hijos de vecino.

FLORA.

¿Por qué?

ALONSO.

Las mas celebradas,
En necedades tan ciertas,
Siempre las veo muy muertas
De hambre, y muy enamoradas

(Tocan cajas.)

Pero ¿qué ruido es aquel
De cajas y de trompetas?

DON FADRIQUE.

El Príncipe de Polonia
Que ya sale de la tienda
A visitar los cuarteles.—
Dadnos, señoras, licencia.

FLORA.

¿Volveréis á vernos?

DON FADRIQUE.

Sí.

FLORA.

¿A qué hora?

ALONSO.

A cualquiera,
Si no es á la del comer,
Porque no conocen esta.

DON FADRIQUE.

Yo vendré.

FLORA.

Pues no os mudeis
Otra vez, por vida vuestra;
Que el mudarse á mí me toca
Por ser mujer.

DON FADRIQUE.

Norabuena,
Firme seré.

FLORA.

Yo tambien.

LAURA.

¡Quién á vuestro campo fuera
A ver la fiesta!

ALONSO.

A comer,
Direis mejor; pero vengan,
Con sola una condicion.

FLORA.

¿Cuál es?

ALONSO.

Que en una talega
Traigan toda su comida;
Bien cabrá, aunque sea pequeña,
Porque no nos quedan ménos
Enemigos en la fuerza.

(Quítanse del muro las damas.)

ESCENA XVI.

EL PRINCIPE DE POLONIA Y ESPINOLA, CON ACOMPAÑAMIENTO. — DON FADRIQUE, DON VICENTE, ALONSO LADRON. *Tocan dentro chirimías.*

ESPÍNOLA.

Esta, Príncipe excelente,
Es Bredá invencible, y esta
Es del rebelde enemigo
La mas importante fuerza.
Yace en los Paises-Bajos,
Donde los confines cierran
De Batavia, de Celandia
Y Brabante; bien lo muestra
El rio, que decir Marc
En flamenco idioma suena
Lo que término ó confin
En la castellana lengua.
Está en la altura del polo
Cerca del Norte cincuenta
Y un grados: bien sus influjos
Destemplados aires muestran.
El sitio es triangular,
Y sírvese por tres puertas,
De Cinequen, de Valduque
Y de Ambéres; hay en ellas
Diez soberbios baluartes
Que la guarden y defiendan,
De Mansfelt y de Lamberto,
Nasau, Mauricio, á quien llegan
Norte, Holanda, Honoc, Locros,
Bernebelt y Blanquenberga.
Los tres están repartidos
Entre la gente francesa
Y valona; están á cargo
De un coronel, que sustenta
Toda esa máquina en peso,
Que es hombre de inteligencia,
Muy altivo y ingenioso,
Y que si por él no fuera,
Se hubieran rendido, tanto
Los anima y los alienta;
Morgan se llama, es inglés.
Los otros tres los gobiernan,
Con gente de los paises,
Oteribe y Gris; y quedan
Cuatro al señor de Loqueren.
Justino de Nasau muestra,
Gobernador de la villa,
Gran valor y gran prudencia.
Tiene dentro un suntuoso
Templo, donde se celebran
Prédicas... Permite aquí,
Que torpe dude la lengua,
Que mudo falte el acento,
Y quede la voz suspensa.
¡Prédicas...! ¡habiendo sido,
Con piedad y reverencia,
Culto del mayor milagro
Que ha obrado la omnipotencia!
Dios restaurará su templo
Airado á tantas ofensas.
Tres fosos tiene en sus muros,
Que aquí distantes la cercan,
Y llena de fuego y agua,
Es centro de tres esferas.
Fundada está sobre el Marc,
Siendo sus ondas soberbias
Aun á los rayos de Jove
Inexpugnable defensa;
Y con estar sobre el agua,
A tanto el ingenio llega
De su belicosa gente,
Nacida en efecto en tierra
Donde la escuela de Marte
Tiene por primera escuela,
Donde ántes que á hablar, aprenden
A pelear, pues las primeras
Voces que escuchan naciendo,
Son las cajas y trompetas;
A tanto llega en efecto
Su ingeniosa diligencia,
Que están minados de suerte,
Que, si asaltarla quisiera,
Siendo posible ganarla
Por las armas, no lo fuera
Reducir á cantidad
De números y de cuentas
La gente que nos costara
Ganar un palmo de tierra.
Es capaz (¡caso notable!)
De cien mil hombres de guerra;
Pues hoy, con haberse muerto
De una grave pestilencia
Mas de ochenta mil personas,
Quedan mas de otras ochenta.
Tiene mucho bastimento,
Y cuando no le tuvieran,
Esta es gente que en las calles
Cavan, cultivan y siembran;
Y aquí unas rústicas plantas
Son tan fértiles, que llevan
En breves dias el fruto,
De que á veces se sustentan.
Tienen siempre en abundancia
Para los caballos yerba;
Labran la pólvora dentro:
De suerte, que no desean
Sino solo libertad;
¡Quiera Dios que no la tengan!
De fuera de la ciudad
Bien ha visto vuestra Alteza
Los cuarteles; pero quiero,
Porque mas noticia tenga,
Referirlos. Tiene el sitio
(Cosa en nuestros tiempos nueva,
Pues no le vieron mayor
En los suyos Troya y Grecia),
Tiene en torno treinta millas,
Que son castellanas leguas
Diez; y de suerte, que dista,
Por la geometría hecha
La demostracion, del muro
Nuestro campo apénas media;
Que, aunque á dos y media toca,
Y en rectitud no pudiera
Estar tan cerca; por eso
En la figura se cuentan
Del diámetro las líneas
Con las puntas y las cuestas.
Hízose el sitio tan grande,
Porque, estando en esta tierra
Tan pujante el enemigo,
De ningun modo pudiera
Cercarlos. Y es la razon
(Yo lo he visto en la experiencia):
Si para una villa sola,
Que tiene apénas dos leguas
De contorno, gasto diez,
Para cercar las diez, fueran
Por la multiplicacion
Menester mas de docientas.
Y si en diez sesenta y cinco
Mil hombres tengo, no hubiera
Para las docientas gente
En toda Europa. Bien hecha
Está la demostracion,
Mas de un desvelo me cuesta.
Son las fortificaciones
Todas labradas á prueba
De cañon, y las dividen
Tres graduadas hileras,
Inferior y superior
Y mediana: de manera,
Que pasean tres soldados
A un mismo tiempo por ellas.
En el valle de Ginequen,
Que es este, puse mi tienda,
Que es un portátil alcázar,
Y está del muro tan cerca,
Que ya he visto algunas veces
Entrar sus balas en ella.
De mi cuartel á la espalda
Está un colegio é iglesia
De los padres jesuitas,
Que hasta aquí su celo llega.
Aquí con gran devocion
Los sacramentos frecuentan;
Que es bien acuda por armas
El que por la fe pelea.
Mas abajo, algo inclinada
Hácia la mano derecha,
Guardada de artillería
La frente está de banderas;
Son ciento y noventa; y luego
Empiezan á formar vuelta
Los tres tercios de españoles,
Gente bizarra y experta

Digitized by Google

Don Juan Claros de Guzman
(Ya se sabe su nobleza),
Don Francisco de Medina,
Don Juan Niño. Luego empiezan
Regimientos alemanes,
Y en una pequeña huerta
El conde Juan de Nasau,
Que es su cabo, se aposenta.
El baron de Barlanzon
Con los italianos cierra
El primero fuerte real
Del oriente; mas afuera
El marques de Barlanzon.
Fué la causa, que estuviera
Doblado aqueste cuartel,
Que á esta parte tuvo puesta
Mauricio su gente; así,
Para mayor resistencia,
Se pusieron tres naciones
Por esta parte, que eran
Borgoñones y valones
Y los italianos. Esta
Es del príncipe de Orange
Una quinta hermosa y bella;
Es casa de recreacion
Suya, cuyas plantas besa
El rio: por aquí sale
De la villa con mas fuerza
Despeñado, y á este llaman
El bosque de las cigüeñas.
Aquí tengo yo una inclusa
Labrada para que vierta
Toda su corriente el rio;
Porque, estando el mar tan cerca,
Pudiera ser de algun daño,
Cuando á dar tributo llega,
Corriendo del mediodía
Su caudalosa soberbia
Al setentrion. De aquí
Se ha cogido el agua llena
De veneno, que en la villa,
Virtud de posibles yerbas,
Avenenaron el rio,
En cuyos hombros se asienta
El segundo fuerte real.
Luego, hasta el tercero, empiezan
Otra vez los alemanes,
Cuyo número á su cuenta
Tiene el marqués de Braibones.
Gente del pais de afuera,
Y liegeses siguen luego,
Haciendo que les sucedan
Irlandeses, escoceses.
Y ingleses, con lo cual llegan
Al fuerte real de occidente
Las fabricadas trincheras.
El marques de Belveder
Con mas italianos muestra
Su poder aquí; y por ser
El camino de Bruselas
Esta parte, no se ha puesto
Aquí tanta resistencia.
Este es un brazo del rio,
Y al término donde llega
A incorporarse, está el puente
De barcas de fuego. Estas
Son cada una un volcan,
Que por instantes revientan
Llamas, que entre fuego y humo
Opuestas al cielo vuelan.
Tiénelas Pablos Ballon,
Y en el puente hay cuatro piezas:
De modo, que por el rio
Es imposible que puedan
Meter socorro; que está
Debajo del agua hecha
Una estacada, porqué
Ya vimos que es sutileza
De ingenieros navegar
Barcas del agua cubiertas.
Demas de toda esta gente
Que está en los cuarteles, quedan
Veinte mil caballos fuertes,
Que en volante escuadron llegan
Socorriendo á cualquier parte,
Porque en ningun tiempo sea
Menester desamparar
Puesto ninguno. Que llega
(Vuestra Alteza advierta) esto
A que el ejército tenga
Mas de quince mil escudos
De costa, que son por cuenta
Seis mil doblones. ¿Qué rey,
Sino el de España, pudiera
Sustentarlo? Esto, sin sueldos.
¿Qué mas bien? qué mas grandeza?
No se ha visto en todo el mundo
Tanta milicia compuesta,
Convocada tanta gente,
Unida tanta nobleza;
Pues puedo decir no hay
Un soldado que no sea
Por la sangre y por las armas
Noble. ¿Qué mas excelencia?
¿Qué mayor blason de España?
¡Quieran los cielos que sean
Para mas honra de Dios,
Propagacion de su Iglesia,
Alabanza de Filipo,
Honor suyo y gloria nuestra!

PRÍNCIPE.

Ya ¿qué tengo que mirar?
Solo el Rey de España reina;
Que todos cuantos imperios
Tiene el mundo, son pequeña
Sombra muerta á imitacion
Desta superior grandeza.
Admirado dignamente,
Es bien que á Polonia vuelva,
Donde tenga que envidiar
Tales vasallos, que emplean
Su valor tan altamente
Por Rey, cuya vida sea,
Desmintiendo á lo mortal,
Como su alabanza, eterna.

JORNADA TERCERA.

Sala de un castillo de Bredá.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINO, MORGAN; VECINOS DE BREDÁ, *dentro; despues* FLORA.

Voces dentro.

¡Ríndase la villa!

MORGAN.

Ciego
De enojo y cólera voy.

JUSTINO.

Rabiando de pena estoy,
Dando por los ojos fuego. —
(*Pónese á un balcon.*)
¡Vecinos, oid! ¿Así
El temor os sobresalta,
Que ánimo y valor os falta
Para resistiros?

Voces dentro.

Sí.

JUSTINO.

¿No es lo mismo el que llegó
En su muerte á ser testigo,
Que le mate el enemigo
Que su mismo valor?

Voces dentro.

No.

(*Sale Flora.*)

FLORA.

No te canses, que ya es mucha
Tu pretension y su muerte.

JUSTINO

¿De qué modo?

FLORA.

Desta suerte;
Si no lo sabes, escucha.
Despues, Justino, que la dura guerra
Puso á Flándes en tanto desconsuelo,
Que no solo prodigio fué á la tierra,
Sino tambien calamidad del cielo,
Por ley de aquel que en su dosel encierra
Caractéres que imprime en azul velo,
Con que reparte al mundo de una suerte
Dádivas de la vida y de la muerte;
Tanto la voluntad se ve rendida
Al hambriento furor, al golpe fuerte,
Que duda entre las luces de la vida,
Que ignora entre las sombras de la muerte;
Si asiste el alma á su porcion unida,
Si falta desasida; y desta suerte,
Como á un tiempo dolor y horror recibe,
Ignora cuando muere ó cuando vive.
Cuál por las calles, ya tristes desiertos,
Con la voz en los labios temerosa,
Va tropezando entre los cuerpos muertos,
Por llegar á los brazos de su esposa;
Y allí con los discursos mas inciertos
Se quiere despedir, duda, y no osa,
Porque teme, al formarse la palabra,
Que el alma espera á que los labios abra.
Cuál, negándose al mísero sustento,
Que le concede una porcion escasa,
Le lleva la mitad de su alimento
Al impedido padre, que en su casa
Camaleon se vive de su aliento,
Y á nueva vida con su vista pasa;
Y como la piedad duda y estima,
Una vez se desmaya, otra se anima.
Cuál el cabello á su discurso deja
Cubrir la espalda y enlazar el cuello;
Y siendo su fatiga quien la aqueja,
Piensa que es quien la ahoga su cabello;
La manos tuerce y la sutil madeja
Cruel aparta, y cuando vuelve á vello,
Siendo lisonja de los aires vanos,
Llora, y vuelve á torcer las blancas manos.
Cuál pues á la corriente de ese rio
Llega á templar la desigual congoja:
Bébese el mar, y viendo el centro frio
Otra vez, otra vez el labio moja.
¡Qué fácilmente engaña el albedrío!
Templa la sed, y el hambre le acongoja;
Que el natural deseo de la vida
Agua le da, aunque alimento pida.
¿Cuántos, de esa montaña despeñados,
A su misma pasion vimos rendidos?
¿Cuántos, á su furor precipitados,
Pendientes de un cordel, de un hierro heridos,
De mortales venenos ayudados,
De prolijos peñascos oprimidos?
Y al fin es, en tormentos tan esquivos,
Bredá un sepulcro que nos guarda vivos.
Pues ¿qué alivio tenemos, qué esperanza,
Si á nuestra muerte hemos de ser testigos,
Y para dar á España mas venganza,
Somos nuestros mayores enemigos?
¿Qué favor, qué socorro, qué mudanza
Enmienda podrá ser á sus castigos,
Si, cuando tantas penas padecemos,
Nosotros á nosotros nos vencemos?
¿Qué minas brotan de arrogancia llenas?
¿Qué encuentro padecemos fuerte y duro?
¿Qué asalto nos derriba las almenas?
¿Qué artillería nos fatiga el muro?
Nosotros nos labramos nuestras penas,
Nosotros les hacemos mas seguro
El triunfo. Pues ¿qué hacemos? qué esperamos?
Atropos somos, nuestra vida hilamos.
Ya Enrique de Nasau se ha retirado,
Imposible el socorro me parece;

Por agua y tierra el paso está tomado;
Mengua el valor, y la desdicha crece.
Esa nueva moneda que has labrado,
¿Qué importa, si la plata no me ofrece
Interés, y ella misma es infelice?
Bredá sitiada por España, dice.
¿No es furor que se mate quien no espera
A que le mate el hambre dura y fuerte?
Luego es furor tambien de esa manera,
Porque no me la dén, darme la muerte.
Entre del español la furia fiera,
Venza, triunfe y castigue de una suerte:
Porque es furor, aunque el vivir dilate,
Matarme yo, porque otro no me mate.

JUSTINO.

Madama, todo el rigor
Veo, sufro, siento y lloro;
Mas de la muerte no ignoro
Que será muerte mejor
A las manos del valor,
Que no á las del enemigo,
Y así estos discursos sigo;
Pero si no puede mas
La humana fuerza, hoy verás
Que á satisfacer me obligo
Tantas quejas. No pretendo
(*Asomado al balcon.*)
Para la esperanza mia
De término mas de un dia;
Porque en este solo entiendo
Que Enrique entrará rompiendo
El sitio, que no ha podido;
Que ya la gente ha venido
De Marsil. Y siendo vana
Esta esperanza, mañana
Nos darémos á partido.
Suframós hoy; que yo estoy
Satisfecho que vendrá,
Y que el socorro entrará
En la villa.

Voces dentro.

Solo hoy
Damos de término.

JUSTINO.

Soy
Contento.

ESCENA II.

LAURA. — DICHOS.

LAURA.

Las voces mias
Penetren las celosías
De diamante y de zafir,
Pues no podemos vivir
Sino solos once dias.

FLORA.

¿Qué es esto, Laura?

LAURA.

Han contado
El sustento que tenemos
En la villa, y no podemos,
Con tanto límite dado,
Vivir, ¡qué infelice estado!
Sino once dias.

FLORA.

Pedir
Que nos vamos á rendir
Al campo: que no hay ninguna
Triste ó misera fortuna,
Que no la enmiende el vivir.
¿Es Bredá acaso Numancia?
¿Pretende tan necia gloria?
¿Será la primer victoria,
Ni la de mas importancia?
No es pérdida, que es ganancia
La guerra; pues ¿qué esperamos?
¿Por qué no nos entregamos?
Que no hay libertad perdida,
Que importe mas que la vida.
Vamos á rendirnos.

TODOS.

Vamos. (*Vanse.*)

—

Acampamento de Espínola.

ESCENA III.

Disparan dentro, y salen ESPINOLA, DON VICENTE, DON GONZALO, DON FRANCISCO DE MEDINA Y ALONSO LADRON.

ESPÍNOLA.

¡Jesus mil veces!

DON GONZALO.

¿Así,
Señor, Vueexcelencia pone
En tanto riego su vida?
¿Qué alabanzas, qué blasones
Podrán ser satisfaccion
A una desdicha tan noble,
Aunque España con su muerte
El mundo á sus plantas postre?

MEDINA.

Perdóneme Vueexcelencia,
Que ha sido grande desórden,
Y aun es desesperacion
De su vida.

ALONSO.

O me perdone,
O no me perdone á mí,
Juro á Dios, aunque se enoje,
Que fué grande necedad
Llegar divertido adonde
Pudieron con una bala,
Que el viento encendido rompe,
Quitar el freno al caballo,
Que bañado en sangre corre.

ESPÍNOLA.

Señor Don Gonzalo, andaba
Dando en los cuarteles órden
Para esperar la ocasion
Que hoy Enrique nos propone;
Que el socorro que ha venido
De Mansfelt, y otros señores
De Flándes, le da esperanza
Para que sus presunciones
Piensen entrar en Bredá,
Para cuyo efecto pone
En la campaña docientos
Carros, y treinta mil hombres.
En aquesto andaba, cuando
Corrió los vientos veloces
Un rayo, que lumbre y trueno
Puso entre el plomo y el bronce.
Quitóme el freno al caballo;
Mas si no me alcanzó el golpe,
Lo mismo fuera haber dado
En Toledo.

ALONSO. (*Ap.*)

Esas razones
Dije, cuando entró la bala
En la tienda, y desde entónces
Se acuerda dellas. ¡Por Dios,
Que no olvida lo que oye!

ESCENA IV.

DON FADRIQUE. — DICHOS.

DON FADRIQUE.

Ya Enrique se va llegando.
¿No escuchas las dulces voces
De las cajas y trompetas?
¿No ves azules pendones
Que, á imitacion de las nubes,
Ufanos al sol se oponen?

ESPÍNOLA.

¿Pues ves toda aquesa gente,
Que en formados escuadrones
Hace una selva de plumas
En variedad de colores?
Pues en viéndonos la cara,
Plegue á Dios que no se tornen,
Como otras veces lo han hecho.

DON VICENTE.

Ya de mas cerca se oyen
Las cajas.

ESPÍNOLA.

Pues los cuarteles
Esperen á ver por dónde
Nos embiste, y los demas
Tercios, puestos y naciones,
No desamparen los suyos;
Que el volante escuadron corre
A todas partes, y hoy
Espero que el cuello dome
A esta herética arrogancia,
Religion dañada y torpe;
Pues hoy en cualquier suceso,
Que deste encuentro se note,
Tengo de entrar en Bredá,
Postrando á mis plantas nobles
La oposicion de sus muros,
La eminencia de sus torres.
Si es bueno el intento nuestro,
Porque ya sus presunciones
Quedarán desengañadas,
Y no hay poder que no estorbe;
Si es malo, porque con él
Nueva esperanza no cobre,
Y vean tantas rüinas
Sangrientas ejecuciones.
Vueseñoría, señor
Don Gonzalo, á cargo tome
En este cuartel de España
El gobierno; y pues conoce
Su cólera, cuando vea
Que no pelean, reporte
Su arrogancia; porque temo
Que coléricos se arrojen,
En viendo en otro cuartel
Trabados los escuadrones. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON FADRIQUE, DON GONZALO, DON VICENTE, MEDINA Y ALONSO LADRON.

DON FADRIQUE.

¡Oh si llegara por este
Puesto de los españoles
Enrique, qué alegre dia
Fuera á nuestras intenciones!

DON VICENTE.

No somos tan venturosos,
Que esa dicha, señor, logre.

ALONSO.

Yo apostaré que va á dar
Allá con esos flinflones,
Con quien se entienda mejor,
Que dicen, cuando nos oyen
Santiago, cierra, España,
Que aunque á Santiago conocen,
Y saben que es patron nuestro,
Y un apóstol de los doce,
El *cierra, España*, es el diablo,
Y que llamamos conformes
A los diablos y á los santos,
Y que todos nos socorren.

MEDINA.

Si en el camino de Ambéres
Vino marchando, se pone
Frente de los italianos.

Digitized by Google

DON FADRIQUE.

Ya parece que se rompen
Los campos.

ALONSO.

¡Cuerpo de Cristo!
¡Que de aquesta ocasion gocen
Los italianos, y estemos
Viéndolo los españoles,
Sin pelear!

DON GONZALO.

La obediencia
Es la que en la guerra pone
Mayor prision á un soldado;
Mas alabanza y mas nombre
Que conquistar animoso,
Le da el resistirse dócil.

DON FADRIQUE.

Pues si no fuera mas gloria
La obediencia, ¿qué prisiones
Bastaran á detenernos?
(*Tocan cajas.*)

ALONSO.

Con todo eso, no me enojen
Estos señores flamencos;
Que si los tercios se rompen,
Tengo de pelear hoy
Aunque mañana me ahorquen.

DON VICENTE.

¡Qué igualmente que se ofenden!
(*Tocan cajas.*)

DON FADRIQUE.

¡Y qué bien suenan las voces
De las cajas y trompetas
A los compases del bronce!

MEDINA.

¡Viven los cielos, que han roto
El cuartel de los valones!
(*Tocan cajas.*)

DON FADRIQUE.

Ya llega á los italianos.
¡Que á tanto me obligue el órden
De la obediencia, que esté,
Cuando tal rumor se oye,
Con el acero en la vaina!
¡Que digan que estando un hombre
Quedo, mas que peleando,
Cumple sus obligaciones!

DON VICENTE.

Ya roto y desbaratado
El cuartel se ve. ¿No oyes
Las voces? ¡Por Dios que pienso
Que entra en la villa esta noche!

ALONSO.

¿Cómo en la villa?

DON FADRIQUE.

¿En la villa?
La obediencia me perdone,
Que no ha de entrar.

DON VICENTE.

Embistamos,
Que se enoje ó no se enoje
El general.

DON GONZALO.

Caballeros,
Piérdase todo, y el órden
No se rompa.

DON FADRIQUE.

No se falta
A nuestras obligaciones,
Que en ocasiones forzosas
No se rompe, aunque se rompe.

DON VICENTE.

Pero atentos á la accion
Que intenta atrevido un hombre,
Mudo el viento se detiene,
Y el sol se ha parado inmóbil.
¿No ves al mayor sargento
Italiano, que se opone
Al ejército de Enrique,
Y animando con sus voces
Toda la gente, detiene
El paso á los escuadrones
Del enemigo? Esta accion
Ha de darte eterno nombre,
Cárlos Roma, y dignamente
Mereces que el Rey te honre
Con cargos, con encomiendas,
Con puestos y con blasones.
Con la espada y la rodela
Furioso los campos rompe,
Y á su imitacion se animan
Los italianos! ¡Que gocen
Ellos la gloria, y nosotros
Lo veamos! Aquí es noble
La envidia, y aun la alabanza;
Que España, que en mas acciones
Se ha mirado victoriosa,
No es razon que quite el nombre
A Italia de la victoria,
Si ellos son los vencedores.

DON FADRIQUE.

Desbaratados y rotos,
Miden los vientos veloces
Los flamencos, y ya queda
Por suyo el honor; coronen
Su frente altivos laureles,
Y en mil láminas de bronce
Eternos vivan, tocando
Hoy los extremos del orbe.
(*Vanse; tocan dentro, y dase la batalla.*)

—

Vista exterior de los muros de Bredá.

ESCENA VI.

ENRICO.

Yo juzgo que el mismo Marte
Mis campos destruye y rompe
Cada vez ¡cielos! que veo
Un bello, un gallardo jóven
Que, ministro de la parca,
Tiene obediente á su estoque
En cada amago una vida,
Y una muerte en cada golpe.
Aquel valiente italiano,
Que con la rodela sobre
Las armas, bello y valiente,
Era Marte siendo Adónis,
¡Ah quién supiera quién es!
¡Cielos! que tanto aficione
El valor, que el enemigo
Le confiesa y le conoce!
Sí, estos brazos mereciste;
Vuélvanse mis escuadrones
Desesperados de entrar
En Bredá; ya no provoquen
Las cajas; á retirarnos
Llamen, y Bredá dé órden
De entregarse; que imposibles
Son ya todos mis favores.
Entréguense infamemente;
Que yo voy corrido donde
Mi desdicha y su venganza,
Mi muerte y su afrenta llore. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ESPINOLA, DON FADRIQUE, DON GONZALO, DON VICENTE, BARLANZON, ALONSO LADRON, DON LUIS DE VELASCO.

DON FADRIQUE.

Ya Enrique se ha retirado,
Desesperado de dar
El socorro.

ESPÍNOLA.

Si al llegar
Hoy, en los de Italia ha hallado
Tal resistencia, ¿qué mucho
Que se vuelva, pues bastaba,
Donde su valor estaba,
Para ofenderle?

ALONSO. (*Ap.*)

¡Esto escucho!

DON VICENTE.

Cárlos Roma valeroso
Al peligro se arrojó,
Dignamente mereció
Nombre inmortal y glorioso.
Su Majestad premiará,
Porque su valor se entienda,
El pecho de una encomienda,
Que tan merecida está,
Puesto que los italianos
En esta faccion han sido
Solos los que han conseguido
Tantos triunfos soberanos.
(*Ruido dentro.*)

DON GONZALO.

Gran novedad es aquesta,
Que la vista maravilla.

DON VICENTE.

Fuegos hacen en la villa.

BARLANZON.

Fácil está la respuesta:
Sin duda quieren quemarse
Los herejes.

ALONSO.

No será
La primera vez; que ya
Lo hemos visto, por no darse.

ESCENA VIII.

MEDINA, *con un* ESPÍA *en traje de villano.* — DICHOS.

MEDINA.

Este es una oculta espía,
Que disfrazado venía,
Señor; él podrá decir
Deste fuego el fundamento.

ESPÍNOLA.

¿Quién eres?

ESPÍA.

Un labrador.

BARLANZON.

Este es espía, señor:
Mejor lo dirá el tormento.

ESPÍNOLA.

¿Dónde en este traje vas?

ESPÍA.

Pues tan desdichado fuí,
Que luego en tus manos dí,
De mí el intento sabrás.
Resuelto y determinado,
Siendo una encubierta espía,
Dije á Enrique que entraria
En la villa.

ESPÍNOLA.

¿Cómo?

ESPÍA.

A nado.
Por eso cartas no entrego.

ESPÍNOLA.

¿Y qué habias de decir?

Digitized by Google

ESPÍA.

Que se traten de rendir
Con buenos partidos luego;
Porque ya el conde Mauricio
Ha muerto, y él ha quedado
Ajeno y desesperado
De ayudarles. Bien da indicio
Desto el fuego, pues así
Dicen que no hay que comer,
Y no pueden defender
Mas la fortaleza. A mí
Decir la verdad me abone.

ESPÍNOLA.

En fin, ¿Mauricio murió?

BARLANZON.

El primero es que me ahorró
De decir: ¡Dios te perdone!

ESPÍNOLA.

¡Hola! este hombre esté preso.

DON FADRIQUE.

Allí una blanca bandera,
Con los vientos lisonjera,
Está en la muralla.

ESPÍNOLA.

Eso
Es señal de paz. Lleguemos
Al muro; que desde allí
Habla un hombre, y desde aquí
Me parece que le oirémos.
Algun intento imagino.

ESCENA IX.

MORGAN, *en el muro.*—DICHOS.

MORGAN.

Soldados, ¿está el marqués
Donde me escuche?

ESPÍNOLA.

Sí.

MORGAN.

Pues
Estáme atento. Justino
De Nasau, gobernador
De Bredá, quiere entregar
La fuerza, como aceptar
Quiera el piadoso valor
Tuyo un lícito partido.
Y para que efecto tenga,
Enrique de Vergas venga
Aquí á tratarlo; que ha sido
La causa de no salir
El estar malo en la cama.

ESPÍNOLA.

Hoy es dichosa mi fama:
Bredá se quiere rendir.
¿Qué partido pedirá
Que no sea fácil?—Ladron,
Llamadme sin dilacion (*Vase Alonso.*)
Al conde Enrique, que ya
Se entrega Bredá.—Diréis (*A Morgan.*)
A Justino, que me pesa
De su enfermedad, y que esa
Conveniencia que os haceis
Aceptaré, como sea
Tal que á todos esté bien.

MORGAN.

Pues, invicto Ambrosio, ¿quién
Otro suceso desea?

DON GONZALO.

Dése la villa, y quedemos
Señores della; y vencidos
O entregados, los partidos
Que pidieren aceptemos.

ESPÍNOLA.

Sí, porque no importan mas
Del mundo los intereses,
Que haber estado dos meses
Sobre este sitio; y jamas
El ser liberales fué
Desmérito. Así se vea
Que es, lo que aquí se desea,
Que esta fortaleza esté
Por España. Para esto
Tanto tiempo hemos estado,
Tanta hacienda se ha gastado,
Y tantas vidas se han puesto
A peligro; pues advierte
Ahora, ¿qué condicion
De mas consideracion
No podrá ser que una muerte?
(*Retírase Morgan.*)

ESCENA X.

ALONSO LADRON, EL CONDE DE VERGAS.—DICHOS.

ALONSO.

El Conde está aquí.

ESPÍNOLA.

¿Qué habrá,
Señor, que advertirle á quien
Alcanza y sabe tan bien
Lo que debe hacerse? Ya
Se quiere rendir la villa;
Vueseñoría ha de entrar
Adentro á parlamentar.
Y puesto que ella se humilla,
No hay que apretar demasiado;
Que mayor nobleza ha sido
Tener lástima al vencido,
Que verle desestimado
Con arrogancia.

VERGAS.

Yo iré
Y advertiré sus razones;
Veré sus proposiciones
Y sus partidos oiré,
Sin dejar efectuado
Ninguno, y volveré á dar
Cuenta; y para confirmar
Lo que quedare tratado,
Se nombrará diputado
De ambas partes para el dia
Señalado.

ESPÍNOLA.

Useñoría
Lleve por acompañado
Al marqués de Barlanzon.

VERGAS.

Con ese no mas iré
Muy honrado.

BARLANZON.

Yo entraré
Con sola una condicion:
Que escondan al artillero
Que la pieza disparó;
Pues á conocerle yo,
He de matarle primero
Que hablar nada.

DON LUIS.

¿Y qué seguro
Nos dan?

BARLANZON.

¿Qué seguridad
Mas que su necesidad?
No hay que temer.

ESPÍNOLA.

¡Ah del muro!

MORGAN.

¿Qué es lo que mandas?

ESPÍNOLA.

Ya aquí
Está el Conde.

MORGAN. (*A uno de los de adentro.*)

Brevemente
Echa el rastrillo, y el puente
En un punto, porque así
Siempre el fuerte esté cerrado.

VERGAS.

Los dos habemos de entrar.
(*Cae el puente.*)

BARLANZON.

Estos andan por quebrar
La pierna que me ha quedado.
(*Vanse Vergas y Barlanzon.*)

ESPÍNOLA.

Yo espero entrar allá presto.
(*Ruido dentro del campamento.*)

ESCENA XI.

SOLDADOS, *dentro.*—ESPINOLA, DON FADRIQUE, DON GONZALO, DON VICENTE, DON LUIS.

ESPÍNOLA.

Pero ¿quién causa este ruido?

Voces dentro.

No queremos que á partido
Se dé la villa.

ESPÍNOLA.

¿Qué es esto?

DON FADRIQUE.

Parece que amotinado
El ejército, no quiere
Los partidos.

ESPÍNOLA.

Pues no altere
Mi intento, en esto acertado.
Mas yo sabré con prudencia
Obligarlos, recorriendo
Los cuarteles, y pidiendo
Su voto y su conveniencia.

DON GONZALO.

Este de tudescos es.

ESPÍNOLA.

Tudescos, Bredá se ofrece
A partido; ¿qué os parece?
¿Que le aceptemos?

Voces dentro.

Despues
Que vimos el inhumano
Rigor del helado invierno,
Y sufrimos el eterno
Fuego del cruel verano,
No es bien que partido quieran.

DON FADRIQUE.

Estos son valones.

ESPÍNOLA.

Ya,
Valones, quiere Bredá
Entregarse.

Voces dentro.

Cuando esperan
Los soldados aliviar
Los trabajos padecidos,
Con el saco entretenidos,
¿Quieres se vengan á dar
Para librarse?

DON GONZALO.

Es en vano
Que pierdan sus intereses.

ESPÍNOLA.

Borgoñones, escoceses
Y ingleses, hoy os allano
Mi tienda, en ella podeis
Vuestra codicia aplacar.
Si Bredá se quiere dar,
Su designio no estorbeis.

Digitized by Google

Voces dentro.

Hemos padecido mucho,
Y es muy poco interes cuanto
Puedes darnos tú.

ESPÍNOLA.

¡Que tanto
Os mueva! ¿qué es lo que escucho?
Que si todos van así,
No tendrá efecto el intento.
Así remediarlo intento:
Oid, españoles.

DON FADRIQUE.

Di.

ESPÍNOLA.

Para una empresa tan alta
Como el fin desta victoria,
Para conseguir su gloria
Solo vuestro voto falta.
¿Qué respondeis?

Voces dentro.

Que se dé
Con partido, ó sin partido,
Como quede conseguido
Nuestro intento, y es, que esté
Por el Rey. Y si no quieren
Pasar esotras naciones
Por pactos ni condiciones,
Españoles se prefieren
A darles todo el dinero,
Joyas, vestidos y cuanto
Tuvieren, porque con tanto
Oro, que es un reino entero,
Su codicia esté pagada,
Nuestra gloria conseguida,
Dando la hacienda y la vida,
Tan dignamente empleada,
Al Rey; pues mayor hazaña
Es que no manche en tal gloria
Con la sangre la victoria,
Y sea Bredá de España.

TODOS.

Quede Bredá por el Rey,
Y acepta la condicion.

DON FADRIQUE.

Todos á su imitacion
Convienen, por justa ley,
En las entregas, corridos
De verlos tan liberales.

ESPÍNOLA.

¡Oh españoles! oh leales
Vasallos, cuanto atrevidos,
Para la guerra sujetos,
Para la paz obedientes,
Cuanto sujetos, valientes,
Y en todo extremo perfetos!
De la gentilidad dudo,
Que por Dios hubiesen dado
Altares á Marte armado,
Y no á un español desnudo. (*Vanse.*)

—

Sala en el castillo de Bredá.

ESCENA XII.

JUSTINO, EL DE VERGAS, MORGAN, BARLANZON, CRIADOS.

JUSTINO.

Useñoría, señor,
Sea bien venido.

VERGAS.

Déme
Useñoría los brazos,
Y diga cómo se siente.

JUSTINO.

No estoy bueno; mas ¿qué mucho
No tenga salud, si este
Término me pone hoy
Poco ménos que á la muerte?

VERGAS.

Mucho ha sentido el Marques,
Justino, vuestro accidente
De poca salud.

JUSTINO.

Las manos
Al Marques beso mil veces.

BARLANZON.

Ya bastan las cortesías.
Useñorías se sienten,
Sepamos á qué venimos.

VERGAS.

Aunque no traigo poderes
Del marques para firmar
El concierto, como quede
Convenido entre nosotros,
Despues diputados pueden
De entrambas partes nombrarse,
Para que lo que concierte,
Capitulado, se firme.

JUSTINO.

Pues yo traigo escrito este
Memorial de condiciones.
(*Saca un papel.*)

VERGAS.

Veamos pues.

JUSTINO.

Este bufete
Llegad, y dejadnos solos.
(*Llegan dos criados el bufete, y vanse.*)
Dice así: (*Lee.*) «Primeramente,
»Se dé perdon general
»A cuantos hoy Bredá tiene,
»En forma amplísima.»

VERGAS.

Es justo
Que, pues que se rinden, queden
Perdonados. Adelante,
Que el perdon se les concede.

BARLANZON.

Escribamos dos á un tiempo,
Para que un traslado quede
En Bredá, para resguardo,
Y el otro al Marques se lleve.
(*Escriben Barlanzon y Morgan.*)

JUSTINO.

(*Lee.*) «La segunda condicion
»Es, que todos los burgeses
»Puedan quedar en la villa,
»Y en dos años resolverse
»Si quieren su domicilio;
»Y que, si no le quisieren,
»Puedan al fin de dos años
»Llevar ó vender sus bienes;
»Y que, si quisieren irse
»Al presente, libremente
»Lo puedan hacer, segun
»Que mejor les estuviere:
»Que los que quedaren, vivan
»En su religion.»

VERGAS.

No tiene
Que lêr mas Useñoría,
Que hay muchos inconvenientes.
Que los burgeses (vecinos
Es lo mismo) en Bredá queden
O se vayan, y dos años
Tengan para resolverse,
Está bien.

BARLANZON.

¿Qué nos importa
Que se vayan ó se queden?

VERGAS.

Pero llevar sus haciendas,
¿Cómo puede concederse,
Si es dejar pobre la villa?

JUSTINO.

Sí, pero los que tuvieren
Hacienda en ella, jamas
Se irán; porque ellos no pueden
Llevar las casas y campos.

BARLANZON.

Y los tratantes, que tienen
En los muebles las haciendas,
¿No podrán llevar los muebles?

JUSTINO.

Si de burgeses tratamos,
¿Qué importan los mercaderes?
Fuera de que los partidos,
Que en esto se les hicieren,
Les harán irse ó quedarse.

VERGAS.

En esto he de resolverme:
Escriban, «que los vecinos
»Puedan salir al presente,
»O en dos años, y llevar
»O vender todos sus bienes.»
Que toda esta condicion
He llegado á concederles,
Porque en esotra ha de ser
Todo lo que yo quisiere.
Vivir en su religion
Nadie quitárselo puede;
Pero con tales partidos,
Que ha de ser ocultamente,
Sin escándalo ninguno;
Porque de ninguna suerte
Han de tener señalado
Lugar donde se celebren
Su predicacion ni ritos,
Ni enterrarse donde hubiere
Poblado, ni ha de quedar
Un dogmatista que llegue
A informarlos en su secta,
Que todos incontinente
Han de salir de la villa.

JUSTINO.

Rigor demasiado es ese.

BARLANZON.

Pues rigor ó no rigor
Demasiado, ó lo que fuere,
No se ha de quitar un tilde
Del capítulo.

JUSTINO.

Pues cesen
Estas capitulaciones.

BARLANZON.

Ya han cesado.—Morgan, vuelve
A echar el puente.

VERGAS.

Marques,
Deténgase.

BARLANZON.

Echen el puente,
Salgamos presto de aquí,
O vive Cristo, que eche
Por encima desos muros
Casa, sillas y bufete.
¿Estánse muriendo de hambre,
Y quieren hacerse fuertes?

JUSTINO.

Cuando de hambre muramos,
No nos espanta la muerte;
Que sabrémos poner fuego
A la villa, y que nos queme
Antes que vernos rendidos.

BARLANZON.

No teme el fuego un hereje.

VERGAS.

¿En qué quedamos?

JUSTINO.

En esto.

MORGAN.

En las fortunas crueles,

Digitized by Google

Cuando eres vencido sufre,
Y súfrante cuando vences.

JUSTINO.

Vuelve á escribir.

BARLANZON.

Y yo vuelvo.
(*Escribe.*)

VERGAS.

Pero el capítulo es este:
«Que en su religion cualquiera
»Pueda vivir quietamente,
»Y que para los vecinos,
»Que en su religion murieren,
»Se le señale apartado
»Un jardin donde se entierren.
»Que salgan los dogmatistas
»De la villa brevemente,
»Sin que en ella quede uno
»Tan solo, pena de muerte.»

BARZANZON.

Ya está.

JUSTINO.

Antes que pasemos,
¿Qué imposiciones ó leyes
Han de tener los vecinos?

VERGAS.

Las que han tenido otras veces.
Vean lo capitulado
Con los de Brabante, y queden
Con todas las exenciones,
Que los brabanzones tienen;
Que yo no innovo partidos.
Mas tambien, como ellos, deben
Recibir á los soldados
Que de guarnicion pusiere
Su Majestad, y se avengan
Con ellos conformemente.

JUSTINO.

Escríbase así: estos son
Vecinos. Los mercaderes
Y tratantes ¿cómo quedan?

VERGAS.

Como ántes se estaban, queden:
Solo que para salir
A tratar afuera, lleven
Pasaporte del que aquí
Por gobernador hubiere,
Y con este pasaporte
Registrados, salgan y entren
A tratar y contratar
Cuanto se les ofreciere.

JUSTINO.

Ahora digo que en tal tiempo
Los tesoreros no deben
Dar cuentas, y los ministros
Que fiel y rectamente
Han servido al magistrado,
Comprendidos se confiesen
En el perdon general.

BARLANZON.

Pues ellos ¿qué culpa tienen
En haber servido bien,
Si así cumplen lo que deben?

VERGAS.

Que se entiendan los ministros
Del modo que los burgeses.
Solo, que no nos dén cuenta
Los tesoreros, nos tiene
Dudosos.

BARLANZON.

Esto es dinero:
No miremos intereses,
No dén cuentas; adelante.

JUSTINO.

¿Y de qué modo la gente
De guerra saldrá? Porque
No saliendo honrosamente,
No saldrán.

BARLANZON.

Señor, de eso
Todo cuanto ellos quisieren.

VERGAS.

Honrar al vencido es
Una accion, que dignamente
El que es noble vencedor,
Al que es vencido le debe.
Ser vencido no es afrenta:
Luego no fuera prudente
Acuerdo que no salieran
Honrados. Sus armas lleven,
Sus cajas y sus banderas.
Miéntras mas lucidos fueren,
Será mayor la victoria;
Porque esto se les concede
A oficiales y á ingenieros;
Y los demas dependientes
De los ejércitos, saquen
Sus familias y sus bienes.

BARLANZON.

Solo así por la señal
De ser vencidos, no lleven
Cuerdas caladas, ni balas,
Sino en la boca.

JUSTINO.

Mas debe
Honrarse al vencido, ya
Que á esto nos trajo la suerte.

BARLANZON.

Pues esta, ¿no es harta honra,
Y mucha mas que merecen?

JUSTINO.

Merecen mucho.

VERGAS.

Es verdad.

JUSTINO.

Y si no sacan, por ese
Desprecio, la artillería,
No saldrán.

BARLANZON.

Pues que se queden
Con hambre y sed. (*Ap.* En mi vida
Vi flamenco tan valiente.)

JUSTINO.

Pues quedemos á morir.

BARLANZON.

Aun bien, que no habrá que hacerles
Las honras.

VERGAS.

A Useñorias
Les suplico que se sienten.

JUSTINO.

Escriba que saquen armas
Y artillería.

BARLANZON.

Ya es ese
Mucho pedir.

VERGAS.

Cuatro piezas
Saquen, y dos morteretes,
Como no sean las cuatro
De doce, que Bredá tiene
Con armas de Cárlos Quinto,
Que este emperador valiente
Las dejó á esta villa, y él
Las hizo labrar; y cesen
Las contiendas.

MORGAN.

Ya está escrito.

JUSTINO.

En este castillo tiene
El gran príncipe de Orange
Guardados algunos muebles.

VERGAS.

Que se saquen; para esto
Se dan de plazo seis meses.

JUSTINO.

Algunos soldados hay,
Que por dos inconvenientes
No pueden salir: son deudas
Y enfermedad.

VERGAS.

Los que deben,
Hagan una obligacion
De pagarlas llanamente,
Y salgan.

BARLANZON.

¿Obligacion?
Eso es lo que ellos se quieren.
¡Qué puntüales serán!
Yo apuesto, que eternamente,
Por su obligacion, aquestos
Soldados son los que deben.

VERGAS.

Los enfermos, en sanando,
Salgan, y aquellos que hubieren
Estado dos años, puedan
Vender dentro de dos meses
Sus haciendas, y salir;
Y los presos que estuvieren
De ambas partes, queden libres.

JUSTINO.

Muy igual partido es ese.

VERGAS.

¿Hay mas capítulos?

JUSTINO.

No.

VERGAS.

Esto queda desta suerte.

BARLANZON.

¿Y cuándo se han de entregar?

JUSTINO.

Saldrémos á seis de aqueste
Mes de junio.

VERGAS.

Bien está.
Cada uno su papel lleve,
Nombraránse diputados
Con órdenes y poderes,
Si las capitulaciones
Agradaren.

JUSTINO.

Me parece
Muy bien.

BARLANZON.

¡Qué hermosa es la villa!
Una cosa solamente
La faltaba; pero ya
Perfecta en todo se ofrece.

JUSTINO.

¿Y qué era, aleman?

BARLANZON.

Flamenco,
Tener el dueño que tiene, (*Vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Bredá.

ESCENA XIII.

ESPINOLA, DON FRANCISCO DE MEDINA, DON GONZALO, DON FADRIQUE, ALONSO LADRON Y SOLDADOS.

ESPÍNOLA.

Señor Don Francisco, ¿cómo
Su Alteza ha quedado?

MEDINA.

Tiene
La salud que deseamos,
Y que su virtud merece.
Alegróse con la nueva,
Y dice, señor, que quiere
Oir la primera misa
Que en la villa se celebre,

Digitized by Google

Y que la diga su obispo,
Dia del Córpus, con solemne
Fiesta.

ESPÍNOLA.

Pues no se derriben
Las trincheras y cuarteles,
Que al fin se holgará de verlo.

DON GONZALO.

Dé la muralla parece
Que se descuelga otra vez
Aquel levadizo puente. (*Lo echan.*)

MEDINA.

Y ya el conde Enrique sale.

ESCENA XIV.

EL DE VERGAS Y BARLANZON.—DICHOS.

ESPÍNOLA.

Useñoría mil veces
Sea, señor, bien venido.

VERGAS.

Todo su concierto es ese;
(*Dale un papel.*)
Repásele Useñoría,
Y mire qué le parece.

ESPÍNOLA.

Señor Don Gonzalo, en todo
Estimo sus pareceres.
(*Leen aparte Espínola y Don Gonzalo.*)

DON FADRIQUE.

¡Oh qué celebrado dia!
Bien el ejército tiene
Soldados de treinta años
De milicia, que no pueden
Contar lo que yo he llegado
A ver en tiempo tan breve.

DON GONZALO.

Todo aquesto está muy bien.

ESPÍNOLA.

No hay sino que al punto lleguen
A rendirse. Ya Bredá
Es del Rey de España, y ¡plegue
Al cielo que el mundo sea
Su trofeo eternamente!
Despacharé un gentil-hombre
Que al Rey, mi señor, le lleve
Esta nueva; que á sus piés
Quisiera humilde ponerle
Cuanto el sol desde su esfera
Ilumina, sin que deje
De asistir á sus imperios,
Temidos dichosamente,
Desde la aurora de flores
Hasta las sombras de nieve;
Que Bredá, una villa humilde,
Trofeo á sus plantas breve
Se conoce; y que reciba
El deseo, si es que tiene
Que agradecer el deseo
A quien en su nombre vence,
Y mas quien, para defensa
En sus ejércitos, tiene
Los Córdobas y Guzmanes,
Velascos y Pimenteles. (*Cae el puente.*)

DON GONZALO.

Ya las puertas se han abierto.

ESCENA XV.

JUSTINO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

JUSTINO.

Señor, Vuexcelencia llegue,
Y despues de haber firmado
Los capítulos presentes,
Reciba la posesion,

ESPÍNOLA.

Léanse públicamente
Las condiciones.

JUSTINO.

Escuche,
Que todas son desta suerte:
(*Lee.*) «Perdon general á todos:
»Que vecinos ó burgeses
»Puedan quedar en la villa,
»Viviendo muy quietamente
»Sin escándalo: que haya
»Un jardin en que se entierren:
»Que salgan los predicantes:
»Que se reciba la gente
»De guarnicion, hospedados
»Quieta y amigablemente:
»Que no dén los tesoreros
»Cuenta, y los vecinos queden
»Exentos de imposiciones
»Nuevas, y que se procede
»Como con los brabanzones:
»Que los ministros se entienden
»En el perdon general:
»Que tratantes salgan y entren
»Con pasaportes: que saquen
»Armas, piezas y mosquetes
»Sin balas, y lleven cuatro
»Piezas y dos morteretes:
»Que del príncipe de Orange
»Se saquen todos los muebles:
»Que hagan una obligacion
»Los soldados que debieren,
»Y que los enfermos tengan
»Plazos de salir dos meses:
»Que los presos de ambas partes
»Estén libres.»

ESPÍNOLA.

Desta suerte
Lo firmo.

JUSTINO.

Pues da licencia
Para que salga la gente. (*Vase.*)

ALONSO.

Mucho te holgarás de verlo,
Que los predicantes vienen
Cubiertos todos de luto,
Señal del dolor que tienen;
Los caballos despalmados,
Que á cada paso parece
Que mueren; muchos soldados
Con sus hijos y mujeres.
Mas, puesto que tú lo ves,
¿Para qué pretendo hacerte
Relacion? ¡Oh con qué hambre
Que aquestas mujeres vienen!

ESCENA XVI.

SOLDADOS DE BREDÁ, MUJERES Y NIÑOS *por una parte; por otra entran los* ESPAÑOLES, *y despues á la puerta* JUSTINO *con una fuente, y en ella las llaves.*—ESPÍNOLA, *y los suyos.*

JUSTINO.

Aquestas las llaves son
De la fuerza, y libremente
Hago protesta en tus manos,
Que no hay temor que me fuerce
A entregarla, pues tuviera
Por ménos dolor la muerte.
Aquesto no ha sido trato,
Sino fortuna, que vuelve
En polvo las monarquías
Mas altivas y excelentes.

ESPÍNOLA.

Justino, yo las recibo,
Y conozco que valiente
Sois; que el valor del vencido
Hace famoso al que vence.
Y en el nombre de Filipo
Cuarto, que por siglos reine,
Con mas victorias que nunca,
Tan dichoso como siempre,
Tomo aquesta posesion.

DON GONZALO.

Dulces instrumentos suenen.

DON LUIS.

Ya el sargento en la muralla
Las armas de España tiende.

SARGENTO.

Oid, soldados, oid,
Escuchad atentamente:
¡Bredá por el Rey de España!

ESPÍNOLA.

¡Y plegue al cielo que llegue
A serlo el mundo, rendido
Desde levante á poniente!
Y con esto se da fin
Al *Sitio*, donde no puede
Mostrarse mas quien ha escrito
Obligado á tantas leyes.

Digitized by Google

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

PERSONAS

DON FELIX, *galan.*
LISARDO, *galan.*
FABIO, *viejo.*
CALABAZAS, *lacayo.*
HERRERA, *escudero.*
LAURA, *dama.*
MARCELA, *dama.*
SILVIA, *criada.*
CELIA, *criada.*
LELIO, *criado.*
CRIADOS.

La escena pasa en Ocaña.

JORNADA PRIMERA.

Campo á la entrada de la villa.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA y SILVIA, *con mantos, como recelándose; detras* LISARDO, CALABAZAS.

MARCELA.

¿Vienen tras nosotras?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

Pues párate. — Caballeros,
Desde aquí habeis de volveros,
No habeis de pasar de aquí;
Porque si intentais así
Saber quién soy, intentais
Que no vuelva donde estais
Otra vez; y si esto no
Basta, volveos porque yo
Os suplico que os volvais.

LISARDO.

Difícilmente pudiera
Conseguir, señora, el sol
Que la flor del girasol
Su resplandor no siguiera:
Difícilmente quisiera
El norte, fija luz clara,
Que el iman no le mirara;
Y el iman difícilmente
Intentara que obediente
El acero le dejara.
Si sol es vuestro esplendor,
Girasol la dicha mia;
Si norte vuestra porfía,
Piedra iman es mi dolor;
Si es iman vuestro rigor,
Acero mi ardor severo;
Pues ¿cómo quedarme espero,
Cuando veo que se van
Mi sol, mi norte y mi iman,
Siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

A esa flor hermosa y bella
Términos el dia concede,
Bien como á esa piedra puede
Concederlos una estrella:
Y pues él se ausenta y ella,
No culpeis la ausencia mia;
Decid á vuestra porfía,
Piedra, acero ó girasol,
Que es de noche para el sol,
Para la estrella de dia.
Y quedaos aquí, porqué
Si este secreto apurais,
Y á saber quién soy llegais,
Nunca á veros volveré
A aqueste sitio, que fué
Campaña de nuestro duelo;
Y puesto que mi desvelo
Me trae á veros aquí,
Créd de mí que importa así.

LISARDO.

De vuestro recato apelo,
Señora, á mi voluntad;
Y supuesto que sería
No seguiros cortesía,
Tambien será necedad.
Necio ó descortes, mirad
Cuál mayor defecto es;
Veréis que el de necio, pues
No se enmienda; y así, á precio
De no ser, señora, necio,
Tengo de ser descortes.
Seis auroras esta aurora
Hace que en este camino
Ciego el amor os previno,
Para ser mi salteadora:
Tantas há que á aquella hora
Os hallo á la luz primera,
Oculto sol de su esfera,
De su campo rebozada
Ninfa, deidad ignorada
De su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
Que á hablaros llegara yo;
Que no me atreviera, no,
Tán de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Aspid ya de sus verdores,
No deidad de sus primores,
Desde entónces fuisteis; pues
Aspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.
Dijisteisme que volviera
Otra mañana á este prado,
Y puntual mi cuidado
Me trajo como á mi esfera.
No adelanté la primera
Ocasion; porque bastante
No fué mi ruego constante
A que corriese la fe
(Que adora lo que no ve)
Ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
El riesgo, y el favor no,
Quiero á mí deberme yo
Lo que á vuestra luz no debo;
Y así á seguiros me atrevo,
Que hoy he de veros ó ver
Quién sois.

MARCELA.

Hoy no puede ser,
Y así dejadme por hoy;
Que yo mi palabra os doy
De que muy presto saber
Podais mi casa, y entrar
A verme en ella.

CALABAZAS. (*A Silvia.*)

¿Y á ella,
Doncella de esa doncella
(La verdad en su lugar,
Que yo no quiero infernar
Mi alma), hay cosa que la obligue
A taparse?

SILVIA.

Y si me sigue,
Tenga por muy cierto...

CALABAZAS.

¿Qué?

SILVIA.

Que me persigue; porqué
Quien me sigue, me persigue.

CALABAZAS.

¡Ya sé el caso, vive Dios!

SILVIA.

¿Qué va que no le declaras?

CALABAZAS.

Muy malditísimas caras
Debeis de tener las dos.

SILVIA.

Mucho mejores que vos.

CALABAZAS.

Y está bien encarecido,
Porque yo soy un Cupido.

SILVIA.

Cupido somos yo y tú.

CALABAZAS

¿Cómo?

SILVIA.

Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS.

No me está bien el partido.

MARCELA. (*A Lisardo.*)

Esto os vuelvo á asegurar
Otra vez.

LISARDO.

Pues ¿qué flanza
Le dejais á mi esperanza
De las dos que he de lograr?

MARCELA. (*Descúbrese.*)

La de dejarme mirar.

LISARDO.

Usar de esa alevosía,
Para turbar mi osadía,
Ha sido traicion, pues ya
Viéndoos, ¿cómo os dejará,
Quien sin veros os seguia?

MARCELA.

Quedad pues de mi seguro
Que en breve tiempo sabréis
Mi casa, y entenderéis
Cuánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LISARDO.

Ya en seguiros soy de hielo.

MARCELA.

Y yo sin algun recelo,
De que agradecida estoy,
Por esta calle me voy.

LISARDO.

Id con Dios.

Digitized by Google

MARCELA.
Guárdeos el cielo. (*Vanse los dos.*)

ESCENA II.

LISARDO, CALABAZAS.

CALABAZAS.
¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla, hasta saber
Quién ha sido una mujer
Tan embustera.

LISARDO.
Es error,
Calabazas, si en rigor
Ella se recata así,
Seguirla.

CALABAZAS.
¿Eso dices?

LISARDO.
Sí.

CALABAZAS.
Vive Dios, que la siguiera
Yo, aunque hasta el infierno fuera.

LISARDO.
¿Qué me debe, necio, di,
De haber cuatro dias hablado
Conmigo en este lugar,
Para darla yo un pesar,
De quien ella se ha guardado?

CALABAZAS.
Debe el haber madrugado
Estos dias.

LISARDO.
Ya que estamos
Solos, y que así quedamos,
Sobre lo que podrá ser
Tan recatada mujer,
Discurramos.

CALABAZAS.
Discurramos.
Dime tú, ¿qué has presumido,
De lo que has visto y notado?

LISARDO.
De estilo tan bien hablado,
De traje tan bien vestido,
Lo que he pensado y creido
Es, que esta debe de ser
Alguna noble mujer,
Que, donde no es conocida,
Disimulada y fingida
Gusta de hablar y de ver,
Y por forastero á mí
Para este efecto eligió.

CALABAZAS.
Mucho mejor pienso yo.

LISARDO.
Pues no te detengas, di.

CALABAZAS.
Mujer que se viene así
A hablar con quien no la vea,
Donde ostentarse desea
Bachillera é importuna,
Que me maten si no es una
Muy discretísima fea,
Que por el pico ha querido
Pescarnos.

LISARDO.
¿Y si la hubiera
Visto yo, y un ángel fuera?

CALABAZAS.
¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido,
Que volver á vivir quiere.

LISARDO.
Aun bien, sea lo que fuere,
Que mañana se sabrá.

CALABAZAS.
¿Luego crees que vendrá
Mañana?

LISARDO.
Si no viniere,
Poco ó nada habrá perdido,
La necia esperanza mia.

CALABAZAS.
El madrugar otro dia
¿Poca pérdida habrá sido?

LISARDO.
El negocio á que he venido
A madrugar me ha obligado;
No lo debo á este cuidado. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA III.

LISARDO, CALABAZAS; *y luego* DON FELIX, HERRERA.

CALABAZAS.
Cerca de casa vivió,
Pues de vista se perdió
Cuando á casa hemos llegado.

LISARDO.
Y tarde debe de ser.

CALABAZAS.
Sí, pues vistiéndose sale
Quien á los dos nos mantiene,
Sin ser los dos justas reales.
(*Salen Don Félix y Herrera.*)

LISARDO.
Don Felix, bésôs las manos.

DON FÉLIX.
El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO.
¿Tan de mañana vestido?

DON FÉLIX.
Un cuidado, que me trae
Desvelado, no permite
Que sosiegue ni descanse.
Pero vos, que os admirais
De que á esta hora me levante,
¿No me dijísteis anoche
Que á dar unos memoriales
Habiais de ir á Aranjuez?
¿Pues cómo á Ocaña os tornasteis
Desde el camino?

LISARDO.
Si bien
Me acuerdo, regla es del arte,
Que la pregunta y respuesta
Siempre un mismo caso guarden;
Y puesto que á mi pregunta
Fué la respuesta mas fácil
Un cuidado, de la vuestra
Otro cuidado me saque,
Que es quien á Ocaña me vuelve.

DON FÉLIX.
¿Apénas ayer llegasteis,
Y hoy teneis cuidado?

LISARDO.
Sí.

DON FÉLIX.
Pues por obligaros ántes
Que me obligueis á decirle,
Este es el mio: escuchadme.

CALABAZAS.
En tanto que ellos se pegan
Dos grandísimos romances,
¿Tendréis, Herrera, algo que
Se atreva á desayunarme?

HERRERA.
Vamos hácia mi aposento,
Calabazas; que al instante
Que hayais vos entrado en él,
No faltará algo fiambre. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

DON FELIX, LISARDO.

DON FÉLIX.
Bien os acordais de aquellas
Felicísimas edades
Nuestras, cuando los dos fuimos
En Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
Del libre, el glorioso ultraje
Con que de Vénus y Amor
Traté las vanas deidades,
De su hermosura y sus flechas
Tan á su pesar triunfante,
Que de rayos y de plumas
Coroné mis libertades.
¡Oh nunca hubieran, Lisardo,
Luchado tan desiguales
Fuerzas, porque nunca hubieran
Podido los dos vengarse,
O hubiera sido su golpe,
Puesto que á todos alcance,
Por costumbre solamente,
Flecha disparada al aire,
Y no por venganza flecha
Bañada en venenos tales,
Que salió del arco pluma,
Corrió por el viento ave,
Llegó rayo al corazon,
Donde se alimenta áspid!
La primer vez que sentí
Este golpe penetrante,
Que sabe herir sin matar
(Y aun esto es lo mas que sabe),
En la juventud del año,
Una tarde fué agradable
Del abril; pero mal dije,
Al alba fué. No os espante
Ser por la tarde y al alba;
Que con prestados celajes,
Si bien me acuerdo, aquel dia
Amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
Por divertirme y holgarme
Salí á caza, y empeñado
Llegué de un lance á otro lance
Al real sitio de Aranjuez,
Que, como poco distante
Está de Ocaña, él es siempre
Nuestro prado y nuestro parque.
Quise entrar á sus jardines,
Sin saber qué me llevase
A ver lo que tantas veces
Habia visto; que esto es fácil
Todo el tiempo que no asisten
Al sitio sus Majestades.
En el de la isla entré....
¡Oh cómo, Lisardo, sabe
La desdicha prevenirse,
El daño facilitarse!
Pues como la mariposa,
Que halagüeñamente hace
Tornos á su muerte, cuando
Sobre la llama flamante
Las alas de vidrio mueve,
Las hojas de carmin bate;
Así el infeliz, llevado
De su desdicha al exámen,
Ronda el peligro, sin ver
Quien al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente
(Que es un peñasco agradable,
Donde, temiendo el diluvio
De sus cruzados cristales,
Parece que van viniendo
A él todos los animales)
Una mujer recostada
En la siempre verde márgen
De murta, que la guarnece
Como cenefa ó engaste
De esmeralda, á cuyo anillo
Es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
Su hermosura en el estanque
Estaba, que puse duda
Sobre si es mujer ó imágen;
Porque como ninfas bellas
De plata bruñida hacen

Digitized by Google

Guarda á la fuente, tan vivas,
Que hay quien espere que hablen;
Y ella miraba tan muerta,
Que no pudo esperar nadie
Que se pudiese mover,
La naturaleza al arte
Me pareció que decia:
«No blasones, no te alabes
De que lo muerto desmientes
Con mas fuerza en esta parte,
Que yo desmiento lo vivo;
Pues en lo contrario iguales,
Sé hacer una estatua yo,
Si hacer tú una mujer sabes,
O mira un alma sin vida,
Donde está con vida un jaspe.»
Al ruido que entre las hojas
Hice (¡ay de mí!), por llegarme
A mirarla de mas cerca,
Del éxtasis agradable
(¡No fuese de amor!) volvió
Con algun susto á mirarme.
No me acuerdo si la dije
Que ufana no contemplase
Tanta beldad, por el riesgo
De ser de sí misma amante;
Que donde hubo ninfa y fuente,
No fué posible escaparme
Del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
Sin responderme volvió
La espalda, y siguió el alcance
De una tropa de mujeres,
Que andaba mas adelante,
Midiendo de los jardines
Ya los cuadros, ya las calles,
Hasta que su pié llegó
A hacer á todos iguales;
Porque al pequeño contacto,
Flores produjo fragantes
Tantas la arena, que ya
No pudo determinarse
Si era calles, ó era cuadros
El jardin por todas partes;
Pues fuéron rosas despues,
Las que eran veredas ántes.
El traje que se vestia
Era un bien mezclado traje,
Ni bien de corte, ni bien
De aldea, sino á mitades,
De señora en el aliño,
De aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero
Llevaba un rizo plumaje,
A quien tuviéron accion
La tierra despues y el aire,
Por el matiz ó la pluma,
Sobre si era flor ó ave.
Seguíla hasta que llegó
A la cuadrilla, que errante
Coro tejido de ninfas,
A los templados compases
De hojas, pájaros y fuentes,
Sonoramente süaves,
Cada paso era un festin,
Cada descuido era un baile.
A todas las conocia,
En fin, como naturales
De Ocaña, y solo ignoré
Quién era de mis pesares
La ocasion; que ya lo era,
Porque desde el mismo instante
Que la vi, sentí en el alma
Todo lo que hoy siento. Nadie
Diga que quiso dos veces;
Que aunque aquí mire, allí hable,
Aquí festeje, allí escriba,
Aquí pierda y allí alcance,
No ha de querer mas que una;
Que no pueden ser iguales
En el mundo dos efectos,
Si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban
Con ella, pude informarme
De quién era, y hallé en ella
Mas calidad por su sangre,
Que por su beldad. La causa
De no haberla visto ántes,
Fué por haberse criado
En la corte con su padre,
Hasta que á Ocaña se vino,
Porque viva donde mate.
No os digo que la serví
Feliz y dichoso amante,
Porque dichas que se pierden
Son las desdichas mas grandes;
Solo digo que obligada
A mis finezas constantes,
A mis servicios corteses
Y á mis afectos leales,
Merecí que alguna noche
Por una reja me hablase
De un jardin, donde testigos
Fuéron de venturas tales
La noche y jardin; que solo
A los dos quise fiarme:
Porque al jardin y á la noche,
Que son el vistoso alarde,
Ya de flores, ya de estrellas,
Hiciera mal de negarles,
A las unas lo que influyen,
Y á las otras lo que saben;
Puesto que estrellas y flores
Siempre en amorosas paces,
Enlazadas unas de otras
Eran terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
La fortuna de mi parte,
Viento en popa, del amor
Corrí los inciertos mares,
Hasta que el viento mudado
Levantaron huracanes
De una tormenta de celos,
Montes de dificultades.
Tormenta de celos dije:
Ved, si alguna vez amasteis,
¿Qué esperanza hay del piloto?
¿Qué seguro de la nave?
Bien creréis, Lisardo, bien,
Cuando así escucheis quejarme
De los celos, que soy yo
Quien los tiene: no os engañe
El afecto de sentirlos
Desta suerte; porque ántes
Soy quien los he dado, y ellos
Son en sus efectos tales,
Que me matan dados, como
Tenidos pueden matarme.
¡Oh! ¿A qué nacen los que á ser
Dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,
A quien yo rendido amante
Festejé un tiempo; esta, pues,
Por darme muerte y vengarse,
Se ha declarado con ella,
Fingiendo finezas grandes
Que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,
Qué prontamente, qué fácil
En los celos las mentiras
Sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
Tal, que aun para disculparme
No permite que la vea,
No me deja que la hable.
Mirad, pues, si este cuidado
Consentirá que descanse,
Cercado de tantas penas,
Cargado de tantos males,
Muerto de tantos disgustos,
Lleno de tantos pesares;
Y finalmente teniendo
Sin culpa ofendido á un ángel,
Pues el padecer sin culpa,
Es la desdicha mas grande.

LISARDO.

Don Félix, aunque los celos,
De quien así os quejais, basten
A dar pesadumbre dados,
En no ser tenidos traen
Anticipado el consuelo;
Que el dolor es tan distante
Desde darlos á tenerlos,
Cuanto hay de ser un amante
La persona que padece,
O la persona que hace.
Con lástima empecé á oiros
Cuando los celos nombrasteis;
Mas cuando dijísteis, que eran
Engaños y no verdades,
La lástima se hizo envidia;
Porque no hay gusto tan grande
Cuando hay desengaño, como
Hacer damas y galanes,
O paces para reñir,
O reñir para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama,
Que yo sé, aunque mas se guarde,
Pues ella tiene los celos,
Que ella está en aqueste instante,
Mas que vos desengañarla,
Deseando desengañarse.

ESCENA V.

MARCELA y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detras de ella.*—LISARDO, DON FELIX.

MARCELA. (*Ap. á Silvia.*)

Por esta puerta, que al cuarto
De mi hermano, Silvia, sale
Desde el mio, á verle vengo;
Porque aunque él esté ignorante
De que he salido hoy de casa,
Con esto he de asegurarle.

SILVIA.

Detente, que está con él
El tal huésped, y ya sabes
Que no quiere mi señor
Que llegue á verte ni hablarte.

MARCELA.

Y aun esa fué mi desdicha.
Oigamos desde esta parte.

LISARDO.

Y si en tanto que este gusto
Llega, quereis que yo trate
De divertiros, pues fué
Concierto que os escuchase
Un cuidado, y que os dijese
El mio, oidme, escuchadme.

MARCELA.

Oye.

LISARDO.

Despues que troqué
El hábito de estudiante
Al de soldado, la pluma
A la espada, la süave
Tranquila paz de Minerva
Al sangriento horror de Marte,
La escuela de Salamanca
A la campaña de Flándes,
Y despues, en fin, que hube
(Sin valedor que me ampare)
Merecido una gineta,
Premio á mis servicios grande,
Por haberme reformado
Entre otros capitanes,
Ya la campaña acabada
(Que no me viniera ántes),
Pedí licencia, y partí
A España, por ver si honrarme
Merezco el pecho con una
De las cruces militares,
Que sobre el oro del alma,
Son el mas noble realce.

Digitized by Google

Con esta pretension vine,
Y su Majestad, que guarde
El cielo para que sea
Fénix de nuestras edades,
Remitió mi memorial,
A tiempo que á desahogarse
De molestias cortesanas
Vino á Aranjuez, admirable
Dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
De serlo, si la mas bella,
La mas pura, mas fragante
Flor, la flor de lis, la reina
De las flores, tras sí trae
Cuantas á envidia del sol
Rayos brillan, luz esparcen
Seguí la corte, traido
Mas de mi afecto constante
Que de mi necesidad;
Porque de ministros tales
Hoy el Rey se sirve, que
No es al mérito importante
La asistencia, porque todos
Acudir á todo saben;
Gracias al celo de aquel,
Con quien el peso reparte
De tanta máquina, bien
Como Alcides con Atlante.
Llegué en efecto á Aranjuez,
Donde vos me visitasteis
En una posada, y viendo
Tan incómodo hospedaje,
Como tienen en los bosques
Escuderos y pleiteantes,
Que me viniese con vos
A Ocaña me aconsejasteis;
Pues los dias de la audiencia,
Dos leguas era tan fácil
Andarlas por la mañana,
Y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto, mas
Que por mis comodidades,
Obedecí. Todo esto
Ya vuestra amistad lo sabe;
Pero importa haberlo dicho,
Para que de aquí se enlace
La mas extraña novela
De amor, que escribió Cervantes.

MARCELA. (*Ap.*)

Aquí entro yo ahora.

LISARDO.

Un dia,
Que madrugué vigilante,
Por llegar ántes que el sol
Nuestro horizonte rayase,
Junto á un convento, que está
De Ocaña poco distante,
Entre unos álamos verdes
Vi una mujer de buen aire.
Saludéla cortesmente,
Y ella, ántes que yo pasase,
Por mi nombre me llamó.
Volví en oyendo nombrarme,
Y diciendo á Calabazas
Que con el rocín me aguarde,
Llegué diciendo: «¡Dichoso
El forastero, á quien saben
Su nombre las damas!» Y ella,
Con mas cuidado en taparse,
Me respondió á media voz:
«Caballero de esas partes
No es forastero en ninguna;»
Y añadió favores tales,
Que me obliga la vergüenza,
Por mí mismo, á que los calle;
Porque no sé cómo hay hombres
Tan vanos, tan arrogantes,
Que de que ha habido mujeres
Que los buscaron, se alaben.

SILVIA. (*Ap.*)

El cuenta nuestro suceso.

MARCELA.

¡Oh quién pudiera estorbarle,
Antes que en Félix las señas
Alguna malicia causen!

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Ella, en efecto,
Siempre embozado el semblante,
Me despidió con decirme
Que como no examinase
Quién era, ni la siguiese,
Otro dia estaria á hablarme.
Seis veces pues corrió al sol
Las cortinas orientales
Sumiller el alba, y seis
Tapada hallé entre unos sauces
Esta mujer. Yo, enfadado
De recato semejante,
Determiné de seguirla
Hoy cuando á Ocaña tornase;
Pero no pude, porque
Volviendo ella por instantes,
Me vió, y no quiso pasar
De la vuelta desta calle.

DON FÉLIX.

¿Desta calle?

LISARDO.

Y á la cuenta
Vive hácia aquí, que al instante
La perdí de vista. Aquí
Me dijo que la dejase
Otra vez, porque su vida
Aventuraba mi exámen.

DON FÉLIX.

¡Extraña mujer!

MARCELA. (*Ap.*)

Ya es fuerza
Que las señas me declaren.

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Yo, pues...

ESCENA VI.

CELIA, *con manto*.— DICHOS.

CELIA.

Don Félix,
¿Podrá una mujer aparte
Hablaros?

DON FÉLIX.

¿Pues por qué no?

MARCELA. (*Ap.*)

¡Oh á qué buen tiempo llegaste,
Mujer ó ángel, para mí!

DON FÉLIX.

Luego irá el cuento adelante:
Permitid ahora, por Dios,
Que con esta mujer hable,
Que es criada de la dama
Que os dije.

LISARDO.

Pues que me maten,
Si ello no es lo que yo he dicho.
Ved el recado que os trae,
Y adios; porque para estotro
No importa que tiempo falte. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿Era hora de vernos, Celia?

CELIA.

No te admires ni te espantes
Que no me atreva á venir
A verte; porque si sabe
Mi señora que te he visto,
No habrá duda que me mate.

DON FÉLIX.

¿Tan cruel conmigo está?

CELIA.

Viniendo yo hácia esta parte
A un recado, no he querido
Dejar de verte y hablarte.

DON FÉLIX.

¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA.

Sentir, es lo mas que hace,
Tu ingratitud.

DON FÉLIX.

¡Plegue á Dios,
Si la ofendí, que él me falte!

CELIA.

¿Por qué á ella no se lo dices?

DON FÉLIX.

Porque no quiere escucharme.

CELIA.

Si tú hubieras de callar,
Yo me atreviera á llevarte
Donde la hablaras.

DON FÉLIX.

¡Ay Celia,
No habrá mármol que así calle!

CELIA.

Pues vente agora conmigo:
Yo haré una seña si sale
Mi señor, y dejaré
La puerta abierta; tú entrarte
Hasta su cuarto podrás.

DON FÉLIX.

Dásme nuevo aliento, dásme
Nueva vida.

CELIA.

Aquesta es
La hora mejor; mas no aguardes,
Vente tras mí.

DON FÉLIX.

Tras tí voy.

CELIA. (*Ap.*)

¡Ay bobillos, y qué fácil,
A la casa de su dama,
Es de llevar un amante!

(*Vanse Don Félix y Celia.*)

MARCELA.

¡Yo salí de lindo susto!

SILVIA.

Pues ¿cómo afirmas que sales,
Si luego han de verse, luego
Proseguirá el cuento?

MARCELA.

Antes
Lo habré remediado.

SILVIA.

¿Cómo?

MARCELA.

Escribiéndole que calle
Hasta que se vea conmigo;
Y esto ha de ser esta tarde.

SILVIA.

¿Declarada por quién eres?

MARCELA.

¡Jesus, el cielo me guarde!

SILVIA.

Pues ¿qué has de hacer?

MARCELA.

¿No es mi hermano
De Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he de declararme
Con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el mas extraño lance

Digitized by Google

De amor, porque yo fingida...
Pero no quiero contarle;
Que no tendrá despues gusto
El paso, contado ántes. (*Vanse.*)

Casa de Fabio.

ESCENA VII.

LAURA, FABIO.

FABIO.

Notable es la tristeza,
Que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos dias,
Que entregada (¡ay de mí!) á melancolías
Tales, á todas horas
Triste suspiras, y rendida lloras?

LAURA.

Si yo, señor, supiera
La causa de mi mal (*Ap.* A Dios pluguiera
No la supiera tanto.),
El consuelo mayor, menor el llanto
Fuera, pues fuera entónces el sabella
El primer aforismo de vencella.
Pero la pena mia
Es, señor, natural melancolía,
Y así el efecto hace,
Sin que llegue á saber de lo que nace;
Que esta distancia dió naturaleza
En la melancolía y la tristeza.

FABIO.

No sé lo que te diga,
Sino que á tanto tu dolor obliga,
Que rigoroso y fuerte
Padeces tú el dolor, y yo la muerte;
Pues ya vivir no espero,
Miéntras tan triste á ti te considero.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,
A pesar de mi vida,
Vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Mas bien se deja ver que estos son celos;
Porque una ardiente rabia
Que el sentimiento agravia,
Una rabiosa ira
Que la razon admira,
Un compuesto veneno
De que el pecho está lleno,
Una templada furia
Que el corazon injúria; [qué fiera,
¿Qué áspid, qué monstruo, qué animal,
Fuera ¡ay Dios! que no fuera,
Compuesta de tan varios desconsuelos
La hidra de los celos?
Pues ellos solos son á quien los mira,
Furia, rabia, veneno, injuria y ira.
¡Oh quién ántes supiera
Aquella voluntad, Félix, primera
Tuya! que no empeñara
Tanto la mia, que hasta el fin llegara!
Pues aunque no sabia
De amor, cuando tan libre (¡ay Dios!) vi-
Tampoco no ignoraba, [via,
Que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.
Quiere á Nise en buen hora,
Pero déjame á mi morir.

ESCENA IX.

CELIA. — LAURA.

CELIA.

Señora.

LAURA.

Celia, ¿qué hay?

CELIA.

Que he hecho
Mi papel, y sospecho
Que no muy mal, ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba
A un recado, y que acaso
Pasando por su calle, aunque de paso
Le quise ver. Con un suspiro entónces,
Que ablandara los mármoles y bronces,
Me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecíle luego
Tu enojo, y que si acaso tú supieras
Que le habia ido á ver, muerte me dieras;
Y como que salia
De mí, le dije: ¿por qué no venia
Por instantes á darte
Satisfacciones y desenojarte?
Dijo, que porque estabas
Tal, que no le escuchabas:
Díjele, que viniera,
Que yo, aunque á tanto riesgo me pusie-
Hasta tu mismo cuarto le entraria, [ra,
Con tal que no dijese en algun dia
Que yo le habia traido.
Juró el secreto, y muy agradecido
El caso se concierta,
Y está esperando en frente de la puerta
La seña; voila á hacer, pues no está en
[casa
Mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAURA.

Llámale pues; que aunque de Nise creo
Los celos que me da, tanto deseo
Ver cómo se disculpa,
Que quiero hacerle espaldas á la culpa:
(*Vase Celia.*)
Pues la que mas celosa
Se muestra, mas colérica y furiosa,
Mas entónces desea
Satisfacciones, aunque no las crea;
Que es dolor el de celos tan extraño,
Que se deja curar aun del engaño:
Pues cuando el desengaño no consiga,
Conseguiré á lo ménos que él lo diga.

ESCENA X.

CELIA, DON FELIX.—LAURA.

CELIA. (*Ap. á Don Félix.*)

Fuera está de casa Fabio,
Mi señor; el tiempo es este
Mejor para entrar á hablarla.

DON FÉLIX.

Vida y ventura me ofreces.

CELIA.

Disimula que llamado
De mí á entrar aquí te atreves. —
¿Señor Don Félix, qué es esto?
¿Cómo os entrais..?

DON FÉLIX.

Celia, tente.

CELIA.

¿Hasta aquí?

DON FÉLIX.

Celia, por Dios,
Que calles.

LAURA.

¿Qué ruido es ese?

CELIA.

¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
Se ha entrado el señor Don Félix,
Sin mirar, sin advertir,
Que si acaso ahora viniese
Mi señor, tú...

LAURA.

¿Caballero,
Pues qué atrevimiento es este?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
Os entrais de aquesta suerte?

DON FÉLIX.

Como quien morir desea
Nada mira, nada teme;
Y si mi muerte ha de ser
Venganza de tus desdenes,
Quiero morir á tus ojos,
Por hacer feliz mi muerte.

LAURA. (*A Celia.*)

Tú tienes la culpa desto.

CELIA.

¿Yo, señora?

LAURA.

Si tuvieses
Cerrada esa puerta tú...

CELIA.

Cerrada estaba.

DON FÉLIX.

No tienes
Que reñir á Celia, que ella
De mi error ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa;
Ríñeme á mí solamente;
Castígame solo á mí,
Sino es ya que á reñir llegues
A Celia, por la costumbre
Con que la inocencia ofendes.

LAURA.

Dices bien; error es mio
De que me he dejado siempre
Llevar, pues no habiendo tú
Escrito á Nise papeles,
No habiendo entrado en su casa,
Y no habiendo ella ido á verte
A la tuya, yo cruel,
Colérica é impaciente,
Inocente te persigo,
Que eres tú muy inocente.
Y siendo así, que yo soy
Tan desigual, tan aleve,
Tan injusta, tan mudable,
¿Qué me buscas? ¿qué me quieres?

DON FÉLIX.

Solo quiero persuadirte
Al engaño que padeces
De tus celos.

LAURA.

¿Quién te ha dicho
Que yo tengo celos, Félix?

DON FÉLIX.

Tú misma te contradices.

LAURA.

¿De qué suerte?

DON FÉLIX.

Desta suerte.
O tienes celos, ó no:
Si dices que no los tienes,
¿Para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
Desengañarte no quieres,
Pues ninguno al desengaño
Celoso la espalda vuelve?
Luego para disculparme,
O para satisfacerte,
Si los tienes, has de oirme,
O hablarme si no los tienes.

LAURA.

Si fuera argumento tal,
Que negarse no pudiese,
Quien está enojada está
Celosa, muy sutilmente
Arguyeras; mas si no
Se sigue precisamente,
Pues puedo estar enojada
Sin que á estar celosa llegue,
Ni yo tengo que escucharte,
Ni tú que decirme tienes.

DON FÉLIX.

Pues, vive Dios, que has de oirme
Antes que de aquí me ausente,
Celosa ó quejosa.

Digitized by Google

LAURA.
¿Iráste
Si te oigo?
DON FÉLIX.
Sí.
LAURA.
Pues di, y vete.
DON FÉLIX.
Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise...
LAURA.
Oye, detente.
¿Y es estilo de obligarme,
Modo de satisfacerme,
Decirme, cuando aguardaba
Mil rendimientos corteses,
Mil finezas amorosas,
Fuesen verdad ó no fuesen,
Que hay duelos de amor, adonde
Queda bien puesto el que miente,
Decirme en mi misma cara
Que a Nise has querido? Advierte
Que con lo mismo que piensas
Que desenojas, ofendes.
DON FÉLIX.
Si no me oyes hasta el fin...
LAURA.
¿Desto disculparte puedes?
DON FÉLIX.
Sí.
LAURA. (*Ap.*)
¡Plegue á amor!
DON FÉLIX.
Oye pues.
LAURA.
¿Iráste?
DON FÉLIX.
Sí.
LAURA.
Pues di, y vete.
DON FÉLIX.
Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error;
Mas pensar tú que este amor
Es como el que te he tenido,
Mayor error, Laura, ha sido;
Pues si á Nise un tiempo amé,
No fué amor, ensayo fué
De amar tu luz singular,
Que, para saber amar
A Laura, en Nise estudié.
LAURA.
A ciencias de voluntad
Las hace el estudio agravio;
Pues amor, para ser sabio,
No va á la universidad;
Porque es de tal calidad,
Que tiene sus libros llenos
De errores propios y ajenos;
Y así en su ciencia verás
Que los que la cursan mas,
Son los que la saben ménos.
DON FÉLIX.
Pues explíqueme mejor
Otro ejemplo: nace ciego
Un hombre, y discurre luego
Cómo será el resplandor
Del sol, planeta mayor,
Que rumbos de zafir gira;
Y cuando por fe le admira,
Cobra en una noche bella
La vista; y es una estrella
La primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
De la estrella, dice: «Sí,
Este es el sol; que yo así
Tengo imaginado al sol;»
Pero cuando su arrebol
Tanta admiracion le ofrece,
Sale el sol y le oscurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá
Una estrella, que se va,
A todo un sol que amanece?
Yo así que ciego vivia
De amor, cuando no te amaba,
Como ciego imaginaba,
Cómo aquel amor seria:
Adoraba lo que via,
Presumiendo que era así
El amor; mas ¡ay de mí!
Que no vi al sol, vi una estrella,
Y entretúveme con ella,
Hasta que el sol mismo vi.
LAURA.
Eso no: pues si me doy
Por entendida contigo,
Que Nise fué mi sol digo,
Y que yo su estrella soy.
Pruébolo: pues si yo estoy
Contigo la noche fria,
Y ella de dia te envía
A llamar, y estás con ella,
¿Quién será el sol ó la estrella?
¿Cuya es la noche ó el dia?
DON FÉLIX.
¡Vive Dios, Laura, que son
Engaños tuyos, y plegue
Al cielo, que si la he visto,
Que un rayo me dé la muerte,
Desde que á Ocaña viniste!
¿Qué mas desengaños quieres
De lo que cuenta de mí,
Que escuchar que ella lo cuente;
Pues es el mayor desaire
Del duelo de las mujeres,
Confesar sus celos, donde
Lo escucha de quien los tiene?
LAURA.
Yo sé que han sido verdades,
Y no engaños aparentes.
DON FÉLIX.
¿De qué lo sabes?
LAURA.
De que
Es mal que á mí me sucede,
Y no puede ser mentira:
Porque de los males suele
Decirse, Félix, que fuéron
Astrólogos excelentes,
Porque siempre adivinaron,
Y dijeron verdad siempre.
DON FÉLIX.
Por lo ménos ya confiesas
Que son celos, y los sientes.
LAURA.
¿Si me estás dando tormento,
Es mucho que los confiese?
DON FÉLIX.
Si tanto aprietan fingidos,
Ciertos, ¿qué..?
CELIA.
Mi señor viene.
LAURA.
Vete por aquesa puerta
De esotro cuarto; pues tiene
Puerta á la calle.
DON FÉLIX.
Di, ¿cómo
Quedamos?
LAURA.
Como quisieres.
DON FÉLIX.
Yo querré desenojada...
LAURA.
A verme esta noche vuelve,
Que quiero verte esta noche,
Aunque de Nise me acuerde.
DON FÉLIX.
¡Ay, Laura, cuánto te engañas!
LAURA.
¡Ay, cuánto me agravias, Félix!
CELIA.
¡Ay, cuánto no sirve una
Casa que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, CELIA *por una puerta, y por otra* MARCELA Y SILVIA *con mantos,* HERRERA.

LAURA.
Tú seas muy bien venida
A esta casa.
MARCELA.
Y tú seas,
Amiga, muy bien hallada.
LAURA.
Con tal visita, ya es fuerza
Que lo esté.
MARCELA.
Yo pienso ántes,
Que te has de hallar mal con ella;
Que vengo á darte cuidado.
LAURA.
Yo le tengo, hasta que sepa
En qué te puedo servir. —
Llega aquesas sillas, Celia,
Que aquí estarémos mejor
Que en el estrado.
HERRERA.
Quisiera
Saber á qué hora vendré.
MARCELA.
Al anochecer, Herrera,
Podrá venir.
HERRERA.
El sereno
A esa hora tiene más fuerza. (*Vase.*)
MARCELA.
Mi amiga eres, Laura hermosa,
A quien dió naturaleza
Noble sangre, claro ingenio;
¿Pues de quién con mas certeza
Me fiaré, que de quien es
Mi amiga, noble y discreta?
LAURA.
Con tan grandes prevenciones
La proposicion empiezas,
Que ya, mas que tú decirla,
Estoy deseando saberla.
MARCELA.
¿Estamos solas?
LAURA.
Sí estamos. —
Celia, salte tú allá fuera.
MARCELA.
No importa que Celia lo oiga.
LAURA.
Prosigue pues.
MARCELA.
Oye atenta.
Mi hermano Don Félix, Laura,
Por amistad que profesan

Digitized by Google

El y un noble caballero
Desde sus edades tiernas,
Le trajo á casa estos dias,
Que Aranjuez, sagrada esfera
Del cuarto Felipe, cifra
La luz del cuarto planeta.
Este hospedaje en efecto
Fué con tan vana advertencia,
Que para traerle á casa,
La primer cosa que ordena
Es, que retirada yo
A un cuarto pequeño della,
Les deje á los dos el mio,
Y que tal recato tenga,
Que escondida siempre dél,
Ni alcance, Laura, ni entienda
Que vivo en casa; que así
(¡ Mas qué accion tan poco atenta !)
Pensó sanear la malicia
De que Ocaña no dijera
Que traia á casa un huésped
Tan mozo, teniendo en ella
Una hermana por casar :
Y fué aquesto de manera,
Que retirada á este cuarto
Que te he dicho, aun una puerta
Que sale al cuarto de Félix
(Porque nunca presumiera
Que habia mas casa), la hizo
Cubrir con una antepuerta,
Y por ella á aderezarle
Sola Silvia sale y entra.
Dejemos, pues, á Lisardo,
Que, sin que jamas entienda
Que hay mujer en casa, vive
Con este descuido en ella;
Dejemos tambien á Félix,
Que con esto solo piensa
Que curó en salud el daño
De que me hable y que me vea;
Y vamos á mí, que viendo
La prevencion con que intenta
Mi hermano ocultarme, hice
De la prevencion ofensa;
Porque no hay cosa que tanto
Desespere á la mas cuerda,
Como la desconfianza.
¡ Cuánto ignora, cuánto yerra
En esta parte el honor!
Que es como el que olvidar piensa
Una cosa, que el cuidado
De olvidarla es quién la acuerda;
Es como el que desvelado
Se quiere dormir por fuerza,
Que llamando al sueño, es
El sueño quien le despierta;
Y es como el que halla en un libro
Borradas algunas letras,
Que por solo estar borradas,
Le da mas gana de lérlas.
Este recato, en efecto,
En Félix mi hermano, esta
Curiosidad, Laura, en mí,
O este destino en mi estrella,
Despertaron un deseo
De saber si el huésped era,
Como gallardo entendido,
Cosa que quizá no hiciera
A no habérmelo vedado;
Que en fin la culpa primera
De la primera mujer,
Esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
Hablarle, sin que supiera
Quién era la que le hablaba,
Fuí una mañana á esas huertas,
Paso de Aranjuez, por donde
Habia de pasar por fuerza.
Llaméle pensando, Laura,
Que el hablarle no tuviera
Mayor empeño que hablarle
Por curiosidad ó tema.
Mas ¡ ay, que es fácil la entrada,
Cuanto difícil la vuelta
Del mas hermoso peligro!
Dígalo el mar desde afuera,
Convidando con la paz
A cuantos á verle llegan,
Cuando jugando las ondas
Unas con otras se encuentran;
Pues el que mas confiado
Pisó su inconstante selva,
Ese lloró mas perdido
La saña de sus ofensas.
Yo así apacible juzgué
El mar de amor; pero apénas
Reconocí sus halagos,
Cuando sentí sus violencias.
Pensarás que este cuidado
Solo alcanza, solo llega
A hallarme hoy enamorada;
Pues mas mal hay que el que piensas,
Porque de amor y de honor
Estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo á Don Félix
(Que yo detrás de la puerta,
Que te he dicho, lo escuchaba)
De todo le daba cuenta,
Si (no importa declararme)
No se lo estorbara Celia.
Doblada quedó la hoja,
Y temo que por las señas
Del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
Con que le hablé, ó por haber
Seguídome hasta tan cerca
De casa, puedan en Félix
Moverse algunas sospechas;
Y así, ántes que el discurso
A enlazarse, Laura, vuelva,
Me importa hablar á Lisardo,
Para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
En que le digo que venga
A verme á esta casa, donde
Yo he de estar...

LAURA.

Detente, espera;
Que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
De la amistad : pues primero
Que á ese Lisardo escribieras,
Ni á mi casa le llamaras,
Debieras mirar, debieras
Advertir desde la tuya,
Los inconvenientes desta.

MARCELA.

Ya, Laura, los he mirado,
Sin que corran por tu cuenta.

LAURA.

¿ De qué manera? Si yo...

MARCELA.

Escucha de qué manera.
Tu casa tiene dos cuartos,
Y del uno cae la puerta
A otra calle; á Silvia dije
Que le trajese por ella;
De suerte que entrando, Laura,
Por donde saber no pueda,
En fin, como forastero,
Si es casa tuya, ¿ qué arriesgas?

LAURA.

Arriesgo el que lo pregunte,
Y lo que hoy no sabe, sepa
Mañana, y piense que yo
Soy la tapada.

MARCELA.

Que adviertas,
Te pido, que yo he de estar
De visita y descubierta,
Como si fuera mi casa,
Dentro de la tuya mesma.

LAURA.

Cuando el verte á tí me libre
A mí con esa cautela,
¿Cómo me podré librar
Del peligro de que venga
Mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCELA.

¿ Luego ha de venir por fuerza
Hoy, y luego han de cogernos
En el primer hurto? Esta
Fineza has de hacer por mí,
Pues es tan digna fineza
De tu sangre y mi amistad.

LAURA. (*Ap.*)

¡ Oh, quién decirla pudiera
El tercer inconveniente,
Pues no es el de menor pena
Que acierte á venir Don Félix,
Y me halle á mí hecha tercera
De su hermana y de su amigo!

ESCENA II.

SILVIA, *con manto*. — DICHAS.

SILVIA.

A Ocaña he dado mil vueltas
Hasta hallarle.

MARCELA.

Silvia, ¿ qué hay?

SILVIA.

Que dí tu papel, y apénas
Le leyó, cuando tras mí
Vino, y queda ya á la puerta
Que me dijiste.

MARCELA.

Ya, Laura,
No hay como escusarte puedas.

LAURA.

De mala gana te sirvo
En esto.

MARCELA.

Quítame, Celia,
Este manto : llama, Silvia,
Tú á Lisardo, y tú no quieras
(*Vase Silvia.*)
Verle, que eres muy hermosa
Para criada.

LAURA.

Ya quedas
Hecha dueña de mi casa,
Marcela : mira por ella. —
(*Ap.* ¡ Oh, á qué de cosas se obliga
Quien tiene una amiga necia!) (*Vase.*)

ESCENA III.

SILVIA, LISARDO. — MARCELA.

SILVIA.

Esta es la casa, señor,
De aquella dama encubierta,
Que ya descubierta veis.

LISARDO.

¿ Quién vió dicha como esta?

MARCELA.

Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
De que iria mi cuidado
A buscaros.

LISARDO.

Mi temor
Confieso, y que la esperanza
Desta ventura perdí;
Que siempre andar juntos ví
Fortuna y desconfianza.

MARCELA.

Aunque es verdad que pudiera
Hoy, por el gusto de hablaros,

Digitized by Google

Señor Lisardo, llamaros
A mi casa, no lo hiciera,
A no tener que reñiros
Un descuido contra mí.

LISARDO.

¿Descuido contra vos?

MARCELA.

Sí,
De que me importa advertiros.

LISARDO.

Si vos misma disculpais
Mi ignorancia, con que ha sido
Descuido mal advertido,
Ya importa que le digais,
Porque no vuelva á incurrir
En lo que ignorante estoy.

MARCELA.

¿A quién empezasteis hoy
Nuestro suceso á decir,
Que os estorbó una criada
La relacion?

LISARDO.

Ya os entiendo,
Y aunque pueda, no pretendo
Satisfaceros en nada;
Porque mujer que de mí,
Donde no soy conocido,
Tanta noticia ha tenido;
Mujer que se guarda así
De un hombre, de quien yo soy
Amigo; mujer, que tiene
Criada en su casa, que viene
Con las nuevas que le doy...
Harto callando la digo,
Harto con irme la muestro,
Porque ántes que galan vuestro
Fuí de Don Félix amigo.

MARCELA.

Habeis sin duda pensado,
Por las nuevas que yo os doy,
Que dama de Félix soy;
Pues estais muy engañado;
Y esto me habeis de creer,
Si algo cré quien dice que ama,
Que no solo soy su dama,
Mas que no lo puedo ser.

LISARDO.

Si los principios negais,
Mal argumento teneis.
¿De quién mi nombre sabeis,
Y de mí informada estais?
¿De quién, pues, habeis sabido
(Decir puedo en un momento)
Lo que en su mismo aposento
A los dos ha sucedido?

MARCELA.

Para que aquí se concluya
Lo que á dudar os obliga,
Sabed que yo soy amiga
De una hermosa dama suya.
Esta, hablando pues conmigo
En Félix, nuevas me dió
De vos, porque en vos habló
Como de Félix amigo;
Y aunque él es tan caballero,
En nadie un secreto cupo
Mejor, que en quien no le supo;
Y así suplicaros quiero
Que á Don Félix no le deis,
Señor, mas señas de mí,
Ni le digais que yo os ví,
Ni que mi casa sabeis;
Porque me van en rigor,
A una sospecha creida,
Hoy por lo ménos la vida,
Y por lo mas el honor.

LISARDO.

Bien pensaréis que ha cesado
De mis dudas la razon,
Y ántes mayor confusion
Es la que me habeis dejado:
Porque si no sois...

ESCENA IV.

CELIA, *despues* LAURA. — DICHOS.

CELIA.

Señora.

MARCELA.

¿Qué hay, Celia?

CELIA.

Que mi señor
Viene por el corredor.

MARCELA. (*A Celia.*)

Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?

CELIA.

No, que viene
Por la puerta que él entró,
Y saber que hay otra no
Es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

LISARDO.

¿Qué haré?

CELIA.

Esconderos es forzoso
En esta cuadra.

LISARDO.

Dudoso
Estoy.

MARCELA.

Presto, que si os ve...

LISARDO.

¡Vive Dios, que estoy perdido!
(*Escóndese en un aposento.*)

(*Sale Laura.*)

MARCELA.

Cercada de penas muero.

LAURA.

¿Ves, Marcela? En el primero
Hurto al fin nos han cogido.
¡En buena ocasion me has puesto!

MARCELA.

¿Quién pudiera prevenir,
Que ahora hubiese de venir
Tu padre?

ESCENA V.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

Celia, ¿qué es esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
Sueles, por dicha, tener?

LAURA.

Vínome Marcela á ver,
Y por estar esa puerta
La mas cerca de una casa
Adonde ella estaba, yo
La hice abrir; por ella entró,
Y quedóse así: esto pasa.

FABIO.

Perdonad, bella Marcela;
Que como la luz del dia
Ya se va á poner, no os via.

LAURA. (*Ap.*)

¡Gran daño el alma recela!

CELIA. (*Ap.*)

¡Qué confusion! (*Vase.*)

SILVIA. (*Ap.*)

¡Qué temor!

MARCELA.

Yo, habiendo ahora sabido
La tristeza que ha tenido
Laura, me trajo mi amor
A verla, y ver si merezco
De sus penas consolar
La tristeza y el pesar.

LAURA.

Son tantas las que padezco,
Que me añade mas dolor
El remedio prevenido,
Y ántes pienso que has venido
A hacérmele tú mayor;
Que crece con el remedio
Este accidente.

FABIO.

No sé
Qué te diga, ni sabré
Hallar á tus males medio. —
Hola, traed luces aquí.

ESCENA VI.

CELIA, *con luces, que pone sobre un bufete;* HERRERA.—DICHOS.

CELIA.

Ya aquí las luces están.

HERRERA.

Las ocho y media serán,
¿Habemos de irnos de aquí
Esta noche, pues que ya
Ha anochecido, señora?
¿No es de recogernos hora?

MARCELA.

Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado; (*Ap. á ella.*)
Pero excusarle no puedo.

LAURA.

Yo en fin á pagar me quedo,
Las culpas que no he pecado.

MARCELA.

¿Qué puedo hacer? (¡Ay de mí!)
Dame licencia.

FABIO.

Yo iré
Sirviéndoos.

MARCELA.

No hay para qué
Me trateis, señor, así.
Quedad con Dios.

LAURA. (*Ap. á Marcela.*)

Mejor es
Dejarle ir, para que pueda
Irse este hombre que aquí queda.

FABIO.

Yo tengo de ir con vos.

MARCELA.

Pues
Me honrais tanto, replicar
A vuestra gran cortesía,
Pareciera grosería.

FABIO.

La mano me habeis de dar.

MARCELA.

Sois tan galan, que no puedo
Negaros ese favor.

(*Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.*)

LAURA.

¿Hay, Celia, pena mayor
Que la pena con que quedo?
¿Quién creerá, que yo encerrado
Aquí tengo un hombre que
No conozco? Y si me ve,
¿Quedará desengañado
De que Marcela no ha sido
El dueño de aquesta casa?


Digitized by Google

CELIA.

Todo cuanto aquí nos pasa,
Fácil enmienda ha tenido
Con irse ahora mi señor.
Retírate tú de aquí:
Yo le sacaré de allí
Sin que pueda del error,
En que está, desengañarse;
Pues él sin veros se irá,
Ni á tí ni á Marcela.

LAURA.

Ya
Solo falta efectuarse.
La puerta abre; mas detente,
Que parece que he sentido
En esta sala rüido.

CELIA.

Ya es otro el inconveniente.

ESCENA VII.

DON FELIX. — LAURA, CELIA.

DON FÉLIX.

Apénas la sombra fria
Tendió, Laura, el manto negro
Capa de noche que viste
Para disfrazarse el cielo,
Cuando á tu puerta me hallaron
Las estrellas; que el deseo
Tanto anticipa las horas,
Que á verte á estas horas vengo
Haciendo el tiempo en tu calle,
Porque no se pierda el tiempo.
Vi que mi hermana salia
De tu casa, y advirtiendo
Que tu padre la acompaña,
A entrar hasta aquí me atrevo;
Porque las paces de hoy
Me tienen con tal contento,
Que no quise dilatar
Solo un instante, un momento
El verte desenojada.

LAURA.

Pues no haces bien, si es que advierto,
Que un enojo apénas quitas,
Cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podia tardar
(*Ap.* Apénas á hablarle acierto.)
En recogerse la casa,
Que temerario y resuelto
Te entras aquí, sin mirar
Que ha de volver al momento
Mi padre?

DON FÉLIX.

Solo he querido
Que sepas, Laura, que espero
En la calle á que sea hora
Para hablarte; porque luego
No digas que de otra parte
Vengo, cuando á verte vengo.
En la calle pues estoy.

LAURA.

Eso sí; vuélvete presto,
Que al punto que se recoja
Mi padre, hablarnos podrémos
Mas despacio. No me tengas
Con tanto susto, que creo
Que sospechoso (¡ay de mí)
Está ya del amor nuestro;
Tanto, que á esa puerta falsa
La llave ha quitado, (*Ap.* Esto
Digo por asegurar
El paso al que está acá dentro.)
Y anda todos estos dias
A casa yendo y viniendo.

DON FÉLIX.

Por quitarte ese temor,
Me voy, y en la calle espero.

FABIO. (*Dentro.*)

Hola, bajad una luz.

LAURA.

El viene ya.

CELIA.

Dicho y hecho.

(*Toma Celia una luz, y vase.*)

DON FÉLIX.

Si de esotra puerta dices
Que quitó la llave, es cierto
Que no hay por donde salir;
Y así, en aqueste aposento
Me esconderé.

(*Va á entrar donde está Lisardo, y se pone delante Laura.*)

LAURA.

Aguarda, espera;
Que no has de entrar aquí dentro.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque siempre aquí
Está mi padre escribiendo
Mucha parte de la noche.

DON FÉLIX.

¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque al entreabrir la puerta
He visto un bulto allá dentro.

LAURA.

Mira...

DON FÉLIX.

Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAURA.

Advierte...

DON FÉLIX.

Ya nada temo.

LAURA.

Que entra ya mi padre.

DON FÉLIX.

¡Ay triste,
En qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, á Fabio
De sus ofensas advierto;
Si callo, sufro las mias.

ESCENA VIII.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

¡Vos aquí, Félix! ¿qué es esto?

LAURA. (*Ap. á Don Félix.*)

Mira, por Dios, lo que haces;
Pues en quien es caballero,
El honor de las mujeres,
Siempre ha de ser lo primero.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Es verdad; disimular
Tomo por mejor acuerdo,
Si celos se disimulan.)
Buscando á mi hermana vengo,

(*A Fabio.*)

Que me dijeron que aquí
Estaba.

FABIO.

Ya yo la dejo
En su casa, y vengo ahora
De servirla de escudero.

LAURA.

Eso es lo mismo que yo
Le estaba, señor, diciendo.

DON FÉLIX.

Dios os guarde por la honra
Que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO.

Ella os espera ya en casa.

DON FÉLIX.

(*Ap.* No sé (¡ay Dios!) lo que hacer debo.
Estarme aquí, es necedad;
Irme, si aquí un hombre dejo,
Es desaire; alborotar
Aquesta casa, desprecio;
Pues esperarle en la calle,
Si hay dos puertas, ¿cómo puedo
Yo solo? ¡Oh, quién á Lisardo,
Que es mi amigo verdadero,
Consigo hubiera traido!
Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

FABIO.

El os guarde.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Hoy he de ver, ¡vive el cielo!
Si es verdad que la fortuna
Ayuda al atrevimiento.

(*Don Félix se va muy aprisa, Fabio llega hasta la puerta con él, y Celia despues toma una luz y se va; Fabio toma otra luz.*)

FABIO.

Alumbra, Celia, á Don Félix.
Laura, éntrate tú acá dentro,
Que tengo que hablar á solas
Contigo.

LAURA. (*Ap.*)

Otro susto, ¡cielos!
Mi padre ¿qué me querrá?
Laura, ¿en qué ha de parar esto?

(*Vanse.*)

ESCENA IX.

CELIA, *que vuelve con la luz; despues* LISARDO.

CELIA.

Sin esperar que bajara
A alumbrarle, en un momento
Se me despareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
Que es de dar presto la vuelta
A la calle; mas primero
Que él llegue, ya habrá salido
Estotro; que en su aposento
Está mi señor con Laura.
No hay que esperar. Caballero, (*A Lis.*)
En gran confusion estamos
Por vos. (*Sale Lisardo.*)

LISARDO.

Ya sé lo que os debo;
Que aunque he entendido muy poco
Del caso, porque aquí dentro
Llegaban muertas las voces,
He entendido por lo ménos
Los empeños desta casa.

CELIA.

Vamos de aquí.

LISARDO.

Vamos presto.

CELIA. (*Ap.*)

Salga él una vez de casa,
Y mas que sucedan luego
Muertes de hombres en la calle.

(*Apaga la luz, y vase con él.*)

ESCENA X.

DON FELIX; *despues* LAURA.

DON FÉLIX.

En un esconce pequeño
Que hace la escalera, ántes
Que la luz bajara, muerto
De celos y de desdichas,

Digitized by Google

Pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
De echar á este hombre, y no creo
Que, sabiendo que en la calle
Estoy, se atrevan á hacerlo.
El fin con que he me quedado,
A mis desdichas atento,
Es de sacarle conmigo
Hasta la calle, fingiendo
Que soy criado de casa,
Y que sé todo el suçeso.

(*Llégase á la puerta.*)

Esta es la puerta, y está
Abierta. Ce, caballero,
Seguidme: seguro soy.
¿No me respondeis? ¿Qué es esto?
Obligaréisme callando,
¡Vive Dios! á que entre dentro. (*Entra.*)

(*Sale Laura con luz.*)

LAURA.

Nada me queria mi padre
Que fuese de mas momento,
Que decirme que mañana
Ha de ir á un cercano pueblo,
Adonde su hacienda tiene,
Y yo á mis desdichas vuelvo.
Celia, Celia, ¿dónde estás?
Pondré que se han ido huyendo
Todos, y que me han dejado
En el peligro. Y es cierto;
Pues nadie parece. ¡Ay triste!
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
Cuando estotro está aquí dentro.
Pero aunque todo lo arriesgue,
Esto ha de ser; que primero
Soy yo. Perdone Marcela,
Esta vez. Ce, caballero,
A quien necia una mujer
En tanto peligro ha puesto,
No os espanteis de mirarme.

(*Sale Don Félix embozado.*)

DON FÉLIX.

¡Cómo puedo, cómo puedo
Dejar de espantarme, Laura,
De mirarte...?

LAURA.

¡Ay Dios! qué veo!

DON FÉLIX.

¿Tan mudable?

LAURA.

¡Ay infelice!

DON FÉLIX.

¿Y tan falsa?

LAURA.

¡Ay Dios! ¿qué es esto?

DON FÉLIX.

Esto es, Laura, esto es
(Si es que yo á decirlo acierto)
El desengaño mayor
Que á un hombre han dado los celos.
Pero miento, que no son
Celos, sino agravios estos.

(*Paséase, y ella tras él.*)

LAURA.

(*Ap.* ¡Yo estoy muerta!) Félix mio,
Mi bien, mi señor, mi dueño.

DON FÉLIX.

Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
¿Qué me quieres?

LAURA.

Que te quiero;
Te quiero, no mas.

DON FÉLIX.

Y yo,
Pues tú lo dices, lo creo;
Porque no habiendo tenido
Un hombre en este aposento;
No habiendo dicho que estaba
Cerrado el paso por esto;
No habiendo venido tú
A hablarme por él; no habiendo
Visto yo... ¿Qué he de haber visto?
Nada digo, nada entiendo.
¡Mal haya yo, porque estuve
Antes á tu honor atento,
Y no...! Adios, Laura; adios, Laura.

LAURA.

Detente, porque primero
Que te vayas, has de oirme.

DON FÉLIX.

¿Puede ser mentira esto?

LAURA.

Sí, bien puede ser mentira.

DON FÉLIX.

¿Mentira lo que estoy viendo?

LAURA.

¿Qué viste?

DON FÉLIX.

El bulto de un hombre
Que estaba en este aposento.

LAURA.

Algun criado seria.

ESCENA XI.

CELIA, *muy alborozada.* — DICHOS.

CELIA

Señora, ya por lo ménos
Nada sucederá en casa,
Que ya en la calle los dejo.

(*Ve á Don Félix, y túrbase.*)

DON FÉLIX.

Mira, si era algun criado.

CELIA.

¿Pues esto agora tenemos?
¿Cómo aquí?.. No puedo hablar.

LAURA.

¿Ves, Félix, con cuánto aprieto
Se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

DON FÉLIX.

Pues yo la culpa tendré.

LAURA.

Tanto te estimo y te quiero,
Que aun no quiero yo decirlo,
Porque te está mal saberlo.

DON FÉLIX.

¡Qué antiguo sagrado es ese
De un culpado, en no teniendo
Que responder! Esto en fin
Se acabó, Laura, esto es hecho.
Adios, adios.

LAURA.

Mira...

DON FÉLIX.

Suelta...

LAURA.

No has de irte así.

DON FÉLIX.

¡Vive el cielo,
Que dé voces que despierten
A tu padre, al mundo entero,
Diciendo quién eres!

LAURA.

¡Félix!

DON FÉLIX.

Harás que pierda el respeto
A tu hermosura, porque
Nadie le tuvo con celos. (*Vase.*)

LAURA.

Tenle, Celia.

CELIA.

¿Yo tenerle?

LAURA.

Pues aunque vayas huyendo,
Yo te buscaré. ¡Ay, Marcela,
En qué de dudas me has puesto! (*Vanse.*)

—

Cuarto de Lisardo en casa de Don Félix.

ESCENA XII.

LISARDO, CALABAZAS.

CALABAZAS.

Señor, ¿qué es lo que tienes?
¿De dónde ó cómo á tales horas vienes?

LISARDO.

Ni sé de dónde vengo,
Calabazas, ni sé lo que me tengo.

CALABAZAS.

Despues de haberte ido
Sin mí (cosa que nunca ha sucedido,
Ni héchose con lacayo
De bien), vuelves á casa como un rayo,
Casi al amanecer, descolorido,
Colérico, furioso, acontecido,
Airado...

LISARDO.

No me mates,
Ni empieces á decirme disparates,
Sino pon las maletas; porque luego
Me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
A esotra cuadra pasa,
Mira si hablar á Félix puedo.

CALABAZAS.

En casa
El no está; que aunque ya ha amanecido,
Creo que no ha venido
A acostarse hasta agora.

LISARDO.

¡Féliz él, que habrá estado (¿quién lo ignora?)
Celebrando las paces con su dama;
Que es la felicidad del que bien ama!
¡Y yo, infeliz, á quien han sucedido
Tantas cosas...!

CALABAZAS.

¿Qué han sido?

LISARDO.

Oye, porque me dejes;
Con condicion que luego no aconsejes.
Llamóme por un papel
Aquella dama tapada,
A que en su casa la viese.
A verla fui, y la criada
Por un jardin me guió,
Hasta que llegué á una sala
De estrado, donde la misma
Que vi en las huertas, estaba
Tan bella como entendida:
Esto, que te diga, basta.
Muy á los primeros lances,
Me dió á entender enojada
No sé bien qué quejas, cuando
Su padre á la puerta llama.
Métenme en un aposento,
Donde, despues de pasadas
Algunas conversaciones,
De quien poco entendí ó nada
(Porque como retirado

Digitized by Google

Estaba á puerta cerrada,
Llegaban á mí confusas
Las voces sin las palabras)
La puerta un hombre entreabrió;
La capa tercié y la espada
Empuñé, y al mismo instante
Me volvieron á cerrarla
Por defuera, sin poder
Ver el talle ni la cara
Del hombre. De allí á otro rato
Triste, confusa y turbada,
Otra moza me sacó
Hasta la calle, con varias
Prevenciones de que Félix
No supiera desto nada.
Yo pues, cercado de dudas
Y de sospechas contrarias,
Estoy sin saber qué hacerme
En confusion tan extraña;
Porque si á Félix le callo
El lance, ya acreditada
La sospecha de que ha sido
Dama suya, será ingrata
Correspondencia, que él tenga
A su enemigo en su casa;
Si se lo digo, y no es
Su dama, sino otra dama
Que de mí se fia, el decirlo
Es de mi nobleza infamia.
Y así entre hablar y callar,
La opinion mas acertada
Es, pues dos daños me embisten,
Volver á los dos la espalda.
Así con esto á Don Félix
No ofende lo que se calla,
Ni lo que se dice, ofende
A la mujer. Luego trata
De poner toda la ropa,
Que ántes que amanezca el alba,
Con ocasion de que ya
Hecha mi consulta baja,
De Ocaña me tengo de ir,
Aunque me deje en Ocaña
En un ingenio la vida,
Y en una hermosura el alma.

CALABAZAS.

¡Honrada resolucion!

LISARDO.

Porque apruebas y no cansas,
Toma aquel vestido que hice
De camino, Calabazas.

CALABAZAS.

Tus manos, señor, te beso
De resultas de las plantas,
No tanto por el vestido,
Aunque es dádiva extremada,
Como por dármele hecho;
Y en tanto que se levanta
Quien la ropa me ha de dar,
Escúchame en dos palabras
Lo que hecho un vestido ahorra.

(*Mudando voces.*)

—Señor maestro, ¿cuántas varas
De paño son menester
Para mí?—Siete y tres cuartas.
—Con seis y media le hace
Quiñones.—Pues que le haga;
Mas si él saliere cumplido,
Yo me pelaré las barbas.
—¿Qué tafetan?—Ocho.—Siete
Han de ser.—No quite nada
De siete y media.—¿Ruan?
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,
No puede salir.—¿De seda?
—Dos onzas, treinta de lana.
—¿Bocací á los bebederos?
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.
—¿Botones?—Treinta docenas.
—¿Treinta?—¿Habrá mas de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo:
Vamos con todo esto á casa.
Junte vuesarced los piés,
Ponga derecha la cara,
Tienda el brazo.—¿Seor maestro,
Son matachines?—¡Qué gracia
Hará el calzon!—Oye usted,
La ropilla ancha de espaldas,
Derribadica de hombros,
Y redondita de falda.
—Frisa para las faldillas
Haber sacado nos falta.
—Póngala usted.—Que me place.
—¡Ah! sí; esto se me olvidaba:
Entretelas.—Deste viejo
Ferreruelo me las haga.
—Voy á cortarlo al momento.
—¿Cuándo vendrá esto?—Mañana
A las nueve.—La una es:
¡Oh cuánto este sastre tarda!
—Seor maestro, todo el dia
Me ha tenido usted en casa.
—No he podido mas, que he estado
Acabando unas enaguas,
Que, como mil paños llevan,
No fué posible acabarlas.
—¡Ah! caballero, muy seca
Está esta obra.—Remojarla.
—Angosto vino el calzon.
—De paño es, no importa nada,
Que luego dará de sí.
—Esta ropilla está ancha.
—No importa nada, es de paño,
Que ella embeberá (así basta,
Que los paños dan y embeben
Como el sastre se lo manda.)
—El ferreruelo está corto.
—Mas de media liga tapa,
Y ahora no se usan largos.
—¿Qué se debe?—Poco ó nadà:
Veinte del calzon, y veinte
De la ropilla y sus mangas,
Diez del ferreruelo, treinta
De los ojales... y tantas
Impertinencias, que en fin,
Que me venga ó que me vaya,
Quien me da un vestido hecho,
Me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas;
Aquí gloria y despues gracia. (*Vase.*)

LISARDO.

¡Qué locuras! ¡Quién tuviera
Tu alegría, y no llegara
Hoy á sentir los extremos
De tantas penas, de tantas
Confusiones y sospechas!
¡Válgate Dios por tapada,
Toda misterios y toda
Prevenciones, sin que haya
Nunca visto la verdad!

(*Vuelve Calabazas.*)

CALABAZAS.

Ya la dije á una criada
Que me sacase la ropa;
Porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO.

En efecto, me destierran,
Antes de tiempo de Ocaña,
Tramoyas de una mujer.

ESCENA XIII.

MARCELA, *con manto,* SILVIA, *sin él, y quedan á la puerta.*—DICHOS.

SILVIA.

Mira á qué te atreves.

MARCELA.

Nada
Me digas, porque no estoy
Para escucharte palabra:
¿Que hoy se va, no dices?

SILVIA.

Sí:

MARCELA.

¿Pues Silvia, de qué te espantas
Que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
Quién soy, y de mí va huyendo.

SILVIA.

¿Pues si esto temes, qué tratas?

MARCELA.

Hablarle ya claramente;
Que puesto que á esta hora falta
Mi hermano, ya no vendrá,
Hasta que le lleven capa
Y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.

(*Vase Silvia.*)

LISARDO.

Mira si ha venido Félix.

CALABAZAS.

Felix no, pero la dama
Tapada sí que ha venido.

LISARDO.

¿Qué dices?

CALABAZAS.

Ecce quam amas.

MARCELA.

Señor Lisardo, no sé
Que sea accion cortesana
El iros sin despediros
Hoy de una mujer que os ama.

LISARDO.

¿Tan presto tuvisteis nueva
De mi partida?

MARCELA.

Las malas
Vuelan mucho.

CALABAZAS. (*Ap.*)

¡Vive Dios,
Que con los demonios habla!
¿Si es Catalina de Acosta,
Que anda buscando su estatua?

MARCELA.

En fin, ¿os vais?

LISARDO.

Sí, y huyendo
De vos, que vos sois la causa.

MARCELA

De eso infiero que sabeis
Ya quién soy (¡estoy turbada!);
Y si el haberlo sabido
Anticipa la jornada,
Id con Dios; pero advirtiendo
Que fué en mí y en vos la causa
Imposible de decirla,
Y imposible de callarla.

LISARDO.

No os entiendo, pues no sé
De vos (esta es verdad clara)
Mas de lo que sé de vos:
Y ántes la desconfianza
Que haceis de mí, es quien me mueve
A irme.

(*Mira Calabazas adentro.*)

CALABAZAS.

Ce: por la sala
Entra Don Félix.

MARCELA.

¡Ay triste!

LISARDO.

¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estáis.

Digitized by Google

MARCELA.

Es verdad;
Mas puesto que mis desgracias
Unas con otras tropiezan,
Y tan en mi alcance andan,
Sabed, que yo soy... No puedo,
No puedo hablar mas palabra,
Que entra ya. Mi vida está
En vuestras manos, guardadla;
Que yo aquí me escondo. (*Escóndese.*)

LISARDO.

¡Cielos,
Sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama sin duda,
Pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XIV.

DON FELIX. — LISARDO; MARCELA, *escondida.*

DON FÉLIX.

Lisardo.

LISARDO.

¿Qué hay, qué traeis,
Don Félix?

DON FÉLIX.

Traigo un pesar,
Y véngole á consolar
Con vos, que me aconsejeis.

LISARDO.

Cuando por haber faltado
De casa... Vete de aquí.
(*A Calabazas. Vase.*)
Toda la noche, creí
Que habíades celebrado
Las paces con vuestra dama,
¿Al amanecer venis
Con el pesar que decis?

DON FÉLIX.

Sí, que un mal á otro mal llama.
¡Ay Lisardo! bien dijistes,
Cuando hablasteis de los celos,
Que sus mortales desvelos,
Y que sus efectos tristes,
Eran tan otros tenidos
Que dados, cuanto se ofrece
Entre quien hace y padece;
Pues padecen mis sentidos
El daño que ántes hicieron.
¡Oh quién un siglo los diera,
Y un punto no los tuviera!

LISARDO.

Pues ¿cómo ó de qué nacieron?
(*Ap.* ¡Vive Dios! que él ha seguido
Esta dama, y que sus celos
Son de mí y della.)

MARCELA. (*Ap.*)

Los cielos
Dén mis penas á partido.

DON FÉLIX.

Muy rendido ayer llegué,
Donde (¡ay de mí!) satisfice
Con los extremos que hice,
Las lágrimas que lloré,
Las mal fundadas sospechas
Que de mí (¡ay cielos!) tenia
La hermosa enemiga mia;
Y cuando ya satisfechas
Estaban, y yo esperaba
De los sembrados rigores
Coger el fruto en favores,
De la calle en que aguardaba
Entré á verla muy contento;
Y porque fué fuerza así
Un aposento entreabrí,
(Mal haya mi sufrimiento),
Y en él (¡qué torpes desvelos!)
El bulto de un hombre vi.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Esto es lo que anoche á mí
Me pasó, viven los cielos!

DON FÉLIX.

¡Oh mal haya yo, porqué,
Aunque su padre viniera,
Y aunque su honor se perdiera,
A darle muerte no entré!
Quedarme pude escondido,
Con ánimo de volver
A buscar el hombre, y ver
Quién era.

LISARDO.

¿Habeíslo sabido?

DON FÉLIX.

No, porque ya una criada
Le habia sacado de allí.
Tras él al punto salí;
Pero no pude hallar nada.
Así hasta el mediodía
Toda la mañana he estado
(¡Mirad qué necio cuidado!)
Pensando que volveria.
Ved si habrá en el mundo quien
Tenga el dolor que yo tengo,
Pues hoy aquí á tener vengo
Celos, sin saber de quien.

LISARDO. (*Ap.*)

En este punto creí
Todo cuanto imaginé;
La dama esta dama fué,
Y yo el encerrado fuí.
Las señas son; mas supuesto
Que él no sabe que fuí yo,
Ni que ella aquí se ocultó,
Ponga fin á todo esto
Mi ausencia, puesto que así
Todo el silencio lo sella;
Pues no sabrá agravios della,
Ni tendrá quejas de mí.

DON FÉLIX.

¿Agora suspenso estais?
¿Cómo no me respondeis?

LISARDO.

Como admirado me habeis,
Aun mas de lo que pensais.

DON FÉLIX.

¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olvidar.

DON FÉLIX.

¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

CALABAZAS. (*A la puerta.*)

Señor, una dama ahí fuera
Dice que te quiere hablar.

DON FÉLIX.

Ella es, que habrá venido
A verme. Yo no he de vella.

LISARDO.

Mirad primero si es ella.

ESCENA XV.

LAURA, *tapada.* — DICHOS.

DON FÉLIX.

¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusion,
Querrá agora que yo crea
Que todo mentira sea.

LISARDO. (*Ap.*)

Ya es otra mi confusion:
Si esta es la que Félix ama,
Y dentro en su casa vió
Un hombre, y este fuí yo,
¿Quién es, quién, estotra dama?

LAURA.

Lisardo, por caballero
Os ruego que os ausenteis,
Y con Félix me dejeis,
Porque hablar con Félix quiero.

DON FÉLIX.

¿Quién te ha dicho que querrá
El Félix hablarte á tí?

LAURA.

Dejadnos solos.

LISARDO.

Por mí
Obedecida estáis ya.
(*Ap.* Fuerza es dejar encerrada
La otra dama hasta despues,
Y estar á la vista. Nada
Tengo ya que temer, pues
No es su dama mi tapada.)
(*Vanse Calabazas y Lisardo.*)

ESCENA XVI.

LAURA Y DON FELIX; MARCELA, *escondida.*

LAURA.

Ya que estamos los dos solos,
Don Félix, y que podré
Decir á lo que he venido,
Escúchame.

DON FÉLIX.

¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme
Que ilusion, que engaño fué
Cuanto allí vi y cuanto oí;
Y si esto en fin ha de ser,
Ni tú tienes qué decir,
Ni yo tengo qué saber.

LAURA.

¿Y si nada de eso fuese,
Sino todo eso al reves?

DON FÉLIX.

¿Cómo?

LAURA.

Escucha, oirásIo.

DON FÉLIX.

¿Iráste
Si te escucho?

LAURA.

Sí.

DON FÉLIX.

Di pues.
(*Asoma Marcela.*)

LAURA.

Negarte que estaba un hombre
En mi aposento...

DON FÉLIX.

Deten.
¿Y es estilo de obligar,
Modo de satisfacer,
Decirme, cuando esperaba
Un rendimiento cortes,
Una disculpa amorosa,
Confesar la ofensa? ¿Ves
Cómo otra vez la repites,
Porque la sienta otra vez?

LAURA.

Si no me oyes hasta el fin...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Quién vió lance mas cruel!

DON FÉLIX.

¿Qué he de escuchar?

LAURA.

Mucho.

Digitized by Google

DON FÉLIX.
¿Iráste
Si te escucho?

LAURA.
Sí.

DON FÉLIX.
Di pues.

LAURA.
Negarte que estaba un hombre
En mi aposento, y tambien
Que Celia le abrió la puerta,
No fuera justo; porque
Negarle á un hombre en su cara
Lo mismo que escucha y ve,
Es darle á un desesperado,
Para consuelo un cordel;
Mas pensar tú que fué agravio
De tu amor y de mi fe,
Es pensar que cupo mancha
En el puro rosicler
Del sol, porque con mi honor
Aun es sombra todo él.

DON FÉLIX.
¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA.
No puedo decirte quién.

MARCELA. (*Ap.*)
¡Quien vió confusion igual!

DON FÉLIX.
¿Por qué?

LAURA.
Porque no lo sé.

DON FÉLIX.
¿Qué hacia escondido allí?

LAURA.
No lo sé tampoco.

DON FÉLIX.
¿Pues
Dónde la satisfaccion
Está?

LAURA.
En no saberlo.

DON FÉLIX.
¡Bien!
No saberlo es la disculpa,
La culpa el saberlo es:
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA.
Félix, Félix, dejamé;
Que, aunque lo puedo decir,
Tú no lo puedes saber.

DON FÉLIX.
Otra vez me has dicho ya
(Baldon ó despecho fué)
Eso mismo, y ¡vive Dios!
De no escucharlo otra vez;
Porque aquí me has de decir
La verdad desto...

MARCELA. (*Ap.*)
¿Qué haré?
Que, por disculparse á sí,
Me ha de echar á mí á perder!

DON FÉLIX.
Que nada me está peor
Que el pensarlo.

LAURA.
Sí diré.

MARCELA.
(*Ap.* No dirás; porque primero,
Tus voces estorbaré
Con esta resolucion.
Amor ventura me dé,
Como me da atrevimiento.)
(*Pasa por delante tapada, como jurándosela á Don Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.*)
Solo esto he querido ver.

DON FÉLIX.
¿Qué mujer es esta?

LAURA.
Hazte
De nuevas.

DON FÉLIX.
Déjame que
La siga y la reconozca.

LAURA.
¡Eso querias tú, porqué
Pudieras desenojarla,
Diciéndola á ella despues
Que me dejaste por ir
Tras ella! Pues no ha de ser.

DON FÉLIX.
Laura mia, mi señora,
El cielo me falte, amen,
Si sé qué mujer es esta.

LAURA.
Yo sí; yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
Yo la conocí muy bien.

DON FÉLIX.
Ni era Nise, ni sé yo
Cómo estaba aquí.

LAURA.
Muy bien;
¡La disculpa es no saberlo,
La culpa el saberlo es!
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Adios, Félix.

DON FÉLIX.
Si no basta
El desengaño que ves,
¿Cómo quieres que yo crea
Lo que tú, Laura, no crés?

LAURA.
Porque yo digo verdad,
Y soy quien soy.

DON FÉLIX.
Yo tambien,
Y vi en tu aposento un hombre.

LAURA.
Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.
No sé quien fué.

LAURA.
Yo tampoco.

DON FÉLIX.
Sí supiste, Laura; pues
Ya me lo ibas á decir.

LAURA.
Ya, sin decirlo me iré,
Por no dar satisfacciones
A un hombre tan descortes.

DON FÉLIX.
Mira, Laura...

LAURA.
Suelta, Félix.

DON FÉLIX.
Vete, que es cosa cruel,
Haber de rogar quejoso.

LAURA.
Quédate; que es rabia haber
De llevar traiciones, cuando
Finezas vine á traer.

DON FÉLIX.
Yo bien disculpado estoy.

LAURA.
Si á eso vamos, yo tambien.

DON FÉLIX.
Pues vi en tu aposento un hombre.

LAURA.
Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.
Si esto, cielos, es amar...

LAURA.
Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS.
¡Fuego de Dios en el querer bien!
Amen. Amen.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Marcela.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, SILVIA.

SILVIA.
Grande atrevimiento fué.

MARCELA.
Como perdida me vi,
Cuando ya á Laura escuché,
Que iba á descubrir allí
Cuanto en su casa pasé,
Estorbar la relacion
Quise con tan loca accion;
Que, ya preciso un pesar,
Algo se ha de aventurar.

SILVIA.
Así es verdad.

MARCELA.
La razon
Que me animó mas, fué ver
A Lisardo, que esperaba
Mas afuera, al parecer,
En qué el suceso paraba
De su encerrada mujer;
Y como yo lo sabía,
No temí la empresa mia:
Pues, á no suceder bien,
Ya en Lisardo al ménos quien
Me defendiese tenia:
Y en fin, ello sucedió
Mejor que esperaba yo;
Pues yo á mi cuarto pasé,
Y en los celos que dejé
El lance se barajó
De suerte, que ni Lisardo
Se empeñó por mí gallardo,
Ni Laura el caso contó,
Ni Félix me conoció,
Ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA.
Digo que fué extraño cuento,
Y si escarmiento ha dejado,
Será de mas fundamento.

MARCELA.
¿Pues cuándo dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
Antes el haber salido
Deste tan bien me ha movido
A pensar cómo pudiera
Ser que Lisardo volviera
A verme.

SILVIA.
Oye, que hacen ruido.

Digitized by Google

ESCENA II.

DON FELIX, *por la puerta escondida*: — DICHAS.

DON FÉLIX.

Marcela.

MARCELA.

¡Qué novedad
Es entrar tú en mi aposento?

DON FÉLIX.

Es venir mi voluntad
Por luz á tu entendimiento,
Por consuelo á tu piedad.
Anoche, cuando saliste
De ver á Laura, yo entré
En su casa (¡ay de mí triste!),
Y vi en su casa, y hallé...

MARCELA.

Di, ¿qué hallaste? di, ¿qué viste?

DON FÉLIX.

Un hombre.

MARCELA.

¿Tal pudo ser?

DON FÉLIX.

Vinome á satisfacer;
Una mujer, que salió
De mi alcoba, lo estorbó...

MARCELA.

¡Miren la mala mujer!

DON FÉLIX.

Que con Lisardo debia
De estar. El, cuerdo y discreto
Presumiendo que ofendia
De mi casa así el respeto,
Dice que tal no sabia.
En fin, sea lo que fuere
(Que no hay nadie que lo diga),
Celosa Laura, no quiere
Que desengaños consiga,
Ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
Tampoco mi sentimiento,
No la quiero hablar ni ver;
Pero quisiera saber
Hasta el menor pensamiento
Suyo. Para esto ha pensado
Una industria mi cuidado.

MARCELA.

¿Y es, si me la has de decir?

DON FÉLIX.

Que tú, hermana, has de fingir
Que un gran disgusto, un enfado
Conmigo has tenido, y que
En tanto que esto se pasa,
Te quieres ir á su casa:
Y así una espía tendré
Para el fuego que me abrasa;
Pues tú á la mira estarás,
Y á pocos lances verás,
Quién este embozado es,
Y con secreto despues
De todo me avisarás.

MARCELA.

Aunque hay bien que replicar,
Hoy me iré á su casa.

DON FÉLIX.

No
Puede hoy ser; que por mostrar
Cuán poco mi mal sintió,
O por darme este pesar,
Hoy de su casa ha salido,
Y al mar de Antigola ha ido.

MARCELA.

Pues digo que iré mañana.

DON FÉLIX.

La vida me das, hermana;
Tuya desde hoy habrá sido. (*Vase.*)

MARCELA.

¡Hay cosa, como llegar
Rogándome lo que yo
Puedo, Silvia, desear?
Pero mira quien se entró
En el cuarto sin llamar.

SILVIA.

Laura y Celia son, señora.

ESCENA III.

LAURA, CELIA.—MARCELA, SILVIA.

MARCELA.

Laura mia, ¡á aquesta hora!

LAURA.

No te espantes desto, amiga;
Que á tanto una pena obliga.

MARCELA.

¿Quién lo duda? Quién lo ignora?

LAURA.

De la suerte que de mí
Te fuiste ayer á valer,
Vengo á valerme de tí.

CELIA.

Aprended, damas, de aquí,
Lo que va desde hoy á ayer.

LAURA.

Aquel hombre que dejaste
Cerrado, Marcela mia,
En mi casa, vió Don Félix.

MARCELA.

¡Jesus!

LAURA.

No importa que diga
El cómo ó el cuándo, puesto
Que bastaba ser desdicha,
Para que ella se estuviese
Desde luego sucedida.
Quísele satisfacer,
Y vine á tu casa, amiga,
Sin mirar á los respetos
A que el ser quien soy me obliga.
Entré en su aposento, y cuando
A representarle iba
Disculpas, que no tocasen
En tu opinion ni en la mia,
Una mujer, que detras
De su aposento tenia,
Y que era sin duda Nise...

MARCELA.

¿Quién duda que ella sería?

LAURA.

Salió á dar celos por celos.

MARCELA.

¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Félix á eso?

LAURA.

El, aunque quiso seguirla,
Yo no le dejé. En efecto,
Las dos quejas repetidas,
Ni las suyas quise oir,
Ni él saber quiso las mias.
Por mostrar que estaba (¡ay cielos!)
Gustosa y entretenida,
(¡Oh cuán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!)
Al mar de Antígola hoy
Salí con unas amigas,
Donde, aunque debió alegrarme
Su hermosa apacible vista,
No pudo, que para mí
Ya se murió la alegría;
Tanto, que ni el ver la Reina,
Que infinitos siglos viva,
Para que flores de Francia
Nos dén el fruto en Castilla,
Cómo en su verde carroza,
Que caballos del sol tiran,
Varado bajel de tierra
Llegó á abordar á la orilla:
Ni el ver tan ufano entónces
Ese breve mar, que imita
Del Océano las ondas
Encrespadas y movidas
De los céfiros süaves,
Cuando al mirar quien las pisa
Como plata las entorcha,
Y como vidrio las riza:
Ni el ver que ya el bergantin,
Coche del mar, pues le guian,
Como caballos, los remos,
A quien el freno registra
De un timon, abrió el estribo
De su hermosa barandilla,
Para que su popa ocupe,
Para que su esfera admita
Un sol, á quien hizo guarda
No ménos que el alba misma:
Ni el ver las hermosas damas,
Que como flores seguian
La rosa, bien así como
Tejido coro de ninfas,
En las selvas de Diana
Profanas fábulas pintan:
Ni el ver, en fin, que tan bello
Ya el bajel bogando iba
El piélago de cristal,
Que al acercarse á la isla
Del cenador, que con tantas
Flores el estanque habita,
No pudo determinar
Desde aparte, no, la vista,
Cuál el bergantin, ó cuál
Era el cenador; pues via
Flores en cualquiera tantas,
Que unas á otras competidas,
Naval batalla de flores
Se dieron muertas y vivas,
Me pudo aliviar; pues toda
Esta pompa hermosa y rica,
En los cristales bullicio,
En las flores alegría,
En los vientos suavidad,
En las hojas armonía,
En las damas hermosura
Y en todos los campos risa,
Llanto fué, llanto en mis ojos,
Celosa de Félix. Mira,
Si á quien esto no divierte,
Bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle; porque
Es triste cosa, es indigna
Accion darle yo á torcer
Mis celos; y así querria
De una industria aquí valerme,
Si es que mi amistad codicias;
Y es, que para que yo vea
Si Nise en su cuarto habita,
Le he de acechar esta noche
Por aquella puerta, amiga,
Que dijiste, y que á su cuarto
Cae y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
Podré? es fuerza que aquí digas;
Y responderéte yo
Que hoy mi padre fué á una villa,
Adonde su hacienda tiene,
Y no vendrá en cuatro dias.
Así que estas noches puedo
Ser tu huéspeda, si obliga
Mi amistad á esta fineza,
Pues es fineza de amiga
Tan principal, tan discreta,
Tan noble y tan entendida.

Digitized by Google

MARCELA.

¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
Si con mi razon me arguyes,
Si con mi dolor me obligas?
Solo hay un inconveniente;
Mas si tú lo facilitas,
Ven desde luego á mi casa;
Mal dije, á la tuya misma.

LAURA.

¿Cuál es el inconveniente?

MARCELA.

Tanto mi hermano te imita
En el dolor y en la causa,
(No importa que te lo diga;
Primero somos nosotras)
Que hoy me ha pedido que finja
Con él un enojo, y vaya
A ser por algunos dias
Tu huéspeda; porque yo
Allá de adalid le sirva.
Pues si no voy á tu casa
Yo, porque estás tú en la mia,
Dirá...

LAURA.

Escucha; ántes mejor
Es que desde luego finjas
Tú el enojo, y que te vayas;
Pues con aquesto le obligas
A que él esté mas seguro
De que yo en su casa asista.

MARCELA.

Dices bien, que con mi ausencia
Se sanea esta malicia.

LAURA.

¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA.

Así:
Dame el manto, y dirás, Silvia,
Que fuí en casa de Laura;
Que para hacer mas creida
La causa, quise ir de noche.
(*Pónese el manto.*)
Y despues (aparte mira)
Busca á Lisardo, y diràsle
Como mi afecto le avisa
Que á verme vaya esta noche;
Y quédate donde sirvas
A Laura. Tú, Celia, ven
Conmigo; pues nos obliga
Esto á trocar con las casas
Las criadas.

LAURA.

¿Tan aprisa?

MARCELA.

Estas cosas mas se aciertan,
Miéntras ménos se imaginan.

LAURA.

Marcela, á mi casa vas;
Por ella y por mi honor mira.

MARCELA.

Por ellá mira y mi honor,
Pues te quedas tú en la mia.
¿En qué ha de parar aqueste
Trueco?

CELIA.

¿Quiéres que lo diga?
En algun lance que á todas,
O nos case, ó nos aflija.

(*Vanse por una parte Celia y Marcela, y por otra Silvia y Laura.*)

—

Cuarto de Lisardo.

ESCENA IV.

LISARDO, CALABAZAS.

LISARDO.

¿Qué papel es ese?

CALABAZAS.

Es
El que ha de ser, es y ha sido
Del tiempo que te he servido,
Cuenta estrecha.

LISARDO.

Dime pues,
¿A qué propósito agora...?

CALABAZAS.

A propósito de que hoy
De tu servicio me voy.

LISARDO.

¿Por qué causa?

CALABAZAS.

¿Quién lo ignora?
Porque andas aquestos dias
Muy discreto.

LISARDO.

¿Qué has querido
Decir?

CALABAZAS.

Que andas divertido.

LISARDO.

Tales son las penas mias.

CALABAZAS.

Y no ha de ser tan discreto
El amo, que ha de pensar
Que no le puede guardar
Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
Contigo solo te estás,
Contigo vienes y vas,
Y en fin, contigo y sin migo
En cualquier parte te ven;
Que parecemos, señor,
El dinero y el amor:
Mirad ¡con quién, y sin quién!
Si alguna tapada viene
A verte, *salte allá fuera;*
Si vas á verla, *aquí espera,*
Porque ir allá no conviene.
¿Pues esto ha de ser así?
¡Pesar de quien me parió!
¿Para qué te sirvo yo?
Y así quiero desde aquí
Buscar amo mas humano;
Porque para mí, en rigor,
Ninguno será peor,
Aunque sea un luterano,
Aunque sea un presumido
De docto, siendo menguado,
Con ingenio un desdichado,
Sin él un entremetido,
Un poeta que hace trazas
De comedias, y seamos
Los criados y los amos
Todo en casa Calabazas,
Aunque sea un lindo compuesto,
Que hable melifluo y despacio,
Y aunque galantee en palacio
Que es peor que todo esto.

LISARDO.

Las cosas que me han pasado
Tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
Forzoso haberlas contado
Para que las sepas: pues
Hablar á aquella tapada
En el campo, tan guardada
Verla en su casa despues,
Adonde me sucedió
Aquel lance parecido
Al de Félix, que escondido
En su casa me pasó;
Venir á verme á la mia,
Adonde desengañado
De que esotra me ha dejado,
La que Don Félix queria;
Salir de allí tan veloz;
Irse, en fin, como se fué:
Ello se dice y se ve,
Sin que aquí tenga mi voz
Que contar; pues aunque quiera,
No te puedo decir mas
De lo que tú viendo estás.

CALABAZAS.

Ella es gentil embustera.

LISARDO.

En cuanto á que estoy pensando
Qué es lo que me ha sucedido,
Es verdad, y estoy corrido
De estar creyendo y dudando,
Qué mujer es esta; pues
Cuando yo ser presumia
Dama de Félix, vivia
Sin discurrir: mas despues
Que estando conmigo ella,
De Félix la dama entró,
Y que me desengañó
De que era otra dama aquella,
Mayor deseo me ha dado
De saber quién es; pues puedo
Perder á su honor el miedo,
Que por Félix le he guardado.

CALABAZAS.

Yo bien pudiera decir
Quién es.

LISARDO.

¿Tú?

CALABAZAS.

Yo.

LISARDO.

Dilo pues.

CALABAZAS.

¡Vive Dios, que sé quién es!

LISARDO.

Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS.

¿Ella no es enredadora?
Quien es sé. ¿No es embustera?
Quien es sé. ¿No es bachillera?
Quien es sé. ¿No es habladora?
La misma razon lo enseña
Quien es, sí, jurado á Dios.

LISARDO.

Dilo.

CALABAZAS.

Aquí para los dos...

LISARDO.

Prosigue.

CALABAZAS.

Es alguna dueña.

LISARDO.

¡Qué disparate!

ESCENA V.

SILVIA. — DICHOS; *poco despues* DON FELIX.

SILVIA.

Lisardo,
Que aquí me escucheis os pido.

CALABAZAS.

¡Mujer! ¿de dónde has caido?

LISARDO.

Ya lo que quieres aguardo.

SILVIA.

Una dama, de quien vos
La casa, señor, sabeis,
Que á su ventana llameis
Esta noche os pide. Adios. (*Vase.*)

CALABAZAS.

Tapada de las tapadas,
Oye.

Digitized by Google

LISARDO.

Tente; ¿dónde vas?

CALABAZAS.

Deja, que no quiero mas
De darla dos bofetadas,
Que las lleve á su señora...

LISARDO.

¿Hay quién tus locuras crea?

CALABAZAS.

Porque otra vez no me sea
Dueña enjerta.

LISARDO.

Escucha agora:
Pues que ya la noche fria,
En mal distinto arrebol,
Da priesa diciendo al sol
Que se vaya con el dia,
Y á mí esperándome están,
Dame un broquel, y tú aquí
Me espera.

CALABAZAS.

¿Yo esperar?

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Espere un judío de Oran;
Que á casa, donde encerrado
Estuviste, y aun corrido,
Y hay padre de conocido
Y galan de imaginado,
No has de ir solo.

LISARDO.

Sí he de ir.

(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

¿Dónde, Lisardo?

LISARDO.

No sé
Cómo callaros podré,
Ni cómo os podré decir
Lo que en Ocaña me pasa.
¿Teneis que hacer ahora?

DON FÉLIX.

¿Yo?
Ni en toda esta noche.

LISARDO.

¿No?

DON FÉLIX.

No, que el fuego que me abrasa,
Por acrecentar su ardor,
Treguas por ahora ha dado.

LISARDO.

Pues yo quiero mi cuidado
Fiaros ya sin temor;
Que si hasta aquí he suspendido
La relacion que empecé,
Respeto que os tuve fué;
Pero habiendo ya sabido
Que nada os puede tocar,
Y sois quien sois en efeto,
De mi amor todo el secreto,
Hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo, y sabréis,
Porque el tiempo no perdamos,
Extraños sucesos.

DON FÉLIX.

Vamos;
Que mucha merced me haréis
En divertir el dolor,
De que mi pecho está lleno:
Porque de amor el veneno
Cure triaca de amor.

CALABAZAS.

Yo ¿qué he de hacer?

LISARDO.

Esperar
Aquí en casa á que vengamos.

(*Vanse Don Félix y Lisardo.*)

ESCENA VI.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,
Sin ver ni oir, á callar!
Cuando no tiene el servir
Otro gusto, otro placer,
Que escuchar para saber,
Y saber para decir,
Aun deste gusto me priva
El recatarse de mí.
Pues no ha de pasar así;
Así Calabazas viva,
Que por aquel mismo caso
Que aquí de mí se guardó,
Tengo de seguirle yo.
Tras ellos, paso entre paso,
Tengo de irme rebozado;
Porque si yo, cual sospecho,
No le murmuro y acecho,
¿Para qué soy su criado? (*Vase.*)

—

Camino de Ocaña.

ESCENA VII.

FABIO, LELIO.

LELIO.

Aliéntate, que ya estás
Cerca de Ocaña, señor.

FABIO.

Es tan notable el dolor,
Lelio, que no puedo mas;
Que aunque yo, por descansar,
De la yegua me apeé,
Y quise venir á pié
Este rato, por dejar,
Con ejercicio vencido
El dolor de la caida,
Te confieso que en mi vida
No me he visto tan rendido.

LELIO.

Ello fué dicha, señor;
Pues apénas una legua
Andada, cayó la yegua,
Porque pudieras mejor
Volverte á tu casa, donde
Con mas cuidado podrás
Curarte.

FABIO.

A esta pierna mas
Todo el dolor corresponde,
Que fué la que me cogió
Debajo.

LELIO.

Súbete, pues
Irás ántes.

FABIO.

Mejor es
Andar otro poco, y no
Dejar, Lelio, resfriar
La caida.

LELIO.

Dices bien;
Mas considero tambien
Que ya ha empezado á cerrar
La noche, y que lo que andado
En tal parte se mejora,
Se llega mas á deshora
A tu casa, y quizas, cuando
Ya recogida, no habrá
Modo de curarte.

FABIO.

Bien
Dices: la yegua preven,
Que atada á ese tronco está,
Y vamos, si esto restaura
Mi salud; aunque yo creo
Que ir á casa no deseo,
Por no dar cuidado á Laura,
Que me quiere de manera,
Que temo que hoy ha de ser
Su fin, si me ve volver
Con una pena tan fiera.

LELIO.

Como hija, claro está
Que lo sienta mi señora.

FABIO.

Pondré que aquesta es la hora
Que está recogida ya.

LELIO.

¿Quién lo duda?

FABIO.

¡Oh cuánto siento
Haberla de despertar!
Mas no lo puedo excusar.
Lo que haré sera, que atento
A su quietud, llamaré
Por la puerta principal;
Pues con prevencion igual
Podrá ser, pues que se ve
De su cuarto mas distante,
No oirme.

LELIO.

Dispon agora
Tu salud, que mi señora
Lo estimará.

FABIO.

No te espante
Verme con tanta fineza;
Que soy en mi senectud,
Amante de su virtud,
Como otros de su belleza. (*Vanse.*)

—

Calle próxima á la casa de Fabio.

ESCENA VIII.

LISARDO, DON FELIX; *despues* CALABAZAS.

DON FÉLIX.

Mucho me he holgado de oiros,
Por ser la novela extraña.

LISARDO.

Esto es por mayor; que dejo
De contar mil circunstancias,
Por no cansaros, Don Félix;
Y pues sabeis que me aguarda,
Idos con Dios, que ya es la hora.

DON FÉLIX.

Decirme á mí que una dama
Vais á ver, y haberme dicho
Que tuvisteis en su casa
Riesgo, y decir que me quede,
Son dos cosas muy contrarias;
Pues no soy de los amigos
Yo, con quien solo se hablan
Las cosas; que precio mas
Las obras, que las palabras.
Id á lograr vuestro amor
Norabuena, que hasta el alba
Yo sabré estar en la calle.

LISARDO.

A amistad, Don Félix, tanta,
Mal hiciera en resistirme.

(*Sale Calabazas acechando.*)

CALABAZAS. (*Ap.*)

Si cual veo lo que andan,
Lo que hablan viera, yo viera
Lo que andan y lo que hablan.
Llegarme quiero.

Digitized by Google

LISARDO.
¿Qué es esto?
DON FÉLIX.
Un hombre, si no me engaña
La vista, que tras nosotros
Viene.
LISARDO.
Pues sacad la espada.
DON FÉLIX.
¿Quién va?
CALABAZAS.
Nadie ya; porque
No dice que va el que se pára.
DON FÉLIX.
¿Quién sois?
CALABAZAS.
Un hombre de bien.
LISARDO.
Pues pase, si acaso pasa.
CALABAZAS.
No paso, que me hago hombre.
DON FÉLIX.
Pues jugaré yo de espadas.
LISARDO.
Dadle la muerte.
CALABAZAS.
¡Detente!
¡Ay, ay! Señor, que me matas;
Que soy Calabazas.
DON FÉLIX.
¿Quién?
CALABAZAS.
Calabazas.
LISARDO.
Calabazas,
¿Qué es esto?
CALABAZAS.
Es venir á ver
Dónde vais. *(Danle los dos.)*
DON FÉLIX.
¡Por Dios...!
CALABAZAS.
Ya basta.
LISARDO.
Dejadle; no alboroteis,
Porque está cerca la casa
Que buscamos.
DON FÉLIX.
¿Hácia aquí
Vive, Lisardo, la dama
Que venis á ver?
LISARDO.
Sí, Félix.
DON FÉLIX.
¿Y es bizarra?
LISARDO.
Muy bizarra.
DON FÉLIX.
¿Tiene padre?
LISARDO.
Sí.
DON FÉLIX.
¿Y aquí
Os cerrasteis en la cuadra?
LISARDO.
Sí.
DON FÉLIX.
¿Y estando ella con vos,
Entró la que me buscaba?

LISARDO.
Sí.
DON FÉLIX.
Ved que como la noche
Llena está de sombras pardas,
Mas oscura que otras veces,
Pues aun la luna la falta,
Podrá ser que os engañeis.
LISARDO.
No me engaño. A esta ventana
He de llamar, y esta puerta
Han de abrir.
CALABAZAS. *(Ap.)*
Ya sé la casa.
DON FÉLIX. *(Ap.)*
¿Esta ventana? ¿Esta puerta?
¡Ay de mí, el cielo me valga,
Que estas las de Laura son,
Para mí dos veces falsas!
LISARDO.
Retiraos, porque yo
La seña, que es esta, haga.
(Hace la seña á la reja.)
DON FÉLIX.
Si mal no me acuerdo (¡ay triste!)
En la relacion pasada
Dijisteis que la mujer,
Que para hablaros aguarda,
Es la que hoy escondida
Dentro de mi cuarto estaba.
LISARDO.
Es verdad.
DON FÉLIX.
Y que la otra
Que vino...

ESCENA IX.

CELIA. — DICHOS.

CELIA. *(En la ventana.)*
Ce.
LISARDO.
Ya me llaman.
CELIA.
¿Es Lisardo?
LISARDO.
Sí, yo soy.
DON FÉLIX. *(Ap.)*
Celia es esta.
CELIA.
Pues aguarda,
Abriré la puerta.
LISARDO.
Ya
Conmigo habló la criada,
Y dice que viene á abrirme
La puerta.
DON FÉLIX.
Antes que la abra,
Decid... *(Abre la puerta Celia.)*
LISARDO.
No puede ser ántes.
DON FÉLIX.
Si es...
LISARDO.
Adios, porque me aguarda.
DON FÉLIX.
La dama...
CELIA.
Entrad presto.
LISARDO.
Luego
Hablarémos. *(Éntrase.)*
(Al entrar Lisardo, quiere entrar Don Félix, y Celia cierra la puerta.)

ESCENA X.

DON FELIX, CALABAZAS.

DON FÉLIX.
¡Y en la cara
Con la puerta me dió Celia!
CALABAZAS.
Con cerradura no agravia
Una puerta, aunque es de palo;
Que el tener hierro la salva.
DON FÉLIX. *(Ap.)*
¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vió confusiones tantas?
¿En casa de Laura, ¡cielos!
Viene buscando la dama,
Que hoy de mi cuarto salió,
Cuando entró en mi cuarto Laura?
Luego ella no puede ser.
Mas ¿quién ser puede en su casa?
¡Oh quién no la hubiera dicho
A Marcela que dejara
Para mañana el venir
Aquí; que ella lo apurara!
Pero miéntras mas discurro,
Mas lugar doy á mi infamia.
Pues no discurramos, celos,
Sino á ver la verdad clara
Caminemos mas aprisa;
Pues ella es Laura, ó no es Laura:
Si no es ella, ¿qué se pierde
En desengañar mis ansias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
En perder la vida y alma,
Despues de Laura perdida?
La puerta en el suelo caiga.
Pero ¿cómo á esto me atrevo,
Si á Lisardo la palabra
Le he dado? ¿Pero qué importa
La amistad, la confianza,
El respeto, ni el decoro?
Que donde hay celos, se acaba
Todo, porque no hay honor
Ni amistad que tanto valga.
(Da golpes á la puerta, para derribarla, y al mismo tiempo, mas léjos, dan tambien golpes dentro.)
CALABAZAS.
¿Qué haces, señor?
DON FÉLIX.
Darte muerte....
CALABAZAS.
Si es posible, no lo hagas.
DON FÉLIX.
Mas ¿qué golpes son aquellos?
CALABAZAS.
¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte
Que le habrá dado otra rabia,
Y da golpes á otra puerta.
FABIO. *(Dentro.)*
Abre aquí, Celia; abre, Laura.
CELIA. *(Dentro.)*
Mi señor es, ¡ay de mí!
DON FÉLIX.
Fabio es aquel. *(Cuchilladas dentro.)*
FABIO. *(Dentro.)*
¡Esta infamia
Llego á ver!
CALABAZAS.
Por Dios, que allá
Ya han llegado á las espadas.
DON FÉLIX.
¡Mal haya la puerta!

Digitized by Google

CALABAZAS.

Amen. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Fabio. — La escena está á oscuras.

ESCENA XI.

LISARDO, *con* MARCELA *en los brazos; despues* FÉLIX Y CALABAZAS.

LISARDO.

No temais, señora, nada;
Que, aunque llaman á esta puerta,
Seguro es quien á ella llama.

MARCELA.

Con vos, Lisardo, he de ir;
Que como yo á vuestra casa
Llegue, nada hay que temer,
Si es que ella una vez me ampara.

LISARDO.

Venid, y no os receleis
De un hombre que me acompaña.

MARCELA.

¿Es Félix?

LISARDO.

Sí.

MARCELA.

Pues mirad
Que es Félix...

LISARDO.

¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.—
(*Salen Don Félix y Calabazas.*)
¿Félix?

DON FÉLIX.

¿Quién va?

LISARDO.

Mis desgracias.

DON FÉLIX.

¿Qué ha sido aquesto?

LISARDO.

Que estando
Hablando con esta dama,
Vino su padre de fuera,
Llamó, y viendo que tardaban
En abrirle, derribó
La puerta y sacó la espada.
Porque se apagó la luz
Tuve lugar de librarla.
Llevadla; que yo me quedo
A guardaros las espaldas,
Para que ninguno os siga;
Que conmigo Calabazas
Quedará.

CALABAZAS.

No quedará.

DON FÉLIX.

Mejor es con ella vaya,
Y nos quedemos los dos.

LISARDO.

¿Tan sola hemos de dejarla?
No es razon; pues la primera
Obligacion es la dama
En todo trance; así, Félix,
Vos solo habeis de llevarla
Y ponerla en salvo.

DON FÉLIX.

Es justo.
¿En fin, has venido, Laura, (*A Marcela.*)
A mi poder?

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Yo estoy muerto.

MARCELA. (*Ap.*)

Estoy turbada.

DON FÉLIX.

Ven conmigo; que aunque no
Mereces finezas tantas,
Soy quien soy, y he de librarte.

MARCELA.

¡Hay mujer mas desdichada!

DON FÉLIX.

¡Hay hombre mas infelice!
(*Vanse Don Félix y Marcela.*)

ESCENA XII.

FABIO, LELIO, *con luz*, Y CRIADOS *con las espadas desnudas.* — LISARDO, CALABAZAS.

FABIO.

Aunque las fuerzas me faltan
No las fuerzas del honor
Para tomar mil venganzas.

LISARDO.

Deteneos, que ninguno
De aquí ha de pasar.

FABIO.

Mi espada
Hará paso por el pecho
Vuestro. (*Riñen todos.*)

CALABAZAS.

¡Infeliz Calabazas!
¿Quién te metió en acechar?

LISARDO. (*Ap.*)

Pues que ya Félix se alarga,
Antes que aquí me conozcan
Mejor es volver la espalda;
Esto es valor, no temor. (*Vase.*)

FABIO.

Espera, cobarde, aguarda.

CALABAZAS. (*Ap.*)

¿Quién creyera que Lisardo
En la ocasion me dejara?

LELIO.

Aquí se quedó uno dellos.

FABIO.

Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?

CALABAZAS.

Deteneos, ¡por Dios!

FABIO.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Si es que el miedo no me engaña,
Un curioso impertinente.

FABIO.

Dejad la espada.

CALABAZAS.

La espada
Es poca cosa; el sombrero,
La daga, el broquel, la capa,
La ropilla y los calzones.

FABIO.

¿Sois criado del que agravia
Esta casa?

CALABAZAS.

Sí señor;
Porque es *un agravia-casas*,
Que no se puede sufrir.

FABIO.

¿Quién es, y cómo se llama?

CALABAZAS.

Lisardo se llama, y es
Un soldado, camarada
De Félix.

FABIO.

Porque no empiece
Por la menor mi venganza,
No te doy muerte

CALABAZAS.

Haces bien.

FABIO.

Y pues alguna luz hallan
Mis desdichas, á buscar
Iré á Félix. ¡Oh, mal haya
Casa con dos puertas, pues
Tan mal el honor se guarda! (*Vanse.*)

—

Casa de Don Félix.

ESCENA XIII.

DON FELIX Y MARCELA, *á oscuras, despues* HERRERA, LAURA Y SILVIA.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

¡Hola! traed aquí una luz.

HERRERA. (*Dentro.*)

Ya la llevo, si es que hallan
Luz unos ojos dormidos.
(*Salen al paño Laura y Silvia.*)

LAURA. (*A Silvia.*)

Ya dentro del cuarto andan:
Escuchemos desde aquí.

DON FÉLIX.

Ya por lo ménos, ingrata,
Ya por lo ménos no puedes
Negarme...

LAURA. (*Ap.*)

Con mujer habla.

DON FÉLIX.

En este lance, que eres
Mudable, inconstante, falsa,
Cruel, aleve, engañosa;
Pues á nadie desengañan
Mas cara á cara sus celos.

MARCELA. (*Ap.*)

Aquí mi vida se acaba.

DON FÉLIX.

¿Para esto viniste hoy
A mi casa?

LAURA. (*Ap.*)

La que estaba
Tapada hoy es, pues la dice
Que hoy ha venido á su casa.

DON FÉLIX.

En mi poder estás, mira
Si habrá disculpa..¡ Mal haya
Cuanto tiempo te he querido,
Cuantas penas, cuantas ansias
Padecí, y cuantas finezas
Hizo mi amor por tu causa!

LAURA.

¿No escuchas cómo confiesa
Que la ha querido? ¿Qué aguarda
Mi paciencia?

SILVIA.

¿Dónde vas?

LAURA.

No sé. (¡Ay Silvia, estoy turbada!)
A escucharle de mas cerca.

DON FÉLIX.

¡Oh cuánto con la luz tardas!

HERRERA. (*Dentro.*)

Ya va la luz.

MARCELA. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer,
Si la trae?

Digitized by Google

DON FÉLIX.

¿No dices nada?
Pero si estás convencida,
¿Qué has de decir?

(*Suéltala de la mano, vase retirando Marcela; y Laura viene á ponerse en medio de los dos; él la coge la mano, entendiendo que es Marcela.*)

MARCELA. (*Ap.*)

¡Oh si hallara
Por donde irme; que á lo ménos
La vida así asegurara!

DON FÉLIX.

Detente, no huyas, no huyas;
Que no quiero mas venganza
De tí, que sepas que sé
Esto.

LAURA. (*Ap.*)

Por otra me habla,
Y he de callar mis agravios
Hasta que las luces traigan,
Y vea que yo soy con quien
Está.

MARCELA. (*Ap.*)

Confusa y turbada,
La puerta hallé de mi cuarto;
Este sagrado me valga,
Pues fué dicha estar abierta.

SILVIA.

¿Eres Laura?

MARCELA.

No soy Laura.
¿Eres tú Silvia?

SILVIA.

Yo soy.
¿Qué es esto?

MARCELA.

Fortunas varias.
Cierra esa puerta, y conmigo
Ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

(*Vanse, cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XIV.

DON FELIX, LAURA; HERRERA, *que saca luz.*

HERRERA.

Ya están las luces aquí.

DON FÉLIX.

Déjalas, y afuera aguarda.

(*Vase Herrera, y cierra la puerta Don Félix.*)

LAURA. (*Ap.*)

¡Aquí es ello, cuando vuelva
A verme!

DON FÉLIX.

En efecto, Laura,
Yo soy quien solo guardó
A sus celos las espaldas.

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué es esto? ¿Cómo de verme
Ni se turba ni embaraza?

DON FÉLIX.

Solo yo en el mundo traje
Para otro galan su dama.
Di agora que yo te ofendo.

LAURA.

¡No está la deshecha mala!
¡Bien te alientas á fingir
La razon con que me agravias;
Pues viéndote convencido,
Cuando en tus brazos me hallas,
De haberme hablado por otra
A quien traes á tu casa,
Prosigues las quejas della
Conmigo!

DON FÉLIX.

Solo eso falta
A mi paciencia ofendida,
Que tú agora creer me hagas
Que hablaba con otra yo.

LAURA.

¿Pues de qué, Félix, te espantas,
Si es verdad?

DON FÉLIX.

¿Pues dónde está
La mujer con quien yo hablaba?

LAURA.

Si una casa con dos puertas
Mala es de guardar, repara
Que peor de guardar será,
Con dos puertas una sala.
Ya se fué

DON FÉLIX.

Laura, por Dios,
Que me dejes. Vete, Laura,
Que me harás perder el juicio,
Si quieres que yo no haya
Traídote aquí, porque
Estando (la voz me falta)
Tu padre fuera, Lisardo...
No puedo hablar.

LAURA.

Tú te engañas;
Que yo escondida esta noche
En él cuarto de tu hermana
He estado, por solo ver
Esto que á los dos nos pasa;
Y ella...

DON FÉLIX.

Detente, que ahora
Lo veré. — Marcela, ¡hermana!

ESCENA XV.

MARCELA, SILVIA. — DON FELIX, LAURA.

MARCELA.

¿Qué quieres? (*Ap.* Disimular
Importa, pues informada
Estoy de todo.)

DON FÉLIX.

Di, ¿ha estado
Contigo esta noche Laura?

MARCELA.

¿Laura conmigo, señor,
A qué efecto? Yo mañana
Habia de ir á estar con ella;
Pero ¡ella conmigo!

LAURA.

Aguarda.
¿No vine esta tarde yo
A pedirte que en tu casa
Me tuvieras? ¿Y á la mia
Tú...?

MARCELA.

No prosigas, que nada
De eso es verdad.

DON FÉLIX.

Laura, ¿ves
Qué mal te salió la traza?
¿Estáse esotra en su cuarto
Recogida y retirada,
Y dices que estás con ella?

LAURA.

Pues tú, Marcela, me agravias.

MARCELA. (*Ap. á Laura.*)

Sí, que soy primero yo.

LAURA.

Pues tanto me apuras, salgan
Verdades á luz, Marcela
Ha sido... (*Llaman dentro.*)

SILVIA.

A la puerta llaman.

LISARDO. (*Dentro.*)

Abrid, Don Félix.

DON FÉLIX.

Agora
Verás que todo se acaba;
Pues tu galan, Laura, viene.

LAURA.

Ahí tengo yo mi esperanza.

MARCELA. (*Ap.*)

Aquí se deshace todo.
¡Quién á Lisardo avisara
De mi peligro! (*Retírase á un lado.*)

ESCENA XVI.

LISARDO. — DICHOS.

LISARDO.

Don Félix,
Porque ninguno llegara
A seguirme, tardé. ¿Dónde
Habeis puesto aquella dama?

DON FÉLIX.

Veisla aquí; pero primero
Que acabe con mi esperanza,
El verla en vuestro poder,
Me habeis de sacar el alma.

LISARDO.

Hasta agora no creí
Que caballeros, engañan,
De vuestras obligaciones,
A los que dellos se amparan.
La dama que os entregué,
Os pido.

DON FÉLIX.

¿No es esta dama
La que me entregasteis?

LISARDO.

No.

DON FÉLIX.

Solo aquesto me faltaba
Para acabar de perder
La paciencia!

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ay desdichada!

LISARDO.

Si esta suponeis, Don Félix,
Porque os obliga otra causa,
Hablad mas claro conmigo.

LAURA.

Yo de confusiones tantas
Os sacaré.—Di, Lisardo,
¿Es esta á quien buscas y amas?

LISARDO.

Esta es. Sí, aquí la teneis.
¿Qué os ha obligado á ocultarla?

LAURA. (*A Don Félix.*)

¡Mira si estaba en su cuarto,
Recogida y retirada!
Primero soy yo, Marcela. (*Ap. á ella.*)

DON FÉLIX.

Corrido estoy; esta daga
Dé á una vil hermana muerte.

MARCELA.

Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO. (*Poniéndose delante.*)

¿Hermana de Félix sois?

Digitized by Google

DON FÉLIX.

Y en quien tomaré venganza.

LISARDO.

Sabeis quién soy, y es preciso
Defenderla y ampararla
Por mujer.

DON FÉLIX.

Tambien sabeis
Quién yo soy, y que en mi casa
Ménos que quien sea su esposo,
No ha de atreverse á mirarla.

LISARDO.

Luego con serlo quedamos
Bien los dos.

ESCENA XVII.

FABIO, CALABAZAS, CRIADOS. — DICHOS.

FABIO.

Esta es la casa,
Entrad.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

FABIO.

Esto, Félix,
Es honor.

CALABAZAS. (*Ap.*)

¡Qué linda danza
Se va urdiendo!

FABIO.

¿Dónde está
Un Lisardo, camarada
Vuestro?

LISARDO.

Yo soy; porque nunca
A nadie escondí la cara.

CALABAZAS. (*Ap.*)

Nunca la cara escondió,
Pero volvió las espaldas.

FABIO.

¡Oh traidor!

DON FÉLIX.

Fabio, teneos;

(*Pónense los dos á un lado.*)

Que la cólera os engaña.
El enojo que traeis,
Si ha sido la ocasion Laura,
Es conmigo, y me ha tocado
Como á mi esposa guardarla.

FABIO.

No tengo qué responderos,
Si Laura con vos se casa.

DON FÉLIX.

Pues para que veais si es cierto,
Aquesta es mi mano, Laura.
Y pues el haber tenido
Dos puertas esta y tu casa,
Causa fué de los engaños
Que á mí y Lisardo nos pasan,
De la *Casa con dos puertas*,
Aquí la comedia acaba.

Digitized by Google

EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO.

PERSONAS.

EGERIO, *rey de Irlanda.*
PATRICIO.
LUDOVICO ENIO.
UN ANGEL BUENO.
UN ANGEL MALO.
FILIPO.
LEOGARIO.
UN CAPITAN.
POLONIA, *dama.*
LESBIA, *dama.*
LLOCÍA, *villana.*
DOS CÁNONIGOS REGLARES.
DOS VILLANOS.
UN VIEJO, *de villano.*
PAULIN, *villano.*
UN HOMBRE *embozado.*
PUEBLO.

La escena pasa en Irlanda, en la corte del rey Egerio.

JORNADA PRIMERA.

Orillas del mar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY EGERIO, *vestido de pieles;* LEOGARIO, POLONIA, LESBIA, UN CAPITAN.

REY. (*Furioso.*)

Dejadme dar la muerte.

LEOGARIO.

Señor, detente.

CAPITAN.

Escucha..

LESBIA.

Mira...

POLONIA.

Advierte...

REY.

Dejad que desde aquella
Punta vecina al sol, que de una estrella
Corona su tocado,
A las saladas ondas despeñado
Baje quien tantas penas se apercibe:
Muera rabiando quien rabiando vive.

LESBIA.

¿Al mar furioso vienes?

POLONIA.

Durmiendo estabas: di, señor, ¿qué tie- [nes?

REY.

Todo el tormento eterno
De las sedientas furias del infierno,
Partos de aquella fiera
De siete cuellos, que la cuarta esfera
Empaña con su aliento:
En fin, todo su horror y su tormento
De suerte en mí se encierra,
Que yo mismo á mí mismo me hago guer- [ra,
Cuando en brazos del sueño
Vivo cadáver soy, porque él es dueño
De mi vida; de suerte,
Que vi un pálido amago de la muerte.

POLONIA.

¿Qué soñaste, que tanto te provoca?

REY.

¡Ay hijas! atended; que de la boca
De un hermoso mancebo
(Aunque mísero esclavo, no me atrevo
A injuriarle, y le alabo),
Al fin, que de la boca de un esclavo
Una llama salia,
Que en dulces rayos mansamente ardia;
Y á las dos os tocaba,
Hasta que en vivo fuego os abrasaba.
Yo en medio de las dos, aunque queria
Su furia resistir, ni me ofendia
Ni me tocaba el fuego.
Con esto pues, desesperado y ciego,
Despierto de un abismo,
De un sueño, de un letargo, un parasis- [mo.
Tanto mis penas creo,
Que me parece que la llama veo,
Y huyendo á cada paso
Ardeis vosotras; pero yo me abraso.

LESBIA.

Fantasmas son lijeras
Del sueño, que introduce esas quime- [ras
Al alma y al sentido. (*Suena un clarin.*)
¿Mas qué clarin es este?

CAPITAN.

Que han venido
A nuestro puerto naves.

POLONIA.

Dame licencia, gran señor, pues sabes
Que un clarin, cuando suena,
Es para mí la voz de la sirena;
Porque á Marte inclinada,
Del militar estruendo arrebatada,
Su música me lleva
Los sentidos tras sí; porque les deba
Fama á mis hechos, cuando
Llegue en ondas de fuego navegando
Al sol mi nombre, y con veloces alas,
Allí compita á la deidad de Palas.
(*Ap.* Aunque mas parte debe á este cui- [dado
El saber si es Filipo el que ha llegado.)
(*Vase.*)

LEOGARIO.

Sal, señor, á la orilla
Del mar, que la cabeza crespa humilla
Al monte que le da, para mas pena,
En prision de cristal cárcel de arena.

CAPITAN.

Divierta tu cuidado
Ese monstruo nevado,
Que en sus ondas dilata
A espejos de zafir marcos de plata.

REY.

Nada podrá alegrarme;
Tanto pudo el dolor enajenarme
De mí, que ya sospecho
Que es Etna el corazon, volcan el pe- [cho.

LESBIA.

¡Pues hay cosa á la vista mas süave
Que ver quebrando vidrios una nave,
Siendo en su azul esfera
Del viento pez, y de las ondas ave,
Cuando corre veloz, sulca lijera,
Y de dos elementos amparada,
Vuela en las ondas, y en los vientos [nada?
Aunque agora no fuera
Su vista á nuestros ojos lisonjera;
Porque el mar alterado,
En piélagos de montes levantado
Riza la altiva frente,
Y sañudo Neptuno,
Parece que importuno
Turbó la faz, y sacudió el tridente.
Tormenta el marinero se presuma;
Que se atreven al cielo
Montes de sal, pirámides de hielo,
Torres de nieve, alcázares de espuma.
(*Vuelve Polonia.*)

POLONIA.

¡Gran desdicha!

REY.

Polonia,
¿Qué es eso?

POLONIA.

Esa inconstante Babilonia
Que al cielo se levanta,
Tanta es su furia y su violencia tanta,
Con un furor sediento
(¿Quién ha visto con sed tanto elemen- [to?)
En sus entrañas bárbaras esconde
Diversas gentes, donde
A consagrar se atreve
Sepulcros de coral, tumbas de nieve
En bóvedas de plata;
Porque el Dios de los vientos los desata
De la prision que asisten,
Y ellos sin ley y sin aviso embisten
A ese bajel, cuyo clarin sonaba,
Cisne que sus exequias se cantaba.
Yo desde aquella cumbre,
Que al sol se atreve á profanar la lum- [bre,
Contenta le advertia,
Por ver que era Filipo el que venia:
Filipo, que en los vientos lisonjeras
Tus armas tremolaban sus banderas;
Cuando su estrago admiro,
Y cada voz envuelta en un suspiro,
Desvanecí primero sus despojos,
Efectos de mis labios y mis ojos,
Porque dieron veloces
Mas agua y viento en lágrimas y voces.

REY.

Pues, dioses inmortales,
¿Cómo probais con amenazas tales
Tanto mi sufrimiento?
¿Quereis que suba á derribar violento
Ese alcázar azul, siendo segundo
Nembrot, en cuyos hombros
Pueda escaparse el mundo,
Sin que me cause asombros
El ver rasgar los senos
Con rayos, con relámpagos y truenos?

ESCENA II.

PATRICIO, *y luego* LUDOVICO.— DICHOS.

PATRICIO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

LEOGARIO.

Triste voz.

Digitized by Google

REY.

¿Que es eso?

CAPITAN.

A nado
Un hombre se ha escapado
De la cruel tormenta.

LESBIA.

Y con sus brazos dar la vida intenta
A otro infelice, cuando
Estaba con la muerte agonizando.

POLONIA.

Mísero peregrino,
A quien el hado trajo y el destino
A tan remota parte,
Norte vocal mi voz podrá guiarte
Si me escuchas; pues solo
Por animarte hablo.
Llegad.

(*Salen Patricio y Ludovico, abrazados.*)

PATRICIO.

¡Válgame Dios!

LUDOVICO.

¡Válgame el diablo!

LESBIA.

A piedad han movido.

REY.

Si no es á mí, que nunca la he tenido.

PATRICIO.

Señores, si desdichas
Suelen mover los corazones, dichas;
Sucedidas, no espero
Que pueda hallarse corazon tan fiero,
A quien no ablande un mísero y rendido.
Piedad, por Dios, á vuestras plantas pido.

LUDOVICO.

Yo no; que no la quiero.
Ni de los hombres, ni de Dios la espero.

REY.

Decid quién sois; sabrémos
La piedad y hospedaje que os debemos.
Y porque no ignoreis quién soy, primero
Mi nombre he de decir; porque no quiero
Que me hableis indiscretos,
Ignorando quien soy, sin los respetos
A que mi vida os mueve,
Y sin la adoracion que se me debe.
Yo soy el rey Egerio,
Digno señor deste pequeño imperio;
Pequeño, porque es mio;
Que hasta serlo del mundo, desconfio
De mi valor. El traje,
Mas que de rey, de bárbaro salvaje
Traigo; porque quisiera
Fiera así parecer, pues que soy fiera
A dios ninguno adoro,
Que aun sus nombres ignoro,
Ni aquí los adoramos ni tenemos;
Que el morir y el nacer solo creemos.
Ya que sabeis quién soy, y que fué mucha
Mi majestad, decid quién sois.

PATRICIO.

Escucha:
Mi propio nombre es Patricio,
Mi patria Irlanda ó Hibernia,
Mi pueblo es Tox, por humilde
Y pobre sabido apénas:
Este entre el septentrion
Y el occidente se asienta
En un monte, á quien el mar
Ata con prision estrecha,
En la isla, que llamaron
Para su alabanza eterna,
Gran señor, isla de Santos:
Tantos fuéron los que en ella
Dieron la vida al martirio,
En religiosa defensa
De la fe, que esta en los fieles
Es la última fineza.
De un caballero irlandes
Y de una dama francesa,
Su casta esposa, nací,
A quien debí en mi primera
Edad (fuera deste sér)
Otro de mayor nobleza,
Que fué la luz de la fe
Y religion verdadera
De Cristo, por el carácter
Del santo bautismo, puerta
Del cielo, como primero
Sacramento de su Iglesia.
Mis piadosos padres, luego
Que pagaron esta deuda
Comun, que el hombre casado
Debió á la naturaleza,
Se retiraron á dos
Conventos, donde en pureza
De castidad, conservaron
Su vida hasta la postrera
Línea fatal, que rindieron
Con mil católicas muestras,
El espíritu á los cielos
Y el cadáver á la tierra.
Huérfano entónces quedé
Debajo de la tutela
De una divina matrona,
En cuyo poder apénas
Cumplí un lustro ó cinco edades
Del sol, que en doradas vueltas
Cinco veces ilustró
Doce signos y una esfera,
Cuando mostró Dios en mí
Su divina omnipotencia;
Que de flacos instrumentos
Usa Dios, porque se vea
Mas su majestad, y á él solo
Se atribuyan sus grandezas.
Fué, pues (y saben los cielos,
Que no es humana soberbia,
Sino celo religioso
De que sus obras se sepan,
El contarlas yo), que un dia
Un ciego llegó á mis puertas,
Llamado Germas, y dijo:
Dios me envía aquí, y ordena
Que en su nombre me dés vista.
Yo, rendido á su obediencia,
La señal de la cruz hice
En sus ojos, y con ella
Pasaron restituidos
A la luz, de las tinieblas.
Otra vez, pues, que los cielos
Rebozados entre densas
Nubes, con rayos de nieve
Hicieron al mundo guerra,
Cayó tanta sobre un monte
Que desatada y deshecha
A los rigores del sol,
Inundaba de manera
Las calles, que ya las casas,
Sobre las ondas violentas
Eran naves de ladrillo,
Eran bajeles de piedra.
(¿Quién vió fluctuar por montes?
¿Quién vió navegar por selvas?)
La señal de la cruz hice
En las aguas, y suspensa
La lengua, en nombre de Dios
Les mandé que se volvieran
A su centro; y recogidas,
Dejaron la arena seca.
¡Oh gran Dios! ¡quién no te alaba!
¡Quién no te adora y confiesa!
Prodigios puedo deciros
Mayores; mas la modestia
Ata la lengua, enmudece
La voz, y los labios sella.
Crecí en fin, mas inclinado
Que á las armas, á las ciencias,
Y sobre todas me dí
Al estudio de las letras
Divinas, y á la leccion
De los santos, cuya escuela,
Celo, piedad, religion,
Fe y caridad nos enseña.
En este estudio ocupado,
Salí un dia á la ribera
Del mar con otros amigos
Estudiantes, cuando á ella
Llegó un bajel, y arrojando
De sus entrañas á tierra
Hombres armados, cosarios
Que aquestos mares infestan,
Nos cautivaron á todos:
Y por no perder la presa
Se hicieron al mar, y dieron
Al libre viento las velas.
General deste bajel
Filipo de Roqui era,
En cuyo pecho se hallara,
A perderse, la soberbia.
Este, pues, há algunos dias
Que mar y tierra molesta
De toda Irlanda, robando
Las vidas y las haciendas;
Solo á mí me reservó,
Porque me dijo que, en muestra
De rendimiento, me habia
De traer á tu presencia
Para esclavo tuyo. ¡Oh cuánto
Ignorante el hombre yerra,
Que sin consultar á Dios,
Intentos suyos asienta!
Dígalo en el mar Filipo;
Pues hoy, á vista de tierra,
Estando sereno el cielo,
Manso el aire, el agua quieta,
Vió en un punto, en un instante
Sus presunciones deshechas;
Pues en sus cóncavos senos
Brama el viento, el mar se queja;
Montes sobre montes fuéron
Las ondas, cuya eminencia
Moja al sol, porque pretende
Apagar las luces bellas.
El fanal junto á los cielos
Pareció errado cometa,
O exhalacion abortada,
O desencajada estrella.
Otra vez en lo profundo
Del mar tocó las arenas,
Donde desatado en partes,
Fuéron las ondas funestas,
Monumentos de alabastro
Entre corales y perlas.
Yo (á quien el cielo no sé
Para qué efecto conserva,
Siendo tan inútil) pude
Con mas aliento y mas fuerza,
No solo darme la vida
A mí, pero aun en defensa
Deste valeroso jóven
Aventurarla y perderla:
Porque no sé qué secreto
Tras él me arrebata y lleva,
Que pienso que ha de pagarme
Con grande logro esta deuda.
En fin, por piedad del cielo,
Salimos los dos á tierra,
Donde espera mi desdicha,
O donde mi dicha espera,
Pues somos vuestros esclavos,
Que nuestro dolor os mueva,
Que nuestro llanto os ablande,
Nuestro mal os enternezca,
Nuestra afliccion os provoque
Y os obliguen nuestras penas.

REY.

Calla, mísero cristiano;

Digitized by Google

Que el alma á tu voz atenta,
No sé qué afecto la rige,
No sé qué poder la fuerza
A temerte y adorarte,
Imaginando que seas
Tú el esclavo, que en un sueño
Vi respirando centellas,
Vi escupiendo vivo fuego,
De cuya llama violenta,
Eran mariposas mudas
Mis hijas Polonia y Lesbia.

PATRICIO.

La llama que de mi boca
Salia, es la verdadera
Doctrina del Evangelio;
Esta es mi palabra, y esta
He de predicarte á ti
Y á tus gentes, y por ella
Cristianas vendrán á ser
Tus dos hijas.

REY.

Calla, cierra
Los labios, cristiano vil,
Que me injurias y me afrentas.

LESBIA.

Detente.

POLONIA.

¿Pues tú piadosa
Te pones en su defensa?

LESBIA.

Sí.

POLONIA.

Déjale dar la muerte.

LESBIA.

No es justo que á manos muera
De un rey. (*Ap.* No es sino piedad,
Que tengo á cristianos, esta.)

POLONIA.

Si este segundo Josef,
Como Josef interpreta
Sueños al rey, de su efecto
Ni dudes, señor, ni temas;
Porque si el quemarme yo
Es imaginar que pueda
Ser cristiana, es imposible
Tan grande, como que vuelva
Yo misma segunda vez
A vivir despues de muerta;
Y porque á tan justo enojo
El sentimiento diviertas,
Oigamos quién es esotro
Pasajero.

LUDOVICO.

Escucha atenta,
Hermosísima deidad.
Porque así mi historia empieza.
Gran Egerio, rey de Irlanda,
Yo soy Ludovico Enio,
Cristiano tambien, que solo
En esto nos parecemos
Patricio y yo, aunque tambien
Desconvenimos en esto;
Pues aunque somos cristianos
Los dos, somos tan opuestos,
Que distamos, cuanto va
Desde ser malo á ser bueno.
Pero con todo, en defensa
De la fe que adoro y creo,
Perderé una y mil veces
(Tanto la estimo y la aprecio)
La vida; sí, voto á Dios;
Que pues le juro, le creo.
No te contaré piedades
Ni maravillas del cielo
Obradas por mí; delitos,
Hurtos, muertes, sacrilegios,
Traiciones, alevosías
Te contaré; porque pienso
Que aun es vanidad en mí
Gloriarme de haberlas hecho.
En una de muchas islas
De Irlanda nací, y sospecho
Que todos siete planetas,
Turbados y descompuestos,
Asistieron desiguales
A mi infeliz nacimiento.
La luna me dió inconstancia
En la condicion, ingenio
Mercurio, mal empleado
(Mejor fuera no tenerlo);
Vénus lasciva me dió
Apetitos lisonjeros,
Y Marte ánimo cruel:
¿Qué no darán Marte y Vénus?
El Sol me dió condicion
Muy generosa, y por serlo,
Si no tengo que gastar,
Hurto y robo cuanto puedo.
Júpiter me dió soberbia
De bizarros pensamientos,
Saturno cólera y rabia,
Valor y ánimo resuelto
A traiciones; y á estas causas
Se han seguido los efectos.
Mi padre, por ciertas cosas
Que callo por su respeto,
De Irlanda fué desterrado;
Llegó á Perpiñan, un pueblo
De España, conmigo, entónces
De diez años poco ménos,
Y á los diez y seis murió:
¡Téngale Dios en el cielo!
Huérfano quedé en poder
De mis gustos y deseos,
Por cuyo campo corrí
Sin rienda alguna ni freno.
Los dos polos de mi vida
Eran mujeres y juego,
En quien todo se fundaba;
¡Mira sobre qué cimientos!
No te podrá referir
Mi lengua aquí por extenso
Mis sucesos; pero haré
Una breve copia dellos.
Por forzar á una doncella
Di la muerte á un noble viejo,
Su padre; y por su mujer,
A un honrado caballero
En su cama maté, donde
Con ella estaba durmiendo;
Y entre su sangre bañado
Su honor, teatro funesto
Fué el lecho, mezclando entónces
Homicidio y adulterio;
Y al fin el padre y marido
Por su honor las vidas dieron,
Que hay mártires del honor:
¡Téngalos Dios en el cielo!
Huyendo deste castigo
Pasé á Francia, donde pienso
Que no olvidó la memoria
De mis hazañas el tiempo.
Porque asistiendo á las guerras,
Que entónces se dispusieron
Entre Francia y Inglaterra,
Yo debajo del gobierno
De Estéfano, rey frances,
Milité, y en un encuentro
Que se ofreció me mostré
Tanto, que me dió por premio
De mi valor el rey mismo
Una bandera. No quiero
Decirte si le pagué
Aquesta deuda bien presto.
Volví á Perpiñan honrado,
Y entrando á jugar á un cuerpo
De guardia, sobre nonada
Di un bofeton á un sargento,
Maté á un capitan, herí
A unos tres ó cuatro dellos.
A las voces acudió
Toda la justicia luego,
Y sobre tomar iglesia,
Ya en la resistencia puesto,
A un corchete di la muerte
(Algo habia de hacer bien hecho
Entre tantas cosas malas):
¡Téngale Dios en el cielo!
Toméla en fin en un campo,
En un sagrado convento
De religiosas, que estaba
Fundado en aquel desierto.
Allí estuve retirado
Y regalado en extremo,
Por ser allí religiosa
Una dama, cuyo deudo
La puso en obligacion
Deste cuidado. Mi pecho,
Como basilisco ya,
Trocó la miel en veneno,
Y pasaado despeñado
Desde el agrado al deseo,
Monstruo que de lo imposible
Se alimenta, vivo fuego
Que en la resistencia crece,
Llama que la aviva el viento,
Disimulado enemigo
Que mata á su propio dueño,
Y en fin, deseo en un hombre,
Que, sin Dios y sin respeto,
Lo abominable y lo horrible
Estima solo por serlo;
Me atreví... Turbada aquí,
Si desto, señor, me acuerdo,
Muda fallece la voz,
Triste desmaya el acento,
El corazon á pedazos
Se quiere salir del pecho,
Y como entre oscuras sombras
Se erizan barba y cabellos,
Y yo confuso y dudoso,
Triste y absorto, no tengo
Animo para decirlo,
Si le tuve para hacerlo.
Tal es mi delito en fin
De detestable, de feo,
De sacrílego y profano
(Harto así te le encarezco),
Que de haberle cometido,
Alguna vez me arrepiento.
En fin me atreví una noche,
Cuando el nocturno silencio
Construia á los mortales
Breves sepulcros del sueño;
Cuando los cielos tenian
Corrido el oscuro velo,
Luto que ya por la muerte
Del sol entapiza el viento,
Y en sus exequias las aves
Nocturnas, en vez de versos
Cantan caistros, y en ondas
De zafir, con los reflejos
Las estrellas daban luces
Trémulas al firmamento;
En fin, esta noche entré
Por las paredes de un huerto,
De dos amigos valido
(Que para tales sucesos
No falta quien acompañe).
Y entre el espanto y el miedo,
Pisando en sombras mi muerte,
Llegué á la celda (aquí tiemblo
De acordarme), donde estaba
Mi parienta, que no quiero
Por su respeto nombrarla,
Ya que no por mi respeto.
Desmayada á tanto horror
Cayó rendida en el suelo,
De donde pasó á mis brazos;
Y ántes que vuelta en su acuerdo
Se viese, ya estaba fuera
Del sagrado en un desierto;

Digitized by Google

Adonde, si el cielo pudo
Valeria, no quiso el cielo.
Las mujeres persuadidas
A que son de amor efectos
Las locuras, fácilmente
Perdonan: y así, siguiendo
Al llanto el agrado, halló
A sus desdichas consuelo;
Aunque ellas eran tan grandes,
Que miraba en un sugeto
Escalamiento, violencia,
Incesto, estupro, adulterio
Al mismo Dios como esposo,
Y al fin, al fin sacrilegio.
Desde allí en efecto en dos
Caballos, hijos del viento,
A la vuelta de Valencia
Fuimos, adonde fingiendo
Que era mi mujer, vivimos
Con poca paz mucho tiempo;
Porque yo, hallándome ya
Gastado el poco dinero
Que tenia, sin amigos,
Ni esperanza de remedio,
De aquestas necesidades,
Para la hermosura apelo
De mi fingida mujer.
Si hubiera de cuanto he hecho
De tener vergüenza alguna,
Solo la tuviera desto;
Porque es la última bajeza,
A que llega el mas vil pecho,
Poner en venta el honor,
Y poner el gusto en precio.
Apénas desvergonzado
A ella le doy parte desto,
Cuando cuerda me asegura,
Sin extrañar el intento;
Pero apénas á su rostro,
Señor, las espaldas vuelvo,
Cuando huyendo de mí, toma
Sagrado en un monasterio.
Allí, por órden de un santo
Religioso, tuvo puerto
De la tormenta del mundo,
Y allí murió, dando ejemplo
Su culpa y su penitencia:
¡Téngala Dios en el cielo!
Yo, viendo que á mis delitos
Ya les viene el mundo estrecho,
Y que me faltaba tierra
Que me sufriese, resuelvo
El dar la vuelta á mi patria;
Porque en ella, por lo ménos,
Estaria mas seguro,
Como mi amparo y mi centro,
De mis enemigos. Tomo
El camino, y en fin llego
A Irlanda, que como madre
Me recibió. Pero luego
Fué madrastra para mí;
Pues al abrigo de un puerto
Llegué, buscando viaje,
Donde estaban encubiertos
En una cala cosarios,
Y Filipo, que era de ellos
General, me cautivó,
Despues, señor, de haber hecho
Tan peligrosa defensa,
Que aficionado á mi esfuerzo
Filipo, me aseguró
La vida. Lo que tras esto
Sucedió, ya tú lo sabes,
Que fué que enojado el viento,
Nos amenazó cruel
Y nos castigó soberbio,
Haciendo en montes y mares
Tal estrago y tal esfuerzo,
Que estos hicieron donaire
De la soberbia de aquellos.
De trabucos de cristal
Combatidos sus cimientos,
Caducaron las ciudades
Vecinas, y por desprecio
Tiraba el mar á la tierra,
Que es municion de sus senos,
En sus nácares las perlas,
Que engendra el veloz aliento
De la aurora en su rocío,
Lágrimas de fuego y hielo;
Y al fin para que en pinturas
No se vaya todo el tiempo,
Se fuéron todas sus gentes
A cenar á los infiernos.
Yo, que era su convidado,
Tambien me fuera tras ellos,
Si Patricio (á quien, no sé
Por qué causa, reverencio,
Mirando su rostro siempre
Con temor y con respeto)
No me sacara del mar,
Cuando ya rendido el pecho,
Iba bebiendo la muerte,
Agonizando en veneno.
Esta es mi historia, y agora
Ni vida ni piedad quiero,
Ni que mis penas te ablanden,
Ni que te obliguen mis ruegos,
Sino que me dés la muerte,
Para que acabe con esto
Vida de un hombre tan malo,
Que apénas podrá ser bueno.

REY.

Ludovico, aunque hayas sido
Cristiano, á quien aborrezco
Con tantas véras, estimo
Tanto tu valor, que quiero
Que en tí y Patricio se vea
Mi poder á un mismo tiempo,
Pues como levanto, humillo,
Y como castigo, premio.
Y así á tí te doy los brazos,
Para levantarte en ellos
A mi privanza, y á tí
Te arrojo á mis plantas puesto,
(*Arroja en el suelo á Patricio, y le pone encima el pié.*)
Significando los dos
Las balanzas de este peso.
Y porque veas, Patricio,
Cuánto estimo y cuánto precio
Tus amenazas, la vida
Te dejo: vomita el fuego
De la palabra de Dios,
Para que veas en esto
Que ni adoro su deidad,
Ni sus maravillas temo.
Vive pues; pero de suerte
Pobre, abatido y sujeto,
Que has de servir en el campo,
Como inútil; y así quiero
Que me guardes los ganados,
Que por esos valles tengo.
Veamos, si para que salgas
A derramar ese fuego,
Siendo mi esclavo, te saca
Tu Dios de este cautiverio. (*Vase.*)

LESBIA.

A piedad Patricio mueve. (*Vase.*)

POLONIA.

Sino á mí, que no la tengo,
Y á moverme alguno, ántes
Fuera Ludovico Enio. (*Vase.*)

ESCENA III.

PATRICIO, LUDOVICO.

PATRICIO.

Ludovico, cuando humilde
En tierra estoy, y te veo
En la cumbre levantado,
Mayor lástima te tengo
Que envidia. Cristiano eres:
Aprovéchate de serlo.

LUDOVICO.

Déjame gozar, Patricio,
De los aplausos primeros
Que me ofrece la fortuna.

PATRICIO.

Una palabra (si puedo
Esto contigo) te pido.

LUDOVICO.

¿Cuál es?

PATRICIO.

Que vivos ó muertos,
En este mundo otra vez
Los dos habemos de vernos.

LUDOVICO.

¿Tal palabra pides?

PATRICIO.

Sí.

LUDOVICO.

Yo la doy.

PATRICIO.

Y yo la acepto. (*Vanse.*)

—

Aldea cercana á la corte de Egerio.

ESCENA IV.

FILIPO, LLOCIA.

LLOCÍA.

Perdonad, si no he sabido
Serviros y regalaros.

FILIPO.

Mas tengo que perdonaros
De lo que os ha parecido;
Pues cuando os llego á mirar,
Entre un pesar y un placer,
Os tengo que agradecer,
Y os tengo que perdonar:
Que agradecer la acogida,
Que perdonar un mal fuerte;
Pues me habeis dado la muerte,
Y me habeis dado la vida.

LLOCÍA.

A tan discretas razones
Ruda y ignorante soy;
Y así los brazos os doy,
Por quitarme de cuestiones.
Ellos sabrán responder,
Callando, por mi deseo. (*Se abrazan.*)

ESCENA V.

PAULIN. — DICHOS.

PAULIN. (*Ap.*)

¡Ay, señores, lo que veo!
Que abrazan á mi mujer.
¿Qué me toca hacer aquí?
¿Matarlos? Sí; yo lo hiciera,
Si una cosa no temiera,
Y es que ella me mate á mí.

FILIPO.

Bella serrana, quisiera,
Para pagar la posada,
Que esta sortija extremada
Estrella del cielo fuera.

LLOCÍA.

No me tengais por mujer
Que atenta al provecho vivo;
Mas por vuestra la recibo.

PAULIN. (*Ap.*)

¿Y aquí qué me toca hacer?
Pero si marido soy

Digitized by Google

Y sortija miro dar,
Lo que me toca es callar.

LLOCÍA.

Otra vez el alma os doy
En los brazos; que no tengo
Otra joya ni cadena.

FILIPO.

Y la prision es tan buena,
Que la memoria entretengo
Con vos, de tantos pesares
Como en sucesos tan tristes
Me causaron, ya los vistes,
Esos cristalinos mares.

PAULIN. (*Ap.*)

¡Ay, que otra vez la abrazó!
¡Ah, señor! ¿no echa de ver
Que es aquesa mi mujer?

FILIPO.

Vuestro marido nos vió,
Quiero retirarme dél;
Luego vendré. (*Ap.* Si esto vieras,
Polonia, quizá sintieras,
Que mi desdicha cruel
Me trajese á tal estado.
¡Oh mar, al cielo atrevido,
En qué entrañas han cabido
Las vidas que has sepultado!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

PAULIN; LLOCIA, *despues* FILIPO.

PAULIN.

(*Ap.* Ya se fué; bien puedo hablar
Alto.) Esta vez, mi Llocía,
Cogite, por vida mia,
Y esta tranca me ha de dar
Venganza.

LLOCÍA.

¡Qué malicioso!
¡Oh fuego de Dios en tí!

PAULIN.

¿Si yo los abrazos vi,
Es malicia, ú es forzoso
Lance que no pudo ser
Malicia?

LLOCÍA.

Malicia ha sido;
Que no ha de ver un marido
Todo aquello que ha de ver,
Si no la mitad, no mas.

PAULIN.

Yo digo que so contento,
Y la condicion consiento,
Y pues dos abrazos das
A ese diablo de soldado
Que el mar acá nos echó,
No quiero haber visto yo
Mas del uno; y si he pensado
Darte cien palos por dos
Abrazos, hecha la cuenta,
Al uno caben cincuenta.
Y así juro á non de Dios,
Que pues la sentencia das
Y la cuenta está tan crara,
Que has de llevarlos, repara,
Cincuenta palos, no mas.

LLOCÍA.

Ya es mucha marideria
Esa, y aunque mas lo sea,
Basta que un marido vea
La cuarta parte.

PAULIN.

Llocía,
Yo acepto la apelacion.
Paciencia, y aparejarte,
Que tambien la cuarta parte
Veinte y cinco palos son.

LLOCÍA.

No ha de hacer eso el que quiere.

PAULIN.

Pues dime ¿qué?

LLOCÍA.

Entre los dos
No creer lo que veis vos,
Sino lo que yo os dijere.

PAULIN.

Para eso mejor es,
Llocía de Bercebú,
Que tomes la tranca tú
Y que con ella me dés.
¿Estarás contenta? Sí,
Dando en amorosos lazos,
Al otro los dos abrazos,
Y los cien palos a mí.

(*Vuelve Filipo.*)

FILIPO. (*Ap.*)

¿Si se habrá el villano ido?

PAULIN.

A buen tiempo habeis llegado.
Oidme, señor soldado:
Yo estó muy agradecido
Al gusto que me habeis hecho
Hoy, en quereros valer
De mi choza y mi mujer;
Y aunque estó muy satisfecho
Por tantas causas de vos,
Ya que os hallais bueno y sano,
Tomad el camino á mano
Y la bendicion de Dios;
Porque no quiero esperar
Que, haciendo en mi casa guerra,
Salga á ser carne en la tierra,
Quien fué pescado en el mar.

FILIPO.

Malicia es, que habeis tenido
Sin culpa y sin ocasion.

PAULIN.

Con razon ó sin razon,
¿O soy ó no soy marido?

ESCENA VII.

LEOGARIO, UN VIEJO VILLANO, PATRICIO.

LEOGARIO.

Esto se os manda, y que esté
Sirviendo con gran cuidado,
Siempre en el campo ocupado.

VIEJO.

Ya digo que así lo haré.

LEOGARIO.

Mas ¿qué es lo que miro allí?
Filipo sin duda es.
Gran señor, dame tus piés.

PAULIN.

¿Gran señor le llamó?

LLOCÍA.

Sí.
Agora me pagarás
Aquí, Paulin, los porrazos.

FILIPO.

Leogario, dadme los brazos.

LEOGARIO.

Honor en ellos me das.
¿Es posible que te veo
Con vida?

FILIPO.

Aquí me arrojó
El mar proceloso, y yo,
Siendo mísero trofeo,
De la fortuna, he vivido
De villanos hospedado,
Hasta haberme reparado
De las penas que he sufrido.
Y fuera desto, tambien
El temer la condicion
Del Rey; porque su ambicion
¿A quién se rinde, ó á quién
Con agrados escuchó
Tragedias de la fortuna?
Sin esperanza ninguna
He vivido, hasta que yo
Hallase quien sus enojos
Templase en mi triste ausencia,
Y el Rey me diese licencia
Para llegar á sus ojos.

LEOGARIO.

Ya la tienes conseguida;
Porque de tu muerte está
Tan triste, que te dará,
En albricias de la vida,
La gracia. Vente conmigo;
Que ya sucesos advierte
De la fortuna, y volverte
A su privanza me obligo.

PAULIN.

De mi pasado magin
Pedir perdon me anticipo:
Ya sabrá el señor Filipo
Que yo soy un Juan Paulin.
Perdóneme su mesté,
Si mi cólera le aflige;
Que yo en todo cuanto dije,
Por boca de ganso habré.
A servirle me acomodo,
Y aquí estamos noche y dia
Mi cabaña, yo y Llocía,
Y sírvase Dios con todo.

FILIPO.

Yo voy muy agradecido
Al hospedaje, y espero
Pagarle.

PAULIN.

Pues, lo primero,
Que allá os la lleveis, os pido;
Pues con solo esto se sella
Un grande gusto en los dos:
A ella, porque va con vos,
Y á mí, por quedar sin ella.

(*Vanse Filipo y Leogario.*)

LLOCÍA. (*Ap.*)

¿Hay amor tan desdichado
Como el mio, que ha nacido
En los brazos del olvido?

VIEJO.

Paulin, ya que hemos quedado
Solos, dad los brazos luego
A este nuevo labrador
Que tenemos.

PATRICIO.

Yo, señor,
Soy un esclavo, y os ruego
Que como á tal me trateis.
Para servir vengo aquí
Al mas humilde, y así
Os suplico me mandeis
Como á esclavo, pues lo soy.

VIEJO.

¡Qué modestia!

PAULIN.

¡Qué humildad!

LLOCÍA.

¡Y qué buen talle! En verdad,
Que enficionándome voy
A su cara

PAULIN.

¿Habrá llegado
(Aquí para entre los dos)

Digitized by Google

Alguno aquí, de quien vos
No os hayais enficionado,
Llocía?

LLOCÍA.

Sos un villano,
Y en queriéndome celar,
Me tengo de enamorar
De todo el género humano. (*Vase.*)

VIEJO.

Paulin, de tu ingenio fio
Una cosa, en que me va
La vida.

PAULIN.

Decid, pues ya
Sabeis el pergeño mio.

VIEJO.

Este esclavo que aquí ves,
Sospecho que no es seguro,
Y yo guardarle procuro
Por lo que sabrás despues.
A tí te hago guarda fiel
De su persona; y así
Te mando, que desde aquí
Nunca te me apartes dél. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

PATRICIO, PAULIN.

PAULIN.

(*Ap.* Buena comision me han dado.)
Vuesa guarda cuidadosa (*A Patricio.*)
Soy, y vos la primer cosa
Que en mi vida habré guardado.
Gran cuidado he de tener,
Ni be de comer ni dormir;
Por eso, si os quereis ir,
Muy bien llo podeis hacer
Desde luego; y aun me haréis
Un gran bien, pues despenado
Quedaré deste cuidado.
Idos por Dios.

PATRICIO.

Bien podréis
Fiaros de mí, que no soy,
Aunque esclavo, fugitivo.—
¡Oh Señor, qué alegre vivo
En las soledades hoy;
Pues aquí podrá adoraros
El alma contemplativa,
Teniendo la imágen viva
De vuestros prodigios raros!
En la soledad se halló
La humana filosofía,
Y la divina querria
Penetrar en ella yo.

PAULIN.

Decidme, ¿con quién habrais
Agora de aquese modo?

PATRICIO.

Causa primera de todo
Sois, Señor, y en todo estais.
Esos cristalinos cielos,
Que constan de luces bellas,
Con el sol, luna y estrellas,
¿No son cortinas y velos
Del empíreo soberano?
Los discordes elementos,
Mares, fuego, tierra y vientos,
¿No son rasgos de esa mano?
¿No publican vuestros lóres,
Y el poder que en vos se encierra,
Todos? ¿No escribe la tierra
Con caractéres de flores
Grandezas vuestras? ¿El viento,
En los ecos repetido,
No publica que habeis sido
Autor de su movimiento?
El fuego y el agua luego
¿Alabanzas no os previenen,
Y para este efecto tienen
Lengua el agua, y lengua el fuego?
Luego aquí mejor podré,
Inmenso Señor, buscaros,
Pues en todo puedo hallaros:
Vos conocisteis la fe,
Que es de mi obediencia indicio;
Esclavo os servid de mí,
Si no, llevadme de aquí
Adonde os sirva.

(*Baja un ángel, que trae en una mano un escudo, y en él un espejo, y en la otra mano una carta.*)

ESCENA IX.

UN ANGEL.—DICHOS.

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

¿Quién llama?

PAULIN.

Aquí no os llamó
Nadie. (*Ap.* El hombre es divertido:
Poeta debe haber sido.)

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

¿Quién llama?

ÁNGEL.

Yo.

PAULIN. (*Ap.*)

El habla, y á nadie veo.
Pero hable, que no me toca
A mí guardarle la boca. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL ANGEL, PATRICIO.

PATRICIO.

Mis grandes dichas no creo,
Pues una nube mis ojos
Ven de nácar y arrebol,
Y que della sale el sol,
Cuyos divinos despojos
Son estrellas vividoras,
Que entre jazmines y flores
Viene vertiendo esplendores,
Viene derramando auroras.

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

Un sol me acobarda.
¿Quién sois, divino señor?

ÁNGEL.

Patricio amigo, Victor
Soy, el ángel de tu guarda:
Dios á que te dé, me envía,
Esta carta. (*Dale la carta.*)

PATRICIO.

Nuncio hermoso,
Paraninfo venturoso,
Que en superior jerarquía
Con Dios asistes, á quien
En dulce, en sonoro canto
Llamas: ¡Santo! Santo! Santo!
Gloria los cielos os dén.

ÁNGEL.

Lé la carta.

PATRICIO.

Dice aquí:
«A Patricio.» —¿Mereció
Tal dicha un esclavo? No.

ÁNGEL.

Abrela ya.

PATRICIO.

Dice así:
(*Lee.*) «Patricio, Patricio, ven,
«Sácanos de esclavitud.»
Incluye mayor virtud
La carta, pues no sé quién
Me llama. Custodio fiel,
Mi duda en tus mano dejo.

ÁNGEL.

Pues mírate en este espejo.

PATRICIO.

¡Ay cielos!

ÁNGEL.

¿Qué ves en él?

PATRICIO.

Diversas gentes están,
Viejos, niños y mujeres,
Llamándome.

ÁNGEL.

Pues no esperes
Tanto á redimir su afan.
Esta es la gente de Irlanda,
Que ya de tu boca espera
La doctrina verdadera.
Sal de esclavitud; que manda
Dios que prediques la fe
Que tanto ensalzar deseas;
Porque su legado seas,
Y apóstol de Irlanda. Ve
á Francia á ver á German,
Obispo; de monje toma
El hábito; pasa á Roma,
Donde letras te darán,
Para conseguir el fin
De tan dichoso camino,
Las bulas de Celestino;
Visitarás á Martin,
Obispo en Tours, y ven
Conmigo ahora arrebatado
En el viento; que ha mandado
Dios que noticia te dén
De una empresa, que guardada
Tiene el mundo para tí;
Y conmigo desde aquí
Has de hacer esta jornada. (*Vuelan.*)

JORNADA SEGUNDA.

Sala de una torre en el palacio de Egerio.

ESCENA PRIMERA.

LUDOVICO, POLONIA.

LUDOVICO.

Polonia, aquel que ha querido
Desigualmente emplearse,
No tiene de qué quejarse
Si llega á ser preferido
De otro amor; porque este ha sido
Su castigo. ¿Quién subió
Soberbio, que no cayó?
Y así mi amor anticipo
A Filipo; que Filipo
Es mucho mayor que yo
En la nobleza, que aquí
Le dió la naturaleza;
Mas no en aquella nobleza
Que ha merecido por sí.
Yo sí, Polonia, yo sí,
Que por mí mismo he ganado
Mas honor que él ha heredado.
Testigo este imperio ha sido,
A quien han enloquecido
Las victorias que le he dado.
Tres años há que llegué
A estas islas (que fué hoy
Me parece), y tres que estoy
En tu servicio, y no sé

Digitized by Google

Si referirte podré
Presas, que tu padre encierra,
Ganadas en buena guerra,
Que Marte pudo envidiar,
Siendo escándalo del mar,
Siendo asombro de la tierra.

POLONIA.

Ludovico, tu valor,
O heredado ó adquirido,
En mi pecho ha introducido
Una osadía, un temor,
Un, no sé si diga amor,
Porque me causa vergüenza,
Cuando mi pecho comienza
A sentir y padecer,
Que me rinda su poder,
Ni que su deidad me venza.
Solo digo, que ya fuera
Tu esperanza posesion,
Si la fiera condicion
De mi padre no temiera.
Mas sirve, aguarda y espera.

ESCENA II.

FILIPO. — DICHOS.

FILIPO. (*Ap.*)

Si es que mi muerte he de hallar,
¿Por qué la vengo á buscar?
Pero ¿quién podrá tener
Paciencia, para no ver
Lo que le ha de dar pesar?

LUDOVICO.

Pues ¿quién fia que serás
Mia?

POLONIA.

Esta mano.

FILIPO.

Eso no,
Que sabré estorbarlo yo,
Que no puedo sufrir mas.

POLONIA.

¡Ay de mí!

FILIPO.

¿La mano das
A un advenedizo? (¡ay triste!)
Y tú, que al sol te atreviste,
Para que la pompa pierdas,
¿Por qué, por qué no te acuerdas
De cuando mi esclavo fuiste,
Para no atreverte así
A mi gusto?

LUDOVICO.

Porque hoy
Me atrevo por lo que soy,
Cuando no por lo que fuí.
Esclavo tuyo me ví,
Es verdad; que no hay quien pueda
Vencer la inconstante rueda;
Pero ya tengo valor
Para que iguale tu honor,
Si no para que te exceda.

FILIPO.

¿Cómo excederme, atrevido,
Infame?...

LUDOVICO.

En cuanto has hablado,
Filipo, te has engañado.

FILIPO.

No engañé.

LUDOVICO.

Pues si no ha sido
Engaño...

FILIPO.

¿Qué?

LUDOVICO.

Habrás mentido.

FILIPO.

Fuiste desleal. (*Dale una bofetada.*)

POLONIA.

¡Ay cielos!

LUDOVICO.

¿Cómo a tantos desconsuelos
No tomo satisfaccion,
Cuando mis entrañas son
Volcanes y mongibelos?
(*Sacan las espadas.*)

ESCENA III.

EGERIO, SOLDADOS. — DICHOS.

REY.

¿Qué es esto?

LUDOVICO.

Un tormento eterno,
Una desdicha, una injuria,
Una pena y una furia
Desatada del infierno.
Ninguno por su gobierno
Me llegue á impedir, señor,
La venganza; que el furor
Ni á la muerte está sujeto,
Y no hay humano respeto,
Que importe mas que mi honor.

REY.

Prendedle.

LUDOVICO.

Llegue el que fuere
Tan osado, que se atreva
A morir, porque le deba
A su esfuerzo el ver que muere
A tus ojos.

REY.

¡Que esto espere!
Seguidle.

LUDOVICO.

Desesperado,
En roja sangre bañado,
Pienso proceder un mar,
Por donde pueda pasar
Buscando á Filipo á nado.
(*Entranse riñendo.*)

ESCENA IV.

REY.

Esto solo me faltó
Tras la nueva que he tenido,
Y es, que el esclavo atrevido,
Que de la prision huyó,
De Roma á Irlanda volvió,
Y predicando la fe
De Cristo, tan grande fué
El número que ha seguido
Su voz, que ya dividido
El mundo en bandos se ve.
Dicenme que es hechicero;
Pues á muerte condenado
De otros reyes, se ha librado
Con escándalo tan fiero,
Que ya atado en un madero
Estaba, cuando la tierra
(Que tantos muertos encierra
En sus entrañas) tembló,
Gimió el aire, y se eclipsó
El sol, que en sangrienta guerra
No quiso dar á la luna
Luz, que en su faz resplandece;
Que este Patricio parece
Que tiene, sin duda alguna,
De su mano á la fortuna.
Esto he sabido, y que cuantos
Entre prodigios y espantos
Admiraron su castigo,
Le siguieron, y hoy conmigo
Viene á probar sus encantos.
Venga pues, é intentos vanos
Examine entre los dos:
Veremos quién es el Dios
Que llaman de los cristianos.
Muerte le darán mis manos,
A ver si della se escapa
En este sucinto mapa,
Esfera de mi rigor,
Este obispo, este pastor,
Que viene en nombre del Papa.

ESCENA V.

EL CAPITAN, SOLDADOS; LUDOVICO, *preso.* — EL REY.

CAPITAN.

Ludovico viene aquí
Preso, despues que mató
Tres de tu guarda y hirió
A muchos.

REY.

Cristiano, di,
¿Cómo no tiemblas de mí,
Viendo levantar la mano
De mi castigo? Aunque en vano
Siento estas desdichas yo;
Porque esto y mas mereció
Quien hizo bien á un cristiano.
No castigo, premio sí
Mereces tú, porque es bien
Que á mí el castigo me dén
De haberte hecho bien á tí. —
Preso le tened aquí
Hasta su muerte. — Ya vano
Es mi favor soberano;
Muere á mi furor rendido,
No por cristiano atrevido,
Sino solo por cristiano. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

LUDOVICO.

Si por eso muero, harás
Mi infeliz muerte dichosa;
Pues morirá por su Dios,
Quien muriera por su honra:
Y un hombre que vive aquí
Entre penas y congojas,
Debe agradecer la muerte,
Ultima línea de todas;
Pues cortará su grandeza
El hilo á vida tan loca,
Que hoy empezara á ser mala
Fénix de mortales obras,
Por nacer en las cenizas
De mi agravio y mi deshonra.
Mi vida fuera veneno,
Mi aliento fuera ponzoña,
Que en Irlanda derramara
Sangre vil en tanta copia,
Que se borrara con ella
De mi afrenta la memoria.
¡Ay honor! rendido yaces
A una mano rigurosa:
Muera yo contigo, y juntos
Los dos nos demos victoria
De aquestos bárbaros, pues
Un breve rato le sobra
A mi vida; este puñal
Tome en mí venganza honrosa.
Mas ¡válgame Dios! ¿qué aliento
Endemoniado provoca
Mi mano? Cristiano soy,
Alma tengo, y luz piadosa
De la fe: ¿será razon
Que un cristiano intente agora
Una accion entre gentiles,
A su religion impropia?
¿Qué ejemplo les diera yo
Con mi muerte lastimosa,

Digitized by Google

Sino que ántes desmintieran
Las de Patricio mis obras?
Pues dijeran los que aquí
Solo sus vicios adoran,
Y el alma niegan eterna
A la pena y á la gloria:
«Que nos predique Patricio
Al alma inmortal, ¿qué importa,
Si Ludovico se mata
Cristiano? Tambien ignora
Que es eterna, pues la pierde.»
Y con acciones dudosas
Fuéramos aquí los dos,
El la luz y yo la sombra.
Baste que tan malo sea,
Que aun no me arrepiento agora
De mis cometidas culpas,
Y que quiera intentar otras:
Pues, ¡vive Dios! que mi vida,
Si fuera posible cosa
Escaparse, hoy fuera asombro
Del Asia, Africa y Europa.
Hoy empezara á tomar
Venganza tan rigurosa,
Que en estas islas de Egerio
No me quedara persona,
En quien no satisfaciera
La pena, la sed rabiosa
Que tengo de sangre. Un rayo,
Para que la esfera rompa,
Con un trueno nos avisa;
Y despues entre humo y sombras
De fuego, fingiendo sierpes,
El aire trémulo acosa.
Yo así, el trueno he dado ya
Para que todos le oigan;
El golpe del rayo falta.
Mas ¡ay de mí! que se aborta,
Y ántes que á la tierra llegue,
Es de los vientos lisonja.
No, no me pesa morir
Por morir muerte afrentosa,
Sino porque acabarán,
Con mi edad temprana y moza,
Mis delitos. Vida quiero
Para empezar desde agora
Mayores temeridades;
¡No, cielos, para otra cosa!

ESCENA VII.

POLONIA. — LUDOVICO.

POLONIA.

(*Ap.* Yo vengo determinada.)
Ludovico, en las forzosas
Ocasiones, el amor
Ha de dar muestras. Agora
Tu vida está en gran peligro:
Mi padre airado se enoja
Contra tí, y de su furor
Huir el peligro importa.
Las guardas que están contigo,
Liberalmente soborna
Mi mano, y al son del oro
Yacen sus orejas sordas.
Escápate, porque veas
Cómo una mujer se arroja,
Cómo su honor atropella,
Cómo su respeto postra.
Contigo iré, pues ya es fuerza
Que contigo me disponga
Ya á vivir, ó ya á morir;
Que fuera mi vida poca
Sin tí, que en mi pecho vives.
Yo llevo dinero y joyas,
Bastantes para ponernos
En las Indias mas remotas,
Donde el sol hiela y abrasa,
Ya con rayos, ya con sombras.
Dos caballos á la puerta
Esperan; diré dos onzas,
Hijas del viento, aunque mas
Del pensamiento se nombran.
Son tan veloces, que aunque
Huyendo vamos agora,
Nos parecerá que vamos
Seguros en ellos. Toma
Resolucion. ¿Qué imaginas?
¿Qué te suspendes? Acorta
Los discursos; y porqué
Fortuna, que siempre estorba
Al amor, no desbarate
Finezas tan generosas,
Yo iré delante de tí.
Sal, en tanto que ingeniosa
Divierto guardas, y doy
Espaldas á tu persona.
Aun el sol nos favorece,
Que despeñado en las ondas,
Para templar su fatiga
Los crespos cabellos moja. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LUDOVICO.

A las manos me ha venido
La ocasion mas venturosa;
Pues sabe el cielo que fuéron
Las finezas amorosas
Que con Polonia mostré,
Fingidas, porque Polonia
Conmigo se fuese, adonde,
Valiéndome de las joyas
Que llevase, yo saliese
Desta infeliz Babilonia;
Porque, aunque en ella vivió
Estimada mi persona,
Era al fin esclavitud,
Y mi vida libre y loca
La libertad deseaba,
Que ya los cielos me otorgan.
Mas para el fin que deseo
Ya me embaraza y estorba
Una mujer; porque en mí
Es amor una lisonja,
Que no pasa de apetito;
Y esta ejecutada, sobra
Luego al punto la mujer
Mas discreta y mas hermosa.
Y pues que mi condicion
Es tan libre, ¿qué me importa
Una muerte mas ó ménos?
Muera á mis manos Polonia,
Porque quiso bien en tiempo
Que nadie estima ni adora,
Y como todas viviera,
Si quisiera como todas. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL CAPITAN; *despues* EL REY, FILIPO, LEOGARIO.

CAPITAN.

Con órden vengo del Rey
A que Ludovico oiga
La sentencia de su muerte.
¡Mas la puerta abierta, y sola
La torre? ¿Qué puede ser?
¡Soldados! ¡No hay quien responda?
¡Ah guardas, traicion! traicion!

(*Salen el Rey, Filipo y Leogario.*)

REY.

¿Qué das voces? ¿Qué pregonas?
¿Qué es esto?

CAPITAN.

Que Ludovico
Falta, y que las guardas todas
Han huido.

LEOGARIO.

Yo, señor,
Aquí vi entrar á Polonia.

FILIPO.

¡Ay cielos! sin duda que ella
Le dió libertad. No ignoras
Que la sirve, y que mis celos
Me incitan y me provocan
Á seguirlos. Hoy será
Hibernia segunda Troya. (*Vase.*)

REY.

Dadme un caballo, que quiero
Seguirlos por mi persona.
¿Qué dos cristianos son estos,
Que, con acciones dudosas,
Uno mi quietud altera,
Y el otro mi honor me roba?
Mas los dos serán despojos
De mis manos vengadoras;
Que de mí no está seguro
Aun su pontífice en Roma. (*Vanse.*)

—

Selva en cuyo fondo está la choza de Paulin.

ESCENA X.

POLONIA, *huyendo herida;* LUDOVICO, *con la daga desnuda en la mano.*

POLONIA.

Ten la sangrienta mano,
Ya que no por amante, por cristiano:
Lleva el honor, y déjame la vida,
Piadosamente á tu furor rendida.

LUDOVICO.

Polonia desdichada,
Pension de la hermosura celebrada
Fué siempre la desdicha;
Que no se avienen bien belleza y dicha.
Yo el verdugo mas fiero,
Que atrevido blandió mortal acero,
Con tu muerte procuro
Mi vida; pues con ella voy seguro.
Si te llevo conmigo,
Llevo de mis desdichas un testigo,
Por quien podrán seguirme,
Hallarme, conocerme y perseguirme.
Si te dejo con vida,
Enojada te dejo y ofendida,
Para que seas conmigo
Un enemigo mas (¡y qué enemigo!).
Luego por buen consejo,
Hago mal si te llevo, y si te dejo.
Y así el mejor ha sido,
Que fiero, infame, bárbaro, atrevido,
Desleal, inhumano,
Sin ley ni Dios, te mate por mi mano;
Pues aquí sepultada,
En las entrañas rústicas guardada
Desta robusta peña,
Quedará mi desdicha, no pequeña;
Y tambien porque alcanza
Mi furia un nuevo modo de venganza,
Quedando satisfecho
De que mato á Filipo, si en tu pecho
Vive, y porque me cuadre,
No á Filipo no mas, sino á tu padre.
Causa primera fuiste
De mi deshonra triste,
Y así has de ser primera
Causa tambien de mi venganza fiera.

POLONIA.

¡Ay de mí, que he querido
Mi muerte fabricar! Gusano he sido
Que labró por su mano
Su sepulcro. ¿Eres hombre? Eres cristiano?

LUDOVICO.

Demonio soy. Acaba, dando indicio
De todo.

POLONIA.

¡El Dios me valga de Patricio!

(*Dala Ludovico de puñaladas, y cae ella dentro.*)

Digitized by Google

LUDOVICO.

Cayó sobre las flores,
Sembrando vidas, derramando horro-
Así mas libremente [res.
Escaparme podré, pues suficiente
Hacienda me acompaña
Para poder vivir rico en España,
Hasta que disfrazado,
Con el tiempo mudado,
Vuelva á satisfacerme [duerme.
De un traidor: que el agravio nunca
Mas ¿dónde desta suerte
Voy, pisando las sombras de la muerte?
El camino he perdido,
Y quizá voy por donde inadvertido,
Huyendo de tiranos,
Por escaparme dé en sus propias ma-
Si la vista no engaña, [nos.
Albergue pobre y rústica cabaña
Es esta. En ella quiero
Informarme. (*Llama.*)

ESCENA XI.

PAULIN, LLOCIA.—LUDOVICO.

LLOCÍA. (*Dentro.*)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Un pasajero
Perdido, triste y ciego,
Oh labrador, impide tu sosiego.

LLOCÍA. (*Dentro.*)

¡Ah Juan Paulin! despierta,
Que parece que llaman á la puerta.

PAULIN. (*Dentro.*)

Yo estoy bien en la cama;
Mira quién llama tú; pues por tí llama.

LLOCÍA. (*Dentro.*)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Un caminante.

PAULIN. (*Dentro.*)

¿Es caminante?

LUDOVICO.

Sí.

PAULIN. (*Dentro.*)

Pase adelante,
Que aquesta no es posada.

LUDOVICO.

Ya del villano la malicia enfada.
Derribaré la puerta. (*Derríbala.*)
Cayó en el suelo.

LLOCÍA. (*Dentro.*)

Juan Paulin, despierta;
Mira que han derribado
La puerta.

PAULIN. (*Dentro.*)

Ya de un ojo he despertado;
Mas del otro no puedo.
Sal tú conmigo allá; que tengo miedo.

(*Salen Paulin y Llocía.*)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Callad, villanos,
Si morir no quereis hoy á mis manos.
Perdido en este monte,
A tu casa he llegado; así disponte
A enseñarme el camino [gino
De aquí al puerto, por donde yo ima-
Que hoy escaparme puedo.

PAULIN.

Pues venga y vaya, y tome esa vereda,
Y luego á esotra mano [llano;
Suba si hay monte, y baje donde hay
Y en llegando, esté cierto, [puerto.
Cuando en el puerto esté, que allí es el

LUDOVICO.

Mejor es que tú vengas
Conmigo, ó vive el cielo [suelo.
Que con tu sangre has de esmaltar el

LLOCÍA.

¿No es mejor, caballero,
Pasar aquí la noche hasta el lucero?

PAULIN.

¡Qué piadosa os mostrais para nonada!
¿Ya estais del caminante inficionada?

LUDOVICO.

Lo que te agrada escoge:
O morir, ó guiarme.

PAULIN.

No se enoje;
Que escojo, sin demandas ni respuestas,
Ir, y aun llevaros, si quereis, á cuestas,
No tanto por temer la muerte mia,
Como por no le dar gusto á Llocía.

LUDOVICO.

(*Ap.* Este, porque no diga
Por dónde voy á alguno que me siga,
Del monte despeñado
Ha de morir en el cristal helado
Del mar.) A vos, que os reçojais os pido,
Que luego volverá vuestro marido.
(*A Llocía.*)

(*Vanse los dos por un lado, y ella por otro.*)

ESCENA XII.

EL REY EGERIO, LESBIA, LEOGARIO, EL CAPITAN; *despues* FILIPO.

LESBIA.

No hay rastro ninguno dellos;
Todo el monte, valle y sierra
Se ha examinado hoja á hoja,
Rama á rama, y peña á peña,
Y no se ha hallado evidente
Indicio, que nos dé muestra
De sus personas.

REY.

Sin duda
Los ha tragado la tierra,
Para guardarlos de mí;
Que en los cielos no estuvieran
Seguros, no, viven ellos.

LESBIA.

Ya el sol las doradas trenzas
Extiende desmarañadas
Sobre los montes y selvas,
Para que te informe el dia.

(*Sale Filipo.*)

FILIPO.

Vuestra Majestad atienda
A la desdicha mayor,
Mas prodigiosa y mas nueva,
Que el tiempo ni la fortuna
En fábulas representa.
Buscando á Polonia vine
Por esas incultas selvas;
Y habiendo toda la noche
Pasado, señor, en ellas,
A la mañana salió
La aurora medio despierta,
Toda vestida de luto
Con nubes pardas y negras,
Y con mal contenta luz
Se ausentaron las estrellas;
Que solo esta vez tuvieron
Por venturosa la ausencia.
Discurriendo á todas partes,
Vimos que las flores tiernas
Bañadas en sangre estaban,
Y sembrados por la tierra
Despojos de una mujer:
Fuimos siguiendo las señas,
Hasta que llegamos donde
A las plantas de una sierra,
En un túmulo de rosas,
Estaba Polonia muerta.

ESCENA XIII.

POLONIA, *muerta; y luego* PATRICIO.—DICHOS.

FILIPO.

Vuelve los ojos, verás
Destroncada la belleza,
Pálida y triste la flor,
La hermosa llama deshecha:
Verás la beldad postrada,
Verás la hermosura yerta,
Y verás muerta á Polonia.

REY.

¡Ay Filipo, escucha, espera!
Que no hay en mí sufrimiento
Con que resistirse puedan
Tantos géneros de agravios,
Tantos linajes de penas,
Tantos modos de desdichas.
¡Ay hija infeliz! ¡Ay bella
Prenda, por mi mal hallada!

LESBIA.

El sentimiento no deja
Aliento para quejarme.
¡Tu infeliz hermana sea
Compañera en tus desdichas!

REY.

¿Qué mano airada y violenta
Levantó sangriento acero
Contra divinas bellezas?
Acabe el dolor mi vida.

PATRICIO. (*Dentro.*)

¡Ay de tí, mísera Hibernia,
Ay de tí, pueblo infelice!
Si con lágrimas no riegas
La tierra, y noches y dias,
Llorando, ablandas las puertas
Del cielo, que con candados
Las tuvo tu inobediencia.
¡Ay de tí, pueblo infelice,
¡Ay de tí, mísera Hibernia!

REY.

¿Qué voces, cielos, tan tristes
Y lastimosas son estas,
Que me traspasan el pecho,
Que el corazon me penetran?
Sabed quién de mi dolor
Impide así la terneza.
¿Quién, sino yo, llora así,
Y quién, sino yo, se queja?

LEOGARIO.

Este, señor, es Patricio,
Que, despues que dió la vuelta
(Como tú sabes) á Irlanda,
De Roma, y despues que en ella
Le hizo el pontífice obispo,
Dignidad y preminencia
Superior, todas las islas
Discurre desta manera.

PATRICIO.

¡Ay de tí, pueblo infelice,
¡Ay de tí, mísera Hibernia! (*Sale.*)

REY.

Patricio, que mi dolor
Interrumpes, y mis penas
Doblas con voces doradas,
En falso veneno envueltas:
¿Qué me persigues? ¿Qué quieres,
Que así los mares y tierras

Digitized by Google

De mi Estado con engaños
Y novedades alteras?
Aquí no sabemos mas
Que nacer y morir. Esta
Es la doctrina heredada
De la natural escuela
De nuestros padres. ¿Qué Dios
Es este que nos enseñas,
Que nos dé vida, despues
De la temporal, eterna?
El alma, destituida
De un cuerpo, ¿cómo pudiera
Tener otra vida allá
Para gloria ó para pena?

PATRICIO.

Desatándose del cuerpo,
Y dando á naturaleza
La porcion humana, que es
Un poco de barro y tierra;
Y el espíritu subiendo
A la superior esfera,
Que es centro de sus fatigas
Si en la gracia muere, y esta
Alcanza ántes el bautismo,
Y despues la penitencia.

REY.

¿Luego esta beldad, que aquí
En su sangre yace envuelta,
Allá está viviendo agora?

PATRICIO.

Sí.

REY.

Dame un rasgo, una muestra
De esa verdad.

PATRICIO. (*Ap.*)

¡Gran Señor,
Volved vos por la honra vuestra!
Aquí os importa mostrar
De vuestro poder la fuerza.

REY.

¿No me respondes?

PATRICIO.

El cielo
Querrá que responda ella.
En nombre de Dios te mando,

(*Extendiendo las manos sobre el cadáver de Polonia.*)

Yerto cadáver, que vuelvas
A vivir, restituido
A tu espíritu, y dés muestras
De esta verdad, predicando
La doctrina verdadera.

POLONIA. (*Resucitando.*)

¡Ay de mí! ¡Válgame el cielo,
Qué de cosas se revelan
Al alma! Señor, señor,
Deten la mano sangrienta
De tu justicia; no esgrimas
Contra una mujer sujeta
Las iras de tu rigor,
Los rayos de tu potencia.
¿Dónde me podré esconder
De tu semblante, si llegas
A estar enojado? Caigan
Sobre mí montes y peñas:
Enemiga de mí misma,
Hoy estimara y quisiera
Esconderme de tu vista
En el centro de la tierra.
Mas ¿cómo, si á todas partes
Que mi desdicha me lleva,
Llevo conmigo mi culpa?
¿No veis, no veis que esa sierra
Se retira, que ese monte
Se estremece? El cielo tiembla
Desquiciado de sus polos,
Y su fábrica perfecta
A mí me está amenazando
Con su eminente soberbia:
El viento se me oscurece,
El paso á mis piés se cierra,
Los mares se me retiran;
Solo no me huyen las fieras,
Que para hacerme pedazos
Parece que se me acercan.
¡Piedad, gran Señor, piedad!
¡Clemencia, Señor, clemencia!
El santo bautismo pido;
Muera en vuestra gracia, y muera.
Mortales, oid, oid:
Cristo vive, Cristo reina,
Y Cristo es Dios verdadero!
¡Penitencia, penitencia! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *ménos Polonia.*

FILIPO.

¡Gran prodigio!

LESBIA.

¡Gran milagro!

CAPITAN.

¡Qué admiracion!

LEOGARIO.

¡Qué grandeza!

REY.

¡Gran encanto! gran hechizo!
¡Que esto sufra, esto consienta!

TODOS.

¡Cristo es el Dios verdadero!

REY.

¡Que tenga un engaño fuerza
Pueblo ciego, para hacer
Maravillas como estas,
Y no tengas tú valor
Para ver que la apariencia
Te engaña! Y para que aquí
Quede la victoria cierta,
Yo quiero rendirme, como
Arguyendo me convenza
Patricio. Atended, que así
Nuestra disputa comienza.
Si fuera inmortal el alma,
De ningun modo pudiera
Estar sin obrar un punto.

PATRICIO.

Sí, y esa verdad se prueba
En el sueño; pues los sueños,
Cuantas figuras engendran.
Son discursos de aquella alma
Que no duerme, y como quedan
Entónces de los sentidos
Las acciones imperfectas,
Imperfectamente forman
Los discursos; y por esta
Razon sueña el hombre cosas,
Que entre sí no se conciertan.

REY.

Pues siendo así, aquel instante,
O estuvo Polonia muerta,
O no? Si es que no lo estuvo,
Y fué un desmayo, ¿qué fuerza
Tuvo el milagro? No trato
Desto; mas si estuvo muerta,
En uno de dos lugares
Estar aquella alma es fuerza,
Que son, ó cielo ó infierno:
Tú, Patricio, nos lo enseñas.
Si en el cielo, no es piedad
De Dios que del cielo vuelva
Ninguno al mundo, y que luego
Este condenarse pueda,
Habiendo estado una vez
En gracia: verdad es cierta.
Si es que estuvo en el infierno,
No es justicia; pues no fuera
Justicia que el que una vez
Pena mereció, volviera
Donde pudiera ganar
Gracia; y es fuerza que sean
En Dios justicia y piedad,
Patricio, una cosa mesma,
Pues ¿dónde estuvo aquella alma?

PATRICIO.

Oye, Egerio, la respuesta.
Yo concedo que del alma
Bautizada centro sea
O la gloria ó el infierno,
De donde salir no pueda
Por el especial decreto,
Hablando de la potencia
Ordinaria; pero hablando
De la absoluta, pudiera
Dios del infierno sacarla;
Pero no es la cuestion esta.
Que va á uno de dos lugares
El alma, es bien que se entienda,
Cuando se despide el alma
Del cuerpo en mortal ausencia
Para no volver á él;
Mas cuando ha de volver, queda
En estado de viadora,
Y así se queda suspensa
En el universo, como
Parte dél, sin que en él tenga
Determinado lugar;
Que la suma Omnipotencia
Anteivió todas las cosas
Desde que su misma esencia
Sacó esa fábrica á luz
Del ejemplar de su idea;
Y así vió este caso entónces,
Y seguro de la vuelta
Que habia de hacer aquella alma,
La tuvo entónces suspensa,
Sin lugar y con lugar.
Teología sacra es esta,
Con que queda respondido
A tu argumento. Y aun queda
Otra cosa que advertir:
Que hay más lugares que piensas
De la pena y de la gloria
Que dices; y es bien que sepas
Otro, que es el purgatorio,
Donde el alma á purgar entra,
Habiendo muerto en la gracia,
Las culpas que dejó hechas
En el mundo; porque nadie
Entra en el cielo con ellas;
Y así allí se purifica,
Se acrisola allí y se acendra,
Para llegar limpia y pura
A la divina presencia.

REY.

Eso dices tú, y no tengo
Muestra ni señal mas cierta
Que tu voz. Dame un amago,
Dame un rasgo, una luz de esa
Verdad, y tóquela yo
Con mis manos, porque vea
Que lo es. Y pues que puedes
Tanto con tu Dios, impetra
Su gracia, pídele tú
Que, para que yo le crea,
Te dé un ente real que todos
Le toquen; no todos sean
Entes de razon. Y advierte
Que solo una hora te queda
De plazo, y en ella hoy
Me has de dar señales ciertas
De la pena y de la gloria,
O has de morir. Vengan, vengan
Los prodigios de tu Dios,
Donde los tengamos cerca.
Y por si no merecemos

Digitized by Google

Nosotros glorias ni penas,
Dénos ese purgatorio,
Que ni uno ni otro sea,
Donde todos conozcamos
Su divina omnipotencia.
La honra de Dios te va;
Dile á él que la defienda.
(*Vanse todos, ménos Patricio.*)

ESCENA XV.

PATRICIO.

Aquí, Señor inmenso y soberano,
Tus iras, tus venganzas, tus castigos
Rompan los escuadrones enemigos
De una ignorancia, de un error profano.
No piadoso procedas, pues en vano
A tus contrarios tratas como amigos,
Y ya que á tu poder buscan testigos,
Rayos esgrima tu sangrienta mano.
Rigores te pidió el celo de Elías,
Y la fe de Moises pidió portentos;
Y aunque suyas no son las voces mias,
Penetrarán el cielo sus acentos,
Pidiéndote, Señor, noches y dias,
Portentos y rigores; porque atentos
A glorias y tormentos,
Por sombras, por figuras sea notorio
Al mundo, cielo, infierno y purgatorio.

ESCENA XVI.

UN ANGEL BUENO, *por un lado; y por otro,* UN ANGEL MALO.—PATRICIO.

ÁNGEL MALO. (*Para sí.*)

Temeroso de que el cielo
Descubra á Patricio santo
Este prodigio, este encanto,
Mayor tesoro del suelo,
Quise, de rigores lleno,
Como ángel de luz, venir
A turbar y pervertir,
Vertiendo rabia y veneno,
Su peticion.

ÁNGEL BUENO. (*Al malo.*)

No podrás,
Monstruo cruel; porque soy
Quien en su defensa estoy.
Enmudece, no hables mas. —
Patricio, tu peticion (*A él.*)
Oyó Dios; y así ha querido
Dejarte favorecido
Con esta revelacion.
Busca en estas islas una
Cueva, que es en su horizonte
La bóveda de ese monte
Y el freno de esa laguna;
Y el que entrare osado á vella
Con contricion, confesados
Antes todos sus pecados,
Tendrá el purgatorio en ella.
En ella verá el infierno,
Y las penas que padecen
Los que en sus culpas merecen
Tormentos de fuego eterno.
Verá una iluminacion
De la gloria y paraíso;
Pero dase cierto aviso,
Que aquel que sin contricion
Entrare, por solo ver
Los misterios de la cueva,
Su muerte consigo lleva,
Pues entrará á padecer
Miéntras que Dios fuere Dios,
El cual, por favor segundo,
De las fatigas del mundo
Hoy te sacará; y los dos
Os veréis en la region
Del empíreo soberano,
Subiendo á ser ciudadano
De la celestial Sion,
Dejando el mayor indicio
Del milagro mas notorio
Del mundo, en el purgatorio,
Que llamen de San Patricio.
Y en prueba de que es verdad
Un milagro tan divino,
Aquesta fiera que vino
A profanar tu piedad,
Llevaré al oscuro abismo,
Prision, calabozo y centro,
Porque le atormenten dentro
Su envidia y veneno mismo.
(*Desaparecen.*)

PATRICIO.

Gloria los cielos te dén,
Inmenso Señor, pues sabes
Con maravillas tan graves
Volver por tu honor tan bien. —
Egerio. (*Llamando.*)

ESCENA XVII.

EL REY, FILIPO, LESBIA, LEOGARIO, EL CAPITAN, PUEBLO. — PATRICIO.

REY.

¿Qué quieres?

PATRICIO.

Ven
Por este monte conmigo,
Y cuantos vienen contigo
Me sigan, y en él verán
Imágenes, donde están
Juntos el premio y el castigo.
Verán un amago breve
De un prodigio dilatado,
Un milagro continuado,
A cuya grandeza debe
Admiracion, que se atreve
A disfrazar su secreto:
Verán un rasgo perfeto
De maravillas que están
Guardadas aquí, y verán
Infierno y gloria en efeto.
(*Vase, y siguenle todos.*)

—

Parte remota del monte, con boca de una horrible cueva.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS.

REY.

Mira, Patricio, que vas
Entrando á una parte, donde
Aun la luz del sol se esconde,
Que aquí no llegó jamas.
El monte que viendo estás,
Ningun hombre ha sujetado;
Que su camino intrincado
En tantos siglos no ha sido,
De humana planta seguido,
De inculta fiera pisado.

FILIPO.

Los naturales que aquí
Largas edades vivimos,
A ver no nos atrevimos
Los secretos que hay ahí;
Porque se defiende á sí
Tanto la entrada importuna,
Que no hay persona alguna.
Que pase por su horizonte
Los peñascos de ese monte,
Las ondas de esa laguna.

REY.

Solo con agüeros graves
Oimos, por mas espanto,
El triste, el funesto canto
De las mas nocturnas aves.

FILIPO.

De penetrarle no acabes.

PATRICIO.

No os cause el temor desvelos;
Que un tesoro de los cielos
Se guarda aquí.

REY.

¿Qué es temor?
¿Pueden á mí darme horror
Volcanes y mongibelos?
Cuando con asombro sumo
Llamas los centros respiren,
Rayos las esferas tiren,
Diluvios de fuego y humo,
De mi valor no presumo
Que me dé temor.

ESCENA XIX.

POLONIA. — DICHOS.

POLONIA.

Detente,
Pueblo bárbaro, imprudente
Y osado: con paso errante
No pases mas adelante,
Que está tu desdicha enfrente.
Huyendo de mí misma, he penetrado
Deste rústico monte la espesura,
Cuyo ceño, de robles coronado,
Amenazó del sol la lumbre pura;
Porque, en su oscuro centro sepultado
Mi delito, viviese mas segura,
Hallando puerto en seno tan profundo
A los airados piélagos del mundo.
Llegué á esta parte, sin haber tenido
Norte que me guíase; porque es tanta
Su soberbia, que nunca ha consentido
Muda impresion de conducida planta.
Su semblante intrincado y retorcido,
Que visto admira, que admirado espanta,
Causando asombros con inútil guerra,
Misterio incluye, maravilla encierra.
¿No ves ese peñasco, que parece
Que se está sustentando con trabajo,
Y con el ansia misma que padece,
Há tantos siglos que se viene abajo?
Pues mordaza es que sella y enmudece
El aliento á una boca, que debajo
Abierta está, por donde con pereza
El monte melancólico bosteza.
Esta, pues, de cipreses rodeada,
Entre los labios de una y otra peña,
Descubre la cerviz desaliñada,
Suelto el cabello, á quien sirvió de greña
Inútil yerba, aun no del sol tocada,
Donde en sombras y léjos nos enseña
Un espacio, un vacío, horror del dia,
Funesto albergue de la noche fria.
Yo quise entrar á examinar la cueva
Para mi habitacion. Aquí no puedo
Proseguir, que el espíritu se eleva,
Desfallece la voz, muere el denuedo.
¡Qué nuevo horror, qué admiracion tan nueva
Os contara, á no ser tan dueño el miedo,
Helado el pecho y el aliento frio
De mi voz, de mi accion, de mi albedrío!
Apénas en la cueva entrar queria,
Cuando escucho en sus cóncavos, veloces
(Como de quien se queja y desconfía
De su dolor), desesperadas voces.
Blasfemias, maldiciones solo oia,
Y repetir delitos tan atroces,
Que pienso que los cielos, por no oillos,
Quisieron á esa cárcel reducillos.
Llegue, atrévase, ose el que lo duda;
Entre, pruebe, examine el que lo niega,
Verá, sabrá y oirá, sin tener duda,

Digitized by Google

Furias, penas, rigores, cuando llega:
Porque mi voz absorta, helada y muda,
A miedo, espanto y novedad se entrega;
Y no es bien que se atrevan los humanos
A secretos del cielo soberanos.

PATRICIO.

Esta cueva que ves, Egerio, encierra
Misterios de la vida y de la muerte.
Pero falta decirte, cuánto yerra
Quien en pecado su misterio advierte;
Pero el que confesado se destierra
Al temor, y con pecho osado y fuerte
Entrare aquí, su culpa remitida
Verá, y el purgatorio tendrá en vida.

REY.

¿Piensas, Patricio, que á mi sangre debo
Tan poco, que me espante ni me asom- [bre,
O que como mujer temblando muevo?
Decid, ¿quién de vosotros será el hombre
Que entre? ¿Callas, Filipo?

FILIPO.

No me atrevo.

REY.

Tú, capitan, ¿no llegas?

CAPITAN.

Solo el nombre
Me atemoriza.

REY.

¿Atréveste, Leogario?

LEOGARIO.

Es el cielo, señor, mucho contrario.

REY.

¡Oh cobardes, oh infames, hombres viles,
Indignos de ceñir templado acero,
Sino de solo adornos mujeriles!
Pues yo he de ser, villanos, quien primero
Los encantos extraños y sutiles
Deslustre de un cristiano, un hechicero;
Mirad en mí con tan valiente extremo,
Que ni temo su horror, ni á su Dios temo.

(*Va Egerio á la cueva, y al entrar se hunde con mucho ruido, y suben llamas, oyéndose muchas voces.*)

POLONIA.

¡Qué asombro!

LEOGARIO.

¡Qué prodigio!

POLONIA.

¡Qué portento!

CAPITAN.

Llamas el centro de la tierra espira. (*Vase.*)

LEOGARIO.

Los ejes rotos ví del firmamento. (*Vase.*)

POLONIA.

El cielo desató toda su ira. (*Vase.*)

LESBIA.

La tierra se estremece, y gime el viento. (*Vase.*)

PATRICIO.

La mano vuestra, gran Señor, admira
Vuestros contrarios. (*Vase.*)

FILIPO.

¿Quién será el sin juicio,
Que entre en el purgatorio de Patricio? (*Vase.*)

—

JORNADA TERCERA.

Calle. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JUAN PAULIN, *de soldado ridículo*, y LUDOVICO, *muy pensativo.*

PAULIN.

Algun dia habia de ser,
Pues fué fuerza que llegase,
El que yo te preguntase
Lo que pretendo saber.
Ve conmigo. Yo salí
De mi cabaña á enseñarte
El camino, y á la parte
Donde te embarcaste fuí.
Allí otra vez me dijiste:
«A mi mano has de morir,
O conmigo has de venir.»
Y como á escoger me diste,
Escogí del mal el mas;
Que fué el venirme contigo,
A quien como sombra sigo
En cuantas provincias has
Discurrido, Italia, España,
Francia, Escocia, Ingalaterra.
Y en efecto, no hubo tierra,
Que por remota y extraña,
Se te escapase. Y al fin,
Despues de haber caminado
Tanto, la vuelta hemos dado
A Irlanda. Yo, Juan Paulin,
Confuso de ver que vienes,
Barba y cabello crecido,
Mudando lengua y vestido,
Pregunto, ¿qué causa tienes
Para hacer estos disfraces?
No sales de la posada
De dia, y en la noche helada
Mil temeridades haces,
Sin advertir que llegamos
A una tierra, donde todo
Está trocado, de modo
Que nada, señor, dejamos
Como lo hallamos. Egerio
Desesperado murió,
Y Lesbia su hija quedó
Heredera deste imperio;
Porque Polonia...

LUDOVICO.

Prosigue,
Sin que á Polonia me nombres.
No me mates, no me asombres
Con suceso que me obligue
A hacer extremos. Ya sé
Que Polonia al fin murió.

PAULIN.

El huésped me lo contó,
Y me dijo cómo fué
El hallarla muerta, y...

LUDOVICO.

Calla;
Porque no quiero saber
Su muerte, pues no ha de ser
Para sentilla y lloralla.

PAULIN.

Al fin me dijo que acá,
Dejando horrores profanos,
Todos son buenos cristianos;
Porque un Patricio, que ya
Murió...

LUDOVICO.

¿Patricio murió?

PAULIN.

El huésped lo dice así.

LUDOVICO.

(*Ap.* Mal mi palabra cumplí.)
Prosigue.

PAULIN.

Les predicó
La fe de Cristo, y en prueba
De que es divina verdad
Del alma la eternidad,
Aquí descubrió una cueva,
¡Y qué cueva! Atemoriza
El oirlo.

LUDOVICO.

Ya lo sé.
Que otras veces lo escuché,
Y el cabello se me eriza;
Porque aquí los moradores
Ven prodigios cada dia.

PAULIN.

Como tu melancolía,
Entre asombros y temores,
No te deja hablar ni ver
A nadie, y siempre encerrado
Estás, señor, no has llegado
A ver, oir y saber
Estas cosas. Pero aquí
Es lo que ménos importa:
Mi prolija duda acorta,
Y á lo que venimos di.

LUDOVICO.

Quiero á todo responderte.
De tu casa te saqué,
Y mi intento entónces fué
Darte en el campo la muerte;
Mas parecióme mejor
Que, llevándote conmigo,
Mi compañero y amigo
Fueses, quitando el temor
Que me causaba llegar
A hablar á nadie; y en fin,
Yendo conmigo, Paulin,
Me pudiste asegurar.
Varias tierras anduvimos,
Nada en ellas te faltó;
Y respondiéndote yo
Agora á lo que venimos,
Sabe que es á dar la muerte
A un hombre de quien estoy
Ofendido; y así voy
Encubriendo desta suerte
El traje, la patria, el nombre;
Y de noche este fin sigo,
Por ser mi fuerte enemigo
El mas poderoso hombre
De la tierra. Ya que á tí
Fio todo mi secreto,
Escucha para qué efeto
Hoy me has seguido hasta aquí.
Tres dias há que llegué
A esta ciudad disfrazado,
Y dos noches que embozado
A mi enemigo busqué
En su casa y en su calle:
Y un hombre que á mí llegó
Embozado, me estorbó
Por dos veces el matalle.
Este me llama, y despues
Que voy, se desaparece
Tan veloz, que me parece
Que lleva el viento en los piés.
Hete esta noche traido,
Porque si acaso viniere,
Escapar de dos no espere;
Pues entre los dos cogido,
Le podrémos conocer.

PAULIN.

¿Y quién son los dos?

LUDOVICO.

Tú y yo.

Digitized by Google

PAULIN.

Yo no soy ninguno.

LUDOVICO.

¿No?

PAULIN.

No, señor, ni puedo ser
Uno ni medio en notorios
Peligros con que me asombras
¿Yo con las señoras sombras
Y señores purgatorios?
En mi vida me metí
Con cosas del otro mundo,
Y en justa razon lo fundo
Mándame, señor, á mí
Que con mil hombres me mate;
Que en esta ocasion, yo sé
Que de todos mil huiré,
Y aun de uno; que es dislate,
Digno del hombre mas loco,
Que haya quien morirse quiera
Por no dar una carrera,
¡Cosa que cuesta tan poco!
Estimo en mucho mi vida:
Déjame, señor, aquí,
Y despues vuelve por mí.

LUDOVICO.

Esta es la casa: homicida
De Filipo hoy he de ser.
Veamos si el cielo pretende
Defenderle, y le defiende.
Aquí te puedes poner.

ESCENA II.

UN HOMBRE EMBOZADO.—LUDOVICO, PAULIN.

PAULIN.

No hay para qué, que ya allí
Un hombre viene.

LUDOVICO.

Dichoso
Soy, si llega la ocasion
En que dos venganzas tomo;
Pues esta noche no habrá
A mis rigores estorbo,
Dando muerte á este embozado
Antes que á Filipo. Solo
Viene: él es; que ya las señas
Por el talle reconozco,
O porque me atemoriza
El miralle, y me da asombro.

EMBOZADO.

Ludovico.

LUDOVICO.

Ya há dos noches,
Caballero, que aquí os noto.
Si me llamais, ¿por qué huis?
Y si me buscasteis, ¿cómo
Os ausentasteis?

EMBOZADO.

Seguidme,
Sabréis quién soy.

LUDOVICO.

Tengo un poco
Que hacer en aquesta calle,
Y me importa quedar solo;
Porque en matándôs á vos,
Tengo que matar á otro.
(*Saca la espada y acuchilla al viento.*)
O saqueis ó no la espada,
Desta manera dispongo
Dos venganzas. ¡Vive Dios!
Que el aire acuchillo y corto,
Y no otra cosa. Paulin,
Ataja tú por esotro
Lado.

PAULIN.

Yo no sé atajar.

LUDOVICO.

Pues he de seguiros todo
El lugar, hasta que sepa
Quién sois. (*Ap.* En vano propongo
Darle muerte. ¡Vive Dios,
Que rayos de acero arrojo,
Y que de ninguna suerte
Le ofendo, hiero ni toco!)
(*Vase tras él acuchillándole, sin poder tocarle.*)

ESCENA III.

FILIPO.—PAULIN.

PAULIN. (*Ap.*)

¡Vayan en buen hora! Ya
Salió de la calle, y otro
Se viene á mí; mas tentado
Estoy que algun San Antonio,
De figuras y fantasmas.
En esta puerta me escóndo,
En tanto que áqueste pasa.

FILIPO.

Amor atrevido y loco,
Con los favores de un reino
Me haces amante dichoso.
Fuése Polonia al desierto,
Donde entre peñas y troncos,
Ciudadana de los montes,
Isleña de los escollos
Vive, renunciando en Lesbia
El reino: yo codicioso
Mas que amante, á Lesbia sirvo,
A la majestad adoro;
De hablarla vengo á una reja,
Donde mil finezas oigo.
Mas ¿qué es esto? Cada noche
Un hombre á mis puertas topo.
¿Quién será?

PAULIN. (*Ap.*)

Hácia mí se viene.
Mas ¿que hay para mí y todo
Fantasmita?

FILIPO.

Caballero.

PAULIN.

A ese nombre no respondo;
No habla conmigo.

FILIPO.

Esa es
Mi casa.

PAULIN.

Yo no os la tomo;
Goceisla un siglo, sin huésped
De aposento.

FILIPO.

Si es forzoso
Estar en aquesta calle
(Que eso ni apruebo ni toco),
Dadme lugar á que pase.

PAULIN.

(*Ap.* Cortes habló y temeroso:
Tambien hay sombras gallinas.)
Yo tengo un mucho, ó un poco
Que hacer; entrad norabuena,
Que á ningun señor estorbo
Que entre á acostarse, ni es justo.

FILIPO.

Yo la condicion otorgo.
(*Ap.* ¡Bravas sombras esta calle
Tiene: cada noche noto
Que delante de mí viene
Un hombre, y mas cuidadoso
Reparo, que se me pierde
En estos umbrales propios.
Pero á mí ¿qué me va en esto?) (*Vase.*)
(*Saca Paulin la espada, y hace que riñe.*)

PAULIN.

Ya se fué: agora es forzoso
Esto. Aguarda, sombra fria,
Si eres sombra, ó si eres sombro.
No le alcanzo: ¡vive Dios!
Que el aire acuchillo y corto.
Mas si es este el caballero,
Que en el sereno nosotros
Esperamos, ¡vive Dios!
Que él es un hombre dichoso,
Pues ya se ha entrado á acostar.
Mas otra vez ruido oigo.
De cuchilladas y voces;
Allí son, por aquí corro. (*Vase.*)

—

Otra calle.

ESCENA IV.

EL EMBOZADO, LUDOVICO.

LUDOVICO.

Ya salimos, caballero,
De la calle: si era estorbo
Reñir en ella, ya estamos
Cuerpo á cuerpo los dos solos.
Y pues mi espada no ofende
Vuestra persona, me arrojo
A saber quién sois. Decidme,
¿Sois hombre, sombra ó demonio?
¿No hablais? Pues he de atreverme
A quitaros el embozo,
(*Se le quita, y halla debajo un esqueleto.*)
Y saber... ¡Válgame el cielo!
¿Qué miro? ¡Ay Dios, qué espantoso
Espectáculo, qué horrible
Vision, qué mortal asombro!
¿Quién eres, yerto cadáver,
Que deshecho en humo y polvo
Vives hoy?

EMBOZADO.

¿No te conoces?
Este es tu retrato propio.
Yo soy Ludovico Enio. (*Desaparece.*)

LUDOVICO.

¡Válgame el cielo! ¿qué oigo?
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
Sombras y desdichas toco.
Muerto soy. (*Cae en el suelo.*)

ESCENA V.

PAULIN. — LUDOVICO.

PAULIN.

La voz es esta
De mi señor: el socorro
Le llega á buen tiempo en mí.
¡Señor!

LUDOVICO.

¿A qué vuelves, monstruo
Horrible? Ya estoy rendido
A tu voz.

PAULIN.

(*Ap.* El está loco.)
Que no soy el monstruo horrible;
Juan Paulin soy, aquel tonto,
Que sin qué ni para qué
Te sirve.

LUDOVICO.

¡Ay, Paulin! De modo
Estoy, que ignoro quién eres;
¡Pero qué mucho, si ignoro
Quién soy yo! ¿Viste, por dicha,
Un cadáver temeroso,

Digitized by Google

Un muerto con alma, un hombre
Que en el armadura solo
Se sustentaba, la carne
Negada á los huesos broncos,
Las manos yertas y frias,
Y el cuerpo desnudo y tosco,
De sus cóncavos vacíos,
Desencajados los ojos?
¿Por dónde fué?

PAULIN.

Pues si yo
Le hubiera visto, forzoso
Fuera que no lo dijera;
Pues en ese instante propio,
Cayera de esotro lado
Mas muerto que él.

LUDOVICO.

Y aun yo y todo;
Pues la voz muda, el aliento
Triste, el pecho pavoroso
Visten de hielo al sentido,
Calzan á los piés de plomo.
Sobre mí he visto pendiente
La máquina de dos polos,
Siendo de tanta fatiga
Breves atlantes mis hombros:
Parece que se levanta
De cada flor un escollo,
De cada rosa un gigante;
Porque sus cóncavos rotos,
Quiere arrojar de su vientre
Los muertos que guarda en polvo.
Yo vi á Ludovico Enio
Entre ellos. ¡Cielos piadosos,
Escondedme de mí mismo,
Y en el centro mas remoto
Me sepultad: no me vea
A mí, pues no me conozco!
Pero si conozco, sí;
Pues sé que fuí yo aquel monstruo
Tan rebelde, que á Dios mismo
Se atrevió soberbio y loco;
Aquel que tantos delitos
Cometió, que fuera poco
Castigo, que Dios mostrara
En él sus rigores todos;
Y que, miéntras fuera Dios,
Padeciera rigurosos
Tormentos en los infiernos.
Mas despues desto conozco
Que son hechos contra un Dios
Tan divino y tan piadoso,
Que puedo alcanzar perdon,
Cuando arrepentido lloro.
Yo lo estoy, Señor, y en prueba
De que hoy empiezo á ser otro,
Y que nazco nuevamente,
En vuestras manos me pongo.
No me juzgueis justiciero,
Pues son atributos propios
La justicia y la piedad:
Juzgad misericordioso;
Mirad vos qué penitencia
Puedo hacer, que yo la otorgo.
¿Qué será satisfaccion
De mi vida?

Música. (*Dentro*)
El purgatorio.

LUDOVICO.

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?
Acentos son sonorosos;
Iluminacion parece
Del cielo, que misterioso
Da auxilios al pecador.
Y pues en él reconozco
Lo que Dios inspira, quiero
Entrar en el purgatorio
De Patricio, y cumpliré,
Sujeto, humilde y devoto,
La palabra que le dí,
Viendo, si tal dicha toco,
A Patricio. Si este intento
Es terrible, es riguroso,
Porque no hay humanas fuerzas
Que resistan los asombros,
Ni que sufran los tormentos
Que ejecuten los demonios,
Tambien fuéron rigurosas
Mis culpas. Médicos doctos
A peligrosas heridas
Dan remedios peligrosos.—
Vente conmigo, Paulin:
Verás que á los piés me postro
Del obispo, y que confieso
Allí mis pecados todos
A voces, por mas espanto.

PAULIN.

Pues para eso vete solo,
Que no ha de ir acompañado
Un hombre tan animoso:
Y no he oido que ninguno
Vaya al infierno con mozo.
A mi aldea me he de ir;
Allí vivo sin enojos,
Y fantasma por fantasma,
Bástame mi matrimonio. (*Vase.*)

LUDOVICO.

Públicas fuéron mis culpas
Y así públicas dispongo
Las penitencias: iré
Dando voces como loco,
Publicando mis delitos.
Hombres, fieras, montes, globos
Celestiales, peñas duras,
Plantas tiernas, secos olmos,
Yo soy Ludovico Enio;
Temblad á mi nombre todos,
Que soy monstruo de humildad
Si fuí de soberbia monstruo,
Y tengo fe y esperanza
Que me veréis mas dichoso,
Si en nombre de Dios, Patricio
Me ayuda en el purgatorio. (*Vase.*)

—

Selva en cuyo centro se verá un monte, del cual desciende Polonia.

ESCENA IX.

POLONIA.

Quisiera ¡oh Señor mio!
Que en estas soledades,
Una y mil voluntades
Os diera mi albedrío,
Y liberal quisiera
Que cada voluntad un alma fuera.
Quisiera haber dejado,
No un reino humilde y pobre,
Sino el imperio sobre
Quien, siempre coronado,
Ilumina y pasea
El sol, en cuantos círculos rodea.
Esta humilde casilla,
Tan pobre y tan pequeña,
Parto de aquesta peña,
Octava maravilla
Es, cuyo breve espacio,
La majestad excede del palacio.
Mas precio ver la salva
Del dia, cuando llora
Blando aljófar la aurora
En los brazos del alba,
Y el sol hermoso en ellas
Sale con vanidad borrando estrellas;
Mas precio ver que baña
Al descender la noche,
Su luminoso coche
En las ondas de España,
Pudiendo la voz mia
Alabaros, Señor, de noche y dia:
Que ver las majestades
Con soberbia servidas,
Siempre desvanecidas
Con locas vanidades:
Siendo (¡á quién no le asombra!)
La vida breve una caduca sombra.

ESCENA VII.

LUDOVICO.—POLONIA.

LUDOVICO.

(*Ap.* Yo voy constante y fuerte:
Mi espíritu me lleva
Buscando aquella cueva,
Donde el cielo me advierte
La salud conocida,
Teniendo en ella el purgatorio en vida.)
Dígasme tú, divina (*A Polonia.*)
Mujer, que este horizonte
Vives, siendo del monte
Moradora y vecina,
¿Qué camino da indicio,
Para ir al purgatorio de Patricio?

POLONIA.

Dichoso peregrino,
Que así buscando vienes
De los mas ricos bienes
El tesoro divino,
Bien podré yo guiarte,
Que por eso no mas vivo esta parte;
¿Ves ese monte?

LUDOVICO. (*Ap.*)

Y veo
Mi muerte en él.

POLONIA. (*Ap.*)

¡Ay triste!
Alma, ¿qué es lo que viste?

LUDOVICO. (*Ap.*)

¿Si es ella? No lo creo.

POLONIA. (*Ap.*)

¿Si es él? No certifico.

LUDOVICO. (*Ap.*)

Esta es Polonia.

POLONIA (*Ap.*)

Aquel es Ludovico.

LUDOVICO.

Pero ilusion ha sido,
Porque á volver me obligue
De mi intento. Prosigue. (*A Polonia.*)

POLONIA. (*Ap.*)

¿Si vencerme ha querido
El comun enemigo
Con sombras?

LUDOVICO.

¿No prosigues?

POLONIA.

Ya prosigo.
Pues este monte tiene
Ese prodigio dentro,
A cuyo oscuro centro
Nadie por tierra viene:
Y así por agua llega,
Que esa laguna en barcos se navega.
(*Ap.* Con la venganza lucho,
Con la piedad me venzo.)

LUDOVICO. (*Ap.*)

Nuevas dichas comienzo,
Pues la miro y escucho.

POLONIA. (*Ap.*)

Peleando estoy conmigo.

LUDOVICO.

¡Muerto estoy! ¿No prosigues?

Digitized by Google

POLONIA.

Ya prosigo.
Esa laguna cerca
Todo el monte eminente
Y así mas fácilmente
Por ella está mas cerca
Un convento sagrado,
En medio de la isla fabricado.
Canónigos reglares
Le habitan, y á su cargo
Está el discurso largo
De avisos singulares,
De misas, confesiones,
De ceremonias y otras prevenciones,
Que debe hacer primero,
Quien padecer quisiere
En vida. (*Ap.* Pues no espere
Este enemigo fiero
Vencerme.)

LUDOVICO. (*Ap.*)

Mi esperanza
No ha de tener aquí desconfianza.
Viendo el mayor delito
Presente, aunque me ofrece
Culpas en que tropiece,
Vencerme solicito.

POLONIA. (*Ap.*)

¡Con qué fuerte enemigo
Me veo!

LUDOVICO.

¿No prosigues?

POLONIA.

Ya prosigo.

LUDOVICO.

Pero el discurso acorta;
Porque el alma me avisa
Que importa el irme aprisa.

POLONIA.

A mí tambien me importa
Que te vayas.

LUDOVICO.

Pues sea
Diciéndome, mujer, por donde vea
El camino.

POLONIA.

Ninguna
Persona de aquí pasa acompañada;
Y así la esfera helada
De esa breve laguna,
En un barco pequeño
Has de pasar, siendo absoluto dueño
De tus acciones. Llega,
Que en la orilla está atado;
Y en solo Dios fiado,
Los cristales navega
De ese piélago presto.

LUDOVICO.

A mí tambien me va la vida en esto;
Y así al barco me entrego.
¡Qué horror al alma ofrece!
Un atahud parece;
Y yo solo navego
Por esta nieve fria. (*Éntrase.*)

POLONIA.

Pues no vuelvas atras, sigue y confia.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Vencí, vencí, Polonia,
Pues que no me ha rendido
Tu vista.

POLONIA.

Yo he vencido,
En esta Babilonia
Confusa, enojo y ira.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Tu fingido semblante no me admira,
Aunque tomases forma
Para que yo dejase
El fin que sigo, y que desconfiase.

POLONIA.

Mal el temor te informa,
De ánimo pobre y de temores rico,
Porque yo soy Polonia, Ludovico,
La misma á quien tú diste
Muerte, que venturosa
Hoy vivo, mas dichosa
En este estado triste.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Pues ya el alma confiesa
Su culpa, y mas de su rigor la pesa:
Mis errores perdona.

POLONIA.

Sí hago, y tu intento apruebo.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Mi fe conmigo llevo.

POLONIA.

Esa sola te abona.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Adios.

POLONIA.

Adios.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

Él su rigor aplaque.

POLONIA.

Y él con victoria de ese horror te saque.

Entrada del convento: en el fondo la cueva de Patricio.

ESCENA VIII.

Dos CANÓNIGOS REGLARES; *despues* LUDOVICO.

CANÓNIGO 1.°

Las ondas de la laguna
Se mueven sin el veloz
Viento: sin duda á la isla
Llegan peregrinos hoy.

CANÓNIGO 2.°

Vamos á la orilla á ver
Quiénes tan osados son,
Que se atreven á tocar
Nuestra oscura habitacion.

(*Sale Ludovico.*)

LUDOVICO.

Ya el barco fié á las ondas,
Diré el atahud mejor.
¿Quien navegó en su sepulcro,
Nieve y fuego, sino yo?
¡Qué ameno sitio que es este!
Aquí pienso que llamó
A cortes la primavera
La noble y plebeya flor.
¡Qué triste monte es aquel!
Tan disformes son los dos,
Que les hace mas amigos
La contraria oposicion.
Allí cantan tristes aves
Quejas que causan temor;
Aquí pájaros alegres
Enamoran con su voz.
Allí bajan los arroyos
Despeñados con horror,
Y aquí mansamente corren
Dándole espejos al sol.
En medio de esta fealdad
Y esta hermosura, sacó
La frente un grave edificio
Miedo me causa y amor.

CANÓNIGO 1.°

Venturoso caminante,
Que te has atrevido hoy,
Llega á mis brazos.

LUDOVICO.

Al suelo
Que pisas será mejor;
Y llévame, por piedad,
Agora á ver al prior
Que este convento gobierna.

CANÓNIGO 1.°

Aunque indigno, yo lo soy.
Habla, prosigue; ¿qué dudas?

LUDOVICO.

Padre, si dijera yo
Quién soy, temiera que huyendo
De mí, le diera temor
Mi nombre; porque mis obras
Tan abominables son,
Que, por no verlas, se cubre
De luto ese resplandor.
Soy un abismo de culpas
Y un piélago de furor,
Soy un mapa de delitos,
Y el mas grave pecador
Del mundo: y para decirlo
Todo en sola una razon
(Aquí me falta el aliento),
Ludovico Enio soy.
Vengo á entrar en esta cueva,
Donde, si hay satisfaccion
A tantas culpas, lo sea
Su penitencia. Yo estoy
Absuelto ya, que el obispo
De Hibernia me confesó,
E informado de mi intento,
Con agrado y con amor
Me consoló, y para tí
Aquestas cartas me dió. (*Dáselas.*)

CANÓNIGO 1.°

No se toma en solo un dia
Tan gran determinacion,
Ludovico; que estas cosas
Muy para pensadas son.
Estad aquí algunos dias
Huésped, y despues los dos
Lo veremos mas despacio.

LUDOVICO.

No, padre mio, eso no:
Que no me he de levantar
Desta tierra, hasta que vos
Me concedais este bien.
Auxilio fué, inspiracion
De Dios la que aquí me trajo,
No vanidad, no ambicion,
No deseo de saber
Secretos que guarda Dios.
No pervirtais este intento,
Que es divina vocacion.
Padre mio, piedad pido,
Dad á mis penas favor,
Dad á mis ansias consuelo,
Dad alivio á mi dolor.

CANÓNIGO 1.°

Tú, Ludovico, no adviertes
Que pides mucho, y qué son
Los tormentos del infierno
Los que has de pasar. Valor
No tendrás para sufrirlos.
Muchos, Ludovico, son
Los que entraron; pero pocos
Los que salieron.

LUDOVICO.

Temor
No me dan sus amenazas;
Que yo protesto que voy
Solo á purgar mis pecados,
Cuyo número excedió
A las arenas del mar
Y á los átomos del sol.
Firme esperanza tendré
Puesta siempre en el Señor,

Digitized by Google

A cuyo nombre vencido
Queda el infierno.

CANÓNIGO 1.°

El fervor
Con que lo dices, me obliga
Que te abra las puertas hoy.
Esta, Ludovico, es
La cueva. (*Abren la boca de la cueva.*)

LUDOVICO.

¡Válgame Dios!

CANÓNIGO 1.°

¿Ya desmayas?

LUDOVICO.

No desmayo;
Asombro el verla me dió.

CANÓNIGO 1.°

Aquí otra vez te protesto,
No entres por causa menor,
Que por pensar que así alcanzas
De tus pecados perdon.

LUDOVICO.

Padre, ya estoy en la cueva:
Aquí atiendan á mi voz
Hombres, fieras, cielos, montes,
Dia, noche, luna y sol,
A quien mil veces protesto,
A quien mil palabras doy,
Que entro á padecer tormentos
Por ser tan gran pecador,
Que tan grande penitencia
Es poca satisfaccion
De mis culpas, y pensar
Que está aquí mi salvacion.

CANÓNIGO 1.°

Pues entra; y siempre en la boca
Lleva, y en el corazon,
De Jesus el nombre.

LUDOVICO.

Él sea
Conmigo. Señor, Señor,
Armado de vuestra fe
En el campo abierto estoy
Con mi enemigo; este nombre
Me ha de sacar vencedor.
La señal de la cruz hago
Mil veces. ¡Válgame Dios!
(*Entra en la cueva, y cierran.*)

CANÓNIGO 1.°

De cuantos aquí han entrado
Nadie tuvo igual valor.
Dádsele, justo Jesus,
Resista la tentacion
De los demonios, fiado,
Divino Señor, en vos. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

LESBIA, FILIPO, LEOGARIO, EL CAPITAN, POLONIA.

LESBIA.

Antes pues que lleguemos
Donde nos lleva tu razon, podemos
Decir á qué venimos
Todos á verte; puesto que trajimos
Determinado intento.

POLONIA.

Decid andando vuestro pensamiento,
Y siguiendo mi paso,
Porque os llevo á admirar el mayor caso
Que humanos ojos vieron.

LESBIA.

Pues nuestras pretensiones estas fuéron.
Polonia, tú veniste
A este monte, y en él vivir quisiste,
Haciéndome heredera
En vida de un imperio: yo quisiera
Darte en mi intento parte,
Y así de todo aquí vengo á informarte.
Mi voluntad te dejo,
Preceptos pido, hermana, no consejo:
Una mujer no tiene
Valor para el consejo, y la conviene
Casarse.

POLONIA.

Y es muy justo;
Y si es Filipo el novio, ese es mi gusto;
Pues con eso he podido,
Lesbia, dejarte el reino y el marido,
Porque todo lo debas
A mi amor.

FILIPO.

Las edades vivas nuevas
Del sol, que cada dia muere y nace,
Y fénix de sus rayos se renace.

POLONIA.

Pues ya que habeis logrado
Vuestro intento los dos, este cuidado
Con que aquí os ha traido,
Quiero que todos escucheis qué ha sido.
Con fervientes extremos
Vino un hombre, á quien todos conoce-
Buscando de Patricio [mos,
La cueva, para entrar en su ejercicio.
Entró en ella, y hoy sale.
Y porque aquí la admiracion iguale
Al temor y al espanto,
Os traje á ver este prodigio santo.
No os dije allá lo que era,
Porque el temor cobarde no impidiera
El fin que osado sigo;
Y así os traje conmigo.

LESBIA.

Ha sido intento justo;
Que yo con el temor mezclaré el gusto.

FILIPO.

Todos saber deseamos
La verdad de las cosas que escuchamos.

POLONIA.

Si el valor le ha faltado,
Y dentro de la cueva se ha quedado,
Por lo ménos veremos
El castigo; y si sale, dél sabrémos
De aquí lo misterioso;
Si bien sale, el que sale, temeroso
Tanto, que hablar no puede,
Y huyendo de las gentes, se concede
Solo á las soledades.

LEOGARIO.

Misterios son de grandes novedades.

CAPITAN.

A buen tiempo llegamos,
Pues que los religiosos que miramos,
En lágrimas bañados,
Con silencio á la cueva van guiados
Para abrirle la puerta.

ESCENA X.

CANÓNIGOS, *que llegan á la puerta de la cueva y la abren, saliendo de ella* LUDOVICO, *asombrado.* — DICHOS.

CANÓNIGO 1.°

La del cielo, Señor, tened abierta
A lágrimas y voces:
Venza este pecador esos atroces
Calabozos, adonde
De vuestro rostro la vision se esconde.

POLONIA.

Ya abrió.

CANÓNIGO 1.°

¡Qué gran consuelo!

FILIPO.

Ludovico es aquel.

LUDOVICO.

¡Válgame el cielo!
¿Es posible que he sido
Tan dichoso, que ya restituido,
Despues de tantos siglos, me he mirado
A la luz?

CAPITAN.

¡Qué confuso!

LEOGARIO.

¡Qué turbado!

CANÓNIGO 1.°

A todos da los brazos.

LUDOVICO.

En mí serán prisiones, que no lazos.
Polonia, pues te veo,
Ya mi perdon de tus piedades creo;
Y tú, Filipo, advierte
Que un ángel te ha librado de la muerte,
Dos noches que he querido
Matarte: que perdones mi error pido.
Y dejadme que huyendo
De mí, me esconda el centro: así preten-
Retirarme del mundo; [do
Que quien vió lo que yo, con causa fundo
Que ha de vivir penando.

CANÓNIGO 1.°

Pues de parte de Dios, Enio, te mando
Que digas lo que has visto.

LUDOVICO.

A tan santo precepto no resisto;
Y porque al mundo asombre,
Y no viva en pecado muerto el hombre,
Y á mis voces despierte,
Mi relacion, grave concurso, advierte.
Despues de las prevenciones
Tan justas y tan solemnes,
Como para tanto caso
Se piden y se requieren,
Y despues que yo de todos
Con fe viva y valor fuerte,
Para entrar en esa cueva,
Me despedí tiernamente;
Puse mi espíritu en Dios,
Y repitiendo mil veces
Las misteriosas palabras
De que en los infiernos temen,
Pisé luego sus umbrales,
Y esperando á que me cierren
La puerta, estuve algun rato.
Cerráronla al fin, y halléme
En noche oscura, negado
A la luz tan tristemente,
Que cerré los ojos yo
(Propio afecto del que quiere
Ver en las oscuridades),
Y con ellos desta suerte
Andando fuí, hasta tocar
La pared que estaba en frente.
Y siguiéndome por ella,
Como hasta cosa de veinte
Pasos, encontré unas peñas,
Y advertí que por la breve
Rotura de la pared,
Entraba dudosamente
Una luz, que no era luz,
Como á las auroras suele
El crepúsculo dudar,
Si amanece ó no amanece.
Sobre mano izquierda entré,
Siguiendo con pasos leves
Una senda, y al fin della
La tierra se me estremece,
Y como que quiere hundirse,
Hacen mis plantas que tiemble.
Sin sentido quedé, cuando
Hizo que á su voz despierte

Digitized by Google

De un desmayo y de un olvido,
Un trueno que horriblemente
Sonó, y la tierra en que estaba
Abrió el centro, en cuyo vientre
Me pareció que caí
A un profundo, y que allí fuesen
Mi sepultura las piedras
Y tierra que tras mí viene.
En una sala me hallé
De jaspe, en quien los cinceles,
Obraron la arquitectura
Docta y advertidamente.
Por una puerta de bronce
Salen y hácia mí se vienen
Doce hombres, que vestidos
De blanco uniformemente,
Me recibieron humildes,
Me saludaron corteses.
Uno, al parecer entre ellos
Superior, me dijo: «Advierte
Que pongas en Dios la fe,
Y no desmayes por verte
De demonios combatido;
Porque si volverte quieres,
Movido de sus promesas
O amenazas, para siempre
Quedarás en el infierno
Entre tormentos crueles.»
Angeles para mí fuéron
Estos hombres, y de suerte
Me animaron sus razones,
Que desperté nuevamente.
Luego de improviso, toda
La sala llena se ofrece
De visiones infernales
Y de espíritus rebeldes,
Con las formas mas horribles
Y mas feas que ellos tienen,
Que no hay á qué compararlos.
Y uno me dijo: «Imprudente,
Loco, necio, que has querido
Antes de tiempo ofrecerte
Al castigo que te aguarda
Y á las penas que mereces:
Si tus culpas son tan grandes,
Que es fuerza que te condenes,
Porque en los ojos de Dios
Hallar clemencia no puedes,
¿Por qué quisiste venir
Tú á tomarlas? Vuelve, vuelve
Al mundo, acaba tu vida,
Y como viviste, muere.
Entónces vendrás á vernos;
Que ya el infierno previene
La silla que has de tener
Ocupada eternamente.»
No le respondí palabra,
Y dándome fieramente
De golpes, de piés y manos
Me ligaron con cordeles,
Y luego con unos garfios
De acero me asen y hieren,
Arrastrándome por todos
Los claustros, adonde encienden
Una hoguera, y en sus llamas
Me arrojan. «¡Jesus, valedme!»
Dije. Huyeron los demonios,
Y el fuego se aplaca y muere.
Lleváronme luego á un campo,
Cuya negra tierra ofrece
Frutos de espinas y abrojos,
Por rosas y por claveles.
Aquí el viento que corria
Penetraba sutilmente
Los miembros, aguda espada
Era el suspiro mas débil.
Aquí en profundas cavernas
Se quejaban tristemente
Condenados, maldiciendo
A sus padres y parientes.
Tan desesperadas voces
De blasfemias insolentes,
De reniegos y porvidas
Repetian muchas veces,
Que aun los demonios temblaban.
Pasé adelante, y halléme
En un prado, cuyas plantas
Eran llamas, como suelen
En el abrasado agosto
Las espigas y las mieses.
Era tan grande, que nunca
El término en que fenece
Halló la vista; y aquí
Estaban diversas gentes
Recostadas en el fuego.
A cuál pasan y trascienden
Clavos y puntas ardiendo;
Cuál los piés y manos tiene
Clavados contra la tierra;
A cuál las entrañas muerden
Víboras de fuego; cuál
Rabiando ase con los dientes
La tierra; cuál á sí mismo
Se despedaza, y pretende
Morir de una vez, y vive
Para morir muchas veces.
En este campo me echaron
Los ministros de la muerte,
Cuya furia al dulce nombre
De Jesus se desvanece.
Pasé adelante, y allí
Curaban, de los crueles
Tormentos, á los heridos
Con plomo y resina ardiente,
Que echado sobre las llagas,
Era cauterio mas fuerte.
¿Quién hay que aquí no se aflija?
¿Quién hay que aquí no se eleve,
Que no llore y no suspire,
Que no dude y que no tiemble?
Luego de una casería
Vi, que por puerta y paredes
Estaban saliendo rayos,
Como acá se ve encenderse
Una casa, en quien el fuego
Revienta por donde puede.
«Esta, me dijeron, es
La quinta de los deleites,
El baño de los regalos,
Adonde están las mujeres
Que en esotra vida fuéron,
Por livianos pareceres,
Amigas de olores y aguas,
Unturas, baños y afeites.»
Dentro entré, y en ella vi
Que en un estanque de nieve
Se estaban bañando muchas
Hermosuras excelentes.
Debajo del agua estaban
Entre culebras y sierpes,
Que de aquellas ondas eran
Las sirenas y los peces:
Helados tenian los miembros
Entre el cristal transparente,
Los cabellos erizados,
Y traspillados los dientes.
Salí de aquí, y me llevaron
A una montaña eminente,
Tanto, que para pasar
De los cielos, con la frente
Abolló, si no rompió,
Ese velo azul celeste.
Hay en medio de esta cumbre
Un volcan, que espira y vierte
Llamas, y contra los cielos
Que las escupe parece:
Deste volcan, deste pozo
De rato en rato procede
Un fuego, en quien salen muchas
Almas, y á esconderse vuelven,
Repitiendo la subida
Y bajada muchas veces.
Un aire abrasado aquí
Me cogió improvisamente,
Haciéndome retirar
De la puerta hasta meterme
En aquel profundo abismo.
Salí dél, y otro aire viene
Que traia mil legiones,
Y á empellones y vaivenes
Me llevaron á otra parte,
Donde agora me parece
Que todas las otras almas
Que habia visto, juntamente
Estaban aquí; y con ser
Sitio de mas penas este,
Miré á todos los que estaban
Allí con rostros alegres,
Con apacibles semblantes,
No con voces impacientes,
Sino clavados los ojos
Al cielo, como quien quiere
Alcanzar piedad, llorando
Tierna y amorosamente:
En que vi, que este lugar
El del purgatorio fuese;
Que así se purgan allí
Las culpas que son mas leves.
No me vencieron aquí
Las amenazas de verme
Entre ellos; ántes me dieron
Valor y ánimo mas fuerte.
Y así los demonios, viendo
Mi constancia, me previenen
La mayor penalidad,
Y la que mas propiamente
Llaman infierno, que fué
Llevarme á un rio, que tiene
Flores de fuego en su márgen,
Y de azufre es su corriente;
Monstruos marinos en él
Eran hidras y serpientes;
Era muy ancho, y tenia
Una tan estrecha puente,
Que era una línea no mas,
Y ella tan delgada y débil,
Que á mí no me pareció
Que, sin quebrarla, pudiese
Pasarla. Aquí me dijeron:
«Por ese camino breve
Has de pasar; mira cómo;
Y para tu horror advierte
Cómo pasan los que van
Delante.» Y vi claramente
Que otros, que pasar quisieron
Cayeron donde las sierpes
Los hicieron mil pedazos
Con las garras y los dientes.
Invoqué de Dios el nombre,
Y con él pude atreverme
A pasar de la otra parte,
Sin que temores me diesen
Ni las ondas ni los vientos
Combatiéndome inclementes.
Pasé al fin, y en una selva
Me hallé, tan dulce y tan fértil,
Que me pude divertir
De todo lo antecedente.
El camino fuí siguiendo
De cedros y de laureles,
Arboles del paraíso,
Siéndolo allí propiamente.
El suelo, todo sembrado
De rosas y de claveles,
Matizaba un espolin
Encarnado, blanco y verde.
Las mas amorosas aves
Se quejaban dulcemente,
Al compas de los arroyos
De mil cristalinas fuentes.
Y á la vista descubrí
Una ciudad eminente,
De quien era el sol remate
A torres y chapiteles.
Las puertas eran de oro,
Tachonadas sutilmente

Digitized by Google

De diamantes, esmeraldas,
Topacios, rubíes, claveques [1].
Antes de llegar se abrieron,
Y en órden hácia mí viene
Una procesion de santos,
Donde niños y mujeres,
Viejos y mozos venian,
Todos contentos y alegres.
Angeles y serafines
Luego en mil coros proceden
Con instrumentos süaves,
Cantando dulces motetes.
Despues de todo venia
Glorioso y resplandeciente
Patricio, gran patriarca,
Y dándome parabienes

[1] Una variedad del cristal de roca.

De que yo, ántes de morirme,
Una palabra cumpliese,
Me abrazó, y todos, mostrando
Gozarse en mis propios bienes.
Animóme y despidióme,
Diciéndome que no pueden
Hombres mortales entrar
En la ciudad excelente
Que mandaba; que á este mundo
Segunda vez me volviese.
Y al fin por los propios pasos
Volví, sin que me ofendiesen
Espíritus infernales;
Llegué á tocar finalmente
La puerta, cuando llegasteis
Todos á buscarme y verme.
Y pues salí de un peligro,
Permitidme y concededme,
Piadosos padres, que aquí
Morir y vivir espere;
Para que con esto acabe
La historia que nos refiere
Dionisio el gran Cartusiano,
Con Enrique Saltarense,
Cesario, Mateo Rodulfo,
Domiciano Esturbaquense,
Membrosio, Marco Marulo,
David Roto, y el prudente
Primado de toda Hibernia
Belarmino, Beda, Serpi,
Fray Dimas, Jacob Solino,
Mensigano, y finalmente
La piedad y la opinion
Cristiana que lo defiende:
Porque la comedia acabe
Y su admiracion empiece.

Digitized by Google

LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

DON MANUEL.
DON LUIS.
DON JUAN.
COSME, *gracioso*.
RODRIGO, *criado*.
DOÑA ANGELA.
DOÑA BEATRIZ.
CLARA, *criada*.
ISABEL, *criada*.
CRIADOS.
GENTE.

La escena pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, COSME, *vestidos de camino*.

DON MANUEL.

Por un hora no llegamos
A tiempo de ver las fiestas,
Con que Madrid generosa
Hoy el bautismo celebra
Del primero Baltasar [1].

COSME.

Como esas cosas se aciertan,
O se yerran por un hora.
Por una hora que fuera
Antes Píramo á la fuente,
No hallara á su Tisbe muerta:
Y las moras no mancharan;
Porque dicen los poetas
Que con arrope de moras
Se escribió aquella tragedia.
Por un hora, que tardara
Tarquino, hallára á Lucrecia
Recogida; con lo cual
Los autores no anduvieran,
Sin ser vicarios, llevando
A salas de competencias
La causa, sobre saber
Si hizo fuerza, ó no hizo fuerza.
Por un hora, que pensara
Si era bien hecho ó no era,
Echarse Hero de la torre,
No se echara, es cosa cierta;
Con que se hubiera excusado
El doctor Mira de Méscua
De haber dado á los teatros
Tan bien escrita comedia;
Y haberla representado
Amarilis tan de véras,
Que volatin del carnal
(Si otros son de la cuaresma),
Sacó mas de alguna vez
Las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
Por un hora tan gran fiesta,
No por un hora perdamos
La posada; que si llega
Tarde Abindarraez, es ley
Que haya de quedarse afuera;
Y estoy rabiando por ver
Este amigo que te espera,
Como si fueras galan
Al uso, con cama y mesa,
Sin saber cómo ó por dónde
Tan grande dicha nos venga;
Pues, sin ser los dos torneos,
Hoy á los dos nos sustenta.

[1] El príncipe Don Baltasar Cárlos, hijo de Felipe IV, nació á 17 de octubre de 1629.

DON MANUEL.

Don Juan de Toledo es, Cosme,
El hombre que mas profesa
Mi amistad, siendo los dos
Envidia, ya que no afrenta
De cuantos la antigüedad
Por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos,
Y pasando de las letras
A las armas, los dos fuimos
Camaradas en la guerra.
En las de Piamonte, cuando
El señor duque de Feria
Con la gineta me honró,
Le dí, Cosme, mi bandera.
Fué mi alférez; y despues,
Sacando de una refriega
Una penetrante herida,
Le curé en mi cama mesma.
La vida, despues de Dios,
Me debe: dejo otras deudas
De menores intereses,
Que entre nobles es bajeza
Referirlas; pues por eso
Pintó la docta academia
Al galardon, una dama
Rica, y las espaldas vueltas;
Dando á entender, que, en haciendo
El beneficio, es discreta
Accion olvidarse dél;
Que no le hace el que le acuerda.
En fin, Don Juan obligado
De amistades y finezas,
Viendo que su Majestad
Con este gobierno premia
Mis servicios, y que vengo
De paso á la corte, intenta
Hoy hospedarme en su casa
Por pagarme con las mesmas;
Y aunque á Búrgos me escribió
De casa y calle las señas,
No quise andar preguntando
A caballo dónde era;
Y así dejé en la posada
Las mulas y las maletas,
Yendo hácia donde me dice.
Ví las galas y libreas,
E informado de la causa,
Quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde en efecto,
Porque...

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, ISABEL, *tapadas*.—DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Si, como lo muestra
El traje, sois caballero
De obligaciones y prendas,
Amparad á una mujer
Que á valerse de vos llega.
Honor y vida me importa
Que aquel hidalgo no sepa
Quien soy, y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra,
A una mujer principal
Una desdicha, una afrenta;
Que podrá ser que algun dia...
¡Adios, adios, que voy muerta!
(*Vanse las dos muy aprisa.*)

COSME.

¿Es dama, ó es torbellino?

DON MANUEL.

¡Hay tal suceso!

COSME.

¿Qué piensas
Hacer?

DON MANUEL.

¿Eso me preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
Excusarse de estorbar
Una desdicha, una afrenta?
Que, segun muestra, sin duda
Es su marido.

COSME.

¿Y qué intentas?

DON MANUEL.

Detenerle con alguna
Industria; mas, si con ella
No puedo, será forzoso
El valerme de la fuerza,
Sin que él entienda la causa.

COSME.

Si industria buscas, espera,
Que á mí se me ofrece una.
Esta carta, que encomienda
Es de un amigo, me valga.

ESCENA III.

DON LUIS, RODRIGO.—DON MANUEL, COSME.

DON LUIS.

Yo tengo de conocerla,
No mas de por el cuidado
Con que de mí se recela.

RODRIGO.

Síguela, y sabrás quién es.
(*Llega Cosme, y retírase Don Manuel.*)

COSME.

Señor, aunque con vergüenza
Llego: vuesarced me haga
Tan gran merced, que me lea
A quién esta carta dice.

DON LUIS.

No voy agora con flema.
(*Detiénele Cosme.*)

COSME.

Pues si flema solo os falta,
Yo tengo cantidad de ella,
Y podré partir con vos.

Digitized by Google

DON LUIS.

Apartad.

DON MANUEL. (*Ap.*)

¡Oh qué derecha,
Es la calle! Aun no se pierden
De vista.

COSME.

Por vida vuestra...

DON LUIS.

¡Vive Dios, que sois pesado,
Y os romperé la cabeza,
Si mucho me haceis..!

COSME.

Por eso
Os haré poco.

DON LUIS.

Paciencia
Me falta para sufriros.
¡Apartad de aquí! (*Empujale.*)

DON MANUEL.

(*Ap.* Ya es fuerza,
Llegar. Acabe el valor
Lo que empezó la cautela.)
Caballero, ese criado (*Llega.*)
Es mio, y no sé que pueda
Haberos hoy ofendido,
Para que de esa manera
Le atropelleis.

DON LUIS.

No respondo
A la duda ó á la queja,
Porque nunca satisfice
A nadie. Adios.

DON MANUEL.

Si tuviera
Necesidad mi valor
De satisfacciones, crea
Vuestra arrogancia de mí,
Que no me fuera sin ella.
Preguntar en qué os ofende,
En qué os agravia ó molesta,
Merece mas cortesía:
Y pues la corte la enseña,
No la pongais el mal nombre,
De que un forastero venga
A enseñarla á los que tienen
Obligacion de saberla.

DON LUIS.

Quien pensare que no puedo
Enseñarla yo...

DON MANUEL.

La lengua
Suspended, y hable el acero

DON LUIS.

Decis bien.

(*Sacan las espadas, y riñen.*)

COSME.

¡Oh quién tuviera
Gana de reñir!

RODRIGO.

Sacad
La espada vos.

COSME.

Es doncella,
Y sin cédula ó palabra,
No puedo sacarla.

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, CLARA, *con mantos.*
DON JUAN Y GENTE — DICHOS.

DON JUAN.

Suelta,
Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No has de ir.

DON JUAN.

Mira que es
Con mi hermano la pendencia.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de mí triste!

DON JUAN.

A tu lado (*A Don Luis.*)
Estoy.

DON LUIS.

Don Juan, tente, espera;
Que, mas que á darme valor,
A hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
Quien no excusó la pendencia
Solo, estando acompañado,
Bien se ve que no la deja
De cobarde. Idos con Dios;
Que no sabe mi nobleza
Reñir mal, y mas con quien
Tanto brio y valor muestra.
Idos con Dios.

DON MANUEL.

Yo os estimo
Bizarría y gentileza;
Pero si de mí, por dicha,
Algun escrúpulo os queda,
Me hallareis donde quisiereis.

DON LUIS.

Norabuena.

DON MANUEL.

Norabuena.

DON JUAN.

¡Qué es lo que miro y escucho!
¡Don Manuel!

DON MANUEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

Suspensa
El alma no determina
Qué hacer, cuando considera
Un hermano y un amigo
(Que es lo mismo) en diferencia
Tal, y hasta saber la causa,
Dudaré.

DON LUIS.

La causa es esta:
Volver por ese criado
Este caballero intenta,
Que necio me ocasionó
A hablarle mal. Todo cesa
Con esto.

DON JUAN.

Pues siendo así,
Cortés me darás licencia,
Para que llegue á abrazarle.
El noble huésped, que espera
Nuestra casa, es el señor
Don Manuel. Hermano, llega;
Que dos, que han reñido iguales,
Desde aquel instante quedan
Mas amigos; pues ya hicieron
De su valor experiencia.
Dadme los brazos.

DON MANUEL.

Primero
Que á vos os los dé, me lleva
El valor que he visto en él,
A que al servicio me ofrezca
Del señor Don Luis.

DON LUIS.

Yo soy
Vuestro amigo, y ya me pesa
De no haberos conocido,
Pues vuestro valor pudiera
Haberme informado.

DON MANUEL.

El vuestro
Escarmentado me deja.
Una herida en esta mano
He sacado.

DON LUIS.

Mas quisiera
Tenerla mil veces yo.

COSME.

¡Qué cortesana pendencia!

DON JUAN.

Venid al punto á curaros.
Tú, Don Luis, aquí te queda
Hasta que tome su coche
Doña Beatriz, que me espera;
Y desta descortesía
Me disculparás con ella.—
Venid, señor, á mi casa,
Mejor dijera á la vuestra,
Donde os cureis.

DON MANUEL.

Que no es nada.

DON JUAN.

Venid presto.

DON MANUEL. (*Ap.*)

¡Qué tristeza
Me ha dado que me reciba
Con sangre Madrid!

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Qué pena
Tengo de no haber podido
Saber qué dama era aquella!

COSME. (*Ap.*)

¡Qué bien merecido tiene
Mi amo lo que se lleva,
Porque no se meta á ser
Don Quijote de la legua!

(*Vanse Don Manuel, Don Juan y Cosme.*)

ESCENA V.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ, CLARA, RODRIGO.

DON LUIS.

Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva
A restituir las flores,
Que agora marchita y seca,
De vuestra hermosura el hielo
De un desmayo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde queda
Don Juan?

DON LUIS.

Que le perdoneis
Os pide; porque le llevan
Forzosas obligaciones,
Y el cuidar con diligencia
De la salud de un amigo
Que va herido.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de mí! ¡Muerta
Estoy! ¿es Don Juan?

DON LUIS.

Señora,
No es Don Juan; que no estuviera,
Estando herido mi hermano,
Yo con tan grande paciencia.
No os asusteis; que no es justo
Que sin que él la herida tenga,
Tengamos entre los dos,
Yo el dolor y vos la pena:
Digo dolor, el de veros
Tan postrada, tan sujeta
A un pesar imaginado,
Que hiere con mayor fuerza.

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Luis, ya sabeis
Que estimo vuestras finezas,

Digitized by Google

Supuesto que lo merecen
Por amorosas y vuestras;
Pero no puedo pagarlas;
Que esto han de hacer las estrellas,
Y no hay de lo que no hacen,
Quien las tome residencia.
Si lo que ménos se halla,
Es hoy lo que mas se precia
En la corte, agradeced
El desengaño, siquiera
Por ser cosa que se halla
Con dificultad en ella.
Quedad con Dios.

(*Vanse Doña Beatriz y Clara.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, RODRIGO.

DON LUIS.

Id con Dios.—
No hay accion que me suceda
Bien, Rodrigo. Si una dama
Veo airosa, y conocerla
Solicito, me detienen
Un necio y una pendencia;
Que no sé cuál es peor:
Si riño, y mi hermano llega,
Es mi enemigo su amigo:
Si por disculpa me deja
De una dama, es una dama
Que mil pesares me cuesta:
De suerte que una tapada
Me huye, un necio me atormenta,
Un forastero me mata,
Y un hermano me le lleva
A ser mi huésped á casa,
Y otra dama me desprecia.
¡De mal anda mi fortuna!

RODRIGO.

De todas aquesas penas
¿Que sé la que sientes mas?

DON LUIS.

No sabes.

RODRIGO.

¿Que la que llegas
A sentir mas, son los celos
De tu hermano y Beatriz bella?

DON LUIS.

Engáñaste.

RODRIGO.

¿Pues cuál es?

DON LUIS.

Si tengo de hablar de véras,
(De tí solo me fiara)
Lo que mas siento es que sea
Mi hermano tan poco atento,
Que llevar á casa quiera
Un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
Viuda y moza, y como sabes,
Tan de secreto, que apénas
Sabe el sol que vive en casa;
Porque, Beatriz, por ser deuda,
Solamente la visita.

RODRIGO.

Ya sé que su esposo era
Administrador en puerto
De mar de unas reales rentas
Y quedó debiendo al Rey
Grande cantidad de hacienda,
Y ella á la corte se vino
De secreto, donde intenta,
Escondida y retirada,
Componer mejor sus deudas:
Y esto disculpa á tu hermano;
Pues, si mejor consideras
Que su estado no la da
Ni permision, ni licencia
De que nadie la visite,
Y que, aunque tu huésped sea
Don Manuel, no ha de saber
Que en casa, señor, se encierra
Tal mujer, ¿qué inconveniente
Hay en admitirle en ella?
Y mas habiendo tenido
Tal recato y advertencia,
Que para su cuarto ha dado
Por otra calle la puerta,
Y la que salia á la casa,
Por desmentir la sospecha,
De que el cuidado la habia
Cerrado, ó porque pudiera
Con facilidad abrirse
Otra vez, fabricó en ella
Una alacena de vidrios,
Labrada de tal manera,
Que parece que jamas
En tal parte ha habido puerta.

DON LUIS.

¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
Darme muerte; pues ya dices
Que no ha puesto por defensa
De su honor mas que unos vidrios,
Que al primer golpe se quiebran.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Doña Ángela en casa de Don Juan.

ESCENA VII.

DOÑA ANGELA, ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Vuélveme á dar, Isabel,
Esas tocas (¡pena esquiva!),
Vuelve á amortajarme viva,
Ya que mi suerte cruel
Lo quiere así.

ISABEL.

Toma presto;
Porque si tu hermano viene
Y alguna sospecha tiene,
No la confirme con esto,
De hallarte de la manera
Que hoy en Palacio te vió.

DOÑA ÁNGELA.

¡Válgame el cielo! Que yo
Entre dos paredes muera,
Donde apénas el sol sabe
Quién soy, pues la pena mia
En el término del dia
Ni se contiene, ni cabe:
Donde inconstante la luna,
Que aprende influjos de mí,
No puede decir: «Ya vi
Que lloraba su fortuna.»
Donde en efecto encerrada
Sin libertad he vivido,
Porque enviudé de un marido,
Con dos hermanos casada:
¡Y luego delito sea,
Sin que toque en liviandad,
Depuesta la autoridad,
Ir donde tapada vea
Un teatro en quien la fama,
Para su aplauso inmortal,
Con acentos de metal
A voces de bronce llama!
¡Suerte injusta, dura estrella!

ISABEL.

Señora, no tiene duda
El que mirándote viuda,
Tan moza, bizarra y bella,
Tus hermanos cuidadosos
Te celen; porque este estado
Es el mas ocasionado
A delitos amorosos;
Y mas en la corte hoy,
Donde se han dado en usar
Unas viuditas de azar,
Que al cielo mil gracias doy
Cuando en la calle las veo
Tan honestas, tan fruncidas,
Tan beatas y aturdidas;
Y en quedándose en manteo,
Es el mirarlas contento;
Pues sin toca y devocion,
Saltan mas á cualquier son,
Que una pelota de viento.
Y este discurso doblado
Para otro tiempo, señora,
¿Cómo no habemos agora
En el forastero hablado,
A quien tu honor encargaste,
Y tu galan hoy le hiciste?

DOÑA ÁNGELA.

Parece que me leiste
El alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
No por él, sino por mí;
Porque despues, cuando oí
De las cuchilladas ruido,
Me puse (mas son quimeras),
Isabel, á imaginar
Que él habia de tomar
Mi disgusto tan de véras,
Que habia de sacar la espada
En mi defensa. Yo fui
Necia en empeñarle así;
Mas una mujer turbada
¿Qué mira ó qué considera?

ISABEL.

Yo no sé si lo estorbó;
Mas sé que no nos siguió
Tu hermano mas.

DOÑA ÁNGELA.

Oye, espera.

ESCENA VIII.

DON LUIS.—DOÑA ANGELA, ISABEL.

DON LUIS.

¡Angela!

DOÑA ÁNGELA.

Hermano y señor,
Turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido, qué tienes?

DON LUIS.

Harto tengo, tengo honor.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! sin duda es
Que Don Luis me conoció.

DON LUIS.

Y así siento mucho yo
Que te estimen poco.

DOÑA ÁNGELA.

Pues
¿Has tenido algun disgusto?

DON LUIS.

Lo peor es que cuando vengo
A verte, el disgusto tengo
Que tuve, Angela.

ISABEL. (*Ap.*)

¿Otro susto?

DOÑA ÁNGELA.

Pues yo, ¿en qué te puedo dar,
Hermano, disgusto? Advierte...

DON LUIS.

Tú eres la causa; y el verte...

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí!

Digitized by Google

DON LUIS.

Angela, estimar
Tan poco de nuestro hermano...

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Eso sí.

DON LUIS.

Pues cuando vienes
Con los disgustos que tienes,
Cuidado te da. No en vano
El enojo que tenia
Con él, el huésped pagó;
Pues sin conocerle yo,
Hoy le he herido en profecía.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿cómo fué?

DON LUIS.

Entré en la plaza
De Palacio, hermana, á pié,
Hasta el palenque; porqué
Toda la desembaraza
De coches y caballeros
La guardia. A un corro me fuí
De amigos, adonde vi
Que alegres y lisonjeros
Los tenia una tapada,
A quien todos celebraron
Lo que dijo, y alabaron
De entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué,
Otra palabra no habló,
Tanto que á alguno obligó
A preguntarla por qué
Porque yo llegaba, habia
Con tanto extremo callado.
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocia,
Y no pude; porque ella
Le puso mas en taparse,
En esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella,
Seguirla determiné:
Ella siempre atras volvia
A ver si yo la seguia,
Cuyo gran cuidado fué
Espuela de mi cuidado.
Yendo desta suerte pues,
Llegó un hidalgo, que es
De nuestro huésped criado,
A decir que le leyese
Una carta; respondí
Que iba de prisa, y creí
Que detenerme quisiese
Con este intento, por qué
La mujer le habló al pasar;
Y tanto dió en porfiar,
Que le dije no sé qué.
Llegó en aquella ocasion,
En defensa del criado,
Nuestro huésped, muy soldado.
Sacamos en conclusion
Las espadas. Todo es esto;
Pero mas pudiera ser.

DOÑA ÁNGELA.

¡Miren la mala mujer
En qué ocasion te habia puesto!
Que hay mujeres tramoyeras.
Pondré, que no conocia
Quién eras, y que lo hacia
Solo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
De decir (si bien te acuerdas)
Que mires que no te pierdas
Por mujercillas, que no
Saben mas que aventurar
Los hombres.

DON LUIS.

¿En qué has pasado
La tarde?

DOÑA ÁNGELA.

En casa me he estado,
Entretenida en llorar.

DON LUIS.

¿Hate nuestro hermano visto?

DOÑA ÁNGELA.

Desde esta mañana no
Ha entrado aquí.

DON LUIS.

¡Qué mal yo
Estos descuidos resisto!

DOÑA ÁNGELA.

Pues deja los sentimientos;
Que al fin sufrirle es mejor;
Que es nuestro hermano mayor,
Y comemos de alimentos.

DON LUIS.

Si tú estas tan consolada,
Yo tambien; que yo por ti
Lo sentia Y porque así
Veas no dárseme nada,
A verle voy, y aun con él
Haré una galanteria. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA ANGELA, ISABEL.

ISABEL.

¿Qué dirás, señora mia,
Despues del susto cruel,
De lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido
Tu vida, huésped y herido,
Le tienes dentro de casa.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, Isabel, lo sospeché
Cuando de mi hermano oí
La pendencia, y cuando vi
Que el herido el huésped fué.
Pero aun bien no lo he creido;
Porque caso extraño fuera
Que un hombre á Madrid viniera,
Y hallase recien venido,
Una dama que rogase
Que su vida defendiese,
Un hermano que la hiriese
Y otro que le aposentase.
Fuera notable suceso;
Y aunque todo puede ser,
No lo tengo de creer
Sin verlo.

ISABEL.

Y si para eso
Te dispones, yo bien sé
Por dónde verle podrás,
Y aun mas que verle.

DOÑA ÁNGELA.

Tú estás
Loca. ¿Cómo, si se ve
De mi cuarto tan distante,
El suyo?

ISABEL.

Parte hay por donde
Este cuarto corresponde
Al otro: esto no te espante.

DOÑA ÁNGELA.

No porque verlo deseo,
Sino solo por saber,
Díme, ¿cómo puede ser?
Que lo escucho y no lo creo.

ISABEL.

¿No has oido que labró
En la puerta una alacena
Tu hermano?

DOÑA ÁNGELA.

Ya lo que ordena
Tu ingenio he entendido yo.
Dirás que pues es de tabla,
Algun agujero hagamos
Por donde al huésped veámos.

ISABEL.

Mas que eso mi ingenio entabla.

DOÑA ÁNGELA.

Di.

ISABEL.

Por cerrar y encubrir
La puerta, que se tenia,
Y que á este jardin salia,
Y poder volverla á abrir,
Hizo tu hermano poner
Portátil una alacena.
Esta (aunque de vidrios llena)
Se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien; porque, cuando
La alacena aderecé,
La escalera la arrimé,
Y ella se fué desclavando
Poco á poco: de manera,
Que todo junto cayó,
Y dimos en tierra yo,
Alacena y escalera;
De suerte, que en falso agora
La tal alacena está,
Y apartándose, podrá
Cualquiera pasar, señora.

DOÑA ÁNGELA.

Esto no es determinar,
Sino prevenir primero.
Ves aquí, Isabel, que quiero
A esotro cuarto pasar,
Y he quitado la alacena.
Por allá, ¿no se podrá
Quitar tambien?

ISABEL.

Claro está;
Y para hacerla mas buena,
En falso se han de poner
Dos clavos, para advertir
Que solo la sepa abrir
El que lo llega á saber.

DOÑA ÁNGELA.

Al criado que viniere
Por luz y por ropa, di
Que vuelva á avisarte á tí,
Si acaso el huésped saliere
De casa; que, segun creo,
No le obligará la herida
A hacer cama.

ISABEL.

¿Y, por tu vida,
Irás?

DOÑA ÁNGELA.

Un necio deseo
Tengo de saber si es él
El que mi vida guardó y
Porque, si le cuesto yo
Sangre y cuidado, Isabel,
Es bien mirar por su herida,
Si es que segura del miedo
De ser conocida, puedo
Ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
La alacena; y si pasar
Puedo al cuarto, he de cuidar,
Sin que él lo llegue á entender,
Desde aquí de su regalo.

ISABEL.

Notable cuento será.
Mas ¿si lo cuenta?

DOÑA ÁNGELA.

No hará,
Que hombre, que su esfuerzo igualo

A su gala y discrecion,
Puesto que de todo ha hecho
Noble experiencia en mi pecho
En la primera ocasion,
De valiente en lo arrestado,
De galan en lo lucido,
En el modo de entendido,
No me ha de causar cuidado
Que diga suceso igual;
Que fuera notable mengua
Que echara una mala lengua
Tan buenas partes á mal. (*Vanse.*)

—

Cuarto de Don Manuel.—Una alacena movible, hecha con anaqueles; vidrios en ella. Un brasero, etc.

ESCENA X.

DON JUAN, DON MANUEL, UN CRIADO *con luz; despues* DON LUIS, Y OTRO CRIADO.

DON JUAN.

Acostaos, por mi vida.

DON MANUEL.

Es tan poca la herida,
Que ántes, Don Juan, sospecho
Que parece melindre el haber hecho
Caso ninguno della.

DON JUAN.

Harta ventura ha sido de mi estrella;
Que no me consolara
Jamas, si este contento me costara
El pesar de teneros
En mi casa indispuesto, y el de veros
Herido por la mano
(Si bien no ha sido culpa) de mi hermano.

DON MANUEL.

Él es buen caballero,
Y me tiene envidioso de su acero,
De su estilo admirado,
Y he de ser muy su amigo y su criado.

(*Llega Don Luis y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espadas.*)

DON LUIS.

Yo, señor, lo soy vuestro,
Como en la pena que recibo muestro,
Ofreciéndôs mi vida;
Y porque el instrumento de la herida
En mi poder no quede,
Pues ya agradarme ni servirme puede,
Bien como aquel criado
Que á su señor algun disgusto ha dado,
Hoy de mí lo despido.
Esta es, señor, la espada que os ha herido;
A vuestras plantas viene
A pediros perdon, si culpa tiene.
Tome vuestra querella
Con ella en mi venganza de mí y della.

DON MANUEL.

Sois valiente y discreto:
En todo me venceis. La espada aceto,
Porque siempre á mi lado
Me enseñe á ser valiente. Confiado
Desde hoy vivir procuro;
Porque ¿de quién no vivirá seguro
Quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él solo me tuviera temeroso.

DON JUAN.

Pues Don Luis me ha enseñado
A lo que estoy por huésped obligado,
Otro regalo quiero
Que recibais de mí.

DON MANUEL.

¡Qué tarde espero
Pagar tantos favores!
Los dos os competís en darme honores.

ESCENA XI.

COSME, *cargado de maletas y cojines.* — DICHOS.

COSME.

Docientos mil demonios
De su furia infernal dén testimonios,
Volviéndose inclementes
Docientas mil serpientes,
Que, asiéndome, de un vuelo
Dén conmigo de patas en el cielo,
Del mandato oprimidos
De Dios, por justos juicios compelidos;
Si vivir no quisiera sin injurias
En Galicia ó Asturias,
Antes que en esta corte.

DON MANUEL.

Reporta...

COSME.

El reportorio se reporte.

DON JUAN.

¿Qué dices?

COSME.

Lo que digo;
Que es traidor quien da paso á su enemigo.

DON LUIS.

¿Qué enemigo? Detente.

COSME.

El agua de una fuente y otra fuente.

DON MANUEL.

¿Y por eso te inquietas?

COSME.

Venia de cojines y maletas
Por la calle cargado,
Y en una zanja de una fuente he dado,
Y así lo traigo todo
(Como dice el refran) puesto de lodo.
¿Quién esto en casa mete?

DON MANUEL.

Vete de aquí, que estás borracho. Vete.

COSME.

Si borracho estuviera
Ménos mi enojo con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes
Que vuelven varias cosas sus corrientes,
No me espanto, si aquí ver determino,
Que nace el agua á convertirse en vino.

DON MANUEL.

Si él empieza, en un año
No acabará.

DON JUAN.

El tiene humor extraño.

DON LUIS.

Solo de tí queria
Saber (si sabes lér, como este dia
En el libro citado
Muestras) ¿por qué pediste tan pesado
Que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME.

Porque sé lér en libros y no en cartas.

DON LUIS.

Está bien respondido.

DON MANUEL.

Que no hagais caso dél, por Dios os pido.
Ya le ireis conociendo,
Y sabréis que es burlon.

COSME.

Hacer pretendo
De mis burlas alarde.
Para alguna os convido.

DON MANUEL.

Pues no es tarde,
Porque me importa, hoy quiero
Hacer una visita.

DON JUAN.

Yo os espero
Para cenar.

DON MANUEL.

Tú, Cosme, esas maletas
Abre, y saca la ropa; no las metas
Hasta limpiarlas harto.

DON JUAN.

Si quisieres cerrar, esta es del cuarto
La llave; que aunque tengo
Llave maestra, por si acaso vengo
Tarde, mas que las dos, otra no tiene,
Ni otra puerta tampoco, (*Ap.* Así conviene.)
Y en el cuarto la deja, y cada dia
Vendrán á aderezarle.

(*Vanse todos, ménos Cosme.*)

ESCENA XII.

COSME.

Hacienda mia,
Ven acá; que yo quiero
Visitarte primero;
Porque ver determino
Cuánto habemos sisado en el camino;
Que, como en las posadas
No se hilan las cuentas tan delgadas
Como en casa, que vive en sus porfias
La cuenta, y la razon por lacerías,
Hay mayor aparejo de provecho,
Para meter la mano, no en mi pecho,
Sino en la bolsa ajena.

(*Abre la maleta, y saca una bolsa.*)

Hallé la propia; buena está y rebuena,
Pues aquesta jornada
Subió doncella, y se apeó preñada.
Contarlo quiero, aunque es tiempo perdido,
Porque yo ¿qué borregos he vendido
A mi señor, para que mire y vea
Si está cabal? Lo que ello fuere sea.
Su maleta es aquesta:
Ropa quiero sacar, por si se acuesta
Tan presto; que él mandó que hiciese esto.
¿Mas por qué él lo mandó, se ha de hacer presto?
Por haberlo él mandado
Antes no lo he de hacer, que soy criado.
Salirme un rato es justo
A rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto
Desto, Cosme?-Tendré.-Pues, Cosme, vamos,
Que ántes son nuestros gustos que los amos. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ANGELA, ISABEL, *que salen por la puerta disimulada con la alacena.*

ISABEL.

Que está el cuarto solo dijo
Rodrigo, porque el tal huésped
Y tus hermanos se fuéron.

DOÑA ÁNGELA.

Por eso pude atreverme
A hacer sola esta experiencia.

ISABEL.

¿Ves que no hay inconveniente
Para pasar hasta aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Antes, Isabel, parece
Que todo cuanto previne
Yo, fué muy impertinente,
Pues con ninguno encontramos;
Que la puerta fácilmente
Se abre y se vuelve á cerrar,
Sin ser posible que se eche
De ver.

Digitized by Google

ISABEL.

¿Y á qué hemos venido?

DOÑA ÁNGELA.

A volvernos solamente;
Que, para hacer sola una
Travesura dos mujeres,
Basta haberla imaginado;
Porque al fin esto no tiene
Mas fundamento, que haber
Hablado en ello dos veces,
Y estar yo determinada
(Siendo verdad que es aqueste
Caballero el que por mí
Se empeñó osado y valiente,
Como te he dicho) á mirar
Por su regalo.

ISABEL.

Aquí tiene
El que le trajo tu hermano,
Y una espada en un bufete.

DOÑA ÁNGELA.

Ven acá. ¿Mi escribanía
Trajeron aquí?

ISABEL.

Dió en ese
Desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese
Con recado de escribir,
Y mil libros diferentes.

DOÑA ÁNGELA

En el suelo hay dos maletas.

ISABEL.

Y abiertas. Señora, ¿quieres
Que veamos lo que hay en ellas?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que quiero neciamente
Mirar qué ropas y alhajas
Trae.

ISABEL.

Soldado y pretendiente,
Vendrá muy mal alhajado.

(*Sacan todo cuanto van diciendo, y lo esparcen por la sala.*)

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Muchos papeles.

DOÑA ÁNGELA.

¿Son de mujer?

ISABEL.

No, señora,
Sino procesos que vienen
Cosidos, y pesan mucho.

DOÑA ÁNGELA.

Pues si fueran de mujeres,
Ellos fueran mas livianos.
Mal en eso te detienes.

ISABEL.

Ropa blanca hay aquí alguna.

DOÑA ÁNGELA.

¿Huele bien?

ISABEL.

Sí, á limpia huele.

DOÑA ÁNGELA.

Ese es el mejor perfume.

ISABEL.

Las tres calidades tiene
De blanca, blanda y delgada.
Mas, señora, ¿qué es aqueste
Pellejo con unos hierros
De herramientas diferentes?

DOÑA ÁNGELA.

Muestra á ver. Hasta aquí hierro
De sacamuelas parece;
Mas estas son tenacillas,
Y el alzador del copete
Y los bigotes esotras.

ISABEL.

Item, escobilla y peine.
Oye, que, mas prevenido,
No le faltará al tal huésped
La horma de su zapato.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué?

ISABEL.

Porque aquí la tiene.

DOÑA ÁNGELA.

¿Hay mas?

ISABEL.

Sí, señora. Item,
Como á forma de billetes,
Legajo segundo.

DOÑA ÁNGELA.

Muestra.
De mujer son, y contienen
Mas que papel. Un retrato
Está aquí.

ISABEL.

¿Qué te suspende?

DOÑA ÁNGELA.

El verle; que una hermosura,
Si está pintada, divierte.

ISABEL.

Parece que te ha pesado
De hallarle.

DOÑA ÁNGELA

¡Qué necia eres!
No mires mas.

ISABEL.

¿Y qué intentas?

DOÑA ÁNGELA.

Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato. (*Pónese á escribir.*)

ISABEL.

Entre tanto
La maleta del sirviente
He de ver. Esto es dinero;
Cuartazos son insolentes,
Que en la república donde
Son los príncipes y reyes
Las doblas y patacones,
Ellos son la comun plebe.
Una burla le he de hacer,
Y ha de ser de aquesta suerte:
Quitarle de aquí el dinero
Al tal lacayo, y ponerle
Unos carbones. Dirán:
¿Dónde demonios los tiene
Esta mujer? no advirtiendo
Que esto sucedió en noviembre,
Y que hay brasero en el cuarto.

(*Quita el dinero de la bolsa, y pone carbon.*)

DOÑA ÁNGELA.

Ya escribí. ¿Qué te parece
Adónde deje el papel,
Porque, si mi hermano viene,
No le vea?

ISABEL.

Allí, debajo
De la tohalla que tienen
Las almohadas; que al quitarla,
Se verá forzosamente,
Y no es parte que hasta entónces
Se ha de andar.

DOÑA ÁNGELA.

Muy bien adviertes.
Ponle allí, y ve recogiendo
Todo esto.

ISABEL.

Mira que tuercen
Ya la llave.

DOÑA ÁNGELA.

Pues déjalo
Todo, esté como estuviere,
Y á escondernos. Isabel,
Ven.

ISABEL.

Alacena *me fecit.*

(*Vanse por la alacena.*)

ESCENA XIV.

COSME.

Ya que me he servido á mí,
De barato quiero hacerle
A mi amo otro servicio. —
Mas ¿quién nuestra hacienda vende
Que así hace almoneda della?
¡Vive Cristo, que parece
Plazuela de la Cebada
La sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie,
Por Dios; y si está, no quiere
Responder. No me responda,
Que me huelgo de que eche
De ver que soy enemigo
De respondones. Con este
Humor, sea bueno, ó sea malo
(Si he de hablar discretamente),
Estoy temblando de miedo;
Pero como á mí me deje
El revoltoso de alhajas
Libre mi dinero, llegue
Y revuelva las maletas
Una y cuatrocientas veces.
Mas ¿qué veo? ¡Vive Dios,
(*Registra la bolsa.*)
Que en carbones lo convierte!
Duendecillo, duendecillo,
Quien quiera que seas ó fueres,
El dinero que tú das
En lo que mandares vuelve,
¿Mas lo que yo hurto, por qué?

ESCENA XV.

DON MANUEL, DON JUAN, DON LUIS. — COSME.

DON JUAN.

¿De qué das voces?

DON LUIS.

¿Qué tienes

DON MANUEL.

¿Qué te ha sucedido? Habla.

COSME.

¡Lindo desenfado es ese!
Si tienes por inquilino,
Señor, en tu casa un duende,
¿Para qué nos recebiste
En ella? Un instante breve
Que falté de aquí, la ropa
De tal modo y de tal suerte
Hallé, que, toda esparcida,
Una almoneda parece.

DON JUAN.

¿Falta algo?

COSME.

No falta nada.
El dinero solamente
Que en esta bolsa tenia,
Que era mio, me convierte
En carbones.

DON LUIS.

Sí, ya entiendo.

Digitized by Google

DON MANUEL.

¡Qué necia burla previenes!
¡Qué fria y qué sin donaire!

DON JUAN.

¡Qué mala y qué impertinente!

COSME.

No es burla esta, ¡vive Dios!

DON MANUEL.

Calla, que estás como sueles.

COSME.

Es verdad; mas suelo estar
En mi juicio algunas veces.

DON JUAN.

Quedaos con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
El duende de la posada;
Y aconsejadle que intente
Otras burlas, al criado. (*Vase.*)

DON LUIS.

No en vano sois tan valiente
Como sois, si habeis de andar,
Desnuda la espada siempre,
Saliendo de los disgustos
En que este loco os pusiere. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON MANUEL, COSME.

DON MANUEL.

¿Ves cuál me tratan por ti?
Todos por loco me tienen
Porque te sufro. A cualquiera
Parte que voy, me suceden
Mil desaires por tu causa.

COSME.

Ya estás solo, y no he de hacerte
Burla mano á mano yo;
Porque solo en tercio puede
Tirarse uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven
Si no es verdad que salí;
Y alguien, fuese quien se fuese,
Hizo este estrago.

DON MANUEL.

Con eso
Ahora disculparte quieres
De la necedad. Recoge
Esto que esparcido tienes,
Y entra á acostarte.

COSME.

Señor,
En una galera reme...

DON MANUEL.

Calla, calla, ó vive Dios
Que la cabeza te quiebre.
(*Entra en la alcoba.*)

COSME.

Pesárame con extremo
Que lo tal me sucediese.
Ahora bien, vuelvo á envasar
Otra vez los adherentes
De mis maletas. ¡Oh cielos,
Quién la trompeta tuviese
Del juicio de las alhajas,
Porque á una voz solamente
Viniesen todas!

(*Vuelve Don Manuel con un papel.*)

DON MANUEL.

Alumbra,
Cosme.

COSME.

Pues ¿qué te sucede,
Señor? ¿Has hallado acaso
Allá dentro alguna gente?

DON MANUEL.

Descubrí la cama, Cosme,
Para acostarme, y halléme
Debajo de la tohalla
De la cama, este billete
Cerrado; y ya el sobrescrito
Me admira mas.

COSME.

¿A quién viene?

DON MANUEL.

A mí; mas de modo extraño.

COSME.

¿Cómo dice?

DON MANUEL.

Desta suerte.
(*Lee.*) «Nadie me abra, porque soy
»De Don Manuel solamente.»

COSME.

¡Plegue á Dios, que no me creas
Por fuerza! No le abras, tente,
Sin conjurarle primero.

DON MANUEL.

Cosme, lo que me suspende
Es la novedad, no el miedo;
Que quien admira, no teme.
(*Lee.*) «Con cuidado me tiene vuestra »salud, como á quien fué la causa de »su riesgo. Y así, agradecida y lasti»mada, os suplico me aviseis della, y »os sirvais de mí; que para lo uno y lo »otro habrá ocasion, dejando la res»puesta donde hallasteis este: advirtien»do que el secreto importa, porque el »dia que lo sepa alguno de los amigos, »perderé yo el honor y la vida.»

COSME.

¡Extraño caso!

DON MANUEL.

¿Qué extraño?

COSME.

¿Eso no te admira?

DON MANUEL.

No;
Antes con esto llegó
A mi vista el desengaño.

COSME.

¿Cómo?

DON MANUEL.

Bien claro se ve
Que aquella dama tapada,
Que tan ciega y tan turbada
De Don Luis huyendo fué,
Era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
Si es soltero, su mujer.
Y dando por cierto esto,
¿Qué dificultad tendrá
Que en la casa de su amante,
Tenga ella mano bastante
Para entrar?

COSME.

Muy bien está
Pensado; mas mi temor
Pasa adelante. Confieso
Que es su dama, y el suceso
Te doy por bueno, señor;
¿Pero ella cómo podia
Desde la calle, saber
Lo que habia de suceder,
Para tener este dia
Ya prevenido el papel?

DON MANUEL.

Despues de haberme pasado,
Pudo dárselo á un criado.

COSME.

Y aunque se le diera, ¿él
Cómo aquí ha de haberle puesto?
Pues nadie en el cuarto entró
Desde que en él quedé yo.

DON MANUEL.

Bien pudo ser ántes de esto.

COSME.

Sí; mas hallar trabucadas
Las maletas y la ropa,
Y el papel escrito, topa
En mas.

DON MANUEL.

Mira si cerradas
Esas ventanas están.

COSME.

Y con aldabas y rejas.

DON MANUEL.

Con mayor duda me dejas,
Y mil sospechas me dan.

COSME.

¿De qué?

DON MANUEL.

No sabré explicallo.

COSME.

En efecto, ¿qué has de hacer?

DON MANUEL.

Escribir y responder
Pretendo, hasta averiguallo,
Con estilo que parezca
Que no ha hallado en mi valor,
Ni admiracion ni temor;
Que no dudo que se ofrezca
Una ocasion en que demos,
Viendo que papeles hay,
Con quien los lleva y los tray.

COSME.

¿Y de aquesto no darémos
Cuenta á los huéspedes?

DON MANUEL.

No,
Porque no tengo de hacer
Mal alguno á una mujer,
Que así de mí se fió.

COSME.

¿Luego ya ofendes á quien
Su galan juzgas?

DON MANUEL.

No tal,
Pues sin hacerla á ella mal,
Puedo yo proceder bien.

COSME.

No, señor; más hay aquí
De lo qu á tí te parece:
Con cada discurso crece
Mi sospecha.

DON MANUEL.

¿Cómo así?

COSME.

Ves aquí que van y vienen
Papeles, y que jamas
Aunque lo examines mas,
Ciertos desengaños tienen:
¿Qué crerás?

DON MANUEL.

Que ingenio y arte
Hay para entrar y salir,
Para cerrar, para abrir,
Y que el cuarto tiene parte
Por dónde. Y en duda tal,
El juicio podré perder;
Pero no, Cosme, creer
Cosa sobrenatural.

COSME.

¿No hay duendes?

DON MANUEL.

Nadie los vió.

Digitized by Google

COSME.

¿Familiares?

DON MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¿Brujas?

DON MANUEL.

Ménos.

COSME.

¿Hechiceras?

DON MANUEL.

¡Qué error!

COSME.

¿Hay súcubos?

DON MANUEL.

No.

COSME.

¿Encantadoras?

DON MANUEL

Tampoco.

COSME.

¿Mágicas?

DON MANUEL.

Es necedad.

COSME.

¿Nigromantes?

DON MANUEL

Liviandad.

COSME.

¿Energúmenos?

DON MANUEL.

¡Qué loco!

COSME.

¡Vive Dios que te cogí!
¿Diablos?

DON MANUEL.

Sin poder notorio.

COSME.

¿Hay almas del purgatorio?

DON MANUEL.

¿Que me enamoren á mí?
¡Hay mas necia bobería!
Déjame; que estás cansado.

COSME.

En fin, ¿qué has determinado?

DON MANUEL.

Asistir de noche y dia
Con cuidados singulares
(Aquí el desengaño fundo)
Sin creer que hay en el mundo
Ni duendes ni familiares.

COSME.

Pues yo en efecto presumo
Que algun demonio los tray,
Que esto y mas habrá, donde hay
Quien tome tabaco de humo.

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Doña Angela.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Notables cosas me cuentas.

DOÑA ÁNGELA.

No te parezcan notables,
Hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?

DOÑA BEATRIZ.

Quedaste
En que por el alacena
Hasta su cuarto pasastes,
Que es tan difícil de verse
Como fué de abrirse fácil;
Que le escribiste un papel,
Y que al otro dia hallaste
La respuesta.

DOÑA ÁNGELA.

Digo pues
Que tan cortés y galante
Estilo no vi jamas,
Mezclando entre lo admirable
Del suceso, lo gracioso,
Imitando los andantes
Caballeros, á quien pasan
Aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es este:
Holgaréme que te agrade.

(*Lee.*) «Fermosa dueña, cualquier que »vos seais la condolida deste afanado »caballero, y asaz piadosa minorais sus »cuitas, ruégovos me querais facer sa»bidor del follon mezquino, ó pagano »malandrin, que en este encanto vos »amancilla, para que segunda vegada »en vueso nombre, sano ya de las pa»sadas feridas, entre en descomunal »batalla, magüer que finque muerto »en ella; que non es la vida de mas pro »que la muerte, tenudo á su deber un »caballero. El dador de la luz vos mam»pare, é á mi non olvide.

«*El caballero de la Dama Duende.*»

DOÑA BEATRIZ.

¡Buen estilo por mi vida,
Y á propósito el lenguaje,
Del encanto y la aventura!

DOÑA ÁNGELA.

Cuando esperé que con graves
Admiraciones viniera
El papel, vi semejante
Desenfado, cuyo estilo
Quise llevar adelante,
Y respondiéndole así,
Pasé...

ISABEL.

Detente, no pases,
Que viene Don Juan, tu hermano.

DOÑA ÁNGELA.

Vendrá muy firme y amante
A agradecerte la dicha
De verte, Beatriz, y hablarte
En su casa.

DOÑA BEATRIZ.

No me pesa,
Si hemos de decir verdades.

ESCENA II.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN.

No hay mal que por bien no venga,
Dicen adagios vulgares,
Y en mí se ve, pues que vienen
Por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella,
Que un pesar, que vuestro padre
Con vos tuvo, á nuestra casa
Sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser
Lisonjeros y agradables,
Como para vos mis gustos,
Para mí vuestros pesares;
Pues es fuerza que no sienta
Desdichas que han sido parte
De veros; porque hoy amor
Diversos efectos hace,
En vos de pena, y en mí
De gloria, bien como el áspid,
De quien, si sale el veneno,
Tambien la triaca sale.
Vos seais muy bien venida;
Que aunque es corto el hospedaje,
Bien se podrá hallar un sol
En compañía de un ángel.

DOÑA BEATRIZ.

Pésames y parabienes
Tan cortesmente mezclasteis,
Que no sé á qué responderos.
Disgustada con mi padre
Vengo: la culpa tuvisteis;
Pues aunque el galan no sabe,
Sabe que por el balcon
Hablé anoche, y miéntras pase
El enojo, con mi prima
Quiere que esté, porque hace
De su virtud confianza.
Solo os diré, y esto baste,
Que los disgustos estimo;
Porque tambien en mí cause
Amor efectos diversos,
Bien como el sol, cuando esparce
Bellos rayos, que una flor
Se marchita y otra nace.
Hiere el amor en mi pecho,
Y es solo un rayo bastante
A que se muera el pesar,
Y nazca el gusto de hallarme
En vuestra casa, que ha sido
Una esfera de diamante,
Hermosa envidia de un sol,
Y capaz dosel de un ángel.

DOÑA ÁNGELA.

Bien se ve que de ganancia
Andais hoy los dos amantes,
Pues que me dais de barato
Tantos favores.

DON JUAN.

¿No sabes,
Hermana, lo que he pensado?
Que tú sola, por vengarte
Del cuidado que te da
Mi huésped, cuerda buscaste
Huéspeda, que á mí me ponga
En cuidado semejante.

DOÑA ÁNGELA.

Dices bien, y yo lo he hecho
Solo porque la regales.

DON JUAN.

Yo me doy por muy contento
De la venganza. (*Quiere irse.*)

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué haces,
Don Juan? ¿dónde vas?

DON JUAN.

Beatriz,
A servirte; que dejarte
Solo á tí por tí pudiera.

DOÑA ÁNGELA.

Déjale ir.

DON JUAN

Dios os guarde.

ESCENA III.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, cuidado con su huésped
Me dió, y cuidado tan grande,
Que apénas sé de mi vida,
Y él de la suya no sabe.
Viéndote á tí, con el mismo

Digitized by Google

Cuidado he de desquitarme;
Porque de huésped á huésped
Estemos los dos iguales

DOÑA BEATRIZ.

El deseo de saber
Tu suceso, fuera parte
Solamente á no sentir
Su ausencia.

DOÑA ÁNGELA.

Por no cansarte,
Papeles suyos y mios
Fuéron y vinieron, tales
(Los suyos digo) que pueden
Admitirse y celebrarse;
Porque mezclando las véras
Y las burlas, no vi iguales
Discursos.

DOÑA BEATRIZ.

Y él, en efecto,
¿Qué es á lo que se persuade?

DOÑA ÁNGELA

A que debo de ser dama
De Don Luis, juntando partes
De haberme escondido dél,
Y de tener otra llave
Del cuarto.

DOÑA BEATRIZ.

Sola una cosa
Dificultad se me hace.

DOÑA ÁNGELA.

¿Di cuál es?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo este hombre
Viendo que hay quien lleva y trae
Papeles, no te ha espiado,
Y te ha cogido en el lance?

DOÑA ÁNGELA.

No está eso por prevenir;
Porque tengo á sus umbrales
Un hombre yo, que me avisa
De quién entra y de quién sale;
Y así no pasa Isabel
Hasta saber que no hay nadie.
Que ya ha sucedido, amiga,
Un dia entero quedarse
Un criado para verlo,
Y haberle salido en balde
La diligencia y cuidado.
Y porque no se me pase
De la memoria, Isabel,
Llévate aquel azafate
En siendo tiempo.

DOÑA BEATRIZ.

Otra duda.
¿Cómo es posible que alabes
De tan entendido, un hombre
Que no ha dado en casos tales
En el secreto comun
De la alacena?

DOÑA ÁNGELA.

¿Ahora sabes
Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingenios mas grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pié, y Juanelo
Con solo llegar y darle
Un golpecillo, le tuvo?
Las grandes dificultades,
Hasta saberse lo son;
Que sabido, todo es fácil.

DOÑA BEATRIZ.

Otra pregunta.

DOÑA ÁNGELA

Di cuál.

DOÑA BEATRIZ.

¿De tan locos disparates
Qué piensas sacar?

DOÑA ÁNGELA.

No sé.
Dijérate que mostrarme
Agradecida, y pasar
Mis penas y soledades,
Si ya no fuera mas que esto,
Porque necia y ignorante,
He llegado á tener celos
De ver que el retrato guarde
De una dama, y aun estoy
Dispuesta á entrar y tomarle
En la primera ocasion;
Y no sé cómo declare
Que estoy ya determinada
A que me vea y me hable.

DOÑA BEATRIZ.

¿Descubierta por quien eres?

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus, el cielo me guarde!
Ni él, pienso yo, que á un amigo
Y huésped traicion tan grande
Hiciera; pues el pensar
Que soy dama suya, hace
Que me escriba temeroso,
Cortés, turbado y cobarde;
Y en efecto, yo no tengo
De ponerme á ese desaire.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿cómo ha de verte?

DOÑA ÁNGELA.

Escucha,
Y sabrás la mas notable
Traza, sin que yo al peligro
De verme en su cuarto pase,
Y él venga, sin saber dónde.

ISABEL.

Pon otro hermano á la márgen,
Que viene Don Luis.

DOÑA ÁNGELA.

Despues
Lo sabrás.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué desiguales
Son los influjos! ¡Que el cielo
En igual mérito y partes
Ponga tantas diferencias
Y tantas distancias halle,
Que, con un mismo deseo,
Uno obligue y otro canse!
Vamos de aquí, que no quiero
Que llegue Don Luis á hablarme.
(*Quiere irse.*)

ESCENA IV.

DON LUIS.—DICHAS.

DON LUIS.

¿Por qué os ausentais así?

DOÑA BEATRIZ.

Solo porque vos llegasteis.

DON LUIS.

La luz mas hermosa y pura,
De quien el sol la aprendió,
¿Huye porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura
Si atrevido y descortés
En detenerte me ves;
Que yo, en esta contingencia,
No quiero pedir licencia,
Porque tú no me la dés.
Que, estimando tu rigor,
No quiere la suerte mia
Que aun esto, que es cortesía
Tenga nombre de favor.
Ya sé que mi loco amor
En tus desprecios no alcanza
Un átomo de esperanza;
Pero yo, viendo tan fuerte
Rigor, tengo de quererte,
Por solo tomar venganza.
Mayor gloria me darás,
Cuando mas penas me ofrezcas;
Pues cuando mas me aborrezcas,
Tengo de quererte mas.
Si desto quejosa estás,
Porque con solo un querer
Los dos vengamos á ser,
Entre el placer y el pesar,
Extremos, aprende á amar
O enséñame á aborrecer.
Enséñame tú rigores,
Yo te enseñaré finezas;
Enséñame tú asperezas,
Yo te enseñaré favores;
Tú desprecios, y yo amores;
Tú olvido, y yo firme fe;
Aunque es mejor, porque dé
Gloria al amor, siendo dios,
Que olvides tú por los dos;
Que yo por los dos querré.

DOÑA BEATRIZ.

Tan cortesmente os quejais,
Que, aunque agradecer quisiera
Vuestras penas, no lo hiciera,
Solo porque las digais.

DON LUIS.

Como tan mal me tratais,
El idioma del desden
Aprendí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ese es bien
Que sigais; que en caso tal,
Hará soledad el mal
A quien le dice tan bien.
(*Quiere irse, y detiénela Don Luis.*)

DON LUIS.

Oye, si acaso te vengas,
Y padezcamos los dos.

DOÑA BEATRIZ.

No he de escucharos. Por Dios,
Amiga, que le detengas. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

¡Que tan poco valor tengas
Que esto quieras oir y ver!

DON LUIS.

¡Ay hermana! ¿qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Dar tus penas al olvido;
Que querer aborrecido
Es morir, y no querer.

DON LUIS.

Quejoso, ¿cómo podré
Olvidarla? ¡Que es error!
Dila que me haga un favor,
Y obligado olvidaré;
Ofendido no; por qué
El mas prudente, el mas sabio
Da su sentimiento al labio;
Si olvidarse el favor suele,
Es porque el favor no duele
De la suerte que el agravio. (*Vanse.*)

ESCENA V.

RODRIGO.—DON LUIS.

RODRIGO.

¿De dónde vienes?

DON LUIS.

No sé.

Digitized by Google

RODRIGO.

Triste parece que estás:
¿La causa no me dirás?

DON LUIS.

Con Doña Beatriz hablé.

RODRIGO.

No digas mas; ya se ve
En tí lo que respondió.
Pero ¿dónde está, que yo
No la he visto?

DON LUIS.

La tirana
Es huéspeda de mi hermana
Unos dias, porque no
Me falte un enfado así
De un huésped; que cada dia
Mis hermanos á porfía
Se conjuran contra mí;
Pues cualquiera tiene aquí
Uno que pesar me dé:
De Don Manuel, ya se ve,
Y de Beatriz; pues los cielos,
Me traen á casa mis celos,
Porque sin ellos no esté.

RODRIGO.

Mira que Don Manuel puede
Oirte, que viene allí.

ESCENA VI.

DON MANUEL.—Dichos.

DON MANUEL. (*Ap.*)

¡Solo en el mundo por mí
Tan gran prodigio sucede!
¿Qué haré, cielos, con que quede
Desengañado, y saber
De una vez si esta mujer
Dama de Don Luis ha sido,
O cómo mano ha tenido
Y cautela, para hacer
Tantos engaños?

DON LUIS.

Señor
Don Manuel.

DON MANUEL.

Señor Don Luis.

DON LUIS.

¿De dónde bueno venis?

DON MANUEL.

De Palacio.

DON LUIS.

Grande error
El mio fué en preguntar,
A quien pretensiones tiene,
Dónde va, ni dónde viene;
Porque es fuerza que ha de dar
Cualquiera línea en Palacio,
Como centro de su esfera.

DON MANUEL.

Si solo á Palacio fuera,
Estuviera mas despacio;
Pero mi afan inmortal
Mayor término ha pedido.
Su Majestad ha salido
Esta tarde al Escorial,
Y es fuerza esta noche ir
Con mis despachos allá,
Que de importancia será.

DON LUIS.

Si ayudaros á servir
Puedo en algo, ya sabeis
Que soy, en cualquier suceso,
Vuestro.

DON MANUEL.

Las manos os beso
Por la merced que me haceis.

DON LUIS.

Ved, que no es lisonja esto.

DON MANUEL.

Ya veo que es voluntad
De mi aumento.

DON LUIS. (*Ap.*)

Así es verdad,
Porque negocies mas presto.

DON MANUEL.

Pero á un galan cortesano
Tanto como vos, no es justo
Divertirle de su gusto;
Porque yo tengo por llano
Que estareis entretenido,
Y gran desacuerdo fuera
Que ausentaros pretendiera.

DON LUIS.

Aunque hubiérades oido
Lo que con Rodrigo hablaba,
No respondiérais así.

DON MANUEL.

¿Luego bien he dicho?

DON LUIS.

Sí,
Que aunque es verdad que lloraba
De una hermosura el rigor,
A la firme voluntad,
La hace tanta soledad
El desden como el favor.

DON MANUEL.

¡Qué desvalido os pintais!

DON LUIS.

Amo una grande hermosura
Sin estrella y sin ventura.

DON MANUEL.

¿Conmigo disimulais
Agora?

DON LUIS.

¡Pluguiera al cielo!
Mas tan infeliz nací,
Que huye esta beldad de mí
Como de la noche el velo
De la hermosa luz del dia,
A cuyos rayos me quemo.
¿Quereis ver con cuánto extremo
Es la triste suerte mia?
Pues porque no la siguiera
Amante y celoso yo,
A una persona pidió
Que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores mas fieros,
Pues todos suelen buscar
Terceros para alcanzar,
Y ella huye por terceros.

(*Vanse Don Luis y Rodrigo.*)

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿Qué mas se ha de declarar?
¡Mujer que su vista huyó,
Y á otra persona pidió
Que le llegase á estorbar!
Por mí lo dice y por ella.
Ya por lo ménos vencí
Una duda, pues ya ví
Que, aunque es verdad que es aquella,
No es su dama; porque él
Despreciado no viviera,
Si en su casa la tuviera.
Ya es mi duda mas cruel.
Si no es su dama, ni vive
En su casa, ¿cómo así
Escribe y responde? Aquí
Muere un engaño, y concibe
Otro engaño. ¿Qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones
Confusion de confusiones.
¡Válgate Dios por mujer!

ESCENA VIII.

COSME. — DON MANUEL.

COSME.

Señor, ¿qué hay de duende? ¿acaso
Hasle visto por acá?
Que de saber que no está
Allá, me holgaré.

DON MANUEL.

Habla paso.

COSME.

Que tengo mucho que hacer
En nuestro cuarto, y no puedo
Entrar.

DON MANUEL.

Pues ¿qué tienes?

COSME.

Miedo.

DON MANUEL.

¿Miedo un hombre ha de tener?

COSME.

No le ha de tener, señor.
Pero ve aquí que le tiene,
Porque al suceso conviene.

DON MANUEL.

Deja aquese necio humor,
Y lleva luz, porque tengo
Que disponer y escribir,
Y esta noche he de salir
De Madrid.

COSME.

A eso me atengo,
Pues dices con eso aquí
Que tienes miedo al suceso.

DON MANUEL.

Antes te he dicho con eso
Que no hago caso de tí;
Pues de otras cosas me acuerdo,
Que son diferentes, cuando
En estas me estás hablando.
El tiempo en efecto pierdo.
En tanto que me despido
De Don Juan, ten luz. (*Vase.*)

COSME.

Sí haré.
Luz al duende llevaré,
Que es hora que sea servido,
Y no esté á escuras. Aquí
Ha de haber una cerilla;
En aquella lamparilla,
Que se está muriendo allí,
Encenderla agora puedo.
¡Oh qué prevenido soy!
Y entre estas y estotras voy
Titiritando de miedo. (*Vase.*)

—

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA IX.

ISABEL, *que sale por la alacena con un azafate cubierto.*

Fuera están, que así el criado
Me lo dijo. Agora es tiempo
De poner este azafate
De ropa blanca en el puesto
Señalado.—¡Ay de mí triste!
Que como es de noche, tengo,

Digitized by Google

Con la grande oscuridad,
De mí misma asombro y miedo.
¡Válgame Dios, que temblando
Estoy! El duende primero
Soy que se encomienda á Dios.
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?
Con la turbacion y espanto
Perdí de la sala el tiento.
No sé dónde estoy, ni hallo
La mesa. ¿Qué he de hacer? ¡Cielos!
Si no acertase á salir,
Y me hallasen aquí dentro,
Dábamos con todo el caso
Al traste. Gran temor tengo,
Y mas agora, que abrir
La puerta del cuarto siento,
Y trae luz el que la abre.
Aquí dió fin el suceso;
Que ya ni puedo esconderme,
Ni volver á salir puedo.

ESCENA X.

COSME, *con luz.* — ISABEL.

COSME.

Duende, mi señor, si acaso
Obligan los rendimientos
A los duendes bien nacidos,
Humildemente le ruego
Que no se acuerde de mí
En sus muchos embelecos,
Y esto por cuatro razones:
La primera, yo me entiendo;
(*Va andando, é Isabel detras dél, huyendo de que la vea.*)
La segunda, usted lo sabe,
La tercera, por aquello
De que al buen entendedor...
La cuarta, por estos versos:
Señora Dama Duende,
Duélase de mí,
Que soy niño y solo,
Y nunca en tal me vi.

ISABEL. (*Ap.*)

Ya con la luz he cobrado
El tino del aposento,
Y él no me ha visto; si aquí
Se la mato, será cierto
Que, miéntras la va á encender,
Salir á mi cuarto puedo;
Que cuando sienta el rüido,
No me verá por lo ménos,
Y á dos daños el menor.

COSME.

¡Qué gran músico es el miedo!

ISABEL. (*Ap.*)

Esto ha de ser desta suerte.
(*Dale un golpe, y mátale la luz.*)

COSME.

¡Ay infeliz, que me han muerto!
¡Confesion!

ISABEL.

Ahora podré
Escaparme.

ESCENA XI.

DON MANUEL. — ISABEL, COSME.

DON MANUEL.

¿Qué es aquesto,
Cosme? ¿cómo estás sin luz?

COSME.

Como á los dos nos ha muerto
El duende: á la luz, de un soplo,
Y á mí de un golpe.

DON MANUEL.

Tu miedo
Te hará creer esas cosas.

COSME.

Bien á mi costa las creo.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Oh si la puerta encontrase!

DON MANUEL.

¿Quién está aquí?
(*Encuentra Isabel con Don Manuel, y él la tiene del azafate.*)

ISABEL. (*Ap.*)

Peor es esto;
Que con el amo he encontrado.

DON MANUEL.

Trae luz, Cosme, que ya tengo
A quien es.

COSME.

Pues no le sueltes.

DON MANUEL.

No haré; vé por ella presto.

COSME.

Tenle bien. (*Vase.*)

ISABEL. (*Ap.*)

Del azafate
Asió; en sus manos le dejo.
Hallé la alacena. ¡Adios!
(*Vase, dejándole el azafate en la mano.*)

DON MANUEL.

Cualquiera que es, se esté quedo
Hasta que traigan la luz;
Porque si no, ¡vive el cielo,
Que le dé de puñaladas! —
Pero solo abrazo el viento,
Y encuentro solo una cosa
De ropa y de poco peso.
¿Qué será? ¡Válgame Dios,
Que en mas confusion me ha puesto!

ESCENA XII.

COSME, *con la luz.* — DON MANUEL.

COSME.

Téngase el duende á la luz.
Pues ¿qué es dél? ¿no estaba preso?
¿Qué es esto, señor?

DON MANUEL.

No acierto
A responder. Esta ropa
Me ha dejado, y se fué huyendo.

COSME.

¿Y qué dices deste lance?
Aun bien, que agora tú mesmo
Dijiste que le tenias,
Y se te fué por el viento.

DON MANUEL.

Diré que aquesta persona,
Que con arte y con ingenio
Entra y sale aquí, esta noche
Estaba encerrada dentro;
Que, para poder salir,
Te mató la luz, y luego
Me dejó á mí el azafate,
Y se me ha escapado huyendo.

COSME.

¿Por dónde?

DON MANUEL.

Por esa puerta.

COSME.

Harásme que pierda el seso.
¡Vive Dios! que yo le vi
A los últimos reflejos,
Que la pavesa dejó
De la luz, que me habia muerto!

DON MANUEL.

¿Qué forma tenia?

COSME.

Era un fraile
Tamañito, y tenia puesto
Un cucurucho tamaño;
Que por estas señas creo
Que era duende capuchino.

DON MANUEL.

¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí, y lo que trajo
El frailecito verémos.
Ten este azafate tú.

COSME.

¿Yo azafates del infierno?

DON MANUEL.

Tenle pues.

COSME.

Tengo las manos
Sucias, señor, con el sebo
De la vela, y mancharé
El tafetan que cubierto
Le tiene; mejor será
Que le pongas en el suelo.

DON MANUEL.

Ropa blanca es, y un papel.
Veamos si el fraile es discreto.
(*Lee.*) «En el poco tiempo que ha que »vivís en esa casa, no se ha podido »hacer mas ropa; como se fuere ha»ciendo, se irá llevando. A lo que de»cís del amigo, persuadido á que soy »dama de Don Luis, os aseguro que »no solo no lo soy, pero que no puedo »serlo; y esto dejo para la vista, que »será presto. Dios os guarde.»
Bautizado está este duende,
Pues de Dios se acuerda.

COSME.

¿Veslo,
Cómo hay duende religioso?

DON MANUEL.

Muy tarde es; ve componiendo
Las maletas y cojines,
Y en una bolsa pon estos
Papeles, que son el todo
A que vamos; que yo entiendo
En tanto dejar respuesta
A mi duende.
(*Da unos papeles á Cosme, pónelos él sobre una silla, y Don Manuel escribe.*)

COSME.

Aquí yo quiero,
Para que no se me olviden
Y estén á mano, ponerlos,
Miéntras me detengo un rato,
Solamente á decir esto:
¿Has creido ya que hay duendes?

DON MANUEL.

¡Qué disparate tan necio!

COSME.

¿Esto es disparate? ¿Ves
Tú mismo tantos efectos,
Como venirse á tus manos
Un regalo por el viento,
Y aun dudas? Pero bien haces,
Si á ti te va bien con eso;
Mas déjame á mí, que yo,
Que peor partido tengo,
Lo crea.

DON MANUEL.

¿De qué manera?

COSME.

Desta manera lo pruebo:
Si nos revuelven la ropa,

Digitized by Google

Te ries mucho de verlo;
Y yo soy quien la compone,
Que no es trabajo pequeño.
Si á tí te dejan papeles,
Y te llevan los conceptos;
A mí me dejan carbones,
Y se llevan mi dinero.
Si traen dulces, tú te huelgas
Como un padre de comerlos;
Y yo ayuno como un puto,
Pues ni los toco ni veo.
Si á tí te dan las camisas,
Las valonas y pañuelos;
A mí los sustos me dan
De escucharlo y de saberlo.
Si, cuando los dos venimos
Aquí, casi á un mismo tiempo,
Te dan á tí un azafate
Tan aseado y compuesto;
A mí un mojicon me dan
En aquestos pestorejos,
Tan descomunal, tan grande,
Que me hace escupir los sesos.
Para tí solo, señor,
Es el gusto y el provecho,
Para mí el susto y el daño;
Y tiene el duende en efecto,
Para tí mano de lana,
Para mí mano de hierro.
Pues déjame que lo crea;
Que se apura el sufrimiento,
Queriendo negarle á un hombre
Lo que está pasando y viendo.

DON MANUEL.

Haz las maletas, y vamos;
Que allá en el cuarto te espero
De Don Juan.

COSME.

¿Pues qué hay que hacer,
Si allá vestido de negro
Has de andar, y esto se hace
Con tomar un ferreruelo?

DON MANUEL.

Deja cerrado, y la llave
Lleva; que si en este tiempo
Hiciera falta, otra tiene
Don Juan.—Confuso me ausento
Por no llevar ya sabido
Esto, que ha de ser tan presto;
Pero uno importa al honor
De mi casa y de mi aumento,
Y otro solamente á un gusto;
Y así entre los dos extremos,
Donde el honor es lo mas,
Todo lo demas es ménos. (*Vanse.*)

—

Cuarto de Doña Angela.

ESCENA XIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

¿Eso te ha sucedido?

ISABEL.

Ya todo el embeleco vi perdido,
Porque, si allí me viera,
Fuerza, señora, fuera
El descubrirse todo;
Pero en efecto, me escapé del modo
Que te dije.

DOÑA ÁNGELA.

Fué extraño
Suceso.

DOÑA BEATRIZ.

Y ha de dar fuerza al engaño,
Sin haber visto gente,
Ver que dé un azafate, y que se ausente.

DOÑA ÁNGELA.

Si tras desto consigo
Que me vea del modo que te digo,
Ni dudo de que pierda
El juicio.

DOÑA BEATRIZ.

La atencion mas grave y cuerda
Es fuerza que se espante,
Angela, con suceso semejante;
Porque querer llamalle
Sin saber donde viene, y que se halle
Luego con una dama
Tan hermosa, tan rica y de tal fama,
Sin que sepa quién es, ni dónde vive
(Que esto es lo que tu ingenio le aperci-
Y haya, vendado y ciego, [be),
De volver á salir y dudar luego,
¿A quién no ha de admirar?

DOÑA ÁNGELA.

Todo advertido
Está ya, y por estar tú aquí no ha sido
Hoy la noche primera
Que ha de venir á verme.

DOÑA BEATRIZ.

¿No supiera
Yo callar el suceso
De tu amor?

DOÑA ÁNGELA.

Que no, prima, no es por eso;
Sino que estando en casa
Tú, como á mis hermanos les abrasa
Tu amor, no salen della,
Adorando los rayos de tu estrella;
Y fuera aventurarme,
No ausentándose ellos, empeñarme.

ESCENA XIV.

DON LUIS, *al paño*.— DICHOS.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Oh cielos! quién pudiera
Disimular su afecto! quién pusiera
Límite al pensamiento,
Freno á la voz y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
Tan poco puedo, que esto no consigo,
Desde aquí he de ensayarme
A vencer mi pasion, y reportarme.

DOÑA BEATRIZ.

Yo diré de qué suerte
Se podrá disponer, para no hacerte
Mal tercio, y para hallarme
Aquí; porque sintiera el ausentarme,
Sin que el efecto viera
Que deseo.

DOÑA ÁNGELA.

Pues dí de qué manera.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Qué es lo que las dos tratan,
Que de su mismo aliento se recatan?

DOÑA BEATRIZ.

Las dos publicarémos
Que mi padre envió por mí, y harémos
La deshecha con modos,
Que creyendo que estoy ya ausente to-
Vuelva á quedarme en casa... [dos,

DON LUIS. (*Ap.*) [pasa?
¿Qué es esto, cielos, que en mi agravio

DOÑA BEATRIZ.

Y oculta con secreto,
Sin estorbos podré ver el efeto...

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Qué es lo que oigo, hado injusto?

DOÑA BEATRIZ.

Que ha de ser para mí de tanto gusto.

DOÑA ÁNGELA.

Y luego, ¿qué dirémos
De verte aquí otra vez?

DOÑA BEATRIZ

¿Pues no tendrémos
(¡Que mal eso te admira!)
Ingenio para hacer otra mentira?

DON LUIS. (*Ap.*)

Sí tendreis. ¡Que esto escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

DOÑA BEATRIZ.

Con esto, sin testigos y en secreto,
Deste notable amor veré el efeto;
Pues estando escondida
Yo, y estando la casa recogida,
Sin escándalo arguyo
Que pasar pueda de su cuarto al tuyo.

DON LUIS. (*Ap.*)

Bien claramente infiero
(Cobarde vivo, y atrevido muero)
Su intencion. Mas dichoso
Mi hermano la merece: ¡estoy celoso!
A darle se prefiere
La ocasion que desea; y así quiere
Que de su cuarto pase
Sin que nadie lo sepa, y yo me abrase;
Y porque sin testigos
Se logren (¡oh enemigos!)
Mintiendo mi sospecha,
Hacer quiere conmigo la deshecha.
Pues si esto es así, cielo,
Para el estorbo de su amor apelo:
Y cuando esté escondida,
Buscando otra ocasion, con atrevida
Resolucion veré toda la casa,
Hasta hallarle; que el fuego que me a-
Ya no tiene otro medio; [brasa,
Que el estorbar es último remedio
De un celoso. Valedme, ¡santos cielos!
Que abrasado de amor, muero de celos.
(*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

Está bien prevenido,
Y mañana dirémos que te has ido.

ESCENA XV.

DON JUAN.—DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

DON JUAN.

¡Hermana! Beatriz bella!

DOÑA BEATRIZ.

Ya te echábamos ménos.

DON JUAN.

Si mi estrella
Tantas dichas mejora,
Que me eche ménos vuestro sol, señora,
De mí mismo envidioso,
Tendré mi mismo bien por sospechoso;
Que posible no ha sido
Que os haya merecido
Mi amor ese cuidado;
Y así, de mí envidioso y envidiado,
Tendré en tan dulce abismo
Yo lástima y envidia de mí mismo.

DOÑA BEATRIZ.

Contradecir no quiero
Argumento, Don Juan, tan lisonjero,
Que quien ha dilatado
Tanto el venirme á ver, y me ha olvidado,
¿Quién duda que estaria
Bien divertido, sí, y allí tendria
Envidia á su ventura
Y lástima, perdiendo la hermosura
Que tanto le divierte?
Luego claro se prueba desta suerte
Con cierto silogismo
La lástima y envidia de sí mismo.

Digitized by Google

DON JUAN.

Si no fuera ofenderme y ofenderos,
Intentara, Beatriz, satisfaceros
Con deciros que he estado
Con Don Manuel, mi huésped, ocupado
Agora en su partida,
Porque se fué esta noche.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mi vida!

DON JUAN.

¿De qué, hermana, es el susto?

DOÑA ÁNGELA.

Sobresalta un placer como un disgusto.

DON JUAN.

Pésame que no sea
Placer cumplido el que tu pecho vea;
Pues volverá mañana.

DOÑA ÁNGELA.

(Ap. Vuelva á vivir una esperanza vana.)
Ya yo me habia espantado,
Que tan de paso nos venia el enfado,
Que fué siempre importuno.

DON JUAN.

Yo no sospecho que te dé ninguno, [to,
Sino que tú y Don Luis mostrais disgus-
Por ser cosa en que yo he tenido gusto.

DOÑA ANGELA.

No quiero responderte,
Aunque tengo bien qué; y es por no ha-
Mal juego, siendo agora [certe
Tercero de tu amor, pues nadie ignora
Que ejerce amor las flores de fullero
Mano á mano, mejor que con tercero.—
Vente, Isabel, conmigo; (*Ap. á ella.*)
Que aquesta noche misma á traer me
El retrato; pues puedo [obligo
Pasar con mas espacio y ménos miedo.
Tenme tú prevenida
Una luz, y en que pueda ir escondida;
Porque no ha de tener, contra mi fama,
Quien me escribe, retrato de otra dama.

(*Vanse Doña Angela é Isabel.*)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

DOÑA BEATRIZ.

No creo que te debo
Tantas finezas.

DON JUAN.

Los quilates pruebo
De mi fe (porque es mucha)
En un discurso.

DOÑA BEATRIZ.

Dile.

DON JUAN.

Pues escucha.
Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,
Mi amor tan firme, mi aficion tan rara,
Que, aunque yo no quererte deseara,
Contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera,
Que, á poder olvidarte, te olvidara,
Porque despues por eleccion te amara:
Fuera gusto mi amor, y no ley fuera.
Quien quiere á una mujer, porque no [puede
Olvidalla, no obliga con querella,
Pues nada el albedrío le concede.
Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella,
Y siento el ver que tan ufana quede,
Con la victoria de tu amor mi estrella.

DOÑA BEATRIZ.

Si la eleccion se debe al albedrío,
Y la fuerza al impulso de una estrella,
Voluntad mas segura será aquella
Que no vive sujeta á un desvarío.
Y así de tus finezas desconfío,
Pues mi fe, que imposibles atropella,
Si viera á mi albedrío andar sin ella,
Negara, vive el cielo, que era mio.
Pues aquel breve instante que gastara
En olvidar, para volver á amarte,
Sintiera que mi afecto me faltara.
Y huélgome de ver que no soy parte
Para olvidarte, pues que no te amara
El rato que tratara de olvidarte.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVII.

COSME, *huyendo de* DON MANUEL, *que le sigue.*

DON MANUEL.

¡Vive Dios, si no mirara...

COSME.

Por eso miras.

DON MANUEL.

Que fuera
Infamia mia, que hiciera
Un desatino!

COSME.

Repara
En que te he servido bien,
Y un descuido no está en mano,
De un católico cristiano.

DON MANUEL.

¿Quién ha de sufrirte, quién,
Si lo que mas importó,
Y lo que mas te he encargado,
Es lo que mas se ha olvidado?

COSME.

Pues por eso se olvidó,
Por ser lo que me importaba;
Que si importante no fuera,
¿En olvidarse, qué hiciera?
¡Viven los cielos! que estaba
Tan cuidadoso en traer
Los papeles, que por eso
Los puse aparte, y confieso
Que el cuidado vino á ser
El mismo que me dañó;
Pues si aparte no estuvieran,
Con los demas se vinieran.

DON MANUEL.

Harto es que se te acordó
En la mitad del camino.

COSME.

Un gran cuidado llevaba,
Sin saber qué le causaba;
Que le juzgué desatino,
Hasta que en el caso di,
Y supe que era el cuidado
El habérseme olvidado
Los papeles.

DON MANUEL.

Di que allí
El mozo espere, teniendo
Las mulas; porque tambien
Llegar con ruido no es bien,
Despertando á quien durmiendo
Está ya; pues puedo entrar,
Supuesto que llave tengo,
Y el despacho, por quien vengo,
Sin ser ser sentido sacar.

(*Vase Cosme, y vuelve.*)

COSME.

Ya el mozo queda advertido;
Mas considera, señor,
Que sin luz es grande error
Querer hallarlos, y el ruido
Excusarse no es posible;
Porque si luz no nos dan
En el cuarto de Don Juan,
¿Cómo hemos de ver?

DON MANUEL.

¡Terrible
Es tu enfado! ¿Agora quieres
Que le alborote y le llame?
¿Pues no sabrás (dime, infame,
Que causa de todo eres)
Por el tiento, dónde fué
Dónde quedaron?

COSME.

No es esa
La duda; que yo á la mesa,
Donde sé que los dejé,
Iré á ciegas.

DON MANUEL.

Abre presto.

COSME.

Lo que á mi temor responde
Es que no sabré yo adónde
El duende los habrá puesto;
Porque ¿qué cosa he dejado,
Que haya vuelto á hallarla yo
En la parte que quedó?

DON MANUEL.

Si los hubiere mudado,
Luz entónces pedirémos;
Pero hasta verlo, no es bien
Que alborotemos, á quien
Buen hospedaje debemos. (*Vanse.*)

—

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA XVIII.

DOÑA ÁNGELA É ISABEL, *que salen de la alacena.*

DOÑA ANGELA.

Isabel, pues recogida
Está la casa, y es dueño
De los sentidos el sueño,
Ladron de la media vida,
Y sé que el huésped se ha idó,
Robarle el retrato quiero
Que vi en el lance primero.

ISABEL.

Entra quedo, y no hagas ruido.

DOÑA ÁNGELA.

Cierra tú por allá fuera,
Y hasta venirme á avisar
No saldré yo, por no dar
En mas riesgo.

ISABEL.

Aquí me espera.

(*Vase Isabel, cerrando la alacena.*)

ESCENA XIX.

DON MANUEL, COSME, *á oscuras.*— DOÑA ANGELA.

COSME. (*Hablando bajo con su amo junto á la puerta.*)

Ya está abierto.

DON MANUEL.

Pisa quedo;
Que, si aquí sienten rumor,
Será alboroto mayor.

COSME.

¿Crerásme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
Tenernos luz encendida.

DOÑA ÁNGELA.

La luz que traje escondida,
Porque de aquesta manera

Digitized by Google

No se viese, es tiempo ya
De descubrir.

(Saca una luz que trajo encubierta en una linterna.)

COSME. *(Ap. á su amo.)*

Nunca ha andado
El duende tan bien mandado.
¡Qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí
Si te quiere bien el duende,
Pues que para tí la enciende,
Y la apaga para mí.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! Ya es
Esto sobrenatural;
Que traer con priesa tal
Luz, no es obra humana.

COSME.

¿Ves
Como á confesar viniste
Que es verdad?

DON MANUEL.

¡De mármol soy!
Por volver atras estoy.

COSME.

Mortal eres: ya temiste.

DOÑA ÁNGELA.

Hácia aquí la mesa veo,
Y con papeles está.

COSME.

Hácia la mesa se va.

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que dudo y creo
Una admiracion tan nueva!

COSME.

¿Ves cómo nos va guiando,
Lo que venimos buscando,
Sin que veamos quién la lleva?

(Doña Angela pone la luz en un candelero que habrá en la mesa, y toma una silla y siéntase de espaldas á los dos.)

DOÑA ÁNGELA.

Pongo aquí la luz, y agora
La escribanía veré.

DON MANUEL.

Aguarda, que á los reflejos
De la luz todo se ve;
Y no vi en toda mi vida
Tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
Hidras á mi parecer,
Son los prodigios, pues de uno
Nacen mil. ¡Cielos! ¿qué haré?

COSME.

Despacio lo va tomando.
Silla arrastra.

DON MANUEL.

Imágen es
De la mas rara beldad,
Que el soberano pincel
Ha obrado.

COSME.

Así es verdad;
Porque solo la hizo él.

DON MANUEL.

Mas que la luz resplandecen
Sus ojos.

COSME.

Lo cierto es,
Que son sus ojos luceros
Del cielo de Lucifer.

DON MANUEL.

Cada cabello es un rayo
Del sol.

COSME.

Hurtáronlos dél.

DON MANUEL.

Una estrella es cada rizo.

COSME.

Sí será; porque tambien
Se las trajeron acá,
O una parte de las tres.

DON MANUEL.

¡No vi mas rara hermosura!

COSME.

No dijeras eso á fe,
Si el pié la vieras; porque estos
Son malditos por el pié.

DON MANUEL.

¡Un asombro de belleza,
Un ángel hermoso es!

COSME.

Es verdad, pero patudo.

DON MANUEL.

¿Qué es esto, qué intenta hacer
Con mis papeles?

COSME.

Yo apuesto
Que querrá mirar y ver
Lo que buscas, porque aquí
Tengamos ménos que hacer;
Que es duende muy servicial.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! ¿qué haré?
Nunca me he visto cobarde,
Sino solo aquesta vez.

COSME.

Yo sí, muchas.

DON MANUEL.

Y calzado
De prision de hielo el pié,
Tengo el cabello erizado,
Y cada suspiro es,
Para mi pecho un puñal,
Para mi cuello un cordel.
Mas ¿yo he de tener temor?
¡Vive el cielo que he de ver
Si sé vencer un encanto!

(Llega, y cógela de un brazo.)

Angel, demonio, ó mujer,
A fe que no has de librarte
De mis manos esta vez.

DOÑA ÁNGELA. *(Ap.)*

¡Ay infelice de mí!
Fingida su ausencia fué:
Mas ha sabido que yo.

COSME.

De parte de Dios (aquí es
Troya del diablo) nos di...

DOÑA ÁNGELA. *(Ap.)*

Mas yo disimularé.

COSME.

¿Quién eres, y qué nos quieres?

DOÑA ANGELA.

Generoso Don Manuel
Enriquez, á quien está
Guardado un inmenso bien,
No me toques, no me llegues
Que llegarás á perder
La mayor dicha que el cielo
Te previno, por merced
Del hado, que te apadrina
Por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
En el último papel,
Que nos veríamos presto,
Y anteviendo aquesto fué.
Y pues cumplí mi palabra,
Supuesto que ya me ves,
En la mas humana forma
Que he podido elegir, ve
En paz, y déjame aquí;
Porque aun cumplido no es
El tiempo en que mis sucesos
Has de alcanzar y saber.
Mañana lo sabrás todo;
Y mira, que á nadie dés
Parte desto, si no quieres
Una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME.

Pues que con la paz
Nos convida, señor, ¿qué
Esperamos?

DON MANUEL.

(Ap ¡Vive Dios,
Que corrido de temer
Vanos asombros estoy!
Y puesto que no los crê
Mi valor, he de apurar
Todo el caso de una vez.)
Mujer, quien quiera que seas,
(Que no tengo de creer
Que eres otra cosa nunca)
Vive Dios, que he de saber
Quién eres, cómo has entrado
Aquí, con qué fin, y á qué.
Sin esperar á mañana
Esta dicha gozaré;
Si demonio, por demonio,
Y si mujer, por mujer;
Que á mi esfuerzo no le da
Que recelar ni temer
Tu amenaza, cuando fueras
Demonio; aunque yo bien sé
Que teniendo cuerpo tú,
Demonio no puedes ser,
Sino mujer.

COSME.

Todo es uno.

DOÑA ÁNGELA.

No me toques, que á perder
Echas una dicha.

COSME.

Dice
El señor diablo muy bien;
No la toques, pues no ha sido
Arpa, laud ni rabel.

DON MANUEL.

Si eres espíritu, agora
Con la espada lo veré; *(Saca la espada.)*
Pues aunque te hiera aquí,
No he de poderte ofender.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí! ¡deten la espada,
Sangriento el brazo deten!
Que no es bien que dés la muerte
A una infelice mujer.
Yo confieso que lo soy;
Y aunque es delito el querer,
No delito que merezca
Morir mal, por querer bien.
No manches pues, no desdores
Con mi sangre el rosicler
De ese acero.

DON MANUEL.

Di, ¿quién eres?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza el decirlo ha de ser;
Porque no puedo llevar
Tan al fin como pensé
Este amor, este deseo,
Esta verdad, esta fe.
Pero estamos á peligro,
Si nos oyen, ó nos ven,
De la muerte; porque soy
Mucho mas de lo que ves;

Digitized by Google

Y así es fuerza, por quitar
Estorbos que puede haber,
Cerrar, señor, esa puerta,
Y aun la del portal tambien;
Porque no puedan ver luz,
Si acaso vienen á ver
Quién anda aquí.

DON MANUEL.

Alumbra, Cosme,
Cerremos las puertas. ¿Ves
Como es mujer, y no duende?

COSME.

Yo ¿no lo dije tambien? (*Vanse los dos.*)

ESCENA XX.

DOÑA ANGELA, *y luego* ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Cerrada estoy por defuera.
Ya ¡cielos! fuerza ha de ser
Decir la verdad, supuesto
Que me ha cerrado Isabel,
Y que el huésped me ha cogido
Aquí. (*Sale Isabel por la alacena.*)

ISABEL.

Ce, señora, ce.
Tu hermano por tí pregunta.

DOÑA ÁNGELA.

Bien sucede. Echa el cancel
De la alacena. ¡Ay amor!
La duda se queda en pié.
(*Vanse, y cierran la alacena.*)

ESCENA XXI.

DON MANUEL, COSME.

DON MANUEL.

Ya están cerradas las puertas,
Proseguid, señora; haced
Relacion... pero, ¿qué es esto?
¿Dónde está?

COSME.

Pues yo ¿qué sé?

DON MANUEL.

¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve delante.

COSME.

Yendo á pié,
Es, señor, descortesía
Ir yo delante.

DON MANUEL.

Veré
Todo el cuarto. Suelta, digo.

COSME.

Digo que suelto.
(*Quítale Don Manuel la luz, entra en el cuarto y vuelve á salir.*)

DON MANUEL.

¡Cruel
Es mi suerte!

COSME.

Aun bien que agora
Por la puerta no se fué.

DON MANUEL.

¿Pues por dónde pudo irse?

COSME.

Eso no alcanzo yo. ¿Ves
(Siempre te lo he dicho yo)
Cómo es diablo, y no mujer?

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que he de mirar
Todo este cuarto, hasta ver
Si debajo de los cuadros
Rota está alguna pared,
Si encubren estas alfombras
Alguna cueva, y tambien
Las bovedillas del techo!

COSME.

Solamente aquí se ve
Esta alacena.

DON MANUEL.

Por ella
No hay que dudar ni temer,
Siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demas ven.

COSME.

Yo no soy nada miron.

DON MANUEL.

Pues no tengo de creer
Que es fantástica su forma,
Puesto que llegó á temer
La muerte.

COSME.

Tambien llegó
A adivinar y saber
Que, á solo verla esta noche,
Habíamos de volver.

DON MANUEL.

Como sombra se mostró,
Fantástica su luz fué;
Pero como cosa humana,
Se dejó tocar y ver:
Como mortal se temió,
Receló como mujer,
Como ilusion se deshizo,
Como fantasma se fué.
Si doy la rienda al discurso,
No sé, ¡vive Dios! no sé,
Ni qué tengo de dudar,
Ni qué tengo de creer.

COSME.

Yo sí.

DON MANUEL.

¿Qué?

COSME.

Que es mujer-diablo;
Pues que novedad no es,
Si la mujer es demonio
Todo el año, que una vez,
Por desquitarse de tantas,
Sea el demonio mujer.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Doña Angela.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, *á oscuras;* ISABEL, *guiándole.*

ISABEL.

Espérame en esta sala:
Luego saldrá á verte aquí
Mi señora. (*Vase, cerrando.*)

DON MANUEL.

No está mala
La tramoya. ¿Cerró? Sí.
¡Qué pena á mi pena iguala!
Yo volví del Escorial,
Y este encanto peregrino,
Este pasmo celestial
Que á traerme la luz vino
Y me deja en duda igual,
Me tiene escrito un papel,
Diciendo muy tierna en él:
«Si os atreveis á venir
A verme, habeis de salir
Esta noche con aquel
Criado que os acompaña.
Dos hombres esperarán
En el cementerio (¡extraña
Parte!) de San Sebastián,
Y una silla.» Y no me engaña.
En ella entré y discurrí,
Hasta que el tino perdí.
Y al fin á un portal de horror
Lleno, de sombra y temor,
Solo y á oscuras salí.
Aquí llegó una mujer,
(Al oir y al parecer)
Y á oscuras y por el tiento,
De aposento en aposento,
Sin oir, hablar, ni ver,
Me guió. Pero ya veo
Luz; por el resquicio es
De una puerta. Tu deseo
Lograste, amor, pues ya ves
La dama; aventuras creo.
(*Acecha por la cerradura.*)
¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!
(*Abren la puerta, y salen varias criadas trayendo tohallas, conservas y agua, haciendo reverencias todas al pasar, y detras de todas, Doña Angela, ricamente vestida.*)

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, CRIADAS, DOÑA BEATRIZ. — DON MANUEL.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

Pues presumen que eres ida
A tu casa mis hermanos,
Quedándote aquí escondida,
Los recelos serán vanos;
Porque una vez recogida,
Ya no habrá que temer nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y qué ha de ser mi papel?

DOÑA ANGELA.

Agora el de mi criada;
Luego el de ver, retirada,
Lo que me pasa con él. —
¿Estaréis muy digustado (*A Don Manuel.*)
De esperarme?

DON MANUEL.

No, señora;
Que quien espera la aurora,
Bien sabe que su cuidado,
En las sombras sepultado
De la noche oscura y fria,
Ha de tener; y así hacia
Gusto el pesar que pasaba;
Pues cuanto mas se alargaba,
Tanto mas llamaba al dia.
Si bien no era menester
Pasar noche tan oscura,
Si el sol de vuestra hermosura
Me habia de amanecer;
Que para resplandecer
Vos, soberano arrebol,
La sombra ni el tornasol
De la noche no os habia
De estorbar; que sois el dia
Que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
Y pasa á la dulce salva
La risa bella del alba,
Que ilumina, mas no dora;
Despues del alba la aurora,
De rayos y luz escasa,
Dora, mas no abrasa. Pasa
La aurora, y tras su arrebol
Pasa el sol; y solo el sol
Dora, ilumina y abrasa.

Digitized by Google

El alba, para brillar,
Quiso á la noche seguir;
La aurora, para lucir,
Al alba quiso imitar;
El sol, deidad singular,
A la aurora desafía,
Vos al sol: luego la fria
Noche no era menester,
Si podeis amanecer
Sol del sol despues del dia.

DOÑA ÁNGELA.

Aunque agradecer debiera
Discurso tan cortesano,
Quejarme quiero (no en vano),
De ofensa tan lisonjera;
Pues no siendo esta la esfera,
A cuyo noble ardimiento
Fatigas padece el viento,
Sino un albergue piadoso,
Os viene á hacer sospechoso
El mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
Me falta en contento tanto;
Ni aurora, pues que mi llanto
De mi dolor no os avisa;
No soy sol, pues no divisa
Mi luz la verdad que adoro,
Y así lo que soy ignoro;
Que solo sé que no soy
Alba, aurora ó sol; pues hoy
No alumbro, rio, ni lloro.
Y así os ruego que digais,
Señor Don Manuel, de mí
Que una mujer soy y fuí,
A quien vos solo obligais
Al extremo que mirais.

DON MANUEL.

Muy poco debe de ser;
Pues aunque me llego á ver
Aquí, os pudiera argüir
Que tengo mas que sentir,
Señora, que agradecer.
Y así, me doy por sentido.

DOÑA ÁNGELA.

¿Vos de mí sentido?

DON MANUEL.

Sí,
Pues que no fiais de mí
Quien sois.

DOÑA ÁNGELA.

Solamente os pido
Que eso no mandeis; que ha sido
Imposible de contar.
Si quereis venirme á hablar,
Con calidad ha de ser
Que no lo habeis de saber,
Ni lo habeis de preguntar;
Porque para con vos hoy
Un enigma á ser me ofrezco,
Que ni soy lo que parezco,
Ni parezco lo que soy.
Miéntras encubierta estoy,
Podreis verme y podré veros;
Porque si á satisfaceros
Llegais, y quien soy sabeis,
Vos quererme no querréis,
Aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa,
Tal vez un cuadro previene,
Que una forma á una luz tiene,
Y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
Dos luces, que en mí teneis;
Si hoy á aquesta luz me veis,
Y por eso me estimais,
Cuando á otra luz me veais,
Quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa
Es en cuanto á haber creido
Que de Don Luis dama he sido;
Que esta sospecha reporta
Mi juramento, y la acorta.

DON MANUEL.

¿Pues qué, señora, os moviera
A encubriros dél?

DOÑA ÁNGELA.

Pudiera
Ser tan principal mujer,
Que tuviera que perder,
Si Don Luis me conociera.

DON MANUEL.

Pues decidme solamente,
¿Cómo á mi casa pasais?

DOÑA ÁNGELA.

Ni eso es tiempo que sepais;
Que es el mismo inconveniente.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Aquí entro yo lindamente.)
Ya el agua y dulce está aquí;
Vuexcelencia mire si...

(*Llegan todas con las tohallas, agua y algunas cajas de dulce.*)

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es excelencia?
¿Quieres engañar así
Ahora al señor Don Manuel,
Para que con eso crea
Que yo gran señora sea?

DOÑA BEATRIZ.

Advierte...

DON MANUEL. (*Ap.*)

De mi cruel
Duda salí con aquel
Descuido; agora he creido
Que una gran señora ha sido,
Que, por serlo, se encubrió,
Y que con el oro vió
Su secreto conseguido.

ESCENA III.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Abre, Isabel, esta puerta.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

¡Ay cielos! ¿qué ruido es este?

ISABEL.

¡Yo soy muerta!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Helada estoy!

DON MANUEL. (*Ap.*)

¡Aun no cesan mis crueles
Fortunas? ¡Válgame el cielo!

DOÑA ÁNGELA.

Señor, mi padre es aqueste.

DON MANUEL.

¿Qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza es que vais
A esconderos á un retrete.
Isabel, llévale tú,
Hasta que oculto le dejes
En aquel cuarto que sabes,
Apartado; ya me entiendes.

ISABEL.

Vamos presto.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¿No acabais
De abrir la puerta?

DON MANUEL.

¡Valedme,
Cielos, que vida y honor
Van jugadas á una suerte!

(*Vase Don Manuel con Isabel.*)

DON JUAN. (*Dentro.*)

La puerta echaré en el suelo.

DOÑA ÁNGELA.

Retírate tú, pues puedes,
En esa cuadra, Beatriz;
No te hallen aquí.

(*Vase Doña Beatriz, y sale Don Juan.*)

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué quieres
A estas horas en mi cuarto,
Que así á alborotarnos vienes?

DON JUAN.

Respóndeme tú primero,
Angela, ¿qué traje es ese?

DOÑA ÁNGELA.

De mis penas y tristezas
Es causa el mirarme siempre
Llena de luto, y vestíme,
Por ver si hay con qué me alegre,
Estas galas.

DON JUAN.

No lo dudo;
Que tristezas de mujeres
Bien con galas se remedian,
Bien con joyas convalecen;
Si bien me parece que es
Tu cuidado impertinente.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué importa el vestirme así,
Donde nadie llegue á verme?

DON JUAN.

Dime, ¿volvióse Beatriz
A su casa?

DOÑA ÁNGELA.

Y cuerdamente
Su padre, por mejor medio,
En paz su enojo convierte.

DON JUAN.

Yo no quise saber mas,
Para ir á ver si pudiese
Verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte
Que ya no es tuyo ese traje. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

Vaya Dios contigo, y véte.

(*Vase Don Juan, y vuelve Doña Beatriz.*)

DOÑA ÁNGELA.

Cierra esa puerta, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Bien hemos salido deste
Susto. A buscarme tu hermano
Va.

DOÑA ÁNGELA.

Ya hasta que se sosiegue
Mas la casa, y Don Manuel
Vuelva de su cuarto á verme,
Para ser ménos sentidas,
Entremos á este retrete.

DOÑA BEATRIZ.

Si eso te sucede bien,
Te llaman la Dama Duende. (*Vanse.*)

—

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA IV.

DON MANUEL É ISABEL, *que salen á oscuras de la alacena.*

ISABEL.

Aquí has de quedarte, y mira
Que no hagas ruido; que pueden
Sentirte.

DON MANUEL.

Un marmol seré.

ISABEL.

Quieran los cielos que acierte
A cerrar, que estoy turbada. (*Vase.*)

Digitized by Google

DON MANUEL.

¡Oh, á cuánto, cielos, se atreve
Quien se atreve á entrar en parte,
Donde ni alcanza ni entiende
Qué daños se le aperciben,
Qué riesgos se le previenen!
Véme aquí á mí en una casa,
Que dueño tan noble tiene
(De excelencia por lo ménos),
Lleno de asombros crueles,
Y tan léjos de la mia.
Pero ¿qué es esto? Parece
Que á esta parte alguna puerta
Abren. Sí, y ha entrado gente.

ESCENA V.

COSME. — DON MANUEL.

COSME.

Gracias á Dios que esta noche
Entrar podré libremente (*A tientas.*)
En mi aposento sin miedo,
Aunque sin luz salga y entre;
Porque el duende mi señor
Puesto que á mi amo tiene,
¿Para qué me quiere á mí?

(*Encuentra con Don Manuel.*)

Pero para algo me quiere.
¿Quién va? ¿quién es?

DON MANUEL.

Calle, digo,
Quien quiera que es, si no quiere
Que le mate á puñaladas.

COSME.

No hablaré mas que un pariente
Pobre en la casa de un rico.

DON MANUEL.

(*Ap.* Criado sin duda es este,
Que acaso ha entrado hasta aquí.
Dél informarme conviene
Dónde estoy.) Dime, ¿qué casa
Es esta, y qué dueño tiene?

COSME.

Señor, el dueño y la casa
Son del diablo que me lleve;
Porque aquí vive una dama,
Que llaman la Dama Duende,
Que es un demonio en figura
De mujer.

DON MANUEL.

Y tú ¿quién eres?

COSME.

Soy un fámulo ó criado,
Soy un súbdito, un sirviente,
Que, sin qué ni para qué,
Estos encantos padece.

DON MANUEL.

Y ¿quién es tu amo?

COSME.

Es
Un loco, un impertinente,
Un tonto, un simple, un menguado,
Que por tal dama se pierde.

DON MANUEL.

Y ¿es su nombre?

COSME.

Don Manuel
Enriquez.

DON MANUEL.

¡Jesus mil veces!

COSME.

Yo Cosme Catiboratos
Me llamo.

DON MANUEL.

Cosme, ¿tú eres?
¿Pues cómo has entrado aquí?
Tu señor soy. Dime, ¿vienes
Siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí á esconderte
Tambien en este aposento?

COSME.

¡Lindo desenfado es ese!
Dime, ¿cómo estás aquí?
¿No te fuiste muy valiente,
Solo, donde te esperaban?
Pues ¿cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo, en fin, has entrado
Aquí, trayendo yo siempre
La llave de aqueste cuarto?

DON MANUEL.

Pues dime, ¿qué cuarto es este?

COSME.

El tuyo, ó el del demonio.

DON MANUEL.

¡Viven los cielos, que mientes!
Porque léjos de mi casa,
Y en otra bien diferente
Estaba en aqueste instante.

COSME.

Pues cosas serán del duende,
Sin duda; porque te he dicho
La verdad pura.

DON MANUEL.

Tú quieres
Que pierda el juicio.

COSME.

¿Hay mas
De desengañarte? Vete
Por esa puerta, y saldrás
Al portal, adonde puedes
Desengañarte.

DON MANUEL.

Bien dices;
Iré á examinarle y verle. (*Vase.*)

COSME.

Señores, ¿cuándo saldrémos
De tanto embuste aparente?

(*Sale Isabel por la alacena.*)

ESCENA VI.

ISABEL. — COSME; *despues* DON MANUEL.

ISABEL.

(*Ap.* Volvióse á salir Don Juan,
Y porque á saber no llegue
Don Manuel, adónde está,
Sacarle de aquí conviene.)
Ce, señor, ce.

COSME. (*Ap.*)

Esto es peor;
Ceáticas son estás cees.

ISABEL.

Ya mi señor recogido
Queda.

COSME. (*Ap.*)

¿Qué señor es este?

(*Vuelve Don Manuel.*)

DON MANUEL.

Este es mi cuarto en efecto.

ISABEL.

¿Eres tú?

COSME.

Sí, yo soy.

ISABEL.

Vente
Conmigo.

DON MANUEL.

Tú dices bien.

ISABEL.

No hay que temer; nada esperes.

COSME.

¡Señor, que el duende me lleva!

(*Toma Isabel á Cosme de la mano, y llévale por la alacena.*)

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿No sabrémos finalmente
De dónde nace este engaño?
¿No respondes? ¡Qué necio eres!
¡Cosme, Cosme! — ¡Vive el cielo,
Que toco con las paredes!
¿Yo no hablaba aquí con él?
¿Dónde se desaparece
Tan presto? ¿No estaba aquí?
Yo he de perder dignamente
El juicio. Mas pues es fuerza
Que aquí otro cualquiera entre,
He de averiguar por dónde;
Porque tengo de esconderme
En esta alcoba, y estar
Esperando atentamente,
Hasta averiguar quién es
Esta hermosa Dama Duende. (*Vase.*)

—

Sala de Doña Angela.

ESCENA VIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, CRIADAS; *despues* COSME, ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Pues á buscarte ha salido
(*A Doña Beatriz.*)
Mi hermano, y pues Isabel
A su mismo cuarto ha ido
A traer á Don Manuel,
Esté todo apercibido:
Halle, cuando llegue aquí,
La colacion prevenida.
Todas le esperad así.

DOÑA BEATRIZ.

No he visto en toda mi vida
Igual cuento.

DOÑA ÁNGELA.

¿Viene?

CRIADA.

Sí,
Que ya siento sus pisadas.

(*Sale Isabel, trayendo de la mano á Cosme.*)

COSME.

¡Triste de mí! ¿dónde voy?
Ya estas son burlas pesadas.
Mas no, pues mirando estoy
Bellezas tan extremadas.
¿Yo soy Cosme, ó Amadís?
¿Soy Cosmillo, ó Belianís?

ISABEL.

Ya viene aquí. Mas ¿qué veo?
¡Señor!...

COSME. (*Ap.*)

Ya mi engaño creo,
Pues tengo el alma en un tris.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL. (*Ap. á su ama.*)

Señora,
Donde á Don Manuel dejé,
Volviendo por él agora,
A su criado encontré.

DOÑA BEATRIZ.

Mal tu descuido se dora.

ISABEL.

Está sin luz.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Mas vale engañarle así.)
Cosme.

COSME.

Damiana.

Digitized by Google

DOÑA BEATRIZ.
A ese lado
Llegad.

COSME.
Bien estoy aquí.

DOÑA ÁNGELA.
Llegad; no tengais temor.

COSME.
¿Un hombre de mi valor,
Temor?

DOÑA ÁNGELA.
¿Pues qué es no llegar?
(*Llégase á ellas.*)

COSME.
(*Ap.* Ya no se puede excusar,
En llegando al pundonor.)
Respeto no puede ser
Sin ser espanto ni miedo,
Porque al mismo Lucifer,
Temerle muy poco puedo
En hábito de mujer.
Alguna vez lo intentó,
Y para el ardid que fragua,
Cota y nagua se vistió;
Que esto de cotilla y nagua
El demonio lo inventó.
En forma de una doncella
Aseada, rica y bella
A un pastor se apareció;
Y él, así como la vió,
Se encendió en amores della.
Gozó á la diabla, y despues
Con su forma horrible y fea
Le dijo á voces: «¿No ves,
Mísero de tí, cuál sea,
Desde el copete á los piés,
La hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido
Agresor de tal pecado».
Y él, ménos arrepentido
Que ántes de haberla gozado,
La dijo: «Si pretendiste,
O sombra fingida y vana,
Que desesperase un triste,
Vente por acá mañana
En la forma que trajiste;
Verásme amante y cortés
No ménos que ántes despues;
Y aguárdate, en testimonio
De que aun horrible no es
En traje de hembra, un demonio.

DOÑA ÁNGELA.
Volved en vos, y tomad
Una conserva y bebed;
Que los sustos causan sed.

COSME.
Yo no la tengo.

DOÑA BEATRIZ.
Llegad:
Que habeis de volver, mirad,
Doscientas leguas de aquí.

COSME.
¡Cielos! ¿qué oigo? (*Llaman.*)

DOÑA ÁNGELA.
¿Llaman?

DOÑA BEATRIZ.
Sí.

ISABEL. (*Ap.*)
¡Hay tormento mas cruel!

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)
¡Ay de mí triste!

ESCENA IX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)
Isabel.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Válgame el cielo!

DON LUIS. (*Dentro.*)
Abre aquí.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)
Para cada susto tengo
Un hermano.

ISABEL.
¡Trance fuerte!

DOÑA BEATRIZ.
Yo me escondo. (*Vase.*)

COSME. (*Ap.*)
Este sin duda
Es el verdadero duende.

ISABEL. (*A Cosme.*)
Vente conmigo.

COSME.
Sí haré. (*Vanse.*)

(*Abren la puerta, y sale Don Luis.*)

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?

DON LUIS.
Pesares mios me traen
A estorbar otros placeres.
Vi ya tarde en ese cuarto
Una silla, donde vuelve
Beatriz, y vi que mi hermano
Entró.

DOÑA ÁNGELA.
Y en fin, ¿qué pretendes?

DON LUIS.
Como pisa sobre el mio,
Me pareció que habia gente,
Y para desengañarme
Solo, he de mirarle y verle.

(*Alza una antepuerta, y encuentra á Doña Beatriz.*)

Beatriz, ¿aquí estás?

(*Sale Doña Beatriz.*)

DOÑA BEATRIZ.
Aquí
Estoy: que hube de volverme,
Porque al disgusto volvió
Mi padre, enojado siempre.

DON LUIS.
Turbadas estais las dos.
¿Qué notable estrago es este
De platos, dulces y vidrios?

DOÑA ÁNGELA.
¿Para qué informarte quieres
De lo en que, en estando solas,
Se entretienen las mujeres?

(*Hacen ruido en la alacena Isabel y Cosme.*)

DON LUIS.
Y aquel ruido, ¿qué es?

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)
¡Yo muero!

DON LUIS.
¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano
Quien se guarda desta suerte.

(*Toma una luz.*)

¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
Que queriendo neciamente
Estorbar aquí los celos,
Que amor en mi pecho enciende,
Celos de honor averiguo!
Luz tomaré, aunque imprudente,
Pues todo se halla con luz,
Y el honor con luz se pierde. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, CRIADOS.

DOÑA ÁNGELA.
¡Ay, Beatriz, perdidas somos,
Si le encuentra!

DOÑA BEATRIZ.
Si le tiene
En su cuarto ya Isabel,
En vano dudas y temes,
Pues te asegura el secreto
De la alacena.

DOÑA ÁNGELA.
¿Y si fuese
Tal mi desdicha, que allí,
Con la turbacion, no hubiese
Cerrado bien Isabel,
Y él entrase allá?

DOÑA BEATRIZ.
Ponerte
En salvo será importante.

DOÑA ÁNGELA.
De tu padre iré á valerme
Como él se valió de mí;
Porque trocada la suerte,
Si á tí te trajo un pesar,
A mí otro pesar me lleve. (*Vanse.*)

—

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA XI.

ISABEL, COSME, DON MANUEL; *despues* DON LUIS.

ISABEL.
Entra presto. (*Vase.*)

DON MANUEL.
Ya otra vez
En la cuadra siento gente.

(*Sale Don Luis con luz.*)

DON LUIS. (*Ap.*)
Yo vi un hombre ¡vive Dios!

COSME.
Malo es esto.

DON LUIS.
¿Cómo tienen
Desviada esta alacena?

COSME.
Ya se ve luz; un bufete,
Que he encontrado aquí, me valga.

(*Escóndese debajo del bufete.*)

DON MANUEL.
Esto ha de ser desta suerte.

(*Mete mano á la espada.*)

DON LUIS.
¡Don Manuel!

DON MANUEL.
¡Don Luis! ¿qué es esto?
¿Quién vió confusion mas fuerte?

COSME. (*Ap.*)
¡Oigan por donde se entró!
Decirlo quise mil veces.

DON LUIS.
Mal caballero, villano,
Traidor, fementido huésped,
Que al honor de quien te estima,
Te ampara y te favorece,
Sin recato te aventuras,

(*Saca la espada.*)

Y sin decoro te atreves,
Esgrime ese infame acero.

DON MANUEL.
Solo para defenderme
Le esgrimiré, tan confuso
De oirte, escucharte y verte,
De oirme, verme y escucharme,
Que, aunque á matarme te ofreces,
No podrás, porque mi vida,
Hecha á prueba de crueles
Fortunas, es inmortal;
Ni podrás, aunque lo intentes,
Darme la muerte, supuesto
Que el dolor no me da muerte;
Que, aunque eres valiente tú,
Es el dolor mas valiente.

DON LUIS.
No con razones me venzas,
Sino con obras.

Digitized by Google

DON MANUEL.
Detente,
Solo basta pensar si puedo
Yo, Don Luis, satisfacerte.

DON LUIS.
¿Qué satisfacciones hay,
Si así agraviarme pretendes?
Si en el cuarto de esa fiera
Por esa puerta que tiene
Entras, ¿hay satisfacciones
A tanto agravio?

DON MANUEL.
Mil veces
Rompa esa espada mi pecho,
Don Luis, si yo eternamente
Supe desta puerta, ó supe
Que paso á otro cuarto tiene.

DON LUIS.
¿Pues qué haces aquí encerrado
Sin luz?

DON MANUEL.
(*Ap.* ¿Qué he de responderle?)
Al criado espero.

DON LUIS.
Cuando
Yo te he visto esconder, ¿quieres
Que mientan mis ojos?

DON MANUEL.
Sí,
Que ellos engaño padecen
Mas que otro sentido.

DON LUIS.
Y cuando
Los ojos mientan, ¿pretendes
Que tambien mienta el oído?

DON MANUEL.
Tambien.

DON LUIS.
Todos al fin mienten;
Tú solo dices verdad,
Y eres tú solo el que...

DON MANUEL.
Tente,
Porque aun ántes que lo digas,
Que lo imagines y pienses,
Te habré quitado la vida;
Y, ya arrestada la suerte,
Primero soy yo. Perdonen
De amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
Riñamos como se debe:
Parte entre los dos la luz,
Que nos alumbre igualmente;
Cierra despues esa puerta,
Por donde entraste imprudente,
Miéntras que yo cierro estotra;
Y agora en el suelo se eche
La llave, para que salga
El que con la vida quede.

DON LUIS.
Yo cerraré la alacena
Por aquí con un bufete,
Porque no puedan abrirla
Por allá cuando lo intenten.
(*Levanta el bufete, y halla á Cosme.*)

COSME. (*Ap.*)
Descubrióse la tramoya.

DON LUIS.
¿Quién está aquí?

DON MANUEL.
¡Dura suerte
Es la mia!

COSME.
No está nadie.

DON LUIS.
Dime, Don Manuel, ¿no es este
El criado que esperabas?

DON MANUEL.
Ya no es tiempo de hablar este.
Yo sé que tengo razon;
Créd de mí lo que quisiereis,
Que, con la espada en la mano,
Solo ha de vivir quien vence.

DON LUIS.
Ea pues, reñid los dos.
¿Qué esperais?

DON MANUEL.
Mucho me ofendes,
Si eso presumes de mí.
Pensando estoy qué ha de hacerse
Del criado; porque echarle
Es enviar quien lo cuente,
Y tenerle aquí, ventaja,
Pues es cierto ha de ponerse
A mi lado.

COSME.
No haré tal,
Si ese es el inconveniente.

DON LUIS.
Puerta tiene aquesa alcoba
A ese pequeño retrete:
Ciérrale en él, y estarémos
Así iguales.

DON MANUEL.
Bien adviertes.

COSME.
Para que yo riña, haced
Diligencias tan urgentes;
Que para que yo no riña,
Ocioso cuidado es ese. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON MANUEL, DON LUIS.

DON MANUEL.
Ya estamos solos los dos.

DON LUIS.
Pues nuestro duelo comience. (*Riñen.*)

DON MANUEL.
¡No vi mas templado pulso!

DON LUIS.
¡No vi pujanza mas fuerte!
(*Desguarnécesele la espada.*)
Sin armas estoy; mi espada
Se desarma y desguarnece.

DON MANUEL.
No es defecto del valor;
De la fortuna accidente
Sí: busca otra espada pues.

DON LUIS.
Eres cortes y valiente.
(*Ap.* Fortuna, ¿qué debo hacer
En una ocasion tan fuerte,
Pues cuando el honor me quita
Me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasion,
Verdadera ó aparente,
Para que pueda en tal duda
Pensar lo que debe hacerse.)

DON MANUEL.
¿No vas por la espada?

DON LUIS.
Sí,
Y como á que venga esperes,
Presto volveré con ella.

DON MANUEL.
Presto ó tarde, aquí estoy siempre.

DON LUIS.
Adios, Don Manuel, que os guarde.

DON MANUEL.
Adios, que con bien os lleve.
(*Vase Don Luis.*)

ESCENA XIII.

DON MANUEL; COSME, *encerrado.*

DON MANUEL.
Cierro la puerta, y la llave
Quito porque no se eche
De ver que está gente aquí.
¡Qué confusos pareceres
Mi pensamiento combaten,
Y mi discurso revuelven!
¡Qué bien predije, que habia
Puerta que paso la hiciese,
Y que era de Don Luis dama?
Todo, en efecto, sucede
Como yo lo imaginé.
¿Mas cuándo desdichas mienten?

COSME. (*Dentro.*)
¡Ah señor! por vida tuya,
Que lo que solo estuvieres,
Me eches allá, porque temo
Que venga á buscarme el duende
Con sus dares y tomares,
Con sus dimes y diretes,
En un retrete que apénas
Se divisan las paredes.

DON MANUEL.
Yo te abriré, porque estoy
Tan rendido á los desdenes
Del discurso, que no hay
Cosa que mas me atormente.
(*Entra Don Manuel donde entró Cosme.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ANGELA, *con manto;* DON JUAN, *que se queda á la puerta del cuarto.* — DON MANUEL, COSME, *dentro.*

DON JUAN.
Aquí quedarás en tanto
Que me informe y me aconseje
De la causa que á estas horas
Te ha sacado de esta suerte
De casa; porque no quiero
Que en tu cuarto, ingrata, entres,
Por informarme sin tí
De lo que á tí te sucede.
(*Ap.* De Don Manuel en el cuarto
La dejo, y por si él viniere,
Pondré á la puerta un criado
Que le diga que no entre.) (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.
¡Ay infelice de mí!
Unas á otras suceden
Mis desdichas. ¡Muerta soy!
(*Salen Don Manuel y Cosme.*)

COSME.
Salgamos presto.

DON MANUEL.
¿Qué temes?

COSME.
Que es demonio esta mujer,
Y que aun allí no me deje.

DON MANUEL.
Si ya sabemos quién es,
Y en una puerta un bufete
Y en otra la llave está,
¿Por dónde quieres que entre?

COSME.
Por donde se le antojare.

DON MANUEL.
Necio estás.
(*Ve Cosme á Doña Angela.*)

COSME.
¡Jesus mil veces!

DON MANUEL.
¿Pues que es eso?

COSME.
El *verbi gratia*
Encaja aquí lindamente.

DON MANUEL.
¡Eres ilusion ó sombra,
Mujer, que á matarme vienes?
Di, ¿cómo has entrado aquí?

DOÑA ÁNGELA.
Don Manuel...

DON MANUEL.
Di.

Digitized by Google

DOÑA ÁNGELA.

Escucha, atiende.
Llamó Don Luis turbado,
Entró atrevido, reportóse osado,
Previnose prudente,
Pensó discreto y resistió valiente;
Miró la casa ciego,
Recorrióla advertido, hallóte, y luego
Ruido de cuchilladas
Habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza
Que dos hombres cerrados, á quien fuerza
Su valor y su agravio,
Retórico el acero, mudo el labio,
No acaban de otra suerte,
Que con sola una vida y una muerte;
Sin ser vida ni alma,
Mi casa dejo, y á la oscura calma
De la tiniebla fria,
Pálida imágen de la dicha mia,
A caminar empiezo:
Aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo;
Y torpes mis sentidos,
Prision hallan de seda en mis vestidos.
Sola, triste y turbada,
Llego de mi discurso mal guiada
Al umbral de una esfera,
Que fué mi cárcel cuando ser debiera
Mi puerto ó mi sagrado.
¿Mas dónde le ha de hallar un desdichado?
Estaba á sus umbrales
(¡Cómo eslabona el cielo nuestros males!)
Don Juan, Don Juan mi hermano...
Que ya resisto, ya defiendo en vano
Decir quien soy, supuesto
Que el haberlo callado nos ha puesto
En riesgo tan extraño.
¿Quién crêrá que el callarme haya hecho daño
Siendo mujer! Y es cierto,
Siendo mujer, que por callar me he muerto.
En fin, él esperando
A esta puerta estaba ¡ay cielo! cuando
Yo á sus umbrales llego,
Hecha volcan de nieve, Alpe de fuego.
El á la luz escasa
Con que la luna mansamente abrasa,
Vió brillar los adornos de mi pecho,
(No es la primer traicion que nos han hecho)
Y escuchó de las ropas el ruido,
(No es la primera que nos han vendido).
Pensó que era su dama,
Y llegó mariposa de su llama,
Para abrasarse en ella,
Y hallóme á mí por sombra de su estrella.
¿Quién de un galan creyera
Que, buscando sus celos, conociera
Tan contrarios los cielos,
Que ya se contentara con sus celos?
Quiso hablarme, y no pudo;
Que siempre ha sido el sentimiento mudo.
En fin, en tristes voces,
Que mal formadas anegó veloces
Desde la lengua al labio,
La causa solicita de su agravio.
Yo responderle intento,
(Ya he dicho como es mudo el sentimiento.)
Y aunque quise, no pude;
Que mal al miedo la razon acude,
Si bien busqué colores á mi culpa;
Mas cuando anda á buscarse la disculpa,
O tarde ó nunca llega;
Más el delito afirma que le niega.
«Vén, dijo, hermana fiera,
De nuestro antiguo honor mancha primera;
Dejaréte encerrada
Donde segura estés y retirada,
Hasta que cuerdo y sabio
De la ocasion me informe de mi agravio.»
Entré donde los cielos
Mejoraron, con verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
Fingida sombra de mi casa he sido;
Por haberte estimado,
Sepulcro vivo fuí de mi cuidado;
Porque no te quisiera,
Quien el respeto á tu valor perdiera;
Porque no te estimara,
Quien su pasion dijera cara á cara.
Mi intento fué el quererte,
Mi fin amarte, mi temor perderte,
Mi miedo asegurarte,
Mi vida obedecerte, mi alma hallarte,
Mi deseo servirte,
Y mi llanto en efecto persuadirte
Que mi daño repares,
Que me valgas, me ayudes y me ampares.

DON MANUEL.

(*Ap.* Hidras parecen las desdichas mias
Al renacer de sus cenizas frias.
¿Qué haré en tan ciego abismo,
Humano laberinto de mí mismo?
Hermana es de Don Luis, cuando creia
Que era dama. Si tanto (¡ay Dios!) sentia
Ofenderle en el gusto,
¿Qué será en el honor? ¡Tormento injusto!
Su hermana es: si pretendo
Librarla, y con mi sangre la defiendo,
Remitiendo á mi acero su disculpa,
Es ya mayor mi culpa,
Pues es decir que he sido
Traidor, y que á su casa he ofendido,
Pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla,
Es decir que ella tiene
La culpa, y á mi honor no le conviene.
¿Pues qué es lo que pretendo,
Si es hacerme traidor si la defiendo:
Si la dejo, villano;
Si la guardo, mal huésped: inhumano,
Si á su hermano la entrego?
Soy mal amigo si á guardarla llego;
Ingrato, si la libro, a un noble trato;
Si no la libro, á un noble amor ingrato.
Pues de cualquier manera
Mal puesto he de quedar, matando muera.)
No receles, señora; (*A Doña Angela.*)
Noble soy, y conmigo estás agora.
(*Llaman á la puerta.*)

COSME.

Que llaman, señor.

DON MANUEL.

Don Luis
Será, que fué por espada.
Abre pues.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí triste!
Mi hermano es.

DON MANUEL.

No temas nada,
Pues mi valor te defiende.
Ponte luego á mis espaldas.
(*Pónese Doña Angela detras de Don Manuel, y abre la puerta Cosme.*)

ESCENA XV.

DON LUIS.—DOÑA ANGELA, DON MANUEL, COSME.

DON LUIS.

Ya vuelvo.—¿Pero qué miro?
¡Traidora...!
(*Ve á Doña Angela, y saca la espada.*)

DON MANUEL.

Tened la espada,
Señor Don Luis. Yo os he estado
Esperando en esta sala
Desde que os fuisteis; y aquí
(Sin saber cómo) esta dama
Entró, que es hermana vuestra,
Segun dice; que palabra
Os doy, como caballero,
Que no la conozco; y basta
Decir que engañado pude,
Sin saber á quién, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
A riesgo de vida y alma:
De suerte que nuestro duelo,
Que habia á puerta cerrada
De acabarse entre los dos,
A ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
Yo volveré á la demanda
De nuestra pendencia; y pues
En quien sustenta su fama,
Espada y honor han sido
Armas de mas importancia,
Dejadme ir vos por honor,
Pues yo os dejé ir por espada.

DON LUIS.

Yo fuí por ella; mas solo
Para volver á postrarla
A vuestros piés; y cumpliendo
Con la obligacion pasada
En que entónces me pusisteis,
Pues que me dais nueva causa,
Puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana:
No la ha de llevar ninguno
A mis ojos de su casa,
Sin ser su marido; así,
Si os empeñais á llevarla,
Con la mano podrá ser;
Pues con aquesa palabra
Podeis llevarla y volver,
Si quereis, á la demanda.

DON MANUEL.

Volveré; pero advertido
De tu prudencia y constancia,
A solo echarme á esos piés.

DON LUIS.

Alza del suelo; levanta.

DON MANUEL.

Y para cumplir mejor
Con la obligacion jurada,
A tu hermana doy la mano.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, ISABEL, DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.

Si solo el padrino falta,
Aquí estoy yo; que viniendo
Adonde dejé á mi hermana,
El otros me detuvo
No salir á las desgracias,
Como he salido á los gustos.

DOÑA BEATRIZ.

Y pues con ellos se acaban,
No se acaben sin terceros.

DON JUAN.

¿Pues tú, Beatriz, en mi casa?

DOÑA BEATRIZ.

Nunca salí della; luego
Te podré decir la causa.

DON JUAN.

Logremos esta ocasion,
Pues tan á voces nos llama.

COSME.

¡Gracias á Dios que ya el duende
Se declaró! — Dime, ¿estaba
Borracho? (*A Don Manuel.*)

DON MANUEL.

Si no lo estás,
Hoy con Isabel te casas.

COSME.

Para estarlo fuera eso;
Mas no puedo.

ISABEL.

¿Por qué causa?

COSME.

Por no malograr el tiempo
Que en estas cosas se gasta,
Pudiéndolo aprovechar
En pedir de nuestras faltas
Perdon; y humilde el autor
Os le pide á vuestras plantas.

Digitized by Google

LA GRAN CENOBIA.

PERSONAS.

AURELIANO.
DECIO.
LIBIO, *infante.*
PERSIO, *soldado.*
UN CAPITAN.
SOLDADOS ROMANOS.
LA REINA CENOBIA.
ASTREA, *sacerdotisa.*
IRENE.
CHOTILDA.
SOLDADOS DE CENOBIA.
MÚSICOS. — PUEBLO ROMANO.

La escena es en Roma y Palmira, y en sus contornos.

JORNADA PRIMERA.

Selva cercana á Roma.

ESCENA PRIMERA.

AURELIANO, *vestido de pieles.*

AURELIANO. (*Con asombro.*)

Espera, sombra fria,
Pálida imágen de mi fantasía,
Ilusion animada,
En aparentes bultos dilatada,
No te consuma el viento:
Si eres fantasma de mi pensamiento,
No huyas veloz. Pero ¿qué es esto, cielo?
En tantas confusiones, ¿duermo ó velo?
Aunque en mí ya es lo mismo
Cuando en tan ciego, en tan oscuro abis- [mo
De mi discurso incierto,
Lo que dormido vi, sueño despierto.
Pues otra vez (¡ay cielos!) me parece
Que Quintilio á la vista se me ofrece
De laurel coronado,
El rostro ensangrentado,
Y por varias heridas
Vertiendo horrores, derramando vidas;
Y con voz temerosa
Me decia en angustia tan penosa :
«Ves aquí mi laurel, mi cetro toma,
Que tú serás emperador de Roma;»
Cuya voz, en el viento desatada,
Sombra fué de mi dicha imaginada.
Mas despierto ó dormido,
¿No soy quien tantas veces atrevido,
No sin grande misterio,
Señor me nombro del romano imperio,
Cuya fuerte aprension, cuya porfía
Me rinde á una mortal melancolía,
Tanto que por no ver en las ciudades
La pompa de soberbias majestades,
Vengo á habitar desiertos horizontes,
Y á ser rey de las fieras en los montes?
Pues si este soy, ¿qué mucho, las pasio- [nes,
Que me oprimen despierto,
Entre las sombras del silencio muerto
Dén cuerpo y voz á vanas ilusiones?
Si el alma nunca duerme,
Como inmortal, y César quiso hacerme
Este instante pequeño,
¿Por qué no rinde á la ambicion el sueño?
Pero ¿qué es lo que veo?
O los ojos me mienten, ó el deseo :
Una corona de laurel sagrado
Está sobre estas peñas, y el dorado
Cetro mas adelante.

(*Descúbrese sobre un peñasco la corona y el cetro entre unas ramas.*)

Enigmas son de mi discurso errante
Tan declaradas señas, [ñas
Sino es que, en vez de troncos, estas pe-
Cetros dan, y ellos, viendo mis congojas,
Me rinden fruto en coronadas hojas.
Soberana tiara,
Seña feliz de mi fortuna rara,
Perdona si me atrevo
A tu deidad; porque un aliento nuevo,
Un espíritu altivo que me inflama
El corazon, á tanto honor me llama.
Salid, fieras, salid de las oscuras
Cárceles, que os labraron peñas duras;
Venid, venid corriendo,
Y á mi coronacion asistid, viendo
Cómo mi honor pregono,
Cuando rey de estos montes me corono.

(*Pónese la corona, y toma el cetro.*)

Pequeño mundo soy, y en esto fundo
Que en ser señor de mí, lo soy del mundo
En este lisonjero
Espejo fugitivo mirar quiero
Cómo el resplandeciente
Laurel asienta en mi dichosa frente.

(*Mírase en una fuente.*)

¡Oh sagrada figura!
Haga el original á la pintura
Debida reverencia,
Cuando elevado en mis discursos hallo
Que yo doy y recibo la obediencia,
Siendo mi emperador y mi vasallo.
Narciso en una fuente,
De su misma belleza enamorado,
Rindió la vida; y yo mas dignamente,
Dando toda la rienda á mi cuidado,
Si no de mi belleza,
Narciso pienso ser de mi fiereza.

(*Quédase mirando.*)

ESCENA II.

ASTREA, UN CAPITAN, SOLDADOS ROMANOS. — AURELIANO.

ASTREA.

Este es el que vais buscando.
Llegad, adoradle todos;
Pues hoy os previene el cielo
Emperador prodigioso,
Digno monarca de Roma,
A cuyos valientes hombros,
Se atreve á fiar el cielo
La máquina de dos polos.
Tú, que en alas de la fama
Ocupas lo mas remoto (*A Aureliano.*)
Del mundo, que ignora el sol
Sulcando estrellados globos;
Tú, que en sangrientas victorias
Siempre altivo, siempre heróico,
Tantas veces de la muerte
El brazo tuviste ocioso :
¿Cómo en desiertas campiñas
En rústico traje, cómo
Vive acobardado el brío,
Está el valor temeroso?
Vuelve al ejército; vuelve,
Dando á los cielos asombros,
A dar al Tíber victorias
Que harán tu nombre famoso.
Y porque á mi voz pendiente,
No estés confuso y absorto,
Escucha, que yo de Roma
Hoy emperador te nombro.
En la sucesion de Claudio,
Ocupó el romano solio
Quintilio, cuya fortuna
Subió mucho y duró poco.
Este, afecto á los cristianos,
Siendo cruel y ambicioso,
Causó en los pechos del vulgo,
En vez de obediencia, enojo;
Porque es en su condicion
El vulgo un disforme monstruo,
Que no perdona á ninguno,
Con ser compuesto de todos.
Este, pues, alimentado
De novedades, furioso
Hizo que á Quintilio diesen
Muerte sus soldados propios;
Y huyendo por este monte,
Herido, sangriento y solo,
Iba diciendo : «En tus manos,
Roma, el cetro y laurel pongo».
Así acabó, cuya muerte
Causó nuevos alborotos
Al ejército alterado;
Porque en la eleccion dudosos,
Libertad, pidieron unos,
Señor, aclamaron otros.
Ya los bandos divididos
Se amenazaban furiosos,
Forjando rayos de acero
En esferas de humo y polvo,
Al tiempo que yo, inspirada
Del oráculo de Apolo,
Diciendo tales razones
En medio dellos me pongo :
«Tened las armas, que el cielo
Hoy os dará prodigioso
Emperador, á quien tiemble
El mundo en sus ejes roto.
Este es el fuerte Aureliano,
Y en fe de que el cielo propio
Le elige, seguid mis pasos,
Donde alegre y venturoso,
Coronado le hallaréis
De aquellos mismos despojos
Que perdió Quintilio. Ved,
Si quereis mas testimonio.»
Ellos á mi voz rendidos,
O al decreto poderoso
Obedientes, me siguieron
Donde lo han hallado todo.
¡Ea pues, fuerte Aureliano,
Deja en suspension el ocio,
Logra el laurel que has ceñido
Divinamente! — Y vosotros

(*A los soldados.*)

Decid, que Aureliano viva;
Y en secretos misteriosos,
Obedeced los efectos,
Sin examinar el cómo.
No desconfieis por ver

Digitized by Google

En traje rústico y tosco
Vuestro César; que el diamante
Mas luce engastado en plomo;
Y no importa que entre nubes
Guarde el sol sus rayos rojos,
Si por troneras de nácar
Se desata en líneas de oro.

TODOS.

¡Viva nuestro Emperador!

CAPITAN.

¡Viva mil siglos dichosos
Aureliano!

TODOS.

¡Viva, viva!

AURELIANO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué prodigios toco?
Aqueste monte parece
Que da, preñado de asombros,
Espíritus á las peñas,
Que almas infunde en los troncos,
O que de su centro duro
Va arrojando portentoso
Vasallos que me obedezcan.
En afectos tan dudosos,
¿Pueden mentir los oidos?
¿Pueden engañar los ojos?
No, pues es cierto que veo;
No, pues es verdad que oigo.
Si me ofrece la fortuna
El bien, ¿por qué no le gozo?
¿Qué aguardo, pues le merezco?
¿Qué dudo, pues le conozco?
Sea César, aunque luego
Despierte; que al cabo todos
Los imperios son soñados.
¿Qué busco ejemplos mas propios,
Si es en su concepto rey,
Si piensa que es rey, un loco?

ASTREA.

¿Por qué, Aureliano, suspendes
El ánimo belicoso?
¿Qué dudas?

AURELIANO.

Divina Astrea,
No dudo yo de mi heróico
Animo merecimientos
Para el laurel que corono;
Antes porque le merezco,
Dudo tenerle; que solo
Consigue muchos trofeos,
Quien ha pretendido pocos.
Pero si el cielo permite
Esta eleccion, y vosotros
La obedeceis, desde luego
Vuestro Emperador me nombro.
Y por ser en la eleccion
Extraño como en el todo,
Ciudad este monte sea,
Palacio este sitio umbroso;
Sirvan de alfombra las flores
Y de doseles los olmos;
De carro sirva esta peña,
Donde alegre y venturoso
Me adoreis. Y no os parezcan
El sitio y el traje impropios,
Que una fiera es general
De ejércitos numerosos.

ASTREA.

Todos su César te llaman,
Y el viento con ecos roncos
Repite: ¡Aureliano viva!

TODOS.

¡Viva mil siglos dichosos!

AURELIANO.

Viva, para ser azote
Sangriento y mortal asombro
De la tierra, y para hacer
Vuestro renombre famoso;
Pues juro no entrar en Roma,
Hasta que en carro de oro,
Me veais venir triunfando
De mas vidas que pimpollos
En rosas rinde el abril
Y en espigas el agosto.

(*Tocan cajas.*)

Pero ¿qué cajas esconden
Su voz en profundos huecos,
Y repetidas en ecos
Se llaman y se responden?

CAPITAN.

Porque en tu felice estrella
Siempre celebrado vivas,
Y á un mismo tiempo recibas
La posesion y uses della,
Al ejército ha llegado
Decio, capitan valiente,
Que á las partes del oriente
Fué por Quintilio enviado.

AURELIANO.

Llegue, porque le reciba
Donde mi vista le asombre.

ESCENA III.

DECIO, *vestido de luto, y tropa que sale al son de marcha militar.* — DICHOS.

DECIO.

Nuevo César, cuyo nombre
A pesar del tiempo viva,
Cuya edad dé desengaños
De lo inmortal á la gente,
Y cuyo imperio se cuente
Por siglos, y no por años:
Así en mármol inmortal
Duren eternas tus glorias;
Así vivan tus victorias
En láminas de metal;
Así en jaspe y bronce fuerte
Estátuas tengas tan bellas,
Que yendo á matarte en ellas,
Se halle burlada la muerte:
Así excedan á los dias
Las hojas de tu laurel,
Que no castigues cruel
Las adversidades mias.
Al ejército he venido
Donde te hallo emperador,
Con vergüenza y sin honor
Hoy, de Cenobia vencido:
Y si en desdichas alguna
Disculpa el cielo previene,
Sin usar de cuantas tiene
En mi favor la fortuna,
Licencia de hablar te pido,
Para que en tanto rigor,
Si no premio al vencedor,
Dés disculpas al vencido.

AURELIANO.

¿Qué disculpa habrá que aguarde
Hombre que vencido viene?
Dí, por ver si alguno tiene
Disculpa de ser cobarde.

DECIO.

Donde en brazos del alba nace el dia,
Que en diluvios de fuego se desata,
Y al fénix celestial la playa fria
Es cuna de zafir, tumba de plata:
Donde nació, pensando que moria,
Pues de una luz en otra se dilata,
Siempre sol, siempre vivo, siempre ardiente:
A una parte del Asia en el oriente,
Aunque por largo tiempo despoblados,
Fértiles campos hay, campos amenos,
Que apénas de las fieras habitados,
Se llamaron desiertos Palmirenos.
Estos, que ya edificios levantados,
Sufren, de gente y poblaciones llenos,
Sobre sus montes, cuyas pesadumbres
Suben al cielo con doradas cumbres,
Imperios de Cenobia son, de aquella
Deidad, en quien los astros se miraron
Para hacerla tan fuerte como bella;
Que en ella los extremos se igualaron:
Luna, Saturno y la mayor estrella
La rindieron metales que engendraron;
Mercurio ingenio, Júpiter ventura,
Marte valor y Vénus hermosura.
Esta pues amazona, esta que al suelo
Admiracion nació, y hermosa y fiera
Monstruo fué de la tierra, y aun del cielo
Fuera monstruo si el cielo los tuviera,
Con bélico furor, marcial desvelo,
Siempre libre su patria considera,
Diciendo vencedora que es en vano
Que reconozca imperios del romano.
Ofendido Quintilio, y admirado
De su valor, la guerra determina,
Y á mí, que de victorias coronado,
Tantas veces ciñó Dafne divina,
Fia el baston. ¿Pero qué firme estado,
Al paso que otro crece, no declina?
Que en la fortuna fuera accion contraria,
Siendo mujer, no ser mudable y varia.
Llegué, pues, con tal órden, que si diese
Pequeña parte del rigor que encierra,
Sin declarar la guerra me volviese,
O no volviese hasta acabar la guerra.
Y para que de mí este intento oyese,
Salió á un parque, que es cielo de la tierra:
En fragancia, beldad, vista y colores,
Patria de rosas es, ciudad de flores.
De un escuadron de damas coronada,
Que á no estar á su lado fueran bellas,
Su divina hermosura acompañada
Salió; pero aviniéndose con ellas
Como la primavera celebrada
Con las flores, el sol con las estrellas,
Con las fuentes el mar; pues mas hermosa
De aquel coro de ninfas fué la diosa.
Encarnado el vestido; que los ojos
De su rigor le dieron la librea:
Corto, porque incitase á mas enojos
Al que pasar sus límites desea:
Pequeño pié, por muestra ó por despojos
De mas beldad, la vista lisonjea:
Bien como el mercader que, para seña
De las joyas que guarda, alguna enseña.
Plateado flueco sobre el pié guarnece
Del vestido el extremo en que remata,
Donde el viento sutil mover parece
En mares de cristal ondas de plata:
Bruñido espejo en un arnes ofrece
Al sol, que en sus reflejos se retrata;
Y estar sus rayos mas ó ménos bellos,
Es que no siempre se compone en ellos.
Manto encarnado, plateado á flores,
Desde los hombros se derriba al suelo;
Que si tiene, observando los colores,
De oro la luz, por ser azul el cielo,
Para un cielo encarnado, ¿qué mejores?
Pues si mudado el aparente velo,
Fueran de nácar las cortinas bellas,
Tambien fueran de plata las estrellas.
Este manto, de puntas guarnecido,
A imitacion de rayos le tenian
Dos flores en los hombros recogido,
Que igualmente á los dos correspondian:
De plumas un tocado entretejido,
Encarnadas y blancas, que subian
Al sol, mas con tan cuerdo atrevimiento,
Que se dejaban sujetar del viento.
No te pinto del rostro las facciones,
Y no porque el amor no las advierte,
Sino porque mujer, cuyos blasones
Dan temor al temor, muerte á la muerte,
Asuntos á la fama, admiraciones

Digitized by Google

A los cielos, mujer altiva y fuerte,
Gallarda en paz, en guerra belicosa,
Parece que la sobra el ser hermosa.
Mi pretension la digo, y que la vea;
A quien responde: «Emperatriz valiente
Soy, y Roma el tributo que desea,
Con que no se le pida se contente».
Rompo la guerra yo, y ella se emplea
Cuerda al vencer, al gobernar valiente,
Por falta de Abdenato su marido,
Del peso de los años impedido.
El dia que se dió... (Mejor dijera
La noche, que aquel dia no fué dia.)
Que se dió la batalla, considera
Á Cenobia, que á Pálas parecia,
Tan firme en un caballo, que creyera
Que á los dos un espíritu regia;
Porque mostraba, aunque de furia lleno,
Que se pudiera gobernar sin freno.
Tan obediente el céfiro animado
Corre igual, fácil pára, y veloz sube,
Que parece en los vientos engendrado,
Hijo sutil de un rayo y de una nube.
Vencióme al fin; y si al rigor del hado
He de sentir la culpa que no tuve,
Considera, ¿qué vida habrá segura
Donde vencen la fuerza y la hermosura?

AURELIANO.

Necia y cobarde disculpa
A tanto temor previenes,
Pues una culpa que tienes,
Enmiendas con otra culpa.
¿Qué ejército te disculpa
De numeroso poder?
¿Qué gigante, al parecer
Animado monte, ha sido
Disculpa de ser vencido,
Sino una hermosa mujer?
¡Ved pues qué Circe arrogante
Usó prodigios con él!
¡Ved qué Medusa cruel
Vió en escudo de diamante!
¡Ved, qué Júpiter tonante
Con rayos le fulminó!
¿Una mujer te venció?

DECIO.

Sí, pero mujer que á tí
Venciera.

(*Arroja Aureliano á Decio en el suelo, y pónele el pié encima.*)

AURELIANO.

¡Cobarde! ¿A mí?
¿Puedo ser vencido yo?
¿Puedo yo mudanza alguna
Padecer en tanto honor?
Di, ¿tiene el tiempo valor,
Tiene poder la fortuna,
Hay en la suerte importuna
Causa que incite mis daños?

DECIO.

Sí, que hay en el tiempo engaños,
Hay en la suerte venganzas,
En la fortuna mudanzas
Y en mi vida desengaños.
Tú eras ayer un soldado,
Y hoy tienes cetro real;
Yo era ayer un general,
Y hoy soy un hombre afrentado;
Tú has subido, y yo he bajado:
Y pues yo bajo, advirtiendo
Sube, Aureliano, y temiendo
El dia que ha de venir,
Pues has hallado al subir
Otro que viene cayendo.
Los dos extremos serémos
De la fortuna y la suerte;
Mas ya en la mia se advierte
El mayor de los extremos;
Que si en la fortuna vemos
Que no es hoy lo que era ayer,
Yo no tengo que temer,
Y tú tienes que sentir,
Pues bajo para subir,
Pues subes para caer.
Tan confiado no estés,
Pues no estoy desconfiado;
Que puede ser que el estado
Trueque la suerte que ves,
Y que tú, puesto á mis piés,
Por decretos soberanos,
Dés venganza á los tiranos
Pechos.

AURELIANO.

¿Tú vencerme á mí?
¿Cómo puede ser, si aquí
Está tu vida en mis manos?
Bien pudiera darte muerte
Y asegurar mi temor;
Pero ¿qué muerte mayor
Que tratarte desta suerte?
Vive muriendo, y advierte
Que no te mato, por ver
De la fortuna el poder.
Ni la temo, ni respeto;
Témela tú; que en efeto
Es la fortuna mujer.
Tú, que cobarde has nacido,
Es bien que mudanza esperes,
Viniendo de las mujeres
Infamemente vencido.
Este acero que has ceñido,
(*Quitale la espada.*)
Puedes dejar; que á tu lado
Está el acero afrentado,
Cuando limpio; y considero
Que solamente el acero
Parece mejor manchado.
Y porque vea á qué estrella
Roma sus aplausos fia,
La primer empresa mia
Ha de ser Cenobia bella.
En Roma he de triunfar della:
Marchen luego las legiones
En formados escuadrones
Al Asia, y con su arrebol,
Sirvan de nubes al sol
Mis desplegados pendones.
Y verás, cobarde, cuando
Con Cenobia, al carro atada,
Humilde á mis piés postrada
Entre por Roma triunfando,
Si sé vencer peleando,
A quien mirando procura
Tener defensa segura.
Marche al Asia desde aquí;
Que voy á triunfar de mí,
Del poder y la hermosura. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

DECIO.

Ve, y ruego al cielo que seas
Despojo de todos tres;
Porque, rendido á sus piés,
Mi agravio y el tuyo veas:
La corona que deseas
De laurel, cuando ciñere
Tu frente, la forma altere,
Siendo maravilla fria,
Flor que nace con el dia,
Flor que con la noche muere.
Vivas siempre aborrecido,
No seas en alto estado
De tu gente respetado,
Ni de la ajena temido.
Tus victorias el olvido
Esconda, y entre ansias fieras,
Rayo que de las esferas
Caiga, á tus huesos tiranos
Dé sepulcro, ó á mis manos
Con tus mismas armas mueras.
Mas ¡ay de mí! poco sabio
Lloro mi suerte importuna,
Pues ni enmiendo la fortuna,
Ni satisfago el agravio.
Hable el alma y calle el labio;
Pues la continua mudanza
Del tiempo me da esperanza;
Que no hay en leyes de amor,
Ni tirano sin temor,
Ni ofendido sin venganza. (*Vase.*)

Palacio de Cenobia en Palmira.

ESCENA V.

IRENE, LIBIO.

LIBIO.

Ya te dije, hermosa Irene,
Cómo deste reino entero
Soy legítimo heredero;
Porque Cenobia no tiene
Sucesion, y de mi tio
Abdenato no la espera.

IRENE.

Hasta aquí sé.

LIBIO.

Yo quisiera...
Mira lo que de ti fio.

IRENE.

Pues ¿qué temes?

LIBIO.

El secreto.

IRENE.

¿Por qué?

LIBIO.

Porque eres mujer.

IRENE.

Bien le sabemos tener,
Si nos importa el efeto.
No temas, que en su favor
Le sabe guardar cualquiera.

LIBIO.

Pues digo que yo quisiera
Asegurar el temor,
Que me causa el ver tan viejo
Á Abdenato; y de otra suerte,
Tan soberbia, altiva y fuerte,
En la guerra y el consejo
A Cenobia; pues capaz
De cuanto el imperio encierra,
Es su defensa en la guerra,
Es su consejo en la paz.
Temo, pues, que si pasase
Adelante lo que agora
Vemos, despues por señora
El pueblo la apellidase,
Muerto Abdenato, y á mí
Me negase la eleccion
Que me toca por varon,
Estimando mas que aquí
Les gobierne una mujer.

IRENE.

Pues ¿qué intentas?

LIBIO.

Atajar
Sus pasos, sin dar lugar
A que pueda suceder.

IRENE.

¿De qué modo?

LIBIO.

Desta suerte
Mi dicha y la tuya trato.
Tú has de dar muerte á Abdenato.

IRENE.

Pues dar á Abdenato muerte
No á Cenobia, es contra ti;

Digitized by Google

Que si es tu temor cruel
Que, despues de muerto él,
Cenobia gobierne, así
En su favor mismo tratas
Lo que en el tuyo aconsejas,
Pues á quien te estorba dejas,
Y á quien te hace espaldas matas.
Libio, si he de ser yo juez,
Por todo el riesgo atropella.
¿No es mejor matarla á ella,
Y acabamos de una vez?

LIBIO.

En un peligro cruel
No es dificultoso entrar,
Irene, sino mirar
Cómo se ha de salir dél.
Cuando á Cenobia mataran
Tus manos, bien cierto era
Que ninguno lo supiera,
Mas todos lo sospecharan;
Que un secreto, por mil modos
Público al mundo importuno,
Con no decirle ninguno,
Le vienen á saber todos.
Bien se ve que la razon
Militará de una suerte,
Dando á Abdenato la muerte
Que á Cenobia; pero son
Diferentes desengaños:
Pues, al comun parecer,
Un viejo no ha menester
Mas ocasion que sus años.
Y respondiéndote á tí,
Que ¿por qué matar queria
A Abdenato, pues hacia
Dudosa mi gloria así?
Digo que por estorbar
No se enseñe á obedecer
Este reino á una mujer,
Ni una mujer á mandar;
Pues una vez admitida,
No hay despues fuerzas bastantes
Para despojarla; y ántes
Que lo esté, es razon que impida:
Pues muerto Abdenato, á mí
Nombrarán, y en tales modos
Vendré á mandarlos á todos,
Para obedecerte á tí.

IRENE.

Y yo, para que concluya
Mi amor, desde polo á polo
Quisiera ser reina, solo
Para ser esclava tuya.

LIBIO.

¿Atreveréme á pedir
Tu mano?

IRENE.

Cenobia viene.

LIBIO.

Reinar ó morir conviene.

IRENE.

Libio, reinar ó morir.

ESCENA VI.

LA REINA CENOBIA, SOLDADOS PALMIRENOS, *con memoriales.* — IRENE, LIBIO.

SOLDADO 1.°

Yo tengo una pretension
En consulta, y solo espero
Verla, porque volver quiero
A servirte.

SOLDADO 2.°

Aquestos son
Papeles, donde verá
Vuestra Majestad del modo
Que la he servido.

CENOBIA.

De todo
Estoy advertida ya.
Tened, amigos, paciencia,
Que es el Rey quien lo ha de ver.

SOLDADO 1.°

¡Qué gobierno!

SOLDADO 2.°

¡Qué mujer!

SOLDADO 3.°

¡Qué valor!

SOLDADO 1.°

¡Y qué prudencia!
(*Vanse los soldados.*)

LIBIO. (*Ap.*)

Y ¡qué envidia! ¡Estoy rabiando!

CENOBIA.

Libio, ¿tú estabas aquí?

LIBIO.

Que me dés audiencia á mí,
Señora, estaba esperando.

CENOBIA.

(*Ap.* Turbado y descolorido
A hablarme viene; hoy llegó
La desvergüenza, que yo
Tantas veces he temido.)
¿Pues tú tienes que esperar?
¿En qué tiempo, en qué ocasion
No tendrá tu pretension,
Libio, el primero lugar?

LIBIO.

Esperaba que estuvieses
Sola.

CENOBIA.

Ya lo estoy.

LIBIO.

Yo he estado,
Miéntras la audiencia, arrimado
A este cancel; y si oyeses
Lo que todos van diciendo...

CENOBIA.

Ya sé que dirán aquí
Grandezas, que no hay en mí;
Y pues sabes que me ofendo
De lisonjas, no repitas
Sus alabanzas.

LIBIO.

No son...

CENOBIA.

Ya sé lo que es.

LIBIO.

La razon
Partida al hablar me quitas.
¿Piensas?...

CENOBIA.

¿Qué habia de pensar
Que mi alabanza no fuera?
¿Quién, donde tú estás, pudiera
Otra cosa pronunciar?
Pues satisfecha de tí,
A no ser tal, pienso yo
La riñeras allí, y no
Me la dijeras aquí.

LIBIO.

No todo se ha de reñir
Con la espada.

CENOBIA.

De ese modo,
Si no se ha de reñir todo,
No todo se ha de decir.

LIBIO.

Llevan mal ver gobernando
A una mujer cetro igual.

CENOBIA.

¿Por qué el ver no llevan mal
A una mujer peleando?

LIBIO.

Sienten el verte sentada
En un tribunal; y es bien....

CENOBIA.

¿Por qué no sienten tambien
Verme en la campaña armada?

LIBIO.

No quieren sufrir sus glorias,
Que las leyes que tuvieren,
Les dé mujer.

CENOBIA.

¿Cómo quieren
Sufrir que les dé victorias?

LIBIO.

No es bien que este reino esperes
Gobernar.

CENOBIA.

Bien es que vean,
Pues los hombres no pelean,
Que gobiernan las mujeres.

LIBIO.

Parece que hablas conmigo.

CENOBIA.

Tus hechos te contradicen.

LIBIO.

Yo digo lo que ellos dicen.

CENOBIA.

Lo que ellos responden digo;
Que si yo, sin conocellos,
De tí las quejas oí,
Fuerza es responderte á tí,
Tú respóndeles á ellos.
Y en ocasion como esta,
Sí, cuando á hablarme llegaste,
Las quejas consideraste,
Considera la respuesta:
Que he de dar leyes, y asombros
Les daré tambien y horror,
Cuando quite á algun traidor
La cabeza de los hombros.

LIBIO.

Pésame...

CENOBIA.

Véte de aquí.

LIBIO.

De mirarte...

CENOBIA.

Yo lo creo.

LIBIO.

Con disgusto.

CENOBIA.

Ya lo veo.

LIBIO. (*Ap.*)

Necio en declararme fuí. (*Vase.*)

CENOBIA.

¡Qué ciegamente ha mostrado
Su intento! Que le temiera
Confieso, si no estuviera
Tu espada, Irene, á mi lado;
Que si en mí, por ser mujer,
Se alientan sus pareceres,
Solamente con mujeres
Me tengo de defender;
Y tú, claro está, serás
La mas leal.

IRENE.

Solo soy
Tu esclava, (*Ap.* Temblando estoy.)
Como al efecto verás.

Digitized by Google

ESCENA VII.

PERSIO. — CENOBIA, IRENE.

PERSIO. (*Ap.*)

Tres maneras de medrar
Nos da la humana fortuna,
Que son: por casar la una,
La otra por enviudar,
La tercera por mentir
Con arte; y de todas tres,
Aquesta postrera es
La que yo pienso seguir.
Un soldado venial
Soy, que nunca mortalmente
Reñí; á un soldado valiente
Muerto hallé en un arenal,
Y estos papeles, que son
De sus hechos testimonio,
Quité; llamábase Andronio,
Y gozando la ocasion,
A pretender he venido,
Mudando el Persio en su nombre.
No seré yo el primer hombre
Que haya los frutos cogido
De lo que otro siembra: llano
Ejemplo algun cambio es,
Concebido en ginoves,
Y parido en castellano.

IRENE.

Hasta tu cuarto se ha entrado,
Señora, un soldado.

CENOBIA.

Irene,
Sola esa licencia tiene
Para conmigo un soldado.—
¿Quién sois? (*A Persio.*)

PERSIO.

Dirélo despues
Que bese mi sucia boca (*Arrodillase.*)
La breve parte que toca
Ese enano de otros piés.
Mis papeles dén agora
De quien yo soy testimonio.
(*Levántase, y dale unos papeles.*)

CENOBIA.

¿Cómo os llamais?

PERSIO.

Persio... Andronio
Habia de decir, señora.

CENOBIA.

¿Vos sois Andronio?

PERSIO.

Yo soy.

CENOBIA.

Mucho me huelgo de veros,
Que deseo conoceros,
Porque ya informada estoy
De vuestro valor.

PERSIO.

El mio
No es mas del que tú le das.
(*Ap.* ¡Fortunilla, buena vas!)

CENOBIA.

(*Lee.*) «Salió Andronio á un desafio.»
¿Qué desafio fué aquel
En que te has hallado?

PERSIO.

(*Ap.* Aquí
Me coge.) Antes me perdí,
Señora, que me hallé en él.

CENOBIA.

¿Cómo?

PERSIO.

Guardaba un gigante
De una viña cada uva
Tan grande como una cuba.
Contra aquel monstruo arrogante
Quisieron que fuera yo
A traerlas cierto dia,
Que hambre la gente tenia.
El gigante me sintió,
Y yo, usando del consejo
Mas que de la valentía,
Una uva dejé vacía,
Y vestíme del pellejo.
El, oliendo carne humana,
Entre las cepas llegó,
Y ¿qué hizo? El diablo le dió
Entónces de comer gana,
Y aquel mismo grano quita
De la cepa, y de un bocado
Me zampa, medio mascado:
Pensando que era pepita,
Me arrojó tanto, que fuí
Volando, si es que volaba,
Al ejército, que estaba
Quinientas leguas de allí.

CENOBIA.

(*Lee.*) «Andronio es quien sin escala
»Una muralla asaltó.»

PERSIO.

Era en ese tiempo yo
Lijero como una bala.

CENOBIA.

¿Cómo la asaltaste?

PERSIO.

¿Cómo?
Junto á la muralla habia
Un ciprés que la excedia;
Y vengo, y ¿qué hago? Tomo
Un cordel, y voy doblando
Hasta la tierra el cipres;
Y asiéndome dél despues,
Poco á poco voy soltando
El lazo; y cuando se halla
Libre, á su centro volvió
Tan fuerte, que me arrojó
Encima de la muralla.—
Estos disparates digo
Para entretenerte aquí;
No porque esto fuese así;
Que le hago al cielo testigo
De mis hechos, y no es bien
Que repita mis hazañas.

CENOBIA.

Bien claro me desengañas
De tu discrecion tambien;
Pues gustando yo de oillas,
Tú por no gloriarte dellas,
No te excusas de emprendellas,
Y te excusas de decillas.
Mayor crédito has hallado
En victorias que has tenido
Con no haberlas repetido,
Que con haberlas ganado.
Las alabanzas desdicen
Del valor, y así me obligas;
Que no es menester que digas
Lo que estos papeles dicen.
Y porque á un tiempo me agrada
Tu gusto y tu valentía,
Quedará desde este dia
En mi servicio ocupada
Tu persona.

PERSIO.

Hónrasme así. (*De rodillas.*)
Deste pié no me levantes:
Enano le llamé ántes
Y ahora digo *Bonami*.

ESCENA VIII.

CROTILDA. — DICHOS.

CROTILDA.

Hablarte pretende un hombre
Que ser romano declara,
Con una banda en la cara,
Sin querer decir el nombre.
Dice que te importa.

CENOBIA.

¿A mí?
Di que entre. (*Vase Crotilda.*)

PERSIO.

¿Y si es del demonio
Alguna traicion?

CENOBIA.

Andronio,
Tú no te apartes de aquí;
Que no sabemos qué espera,
Y yo contigo no mas
Estoy segura.

PERSIO. (*Ap.*)

No estás;
Llama otros ciento siquiera.

ESCENA IX.

DECIO, *con una banda en el rostro.*— CENOBIA, IRENE, PERSIO.

DECIO.

Dame, señora, tus pies. (*Arrodíllase.*)

PERSIO. (*Ap.*)

Y plegue á Dios basten ciento.

CENOBIA.

Alza del suelo.

DECIO.

Mi intento
Sabrás, cuando sola estés.

PERSIO.

Pues solo quiere quedar,
Da licencia á mi partida;
Que soy cortés, y en mi vida
Amigo fuí de estorbar.

CENOBIA.

Salíos todos allá fuera.

PERSIO.

De buen grado.

IRENE.

Vamos pues.

CENOBIA. (*Ap. á Persio.*)

Mira que advertido estés,
Y á cualquier suceso espera
Resuelto.

PERSIO.

Sí esperaré.

CENOBIA.

(*Ap. á él.* ¿De qué turbado te pones?)
(*Ap.* Ya en la voz y en las acciones
La cólera se le ve.)
Repórtate.

PERSIO.

¿Cómo puedo?

CENOBIA.

Quizá por bien ha venido.

PERSIO.

Repórtome. (*Ap.* Ella ha creido
Que es cólera lo que es miedo.)
(*Vanse Irene y Persio.*)

ESCENA X.

CENOBIA, DECIO.

CENOBIA.

Ya se fuéron; ya bien puedes,
Descubriendo tu intencion,
Quitar del rostro la banda
Y dar al aire la voz.
¿Por qué suspensas á un tiempo
Tienes la lengua y accion?
¿Qué dudas? que solo estás.
¿Qué esperas? que sola estoy.

Digitized by Google

Atrévete, si no es
Que conociste al temor
Despues de verme.

DECIO.

Bien dices;
Que si le conozco yo,
Es despues de haberte visto.
Mira si tengo razon. (*Descúbrese.*)
¿Conócesme?

CENOBIA.

Sí, conozco.
¿Tú no eres Decio?

DECIO.

No.

CENOBIA.

Pues ¿quién eres?

DECIO.

No lo sé;
Tan ajeno de mí estoy,
Que lo dudo. Decio fuí,
El tiempo que tuve honor;
Mas despues que no le tengo,
No sé, Cenobia, quién soy.
Deja el acero que empuñas,
Que cuando mi muerte atroz
Pretendas, no has menester
Mas armas que mi dolor.
Este será mi homicida,
Si no es en la ocasion
Rigoroso con piedad,
O piadoso con rigor;
Y en tanto escucha razones,
Cuyo concepto veloz,
Forman, ántes que la lengua,
Las alas del corazon.
Bien sabes, Cenobia bella,
Cuando en campaña hice yo
De tu poder experiencia,
Y exámen de mi valor,
Que sér vencido no fué
Defecto de mi opinion,
Sino fuerza de mi estrella,
Ya que de tus hechos no.
Pues un tirano, un cruel,
Un bárbaro emperador,
Que sin concierto y sin órden
El ejército eligió,
Usó en presencia de todos,
En ofensa de mi honor,
De acciones y de palabras....
(Aquí se turba mi voz,
Aquí enmudece mi lengua,
Aquí falta mi razon,
Aquí el discurso entorpece,
Aquí me mata el dolor.)
Palabras y acciones tales,
Que ellas serán ocasion
A que entre las fieras viva,
A que me esconda del sol,
Si con ver mayor venganza,
No enmiendo el daño menor.
Tal hizo, por ir vencido,
Como si tuviera yo
En mis mános mi fortuna,
Sin considerar que son
Inconstantes sus efectos,
Y esta vida breve flor
Que se consume á sí misma
Gusano de su boton;
Un almendro de hojas lleno,
Que ufano con ambicion,
A los suspiros del austro
Pompa y vanidad perdió;
Un edificio, que Atlante
De la esfera superior,
Caduco á un rayo, resuelve
En polvo su pretension;
Una llama, que las sombras
De la noche iluminó,
Y obediente á un fácil soplo,
Pierde luz y resplandor.
¿Pero para qué te canso,
Si no hay ejemplo mayor
Que un hombre, con alma ayer,
Y helado cadáver hoy?
¡Mas dónde voy (¡ay de mí!)
Llevado de la pasion?
Vuelvo al discurso: este fiero
Y cruel emperador,
Ofendido que de tí
Le hiciese tal relacion,
Bien que á tus merecimientos
Fué corta, dijo que amor
Era quien me habia vencido.
Confieso que no mintió;
Mas fué el amor y la fuerza,
La hermosura y el valor;
Porque dos veces vencido,
Fuéron tus victorias dos.
Este, en fin, menospreciando
La fama de tu opinion,
Del valor y la hermosura,
Triunfar en Roma juró.
Contra tí viene, ya llega,
Porque estaba á esta ocasion
El ejército en Numidia,
De donde luego partió.
El mayor que ha visto Roma
Conduce; cada escuadron
Parece monte de acero,
Y flores las plumas son;
Los descogidos pendones
Cubren al mundo de horror,
Cuando sus águilas llegan
A ver cara á cara al sol.
Esta victoria, ó valiente
Cenobia, importa á los dos.
Vea Aureliano que puede
Vencerle, quien me venció.
A darte el aviso vengo,
Porque con mas prevencion
Le esperes. Triunfa de Roma
Segunda vez, y al blason
De tus victorias añade
La de Aureliano; que yo
Dudoso entre dos afectos
De tu victoria y mi honor
A darte el aviso vengo,
Y á lidiar contra tí voy.

CENOBIA.

Mas sentimiento ha causado
Tu agravio en mí, que temor
La venida de Aureliano;
Que aquel siento, y esta no.
Venga su ejército, y sea
En número superior
A las arenas del mar,
O á los átomos del sol;
Traigan máquinas de fuego,
Mas que ingeniero traidor,
Sobre los muros de Troya
Dispuso en el Paladion.
Vengan poblando campañas
Los elefantes, que son
Montes con alma, volcanes
Vivos preñados de horror.
Quédese desierta Roma;
Que mas en esta ocasion
Sintiera que no viniera,
Vive Júpiter, gran dios,
Donde á tu agravio y al mio
Les diera satisfaccion.
¿Porque te vencí se afrenta,
¿Y con necia presuncion,
Da por necia á la fortuna
Y por cobarde al temor,
Aun sin haberle tenido?
Pues para mas opinion,
Con amor he de vencerle,
Solo porque sea mayor
Mi gloria. Y pues la victoria
Ya nos importa á los dos,
No te vayas, Decio; aquí
De mi ejército el baston
Te daré.

DECIO.

¿Pues he de ser
Contra mi patria traidor?
Contra Aureliano bien puedo,
Como ofendido; mas no
Contra los mios, que fuera
Confirmar su presuncion.

CENOBIA.

Pues alto, vete, y advierte
Que vuelvas por tu opinion;
Y para que ocasion tengas,
Tu mayor contrario soy.
Vete pues.

DECIO.

Y agradecido
A la fortuna que dió
Ocasion á tal ventura,
Y á mi desdicha ocasion.
(*Tocan cajas.*)

CENOBIA.

¿Qué rumor es ese?

DECIO.

Aquellas
Cajas de Aureliano son;
Que rompida de los vientos,
Llega cansada la voz.

CENOBIA.

Hoy ha de verme Aureliano.

DECIO.

¿Y yo no he de verte hoy?

CENOBIA.

No, pues vas á pelear
Contra mí.

DECIO.

Si quejas son,
No hay mas quejas; que á servirte
Yo me quedaré.

CENOBIA.

Eso no;
Que mas quiero, aunque estimara
Tenerte en mi campo yo,
Verte con honra en mi agravio,
Que sin ella en mi favor.
Vete pues, y en la batalla
Nos veremos.

DECIO.

¿Podré yo
Conocerte?

CENOBIA.

Sí: tú puedes,
Porque te advierta mejor,
Llevar esta banda. (*Dale una.*)

DECIO.

¡Ay cielos!
¿Podré en tan alta ocasion
Tenerla por favor tuyo?

CENOBIA.

Tú has de tenerla, yo no.
Tenla por lo que quisieres
Que yo por seña la doy. (*Tocan.*)
Ya de las templadas cajas
El eco suena mayor.
Yo voy á verme con él.

DECIO.

Y yo á verme con él voy.

CENOBIA.

Adios, y Aureliano muera.

DECIO.

Viva Cenobia, y adios.

Digitized by Google

JORNADA SEGUNDA.

Reales de Cenobia.

ESCENA PRIMERA.

LIBIO, IRENE.

IRENE.

Sosiégate.

LIBIO.

¿Cuando veo
En tan ciega ejecucion,
Malograda la intencion
Y declarado el deseo,
Pues en el veneno fuerte
De la compuesta bebida,
Pensando que era la vida,
Bebió Abdenato la muerte?
Cuando creí que alterado
El pueblo, á mí me eligiese,
Porque caudillo tuviese
En tan miserable estado,
Como está puesto por Roma;
No solo no se logró,
Pero á Cenobia entregó
El baston que á cargo toma,
Con tan mujeril belleza,
Y varonil valentía,
Todo para envidia mia,
Que con tanta fortaleza
Como has visto, ha resistido
Tres asaltos que ha intentado
Aureliano, y retirado,
Por no decir que vencido,
Está esperando el socorro
Que envían Persia y Egito:
Y ella (¡que aquesto permito!
¡Por Júpiter que me corro!),
Viendo que socorro espera,
Antes que pueda llegar
Aquí le sale á buscar.
Pues si están desta manera
Mis dichas sin conseguir,
Las suyas sin declinar,
¿Cómo me he de sosegar?
Déjame, Irene, morir.

IRENE.

Su industria y valor es tal,
Que los triunfos que recibe
De dia, de noche escribe;
Libro, que *Historia oriental*
Llama. Pero el alto brio
No se rinde á la fortuna:
Mujer soy, y no hay alguna
Que pueda vencer el mio.
Ya determinado estás,
Busca otra nueva traicion;
Que para su ejecucion
Estoy aquí, y tú verás
Si doy á Cenobia muerte,
Como se la di á Abdenato.

LIBIO.

No ha de ser así; ya trato
Mi venganza de otra suerte:
Aureliano ha de vengarme.

ESCENA II.

CENOBIA, *con armas negras*, *vestida de luto, leyendo en un libro;* SOLDADOS. —DICHOS.

CENOBIA. (*Ap.*)

¿Que ha de vengarle Aureliano?

IRENE.

Cenobia viene.

CENOBIA.

(*Ap.* Es en vano,
Que yo pueda sosegarme.)
Huélgome de verte aquí,
Libio.

LIBIO.

Solo espero ver
Qué mandas.

CENOBIA.

Deseo saber
Qué se dice por ahí
De Cenobia.

LIBIO.

¿Pues soy yo
Quien ha de escribir su historia?

CENOBIA.

Quien la tome de memoria;
Quien ha de escribirla no.

LIBIO.

Nada se dice. (*Ap.* Infelice
Tormento en el alma lucha.)

CENOBIA.

Si no lo sabes, escucha
Qué de Cenobia se dice:
Ahora lo estaba leyendo.
Oye. (*Ap.* Sospecha cruel,
Sin declararme con él,
Quejarme á él mismo pretendo.)
(*Lee.*) «Que viendo á Decio vencido,
Vino al Oriente Aureliano
Con todo el poder romano,
De su poder ofendido
Y que habiéndola cercado
Enemiga, la asaltó
Tres veces, y tres volvió,
Rompido y desbaratado,
Tanto, que le fué forzoso
Retirarse hasta que tenga
Socorro; y ántes que venga,
Con ánimo belicoso
Ella le saldrá á buscar,
Porque en su sangre se aneguen,
Cuando Egipto y Persia lleguen,
Y no tengan á quien dar
Los socorros poderosos,
Hallando en estos desiertos
Murallas de cuerpos muertos,
Llenos de sangre los fosos.
Tambien se dice que hoy es
Cuando la batalla quiere
Dar, y lo que sucediere
Della, se dirá despues.»

LIBIO.

Y yo lo puedo decir
Agora.

CENOBIA.

Pues ¿qué será?

LIBIO.

Que llegará y vencerá.

CENOBIA.

Vuelvo, Libio, á proseguir.
(*Lee.*) «En este tiempo enviudó;
Y atreviéndose, por ver
En el reino una mujer,
No faltó quien procuró
De secreto conjurar
La gente, y dándole mano
Al ejército romano,
Y tributo, conspirar
A la corona, y así
Lograr su intento felice
Uno y otro.» Esto se dice;
No creo que será así.
Mas vive Dios, si llegara
Tiempo en que esto sucediera,
Y de algun hombre creyera,
(¿Qué es creer?) si imaginara
Que algun cobarde traidor,
Que algun infame, villano,
Arrogante, loco y vano,
Habia que, sin temor
Ni vergüenza, contra mí
Tratase algun mal cruel,
Dijera entónces á él
Lo que agora digo á tí.
¿Es posible que no ves
Que el mismo que en la ocasion
Agradece tu traicion,
Huye del traidor despues?
Porque aunque ella agrade, á todos
Viene el traidor á cansar,
Y no es posible alcanzar
Honra por infames modos;
Pues el que mas alto estuvo,
A ser mas notado viene,
Cuando el mismo honor que tiene
Dice la infamia que tuvo.
Yo soy tu Reina; y advierte
Que te dejo de matar
Con mis manos, por no dar
A un traidor tan noble muerte;
Y podrá ser que algun dia
A las de un verdugo muera.

LIBIO.

Señora...

CENOBIA.

Esto le dijera,
A saber quien es.

LIBIO.

Sería
Agraviarme responder,
Porque no me toca á mí;
Que yo siempre tuyo fuí.

CENOBIA.

¡Pues pudiera yo creer,
Aunque el mundo lo afirmara,
Libio, que en la sangre mia
Tan grande mancha cabia?
No te turbes y repara
Que yo estoy tan confiada,
Que si la victoria espero,
Solo es porque considero
Que está á mi lado tu espada.

ESCENA III.

PERSIO. — DICHOS.

PERSIO.

Dame tus piés.

CENOBIA.

Bien venido,
Andronio; que no esperé
Ménos de tí.

PERSIO.

Bien se ve.
(*Ap.* El demonio me ha metido
A valiente.)

CENOBIA.

¿Qué hay de nuevo?

PERSIO.

Que el de Persia viene ya,
Y mañana llegará
Con poder, que no me atrevo
A pintarle, no parezca
Que le encarece el temor.

CENOBIA.

Ahora es tiempo que el valor
Con mas denuedo se ofrezca
Al peligro. — Ea, soldados,
Esta es honrosa ocasion
De quedar en la opinion
De la fama celebrados.
Hoy á la vista tenemos
Al ejército romano:
Venzamos hoy á Aureliano;
Que mañana venceremos
Al Persa. Rompan los vientos
Las voces siempre inquietas
De las cajas y trompetas,
Y á sus confusos acentos
Responda el eco oprimido.

Digitized by Google

Suene el clarin animado,
Gima el parche castigado,
Brame el bronce repetido.
Publiquen sangrienta guerra,
Con mortales sentimientos,
Turbados los elementos,
Agua, fuego, viento y tierra;
Que yo á tan divina gloria
La primera embestiré,
En cuyo encuentro diré,
Antes que guerra, ¡victoria!

(Tocan cajas y trompetas, y éntranse todos, sacando las espadas.)

—

Acampamento de Aureliano.

ESCENA IV.

AURELIANO, ASTREA, EL CAPITAN, SOLDADOS.

ASTREA.

Hoy dichoso fin colijo,
Que el dios, que en tu ayuda viene,
La victoria te previene,
Pues el oráculo dijo:
«Irás y vencerás; no
Serás vencido en la guerra.»

AURELIANO.

Ea, altiva Roma, cierra
Hoy, que Apolo aseguró
Triunfo, en cuya confianza
Mi pecho al furor se entrega.
¡Altiva Cenobia, hoy llega
Tu castigo y mi venganza!

(Vanse, sacando las espadas.)

ESCENA V.

DECIO, *cubierto el rostro con la banda de Cenobia.*

DECIO.

Hoy he de mostrar, valiente
Cenobia, mi fuerza altiva.
¡El César de Roma viva! *(Vase.)*

Dentro.

¡Viva la reina de Oriente!

(Dase la batalla.)

—

Monte alto con una gruta que le cala de arriba abajo. En el proscenio un puente.

ESCENA VI.

AURELIANO, ASTREA, *huyendo por lo alto del monte.*

ASTREA.

¿De qué sirve la osadía,
Cuando á tus desdichas ves
El cielo opuesto? Que hoy es
Para Roma infausto dia.
Rotos ya tus escuadrones,
Te han dejado herido y solo.

AURELIANO.

Tú con engaños de Apolo
A esta afrenta me dispones;
Y aun él mismo es contra mí;
Pues en una empresa igual
Me anima y me miente.

ASTREA.

Mal
El oráculo entendí;
Porque otro sentido encierra,
Que entónces no alcancé yo:
«Irás, y vencerás no:
Serás vencido en la guerra.»

AURELIANO.

Sacerdotisa engañosa,
Vaticinante mentida,
Sirena falsa y fingida,
Profetisa mentirosa,
La respuesta que entendiste
De otra suerte, has de llorar.
Tú la pena has de pagar,
Pues tú la culpa tuviste.
Muere, infame, y vengue en tí
De aquese Apolo cruel
Rabia, que no puedo en él.
En esta gruta...

(Arrójala por la abertura superior de la gruta.)

ASTREA. *(Cayendo.)*

¡Ay de mí!

AURELIANO.

Hallarás tu sepultura,
Si en sus entrañas las fieras
No te la dan, porque alteras
Los sentidos que procura
Revelarme Apolo santo;
Y á creer que engaño fué
Del mismo Apolo, no sé
Si hiciera en él otro tanto.
Huyendo mi gente vuelve:
Delante me he de poner
Del contrario, para ver
Si atrevido se resuelve
A morir. — Mujer, ¿quién eres?
Mas con tan altos renombres,
Di que afrenta de los hombres,
Di que honor de las mujeres. *(Vase.)*

ESCENA VII

CENOBIA, *con la espada desnuda y una banda puesta en el brazo.* — ASTREA, *dentro.*

CENOBIA.

De la batalla rendida,
Sin que me hayan conocido,
Sola á este monte he salido
Para curarme una herida,
En cuya ofensa ha de ser
Teatro este monte fuerte,
Romanos, de vuestra muerte.

(Astrea se queja dentro.)

ASTREA.

¡Ay infelice mujer!

CENOBIA.

Parece que oigo (¡ay de mí!)
Turbada una voz que dice
Que soy mujer infelice.

ASTREA. *(Dentro.)*

Hoy ha de triunfar de ti
El rigor...

CENOBIA.

¿Qué escucho? ¡Ay triste!

ASTREA. *(Dentro.)*

De un alevoso traidor,
De un tirano emperador.

CENOBIA.

De horror el alma se viste,
Pues el eco temeroso
Dice, triunfará inhumano
Un emperador tirano,
Por un traidor alevoso.

ASTREA. *(Dentro.)*

Herida y sangrienta estas...

CENOBIA.

Que herida estoy, ya lo veo,

ASTREA. *(Dentro.)*

Donde mísero trofeo
De la soberbia serás.

CENOBIA.

Sin duda que álguien procura
Acobardarme, y ha sido
En este monte escondido.

ASTREA. *(Dentro.)*

¡Ay desdichada hermosura!

CENOBIA.

Nada desde aquí se ve.
Cenobia, ¿qué te acobarda,
Cuando esta victoria aguarda
A tu fama? Ilusion fué:
Venza yo con el valor;
Que nada temo ni creo,
Hasta que sea trofeo
De un tirano y de un traidor. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

LIBIO. — ASTREA, *dentro.*

LIBIO.

Yo me perdí, porque pueda
Llegar á hablar á Aureliano;
Que así mis glorias allano.

ASTREA. *(Dentro.)*

Ven, traidor; y si te queda
Mas rigor, muéstrale aquí;
Que huyendo, tirano, desto,
Te verás en alto puesto.

LIBIO.

Parece que hablan de mí.

ASTREA. *(Dentro.)*

Sé soberbio, sé tirano,
Sé riguroso, sé fiero
De una vez.

LIBIO.

¡Cielos! ¿qué espero?
Hoy nuevo espíritu gano,
Pues me anima el cielo á ser
Cruel, pues me ha persuadido
Con voces, quizá ofendido
De una soberbia mujer.
Muera pues, que yo no falto
A la ambicion por reinar,
Si usando esto, espero estar
Temido en puesto mas alto. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DECIO, *con una bandera en la mano.* — ASTREA. *(Tocan cajas.)*

DECIO.

Hoy he de dar la victoria
A Roma, aunque en ella muera
Cenobia; que esta bandera
Ha de publicar la gloria,
Que he conseguido en ganalla.
Esto á mi honor corresponde.
Monte, en tu centro la esconde,
Miéntras vuelvo á la batalla.

ASTREA. *(Dentro.)*

Basta, invicto emperador.
La furia, perdona ya;
Que mas fama te dará
La clemencia que el rigor.

DECIO.

¿Qué voz es esta que sigo,
Que, sin saber cuya es,
Alma, escuchas y no ves?
¿Con quién hablará?

ASTREA. *(Dentro.)*

Contigo
Contigo, César de Roma,
Habla una triste mujer.
Ven adonde puedas ser
Piadoso; la furia doma.

DECIO.

Ella con emperador
Habla: ¿si estará Aureliano
Por aquí?

Digitized by Google

ASTREA. (*Dentro.*)
Quéjome en vano
Por aliviar el dolor;
Que bien sé que no me escucha.
¿Emperador, no vendrás
Á sacarme?

DECIO.
¿Dónde estás?

ASTREA. (*Dentro.*)
Dentro desta gruta.

DECIO.
Mucha
Es mi turbacion. — Aquí
Se vé una profunda cueva.
Aventura es esta nueva.
¿Hay gente allá dentro?

ASTREA. (*Dentro.*)
Sí;
Sácame de aquí.

DECIO.
No soy
A quien llamas; pero advierte
Que del horror de la muerte
Te libraré, pues estoy
Donde puedo entrar adentro.
¿Dónde estás?

ASTREA. (*Dentro.*)
Hácia aquí llega;
Que aunque de mi sangre ciega,
Me darán luz en el centro
Profundo las esperanzas:
Tanto puede quien desea
La vida.

(*Entra Decio en la cueva, sale con Astrea en brazos, llena de polvo y herida en el rostro.*)

DECIO.
Divina Astrea,
¿Qué es aquesto?

ASTREA.
Las venganzas
De un emperador, con quien
Hablaba, por aliviar
El tormento y el pesar.
Y puesto que por tí ven
Mis ojos la luz del suelo,
Déjame echar á tus piés,
Que la tierra dellos es
Para mí dichoso cielo.

DECIO.
Muy herida estás: procura
Alentarte, y en mi tienda
Te recoge.

ASTREA.
Porque entienda
Que tú de la sepultura,
Decio, mi vida has librado.

DECIO.
Allí encubierta estarás;
Que yo, miéntras á ella vas,
En la batalla empeñado
Quedo; porque me es forzoso
Asistir donde se cierra
Segunda vez.

Dentro.
¡Guerra! guerra!

ASTREA.
Dios te saque venturoso:
Y con venganza y honor,
Contento, alegre y ufano,
Libre Roma de un tirano,
Tú seas su emperador. (*Vase.*)

(*Tocan al arma.*)

ESCENA X.

DECIO, *y luego* AURELIANO.

DECIO.
Despues de haber Aureliano
Dado valor á la gente
Que desmayada se vió,
Con nuevo esfuerzo acomete.
Ahora sí verá Aureliano
Que hay una mujer que vence
Animosa como bella,
Y hermosa como valiente.
Y tú, Cenobia, perdona;
Que me es forzoso que pruebe
En tu ofensa mi valor,
Aunque tus glorias desee.

(*Sale Aureliano.*)

Voces dentro.
Este es Aureliano: ¡muera!

AURELIANO.
¡Valedme, cielos, valedme!
Ábrase la tierra aquí,
Para que vivo me entierre
En su eterna oscuridad,
Donde aun yo no pueda verme.
¡Que una mujer pueda tanto
Por hermosa y por valiente,
Que quite el honor á Roma?

DECIO.
¡Cielos! Aureliano es este.

(*Cúbrese el rostro con la banda, y toma otra vez la bandera.*)

AURELIANO.
A tí, valiente soldado
(Que en las águilas que tiene
Ese escudo, cuyo vuelo
A mirar el sol se atreve,
Conozco que eres de Roma),
A tí te pido que muestres
En mi defensa el valor
Que á tu misma patria debes.
Tu César soy, Aureliano
Soy, que en ocasion tan fuerte
Vengo huyendo de mí mismo,
Vencido afrentosamente:
Dame la vida, que está
En tus manos.

DECIO.
¿Qué previenes
Con ruegos á mi osadía,
Si bastaba conocerte
Para morir por tí, si es
Que quien muere honrado, muere?
Pon en salvo tu persona,
Y en esta palabra advierte:
Para llegar á tu tienda
El paso es aquesta puente,
Que los dos campos divide,
Siendo con veloz corriente
Valla de plata el Eufrates;
Y te juro defenderle,
Sin que le rompa ninguno,
De los que en tu alcance vienen,
Hasta que pierda la vida.

AURELIANO.
Cortés y animoso eres.
Toma este baston; por él
Te doy palabra de hacerte
Igual en mi imperio, tanto
Que llegue á honrarte y quererte
Mas que le aborrezco á Decio,
Por quien siento solamente
Esta afrenta; pues corrido,
Tengo por cierto que, al verme
Vencido de una mujer,
Será su vista mi muerte.

DECIO.
Despues te diré quién soy.

AURELIANO.
Pues la vida me defiendes,
Para partir mi corona,
No seas Decio, y seas quien fueres.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

CENOBIA, SOLDADOS. — DECIO.

SOLDADO 1.°
Esta puente nos da paso.

CENOBIA.
Yo he de matarle, ó prenderle
En su tienda.

DECIO.
Aqueso fuera,
A no guardar yo la puente.

SOLDADO 2.°
¿Un hombre solo se opone
Á un escuadron?

CENOBIA.
O no temes
El conocido peligro
De la vida, ó la aborreces.

DECIO.
No es, sino que en este pecho
Tal fuego el honor enciende,
Que es un rayo cada golpe.

CENOBIA.
Pues aunque Júpiter fueses,
Y aqueste monte tu espada,
He de pasar. (*Ap.* Mas detente,
Violento impulso; que aquel
Es Decio, si no me miente
Aquella banda, con que
El rostro cubierto tiene.)

DECIO.
Esta es Cenobia. (*Ap.* ¡Ay de mí,
En qué confusion tan fuerte
Me ponen amor y honor!)

CENOBIA.
Marcio, retira esa gente,
Que yo sola he de ganar
Hoy el paso.

SOLDADO 1.°
Mira...

SOLDADO 2.°
Advierte...

CENOBIA.
No hay que advertir.

SOLDADO 2.°
A la vista
Estarémos. (*Vanse los soldados.*)

CENOBIA.
¿Tú no eres
Decio?

DECIO.
Decio soy, Cenobia;
Que ya me huelgo de verte
En esta ocasion, adonde
Puedes honrarme y valerme.

CENOBIA.
Y yo de verte me huelgo,
Adonde seguramente
Puedes darme la victoria,
Solo con no defenderte.
Siguiendo vengo á Aureliano,
Resuelta animosamente
A que hoy en su misma tienda
He de matarle ó prenderle.
Nadie me estorba la entrada
Sino tú. Y pues que te ofrece
Esta ocasion tu venganza,
Déjame pasar, y advierte
Que hoy te vengo, si hoy le alcanzo:

Digitized by Google

Y quedamos igualmente,
Yo contenta, honrado tú,
Y él vencido; con que vienen
Tres medios á conseguirse.

DECIO.

Pues propones de esa suerte
En plácticas la batalla,
Quiero obligarte á que dejes
La pretension. Aureliano
Agora, sin conocerme,
Llegó á valerse de mí.
En ocasion tan urgente,
Palabra di de guardar
Este paso, hasta que viese
Rendida el alma á los filos
De tus acerados temples.
¡Mira si estoy obligado
A cumplirla! Y pues tú quieres
Convencerme con razones,
Esta te obligue á volverte:
Ya Aureliano está vencido;
Ese triunfo ya le tienes:
Déjame ganar, Cenobia,
Agora el de defenderle
Siendo mi contrario: así
Quedaremos igualmente
Tú contenta, honrado yo,
Y él vencido; con que vienen
Tres medios á conseguirse,
Mas noble y mas cuerdamente.

CENOBIA.

Yo tengo mayor razon.
¿Tú no fuiste á que te diese
Satisfaccion de la ofensa
De Aureliano? Luego tienes
Obligacion de ayudarme
Agora, cuando pretende
Darte mi honor la venganza
Que me pediste.

DECIO.

Tú vienes
A convencerte á tí misma.
Desde el punto que á valerme
Fui de tí, mi honor corrió
Por tu cuenta: luego tienes
Obligacion de mirar
Por él tanto, que si hacerte
Dueño de Roma quisiera
Por trato alevosamente,
Tú no lo habias de ser,
Porque yo traidor no fuese.

CENOBIA.

Yo pierdo en esta ocasion
La victoria, y tú no pierdes
La opinion.

DECIO.

Sí pierdo tal.

CENOBIA.

Deja. .

DECIO.

Cenobia, detente,
O vive Dios, que te mate.
Y puesto que mujer eres
Con quien se pueden tratar
Cosas de honor, cuando vienes
A esta empresa contra mí,
Te pido que me aconsejes.
Considérate en mi puesto;
Que lo mismo que tú hicieres,
Haré yo.

CENOBIA.

Si yo me viera
Con la obligacion que tienes,
En este puesto empeñada,
Muriera hasta defenderle.

DECIO.

¿Y si el rendirle importara
A un grande amigo?

CENOBIA.

No puede
Nadie acudir á su amigo
Mas que á su honor.

DECIO.

¿Y si fuese
Una mujer que adorase?

CENOBIA.

Perdiera una y muchas veces
Vida y honor. ¡Pero tú
Tan vano y loco te atreves
A decirme que me adoras!

DECIO.

Con poca ocasion te ofendes.
No eres tú...

CENOBIA.

Pues al primero
Consejo quiero volverme.
Guardar el puesto te importa:
O morir, ó defenderte.

DECIO.

Pues si animosa aconseja
Una mujer de esa suerte,
¿Qué haré yo en ejecutarlo?

CENOBIA.

Tu misma accion te condene.
Considérate en el mio:
Que en esta ocasion se ofrece
El fin de tan gran victoria,
Y que el paso te defiende
Un grande amigo, ¿qué hicieras?

DECIO.

Aunque otro yo mismo fuese,
Le matara.

CENOBIA.

¿Y si estimaras
Su vida?

DECIO.

Le diera muerte,
Aunque le estimara.

CENOBIA.

Y dime,
¿Si aquesa persona fuese
Un hombre que yo quisiera?

DECIO.

¡Cielos! ¿luego tú me quieres?
Perdiera cien mil victorias,
Volviérame...

CENOBIA.

Tente, tente,
Que no soy...

DECIO.

Pues al primero
Consejo quiero volverme;
Dame la muerte, que yo
Contento, ufano y alegre,
Moriré de ver que compro
Tu alabanza con mi muerte.

CENOBIA.

Por no darte aquesa gloria
No te mato; que no quiere
Mi ambicion que haya un romano,
A quien la fama celebre
Por tan valiente, animoso,
Invencible, altivo y fuerte,
Que tan tristemente viva,
Y muera tan noblemente.
Por tí pierdo la victoria.

DECIO.

Pues mira que si la pierdes,
Que ya me dás ocasion
Para pensar que tú eres
La enamorada, pues tomas
El consejo.

CENOBIA.

Responderte
Que no lo pienses, pudiera;
Mas ¿qué importa que lo pienses?

(*Vanse por distintas partes.*)

—

Acampamento de Aureliano.

ESCENA XII.

AURELIANO, SOLDADOS; *luego* UN CAPITAN.

AURELIANO.

Júpiter soberano,
Si el gobierno del mundo está en tu mano,
¿Cómo, di, tu deidad así permite
Que una mujer á Roma el honor quite?
Ni eres dios, ni eres fuerte,
Ni son tus obras líneas de la muerte.
Tú, Marte, que entre acero y entre mallas
Eres sangriento dios de las batallas,
¿Cómo tu cuello doma
Una mujer que el lauro quita á Roma?
Ni eres dios, ni valiente;
Miente tu aspecto, tu semblante miente.
¡Que una mujer, que una mujer resista
A Roma, á mí, con desigual conquista!
Diera por cautivalla,
Por prendella y llevalla
A Roma, y en el carro
Entrar pisando su ambicion bizarro,
Diera... Pero estoy loco:
¿Qué tengo yo que dar, si Roma es poco?

(*Sale el Capitan.*)

CAPITAN.

De Cenobia un soldado
Buscándote al ejército ha llegado.

AURELIANO.

(*Ap.* Valor, disimulemos.
No conozca mi pena en mis extremos.)
Entre pues. (*Ap.* ¿Qué querrá en dechas tantas?)

(*Vase el Capitan.*)

ESCENA XIII.

LIBIO. — AURELIANO, SOLDADOS.

LIBIO.

Permíteme, señor, besar tus plantas.

AURELIANO.

¿Qué quieres?

LIBIO.

Muy cruel y poco sabio
Vengo á pedir venganza de un agravio.
Yo soy Libio, sobrino
De Cenobia, que á ser mi reina vino
Por mujer de Abdenato.
El á su sangre ingrato,
Siendo yo el heredero
Unico de su Estado,
Me dejó de la accion emancipado;
Y el vulgo novelero,
Que conjurado estaba,
La corona la dió que me tocaba,
Por lo cual mi rigor me determina
A tan cobarde empresa.
Yo te he de hacer señor de Palmerina,
Yo he de darte á Cenobia muerta ó presa.

AURELIANO.

¿Tú te atreves á darme
A Palmerina?

LIBIO.

Sí.

AURELIANO.

¿Tú has de entregarme
Presa á Cenobia?

Digitized by Google

LIBIO.

Sí.

AURELIANO.

¿Qué es lo que espero?
Déjame echar á aquesos piés primero,
Y juro aquí delante,
Por Marte horrendo y Júpiter tonante,
Por el sagrado Apolo,
Por el Criador de cielo y tierra solo,
Libio, si en mi favor consigues esto,
Que he de ponerte en el mas alto puesto,
Igual á mi persona,
Poniendo en tu cabeza mi corona.

LIBIO. (*Ap.*)

La voz así animaba mi fortuna.

AURELIANO.

Pero ¿cómo podrás?

LIBIO.

¿Pues tiene alguna
Duda mi pretension? Yo sé los nombres
De las postas; y puedo
Llegar sin algun miedo
Hasta su tienda solo con cien hombres.
Cenobia agora descuidada vive
Con la victoria, que á este tiempo escri-
Si yo á su tienda llego [be.
En las tinieblas del silencio ciego,
¿Qué duda hay de traella,
Antes que alguno pueda defendella?

AURELIANO.

Pues no hagan las razones
Estorbo con sus vanas ilusiones.
Daréte cien soldados,
En la escuela de Marte acreditados:
Y en fe que agora agradecido quedo,
Toma este real anillo, que en mi dedo
Estrella fué; y verás si he de premiarte,
Porque pienso á los cielos levantarte.

LIBIO. (*Ap.*)

Alta ventura desta accion colijo:
La prodigiosa voz así lo dijo.
Presto, fortuna, presto,
Pienso que me has de ver en alto puesto.
(*Vanse.*)

—

Reales de Cenobia. — Es de noche.

ESCENA XIV.

CENOBIA, IRENE, CROTILDA, PERSIO.

CENOBIA.

Dejadme un poco sola.

IRENE.

¿Qué tienes?

CROTILDA.

¿Qué te aflige?

CENOBIA.

Una oculta tristeza
El corazon me oprime;
Un miedo me desmaya,
Y una pasion me rinde.
En el primer encuentro
De la guerra, ¿no viste
Muerto el caballo? Luego,
Entre asombros terribles,
Nacida de las peñas,
Voz temerosa y triste
Me dijo que sería
Hoy trofeo infelice
De un traidor y un tirano,
Que conjurados viven.
Mi tienda hallé caida;
Y aunque al valor insigne
Que me alienta no vencen
Estos agüeros viles,
Temo... No sé qué temo,
Ni el decirlo es posible;
Porque nunca fué grande
Tormento que se dice.

PERSIO.

Diviértete, y no dudes
Tu honor siempre invencible.
Tu fama siempre eterna,
Tu patria siempre libre.

CENOBIA.

Ahora, vanos temores,
Dejad de perseguirme.
Escribiendo esta guerra
Pretendo divertirme.

PERSIO.

Ya está puesta la mesa.

(*Sacan un bufete con una escribanía. Cenobia se pone á escribir, y todos se van.*)

ESCENA XV.

CENOBIA.

Por no dejar que olvide
El tiempo mi alabanza,
Papel, que siempre finge
A la verdad grandezas,
Y á la envidia imposibles;
La mujer que pelea,
Es la misma que escribe;
Que á un mismo tiempo iguales,
Espada y pluma rige.
Historia del Oriente
La llamo; así prosigue: (*Escribe.*)
«Retiróse á este tiempo
Aureliano, y humilde
Socorros poderosos
A Egipto y Persia pide.
En este tiempo Libio...»
El *Libio* (¡ay de mí triste!)
Escrito está con sangre,
Y al ir á repetirle,
Sangre brotó la herida,
Y mesa y papel tiñen
Deshojados claveles,
O líquidos rubíes.
¡Oh sangriento prodigio!
Mas ¡ay suerte infelice!
Abdenato, ¿qué quieres,
Que muerto me persigues?
Señor, esposo, tente;
No ofendas, no castigues;
A quien... Pero ¿qué es esto?
Resuelta en humo finge
Una nube la sombra,
Dejando el aire libre. (*Desmáyase.*)

ESCENA XVI.

LIBIO, EL CAPITAN, SOLDADOS. — CENOBIA.

LIBIO.

Esta es su tienda; aquí
Tan descuidada asiste,
Que en los brazos del sueño
A un tiempo muere y vive.
Llegad con tal secreto,
Que el mas valiente pise
De su temor la sombra.

CAPITAN.

Muera si se resiste.

LIBIO.

Llegad, y ojos y boca
La tapad.

CENOBIA.

¡Qué terrible
Aprension! Mas ¿qué es esto?

(*Cógenla por detras, átanla las manos y échanla una banda en el rostro.*)

LIBIO.

Es quien así consigue
Su venganza.

CENOBIA.

¡Traicion!

LIBIO.

Favor en vano pides,
Que ya tu guardia es muerta.

CENOBIA.

¡Traicion!

LIBIO.

Cuando repite
Traicion, todos traicion
Decid; que así se impide
El sospechar quién somos;
Porque ninguno pide
Favor contra sí mismo.

CENOBIA.

¡Traicion!

TODOS.

¡Traicion!

LIBIO.

Consiguen
Los cielos mi venganza.
(*Llévanla maniatada.*)

ESCENA XVII.

IRENE, LIBIO.

IRENE.

Entre las sombras tristes
Buscándote he venido,
De sus tinieblas lince.
Bien se logró tu intento;
Que como traicion dicen
Ellos mismos, los deja
El ejército libres.

LIBIO.

Ven donde de Aureliano
Las honras partícipes,
En cuya confianza
Este anillo, que imprime
Las águilas de Roma,
Y ya tu dedo ciñe,
Me entregó.

IRENE.

Vamos, pues
Con tu intento saliste. (*Vanse.*)

—

Acampamento de Aureliano.

ESCENA XVIII.

AURELIANO.

A la voz presurosa
Del sol, con dulce salva
Sale llorando el alba,
Y riendo el aurora,
Que esperan en un dia
Efectos de tristeza y alegría.
Mi honor es el aurora,
Cenobia el alba bella,
Que entre amalla y vencella
El uno y otro llora,
Cuando triste y contento
Mi dicha estimo, y su desdicha siento.
(*Tocan cajas y trompetas.*)
Mas ya con ecos graves
Publican dulces fines
Los sonoros clarines,
Las trompetas süaves,
Cuyo compas con bajas
Voces repiten las templadas cajas.

—

Digitized by Google

ESCENA XIX.

SOLDADOS; CENOBIA, *atadas las manos, cubierto el rostro.*—AURELIANO.

AURELIANO.

Y ya á Cenobia veo, (*Descúbrenla.*)
Que entre desdichas tantas
Besa humilde mis plantas.
O muera mi deseo,
O viva mi esperanza;
Que amor pide piedad, y honor venganza.
La fama siempre vive,
El gusto luego muere:
Pues mi piedad no espere;
Que si el gusto recibe
La gloria del trofeo,
Viva mi honor, y muera mi deseo.

CENOBIA.

César, cuya memoria
(*Híncase de rodillas.*)
Eterna al mundo viva,
Cuando con sangre escriba
El tiempo esta victoria,
Advierte en mis enojos
La voz del labio, el llanto de los ojos.
No altiva, no atrevida
Pienso hablarte quejosa;
Sino triste y llorosa
Mostrar quiero advertida
Que quien en pena grave
Supo vencer, hoy ser vencida sabe.
A tus piés está puesta
Quien los aplausos tuyos
Pensó ver á los suyos;
Porque adviertas que en esta
Variedad importuna,
Tragedias representa la fortuna.
La que veloces alas
De la fama gloriosa
Compitió victoriosa
A la deidad de Pálas;
Hoy con soberbia poca,
Donde quitas los piés, pone la boca.
No te pido la vida;
Que en las glorias que heredas,
Temo que la concedas,
Cuando yo, agradecida
Al llanto, decir puedo
Que solo á las venturas tengo miedo.
La libertad te pido
De mi patria, si alcanza
Piedad tanta venganza;
Y pues yo sola he sido
La que se opuso á Roma,
Solo en mi vida la venganza toma.
Triunfa de mí valiente,
Véngate en mí ofendido,
Pon libre y atrevido
El pié sobre mi frente,
Llévame á Roma aprisa,
Y en carro de oro mi arrogancia pisa.
¿Aun sin verme me dejas?
Pues con ecos veloces
Daré á los vientos voces,
Daré á los cielos quejas,
Daré á la tierra espanto,
A los aires suspiros, al mar llanto.

AURELIANO.

(*Ap.* Turbados mis sentidos
Pueden en tanta mengua
Vencer ojos y lengua,
Pero no los oídos;
Que tienen por despojos
Labios la lengua, y párpados los ojos.
Mas ¿qué defensa espera
La voz sonora y clara?
Si yo al hombre enmendara,
Para que siempre viera
Y nunca oyera quejas
De mujer, diera guarda á las orejas.
El que constante estuvo
Y sordo tiempo tanto
De una mujer al llanto,
Perfecta alma no tuvo:
Ni es racional, ni es hombre
A quien de la mujer no rinde el nombre.
Mas ¿tú, Aureliano, eres
El que en triunfo dichoso
Juraste victorioso
Triunfar de los placeres
De amor, siempre constante?
Mis reprensiones temo en mi semblante.
Pues ¿cómo ya amoroso
Discurso te atropella?
Si Cenobia es tan bella,
Si tú tan valeroso,
Que la excedes, procura
Que iguale tu valor á su hermosura.
Ya al amor en su abismo
Ningun poder le queda;
¿Pues ha de haber quien pueda
En mí mas que yo mismo?
No, ni su fuego entero
Me hará querer, si yo querer no quiero.
Ya con mayor instancia
Aquí mi triunfo empieza;
Venza pues la belleza,
Quien venció su arrogancia.)
Cenobia, enternecido (*A Cenobia.*)
Vuelvo á mirarte, del dolor vencido.
Sufre, padece y siente,
Gime, suspira y llora;
Que no te importa agora
Querer tocar valiente
La esfera de la luna.
Esto puede el valor, no la fortuna.

ESCENA XX.

LIBIO, IRENE. — DICHOS.

IRENE. (*Ap. á Libio.*)

Llégale á hablar.

LIBIO.

Yo he sido
Quien en tanta venganza,
Cumpliendo tu esperanza,
Su palabra ha cumplido;
Muestra agora la tuya.

AURELIANO.

Sí mostraré, porque mi fe se arguya.
Yo he prometido hacerte
Igual á mi persona,
Ves aquí mi corona.
(*Pone su corona á Libio.*)

IRENE.

¡Qué venturosa suerte!

AURELIANO.

Mas con lo que hago y digo,
Premio el favor, y la traicion castigo.
Con ella desde el monte
(*A los soldados.*)
Que, opuesto á las estrellas,
Es en sus luces bellas
Término al horizonte,
Le despeñad. Con esto
Te vienes, Libio, á ver en alto puesto.
Llevadle pues.

LIBIO.

¡Ay cielos!
En tan violento estrago,
Bien lo que debo pago.
(*Llévanle algunos soldados.*)

AURELIANO.

Pierda yo los recelos;
Que quien en tanta pena
Su sangre vende, venderá la ajena.

IRENE. (*Ap.*)

Ya van á despeñalle.
Mas consuelo prevengo,
Que el real anillo tengo;
Con él he de libralle,
Publicando atrevida
Que Aureliano por él le da la vida.
(*Vase.*)

AURELIANO.

A ese reino importuno
Vida se le concede;
Si se altera, no quede
Con la vida ninguno,
Sino los entregados,
Que han de ir por fieras de mi carro atados.
Ten, Cenobia, prudencia,
Que esto es mundo.

CENOBIA.

Sí tengo;
Y á mas rigor prevengo
Mas valor, mas paciencia;
Que quien tuvo soberbia en tantas dichas
Sabrá tener paciencia en las desdichas.

JORNADA TERCERA.

Plaza de Roma.

ESCENA PRIMERA.

ASTREA, DECIO.

DECIO.

Rotos ya los privilegios
De la muerte, hermosa Astrea,
Viva por mi dicha, cuando
Todos te tienen por muerta;
A Roma llegas á tiempo
De ver la mayor tragedia
Que en el teatro del mundo
La fortuna representa.
Hoy entra en ella Aureliano;
No podré decir cómo entra,
Sin que en suspiros se anegue
La voz, pronunciada apénas.
En un triunfal carro, á quien,
En vez de rústicas fieras,
Racionales brutos tiran,
Atados cautivos llevan;
El en lo mas eminente
Del triunfal carro se asienta
En un trono, á imitacion
Hermosa de algun planeta.
Luego va Cenobia... ¡Ay triste!
¿Tendrá espíritu la lengua
Para decirte que va
Cenobia á sus plantas puesta,
Ricamente aderezada,
Hermosamente compuesta,
Donde, como en centro, viven
Piedras, oro, plata y perlas?
Atadas las blancas manos
Gon riquísimas cadenas
De oro (prisiones en fin,
¿Qué importa que ricas sean?),
Va á sus piés, y él, profanando
El respeto y la belleza,
El sagrado bulto pisa,
La imágen rica atropella.
Mal haya, amen, mi valor;
Pues la ventaja que muestra
En este triunfo Aureliano,
Es que en sus fortunas tengan,
El un leal que le guarde,
Y ella un traidor que la venda.

ASTREA.

A tardar la relacion,
Bien fácilmente suplieran
Los ojos á los oídos;
Porque ya el aviso llega
Del triunfo.

DECIO.

El anfiteatro
Es este, y aquí la espera

Digitized by Google

Lo mas de Roma. Aquí quiero,
Sea atrevimiento ó sea
Desesperacion, llegar
A desvanecer la rueda
De este pavon, acordando,
En medio de sus grandezas,
Que fuí yo quien le guardó
La vida....

ASTREA.

Gran cosa intentas.

DECIO.

Cuando en la guerra le vi
Huyendo con tanta afrenta.

ESCENA II.

MÚSICOS, SOLDADOS, *y detras un carro triunfal, en el cual viene* AURELIANO, *y á sus piés* CENOBIA; CAUTIVOS Y PUEBLO.

Voces.

¡Viva nuestro Emperador!
¡Viva nuestro invicto César!

AURELIANO.

Atenta, ó triunfante Roma,
A tu alabanza, y atenta
A tus inmortales glorias,
Mis victorias considera.
No de laurel coronado
Llego á verte; porque fuera
A tanta ocasion pequeño
Aplauso; inmortal diadema
De oro corona mi frente;
Que ya quiero que esta sea
Insignia de emperadores,
Ciñendo yo la primera.
(*Pónese una corona de oro.*)
No en triunfal carro, guiado
De fieras que se sujetan
A domésticas coyundas,
Vuestro invicto César entra,
Sino en carro á quien conducen
Viles esclavos, que muestran
En su humildad mi arrogancia:
Asirios son; ¿qué mas fieras?
No os parezca una mujer
Poco fin á tanta empresa;
Que mas su victoria estimo,
Que si en campaña venciera,
En defensa de los dioses,
Brazo á brazo y fuerza á fuerza,
Los gigantes de Sicilia
O los cíclopes de Flegra.
Esta que veis á mis piés
Mujer humillada, esta
Que, á ser mortal la fortuna,
La misma fortuna fuera,
Asombro ha sido del Asia,
Temor del Africa, afrenta
De la Europa, y la que á Roma
Se opuso con tantas fuerzas.
Miradla agora ¡qué humilde!
Mirad la ambicion depuesta,
Rendida la vanidad,
Y la presuncion sujeta;
Y para mirarlo todo,
Mirad á Cenobia presa,
Vereis arrogancia, envidia,
Ambicion, poder y fuerza
Puesto á mis plantas, si está
Cenobia á mis plantas puesta.

CENOBIA.

Aureliano, las venganzas
De la fortuna son estas;
Que ni son grandezas tuyas,
Ni culpas mias. Pues llegas
A conocer sus mudanzas,
Valor finge, ánimo muestra;
Que mañana es otro dia,
Y á una breve fácil vuelta,
Se truecan las monarquías
Y los imperios se truecan.
Vence y calla; pues yo sufro
Y espero; para que veas
Que, pues yo no desconfío,
Será razon que tú temas.
No la ambicion te levante
Tanto, que midiendo esferas
De tu misma vanidad,
La altura te desvanezca.
Sale el alba coronada
De rayos, y el sol despliega
Al mundo cendales de oro,
Que enjuguen llanto de perlas;
Sube hasta el cenit; mas luego
Declina, y la noche negra
Por las exequias del sol,
Doseles de luto cuelga.
Impelida de los vientos
Con alas de lino vuela
Alta nave, presumiendo
Todo el mar pequeña esfera;
Y en un punto, en un instante
Brama el viento, el mar se altera;
Que parece que sus ondas
Van á apagar las estrellas.
El dia teme la noche,
La serenidad espera
La borrasca, el gusto vive
A espaldas de la tristeza.
La alabanza de tus glorias
Para ajenos labios deja;
Que mas alaban silencios
Ajenos, que propias lenguas.
Déjame que yo los diga,
Para que á un tiempo se vean
En mí lástima y valor,
En ti lástima y modestia.—
Romanos, yo soy Cenobia;
Yo soy la que en tantas guerras
Se opuso á Roma, y ganó
Tantas victorias sangrientas.
Vendida fuí de un traidor:
Advertid, si está sujeta
A un engaño la osadía,
Y á una traicion la grandeza.
Pero ya que estoy vencida,
En tantas desdichas tengan
Lástima los animosos,
Y los cobardes soberbia;
Pues podrá ser, que cansada
Destos aplausos la rueda,
Dé la vuelta, y que á mis piés,
Como me he visto, te veas.

AURELIANO.

Esta es la misma esperanza
Inútil, cobarde y necia,
De Decio; tambien me dijo:
«Podrá ser que tiempo venga,
En que yo triunfe de ti.»
¿Cómo ese tiempo no llega?
O no osa ya la fortuna,
O me teme ó me respeta.
Ni la estimo, ni la aprecio;
¡Bueno fuera que temiera
A una mujer y á un cobarde!

DECIO.

Pues el triunfo da licencia
A un soldado, que ganó
Alto renombre en la guerra,
Para que el premio reciba,
En tanto que se celebra:
Di que Decio es un cobarde;
Que no importa; mas no ofendas
Al soldado que te dió
La vida, y en tu defensa
Puso la suya en peligro,
Cuando tú huyendo quisieras
Ser espíritu de un tronco,
O ser alma de una peña.
Y si, porque me venció
Una mujer, tú me afrentas,
Dime, ¿qué honor te dará
Cuando tú una mujer venzas?
O tiene valor, ó no:
Si tiene valor, ya muestras
Que á mí me pudo vencer;
Si no le tiene, ¿qué empresa
Te da alabanza, triunfando
Con majestad y grandeza
De una mujer sin valor?
Luego en razones opuestas,
O yo no merezco culpa
Cuando una mujer me venza,
O tú no consigues gloria,
Cuando vas triunfando della.

AURELIANO.

Para vencer basta, Decio,
Que cualquier contrario sea;
Para ser vencido no.
Mas tú, cobarde, ¿qué intentas,
Pues en Roma te quedaste
Con esas vanas quimeras,
Con esos locos desprecios?
¿Qué te importa, di, que tenga
Digno premio aquel soldado?
Yo lo confieso, que era
Valiente, con que aseguro
Que no fuiste tú.

DECIO. (*Mostrando el baston.*)

Esta seña
Dirá, Aureliano, quién fué:
El baston testigo sea.
Premia mi valor, pues culpas
Mi cobardía; y hoy vean
Que tú en un mismo sugeto
Tan bien honras como afrentas,
Satisfaces como agravias,
Y como castigas premias.

AURELIANO.

Decio, tú solo á mis glorias
Te opones, tú solo intentas
Oscurecer la alabanza
Que me da Roma, y tú llegas
Loco y atrevido, donde
Mi justicia no te premia;
Porque un hombre sin honor
No es capaz, con tanta afrenta,
De honra alguna. Y por castigo
De una libertad tan nueva,
Prosiga el triunfo; que quiero
Que dure, porque le veas;
Y por mas gloria, la fama
En su pregon diga: «Esta
Es la justicia, que manda
Hacer la fortuna fiera,
A este hombre por cobarde,
Y á esta mujer por soberbia.»

TODOS.

¡Viva nuestro emperador,
Viva nuestro invicto César!
(*Vanse todos, ménos Decio y Astrea.*)

ESCENA III.

ASTREA, DECIO.

ASTREA.

Grande atrevimiento ha sido
El haber, Decio, llegado
Resuelto y determinado,
Donde tus quejas ha oido.

DECIO.

Ya perdido
El honor, el gusto, el sér,
En ansia tan repetida,
No hay que impida;
Que no tengo que perder,
Donde es lo ménos la vida.
¡Que así un bárbaro procura
Profanar con tal fiereza

Digitized by Google

Las aras de la belleza,
Los cultos de la hermosura!
¡Qué locura!
¡Ay Cenobia! Peno, rabio,
Mataré al Emperador;
Y mejor
En venganza de tu agravio,
Que en venganza de mi honor.

ASTREA.

Si á matarle te dispones,
Pon el modo, y yo las manos.

DECIO.

Calla, porque dos villanos
Vienen.

ESCENA IV.

LIBIO, IRENE, *vestidos de villanos.*— ASTREA, DECIO.

LIBIO.

Aunque te corones
De naciones,
Hoy, Roma, en tí determino
Vengarme.

ASTREA. (*A Decio.*)

Ayudarte quiero,
Porque espero
Que es el impulso divino,
Y celestial el acero.

(*Vanse Astrea y Decio*)

ESCENA V.

LIBIO, IRENE.

IRENE.

De las manos de la muerte
Libre quedaste, y en Roma
Cuando ya Aureliano toma
Satisfaccion desta suerte.
Libio, advierte
La industria que te libró
De tan bárbara violencia,
Y ten prudencia;
Que otro anillo no quedó
Que suspenda otra sentencia.

LIBIO.

Confieso que tú me das
La vida; y pues lo conoce
El alma, deja que goce
Esta que vivo me das;
Y verás,
Si le llego á conseguir,
El fin dichoso que alcanza
Mi venganza;
Que ménos mal es morir,
Que vivir sin esperanza.
Por verme con alto honor,
La muerte á Abdenato dí,
Mi misma sangre vendí,
A mi patria fuí traidor.
Llegó el rigor
A castigarme, y á ser
Mi verdugo osado y fuerte;
Pues advierte,
¿Qué tengo ya que perder,
Perdido el miedo á la muerte?

IRENE.

Pues no puedo aconsejarte,
Matemos á este cruel;
Que yo, hasta morir fiel,
Pienso, Libio, acompañarte;
Y no ser parte
Tiempo, mudanza, ni olvido
A dejarte de querer,
Para saber
Cuantas cosas ha vencido
Con amor una mujer.

LIBIO.

Los dos hemos de decir
Que á solas le hemos de hablar,
Porque importa, para dar
Un aviso, en él fingir
Que á pedir
Justicia vas, sin malicia,
De un agravio; y si esto alcanza
Mi esperanza,
Tú le pedirás justicia,
Y yo tomaré venganza.
Pues estando divertido
Contigo, yo llegaré
Al tirano, y le daré
De puñaladas.

IRENE.

Ha sido
Atrevido
Pensamiento el que has hallado.
¿Mas cómo de allí saldrás?

LIBIO.

Necia estás;
Véame una vez vengado,
Que no quiero vivir mas. (*Vanse.*)

—

Prision de Cenobia.

ESCENA VI.

CENOBIA, AURELIANO.

CENOBIA. (*Ap.*)

En este paso procura
Mi pecho, de amor desnudo,
Pues con la fuerza no pudo,
Vencer hoy con la hermosura.
Yo dije que su grandeza
Habia de ver á mis piés;
Ayuden mi intento pues
Amor, ingenio y belleza;
Probaré si puedo ver
Humillado este rigor,
Fingiendo gusto y amor.
¡Ahora sí que soy mujer,
Ahora sí lo he parecido;
Pues con mis armas ofendo,
Cuando á un bárbaro pretendo
Vencer con amor fingido!

AURELIANO. (*Ap.*)

Cenobia está aquí; mas ciego
Hoy á tantos rayos vivo,
Cuando nueva luz recibo;
Fénix de amor en su fuego,
Ciego estoy.

CENOBIA. (*Ap.*)

Turbada llego.

AURELIANO. (*Ap.*)

¿Qué intenta amor?

CENOBIA. (*Ap.*)

¿Qué procura
Mi engaño?

AURELIANO. (*Ap.*)

¡Oh qué luz tan pura!

CENOBIA. (*Ap.*)

¡Oh qué bárbara fiereza!
¡Qué semblante!

AURELIANO (*Ap.*)

¡Qué belleza!

CENOBIA. (*Ap.*)

¡Qué fealdad!

AURELIANO. (*Ap.*)

¡Y qué hermosura!

CENOBIA. (*Arrodillándose.*)

A los piés teneis, señor,
Esta humilde esclava vuestra
Que segunda vez se muestra
Rendida á vuestro valor.
Hoy el poder y el amor
Os dén una y otra palma,
Cuando mi sentido en calma
Dice que sabeis vencer
La vida con el poder,
Y con el valor el alma.
Si venceis con fuerza altiva,
Obligais con dulce amor;
Y así dos veces, señor,
Vengo á ser vuestra cautiva.
Para que en mi centro viva,
Dejadme echar á esas plantas.

AURELIANO.

Así al cielo me levantas.

ESCENA VII.

DECIO. — CENOBIA, AURELIANO.

DECIO.

Que esta es de Cenobia creo
La torre. Pero ¿qué veo,
¡Cielo! entre desdichas tantas?

(*Detiénese.*)

AURELIANO.

Alza, Cenobia, del suelo;
Que grande prodigio encierra,
Cuando humildes en la tierra
Se ven las luces del cielo:
Miéntras con nuevo desvelo
Alteran el pecho mio
Uno y otro desvarío,
Sin duda que no advirtió
Tal belleza, el que pensó
Que era libre el albedrío.
Dos plantas hay con divina
Virtud, que sin duda alguna
Son veneno cada una,
Y juntas son medicina.
La experiencia en mí imagina,
Pues cuando juntos los ví,
Belleza y poder venci;
Faltó el poder, y segura
Sola quedó la hermosura,
Que es veneno para mí.
¿Quién vió tan fieros castigos?
¡Que en tu hermosura y poder
Tenga yo mas que vencer,
Donde hay ménos enemigos!
Mis tormentos son testigos.
¿Así, cobardes sentidos,
Estais á su voz rendidos?
Huid, huid sus enojos;
No mireis lágrimas, ojos,
No oigais lisonjas, oidos.
¿Por qué con locuras tantas
Quieres aumentar mi pena?
Di, cocodrilo y sirena,
Que me lloras y me cantas,
Si á vencerme te adelantas,
Ya al llanto, ya al canto atento,
Vencerte con todo intento;
Y así, sin ventura alguna,
Llora tu corta fortuna,
Y canta mi vencimiento. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CENOBIA, DECIO.

CENOBIA. (*Ap.*)

Ya ningun remedio espero,
Pues hoy fingido se ha hallado
Un amor tan mal pagado,
Que pareció verdadero.

DECIO. (*Llegando.*)

¿Podré, cuando amante muero,
(¡Ay de mí!) vivir callando?

CENOBIA.

¿Quién estaba aquí escuchando?

Digitized by Google

DECIO.

Yo, Cenobia (¡estoy mortal!);
Que un desdichado su mal
¿Cuándo no le escucha? cuándo?
Perdona mi atrevimiento,
Si te hablare descortes;
Que á celos y amor no es
Bastante mi sufrimiento.
Yo soy quien el pensamiento
Al mismo sol levantó,
Quien á tu luz se atrevió;
Pero si pude sufrir
Amar, padecer, sentir
Con amor, con celos no.
No puedo; cuando fiel
A tu amor, con ansias fieras
No siento que no le quieras,
Sino que te olvides dél.
Esta es mi pena cruel.

CENOBIA.

Efectos iguales son,
Pues yo siento tu pasion,
No la mia. (*Ap.* ¿Cómo pues,
Sin decirle que lo es,
Le daré satisfaccion?)
Si á tan altivos desvelos
Hallar disculpa procuras,
Dime que fuéron locuras
Esos que llamaste celos.
Testigos hice á los cielos,
Decio, de que habia de ver
A mis plantas el poder
De un soberbio emperador,
Y valíme del amor;
Que ya parezco mujer.
Con esto pues pretendí
Vencer su arrogancia, y fué
La causa porque mostré
Las finezas que fingí.
Esto digo porque así
No te atrevas á los cielos,
Porque hallarán tus desvelos
Castigos, disculpa no;
Porque nunca supe yo
Qué era amor, ni qué son celos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DECIO, *despues* ASTREA.

DECIO.

Yo me holgara en tal rigor
De que supiera tu fe
Lo que son celos; por qué
Supieras lo que es amor.
¿Quién vió tan fiero rigor,
Pues cuando él te ofende á tí,
Yo el agravio padecí?
Buscas venganza cruel,
Y para vengarte dél,
La muerte me das á mí.
El, de amor libre y exento,
Negó su poder y fuése;
Y para que él lo confiese,
A mí me dan el tormento.
Agraviado sufrimiento,
Muera un fiero emperador;
No porque ofendió mi honor,
No porque triunfó de ti;
Porque me dió celos sí,
Que ya es agravio mayor.

(*Sale Astrea.*)

ASTREA.

Desde aquí dentro he escuchado
Tu intencion, y yo he de ser
Quien te ayude, hasta perder
La vida que tú me has dado.
Hoy da audiencia en el senado
Aureliano; en él podemos,
Como en otro traje entremos,
Llegar á hablarle, y así
Darle la muerte; que allí
Mil agraviados tendrémos
De nuestra parte. Los plazos
Abrevia, porque saldrá
De allí, ó porque muero ya
Por mirarle hecho pedazos.

DECIO.

Dame mil veces los brazos,
Por el valor y el deseo,
Que de tan sangriento empleo
Hoy muestras.

ASTREA.

No puedo yo
Negarlos. (*Se abrazan. Vase Astrea.*)

ESCENA X.

CENOBIA.—DECIO.

CENOBIA.

(*Ap.* Aquí quedó
Decio. ¿Mas qué es lo que veo?
¿Los brazos dió á una mujer,
Y mujer que es tan hermosa?
¡Ay de mí, que una fogosa
Rabia empiezo á padecer,
Que no lo sé conocer,
Y sé sentir sus desvelos!
¡Esta es pena, es rabia, cielos!
Mas no, mayor daño fué;
Pues ya imagino que sé
Qué es amor y qué son celos.
Pues si lo sé, mi tormento
Rompa el pecho, salga pues;
Que á celos y amor no es
Bastante mi sufrimiento.)
Decio, nuevo atrevimiento
Ofende mi presuncion.
¿Tú en mi presencia á una accion
Tan libre, en mi cuarto, así
Te atreves?

DECIO.

(*Ap.* ¿Cómo (¡ay de mí!)
La daré satisfaccion,
Sin ofenderla?) Señora,
La hermosa dama que ves,
Es Astrea, que despues
Sabrás cómo vive agora.
Ella, que mi ofensa llora,
Dijo que hoy podia vencer
Este bárbaro poder;
Y abracéla, porque espero
Que, muerto este monstruo fiero,
No tengas á quien querer.

CENOBIA.

¿Yo quiero?

DECIO.

Ya lo fingiste.

CENOBIA.

¿Y basta á dar pena?

DECIO.

Sí.

CENOBIA.

¿Y yo que un abrazo vi?

DECIO.

¿Tú que el desengaño oiste?

CENOBIA.

¿En fin, los brazos la diste?

DECIO.

¿En fin, le dijiste amores?

CENOBIA.

Fueron falsos.

DECIO.

¿Qué mejores,
Si tú lo que todas haces?

CENOBIA.

¡Que en mi presencia la abraces!

DECIO.

¡Que á mis ojos le enamores!

CENOBIA.

Pues ¿qué te ha movido á tí.
A sentirlo?

DECIO.

Una pasion.

CENOBIA.

¿Tus celos?

DECIO.

Dasme ocasion
A que te diga que sí.

CENOBIA.

¡Qué atrevimiento!

DECIO.

¿Y á tí
Quién, Cenobia, te obligó
A sentir que abrace yo
A Astrea?

CENOBIA.

Un deseo no mas.

DECIO.

¿Tu amor?

CENOBIA.

Ocasion me das
A que te diga que no.
¿No te han dicho mis desvelos
Que estos son celos y amor?

DECIO.

¿No te ha dicho mi temor
Que estos son amor y celos?

CENOBIA.

Mi pena saben los cielos.

DECIO.

Tú mi tormento cruel.

CENOBIA.

Muero en ella.

DECIO.

Vivo en él.

CENOBIA.

¿Pues qué esperas?

DECIO.

Que tú seas
Mi reina: y tú...

CENOBIA.

Que te veas
Coronado de laurel. (*Vanse.*)

—

Palacio de Aureliano.

ESCENA XI.

AURELIANO, *sentado en un trono;* EL CAPITAN, SOLDADOS.

AURELIANO.

¡Qué cansados pretendientes!
¿Qué mas premio han de tener
Los soldados? ¿el servirme
No basta para interés?
Si pelearon y vencieron,
Yo tambien vencí y pelé;
Pues yo los dejo, bien pido
En que me dejen tambien.
Si son pobres, no nacieran:
Demas de ¿qué importa á un rey
Que haya pobres en su imperio?
Sufran y padezcan pues;
Que pues el cielo los hizo
Pobres, él sabe por qué.
¿Puedo yo enmendar al cielo?

Digitized by Google

SOLDADO 1.°

No; (*Ap.* mas su piedad nos dé
Ocasion para librarnos
De un tirano.)

CAPITAN.

Aqueste es
De Lelio.

AURELIANO.

¿Qué dice Lelio?

CAPITAN.

Dice: (*Lee.*) «Señor, yo me hallé
»En Asia, donde te vi...»

AURELIANO.

No me digas mas: romper
Puedes ese memorial,
Que ya premiado se ve.
Ya tiene mas que merece,
Si me ha visto. ¿Qué mas bien,
Qué mas honor, qué mas gloria
Hay, que dejarme yo ver?

CAPITAN.

Este es de Camila, y dice,
Que es una pobre mujer,
Cuyo marido mataron
En el Oriente.

AURELIANO.

¡Pues qué!
¿Pretende que yo le pague
Su marido? ¡Bien á fe!
Si en Oriente le mataron,
Pídale allá; que no es bien,
Pues le mató el enemigo,
Pague yo á quien no maté.

(*Vase el Capitan.*)

ESCENA XII.

LIBIO, IRENE, *vestidos de villanos.*— AURELIANO, SOLDADOS.

IRENE.

Hemos de entrar, aunque todos
Lo impidan. (*Ap. á Libio.* Mira que estés
Prevenido.)

LIBIO.

No te turbes.

IRENE.

Que yo le divertiré.

SOLDADO 1.°

Teneos, villanos.

AURELIANO.

Dejadlos.
¿Qué pretendeis? (*Vanse los soldados.*)

IRENE.

A tus piés,

(*Arrodíllase Irene, y Aureliano principia á adormecerse.*)

Invicto César de Roma,
Cuyo sagrado laurel
En lucientes rayos de oro
Trueca el verde rosicler,
A tus piés pide justicia
Una infelice mujer,
De un tirano, de un traidor
Sin Dios, sin honor, sin ley.
No permitas, pues, que cuando
Tú victorioso te ves,
Dando alabanzas al Tiber,
En tu mismo imperio esté
Seguro de ti un traidor:
Así á tu corona dén
Parias, tributos y feudos
Del mundo las partes tres.
Agora puedes llegar. (*Ap. á Libio.*)

(*Va Libio á dar con la daga á Aureliano; pero se suspende temeroso retirándose, y Aureliano se espereza adormecido.*)

AURELIANO.

(*Ap.* ¡Qué terrible aprension es
Esta, que el ánimo mio
Rinde pesada y cruel.)
¿No prosigues? (*A Irene.*)

IRENE.

El dolor
Me suspendió con poner
Una mordaza en la lengua,
Y en la garganta un cordel.

AURELIANO.

Prosigue. (*Ap.* ¿Imaginacion,
Qué pretendes?) (*Duérmese.*)

IRENE.

Este, pues,
Que de su amor incitado,
Sombra de mi cuerpo fué,
Sin que pudiese su amor,
En tanto tiempo poner
Ménos fuerza en su deseo,
Mas agrado en mi desden,
Entró en mi casa una noche....
(*Ap.* ¿Qué esperas, Libio?)

LIBIO.

Esta vez
Me determino á matarle;
Valor mi agravio me dé.
Pero gente es la que viene.
(*Al irle á dar, siente ruido y se detiene.*)

ESCENA XIII.

ASTREA, DECIO.— DICHOS.

ASTREA. (*A Decio.*)

En fin, cubierta llegué
Diciendo que me importaba
Hablar á Aureliano; y él
Parece que está dormido.
Efecto del cielo fué
El sueño: guarda la puerta,
Decio, pues la ocasion ves
De escaparnos; que el matarle,
Que es mas fácil, yo lo haré.

DECIO.

Y yo paso á tu salida
Con la espada. (*Vase.*)

LIBIO. (*A Irene.*)

Ya se fué,
Irene, el hombre que entró;
Retírate tú, pues ves
Que, para darle la muerte,
Tu brazo no es menester.

IRENE.

Libio, goza la ocasion.

(*Vase Irene, y lléganse Libio y Astrea, cada uno por su parte á matar á Aureliano.*)

LIBIO.

Hoy en su muerte veré
Satisfecho mi deseo.

ASTREA.

¡Cielos piadosos! poned
Atrevimiento en mis manos,
Poned valor en mis piés.
Muera pues este tirano.

LIBIO.

Muera este bárbaro pues.

(*Al ir á darle entrambos, despierta, y ellos se retiran.*)

AURELIANO.

¡Cielos! qué fiera aprension
Es esta con que poneis
Espanto...? ¿Pero qué veo?
Deten, Libio, Astrea, deten
La sangrienta mano.

ASTREA. (*Ap.*)

Inmóbil,
Estoy.

LIBIO. (*Ap.*)

Turbado quedé.

AURELIANO.

Espíritus, que en eterna
Cárcel habitais, despues
De dar el comun tributo
A la tierra, que debeis
En pálidos desengaños,
¿Qué buscais? Qué pretendeis?
Sombras, ¿qué me perseguis?
Fantasmas, ¿qué me quereis?
Libio, yo te di la muerte,
Astrea, yo te maté,
Por traidor, por engañosa;
No traicion, justicia fué;
No tiranía, piedad
La muerte os ha dado. Pues
¿Por qué me quitais la vida?
¿Por qué me matais? ¿por qué?

LIBIO.

Por bárbaro.

ASTREA.

Por tirano.

LIBIO.

Por soberbio.

ASTREA.

Por cruel.

AURELIANO.

¡Ah, soldados de mi guarda!
¿No escuchais? no respondeis?

LIBIO. (*Ap.*)

Notable ocasion perdí.

ASTREA. (*Ap.*)

Notable ocasion dejé. (*Vanse los dos.*)

AURELIANO.

¡Ay cielos! Pero ¿qué temo,
Si ilusion del sueño fué?

ESCENA XIV.

DECIO, AURELIANO.

DECIO. (*Ap.*)

Cerrada dejó la puerta
Que yo guardaba, despues
Que salió Astrea, y cerrado
Solo he quedado con él;
Dénme mis manos venganza.

AURELIANO.

(*Ap.* Otro nuevo asombro ven
Mis ojos. ¿Decio no es este?
Sí; y cuando le llegué á ver,
Me da mas temor su vista,
Y una pasion, que no sé
De qué nace, me atormenta,
Sin saber cómo ó por qué.)
Decio... Yo me animo en vano.—
Decio, ¿qué osadía es
La que te dió atrevimiento...
¡Turbado estoy...! para haber
Llegado aquí?

Digitized by Google

DECIO.

Mi venganza.
Muerte mis manos te déu,
Por bárbaro, por tirano,
Por soberbio y por cruel.

AURELIANO.

¿Qué es esto? (*Ap.* Atadas las manos
Me tiene un temor.)

DECIO.

Hoy ven
En mi ventura ó mi muerte
La venganza que esperé.
Mira si triunfo de tí,
Mira si caes á mis piés
(*Da de puñaladas á Aureliano, y cae á los piés de Decio.*

AURELIANO.

Dioses, ¿esto permitis?
Esto sufris? esto haceis?
Pero si el mundo y el cielo,
Que tantos agravios ven,
Lo sufren, ¿de qué me quejo?
Con mi mano arrancaré
Pedazos del corazon,
Y en desdicha tan cruel,
Para escupírsela al cielo,
De mi sangre beberé;
Que hidrópico soy, y en ella
Tengo de aplacar mi sed.
Rabiando estoy y contento,
Decio, de que no he de ver
Tus aplausos. ¡Ay de mí!
(*Queda muerto á los piés de Decio.*)

ESCENA XV.

SOLDADOS. — DECIO; AURELIANO, *muerto.*

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)

Voces da el César. Romped,
Derribad todas las puertas.

DECIO.

Entren; que así me han de ver.

SOLDADO 2.°

Ya están en el suelo todas.
(*Salen los soldados.*)

SOLDADO 3.°

¿Qué es esto que vemos?

DECIO.

Es
La venganza de mi honor,
Romanos, esta que veis.
Dadme la muerte; que yo
Moriré alegre de ver
Que compro con sangre mia
Mi perdido honor; si es
Que por haber dado muerte
Á Aureliano, y por haber
Librado á Roma, merezco
Morir.

SOLDADO 2.°

Pues aquesta es
Justa venganza de todos,
No solo matarte fué [1]
Nuestro intento por la muerte
De Aureliano; pero en vez
De matarte, te nombramos
César nuestro, por haber
Librádonos de un tirano.
Ciñe el sagrado laurel,
Decio.

TODOS.

¡Viva Decio, viva!
(*Corónanle, y vanle besando los piés y manos.*)

ESCENA XVI.

ASTREA, CENOBIA, PUEBLO.—DICHOS.

DECIO.

Pues vuestro César me haceis,
Quiero pagaros la gloria
De tanto honor con un bien,
Digno de mayores premios.
La hermosa Cenobia es
Emperatriz: estimad
La satisfaccion que veis
De nuestro valor. — Cenobia,
Dame la mano; que es bien
Que, pues que fuiste ofendida,
Seas vengada tambien.

TODOS.

¡Nuestros dos Césares vivan!

ASTREA.

¡Vivan dichosos! Y en fe
Que el cielo los favorece,
Estos prodigios vereis. (*Se descubre.*)
Astrea soy. ¿Qué os espanta?
El invicto César es
Quien me libró de un tirano.

ESCENA XVII.

EL CAPITAN, IRENE, LIBIO.—DICHOS.

CAPITAN.

Invicto César, yo hallé
Escondidos en palacio
Estos villanos que ves,
Que dan de alguna traicion
Graves indicios; por qué
Bruñidas armas de acero
Cubre aquel tosco buriel.

DECIO.

¿A qué venisteis?

IRENE.

A dar
Muerte á Aureliano cruel,
Por una venganza. (*Ap.* Así
Pienso que perdon tendré,
Pues fué su enemigo.)

DECIO.

Ya
No soy yo Decio, ni es bien
Como ofendido proceda;
Como César sí, y hacer
Justicia. Destos villanos
Las dos cabezas poned
En dos escarpias.

LIBIO.

Señor,
Advierte...

DECIO.

Llevadlos pues.

IRENE.

Pues si habemos de morir,
Escucha, y sabrás que bien
Merecemos esta muerte;
Pues somos los dos que ves
Libio y Irene, que dimos
Muerte á Abdenato cruel.
(*Llévanlos algunos soldados.*)

CENOBIA.

Si yo merezco, señor,
Que á Libio y á Irene dén
Tus manos la vida, esta
Pongo rendida á tus piés.

DECIO.

¡De una ingrata y de un tirano
Pides la vida? No es bien
Que perdone ofensas tuyas.
Mueran, y vive, porqué
Con su muerte, y con la gloria
De tan divino interes,
La hermosura desdichada
Fin á sus fortunas dé.

[1] Parece que falta una negacion, y que el órden gramatical debia ser: *No solo no fué nuestro intento matarte por la muerte de Aureliano; pero* (sino que) *en vez de matarte, te nombramos César.*

Digitized by Google

Digitized by Google

LA PUENTE DE MANTIBLE.

PERSONAS.

GUIDO DE BORGOÑA.
ROLDAN.
OLIVEROS.
RICARTE DE NORMANDIA.
CARLO MAGNO.
EL INFANTE GUARINOS.
GUARIN, *gracioso*.
FIERABRAS.
GALAFRE, *gigante*.
BRUTAMONTE.
FLORIPES.
ARMINDA.
IRENE.
ASTREA.
FRANCESES Y MOROS.
MÚSICOS.
CRIADOS.

La escena pasa parte en Francia y parte en Africa.

JORNADA PRIMERA.

Campamento de Fierabras.

ESCENA PRIMERA.

GUIDO, OLIVEROS, *de franceses galanes, con bandas en los rostros*; FIERABRAS, *siguiéndolos; algunos* MOROS, *deteniéndole*; FLORIPES, IRENE, ARMINDA.

(*Ruido de cajas.*)

GUIDO.

Solo el valor merece
De mi honor esta banda; y si os parece,
Bizarros caballeros,
Que la podeis cobrar, sean los aceros
Arbitros del valor en la campaña.

FLORÍPES.

¡Ay de mí!

IRENE.

¡Gran valor!

ARMINDA.

¡Desdicha extraña!

FIERABRAS.

¿Qué es esto? ¿en mi presencia
Osais tomar tan bárbara licencia?
Quién sois saber espero.

GUIDO.

No esperes saber mas, que un caballero
A quien veloz la fama,
Con los aplausos destas fiestas, llama.
A verlas he venido;
Impórtame volver desconocido.
Por eso no te asombre
Que encubra en tu presencia rostro y [nombre.
Pero si alguno quiere
Cobrar la banda, y á esto se prefiere,
Venga al campo por ella,
Conoceráme al ver que cruza y sella
La esfera de mi escudo,
Si ya por astro celestial no dudo
Que la cobren los cielos,
Y entre líneas, coluros, paralelos,
La fijen por estrella,
Como despojos de Floripes bella.
(*Vase.*)

FIERABRAS.

Yo he de saber quién eres.

OLIVEROS.

Ménos que á mucho riesgo, no lo espe-
Que, á costa de mi vida, [res,
Ha de volver la suya defendida.

FLORÍPES.

¡No le mates, detente!

FIERABRAS. (*A Oliveros.*)

Tu talle y tu valor, jóven valiente,
De suerte me aficiona,
Viendo arriesgar á tanto tu persona
Por librar á un amigo,
Que quiero de piedad usar contigo:
Caso tan prodigioso,
Que es la primera vez que soy piadoso.
Di quien eres, á efeto
De estimar tu valor, y te prometo
Desde luego la vida.

OLIVEROS.

Ya que miro la suya defendida,
Pues un bruto veloz, y el pensamiento
Van corriendo parejas en el viento,
Decirte quien es quiero,
Por si acaso algun noble caballero,
Que honor y fama adquiere,
Satisfacerte deste agravio quiere.
Aquel pues, valeroso
Jóven, que al mismo amor deja envidio-
De perfecciones lleno [so,
(Perdone aquí la envidia su veneno,
La traicion su ponzoña),
Es el ilustre Guido de Borgoña,
Que, en la redonda mesa
Valiente paladin, la ley profesa
De la caballería,
Esmalte del valor y bizarría.
Hoy pues, que nuestro rey te ha conce-
Las treguas que has pedido, [dido
A efectos venturosos
De celebrar los años generosos
De tu Floripes bella,
Que fué del cielo flor, del campo estre-
Del orbe sol divino, [lla,
Hasta tu campo el de Borgoña vino,
Con intencion no extraña
De ejecutar alguna ilustre hazaña,
Acompañado solo de su acero;
Porque yo soy no mas que un escudero;
Que no quiero engañarte
Por adquirir en sus aplausos parte.
Es mi nombre Guarin; y en el seguro
De tu palabra, ya volver procuro
Hasta el francés ejército, que es tarde.
El cielo, Fierabras, tu vida guarde.
(*Vase.*)

FIERABRAS.

No le siga ninguno de mi gente,
Que á mí toca no mas.

FLORÍPES.

¡Señor, detente!

FIERABRAS.

Por la boca (; apartad!) y por los ojos
Iras vierto y enojos;
Porque es á mi despecho
Un Etna el corazon, volcan el pecho.
Y aunque el Cáucaso fueras,
Que al Nilo de mi furia te opusieras,
Sierpe de siete bocas,
Que vuelve atras los montes y las rocas,
Mi curso no estorbaras
Ni el paso á tanta furia sujetaras.
Ya Fierabras te sigue (¡oh rabia fiera!)
Aguarda, Guido de Borgoña, espera.
(*Vase.*)

ESCENA II.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, MOROS.

FLORÍPES.

¡Ay de mí! ¡qué mal hice
En dejarle partir! ¡Soy infelice!

IRENE.

¿Agora desconfias
Tú, gallarda Floripes, que tenias
Por festivas acciones
Ver en campaña armados escuadrones,
Juzgando mas hermosas
Las flores y las rosas
Por la púrpura humana,
Que por las listas de carmin y grana?
¿Hoy por un desafio
Humillas la altivez, postras el brio?
¿Tú, que altiva te igualas
A competir á la deidad de Pálas,
Y al ejército vienes,
Donde mas gustos que en la corte tienes;
Porque su horrible salva
Son para tí los pájaros del alba,
A una lid solamente
Sujetas el espíritu valiente?
¿Tú, que monte de acero
Fuiste tal vez, cuando al albor primero
Mas sangre que rocío,
Bebieron las campañas el estío,
Melancólica y triste,
A un trance de armas el valor rendiste?
Mas causa es que parece

FLORÍPES.

Dices bien; y supuesto que se ofrece
Ocasion en que pueda
Deciros mi dolor, porque conceda
Treguas al sentimiento,
Prestad dos atenciones á un acento.
Ya sabeis que de Balan,
El almirante feliz
De Africa, el rey soberano
De Alejandría, el cadí
De Berbería, el soldan
De Persia, de Egipto el cid,
Morabito y gran señor
De Jerusalen, nací
Hija segunda, y hermana
De Fierabras el gentil.
No fué poca admiracion
En dos hermanos, medir
La naturaleza tantas
Distancias; mas si advertis
Que en los campos de la aurora

Digitized by Google

Son líneas de oro y carmin,
Las que en el ocaso sombras
De esmeralda y de rubí;
Si advertis que de una planta,
Y casi de una raiz,
Nace el romero y la adelfa,
El clavel y el alhelí;
Que partos de un año mismo
Son las pompas del abril,
Y las ruinas del enero;
Que del salado viril
Son aborto concha y perla;
Y que saben imprimir
Dioses y fieras las puntas
De un pincel y de un buril:
No es mucho que de una causa
(Calle la modestia aquí)
Naciésemos, para ser
El ocaso, yo cenit,
El adelfa, yo clavel,
El la sombra, yo el matiz,
El la concha, yo la perla,
El enero, y yo el abril.
Solo lo que nos ha hecho
Hermanos fué el varonil
Espíritu, el corazon
De que adornada me vi.
Siempre á su lado me hallasteis,
Siendo en una y otra lid
Trofeo de sus victorias,
Rayo no, cometa sí.
El corcel ménos domado,
El polaco mas cerril,
Que á la obediencia del freno
Jamas dobló la cerviz,
Si su espalda ocupo, pierde
La ferocidad gentil,
Sin mas freno y sin mas rienda
Que un cabello de la crin.
Las músicas y alegrías
Mas sonoras para mí
Son lo horrible de la caja,
Son lo dulce del clarin.
Mas ¿por qué blasono tanto,
Si en efecto he de decir
Sentimientos que á mí misma
Largo tiempo me encubrí?
Si bien es grande disculpa
Que no me pudo rendir
Ménos que un dios; si es amor,
Fácil está de advertir,
Porque es una ardiente llama,
Porque es un rayo sutil,
Que en lo mas rebelde siempre
Va anhelando por herir.
Dígalo en mí su soberbia,
Dígalo su fuerza en mí;
Pues por juzgarme imposible
Victoria, con mas ardid,
Con mas poder, con mas fuerza,
Flechó el arco de marfil,
Harpones de dos en dos,
Y plumas de mil en mil.
Ya dije en fin que el amor
Me rindió; ya dije en fin
Que quise bien; pues empiecen
Mis sucesos desde aquí.
El almirante mi padre,
Que en doseles de zafir
Al lado de Marte asiste,
Envidioso que la lis
Francesa se coronase
De la diadema feliz,
Que los laureles del Tíber
Ciñen en yelmos de Ofir,
Y codicioso tambien
De igualar y competir
Esta dignidad, salió
Del Africa á conseguir
Sus aplausos, deseoso
Que la grande emperatriz
Del orbe le coronase
Por su rey. Con él salí
A ser parte en sus victorias
(Mejor pudiera decir
A ser todo en mis desdichas);
Pues queriendo resistir
Carlo Magno sus intentos,
Le esperaba en el confin
De aquesta parte de Italia,
Donde ese olimpo gentil,
Valla de esmeralda y flores,
Tiene por espejo al Rin.
Tenia Cárlos consigo
Cuantos de su sangre ois,
Que son asombro del mundo,
Tan iguales entre sí,
Que á tabla redonda comen,
Y ejércitos, que medir
Pudieran al sol los rayos;
Pues para sustituir
Sus luces, no deja tantas
Estrellas, cuando al nadir
Se despeña, como arneses
Tuvo el monte sobre sí.
El Emperador, queriendo
Con mi padre conferir
Sus intentos, le envió
Un embajador (aquí
Empezaron mis desdichas).
Estaba yo en un jardin
Alojada, y desde un verde
Mirador el campo vi,
Y en él un monte eminente,
Que acercándose hácia mí,
Del campo frances venía.
¡Quién, retórica sutil,
El caballo y caballero
Os supiera describir!
Era el bruto un cisne hermoso,
A pesar de una telliz
Encarnada, tan de nieve,
Que la espuma que escupir
Le hizo el freno, parecía
Blancos copos que de sí
Iban cayendo; la cola
Y guedejas, que al partir
Veloz el viento rizaba,
Eran hebras de marfil:
Y como el cuerpo era nieve
Y ellas ondas, presumí
Que por la crin y la cola
Se empezaba á derretir.
El valiente campeon,
El generoso adalid,
El gallardo caballero,
El ilustre paladin,
Sobre arnes blanco, traia
De un encarnado tabí
Una aljuba, y á los visos
Del sol, os puedo decir
Que vi bajar por la selva
Todo un orbe de rubí,
Todo un globo de escarlata,
Todo un cielo de carmin,
Nadando en golfos de flores
Un escollo carmesí.
Dicen que la garza hermosa,
Rayo de pluma, que herir
Se atreve al sol, cuando mira
Al alcon noble, ó baharí,
Que la sigue, reconoce
Con temor cobarde y vil
El pájaro á cuyas manos
Ha de pasar á morir.
Yo, en viendo á este caballero,
Me turbé, temblé y temí;
Porque sin duda ha de ser
De tanta garza el neblí.
Llegó de paz al rëal,
Y algunos dias qué allí
Embajador se entretuvo
En uno y otro festin,
Creció amor comunicado;
Que aunque el ver suelen decir
Que es el que enamora mas,
Mas enamora el oir.
Murió mi padre á este tiempo,
Y en este tiempo (¡ay de mí!)
Mi hermano y Cárlos trataron
Que fuese árbitro la lid,
Que fuese juez el acero,
De su pretension; y así
Vuelto á su ejército luego
Este Eneas paladin,
El ejército africano
Empezó á vencer en mí,
Pues que me dejó sin vida.
¡Mirad qué accion tan civil!
Desde entónces dél no supe,
Desde entónces no le vi,
Hasta hoy, que disfrazado
Entró al trágico festin
Que mis años celebraba.
Aquel que visteis aquí
Tan galan como valiente,
Aquel que se arrojó á asir
El cendal que de mis manos
Cayó al suelo, aquel, en fin,
Que volvió con trofeos mios,
Es del aleman pais
Príncipe augusto; Borgoña
Le dió la sangre feliz
De Austria. Mirad pues si tengo
Ocasion para sentir
Este duelo, este rigor,
Esta contienda, esta lid,
Esta pasion, esta furia,
Cuando confusa entre mí,
Cobardes mis pensamientos
Traen una guerra civil,
Y ha de morir mi deseo
O mi amor ha de morir,
Pues que mi hermano ó mi amante
Hoy tendrán trágico fin.
Mas dadme un caballo presto,
Que, si puedo, he de impedir
La batalla. No replique
Alguna; todas venid.
Amor, dos veces me llevas:
Duélete alguna de mí. *(Vanse.)*

Reales del Emperador.

ESCENA III.

GUARIN, *soldado*.

GUARIN.

El que quisiere tener
Nombre en el mundo famoso,
Alábese; que es forzoso
Para darse á conocer.
Yo pues, con tal desengaño,
Alabarme á voces quiero;
Porque una gran dicha espero
Que me ha de dar este engaño.
En una batalla un dia
Un gran capitan murió,
Y retirándole yo,
Por ver si acaso tendria
Cualquier cosa de provecho,
El hato desbalijé,
Y estos papeles hallé
Abrigados en su pecho.
Firmas son de sus hazañas.
Yo que hacer ninguna espero,
Que no soy nada hazañero,
Valiéndome de mis mañas,
Mi nombre he puesto en lugar
Del suyo muy sutilmente,
E hipócrita de valiente,
Al mundo pienso engañar.
Hoy que Guido, mi señor,
Del campo ausente se ve,
Sin que me riña, podré
Darlos al Emperador.

Digitized by Google

ESCENA IV.

EL EMPERADOR, RICARTE, ROLDAN, GUARINOS, SOLDADOS.—GUARIN.

ROLDAN.

Con las treguas destos dias
Desvanecido se ve
El ejército, porque
Las galas y bizarrías
Son sobre blancos aceros,
Escarchas sobre claveles.

EMPERADOR.

Buenos están los cuarteles
De mis nobles caballeros.

INFANTE.

Los Pares son los varones
Mas claros y singulares.

GUARIN.

¿No tendrán entre esos Pares
Su lugar algunos nones,
Para atreverse á besar
Tus piés en esta ocasion?

EMPERADOR.

¿Quién sois?

GUARIN.

Un soldado non,
Añadidura de un par.
Escudero soy lëal
De Gui de Borgoña; pero
No soy venial escudero,
Sino escudero mortal:
Estos papeles dirán
Si soy ó no soy Guarin,
Ni follon, ni malandrin.

EMPERADOR.

Mostrad á ver.

GUARIN. (Ap.)

Buenos van
Mis intentos, fortunilla:
Si estas máquinas consigo,
No se me da de tí un higo.

EMPERADOR.

Mucho el ver me maravilla
Tantos hechos, sin haber
Tenido noticia dellos.

GUARIN.

Soy recatado en hacellos.

EMPERADOR.

Lo que he podido leer,
En la certificacion
Primera que aquí me disteis,
Es, Guarin, cómo perdisteis
Un brazo en cierta ocasion,
Y gran maravilla es
Veros con los dos aquí.

GUARIN.

Es verdad que le perdí;
Mas tornéle á hallar despues.

EMPERADOR.

¿Qué importa el haberle hallado
Despues de haberle perdido?

GUARIN.

(Ap. ¡Vive Dios, que me ha cogido!)
¿Pues no pude haber sanado?

EMPERADOR.

¿Cómo?

GUARIN.

Ese es mucho apretar.
A una imágen me consagro,
Y pegóse por milagro:
Aquí no hay que replicar.

EMPERADOR.

Dice aquí, Guarin, que un dia
Reñiste con Fierabras.

GUARIN.

¿Un dia dice no mas?
¡Qué corta es la dicha mia!
Veinte batallas campales
Son, señor, las que me vi
Con él, y diez le vencí.

EMPERADOR.

Si son vuestros hechos tales,
¿Cómo de tantos un dia,
Vencido, no le prendisteis
Y á mi campo le trajisteis?

GUARIN.

Vencíale en cortesía.
Mas yo sé que si él viniera
Aquí, que él te confesara
Esta verdad cara á cara,
Y que mis hechos dijera.

EMPERADOR.

¿Dónde está vuestro señor,
Guido de Borgoña?

GUARIN.

Fué
Al campo contrario.

EMPERADOR.

¿A qué?

GUARIN.

A ganar fama y honor.

EMPERADOR.

¿Pues habiendo yo mandado
Que nadie salga de aquí,
Guido de Borgoña así
Mi precepto ha quebrantado?
Digno castigo merece
Tan notable atrevimiento.

ROLDAN.

Su juvenil ardimiento
Poca sujecion padece.

ESCENA V.

GUIDO, OLIVEROS.—DICHOS.

OLIVEROS. (A Guido.)

Como os he dicho, tomé
Nombre de vuestro escudero;
Que parte, Guido, no quiero
En esta hazaña.

GUIDO.

¿Por qué?

RICARTE.

Con las treguas están llenos
Sus pechos de iras y sañas,
Anhelando por hazañas.

GUIDO.

¿Si nos habrá echado ménos
El Emperador?

OLIVEROS.

No habrá;
Pues hemos llegado en fin
A tan buen tiempo.

GUIDO.

Guarin
Hablando con él está.
¿Si habrá dicho dónde fuimos?

OLIVEROS.

¿Tal de Guarin presumis?

EMPERADOR.

¿De dónde bueno venís?

GUIDO.

Los dos, gran señor, venimos
De hacer mal á dos caballos,
De alma y aliento español,
Que para su carro el sol
Con razon puede envidiallos.
En su escuela divertido,
Llego á saludar tan tarde
Tu vida, que el cielo guarde.

EMPERADOR.

Mas la disculpa he sentido
Que la culpa que teneis,
Pues con lo que me decís,
Error á error añadís.

GUIDO.

Señor...

EMPERADOR.

No, no os disculpeis.

ROLDAN.

Señor...

EMPERADOR.

Llevad, Roldan, vos
Luego á vuestro primo preso
A su tienda. (Ap. Si este exceso
No castigo, ¡vive Dios!
Que no habrá frances que luego
Al ejército no vaya;
E importa que estén á raya
Con su ejemplo.)

ROLDAN.

Pues yo llego
A prenderos, presumid
Que aqueste partido escojo
Miéntras se pasa el enojo
Del César: primo, venid.

GUIDO.

Ya obedezco. (Ap. á Guarin. Por tí ha sido
Todo cuanto me ha pasado.)

GUARIN. (A Guido.)

Si importaba haber callado,
Hubiérasme prevenido:
Mas cuando el daño ha de ser,
No hay prevencion acertada.

(Vase Guido con Roldan.)

OLIVEROS. (Ap.)

De mí no le ha dicho nada,
Pues no me manda prender.

RICARTE.

(Ap. Por Guido quiero pedir.)
Advierte, señor, que ha sido
Valor el que le ha movido
Hoy á tu sobrino á ir
Al campo de Fierabras.

OLIVEROS.

Cese tu enojo por Dios.

EMPERADOR.

No pidais por nadie vos.

INFANTE.

Advierte, señor...

EMPERADOR.

No mas;
Bien está.

FIERABRAS (Dentro.)

Esperad; que no
Dan la gloria al que la intenta.

EMPERADOR.

¿Quién da aquestas voces?

ESCENA VI.

FIERABRAS.—EMPERADOR, INFANTE, RICARTE, OLIVEROS, ROLDAN, GUARIN.

FIERABRAS.

Yo;
Yo, Cárlos, y bien debieras
Conocer, por lo sonoro

Digitized by Google

Del trueno, el rayo que fué
De tanto escándalo aborto:
Bien pudieras inferir,
Por la voz del eco sordo,
Qué monte la concibió
Entre sus cóncavos hondos:
Bien en la region del viento
Discurrir, qué terremoto
Se levantó, por las ruinas
Que dan espanto y asombro:
Y bien conocer debieras,
Por la tormenta, qué noto
Respiró; pues me ha temido,
Cuando estas razones formo,
Cuando estos suspiros lanzo,
Cuando estas voces arrojo,
Ira el fuego, rayo el viento,
Furia el mundo, el mar asombro,
Caducando de temor
Mar, cielos, tierra y escollos.
No te admirarás de verme;
Que un pecho, Cárlos, heróico,
O tarde ó nunca le debe
Admiracion á sus ojos.
A tu ejército he llegado
En seguimiento forzoso
De un gallardo paladin,
Aunque en vano me dispongo
A alcanzarle, que me lleva
Gran ventaja, cuando noto
Que él huye, y que yo le sigo;
Y así él vuela cuando corro.
Llegó á mi campo, y volvió
Coronado de despojos;
Mas si bien sabe ganarlos,
Bien sabe ponerse en cobro.
¿Qué opinion me añadirá
Haber llegado animoso
Hasta aquí, si ahora cobarde
En un caballo me pongo,
Y á espaldas vueltas me vuelvo?
El así, atrevido y loco,
A mi ejército llegó;
Pero apénas le conozco
Extranjero, cuando puesto
En un caballo brioso,
Que, por gozar dos especies
De viento y rayo, era monstruo,
Huyó de mí tan veloz,
Que haciendo una esfera, un globo
El y el caballo, formaron
Pardas nubes de humo y polvo
En que esconderse. Mas yo,
Que á mas riesgos me dispongo,
No he de volverme de aquí,
Si no es que primero cobro
Una banda de Floripes,
Beldad que bárbaro adoro,
Sol que sacrílego sigo,
Y luz que sola conozco.
Guido de Borgoña es
A quien sigo, y á quien nombro
Por adalid deste duelo.
Salga pues, y los dos solos,
Cuerpo á cuerpo, desmintamos
Tantos cobardes estorbos.
Emperador soberano
Eres; de tus leyes oigo,
Que no sabes negar campo
A quien le pide animoso.
Tambien de tus paladines
Sé que no viven famosos,
Miéntras retirados viven,
Y que hasta cinco es forzoso
Esperar en la estacada.
Pues si esto, Cárlos, no ignoro,
No puedes negar á Guido
El campo á que le dispongo,
La batalla á que le incito,
El duelo á que le provoco,
Y la empresa á que le llamo.
Salga pues, y verán todos
Que esa banda, ese cendal
Que es iris de plata y oro,
O le compro con mi vida,
O con mi acero le compro:
Porque pienso en su demanda
Hacer que este valle hermoso,
Con los cadáveres, sea
Un bárbaro promontorio:
Tanto que el sol al nacer,
Viendo monte el que era soto,
Piense que ha errado el camino
De sus celestiales tornos.
Las flores se han de mirar
En los humanos arroyos
De sangre, y estos humildes
Céspedes, que piso y toco,
Compitiendo los claveles,
Tendrán desdichas á logro;
Pues á pesar del aurora,
Que con lágrimas y soplos
Quiso que naciesen verdes,
Querré yo que mueran rojos.

EMPERADOR.

Grande rey de Alejandría,
A cuyo valor heróico
Es poca voz una fama,
Y un clarin aplauso poco;
Guido de Borgoña es
Caballero tan brioso,
Que ya estuviera en el campo,
Lleno de saña y enojo,
Esperándote, si oyera
Tus arrogancias y oprobios.
No puede, porque está preso;
Y quien supo argüir el modo
De nuestra caballería,
Tambien sabrá que es forzoso
Exceptuar presos y heridos
El retador generoso.
Vete en paz; que, estando libre,
El campo aplazado otorgo.

FIERABRAS.

Si está preso, que haya hecho
Algun delito es forzoso;
Y así dale por sentencia
Que salga al campo. Yo oigo
Que los antiguos romanos,
A lidiar fieras al Coso
Condenaban á los presos:
Usa de esa ley piadoso;
Y si has de echarle á las fieras,
Echármele á mí es lo propio.
Y si él no puede salir
Por esa causa que ignoro,
Amigos y deudos tiene;
Salga con su nombre otro.

ROLDAN.

Ninguno, bárbaro Rey,
Te ha escuchado de nosotros,
Que ya no hubiera salido
Si fuera el peligro honroso;
Que cuando uno de otra ley
Nos reta en comun á todos,
Por salir todos, tenemos
Civiles guerras y enojos;
Tanto, que tal vez quisimos
Matarnos unos á otros,
Para que despues saliera
El que se quedase solo.
Hoy no ha llegado este caso,
Porque tú, soberbio y loco,
Nombras uno, y no es razon
Quitarle á aquel el famoso
Vencimiento; porque ya
Le juzgamos por notorio.
Entre nosotros guardamos
Este respeto y decoro;
Y así ninguno ha salido.
Vete pues vanaglorioso
De ser el hombre primero
Que ha dado á Roldan enojo,
Y vive un instante mas.

FIERABRAS.

Bien sabeis guardaros todos;
Mas yo no pienso volverme,
Sin que algun hecho famoso
Me despique de una injuria
Que he recibido á mis ojos.
Y pues ningun paladin
Ha de salir, yo depongo
El ser rey de Alejandría,
Del Cáucaso hasta el Peloro
Señor: depongo que sea
Mi vasallo aquel ruidoso
Hipógrifo de cristal,
Que nace en su cuna sordo,
Y espira por siete bocas
Con escándalo y asombro:
Depongo el ser mi vasallo
El fénix, pájaro solo,
Que ascua, ceniza, gusano,
Sacrificio, aroma y voto,
En cuna de calambuco,
En tumba de cinamomo,
Nace y vive, dura y muere,
Hijo y padre de sí propio:
Depongo el ser de Mantible
Alcaide, edificio honroso,
Que el rio del agua verde
Sustenta sobre sus hombros;
Y bajándome á ser hombre
Humilde y vil, reto y nombro
A un escudero de Guido,
Porque su valor conozco.
Guarin se llama; y pues fué
Parte en mi agravio y enojo,
Lo ha de ser en mi venganza,
Cuando yo me humillo y postro
A ser un soldado humilde:
Que aunque sea triunfo corto
Una vida, de una vida
He de volver victorioso.
No hay excusas para esto;
Y así verás que no torno
Huyendo. Salga Guarin,
Donde tan menudos trozos
Le haré, que esparcido al viento,
No cause al sol mas estorbo
Que los átomos que son
Geroglíficos del ocio.

GUARIN. (*Ap.*)

Y lo hará como lo dice.
¿Cuál Bercebú, cuál demonio
Se le revistió en el cuerpo?
El viene borracho ó loco.
¿Yo retado? ¿yo retado?

EMPERADOR.

Guarin, agora conozco
Quien sois, y pues vuestra fama
Llegó á los climas remotos
Del Africa...

GUARIN.

No, señor;
Que hay mas Guarines.

EMPERADOR.

Vos propio
Dijisteis que si viniera
Fierabras, dijera cómo
Sois valeroso soldado.

GUARIN.

Soy un necio, soy un tonto.

EMPERADOR.

Yo os armaré caballero
Cuando volvais victorioso:
Empezad vuestro linaje.

(*Vanse el Emperador y Ricarte.*)

Digitized by Google

GUARIN.

¡Que haya en esta vida bobos
Que mueran, por dejar fama
Á sus nietos y á sus chozнos!
¿Yo retado? ¿yo retado?

ROLDAN.

Vos me dejais envidioso. *(Vase.)*

GUARIN.

Pues tomadlo por el tanto.

INFANTE.

Idos á armar, que es forzoso
Salir. *(Vase.)*

GUARIN.

Ello va de véras,
O todos me dan un como.

OLIVEROS.

Yo quiero armaros; venid
Conmigo á mi tienda.

GUARIN.

Al rollo
Fuera mejor.

OLIVEROS.

No temais,
Que yo os sacaré de todo,
Pues en todo os he metido. *(Vase.)*

GUARIN.

¿Tú, Guarin, menudos trozos?
Ya fuera dicha algun tanto,
Algun tinto, ó algun tonto,
Si como dijo menudos,
Hubiera dicho mondongos. *(Vase.)*

—

Línea entre los dos campamentos.

ESCENA VII.

FLORIPES, IRENE, *con espadas, arcos y flechas.*

IRENE.

No le pudiste alcanzar,
Vano fué tu pensamiento.

FLORÍPES.

Un águila hiriendo el viento,
Un delfin cortando el mar,
Un caballo desbocado
En medio de la carrera,
Un rayo abriendo la esfera,
Adonde ha sido engendrado,
Una flecha disparada
Del corvo marfil herido,
Un cometa desasido
De su fabrica estrellada,
Se podrán volver atras,
Solo con quererlo yo,
En su violencia; mas no
La furia de Fierabras;
Porque excede altivo y fuerte
Á águila, delfin, saeta,
Caballo, rayo y cometa.

IRENE.

Sin duda que á ver su muerte
Al ejército frances
Ciego y bárbaro llegó.

FLORÍPES.

Pues sabré vengarle yo.
(Suena un clarin.)
Pero ¿qué es esto?

IRENE.

¿No ves
Tus ejércitos marchando,
Que á los dos vienen siguiendo,
Montes de plumas fingiendo,
Mares de acero imitando?
Porque son en tornasoles
En quien el sol se retrata,
Las armas ondas de plata,
Las plumas selvas de flores.
Las descogidas banderas,
Que aves al viento parecen,
Con colores desvanecen
Los cielos por las esferas;
Porque dando al sol desmayos
Con tornasoles sutiles,
Le trasladan los abriles,
Le tiranizan los mayos.
Vuelve los ojos, y mira
Tanto aplauso y pompa tanta,
Que el sol de verlos se espanta,
Que el mar de verlos se admira.
Los montes de sustentallos
Deliran ó se estremecen;
Que montes vivos parecen
Elefantes y caballos.

FLORÍPES.

Yo me huelgo, porque no
Me obligue á volver atras.
¿Mas no es aquel Fierabras?

ESCENA VIII.

FIERABRAS. — FLORIPES, IRENE.

FIERABRAS.

¿Quién me ha pronunciado?

FLORÍPES.

Yo;
Que siguiéndote hasta aquí,
Hasta las tiendas llegué
Del ejército, porqué
Si alguna desdicha en tí
Con ventaja ó con traicion
El frances ejecutase,
Tuvieses quien te vengase.

FIERABRAS.

¡Hermosa resolucion!
Pero que me ofende, digo,
Quien de mí desconfiaba.

FLORÍPES.

¿Estabas solo?

FIERABRAS.

No estaba;
Pues yo me estaba conmigo.
Yo no estoy solo jamas;
Pues donde quiera que estoy,
Tu hermano y tu amante soy,
Y soy despues Fierabras.
Mira si tuviera en vano
Hoy que vencer en mí mas
Quien no solo en Fierabras,
Sino en tu amante y hermano.

FLORÍPES.

Si presumes arrogante
Que con finezas te obligo,
Como á mi hermano te sigo,
Pero no como á mi amante.
Ya sabes que no has de hablarme
En eso, porque es perderme,
Y es en efecto ofenderme
Lo que pudiera obligarme.
Dime, ¿qué te ha sucedido
En tan heróica demanda?

FIERABRAS.

Pues que vuelvo sin tu banda,
Desairado habré venido;
Pero yo la cobraré.

FLORÍPES.

Ven á tu ejército agora;
Que la última línea dora
El sol de aquel monte, en que
Rústica pira se advierte.

FIERABRAS.

Deja que salga primero
Á este campo un escudero:
No haré mas que darle muerte,
E irme.

ESCENA IX.

OLIVEROS, *cubierto el rostro; despues* GUIDO.—DICHOS.

OLIVEROS.

Si de la manera
Que se dice se ha de hacer,
Hoy, Fierabras, se ha de ver.
Ya el escudero te espera;
El que á tu campo llegó
Con su señor, está aquí;
Yo el que se te opuso fuí,
Y el que te espera soy yo.

FIERABRAS.

Valiente eres, bien se ve,
Pues á salir te atreviste;
Que en osar morir consiste
La valentía; y porqué
Llegues con tiempo á lograr
La victoria de morir
Á mis manos, te he de asir
De un brazo, y echarte al mar;
Que mi denuedo valiente
No ha menester el acero
Para un mísero escudero.

OLIVEROS.

Llega pues.
(Sale Guido.)

GUIDO.

¡Bárbaro, tente!
Que yo, por lidiar contigo,
Mi prision pude quebrar;
Que otro no te ha de matar
Viniendo á reñir conmigo.
Si tú me matas aquí,
Poco importa haber quebrado
La prision; pues mas honrado
Muere un caballero así.
Si por salir, Fierabras,
Á postrarte y á vencerte,
El César me diera muerte,
Dejaré esta hazaña mas.
Luego de cualquier manera
Salir es empresa altiva,
O ya victorioso viva,
O ya desdichado muera.—
¿Qué veo?

OLIVEROS.

Á quien salió por tí. *(Vase.)*

FLORÍPES. *(Ap.)*

Dame industria, ciego dios,
Para que hoy entre los dos
Estorbe el duelo; que así
Un temor á otro prefiere,
Un dolor á otro apercibe;
Pues vivo, si Guido vive,
Y muero, si Guido muere.
(Vanse Floripes é Irene un momento.)

FIERABRAS.

Apártate de mi gente,
Y sea de mi demanda
Precio esa partida banda.

GUIDO.

Soy contento.—¡Mas detente!
(Suenan cajas.)

FIERABRAS.

¿Qué es aquesto?
(Vuelven Floripes y damas.)

FLORÍPES.

Que el frances,
Como aquí tu gente vió,
Hoy al paso nos salió

Digitized by Google

Con su ejército. ¿No ves
Que, á guisa de dar batalla,
Hácia nosotros se viene,
Y la guerra te previene?

FIERABRAS.

Pues no pienso rehusalla.
¡Cierra, ejército africano,
Con valor y fuerza altiva!

Voces dentro.

¡Viva Francia!

Otras.

¡Africa viva!

FIERABRAS.

Pues tú y yo, noble cristiano,
A los dos campos hagamos
La salva; nuestros aceros,
Sean anuncios primeros
De la lid.

GUARIN.

Pues embistamos.
(*Tocan al arma, y éntranse peleando.*)

ESCENA X.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA.

FLORÍPES.

¡Ay bella Irene! ¡ay Astrea!
¿A mí, que fuí veces tantas
Primer trompeta, que dió
A las huestes africanas
Animo y valor, así
Un recelo me acobarda,
Una pasion me suspende,
Y una desdicha me agravia?
¿Yo ver puestos frente á frente
Dos campos que se amenazan,
Representando á los cielos
En teatros de esmeraldas
Mil tragedias la fortuna,
Y con la ceñida aljaba
No disparar una flecha?
¿Yo ver en estas campañas
Tan anegadas las flores,
Que con la púrpura humana
Se olvidan de que nacieron
Azules, verdes y blancas,
Y con la espada en la cinta
Sin ser un rayo mi espada?
¿Yo escuchar el son horrible
De las trompetas y cajas,
Cuya música excedió
A los pájaros del alba,
Y no animar á su son
El hipógrifo, que tasca
A compas el freno? ¿Yo,
Tan confusa y tan turbada,
La postrera soy que hoy
A pelear al campo salga?
Alguna pena me aflige,
Algun horror me amenaza.

Voces dentro.

¡Viva Africa!

Otras.

¡Francia viva!

IRENE.

Ya se cierra la batalla.

FLORÍPES.

Ya nuestras flechas al sol
Le sirven de nubes pardas,
Estorbando al sol los rayos;
Y para que no hagan falta,
Los repetidos aceros
De los franceses abrasan
Con centellas todo el suelo;
De suerte (¡ay de mí!) que cuanta
Luz quitaron nuestras flechas,
Nubes de pluma que pasan,
Restituyen sus aceros.

ARMINDA.

Como nuestro campo estaba
Mas prevenido, ¡oh qué infausto
Es el dia para Francia!

IRENE.

De vencida va el frances.

ESCENA XI.

GUIDO, *sin armas y herido;* FIERABRAS, *siguiéndole.* — DICHAS.

GUIDO.

Herido estoy y sin armas;
Darme la muerte sin ellas,
Mas que victoria es infamia.
Deja que las cobre, puesto
Que noble adalid te llamas,
O ven conmigo á los brazos.

FIERABRAS.

No ha de ser con tal infamia
Mi victoria. Darte muerte,
Fuera muy cobarde hazaña;
Darte armas, necedad fuera;
Y pues rendido te hallas,
Mejor es que prisionero
Me sirvas. — Floripes, guarda
Ese preso, miéntras sigo
La victoria que me aguarda;
Que si con estos trofeos
Vuelvo á nuestra invicta patria.
Una vez pasado el puente
De Mantible, tarde aguardan
A cobrarlos. Fierabras
Hoy pisa, huella y arrastra
Las lises de Clodoveo.
¡Viva Africa, y muera Francia! (*Vase.*)

ESCENA XII.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, GUIDO.

FLORÍPES.

(*Ap.* Basta celos y desdichas
Puede sufrirse la llama
De amor; mas no si una vez
Las cenizas se levantan.)
Noble Guido de Borgoña,
La mano del rostro aparta.
¿Es mucha la herida?

GUIDO.

No;
Que basta esa mano blanca
A hacer lisonja el dolor,
Dando nueva vida al alma.

FLORÍPES.

Vive Alá, noble frances,
Que una flecha de mi aljaba
No he disparado á tu gente,
Ni fuí parte en tus desgracias.

GUIDO.

Antes, hermosa Florípes,
Pienso que las disparabas
Todas tú, pues todas fuéron
A mi pecho; no me hagas
Fineza no haber tirado;
Pues que lo fuera mas alta,
Supuesto que he de morir,
El saber que tú me matas.

FLORÍPES.

Sabe el cielo que quisiera
Darte libertad; mas tanta
Es la pena de tu herida,
Que no dejo que te vayas
A morir en otros brazos.
Ven conmigo, donde haga
Finezas mi amor; que yo
Te doy la mano y palabra,
De darte la libertad
Que hoy no te doy.

GUIDO.

Si tú guardas
Mi vida, diré que ha sido
Venturosa mi desgracia.

JORNADA SEGUNDA.

Selva espesa, y en su fondo una torre.

ESCENA PRIMERA.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, *con una hacha encendida.*

ARMINDA.

¿Dónde desa suerte vas?
¿Qué es lo que intentas? ¿qué buscas
En un monte despoblado,
Pisando la sombra oscura
De la noche? ¿No te viste
De hôrror esta selva inculta?
¿No te calza de temor
Esta fábrica confusa?
¿No te da pavor el ver
Esta soledad nocturna,
Tanto, que no nos dispensa
Trémulos rayos la luna,
Y á merced de aquesta antorcha,
Que luces cobarde pulsa,
Vamos siguiendo tus pasos,
Tristes, cobardes y mudas?
¿Dónde nos llevas, Florípes?
¿Qué pretendes, qué procuras?

FLORÍPES.

Dos admiraciones son
Las que á un tiempo dais; la una
Es, que viniendo conmigo,
Tengais temor; la segunda
Es, que ignoreis á qué vengo,
Si ya os dije á las dos juntas
Mi amor, si las dos supisteis
Mis penas y mis angustias.
Si no podeis ignorar
La gran victoria en que triunfa
Mi hermano de Francia, dando
A la fama eternas plumas:
Si sabeis, que hoy con despojos
Desta lid sangrienta y dura
Se retiró, hasta pasar
Las verdinegras espumas
Del Mantible, y entre tanto
Fué el mayor de todos (nunca
Triunfara), Guido mi amante,
El cual, expuesto á la injuria
Del hado, con muchos presos
Vive una cárcel oscura,
Sin que yo pudiese entónces
Darle favor, darle ayuda:
Si sabeis que un calabozo,
Cuya bóveda profúnda
Es sepulcro donde yacen,
De quien esa torre es tumba,
Vive: ¿qué me preguntais?
¿Pudo nadie formar duda
De que vengo á darle vida?
Esa torre, esa columna
Excelsa, que fundacion
Fué de un gran mágico, cuya
Eminencia no es posible
Que el tiempo de ruinas cubra,
Ni que en pálidas cenizas
Voraz el fuego consuma,
Es su prision. Llamad pues;
Que aunque quede mal segura
De mi hermano, con mi vida
Tengo de comprar la suya
¡Ah de la torre!

Digitized by Google

ESCENA II.

BRUTAMONTE. — DICHAS.

BRUTAMONTE. (*Dentro.*)
¿Quién llama
A estas horas?

FLORÍPES.
Quien procura
Ejecutar la sentencia
Que el almirante pronuncia
En esos míseros presos,
Tragedias de la fortuna.

BRUTAMONTE.
Buenas señas son; por ellas
Abro.

FLORÍPES.
Pues ¿de qué te turbas?
(*Viendo que vuelve á cerrar.*)

BRUTAMONTE.
De haberte, señora, visto.

FLORÍPES.
¿Cuál es la cueva que oculta
Los franceses prisioneros?

BRUTAMONTE.
Yo, Florípes...

FLORÍPES.
No hay disculpa.
Cuál es su prision me di,
O deste acero la punta
Pasará tu pecho.

BRUTAMONTE.
Ven
Conmigo, señora.

FLORÍPES. (*Ap.*)
Mucha
Es mi turbacion. (*Vanse.*)

—

Prision lóbrega en la torre.

ESCENA III.

DICHOS, Y *luego* RICARTE.

IRENE.
¡Qué horror!

ARMINDA.
¡Qué tiniebla tan oscura!

BRUTAMONTE.
Esta es, señora, la cueva.

FLORÍPES.
¿Cuáles son las llaves suyas?

BRUTAMONTE.
Estas. (*Dáselas.*)

FLORÍPES.
Suelta, y tenga agora
Mi secreto sepultura.
(*Dale con un puñal, y cae.*)

BRUTAMONTE.
¡Muerto soy!

FLORÍPES.
Así estará
Nuestra traicion mas segura:
Caiga despeñado al mar.
Tú agora esas puertas junta,
Y las tres solas rompamos
Candados y cerraduras
Desta bárbara prision.

ARMINDA.
Ya la losa que la ocupa
Se abre, porque su centro
La horrible boca descubra,
Por donde en tristes bostezos
Horrores la tierra escupa.
(*Abren una cueva.*)

IRENE.
¡Qué oscuridad tan funesta!

FLORÍPES.
¡Qué temerosa espelunca!
La noche sin duda nace
De la boca desta gruta.
De haberme asomado á ella,
Los sentidos se me turban.
Los piés y manos me tiemblan,
Y el cabello se espeluza.

IRENE.
La escala está aquí.

FLORÍPES.
Porque
El, ni los otros presuman
Quien soy, no le he de nombrar;
Las señas el nombre suplan.
Echad la escala.—¡ Ah del centro,
Donde yace en noche oscura
Muerta la vida mas breve,
Viva la muerte mas dura!
Míseros presos, oid,
Y por esa escala suba
El horror del africano
A ver del sol la luz pura.

RICARTE. (*Dentro.*)
Dejadme subir, franceses.
Si es la muerte quien nos busca,
Quiebre su cólera en mí;
Muera yo primero. (*Ap.* ¡Mucha
Es mi turbacion!)

FLORÍPES.
(*Ap.* No es este
Guido. ¡Grande desventura!)
¿Quién eres, galan frances?

RICARTE.
Yo soy, bellísima turca,
Ricarte de Normandía.
No pensando hallar ventura,
Salí á morir el primero:
Ya no es hazaña ninguna;
Porque pretender morir
Es ley soberana y justa,
Cuando ha de morir quien muere
A manos de la hermosura.

FLORÍPES.
Huélgome de conocerte;
Y aunque otro mi intento busca,
Estimo el haberte hallado.

RICARTE.
Mi vida, señora, es tuya.

FLORÍPES.
Luego sabrás quién yo soy.
¡Ah de la cárcel profunda!
El mas galan paladin
Que ese oscuro centro ocupa,
Salga á ver la luz del sol.

ESCENA IV.

EL INFANTE. — DICHOS.

INFANTE.
Si verá, viendo la tuya.

FLORÍPES.
¿Quién eres?

INFANTE.
Soy el infante
Guarinos, y es dicha suma,
Como de aventuras selvas,
Hallar cuevas de aventuras.

FLORÍPES.
(*Ap.* Tampoco es aqueste Guido.
¡Oh rigor de mi fortuna!
Pero desta vez saldrá;
Que irán las señas seguras.)
Salga el honor de la lis
Francesa, á esta voz que escucha.

ESCENA V.

OLIVEROS. — DICHOS.

OLIVEROS.
Ya el honor de la francesa
Lis satisface á tus dudas,
Respondiéndote Oliveros
De Castilla.

FLORÍPES.
(*Ap.* ¡Oh suerte injusta!)
¿No está Guido de Borgoña
En esta cárcel inculta?

OLIVEROS.
Sí.

FLORÍPES.
Pues ¿cómo no responde,
Cuando mi voz le intitula
Horror de Africa, y de Francia
Honor, cuando le articula
El mas galan paladin?

OLIVEROS.
Porque sin fuerza ninguna,
Agonizando en su sangre,
Yace en una peña dura;
Que como ha de ser despues
De nobles cenizas urna,
En vida se está tomando
Medida á la sepultura.

FLORÍPES.
Calla, y el necio recato,
Ni el necio decoro sufra
Oir su muerte; yo misma
Me arrojaré á esa profunda
Bóveda á morir con él.

INFANTE.
Tente, señora, que injurias
A nuestro valor así.

RICARTE.
Cuando no fuera ley justa
De caballeros valernos
En estos trances y angustias,
Le libráramos, señora,
Porque tú de verle gustas.

OLIVEROS.
Yo soy su mayor amigo;
Y así es forzoso que acuda
En la mayor ocasion:
Con esa antorcha me alumbra.
Pero ¿qué es esto que veo?
El desmayado se ayuda,
Y por salir, con la muerte
A brazo partido lucha.

ESCENA VI.

GUIDO, *ensangrentado.* — DICHOS.

GUIDO.
Viendo que á ser sacrificios
Del templo de la fortuna
Salís, nobles paladines,
No es bien que mi valor sufra
Veros morir, sin que muera;
Y así mi valor procura
Que como juntas vivieron,
Mueran nuestras vidas juntas.

FLORÍPES.
Noble Guido de Borgoña,
Quien á estas horas te busca
No viene á darte la muerte;
Antes tu vida asegura.

Digitized by Google

GUIDO.

¡Oh bellísima Floripes!
Que buscas mi bien no hay duda.

FLORÍPES.

Ya, generosos franceses,
Que aquí la desdicha os junta,
Quiero que sepais la causa.
Yo soy la princesa augusta
Del África; á Guido el alma
Eternas prisiones jura;
Nada le vengo á ofrecer,
Pues le doy prenda que es suya.
Para curar sus heridas
Traigo mágicas unturas;
Ya sabeis cuánto las moras
Hechizos y encantos usan.
Como la salud le ofrezco,
Sabe el cielo que me escucha
Que os quisiera dar las vidas
De todo trance seguras;
Mas no puedo, que mi hermano
A la luz primera anuncia
Vuestra muerte. ¿Quién crêrá
Que cuando Febo madruga
A dar una vida al mundo,
Hoy salga á quitar él muchas?
Lo mas que os puedo ofrecer,
Son armas: todas las suyas,
Por ser prodigiosa tanto,
Esta torre las oculta.
Venid donde las heridas
De la pasada fortuna
Cureis, y donde os armeis,
Para que en honrosa fuga
Os ganeis la libertad;
Que no es muy pequeña ayuda,
Dar á quien tiene valor
Su mismo valor mi industria.
Y sea presto; porque ya
El llanto del alba enjuga
El sol, y doblando el manto
De las tinieblas oscuras
La noche, como le dobla
Sin órden, y con arrugas,
Mas que doblarle, parece
O que le aja ó le arrebuja.

GUIDO.

Yo, por quien todos vivimos,
Es bien que por todos supla
La voz, y así...

FIERABRAS. (*Dentro.*)

¡Brutamonte!

OLIVEROS.

¿Cuya es la voz que se escucha?

FLORÍPES.

Mi hermano es este, ¡ay de mí!

IRENE.

¡Qué pena!

ARMINDA.

¡Qué desventura!

FLORÍPES.

No sé qué tengo de hacer;
Que si me halla aquí, es sin duda
Que me dé muerte.

GUIDO.

Señora,
¿Pues no habrá por donde huyas?
Que si con armas nos dejas,
Hoy en la defensa tuya
Moriremos.

FLORÍPES.

No es posible;
Que no hay otra puerta alguna.

OLIVEROS.

¿Hay armas?

FLORÍPES.

Sí.

GUIDO.

No temais;
Que si hay armas, bien seguras
Estais; que no ha de andar siempre
De mala nuestra fortuna. (*Vanse.*)

—

Vista exterior de la torre.

ESCENA VII.

FIERABRAS. (*Dentro.*)

Bárbaro Brutamonte,
Mira que ya la cumbre de aquel monte,
Pirámide de nieve,
Donde en copas de flores el sol bebe,
De hermosa luz se baña;
Mira que ya se riega la campaña
Con culebras de hielo;
Mira que ya se deja ver el cielo.
Si es que duermes, despierta,
Y á la infausta prision abre la puerta,
Y ciérrala á la vida
De esos de quien el hado es homicida.
¿Pero qué es lo que veo? (*Sale.*)
¡Oh triste horror! oh pálido trofeo!
Brutamonte á las puertas
De la torre, vertiendo por inciertas
Bocas está desdichas y congojas.
Decidme, plantas, que moristeis rojas,
Si ha sido traicion esta.
¿El muerto, yo llamando sin respuesta?
Los presos han rompido
La prision, y se han ido.
Pero ¿cómo pudieran
Dejar cerrado el fuerte si se fueran?
Mas mal hay que sospecho,
Y es verdad; que el puñal que está en su [pecho,
De Floripes ha sido.
Dos veces (¡ay de mí!) le he conocido;
Una, porque las señas
De la extraña labor no son pequeñas;
Y otra, porque ya arguyo,
Que, pues me da la muerte, será suyo.
¿Floripes los socorre?
Derribaré las puertas de la torre,
O en mis valientes hombros
Admiraciones dando, dando asombros
Al cielo y á la tierra,
Me llevaré la torre y cuanto encierra
A que el mar los sepulte,
Y en bóvedas de nieve los oculte;
Pareciendo arrogante
Con su fábrica á cuestas elefante,
Que el zafir celestial batir procuro
Vivo horror, vivo escollo, vivo muro,
Que no anhela con ménos sed mi fama.

ESCENA VIII.

GUIDO, RICARTE, OLIVEROS, EL INFANTE GUARINOS *en las almenas.* — FIERABRAS.

GUIDO.

¿Quién á las puertas de la torre llama?

FIERABRAS.

¿Pues quién (esto á mi miedo corres- [ponde)
De la torre á la almena me responde?

GUIDO.

¿Quién responder pudiera
Así, que ménos que su dueño fuera?

FIERABRAS.

¿Pues quién su dueño ha sido
Viviendo yo?

GUIDO.

El valeroso Guido
De Borgoña. ¿Qué quieres
Aquí? Dinos: ¿qué buscas, ó quién eres?
Porque si es que has venido
Embajador, para pedir partido
A la grandeza mia
De parte del gran rey de Alejandría,
Las puertas te abrirémos,
Y de paz en la torre tratarémos;
Que son divinas leyes
Usar piedad con los vencidos reyes;
Y aunque yo pretendia
Darle la muerte en el albor del dia,
Revocaré por hoy esta sentencia.

FIERABRAS.

(*Ap.* ¿Dónde á tanto rigor habrá pacien- [cia?)
Miserable cristiano,
¿Cómo pretendes defenderte en vano?
¿Tú en mi casa, en mi tierra
Armas empuñas y publicas guerra?
Tráigote de la tuya prisionero,
¿Y quieres en la mia altivo y fiero
Librarte y defenderte?
Abre la puerta ya, ríndeme el fuerte,
O tú y cuantos su centro
Contiene habeis de ser ceniza dentro;
Y la fiera, la ingrata
Que darme muerte con tu vida trata,
Entre mis brazos probará el castigo.

GUIDO.

Tú ignoras cuán segura está conmigo,
Pues así la amenazas.

FIERABRAS.

Nuevos linajes de tormentos trazas.
¿Contigo está Floripes?

GUIDO.

Si supiera
Que lo ignorabas, no te lo dijera;
Mas con las amenazas que la hacias,
Pude pensar que todo lo sabias.
Mas ya está dicho.

FIERABRAS. (*Ap.*)

¡Cielos!
Esto es mas que morir, que estos son ce- [los.

RICARTE.

Los cuatro que aquí estamos,
Sus vidas y las nuestras les guardamos.

FIERABRAS.

¿Cómo, si soy volcan de fuego y humo?

INFANTE.

Yo mar, que me le bebo y le consumo.

FIERABRAS.

Yo soy fuego, soy rayo.

RICARTE.

Yo viento, que con soplos le desmayo.

FIERABRAS.

Yo soy rabia, soy ira.

OLIVEROS.

Yo furia, que las vence y las respira.

FIERABRAS.

Del brazo de la muerte es esta espada
Guadaña, acicalada
Con la sangre que vierte.

GUIDO.

Este es el mismo brazo de la muerte,
Que manda esa guadaña.

FIERABRAS.

Presto veréis cuánto el valor engaña.

OLIVEROS.

Presto verás cuánto este nuestro ha sido,
Que es fuego, y hoy revienta de oprimi- [do.

FIERABRAS.

¿Y habrá partidos?

GUIDO.

Sí.

Digitized by Google

FIERABRAS.

Tu voz los pida.

GUIDO.

Dejarte que te vuelvas con la vida.
(*Quitanse los cuatro de las almenas.*)

FIERABRAS.

Pues yo vuelvo con ella
A ser ocaso á la mayor estrella.
Cuatro la han defendido,
Y agora el geroglífico he entendido,
Pues blandida la hoja de mi espada,
Hace cuatro en el aire duplicada;
Y es porque vuestras vidas hoy rendidas
No cuesten mas de un golpe cuatro vi-
(*Vase.*) [das.

—

La puente de Mantible.

ESCENA IX.

ROLDAN, GUARIN.

ROLDAN.

¿Ves esa fábrica altiva,
Guarin, toda de madera,
En cuyo ceño la esfera
Del sol descansa y estriba,
Que ni el peso la derriba,
Ni el tiempo la hace pasible?
¿Ves ese monstruo terrible,
Que del agua nace? ¿Ves
Ese prodigio? Esa es
La gran puente de Mantible.
El edificio eminente,
Que, no sin fatiga suma,
Sustenta sobre la espuma
Esa lóbrega corriente,
Es, Guarin, la excelsa puente;
Y este piélago que veo
Correr tarde, triste y feo,
Es, si el ser de cristal pierde,
El rio del Agua Verde
Desatado del Leteo.
Pues ese campo profundo,
Que en montes Cenéleos yace,
Con él del infierno nace,
Y dando una vuelta al mundo,
Fatal, lóbrego é inmundo
En el mar de Africa muere,
Que por admitirle adquiere
El nombre de Marmihonda,
Nombre que decir mar honda
En alarbe idioma quiere.

GUARIN.

Señor, otra vez me di,
Que no lo he entendido bien:
¿Esto que mis ojos ven,
Nace del infierno?

ROLDAN.

Sí.

GUARIN.

¿Y quién ha de ir por ahí?

ROLDAN.

Tú y yo, que á eso venimos.

GUARIN.

Pues volvámonos, si hicimos
Necedad de tanto exceso
Como haber venido á eso.

ROLDAN.

La palabra á Cárlos dimos
De llegar con la embajada
Al campo de Fierabras.

GUARIN.

Tú que esa palabra das,
Con la tal palabra dada
Dijiste gran palabrada:
Yo, que palabra no di,
No pasaré; y desde aquí
Puedo volverme, que no
Me entiendo con agua yo
Verde sin lipsis.

ROLDAN.

A tí,
Guarin, porque te miré
Valiente en una ocasion,
Para esa resolucion
Mi escudero te nombré:
Preso tu señor se ve;
Irle á buscar es honor,
Y mas conmigo; el valor
Muestra que siempre has mostrado.

GUARIN.

Ya la ocasion ha llegado
De hablar verdades, señor:
¡Vive Dios! que no ha nacido
De mujer, ni hombre engendró
Mayor gallina que yo;
Por eso licencia pido
De volverme.

ROLDAN.

Ya he entendido
Por qué en ese extremo das;
Y es, que burlándote estás,
Para darme á conocer
Que sabes ménos temer
Adonde el peligro es mas.
Cuando no te hubiera visto
Hacer mas notable hazaña
Que salir á la campaña...

GUARIN.

No era yo, ¡votado á Cristo!

ROLDAN.

¡Qué mal las burlas resisto!
Deja las necias quimeras,
Que es tiempo de hablar de véras.

GUARIN.

Mil veces me lleve el diablo,
Si de véras no te hablo.

ROLDAN.

Ya del rio las riberas
Piso; hacer señas es bien
Al gigante que la guarda.

GUARIN.

Gi... ¿qué?

ROLDAN.

¿Pues qué te acobarda?

GUARIN.

¿Giganticos hay tambien,
Sin ser dia del Señor?
Pues óyeme, plegue al cielo:
Que mil demonios de un vuelo
Me arrebaten con rigor
Deste brazo y desta pierna,
Y que me arrastren inquietos
Por montes y vericuetos
De la Majestad eterna,
Si ánimo para que aguarde
A ver el gigante tengo.

ROLDAN.

¡Con buen escudero vengo!

GUARIN.

Bueno sí, pero cobarde.

ROLDAN.

En notable tema has dado.
¿Ves toda esa puente, di,
Moverse á la seña?

GUARIN.

Sí.

ROLDAN.

¿Ves el ruido que ha causado?
¿Qué ronca el agua responde,
Porque al moverse parece
Que el peso sobre ella crece?

GUARIN.

Sí.

ROLDAN.

¿Ves el gigante donde
Se estrecha la puente?

GUARIN.

¡Horrible
Aspecto! temblando estoy!

ESCENA X.

EL GIGANTE GALAFRE.—DICHOS.

GALAFRE. (*Desde arriba.*)

¿Quién se atreve á pasar hoy
La gran puente de Mantible?

GUARIN.

Yo no.

ROLDAN.

Yo soy, valeroso
Galafre, un gran mercader;
Vengo al Africa á vender
Todo un tesoro precioso
De las piedras que el sol cria
Para estrellas de su frente,
En las Indias del oriente
Cuna donde nace el dia;
Porque en mil reyes jamas,
A quien su riqueza enseño,
He hallado para ellas dueño,
Sino el grande Fierabras.
Aquí las traigo; mi gente
Un poco atras se quedó,
Y héme adelantado yo
Para que esté abierto el puente.
Déjame pasar á mí
Y á este criado primero,
Que con la gente que espero
Viene el feudo para tí,
Que se debe de pasar
El puente.

GALAFRE.

¿Ya habrás sabido
Lo que es?

ROLDAN.

De todo advertido
Vengo.

GALAFRE.

Porque me has de dar
Una gallarda doncella.

GUARIN. (*Ap.*)

No podrá, eso es cosa llana,
Que ya cualquiera es pavana.

ROLDAN.

La que te traigo es muy bella.

GUARIN. (*Ap. á Roldan.*)

¿Tráesla en letra?

ROLDAN. (*Ap. á Guarin.*)

Calla, necio,
Que así le pienso engañar,
Porque nos deje pasar.

GALAFRE.

Luego, por segundo precio,
Me has de dar un bello esclavo.

GUARIN. (*Ap.*)

Huélgome que dijo bello,
Y que yo no puedo sello,
Que soy feo por el cabo.

ROLDAN.

Tambien viene.

GALAFRE.

Dos quintales
Me has de dar de plata y oro.

Digitized by Google

ROLDAN.

Todo viene en el tesoro
De mis piedras orientales.

GALAFRE.

Pues entra; que aunque el primero
Eres que entró sin pagar,
De tí lo sabré cobrar.

ROLDAN.

¿Ya no te digo que espero
Mi gente?

GUARIN.

¡Lance terrible!

ROLDAN.

Sube, y no temas, Guarin;
Que ya estamos dentro en fin
De la puente de Mantible. (*Subiendo.*)

GALAFRE. (*A Guarin.*)

Tente tú.

GUARIN.

Ya estoy tenido.

ROLDAN.

¿Qué es esto?

GALAFRE.

Quede el criado
En el rescate empeñado.

GUARIN.

Mejor dijeras vendido.

ROLDAN.

Norabuena, allá te espero.
(*Ap.* Ménos Guarin importó
Que dejar de pasar yo.) (*Vase.*)

ESCENA XI.

GALAFRE, GUARIN.

GALAFRE.

Si no vienen, escudero,
Hoy mi manjar has de ser.

GUARIN.

Aunque andes conmigo franco,
No seré tu manjar blanco:
Pero conviene á saber,
Si es que los gigantes son
Moros.

GALAFRE.

Sí.

GUARIN.

Pues no podré
Ser yo tu manjar.

GALAFRE.

¿Por qué?

GUARIN.

Porque yo soy un lechon.
Mas deja que á mi señor
Hable, que trae dos doncellas,
E importa saber cuál dellas
Se te ha de dar.

GALAFRE.

La mejor;
En eso no hay que dudar.

GUARIN.

(*Ap.* En toda mi vida he hallado
Gigante mas despejado.)
Pues déjame preguntar
Cuál esclavo te daré
De dos que vienen allí.

GALAFRE.

El que me agradare á mí.

GUARIN.

(*Ap.* ¡A buen gusto en buena fe!)
Pues fuerza es irle á buscar,
Porque lleva del tesoro
La llave, y la plata y oro
Que aquí se te ha de entregar
Está cerrada.

GALAFRE.

Romper
El arca.

GUARIN. (*Ap.*)

El es con buen modo
Gigante sánalo-todo.
Hoy su manjar he de ser,
Ya que mi suerte cruel
Me trae, de escudero andante,
A ganapan de gigante,
Y he de caber dentro dél.

GALAFRE.

(*Ap.* El cristiano está temblando;
¿Mas qué mucho, si me mira
Y de mi aspecto se admira?
Y yo estoy imaginando
Que con dejarle, podré
Cobrar estas dos doncellas,
Y quedándome con ellas,
Una á Fierabras daré,
Pues ya sé que vienen dos,
Y la otra será mia.)
¿Bien quisieras este dia (*A Guarin.*)
Irte de aquí?

GUARIN.

¡Sí, por Dios!

GALAFRE.

Pues vete; que yo diré
A tu gente, cuando llegue,
Que tu rescate me entregue.

GUARIN.

Dices bien. (*Ap.* En buena fe,
Que el gigante es convenible.)

GALAFRE.

Vete, el vérme no te espante.

GUARIN. (*Ap.*)

Mamóla el señor gigante
De la puente de Mantible. (*Vase.*)

—

Vista exterior de la torre.

ESCENA XII.

FIERABRAS, SOLDADOS, UN CRIADO.

FIERABRAS.

Cesen de cansar al viento
Las músicas militares,
Ya que á postrar esa torre
Encantada, no es bastante
Mi poder, porque la asisten
Espíritus infernales,
Que en su fábrica asistieron
Al astuto nigromante
Su arquitecto; y ya que veo
Que ni el furor la combate,
Que ni el fuego la consume,
Ni la deshacen los aires,
Postrar y vencer presumo
Su defensa inexpugnable,
Con la mas fácil conquista
Que tal vez previno el arte:
Para templar lo difícil,
El remedio dé lo fácil.
Ni una escala mas se arrime
A su muro de diamante,
Ni á sus doradas almenas
Una flecha se dispare.
Sean prision las aljabas
De las venenosas aves,
Que con almas y sin vidas
Fuéron lisonja del aire;
Y en estas verdes alfombras,
En quien el céfiro hace,
Para que duerma la aurora,
Lechos de esmeralda en catres
De cristal, y pabellones
De las copas de esos sauces,
Me dad de comer; que quiero
(Siendo mesa todo el valle,
Aparador todo el monte,
En cuya vista agradable
Las copas de plata y oro,
Y las bebidas suaves
Han de ser fuentes y flores;
Porque se diga que nacen
Para servirme á mí, juntas
Las copas y los cristales)
Comer hoy, porque me envidien
Estos sitiados amantes;
Pues su valor invencible
Tengo de postrar al hambre.
Aquí no llega el encanto;
Que contra las naturales
Pasiones, no tienen fuerza
El conjuro ni el carácter.
Tántalos de sus desdichas,
Viendo la fruta delante,
Han de ser; porque así quiero
Hacer sus penas mas graves.
Perdone el amor agora
Desatinos semejantes,
Que en llegando á estar celoso,
Deja uno de ser amante.

(*Ponen la mesa en el suelo, siéntase á comer Fierabras, y canta la música.*)

CRIADO.

Ya las mesas están puestas.

FIERABRAS.

Pues servidme los manjares
Mas costosos, y porque
Envidien mas, se derrame
Todo el ejército, y todos
Coman, y músicos canten.

Música.

«La reina de Alejandría,
»La bellísima Floripes,
»En la torre del encanto
»Sitiada por hambre vive.»

ESCENA XIII.

FLORIPES, GUIDO, OLIVEROS, EL INFANTE, ARMINDA, IRENE, *en las almenas.* — FIERABRAS, SOLDADOS, UN CRIADO.

IRENE.

Todo es lisonjas el viento.

FLORIPES.

¿Qué confusas novedades
Cajas y trompetas mudan
En músicas agradables?

GUIDO.

Sabiendo que por las armas
Este bárbaro no alcance
La victoria, así pretende
Vencernos.

CRIADO.

Ya al muro salen.

FIERABRAS.

¡Ah de la torre de amor!
Si es verdad que los amantes
Viven con verse no mas,
No habréis sentido que os falten
Estas viandas, que yo
Estoy echando á mis canes.

GUIDO.

Digno precio es de la vida,
Caballeros, este ultraje.
No se diga que encerrados
Supimos morir cobardes,

Digitized by Google

Y no morir animosos
En campaña en duro trance;
Pues mejor yace el frances
Que envuelto en su sangre yace,
Que el que en brazos de su dama
Se deja morir de hambre.

OLIVEROS.

Salgamos pues á ganar
De su ejército el bagaje,
Y traer socorro á la torre.

ARMINDA.

¡Dios os lo lleve adelante!

FLORÍPES.

Nosotras os guardarémos,
En vuestra ausencia, constantes
La torre; y por si la noche
Os cogiere en el combate,
El nombre ha de ser *amor*,
Y en el último remate
De la torre estará Irene,
Dando voces á los aires,
Para que no la perdais.

INFANTE.

Vamos á armarnos, que es tarde.

FLORÍPES.

¡El cielo os lleve con bien!

IRENE.

¡Dios os guie!

TODOS.

¡Dios os guarde!
(*Quítanse de la torre*)

ESCENA XIV.

ROLDAN, *que sale por abajo;* GUARIN. — FIERABRAS, Y SU GENTE.

ROLDAN.

Díle al gran rey que está aquí
Roldan.

CRIADO.

Espera á esta parte.
(*Sale Guarin.*)

GUARIN.

Camino de Fierabras,
Tanto anda el caminante
Cojo, como el sano.

ROLDAN.

¿Cómo
Del gigante te libraste,
Guarin?

GUARIN.

¡Linda flema es esa!
¿Pues agora, señor, sabes
Que yo desde tamañito
Soy un engaña-gigantes?
Y doy por bien empleado
Todo el susto de endenantes,
Por haber llegado á ver
Un pais tan agradable.
Pues todos comen, comamos;
Que es ser muy desconversable
En una conversacion,
No hacer lo que todos hacen.
Pero aqueste es Fierabras.

CRIADO.

Llegar, Roldan, puedes.

ROLDAN.

Salve,
Grande Rey de Alejandría.

GUARIN.

Regina, grande almirante
De Africa.

FIERABRAS.

Vengais con bien,
Cristianos, que el cielo guarde.

ROLDAN.

No te habrá tu mensajero
Dicho quién soy, pues no haces
Mas caso de mí.

FIERABRAS.

Ya sé
Que eres el señor de Anglante,
Y que te llamas Roldan.

ROLDAN.

Pues supuesto que lo sabes,
Convidarasme á comer;
Quiero el trabajo excusarte,
Y sentarme yo. (*Siéntase.*)

GUARIN.

Y tambien (*Siéntase.*)
Yo, que no es bien que trabajen
En decirme que me siente
Los señores Fierabrases.

FIERABRAS.

Por saber á lo que vienes,
Te he sufrido que arrogante
Te muestres en mi presencia,
Y porque quiero que ántes
Que mueras, sepas, Roldan,
De la suerte que los pares
De Francia en Africa viven;
Que fuera dicha muy grande
Morir sin verlos morir.

ROLDAN.

¿Qué es morir?

FIERABRAS.

¿Ves ese Atlante
De metal? ¿Ves ese monte
De bronce, aquese arrogante
Promontorio de madera?
¿Ese Cáucaso de jaspe?
¿Ese gigante de piedra,
Que viste africano traje
Tan al propio, que las nubes
Son tocas de su turbante,
Y porque insignia de rey
En su tocado no falte,
La media luna del cielo
Se le pone por remate?
¿Ves esa fábrica altiva,
Cuyo soberbio homenaje
Con la frente abolla el cielo,
Con el bulto estrecha el aire?
Pues ni es monte, ni edificio,
Ni columna, ni gigante;
Sepulcro sí, y monumento,
Urna sí, y túmulo infame,
Donde enterrados en vida
Cuatro paladines yacen,
Al cuchillo de madera
De la sed y de la hambre;
Tanto que, rendidos ya
A sus fatigas, no saben
Cómo con alma y sin vida
Pueda un hombre ser cadáver.
Pero aunque tantas desdichas
Lloren, no podrán quejarse
De que con ellos he sido
Mas cruel que con mi sangre;
Pues tambien muere con ellos
Floripes mi hermana. — ¡Dadme
Paciencia, cielos!

ROLDAN.

¡A mí (*Levántase.*)
Me la dén para escucharte!
Mas supuesto que he llegado
A tiempo que puedo darles
Socorro, ¡por San Dionis!
Que tu mesa he de llevarles
Como está, para que coman,
Cogidos por cuatro partes
Los manteles.
(*Sacan las espadas y riñen.*)

FIERABRAS.

Hoy tu muerte
Has de ver.

ROLDAN.

Si mucho me haces,
Les he de llevar tambien
Tus criados y tus pajes
Que les sirvan, y tambien
Los músicos que les canten.

FIERABRAS.

Tu muerte verás primero.

ESCENA XV.

GUIDO Y SUS COMPAÑEROS, *que salen por la puerta de la torre.* — DICHOS.

CRIADO.

Las puertas del fuerte abren,
Y todos los paladines
A darte batalla salen.

GUIDO.

Cualquiera intente ganar
Mil despojos de su parte,
Para volver á la torre.

ROLDAN.

No temais, que á vuestra parte
Está Roldan.

GUIDO.

Hoy el cielo
Te trajo á que nos ampares.

Voces.

¡Viva Francia!

Otras.

¡Africa viva!

FIERABRAS.

Hoy con la francesa sangre,
Los tesoros del abril
Tendrán mas precioso esmalte.

GUARIN.

Jamas me vi bien sentado
En fiesta ó banquete grande,
Que al momento no viniese
El demonio á alborotarme.

(*Dase la batalla, toma cada uno lo que puede de la mesa, y éntranse peleando.*)

ESCENA XVI.

FLORIPES, IRENE, *en la torre.*

FLORÍPES.

Ya la noche aborrecida
Del sol, que su luz ofende,
Las negras alas extiende,
Haciendo sombra á la vida,
De luto y horror vestida:
Ya el sol entre luces bellas
Muere, pareciendo en ellas
Parasismo su arrebol,
Y del cadáver del sol
Cenizas son las estrellas;
Que en sus rayos derramado,
En sus luces dividido,
Es un planeta partido,
Es un dios multiplicado.
Como un espejo quebrado
Finge varios tornasoles,
Así el sol entre arreboles,
Aunque exequias se celebra,
No muere, sino se quiebra,
Pues nos deja tantos soles.

Digitized by Google

Y para la pena mia
La muerte treguas no hace:
Llanto soy desde que nace
Hasta que fenece el dia;
Desde que la noche fria
Baja, hasta la aurora lucho
Conmigo; mi esfuerzo es mucho.
Pues tan constante peleo,
De dia con lo veo,
De noche con lo que escucho.
Si bien parece que ya
Puso á la contienda fin
La noche: solo un clarin
Voces á los vientos da;
Llamando á su gente está;
Y pues la nuestra no tiene
Clarin de metal que suene,
Mandándoles recoger,
Vivo clarin has de ser
De nuestro ejército, Irene.
Desde esa torre en que estás,
Temerosas y veloces
El viento lleve tus voces,
Que le atemoricen mas.
Un norte vocal serás,
Pues la campaña cubierta
De sangre ser mar concierta,
Tu voz los atraiga á tí;
Que yo, á quien viniere aquí,
Le defenderé la puerta.

IRENE. (*Cantando.*)

«El manso viento que corre
»Mi voz lleve á los confines.
»¡A la torre, paladines!
»Caballeros, á la torre!»

FLORÍPES.

La fortuna me socorre,
Pues he sentido rumor.

ESCENA XVII.

RICARTE. — DICHAS

RICARTE.

Despojos de mi valor
Traigo; esta es la torre, sí,
Pues la voz de Irene oí.

FLORÍPES.

¿Quién va?

RICARTE.

Sí es.

FLORÍPES.

¿El nombre?

RICARTE.

Amor.

FLORÍPES.

¿Cómo le podré negar
El paso, si á amor aguardo?
¿Quién eres, frances gallardo,
Que aquí pudiste llegar
A dar vida de matar?

RICARTE.

Soy, bella afrenta del dia,
Ricarte de Normandía:
Por aliviar tus enojos,
Vengo rico de despojos.

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Ay loca esperanza mia!)
¿Dónde está Guido?

RICARTE.

No sé;
Aunque al principio le vi,
En la guerra le perdí,
Porque tan trabada fué,
Que nos dividió.

FLORÍPES.

Porque
Muera yo entre asombros fieros.
Irene, con lisonjeros
Ecos su vida socorre.

IRENE. (*Canta.*)

«¡Paladines, á la torre!
»A la torre, caballeros!»

ESCENA XVIII.

EL INFANTE, ROLDAN. — DICHOS.

INFANTE.

Bien la voz nos ha traido,
Iman de nuestro valor.

FLORÍPES.

¿Quién es?

INFANTE.

Amor.

FLORÍPES.

Si es amor,
El sea muy bien venido.
¿Guido?

INFANTE.

No es, señora, Guido;
Un infante esclavo soy,
Que desperdicios te doy
De una mesa.

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Pena extraña!)
¿Quién es el que te acompaña?

ROLDAN.

Un cierto cautivo, que hoy
Te sirve.

INFANTE.

El señor de Anglante,
Roldan, el que miras es.

ROLDAN.

Y el que se pone á tus piés,
Porque al cielo se levante.

FLORÍPES.

Tú á parar serás bastante
De la fortuna la rueda.

ROLDAN.

Permite que te conceda
Este don que te he traido.

FLORÍPES.

Sí; ¿mas dónde queda Guido?
¿Dónde el de Borgoña queda?

ROLDAN.

En la guerra le perdimos
De vista.

FLORÍPES.

Pues ¡ay de mí!
¿Eso me decis así?

ESCENA XIX.

OLIVEROS, GUARIN.—DICHOS.

OLIVEROS.

Errados, Guarin, venimos.

GUARIN.

Y aun clavados, pues sentimos
Los pasos.

OLIVEROS.

¿Que no termines
De una torre los confines?

GUARIN.

No; mas voz al viento corre.

IRENE. (*Canta.*)

«¡Caballeros, á la torre!
»A la torre, paladines!»

OLIVEROS.

Esta es la seña, ya estamos
Cerca della.

GUARIN.

Llega pues.

FLORÍPES.

O me miente mi deseo,
Fantasmas al parecer,
O vienen dos.

GUARIN.

En llegando,
Te suplico que me dés
A conocer esa dama,
Que debeis tanto.

OLIVEROS.

Sí haré;
Llega conmigo, Guarin.

FLORÍPES.

¿Quién va?

OLIVEROS.

Amor.

FLORÍPES.

Pase quien es.

OLIVEROS.

Oliveros soy, señora.

FLORÍPES.

Ojos, albricias teneis,
Que si á Ricarte, á Guarinos,
Roldan y Oliveros veis,
El príncipe de Borgoña
Por fuerza ha de ser aquel;
Que quien su amigo no fuera,
No llegara aquí con él.
Ya, Irene, no llames mas,
Que todos juntos se ven.—
Vos seais muy bien venido, (*á Guarin.*)
Mi dueño, señor y bien,
A dar nueva vida á un alma,
A cuya lealtad y fe
¡Qué de lágrimas costais!
¡Qué de suspiros debeis!

GUARIN. (*Ap.*)

Cielos, ¿qué escucho? ¡Por Dios,
Que no he llegado otra vez
A pais tan agradable!
Puestas las mesas se ven
A mediodía, y de noche
Cama y moza. Si así es
La tierra del Fierabras,
Fierabras me quedo á ser.

FLORÍPES.

¿Pues no merezco respuesta?
¿Cómo no me respondeis?
¿Mas me quereis dilatar
Este gusto, este placer?
Dadme los brazos.

GUARIN.

Los brazos
Es lo ménos que os daré;
Que pienso daros....

FLORÍPES.

¿Qué escucho?
Hombre, ¿quién eres?

GUARIN.

Mujer,
Quien tú quisieres que sea.

FLORÍPES.

Dime, Oliveros: ¿quién es
Este hombre?

Digitized by Google

OLIVEROS.

Un escudero
De Guido.

FLORÍPES.

Y ¿dónde está él?

OLIVEROS.

¿No ha venido?

FLORÍPES.

No ha venido.

OLIVEROS.

En la guerra me empeñé,
Y aunque al principio le vi,
No le volví á ver despues.

FLORÍPES.

¡Ay infelice de mí!
Irene, el paso deten;
Mira que mi vida falta:
Vuelve á llamar otra vez.

OLIVEROS.

Si á Guido habemos perdido,
Caballeros, triste fué
La salida; pues compramos
Por un precio tan cruel
La vida de cuatro dias.

FLORÍPES.

¡Qué poca razon teneis
En decir que le perdisteis!
Paladines, no os quejeis,
Pues yo sola le he perdido.
¡Ay de mí! cielos, ¿qué haré?
¡Oh gallardos paladines,
Honor del lirio frances!
¡Buena cuenta me habeis dado
De un alma que os entregué!
Roldan, ¿dónde vuestro primo
Quedó? ¡Habladme, responded!
Oliveros, ¿dónde está
Vuestro amigo el mas fiel?
Ricarte, ¿dónde dejais
Aquel vuestro deudo? ¿Aquel
Compañero, dónde queda,
Guarinos? ¿No respondeis?
Haceis bien en callar todos,
Por no engañarme otra vez;
Pues todos me habeis mentido,
Todos me engañasteis, pues
Al llegar á aquesta torre,
Cuando el nombre os pregunté,
Todos dijisteis *amor*,
Y ninguno dijo bien.
Si callais, por no decirme
Que murió, mirad que haceis
Mayor mi pena; pues ya
Muero de una y otra vez.
Hidrópica de desdichas,
Tengo dellas tanta sed,
Que quiero agotarlas todas
Por morirme de una vez.
No podreis decirme todos
Ya mas de lo que yo sé;
Porque ya le he visto, ya
Dentro de mí misma hacer
Piélagos de undosa sangre,
Siendo su acero el desden
Del noto, cuando sacude
Las espigas de una mies.
Aquí derriba, allí mata,
Y son ruinas de sus piés
Las victorias de sus manos:
Ya desmayado se ve;
Despedazado el escudo,
Mal guarnecido el arnes,
Entre alarbes enemigos
Vaga sin tino y sin ley:
Ya bañado en polvo y sangre
Cayó, dando el rosicler
En cada gota un rubí,
Y en cada perla un clavel.
Pues si yo le he visto ya
En tal desdicha, ¿por qué
Todos lo quereis negar?
¿No es peor, franceses, que
Esté con nuevo tormento
Muriendo una y otra vez?
Dadme pues por nombre *muerte*,
Y no *amor*, y acertareis;
Porque es muy tirana accion,
Porque es piedad muy crüel,
Que todos digais *amor*,
Y ninguno diga bien.

ROLDAN.

Señora, si tu desdicha
Y la nuestra, pues ya es
Tan una, remedio tiene,
Fíalo de mí; yo iré
Al campo, y aquí te doy
Palabra de no volver
Sin Guido.

OLIVEROS.

Todos la damos;
Y de no volver sin él
Vivo ó muerto, el homenaje
Te prometemos á ley
De Francia.

FLORÍPES.

A darme la vida
Vais; ¡Alá os lleve con bien!
Y el nombre, cuando volvais,
Sea *amor*, si le traeis
Vivo; y si muerto, *fortuna;*
Porque no escuche otra vez,
Que todos digais *amor*,
Y ninguno diga bien.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

FLORIPES, *en la torre.* (*Suenan trompetas y cajas destempladas.*)

FLORÍPES.

No acabó con la pálida tristeza
De la noche la injusta pena mia,
Pues con el dia á proseguir empieza:
¡Oh! plegue á amor que acabe con el dia.
La voz primera, que la lijereza
Del viento lleva, es fúnebre armonía
De ronca caja y de bastarda trompa,
Que el viento hiera y que los cielos rompa.
Si estos pues los anuncios son primeros,
Y de mal en peor van mis enojos,
¿Cuáles serán (¡oh cielos!) los postreros?
Fuentes perenes llorarán mis ojos.
Mas ya evidencias son, no son agüeros
Los que el campo me ofrece por despojos;
Pues miro que un entierro en forma marcha,
Al profanar de la primera escarcha.
¿Un cadalso en el campo? ¡triste caso!
¿Roncos los instrumentos? ¡dura suerte!
¿Vueltas las armas? ¡estupendo paso!
¿Las luces desmayadas? ¡lance fuerte!
¿Arrastrar las banderas? ¡gran fracaso!
¿Acercarse hácia mí? ¡tirana muerte!
¿Evidencias no son (¡vista importuna!)
Del postrer parasismo de fortuna?

ESCENA II.

SOLDADOS MOROS *en órden y arrastrando banderas;* GUIDO DE BORGOÑA, *atadas las manos, cubiertos los ojos con una banda negra;* FIERABRAS. —FLORIPES.

(*Tocan cajas.*)

FIERABRAS.

¡Ah de la torre, que hoy de Amor se llama,
Y del Encanto ayer! Si bien el nombre
No mudó, ni el sentido ni la fama;
Que encanto es la hermosura para el hombre;
Y si vive encantado el hombre que ama,
No será bien que la mudanza asombre;
Que el mismo nombre tiene, ó monta tanto,
Pues sinónimos son amor y encanto.
Decid á esa hermosura aborrecida,
A esa luz de mi esfera desatada,
Estrella de mis rayos desasida,
Fuerza de mi poder tiranizada,
Y mitad de mi alma y de mi vida,
Si bien en ella está mal empleada:
A Floripes decid (mi pena es mucha),
Que me escuche á esa almena.

FLORÍPES.

Ya te escucha.
No, Fierabras, la desasida estrella,
Aborrecida luz ni despreciada,
No aquella de tu sér mitad, no aquella
De tu imperio deidad tiranizada:
Aquella, sí, virtud mas pura y bella,
Aquella, sí, beldad mas celebrada,
Despues que se ha negado á tus desdenes:
Floripes, pues, te escucha; di, ¿á qué vienes?

FIERABRAS.

Vengo á que sepas hoy en tus desvelos,
Vengo á que sepas hoy en tu mal fuerte,
Cómo mi muerte da muerte á mis celos,
Si muerte puede haber para la muerte.
Este que ves en tantos desconsuelos
Sacrificio del hado y de la suerte;
Este que miras en miseria tanta,
Ya el funesto cuchillo á la garganta,
Es Guido de Borgoña; este es tu amante;
Y porque mas de mi dolor se crea,
Le traigo á que, teniéndole delante,
El suyo y tu rigor distinto sea.
Tú has de verle, él no á tí; porque bastante
Será á morir felice el que te vea;
Y habeis de padecer dos una muerte,
Tú con verle morir, y él con no verte.
Marcha al cadalso con la pompa agora
Del entierro feliz que le apercibo,
Que vengarse en su honor mi honor ignora;
Y las exequias le celebro vivo.
Tú, Floripes, padece, siente y llora,
Pues yo siento, padezco y lloro altivo;
Tú me das celos, yo te doy rigores,
Diga amor cuáles son penas mayores.

FLORÍPES.

¡Espera, aguarda, bárbaro homicida!
¡Aguarda, espera, bárbaro inhumano!
Mas de injurias no es tiempo; enternecida
Le he de obligar. ¡Ah Fierabras! ¡ah, hermano!
¡Ah rey, dueño y señor de aquesta vida!
Mira que está pendiente de tu mano
El alma que quisiste y adoraste;
Por lo que he sido á enternecerte baste.
Nunca el noble que amó cubrió de olvido
Tanto el pasado amor; que siempre deja
El fuego señas de que fuego ha sido.
Mis suspiros, mis lágrimas, mi queja
Te muevan.

FIERABRAS.

Aspid soy; cerré el oido.

Digitized by Google

FLORÍPES.

Pues tanto de mi voz tu amor se aleja,
Eres vil, eres monstruo, eres tirano,
Ni mi rey, ni mi dueño, ni mi hermano.
Y ántes que yo la muerte suya vea,
Has de ver tú la mia; y pues el hado
Tan en mi daño su dolor emplea,
Muera con él mi amor desesperado.
¡Seguidme pues, Irene, Arminda, Astrea!

(*Quítase de la ventana Floripes.*)

ESCENA III.

LOS CABALLEROS FRANCESES. — DICHOS.

OLIVEROS.

La ocasion á las manos ha llegado:
¡Ea, fuertes franceses!

FIERABRAS.

Pues ¿qué es eso?

ROLDAN.

Nosotros, que venimos por el preso.

FIERABRAS.

¿De dónde habeis salido? ¿Por ventura
Hombres armados ese monte encierra?
Cuando á un muerto frances doy sepultura
¿Con cinco vivos me pagó la tierra?
Mas ya sé lo que próvida procura;
Que como vivos nunca los entierra,
Vivos me los ofrece todos juntos
Para que se los vuelva yo difuntos.

ROLDAN.

Discursos han sido vanos
Los que la lengua primero
Articula, que el acero.

FIERABRAS.

Pues hablen, frances, las manos.

(*Entranse peleando, y dejan solo á Guido.*)

ESCENA IV.

GUIDO.

Aunque me ciegan los ojos
Los lazos de mi tormento,
La luz del entendimiento
No han cegado sus antojos.
Por las mal distintas voces,
Y el mal formado rüido
De las armas, he entendido
Que animosos y veloces,
Sin mirar en intereses,
Intentan librarme fieros
Mis gallardos caballeros,
Mis generosos franceses.
¡Quién deste lazo inclemente
Librarse hubiera podido,
Y á la luz restituido,
Desesperado y valiente
Vendiera su vida (¡ah cielos!)

(*Prueba á quebrar las cuerdas, y no puede.*)

A precio de muchas! No
Puedo desatarme yo.
Monstruo soy de fuego y hielo;
Vivo y muerto de una suerte,
Voces á los vientos doy,
Y en apelacion estoy
De una sentencia de muerte.

ESCENA V.

FLORIPES, ARMINDA, IRENE. — GUIDO.

FLORÍPES.

¡Ea, valerosa Astrea,
Arminda, Irene! en tal duda,
Si á darme venis ayuda,
Hoy vuestro valor se vea.

IRENE.

Ya nuestra gente acomete,
Y como lid han trabado,
Aquí el preso se han dejado
Sin guarda alguna.

FLORÍPES.

El copete
Nos ofrece la ocasion. —
Sígueme, Guido.

GUIDO.

¿Qué es esto?
Que en nueva duda me ha puesto
Mi ciega imaginacion.
¿Quién me ha nombrado?

FLORÍPES.

Despues
(Que no es tiempo) lo sabrás.

GUIDO.

¿Aun quieres que dude mas,
Fortuna? Pero no es
Cuerda duda; pues si fuera
De mi gente, cosa es clara,
Que tanto no dilatara
Nueva que es tan lisonjera.
Ya el fin de mi vida vi
Con aquestas señas; yo
A morir voy, pues salió
La sentencia contra mí.

ESCENA VI.

GUARIN, *que sale corriendo; despues* FIERABRAS, *dentro.*

GUARIN.

¡Ah señoras! ¿Pues no habrá
Una que quiera dolerse
De mí? ¡Esperad! — Ya cerraron;
Aunque vine diligente
A retirarme con ellas,
Tardé. ¡Qué jamas viniese
Yo á buen tiempo, si no es
Que se repartan cachetes!
Trabada anda la batalla.
¡Oh quien boleta tuviese
Para algun balcon del cielo
En fiesta que es tan solemne!
Porque hay cuchillada tal,
Que á un turco rollizo hiende
Por la cinta, y es la espada
De tan lindo corte y temple,
Que se le vuelve á dejar
Tan en pié, que no parece
Que pasó: tajo hay, que empieza
A cortar desde la frente
Y hasta el ombligo no pára,
Dejando al moro paciente
Hecho un águila de Roma,
Con un cuello y dos golletes.
En dos mitades á un turco
Partió Roldan por las sienes;
Y aquí el pecho, allí la espalda,
Sobre láminas de un césped,
Nos dió á entender que eran dos
Hombres de medio relieve.

FIERABRAS. (*Dentro.*)

¡A ellos, alarbes! que ya
Cobardes la espalda vuelven.

ESCENA VII.

LOS CABALLEROS FRANCESES. — GUARIN.

ROLDAN.

Retirarnos es forzoso,
Porque todo el mundo viene
Sobre nosotros.

OLIVEROS.

Llevemos
A Gui de Borgoña al fuerte,
Y amparémonos en él.

INFANTE.

Aquí quedó, y no parece.

RICARTE.

Pues ¿qué habremos adquirido
Si la presa se nos pierde?

GUARIN.

Mejor dijérais el preso,
Pero eso fuera á no haberle
Retirado yo á la torre
Con solas cuatro mujeres
Que salieron á ayudarme.

ROLDAN.

Eres lëal y valiente.

GUARIN.

¡Mucho! mucho!

INFANTE.

¿Eso es verdad?

GUARIN.

Dentro está.

RICARTE.

¡Qué nueva alegre!

ROLDAN.

¿Mujeres le retiraron?

GUARIN.

Venid, que no será este
El primero que retiren.
Yo sé de alguna, que tiene
Retirados por aldeas
Mil príncipes excelentes,
Pobres y llenos de pleitos;
Que así medra quien bien quiere.

(*Vanse.*)

Sala en la torre.

ESCENA VIII.

FLORIPES, DAMAS; GUIDO, *vendado y atado.*

FLORÍPES.

Ya que del temor segura,
Noble Guido, de perderte
Estoy, es tiempo que aquí
Conozcas lo que me debes.

(*Desátale y descúbrele.*)

GUIDO.

¡Válgame el cielo! Qué miro!

FLORÍPES.

¿Qué dudas? Qué te suspendes?

GUIDO.

Dudo mis dichas, señora;
Que como tan pocas veces
Las vi el rostro, no observé
De su rostro las especies,
Y suspéndome en pensar
Si con ellas.

FLORÍPES.

¿Qué resuelves
De esa suspension y duda?

GUIDO.

Que sí, que es fuerza que fuesen
Mis dichas las que mis pasos
Guiaron á hablarte y verte.
Dame mil veces los brazos;
Que por si es fingido este
Bien, ántes que de mis ojos
Desvanecido se ausente,
Tengo de lograrle. Agora,
Mas que del sueño despierte,

Digitized by Google

Mas que de mis brazos huyas,
Y mas que venga mi muerte.

FLORÍPES.

¡Oh á costa de cuántos riesgos
La vida, Guido, me debes!

GUIDO.

¿Qué es lo que me dices? ¿Yo
Te debo la vida?

FLORÍPES.

Eres
Ingrato, si aquesto niegas.

GUIDO.

No soy; pues si bien lo adviertes,
Tú no me has dado la vida;
Solo el modo de la muerte
Mejoraste: esto te debo,
Y no mas.

FLORÍPES.

¿Pues de qué suerte?

GUIDO.

Yo iba á morir (es verdad)
Entre bárbaros crueles,
Y allí el pesar me mataba
De morir, mi bien, sin verte;
A darme la vida tú
Saliste, hermosa y valiente,
Y trajísteme á la torre
Donde tu hermosura viese,
Y aquí me mata el placer;
Luego la vida no debe
El que de pesar moria,
Y agora de placer muere;
Que igual muerte es la que dan
Pesares, como placeres.

FLORÍPES.

Bien sabes desobligarte,
Guido, por no agradecerme
Las finezas. — Mas ¿qué es esto?
La puerta abrieron.

ESCENA IX.

LOS CABALLEROS FRANCESES.—DICHOS.

OLIVEROS.

Mil veces
A todos nos da los brazos,
Que nuestra amistad merece.

GUIDO.

A muchos debo la vida,
Y he de ser forzosamente
Ingrato, que á solo un dueño
La he de dar.

ROLDAN.

Nada le ofreces,
Porque aunque todos pelean,
Y todos la empresa vêncen,
Los prisioneros despues
Solo son de quien los prende,
Y así, aunque todos salimos
A librarte y defenderte,
Pues Floripes te ganó,
Solo de Floripes eres.

GUARIN.

Y galan, en buena guerra
Ganado, ninguno tiene
Derecho contra tí; pues
Cuando otra alguna te lleve,
Te podrá sacar por pleito;
Que si por armas te adquiere,
Eres amante peculio
Castrense, ó cuasi castrense.

FLORÍPES.

Ya que otra vez, paladines,
Nos ha juntado la suerte,
De una mujer los discursos
Escuchad atentamente,
Siquiera por ser primeros.
Ya veis que el hado inclemente
Tan poco lugar permite
A los sucesos alegres,
Que apénas deja mirarlos
Cuando de vista los pierde.
Apénas darnos podemos
De un suceso parabienes,
Cuando pesares de otro
Nos amenazan y advierten.
Hidras las desdichas son;
Mil nacen donde una muere,
Y en parecerse á sí mismas
Son ya las desdichas fénix.
Una es heredera de otra,
Y tantas á una suceden,
Que siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.
Tratemos de remediarnos,
Porque vivir desta suerte
Es imposible. Ya estamos
Entre fortunas crueles
Otra vez sitiados; ya
Volvimos á la inclemente
Ruina pasada: ¿qué alivio
Tenemos que nos consuele?
Qué esperanza que nos valga?
Qué poder que nos remedie?
El mas osado peligro
Lo mas que ofrecernos puede
Es un dia mas de vida;
Y este pasado, se vuelve
A quedar la duda en pié.
Juntemos los pareceres
Nuestros, y búsquese un medio,
A pesar de inconvenientes,
Con que de una vez salgamos
De morir de tantas veces.
¿Quién el relámpago vió,
Culebra de fuego, sierpe
De vislumbres escamada,
Que el aire ilumina y hiere,
Que no previniese el rayo?
Quién en montañas de nieve
Vió levantarse huracanes,
Gigantes de espuma débil,
Que á la prevista tormenta
Reparos no previniese?
Quién vió encapotarse el sol
Con nubes que le oscurecen,
Que para la tempestad
No solicitase albergue
Cortesano de una choza,
O de un hueco tronco huésped?
Pues ya el relámpago vimos
Brillante entre nubes leves,
Pues ya vimos la tormenta
Amenazar con desdenes,
Y vimos la tempestad
Prevenir iras crueles;
Reparémonos de todos;
Porque morir desta suerte
A manos de nuestro miedo,
Es flaqueza que no tiene
Disculpa, bien como aquel
Que huyendo de quien le viene
A matar, se mata él mismo,
Como si morir no fuese
Morir uno de cobarde,
Tanto como de valiente:
Y quizá si se ayudara
Del valor, diera la muerte
A quien se la quiso dar,
Que es la fortuna accidentes.
Yo estoy dispuesta á seguiros,
Porque no hay inconveniente
Que rinda tan firme amor,
Que fe tan pura sujete.
En la vuestra he de morir
De Guido esposa, si quiere
El cielo que con un bien
Tantos pesares descuente.
No quedemos sospechosos
Con este escrúpulo, este
Recelo de que no hicimos
Cuanto pudimos valientes.
Y mirad cómo ha de ser,
Que yo altiva, osada y fuerte,
No me he de dar á partido
A la fortuna inclemente,
Pues la he de esperar constante,
Vista á vista, frente á frente,
Cara á cara, cuerpo á cuerpo;
Porque así viva quien vence.

ROLDAN.

Aunque yo callar pudiera
Donde todos hablar pueden,
Como mejor informado
De todo lo que sucede
En Africa y fuera della,
Quiero, señora, atreverme
A tomar esta licencia.
Carlo Magno con su gente
En Aguas Muertas está,
Y, piadoso, no se atreve
A combatir y postrar
Aquel prodigioso puente,
Porque en los presos tu hermano
Rabia y cólera no vengue.
A tratar partidos vine:
El poco efecto que tiene
Mi embajada, ya lo ves;
Repetirle no conviene.
Digo pues, por ir al caso,
Que si avisar se pudiese
Al Emperador de cómo
Vivimos, y él emprendiese
Ganar el puente, era fuerza
Que el gran poder divirtiese
De tu hermano, siendo entónces
Mas flaco por ménos fuerte.
Esta es la razon de estado
Mas práctica; lo que tiene
De dificultad agora,
Es cómo avisarse puede
A Cárlos.

OLIVEROS.

Pues que tú diste
El consejo, me parece
Que yo podré dar el modo.
Escuchad: pues en el fuerte
Tenemos tantos caballos,
El mas veloz se aderece,
Y armado de todas armas,
Uno de nosotros muestre
Su valor, saliendo al campo
Y no á vencer, como suele,
Sino á huir; porque tal vez
Por mas victoria se tiene.
Con industria y con valor
Pase de Mantible el puente,
Y avise á Cárlos de todo.

INFANTE.

Pues uno el consejo ofrece,
Y otro el arbitrio, á mí agora
Dar algo me pertenece;
Y así doy el caballero
Que ha de salir.

GUIDO.

¿Pues no advirtes
Que todos por mí arriesgasteis
La vida, y es bien que arriesgue
Tambien la vida por todos?

RICARTE.

Yo es justo que á los dos medie,
Saliendo yo.

ROLDAN.

Yo he venido
Con la embajada, y conviene
Que vuelva con la respuesta;

Digitized by Google

Que son estilos corteses
Que con la respuesta vuelva
Quien con el recado viene.

OLIVEROS.

¿Y qué dijera de mí
Quien de mi valor creyese
Que supe dar el consejo,
Y que no supe emprenderle?
Bueno fuera que el hablar
Me tocase solamente,
Y el hacer á otro.

FLORÍPES.

Yo
Os compondré.

ROLDAN.

Cuanto intentes
Obedecerémos todos.

OLIVEROS.

¿Quién dices?

FLORÍPES.

Que se echen suertes
Digo; así á ninguno agravio,
Pues que saldrá el que saliere.

ROLDAN.

Dices bien.

GUIDO.

¿Cómo ha de ser?
Que ni aquí tinta se ofrece,
Ni dados.

IRENE.

Yo os lo diré:
Esta cinta partes breves
Haced, tantas como sois,
Y á tomar cada uno llegue
Un cabo, estando en mis manos
Todos, y aquel que escogiere
Floripes, ese saldrá.

(*Parten la cinta con una daga, y cada uno da su parte á Irene.*)

GUARIN.

¿Ven todas vuesas mercedes
Cuánto estos nobles monsiures,
Atrevidos y valientes,
Intentan el salir? Sí.
¿Ven tambien que no me meten
En la danza, y que me estoy,
Como un novicio obediente
Sin hablar y sin paular?
Sí. Pues el diablo me lleve
Si, sin ver la suerte yo,
No me tocare la suerte.

INFANTE.

Llega, señora, y un lazo
Destos toma, porque ese
Ha de salir.

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
Quién adivinar pudiese,
Cuál es el de Guido, y no
Para elegirle y tenerle,
Sino ántes para dejarle:
Que hay caso en que amor ordene
Que, por haberle escogido,
He de dejar de escogerle.)
Este elijo.

IRENE.

¿Cuyo es?

GUIDO.

El mio.

FLORÍPES.

¡Ay de mí!

ROLDAN.

¡Qué fuerte
Es mi estrella!

OLIVEROS.

¡Que en mi vida
Nada bien me sucediese!

(*Vanse Roldan y Oliveros.*)

INFANTE.

¡Qué desdichado he nacido! (*Vase.*)

RICARTE.

¡Triste voy de que otro fuese! (*Vase.*)

GUIDO.

En tanto que me despido,
Guarin...

GUARIN.

Ahora va.

GUIDO.

Prevente;
Que á las ancas del caballo
Has de ir.

GUARIN.

¿Yo adarga viviente?
¿Pues entré en la suerte yo?

GUIDO.

No es tiempo de burlas este.

GUARIN.

Ya se ve que es muy de véras.
Pero yo, señor, advierte
Que ir no puedo, porque tuve
Con el gigante del puente
Ciertas palabras mayores. (*Vase.*)

GUIDO.

Ya te digo que me dejes.

ESCENA X.

GUIDO, FLORIPES.

GUIDO.

Floripes, leyes de honor
Son mas que divinas leyes,
Que obligaciones del gusto
En un noble pecho vencen.
Sabe el cielo que mi vida
Es tuya, y sabe que siente
Vivir sin tí; mas sin tí
No vive, no, sino muere.
A darte voy libertad.

FLORÍPES.

¡Ay Guido, lo que me debes!
¡Ay Guido, lo que me cuestas!
Que aun de burlas no consiente
Amor que yo elija otro.

GUIDO.

Esa es mi suerte dos veces.

FLORÍPES.

No digas que suerte ha sido
La que mi mano te ofrece,
Pues era fuerza que yo
Entre todos te eligiese.
Y lo que hubo de ser fuerza,
No es bien que se llame suerte.

GUIDO.

Suerte con razon la llamo,
Pues me pesara de verte
Nombrar á otro: dejo aparte
El valor, pues me parece
Que solo de que tu mano
Tocara á la línea breve
De una cinta, cuyo extremo
Ajena mano tuviese,
Bastara á matar de amor;
Porque hay venenos tan fuertes,
Que á un valle se comunican
De hoja verde en hoja verde;
Y pudo por el contacto
Dilatarse y extenderse
Veneno de amor, porque es
Tu mano un áspid de nieve.

FLORÍPES.

Correspondan las finezas
Ausente, como presente.

GUIDO.

Siempre será tuya el alma.

FLORÍPES.

Y mi vida tuya siempre.

GUIDO.

Quédate á Dios.

FLORÍPES.

El te libre.

GUIDO.

El te guarde.

FLORÍPES.

Y él te lleve
Con bien.

GUIDO.

¡Oh qué mal se ausenta
Un hombre de lo que quiere!

FLORÍPES.

¡Oh qué bien una partida
Dice lo que el alma siente! (*Vanse.*)

Campamento de Fierabras.

ESCENA XI.

ALGUNOS MOROS *huyendo de* FIERABRAS, *que sale muy enojado tras ellos.*

FIERABRAS.

¡No me quede aquí ninguno,
Canalla cobarde y vil!
Que no es blason oportuno
Que acometan á cien mil,
Y pelee solo uno.
Si todos habeis de huir,
Y dejarme en la ocasion,
Solo me podeis servir
De quitarme la opinion,
Para que puedan decir
Los franceses, que han vencido
Un ejército arrogante;
Y pues que yo solo he sido
Quien los esperó constante,
Quien los aguardó atrevido,
Vivo yo, que he de quedar
Solo, y que solo he de dar
Con sola mi vista guerra
A los cielos, á la tierra,
Al viento, al fuego y al mar.

(*Vanse los moros.*)

No ha de quedarme en el fuerte
Piedra sobre piedra alguna,
Aunque le pese á la suerte,
Aunque llore la fortuna,
Y aunque lo sienta la muerte.
Yo era un caudaloso rio
Que en brazos me desangraba;
Y como del valor mio
Valor á todos prestaba,
No era tan grande mi brio:
Ya mis raudales junté;
Solo estoy, solo seré
Corriente mas fuerte hoy.
Y pues que tan solo estoy,
Salid al campo, porqué
No perdais, nobles cristianos,
La victoria de morir
A tan generosas manos;
Mas si salis para huir,
Serán mis intentos vanos.

(*Suena dentro ruido.*)

¡Vive Alá! que me temieron
Hoy como solo me vieron;

Digitized by Google

Que las fieras, cada dia,
No dieron en compañía
El pavor que solas dieron.
Bien se ve, pues quien salió
Igual pareja corrió
Con el aura lisonjera,
Y en medio de la carrera
Tan atras se la dejó,
Que publica sin aliento,
Que confiesa con desmayo,
Que aquel prodigio violento,
Si hay rayo con alma, es rayo,
Si hay viento con cuerpo, es viento.
¿Quién será aquel caballero?
¡Oh quién pudiera alcanzallo!
En el monte se entró; pero
De las ancas el caballo
Ha arrojado al escudero,
Y del monte despeñado,
A la alfombra que en el suelo
El abril ha matizado,
Se cayó.

ESCENA XII.

GUARIN, *rodando*.— FIERABRAS.

GUARIN.

¡Válgame el cielo!

FIERABRAS.

¿Qué es aquesto?

GUARIN.

Haber rodado.

FIERABRAS.

¿Quién eres?

GUARIN.

¿Aquesto hay mas?

FIERABRAS.

Dime luego, ¿con qué fin
Sales hoy, y dónde vas?

GUARIN.

Yo, señor Don Fierabras,
Soy el bárbaro Guarin,
De Gui de Borgoña soy
Escudero. Con él voy;
Porque pretende arrogante
Avisar al imperante
De las fortunas que hoy
Padecen, porque con guerra
Entrándose por tu tierra,
Divierta el poder, y así
Puedan escapar de aquí
Esos que la torre encierra.
Y tanto en mi pecho labras,
Que, ántes que la boca abras,
Satisfago á tus preguntas.
Mira qué de cosas juntas
Te he dicho en cuatro palabras.

FIERABRAS.

Calla, no me digas mas...

GUARIN.

No haré.

FIERABRAS.

Que muerte me das.
¿Avisar á Cárlos quieren
De sus penas? Pues no esperen
Verse sin ellas jamas.
¿Y cómo piensa pasar
Guido el puente?

GUARIN.

¿Qué sé yo?

FIERABRAS.

¿Quién el feudo le ha de dar?

GUARIN.

Roldan pagado dejó
Cuando aquí pudo llegar.

FIERABRAS.

Si aquí estoy, bien puede ser
Que embista con su poder
Cárlos el puente; si voy
A guardarle, paso doy
A los presos. ¿Qué he de hacer?
Mas pues estoy tan seguro
Que ellos no salgan de aquí,
Guardar la puente procuro
Yo mismo, teniendo en mí
Mejor gigante su muro:
Pues así está defendida
Con prevencion celebrada,
Sin que mi poder divida,
Para los unos la entrada,
Y á los otros la salida.—
Aunque pudiera matarte... (*A Guarin.*)

GUARIN.

Hicieras mal.

FIERABRAS.

Quiero honrarte.

GUARIN.

Haces bien.

FIERABRAS.

A esto me obligo,
Porque reñiste conmigo,
Y mis brazos he de darte;
Que dos, que en campo han lidiado,
Guardan amistad sin fin.
Vete en paz. (*Vase.*)

GUARIN.

Dios sea loado;
Que ya estás, fray Juan Guarin,
De Fierabras perdonado.
¿Qué es lo que pasa por mí?
Pero ya otra vez lo ví,
Aunque en caso diferente;
Pues hicieron eminente
A un hombre que conocí,
Versos que otro trabajó:
Y mas opinion ganó
Alguno con lo achacado,
Que otros con lo trabajado,
Como en mis hazañas yo.
Y aunque el desengaño vean,
No habrá disculpas que sean
Bastantes á mi fatiga,
Si hay un tonto que lo diga,
Y dos tontos que lo crean. (*Vase.*)

—

Campamento de Carlo Magno.

ESCENA XIII.

CARLO MAGNO, SOLDADOS; *despues* GUIDO.

EMPERADOR.

Aquí haced alto, y aquí
Suene la bastarda trompa,
Sucedan las cajas roncas.
Y á los templados clarines
Las banderas que volaron
(*Estruendo de cajas.*)
Con las aguilas de Roma
A ver cara á cara al sol,
Siendo del viento lisonjas,
Abatan el vuelo altivo,
Y las plumas, que coronan
De rayos, bajen á ser
Destos peñascos alfombra.
Ninguna seña de gusto,
Ninguna accion de victoria
Se vea; que mis empresas
Ya han de ser funestas todas.
Cinco valerosos lirios,
Desatados de las hojas
De una lis, Africa injusta,
En urnas de olvido gozas,
Siendo tu abrasada arena
Sepulcros de su memoria.
A vengarlos viene Cárlos,
Y por mi sacra corona,
Que un mar de sangre africana
Ha de costar cada gota.
Ese puente, que atrevido
Al sol, que le mira, enoja,
Pues puesto en mitad del mundo,
Ver la otra mitad le estorba,
Porque su estatura hace
A su medio ámbito sombra,
Has de ver cómo mi acero
Humilla, derriba y postra,
Convirtiéndose en cenizas,
Troya del agua, esa Troya.
Marche el campo derramado
Por la márgen arenosa
Del Mantible en sus arenas,
De sierpes engendradoras:
Que ántes que el sol otra vez
Rubios cabellos descoja,
Y en espejos de cristal
Mire mejillas de rosa,
Tengo de dar el asalto.

GUIDO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

EMPERADOR.

Voz temerosa.

SOLDADO 1.º

Hoy el cielo favorece
Tu causa, ó la suya propia,
Pues en tan profundo rio
Vado muestra. Mira agora
Un hombre á caballo, que...

EMPERADOR.

No digas mas, que ya nota
Mi vista el nuevo prodigio
De que este bruto me informa.
¿Quién será? que mal la vista
Puede distinguir la forma,
Porque el bulto solamente
Se permite á la memoria.
Atomo del agua es,
Cuando del viento envidiosa
Quiere que átomos tambien
Discurran su espuma sorda.
A los embates del rio
Hecho el caballo una roca,
Se deja llevar, mas luego
Que al rigor la cerviz dobla,
Vuelve ganando mas agua
Que perdió en la procelosa
Furia, porque así se vencen
Poderosos que se enojan.
Ya tomó puerto en la orilla,
Donde mas riesgo zozobra.
Llegad á darle favor;
Echad al agua una sonda.
Pero séanlo mis brazos,
Que tantas venturas gozan.
¡Guido! Sobrino! (*Sale Guido.*)

GUIDO.

Señor,
Dame tus plantas heróicas.

EMPERADOR.

Pues ¿qué fortunas son estas?

GUIDO.

No es tiempo de hablar agora,
Cuando da paso á las manos
El oficio de la boca.
Solo te podré decir
Que aquesta accion generosa
De haber pasado ese rio,
Siendo en verdinegras olas
Un escollo fugitivo

Digitized by Google

Que la corriente furiosa
De sus centros arrancó,
Peñascos de algas y de ovas;
Que el haber sido piloto
Sobre las cerúleas ondas
De un animado bajel,
Siendo la frente la proa,
Remos los piés, los estribos
Costados, las ancas popa,
Las guedejas jarcias, yo
La vela que el viento azota,
Y el timon que nos gobierna
Sobre la espuma la cola:
Es pequeño triunfo, hazaña
Humilde y empresa poca,
Para la que has de saber.
Y pues que la priesa importa,
Da, soberano señor,
Asalto á esa poderosa
Eminencia, de quien es
Pensil el cielo, pues logra
Por jardines sus esferas,
Y por estrellas sus rosas.
Darás libertad, señor,
No digo á tus gentes todas,
A quien bárbaro sujeta,
A quien cruel aprisiona
Una fiera, pues lo es
En el nombre y en las obras;
Sino á la bella Floripes,
Deidad del Africa hermosa,
En cuyo divino objeto
La edad de los dioses torna.
Por ella tus caballeros
Tienen vida generosa;
Por ella vive la lis
De Francia en tierras remotas;
Por ella de mi garganta
Al cuchillo y á la soga
Se admitió la apelacion;
Y todo tan á su costa,
Que en los brazos de la muerte
La he dejado tan dudosa,
Que teme á cada suspiro
Si se ahoga, ó no se ahoga.
Si soy tu sobrino, si eres
César, cuyo nombre asombra,
Si solicitas la vida
De cuatro deudos que agora
Muertos viven; contra un rey
Bárbaro las armas toma,
O volveréme otra vez
A echar á esa espuma sorda,
Volviendo á morir con ellos
Entre mis cenizas propias,
Fénix de amor; que esta fe
Debo á Floripes hermosa.

EMPERADOR.

El que muertos pretendia
Vengaros, no tendrá otras
Albricias, Guido, que darte
Por nuevas tan venturosas,
Sino hacer lo que me pides.
Hoy verás mi vencedora
Cuchilla sobre ese puente.
Cesen las funestas pompas;
Cajas el aire ensordezcan,
Clarines el cielo rompan;
Que pues vivos tengo dentro
Del Africa venenosa
Mis paladines, es bien
Haga fiestas; no se oigan
Voces algunas que digan
Guerra ya, sino victoria. *(Tocan.)*

GUIDO.

A la música, que alegre
Discurre la esfera ociosa,
Abren el puente, y parece
Que de la celeste bola
Los dos polos se desquician,
Los dos ejes se trastornan

EMPERADOR.

Vámonos llegando á ellos
Al son de cajas y trompas.

GUIDO.

Floripes mia, á librarte
Voy de esclavitud penosa;
Una vida que te debo,
He de pagarte con otra. *(Vanse.)*

—

La puente de Mantible.

ESCENA XIV.

FIERABRAS, *sentado, y á sus piés* DOS GIGANTES.

FIERABRAS.

Sobre el puente de Mantible,
Mirando á una parte y otra,
Ejércitos se descubren:
¡Ah qué vista tan hermosa!
Los sitiados de mi tierra,
Viendo que ya se corona
El Mantible de pendones,
Que la lis de Francia borda,
Se han atrevido á salir,
Y marchando en buena forma,
Se van acercando al puente:
Los franceses, que blasonan
De que los han de librar,
Osados las armas toman;
Y en medio de todos yo
Con ufana vanagloria
Estoy, de ver el cuidado
Que les da una vida sola;
Y aun pienso que de una vida,
Por ser mia, es cierta cosa
Que á mí de mí, para todos
La mitad de mí me sobra.
Ya por las dos partes llegan
Divididas las dos tropas:
Bien podré hablar desde aquí,
Porque los dos campos me oigan.

ESCENA XV.

EL EMPERADOR, GUIDO, SOLDADOS Y LOS CABALLEROS, LAS DAMAS, GUARIN. — FIERABRAS, LOS GIGANTES.

FIERABRAS.

Generosos paladines,
Los de la Tabla Redonda,
Cuya fama de dos polos
Uno y otro extremo toca,
Ya libres, ó ya cautivos
Esteis, escuchadme agora;
Que quiero que os maten ántes
Mis palabras que mis obras.
Dentro y fuera de mi tierra
Me haceis guerra (¡accion famosa!)
Porque no era para mí
Bastante una empresa sola.
Y así, porque en todos juntos
Tenga nombre de victoria,
Sobre el puente de Mantible
Os espera mi persona.
Dos gigantes me acompañan
Que el Flegra abrasado aborta,
Hijos del sol y la tierra,
Para que á mis piés se pongan.
Descendientes son de aquellos
Que guerra al cielo pregonan,
O personas de dos montes,
O montes de dos personas:
Y con todo yo os espero
Con esta cuchilla corva,
Que es del libro de la muerte
Desencuadernada hoja.
Llegue pues, si quiere alguno
Probar de qué suerte corta,
Antes de dar la batalla;
Y si uno solo no osa,
Subid todos, que el rio Verde
En sus profundas alcobas
Ya sepulcros os construye:
Y su corriente espumosa
Ya del nombre se despide;
Pues si fué verde hasta agora,
Ha de ser de aquí adelante
El rio del Agua Roja.

EMPERADOR.

Ya solo, bárbaro, es tiempo
De que las cajas respondan. —
Toca al arma, y ¡viva Francia!

FIERABRAS.

¡Viva Africa! al arma toca.

Voces dentro.

¡Viva Africa!

Otras.

¡Francia viva!

(Suben por la parte del Emperador, y pelean en la puente.)

ROLDAN.

Ya se escucha que de esotra
Parte se da la batalla:
Acometamos agora
Nosotros por este lado.

(Suben unos por una parte y otros por otra; dase la batalla muy reñida en lo alto, y éntranse todos por arriba.)

FLORÍPES.

Retirémonos nosotras,
Pues basta que no ayudemos
Nuestra patria en tal discordia,
Sin ser tambien instrumento
De sus pérdidas.

IRENE.

Señora,
Muy bien lo puedes decir,
Pues ya ves las fuerzas rotas
De las huestes africanas,
Y el frances la puente toma.

ARMINDA.

Y de la mas alta almena
Bárbaro un turco se arroja,
Hasta llegar á tus piés.

(Cae desde lo alto Fierabras, sin espada y ensangrentado.)

FIERABRAS.

¡Oh, reniego de Mahoma!
¿Agora hubo de faltarme
Con que darme muerte? ¿agora...
Pero yo me mataré
Con mis manos y mi boca.

FLORÍPES.

Mi hermano es.

FIERABRAS.

¿Quién está aquí?

FLORÍPES.

¡Ay cielos! *(Quiere huir.)*

FIERABRAS.

No, no te escondas;
Que quiero, ingrata, que veas
Cómo con mi muerte logras
Ruinas de tu propia patria,
Muerte de tu sangre propia.
De los cielos blasfemaba,
Tirando con furia loca
Pedazos del corazon....
Pues fuiste mi cielo, toma:
(Arrójala la sangre.)
Bebe de mi sangre, harta
Della la sed que te enoja.

Digitized by Google

ESCENA XVI.

EL EMPERADOR, LOS CABALLEROS. — DICHOS.

EMPERADOR.

¿Adónde está Fierabras?

FIERABRAS.

Aquí está; que la victoria
Aun no es tuya, miéntras vivo,
Pues sin tiempo te coronas.
Acábame de matar,
Y asegura tu persona,
Si no es que despues de muerto
Te da la muerte mi sombra.

EMPERADOR.

Llevadle donde le curen
Como á mi persona propia;
Que diferencia ha de haber
De la prision rigurosa
De un rey bárbaro á la mia. (*Llévanle.*)

ROLDAN.

Danos los brazos, que honran
Los nuestros.

GUIDO.

Y yo merezco
Lugar entre tantas honras,
Siquiera por el padrino;
Que esta es Floripes, mi esposa.

EMPERADOR.

Despacio quiero ofrecerme
A vuestro servicio: agora
Dadme los brazos.

FLORÍPES

Yo soy
En ser tu esclava dichosa.

EMPERADOR.

Pues cobré mis caballeros,
Asegurando la gloria,
Aquesa fábrica altiva,
Que el paso al Africa estorba,
En cenizas se resuelva,
Para que de todas formas,
Hoy *La Puente de Mantible*
Tenga fin con tal victoria.

Digitized by Google

MEJOR ESTÁ QUE ESTABA.

PERSONAS.

FLORA, *dama*.
LAURA, *dama*.
CARLOS COLONA.
ARNALDO.
FABIO.
DON CESAR, *viejo*.
SILVIA, *criada*.
NISE, *criada*.
DINERO, *criado*.
CELIO, *alcaide*.
JULIO, *criado*.
CRIADOS. — GENTE.

La escena es en Viena.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don César.

ESCENA PRIMERA.

FLORA, *quitándose el manto y poniéndose otra ropa;* SILVIA.

FLORA.

Dame presto otro vestido;
Quítame este traje presto.

SILVIA.

¿Qué traes, señora? ¿Qué es esto?
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

FLORA.

Pierdo, en pensarlo, el sentido;
¡Mira, en decirlo, qué haré!

SILVIA.

La ropa está aquí.

FLORA.

Aun no sé
Si estoy segura.

SILVIA.

Señora,
En tu casa estás.

FLORA.

Ahora,
Lo que ha pasado diré.
Ya sabes las grandes fiestas,
Que Alemania, agradecida
De su gloria á la fortuna,
Como al cielo de sus dichas,
Previno al recibimiento
De la gallarda María,
Feliz infanta de España,
Y reina feliz de Hungría.
Ya sabes que mas que todas
Esta famosa provincia
De Viena, se mostró,
Como noble y como rica,
A cuyo aplauso la fama,
Con voces mil repetidas,
Convidó al mayor teatro
Que vió el sol, en cuantos gira
Círculos de vidrio y nieve,
Desde que el alba le riza
La crespa melena de oro,
Hasta que la noche fria
Se la desmaraña, siendo
Fénix de la edad de un dia,
Desde el oriente al ocaso,
Lecho y mármol, cuna y pira.
Esta tarde, que el Danubio
Era el circo donde habia
De ser un torneo de agua
La fiesta, porque de envidia
De la tierra no muriese,
Viendo que ella merecia
Siempre en su esfera á su sol,
Madama Laura, mi amiga
Y mi vecina, con quien
Esos jardines continan,
Me envió con un criado
A decir que si queria
Ir á hallarme disfrazada
En las fiestas prevenidas
(Pues por ser fiestas de agua,
Lugar ni balcon habia
Donde verlas) que saliese
A la española vestida;
Y de rebozo las dos
Podríamos divertidas
Pasar la tarde, gozando
La fiesta desde la orilla.
Yo pues (que con decir yo
No es necesario que diga
Mas, pues diciendo mujer,
La consecuencia es precisa)
Sin prevenir los sucesos
Que resultarme podrian
De que alguien me conociese,
Con Laura fuí, donde habia
Sobre la encrespada selva,
Sobre la campaña riza,
Abriles fingiendo, una
Primavera fugitiva,
Porque de enramados barcos
Y de toldadas barquillas,
Portátil monte de rosas
Era la vistosa isla.
En una hermosa galera,
Que desde el tope á la quilla
Era ascua de oro, á pesar
De tantos cristales, viva,
En el rio entró la Reina,
A cuya agradable vista
Hicieron salva las ondas,
Siendo con dulce armonía
Ruiseñores de metal
Cañones y chirimías.
El mantenedor... ¿Mas dónde
Voy? pues no es bien que repita
Juegos, quien siente pesares,
Gustos, quien llora desdichas.
Dejemos á los gozosos
Las fiestas: ellos las digan;
Y no hablemos de sus glorias,
Adonde hay desgracias mias.
Estábamos desde léjos
Las dos; pero no fingidas
Tanto, que la novedad
No despertase la envidia.
De los que mas nos siguieron,
Fué uno Arnaldo, con quien iba
Licio mi primo y mi amante,
Con quien mi padre porfía
Que me case á mi disgusto:
¡Qué imprudente tiranía!
De Arnaldo y Licio en efecto
Seguidas y perseguidas,
A mi pesar, no de Laura,
Fuimos, porque entretenida
Me dió á entender que gustaba,
Sea ó no sea malicia,
De que Arnaldo la siguiese.
¡Suerte injusta! ¡Pena esquiva!
Licio, que á su amigo ya
Bien entretenido mira,
Envidioso ó cortesano
(Todo es una cosa misma)
Quiso darme á mí conmigo
Celos; que en la corte, Silvia,
Hay muchos hombres que aman
Por solo hacer compañía.
Yo que ví que ya conmigo
La plática disponia,
Por no responderle y ser
En el habla conocida,
Volví al descuido la espalda,
Y viendo que me seguia
(¡Oh cuánto yerra el temor!),
A un forastero, que iba
Con un criado...

ESCENA II.

ARNALDO, CELIO, *y luego* DON CARLOS. — FLORA, SILVIA.

ARNALDO. (*Dentro.*)

Matadle.

CELIO. (*Dentro.*)

Muera.

FLORA.

¿Qué voces, qué grita
Es esta?

(*Sale Don Cárlos con la espada desnuda.*)

DON CÁRLOS.

Si en la hermosura
Hay piedad, y hoy no se implican
Piedad y hermosura, puesto
Que siempre son enemigas,
Vuestro sagrado le valga,
O señoras, á una vida
Contra quien hoy de los hados
Se han conjurado las iras.

ARNALDO. (*Dentro.*)

Entrad. No importa que sea
Esta casa...

FLORA. (*A Don Cárlos.*)

No prosigas;
Que á mí me toca ampararte.
Cúbrete de esta cortina.

DON CÁRLOS.

Paren las desdichas, cielos,
Si saben parar desdichas. (*Escóndese.*)

Digitized by Google

ESCENA III.

ARNALDO, CELIO, DINERO, GENTE. — FLORA, SILVIA; DON CARLOS, *oculto.*

FLORA.

¿Qué es esto, señor Arnaldo?

ARNALDO.

Aunque la cólera mia
Debiera, divina Flora,
Suspenderse cuando os mira,
Perdonadme, que esta vez
Rompe el enojo y la ira
El respeto á la hermosura,
La ley á la cortesía.
Fuera de que, como vos
Tambien estais ofendida
En esta parte, es forzoso
Que dispenseis con vos misma.
Siguiendo vengo á un traidor,
Que deja (¡ oh suerte enemiga!)
A vuestro primo y mi amigo
Muerto...

FLORA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

De una herida.
Como forastero, en fin,
A la cárcel se retira,
Pues se ha entrado en vuestra casa,
De quien guardarse debia
Dos veces, siendo, como es
De la parte y la justicia,
Pues sois la prima del muerto
Y del Potestad sois hija,
A cuyo gobierno está
Toda aquesta monarquía.
Decid pues dónde se esconde,
Porque de una vez consiga
Este acero dos venganzas,
Una vuestra y otra mia.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡A muy buen puerto he llegado!

FLORA.

Fuerza es ¡ ay de mí! que os diga,
Pues como decís, yo soy
La parte mas ofendida,
La verdad. Aqueste hombre
Entró hasta aquí...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡ Ah suerte impía!
¿Qué espero?

FLORA.

Huyendo...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Mal haya,
Quien de una mujer se fia!

FLORA.

Pero apénas escuchó
Las voces que le seguian,
Cuando por esa ventana,
Que da á esos jardines vista,
Se arrojó. Seguidle pues,
Y con noble bizarría
Le dad muerte; que venganzas
Tan generosas son hijas
De vuestro valor.

ARNALDO.

Al cielo
Juro, si no se retira
A él mismo, de darle muerte.
Tras él iré; no me siga
Nadie para esta venganza;
Que yo basto.

(*Vase por la ventana.*)

DINERO.

Yo malilla.

CELIO.

¿Quién sois vos?

DINERO.

De esta baraja
Soy, si él basto se apellida,
Malilla yo, y voy tras él;
Porque si fué la espadilla
El hombre que busca, y hoy
Contra el hombre triunfa, sirva
Yo de sentarle una baza;
Que en la polla deste dia,
Todos somos matadores.

CELIO.

¡Qué locuras!

DINERO.

Como mias.

CELIO.

Pues soy su amigo y alcaide
Del fuerte, bien este dia,
Por su amistad y su oficio,
Es fuerza que á Arnaldo siga. (*Vase.*)

DINERO. (*Ap.*)

Criado de Cárlos soy,
Y así he de andar á la mira,
A ver lo que le sucede;
Que á esto la lealtad obliga.

(*Vase, y la gente.*)

FLORA.

¿Fuéronse?

SILVIA.

Sí; ya se fuéron.

FLORA.

Pues cierra esas puertas, Silvia.

ESCENA IV.

DON CARLOS, FLORA, SILVIA.

DON CÁRLOS.

(*Saliendo de donde estuvo.*)

¡Hay tal valor! ¡Oh bien haya
Quien de una mujer se fia.!

FLORA.

Ya habeis visto, caballero,
Cuán á costa del dolor,
De la sangre y del amor,
Daros libertad espero,
Pues generosa y constante
En vuestro favor me hallais,
Siendo el que muerto dejais,
Mi primo ¡ay Dios! y mi amante,
Y siendo vuestra malicia
Tan ciega, que os ha obligado
A que tomeis por sagrado
La casa de la justicia.
Mas aunque todo esto aquí
Está contra vos, está
De vuestra parte que ya
Os amparasteis de mí.
Ya lo empecé, y pues en tal
Delito soy delincuente,
Pues quien le hace y le consiente
Tienen pena por igual,
Librarme á mí solicito
Con libraros, por temer
Que debo yo de tener
Gran parte en vuestro delito.

DON CÁRLOS.

Cómo responderos dudo;
Que como jamás traté
Dichas, hablarlas no sé,
Y así estoy con ellas mudo;
Que como siempre desdichas
En mi pecho he aposentado,
Nunca, señora, he estudiado
El idioma de las dichas.
Y no sé de qué manera
Halladas conmigo estén;
Que nadie recibe bien
Los huéspedes que no espera:
Dicha fuera no ofenderos,
Desdicha fuera no hallaros,
Dicha fuera no enojaros,
Desdicha fuera no veros;
Y así entre uno y otro extremo
Oid la disculpa mia:
Quizá la verdad podria
Tener las dichas que temo,
Si de la razon movida,
Templais rigores severos;
Que será gran dicha veros,
Y no veros ofendida.
Yo salí al rio esta tarde
Por ver si acaso podia,
Entre placeres del dia,
Hacer á un pesar cobarde.
Allí estaba pues, señora,
Una gallarda tapada,
Bien como suele embozada
Entre nubes el aurora.
Esta, á quien el traje ufano,
De que vestida venía,
Encubria y descubria,
Sacando una blanca mano,
Mariposa de cristal
De las luces de sus ojos,
Me llamó. Yo que, entre enojos,
Dudaba ventura igual,
Viendo que la deidad era
De flores blancas y rojas,
Y oyendo de aves y hojas
La música lisonjera,
Creí que acciones tan graves
No eran que á mí me llamaba,
Sino compas que llevaba
A las flores y á las aves.
Como forastero, en fin,
Tantas venturas dudé,
Bien que villano llegué
Atrevido al serafin.
Apénas pues pronunció:
«Aquí me importa que esteis,
Y que llegar estorbeis
Aquel hombre» cuando yo
Vi que uno que la seguia,
Y ántes me pareció acaso,
Apresuró mas el paso
A estorbar la suerte mia.
Llegó diciendo: «El lugar,
Señor, que habeis ocupado,
Esa dama me ha negado;
Y pues no puedo vengar
El desaire en ella, en vos,
Instrumento suyo, sí.»
No sé qué le respondí;
Y ya empeñados los dos,
Saqué la espada impaciente,
O colérico ó furioso,
Cuando él valiente y celoso,
Que es ser dos veces valiente,
Sacó la suya. Los cielos
Saben que mi brazo fuerte
Hizo poco en darle muerte,
Habiéndole dado celos.
Llegó la justicia pues,
Y viendo, que á la justicia
Quien no temerla codicia,
Ni noble ni cuerdo es,
Volví la espalda, y huyendo
En vuestra casa me entré,
Porque la primera fué,
Que sale al campo. Aquí entiendo
El gran peligro en que estoy,
Si vos, deidad soberana,
Tan divinamente humana,
No me dais la vida hoy,

Digitized by Google

Considerando la accion
En que apénas fuí culpado,
Pues no fué caso pensado,
Con ventaja ó con traicion.
Una mujer me empeñó,
A quien quise obedecer;
Y así, pues que sois mujer,
Obligacion os corrió
De ampararme: de manera,
Que por mujer y ofendida,
Teneis accion á mi vida;
Pues si bien se considera,
Bien la muerte mereció
Quien, siendo primo y amante
Vuestro, altivo y arrogante
Por otra dama riñó.
Y así una vez enojada
Estad, y otra agradecida;
Pues si sois prima ofendida,
Tambien sois dama vengada.

FLORA.

Hoy vuestra disculpa halló
Crédito en mí, de tal modo,
Que me parece que á todo
Estuve presente yo.
Y así, pues una mujer
Tanto os empeñó primero,
Otra, infeliz caballero,
Vuestra defensa ha de ser.
Lo que ella erró, emiende yo
Y quejaos desde aquí,
De la que os empeñó, sí;
De la que os ampara, no.
A ese camarin entrad,
Y hasta que la noche fria
Sea homicida del dia,
Escondido en él estad;
Que, en habiendo anochecido,
Seguro salir podeis.

DON CÁRLOS.

Dejadme...

FLORA.

No, no teneis
Que decirme agradecido
Nada, que es muy bajo indicio;
Pues quien llega á agradecer,
Paga, y yo no he de vender,
Sino dar el beneficio.

SILVIA.

Gente he sentido.

FLORA.

Entrad presto
En esa cuadra; no os vea.

DON CÁRLOS.

Ella mi sagrado sea.

(*Entrase Don Cárlos, y Silvia va á cerrar la puerta con llave.*)

ESCENA V.

DON CESAR.—FLORA, SILVIA.

DON CÉSAR (*Dentro.*)

Todo quede así dispuesto.

SILVIA.

Echo á la puerta mil llaves. (*Cierra.*)

(*Sale Don César.*)

DON CÉSAR.

Flora.

FLORA.

Señor...

DON CÉSAR.

Ya el desvelo
Me ha dicho en el desconsuelo,
Que nuestras desdichas sabes.

FLORA.

Ya sé, señor, que un traidor
Por una fácil mujer,
(Porque ¿quién pudiera ser
Dueño de tanto rigor?)
Mató á Licio. Aquí se entró...

DON CÉSAR.

No tengas pena que pueda
Escaparse, que ya queda
Todo esto sitiado, y no
Me ha de quedar, vive el cielo,
Casa, iglesia, ni vergel,
Que no examine crüel
Mi cuidado y mi desvelo.
Retírate tú de aquí,
Que siento ruido.

FLORA.

Ya voy
A servirte. (*Ap.* ¡Muerta estoy!
Defiéndame Dios de mí.)

(*Vanse Flora y Silvia.*)

ESCENA VI.

CELIO Y CRIADOS, *que traen preso á* DINERO.—DON CÉSAR.

CELIO.

Este es, señor, un criado
Del homicida; que ha sido
De nosotros conocido,
Y él mismo lo ha confesado.

DINERO.

Así es la pura verdad.
Pero ¿qué delito es
Ser criado suyo, pues
Yo diré toda verdad?
Que viéndole aquesta tarde
Sacar el acero allí,
Otra vereda cogí.

DON CÉSAR.

¿Por qué?

DINERO.

Porque soy cobarde.

DON CÉSAR.

Mira, que el Potestad es,
Con quien hablas.

DINERO.

Norabuena,
Que á mí nada me da pena,
Si he de decir verdad; pues
Diciendo yo la verdad,
¿Ser qué importa, en conclusion,
El trono ó dominacion,
Cuanto mas el Potestad.

DON CÉSAR.

¿Cómo te llamas?

DINERO.

Dinero,
Por vivirme yo conmigo,
Pues nadie vivió consigo.

DON CÉSAR.

¿Quién es aquel caballero,
Amo tuyo?

DINERO.

El es, señor,
Una muy linda persona.

DON CÉSAR.

¿Llámase?

DINERO.

Cárlos Colona,
Hijo del gobernador
De Brandemburg.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
Que es mi mayor enemigo
Hijo del mayor amigo!)
Pues ¿á qué ha venido aquí?

DINERO.

A solo matar sobrinos
De Potestades.

DON CÉSAR.

No trato
De burlas.

DINERO.

Soy mentecato:
Diré dos mil desatinos.
A ver las fiestas, señor,
Que hace Alemania este dia,
A la divina María.

DON CÉSAR.

Preso id.

DINERO.

¿Por qué tal rigor?

DON CÉSAR.

Porque en la cárcel esteis
Hasta que la confesion
Se os tome y declaracion.

DINERO.

¿Qué mas claro me quereis?
Ya ser Dinero no espero;
Que en cárcel (nadie se asombre)
Me gastarán hasta el nombre,
Por dejarme sin dinero.

(*Llévanle Celio y los criados, y vanse.*)

ESCENA VII.

DON CESAR.

¿Quién vió mayor confusion
Jamas ¡cielos! que la mia?
Bien decia el que decia
Que hidras las desdichas son;
Pues apénas muere una,
Cuando otra á su sangre nace;
Que esta para aquella hace
De su sepulcro la cuna.
Cuando como juez y parte
Te busco, fiero homicida
De mi honor y de mi vida,
Quisiera ¡ay de mí! no hallarte;
Porque si osado me atrevo
A vengarme, mas me aflijo,
Porque eres de un hombre hijo
A quien vida y honor debo.
Y es verdad: honor y vida
De su padre recibí
Cuando... Mas no es para aquí;
Baste ver que no se olvida.
Así que vida y honor
Obligados y ofendidos,
Hacen guerra á mis sentidos
Con piedad y con rigor.
Forzoso el buscarte es,
Y forzoso el ampararte,
Y así he de ser en buscarte
Un hombre celoso; pues
Entre contrarios venenos,
No vió descanso jamas,
Y aquello que busca mas,
Es lo que quiere hallar ménos. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Laura.

ESCENA VIII.

ARNALDO, LAURA, NISE.

LAURA.

Y en fin, ¿qué ha sucedido?

Digitized by Google

ARNALDO.

Que tras el me arrojé; pero al rüido
Llegó infinita gente,
Y entre todos Don César, diligente.
Yo que vi que ya era
Mi venganza imposible, aunque quisiera
Entre todos mostrarme,
Pues habian de prenderle, y no dejarme,
No quise que pensase quien estaba
Allí, que con justicia le buscaba
Cobarde mi desvelo;
Y así me retiré, rogando al cielo
Que César no le halle,
Y me quite la dicha de matalle;
Porque con ménos no estaré vengado,
De quien mi amigo me mató á mi lado.

LAURA.

¡Nunca yo te escribiera,
Que disfrazada iba á la ribera!
Mas ¿quién jamas previno
Las ignoradas sendas del destino?

ARNALDO.

Aquella necia amiga
Tuya la causa fué.

LAURA.

No sé si diga
Que lo fué mas su estrella,
Pues que ya quien le llora mas, es ella.

ARNALDO.

Lo que obligarla pudo
Así á llamar á un forastero, dudo,
Ciega y inadvertida.

LAURA.

El no ser de su primo conocida.

ARNALDO.

¿Luego aquella era Flora?

LAURA.

Descuido del afecto fué.

ARNALDO.

Y yo ahora
Entro en nuevo cuidado.
Si riñendo á los dos habia dejado,
¿Cómo viéndole luego
Tan turbado y tan ciego,
El riesgo no previno
De su primo, y dió voces?

LAURA.

Desatino
Es, en pena tan fiera,
Querer que una mujer en sí estuviera.

ARNALDO.

Malicias son de un alterado pecho;
Mas por Dios, que no sé lo que sospecho.

NISE. (*A Laura.*)

Fabio, tu hermano, viene.

LAURA.

Que me vea contigo no conviene;
Que ya está malicioso en esta parte.
Tú aquí con él procura disculparte.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA IX.

FABIO.—ARNALDO.

FABIO.

¡Señor Arnaldo!

ARNALDO.

Señor
Fabio....

FABIO.

¡Aquí pues! ¿qué mandais?

ARNALDO.

Que una gran merced me hagais.

FABIO.

Decid pequeño favor.

ARNALDO.

Ya sabreis de mi dolor
El fin.

FABIO.

El se deja ver.

ARNALDO.

Un caballo he menester....

FABIO. (*Ap.*)

Los cielos me dén paciencia.

ARNALDO.

Para cierta diligencia,
Que me importa mucho hacer;
Que me ha hallado en vuestra calle
Una nueva, y alcanzar
Me importa un hombre.

FABIO.

Mandar
Podeis, sin que en mí se halle
Dificultad. (*Ap.* Sufra y calle
Hasta otro tiempo el deseo
Mi venganza.) Yo me apeo
Ahora de un alazan,
Que me espera en el zaguan.
Subid en él, que bien creo,
Que es para alcanzar y huir;
Y ved si quereis que yo
En otro os siga.

ARNALDO.

Eso no,
Porque yo solo he de ir.

FABIO.

En todo os he de servir.

ARNALDO.

Y yo pagároslo espero.
Quedad con Dios.

FABIO.

Oid primero,
Aunque tan de prisa estais,
Arnaldo, que de aquí os vais.

ARNALDO.

Decid.

FABIO.

Advertiros quiero
Que mi hermana tiene aquí
Su cuarto, y el mio es aquel;
Y así, que llameis en él,
Cuando me busqueis á mí.
Digôslo, Arnaldo, por si
Volveis otro dia á buscallo;
Pues por necio lance hallo,
Y treta falsa se llama,
A la casa de la dama
Ir á ganar el caballo.

ARNALDO.

Yo pregunté aquí por vos,
Porque estaba gente aquí.

FABIO.

Claro está que sería así.
Id con Dios.

ARNALDO.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA X.

FABIO.

¡Qué mal sabemos los dos
Disimular ni fingir!
¡Qué mal hice en descubrir
Mi recelo ó mi temor!
Porque celos del honor,
Ni se han de dar ni pedir.
Pero ¿quién con celos ¡cielos!
A quien esto dijo, viera,
Por ver si él mismo pudiera
Ni dar ni pedir sus celos?
Que tan continuos recelos,
Agravios tan repetidos,
Veneno de los sentidos,
Que penetra el corazon,
¿Para qué son, si no son
Para dados ni pedidos?

ESCENA XI.

LAURA.—FABIO.

LAURA.

¿Con quién hablabas aquí?

FABIO.

Con nadie. (*Ap.* Honor, ¿qué previenes?)

LAURA.

¡Así respondes! ¿Qué tienes?

FABIO.

Tengo un pesar...

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

FABIO.

De lo que hoy ha sucedido...
Aunque no es de aquello, no.

LAURA.

¿Qué fué?

FABIO.

¿No lo sabes?

LAURA.

¿Yo
De quién, si tú no has venido,
Que es de quien puedo saber
Yo lo que en la corte pasa?
Pues siempre cerrada en casa,
Ni aun el sol me llega á ver.

FABIO.

Pues... (*Ap.* No sé como lo diga.)
Sabrás que mató arrogante
Un hombre á Licio, el amante
De Flora, tu grande amiga;
Sobre hablar enamorado
Una tapada este dia.

LAURA.

Si no fuera tiranía,
Te dijera que me he holgado;
Porque si á Flora adoraba,
Con quien se habia de casar,
¿Qué tenia pues que hablar
Con la que tapada estaba?
Aquesto es lo que nos pasa
A las mujeres; pues cuando
Ella se estaria llorando,
Sola y cerrada en su casa,
Andaba él de esa manera
Tras mujercillas tapadas,
Siempre á riesgo las espadas.
¡Ay, hombres, quién os creyera!

FABIO.

Si celos á Flora dió,
Bien ha pagado sus celos,
Y pues tú sin desconsuelos
Hablas, mejor podré yo,
A quien tu amor asegura
De una desgracia una dicha,
Porque á veces la desdicha
Es madre de la ventura;
Que por eso dijo un sabio:
«¿Quién desea bienes, quién
Sabiendo que el propio bien,

Digitized by Google

Nace del ajeno agravio?»
Hoy pues...

LAURA.

No me digas mas.
De ajena ventura alcanza
Nueva vida tu esperanza.

FABIO.

Al fin del discurso estás:
Pues si César empeñado
Estaba con su sobrino,
Antes fuera desatino
El haberme declarado,
Y ya no.

LAURA.

Y harás muy mal
En no arder en tanta llama:
Que su vida ama el que ama
Una mujer principal;
Que á fe que no sucediera,
Lo que todo el lugar llora,
Jamas á Licio por Flora.

FABIO.

Claro está que no pudiera.
Dame un recado que quiero,
De tu parte visitar
Hoy á Flora.

LAURA.

Su pesar
Es de tus dichas tercero.
Sea el pésame el recado.

FABIO.

Que es bastante ocasion, creo.
Adios.

LAURA.

¡Oh cuánto deseo
Verte muy enamorado!

FABIO.

¿Pues tan mal me quieres?

LAURA.

Quien
Tu paz busca, no hace mal;
Que esto no es quererte mal,
Sino quererme á mí bien. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don César.

ESCENA XII.

FLORA, SILVIA; *despues* DON CARLOS.

SILVIA.

Ya me parece que es hora,
Señora, si te parece,
Antes que se enciendan luces,
De que se vaya este huésped.

FLORA.

Es verdad: abre esa puerta.
(*Abre Silvia, y sale Don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

Decid el sepulcro breve
De un vivo cadáver; pues
Entre la vida y la muerte
Muere pensando que vive,
Vive pensando que muere.

FLORA.

Ya que el ave de la noche
Sus alas nocturnas tiende,
Haciendo sombra á los dias
En los campos de occidente,
Podeis iros, caballero.
La oscuridad os aliente;
Que aun apénas una estrella
Á tantas nubes se atreve,
Cuando en la hoguera del dia,
Pavesas del sol se encienden.
Id con Dios.

DON CÁRLOS.

El cielo os guarde,
Deidad hermosa, á quien debe
La vida un hombre infelice,
Lastimado dignamente
De que no sea un dichoso,
Pues por esto no la ofrece;
Que vida de un desdichado
De nada serviros puede.

SILVIA.

Venid tras mí.

DON CÁRLOS.

Ciego os sigo.
(*Al entrarse, oyen á Don César, y túrbanse.*)

ESCENA XIII.

DON CESAR. — DICHOS.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

¡A estas horas no se encienden
Luces en toda la casa!

FLORA.

¡Ay de mí! mi padre es este.

SILVIA.

Mi señor vuelve, señora.

DON CÁRLOS.

¿Qué haré?

FLORA. (*A Don Cárlos.*)

A retirarte vuelve.
Cierra tú, y quita la llave.

DON CÁRLOS.

¡Hay piedades mas crueles!
(*Entrase Don Cárlos, y cierra la puerta Silvia.*)

ESCENA XIV.

DON CESAR; JULIO, *con luces.* — FLORA, SILVIA.

JULIO.

Ya están las luces aquí. (*Las deja y vase.*)

DON CÉSAR.

¡Aquí estabas, Flora!

FLORA.

A verte
Salí, como oí tu voz;
Que cuidadosa me tienes
De verte tan cuidadoso.

DON CÉSAR.

Estoy de oficio dos veces,
Y así dos veces me importa
Que hoy á este homicida encuentre;
Para ofenderle la una,
La otra para defenderle;
Y aunque le dejo sitiado,
Donde quiera que estuviere,
Pues están aquestas calles
Todas tomadas de gente,
He de escribir á los puertos,
Que á ninguno pasar dejen. —
Silvia.

SILVIA.

Señor.

DON CÉSAR.

Traeme luces,
Escribanía y papeles
A este aposento...
(*Señalando á aquel donde está Don Cárlos.*)

FLORA. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

DON CÉSAR.

Que aquí escribir me conviene.

FLORA.

¿Por qué aquí, señor?

DON CÉSAR.

Porque
Los que á visitarme vienen,
Miéntras estoy escribiendo,
En estotro cuarto esperen.
¿Qué es de la llave de aquí?

FLORA.

Esta criada la tiene.

SILVIA.

Yo no la tengo.

DON CÉSAR.

Pues ¿dónde
Está?

SILVIA.

Sobre ese bufete
La puse.

DON CÉSAR.

Pues no está en él.

FLORA.

Notables descuidos tienes.
No se la dés. (*Ap. á ella.* Todo cuanto
Tomas en la mano, pierdes.)
(*Ap. á ella.* No te enojes, Silvia mia,
Que te riña.)

DON CÉSAR.

¿No parece?

SILVIA.

No, señor.

DON CÉSAR.

La llave maestra
Ha de estar (Dios me lo acuerde)
En mi escritorio. Yo voy
Por ella. (*Toma una luz, y vase.*)

FLORA.

¿Hay lance mas fuerte?

SILVIA.

¿Qué hemos de hacer?

FLORA.

Si es preciso
Que vuelva y que aquí le encuentre,
Con la diligencia hagamos
Lo preciso contingente.

SILVIA.

Dices bien: dejemos algo
A la fortuna.
(*Abre, y al salir Don Cárlos por la puerta, sale por otra Fabio, y vuelven á encerrarle.*)

FLORA.

Bien puede
Salir, que yo estoy mirando
Si mi padre... Mas detente;
Que se ha entrado un hombre aquí.
¡Valedme, cielos, valedme!
Que un inconveniente es
Sombra de otro inconveniente.

ESCENA XV.

FABIO. — FLORA, SILVIA.

FABIO.

Permitid que venga á daros
Un pésame en mal tan fuerte,
Quien quisiera venir ántes,
A daros mil parabienes.
Laura, mi hermana, os le envía
Conmigo, por parecerle
Que le dará como suyo,
Quien como vuestro le siente.

Digitized by Google

FLORA.

Guárdeos Dios. (*Ap.* ¿Qué es esto, cielos?
Si sale delante de este
Hombre, aventuro mi honor;
Y si no sale, no tiene
Remedio el verle mi padre.
Pero el ingenio remedie
Las desdichas, si desdichas
Con el ingenio se vencen.)
Señor Don Fabio (¡estoy muerta!)
Discreto sois y prudente;
Bien sabeis de las desgracias,
Que cualquiera que sucede,
Hace el aposento á otra;
Que á la imitacion del fénix,
Siempre de cenizas suyas
Está el sepulcro caliente.
Un hombre (¡mortal estoy!)
Un hombre buscando viene
A mi padre con un pliego,
Que, segun dice, contiene
Que un hermano suyo, ¡ay triste!
En estas lides, valiente
Murió en servicio del César.
Ved, por Dios, si es pesar este
Para contrapeso de otro.
Quisiera ¡oh penas crueles!
Que no hallara aquí á mi padre,
Que dice que luego vuelve;
Y así me importa, señor,
Que por un instante breve,
Miéntras yo tomo las cartas,
Le saqueis de casa. Hacedme
Esta merced, y ella sea
La respuesta, porque él viene.

ESCENA XVI.

DON CESAR. — FLORA, FABIO, SILVIA.

DON CÉSAR.

¡Que en la última gaveta
Hubo de estar!

FABIO. (*Ap. á Flora.*)

Sí haré. (*Ap.* Déme
Ingenio amor.) Aunque vengo
(*A Don César.*)
Como tan vuestro á ofrecerme
A vuestro servicio, hay otra
Causa hoy, que á hacerlo me mueve.
Yo sé, señor, dónde está
Cerrado el tirano aleve
Que buscais.

FLORA. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho?

DON CÉSAR.

¿Dónde, Fabio?

FABIO.

En un retrete
Cerca de aquí.

FLORA. (*Ap.*)

Muerta estoy.

SILVIA. (*Ap.*)

El le vió.

FLORA. (*Ap.*)

¡Desdicha fuerte!

DON CÉSAR.

¿Qué dices, Fabio?

FABIO.

Que aunque esta
No es accion de un noble, puede
Tanto un afecto, que hoy
Permite que le atropelle.
Venid conmigo.

SILVIA. (*Ap.*)

Eso sí.

FLORA. (*Ap.*)

De un hilo estuve pendiente.

DON CÉSAR.

Ya me espantaba que tanto
Tiempo ocultarse pudiese.
Vamos, y porque el rumor
No le avise, y no le ausente,
Vamos pocos: los demas
En esta puerta se queden. (*Vase.*)

FABIO. (*A Flora.*)

Llevaréle á la primera
Casa que me pareciere;
Que cuando no le halle en ella,
No es muy grande inconveniente;
Pues con decir que se fué,
Todas las dudas se absuelven. (*Vase.*)

FLORA.

Esto está mejor que estaba.
Sal tú: avisa cuándo puede (*A Silvia.*)
Salir.

SILVIA.

Abre tú entre tanto. (*Vase.*)

(*Abre Flora la puerta, y sale Don Cárlos.*)

ESCENA XVII.

DON CARLOS. — FLORA.

FLORA.

Hombre, que no sé quién eres,
Y á fuerza de mis desdichas,
Y á pesar de mis desdenes,
Tantas finezas me cuestas,
Tantos cuidados me debes,
¿Qué dejas que haga por tí
El dia (¡oh tirana suerte!)
Que me obligues, si esto hago
Por tí el dia que me ofendes?
Si cuando me agravias mas,
Mas de tu parte me tienes,
¿Qué merece una lisonja,
Si esto un agravio merece?
Vete, déjame por Dios
Entre mis penas crueles;
Que basta que tú las causes,
Sin que tambien las aumentes.
Miéntras mi padre te busca
En otra parte, bien puedes
Ponerte en salvo.

DON CÁRLOS.

Ahí verás
Cuánto es mi estrella inclemente,
Pues, para que aquí me libre,
Van á otra parte á prenderme,
Dejándome á mí por mí;
Que mis desdichas no tienen
Otras que espaldas les hagan
Sino ellas mismas, de suerte
Que es fuerza que á mí me busquen,
Aun para que á mí me dejen.

FLORA.

Pues líbrate á tí contigo,
Y vete presto.

ESCENA XVIII.

SILVIA, FLORA, DON CARLOS.

SILVIA.

Detente,
No salgas.

FLORA.

¿Qué hay, Silvia?

SILVIA.

Hay,
Que hay fuera infinita gente,
Que está esperando á tu padre.

FLORA.

¿No podrá salir, sin verle?

SILVIA.

No, ni estar aquí tampoco;
Que será posible que entre.

FLORA.

Ello está de Dios que este hombre
En mi aposento se quede,
Y aun en él no está seguro,
Si á escribir mi padre vuelve.

DON CÁRLOS.

Si irme, esconderme ó estarme,
Todo es un inconveniente,
Mejor es que la fortuna
Por el mas delgado quiebre.
Yo saldré.

FLORA.

Ni eso tampoco;
Que no me está bien que llegue
A saberse que aquí estabas.

SILVIA.

Yo daré un medio, de suerte,
Que yendo, estando y quedando,
Ni esté, ni vaya ni quede.
Vente conmigo.

FLORA.

¿Qué intentas?

SILVIA.

Por la puerta, que con este
Cuarto dice aquella torre,
Que de caballeros suele
Ser prision, pasarle á ella
Y en ella oculto tenerle,
Pues no se habita, esta noche.

FLORA.

¿No ves que otra puerta tiene
Para el cuarto del alcaide,
Y él llave de ella?

SILVIA.

¿Qué quieres
Que por fuerza sea esta noche
La que entre allá?

FLORA.

Quíen no tiene
Bien que escoger, será fuerza
Que con el mal se contente.

SILVIA.

Sígueme.

DON CÁRLOS.

Ya el ser cobarde
En esta parte me debes.

FLORA.

Y tú á mí el ser atrevida.

DON CÁRLOS.

Mas hago yo; que mas veces
Se vió valiente un cobarde,
Que no cobarde un valiente.

FLORA.

¡Qué presto te desobligas
De mi piedad!

DON CÁRLOS.

No la tienes,
Porque no es piedad curar
Un mal con otro mas fuerte;
Y esta piedad rigorosa
Es la que á mí me sucede;
Pues por librarme la vida,
El alma, Flora, me prendes.

FLORA.

Esta es piedad del valor;
No del afecto la pienses,

Digitized by Google

Porque en saliendo de aquí,
Donde el riesgo que tuvieres
No corra por cuenta mia,
La primera que ha de hacerte
Matar seré yo.

DON CÁRLOS.

Esá sí
Será piedad.

FLORA.

¿De qué suerte?

DON CÁRLOS.

Porque mandarás matarme
Por hacer feliz mi muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Cuarto de la torre.

ESCENA PRIMERA.

SILVIA, *y luego* DON CARLOS.

SILVIA.

¡Notables cosas mi ama
Discurre, imagina y piensa
Hoy, por no dar por vencida
Su vanidad y soberbia!
Pero ¿quién me mete á mí
En si acierta, ó si no acierta,
Pues que no me toca mas
Que oirla y obedecerla?
Esta es la puerta que guarda,
Hasta que la noche venga,
A Don Cárlos. Vaya pues
De invencion y de novela.
(*Llama á la puerta, y dice.*)
¡Yo soy! Bien puedes abrir.
(*Abre Don Cárlos la puerta y sale.*)

DON CÁRLOS.

Silvia, bien venida seas.

SILVIA.

¿Cómo va de soledad?

DON CÁRLOS.

No es posible que la tenga
Un triste, pues no está solo
Quien está con su tristeza.

SILVIA.

Si yo dijese que hay,
Señor, quien hacerte quiera
En aquesta soledad
Compañía, ¿qué dijeras?

DON CÁRLOS.

¿Quién?...

SILVIA.

Escúchame. Una dama
Tapada llegó á la puerta
Ahora, y preguntó por mí.
Salí yo á saber quién era,
Y no lo supe, porqué
Estuvo siempre cubierta.
Díjome que ella sabia,
Don Cárlos, por cosa cierta,
Cómo estabas encerrado
Aquí, porque siempre atenta
Estuvo á que no saliste
Por ventana ni por puerta.
Añadió á esto decir
Con mil suspiros y muestras
De dolor, que le importaba...

DON CÁRLOS.

¡Notables cosas me cuentas!

SILVIA.

La vida y el alma verte.
Yo, con maña y con cautela,
Fingiendo que me llamaba
Mi ama, dejé la respuesta
Pendiente, y vengo á saber
Cuál quieres, señor, que sea.
Mira cuál te está mejor,
Decirlo, ó negarlo.

DON CÁRLOS.

Deja
Que me admire de pensar
Una confusion tan nueva.
Yo no sé quién pueda ser,
Pues no conozco en Viena
Mujer alguna á quien yo
Este cuidado merezca.
Y puesto que no es posible
De ningun modo que pueda
Atormentar el suceso
Mas que la duda atormenta,
Dile que es verdad que aquí
Estoy, y que á verme venga.

SILVIA.

¿No hay mas de que venga á verte?
¿No miras, no consideras
Que si mi señora sabe
Que alguna persona entra
Aquí, cuánto mas mujer?...

DON CÁRLOS.

¿Luego lo ha de ver por fuerza?
Y pues en bajando oscura
La noche, me he de ir, no quieras
Que lleve esta duda mas.

SILVIA.

De tal modo me lo ruegas...
Ahora bien: aventurarme
Quiero por tí. Aquí me espera. (*Vase.*)

DON CÁRLOS.

¡Mujer á buscarme á mí!
¡Válgate Dios por Viena,
Y cuáles son tus mujeres!
Apénas me he visto, apénas,
En tu insigne corte, cuando
Una me llama y me arriesga;
Otra me ampara y me libra;
Otra me busca y me alienta;
Y todas tres me ocasionan
A que mil delirios tenga.

ESCENA II.

FLORA, *tapada con manto;* SILVIA. —DON CARLOS.

SILVIA.

Este, señora, es el cuarto.
No ha sido dicha pequeña
Llegar aquí sin que Flora,
Ni lo imagine ni sienta;
Que por Dios que me matara.
Yo voy á estarme á la puerta.
Adios. (*Vase.*)

DON CÁRLOS.

Embozado sol,
Que en la oscura noche negra
De ese manto, desmentis
De tantos rayos la fuerza,
Si á iluminar este espacio,
Flechado desde otra esfera
Venis, porque tanta noche
Peregrina aurora tenga,
No me recateis la luz:
Ved que es hora que amanezca;
Y no es bien que á tantos rayos
Tan sutiles sombras venzan.

FLORA.

Caballero forastero,
La primer cosa que os ruega
Mi voz (que siendo mujer,
Es forzoso obedecerla,
Y mas sabiendo que sois
Tan cortesano con ellas),
Es que no habeis de pedirme
Que me descubra. Con esta
Condicion os diré ahora
Lo que á buscaros me fuerza.

DON CÁRLOS.

Es tan grave condicion,
Que no me atrevo á ofrecerla,
Por no atreverme á cumplirla.
Porque ¿quién tendrá paciencia
Para no saber quién sois?

FLORA.

Quien lo que le importa advierta,
Pues si vos me veis aquí,
No me queda á mí licencia
Para hablaros. Luego á vos
Os importa.

DON CÁRLOS.

¿De manera
Que de veros, se me sigue
No oiros, y por la mesma
Razon, de oiros, no veros?
Enigma sois; pero venza
Un sentido á otro sentido,
Pues hoy el precepto ordena
Que vea porque no escuche,
O escuche porque no vea.

FLORA.

Yo soy aquella tapada
Que fué la ocasion primera
De vuestro disgusto: bien
Os lo habrán dicho las señas.
No pensé cuando os llamé
Que de tanto empeño fuera
Ocasion; pero en nosotras
Siempre esta disculpa es necia.
Así como las espadas
Sacasteis, turbada y ciega
Me ausenté; mas de un criado,
Que os siguió, la diligencia
Supo que nunca salisteis
De aquí. Con esta sospecha,
A buscaros he venido;
Fiada en que de cualquiera
Secreto habia de ser
El oro llave maestra;
Y así, falseando las guardas,
Rompí á esta torre la puerta.
A ella vengo, á disculparme
Con vos de mi inadvertencia,
Y á daros, señor, las gracias
De la resolucion vuestra.
Ya sé que sois forastero,
Y que volveros es fuerza
Brevemente; y por si acaso
Hoy la justicia no os deja
Con que podais, esta joya
Vuestra mejor posta sea;
Que las espuelas del oro
Son las mejores espuelas.
No quiero, no, que volvais,
Publicando á vuestra tierra,
Que son desagradecidas
Las mujeres de Viena;
Pues por lo ménos direis,
Cuando mas os quejeis de ellas,
Que si una os empeñó, supo
Desempeñaros la mesma;
Y de mas á mas hubo otra,
Que os ampare y os defienda;
De modo que trajo un daño
Doblada la recompensa.
Con esto, adios.

DON CÁRLOS.

Cuando vi
Que recatada y cubierta
Me hablábades, esperé
Oir agravios y quejas;
No mercedes y favores;

Digitized by Google

Y aquí deciros pudiera
Lo que á mí me dijo Flora,
Aunque al reves; pues si ella
Dijo: «Si cuando me ofendes,
Tantos cuidados me cuestas,
¿Qué dejas que haga por tí,
Cuando me obligues?» la opuesta
Razon milita, pues yo
Te digo á ti, que ¿qué dejas,
Si te encubres, cuando obligas,
Que hacer para cuando ofendas?
En efecto, hermosa dama,
(Que en fe creo tu belleza,
Pues ya es hermosa quien es
Agradecida y discreta),
No he menester desengaños
Del valor ni la nobleza,
Ni esa joya, que estimara
Mas que por rica, por vuestra.
Solo lo que he menester,
Es conoceros; si esta
Merced de vuestro recato
No trae, señora, licencia,
Tambien, tambien la perdono,
Y aun la atribuyo á clemencia;
Pues si apénas hoy la noche
Desplegado habrá la negra
Sombra, cuando yo de aquí
Salga, es piedad que en mi ausencia
Tenga ménos que sentir,
Quien ménos que perder tenga.

FLORA.

¿Esta noche habeis de iros?

DON CÁRLOS.

Sí.

FLORA.

¿Por qué con tanta priesa?

DON CÁRLOS.

Porque para este hospedaje
Es una vida pequeña
Satisfaccion, y he de irme,
Por no hacer mayor la deuda.

FLORA.

¿No os ampara Flora?

DON CÁRLOS.

Flora
Es de mi vida defensa.

FLORA.

Pues ¿qué temeis?

DON CÁRLOS.

Que por darme
Vida á mí, su opinion pierda;
E importa ménos mi vida.

ESCENA III.

SILVIA, DINERO.—FLORA, *tapada;* DON CARLOS.

SILVIA. (*Dentro.*)

Ya he dicho que se detenga.

DINERO. (*Dentro.*)

Ya he dicho yo que me escuche,
Y tampoco lo hace ella.

FLORA.

Voces oigo, caballero.
Ahí aquesa joya os queda.
Adios, adios: no entre alguno
Que en aquesta parte os vea;
Que á mí no importara tanto.

DON CÁRLOS.

Id con Dios, enigma bella
De mis sentidos. Amor,
¡Qué confusiones son estas!

(*Vase Don Cárlos, cierra la puerta, y sale Silvia.*)

FLORA.

¿Qué era eso, Silvia?

SILVIA.

Un criado
De Cárlos, que ahora sueltan
De la cárcel, segun dice,
Quiere, señora, por fuerza
Entrar hasta aquí, y lo cumple.

FLORA.

Pues no quiero que me vea,
Porque cuando allá los dos
Se dén de estas cosas cuenta,
No pueda decir que á mí
Me vió en mi casa encubierta.

(*Sale Dinero.*)

DINERO.

Señoras, las mis señoras,
Estadme por Dios atentas;
Que esto de oir á un hombre, es cosa
Que se hace con una bestia.
Quien hubiere visto á un amo
De cara abultada y fresca,
Que nunca pagó racion,
Que son sus mejores señas,
Perdido de ayer acá,
A restituirle venga,
Le darán su buen hallazgo,
O, á quien le encubra y le tenga,
Se le pedirán por hurto.

FLORA. (*Ap.*)

¿Quién vió locuras mas necias?

SILVIA.

¿Qué quereis?

DINERO.

Yo soy criado
De un hombre, que puso apénas
Los piés en Viena, cuando
Las manos puso en Viena
En un caballero. Al caso;
Que esta es relacion superflua.
Dicen que cierta ventana
Aquí le sirvió de puerta;
Y quisiera, si es posible,
Ver la ventana ó tronera
Por donde salió este truco,
Y arrojándome por ella,
Dejarme rodar, á ver
Si doy con él: experiencia
Que se hace con las bolas,
Cuando se pierde una de ellas.

FLORA. (*Ap. á ella.*)

Despide, Silvia, á ese loco;
Que descubrirme quisiera,
Y no me atrevo.

SILVIA.

Ya he dicho
Gentilhombre, que se vuelva;
Que de ese hombre no sabemos.
No haga que de otra manera
Se lo haga decir á palos.

DINERO.

Pesárame de oir su lengua,
Y así me voy. (*Ruido dentro.*)

SILVIA.

Gente viene.

DINERO.

Y vive Dios, que es Don César.
¿Qué le he de decir?

FLORA.

(*Ap.* ¡Mi padre!)
(*A Silvia.* ¿Qué haré, porque no me vea
Con manto?)

SILVIA.

Hacer lo que hizo
Una dama en la comedia.

FLORA.

¿Qué fué?

SILVIA.

Echársele en la manga.

FLORA.

No puedo, porque ya llega.

SILVIA.

Temblando de miedo estoy.

FLORA.

Yo estoy turbada.

SILVIA.

Yo muerta.

ESCENA IV.

DON CESAR.—FLORA, SILVIA, DINERO.

DON CÉSAR.

Flora, ¿qué es esto? A estas horas,
¿Dónde vas?

FLORA.

Yo no voy fuera.

DON CÉSAR.

Pues ¿de dó de vienes?

FLORA.

Yo
De ninguna parte.

DINERO. (*Ap.*)

Ella
Es Flora, tapada en casa.
Pues, ¿qué tramoyas son estas?
Si ello va á decir verdad,
Toda es gente honrada y buena,
Mas mi amo no parece.
Quiera Dios que por bien sea.

DON CÉSAR.

Pues ¿qué haces aquí con manto,
Si ni vas, ni vienes fuera?

FLORA.

Trájomele ahora acabado
Ese sastre, y porque viera
Silvia si estaba bien hecho,
Me le probé.

SILVIA.

Es cosa cierta.
Para en casa se le puso;
Que ni va, ni viene fuera.

DINERO.

(*Ap.* Disculpa es comun de tres;
Quiero aprovecharme de ella.)
¡Y cómo que está excelente!
¡Miren qué capilla esta,
Y qué ruedo! ¡Vive Dios,
Que viene por excelencia!

FLORA.

Bueno está. Dóblale, Silvia,
Y guárdale, hasta que sea
Tiempo de quitarme el luto.

DINERO.

Muchos rompa tu belleza.

DON CÉSAR.

Venid acá. Vos ¿no sois
Aquel criado, que era
De Don Cárlos de Colona?

DINERO.

Concedo la consecuencia.

FLORA. (*Ap.*)

No previne que mi padre
A este hombre conociera.

Digitized by Google

DINERO.

Pero ántes que le sirviese,
Oficial fuí de tijera
De sastre; mas de pecado
(Todo es una cosa mesma)
Me sacó, porque me vió
Convertir una cuaresma.
Viendo yo que me soltaste
Niño y solo en patria ajena,
Con el maestro entré, de quien
Fuí aprendiz allá en mi tierra.
Mandóme traer ese manto,
Porque allá no se estuviera,
Puesto que estaba acabado,
Lleno de polvo en la percha.
Esta es la verdad en Dios,
Mas no en Dios y mi conciencia,
Porque no la tiene un sastre;
Y para que tú lo veas,
Si la tiene ó no la tiene,
El vendrá á ajustar las cuentas. (*Vase.*)

DON CÉSAR.

¡Notable humor! Vos haced
Que en mi cuarto luz enciendan,
Y sea presto, porque tengo
De volver á salir fuera.

FLORA.

¡A estas horas!

DON CÉSAR.

Sí; á estas horas.

FLORA.

¿No ves que ya el sol se acuesta?

DON CÉSAR.

¿Qué importa eso, si es preciso
Hacer una diligencia? (*Vase.*)

ESCENA V.

FLORA, SILVIA.

FLORA.

Ya alentar el alma puede.

SILVIA.

Señora, pues que tambien
El mal se convierte en bien,
Cosa que nunca sucede,
Déjame aquí discurrir
En estas cosas, por Dios,
Y digamos hoy las dos,
Lo que otros han de decir.
¿Qué quiere ser, disfrazada
Dentro de tu casa ser
Aventurera mujer,
Hablando á este hombre tapada?

FLORA.

Pareceme que estará
Toda su ropa perdida,
Y querer agradecida
Socorrerle.

SILVIA.

Bien está;
Pero, para remediar
Sus daños, ¿para qué ha sido
Disfraz de manto y vestido?
Pues bien le pudieras dar
La joya, y fuera mas justo,
Si con esto te mostrabas
Liberal; á él le pagabas,
Y á mí me ahorrabas el susto.

FLORA.

¿Y qué dijera de mí
Despues, si ahora me viera
Tan liberal? ¿Qué dijera,
Sino que yo agradecí
Dar á mi primo la muerte,
Pues asesino mi amor
Le pagaba su rigor?
Luego fué bien de esta suerte
Ser generosa, sin ser
Conocida, pues así
Conmigo y con él cumplí.

SILVIA.

Y en fin, ¿qué habemos de hacer
De este hombre?

FLORA.

No es justo, no,
Que duda en aqueso haya:
Abrir, Silvia, y que se vaya,
Aunque quede muerta yo.
¿Volvió á salir tu señor?

SILVIA.

Sí.

FLORA.

Pues sé tú misma juez,
Que vence honor una vez
En las batallas de amor.
No pues la vanidad mia
Crea fáciles engaños;
Que si amor de muchos años
Sabe olvidar en un dia,
Amor de un dia mejor
En muchos años sabrá
Olvidarse; claro está.

SILVIA.

Yo llamo pues. (*Lo hace así.*)

FLORA.

¡Ay amor!
No aquí me despeñes, no
Postres mi respeto aquí;
Que si tapada otra fuí,
Ya descubierta soy yo.

ESCENA VI.

DON CÁRLOS.—FLORA, *descubierta*; SILVIA.

FLORA.

Señor Don Cárlos, ya es hora
Que de aquesta casa os vais;
Y si es que obligado estais
De mis servicios...

DON CÁRLOS.

Señora,
De vuestras piedades soy
Un esclavo, y lo he de ser.

FLORA.

Una cosa habeis de hacer
Por mí.

DON CÁRLOS.

Esa palabra os doy.

FLORA.

Que nunca á nadie digais
Que en mi casa habeis estado
Escondido y retirado.

DON CÁRLOS.

Poco en eso me mandais;
Que es piedad tan singular
Como en vos llego á advertir,
Imposible de decir,
Y imposible de callar.
Luego en lo que me mandais,
No os sirvo, pues no pudiera
Decirlo yo, aunque quisiera,
Del modo que vos obrais.
Luego por mi cuenta hallo
Que tiene vuestra piedad
La misma dificultad
En decillo que en callallo;
Y así resuelto en hablar
Y callar, sabré sentir,
Por ser bien tan singular,
Imposible de decir
Y imposible de callar.
Y en fe de este sacrificio
Que tan á mi costa ofrezco,
Si de piedad os merezco
Otro género de indicio,
Os suplico perdoneis
Este atrevimiento necio,
Y á esta humilde joya precio
Inmortal, señora, deis,
Con hacerla vuestra. Enojos
No alteren vuestros sentidos;
Que es bien rindan los oídos
Sus trofeos á sus ojos.
No teneis que discurrir;
Que hoy es recibir y dar
Imposible de callar,
Y imposible de decir.

FLORA.

Señor Don Cárlos, yo estimo
La joya que me ofreceis,
Mas no quiero que penseis
(*Ap.* Mal mis afectos reprimo.)
Que con ella (*Ap.* Ciega lucho
Conmigo.) ya en la posada
No quedais á deber nada,
Que quedais á deber mucho;
Pues si bien considerais
Estos extremos que haceis,
Sin saber cómo, ofendeis
Con lo mismo que obligais;
Pues á mí me ofende quien
Presume pagarme así,
Y me ofende á mí por mí.
Esto es enigma tambien.
Idos con Dios, que es muy tarde,
Y no me pagueis con nada.

DON CÁRLOS.

Pues dádsela á una criada;
Y á Dios, señora, que os guarde.
Pero ¿quién se podrá ir
Con tal duda? Sepa pues
Algo de ese enigma.

FLORA.

Es
Imposible de decir.

DON CÁRLOS.

¿Pues para qué fué empezar,
Dejando de esa manera
Sin luz ni sentido?...

FLORA.

Era
Imposible de callar.

SILVIA.

Si tan adelante pasa
La plática, cuando está
Para irse, ¿cuánto va
Que vuelve á quedarse en casa?
Vamos.

DON CÁRLOS.

¿Qué sirve mirar?...

SILVIA.

Vete tú.

FLORA.

¿Qué sirve oir?...

DON CÁRLOS.

Si es mi mal...

FLORA.

Si es mi pesar...

DON CÁRLOS.

Imposible de decir.

FLORA.

Imposible de callar. (*Vanse.*)

—

Digitized by Google

Jardin de casa de Laura.—Noche.

ESCENA VII.

ARNALDO, NISE.

NISE.

En esta oculta parte
Del jardin, escondido has de quedarte,
Entre tanto que Fabio
Se recoge.

ARNALDO.

Ni el pié, Nise, ni el labio
Darán de mí señales.
Viva estatua seré de sus cristales.

NISE.

En estando acostado,
Bajará Laura aquí. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ARNALDO.

De mi cuidado
El suyo es digno empleo.
¡Cuán á costa el amor vende un deseo!
¡Oh noche, sombra fuerte
Del temor, del asombro y de la muerte!
¡Oh noche oscura, manto
Del horror, del asombro y del espanto!
Si emperatriz del sueño,
De cipres coronada y de beleño
Tienes la adusta frente
En el lóbrego imperio de occidente,
Triunfe tu hueste umbría
Del mas hermoso ejército del dia;
Que, si en su sombra oscura,
Pues sin luz deja hallarse la hermosura,
La de Laura merezco,
Verás que á tu deidad pálida ofrezco
Por victorioso ejemplo,
De ébano, bronce y jaspe negro templo,
Atezada coluna
Del cóncavo edificio de la luna,
Y en tus altares tu deidad ingrata
En una estatua de azabache y plata,
Cuyas tímidas plantas,
Estrellas dén, en vez de flores, cuantas
Esa inconstante esfera
Le debe á tu nocturna primavera;
Y no serán errores,
Que si estrellas del dia son las flores,
Y tú las atropellas,
Flores son de la noche las estrellas.

ESCENA IX.

LAURA, NISE.—ARNALDO.

LAURA. (*A Nise.*)

Quédate tú á la puerta
De Fabio. Avisarásme, si despierta.

NISE.

Allí te está esperando. (*Retírase.*)

LAURA.

¿Es Arnaldo?

ARNALDO.

No sé, que estoy dudando,
Viéndome tan dichoso,
Si soy otro, y dudoso,
Tengo en tan dulce abismo
El favor y los celos de mí mismo.

LAURA.

Pues cré el favor, y duda los recelos;
Que nadie mas que tú debe á los celos.

ARNALDO

No sé de qué manera.

LAURA.

Si mi hermano de tí no los tuviera,
Y necio su cuidado
No se hubiera conmigo declarado,
A esto no me obligara,
Pues con verte de dia consolara
La pena, Arnaldo, mia.
Luego, quitando este lugar al dia,
Se le han dado á la noche los recelos;
Luego terceros tuyos son sus celos.

ARNALDO.

Al que de algun veneno
El pecho, Laura hermosa, tiene lleno,
Otro veneno cura;
Así yo, á quien la muerte le procura
Una pena que al llanto me condena,
El antídoto hago de otra pena,
Pues veneno á veneno se prefieren,
Y vivo yo de lo que tantos mueren.

LAURA.

Poco mi amor te debe,
Pues el dolor que tus acciones mueve,
Desde el dia funesto [to!
De la muerte de Licio... ¡Mas qué es es-

(*Dentro ruido.*)

ARNALDO.

Un hombre se ha arrojado
Al jardin.

LAURA.

¿Quién será?

ARNALDO.

Póco ha durado
Un bien que dan los celos.
Presto vienen por él.

ESCENA X.

DON CARLOS.—DICHOS.

DON CÁRLOS. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

LAURA.

Sin duda que es mi hermano.

ARNALDO. [llano.

No, que él no entrara de esta suerte es

LAURA.

Pues ¿quién quieres que sea?

ARNALDO.

Quien este lance averiguar desea.
(*Saca la espada.*)
Yo he de saberlo así.

LAURA.

De pena muero.

(*Sale Don Cárlos.*)

ARNALDO.

¿Quien va? Quién es? Quién viene?

DON CÁRLOS.

Caballero,
Merézcaos tan noble brio
Mas ilustre vencimiento.
No contra un hombre postrado
Rayos esgrimais de acero,
Porque es inútil victoria.
Quitarle la vida á un muerto.
Si acaso de aquesta casa
Sois el generoso dueño,
Mi atrevimiento suplid,
Si es la fuerza atrevimiento.
Un hombre soy desdichado,
Tanto, que mil veces creo
Que el cuerpo de las desdichas
Es la sombra de mi cuerpo.
De una casa en otra he entrado,
Hasta este jardin, huyendo
De la razon de un marido,
(*Ap.* Por deslumbrarle, le miento.)
A quien en defensa honrosa
De mi vida herí. Supuesto
Que hidalgas desdichas hallan
Lugar en hidalgos pechos,
Solo que me deis os pido,
Solo que me deis os ruego
Paso á otra casa, hasta tanto
Que tome sagrado puerto
Este desnudo bajel,
Este derrotado leño,
Que va corriendo fortuna
En un mar que todo es viento.

ARNALDO.

Hidalgo...

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ARNALDO.

Cualquiera
Que seais, á tanto estrecho
Os trae la suerte, que aquí
Daros, ni negaros puedo
El paso, porque á los dos
Nos está mal el concierto:
A vos, porque si os le doy
A esotra casa, os empeño
Mas, que son del Potestad
Los jardines, que con estos
Confinan, y será daros
Prision y no retraimiento;
A mí, porque no soy parte
Para ocultaros. No tengo
Que declarar la ocasion.
Esto basta, y así luego
Podeis volver á salir,
Por donde entrasteis, supuesto
Que ni pasar ni quedaros
Os está bien.

DON CÁRLOS.

Deteneos,
Que si es riesgo mio el pasar,
Y el quedarme daño vuestro,
Por excusar vuestro daño,
Quiero atropellar mi riesgo.
Dadme paso á esos jardines,
Que decís; que quizá en ellos
Guardará la confianza
Lo que aquí no guarda el miedo.

ARNALDO.

Ya me dais mas que pensar:
Pues delincuente que huyendo,
A la justicia no teme,
Arguye mayor secreto;
Y ya ni iros ni quedaros
Ha de ser, sin conoceros.

DON CÁRLOS.

¿Qué os importa?

ARNALDO.

Saber solo
Si esto ha sido fingimiento
Para conocerme á mí.

DON CÁRLOS.

Ciego fuera, y mas que ciego,
Quien á tanta luz no viera
Hurtos de amor y de celos.
No querais mas desengaño
De que á buscaros no vengo,
Sino que viendo á esa dama
Me voy, y con ella os dejo;
Pues, aunque fuera verdad,
Mayor victoria no creo
Que quedar con ella airoso,
Si ella me viera ir huyendo.
La causa de no temer
Esa casa, es porque tengo
Noticia de ella, y sabré
De ella escaparme mas presto.

Digitized by Google

ARNALDO.

Pues nadie fuera cobarde
A los ojos de sus celos,
No quiero mas desengaño,
Mas satisfaccion no quiero.
Llegad, que de este emparrado,
Como yo os ayude, es cierto,
Que pasaréis fácilmente.

DON CÁRLOS.

La vida diré que os debo.
(*Ap.* Huyendo de mi prision,
Flora, á tu prision me vuelvo.)
(*Vanse los dos.*)

LAURA.

¡Quién vió mas extraño lance!
¡Quién vió mas raro suceso!
La primera noche que...
(*Dan golpes dentro.*)

ESCENA XI.

DON CESAR, *y luego* FABIO. — LAURA; ARNALDO, *que vuelve.*

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

Abrid estas puertas presto.

LAURA.

¡Ay de mí! ¿qué ruido es este?

ARNALDO. (*Volviendo.*)

Ya pasó. — Pero ¿qué estruendo
Oigo?

FABIO. (*Dentro.*)

Hola, dadme una luz.
¡Ruido en mi casa! ¡qué es esto!

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

Abrid aquí.

ARNALDO.

¿Qué he de hacer?

LAURA.

Salir tú tambien.

ARNALDO.

No puedo;
Que si el otro...

LAURA.

¡Ay infelice!

ARNALDO.

Pudo, fué porque yo...

LAURA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

Le ayudé á salir, y quien
A mí me ayude, no tengo.

LAURA.

Ya entra luz: procura pues,
Retirarte á un aposento.
(*Vase Arnaldo.*)

ESCENA XII.

FABIO; CRIADOS, *con luces.*—LAURA.

FABIO.

Yo sabré... ¿Quién va? Quién es?

LAURA.

Yo, señor.

FABIO.

¡Pues tú (¿qué es esto?)
En el jardin á estas horas!

LAURA.

De mi cuarto salí huyendo
A las voces.

FABIO.

Esas puertas
Abrid todas, y verémos
Quién llama. (*Un criado va á abrir.*)

ESCENA XIII.

DON CESAR, CELIO, GENTE. — FABIO, LAURA, CRIADOS.

DON CÉSAR.

Señor Don Fabio,
Que no os altereis os ruego
De esta novedad; que quien
Fué tan prevenido y cuerdo
A avisarme que sabia,
Si bien no tuvo allá efecto,
Donde estaba este homicida,
Y mostró tanto deseo
De su prision, dará el susto
Por bien empleado, á trueco
De que le prendan.

FABIO.

Pues ¿dónde
Está?

DON CÉSAR.

Siguiéndole vengo;
Que á las puertas de mi casa
Le reconocí, bien cierto
Que es él, segun dicen todos.
Al fin, mas veloz que el viento
Volvió la espalda, y se entró
En una casa. En efecto,
De una en otra llegó á echarse
En estos jardines vuestros.

FABIO.

Pues si él se echó en mis jardines,
No hay duda de que esté en ellos;
Que no hay por donde salir.

DON CÉSAR.

Mirad pues la casa.

(*Entranse algunos criados por diferentes partes.*)

LAURA.

¡Cielos!
¡Que desdicha es esta mia!
Si hallan á Arnaldo, yo muero,
Pues los celos de mi hermano
Serán agravios, no celos.

ESCENA XIV.

ARNALDO, *embozado y con la espada desnuda, retirándose de los* CRIADOS. — LAURA, DON CESAR, FABIO.

DON CÉSAR.

Aquí está un hombre embozado.

FABIO.

Descubríos ya.

ARNALDO.

Primero
Perderé la vida.

DON CÉSAR.

(*A los criados.* Fuera,
Apartaos.) Deteneos, (*A Arnaldo.*)
Señor Don Cárlos Colona.

ARNALDO. (*Ap.*)

¡Qué escucho! Viven los cielos
Que aquel era mi enemigo.

DON CÉSAR.

Aunque tantas causas tengo
Para vengarme de vos,
Por otros justos respetos
Os sufro esta demasía,
Os paso este atrevimiento.
Daos á prision.

LAURA. (*Ap.*)

Ya ¿qué aguardo?

ARNALDO.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer? Si aquí me entrego
Preso, dejo de decir
Que es Cárlos el que va huyendo,
Y despues de darle vida,
Espaldas le hago yo mesmo.
Pues tambien, si me descubro,
A Laura infelice pierdo,
Pues hará, en viéndome Fabio,
Evidencia los recelos.
Pues decir que el otro huyó,
Es decir que ya está dentro;
Descubrirme es villanía,
Bajeza estarme encubierto,
Y resistirme imposible.
En una balanza puestos
Están mi vida y su honor.
Pero ¿qué dudo, qué temo?
Mas es su honor que mi vida.)
Señor Don César...

LAURA. (*Ap.*)

Hoy muero.

ARNALDO.

Solamente á vos rindiera
Esta vida y este acero.
Vuestro preso soy.

DON CÉSAR.

Volvedle
A la cinta. — Llèva, Celio,
A Don Cárlos á la torre.

ARNALDO. (*Ap. á él.*)

Celio, vamos.

CELIO. (*Ap. á Arnaldo.*)

Pues ¿qué es esto?
¡Vos sois!

ARNALDO. (*Ap. á él.*)

Calla, Celio, calla;
Que importa mucho el secreto.
(*Vanse Celio, Arnaldo y criados.*)

DON CÉSAR.

Fabio, adios.—Perdonad, Laura,
Este alboroto.

LAURA.

No puedo;
Que hay mucho que perdonar.

FABIO.

Yo tengo de iros sirviendo.

DON CÉSAR.

Eso no. (*Ap.* Ya en mi poder
Cárlos está. Ya me veo
Entre amistad y venganza,
A dos impulsos atento.
Ya la obligacion de juez
Cumplí, y la de amigo espero.
Déme la venganza ira,
Déme la amistad consejo,
Déme la prudencia aviso,
Y deme paciencia el cielo.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

LAURA, FABIO.

LAURA. (*Ap.*)

¡Preso Arnaldo por la muerte
Que mas llora, habiendo él mesmo
Dado á su enemigo vida,
Y tener yo sufrimiento,
Para no haber dado voces!
¡Qué es esto, cielos, qué es esto!

FABIO. (*Ap.*)

¡Laura vestida á estas horas,
Y en el jardin encubierto
Este hombre, este homicida!

Digitized by Google

¡Haber, en guardarse, puesto,
El rostro, tanto cuidado!
¡Qué es esto, cielos, qué es esto!

LAURA. (*Ap.*)

Pero en sabiendo quién es,
Darle libertad, ¿no es cierto?

FABIO. (*Ap.*)

Pero ¿qué dudo, si César
Aquí le vino siguiendo?

LAURA. (*Ap.*)

Mas ¡ay! ¿qué dirá mi hermano,
Si mañana no hay tal preso?

FABIO. (*Ap.*)

Con saber quién es mañana,
¿Todas las dudas no absuelvo?

LAURA. (*Ap.*)

No hay medio, no, á mis desdichas.

FABIO.

(*Ap.* A mi mal no hay otro medio.)
Laura.

LAURA.

Fabio.

FABIO.

Tarde es ya.
Recógete á tu aposento.

LAURA. (*Ap.*)

Así pudiera ¡ay de mí!
Recoger mis pensamientos.
¡Qué cobarde es el honor!

FABIO. (*Ap.*)

¡Qué atrevidos son los celos!

—

Cuarto de la torre.

ESCENA XVI.

SILVIA Y DON CARLOS, *por la puerta de la torre, á oscuras.*

DON CÁRLOS.

Dicha fué de un desdichado
Que tú á tales horas fueras,
La que á este jardin vinieras,
Donde ya desesperado
Estaba.

SILVIA.

Yo me he atrevido,
Despues de pasado el susto
De hallarte en él, aunque injusto
Atrevimiento haya sido,
Sin dar parte á mi señora,
A traerte al retraimiento.
Quédate aquí, porque intento
Ir á decírselo ahora.

DON CÁRLOS.

Pues dila que apénas yo
De su casa me ausenté,
Cuando á su padre encontré,
Qué á conocerme llegó:
Que porque no me prendiera,
Varias fortunas corrí,
Hasta haber parado aquí,
Como en mi centro y esfera.
Dila que me hallaste en fin
En su jardin, donde via
Por aquella celosía
La deidad de su jazmin.

SILVIA.

Todo aqueso la diré;
Y quédate, porque ya
Muy presto mi amo vendrá,
Y si me siente, no sé
Qué disculpa pueda dar
De estar vestida á esta hora.

(*Vase, y cierra.*)

DON CÁRLOS.

Discúlpame tú con Flora,
Triunfarás de mi pesar.
¿A quién habrá sucedido
En el mundo semejante
Caso? ¿Hay caballero andante
Que pueda?... Pero ¿qué ruido
Escucho hácia estotro lado
De la torre? ¿Si por donde
A otra casa corresponde,
Han abierto?

ESCENA XVII.

ARNALDO, CELIO, *con una luz.* — DON CARLOS.

(*Celio abre despacio la puerta, y sale con Arnaldo; Don Cárlos se retira á un lado.*)

DON CÁRLOS.

Ya han entrado
Con luz dos hombres. ¿Qué haré?
Sin duda que me han seguido
Hasta aquí, y aquí han venido
A darme muerte, porque
De vista conozco al uno,
Que al lado de Licio estaba
Riñendo. ¿Hay pena mas brava?
Hay lance mas importuno?
La casa miran. Lo estrecho
De este paso he de tomar.
Vive Dios, que han de llegar
Cara á cara, y pecho á pecho.

CELIO.

De la torre y de mi casa,
Esta es la pieza mejor.

(*Don Cárlos tercia la capa, y empuña la espada; Celio pone la luz sobre un bufete.*)

ARNALDO.

De cualquier suerte en rigor,
Celio, una noche se pasa.

CELIO.

Con causa admirarme puedo
De vuestro suceso.

ARNALDO.

En fin,
Estaba yo en el jardin
Con Laura...

CELIO.

Hablemos mas quedo.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Si vinieran á buscarme,
No tan despacio vinieran.
Si no me buscan, ¿qué esperan?
¡Oh, si pudiera acercarme,
A oir lo que hablan! Mas no:
Mas vale estar retirado;
Que si ellos no me han buscado,
¿Por qué he de buscarlos yo?

ARNALDO.

En efecto, le dí paso
A quien la muerte le diera
Donde quiera que le viera,
Y quedé yo...

CELIO.

Hablad mas paso.

ARNALDO.

De suerte que mi piedad
Vuelta entónces contra mí,
Porque al otro se la dí,
Me dejó sin libertad.
En vuestro poder estoy,
Por lo que mas lloro, preso.

CELIO.

Bien extraño es el suceso;
Pero ya desde aquí doy
Las gracias al desengaño,
Pues en viéndôs, claro está
Que César os soltará
Libremente.

ARNALDO.

No es mi daño,
El que yo siento. ¡Pluguiera
Al cielo en eso parara!
Que el delito confesara,
Porque Laura no tuviera
Esta sospecha en su fama;
Que es infamia conocida
Consolarme con mi vida,
Tan á costa de mi dama.

CELIO.

Yo bien quisiera tener,
Arnaldo, una industria, un modo
Para sacaros de todo.

ARNALDO.

Uno solo puede haber.

CELIO.

¿Cuál es?

ARNALDO.

Déjarme salir
A avisar y disponer
A Laura lo que ha de hacer,
Y lo que yo he de decir;
No discrepemos los dos.
Lo que hemos de hacer, sepamos
Porque una cosa digamos.
Yo volveré, vive Dios,
Brevemente.

CELIO.

No quisiera
Que os volvieran á buscar;
Mas algo ha de aventurar,
El que serviros espera.
Pero ved, que de vos fia
Mi honor su reputacion.

ARNALDO.

Yo volveré á la prision,
Antes que declare el dia.

CELIO.

Id con Dios.

ARNALDO.

Con eso alcanza
Nuevas prisiones mi pena,
Porque la mayor cadena
De un noble, es la confianza.

(*Vanse los dos, y dejan la luz.*)

ESCENA XVIII.

DON CARLOS.

¿Fuéronse? Sí. ¿A qué han entrado
Estos hombres? ¡Oh, quién fuera
Tan venturoso, que hubiera
Oido lo que han hablado!
Ni una palabra entendí,
Ni una razon escuché;
Y solo de aquesto sé
Que ya no estoy bien aquí.
Pues, entrando aquí esta gente,
Es forzoso que me vean,
Y tantos contra mí sean.
Y en fin lo mas conveniente
Es el irme. ¡Oh quién contar
Pudiera á Silvia, (¡ay de mí!)
Esto, que ha pasado aquí!
¡Oh quien pudiera llamar
Sin hacer ruido! ¿Mas ya

(*Ruido de probar una cerradura.*)

Para qué? Ella lo sabe,
Pues vuelve á torcer la llave.
¿Quién duda, que ella será?
Mato la luz... pero no.
Mejor es que sea testigo
Que acredite lo que digo.
¿Quién es, quien me busca?

Digitized by Google

ESCENA XIX.

DON CESAR. — DON CARLOS.

DON CÉSAR.

Yo.
Yo soy, Cárlos.

DON CÁRLOS.

¡Señor, vos!...

DON CÉSAR.

Dejad turbados extremos,
Y sentaos, que tenemos
Que hablar á solas los dos. (*Siéntanse.*)
Señor Don Cárlos Colona,
No os admire, no os espante
Que á estas horas os visite
En esta torre, esta cárcel,
Quien es en vuestros sucesos
Abogado, juez y parte,
Y hace un todo de desdichas,
Compuesto de dos mitades.
Yo quise pues esperar,
Para hablaros, á que nadie
Me vea entrar en vuestro cuarto,
Y así vengo, cuando yace
En el sepulcro del sueño
Toda mi casa cadáver.
Confuso estareis de oirme
Tan apacible y afable
Ahora, habiéndome visto
Que fui tan rigoroso ántes.
Pues para que no lo estéis,
Reportaos y escuchadme,
Que dificultades dichas,
Ya no son dificultades.
Yo soy el mayor amigo
Que ha tenido vuestro padre,
Sin que esta amistad el tiempo,
Ni la melle ni la gaste.
La vida y el honor mio
Le debo, y he de acordarme,
Entre tan grandes ofensas,
De obligaciones tan grandes.
Acuérdome pues que un dia,
Siguiendo los estandartes
Católicos, que á los cielos
Lleva en sus alas el ave
De dos cuellos, tuve yo
Con dos nobles de la sangre
De Nasau, deudos cercanos
Del gran príncipe de Orange,
Un desafío, y saliendo
A campaña, porque iguales
Estuviésemos, saqué
Por segundo á vuestro padre.
En fe pues de su valor,
Salí ufano y arrogante,
Tanto que limpió mi honor
Fué...mas no quiero acordarme;
Que se corre la vejez
De escuchar sus mocedades.
Esta obligacion y muchas
En mi pecho escritas trae
Mi valor; que un pecho noble
Es lámina de diamante;
Y siéndolo, no, no es mucho,
Que en mí dure sin borrarse,
Cuando con buril de acero,
Cárlos, la grabó con sangre.
Venisteis vos á Viena,
Donde (esto en silencio pase)
La fortuna, que no hay quien
Mejores novelas trace,
Por una parte me pone
En ocasion de vengarme,
Y de ampararos por otra:
Y yo, en confusion tan grave,
Conociendo que hay en mí
Dos afectos tan iguales,
Dos impulsos tan conformes,
Dos deseos tan constantes
De piedades y rigores,
Mezclándolos cada instante,
Hago un cuerpo, en que no son
Ni rigores ni piedades.
Preso estais en mi poder.
Desdicha fué que os hallase
En aquel jardin, y bien
Mostré de veros pesarme;
Pues por no veros, la capa
Nunca os quité de delante.
No pude dejar entónces
Entre obligaciones tales
De estar severo, ni ahora
Puedo dejar de mostrarme
Piadoso, porque pretendo
Satisfacer á ambas partes.
Y así, si entónces fui juez,
Ahora amigo; si allí parte,
Aquí abogado. Ved vos
Qué disculpa podeis darme,
Qué descargo puedo haceros,
Qué medio puede tomarse,
Para que cumpla yo á un tiempo
Con las quejas de mi sangre,
Los ruegos de mi amistad,
Las deudas de vuestro padre,
La obligacion de mi oficio;
Y esto no lo sepa nadie,
Porque, si ahora soy amigo,
Mañana juez. Dios os guarde.
(*Vase, cerrando la puerta.*)

ESCENA XX.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Hay suceso mas notable?
¡Quién vió mayor confusion!
¡Quién vió mas extraño lance!
¡Don César, cuando escondido
Aquí estoy, á visitarme
Viene, sin que el verme aquí,
Ni le enoje, ni le agravie!
Cuando pensé que venía
A prenderme, ó á matarme,
¡A contarme, viene, cielos,
Desafíos de mi padre!
Aquí hay algun grande engaño,
O alguna traicion hay grande;
Porque (apuremos el caso)
Supongo que sepa alguien
Que aquí me escondo. ¿Es posible,
Que con tal paciencia trate
Sus agravios? No, pues cuando
Quiera por su honor no darse
Por entendido, pudiera
Fingirlo prudente y grave
Con la lengua y con la voz,
Pero no con el semblante;
Porque el semblante en un hombre
Ni puede mentir, ni sabe.
Pues si no puede fingirse
Tan vivamente este lance,
¿Qué jardin es este ¡cielos!
Donde me prendió? Dejadme,
Confusiones; que no es
Posible que un pecho baste,
A resistirse de tantas,
Sin que la menor le mate.
A espacio, á espacio, desdichas;
A espacio, á espacio, pesares.
Vamos cogiendo los cabos
A este caso, que importante
Será recogerlos todos,
Porque no se desenlace
Alguno; veamos, si hay
Memoria, que tantos ate.
Yo á un caballero di muerte
Por un disfrazado ángel;
Su prima y su esposa á mí
Esta torre en que guardarme;
La tapada agradecida
Finezas trueca á diamantes;
Un su amigo, que me busca
Para darme muerte, llave
Tiene de ése cuarto, donde
Entra libremente y sale:
El mismo de quien yo huyo,
Como juez y como parte,
No habiéndome allá prendido,
No extraña que aquí me halle.
Pues ¿qué es lo que puedo hacer
En confusiones tan grandes?
Salir de aquí, es muy difícil;
Esperar aquí, no es fácil.
¡Oh, qué de cosas pendientes
Se quedan para adelante!
Pues es fuerza que mañana
Don César se desengañe,
Flora con él se disculpe,
La tapada se declare,
El enemigo se vengue.
¡Ojalá, porque se allanen
Tantos piélagos de penas,
Montes de dificultades,
Laberintos de recelos!
Y si es que habeis de matarme,
No vengais á espacio, agravios,
No vengais á espacio, males;
Aprisa, aprisa, desdichas,
Aprisa, aprisa, pesares.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

FLORA, SILVIA.

FLORA.

¿Qué me dices?

SILVIA.

Lo que pasa.
En pié la duda se está,
Pues está Don Cárlos ya
Otra vez dentro de casa.

FLORA.

Aunque acabas de decir
Lo que con él te pasó,
Me parece á mí que yo
No lo he acabado de oir:
Y así, ántes que el alba fria,
Envuelta en blanco arrebol,
Dé prisa diciendo al sol
Que es hora que venga el dia,
Me levanto.

SILVIA.

Digo en fin,
Que acostada te dejé:
Que salí al jardin: que hallé
A Cárlos en el jardin:
Que al principio me turbó:
Que al cabo me aseguré:
Que la causa pregunté,
Y que él me respondió,
Diciendo que habia venido
Huyendo otra vez: que entró
Por tal parte, y señaló
Esas tapias que han caido
A los jardines de Laura:
Que allí confesó muriera,
Si acaso yo no saliera:
Que su temor le restaura
Mi piedad, pues le socorre,
Solamente por saber
Que tú lo has de agradecer:
Y al fin que se está en la torre.

FLORA.

Lo que diera mi sentido,
Porque Cárlos no se hubiera

Digitized by Google

Ido ayer, ahora diera
Porque no hubiera venido.
¡Oh qué mal contento amor
Vive siempre! ¡Quién habrá,
Que te agrade! ¡Quién, si está
Siempre flechado tu ardor!
Siempre se escuchan tus quejas
Trocando males y bienes,
Por dejarlos, si los tienes,
Por tenerlos, si los dejas.
Si ayer lloraste un olvido,
No llores hoy una fe;
Si sentiste que se fué,
No sientas que haya venido;
Que aunque daño pueda ser
Mio ver que aquí volvió,
¿Qué te importa á ti, si yo
Te lo quiero agradecer?

SILVIA.

Con el discurso, señora,
Hasta la puerta has llegado
De la torre.

FLORA.

Mi cuidado
El móvil ha sido ahora
De esta accion mia y no mia,
Pues tanto me arrebató,
Que me trajo, sin que yo
Supiese donde venía.
Abre... ¿Pero quién se ha entrado
Hasta aquí? *(Ruido dentro.)*

SILVIA.

El hombre que ves,
El sastre fingido es,
Que fué de Cárlos criado.

FLORA.

¡Que aquí le dejen entrar!

SILVIA.

No así tus lábios se quejen;
Que él se entra aunque no le dejen,
Que es de humor muy singular.

FLORA.

Pues sal ántes que aquí llegue,
Silvia, y dile que se vaya.

SILVIA.

¿Qué importa, si él no ha de hacerlo?

ESCENA II.

DINERO.—FLORA, SILVIA.

DINERO.

Flora, la que llaman casta,
¡Pluguiera á Dios no lo fueras!
Que no es justo que las damas
De todo punto lo sean,
Porque no sirven de nada...

SILVIA.

Deje esas necias locuras,
Y váyase noramala.

DINERO.

¿No habrá un manto, que probar
Siquiera?

ESCENA III.

ARNALDO, *y luego* DON CARLOS.—DICHOS.

ARNALDO. *(Dentro.)*

¡Oh infame! ¡Aquí estabas!
(Dentro cuchilladas.)

FLORA.

¿Qué ruido es este?

DINERO.

¿Qué ruido?
De muy lindas cuchilladas.

FLORA.

Dentro de la torre son.
¡Gran desdicha me amenaza!

ARNALDO. *(Dentro.)*

Donde quiera que yo hallare
A quien me ofende y me agravia,
Puedo darle muerte.

DON CÁRLOS. *(Dentro.)*

Y yo
Guardarme.

ARNALDO.

Estrecha es la sala,
Y hemos venido á los brazos.
(Salen riñendo Arnaldo y Don Cárlos.)

FLORA.

¡Qué miro!

SILVIA.

¡El cielo me valga!

FLORA.

¡Ay triste!

ARNALDO.

Ahora traidor,
Verás si es rayo esta espada,
Que sabrá hacerte pedazos.

DON CÁRLOS.

No harás poco si te guardas.

DINERO.

Para hallarle así, mejor
Fuera que nunca le hallara.

FLORA.

¿Qué es esto, Arnaldo?

ARNALDO.

Traiciones
Tuyas, pues que tú le amparas;
Pero no es mucho, no es mucho,
Si tú misma fuiste causa
De que á tu primo matasen,
Tener dentro de tu casa
A su homicida y tu amante;
Que ahora me desengañas
De que entónces fuéron celos;
Y que el venirse á tu casa
Tan sin temor, fué por esto.
Mas ya que á tu sangre faltas,
No falte yo á la amistad,
Tomando justa venganza.

FLORA. *(Ap.)*

Todo Arnaldo lo ha sabido,
Y que aquí Cárlos estaba,
Y ha entrado á vengar su amigo.
¡Quién vió confusiones tantas!

DON CÁRLOS.

Pues si vengarte deseas,
¿Qué es lo que esperas? Qué aguardas?
(Riñen.)

ESCENA IV.

DON CESAR.—DICHOS.

DON CÉSAR.

¿Qué es esto? Afuera. ¿Qué es esto?

FLORA. *(Ap.)*

Esto solo me faltaba.
Hoy muero.

DON CÉSAR.

¿Cómo se pierde
Así el respeto á mi casa?
Vive Dios...

ARNALDO.

Señor Don César,
El que mas respeto guarda
A estas paredes, soy yo;
Pero hallando en vuestra casa...

FLORA. *(Ap.)*

Ya ¿qué tengo que esperar?
¡Que todo aquí se declara!

ARNALDO.

Escondido ese traidor,
Siendo Flora quien le ampara,
Pues para darle la vida,
Fingió que por la ventana
Salió, y á pesar de todos
En esa torre le guarda,
Quise...

DON CÉSAR.

Suspended, Arnaldo,
Razones tan mal pensadas;
Que es en mi honor, vive Dios,
Delito el imaginarlas.
Si está en mi casa Don Cárlos,
Yo le he traido á mi casa
Preso; que tanto ha podido
Mi cuidado y vigilancia,
Que vine á prenderle anoche
En los jardines de Laura.
El traerle á aquesta torre,
Es, por ser determinada
Prision para caballeros,
O porque yo tengo causas
Para prenderle y honrarle,
Y quiero cumplir con ambas.
Y agradeced que os respondo
Con la lengua y no la espada
A tan descortés malicia
Y sospecha tan villana.
Flora es mi hija, y no pudo...
Idos de aquí; no me haga
La cólera...

ARNALDO.

(Ap. El ha pensado,
Como en su casa le halla,
Que es el que anoche prendió.
Pues me hace la puerta franca,
Y pues así se asegura
La reputacion de Laura,
Y él queda preso, y voy libre,
Esto está mejor que estaba.)
Yo, señor...

DON CÉSAR.

No os disculpeis.

ARNALDO.

Entré...

DON CÉSAR.

No hableis mas palabra.

ARNALDO.

Osado...

DON CÉSAR.

No prosigais.

ARNALDO.

Porque fuí amigo...

DON CÉSAR.

¿Aun no basta?
Vive Dios, que hagais os eche
Desta suerte de mi casa.
(Echale á empujones, y vanse los dos.)

ESCENA V.

FLORA, DON CARLOS, SILVIA, DINERO.

FLORA.

¿Qué tengo ya que esperar?
Don Cárlos, ya veis á cuántas
Desdichas estoy expuesta.
Mi padre no ignora nada
De la verdad, pues Arnaldo
Se lo ha dicho. Estoy turbada.
El decirle que él te trajo,
Supuesto que tal no pasa,

Digitized by Google

Bien se ve que es fingimiento,
Por disimular su infamia;
Mas con nosotros, con quienes
No puede fingir, es clara
Cosa que ha de declararse.
Mi vida, señor, ampara.

DON CÁRLOS.

Dices bien; aunque esperé,
Ser algun engaño causa,
De su agrado, ya con esto
No me queda esa esperanza;
Mas moriré en tu defensa.

FLORA.

Todo es malo, pues que guardas
Mi vida contra mi vida.

SILVIA.

Sin duda que aquí se matan.

ESCENA VI.

DON CESAR.—DICHOS.

DON CÉSAR.

Señor Don Cárlos, aquella
De vuestra prision la estancia
Es. Retiraos y pensad
Que esta cólera bizarra
De Arnaldo fué obligacion
De su amistad. Disculpadla;
Que, pues la perdono yo,
Bien podeis vos perdonarla.
Esto os pido, porque quiero
Yo que entre los dos se hagan
Las amistades.

FLORA. (*Ap.*)

¿Qué es esto?
¡Cuando su muerte esperaba
Tan cortesmente le ruega!
¡Tan blandamente le habla!

DON CÁRLOS.

(*Ap.* En César sin duda hay mucha
Prudencia ó mucha ignorancia;
Y de cualquiera manera,
Será mejor no apurarlas.
Y, pues son tales mis penas,
Y tan grandes mis desgracias,
Que es la menor estar preso,
Esto está mejor que estaba.)
En todo he de obedeceros. (*Vase.*)

DINERO. (*Ap.*)

Ahora entro yo en la danza.

DON CÉSAR.

Vos, ¿qué haceis?

DINERO.

Viendo, que aquí
La fiesta se celebraba
Del amo perdido, al punto
Dejé tienda, perchas, tabla,
Dedal, hilo, seda, agujas,
Jabon, pergamino y vara,
Tijeras, cincel, patrones,
Retazos, mentiras, trampas,
Y lo demas, y aquí vine,
No pensando que enfadara
Dinero; mas yo me iré
Muy mucho de en hora mala;
Que para tí no hay mas ruegos,
Ya lo sé, que irse el que cansa.

DON CÉSAR.

Si á vuestro amo buscais,
Entrad con él.

DINERO.

Lo que mandas
Está tan puesto en razon,
Que no respondo palabra. (*Vase.*)

FLORA. (*Ap.*)

A todos ha respondido,
Y conmigo solo trata
Quedarse. La puerta cierra.

DON CÉSAR.

Silvia, allá fuera te aguarda.
(*Vase Silvia.*)

ESCENA VII.

DON CESAR, FLORA.

FLORA.

(*Ap.* Esto es hecho. No hay remedio
Mejor, que echarme á sus plantas,
Y contarle la verdad.)
Señor...

DON CÉSAR.

¡Qué es esto! Levanta.

FLORA.

Arnaldo te ha dicho...

DON CÉSAR.

Sí,
Que tú á Cárlos ocultabas
En casa.

FLORA.

Yo soy tu hija,
Y el valor tuyo fué causa...

DON CÉSAR.

De sentir que de tí formen
Sospechas tan mal fundadas,
Para disculparse á sí.
Estarás muy enojada,
De que tal atrevimiento,
Sin castigarse se vaya;
Y tienes mucha razon;
Mas como conmigo hablaba,
Que sé la verdad de todo,
No me dió cuidado nada.
No estés enojada, Flora;
Que quiero que por mí hagas
Una fineza. De este hombre,
Que he traido preso á casa,
Desde hoy mandarás que tenga
Cuidado alguna criada
En su regalo; y no extrañes
Que al que fiero ayer buscaba
Para darle muerte, hoy
Festejo: como esto pasa
En el mundo, que es un monstruo
Compuesto de partes varias,
Pues lo que es agravio hoy,
Es obligacion mañana,
Y á ningun muerto, en efecto
Fué sufragio la venganza.
No puedo decirte mas;
Que son historias muy largas.
Adios, adios. (*Vase.*)

FLORA.

¡Santos cielos,
Qué es esto que por mí pasa!
Mi padre dice que trajo
Preso á Cárlos, ¡cosa extraña!
Y Silvia, que en el jardin
Le halló, y cuando yo esperaba
El disgusto de mi padre,
¡Que le regale, me manda!
¿Sueño? Sí; que no es posible
Que lance tan nuevo haya
En el mundo que convierta
El mal en bien; pero basta;
Que de cualquiera manera,
Esto está mejor que estaba.

—

ESCENA VIII.

LAURA.—FLORA.

LAURA.

Flora hermosa.

FLORA.

Laura mia
¿Qué es esto? ¡Tan de mañana
A visitarme!

LAURA.

Sí, Flora;
Que un triste nunca descansa.
A buscarte vengo, amiga,
Llena de penas y ansias,
Y á depositar en tí
Todo el tesoro del alma.
No habré menester decirte
De mis tristezas la causa,
Porque tristezas de amor
Se dicen sin pronunciarlas.
Un hombre en tu casa está
Preso. Vida, honor y fama,
Verle y hablarle me importa.
Hablando conmigo estaba
Anoche, porque es el dueño
De todas mis esperanzas,
Cuando quisieron los cielos
Que de mi casa á tu casa
Le pasasen mis desdichas;
Y aunque por la confianza
Del alcaide, volvió á verme,
No me pudo decir nada,
Que estaba despierto Fabio.
Por tu vida, que dés traza
Para que yo le hable, y sea
La respuesta, ejecutarla;
Que nunca dan mas espacio
Las penas y las desgracias.

FLORA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

LAURA.

¡Pues no me respondes nada!

FLORA.

No sé cómo responderte.
(*Ap.* Y es verdad, porque palabras
Que traen la yerba de celos,
Son el veneno del alma.
Apénas, de haber salido
De un mal daba al cielo gracias,
¡Cuando vuelvo á dar las quejas!
¡Oh, cómo es cosa asentada
Que son cobardes las penas,
Pues siempre en cuadrillas andan!
Laura es dama de Don Cárlos,
Cárlos es galan de Laura.
Anoche, cuando salió
De aquí, se fué á visitarla:
Desde su jardin, adonde
Hablando con ella estaba,
Pasó al mio. Bien lo dice
Ella, pues dice ¡ay tirana!
Que le pasó una desdicha
Desde su casa á mi casa.
Pues si á Cárlos Laura quiere,
Pues si á Laura Cárlos ama,
Volved atrás, pensamientos;
Que aun no está mejor que estaba.)

LAURA.

¿Qué me respondes? qué dices?
Qué tienes?

FLORA.

No sé que haga.
(*Ap.* ¿Daré paso yo á mis celos,
Tercera á sus esperanzas?
No; que ninguno guardó
A sus celos las espaldas.)

Digitized by Google

LAURA.

¿Por qué con tal turbacion
Me miras?

FLORA.

Porque me mandas
Cosa en que será imposible
Servirte. Siempre cerrada
La puerta está, que responde
Al cuarto, donde se guarda
Ese hombre, y el alcaide
Por otra calle se manda.

LAURA.

¿Hay mas de abrir esa puerta?

FLORA.

Mas hay, porque está clavada.

LAURA.

Romperla, y dejarla en falso.

FLORA.

Veránlo aquesas criadas.

LAURA.

¡Oh, qué de dificultades
Me pones!

FLORA.

¿De qué te cansas?

LAURA.

De que si fueras mi amiga,
Inconvenientes no hallaras.

FLORA.

Yo hago...

LAURA.

No me digas mas.

FLORA.

Mas que puedo.

LAURA.

Tú te engañas.

ESCENA IX.

DON CESAR, SILVIA. — FLORA, LAURA.

DON CÉSAR.

¿Qué voces, Flora, son estas?
¿Qué voces son estas, Laura?
¡Las dos amigas así
Se enojan!

FLORA.

No ha sido nada.

LAURA.

No es sino mucho, y pues traje
Dos diligencias pensadas,
He de intentar la segunda,
Pues la primera me falta;
Y en lágrimas y suspiros
Salgan de mi pecho, salgan
De una vez tantos pesares,
De una vez desdichas tantas.
Escúchame. Yo, señor,
Vengo con un desengaño
A sacarte de un engaño,
A librarte de un error.
A un caballero le dí
Ocasion de que me viera
En mi casa (¡oh, si pudiera
Esto decirse sin mí!):
Cuando un hombre que venía
Huyendo de dos, se entró
En el jardin, y pasó
A esta casa de la mia.
Vos, siguiéndole, llegastes,
Y á mi amante (¡ay penas tristes!)
Por el hombre que seguistes,
Preso á una torre enviastes.
No me pude declarar
Por mi hermano, y ahora vengo,
Con la obligacion que tengo,
O señor, á suplicar
Que con generoso indicio
Mireis por mi fama, pues:
Soltadle, pues que no es
El que dió la muerte á Licio.
Con mi hermano disculpada
Quedé yo en hallarle allí.

DON CÉSAR.

En toda mi vida vi
Mentira mas mal trazada.
Señora, si vuestro amor
Quiere, ostentando finezas,
Tomar vado en sus tristezas,
Hallar puerto á su dolor,
No ha de ser con fingimientos
Neciamente imaginados.
Mejor negocian postrados
Los ruegos y rendimientos.
Porque si el que yo seguí,
Y en vuestro jardin hallé,
Don Cárlos Colona fué,
Y es el mismo, que está aquí:
¿Qué sirven engaños?

LAURA.

Esa
Es mi desdicha cruel,
El presumir vos que es él.

DON CÉSAR.

Pues si él mismo lo confiesa,
¿Puede él mismo mentir?

LAURA.

Sí;
Que por no formar, señor,
Sospechas contra mi honor,
Querrá condenarse á sí.

DON CÉSAR.

Cuando en su pecho cupiera
Una fineza tan rara,
Que el delito confesara,
Y él mintiera; no mintiera
Un criado que ha venido
Con él, le ha visto y le ha hablado.

LAURA.

Puede mentir el criado.

DON CÉSAR.

Hareis que pierda el sentido.
¿Y si yo mismo al instante,
Que le envié preso aquí,
A solas le hablé y le vi,
Y él?...

LAURA.

No paseis mas adelante.
¿Vos le hablasteis? Vos le visteis?

DON CÉSAR.

Yo mismo, yo mismo, yo.

LAURA.

Pues será otro; pero no
El que en mi casa prendisteis;
Porque vos le conoceis,
Al que en mi jardin hablaba.

FLORA. (*Ap.*)

Esto está mejor que estaba.

DON CÉSAR.

Si eso persuadir quereis,
Dejadme, por Dios, señora,
Que es querer que un fingimiento
Me quite el entendimiento.
Dile, por tu vida, Flora,
Cómo el que anoche prendí,
Don Cárlos Colona es.

FLORA.

¿Eso tiene duda? Pues
El que ahora está preso aquí,
Muy bien le conozco yo,
Y es el mismo que venía
Huyendo aquel mismo dia,
¡Ay infelice! que dió
La muerte en el campo á Licio.

DON CÉSAR.

Díselo así, porque temo
Que su locura y mi extremo
Me quieren quitar el juicio. (*Vase.*)

FLORA.

¿Pues qué duda puede haber
En verdad tan asentada?

LAURA.

Flora, no me digas nada;
Que yo lo sabré saber. (*Vase.*)

FLORA.

Como de mi mal me espanto,
Del tuyo, Laura, tambien;
Mas de mi mal, ó mi bien,
Hoy veré el fin. Dame un manto,
Silvia.

SILVIA.

¿Qué quieres hacer?
¿No ves que ya su criado,
Que eres tú, le habrá contado,
La tapada?

FLORA.

Que temer
No tengo. Venza el rigor
De tan confusos desvelos,
Y denme muerte mis celos,
O deme vida su amor. (*Vanse.*)

ESCENA X.

DON CARLOS, DINERO.

DINERO.

¡Lástima es, vive el cielo,
Si crédito he de dar á tu desvelo,
Que un amante no seas
De novela!

DON CÁRLOS.

Pues oye, si deseas
Saber todo el suceso.
Estaba yo escondido, donde preso
Ahora estoy, cuando vino
Otra dama de ingenio peregrino
A buscarme tapada,
Diciendo que de mí estaba obligada,
Porque la dama era,
Que fué de mi rigor causa primera.
Esta pues...

DINERO.

Era Flora.

DON CÁRLOS.

¡Qué dices!

DINERO.

La verdad: escucha ahora.
Flora es esa tapada,
Que á visitarte vino disfrazada:
Yo lo sé, porque estaba
Contigo, cuando yo, que te buscaba,
La saqué de un aprieto
Con su padre, fingiéndome en efeto
Sastre. ¡Al cielo pluguiera,
Que antes que sastre, diablo me fingiera!
César, adónde iba, preguntaba,
Y ella dijo que un manto se probaba,
Que yo entonces traia; de manera
Que Flora es la tapada.

DON CÁRLOS.

Aguarda, espera;
Que si vamos juntando
Partes, hay muchas que lo abonen. Cuando
Riñendo Arnaldo estaba,
Dijo que darme muerte procuraba,

Digitized by Google

Por vengar á su primo, cuya muerte
Ella causó; de suerte,
Que habiendo ella causado
La muerte de su primo, con cuidado
Ampararme obligada,
Visitarme tapada,
Guardarme temerosa,
Y obligarme en efecto generosa,
Muchas verdades son, ó yo las creo,
Por lo que persuadir sabe el deseo.
¿Quién decirte pudiera
Del modo que la vi, cuando mi fiera
Suerte, por la pared de esos jardines,
Me ocasionó volverme á sus jazmines?

DINERO.

No todo sea pesar, va de pintura.

DON CÁRLOS.

Escúchame, aunque enoje su hermosura.
Ya te dije cómo anoche
De aquesta casa me fui,
Y que en la calle Don César
Me reconoció al salir.
Ya te dije cómo huyendo
De un lance en otro, caí
A un jardin, donde un amante
Favorecido y feliz
Gozaba su paraíso,
Sin temor del serafin,
Pues le tenia en sus brazos;
Pues escucha desde aquí.
A los jardines de Flora
Pasé y confuso me vi,
Porque entre los laberintos
De su amoroso pais
Que los arrayanes tejen
Con los olmos, me perdí.
Era la noche medrosa
Monstruo tan cobarde y vil,
Que pisando blandamente
El clavel y el alhelí,
No dejó á fuentes ni flores,
Ni murmurar ni reir.
Entre nieblas empañado
El cristalino viril,
Sepultó abismos de estrellas
En túmulos de zafir.
Desta suerte discurria,
Cuando entre las sombras vi
Un nocturno rayo, cuyo
Norte me obligó á seguir
Su luz. Hallé pues por una
Celosía de jazmin
Entreabierta una ventana,
Que el aire debió de abrir,
Para penetrar su cielo,
Enamorado y sutil.
Estaba entre sus criadas
Flora, bien como lucir
Suele entre vasallas flores
La rosa su emperatriz.
Una, hincada la rodilla,
En un azafate allí
Recogia los despojos
De su victoria gentil.
Desenlazó las sortijas
De la prision de marfil,
Y luego acudió al cabello,
Donde, como Flora en fin,
Fué desperdiciando flores,
Tan hijas suyas, que oí
Para adornarse otra aurora,
Se las envidió el jardin;
Porque por deshechos suyos
Llaman galan al abril.
De los cuidados del dia
Ya absuelto el cabello vi,
Siendo océano de rayos,
Donde la mano feliz,
Bucentoro de cristal,
Corrió tormenta de Ofir.
Tan hermoso el desaliño
Era, que quise decir:
¡Mal haya el aliño, donde
Es el desaliño así!
Luego á mas leve precepto
Rendido, le volvió á asir
En una red de oro y seda,
Labrada á colores mil.
En cotilla y en enagua
Quedó de un verde tabí;
Que como es Flora, no quiso
Ajeno color vestir.
Una guarnicion no mas
Era el último perfil,
Donde en líneas de oro iba
A rematar y morir
Otra hermosa primavera
De muchas flores de lis;
Y como al jóven verano
Sigue el cano invierno, así
Se miró á esta verde pompa
La blanca nieve seguir
De otra enagua de cambray,
Que crepúsculo sutil,
No dejaba entre dos luces
Ni oscurecer ni lucir.
La estatura de otro dia
Fiada dejó al chapin,
Quedando su perfeccion,
Ménos no, mas menor sí.
Sentóse sobre la cama,
Que era ocaso carmesí;
¿Cuándo no se acuesta el sol
Tras cortinas de carmin?
Aquí cegaron mis ojos,
Porque una criada aquí
A descalzarla se puso,
Las espaldas hácia mí:
Y por mas que codicioso
Brujulear y descubrir
Quise, entre léjos y sombras
Solo alcancé, solo vi
No sé qué rasgos de nácar,
De un cendal de azul turquí
Abrazados, y una caja,
Si se pudo percibir;
Porque era un átomo breve,
Que nació para vivir
Concha de la menor perla,
Boton del mejor jazmin.
Púsose sobre los hombros
Otro rico faldellin,
Porque un baño las criadas
La empezaron á servir.
De las lágrimas que el alba
Llora cuando va á salir,
Debió de ser, porque entónces
Todo respiró ámbar gris.
Metió los piés en el agua,
Y trabaron entre sí
Cristales contra cristales
Una batalla civil;
Y como estatua de nieve
Era Flora, y yo la vi,
Por ser con cristal cuajado,
Deshecho cristal, temí,
Que la estátua por los piés
Se empezaba á derretir.
En aqueste punto, Silvia,
De gasas quitó un telliz
A las almohadas, y abrió
El lecho, donde á dormir
Se reclinó mejor sol,
Que el que en campo de zafir
Suele madrugar topacio,
Suele acostarse rubí.
Corriéronle la cortina,
Dejándome á mí sin mí,
En manos de mi temor;
Venturoso é infeliz,
Hasta que Silvia salió,
Como ya te referí.
Y lo que me admiró mas,
Fué, viendo esparcir así
Sus adornos, que mañana
Sepa volverse á vestir.

DINERO.

Con todo cuanto has gastado
De ámbar, clavel y jazmin,
Se te olvida lo mejor
De su adorno.

DON CÁRLOS.

¿Cómo así?

DINERO.

¿No traia guarda-infante
Flora, señor?

DON CÁRLOS.

Luego vi,
Que habia de ser frialdad
La que ibas á decir.

DINERO.

Ya que tú me la has pintado,
Puesto que yo no le vi,
Quiero pintártele yo.
Va pendiente de la cin-
Tura, en cuanto la enagua
Dejó enjauladas las tri-
Pas en un enjugador,
De alambre, esparto y de cin-
Tas; que como las enaguas
Al humo de las pasti-
Llas se curan, no se hallan
Sin enjugador y sin
Perfumes; y en conclusion
Est custos infantis sic;
Que por no espantar á tantos,
Decirlo quise en latin.

ESCENA XI.

CELIO.— DON CARLOS, DINERO; *luego* SILVIA.

CELIO.

(*Ap*. Advertido ya de cuanto
Pasó á Arnaldo, he que fingir,
Que este es el preso que anoche,
Don César me encargó á mí.)
Una tapada mujer
Te busca, y aunque yo aquí
No tenga tanta licencia,
En algo te he de servir.

DINERO. (*Ap. á su amo.*)

Ahora verás si es Flora.

DON CÁRLOS. (*A Celio.*)

Merced me hace. (*A Dinero.*) Si es así,
Tendrán premio tus albricias,
Tendrán mis desdichas fin. (*Vase Celio.*)

(*Sale Silvia por otra puerta que Celio.*)

SILVIA.

Aquella dama tapada,
Que te vino á ver, aquí
Vuelve otra vez.

DON CÁRLOS.

Ya lo sé;
Mas, que puede entrar, le di.
(*Vase Silvia.*)

ESCENA XII.

CELIO Y LAURA; SILVIA Y FLORA.— DON CARLOS, DINERO.

CELIO. (*A Laura, que sale tapada.*)

Aquel, señora, es el preso
Que buscais, y que decís. (*Vase.*)

SILVIA. (*A Flora, que sale tapada.*)

Solo está; bien llegar puedes.

Digitized by Google

DON CÁRLOS.

¡Qué miro! ¿Que cuando aquí
Una tapada esperaba,
Vienen dos?

DINERO.

Es de sentir;
Que á mas moros mas ganancia,
El refran suele decir;
Mas á mas cristianos, no.

LAURA.

Señor...

FLORA.

Cárlos...

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí,
Que este no es Arnaldo!

FLORA. (*Ap.*)

¡Cielos,
Esta es Laura!

DON CÁRLOS.

Proseguid.
¿Por qué os retirais las dos?
¿Qué mandais? ¿A qué venís?

LAURA.

Yo no tengo que deciros,
Porque en mirándôs, perdí
La memoria. (*Ap.* Aquella es Flora.)

FLORA.

La voluntad yo.

DON CÁRLOS.

Advertid
Que solo el entendimiento
Hay que perder para mí;
Y ántes que le pierda, sepa
Qué haceis aquí, ó qué decís.

LAURA.

Yo no tengo ya qué hacer.

FLORA.

Ni yo tengo qué decir.

DON CÁRLOS.

Embozadas hermosuras,
Que detras de ese nublado,
Antes de haberme alumbrado,
Me quereis dejar á oscuras,
Piedades son mal seguras
Iros sin que os haya oido;
Que si ver el bien perdido
Quien le tuvo, es gran desden,
¿Qué será perder el bien,
Antes de haberle tenido?
Y si de un dia al arrebol,
Sigue una noche importuna,
Quedando á pagar la luna,
Obligaciones del sol;
Si un farol á otro farol
Mas ó ménos rayos fia,
Advertid que es tiranía,
A que ninguna igualó
Que pase dos noches yo
Sin debérselas al dia.

LAURA.

Yo no me he de descubrir,
Porque no os importa á vos
Ni á mí; porque donde hay dos,
De nada puedo servir.

DINERO.

Por mí deben de venir.

DON CÁRLOS.

Apártate.—No teneis
Que recelaros, pues veis
Que si tanto habeis tardado
Que dos noches han pasado,
Dos auroras me debeis.

ESCENA XIII.

CELIO. — DICHOS.

CELIO. (*A Don Cárlos.*)

En mi cuarto mi señor
Os espera, porque quiere
(Tanto su fama prefiere
Al sentimiento el valor,
Y á la piedad el favor)
Hacer hoy las amistades
De Arnaldo y vuestras.

DON CÁRLOS.

Verdades
Sus ofrecimientos son.
Rompa pues mi confusion
Por tantas dificultades.
Ya veis que es fuerza asistir
Donde me llaman. Adios.

DINERO.

Yo me quedo entre las dos.

DON CÁRLOS. (*Ap. á Dinero.*)

A ninguna dejes ir. (*Vase con Celio.*)

DINERO.

Ea, tiempo es de embestir.

FLORA. (*Ap.*)

Si muero, ¿por qué dilato
El desengaño?

LAURA. (*Ap.*)

Yo trato
De averiguar mis recelos.

DINERO. (*Ap.*)

Si aquí hay batalla de celos,
Yo he de tener lindo rato.

FLORA. (*A Silvia.*)

Tú por un instante aguarda.
Allí puedes apartarte. (*Vase Silvia.*)

ESCENA XIV.

FLORA, LAURA, DINERO.

FLORA.

¿Laura?

LAURA.

Sí.

FLORA.

Pues oye aparte.

LAURA.

Escucha tú aparte, Flora.

FLORA.

Mi sentimiento no ignora...

LAURA.

Bien conoce mis extremos...

FLORA.

Que de un mal adolecemos.

LAURA.

Que padecemos un daño.

FLORA.

Cúrenos un desengaño.

LAURA.

O muramos, ó sanemos.

FLORA.

¿Tú, á Cárlos, Laura, has seguido?

LAURA.

¡Yo á Cárlos! Haste engañado;
Porque en mi vida le he hablado,
Y apénas le he conocido.

FLORA.

Pues ¿cómo á verle has venido
Desta suerte?

LAURA.

Yo no vengo
A ver...

FLORA.

Mayor duda tengo.

LAURA.

A Cárlos, á Arnaldo sí,
Que preso ha de estar aquí.

FLORA.

Ya el desengaño prevengo.
¡Arnaldo, Laura, fué á quien
Mi padre anoche prendió!

LAURA.

Por eso le busco yo.

FLORA.

¿Y es el que tú quieres bien?

LAURA.

Sí.

FLORA.

¿Y el que anoche tambien
En tus jardines te hablaba?

LAURA

El era el que se ocultaba.

FLORA.

¿No Cárlos?

LAURA.

¡Con Cárlos yo!

FLORA.

¿Luego no le quieres?

LAURA.

No.

FLORA.

Pues mejor está que estaba;
Y en albricias darte quiero
Otra buena nueva ya.
Arnaldo preso no está.

LAURA.

¿Cómo?

FLORA.

Como de aquí infiero
Que Cárlos fué el prisionero,
Y á Arnaldo dejaron fuera.

LAURA.

¿Luego de aquesa manera,
No tengo ya que temer?

FLORA.

No, pues no se ha de saber.

LAURA.

¿Luego ya mi pena fiera
Tan felizmente se acaba,
Que mi opinion y mi hermano
Se asegura?

FLORA.

Eso está llano.

LAURA.

Pues mejor está que estaba.

DINERO. (*Ap.*)

¿Puede haber pena mas brava,
Que no oir uno, hablando dos?
¡Oh dueñas! decidlo vos.

LAURA.

Pues encerrados están,
Y el paso franco me dan;
Adios, Flora. (*Vase.*)

ESCENA XV.

FLORA, DINERO.

FLORA.

Laura, adios.

DINERO.

La una se va por aquí:
La otra por acá, y despues

Digitized by Google

Esta entra en casa: esta es,
Y he de declararme ansí.
(*Detiene á Flora.*)

FLORA.

¿Que es lo que haceis?

DINERO.

Miro aquí,
Si está bien hecho este manto.
Mal redondo un tanto cuanto
Quedó. Quitáosle, porque
Le vuelva al maestro.

FLORA.

No sé
Qué decis.

DINERO.

Poco me espanto;
Que yo tampoco me entiendo:
Mas suelo darme á entender.

ESCENA XVI.

LAURA, *que vuelve alborotada.* — FLORA, DINERO.

LAURA.

Flora amiga, si deseas
Mi vida, ampárame.

FLORA.

¿Qué
Te ha sucedido?

LAURA.

Mi hermano
Al salir, me pudo ver,
Y me sigue. Mas ¿qué temo?
Por esta puerta me iré,
Y cerrándola tras mí,
Así me aseguro dél.
(*Entrase por la puerta que da paso á la habitacion de Flora, y cierra.*)

FLORA.

No cierres, detente, espera;
Déjame á mí entrar tambien.
La puerta cierra; el temor
No la aseguró. ¿Qué haré?

ESCENA XVII.

FABIO. — FLORA, DINERO.

FABIO.

¡Laura en aquestos umbrales,
Y desde el amanecer
Fuera de casa! ¡Ay de mí!
Mis celos dijeron bien.
Pero ¡cuándo dicen mal
Las desdichas que han de ser!
¡Embozado él, y ella
En su prision! Entraré,
Aunque me lo estorbe el mundo.
(*Dirigiéndose á Flora, que sigue tapada.*)
¡Ah falsa, aleve y cruel!
¿Piensas que de tus traiciones
Toda la culpa no sé?

FLORA. (*Ap.*)

¿Qué haré? Porque descubrirme
Ni encubrirme me está bien.

FABIO.

Mas yo me sabré vengar,
Como declararme sé;
Que celos de honor no mas
Se han de pedir que una vez.

FLORA.

Detente.

DINERO.

(*Ap.* ¡Cuerpo de Cristo!
¿No tengo yo de saber,
A qué sabe ser valiente
En mi vida alguna vez?
Y quizá aqueste es gallina.)
No es hombre noble y cortes (*A Fabio.*)
El que tan groseramente
Atropella una mujer.
(*Ap.* ¿Quién me mete en esto á mí?)

FABIO.

¿Queréisla vos defender?

DINERO.

Sí quiero, y vuelvo á envidar.

FABIO.

Pues veamos si podeis.
(*Sacan las espadas.*)

DINERO. (*Ap.*)

Luego habrá quien meta paz.

ESCENA XVIII.

DON CESAR, DON CARLOS, ARNALDO. — FLORA, *tapada*; FABIO, DINERO.

DON CÉSAR.

Las espadas suspended.

DINERO. (*Ap.*)

¡A qué buen tiempo han llegado!

FLORA. (*Ap.*)

¿Hay estrella mas cruel
Que la mia? Aquí es forzoso
Que me hayan de conocer.

DON CÉSAR.

Pues, Señor Don Fabio, ¡aquí
Estos extremos haceis!

DINERO. (*Ap.*)

Si tardan un poco mas,
Vive Dios, que echo á correr.

FABIO.

Señor Don César, yo tengo
Para el extremo que veis,
Ocasion, y solo os ruego
Que no me la pregunteis.
Con esa dama en la calle
He tenido no sé qué,
Entróse huyendo hasta aquí;
Y tras ella hasta aquí entré;
Púsoseme ese criado
Delante...

DINERO.

Y hice muy bien.

FABIO.

Todo importa poco. Así
Os suplico que me déis
Licencia para llevarla.

FLORA. (*Ap.*)

Nada me estará tan bien.

ARNALDO. (*Ap.*)

¿Quién esta mujer será?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Triste de mí, que esta es
Su hermana! Bien lo declara,
Que á Don Cárlos viene á ver.

DINERO. (*Ap.*)

¿Esto en efecto, es reñir?
Pues cosa bien fácil es.

FABIO. (*A Flora.*)

Venid.

DON CÁRLOS.

Eso no. Esta dama,
Aunque su nombre no sé,
Ni quién es, ni lo que os mueve,
A mí me ha venido á ver;
Y no ha de ir con vos, sin que ella
Me diga que la está bien.

FLORA.

Pensando que me defiende,
Cárlos me ha echado á perder.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

No hay palabra, que no sea
Un nuevo empeño.

FABIO.

Sabré
Desempeñar lo que he dicho
Hasta morir ó vencer.

DINERO. (*Ap.*)

No se me ha de pasar dia
Sin reñir alguna vez.

DON CÉSAR.

¿No mirais que estoy aquí?
¿Qué es esto? Mas ahora bien;
No ha de ir con vos ni con nadie:
Esto, en efecto, ha de ser;
Y miéntras que se averigua
El caso, en mi casa esté
En compañía de Flora.

FLORA. (*Ap.*)

Esto solo podia ser
El remedio de mi vida.

DON CÉSAR.

Segura estará, que á fe
Que nunca aprendiera de ella
Los lances en que se ve.
Venid, señora; y por cierto
Muy poca razon teneis,
En aventuraros, siendo
Una principal mujer.

DINERO. (*Ap.*)

He de reñir cada dia,
Hasta que alguno me dé.

FABIO.

Señor Don César, no son
Cosas las que llego á ver,
Tan fáciles de pasar,
Que suspensas queden bien.
Esa mujer es mi hermana.
Ya lo dije, y no me iré
Sin que mi honor y su honor
Queden libres.

ARNALDO.

¿Laura es?
Pues ya aquesta obligacion
A mí me toca, porque,
Quien la sacó de su casa,
Y á quien ella viene á ver,
Soy yo.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Esto solo faltaba,
Ahora de suceder!)
A veros, Arnaldo, á vos
Aquí, ¿cómo ó para qué?

DINERO. (*Ap.*)

¡Ah, qué gusto es tirar una
De tajo, otra de reves!

ARNALDO.

Ya me es forzoso decirlo;
Que si ha de ser mi mujer,
Mejor es que lo sepais,
Que no que lo sospecheis.
Yo soy el que vos prendisteis
En su jardin, porque en él
Estaba con Laura yo
(Digno premio de mi fe)
Cuando en él entró Don Cárlos.
Díle paso, y me quedé
Yo empeñado.

Digitized by Google

DON CÉSAR.

Segun eso,
¡Ella porfiaba bien!
Mas ahora de mi agravio
La duda se queda en pié.
¿Cómo estabais en mi casa
Vos? (*A Don Carlos.*)

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Esto me has de deber,
Flora; que no he de culparte.)
Como á esta casa pasé,
Y llegando á aqueste cuarto,
Como tan solo le hallé,
Me pareció que estaria
Mas seguro, cuando á él
Pasasteis, y como os vi
De mi padre amigo fiel,
Fiado en vuestra amistad,
Ni me fuí, ni me ausenté.

DINERO. (*Ap.*)

Póngome de firme á firme,
Doy el tajo, y meto piés.

FABIO.

Que seais vos, ó sea Don Cárlos,
Yo me he de satisfacer.

ARNALDO.

Yo defenderla.

DON CÉSAR.

Apartad;
Que ni uno ni otro ha de ser.
Entrad en ese aposento,
Y averigüemos despues...
Mas ¿quién está aquí?
(*Abre, y sale Laura.*)

ESCENA XIX.

LAURA, *descubierta.* — DICHOS.

LAURA.

Yo soy,
Que á Flora he venido á ver;
Y escuchando aquí á mi hermano,
Vengo á saber lo que es.

DON CÉSAR.

¡En verdad, señor Don Fabio,
Que es muy bueno lo que veis!
Está estotra con mi hija,
Y quereis dar á entender,
Que es la que tapada está.

FABIO.

A nadie le está mas bien
Que á mí, el haberse engañado.
Confieso que engaño fué.

ARNALDO.

Pues si aquesta es Laura ¡cielos!
¿Quién esta tapada es?

DON CÉSAR.

Descubríos ya, señora,
Quien quiera que seais, porque
Salgamos de tanto engaño.
(*Flora se descubre.*)
¡Qué es lo que miro! ¡Ah cruel!

DINERO.

¡Oh qué bien hecho está el manto!
No te enojes, que esto es (*A Don César.*)
Probarle, que en este punto
Le acabé yo de traer.

DON CÉSAR.

Ahora conozco mi error.
Muerte, ingrata, te daré.

DON CÁRLOS.

Ved el empeño en que estoy,
Porque la he de defender.

DON CÉSAR.

Quien no fuere su marido,
¿Cómo, dime, ha de poder
Defenderla contra mí?

DON CÁRLOS.

Siéndolo, señor, podré.

DON CÉSAR.

Si yo casar á Don Cárlos
Con Flora, siempre pensé,
Para poder perdonarle,
Y esto vino á suceder,
¿De qué me puedo quejar?

FABIO. (*A Arnaldo.*)

Yo deseaba tanto el ver
Empleada en vos mi hermana,
Que me ha pesado de que
Ella no fuese.

ARNALDO.

Si yo
Llegar puedo á merecer
La mano de Laura hermosa,
Rendida os pide mi fe
Permitais á mi ventura
Este favor.

FABIO.

Vuestra es
Laura; pues con tanta dicha
Todos quedarémos bien.

LAURA.

Esta es mi mano.

ARNALDO.

Y la mia
Con toda el alma os daré.

DINERO.

Y pues tras tantos engaños
El mal se convierte en bien,
Si es bien casarse, las faltas
Nos perdonad.

DON CÁRLOS.

Y diré
Que esta comedia, que ofrece
El autor á vuestros piés,
Hoy *está mejor que estaba*,
Si os ha parecido bien.

Digitized by Google

EL PRINCIPE CONSTANTE.

PERSONAS.

DON FERNANDO, *principe*.
DON ENRIQUE, *principe*.
DON JUAN COUTIÑO.
EL REY DE FEZ, *viejo*.
MULEY, *general*.
CELIN.
BRITO, *gracioso*.
ALFONSO, *rey de Portugal*.
TARUDANTE, *rey de Marruecos*.
FENIX, *infanta*.
ROSA.
ZARA.
ESTRELLA.
CELIMA.
SOLDADOS PORTUGUESES.
CAUTIVOS.
MOROS.

La escena es en Fez y sus contornos, y en los de Tánger.—La accion principia en el año 1437.

JORNADA PRIMERA.

Jardin del rey de Fez.

ESCENA PRIMERA.

CAUTIVOS, *que salen cantando*; ZARA.

ZARA.

Cantad aquí, que ha gustado,
Miéntras toma de vestir
Fénix hermosa, de oir
Las canciones, que ha escuchado
Tal vez en los baños, llenas
De dolor y sentimiento.

CAUTIVO. 1.°

Música, cuyo instrumento
Son los hierros y cadenas
Que nos aprisionan, ¿puede
Haberla alegrado?

ZARA.

Sí:
Ella escucha desde aquí.
Cantad.

CAUTIVO. 2.°

Esa pena excede,
Zara hermosa, á cuantas son,
Pues solo un rudo animal,
Sin discurso racional,
Canta alegre en la prision.

ZARA.

¿No cantais vosotros?

CAUTIVO. 3.°

Es
Para divertir las penas
Propias, mas no las ajenas.

ZARA.

Ella escucha, cantad pues.

CAUTIVOS. (*Cantando.*)

Al peso de los años
Lo eminente se rinde;
Que á lo fácil del tiempo
No hay conquista difícil.

ESCENA II.

RÓSA.—DICHOS.

ROSA.

Despejad, cautivos; dad
A vuestras canciones fin;
Porque sale á este jardin
Fénix á dar vanidad
Al campo con su hermosura,
Segunda aurora del prado.

(*Vanse los cautivos.*)

ESCENA III.

FENIX, ESTRELLA Y CELIMA, *como acabando de vestir á la Infanta.*—ZARA, ROSA.

ESTRELLA.

Hermosa te has levantado.

ZARA.

No blasone el alba pura
Que la debe este jardin
La luz ni fragrancia hermosa,
Ni la púrpura la rosa,
Ni la blancura el jazmin.

FÉNIX.

El espejo.

ESTRELLA.

Es excusado
Querer consultar con él
Los borrones que el pincel
Sobre la tez no ha dejado.

(*Danle un espejo.*)

FÉNIX.

¿De qué sirve la hermosura
(Cuando lo fuese la mia),
Si me falta la alegría,
Si me falta la ventura?

CELIMA.

¿Qué sientes?

FÉNIX.

Si yo supiera,
¡Ay Celima! lo que siento,
De mi mismo sentimiento
Lisonja al dolor hiciera;
Pero de la pena mia
No sé la naturaleza;
Que entónces fuera tristeza
Lo que hoy es melancolía.
Solo sé que sé sentir;
Lo que sé sentir no sé;
Que ilusion del alma fué.

ZARA.

Pues no pueden divertir
Tu tristeza estos jardines,
Que á la primavera hermosa
Labran estatuas de rosa
Sobre templos de jazmines,
Hazte al mar: un barco sea
Dorado carro del sol.

ROSA.

Y cuando tanto arrebol
Errar por sus ondas vea,
Con grande melancolía
El jardin al mar dirá:
«Ya el sol en su centro está:
Muy breve ha sido este dia».

FÉNIX.

Pues no me puede alegrar,
Formando sombras y léjos,
La emulacion, que en reflejos,
Tienen la tierra y el mar;
Cuando con grandezas sumas
Compiten entre esplendores
Las espumas á las flores,
Las flores á las espumas;
Porque el jardin, envidioso
De ver las ondas del mar,
Su curso quiere imitar;
Y así el céfiro amoroso
Matices riude y olores,
Que soplando en ellas bebe,
Y hacen las hojas que mueve
Un océano de flores;
Cuando el mar, triste de ver
La natural compostura
Del jardin, tambien procura
Adornar y componer
Su playa, la pompa pierde,
Y á segunda ley sujeto,
Compite con dulce efeto
Campo azul y golfo verde,
Siendo, ya con rizas plumas,
Ya con mezclados colores,
El jardin un mar de flores,
Y el mar un jardin de espumas:
Sin duda mi pena es mucha,
No la pueden lisonjear
Campo, cielo, tierra y mar.

ZARA.

Gran pena contigo lucha.

ESCENA IV.

EL REY, *con un retrato.*—DICHOS.

REY.

Si acaso permite el mal,
Cuartana de tu belleza,
Dar treguas á tu tristeza,
Este bello original
(Que no es retrato el que tiene
Alma y vida), es del infante
De Marruecos, Tarudante,
Que á rendir á tus piés viene
Su corona: embajador
Es de su parte; y no dudo
Que, embajador que habla mudo,
Trae embajadas de amor.
Favor en su amparo tengo:
Diez mil ginetes alista
Que enviar á la conquista
De Ceuta, que ya prevengo.
Dé la vergüenza esta vez
Licencia: permite amar
A quien se ha de coronar
Rey de tu hermosura en Fez.

Digitized by Google

FÉNIX. (*Ap.*)

¡Válgame Alá!

REY.

¿Que rigor
Te suspende de esa suerte?

FÉNIX. (*Ap.*)

La sentencia de mi muerte.

REY.

¿Qué es lo que dices?

FÉNIX.

Señor,
Si sabes que siempre has sido
Mi dueño, mi padre y rey,
¿Qué he de decir? (*Ap.* ¡Ay Muley!
Grande ocasion has perdido!)
El silencio (¡ay infelice!)
Hace mi humildad inmensa.
(*Ap.* Miente el alma, si lo piensa,
Miente la voz, si lo dice.)

REY.

Toma el retrato.

FÉNIX. (*Ap.*)

Forzada
La mano le tomará;
Pero el alma no podrá.
(*Disparan una pieza.*)

ZARA.

Esta salva es á la entrada
De Muley, que hoy ha surgido
Del mar de Fez.

REY.

Justa es.

ESCENA V.

MULEY, *con baston de general.*—DICHOS.

MULEY.

Dame, gran señor, los piés.

REY.

Muley, seas bien venido.

MULEY.

Quien penetra el arrebol
De tan soberana esfera,
Y á quien en el puerto espera
Tal aurora, hija del sol,
Fuerza es que venga con bien.
Dame, señora, la mano,
Que este favor soberano
Puede mereceros quien
Con amor, lealtad y fe
Nuevos triunfos te previene.
(*Ap.* Y fué á serviros, y viene
Tan amante como fué.)

FÉNIX.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?)
Tú, Muley (estoy mortal),
Vengas con bien.

MULEY. (*Ap.*)

No, con mal
Será, si á mis ojos creo.

REY.

En fin, Muley, ¿qué hay del mar?

MULEY.

Hoy tu sufrimiento pruebas:
De pesar te traigo nuevas,
Porque ya todo es pesar.

REY.

Pues cuanto supieres dí;
Que en un ánimo constante
Siempre se halla igual semblante
Para el bien y el mal. — Aquí
Te sienta, Fénix.

FÉNIX.

Si haré.

REY.

Todos os sentad. — Prosigue,
Y nada á callar te obligue.
(*Siéntase el Rey y las damas.*)

MULEY.

(*Ap.* Ni hablar ni callar podré.)
Salí, como me mandaste,
Con dos galeazas solas,
Gran señor, á recorrer
De Berbería las costas.
Fué tu intento que llegase
A aquella ciudad famosa,
Llamada en un tiempo Elisa,
Aquella que está en la boca
Del Freto Hercúleo fundada,
Y de Ceido nombre toma;
Que Ceido, Ceuta, en hebreo
Vuelto el árabe idioma,
Quiere decir, hermosura,
Y ella es ciudad siempre hermosa.
Aquella pues que los cielos
Quitaron á tu corona,
Quizá por justos enojos
Del gran profeta Mahoma,
Y en oprobio de las armas
Nuestras, miramos ahora
Que pendones portugueses
En sus torres se enarbolan,
Teniendo siempre á los ojos
Un padrastro que baldona
Nuestros aplausos, un freno
Que nuestro orgullo reporta,
Un Cáucaso que detiene
Al Nilo de tus victorias
La corriente, y puesta en medio,
El paso á España le estorba.
Iba con órdenes pues
De mirar y inquirir todas
Sus fuerzas, para decirte
La disposicion y forma
Que hoy tiene, y cómo podrás
A ménos peligro y costa
Emprender la guerra. El cielo
Te conceda la victoria
Con esta restitucion,
Aunque la dilate agora
Mayor desdicha; pues creo
Que está su empresa dudosa,
Y con mas necesidad
Te está apellidando otra;
Pues las armas prevenidas
Para la gran Ceuta, importa
Que sobre Tánger acudan;
Porque amenazada llora
De igual pena, igual desdicha,
Igual ruina, igual congoja.
Yo lo sé, porque en el mar
Una mañana vi (á la hora
Que, medio dormido el sol,
Atropellando las sombras
Del ocaso, desmaraña
Sobre jazmines y rosas
Rubios cabellos, que enjuga
Con paños de oro á la aurora,
Lágrimas de fuego y nieve,
Que el sol convirtió en aljófar),
Que á largo trecho del agua
Venia una gruesa tropa
De naves; si bien entónces
No pudo la vista absorta
Determinarse á decir
Si eran naos ó si eran rocas;
Porque como en los matices
Sutiles pinceles logran
Unos visos, unos léjos,
Que en perspectiva dudosa
Parecen montes tal vez,
Y tal ciudades famosas,
Porque la distancia siempre
Monstruos imposibles forma;
Así en paises azules
Hicieron luces y sombras,
Confundiendo mar y cielo,
Con las nubes y las ondas,
Mil engaños á la vista;
Pues ella entónces curiosa,
Solo percibió los bultos
Y no distinguió las formas.
Primero nos pareció,
Viendo que sus puntas tocan
Con el cielo, que eran nubes
De las que á la mar se arrojan
A concebir en zafir
Lluvias que en cristal abortan;
Y fué bien pensado, pues
Esta innumerable copia
Pareció que pretendia
Sorberse el mar gota á gota.
Luego de marinos monstruos
Nos pareció errante copia,
Qué á acompañar á Neptuno
Salian de sus alcobas;
Pues sacudiendo las velas,
Que son del viento lisonja,
Pensamos que sacudian
Las alas sobre las olas.
Ya parecia mas cerca
Una inmensa Babilonia,
De quien los pensiles fuéron
Flámulas que el viento azotan.
Aquí ya desengañada
La vista, mejor se informa
De que era armada, pues vió
A los sulcos de las proas
Cuando batidas espumas
Ya se encrespan, ya se entorchan,
Rizarse montes de plata,
De cristal cuajarse rocas.
Yo, que vi tanto enemigo,
Volví á su rigor la proa;
Que tambien saber huir
Es linaje de vitoria.
Y así, como mas experto
En estos mares, la boca
Tomé en una cala, adonde,
Al abrigo y á la sombra
De dos montecillos, pude
Resistir la poderosa
Furia de tan gran poder,
Que mar, cielo y tierra asombra.
Pasan sin vernos, y yo
Deseoso (¿quién lo ignora?)
De saber dónde seguia
Esta armada su derrota,
A la campaña del mar
Salí otra vez, donde logra
El cielo mis esperanzas,
En esta ocasion dichosas;
Pues vi que de aquella armada
Se habia quedado sola
Una nave, y que en el mar
Mal defendida zozobra:
Porque, segun despues supe,
De una tormenta, que todas
Corrieron, habia salido
Deshecha, rendida y rota;
Y así llena de agua estaba,
Sin que bastasen las bombas
A agotarla, y titubeando,
Ya á aquella parte, ya á estotra,
Estaba á cada vaiven
Si se ahoga, ó no se ahoga.
Llegué á ella, y aunque moro,
Les di alivio en sus congojas;
Que el tener en las desdichas
Compañía, de tal forma
Consuela, que el enemigo
Suele servir de lisonja.
El deseo de vivir
Tanto á algunos les provoca,

Digitized by Google

Que haciendo al intento escalas
De gúmenas y maromas,
A la prision se vinieron;
Si bien otros les baldonan,
Diciéndoles, que el vivir
Eterno es vivir con honra;
Y aun así se resistieron:
¡Portuguesa vanagloria!
De los que salieron, uno
Muy por extenso me informa.
Dice pues que aquella armada
Ha salido de Lisboa
Para Tánger, y que viene
A sitiarla con heróica
Determinacion que veas
En sus almenas famosas
Las quinas que ves en Ceuta
Cada vez que el sol se asoma.
Duarte de Portugal,
Cuya fama vencedora
Ha de volar con las plumas
De las águilas de Roma,
Envía á sus dos hermanos
Enrique y Fernando, gloria
Deste siglo, que los mira
Coronados de victorias.
Maestres de Cristo y de Avis
Son, los dos pechos adornan
Cruces de perfiles blancos,
Una verde y otra roja.
Catorce mil portugueses
Son, gran señor, los que cobran
Sus sueldos, sin los que vienen
Sirviéndolos á su costa.
Mil son los fuertes caballos,
Que la soberbia española
Los vistió para ser tígres,
Los calzó para ser onzas.
Ya á Tánger habrán llegado,
Y esta, señor, es la hora
Que, si su arena no pisan,
Al ménos sus mares cortan.
Salgamos á defenderla:
Tú mismo las armas toma:
Baje en tu valiente brazo
El azote de Mahoma,
Y del libro de la muerte
Desate la mejor hoja;
Que quizá se cumple hoy
Una profecía heróica
De Morábitos, que dicen,
Que en la márgen arenosa
Del Africa ha de tener
La portuguesa corona
Sepulcro infeliz, y vean
Que aquesta cuchilla-corva,
Campañas verdes y azules
Volvió, con su sangre, rojas.

REY.

Calla, no me digas mas;
Que de mortal furia lleno,
Cada voz es un veneno
Con que la muerte me das.
Yo á sus brios arrogantes
Haré que en Africa tengan
Sepulcro, aunque armados vengan
Sus maestres los infantes.
Tú, Muley, con los ginetes,
De la costa parte luego,
Miéntras yo en tu amparo llego;
Que si como me prometes,
En escaramuzas diestras
Le ocupas, porque tan presto
No tomen tierra, y en esto
La sangre heredada muestras,
Yo tan veloz llegaré
Como tú con lo restante
Del ejército arrogante,
Que en ese campo se ve;
Y así la sangre concluya
Tantos duelos en un dia,
Porque Ceuta ha de ser mia,
Y Tánger no ha de ser suya. *(Vase.)*

ESCENA VI.

FENIX, MULEY, ZARA, ROSA, ESTRELLA, CELIMA.

MULEY.

Aunque de paso, no quiero
Dejar, Fénix, de decir,
Ya que tengo de morir,
La enfermedad de que muero;
Que aunque pierdan mis recelos
El respeto á tu opinion,
Si celos mis penas son,
Ninguno es cortés con celos.
¿Qué retrato ¡ay enemiga!
En tu blanca mano vi?
¿Quién es el dichoso, di?
¿Quién?... Mas espera, no diga
Tu lengua tales agravios:
Basta, sin saber quién sea,
Que yo en tu mano le vea,
Sin que le escuche en tus labios.

FÉNIX.

Muley, aunque mi deseo
Licencia de amar te dió,
De ofender y injuriar no.

MULEY.

Es verdad, Fénix, ya veo
Que no es estilo ni modo
De hablarte; pero los cielos
Saben, que en habiendo celos,
Se pierde el respeto á todo.
Con grande recato y miedo
Te serví, quise y amé;
Mas si con amor callé,
Con celos, Fénix, no puedo,
No puedo.

FÉNIX.

No ha merecido
Tu culpa satisfaccion;
Pero yo por mi opinion
Satisfacerte he querido;
Que un agravio entre los dos
Disculpa tiene; y así,
Te la doy.

MULEY.

¿Pues haila?

FÉNIX.

Sí.

MULEY.

¡Buenas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.

Este retrato ha enviado...

MULEY.

¿Quién?

FÉNIX.

Tarudante el infante.

MULEY.

¿Para qué?

FÉNIX.

Porque ignorante
Mi padre de mi cuidado...

MULEY.

Bien.

FÉNIX.

Pretende que estos dos
Reinos...

MULEY.

No me digas mas.
¿Esa disculpa me das?
¡Malas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.

Pues ¿qué culpa habré tenido
De que mi padre lo trate?

MULEY.

De haber hoy, aunque te mate,
El retrato recibido.

FÉNIX.

¿Pude excusarlo?

MULEY.

¿Pues no?

FÉNIX.

¿Cómo?

MULEY.

Otra cosa fingir.

FÉNIX.

Pues ¿qué pude hacer?

MULEY.

Morir;
Que por tí lo hiciera yo.

FÉNIX.

Fué fuerza.

MULEY.

Mas fué mudanza.

FÉNIX.

Fué violencia.

MULEY.

No hay violencia.

FÉNIX.

Pues ¿qué pudo ser?

MULEY.

Mi ausencia,
Sepulcro de mi esperanza.
Y para no asegurarme
De que te puedes mudar,
Ya me vuelvo yo á ausentar:
Vuelve, Fénix, á matarme.

FÉNIX.

Forzosa es la ausencia, parte...

MULEY.

Ya lo está el alma primero.

FÉNIX.

A Tánger, que en Fez te espero,
Donde acabes de quejarte.

MULEY.

Sí haré, si mi mal dilato.

FÉNIX.

Adios, que es fuerza el partir.

MULEY.

Oye: ¿al fin me dejas ir
Sin entregarme el retrato?

FÉNIX.

Por el Rey no le he deshecho.

MULEY.

Suelta, que no será en vano
Que saque yo de tu mano
A quien me saca del pecho. *(Vanse.)*

—

Playa de Tánger.

ESCENA VII.

Tocan dentro un clarin, hay ruido de desembarcar, y van saliendo DON FERNANDO, DON ENRIQUE, DON JUAN COUTIÑO, Y SOLDADOS PORTUGUESES.

DON FERNANDO.

Yo he de ser el primero, Africa bella,
Que he de pisar tu márgen arenosa,
Porque oprimida al peso de mi huella,
Sientas en tu cerviz la poderosa
Fuerza que ha de rendirte.

Digitized by Google

DON ENRIQUE.

Yo en el suelo
Africano la planta generosa . (*Cae.*)
El segundo pondré. ¡Válgame el cielo!
Hasta aquí los agüeros me han seguido.

DON FERNANDO.

Pierde, Enrique, á esas cosas el recelo,
Porque el caer agora, ántes ha sido
Que ya, como á señor, la misma tierra
Los brazos en albricias te ha pedido.

DON ENRIQUE.

Desierta esta campaña y esta sierra,
Los alarbes, al vernos, han dejado.

DON JUAN.

Tánger las puertas de sus muros cierra.

DON FERNANDO.

Todos se han retirado á su sagrado.
Don Juan Coutiño, conde de Miralva,
Reconoced la tierra con cuidado:
Antes que el sol, reconociendo el alba,
Con mas furia nos hiera y nos ofenda,
Haced á la ciudad la primer salva.
Decid, que defenderse no pretenda,
Porque la he de ganar á sangre y fuego,
Que el campo inunde, el edificio encien-[da.

DON JUAN.

Tú verás que á sus mismas puertas llego,
Aunque volcan de llamas y de rayos
Le deje al sol con pardas nubes ciego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

BRITO.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE, SOLDADOS PORTUGUESES.

BRITO.

¡Gracias á Dios que abriles piso y mayos,
Y en la tierra me voy por donde quiero,
Sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!
Y no en el mar, adonde, si primero
No se consulta un monstruo de madera,
Que es juez de palo, en fin, el mas lijero
No se puede escapar de una carrera
En el mayor peligro. ¡Ah tierra mia!
No muera en agua yo, como no muera
Tampoco en tierra hasta el postrero dia.

DON ENRIQUE.

¡Que escuches este loco!

DON FERNANDO.

Y que tu pena,
Sin razon, sin arbitrio y sin consuelo [1],
¡Tanto de ti te priva y te divierte!

DON ENRIQUE.

El alma traigo de temores llena:
Echada juzgo contra mí la suerte,
Desde que de Lisboa, al salir, solo
Imágenes he visto de la muerte.
Apénas pues al berberisco polo
Prevenimos los dos esta jornada,
Cuando de un parasismo el mismo Apolo
Amortajado en nubes, la dorada
Faz escondió, y el mar sañudo y fiero
Deshizo con tormentas nuestra armada.
Si miro al mar, mil sombras considero;
Si al cielo miro, sangre me parece
Su velo azul; si al aire lisonjero,
Aves nocturnas son las que me ofrece;
Si á la tierra, sepulcros represénta,
Donde mísero yo caiga y tropiece.

DON FERNANDO.

Pues descifrarte aquí mi amor intenta
Causa de un melancólico accidente.
Sorbernos una nave una tormenta,
Es decirnos que sobra aquella gente
Para ganar la empresa á que venimos:
Verter púrpura el cielo trasparente,
Es gala, no es horror; que si fingimos
Monstruos al agua y pájaros al viento,
Nosotros hasta aquí no los trajimos;
Pues si ellos aquí están, ¿no es argumento
Que á la tierra que habitan inhumanos,
Pronostican el fin fiero y sangriento?
Estos agüeros viles, miedos vanos,
Para los moros vienen, que los crean,
No para que los duden los cristianos.
Nosotros dos lo somos; no se emplean
Nuestras armas aquí por vanagloria
De que en los libros inmortales lean
Ojos humanos esta gran victoria.
La fe de Dios á engrandecer venimos.
Suyo será el honor, suya la gloria,
Si vivimos dichosos, pues morimos;
El castigo de Dios justo es temerle,
Este no viene envuelto en miedos vanos:
A servirle venimos, no á ofenderle:
Cristianos sois, haced como cristianos.—
Pero ¿qué es esto?

ESCENA IX.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

Señor,
Yendo al muro á obedecerte,
A la falda de ese monte
Vi una tropa de ginetes,
Que de la parte de Fez
Corriendo á esta parte vienen
Tan veloces, que á la vista
Aves, no brutos, parecen.
El viento no los sustenta,
La tierra apénas los siente;
Y así la tierra ni el aire
Saben si corren ó vuelen.

DON FERNANDO.

Salgamos á recibirlos,
Haciendo primero frente
Los arcabuceros: luego
Los que caballos tuvieren
Salgan tambien á su usanza,
Con lanzas y con arneses.
¡Ea, Enrique, buen principio
Esta ocasion nos ofrece!
¡Animo!

DON ENRIQUE.

¡Tu hermano soy!
No me espantan accidentes
Del tiempo, ni me espantara
El semblante de la muerte. (*Vanse.*)

BRITO.

El cuartel de la salud
Me toca á mí guardar siempre.
¡Oh qué brava escaramuza!
Ya se embisten, ya acometen.
¡Famoso juego de cañas!
Ponerme en cobro conviene. (*Vase.*)
(*Tocan dentro al arma.*)

—

Otro punto de la playa.

ESCENA X.

DON JUAN Y DON ENRIQUE, *peleando con varios* MOROS.

DON ENRIQUE.

A ellos, que ya los moros
Vencidos la espalda vuelven.

DON JUAN.

Llenos de despojos quedan,
De caballos y de gentes,
Estos campos.

DON ENRIQUE.

¿Don Fernando
Dónde está, que no parece?

DON JUAN.

Tanto se ha empeñado en ellos,
Que ya de vista se pierde.

DON ENRIQUE.

Pues á buscarle, Coutiño.

DON JUAN.

Siempre á tu lado me tienes. (*Vanse.*)

ESCENA XI [2].

DON FERNANDO, *con la espada de Muley, y* MULEY, *con adarga sola.*

DON FERNANDO.

En la desierta campaña,
Que tumba comun parece
De cuerpos muertos, si ya
No es teatro de la muerte,
Solo tú, moro, has quedado,
Porque rendida tu gente
Se retiró, y tu caballo,
Que mares de sangre vierte,
Envuelto en polvo y espuma,
Que él mismo levanta y pierde,
Te dejó para despojo
De mi brazo altivo y fuerte,
Entre los sueltos caballos
De los vencidos ginetes.
Yo ufano con tal victoria,
Que me ilustra y desvanece
Mas que el ver esta campaña
Coronada de claveles;
Pues es tanta la vertida
Sangre con que se guarnece,
Que la piedad de los ojos
Fué tan grande, tan vemente,
De no ver siempre desdichas,
De no mirar ruinas siempre,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde.
En efecto, mi valor,
Sujetando tus valientes
Brios, de tantos perdidos
Un suelto caballo prende,
Tan monstruo, que siendo hijo
Del viento, adopcion pretende
Del fuego, y entre los dos
Lo desdice y lo desmiente
El color, pues siendo blanco,
Dice el agua: «Parto es este
De mi esfera, sola yo
Pude cuajarle de nieve.»
En fin, en lo veloz, viento,
Rayo en fin en lo eminente,
Era por lo blanco cisne,
Por lo sangriento era sierpe,
Por lo hermoso era soberbio,
Por lo atrevido valiente,
Por los relinchos lozano
Y por las cernejas fuerte.
En la silla y en las ancas
Puestos los dos juntamente,
Mares de sangre rompimos,
Por cuyas ondas crueles
Este bajel animado,
Hecho proa de la frente,
Rompiendo el globo de nácar,
Desde el codon al copete,
Pareció entre espuma y sangre

[1] Verso suelto en una escena escrita en tercetos. Falta un verso que consuene con *dia*, y otro con *pena*. Es de creer que haya una laguna aquí.

[2] Esta escena es una especie de glosa, habilisimamente hecha, de varios romances.

Digitized by Google

(Ya que bajel quise hacerle)
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Rindióse al fin, si hubo peso
Que tanto Atlante oprimiese;
Si bien el de las desdichas
Hasta los brutos lo sienten;
O ya fué, que enternecido
Entre su instinto dijese :
«Triste camina el alarbe
Y el español parte alegre;
¿Luego yo contra mi patria
Soy traidor y soy aleve?»
No quiero pasar de aquí;
Y puesto que triste vienes,
Tanto, que aunque el corazon
Disimula cuanto puede,
Por la boca y por los ojos,
Volcanes que el pecho enciende,
Ardientes suspiros lanza
Y tiernas lágrimas vierte;
Admirado mi valor
De ver, cada vez que vuelve,
Que á un golpe de la fortuna
Tanto se postre y sujete
Tu valor, pienso que es otra
La causa que te entristece;
Porque por la libertad
No era justo ni decente
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere.
Y así, si el comunicar
Los males alivio ofrece
Al sentimiento, entre tanto
Que llegamos á mi gente,
Mi deseo á tu cuidado,
Si tanto favor merece,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses,
¿Qué sientes? pues ya he creido
Que el venir preso no sientes.
Comunicado el dolor,
Se aplaca si no se vence;
Y yo, que soy el que tuve
Mas parte en este accidente
De la fortuna, tambien
Quiero ser el que consuele
De tus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.

MULEY.

Valiente eres, español,
Y cortes como valiente;
Tan bien vences con la lengua,
Como con la espada vences.
Tuya fué la vida, cuando
Con la espada entre mi gente
Me venciste; pero agora,
Que con la lengua me prendes,
Es tuya el alma, porque
Alma y vida se confiesen
Tuyas : de ambas eres dueño,
Pues ya cruel, ya clemente,
Por el trato y por las armas
Me has cautivado dos veces.
Movido de la piedad
De oirme, español, y verme,
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes;
Y aunque confieso que el mal
Repetido y dicho suele
Templarse, tambien confieso
Que quien le repite, quiere
Aliviarse; y es mi mal
Tan dueño de mis placeres,
Que por no hacerles disgusto,
Y que aliviado me deje,
No quisiera repetirla;
Mas ya es fuerza obedecerte,
Y quiérotela decir
Por quien soy y por quien eres.
Sobrino del rey de Fez
Soy; mi nombre es Muley Jeque,
Familia qué ilustran tantos
Bajaes y belerbeyes.
Tan hijo fuí de desdichas
Desde mi primer oriente,
Que en el umbral de la vida
Nací en brazos de la muerte.
Una desierta campaña,
Que fué sepulcro eminente
De españoles, fué mi cuna;
Pues para que lo confieses,
En los Gélves nací el año
Que os perdisteis en los Gélves.
A servir al rey mi tio
Vine infante. — Pero empiecen
Las penas y las desdichas :
Cesen las venturas, cesen.
Vine á Fez, y una hermosura,
A quien he adorado siempre,
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese.
Desde mis primeros años,
Porque mas constante fuese
Este amor, mas imposible
De acabarse y de romperse,
Ambos nos criamos juntos,
Y amor en nuestras niñeces
No fué rayo, pues hirió
En lo humilde, tierno y débil
Con mas fuerza que pudiera
En lo augusto, altivo y fuerte;
Tanto, que para mostrar
Sus fuerzas y sus poderes,
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
Pero como la porfía
Del agua en las piedras suele
Hacer señal, por la fuerza
No, sino cayendo siempre;
Así las lágrimas mias,
Porfiando eternamente,
La piedra del corazon,
Mas que los diamantes fuerte,
Labraron; y no con fuerza
De méritos excelentes,
Pero con mi mucho amor
Vino en fin á enternecerse.
En este estado viví
Algun tiempo, aunque fué breve,
Gozando en auras süaves
Mil amorosos deleites.
Ausentéme, por mi mal :
Harto he dicho en ausentéme,
Pues en mi ausencia otro amante
Ha venido á darme muerte.
El dichoso, yo infelice,
El asistiendo, yo ausente,
Yo cautivo y libre él,
Me contrastara mi suerte
Cuando tú me cautivaste :
Mira si es bien me lamente.

DON FERNANDO.

Valiente moro y galan,
Si adoras como refieres,
Si idolatras como dices,
Si amas como encareces,
Si celas como suspiras,
Si como recelas temes,
Y si como sientes amas,
Dichosamente padeces.
No quiero por tu rescate
Mas precio de que le aceptes.
Vuélvete, y dile á tu dama
Que por su esclavo te ofrece
Un portugues caballero;
Y si obligada pretende
Pagarme el precio por tí,
Yo te doy lo que me debes :
Cobra la deuda en amor,
Y logra tus intereses.
Ya el caballo, que rendido
Cayó en el suelo, parece
Con el ocio y el descanso
Que restituido vuelve;
Y porque sé qué es amor,
Y qué es tardanza en ausentes,
No te quiero detener :
Sube en tu caballo y vete.

MULEY.

Nada mi voz te responde;
Que á quien liberal ofrece,
Solo aceptar es lisonja.
Dime, portugues, quién eres.

DON FERNANDO.

Un hombre noble, y no mas.

MULEY.

Bien lo muestras, seas quien fueres.
Para el bien y para el mal
Soy tu esclavo eternamente.

DON FERNANDO.

Toma el caballo, que es tarde.

MULEY.

Pues si á tí te lo parece,
¿Qué hará á quien vino cautivo
Y libre á su dama vuelve? (*Vase.*)

DON FERNANDO.

Generosa accion es dar,
Y mas la vida.

MULEY. (*Dentro.*)

¡Valiente
Portugues!

DON FERNANDO.

Desde el caballo
Habla.—¿Qué es lo que me quieres?

MULEY. (*Dentro.*)

Espero que he de pagarte
Algun dia tantos bienes.

DON FERNANDO.

Gózalos tú.

MULEY. (*Dentro.*)

Porque al fin,
Hacer bien nunca se pierde.
Alá te guarde, español.

DON FERNANDO.

Si Alá es Dios, con bien te lleve.
(*Suenan dentro cajas y trompetas.*)
Mas ¿qué trompeta es esta
Que el aire turba y la region molesta?
Y por estotra parte
Cajas se escuchan : música de Marte
Son las dos.

ESCENA XII.

DON ENRIQUE, DON FERNANDO.

DON ENRIQUE.

¡Oh Fernando!
Tu persona, veloz vengo buscando.

DON FERNANDO.

Enrique, ¿qué hay de nuevo?

DON ENRIQUE.

Aquellos ecos,
Ejércitos de Fez y de Marruecos
Son; porque Tarudante
Al rey de Fez socorre, y arrogante
El Rey con gente viene :
En medio cada ejército nos tiene,
De modo que cercados,
Somos los sitiadores y sitiados.
Si la espalda volvemos
Al uno, mal del otro nos podemos
Defender; pues por una y otra parte
Nos deslumbran relámpagos de Marte.
¿Qué harémos, pues, de confusiones llenos?

Digitized by Google

DON FERNANDO.

¿Qué? Morir como buenos,
Con ánimos constantes.
¿No somos dos Maestres, dos Infantes,
Cuando bastara ser dos portugueses
Particulares, para no haber visto
La cara al miedo? Pues *Avis y Cristo*
A voces repitamos,
Y por la fe muramos,
Pues á morir venimos.

ESCENA XIII.

DON JUAN.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE.

DON JUAN.

Mala salida á tierra dispusimos.

DON FERNANDO.

Ya no es tiempo de medios:
A los brazos apelen los remedios,
Pues uno y otro ejército nos cierra
En medio. ¡Avis y Cristo!

DON JUAN.

¡Guerra, guerra!

(*Éntranse sacando las espadas, y dase la batalla.*)

ESCENA XIV.

BRITO.

Ya nos cogen en medio,
Un ejército y otro, sin remedio.
¡Qué bellaca palabra!
La llave eterna de los cielos abra
Un resquicio siquiera,
Que de aqueste peligro salga afuera
Quien aquí se ha venido
Sin qué ni para qué. Pero fingido
Muerto estaré un instante,
Y muerto lo tendré para adelante.

(*Échase en el suelo.*)

ESCENA XV.

Un MORO *acuchillando á* DON ENRIQUE.— BRITO *en el suelo.*

MORO.

¿Quién tanto se defiende,
Siendo mi brazo rayo, que desciende
Desde la cuarta esfera?

DON ENRIQUE.

Pues aunque yo tropiece, caiga y muera
En cuerpos de cristianos,
No desmaya la fuerza de las manos;
Que ella de quien yo soy mejor avisa.

(*Písanle, y éntranse.*)

BRITO.

¡Cuerpo de Dios con él, y qué bien pisa!

ESCENA XVI.

MULEY Y DON JUAN COUTIÑO *riñendo.*—BRITO.

MULEY.

Ver, portugues valiente,
En tí fuerza tan grande, no lo siente
Mi valor; pues quisiera
Daros hoy la victoria.

DON JUAN.

¡Pena fiera!
Sin tiento y sin aviso,
Son cuerpos de cristianos cuantos piso.

(*Vanse los dos.*)

BRITO.

Yo se lo perdonara,
A trueco mi señor, que no pisara.

ESCENA XVII.

DON FERNANDO, *retirándose del* REY *y de otros* MOROS.—BRITO.

REY.

Rinde la espada, altivo
Portugues; que si logro el verte vivo
En mi poder, prometo
Ser tu amigo. ¿Quién eres?

DON FERNANDO.

Un caballero soy; saber no esperes
Mas de mí. Dame muerte.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *que se pone al lado de* DON FERNANDO.—DICHOS.

DON JUAN.

Primero, gran señor, mi pecho fuerte,
Que es muro de diamante,
Tu vida guardará puesto delante.
¡Ea, Fernando mio,
Muéstrese ahora el heredado brio!

REY.

Si esto escucho ¿qué espero?
Suspéndanse las armas, que no quiero
Hoy mas felice gloria;
Que este preso me basta por victoria.
Si tu prision ó muerte
Con tal sentencia decretó la suerte,
Da la espada, Fernando,
Al Rey de Fez.

ESCENA XIX.

MULEY; *despues* DON ENRIQUE. — DICHOS.

MULEY.

¿Qué es lo que estoy mirando?

DON FERNANDO.

Solo á un rey la rindiera;
Que desesperacion negarla fuera.

(*Sale Don Enrique.*)

DON ENRIQUE.

¡Preso mi hermano!

DON FERNANDO.

Enrique,
Tu voz mas sentimiento no publique;
Que en la suerte importuna
Estos son los sucesos de fortuna.

REY.

Enrique, Don Fernando [trando
Está hoy en mi poder; y aunque mos-
La ventaja que tengo,
Pudiera daros muerte, yo no vengo
Hoy mas que á defenderme;
Qué vuestra sangre no viniera á hacerme
Honras tan conocidas
Como podrán hacerme vuestras vidas.
Y para que el rescate
Con mas puntualidad al Rey se trate,
Vuelve tú; que Fernando
En mi poder se quedará, aguardando
Que vengas á libralle.
Pero dile á Duarte, que en llevalle
Será su intento vano,
Si á Ceuta no me entrega por su mano.-
Y agora vuestra Alteza,
A quien debo esta honra, esta grandeza,
A Fez venga conmigo.

DON FERNANDO.

Iré á la esfera cuyos rayos sigo.

MULEY. (*Ap.*)

Porque yo tenga, ¡cielos!
Mas que sentir entre amistad y celos.

DON FERNANDO.

Enrique, preso quedo.
Ni al mal ni á la fortuna tengo miedo.
Dirásle á nuestro hermano
Que haga aquí como príncipe cristiano
En la desdicha mia.

DON ENRIQUE.

¿Pues quién de sus grandezas desconfía?

DON FERNANDO.

Esto te encargo, y digo
Que haga como cristiano.

DON ENRIQUE.

Yo me obligo
A volver como tal.

DON FERNANDO.

Dame esos brazos.

DON ENRIQUE.

Tú eres el preso, y pónesme á mí lazos.

DON FERNANDO.

Don Juan, adios.

DON JUAN.

Yo he de quedar contigo:
De mí no te despidas.

DON FERNANDO.

¡Leal amigo!

DON ENRIQUE.

¡Oh infelice jornada!

DON FERNANDO.

Dirásle al Rey... Mas no le digas nada,
Si con grande silencio el miedo vano
Estas lágrimas lleva al Rey mi hermano.

(*Vanse.*)

ESCENA XX.

Dos MOROS. — BRITO.

MORO 1.°

Cristiano muerto es este.

MORO 2.°

Porque no causen peste,
Echad al mar los muertos.

BRITO.

En dejándôs los cascos bien abiertos
A tajos y á reveses;

(*Levántase, y acuchíllalos.*)

Que ainda mortos somos portugueses.

JORNADA SEGUNDA.

Falda de un monte cercano á los jardines del rey de Fez.

ESCENA PRIMERA.

FÉNIX, *y luego* MULEY.

FÉNIX.

¡Zara! Rosa! Estrella! ¿No
Hay quien me responda?

(*Sale Muley.*)

MULEY.

Sí,
Que tú eres sol para mí
Y para tí sombra yo,
Y la sombra al sol siguió.
El eco dulce escuché
De tu voz, y apresuré
Por esta montaña el paso.
¿Qué sientes?

FÉNIX.

Oye, si acaso
Puedo decir lo que fué.
Lisonjera, libre, ingrata,
Dulce y süave una fuente

Digitized by Google

Hizo apacible corriente
De cristal y undosa plata;
Lisonjera se desata,
Porque hablaba y no sentia;
Süave porque fingia;
Libre, porque claro hablaba;
Dulce, porque murmuraba
E ingrata, porque corria.
Aquí cansada llegué,
Despues de seguir lijera
En ese monte una fiera,
En cuya frescura hallé
Ocio y descanso; porqué
De un montecillo á la espalda,
De quien corona y guirnalda
Fuéron clavel y jazmin,
Sobre un catre de carmin
Hice un foso de esmeralda.
Apénas en él rendí
El alma al susurro blando
De las soledades, cuando
Ruido en las hojas sentí.
Atenta me puse, y vi
Una caduca africana,
Espíritu en forma húmana,
Ceño arrugado y esquivo,
Que era un esqueleto vivo
De lo que fué sombra vana,
Cuya rústica fiereza,
Cuyo aspecto esquivo y bronco
Fué escultura hecha de un tronco
Sin pulirse la corteza.
Con melancolía y tristeza,
Pasiones siempre infelices,
(Para que te atemorices)
Una mano me tomó,
Y entónces ser tronco yo
Afirmé por las raices.
Hielo introdujo en mis venas
El contacto, horror las voces.
Que discurriendo veloces,
De mortal veneno llenas,
Articuladas ápénas,
Esto les pude entender:
«¡Ay infelice mujer!
¡Ay forzosa desventura!
¿Que en efecto esta hermosura
Precio de un muerto ha de ser?»
Dijo, y yo tan triste vivo,
Que diré mejor que muero;
Pues por instantes espero
De aquel tronco fugitivo
Cumplimiento tan esquivo,
De aquel oráculo yerto
El presagio y fin tan cierto,
Que mi vida ha de tener.—
¡Ay de mí! ¡que yo he de ser
Precio vil de un hombre muerto! (*Vase*)

ESCENA II.

MULEY.

Fácil es de descifrar
Ese sueño, esa ilusion,
Pues las imágenes son
De mi pena singular.
A Tarudante has de dar
La mano de esposa; pero
Yo, que en pensarlo me muero,
Estorbaré mi rigor;
Que él no ha de gozar tu amor
Si no me mata primero.
Perderte yo, podrá ser;
Mas no perderte y vivir:
Luego si es fuerza el morir
Antes que lo llegue á ver,
Precio mi vida ha de ser
Con que ha de comprarte, ¡ay cielos!
Y tú en tantos desconsuelos
Precio de un muerto serás,
Pues que morir me verás
De amor, de envidia y de celos.

ESCENA III.

DON FERNANDO, TRES CAUTIVOS. — MULEY.

CAUTIVO 1.°

Desde aquel jardin te vimos,
Donde estamos trabajando,
Andar á caza, Fernando,
Y todos juntos venimos
A arrojarnos á tus piés.

CAUTIVO 2.°

Solamente este consuelo
Aquí nos ofrece el cielo.

CAUTIVO 3.°

Piedad como suya es.

DON FERNANDO.

Amigos, dadme los brazos;
Y sabe Dios si con ellos
Quisiera de vuestros cuellos
Romper los nudos y lazos
Que os aprisionan; que á fe
Que os darian libertad
Antes que á mí; mas pensad
Que favor del cielo fué
Esta piadosa sentencia;
El mejorará la suerte,
Que á la desdicha mas fuerte
Sabe vencer la prudencia.
Sufrid con ella el rigor
Del tiempo y de la fortuna:
Deidad bárbara, importuna,
Hoy cadáver y ayer flor,
No permanece jamas,
Y así os mudará de estado.—
¡Ay Dios! que al necesitado
Darle consejo no mas,
No es prudencia; y en verdad,
Que aunque quiera regalaros,
No tengo esta vez qué daros:
Mis amigos, perdonad.
Ya de Portugal espero
Socorro, presto vendrá:
Vuestra mi hacienda será;
Para vosotros la quiero.
Si me vienen á sacar
Del cautiverio, ya digo
Que todos iréis conmigo.
Id con Dios á trabajar,
No disgusteis vuestros dueños.

CAUTIVO 1.°

Señor, tu vida y salud
Hace nuestra esclavitud
Dichosa.

CAUTIVO 2.°

Siglos pequeños
Los del Fénix sean, señor,
Para que vivas. (*Vánse los cautivos.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO, MULEY.

DON FERNANDO.

El alma
Queda en lastimosa calma,
Viendo que os vais sin favor
De mis manos. ¡Quién pudiera
Socorrerlos! ¡Qué dolor!

MULEY.

Aquí estoy viendo el amor
Con que la desdicha fiera
De esos cautivos tratais.

DON FERNANDO.

Duéleme de su fortuna,
Y en la desdicha importuna,
Que á esos cautivos mirais,
Aprendo á ser infelice;
Y algun dia podrá ser
Que los haya menester.

MULEY.

¿Eso vuestra Alteza dice?

DON FERNANDO.

Naciendo infante, he llegado
A ser esclavo; y así
Temo venir desde aquí
A mas miserable estado;
Que si ya en aqueste vivo,
Mucha mas distancia tray
De infante á cautivo, que hay
De cautivo á mas cautivo.
Un dia llama á otro dia,
Y así llama y encadena
Llanto á llanto y pena á pena.

MULEY.

¡No fuera mayor la mia!
Que vuestra Alteza mañana,
Aunque hoy cautivo está,
A su patria volverá;
Pero mi esperanza es vana,
Pues no puede alguna vez
Mejorarse mi fortuna,
Mudable mas que la luna.

DON FERNANDO.

Cortesano soy de Fez,
Y nunca de los amores,
Que me contaste, te oí
Novedad

MULEY.

Fuéron en mí
Recatados los favores.
El dueño juré encubrir;
Pero á la amistad atento,
Sin quebrar el juramento,
Te lo tengo de decir.
Tan solo mi mal ha sido
Como solo mi dolor;
Porque el Fénix y mi amor
Sin semejante han nacido.
En ver, oir y callar
Fénix es mi pensamiento;
Fénix es mi sufrimiento
En temer, sentir y amar;
Fénix mi desconfianza
En llorar y padecer;
En merecerla y temer
Aun es Fénix mi esperanza;
Fénix mi amor y cuidado;
Y pues que es Fénix te digo,
Como amante y como amigo,
Ya lo he dicho y lo he callado. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

Cuerdamente declaró
El dueño amante y cortes:
Si Fénix su pena es,
No he de competirla yo;
Que la mia es comun pena.
No me doy por entendido;
Que muchos la han padecido
Y vive de enojos llena.

ESCENA V.

EL REY.—DON FERNANDO.

REY.

Por la falda deste monte
Vengo siguiendo á tu Alteza,
Porque, ántes que el sol se oculte
Entre corales y perlas,
Te diviertas en la lucha
De un tigre, que ahora cercan
Mis cazadores.

DON FERNANDO.

Señor,
Gustos por puntos inventas

Digitized by Google

Para agradarme : si así
A tus esclavos festejas,
No echarán ménos la patria.

REY.

Cautivos de tales prendas
Que honran al dueño, es razon
Servirlos desta manera.

ESCENA VI.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

Sal, gran señor, á la orilla
Del mar, y verás en ella
El mas hermoso animal
Que añadió naturaleza
Al artificio; porque
Una cristiana galera
Llega al puerto, tan hermosa,
Aunque toda oscura y negra,
Que al verlá se duda cómo
Es alegre su tristeza.
Las armas de Portugal
Vienen por remate della;
Que como tienen cautivo
Á su Infante, tristes señas
Visten por su esclavitud,
Y á darle libertad llegan,
Diciendo su sentimiento.

DON FERNANDO.

Don Juan amigo, no es esa
De su luto la razon;
Que si á librarme vinieran,
En fe de mi libertad,
Fueran alegres las muestras.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, *vestido de luto, con un pliego*. — DICHOS.

DON ENRIQUE. (*Al Rey.*)

Dadme, gran señor, los brazos.

REY.

Con bien venga vuestra Alteza.

DON FERNANDO.

¡Ay Don Juan, cierta es mi muerte!

REY.

¡Ay Muley, mi dicha es cierta!

DON ENRIQUE.

Ya que de vuestra salud
Me informa vuestra presencia,
Para abrazar á mi hermano
Me dad, gran señor, licencia.
¡Ay Fernando! (*Abrázanse.*)

DON FERNANDO.

Enrique mio,
¿Qué traje es ese? Mas cesa:
Harto me han dicho tus ojos,
Nada me diga tu lengua.
No llores, que si es decirme
Que es mi esclavitud eterna,
Eso es lo que mas deseo:
Albricias pedir pudieras,
Y en vez de dolor y luto
Vestir galas y hacer fiestas.
¿Cómo está el Rey mi señor?
Porque como salud tenga,
Nada siento. ¿Aun no respondes?

DON ENRIQUE.

Si repetidas las penas
Se sienten dos veces, quiero
Que sola una vez las sientas. —
Tú escúchame, gran señor; (*Al Rey.*)
Que aunque una montaña sea
Rústico palacio, aquí
Te pido me dés audiencia,
A un preso la libertad,
Y atencion justa á estas nuevas.
Rota y deshecha la armada,
Que fué con vana soberbia
Pesadumbre de las ondas,
Dejando en Africa presa
La persona del Infante,
A Lisboa di la vuelta.
Desde el punto que Duarte
Oyó tan trágicas nuevas,
De una tristeza cubrió
El corazon, de manera
Que pasando á ser letargo
La melancolía primera,
Muriendo, desmintió á cuantos
Dicen que no matan penas.
Murió el Rey, que esté en el cielo.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta
Mi prision?

REY.

De esa desdicha
Sabe Alá lo que me pesa.
Prosigue.

DON ENRIQUE.

En su testamento
El Rey mi señor ordena
Que luego por la persona
Del Infante se dé á Ceuta.
Y así yo con los poderes
De Alfonso, que es quien le hereda,
Porque solo este lucero
Supliera del sol la ausencia,
Vengo á entregar la ciudad;
Y pues...

DON FERNANDO.

No prosigas, cesa,
Cesa, Enrique; porque son
Palabras indignas esas,
No de un portugues infante,
De un maestre, que profesa
De Cristo la religion,
Pero aun de un hombre lo fueran
Vil, de un bárbaro sin luz
De la fe de Cristo eterna.
Mi hermano, que está en el cielo,
Si en su testamento deja
Esa cláusula, no es
Para que se cumpla y lea,
Sino para mostrar solo
Que mi libertad desea,
Y esa se busque por otros
Medios y otras conveniencias,
O apacibles ó crueles.
Porque decir : «Dése á Ceuta,»
Es decir: hasta eso haced
Prodigiosas diligencias.
Que un rey católico y justo,
¿Cómo fuera, cómo fuera
Posible entregar á un moro
Una ciudad que le cuesta
Su sangre, pues fué el primero
Que con sola una rodela
Y una espada enarboló
Las quinas en sus almenas?
Y esto es lo que importa ménos.
Una ciudad que confiesa
Católicamente á Dios,
La que ha merecido iglesias
Consagradas á sus cultos
Con amor y reverencia,
¿Fuera católica accion,
Fuera religion expresa,
Fuera cristiana piedad,
Fuera hazaña portuguesa
Que los templos soberanos,
Atlantes de las esferas,
En vez de doradas luces,
Adonde el sol reverbera,
Vieran otomanas sombras;
Y que sus lunas opuestas
En la iglesia, estos eclipses
Ejecutasen tragedias?
¿Fuera bien que sus capillas
Á ser establos vinieran,
Sus altares á pesebres,
Y cuando aquesto no fuera,
Volvieran á ser mezquitas?
Aquí enmudece la lengua,
Aquí me falta el aliento,
Aquí me ahoga la pena;
Porque en pensarlo no mas
El corazon se me quiebra,
El cabello se me eriza
Y todo el cuerpo me tiembla.
Porque establos y pesebres
No fuera la vez primera
Que hayan hospedado á Dios;
Pero en ser mezquitas, fueran
Un epitafio, un padron
De nuestra inmortal afrenta,
Diciendo: «Aquí tuvo Dios
Posada, y hoy se la niegan
Los cristianos, para darla
Al demonio.» Aun no se cuenta
(Acá moralmente hablando)
Que nadie en casa se atreva
De otro á ofenderle: ¿era justo
Que entrara en su casa mesma
Á ofender á Dios el vicio,
Y que acompañado fuera
De nosotros, y nosotros
Le guardáramos la puerta,
Y para dejarle dentro
Á Dios echásemos fuera?
Los católicos que habitan
Con sus familias y haciendas
Hoy, quizá prevaricaran
En la fe, por no perderlas.
¿Fuera bien ocasionar
Nosotros la contingencia
Deste pecado? Los niños
Que tiernos crian en ella
Los cristianos, ¿fuera bueno
Que los moros indujeran
Á sus costumbres y ritos
Para vivir en su secta?
¿En mísero cautiverio
Fuera bueno que murieran
Hoy tantas vidas, por una
Que no importa que se pierda?
¿Quién soy yo? ¿soy mas que un hombre?
Si es número que acrecienta
El ser infante, ya soy
Un cautivo : de nobleza
No es capaz el que es esclavo;
Yo lo soy : luego ya yerra
El que infante me llamare.
Sino lo soy, ¿quién ordena
Que la vida de un esclavo
En tanto precio se venda?
Morir es perder el sér,
Yo le perdí en una guerra :
Perdí el sér, luego morí :
Morí, luego ya no es cuerda
Hazaña, que por un muerto
Hoy tantos vivos perezcan.
Y así estos vanos poderes,
Hoy divididos en piezas,
Serán átomos del sol,
Serán del fuego centellas.
(*Rompe el pliego que traia Don Enrique.*)
Mas no, yo los comeré
Porque aun no quede una letra
Que informe al mundo que tuvo
La lusitana nobleza
Este intento.—Rey, yo soy
Tu esclavo, dispon, ordena
De mí; libertad no quiero,
Ni es posible que la tenga.
Enrique, vuelve á tu patria;

Digitized by Google

Di que en Africa me dejas
Enterrado; que mi vida
Yo haré que muerte parezca.
Cristianos, Fernando es muerto;
Moros, un esclavo os queda;
Cautivos, un compañero
Hoy se añade á vuestras penas;
Cielos, un hombre restaura
Vuestras divinas iglesias;
Mar, un mísero, con llanto,
Vuestras ondas acrecienta;
Montes, un triste os habita,
Igual ya de vuestras fieras.
Viento, un pobre con sus voces
Os duplica las esferas;
Tierra, un cadáver hoy labra
En tus entrañas su huesa:
Porque rey, hermano, moros,
Cristianos, sol, luna, estrellas,
Cielo, tierra, mar y viento,
Fieras, montes, todos sepan
Que hoy un *príncipe constante*,
Entre desdichas y penas,
La fe católica ensalza,
La ley de Dios reverencia;
Pues cuando no hubiera otra
Razon mas que tener Ceuta
Una iglesia consagrada
A la Concepcion eterna
De la que es Reina y Señora
De los cielos y la tierra,
Perdiera, vive ella misma,
Mil vidas en su defensa.

REY.

Desagradecido, ingrato
A las glorias y grandezas
De mi reino, ¿cómo así
Hoy me quitas, hoy me niegas
Lo que mas he deseado?
Mas si en mi reino gobiernas
Mas que en el tuyo, ¿qué mucho
Que la esclavitud no sientas?
Pero ya que esclavo mio
Te nombras y te confiesas,
Como á esclavo he de tratarte:
Tu hermano y los tuyos vean
Que ya como vil esclavo
Los piés ahora me besas.

DON ENRIQUE.

¡Qué desdicha!

MULEY.

¡Qué dolor!

DON ENRIQUE.

¿Qué desventura!

DON JUAN.

¡Qué pena!

REY.

Mi esclavo eres.

DON FERNANDO.

Es verdad,
Y poco en eso te vengas;
Que si para una jornada
Salió el hombre de la tierra
Al fin de varios caminos,
Es para volver á ella.
Mas tengo que agradecerte
Que culparte, pues me enseñas
Atajos para llegar
A la posada mas cerca.

REY.

Siendo esclavo tú, no puedes
Tener títulos ni rentas.
Hoy Ceuta está en tu poder:
Si cautivo te confiesas,
Si me confiesas por dueño,
¿Por qué no me das á Ceuta?

DON FERNANDO.

Porque es de Dios, y no es mia.

REY.

¿No es precepto de obediencia
Obedecer al señor?
Pues yo te mando con ella
Que la entregues.

DON FERNANDO.

En lo justo
Dice el cielo que obedezca
El esclavo á su señor;
Porque si el señor dijera
A su esclavo que pecara,
Obligacion no tuviera
De obedecerle; porque
Quien peca mandado, peca.

REY.

Daréte muerte.

DON FERNANDO.

Esa es vida.

REY.

Pues para que no lo sea,
Vive muriendo; que yo
Rigor tengo.

DON FERNANDO.

Y yo paciencia.

REY.

Pues no tendrás libertad.

DON FERNANDO.

Pues no será tuya Ceuta.

REY.

¡Hola!

ESCENA VIII.

CELIN, MOROS.—DICHOS.

CELIN.

Señor...

REY.

Luego al punto
Aquese cautivo sea
Igual á todos: al cuello
Y á los piés le echad cadenas;
A mis caballos acuda
Y en baño y jardin, y sea
Abatido como todos;
No vista ropas de seda,
Sino sarga humilde y pobre,
Coma negro pan; y beba
Agua salobre; en mazmorras
Húmedas y oscuras duerma;
Y á criados y á vasallos
Se extienda aquesta sentencia.
Llevadlos todos.

DON ENRIQUE.

¡Qué llanto!

MULEY.

¡Qué desdicha!

DON JUAN.

¡Qué tristeza!

REY.

Veré, bárbaro, veré
Si llega á mas tu paciencia
Que mi rigor.

DON FERNANDO.

Sí verás;
Porque esta en mí será eterna.
(*Llévanle.*)

REY.

Enrique, por el seguro
De mi palabra, que vuelvas
A Lisboa te permito;
El mar africano deja.
Di en tu patria que su infante,
Su Maestre de Avis, queda
Curándome los caballos;
Que á darle libertad vengan.

DON ENRIQUE.

Sí harán, que si yo le dejo
En su infelice miseria,
Y me sufre el corazon
El no acompañarle en ella,
Es porque pienso volver
Con mas poder y mas fuerza,
Para darle libertad.

REY.

Muy bien harás, como puedas.

MULEY. (*Ap.*)

Ya ha llegado la ocasion
De que mi lealtad se vea.
La vida debo á Fernando,
Yo le pagaré la deuda. (*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA IX.

CELIN; DON FERNANDO, *de cautivo y con cadenas; despues* CAUTIVOS.

CELIN.

El Rey manda que asistas
En aqueste jardin, y no resistas
Su ley á tu obediencia. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

Mayor que su rigor, es mi paciencia.
(*Salen varios cautivos, y uno canta miéntras los otros cavan en el jardin*)

CAUTIVO 1.º (*Canta.*)

A la conquista de Tánger,
Contra el tirano de Fez,
Al infante Don Fernando
Envió su hermano el Rey.

DON FERNANDO.

¡Que un instante mi historia
No deje de cansar á la memoria!
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2.º

¿Cautivo, cómo estais tan descuidado?
No lloreis, consolaos; que ya el Maestre
Dijo que volveremos
Presto á la patria, y libertad tendrémos.
Ninguno ha de quedar en este suelo.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Qué presto perderéis ese consuelo!

CAUTIVO 2.º

Consolad los rigores,
Y ayudadme á regar aquestas flores.
Tomad los cubos, y agua me id trayendo
De aquel estanque.

DON FERNANDO.

Obedecer pretendo.
Buen cargo me habeis dado,
Pues agua me pedis; que mi cuidado,
Sembrando penas, cultivando enojos,
Llenará en la corriente de mis ojos.
(*Vase.*)

CAUTIVO 2.º

A este baño han echado
Mas cautivos.

ESCENA X.

DON JUAN Y OTRO CAUTIVO. — DICHOS.

DON JUAN.

Miremos con cuidado
Si estos jardines fuéron
Donde vino, ó si acaso estos le vieron;
Porque en su compañía

Digitized by Google

Ménos el llanto y el dolor sería,
Y mayor el consuelo.—
Digasme, amigo, que te guarde el cielo,
Si viste cultivando
Este jardin al maestre Don Fernando.

CAUTIVO 2.°

No, amigo, no le he visto.

DON JUAN.

Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUTIVO 3.°

Digo que el baño abrieron,
Y que nuevos cautivos á él vinieron.

ESCENA XI.

DON FERNANDO, *con dos cubos de agua.*—DICHOS.

DON FERNANDO.

Mortales, no os espante
Ver un maestre de Avis, ver un infante
En tan mísera afrenta;
Que el tiempo estas miserias representa.

DON JUAN.

Pues señor, ¡ vuestra Alteza
En tan mísero estado! De tristeza
Rompa el dolor el pecho.

DON FERNANDO.

¡Válgate Dios, qué gran pesar me has he-
Don Juan, en descubrirme! [cho,
Que quisiera ocultarme y encubrirme
Entre mi misma gente,
Sirviendo pobre y miserablemente.

CAUTIVO 1°.

Señor, que perdoneis. humilde os ruego
Haber andado yo tan loco y ciego.

CAUTIVO 2.°

Danos, señor, tus piés.

DON FERNANDO.

Alzad, amigo,
No hagais tal ceremonia ya conmigo.

DON JUAN.

Vuestra Alteza...

DON FERNANDO.

¿Qué Alteza
Ha de tener quien vive en tal bajeza?
Ved que yo humilde vivo,
Y soy entre vosotros un cautivo:
Ninguno ya me trate
Sino como á su igual.

DON JUAN.

¡ Que no desate
Un rayo el cielo para darme muerte!

DON FERNANDO.

Don Juan, no ha de quejarse desa suerte
Un noble. ¿Quién del cielo desconfía?
La prudencia, el valor, la bizarría
Se ha de mostrar ahora.

ESCENA XII.

ZARA, *con un azafate.*—DICHOS.

ZARA.

Al jardin sale Fénix mi señora,
Y manda que matices y colores
Borden este azafate de sus flores.

DON FERNANDO.

Yo llevársele espero, [ro.
Que en cuanto sea servir, seré el prime-

CAUTIVO 1.°

Ea, vamos á cogellas.

ZARA.

Aquí os aguardo miéntras vais por ellas.

DON FERNANDO.

No me hagais cortesías:
Iguales vuestras penas y las mias
Son; y pues nuestra suerte,
Si hoy no, mañana ha de igualar la
No será accion liviana [muerte,
No dejar hoy que hacer para mañana.
(*Vanse el Infante y todos haciéndole cortesías, y quédase Zara.*)

ESCENA XIII.

FENIX, ROSA, ZARA.

FÉNIX.

¿Mandaste que me trajesen
Las flores?

ZARA.

Ya lo mandé.

FÉNIX.

Sus colores deseé
Para que me divirtiesen.

ROSA.

¡Que tales, señora, fuesen,
Creyendo tus fantasías,
Tus graves melancolías!

ZARA.

¿Qué te obligó á estar así?

FÉNIX.

No fué sueño lo que ví,
Que fuéron desdichas mias.
Cuando sueña un desdichado
Que es dueño de algun tesoro,
Ni dudo, Zara, ni ignoro
Que entónces es bien soñado;
Mas si á soñar ha llegado
En fortuna tan incierta,
Que desdichas le concierta,
Ya aquello sus ojos ven,
Pues soñando el mal y el bien,
Halla el mal cuando despierta.
Piedad no espero ¡ ay de mí!
Porque mi mal será cierto.

ZARA.

¿Y qué dejas para el muerto,
Si tú lo sientes así?

FÉNIX.

Ya mis desdichas creí.
¡Precio de un muerto! ¿Quién vió
Tal pena? No hay gusto, no,
A una infelice mujer.
¿Qué al fin de un muerto he de ser?
¿Quién será este muerto?

ESCENA XIV.

DON FERNANDO, *con las flores.*—FENIX, ZARA, ROSA.

DON FERNANDO.

Yo.

FÉNIX.

¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?

DON FERNANDO.

¿Qué te admira?

FÉNIX.

De una suerte
Me admira el oirte y verte.

DON FERNANDO.

No lo jures, bien lo creo.
Yo pues, Fénix, que deseo
Servirte humilde, traia
Flores, de la suerte mia
Geroglíficos, señora,
Pues nacieron con la aurora,
Y murieron con el dia.

FÉNIX.

A la maravilla dió
Ese nombre al descubrilla.

DON FERNANDO.

¿Qué flor, di, no es maravilla
Cuando te la sirvo yo?

FÉNIX.

Es verdad. Di, ¿quién causó
Esta novedad?

DON FERNANDO.

Mi suerte.

FÉNIX.

¿Tan rigurosa es?

DON FERNANDO.

Tan fuerte.

FÉNIX.

Pena das.

DON FERNANDO.

Pues no te asombre.

FÉNIX.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque nace el hombre
Sujeto á fortuna y muerte.

FÉNIX.

¿No eres Fernando?

DON FERNANDO.

Sí soy.

FÉNIX.

¿Quién te puso así?

DON FERNANDO.

La ley
De esclavo.

FÉNIX.

¿Quién la hizo?

DON FERNANDO.

El Rey

FÉNIX.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque suyo soy.

FÉNIX.

¿Pues no te ha estimado hoy?

DON FERNANDO.

Y tambien me ha aborrecido.

FÉNIX.

¿Un dia posible ha sido
A desunir dos estrellas?

DON FERNANDO.

Para presumir por ellas,
Las flores habran venido.
Estas, que fuéron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fria.
Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se emprende en término de un
A florecer las rosas madrugaron, [dia!
Y para envejecerse florecieron:
Cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un dia nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fuéron.

FÉNIX.

Horror y miedo me has dado,
Ni oirte ni verte quiero;
Sé el desdichado primero
De quien huye un desdichado.

Digitized by Google

DON FERNANDO.

¿Y las flores?

FÉNIX.

Si has hallado
Geroglíficos en ellas,
Deshacellas y rompellas
Solo sabrán mis rigores.

DON FERNANDO.

¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX.

Parecerse á las estrellas.

DON FERNANDO.

¿Ya no las quieres?

FÉNIX.

Ninguna
Estimo en su rosicler.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

FÉNIX.

Nace la mujer
Sujeta á muerte y fortuna;
Y en esta estrella importuna
Tasada mi vida vi.

DON FERNANDO.

¿Flores con estrellas?

FÉNIX.

Sí.

DON FERNANDO.

Aunque sus rigores lloro,
Esa propiedad ignoro.

FÉNIX.

Escucha, sabrásio.

DON FERNANDO.

Di.

FÉNIX.

Esos rasgos de luz, esas centellas
Que cobran con amagos superiores
Alimentos del sol en resplandores,
Aquello viven que se duele dellas.
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,
Efímeras padecen sus ardores;
Pues si un dia es el siglo de las flores,
Una noche es la edad de las estrellas.
De esa pues primavera fugitiva [re:
Ya nuestro mal, ya nuestro bien se infie-
Registro es nuestro, ó muera el sol ó viva.
¿Qué duracion habrá que el hombre es- [pere,
O qué mudanza habrá, que no reciba
De astro, que cada noche nace y muere?

(*Vanse Fénix, Zara y Rosa.*)

ESCENA XV.

MULEY.—DON FERNANDO.

MULEY.

A que se ausentase Fénix
En esta parte esperé;
Que el águila mas amante
Huye de la luz tal vez.
¿Estamos solos?

DON FERNANDO.

Sí.

MULEY.

Escucha.

DON FERNANDO.

¿Qué quieres, noble Muley?

MULEY.

Que sepas que hay en el pecho
De un moro lealtad y fe.
No sé por dónde empezar
A declararme, ni sé
Si diga cuánto he sentido
Este inconstante desden
Del tiempo, este estrago injusto
De la suerte, este cruel
Ejemplo del mundo, y este
De la fortuna vaiven.
Pero á riesgo estoy, si aquí
Hablar contigo me ven;
Que tratarte sin respeto
Es ya decreto del Rey.
Y así, á mi dolor dejando
La voz, que él podrá mas bien
Explicarse como esclavo,
Vengo á arrojarme á esos piés.
Yo lo soy tuyo, y así
No vengo, Infante, á ofrecer
Mi favor, sino á pagar
Deuda que un tiempo cobré.
La vida que tú me diste,
Vengo á darte; que hacer bien
Es tesoro que se guarda
Para cuando es menester.
Y porque el temor me tiene
Con grillos de miedo al pié,
Y está mi pecho y mi cuello
Entre el cuchillo y cordel,
Quiero, acortando discursos,
Declararme de una vez:
Y así digo, que esta noche
Tendré en el mar un bajel
Prevenido; en las troneras.
De las mazmorras pondré
Instrumentos, que desarmen
Las prisiones que teneis.
Luego, por parte de afuera,
Los cándados romperé:
Tú con todos los cautivos,
Que Fez encierra hoy en él,
Vuelve á tu patria, seguro
De que yo lo quedo en Fez;
Pues es fácil el decir
Que ellos pudieron romper
La prision; y así los dos
Habrémos librado bien,
Yo el honor y tú la vida;
Pues es cierto que á saber
El Rey mi intento, me diera
Por traidor con justa ley,
Que no sintiera el morir.
Y porque son menester
Para granjear voluntades
Dineros, aquí se ve
A estas joyas reducido
Innumerable interes.
Este es, Fernando, el rescate
De mi prision, esta es
La obligacion que te tengo;
Que un esclavo noble y fiel
Tan inmenso bien habia
De pagar alguna vez.

DON FERNANDO.

Agradecerte quisiera
La libertad; pero el Rey
Sale al jardin.

MULEY.

¿Hate visto
Conmigo?

DON FERNANDO.

No.

MULEY.

Pues no des
Que sospechar.

DON FERNANDO.

Destos ramos
Haré rústico cancel,
Que me encubra miéntras pasa.

(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

EL REY.—MULEY.

REY.

(*Ap.* ¿Con tal secreto Muley
Y Fernando? ¿Y irse el uno
En el punto que me ve,
Y disimular el otro?
Algo hay aquí que temer.
Sea cierto, ó no sea cierto,
Mi temor procuraré
Asegurar.) Mucho estimo...

MULEY.

Gran señor, dame tus piés.

REY.

Hallarte aquí.

MULEY.

¿Qué me mandas?

REY.

Mucho he sentido el no ver
A Ceuta por mia.

MULEY.

Conquista,
Coronado de laurel,
Sus muros; que á tu valor
Mal se pondrá defender.

REY.

Con mas doméstica guerra
Se ha de rendir á mis piés.

MULEY.

¿De qué suerte?

REY.

Desta suerte:
Con abatir y poner
A Fernando en tal estado,
Que él mismo á Ceuta me dé.
Sabrás pues, Muley amigo,
Que yo he llegado á temer
Que del Maestre la persona
No está muy segura en Fez.
Los cautivos, que en estado
Tan abatido le ven,
Se lastiman, y recelo
Que se amotinen por él.
Fuera desto, siempre ha sido
Poderoso el interes;
Que las guardas con el oro
Son fáciles de romper.

MULEY.

(*Ap.* Yo quiero apoyar agora
Que todo esto puede ser,
Porque de mí no se tenga
Sospecha.) Tú temes bien,
Fuerza es que quieran librarle.

REY.

Pues solo un remedio hallé,
Porque ninguno se atreva
A atropellar mi poder.

MULEY.

¿Y es, señor?

REY.

Muley, que tú
Le guardes, y á cargo esté
Tuyo; á tí no ha de torcerte
Ni el temor ni el interes.
Alcaide eres del Infante,
Procura el guardarle bien;
Porque en cualquiera ocasion
Tú me has de dar cuenta dél. (*Vase.*)

MULEY.

Sin duda alguna que oyó
Nuestros conciertos el Rey.
¡Válgame Alá!

Digitized by Google

ESCENA XVII.

DON FERNANDO.—MULEY.

DON FERNANDO.

¿Qué te aflige?

MULEY.

¿Has escuchado?

DON FERNANDO.

Muy bien.

MULEY.

¿Pues para qué me preguntas
Qué me aflige, si me ves
En tan ciega confusion,
Y entre mi amigo y el Rey,
El amistad y el honor
Hoy en batalla se ven?
Si soy contigo leal,
He de ser traidor con él;
Ingrato seré contigo,
Si con él me juzgo fiel.
¿Qué he de hacer (¡valedme, cielos!)
Pues al mismo que llegué
A rendir la libertad,
Me entrega, para que esté
Seguro en mi confianza?
¿Qué he de hacer si ha echado el Rey
Llave maestra al secreto?
Mas para acertarlo bien,
Te pido que me aconsejes:
Dime tú qué debo hacer.

DON FERNANDO.

Muley, amor y amistad
En grado inferior se ven
Con la lealtad y el honor.
Nadie iguala con el Rey;
El solo es igual consigo:
Y así mi consejo es
Que á él le sirvas y me faltes.
Tú amigo soy; y porque
Esté seguro tu honor,
Yo me guardaré tambien;
Y aunque otro llegue á ofrecerme
Libertad, no aceptaré
La vida, porque tu honor
Conmigo seguro esté.

MULEY.

Fernando, no me aconsejas
Tan leal como cortés.
Sé que te debo la vida,
Y que pagartela es bien;
Y así lo que está tratado,
Esta noche dispondré.
Líbrate tú, que mi vida
Se quedará á padecer
Tu muerte: líbrate tú,
Que nada temo despues.

DON FERNANDO.

¿Y será justo que yo
Sea tirano y cruel
Con quien conmigo es piadoso,
Y mate al honor cruel
Que á mí me está dando vida?
No, y así te quiero hacer
Juez de mi causa y mi vida:
Aconséjame tambien.
¿Tomaré la libertad
De quien queda á padecer
Por mí? ¿Dejaré que sea
Uno con su honor cruel,
Por ser liberal conmigo?
¿Qué me aconsejas?

MULEY.

No sé;
Que no me atrevo á decir
Sí ni no: el no, porque
Me pesará que lo diga;
Y el sí, porque echo de ver
Si voy á decir que sí,
Que no te aconsejo bien.

DON FERNANDO.

Sí aconsejas, porque yo,
Por mi Dios y por mi ley,
Seré un príncipe constante
En la esclavitud de Fez.

JORNADA TERCERA.

Sala de una quinta del rey moro.

ESCENA PRIMERA.

MULEY, EL REY.

MULEY.

(*Ap.* Ya que socorrer no espero,
Por tantas guardas del Rey,
A Don Fernando, hacer quiero
Sus ausencias, que esta es ley
De un amigo verdadero.)
Señor, pues yo te serví
En tierra y mar, como sabes,
Si en tu gracia merecí
Lugar, en penas tan graves
Atento me escucha.

REY.

Di.

MULEY.

Fernando...

REY.

No digas mas.

MULEY.

¿Posible es que no me oirás?

REY.

No, que diciendo Fernando,
Ya me ofendes.

MULEY.

¿Cómo, ó cuándo?

REY.

Como ocasion no me das
De hacer lo que me pidieres,
Cuando me ruegas por él.

MULEY.

¿Si soy su guarda, no quieres,
Señor, que dé cuenta dél?

REY.

Di; pero piedad no esperes.

MULEY.

Fernando, cuya importuna
Suerte, sin piedad alguna
Vive, á pesar de la fama,
Tanto que el mundo le llama
El monstruo de la fortuna,
Examinando el rigor,
Mejor dijera el poder
De tu corona, señor,
Hoy á tan mísero sér
Le ha traido su valor,
Que en un lugar arrojado,
Tan humilde y desdichado
Que es indigno de tu oido,
Enfermo, pobre y tullido,
Piedad pide al que ha pasado;
Porque como le mandaste
Que en la mazmorra durmiese,
Que en los baños trabajase,
Que tus caballos curase
Y nadie á comer le diese,
A tal extremo llegó,
Como era su natural
Tan flaco, que se tulló;
Y así la fuerza del mal
Brio y majestad rindió.
Pasando la noche fria
En una mazmora dura,
Constante en su fe porfía;
Y al salir la lumbre pura
Del sol, que es padre del dia,
Los cautivos (¡pena fiera!)
En una mísera estera
Le ponen en tal lugar,
Que es, ¿dirélo? un muladar;
Porque es su olor de manera,
Que nadie puede sufrille
Junto á su casa; y así
Todos dan en despedille,
Y ha venido á estar allí
Sin hablalle y sin oille,
Ni compadecerse dél.
Solo un criado y un fiel
Caballero en pena extraña
Le consuela y acompaña.
Estos dos parten con él
Su porcion, tan sin provecho,
Que para uno solo es poca;
Pues cuando los labios toca,
Se suele pasar al pecho
Sin que lo sepa la boca;
Y aun á estos dos los castiga
Tu gente, por la piedad
Que al dueño á servir obliga;
Mas no hay rigor ni crueldad,
Por mas que ya los persiga,
Que dél los pueda apartar.
Miéntras uno va á buscar
De comer, el otro queda
Con quien consolarse pueda
De su desdicha y pesar.
Acaba ya rigor tanto:
Ten del príncipe, señor,
Puesto en tan fiero quebranto,
Ya que no piedad, horror;
Asombro, ya que no llanto.

REY.

Bien está, Muley.

ESCENA II.

FENIX.—DICHOS.

FÉNIX.

Señor,
Si ha merecido en tu amor
Gracia alguna mi humildad,
Hoy á vuestra Majestad
Vengo á pedir un favor.

REY.

¿Qué podré negarte á tí?

FÉNIX.

Fernando el Maestre...

REY.

Está bien;
Ya no hay que pasar de ahí.

FÉNIX.

Horror da á cuantos le ven
En tal estado; de tí
Solo merecer quisiera...

REY.

¡Detente, Fénix, espera!
¿Quién á Fernando le obliga
Para que su muerte siga,
Para que infelice muera?
Si por ser cruel y fiel
A su fe, sufre castigo
Tan dilatado y cruel,
El es el cruel consigo,
Que yo no lo soy con él.
¿No está en su mano el salir
De su miseria y vivir?
Pues eso en su mano está.
Entregue á Ceuta, y saldrá
De padecer y sentir
Tantas penas y rigores.

Digitized by Google

ESCENA III.

CELIN. — DICHOS.

CELIN.

Licencia aguardan que dés,
Señor, dos embajadores:
De Tarudante uno es,
Y el otro del portugues
Alfonso.

FÉNIX. (*Ap.*)

¿Hay penas mayores?
Sin duda que por mí envía
Tarudante.

MULEY. (*Ap.*)

Hoy perdí, cielos,
La esperanza que tenia.
Mátenme amistad y celos,
Todo lo perdí en un dia.

REY.

Entren pues. En este estrado
(*Vase Celin.*)
Conmigo te asienta, Fénix.
(*Siéntanse.*)

ESCENA IV.

DON ALFONSO Y TARUDANTE, *cada uno por su parte.* — DICHOS.

TARUDANTE.

Generoso rey de Fez...

DON ALFONSO.

Rey de Fez altivo y fuerte...

TARUDANTE.

Cuya fama...

DON ALFONSO.

Cuya vida...

TARUDANTE.

Nunca muera...

DON ALFONSO.

Viva siempre...

TARUDANTE. (*A Fénix.*)

Y tú de aquel sol aurora...

DON ALFONSO.

Tú de aquel ocaso oriente...

TARUDANTE.

A pesar de siglos dures...

DON ALFONSO.

A pesar de tiempos reines...

TARUDANTE.

Porque tengas...

DON ALFONSO.

Porque goces...

TARUDANTE.

Felicidades...

DON ALFONSO.

Laureles...

TARUDANTE.

Altas dichas...

DON ALFONSO.

Triunfos grandes...

TARUDANTE.

Pocos males.

DON ALFONSO.

Muchos bienes.

TARUDANTE.

¿Cómo miéntras hablo yo,
Tú, cristiano, á hablar te atreves?

DON ALFONSO.

Porque nadie habla primero
Que yo, donde yo estuviere.

TARUDANTE.

A mí, por ser de nacion
Alarbe, el lugar me deben
Primero; que los extraños
Donde hay propios, no prefieren.

DON ALFONSO.

Donde saben cortesía,
Sí hacen; pues vemos siempre
Que dan en cualquiera parte
El mejor lugar al huésped.

TARUDANTE.

Cuando esa razon lo fuera,
Aun no pudiera vencerme;
Porque el primero lugar
Solo se le debe al huésped.

REY.

Ya basta, y los dos ahora
En mis estrados se sienten.
Hable el portugues, que en fin
Por de otra ley se le debe
Mas honor.

TARUDANTE. (*Ap.*)

Corrido estoy.

DON ALFONSO.

Ahora yo seré breve:
Alfonso de Portugal,
Rey famoso, á quien celebre
La fama en lenguas de bronce
A pesar de envidia y muerte,
Salud te envía, y te ruega
Que pues libertad no quiere
Fernando, como su vida
La ciudad de Ceuta cueste,
Que reduzcas su valor
Hoy á cuantos intereses
El mas avaro codicie,
El mas liberal desprecie;
Y que dará en plata y oro
Tanto precio como pueden
Valer dos ciudades. Esto
Te pide amigablemente;
Pero si no se le entregas,
Que ha de librarle promete
Por armas, á cuyo efecto
Ya sobre la espalda leve
Del mar ciudades fabrica
De mil armados bajeles;
Y jura que á sangre y fuego
Ha de librarle y vencerte,
Dejando aquesta campaña
Llena de sangre, de suerte,
Que cuando el sol se levante
Halle los matices verdes
Esmeraldas, y los pierda
Rubíes cuando se acueste.

TARUDANTE.

Aunque como embajador
No me toca responderte,
En cuanto toca á mi Rey,
Puedo, cristiano, atreverme,
Porque ya es suyo este agravio,
Como hijo, que obedece
Al Rey mi señor; y así
Decir de su parte puedes
A Don Alfonso, que venga,
Porque en término mas breve
Que hay de la noche á la aurora,
Vea en púrpura caliente
Agonizar estos campos,
Tanto que los cielos piensen
Que se olvidaron de hacer
Otras flores que claveles.

DON ALFONSO.

Si fueras, moro, mi igual,
Pudiera ser que se viese
Reducida esta victoria
A dos jóvenes valientes;
Mas dile á tu Rey que salga
Si ganar fama pretende;
Que yo haré que salga el mio.

TARUDANTE.

Casi has dicho que lo eres,
Y siendo así, Tarudante
Sabrá tambien responderte.

DON ALFONSO.

Pues en campaña te espero.

TARUDANTE.

Yo haré que poco me esperes,
Porque soy rayo.

DON ALFONSO.

Yo viento.

TARUDANTE.

Volcan soy, que llamas vierte.

DON ALFONSO.

Hidra soy, que fuego arroja.

TARUDANTE.

Yo soy furia.

DON ALFONSO.

Yo soy muerte.

TARUDANTE.

¿Que no te espantes de oirme?

DON ALFONSO.

¿Que no te mueras de verme?

REY.

Señores, vuestras Altezas
Ya que los enojos pueden
Correr al sol las cortinas
Que le embozan y oscurecen,
Adviertan que en tierra mia
Campo aplazarse no puede
Sin mí; y así yo le niego,
Para que tiempo me quede
De serviros.

DON ALFONSO.

No recibo
Yo hospedaje ni mercedes,
De quien recibo pesares.
Por Fernando vengo: el verle
Me obligó á llegar á Fez
Disfrazado desta suerte:
Antes de entrar en tu corte
Supe que á esta quinta alegre
Asistias; y así vine
A hablarte, porque fin diese
La esperanza que me traje;
Y pues tan mal me sucede,
Advierte, señor, que solo
La respuesta me detiene.

REY.

La respuesta, rey Alfonso,
Será compendiosa y breve:
Que si no me das á Ceuta,
No hayas miedo que le lleves.

DON ALFONSO.

Pues ya he venido por él,
Y he de llevarle: prevente
Para la guerra que aplazo. —
Embajador, ó quien eres,
Véamonos en la campaña.
¡Hoy toda el África tiemble! (*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY, FENIX, MULEY, TARUDANTE.

TARUDANTE.

Ya que no pude lograr
La fineza, hermosa Fénix,
De serviros como esclavo,
Logre al ménos la de verme
A vuestros piés. Dad la mano
A quien un alma os ofrece.

Digitized by Google

FÉNIX.
Vuestra Alteza, gran señor,
Finezas y honras no aumente
A quien le estima, pues sabe
Lo que á sí mismo se debe.

MULEY. (*Ap.*)
¿Qué espera quien esto llega
A ver, y no se da muerte?

REY.
Ya que vuestra Alteza vino
A Fez impensadamente,
Perdone del hospedaje
La cortedad.

TARUDANTE.
No consiente
Mi ausencia mas dilacion,
Que la de un plazo muy breve;
Y supuesto que venía
Mi embajador con poderes
Para llevar á mi esposa,
Como tú dispuesto tienes,
No, por haberlo yo sido,
Mi fineza desmerece
La brevedad de la dicha.

REY.
En todo, señor, me vences;
Y así por pagar la deuda,
Como porque se previenen
Tantas guerras, es razon
Que desocupado quede
Destos cuidados; y así
Volverte luego conviene
Antes que ocupen el paso
Las amenazadas huestes [1]
De Portugal.

TARUDANTE.
Poco importa,
Porque yo vengo con gente
Y ejército numeroso,
Tal, que esos campos parecen
Mas ciudades que desiertos,
Y volveré brevemente
Con ella á ser tu soldado.

REY.
Pues luego es bien que se apreste
La jornada; pero en Fez
Será bien, Fénix, que entres
A alegrar á esa ciudad.
Muley.

MULEY.
Gran señor.

REY.
Prevente,
Que con la gente de guerra
Has de ir sirviendo á Fénix,
Hasta que quede segura,
Y con su esposo la dejes.

MULEY. (*Ap.*)
Esto solo me faltaba,
Para que, estando yo ausente,
Aun le falte mi socorro
A Fernando, y no le quede
Esta pequeña esperanza. (*Vanse.*)
. . . . [2]

—

Una calle de Fez.

ESCENA VI.

DON JUAN, BRITO, Y *otros* CAUTIVOS, *que sacan á* DON FERNANDO, *y le sientan en una estera.*

DON FERNANDO.
Ponedme en aquesta parte,
Para que goce mejor

[1] *Amenazadas* significa en este lugar *las que amenazan ó las anunciadas.*
[2] Falta un verso para el romance.

La luz que el cielo reparte. —
¡Oh inmenso, oh dulce Señor,
Qué de gracias debo darte!
Cuando como yo se via
Job, el dia maldecia;
Mas era por el pecado
En que habia sido engendrado;
Pero yo bendigo el dia
Por la gracia que nos da
Dios en él; pues claro está,
Que cada hermoso arrebol
Y cada rayo del sol,
Lengua de fuego será
Con que le alabo y bendigo.

BRITO.
¿Estás bien, señor, así?

DON FERNANDO.
Mejor que merezco, amigo.
¡Qué de piedades aquí,
O Señor, usais conmigo!
Cuando acaban de sacarme
De un calabozo, me dais
Un sol para calentarme:
Liberal, Señor, estáis.

CAUTIVO 1.°
Sabe el cielo, si quedarme
Y acompañaros quisiera;
Mas ya veis que nos espera
El trabajo.

DON FERNANDO.
Hijos, adios.

CAUTIVO 2.°
¡Qué pesar!

CAUTIVO. 3.°
¡Qué ansia tan fiera!
(*Vanse los cautivos.*)

DON FERNANDO.
¿Quedais conmigo los dos?

DON JUAN.
Yo tambien te he de dejar.

DON FERNANDO.
¡Qué haré yo sin tu favor?

DON JUAN.
Presto volveré, señor;
Que solo voy á buscar
Algo que comas, porque
Despues que Muley se fué
De Fez, nos falta en el suelo
Todo el humano consuelo;
Pero con todo eso iré
A procurarle, si bien
Imposibles solicito,
Porque ya cuantos me ven,
Por no ir contra el edito,
Que manda que no te dén
Ni agua tampoco, ni á mí
Me venden nada, señor,
Por ver que te asisto á tí;
Que á tanto llega el rigor
De la suerte. Pero aquí
Gente viene. (*Vase.*)

DON FERNANDO.
¡Oh si pudiera
Mi voz mover á piedad
A alguno, porque siquiera
Un instante mas viviera
Padeciendo!

ESCENA VII.

EL REY, TARUDANTE, FENIX, CELIN.—DON FERNANDO, BRITO.

CELIN.
Gran señor,
Por una calle has venido,
Que es fuerza que visto seas
Del Infante y advertido.

REY. (*A Tarudante.*)
Acompañarte he querido,
Porque mi grandeza veas.

TARUDANTE.
Siempre mis honras deseas.

DON FERNANDO.
Dadle de limosna hoy
A este pobre algun sustento;
Mirad que hombre humano soy,
Y que afligido y hambriento,
Muriendo de hambre estoy.
Hombres, doleos de mí,
Que una fiera de otra fiera
Se compadece.

BRITO.
Ya aquí
No hay pedir de esa manera.

DON FERNANDO.
¿Cómo he de decir?

BRITO.
Así:
Moros, tened compasion,
Y algo que este pobre coma
Le dad en esta ocasion,
Por el santo zancarron
Del gran profeta Mahoma.

REY.
Que tenga fe en este estado,
Tan mísero y desdichado,
Mas me ofende, mas me infama. —
Maestre, Infante.

BRITO.
El Rey llama.

DON FERNANDO.
¿A mí? Brito, haste engañado:
Ni Infante ni Maestre soy,
El cadáver suyo sí;
Y pues ya en la tierra estoy,
Aunque Infante y Maestre fuí,
No es ese mi nombre hoy.

REY.
Pues no eres Maestre ni Infante,
Respóndeme por Fernando.

DON FERNANDO.
Ahora, aunque me levante
De la tierra, iré arrastrando
A besar tu pié.

REY.
Constante
Te muestras á mi pesar.
¿Es humildad ó valor
Esta obediencia?

DON FERNANDO.
Es mostrar
Cuánto debe respetar
El esclavo á su señor.
Y pues que tu esclavo soy,
Y estoy en presencia tuya
Esta vez, tengo de hablarte:
Mi Rey y señor, escucha.
Rey te llamé, y aunque seas
De otra ley, es tan augusta
De los reyes la deidad,
Tan fuerte y tan absoluta,
Que engendra ánimo piadoso;
Y así es forzoso que acudas
A la sangre generosa
Con piedad y con cordura;
Que aun entre brutos y fieras
Este nombre es de tan suma
Autoridad, que la ley
De naturaleza ajusta
Obediencias; y así lêmos
En repúblicas incultas,
Al leon rey de las fieras,
Que cuando la frente arruga

Digitized by Google

De guedejas se corona,
Es piadoso, pues que nunca
Hizo presa en el rendido.
En las saladas espumas
Del mar el delfin, que es rey
De los peces, le dibujan
Escamas de plata y oro
Sobre la espalda cerúlea
Coronas, y ya se vió
De una tormenta importuna
Sacar los hombres á tierra,
Porque el mar no los consuma.
El águila caudalosa,
A quien copete de plumas
Riza el viento en sus esferas,
De cuantas aves saludan
Al sol es emperatriz,
Y con piedad noble y justa,
Porque brindado no beba
El hombre entre plata pura
La muerte, que en los cristales
Mezcló la ponzoña dura
Del áspid, con pico y alas
Los revuelve y los enturbia.
Aun entre plantas y piedras
Se dilata y se dibuja
Este imperio: la granada,
A quien coronan las puntas
De una corteza, en señal
De que es reina de las frutas,
Envenenada marchita
Los rubíes que la ilustran,
Y los convierte en topacios,
Color desmayada y mustia.
El diamante, á cuya vista
Ni aun el iman ejecuta
Su propiedad, que por rey
Esta obediencia le jura,
Tan noble es, que la traicion
Del dueño no disimula;
Y la dureza, imposible
De que buriles la pulan,
Se deshace entre sí misma,
Vuelta en cenizas menudas.
Pues si entre fieras y peces,
Plantas, piedras y aves, usa
Esta majestad de rey
De piedad, no será injusta
Entre los hombres, señor:
Porque el ser no te disculpa
De otra ley, que la crueldad
En cualquiera ley es una.
No quiero compadecerte
Con mis lástimas y angustias
Para que me dés la vida,
Que mi voz no la procura;
Que bien sé que he de morir
De esta enfermedad que turba
Mis sentidos, que mis miembros
Discurre helada y caduca.
Bien sé que herido de muerte
Estoy, porque no pronuncia
Voz la lengua, cuyo aliento
No sea una espada aguda.
Bien sé al fin que soy mortal,
Y que no hay hora segura;
Y por eso dió una forma
Con una materia en una
Semejanza la razon
Al ataud y á la cuna.
Accion nuestra es natural
Cuando recibir procura
Algo un hombre, alzar las manos
En esta manera juntas;
Mas cuando quiere arrojarlo,
De aquella misma accion usa,
Pues las vuelve boca abajo
Porque así las desocupa.
El mundo, cuando nacemos,
En señal de que nos busca,
En la cuna nos recibe,
Y en ella nos asegura
Boca arriba; pero cuando
O con desden, ó con furia,
Quiere arrojarnos de sí,
Vuelve las manos que junta,
Y aquel instrumento mismo
Forma esta materia muda;
Pues fué cuna boca arriba
Lo que boca abajo es tumba.
Tan cerca vivimos, pues,
De nuestra muerte, tan juntas
Tenemos, cuando nacemos,
El lecho como la cuna.
¿Qué aguarda quien esto oye?
Quien esto sabe, ¿qué busca?
Claro está que no será
La vida: no admite duda;
La muerte sí: esta te pido,
Porque los cielos me cumplan
Un deseo de morir
Por la fe; que, aunque presumas
Que esto es desesperacion,
Porque el vivir me disgusta,
No es sino afecto de dar
La vida en defensa justa
De la fe, y sacrificar
A Dios vida y alma juntas:
Y así aunque pida la muerte,
El afecto me disculpa.
Y si la piedad no puede
Vencerte, el rigor presuma
Obligarte. ¿Eres leon?
Pues ya será bien que rujas,
Y despedaces á quien
Te ofende, agravia é injuria.
¿Eres águila? Pues hiere
Con el pico y con las uñas
A quien tu nido deshace.
¿Eres delfin? Pues anuncia
Tormentas al marinero
Que el mar de este mundo sulca.
¿Eres árbol real? Pues muestra
Todas las ramas desnudas
A la violencia del tiempo,
Que ira de Dios ejecuta.
¿Eres diamante? Hecho polvos
Sé pues venenosa furia,
Y cánsate; porque yo,
Aunque mas tormentos sufra,
Aunque mas rigores vea,
Aunque llore mas angustias,
Aunque mas miserias pase,
Aunque halle mas desventuras,
Aunque mas hambre padezca,
Aunque mis carnes no cubran
Estas ropas, y aunque sea
Mi esfera esta estancia sucia,
Firme he de estar en mi fe;
Porque es el sol que me alumbra,
Porque es la luz que me guia,
Es el laurel que me ilustra.
No has de triunfar de la Iglesia;
De mí, si quieres, triunfa:
Dios defenderá mi causa,
Pues yo defiendo la suya.

REY.

¿Posible es que en tales penas
Blasones y te consueles,
Siendo propias? ¿Qué condenas,
No me duelan, siendo ajenas,
Si tú de tí no te dueles?
Que pues tu muerte causó
Tu misma mano y yo no,
No esperes piedad de mí;
Ten tú lástima de ti,
Fernando, y tendréla yo. (*Vase.*)

DON FERNANDO. (*A Tarudante.*)

Señor, vuestra Majestad
Me valga.

TARUDANTE.

¡Qué desventura! (*Vase.*)

DON FERNANDO. (*A Fénix.*)

Si es alma de la hermosura
Esa divina deidad,
Vos, señora, me amparad
Con el Rey.

FÉNIX.

¡Qué gran dolor!

DON FERNANDO.

¿Aun no me mirais?

FÉNIX.

¡Qué horror!

DON FERNANDO.

Haceis bien; que vuestros ojos
No son para ver enojos.

FÉNIX.

¡Qué lástima! ¡qué pavor!

DON FERNANDO.

Pues aunque no me mireis
Y ausentaros intenteis,
Señora, es bien que sepais,
Aunque tan bella os juzgais,
Que mas que yo no valeis,
Y yo quizá valgo mas.

FÉNIX.

Horror con tu voz me das,
Y con tu aliento me hieres.
¡Déjame, hombre! ¿qué me quieres?
Que no puedo sentir mas. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, *con un pan.* — DON FERNANDO; BRITO.

DON JUAN.

Por alcanzar este pan
Que traerte, me han seguido
Los moros, y me han herido
Con los palos que me dan.

DON FERNANDO.

Esa es la herencia de Adan.

DON JUAN.

Tómale.

DON FERNANDO.

Amigo leal,
Tarde llegas, que mi mal
Es ya mortal.

DON JUAN.

Déme el cielo
En tantas penas consuelo.

DON FERNANDO.

Pero ¿qué mal no es mortal,
Si mortal el hombre es,
Y en este confuso abismo
La enfermedad de sí mismo
Le viene á matar despues?
Hombre, mira que no estés
Descuidado: la verdad
Sigue, que hay eternidad;
Y otra enfermedad no esperes
Que te avise, pues tú eres
Tu mayor enfermedad.
Pisando la tierra dura
De continuo el hombre está,
Y cada paso que da
Es sobre su sepultura.
Triste ley, sentencia dura
Es saber que en cualquier caso
Cada paso (¡gran fracaso!)
Es para andar adelante,
Y Dios no es á hacer bastante,
Que no haya dado aquel paso.
Amigos, á mi fin llego:
Llevadme de aqui en los brazos.

Digitized by Google

DON JUAN.

Serán los últimos lazos
De mi vida.

DON FERNANDO.

Lo que os ruego,
Noble Don Juan, es que luego
Que espire me desnudeis.
En la mazmorra hallaréis
De mi religion el manto,
Que le traje tiempo tanto;
Con este me enterrareis
Descubierto, si el Rey fiero
Ablanda la saña dura,
Dándome la sepultura;
Y señaladla; que espero,
Que aunque hoy cautivo muero,
Rescatado he de gozar
El sufragio del altar;
Que pues yo os he dado á vos
Tantas iglesias, mi Dios,
Alguna me habeis de dar.

(*Llévanle en brazos.*)

—

Playa distante de la ciudad de Fez.—Es de noche.

ESCENA IX.

DON ALFONSO, SOLDADOS *con arcabuces.*

DON ALFONSO.

Dejad á la inconstante
Playa azul esa máquina arrogante
De naves, que causando al cielo asom-
[bros,
El mar sustenta en sus nevados hom-
Y en estos horizontes [bros:
Aborten gente los preñados montes
Del mar, siendo con máquinas de fuego
Cada bajel un edificio griego.

ESCENA X.

DON ENRIQUE.—DICHOS.

DON ENRIQUE.

Señor, tú no quisiste que saliera
Nuestra gente de Fez en la ribera,
Y este puesto escogiste
Para desembarcar: infeliz fuiste,
Porque por una parte
Marchando viene el numeroso Marte,
Cuyo ejército al viento desvanece,
Y los collados de los montes crece.
Tarudante conduce gente tanta,
Llevando á su mujer, felice Infanta
De Fez, hácia Marruecos...
Mas respondan las lenguas de los ecos.

DON ALFONSO.

Enrique, á eso he venido,
A esperarle á este paso; que no ha sido
Esta eleccion acaso; prevenida
Estaba, y la razon está entendida:
Si yo á desembarcar á Fez llegára,
Esta gente y la suya en ella hallara;
Y estando divididos,
Hoy con ménos poder están vencidos;
Y ántes que se prevengan,
Toca al arma.

DON ENRIQUE.

Señor, advierte y mira
Que es sin tiempo esta guerra.

DON ALFONSO.

Ya mi ira
Ningun consejo alcanza.
No se dilate un punto esta venganza:
Entre en mi brazo fuerte
Por Africa el azote de la muerte.

DON ENRIQUE.

Mira que ya la noche,
Envuelta en sombras, el luciente coche
Del sol esconde entre las sombras puras.

DON ALFONSO.

Pelearémos á oscuras;
Que á la fe que me anima,
Ni el tiempo ni el poder la desanima.
Fernando, si el martirio que padeces,
Pues es suya la causa, á Dios le ofreces,
Cierta está la victoria:
Mio será el honor, suya la gloria.

DON ENRIQUE.

Tu orgullo altivo yerra.

ESCENA XI.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

[ra!
¡Embiste, gran Alfonso! Guerra! guer-

DON ALFONSO.

¿Oyes confusas voces
Romper los vientos tristes y veloces?

DON ENRIQUE.

Sí, y en ellos se oyeron [ron.
Trompetas que á embestir señal hicie-

DON ALFONSO. [duda

¡Pues á embestir, Enrique! que no hay
Que el cielo ha de ayudarnos hoy.

(*Aparécese el infante Don Fernando, con manto capitular, y una hacha encendida.*)

DON FERNANDO.

Sí ayuda,
Porque obligando al cielo,
Que vió tu fe, tu religion, tu celo,
Hoy tu causa defiende.
Librarme á mí de esclavitud pretende,
Porque, por raro ejemplo,
Por tantos templos, Dios me ofrece un
Y con esta luciente [templo;
Antorcha desasida del oriente,
Tu ejército arrogante
Alumbrando he de ir siempre delante,
Para que hoy en trofeos
Iguales, grande Alfonso, á tus deseos,
Llegues á Fez, no á coronarte agora,
Sino á librar mi ocaso en el aurora.

(*Vase.*)

DON ENRIQUE.

Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

DON ALFONSO.

Yo no, todo lo creo;
Y si es de Dios la gloria,
No digas guerra ya, sino victoria.

(*Vanse.*)

—

Vista interior de los muros de Fez.

ESCENA XII.

EL REY Y CELIN; *y en lo alto estará* DON JUAN *y* UN CAUTIVO, *y un ataud en que parezca estar el infante.*

DON JUAN.

Bárbaro, gózate aquí
De que tirano quitaste
La mejor vida.

REY.

¿Quién eres?

DON JUAN.

Un hombre, que aunque me maten,
No he de dejar á Fernando,
Y aunque de congoja rabie,
He de ser perro leal
Que en muerte he de acompañarle.

REY.

Cristianos, ese es padron
Que á las futuras edades
Informe de mi justicia;
Que rigor no ha de llamarse
Venganza de agravios hechos
Contra personas reales.
Venga Alfonso agora, venga
Con arrogancia á sacarle
De esclavitud; que aunque yo
Perdí esperanzas tan grandes
De que Ceuta fuese mia;
Porque las pierda arrogante
De su libertad, me huelgo
De verle en estrecha cárcel.
Aun muerto no ha de estar libre
De mis rigores notables;
Y así puesto á la vergüenza
Quiero que esté á cuantos pase.

DON JUAN.

Presto verás tu castigo,
Que por campañas y mares
Ya descubro desde aquí
Mis cristianos estandartes.

REY.

Subamos á la muralla
A saber sus novedades.

DON JUAN.

Arrastrando las banderas
Y destemplados los parches,
Muertas las cuerdas y luces,
Todas son tristes señales. (*Vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Fez.

ESCENA XIII.

Tocan cajas destempladas; sale DON FERNANDO *delante, con una hacha encendida, y detras* DON ALFONSO, DON ENRIQUE, *y* SOLDADOS, *que traen presos á* TARUDANTE, FENIX Y MULEY; *despues* EL REY Y CELIN.

DON FERNANDO.

En el horror de la noche,
Por sendas que nadie sabe,
Te guié: ya con el sol
Pardas nubes se deshacen.
Victorioso, gran Alfonso,
A Fez conmigo llegaste:
Este es el muro de Fez,
Trata en él de mi rescate. (*Vase.*)

DON ALFONSO.

¡Ah de los muros! Decid
Al Rey que salga á escucharme.

(*Salen el Rey y Celin al muro.*)

REY.

¿Qué quieres, valiente jóven?

DON ALFONSO.

Que me entregues al Infante,
Al maestre Don Fernando,
Y te daré por rescate
A Tarudante y á Fénix,
Que presos están delante.
Escoge lo que quisieres:
Morir Fénix, ó entregarle.

REY.

¿Qué he de hacer, Celin amigo,
En confusiones tan grandes?
Fernando es muerto, y mi hija
Está en su poder. ¡Mudable
Condicion de la fortuna,
Que á tal estado me trae!

Digitized by Google

FÉNIX.

¿Qué es esto, señor? Pues viendo
Mi persona en este trance,
Mi vida en este peligro;
Mi honor en este combate,
¡Dudas qué has de responder!
¿Un minuto, ni un instante
De dilacion te permite
El deseo de librarme?
En tu mano está mi vida,
¿Y consientes (¡pena grave!)
Que la mia (¡dolor fiero!)
Injustas prisiones aten?
De tu voz está pendiente
Mi vida (¡rigor notable!)
¿Y permites que la mia
Turbe la esfera del aire?
A tus ojos ves mi pecho
Rendido á un desnudo alfanje,
¿Y consientes que los mios
Tiernas lágrimas derramen?
Siendo Rey, has sido fiera;
Siendo padre, fuiste áspid;
Siendo juez, eres verdugo:
Ni eres Rey, ni juez, ni padre.

REY.

Fénix, no es la dilacion
De la respuesta negarte
La vida, cuando los cielos
Quieren que la mia acabe.
Y puesto que ya es forzoso
Que una ni otra se dilate,
Sabe, Alfonso, que á la hora
Que Fénix salió ayer tarde,
Con el sol llegó al ocaso,
Sepultándose en dos mares
De la muerte, y de la espuma,
Juntos el sol y el Infante.
Esta caja humilde y breve
Es de su cuerpo el engaste.
Da la muerte á Fénix bella:
Venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX.

¡Ay de mí! Ya mi esperanza
De todo punto se acabe.

REY.

Ya no me queda remedio
Para vivir un instante.

DON ENRIQUE.

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?
¡Qué tarde, cielos, qué tarde
Le llegó la libertad!

DON ALFONSO.

No digas tal; que si ántes
Fernando en sombras nos dijo
Que de esclavitud le saque;
Por su cadáver lo dijo,
Porque goce su cadáver
Por muchos templos un templo,
Y á él se ha de hacer el rescate. —
Rey de Fez, porque no pienses
Que muerto Fernando vale
Ménos que aquesta hermosura;
Por él, cuando muerto yace,
Te la trueco. Envía, pues,
La nieve por los cristales,
El enero por los mayos,
Las rosas por los diamantes,
Y al fin, un muerto infelice
Por una divina imágen.

REY.

¿Qué dices, invicto Alfonso?

DON ALFONSO.

Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX.

Precio soy de un hombre muerto;
Cumplió el cielo su homenaje.

REY.

Por el muro descolgad
El ataud, y entregadle;
Que para hacer las entregas
A sus piés voy á arrojarme.
(*Quítase del muro.*)

(*Bajan el ataud con cuerdas por el muro*)

DON ALFONSO.

En mis brazos os recibo,
Divino Príncipe mártir.

DON ENRIQUE.

Yo, hermano, aquí te respeto.

ESCENA XIV.

EL REY, DON JUAN, CAUTIVOS. — DICHOS.

DON JUAN.

Dame, invicto Alfonso, dame
La mano.

DON ALFONSO.

Don Juan, amigo,
¡Buena cuenta del Infante
Me habeis dado!

DON JUAN.

Hasta su muerte
Le acompañé, hasta mirarle
Libre, vivo y muerto estuve
Con él: mirad dónde yace.

DON ALFONSO.

Dadme, tio, vuestra mano;
Que aunque necio é ignorante
A sacaros del peligro
Vine, gran señor, tan tarde,
En la muerte, que es mayor,
Se muestran las amistades.
En un templo soberano
Haré depósito grave
De vuestro dichoso cuerpo. —
A Fénix y á Tarudante (*Al Rey.*)
Te entrego, Rey, y te pido
Que aquí con Muley la cases,
Por la amistad que yo sé
Que tuvo con el Infante.
Ahora llegad, cautivos,
Vuestro Infante ved, llevadle
En hombros hasta la armada [1].

REY.

Todos es bien le acompañen.

DON ALFONSO.

Al son de dulces trompetas
Y templadas cajas marche
El ejército con órden
De entierro, para que acabe,
Pidiendo perdon humilde
Aquí de sus yerros grandes,
El lusitano Fernando,
Príncipe en la fe constante.

[1] La muerte de Don Fernando fué en el año 1443; el rescate de sus reliquias en 1472.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOA PARA LA COMEDIA
LOS TRES MAYORES PRODIGIOS,

FIESTA QUE SE REPRESENTÓ Á SUS MAJESTADES EN EL REAL SITIO DE LA CASA DEL CAMPO [1].

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

PALES, *Ninfa*.
FLORA, *Ninfa*.
LA NOCHE.
JASON.
TESEO.
HÉRCULES.

Ha de haber tres teatros, divididos uno de otro: en el de mano derecha saldrá la ninfa PÁLES; *en el de mano izquierda la ninfa* FLORA, *dejando desocupado el de en medio.*

PÁLES.

Noche hermosa, que con solo
Un lucero resplandeces
Mas que el dia con el sol...

FLORA.

Noche apacible y alegre,
Luciente honor del ocaso,
Noble injuria del oriente...

PÁLES.

A cuyos soplos süaves...

FLORA.

A cuyos suspiros leves...

PÁLES.

Rejuvenecen los montes...

FLORA.

Los valles rejuvenecen...

PÁLES.

Tú que eres alba nocturna...

FLORA.

Tú que oscura aurora eres...

PÁLES.

Pues alumbras con las sombras...

FLORA.

Pues sin el sol amaneces...

PÁLES.

Tú á quien aquesta alquería...

FLORA.

Tú á quien este campo fértil...

PÁLES.

Hoy toca solemnizar...

FLORA.

Hoy celebrar pertenece...

PÁLES.

Escucha mis dulces voces...

FLORA.

A mis acentos atiende...

PÁLES.

Por amorosos...

FLORA.

Por tiernos...

PÁLES.

Por amantes.

FLORA.

Por corteses.

En el teatro de en medio, por lo alto, sale LA NOCHE.

NOCHE.

¿Qué quieres, hermosa Páles?
Hermosa Flora, ¿qué quieres?
Que á las voces de las dos
Salgo, dejando mi albergue,
Donde de cuantas deidades
Estos jardines contienen,
Asistida estaba, dando
A la luna de mi frente
Bellas guirnaldas de flores;
Porque en mí mas resplandecen,
Que los luceros y estrellas,
Las rosas y los claveles.

PÁLES.

Yo, que te llamé primero,
Es bien que primero llegue
A informarte de un enojo,
Que á darte voces se atreve.
Páles soy, deidad á cuyo
Rústico estudio concede
Júpiter el patrocinio,
Amparo y favor silvestre
De todas las alquerías,
Quintas, casas de placeres
Y apartadas poblaciones
Que de la campaña fértil
Son adorno; cuanto es
Retiro á mí me compete;
Que bucólica Talía
Canta en mí rústicamente.
Viendo que es *Casa de Campo*,
Aunque es palacio eminente,
Esta fábrica, y que á mí
Sus festejos pertenecen;
Viendo hoy en su hermosa esfera,
Para tantos soles breve,
A pesar de su estacion,
La majestad de mis reyes,
Corrida vengo á buscarte,
Por ver cuán poco te debe
Esta dicha, que no has hecho
Prevenciones excelentes,
Con que su vista saludes,
Con que su deidad festejes,
Con que tu ventura aplaudas
Y su venida celebres.

FLORA.

Yo, que soy Flora, á quien toca
El hermoso imperio alegre
De estanques y de jardines,
Patria de flores y fuentes;
Yo, cuya cultura el cielo
Mismo envidió tantas veces,
Cuantas mis varios dibujos
Siempre en laberintos verdes
Excedieron los azules
Suyos, siendo al oponerse
El jardin un verde cielo,
Y el cielo un jardin celeste:
Con el mismo intento vine
A reñirte dignamente
El poco cuidado, pues
Fiesta ninguna previenes
En tu espacio, que divierta
A quien mis jardines viene
A enriquecer de matices
Y colores diferentes.
¿Cómo tú, Noche, en tu lecho
Perezosamente duermes,
Sin que de aqueste cuidado
El empeño te despierte?
Pues siendo la mas festiva
A las mas remotas gentes,
Para la mayor accion
La ménos festiva eres.

NOCHE.

Bella Páles, bella Flora,
Hermosuras á quien debe
La florida edad del año
La luz de sus doce meses,
No así de mí desconfies,
No así tú de mí te quejes;
Que no ha sido mi descuido
Tan grande como parece.
Que aunque humilde fiesta sea
(No humilde por quien pretende
Hacerla, sino por quien
Con poco ingenio la emprende),
Una tengo prevenida,
Que divierta, aunque no alegre.
Mi noche. ¡Oh! ¡quieran los cielos
Que á salir con ella acierte!

PÁLES.

¿Prevenida hay fiesta?

NOCHE.

Sí.

FLORA.

¿Y qué fiesta es?

NOCHE.

La que siempre:
Una comedia.

PÁLES.

¿Hala escrito
Algun ingenio excelente?

NOCHE.

No, sino pobre y humilde.

FLORA.

Poco importará, si tiene
Algun teatro que haga
Evidencia lo aparente.

[1] A semejanza de lo que ya hicimos en el tomo V de esta *Biblioteca*, se reimprime aquí una comedia de Calderon en la misma forma en que se publicó por primera vez, es decir, sin dividirla en escenas ni señalar los distintos lugares en que pasa la accion.

Digitized by Google

NOCHE.

Tampoco tiene apariencias.

PÁLES.

¡Pues buena fiesta previenes!

FLORA.

¡Sin ingenio y sin adorno!
¿No fuera mejor no hacerse?

NOCHE.

No tan presto, ántes de verla,
A las dos os desconsuele.

PÁLES.

Refiérenos de qué trata.

FLORA.

Repítenos qué contiene.

NOCHE.

Escuchad, que el argumento
Os quiero poner presente
De toda la fiesta, á ver
Lo que la fiesta os parece:
Que esto hizo la antigüedad
En sus fiestas muchas veces.
Escuchad pues su argumento,
Antes que se represente.

Salen en el teatro de en medio JASON *y* TESEO, *deteniendo á* HÉRCULES.

HÉRCULES.

Dejadme dar la muerte.

JASON.

Repara...

TESEO.

Considera...

JASON.

Mira...

TESEO.

Advierte...

HÉRCULES.

Dejad que mi despecho,
En ira, en rabia y en furor deshecho,
Con los dientes, las manos y los brazos,
El corazon sacándome á pedazos,
Hoy la vida me quite,
O que al mar desde aquí me precipite;
Porque á tanta estatura
Solo el mar es bastante sepultura.

TESEO.

Hércules valeroso,
Tú, que siempre soberbio y animoso,
Con heróicas victorias
Tu fama has ilustrado de memorias,
¡Hablas tan impaciente,
Rendido á ningun trágico accidente!

JASON.

Tú, que tantas fatigas padeciste,
Con que eternos aplausos conseguiste,
Cuyo nombre jamas será escondido
De las borradas señas del olvido,
¡Hoy te muestras sin seso
Rendido á ningun trágico suceso!

TESEO.

¿La muerte quieres darte?
No debes, no, sin duda, de acordarte,
Que en leyes de valor y bizarría
La desesperacion no es valentía;
Pues la mayor, mas grande y la mas [fuerte
Es esperar, mas no buscar la muerte.

JASON.

Si tú á tu misma rabia te condenas,
Aqueso es permitirles á las penas
Que salgan con su intento;
Y aquel varon magnánimo, que atento
Vive á hacer sus trofeos inmortales,
Ha de vivir á costa de sus males.

HÉRCULES.

Es engaño; que un hombre
No puede mayor fama, mayor nombre
Adquirir, que mostrando desta suerte
Que se puso de parte de su muerte,
Para que ella á matarle se atreviera;
Que á mí sin mí mi muerte me temiera.

JASON.

La grande causa dudo
Que á ese despecho avasallarte pudo.

TESEO.

Que hay ocasion, no creo,
Para tanto furor.

HÉRCULES.

¡Ay, gran Teseo!
¡Ay, gran Jason, cuyos valientes brios
Bien acredita el ser amigos mios!
¡Ay, amigos leales,
Hoy se ha llenado el número á mis males!
Si la causa supiérades que tengo,
La desesperacion á que prevengo
Mi valor y mi vida,
De los dos no estorbada, persuadida
Fuera.

JASON.

Ya que has llamado
Amigos á los dos, de tu cuidado
Haz á los dos testigos.

HÉRCULES.

Es tal, que aun embarazan los amigos.
Mas pues los tres en tantas ocasiones
Tres almas, vidas tres, tres corazones
En solo uno fundimos,
Y con uno no mas los tres vivimos,
Atentos escuchad mis sentimientos...
Mas no los escucheis, ni esteis atentos.
Ya sabeis que soy aquel
Racional monstruo valiente,
Que ha coronado á su fama
De plumas y de laureles;
Tan hecho siempre á vencer,
Y á matar tan hecho siempre,
Que apénas supe mi vida,
Cuando álguien supo su muerte.
Díganlo á voces las fieras,
La fama, el tiempo lo cuente,
La memoria lo repita;
Pues en el primer albergue
De mi cuna, á dos sedientas,
Dos tiranas, dos aleves
Víboras, que de mi sangre
Se alimentaban crueles,
Eché las manos, sintiendo
Que en el corazon me muerden;
Y sin instinto y con rabia
Las apreté de tal suerte,
Que reventaron. ¿Qué mucho
Que allí mis manos venciesen,
Si eran diez áspides, y ellas
Dos víboras solamente?
Crecí prodigio, crecí
Asombro á la humana gente,
Tan destinado á fatigas,
A desaires y á desdenes
De la fortuna, que toda
Su saña junta parece
Que contra mí amotinada
O se conjura ó se mueve;
Pero en vano, pues no hubo
Fiera que me redimiese,
Ni por lo veloz su piel,
Ni su testa por lo fuerte:
Aquella para vestirme
Al arbitrio de sus pieles,
Y esta para que de adorno
A mis umbrales sirviese;
Que como rey destos montes,
En sus frisos y linteles
Tengo guarda de animales
Para cuando salga y entre.
El rey de todos lo diga,
Dígalo el signo rugiente
De julio, á cuyo bramido
Todo el Flegra se estremece;
Pues tal vez que para mí
Vino, erizando la frente,
Escarapelando el cuello
La melena que dél pende,
Rugando el ceño, y sacando
De las vainas donde tiene
Sus corvos alfanjes, yo
Con las manos solamente
Hice la presa en su boca,
Donde no pudo saberse
De sus dientes ó mis dedos,
O cuales los dedos fuesen,
O cuales los dientes; pues
Competidos igualmente,
Yo le mordí con las manos,
Y él me tocó con los dientes,
Sin saber uno de otro
Quién es quien toca ó quién muerde;
Hasta que desencajados
Los dos dentados arneses,
Abrió de una vez la boca,
Haciéndole que se diese
Con esta parte en el lomo,
Y con estotra en el vientre.
El espin lo diga, pues,
Aunque de sus flechas juegue,
No le basta para mí
El ser aljaba viviente.
Aqueloo en formas varias
De hombre, de toro y de sierpe,
Cuyo trofeo es la copia
Que Flora abundante vierte;
Gerion con tres semblantes
De tres rostros diferentes,
Siendo trofeo á mis plantas,
Cuando de mis manos...

JASON.

Tente;
Que para saber tus hechos,
No importa que los acuerdes;
Mas si, para desahogarte,
Quiere el dolor que los cuentes,
No repita los menores,
Cuando los mayores puedes.
Dí que al trifauce feroz,
Cerbero, que á cargo tiene
El infierno, siendo guarda
De todo el Cocito, prendes.
Dí que sus gargantas tres,
A solo un yugo obedientes,
Domeñaron las cervices
Hasta aquel punto rebeldes,
Cuya saliva escupida
Con las bascas de la muerte,
Fué tósigo de las yerbas,
Que él escupe y ellas beben.
Dí que las fieras harpías
De Fineo, aves crueles,
Que con rostro humano y plumas,
Monstruos de entrambas especies,
Desterraste: que á la hidra,
Cuerpo de gargantas siete,
Venciste, atajando que una
Otras tantas acreciente:
Dí...

TESEO.

¿Para qué le embarazas
Que él lo diga, si tú emprendes,
Para atajar sus discursos,
Alargar los tuyos? Cesen
Unos y otros con decir,
Porque sus fatigas lleguen

Digitized by Google

A su número, que Atlante,
Monte africano, eminente
Coluna en que todo el cielo
Descansa, llegando á verse
Con el peso fatigado
Desa fábrica celeste,
Le pidió socorro; y él
Poniendo el hombro y la frente
Al ya desquiciado mundo,
Que trastornándose débil
Hizo titubear sus polos,
Hizo rechinar sus ejes,
Le aseguró, dando espacio
Para que Atlante se aliente,
En tanto que él sostenia
Toda esa luz, todo ese
Pavimento, que en la estancia
De once globos trasparentes,
Son estrados de las diosas
Y de los dioses doseles;
Que no es justo, no, que tú
Hoy sus victorias renueves,
Cuando de sus sentimientos
Estamos los dos pendientes.

HÉRCULES.

Pues yo, que tantas fatigas
Vencí, que tan excelentes
Aplausos gané, á una pena
Postrado estoy y obediente;
Porque quiere una hermosura
Que á su dolor me sujete,
Que á su violencia me rinda.
Pero ¿qué remedio tiene
Rendirme ni sujetarme,
Si una hermosura lo quiere?
No ya pienses, ¡ay Jason!
¡Ay Teseo! no ya pienses,
Porque una hermosura dije,
Que hoy mi desdicha procede
De aquel linaje, de aquel
Género, de aquella especie
De amor, que otra vez me vió
A su precepto obediente,
Enamorado de Yole,
Hilando con sus mujeres;
Otra especie, otro linaje,
Otro género padece
De amor mi vida... y aun dije
Mal, de amor, porque no puede
Ser amor el que es agravio,
Ser lisonja la que es muerte.
Deyanira... Al pronunciarla,
O se hiela ó enmudece
El labio, falta la voz,
Duda el alma, el pecho teme,
Y la lengua titubea,
Tartamuda ó balbuciente;
Porque es mas decir su agravio
Un hombre, que padecerle.
Deyanira, ninfa bella
De las cristalinas fuentes,
Náyade destos peñascos,
Ninfa de aquestos vergeles,
Dríade de aquestos montes,
A quien la nobleza y plebe
De las flores y cristales
Saludaron tantas veces
Por Vénus de sus amores,
Por Flora de sus claveles,
Por Diana de sus selvas,
Y de sus frutos por Céres;
Deyanira, cuyos ojos,
Si amanece ó no amanece,
A todas horas del dia
Eran dueños del oriente;
Deyanira, á cuyo pié
Se redujo en cárcel breve
Toda la esfera del fuego
Solo á un átomo de nieve;
Deyanira, esposa mia,
A quien como al alma quiere
El alma, porque es mi esposa
Y mi dama juntamente...
De mi lecho, de mis brazos,
De mis ojos... ¡Oh! reviente
El pecho ántes que lo diga;
Aunque ya no me parece
Que habré menester decirlo,
Pues ello mismo se entiende
Con nombrarla y con llorarla;
Pues tierna y rabiosamente
No se llora una hermosura
Sino el dia que se pierde.
No imagineis que murió;
Que ese mal, con ser tan fuerte,
Fuera consuelo. Mirad
Los dos, pues sois tan prudentes,
¡Cuál será mi pena, cuando
Fuera consuelo su muerte!
Un monstruo desos, á quien,
Porque los caballos prenden,
Medio hombres medio caballos
Engañado el mundo cree,
Un Centauro, cuyo nombre
Neso ha sido, de mi albergue,
La ha robado. ¡Ay infelice!
Ved los dos cuán dignamente
Quieren los hados que yo
Me mate y me desespere,
Pues como amante y marido
Lloro esta afrenta dos veces;
Y mas no habiendo esperanza
Que mis desdichas remedie;
Que aun la venganza es en vano;
Porque estos Centauros tienen
Por patria el mar y la tierra;
Y si con ella trasciende
Los montes, es imposible
Seguirle; si pasar quiere
A esotra parte del mundo
Por esos mares, no puede
Mi furia alcanzarle. ¡Ved,
Ved si es desdicha bien fuerte,
Pues hay mortal que me agravie,
Y no hay dioses que me venguen!

TESEO.

Hércules, no desconfíes
De la venganza, pues eres
Africano, honor de Tébas,
Y horror del orbe. Si temes
Que las malezas incultas
Humano pié no penetre,
Yo me atrevo á entrar por ellas,
Sin que el cansancio me fuerce
A dejarle de seguir,
Aunque corra velozmente;
Pues sin ser Centauro, yo
Tengo un caballo obediente
A las leyes de la rienda,
Y de la espuela á las leyes;
Équite, el primero que
Domó su cerviz rebelde,
Me le ha presentado. En él
Cuanto está al mar continente
Registraré.

JASON.

Pues si tú
El orbe á correr te atreves
Por la tierra, yo me atrevo
Sobre esas espumas leves
Del mar á seguirle; que Argos,
Docto artífice excelente,
Ha añadido á sus espumas
Un monstruo que velozmente
Corre por ellas á cuantos
Climas el aire le lleve.
Aguila sin plumas es,
Delfin sin escamas, este
Prodigio, pues que nadando
Y volando juntamente,
A un mismo tiempo es monarca
De las aves y los peces.

HÉRCULES.

Pues si tres los ofendidos
Somos, y tres partes tiene
El mundo, en ese caballo
Tú corre el Asia, y tú en ese
Hipógrifo de las ondas
Pasa á Europa; que mi suerte
Dice, por ciertas noticias,
Que yo en Africa me quede.
Ni ignorado seno el mar,
Ni seno ignorado deje
La tierra, que no registren
Nuestros ánimos valientes.

TESEO.

Esa palabra te doy,
Como me dés solamente
De plazo un año.

JASON.

Yo el mismo
Pido, y desde aquí promete
Mi valor dentro de un año
Volver á este sitio á verte.
Y desto, Hércules, te doy
Mano y palabra mil veces.

TESEO.

Yo tambien.

HÉRCULES.

Yo las acepto.

JASON.

¡Felice aquel que trajere
Mejor suceso á tus ojos!

TESEO.

Pues mas mi valor no espere.

JASON.

No espere mas mi osadía.

TESEO.

Équite ingenioso, enfrene
Tu disciplina ese rayo.

JASON.

Argos invencible, quiebre
Al mar la espuma ese asombro.

TESEO.

Pensando que corre, vuele
Domado el céfiro.

JASON.

El vidrio
Salobre, ese monstruo leve,
O con la quilla le rice,
O con el buco le encrespe.

LOS DOS.

Júpiter quede contigo.

HÉRCULES.

Júpiter con bien os lleve.

(Vanse Teseo, Jason y Hércules.)

NOCHE.

Esta division que han hecho
Estos tres héroes valientes
De las tres partes del mundo,
Adonde á los tres suceden
Tres maravillas en tres
Teatros, por tres diferentes
Autores, son la comedia
Que aquesta noche ha de verse.
Un corto ingenio la ha escrito;
Si bien por disculpa tiene
Sus mismos errores, pues
Con lo que yerra obedece.
Y pues á la novedad
Algun aplauso se debe,
Pedidle las dos, pues sois
A quien festejar compete
En retiros y jardines
Tanto generoso huésped. *(Vase.)*

Digitized by Google

PÁLES.
Cuarto planeta de España...
FLORA.
De Francia divina Fénix...
PÁLES.
Cuya luz no acaba nunca...
FLORA.
Cuya edad anima siempre...
PÁLES.
Bello Baltasar...
FLORA.
Hermosa
Ana Antonia...
PÁLES.
En cuyo oriente...
FLORA.
En cuya infancia...
PÁLES.
Las dichas
Asistan...
FLORA.
Los hados reinen...
PÁLES.
Este festejo os presenta
Quien mas serviros pretende.
FLORA.
No habré menester decir
Quién es, pues que ya se entiende
Que es la Nise laureada
De virtudes excelentes.
PÁLES.
Por ella el perdon merezca,
Pues por sí no lo merece.
FLORA.
Para que el Prólogo acabe
Donde la Comedia empiece.

FIN DE LA LOA.

LA GRAN COMEDIA

LOS TRES MAYORES PRODIGIOS.

JORNADA PRIMERA.

Representóla Tomás Fernandez en el teatro que estaba á mano derecha.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

MEDEA.
ASTREA.
SIRENE.
LIBIA.
JASON.
FRISO.
ABSIRTO.
SABAÑON.
UN SALVAJE.
EL REY.
MÚSICOS.
CRIADOS.

Canta la música dentro, y sale, como escuchando, MEDEA, *y con ella* ASTREA, SIRENA Y LIBIA.

MÚSICA.
Al templo altivo de Marte,
En la grande isla de Cólcos,
Hoy consagra un peregrino
El vellocino de oro.

MEDEA.
No es posible que mi furia
Sufra las voces que oigo.
Miente la música aleve,
Miente el plectro, miente el tono,
Que ajena deidad celebra
En este monte, que solo
Es templo de mi deidad,
Y de mi belleza adorno.

ASTREA.
Como es consagrado á Marte
Este ameno bosque umbroso,
Vendrán á su templo.

MEDEA.
Eso
Es lo que mas siento y lloro;
Que adonde mi culto tengo,
Se acuerden de hacerle á otro,
Diciendo las dulces voces
De esos repetidos coros:

MEDEA Y MÚSICA.
Al templo altivo de Marte,
En la grande isla de Colcos, etc.

Suenan chirimías, y sale todo el acompañamiento, y detrás el REY, ABSIRTO Y FRISO, *galan; y delante dél traen en una fuente el vellon de oro.*

REY.
Este es el templo de Marte,
Jóven invicto y famoso,
Donde el cielo te ha traido
A revalidar el voto.

ABSIRTO.
Entrá en él, llega á su altar;
Que pues yo á mi cargo tomo
Hoy apadrinarte, atento
A tu gran valor heróico,
A todo he de acompañarte.

FRISO.
Y yo agradecido á todo
Estaré miéntras que viva.

MEDEA.
Detente, ignorante ó loco
Peregrino; que primero
Que llegue tu intento á logro,
Y el de mi padre y mi hermano,
Que apadrinan mis enojos,
Quiero que sepas que ofendes,
Aun cuando mas religioso,
Mayor deidad que veneras;
Pues cuando humilde y devoto
A Marte ese vellocino
Sacrificas por despojo
Del mar, me ofendes á mí
Con el sacrificio propio.
¿A la soledad inculta,
Que yo para mí me tomo,
Haciéndola ruda escuela
De tantos estudios doctos,
Osado (¡muero de rabia!)
Te atreves (¡rabio de enojo!)
A sacrificar á Marte,
Haciéndome á mí este oprobio?

ABSIRTO.
¿No basta, injusta Medea,
Que negando á tu decoro
Los reales blasones, vivas
Este inculto, este fragoso
Monte con tus damas, donde
Son de tus estudios locos
Libros esas once esferas,
Encuadernados á globos;
Sino que tambien pretendas,
Con pensamiento ambicioso,
Que te deban sacrificios
Como á Marte y como á Apolo?

FRISO.
No la ofendas, yo sabré
Responderla de otro modo. —
Hermosísima Medea,
Aunque advertido conozco
Que el sacrificio te debo,
En fe de lo cual me postro
A tus piés, es imposible
Dejar de hacer venturoso
Este rendimiento á Marte,
Que le ofrecí, escucha cómo.
Huésped de aquestas montañas,
Extranjero destos golfos,
Llegué á tus plantas; verás
Si con disculpa te enojo.
Atámas, rey del Oriente,
De Neifile hermosa esposo,
Tuvo dos hijos en ella,
A mí, que Friso me nombro,
Y á Héles, una hermana mia,
En cuyos divinos ojos
Se miró con lo entendido
Calificado lo hermoso.
Muerta mi madre Neifile,
Su segundo matrimonio
Celebró, de quien tercero
Un hechizo fué amoroso.
Nerida pues al instante,
O como ambiciosa, ó como
Cruel, ó como madrastra,
(Que en esto lo digo todo)
A los dos aborreció
Con tal rencor, con tal odio,
Que estaban de nuestra sangre
Hidrópicos sus enojos.
No repito los desdenes

Digitized by Google

Que ejecutó rigurosos,
Pues hoy bastará de tantos
Como previno, uno solo
Para crédito : este fué,
Que habiendo dado el agosto
En vez de espigas aristas,
En vez de mieses abrojos,
Sobornó á los sacerdotes
De Céres (¡caso espantoso!
¡Que aun no está de una ambicion
Lo divino sin soborno!)
Haciéndoles que dijesen
Que del estrago penoso,
Ofendido todo el cielo,
Eramos causa nosotros;
Que como nos desterrasen
De nuestra patria, en el propio
Instante remitirian
Los dioses el justo enojo,
Porque los pecados nuestros
Eran la afliccion de todos.
Creyólo el reino, y el Rey
Tambien lo creyó. ¡Ah! ¡qué poco
Han menester contra un triste
Las desdichas en su abono
Para ser creidas, pues
Los sucesos lastimosos
Ya parece que se nacen
Abonados ellos proprios!
Ejecutando en los dos
El decreto mentiroso
De los dioses, nos llevaron
Al mas inculto y remoto
Monte, que, del mar sitiado,
Era un despoblado escollo.
Aquí pues ministros suyos
A mí y á mi hermana solos
Nos dejaron, compañeros
De las fieras y los troncos;
Y de aquellas acosados,
Y no amparados de estotros,
Aun la tierra nos faltó;
Pues huyendo temerosos,
Dimos con el mar, adonde
Era el riesgo mas notorio.
Quejámonos á los dioses,
Que nos oyeron piadosos,
(Que implicára en aquel caso
El ser dioses y estar sordos)
Y respondiendo süaves
A los ecos lastimosos,
A los míseros acentos
Una nube, que el favonio
Trajo, pendiente de un íris
Amarillo, verde y rojo,
Desplegó las rubias hojas,
De cuyos senos Apolo
Llovió luces rayo á rayo,
Nevó rosas copo á copo.
En ella venía Neifile,
Nuestra madre, que del solio
De las diosas descendió
A darnos este socorro.
«Hijos, dijo, perseguidos
En vano, cuando yo tomo
Vuestro amparo por mi cuenta;
Júpiter, dios poderoso,
Para que á vivir paseis
Donde vivais mas dichosos,
Aqueste bruto os envía,
En cuyos seguros hombros
Podais fiaros al mar,
Como no volvais los ojos
A esta tierra eternamente;
Pues en ese instante propio
El mar, que es vuestro sagrado,
Será vuestro mauseolo.»
Y cerrándose otra vez
La nube, haciendo en mil tornos
Escarceos á suspiros
Y caracoles á soplos,
Se desvaneció, dejando
A orillas del mar furioso
Un ariete, cuya lana
De oro era. Humanos ojos
¿Cuándo vieron que se diese
En traje de esquilmo el oro
Brillante? Pues parecia
Que en casa de tan hermoso
Signo siempre estaba el sol,
Sin acordarse de esotros,
Que en la faja son del cielo
Imaginados adornos.
En este caballo yo,
Por gobernarle, me pongo,
Y con Héles á las ancas
Al salado mar me arrojo.
Los cristales présumian,
Mirando en tan nuevo monstruo
Una hermosura robada,
Que Júpiter generoso
Se hizo carnero por Héles,
Como por Europa toro.
Desta suerte pues, tocando
Ya del mar los senos hondos,
Ya de las blancas espumas
Los nevados promontorios,
Los dos vagábamos, cuando
Héles, con liviano antojo,
Volvió á ver cuánto distaba
La tierra ya de nosotros;
Y desvanecida, al agua
Cayó, cuyo inmenso golfo,
Ponto llamado hasta allí,
Ya con *Héles*, de uno y otro,
Para los siglos futuros
Tomó el nombre de *Helesponto*.
Huérfano segunda vez,
Yo, qué mis peligros noto,
A Marte ofrecí el vellon,
Si, frustrando tanto estorbo,
Amparo me diese; y luego,
Vencido el mar proceloso,
Y puesto yugo á las ondas,
Puerto en tus estados tomo,
Donde el grande Rey, tu padre,
Y tu hermano generoso
Me han albergado, y por quien
Tan grandes aplausos logro.
Mira si al templo de Marte,
Revalidando mi voto,
Puedo dejar de ofrecer
El vellocino de oro.

REY.

Y no dudes que sea acepto
A su deidad tan precioso
Don, aunque Medea, mi hija,
Muestre de escucharte enojo.
Y así entra en el templo, y vuelva
El dulce acento sonoro.
(*Repite la música, y vanse los hombres.*)

MEDEA.

¡Qué esto escuche! ¡qué esto vea!
Por la boca y por los ojos
Aspid soy, ponzoña vierto;
Etna soy, llamas arrojo.

ASTREA.

Poca ocasion has tenido
Para el despecho que noto.

SIRENE.

¿Qué importa que á Marte ofrezca
Ese sagrado despojo?

MEDEA.

Si soy, bellísima Astrea,
Si soy, Sirene divina,
Yo la singular Medea,
Y en la esfera cristalina
No hay deidad que mayor sea,
¿Por qué ha de llegar aquí
Tan errado peregrino,
Que no me consagre á mí
El dorado vellocino
Y á Marte tremendo sí?
¿No le supiera ayudar
Yo, mejor que él, en la guerra?
¿No le supiera librar
De las tormentas del mar
Y los riesgos de la tierra?

LIBIA.

Si fué voto que ofreció
Cuando no te conoció...

MEDEA.

Que nunca el voto cumpliera;
Pues Marte no le ofendiera,
Cuando le amparara yo.

ASTREA.

No desprecies con rigor
La deidad de Marte fuerte;
Que castigará tu error.

SIRENE.

Que en Marte ofendes, advierte,
A Marte, Vénus y Amor.

MEDEA.

Ni Marte con su poder,
Ni con su hermosura pura
Vénus, ni Amor con su sér,
Han de humillar ni vencer
Mi sér, poder y hermosura.
¿Qué hará Marte?

ASTREA.

Ver postrada
Tu fuerza.

MEDEA.

¿Y Vénus?

SIRENE.

Hacer
Tu hermosura desdichada.

MEDEA.

¿Y Amor?

LIBIA.

Que llegues á ver
Tu altivez enamorada.

MEDEA.

Pues muestre Marte el furor,
Vénus y Amor el rigor,
Que no hayas miedo que tuerza
Mi altivez, beldad y fuerza,
Por Marte, Vénus ni amor.
(*Dentro ruido de tiros y armas.*)
¿Pero qué extraño rüido
Es este?

ASTREA.

Que te han oido
Las tres deidades parece,
Y que cada una se ofrece
Ya al castigo merecido.

MEDEA.

Contra mí no tiene, no,
Fuerza todo el cielo. Yo
Su fábrica singular
Sola puedo trastornar.

SIRENE.

Dentro del templo se oyó
El ruido.

Sale ABSIRTO *alborotado.*

ASTREA.

Absirto, ¿qué ha sido
Ese alboroto? ¿qué ha habido
Dentro de ese altivo templo?

ABSIRTO.

Un prodigio sin ejemplo
Hasta ahora ha sucedido.

Digitized by Google

A ver el fiero semblante
Del dios de las lides fuerte
Llegó apénas mi inconstante
Huésped, cuando al mismo instante
Todo el templo se convierte
En un confuso rumor
De armas, de asombro y horror,
Salva que hacia la tierra
A la deidad de la guerra.
Y al espantoso temblor,
De una negra sombra impura
Entre sangriento arrebol,
Manifestó su estatura
Marte, bien como entre oscura
Niebla se descubre el sol.
«El don (dijo al peregrino)
Acepto con gusto tanto,
Que guardarle determino;
Porque de mi templo santo
Nunca falte el vellocino.»
La piel hermosa tomó
En su mano soberana,
Y sobre un roble la echó.
¿Quién jamas al roble vió
Hoja de dorada lana?
Y para guarda de tal
Tesoro, porque no intente
Robarle ningun mortal,
Puso en guarda una serpiente
Y dos toros de metal,
Escupiendo viva llama
Con la vista horrible y hosca:
Cualquiera de aquestos brama,
Y aquella al árbol se enrosca
Hecha corteza de escama.
Un gran salvaje arrogante,
De verde hiedra cubierto,
A los tres puso delante;
Porque con su vista espante,
Discurriendo este desierto:
De manera, que no ignoro
Que, guardando este tesoro,
Con todos ha de lidiar
El que intentare ganar
El vellocino de oro.

MEDEA.

Mirad si Marte temió
Mi furia, pues que trató
De guardar y defender
De mi invencible poder
Esa piel, que le ofreció
El náufrago peregrino.

Vuelven á salir TODOS.

FRISO.

Pues así Marte divino,
A mis fortunas atento,
Aceptó el ofrecimiento
Del dorado vellocino,
Fiestas á su nombre hagamos.

ABSIRTO.

Alabanzas le digamos.

MEDEA.

¡Qué otros que son mis extremos!

UNO.

Cantemos todos.

TODOS.

Cantemos.

MEDEA.

Sintamos, alma, sintamos.

Canta la música.

MÚSICA.

Al templo altivo de Marte,
En la grande isla de Cólcos,
Hoy consagra un peregrino
El vellocino de oro.

(*Estando cantando, suena un clarin.*)

MEDEA.

Esperad, que otro acento mas errado
Segunda vez el viento ha suspendido.

REY.

¿Qué novedad te puede haber turbado,
Si de un clarin no mas el eco ha sido?

MEDEA.

Haber ese clarin dentro sonado
Del mar, donde clarin jamas se ha oido;
Torcidos caracoles sí, que apénas
Los inspiran tritones y sirenas.

ABSIRTO.

Eco, ninfa vocal, que el aire yerra,
Al mar se habrá llevado algun acento.

MEDEA.

En los montes no mas Eco se encierra,
Que eco no puede haber, donde no hay [viento,
En lo hueco de un monte ó de una sierra,
Dando albergue á su mísero lamento;
Fuera de que es error querer veloces
Los ecos escuchar, y no las voces.

FRISO.

Ya son mas los asombros prevenidos
Dentro del mar, mayores los enojos,
Pues que la admiracion de los oidos
A admiracion se pasa de los ojos.
¿No veis estos y aquellos confundidos
Con los nuevos fragmentos y despojos,
Que el mar nos trae á ver nuestro ho- [rizonte?
¿No veis andar sobre la espuma un mon- [te?

ASTREA.

No es monte aquel; porque, si monte fue- [ra,
Se fuera á pique; y pues noticia tuve
De que tal vez la nube mas lijera
Al mar sedienta baja, y llena sube,
Calándose hoy al mar desa manera,
Hidrópica sin duda alguna nube,
Del céfiro traida, que la mueve,
Para llover el mar, el mar se bebe.

ABSIRTO.

No es nube aquella, no, que es desatino;
Pues ni el viento ni el sol no la deshacen;
Pájaro sí, y aun pájaro marino
De los que para asombro del mar nacen.
El acento que oimos, ya imagino
Que es el canto que aquestas aves hacen.
Y si acaso por tal no le señalas,
Mírale sacudir las blancas alas.

SIRENE.

No es pájaro; que un pájaro no sabe
Mas que volar, y este nadando viene;
Luego es pez, pues camina tan süave
Sobre la espuma que por patria tiene.
No se aleja del monte tanto una ave;
El pez sí; luego pez se nos previene,
Pues con tranquilidad, con paz tan suma,
Como en su patria está sobre la espuma.

MEDEA.

Todos han dicho bien: montaña ha sido,
Pues con árboles tantos ha vagueado;
Nube, pues con el viento se ha movido
Hidrópica á beberse el mar salado;
Pájaro, pues las alas ha batido;
Pez, pues sobre las ondas ha nadado;
Y montaña, nube, ave y pez engaña,
Pues no es pez, ave, nube, ni montaña.

REY.

Sin ver qué es, acercándosenos viene.

ASTREA.

¿Qué defensa á tan fiero monstruo hare- [mos?

FRISO.

Las alas recogidas ahora tiene.

SIRENE.

Mas le admiramos, cuanto mas le vemos.

ABSIRTO.

Y nuestra admiracion, que nos detiene,
Hace que aquí sus furias esperemos.
Huyamos; que el que el mar tan veloz [yerra,
¿Cómo andará en llegando á tomar tier- [ra?

REY.

Aguarda, que en las ondas se ha queda- [do.

FRISO.

Y de su vientre á tierra va escupiendo
De hombres ahora un escuadron arma- [do.

ABSIRTO. (*A Medea.*)

Sin duda, que ofendido Marte horrendo,
Contra tí aqueste ejército ha enviado.

MEDEA.

¿Qué importa, si soy yo quien os defien- [do?
No temais, que yo sola le haré guerra.
Todos armas tomad.

Sacan ellas arcos, ellos espadas, y sale JASON Y GENTE.

JASON. (*Dentro.*)

A tierra.

TODOS.

A tierra.

MEDEA.

Hombres, hijos de la espuma,
Que esa marítima bestia
Sorbió, sin duda, en el mar,
Para escupir en la tierra:
Si á vengar venis acaso
Aquella pasada ofensa
Que á Amor, á Vénus y á Marte
Ocasionó mi soberbia,
No espereis mas; que yo sola
Con este arco y estas flechas,
Primero que del ingenio,
Me he de valer de la fuerza.

JASON.

Hermosa mujer (perdona
Si no he dicho deidad bella,
Que tu temor de deidad
Ha desmentido las señas),
Suspende el fuego á los ojos,
Afloja al arco la cuerda,
Y á tu imitacion envaine
El acero su violencia;
Que de paz vengo á tu patria.
No vengo, no, como piensas,
A vengar de ningun dios
El deservicio ó la queja.
Si te admiras de que salga
Hoy de una selva á otra selva,
Y que sobre las espumas
A extranjeros climas venga;
No es de los dioses milagro:
Ni lo dudes, ni lo creas;
Prodigio sí de los hombres;
Pues se da esta diferencia
Cuanto es estar ó no estar
En la gran naturaleza.
Esa águila de lino,
Ese delfin de madera,
Ese peñasco de troncos,
Esa montaña de velas,
Ese portátil pensil
De flámulas y banderas,
Esa poblacion de jarcias
Y república de cuerdas,
Marítima casa es,
Que en sus entrañas alberga
Varios huéspedes; y errando

Digitized by Google

Con sus familias enteras,
Extraños climas visita,
Zonas discurre diversas,
Remotos mares transciende,
Y ignotos senos penetra,
Sus pisadas en las ondas,
Sin dejar alguna huella,
Dejando el camino abierto
Por donde seguros vengan
Los que quisieren seguirle;
Que de sus borradas sendas,
Cuanto pisó por espumas
Deja escrito en las esferas.
En ellas corre fiado
El que en cetrería tan nueva
Lleva los piés en las ondas
Y la vista en las estrellas.
La discrecion de los vientos
Es quien la trae y la lleva,
Al arbitrio del piloto
Que la rige y la gobierna;
Que como domado bruto,
Sujeto á ley y obediencia,
Con el freno del timon
Lo para á raya sin rienda;
Si ya no es que desbocado
O tal vez se desespera
Chocando, ó tal vez deshecho,
Es tumba la quilla vuelta.
El artífice excelente
De aquesta náutica ciencia
Argos se llama, y Argos
La nave tambien. En ella
Hoy al Asia vengo, en busca
De un traidor que hurtada lleva
Al mayor amigo mio
La mas estimada prenda;
Que aunque no tuvo otra nave,
Pues solo en el mundo hay esta,
Pudo llegar hasta aquí
Fiado en sus disformes fuerzas.
La mano y palabra he dado
De vagar desta manera
Hasta hallarle, haciendo altivo
Que se dén con extrañeza
Paso Africa, Europa y Asia.
Esta es mi venida, y esta
La causa que me ha traido
A tus piés. Y porque sepa
Qué clima vivo, y á quién,
Por mujer ó deidad, deba
Tener en esta ocasion
Rendimiento y obediencia,
Dime tu nombre, y el nombre
Desta isla. Y pues en ella
He de buscar generoso
Al dueño de aquesta ofensa,
Para vivir en tu patria
De paz, te pido licencia.

MEDEA.

Primero, Argonauta, á cuyo
Valor, á cuya experiencia
El orbe deberá ser
Ya comun toda la tierra,
Cuando frecuentando el mar,
De tales fábricas sean
Poblaciones sus campañas,
Hasta este punto desiertas:
Tú que á la codicia abriste
La mas anchurosa puerta,
Pues ya no estará segura
De la ambicion y soberbia
Del hombre ninguna parte
Del mundo; que hallada esa
Portátil puente, que al mar
Los crespos cristales quiebra,
No habrá tan oculto seno,
No habrá mina tan secreta,
Que el deseo no examine
Y que la atencion no inquiera:
Tú pues que con tanto riesgo
Hoy el mayor monstruo enfrenas,
Y levantando en su espuma
Montañas de nieve y perlas,
Tocas de aquestos umbrales
Lo sagrado: bien se deja
Conocer de cuán remotas
Provincias vienes á esta,
Pues que no me has conocido.
Mas remitiendo esta queja,
Te diré quien soy, si ya
No te lo han dicho las señas.
Este monte, á que has llegado,
Es una region entera
Del Asia, á quien hace sombra
Del Cáucaso la grandeza:
Llámase Cólcos. Aetes,
En cuya augusta presencia
Agora asistes, es quien
Su república gobierna;
No augusto tanto, porque
En ella absoluto reina,
Como por ser padre mio,
Que es mas imperio y grandeza
Que poseer los imperios
Del sol, pues á mi obediencia
Está cuanto el sol abrasa,
Y cuanto la luna hiela;
Porque yo soy... En oyendo
Mi nombre, verás si es cierta
Esta vanidad, aunqu
Ya el decirlo es imprudencia,
Pues que ya te lo habrá dicho
La fama que veloz vuela,
Solo para hablar de mí,
Llena de plumas y lenguas.
Aquel pasmo soy del mundo,
Aquel horror de las fieras,
Escándalo de los hombres,
Y de las deidades bellas
Asombro; porque yo soy
La sabia y docta Medea,
A cuyo mágico estudio
Son caractéres y letras
En la campaña las flores,
Y en el cielo las estrellas.
De la astrología pasando
A la magia, el aura mesma
Pautado libro es, que ocultos
Secretos me manifiesta.
La nigromancia examino
En cadáveres que encierra
El centro, cuando á mi voz
Los esqueletos despiertan.
La piromancia, que en fuego
Ejecutó su violencia,
Me escribe en papeles de humo
Varias cifras con centellas.
A mis mágicos conjuros
Todos los infiernos tiemblan;
Y sus espíritus tristes,
Sus lóbregas sombras negras,
Sus profundos calabozos
Oprimidos de la fuerza
Del encanto, á mis preguntas
Dan equívocas respuestas.
A cuyo estudio entregada,
A cuyo desvelo atenta,
Es mi patria aqueste monte,
Y mi palacio esta selva.
En él tengo mis imperios,
Y mi majestad en ella,
Donde son vasallos mios
Esos troncos y esas peñas.
En aquesta soledad
Vivo siempre mas contenta;
Que hallarme hoy acompañada
De tantas gentes diversas,
Ha sido acaso, porque
Ese jóven (que a esta tierra
Vino con no ménos pasmo
Que tú, pues le trajo á ella
Tambien por el mar mejor
Nave, pues la suya era
Un ascua de oro, que nunca
Del agua apagó la fuerza)
Hoy le sacrificó á Marte
En ese templo, que ostenta
Tanta variedad, la piel
En cuyas rubias guedejas
Se dió el sol hilado en copos,
Rayo á rayo, y hebra á hebra:
A cúya causa de gentes
Está esa campaña llena.
Y porque yo me quejaba
De que sacrificio hiciera
A otra ninguna deidad
Quien me tuvo en su presencia,
Pensé que Marte ofendido
Enviaba á hacerme guerra;
Y esta es la causa porque
Nos pusimos en defensa.

JASON.

Felice yo que he llegado
Donde tu hermosura vea,
Y donde esté humilde siempre, *(Al Rey.)*
Señor, á las plantas vuestras.

REY.

Levanta, Jason, del suelo,
Y á mis nobles brazos llega,
Que de tan heróico huésped
Ya son merecida deuda.
No solo en mi patria quiero
Que te hospedes y detengas;
Pero contra tu enemigo,
Si acaso en ella le encuentras,
Armas y favor te ofrezco.

ABSIRTO.

En hora felice vengas,
Donde mi valor te sirva
En todo cuanto se ofrezca.

FRISO.

Yo, porque en fin las fortunas
Las amistades conciertan,
Y, peregrinos del mar,
Son parecidas las nuestras,
Mi vida ofrezco á tus plantas.

JASON.

Mis brazos son la respuesta
Que á tales ofrecimientos
Debo.

REY.

Venid donde vea
Mi corte, qué nobles héroes
Quiere el cielo que merezca.

MEDEA.

Eso no, que pues están
Hoy mis palacios tan cerca,
Quiero á honor de aquesta dicha,
Señor, si me das licencia,
Que los que fuéron horror
A los peregrinos, sean
Hoy albergue, haciendo en ellos
Saraos, convites y fiestas.

REY.

¡Gracias al cielo que un dia
Tratable, Medea, te muestras!

FRISO.

¡No ví mas rara beldad
En mi vida!

JASON.

Poco hicieran
Sin belleza encantos, pues
El mayor es la belleza.
(Vanse los hombres.)

ASTREA.

Albricias puedo pedirte
De ver desmentir las señas,

Digitized by Google

Que en la venganza de Marte,
Vénus y Amor juzgan cierta.

MEDEA.

Pues no me pidas albricias,
Porque voy pensando, Astrea,
Que Vénus, Marte y Amor
De otra manera se vengan;
Pues ya Marte en mis sentidos
Ha introducido otra guerra;
Amor le ha prestado el fuego
Para sus máquinas: quieran
Los dioses que no haga Vénus
Desdichada mi belleza. *(Vanse.)*

Sacan á SABAÑON, *mareado;* DOS SOLDADOS.

UNO.

Sacadle á tierra, quizá
Con el aire de la tierra
Volverá en sí.

OTRO.

Desde el dia
Primero, la hora primera
Que entró en el mar, desta suerte
Está sin que hable ni sienta.

UNO.

Aquí le echad; que no habemos
De estarnos desta manera
Por él, dejando de ir
Con Jason.

OTRO.

Aquí le deja,
Y no nos perdamos todos,
Porque uno no se pierda.
(Vanse los dos, y vuelve Sabañon en sí.)

SABAÑON.

¡Válgame Júpiter santo,
Y qué notable tormenta
Que vamos corriendo! El cielo
Todo se anda dando vueltas.
¿Cual demonio me metió
Sin aviso y sin prudencia,
En hacerme animal de agua,
Siendo yo pece de tierra?
¡Mal haya cabalgadura,
Que no puede apearse della
Un hombre! Desta vez me hundo.
Pero ¿qué digo? ni desta,
Ni de estotra acierto en nada,
Pues que caigo, y no en la cuenta.
¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!
¿Es aquesto mar ó selva?
¿Es aquesto suelo ó nave?
¿Es aquesto espuma ó yerba?
¿Ando ó navego? Que yo,
Como si tomado hubiera
Tabaco en humo, así estoy
Borracho de la cabeza.
Mas un tanto cuanto ya
Cobrado; si es que las señas
Deste sitio advierto, estoy
En tierra: sin duda á ella
Mis compañeros me echaron
Por muerto. ¿Qué tierra es esta?
Decid, dios Baco, pues sois
Mi abogado. Pero sea
La que fuere, no será
Tan ingrata como era
El mar para mí. Aquí veo
Ya dos fábricas inmensas.
Hácia esta me iré, supuesto
Que hallar piedad será fuerza
En sus vecinos.

Sale un SALVAJE *vestido de hiedra, con su maza.*

SALVAJE.

O tú,
Que á estos umbrales llegas
Osadamente...

SABAÑON.

No llego
Yo, sino usada.

SALVAJE.

Si intentas
Del vellocino de oro
Llevar la rubia madeja
Por trofeo, y eso es
A lo que vienes, ¿qué esperas?

SABAÑON.

¿Qué rubia madeja de oro,
Dioses mios, será esta?
Mas si dice que á qué espero
Si acaso vengo por ella,
Y es en fin de oro, yo quiero
Llevarla. — Aquesa es mi empresa:
La rubia madeja de oro
Tengo de llevar.

SALVAJE.

Pues llega;
Que ya la escamada sierpe,
Que en guarda suya está puesta,
Se desenrosca del tronco,
Vibra el cuello, el pecho inhiesta,
Y las dos alas sacude.

SABAÑON.

Y diga usted, ¿no pudiera
Volverme por donde vine,
Sin que tocara ni viera
La rubia madeja de oro?
Que tiene alianza hecha
Mi casa con toda sierpe,
Y no puedo entrar con ellas
En batalla.

SALVAJE.

Entrarás pues
Si la sierpe te respeta,
Con los toros de metal,
Que el fuego y el humo echan
A Cocitos por la boca.

SABAÑON.

Ménos puedo esa pendencia
Emprender, si echan coritos;
Que son gente de mi tierra
Y amigos.

SALVAJE.

Ya tú dijiste
Que á esto venias, y es fuerza
Hacer batalla.

SABAÑON.

¿Y si yo
No tengo batallas hechas?

SALVAJE.

Bien se vé que eres cobarde.

SABAÑON.

Concedo la consecuencia.

SALVAJE.

Huye de aquí.

SABAÑON.

¿Ve vusted?
Pues esta es la vez primera
Que me han dicho á mí que huya.

SALVAJE.

¡Qué cobardía tan necia! *(Vase.)*

SABAÑON.

¡Qué discreta cobardía!
Porque ¿quién hay que se meta
Entre sierpes ni entre toros,
Si cuando hay circo de fieras,
Desde dentro de mi casa
Aun tengo miedo á las fiestas?
Si deste alcázar me salen
Salvajes luego á la puerta,
¿Qué es lo que saldrá destotro?
Con todo, he de entrar por ella.

Sale ASTREA.

ASTREA.

¿Quién sois, soldado?

SABAÑON.

Seré
Quien vos quisiéreis que sea.
*(Ap. Aun de aquestos salvajitos
Tomara media docena.)*

ASTREA.

¿Sois criado de Jason?

SABAÑON.

¡Gracias á Dios que hallo nuevas
Ya de Jason! Sí, señora.

ASTREA.

Pues esteis enhorabuena.

SABAÑON.

A linda tierra he llegado.

ASTREA.

¿En qué veis que es linda tierra?

SABAÑON.

En que ha hablado una mujer
Cuatro palabras enteras
Sin pedir algo; que allá
En la mia no se enseña
A hablar ya, sino á pedir.
Cualquiera que á decir llega:
Beso á vuesarced las manos;
Para aloja es la respuesta;
Si; *¿cómo está vuesarced?*
Dicen: *para la comedia;*
Buenos dias, — para guantes;
Pues ¿qué hay? — para una merienda;
Que aun el ser cortés un hombre
Ya le ha de costar su hacienda.

ASTREA.

Buen humor teneis.

SABAÑON.

No es poco;
Que aun aqueso no nos dejan
Las damas allá, sin que
En malo nos le conviertan.

ASTREA.

¿Cómo os llamais?

SABAÑON.

Sabañon,
Porque cómo á costa ajena
La mitad del año.

ASTREA.

Pues
Por esa apacible selva
Jason fué á caza; buscadle,
Y decidle que Medea...

SABAÑON.

¿Me... qué?

ASTREA.

Medea.

SABAÑON.

Eso es malo.
¿Luego es aquesta la selva
De una grande encantadora,
Que allá la fama nos cuenta?

ASTREA.

La misma.

SABAÑON.

Ya son mejores
Los salvajes que las hembras.
¿Y es verdad, señora, que es....

ASTREA.

¿Qué?

SABAÑON.

Grandísima hechicera?

Digitized by Google

ASTREA.

Sí.

SABAÑON.

No me espanto, que allá
Tambien hay algunas viejas
Que hacen sus habilidades.

ASTREA.

Y direisle al fin que venga
A su jardin esta tarde,
Que ha de haber una academia,
Con que quiere divertirle.

SABAÑON.

Yo no sé bien esta tierra,
Y no sé dónde he de hallarle.

ASTREA.

No importa que no la sepas;
Que yo haré que por el aire
Vayas.

SABAÑON.

Quien la tierra yerra,
Mejor el aire errará.

ASTREA.

La nube sabe la senda.

SABAÑON.

Yo no me sé tener bien
En nubes.

ASTREA.

No te detengas;
Que importa que vayas presto.

SABAÑON.

Yo iré, como me concedas
Que me vaya por mi pié,
Y no por nubes ajenas. (*Vase.*)

Sale MEDEA.

MEDEA.

Dime, Astrea, ¿has avisado
A los huéspedes ya?

ASTREA.

Sí,
Admirada en ver en ti
Tan apacible cuidado,
Tu festejo ni tu agrado
Habiendo hasta ahora sido
Risco del mar combatido,
Roble azotado del viento,
Donde uno y otro elemento
Solamente hicieron ruido.

MEDEA.

¡Ay, Astrea, que no sé
Qué letargo, qué furor,
Qué ansia, qué pena, qué ardor
Este que me aflige fué!
Si letargo, ¿cómo hablé?
Si furor, ¿cómo sin ira?
Si ansia, ¿cómo se admira?
Si pena, ¿cómo apacible?
Si ardor, ¿cómo arde insufrible,
Y la llama no se mira?

ASTREA.

La llama de tus enojos,
Que ya la he visto sospecho.

MEDEA.

Dime, ¿dónde está?

ASTREA.

En el pecho.

MEDEA.

¿En qué la ves?

ASTREA.

En los ojos.

MEDEA.

Lágrimas son los despojos
De mis ojos; pues si llego
A ver que en llanto me anego,
¿Cómo tu discurso fragua
Ver el fuego por el agua,
Cuando el agua dice fuego?

ASTREA.

Cuando se enciende, señora,
Verde un tronco, prende tarde,
Y por un extremo arde
Y por otro suda y llora.
Rebelde tu pecho ahora
A los primeros enojos
De amor, da agua por despojos
Del fuego; y así sospecho
Que está ardiendo por el pecho
Pues que suda por los ojos.

MEDEA.

Bien te quisiera ocultar
Que mi pecho el tronco fué
Que arde y llora; mas ¿por qué
La voz te lo ha de negar,
Si te lo ha de confesar
El silencio? Yo rendí
Mi altivez desde que vi
A ese jóven extranjero,
Que, venciendo el monstruo fiero
Del mar, tomó tierra aquí.

ASTREA.

Dos los huéspedes han sido
Que á esta tierra el mar ha echado,
Dos los que ese imperio helado
Han sujetado y vencido:
¿Cuál es el que ha merecido
Esa dicha, ese blason?

MEDEA.

Si dos los huéspedes son,
Presto el que quiero sabrás:
El que favorezca mas
Esta tarde mi aficion.

Salen por una puerta JASON *y los hombres, y por otra* FRISO *y las damas.*

FRISO.

Una dama me avisó...

JASON.

Un criado dijo ahora...

FRISO.

Que mandábades, señora,
Que viniese á veros yo.

JASON.

Que viniese, me mandó,
A veros; que mi sentido
Queda al miraros perdido.

FRISO.

Luego de vuestros agrados
Ya somos dos los llamados.

JASON.

Y ninguno el escogido.

MEDEA.

Yo á los dos mandé llamaros
Porque en esta verde esfera
Donde es siempre primavera,
Yo, que os ofrecí hospedaros,
Quiero á los dos festejaros,
Haciendo entre su verdor
Una academia de amor
Con mis damas; porque intento
Dar algo al entendimiento:
No todo ha de ser valor.

FRISO.

Aunque no tengo lugar
En ese ejercicio yo,
Por aprender algo, no
Quiero al empeño faltar.

MEDEA.

Todos os podeis sentar,

(*Siéntanse todos, damas y galanes, y queda Medea en medio, sola.*)

Que en una pregunta quiero
Empezar tan lisonjero
Festin.

FRISO.

¡Quién á ella supiera
Responder!

JASON.

¡Quién ahora fuera
En tus ciencias el primero!

MEDEA.

Friso...

FRISO.

Mal en este dia
Empiezas, si yo he de ser
El que te ha de responder.

MEDEA.

Tomad esta banda mia.

(*Dale una banda.*)

FRISO.

El íris, que desafía
A colores todo el mayo,
Y el sol padezcan desmayo,
Al ver que aqueste arrebol
Compite al íris y al sol,
Rosa á rosa, y rayo á rayo.

ASTREA.

Sin duda que á Friso ha sido
A quien favorece.

JASON. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Antes que haya amor, hay celos?

MEDEA.

Vos, Jason...

JASON. (*Ap.*)

¡Estoy perdido!

MEDEA.

Dadme esa banda que os pido.

JASON.

A ser la eclíptica bella
Patria del sol, pues en ella
Siempre está á esos piés rendida,
De vos se viera excedida, (*Dásela.*)
Luz á luz y estrella á estrella.

MEDEA.

A Friso una banda he dado,
Y de Jason recibido
Otra: si hubiera querido
Manifestar yo un cuidado,
Dentro del alma guardado,
¿Cuál de los dos ahora fuera
(Respondod) el que estuviera
Favorecido de mí?

FRISO.

¿Pues tiene duda que aquí
Yo el favorecido fuera?

JASON.

Duda tiene, porque yo
Soy solo el favorecido.

ASTREA.

Quien la banda ha recibido,
Es quien el favor gozó.

SIRENA.

No es tal, sino el que la dió.

SABAÑON.

Si yo en esto puedo hablar;
Las damas de mi lugar,
Para dar al que apetecen,

Digitized by Google

Estafan al que aborrecen:
Mejor es tomar que dar.

FRISO.

Este cendal soberano,
A quien mi ventura fío,
Ahora está en el pecho mio,
Habiendo estado en su mano:
Luego, que es favor, es llano.

JASON.

Sí, mas favor sin provecho;
Pues para el mio, sospecho
Que el lugar desocupó,
Si el que en mi mano se vió,
Se mira ahora en su pecho.

FRISO.

El dar es ilustre accion;
Accion baja el recibir:
Y pues quiso prevenir
Darme á mí en esta ocasion,
Y tomar de tí, en razon
Fundo que su gran belleza
Me honra á mí, pues con grandeza
Quiso que obligue á su lustre,
Yo á hacer una accion ilustre,
Y tú á hacer una bajeza.

JASON.

Si es bajeza el recibir
Y es ilustre accion el dar,
En eso puedo fundar
Que me quiso preferir;
Pues al llegar yo á advertir
Que he dado, y tú has recibido,
Verme á mi airoso ha querido,
Y á tí no; luego ya en esto
Al que deja mas bien puesto,
Deja mas favorecido.

FRISO.

Recibir del superior
No es desaire; ántes arguyo
Que ya, como esclavo suyo,
Me viste de su color.

JASON.

Eso me está á mí mejor;
Que si te viste este dia
Como á suyo, en tal porfía
Vencí, pues si esta librea
A tí te hace de Medea,
A Medea la hace mia.

FRISO.

Eso no puede ser.

JASON.

¿No?

FRISO.

No, que yo no consintiera
Que de otro ninguno fuera
Dueño de quien fuera yo. (*Levántanse.*)

JASON.

Ninguno lo consintió,
Y infinitos lo han llorado,
Sin que lo hayan estorbado.

FRISO.

Cuando aqueso á ser llegara,
Yo sé que yo lo estorbara.

JASON.

No siendo yo interesado.

MEDEA.

¿Cómo hablais los dos así?
Duelos del ingenio, no
El acero los lidió.

FRISO.

¡Pluguiera al cielo que sí!

JASON.

¡Mejor me estuviera á mí!

FRISO.

Eso dudo.

JASON.

Esotro ignoro.

MEDEA.

¿Así ofendeis mi decoro?
Argüir y disputar
No es reñir, ni conquistar
El vellocino de oro.

JASON.

Pues porque veas que yo
Mejor que argumento lidio,
Ya que esto no es conquistar
El dorado vellocino,
Lo será ir por él, y verle
Hoy á tus plantas rendido,
Quitándosele animoso
De su roble á Marte mismo;
Que aunque no es esta aventura
La empresa que solicito,
Lugar se hará para todo
Despues mi valor invicto.
Perdone, Hércules, ahora.

FRISO.

Yo á esa empresa no te sigo,
Porque yo se la di á Marte,
Y nunca lo que doy quito;
Pero si tú le conquistas,
En público desafío
Te le quitaré yo á tí. (*Vase.*)

MEDEA.

No lo que yo he dicho, he dicho
Por empeñaros á tanto;
Que no mas que acaso ha sido.

JASON.

Los acasos de las damas
Son acasos muy precisos.—
Sabañon, pues que tú sabes,
Segun cuentas, el camino
Del templo, llévame allá;
Que tú solo has de ir conmigo.

SABAÑON.

Señor, ya se me ha olvidado. (*Vase.*)

MEDEA.

Mira, Jason...

JASON.

Nada miro.

MEDEA.

Que te atreves...

JASON.

Poco importa.

MEDEA.

A mucho.

JASON.

Mas es mi brio.

MEDEA.

Advierte...

JASON.

¿Qué he de advertir?

MEDEA.

Que en tu vida arriesgas...

JASON.

Dilo.

MEDEA.

La mia.

JASON.

Con eso me obligas
A mas, por lo que te estimo. (*Vase.*)

MEDEA.

¡Ay de mí! ¿qué es lo que escucho?
¡Ay de mí! ¿qué es lo que miro?
Mas ¿qué discurro? ¡ay Astrea!
¡Ay Sirene! ¿qué imagino?
Habiendo sido Jason
(Ya poco importa el decirlo)
Tirano de mis potencias
Y dueño de mi albedrío,
Daréle ayuda, daréle
Favor. ¿Para cuándo han sido
Mis estudios? para cuándo
Mis portentos y prodigios?
Dadme, dioses infernales,
Palabras, yerbas y hechizos,
Que esas fieras adormezcan,
Que venzan esos vestigios.
No se me opongan los cielos
Hoy á los intentos mios;
Porque haré que nunca el sol
Dore sus campos de vidrio,
Sino que padezca el dia
El último parasismo. (*Vanse.*)

Sale JASON *con escudo y espada, y* SABAÑON.

SABAÑON.

Tú no debes de saber
A lo que te has atrevido.

JASON.

¿Puede ser mas que á postrar
Terribles monstruos esquivos
Que le guardan?

SABAÑON.

¿Y eso es poco?
¡Ay señor! este es el sitio.

JASON.

¡Bárbara guarda del monte,
Que corres este distrito!..

Sale el SALVAJE.

SALVAJE.

¿Qué me quieres?

JASON.

Que desates
Esos disformes y altivos
Monstruos, que con esta espada
Y este escudo he de rendirlos.

SALVAJE.

Entra pues, ¿qué esperas? Entra
Dentro dese breve circo,
Donde ya los toros braman.

JASON.

Sabañon, entra conmigo.

SABAÑON.

Soy ya muy grande, señor,
Yo para andarme á novillos;
Y bien sin lacayo ir puedes,
Pues rejones no he traido.

JASON.

No importa, solo entraré:
Mi valor vaya conmigo. (*Vase.*)

SABAÑON.

¡Ay que ya se va acercando!
¡Ay cielos, que le han sentido
Los toros ya las pisadas!
¡Ay que ya van á embestirlo!
¡Ay que el encierro se ha errado,
Pues dos juntos se han corrido!

SALVAJE.

Porque los dos no miremos,
Sin reñir, tal desafío,
Riñamos los dos.

SABAÑON.

¿Los dos
Reñir, siendo tan amigos?

SALVAJE.

¿Amigos los dos?

Digitized by Google

SABAÑON.

¿Pues no?

SALVAJE.

¿Qué es esto, dioses, que miro?
¡A sus piés, sin que le ofendan,
Los dos toros se han rendido!
Pero no importa, no importa,
Pues que ya la sierpe vino
Arrastrando el medio cuerpo,
Bramando y gimiendo á silbos.

SABAÑON.

Si fuera mi amo comedia,
Ya estuviera destruido.

SALVAJE.

¿Qué es esto, divino Marte?
Todo aquel horror esquivo
Acobardado huye al verle.

SABAÑON.

Luego lo hiciera conmigo.

SALVAJE.

¿Pues cómo, cómo os dejais
Vencer. monstruos atrevidos
De Marte, de ningun hombre?

Voces dentro.

Medea nos ha vencido.

SALVAJE.

Esa traicion de Medea
Iré publicando á gritos. (*Vase*.)

SABAÑON.

Don de mata-sierpes tiene
Jason.

Sale JASON *con la cabeza de la sierpe y el vellocino.*

JASON.

Aunque hubieras sido
Verde serpiente, la fiera
Que guarda el profundo abismo,
A mi mano hubieras muerto.
Ya el dorado vellocino
Es tuyo, Medea.

Dentro MEDEA.

MEDEA.

¡Ay de mí!

JASON.

¡Qué lastimoso suspiro!

SABAÑON.

¿Aun no habemos acabado?

Sale MEDEA.

MEDEA.

Valiente Jason invicto,
Pues de un peligro guardé
Tu vida, de otro peligro
Guarda la mia.

JASON.

¿Qué es esto?

MEDEA.

Mi padre, al ver que te libro
Destas furias con mi encanto,
Habiendo el rigor temido
De Marte, contra mí viene
Con Friso tambien, y han sido
Exhortados de las voces
De aquel bárbaro ministro.

JASON.

¿Qué importa, si te defiendo
Yo, y si te vienes conmigo,
Volviendo á fiar al mar
Ese veloz edificio?

REY.

Aquí Jason y Medea
Están.

ABSIRTO.

Matadlos.

FRISO.

Seguidlos.

MEDEA.

Todos vienen contra mí:
Mas podrá el ingenio mio
Hacer que todos confusos
Peleen contra sí mismos.

Salen TODOS *riñendo unos con otros, sin ver á Jason.*

ABSIRTO.

Escuadras la tierra aborta.

REY.

¡Qué confusion!

SALVAJE.

¡Qué delirio!

ABSIRTO.

Tú eres Jason.

SALVAJE.

Tú lo eres.

SABAÑON.

¿Quién tal borrachera ha visto?

JASON.

En tanto que ellos pelean,
Ven á ese imperio de vidrio. (*Vanse.*)

FRISO.

Nosotros nos damos muerte,
Miéntras que Jason invicto
Lleva á la hermosa Medea,
Y ha librado el vellocino.

FIN DE LA PRIMER JORNADA.

JORNADA SEGUNDA.

Representóla la compañía de Prado de la Rosa en el teatro de mano izquierda.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

TESEO.	LIBIO.	FLAVIO.	FEDRA.	LIDORO.
MINOS.	PANTUFLO.	ARIADNA.	FLORA.	SOLDADOS.

Suena ruido de armas, y dicen dentro los versos siguientes.

ARIADNA.

¿No hay favor ¡cielos piadosos!
Para una infelice?

FEDRA.

¡Eternas
Deidades, dadnos amparo!

TESEO.

No temais, deidades bellas,
Ningun peligro; pues yo
Estoy en defensa vuestra.

FLORA.

¡Ay de mí!

PANTUFLO.

Bellas deidades,
Temed, muy en hora buena;
Que muy bien haceis, supuesto
Que estoy yo en vuestra defensa

Salen huyendo FEDRA, ARIADNA *y* FLORA, *y detrás* TESEO, *envainando la espada, y* PANTUFLO, *criado.*

FLORA.

A ampararnos al castillo
Venid, Ariadna y Fedra.

TESEO.

Hermosísimos prodigios,
No temais desa manera,
Pues, ó mal, ó tarde, ó nunca
Supo temer la belleza.
Ya el oso, ya el torpe aborto
De aquesas desnudas peñas,
Que sediento á los cristales
Bajó en que estábades, queda
Revolcándose en su sangre
Sobre la manchada yerba,
Pagando en coral al prado
Lo que al rio debió en perlas.

PANTUFLO.

¡Y como que queda el oso
Como un atun! y lo prueba
Que yo no me voy, pues si él
No quedara, yo me fuera.

ARIADNA.

Extranjero caballero,
Que esto y aquello las señas
Dicen, aquello en el traje,
Tan extraño en esta tierra,
Y esto en el valor, que siempre
Prólogo es de la nobleza:
¿Quién sois? que en esta ocasion
Quieren los cielos que os deban
Las vidas estas dos damas,
Rescatadas por la fuerza
De vuestro acero, de aquel
Animal, que con fiereza
Nos amenazó. Decidlo,
Si ya no quereis que entienda
Que sois socorro enviado
De alguna deidad suprema,
Que generosa tomó
Nuestras vidas por su cuenta.

TESEO.

Bellísimas damas, no

Digitized by Google

Es vana vuestra sospecha;
Pues bien creo que el mayor
Dios, que sobre todo reina,
Me envió á favoreceros.
Amor fué de aquesta empresa
Absoluto dueño, pues
Como de sus flechas llega,
Por tantas como ha gastado,
A ver la aljaba desierta,
Asegurando la falta
De sus armas, hoy obstenta
Redimir vuestra hermosura
De los riesgos, pues con ella,
Poniendo rayos al arco,
No le harán falta las flechas.
Extranjero y caballero
Soy: bien dijisteis; que fuera
Aventurar lo divino
Ver que lo divino mienta.
A esta isla, que es corona
De tantas y tan diversas
Como el mar Mediterráneo
En su archipiélago encierra,
Porque no me quede parte
De la Europa que no vea,
Con ese criado y ese
Caballo, cuya violencia
Me hace Centauro noble,
Sujeto á ley y obediencia,
En busca de un hombre vengo;
Mal dije, que es una fiera,
Por ser un hombre que acaso
Hizo la naturaleza.
Ajena ofensa me trae
Buscándole, si es ajena
Aquella que ya me obliga
A haberla llamado ofensa.
Con esta demanda pues
He de andar Europa entera,
Hasta que otro amigo y yo
Demos á Africa la vuelta,
Que término de los dos
Ha de ser el monte Oeta.
Resistiendo pues ahora
Del sol la dorada fuerza,
En ese mullido catre,
Que bordó la primavera,
Estaba, no sé si diga
Que viendo por las espesas
Celosías de esmeralda
Mucho cielo en breve esfera...
No, no turbeis el color;
Nada ví: vuestra vergüenza
Del empeño de los ojos
Bien ha excusado la lengua.
A las voces pues que disteis,
Entré por esta maleza
A serviros. Si es que acaso
Lo conseguí, nada os queda
Que agradecer, pues la paga
Antes llegó que la deuda.
Este soy. Merezca ahora
Saber quién sois, porque sepa
Yo qué segundo respeto
A vuestro lustre se deba,
Ya que el primero ignoré,
Que debí á vuestra belleza.

PANTUFLO.

Todo cuanto mi amo ha dicho
Que te lo ha dicho haz cuenta
A tontas y locas, y que
Yo á tí te lo digo, hijuela.

FLORA.

Yo hago cuenta que lo oigo
De aquesa misma manera.

PANTUFLO.

Y eso es lo mismo que hacer
Sin la huéspeda la cuenta.

FEDRA.

Valiente, cortés, galan
Peregrino, que á esta tierra
Venisteis por nuestra dicha,
Esta es la isla de Creta,
En quien lleno de victorias
Hoy el rey Mínos gobierna.
En esta quinta, esta casa
De placer, cuyas almenas
Son pulido Atlante, en quien
Descansa la rubia esfera
Del sol, y cuyos umbrales
Lisonjeramente riega
Ese arroyo, que á morir
Camina con tanta priesa,
Vivimos las dos, no sé
Si festejadas, ó presas;
Pues aquí encerradas...

Dentro LIDORO *y* SOLDADOS.

SOLDADOS.

Corre.

LIDORO.

A lo mas inculto entra
Del monte tras ellos; y ántes
Los mates, que se defiendan.

FLORA.

Ruido de gente y de armas
Por todo ese campo suena.

ARIADNA.

No podemos esperar:
Adios, señor, porque es fuerza
Que, cualquiera que aquí llegue,
Con vos nos halle y nos vea.

FEDRA.

El cielo os pague el favor.

ARIADNA.

Y no el amor os atreva
A seguirnos, forastero;
Porque si entrais estas puertas,
Teneis pena de la vida. (*Vanse.*)

PANTUFLO.

Señor, ¿qué cosas son estas?

TESEO.

¿Puedo acaso saber yo,
Pantuflo, mas que tú dellas?
En ese cristal estaban
Bañándose estas dos bellas
Mujeres; salió aquel bruto:
Llegué osado á socorrerlas:
Hícelo, y han estorbado
El querer decir quien eran,
Esas voces.

LIDORO. (*Dentro.*)

Dadlos muerte
Antes de entrar por las puertas.

PANTUFLO.

El demonio te metió
En venir desta manera,
Trayéndome á mí contigo,
Condenado á ancas ajenas,
Buscando tú la mujer
De un amigo, cuando fuera
Mas al uso no buscarla
Su amigo, sino perderla.

TESEO.

Ya hice ese empeño, y es justo
Que ya á sus ojos no vuelva,
Sin haber hecho en Europa
Exquisitas diligencias
En su busca.

PANTUFLO.

¿Y qué nos toca
Hacer ahora?

Sale FLAVIO, *atadas las manos atras, huyendo.*

FLAVIO.

Si las señas
De noble, que no es posible
Que en vos, siendo tantas, mientan,
A dar favor os obligan
A un infeliz...

PANTUFLO.

Mas ¿que intenta
Aqueste que á su mujer
Busquemos tambien?

FLAVIO.

Merezca
Vuestro amparo; honor y vida
Me importa que no me prendan
Los que me siguen. Si acaso
Por aquesta parte llegan,
Responded que no me visteis,
Miéntras yo por la maleza
Deste monte hallo una gruta
Que me sirva de defensa. (*Vase.*)

PANTUFLO.

Señor, dime, ¿qué es aquesto?

TESEO.

¿A quién lo preguntas?

PANTUFLO.

Deja
Que te lo pregunte á tí,
Por mi consuelo siquiera,
Y no respondas.

Salen LIDORO *y* SOLDADOS.

LIDORO.

Decidme,
Caballero, si por esta
Parte, por dicha, unos presos,
Que atadas las manos llevan,
Han huido.

PANTUFLO.

Si llevaran
Los piés atados, no huyeran.

TESEO.

Por esta parte ninguno
Pasó.

PANTUFLO.

Sí hizo.

LIDORO.

¡Buena cuenta
Daré á Mínos, del tributo
Que á Creta traigo de Aténas!

Sale LIBIO.

LIBIO.

Señor.

LIDORO.

¿Qué hay, Libio?

LIBIO.

Los mas
Presos segunda vez quedan
A su prision reducidos.

LIDORO.

Déte el cielo buenas nuevas.

LIBIO.

Dos son los que solamente
Huyeron.

PANTUFLO.

Pues uno era
El que pasó por aquí.

TESEO.

¿No digo que calles, bestia?

PANTUFLO.

¿Qué criado lo que dice
Su amo hace?

Digitized by Google

LIDORO.

A grande afrenta
Voy dispuesto.

LIBIO.

Remediarla
Antes de llegar á verla.

LIDORO.

¿Cómo?

LIBIO.

¿No son extranjeros
Estos dos que á mirar llegas?

LIDORO.

Ya te he entendido: el consejo
Apruebo, y tomarle es fuerza.

TESEO.

Pues, señor, ¿qué ha sido aquesto,
Si es posible que merezca
Saberlo? (*Ap*. Por divertirle,
Meter pláticas quisiera.)

LIDORO.

(*Ap*. Daré, por asegurarle,
A sus preguntas respuesta.
Para lo que yo he de hacer,
Estad vosotros alerta.)
El generoso rey Mínos,
Que hoy en estas islas reina,
Casó con Pasífae, hija
De Artemidoro de Grecia.
Pasífae, la mas hermosa
Dama, aunque el acento yerra...
Bella era, no era hermosa;
Que entre hermosura y belleza
Hay distincion, si se advierte
Que hermosura dice entera
Perfeccion, belleza no;
Y Pasífae, poco honesta,
Sin entera perfeccion,
No era hermosa, sino bella.
¡Oh con cuánto mas extremo
Es torpe y liviana aquella
Mujer, que á grandes respetos
Ha perdido la vergüenza,
Que aquella que por oficio
La liviandad tuvo! Que esta
Tal vez el vicio trató
Como á fatiga y tarea;
Y aquella no, sino siempre
Como á vicio; y así ciega,
Entregada á su apetito,
Se desboca y se despeña
Mas, miéntras que tiene mas
Obligaciones que pierda.
Pasífae lo diga, pues
Desenfrenada y resuelta...
No sé cómo lo pronuncie;
Porque no hay voces que sepan
Hacer süaves las frases
De tan áspera materia.
¿Diré que de un torpe amor
Poseida su belleza
Estuvo? No, poco es torpe.
¿Diré abominable? Aun queda
Mas que encarecer. ¿Diré
Bárbaro? Ya le ando cerca.
Irracional amor digo,
Pues sus entrañas revienta,
Medio toro y medio hombre,
Un monstruo, cuya fiereza
Fué castigo siendo aborto;
Que hay delitos de manera,
Que ellos mismos se castigan
Aun con el fruto que engendran.
Mínos, viendo el monstruoso
Parto, y á Pasífae muerta,
Creyendo, advertido tarde,
Que aquel de los dioses era
Castigo, no se atrevió
A matarle; y así ordena
Solo ocultarle. Para esto,
Con recato y advertencia,
Mandó á Dédalo, un supremo
Artífice, que le hiciera
Una fabrica de donde
Eternamente pudiera
Salir, construyendo viva
Sepultura á una honra muerta.
Dédalo ingenioso entónces
Hizo de sola madera
Una oscura horrible casa
Donde apénas el sol entra;
Y es verdad, pues aunque entrara
Libremente, entrara á penas.
Esta tiene por de dentro
De vueltas y de revueltas
Tantas calles, tantos senos,
Que no es posible que pueda,
El que por su puerta entrare,
Volver á encontrar la puerta.
A cuyo intrincado espacio,
A cuya fábrica ciega
La fama le ha dado nombre
De *el laberinto de Creta*.
Aquí encerró al Minotauro,
Donde solo se sustenta
De carne humana. Los hombres,
Que en todo el reino sentencian
A muerte, en vez de sacarlos
De la cárcel á que mueran,
Hoy á morir á la cárcel
Los traen. Y porque no tenga
Falta de alimento nunca,
Habiendo Mínos á Aténas
Sujetado, por tributo
Impuso que le trajeran
Cada año trescientos hombres
Sorteados, para que sean
Pasto humano deste monstruo,
Vianda viva desta fiera.
Estos en el laberinto
Sin armas algunas entran,
Tres ó cuatro cada dia,
Y él mata al que ántes encuentra.
Yo, capitan general
De Mínos, por si en defensa
Aténas se me ponia,
Por el tributo fui á Aténas;
Que aunque soy de nacion griego,
La soberana belleza
De Ariadna, hija de Mínos,
A que le sirva me fuerza.
Esto no es del caso; así
Doy al discurso la vuelta.
Es establecida ley
A las guardas, que á cualquiera
Que falte, se han de sortear
Hasta el número ellas mesmas,
Ademas de la opinion
Mia. Mirad pues si es fuerza,
(Pues quebrando las prisiones
De la amarrada cadena,
Faltan dos) si será justo
Que á los dos (ya es tiempo) prenda,
(*Abrázanse por detras con ellos, y les quitan las espadas.*)
Para que así aseguremos
Nuestras vidas con las vuestras.

TESEO.

¡Cobardes, traidores!

PANTUFLO.

¿Cómo
Los hablas desa manera?—
Señores, príncipes, reyes...

LIBIO.

Calle, ó meteréle aquesta
Daga.

PANTUFLO.

¿Que vos mi corchete
Hubisteis de ser por fuerza?

TESEO.

Las armas me habeis quitado;
Que á mirarme yo con ellas...

PANTUFLO.

Las mias poco importaba
Tenerlas ó no tenerlas.

LIBIO.

Llevadlos así, y ponedlos
Entre los otros.

PANTUFLO.

Adviertan
Vuesas mercedes, que vamos
Buscando de tierra en tierra
Una mujer de un amigo,
Que importa no nos detengan.

TESEO.

¡Ay cielos!

LIBIO.

Venid.

PANTUFLO.

¿Adónde?

LIBIO.

Al laberinto de Creta.

PANTUFLO.

En toda mi vida fui
Amigo, en Dios y en conciencia
De meterme en laberintos.

LIDORO.

Ponedlos en la cadena,
Y aquel caballo, tambien
Suyo, mi despojo sea.

TESEO.

¡Venganza, cielos, venganza!

PANTUFLO.

¡Paciencia, cielos, paciencia!

Llévanlos, y sale el REY MÍNOS, *viejo,* DÉDALO, Y SOLDADOS, *marchando por otra parte.*

MÍNOS.

Haga alto aquí la gente;
Porque ántes que en la corte entrar intente
Con los ricos despojos
Que traigo destas lides, á los ojos
Quiero llegar ahora
De Ariadna y de Fedra, á quien adora
Mi amor, pues con tan lícitas finezas
Padre y amante soy de sus bellezas.

DÉDALO.

Esta quinta eminente,
Que al sol empina la elevada frente,
Como mandaste en el ausencia tuya,
Retiro ha sido á la obediencia suya.
Esta ha sido la esfera
De sus dos soles, y la primavera,
Comprando sus colores,
Aprendió nuevas rosas, nuevas flores,
Con quien ya las que fuéron mas hermosas
Vulgares flores son, vulgares rosas.

MÍNOS.

Mandad, Dédalo, hacer sonora salva
A uno y otro clarin, bien como al alba
Los pájaros saludan; pues en suma
Aquestos de metal, y esos de pluma,
Se imitan los acentos,
Y todos son lisonja de los vientos.

DÉDALO.

Ya la salva han oido,
Y de la torre alegres han salido.
Su guarda fui, y aqueste ameno prado
Otra vez juraré que no han pisado.

Digitized by Google

MÍNOS.

No admires mis recelos;
Que tengo que temer mucho á los celos.

Salen TODAS LAS DAMAS.

ARIADNA.

¡Mil veces victorioso,
Aplaudido, contento y venturoso,
A honrar tu patria, y á ilustrarla vengas!

FEDRA.

¡Mil veces, ó señor, felice tengas
Las merecidas glorias,
Que eterno te coronan de victorias!

MÍNOS.

¡Y mil veces, hermosas hijas mias,
Con veros aumentais mis alegrías,
Y toma puerto entre amorosos lazos
Alegre mi fortuna en vuestros brazos,
Centro de dichas tantas!

Sale LIDORO.

LIDORO.

Si merezco este honor, dame tus plantas.

MÍNOS.

¡Oh Lidoro! tú seas bien hallado.
¿Cómo te fué en Aténas? ¿Hate dado
El tributo que impuse en sus almenas?

LIDORO.

Obediente, señor, la grande Aténas
El tributo te envía,
Porque yo fui, y en grande atencion mia
Hasta aquí le he traido,
Sin que un hombre me falte; aunque han [querido
En muchas ocasiones
Romper esos esclavos las prisiones;
(¡Gracias á mi cuidado!)
Y habiendo hácia esta parte hoy camina- [do
Con ellos, y que tú por esta parte
Conducias ejércitos de Marte,
No he querido pasar sin que tuvieses
Esta noticia, y los esclavos vieses.

MÍNOS.

Muy bien, Lidoro, hiciste;
Y porque pueda de un afecto triste
Divertir el prolijo pensamiento;
Con la memoria de mi bien intento
Borrar la de mi mal: estos cautivos,
A quien fuéron los hados tan esquivos,
Delante de mí pasen aherrojados.

ARIADNA.

A compasion me mueven sus cuidados.

Salen MUCHOS, *atadas las manos, y detras* TESEO *y* PANTUFLO.

LIDORO.

Id, cautivos, pasando,
Y las rodillas ante el Rey doblando,
Y ante Ariadna y Fedra, mis señoras;
Que es merced ver un sol con dos auro- [ras.

TESEO.

¿Habrá en el mundo alguna
Que pueda compararse á mi fortuna?

PANTUFLO.

¿Pues no, señor? La mia,
Que es ni ménos ni mas en este dia.

MÍNOS.

No me acuerdes, memoria, mis enojos:
Acuérdame no mas que son despojos.

ARIADNA.

Fedra, ¿qué es lo que veo?

FEDRA.

Yo, Ariadna, lo dudo, aunque lo creo.

ARIADNA.

¿No es aquel jóven el que nos ha dado
Vida á las dos?

FEDRA.

El es, y su criado
Es el otro.

ARIADNA.

¿Qué es esto?
¿Quién á los dos en tal rigor ha puesto?

FEDRA.

No sé.

ARIADNA.

Decir quisiera
Que las dos le debemos...

FEDRA.

Considera
Que licencia las dos nunca tuvimos
De salir de la torre en que vivimos,
Y que será culparnos el libralle.

ARIADNA.

¿Permitirá mi amor que sufra y calle,
Viendo al que me ha librado
De la muerte, á la muerte condenado?

LIDORO.

Pasad, no os detengais.

TESEO.

¿No son aquellas,
Pantuflo, aquellas dos deidades bellas
Que socorrí?

PANTUFLO.

No puedes engañarte.

TESEO.

Pues tengo quien se ponga de mi parte,
Tengo que hablar.—Gran Rey de Creta, [advierte:
A la mayor crueldad, á la mas fuerte
Traicion...

MÍNOS.

Nada me digas,
Cautivo.

TESEO.

Yo no soy...

LIDORO.

No, no prosigas.

TESEO.

De Aténas, ni cautivo.

MÍNOS.

¿Qué ha importado,
Si ya con el tributo te ha enviado?

PANTUFLO.

Ni con él, ni sin él hemos venido,
Sino...

MÍNOS.

En vano obligarme habeis querido.

TESEO.

Hablad, señora...

MÍNOS.

No hay intercesiones.

ARIADNA.

Toda soy confusion de confusiones.

TESEO.

Pues sabeis...

FEDRA.

Disimula lo que oimos

TESEO.

La verdad...

ARIADNA.

Pues nosotras ¿cuándo os vimos?

MÍNOS.

Vayan de aquesta suerte
Adonde el Minotauro les dé muerte.

TESEO.

¡Qué poco con mis lágrimas restauro!

PANTUFLO.

¿En fin, vamos, señor, al Niñotauro?

TESEO.

¿Que no me conoceis? ¡Grande fiereza!
Mas ¿cuándo no fué ingrata la belleza?
(*Llévanlos.*)

MÍNOS.

Marche el campo á la corte dese modo,
Siendo todo trofeos, triunfo todo.—
Hijas, adios, pues ya de aquesta quinta,
Que bosqueja el abril y el mayo pinta,
Nunca habeis de salir, que mi cuidado,
Aunque sea tarde, en mí me ha escar- [mentado. (*Vase* MÍNOS.)

LIDORO.

¡Ay Ariadna hermosa!
¿Cuándo será mi suerte mas dichosa?

ARIADNA.

Tarde, y mas hoy, si creo
Que voy dando lugar á otro deseo.

LIDORO.

Pues si no fué mi amor merecimiento,
Por Dios, que lo ha de ser mi atrevi- [miento;
Que estoy del todo ya desesperado,
A morir ó vencer determinado. (*Vase.*)

ARIADNA.

Flora, á Dédalo di, que hasta que haya
Habládome, á la corte no se vaya.

FEDRA.

¿Qué género de tormento...

ARIADNA.

¿Qué linaje de dolor...

FEDRA.

¿Qué hábito de temor...

ARIADNA.

¿Qué especie de sentimiento...

FEDRA.

Es esta ¡cielo! que siento?

ARIADNA.

Es la que lloro ofendida?

FEDRA.

Batalla tan atrevida...

ARIADNA.

Confusion tan encantada...

FEDRA.

¿Es estar enamorada?

ARIADNA.

¿O es estar agradecida?

FEDRA.

Darle una vida quisiera
Por la vida que él me dió;
Pero no me atrevo yo
A pagar desta manera:
Si bien, aunque él no me diera
Vida, al verme así rendida,
Viviera al dolor vencida.
De dos afectos cercada,
¿Es estar enamorada,
O es estar agradecida?

ARIADNA.

Mas ¡ay de mí! que aunque yo
Su vida procuraré,
Y con ella pagaré
La que él entónces me dio,
No estoy satisfecha, no,
De que no le debo nada.
Verme entónces obligada.

Digitized by Google

Y ahora reconocida,
¿Es estar agradecida,
O es estar enamorada?

FEDRA.

Sentir tanto su tormento...

ARIADNA.

Llorar tanto su dolor...

FEDRA.

Gran parte tiene de amor. .

ARIADNA.

Mas es que agradecimiento.

FEDRA.

En vano ayudarle intento.

ARIADNA.

Yo he de ayudarle atrevida.

FEDRA.

Temer yo tan afligida:..

ARIADNA.

Estar yo tan alentada...

LAS DOS.

¿Es estar enamorada,
O es estar agradecida?

ARIADNA.

¡Fedra!

FEDRA.

¡Ariadna!

ARIADNA.

¿Qué pena
Suspende así tu fortuna?

FEDRA.

Yo no tengo pena alguna.
(¡Pluguiera á amor!) Tú que ajena
De placer, de pesar llena
Estás, qué tienes, me di.

ARIADNA.

No hay tristeza alguna en mí.

FEDRA.

¡Ay, Ariadna! ¿qué importó
Decir la lengua que no,
Si dice al alma que sí? (*Vase.*)

Sale DÉDALO.

DÉDALO.

Que me llamas, dijo Flora.
¿Hay en que te sirva?

ARIADNA.

Sí;
Hoy he de fiar de ti
Mi vida y alma.

DÉDALO.

Señora,
Mucho encargarme recelo
De las dos, que tan sagrado
Don, quiere todo el agrado
De Júpiter en el cielo.

ARIADNA.

¿Estamos solos?

DÉDALO.

Aquí
Sola y apartada estás.

ARIADNA.

Hoy, Dédalo amigo, harás
Una fineza por mí.

DÉDALO.

Tu esclavo soy.

ARIADNA.

Mi tristeza,
Mi pena y melancolía
Nace de ver cada dia
Con cuánta costa y fiereza
Ese mónstruo (¡ay de mí triste!)
Se conserva y se alimenta
En esa cárcel sangrienta
Que con tanto ingenio hiciste.
Dias ha que he deseado
Sacar desta obligacion
O tirana sujecion
Al mundo, y hoy me ha obligado
Con mas piedad ver á esos
Presos, que con tal rigor
Van á sus manos; mayor-
Mente, que entre aquesos presos
Uno, que hablar ha querido,
Y aun hablar no le han dejado,
A mas piedad me ha obligado,
A mas lástima movido...
Porque la vida le debo...
No importa decirlo, no,
Que en vano en un punto yo
Me acobardo ni me atrevo.
Hoy de la torre salí,
Hoy á ese arroyo bajé,
Con un bruto peligré,
Y dél amparada fuí.
No alcanzo de qué manera
Preso está, y pues me libró
De una fiera, es bien que yo
A él le libre de otra fiera.

DÉDALO.

Aunque tu justa esperanza
Que es peligrosa sospecho,
Hoy no en vano has de haber hecho
De mí tan gran confianza.
Dificultoso será
Librarle; mas un famoso
Valor lo dificultoso
Ha de emprender.

ARIADNA.

Claro está.

DÉDALO.

Yo no le podré excusar
Ya del laberinto en que
Ha de entrar; pero diré
Cómo se podrá librar,
Dándole la contracifra
Dese caos oscuro y ciego;
Y si yo á descubrir llego
Cómo esa enigma, esa cifra
Se desata, bien podrá
Salir despues, aunque entre
Ahora, como no encuentre
Con la fiera; pues si da
Con él, es fuerza matarle
Primero que salga.

ARIADNA.

Quien
Da un favor, quien hace un bien,
Ha de hacerle y ha de darle
Del todo: él no ha de morir,
Ni eso se ha de aventurar.

DÉDALO.

Tambien le supiera dar
Veneno, con que rendir
Pudiera ese monstruo, á efeto
De servirte; pero el ver...

ARIADNA.

No temas; que aunque mujer,
Yo sabré tener secreto:
Esto se ha de hacer por mí.
Viva este extranjero, y muera
Ese escándalo, esa fiera.

DÉDALO.

¿Qué habrá que no haga por ti,
Quien mas servirte desea?
Yo instrumentos le daré,
Y venenos, para que
El grande afecto se vea
De servirte: pues que ya
Tú te has fiado de mí,
Y yo el favor te ofrecí,
Nada recelo me da.
Pues cuando se sepa, y cuando
El Rey me quiera prender,
Alas me sabré poner
Para escaparme volando
Por esas etéreas salas,
Y huyendo de su castigo,
Llevarme á Icaro conmigo,
Si él usa bien de las alas. (*Vase.*)

ARIADNA.

Pues que yo tan atrevida
De darte la vida trato,
Huésped, no me seas ingrato,
Que me costarás la vida. (*Vase.*)

Salen TESEO *y* PANTUFLO.

PANTUFLO.

Al fin, ya estamos, señor,
En esta pequeña cárcel,
Cocina del Minotauro,
Esperando por instantes
Que, para vianda suya,
O nos cuezan ó nos asen,
O nos frian ó nos tuesten,
Nos perdiguen, nos empanen,
Nos hagan albondiguillas
En gigote ó pepianes;
Pues para todo guisado
Ya está manida la carne.

TESEO.

¿Ves, Pantuflo, tan terrible,
Tan duro, tan fuerte trance?

PANTUFLO.

Pues ¡y cómo que le veo!
Y le viera aunque cegase.

TESEO.

Pues no siento tanto, no,
Aquella traicion notable
Con que á los dos nos prendieron,
Ni haber de entrar en la grave
Fábrica del laberinto
Donde esa fiera me mate,
Como ver la ingratitud
De aquellas raras beldades,
Que despues desconocieron
A quien las dió vida ántes.

PANTUFLO.

¿Qué mujer no da ese pago
A quien mas servirla trate?

TESEO.

Y si apuro mas mi pena,
No siento que me negasen
Esta obligacion las dos,
Sino la una sola. Baste
Que esto digan mis desdichas.

PANTUFLO.

¿Qué tiene (así Dios te guarde)
Mas la una que la otra?

TESEO.

Hay un género de males
Donde no se siente el mal,
Sino el dueño que le hace.
La ingratitud de la una
Que es la que yo miré ántes,
Y la que me dió al mirarla
Veneno entre los cristales,
Siento solo.

PANTUFLO.

¿Que te acuerdes
Ahora de esos disparates?
Que no sabré yo decir,
Cómo se llamó mi padre;
Qué señas tenia una moza,

Digitized by Google

Que queriéndome de balde,
En su compañía me dió
Los graciosos y galanes;
A quién le di unos dineros
Un dia que me guardase,
Ni quién me dió un bofeton,
Que guardase yo. Mas ¡ tate!

TESEO

¿Qué tienes?

PANTUFLO.

Estoy con piedra,
Pues que siento que me abren.

Salen DÉDALO *y* LIBIO, *habiendo ántes hablado dentro.*

DÉDALO.

Abrid aquesta prision.

LIBIO.

¿A qué fin, Dédalo, entraste
En esta prision?

DÉDALO.

Ahora
Un soldado fué á avisarme
De que esta cárcel está
Minada por una parte,
Y vengo á reconocerla,
Pues que está á mi cargo, sabes,
El repararla.

LIBIO.

Aquí están
Dos, que mandó estar aparte
Lidoro.

DÉDALO.

(*Ap.* Y los que yo busco.)
Miéntras mi cuidado trate
De mirar este aposento,
Ten abierto el de adelante. (*Vase Libio.*)

TESEO.

Sin duda que por nosotros
Vienen ya.

PANTUFLO.

¡ Lindo potaje,
Guisados los dos, harémos
De garbanzos racionales!

DÉDALO.

Caballero, cierta dama,
Que siente vuestros pesares,
Aqueste ovillo os envía
De hilo. (*Dale un ovillo de hilo de oro.*)

PANTUFLO.

¿Para que devane?
La Parca es, pues nos regala
Con hilado.

DÉDALO.

Con atarle
A una pua de la puerta
Cuando en ese caos entrareis,
Volviéndole á recoger,
Será la salida fácil.
Y por si ántes que salgais
Al Minotauro encontrareis,
Con estos polvos, que vais
(*Dale una caja.*)
Derramando á todas partes,
Perderá el sentido. Luego
Con este acero matadle;
(*Dale un puñal.*)
Que ya no os verán las armas.
Pues os las quitaron ántes.
Con esto dice que os paga
La vida que la guardasteis;
Que calleis, y adios, pues no
Es bien que esto sepa nadie.

TESEO.

No sé cómo responderos;
Que como felicidades
Nunca traté, nunca supe
Hablarlas en su lenguaje.

DÉDALO.

Disimulad, porque vuelve
La guarda.

TESEO.

¿Hay dicha mas grande?

PANTUFLO.

¿No lo dije yo? ¡ Ah mujeres,
Y qué lindos animales!
¡Oh cómo saben pagar!
¡ Oh cómo agradecer saben!
¡ Apolo las lleve á todas,
Júpiter á todas guarde!

TESEO.

¡ Oh si fuese este favor
De aquella!...

PANTUFLO.

En eso no hables.
Mas que sea de la otra.

Sale LIBIO.

LIBIO.

¡ Tanto te detienes! ¿qué haces?

DÉDALO.

Ya he visto en este aposento
Todo lo que es importante. (*Vase.*)

LIBIO.

Cuando este fuera el del riesgo,
De remediar era fácil.

PANTUFLO.

¿ Y por qué?

LIBIO.

Porque vosotros
Sois los que esta propia tarde
He de echar al laberinto.

PANTUFLO.

¡ Miren, si un poco tardase
La señora!

LIBIO.

Venid pues,
Extranjeros miserables.

TESEO.

Obedezcamos al hado,
Pantuflo.

PANTUFLO.

En el mundo nadie
Es señor tan bien servido
Como él: nada hay que mande
Que no le obedezcan todos.

LIBIO.

Esta puerta que mirasteis,
La puerta es deste sepulcro
De vivos.

TESEO.

¡ Qué horror tan grande!

LIBIO.

Entrad pues por ella.

PANTUFLO.

¿No
Me dirá (así Dios le guarde),
Señor guarda-Minotauro,
Qué le importa á usasted darme
Tanta priesa?

LIBIO.

Está bramando
El Minotauro de hambre.

PANTUFLO.

Pues ¿y qué le importa á usted
Que brame el otro ó no brame?

LIBIO.

Entra ya.

PANTUFLO.

Yo soy criado:
Mi amo ha de pasar delante.

TESEO.

Recibe, tumba funesta,
Aqueste vivo cadáver. (*Vase.*)

LIBIO.

Ya entró.

PANTUFLO.

Yo no acierto á entrar.

LIBIO.

Pues ¿qué duda?

PANTUFLO.

¿Ahora sabe
Que se hacen muy mal las cosas
Cuando sin gusto se hacen? (*Vase.*)

LIBIO.

¡ Infelices de vosotros,
Que, en fortuna semejante,
A nunca mas ver la luz
Por ese sepulcro entrasteis,
Y felice yo, pues ya
Aseguré en esta parte
La falta de los que huyeron!
Echo á la puerta la llave. (*Vase.*)

Vuelven á salir á oscuras TESEO *y* PANTUFLO, *siguiéndose por el hilo de oro.*

TESEO.

¿Hay abismo mas confuso?

PANTUFLO.

Mucho temo...

TESEO.

¿Qué?

PANTUFLO.

Quedarme
Aquí, donde mis suspiros
Pueblan estas soledades.

TESEO.

La lóbrega noche aquí
Pavorosamente yace.

PANTUFLO.

¿Crêrásme que tengo miedo?

TESEO.

El ánimo mas constante
Temiera en la confusion
De espectáculo tan grande.

PANTUFLO.

Angostas las calles son.

TESEO.

Son ataudes las calles,
Angostas y de madera.

PANTUFLO.

Oyes, señor, no te apartes.

TESEO.

¿Qué temes?

PANTUFLO.

Que no me pierdas,
Y el Minotauro me halle.

TESEO.

En sintiendo sus pisadas,
Este veneno he de echarle.

PANTUFLO.

He aquí, señor, que es muy duro
De estómago, y no le hace
Operacion esa purga;
¿Qué habemos de hacer?

TESEO.

Matarle
Con este puñal.

Digitized by Google

PANTUFLO.

Hé aquí
Que no le matan puñales.

TESEO.

Dejarnos matar dél.

PANTUFLO.

No es
Buen remedio; pero es fácil.
¡Ay!

TESEO.

¿Qué es eso?
(Con el espanto pierde el hilo Pantuflo.)

PANTUFLO.

He tropezado
No sé en qué.

TESEO.

Nada te espante:
Huesos de difuntos son
Cuantos pisas; que estas calles
Cementerios pavorosos
Son de uno y otro cadáver.

PANTUFLO.

¿Y que no me espante dices?
¿Pues cuándo, di, he de espantarme,
Si ahora no?

TESEO.

Ven tras mí. *(Entrase Teseo.)*

PANTUFLO.

Ya lo procuro, aunque en balde;
Porque no estoy por ahora
Para ir atras ni adelante.
El hilo con el espanto
Perdí: no sé si he de hallarle;
Que una vez perdido el hilo
De la dicha, no es muy fácil
De hallar despues. — ¡Ah, señor!
Por Júpiter, que me hables,
Por Apolo, que me escuches.
Ya, si estas son burlas, basten.
Hilo pido, no me dés
Cordelejo. ¡Ay! ¡que me asen!
¡Por el supremo dios Momo,
Que no me responde nadie!
Aquestos señores muertos,
Muertos muy desconversables
Son. ¡Tanto en decir hicieran
Por dónde se va á la calle
Siquiera? Mas, ¡santos cielos!
¿Bramiditos... y acercarse?
¿Mas que del banquete de hoy
Vengo yo á servirlos ántes?
Mas luego, para los postres,
Mas que el veneno no masque.
¡Ay! que siento unas pisadas
Que temblar la tierra hacen.
Si por estar esto oscuro,
Por el olor ha de hallarme,
Aunque sea romo, harto olor
Dejo para que me saque.
¡Ay! ¡que se anda el laberinto
Hácia... como que se cae!
¡Qué gran ruido!

Dentro TESEO.

TESEO.

¡Favor, dioses,
En tan afligido trance!

PANTUFLO.

Esta es la voz de Teseo.

TESEO.

¡Piedad, supremas deidades!

PANTUFLO.

¡Que sean tan descorteses
Estos muertos, que no saquen
Una luz, oyendo ruido
En la vecindad! Mal hacen.

TESEO.

Vencí el horror, el prodigio
Mayor del mundo, y mas grave.

Sale TESEO, *ensangrentado.*

PANTUFLO.

Esto es hecho: pisaditas
Mayores que las de ántes
Hácia mí siento: sin duda
Que viene, para pescarme,
Pisando quedo.

TESEO.

¿Quién es?

PANTUFLO.

Morí sin decir: Dios valme. —
Señor Minotauro, un plato,
Que hoy se le sirve fiambre:
No le pruebe, que echará
Las entrañas al probarle,
Que no huele bien.

TESEO.

¡Pantuflo!

PANTUFLO.

¿Quién es?

TESEO.

Quien del mas notable
Monstruo triunfó, atropellando
Extrañas dificultades.
Sentí el ruido, eché el veneno,
Y volviendo á retirarme,
Sentí que se detenia,
Y que entorpeciendo el aire
Que aquí está preso tambien,
Pues que ni entra ni sale,
A bramidos se quejaba
Con ménos fuerza que ántes.
Alcanzóme, y yo teniendo
Aqueste puñal delante,
Se hirió en él; volvió hácia atrás.
Yo entónces mas arrogante
Embestí con él; á brazos
Venimos, y en tantas partes
Le herí, que él muerto quedó,
Y yo bañado en su sangre.
El hilo voy recogiendo
Para que de aquí nos saque.

PANTUFLO.

Si aquí me dejaste, aquí
Era fuerza que me hallases.

TESEO.

Sígueme, pues, ven conmigo.

PANTUFLO.

Ya no admire, ya no espante
Ver que por una maroma
Varios volatines anden;
Pues andamos por un hilo
Nosotros, y sin quebrarle.

TESEO.

Esta es la puerta: verás
Cómo á mis golpes se abre,
Aunque sus láminas fueran
De pórfido ú de diamante.

Entranse: sale LIBIO, *y vuelven* TESEO *y* PANTUFLO *á salir por otra puerta.*

LIBIO.

¿Qué es esto? ¿quién esta puerta
Osa derribar?

TESEO.

Quien sale
Del oscuro laberinto
Hoy victorioso y triunfante

PANTUFLO.

Triunfante yo, y victorioso,
Salgo tambien.

LIBIO.

¡Traicion grande!
¿Armas aquí? ¡Ah de las guardas!

TESEO.

Antes que tu voz las llame...

LIBIO.

¡Traicion en el laberinto!

TESEO.

Te faltará la voz.

PANTUFLO.

Dale,
Que en estando muerto, yo
Le daré tambien.

LIBIO.

¡Ah infame!

Voces dentro.

¡Traicion!

(Dándole de puñaladas Teseo, se entran todos.)

TESEO. *(Dentro.)*

Gente viene, vamos
Donde el monte nos ampare.

PANTUFLO. *(Dentro.)*

¿Na parece que hemos muerto
Alguna cosa importante?

Salen ARIADNA *y* FLORA.

ARIADNA.

Huyendo de Fedra hermosa,
Me vengo á esta soledad,
Por dar á mi voluntad
Esfera mas anchurosa;
Que porque á solas me deje
Llorar, padecer, sentir,
Quise á este campo salir,
Adonde á solas me queje.
¿En qué habrá, Flora, parado
O qué efecto habrá tenido
El favor que mi sentido
A la prision ha enviado
A aquel infeliz? ¿Si habrá
Sido despojo sangriento
De aquese monstruo violento?
¿O si habrá logrado ya
El socorro mio? Que yo,
Llena de asombro y de miedo,
Dudar solamente puedo;
Mas saberlo, Flora, no.

FLORA.

Extraño es tu sentimiento,
Pues que no te da lugar
De vivir.

ARIADNA.

¿Cuándo un pesar
Aflige ménos violento?

FLORA.

¿Podrá divertirte, di,
Hoy alguna cosa?

ARIADNA.

No.

FLORA.

¿Quieres que algo cante yo?

ARIADNA.

Como sea triste, sí:
Eso solo mi extrañeza
Divierte; pues la armonía,
Como al alegre alegría,
Así da al triste tristeza.

(Canta Flora, y quédase Ariadna dormida.)

Digitized by Google

FLORA.

Solo á un olvido mortal
Está mi amor de por medio;
Y siendo el remedio tal,
Que ha de matarme el remedio,
Mas quiero morir del mal.
Parece que se ha dormido.
Sola aquesta pasion fuerte,
Como imágen de lo muerte,
Sus tristezas ha vencido.
Sola la quiero dejar:
Durmiendo alivie su queja;
Pues solo durmiendo deja
El pesar de ser pesar. (*Vase.*)

Salen LIDORO *y* SOLDADOS.

LIDORO.

Amigos, pues ya mi amor
Llegó á su extremo, y pues corre
Tan deshecha mi fortuna,
Hoy la violencia la logre.
Ese caballo, despojo
De aquel infelice hombre,
Que el hado trajo arrastrando
A tan míseras prisiones,
Me ha de valer; pues fiado
En sus alientos veloces,
Me he de atrever á romper
El coto de aquesta torre,
Y el respeto á la hermosura
De Ariadna bella. Donde
No puede el amor, consiga
La osadía los favores. —
¡Cielos! Ariadna es esta,
Que duerme dando lecciones
A la primavera hermosa
De cómo han de ser las flores.
Hoy ha de ser mia. —Ayudadme
A que en mis brazos la robe;
Y que ninguno me siga
Vuestros aceros estorben,
En tanto que yo con ella
En ese Belerofonte
Veloz me esconda, pasando
A extrañas jurisdicciones.

Uno.

Contigo venimos, y hemos
De vivir siempre á tu órden.
(*Vanse los soldados.*)

LIDORO.

Yo llego, hermosa Ariadna:
Tu respeto me perdone.

ARIADNA.

¡Ay de mí! ¿qué es esto?

LIDORO.

Es
Un traidor afecto noble;
Que son nobles los afectos
De amor, cuando son traidores.

ARIADNA.

¡Hola! ¿Qué es esto? ¿No hay
Nadie? ¿ninguno me oye?

LIDORO.

No, que suspendido el viento,
Aun en casa no responde.

ARIADNA.

¡Traidor! ¿cómo lo sagrado
De aquestas paredes rompes?

LIDORO.

Amor es dios, y no teme
Que lo sagrado le estorbe.
Dél te he de sacar huyendo
A mas remotas regiones,
Y hacer que agravios consigan
Lo que no pueden favores.
(*Llegándose á Ariadna, ella le saca la espada de la cinta.*)

ARIADNA.

Primero con este acero
Te he de dar la muerte.

Uno dentro.

Rompe
Su pecho al traidor, que así
Del Rey á la ley se opone.

LIDORO.

¡Ay de mí! conmigo hablan.

ARIADNA.

La fortuna me socorre.

Otro dentro.

No se escape sin castigo.

LIDORO.

A mí me han buscado.

TESEO. (*Dentro.*)

Corre,
Hasta que amparo nos dé
Lo intrincado deste monte.

PANTUFLO.

No puedo ya correr mas.

LIDORO.

Vanos fuéron mis temores;
Que con otro hablaron.

ARIADNA.

Mira
Que se atreven tus traiciones
A mucho.

LIDORO.

¿Ya de mis brazos
Quién te ha de librar?

Sale TESEO *y* PANTUFLO, *como cayendo.*

TESEO.

¡Los dioses
Me valgan!

LIDORO.

¿Qué es esto?

TESEO.

Es
Un infeliz que se acoge
Donde le amparen.—¡Qué veo!

ARIADNA.

¡Qué miro!

LIDORO.

¿No dirás dónde
Te maten? ¿Cómo, traidor,
La prision que te di, rompes?

TESEO.

Como vengo á darte muerte
Donde quiera que te tope.

PANTUFLO.

¿Dónde iré yo que no halle
Siempre peligros mayores?

TESEO.

Muere manchando la yerba
Con tu vil púrpura inorme.
(*Dale Teseo de puñaladas, y cae dentro.*)

LIDORO.

¡Ay de mí! que me has hallado
Sin armas.

PANTUFLO.

Siempre así tope
Yo á quien haya de matar.

ARIADNA.

¡Qué notables confusiones!
¿Cómo?... Aquí la voz me falta.

Sale FEDRA.

FEDRA.

¿Qué ruido este? ¿qué voces,
Ariadna? ¡Extraño asombro!
¿Tú en este jardin (¡qué horrores!)
Con un hombre hablando estás,
Y muerto (¡ay de mí!) otro hombre?
¿Qué ha sido aquesto?

TESEO.

Dar muerte
A ese abismo de traiciones.

FEDRA.

¿Quién eres?

TESEO.

¿Cómo, señora,
¿Tan presto me desconoces?
Yo soy aquel que di vida
A las dos en este bosque,
Y á quien una de las dos
Se la ha dado; y mi honor noble,
Si reconoce la deuda,
Al dueño no reconoce.
Muerto ya en el laberinto
Dejo aquel bruto disforme,
Huyendo venía á ampararme
De los ministros feroces
Que me siguieron, y aquí
Me arrojé sin saber dónde.
Ya que sabeis que yo vivo,
Y que mis altos blasones
Antes y despues os pagan
Las dichas y los favores,
Quedad con Dios, pues el cielo
Ha querido que yo cobre
Aquese caballo mio,
En cuyas alas veloces
Podré huir seguramente.

ARIADNA.

Pues sin otras suspensiones,
No te detengas.

FEDRA.

Camina.

ARIADNA.

Huye.

FEDRA.

Escapa.

ARIADNA.

Vuela.

FEDRA.

Corre.

Sale FLORA.

FLORA.

Señoras, de vuestro padre
No espereis mas los rigores;
Que preso Dédalo, sabe
Que una envió á las prisiones
Favor á Teseo, y á entrambas
Amenazan sus rigores.

TESEO.

Ya yo no me puedo ir.

PANTUFLO.

Yo sí. (*Vase.*)

TESEO.

Tú el caballo coge. (*A Pantuflo.*)

FEDRA.

Señor, ampara mi vida.

ARIADNA.

Señor, mi vida socorre.

TESEO.

Si os quiero llevar conmigo,
No es posible que lo logre,
Pues han de alcanzarme luego
Huyendo con dos prisiones.

Digitized by Google

Tomad las dos ese bruto,
Que ya mi criado coge:
Huid en él, miéntras que á mí
Me dan muerte mis blasones.

ARIADNA.

Eso es morir todos tres,
Sin que á ninguno perdone
El rigor; pues tú te quedas
A morir sin dilaciones,
Y nosotras á morir
Vamos tambien; que pasiones
Arrastradas de un caballo,
¿En qué poder será dócil?

TESEO.

Pues no perezcamos todos:
Lo que pueden mis acciones
Es llevar una.

FEDRA.

Pues tú
La que has de librar escoge.

TESEO.

Si ello es fuerza el escoger,
Y no está en manos de un hombre
El querer ni el olvidar,
Tu hermosura me perdone;
Que esto es fuerza, no eleccion.
Ven conmigo.

(*Toma á Fedra la mano.*)

ARIADNA.

¡Escucha, oye!
Yo fui la que te envió
A Dédalo á las prisiones.
Por mí vives; yo te di
La vida; la mia socorre.

TESEO.

Dices bien: primero son
Precisas obligaciones,
Que las pasiones del gusto:
Librarte mi honor dispone.

(*Toma á Ariadna, y deja á Fedra.*)

FEDRA.

¿Y es justo que á mí me dejes
En el riesgo que conoces?
Si, aunque me adoras, me pierdes,
¿De qué sirve que me adores?

TESEO.

Tú tambien has dicho bien.
¿Quién lo que ama no socorre?

ARIADNA.

Ese es gusto, y este honor,
Y podrá vivir un hombre
Bien en el mundo, sin ser
Amante; no sin ser noble.

FEDRA.

Nobleza es aventurar
Trofeos, famas y honores
Por su dama, porque amando
No hay yerro que no se dore.

ARIADNA.

Eso es dejarse vencer
Un hombre de sus pasiones;
Estotro vencerlas. Mira
¡Cuál trae aplausos mayores,
Ser vencido ó vencedor!

FEDRA.

Di, ¿qué piensas?

ARIADNA.

¿Qué respondes?

FEDRA.

¿Tú me quieres?

ARIADNA.

Yo te quiero.

FEDRA.

¿Cuál eliges?

ARIADNA.

¿Cuál escoges?

FEDRA.

¿Ser amante?

ARIADNA.

¿Ser honrado?

TESEO.

¿Qué dudo? que aunque me noten
De ingrato, he de ser amante.
Todo el pundonor perdone;
Que las pasiones de amor
Son soberanas pasiones.
Acúsenme los atentos;
Que á mí me basta que tomen
Mi disculpa los que, amando,
Dejan sus obligaciones.

(*Vase, y llévase á Fedra*)

ARIADNA.

¡Ay de mí! No siento, no,
Ver que ingrato correspondes
A mis finezas, porque
Las olvides ó las borres;
Sino porque entre tus brazos
Con tanto gusto recoges
A esa fiera, á esa enemiga;
Que mas siento en tus baldones
Mis celos que mis agravios;
Pero ¿qué agravios mayores?
Ya abatidos los ijares
Del veloz bruto á los golpes,
Corre pensando que vuela,
Vuela pensando que corre.
¡Oh quién fuera tigre osado,
Que las huellas que conoce,
Sigue sin que sus desdichas
Le embaracen ni le estorben!
Aun de verle así me huelgo.
Mas miento; que otros favores
Gozando verle me pesa;
Y á entrambas luces conformes,
Por hacerme este pesar
Y aquese gusto, los robles
Unas veces me le enseñan,
Y otras veces me le esconden.
¡Oh! á los dioses ruego, bruto,
Que con plantas tan veloces
Te vas alejando, que
Con algun peñasco choques
Desbocado, y que perdiendo
El atributo de noble,
Quede en tí mas poderoso
El resabio, que lo dócil.
Ni el freno obedezcas, ni
La espuela sientas inmoble,
Ni aquella al tacto te avise,
Ni al tacto esotra te informe;
Sino que sin ley te rijas,
Te despeñes y desboques.
Y á tí, ingrato, y á tí, aleve,
El mas traidor de los hombres,
Tu mismo bruto te arrastre
Antes que salga del bosque.
Aunque le llames, no pare.
Mas ¡ay! que estas maldiciones
Son contra mí; pues ya estás
Mas léjos miéntras mas corres.
A lo mas alto te suba
De la cumbre dese monte.
No lo digo porque allí
Te veré sin que lo estorben
Los troncos, sino porque
Desde allí al valle te arroje,
Donde con tanta luz sea
Desesperado Faetonte.
A la raya desos mares
Llegue desbocado, y sobre
Sus espumas bajel sea
Que á poco tiempo zozobre,
Yéndose á pique contigo;
Y desde la quilla al tope
Hecho pedazos, te dé
Hoy monumento salobre.
Y cuando al mar y a la tierra
La yerba y la espuma cortes,
Si llegares á tomar
Puerto en extrañas regiones,
Nunca en brazos desa fiera
Te mires, nunca los logres.
Si la quieres, te aborrezca;
Si te quiere, la baldones;
Con tus finezas la canses,
Y con las suyas te enoje;
Si tú la halagas, te olvide;
Si ella te halaga, la arrojes
De tus brazos; y al fin nunca
Os mireis los dos conformes.
En otros brazos la veas,
Contenta de otros amores.
Mas ¡ay de mí! ¿para qué
Doy al cielo tristes voces,
Que perdidas en el viento,
Se gastan y no le rompen?
Que tú no tienes la culpa
De lo que el hado dispone.
Si no merecí agradarte,
Y tú a tu amor correspondes,
¿Qué culpa tienes? No lleguen
Nunca á tí mis maldiciones.
Feliz corras, feliz pares;
Háganle paso las flores,
Hágante sombra las copas;
Bien mandado á cualquier órden,
Ese bruto te obedezca,
El menor tiento le dome,
Y llegues, feliz amante,
Seguro á otro reino, donde
Ajeno rey te reciba;
De espacio tus dichas goces,
Correspondido y amante
De una beldad con dos soles.
Sus finezas te diviertan,
Sus halagos te enamoren,
Y cuando tú la quisieres,
Tus pensamientos adore.
Los trofeos que de Marte
Consigas, galan Adónis,
A su regazo los rindas,
A su hermosura los postres,
Envidiando eternamente
Las tórtolas tus amores.
Pero ¿qué digo? Mintieron
Como aleves mis razones,
Como infames mis piedades,
Mis celos como traidores;
Que no he de ser noble amante
Con quien no es amante noble.
Yo te seguiré, yo misma
Vengaré tus sinrazones.
Diréle á mi padre el Rey,
Que Fedra te dió favores,
Que te sigue y que se vengue.
Yo haré que las armas tome,
Y contra quien te amparare.
Fieras deste inculto monte,
Aves desos blandos aires,
Troncos dese verde bosque,
Ondas dese claro rio,
Deste ameno jardin flores,
Luces desa azul esfera,
Estrellas dese alto móvil,
Espumas dese ancho mar,
Partes que haceis todo el orbe:
A la venganza os convido
De mis celos y rigores,
Para que escarmiento sean
Mis vengativos blasones
De las mujeres burladas,
Y de los ingratos hombres! (*Vase.*)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

Digitized by Google

JORNADA TERCERA.

Representóla Sebastian de Prado en el teatro de en medio.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

HERCULES.	ANFRISO.	CLARIN.	CLORINDA.	CRIADO 1.°
NESO.	DANTEO.	DEYANIRA.	NISE.	CRIADO 2.°
FLORO, *príncipe*.	LICAS.	NARCISA.	LAURA.	

Dentro voces, y salen huyendo DANTEO, ANFRISO, LICAS, NARCISA, LAURA, NISE, CLARIN Y CLORINDA; *villanos, y tras ellos* HÉRCULES.

DANTEO.
Huye, Anfriso.

ANFRISO.
Huye, Clarin.

CLARIN.
Escóndete dél, Danteo.

CLORINDA.
Narcisa.

NARCISA.
Nise.

NISE.
Clorinda,
¡Huid todas!

NARCISA.
¡Santos cielos!
Monstruos de á pié y de á caballo
Hoy nos persiguen.

HÉRCULES.
Teneos,
Esperad, no huyais, amigos:
Mirad que no soy tan fiero
Monstruo como dice el traje,
Tan bruto, como os parezco:
Humano soy, hombre soy;
No vuestra muerte pretendo,
Sino mi vida.

DANTEO.
Alcanzónos.

CLARIN.
Desta vez quedamos muertos.

NARCISA.
Por verme sin ti, me pesa.

ANFRISO.
Por verme sin ti, me huelgo.

HÉRCULES.
Moradores del Oeta,
Monte que altivo y soberbio,
Es, empinando la frente,
Verde coluna del cielo:
Vecinos de las riberas
Dese cristalino Etmo,
Que lleva en vez de tributos
Batalla al salado imperio,
¡Deteneos, esperaos!
De paz hablaros intento;
Que la guerra que yo traigo,
Toda me cabe en el pecho:
No he de partirla con nadie,
Que yo para mí la quiero,
Porque soy en mis desdichas
La confusion de mí mesmo.
No temais ver mi semblante
Tan horrible; que yo creo
Que temiérais mas, á verme
El del alma por de dentro.
Escuchad, sabreis la causa
Con que á estas montañas vengo:
Vereis que os pido piedades
Cuando horrores os ofrezco.

CLARIN.
Su merced no desa suerte
Nos pida que le escuchemos,
Porque no somos nosotros,
Gente tan vil, no por cierto,
Que ha de hacer por cortesía
Lo que pudiera por miedo.

NARCISA.
Pregunte lo que quisiere,
Que á todo responderémos,
Lo que sabemos es poco,
Pero aun lo que no sabemos.

HÉRCULES.
Desde el Flegra, aquel robusto
Peñasco que fué en un tiempo
Campaña de hombres y dioses,
Cuando gigantes soberbios
Intentaron escalar
La majestad de los cielos,
Siendo despues su edificio
Su caduco monumento:
Al Oeta, ese gigante
De hiedra, que á Atlante opuesto,
Le ayuda en ausencia mia
A sostener el gran peso
De once globos: despechado,
Altivo, cruel, resuelto,
Desesperado y confuso,
Con una demanda llego.
Decidme, por vida vuestra,
Si por dicha (mal empiezo),
Si por desdicha (bien digo),
Visteis por estos desiertos
Veloz un Centauro, que
De dos especies compuesto,
El medio parece hombre,
Y caballo el otro medio;
Siendo así que no es mitad
De uno y otro, pues dos cuerpos
Son, aunque los juzgue uno
El accion y el movimiento.
Este pues (¡ay infelice!),
Fiado en el bruto lijero,
Trae una dama robada.
(¿Cómo pronunciarlo puedo,
¡Ay de mí! sin que mi vida
Salga deshecha en mi aliento?)
En busca suya he corrido
Toda el Africa, teniendo,
Por cuanto término el sol
Va delineando y midiendo
Con el curso natural
La édad de un círculo entero,
Siempre de los dos noticias,
Pero nunca avisos ciertos.
Ayer unos labradores
De aquestos vecinos pueblos,
Que á lo intrincado del monte
Entró con ella, dijeron.
Y así hoy en alcance suyo
Estas malezas penetro,
Estas selvas solicito,
Estos peñascos inquiero
Tronco á tronco, rama á rama,
Piedra á piedra, y seno á seno.
Decidme si le habeis visto;
Que en albricias os prometo
Ricos dones... ¿Quién dió albricias
Jamas de sus sentimientos?
O si sabeis de los dos,
Y callais, por los eternos
Dioses, que aquesta montaña,
Arrancada de su asiento,
Sea hoy la tumba vuestra,
O breves pedazos hechos,
Seais átomos ociosos
De la vanidad del viento;
Porque si Hércules con dichas
Fué horror, fué pasmo estupendo
De los hombres y las fieras,
¿Qué será Hércules con celos?

ANFRISO.
Señor Miércoles, si yo
Algo supiera de aqueso,
Por decirlo, lo dijera;
Y aun no es poco, le prometo,
Por el gusto de decirlo,
No decirlo sin saberlo.
Narcisa, que es tan curiosa,
Que nada pasa en el puebro
Que ella no sepa, es quien vió,
Poco habrá, á ese caballero,
Y de espanto nos dió voces
A todos nosotros.

HÉRCULES.
¡Cielos,
Dadme luz de mis desdichas!
Poco os pido, poco os ruego,
Pues poca costa os tendrá
Darme á mí lo que ya tengo. —
¿Quién es Narcisa?

NISE.
Esta es.

HÉRCULES.
Dime, ¿qué has visto?

NARCISA.
Si puedo
Hablar, lo diré.

DANTEO.
¿De cuando
Acá dificultas tú eso,
Y hablar no puedes?

NARCISA.
Ahora,
Que á Hércules delante tengo.

CLARIN.
¡Quién un Hércules tuviera
Con que ponerte silencio!

HÉRCULES.
Di pues, villana.

Digitized by Google

NARCISA.

Señor,
Yo estaba, si bien me acuerdo,
A la falda dese monte,
Cuando extraño ruido siento
Entre las hojas y ramas.
A ver quien le causa vuelvo
Los ojos, y á ese Cieutauros
Penetrar lo inculto veo
De sus entrañas, llevando
Entre sus brazos soberbios
Una mujer.

HÉRCULES.

¡Calla, calla,
Que con esa voz me has muerto!

NARCISA.

¿Pues por qué sabello quiere,
Si ha de sentir el sabello?

HÉRCULES.

Porque son celos, y son
Desa condicion los celos:
Morir por saberlos ántes,
Y despues por no saberlos.

NARCISA.

Pues yo, que ya el ántes dije.
Callaré el despues.

HÉRCULES.

No quiero
Que lo calles, sino que
Prosigas.

NARCISA.

No sé mas que esto,
Porque quedé desmayada
Con el espanto y el miedo.
Pero á las voces que dí,
Llegó Danteo el primero:
El te dirá lo demas.

HÉRCULES.

¿Quién es Danteo?

DANTEO.

Yo mesmo.

HÉRCULES.

¿Llegaste á este tiempo?

DANTEO.

Sí,
Que siempre llego á mal tiempo.

HÉRCULES.

¿Y vístele al fin?

DANTEO.

Señor,
Si es que la verdad le cuento,
Yo quiero bien á Narcisa:
¡Mire qué mal gusto tengo!
En busca suya iba, cuando
Oí sus voces, y al acento
Dellas corrí, y llegué á punto.
Si no ha de enfadarte esto,
Diré lo demas.

HÉRCULES.

Prosigue.

DANTEO.

Que iba hácia el bosque corriendo
Con una dama en los brazos;
Y al aire el cabello suelto,
Volaba ya, y no corria,
El Pegaso pareciendo,
Que era caballo con alas,
Distinguiéndolas el viento
En ser aquellas de pluma,
Y ser estas de cabello.

HÉRCULES.

¡Maldígate el cielo, amen!

DANTEO.

¿Yo no te pedí primero
Licencia para decillo?

HÉRCULES.

¿Ahora sabes que es necio
Quien usa de las licencias
Que le están mal a su dueño?
Pero prosigue, prosigue:
Apuremos el veneno
De una vez. ¡Oh fuera tanto,
Que me matara sediento!
¿Por dónde fué? ¿Qué camino
Tomó? ¿qué vereda?

DANTEO.

Eso
Clarin es el que lo sabe.

CLARIN.

¿Yo?

LAURA.

Sí señor; que él, al tiempo
Que estábamos con Narcisa,
Salia del monte huyendo.

HÉRCULES.

Dí, ¿por dónde fué?

CLARIN.

Señor,
Su merced escuche atento.
Por esa parte que Oeta
Resiste constante el ceño
Del mar, volviendo deshechas
Las olas, que sus cimientos
Con pólvora de cristal
Baten, burlando su estruendo
Un embate y otro embate,
Un encuentro y otro encuentro,
Hay una intrincada selva,
Que pára en un bosque ameno,
Donde desangrado brazo
Del mar, neutral corre el Etmo
Ya hácia abajo, y ya hácia arriba;
Porque siempre obedeciendo
Las crecientes y menguantes,
Ni alcanzamos ni sabemos
Cuál es su corriente, pues
Corre, menguando y creciendo,
Hacia abajo el medio dia,
Y hácia arriba el otro medio.
A la márgen deste bosque,
De varias resacas puesto,
Paró el desbocado bruto,
Móvil de un hermoso cielo,
Nube de un ardiente rayo,
Y esfera de un dulce fuego.
Yo, cuando le vi venir,
Entre unas hojas cubierto
Estuve, miéntras pasaba:
Cuando él, reconociendo
Antes el sitio, y despues
Ocupándole, en lo ameno
Dél puso á la hermosa dama,
Que, sollozando y gimiendo,
Le dijo aquestas razones:
«¿Hasta cuándo, monstruo fiero,
Has de tener por tarea
Apurar mi sufrimiento,
Si sabes que es imposible
Que agradezca tus deseos,
Y que en tu poder adoro
Las memorias de otro dueño?»

HÉRCULES.

¡Buenas nuevas te dé Dios!
Prosigue, dí mucho deso.

CLARIN.

«¿Si sabes que si me das
Mil muertes con ese acero,
Abriendo en mi pecho puertas,
No ha de salir de mi pecho?
Si sabes que no ha bastado
A mudarme todo el tiempo
Que, cortes amante mio,
Me has respetado, creyendo
Que podrás con tal decoro
Hacer favor del desprecio,
¿Qué quieres de mí? ¡Al arbitrio
Me deja de mi tormento!»
Dijo, y apelando al llanto,
Volvió á eclipsar dos luceros.
Yo, que los vi divertidos,
A ella llorando, á él sintiendo,
Me vine; y así, señor,
En este valle los dejo,
Orillas dese cristal,
Que fué dos veces su espejo,
Pues medio mar, medio rio,
Es un Centauro de hielo.

HÉRCULES.

Extraño linaje es
De ansia, de pena y tormento
Este, que ofendido lloro,
Este, que triste padezco.
Idos, villanos, de aquí:
Huid, huid de mi fuego;
Que basta un suspiro mio
Para volver en incendio
Este monte; porque el Etna,
El Vesubio, el Mongibelo,
Afeitados de la nieve,
No ocultan, no guardan dentro
De su vientre tanta llama,
Como el volcan de mi pecho
Respira con cada soplo,
Aborta con cada aliento.

NISE.

Huyamos todos.

TODOS.

Huyamos.

HÉRCULES.

Deteneos, deteneos,
No os vais. Mas idos, que tú
Solo...

(Vanse todos, y detiene Hércules á Clarin.)

CLARIN.

¡Ay de mí! ¡yo soy muerto!

HÉRCULES.

Basta que quedes conmigo,
Porque me guies al puesto
Donde los dejaste.

CLARIN.

¿Yo
Hube de ser, en efecto,
El escogido y cogido
Para aquese ministerio?

HÉRCULES.

Sí; pues tú sabes adonde
Están, ven presto, ven presto.

CLARIN.

Yo iré, señor, bien á bien;
No apriete, que aprieta recio.

HÉRCULES.

¡Viven los sagrados dioses,
Cuantos contienen los cielos,
Que si en ese inculto monte
Hoy á mi enemigo encuentro,
Que he de lograr la venganza
Que piden mis sentimientos!
Esta flecha de mi aljaba,
Que tiene mortal veneno,
Pues teñida está en la sangre
De la hidra que yo he muerto,
Cuya ponzoña convierte
La sangre que toca en fuego,
Será de aquesta venganza

Digitized by Google

El venenoso instrumento.
¡Oh quieran los dioses todos
Que consiga este trofeo
Yo por mis manos; porqué
No quedara satisfecho,
Si, siendo el agravio mio,
Fuera el desagravio ajeno,
Siendo en Asia ó en Europa
De Jason ú de Teseo! (*Vanse.*)

Vase HÉRCULES *y* CLARIN, *y sale* NESO, *vestido de pieles*, *y* DEYANIRA.

NESO.

Hermosa Deyanira,
A quien el sol tan envidioso mira,
Que con ansias, con penas, con desmayos
Sacó á lucir ante tu luz sus rayos,
¿Hasta cuándo, hasta cuando tus porfías
Han de vencer las presunciones mias?
No soy monstruo tan fiero
Como á tu amor le parecí primero;
Que si por haber sido
Tan osado, valiente y atrevido,
Medio hombre, medio bruto me has juzgado,
Ya estás desengañada
De que fué presuncion ciega y errada;
Pues ves aqueste bruto
De los prados cobrar verde tributo,
Que da la primavera por despojos,
Y á mí postrado ante tus bellos ojos,
Adonde referir mis penas quiero,
Por acabarlas de una vez. Primero
Que estuvieses casada
Con Hércules, amada
Fuiste de mí. Tú sabes
Cuántos nobles deseos, cuántos graves
Afectos me has debido...
Mas no sabes, que toda eres olvido.
Casada te he adorado,
Hasta que ya mi amor desesperado
Te robó. En poder mio,
Dueño has sido tambien de mi albedrío;
Pues desde el primer dia
Que la violencia pudo hacerte mia,
Viendo tu sentimiento,
A robarte tambien el alma atento,
Te di palabra (bien te la he cumplido)
De adorarte rendido,
Por ver si mi fineza
Merecia un favor de tu belleza.
Viendo que de las horas las porfías
Cuentan cabal el término á los dias,
De los dias las tardes y mañanas
Cabal cuentan la edad de las semanas,
De las semanas varios intereses
Cuentan cabal la vida de los meses,
Y que ya de los meses el engaño
Cabal cuenta la errada luz de un año,
De tu rigor cansado y ofendido,
No quiero dar mis dichas á partido;
Sino, pues ya no puedo
Con halagos vencer, vencer con miedo;
Pues tu rigor me fuerza,
Què, cansado el respeto, de la fuerza
Me aproveche. Si es mucha
Esta temeridad, atiende, escucha.
Apénas el invierno helado y cano
Este monte con nieblas desvanece,
Cuando la primavera le florece,
Y el que helado se vió, se mira ufano.
Pasa la primavera, y el verano
Los desprecios del sol sufre y padece;
Llega alegre el otoño y enriquece
El monte de verdor, de fruta el llano.
Todo vive sujeto á la mudanza:
De un dia y otro dia los engaños
Cumplen un año, y este al otro alcanza.
Con esperanza sufre desengaños
Un monte; que á faltarle la esperanza,
Ya se rindiera al peso de los años.

DEYANIRA.

Bárbaro, monstruo fiero,
Aun mas despues que imaginé primero;
Que si medio caballo y hombre fueras,
Media alma generosa al fin tuvieras;
Si en tu poder robada
He sido de tu furia respetada,
El tiempo que conmigo,
Huyendo del poder de tu enemigo
Por varios horizontes,
Han sido tu defensa incultos montes,
A mí me lo he debido,
Pues sabes que mi espíritu atrevido
Dispuso (cosa es cierta)
Primero que ofendida, verme muerta;
A cuyo fin, con hechos inhumanos,
Me diera yo la muerte con mis manos,
Con mi aliento me ahogara,
O al Etna desde aquí me despeñara.
Varias diversas veces
Hice á los montes y á los cielos jueces
Deste despecho mio,
Y hoy de nuevo te advierte mi albedrío.
¿Ves el monte que dices, ó el Atlante,
Que atalaya del sol, al sol se atreve,
Dando batalla en derretida nieve
Al mar, que espera ménos arrogante?
Pues ya sobre las nubes se levante,
O ya se atreva al que sus ondas bebe,
Comparado al honor, que á mí me mueve,
Ménos firme será, ménos constante.
La cuenta de las horas y los dias,
De semanas y meses los engaños,
De los años y siglos las porfías,
No te han de mejorar de desengaños;
Porque no han de vencer las ansias mias
Horas, dias, semanas, meses y años.

NESO.

Pues arrastre mi tormento
Tu ambicion, llegue en rigor
A su término el amor,
A su línea el sufrimiento.

DEYANIRA.

En mí este puñal sangriento
Verás, si ofenderme tratas.

(*Saca un puñal, y amenázase á sí misma.*)

NESO.

Hoy he de ver si rescatas,
Siendo tú de tí homicida,
Tu deshonra con tu vida,
Si te rindes ó te matas;
Porque en repetidos lazos
Tengo de ver de una suerte,
O entre mis brazos tu muerte,
O mi vida entre tus brazos.

DEYANIRA.

Abrevia, aleve, los plazos,
No torpe y cobarde estés;
Atrévete, llega pues,
Verás, que ántes que ofendida
Esté, me dé á mí una herida
Cada paso que tú dés.

NESO.

Temblando de verte estoy,
Y una vez fiera, otra amante,
Cuando pienso ir adelante
Atras caminando voy.
A cada paso que doy,
Otra duda se concierta.
Si tu muerte ha de ser cierta,
Y cierta ha de ser mi muerte,
Ten que mas quiero perderte
Viva, que llorarte muerta.
Deja las ansias esquivas,
No hieras tu pecho, no;
Que no importa morir yo,
A precio de que tú vivas.
No tu honor con sangre escribas;
Quita del pecho el puñal;
Que aunque es pedernal, y en tal
Lance á verle herido llego
Con acero, aun no da fuego
Herido ese pedernal.

DEYANIRA.

Desta suerte me has de ver,
Siempre que ofenderme trates.

NESO.

No te hieras, no te mates,
Que yo volveré á tener
Esperanza de vencer
Con amor, con fuerza no.

Salen HÉRCULES *y* CLARIN.

CLARIN.

En esta parte quedó.

DEYANIRA.

O tarde ó nunca podrás.

NESO.

Pues ¿quién fia que jamas
Podré conseguirte?

HÉRCULES.

Yo.

NESO.

¡Ay de mí!

DEYANIRA.

¡Yo estoy perdida!

HÉRCULES.

Que abortado desta suerte
De la tierra, con tu muerte
He de rescatar su vida.

NESO.

Aunque tu saña atrevida
Dé á mi esfuerzo que temer,
Mi vida he de defender.

HÉRCULES.

¿Cómo podrás de mi ira?

NESO.

Abrazando á Deyanira:
Ella mi escudo ha de ser.
(*Abraza á Deyanira, y pónela delante.*)

DEYANIRA.

Resistirme puedo en vano;
De mármol helado soy.

CLARIN.

¡Buenos están los dos hoy!

NESO.

Y si aqueste puñal gano...
(*Quítala el puñal.*)

HÉRCULES.

¿Qué es lo que intentas, traidor?

NESO.

En defensa hacer...

HÉRCULES.

¡Qué horror!

NESO.

Yo de mi vida contigo,
Lo mismo que ella conmigo
En defensa de su honor.
Cuando fuerza al arco dés
Para darme á mí la muerte,
Que tengo de darla, advierte,
Muerte á ella. ¡Atrévete pues!

HÉRCULES.

Cobardes tengo los piés,
Atadas las manos tengo;
Pues si vengarme prevengo,

Digitized by Google

Librarla y matarte trato,
Por su vida, ni te mato,
Ni la libro, ni me vengo.

DEYANIRA.

¿Qué dudas, esposo mio,
Si ves á quien te ofendió?
¿Qué importa que muera yo?
Tuyo es todo mi albedrío.
Venga con valiente brio
Tu agravio prudente y sabio.
El pié, la mano y el labio
Mueve: sé tú mi homicida,
Pues importará mi vida
Mucho ménos que tu agravio.
Si á mí misma me mataba
Yo, porque á tí te adoré,
¿Qué importa que otro me dé
La muerte que yo me daba?

HÉRCULES.

Esa es mi pena mas brava;
Porque si tú altiva y fuerte
A tí te dabas la muerte
Por mi honor, en tanto abismo,
No te ha de matar lo mismo
Que tengo que agradecerte.
Porque si de tu valor
Esa fué accion conocida,
No ha de quitarte la vida
Lo que me ha dado el honor.

DEYANIRA.

Pues ¿cómo tienes valor
De verme en tantos desvelos
En otros brazos?

HÉRCULES.

¡Ay cielos!
¡Calla! que en tanto rigor
Me olvidaré de tu amor,
Si me acuerdo de mis celos.

NESO.

De darme muerte no trates:
Flechado aquese arco, mira
Que das muerte á Deyanira.

HÉRCULES.

No la hieras, no la mates.

DEYANIRA.

¿Que así tu ofensa dilates?

HÉRCULES.

Sí, que en pena tan inmensa,
Todo cuanto el rigor piensa,
Lo deshace la piedad;
Que hallo la seguridad
Dentro de la misma ofensa. —
Hijo de la Libia ardiente,
Si como agravias, traidor,
Acaso tienes valor
Para sustentar valiente
El agravio, libremente
Deja esa mujer: testigo
Haz al sol de que conmigo
Lidiaste, á ver si me vengo
Deste agravio.

NESO.

Yo no tengo
De hacer batalla contigo.
No el darme muerte procura,
Dilatar mi vida intenta,
Si no quieres ver sangrienta
Esta infelice hermosura.

DEYANIRA.

Hércules, ¡en lid tan dura,
Tu ofensa tú has permitido,
Que yo hasta aquí he defendido!

HÉRCULES.

Eso mis alientos pára;
Pues tu vida no guardara
Si me hubieras ofendido.

Dentro el príncipe FLORO *y gente.*

FLORO.

Por acá.

LÍCAS.

Por acá.

CLARIN.

Mucha
Gente por el monte asoma.

HÉRCULES.

Para que mas se embaracen
Mis dudas unas con otras.

FLORO.

Corre, Licas, que en el monte
Hay una fiera espantosa
De las que yo busco.

DEYANIRA.

¿A qué
Se resuelven tus congojas?

HÉRCULES.

No sé, no sé, Deyanira;
Porque en confusion dudosa,
Tu honra guarda tu vida,
Y es tu vida mi deshonra.

FLORO.

Ataja, ataja, no entren
A ampararse de las rocas.

NESO.

En esta confusion quiero
Irme acercando á las ondas.

DEYANIRA.

Esposo, señor, ¿qué aguardas?
Qué dudas?

HÉRCULES.

Tu vida sola
Acobardara mis flechas.

DEYANIRA.

Dispáralas, que no importa.

NESO.

¡Oh si pudiese cobrar
El caballo, y á las olas
Arrojarme dese rio!

HÉRCULES.

Yo te seguiré, aunque corras
Ya determinado al agua.

Neso coge á Deyanira en brazos, y se entra, y al seguirlos Hércules, salen el príncipe FLORO, LICAS *y* CRIADOS.

FLORO.

Detente, fiera espantosa.

HÉRCULES.

Si Deyanira no está
En vuestros brazos, ¿qué importan
Dardos ni flechas? Que yo
Sabré deshacerlas todas.

CLARIN.

¡Vive Dios, que se va urdiendo
Una linda carambola!

LÍCAS.

¡Hércules!

HÉRCULES.

Sí.

FLORO.

¿Qué he escuchado?

LÍCAS.

Licas á tus piés se arroja.

FLORO.

¿Tú eres, Hércules?

HÉRCULES.

No sé
Quién soy, porque en esta hora,
Ajeno yo de mí mismo,
Aun no sé si soy mi sombra.

FLORO.

Floro soy, de Africa infante,
Que aquestas selvas umbrosas
Discurro; á caza de fieras
Ando; y esas pieles toscas
Las señas equivocaron
De hombre y fiera. ¿Qué te ahoga?
Qué has menester? qué te aflige?
Aquí estoy, ¿qué te congoja?
Qué es lo que tienes?

HÉRCULES.

Aquel
Monstruo, que al agua se arroja,
Es mi enemigo, y aquella
Mujer que en sus brazos roba,
Sin culpa suya, es el dueño
De mi pena rigurosa.

LÍCAS.

¡Ay de mí! que es Deyanira,
Que fué un tiempo mi señora.

HÉRCULES.

La espalda vuelve á la tierra,
Ufano por ver que logra
Su fuga á los ojos mios.
Mas aunque el mar le socorra,
Aunque el Etmo le dé paso,
Aunque el cielo se me oponga,
Y aunque la hermosura pierda
Que mis aplausos estorba,
Vea el cielo, el mar y el mundo,
Que hoy me vengo, aunque sea á costa
De mi amor. Aquesta flecha,
Que de la hidra venenosa
Está teñida en la sangre,
Cometa de pluma y rosa,
Le alcance, pues que no puede
Alcanzarte mi persona.
Bellísima Deyanira,
Aquesta crueldad perdona:
Harto dilaté tu muerte:
Mas ya tu vida ¿qué importa?
Ponzoña la flecha lleva:
Iguales las armas nota,
Bárbaro delfin, supuesto
Que si en lid tan rigurosa
Tú me mataste con celos,
Yo te mato con ponzoña.
(*Tira adentro la flecha, y vase luego.*)

NESO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

DEYANIRA. (*Dentro.*)

¡Cielos piadosos,
Dad favor á mis congojas!

LÍCAS.

Por las espaldas la flecha
Pasó al monstruo.

FLORO.

Y ya en las ondas
El animado bajel,
Que á imitacion generosa
De la nave de Argos, iba
Andando sobre las olas,
Perdido el piloto suyo,
A todas partes zozobra.

Uno.

Los verdinegros cristales
Teñidos en la espumosa
Sangre, sendas de carmín
Dejan.

Digitized by Google

Otro.

Y los troncos y hojas
De los corales, que nacen
Blancos ántes que les ponga
Color el sol, aprovechan
La ocasion, y se la toman,
Viendo que la azul campaña,
Se hace ya campaña roja.

LÍCAS.

Con el natural instinto
El bruto, al ver que se ahoga,
Pone la vista en la tierra.

FLORO.

Animosamente boga,
Siendo los remos los piés,
Siendo la frente la proa,
Vela el manto de la ninfa,
Arbol Neso, el anca popa,
Buco el pecho, y el timon,
Sobre la espuma, la cola.

CLARIN.

¡Oh quieran los dioses, que
Tomen puerto sus congojas!

LÍCAS.

A socorrerla lleguemos,
Por si á alguna parte aborda. (*Vanse.*)

Sale NESO *herido, con* DEYANIRA *en los brazos.*

NESO.

Hermosa mujer, no temas
Que he de dejar que las ondas,
Aunque son patria de Vénus,
Hoy en su centro te escondan;
Que, hasta volverte á la tierra,
Se alentará mi congoja.
Ya estás en ella, y en ella
Muero alegre; pues que logra
Mi muerte morir á vista
De quien mi muerte ocasiona.
La vida tu amor me cuesta;
Y entre mi furia rabiosa,
Solo que me debas quiero
La última fineza. Toma
Esta túnica que visto.
¿Vesla, que en mi sangre toda
Bañada está? Pues en ella
El mayor tesoro logras,
Si Hércules, considerando
Que en mi poder tan á costa
De sus celos has vivido,
Te desdeña ó te baldona,
O te quisiere dar muerte,
Haz que aquesta piel se ponga;
Que la que no me sirvió
A mí de defensa ahora,
Te servirá de defensa
A tí; pues en ella sola
Está el hechizo con que
Te adoré. (*Ap.* ¡Oh si mi penosa
Fortuna, despues de muerto,
Me vengara! pues no ignoran
Mis desdichas, que esta flecha
Con la sangre venenosa
De la hidra, dejará
Avenenadas mis ropas.)
En el punto que la vista,
Le verás cómo te adora
Y te busca. Este secreto
Que nadie le sepa importa.
No tengo mas que dejarte;
Con esto te galardona
Mi amor cuánto te ha querido
Tu amor venturoso goza,
Y muera yo desdichado
Porque tú vivas dichosa.

(*Cae dentro muerto.*)

DEYANIRA.

¡Cielos! ¿qué estrella de cuantas
Aquese azul manto bordan,
Desperdiciadas cenizas
De la mas luciente antorcha,
Es la mia? ¿A cuyo cargo
Está mi infelice historia;
Que acrisolar mis desdichas
Tan á pechos suyos toma?
Murió Neso, y yo en aquesta
Desierta desnuda roca,
Que con tanta furia el Etmo
Siempre repetido azota,
Con un cadáver estoy.
¿Qué pena mas rigurosa
Pudiera darme el delito,
Si le cometiera loca,
Que me da la virtud? pues
A las adúlteras Roma
Vida las dió, tal vez siendo
En esta parte piadosa.
¿A quién pediré socorro,
Si no hay nadie que me oiga?
Que á quejas de un infelice,
Aun la deidad está sorda.
Aunque sean sin provecho,
Mis voces el aire rompan.
¡Hércules, señor, esposo!

Sale HÉRCULES.

HÉRCULES.

¿Quién me llama, quién me nombra?

DEYANIRA.

Quien, para subir al sol,
Hoy á tus plantas se postra.

HÉRCULES.

Cuando, huyendo de las gentes,
En lo mas oculto lloran
Mis ojos tu muerte, cuando
Afligida mi memoria
Ya te imaginó deidad
Del mar, y que en sus alcobas
Tétis te albergaba, haciendo
De coral, cristal y aljófar
Nicho á tu belleza, en grutas
De caracoles y conchas,
¡Te hablo, te escucho y te veo!

DEYANIRA.

Sí, que la deidad piadosa
De Vénus me dió la vida,
Para que á tus piés la ponga.
A ese sangriento cadáver,
Que en su púrpura se ahoga,
Y á mí, á tierra nos echó
Aquel bruto; porque hay cosas
Adonde son mas corteses
Los brutos que las personas.
Viva estoy, y tuya soy. —
Pero ¿qué es esto? ¿tú lloras
Al mirarme? ¿tú suspiras?
¿Tú de tus brazos me arrojas?
Cuando pensé celebrar
En ellos de tus victorias
Y de mi vida el efecto,
¡Tantos aplausos malogras!
Si es que ahora, por ventura,
O por desventura ahora
De tu agravio breve asomo,
De tu ofensa breve sombra,
Vil delirio, infame acaso,
Poco indicio, seña corta
Contra tu honor te persuade,
Contra mi fama te informa,
Miente la seña, el indicio
Miente; porque no estas rocas
A las ráfagas del viento,
Las resacas de las olas
Exentas se miran tanto,
Resistiendo unas á otras,
Cuanto mi honor al embate
De agua y viento burla y postra,
Quedando á vista del cielo
Siempre altiva y siempre heróica.
Si has sentido que ese golfo
En su centro no me esconda,
Yo me arrojaré, señor,
Desde aquí á la procelosa
Saña del mar; porque ménos
Mi vida infeliz me importa,
Que tu gusto. Sepa yo
Que lo es: verás cuán poca
Duda me pone el asombro.
El corazon desahoga,
Habla.

HÉRCULES.

Hermosa Deyanira,
Y infelice cuanto hermosa,
Porque dicha y hermosura
Siempre enemigas se nombran:
Tu vida en el alma estimo,
Porque tu vida es la cosa
Que mas mi vida venera,
Y que mas el alma adora.
No temo, no, de mi agravio
La ejecucion rigurosa;
Que bien conozco que al sol
No le embarazan las sombras;
Mas como en el mundo nadie
Consigo se vive á solas,
Y es menester que uno viva
A los demas, es forzosa
Desdicha satisfacer
Con alguna accion ahora
Mas las malicias ajenas,
Que las desventuras propias.
Hasta matar á esa fiera,
Y hasta cobrar tu persona,
Toda el Africa he corrido.
Un año ha ya, ¡qué congoja!
Que te perdí; y donde acaba
Una duda, empieza otra.
En el poder has estado
De una fiera rigurosa;
El mundo sabe mis ansias;
Pues hasta en Asia y Europa
Mi opinion están perdiendo
Los que piensan que la cobran;
Y ya espero que vendrán
De publicar mi deshonra.
Y siendo así que en la duda
Y en la verdad hay dos cosas,
La una mi satisfaccion,
Y la de todos la otra,
Yo quiero cumplir con ambas,
Y ha de ser de aquesta forma.
Por mi parte, pues yo soy
Quien creo tu fama heróica,
Yo te concedo la vida;
Por parte de quien pregona
Mis desdichas, te la quito.
¿Cómo podrá ser ahora
Quitarte y darte la vida,
Deyanira, una accion sola?
Pues fácil es. Todos piensan
Que moriste entre las ondas,
Y yo solo sé que vives:
La voz de tu muerte corra,
Y vive para mí solo;
Con lo cual á un tiempo logra
Mi desengaño tu vida,
Y tu muerte mi congoja.
En todos aquestos montes
No hay nadie que te conozca;
Y así en ellos estarás
En traje de labradora.
Vive, mas yo no te vea;
Vive, mas yo no te oiga;
Pues con otro nombre...

Digitized by Google

DEYANIRA.

Espera,
Que es necia, es injusta, es loca
Esta determinacion
Que contra tí mismo tomas.
¿Por qué has de pensar de tí
Tan vilmente, que antepongas
La satisfaccion ajena,
Mi bien, á la tuya propia?
¿Por qué has de pensar que al verme
Contigo, siendo tu esposa,
Te han de murmurar, pues ántes
Cierras con esto la boca
A la malicia? ¿Tan poco
Fias tú de tí, que pongas
Duda en tu honor, fomentando
Malicias escrupulosas?
¿Por qué has de pensar de tí
Que habrá en el mundo persona
Que piense de tí, que has dado
Ensanchas á tu deshonra?
Ten de tí satisfaccion,
Tendránla las gentes todas;
Porque si tú tu honra dudas,
¿Quién ha de creer tu honra?
O me imaginas culpada
O inocente (aquesto nota):
Si culpada, aquese acero
Mi pecho infelice rompa;
Si inocente, aquesos brazos
Mansamente me recojan;
Que esto no tiene mas medio
Que el castigo ó la lisonja;
Porque en efecto, señor,
Sentencia tan rigurosa,
Para estar sin culpa, es mucha,
Para estar con culpa, es poca.

HÉRCULES.

Bien dices; mas yo tambien
Digo bien; que en fin hay cosas
Donde á todos la razon
Falta, porque á todos sobra.

DEYANIRA.

Advierte...

HÉRCULES.

Nada me digas.

DEYANIRA.

Mira...

HÉRCULES.

Nada me propongas.

DEYANIRA.

Considera...

HÉRCULES.

Nada me hables.

DEYANIRA.

Oye...

HÉRCULES.

Nada me respondas;
Que no seré yo el primero,
Deyanira, que conozca
Que no esté agraviado, y tome
Satisfaccion; porque importa
La satisfaccion ajena
A veces mas que la propia.

DEYANIRA.

Ni yo seré la primera
Que use inadvertida y loca
De hechizos, para traer
A sus brazos lo que adora.

Dentro FLORO, LÍCAS *y gente.*

LÍCAS.

Hácia aquí están.

FLORO.

Pues entrad,
Descabellando las copas
Desos árboles.

HÉRCULES.

¡Qué mal
Mis pretensiones se logran!

Salen TODOS.

FLORO.

¡Felice mil veces sea,
Hércules, el dia en que cobras
Tanta dicha!

HÉRCULES.

¿Cómo puede
Dejar de serlo el que adora
La virtud de Deyanira,
Con quien todo el sol es sombra?—
Vergüenza tengo de que
Me vean. ¡Qué escrupulosa
La conciencia es del honor!

FLORO.

¡Y felice el dia, señora,
En que mi patria os merece
Por amanecida aurora!

DEYANIRA.

El cielo os guarde mil años
Por tantos favores y honras.

LÍCAS.

Dame, señora, tu mano.

DEYANIRA.

Lícas, estés en buen hora;
Qué, en hallarte aquí, parece
Que alivio mis penas toman.

LÍCAS.

Si espera servirte en algo,
Será mi vida dichosa.

FLORO.

Pues ha sido dicha mia
Hallarme en el monte ahora,
Venid conmigo; que quiero
Ver mi corte venturosa
Con tales huéspedes.

HÉRCULES.

Yo
Ofrecí á la poderosa
Deidad de Júpiter santo,
Que el dia (¡mi mal me ahoga!)
Que alcanzase desa fiera
Tan conocida victoria,
(Cuantos me ven, me parece
Que me culpan y baldonan)
Habia de sacrificarle;
Y pues tanto me ocasiona
El ser este el monte Oeta,
Cuyos vecinos le adoran,
Y donde estoy esperando
A dos amigos por horas,
En él quiero, ántes de entrar
En las cortes populosas,
Cumplir el voto.

FLORO.

Y yo quiero
Asistir á él, y dar todas
Las víctimas.—Avisad
A cuantos el monte moran,
Que con bailes, danzas, juegos,
Y con músicas sonoras
Acudan al sacrificio;
Y vamos, que entre esas rocas
El templo está soberano.

HÉRCULES.

Vamos, Deyanira hermosa,
Cielo mio (*Ap.* infierno es mio)
Gloria mia (y mi deshonra). (*Vase.*)

DEYANIRA.

¡Qué mal Hércules desmiente
Con halagos las congojas!
Pero yo veré si tantas
Penas, hechizos mejoran.—
Lícas, pues quieren los hados,
Que mi vida á tus piés ponga,
A ese sangriento cadáver
De sus vestidos despoja,
Y sin que nadie lo entienda,
Con gran secreto los toma,
Y llévalos donde yo
Estuviere, que me importa.

Vanse todos, y salen TODOS LOS VILLANOS *y* VILLANAS.

DANTEO.

Floro ha mandado que todos
Los rústicos moradores
De Oeta, llenos de flores,
Y bizarros de mil modos,
Asistan al sacrificio
Que á Júpiter soberano
Hoy ha de hacer por su mano
El gran Hércules, indicio
Dando de agradecimiento
De que al Centauro mató.

NARCISA.

¿Y tú has de ir allá?

DANTEO.

¿Pues no?
¿Pues un dia de contento
Es hoy para despreciar?
Y, con notable placer,
Tengo el primero de ser
Que ha de bailar y cantar.

NISE.

¿No habemos de ir todas?

CLORINDA.

Sí.

LAURA.

Para vestirnos, las flores
Se desnudan de colores,
Hasta el morado alhelí.

NISE.

Todas guirnaldas hagamos.

DANTEO.

Vivas las podeis llevar,
Que muertas no hay que tratar.

NARCISA.

¿Por qué?

DANTEO.

Ved adonde estamos,
Y no pregunteis por qué.

CLORINDA.

Ya tu malicia condeno.

Sale CLARIN.

CLARIN.

Cansado vengo: ¡no es bueno
Que cansa el andar á pié!

NARCISA.

Clarin, seas bien venido.

CLARIN.

Tú, Narcisa, mal hallada.

NARCISA.

¿Qué te ha sucedido?

CLARIN.

Nada
Es lo que me ha sucedido.

Sale ANFRISO.

ANFRISO.

Ved que es hora de empezar
Ya el sacrificio.



NISE.

Cojamos
Del monte flores y ramos.

Vanse los villanos, y salen DEYANIRA *y* LÍCAS.

DEYANIRA.

De tí sola he de fiar,
Lícas, aqueste secreto.
Hércules, que á hacer acude
Sacrificio, que desnude
Sus pieles es fuerza, á efeto
De lavarse el cuerpo, pues
No llega á sacrificarle
A Júpiter, sin lavarle,
Quien sacerdote no es.
Sus pieles has de quitar
Sin que lo eche de ver,
Y con recato poner
Esotras en su lugar;
Que como son parecidos
En desaliño y fealdad
Y en poca curiosidad
Todos aquestos vestidos,
No llegará á conocellos;
Y estar con sangre, no es
Objecion tampoco, pues
Siempre él gusta de traellos
Manchados por vanagloria;
Que como á fieras los quita,
Con su sangre solicita
Hacer del trofeo memoria.

LICAS.

Solo trato obedecerte,
Y cuanto mandes haré,
Ya que mi ventura fué
El traerte desta suerte
Donde te pueda servir. (*Vase.*)

DEYANIRA.

Si en sus vestidos tenia
Neso hechizo, que le hacia
Amar, querer y sentir,
Sienta Hércules, ame y quiera:
Que no mi suerte ha de hacer
Que me llegue á aborrecer
Hércules desta manera.
Ya Lícas á él ha llegado,
Y hace lo que le ordené:
Ya con aquesto se ve
Mi amor mas asegurado,
(*Ruido dentro de música.*)
Y todos los moradores
De aqueste monte, adornados
De galas, y coronados
De varios ramos y flores,
Con diversos instrumentos
Cantando y bailando vienen,
A cuyos acentos tienen
Enamorados los vientos.
Detras Hércules, vestida
La piel de Neso cruel,
Viene allí, y Floro con él.
Quiero pues introducida
Con todas, disimular,
Ayudando á su alegría,
Por ver si la pena mia
Con algo puedo engañar.

Sale toda la compañía con guirnaldas y ramos, y con instrumentos, y detras FLORO, *y* HÉRCULES, *que trae puesto el vestido de pieles de Neso.*

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A estas incultas montañas
El escándalo del tiempo
Y el asombro de la fama.
En hora dichosa venga,
Donde sacrificios haga
De Júpiter en su templo
A la deidad soberana.

FLORO.

Ese supremo edificio,
Que entre aquesas peñas altas
A igualarse con el cielo
Ambicioso se levanta,
Templo de Júpiter es,
En cuyas divinas aras
Ya las víctimas te esperan.

HÉRCULES.

Llegaré á darle las gracias
De la pasada victoria
A Júpiter. El me valga;
Que no sé lo que en el pecho
Siento, que me aflige el alma.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A estas incultas montañas, etc.

DEYANIRA.

¡Con cuanto contento escucho
Repetir tus alabanzas!

HÉRCULES.

¡Y con cuánta pena yo
(¡ay de mí!) llego á escucharlas!
Por salirse el corazon
Del pecho, con golpes llama
Al pecho.

DEYANIRA.

¿Qué es lo que sientes,
Que estás sin color?

HÉRCULES.

¿Yo? Nada.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A estas incultas...

(*Suenan, miéntras cantan, un clarin en el teatro de mar, y cajas en el de la tierra.*)

FLORO.

Aguarda,
Que otras repetidas voces
De trompetas y de cajas
Las cláusulas lisonjeras
De la música acompañan.

DEYANIRA.

Sin duda que te hacen fiestas
En la tierra y en el agua
Brutos y peces.

HÉRCULES.

A mal
Tiempo llegan; que no basta
Ya todo mi sufrimiento
A resistir hoy mis ansias.

FLORO.

Mayor es la admiracion
De lo que yo imaginaba.
¿No veis venir por el mar,
Cubierto de velas blancas,
Un bajel?

DEYANIRA.

Y por la tierra
¿No veis cubrir la campaña
Ejércitos numerosos?

HÉRCULES.

Sin duda son los que aguarda
Mi amistad; que aquella nave
Argos es; y aquellas blancas
Banderas que el dragon griego
Trae tremolando por armas,
A no estar yo sin sosiego,
¡A qué buen tiempo llegaran!

FLORO.

Pues con salva nos saludan,
Respondámosles con salva.

Cantan en el teatro de en medio, y por los otros dos van saliendo en órden las dos companías, hombre y mujer, cada uno en el teatro donde representó, al son de cajas y de trompetas.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A estas incultas montañas, etc.

JASON.

Altas cumbres del Oeta...

TESEO.

Noble coluna africana...

JASON.

Que sois descanso del sol...

TESEO.

Que sois de la luna basa...

JASON.

Decidme si en vuestro centro...

TESEO.

Decid si en vuestras montañas...

JASON.

Vive el mas noble caudillo.

TESEO.

El mejor varon se guarda.

SABAÑON.

Montes de Oeta famosos...

PANTUFLO.

Meritísimas montañas...

SABAÑON.

Decid si hay vino en vosotros,
Porque yo vengo harto de agua.

PANTUFLO.

Decid si para un viandante
Habrá en vosotras vïanda,
Y si sufren ancas, que
Yo harto estoy de sufrir ancas.

JASON.

Por Hércules os pregunto,
Moradores desta playa.

TESEO.

Hércules es el que digo,
Vecinos destas campañas.

JASON.

Que, aunque vengo en busca suya,
Sin conseguir la demanda
Que dél me apartó, porqué
No ha sido mi dicha tanta,
Triunfo traigo que rendir
A sus generosas plantas.

TESEO.

Que, aunque conseguir no pude
El efecto de la causa
Que me llevó á penetrar
Diversas provincias varias,
Coronado de trofeos
Vuelvo á cumplir la palabra
De volver hoy á sus ojos.

HÉRCULES.

No les respondas, aguarda,
Que yo les responderé,
Si ántes no me falta el habla. —
Valientes amigos mios,
Cuyo valor, cuya fama
Os ha hecho árbitros nobles
De toda la tierra y agua;
Pues os han obedecido

Digitized by Google

Los golfos y las campañas;
No el venir sin Deyanira
Os cause desconfianza;
Que ya la satisfaccion
Del que me ofende y agravia
Guardó el cielo para mí,
Porque fuese la venganza
Cuyo fué el agravio. — ¡Cielos!
¡El corazon se me arranca!
Llegad, llegad á mis brazos,
Y á los suyos que os aguardan.

JASON.

Solo esta dicha de hallarte
Con ella, Hércules, faltaba
A mis aplausos; y ya
Que está tu ofensa vengada,
Podré ofrecerte mis triunfos
Con segura confianza.
El vellocino de oro,
Que varios monstruos guardaban,
Es mio. Las gracias desto
Debo á la docta, á la sabia
Medea, que es la que miras;
Porque á ella y todas sus damas,
Friso y Absirto, que en busca
Suya dejaron su patria,
Y vinieron donde pudo
Sujetarlos mi arrogancia,
Con el vellocino de oro
Traigo ganados del Asia.

TESEO.

No son mis triunfos menores.
De Europa traigo la rara
Beldad de Fedra conmigo;
Y aunque en un monte á Ariadna
Dejé, por Fedra divina,
Quejosa y desesperada,
Viene aquí tambien; porque
Siguiéndome su venganza,
Con Minos, en Calidonia
Fué mi triunfo: que estas armas
Me dió su rey. Y así vengo
Con los despojos que arrastran
Al Minotauro, aquel monstruo,
Que en el laberinto estaba
De Creta. Muerto le dejo,
Y vencidas y frustradas
De Dédalo las prisiones,
Que eran deste monstruo guarda,
Por no hacer á mi promesa,
Y á mis sentimientos falta,
Y á quien debo este favor.

ARIADNA.

Es la que ahora veis esclava
Suya, porque son las penas
Cobardes, que siempre andan
De cuadrilla, y nunca vino
Una sola á la desgracia.

HÉRCULES.

Llegad los dos á mis brazos,
Aunque primero á las plantas
De Floro es bien que llegueis,
Príncipe destas montañas.

JASON.

Haced paso hasta llegar
Donde Hércules nos aguarda.

TESEO.

Abrid sendas á ese monte.

JASON.

Tú, Medea, me acompaña.

TESEO.

Tú, Fedra, conmigo ven.

MEDEA.

Tuya es la vida y el alma.

FEDRA.

Siempre tengo de seguirte.

JASON.

Marcha y toca.

TESEO.

Toca y marcha.

(*Aquí se juntan los tres teatros, y pasan marchando al son de trompetas y cajas, y al mismo tiempo cantan.*)

FLORO.

Pues que con salvas se acercan,
Recibámoslos con salva.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A estas incultas montañas, etc.

FLORO.

¡Oh qué alegre es para mí
Un dia de dichas tantas!

HÉRCULES.

Para mí tambien lo fuera,
Si un dolor no me matara.
¡Ay de mí! que ya no puedo
Disimular mas mis ansias.

ABSIRTO.

Dadme la mano, señor.

ARIADNA.

A mí me ofreced las plantas.

FLORO.

En habiendo á Fedra hermosa,
A Medea y Ariadna
Pedido las suyas, si es
Que merezco gloria tanta,
A todos daré los brazos.

MEDEA.

Venturosa es quien alcanza
Tanta dicha.

FEDRA.

¡Feliz yo,
Que toco esfera tan alta!

ARIADNA.

Y yo que todo esto veo,
¡Infelice y desdichada!

PANTUFLO.

En tanto que en cumplimientos
Allá estos señores andan,
Andémoslo acá nosotros.
Dadme, señor, vuestras patas.

SABAÑON.

A mí los brazos me dad.

CLARIN.

En abrazando á estas damas:
Bien venidas, bien venidas.

PANTUFLO.

Bien halladas, bien halladas.

JASON.

Hércules, dame los brazos,
Prendas de amistad mas rara.

TESEO.

Y á mí, pues para el mayor
Bien solo eso me faltaba.

HÉRCULES.

Vengais con bien. — Mas ¡ay cielos!
Ya el sufrimiento no basta.
No llegues á mí, Jason;
Teseo, de mí te aparta;
Que temo que han de obligarme
A deshaceros mis ansias
Entre mis brazos.

JASON.

¿Qué es esto?

TESEO.

¿Qué te aflige?

FLORO.

¿Qué te cansa?

DEYANIRA.

¿Qué á tal extremo te fuerza?

MEDEA.

¿Qué, accion tan furiosa, causa?

HÉRCULES.

No sé, no sé lo que ha sido,
Que mi sentido arrebata;
Ni tan inmenso dolor
No sé ¡ay de mí! de qué nazca.
Solo sé que el corazon
A pedazos se me arranca
Del pecho, y que pavorosa
No me cabe dentro el alma.
¡Ay de mí! ¡todo soy fuego!
¡Ay de mí! ¡todo soy rabia!

JASON.

¿Qué sientes?

HÉRCULES.

Siento un ardor,
Que me aflige y que me abrasa.
Todas mis voces son rayos,
Todos mis alientos llamas,
Fuego vierto por los ojos.

DEYANIRA.

¡Oh infelice y desdichada,
Que pienso que he dado muerte
A quien mas mi vida ama!

TESEO.

¿Dónde sientes el dolor
Desa congoja?

HÉRCULES.

En el alma.
Los vestidos me parece
Que me aprietan.

FLORO.

Pues desata
La cinta.

TESEO.

Quita esa piel.

JASON.

Veamos qué tienes.

HÉRCULES.

Aguarda,
Que con el tosco vestido,
Pedazos de carne arrancas.
Teseo, que me atormentas;
Jason, que me despedazas.

MEDEA.

Sangre de la hidra tienen
Esas pieles, que con tanta
Fuerza se pegan al cuerpo,
Abrasando hasta que matan.

DEYANIRA.

La culpa tuvo mi amor,
La pena tendrá mi alma.

HÉRCULES.

¡Huid de mí todos, huid!

PANTUFLO.

Eso haré de buena gana.

HÉRCULES.

¡Ay de mí! ¡todo soy fuego!
¡Ay de mí! ¡todo soy rabia!
¿Pero á mí ningun dolor
De mi sentido me saca?
Noble Floro, amigos mios,
Grandes héroes, bellas damas,
Hércules muere rabiando,
Sin saber quién su mal cause.
Soberbias cumbres de Oeta,
Hoy para eterna alabanza

Digitized by Google

Sereis monumento suyo:
Dejad, dejad que esas altas
Cumbres caigan sobre mí,
O sobre mí el cielo caiga,
Para ver si tanto peso
Con tanta fatiga acaba.
Áspides tengo en el pecho,
Y lazos en la garganta.
¿Mas para qué pido á nadie
Mi muerte? Esa viva llama,
Esa hoguera, que encendida
Para el sacrificio estaba,
Será mi pira. Recibe,
Sagrado fuego, en tus aras,
Ardiendo en fuego mayor,
Aquesta víctima humana
Que á Júpiter le dedico.
A poco me atrevo, ó nada,
Pues no teme un fuego á otro,
Y es mayor el que me abrasa.
¡Ay de mí! ¡todo soy fuego!
¡Ay de mí! ¡todo soy rabia! (*Vase.*)

TESEO.

No pudimos detenerle,
Porque con el tacto abrasa.

JASON.

¡Con qué denuedo se echó
En la hoguera!

DEYANIRA.

Pues ¿qué aguarda
Mi amor? Acendrado el oro
De mi fe en su fuego salga.
Yo á mi esposo dí la muerte
Por dar vida á mi esperanza;
Pero yo me vengaré
Con la mas noble venganza. —
Hércules, señor, esposo,
Espera, detente, aguarda,
Y la que en vida te amó,
Verás si en muerte te ama,
Ofreciéndote la vida
A tí, á Júpiter el alma. (*Vase.*)

FLORO.

Detenedla.

JASON.

Fué imposible.

TESEO.

Fénix será de su fama.

PANTUFLO.

¡Lindo par de chicharrones
Para mi hambre se asan!

SABAÑON.

¡Lindas gallinas se queman!

CLARIN.

¿Qué aguardas, Narcisa, para
Echarte al fuego?

NARCISA.

Que tú
Te eches ántes.

LOS TRES.

Bien aguardas.

JASON.

¡Qué trágico fin tuvieron
De Hércules las alabanzas!

ARSIRTO.

Aquí acabaron sus hechos.

FRISO.

Aquí dan fin sus hazañas.

MEDEA.

Y en ellas fin el poeta
A la comedia, que llama
Los tres mayores prodigios
De Africa, de Europa y Asia.
Por el deseo, siquiera,
Que humilde tiene, sus faltas
Perdonad, pues no pretende
Dicha ni merced mas alta
Que el perdon: ese merezca,
Por pedirle á vuestras plantas.

FIN DE LA ÚLTIMA JORNADA.

Digitized by Google

EL GALAN FANTASMA.

PERSONAS.

ASTOLFO, *galan*.
CARLOS, *galan*.
EL DUQUE DE SAJONIA.
ENRIQUE, *viejo*.
CANDIL, *gracioso*.
OCTAVIO, *criado*.
JULIA, *dama*.
LAURA, *dama*.
PORCIA, *criada*.
LUCRECIA, *criada*.
LEONELO, *criado*.
CRIADOS.

La escena es en Sajonia, en la residencia del Soberano.

JORNADA PRIMERA.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

JULIA Y PORCIA, *con mantos*; ASTOLFO, *siguiéndolas*.

ASTOLFO.

De vuestras señas llamado,
De vuestra voz advertido,
Hasta el campo os he seguido
Ciego, confuso y turbado.
Sacad pues deste cuidado,
Señora, el discurso mio:
Si es por dicha desafío,
Ya estamos en buen lugar;
Bien podeis desenvainar
El garbo, el donaire, el brio,
Que son las armas que vos
Habeis contra mi desvelo
De esgrimir en este duelo.
Solos estamos los dos:
Descubrios ya, por Dios:
Sepa quien sois; que no es bien
Matar con ventaja á quien
De vos se ha fiado hoy.
(*Destápase Julia.*)

JULIA.

Pues no dudeis mas, yo soy.

ASTOLFO.

Julia, señora, mi bien,
¡Tú en este traje! ¡tú aquí!
¿Qué dicha ó desdicha es mia?
Que si una duda tenia
Sin verte, cuando te vi
Son infinitas ¡Tú así
Has salido de tu casa!
El corazon se me abrasa:
¡Dime, por Dios, lo que ha sido!
¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

JULIA.

Oye, y sabrás lo que pasa.
Astolfo, en quien la fortuna
Y el amor vieron iguales,
Por descubrirse uno á otro
Los gustos y los pesares,
No la novedad te admire,
No la extrañeza te espante
De verme, siendo quien soy,
Venir en aqueste traje;
Porque importando á tu vida,
El verte ¡ay de mí! y hablarte,
No hay respeto que no venza,
No hay decoro que no allane.
Tu vida importa, tu vida,
Que hoy te vea y hoy te hable;
Y así pasando al oido
La admiracion del semblante,
Oye el peligro en que vives,
Aunque mezcle en un instante
Las desventuras que ignoras,
Con las venturas que sabes.
Dos años há, Astolfo mio,
Que firme y rendido amante
De mi hermosura (que quiero
Confesarla en esta parte),
Fuiste de dia y de noche
La estatua de mis umbrales,
El girasol de mis rayos
Y la sombra de mi imágen,
Tanto que yo agradecida
Y que obligada á las partes
De lo sutil de tu ingenio,
De lo galan de tu talle,
De lo airoso de tu brio,
De lo ilustre de tu sangre,
Respondí ménos ingrata
Que debiera aconsejarme
El decoro de mi honor
Y el respeto de mi padre;
Si bien decoro y respeto
No pudieron agraviarse
De que torpes sacrificios
Sus sagradas aras manchen,
Siendo yo tu esposa; pues
La causa de dilatarse
Nuestra boda fué el rigor
De aquellas enemistades,
Que á mi padre le costaron
Tanto, que largas edades
Enterrado ántes que muerto,
Tuvo su casa por cárcel,
Adonde preso murió.
Pero esto en silencio pase,
Y volvamos á enlazar
Discursos de amor; no hallen
Digresiones mis desdichas,
Que su remedio embaracen.
Agradecida en efecto
De tus finezas constantes,
Cómplice á la noche hice
De hurtos de amor agradables,
Y cómplice hice á un jardin;
Que á los dos quise fiarme,
Porque al jardin y á la noche,
Que son el vistoso alarde,
Ya de estrellas, ya de flores,
Hiciera mal en negarles
A las unas lo que influyen,
Y á las otras lo que saben.
Viento en popa nuestro amor
Navegaba hermosos mares
De rayos y de matices,
Quieto el golfo y manso el aire.
¿Quién duda, quién, que han de ser
Los celos los huracanes
Que la tormenta despierten,
Que la mareta levanten?
El gran duque Federico
De Sajonia, que Dios guarde,
(O que no le guarde Dios,
Si ha de ser para quitarme
Mi media vida en la tuya)
Acaso me vió una tarde
Que al prado á verte salí:
Barbarismo de amor grande,
Salir á ver, y ser vista;
Pues, mal gramático, sabe
Persona hacer que padece
De la persona que hace.
Vióme en fin, y desde entónces
Firme, rendido y constante,
Si de dia me visita,
De noche ronda mi calle.
Hartos enojos te cuesta
Su cuidado vigilante;
Mas como querido, en fe
De mis disculpas, trocaste
Tus celos á mis favores:
No es mucho, si otros galanes,
Por llegar al desenojo,
Pasaron por el desaire.
Viendo el Duque que mi pecho
A los continuos embates
De lágrimas y suspiros
Era roca de diamante;
Pasando de enamorados
A celosos sus pesares,
Averiguó que te quiero.
No sé á quien la culpa darle,
A sus celos ó á mi amor,
Pues ellos dos fueron parte
A decirlo; que no hay
Amor ni celos que callen.
En fin, sabiendo (¡ay de mí!)
Que eres tú (¡desdicha grande!)
La ocasion de sus desprecios,
La causa de mis desaires;
Para vengarse de mí
En tí pretende vengarse,
Matándome á mí en tu pecho.
¡Oh duelo de amor cobarde,
Disponer que un hombre muera,
Porque una mujer no agravie!
Poderoso y ofendido,
¿Quién ignora, quién no sabe,
Que es rayo oprimido, que es
Pólvora encerrada, que hace
En la mayor resistencia
La batería mas grande?
Los avisos destos dias,
Que tan confuso te traen,
Diciéndote que te ausentes,
Diciéndote que te guardes,
Suyos son; pero sabiendo
Que dellos desprecios haces,
Esta misma noche, esta,
Te espera para matarte.
Y así te ruego que no
Vayas á verme, ni pases
Cubierto ni descubierto,
La esfera de mis umbrales.
Deja que por unos dias,
Sin que allí puedan hallarte,

Digitized by Google

Se desmienta en la sospecha,
Salga su recelo en balde.
Y pues que yo vengo así
A persuadirte, á rogarte,
Astolfo, que no me veas,
Esposo, que no me hables,
Ménos harás tú en hacerlo;
Y pues en extremos tales
Yo ruego lo mas difícil,
Concede tú lo mas fácil.

ASTOLFO.

No sé cómo responder;
Que no sé en acciones tales
Si tengo que agradecerte,
O tengo de que quejarme.
De una venenosa yerba
Escriben los naturales
Que donde hay llaga, la cura,
Y donde no hay, la hace.
Este mismo efecto, este
Quieres que en mi pecho cause
Tu voz; pues si cuando estoy
Herido de tantos males,
Suele curarme el dolor
Solamente el escucharte;
Hoy que tuve sano el pecho,
Le hieres, para que labre
Tu voz ahora la herida
Que hubieras curado ántes;
Pues donde hay celos, las curan,
Donde no los hay, las hacen.
Y si quieres darme vida,
No de darme celos trates;
Pues son piadosos rigores,
O rigurosas piedades,
Darme tú misma la muerte
Porque otro no me mate.
Dejárasme morir, Julia,
A su acero penetrante;
No á tu penetrante voz:
Viviera mas el instante
Que hay de tu voz á su acero;
Que no es, no, piedad afable,
Porque su espada no llegue,
Que la tuya se adelante.
Fuera de que no remedias
Nada tú en aconsejarme
Que no te vea, supuesto
Que el decirme que no pase
De noche por tus jardines,
Ni de dia por tu calle,
Es decirme que no salga
Dellas un punto, un instante.
¡Vive Dios, que he de saber
Si el cuidado que te trae
A que tu casa no vea,
Y á que tu jardin no ande
Es porque de tu jardin
Y de tu casa las llaves
Rendiste á mayor poder,
Y á mayor fuerza entregaste!
Perdona desconfianza,
Julia mia, tan cobarde,
Siendo quien eres, y siendo
Yo quien soy; y no te espante;
Que esto de andar desvalido
Lo augusto, Julia, lo grande,
Es bueno para las farsas
Españolas, donde nadie
Vió querido al poderoso.
Nada llega á aventurarse
En esto; pues ó es mentira,
O es verdad dolor tan grave:
Si es mentira, ¿qué aventuras
Tú en que yo me desengañe?
Y si es verdad, ¿qué aventuro
Yo en que allí el Duque me halle,
Pues el que me diere celos
No importará que me mate?

JULIA.

Astolfo, señor, bien mio,
¡Que desa manera agravies
Las finezas de mi amor!

ASTOLFO.

Quererte no es agraviarte.

JULIA.

¿Quién te ha dicho que es quererme
El querer aventurarte?

ASTOLFO.

Quien dice que no hay peligro
Que á los celos acobarde.

JULIA.

Pues ¿qué viene esta fineza
A deberte?

ASTOLFO.

No olvidarte.

JULIA.

Cuanto mas me obligas, mas
Me obligas á que te guarde,
Y aquesto has de hacer por mí. (*Llora.*)

ASTOLFO.

Detente, Julia, y no en balde
Tantas perlas desperdicies,
Y tanto aljófar derrames;
Que yo quiero obedecerte.
Digo que saldré esta tarde
De Sajonia, ántes que el sol,
Que ya entre pardos celajes
Se desvanece, en las ondas
Su dorado coche bañe.
Será la mayor fineza
Volver la espalda, pues nadie
Es mas valiente que aquel
Que con celos es cobarde.
¿Quieres mas, Julia?

JULIA.

Ni tanto;
Que no quiero yo que pase
De extremo á extremo tu amor.

ESCENA II.

CARLOS. — JULIA, ASTOLFO, PORCIA.

CÁRLOS. (*Dentro.*)

Echa por aquesta parte.

JULIA.

¡Ay de mí, que viene gente,
Y no es bien que aquí me hallen!

ASTOLFO.

Pues vete, que yo me quedo
A que no te siga nadie.
Pero dime, ¿en qué quedamos?

JULIA.

En quererte mis pesares
Retirado, mas no ausente.
(*Vase con Porcia.*)

ASTOLFO.

¿Habrá quien nivele y tase
Las acciones de un celoso,
Los discursos de un amante?

ESCENA III.

CARLOS, CANDIL. — ASTOLFO.

CANDIL.

Aquí está mi señor.

CÁRLOS.

Dadme los brazos,
Que de eterna amistad han de ser lazos
Que ciñan nuestros cuellos.

ASTOLFO.

Y el alma y vida en ellos.

CÁRLOS.

Díjome ese criado,
Preguntando por vos, cómo llamado
De una tapada fuisteis,
Y que tras ella á este lugar salisteis:
Y como receloso
Estoy de vuestra vida y cuidadoso,
Por las necias porfías
De los muchos avisos destos dias,
Loco buscándôs vengo.

ASTOLFO.

Es nueva obligacion, Cárlos, que os [tengo;
Mas aunque os trae tras mí vuestro cui- [dado
Con tanta priesa, tarde habeis llegado
A este verde desierto
A darme vida, porque ya estoy muerto.

CANDIL.

¿Estás por dicha[1] herido?

ASTOLFO.

¡Pluguiera á Dios!

CÁRLOS.

Pues ¿qué os ha sucedido?

ASTOLFO.

Haber, Cárlos, llegado
A estar de mi temor desengañado;
Haber sabido mi infelice suerte
Quién es quien solicita ¡ay Dios! mi [muerte.

CÁRLOS.

Mas debiera, si llega á descubrirse,
Aqueso agradecerse, que sentirse.

ASTOLFO.

¡Ay Cárlos! no debiera,
Si es tal el golpe que mi pecho espera,
Que sin defensa alguna
Se ha de dejar llevar de su fortuna.

CÁRLOS.

Ahora estoy mas dudoso.
¿Quién es el enemigo?

ASTOLFO.

Un poderoso.

CÁRLOS.

Y al rigor que procura,
¿Quién le ha dado ocasion?

ASTOLFO.

Una hermosura.

CÁRLOS.

O mienten mis recelos,
O esto es de Julia amor, del Duque celos.

ASTOLFO.

Fácil era el sentido
De mi confuso enigma: el Duque ha sido
Quien de Julia celoso,
Y quien de mí envidioso,
Desta suerte ausentarme ha procurado;
Y Julia temerosa me ha mandado
Que los avisos de mi muerte crea,
Que ni la hable ni vea,
Porque ya es imposible
Que entre en su casa yo (¡pena terrible!)
Sin que entre (¡trance fuerte!) [te.
Tropezando en las sombras de mi muer-

CÁRLOS.

¿Pues quién le ha descubierto
Amor tan recatado y encubierto,
Que solo ese criado
Y yo le hemos sabido?

ASTOLFO.

¿A un desdichado,
¡Ay Cárlos! quién averiguarle puede
Por dónde la desdicha le sucede?

[1] Por acaso.

Digitized by Google

CÁRLOS.

Una pregunta quiero
Haceros.

ASTOLFO.

Yo satisfacerla espero.

CÁRLOS.

Julia, ¿qué os ha mandado?

ASTOLFO.

Que no la vaya á ver, por el cuidado
Que ya á sus puertas Federico tiene.

CÁRLOS.

Quedar solos los dos aquí conviene,
Porque quiero fiaros un secreto
Que me habeis de guardar.

ASTOLFO.

Yo lo prometo.—
Candil, vuélvete á casa,
Y en ella esperarás.

CANDIL. (*Ap.*)

¿Qué es lo que pasa?
¿De mí se han recatado
El dia que está el Duque declarado?
Sin duda que han sabido
Que yo quien le contó su amor he sido;
Mas no, que no estuvieran
Tan apacibles hoy, si lo supieran.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

ASTOLFO, CARLOS.

ASTOLFO.

En fin, todas mis penas y recelos
Son que el paso han tomado ya los celos
Del Duque.

CÁRLOS.

De manera,
Que si de ver á Julia modo hubiera,
Y pudiérais entrar á hablalla y vella,
Y de dia y de noche estar con ella,
Sin que el Duque celoso,
Aunque siempre ofendido y cuidadoso
A la puerta estuviera,
Ni os viera ni os sintiera,
¿Aquí vuestro cuidado
Tuviera fin?

ASTOLFO.

Confuso y admirado
Esa proposicion, Cárlos, me tiene,
Y divertir á un triste no conviene
Así con lo imposible, [ble.
Pues no es posible hacerme á mí invisi-

CÁRLOS.

Oidme, Astolfo, y veréis la amistad mia,
Cuánto de vos por daros vida fia.
Ya sabeis los grandes bandos,
Astolfo, que largo tiempo
Todo el orbe alborotaron
Con civiles guerras, siendo
Huelfo y Gebelino, dos
Hermanos, cabezas dellos,
Por quien dividida Italia
En domésticos encuentros,
Fuéron todos los linajes
Ya Gebelinos, ya Huelfos.
Ya sabeis cómo á Sajonia
Llegó este marcial incendio,
Inficionando las casas
Mas nobles, á cuyo efecto
La heredada enemistad
Aun hoy dura en nuestros pechos,
Por ruina de aquel estrago,
Por ceniza de aquel fuego.
Crotaldo, padre de Julia,
Que es el divino sugeto
Que adorais, en quien juraron,
Si de otros bandos me acuerdo,
Aun mas imposibles paces
La hermosura y el ingenio,
Tomó la voz de una parte,
Y de la otra parte Arnesto,
Un deudo mio. No dudo
Que sepais á cuánto extremo
Llegó este enojo en los dos;
Mas aunque lo sepais, quiero
Referirlo, porque todo
Importa para el suceso.
El dia que á Federico,
Generoso duque nuestro,
Juró Sajonia por duque;
Sobre el ocupar los puestos
De aquel acto, procurando
Ser cada uno el primero,
En esa eminente plaza
Se encontraron, cuyo extremo
Llegó á ser público agravio
De uno de los dos; y puesto
Que yo tiemblo de decirlo,
Y aun de imaginarlo tiemblo,
Bien se deja ver que fué
El agraviado mi deudo.
¿Para qué lo disimulo,
Si balbuciente el afecto,
Lo que callare la voz
Lo diré con el silencio?
Dióle un bofeton Crotaldo
(¡Ay de mí!) al anciano Arnesto,
En cuya gran confusion,
En cuyo notable estruendo,
Aunque cumplió por entónces
Desesperado y resuelto,
No quedó, á su parecer,
Para despues satisfecho:
Necedad que hizo el valor
Mal entendido, pues vemos
Que no hay agravio delante
Del que es soberano dueño,
Y ya se sabe, que adonde
Está el príncipe, no hay duelo
Que á satisfaccion obligue;
Mas vive el honor compuesto
De una condicion tan fácil,
Que en su opinion, su concepto,
Bastó haber imaginado
Que fué agravio, para serlo.
El Duque, que aun no tenia
Bien fundado su derecho,
Disimuló, porque ha sido
Política de los reinos
Entrar en ellos piadoso
Para conservarse en ellos.
Y así, por quietar no mas
Las opiniones del pueblo,
Envió á su casa á Crotaldo,
Adonde le tuvo preso
Con tantas guardas, que nadie
Le vió mas desde el suceso
Deste dia, ó porque fué
La prision con tanto aprieto,
O porque el temor le tuvo
Tan guardado y tan secreto.
De cuantas desdichas, cuantas
Miserias, cuantos tormentos
Padece un hombre infelice,
A ninguno, Astolfo, tengo
Mayor lástima, que á un noble
Ofendido, en quien contemplo
Amancillado el honor,
Mal valido del esfuerzo.
Por Arnesto en fin lo digo,
Pues imaginando Arnesto
Varios modos de venganzas,
Entró en mil trajes diversos
Dentro de su misma casa;
Pero nunca con efecto.
Y para que admireis cuánto
Dicta un agravio, dispuesto
Se vió á hacer paso á su honor,
O penetrando ó rompiendo
Las entrañas de la tierra
Por conseguir su deseo,
A pesar de las murallas
Que se le ponian en medio.
Un ingeniero buscó,
Que, en minar la tierra diestro,
Facilitase á su agravio
Lo imposible de su acero.
Y fiándose de mí,
Por estar mi casa en puesto
Mas vecino á su esperanza,
Mas conveniente á su intento,
El hombre empezó desde ella
A delinear los modelos,
Con que tocase una mina
A su mismo cuarto; que esto
Era en él fácil, porque
Era de nacion flamenco,
Escuela donde el valor
Pelea con el ingenio.
Y nivelando de dia
Las líneas y los tanteos,
Las cavábamos de noche
Con recato y con secreto.
¿Quién creerá que trabajando
En el mas oscuro centro,
Se enterrase el ofendido
Por ver á su ofensor muerto?
Llegó la mina á su fin,
Pero no llegó á su efecto;
Pues el dia de la noche
Que este horrible monstruo griego,
Para abortarlos en rayos
Preñado estaba de aceros,
Por las calles y las plazas
Confusamente se oyeron,
Todos hablando en Crotaldo,
Nuevas de que se habia muerto.
Quedaron con este caso
Frustrados nuestros intentos,
Malogradas nuestras sañas,
Postrados nuestros deseos;
Porque el ofendido, ya
Sin ofensor, conociendo
Que en una hija no era
La venganza de provecho,
Murió de melancolía
Dentro de muy poco tiempo:
De suerte, que sin que nadie
Pueda llegar á saberlo,
Desde mi casa á la casa
De Julia una mina tengo,
Tan fácil hoy de romperse,
Que como avisada dello
Esté Julia y sus criadas,
Y con recato y secreto
La boca della se oculte,
Que podréis entrar es cierto
Y salir desde mi casa
Hasta su mismo aposento,
Que es adonde va á tocar,
Sin que el amor ni los celos
Del Duque causen temor.
Pero ha de ser, advirtiendo,
Que ha de ser esto con gusto
De Julia; porque no quiero
Que se diga que en su honor
Infamemente me vengo
Dando paso á su deshonra.
Que como allaneis vos esto,
Aquí está mi casa, aquí
Mi vida, Astolfo, y mi pecho,
Pues para todo es quien es
Amigo tan verdadero.

ASTOLFO.

Dadme mil veces los brazos;
Y si mudo os agradezco
Tanto bien, es porque el caso
Mudo me tiene y suspenso.
Yo hablaré á Julia, y de Julia

Digitized by Google

Traer licencia os ofrezco;
Y pues ya la noche oscura
Extiende su manto negro,
Iré á avisarla.

CÁRLOS.

Mirad
Lo que os aventurais.

ASTOLFO.

¿Luego
Han de matarme esta noche,
Siendo la última que espero
Ponerme en esta ocasion?

CÁRLOS.

¿Cómo?

ASTOLFO.

Como si yo llego
A pedir licencia á Julia
De abrir esa mina, es cierto
Que ha de darla ó no ha de darla:
Si la da, ¿para qué efecto
He de volver á arriesgarme,
Teniendo seguro el riesgo?
Si no la da, pensaré
Que está su amor de concierto
Con el Duque, pues me quita
Esta ocasion, y iré huyendo
De mis celos, si es que hay donde
No sepan de mí mis celos.

CÁRLOS.

A todo he de acompañaros.
(*Ap.* Y estas finezas y extremos
Tome por su cuenta amor;
Pues el que yo á Laura tengo,
Hermana de Astolfo, es
El que ha franqueado en mi pecho
Secreto que tantos dias
Tuvo el honor en silencio.) (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Enrique.

ESCENA V.

ENRIQUE, *leyendo un papel;* LAURA.

ENRIQUE.

¿Quién te dió aqueste papel?

LAURA.

Una mujer me le dió
Tapada, que aquí llegó.

ENRIQUE.

¡Hay desdicha mas cruel!
¿No preguntaras quién era?

LAURA.

Ya, señor, lo pregunté;
Mas solo me dijo que
En tu mano te le diera,
Que una limosna pedia
Y volveria al instante.

ENRIQUE.

¿Quién ha visto semejante
Confusion como la mia?

LAURA.

Parece que te ha traido
El papel algun cuidado.

ENRIQUE.

Y tan grande, que ha causado
Mil penas á mi sentido,
Y habré de morir en ellas.

LAURA.

¿No sabré yo la ocasion?

ENRIQUE.

Cosas de tu hermano son:
¿Para qué quieres sabellas?

LAURA.

Para sentirlas fiel,
Ya que no puedo servir
Mas, señor, que de sentir.

ENRIQUE.

Pues oye, Laura, el papel.
(*Lee.*) «Importa que esta noche con »prudencia estorbeis á Astolfo que no »salga de casa, porque le va no ménos »que la vida.»

LAURA.

Justos fuéron tus enojos:
Bien, compuesto de cruel
Rejalgar, es el papel
El veneno de los ojos.

ENRIQUE.

Dias há que desvelado
La tristeza me ha traido
De Astolfo, y sin duda ha sido
Nacida deste cuidado.
Y no siento, no, ni es bien,
Su riesgo ni mi pesar,
Sino que se ha de guardar
Sin que le digan de quién.
Que, vive Dios, si supiera
Quién es, que se le sacara
Yo al campo, y que cara á cara
El disgusto concluyera.
Mas decirme que le guarde,
Sin que de quién se me diga,
Bien á presumir me obliga
Que es su enemigo cobarde.
Y esto mas mi pecho siente
Que lo que ha de suceder,
Porque mas se ha de temer
A un cobarde que á un valiente.
¡Oh quién supiera, ay de mí,
De quién se debe guardar!

ESCENA VI.

CANDIL.—ENRIQUE, LAURA.

CANDIL. (*Ap.*)

Aquí me manda esperar
Mi amo, en tanto... Mas aquí
Está el viejo; fruncir quiero
El semblante, dando indicio
De beato y de novicio.

LAURA.

Bien de ese criado espero
Que te informes; él quizá
Advertirá tu dolor.

ENRIQUE.

Dices bien.—Candil.

CANDIL.

Señor.

ENRIQUE.

¿Dónde vuestro amo está?

CANDIL.

Hácia el parque le he dejado
Con Cárlos, su grande amigo.

ENRIQUE.

Siempre, el cielo me es testigo,
Os tuve por leal criado.

CANDIL.

El *fidus Achates* fué,
Puesto conmigo, un Vellido.

ENRIQUE.

Decidme pues, ¿qué ha tenido
Astolfo? Que yo no sé
Qué humor inquieto y severo
Andar tan triste le hace.

CANDIL.

Yo lo diré: todo nace
De tener poco dinero.
Perdió ayer el que tenia;
Que, á imitacion de las gentes,
Hay barajas mal-dicientes
Y dicen mal cada dia.
Si bien ya cosas se ven,
Que esto no es lo principal,
Pues á las que dicen mal
Hay quien las haga hablar bien.
Yo me acuerdo cuando era
Agravio el decirle á un hombre
Fullero, porque era nombre
Que escucharse no debiera
Sin mentís; pero despues
Que á ser llegó habilidad,
Agravio es con mas verdad
Decirle que no lo es.
Flores se descubren hartas,
Sin ser mayo, cada dia:
¿Qué mas que haber fullería
Al juego de sacar cartas?

ENRIQUE.

Decidme pues: ¿ha tenido
Por el juego algun disgusto?

CANDIL.

Sí, señor, muy grande y justo.

ENRIQUE.

¿Pues qué fué?

CANDIL.

El haber perdido;
Que otro no le supe yo:
Y si á él le sucediera,
Es cierto que le supiera;
Que en fin de nadie fió
Con mas razon que de mí
Sus disgustos, por saber
Cuánto le suelo valer
En ellos.

ENRIQUE.

¿Cómo, si oí
Que alguna vez que riñó,
Y que presente estuvisteis
Vos, las espaldas volvisteis?

CANDIL.

Por eso lo digo yo;
Pues corrió tras mí un tropel
Con que la vida le dí,
Pues los que fuéron tras mí,
No le tiraron á él.

ENRIQUE.

Decidme (¡oh! quieran los cielos
Que este desengaño vea!)
¿Sirve Astolfo ó galantea
A alguna dama? ¿Son celos
Los que triste le han tenido
Estos dias?

CANDIL.

¡Qué sutil!
Viendo que yo soy Candil,
De mí alumbrarte has querido.
Y así oye cuanto pasa,
Si á callarlo te reduces;
Porque quiero hacer dos luces
A la calle y á la casa.
Astolfo una dama ama,
Y tiene un competidor
Poderoso, y en rigor
Hoy la calle de la dama
Con uno y con otro amante
Ya moro, ya paladin,
La esfera de su jardin
Hizo campo de Agramante.
Traidor fuera, si callara,
Sabiendo el riesgo en que está
Mi señor.

Digitized by Google

ENRIQUE.

Llévame allá,
Pues ya de luces avara
Y triste la noche fria,
En eclipsado arrebol,
Las exequias hace al sol,
Alma y corazon del dia.
Tú, Laura, si aquí viniere,
Miéntras yo le busco, di
Que no se salga de aquí,
Que mando yo que se espere.

LAURA.

Sí haré. (*A Candil.* Si á Cárlos hallais
Con él, decid que me vea.)

ENRIQUE.

¡Ay hijos, quien os desea,
No sabe lo que costais! (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.

DUQUE.

En esta noche fria,
Émula hermosa de la luz del dia,
De mi venganza espero
Ver el fin: muera Astolfo, pues yo muero.

LEONELO.

Mal hace vuestra Alteza
En dar tanto lugar á una tristeza.

DUQUE.

¿Es mejor que ofendido
Yo de un vasallo, llore aborrecido?

LEONELO.

Quien una hermosa dama
Sin estrella, señor, festeja y ama,
No porfíe en querella;
Que no hay ventura donde falta estrella.

DUQUE.

¡Qué error tan recibido
De la opinion comun, Leonelo, ha sido
Decir que las estrellas
De amor terceras son, y que está en ellas
(¡Oh necio desvarío!)
La primera eleccion del albedrío!

OCTAVIO.

Pues ¿quién puede negallo?

DUQUE.

Yo, que razones y aun ejemplos hallo
Contra aquese concepto.

LEONELO.

Di uno solo.

DUQUE.

Despreciado de Dafnes hable Apolo:
Si estrella fuera amor, si en él viviera,
¿Cómo del sol aborrecido fuera,
De las estrellas soberano dueño?
Luego bien claro enseño
Que amor no vive en ellas,
Pues el sol se quejó de las estrellas.

LEONELO.

Y en fin di, ¿qué has pensado?

DUQUE.

No fiar de mi estrella mi cuidado,
Sino de mi poder y el valor mio;
Que ellos los polos son de mi albedrío.
Y así tengo ganada,
Como el criado de Astolfo, una criada
De Julia, que ha de abrir aquesta puerta,
Que para Astolfo suele estar abierta.
Y ya que es hora creo
De que la seña hurtada á mi deseo
Haga seguro el paso
A este ardor, á este fuego en que me [abraso.
(*Hace la seña en la reja.*)

LEONELO.

La puerta abren, señor.

ESCENA VIII.

PORCIA.—DICHOS.

PORCIA.

¿Quién es?

DUQUE.

Yo he sido.

PORCIA.

Y vuestra Alteza sea bien venido;
Que Julia, conociendo
La seña de su amante, presumiendo
Que él fuese, me ha mandado
Abrir la puerta, con que se ha cerrado
El temor de tu intento y de mi culpa,
Pues su mismo precepto me disculpa.

DUQUE.

Los dos os retirad, y con cuidado
Esta calle guardad.

LEONELO.

Bien has fiado
De los dos tu deseo.

(*Entranse por la puerta el Duque y Porcia, y retíranse por una calle Leonelo y Octavio.*)

ESCENA IX.

ASTOLFO, CARLOS.

ASTOLFO.

¡Ay Cárlos, si es verdad esto que veo!
¿Por la puerta no ha entrado
Un hombre, y otros dos se han retirado?

CÁRLOS.

No sé si engaño ha sido;
Pero á mí que es verdad me ha parecido.

ASTOLFO.

¿Para esto, ingrata fiera,
Fué decirme que á verte no viniera?
Vive Dios, que he de entrar, y...

CÁRLOS.

Deteneos,
Que eso es embarazar vuestros deseos;
Pues siéndolo estorbar vuestros agra- [vios,
No lo han de hacer las manos ni los la- [bios
Desde aquí; pues no es medio ni es ven- [ganza,
Si otro el favor en el jardin alcanza,
Reñir los dos con estos dos afuera.

ASTOLFO.

¿Pues qué he de hacer en ocasion tan [fiera!
Mas ya sé qué he de hacer. Allí una reja
Paso á un balcon me deja,
Que es de una galería
Del jardin: guardad vos la espalda mia,
Miéntras me arrojo á él desesperado.

CÁRLOS.

Advertid no sea el Duque ese que ha en- [trado.

ASTOLFO.

Pues eso, ¿qué remedia mis desvelos?
¿Los duques no dan celos?
Fuera de que si yo lo he presumido,
De oirlo á Julia ha sido,
Y puedo presumir, y justamente,
Que quien miente el amor, el galan [miente.

CÁRLOS

Con vos vengo, y despues de preveniros
El riesgo, á todo trance he de seguiros.

ASTOLFO.

Pues yo en el jardin entro.

CÁRLOS.

Nadie entrará miéntras estais vos den- [tro.
(*Vanse.*)

—

Jardin de la casa de Julia.

ESCENA X.

EL DUQUE, PORCIA; *luego* JULIA.

PORCIA.

Ponte, señor, sobre el rostro
El rebozo de la capa,
Porque pueda hacer mejor
El papel de la turbada.
(*Embózase el Duque, y sale Julia.*)

PORCIA.

Aquí, señora, está Astolfo.

JULIA.

¿Cómo es posible que haya,
Astolfo, en un pecho noble
Tan necia desconfianza?
¿A mi casa apénas vuelvo
De pedirte que á mi casa
No vengas por el temor
Del Duque, cuando á ella llamas?
¡Qué necios celos!

DUQUE.

No son
Muy necios, Julia. (*Descúbrese.*)

JULIA.

¡Turbada
Estoy! ¡Ay Porcia! ¿qué es esto?

PORCIA.

Yo, señora, no sé nada.
A la seña abrí la puerta;
Si á tí la seña te engaña,
¿Qué mucho que á mí me engañe?

JULIA.

¡Ay de mí! ¿qué he de hacer?

DUQUE.

Basta,
O Julia, la turbacion;
Que yo solo he sido causa
A este engaño, porque amor
Todo es ardides y trazas.
No quise mas que saber
Si puerta que tan cerrada
Está á una fe verdadera,
Se abria á una seña falsa.
Ya no me podreis negar
(Testigos son estas plantas)
Que, sobre tantos avisos,
Astolfo mi gusto agravia.

JULIA.

Señor, señor, esa culpa,
Aunque hoy esté averiguada,
Mia es, que no es de Astolfo,
Pues creyendo que él llamaba,
Yo le mandé abrir la puerta:
Luego en los dos, cosa es clara,
Si fuera el llamar su culpa,
Y mia hacer que le abran,
Yo estoy culpada y él no,
Pues yo le abro y él no llama;
Que desde el primero dia,
Señor, que por mi desgracia
Me visitasteis, no ha entrado
Mas aquí. (*Cae Astolfo al jardin.*)

Digitized by Google

ESCENA XI.

ASTOLFO. — JULIA, EL DUQUE, PORCIA.

ASTOLFO.

¡El cielo me valga!

DUQUE.

Pues ¿qué es esto?

JULIA.

Muerta estoy.

PORCIA.

¡Qué desdicha!

ASTOLFO. (*Ap.*)

Vida y alma,
Perdámonos de una vez,
Y no muramos de tantas.

DUQUE.

¿Quién va?

ASTOLFO

Un hombre solo.

DUQUE.

¿Cómo
Desta suerte en esta casa
Entrais?

ASTOLFO.

Como vos de esotra.

DUQUE.

¿Sabes quién soy?

ASTOLFO.

No sé nada;
Que á estas horas y á estos celos,
Todas las sombras son pardas.

DUQUE.

Pues vuelve por donde entraste.

ASTOLFO.

Celos no vuelven la espalda.

DUQUE.

Yo haré que las vuelvas, y...
(*Sacan las espadas y riñen.*)

JULIA.

¡Señor, señor!

DUQUE.

Suelta, aparta.
(*Dentro ruido de espadas.*)

PORCIA.

En la calle al mismo tiempo
Se oyen tambien cuchilladas.

ESCENA XII.

ENRIQUE, CARLOS Y LEONELO, *dentro*. — DICHOS.

ENRIQUE. (*Dentro.*)

Yo he de entrar en el jardin.

CÁRLOS. (*Dentro.*)

Mi brazo esta puerta guarda.

JULIA.

Da voces, Porcia.

DUQUE.

Hoy verás
Que es rayo ardiente mi espada.

ASTOLFO.

¡Oh! que estás favorecido,
Y riñes con gran ventaja.

ENRIQUE. (*Dentro.*)

La puerta echaré en el suelo.

CÁRLOS. (*Dentro.*)

La guardo yo.

JULIA.

¡Pena rara!

LEONELO. (*Dentro.*)

Yo te sabré hacer pedazos.

PORCIA.

Luces traeré desta sala. (*Vase.*)

JULIA.

¡Acudid todos!

ASTOLFO.

¡Ay cielos!
Muerto soy.
(*Cae en el suelo herido y desmayado.*)

PORCIA.

¡Desdicha extraña!

DUQUE. (*Ap.*)

Que aquí no me conocieran
Fuera de grande importancia.

ESCENA XIII.

ENRIQUE, CARLOS, LEONELO, OCTAVIO Y CANDIL, *que vienen de la calle;* PORCIA, *que saca luz.* — JULIA, EL DUQUE; ASTOLFO, *caido en tierra.*

ENRIQUE.

Julia, ¿qué es esto?

JULIA.

No sé:
Tu desgracia y mi desgracia.
Tu hijo Astolfo (¡muerta estoy!)
Es (¡qué pena tan tirana!)
El que (¡rigurosa estrella!)
Sobre (¡el aliento me falta!)
Estas flores (¡qué rigor!)
Caducas ya (¡qué desgracia!)
Hizo (¡terrible desdicha!)
Que con su púrpura y nácar
Se conviertan en rubíes
Las que fuéron esmeraldas.
El brazo (¡ay Dios!) que te ofende,
El acero que te agravia,
No le sepas, no le sepas;
Que será doblar las ansias,
Ver posible la desdicha
E imposible la venganza.

ENRIQUE.

¿Cómo imposible (¡ay de mí!)
Si este acero y estas canas
Etna de fuego y de nieve
Serán...? (*Acomete al Duque.*)

JULIA.

Tente, espera, aguarda,
No le ofendas, que es el Duque.

DUQUE.

Enrique, Enrique, ya basta.

ENRIQUE.

Pues vuestra Alteza, señor,
¿Tanto enojo, furia tanta?

DUQUE.

Así mi valor castiga
A quien mi valor agravia;
Y si mil veces viviera,
Le diera muerte otras tantas. (*Vase.*)

LEONELO.

¡Qué lastimosa tragedia! (*Vase.*)

OCTAVIO.

¡Qué rigurosa desgracia! (*Vase.*)

CÁRLOS.

¡Qué amigo tan infeliz! (*Vase.*)

JULIA.

¡Qué mujer tan desdichada! (*Vase.*)

CANDIL.

De todo tuve la culpa,
Tener la pena me falta. (*Vase.*)

PORCIA.

Temblando estoy de temor,
Por ser de su muerte causa. (*Vase.*)

ENRIQUE.

¡Ay infelice de mí!
En pena, en desdicha tanta,
Pues que me falta en la tierra,
Denme los cielos venganza.
(*Llévase á su hijo.*)

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, LAURA.

LAURA.

Hasta que te vi, señor,
Turbada estuve y suspensa,
Pendiente el alma de un hilo,
Ni bien viva, ni bien muerta.
¿Cómo vienes? Cómo fué
Este prodigio? Qué intentas?
Qué pasó? Qué sucedió?
No con tal duda me tengas,
Porque es otra pena aparte
Vivir dudando una pena.

ENRIQUE.

¿Estás sola?

LAURA.

Sola estoy;
Pero cerraré la puerta.

ENRIQUE.

No la cierres, que podrán
Escucharnos detras della;
Que el que quiere decir, Laura,
Cosas, y mas como estas,
Adonde importa el secreto
Tanto, hace mal si la cierra,
Pues no sabe quién le escucha:
Mejor es dejarla abierta;
Que yo veo desde aquí
Á quien sale y á quien entra.
Ya te acuerdas de la noche
Que, tantas veces funesta
Para mí, desde la casa
De madama Julia bella
Traje á la mia á tu hermano
En mis hombros; ya te acuerdas
Que bañado entre su sangre,
Volvió del desmayo apénas,
Cuando... Mas ¿por qué mi voz
Repetirte, Laura, intenta
Lo que es justo que no olvides,
Lo que es preciso que sepas?
Pues dijo un sabio que solo
Arte de memoria era,
Estudiar uno desdichas,
Que, como una vez se aprendan,
Nunca saben olvidarse.
Y pues acordarte es fuerza,
Paso ahora á lo que ignoras,
Porque todas las adviertas.
Apénas el sol anoche
Vencido de las tinieblas,
Caer se dejó en el mar,
Sustituyendo su ausencia
Las estrellas y la luna
(Porque abrasadas vireinas
De la majestad del sol
Son la luna y las estrellas),
Cuando, poniendo reparos
A la sagrada violencia

Digitized by Google

Del rayo del poderoso,
Dispuse contra su fuerza
Mi ingenio; bien como aquel
Geroglífico lo enseña
De la encina y de la caña,
Que una fácil, y otra opuesta
A las ráfagas del viento,
Del raudal á las violencias,
Coronaron la humildad,
A vista de la soberbia.
Al tiempo pues que Sajonia
Celebraba las exequias
De Astolfo, salimos yo
Y... Mas turbada la lengua
No se atreve á pronunciarlo,
Que aun de imaginarlo tiembla.

LAURA.

No importa, ya sé quién dices.

ENRIQUE.

En una oculta maleza
De ese monte, tan guardada
De las hojas y las peñas,
Que no echó ménos el dia;
(Porque siempre para ella
Es noche, pues no ve al sol
Que amanezca ó no amanezca)
Prevenidos dos caballos
Tuve, cuya lijereza
El viento calzó de pluma:
Tan hijos suyos, que fuera
La espuela manchar en ellos,
Desprecio, y no diligencia.
Aquí pues, la voz, aquí
En mil suspiros envuelta,
En mil lágrimas bañada,
Dije... Pero gente llega:
Luego, Laura, lo sabrás.

ESCENA II.

LUCRECIA, CANDIL. — ENRIQUE, LAURA.

LUCRECIA.

Don Cárlos está á la puerta.

CANDIL.

Dice, si para besar
Tus manos le das licencia.

ENRIQUE.

Amigo de Astolfo fué.

LAURA. (*Ap.*)

Y enemigo mio, pues llega
A darme tantos cuidados.

ENRIQUE.

Decid que entre en hora buena.

(*Hace Candil como que se va, y vuelve á quedarse.*)

Pero decidme primero,
Candil, ¿qué venida es esta?
¿Servis á Cárlos?

CANDIL.

Señor,
Desde aquella noche mesma
Que trajiste herido á Astolfo
A casa, y como si fuera
Tu familia su homicida,
Con enojo y con afrenta
A todos nos despediste,
Sirvo á Cárlos.

ENRIQUE.

No me pesa.
Decid que entre. — Mira, Laura,
(*Vase Candil.*)
Que importa que nada entienda.

LAURA. (*Ap.*)

Eso díselo á mis ojos,
Porque, si son mudas lenguas
Del alma, no callarán
A Cárlos nada que sepan.

ESCENA III.

CARLOS, CANDIL. — ENRIQUE, LAURA, LUCRECIA.

CÁRLOS.

Aunque fuera desta casa,
Dando de mi amistad muestra,
Recibo el pésame yo,
El darle aquí será fuerza.
Si bien de una circunstancia
Hoy mis ojos me reservan,
Que es encareceros cuánto
Siento la infeliz tragedia
De Astolfo, pues si perdisteis
Un hijo y hermano en ella,
Yo perdí un amigo, y no
Es pérdida mas pequeña;
Que es parentesco sin sangre
Una amistad verdadera.

ENRIQUE.

Bésôs, Don Cárlos, las manos;
Que bien tenemos por ciertas
De vuestra noble amistad
Tantas generosas muestras.
Bien lo dice mi cuidado;
Pues el no dejar que os viera
Astolfo en su enfermedad,
Por excusarle la pena
Fué que llevó de perderos.

CÁRLOS.

Mis lágrimas solo sean
Hoy testigos de la mia.

LAURA.

Mal en tratarlás hicierá
Como ajenas, siendo propias.

CÁRLOS.

Nunca estas fuéron ajenas.

CANDIL.

¡Ay! (*Hace que llora.*)

LUCRECIA.

¿Pues tú lloras tambien?

CANDIL.

¿Y cómo? ¿No consideras
Estás lágrimas de tinta?

LUCRECIA.

Pues ¿hay cosa que tú sientas?

CANDIL.

No.

LUCRECIA.

Pues, necio, ¿por qué lloras?

CANDIL.

Por hacer compañía, necia.

ESCENA IV.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

Aquel hombre que te habló
Poco há, te aguarda ahí afuera.

ENRIQUE.

Un negocio es, yo saldré
A hablarle. Tú aquí me espera,
Cárlos; que quiero despues
Besar la mano á su Alteza,
Y que me acompañes quiero,
Porque notes, porque adviertas
Que dar gracias por agravios
Es la mayor diligencia.
(*Vase, y con él el criado.*)

ESCENA V.

LAURA, CARLOS, LUCRECIA, CANDIL.

CÁRLOS.

¿Atreveranse mis voces,
Pidiendo al llanto licencia,
Validas de la ocasion
Que ningun tiempo desprecia,
A mezclar, hermosa Laura,
Amores á un tiempo y penas?
Pues entre penas y amores
Hay tan poca diferencia,
Que no salgo del concepto
Pues son una cosa mesma.

LAURA.

Bien podrás, Cárlos, y bien
Podré yo decir, atenta
A tus labios y á mis ojos,
Que no es posible que sea
Bueu cortesano el amor,
Pues de ninguna manera
Habla mas que en una cosa,
Mezclando gusto y tristeza.

CÁRLOS.

Por no distinguir los tiempos
Ni las personas, se cuenta
Que de un árbol mismo cortan
La muerte y amor sus flechas;
Y así, pues amor y muerte
Quiere el cielo que me hieran
Tan á un tiempo, que podrán
(Cuando ir á cobrar pretendan
Las saetas de mi pecho)
Equivocar las saetas,
Bien podré, herido dos veces,
Decir...

LUCRECIA.

Ya mi señor entra.

CÁRLOS.

Pues ya no podré decirlo.

LAURA.

Sí podrás por una reja
De mi jardin esta noche.

ESCENA VI.

ENRIQUE. — DICHOS.

ENRIQUE.

Perdonad, por vida vuestra,
La tardanza.

CANDIL. (*Ap.*)

Mas tendrá
Que perdonar en la priesa.

ENRIQUE.

Y vamos á ver al Duque.

CÁRLOS.

Vamos.

ENRIQUE.

Laura, adios te queda.

LAURA.

El cielo, señor, te guarde.

CÁRLOS. (*Ap. á ella.*)

No te olvides, Laura bella,
De que en la reja tu sol
Esta noche me amanezca.

LAURA. (*Ap. á él.*)

No haré, Cárlos, que me va
La vida en que tú la tengas. (*Vase.*)

Digitized by Google

CÁRLOS.

Tú, vete á casa, y preven (*A Candil.*)
Espada, capa y rodela.
(*Ap.* ¡Oh, quién de un suspiro al dia
La luz apagar pudiera,
Pues está, que viva un dios,
En que sola una luz muera!)
(*Vase Cárlos con Enrique.*)

CANDIL.

Fuera razonable el soplo.
¿Oyes qué digo, Lucrecia?
Está avisada, que mi amo
Hablar á tu ama concierta,
Porque estés tú á hablarme á mí.

LUCRECIA.

¿De cuándo acá esa fineza?
Habiendo vivido en casa
Tantos dias, ¿hoy te acuerdas
De enamorarme?

CANDIL.

Es porque es
Costumbre inmemorial esta,
Ad perpetuam rei memoriam
Entre los criados hecha;
Que no es porque yo te quiero.
Mas podrá ser que te quiera,
Por solo hacer compañía.

LUCRECIA.

Allá con Porcia se avenga:
No es Lucrecia para burlas. (*Vase.*)

CANDIL.

Dos romanas de la legua
Enamoro, y vive Dios,
Que he de ser en medio dellas,
Pues fuí de la Porcia Bruto,
Tarquino de la Lucrecia. (*Vase.*)

—

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA VII.

EL DUQUE, LEONELO Y OCTAVIO, *en traje de noche.*

DUQUE.

Esta pena, esta furia,
Doméstico enemigo que me injuria,
Esta ansia, este veneno,
Aspid ingrato que abrigué en mi seno,
Esta ira, esta rabia,
Que el corazon, que es dueño suyo, agravia,
No es posible que sea
Amor; deidad en mí mayor emplea,
Con enojo mas fuerte,
Pena, furia, veneno, rabia y muerte;
Pues son tantos desvelos
Las cabezas de la hidra de los celos.

LEONELO.

Yo no sé de qué suerte los previenes,
Pues tienes celos, y de quién, no tienes.

DUQUE.

Por respuesta, que puedo, te prevengo,
Tenerlos, pues de quien tenerlos tengo.
Tú mismo á un hombre viste
Que en un jardin aquella noche ¡ay triste!
Ciego y desesperado
Entró, á quien yo ofendido y enojado
Quité la vida, sin quitar la vida;
Pues primero murió, que de la herida,
De los celos que tuvo.
¡Qué fino amante, qué cortes anduvo!
Pues murió, averiguados sus recelos,
A vista de su dama y de sus celos.

OCTAVIO.

Si tú mismo confiesas de esos modos
Que murió, ¿es verdad que anoche todos
Su entierro vimos, ¿cómo en esta parte
Un muerto puede darte
Celos?

DUQUE.

Como no mueren con la muerte
Los celos.

LEONELO.

¿De qué suerte?

DUQUE.

Desta suerte:
De contrarios afectos esta llama,
De contraria razon esta centella
De celos, nace en una causa bella,
O bien porque es amada, ó porque ama.
Ni ser amada pues, ni amar la dama
Consiente amor, tasándole su estrella;
Mas entre ser amada, ó amar ella,
Lo uno disgusta, pero lo otro infama.
Luego si ya de Astolfo ser querida
No puede Julia, y yo en su llanto advierto
Que ella puede quererle sin la vida,
De los dos daños el mayor es cierto;
Y pues Julia de un muerto no se olvida,
Bien puedo yo tener celos de un muerto.

OCTAVIO.

¡Sutil sofistería
De amor!

DUQUE.

Pues mi mortal melancolía
Della nace, y yo muero
Porque remedio á mi dolor no espero.

LEONELO.

Como tenerle quiera
Tu Alteza, le tendrá.

DUQUE.

¿De qué manera?

LEONELO.

Ovidio dice, hablando del remedio
De amor, cuál es el medio:
Oye el verso.

DUQUE.

Holgaréme de saberle.

LEONELO.

«Para vencer á amor, querer vencerle.»

DUQUE.

Pues yo quiero y no puedo: luego miente
Ovidio, ó aconseja neciamente.
Y pues la pena mia
Tan obstinada en mi dolor porfía,
Con otra industria he de poder vencella.

OCTAVIO.

¿Qué pretendes hacer?

DUQUE.

Fiarme della
Sin resistirme, á ver lo que hacer quiere
De mí: lléveme pues donde quisiere.
Preveníos los dos para esta noche;
Que el sol apénas hoy desde su coche
Lid de rayos y olas
Verá sobre las ondas españolas,
Cuando á la calle yo de Julia vaya,
Solo á ver sus umbrales, porque haya
Ménos entre mi amor y su belleza.

ESCENA VIII.

ENRIQUE, CARLOS.—DICHOS.

ENRIQUE.

Déme á besar las plantas vuestra Alteza.

DUQUE. (*Ap.*)

Solo esto le faltaba á mi castigo,
Quejas de un padre, y quejas de un amigo.

ENRIQUE.

Si algun dia os mereció
Mercedes, señor, mi fe,
Dadme hoy albricias.

DUQUE.

¿De qué?

ENRIQUE.

De que ya Astolfo murió.
Aunque pido mal; que yo
Y mi honor al gusto vuestro
Las debemos: bien lo muestro
Con tan alegre albedrío,
Pues fué el muerto un hijo mio,
Que no fué un esclavo vuestro.
De aquella infelice herida
La ocasion aprovechó;
Porque hiciera mal, si no
Muriera á tal homicida.
Su muerte pues y su vida,
Que en mí son uno, es muy cierto;
Pues si ya vengado advierto,
Señor, vuestro enojo esquivo,
Para mí está Astolfo vivo,
Cuando está para vos muerto.

DUQUE.

Bien, Enrique, han hecho alarde
Los esfuerzos del dolor
De la sangre y del valor.
Dios os guarde, Dios os guarde.
(*Vanse el Duque y los criados.*)

CÁRLOS.

Confuso el Duque, cobarde
Y turbado ha respondido.

ENRIQUE.

Piedad de su pecho ha sido.
Adios, adios, Cárlos.

CÁRLOS.

Yo
He de ir con vos.

ENRIQUE.

Eso no.
(*Ap.* Bien hasta aquí ha sucedido.)
(*Vase.*)

ESCENA IX.

CARLOS.

Si decir uno el dolor
Que padece, no enternece
Sino al que el dolor padece,
Bien podré decir mi amor
Al sol, pues su bello ardor
Un laurel siguió fiel;
Y no dudo yo que él
Con sombras el yerro dore
De que yo una Laura adore,
Pues él adoró un laurel.
¡Oh tú, planeta luciente,
Mide en tu pena la mia,
Y haz hoy síncopa del dia
El ocaso y el oriente!
¡Apague el azul tridente
Tu luz, arder no presuma,
Y nazca mi amor en suma
De espuma y sombra entre horror,
Pues siempre nace el amor
De la sombra y de la espuma! (*Vase.*)

—

Sala en casa de Cárlos.

ESCENA X.

CARLOS.

Ya parece que obediente
A mi voz noble y bizarro
Guia el pértigo del carro
Por los campos de occidente:
Sombra y luz confusamente

Digitized by Google

Hacen que el atado broche
De sombra y luz desabroche
El sueño, ya perezoso,
Equivocando el dudoso
Crepúsculo de la noche.
Y pues ya se ha declarado
Triunfante la niebla fria
De las campañas del dia,
Y yo á mi casa he llegado,
Quiero, de traje mudado,
Ir donde Laura me espera,
Luciente sol desta esfera.

ESCENA XI.

CANDIL. — CARLOS.

CANDIL.

¡Vive Dios, no pare aquí
Un instante!

CÁRLOS.

¿Candil?

CANDIL.

Sí.

CÁRLOS.

¿Dónde vas desta manera?

CANDIL.

Huyendo.

CÁRLOS.

Loco pareces.
¿Qué hay?

CANDIL.

No lo sabré decir.
Ni aun pienso que sabré huir,
Con haberlo hecho mas veces.

CÁRLOS.

Nuevas sospechas me ofreces.
¿Qué es lo que te ha sucedido?

CANDIL.

Yo...

CÁRLOS.

Prosigue.

CANDIL.

¡Estoy perdido!
¿Viene álguien?

CÁRLOS.

No.

CANDIL.

Te esperaba,
Cuando sentí que á la aldaba
De las puertas hacen ruido.
Fuí á ver quién era, y hallé
Un hombre, que rebozado
Me mató la luz. Turbado,
Quién era, le pregunté;
Y muy quedo dijo que
Te buscase; y mas no habló.
Dentro de casa se entró,
Y del último aposento
Cerró las puertas, atento
A que no le viera yo.
Allí está, en fin, encerrado.
Ni sé quién es, ni qué quiere.

CÁRLOS.

Calla, y mas tiempo no espere.
Trae luz, que determinado
Yo haré que de ese cuidado
Salgas.

(*Entra Candil, y saca luz.*)

CANDIL.

Aquí tienes ya
La luz.

CÁRLOS.

Dime dónde está.

CANDIL.

Aquí.

CÁRLOS.

La puerta abriré.

(*Abren la puerta sin verse quién.*)

Pero ella abrir se ve.
¡Quien quiera que es, salga acá! —
¿No sale? — Entra tú.

CANDIL.

Si fueras
A caballo, me tocara
Ir delante; mas repara
Yendo á pié, ¡cuán mal hicieras
Si delante me trajeras!

CÁRLOS.

Suelta la luz.

CANDIL.

Eso haré
Fácilmente.

CARLOS.

Yo veré
Quién está dentro.

(*Entra Cárlos con la luz y espada desnuda, y vuelven á cerrar.*)

ESCENA XII.

CANDIL.

Cerró
La puerta, así como entró
Cárlos, quien quiera que fué.
¿Qué me toca hacer aquí
Por la ley del duelo, siendo
Criado? Criado dije? Entiendo
Que solo mirar por mí.
Y pues tanto ha que no vi
A Porcia, á verla iré en tal
Duda: afectos de leal
Ningun cuidado me dén,
Porque nunca me hará bien,
Si yo no le sirvo mal. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA XIII.

PORCIA, *con luz;* JULIA, *vestida de luto.*

JULIA.

Pon en ese cenador
Las luces sobre un bufete,
Porque no estemos á obscuras
En este trágico albergue
Las dos solas.

PORCIA.

Ya están puestas,
Y en él prevenido tienes
Un tapete, y una almohada,
Para que al fresco te sientes,
Ya que de estar aquí gustas.

JULIA.

Ningun descanso apetece
Mi vida, en tanto que triste,
Entre laberintos verdes,
Circos va de la fortuna
Y teatros de la muerte.
Lloro, Porcia, mis desdichas,
Imitadoras del fénix
Tanto, que en cuna y sepulcro
Unas nacen y otras mueren:
Que á las desdichas siempre
Otras desdichas hay que las hereden.
Triste, funesto jardin,
Tú, que un tiempo mas alegre,
Si pompa del amor fuiste,
Ruina ya del amor eres,
Donde al cielo que lo mira,
Y á la tierra que lo atiende,
Representó la fortuna
Tragedias de amor, que pueden
Tanto mover á las flores,
Tanto ablandar á las fuentes,
Que las fuentes y las flores,
De piadosas y corteses,
Corran por perlas corales,
Dén por jazmines claveles:
Oye mis desdichas, pues
Lugar á mis dichas deben
Tus cristales y tus rosas
Por lo que se les parecen;
Que mis dichas son flores y son fuentes,
O por lo fugitivo, ó por lo breve.
Yo vi, yo vi coronado,
En este jardin alegre,
De victorias al amor.
¡Cuánto engaña, cuánto miente,
Quien deidad le llama, pues
Una desdicha le vence!
Dígalo á voces el aura
Que en estas hojas se mueve
Quejosa, porque mis voces
Con sus cláusulas concierte;
Díganlo á señas las plantas,
Manchadas, que en este albergue,
Para ser tálamo nacen,
Y siendo túmulo mueren:
Pues el aura, y pues las plantas
De tratarme á mí y de verme,
Solo suspiros estudian,
Solo lágrimas aprenden;
Y podrán mejor que yo,
A quien turban y enmudecen
Las penas, porque en efecto
Las padezca y no las cuente:
Que el que decirlas puede,
Mas las alivia, Porcia, que las siente.

PORCIA.

¿El campo de la fortuna
Dejas correr de esa suerte
Al discurso? ¿No podrás
Pararle cuando le intentes?
Haz treguas, señora, un rato
Con las lágrimas que viertes;
Que así morirás de triste.

JULIA.

¿Pues qué dicha mas alegre?
Déjame, Porcia, llorar;
Pues todos dicen que es este
El mejor bien de los males,
Y el mejor mal de los bienes.—
¿Pero quién se entra hasta aquí?

ESCENA XIV.

CANDIL. — JULIA, PORCIA.

CANDIL.

Un muerto Candil, que viene
A las luces de tus ojos
A quemarse, y no á encenderse.

JULIA.

Desde que Astolfo murió,
Candil, no has venido á verme.

CANDIL.

Don Cárlos, mi nuevo dueño,
Tan ocupado me tiene,
Que no he tenido lugar.

PORCIA.

Muy anciano chiste es ese,
Dar por disculpa á los amos
De la culpa que no tienen.
Di que Lucrecia, y dirás
Bien.

CANDIL.

El diablo me enlucrecie
(Que es mucho mas, Porcia mia,

Digitized by Google

Que decirle que me lleve),
Si yo...

JULIA.

¿Qué es eso?

CANDIL.

Pregunto:
¿Y qué haces desta suerte?
¿No te da miedo este sitio?

JULIA.

No, que quien ama no teme.
Como el can que de su dueño
Sobre el sepulcro fallece,
De la lealtad y el amor
Geroglífico excelente,
Yo sobre aquestas caducas
Plantas, monumento débil
De Astolfo, pues aquí fué
Adonde cayó, estoy siempre
Con voces y con suspiros
Gimiendo y llorando á veces.

PORCIA.

¿Quieres que, por divertirte,
Cante?

JULIA.

Solo eso consiente
Mi dolor, por ser así
Que la música entristece.
(*Suenan golpes debajo de tierra.*)
Oye, detente. ¡Ay, Candil!
¡Ay Porcia! ¿qué ruido es este?

CANDIL.

Yo no entiendo bien de ruidos.

PORCIA.

Ni yo tampoco.

JULIA.

Parece
Que en el centro de la tierra
Sepulcros se abren crueles.
Vuelve á escuchar...
(*Vuelven á sonar golpes.*)

PORCIA.

¿Tan buen son
Es?

JULIA.

A ver si el ruido vuelve.

CANDIL.

Si vuelve, porque es un rüido
Muy puntual.

JULIA.

Ya es bien me acerque.

PORCIA.

Yo no, que temiendo estoy
Desde el perico[1] al juanete.

CANDIL.

Yo, que no tengo perico,
Temo desde el pié á la frente.
(*Suenan golpes otra vez.*)

JULIA.

Dad voces.

PORCIA.

Yo no... no puedo.

CANDIL.

Ni yo, que fuera indecente
Dar voces en casa ajena.

JULIA.

Preñada la tierra, quiere,
Rasgándose las entrañas,
Que nazcan ó que revienten
Prodigios. ¿No veis, no veis
Cómo toda se estremece?
¿No veis las plantas y ramos
O sacudirse ó moverse?

PORCIA.

¡Pluguiera á Dios no lo viera!

CANDIL.

¿Qué es esto que hoy me sucede?
¿Allá embozados, y aquí
Dan golpecitos?
(*Abrese una trampa en el suelo, y sale por ella Astolfo lleno de tierra.*)

ESCENA XV.

ASTOLFO.—DICHOS.

JULIA.

¡Valedme,
Cielos, que ya no hay valor,
Pues Astolfo (¡ay de mí!) es este,
Que aborto del centro nace
En la parte donde muere!

PORCIA.

¡Válgame San *Verbum caro!*

CANDIL.

¡San Dios, San Jesus mil veces!

PORCIA.

¿Adónde estaré segura? (*Vase.*)

CANDIL.

Tratar quiero de esconderme.
(*Escóndese.*)

ASTOLFO.

Quédate, Cárlos, aquí,
(*Dirigiéndose á la boca de la mina.*)
Por lo que me sucediere;
Que hasta recorrer la casa,
Yo entraré solo.

JULIA.

¡Detente,
Astolfo!

ASTOLFO.

Julia, no temas.

JULIA.

¿Qué me afliges? ¿qué me quieres?
¡Déjame, déjame! (*Desmáyase.*)

ASTOLFO.

Julia,
Oye, escucha, mira, advierte...
Sobre las flores cayó,
Donde, rendida, parece
La deidad que en este templo
Aras de púrpura y nieve
Dan á estatua de jazmines,
Dan á imágen de claveles.
¡Oh qué mal hice (¡ay de mí!)
En romper, sin que estuviese
Julia avisada, esta mina!
Pero ¿qué habrá que yo acierte?
¿Y quién pudo prevenir
Que aquí á estas horas la viese?
¡Mira, ó cielo, que no es justo,
Ya que por muerto me tiene,
Que siendo yo el muerto, sea
Julia el cadáver! Advierte
Que espira en su luz el dia:
De tantas flores te duele,
Huérfanas sin su hermosura.

PORCIA. (*Dentro.*)

¡Al jardin, Fabricio, Félix!

CANDIL. (*Dentro.*)

¡Id á socorrer á Julia!

ESCENA XVI.

EL DUQUE, *dentro.*—ASTOLFO, JULIA, *desmayada.*

DUQUE. (*Dentro.*)

Nada, Leonelo, receles.
Voces dan: rompe esas puertas.

ASTOLFO.

Ya en el jardin entra gente.
¿Qué he de hacer, que unos de otros
Nacen los inconvenientes?
(*Dan golpes dentro.*)
Si me echo á la mina, dejo
Abierta la puerta, y pueden
Averiguar contra Cárlos
Y contra mí fácilmente
El intento; si la cierro
Con ramas, porque no lleguen
A verla, no tengo luego
Por donde salir: de suerte
Que en irme, Cárlos y yo
Padecemos igualmente;
Y en quedarme y ocultarme,
Yo solo; pues yo me quede
Empeñado, y asegure
A Cárlos. Mas, pues me ofrece
Tan casüal instrumento
Esta almohada, ella cierre,
(*Cubre la mina con la almohada.*)
Y fiando á la fortuna
Algo en desdicha tan fuerte,
Me encerraré en esta cuadra.
¡Valedme, cielos, valedme!
(*Éntrase.*)

ESCENA XVII.

EL DUQUE, PORCIA, CANDIL, CRIADOS.—JULIA, *desmayada.*

DUQUE.

A tu voz rompí esas puertas.
¿Qué es esto, Porcia? ¿qué tienes?

PORCIA.

No sé, señor.

DUQUE.

Dí, Candil,
¿Qué es lo que á los dos sucede?
Pero no me lo digais:
Ya veo que á un accidente,
En el mismo sitio adonde
A Astolfo le di la muerte,
Julia yace desmayada.—
¡Julia hermosa!

JULIA. (*Volviendo en sí.*)

¿Qué me quieres?
¡Déjame, Astolfo!

DUQUE.

No soy,
Sino yo. ¿Qué es esto?

JULIA.

Atiende.
En este (¡ay Dios!), no sé (no tengo aliento)
Cómo diga, jardin, ó monumento, [ra!)
En este (¡ay Dios!), no sé (¡desdicha dura!)
Como diga, sepulcro de hermosura...
Mas ¿qué dudo, luchando yo conmigo?
Monumento, señor, y jardin digo.
Mas ¿qué digo, conmigo batallando?
Hermosura y sepulcro digo, dando
La rienda á mis enojos,
Apostaban los labios y los ojos
A lágrimas y voces,
Que igualmente veloces
Corrian cada cual á su elemento,
El llanto al agua, y el suspiro al viento;
Si no es que desatados

[1] Especie de tocado.

Digitized by Google

Iban todos al fuego; que abrasados
Tanto salian de mi helado pecho
Lágrimas y suspiros, que sospecho
Que monstruo el fuego sea,
Cuando compuesta de contrarios vea
Su esfera, porque luego
Cuanto gemí y lloré, todo era fuego;
Pues por donde el suspiro y llanto pasa,
El llanto quema, y el suspiro abrasa.
Aquí en mis fantasías,
Crueldades tuyas, ó desdichas mias,
Estaba pues llorando,
Cuando (¡ay infeliz!) cuando
Alterada la tierra,
Que los tesoros pálidos encierra
De muertos, con extrañas
Lides rasgar queria las entrañas,
Echando de su centro
Los prodigios que ya no caben dentro.
De mudos golpes pues flores y plantas,
Informadas (¡ay Dios!) en penas tantas,
A temblar empezaron.
Que tiemblen las raices que miraron
Del céfiro las hojas sacudidas,
No es mucho; mas que tiemblen hoy he-
Las hojas con embates infelices [ridas
Al céfiro que hiere las raices,
Son iras, son congojas
Que ignoran las raices y las hojas.
En efecto, al gemido, que no pudo
Articular el viento, porque mudo
Dentro del seno estaba,
Cuando solo por señas se quejaba,
Tembló el jardin, y tanto le provoca,
Que para respirar abrió la boca.
No así el Vesubio fiero,
Que baluarte rústico de acero,
Contra los cielos vomitar presumo
Bombas de fuego y pólvora de humo,
Comunero del sol, al sol se atreve,
De cuyo incendio es la ceniza nieve;
Como esta tierra, esta que ves, herida,
De sus mismas entrañas desasida,
A las estrellas estrellada sube
Pirámide de polvo, densa nube,
A empañar importuna
Los trémulos cristales de la luna.
Yo vi aqui .. Desmayada
La voz, torpe la accion, la lengua helada,
Erizado el cabello,
En el pecho un puñal, un nudo al cuello,
Equívoca la vida,
Al corazon la sangre retraida,
Embargado el aliento,
Muerto el sentido, vivo el sentimiento...
No puedo hablar... yo vi, yo vi bañado
En sangre y polvo á Astolfo, que abortado
De su sangre nacia.

DUQUE.

Detente, que tu gran melancolía,
Que tus vanos desvelos
En tí fuéron temores, y en mí celos;
Pues cuanto causa ha sido
De que tú esa ilusion hayas tenido,
Con el mismo argumento
Lo es de que tenga yo ese sentimiento.
¿Adónde está esa boca que te asombra?
¿Adónde, que te aflige, está esa sombra,
Si no es en tu deseo?
Y pues que vivo en tu memoria veo
A quien muerto me ofende,
Vengarse dél aquí mi amor pretende.
No hablarte imaginaba
Jamas, aunque tus prendas adoraba;
Mas pues un muerto á mí me da desvelos,
Vivo yo, á él le tengo de dar celos.
Y no será la pena, no, fingida;
Que si el alma no muere con la vida,
Bastarále en tal calma,
Para que tenga celos, tener alma.
Salíos todos afuera. (*Vanse los criados.*)

JULIA.

Mira, señor, advierte, considera...

DUQUE.

No llores, que es en vano.

JULIA.

Que á los cielos ofendes.

DUQUE.

Soy tirano.

JULIA.

Manchadas estas flores,
¿No te ponen horror?

DUQUE.

Desprecio horrores;
Y ántes, que has de ver, piensa,
Que con su sangre se manchó tu ofensa.

ESCENA XVIII.

ASTOLFO, *que sale al paño.*—JULIA, EL DUQUE.

ASTOLFO. (*Ap.*)

No verá, que primero
Moriré yo otra vez. ¡Cielos! ¿qué espero?
Pero si á verme llega,
El paso á mi esperanza se le niega; [bre,
Que querer que de verme aquí se asom-
Es temor de mujer, no es temor de hom-
Pues el remedio sea [bre.
Que estorbe la ocasion, y él no me vea.

DUQUE.

Pues viste á Astolfo, di que á defenderte
Llegue.

ASTOLFO.

Sí llegará, y de aquesta suerte.
(*Apaga la luz.*)

DUQUE.

La luz han muerto, y una voz escucho.

JULIA.

De Astolfo es esta voz.

DUQUE.

Cobarde lucho
(*Saca la espada.*)
Con mi asombro y contigo.

JULIA.

¡Mira si fué temor cuanto yo digo!

DUQUE.

Temor fué, que primero
Que al espanto me rinda, hacer espero
De mi valor alarde;
Que nada á mí me puede hacer cobarde.

ASTOLFO. (*Ap.*)

Ya ¡cielos! que sin verme
Estorbé su rigor, vuelvo á esconderme.
(*Vuelve á esconderse donde estaba.*)

DUQUE.

¿Adónde, voz, te escondes?
Si me llamas, ¿por qué no me respondes?

ESCENA XIX.

CARLOS, *que sale por la mina.*—JULIA, EL DUQUE.

CÁRLOS. (*Ap.*)

A las voces, espadas y rüido,
Del puesto en que aguardaba me he sa-
Que, ya Astolfo empeñado, [lido;
Con él he de morir puesto á su lado,
Que es lo que á mí me toca,
Y como estaba dejaré esta boca.
(*Vuelve á poner la almohada en la mina.*)

JULIA.

¡Muerta soy, cielos!

DUQUE.

Ilusion, ó sombra,
Ni tu aspecto me espanta ni me asombra.
¡Hola, Leonelo, Octavio!

ESCENA XX.

LEONELO, OCTAVIO; CRIADOS, *con luz*; PORCIA, CANDIL.—CARLOS, JULIA, ASTOLFO, *oculto.*

LEONELO.

¿Qué es aquesto?

CÁRLOS. (*Ap.*)

En grandes confusiones estoy puesto.

DUQUE.

¿Qué miro? ¿Cárlos?

CÁRLOS.

Sí.

DUQUE.

¿Cómo has entrado
Aquí?

CÁRLOS.

Del ruido entré, señor, llamado.

LEONELO.

¿Por dónde, si la puerta
Guardamos?

CÁRLOS.

Por las tapias de la huerta.

CANDIL.

Pues muy presto has venido,
Para dejarte en casa y escondido.

DUQUE.

¿Viste, Cárlos, Leonelo, Octavio, viste
A Astolfo?—¡Pena triste!

CÁRLOS.

¿A Astolfo? Considera que sería
Ilusion de tu ciega fantasía.

DUQUE.

Si el miedo engaña, ¿puedo
Yo engañarme, si yo no tengo miedo?
Yo he escuchado su voz, su forma he visto
Al matarme esas luces. ¡Mal resisto
La cólera!

JULIA.

¡Y es cierto!

CANDIL.

El anda en pena aquí despues de muerto.

LEONELO.

Pues para asegurar tales extremos,
Todo aqueste jardin examinemos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay de mí, si por dicha[1]
Le hallan!

ASTOLFO. (*Al paño.*)

¡Qué cierta es, cielos, mi desdicha!

DUQUE.

Abierta está esta cuadra.

CÁRLOS.

Yo á miralla
El primero entraré.
(*Llega donde está Astolfo.*)

ASTOLFO.

Pues, Cárlos, calla.

[1] No quiere decir *por fortuna*, pues sería una *desgracia*: equivale á *por casualidad*, *por acaso*.

Digitized by Google

CÁRLOS.

Sí haré.—Nadie hay aquí.

OCTAVIO.

Ni aquí tampoco.

DUQUE.

Pues no fué sueño lo que miro y toco.
Yo le he visto y oido,
Verdad, Leonelo, ha sido
(¡Qué desdicha tan fuerte!)
En el lugar donde le di la muerte.
(*Vase.*)

PORCIA.

Este galan fantasma, ¿qué pretende?

CANDIL.

Que tenga esposo...

PORCIA.

¿Quién?

CANDIL.

La Dama Duende.
(*Vanse todos, ménos Cárlos, Astolfo y Julia.*)

ESCENA XXI.

JULIA, CARLOS; ASTOLFO, *oculto.*

ASTOLFO. (*Al paño.*)

¿Quién mis penas ignora?

CÁRLOS.

[ahora
Julia, escucha: aunque á ver vuelvas
A Astolfo, no te espantes, porque vivo
Está, y á verte viene. Esto apercibo
De paso á tu belleza;
Que no puedo dejar de ir con su Alteza.
(*Ap.* Y no es sino ir á ver si amor restaurá
Tan tarde la ocasion de ver á Laura.)
(*Vase.*)

ESCENA XXII.

JULIA; ASTOLFO, *oculto.*

JULIA.

Cárlos, escucha, detente;
No dejes tan presuroso
Por virey en mis sentidos
Un asombro de otro asombro.
¿Astolfo cómo es posible
Que viva? ¿cómo, di, Astolfo
Viene á verme? ¿cómo puede
Ser verdad?
(*Sale Astolfo.*)

ASTOLFO.

Escucha cómo,
Ya que avisada de Cárlos,
Imposible dueño hermoso,
Estás, y el temor nos deja
En aqueste jardin solos.
Bien te acuerdas que á esta esfera,
Y aun á aqueste sitio propio,
Celoso una noche entré
Y salí muerto. No toco
Si fué lo mismo el salir
Muerto que el entrar celoso,
Puesto que celos y muerte
Dicen muchos que es lo propio.
En los brazos de mi padre,
Que me lloraba piadoso,
A pesar de mi dolor
El perdido aliento cobro,
De la derramada sangre
Bañado cabello y rostro,
Tanto, que corriendo al pecho
En dos humanos arroyos
Los ojos y las heridas
Equivocaron lo rojo;
Porque para que dudase
Si la vierto ó si la lloro,
De envidia de las heridas
Llorabau sangre los ojos.
En el último aposento,
Donde apénas temeroso
Entró el sol deshecho en rayos,
Entró el aire envuelto en soplos,
Me encerraron; y la cura
De la herida fué de modo,
Que ni amigo ni criado
Entró á verme; porque solos
Mi padre y mi hermana fuéron,
Asistiendo cuidadosos
Los prácticos obedientes
De un grande físico docto,
Que entraba á verme á deshora
Recatado y temeroso.
Con este estudio en mi padre,
En mi hermana estos ahogos,
Este silencio en mi casa,
Y esta ceremonia en todos,
Convalecí, por hacer
A mis celos este oprobio
De no morir de mis celos,
O por darles este enojo
A mis dichas; pues vivir
Un desdichado, no es poco.
Apénas pues nueva vida
Mal restituido cobro,
Cuando mi padre de aquel
Voluntario calabozo
Me saca una noche á obscuras,
Al mismo tiempo que oigo
En otro cuarto en mi casa
Tristes exequias y lloros.
Los umbrales de una puerta
Pavorosamente toco,
Cuando de la otra sale
Un entierro suntüoso.
«¿Quién es el muerto?» pregunto
A mi padre, y él dudoso:
«Tú eres aquel mismo», dijo.
Y aunque de escucharle absorto,
Conocí un gozo entre penas,
Y vi una pena entre gozos:
De suerte, que en un instante
Breve, en un espacio corto,
Vivo y muerto por dos puertas
Me miré sacar yo propio.
Era la estacion que ya
El planeta luminoso,
Dejándonos en la noche,
Llevaba el dia á otro polo.
Seguí á mi padre hasta un monte,
De cuyo seno medroso
Disformemente nacia
El hurto, el sueño y el ocio.
Aquí pues en una oculta
Parte, murada de troncos,
Tanto que aun no penetraba
El inculto sitio umbroso
El aire que por defuera
Le andaba acechando, solo
Como para hacer silencio,
Ceceando en suspiros roncos,
Mi padre con lengua muda
Mal desatada en sollozos,
Me dijo: «Yo he pretendido
No ver ni llorar, Astolfo,
Tu muerte segunda vez;
Porque dolor tan penoso
No es dolor para dos veces,
Sin osar ponerle estorbos.
Ofendido al Duque tienes:
Violencias de un poderoso
Vénzalas, hijo, la industria,
Cuando el valor puede poco.
Al rayo que de la nube
Preñada es fatal aborto,
No le burla aquella torre
Que cimera de un escollo,
Rebellin contra los rayos,
Está al reparo de todos;
Aquella cabaña, aquella
Que, en lo ignorado del soto,
Apénas el sol la sabe,
Sí que burla los enojos;
Porque lo ignorado mas
Seguro está del destrozo
Que lo altivo; que está cerca
Lo eminente de ser polvo.
Húrtale el cuerpo á la ira;
Pues hoy el medio dispongo
Tan nuevo, que abrazo vivo
Al que muerto lloran todos.
Desfigurado cadáver
Es el que por tí supongo,
En quien el Duque la ira
Quiebre, y llegue el desenojo;
Que mas allá de la muerte
No sabe pasar lo heróico.
De lo mejor de mi hacienda,
Reducida á joyas y oro,
La mayor parte te entrego:
El céfiro es perezoso
Con ese caballo; en él
Sube, y pon tu vida en cobro.»
Dijo, y callando la lengua,
Y solo hablando los ojos,
Dió de los piés al caballo,
Dejándome puesto en otro.
Yo, que en medio de tan nuevos,
Tan raros, tan portentosos
Sucesos, dejé lugar
Para tí (que fuera impropio
Defecto que las desdichas
Se levantasen con todo),
Me acordé de que tenia
Cárlos hecha para otro
Fin una mina en tu casa....
(Tu enemigo fué, no ignoro
Que adivines el intento):
Pues valiéndome animoso
De su amistad y mi amor,
Sin tu licencia la rompo;
Que es esta, por cuya boca
(*Abre la mina.*)
Bosteza la tierra asombros.
Por ella he venido, Julia,
A desengañarte solo
De que vivo, si es que vivo
Hoy en tu pecho amoroso.
Y pues tu riesgo es mi riesgo;
Si me estimas, lugar propio
Te da el carro del amor
Entre sus triunfos famoso.
Yo no puedo ya vivir
Aquí; ausentarme es forzoso,
Y mas habiendo causado
Ya en tu casa este alboroto.
Vente conmigo: vivamos
Libres del rayo; que como
Viva yo contigo, Julia,
Tendré á la fortuna en poco.
No desprecies la ocasion,
Que á Dios te iguala en un modo,
Pues está en tu mano hacer
De un desdichado un dichoso.
Y si no, desengañado
De que han valido tan poco
Contigo, ó hermosa Julia,
Estas lágrimas que lloro,
Estos suspiros que lanzo,
Y estas razones que formo,
Me iré donde nunca tengas
Noticia de mí; pues solo
Habrá servido el venir
A verte de un breve, un corto
Paréntesis de mi muerte;
Y de tu rigor quejoso,
Dejándote á que del Duque
Seas sagrado despojo,
Volveré á cerrarle, haciendo
Verdad mi fin lastimoso;

Digitized by Google

Que si de una vez la muerte
El suyo ha acertado á todos,
A mí ya de dos la una
¿Cómo podrá errarme, cómo?

JULIA.

Astolfo, señor, mi bien,
Dulce dueño, amado esposo,
Y... Pero todo lo he dicho
Solo con decir Astolfo:
A mis ojos las albricias
De tu vida no perdono;
Si bien no te pueden dar
Mas que lágrimas mis ojos.
Asombro tuve y temor
De verte tan prodigioso;
Y aunque el temor he perdido,
Aun no he perdido el asombro;
Que no es posible que sean
Verdad las dichas que toco;
Que cuanto las sé, por verlas,
Por ser dichas, las ignoro.
Tú vivas feliz los años
Que vive el pájaro solo,
Que es en hoguera de pluma
Hijo y padre de sí propio;
Y si para que los vivas
Algo á tu lado te importo,
Llévame contigo, y sea
Patria mia el mas remoto
Clima, donde el sol apénas,
Nudo luciente del globo,
Se deja acechar del dia,
O adonde con rayos rojos
No deja triunfar la noche;
Que ya en estos, ya en esotros,
Viviré siempre contenta;
Que no quiero mas abono
Para la felicidad,
Que poder llamarte esposo.
Y así, en tanto que animosa
Mi hacienda y joyas dispongo,
Vive en la casa de Cárlos;
Que aunque por casos honrosos
Es mi enemigo, tambien
Es tu amigo, y bien conozco
Que si en balanzas iguales
Aclaman un pecho heróico
Venganza y piedad, ira
A la piedad generoso,
Y no á la venganza. ¿Quién
Fuera ya imprudente y loco
A lo infame, cuando está
Al paraje de lo heróico?
Y yo, para asegurarte
Tiempo, que será tan poco
Que aun á tí te lo parezca,
Hoy con estudio ingenioso
Haré cubrir esta boca
Con una trampa, de modo
Que con las plantas y flores
Continuando los adornos
Del jardin, engañar puedan
Al austro, al cierzo y al noto.
Por aquí á hablarme vendrás
De noche, sabiendo solo
Un jardinero el secreto,
A quien fiarle dispongo.
Con esto, y con el temor,
Que ya publicado noto,
Tendré cerrado el jardin
Todo el dia, porque solo
Para tí de noche abierto
Esté. — Pero ruido oigo:
Vete, Astolfo, no te vuelvan
A ver.

ASTOLFO.

Pésame, que el poco
Tiempo no me da lugar
De agradecerte dichoso
Estas finezas.

JULIA.

No esperes
Mas.

ASTOLFO.

A la mina me arrojo.

JULIA.

Ya no me da espanto el verla.

ASTOLFO.

Viéndote á tí, á mí tampoco.

JULIA.

Y es justo...

ASTOLFO.

¿Qué?

JULIA.

Que ántes ya
La venere.

ASTOLFO.

¿Por qué modo?

JULIA.

Porque es bien que de prodigios
Use amor tan portentoso.

ASTOLFO.

¿Eslo el tuyo?

JULIA.

Y lo será.

ASTOLFO.

Digno es de lo que te adoro
Ese extremo.

JULIA.

El ruido vuelve.

ASTOLFO.

Adios, Julia.

JULIA.

Adios, Astolfo.

JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA PRIMERA.

LEONELO, ENRIQUE.

LEONELO.

Presto saldrá aquí su Alteza:
Aquí podeis esperar;
Que tiene á solas que hablar
Con vos.

ENRIQUE.

¡Extraña tristeza
Es la mia! ¿No direis,
Si vuestra atencion lo infiere,
Qué es lo que el Duque me quiere?

LEONELO.

De su boca lo sabréis. (*Vase.*)

ESCENA II.

ENRIQUE.

¡En notable confusion
Este recato me ha puesto!
¿Qué puede ser, cielos, esto,
Que con tanta prevencion
Le obliga al Duque á llamarme?
¡Oh! ¡cómo siempre el temor
Camina hácia lo peor!
Mas no hay de qué recelarme.
Si quejoso me imagina
De su rigor, ¿no será
Mas cierto pensar que ya
Hacerme honras determina
Que disculpen su rigor?
Sí, pues que no puede ser
Otra cosa, cuando á ver
Llego que de mi temor
El reparo he conseguido
Tan cuerda y secretamente,
Que de Astolfo ¡ay de mí! ausente
Aun yo propio no he sabido.
Pues si ya en salvo su vida
Con su muerte está en mi extremo,
¿Qué recelo ni qué temo?
Nada á mi valor impida.

ESCENA III.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

A tus piés estoy: llamado
De tí, á servirte he venido.

DUQUE.

Es verdad, que yo he querido,
Enrique, de un gran cuidado
Con vos á solas hablar.

ENRIQUE.

¡Cuidado, y conmigo!

DUQUE.

Sí,
Y tan extraño.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DUQUE.

Que si le llego á pensar,
Decirle, Enrique, no puedo,
Bien que le puedo sentir,
Ni vos le podréis ya oir
O sin asombro ó sin miedo;
Y así, previniendo el pecho
De que me habeis de escuchar
Un suceso singular,
Oid.

ENRIQUE.

Mil cosas sospecho,
Y ya, aunque mal, las resisto.

DUQUE.

Pues de una vez las publique.
Yo he visto á Astolfo, yo, Enrique.

ENRIQUE.

¿Qué decis?

DUQUE.

Que yo le he visto.

ENRIQUE.

(*Ap.* ¡Esta fué (¡ay cielos! ¿qué haré?)
La ausencia, Astolfo, que hiciste?)
¿Dónde fué donde le viste?

DUQUE.

En casa de Julia fué,
Donde cada noche va;
Que desde la que le ví,
Ninguna falta de allí,
Y toda Sajonia está
Llena desto; que si vos
No lo sabeis, habrá sido
Porque á vos nadie ha querido
Decirlo.

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!
(*Ap.* Mas ¿qué me acobarda tanto?
Todo mi delito fué
Que dar vida procuré
A un hijo. ¿Pues qué me espanto,
Si el estilo y el secreto
Con que lo dispuse, ha sido
Haber guardado y tenido
Temor al Duque y respeto?
Pues siendo así, ¿qué me admira
Su enojo? Lo mejor es

Digitized by Google

Decir, echado á sus piés,
La verdad desta mentira.)
Grande es el pesar, señor,
Y tan grande, qué no sé
Qué disculpa ¡ay de mí! os dé
Que os pueda sonar mejor
Que la verdad. Padre soy
Y vasallo vuestro: así
Como todo procedí
Entre los dos; mas ya estoy
A vuestros piés.

DUQUE.

No me espanto
Que esos extremos hagais,
Si á hablar en esto llegais.

ENRIQUE.

Pues si no os espanta el llanto,
Muévaos tambien, y el perdon
De Astolfo, para que tenga
Quietud, de esas manos venga.

DUQUE.

Solo con esa ocasion,
Enrique, os envié á llamar,
Porque su quietud deseo.

ENRIQUE.

Dame tus piés, que bien creo
De tí un bien tan singular.

DUQUE.

Y así, para que proceda
Hoy cuerda y piadosamente
Como príncipe prudente,
Decidme vos en qué pueda
Mostrar mi piedad. ¿Dejó
Deudas Astolfo? ¿ha tenido
Obligaciones, que han sido
De restitucion? Que yo
A todo quiero salir:
Todas las quiero pagar,
Porque vaya á descansar.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué es esto que llego á oir?
De un recelo á otro mas grave
Discurro. Pues habla así,
Solo sabe que anda allí;
Pero que vive no sabe.
Pues quédese tan secreto
Como estaba mi cuidado;
Que ya, de todo avisado,
Enmendarlo me prometo
Segunda vez, si es que alguna
Consejo admite el amor.

DUQUE.

¿Qué decís?

ENRIQUE.

Digo, señor,
Que es infeliz mi fortuna;
Pero ya que generoso
Su quietud solicitais,
Ved que palabra me dais,
Como príncipe piadoso,
De hacer prudente y discreto
Cuanto á ella convenga hoy.

DUQUE.

Una y mil veces la doy.

ENRIQUE.

Una y mil veces la aceto.

DUQUE.

Quietud, descanso y perdon
Tendrá Astolfo. Decid, ¿qué
He de hacer?

ENRIQUE.

Yo os lo diré
En llegando la ocasion;
Que la quiero examinar,
Por no embarazaros, no,
Sino solo en lo que yo
No pudiere remediar. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO, *y luego* CANDIL.

LEONELO.

No sé si lo has acertado,
Señor, en haber creido
Tan fácilmente una sombra,
Tan vanamente un delirio,
Que te obligue á que dés parte
A Enrique; pues yo imagino
Que de sola una ilusion
Este escándalo ha nacido.

DUQUE.

¡Oh qué necio estás, Leonelo!
Si es verdad que yo le he visto,
Si es verdad que los criados
De Julia dicen lo mismo;
Porque desde aquella noche
Del espanto, repetido
Todas las noches, le ven
Venir á aquel propio sitio,
¿Cómo es posible que sea
Ilusion?

(*Sale Candil.*)

CANDIL.

Y yo testigo,
Que á la primera pregunta
De las generales, digo
Que no me tocan, por cuanto
Ni soy muerto ni lo he sido,
Ni quisiera jamas serlo.
Y á la segunda confirmo,
Que ví á Astolfo ocularmente,
Cuando el dicho Astolfo vino
Al dicho jardin[1], que estaba
La dicha Julia, y el dicho
Candil lo firmó, so cargo
Del juramento que fizo.

DUQUE.

¡Oh necio! con tus frialdades
¡A qué mal tiempo has venido!

CANDIL.

Siempre vengo yo á mal tiempo,
Pues ha tanto que te sirvo
De *parlier*, y nunca medro.

DUQUE.

Prosigue pues.

CANDIL.

Ya prosigo,
Que en materia de fantasmas
Nada en mi vida he creido,
Y para no serlo esta,
Escucha un discurso mio.
Todas las noches que viene
Aquesta sombra ó vestiglo,
Dicen que Julia al jardin
Baja, habiendo recogido
Su casa, donde hasta el alba
Está; que aquesto he sabido
De Porcia y de otros que están
En su casa á tu servicio.
Pues ¿cómo es, señor, posible
Que el amor haya rompido
Al mas femenil temor
Las prisiones y los grillos,
Tanto que hable una mujer
Con un muerto? Doy que ha habido
Muertos que pidan sufragios:
¿Es de sufragios camino
Irse á parlar con su dama
Un muerto enamoradizo?
¡Vive Dios, que aquí hay engaño!

DUQUE.

Bien á tus razones rindo

[1] Entiéndase *en que*.

La razon; pero no puedo
Los ojos con que le he visto.

LEONELO.

Pues doy que vino á buscarte:
¿Cómo solamente vino
Al jardin, y no á palacio?
Que si por el homicidio
Te asombrara, él estuviera
En cualquier parte contigo.

DUQUE.

No, sino porque allí es donde
Repetir quise el delito,
Y allí se me apareció.

LEONELO.

Y las noches que ha venido,
Sin que el delito repitas,
¿A qué vino? Yo te digo
Que si tú á Julia tuvieras
Fuera de su jardin mismo,
Que nunca el muerto viniera.

DUQUE.

Ya que estás tan discursivo,
Deste horror que miran todos,
¿Qué imaginas?

LEONELO.

Imagino
Que, por ponerte pavor,
Julia este asombro ha fingido
Dentro, señor, de su casa;
Pues con esto ha conseguido
Que tú la dejes en ella.
Y si no, haz que escondido
Me tenga en el jardin Porcia;
Que yo solo á entrar me obligo
A averiguarlo; y haz tú
Que en aqueste tiempo mismo
Falte Julia del jardin;
Verás si es cierto ó fingido;
Pues ni él vendrá, si ella falta,
Ni irá donde yo hubiere ido.

DUQUE.

Yo puedo formar discursos;
Pero no temer peligros;
Y viendo tú que es engaño
En mi ofensa concebido,
Nadie le ha de examinar,
Leonelo, sino yo mismo.—
Ve tú á Porcia, y dile á Porcia (*A Candil.*)
Que del jardin el postigo
Me tenga abierto á la noche.

CANDIL.

¿Y con quién hablais?

DUQUE.

Contigo.

CANDIL.

Yo no puedo entrar en casa
De Julia.

DUQUE.

¿Por qué?

CANDIL.

Reñido
Estoy, señor, con un muerto,
Porque á no sé que me dijo,
Le puse en la calavera
Estos mandamientos cinco:
Jurómela con un hueso,
Y temo que haya venido
Este muerto, rey de armas,
A aplazarme el desafío.

DUQUE.

Tú has de hacer lo que te mando.
Yo me quedaré escondido,
Y miéntras que planta á planta
Todo el jardin examino,
Los dos me retireréis

Digitized by Google

A Julia, á ver si atrevido
Desprecia mi amor portentos,
Arrastra mi amor prodigios.

OCTAVIO.

Porque lo mas importante
No se nos olvide, dinos,
Si acaso á Julia sacamos
Deste hermoso laberinto,
¿Dónde la hemos de llevar?

DUQUE.

¿Dónde? A algun jardin vecino
De su casa, porque ménos
Sea el escándalo y ruido,
Y este será el de Florencio,
El de Cárlos ó Fabricio. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Enrique.

ESCENA V.

LAURA, CARLOS, LUCRECIA; *despues* ENRIQUE.

LUCRECIA.

Mi señor sube, señora.

LAURA.

¡Ay de mí!

CÁRLOS.

¡Yo estoy perdido!
¡Que una vez, que me atreví
A verte, haya sucedido
Tan mal! ¿Qué haré?

LAURA.

Retirarte
A aqueste retrete mio.

CÁRLOS.

¡Ay cielos! ¡qué juntos andan
La ventura y el peligro! (*Escóndese.*)
(*Sale Enrique.*)

ENRIQUE.

Laura.

LAURA.

Señor.

ENRIQUE.

¿Quién está
Aquí?

LAURA.

Solo está conmigo
Lucrecia.

ENRIQUE.

Salte allá fuera.

LUCRECIA. (*Ap.*)

¡Ay de todos, si le ha visto! (*Vase.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, LAURA; CARLOS, *escondido.*

LAURA.

(*Ap.* ¡En qué ciega confusion
Están todos mis sentidos!
¡Mi padre llorando (¡ay triste!),
Cuando Cárlos escondido!
Por no morir de cobarde,
A hablarle me determino.)
Señor, ¿qué tristeza es esta?
¿Tú con dolor repetido
Das lágrimas á la tierra,
Das á los vientos suspiros?
¿Qué es esto, señor? ¿qué tienes?

ENRIQUE.

Tengo penas, tengo un hijo,
Y cada uno para un padre
Sois cuidados infinitos.
Cuando juzgué que de todos
Con Astolfo habia salido,
Vuelvo á padecer de nuevo
Cuidados de padre dignos.

LAURA.

¿Qué cuidados?

ENRIQUE.

¿Pues no basta
Saber, Laura, que escondido...?
Déjame, que hablar no puedo.

LAURA. (*Ap.*)

A declararse conmigo
Iba, y al decir que sabe
Que Cárlos está escondido,
Le volvió á atajar el llanto.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer, cielo benigno?

ENRIQUE.

En fin, Laura, ¿no es bastante
A que amor haya podido
Traer en casa de su dama
Un traidor, que me ha ofendido
En la vida y el honor?

LAURA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué escucho?

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué miro?

LAURA.

Señor, tu honor siempre está
Mas que el sol luciente y limpio;
Que nadie pudo atreverse
A turbarle el menor viso.

ENRIQUE.

No está, Laura, pues Astolfo
Me pone á tanto peligro.

LAURA.

¿Quién, señor?

ENRIQUE.

Astolfo, que
Enamorado ha venido
A la corte, y en su casa
Le tiene Julia escondido,
Donde le han visto mil gentes,
Y el Duque propio le ha visto.

LAURA. (*Ap.*)

Eso sí, vuelva mi aliento
Otra vez al pecho mio.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Gracias, ó cielo, te doy,
Que ya sin temor respiro!

ENRIQUE.

Aunque es verdad que por muerto
Los que le ven le han tenido,
Es fuerza desengañarse
De tan ciego desatino.
Y así aquesta noche á hablar
A Julia me determino,
Y decir que si le quiere,
Que le excuse del peligro;
Que restar lo que se ama,
Mas que fineza, es delirio;
Pues quien quiso para el daño
Muy groseramente quiso.

LAURA.

Aunque yo no te aconsejo,
Lo que me parece digo,
Y es que no es, señor, razon
Que enojado y ofendido
Llegues á hablar á una dama
En cosas de amor tú mismo;
Pues la vergüenza podrá
Negarte lo que has sabido;
Que hay delito que el decirle
Mas que el hacerle es delito.

ENRIQUE.

¿Qué he de hacer? ¿dejarlo así?

LAURA.

Las mujeres nos decimos
Mas fácilmente á nosotras
Todo aquello que sentimos.
Yo iré á visitar á Julia,
Y á darle de todo aviso;
Que no dudo que ella quiera
Mas tenerle ausente vivo,
Que verle presente muerto
Otra vez.

ENRIQUE.

Muy bien has dicho.
Vé á visitarla, y sea luego;
Pues aunque ya ha anochecido,
No importa ir á aquestas horas;
Que será tiempo perdido
Todo lo que se dilate:
Y yo, Laura, iré contigo
Por estar siempre á la mira.
En tanto que yo apercibo
La silla, ponte tú el manto. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LAURA, CARLOS, *que sale de donde se escondió; despues* LUCRECIA.

LAURA.

¡De buena habemos salido!

CÁRLOS.

¿Cómo, que era vivo Astolfo,
Nunca, Laura, me habias dicho?

LAURA.

Porque nunca hubo ocasion.
(*Sale Lucrecia.*)

LUCRECIA.

Señor[1] está divertido:
Ahora podrás salir.

CÁRLOS.

Adios.

LAURA.

Adios, dueño mio.

CÁRLOS.

De todo aquesto conviene
Ir á dar á Astolfo aviso. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Julia.

ESCENA VIII.

PORCIA, CANDIL.

CANDIL.

Porcia, que todo este nombre
No sé como cabe en ti,
Porque el cuerpo es muy cristiano
Para nombre tan gentil...

PORCIA.

Candil, tan sin garabato
En el hacer y el decir,
Que siendo Candil, no eres
De garabato candil:
¿A estas horas á esta casa,
A qué vienes?

CANDIL.

Oye.

PORCIA.

Di.

CANDIL.

Ya tú sabes que sirviente
Soy neutral, como pais

[1] *Señor* en lugar de *mi señor ó el señor*: se usó mucho hasta el siglo pasado.

Digitized by Google

De esgüízaros, pues estoy
A devocion de cien mil.
A Cárlos sirvo, porqué
Se quiso servir de mí
Por Laura, de quien criado
Por concomitancia fuí:
Al Duque sirvo por Julia,
U de espía, ú de adalid:
Y á Julia porque en efecto
A Astolfo un tiempo serví,
Cuando éramos desta casa,
Él Beltran, y yo el mastin.
Pues siendo así que á los cuatro
Servil soy, y siendo así
Que en siendo servil un hombre,
Ello se dice, es servil,
De parte del Duque vengo
Solamente á te decir
(Que es lo mismo que á decirte)
Que tengas deste jardin
La puerta abierta esta noche,
Porque pretende venir
A examinar el encanto
Que le dicen que anda aquí.

PORCIA.

Pues dile, Candil, al Duque
Que en cuanto á falsear y abrir
La puerta, que soy criada,
Conque te digo que sí.
Pero en cuanto á venir, dile
Que es venir á repetir
Aquel asombro; porqué
Desde la noche infeliz
Que vimos todos á Astolfo,
A la misma hora en fin
Todas las demas le vemos
Pasear en el jardin.

CANDIL.

Debe de cenar cazuela
En la otra vida, y así
Se pasea en acabando
De cenar. Adios, que aquí
Yo cumplo con avisarte:
Tú cumplirás con abrir;
Que no quiero á sus cazuelas
Echarlas yo el peregil.

ESCENA IX.

JULIA. — PORCIA, CANDIL.

JULIA. (*Dentro.*)

Porcia.

PORCIA.

Mi señora llama.

CANDIL.

Pues yo me voy, porque aquí
No me vea; que no quiero,
Pues el Duque ha de venir,
Que en ningun tiempo presuma,
De veros hablar así,
La malicia.

PORCIA.

Has dicho bien;
Mas no podrás por ahí
Irte sin verte.

CANDIL.

¿Qué haré?

PORCIA.

Así podrás....

CANDIL.

¿Cómo así?

PORCIA.

Detras desta puerta estando,
Y volviéndote á salir
En pasando ella.

CANDIL.

Me place.
¿Pero dónde va, me di,
Esta puerta?

PORCIA.

Al jardin va
Donde Astolfo ha de venir.
(*Entra Candil, y ciérrale Porcia.*)

CANDIL. (*Dentro.*)

Oye, escucha...

PORCIA.

Desta suerte
Hoy me he de vengar de tí,
Por los celos que me has dado
Con Lucrecia
(*Sale Julia.*)

JULIA.

¿Porcia?

PORCIA.

Sí.

JULIA.

Apaga esa luz, que quiero
Mis tristezas divertir
En el jardin, pues ya es hora
Que Astolfo esté en el jardin.

PORCIA.

Rehilándome las piernas
Están de oírtelo decir.
¿Cómo es posible que tengas
Esfuerzo tan varonil,
Que enamorada de un muerto,
Le vayas á hablar?

JULIA.

En mí
No hay temor, porque hay amor.

PORCIA.

Pues en mí, señora, sí,
No hay amor, porque hay temor.
Mas solo aquesto me di:
¿Son cariñosos los muertos?

JULIA.

(*Ap.* Como á nadie descubrí
El secreto de la mina,
Todos se admiran de mí,
Y cuanto es ahora espanto,
Si se llega á descubrir,
Será risa; que así todas
Las fantasmas son en fin)
Vete, Porcia; que yo quedo
Bien segura en el jardin
Con un muerto, porque vive
Con el alma que le di. (*Vase.*)

PORCIA.

La puerta cierro, dejando
Entre puertas á Candil,
Y voy por esotro cuarto
La de esotra calle á abrir
Al Duque. Pero ¿qué veo?
¿Quién en casa se entra así
A visita á aquestas horas?

ESCENA X.

LAURA, ENRIQUE.—PORCIA.

LAURA.

A quien le importa venir
A estas horas, Porcia amiga.

ENRIQUE.

Porque no me vean á mí,
En la calle, Laura, espero.
No tengo que te advertir:
Ya sabes lo que has de hacer. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LAURA, PORCIA.

PORCIA.

¿Tú eres, mi señora?

LAURA.

Sí.
¿Adónde está Julia?

PORCIA.

No
Te lo quisiera decir.

LAURA.

Pues sin que lo digas basta:
Dila que yo estoy aquí,

PORCIA.

Eso es mas dificultoso,
El decírselo yo: en fin,
En el jardin entró ahora.

LAURA.

Pues entra tú en el jardin,
Y dila que yo la espero:
Que la importa mucho, di.

PORCIA.

No sabes lo que allí anda,
Pues quieres que yo ande allí.

LAURA.

Antes porque lo sé, vengo
A ver á Julia. (¡Ay de mí!)

PORCIA.

Pues si tú vienes á eso,
Mejor es ver y advertir
Por lo que vienes, señora.
Entra tú, y déjame á mí.

LAURA.

Dices bien. (*Ap.* Mejor sucede
Que yo pude prevenir,
Pues no me podrá negar,
Si yo llego á verle allí,
La verdad, con que pondré
A tantos temores fin.)
Yo entraré, Porcia.

PORCIA.

Esta es
La puerta, y aunque de aquí
Al cenador hay buen trecho,
(*Éntrase Laura.*)
La hallarás.—Voy ahora á abrir
La de esotra calle al Duque.
A fe que he de descubrir
De aqueste jardin ahora
Lo que hay en este jardin,
Hallándose Julia y Laura,
Leonelo, el Duque y Candil. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA XII.

JULIA.

Flores y estrellas, que hermosas
Rayo á rayo competís,
De noche para alumbrar,
De dia para lucir;
Pues sois del amor mas raro
Mudos testigos, decid,
Ya que sola el temor deja
La esfera de este jardin,
Si aquel venturoso amante,
Si aquel jóven infeliz,
Fénix vuestro, pues le visteis
Todas morir y vivir,
Me está esperando á que haga
La seña para salir

Digitized by Google

Deste sepulcro, que cubre
Una losa de jazmin,
Con tan buen arte dispuesta,
Que se ha engañado el abril,
Creyendo que él le engendró
El sobrepuesto matiz,
Que sobre la tierra es cuadro,
Y sobre el viento es pensil.
Decidme, flores, si oyó
Esa muda seña.

ESCENA XIII.

ASTOLFO, *que sale por la mina.*—JULIA.

ASTOLFO.

Sí,
Que yo respondo por ellas;
Que puesto que las debí
A estas flores alma y voz,
Bien, hermoso serafin
Destos jardines, por ellas
Podré hablar, podré sentir.

JULIA.

¡Oh, nunca, señor! oh, nunca
Las cortinas de carmin
Corriera la aurora al sol
Del pabellon de zafir,
Porque nunca hubiera dia!
¡Fuera noche para mí
Todo el año, pues las sombras
Son mi estacion mas feliz!

ASTOLFO.

No dicen, ó dueño hermoso,
Esas finezas que oí,
Con los descuidos que veo.

JULIA.

¿Qué descuidos?

ASTOLFO.

Oye.

JULIA.

Di.

ASTOLFO.

Yo, Julia hermosa, por verte,
Una muerte ya vencida,
Tal pesar hice á mi vida,
Que la dispuse á otra muerte.
No repito de qué suerte
Te vi y te desengañé:
De mi fe milagro fué
Que ya á tu deidad consagro,
Porque fuese este milagro
De tu deidad y mi fe.
Allí á las lágrimas mias,
Que pudieron obligarte,
Dijiste que á cualquier parte
Del mundo me seguirias:
Pasan noches, pasan dias
Sin que este vea llegar.
Si es que pudiste olvidar
Verme llorando pedir,
Vuelve tú, Julia, á sentir,
Que yo volveré á llorar.

JULIA.

No importa, ¡ay Astolfo! no,
Que en pesar, en rigor tanto,
Tú me repitas el llanto,
Para que le acuerde yo.
¿Oiste que el cielo dotó
Un peñasco de tan fuerte
Seno, que el cristal que vierte,
Dando en una peña, es tal
Que apartándose cristal,
Luego en piedra se convierte?
Pues este, cuyos despojos
La experiencia nos enseña,
Mi pecho tuvo por peña,
Cuando por fuentes, tus ojos;
Porque si lloras enojos,
Bien de mi llanto sospecho
Que en mí el mismo efecto ha hecho
Para que dure inmortal,
Pues tú le lloras cristal,
Y es de diamante en mi pecho.

ASTOLFO.

No es, pues no puede durar,
Segun á mi amor parece,
Pues ya el escándalo crece,
Y nos le han de averiguar.
Si arrepentido de dar
Esta palabra se ve
Tu honor, no receles que
Yo la palabra te pida;
Que muerto toda mi vida,
Desta suerte te querré.
Por mí no ha de faltar, no,
Mi amor; por tí, Julia, sí:
Vénzate el peligro á tí,
Para que le venza yo.
Si en tí el afecto faltó,
En mí eterno persevera.
¿Quieres ver de qué manera
En los dos un fuego es?
Pues persuádete á que ves
Una antorcha y una hoguera.
Un mismo fuego las prende,
Arden las dos en su abismo,
Y luego un suspiro mismo
Una apaga y otra enciende;
Que una antorcha no defiende
Lo que defendió una hoguera.
Si breve luz tu amor era,
El mio una llama altiva,
No es mucho que el mio viva
Del soplo que el tuyo muera.

JULIA.

El haberte dilatado
Esa palabra, no ha sido
Haber tu llama crecido
Ni haber la mia espirado;
Que como me ha asegurado
El ver al Duque tan quieto,
El verte á tí tan secreto,
Sin que esta mina se entienda,
No he querido de mi hacienda
Atropellar el efeto.

ASTOLFO.

¿Luego el Duque no ha venido
Desde aquella noche?

JULIA.

No,
Ni papel, ni criado yo
Mas de su parte he tenido.
(*Salen por distintas partes Candil y Laura.*)

ESCENA XIII.

LAURA Y CANDIL, *que van uno hácia otro, sin ver á* JULIA Y ASTOLFO, *ni estos á aquellos.*

LAURA. (*Ap.*)

El jardin he discurrido...

CANDIL. (*Ap.*)

Por todo el jardin he andado...

LAURA. (*Ap.*)

Y á Julia en él no encontrado.

CANDIL. (*Ap.*)

Y hallar puerta dificulto.

LAURA. (*Ap.*)

Aquí hay gente.

CANDIL. (*Ap.*)

Un negro bulto
Viene por esotro lado.

LAURA.

(*Ap.* Un hombre es este que veo:
Informarme dél me importa;
Que pues está aquí, sabrá
De Julia, á quien busco absorta.)
¿Quién va?

CANDIL.

(*Ap.* Sin duda que viene
Esta fantasma de ronda.)
Gente de paz.

LAURA.

¿Hácia donde
Está Julia?

CANDIL. (*Ap.*)

Cierta cosa,
Que esta es el alma de Astolfo,
Pues que de Julia se informa.

LAURA.

¿No respondeis?

CANDIL.

Nunca he sido
Respondon á tales horas.

LAURA.

Oid...

CANDIL.

Tampoco fui oidor.

LAURA

Mirad...

CANDIL.

Ni miron, señora.

ESCENA XIV.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.—DICHOS.

DUQUE.

Ya está abierto: entrad, pisando
Con plantas tan temerosas,
Que aun las sombras no nos sientan,
Con ir pisando las sombras.

ASTOLFO. (*Ap. á ella.*)

Escucha, Julia.

JULIA.

¿Qué tienes,
Que te turba y te alborota?

ASTOLFO.

¡Vive Dios, que en el jardin,
Por una parte y por otra,
Ha entrado gente!

JULIA.

¿Qué esperas?
A aquesa mina te arroja.

ASTOLFO.

Yo no me tengo de ir,
Dejándote, Julia, sola.

JULIA.

No importa que á mí me vean,
Y á tí sí.

ASTOLFO.

¿Cómo no importa?
Si es el Duque, y si pretende...

JULIA.

Mira...

ASTOLFO.

Nada me propongas;
Que he de esperar, vive Dios,
Con resolucion heróica
Cara á cara á la fortuna,
Antes que te deje. Toma
Por sagrado mis espaldas.

JULIA.

Estas ramas y estas hojas
Nos oculten, hasta ver
Con qué intento se ocasionan.
(*Retíranse los dos al paño.*)

LAURA.

¿No me respondeis?

Digitized by Google

CANDIL.

Dejadme,
Fantasma preguntadora.
(*Ap.* ¡Qué diera yo por estar
Cautivo en Constantinopla!)

DUQUE. (*Ap. á sus criados.*)

A la escasa luz que apénas
Nos da esa trémula antorcha,
Veo acercarse dos bultos;
Y si bien la vista informa,
Son una mujer y un hombre.
No hay que esperar otra cosa:
Del modo que está trazado,
Todo al punto se disponga.
Retirad los dos á Julia,
Miéntras que yo reconozca
Al hombre. Ya sabeis dónde
La habeis de llevar.

LEONELO.

Ahora
Asistirémoste á tí.

DUQUE.

Solo obedecer os toca.—
Encanto de este jardin... (*A Laura.*)

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ASTOLFO. (*Ap.*)

Julia, oye, y nota.

DUQUE.

Vive Dios que he de saber
Si eres cuerpo ó si eres sombra.

CANDIL. (*Ap.*)

Ni soy sombra, ni soy cuerpo.

OCTAVIO. (*Ap. los dos*)

Lleguemos los dos ahora.

LEONELO.

Ven tú tras nosotros.

(*Cogen los dos á Laura.*)

LAURA.

¡Cielos
Piadosos!...

OCTAVIO.

Ponla en la boca
Un lienzo, porque no pueda
Dar voces.

DUQUE.

Muy bien se logra,
Pues ya se llevan á Julia.

ASTOLFO. (*Ap.*)

No llevan.

(*Vanse Octavio y Leonelo con Laura.*)

CANDIL.

A mí me importa
Escaparme.

DUQUE.

No podrás,
Aunque en el centro te escondas.

(*huye Candil, y cae en la cueva.*)

CANDIL.

¡Ay que me llevan los diablos,
Ó se ha errado la tramoya!

DUQUE.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO. (*Ap.*)

En la mina
Ha caido una persona.

DUQUE.

Tragóle la tierra, y puedo
Distinguir mal una boca.—
¡Hola, traed una luz!
¿No hay nadie que me responda?
Yo iré por ella, y vendré
A ver qué es lo que me asombra. (*Vase.*)

ESCENA XV.

JULIA, ASTOLFO.

ASTOLFO.

Mira si hubiera hecho bien
En dejarte, Julia, sola,
Pues de aquí alguna criada,
Que quizás entró curiosa,
Presumiendo que eras tú,
De nuestros ojos la roban,
Y un hombre ha de descubrir
La mina.

JULIA.

Estoy temerosa.

ASTOLFO.

Es fuerza en tanto peligro,
Pues si el desengaño tocan,
Volverán por tí..

JULIA.

Yo iré
Donde un retrete me esconda.
Vete tú, y cierra tras tí
Con esa trampa esa boca,
Y al que cayó, con el ruego
Haz que el secreto no rompa.

ASTOLFO.

Yo no tengo de dejarte.

JULIA.

¿Pues qué has de hacer?

ASTOLFO.

Cuando importa
Poner en salvo tu vida,
Piérdase la hacienda toda.
Vente conmigo.

JULIA.

¿Por dónde,
Si ya los pasos nos toman?

ASTOLFO.

Por esta mina.

JULIA.

¿Yo?

ASTOLFO.

Sí.
¡Mal haya accion tan medrosa!
Perdona que las desdichas
No saben de ceremonias.
Ajese todo tu aseo,
Tu adorno se descomponga.
Ya vuelve gente, entra apriesa,
Y esta violencia perdona,
Julia, porque no hay respeto
Adonde hay peligro.—Ahora
Que yo saqué mis reliquias,
Quédese abrasando Troya.

(*Entra ella primero, y él tras ella, y se cierra la mina con la trampa.*)

ESCENA XVI.

Sale por una parte ENRIQUE, *y por la otra el* DUQUE, *con una luz.*

DUQUE.

¿Quién va? ¿quién es?

ENRIQUE.

Yo, señor.

DUQUE.

¿Qué buscais aquí á estas horas?

ENRIQUE.

Busco el prodigio que buscas,
Toco el encanto que tocas.

DUQUE.

¿Viste un hombre que en la tierra,
Desvaneciendo la sombra,
Se escondió, dejando abierta
Una gruta temerosa?

ENRIQUE.

No, señor: ilusion fué
Cuanto de Astolfo pregonas.
(*Ap.* ¡Quién divertirle pudiera!)

DUQUE. (*Ap.*)

Bien de la verdad me informa
Ver que nadie á Julia ampara,
Cuándo mis gentes la roban;
Y pues que ya en mi poder
Está Julia, y mi amor logra
Tal engaño y desengaño,
Cante el amor la victoria. (*Vase.*)

ENRIQUE.

Ni á Julia ni á Laura veo,
Ni en casa quedó persona.
Pues para salir de tantas
Penas, de tantas congojas,
Buscando á Laura, ¡ay de mí!
Seguir al Duque me importa. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Cárlos.

ESCENA XVII.

CÁRLOS, *y luego* CANDIL.

CÁRLOS.

Por presto que he venido
A avisar de cuanto hoy me ha sucedido
A Astolfo, habrá pasado
Al jardin de su dama enamorado.
Mas ya está en su aposento,
Supuesto que ya en él el ruido siento.—

(*Al entrar Cárlos, sale Candil.*)

Vos seais bien hallado....

CANDIL.

Mejor fuera decirme, mal llegado.

CÁRLOS.

¡Candil!

CANDIL.

¡Señor!

CÁRLOS.

De verte aquí me espanto.

CANDIL.

Tambien me espanto yo, tanto por tanto,
De entrar á este aposento.

CÁRLOS.

¿Cómo, loco, has tenido atrevimiento,
Habiendo dicho yo que en él no entraras,
Ni quién estaba en él examinaras?

CANDIL.

Solo que ahora me riñas me ha faltado.
Yo, aunque dél he salido, en él no he entrado,
Porque no sé por dónde aquí he venido,
Y no sé cómo he entrado ni salido,
Porque en aqueste instante ¡pena brava!
En el jardin de Julia ¡ay Dios! estaba,
Y con trabajo supe aqueste atajo;
Porque en fin, no hay atajo sin trabajo,
Pues la vida me cuesta la venida.

CÁRLOS.

Y si lo dices, costará otra vida.

CANDIL.

Yo callaré.

CÁRLOS.

(*Ap.* ¿Qué habrá allá sucedido?)
¿Pero qué ruido es este que se ha oido?

(*Llaman por dos partes á un tiempo.*)

CANDIL.

A un tiempo á las dos puertas han llamado.

CÁRLOS.

¿Cuál, cielos, he de abrir? ¡Estoy turbado!
Pero esta sea primero,
Porque Astolfo, que llame aquí, no quiero,
Cuando hay gente de fuera.—
A cuanto vieres, calla. (*A Candil.*)

CANDIL.

¡Quién pudiera!

(*Abre Cárlos la puerta donde llama Astolfo.*)

Digitized by Google

ESCENA XVIII.

ASTOLFO, JULIA.—CARLOS, CANDIL.

ASTOLFO.

¡Cárlos!

CÁRLOS.

Astolfo, ¿qué hay? qué ha sucedido?

ASTOLFO.

Vengo, amigo, mortal, vengo perdido.
¿Algun hombre, por dicha, aquí ha pasa- [do?

CÁRLOS.

Sí: Candil.

ASTOLFO.

Si era él, perdí un cuidado.

CANDIL. (*Ap.*)

Y yo hallé dos.

ASTOLFO.

Ahora detenerme [verme,
No puedo; que es preciso, ¡ay Dios! vol-
Por si he dejado mal cerrada acaso
La mina, que á mi vida ha dado paso,
Y ver si alguien me sigue,
Porque á poner en cobro á Julia obligue.
En tanto que á inquirirlo me resuelvo,
Tened á Julia aquí, que luego vuelvo.
(*Vase.*)

CANDIL. (*Ap.*)

Ellos, para pasar, solo imagino
Que esperaron que abriera yo el camino.

CÁRLOS.

¿Pues qué es esto, señora?

JULIA.

Cárlos, desdichas mias (¿quién lo igno-
Que mi estrella concierta. [ra?)
(*Llaman dentro.*)
Yo... Mas mirad quién llama á aquella [puerta.

CÁRLOS.

No os receleis de nada.

CANDIL.

Recelaos de todo.

CÁRLOS.

Retirada
Estad.—¿Quién ha llamado
Así?
(*Escóndese Julia: abre Cárlos la otra puerta, y sale Leonelo, que trae á Laura con manto y tapada.*)

ESCENA XIX.

LEONELO, LAURA.—CARLOS, CANDIL; *despues* JULIA.

LEONELO.

Cárlos, yo soy, con un cuidado
Que conmigo os envía
El Duque, que de vos no mas le fia;
Porque habiéndome dicho que trajera
A Julia, á quien robó, donde estuviera
Mas segura y mejor, miéntras que pasa
El ruido; yo he elegido vuestra casa,
Entre las que nombró, por ser soltero,
Su criado, mi amigo y caballero.
Y miéntras á buscarle me resuelvo,
Tened á Julia aquí, que luego vuelvo.

CÁRLOS.

Oid...

LEONELO.

No puedo. (*Vase.*)

JULIA. (*Sale al paño.*)

¿A Julia dijo? ¡Cielos!

CANDIL.

¿Dos Julias hay?

LAURA. (*Ap.*)

En tantos desconsuelos [ro.
No puedo hablar, y aun con temor respi-

CÁRLOS. [miro,
(*Ap.* ¡En qué gran confusion ¡ay Dios! me
A un tiempo de dos Julias entregado.)
Mudo estoy, ciego estoy.

CANDIL.

Y endemoniado.

CÁRLOS.

(*Ap.* Una de mi amistad Astolfo fia,
Otra Leonelo de la lealtad mia;
Y cuando con las dos así me veo,
La una á mis ojos solamente creo,
Que es la que manifiesta su hermosura;
No la que oculta aquella nube oscura:
Y viendo así á las dos, bien he creido
Que el cuerpo con la sombra me han traí- [do;
Pues si esta es Julia, y esta se lo nombra,
Este es el cuerpo, sí, y esta es la sombra.)
¿Quién eres tú, que á darme temor vie- [nes?

LAURA. (*Descúbrese.*)

Yo, Cárlos, soy la que en tu casa tienes.

CÁRLOS.

¿Laura?

LAURA.

Sí. Si eres noble, eres amante,
Socórreme en desdicha semejante;
Pues debes á tu fama
En todo trance socorrer tu dama.

JULIA.

¿Quién aquella será? ¡Pierdo el sentido!

LAURA.

Por yerro, de la casa me han traido
De Julia: hablar no pude, muda estaba.
Lo que has de hacer, de discurrir acaba.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Mal mi pena resisto!
¿Quién en tal confusion jamas se ha visto?
Si á Julia al Duque entrego,
A Astolfo la que él mismo me dió niego.
Pues Laura, á quien yo quiero,
No la he de dar, ó he he morir primero.

JULIA. (*Llégase á Cárlos.*)

¿Qué es lo que estás pensando?

LAURA

¿Qué estás imaginando?

JULIA.

Con mi esposo he venido,
Con él he de volver.

LAURA.

Mi amante has sido,
Contigo he de librarme.

JULIA.

Al Duque tú no puedes entregarme.

LAURA.

Al Duque tú no puedes ofrecerme.

CÁRLOS. [me!
¡Vive Dios, que no sé lo que he de hacer-

ESCENA XX.

ASTOLFO.—DICHOS.

ASTOLFO.

Cárlos, seguro está todo,
Ninguno en el jardin anda.

LAURA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿este no es mi hermano?
Penas á penas se llaman.

CANDIL. (*Ap.*)

Él desde esta á la otra vida
Va y viene como á su casa.

ASTOLFO.

Nadie nos sigue. Y pues es
La presteza de importancia,
Haznos poner dos caballos;
Que ántes que amanezca el alba,
Con Julia he de estar en tierra
Del gran César de Alemania;
Y Candil ha de ir conmigo.

CANDIL.

Antes me iré noramala.

ASTOLFO.

No hay noche, no, mas segura.
Ven presto.

CÁRLOS.

Detente, aguarda,
Porque empiezan tus desdichas
En el término que acaban,
Y hay nuevos pesares ya
En un instante que faltas.

LAURA. (*Ap. á Cárlos.*)

¿Cómo nunca me dijiste
Que estaba Astolfo en tu casa?

CÁRLOS.

Como nunca hubo ocasion.

ASTOLFO.

¿Pues cómo en decirlo tardas?

CÁRLOS.

Criados del Duque, al tiempo
Que tú llamaste, llamaban
A otra puerta, para un fin
Con dos acciones contrarias.
Te fuiste, y entraron ellos
A entregarme aquesta dama,
Diciéndome que era Julia,
Que la trajeron robada.
No quisieron escucharme,
Y sin mirarla á la cara,
Me hicieron depositario
De otra Julia duplicada.
¿Cómo es posible que yo
De tan gran empeño salga?

ASTOLFO.

Con darles la que te dieron,
No estás obligado á nada.
Y pues yo solo te pido
La que te entregué, así basta
Dar á ellos la que te entregan.
Llore engaños quien se engaña;
Mas no los llore quien trajo
Desengaños á tu casa.

CÁRLOS.

Bien pensarás que con eso
Todas tus desdichas paran.
Yo lo haré; mas considera,
Astolfo, lo que me mandas,
Pues por reservar á Julia,
Quieres que le entregue á Laura.
(*Descúbrese Laura.*)
Mira ahora si te está bien
Que le dé al Duque á tu hermana.

ASTOLFO.

¡Caiga el cielo sobre mí,
Pues ya la tierra me falta!
Laura, ¡tú aquí!

LAURA.

Yo, viniendo
A buscarte, hermano, en casa
De Julia... (*Llaman á la puerta.*)

CÁRLOS.

¿Qué hemos de hacer,
Porque ya á la puerta llaman?

ASTOLFO.

Morir ántes que yo entregue,
Cárlos, á Julia ni á Laura;
Que una hermana, y otra esposa,
Son dos mitades del alma,
Son dos todos del honor,
Y he de defender á entrambas.

CÁRLOS.

¿Qué disculpa he de dar yo,
Si aun la que me dan les falta,

Digitized by Google

Y es añadir riesgo á riesgo
Defenderlas tú en mi casa?

ASTOLFO.

¡Oh cuánto, Cárlos, tu vida
Aquí las manos me ata!
Pero dime, ¿qué he de hacer
En ocasion tan extraña?

CÁRLOS.

Dejar á Laura, en quien hoy
No está la ofensa tan clara;
Pues desengañado el Duque,
Supuesto que no la ama,
La dejará; y si quisiere,
Por tomar de tí venganza,
Ofender tu honor, entónces
Muramos en la demanda:
De suerte que en esto vamos
A vivir con esperanza,
Y en esotro desde luego
A morir.

ASTOLFO.

¡Que un lance haya
Tal, que es el menor peligro
Aventurar una hermana!
Mas cuando bien nos suceda,
Damos término á las ansias,
Pues de ahora para luego
Remitimos la desgracia.

(*Escóndense Julia y Astolfo.*)

CANDIL.

Yo estoy hecho treinta bobos,
Que uno solo no me basta.

(*Abre Cárlos la puerta.*)

ESCENA XXI.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO, CRIADOS. — CARLOS; LAURA, *tapada;* CANDIL.

LEONELO.

¿Ves, señor, ves como era
Todo engaño la fantasma,
Pues nadie á Julia defiende?

DUQUE.

De haberla traido á casa
De Cárlos, ¡qué bien hiciste!

CÁRLOS.

Yo estoy, señor, á tus plantas.

DUQUE.

¿Dónde, Cárlos, está Julia?

CÁRLOS.

A quien le dan una carta,
Dicen que no ha de saber
Si está escrita, ó si está blanca.
Esta dama me entregaron,
Y pago con esta dama.
Si es Julia ó no, no lo sé;
Que no osó romper mi fama
La sutil nema del manto,
Que la ha cubierto la cara.

DUQUE.

Ni yo te pregunto mas,
Pues tú con esta me pagas. —
¡Ya, Julia, de tus rigores
Ha llegado la venganza!
¿Dónde está el muerto fingido,
Que te defiende y te guarda?

LAURA. (*Descúbrese.*)

Antes que hable mas tu Alteza,
Sepa, señor, con quién habla,
Porque no soy Julia yo.

DUQUE.

¡Hay confusiones mas raras!
Pues ¿qué nuevo engaño es este,
Leonelo?

LEONELO.

Cárlos te engaña;
Que yo á Julia le entregué,
A quien traje de su casa.
Porque fué amigo de Astolfo,
Por esconderla y librarla,
Otra mujer ha supuesto.

LAURA.

No ha supuesto, que yo estaba
En los jardines de Julia.

CÁRLOS.

Tu malicia ó tu ignorancia
Te convenza; pues si dices
Que mi amistad eso traza,
Dime si fuera amistad,
Por reservarle la dama,
Leonelo, á un amigo muerto,
No reservarle la hermana.

LEONELO.

Sí, pues en ella no hay riesgo,
Porque el Duque no la ama.
En fin, yo te entregué á Julia,
Y tú la escondes y guardas.

OCTAVIO.

El la esconde, porque yo,
Miéntras tú al Duque buscabas,
Guardé la puerta, y ninguno
Salió.

DUQUE.

Pues mirad la casa.

CÁRLOS.

Señor, yo...

DUQUE.

Tu turbacion
Es la evidencia mas clara.

LEONELO.

Yo entraré á verla. (*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

LAURA. (*Ap.*)

¡Sin duda que á Astolfo hallan!

CANDIL. (*Ap.*)

¡Cuál han de salir, si encuentran
Adentro con la fantasma!

ESCENA XXII.

ENRIQUE, *y luego* LEONELO. — DICHOS.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Siempre á la mira del Duque,
Llena de asombros el alma,
He andado, y no puedo ya
Vivir sin ver lo que pasa;
Que tengo el alma pendiente
De un hilo, hasta ver á Laura.

LEONELO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DUQUE.

¿Qué es esto?

LEONELO. (*Sale.*)

¡Ay, señor! mi vida ampara.

DUQUE.

¿Qué tienes?

LEONELO.

Julia (¡ay de mí!)
Está dentro desta sala.

DUQUE.

¿Teniendo á Julia escondida, (*A Cárlos.*)
Tú con esotra me engañas?
Mas ¿qué os asombra? (*A Leonelo.*)

LEONELO.

Detente,
No entres, no entres á mirarla;
Porque á su lado, señor,
Está Astolfo que la guarda.
Verdad es que el cielo quiere
De tí, señor, ampararla,
Pues aquí no puede ser
Fingimiento la amenaza.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Aquí está Astolfo. ¿Qué haré,
Si el Duque de verle trata?

DUQUE.

¡Vive Dios, que yo he de verlo;
Que nada á mí me acobarda!

CÁRLOS.

No entres, señor, no examines
Secretos que el cielo guarda.

DUQUE.

¿Cómo no, si á mi valor
Nada le admira ni espanta?

ESCENA XXIII.

ASTOLFO; JULIA, *deteniéndole y arrodillándose despues al* DUQUE. — DICHOS.

ASTOLFO.

No me detengas, que ya
No hay que reparar en nada. —
Detente, señor, y mira
Que soberbio al cielo agravias.

DUQUE.

Absorto de verte, apénas
Puedo ya mover las plantas.
¿Qué me quieres, qué me quieres?

ENRIQUE.

Que le cumplas la palabra
Que me has dado, que es hacer
Diligencias con que vaya
Perdonado ya de tí.

DUQUE.

Ya la dí, y no he de quebrarla.

ENRIQUE.

Pues, señor, sabe que yo,
Por reservarle á tu saña,
Fingí la muerte de Astolfo,
Y oculto le tuve en casa.

DUQUE.

Aunque ofendido pudiera
Quejarme de injurias tantas
Como de vuestra osadía
Me advierten y desengañan,
Valgo yo mas que yo mismo.
Del suelo, Astolfo, levanta;
Y porque siempre que vea
Tu persona, es fuerza que haga
La memoria deste caso
En el semblante mudanza,
Con Julia casado quiero
Que de mi corte te vayas.

CÁRLOS.

Yo, que hice por un amigo,
Gran señor, finezas tantas,
Que para su amor di paso
Desde mi casa á su casa,
Merezca de tí perdon.

DUQUE.

Dándole la mano á Laura.

CANDIL.

Yo, que pasé tantos sustos,
No quiero de nadie nada,
Sino de los mosqueteros
El perdon de nuestras faltas,
Para que con esto fin
Demos al *Galan Fantasma.*

Digitized by Google

JUDAS MACABEO.

PERSONAS.

JUDAS MACABEO.
SIMEON.
JONATAS.
MATATIAS, *viejo.*
LISIAS.
TOLOMEO.
ZARES, *dama.*
CLORIQUEA, *dama.*
JOSEF, *soldado.*
GORGÍAS.
UN CAPITAN.
CHATO, *villano.*—SOLDADOS, *etc.*

La escena es en Jerusalen y otros puntos

JORNADA PRIMERA.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y trompetas, y salen por un lado JONATAS, SIMEON, JUDAS Y SOLDADOS JUDÍOS; *y por otro* MATATIAS, ZARES, MÚSICOS Y GENTE.

MÚSICOS.

Cuando alegre viene
Júdas vencedor,
Su frente coronan
Los rayos del sol.

MATATÍAS.

Valerosos macabeos,
Legítima sucesion
De palestinos hebreos,
Cuya gloriosa opinion
Vence al tiempo en los trofeos,
Triunfad dichosos; y vos,
Júdas valiente, á quien Dios
Fió venganza y castigo
Del idólatra enemigo,
Sujetad las Asias dos.
Simeon, á quien el tierno
Pecho ocupa dignamente
Prudencia y valor eterno,
En la conquista valiente
Y prudente en el gobierno:
Jóven Jonatas, que alcanzas
Victoriosas alabanzas,
Y coronado de glorias,
A las mayores victorias
Exceden tus esperanzas:
Hijos, de quien merecí
Estas glorias, á quien di
El sér que yo he recibido,
¿Quedó el [1] asirio vencido?

JÚDAS.

Escucha, y sabráslo.

MATATÍAS.

Di.

JÚDAS.

Despues, señor, que tu espada
Fué con trofeos mayores
Admiracion á la envidia,
Miedo al hado, horror al orbe;
Despues que tu diestra santa,
Ambiciosamente noble,
Libró religiosa el templo
De infames adoraciones;
Y despues que yo, supliendo
Tu esfuerzo, al baston conforme,
Admiré con mi obediencia
Tus heredados blasones;
Deseoso de victorias
Partí á Bezacar, adonde

[1] *Sirio* debia decir.

Vencí á Górgias y Apolonio,
Rayos de la [2] Asiria: entónces
Murió el soberbio Epifanes;
Que lo que el hado dispone,
Ni lo previene la ciencia
Ni el estudio lo conoce.
No ménos altivo y fiero
Antíoco corresponde
A su inclemencia, heredando
El imperio y las acciones.
En Betsuria me alojé,
Cuyo asiento sobre montes
Al mismo sol se levanta,
Digno de que al cielo toque;
Y disponiendo mi gente
Para alguna hazaña noble,
Llegué á la ciudad famosa.
Del Jebuseo, renombre
De aquel divino profeta,
De aquel sumo sacerdote,
Que ardió en religioso aroma
A Dios piadosos olores.
Aquí mi brazo valiente
Pensó ser castigo enorme
Del que idólatra la habita,
Dando culto á falsos dioses.
Sábado fué, cuyo dia
Venerara; pero rompe
A la costumbre la fuerza;
Que no hay ley que ella no borre.
De cien mil infantes fuertes
Y de veinte mil veloces
Caballos formó su campo
Apolonio, aquel que pone
A Samaria y Palestina
Terror con solo su nombre;
Pues hijo de la soberbia,
Engendró efectos mayores.
Este pues llegó el primero,
A quien Simeon con doce
Mil infantes animoso
Dichosamente se opone.
Seiscientas vidas trofeo
Fuéron de su ardiente estoque;
Que ministro de la muerte,
Era un rayo cada golpe.

SIMEON.

Cesa, valeroso hebreo,
Para cuyo eterno nombre
Es de la divina fama
Mudo el labio, sordo el bronce;
Cesa de dar alabanzas
A mi honor con dulces voces;
Porque ante las glorias tuyas
Son ningunos mis blasones.
Cántate á tí; que á tu fama
Otro estilo será torpe,
Porque tu memoria, solo
Quien la alcanza la conoce;
O ya que, por mas valor,
Tu mismo honor no pregones,
Por ser la propia alabanza

[2] Siria.

Tan vil en los pechos nobles,
Di que el sol rayaba apénas
Con su luz nuestro horizonte,
Y la mas vecina punta
Coronaba de esplendores,
Cuando Jonatas valiente,
Atropellando temores,
Por el enemigo campo,
Palestino Marte, rompe;
Di, cómo llegó animoso
Hasta el elefante, adonde
Triunfaba Apolonio.... ¡Ah cielo!
Bien es que el estilo corte
A mi voz el sentimiento;
Porque cuando el bruto nombre,
Bárbara pira que ha sido
De Eleazaro, el mundo llore.

JONATAS.

Llore el sol, y á tanta ruina
Haga sentimiento el orbe,
Pues con tal pérdida miras
Levantados tus pendones.
El llanto y la pena son
De la fortuna pensiones;
Porque no hay victoria alguna
Que sin desdichas se logre.
Al sol que en temprano oriente
Se corona de arreboles,
En términos del ocaso
Pardas nubes se le oponen;
Descortés el viento al prado
Roba hermosura y colores,
Y las que hoy lucientes son,
Mañana caducas flores;
A la primavera sigue
El invierno, al dia la noche,
A glorias penas, á agrados
Llantos, á dichas rigores.
¡Oh venganzas de fortuna!
¡Mil veces felice el hombre
Que ni teme tus amagos
Ni se sujeta á tus golpes!
Yo, que de victorias mias
No será bien que te informe,
Porque habiendo visto tantas,
Son mis empresas menores,
De nuestro hermano Eleazaro
Diré el fin, para que goce
En su muerte su alabanza:
Sus trágicas glorias oye.
Formó el valiente Apolonio
De veinte y cuatro disformes
Elefantes vago un muro,
Poblada ciudad de montes.
¿Nunca has visto desatados
De un ejército de flores,
De rosas bellas y varias,
Divididos escuadrones,
Que de sus ricos matices
Verdes alfombras componen,
Donde alivien su cansancio,
Donde su descanso logren?
Tal las plumas parecian,

Digitized by Google

Que desatando colores,
Desde las puntas soberbias,
Que entre las nubes se esconden
De vagas selvas, de errantes
Campos, de pensiles bosques,
En confusion rebozaban
Varias imaginaciones.
Sin temer á tanto exceso,
Júdas el campo dispone;
Que lo que al número falta,
Le sobra en los corazones.
Apénas pues fatigados
Vieron los vientos veloces
Con tanto fuego su esfera,
Sus ecos con tantas voces,
Cuando Eleazaro valiente
Atrevido reconoce
Las insignias de Apolonio
En aquel bruto diforme,
Y ambicioso de alabanzas,
Contra la fiera se opone.
¿Quién vió asaltar vivo muro?
¿Quién vió estremecerse un monte?
El fiero animal rendido,
Aun mas al temor que al golpe,
Disimulado trofeo,
La máquina descompone;
Baja ofendido, y en vez
De que á las plantas se postre
De aquel, cuyos brazos fuéron
Para su mal vencedores,
Bárbara losa le oprime,
Rústica tumba le acoge,
Bruta pira le fatiga
Y urna funesta le esconde.
Halló, vencedor vencido,
En sus desdichas sus lôres,
Sus victorias en sus ruinas
Y su muerte en sus blasones.
Górgias pues se retiró
A Jerusalen, adonde
Piensa defenderse en vano,
Si el cielo no le socorre;
Que ántes que el sol con sus rayos
Las crespas guedejas dore
Del rugiente signo, y ántes
Que otra vez visite el orbe,
De Jerusalen verás
Temblar las soberbias torres,
Temiendo en manos de Júdas
De Dios el divino azote;
Y castigando del templo
Tantos sacrificios torpes,
Que á mentidos bultos hacen
Idólatras intenciones,
Hará que del Testamento
Otra vez al templo tornen
Arca, ley, vara y maná
Del Jehová, Dios de los dioses.

MATATÍAS.

En mi ciego pensamiento
Tienen confusa porfía
Con el gusto el sentimiento,
Con la pena la alegría,
Con el dolor el contento.
¡Oh llanto desconocido!
¡Que no igualan mis temores
El contento que he tenido
Con tres hijos vencedores,
Al dolor de uno vencido!
¡Oh notable desconcierto!
¡Que en tormentos tan esquivos,
Cuando gusto y pena advierto,
No borren tres hijos vivos
El dolor de un hijo muerto!
Mas vengo á considerar
Hoy de nuestro ingrato sér,
Que no se sabe estimar
Tanto en el mundo un placer,
Como sentirse un pesar.
Y así, cuando el alma escucha
Este dolor que en mí lucha,
Advierto en el bien que toco,
Que el mucho contento es poco,
Y la poca pena es mucha.
Confieso que ingrato he sido
A vuestro favor, mi Dios,
Con la pena que he tenido;
Mas ¿qué hiciera yo por vos,
Si no lo hubiera sentido?
Todo es vuestro, nada es
Mio, Señor. Si prevengo
Algun consuelo en los tres,
Es porque pienso que tengo
Con que serviros despues. *(Vase.)*

ESCENA II.

JUDAS, SIMEON, JONATAS, ZARES, SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

ZARES. *(A Júdas.)*

Vencedor divino y fuerte,
Cuyas victorias han sido
El término del olvido,
El límite de la muerte:
Macabeo, en quien advierte
La fama mayor trofeo,
Defensor del pueblo hebreo,
De Sabaot esperanza,
Del falso Dagon venganza,
Castigo del Idumeo:
De la pasada victoria
No te he dado el parabien,
Porque dártele no es bien
Pues era dudar tu gloria;
Que para mayor memoria
De tu valor y poder,
De las que esperas tener
Te la puede el mundo dar;
Pues en quererlo intentar,
Tienes seguro el vencer.
Vence, y mira agradecido
Deste campo la belleza,
Que, indigna de tu cabeza,
A tus plantas se ha rendido.
A recibirte han salido
Las aves cantando amores,
El campo vertiendo flores,
Y con tonos diferentes,
Dando música las fuentes,
El viento espirando olores.
No á recibirte triunfante
Salgo con regalos mil,
Bellísima Abigail,
Aunque Abigail amante.
No el pequeño don te espante
Si la voluntad lo es,
Que puesta humilde á tus piés,
Alma y vida te ofreciera,
Si dueño del alma fuera.

JÚDAS.

Guárdete el cielo, Zares. *(Vase.)*

ESCENA III.

ZARES, SIMEON, JONATAS, SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

ZARES. *(Ap.)*

En vano al cielo fatigo
Cuando tus desprecios lloro,
Si es lo mas con que te adoro,
Lo ménos con que te obligo.

SIMEON. *(Ap.)*

Difícil empresa sigo;
Pero á mi justa porfía
Mayor pena y fuego fia
Con amoroso rigor
El desprecio y el amor.

JONATAS. *(Ap.)*

¡Ay Zares del alma mia!

SIMEON.

Si los presentes trofeos,
Si las merecidas glorias
De conseguir las victorias,
De pretendidos empleos,
Igualasen mis deseos,
Y todos, bella Zares,
Se redujeran despues
Al imperio de mis manos,
Mas dichosos, mas ufanos
Salieran luego á tus piés.

JONATAS.

Yo, Zares, que siempre he sido
Humilde y desconfiado,
Por ser quien mas te ha adorado
Quien ménos te ha merecido,
No quisiera haber venido
Con victoriosa alabanza;
Que tal gusto amor alcanza
De sufrir y padecer,
Que no quiero merecer
Por no tener esperanza.
Quien en méritos se emplea,
Zares, para merecer,
No te obliga con querer;
Que su mismo bien desea;
Y porque de mí se crea
Que te he sabido estimar,
Sin esperanza he de amar;
Que el que satisfecho espera,
El llanto y la pena fiera
Facilita al esperar.
Y tanto gusto recibo
Deste pensamiento injusto,
Que solo vivo con gusto
Cuando con desprecio vivo.
Gloria es tu tormento esquivo,
Mi pretension es quererte,
Y así pienso agradecerte
Esta pena que me das,
Porque estimo tu honor mas
Que estimara merecerte.

ZARES.

Bien en tan locos desvelos,
Conociendo vuestro amor,
Pudiera dar á un rigor
Dos géneros de consuelos;
Pero permiten los cielos
Que no me pueda alegrar;
Pues que me quisieron dar
En mi honesto parecer
La fuerza para ofender,
Pero no para obligar.
Si no creyera de mí
Causas para ser amada,
Viviera mas consolada
Con que no lo merecí;
Mas considerando aquí
Que dos me ofrecen su vida,
Y que uno solo me olvida,
Mas me ofendo de su trato,
Y soy, por un hombre ingrato,
A dos desagradecida.
Y ya que el extremo veis
Los dos de mi desengaño,
Remediad ahora el daño,
Que fácilmente podeis.
Yo os pido que me olvideis;
Que mi deseo ofendido
Está, de verse, corrido,
Probando ajeno rigor:
Dadle á Júdas vuestro amor,
Pedidle á Júdas su olvido.

SIMEON.

A un mismo tiempo me das
Desprecios y desengaños;
Y si se agradecen daños,
No sé qué agradezca mas.
En el desprecio verás

Digitized by Google

Mi amor; pero cuando tocas
El olvido, me provocas
A agradecerle, si escuchas
Que son las que engañan muchas,
Las que desengañan pocas. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ZARES, JONATAS, SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

JONATAS.

De ingratitud ha nacido
Olvido, y el que prevengo
No sé de qué; pues no tengo
De qué estar agradecido.
Usa el mundo que al olvido
Los beneficios se dén,
Y las ofensas estén
Vivas en cualquiera parte;
Pues ¿cómo podré olvidarte,
Si nunca me hiciste bien?
Estima, Zares, mi fe,
Agradece mi cuidado;
Que yo, en viéndome obligado,
Al punto te olvidaré.
Pero de mí mismo sé
Que dejara perdonar
Verme querer y estimar,
Por no llegar á ofenderte;
Que no quiero merecerte,
Si te tengo de olvidar. (*Vase.*)

ESCENA V.

ZARES, SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

ZARES.

Amorosa confusion,
No aumentes mi pena mas,
Viendo humilde á Jonatas
Y rendido á Simeon.
Y si sus extremos son
Causa de mi sentimiento,
Con un nuevo pensamiento
A Júdas quiero obligar;
Aunque en pensar que ha de amar
Un grande imposible intento.
Yo, Júdas, para obligarte,
Pues en las armas te empleas,
Pues solo guerras deseas,
Pues solo te agrada Marte,
En todo pienso imitarte.
Casta Pálas he de ser
En sujetar y vencer:
Desde hoy la guerra sigo,
Por ver si acaso te obligo
Mas diamante que mujer.

ESCENA VI.

CHATO.—DICHOS.

CHATO.

¡Ay desdichado de mí!
En este punto he quedado
Huérfano y desconsolado.

ZARES.

¿Quién es quien se queja aquí?

CHATO.

¡Hoy dan fin las glorias mias!

ZARES.

¿Qué tienes, Chato?

CHATO.

Señora,
Muriéndose queda ahora...

ZARES.

¿Quién?

CHATO.

Tu tio Matatías.
No escapará desta vez;
Que, para mas desventura,
Tiene un mal que no se cura.

ZARES.

¿Pues qué mal tiene?

CHATO.

Vejez.
Un grande enojo le dió
(¡Qué justamente me aflijo!)
Cuando supo que su hijo
Era muerto, y se quedó
Poco ménos.

ZARES.

De esa suerte,
Aun no está muerto.

CHATO.

Sí tal,
Ya camina en este mal,
Que es la posta de la muerte.
¿Quién de ponderarlo deja,
Que con ser cosa la vida
Mas estimada y querida,
Enfada en llegando á vieja?
Negra vejez, ¡oh! ¡qué bien
Te llaman negra en rigor,
Pues nunca tomas color,
Por mas tinta que te dén!

ZARES.

¿Y dónde, Chato, le dejas?

CHATO.

Si rey ahora me hallara,
Luego al instante mandara
Degollar todas las viejas.

ZARES.

¡Hay suerte mas importuna!
¿Qué es lo que habemos de hacer?

CHATO.

¡Oh, lo que fuera de ver
Un reino sin vieja alguna!
Y si quieres ver, Zares,
Si el ser vieja es cosa fea,
No hay mujer, que aunque lo sea,
Te confiese que lo es.
¡Que las canas, que honor dan,
Se tiña una loca vieja,
Y no tiña una bermeja
Sus hilachas de azafran!
¡Que la doncella, que en ella
Se enseña el signo á fingir,
Mienta, y se atreva á decir
Sin vergüenza: «¡soy doncella!»
¡Y á quien la edad la aconseja
Y da en tiempo desengaños,
Al cabo de tantos años
Nunca ha dicho: «yo soy vieja!» —
¿No oyes el llanto que suena?

ZARES.

Campos, montes, cielo y vientos,
Todos hacen sentimientos.

CHATO.

De dolor el alma llena
Tengo.

ZARES.

La muerte le deja
Sin duda alguna rendido.

CHATO.

Pues ¿quién hubiera podido
Rendirle, sino una vieja?

ESCENA VII.

JUDAS, SIMEON, JONATAS.—DICHOS.

JUDAS.

Aneguen mis enojos
Este campo con llanto de mis ojos.

SIMEON.

Este monte, que ha sido
Aspero monumento,
Aumente el sentimiento,
O sin tener sentido
Y enternecido el suelo,
Muestre en su llanto eterno desconsuelo.

JONATAS.

Este campo no vea
Con diversos colores
Hermosura en las flores,
Fragancia en Amaltea;
Y para mas enojos,
Espinas sean su flor, su fruto abrojos.

JÚDAS.

Arrastren por la tierra,
Con pálidas congojas,
Los árboles sus hojas,
Y en abrasada guerra
Desvanezca avariento
El fuego su beldad, su pompa el viento.

ZARES.

Nunca se vió en el mundo
Tan comun sentimiento.
¡Oh natural portento!
¡Oh llanto sin segundo!
Que en fin es el mas fuerte
Sacrificio en las aras de la muerte.

CHATO.

Todo es desdicha y llanto.
¡Oh natural temor! Oh fiero espanto!
¿Quién no pondera y siente
Ver que ninguno deja
De morir en las manos de una vieja?
(*Tocan cajas.*)

ESCENA VIII.

TOLOMEO.—DICHOS.

TOLOMEO.

Valiente Macabeo,
Dichoso defensor del pueblo hebreo,
Despues que los asirios en Betsuria
Conocieron tu furia,
Y con trágicas penas
Mancharon con su sangre sus arenas;
Despues que retirado
Vive Górgias vencido,
De Antíoco enviado
Aquel fiero Lisías ha venido,
Aquel del cielo guerra,
Aquel horrible parto de la tierra,
Cuyas soberbias glorias
Piensan borrar con sangre tus victorias.
Este en Jerusalen ahora queda,
Porque en sus muros defenderse pueda.
Del templo los altares,
Los sagrados lugares
Con profana ambicion ha poseido.
Sacrificios que han sido
Del gran Dios de Israel que el cielo adora,
Al mentido Dagon sirven ahora.
Piadosa accion á su deidad obliga:
Las ofensas de Dios venga y castiga.

JÚDAS.

Espera, Tolomeo,
No prosigas, detente.
Al punto, Simeon, junta la gente,
Y en formadas hileras
Hoy del Jordan ocupen las riberas.
No á los vientos veloces
Llene el clarin con apacibles voces,
Sino bastarda trompa
Con horrísono son su esfera rompa.
El parche mas süave
Ni claro anime ni suspenda grave,
Sino con eco bronco

Digitized by Google

Torpe entristezca, compadezca ronco.
A vengar voy agravios,
Con religioso celo,
Del alto Dios que rige tierra y cielo.
Publicad dura guerra,
Vengad al cielo y ofended la tierra.

SIMEON.

Tú verás, imitando tus trofeos,
Los fuertes macabeos
Con mayores aciertos
Dejar ciudades y poblar desiertos.
(*Vase.*)

JÚDAS.

Tú, Jonatas, miéntras la guerra ordeno,
Parte á Jerusalen, y di á Lisías
El noble fin de las empresas mias.

JONATAS.

Yo parto deseoso
De volver con tu nombre victorioso;
Que en el honor eterno que te llama,
Veré el mundo sujeto con tu fama.

ZARES.

Y yo, que entre los viles
Adornos vanos, galas mujeriles,
En los campos he dado
A la hacienda doméstico cuidado,
Hoy en la guerra quiero,
Vistiendo mallas y tocando[1] acero,
Publicar lo que intenta
Mujer determinada.
(*Ap.* Y dijera mejor enamorada.)
Ya en mi difunto tio
Caro abrigo le falta al honor mio:
Este de tí se espera...
(*Ap.* Dijera bien, cuando mi amor dije[ra.)
Conozca el mundo, que si á tí me igualas,
Competiré con la deidad de Pálas.
(*Vase.*)

JÚDAS.

Suenen los instrumentos,
Poniendo en confusion los elementos.
El fuego de su esfera
Rayos le preste á la region primera:
El viento en varios huecos
Su horror duplique en repetidos ecos,
Y el número feliz de pechos tales
Hoy al Jordan limite los cristales,
Y oprimida la tierra
Guerra solo sustente.

TODOS.

¡Guerra, guerra!
(*Vanse.*)

—

Palacio de Jerusalen.

ESCENA IX.

Salen por una puerta LISIAS *y* SOLDADOS SIRIOS, *y por otra* GORGIAS, *con baston y corona de cipres, y tocan cajas destempladas.*

GÓRGIAS.

Fuerte Lisías, si es
Infamia quedar vencido,
Yo, que de Júdas lo he sido,
Infame llego á tus piés.
Por Antíoco Eupator
Vienes á Jerusalen:
Justa eleccion, porque estén
Seguros con tu valor
Aquestos muros, que son
Fuerzas del asirio imperio.

[1] Es de presumir que el verbo *tocar* no significará aquí *tentar*, sino *cubrirse la cabeza*. *Tocando acero* no querrá decir *tentando*, tomando *una espada*; sino *tomando*, poniéndome *un casco de acero*.

Y pues que no sin misterio
Hoy sucedes al baston,
Advierte que ruina ha sido
De la fortuna mi honor,
Y que ganas vencedor
Lo que yo pierdo vencido.
No castigues con venganzas,
Lisías, adversidades;
Que á no haber prosperidades,
No se temieran mudanzas.

LISÍAS.

Disculpa tu infamia aguarde
En la fortuna importuna;
Porque siempre la fortuna
Fué sagrado del cobarde.
No de su inconstancia arguyas
La pérdida ó la ganancia;
Que no es culpa de inconstancia
Las que son infamias tuyas.
Y cuando vengas á ser
De la fortuna vencido,
¿Es honor haberlo sido
De una inconstante mujer?
¿Es esta fortuna, alguna
Deidad santa y eminente?
No, pues un hombre valiente
Sabe vencer la fortuna.
Dí, ¿cómo nunca ha ofendido
A mis fuerzas su poder?
No se debe de atrever,
O su poder es fingido.
Conozcan de mis tiranos
Hechos la fiera amenaza.—
Ponedle en pública plaza,
(*A unos soldados.*)
Atadas atras las manos,
Porque digan que así yo
Castigo cobardes culpas;
Y él ofrezca por disculpas:
«La fortuna lo causó.»

GÓRGIAS.

Soberbiamente has mostrado
El castigo que procuro;
Pero tú no estés seguro,
Pues no estoy desconfiado.

LISÍAS.

Llevadle pues.

GÓRGIAS.

¡Oh importuna
Suerte, que á la muerte excedes!
¡Ah fortuna, lo que puedes!
(*Llévanle soldados.*)

LISÍAS.

Mas puedo que la fortuna.—
¿No son estos macabeos
Tan arrogantes y vanos,
Judíos, samaritanos,
Israelitas, galileos?
¿No es este el pueblo que ha sido,
Con justas persecuciones
En desiertos y prisiones,
De su Dios mal defendido?
¿Quién es el Jehová invisible,
Que la voz sola lo advierte?
¿Este es el que llaman fuerte?
¿Este es el Dios invencible?
Presto con llanto importuno
Conocerán sus extremos
Que los asirios tenemos
Dos mil dioses para uno.

ESCENA X.

CLORIQUEA. — DICHOS.

CLORIQUEA.

Teniendo tantos enojos,
Con temor llego á tus piés.
¿Qué rigor es este?

LISÍAS.

Es
Gloria en mirando tus ojos.
Soberbio estaba; ya estoy
Humilde: vime furioso;
Y ya me miro amoroso;
No era mio, y tuyo soy.
De la fortuna decia,
Viéndome siempre triunfante,
Que su poder inconstante
Para cobardes tenia;
Y mi engaño llego á ver,
Pues ahora he conocido,
Viéndome á tus piés rendido,
Que tú lo debes de ser.
Desengañarme procura:
Dime pues si estos secretos
Son de la fortuna efetos,
O efetos de la hermosura.
No creí que era el poder
De la fortuna tan fiero;
Y ya sí, si considero
Que es la fortuna mujer.

CLORIQUEA.

Si como mujer amante
La misma fortuna fuera,
En mi firmeza perdiera
La imperfeccion de inconstante.
No me parara hasta verte
Rico de inmortal honor,
Con mas poder que el amor,
Con mas triunfos que la muerte,
Mas que la fama memorias,
Mas que el olvido trofeos,
Mas que la ambicion deseos
Y mas que el tiempo victorias;
Y entónces al golpe queda,
Porque con tanto poder
No tuvieras que temer,
Pusiera un clavo á la rueda.
Y solo serlo quisiera
Mi amoroso pensamiento,
Por parar el movimiento
Cuando en tus brazos me viera;
Pues allí con mayor gloria
Te ofreciera mi deseo
Poder, amor y trofeo,
Aplauso, triunfo y victoria.
Y ahora con alegrarte
Quiero templar tu rigor,
Para ver si puede Amor
Suspender un poco á Marte. —
(*A algun soldado, el cual se va.*)
Llamad músicos. — Procura
Treguas al marcial cuidado.

LISÍAS.

Las mas süaves he hallado,
Cloriquea, en tu hermosura.
Con mirarte he suspendido
El furor que me incitaba:
Todo con verte se acaba.

ESCENA XI.

MÚSICOS. — DICHOS.

MÚSICO 1.°

Los musicos ha venido.

CLORIQUEA.

Cantad de amor: todo sea
Amorosas armonías,
Porque mi amado Lisías
Solo amor escuche y vea.

LISÍAS.

Que es amor, es cosa clara,
Mirándote á tí, mi bien.

MÚSICO 2.°

Oye aquesta letra.

Digitized by Google

CLORIQUEA.

¡Quién
Cantando te enamorara!

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Si te agradan suspiros,
Bellísima Zares,
Y merecen verdades
La gloria de una fe,
Ya basta tu desprecio,
Ya sobra tu desden.
Mas ¡ay! que nunca es mucho
Rigor que tuyo es.
¡Ay, divina Zares!
Apacible no seas,
Pues me agradas cruel.

LISÍAS.

¡Qué bien siente! ¿Cuya es
Esa cancion?

MÚSICO 1.°

De un hebreo.

LISÍAS.

¡Qué bien dice su deseo!

CLORIQUEA.

Mucho le debe Zares.

LISÍAS.

¿Quién es Zares?

MÚSICO 2.°

Una hebrea,
A quien él significaba
Que con grande extremo amaba.

MÚSICO 1.°

La fama en decir se emplea
Sus alabanzas.

MÚSICO 2.°

Y mas
Es muda que licenciosa.

LISÍAS.

¿Que Zares es tan hermosa?

CLORIQUEA.

De la cancion lo sabrás.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

No quiero que me quieras;
Solo quiero querer,
Y por sentir tus males,
No busco ajeno bien.
Si te ofendo, condena
A tu hermosura, en quien
Naturaleza puso
Lo extremo del poder.
¡Ay, divina Zares!
Apacible no seas,
Pues me agradas cruel.

LISÍAS.

¡Qué rendido que la amaba!

CLORIQUEA.

No tuve gusto mayor
En mi vida.

LISÍAS.

¡Con qué amor
Tan honesto la adoraba!
Gana me ha dado de ver
Esta hebrea.

CLORIQUEA.

¿Qué cuidado
Aquesta cancion te ha dado?

LISÍAS.

Que tan perfecta mujer,
Por Dagon y por los cielos,
Me pesa de que no sea
Esclava de Cloriquea.

CLORIQUEA.

Ya bastan, mi bien, los celos.

LISÍAS.

¿Tú tienes celos? ¿De quién?

CLORIQUEA.

De que cause ese rigor
Zares: pienso que es amor.

LISÍAS. (*Ap.*)

Yo pienso que piensas bien.

ESCENA XII.

UN SOLDADO SIRIO. — DICHOS.

SOLDADO.

Un embajador hebreo
Te quiere hablar.

LISÍAS.

Entre pues.

SOLDADO.

Dale asiento, porque es
Hermano del Macabeo.

LISÍAS.

No te quites, Cloriquea,
De aquí, porque no ha de hallar
Desocupado lugar.
Hable en pié.

ESCENA XIII.

JONATAS. — LISIAS, CLORIQUEA, SOLDADOS SIRIOS, MÚSICOS.

JONATAS.

El cielo sea
Con vosotros.

LISÍAS.

El te guarde.
Di á lo que vienes, hebreo,
Con brevedad.

JONATAS.

Yo seré
Muy breve, en tomando asiento.

LISÍAS.

A ningun embajador
Le doy, porque considero
Que de mis nobles pasados
Esclavos los tuyos fuéron.

JONATAS.

Pues yo le suelo tomar;
Pero aquí que no le veo,
Por no quitartele á tí,
De mi manto hacerle quiero.
Ya estoy sentado.

LISÍAS.

Prosigue
A lo que vienes.

JONATAS.

Primero
Te diré de tus engaños
El error: estáme atento.
Aquesta antigua ciudad,
Que sobre montes soberbios
Está fundada y triunfante,
Es de tres Atlantes peso.
Salem se llamó al principio,
De Salem, que fué el primero
Que para sus edificios
Halló en los montes cimientos.
Este sacrificios justos
Hizo á nuestro verdadero
Dios, encendiendo en sus aras
Mil olorosos inciensos.
Los jebuseos despues
Gran tiempo la poseyeron,
Y de sus dos fundadores,
Los dos nombres confundiendo,
Se llamó Jerusalen,
De Salem y Jebuseo.
Con Jeru quiere decir
Cosa excelente el hebreo;
Por esto Jerusalen
Ha sido el nombre postrero.
Siempre ha ostentado grandezas,
Y aun ahora en ella vemos
El alcázar de David
Y de Salomon el templo.
Diráme que para qué
Tantas cosas te refiero:
Pues escucha, y las sabrás

LISÍAS.

Prosigue pues.

JONATAS.

Está atento.
Si siempre aquesta ciudad
Al Dios justo, al Dios eterno
Ha tenido por amparo;
Si siempre ha sido su dueño,
¿Por qué ofendes sus lugares
Con sacrificios diversos
De falsos dioses? Escucha
Los que adoras torpe y ciego.
Bronce adoras en Moloc,
Plomo en Astarot, y hierro
En Belcebub; en Dagon
Oro, y en Bêmod madero;
Barro estimas en Baab,
Sin otros dioses perversos,
De pequeñas estaturas,
Que llamais dioses caseros.
Pues ¿cómo quieres que sean
Tantos dioses?

LISÍAS.

Macabeo,
Poco prometiste hablar.

JONATAS.

Aun no he dicho á lo que vengo.
Júdas pues, á quien vosotros
Llamais el judío sin miedo,
Os dice que le entregueis
Esta ciudad, ó que luego
Vendrá furioso á vengar
Tantos agravios del cielo.—
Con esto me voy.

LISÍAS.

Espera.

JONATAS.

Ninguna respuesta espero,
Porque ya sé que respondes....

LISÍAS.

No mas de que la defiendo,
Y que cuando la faltaran
Aquesos muros soberbios
Que la aseguran, tuviera
Mas resistencia en mi pecho.
Solo te quiero decir,
Si turbado con el miedo
Te dejas el manto.

JONATAS.

No,
Que de industria me le dejo.

LISÍAS.

¿Por qué no quieres llevarle?

JONATAS.

Porque nunca yo me llevo,
Cuando doy una embajada,
La silla donde me siento.

CLORIQUEA. (*Ap.*)

¡Gallarda resolucion!

Digitized by Google

LISÍAS.

Bien, con el manto me quedo;
Pues dejándole en mis manos,
Me dices que vas huyendo.
(*Vase Jonatas.*)

ESCENA XIV.

LISIAS, CLORIQUEA, SOLDADOS, MÚSICOS.

LISÍAS.

Estos hebreos no advierten
Que de gigantes desciendo,
Que soberbios levantaron
Torres contra Dios un tiempo.
(*Ap.* ¿Pero para qué blasono,
Si rendido me confieso
A una divina hermosura
Que imaginada la temo?)
(*Suenan trompetas.*)
¿Mas qué trompetas son estas
Que suenan?

ESCENA XV.

UN SOLDADO SIRIO. — DICHOS.

SOLDADO.

El Macabeo,
Que á la vista de los muros
Armadas tiendas ha puesto...

LISÍAS.

¿Viene en el campo Zares?

CLORIQUEA.

¿Pues qué te importa el saberlo?

LISÍAS.

Porque como ella no venga,
Segura victoria tengo.
De un deseo he de morir.

CLORIQUEA. (*Ap.*)

Yo he de morir de un desprecio.

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Ay Zares, si esto es amor!

CLORIQUEA. (*Ap.*)

¡Ay Lisías, si estos son celos!

JORNADA SEGUNDA.

Acampamento de Júdas á vista de Jerusalen.

ESCENA PRIMERA.

LISIAS, *con el manto de Jonatas;* JOSEF.

LISÍAS.

¿Dónde está Zares?

JOSEF.

Aquí.
Llega, que seguro puedes,
Pues mi amistad y tu traje
Te disimulan.

LISÍAS.

No tiene
Imposibles el amor;
Que ningun peligro teme
El corazon en un noble
Enamorado y valiente.
La hermosura de Zares,
Disfrazado desta suerte,
Al campo de mi enemigo
Me ha traido, sin que llegue
A ver la sombra del miedo.

JOSEF.

Puesto que fiado vienes
En mi amistad, mal hicieras
En recelarte.

LISÍAS.

Si fuese
Tal mi ventura, que aquí
Llegasen á conocerme,
Mas de mí mismo me fio
Que de tu amistad.
(*Tocan una caja á marchar.*)

ESCENA II.

ZARES, *armada, y con una bandera al hombro.* — LISIAS, JOSEF.

JOSEF.

Ya tienes
Presente lo que deseas.

LISÍAS.

¿Pues á quién tengo presente?

JOSEF.

Zares es esta, que armada
Al compas del parche viene.

LISÍAS.

Mejor dijeras que Pálas
A deidad mas eminente
Hoy se rinde, pues en vano
A competirla se atreve.
Oí decir que el amor
Con llama de fuego ardiente
Libres voluntades rinde,
Fuertes corazones vence;
Pero ¿qué mucho que á mí
A su imperio me sujete,
Si para un hombre rendido
Hoy tantas armas previene?
(*Tocan otra vez.*)

ZARES.

Josef.

JOSEF.

Señora.

ZARES.

Ve á Júdas,
Y dile que venga á verme
Competidora de Juno,
Ménos hermosa y mas fuerte;
Que porque bien le parezca,
Determina amor que espere
Armada, por ver si puedo
Obligarle desta suerte.

JOSEF.

Yo voy á llamarle. (*Vase.*)

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Ay cielos!
Depuesto el rigor, parece
Que entre los brazos de Vénus,
Rendido Marte se duerme,
Y que, guardándole el sueño,
Vigilante Amor se ofrece,
Vestido del fiero Marte
El arnes, que tantas veces
Causó al mismo cielo horrores.
¿Cómo podré defenderme,
Si son de Marte las armas,
Y es el Amor quien las tiene?

ESCENA III.

CHATO, *vestido de soldado ridículamente, y cargado de armas.* — ZARES, LISIAS.

CHATO.

Yo vengo muy bien cargado.
¿Qué borrico habrá que lleve
Mas armas y municiones?

ZARES.

¡Ay Chato! el amor, que siempre
Con regalos y delicias
Mas que con rigores vence,
Determina que hoy á Júdas
Hable así, por ver si puede
Agradarle con acero
Mas que con galas alegres.

CHATO.

Si para agradar á Júdas,
Te vistes de acero fuerte,
Yo traigo para agradarte
Tantas armas diferentes.
Si todos dicen que armada
La diosa Pálas pareces,
Yo pareceré al dios Pálos.

ZARES.

Presumo que viene gente.
Con esta bandera es bien
Que el veloz viento sujete,
Porque, movida su esfera,
Mi esperanza al viento entregue.
(*Tocan la caja, y arbola la bandera.*)

LISÍAS. (*Ap.*)

Rendido el viento á sus manos,
Diosa del viento parece,
Aura, por quien hoy de Prócris
Llora Céfalo la muerte.

CHATO.

¡Qué dominio sobre el aire
Todas las mujeres tienen!

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Qué bien el viento la ayuda!

ZARES.

¿No viene Júdas?

CHATO.

No viene.

ZARES.

Dame el escudo y la espada.

CHATO.

Espada y escudo tienes.

ZARES.

¡Ay, Júdas, poco te debo!

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Ay, Zares, mucho me debes!

CHATO.

¡Qué bien el escudo embrazas!
Mas no es mucho, porque siempre
A las armas de un escudo
Se aplican bien las mujeres,
Y son armas que las mandan.

ZARES.

¡Oh Júdas, si ya vinieses,
Porque me vieras regir
Esta espada!

CHATO.

¿Qué pretendes?

ZARES.

Saca tu espada.

CHATO.

La mia
Es muy recatada, y teme
El parecer deshonesta
Delante de tanta gente.

ZARES.

Desnúdala ya.

CHATO.

Es doncella,
Y porque mejor lo pruebe,
Jamas sangrienta se ha visto;
Y tanto, que por no verse
Con tal mancha, su costumbre



Es no reñir; pero á veces
Vienen al hombre ocasiones
Donde excusarse no puede.
Pero ya que la ves, quiero
(*Saca la espada.*)
Decir las gracias que tiene.
Esta espada no se queda...

ZARES.

¿De qué modo?

CHATO.

De esta suerte:
No se queda, pero vase;
Que cuando ocasion se ofrece,
Huyo; y así no se queda,
Porque conmigo se viene.—
No tiene vuelta tampoco
Mi espada; que eternamente
Al lugar donde riñó
O pudo reñir, se vuelve.

ZARES.

Riñe conmigo.

CHATO.

¿Contigo?
Yo reñiré. Impertinente,
Necia, loca, marimacho,
¿Qué es lo que armada pretendes?
—¿No riñen así las viejas?

ZARES.

En rabia mi enojo vuelves.

LISÍAS. (*Ap.*)

Rayo de Júpiter es
Esta espada que vêmente,
Sin hacer ofensa al cuerpo,
El alma en su fuego enciende,
Y el corazon en cenizas,
Fénix nace, y cisne muere.

ZARES.

¡Oh Júdas, lo que te tardas!

CHATO.

¡Oh lo que te desvaneces!

ZARES.

Ni el alma tiene sosiego,
Ni viene Júdas.

ESCENA IV.

JOSEF.—DICHOS.

JOSEF.

No viene,
Ni vendrá, porque ordenando
Estaba ahora la gente
De su campo; que mañana
Asaltar la ciudad quiere. (*Vase.*)

ZARES.

Locas imaginaciones
En vano el alma previene;
Que lo que niegan estrellas,
Industria no lo concede.
Ciega estoy.

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Que aquesto escucho!
¿Es posible que yo intente
De tan valiente enemigo
Sin prevencion defenderme?
Porque es valiente enemigo
El poder con que me ofende.—
¡Que cuando de amores trato,
Trate solo de ofenderme,
Y por la guerra que olvido,
La que yo busco desprecie!

ZARES.

Loca, burlada y confusa,
Daré voces, porque lleguen
A sus orejas, haré
Extremos de amor.

CHATO.

¿Qué tienes?

ZARES.

¿Quién me lo pregunta?

CHATO.

Yo.
¿No me conoces?

ZARES.

¿Quién eres?

CHATO.

Chato, que ahora cargado
De espadas, lanzas, broqueles,
Arcos, flechas y banderas,
Montantes y brazaletes,
Dardos, baquetas y cajas,
Era entre tantos arneses
El dios Chato de las armas.
(*Llega Zares donde está Lisías.*)

ZARES.

¿Y tú, villano, quién eres?

LISÍAS.

Pues me preguntas quién soy,
Escucha, y dirélo en breve.
Yo soy Lisías.

ZARES.

¿Lisías?

LISÍAS.

Sí.

ZARES.

Pues ¿qué es lo que pretendes,
Siendo enemigo de Júdas,
En mi tienda?

LISÍAS.

Solo verte.
La fama de tu hermosura,
Divina Zares, que tiene
Ocupada en tu alabanza
La voz que el viento suspende,
A Jerusalen llegó,
Donde oí diversas veces
Con mil lenguas alabarte...
Mejor dijera ofenderte.
A Júdas, Zares, adoras,
¡Ay de mí! y á Júdas quieres:
Yo te busco y él te olvida.
¿Es posible que no sientes
Que deje por ti la guerra,
Y él por la guerra te deje?
Si buscas hombres robustos,
Mira á quien tienes presente;
Mira quien te adora humilde,
Si buscas hombres valientes.

ZARES.

Lisías, yo te agradezco
La voluntad que me ofreces;
Que á lo ménos, si no paga,
Estima quien agradece.
El pagarte es imposible.
Y porque seguro quedes,
Que tu deseo cortes
Agradezco honestamente,
Te suplico que te vayas;
Porque si Júdas viniere
A verme á mí, no te mate.
Hazme aqueste gusto, vete.
Mas que mi opinion sintiera
Ahora en sus manos verte
Muerto por mi causa.

LISÍAS.

¡Ay cielos,
Qué poco mi amor te debe!
¡Qué mal mi vida aseguras!
¡Qué bien mi peligro temes,
Pues solo Júdas con celos
Pudiera darme la muerte!
¡Qué bien dices que vendrá
A matarme, y á ofenderme,
Pues solo viene á matarme
El que á darme celos viene!
Pero por darte este gusto,
Yo me iré, como me entregues
Una prenda de tu mano:
Con esta podré volverme,
Y sin ella no me iré.

ZARES.

¿Es posible que eso intentes?

LISÍAS.

Si no me la das, perdona;
Que me es forzoso ofenderte.

ZARES.

¿Qué puedo darte?

LISÍAS.

Esa banda,
Que, de tus hombros pendiente,
Es zodíaco que parte
De tu luz la esfera breve.

ESCENA V.

JONATAS Y SIMEON, *que salen por lados distintos y se quedan al paño.* — DICHOS.

JONATAS. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué es esto que miro?

SIMEON. (*Ap.*)

¿Qué rigor, fortuna, es este
Con que me quitas la vida?

ZARES.

Tú la tendrás; pero advierte
Que ni la doy, ni la niego.
Y porque confuso pienses
Que ni es favor ni rigor,
Aquí es justo que la deje.
Tú con aquesto aseguras
La alabanza que pretendes;
Yo el decoro que me debo.
Alzala del suelo, y vete.
(*Echa la banda en el suelo, y llegan Jonatas y Simeon, y asen todos de la banda.*)

JONATAS.

Eso será, si la deja
Alzar este brazo fuerte,
Que, exhalado de mi fuego,
Rayo del cielo desciende.

SIMEON.

En vano llevarla intentas:
Que cuando Júpiter fueses,
Fuera poco tu poder,
Si mi valor la pretende.

ZARES.

¿Qué confusion es aquesta?

JONATAS.

Suéltala ya.

LISÍAS.

Cuando intentes
Quitarle la luz al sol,
Aun podrás mas fácilmente
Que la banda.

JONATAS.

Simeon,
Suéltala tú.

SIMEON.

¿Que la suelte,
Me dices, cuando yo solo
Pretendo llevarla?

JONATAS.

Advierte...
(*Hacen la banda pedazos, y queda sin banda Jonatas.*)

Digitized by Google

LISÍAS.

Ya está la banda partida.

JONATAS.

¿Posible es que los dos lleven
Dividido el cielo, y yo
Sin una parte me quede?

ZARES.

¡Qué desdicha es esta, cielos!
¡Qué confusiones me ofrece
Mi desgracia!

CHATO.

Yo me quedo
Sin banda tambien.

JONATAS.

¡Que fuese
Tan avara mi fortuna!
Pero mi fortuna quiere
Que con su sangre la compren,
Porque mas cara les cueste.

SIMEON.

El cobrar la otra mitad
Solo á mí me pertenece;
Porque me importa juntarla
A estotra.

LISÍAS.

¿Qué te detienes?
¿Qué esperas? ¿por qué no llegas?
Pero será porque adviertes
Que es la banda de Zares,
Y que Lisías la defiende.

SIMEON.

¿Tú eres Lisías?

LISÍAS.

Yo soy.

SIMEON.

Harto fué no conocerte
Por tus hechos; que tú solo
Pudieras ser tan valiente.

JONATAS.

El enojo me has quitado
Tanto, Lisías, con verte,
Que si yo de aquesta banda
Absoluto dueño fuese,
Hoy la partiera contigo;
Que tú solo la mereces.

CHATO. (*Ap.*)

¡Qué bien de toda pendencia
Se excusaron los corteses!

JONATAS.

Yo no pretendo tu parte:
Vete con la banda, vete,
Porque el premio desta hazaña
Con ella á tu campo lleves;
Y yo me veré contigo
A solas, porque no pienses
Que la pretendo ganar
Porque estás entre mi gente.

LISÍAS.

Pues yo me llevo la banda:
Al que cobrarla quisiere,
Aquesta tarde le espero
Con ella en el campo.

SIMEON.

Vete.
(*Vase Lisías.*)

ESCENA VI.

ZARES, SIMEON, JONATAS, CHATO.

ZARES.

¿Qué fué vuestro pensamiento?
Que las licencias de amor
No se dan para el rigor
De tan loco atrevimiento.
¿En mi tienda habeis tenido
Licencia de que esto pase?

JONATAS.

¡Que yo sin banda quedase,
Habiendo el primero sido!

ZARES.

No sé qué furor os mueve
Para tan grande locura.

SIMEON.

¡Que fuese tal su ventura,
Que la otra parte se lleve!

ZARES.

¿Qué ocasiones os he dado
Para atreveros así?

CHATO.

¡Que la partiesen, y á mí
Me hayan sin banda dejado!

ZARES.

Ni sé qué favor, ni sé
Qué causa pudo obligarte.

SIMEON.

Cuando tenga la otra parte
De la banda, lo diré;
Que cuando tu prenda dejo
En su poder por testigo
Del valor de mi enemigo,
Injustamente me quejo;
Que no es razon que se entienda
Que yo he tenido valor
Para sentir tu rigor,
No para cobrar tu prenda.

JONATAS.

Yo ¿cómo podré decir
Mi pena, pues he de hallar
Dos causas para callar
Y dos mil para sentir?
Y así, cuando llego á ver
De horror mis sentidos llenos,
A mí me importa hablar ménos,
Porque tengo mas que hacer.
Y ya es forzoso empezar
A que mi valor se entienda;
Pues si no me das tu prenda,
Habrétela de quitar.
Y así verá el mundo llano
Que en el honor que procuro,
Está de mí mas seguro
Mi enemigo que mi hermano;
Y porque de mi poder
Mejor la fuerza se arguya,
Tengo de llevar la tuya.

SIMEON.

Sabréla yo defender. (*Riñen los dos.*)

ESCENA VII.

JUDAS, TOLOMEO.—DICHOS.

JÚDAS.

¡Qué es lo que mis ojos ven!

CHATO.

Bien estoy sin banda yo,
Si he de reñir: eso no.

JÚDAS.

Pues cuando Jerusalen
Ofrece á vuestras espadas
De sus tiranos los cuellos,
¿Cómo podreis ofendellos,
De vuestra sangre manchadas?
¿Qué injusta causa os obliga?
¿Qué tirana envidia lucha
En vuestros pechos?

ZARES.

Escucha;
Que yo es justo que lo diga.
Dando á la fama lenguas,
Y asombros á la envidia,
Fuerte y enamorado
Aquí llegó Lisías.
Pidióme honestamente
Alguna prenda mia,
Para que de su hazaña
Diera clara noticia.
Una banda en el suelo
Se cayó, y cuando iba
A tomarla, llegaron
Tus hermanos á asirla.
Y, la banda á este tiempo,
De los tres dividida,
Se quedó satisfecho
Con su parte Lisías.
Ahora tus hermanos,
Que furiosos se incitan,
Lo que ingrato desprecias,
Amorosos envidian.
Mira lo que les debo:
Lo que me debes mira,
Pues por solo agradarte
Quiere amor que me vista
El acero y la malla.
¡Oh qué necia conquista!
Pues el amor sin armas
Voluntades cautiva.

JÚDAS.

¡Que loco y arrogante
Aquí llegó Lisías,
Y enamorado ahora,
De mi valor se olvida?
Yo he de hacer una hazaña,
Cuya memoria, digna
De mármoles y bronces,
El mismo tiempo escriba.—
Envainad las espadas,
Y aquel que en la conquista
De la ciudad ganare
Honor y fama altiva,
De Zares será dueño:
Mostrad la valentía
Por ella en los contrarios.

SIMEON.

Eternos siglos vivas. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ZARES, JUDAS, JONATAS, TOLOMEO, CHATO.

JONATAS.

Hoy quisiera que fuera
De todo el mundo cifra
La ciudad, porque el mundo
Viera á las plantas mias.

ZARES.

¿Pues cómo, ingrato, ofreces
Mi amor, y desestimas
La fe con que te adoro?

JÚDAS.

¡Tarde, Zares, suspiras!

ZARES.

Si para dar un hombre
Alguna prenda rica,
Importa que sea suya,
¿Cómo á darme te animas,
Si tú mismo no quieres
Que sea tuya? ¿No miras
Que lo que tú desprecias,
Es lo que á dar te obligas?
(*Vanse Zares y Chato.*)

Digitized by Google

ESCENA IX.

JUDAS, JONATAS, TOLOMEO.

JÚDAS.

¡Ah Jonatas!

JONATAS.

Señor.

JÚDAS.

Dispon con esa firma
El campo, que mañana,
Antes que el claro dia
De nueva luz los campos
Lúcido adorne y vista,
He de asaltar el muro.

JONATAS.

De mí, señor, confía. (*Vase Júdas.*)

ESCENA X.

JONATAS, TOLOMEO.

JONATAS.

¡Ay esperanzas locas!
Ay necias fantasías!
Ay vanas confianzas!

TOLOMEO.

¿Qué tienes? qué suspiras?

JONATAS.

Hoy muero, Tolomeo.
Amor, celos, envidia,
Rigores me atormentan.

TOLOMEO.

Remedia tus desdichas
Con industria; que amor
Tal vez sufriendo anima.

JONATAS.

No hay industria que pueda
Aliviar mis fatigas.

TOLOMEO.

Pues escucha, que puede
Ayudarte una mia.
Ese papel de Júdas
Tiene en blanco la firma.

JONATAS.

Es verdad.

TOLOMEO.

Pues advierte
Que como en él escribas
Que esta noche le espere,
Podrás con sus insignias
Gozar disimulado
De Zares las caricias.
Yo le hurtaré la vara
Y el escudo.

JONATAS.

¡Divina
Industria, si permite
Amor que se consiga!

TOLOMEO.

Armado allí en su tienda
Siempre al sueño se inclina,
Y de allí podré hurtarle
Vara y escudo.

JONATAS.

Hoy libras
Del fuego mis congojas,
Y amor se determina
A que niegue verdades
Y acredite mentiras. (*Vanse.*)

—

Tienda de Lisías y Cloriquea, dentro de los muros de Jerusalen.

ESCENA XI.

LISIAS, CLORIQUEA.

CLORIQUEA.

Sosiégate.

LISÍAS.

¿Cómo puedo?

CLORIQUEA.

¿Que te atormenta?

LISÍAS.

Un mal fuerte.

CLORIQUEA.

¿Qué es lo que temes?

LISÍAS.

Mi muerte.

CLORIQUEA.

Loca estoy.

LISÍAS.

Confuso quedo.

CLORIQUEA.

¿Qué sientes?

LISÍAS.

Dos penas juntas.

CLORIQUEA.

¿Qué son?

LISÍAS.

Amor y rigor.

CLORIQUEA.

¿Qué te desvela?

LISÍAS.

El amor.

CLORIQUEA.

¿Qué te cansa?

LISÍAS.

Tus preguntas.

CLORIQUEA.

Escúchame.

LISÍAS.

¿Qué pretende
Tu porfía?

CLORIQUEA.

Considero
Que eres el hombre primero
Que ser querido le ofende.
Hoy de la ciudad saliste
Manso, alegre y amoroso;
Vuelves airado y furioso:
Dime, ¿á qué Tesalia fuiste?
¿No era yo tu vida y bien?
¿Cómo, cuando á verme llegas,
Tu vista y brazos me niegas?
Sobre esta Jerusalen
Antíoco te ha de hacer
Su igual, como se resista
A Júdas esta conquista:
¿Qué te aflige?

LISÍAS.

Una mujer.

CLORIQUEA.

Suspiros al aire envía
Rendido tu corazon.
(*Ap.* Del amor extremos son.)

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Ay Zares del alma mia!

ESCENA XII.

UN CAPITAN Y SOLDADOS SIRIOS, *que traen preso á* CHATO. — LISIAS, CLORIQUEA.

CAPITAN.

Tus soldados han ganado
Al enemigo esta espía,
Que disfrazado venia.

CHATO.

Mejor diréis, engañado.

LISÍAS.

¿Es hebreo?

CAPITAN.

Sí señor.

LISÍAS.

Pues ahorcadle.

CHATO.

¿Pues ahorcalde?
¿Es de golpe aqueste alcalde?

LISÍAS.

Ejercito así el rigor
De mi deseo.

CHATO.

Inclemencia
Que á mi temor no se debe,
Aunque disculpa lo breve
Lo cruel de la sentencia.
Pero gran rigor ha sido
El que á mi inocencia das,
Puesto que castigas mas
A quien ménos te ha ofendido.

LISÍAS.

Llevadle.

SOLDADOS.

Vamos de aquí.

CHATO.

¿Aquesta la paga es
De haber servido á Zares?

LISÍAS.

¿Quién nombró á Zares aquí?

CHATO.

Quien, por haberla servido,
A tal extremo ha llegado.

LISÍAS.

Pues válgate ese sagrado
Adonde te has retraido.—
Soltadle, soltadle pues,
Enfrenad el rigor fuerte,
Que es incapaz de la muerte
El que ha nombrado á Zares.
(*Vanse el Capitan y los soldados.*)
Y al cielo causara agravios
El que ofenderle intentara;
Que aun la muerte respetara
Aquella voz en sus labios.—
Vete libre.

CHATO.

No hay tratar.

LISÍAS.

¿Qué esperas?

CHATO.

Yo he de morir.

LISÍAS.

Vete.

CHATO.

No me quiero ir.

LISÍAS.

¿Por qué?

CHATO.

Porque me han de ahorcar.
Y despues de ahorcado, yo
Diré á Zares de la suerte
Que á sus criados dan muerte,

Digitized by Google

Sin decirles si ni no
Y cuando la vuelva á ver [1]
De la suerte que hoy ha ido
(Que ahora le he conocido),
Ella le dará á entender
Si estoy bien ó mal ahorcado.

CLORIQUEA. (*Ap.*)

¿Qué es esto que escucho, cielos?
Agravios son, que no celos,
Los que me daban cuidado.

LISÍAS.

¿Qué esperas?

CHATO.

¿Qué he de esperar?
Que me ahorquen para irme.

LISÍAS.

Pártete.

CHATO.

No he de partirme;
Entero me han de colgar.
¡Bueno es andarme engañando
Con—ya te ahorco y ya no—
Como si fuera hombre yo
Con quien se han de andar burlando!
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

LISIAS, CLORIQUEA, *y luego el* CAPITAN.

CLORIQUEA.

¡Que toda la pena ha sido
Haber á Zares mirado,
Y que tan enamorado
A su misma tienda has ido?
¿Aquesto ha sido el llorar?
¿Esto el temer y sentir?
¿Esto el callar y sufrir?
¿Y esto ha sido el suspirar?

LISÍAS.

Cloriquea, si pudiera,
Por mi diosa te adorara,
Y en altares que labrara,
Vida y alma te ofreciera;
Mas determinan los cielos
Que tenga por mas rigor,
De Cloriquea el amor,
Pero de Zares los celos.
Y así entre confusas dudas
No puedo ofender tu fe.
(*Sale el Capitan.*)

CAPITAN.

(*Ap.* El nombre le pediré.)
¿Quién vive esta noche?

LISÍAS.

Júdas.

CLORIQUEA.

Hoy de pena moriré.

CAPITAN.

Ya no hay temor que te asombre.
(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

JUDAS, *y despues* CLORIQUEA.

JÚDAS.

Con solo decir mi nombre
Hasta la tienda llegué
De Lisías. Mas ha sido
El valor que yo he mostrado;
Pues si él llegó disfrazado,
Yo descubierto he venido;
Que así quiero que se vea
Que no hay temor que me impida.
(*Descubre dormida á Cloriquea.*)
Esta, que está aquí dormida,
Es sin duda Cloriquea;
Que su hermosura asegura
Que solo puede haber sido;
Pues aunque duerma el sentido,
Está en vela la hermosura.
Esta la venganza es
Que toman las manos mias.
(*Llega Júdas á Cloriquea, y ella despierta.*)

CLORIQUEA.

Deja mis brazos, Lisías,
Y busca los de Zares.
Mas ¿qué es esto? ¿A quién provoca
Tal furor?

JÚDAS.

Con esto gano
Mi honor: perdona la mano,
Que he de taparte la boca.
Y aunque sea con violencia,
Que presuma será bien
Que empieza Jerusalen
En tí á darme la obediencia.
(*Llévala en brazos.*)

—

Campo á vista de Jerusalen.

ESCENA XV.

JONATAS, SIMEON.

JONATAS.

Vuélvete ya, Simeon;
Que aquí tengo de esperar
Al asirio, y será dar
A mi honor mala opinion
El llegar acompañado;
No venga, y viéndote aquí,
Piensen que riñen así
Los hebreos.

SIMEON.

Excusado
Ese recelo sería,
Si ahora consideraras
Que el temor en que reparas,
Viene á ser ofensa mia;
Pues yo solo he de reñir
Con el asirio.

JONATAS.

Eso fuera
A faltar yo.

ESCENA XVI.

LISIAS, *que sale escuchando.*—JONATAS, SIMEON.

LISÍAS. (*Ap.*)

No pudiera
A mejor tiempo venir.

SIMEON.

Déjame esta empresa á mí,
Porque mi fuerza le asombre;
Que es vencer á solo un hombre
Poca gloria para tí.
Si él me venciere, tendrás
Mayor victoria este dia;
Pues aquesta prenda mia
En su poder hallarás.
Y con aquesto sospecho
Que quedará conocido
Tu valor, yo agradecido,
Y Lisías satisfecho.

LISÍAS. (*Ap.*)

Valor tienen los hebreos:
Ver su discordia quisiera.

JONATAS.

Si aquesta victoria fuera
Solo por ganar trofeos,
Yo te la dejara á tí
Y sin ella me quedara;
Que en mi brazo asegurara
Mas que aseguro de tí;
Mas tú tienes esa parte
Con que consolarte puedes,
Y cuando sin otra quedes,
Podrás con ella gloriarte.
Si me vence, llegarás
A mas levantada gloria,
Pues con sola una victoria,
Las dos mitades tendrás.
Con esto las penas mias
Satisfaré consolado,
Tú quedarás bien premiado,
Y satisfecho Lisías.

LISÍAS. (*Ap.*)

Que les envidio, por Dios,
Confieso.

JONATAS.

¿Cómo ha de ser?

SIMEON.

¿Qué es lo que habémos de hacer,
Si viene?

LISÍAS. (*Llegando á ellos.*)

Reñir los dos.
Y supuesto que he llegado,
Sacad las espadas ya,
Que aquí espero.

JONATAS.

Eso será
Poniéndome yo á tu lado.

SIMEON.

Lisías, ya has conocido,
En desengaño tan llano,
Que el salir yo con mi hermano
Culpa, y no traicion ha sido.
Escoge, que el que escogieres
Ese reñirá contigo,
Y tendrás un fiel amigo,
Entre tanto que riñeres,
En el otro.

LISÍAS.

Pues ya escojo...

JONATAS.

¡Ay cielos!

SIMEON.

¡Confuso estoy!

LISÍAS.

Al que es mayor.

JONATAS.

Pues yo soy.

SIMEON.

Rabiando quedo de enojo.

LISÍAS.

Y en justa razon lo fundo;
Porque es bien que de una suerte
Vayan llegando á la muerte
Como llegaron al mundo.

JONATAS.

A esa parte te retira
Miéntras que mi suerte advierto,
Y hasta que me mires muerto,
Oye y calla, advierte y mira.

LISÍAS.

Saca la espada.
(*Riñen Lisías y Jonatas.*)

SIMEON.

Valiente
Es el asirio.

LISÍAS.

¡Ay de mí! (*Cae.*)
Inadvertido caí.

[1] El, Lisías.

Digitized by Google

JONATAS.

Suelta la banda.

SIMEON. (*A Jonatas.*)

Detente,
Que no le has de dar caido,
Que es villano proceder;
Que el tropezar y caer
Desdicha, y no culpa, ha sido.
Y si en el suelo se ve,
Y allí muestras tu rigor,
Dirán que faltó valor
Cuando le tuviste en pié.
Y yo tu fama y tu gloria
En aquesto solicito;
Pues una infamia te quito,
Y te ofrezco una victoria.—
Y así quiero defender (*A Lisías.*)
Tu vida; porque si aquí
Te vence mi hermano, á mí
No me deja que vencer.

JONATAS.

Poco te debe mi honor,
Cuando arrogante porfías,
No en dar la vida á Lisías,
Sino en dudar mi valor;
Pues al cielo le hago juez,
Que si en el suelo le hallara,
Su misma vida guardara,
Por quitársela otra vez.
Aunque quiero agradecer
Lo que piensas que le das,
Pues con ella tendré mas
Que quitar y que vencer.—
No fué de tu valentía (*A Lisías*)
Mengua despeñarte al suelo;
Pero atrevido, recelo
Que ha sido ventura mia,
Pues felice me asegura
Mi fortuna, que el bajar
A la tierra, fué á tomar
Medida á tu sepultura.

LISÍAS.

No porque en el suelo veas
Al que ofendido entretienes,
Pienses, Jonatas, que tienes
La victoria que deseas.
No hagas agüeros felices
De verme caido aquí,
Pues no mido para mí
La sepultura que dices.
Vuelve á reñir. (*Riñen.*)

ESCENA XVII.

EL CAPITAN, SOLDADOS SIRIOS.—DICHOS.

CAPITAN.

¡Cierra presto,
Que los macabeos son!

JONATAS.

Aquesta ha sido traicion.

CAPITAN.

¡Cierra, Asiria!

LISÍAS.

¿Qué es aquesto?

CAPITAN.

Como ahora desde el muro
Pelear, señor, te vimos,
A darte ayuda salimos.

LISÍAS.

(*Ap.* Hoy satisfacer procuro
De los dos la cortesía.)
Ninguno pase de aquí, (*A los soldados.*)
O habrá de matarme á mí
Quien llegare.

CAPITAN.

Si este dia
Con estas vidas alcanzas
La victoria que deseas,
¿Por qué en defender te empleas
Tus contrarios?

LISÍAS.

Las venganzas
Son viles, y yo pretendo
Victorias, venganzas no.—
Seguros estais; que yo
(*A los Macabeos.*)
Hoy vuestras vidas defiendo.
(*Lisías mete á los suyos á cuchilladas, y los dos hermanos se van.*)

—

Acampamento de Júdas.

ESCENA XVIII.

ZARES, *con un papel;* TOLOMEO.

TOLOMEO.

¿Qué es lo que miras y dudas?

ZARES.

Como en tanto bien me veo,
Lo mismo que dudo creo.

TOLOMEO.

Papel y firma es de Júdas:
El á dártele me envía,
Y yo hago lo que debo.

ZARES.

A creerte no me atrevo,
Por ser la ventura mia.
Dile que en mi tienda espero
Esta noche, pues codicias
El bien mio.

TOLOMEO. (*Ap.*)

Las albricias
A Jonatas pedir quiero
De aqueste engaño, pues es
El que amoroso desea. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

JUDAS, CLORIQUEA.—ZARES.

JÚDAS.

Llega, hermosa Cloriquea,
Besa la mano á Zares.

CLORIQUEA.

Dichosa diré que he sido,
Pues mas que he perdido gano;
Que á besar tan blanca mano
Sin fuerza hubiera venido.—
Dame tu mano.

ZARES.

Los brazos
Darte mi aficion espera
Con el alma.

CLORIQUEA. (*Ap.*)

¡Quién pudiera
Hacerte en ellos pedazos!

ZARES.

(*Ap.* ¿Qué celosa pasion lucha
En mis sentidos, de ver
Con Júdas esta mujer?)
¿Cómo la trajiste? (*A Júdas.*)

JÚDAS.

Escucha.
Solo á la ciudad llegué,
Dije mi nombre, temieron
Las centinelas, abrieron
Todas las puertas, entré
Donde estaba Cloriquea,
Robéla y trájela aquí
Para que te sirva á tí,
Y tu prisionera sea;
Porque de las glorias mias
Así quiero que se entienda
Que pago con mejor prenda
La que te llevó Lisías.

ZARES.

La cortesía agradezco,
Aunque el sentimiento sea
Ver que alcance Cloriquea
Mas finezas que merezco;
Pues veo que cuando tienes
El mismo honor que me das,
Por ella á su campo vas,
Por mí á mi tienda no vienes.
Y si has de venir á ella
El dia que ella está aquí,
No sé si vienes por mí,
O si has de venir por vella:
Aunque á condicion tan fiera
Bien sé, Júdas, que no ha sido
Aficion quien te ha movido:
¡Pluguiera á Dios que lo fuera!
Que con finezas tan raras
Obligara tu rigor,
Que á ser yo capaz de amor [1],
Por obligacion me amaras.

CLORIQUEA.

Consuelo tu queja tiene
En la pena que me da,
Pues Júdas por mí no va,
Y Lisías por ti viene;
Y ya de las penas mias
No siento el tormento injusto,
Pues no es prision, sino gusto,
Donde ha de venir Lisías.

ZARES.

Que Júdas hubiese ido
Por tu aficion, no lo sé;
Pero bien claro se ve
Que tú con él has venido.
Si Lisías con cruel
Pasion ha llegado aquí,
No debió de ser por mí,
Y al fin, no fui yo con él.

JÚDAS.

Dejadme solo, que hoy
Dar quiero á Dios alabanza
Porque cumpla mi esperanza. (*Vase.*)

CLORIQUEA.

Triste quedo...

ZARES.

Alegre voy...

CLORIQUEA.

Porque el amor mis desvelos
Poner ante mí procura.

ZARES.

Porque ya estoy mas segura
Con la causa de mis celos.

JORNADA TERCERA.

Acampamento de Júdas, y en él la tienda de Zares.

ESCENA PRIMERA.

TOLOMEO, JONATAS, *que trae un baston y un escudo pequeño.*

TOLOMEO.

Llega con silencio.

[1] Expresion impropia, ó por lo ménos equívoca, pues Zares quiere decir: *á tener yo la dicha de ser amada, ó poder ser amada yo,* por obligacion me amaras. Calderon solia expresar la *posibilidad* por la *capacidad,* lo cua. no siempre es conveniente ni claro.

Digitized by Google

JONATAS.

Apénas
Muevo la planta.

TOLOMEO.

Ya ves
De Zares la tienda.

JONATAS.

Di
Que del sol la esfera es.

TOLOMEO.

El silencio de la noche,
Que autor del engaño fué,
Con el mayor te convida :
Entra, que no hay que temer.
La luna, escasa de luz,
Horror nos previene en vez
De sus rayos : ni una estrella
En todo el cielo se ve;
El viento apénas se mueve;
Que parece que cortés
No murmura de tu engaño.
¿Qué esperas?

JONATAS.

Hoy llego á ver
De amor la mayor victoria,
De la industria el mayor bien,
El triunfo de una esperanza
Y la gloria de una fe.
Hoy de un deseo imposible
Gozo el mayor interes :
Hoy tengo el cielo en mis brazos,
Hoy la fortuna á mis piés;
Que amor, industria y gloria en mí se ven,
Si gozo la hermosura de Zares

TOLOMEO.

Prevenida de tu engaño,
Aquí te espera : no estés
Perezoso en la ocasion.
Llega, ¿qué temes?

JONATAS.

No sé.
Cobarde teme el pesar,
Duda atrevido el placer;
Y así estoy en confusiones
Entre el amar y el temer.
Noche, si de mis suspiros
Estás obligada, ten
Tu curso, quítale al dia
De su beldad el poder;
No obedezcas á la luz
Del sol, y á mi amor fiel,
Sepulta en oscuridad
Su dorado rosicler.
Mas si de Zares la luz
Entre mis brazos se ve,
Bien podrá la vista tuya
Mas que el sol resplandecer.
Estatuas de eterno mármol
Pienso á tu memoria hacer,
Y por sacrificio tuyo
En tus altares pondré
Estatuas, mármol, luz y rosicler,
Si gozo la hermosura de Zares. —
Tolomeo, aquí me aguarda...

TOLOMEO.

Inmóbil monte seré.

JONATAS.

Miéntras dejo al mismo amor
Envidioso de mi bien. —

(*Tocan dentro al arma.*)

Mas ¿qué es esto?

TOLOMEO.

Al arma tocan.

JONATAS.

¿Al arma?

TOLOMEO.

Sí : ¿no lo ves?

Voces dentro.

¡Arma, arma!

JONATAS.

Alguna seña
Fingida debe de ser :
Quiero entrar. (*Tocan.*)

TOLOMEO.

De la ciudad
Sale un confuso tropel.
Algun ardid habrá sido
De Lisías.

JONATAS.

¿Qué he de hacer?
Aquí del Amor me llama
El delicioso placer;
Allí de Marte me incita
El estrépito cruel.
Aquí el amor me da voces;
Pero allí el honor tambien
Me llama. ¡Ay amor y honor!
¿A quién he de responder?
Aquí pierdo la victoria
De un invencible desden;
Y allí pierdo la esperanza
Del mas honroso laurel.
Aquí gano del amor
Glorias que tanto esperé;
Allí gano eterna fama,
Con que inmortal he de ser.
¡Ciego y confuso me veo!
¡Amor, honor! ¿qué quereis?
Rendido estoy á los dos :
Dejadme ya, que bien sé
Que la fama y la gloria he de perder,
Si pierdo la hermosura de Zares.
Pero ¿qué es esto? ¿Yo soy
Descendiente de Israel?
Yo del Macabeo hermano?
Yo de Júdas? Yo, de quien
Con aplausos, con trofeos
Y con triunfos piensa ver,
Coronado de victorias,
Glorioso Jerusalen?
¿Yo soy Jonatas? Yo soy
Quien puso de amor la ley
En el honor contingencia,
Por una hermosa mujer?
¡Afuera, vanos deseos!
¡Fingidas señas, haced
En el viento vuestro centro,
Porque venganzas me deis!

(*Arroja el escudo y vara.*)

No quiero falsos engaños :
Al campo voy, porque en él
Vuelva por mi honor. ¡Lisías,
Solo á mí me has de temer!
A vencerte voy yo solo,
Y pienso que poco haré,
Pues empezando en mí mismo,
Voy enseñado á vencer. (*Vase.*)

ESCENA II.

TOLOMEO.

Honrada victoria ha sido;
Que la de mas gloria es
Vencerse un hombre á sí mismo.
¿Fuése ya? Sí, ya se fué.
Aquí dejó las insignias
De Júdas, que habian de ser
Para Zares dulce engaño,
Cuanto enojoso despues.
La ocasion es poderosa.
Yo di la industria, yo hurté
A Júdas vara y escudo;
¡Vive Dios, que he de vencer
Esta imposible beldad!
Su hermosura gozaré;
Que quien pierde una ocasion,
Ni estima ni quiere bien.

(*Toma las insignias, y vase.*)

ESCENA III.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS SIRIOS.

CAPITAN.

¿Adónde vas?

LISÍAS.

A morir.
Por Júpiter, que ha de ser
Testigo de mi venganza
Todo el campo de Israel.
¿Cuál es la tienda que tiene
A Cloriquea?

SOLDADO 1.°

Esta es.

LISÍAS.

Si de bronce ú de diamante
Fuera muro, que romper
No pudiera incontrastable
De Júpiter el poder,
Y sus vencedores rayos
Hallaran defensa en él;
De mi fuego combatida
Hoy, verás que sin tener
Reparo á mi ardiente furia,
Se pone humilde á mis piés.

CAPITAN.

Cuando cajas y trompetas
Han tocado á recoger,
Y retirada en el muro
Toda tu gente se ve;
Cuando á manos del soberbio
Macabeo, que cruel
Tu poder destruye, ha muerto
Górgias, soldado fiel;
¡En el campo del contrario
Te has quedado, sin temer
Sus engaños y traiciones!
¿Qué es lo que esperas?

LISÍAS.

No sé.
Yo salí de la ciudad
Con ánimo de volver
A Cloriquea conmigo,
Y sin ella no podré.
Aquesta es la tienda, donde
Con mil trofeos miré
Triunfando de Amor y Marte
La hermosura de Zares.
De dos soles considero
Que depositaria es,
Y de los dos abrasado,
Me siento confuso arder.
Bien me quiere Cloriquea;
Pero á Zares quiero bien;
Y amante y agradecido,
Un imposible he de hacer.
¡Ah Júdas! ¡ah Macabeo!
¡Ah defensor de la ley
De Israel, judío sin miedo!
¿Dónde estás, que no me ves?
A Cloriquea trajiste
Robada; mas por tener
Mas fama, sobre mis brazos
Tienda y todo llevaré.

CAPITAN.

Lisías, ¿qué es lo que intentas?

LISÍAS.

Esperadme aquí : entraré
En la tienda, á ver si veo
A Cloriquea.

Digitized by Google

CAPITAN.

¿ De quien
Se ha contado tal hazaña?

LISÍAS.

Un hombre viene.

ESCENA IV.

TOLOMEO, *que sale de la tienda de Zares.*—DICHOS.

TOLOMEO. (*Ap.*)

Yo hallé
De amor la gloria mayor
En el mayor interes.
Denme la tierra y cielo el parabien,
Pues gocé la hermosura de Zares.
Un hombre á la puerta veo,
No hay temor que me acobarde.
Este es Jonatas. ¡Qué tarde
Vuelve á gozar su deseo!

LISÍAS. (*Ap.*)

¿Qué es esto que dudo y creo?
Fortuna en mi mal se emplea.
¿Posible es que un hombre vea
Salir con turbados piés
De la tienda de Zares,
Donde vive Cloriquea?
La vida y alma ofendida
Tienen mi sentido en calma:
Cloriquea tiene el alma,
Y Zares tiene la vida.

TOLOMEO. (*Ap.*)

Con una industria fingida,
Mis engaños será bien
Que satisfaccion le dén,
Porque mi traicion no crea.

LISÍAS. (*Ap.*)

Bien me quiere Cloriquea;
Pero á Zares quiero bien,
Y entre confusos desvelos,
Lo que es mi bien es mi daño.
Yo me animo, y yo me engaño:
¿Qué desdicha es esta, cielos?
¡Dejadme, confusos celos,
Ya que en tormento tan fiero
Juntas dos muertes espero,
Pues hoy tan claro se infiere
Que me olvida, quien me quiere,
O me ofende á quien yo quiero!

TOLOMEO.

(*Ap.* ¿Cómo empezaré á fingir
Mi engaño? Quiero llegar
A hablarle, y asegurar
Lo que podrá presumir.)
¿Es Jonatas?

LISÍAS.

Si, yo soy.
(*Ap.* Fingiréme Jonatas;
Que este es Simeon.)

TOLOMEO.

Sabrás,
Hermano amigo, que estoy
Loco de contento hoy:
Propicio amor me asegura
La mayor gloria y ventura.
Hoy en mí su gusto emplea...

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Ay Zares! Ay Cloriquea!

TOLOMEO.

Un asombro de hermosura.
Hoy he llegado á mirar
El mismo cielo en mis brazos
Fingiendo amorosos lazos,
Que amor no supo imitar.
Hoy he llegado á gozar,
Puesta la envidia á mis piés,
Beldad que de un ángel es,
Luz que la del sol afrenta,
Fuego que abrasarme intenta.

LISÍAS. (*Ap.*)

Esta, sin duda, es Zares.

TOLOMEO.

Hoy en mi suerte dichosa
Noté con afecto igual
Una hermosura leal
En una lealtad hermosa,
Y con gracia milagrosa.
¿Quién hay que mis dichas crea?
¿Quién que en tal gloria se vea?
En mis brazos considero
Un firme amor verdadero.

LISÍAS. (*Ap.*)

Sin duda esta es Cloriquea.

TOLOMEO.

Y en fin, porque mas no estés
De mi contento dudoso,
Mi bien y mi dueño hermoso,
Para que me envidies, es...

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Oh si dijese Zares!

TOLOMEO.

Quien este campo hermosea
Con mas luz que la febea,
Pues á sus plantas se ven
Los rayos del sol; es quien...

LISÍAS. (*Ap.*)

¡Oh si fuese Cloriquea!

TOLOMEO.

Tiene á sus hermosas plantas
Amor, gracia y hermosura;
Y yo, quien en tal ventura
Gozó maravillas tantas...
¿Qué recelas? ¿qué te espantas?
¿Qué suspiras? que no es
Zares; y por que no estés
Con tal concepto en la idea,
Yo he gozado á Cloriquea:
Entra tú, y goza á Zares. (*Vase.*)

ESCENA V.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS.

LISÍAS. (*Para sí.*)

¿Qué es esto que escucho, cielos?
¿Hay mas pena? ¿hay mas rigor?
¿Quién vió jamas un amor
Con dos géneros de celos?
En mis confusos recelos
Un amor solo creí;
Mas tal pena vive en mí,
Que, para mayores daños,
He visto dos desengaños,
Y solo el uno temí.
Y tal me llego á mirar,
Que sospecho que perdiera
La vida, si no viniera
Duplicado este pesar;
Pues cuando á considerar
Me pongo una fe ofendida,
Una esperanza perdida,
Son dos contrarios tan fuertes,
Que, por no darme dos muertes,
Me dejan con una vida.
¿Cloriquea no conoce
Ya mi lealtad ofendida?
Zares, fácil y rendida,
¿Espera que otro la goce?
¿Que tal pena reconoce
Mi pensamiento? ¿Que es
verdad, alma, lo que ves?
¿Que yo mismo escuche y crea
«Yo he gozado á Cloriquea,
Entra tú, y goza á Zares?»
(*Llega el Capitan á Lisias.*)

CAPITAN.

A los aires veloces
Llenas de horror con lastimosas voces.
¿Qué suspiras? Qué tienes?
Qué es lo que ha sucedido?
Por quién de amor á tal extremo vienes?
No hay quien tu pena crea.

LISÍAS.

Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.
En Cloriquea ha sido
Verdadera mi fe, su amor fingido;
Y de Zares callado,
Sin lealtad su desden, mi amor burlado
Esta, en ajenos brazos,
Nudos da á mi garganta, á su amor lazos;
Y aquella, ingrata y fiera,
Ajeno dueño en su beldad espera.
Y porque el mundo mis desdichas crea,
Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.

CAPITAN.

No dés voces, señor: mira que estámos
En campos del contrario. Al muro vamos;
Que ya del sol luciente
Pregona la venida,
Coronado de luz, el claro oriente.

LISÍAS.

¡Pierda mi libertad, pierda mi vida,
Y el sangriento deseo
Ejecute en mi sangre el Macabeo!
¡Entre por la ciudad, y victorioso
Tale y rompa furioso
Los ejércitos mios,
Haciendo de su sangre undosos rios;
Que no quiero victorias,
Triunfos no quiero ya, no espero glorias!

CAPITAN.

Si haces tantos extremos,
Por fuerza á la ciudad te llevarémos.

LISÍAS.

Solo quiero mi muerte;
Que no quiero vivir de aquesta suerte,
Cuando entre confusiones y desvelos,
Abrasado de amor muero de celos.
Y porque el mundo mis desdichas crea,
Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

CLORIQUEA, *y luego* LISIAS, *dentro.*

CLORIQUEA.

Con lastimosas voces
Parece que conserva
En repetidos ecos
El viento á Cloriquea.
Imágenes confusas
Son, que me representa
El amor de Lisías
En esta triste ausencia.
Engañarme á mí misma
Amorosa quisiera,
Respondiendo á sus voces.
¡Lisías!

LISÍAS. (*Dentro.*)

¡Cloriquea!

CLORIQUEA.

No son vanas fantasmas
De mi turbada idea;
Que en el aire mi nombre
Articulado suena.
(*Tocan cajas destempladas.*)
¿Qué fúnebres rumores,
O qué voces funestas,

Digitized by Google

Al pronunciar mi nombre,
Ofenden mis orejas?
Oprimidos los vientos,
Parece que se quejan,
Y bramando publican
Entre sí dura guerra.
Pero ¿á quién con aplausos
En su muerte violenta
El ejército hace
Funerales exequias?

ESCENA VII.

TOLOMEO. — CLORIQUEA.

CLORIQUEA.

Soldado, así del muro
Victorioso te veas,
Que me digas quién es
A quien muerto respetan,
Y acercándose al muro,
Sobre los hombros llevan.

TOLOMEO.

Un capitan asirio,
A quien por sus grandezas,
En muerte el Macabeo
Honra desta manera. *(Vase.)*

CLORIQUEA.

Sin duda que es Lisías,
Y su espíritu era
Quien triste me llamaba.
¡Aguarda, esposo, espera! *(Vase.)*

—

Vista exterior de los muros de Jerusalen.

ESCENA VIII.

Salen JUDAS, SIMEON, JONATAS Y TOLOMEO, *al son de cajas destempladas, y traen* OTROS *en hombros un ataud, y en el muro aparecen* LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS Y GENTE.

CAPITAN.

A las puertas han llegado
De la ciudad.

JÚDAS.

¡Ah del muro!
Decid á Lisías que oiga.

LISÍAS.

Di, general: ya te escucho.

JÚDAS.

Despues de varias victorias
Que dieron por tantos lustros
Admiraciones y espantos
A las tres partes del mundo,
A Jerusalen llegué,
Y puse cerco á sus muros,
Donde en su defensa hice
Exámen del valor tuyo.
Anoche al campo saliste,
Cuando el silencio nocturno,
Por mortales, los cansancios
Sepultó en sueño profundo.
Si fué ó no temeridad,
Ni lo afirmo ni lo dudo;
Que yo siempre en el contrario
Animo y valor presumo.
Górgias, este á quien la muerte
Apénas rendirle pudo,
Pues á pesar de su olvido,
Vivirá siglos futuros;
Este á que, aunque mi contrario,
Doy alabanzas, y cuyo
Valor tanto envidié vivo
Cuanto venero difunto;
Despues de haber animoso
Rendido en el campo á muchos
Enemigos, nos hallamos
Cuerpo á cuerpo los dos juntos.
Mas de dos horas reñimos,
Sin conocer en ninguno
Ventaja, midiendo siempre
Iguales brazos y pulsos.
Muerto al fin, y no rendido,
Cayó en tierra. Ni le culpo
Ni me alabo; porque solo
A mas dicha lo atribuyo.
Murió al fin, y sabe el cielo
Si me pesa, porque juzgo
Que fuera inmortal, teniendo
De aquestos contrarios muchos.
Y porque conozco igual
A mi valor con el suyo,
Conservaré sus cenizas
En inmortales sepulcros.
Así á mis contrarios honro
Y su memoria aseguro,
Porque con aqueste ejemplo
Aprendas á honrar los tuyos.
Y si luego la ciudad
No me rindieres, te juro
Por el gran Dios de Israel,
Verdadero, eterno y sumo,
De asaltarla, derribando
Sus alcázares y muros,
Hasta ver en sus altares,
A pesar de los injustos
Idolos que ciego adoras,
Sacrificios del que puso
A su pueblo en libertad
Entre tantos infortunios:
Sino, aunque sábado sea,
Dia que mi ley dispuso
Solo para hacer á Dios
Sacrificio limpio y puro,
Tengo de dar la batalla
Mas sangrienta, y á los tuyos
He de pasar á cuchillo,
Sin perdonar á ninguno.
Verás la ciudad fundada
Sobre un sangriento diluvio,
O que oprimida la tierra
Parezca la sangre jugo.
Los elementos verás
Mezclarse entre sí confusos,
Juntando en un breve caos
Tierra, sangre, viento y humo.
Horror á la misma muerte
Dará el lastimoso insulto,
Viendo que tantos la ofrecen
Mas batalla que tributo.

LISÍAS.

Calla, Júdas; que el valiente
Habla poco, y obra mucho.
Quien retórico amenaza,
Jamas ejecuta mudo.
No hagas las honras de Górgias
En tí piadoso atributo,
Si no temor; que un asirio
Aun se hace temer difunto.
Si has de asaltar la ciudad,
¿Qué aguardas? Que no te excuso
El asalto: no dilates
La victoria que procuro;
Que á tí y á tus dos hermanos,
Cuerpo á cuerpo á cada uno,
En la batalla os aguardo
Y reto, ó á todos juntos.
A tí te reto primero,
Por el engaño ó el hurto
De Cloriquea, pues muestras
Con mujer el valor tuyo;
A Simeon, porque fué
Quien falso, aleve y perjuro
A Cloriquea gozó,
De toda lealtad desnudo;
A Jonatas, por galan
De Zares; y así no dudo
De todos tres la victoria,
Y de tres muertes un triunfo.

JÚDAS.

Ya, por hallarme contigo,
Tengo tan vivos impulsos,
Que serán las horas años,
Siglos serán los minutos.
Y porque creas que yo
Solas alabanzas busco,
Sin tener de mis hazañas
Mas que la opinion por fruto,
Traeré luego á Cloriquea;
Porque si en esto aventuro
Mi opinion, pienso robarla
De los mismos brazos tuyos.

JONATAS.

Yo te buscaré el primero,
Lisías, porque seguro
Esté, habiéndote vencido,
El que llegare segundo.
No te doy satisfacciones
A tus celosos discursos,
Porque no parezca en ellas
Que la batalla rehuso;
Que ántes, por verme contigo,
Quisiera al tiempo caduco
Tener en mis brazos hoy,
Para apresurar su curso.

SIMEON.

Y yo quisiera poder
Parar del sol rubicundo
Con estos brazos los ejes
De sus celestiales rumbos,
Porque testigo á las fuerzas
De mi valor siempre augusto,
Para eterna fama mia
Me consagrara coluros.
Y no estaré satisfecho
Si á mí no me restituyo
De aquella partida banda
Una parte que te cupo.

JÚDAS.

¡Al arma, al arma, soldados!
Suene en los ecos confusos
Del parche la voz horrible,
Del bronce el metal robusto;
Que hoy al gran Dios de Israel
Sacrificarle presumo
En altares de Dagon,
De incienso olorosos humos.

SIMEON.

¡Hoy, Jerusalen, triunfante
En tus palacios me juzgo!

JONATAS.

¡Hoy, gran ciudad de David,
Los alcázares destruyo!

JÚDAS.

¡Hoy, santa Sion, quisiera
Mi honor que fueras dos mundos,
Y por ganarte otra vez,
Volviera á Lisías el uno.
(Vanse los Macabeos y su acompañamiento.)

ESCENA IX.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS Y GENTE *en el muro.*

LISÍAS.

Aquí espero, y mis victorias
Solo en mis brazos las fundo;
Que hoy vuestros dioses serán
Tapete de mis coturnos.
Descendiente soy, hebreos,
De aquel soberbio Nabuco,
Que por ser dios, sus estatuas
Sobre los altares puso.

Digitized by Google

CAPITAN.

De paz un soldado llega,
Y una mujer.

LISÍAS.

Ya me turbo,
Que esta es Cloriquea.

ESCENA X.

TOLOMEO y CLORIQUEA, *en el campo.* — DICHOS, *en el muro.*

CLORIQUEA.

En verle
Se acabaron mis disgustos.

TOLOMEO.

Hoy Júdas á Cloriquea
Te da, y dice que seguro
Estés de su gran lealtad;
Que lo que es fuerza, no es gusto;
Y que de tu misma tienda
El la robó, porque supo
Que con esta hazaña daba
A la fama eterno asunto. (*Vase.*)

CLORIQUEA.

¿Es posible que he llegado
A tu presencia, mi bien,
Y que los ojos te ven,
Que por muerto te han llorado?
Aun lo miro y no lo creo;
Que me parece que son
Lisonjas de la ilusion,
O fantasmas del deseo.
Aunque el alma me decia
Que no era su daño cierto;
Que mal pudieras ser muerto,
Supuesto que yo vivia.

LISÍAS.

¿Por qué con locuras tantas
Quieres aumentar mi pena?
Di, cocodrilo y sirena,
Que me lloras y me cantas,
¿Por qué con lisonjas doras
Aqueste tormento esquivo?
Y si me desprecias vivo,
¿Para qué muerto me lloras?
Muerto estoy: no ha sido incierto
El rigor que imaginabas:
Bien mi muerte adivinabas,
Que tus locuras me han muerto.

CLORIQUEA.

Escucha mi voz ahora.

LISÍAS.

Vete, ingrata, vete, fiera.

CLORIQUEA.

No ofendas de esa manera,
Lisías, á quien te adora.

LISÍAS.

Una ausencia no consiente
Lealtad en tan breves dias;
Que bien muerto me fingias,
Supuesto que estaba ausente.
Que de tu inconstante sér
Tan grande parte te alcanza,
Que eres mujer y mudanza,
Por ser dos veces mujer.
Vete donde en dulces lazos
Hagas de tu amor empeño,
Vete donde nuevo dueño
Te goce en ajenos brazos.
Todo, ingrata, lo he sabido
Del mismo que te gozó:
Simeon me lo contó,
Galan y favorecido.
Ya no hay valor que resista
El veneno de que muero.
Vete, basilisco fiero,
Que me matas con tu vista.
Que si tuviera en mis brazos
Aquesos despojos bellos,
Hoy te despeñara dellos
Donde te hiciera pedazos.

(*Vanse Lisías, el Capitan, los soldados y gente.*)

ESCENA XI.

CLORIQUEA.

Aguarda un poco, Lisías,
Y si aqueste rigor es
Obediencia de Zares,
No ofendas las ansias mias,
Y no disculpes conmigo
Cobardias que has usado,
Pues de temor me has dejado
En poder de tu enemigo.
Pues para que yo volviera
Otra vez á tu poder,
Piadoso fué menester
Que él la libertad me diera.

(*Tocan al arma.*)

Ya el muro escalar intenta
En órden el campo hebreo,
Y el valiente Macabeo
Al mundo temor ostenta [1].
El sol con su luz ardiente
Está previniendo horrores;
Que parece, con mayores
Llamas, que el incendio siente.
El viento confuso y ciego
Con movimientos se altera;
Que parece que en su esfera
Está la region del fuego.
La tierra pues oprimida
Monumentos mil levanta,
Porque de cualquiera planta
Teme perder una vida,
Y ya los campos rompidos
Procuran eterna fama;
Gime el bronce, el parche brama,
Y en los ecos repetidos
Todo es ciega confusion,
Todo grita lastimosa:
Y por todo voy furiosa
A buscar á Simeon. (*Vase.*)

—

Acampamento de Júdas.

ESCENA XII.

SIMEON, JONATAS, TOLOMEO y SOLDADOS *de Júdas y de Lisías, dentro; despues,* CHATO.

(*Tocan al arma, y dicen dentro.*)

SIMEON. (*Dentro.*)

¡Rompe el viento!

TOLOMEO. (*Dentro.*)

¡Asalta el muro!

JONATAS. (*Dentro.*)

¡Yo solo ganarle puedo!

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Sale Chato.*)

CHATO.

¡Miedo, miedo!
¿Adonde estaré seguro?
¡Oh triste Jerusalen,
Que eternamente asolada,
Destruida y conquistada
Estos lugares te ven!
Siempre con fieros espantos
Se hace en tu conquista instancia,
Sin mirar que otra ganancia
Fué la pérdida de tantos,
Que Trabuco de Alazor
Destruyó aquel triste dia,
Cuando Alma-en-viérnes venía
Con tanta rabia y rigor.
Hoy Júdas, despues de dos
Asaltos que en ti ha tenido,
Conquistarte ha pretendido
Al tercero, y plegue á Dios
Que te gane bien ganada;
Que tu conquista famosa
Siempre ha sido peligrosa
En la tercera jornada.
Aquí retirarme puedo,
Porque el conquista sea.

(*Vocean dentro*)

Unos.

¡Aquí Asiria!

Otros.

¡Aquí Judea!

Todos.

¡Guerra, guerra!

CHATO.

¡Miedo, miedo!

(*Escóndese.*)

ESCENA XIII.

ZARES, *armada*, JONATAS.—CHATO.

JONATAS.

¿Dónde vas?

ZARES.

A ganar fama

JONATAS.

Detente.

ZARES.

Mi honor afrentas.
Suelta, Jonatas.

JONATAS.

¿Qué intentas?

ZARES.

Cuando de Marte me llama
El horror, y cuando ven
Mis ojos que el Macabeo
Con animoso deseo
Asalta á Jerusalen;
Cuando la muralla fuerte,
De su valor defendida,
Guarda al asirio la vida
Y da al palestino muerte;
Cuando en esas arrogantes
Máquinas contemplo luego
Mudarse montes de fuego
En espaldas de elefantes;
(O si no, á mirarlo ponte;
Que mas parece que el suelo
Intenta tocar al cielo,
Puesto monte sobre monte);
Cuando los fuertes arietes
Quieren con encuentros duros
Rendir los soberbios muros
A sus armados copetes,
Y á cuyo golpe parece,
Sonando el bronce oprimido,
Que asombrado del rüido
Todo el mundo se estremece;
Y al fin, cuando llega Júdas
A la ciudad, ¡me detienes!
En poco mi valor tienes,
Pues que mis victorias dudas.

JONATAS.

Ni te detengo ni dudo
Tu valor; temo tu muerte.
Y pues vas armada y fuerte,
Llévame á mí por escudo;

[1] Verso viciado, ó expresion viciosa. El *valiente Macabeo* no debe *ostentar temor al mundo*; debe infundírselo.

Digitized by Google

Porque si un golpe cruel
Perdiere ingrato el respeto
A tu hermosura, el efeto
Haga en mi pecho; que en él,
De tu rigor satisfecho,
Despues de roto, verás
Con el decoro que estás
Idolatrada en el pecho;
O si no, atenta al valor
De mi brazo, considera,
O Zares, de la manera
Que por el marcial furor
Con un ánimo arrogante
Acometo loco y ciego,
Rompiendo abismos de fuego
Y montañas de diamante.
Que si tus ojos me ven
Con tal gloria victorioso,
Podré yo solo dichoso
Ganar á Jerusalen;
Que si me mira Zares,
No habrá mundos que no allane.

CHATO.

¡Plegue á Dios que bien la gane!
No nos perdamos despues.

JONATAS.

Hoy escribe su tragedia
Con sangre Jerusalen.

CHATO.

Y si no la escribe bien,
Se perderá la comedia.

JONATAS.

Hoy entre sus tiros fieros
Verás como rompo yo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ZARES, CHATO; *despues* SOLDADOS JUDÍOS, *dentro.*

CHATO.

Y no le harán mal, si no
La acierta, los mosqueteros.
(*Dentro se da el asalto, con mucho ruido de armas.*)

ZARES.

Ya á la ciudad han entrado
Los invencibles hebreos,
Y con gloriosos trofeos
Envidia á la fama han dado;
Y yo entre confusas dudas,
De amor temeroso llenas,
Entre desdichas y penas,
No acierto á vivir sin Júdas;
Y mas cuando todo puedo
Decir que es rabia y furor,
Todo voces, todo horror. (*Vase.*)

CHATO.

Todo miedo, todo miedo.
Basta, que á mis ojos ya
Miedo solamente veo;
Miedo digo, miedo creo,
Miedo viene y miedo va,
Miedo el aire, miedo el suelo.
Con miedo y conmigo lucho;
Miedo digo, miedo escucho,
Miedo toco y miedo huelo.

Voces dentro.

¡Victoria!

CHATO.

¡Qué dulce gloria!
¿Cuyos serán los trofeos?

Voces dentro.

¡Victoria por los hebreos!

CHATO.

Ya no hay mas miedo. ¡Victoria! (*Vase.*)

—

Vista interior de los muros de Jerusalen.

ESCENA XV.

JUDAS, TOLOMEO, SOLDADOS Y GENTE.

TOLOMEO.

Ya la santa Sion, ciudad triunfante,
Adonde el arrogante
Asirio daba, engrandecido tanto,
Al cielo admiracion, al mundo espanto,
De sus armas en vano defendida,
A tu valor rendida,
Despues de glorias tantas,
Se pone humilde á tus heróicas plantas.

JÚDAS.

Desta dichosa gloria
Solo al gran Dios se debe la victoria.
Bajen pues ofendidos
De los altares ídolos mentidos;
Y ese falso Dagon, que veneraba
El asirio, y á quien altares daba,
Segunda vez, para mayor grandeza,
Incline la cabeza
Con milagroso intento
Ante el arca del sacro Testamento.

ESCENA XVI.

ZARES, *con el escudo y la vara de Júdas.* — DICHOS.

ZARES.

Valiente Macabeo,
Pues fué del pueblo hebreo
Heredada noticia
Que miéntras se cantase la victoria,
Se administrase recta la justicia,
A pedirla he venido,
Y hoy á ti de ti mismo te la pido.
Estas son tus insignias.

JÚDAS.

¡Cosa rara! [ra?
¿Quien te ha dado, Zares, mi escudo y va-
¿Cómo con ella á mi presencia llegas?

ZARES.

O dudas tu valor, ó mi honor niegas.
Tú mismo me las diste.

JÚDAS.

¡Yo, Zares!

ZARES.

Tú, señor, y me dijiste
Muy dulce y amoroso:
«En ganando á Sion, seré tu esposo.»
Y pues ya llegó el dia,
Premia con tu valor la humildad mia;
Que el fuego que en mi pecho el honor
[labra,
Da voces que me cumplas tu palabra.

JÚDAS.

¡Qué caos de confusiones
Es aqueste, Zares, en que me pones?
¡Yo, Zares, yo te he dado
Mis prendas!

TOLOMEO.

Tus hermanos han llegado.
(*Ap.* Y yo estoy temeroso
De ver mi atrevimiento [to.
No hay gusto á quien no siga el sentimien-
¡Mas quién resistirá, con amorosa
Pasion, una ocasion tan poderosa?)
(*Tocan cajas.*)

ESCENA XVII.

SIMEON, *con una bandera*, JONATAS, *con la cabeza de* LISIAS, SOLDADOS JUDÍOS. — DICHOS.

SIMEON.

Ya el asirio [1] vencido,
De tu poder la fuerza ha conocido.

JONATAS.

Lisías castigado,
De tu valor la fuerza ha confesado.

SIMEON.

Ya la ciudad te dejan,
Y de su patria tímidos se alejan.

JONATAS.

Y huyendo de tu intento,
Se visten alas, y se calzan viento.

SIMEON.

Esta insigne bandera...

JONATAS.

Este trasunto de soberbia fiera...

SIMEON.

Que está á tus plantas puesta,
Es de Lisías.

JONATAS.

Su cabeza es esta.
(*Descúbrela.*)

SIMEON.

Yo entré el primero al muro,
Porque solo conmigo iba seguro.

JONATAS.

Yo en la conquista fuerte [te.
Le busqué, y cuerpo á cuerpo le dí muer-

SIMEON.

Si yo al muro no entrara,
Mal desde el campo tu furor le hallara.

JONATAS.

Si yo no le venciera,
Mal la victoria tu valor te diera.

JÚDAS.

Basta, no mas.

SIMEON.

Hoy ha de ser el dia
Que has de dar premio á la victoria mia.

JONATAS.

Que es el dia, confío,
Hoy, en que has de premiar el valor mio.

SIMEON.

Hoy darme determina
A la bella Zares.

JONATAS.

Zares divina
Es el bien que yo gano.

SIMEON.

¡Ah Júdas...!

JONATAS.

Macabeo...

SIMEON.

Hermano...

JONATAS.

Hermano...

JÚDAS.

¡En qué gran confusion estoy metido!

JONATAS.

Tu palabra...

SIMEON.

Tu fe...

[1] En toda la comedia se dice *asirios* en lugar de *sirios*.

Digitized by Google

ZARES.

Mi honor te pido.

JÚDAS.

¿Qué confusos desvelos
Son estos en que estoy, piadosos cielos?
¿Quién vió tan ciego abismo?
¿Qué enredos me enajenan de mí mismo?
Y, de admirado y mudo,
Creo mentiras, y verdades dudo.
(*Suena un clarin.*)

ESCENA XVIII.

CLORIQUEA, *en un caballo, con lanza y adarga.* — DICHOS.

CLORIQUEA.

Oid, cobardes hebreos,
Abatida sucesion
De la mas humilde sangre
Que Palestina crió.
Infames samaritanos,
Pues la descendencia sois
De aquel peregrino pueblo
Que Egipto tuvo en prision:
Estadme atentos, infames,
Si no os espanta mi voz;
Que á retar vengo ofendida
De vuestro ejército á dos.
¡Simeon y Jonatas,
Oidme! Reto á Simeon
De cobarde, de villano,
Infame, vil y traidor;
Y en cuanto dijo á Lisías
En agravio de mi honor,
Sustento en aqueste campo
Que una y mil veces mintió.
A Jonatas, porque fiero,
Con engaño y con traicion,
En la sangrienta batalla
Hoy á Lisías mató.
Y yo sola cuerpo á cuerpo,
Espero de sol á sol;
Y por si acaso llegaren
A un mismo tiempo los dos,
Será el que riña primero,
Aquel que con mas valor
Primero tome esta lanza,
Que arrojo al aire veloz. (*Tira la lanza.*)
¿Cómo, no llega ninguno?
¿Es respeto, ó es temor?
Mirad que, aunque soy mujer,
Yo soy Cloriquea, yo
De Lisías soy esposa,
Y quien es bastante soy
A quitaros el laurel,
Aun apénas vencedor.

SIMEON.

Por ser mujer no me toca
Responderte, y porque son
Engaños tuyos; que nunca
Tu honor mi lengua ofendió.
Y rendido sin reñir
Desde aqueste punto estoy;
Porque solo á una mujer
Pudiera rendirme yo.

JONATAS.

Hoy cuerpo á cuerpo á Lisías
Muerte mi brazo le dió
En la sangrienta batalla,
Sin engaño y sin traicion.
Por esto, y por ser mujer
Esta respuesta te doy;
Porque solo á una mujer
Diera yo satisfaccion.

ZARES.

Pues á mí sola me toca
Responderte, quiero yo
Tomar la lanza, y decir
Que fué loca presuncion
Y villano atrevimiento
Que llegases sin temor,
Tan arrogante y cruel,
Al lugar donde yo estoy.
¿Tú sabes que soy Zares?

CLORIQUEA.

¿Y tú no sabes que yo
Soy Cloriquea?

ZARES.

Pues mira
Que aqui te aguardo.

CLORIQUEA.

Yo voy
Solo á dejar el caballo,
Que luego vuelvo. (*Vase.*)

ZARES.

Si honor
Te fuerza, tambien á mí
Me obliga á tanta pasion;
Y por no poder vengar
Mi rabia en el ofensor,
En tí, Cloriquea, quiero
Satisfacer mi furor.
Si eres mujer ofendida,
Mujer ofendida soy.

JONATAS.

Pues ¿quién te ofendió, Zares?

SIMEON.

¿Pues, Zares, quién te ofendió?

ZARES.

Esta vara y este escudo
Los vivos testigos son
De mi infamia y de mi agravio.

JÚDAS. (*Ap.*)

Ya vuelve mi confusion.

JONATAS.

(*Ap.* ¿Qué es esto, cielos, que veo?
Sin duda que otro gozó,
Miéntras á la guerra fuí,
Con la industria la ocasion.
¡Mal haya mi cobardía!)
¡Ah Tolomeo!

TOLOMEO.

Señor,
Humilde á tus plantas puesto,
Llego á pedirte perdon.

JÚDAS.

¿Pues qué es aquesto?

TOLOMEO.

Yo fuí
El que á Zares engañó
Con tus insignias; que solo
Pudiera intentarlo amor.

ESCENA XIX.

CLORIQUEA. — DICHOS.

CLORIQUEA.

Ea, Zares, ¿dónde estás?

TOLOMEO.

Y yo fuí el que contó
A Lisías el engaño
De Cloriquea.

CLORIQUEA.

¡Ah traidor!
¡Vive Dios que he de matarte!

JONATAS.

No matarás, porque yo
Le daré muerte.

SIMEON.

Primero
He de matarle.

ZARES.

Eso no.

JÚDAS.

¿Pues tú le defiendes?

ZARES.

Sí,
Que aunque ofendida, es mejor
El peor marido vivo,
Que muerto el mejor honor.

JÚDAS.

Si tú, Zares, le perdonas,
Yo tambien le doy perdon.

CLORIQUEA.

Y yo quiero en vuestra ley
Seguir de hoy mas vuestro Dios.

TOLOMEO. (*A Zares.*)

A tí te debo la vida:
Tuyo eternamente soy.

SIMEON.

Aquí dió fin mi esperanza.

JONATAS.

Aquí dió fin mi pasion.

ZARES.

Y del fuerte *Macabeo*
A la primer parte dió
El autor dichoso fin,
Por quien os pido perdon.

Digitized by Google

ORÍGEN, PÉRDIDA Y RESTAURACION
DE
LA VIRGEN DEL SAGRARIO.

JORNADA PRIMERA.

PERSONAS.

SAN ILDEFONSO.
SANTA LEOCADIA.
RECISUNDO, *rey*.
LA REINA.
PELAGIO.
TEUDIO.
ALARICO.
ATAULFO.
PAYO.
UN CRIADO.
UNA FIERA.
ANGELES.
MÚSICOS.
TOLEDANOS, ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

Monte con una gruta.

ESCENA PRIMERA.

Suena dentro ruido de caza, y sale por arriba huyendo UNA FIERA, *que en llegando abajo, se convierte en un hombre; detras sale* EL REY RECISUNDO.

Voces dentro.

¡Por acá, por acá!

REY.

Vestiglo fiero,
Tras tu velocidad mi aliento lleva.

FIERA.

Pues eres Rey magnánimo y severo,
Osate entrar conmigo en esta cueva:
Cuerpo á cuerpo en su oscuro centro es- [pero.

REY.

¡Qué nuevo horror, qué admiracion tan [nueva!

FIERA.

Atrévete, valiente Recisundo,
Y serás, si te atreves, rey del mundo.

REY.

Espera, Fiera, espera: ya te sigo.
En la cueva he de entrar, y entre mis [brazos,
Haciendo campo desigual contigo,
Atomos he de verte, hecha pedazos.
(*Vanse.*)

ESCENA II.

ALARICO, ATAULFO.

ALARICO.

Corrió el Rey tras la Fiera: no me obligo
A alcanzarle, que pone al viento lazos
Su gran velocidad.

ATAULFO.

Su pensamiento
Va corriendo parejas con el viento.
(*Vanse.*)

—

Interior de la gruta.

ESCENA III.

EL REY, LA FIERA.

FIERA.

Llega, gran Recisundo, ya te aguardo
Entre mis brazos para darte muerte.

REY.

Ni de tus amenazas me acobardo,
Ni desespero, Fiera, de vencerte.
(*Luchan.*)

FIERA.

¿Cómo en matarte tanto tiempo tardo?

REY.

Yo tambien ¿cómo tardo en deshacerte?

FIERA.

Valiente eres.

REY.

Un rey siempre lo ha sido.

FIERA.

Vete: que pues vencerte no he podido,
No eres tú el godo rey que ha de librar- [me
De una pension, de un cautiverio fiero,
Donde intrépido llegas á mirarme,
Y há muchos siglos que encantado espe- [ro.
No eres tú el infeliz que ha de sacarme
Desta cadena en que rabiando muero.
Ve libre, y ¡ay de aquel que yo cogiere
En la cueva, y á brazos le venciere!
¡Ay de España, si llega el triste dia
Que un rey quede vencido en la estaca- [da!
¡Ay de su religion devota y pia!
Cuánto ha de verse entónces profanada!
Ay del cielo tambien, pues la voz mia
Ha de turbar su máquina estrellada!
Y ay de mí, que vencerte, Rey, no puedo,
Porque seguro vivas en Toledo!
(*Húndese.*)

REY.

¡Válgame el cielo, qué confuso espanto!
¡Válgame el cielo, qué rigor funesto!
Salga yo desta cueva, deste encanto,
Que en tantas confusiones hoy me ha [puesto.
¡Oh clara luz, cuánto te estimo, cuánto!

ESCENA IV.

ALARICO, ATAULFO.—EL REY.

ALARICO.

Señor, danos tus piés. Pero ¿qué es esto?
¿Tú lloras?

ATAULFO.

Pues, señor, ¿qué ha sucedido?

REY.

Una melancolía me ha vencido.
Poned una señal en esta boca,
Por donde melancólico bosteza
El monte: sea mordaza dura roca,
Que enmudezca este horror, esta triste- [za.
Pero defensa no ha de ser tan poca.
La tronera que veis, cuya pereza
La boca tiene para siempre abierta:
Ciérrese desde aquí con una puerta.
Y sea institucion y ley sagrada
Que ningun godo rey mi descendiente
Se atreva á averiguar por ella nada,
Y de Dios sea maldito el que lo intente.
Antes cualquiera [1] rey quiero que añada
Un candado, en señal de que obediente
Guarda el precepto justo, y no severo;
Y yo con mas razon pondré el primero.
Un caballo me dad, porque me importa
Volver á la ciudad, donde me espera
Ildefonso, quien hoy el cuello corta
De la herejía á la serpiente fiera,
Cuya cabeza otra cabeza aborta,
Hidra arrogante que mi reino altera,
Aliento que es veneno y es contagio,
Con que Teudio inficionan y Pelagio.
(*Vanse.*)

—

Entrada á la iglesia de Santa Leocadia en Toledo.

ESCENA V.

Sale huyendo PELAGIO, *y detras* PAYO Y TOLEDANOS.

TOLEDANO 1.°

¡Viva Ildefonso!

TODOS LOS TOLEDANOS.

¡Viva!

TOLEDANO 2.°

Sacro laurel por tal honor reciba.

TOLEDANO 1.°

Muera Pelagio...

TODOS LOS TOLEDANOS.

Muera.

TOLEDANO 2.°

Pues nuestra paz y religion altera.

PELAGIO.

¿Dónde voy desta suerte
Tropezando en la sombra de la muerte?

PAYO.

Perrero soy: no es yerro
Arrojar de la iglesia tan vil perro,

[1] Cada rey.

Digitized by Google

Que el respeto la pierde,
Y en la pureza no manchada muerde.
Sal de aquí.

PELAGIO.

¡Oh arrogante
Furor de un pueblo ciego é ignorante!

PAYO.

Blasfema tu voz miente;
Tú eres el ignorante solamente,
Pues has puesto este dia
Defecto en la pureza de María:
Y nuestro gran prelado,
Arguyendo, vencido te ha dejado
En acto tan solene,
Que hasta la Reina á presidirle viene,
Siendo, porque te asombres,
Tú el Luzbel de María entre los hom-
Y Ildefonso sagrado [bres,
Miguel, que de su cielo te ha arrojado,
Diciendo con voz pia
Al despeñarte: «¿Quién como María?»

PELAGIO.

Si en forma me arguyera,
Ni Ildefonso ni Pablo me venciera.
Arguyó falsamente;
Y el pueblo, que con él está presente,
Por complacerle, quiso
Darle el lauro sin causa y sin aviso.

PAYO.

Otra y mil veces mientes;
Y pues no te reduces ni arrepientes,
Yo vencerte pretendo.
No entiendo de argumentos; pero entien-
De estacas, y con esta [do
Tengo de dar á tu opinion respuesta.
María quedó vírgen, siendo Madre
Y Esposa, Hija del Eterno Padre.
Esto sé, y ¡vive Cristo!
Que há mucho que la cólera resisto.
Muera el hereje fiero.

PELAGIO.

Matadme, pues que yo rabiando muero.

TOLEDANO 2.°

Déjale, porque sale
El Rey.

PELAGIO.

¿Quién hay que mi tormento iguale?
Iré de furia lleno
Derramando en el mundo mi veneno.
(*Vase.*)

PAYO.

¿Sabeis lo que he sentido [do
Mas? Que este hereje vil se haya atrevi-
A mostrarse contrario
Delante de la Vírgen del Sagrario;
Y que á su casa misma
Viniese á introducir tan baja cisma.
¿Que viendo (¡oh justa pena!)
La faz de esta bellísima morena,
No enmudeciera luego?
Aquí en mi llanto mi dolor anego.

TOLEDANO 2.°

Causa tus penas tienen;
Pero callemos, que los reyes vienen.

ESCENA VI.

Suena música, y salen los REYES, *y* SAN ILDEFONSO, *en traje de cardenal;* ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS, *ménos Pelagio.*

REY.

¡Oh tú, divino Atlante,
Del cielo de la Iglesia militante,
En cuyos fuertes hombros
El peso de fatigas y de asombros,
Con que el hereje intenta
Perturbar nuestra fe, firme se asienta!
Dame, dame los brazos,
Si merecen los mios tales lazos.

ILDEFONSO.

Valiente Recisundo,
Ilustre godo, á quien adore el mundo
Por su rey dignamente,
Dando el Tiber laureles á tu frente,
Sin que nadie lo estorbe,
Como romano emperador del orbe:
Dame á besar tus plantas,
Si mi humildad merece dichas tantas.
Y vos, bella señora,
Que sois de tanto sol divina aurora,
Dadme á besar la mano.

REINA.

Levantad, Ildefonso, porque en vano
Esta humildad consiento, [tento;
Cuando arrojarme á vuestros piés in-
Que quien ha merecido en este dia
Ser defensor del nombre de María,
Y con tal sutileza
Sacó á luz el candor de su pureza
De la tiniebla oscura
En que el hereje sepultar procura
Su resplandor, hallando en vos presidio
Contra este vil discípulo de Helvidio,
Merece que por fin de glorias tantas,
Reinas godas se pongan á sus plantas;
Pues viene á ser la majestad humana
Sombra de aquella Reina soberana.

ILDEFONSO.

¡Qué mucho que dé el cielo
Fertilidad de bienes á este suelo,
Si tales reyes tiene,
Por quien Toledo á tales glorias viene?
Y pues he merecido
Hoy tanto honor, una merced os pido.

REY.

Ofendeis mi deseo
Cuanto en pedir tardais.

ILDEFONSO.

Así lo creo.

REY.

¿Qué pedis?

ILDEFONSO.

Que pues hoy he defendido
Que doncella, señor, ha concebido,
Y parido doncella, [lla,
La que es del campo flor, del cielo estre-
A esta pureza suya
Una perpetua fiesta se instituya
A quien el mundo aclame
Sagrada Expectacion: así se llame,
Cuando su parto espera
Quien concibió y parió quedando entera;
Y porque mas asombre,
La Vírgen de la O sea su nombre,
Por ser la O una letra
Que duracion é integridad penetra,
Geroglífico siendo á su pureza
Letra que nunca acaba y nunca empieza.
Y aquesta iglesia santa
De Leocadia, que á Dios himnos le canta,
Y con fe fervorosa
La imágen del Sagrario milagrosa
Mereció, en honra suya, y dicha mia,
Por fiesta principal tenga este dia.

REY.

Yo escribiré con el fervor que pueda,
Porque el Papa esta fiesta me conceda.

REINA.

Ildefonso, hoy es dia
De vencer ignorancias: á una mia
Me responded, en tanto
Que de la misa el sacrificio santo
El altar de Leocadia nos previene.
¿Qué orígen esta santa imágen tiene?
Que habiendo vos tan su devoto sido,
¿Quién duda que el principio habreis sa-
Que este pueblo ha ignorado? [bido
Alumbrad mi ignorancia y mi cuidado.

ILDEFONSO.

No os parezca, señora,
Que es ignorancia lo que el mundo igno-
Porque ninguno sabe [ra,
Su orígen, obra al fin divina y grave;
Pues yo, que penetrarlo he pretendido,
De su orígen no mas que esto he sabido.
La docta cosmografía,
Que midió la tierra y cielo,
En cuatro partes divide
El globo del universo.
Africa, América y Asia
Son las tres, de que no tengo
Necesidad: Herodoto
Las describe con su ingenio.
La cuarta parte es Europa
(Este clima, cenit nuestro),
Por sus abundancias rica,
Saludable por su asiento,
Generosa por sus frutos,
Divina por sus ingenios,
Respetada por sus hijos
Y temida por sus hechos.
Desta gran madre de tantos
Hijos, cuyo aborto fuéron
Los montes, que á ser se atreven
Pardas columnas del cielo,
Nació un peñasco eminente
En el mas seguro puerto,
Por gozar del cuarto clima
La templanza de los vientos.
Este pues un tiempo fué,
De verdes hiedras cubierto,
Correspondencia de Atlante,
Puesto el hombro al mismo peso:
Hoy es fábrica gallarda,
Y tanto que en el espejo
Del rio ve su hermosura
Con tal desvanecimiento,
Que enamorada de sí,
Sobre las ondas del Tejo,
No sin gran fatiga, há tantos
Siglos que se está cayendo.
Su ignorada poblacion
Algunos atribuyeron
A Telamon, aunque Bruto
Se dice que fué el primero;
Rocas Rey, dijeron otros;
Y en parecerle en extremo
El sitio y la fortaleza,
El nigromante Ferencio,
Hay quien diga; pero yo
Por mas cierta opinion tengo
Que Nabucodonosor,
Aquel asirio soberbio
Que se hizo adorar por Dios,
La fundó; y conviene en esto
El nombre; que *Toletot*
Quiere decir en hebreo
Fundacion de muchos, y él
Trajo en su ejército, al tiempo
Que la fundó, egipcios, persas,
Medos, partos y caldeos.
Y así el nombre corrompido,
Pasando de uno á otro dueño,
Del hebreo *Toletot*
Vino á pronunciar *Toledo.*
Varias gentes la habitaron;
Mas no nos importa esto;
Que su corónica pide
Mas dilatado progreso.
Pasaron á ella los godos,
Cuyos gallardos esfuerzos
En breve tiempo señores
De toda España se hicieron,

Digitized by Google

Siendo siempre imperial silla
Esta ciudad, cuyo templo
Fué la basílica santa,
Que es decir, casa y cimiento
De la fe. Díganlo tantos
Mártires como rindieron
La vida al fiero cuchillo:
Una Leocadia, un Eugenio,
Cuyas sagradas cenizas
En urnas y monumentos,
Pórfidos y jaspes guardan
Para blasones eternos.
En esta divina iglesia,
Desde el miserable asedio
De la Iglesia primitiva,
Se sabe y tiene por cierto,
Que la imágen del Sagrario
Está en aquel mismo asiento
Que hoy se ve: auténticas letras
Lo escriben, doctos sugetos
Lo aseguran, y no hay
Que buscar lugar mas cierto
Que la opinion heredada
De nuestros padres y abuelos;
Pues la voz de unos en otros
Son los anales del tiempo,
Sin que de ninguna suerte
Nos refiera alguno de ellos
Quién fué el primero que allí
La colocó. Y yo sospecho
Que el encubrir sus principios
Arguye grandes misterios;
Pues da á entender que no es obra
De mortal mano, y que bellos
Angeles la fabricaron
Para ser refugio nuestro.
Pues, hablando moralmente,
Por mas ilustre tenemos
La nobleza cuyo orígen
Se duda, que la de aquellos
Que con solar conocido
La califican; pues estos
Parece que la dudaron,
Supuesto que la creyeron
De otros, que en la informacion
Sus dichos, señor, dijeron.
Y así esta divina imágen
Aun del solar de los cielos
No quiere probar nobleza,
Puesto que desciende dellos;
Porque los hombres mortales
No se alaben que supieron
Un orígen, que ha de ser
Antes y despues eterno.
Y supuesto que esta, ó Reina,
Es la opinion que debemos
Observar, escucha ahora
Lo que de su orígen puedo
Decir, solo porque vea
Un pueblo, que escucha atento,
Que me ha costado cuidado
El mirarlo y el saberlo.
Aquel docto Areopagita
(Filósofo, cuyo ingenio
Por las causas de la luna
Y del sol por los efectos,
El mundo desahució
En una sentencia, viendo
Aquel mortal parasismo,
Cuando, cerrados los cielos,
La tierra se estremeció
Y se turbaron los vientos,
Y él dijo: «Hoy el mundo espira,
Hoy fenece el universo,
O padece su Criador;»
Cuyo gran conocimiento
Se le dió de nuestra fe,
Solicitando y siguiendo
Desde entónces la doctrina
De los apóstoles buenos)
Fué, despues de muchos años,
Luz y sagrado maestro
De Eugenio, que llegó á ser
Arzobispo de Toledo,
Y hoy nuestro patron, y así
Se piensa que fué el primero
Que la trajo á esta ciudad,
Heredada desde el tiempo
De Dionisio, y que él la hubo
De los apóstoles; que ellos
Siempre llevaron consigo
A las partes donde fuéron
Imágenes de la Vírgen,
Por el original mesmo
Fabricadas, y tocadas
A ella misma en alma y cuerpo.
Acredita esta opinion
No conocerse el madero
De que es labrada, y el ser
Obra antigua de otros tiempos.
Sentada está en una silla,
Todo el vestido cubierto
De un sutil baño de plata.
Y estas señas convinieron
Con otras, de quien se sabe
Que apóstoles las trajeron;
Porque la Vírgen de Atocha,
Que está en Madrid, noble centro
De Castilla, está sentada
Del mismo modo, y es cierto
Que de Antioquía la trajo
Un discípulo de Pedro,
Como la de la Almudena,
Que la trajo el mayor Diego.
En Astorga hay otra imágen,
Venerada con respeto,
De la misma forma; otra
En la ciudad de Lamego
En Portugal, y en Tuy
Un crucifijo, compuesto
De los mismos materiales,
Y de todas se supieron
Sus principios. Pero desta
Solo saber merecemos,
Que se llama *del Sagrario,*
Por reliquias que este templo
Guarda de mártires santos;
Y los demas son consejos
Dudosos, y conjeturas
Sin notorio fundamento.
Pero bástenos saber
Que en ella tiene Toledo
Un sagrado de sus penas,
De sus tormentas un puerto,
De sus desdichas amparo,
De sus fatigas consuelo;
Pues en ella halla igualmente
Su medicina el enfermo,
Su alegría el afligido,
El mísero su remedio,
El sediento su agua viva,
Su dulce maná el hambriento,
El pecador su refugio:
Pues es su blason eterno
Ser Madre de pecadores,
Honor suyo y favor nuestro.

REY.

Con admiracion ha oido
El alma vuestra opinion,
Mudo y absorto el sentido,
Que ménos admiracion
Ignorancia hubiera sido. —
¡Oh Vírgen hermosa y bella,
Oh aurora, madre del dia,
De la noche clara estrella!
¿Quién duda que vos, María,
Pariendo quedais doncella?
Dios siempre os reservó á vos,
Flor del nuevo paraíso,
Igualándôs á los dos,
Porque pudo hacerlo y quiso
Como Hijo y como Dios.
Y cuando en la fe no hubiera
Noticia mas verdadera
Que esta luz me hubiera dado,
Deste divino traslado
Su perfeccion entendiera.
Que quien de belleza igual,
Ya por mano celestial,
Ya humana, su santa forma
De perfecciones informa,
¿Qué hiciera al original?

REINA.

Que se ignore la verdad
De principio tan seguro
Es suma felicidad,
Para que al ángel mas puro
Se atribuya su deidad;
Pues que tal vez mereció
El hombre un bien singular
Mas que el ángel, pues llegó
A consagrar en su altar
Lo que el ángel adoró;
Y así el ángel envidioso,
(Que hay envidia soberana)
Viendo al hombre tan dichoso,
Labró esta belleza humana,
Arquitecto milagroso:
De cuyo efecto colijo
Que al labrarla, al hombre dijo:
«Deja que á su Madre casta
Labre yo, pues que te basta
A tí consagrar el Hijo.»

PAYO.

Aunque no me toca á mí,
Señores, hablar aquí,
Como á otros no les tocó
Hablar y hablaron, y yo
De infinitos lo aprendí,
Paréceme pues (supuesto
Que he de dar mi parecer,
Pues le dan todos en esto)
Que allá debe de tener
El cielo su presupuesto
Para habernos ocultado
El orígen y verdad
Deste divino traslado.
En fin, ¿vuestra Majestad
Hasta ahora lo ha ignorado?

REY.

Sí.

PAYO.

Pues yo, aunque necio, toco
Tal vez misterio tan grave,
Y aunque les parezca loco,
Digo que esto que no sabe
Todo el mundo, yo tampoco.

REY.

¿Quién sois vos?

PAYO.

¿Quién he de ser?
Pues ¿no se me echa de ver
En lo alegre y placentero?
Payo, excelente perrero: —
La perrera es mi mujer.
Y á fe, que he arrojado hoy
De la iglesia donde estoy
Un perrazo, que por yerro
Llevó lindo pan de perro,
Que es la colacion que doy
A Pelagio; que yo fuí
Quien de véras le venció,
No Ildefonso.

REINA.

¿Cómo así?

PAYO.

Como si él le concluyó,
Yo despues le concluí.
Silogismo en *dari* ha sido
El mejor y mas cumplido;
Ergo, Reges mei præclari,

Digitized by Google

Mi silogismo fué en *dari*,
Supuesto que le ha dolido.

REY.

Decis bien.
(*Pasan á la iglesia todos.*)

—

Interior de la iglesia, y en ella el sepulcro de Santa Leocadia.

ESCENA VII.

SAN ILDEFONSO, EL REY, LA REINA, PAYO, TOLEDANOS, ACOMPAÑAMIENTO *de los reyes.*

ILDEFONSO.

Este es, señor,
El sagrado monumento
De Leocadia, cuyo amor
Dejó el sepulcro sangriento
Lleno de inmortal honor;
Que como el sol, cuando yace
Á nosotros, á otros nace,
Asi este sol sin segundo,
Desde el ocaso del mundo,
Sol en el cielo renace.

REY.

¡Salve, Vírgen azucena,
Cuya blancura serena
Convirtió en cárdeno lirio
El invierno del martirio!

REINA.

¡Salve, de alabanzas llena,
O rosa, cuyo candor
Salpica sangre divina,
No de la espina en rigor
Que hirió á Vénus; de la espina,
Sí, que ha herido al mismo Amor!

ILDEFONSO.

¡Salve, Vírgen bella! y di
¿Si el cielo todo por tí
Nuestras preces escuchó?
¿Si contra el hereje oyó
Nuestras peticiones?

Canta una voz.

Sí.

ILDEFONSO.

¡Válgame el cielo, qué escucho!

REY.

¡Válgame el cielo, qué veo!

REINA.

Con gozo y espanto lucho.

PAYO.

Si á mis ojos y oidos creo,
Mi temor y miedo es mucho.

REY.

Llena de asombros la tierra
Con maravillas extrañas,
Parece que desentierra
Tesoros muertos, que encierra
En avarientas entrañas.

REINA.

En el sepulcro parece
Que aquel acento se oyó.

ILDEFONSO.

Y aun la piedra se estremece.
¡Cielos! ¿es castigo?

Voz.

No.

ESCENA VIII.

Suenan chirimías, y abriéndose el sepulcro, sale SANTA LEOCADIA, *con una cinta encarnada en la garganta* [1] *y en la mano una palma.* — DICHOS.

LEOCADIA

No, que esto tu amor merece.

ILDEFONSO.

Yo he visto salir la aurora
Del mar, cuando Febo intonso
Cumbres baña y montes dora,
No de la tierra.

LEOCADIA.

Ildefonso,
Por tí vive mi Señora.
Por tí da la palma fruto,
Por tí está verde la oliva,
Por tí corre en su conducto
La fuente del agua viva
Que es de los cielos tributo.
Por tí está el huerto cerrado,
Por tí el pozo de agua lleno,
El espejo no manchado;
Por tí el sol está sereno,
Y la luna no ha menguado.
Por tí la torre eminente
Toca al cielo con la frente,
Y de su zafir la puerta
Por tí está, Ildefonso, abierta,
Y lo estará eternamente.
Por tí la nevada aurora
Diluvios de aljófar llora;
El lirio y el alhelí
Todos florecen por tí,
Por tí vive mi Señora.
Y en tanto que ella previene
La palma y triunfo solene
Con que has de verte algun dia,
A mí en su nombre me envía
A decirte como tiene
En su divina memoria
Escrito con letras de oro
El libro, felice gloria,
Que á su pureza y decoro
Canta eterna la victoria.
Este se guarda en su erario
Libre del comun contrario,
Y ella misma ha de bajar
A vestirte, y á abrazar
A la Vírgen del Sagrario.

ILDEFONSO.

Espera, mártir hermosa;
Y si mi mano piadosa
Se puede atrever al cielo,
He de tenerte del velo
Que vistes. (*Tiénela del velo.*)

REY.

Por milagrosa
Reliquia se ha de quedar
Con él; y aunque yo al altar
Me atreva, con justo celo
Aquel milagroso velo
Con la daga he de cortar.
Un cuchillo se atrevió
A ese marfil de tu cuello,
Cuando con vida te vió;
Y hoy en espíritu bello
Me atrevo al vestido yo.
(*Córtale el volante, quedando el Rey con un pedazo y con otro Ildefonso.*)

ILDEFONSO.

Vete á los cielos ahora,
Dejando el rico cendal
Que en tu iglesia se atesora.

[1] Para representar la degolladura.

LEOCADIA.

Ildefonso celestial,
Por tí vive mi Señora.
(*Tocan chirimías, y vuela la Santa.*)

ILDEFONSO.

Celebremos este dia,
Al compas de su armonía,
Tanta gloria, gozo tanto.

Uno.

¡Qué maravilla!

Otro.

¡Qué espanto!

REY.

¡Qué placer!

REINA.

¡Y qué alegría! (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

TEUDIO, PELAGIO.

TEUDIO.

¿No hay consuelo?

PELAGIO.

Para mí
Ni le tengo ni le quiero:
Baste que rabiando muero.
Con todo, oye.

TEUDIO.

Amigo, di.

PELAGIO.

Este Ildefonso, pastor
Severo, prudente y justo
Del católico rebaño,
Tan grande cuidado tuvo
En defenderle, que él solo
De los dos guardarle pudo.
Yo, viendo que un hombre solo
No bastara á esto, discurro
En que la gran devocion
Deste soberano bulto
De la Vírgen del Sagrario,
Que es de la viva un trasunto,
Es quien mas tiene la fe
Labrada en el bronce duro
De sus pechos, que es buril
Que hace con sangre dibujos.
Y de un pensamiento á otro,
De un discurso á otro discurso,
Veo que el dia que venga
A verse en un pozo obscuro
Esta imágen, faltará
La fe en España, y arguyo
Desto que ella es solamente
De los católicos muro.
Pues si es cierto que ha de verse
En calabozo profundo
Cautiva esta imágen bella
En algun tiempo, no dudo
Que por nosotros lo dijo
El cielo, porque no pudo
Prevenir tanto valor
En otros. Si yo le infundo
En tu pecho, acometamos
A tan sacrílego insulto.
Esta noche, cuando el sol
En el silencio nocturno
Ausente su faz hermosa,
Dejando á obscuras el mundo,
Lleguemos hasta el Sagrario,
Y haciendo divino hurto
La imágen, la arrojarémos
En un pozo; pues ya juzgo
Que se cumplirán con esto
Tantos fatales anuncios;

Digitized by Google

Que en faltándoles la imágen
A los cristianos, no dudo
Que venga á ménos la fe;
Que así el cielo lo dispuso,
Pues que de mis ciencias, Teudio,
Tales cosas conjeturo.
Caiga en un pozo la basa
Que sobre sus hombros tuvo
Esta máquina; que yo
Ya por cierto lo aseguro.
Entrémonos en el templo,
Y escondidos en lo oculto,
Esperemos la ocasion
Para lograr bien tan sumo.

TEUDIO.

Entra en él, que si una vez
La imágen al pueblo hurto,
Y llego á verla en el pozo,
Nuestro honor ha de ser mucho.
(*Vanse.*)

—

Capilla de la Virgen.

ESCENA X.

PAYO; *despues*, TEUDIO Y PELAGIO.

PAYO.

Miéntras que los maitinantes
Van viniendo de uno en uno,
Mis sueños de dos en dos.
Basta, que en pié como grullo
Me estoy durmiendo.
(*Salen Teudio y Pelagio.*)

TEUDIO.

Este sitio,
Que está apartado y obscuro,
Nos guardará, haciendo espaldas
La tumba deste sepulcro.
(*Se ocultan.*)

PAYO.

Cierto, sueño, mi señor,
Que estais causado; y no es justo
Venir á casa de nadie
A hacer pesar y disgusto.
¿Yo por ventura os llamé?
Si bien que os llamé presumo,
Porque á tantas cabezadas,
Hubiera entendido un mudo.
Ahora bien, ello ha de ser.
Por esta parte me escurro,
Que está oscura y solitaria;
Pues, para dormir, ninguno
Buscó luz ni compañía.

PELAGIO. (*Ap. á Teudio.*)

Hácia aquí se acerca un bulto.

TEUDIO.

Calla, y apénas el aire,
Que corre con tardo curso,
Nos sienta.

PAYO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!
Voces y pasos escucho
Detras de una tumba, y yo
No puedo ya dar un tumbo.
No hay sepulcro que no quiera
Hacer de las suyas. Mucho
Es mi temor: á esta parte
Me retiraré.—Abernuncio:
Ya no dormiré en mi vida.
Sepa usted, señor difunto,
Que viene á mí muy errado;
Que Ildefonso y Recisundo
Son personas que se entienden
Con cosas del otro mundo;
Yo no.

ESCENA XI.

ILDEFONSO, CRIADOS. — DICHOS.

UN CRIADO.

Señor, ¿á estas hòras
Sales de casa?

ILDEFONSO.

Procuro
Asistir á los maitines
Esta noche, que la juzgo
De la Expectacion, y es fiesta
Que yo introducir presumo.

PAYO. (*Ap.*)

Ya hay mas gente, ya bien puedo
Hablar alto; que me tuvo
El temor la voz helada.
Estos eran, no lo dudo.

ILDEFONSO.

Idos todos, porque quiero,
Miéntras el coro está junto,
A la Vírgen del Sagrario
Orar un rato.
(*Vanse Payo y los criados.*)

TEUDIO. (*Ap. á Pelagio.*)

¡Qué augusto,
Qué vigilante pastor!

PELAGIO.

No sé, Teudio, cómo sufro
Esta humildad religiosa
De un varon tan docto y justo,
Sin que el volcan de mi pecho
Exhale entre fuego y humo
Iras que esta iglesia abrasen.

TEUDIO.

Presto verás el fin suyo.

(*Descubre San Ildefonso el altar de la Vírgen del Sagrario, é hincado de rodillas, va subiendo hasta que iguala con ella.*)

ILDEFONSO.

Si el instrumento de mis labios templo
Para cantaros, Vírgen especiosa,
Obra de Dios tan única y dichosa,
Que sola vos de vos sois vivo ejemplo,
Enmudece la voz porque os contemplo
La Madre de Dios Hijo, la Hija hermosa
Del Padre, del Espíritu la Esposa,
Y de los tres sagrario, claustro y templo.
Toda la Trinidad os perficiona,
Tanto que si en los tres caber pudiera
Persona cuarta, universal persona,
Vuestra deidad cuarta persona fuera;
Mas si no os pudo hacer cuarta persona,
Despues de Dios os hizo la primera.
(*Suena música de pájaros y clarines.*)

PELAGIO. (*Ap. á Teudio.*)

Teudio, no sé qué temblor
Discurre helado y caduco
Por mis venas, que parece
Que todos los cielos juntos
Se despeñan sobre mí.

TEUDIO.

Yo he visto (que no lo dudo)
Deste edificio temblar
Las colunas, y los duros
Artesones de sus techos
Abrirse, dando los unos
Con los otros. ¿Y no ves
La puerta, que sin impulso
Violento se abrió, y por ella
(¡Ya de mirarlo me turbo!)
Entra en un carro triunfante
Armado escuadron, á cuyo
Arnes da luces el sol,
Repetido en los escudos?

PELAGIO.

No lo veo, porque yo
A tanta luz me deslumbro.

TEUDIO.

Yo sí, aunque de verlo quedo
Absorto, helado y confuso.
Huyamos de aquí; que viene
En su amparo todo junto
El cielo, y para otros guarda
Este soberano hurto. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

Sale en un carro triunfal, y rodeada de ángeles, la VIRGEN, *de suerte que quede entre la imágen de bulto y* SAN ILDEFONSO, *y que pueda tocar á uno y á otro, y trae una casulla.— Al fin*, PAYO.

VÍRGEN.

Ildefonso.

ILDEFONSO.

¡Gran Señora!
Desate con fuego puro
Mi voz un ángel; que estoy
En vuestra presencia mudo.

VÍRGEN.

Ildefonso, desta suerte
Agradecida me juzgo
A tu devocion y celo.
Con real aparato y triunfo
Vengo á premiar de mi mano
De mi pureza el estudio.
Este vestido, en quien es
Todo el sol un astro obscuro,
Recibe, porque á mi fiesta
Salgas galan; que procuro,
Como dama celebrada,
Que te vistas á mi gusto.—
(*Pónele la casulla.*)
Y vos, ó retrato mio,
En quien, como en cristal puro
Me estoy mirando á mí misma,
Que sois mi mejor trasunto,
Dadme los brazos, pensando
Que son presagios y anuncios
De despedida; que aunqué
Siempre en mi presencia os juzgo,
Conviene, retrato mio,
Estar algun tiempo oculto,
Y tambien me parezcais
En padecer en el mundo
Miserias, necesidades
De destierros é infortunios;
Que tiempo vendrá de veros
En mas reverente culto,
Siendo vuestra gran capilla
Un milagro sin segundo.
(*Tocan chirimías, y cúbrense todas las apariencias.*)
(*Sale Payo.*)

PAYO.

Y aquí el poeta, señores,
A cuanto en su orígen supo
Da fin; y pasando años
El sol por dorados rumbos,
Con otras gentes y tiempos,
Otros trajes y otros usos,
A su pérdida infelice
Convida al acto segundo.

Digitized by Google

JORNADA SEGUNDA.

PERSONAS.

ABEN TARIF, *moro.*
TEODOSIO, *viejo.*
IÑIGO.
RODRIGO
GODMAN, *alcaide.*
ALÍ, *gracioso.*
MUZA.
DOÑA SANCHA.
ELVIRA.
LUNA, *mora.*
SOLDADOS GODOS, MUJERES, TOLEDANOS.
MOROS, MÚSICOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

Vista exterior de los muros de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen en lo alto IÑIGO, RODRIGO, TEODOSIO Y GODMAN; *suena un clarin, y por lo bajo sale* ABEN TARIF, CON ACOMPAÑAMIENTO DE MOROS.

TEODOSIO.
Hácia el muro va llegando.

IÑIGO.
¡Notable resolucion!

RODRIGO.
De paz levanta pendon.

GODMAN.
Pues respondedle, mostrando
Igual valor.

TARIF.
¡Ah del muro!

GODMAN.
¿Qué quieres?

TARIF.
Si hablarte puedo,
Escucha, imperial Toledo,
Que tu bien y honor procuro.
Ya sabes, inmortal ciudad de España,
Vivo solar de su mejor nobleza,
A quien el Tajo, que tus plantas baña,
Granos de oro tributa por grandeza;
Ya sabes, ó católica montaña,
Deste imperio metrópoli y cabeza,
Que huyendo de mis manos el castigo,
En campos de Jerez murió Rodrigo:
Rodrigo, vuestro Rey, aquel valiente
Godo, que sin primero ni segundo,
Los candados abrió intrépidamente
A la cueva fatal de Recisundo,
Donde vió los prodigios claramente, [do
Que en diluvios de sangre llora el mun-
Con tanto horror, que el sol entre sus
[rayos
Eclipses padeció, temió desmayos.
Ya sabeis que la causa lastimosa
De la tragedia que llorais en vano,
Fué de Florinda la deidad hermosa,
A quien Cava ha llamado el africano;
Porque ofendida de la rigurosa
Fuerza del Rey, á tanto honor tirano,
Hizo que Don Julian favor pidiese
Al Miramamolin, y él se le diese.
Hecha la liga pues, y dando paso [ces
A nuestros escuadrones, cuando en lu-
Trémulas muerto el sol, llega al ocaso,
Entramos por los campos andaluces.
Desprevenida España del fracaso,
Sobre las torres de doradas cruces
Nuestros pendones vió, con tal fortuna,
Que estuvo llena su menguante luna.
Admirado Rodrigo de la nueva,
Jura arrogante, bárbaro blasona
Que ha de vencer los hados de la cueva,
Y sale con su ejército en persona.
El mísero escuadron, que á morir lleva,
Pasando por los campos de Archidona,
Llega á Jerez, y albergue les promete
La orilla del sagrado Guadalete.
Aquí, puestos los campos frente á frente,
La señal cada uno ha deseado,
Bien así como el can, cuando impaciente
Viendo la presa, gime si está atado.
Suena el clarin, y el ánimo valiente
Sale de las prisiones en que ha estado,
Tan veloz, que del golpe al horror fuerte
Tembló la vida y desmayó la muerte.
Trabada dura la campal batalla,
No desde que del carro de Faetonte
Sale el sol de zafir á la muralla,
Y entra el sol de zafir al horizonte;
Mas ocho veces al salir los halla,
Y ocho los deja fatigando el monte,
Sin que haga treguas la mortal porfía
Naciendo el alba ni muriendo el dia.
En fin, cansado ya Marte sangriento
De partir igualmente la victoria,
Hizo el rio cristiano monumento,
Donde caduca yace su memoria. [to,
De humana sangre vuestro Rey sedien-
Por no ver celebrar tan alta gloria,
Pica el bridon, y en él desaparece,
Donde la humana pompa desvanece.
Porque se dice que desesperado,
Con rabia, con rigor y con despecho,
En vida en una tumba sepultado,
Víboras se alimentan en su pecho.
Dellas el corazon despedazado,
Tarde llora con causa y sin provecho;
Que no hay miseria ó lástima ninguna
Que pueda enternecer á la fortuna.
Los moros victoriosos dignamente,
Y yo, mas que los moros, victorioso,
Por ser Tarif, etíope valiente,
Compañero de Muza valeroso,
De laurel coroné mi adusta frente.
Porque en tantas conquistas animoso
Llegando hasta el alcázar de Toledo,
No vi el semblante pálido del miedo.
Donde, si no os rendís á buen partido
(Cual os esté mejor), pues necesita
Dél el valor, y á mi poder rendido,
No me entregais vuestra mayor mez-
[quita
(Porque en ella mi luna he prometido
Coronar), probareis cómo os la quita
Mi brazo altivo. Mi venida es esta,
Y solo hacerlo espero por respuesta.

GODMAN.
Escucha, Aben Tarif, hijo arrogante
Del sol, cuya soberbia, cuyo nombre
En la tostada zona de Levante
Nació de alguna fiera, porque asombre
Ver la naturaleza, que inconstante
Quiso hacer una fiera y hizo un hombre:
Oye y sabrás que con mis voces puedo
Darte horror, si hablo en nombre de To-
[ledo.
No digo yo que no podrás vencernos;
Pues con tan numeroso campo vienes,
Que si llegases en la vega á vernos, [nes;
Mil hombres para solo un hombre tie-
No digo que podrémos defendernos,
Puesto que con el hambre nos previe-
[nes
Cuchillo, que al romper vida tan corta,
Parece que se afila en lo que corta.
No digo que no estamos de manera,
Que llegando á los últimos extremos,
Luchando á brazos con la muerte fiera,
Nosotros á nosotros nos vencemos;
No digo, Aben Tarif, que no te espera
La gloria que lloramos y perdemos;
Mas solo digo que en Toledo solo [polo.
Tienes mas que vencer que en todo un
Que así como con armas ó con fuego
Dando una herida á un cuerpo, retraida
La sangre que huye della, acude luego
Al corazon, que es centro de la vida;
Así, sintiendo España el golpe ciego
De vuestra mano, huyendo de la herida
Su mejor sangre, acude á esta campaña,
Porque es Toledo el corazon de España.
En ella estamos sin defensa alguna;
Y porque no blasones que has vencido,
(Cuando solo nos vence la fortuna)
Porque brazo de Dios derecho has sido,
Sabe que no hallarás arma ninguna
Que el paso te defienda; que advertido
El traidor que nos vende, osado y fiero,
Todas las armas nos quitó primero.
Entra, asuela, destruye, quema, tala
Ciudad, campañas, montes, valles, riscos;
Derriba, postra, humilla, mide, iguala
Muros, torres, almenas y obeliscos;
Arroja, vierte, vibra, escupe, exhala
Rayos, iras y azotes berberiscos;
Que ántes sabrán morir á vuestras ma-
Que se sepan vencer los toledanos. [nos

TARIF.
¡Grande valor! ¡resolucion extraña!

GODMAN.
Por animarte, asegurarte puedo [ña,
Que el Miramamolin no es rey de Espa-
Hasta que llegue á serlo de Toledo.

TARIF. [gaña?
¿Pues qué esperanza vuestro orgullo en-

GODMAN.
No conocer nosotros lo que es miedo.

TARIF.
¿Y no hay partido?

GODMAN.
Sí.

TARIF.
¿Cuál es?

GODMAN.
La muerte.

TARIF.
Pues, Toledo, ya vuelvo á obedecerte
(*Vanse Tarif y los suyos.*)

Digitized by Google

ESCENA II.

ELVIRA, *dentro*. — GODMAN, TEODOSIO, RODRIGO, IÑIGO.
(Tocan dentro cajas.)

ELVIRA. *(Dentro.)*

Acéptense los partidos.

GODMAN.

¿Qué nuevo rumor es este?

IÑIGO.

Acude á saber lo que es.
(Quítanse del muro.)

—

Una plaza de Toledo.

ESCENA III.

DOÑA SANCHA, ELVIRA *y otras* MUJERES; *luego* GODMAN, IÑIGO, RODRIGO, SOLDADOS GODOS, TOLEDANOS.

DOÑA SANCHA.

Las condiciones se acepten.

ELVIRA.

En esta pública plaza
Sola, Doña Sancha, puedes
Hablar en nombre de todas.

DOÑA SANCHA.

Oid, toledanos fuertes.
(Salen Godman, Iñigo, Rodrigo, toledanos y soldados godos.)

GODMAN.

¿Qué es esto?

DOÑA SANCHA.

Ilustre Godman,
Generoso descendiente
De aquellos primeros godos
Conquistadores valientes
De España, noble caudillo
De Toledo, pues hoy eres,
Por ausencia de Rodrigo,
Virey, alcaide y teniente:
Valerosos toledanos,
Sobre cuyos hombros fuertes
El grave peso de un cielo
Ya declina, ya fallece:
Caballeros, ciudadanos,
Ilustre nobleza y plebe:
Piadosamente escuchad,
Atended piadosamente;
Que por mí en nombre de todas
Os hablan vuestras mujeres.
La sentencia de los cielos,
Ya decretada, no tiene
Apelacion; que no es
Justo tribunal la muerte.
Y siendo así que ellos mismos
Nos castigan (pues no puede,
Sino la mano de Dios,
Destruir tan brevemente
La corona mas altiva,
La fuerza mas eminente,
La mas defendida plaza,
Y la provincia mas fuerte),
El rehusar este castigo
Parece (es verdad), parece
Que es quitarle de la mano
El poder con que nos vence,
Vara con que nos castiga
Y azote con que nos hiere.
Direis que no lo es, supuesto
Que ya rendís obedientes
A sus venganzas las vidas,
Víctimas llegando alegres,
Tropezando unas en otras,
A las aras de la muerte;
Sin atender á que es
Desesperacion valiente,
Y no es católico quien,
Porque quiere morir, muere:
Determinarse á morir
Es valor, mas no es prudente;
Y en esta parte el honor
Ni os perdona ni os absuelve.
¿Qué honor será, con morir,
Dejar tan infamemente,
(¡Qué gran desdicha!) en poder
Del moro vuestras mujeres?
¿Será bien, por estorbar
Que esta mano me dé muerte,
Matarme yo con estotra?
Pues esto mismo os sucede,
Si por adquirir honor
Os desesperais de suerte,
Que por defender el vuestro,
Cobardes y descorteses,
Perdeis el nuestro, que es
Perder vuestro honor dos veces.
¡Qué infamia á los venideros
Siglos la fama os previene,
Porque os rendisteis? Toledo
¿Tiene por ventura, tiene
Privilegios de fortuna
Para haber de vencer siempre?
De cuantas veces sus hijos
Se adornaron de laureles,
¿Perderá el lustre, por ver
Trocada una vez la suerte?
¡Cuánto es mejor cruzar hoy
Los brazos al inclemente
Golpe del hado, dejando
Que nos doble y no nos quiebre,
Que no que arrancando todas
Las raices, no nos quede
Valor para sacudir
Otra vez la altiva frente?
Si al moro le entregais hoy
La ciudad y los haberes,
No le entregais el honor,
Que son los mejores bienes.
Apodérese de todos,
Como á nosotros nos deje
Vivir entre ellos, cautivos,
Pobre y miserablemente.
Con esto la religion
Durará en nosotros siempre;
Y por dicha vendrá tiempo
En que nuestros descendientes
Vuelvan á poner la silla
Católica en sus doseles.
Que teniendo cada dia
Sus mismas ruinas presentes,
Serán un despertador
Que sus desdichas acuerden:
Lo cual no sucederá,
Si de todo punto viene
A faltar la sangre goda.
Y otro argumento mas fuerte:
Morir hoy, por no mirarse
En cautiverio, parece
Que es faltarnos el valor,
Coléricos é impacientes,
Para sufrir las desdichas.
¡Ea, cristianos valientes!
¡Ea, fuertes toledanos!
La fe en nuestros pechos reine;
Venzamos nuestra fortuna,
Desmintamos nuestra suerte;
Abrase el rayo las torres
Que á sus esferas se atreven,
No los lirios que se humillan:
Arranque el raudal valiente
La encina, que se resiste;
No el junco, que se le ofrece.
Mezclados con los alarbes,
Aunque miserablemente,
Vivirémos sin salir
De nuestras mismas paredes;
Que como juntos vivamos,
No hay mal que nos atormente,
Desdicha que nos persiga,
Daño que nos desconsuele,
Calamidad que nos venza,
Ira que nos atropelle:
Advirtiendo, toledanos,
Que tiempo tras tiempo viene.

ELVIRA.

¿Qué respondeis? Qué decis?

TODOS.

Que los partidos se acepten.

GODMAN.

Escuchadme á mí.

DOÑA SANCHA.

Di presto.

GODMAN.

¿Si los alarbes no quieren
Dejarnos en nuestra ley?

DOÑA SANCHA.

Entónces será la muerte
Mas dichosa, pues será
Por la fe, que ha de estar siempre
En nuestros pechos, que es alma
De la toledana gente.

GODMAN.

Pues con esta condicion
Saldré al campo brevemente
A tratar de los partidos.—
(Tocan cajas roncas.)
Pero ¿qué rumor es este?

DOÑA SANCHA.

Cajas destempladas suenan,
Y detras de mucha gente,
Vestido de un saco, Urbano,
Nuestro arzobispo, se ofrece,
Descalzos los piés, y en hombros
Un ataud: desta suerte
Va, marchando sobre el muro,
Hasta llegar á la puente.

ESCENA IV.

TOLEDANOS, TEODOSIO. — DICHOS.

(Toledanos, dentro.)

UNOS.

¡Adios, padres de la patria!

OTROS.

¡Adios, patrones valientes!

OTROS.

¡Adios, desterrados hijos!

TEODOSIO. *(Dentro.)*

¡Adios, capitanes fuertes!

GODMAN. *(Sale.)*

Teodosio, señor, ¿qué es esto,
Que dando suspiros vienes,
Regando esas nobles canas?

TEODOSIO.

Escucha, señor, si quieres
Saber la mayor desdicha
Que eleva, admira y suspende.
Nuestro gran prelado Urbano,
Mirando ya tan presente
Nuestra desdicha, previno,
Religioso, altivo y fuerte,
Desta Troya castellana
Escapar[1] con celo ardiente
Los verdaderos penates,
Reliquias que en ella tiene.
Y hecho un Enéas de Dios,
Sobre sus hombros valientes

[1] Salvar, libertar.

Digitized by Google

A la imágen del Sagrario
Llevaba secretamente,
Porque en tan grande desdicha
A las manos no viniese
De los moros. Y al tocar
La puerta, que comunmente
Llamamos *de los Perdones*,
Por infinitos que tiene
Desde el dia venturoso
Que entró por ella la Fénix
De la gracia á visitar
A su capellan, y á verse
En su espejo y su retrato,
Que tanto se le parece...
En fin, al llegar aquí,
Helado el pié se suspende,
Inmóbil el cuerpo queda,
Y dar un paso no puede;
Porque la Vírgen divina
Desamparados no quiere
Dejarnos, sino quedarse
A padecer igualmente
Nuestras penas; que hasta en esto
Toledana se parece.
Viendo Urbano este milagro,
A su mismo altar la vuelve;
Y poniendo en una caja
Los cuerpos, que no resuelve
La tierra en primer materia
De ceniza y polvo leve,
De una Leocadia, y de dos
Eugenios, y de un prudente
Ildefonso, para Oviedo
Sale; y la confusa gente
Con afectos significa
Lo que sus ausencias siente.

GODMAN.

Ya en un barco por el rio
Va el pastor con ellos. ¡Plegue
A los cielos, que seguro
De las venganzas aleves
De los bárbaros, á Oviedo
El piadoso Urbano llegue!

DOÑA SANCHA.

Aquí solamente el llanto
Es quien explicarse puede. (*Vase.*)

ELVIRA.

No es retórico el valor,
Cuando el dolor enmudece. (*Vase.*)

RODRIGO.

¡Qué desdicha! (*Vase.*)

IÑIGO.

¡Qué rigor! (*Vase.*)

TEODOSIO.

¡Qué sentimiento! (*Vase.*)

GODMAN.

¡Y qué muerte!
—¿Cómo, padres de la patria,
Es posible que la dejen
Vuestras personas desnuda
Del bien que en vosotros tiene?
Mas vos, Vírgen soberana,
A quien tal fineza debe
Toledo, dadme licencia
Para que pueda atreverme
A decir que he de ocultaros
De aquesta bárbara gente;
Y hasta entonces, en mis penas,
¡Valedme, Vírgen, valedme! (*Vase.*)

—

Acampamento moro.

ESCENA V.

ALI. (*Como recatándose, trae una bota.*)

En hora bona, venir
Alí á conquistar el terra
Que tan bon licor encerra,
Porque beber es vivir.
Ahora darme un crestianilio
Cativo, porque le diera
Pan, aquesta bota entera
Desto que llamar vinilio;
Y ando buscando un lugar
Que colto y secreto sea,
Porque Mahoma no vea
Beber á Alí; que mandar
En su Alcoran que ningun
Beber vino; y yo no sé
Por qué mandar, si no fué
Por lo que ha pensado algun,
Con que yo Alí me acomodo,
Y es que Mahoma querer
Que nadie vino beber,
Por beberlo Mahoma todo.
Y asi borlarle imagino;
E si no poder, es llano
Que Alí tornarse crestiano,
Por no mas que hartar de vino.
Ahora solo verte aquí;
Que cerrada el porta está
De la tienda, y no podrá
Acechar Mahoma allí.
¡Oh qué licor! ¡Que un sarmento (*Bebe.*)
Seco, fraco y solo, sepa
Hacerse á un anilio cepa,
E una cepa hacerse cento!
Cento cepa á mirar liego
Poblar un campo gentil,
Hacer á otro anilio mil,
Cen mil á otro anilio luego.
Con causa venir hambrento
El moro de su poder,
Si el crestianilio tener
Tanta hacenda en un sarmento.
(*Cae en el suelo.*)

ESCENA VI.

LUNA, TARIF.—ALÍ.

TARIF.

Al muro de la ciudad,
Como te digo llegué,
Y con el alcaide hablé.

LUNA.

¡Qué loca temeridad!

TARIF.

No fué, que la majestad
De tu beldad soberana
Busco, Vénus africana;
Y por esto quise ir
A Toledo á prevenir
Cómo entrar á la mañana.
Otras ciudades gané,
Y en ellas, Luna, pudiera
Coronarte; pero fuera
Poca gloria á tanta fe.
Sola esta silla, que fué
El dosel y la fortuna
Castellana, es oportuna
Para ti. ¡Centro español,
Eclípsese vuestro sol,
Que va á presidir mi Luna!

LUNA.

No quiero mas majestad
Que reinar en tu albedrío;
Como ese imperio sea mio,
Corte de la voluntad,
Mas bien, mas felicidad
No estimo: en esto recelo
Que tengo un cielo en el suelo
Y en justa razon lo fundo;
Pues si el cuerpo es breve mundo,
El alma es pequeño cielo.

ALÍ.

¡Valedme, Mahoma, amen!
¡Que de luces se divisan!
Los piés pisan y no pisan,
Los ojos ven y no ven.

TARIF.

¿Quién está aquí?

ALÍ.

Alí, sinior.

TARIF.

¿Qué es esto, Alí?

ALÍ.

Alá saber.
Canto mí alcanzar á ver,
Se me andar al rededor;
Canto mí ir á habrar, lo yerro;
Me huir canto el mano toca,
Margarme mucho la boca,
E saberme todo á hierro:
El léngoa gorda tener,
E mil arrobas pesar;
Mí no la poder mandar,
Ni ella pode obedecer.
Esto es esto; bon despacho
He, para decirlo en breve:
Me parece que esto debe
De ser que Alí estar borracho.

TARIF.

¿Has bebido vino?

ALÍ.

Sí.

TARIF.

Pues di, ¿cómo lo bebiste?

ALÍ.

Así. (*Bebe.*)

TARIF.

¿Y dónde el vino viste?

ALÍ.

En esta bota lo vi.

TARIF.

¿Cuándo lo hallaste?

ALÍ.

Responde
Mi voz que aquesta mañana;
Que es decir de bona gana
El cómo, el cándo y el dónde.

TARIF.

¿Quién te lo dió?

ALÍ.

Un bon crestiano.

TARIF.

Tú ¿para qué lo tomaste?

ALÍ.

Para beber, y esto baste.

TARIF.

¿Por qué?

ALÍ.

Aquesto estar mas llano,
Porque me saber rebien:
Con lo cual mí ha respondido,
Porque saberlo has querido,
Por qué, para qué y con quién.

TARIF.

¿Si Mahoma se ofende?

Digitized by Google

ALÍ.

Ofenda;
Que como él vino no coma,
Mas que se ofenda Mahoma.

TARIF.

Blasfemo, sal de la tienda.

LUNA.

¿De escucharle no te ries?

TARIF.

Perro Alí...

ALÍ.

¿Ser perro Alí?
Pues muchos están aquí
Que se holgaran ser Alíes.
(*Suena caja y trompeta.*)

TARIF.

¡Qué bastarda trompeta
Y ronca caja temerosa inquieta
Nuestro ejército altivo y victorioso?

ESCENA VII.

MUZA, MOROS.—DICHOS.

MUZA.

Aben Tarif.

TARIF.

¡Oh Muza valeroso!
¿Qué es esto?

MUZA.

Que han abierto
La ciudad, y marchando con concierto,
Una tropa ha salido
Al son de las trompetas.

TARIF

A partido
Se quieren dar sin duda;
Que la desdicha los consejos muda.

MUZA.

Una blanca bandera,
Que es nube de los vientos lisonjera,
De paz hizo señal primero al muro,
Y llegan con la fe deste seguro.

TARIF.

En mi tienda esperemos;
Y porque iguales hoy no nos miremos,
Sentémonos los tres, y quitad, ¡hola!
(*A los moros.*)
Las almohadas que sobran.—Bella Luna,
Ya se va mejorando mi fortuna.

ESCENA VIII.

GODMAN, SOLDADOS.—DICHOS.

GODMAN.

Aben Tarif dichoso,
Hermosa Luna, Muza valeroso,
Salud os dén los cielos soberanos.

TARIF.

Salud tengais tambien, godos cristianos.

GODMAN.

De parte de Toledo
De paz te vengo á hablar.

TARIF.

Atento quedo.
Ya tu voz no hay que espere.

GODMAN.

Sí hay, que Toledo, miéntras estuviere
En pié, no puede hablar; porque es debido
Honor que mensajeros han tenido:
Y hoy á mí, por ciudad y mensajero,
Asiento se me debe lo primero.

TARIF.

Pues aquí no le tienes,
En pié podrás decir á lo que vienes.

GODMAN.

Sí tengo, ¡vive el cielo!

TARIF.

¿Asiento tienes?

GODMAN.

Sí.

TARIF.

¿Cuál?

GODMAN.

Este suelo;
Que como esté sentado,
De ventaja la alfombra del estrado
Te doy.

TARIF.

Y poco yerra
Esa resolucion, pues á la tierra
Te arrojas para hablarme;
Que es decir que ya vienes á adorarme,
Y confesarte á mi poder rendido;
Si ya, godo, no ha sido
Que muerto de temor, viéndome airado,
De ti mismo cadáver, te has tomado
En esa tierra dura
Medida para hacer la sepultura.

GODMAN.

Es verdad, solo eso
A tu rigor y á mi valor confieso,
Pues á mi sepultura me he arrojado,
Diciendo así que moriré de honrado
Antes que ver mi autoridad perdida;
Que el honor es otra alma de otra vida.
Por infinitas leyes
Tiene Toledo asiento entre los reyes;
Y yo...

TARIF.

Detente, espera.
¿Tu rey te diera asiento?

GODMAN.

Sí le diera.

TARIF.

¡Hola!

LUNA.

No le dés muerte.

MUZA.

Modera el rigor fuerte.

TARIF.

¡Hola!

LUNA.

¡Señor!

TARIF.

¡Qué mal habeis juzgado!
(*Salen moros.*)
Traed aquí mas almohadas. En mi estrado
Te asienta, ilustre godo;
Que si tu mismo Rey te diera asiento,
Como él honrarte intento,
Por parecer desde hoy tu Rey en todo;
Que tu ciudad no ha de perder por mia
El lustre, honor, y gloria que tenia.

LUNA.

Mi sospecha fué mucha.

TARIF.

Siéntate.

GODMAN.

Ya lo estoy.

TARIF.

Prosigue.

GODMAN.

Escucha.
Toledo, ciudad fuerte,
Atenta á los umbrales de la muerte,
Sus ruinas pretendia;
Mas viendo que en archivos de la fama
La desesperacion no es valentía,
Y una desdicha otra desdicha llama;
Por esperar constante
Cuantas han de venir en adelante,
Sin esconder la cara á la primera
(Pues rostro á rostro todas las espera),
Ya, su orgullo rendido,
Por mí se viene á dar á buen partido,
Si á guardar te dispones,
Tarif, deste papel las condiciones.

TARIF.

Ve leyendo, que nada
Pienso negarte; que por ver postrada
Esa rústica esfera,
Mi muerte, vive Alá, te concediera.

GODMAN.

Piden primeramente,
Que en su fe han de vivir seguramente.

TARIF.

Prosigue: no te turbes ni alborotes.

GODMAN.

Que han de tener iglesias, sacerdotes,
Con divinos oficios
Donde han de celebrar sus sacrificios

TARIF.

Todo se lo concedo. ¿Qué mas quieres?

GODMAN.

Tras la fe va el honor: de sus mujeres
Nunca se han de apartar, y mano ó labio
No ha de hacerles jamas en la honra agravio.

TARIF.

Tampoco te lo niego.

GODMAN.

Tras la fe y el honor se sigue luego
La hacienda.

TARIF.

Sus haberes
Tengan tambien. Cristiano, ¿qué mas quieres?
Pide mas, que eso es poco
Para darme á Toledo. ¡Ya estoy loco
De contento! Mezclados
Los cristianos vivid, nobles y honrados,
Con árabes, guardando sin ultraje
La antigüedad de vuestro gran linaje.

GODMAN.

Pues porque al mundo asombre,
Publicarán su honor con este nombre,
Mistiárabes, Tarif, que decir quiere
Mezclados con los árabes.

TARIF.

Y espere
La fama, que han de ser los toledanos
Nobles, por ser mistiárabes cristianos.

GODMAN.

Deja pues que mi boca
Bese la tierra que tu planta toca,
Y, ya por mí postrada,
La ciudad. A la aurora harás la entrada;
Que ya la noche baja,
Envuelta en esa lóbrega mortaja,
Llorando mi fortuna,
Y vireina del sol sale luna.

TARIF.

Levántate, cristiano.

GODMAN.

A tus piés puesto,
Tu mano he de besar.

TARIF.

Pues ¿cómo es esto?
¿No veniste arrogante?
¿Cómo vuelves humilde?

Digitized by Google

GODMAN.

No te espante
Ver, Tarif, las mudanzas con que vivo,
Pues vine libre aquí, y vuelvo cautivo.
(*Vanse Godman y los soldados godos.*)

ESCENA IX.

TARIF, MUZA, LUNA, ALÍ, MOROS.

LUNA.

Llorando va el cristiano,
Consuélale, Tarif.

TARIF.

Consuelo vano
Será cualquiera ahora,
Que ya él tiene consuelo, pues que llora.
Y pues que la fortuna determina
Sacar una victoria de una ruina,
Gócese el africano
Del llanto y el dolor del toledano.
En esas tiendas varias
Se enciendan repetidas luminarias,
Llenas de luces bellas,
Hermosa emulacion de las estrellas,
Tanto, que la humillada
Toledo, á tantos rayos deslumbrada,
A cada luz ardiente
Juzgue cometa vil, fatal serpiente
Que los vientos describe,
Donde con fuego su tragedia escribe.
Trompetas y clarines
Llenen de dulces ecos los confines
Adonde el austro inspira, el noto sopla,
Y haga espantos la gran Constantinopla.
Mas ¿para qué prevengo
Mas fiestas que las mismas que yo tengo?
Salga mi Luna bella,
Y no hará falta la mayor estrella:
Abrase con sus ojos:
Serán las luminarias sus despojos.
Hable, y serán sus voces
Suspension de los céfiros veloces;
Pues no hay deidad alguna
Que no se esconda al resplandor de Lu-
(*Vanse.*) [na.

—

Capilla de la Virgen.

ESCENA X.

GODMAN, TEODOSIO, IÑIGO, RODRIGO Y TOLEDANOS, *uno de ellos con una hacha encendida.*

GODMAN.

En el horror de la noche,
Pisando sombras llegué,
De los tres acompañado,
Hasta el templo. Entrad en él,
(*A los que aun están fuera*)
Y con tan grande secreto
Poned en tierra los piés,
Que aun el viento no nos sienta,
Porque noticia no dé
De que aquí nos escondemos.
Cerrad las puertas despues,
Y quedemos aquí solos.

TEODOSIO.

¿Qué es lo que quieres hacer?

GODMAN.

La mas piadosa crueldad,
Y la piedad mas cruel,
Que en un católico pecho
Pudo introducir la fe;
La mas temeraria accion
Que me ha dictado la ley
De cristiano y caballero.
(*Descubre el altar de Nuestra Señora.*)
Y ántes que sepais lo que es,
En estas divinas aras
Juramento habeis de hacer,
Que en ningun tiempo el secreto
Deste caso reveleis.

TODOS.

Si juramos.

GODMAN.

Pues ahora
Escuchadme. Ya sabeis,
Ilustres deudos y amigos,
Que mañana el moro infiel
Nos pone soberbiamente
Sobre la cerviz el pié;
Ya sabeis, que esta divina
Patrona quiso tambien,
Como Madre de la patria,
Quedarse aquí á padecer
Nuestras penas y desdichas.
Yo quiero piadoso pues
Corresponder á su amparo,
Agradecido y cortes;
Porque la que mereció
Entre sus brazos tener
Su original, de otros brazos
No llegue á verse romper.
Porque ¿qué fuera (¡ay de mí!)
Ver su rostro hermoso, y fiel
Retrato de la hermosura,
De quien fué el cielo pincel,
Roto, herido? ¡Aquí el dolor
Me anega, aquí el llanto fué
Para mi pecho un cuchillo,
Para mi cuello un cordel!
Y pues que no ha de salir
Del templo, amigos, en él
Escondamos á la Vírgen
Del Sagrario, sin temer,
Pues juramos el secreto,
Que el moro llegue á saber
Jamas el rico tesoro
De que ya es dueño tambien.
Esta iglesia tiené un pozo,
Y un arco labrado en él
De ladrillo (que ántes de ahora
Lo previne y registré
Con cuidado), donde puede
Ocultarse, y luego hacer
Que tierra y losas la boca
Disimulen, hasta que
Los cielos, compadecidos
Deste destierro cruel,
Rompan la mina del fuego
Que oculto en su centro ve
La tierra, nunca mas rica
Que con tesoros de fe.

TEODOSIO.

Ilustre Godman, ¿aquí
Qué te podrá responder
Quién solo en tan justa accion
Ha sabido obedecer?
Sube al altar, y desciende
La imágen, pues que ya ves
Que secreto y prisa importan.

GODMAN.

¿Y quién se podrá atrever
A poner desvanecido
Sobre aquella ara los piés?
A los brazos que en sus brazos
Han merecido tener
La Emperatriz de los cielos,
¿Quién ha de atreverse, quién?

TEODOSIO.

La fe de un godo español.

GODMAN.

Pues atrévase mi fe.
(*Va subiendo.*)
Perdonad, Vírgen divina,
Si atrevido y descortés,
Miéntras arde, y no se quema,
Llega á la zarza Moises.
Dadme licencia que os toque;
Humano Atlante seré
De dos cielos, pues llevais
En los brazos esta vez,
Vos el uno y yo los dos,
Porque se mire en los tres,
Que siendo Madre de Dios,
De pecadores tambien
Lo sois. Y si, como Madre
De Dios, acudís á él
A sacarle del peligro,
Y como Madre despues
De pecadores, dejais
Que hoy os libre el que lo es,
Recibiendo como de hijo
Este servicio, en que ven
Los cielos al pecador
Tan honrado á vuestros piés,
Que recibís su favor
(Si bien, indigno esta vez,
Pues yo os libro á vos, Señora,
Y vos le librais á él);
(*Va bajando la imágen.*)
Venid, venid á mis brazos:
Ved, Vírgen hermosa, ved
Que importa que vais huyendo
De otro Faraon cruel.
Otro Nabuco ha venido,
Divina y hermosa Ester,
Y hoy á Babilonia vais,
Cautiva con Israel.
Pero no, que aun mas rigor
Hoy habeis de padecer,
Pues cautiva á un calabozo
Vais, que es nube y es cárcel,
Que los rayos de la luz
A la luz no deja ver.
A un pozo, señora, vais:
¡Ved, Vírgen hermosa, ved
Qué hospedaje os da la tierra!
¡Vos empozada, mi bien!
¡Vos empozada, Señora!
Mas ¿qué mucho, si teneis
En vuestros brazos pendiente
Al inocente Josef?
Sepulcro que no tuvísteis
En vuestro tránsito, ¿es bien
Que hoy le tengais? ¡Ay de mí!
Hable con enmudecer
El alma, porque no puede
Hablar la lengua mas bien.

TEODOSIO.

A todos vuestros devotos
Nos dad á besar los piés.

RODRIGO.

Aunque estuviera de mármol
Fabricado nuestro sér,
Para imprimirse en el mármol
El dolor fuera cincel.

ÍÑIGO.

Y no fuera, Reina hermosa,
Esta la primera vez;
Pues en mármol vuestras plantas
Hacen señales tambien.

TEODOSIO.

Yo os tengo de ir alumbrando.
Vamos de esta suerte pues,
Arrastrando por la tierra.

GODMAN.

¿Para cuándo ¡cielo! fué
Eclipsar de vuestros astros
Uno y otro rosicler?
¿Para cuándo, para cuándo
Es el rasgar y romper
Con rayos vuestras esferas?
Enlutad, oscureced

Digitized by Google

Vuestros orbes cristalinos;
Atronad, gemid, haced
Sentimientos. Serafines,
¿Cómo ahora enmudeceis,
Que al entierro de la Vírgen
Mas sentimiento no haceis?

(*Van todos con la imágen en procesion, y tocan dentro cajas destempladas, y despues canta la música.*)

MÚSICA.

¡Oh cómo está la ciudad
Sin consuelo y sin placer!
Oh cómo yace postrada
La altiva Jerusalen;

GODMAN.

Voces de los cielos son.
¡Qué justamente, qué bien
Suena agora Jeremías,
Llorando á Jerusalen!—
Esperad, mortales, que esta
Divina tragedia veis,
El tiempo en que ha de triunfar
De Babilonia Israel;
Que al gran teatro del mundo
Convida para despues
La fama, donde gloriosa
El postrer acto ha de ver
Desta Reina. Pero en tanto,
Lloren los ojos que ven
Tanta ruina. Dulces voces,
Llorad cantando otra vez.

(*Vuelven á cantar.*)

MÚSICA.

¡Oh cómo está la ciudad
Sin consuelo y sin placer!
Oh cómo yace postrada
La altiva Jerusalen!

JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO EL VI.
DON BERNARDO, *arzobispo*.
DON NUÑO.
DON VELA.
JUAN RUIZ.
DOMINGO, *asturiano*.
LA REINA DOÑA CONSTANZA.
SELIN, *moro*.
RAMIRO.
CUATRO PAJES.
DAMAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO DEL REY.
GENTE.

ESCENA PRIMERA.

Descúbrese el teatro, que será todo de tafetanes; tocan atabalillos y chirimías, y debajo de un dosel estará EL REY DON ALFONSO Y LA REINA DOÑA CONSTANZA, *con coronas y cetros; á un lado* DAMAS, *y al otro* RAMIRO, NUÑO, DON VELA, JUAN RUIZ, *y detrás de la silla del Rey estará* DON BERNARDO, *arzobispo, y á los piés* SELIN, *moro, con una fuente, y en ella unas llaves;* ACOMPAÑAMIENTO, GENTE.

REY.

Vasallos, deudos y amigos,
Que fuisteis, siempre leales,
Testigos de tantos males,
Sed de tanto bien testigos.
Yo, que ayer fui desterrado
De mi patria y perseguido,
Hoy á mirarme he venido
En la ajena coronado.
Ayer Don Sancho, mi hermano,
De Castilla me arrojó;
Y hoy vengo á adornarme yo
De su laurel soberano.
Ayer esta ciudad fuerte
Fué mi retiro y prision;
Y hoy á mi coronacion
Teatro con mejor suerte.
Ayer partidos pedí
Para estar en su poder;
Y hoy vengo yo á conceder
Los que me piden á mí.
Ayer taladró mi mano
El moro con dolor grave;
Y hoy pone en ella la llave
De su alcázar toledano.
Ved en una historia, en una
Vida, y en sola una accion,
Lo que han sido y lo que son
Las cosas de la fortuna.

SELIN.

Rey Alfonso, que Alá guarde,
Como ha menester Castilla,
Para que pongas tu silla
Sobre la cerviz cobarde
Del africano, y su miedo,
Postre á tu invencible espada
El Alhambra de Granada
Como el muro de Toledo,
Porque rindiéndose todo
A tu poder soberano,
Gane un leon asturiano
Lo que perdió un tigre godo:
No te quejes de tu suerte,
Si el moro te taladró
La mano, pues te dejó
Con vida para su muerte.
Y bien tu dolor vengaste,
Pues por él tienes hoy cierto
Este imperio, si despierto
Nuestras ruinas escuchaste.
Ya somos cautivos: poco
Este imperio nos duró.
Ayer fué cuando llegó
Tarif, arrogante y loco
Aquí; ayer los toledanos,
Que hoy se aunan á vosotros,
Vivieron entre nosotros
Mistiárabes cristianos,
O mozárabes (que así
El tiempo, que corrompió
El lenguaje, los llamó):
Ayer, en fin, tuvo aquí
El moro las condiciones
En su mano; y hoy te pide
Las mismas, porque así mide
El cielo nuestras acciones;
Porque en mi suerte importuna
Adviertas, y tu blason,
Lo que ha sido y lo que son
Las cosas de la fortuna.

REY.

Selin, de los reyes fué
Ley la palabra; así hoy
La que á los moros les doy,
Firmemente cumpliré.
Así lo juro, y la mano
Puesta en la espada otra vez,
Hago al mismo cielo juez
De que no os seré tirano;
Porque mi poder no os quita
Ley ni hacienda, aunque os sujeta;
Y así para vuestra seta
Os doy la mejor mezquita.

SELIN.

¡Vivas mil años! (*Vase.*)

ESCENA II.

DICHOS, *ménos* SELIN.

DOÑA CONSTANZA. (*Ap.*)

¡Ay triste!
¡Cuánto siente el corazon
Oir esta condicion!

DON BERNARDO.

Ya, señor, que conseguiste
El fin de tan gran victoria,
Reconozca un rey humano,
Como príncipe cristiano,
Que á Dios se debe la gloria;
Y acude hoy á reparar
En esta parte la fe.

JUAN.

¿Quién os ha dicho que fué
Forzoso en este lugar
Reparar la fe, si es claro
Que sangre goda le habita,
Y en ella no necesita
La fe de ningun reparo?
Si repararla es llegar
A aprender, la enseñaré.

DON VELA.

Cuando la pérdida fué
Deste reino, solia usar
La Iglesia un rezo, que ya
Los papas han reformado.
Los cristianos que han estado
Mozárabes, claro está
Que el antiguo habrán tenido
En su cautiverio; así,
Que reciban desde aquí
El nuevo rezo ha querido.

JUAN.

No es bien nuestra sangre pierda
Divinas ejecutorias,
Que su honor en las historias
Inmortaliza y acuerda.
El asedio de los moros
Nuestra fe no perturbó,
Nuestra sangre no manchó.
No son estos dos tesoros
Para olvidar; que asturianos...

DON VELA.

¡Qué mozárabe atrevido!

Digitized by Google

JUAN.

Digan que ellos han venido
A hacernos buenos cristianos,
No lo habemos de admitir;
Porque no digan que fué
Esto reparar la fe
En nosotros.

DON VELA.

Ya sufrir
Tus arrogancias no puedo.
Pues, cuando asturianos vengan
A repararla, y prevengan
Enseñársela á Toledo,
Podrán, pues no se han mezclado
Con moros. De estar con ellos,
Servirlos y obedecellos,
Algo se os habrá pegado.

JUAN.

No habrá, que Toledo ha sido
Basilica de la fe:
Bastante el tiempo no fué
Para haberla consumido;
Y el servir son sus hazañas,
Pues es cierto que Toledo
No sirviera, si de miedo
Se hubiera ido á las montañas.

DON VELA.

El montañes nunca sabe
Qué es miedo, pues que salió
Dellas, y recuperó
Con trabajo eterno y grave
La corona deste imperio.
¡Ved qué miedo habrá tenido,
Si á sacaros ha venido
Hoy de vuestro cautiverio!
Y si tiene miedo, es llano
Que vale (decirlo puedo)
Mas de un montañes el miedo,
Que el valor de un toledano.

JUAN.

Acertaste por error,
Pues confiesas y previenes
Que miedo, asturiano, tienes,
Y que yo tengo valor.
Y hablando con el respeto
Que debe un noble á la ley
De la presencia de un rey,
A cualquier montañes reto,
Que quisiere defender
Que el mozárabe no ha sido
Rezo tambien permitido.
Sal, si te atreves, á hacer
Batalla: en la vega espero;
Será la muerte feliz
Del valiente Juan Rüiz,
Mozárabe caballero. *(Vase.)*

ESCENA III.

EL REY, DOÑA CONSTANZA, DON BERNARDO, DON VELA, RAMIRO, NUÑO, DAMAS, MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO, GENTE.

DON VELA.

Yo...

REY.

Don Vela, bien está:
Advertid que estoy aquí.

DON VELA.

¿Hemos de dejar que así
Nuestro honor perezca ya?

REY.

Don Bernardo, de Toledo
Arzobispo, acudirá
A vuestro honor; él hará
Lo que importe; que no puedo
Quedarme yo á resolver
Cosas que excusadas son,
Cuando al reino de Leon
Con prisa importa volver.

DON VELA. *(Ap.)*

Mi vida es el honor mio.
No hay por qué el morir dilate;
Aunque el Rey despues me mate,
Tengo de ir al desafio. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DICHOS, *ménos* DON VELA.

REY.

En Toledo quedais hoy,
Reina, mi bien. Yo quisiera
Que Toledo un mundo fuera;
Pero todo un reino os doy.
Mirad en ausencia mia
Por el montañes y el godo,
Y, Constanza, sobre todo,
Por la fe, que es luz y guia
Del rey; y esto con instancia,
Como reina que heredó
El sér de quien se llamó
Cristianísimo de Francia.
Y adios.

DOÑA CONSTANZA.

Y él, César gallardo,
Con bien os vuelva á Toledo.

(Vanse todos, ménos la Reina y el Arzobispo.)

ESCENA V.

DOÑA CONSTANZA, DON BERNARDO.

DOÑA CONSTANZA.

Ya se fué el Rey, ya bien puedo
Decir, ilustre Bernardo,
Un deseo que he tenido
De que se ausente.

DON BERNARDO.

¿Pues vos
Deseais su ausencia?

DOÑA CONSTANZA.

Dios
Primero que todo ha sido.
Sabreis, ilustre frances,
Que cuando el Rey aceptó
Estas condiciones, yo
Sentí que hubiese interes
Humano para dejar
En poder del fiero moro
El mayor bien y tesoro
Que pudiera conquistar
Para alabanza infinita
Y para infinito honor.

DON BERNARDO.

¿Cuál es?

DOÑA CONSTANZA.

La iglesia mayor,
Que llaman mayor mezquita.
En ella un tiempo tuvieron
Una imágen que adoraban
Los cristianos, y llamaban
Del Sagrario: en ella vieron
Humanos ojos bajar
Entre nubes y entre velos
A la Reina de los cielos,
Y su retrato abrazar.
Perdiéronle (¡pena grave!)
Con la ciudad (¡qué dolor!)
De manera (¡oh qué rigor!)
Que ya de ella nadie sabe.
Yo, en venganza y desagravio
De la Virgen singular,
Su templo he de restaurar;
Que es afrenta y es agravio
Que á nuestros ojos esté
En poder del moro el suelo
Que dió que envidiar al cielo.
Para engrandecer la fe
El Rey su poder me dió:
Así la fe engrandecemos.
Esta iglesia les quitemos
A los alarbes.

DON BERNARDO.

*(Ap. ¿Quién vió
Igual celo y cristiandad?)*
Ganemos este tesoro
Los dos, quitemos al moro
Esta murada ciudad,
Que es la iglesia. Y pues están
Los soldados todavía
Con las armas, Reina mia,
No hay que esperar. Capitan
Tengo de ser desta guerra
Católica.

DOÑA CONSTANZA.

Pues lleguemos.
Los soldados animemos
Que ahora Toledo encierra;
Y pierda el fiero contrario
La basa de nuestra fe,
Ganando el templo que fué
De la Virgen del Sagrario. *(Vanse.)*

—

Soto á orillas de un camino.

ESCENA VI.

JUAN RUIZ, DON VELA.

JUAN.

No hay que pasar adelante;
Que este oculto sitio umbroso
Es, gallardo montañes,
Para nuestro intento propio.
Yo te reté, y me ha tocado
Venir desarmado y solo;
Mi pecho es este y mi espada:
De otras armas no me adorno.

DON VELA.

Y esta es mi espada y mi pecho;
Que aunque retado, no tomo
Mas ventaja, porque supe
Que eras noble y valeroso,
Y habias de salir así.

JUAN.

La obligacion reconozco;
Pero es fuerza sustentar
Lo que he dicho.

DON VELA.

Siempre ignoro
En el campo lo que he dicho;
Y así con obras respondo.

(Riñen.)

JUAN.

Valiente eres: bien convienen
Lo entendido y lo brioso.

DON VELA.

Para quien riñe contigo,
Cualquiera valor es poco.
¡Ay de mí! *(Cae en el suelo.)*

JUAN.

En tierra estás: rinde
Las armas, ó riguroso
Verás mi acero teñido
Desde la punta hasta el pomo.

DON VELA.

El que es noble nunca rinde
Las armas. Dame piadoso
La muerte, y no tan cruel
La vida.

Digitized by Google

ESCENA VII.

EL REY, RAMIRO, NUÑO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY. (*Dentro.*)

A esta parte oigo
El ruido. Ramiro, Nuño,
Apeaos, y llegad todos.

JUAN.

Gente siento. Antes que lleguen
A ser de mi accion estorbo,
Escoge : darme las armas,
O morir.

DON VELA.

Morir escojo.

(*Vale Juan á herir.— Salen el Rey, Ramiro, Nuño y caballeros de acompañamiento.*)

REY.

Espérate, no le mates.

JUAN.

Por tí, señor, le perdono,
Y por esta accion te pido
Una merced.

REY.

Yo la otorgo.

JUAN.

Que ilustrando nuestra sangre,
No nos quites de los godos
La antigüedad que tenemos,
Obligando poderoso
A innovar los sacrificios.
Tendremos así dichosos
En la iglesia de Toledo
Una ejecutoria, honroso
Solar, por esta victoria
Adquirido.

REY.

No sé cómo;
Mas pues que lo prometí,
Lo he de cumplir, y dispongo
Que en la iglesia de Toledo,
Entre sus cultos piadosos,
Dè los mozárabes haya
Una capilla; y la doto
En rentas de las mejores
Que tengo en mi patrimonio,
Para que con ceremonias
Antiguas, siempre á su modo,
Viva la memoria eterna
De los mozárabes godos.—
Vos, que rendir no quisisteis
(*A Don Vela.*)
Las armas, y tan brioso
Las defendisteis estando
En la tierra, donde noto
Que no fué el caer defecto,
Honrado estais, y yo tomo
Sobre mí vuestra opinion.
Dad los brazos valerosos
A Juan Blasco Ruiz.

DON VELA.

En ser
Su amigo seré dichoso;
Que conozco su valor,
Pues por mi mal le conozco.

REY.

Ya sois amigos los dos;
Y aunque ahora falta mi enojo,
En albricias del suceso
Vuestro delito perdono.
Mozárabes y asturianos
Con estas paces conformo.
Volvamos á caminar.

ESCENA VIII.

SELIN.—DICHOS.

SELIN. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos piadosos!

REY.

¿Qué voz es esta que escucho?

RAMIRO.

En el campo miro solo
Un alarbe en una yegua
Acercándose á nosotros.

NUÑO.

Ya se apea, y me parece
Que, en sangre bañado el rostro,
Viene, y desnudo el acero.

REY.

¿Qué puede ser?

SELIN. (*Sale, herido.*)

Rey Alfonso,
Sexto en nombre, y en valor
Primero, á tus pies me postro.
La tierra que pisas beso,
Y con la sangre que lloro
La riego; que aunque parece
Que por heridas la arrojo,
De envidia de las heridas
Hoy lloran sangre los ojos.
No fué en vano detenerte
En lo oculto deste soto,
Que mi fortuna lo hizo,
Rémora siendo en el golfo
De mis desdichas, adonde
Tan grande tormenta corro,
Que con el mar de mi llanto
Y el viento de mis sollozos,
Llorando mares me anego,
Bebiendo sangre me ahogo.
Apénas, señor, volviste
La espalda, apénas el oro
De tus rayos nos dejó
A oscuras, ciegos y solos,
Cuando la Reina tu esposa
(Perdóname si la nombro
En ocasion donde es fuerza
Que incite tu ardiente enojo),
Constanza pues y Bernardo,
Vuestro alfaquí, atlante rojo,
De nuestra mayor mezquita
Nos despojan rigorosos.
Fué la causa de sentir
Tanto este nuevo despojo,
(Ya no importa publicarlo)
Que los morábitos doctos
Nos dicen que allí se encierra
Un encantado tesoro,
Y que está cercano el tiempo
En que le hallareis vosotros.
Contra mí, como su alcaide,
Amotinados los moros,
Dijeron que yo habia sido
Quien tirano y alevoso
Vendió la hacienda y las vidas.
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Vuelve por tu honor, y mira
Que quedan diciendo todos
Que has faltado á tu palabra,
Dejando órden cauteloso,
Para que en ausencia tuya
Nos dén mortales asombros.
Los mozárabes quedaron
En nuestro poder, los propios
Conciertos se les hicieron,
Y vivieron con nosotros
Sin ofensa y sin agravio;
Y hoy, tus juramentos rotos,
Podrán decir que han tenido
Mas fe y palabra los moros
Que los cristianos, supuesto
Que ellos lo cumplieron todo,
Y tú no has cumplido nada.
Hoy á tus plantas me arrojo.
Justicia, señor, justicia
Desta afrenta, deste oprobio,
Deste agravio, desta injuria :
Vénganos de tí tú propio.

REY.

Selin, á los cielos juro,
Cuya luz hermosa adoro,
Y á Dios, que los vive y reina
Sentado en su eterno solio,
A la Virgen soberana,
Su santa Madre, y á todos
Cuatro evangelios, y en fin,
Cuanto juré temeroso
En Santa Gadea, en la jura
Del balleston, donde otorgo
Que no fuí parte en la fiera
Traicion de Vellido Dolfos:
Que la misma culpa tengo
En lo uno que en lo otro.
Y vuelvo á jurar de nuevo
Estos juramentos propios,
De vengaros y de hacer,
Con castigos rigurosos,
Pública vuestra venganza.
La Reina, á quien reconozco
Por alma del alma mia,
(Tanto la estimo y la adoro)
Hoy, vive Dios, morirá
A mis manos. No conozco
Ya sino solo á mi honor.
Dadme un caballo vosotros;
Que no ha de decir el mundo
Que ha tenido mas fe un moro
Alarbe en guardar palabras,
Que un rey cristiano. De enojo
Voy rabiando, y ¡vive Dios!
Que hoy tengo de ser asombro
Del mundo. ¿Traicion en mí?
Ni un átomo, un rasgo solo
Ha de quedar de sospecha.
Por la boca y por los ojos
Volcan soy, llamas escupo,
Hidra soy, veneno arrojo. (*Vanse.*)

—

Patio de la Iglesia Mayor.

ESCENA IX.

Suenan chirimías, y sale escuchando el arzobispo DON BERNARDO, *y en acabando de tocar, cantan dentro.*

MÚSICA.

En el pozo está el tesoro,
Mas rico que la plata y mas que el oro :
Bebed, bebed, que nativa
Está la mina en él del agua viva.

DON BERNARDO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué voces
Tan amorosas y dulces,
Llenas de un alegre horror,
Por estos aires discurren?
Dando estaba al cielo gracias,
Despues que labrado hube
En esta iglesia el altar,
Por los favores comunes
Con que en sagradas victorias
A la cristiandad acude,
Cuando en acentos sonoros
Quieren los cielos que escuche
Que en el pozo está el tesoro,
Porque agua viva produce,
Mas rico que el oro y plata.
Misterio la letra incluye.—
¡Hola!

Digitized by Google

ESCENA X.

Cuatro PAJES.—DON BERNARDO.

PAJE 1.°

Señor.

PAJE 2.°

¿Qué nos mandas?

DON BERNARDO.

¿Adónde estais, que no acude
Vuestro descuido á prodigios
Que yo ignoro, aunque los supe?

PAJE 3.°

Aquí estábamos.

DON BERNARDO.

¿No oisteis
Alegres voces?

PAJE 4.°

No acuses
Nuestro descuido, supuesto
Que ninguno hay que lo escuche.

DON BERNARDO.

Pues yo he visto (no es decir
Patrañas) de las azules
Esferas bajar estrellas,
Subir llamas, voces dulces[1],
Y en procesion á la Vírgen
En un trono, donde triunfe
Eternamente. Este sitio,
Que grave misterio incluye,
Señalaré. No, no fué
Ilusion, ni es bien que excuse
El avisar á la Reina,
Y que su celo procure
Averiguar qué misterio
De aquesta vision se arguye. (*Vase.*)

ESCENA XI.

Los PAJES.

PAJE 1.°

¿Qué es esto que el Arzobispo
Tiene? Que aunque disimule,
Da á entender algun cuidado.

PAJE 3.°

Pensiones que siempre acuden
Al gobierno.

PAJE 2.°

O son vejeces,
Que ya es tiempo que caduque.

PAJE 4.°

Si os quereis entretener,
Sabed que he hallado escondido
En una parte y dormido
A aquel montañes que ayer
En casa se recibió
Por criado. Ya sabeis
Que es figura, y que teneis
Con él gran fiesta. Pues yo,
Como dormido le vi,
De un hacha luego tomé
Pábilo y cera, y formé
Una vela y la encendí.
Lleguéme, y sobre un zapato
Se la pegué. Ya vereis,
Gastándose, que teneis
Linda fiesta de aquí á un rato.

PAJE 1.°

¿Y dónde está?

PAJE 4.°

Vesle allí
Con la candelilla puesta.

[1] No están bien aquí colocadas las palabras *voces dulces*, porque rige desde arriba el verbo *ver*.

PAJE 2.°

Burla de pages es esta.

PAJE 4.°

Ya la ha sentido.

ESCENA XII.

DOMINGO. — Los PAJES.

DOMINGO.

¡Ay de mí!
Muerto soy!

PAJE 2.°

¿Qué pudo ser?

DOMINGO.

¡Ay, ay!

PAJE 2.°

¿Qué es eso?

PAJE 1.°

¿Qué ha sido?

DOMINGO.

Un gran mal me ha sucedido.

PAJE 4.°

¿No lo podemos saber?

DOMINGO.

¡Ay que me muero! ¡Ay de mí!
Que un gran mal me sucedió.

PAJE 4.°

Cuéntanos lo que pasó.

DOMINGO.

Sabréis que yo me dormí
Sobre ese suelo, y estando
Durmiendo, un áspid llegó,
Y deste pié me mordió.
Yo, con el dolor, pensando
Que era otra cosa...

PAJE 2.° (*Ap.*)

Muy bien.

DOMINGO.

La mano eché por mi mal,
Y el áspid...

PAJE 4.° (*Ap.*)

¿Hay cosa igual?

DOMINGO.

Della me mordió tambien.
Mirad la ponzoña aquí,
Y agujerado el zapato.

PAJE 3.°

¿No es cera esa, mentecato?

PAJE 1.°

Bobos se burlan así. (*Le golpean.*)

PAJE 2.°

No le dés mas.

PAJE 3.°

No le ultrajes;
Que es hombre honrado el corito[1].

DOMINGO.

Señores, ¿por qué delito
Me habrán echado á mí á pajes,
Como á otros á galeras?

PAJE 1.°

No le piques.

DOMINGO.

Poco á poco,
Lampiños; que no soy loco,
Sino hombre de muchas véras.

PAJE 4.° (*Ap. á los otros pajes.*)

No hay cosa que sienta mas,

[1] Montañes, asturiano.

Que decirle que vendió
El cogote.

DOMINGO.

¿Qué hago yo,
Ciclanes de Barrabás?
¿Por qué no quereis dejarme?

PAJE 3.°

Pues diga, y le dejaremos,
Y muy amigos seremos...

DOMINGO.

Mas ¿qué vienes á engañarme?
Pero en fin, ¿qué es lo que dices?

PAJE 3.°

¿Cuánto, sin que le alborote,
Le dieron por el cogote?

DOMINGO.

Cuanto á tí por las narices
(*Ap.* ¡Que estos se burlen de mí,
Y esto solo les desvele!)

PAJE. 4.°

¿Mas que sé donde le duele,
Montañes?

DOMINGO.

¿Adónde?

PAJE 4.°

Aquí. (*Pícale.*)

DOMINGO.

Es verdad, y muy dolido,
Que era grande el alfiler;
Pero en llegando á doler,
El negocio va perdido.
Descínchome la pretina,
Y sacudiendo muy bien,
¿Que adivino yo tambien
Dónde le duele al gallina? (*Dales.*)
Paguen así ¡pese á tal!
Los buenos ratos que tienen.

PAJE 4.°

Mesurémonos, que viene
La Reina por nuestro mal.

ESCENA XIII.

DOÑA CONSTANZA, *con una azada.*
DON BERNARDO.—DICHOS.

DON BERNARDO.

Este es, señora, el lugar
Que cielo un instante fué,
Y señalado dejé.

DOÑA CONSTANZA.

Pues aquí se ha de cavar;
Que no hay duda de que aquí
Alto misterio se encierra.
Tesoros guarda la tierra;
Mas no me mueven á mí.
El gran tesoro del cielo
Hallar mi piedad espera,
Y yo he de ser la primera
Que cave.

DON BERNARDO.

¡Qué justo celo!

DOÑA CONSTANZA.

Señor, si Elena cavó
Una peña por hallar
El tesoro singular
De la cruz, merezca yo,
Aunque reina pecadora,
Y no, como Elena, santa,
Hallar maravilla tanta
Como este centro atesora.
(*Cava, y levanta una piedra.*)

DON BERNARDO.

Una piedra has levantado.

Digitized by Google

DOÑA CONSTANZA.

Y esta descubre una boca
Que á espanto y horror provoca.

DON BERNARDO.

¿Qué ves dentro?

DOÑA CONSTANZA.

Un centro helado.

DON BERNARDO.

Pues yo mas dichoso fuí,
Que veo un gran resplandor.

DOÑA CONSTANZA.

Del cielo es ese favor.

DON BERNARDO.

Escucha.

DOÑA CONSTANZA.

¿Pues cantan?

DON BERNARDO.

Sí.
(*Cantan dentro.*)

MÚSICA.

En el centro está el tesoro
Mas rico que la plata y mas que el oro:
Bebed, bebed, que nativa
Está la mina en él del agua viva.

ESCENA XIV.

NUÑO. — DICHOS.

NUÑO.

Hasta llegar á tus piés,
A morir vine dispuesto,
Señora.

DOÑA CONSTANZA.

Nuño, ¿qué es esto?

NUÑO.

Mi muerte y la tuya es.
Sabiendo el Rey mi señor,
Como á Selin has quitado
Esta iglesia, y que has quebrado
De su palabra el valor;
Indignado contra tí,
Solemnemente juró
Que ha de darte muerte; y yo,
Que su enojo entónces vi,
En un caballo volé,
Tan veloz hijo del viento,
Que del mismo pensamiento
Concepto le imaginé.
Siente la queja que dél
Los moros habrán formado.
Huye, que viene enojado;
Huye, mira que es cruel.

DOÑA CONSTANZA.

Estoy, Nuño, agradecida
A tu lealtad; pero no
A tu consejo; que yo,
Por interés de la vida,
No he de huir de la presencia
Del Rey, mi señor: salir
Quiero ántes á recibir
De su enojo la violencia.

DON BERNARDO.

Mira, señora, que haces
Una gran temeridad.

DOÑA CONSTANZA.

De mi pecho la humildad
Solo ha de hacer estas paces. (*Vase.*)

NUÑO.

¡Gran valor!

DON BERNARDO.

¡No le ví igual!
Osada á un altar llegó
Y dél un Cristo tomó,
Y en otra mano un puñal.
Desta suerte á recibir
Sale al Rey.

NUÑO.

Si bien supieras
Su enojo, mejor dijeras,
Señor, que sale á morir.

ESCENA XV.

EL REY, SELIN, JUAN RUIZ, DON VELA, RAMIRO, ACOMPAÑAMIENTO, PUEBLO.—DON BERNARDO, NUÑO, DOMINGO. PAJES; *despues*, DOÑA CONSTANZA.

REY.

[1] Si á verla en el templo llego,
En él la he de dar la muerte.

JUAN.

Mira...

DON VELA.

Considera...

JUAN.

Advierte..

REY.

Todo soy rabia, soy fuego.
Nadie el llegar me dilate,
Puesto á mi venganza en medio;
Que á mi enojo no es remedio,
Y ¡vive Dios! que la mate.

(*Sale la Reina, suelto el cabello, en una mano un Cristo, y en la otra un puñal.*)

DOÑA CONSTANZA.

Apartaos, ninguno trate
De estorbar ni resistir
La muerte, que á recibir
Salgo yo misma al lugar;
Pues si el Rey me ha de matar,
Ménos haré yo en morir. —
Llega pues, ¿qué te detienes? (*Al Rey.*)
Prueba en mi pecho el furor.

REY.

¡Válgame Dios, qué favor,
Mujer, al alma previenes!
¿De quién amparada vienes
Que tu resplandor me ciega?
Un mar de fuego me anega.
¡Ay de mí! el valor perdí.
Muerto he quedado. ¡Ay de mí!

DOÑA CONSTANZA.

Rey, esposo, señor, llega
A darme muerte sañudo,
Donde aliento el corazon,
Que atento siempre á tu accion,
Te está sirviendo de escudo.
No dudo, mi bien, no dudo
Que al mirarme defendida
Desta cruz, tu brazo impida;
Mas quise llegar á verte,
En una mano la muerte,
Y en otra mano la vida.
Mátame con este acero,
Que á tu venganza apercibo;
Verás que con este vivo
(*Con el crucifijo.*)
Si ves que con este muero.
(*Con el puñal.*)
Vida y muerte á un tiempo espero;
Muerte, á tu poder rendida;
Vida, de Dios defendida:
Luego entre estas causas dos,
Tanto como hay de tí á Dios,
Hay de mi muerte á mi vida.
Llega á esa profunda boca,
Y verás que cuando llegas,
En ondas de luz te aneges:
Sus santos umbrales toca,
Y verás que te provoca
Un temor que el alma lleva...
Una voz que dulce eleva,
—Y permíteme tener
Vida, hasta llegar á ver
El prodigio desta cueva.

REY.

Alza del suelo, Constanza,
Dame mil veces los brazos;
Que estos amorosos lazos
Son centro de mi esperanza.

DON BERNARDO. (*Ap.*)

¡Qué milagrosa mudanza!

REY.

Y humilde á tus piés rendido,
De mi enojo perdon pido.

DOMINGO. (*Ap.*)

Este súbito remedio
Se llamó, ponerse en medio
La de la paz.

REY.

Ofendido
Vine; pero ya mas quiero
Tu vida, que honor ni estado. —
Los moros que se han quejado,
Selin, contentar espero
Con mas honras que primero.

DOÑA CONSTANZA.

Ya que tan dichosa fuí
Que tu gracía merecí,
Lo oculto intenta mirar
Deste pozo.

REY.

Hay que pensar
Mucho en eso.

DOÑA CONSTANZA.

¿Cómo así?

REY.

Constanza, cuando este moro
De su agravio se quejó,
Me dijo que no sintió
Ver postrado mi decoro,
Sino perder un tesoro
Que sabios moros dijeron
Que aquí estaba, y escribieron
Que era tesoro encantado;
Y esta boca que has hallado,
Y que tus manos abrieron,
Puede ser que tenga encantos,
Y que moros hechiceros
Intenten vengarse fieros.

SELIN.

Pues eso no os cause espantos.
Y si recelo teneis,
Porque no penseis de mí
Que el encanto os advertí
Para que dél os guardeis,
Os pido que me dejeis,
Que yo bajaré á la cueva.

REY.

Espera, Selin, y lleva
Una cuerda, y luz tambien
Para mirarlo mas bien,
Y esta maravilla prueba.
¡Hola! dadle una hacha.

NUÑO.

Aquí
La tiene, que de un altar
Fácil la pude alcanzar.

DOMINGO.

Cuerda hay tambien.
(*Atan la cuerda á Selin.*)

[1] Aunque llegue á verla en el templo. *Si*, por *aunque*.

Digitized by Google

SELIN.

Pues así
He de bajar. Advertid:
A la señal del cordel,
Tirad todos juntos dél.

JUAN.

Baja, bien seguro vas.
(*Van bajando á Selin por el pozo.*)

DON VELA.

Profundo está.

SELIN. (*Bajando dentro del pozo.*)

Venga mas.

JUAN.

Miedo pone la cruel
Profundidad.

NUÑO.

¡Qué temor!

SELIN. (*Bajando.*)

Venga mas.

JUAN.

Aun no ha llegado,
Y la cuerda se ha acabado.

DOMINGO.

Pues aquí está otra mayor.

SELIN. (*Bajando.*)

Venga mas.

JUAN.

Nos pone horror
La voz. ¡Qué léjos se escucha!

SELIN. (*Bajando.*)

Mas.

DON VELA.

La oscuridad es mucha,
Y la hondura mucho mas.

NUÑO.

Ya llegó al suelo.

SELIN. (*Abajo.*)

No mas.

REY.

¡Qué temor conmigo lucha!

JUAN.

Ya el peso en la tierra estriba,
Y el hielo, con que bosteza
Esta rústica tristeza,
De los sentidos nos priva.—
Señas hace.

SELIN. (*Abajo*).

Arriba, arriba.

JUAN.

Arriba, diciendo está.

REY.

Tirad de la cuerda ya,
Salga ese monstruo á admirarnos.

DOMINGO.

Mejor fuera no cansarnos,
Sino dejárnosle allá.
(*Sacan á Selin enlodado, y trae en las manos una lámina.*)

DON VELA.

Ya de la luz llegó al puerto,
Sin luz, mudo, helado y yerto.

DOÑA CONSTANZA.

De la cueva se retira.

DON VELA.

Absorto á todos nos mira.

DOMINGO.

Silencio, que ya habla un muerto.

SELIN.

Rey Alfonso de Castilla,
Constanza, que el cielo guarde,
Porque lises y leones
En perpetuas amistades,
Siendo ejemplo á los futuros
Siglos, este nudo enlacen;
Bernardo, ilustre frances,
Patron de la armada nave,
Que á ser llegues su piloto
Dentro de Roma triunfante:
Mozárabes y leoneses,
Dadme atento oido, dadme
Silencio para deciros
El prodigio mas notable,
Y el mas extraño suceso
Y la novedad mas grave,
Que el tiempo, archivo confuso,
Calificó en sus anales.
Bajé á ese profundo pozo,
Que es prision y estrecha cárcel
De una gallarda mujer,
Cuyos rayos celestiales,
Siendo como es centro oscuro,
Esfera del sol la hacen.
Hay en sus profundos senos
Una concavidad grande,
Cubierta de poca agua;
Si ya no es que la que nace
No tiene de Alá licencia
Para pasar adelante,
Y como el mar, tiene freno
De arena que la acobarde.
En este lóbrego sitio
Mil caducas ruinas yacen
De edificios y de hombres;
Porque entre huesos y jaspes,
Como en pintados paises,
Se ven confusos celajes
De las tragedias del tiempo.
Luego vi un nicho á una parte,
Fabricado de ladrillo,
Sin arquitectura, ni arte
Mejor, que afecto no mas
De ocultar tesoros grandes.
Llegué con la luz á él,
Y bien pudiera excusarme
De la luz, porque bastaba
La que los ojos esparcen
De una divina Señora,
De aspecto tan venerable,
De semblante tan severo,
Y de hermosura tan grave,
Que lleno de horror, jamas
Que la miré, el alma sabe
Si es aquella beldad misma
Que miré un minuto ántes:
Tal mudanza mis sentidos
Hicieron, que á cada instante,
O yo olvidé las especies
Que comprendí, por ser fácil,
O ella mudó (y es mas cierto)
Beldad, aspecto y semblante.
Por esta causa no puedo
Ahora determinarme
A pintarla; y voz humana,
Cuando á tanto se levante,
Será carbon que la borre,
No matiz que la retrate.
Pero al fin, lo que en su rostro
Observé entre dudas tales,
Es una frente espaciosa,
Sobre cuyo campo caen
Rubias trenzas, que el aseo
Con los dos hombros reparte;
Cejas dos arcos de amor,
Ojos serenos y graves;
Boca risueña y honesta,
Rubí partido en dos partes;
El color todo es moreno,
Y por serlo, mas amable.
Al lado del corazon
Tiene en el brazo un infante,
Si no es el corazon mismo,
Que allí á acompañarla sale;
Porque ella muestra tenerle
Dividido en dos mitades.
Dijera que era su hijo,
Si no temiera injuriarles;
Porque aquella honestidad
Era de Vírgen amante;
Y si es su hijo, él es Dios,
Porque ella es de Dios la Madre.
Sentada está en una silla
De madera, y es su traje
Extraño y antiguo; yo
No le vi hasta ahora en nadie:
Una tunicela blanca,
Y manto, y todo el ropaje
Sobre una tela de plata,
Muy lúcida y muy brillante,
Hechas algunas labores
De perlas y de diamantes.
Las manos son del color
Del rostro, y el tierno infante,
Mirando á su Madre, está
Risueño; que no hay pesares
Donde se gozan los dos
Como dos tiernos amantes.
Quise tocarla, y aquí
Un miedo el alma combate:
Perdí la luz, y dos veces
Quedé ciego en un instante.
Con el asombro me así
A ese pedazo de jaspe,
Y sin saber cómo, llego
A besar tus plantas reales,
Donde es bien que absorto pida
El bautismo, y que ya ame
Esta divina Señora,
Que sin duda es de Dios Madre.

DON BERNARDO.

Muestra esa lámina, á ver.

REY.

Aquí en gótico carácter
Dice...

DOÑA CONSTANZA.

¡Qué placer espero!

REY.

(*Lee.*) «Aquesta divina imágen
Es la Vírgen del Sagrario,
Que hoy en este pozo yace,
Oculta por los cristianos
Y huida por los alarbes.
¡Infelice el que la esconde,
Y felice el que la halle!»

RAMIRO.

¡Qué dicha!

REY.

¡Qué gran ventura!

NUÑO.

¡Qué placer!

REY.

¡Qué bien tan grande!

DOÑA CONSTANZA.

¡Mira, si no hubiera yo
Quitado el templo al cobarde
Moro, el bien de que era dueño!

REY.

No me acuerdes, no me trates
Accion de mí tan indigna:
Muy bien hiciste en ganarle.

DON BERNARDO.

Prevéngase la capilla,
Que mil alabanzas cante,
Miéntras yo saco la Vírgen.

REY.

No me estorbeis que yo baje.

Digitized by Google

DOÑA CONSTANZA.

Excusado es vuestro celo;
Que sobre las ondas sale
Ella misma, que han crecido
Para basas sus cristales.

DON BERNARDO.

Pues procesion se prevenga,
Y en un altar se consagre,
Hasta que varon devoto
Mayor templo la levante.
(*Sube la imágen, tómala el Arzobispo, arrodillándose todos los demas, y despues va en procesion, cantando los músicos, con sobrepellices.*)

DOÑA CONSTANZA.

Yo la llevaré en mis hombros.
Las voces mis dichas canten.

CANTANTE 1.°

Salve, Regina.

TODOS.

Precursora del sol, alba del dia.

CANTANTE 2.°

Mater Misericordiæ.

TODOS.

Estrella de la mar, luz de la noche.

REY.

Alabanzas de María
Merezca el alma escuchar.

DON BERNARDO.

Oye, volved á cantar.

DOÑA CONSTANZA.

¡Qué placer!

REY.

¡Y qué alegría!

CANTANTE 3.°

Vita, dulcedo.

TODOS.

Gran torre de David, puerta del cielo.

CANTANTE 4.°

Spes nostra.

TODOS.

Cedro, lirio, clavel, cipres y rosa.
(*Prosigue la procesion, y tocan chirimías.*)

DOMINGO.

Y perdonad al poeta,
Si sus defectos son grandes,
Y en esta parte la fe
Y la devocion le salve.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL MÉDICO DE SU HONRA.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
DON GUTIERRE ALFONSO.
DON ARIAS.
DON DIEGO.
COQUIN, *lacáyo*.
DOÑA MENCIA DE ACUÑA.
DOÑA LEONOR.
INES, *criada*.
TEODORA, *criada*.
JACINTA, *esclava herrada*.
LUDOVICO, *sangrador*.
UN SOLDADO.
UN VIEJO.
PRETENDIENTES.
ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICA.
CRIADOS, CRIADAS.

JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una quinta de Don Gutierre, inmediata á Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Suena ruido de caza, y sale cayendo el INFANTE DON ENRIQUE, *y algo despues salen* DON ARIAS Y DON DIEGO, *y el último* EL REY DON PEDRO.

DON ENRIQUE.

¡Jesus mil veces! (*Cae sin sentido.*)

DON ARIAS.

¡El cielo
Te valga!

REY.

¿Qué fué?

DON ARIAS.

Cayó
El caballo, y arrojó
Desde él el Infante al suelo.

REY.

Si las torres de Sevilla
Saluda de esa manera,
¡Nunca á Sevilla viniera,
Nunca dejara á Castilla!—
¡Enrique, hermano!

DON DIEGO.

¡Señor!

REY.

¿No vuelve?

DON ARIAS.

A un tiempo ha perdido
Pulso, color y sentido.
¡Qué desdicha!

DON DIEGO.

¡Qué dolor!

REY.

Llegad á esa quinta bella
Que está del camino al paso,
Don Arias, á ver si acaso,
Recogido un poco en ella,
Cobra salud el Infante.
Todos os quedad aquí,
Y dadme un caballo á mí,
Que he de pasar adelante;
Que aunque este horror y mancilla
Mi rémora pudo ser,
No me quiero detener
Hasta llegar á Sevilla.
Allá llegará la nueva
Del suceso. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON ENRIQUE, *desmayado;* DON ARIAS, DON DIEGO.

DON ARIAS.

Esta ocasion
De su fiera condicion
Ha sido bastante prueba.
¿Quién á un hermano dejara,
Tropezando desta suerte
En los brazos de la muerte?
¡Vive Dios!...

DON DIEGO.

Calla, y repara
En que, si oyen las paredes,
Los troncos, Don Arias, ven,
Y nada nos está bien.

DON ARIAS.

Tú, Don Diego, llegar puedes
A esa quinta: dí que aquí
El Infante mi señor
Cayó. — Pero no; mejor
Será que los dos así
Le llevemos donde pueda
Descansar.

DON DIEGO.

Has dicho bien.

DON ARIAS.

Viva Enrique, y otro bien
La suerte no me conceda.
(*Llevan al Infante.*)

—

Sala en la quinta de Don Gutierre.

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

DOÑA MENCÍA.

Desde la torre le ví,
Y aunque quién son no podré
Distinguir, Jacinta, sé
Que una gran desdicha allí
Ha sucedido. Venía
Un bizarro caballero
En un bruto tan lijero,
Que en el viento parecía
Un pájaro que volaba;
Y es razon que lo presumas,
Porque un penacho de plumas
Matices al aire daba.
El campo y el sol en ellas
Compitieron resplandores;
Que el campo le dió sus flores,
Y el sol le dió sus estrellas;
Porque cambiaban de modo,
Y de modo relucian,
Que en todo al sol parecian,
Y á la primavera en todo.
Corrió pues y tropezó
El caballo, de manera
Que lo que ave entónces era,
Cuando en la tierra cayó
Fué rosa; y así en rigor
Imitó su lucimiento
En sol, cielo, tierra y viento,
Ave, bruto, estrella y flor.

JACINTA.

¡Ay señora! en casa ha entrado...

DOÑA MENCÍA.

¿Quién?

JACINTA.

Un confuso tropel
De gente.

DOÑA MENCÍA.

¿Mas que con él
A nuestra quinta han llegado?

ESCENA IV.

DON ARIAS Y DON DIEGO, *que sacan en brazos al* INFANTE, *y siéntanle en una silla.* — DOÑA MENCIA, JACINTA.

DON DIEGO.

En las casas de los nobles
Tiene tan divino imperio
La sangre del Rey, que ha dado
En la vuestra atrevimiento
Para entrar desta manera.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Qué es esto que miro, cielos!

DON DIEGO.

El infante Don Enrique,
Hermano del rey Don Pedro,
A vuestras puertas cayó,
Y llega aquí medio muerto.

DOÑA MENCÍA.

¡Válgame Dios, qué desdicha!

DON ARIAS.

Decidnos á qué aposento
Podrá retirarse, en tanto
Que vuelva al primero aliento
Su vida. — Pero ¡qué miro!
¡Señora!

DOÑA MENCÍA.

¡Don Arias!

DON ARIAS.

Creo
Que es sueño ó fingido cuanto
Estoy escuchando y viendo.
¿Que el infante Don Enrique,
Mas amante que primero,
Vuelva á Sevilla, y te halle
Con tan infeliz encuentro,
Puede ser verdad?

DOÑA MENCÍA.

Sí es:
¡Ojalá que fuera sueño!

Digitized by Google

DON ARIAS.

Pues ¿qué haces aquí?

DOÑA MENCÍA.

Despacio
Lo sabrás; que ahora no es tiempo
Sino solo de acudir
A la vida de tu dueño.

DON ARIAS.

¡Quién le dijera que así
Llegara á verte!

DOÑA MENCÍA.

Silencio,
Que importa mucho, Don Arias.

DON ARIAS.

¿Por qué?

DOÑA MENCÍA.

Va mi honor en ello.—
Entrad en ese retrete,
Donde está un catre cubierto
De un cuero turco y de flores;
Y en él, aunque humilde lecho,
Podrá descansar.—Jacinta,
Saca tú ropa al momento,
Aguas y olores que sean
Dignos de tan alto empleo.
(*Vase Jacinta.*)

DON ARIAS.

Los dos, miéntras se adereza,
Aquí al Infante dejemos,
Y á su remedio acudamos,
Si hay en desdichas remedio.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA; DON ENRIQUE, *sin conocimiento, en una silla.*

DOÑA MENCÍA.

Ya se fuéron; ya he quedado
Sola. ¡Oh quién pudiera, cielos,
Con licencia de su honor
Hacer aquí sentimientos!
¡Oh quién pudiera dar voces,
Y romper con el silencio
Cárceles de nieve, donde
Está aprisionado el fuego,
Que ya, resuelto en cenizas,
Es ruina que está diciendo:
«¡Aquí fué amor!»—Mas ¿qué digo?
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Yo soy quien soy. Vuelva el aire
Los repetidos acentos
Que llevó; porque aun perdidos,
No es bien que publiquen ellos
Lo que yo debo callar;
Porque ya, con mas acuerdo,
Ni para sentir soy mia;
Y solamente me huelgo
De tener hoy qué sentir,
Por tener en mis deseos
Que vencer; pues no hay virtud
Sin experiencia. Perfecto
Está el oro en el crisol,
El iman en el acero,
El diamante en el diamante,
Los metales en el fuego;
Y así mi honor en sí mismo
Se acrisola, cuando llego
A vencerme; pues no fuera
Sin experiencias perfecto.
¡Piedad, divinos cielos!
¡Viva callando, pues callando muero!
¡Enrique! Señor!

DON ENRIQUE. (*Volviendo en sí.*)

¿Quién llama?

DOÑA MENCÍA.

Albricias...

DON ENRIQUE.

¡Válgame el cielo!

DOÑA MENCÍA.

Que vive tu Alteza.

DON ENRIQUE.

¿Dónde
Estoy?

DOÑA MENCÍA.

En parte, á lo ménos,
Donde de vuestra salud
Hay quien se huelgue.

DON ENRIQUE.

Lo creo,
Si esta dicha, por ser mia,
No se deshace en el viento;
Pues consultando conmigo
Estoy, si despierto sueño,
O si dormido discurro,
Pues á un tiempo duermo y velo.
¿Pero para qué averiguo,
Poniendo á mayores riesgos
La verdad? Nunca despierte,
Si es verdad que ahora duermo;
Y nunca duerma en mi vida,
Si es verdad que estoy despierto.

DOÑA MENCÍA.

Vuestra Alteza, gran señor,
Trate, prevenido y cuerdo,
De su salud, cuya vida
Dilate siglos eternos,
Fénix de su misma fama,
Imitando al que en el fuego
Ave, llama, ascua y gusano,
Urna, pira, voz é incendio,
Nace, vive, dura y muere,
Hijo y padre de sí mesmo;
Que despues sabrá de mí
Dónde está.

DON ENRIQUE.

No lo deseo;
Que si estoy vivo y te miro,
Ya mayor dicha no espero;
Ni mayor dicha tampoco,
Si te miro estando muerto;
Pues es fuerza que sea gloria
Donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
Qué acasos ni qué sucesos
Aquí mi vida guiaron,
Ni aquí la tuya trajeron;
Pues con saber que estoy donde
Estás tú, vivo contento;
Y así ni tú que decirme,
Ni yo que escucharte tengo.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* Presto de tantos favores
Será desengaño el tiempo.)
Dígame ahora, ¿cómo está
Vuesta Alteza?

DON ENRIQUE.

Estoy tan bueno,
Que nunca estuve mejor;
Solo en esta pierna siento
Un dolor.

DOÑA MENCÍA.

Fué gran caida;
Pero en descansando, pienso
Que cobrareis la salud;
Y ya os están previniendo
Cama donde descanseis.
Que me perdoneis, os ruego,
La humildad de la posada;
Aunque disculpada quedo...

DON ENRIQUE.

Muy como señora hablais,
Mencía. ¿Sois vos el dueño
De esta casa?

DOÑA MENCÍA.

No, señor;
Pero de quien lo es, sospecho
Que lo soy.

DON ENRIQUE.

¿Y quién lo es?

DOÑA MENCÍA.

Un ilustre caballero,
Gutierre Alfonso Solís,
Mi esposo y esclavo vuestro.

DON ENRIQUE.

¡Vuestro esposo! (*Levántase.*)

DOÑA MENCÍA.

Sí, señor.
No os levanteis, deteneos;
Ved que no podeis estar
En pié.

DON ENRIQUE.

Sí puedo, sí puedo.

ESCENA VI.

DON ARIAS, DON DIEGO.—DICHOS.

DON ARIAS.

Dame, gran señor, las plantas
Que mil veces toco y beso,
Agradecido á la dicha
Que en tu salud nos ha vuelto
La vida á todos.

DON DIEGO.

Ya puede
Vuestra Alteza á este aposento
Retirarse, donde está
Prevenido todo aquello
Que pudo en la fantasía
Bosquejar el pensamiento.

DON ENRIQUE.

Don Arias, dadme un caballo,
Dadme un caballo, Don Diego.
Salgamos presto de aquí.

DON ARIAS.

¿Qué decis?

DON ENRIQUE.

Que me deis presto
Un caballo.

DON DIEGO.

Pues, señor...

DON ARIAS.

Mira...

DON ENRIQUE.

Estáse Troya ardiendo,
Y Enéas de mis sentidos,
He de librarlos del fuego.
(*Vase Don Diego.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA MENCIA, DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

¡Ay, Don Arias, la caida
No fué acaso, sino agüero
De mi muerte! Y con razon,
Pues fué divino decreto
Que viniese á morir yo,
Con tan justo sentimiento,
Donde tú estabas casada,
Porque nos diesen á un tiempo
Pésames y parabienes
De tu boda y de mi entierro.
De verse el bruto á tu sombra,
Pensé que altivo y soberbio
Engendró con osadía
Bizarros atrevimientos,
Cuando presumiendo de ave,

Digitized by Google

Con relinchos cuerpo á cuerpo
Desafiaba los rayos,
Despues que venció los vientos.
Y no fué, sino que al ver
Tu casa, montes de celos
Se le pusieron delante
Porque tropezase en ellos;
Que aun un bruto se desboca
Con celos; y no hay tan diestro
Ginete, que allí no pierda
Los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
Presumí el feliz suceso
De mi vida; pero ya,
Mas desengañado, pienso
Que no fué sino venganza
De mi muerte; pues es cierto
Que muero, y que no hay milagros
Que se examinen muriendo.

DOÑA MENCÍA.

Quien oyere á vuestra Alteza
Quejas, agravios, desprecios,
Podrá formar de mi honor
Presunciones y conceptos
Indignos dél. Y yo ahora,
Por si acaso llevó el viento
Cabal alguna razon,
Sin que en partidos acentos
La troncase, responder
A tantos agravios quiero,
Porque donde fuéron quejas,
Vayan con el mismo aliento
Desengaños. Vuestra Alteza,
Liberal de sus deseos,
Generoso de sus gustos,
Pródigo de sus afectos,
Puso los ojos en mí:
Es verdad, yo lo confieso.
Bien sabe, de tantos años
De experiencias, el respeto
Con que constante mi honor
Fué una montaña de hielo,
Conquistada de las flores,
Escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, ¿de qué engaño
Se queja, siendo sugeto
Imposible á sus pasiones,
Reservado á sus intentos,
Pues soy para dama mas,
Lo que para esposa ménos?
Y así, en esta parte ya
Disculpada, en la que tengo
De mujer, á vuestros piés
Humilde, señor, os ruego
No os ausenteis desta casa,
Poniendo á tan claro riesgo
La salud.

DON ENRIQUE.

¿Cuánto mayor
En esta casa le tengo?

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, COQUIN.—DICHOS.

DON GUTIERRE.

Déme los piés vuestra Alteza,
Si puedo de tanto sol
Tocar ¡oh rayo español!
La majestad y grandeza.
Con alegría y tristeza
Hoy á vuestras plantas llego,
Y mi aliento, lince y ciego,
Entre asombros y desmayos,
Es águila á tantos rayos,
Mariposa á tanto fuego.
Tristeza de la caida
Que puso con triste efeto
A Castilla en tanto aprieto,
Y alegría de la vida
Que vuelve restituida
A su pompa, á su belleza,
Cuando en gusto vuestra Alteza
Trueca ya la pena mia:
¿Quién vió triste la alegría?
¿Quién vió alegre la tristeza?
Honrad por tan breve espacio
Esta esfera, aunque pequeña;
Porque el sol no se desdeña,
Despues que ilustró un palacio,
De iluminar el topacio
De algun pajizo arrebol.
Y pues sois rayo español,
Descansad aquí; que es ley
Hacer el palacio el rey
Tambien, si hace esfera el sol.

DON ENRIQUE.

El gusto y pesar estimo
Del modo que le sentís,
Gutierre Alfonso Solís;
Y así en el alma le imprimo,
Donde á tenerle me animo
Guardado.

DON GUTIERRE.

Sabe tu Alteza
Honrar.

DON ENRIQUE.

Y aunque la grandeza
Desta casa fuera aquí
Grande esfera para mí,
Pues lo fué de una belleza;
No me puedo detener;
Que pienso que esta caida
Ha de costarme la vida;
Y no solo por caer,
Sino tambien por hacer
Que no pasase adelante
Mi intento... Y es importante
Irme; que hasta un desengaño
Cada minuto es un año,
Es un siglo cada instante.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿vuestra Alteza tiene
Causa tal, que su inquietud
Aventure la salud
De una vida que previene
Tantos aplausos?

DON ENRIQUE.

Conviene
Llegar á Sevilla hoy.

DON GUTIERRE.

Necio en apurar estoy
Vuestro intento; pero creo
Que mi lealtad y deseo...

DON ENRIQUE.

Y si yo la causa os doy,
¿Qué diréis?

DON GUTIERRE.

Yo no os la pido;
Que á vos, señor, no es bien hecho
Examinaros el pecho.

DON ENRIQUE.

Pues escuchad. Yo he tenido
Un amigo tal, que ha sido
Otro yo.

DON GUTIERRE.

Dichoso fué.

DON ENRIQUE.

A este en ausencia fié
El alma, la vida, el gusto
En una mujer. ¿Fué justo
Que atropellando la fe
Que debió al respeto mio,
Faltase en ausencia?

DON GUTIERRE.

No.

DON ENRIQUE.

Pues á otro dueño le dió
Llaves de aquel albedrío:
Al pecho que yo le fio,
Introdujo otro señor:
Otro goza su favor:
¿Podrá un hombre enamorado
Sosegar con tal cuidado,
Descansar con tal dolor?

DON GUTIERRE.

No, señor.

DON ENRIQUE.

Cuando los cielos
Tanto me fatigan hoy,
Que en cualquier parte que estoy,
Estoy mirando mis celos,
Tan presentes mis desvelos
Están delante de mí,
Que aquí los miro, y así
De aquí ausentarme deseo;
Que aunque van conmigo, creo
Que se han de quedar aquí.

DOÑA MENCÍA.

Dicen que el primer consejo
Ha de ser de la mujer;
Y así, señor, quiero ser
(Perdonad si os aconsejo)
Quien os dé consuelo. Dejo
Aparte celos, y digo
Que aguardeis á vuestro amigo
Hasta ver si se disculpa;
Que hay calidades de culpa
Que no merecen castigo.
No os despeñe vuestro brio:
Mirad, aunque esteis celoso,
Que ninguno es poderoso
En el ajeno albedrío.
Cuanto al amigo, confio
Que os he respondido ya;
Cuanto á la dama, quizá
Fuerza, y no mudanza fué:
Oidla vos, que yo sé
Que ella se disculpará.

DON ENRIQUE.

No es posible.

ESCENA IX.

DON DIEGO.—DICHOS.

DON DIEGO.

Ya está allí
El caballo apercibido.

DON GUTIERRE.

Si es del que hoy habeis caido,
No subais en él, y aquí
Recibid, señor, de mí
Una pia hermosa y bella,
A quien una palma sella,
Signo que vuestra la hace;
Que tambien un bruto nace
Con mala ó con buena estrella.
Es este prodigio pues
Proporcionado y bien hecho,
Dilatado de anca y pecho,
De cabeza y cuello es
Corto, de brazos y piés
Fuerte, á uno y otro elemento
Les da en sí lugar y asiento,
Siendo el bruto de la palma
Tierra el cuerpo, fuego el alma,
Mar la espuma, y todo viento.

DON ENRIQUE.

El alma aquí no podria
Distinguir lo que procura,
La pia de la pintura,
O por mejor bizarría,
La pintura de la pia.

Digitized by Google

COQUIN.

Aquí entro yo. A mí me dé
Vuestra Alteza mano ó pié,
Lo que está (que esto es mas llano)
O mas á pié ó mas á mano.

DON GUTIERRE.

Aparta, necio.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?
Dejadle, su humor le abona.

COQUIN.

En hablando de la pia,
Entra la persona mia,
Que es su segunda persona.

DON ENRIQUE.

Pues ¿quién sois?

COQUIN.

¿No lo pregona
Mi estilo? Yo soy, en fin,
Coquin, hijo de Coquin,
De aquesta casa escudero,
De la pia despensero,
Pues la siso al celemin
La mitad de la comida:
Y en efecto, señor, hoy,
Por ser vuestro dia, os doy
Norabuena muy cumplida.

DON ENRIQUE.

¿Mi dia?

COQUIN.

Es cosa sabida.

DON ENRIQUE.

Su dia llama uno aquel
Que es á sus gustos fiel;
Si lo fué á la pena mia,
¿Cómo pudo ser mi dia?

COQUIN.

Cayendo, señor, en él;
Y para que se publique
En cuantos lunarios hay,
Desde hoy diré: «A tantos cay
»San Infante Don Enrique.»

DON GUTIERRE.

Tu Alteza, señor, aplique
La espuela al ijar; que el dia
Ya en la tumba helada y fria,
Huésped del undoso dios,
Hace noche.

DON ENRIQUE.

Guárdeos Dios,
Hermosísima Mencía.
Y porque veais que estimo
El consejo, buscaré
A esta dama, y della oiré
La disculpa. (*Ap.* Mal reprimo
El dolor, cuando me animo
A no decir lo que callo.
Lo que en este lance hallo,
Ganar y perder se llama;
Pues él me ganó la dama,
Y yo le gané el caballo.)

(*Vanse el Infante, Don Arias, Don Diego y Coquin.*)

ESCENA X.

DON GUTIERRE, DOÑA MENCIA.

DON GUTIERRE.

Bellísimo dueño mio,
Ya que vive tan unida
A dos almas una vida,
Dos vidas á un albedrío,
De tu amor y ingenio fio
Hoy, que licencia me dés
Para ir á besar los piés
Al Rey mi señor, que viene
De Castilla; y le conviene
A quien caballero es,
Irle á dar la bienvenida.
Y fuera desto, ir sirviendo
Al infante Enrique, entiendo
Que es accion justa y debida,
Ya que debí á su caida
El honor que hoy ha ganado
Nuestra casa.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué cuidado
Mas te lleva á darme enojos?

DON GUTIERRE.

No otra cosa, ¡por tus ojos!

DOÑA MENCÍA.

¿Quién duda que haya causado
Algun deseo Leonor?

DON GUTIERRE.

¿Eso dices? No la nombres.

DOÑA MENCÍA.

¡Oh qué tales sois los hombres!
¡Hoy olvido, ayer amor,
Ayer gusto, y hoy rigor!

DON GUTIERRE.

Ayer, como al sol no via,
Hermosa me parecia
La luna; mas hoy, que adoro
Al sol, ni dudo ni ignoro
Lo que hay de la noche al dia.
Escúchame un argumento.
Una llama en noche oscura
Arde hermosa, luce pura,
Cuyos rayos, cuyo aliento
Dulce ilumina del viento
La esfera; sale el farol
Del cielo, y á su arrebol
Todo á sombra se reduce,
Ni arde, ni alumbra, ni luce;
Que es mar de rayos el sol.
Aplícolo ahora: yo amaba
Una luz, cuyo esplendor
Vivió planeta mayor,
Que sus rayos sepultaba:
Una llama me alumbraba;
Pero era una llama aquella,
Que eclipsas divina y bella,
Siendo de luces crisol;
Porque hasta que sale el sol,
Parece hermosa una estrella.

DOÑA MENCÍA.

¡Qué lisonjero os escucho!
Muy metafísico estáis.

DON GUTIERRE.

En fin, ¿licencia me dais?

DOÑA MENCÍA.

Pienso que la deseais mucho,
Por eso cobarde lucho
Conmigo.

DON GUTIERRE.

¿Puede en los dos
Haber engaño, si en vos
Quedo yo, y vos vais en mí?

DOÑA MENCÍA.

Pues cómo os quedeis aquí,
Adios, Don Gutierre.

DON GUTIERRE.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JACINTA.—DOÑA MENCIA.

JACINTA.

Triste, señora, has quedado.

DOÑA MENCÍA.

Sí, Jacinta, y con razon.

JACINTA.

No sé qué nueva ocasion
Te ha suspendido y turbado,
Que una inquietud, un cuidado
Te ha divertido.

DOÑA MENCÍA.

Es así.

JACINTA.

Bien puedes fiar de mí.

DOÑA MENCÍA.

¿Quieres ver si de tí fio
Mi vida y el honor mio?
Pues escucha atenta.

JACINTA.

Di.

DOÑA MENCÍA.

Nací en Sevilla, y en ella
Me vió Enrique, festejó
Mis desdenes, celebró
Mi nombre... ¡felice estrella!
Fuése, y mi padre atropella
La libertad que hubo en mí:
La mano á Gutierre dí,
Volvió Enrique, y en rigor,
Tuve amor, y tengo honor.
Esto es cuanto sé de mí. (*Vase.*)

—

Sala en el alcázar de Sevilla.

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR É INES, *con mantos.*

INÉS.

Ya sale para entrar en la capilla:
Aquí le espera, y á sus piés te humilla.

DOÑA LEONOR.

Lograré mi esperanza,
Si recibe mi agravio la venganza.

ESCENA XIII.

EL REY, CRIADOS, UN SOLDADO, UN VIEJO, PRETENDIENTES. — DICHAS.

Voces. (*Dentro.*)

¡Plaza!

PRETENDIENTE 1.°

Tu Majestad aqueste lea.

REY.

Yo le haré ver.

PRETENDIENTE 2.°

Tu Alteza, señor, vea
Este.

REY.

Está bien.

PRETENDIENTE 2.° (*Ap.*)

Pocas palabras gasta.

PRETENDIENTE 3.°

Yo soy...

REY.

El memorial solo me basta.

UN SOLDADO. (*Ap.*)

¡Turbado estoy! Mal el temor resisto.

REY.

¿De qué os turbais?

Digitized by Google

SOLDADO.

¿No basta haberos visto?

REY.

Sí basta. ¿Qué pedís?

SOLDADO.

Yo soy soldado.
Una ventaja.

REY.

Poco habeis pedido
Para haberos turbado.
Una gineta os doy.

SOLDADO.

¡Felice he sido!

UN VIEJO.

Un pobre viejo soy, limosna os pido.

REY.

Tomad este diamante.

VIEJO.

¿Para mí os le quitais?

REY.

Y no os espante;
Que, para darle de una vez, quisiera,
Solo un diamante todo el mundo fuera.

DOÑA LEONOR.

Señor, á vuestras plantas
Mis piés turbados llegan.
De parte de mi honor vengo á pediros
Con voces que se anegan en suspiros,
Con suspiros que en lágrimas se anegan,
Justicia: para vos y Dios apelo.

REY.

Sosegaos, señora, alzad del suelo.

DOÑA LEONOR: (*Levántase.*)

Yo soy...

REY.

No prosigais de esa manera.
Salíos todos afuera.

(*Vanse todos ménos la dama.*)

ESCENA XIV.

EL REY, DOÑA LEONOR.

REY.

Hablad ahora, porque si venísteis
De parte del honor, como dijísteis,
Indigna cosa fuera
Que en público el honor sus quejas diera,
Y que á tan bella cara
Vergüenza la justicia le costara.

DOÑA LEONOR.

Pedro, á quien llama el mundo Justiciero,
Planeta soberano de Castilla,
A cuya luz se alumbra este hemisferio,
Júpiter español, cuya cuchilla
Rayos esgrime de templado acero,
Cuando blandida al aire alumbra y brilla,
Sangriento giro, que entre nubes de oro
Corta los cuellos de uno y otro moro:
Yo soy Leonor, á quien Andalucía
Llama (lisonja fué) Leonor la bella;
No porque fuese la hermosura mia
Quien el nombre adquirió, sino la estrella;
Que quien decia bella, ya decia
Infelice; que el nombre incluye y sella
A la sombra no mas de la hermosura
Poca dicha, señor, poca ventura.
Puso los ojos, para darme enojos,
Un caballero en mí, que ¡ojalá fuera
Basilisco de amor á mis despojos,
Aspid de celos á mi primavera!
Luego el deseo sucedió á los ojos,
El amor al deseo, y de manera
Mi calle festejó, que en ella via
Morir la noche y espirar el dia.
¿Con qué razones, gran señor, herida
La voz, diré que á tanto amor postrada,
Aunque el desden me publicó ofendida,
La voluntad me confesó obligada?
De obligada pasé á agradecida,
Luego de agradecida á apasionada;
Que en la universidad de enamorados
Dignidades de amor se dan por grados.
Poca centella incita mucho fuego,
Poco viento movió mucha tormenta,
Poca nube al principio arroja luego
Mucho diluvio, poca luz alienta
Mucho rayo despues, poco amor ciego
Descubre mucho engaño; y así intenta,
Siendo centella, viento, nube, ensayo,
Ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.
Dióme palabra que sería mi esposo;
Que ese de las mujeres es el cebo
Con que engaña al honor el cauteloso
Pescador, cuya pasta es el Erebo,
Que aduerme los sentidos temeroso.
El labio aquí fallece, y no me atrevo
A decir que mintió. No es maravilla.
¿Qué palabra se dió para cumplilla?
Con esta libertad entró en mi casa;
Si bien siempre el honor fué reservado,
Porque yo, liberal de amor, y escasa
De honor, me atuve siempre á este sagrado.
Mas la publicidad á tanto pasa,
Y tanto esta opinion se ha dilatado,
Que en secreto quisiera mas perderla,
Que con público escándalo tenerla.
Pedí justicia; pero soy muy pobre:
Quejéme dél; pero es muy poderoso:
Y ya que es imposible que yo cobre,
Pues se casó, mi honor, Pedro famoso,
Si sobre tu piedad divina, sobre
Tu justicia me admites generoso,
Que me sustente en un convento pido.
Gutierre Alfonso de Solís ha sido.

REY.

Señora, vuestros enojos
Siento con razon, por ser
Un Atlante, en quien descansa
Todo el peso de la ley.
Si Gutierre está casado,
No podrá satisfacer,
Como decís, por entero
Vuestro honor; pero yo haré
Justicia como convenga
En esta parte; si bien
No os debe restituir
Honor que vos os teneis.
Oigamos á la otra parte
Disculpas suyas; que es bien
Guardar el segundo oido
Para quien llegue despues;
Y fiad, Leonor, de mí,
Que vuestra causa veré
De suerte, que no os obligue
A que digais otra vez
Que sois pobre, él poderoso,
Siendo yo en Castilla rey.
Mas Gutierre viene allí.
Podrá, si conmigo os ve,
Conocer que me informasteis
Primero. Aquese cancel
Os encubra: aquí aguardad,
Hasta que salgais despues.

DOÑA LEONOR.

En todo he de obedeceros.

(*Escóndese.*)

ESCENA XV.

COQUIN. — EL REY.

COQUIN. (*Para sí.*)

De sala en sala, par diez,
A la sombra de mi amo,
Que allí se quedó, llegué
Hasta aquí. ¡El cielo me valga!
¡Vive Dios, que está aquí el Rey!
Él me ha visto, y se mesura.
Plegue al cielo, que no esté
Muy alto aqueste balcon,
Por si me arroja por él.

REY.

¿Quién sois?

COQUIN.

¿Yo, señor?

REY.

Vos.

COQUIN.

Yo
(¡Válgame el cielo!) soy quien
Vuestra Majestad quisiere,
Sin quitar y sin poner;
Porque un hombre muy discreto
Me dió por consejo ayer,
No fuese quien en mi vida
Vos no quisieseis; y fué
De manera la licion,
Que ántes, ahora y despues,
Quien vos quisiéredes solo
Fuí, quien gustareis seré,
Quien os place soy; y en esto,
¡Mirad con quién y sin quien!
Y así, con vuestra licencia,
Por donde vine me iré
Hoy con mis piés de compas,
Si no con compas de piés.

REY.

Aunque me habeis respondido
Cuanto pudiera saber,
Quién sois os he preguntado.

COQUIN.

Y yo os hubiera tambien,
Al tenor de la pregunta
Respondido, á no temer
Que en diciéndos quien soy, luego
Por un balcon me arrojeis,
Por haberme entrado aquí
Tan sin qué ni para qué,
Teniendo un oficio yo
Que vos no habeis menester.

REY.

¿Qué oficio teneis?

COQUIN.

Yo soy
Cierto correo de á pié,
Portador de todas nuevas,
Huron de todo interés,
Sin que se me haya escapado
Señor profeso ó novel;
Y del que me ha dado mas,
Digo mas, digo mas bien.
Todas las casas son mias.
Y aunque lo son, esta vez
La de Don Gutierre Alfonso
Es mi accesoria, en quien fué
Mi pasto meridiano
Un andaluz cordobes.
Soy cofrade del contento;
El pesar no sé quién es,
Ni aun para servirle. En fin,
Soy, aquí donde me veis,
Mayordomo de la risa,
Gentilhombre del placer
Y camarero del gusto,
Pues que me visto con él.
Y por ser esto, he temido
El darme aquí á conocer;
Porque un Rey que no se rie,
Temo que me libre cien
Esportillas batanadas,
Con pespuntes al enves,
Por vagamundo.

Digitized by Google

REY.

¿En fin, sois
Hombre que á cargo teneis
La risa?

COQUIN.

Sí, mi señor;
Y porque lo echeis de ver,
Esto es jugar de gracioso
En palacio. *(Cúbrese.)*

REY.

Está muy bien;
Y pues sé quien sois, hagamos
Los dos un concierto.

COQUIN.

¿Y es?

REY.

¿Hacer reir profesais?

COQUIN.

Es verdad.

REY.

Pues cada vez
Que me hiciéredes reir,
Cien escudos os daré;
Y si no me hubiéreis hecho
Reir en término de un mes,
Os han de sacar los dientes.

COQUIN.

Testigo falso me haceis,
Y es ilícito contrato
De enorme lesion.

REY.

¿Por qué?

COQUIN.

Porque quedaré lisiado
Si le acepto, ¿no se ve?
Dicen, cuando uno se rie,
Que enseña los dientes; pues
Enseñarlos yo llorando,
Será reirme al reves.
Dicen que sois tan severo,
Que á todos dientes haceis;
¿Qué os hice yo, que á mí solo
Deshacérmelos quereis?
Pero vengo en el partido;
Que porque ahora me dejeis
Ir libre, no lo rehuso;
Pues por lo ménos un mes
Me hallo aquí, como en la calle,
De vida; y al cabo dél,
No es mucho que tome postas
En mi boca la vejez.
Y así voy á examinarme
De cosquillas. Voto á diez,
Que os habeis de reir. Adios,
Y veámonos despues. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DON ENRIQUE, DON GUTIERRE, DON DIEGO, DON ARIAS, CRIADOS.—EL REY.

DON ENRIQUE.

Déme vuestra Majestad
La mano.

REY.

Vengais con bien,
Enrique. ¿Cómo os sentis?

DON ENRIQUE.

Mas, señor, el susto fué
Que el golpe: estoy bueno.

DON GUTIERRE.

A mí
Vuestra Majestad me dé
La mano, si mi humildad
Merece tan alto bien;
Porque el suelo que piseis,
Es soberano dosel,
Que ilumina de los vientos
Uno y otro rosicler.
Y vengais con la salud
Que este reino ha menester,
Para que os adore España
Coronado de laurel.

REY.

De vos, Don Gutierre Alfonso...

DON GUTIERRE.

¿Las espaldas me volveis?

REY.

Grandes querellas me dan.

DON GUTIERRE.

Injustas deben de ser.

REY.

¿Quién es, decidme, Leonor,
Una principal mujer
De Sevilla?

DON GUTIERRE.

Una señora
Bella, ilustre y noble es,
De lo mejor de esta tierra.

REY.

¿Qué obligacion la teneis,
A que habeis correspondido
Necio, ingrato y descortés?

DON GUTIERRE.

No os he de mentir en nada;
Que el hombre, señor, de bien
No sabe mentir jamas,
Y mas delante del Rey.
Servíla, y mi intento entónces
Casarme con ella fué,
Si no mudara las cosas
De los tiempos el vaiven.
Visitéla, entré en su casa
Públicamente; si bien
No le debo á su opinion
De una mano el interés.
Viéndome desobligado,
Pude mudarme despues,
Y así, libre de este amor,
En Sevilla me casé
Con Doña Mencía de Acuña,
Dama principal, con quien
Vivo, fuera de Sevilla,
Una casa de placer.
Leonor, mal aconsejada
(Que no la aconseja bien
Quien destruye su opinion),
Pleitos intentó poner
A mi desposorio, donde
El mas riguroso juez
No halló causa contra mí,
Aunque ella dice que fué
Diligencia del favor.
¡Mirad vos si á una mujer
Hermosa favor faltara,
Si le hubiera menester!
Con este engaño pretende,
Puesto que vos lo sabeis,
Valerse de vos; y así
Yo me pongo á vuestros piés,
Donde á la justicia vuestra
Dará la espada mi fe,
Y mi lealtad la cabeza.

REY.

¿Qué causa tuvísteis pues
Para tan grande mudanza?

DON GUTIERRE.

¿Novedad tan grande es
Mudarse un hombre? ¿No es cosa
Que cada dia se ve?

REY.

Sí, pero de extremo á extremo
Pasar el que quiso bien,
No fué sin grande ocasion.

DON GUTIERRE.

Suplícôs no me apreteis;
Que soy hombre, que, en ausencia
De las mujeres, daré
La vida por no decir
Cosa indigna de su ser.

REY.

¿Luego vos causa tuvisteis?

DON GUTIERRE.

Sí, señor; pero creed
Que si para mi descargo
Hoy hubiera menester
Decirlo, cuando importara
Vida y alma, amante fiel
De su honor, no lo dijera.

REY.

Pues yo lo quiero saber.

DON GUTIERRE.

Señor...

REY.

Es curiosidad.

DON GUTIERRE.

Mirad...

REY.

No me repliqueis;
Que me enojaré, por vida...

DON GUTIERRE.

Señor, señor, no jureis;
Que mucho ménos importa
Que yo deje aquí de ser
Quien soy, que veros airado.

REY.

(Ap. Que dijese, le apuré,
El suceso en alta voz,
Porque pueda responder
Leonor, si aqueste me engaña
Y si habla verdad, porqué
Convencida con su culpa,
Sepa Leonor que lo sé.)
Decid pues.

DON GUTIERRE.

A mi pesar
Lo digo. Una noche entré
En su casa, sentí ruido
En una cuadra, llegué,
Y al mismo tiempo que fuí
A entrar, pude el bulto ver
De un hombre, que se arrojó
Del balcon; bajé tras él,
Y sin conocerle, al fin
Pudo escaparse por piés.

DON ARIAS. *(Ap.)*

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto
Que miro?

DON GUTIERRE.

Y aunque escuché
Satisfacciones, y nunca
Di á mi agravio entera fe,
Fué bastante esta aprension
A no casarme; porqué
Si amor y honor son pasiones
Del ánimo, á mi entender,
Quien hizo al amor ofensa,
Se le hace al honor en él;
Porque el agravio del gusto
Al alma toca tambien.

Digitized by Google

ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR.—DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Vuestra Majestad perdone;
Que no puedo detener
El golpe á tantas desdichas
Que han llegado de tropel.

REY. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que me engañaba!
La prueba sucedió bien.

DOÑA LEONOR.

Y oyendo contra mi honor
Presunciones, fuera ley
Injusta que yo cobarde
Dejara de responder;
Que ménos perder importa
La vida, cuando me dé
Este atrevimiento muerte,
Que vida y honor perder.
Don Arias entró en mi casa...

DON ARIAS.

Señora, espera, deten
La voz. Vuestra Majestad
Licencia, señor, me dé,
Porque el honor desta dama
Me toca á mí defender.
Esa noche estaba en casa
De Leonor una mujer
Con quien me hubiera casado,
Si de la parca el cruel
Golpe no cortara fiero
Su vida. Yo, amante fiel
De su hermosura, seguí
Sus pasos, y en casa entré
De Leonor (atrevimiento
De enamorado), sin ser
Parte á estorbarlo Leonor.
Llegó Don Gutierre pues;
Temerosa Leonor dijo
Que me retirase á aquel
Aposento, yo lo hice.
¡Mil veces mal haya, amen,
Quien de una mujer se rinde
A admitir el parecer!
Sintióme, entró, y á la voz
De marido, me arrojé
Por el balcon. Y si entónces
Volví el rostro á su poder
Porque era marido, hoy
Que dice que no lo es,
Vuelvo á ponerme delante.
Vuestra Majestad me dé
Campo, en quien defienda altivo
Que no ha faltado á quien es
Leonor, pues á un caballero
Se le concede la ley.

DON GUTIERRE.

Yo saldré donde... (*Empuñan.*)

REY.

¿Qué es esto?
¿Cómo las manos teneis
En las espadas, delante
De mí? ¡No temblais de ver
Mi semblante? Donde estoy,
¿Hay soberbia ni altivez?—
Presos los llevad al punto:
En dos torres los poned;
Y agradeced que no os pongo
Las cabezas á los piés. (*Vase.*)

DON ARIAS.

Si perdió Leonor por mí
Su opinion, por mí tambien
La tendrá; que esto se debe
Al honor de una mujer.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

No siento en desdicha tal
Ver riguroso y cruel
Al Rey; solo siento que hoy,
Mencía, no te he de ver.
(*Llévanlos presos.*)

DON ENRIQUE.

(*Ap.* Con ocasion de la caza,
Preso Gutierre, podré
Ver esta tarde á Mencía.)
Don Diego, conmigo ven;
Que tengo de porfiar
Hasta morir, ó vencer. (*Vanse.*)

DOÑA LEONOR.

¡Muerta quedo! ¡Plegue á Dios,
Ingrato, aleve y cruel,
Falso, engañador, fingido,
Sin fe, sin Dios y sin ley,
Que como inocente pierdo
Mi honor, venganza me dé
El cielo! ¡El mismo dolor
Sientas, que siento, y á ver
Llegues, bañado en tu sangre,
Deshonras tuyas, porqué
Mueras con las mismas armas
Que matas, amen, amen!
¡Ay de mí! mi honor perdí.
¡Ay de mí! mi muerte hallé.

JORNADA SEGUNDA.

Jardin de la quinta.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA Y DON ENRIQUE, *á oscuras.*

JACINTA.

Llega con silencio.

DON ENRIQUE.

Apénas
Los piés en la tierra puse.

JACINTA.

Este es el jardin, y aquí
Pues de la noche te encubre
El manto, y pues Don Gutierre
Está preso, no hay que dudes,
Sino que conseguirás
Victorias de amor tan dulces.

DON ENRIQUE.

Si la libertad, Jacinta,
Que te prometí, presumes
Poco premio á bien tan grande,
Pide mas, y no te excuses
Por cortedad: vida y alma
Es bien que por tuyas juzgues.

JACINTA.

Aquí mi señora siempre
Viene, y tiene por costumbre
Pasar un poco la noche.

DON ENRIQUE.

Calla, calla, no pronuncies
Otra razon, porque temo
Que los vientos nos escuchen.

JACINTA.

Yo, para que tanta ausencia
No me indicie ó no me culpe
Deste delito, no quiero
Faltar de allí. (*Vase.*)

DON ENRIQUE.

Amor ayude
Mi intento. Estas verdes hojas
Me escondan y disimulen;
Que no seré yo el primero
Que á vuestras espaldas hurte
Rayos al sol. Acteon
Con Diana me disculpe. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, JACINTA, TEODORA, CRIADAS.

DOÑA MENCÍA.

¡Silvia, Teodora, Jacinta!

JACINTA.

¿Qué mandas?

DOÑA MENCÍA.

Que traigas luces,
Y venid todas conmigo
A divertir pesadumbres
De la ausencia de Gutierre,
Donde el natural presume
Vencer hermosos paises
Que el arte dibuja y pule.—
Teodora.

TEODORA.

Señora mia.

DOÑA MENCÍA.

Divierte con voces dulces
Esta tristeza.

TEODORA.

Holgaréme
Que de letra y tono gustes.

(*Han puesto luz sobre un bufetillo, y siéntase Doña Mencía en unas almohadas. Canta Teodora.*)

Ruiseñor, que con tu canto
Alegras este recinto,
No te ausentes tan aprisa,
Que me das pena y martirio.
(*Se queda dormida Doña Mencía.*)

JACINTA.

No cantes mas; que parece
Que ya el sueño al alma infunde
Sosiego y descanso. Y pues
Hallaron sus inquietudes
En él sagrado, nosotras
No la despertemos.

TEODORA.

Huye
Con silencio la ocasion.

JACINTA. (*Ap.*)

Yo lo haré, porque la busque
Quien la deseó. ¡O criadas,
Y cuántas honras ilustres
Se han perdido por vosotras!
(*Vanse todas las criadas.*)

ESCENA III.

DON ENRIQUE.—DOÑA MENCIA, *dormida.*

DON ENRIQUE.

Sola se quedó. No duden
Mis sentidos tanta dicha.
Y ya que á esto me dispuse,
Pues la ventura me falta,
Tiempo y lugar me aseguren.—
¡Hermosísima Mencía!

DOÑA MENCÍA. (*Despierta.*)

¡Válgame Dios!

DON ENRIQUE.

No te asustes.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.

Un atrevimiento,
A quien es bien que disculpen
Tantos años de esperanza.

DOÑA MENCÍA.

¿Pues, señor, vos...

Digitized by Google

DON ENRIQUE.

No te turbes.

DOÑA MENCÍA.

Desta suerte...

DON ENRIQUE.

No te alteres.

DOÑA MENCÍA.

Entrásteis...

DON ENRIQUE.

No te disgustes.

DOÑA MENCÍA.

En mi casa, sin temer
Que así á una mujer destruye,
Y que así ofende á un vasallo
Tan generoso y ilustre?

DON ENRIQUE.

Esto es tomar tu consejo.
Tú me aconsejas que escuche
Disculpas de aquella dama,
Y vengo á que te disculpes
Conmigo de mis agravios.

DOÑA MENCÍA.

Es verdad, la culpa tuve;
Pero si he de disculparme,
Tu Alteza, señor, no dude
Que es en órden á mi honor.

DON ENRIQUE.

¿Que ignoro, acaso presumes,
El respeto que les debo
A tu sangre y tus costumbres?
El achaque de la caza,
Que en estos campos dispuse,
No fué fatigar la caza,
Estorbando que salude
A la venida del dia,
Sino á tí, garza, que subes
Tan remontada, que tocas
Por las campañas azules
De los palacios del sol
Los dorados balaustres.

DOÑA MENCÍA.

Muy bien, señor, vuestra Alteza
A las garzas atribuye
Esta lucha; pues la garza
De tal instinto presume,
Que volando hasta los cielos,
Rayo de pluma sin lumbre,
Ave de fuego con alma,
Con instinto alada nube,
Pardo cometa sin fuego,
Quieren que su intento burlen
Azores reales; y aun dicen
Que, cuando de todos huye,
Conoce al que ha de matarla;
Y así ántes que con él luche,
El temor la hace que tiemble,
Se estremezca y se espeluce.
Así yo, viendo á tu Alteza,
Quedé muda, absorta estuve,
Conocí el riesgo, y temblé,
Tuve miedo y horror tuve;
Porque mi temor no ignore,
Porque mi espanto no dude
Que es quien me ha de dar la muerte.

DON ENRIQUE.

Ya llegué á hablarte, ya tuve
Ocasion, no he de perderla.

DOÑA MENCÍA.

¿Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.

DON ENRIQUE.

A tí misma
Te infamas.

DOÑA MENCÍA.

¿Cómo no acuden
A darme favor las fieras?

DON ENRIQUE.

Porque de enojarme huyen.

ESCENA IV.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE. (*Dentro.*)

Ten ese estribo, Coquin,
Y llama á esa puerta.

DOÑA MENCÍA.

¡Cielos!
No mintieron mis recelos,
Llegó de mi vida el fin.
Don Gutierre es este, ¡ay Dios!

DON ENRIQUE.

¡Oh qué infelice nací!

DOÑA MENCÍA.

¿Qué ha de ser, señor, de mí,
Si os halla conmigo á vos?

DON ENRIQUE.

¿Pues qué he de hacer?

DOÑA MENCÍA.

Retiraros.

DON ENRIQUE.

¿Yo me tengo de esconder?

DOÑA MENCÍA.

El honor de una mujer
A mas que esto ha de obligaros.
No podeis salir (¡soy muerta!);
Que como allá no sabian
Mis criadas lo que hacian,
Abrieron luego la puerta.
Aun salir no podeis ya.

DON ENRIQUE.

¿Qué haré en tanta confusion?

DOÑA MENCÍA.

Detrás de ese pabellon,
Que en mi misma cuadra está,
Os esconded.

DON ENRIQUE.

No he sabido,
Hasta la ocasion presente,
Qué es temor. ¡Oh qué valiente
Debe de ser un marido! (*Vase.*)

DOÑA MENCÍA.

Si inocente una mujer,
No hay desdicha que no aguarde,
¡Válgame Dios, qué cobarde
La culpa debe de ser!

ESCENA V.

DON GUTIERRE, COQUIN, JACINTA. — DOÑA MENCÍA.

DON GUTIERRE.

Mi bien, señora, los brazos
Darme una y mil veces puedes.

DOÑA MENCÍA.

Con envidia de estas redes,
Que en tan amorosos lazos
Están inventando abrazos.

DON GUTIERRE.

No dirás que no he venido
A verte.

DOÑA MENCÍA.

Fineza ha sido
De amante firme y constante.

DON GUTIERRE.

No dejo de ser amante
Yo, mi bien, por ser marido;
Que por propia la hermosura
No desmerece jamas
Las finezas; ántes mas
Las alienta y asegura,
Y así á su riesgo procura
Los medios, las ocasiones.

DOÑA MENCÍA.

En obligacion me pones.

DON GUTIERRE.

El alcaide que conmigo
Está, es mi deudo y amigo,
Y quitándome prisiones
Al cuerpo, me las echó
Al alma, porque me ha dado
Ocasion de haber llegado
A tan grande dicha yo,
Como es á verte.

DOÑA MENCÍA.

¿Quién vió
Mayor gloria...?

DON GUTIERRE.

Que la mia;
Aunque, si bien advertia,
Hizo muy poco por mí
En dejarme que hasta aquí
Viniese; pues si vivia
Yo sin alma en la prision
Por estar en tí, mi bien,
Darme libertad fué bien,
Para que en esta ocasion
Alma y vida con razon
Otra vez se viese unida;
Porque estaba dividida,
Teniendo prolija calma,
En una prision el alma
Y en otra prision la vida.

DOÑA MENCÍA.

Dicen que dos instrumentos
Conformemente templados,
Por los ecos dilatados
Comunican los acentos:
Tocan el uno, y los vientos
Hiere el otro, sin que allí
Nadie le toque; y en mí
Esta experiencia se viera;
Pues si el golpe allá te hiriera,
Muriera yo desde aquí.

COQUIN.

¿Y no le darás, señora,
Tu mano por un momento
A un preso de cumplimiento,
Pues llora, siente y ignora
Por qué siente y por qué llora,
Y está su muerte esperando
Sin saber por qué ni cuándo?
Pero...

DOÑA MENCÍA.

Coquin, ¿qué hay en fin?

COQUIN.

Fin al principio en Coquin
Hay, que eso estoy contando:
Mucho el Rey me quiere; pero
Si el rigor pasa adelante,
Mi amo será muerto andante,
Pues irá con escudero.

DOÑA MENCÍA. (*A Don Gutierre.*)

Poco regalarte espero,
Porque como no aguardaba
Huésped, descuidada estaba.
Cena os quiero apercibir.

DON GUTIERRE.

Una esclava puede ir.

Digitized by Google

DOÑA MENCÍA.

Ya, señor, ¿no va una esclava?
Yo lo soy, y lo he de ser.
Jacinta, venme á ayudar.
(*Ap.* En salud me he de curar:
Ved, honor, cómo ha de ser,
Porque me he de resolver
A una temeraria accion.)

(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

DON GUTIERRE, COQUIN.

DON GUTIERRE.

Tú, Coquin, á esta ocasion
Aquí te queda, y extremos
Olvida, y mira que habemos
De volver á la prision
Antes del dia, y ya falta
Poco: aquí puedes quedarte.

COQUIN.

Yo quisiera aconsejarte
Una industria, la mas alta
Que el ingenio humano esmalta:
En ella tu vida está.
¡Oh qué industria!...

DON GUTIERRE.

Dila ya.

COQUIN.

Para salir sin lesion
Sano y bueno de prision!

DON GUTIERRE.

¿Cuál es?

COQUIN.

No volver allá.
¿No estás bueno? No estás sano?
Con no volver, claro ha sido
Que sano y bueno has salido.

DON GUTIERRE.

¡Vive Dios, necio, villano,
Que te mate por mi mano!
¿Pues tú me has de aconsejar
Tan vil accion, sin mirar
La confianza que aquí
Hizo el alcaide de mí?

COQUIN.

Señor, yo llego á dudar
(Que soy mas desconfiado)
De la condicion del Rey;
Y así el honor de esa ley
No se entiende en el criado,
Y hoy estoy determinado
A dejarte y no volver.

DON GUTIERRE.

¿Dejarme tú?

COQUIN.

¿Qué he de hacer?

DON GUTIERRE.

Y de tí, ¿qué han de decir?

COQUIN.

¿Y heme de dejar morir,
Por solo bien parecer?
Si el morir, señor, tuviera
Descarte ó enmienda alguna,
Cosa, que de dos la una,
Un hombre hacerla pudiera,
Yo probara la primera
Por servirte; mas ¿no ves
Que rifa la vida es?
Entro en ella, vengo y tomo
Cartas, y piérdola: ¿cómo
Me desquitaré despues?
Perdida se quedará,
Si la pierdo por tu engaño,
Desde aquí á ciento y un año.

ESCENA VII.

DOÑA MENCIA, *muy alborotada.* — DICHOS.

DOÑA MENCÍA.

Señor, tu favor me da.

DON GUTIERRE.

¡Válgame Dios! ¿qué será?
¿Qué puede haber sucedido?

DOÑA MENCÍA.

Un hombre...

DON GUTIERRE.

¡Presto!

DOÑA MENCÍA.

Escondido
En mi aposento he encontrado,
Encubierto y rebozado.
Favor, Gutierre, te pido.

DON GUTIERRE.

¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
Ya es forzoso que me asombre.
¿Embozado en casa un hombre?

DOÑA MENCÍA.

Yo le vi.

DON GUTIERRE.

Todo soy hielo.
Toma esa luz.

COQUIN.

¿Yo?

DON GUTIERRE.

El recelo
Pierde, pues conmigo vas.

DOÑA MENCÍA.

Villano, ¿cobarde estás?
Saca tú la espada, y yo
Iré. — La luz se cayó.

(*Al tomar la luz, la mata disimuladamente.*)

ESCENA VIII.

JACINTA Y DON ENRIQUE, *siguiéndola.* — DICHOS.

DON GUTIERRE.

Esto me faltaba mas;
Pero á obscuras entraré. (*Vase.*)

JACINTA. (*Ap. á Don Enrique.*)

Síguete, señor, por mí.
Seguro vas por aquí,
Que toda la casa sé.

(*Miéntras Don Gutierre ha entrado dentro por una puerta, lleva Jacinta á Don Enrique por otro lado. Vuelve á salir Don Gutierre, y encuentra á Coquin.*)

COQUIN.

¿Dónde iré yo?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Ya encontré
El hombre.

COQUIN.

Señor, advierte...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que desta suerte,
Hasta que sepa quién es,
Le he de tener! Que despues
Le darán mis manos muerte.

COQUIN.

Mira que yo...

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Qué rigor!
Si es que con él ha encontrado,
¡Ay de mí!

(*Vuelve Jacinta con luz.*)

DON GUTIERRE.

Luz han sacado.—
¿Quién eres, hombre?

COQUIN.

Señor,
Yo soy.

DON GUTIERRE.

¡Qué engaño! qué error!

COQUIN.

Pues yo ¿no te lo decia?

DON GUTIERRE.

Que me hablabas presumia,
Pero no que eras el mismo
Que tenia. ¡Oh ciego abismo
Del alma y paciencia mia!

DOÑA MENCÍA.

¿Salió ya, Jacinta? (*Ap. á ella.*)

JACINTA.

Sí.

DOÑA MENCÍA.

¿Cómo esto en tu ausencia pasa?
Mira bien toda la casa;
Que como saben que aquí
No estás, se atreven así
Ladrones.

DON GUTIERRE.

A verla voy.
Suspiros al cielo doy
Que mis sentimientos lleven,
Si es que á mi casa se atreven,
Por ver que en ella no estoy.

(*Vase él y Coquin.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA.

Grande atrevimiento fué
Determinarse, señora,
A tan grande accion ahora.

DOÑA MENCÍA.

En ella mi vida hallé.

JACINTA.

¿Por qué lo hiciste?

DOÑA MENCÍA.

Porqué
Si yo no se lo dijera,
Y Gutierre lo sintiera,
La presuncion era clara,
Pues no se desengañara
De que yo cómplice era;
Y no fué dificultad
En ocasion tan cruel,
Haciendo del ladron fiel,
Engañar con la verdad.

ESCENA X.

DON GUTIERRE, *que debajo de la capa trae una daga.* — DOÑA MENCÍA, JACINTA.

DON GUTIERRE. (*A Doña Mencía.*)

¿Qué ilusion, qué vanidad
Desta suerte te burló?
Toda la casa vi yo;
Pero en ella no encontré
Sombra de que verdad fué

Digitized by Google

Lo que á ti te pareció.
(*Ap.* Mas engáñome ¡ay de mí!
Que esta daga que hallé ¡cielos!
Con sospechas y recelos
Previene mi muerte en sí.
Mas no es esto para aquí.)
Mi bien, mi esposa, Mencía,
Ya la noche en sombra fria
Su manto va recogiendo,
Y cobardemente huyendo
De la hermosa luz del dia.
Mucho siento, claro está,
El dejarte en esta parte,
Por dejarte, y por dejarte
Con este temor; mas ya
Es hora.

DOÑA MENCÍA.

Los brazos da
A quien te adora.

DON GUTIERRE.

El favor
Estimo.

(*Al ir á abrazarle Doña Mencía, ve la daga.*)

DOÑA MENCÍA.

Tente, señor!
¿Tú la daga para mí?
En mi vida te ofendí,
Deten la mano al rigor,
[1] Deten...

DON GUTIERRE.

¿De qué estás turbada,
Mi bien, mi esposa, Mencía?

DOÑA MENCÍA.

Al verte así, presumia
Que ya en mi sangre bañada,
Hoy moria desangrada.

DON GUTIERRE.

Como á ver la casa entré,
Así esta daga saqué.

DOÑA MENCÍA.

Toda soy una ilusion.

DON GUTIERRE.

¡Jesus, qué imaginacion!

DOÑA MENCÍA.

En mi vida te he ofendido.

DON GUTIERRE.

¡Qué necia disculpa ha sido!
Pero suele una aprension
[2] Tales miedos prevenir.

DOÑA MENCÍA.

Mis tristezas, mis enojos,
Vanas quimeras y antojos,
Suelen mi engaño fingir.

DON GUTIERRE.

Si yo pudiere venir,
Vendré á la noche, y adios.

DOÑA MENCÍA.

Él vaya, señor, con vos.—
(*Ap.* ¡Oh qué asombros! oh qué extremos!)

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Ay honor, mucho tenemos
Que hablar á solas los dos! (*Vanse.*)

[1] [2] Esta escena x y las cinco anteriores están escritas en décimas regulares; pero aquí, entre dos de ellas, hay una combinacion particular que consta de doce versos.

—

Cámara real en el Alcázar.

ESCENA XI.

DON DIEGO, Y EL REY *con broquel y capa de color, y miéntras habla, se muda en traje de negro.*

REY.

Ten, Don Diego, esa rodela.

DON DIEGO.

Tarde vienes á acostarte.

REY.

Toda la noche rondé
De aquesta ciudad las calles,
Que quiero saber así
Sucesos y novedades
De Sevilla, que es lugar
Donde cada noche salen
Cuentos nuevos; y deseo
Desta manera informarme
De todo, para saber
Lo que convenga.

DON DIEGO.

Bien haces,
Que el rey debe ser un Argos
En su reino, vigilante:
El emblema de aquel cetro
Con dos ojos lo declare.
Mas ¿qué vió tu Majestad?

REY.

Vi recatados galanes,
Damas desveladas vi,
Músicas, fiestas y bailes,
Muchos garitos, de quien
Eran siempre voces grandes
La tablilla, que decia:
«Aquí hay juego, caminante».
Vi valientes infinitos:
Y no hay cosa que me canse
Tanto como ver valientes,
Y que por oficio pase
Ser uno valiente aquí.
Mas porque no se me alaben
Que no doy exámen yo
A oficio tan importante,
A una tropa de valientes
Probé solo en una calle.

DON DIEGO.

Mal hizo tu Majestad.

REY.

Antes bien, pues con su sangre
Llevaron iluminada...

DON DIEGO.

¿Qué?

REY.

La carta del exámen.

ESCENA XII.

COQUIN.—DICHOS.

COQUIN. (*Ap.*)

No quise entrar en la torre
Con mi amo, por quedarme
A saber lo que se dice
De su prision. Pero ¡tate!
(Que es un pero muy honrado
Del celebrado linaje
De los tates de Castilla);
Porque el Rey está delante.

REY.

Coquin.

COQUIN.

Señor.

REY.

¿Cómo va?

COQUIN.

Responderé á lo estudiante.

REY.

¿Cómo?

COQUIN.

De corpore bene,
Pero *de pecuniis male*.

REY.

Decid algo, pues sabeis,
Coquin, que como me agrade,
Teneis aquí cien escudos.

COQUIN.

Fuera hacer tú aquesta tarde
El papel de una comedia
Que se intitula: *El Rey Angel*.
Pero con todo eso traigo
Hoy un cuento que contarte,
Que remata en epigrama.

REY.

Si es vuestra, será elegante.
Vaya el cuento.

COQUIN.

Yo vi ayer
De la cama levantarse
Un capon con bigotera.
¿No te ries de pensarle
Curándose sobre sano
Con tan vagamundo parche?
A esto un epigrama hice.
(No te pido, Pedro el Grande,
Casas ni viñas; que solo
Risa pido: en este guante
Dad vuestra bendita risa
A un gracioso vergonzante.)
«Floro, casa muy desierta
La tuya debe de ser,
Porque eso nos da á entender
La cédula de la puerta:
Donde no hay carta, ¿hay cubierta?
¿Cáscara sin fruta? No,
No pierdas tiempo; que yo,
Esperando los provechos,
He visto labrar barbechos,
Mas barbi-deshechos no».

REY.

¡Qué frialdad!

COQUIN.

No es mas caliente.

ESCENA XIII.

DON ENRIQUE.—DICHOS.

DON ENRIQUE.

Dadme vuestra mano.

REY.

Infante,
¿Cómo estais?

DON ENRIQUE.

Tengo salud,
Contento de que se halle
Vuestra Majestad con ella;
Y esto, señor, á una parte:
Don Arias...

REY.

Don Arias es
Vuestra privanza: sacadle
De la prision, y haced vos,
Enrique, esas amistades,
Que á vos os deben las vidas.

DON ENRIQUE.

La tuya los cielos guarden,
Y heredero de tí mismo,
Apuestes eternidades
Con el tiempo. (*Vase el Rey.*)

Digitized by Google

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE, DON DIEGO, COQUIN.

DON ENRIQUE.

Iréis, Don Diego,
A la torre, y al Alcaide
Le diréis que traiga aquí
Los dos presos. (*Ap.* ¡Cielos! dadme
(*Vase Don Diego.*)
Paciencia en tales desdichas
Y prudencia en tantos males.)
Coquin, ¿tú estabas aquí?

COQUIN.

Y mas me valiera en Flándes.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

COQUIN.

Es el Rey un prodigio
De todos los animales.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

COQUIN.

La naturaleza
Permite que el toro brame,
Ruja el leon, muja el buey,
El asno rebuzne, el ave
Cante, el caballo relinche,
Ladre el perro, el gato maye,
Aulle el lobo, el lechon gruña,
Y solo permitió darle
Risa al hombre, y Aristóteles
Risible animal le hace
Por difinicion perfecta;
Y el Rey, contra el órden y arte,
No quiere reirse. Déme
El cielo para sacarle
Risa, todas las tenazas
Del buen gusto y del donaire. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, DON ARIAS, DON DIEGO.—DON ENRIQUE.

DON DIEGO.

Ya, señor, están aquí
Los presos.

DON GUTIERRE.

Danos tus plantas.

DON ARIAS.

Hoy al cielo nos levantas.

DON ENRIQUE.

El Rey mi señor de mí
(Porque humilde le pedí
Vuestras vidas este dia)
Estas amistades fia.

DON GUTIERRE.

El honrar es dado á vos.—
(*Coteja la daga que se halló, con la espada del Infante.*)
(*Ap.* ¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)

DON ENRIQUE.

Las manos os dad.

DON ARIAS.

La mia
Es esta.

DON GUTIERRE.

Y estos mis brazos,
Cuyo lazo y nudo fuerte
No desatará la muerte,
Sin que los haga pedazos.

DON ARIAS.

Confirmen estos abrazos
Firme amistad desde aquí.

DON ENRIQUE.

Esto queda bien así.
Entrambos sois caballeros,
En acudir los primeros
A su obligacion; y así
Está bien el ser amigo
Uno y otro; y quien pensare
Que no queda bien, repare
En que ha de reñir conmigo.

DON GUTIERRE.

A cumplir, señor, me obligo
Las amistades que juro:
Obedeceros procuro,
Y pienso que me honrareis
Tanto, que de mí crêreis
Lo que de mí estais seguro.
Sois fuerte enemigo vos,
Y cuando lealtad no fuera,
Por temor no me atreviera
A romperlas, vive Dios.
Vos y yo para otros dos:
Me estuviera á mí muy bien
Mostrar entónces tambien
Que sé cumplir lo que digo;
Mas con vos por enemigo,
¿Quién ha de atreverse? ¿quién?
Tanto enojaros temiera
El alma cuerda y prudente,
Que á miraros solamente
Tal vez aun no me atreviera;
Y si en ocasion me viera
De probar vuestros aceros,
Cuando yo sin conoceros
A tal extremo llegara,
Que se muriera estimara
La luz del sol por no veros.

DON ENRIQUE.

(*Ap.* De sus quejas y suspiros
Grandes sospechas prevengo.)
Venid conmigo, que tengo
Muchas cosas que deciros,
Don Arias.

DON ARIAS.

Iré á serviros.
(*Vanse Don Enrique, Don Diego y Don Arias.*)

ESCENA XVI.

DON GUTIERRE.

Nada Enrique respondió,
Sin duda se convenció
De mi razon ¡Ay de mí!
¿Podré ya quejarme? Sí;
Pero consolarme, no.
Ya estoy solo, ya bien puedo
Hablar. ¡Ay Dios! quién pudiera
Reducir solo á un discurso,
Medir con sola una idea
Tantos géneros de agravios,
Tantos linajes de penas
Como cobardes me asaltan,
Como atrevidos me cercan!
¡Ahora, ahora, valor,
Salga repetido en quejas,
Salga en lágrimas envuelto
El corazon á las puertas
Del alma, que son los ojos!
Y en ocasion como esta,
Bien podeis, ojos, llorar:
No lo dejeis de vergüenza.
¡Ahora, valor, ahora
Es tiempo de que se vea
Que sabeis medir iguales
El valor y la prudencia!
Pero cese el sentimiento,
Y á fuerza de honor, y á fuerza
De valor, aun no me dé
Para quejarme licencia;
Porque adula sus penas
El que pide á la voz justicia dellas.
Pero vengamos al caso,
Quizá hallarémos respuesta.
¡Oh! ruego á Dios que la haya!
¡Oh! plegue á Dios que la tenga!—
Anoche llegué á mi casa,
Es verdad; pero las puertas
Me abrieron luego, y mi esposa
Estaba segura y quieta.
En cuanto á que me avisaron
De que estaba un hombre en ella,
Tengo disculpa en que fué
La que me avisó ella mesma.
En cuanto á que se mató
La luz, ¿qué testigo prueba
Aquí que no pudo ser
Un caso de contingencia?
En cuanto á que hallé esta daga,
Hay criados de quien pueda
Ser. En cuanto (¡ay dolor mio!)
Que con la espada convenga
Del Infante, puede ser
Otra espada como ella;
Que no es labor tan extraña,
Que no hay mil que la parezcan.
Y apurando mas el caso,
Confieso (¡ay de mí!) que sea
Del Infante, y mas confieso,
Que estaba allí, aunque no fuera
Posible dejar de verle;
Mas siéndolo, ¿no pudiera
No estar culpada Mencía?
Que el oro es llave maestra,
Que las guardas de criadas
Por instantes nos falsea.
¡Oh! ¡cuánto me estimo haber
Hallado esta sutileza!
Y así acortemos discursos,
Pues todos juntos se cierran
En que Mencía es quien es,
Y soy quien soy No hay quien pueda
Borrar de tanto esplendor
La hermosura y la pureza.
—Pero sí puede, mal digo;
Que al sol una nube negra,
Si no le mancha, le turba,
Si no le eclipsa, le hiela.
¿Qué injusta ley condena,
Que muera el inocente y que padezca?
A peligro estáis, honor,
No hay hora en vos que no sea
Crítica, en vuestro sepulcro
Vivís, puesto que os alienta
La mujer, en ella estais
Pisando siempre la huesa.
Yo os he de curar, honor,
Y pues al principio muestra
Este primero accidente
Tan grave peligro, sea
La primera medicina
Cerrar al daño las puertas;
Atajar al mal los pasos.
Y así os receta y ordena
El Médico de su honra
Primeramente la dieta
Del silencio, que es guardar
La boca, tener paciencia:
Luego dice que apliqueis
A vuestra mujer finezas,
Agrados, gustos, amores,
Lisonjas, que son las fuerzas
Defensibles, porque el mal
Con el despego no crezca;
Que sentimientos, disgustos,
Celos, agravios, sospechas
Con la mujer, y mas propia,
Aun mas que sanan, enferman.
Esta noche iré á mi casa,
De secreto entraré en ella
Por ver qué malicia tiene
El mal; y hasta apurar esta,
Disimularé, si puedo,

Digitized by Google

Esta desdicha, esta pena,
Este rigor, este agravio,
Este dolor, esta ofensa,
Este asombro, este delirio,
Este cuidado, esta afrenta,
Estos celos... ¿Celos dije?
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva
Al pecho, la voz. Mas no,
Que si es ponzoña que engendra
Mi pecho, si no me dió
La muerte (¡ay de mí!) al verterla,
Al volverla á mí podrá;
Que de la víbora cuentan,
Que la mata su ponzoña,
Si fuera de sí la encuentra.
¿Celos dije? ¿Celos dije?
Pues basta; que cuando llega
Un marido á saber que hay
Celos, faltará la ciencia;
Y es la cura postrera
Que el médico de honor hacer intenta.
(*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON ARIAS, DOÑA LEONOR.

DON ARIAS.

No penseis, bella Leonor,
Que el no haberos visto fué
Porque negar intenté
Las deudas que á vuestro honor
Tengo; y acrêdor á quien
Tanta deuda se previene,
El deudor buscando viene,
No á pagar, porque no es bien
Que necio y loco presuma
Que pueda jamas llegar
A satisfacer y dar
Cantidad que fué tan suma;
Pero en fin, ya que no pago,
Que soy el deudor confieso:
No os vuelvo el rostro, y con eso
La obligacion satisfago.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, yo he sido
La que obligada de vos,
En las cuentas de los dos
Mas interes ha tenido.
Confieso que me quitásteis
Un esposo á quien queria;
Mas quizá la suerte mia
Por ventura mejorásteis;
Pues es mejor que sin vida,
Sin opinion, sin honor
Viva, que no sin amor,
De un marido aborrecida.
Yo tuve la culpa, yo
La pena siento, y así
Solo me quejo de mí
Y de mi estrella.

DON ARIAS.

Eso no:
Quitarme, Leonor hermosa,
La culpa, es querer negar
A mis deseos lugar;
Pues si mi pena amorosa
Os significo, ella diga
En cifra sucinta y breve
Que es vuestro amor quien me mueve,
Mi deseo quien me obliga
A deciros, que pues fuí
Causa de penas tan tristes,
Si esposo por mí perdistes,
Tengais esposo por mí.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, estimo,
Como es razon, la eleccion;
Y aunque con tanta razon
Dentro del alma la imprimo,
Licencia me habeis de dar
De responderos tambien
Que no puede estarme bien,
No, señor, porque á ganar
No llegaba yo infinito;
Sino porque si vos fuísteis
Quien á Gutierre le dísteis
De un mal formado delito
La ocasion, y ahora viera
Que me casaba con vos,
Fácilmente entre los dos
De aquella sospecha hiciera
Evidencia; y disculpado,
Con demostracion tan clara,
Con todo el mundo quedara
De haberme á mí despreciado.
Y yo estimo de manera
El quejarme con razon,
Que no he de darle ocasion
A la disculpa primera;
Porque, si en un lance tal
Le culpan cuantos le ven,
No han de pensar que hizo bien
Quien yo pienso que hizo mal.

DON ARIAS.

Frívola respuesta ha sido
La vuestra, bella Leonor;
Pues cuando de antiguo amor
Os hubiera convencido
La experiencia, ella tambien
Disculpa en la enmienda os da.
¿Cuánto peor os estará
Que tenga por cierto, quien
Le imaginó, vuestro agravio,
Y no le constó despues
La satisfaccion?

DOÑA LEONOR.

No es
Amante prudente y sabio,
Don Arias, quien aconseja
Lo que en mi daño se ve.
Pues si agravio entónces fué,
No por eso ahora deja
De ser agravio tambien;
Y peor, cuanto haber sido
De imaginado á creido:
Y á vos no os estará bien
Tampoco.

DON ARIAS.

Como yo sé
La inocencia de ese pecho
En la ocasion, satisfecho
Siempre de vos estaré.
En mi vida he conocido
Galan necio, escrupuloso
Y con extremo celoso,
Que en llegando á ser marido,
No le castiguen los cielos.
Gutierre pudiera bien
Decirlo, Leonor; pues quien
Levantó tantos desvelos
De un hombre en la ajena casa,
Extremos pudiera hacer
Mayores, pues llega á ver
Lo que en la propia le pasa.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, no quiero
Escuchar lo que decis,
Que os engañais, ó mentis.
Don Gutierre es caballero,
Que en todas las ocasiones
Con obrar y con decir
Sabrá, vive Dios, cumplir
Muy bien sus obligaciones;
Y es hombre cuya cuchilla,
O cuyo consejo sabio,
Sabrá no sufrir su agravio
Ni á un infante de Castilla.
Si pensais vos que con eso
Mis enojos adulais,
Muy mal, Don Arias, pensais:
Y si la verdad confieso,
Mucho perdísteis conmigo;
Pues si fuérais noble vos,
No habláradeś, vive Dios,
Así de vuestro enemigo.
Y yo, aunque ofendida estoy,
Y aunque la muerte le diera
Con mis manos si pudiera,
No le murmurara hoy
En el honor, desleal.
Sabed, Don Arias, que quien
Una vez le quiso bien,
No se vengará en su mal. (*Vase.*)

DON ARIAS.

No supe qué responder.
Muy grande ha sido mi error,
Pues en escuelas de honor
Arguyendo una mujer
Me convence. Iré al Infante,
Y humilde le rogaré
Que de estos cuidados dé
Parte ya de aquí adelante
A otro; y porque no lo yerre,
Ya que el dia va á morir,
Me ha de matar, ó no he de ir
En casa de Don Gutierre. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA XVIII.

DON GUTIERRE, *que sale como saltando unas tapias.*—DOÑA MENCIA, *durmiendo.*

DON GUTIERRE.

En el mudo silencio
De la noche, que adoro y reverencio,
Por sombra aborrecida [1],
Como sepulcro de la humana vida,
De secreto he venido
Hasta mi casa, sin haber querido
Avisar á Mencía
De que ya libertad del Rey tenia,
Para que descuidada
Estuviese (¡ay de mí!) desta jornada.
Médico de mi honra
Me llamo, pues procuro mi deshonra
Curar; y así he venido
A visitar mi enfermo á hora que ha sido
De ayer la misma, (¡cielos!)
A ver si el accidente de mis celos
A su tiempo repite:
El dolor mis intentos facilite.
Las tapias de la huerta
Salté, porque no quise por la puerta
Entrar. ¡Ay Dios! qué introducido engaño
Es en el mundo, no querer su daño [no
Examinar un hombre,
Sin que el recelo ni el temor le asombre!
Dice mal quien lo dice;
Que no es posible, no, que un infelice
No llore sus desvelos:
Mintió quien dijo que calló con celos,
O confiéseme aquí que no los siente
Mas ¡sentir y callar! otra vez miente.
Este es el sitio donde
Suele de noche estar: aun no responde
El eco entre estos ramos.
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;
Que en estas ocasiones

[1] Querrá decir *aunque aborrecida de otros*; porque si Gutierre *la adora y reverencia*, no cabe que *la aborrezca* tambien. Acaso esté errado el verso, y deba leerse, *puesto que aborrecida*. Mas abajo, en vez de *es en el mundo no querer su daño*, yo sustituiria *es en el mundo* el de *querer su daño*.

Digitized by Google

Tienen los celos pasos de ladrones. —
(*Ve á Doña Mencía.*)
¡Ay, hermosa Mencía,
Qué mal tratas mi amor y la fe mia!
Volverme otra vez quiero.
Bueno he hallado mi honor, hacer no [quiero
Por ahora otra cura,
Pues la salud en él está segura.
Pero ¿ni una criada
La acompaña? ¿Si acaso retirada
Aguarda?... — ¡Oh pensamiento
Injusto! oh vil temor! oh infame aliento!
Ya con esta sospecha
No he de volverme; y pues que no apro- [vecha
Tan grave desengaño,
Apuremos de todo en todo el daño.
Mato la luz, y llego, (*Apaga la luz.*)
Sin luz y sin razon, dos veces ciego;
Pues bien encubrir puedo
El metal de la voz, hablando quedo —
¡Mencía! (*Despiértala.*)

DOÑA MENCÍA.

¡Ay Dios! ¿que es esto?

DON GUTIERRE.

No dés voces.

DOÑA MENCÍA.

¿Quién es?

DON GUTIERRE.

Mi bien, yo soy: ¿no me conoces?

DOÑA MENCÍA.

Sí, señor; que no fuera
Otro tan atrevido...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Ella me ha conocido.

DOÑA MENCÍA.

Que así hasta aquí viniera.
¿Quién hasta aquí llegara,
Que no fuérades vos, que no dejara
En mis manos la vida,
Con valor y con honra defendida?

DON GUTIERRE.

(*Ap.* ¡Qué dulce desengaño!
¡Bien haya, amen, el que apuró su daño!)
Mencía, no te espantes de haber visto
Tal extremo.

DOÑA MENCÍA.

¡Qué mal, temor, resisto
El sentimiento!

DON GUTIERRE.

Mucha razon tiene
Tu valor.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué disculpa me previene...

DON GUTIERRE.

Ninguna.

DOÑA MENCÍA.

De venir así tu Alteza?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Tu Alteza! No es conmigo. ¡Ay Dios!
Con nuevas dudas lucho. [qué escucho!
¡Qué pesar! qué desdicha! qué tristeza!

DOÑA MENCÍA.

¿Segunda vez pretende ver mi muerte?
¿Piensa que cada noche...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Oh trance fuerte!

DOÑA MENCÍA.

Puede esconderse...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Cielos!

DOÑA MENCÍA.

Y matando la luz...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Matadme, celos!

DOÑA MENCÍA.

Salir á riesgo mio
Delante de Gutierre?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Desconfío
De mí, pues que dilato
Morir, y con mi aliento no la mato.
El venir no ha extrañado
El Infante, ni dél se ha recatado;
Sino solo ha sentido
Que en ocasion se ponga (¡estoy perdi- [do!)
De que otra vez se esconda.
¡Mi venganza á mi agravio corresponda!

DOÑA MENCÍA.

Señor, vuélvase luego.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Ay Dios! todo soy rabia, todo fuego.

DOÑA MENCÍA.

Tu Alteza así otra vez no llegue á verse.

DON GUTIERRE.

¿Quién por eso no mas ha de volverse?

DOÑA MENCÍA.

Mirad que es hora que Gutierre venga.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Habrá en el mundo quien paciencia [tenga?
Sí, si prudente alcanza
Oportuna ocasion á su venganza.)
No vendrá, yo le dejo
Entretenido; y guárdame un amigo
Las espaldas el tiempo que conmigo
Estais: él no vendrá, yo estoy seguro.

ESCENA XIX.

JACINTA. — DICHOS.

JACINTA. (*Ap.*)

Temerosa procuro
Ver quién hablaba aquí.

DOÑA MENCÍA.

Gente he sentido.

DON GUTIERRE.

¿Qué haré?

DOÑA MENCÍA.

¿Qué? Retirarte,
No á mi aposento, sino á otra parte.
(*Retírase Don Gutierre al paño.*)
¡Hola!

JACINTA.

Señora...

DOÑA MENCÍA.

El aire que corria
Entre esos ramos, miéntras yo dormia,
La luz ha muerto: luego
Traed luces. (*Vase Jacinta.*)

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Encendidas en mi fuego.
Si aquí estoy escondido,
Han de verme, y de todos conocido,
Podrá saber Mencía
Que he llegado á entender la pena mia.
Y porque no lo entienda,
Y dos veces ofenda,
Una con tal intento,
Y otra pensando que lo sé y consiento,
Dilatando su muerte,
He de hacer la deshecha desta suerte.)
(*Entrase, y dice en voz alta:*)
¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?

DOÑA MENCÍA.

Este es Gutierre: otra desdicha espera
Mi espíritu cobarde.

DON GUTIERRE.

¡No han encendido luces, y es tan tarde!
(*Sale Jacinta con luz, y Don Gutierre por otra puerta de donde se escondió.*)

JACINTA.

Ya la luz está aquí.

DON GUTIERRE.

¡Bella Mencía!

DOÑA MENCÍA.

¡Oh mi esposo, mi bien y gloria mia!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Qué fingidos extremos!
Mas, alma y corazon, disimulemos.

DOÑA MENCÍA.

Señor, ¿por dónde entrásteis?

DON GUTIERRE.

De esa huerta,
Con la llave que tengo, abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿En qué te entretenias?

DOÑA MENCÍA.

Vine ahora
A este jardin, y entre estas fuentes puras
Me dejó el aire á obscuras.

DON GUTIERRE.

No me espanto, bien mio;
Que el aire que mató la luz, tan frio
Corre, que es un aliento
Respirado del céfiro violento,
Y que no solo advierte
Muerte á las luces, a las vidas muerte,
Y pudieras dormida
A sus soplos perder tambien la vida.

DOÑA MENCÍA.

Entenderte pretendo,
Y aunque mas lo procuro, no te entiendo.

DON GUTIERRE.

¿No has visto ardiente llama
Perder la luz al aire que la hiere,
Y que á este tiempo de otra luz inflama
La pavesa? Una vive y otra muere
A solo un soplo. Así, desta manera,
La lengua de los vientos lisonjera
Matarte la luz pudo,
Y darme luz á mí.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* El sentido dudo.)
Parece que celoso
Hablas en dos sentidos.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Riguroso
Es el dolor de agravios;
Mas con celos ningunos fuéron sabios.)
¡Celoso! ¿Sabes tú lo que son celos?
Que yo no sé qué son ¡viven los cielos!
Porque si lo supiera,
Y celos...

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON GUTIERRE.

Llegar pudiera
A tener... ¿qué son celos?
Atomos, ilusiones y desvelos,
No mas que de una esclava, una criada,
Por sombra imaginada,
Con hechos inhumanos
A pedazos sacara con mis manos
El corazon, y luego
Envuelto en sangre, desatado en fuego,
El corazon comiera

Digitized by Google

A bocados, la sangre me bebiera,
El alma le sacara,
Y el alma ¡vive Dios! despedazara,
Si capaz de dolor el alma fuera.
—Pero ¿cómo hablo yo desta manera?

DOÑA MENCÍA.

Temor al alma ofreces.

DON GUTIERRE.

¡Jesus, Jesus mil veces!
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mia,
Ah mi dueño, ah Mencía,
Perdona, por tus ojos,
Esta descompostura, estos enojos;
Que tanto un fingimiento
Fuera de mí llevó mi pensamiento:
Y vete por tu vida; que prometo
Que te miro con miedo y con respeto,
Corrido deste exceso.
¡Jesus! No estuve en mí, no tuve seso.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

Miedo, espanto, temor y horror tan fuer-
Parasismos han sido de mi muerte. [te

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Pues médico me llamo de mi honra,
Yo cubriré con tierra mi deshonra.

JORNADA TERCERA.

Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON GUTIERRE, Y TODO EL ACOMPAÑAMIENTO.

DON GUTIERRE.

Pedro, á quien el indio polo
Coronar de luz espera,
Hablarte á solas quisiera.

REY.

Idos todos.—Ya estoy solo.
(*Vase el acompañamiento.*)

DON GUTIERRE.

Pues á tí, español Apolo,
A tí, castellano Atlante,
En cuyos hombros constante
Se ve durar y vivir
Todo un orbe de zafir,
Todo un globo de diamante:
A tí pues rindo en despojos
La vida, mal defendida
De tantas penas, si es vida
Vida con tantos enojos.
No te espantes que los ojos
Tambien se quejen, señor;
Que dicen que amor y honor
Pueden, sin que á nadie asombre,
Permitir que llore un hombre;
Y yo tengo honor y amor.
Honor, que siempre he guardado
Como noble y bien nacido,
Y amor, que siempre he tenido
Como esposo enamorado:
Adquirido y heredado
Uno y otro en mí se ve,
Hasta que tirana fué
La nube que turbar osa
Tanto esplendor en mi esposa,
Y tanto lustre en mi fe.
No sé cómo signifique
Mi pena... Turbado estoy...
Y mas cuando á decir voy
Que fué vuestro hermano Enrique
Contra quien pido se aplique
Desta justicia el rigor:
No porque sepa, señor,
Que el poder mi honor contrasta;
Pero imaginarlo basta
Quien sabe que tiene honor.
La vida de vos espero
De mi honra: así la curo
Con prevencion, y procuro
Que esta la sane primero;
Porque si en rigor tan fiero
Malicia en el mal hubiera,
Junta de agravios hiciera,
A mi honor desahuciara,
Con la sangre le lavara,
Con la tierra le cubriera.—
No os turbeis: con sangre digo
Solamente de mi pecho;
Que Enrique, estad satisfecho,
Está seguro conmigo.
Y para esto hable un testigo:
Esta daga, esta brillante
Lengua de acero elegante,
Suya fué; ved este dia
Si está seguro, pues fia
De mi su daga el Infante.

REY.

Don Gutierre, bien está;
Y quien de tan invencible
Honor corona las sienes,
Que con los rayos compiten
Del sol, satisfecho viva
De que su honor...

DON GUTIERRE.

No me obligue
Vuestra Majestad, señor,
A que piense que imagine
Que yo he menester consuelos
Que mi opinion acrediten.
¡Vive Dios, que tengo esposa
Tan honesta, casta y firme,
Que deja atras las romanas
Lucrecia y Porcia, y Tomíris!
Esta ha sido prevencion
Solamente.

REY.

Pues decidme:
Para tantas prevenciones,
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

DON GUTIERRE.

Nada: que hombres como yo
No ven; basta que imaginen,
Que sospechen, que prevengan,
Que recelen, que adivinen,
Que... No sé cómo lo diga;
Que no hay voz que signifique
Una cosa, que aun no sea
Un átomo indivisible.
Solo á vuestra Majestad
Di parte, para que evite
El daño que no hay; porqué
Si le hubiera, de mí fie
Que yo le diera el remedio
En vez, señor, de pedirle.

REY.

Pues ya que de vuestro honor
Médico os llamais, decidme,
Don Gutierre, ¿qué remedios
Antes del último hicisteis?

DON GUTIERRE.

No pedí á mi mujer celos,
Y desde entónces la quise
Mas: vivia en una quinta
Deleitosa y apacible;
Y para que no estuviera
En las soledades triste,
Traje á Sevilla mi casa,
Y á vivir en ella vine,
Adonde todo lo goza
Sin que nada á nadie envidie;
Porque malos tratamientos
Son para maridos viles
Que pierden á sus agravios
El miedo, cuando los dicen.

REY.

El Infante viene allí,
Y si aquí os ve, no es posible
Que deje de conocer
Las quejas que dél me disteis.
Mas acuérdome que un dia
Me dieron con voces tristes
Quejas de vos, y yo entónces
Detras de aquellos tapices
Escondí á quien se quejaba;
Y en el mismo caso pide
El daño el propio remedio,
Pues al revés lo repite.
Y así quiero hacer con vos
Lo mismo que entónces hice;
Pero con un órden mas,
Y es que nada aquí os obligue
A descubriros. Callad
A cuanto viéreis.

DON GUTIERRE.

Humilde
Estoy, señor, á tus piés.
Seré el pájaro que fingen
Con una piedra en la boca.
(*Escóndese.*)

ESCENA II.

DON ENRIQUE.—EL REY; DON GUTIERRE, *oculto*.

REY.

Vengais norabuena, Enrique,
Aunque mala habrá de ser,
Pues me hallais...

DON ENRIQUE.

¡Ay de mí triste!

REY.

Enojado.

DON ENRIQUE.

¿Pues, señor,
Con quien lo estais, que os obligue?

REY.

Con vos, Infante, con vos.

DON ENRIQUE.

Será mi vida infelice.
Si enojado tengo al sol,
Veré mi mortal eclipse.

REY.

¿Vos, Enrique, no sabeis
Que mas de un acero tiñe
El agravio en sangre real?

DON ENRIQUE.

¿Pues por quién, señor, lo dice
Vuestra Majestad?

REY.

Por vos
Lo digo, por vos, Enrique.
El honor es reservado
Lugar, donde el alma asiste.
Yo no soy Rey de las almas:
Harto en esto solo os dije.

DON ENRIQUE.

No os entiendo.

REY.

Si á la enmienda
Vuestro amor no se apercibe,
Dejando vanos intentos
De bellezas imposibles,
Donde el alma de un vasallo
Con ley soberana vive,
Podrá ser de mi justicia
Que aun mi sangre no se libre.

Digitized by Google

DON ENRIQUE.

Señor, aunque tu precepto
Es ley que tu lengua imprime
En mi corazon, y en él
Como en el bronce se escribe,
Escucha disculpas mias;
Que no será bien que olvides
Que con iguales orejas
Ambas partes han de oirse.
Yo, señor, quise á una dama
(Que ya sé por quién lo dices,
Si bien, con poca ocasion):
En efecto, yo la quise
Tanto...

REY.

¿Qué importa, si ella
Es beldad tan imposible...?

DON ENRIQUE.

Es verdad, pero...

REY.

Callad.

DON ENRIQUE.

Pues, señor, ¿no me permites
Disculparme?

REY.

No hay disculpa;
Que es belleza que no admite
Objecion.

DON ENRIQUE.

Es cierto, pero
El tiempo todo lo rinde,
El amor todo lo puede.

REY.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! qué mal hice
En esconder á Gutierre!)
Callad, callad.

DON ENRIQUE.

No te incites
Tanto contra mí, ignorando
La causa que á esto me obligue.

REY.

Yo lo sé todo muy bien.
(*Ap.* ¡Oh qué lance tan terrible!)

DON ENRIQUE.

Pues yo, señor, he de hablar:
En fin, doncella la quise.
¿Quién, decid, agravia á quién?
¿Yo á un vasallo...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Ay infelice!

DON ENRIQUE.

Que ántes que fuese su esposa,
Fué?...

REY.

No teneis qué decirme.
Callad, callad, que ya sé
Que por disculpa fingisteis
Tal quimera. Infante, infante,
Vamos mediando los fines.
¿Conoceis aquesta daga?

DON ENRIQUE.

Sin ella á palacio vine
Una noche.

REY.

¿Y no sabeis
Dónde la daga perdisteis?

DON ENRIQUE.

No, señor.

REY.

Yo sí, pues fué
Adonde fuera posible
Mancharse con sangre vuestra,
A no ser el que la rige
Tan notable y leal vasallo.
¿No veis que venganza pide
El hombre que aun ofendido,
El pecho y las armas rinde?
¿Veis este puñal dorado?
Geroglífico es que dice
Vuestro delito: á quejarse
Viene de vos, y he de oirle.
Tomad su acero, y en él
Os mirad: veréis Enrique,
Vuestros defectos.

DON ENRIQUE.

Señor,
Considera que me riñes
Tan severo, que turbado...

REY.

Toma la daga.—¿Qué hiciste,
(*Dale la daga, y al tomarla, turbado el Infante corta al Rey en la mano.*)
Traidor?

DON ENRIQUE.

¿Yo?

REY.

¿Desta manera
Tu acero en mi sangre tiñes?
¿Tú la daga que te di,
Hoy contra mi pecho esgrimes?
¿Tú me quieres dar la muerte?

DON ENRIQUE.

Mira, señor, lo que dices;
Que yo turbado...

REY.

¿Tú á mí
Te atreves? ¡Enrique, Enrique!
Deten el puñal, ya muero.

DON ENRIQUE.

¡Hay confusiones mas tristes!
Mejor es volver la espalda,
Y aun ausentarme y partirme
Donde en mi vida te vea,
(*Cáesele la daga.*)
Porque de mí no imagines
Que puedo verter tu sangre
Yo ¡mil veces infelice! (*Vase.*)

REY.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
¡Oh qué aprension insufrible!
Bañado me vi en mi sangre,
Muerto estuve. ¿Qué infelice
Imaginacion me cerca,
Que con espantos horribles
Y con helados temores
El pecho y el alma oprime?
Ruego á Dios que estos principios
No lleguen á tales fines,
Que con diluvios de sangre
El mundo se escandalice. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GUTIERRE.

¡Todo es prodigios el dia!
Con asombros tan terribles,
De que yo estaba escondido
No es mucho que el Rey se olvide.
¡Válgame Dios! ¿qué escuché?
Mas ¿para qué lo repite
La lengua, cuando mi agravio
Con mi desdicha se mide?
Arranquemos de una vez
De tanto mal las raices.
Muera Mencía, su sangre
Bañe el pecho donde asiste;
Y pues aqueste puñal
Hoy segunda vez me rinde
El Infante, con él muera.
(*Levanta la daga.*)
Mas no es bien que lo publique;
Porque si sé que el secreto
Altas victorias consigue,
Y que agravio que es oculto
Oculta venganza pide,
Muera Mencía de suerte
Que ninguno lo imagine.
Pero ántes que llegue á esto,
La vida el cielo me quite,
Porque no vea tragedias
De un amor tan infelice.
¿Para cuándo, para cuándo
Esos azules viriles
Guardan un rayo? ¿No es tiempo
De que sus puntas se vibren,
Preciando de tan piadosos?
¿No hay, claros cielos, decidme,
Para un desdichado muerte?
¿No hay un rayo para un triste? (*Vase.*)

—

Sala en la casa de Don Gutierre, en Sevilla.

ESCENA IV.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA.

Señora, ¿qué tristeza
Turba la admiracion á tu belleza,
Que la noche y el dia
No haces sino llorar?

DOÑA MENCÍA.

La pena mia
No se rinde á razones.
En una confusion de confusiones,
Ni medidas, ni cuerdas,
Desde la noche triste, si te acuerdas,
Que viviendo en la quinta,
Te dije que conmigo habia, Jacinta,
Hablado Don Enrique
(No sé cómo mi mal te signifique),
Y tú despues dijiste que no era
Posible, porque afuera
A aquella misma hora que yo digo,
El Infante tambien habló contigo,
Estoy triste y dudosa,
Confusa, divertida y temerosa,
Pensando que no fuese
Gutierre quien conmigo habló.

JACINTA.

¿Pues ese
Es engaño que pudo
Suceder?

DOÑA MENCÍA.

Sí, Jacinta, que no dudo
Que de noche, y hablando
Quedo, y yo tan turbada, imaginando
En él mismo, vendría,
Bien tal engaño suceder podria.
Con esto el verle agora
Conmigo alegre, y que consigo llora
(Porque al fin los enojos,
Que son grandes amigos de los ojos,
No les encubren nada),
Me tiene en tantas penas anegada.

ESCENA V.

COQUIN. — DICHAS.

COQUIN.

Señora.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué hay de nuevo?

COQUIN.

Apénas á contártelo me atrevo.
Don Enrique, el Infante...

DOÑA MENCÍA.

Tente, Coquin, no pases adelante.

Digitized by Google

Que su nombre no mas me causa espan- [to.
Tanto le temo, ó le aborrezco tanto.

COQUIN.

No es de amor el suceso,
Y por eso lo digo.

DOÑA MENCÍA.

Y yo por eso
Lo escucharé.

COQUIN.

El Infante
Que fué, señora, tu imposible amante,
Con Don Pedro su hermano
Hoy un lance ha tenido. Pero en vano
Contártele pretendo,
Por no saberle bien, ó porque entiendo
Que no son justas leyes
Que hombres de burlas hablen de los re- [yes.
Esto aparte, en efeto
Enrique me llamó, y con gran secreto
Dijo: «A Doña Mencía
Este recado da de parte mia.
Que su desden tirano
Me ha quitado la gracia de mi hermano,
Y huyendo desta tierra,
Hoy á la ajena patria me destierra,
Donde vivir no espero,
Pues de Mencía aborrecido muero.»

DOÑA MENCÍA.

¿Por mí el Infante ausente,
Sin la gracia del Rey? ¡Cosa que intente,
Con novedad tan grande,
Que mi opinion en voz del vulgo ande!
¿Qué haré? ¡cielos!

JACINTA.

Ahora
El remedio mejor será, señora,
Prevenir este daño.

COQUIN.

¿Cómo puede?

JACINTA.

Rogándole al Infante que se quede;
Pues si una vez se ausenta,
Como dicen, por tí, será tu afrenta
Pública; que no es cosa
La ausencia de un infante tan dudosa,
Que no se diga luego
Cómo y por qué.

COQUIN.

¿Pues cuándo oirá ese ruego,
Si, calzada la espuela,
Ya en su imaginacion Enrique vuela?

JACINTA.

Escribiéndole ahora
Un papel en que diga mi señora
Que á su opinion conviene
Que no se ausente; pues para eso tiene
Lugar, si tú le llevas.

DOÑA MENCÍA.

Pruebas de honor son peligrosas prue- [bas;
Pero con todo quiero
Escribir el papel, pues considero,
Y no con necio engaño,
Que es de dos daños este el menor daño,
Si hay menor en los daños que recibo.
Quedaos aquí los dos, miéntras yo escri- [bo.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

COQUIN, JACINTA.

JACINTA.

¿Qué tienes estos dias,
Coquin, que andas tan triste? ¿No solias
Ser alegre? ¿Qué efeto
Te tiene así?

COQUIN.

Metíme á ser discreto
Por mi mal, y hame dado
Tan grande hipocondría en este lado,
Que me muero.

JACINTA.

¿Y qué es hipocondría?

COQUIN.

Es una enfermedad que no la habia
Habrá dos años, ni en el mundo era.
Úsase poco há, y de manera
Lo que se usa, amiga, no se excusa,
Que una dama, sabiendo que se usa,
Le dijo á su galan muy triste un dia:
«Tráigame un poco uced de hipocon- [dría.»
Mas Señor entra ahora.

JACINTA.

¡Ay Dios! Voy á avisar á mi señora.

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE.—COQUIN, JACINTA.

DON GUTIERRE.

Tente, Jacinta, espera.
¿Dónde corriendo vas de esa manera?

JACINTA.

Avisar pretendia
A mi señora de que ya venia
Tu persona.

DON GUTIERRE.

(*Ap.*) ¡Oh criados,
En efecto, enemigos no excusados!
Turbados de temor los dos se han pues- [to.)
Ven acá, dime tú lo que hay en esto:
Dime por qué corrias. (*A Jacinta.*)

JACINTA.

Solo por avisar de que venias,
Señor, á mi señora.

DON GUTIERRE.

El labio sella.
(*Ap.* Mas deste lo sabré mejor que della.)
Coquin, tú me has servido
Noble siempre, en mi casa te has criado:
A tí vuelvo rendido,
Dime, dime por Dios lo que ha pasado.

COQUIN.

Señor, si algo supiera,
De lástima no mas te lo dijera.
¡Plegue á Dios! mi señor...

DON GUTIERRE.

¡No, no dés voces!
¿De qué aquí te turbaste?

COQUIN.

Somos de buen turbar; mas esto baste.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Señas los dos se han hecho.
Ya no son cobardías de provecho.)
Idos de aquí los dos. — Solos estamos,
(*Vanse los dos.*)
Honor, lleguemos ya, desdicha, vamos.
¿Quién vió en tantos enojos
Matar las manos y llorar los ojos?
(*Alza una cortina, y descubre á Doña Mencía escribiendo.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA. — DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Escribiendo Mencía
Está: ya es fuerza ver lo que escribia.
(*Llega á ella y quítale el papel.*)

DOÑA MENCÍA.

¡Ay Dios! Válgame el cielo!
(*Se desmaya.*)

DON GUTIERRE.

Estatua viva se quedó de hielo.
(*Lee.*) *Vuestra Alteza, señor*... ¡Que por [Alteza
Vino mi honor á dar á tal bajeza!
No se ausente... Detente,
Voz; pues le ruega aquí que no se ausen- [te,
A tanto mal me ofrezco,
Que casi las desdichas me agradezco.—
¿Si aquí la doy la muerte...?
Mas esto ha de pensarse desta suerte.
Despediré criadas y criados:
Solos han de quedarse mis cuidados
Conmigo; y ya que ha sido
Mencía la mujer que yo he querido
Mas en mi vida, quiero
Que en el último vale, en el postrero
Parasismo, me deba
La mas nueva piedad, la accion mas [nueva.
Ya que la cura he de aplicar postrera,
No muera el alma, aunque la vida mue- [ra.
(*Escribe y vase. — Vuelve en sí Doña Mencía.*)

ESCENA X.

DOÑA MENCIA.

¡Señor, deten la espada,
No me juzgues culpada:
El cielo sabe que inocente muero!
¡Qué fiera mano, qué sangriento acero
En mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!
¡Una mujer no mates inocente!—
Mas ¿qué es esto? ¡ay de mí! ¿no estaba [agora
Gutierre aquí? ¿No via (¿quién lo igno- [ra?)
Que en mi sangre bañada,
Moria en rubias ondas anegada?
¡Ay Dios, este desmayo
Fué de mi vida aquí mortal ensayo!
¡Qué ilusion! Por verdad lo dudo y creo.
El papel romperé. — ¡Pero qué veo!
De mi esposo es la letra, y desta suerte
La sentencia me intima de mi muerte:
(*Lee.*) *El amor te adora, el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.*
¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es [esto?
Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay alguna criada?
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada,
Nadie en casa me escucha.
Mucha es mi turbacion, mi pena es mu- [cha.
Destas ventanas son los hierros rejas,
Y en vano á nadie le diré mis quejas,
Que caen á unos jardines, donde apénas
Habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré desta suerte,
Tropezando en la sombra de mi muerte?
(*Vase.*)

Digitized by Google

—

Calle.

ESCENA XI.

EL REY, DON DIEGO.

REY.

En fin, ¿Enrique se fué?

DON DIEGO.

Sí, señor: aquesta tarde
Salió de Sevilla.

REY.

Creo
Que ha presumido arrogante
Que él solamente de mí
Podrá en el mundo librarse.
¿Y dónde va?

DON DIEGO.

Yo presumo
Que á Consuegra.

REY.

Está el Infante
Maestre allí, y querrán los dos
A mis espaldas vengarse
De mí.

DON DIEGO.

Tus hermanos son,
Y es forzoso que te amen
Como hermano, y como á rey
Te adoren: dos naturales
Obediencias son.

REY.

Y Enrique
¿Quién lleva que le acompañe?

DON DIEGO.

Don Arias.

REY.

Es su privanza.

DON DIEGO.

Música hay en esta calle.

REY.

Vámonos llegando á ellos:
Quizá con lo que cantaren,
Me templaré.

DON DIEGO.

La armonía
Es antídoto á los males.

CANTAN DENTRO.

El infante don Enrique
Hoy se despidió del Rey;
Su pesadumbre y su ausencia
Quiera Dios que pare en bien.

REY.

¡Qué triste voz! Vos, Don Diego,
Echad por aquesa calle,
No se nos escape quien
Canta desatinos tales.

(*Vase cada uno por su parte.*)

—

Sala en casa de Don Gutierre.

ESCENA XII.

DON GUTIERRE; LUDOVICO, *cubierto el rostro.*

DON GUTIERRE.

Entra, no tengas temor;
Que ya es tiempo que destape
Tu rostro y encubra el mio. (*Tápase.*)

LUDOVICO.

¡Válgame Dios!

DON GUTIERRE.

No te espante
Nada que vieres.

LUDOVICO.

Señor,
De mi casa me sacásteis
Esta noche; pero apénas
Me tuvisteis en la calle,
Cuando un puñal me pusisteis
Al pecho, sin que cobarde
Vuestro intento resistiese,
Que fué cubrirme y vendarme
El rostro, y darme mil vueltas
Luego á mis propios umbrales.
Dijisteisme que mi vida
Estaba en no destaparme;
Una hora he andado con vos,
Sin saber por donde ande.
Y con ser la admiracion
De aqueste caso tan grave,
Mas me turba y me suspende
Impensadamente hallarme
En una casa tan rica,
Sin ver que la habite nadie
Sino vos, habiéndôs visto
Siempre ese embozo delante.
¿Qué me quereis?

DON GUTIERRE.

Que te esperes
Aquí solo un breve instante. (*Vase.*)

LUDOVICO.

¡Qué confusiones son estas
Que á tal extremo me traen!
¡Válgame Dios!

(*Vuelve Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Tiempo es ya
De que entres aquí; mas ántes
Escúchame: aqueste acero
Será de tu pecho esmalte,
Si resistes lo que yo
Tengo ahora de mandarte.
Asómate á ese aposento.
¿Qué ves en él?

LUDOVICO.

Una imágen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace:
Dos velas tiene á los lados,
Y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir;
Que con unos tafetanes
El rostro tiene cubierto.

DON GUTIERRE.

Pues á ese vivo cadáver
Que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO.

Pues ¿qué quieres?

DON GUTIERRE.

Que la sangres,
Y la dejes que rendida
A su violencia, desmaye
La fuerza, y que en tanto horror
Tú atrevido la acompañes,
Hasta que por breve herida
Ella espire y se desangre.
No tienes que replicar,
Si buscas en mí piedades;
Sino obedecer, si quieres
Vivir.

LUDOVICO.

Señor, tan cobarde
Te escucho, que no podré
Obedecerte.

DON GUTIERRE.

Quien hace
Por consejos rigurosos
Mayores temeridades,
Darte la muerte sabrá.

LUDOVICO.

Fuerza es que mi vida guarde.

DON GUTIERRE.

Haces bien; que ya en el mundo
Hay quien viva porque mate.
Desde aquí te estoy mirando,
Ludovico: entra adelante.

(*Entrase Ludovico.*)

ESCENA XIII.

DON GUTIERRE.

Este fué el mas sutil medio
Para que mi afrenta acabe
Disimulada, supuesto
Que el veneno fuera fácil
De averiguar, las heridas
Imposibles de ocultarse.
Y así, contando la muerte,
Y diciendo que fué lance
Forzoso hacer la sangría,
Ninguno podrá probarme
Lo contrario, si es posible
Que una venda se desate.
Haber traido á este hombre
Con recato semejante,
Fué bien; pues si descubierto
Viniera, y viera sangrarse
Una mujer, y por fuerza,
Fuera presuncion notable.
Este no podrá decir,
Cuando refiera este trance,
Quién fué la mujer; demas,
Que cuando de aquí le saque,
Muy léjos ya de mi casa
Estoy dispuesto á matarle.
Médico soy de mi honor:
La vida pretendo darle
Con una sangría; que todos
Curan á costa de sangre. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XIV.

EL REY y DON DIEGO, *que vuelven á salir cada uno por su parte;* MÚSICA, *dentro.*

Cantan dentro.

Para Consuegra camina,
Donde piensa que han de ser
Teatros de mil tragedias
Las montañas de Montiel.

REY.

¡Don Diego!

DON DIEGO.

Señor...

REY.

Supuesto
Que cantan en esta calle,
¿No hemos de saber quién es?
¿Habla por ventura el aire?

DON DIEGO.

No te desvele, señor,
Oir estas necedades;
Porque á vuestro enojo ya
Versos en Sevilla se hacen.

REY.

Dos hombres vienen aquí.

Digitized by Google

DON DIEGO.

Es verdad : no hay que esperàrles
Respuesta. Hoy el conocerlos
Importa.

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, *que trae á* LUDOVICO *con los ojos vendados.*—DICHOS.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Que así me ataje
El cielo, que con la muerte
Deste hombre eche otra llave
Al secreto!—Ya me es fuerza
De aquestos dos retirarme;
Que nada me está peor
Que conocerme en tal parte.
Dejaréle en este puesto. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY, DON DIEGO, LUDOVICO, *con los ojos vendados.*

DON DIEGO.

De los dos, señor, que ántes
Venian, se volvió el uno,
Y el otro se quedó.

REY.

A darme
Confusion; que si le veo
A la poca luz que esparce
La luna, no tiene forma
Su rostro : confusa imágen
El bulto, mal acabado,
Parece de un blanco jaspe.

DON DIEGO.

Téngase tu Majestad,
Que yo llegaré.

REY.

Dejadme,
Don Diego.—¿Quién eres, hombre?

LUDOVICO.

Dos confusiones son parte,
Señor, á no responderos: (*Descúbrese.*)
La una, la humildad que trae
Consigo un pobre oficial,
Para que con reyes hable
(Que ya os conocí en la voz,
Luz que tan notorio os hace),
La otra, la novedad
Del suceso mas notable,
Que el vulgo, archivo confuso,
Califica en sus anales.

REY.

¿Qué os ha sucedido?

LUDOVICO.

A vos
Lo diré, escuchadme aparte.

REY.

Retiraos allí, Don Diego.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Sucesos son admirables
Cuantos esta noche veo :
Dios con bien della me saque.

LUDOVICO.

No la vi el rostro, mas solo
Entre repetidos ayes
Escuché : «Inocente muero;
El cielo no te demande
Mi muerte.» Esto dijo, y luego
Espiró; y en este instante
El hombre mató la luz,
Y por los pasos, que ántes
Entré, salí. Sintió ruido
Al llegar á aquesta calle,
Y dejóme en ella solo.
Fáltame ahora de avisarte,
Señor, que saqué bañadas
Las manos en roja sangre,
Y que fuí por las paredes,
Como que quise arrimarme,
Manchando todas las puertas,
Por si pueden las señales
Descubrir la casa.

REY.

¡Bien
Hicistes! Venid á hablarme
Con lo que hubiereis sabido,
Y tomad este diamante,
Y decid que por las señas
Dél os permitan hablarme
A cualquier hora que vais.

LUDOVICO.

El cielo, señor, os guarde. (*Vase.*)

REY.

Vamos, Don Diego.

DON DIEGO.

¿Qué es eso?

REY.

El suceso mas notable
Del mundo.

DON DIEGO.

Triste has quedado.

REY.

Forzoso ha sido asombrarme.

DON DIEGO.

Vente á acostar, que ya el dia
Entre dorados celajes
Asoma.

REY.

No he de poder
Sosegar, hasta que halle
Una cosa cosa que deseo.

DON DIEGO.

¿No miras que ya el sol sale,
Y que podrán conocerte
Desta suerte?

ESCENA XVII.

COQUIN.—EL REY, DON DIEGO.

COQUIN.

Aunque me mates,
Habiéndote conocido,
¡Oh señor! tengo de hablarte :
Escúchame.

REY.

Pues, Coquin,
¿De qué los extremos son?

COQUIN.

Esta es una honrada accion,
De hombre bien nacido en fin;
Que aunque hombre me consideras
De burlas con loco humor,
Llegando á véras, señor,
Soy hombre de muchas véras.
Oye lo que he de decir,
Pues de véras vengo á hablar;
Que quiero hacerte llorar,
Ya que no puedo reir.
Gutierre, mal informado
Por aparentes recelos,
Llegó á tener viles celos
De su honor; y hoy obligado
A tal sospecha, que halló
Escribiendo (¡error cruel!)
Para el Infante un papel
A su esposa, que intentó
Con él que no se ausentase,
Porque ella causa no fuese
De que en Sevilla se viese
La novedad que causase
Pensar que ella le ausentaba...
Con esta inocencia pues
(Que á mí me consta), con piés
Cobardes, adonde estaba
Llegó, y el papel tomó,
Y, sus celos declarados,
Despidiendo á los criados,
Todas las puertas cerró,
Solo se quedó con ella.
Yo enternecido de ver
Una infelice mujer
Perseguida de su estrella,
Vengo, señor, á avisarte
Que tu brazo altivo y fuerte
Hoy la libre de la muerte.

REY.

¿Con qué he de poder pagarte
Tal piedad?

COQUIN.

Con darme aprisa
Libre, sin mas accidentes,
De la accion contra mis dientes.

REY.

No es ahora tiempo de risa.

COQUIN.

¿Cuándo lo fué?

REY.

Y pues el dia
Aun no se muestra, lleguemos,
Don Diego. (*Vanse.*)

—

Otra calle, y en ella la casa de Don Gutierre. En la puerta se ve la señal de una mano sangrienta.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS.

REY.

Así pues darémos
Color á una industria mia,
De entrar en casa mejor.
Diciendo que me ha cogido
Cerca el dia, y he querido
Disimular el color
Del vestido; y una vez
Allá, el estado verémos
Del suceso; y así harémos
Como Rey, supremo juez.

DON DIEGO.

No hubiera industria mejor.

COQUIN.

De su casa lo has tratado
Tan cerca, que ya has llegado;
Que esta es su casa, señor.

REY.

Don Diego, espera.

DON DIEGO.

¿Qué ves?

REY.

¿No ves sangrienta una mano
Impresa en la puerta?

DON DIEGO.

Es llano.

REY. (*Ap.*)

Gutierre sin duda es
El cruel que anoche hizo
Una accion tan inclemente.
No sé qué hacer. Cuerdamente
Sus agravios satisfizo.

Digitized by Google

ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, INES, *con mantos*.—DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Salgo á misa ántes del dia,
Porque ninguno me vea
En Sevilla, donde crea
Que olvido la pena mia.
Mas gente hay aquí. ¡Ay Ines!
¿El Rey qué hará en esta casa?

INES.

Tápate en tanto que pasa.

REY.

Accion excusada es,
Porque ya estais conocida.

DOÑA LEONOR.

No fué encubrirme, señor,
Por excusar el honor
De dar á tus piés la vida.

REY.

Esa accion es para mí,
De recatarme de vos,
Pues sois acrêdor, por Dios,
De mis honras; que yo os dí
Palabra, y con gran razon,
De que he de satisfacer
Vuestro honor; y lo he de hacer
En la primera ocasion.

ESCENA XX.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE. (*Dentro.*)

¡Hoy me he de desesperar
Cielo airado, si no baja
Un rayo de esas esferas
Y en cenizas me desata!

REY.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Loco furioso
Don Gutierre de su casa
Sale.

REY.

¿Dónde vais, Gutierre?

DON GUTIERRE. (*Sale.*)

A besar, señor, tus plantas;
Y de la mayor desdicha,
De la tragedia mas rara,
Escucha la admiracion,
Que eleva, admira y espanta.
Mencía, mi amada esposa,
Tan hermosa como casta,
Virtuosa como bella
(Dígalo á voces la fama):
Mencía, á quien adoré
Con la vida y con el alma,
Anoche á un grave accidente
Vió su perfeccion postrada,
Por desmentirla divina
Este accidente de humana.
Un médico, que lo es
El de mayor nombre y fama,
Y el que en el mundo merece
Inmortales alabanzas,
La recetó una sangría,
Porque con ella esperaba
Restituir la salud
A un mal de tanta importancia.
Sangróse en fin; que yo mismo,
Por estar sola la casa,
Llamé al sangrador, no habiendo
Ni criados ni criadas.
A verla en su cuarto pues
Quise entrar esta mañana...
—Aquí la lengua enmudece,
Aquí el aliento me falta.
Veo de funesta sangre
Teñida toda la cama,
Toda la ropa cubierta,
Y que en ella ¡ay Dios! estaba
Mencía, que se habia muerto
Esta noche desangrada.
Ya se ve cuán fácilmente
Una venda se desata.
¿Pero para qué presumo
Reducir hoy á palabras
Tan lastimosas desdichas?
Vuelve á esta parte la cara,
Y verás sangriento el sol,
Verás la luna eclipsada,
Deslucidas las estrellas
Y las esferas borradas;
Y verás á la hermosura
Mas triste y mas desdichada,
Que, por darme mayor muerte,
No me ha dejado sin alma.

(*Descúbrese á Doña Mencía en la cama* [1].)

REY.

¡Notable suceso! (*Ap.* Aquí
La prudencia es de importancia.
Mucho en reportarme haré.
Tomó notable venganza.)
Cubrid ese horror que asombra,
Ese prodigio que espanta,
Espectáculo que admira,
Símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
Consuelo; y porque le haya
En pérdida que es tan grande
Con otra tanta ganancia,
Dadle la mano á Leonor;
Que es tiempo que satisfaga
Vuestro valor lo que debe,
Y yo cumpla la palabra
De volver en la ocasion
Por su valor y su fama.

DON GUTIERRE.

Señor, si de tanto fuego
Aun las cenizas se hallan
Calientes, dadme lugar
Para que llore mis ansias.
¿No quereis que escarmentado
Quede?

REY.

Esto ha de ser, y basta.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿quereis que otra vez,
No libre de la borrasca,
Vuelva al mar? Con qué disculpa?

REY.

Con que vuestro Rey lo manda.

DON GUTIERRE.

Señor, escuchad aparte
Disculpas.

REY.

Son excusadas.
¿Cuáles son?

DON GUTIERRE.

¿Si vuelvo á verme
En desdichas tan extrañas,
Que de noche halle embozado
A vuestro hermano en mi casa...?

REY.

No dar crédito á sospechas.

DON GUTIERRE.

¿Y si detras de mi cama
Hallase tal vez, señor,
De Don Enrique la daga?

REY.

Presumir que hay en el mundo
Mil sobornadas criadas,
Y apelar á la cordura.

DON GUTIERRE.

A veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar despues
De noche y de dia mi casa?

REY.

Quejárseme á mí.

DON GUTIERRE.

¿Y si cuando
Llego á quejarme, me aguarda
Mayor desdicha escuchando?

REY.

¿Qué importa, si él desengaña,
Que fué siempre su hermosura
Una constante muralla
De los vientos defendida?

DON GUTIERRE.

¿Y si volviendo á mi casa,
Hallo algun papel que pide
Que el Infante no se vaya?

REY.

Para todo habrá remedio.

DON GUTIERRE.

¿Posible es que á esto le haya?

REY.

Sí, Gutierre.

DON GUTIERRE.

¿Cuál, señor?

REY.

Uno vuestro.

DON GUTIERRE.

¿Qué es?

REY.

Sangrarla.

DON GUTIERRE.

¿Qué decis?

REY.

Que hagais borrar
Las puertas de vuestra casa;
Que hay mano sangrienta en ellas.

DON GUTIERRE.

Los que de un oficio tratan,
Ponen, señor, á las puertas
Un escudo de sus armas;
Trato en honor, y así pongo
Mi mano en sangre bañada
A la puerta; que el honor
Con sangre, señor, se lava.

REY.

Dádsela pues á Leonor;
Que yo sé que su alabanza
La merece.

DON GUTIERRE.

Sí la doy. (*Dale la mano.*)
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.

DOÑA LEONOR.

No importa;
Que no me admira ni espanta.

DON GUTIERRE.

Mira que médico he sido
De mi honra: no está olvidada
La ciencia.

DOÑA LEONOR.

Cura con ella
Mi vida, en estando mala.

DON GUTIERRE.

Pues con esa condicion
Te la doy. Con esto acaba
El Médico de su honra.
Perdonad sus muchas faltas.

[1] Esto se haria en tiempo de Calderon descorriendo una cortina, suponiéndose que era de una ventana correspondiente á la alcoba de Doña Mencía.

Digitized by Google

Digitized by Google

AMOR, HONOR Y PODER.

PERSONAS.

EL REY DE INGLATERRA, EDUARDO III.
ENRICO.
LUDOVICO.
TEOBALDO.
EL CONDE DE SALVERIC, *viejo*.
ESTELA, *dama*.
FLERIDA, *infanta*.
TOSCO, *villano gracioso*.
UN CAZADOR.
CRIADOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en el castillo del Conde, en el palacio del Rey y parajes inmediatos.

JORNADA PRIMERA.

Campo y vista exterior del castillo de Salveric.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, ESTELA.

ENRICO.

No salgas, Estela, al monte,
Vuélvete al castillo, hermana;
Que por estos campos hoy
Ha salido el Rey á caza.
No te vea de la suerte
Que en las soledades andas,
Causando desprecio á Vénus,
Dando envidias á Diana,
Cuando diosa de estos montes,
Que mide veloz tu planta,
O son las cumbres de Chipre,
O son las selvas de Arcadia.
Por tu gusto, Estela, vives
En Salveric, retirada
Del aplauso de la corte,
Del adorno de sus galas.
Aquí un hermano te sirve,
Aquí un padre te acompaña,
Y aquí un monte te obedece,
Que reina suya te llama.
No te vea el Rey, y piense,
Viendo la humildad que tratas,
Que lo que es sobra del gusto,
Viene á ser del honor falta.
Por tu vida, que te quedes
En Salveric, y no salgas
Hoy al monte.

ESTELA.

No saldré;
Que ser gusto tuyo basta.
Desde aquí al castillo vuelvo
A obedecer lo que mandas.

ENRICO.

Yo, hermana, te lo suplico.
Queda adios.

Una voz. (*Dentro.*)

¡Aparta, aparta!

ENRICO.

¿Qué voz es esta?

Voz. (*Dentro.*)

Poned
Delante dél las espadas.
Tente, indómito caballo.

ESTELA.

Desde aquellas cumbres altas
Un caballo se despeña
Con una mujer.

ENRICO.

Hoy baja
Despeñado otro Faetonte.
Poco le debo, si aguarda
Mas ocasion mi valor
Para mostrarse, pues basta
El ser mujer. (*Vase.*)

ESCENA II.

ESTELA.

En el viento
Apénas pone las plantas,
Porque un volante que al sol
Le vuelve otro sol de plata,
Lleno del viento que deja,
Le va sirviendo de alas.
Tan igualmente lijeros
Los piés y manos levanta,
Que parece que á los cielos
Tira la yerba que arranca,
Tan bañado en sus espumas,
Que parece que un mar pasa,
Y que pegado en los pechos
El mar á pedazos saca.
Firme la dama le oprime;
Y aunque sean tan contrarias
La de un bruto y la de un sol,
Son dos cuerpos con un alma.
Ella cobarde se anima,
Y animosa se desmaya;
Que es el peligro forzoso
Donde la fuerza es tan flaca.
Pero ya Enrico, mi hermano,
Saliendo al paso le aguarda,
Aunque un monte es imposible
Esperarle cara á cara.
Atravesado se arroja,
Y el tiro al bocado agarra,
Y asiendo el freno en la mano,
Se le pone á su arrogancia.
Con la izquierda en un sugeto
El viento y el fuego para,
Y con la derecha á un punto
Por el arzon mismo saca
A la dama, que en los brazos,
Sin aliento y desmayada,
El sobresalto al peligro
Lo que le debe le paga;
Y tirando el freno, cuando
A la silla el brazo alarga,
Volvió el caballo (parece
Que á mirar lo que llevaba),
Porque envidioso de verse
Dueño de gloria tan alta,
Quiso con bárbaro intento,
Si no perderla, robarla.
Mas ya con ella en los brazos
Al valle mi hermano baja,
Que parece que del sol
Hurtó su esplendor la llama.

ESCENA III.

ENRICO, *con la* INFANTA FLERIDA *en los brazos.*—ESTELA.

ENRICO.

¡Hermana, Estela! Volando
Trae de aquesa fuente agua,
O entra por ella al castillo.

ESTELA.

Yo voy presto: aquí me aguarda. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ENRICO, LA INFANTA.

ENRICO.

Trae el agua, que mis ojos
No me darán la que basta;
Porque será breve el mar
Para vencer fuerza tanta.
¿Qué mucho, si el mismo cielo,
Aunque con luz eclipsada,
Hoy en sus rayos me quema,
Hoy en sus rayos me abrasa?
¿Quién ha visto, quién ha visto,
Aunque por suertes contrarias,
Desgraciada la ventura,
Venturosa la desgracia?
¡Señora! señora! Apénas
Oye mi voz, y turbada
La color, en un compuesto
Mezcló la nieve y el nácar;
Y dichosamente unida
Nieve roja y rosa blanca,
Se vió purpúrea la nieve,
Y la púrpura nevada.
No sé qué deidad oculta
A su adoracion me llama,
Que de tan forzoso efecto
No determina la causa.—
¡Señora!

INFANTA.

¡Válgame el cielo!

ENRICO.

¡Albricias, cielos, que habla!
¡Alma, albricias!

INFANTA.

¿Dónde estoy?

ENRICO.

¡Ah señora!

INFANTA.

¿Quién me llama?

ENRICO.

Quien del alma la mitad
Hoy á tu vida consagra,
Y por no dejar de verte,
No te ofrece toda el alma.
Aquel caballo, sin duda,
Es el dios Júpiter que anda

Digitized by Google

Enamorado, y tomó
Forma en apariencia rara,
Para que tú fueras, cuando
Le oprimieras las espaldas,
Europa de Ingalaterra,
Y él el caballo de España.
¿Cómo te sientes?

INFANTA.

Mejor.
Mas ¿quién eres tú, que amparas
Mi vida?

ENRICO.

Soy quien la suya
Tambien ofrece á tus plantas.

INFANTA.

La vida te debo.

ENRICO.

Es cierto;
Mas procedes tan tirana,
Que cuando te doy la vida,
En satisfaccion me matas.

INFANTA.

(*Ap.* Agradecida le escucho;
Que del honor fuera falta
La ingratitud á quien debo
La vida.) ¿Cómo te llamas?

ENRICO.

Enrico de Salveric,
Que vivo en estas montañas,
En el castillo famoso
Que es mi apellido y mi casa.
Aqui podrás descansar.
Yo quisiera que el alcázar
Fuera del sol. Mas ¿quién eres?

INFANTA.

Yo soy...

ESCENA V.

EL REY, LUDOVICO, TEOBALDO, ACOMPAÑAMIENTO.—ENRICO, LA INFANTA.

LUDOVICO.

Aquí está la Infanta.

REY.

Hermana, dame tus brazos.
¿Cómo te sientes?

INFANTA.

No es nada.
El dolor, aunque no puedo
Estar en pié.

REY.

Pues llevadla
A este castillo, y en él
Descanse lo que le falta
Al dia: que ya con sombras
Negras la noche amenaza.

TEOBALDO.

Dichoso quien llega á verte
Con vida, porque presaga
El alma de tus desdichas,
Temió tu muerte temprana.
Vida te dió mi deseo.

INFANTA.

Yo procuraré pagarla;
Que á quien me ha dado la vida,
No es mucho que le dé el alma.
(*Vanse la Infanta, Teobaldo y el Acompañamiento.*)

ESCENA VI.

EL REY, ENRICO, LUDOVICO.

ENRICO.

(*Ap.* ¡Ay arrogantes deseos!
¡Ay humildes confianzas!
¡Ay cobardes presunciones!
¡Ay satisfacciones falsas!
¡Ay esperanzas perdidas!
La Infanta, cielos, la Infanta
Es á la que dí la vida
Y la que me quita el alma.)
Vuestra majestad me dé
A besar sus reales plantas,
Si de la tierra que pisa,
Merezco tocar la estampa.

REY.

¿Quién eres?

ENRICO.

Enrico soy
De Salveric; que mi casa
Es hoy, pues á honrarla vienes,
Venturosa en tal desgracia.

REY.

¿Cómo retirado vives
De la corte?

ENRICO.

Porque halla
Mi padre en la soledad
Mas quietud á su edad larga.

REY.

¿Vive todavía el Conde?

ENRICO.

Sí, señor.

REY.

Fué la privanza
De mi padre. ¿Y solo tú
Su soledad acompañas,
O vive tambien Estela
Con vosotros?

ENRICO.

(*Ap.* ¡Cosa extraña!
¡Que no pudiese encubrirlo!)
Aquí está, señor, mi hermana,
Que tambien del campo gusta.

REY.

Mucho le debe á la fama,
Que dice que es muy hermosa.

ENRICO.

Siempre la opinion se alarga;
Que no es muy hermosa Estela:
El no ser fea le basta.

REY.

Dícenme que es muy discreta.

ENRICO.

Sabe, señor (cosa es clara),
Lo que tiene obligacion
Una mujer en su casa.

REY.

Mucho me holgara de verla.

ENRICO.

No es el traje en que ella anda
Digno, señor, de tus ojos;
Y esta sola fué la causa
Para excusar de que tú
La vieras.

ESCENA VII.

ESTELA, *con un barro de agua.*—DICHOS.

ESTELA.

Aquí está el agua.—
Mas ¿qué miro?

ENRICO.

Estela es esta,
Que cuando cayó la Infanta,
Fué por agua, y viene ahora.

REY.

Mejor dijeras que el alba
Vestida de resplandores,
O de rayos coronada,
Otra vez al campo sale,
Y que entre sus manos blancas
Trae congelado el rocío
Que por lágrimas derrama.

ESTELA. (*Arrodíllase.*)

Vuestra Majestad, señor,
Disculpando la ignorancia
Que me permite este traje,
Me dé sus manos.

REY.

Levanta:
No me acuse la soberbia
Que tuve un cielo á mis plantas;
Porque si á otras hermosuras
Un mundo pequeño llaman,
Tú eres un cielo pequeño.

ENRICO.

¡Qué bien la humildad ensalzas!
El cielo aumente tu vida.

REY.

(*Ap.* ¡Oh, lo que este hermano habla!)
¡Ah Ludovico! (*Háblale aparte.*)

LUDOVICO.

Señor.

REY.

No sé que siento en el alma,
Que con decirme que es mia,
Ya como ajena me trata.

LUDOVICO.

(*Ap.* ¡Ay Estela! ¿quién creyera
Que, cuando á verte llegara,
Vencieran celos de un rey
El contento que me causas?)
¿Qué sientes? (*Ap. al Rey.*)

REY.

Siento temor
Con el amor en batalla;
Y cuanto el amor me anima,
Tanto el temor me acobarda.
Estela me da contento,
Y aqueste hermano me cansa.

LUDOVICO.

Échale de aquí; que todo
Es invenciones quien ama.

REY.

Bien me aconsejas.

LUDOVICO. (*Ap.*)

¡Ay cielo!
¡Oh mal haya, amor, mal haya
El que contra sí aconseja!

ENRICO.

Su Alteza, Estela, está en casa,
Y pues ha sido ventura
Nuestra tan grande desgracia,
Aunque como en monte sea,
Ve á servirla y regalarla.—
Vuestra Majestad, señor,
Dé licencia.—Vete, hermana;
Que el agua no es menester.

REY.

Mejor será que tú vayas;
Que, aunque yo no haya caido,
Aquí es menester el agua.
El cansancio y el calor,
Pension propia de la caza,

Digitized by Google

Me tienen con sed, y quiero
Beber. Vete pues, ¿qué aguardas?

ENRICO. (*Ap.*)

Mi muerte decir pudiera;
Pues voy, por suertes contrarias,
De tu hermana enamorado,
Y celoso de mi hermana. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL REY, ESTELA, LUDOVICO.

REY.

Turbado á tu vista llego;
Que cuando amor me provoca,
Teniendo el agua en la boca,
Bebo por los ojos fuego.
Si entre sus rayos me anego,
¿Cómo en sus ondas me abraso?
De un extremo al otro paso.
¿Quién ha visto efecto igual,
Que esté en la mano el cristal,
Y esté la llama en el vaso?
Cuando el sol sobre la nieve
Su rubio esplendor desata,
Hace una nube de plata
Que del monte al valle llueve:
Uno corre, y otro bebe;
Y así, en efectos tan llanos,
De tus ojos soberanos
La luz en las manos dió,
Y ese cristal desató
De la nieve de tus manos.
Yo, á tu luz turbado y ciego,
Busco el agua; pero ya
Mal mi fuego templará,
Si está en el agua mi fuego.
Abrásome; pero luego
Que el cristal hermoso pruebo,
El agua á los ojos llevo;
Que en tan confusos enojos
Tienen sed labios y ojos.

ESTELA.

Bebed ya.

REY.

Pues ya ¿no bebo?

ESTELA.

Lisonjera, libre, ingrata,
Dulce y süave una fuente
Hace apacible corriente
De cristal y undosa plata:
Lisonjera se dilata
Porque hablaba y no sentia,
Süave, porque fingia,
Libre, porque murmuraba,
Dulce, porque lisonjeaba,
Y ingrata, porque corria.
Aquí vuestra Majestad
Podrá templar el rigor
De tanto fuego mejor,
Porque tanta claridad
Quizá ofende por verdad;
Y si este cristal deshecho
Abrasa y quema, sospecho
Que en mi pecho se ha de hallar
El hielo, para templar
El fuego de vuestro pecho.
Bebed, templad los enojos
De tan sedientos agravios.

REY.

Ya doy el agua á los labios,
Teniendo el fuego en los ojos.

ESTELA.

De tan contrarios despojos
La causa á decir me atrevo.

REY.

A la boca el agua llevo,
Y mis ojos me la dan,
Que ya con mas sed están.

ESTELA.

Bebed ya.

REY.

Pues ya ¿no bebo?
Pero este cristal pretende
Acabarme con cautela:
Si fuego, ¿cómo me hiela?
Si hielo, ¿cómo me enciende?
Si libre, ¿cómo me prende?
Si apacible, ¿cómo daña?
¿O cómo me desengaña
El agua, si es lisonjera?
¿O cómo, en pena tan fiera,
Siendo tan clara, me engaña?

ESTELA.

Clara y ardiente pretende
Experiencia tan extraña:
Como clara desengaña,
Y desengañada enciende.
Si vuestra intencion me ofende,
Dándome el cristal consejo,
En él la respuesta dejo,
Y es fuerza desengañar,
Si para hacerlo ha de estar
En mis manos un espejo.
Vuestra Majestad me dé
Licencia.

REY.

Un instante espera.—
¡Ay Ludovico! quisiera... (*Ap. á él.*)

LUDOVICO.

¿Qué quisieras?

REY.

No lo sé.
Toda mi vida pensé
Que amor, cuando á un rey se atreve,
Flechas de oro y rayos mueve;
¿Mas qué resistencia aguardo,
Si para el fuego en que ardo,
Hoy vibra rayos de nieve?
Mil cosas decir quisiera
De mi desdicha importuna,
Y apénas he dicho alguna,
Cuando vuelvo á la primera.
Mis extremos considera;
Pues cuando llego á sentir
El fuego en que he de morir,
Y le pretendo contar,
Me contento con mirar,
Y se queda sin decir.
Tú eres discreto y sabrás
La ocasion de mi cuidado;
Y al fin, desapasionado,
Mucho mejor le dirás,
Que no puedo sufrir mas
El incendio que sentí.
Dí que libre vine aquí,
Di que ya rendido lloro,
Di que su rigor adoro,
Y al fin dila que la vi. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ESTELA, LUDOVICO.

LUDOVICO.

(*Ap.* Yo le diré tus desvelos,
Y seré, mas ofendido,
El primero que haya sido
El tercero de sus celos.)
Estela, oye: el Rey (¡ah cielos!),
Como desapasionado,
Aqueste amor me ha fiado.
¡Qué mal su daño advirtió,
Si está enamorado, y yo
Celoso y enamorado!
Que te diga, me mandó,
Lo que yo mismo dijera,
Si enamorado me viera.
No tengo la culpa yo
(Pues él la ocasion me dió),
Si cuando á mirarte llego,
Me abraso en el mismo fuego:
No es nuevo el mal que resisto;
Que ya en el mundo se ha visto
Guiar un ciego á otro ciego.
Díjome que no sabia
Encarecerte su pena,
Que la diga como ajena...
Y dígola como mia.
Estela, si te queria,
Pregúntaselo á los cielos,
Testigos de mis desvelos;
Pero en confusion tan brava,
Si otro en los celos acaba,
Mi amor empieza en los celos.

ESTELA.

El Rey de una misma suerte
A tí te ha dado ocasion
Para decir tu pasion,
Y á mí para responderte.
Dile al Rey cuán mal advierte
En mi honor siempre fiel.
Ser noble no es ser cruel:
Pues dices lo que á él le obliga,
Dirásle al Rey que te diga
Lo que le respondí á él. (*Vase.*)

LUDOVICO.

¿Quién en el mundo se ha hallado,
Cuando tal rigor me ofreces,
Enamorado dos veces,
Y dos veces despreciado?
Celoso y enamorado,
Con propio y ajeno amor,
Llegué á pedirte un favor;
Si el desprecio solicitas,
Por los celos que me quitas,
Yo te perdono el rigor. (*Vase.*)

—

Monte.

ESCENA X.

UN CAZADOR, *por un lado*, Y TOSCO, *por otro.*

CAZADOR. (*Dentro.*)

¡Hola, aho, pastor!

TOSCO. (*Dentro.*)

¿A quién
Dan estas voces?

CAZADOR. (*Dentro.*)

A vos.

TOSCO. (*Dentro.*)

Yo no so hola, juro á ños,
Y avísole que habre bien.

CAZADOR. (*Dentro.*)

¡Hola! ¿Una palabra sola
A un cazador no dirás? (*Salen.*)

TOSCO.

El es el hola no mas,
Porque aquí no hay otro hola.
¿Piensa el lacayo que está
Con otro hola como él,
Que solo es su nombre aquel
De hola acá y hola acullá?
¿Que no hay de aquestos criados
(¡Mirad qué dichosa gente!)
Quien muera sópitamente,
Pues todos mueren oleados?
No debe de habrar conmigo.

CAZADOR.

Dime el camino en que estoy;
Que ni sé por dónde voy,
Ni sé la senda que sigo.
Corriendo el monte venia

Digitized by Google

Con otros monteros yo,
Y en el monte me cogió
El crepúsculo del dia.

TOSCO.

¡Lleve Barrabas el nombre!
¿El qué le cogió, señor?

CAZADOR.

El crepúsculo.

TOSCO.

¿Es traidor,
O es encantado ese hombre?
¿Y cómo le cogió? ¡Hay tal!
¿Aquesto en el monte habia?
¿Crepúsculo tiene el dia?
—Y diga, ¿no le hizo mal?

CAZADOR.

(*Ap.* El villano se ha creido
Que es alguno que hace daño,
Y ha de quedar con su engaño.)
En fin, hasta aquí he venido,
Huyendo de aquese hombre.

TOSCO.

Diga, ¿los hechos son buenos
De aquese? Que por lo ménos
Tiene peligroso nombre.

CAZADOR.

(*Ap.* Con esto engañarle puedo,
Pues con esta industria mia,
Lo que no la cortesía,
Habrá de obligarle el miedo.)
Un hombre se traga entero,
Y si está con hambre, dos
Juntos.

TOSCO.

¡Oh huego de Dios!
¿Tan huerte tiene el guarguero?
Yo lè llevaré, par diez,
Hasta el castillo; que allí
El Rey está (¡pese á mí!
¿Dos se zampa de un vez?),
Que esta noche se ha quedado
En Salveric, como digo.—
Yo apostaré que conmigo
No tiene para un bocado.
—Yo vine por leña, y vo
Sin ella: hablalle no puedo.

CAZADOR. (*Ap.*)

El va temblando de miedo.

TOSCO.

Si él me agarra, muerto so. (*Vanse.*)

—

Sala del castillo.

ESCENA XI.

TEOBALDO, LA INFANTA.

TEOBALDO.

No salga vuestra Alteza;
Que un bárbaro accidente,
Descortes, no consiente
Respeto á la belleza,
Cuando en muertos colores
Halló el campo la vida de las flores.

INFANTA.

El riesgo mas que el daño
Amenazó mi vida,
Y al peligro rendida
Temí el rigor extraño.
Ya estoy mas descansada.
Menós mortal... (*Ap.* Y mas enamorada.)

TEOBALDO.

Descanse vuestra Alteza.

INFANTA.

(*Ap.* Pero ¿qué es lo que veo?
Llevóme mi deseo.
Otra al caer tropieza;
Pero al reves ha sido,
Yo tropecé despues de haber caido.)
Muy bien podré ir en coche.

TEOBALDO.

Porque tu Alteza pueda
Descansar, aquí queda
El Rey aquesta noche.

INFANTA.

Debo á Enrico la vida.
(*Ap.* Enamorada estoy y agradecida.)

TEOBALDO. (*Ap.*)

¡Oh quién fuera el dichoso
Que la vida te diera!
¡Oh quién Enrico fuera!
¡Mil veces venturoso,
Quien, por extraños modos,
Hoy da la vida á quien la quita á todos!

ESCENA XII.

EL REY, EL CONDE, LUDOVICO, ENRICO, ACOMPAÑAMIENTO. — TEOBALDO, LA INFANTA.

CONDE.

De la suerte que sale
El sol resplandeciente,
Que con su luz ardiente
No hay cosa que no iguale,
Cuando con rayos baña
Ya el techo, ya la rústica cabaña:
Así, noble Rey mio,
Alégrese esta casa
Que á serlo del sol pasa,
De cuya luz confio,
Que será en este dia (*Arrodíllase.*)
Por tuya celestial, noble por mia.

REY.

Alzad, Conde, del suelo:
Dadme, dadme los brazos.

CONDE.

Será, con tales lazos,
Poco llegar al cielo.

REY.

Mirad que, porque tardan,
Envidiosos los mios los aguardan.

CONDE.

De tu padre heredaste
Honrar la humildad mia.
¡Cuántas veces solia
El Rey, mi señor...!

REY.

Baste;
Que, como los blasones,
Heredé de mi padre obligaciones.
Ya sois de mi consejo
De Estado.

CONDE.

Señor, mira...

REY.

Vuestra razon me admira.

CONDE.

Que estoy cansado y viejo.

REY.

Conde, yo sé que tengo
Necesidad de vos.

CONDE.

Ya no prevengo
Disculpa, aunque pudiera.
Que suplas, te suplico,
Esta ignorancia.

REY.

Enrico,
Agradecer quisiera
De la Infanta la vida.

ENRICO.

Con dársela ha quedado agradecida,
Y no hay en mi cuidado
Cosa que satisfaga;
Solo quiero por paga
El habérsela dado,
Y de nuevo la mia;
Que el monte no gastó la cortesía.

REY.

Galan andais, Enrico;
Y aunque en esto no os pago,
De mi cámara os hago...

ENRICO.

Ya los labios aplico
A la tierra que doras.

REY.

Porque entreis donde estoy á todas horas.
La Infanta hará mercedes
A Estela de su mano...

CONDE.

Tantos honores gano,
Que ya á Alejandro excedes.

REY. (*Ap.*)

Pues en un mismo dia
Su vida halló donde perdí la mia.

INFANTA.

¿Qué merced hacer puedo
A Estela, ó qué favores,
Si ya con los mayores
Corta y corrida quedo?
Por la de Enrico beso
Tus piés.

ENRICO. (*Ap.*)

¡Amor, yo he de perder el seso!
No te despeñes, tente.
¿Hasta dónde has llegado?
No mueras abrasado,
Pues solo es bien que intente
Estar viendo y amando,
Vivir muriendo, por morir callando.

REY. (*Ap. á él.*)

Hoy, Ludovico, muero
Amante desdichado:
Amé desesperado,
Y amando desespero.
En fin, ¿qué te responde?

LUDOVICO.

Al honor, mas que al gusto, corresponde.

REY.

Esta noche he quedado
Aquí, por ver si puedo,
Atropellando el miedo,
Ciego y desesperado
Entrar donde está Estela.

LUDOVICO.

Haces bien, que el amor todo es cautela.

REY.

Por esto, sin que haya
Razon de haberle honrado,
Hoy al Conde he obligado
A que á la corte vaya.

LUDOVICO.

(*Ap.* ¡Cuántas honras hay dadas,
Que van con sus infamias disfrazadas!)
La industria solo ha sido
Hija de la fortuna.
(*Ap.* Ya no espero ninguna.)

Digitized by Google

CONDE. (*Al Rey.*)

Como no prevenido,
Hoy á tener disponte
Cama de campo, y cena como en monte.

REY.

A aqueso solo vengo;
Que si gustos quisiera,
En palacio estuviera.
Ya, Conde, me prevengo...
(*Ap.* A penas y desvelos.)

ENRICO. (*Ap.*)

Y yo muero de amor, rabio de celos.
(*Vanse todos, y queda sola la Infanta.*)

ESCENA XIII.

LA INFANTA.

Determinad, pensamiento,
Si tan confuso rigor
Ha nacido del amor
O del agradecimiento.
Con dos afectos me siento
A una inclinacion rendida:
Si Enrico me dió la vida,
Si ver á Enrico me agrada,
¿Es estar enamorada,
O es estar agradecida?
Quisiera darle un favor
Que al darme vida excediera,
Porque de mi pecho fuera
La satisfaccion mayor:
En pagándole el valor,
No estuviera tan rendida;
Mi voluntad es fingida,
Satisfacer no es amar:
Luego tanto desear
Es estar agradecida.
Pero aunque no me ofreciera
Vida, pienso, y con razon,
Que lo que es obligacion,
Voluntad entónces fuera.
Determinarme quisiera:
Yo estoy á Enrico inclinada,
Mas rendida que obligada,
Amar no es satisfacer:
Luego tanto padecer
Es estar enamorada.
Anímame un noble intento,
Acobárdame un temor.
Alma, ¿qué es aquesto? Amor.
¿Y aquello? Agradecimiento.
Defenderme en vano intento;
Deseo, ya estoy vencida;
Respeto, ya estoy rendida:
Luego estar tan obligada
Es estar enamorada
Y es estar agradecida.

ESCENA XIV.

ENRICO.—LA INFANTA.

ENRICO.

(*Ap.* ¡Qué bien la gentilidad
Llamaba dios al amor,
Pues el mas humilde honor
Iguala á la majestad!
¿Para cuándo es la lealtad,
Sino cuando es menester
Saberse un hombre vencer?
Yo moriré sin hablar.
¿Mas cómo podrá callar
Quien habla solo con ver?
¡Ay Flérida! ¿no tuviera
Yo tan venturosa suerte,
Que dándome á mí la muerte,
A tí la vida te diera?
Dichoso mil veces fuera;
Pero mi felice estrella
Me ofrece gloria tan bella;
Porque es muy cierto (¡ay de mí!)
Que yo la ocasion perdí,
Pues yo me quedé sin ella.
A su presencia he llegado,
Y como el alma la vió,
Para hablar se me olvidó
Cuanto tuve imaginado.)
En este cuarto ha mandado
Su Majestad que tu Alteza
Esté. (*Ap.* ¡Qué rara belleza!
Ojos, lengua, deteneos:
Basta la ocasion, deseos;
Que hay lealtad donde hay nobleza.)

INFANTA.

(*Ap.* Disimular me conviene.
Sin mirarle le hablaré;
Porque de los ojos sé
El daño que al alma viene.)
Grande es y capaz, y tiene
Majestad que al sol admira.
(*Ap.* Cobarde el alma suspira.)

ENRICO. (*Ap.*)

¡Mal mi deseo se entabla!

INFANTA. (*Ap.*)

¡Ay cielos! aun no me habla.

ENRICO. (*Ap.*)

¡Ay cielos! aun no me mira.

INFANTA. (*Ap.*)

Quiero apurar el temor,
Haciendo á los celos jueces;
Que son los ojos á veces
Intérpretes del amor.

ENRICO. (*Ap.*)

Ya va faltando el valor.

INFANTA.

¿Adónde Teobaldo está?

ENRICO.

(*Ap.* Faltó el sufrimiento ya.)
Con el Rey quedó. (*Ap.* ¡Cruel hado!
Callar pude enamorado;
Mas celoso, ¿quién podrá?)
Eternos años aumente
El cielo la sucesion
De tan generosa union.
(*Ap.* No la pesa.)

INFANTA. (*Ap.*)

No lo siente.

ENRICO.

De un siglo á otro siglo cuente,
Pues el cielo la previene,
Aquesta gloria que tiene
Por suya Teobaldo. (*Ap.* ¡Ay cielos!
No estima quien me da celos.)

INFANTA.

(*Ap.* No ama quien celos no tiene.)
Enrico, Enrico, no dés
(*Ap.* Declarándome voy mucho.)
Parabien...

ENRICO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho?

INFANTA.

A quien casada no ves.

ENRICO.

Mas que en tu vida lo estés,
Si no ha de ser con tu gusto.
(*Ap.* ¿Qué es esto, tormento injusto?)

INFANTA.

Basta, Enrico, bien está;
Que con mi gusto será,
Pues sabes que deso gusto.

ENRICO.

Si del parabien te ofendes,
Yo lo que todos publico.

INFANTA. (*Ap.*)

¡Qué mal me entiendes, Enrico!

ENRICO. (*Ap.*)

Flérida, ¡qué mal me entiendes!

INFANTA.

¿Darme parabien pretendes?
Pésame fuera mejor.

ENRICO.

Declárate.

INFANTA.

Tengo honor.

ENRICO.

Habla.

INFANTA.

Prometí secreto.

ENRICO. (*Ap.*)

¡Mal haya tanto respeto!

INFANTA. (*Ap.*)

¡Mal haya tanto valor! (*Vanse.*)

—

Habitacion de Estela en el castillo.

ESCENA XV.

ESTELA; TOSCO, *con luz.*

ESTELA

¿Cerraste la puerta?

TOSCO.

Sí,
Con dos trancas la cerré.

ESTELA.

Ten cuenta della.

TOSCO.

Sí haré.

ESTELA.

Y pon esa luz aquí.

TOSCO.

Mándasme que della tenga
Cuenta: á mi cargo lo tomo
El cerrar la puerta, como
El crepúsculo no venga.

ESTELA.

Antes que venga te irás.

TOSCO.

¿Antes que venga me he de ir?
(*Ap.* El sin duda ha de venir:
¿Qué tengo que saber mas?)

ESTELA. (*Ap.*)

Alerta está el enemigo:
Honor, velar me conviene.

TOSCO. (*Ap.*)

Yo apostaré que si viene,
Topa primero conmigo.

ESTELA. (*Ap.*)

Entremos en cuenta, honor:
¿Cómo podré defenderme?

TOSCO. (*Ap.*)

No es lo peor el comerme;
El mascarme es lo peor.

ESTELA. (*Ap.*)

El poder de un rey es rayo
Que lo mas alto abrasó.

TOSCO. (*Ap.*)

Si aquesto supiera yo,
Me pusiera el otro sayo...

Digitized by Google

ESTELA. (*Ap.*)
La industria esta vez me valga,
Pues no hay resistencia ya.

TOSCO. (*Ap.*)
Que este es el nuevo, y saldrá
Muy manchado cuando salga.

ESTELA. (*Ap.*)
Diréle que he de pagar
Lo que á mi mismo honor debo.

TOSCO. (*Ap.*)
Diré que es el sayo nuevo,
Que me deje desnudar.

ESTELA. (*Ap.*)
Si en su apetito se ciega,
Me daré muerte.

TOSCO. (*Ap.*)
No hay mas:
Seré un segundo Juan Bras [1]
Del viento de la Gallega.
Pero mejor será ir
Donde no me halle jamas.

ESTELA.
Pues, Tosco, ¿dónde te vas?

TOSCO.
Tengo un poco que dormir:
Duerme tú, por vida mia.

ESTELA.
Yo no dormiré, ¡ay de mí!
Porque me ha de hallar así
El crepúsculo del dia.

TOSCO.
¡Pésete quien me parió!
¿Qué es lo que dices, señora?
¿Con eso sales ahora?
(*Ap.* No en vano le temo yo.)

ESTELA.
Soy de mi honor centinela,
Y á no dormirme hoy me obligo;
Que está cerca el enemigo,
Y importa pasarla en vela.
(*Llaman á la puerta.*)

TOSCO.
A la puerta siento ruido.

ESTELA.
No abras sin saber á quién.

TOSCO. (*Ap.*)
El crepúsculo es sin duda.

ESTELA.
Enrico debe de ser.
(*Vuelven á llamar.*)

TOSCO.
Otra vez vuelve á llamar.

ESTELA.
Abre la puerta.

TOSCO.
Voy pues. (*Va.*)
(*Ap.* Pero si este es el ladron,
Y me zampa, ¿qué he de her?
Porque hoy so Tosco, y mañana
Dios sabe lo que seré.)

ESCENA XVI.

EL REY Y LUDOVICO, *embozados.*— ESTELA, TOSCO.

TOSCO.
¡Señora! Estela! Señora!
El es, y tan descortes,
Que se ha entrado sin licencia.

[1] Tosco probablemente queria decir:
Seré un segundo Jonas
Del vientre de la ballena.

LUDOVICO.
(*Ap.* ¡Qué atrevido es el poder!
Ni pone límite al miedo,
Ni guarda al respeto ley.)
Aquí está Estela. (*Al Rey.*)

ESTELA.
¡Ay de mí!
¿Qué es lo que miro? ¿Quién es
Quien desta suerte se atreve...?—
Hombre, ¿quién eres?

REY.
El Rey.

ESTELA.
¡Qué mal hice en preguntarlo!
Que, si no fueras tú, ¿quién
Tuviera este atrevimiento?

REY.
Óyeme, Estela.

ESTELA.
Deten
El paso, y mira que ofendes
El vasallo mas fiel,
El honor mas invencible
Y la mas constante fe.

TOSCO. (*Ap.*)
Acercándose va á ella:
El la zampa desta vez,
Antes de haberme comido.
Pienso que no buelo bien.
¿Por dónde podré escaparme,
Miéntras la come? pues sé
Que en mí, por diferenciar,
Hará lo mismo despues. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

EL REY, ESTELA, LUDOVICO.

REY.
Estela, nunca he querido
Con imperios ofender
De tu hermosura el respeto,
De quien hago al cielo juez.
Obligarte y persuadirte
Siempre mi deseo fué,
Mas amante con finezas,
Que tirano con poder.
De amor es mi atrevimiento;
Que mas atrevido es
Un humilde enamorado,
Que no poderoso un rey.
Y porque veas que soy
(Pues todo lo vengo á ser)
Como señor generoso,
Y como galan cortés,
Dispon de todos mis reinos;
Que solamente ha de ser
El poder para servirte:
Usa generosa dél.
El cetro y corona de oro,
Que con bello rosicler
Ciñe mis dichosas sienes
En el supremo dosel,
Y cuando en campaña armado
Envidia del sol tal vez
Es marcial cetro un baston,
Rica corona un laurel,
Todo á tus piés lo consagro.
Y porque veas tambien
Que soy Rey y soy amante,
Mírame humilde á tus piés.

LUDOVICO. (*Ap.*)
Temiendo estoy y dudando.
¿Quién ha padecido, quién,
Mayor tormento de celos?
¿O quién ha llegado á ver
Mas claramente su engaño?
Hablando, hablando está el Rey,
Y ella oyéndolo. ¡Ay de mí!
Amor, no considereis
Que es, si quereis que yo viva,
El señor y ella mujer.

ESTELA.
Señor, vuestra Majestad
Mire quien soy y quién es;
Pues lo que por sí se debe,
Me debe por mí tambien.
No se atreva poderoso;
Que si en un vasallo fiel
No hay contra el poder espada,
Hay honor contra el poder.

LUDOVICO.
(*Ap.* Dejadme, celos, un rato,
No apreteis tanto el cordel;
Que en el tormento de amor
Confieso que quiero bien.
¡Quién supiera lo que dicen!
¡Qué amigos son de saber
Los celos! No puedo mas.)
¡Señor!

REY.
¿Qué quieres?

LUDOVICO.
(*Ap.* No sé.)
¿Cómo Estela te responde? (*Al Rey.*)

REY.
¿No lo supieras despues?
Con desprecio á mis regalos,
A mis ruegos con desden,
Con rigor á mis amores,
Con honor á mi poder.

LUDOVICO.
(*Ap.* ¡Buenas nuevas te dé Dios.)
¿Eso responde? ¿Quién crê (*Al Rey.*)
Tal rigor... (*Ap.* Ni tal ventura?)
Vuelve á hablarla. (*Ap.* Y volveré,
Aunque mas desesperado,
A sufrir y padecer.)

REY.
Estela.

ESTELA.
Señor, advierte
Que soy...

REY.
Estela, mi bien,
Quien me da la muerte, y puede
Darme la vida. ¿Por qué
A un rey desprecias, que humilde
Te adora?

ESTELA.
(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué haré?)
Porque al mas leal vasallo
Ofendes, que tuvo rey.

REY.
No tiene término amor.

ESTELA.
Ni el honor tiene interes.

LUDOVICO.
(*Ap.* ¡Qué mal sosiega un celoso!
¿Quién vió encontrados el ver
Y el oir en un sugeto?
Y pues que los ojos ven
Su agravio, supla el oido
Su pesar con su placer.)
Señor, ¿cómo va? (*Al Rey.*)

REY.
Muy mal.

LUDOVICO. (*Ap.*)
Mejor dijeras muy bien.

REY.
Nunca ha sido mas ingrata.

Digitized by Google

LUDOVICO. (*Ap.*)

Nunca mas hermosa fué.

REY.

Porque no preguntes mas,
Mas ingrata y mas cruel,
Dice que aunque su rey soy,
En honor no hay interes.

LUDOVICO.

(*Ap.* Eso sí, partid, oidos,
Con los ojos este bien,
Y disimulad, amor.
¡Hay mas constante mujer!)
No la obligues ya con ruegos: (*Al Rey.*)
Mézclale el decir y hacer,
Pon desprecio en los favores,
Y enfádate.

REY.

(*Ap. á Ludovico.* Dices bien;
Pero en mirando sus ojos,
No sé cómo puede ser.)
Mira, Estela, ya faltó
El sufrimiento, porqué
Un poderoso ofendido
Es ira, si favor fué. —
Cierra, Ludovico, luego
Esa puerta.

LUDOVICO. (*Ap.*)

Y cerraré
Los ojos á mis desdichas.

ESTELA.

(*Ap.* ¡Piadosos cielos! ¿qué haré?
Si doy voces y despiertan
A Enrico, será poner
En contingencia su vida.
Venza la industria al poder.)
¡Qué presto, señor, te ofendes
De la esperanza! ¡Qué bien
Sufrieras, amante firme,
Las dilaciones de un mes!
Presto del honor te ofendes.
Todos los hombres quereis
Fáciles mujeres ántes,
Pero Lucrecias despues.
Obligarte con honor
Siempre mi deseo fué;
Pero si fácil te obligo,
Espérame aquí: veré
Qué gente hay en esta sala,
Para que tú entres despues
Adonde mi amor te espera.

REY.

Aquí espero, porque dé
Esta breve dilacion
Por pension á tanto bien. (*Vase Estela.*)
¡Ah Ludovico!

LUDOVICO.

Señor,
¿Qué hay de nuevo?

REY.

Que llegue,
Vi y vencí. Ya Estela hermosa
Se ha declarado.

LUDOVICO. (*Ap.*)

¡Ah cruel!

REY.

Por no disgustarme fácil,
Todo su desprecio fué;
Pero ya me espera.

LUDOVICO. (*Ap.*)

¡Ay cielos!
Mas ¿qué me espanto? Es mujer.
(*Golpes dentro.*)

REY.

¿Cerraron la puerta?

LUDOVICO.

Sí.

ESTELA. (*Dentro.*)

¡Eduardo!

REY.

Llegaré
A ver quien me llama.

ESTELA.

Entra.

REY.

Está cerrado.

ESTELA.

Esta es
La industria contra la fuerza,
Y el honor contra el poder.

REY.

Vengóse de mi porfía.
Hoy con mis ojos pondré
Fuego al castillo.

LUDOVICO.

(*Ap.* Volvió
El alma á su propio sér.)
Sosiégate.

REY.

¿Cómo puedo?
¿De qué me sirve el ser rey,
Si hay contra la fuerza industria,
Y hay honor contra el poder?

JORNADA SEGUNDA.

Sala en el palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LUDOVICO, TEOBALDO, ENRICO.

TEOBALDO.

La esperanza en el amor
Es un dorado veneno,
Puñal de hermosuras lleno,
Que hiere y mata en rigor:
Es en los dulces engaños
Edad de las fantasías,
Donde son las horas dias,
Donde son los meses años;
Un martirio del deseo,
Y una imaginada gloria,
Verdugo de la memoria.

REY.

Basta, Teobaldo: yo creo
Que es, amando, la esperanza
Luz que de noche se ofrece,
Que desde léjos parece
Que á cada paso se alcanza;
Cuando engañado de vella
Aquel que la va buscando,
Piensa que él se va ausentando,
O que se va huyendo ella.

TEOBALDO.

Pues siendo así que el que espera
Muere en el mismo favor,
Como tú sabes mejor...

REY.

¡Pluguiera á Dios no supiera!

TEOBALDO.

Mira el tiempo que he vivido
Del pensamiento engañado,
De mil deseos burlado,
Y en mi amor desvanecido.
Llamado desta esperanza,
Vine, señor, desde Hungría,
Por ver si la suerte mia
Tan grande ventura alcanza.
Tú despues me has ofrecido
Efectuar el concierto,
Y de la esperanza muerto,
Con la esperanza he vivido.
No es bien que mas tiempo aguarde,
Ni de esperar me entretenga;
Que el bien, por presto que venga,
No dejará de ser tarde.

REY.

Que yo he tratado, es verdad,
Este casamiento justo,
Y yo te ofrecí mi gusto,
Pero no su voluntad.
A la Infanta dije yo
Mi intencion, y en ella vi,
Ni bien concedido el sí,
Ni bien declarado el no.
Desta manera han pasado
Muchos dias, y te dan,
Con favores de galan,
Licencias de desposado.
Hoy quiero verla y hablarla,
Y aunque su obediencia sé,
Aconsejarla podré;
Pero no podré forzarla.

TEOBALDO.

Pues si tú has de hablarla, es vano
El favor que me prometo;
Pues te ha de tener respeto
Por su Rey y por su hermano;
Y aunque tenga voluntad,
Ha de negártela á tí;
Que fuera el decirte sí,
Al parecer, libertad.
Que la hable, te suplico,
De mi parte y con tu intento,
Quien sepa mi pensamiento.

REY.

Presente está Ludovico
Y Enrico; en los dos advierte
Quién puede hablarla mejor.

TEOBALDO.

Uno de los dos, señor.

LUDOVICO. (*Al Rey.*)

Su Alteza ha venido á verte.

REY.

Pues quédese así; y despues
Se verá mejor.

ENRICO. (*Ap.*)

¡Ay cielos,
¡Tan adelantados celos!
¡Qué cierto mi daño es!

ESCENA II.

LA INFANTA. — DICHOS.

INFANTA.

Oí decir que no tenia
Salud vuestra Majestad,
Y vine á verle.

REY.

Es verdad:
Una gran melancolía
Me aflige.

INFANTA.

¡Qué injusta ley!
¿En qué la pena consiste?
¿De que un rey puede estar triste?

REY.

¿No es hombre tambien el Rey?
¡Ay, hermana, si quisieras,
Cuando en tus manos me ofrezco,
Templar el mal que padezco,
Qué fácilmente pudieras!

Digitized by Google

INFANTA.

¿Pues eso dudas, señor?
Si importa á tu bien mi vida,
Mírala á tus piés rendida.

REY.

Retiraos todos: mejor
Se remedia mi mortal
Pena. (*Retíranse los caballeros.*)

INFANTA.

Contarla procura;
Que ningun médico cura,
Sin informarse del mal.

REY.

Ya sabes, Flérida bella,
Que á caza al monte salí
El dia que, despeñada,
Para todos fué infeliz.
Donde tú hallaste la vida,
Yo la libertad perdí;
Y mil veces la perdiera,
Si la rescatara mil.
Si pretendiera pintarte
Lo que en el monte advertí,
Fuera contar las estrellas
En el celestial zafir.
No dieran á su hermosura
Varias colores matiz,
A tantas orejas tabla,
Ni lengua pincel sutil.
No hubiera en el campo flores,
Porque el clavel su carmin
Oscureciera en sus labios,
Bello engaste de marfil.
Quien pintar quiera su aliento,
Le pintará en el jazmin;
Azucenas de cinco hojas
Eran sus manos. Yo al fin
Vi al alba hermosa, vi al sol...
¿Pero qué mucho, si vi,
(¡Ay hermana!) si vi á Estela,
Condesa de Salveric?
Por deidad de aquestos montes
La veneré, y la ofrecí
El alma por sacrificio,
Que amor hasta hoy es gentil.
Llegué á hablarla, tan turbado,
Que yo pude presumir
Que era mudo, y que los ojos
Sin duda hablaron por mí.
Pero no los entendió;
Que su lenguaje sutil
No le sabe, hermana, hablar
Quien no le sabe sentir.
A su padre y á su hermano
Cargos y oficios les di,
Porque á la corte vinieran;
Mas poco importa el venir,
Pues despues que en ella vive,
Mas cruel, sin advertir
En mi poder, me desprecia,
Tiranamente feliz.
En su cuarto entré de noche,
Sin temer, sin advertir
Ni rigor ni honor; mas fué
Mi atrevimiento infeliz.
No tengo lugar de hablarla;
Y pues hoy ha de venir
A verte, dile las penas
Que por su causa sentí;
Que yo turbado y rendido
Solo te sabré decir
Que al principio de mi amor,
Estoy de mi vida al fin.

INFANTA.

Agradecida te escucho,
Y pues te fías de mí,
Aunque ignorante de amor,
En él te quiero servir.
Dando tu tristeza causa,
Baja esta tarde al jardin,
Y escóndete entre la fuente
De Vénus, donde el buril
Quiso, dando al mármol alma,
Los primores descubrir;
Y escondido en la belleza
De la pared del jazmin,
Al descuido con Estela
Pasaré yo por allí,
Y la dejaré en la fuente.
Tú entónces podrás salir,
Y hablarla; que, si te oye,
Tendrá lástima de tí;
Porque á lágrimas de amor,
¿Quién se podrá resistir?

REY.

¡Qué divino entendimiento
Iguala al tuyo sútil?
Déjame besar tus manos.
Tuyo he de ser: hoy por ti
Vivo, tú me das la vida.
Quédate, Flérida, aquí,
Miéntras á la fuente voy;
No demos que presumir
A su hermano. (*Ap.* Si hoy me vengo,
Poco importa prevenir
La industria contra la fuerza:
Tambien hay industria en mí;
Porque si contra el honor
No hay poder, industria sí.)
(*Vanse el Rey y Ludovico.*)

ESCENA III.

LA INFANTA, TEOBALDO, ENRICO.

TEOBALDO.

Hoy, Flérida, si pudiera
Hacer lengua el corazon,
Mejor mi pena dijera,
Si ya sus alas no son
A tantos rayos de cera;
Que si al mismo sol te igualas,
Casta Vénus, bella Pálas,
De esperanza y favor falto,
Quien ha de volar tan alto,
Forzoso es prevenir alas.
En mí un esclavo teneis,
De quien servida seréis,
Si yo os merezco.

INFANTA.

Mirad
Que se va su Majestad.

TEOBALDO.

¿Y aqueso me respondeis?
Pero no ha sido en mi daño
El fin de tan dulce engaño.
Tu desprecio no es rigor;
Que ya merece un favor
Quien alcanza un desengaño. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA INFANTA, ENRICO.

INFANTA. (*Ap.*)

Remedio me pide á mí
Mi hermano, y yo le doy medio
A sus desdichas aquí;
Que es muy propio el dar remedio
Quien no le halla para sí.
Aquí Enrico se ha quedado:
¡Quién pudiera hablarle, quién
Manifestarle un cuidado,
Y revelarle tambien
Celos que á mi amor ha dado!

ENRICO. (*Ap.*)

¡Qué miro! Ya el Rey se ha ido,
Y yo en mis dulces antojos
He quedado divertido;
Que puesta el alma en los ojos,
Son imanes del sentido.
Mal hago en quedarme así,
Pues no es razon que se sientan
Mis deseos (¡ay de mí!);
Mas ellos de mí se ausentan,
Y ellos me tienen aquí.
Amor, ¡tanto os atreveis!
Desta suerte os venceréis.
(*Hace que se va.*)

INFANTA.

Espera, Enrico.

ENRICO.

Mirad
Que se va su Majestad.

INFANTA.

¿Y aqueso me respondeis?

ENRICO.

Yo, señora, he respondido
Lo que...

INFANTA.

Ya tengo entendido.

ENRICO.

(*Ap.* No tengo esperanza ya.)
Voyme, porque el Rey se va.

INFANTA.

No se va, que ya se ha ido.
Y supuesto que llegais
Ahora á buena ocasion,
Quiero que me deshagais,
Enrico, una confusion
Que á todo palacio dais.
Mis damas han reparado
En que sois siempre el primero,
Que con mas firme cuidado
Os mostrais en el terrero
Mas galan y enamorado.
Siempre divertido os ven,
Y en las acciones mostrais
Efectos de querer bien;
Y como no os declarais,
Desean saber á quién.
No se os conocen colores,
Nunca pretendeis lugar,
Siempre publicais rigores,
Solo salís á danzar,
A nadie pedís favores.
Todas quisieran que fuera
Quien el secreto supiera
Bien podeis decirme quién;
Que si yo quisiera bien,
Desta suerte lo dijera.

ENRICO.

Al sol, con vanos antojos
Y con arrogancia loca,
Ofrecí el alma en despojos;
Que no negará la boca
Lo que confiesan los ojos.
Ambicioso de mi bien,
Hasta el cielo me atreví.
Verdad es que quiero bien;
¿Pero qué fuera de mí,
Si tú supieras á quién?
No lo diré; que si fuera
Posible que el mundo hallara
Otro yo, no lo dijera;
Que aun á mí me lo negara,
Porque yo no lo supiera.
El que satisfecho adora,
Contando su mal mejora,
Porque algun placer alcanza;
Quien quiere sin esperanza,
Presto el desengaño llora.
Si yo te quisiera á tí,
(Pongo el caso) y lo dijera,
¿No te ofendieras de mí,

Digitized by Google

Y en aquel punto perdiera
Lo que estoy gozando aquí?
Pues no he de buscar mi daño,
Sino vivir con mi engaño:
Yo he de morir y callar,
Porque mas quiero esperar
La muerte, que un desengaño.
Callando el alma, procura
Una gloria tan segura;
Pero ahora solo siento
Mi pequeño atrevimiento,
No mi pequeña ventura.
Pues si yo dijera aquí
Esta desdicha importuna,
Dos culpas hubiera en mí:
El decirlo fuera una,
Y otra el decírtelo á tí.
Pues cuando supiera ella
Tanto querer, tanto amar,
Siendo tercera tan bella,
Pienso que fuera á buscar
Con todo el sol una estrella.

INFANTA.

Mal á estos tiempos conviene
Vuestro amoroso rigor,
Pues el galan que á ellos viene,
No solo dice su amor,
Pero dice el que no tiene.
No digo que os declareis,
Pero que no la negueis,
Si es la dama que sospecho.

ENRICO.

Yo lo diré, satisfecho
De que no la nombraréis.

INFANTA.

¿Es Belisarda?

ENRICO.

No es ella,
Ni de sus luces centella.

INFANTA.

¿Y Celia?

ENRICO.

Es mas su hermosura.

INFANTA.

¿Es Jacinta por ventura?

ENRICO.

Es mas discreta y mas bella.

INFANTA.

¿Es Flora, ó Laura?

ENRICO.

¡Por Dios!
No es ninguna de las dos.

INFANTA.

¿Es Arminda?

ENRICO.

No os canseis;
Porque no la nombrareis,
Si no es que os nombreis á vos;
Que entónces, aunque seria,
Tan grande mi atrevimiento,
Presumo que él se diria,
Y no por el sentimiento,
Sino por la cortesía.

INFANTA.

Yo quiero hacer un favor
A quien tan bien sabe amar:
Tomad, Enrico, esta flor;
Con ella habeis de enseñar
A quien teneis tanto amor.
Con aquesta seña bella
Vuestro dueño me diréis;
Porque en quien llegare á vella,
Es señal que la quereis.

ENRICO.

Pues vos os quedad con ella;
Que si tanta gloria gano,
Y aquesta rosa me obliga
Para que mi dueño diga,
Muy bien está en vuestra mano.
No la quiero, por huir
La ocasion que viene á vella;
En vuestra mano ha de ir;
Que si ha de volver á ella,
Mejor será no salir;
Porque si yo os la volviera
Despues de haberla tomado,
Grande atrevimiento fuera;
Pues con habérosla dado,
Quién es mi dueño dijera.
Si tan desdichado soy,
Que de aquesto os ofendeis,
Disculpado en todo estoy,
Pues vos la rosa teneis,
Que yo mismo no os la doy.

INFANTA.

Tomad la rosa, por ver
A quién la vais á ofrecer.

ENRICO.

Pues vos no os habeis de ir,
Que ya lo quiero decir.

INFANTA.

Ya no lo quiero saber. (*Vase.*)

ESCENA V.

ENRICO.

Oye, Flérida.—Ya es ida,
Ya me determiné tarde:
La ocasion perdí y la vida.
Mas ¡qué propio es del cobarde
Llorar la ocasion perdida!
Si en ventura tan segura
El tiempo y lugar me sobran,
Y los pierdo, ¿qué procura
Mi amor, si nunca se cobran
Tiempo, lugar y ventura?
¿No estaba Flérida aquí?
¿Y ella no me preguntó
A quién adoraba? Sí.
¿Pues de qué me quejo yo,
Si yo la ocasion perdí?
Ninguno tan necio ha sido,
Que, para haberla perdido,
La ocasion ha procurado;
Que para haberla gozado,
Muchos hay que la han tenido.
Vuelve, Flérida, y sabrás
De mi amor las penas fieras;
Mas dígolas si te vas,
Y pienso que si volvieras,
No acertara á decir mas.
Mira lo que me has debido:
Yo solo amando he callado,
Yo solo amando he sufrido;
Que amar, muchos han amado,
Pero pocos han sabido.
Toma tú la rosa bella,
Que en tus manos está bien;
Vuelva á tu cielo esta estrella:
Tú eres á quien quiero bien,
Pues mi amor digo con ella.
Mas ¿qué es esto? ¡hay tal locura!
¿Mis penas la digo, cuando
No las oye su hermosura?
Muera quien no sabe amando
Gozar de la coyuntura. (*Vase.*)

—

Jardin del palacio.

ESCENA VI.

ENRICO; TOSCO, *en traje de lacayo ridículo.*

TOSCO.

(*Ap.* ¿No es Enrico aquel que está
Habrando consigo? Sí.)
¡Señor!

ENRICO.

¿Cómo entraste aquí?

TOSCO.

Todos estamos acá,
Por Dios: hasta acá me he entrado
A pesar de los porteros,
De las bardas y albarderos.

ENRICO.

¿Y hasta el jardin has llegado?
¿Pues qué tengo de decir,
Si te ven adonde estás?

TOSCO.

¿Pueden obligarme á mas
De á que me vuelva á salir?
Pasé por los aposentos,
Que estaban todos vestidos,
Tan galanes, tan polidos,
Que el verlos daba contentos,
Y de imaginarlo alegra.

ENRICO.

Salte del jardin, acaba.

TOSCO.

En uno vi un reis que estaba
Habrando con una negra;
Que uno que á la puerta está,
Dijo: «Estos tapices son
La historia del rey Salmon,
Y la reina que se va.»

ENRICO.

Sabá y Salomon.

TOSCO.

«No es justo
Tener tal conversacion,
Dije, y el reis Salmeron
Tiene muy bellaco gusto»

ENRICO.

¿Hay ignorancia mayor?

TOSCO.

Mire: estaba el Rey sentado,
Y vestida de brocado
Toda la reina, señor.
Y cuando á mirar me pongo
Un rey de aquella manera,
Le pregunté que si era
Aquel rey de Monicongo.
El dijo: «Rey es tambien;»
Aunque al reves lo decia
Del fin del Ave María.

ENRICO.

¿Cómo?

TOSCO.

De Jesus, amen.

ENRICO.

De Jerusalen dirás.

TOSCO.

¡Bueno es aqueso, par diez!
¿Es mucho errarse una vez?
Pero en el jardin vi mas.

ENRICO.

Vete de aquí.

Digitized by Google

TOSCO.

He de decillo,
Y en diciéndolo, me iré.
En una huente miré
Una fámula de ovillo.

ENRICO.

Fábula de Ovidio.

TOSCO.

Sí,
Fábula de olvido era,
Y pasó desta manera.

ENRICO. (*Ap.*)

Diviértete, amor, así
Suspende tanto pesar.

TOSCO.

Yo le dije al hortelano:
«Contadme lo que es, hermano,
Que yo os lo quiero pagar.»
Él dijo: «De buena gana:
Destos dos que miras, son
La historia del rey Anton,
Y de la diosa doña Ana.

ENRICO.

La diosa Diana diría,
Y el rey Anteon.

TOSCO.

¡Par dies!
¿Es mucho errarse una vez?
Eso ó esotro sería.

ENRICO.

El Rey es este.

TOSCO.

¡Ay de mí!

ENRICO.

Hoy has de echarme á perder.

TOSCO.

¿Qué es lo que tengo de her?

ENRICO.

Escóndete, Tosco, allí,
Y mira que no te vea.

TOSCO.

Eso de ver ó no ver,
El es el que lo ha de hacer.
(*Escóndese.*)

ESCENA VII.

EL REY, LUDOVICO.—ENRICO.
TOSCO, *escondido.*

LUDOVICO. (*Ap.*)

¿Quién hay que mi intento crea?

REY.

Alguna esperanza gano.—
¡Enrico!

ENRICO.

A tus piés estoy.

REY. (*Ap.*)

¡Que á ninguna parte voy,
Donde no encuentre este hermano!

LUDOVICO. (*Ap. los dos.*)

¿Qué harás?

REY.

Echarle de aquí.

LUDOVICO.

Será darle mas sospechas.

REY.

Causa habrá.

LUDOVICO.

¡Bien te aprovechas
De la leccion que te di!

REY.

Mucho, Enrico, me he alegrado
De hallarte ahora.

ENRICO.

Señor,
¿En qué te sirvo?

REY.

Mi amor
Parece que te ha llamado.

ENRICO.

El mio me trajo aquí.
(*Ap.* Bien digo, amor me obligó.)

REY. (*Ap.*)

Bien digo, amor te llamó,
Para apartarte de mí.

ENRICO.

¿Qué me mandas?

REY.

Hoy confío
De tu cordura un secreto,
Y de mi gusto el efeto
De tu entendimiento fio.
Teobaldo y la Infanta... Agora
La ocasion has de notar.

ENRICO.

¿En fin, él se ha de casar
Con la Infanta mi señora?

REY.

Tratado está el casamiento,
Y no efectuado, en rigor.

ENRICO.

¿Y será cierto, señor,
El fin de tan justo intento?

REY.

Yo tuviera gusto en esto,
Y pienso que le tendrá.

ENRICO.

Sí, ¿mas sabes si se hará
El casamiento tan presto?

REY.

Si me dejases decir,
El preguntar te excusara.

ENRICO.

Yo tambien, señor, callara,
Si me dejaras sentir.

REY.

Por quitarte la ocasion
De tantas preguntas fieras,
Quise, Enrico, que supieras
De la Infanta la intencion.
Ve á hablarla, y dila el intento
Que para aquesto me obliga,
Que su voluntad te diga,
Su gusto y su pensamiento,
Que solo su gusto sigo
En lo que quiero intentar,
Y que si se ha de casar,
Que me responda contigo.
Tú con aquesto sabrás
El fin de lo que procuro,
Y yo estaré mas seguro
Que no lo preguntarás.

ENRICO.

Bien el intento has fiado,
Señor, de mi amor fiel,
Porque ninguno mas que él
El saberlo ha deseado.
Y así de la lealtad mia
Solo se puede fiar,
Que era solo preguntar
Lo mismo que yo sabía;
Y como al alma le toca,
Como tan propio tu gusto,
Por no preguntarlo, es justo
Que lo sepa de su boca.
Yo iré á saberlo, y me obligo
Ser feliz, si al preguntar,
Si se pretende casar,
Te respondiere conmigo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL REY, LUDOVICO; TOSCO,
escondido.

REY.

¿Fuése ya?

LUDOVICO.

Sí; ya se ha ido.
Bien le supiste engañar.

REY.

Vete; que aquí he de esperar
En esta fuente escondido.

LUDOVICO.

Mira...

REY.

Ya mi gusto es ley,
Y no hay temor que me asombre.
(*Vase Ludovico, y al ocultarse el Rey,
repara en Tosco.*)
Mas ¡qué miro! ¿no es un hombre?

ESCENA IX.

EL REY, TOSCO.

TOSCO. (*Ap.*)

Mírame de zaino el Rey.

REY.

¿Quién eres?

TOSCO.

Tosco, señor.

REY.

¿Y el nombre?

TOSCO.

Tosco.

REY.

¿Qué quieres?

TOSCO.

Quiero lo que tú quisieres.

REY.

Traidor...

TOSCO.

So Tosco traidor.

REY.

¿Qué haces?

TOSCO.

(*Ap.* ¡Muerto so! ¡Ay de mí!)
Irme, que á esto he venido.

REY.

Y ¿por qué te has escondido?
¿Cómo aquí has entrado?

TOSCO.

Hoy vi
El palacio, y engañado
De los ojos, he venido
Hasta aquí, y me he escondido,
Porque mi amo me ha mandado
Que me escondiera de tí;
Y fué porque no me vieras
Con aquestas pedorreras.

REY.

¿Quién es tu amo?

TOSCO.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
Solo en verle me desmayo.)
Enrico; que allá, señor,

Digitized by Google

Era Tosco labrador,
Y acá só Tosco lacayo.
¿No me ve que no me tapa
Esta capa la calcilla?
Si otra es capa de capilla,
Esta es capilla de capa;
Y siempre tan cortes hué,
Que á ninguna se igualó,
Pues aunque me siento yo,
Ella se me queda en pié.

REY.

¿De Enrico eres?

TOSCO.

Lo seré,
Si no te disgustas desto.

REY.

¿Dónde está Estela?

TOSCO.

Muy presto
Con la respuesta vendré.

REY.

No te has de ir sin que me digas
En qué está agora ocupada.

TOSCO.

Dirélo sin faltar nada;
Que eres Rey, y á mucho obrigas.
Estela es coja y mulata,
Aunque tan branca la ves;
Zurda y tuerta, porque es
El ojo izquierdo de prata;
Seis dedos en una mano
Tiene; y con tormento eterno
Sabañones el invierno,
Y suda mucho el verano.
Una sarna la acompaña
Tanto, que nunca la deja;
Y aunque aquesta es tacha vieja,
Tiene una pata tamaña.
Los dientes, aunque esto pasa,
Señor, como cosa poca,
Son vecinos de su boca,
Que se mudan á otra casa.
Estar trópica no es nada,
Teniendo tan gran barriga;
Que no hay nadie que no diga:
«Doña Estela está preñada.»
Levantada una costilla
Hácia la mano derecha
Há, que poco le aprovecha
El ponerse una almohadilla,
Con que llevará una cruz;
Pues queda sin cabellera,
Que parece la mollera
El huevo de un avestruz.
Y cuando por su trabajo
El moño se está poniendo,
Pienso que le está diciendo
El cabello que hay debajo:
«Tú que me miras á mi
Mártir de rizado aseo,
No te caigas, tente en tí;
Que cual tú te ves me vi,
Veráste como me veo.»
Y con esto, si me das
Licencia, me quiero ir;
Que yo volveré á decir
Cuatrocientas cosas mas. *(Vase.)*

ESCENA X.

EL REY.

Vete, que ya el alba hermosa,
Entre azucenas y lirios,
Baja á dar vida á las flores
Coronada de jacintos.
Diosa de amor, Vénus bella,
Si con mis quejas te obligo,
Por amante me socorre,
Ayúdame por rendido,
Escóndeme entre tus jaspes,
Y acuérdate cuando hizo
Trofeos á tu hermosura
Bello Adónis, Marte altivo.
(Escóndese entre los ramos.)

ESCENA XI.

LA INFANTA, ESTELA. — EL REY, *escondido*.

INFANTA.

¿Qué te parece el jardin?

ESTELA.

Que adelantarse en él quiso
El arte á lo natural,
A lo propio el artificio.
¡Qué hermosamente se ofrece
A la vista un laberinto
De rosas, donde confuso,
Vario se pierde el sentido!
¡Qué bien cruzan en las flores
Los arroyos cristalinos,
Que á las galas del abril
Son guarniciones de vidrio!
Cuando de las fuentes bajan,
Hacen verdes pasadizos
De los cuadros, siendo espejos,
De esmeraldas guarnecidos.
A Diana en esta fuente
Me parece que la miro,
Bañándose en los cristales,
De su perfeccion testigos.
Y cuando inquietas las ondas
De su movimiento miro,
Imaginándola viva,
Que ella las mueve imagino.
Tan vivo el mármol parece,
Que si ya no se ha movido,
Pienso que es porque en las ondas
Se está contemplando él mismo.

INFANTA.

No es la mejor esta fuente,
Aunque el cincel peregrino
Se esmeró en su perfeccion.

ESTELA.

Como nunca la habia visto...

INFANTA.

Vesme tan de tarde en tarde...

ESTELA.

Que disculpes te suplico,
Esta culpa, si la tengo.

INFANTA.

Ven poco á poco conmigo
Hácia la fuente de Vénus.

ESTELA.

Los ojos tan divertidos
Están en la variedad
De la belleza que admiro,
Que en cada cuadro quisiera
Entretenerme: el ruido
Desta fuente me llevó
El alma tras el oido.

INFANTA.

Parece melancolía.

ESTELA.

Triste estoy.

INFANTA.

Ese es indicio
De amor. ¿Quieres bien, Estela?
Bien puedes hablar conmigo.

ESTELA.

Dijéralo á ser verdad;
Mas ni quiero, ni he querido
Bien en mi vida.

INFANTA.

¡Ay Estela!
¿Tan neciamente has vivido?
Ven á la fuente de Vénus,
Quizá, viendo su artificio,
Te obligará á querer bien
Un Adónis escondido.

REY. *(Ap.)*

Ya Estela llega á la fuente,
Y yo turbado imagino
Varias máquinas; mas luego
Unas con otras olvido.

ESCENA XII.

ENRICO. — DICHOS.

ENRICO.

(Ap. Si mis labios, si mis ojos
Con lágrimas y suspiros
No doblan la esfera al viento,
Y no hacen mares los rios,
Poco sentimiento tengo,
Poco mi mal significo;
Mas mi sentimiento es tanto
Que me deja sin sentido.
¡Ay Flérida! ¿Yo he de ser
Quien oiga de tí, yo mismo,
La sentencia de mi muerte?
¿Cuándo en el mundo se ha visto
Al inocente culpado
Dar sentencia sin delito?
Mas es por darme en tu boca
Disimulado el castigo.)
Buscándote vengo. *(A la Infanta.)*

REY. *(Ap.)*

¡Ay cielos!
Al paso la salió Enrico.
Con lo que pensé ausentarle,
Es la causa con que vino.

ENRICO.

Escucha.

INFANTA. *(Ap.)*

¡Ay de mí! ¿Si acaso
Este mi amor ha entendido,
Y se declarase agora,
Estando el Rey escondido?

ENRICO.

Si no te han dicho mis ojos,
Flérida, si no te ha dicho
Mi turbacion lo que siento...

INFANTA. *(Ap.)*

El se declara conmigo.

ENRICO.

Escúchame atenta un rato.
El Rey...

ESTELA. *(Ap.)*

¡Ay cielo divino!
Por el Rey turbado empieza.
¿Qué puede haber sucedido?

ENRICO.

El Rey trata de casarte,
Y por honrarme á mí, quiso
(Ap. O por matarme) que yo
Te diese el dichoso aviso.
Díjome que yo supiese
De tí tu gusto. *(Ap.* Que impío
El cielo quiere que sea
De mis desdichas testigo.)

INFANTA.

(Ap. El se declara; ¿qué haré?
Si donde está el Rey le digo,
Será darle mas sospechas,
Y es fuerza atajarle.) Enrico,
Si el Rey pretende casarme...

ENRICO.

Oyeme.

Digitized by Google

INFANTA.

Ya te he entendido: —
Dirásle al Rey que no tengo
Mas gusto que su albedrío.

ENRICO.

¿Eso respondes? (*Ap.* ¡Ay cielos!
¿Cómo no pierdo el sentido?)
¿Y sabes ya que es Teobaldo
El que te dan por marido?

INFANTA.

Ya lo sé.

ENRICO.

Pues ya, señora,
Del Rey el recado he dicho,
Y soy otro del que era,
Escucha un recado mio.
Esta flor...

INFANTA.

(*Ap.* El Rey lo escucha:
¿Qué he de hacer?) Vente conmigo,
Enrico, si hablarme quieres.

ENRICO.

Pues, Estela, yo te pido,
Por ser negocio que importa,
Te quedes aquí.

ESTELA.

En el rico
Adorno de aquesta fuente,
Que con bellos artificios
De cristal, baña las rosas
En crespas ondas de vidrio,
Me hallarás entretenida. (*Apártanse.*)

REY. (*Ap.*)

Ninguna cosa he entendido,
Sino Rey y casamiento:
Que la está hablando, imagino,
En lo que yo le mandé.
Mas ya con discreto aviso
Se va apartando la Infanta,
Llevándole divertido,
Y deja á Estela. ¿Qué ingenio
Iguala al suyo divino?

INFANTA.

Aquí me puedes hablar,
Que estamos solos.

ENRICO.

Pues digo
Que esta flor, á quien abril
Dió color, aunque marchito
Con el fuego de mis ojos
Y el llanto de mis suspiros,
Es tuya, y será razon
Que prenda que tuya ha sido,
Solamente la merezca
El que es de tu mano digno.
Dala á Teobaldo; que yo
No soy tan desvanecido
Que me juzgue digno della.
Y pues de tu boca he oido
Que quieres casarte, toma
La flor, en cuyos hechizos
El alma bebió el veneno
Que ha de quitarme el jüicio.

INFANTA.

Esta flor te dí, es verdad,
Por señas de que ella ha sido
Quien claramente mi agravio
Y tu atrevimiento ha dicho.
¿No te dije que la dieras
A aquella en cuyo servicio
Te mostrabas tan amante?
Pues ¿cómo te has atrevido
A dármela á mí, si della
Tu atrevimiento adivino?
Si habia de verla tu dama,
¿Cómo en mis manos la miro?
¡Qué buena ocasion te ha dado
El casamiento fingido
Para volvérmela!

ENRICO.

Mira,
Señora, que nada finjo.

INFANTA.

¿Tú me dices que me quieres?

ENRICO.

Yo, Flérida, no lo digo;
Pero si así lo entendiste,
Señora, lo dicho dicho. (*Vanse los dos.*)

ESCENA XIII.

ESTELA; EL REY, *escondido.*

REY. (*Ap.*)

Ya se perdieron de vista.
¡Oh! qué bien la Infanta hizo
En apartarle de aquí!

ESTELA.

Sobre molduras y frisos
Hermosas basas se asientan
De mármol y jaspe lisos.
(*Ap.* Allí entre aquellos laureles
Parece que hacen rüido...—
Y es el Rey, que por las redes
De los jazmines le he visto.
Disimular me conviene;
Y pues me escucha ofendido,
Diréle mi sentimiento,
Como que á Vénus le digo.)
Hermosa madre de amor,
Que aun entre mármoles frios
Gozas de Adónis los brazos
Con tantos nudos lascivos,
Dile á aquese niño dios,
Si te obedece por hijo,
Que yo sola, á su pesar,
De sus engaños me libro;
Porque si fuera posible
Que me quisiera el Rey mismo,
Si el Rey quisiera intentar
Cosa contra el honor mio
(Que no es posible que ofenda
Al honor mas claro y limpio),
Al mismo Rey le dijera
Que en mas que su reino estimo,
Y mas que el mundo, mi honor.

REY.

(*Ap.* Parece que habla conmigo,
Y no parece la Infanta.)
(*Sale y llégase á Estela.*)
Si á un mármol helado y frio
Cuentas tus males, escucha,
Pues eres mármol, los mios.
Escucha, Estela, mis quejas;
No diga el amor que has sido
Tú conmigo mas ingrata
Que lo es un mármol contigo.
¿No tienen amor las flores?
¿No es este cárdeno lirio
El que en las selvas de Arcadia
Fué enamorado Jacinto?
¿No es Clicie esta flor del sol,
Y este cipres Cipariso?
¿No es esta anémona Adónis,
Y aquel narciso Narciso?
Pues si en la tierra las flores,
Si los peces en los rios
Aman, ¿para qué te precias
De libre con pecho altivo?
Mira que es en el soberbio
Siempre mayor el castigo.

ESTELA.

Porque de mí no se queje,
Ni culpe el intento mio
Vuestra Majestad, señor,
Que me escuche le suplico.

REY.

Si es culparme, ya bastan tus enojos.
No culpes, no, mi amor; culpa tus ojos:
Ellos la causa han sido;
Solo por adorarlos me he perdido.

ESTELA.

Si vuestra Majestad verme queria,
¿Por qué mas descubierto no venia?
No se encubriera, si mi amor buscara;
Que nunca el que hizo bien, huyó la cara;
Que ningun bien ha habido
Que no guste de ser agradecido.

REY.

Tu gusto solo es (¡qué blanca mano!),
(*Tómasela.*)
Estela, el que deseo.

ESTELA.

Suelta la mano.

REY.

Si en mis labios veo
Su nieve hermosa y bella.

ESTELA.

Suéltame ya.

REY.

Pues tápame con ella
La boca, y callaré.

ESCENA XIV.

ENRICO. — EL REY, ESTELA.

ENRICO. (*Ap.*)

Fuése ofendida
Flérida bella, y yo quedé sin vida.
Y si alguna tuviera,
Pienso que en este instante la perdiera.
¿Qué es lo que miro? ¡cielos!
Sin los celos de amor, ¿da el honor celos?
Pero erraron los labios;
Que estos ya no son celos, sino agravios.

ESTELA.

Suelta, suelta la mano,
Que viene (¡ay de mí triste!) allí mi hermano.

REY.

Mal mi pena resisto.

ENRICO. (*Ap.*)

¡Oh quién no hubiera visto
Su agravio! Mas si es grave
Infamia en el honor que no la sabe,
Pues tan injustamente
Culpa el mundo tambien al inocente,
(¡Tirana ley!) doblada infamia hallara,
Si, mirando mi agravio, me tornara.

ESTELA.

Tu Majestad se esconda.

REY.

Yo no puedo.
Amor pudo esconderme, mas no el miedo.

ESTELA.

Escóndete por mí.

REY.

Solo pudiera
Ese ruego alcanzar que me escondiera.
(*Escóndese.*)

ENRICO.

(*Ap.* El Rey se ha retirado:
Confesóse culpado,
Y aquí de la razon la fuerza hallo,
Pues teme el Rey á tan leal vasallo.
¿Que el Rey, que el Rey ha sido?
¡Que otro no fuera! Pero ¿soy marido?
Sí, que no está casada.

Digitized by Google

Corte la lengua donde no la espada.)
Hermana, ¿qué mirabas en las fuentes
(*A Estela.*)
Con tantos artificios diferentes?
Mármoles y figuras?

ESTELA.

Estaba contemplando sus pinturas.

ENRICO.

Es propio de los reyes
Tener grandezas tales:
Bultos hay que parecen naturales.
Uno vi, que quisiera...
Mas no quisiera nada. (*Ap.* Mal resisto.)
Yo pienso, hermana, que el mejor no has
Llega, y veráslé. [visto:

ESTELA. (*Ap.*)

¡Ay cielos! él se atreve
A descubrir al Rey, y él no se mueve.

ENRICO.

Este es del Rey tan natural retrato,
Que siempre que su imágen considero,
Llego á verle quitándome el sombrero,
Con la rodilla en tierra[1]: así le acato.
Y si el Rey me ofendiera
De suerte que en la honra me tocara,
Viniera á este retrato y me quejara,
Y entónces le dijera
Que tan cristianos reyes
No han de romper el límite á las leyes;
Que mirase que tiene sus estados
Quizá por mis mayores conservados,
Con su sangre adquiridos,
Tan bien ganados como defendidos.
(*Sale de entre las ramas el Rey, y vase Estela.*)

REY.

¡Qué arrogante y soberbio atrevimiento!
Ya á mi cólera falta sufrimiento.

ESCENA XV.

TEOBALDO, LUDOVICO. — DICHOS.

TEOBALDO.

Aquí está el Rey.

LUDOVICO. (*Ap.*)

¡Ay cielos!
Vengo á morir donde me matan celos.

ENRICO.

Aqueste atrevimiento tuyo ha sido.

REY.

Fuiste desvergonzado y atrevido.
(*Dale un bofeton.*)

ENRICO.

Ofenderme pudiste, no afrentarme.
Y pues en tí no puedo,
Que eres mi Rey, vengarme,
Satisfaré mi ofensa en los testigos.

TEOBALDO.

Todos somos, Enrico, tus amigos.
¡Oye, Enrico, detente! ¡Ay de mí triste!
(*Saca Enrico la espada, y hiere á Teobaldo.*)

ENRICO.

¡Muere, infeliz, pues mi desdicha viste!

REY.

¿Tú para mí la espada?

ENRICO.

Rendida está á tus plantas y arrojada.
No quiera el cielo que en tu ofensa sea,
Ni que infame se vea
Con tu sangre manchada.

[1] Suplido para dar consonante á *retrato*.

Si ofenderme pudieras,
Mi agravio hubiera sido
Solamente el haberme defendido.
Un rayo he sido, de arrogancia lleno
(Que en mi rostro causó tu mano el true-
[no),
Y respondiendo el fuego de mi pecho,
Le dejé en otra parte satisfecho.
Un arcabuz, cuando la llama toca,
El fuego le responde por la boca.
Diste á mi rostro el fuego,
Y reventó por los sentidos luego.
No pudo, al golpe bárbaro, inhumano,
Detenerse la mano;
Mas ya que tales mis desdichas fuéron,
Pude hacer atrevido
Que no las digan ya los que las vieron;
Que si la sangre lava
Esta desdicha brava,
Eres mi rey, no puedo con la tuya,
Y fué fuerza lavarla con la suya.
No puedes afrentarme, y esto ha sido,
Señor, haberme dado
Mas honor; que si haberle defendido,
A ejecucion tan bárbara ha obligado,
Ninguno mi desdicha habrá sabido,
Que no sepa primero por qué ha sido,
Y que á aquesto me obliga el ser honra-
[do.

ESCENA XVI.

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE.

¿Quién á Teobaldo hirió? Señor, ¿qué es
[esto?
¿Pues vuestra Majestad tan descompues-
Con la mano en la espada, [to
Y la de Enrico toda ensangrentada?

REY.

Enrico hirió á Teobaldo.
Sustanciad el delito, y castigaldo.
(*Vase.*)

CONDE.

Pues, Enrico, ¿qué es esto?

ENRICO. [puesto.

Es la desdicha en que el honor me ha

CONDE.

Yo, Enrico, he de prenderte.

ENRICO.

Piadoso juez serás en darme muerte.

CONDE.

No he de saber qué ha sido ni ha pasado,
Que no quiero escucharte apasionado.
Ven preso.

ENRICO.

Ya lo estoy.

CONDE.

Y yo estoy loco.

ENRICO.

Contra el poder, honor importa poco.

JORNADA TERCERA.

Sala de prision en un castillo.

ESCENA PRIMERA.

LUDOVICO, ENRICO, TOSCO.

LUDOVICO.

El obedecer es ley;
Por su mandado he venido.

ENRICO.

¡Gracias al cielo que ha sido
En algo piadoso el Rey!

LUDOVICO.

Mandóme que yo asistiese,
Y no sé con qué ocasion,
A vuestra injusta prision,
Y que vuestro alcaide fuese.
Sabe Dios si me ha pesado
El daros este pesar;
Mas no me puedo excusar.
Su Majestad ha mandado
Que, miéntras esteis así,
Ninguna persona os vea;
Que solo un criado sea
Quien os acompañe aquí,
Y que este no salga fuera;
Sino que, juntos los dos,
Tan preso esté como vos.

TOSCO.

Preguntar, señor, quisiera
¿Qué delito cometí
Para que su Jamestá,
Con tanta regulidá,
Se acuerde tambien de mí?
¿Para qué me quiere preso?
A ser mi hermana muy bella,
Yo sirviera al Rey con ella,
Sin enojarme por eso.
Si Enrico le descubrió
Estando escondido allí,
Tambien me descubrió á mí,
Y no tomé enojo yo.

LUDOVICO.

Pues no es bien que desa suerte
Vos mismo os quiteis la vida.

ENRICO.

Ella fuera bien perdida,
Y bien hallada mi muerte,
Cuando á este punto viniera,
Que el temor no me acobarda;
Pero presumo que tarda
Por no serme lisonjera.

LUDOVICO.

El jüez mas riguroso
Que habeis, Enrico, tenido,
Es vuestro padre.

ENRICO.

Y ha sido
En eso padre piadoso.

LUDOVICO.

Ya Teobaldo de la herida
Convaleció, y ha quedado
Con salud.

ENRICO.

Hubiera dado,
En albricias de su vida,
La que no tengo.

LUDOVICO.

Con esto,
Y con que mañana ha de ir
Estela misma á pedir
Vuestra vida al Rey, supuesto
Que sin riesgo alguno está,
Será fácil el perdon.—
¿De qué los extremos son?

ENRICO.

Faltó el sufrimiento ya.
¡A pedir mi vida ha de ir
Estela al Rey, sin mirar
Lo que se obliga á pagar
Quien facilita el pedir?
¡Ay Ludovico! ay amigo!
Quién estorbarla pudiera
Que ni le hablara ni viera!

LUDOVICO.

Si hay remedio, yo me obligo
A ayudar tan justo intento.

Digitized by Google

ENRICO.

¿Qué remedio puede haber,
Si no es?.. Mas no puede ser.

LUDOVICO.

¿Por qué? Yo tambien lo siento.
Pedid: ¿qué quereis? que os doy
Palabra de hacer aquí
Cuanto quisiereis de mí.

ENRICO.

Pues que tan dichoso soy
Que aqueste consuelo gana
La pena mia, tomad
Aquesta llave, y entrad
En el cuarto de mi hermana:
Ella os abrirá la puerta;
Y mirad que de vos fio
No ménos que el honor mio,
Con esperanza muy cierta
De que miraréis por él;
Y decid que no le pida
Mi vida al Rey; que mi vida
Será muerte mas cruel
Si ella á pedirla ha de ir;
Que no sé cómo ha de hallar
Dificultad para dar,
Quien facilita el pedir.
No os cause injusto temor
El de mi seguridad;
Fiad pues la libertad
De quien os fia el honor.
Pues no es mucho, cuando pasa
Doblada la obligacion,
Que vos abrais la prision
A quien os abre la casa.
¿De qué os habeis suspendido?
¿En qué estáis imaginando?
Sin duda que estáis pensando
Que es mucho lo que he pedido:
Pues no lo hagais, y no estéis
Triste.

TOSCO.

Miéntras Ludovico
Piensa y repiensa, os suprico,
Señor, que á mí me escucheis.
Si con tan necia porfía
Te cansa tu vida á tí,
Déjame vivir á mí,
Que aun no me cansa la mia.
Si ya en tu vida perdida
No quieres que medio haya,
Déjala á Estela que vaya
A pedir al Rey mi vida.
Diga Estela al Rey que yo
So Tosco de buena ley;
Si tú descubriste al Rey,
El á mí me descubrió.
Que esto por aquello sea,
Y estemos en paz.

LUDOVICO.

(*Ap.* ¿Hay cosa
En amar mas venturosa?
¿Quién hay que mis dichas crea?
Hoy no solamente gano
La ocasion que he pretendido;
Pero tan dichoso he sido,
Que me la ofrece su hermano.
Y en tanta gloria me veo
Cuando él me llega á rogar,
Que le tengo de obligar
Con lo mismo que deseo.)
Enrico, lo que he pensado,
No es haberos ofendido;
Que ni mi daño he temido,
Ni vuestro honor he dudado.
Yo iré, y porque no penseis
Que fué temer ó dudar,
Las guardas he de quitar.

ENRICO.

Con eso me las poneis;
Que la confianza es
Prision del alma.

LUDOVICO.

Las puertas
Todas se quedan abiertas.

ENRICO.

Tomad esta llave pues,
Y decid que si rendida
A pedir mi vida ha de ir,
Porque no haya que pedir,
Yo me quitaré la vida.

LUDOVICO.

Yo le diré que el honor,
Mas que la vida, estimais.

ENRICO.

Vos pienso que me la dais.

(*Vase Ludovico.*)

ESCENA II.

ENRICO, TOSCO.

TOSCO.

Señor, Enrico, señor,
Ya se fué, solos estamos,
Y de par en par las puertas
Sin guardas estan y abiertas.

ENRICO.

Pues ¿qué quieres?

TOSCO.

Que nos vamos.

ENRICO.

¡Viven los cielos, villano,
Bajo, vil, que si no fuera
Afrenta mia, te diera
Hoy la muerte con mi mano!
¿Yo ofender (siendo testigo
El mundo) tanto valor,
La confianza, el honor
Y la lealtad de un amigo?
¿Ese consuelo me ofreces?
¿Aqueso me has de decir?

TOSCO.

Sí, señor, porque el morir
No es burla para dos veces.

ESCENA III.

LA INFANTA, *con hábito de hombre, en traje de noche y embozada.* — DICHOS.

INFANTA. (*Ap.*)

Pasos de un amor cobarde
Y de un ánimo valiente,
Sin luz guiados, ¿adónde
Me llevais de aquesta suerte?
¿Así imposibles se allanan?
¿Así respetos se pierden?
¿Así honras se atropellan
Y obligaciones se vencen?
Mas ¡ay, que el amor vencido
Tan ajeno de sí viene
A dar á un cuerpo dos vidas,
Que una es suya y otra debe!
¡Sin guardas están las puertas
Y abiertas todas! ¿Qué puede
Haber sucedido? Aquí
Hay luz, y con ella gente.
Quiero llegar.—¿Es Enrico?

ENRICO.

Hélo sido; que el que muere
Ya no es, porque la vida
No es vida cuando es tan breve.

INFANTA.

Enrico.

TOSCO. (*Ap.*)

No habla conmigo,
Porque Enrico solamente
Ha dicho. ¡Plegue á los cielos
Que nunca de mí se acuerde!

INFANTA.

Lo primero que has de hacer,
Es que no has de responderme,
Ni preguntarme mi nombre.

TOSCO. (*Ap.*)

Castillo encantado es este.

INFANTA.

Si esta palabra me das,
Diré á lo que vengo.

ENRICO.

Excede
Mi confusion á mi espanto.
¿Pues qué puede haber que intentes,
Callando el nombre y guardando
El rostro? Si acaso vienes
A darme muerte, y te encubres
Por blasonar de clemente,
Palabra te doy aquí
De no querer conocerte,
Aunque me importe la vida.

TOSCO. (*Ap.*)

¡Por San Pito, que parecen
Aventuras que en los montes
A los andantes suceden!
Mas no va hasta aquí muy malo,
Pues no hay quien de mí se acuerde.

INFANTA.

Ya, Enrico, que del valor
Estoy satisfecho, advierte
De una amistad el ejemplo
En el peligro mas fuerte.
Toma dineros y joyas,
Bastantes para ponerte
En el reino mas extraño
Que ve el sol desde el oriente.
A la puerta del castillo
Está un caballo que excede
Al viento en la lijereza,
Y el temor hará que vuele.
Sin guardas están las puertas,
Y cuando muchas tuvieses,
No temas, que al son del oro
Las mas vigilantes duermen.
Vete pues, y plegue al cielo,
Que algun dia mas alegre,
Pues pago lo que te debo,
Me pagues lo que me debes.

TOSCO. (*Ap.*)

¡Vive Cristo, que el mancebo
El tiple á la voz suspende
Sin acordarse de mí!
Yo apostaré que no tiene
Ni un borrico para Tosco.
Ya Enrico del sueño vuelve,
Veamos qué le responde
Mas ¿que dice que no quiere?

ENRICO.

Si supiera á qué venias,
No ofreciera neciamente
La palabra, porque solo
Deseo saber quién eres;
Que arguye poca nobleza,
Y casi infame procede,
Quien satisfecho no obliga,
Y obligado no agradece.
¿Cuándo en el mundo se usa
Encubrirse? Quien ofende
Se encubre; quien hace bien,
Casi imposible parece.
Pero respondiendo agora,
Perdóname si se atreve

Digitized by Google

Mi respeto á tu amistad,
Porque es forzoso ofenderte.
Con seguras confianzas
Preso un amigo me tiene;
Que la libertad del alma
Son las prisiones mas fuertes.
No puedo romper la fe;
Y aun es bien que consideres
Que no puede ser traidor
Quien tiene amigos tan fieles.
Él la libertad me fia;
Tú la libertad me ofreces,
Y acudir al mayor daño
Es menor inconveniente.
Vete y déjame rendido
En las manos de la muerte;
Que ya me sobran los males,
Cuando no acepto los bienes.
Pero si noble y piadoso
Darme la vida pretendes
Con mas lícitos favores,
Y con medios mas decentes,
Busca á Teobaldo, y dirásle
Que noble y piadosamente
Le pida mi vida al Rey;
Que mire, que considere
Que fué error quien me obligó,
Regido el brazo dos veces
Del agravio y de los celos.
Que si este rigor suspendes,
Harás que el tiempo te alabe,
Que la fama te celebre,
Que la memoria te tenga,
Y el olvido te respete.

TOSCO. (*Ap.*)

¡No lo dije yo? ¡Que haya
Hombre tan impertinente,
Que no tan solo la vida,
Pero que el oro desprecie!

INFANTA.

Enrico, si tú supieras
Lo que á pedirme te atreves,
Sospecho que te pesara;
Mas ya que tan noble quieres
Corresponder al honor,
Pues sabes lo que me debes,
Una palabra has de darme.

ENRICO.

Ya mi discurso previene
Imposibles, y el mayor
Llano y fácil me parece.
¿Pero qué puedes pedir
Á un hombre que apénas tiene
Vida?

TOSCO. (*Ap.*)

¿Y á un hombre que está,
Sin tabardillo, á la muerte?

INFANTA.

Que si acaso te perdona
El Rey, y libre te vieres,
No has de serme nunca ingrato.

ENRICO.

Mas que me obligas me ofendes.

INFANTA.

¿Esa palabra me das
Con la mano?

ENRICO.

Y si rompiere
La fe que te juro, el cielo
Me falte. Mas tú...

INFANTA.

¿Qué sientes?

ENRICO.

No sé, no sé qué blandura,
Qué suavidad diferente
De la mia está en tu mano,
Con que los sentidos mueves;
Pues siendo de fuego al tacto,
Es á la vista de nieve.
Tu presencia me enamora,
Tus razones me suspenden,
Tu entendimiento me alegra,
Y me regocija el verte.
Si no temiera enojarte,
Dijera que eres...

INFANTA.

¡Detente!
¿Conócesme ya?

ENRICO.

Sí, y no;
Que no sé qué responderte.

INFANTA.

Enrico, Flérida soy,
Que ahora vengo á ofrecerte
El fruto de aquella flor,
Siempre en mi esperanza alegre.
No te espantes deste extremo;
Que si un amor se resuelve,
No hay respeto que no venza,
Temores que no atropelle.
Mira lo que quieres mas,
O que á Teobaldo le ruegue
Que pida tu vida al Rey,
O...

ENRICO.

Cuánto ántes que te viese
No conocerte sentia,
Siento ahora conocerte.
Ya no paga mi lealtad
La que á Ludovico debe,
Sino la que debe al Rey,
Siempre leal, noble siempre.
Si al servir al Rey mi hermana
En tal peligro me tiene,
¿Con qué razones pudiera
Á la del Rey atreverme?
¡Bueno fuera que quisiera
Tan en mi favor las leyes,
Que las observase el Rey
Para que yo las rompiese!
Vete, Flérida, y el cielo
Tanto tus gustos aumente,
Que pensiones de tu gusto
Sean mayores placeres.
Teobaldo te goce, ¡ay cielos!
Pues él solo te merece,
Cuando envidioso en tus brazos,
Con mil regalos alegres,
Como marido te estime,
Como galan te requiebre;
Que yo envidioso y contento,
Miéntras espero mi muerte,
Solamente lloraré
Hallarte para perderte.

INFANTA.

No te arrepientas despues:
Mira, Enrico, que no vuelve
La ocasion á quien la deja,
Ni la halla quien la pierde.
Quien desprecia enamorado,
Es que no estima, ó no quiere.
No hagas del favor desprecio:
Mira que me voy.

ENRICO.

Pues vete.

INFANTA.

Enrico, adios.

ENRICO.

El te guarde.

TOSCO.

¡Ah, señor! que no hay, advierte,
Dos infantas ni dos vidas.

INFANTA.

¿Que no me llamas?

ENRICO.

¿Que vuelves?

INFANTA.

Pues aunque me llames ya,
No tengo de responderte.

ENRICO.

Yo nunca te llamaré. (*Vase la Infanta.*)
¿Fuése ya Flérida?

TOSCO.

Fuése.

ENRICO.

¡Flérida, oye!

TOSCO.

A buena hora.

ENRICO.

¡Ay, honor, lo que me debes!
Dos vidas quisiste darme,
Porque dos vidas me cuestes. (*Vanse.*)

—

Habitacion de Estela en palacio.

ESCENA IV.

EL CONDE, ESTELA.

CONDE.

Solo tu quietud procuro;
Pues viéndote el Rey casada,
Estarás mas respetada,
Y tu valor mas seguro;
Porque si tu hermano ha sido
Quien guardó tu honor, es llano
Que la ausencia de un hermano,
Podrá suplirla un marido.
Su padre he sido y su juez,
Porque en confusion tan fiera,
Primero mil veces muera
Para matarle una vez.

ESTELA.

Aumente mi pena el llanto,
Pues él aumenta el dolor:
La vida costais, honor,
No sé yo si valeis tanto.
Un nuevo aliento me llama
Para dar con mayor gloria,
Dilatando mi memoria,
Eterno asunto á mi fama.
Iréme á los pies del Rey,
A ver si puedo, ofendida,
Romper, pidiendo su vida,
Los límites á la ley;
Mas si el Rey airado y fuerte
Rompiera los de la fe,
Con mis manos me daré
En su presencia la muerte.

CONDE.

De tu valor satisfecho,
Solo puedo en trance tal
Dar la sangre y el puñal,
Pero tú la vida y pecho.
Y estos extremos no son
Contra el valor que en ti veo;
Que la justicia deseo,
Pero no la ejecucion. (*Vase.*)

ESCENA V.

ESTELA.

Afligido pensamiento,
Que en tan confusos enojos,
Haciendo lenguas los ojos,
Decís vuestro sentimiento,
¿Qué es lo que busco? ¿Qué intento

Digitized by Google

Cuando, del Rey ofendida,
Me quita el llanto la vida?
¡Cielos! ¿Cómo puede ser
Que haya en el mundo mujer
Que llore el verse querida?
Casarme mi padre intenta
Para resistir mejor
Al Rey, y porque el honor,
Con mayores fuerzas, sienta
Ménos el peso á la afrenta;
Pero no ha considerado
Que en tan infelice estado
Son sus deseos perdidos;
Porque muchos ofendidos
Son ménos que un agraviado.
A Ludovico quisiera,
Sin saber cómo, avisar
Que me pretenden casar,
Porque él el primero fuera
Que á mi padre me pidiera;
Que si tanto amor ha sido
Verdadero y no fingido,
Las finezas que él hacia,
Cuanto amante me ofendia,
Podrá obligarme marido.

ESCENA VI.

LUDOVICO. — ESTELA.

LUDOVICO. (*Ap.*)

Hasta su cuarto he llegado,
Segun las señas que veo,
Guiado de mi deseo
Y de la noche ayudado.
Hoy mi amor se ha levantado
A la mayor esperanza.
Mas siento en mí una mudanza,
Que quisiera haber venido
Si amor me hubiera traido,
Pero no la confianza.
La ocasion que en mí se emplea
Ya me acobarda y anima,
Y pienso que no se estima
Porque ya no se desea.
Mi valor es bien se vea.
Estela es esta.

ESTELA.

¡Ay de mí!
¡Ay cielos! ¿quién está aquí?

LUDOVICO.

No te alborotes.

ESTELA.

¿Quién eres?

LUDOVICO.

¿No me conoces?

ESTELA.

¿Qué quieres?
¿No eres Ludovico?

LUDOVICO.

Sí.

ESTELA.

Sin duda que te ofrece
Formado el pensamiento,
Puesto que imaginado,
Parece que te veo.
¿Pues cómo te atreviste
A entrar aquí, rompiendo
Las puertas á mi cuarto,
Y á la noche el silencio?

LUDOVICO.

Escucha, Estela, escucha,
Sabrás á lo que vengo,
Y verás que te obligo,
Si piensas que te ofendo.
Tu hermano me ha traido;
Que aqueste atrevimiento
Dice la confianza
Que á su amistad le debo.
El hizo que viniera
A decir que primero
Que le pidas su vida
Al Rey airado y fiero,
Dará á su cuello un lazo
Y un puñal á su pecho.
Que jamas al Rey hables,
Que él morirá contento,
Sin que su vida compres
Con tu honor. Y con esto
Quédate satisfecha
De que me voy huyendo,
Porque el amor no venza
La lealtad y el respeto.

ESTELA.

Escucha, Ludovico.

LUDOVICO.

Perdona, que no puedo,
Que no vengo á escucharte,
A hablarte solo vengo.
Sabe amor si me pesa
De la ocasion que pierdo;
Mas donde honor es mas,
El amor es lo ménos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ESTELA.

Ludovico, no hagas
De la ocasion desprecio;
Que nunca, á quien la deja,
Volvió el suelto cabello.
Mujer es la ocasion,
Y así nos parecemos;
Rogadas, despreciamos,
Despreciadas, queremos.
En estas confusiones
No sé lo que sospecho,
Que á lo que amor no pudo,
Me obliga el sentimiento.
¡Qué villanas que somos,
Pues para hacer extremos
No alcanzaron finezas
Lo que pudo un desprecio!
Mas temeroso Enrico
De mi valor, ha puesto
Duda en la confianza,
Y en la constancia miedo.
Iré á los piés del Rey,
Porque vea que tengo
Valor para intentar
El mas heróico hecho
Que la fama publique,
Que solemnice el tiempo,
Que respete el olvido,
Que siempre juzgue el suelo,
Que la tierra sustente,
Que alumbre ardiente el cielo,
Que comunique el mar,
Y que suspenda el viento. (*Vase.*)

—

Sala del palacio.

ESCENA VIII.

LA INFANTA, TEOBALDO.

INFANTA.

Aquesto has de hacer por mí.

TEOBALDO.

Verás como al Rey suplico
Que le dé la vida á Enrico,
Pues ha de vivir por tí;
Que si el perdonar ha sido
Debida y piadosa ley,
Y solo á pedirlo al Rey
De aquesta suerte he venido,
En confusiones tan fieras
Como mi amor advirtió,
Quisiera pedirla yo
Y que tú no la pidieras.

INFANTA.

Débole á Enrico la vida.

TEOBALDO.

Pues bien es que satisfagas,
Si lo que debes le pagas.

INFANTA.

Ha de ser encárecida
Con el Rey la peticion.

TEOBALDO.

Y tú misma lo verás,
Puesto que presente estás.

INFANTA.

El llega á buena ocasion.

TEOBALDO. (*Ap.*)

No sé qué llego á sentir;
Que, si mi temor repara,
Quisiera que el Rey negara
Lo que le llego á pedir.

ESCENA IX.

EL REY.—LA INFANTA, TEOBALDO.

TEOBALDO.

Vuestra Majestad, señor,
Me dé por ventura tanta
A besar los piés.

REY.

Levanta.
¿Cómo te sientes?

TEOBALDO.

Mejor
Que pensé he convalecido,
Y por solo haber llegado
A tus piés, se ha adelantado
La salud.

REY.

¿Qué ha sucedido?
Alzate del suelo, y di,
¿Qué quieres?

TEOBALDO.

Hasta tener
Lo que pido, me has de ver
Rendido á tus piés así.
Una cólera, señor,
Nunca previene razones,
Ni son suyas las acciones,
Y mas tocando al honor.
Cuando está mas disculpado,
Si de sentimiento lleno,
Vive á la razon ajeno
Y á la prevencion negado;
Y pues te suplica ya
Quien mas agraviado es,
Señor, que la vida dés
Hoy á Enrico...

REY.

Bien está.

INFANTA.

Yo, señor, agradecida,
En tan trágicos enojos,
Con lágrimas de mis ojos
Vengo á pedirte una vida.
Testigo fuiste, señor,
Cuando con valientes modos,
Desamparándome todos,
Me dió vida su valor.
Justo será que le dé,
Teniendo por mí el perdon,
La suya en satisfaccion
Hoy á Enrico.

Digitized by Google

REY.

Ya lo sé.

TEOBALDO.

Licencia el honor te dió,
Si no es que de ti te olvidas,
Para que su vida pidas;
Para que la llores no.

ESCENA X.

LUDOVICO.—Dichos.

LUDOVICO.

Una dama, á quien el manto
Cubre el rostro, y cuya voz,
Con suspiros divididos,
Rompe el viento con temor,
A solas te quiere hablar.

REY.

Dejadme solo.

INFANTA. (*Ap.*)

¡Ay amor!
Lo que me debes me pagas. (*Vase.*)

TEOBALDO. (*Ap.*)

Amorosa confusion,
Si ya creiste los celos,
¿Por qué dudas el rigor?

LUDOVICO.

Ya en la sala entra la dama.
(*Vanse todos, y queda el Rey.*)

ESCENA XI.

ESTELA, *con manto*.—EL REY.

REY.

Sombra, que de luz vistió
Este cuarto, aunque eclipsado
Su divino resplandor,
¿Quién eres? Que el alma alegre,
Palpitando el corazon,
Ella se viene á la boca,
Y él se previene á la voz.
¿Qué quieres? ¿á qué veniste?
Que viendo por nube el sol,
Su tristeza me entristece,
Me da dolor su dolor.
¿Por qué los rayos escondes?
Dime, ¿quién eres?

ESTELA.

Yo soy. (*Descúbrese.*)

REY.

Tú solamente pudieras
Causar tal admiracion
Al alma, que, como tuya,
Sin verte te conoció;
Y como la imágen eres
A quien se rinde el amor,
Por la fe, detras del velo,
Como deidad te adoró.
¡Ay Estela! ¿Mas que el ruego,
Pudo vencerte el rigor?
¿La amenaza mas que el llanto?
¿Mas que el alma la pasion?
¿Tanto luto para un vivo?
Sino es que yo el muerto soy,
Que de tus ojos, Estela,
Es el milagro mayor.
Por la vida de tu hermano
Vienes; que es justa razon
Que se la dé humilde quien
Soberbia se la quitó.
En tu mano está su vida,
Escoge; pues tengo yo
La justicia en la una mano,
Y en la otra mano el perdon.
No soy rey de Ingalaterra:
Tu rey y tu amante soy,
Y he de vencer con rigores
Lo que con regalos no.
¿Cómo podrás defenderte?
Solos estamos los dos:
Hasta aquí el rigor fué cuerdo,
Pero ya es necio el rigor.

ESTELA.

Edüardo generoso,
Tercero de Ingalaterra,
De las tres lucientes rosas
Luz, norte, amparo y defensa,
Tú, que en alas de la fama
Siempre celebrado vuelas,
Ocupando en tus memorias
Voz, aplauso, trompa y lengua:
Yo soy Estela infelice,
Y de Salveric condesa,
Por heredar de mi casa
Nombre, honor, lustre y nobleza.
En Salveric retirada
Viví, donde la aspereza
En la soledad me dieron
Prados, montes, valles, selvas.
Vísteme en el campo un dia:
¡Pluguiera á Dios no me vieras,
O que allí fuera á tus ojos
Aspid, bruto, tigre ó fiera!
¡Negárame el sol la luz,
Y sepultándome en ella,
Fuera el claro dia noche
Parda, oscura, triste y negra!
Desde aquel punto empezaste
A hacer amorosas muestras,
Resistiendo con honor
Gusto, amor, poder y fuerza.
¿Qué peña en el viento sorda,
Qué roca en el mar opuesta
A soplos y olas, que libres
Baten, gimen, braman, suenan
Como yo á suspiros tuyos,
Como yo á lágrimas tiernas
He sido al agua y al viento
Risco, monte, roca y peña?
¿Qué esperanzas tienes mias,
Para que así te prometas
Ménos rigor? Pues porqué
Veas, oigas, notes, sepas
Que la vida de mi hermano
No es bastante á que yo pierda
Un átomo de honor, siendo
Pasmo, horror, miedo y tragedia,
Con este acero que miras
(*Saca un puñal.*)
Me daré muerte yo mesma,
Si acaso la afrenta mia
Buscas, quieres, ves ó intentas.
Si tienes hoy en tus manos
La justicia y la clemencia,
Y buscas para su agravio
Muerte, horror, miedo y afrenta;
Yo tambien tengo en las mias,
Con resolucion mas cierta,
Viviendo y muriendo honrada,
Vida, honor, lauro y defensa.
Yo por la vida de Enrico
Vine, ó á volver sin ella,
Puesto que ha sido la mia
Culpa, causa, miedo y pena,
Para que el alma infelice,
En su misma sangre envuelta,
Pida justicia, bañando
Fuego, viento, mar y tierra.
Y conmoviendo á piedad,
Siendo sola su inocencia,
Y en cada gota mezclando
Voz, gemido, llanto y pena;
Porque en poblado los hombres,
Porque en el monte las fieras,
Porque en el aire las aves,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Aves, peces, brutos, plantas
Astros, signos y planetas,
Digan, vean y publiquen,
Oigan, miren, noten, sepan,
Que hay honor contra el poder,
Que hay industria contra fuerza,
Y que hay en mujeres nobles
Vida, honor, lauro y defensa.

REY.

Esconde, Estela, el riguroso acero:
No te vean con él, que hacer espero
Inmortal esta hazaña.—
Que entren aquí. (*Llamando.*)

ESTELA.

¡Severidad extraña!

ESCENA XII.

LUDOVICO, LA INFANTA, TEOBALDO.—EL REY, ESTELA.

TODOS.

¿Qué mandas?

REY.

Ludovico,
Llámame al Conde, y tú Teobaldo á Enrico.
(*Vanse Ludovico y Teobaldo.*)

INFANTA. (*Ap.*)

¡Estela con el Rey! Ya sus enojos
Claros se ven en los airados ojos.

REY. (*Ap.*)

¡Que una mujer ha sido
Tan noble, que el poder haya vencido!
Callen Porcia y Lucrecia, que ofendidas
Despreciaron las vidas;
Pero no desta suerte
Por honor se atrevieron á la muerte.
Yo solamente he sido
Quien vencedor se coronó vencido.

ESCENA XIII.

LUDOVICO y el CONDE, *por una puerta; y por otra*, TEOBALDO, ENRICO y TOSCO.—EL REY, LA INFANTA, ESTELA.

ENRICO.

¿Vos, Teobaldo, venís por mí?

TEOBALDO.

Quisiera
Ser quien la vida y libertad os diera.

LUDOVICO.

Llama el Rey.

CONDE.

¿Qué hay de nuevo, Ludovico?

LUDOVICO.

Aquí está el Conde ya.

TEOBALDO.

Y aquí está Enrico.

ENRICO.

Si á escuchar mi sentencia me has traido,
Habiéndote de ver, piadosa ha sido;
Pues la piedad declara
Que nadie muere en viendo al Rey la cara.

TOSCO.

Yo tambien quiero vella
Por no morir; por cierto que es muy bella.
(*Siéntanse el Rey y la Infanta.*)

LUDOVICO. (*Ap.*)

Su Majestad se sienta,
Y á su lado la Infanta.

Digitized by Google

ENRICO. (*Ap.*)

¿Pues qué intenta
El Rey, que airado admira,
Y con severo aspecto á todos mira?

REY.

Caballeros, mis deudos y vasallos,
Leales, nobles y amigos,
A vuestro bien habeis de ser testigos;
Pues por satisfaceros
Tantas hazañas, que en el mundo han [sido
Término al tiempo, límite al olvido,
Hoy quiero lisonjearos
Con una Reina que pretendo daros.
Estela es quien merece
Partir conmigo la imperial corona
Que luciente en mis sienes resplande- [ce,
Porque veais en tan felice estado
Vencido mi poder, su honor laureado.
No repliqueis. (*A Estela.*) Sentáos en [esta silla;
Pues solo merecísteis ocupalla,
Siendo del mundo espanto y maravilla.

ESTELA.

No merezco esos piés.

REY.

Y cuando fuera
Del mundo emperador, lo mismo hicie- [ra.

CONDE.

Pues á mi Reina quiero
Besar la mano, siendo yo el primero
Que la dé la obediencia.

TEOBALDO.

Y todos esperamos tu licencia,
Para deciros ya con voz altiva,
¡Viva Edüardo con Estela!

TODOS.

¡Viva!

REY.

¿Pues no llegais, Enrico?

ENRICO.

No he llegado;
Que ninguno á su Rey mira culpado.
Pero sin culpa, mi inocencia abonas,
Pues, con darme licencia, me perdonas.

REY.

En dias de mis bodas
Quiero que sean alegrias todas.
Dé Flérida la mano
A Teobaldo.

TEOBALDO.

Yo soy, señor, quien gano.

INFANTA.

¡Pues no es bien que te asombre
Mano de quien lloró por otro hombre?

TEOBALDO.

Yo la culpa he tenido.

INFANTA.

Yo licencia te pido
Para darla, señor, á quien me ha dado
Causa de que por él haya llorado.

REY.

Yo la doy, y contento
De que así queda satisfecho Enrico.

ENRICO.

Que me dejes besar tus piés suplico;
Porque á tus plantas puesto,
Poder, Amor y Honor dén fin con esto.

Digitized by Google

EL MAYOR ENCANTO AMOR.

Este drama de espectáculo es el que tanta celebridad adquirió por haber sido representado sobre el estanque grande del Buen Retiro, *y por los azares que tuvo su estreno. Don José Pellicer y Tovar da acerca de la funcion las siguientes noticias en sus* Avisos Históricos, *que principian en el tomo* xxxi *del* Semanario Erudito, *publicado por Don Antonio Valladares y Sotomayor.*

« AVISOS DE 14 DE JUNIO DE 1639.

Tenian hechas en el Buen Retiro grandes prevenciones de fiesta para la noche del primer dia de Pascua : muchas tramoyas de Cosme Lotti, ingeniero; mas de tres mil luces; comedia dentro del estanque grande, en teatro que navegase; Su Majestad y señores de palacio, todo al rededor irian en góndolas, oyendo la representacion; y cena tambien dentro de la agua. Todo, segun dicen, por cuenta del señor Duque, virey de Nápoles. Apénas se empezó, cuando se levantó tal aire, borrasca y torbellino, que muerta mucha parte de las luces y tiestos, desbaratadas las góndolas y á peligro de hundirse, asustado el Príncipe, fué fuerza retirarse y cesar la fiesta.

AVISOS DE 21 DE JUNIO DE 1639.

La solemnísima fiesta del Buen Retiro, que fué una imitacion de aquellas Naumaquias de los romanos, se representó el juéves á Sus Majestades y Alteza, que Dios guard[illegible] viérnes se volvió á repetir al Consejo real de Castilla; y lúnes al convento de San Gerónimo, religiones y todo el pueblo, estando francas las puertas á todos los que quisieron entrar al espectáculo. Espérase relacion cumplida de todo.»

Don Casiano Pellicer trae por apéndice á su *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia en España*, el curioso papel que mas adelante va inserto, y que es muy á propósito para que se aprecie el trabajo que hizo Calderon sobre la traza del maquinista. En el título de dicho papel se expresa que el drama fué representado en la noche de San Juan, error en que tambien incurrió Don Antonio Leon Pinelo, en sus *Anales de Madrid*, todavía inéditos, de donde quizá tomaria la especie el que puso al plan de Lotti el encabezamiento con que está publicado. La noche de San Juan del año 1639 no se celebró funcion alguna en el estanque del Buen Retiro, como se prueba por esto que escribia Don José Pellicer cuatro dias despues :

« AVISOS DE 28 DE JUNIO DE 1639.

« La noche del Corpus, que lo fué de San Juan, no tuvieron los Reyes otro festejo que el de los autos de la Villa, ordinarios. Representáronse cuatro : dos de Don Pedro Calderon, uno de Don Antonio Coello y otro de Don Francisco de Rojas.»

Se saca en limpio de los datos que suministran los dos Pelliceres, que la obra escénica titulada *El mayor encanto amor* (ó sea *La Circe*, porque tambien así pudo llamarse) fué principiada á representar, y no acabada, en la noche del domingo, primer dia de Pascua de Pentecostés, que en el año 1639 cayó á 12 de junio, como puede averiguarse por cualquier calendario perpétuo. Interrumpida la primera repre-

Digitized by Google

sentacion del drama, volvió á ejecutarse íntegro en la noche del juéves 16, repitiéndolo al otro dia, viérnes 17, y el lúnes de la siguiente semana, 20 de junio. La fiesta del Corpus fué aquel año á 23 de junio : por consiguiente la noche del mismo 23, hubo de celebrarse la velada de San Juan, en la cual nada ocurrió notable, ó si ocurrió, Pellicer no lo dijo. No obstante, Leon Pinelo refiere este acontecimiento, que es de alguna entidad :

«La noche de San Juan (dice) estando los Reyes en el Retiro, y dispuesto el balcon bajo que sale al Prado, frontero de la calle Alcalá (que hoy es reja cerrada), para asistir con músicas y festines, poco ántes que llegasen á sentarse en él, se rompió un estanque que estaba detras, y en mas altura, y arrojó tanta agua y tan furiosa por el balcon, que á estar ya los Reyes sentados, diera mucho cuidado su peligro, y por lo ménos el susto fuera grandísimo.»

—

De pensar es que Pellicer no callara tal ocurrencia; pero si realmente la hubo, de ahí naceria el poner en la noche de San Juan el naufragio de la comedia, confundiéndolo con la rotura del estanque. Sin embargo, la cláusula aquella *que hoy es reja*, manifiesta que Leon Pinelo extendia sus noticias con posterioridad al año 1639, por lo cual su testimonio no merece la fe que el de Pellicer y Tovar, que llevaba una especie de registro diario. Pinelo se equivocó tambien escribiendo las noticias del siguiente año 1640, donde dice así :

« La noche de San Juan hubo en el Retiro muchos festines, y entre ellos una comedia representada sobre el estanque grande, con máquinas, tramoyas, luces y toldos : todo fundado sobre barcas. Estándose representando, se levantó un torbellino de viento tan furioso, que lo desbarató todo, y algunas personas peligraron de golpes y caidas.»

—

Don José Pellicer se expresa de este modo :

AVISOS DE 3 DE JULIO DE 1640.

«Ayer, dia de Santa Isabel, que cumplió años la Reina nuestra Señora, se representó en el estanque del Buen Retiro la comedia que estaba destinada para la noche de San Juan, compuesta por Don Antonio de Solís, Don Francisco de Rojas y Don Pedro Calderon : fué acto de gran celebridad.»

—

No hubo pues comedia en el estanque la noche de San Juan de 1640, ni la noche del 22 de julio hubo desgracia. Pinelo transfirió al año 40 el incidente del año anterior.

El documento que Don Casiano Pellicer incluyó en el tomo II de su *Tratado histórico sobre la comedia*, es el que sigue :

LA CIRCE :

Fiesta que se representó en el estanque grande del Retiro, invencion de Cosme Lotti, á peticion de la Excelentísima Señora condesa de Olivares, Duquesa de San Lúcar La Mayor, la noche de San Juan.

Formaráse en medio del estanque una isla fija, levantada de la superficie del agua siete piés, con una subida culebreante que vaya á parar á la entrada de la isla, la cual ha de tener un parapeto, lleno de desgajadas piedras, y adornado de corales y otras curiosidades de la mar, como son

Digitized by Google

perlas y conchas diferentes, con precipicios de aguas y otras cosas semejantes. En medio de esta isla ha de estar situado un monte altísimo de áspera subida, con despeñaderos y cavernas, cercado de un espeso y oscuro bosque de árboles altísimos, en el cual se verán algunos de los dichos árboles con figura humana, cubiertos de una corteza tosca; y de sus cabezas y brazos saldrán entretejidos y verdes ramos, de los cuales han de estar pendientes diversos trofeos de caza y guerra, quedando esta forma de teatro alumbrado de luces ocultas, en poca cantidad: y dando principio á la fiesta, en la cual se oirá un estrepitoso murmurio y ruido, causado de las aguas, se verá venir por el estanque un grande y soberbio carro plateado y argentado, el cual han de tirar dos monstruosos pescados, de cuyas bocas saldrá continuamente gran cantidad de agua, creciendo la luz del teatro como se fuere acercando; y en la superficie de él ha de venir sentada con majestad y bizarría la diosa Agua, de cuya cabeza y curioso vestido saldrán infinita copia de cañitos de ella; y asimismo se verá salir otra gran cantidad de una urna en que la diosa ha de ir inclinada, que caerá mezclada con diversidad de peces, que jugando y saltando en el precipicio de la misma agua, y culebreando por todo el carro, vendrán á caer en el estanque. Esta máquina admirable ha de venir acompañada de un coro de veinte ninfas de rios y fuentes, las cuales han de ir cantando y tañendo á pié enjuto por encima de la superficie del agua en el estanque; y cuando pare esta hermosa máquina en presencia de Su Magestad, la diosa Agua dará principio á la escena representando la Loa; y acabada esta, se oirán diversidad de instrumentos, volviéndose á salir del teatro con el mismo acompañamiento y música. Y apénas habrá desaparecido, cuando se oirá un estrepitoso son de clarines y trompetas bárbaras; y haciendo salva de mosquetes y artillería, se oirá decir, *tierra, tierra*, y se descubrirá una grande, hermosa y dorada nave adornada de flámulas, gallardetes, estandartes y banderolas, que con hinchadas velas llegará á tomar puerto recogiéndolas y echando las áncoras y amarras, donde se descubrirán Ulíses y sus compañeros, que rindiendo gracias á los dioses por la descubierta tierra, tratarán de los infortunios pasados y de las presentes necesidades, no habiendo alguno de ellos que se atreva á desembarcar, aun para buscar refresco, temerosos de los peligros sucedidos; por cuya causa, echando suertes, diez y ocho serán constreñidos, por tocarles, á entrar en la chalupa; y saltando temerosos en la isla, se les pondrán delante infinidad de diferentes animales, como leones, tigres, dragones, osos y otros diferentes, con que espantados y llenos de terror se aunarán en forma de escuadron para defenderse; mas los animales, con humano entendimiento, se les acercarán haciéndoles caricias: en cuyo instante se oirá una triste música y cancion, que saldrá de entre los árboles y plantas, que con forma humana se hallan transformados, á cuyo sonoroso ruido los animales, parte de ellos en pié, y parte en sus mismas formas, harán un extraordinario baile; y miéntras le prosiguen y continúan, se oirá un espantoso terremoto con alteracion del aire, que despidiendo relámpagos con un temeroso trueno, arrojará un rayo velocísimo, que herirá en la cumbre y superficie del monte, arruinándole de forma que desgajado y desunido en muchas piezas, vendrán á caer en diferentes partes del teatro, con cuyo suceso se desaparecerán los animales y cesará la música, y quedarán llenos de terror los caballeros, viendo en el sitio y lugar donde estaba el monte situado aparecer un riquísimo palacio, adornado de entretejidos de diversos colores y piedras preciosas, con bizarra y bien entendida arquitectura, con columnas de ágatas y cristales, y basas, capiteles y cornisas de oro, con diferentes estátuas de bronce y mármol, colocadas segun la obra en sus debidos lugares. Y el espantoso y horrible bosque en el mismo tiempo se ha de transformar en un jardin delicioso y ameno, cercado de una fábrica soberbia en forma esférica, con corredores y lonja; y en medio de los deleitables repartimientos ha de tener fuentes de agua viva, cenadores, calles encubiertas y diversidad de animales domésticos, que por el delicioso jardin se han de ir paseando; y al aparecer de esta nueva maravilla, se verá con prodigio notable alumbrar el teatro con claridad tan grande, como si el sol le ministrase su luz, la cual ha de proceder y resultar de la reverberacion que harán las joyas del rico y suntuoso palacio, y por dos grandiosas estrellas que con singular y notable luz han de salir de entre las ondas y aguas del estanque; y en el plano de las lonjas y corredores de palacio, en el arco de en medio, se ha de ver sentada en un trono de grande majestad Circe, compuesta con un bizarro y rico vestido á la persiana, asistida de muchas damas y doncellas, de las cuales unas han de andar cogiendo yerbas y flores, que han

de colocar en dorados cestillos, y otras han de recoger en vasos de cristal aguas diferentes para el ejercicio y uso de la maga y de sus encantos : y Circe con el semblante grave y compuesto, teniendo una dorada vara en la mano, y en la otra un libro en que lea, estando presentes y admirados de tanto suceso los tímidos compañeros de Ulíses, hará que asegurados de una de aquellas damas, sean llevados á su trono y presencia, donde con el semblante agradable y engañoso, les preguntará quién son y qué fin los ha traido á aquella isla. A que ellos responderán, refiriéndole los sucesos de la guerra de Troya y los demas que les han acaecido hasta aquel dia, y le pedirán merced y socorro para la desmantelada y desproveida nave : y ella, fingiendo compadecerse de su desgracia y miseria, se le prometerá; y bajando del trono donde hasta entónces estará colocada, herirá la tierra con la dorada vara, y al instante se levantará de ella una espléndida mesa, en cuyo convite les hará ministrar una bebida en una copa dorada, que los transforme en cochinos, exceptuando á uno de ellos que, huyendo semejante transformacion y los engaños de la maga, se entrará en la chalupa que con los demas dejó en la playa, y irá á dar la nueva del suceso á Ulíses : y ella con rabia enojosa por la fuga del compañero, herirá los transformados en cochinos con la vara, haciéndolos llevar á la caballeriza, con gracioso entretenimiento, resultado de su gruñir; y hará que uno de ellos, que le parece de lindo humor, ande en pié y hable naturalmente como hombre; y sirviendo este de gracioso, hará entretenidas burlas y graciosos juguetes con las damas, recostándoseles en sus regazos, y ofreciéndolas servir de perrillo de falda; y aficionado de una de ellas, se enamorará, á la cual despues hará Circe que se transforme en figura de mona, celosa y enfadada de que al puerco le pareciese mas agradable y hermosa la presencia de ella que la suya : de lo cual resultará una alegoría gustosa y entretenida, pues la dama, viéndose transformada en mona, y teniendo por esta causa gran discordia con el cochino, le reprehenderá debajo de esta metáfora los vicios y torpezas de los hombres; y el cochino con otra alegoría semejante, debajo de la metáfora y transformacion de mona, reprehenderá los de las mujeres. En cuyo intermedio, habiendo llegado á la presencia de Ulíses el caballero que huyó los peligros y engaños de Circe, y referídole el suceso lastimoso de sus compañeros, le moverá á piedad tan grande, que le obligue á ir á buscar socorro; y tomando tierra en la chalupa, se oirá llamar sin saber de quién; y buscando la causa de esta voz, reparará en que la pronuncia uno de aquellos caballeros, que vestidos de rústica corteza, están en árboles transformados, el cual le exhortará á que no pase adelante, ni se exponga á la evidencia del peligro que le amenaza, sino que huya de los encantos de aquella isla, originados de los engaños de Circe, de su magia y amores libidinosos : de que admirado Ulíses le preguntará quién es y por qué causa con forma tan inhumana se halla encantado. A que él, con sentimientos grandes, le referirá que es uno de los compañeros del rey Pico, y las tragedias y sucesos lastimosos que por ellos y su Rey han pasado, quedando todos, por última desdicha, unos transformados en árboles, y otros vagando en figura de diversos animales por el bosque. Por lo cual Ulíses, compasivo y confuso, se resolverá á intentar la restauracion de todos en la conquista de aquella empresa, á cuya ejecucion apénas se moverá, cuando vea venir por el aire con hermosos cambiantes y reflejos á Mercurio, el cual como embajador de Júpiter le traerá una flor para que salga bien de la aventura en que se halla empeñado y de los engaños y encantos de Circe : á que apénas Ulíses le habrá rendido las gracias, cuando en su presencia, rompiendo los aires, se volverá al cielo; y Ulíses cobrado el aliento, y asegurado del suceso, con nuevo ánimo llegará á dar vista al admirable palacio, en el cual se verán nuevos prodigios, pues al desaparecerse el trono en que Circe estaba sentada debajo del arco de en medio de las lonjas y corredores, se descubrirá una hermosísima portada, por la cual se representarán á la vista unos léjos opacos, que causen notable admiracion; y miéntras Ulíses, dejándose llevar de la que le causa tanto prodigio, está suspenso, se le ha de poner delante el compañero transformado en cochino gracioso, el cual conociéndole, ha de llegar á abrazarle, y con su sucio hocico le ha de procurar oscular, llamando á sus compañeros, los cuales gruñendo con gracioso modo le cercarán haciendo una fiesta ridícula; y él compadecido de su miseria, los acariciará, pidiendo al hablante puerco que le introduzca con la maga Circe; y haciéndolo, los demas, temerosos de mayor daño, sintiendo su presencia, huirán dejando solo á Ulíses, á quien con agradable forma recibirá la maga, convidándole á beber, y haciendo le traigan la misma copa que á sus compañeros. Se excusará Ulíses, amenazándola para

Digitized by Google

que los ponga en libertad; y negándolo ella, provocará el enojo y furia de Ulíses para poner mano á la espada; pero viendo que sus amenazas no son de provecho, ni el acero, trocará la ira y el furor en halagos y caricias; y fingiéndosele muy enamorado, le ofrecerá quedarse con ella, siguiendo su voluntad y gustos, con que le vuelva á su primera forma los compañeros, lo cual le ofrece Circe, y enamorada de él le acaricia; y llevándose consigo los compañeros, les hará lavar en una hermosa fuente, con cuyas aguas quedarán vueltos en su primer figura de hombres, exceptuando al gracioso, que por su gusto y entretenimiento ha de quedarse transformado, sacando por efecto de su fatiga y lavatorio que se le ha de alargar el hocico, y le crecerán y nacerán de repente orejas como de jumento: con lo cual fatigado y rabioso dirá graciosos y entretenidos dichos, y pedirá á Circe le vuelva á su forma humana, y á Ulíses que se lo ruegue, y á sus compañeros de la misma forma; y ella le ofrecerá hacerlo, cuando haya hecho penitencia, en aquella figura, de haberle parecido mas bien la hermosura de la dama transformada en mona, que la suya. Y estando en esto se aparecerán en el estanque seis barcos ó chalupas, gobernados y guiados por seis cupidillos, en los cuales hará Circe que entren los compañeros de Ulíses, señalando á cada uno una dama con quien se entretengan, y al cochino gracioso la transformada en mona, y ella entrará con Ulíses en el suyo; y cantando al son de diversos instrumentos, andarán por el estanque pescando con cañas peces frescos, que siempre que arrojen el sedal, picarán en el cebo, y presos del anzuelo los sacarán saltando y bullendo; solo el gracioso transformado en cochino, en lugar de sacar peces frescos sacará pescado muerto y salado, como es abadejo y tollo; y con este entretenimiento gracioso han de formar los barquillos una media luna, en cuyo centro se ha de hallar el de Ulíses y Circe, que estando en esta forma ha de mandar al mar, por dar gusto á su nuevo amante, que haga salir y aparecer sobre sus ondas la diversidad de peces y mónstruos marinos que tiene en sus entrañas. A cuyo precepto y órden se verá hinchir el estanque de diversidad de peces grandes y pequeños, los cuales jugando entre sí, han de arrojar por boca y narices gran cantidad de rocíos de aguas odoríferas, que esparcidas por los circunstantes les cause fragancia y suavidad al olfato. Y estando en esto ha de venir y aparecer de repente por el estanque la Virtud en forma y figura de maga, sentada sobre una gran tortuga marina; y vista de Circe, por venir transformada en la figura de una maga, grande amiga suya, se alegrará con ella, y le dará el parabien de su venida: con lo cual desembarcarán todos en un florido prado delante del palacio, donde se sentarán; y allí confabulando de diversas cosas, y agradeciendo mucho la venida de la amiga, por festejarla hará Circe que por el estanque venga un gracioso escuadron de sirenas y tritones, los cuales harán en el agua un extravagante, admirable y jamas visto ni oido baile, al fin del cual, desapareciendo estos, y vueltos Circe, la Virtud y Ulíses á su confabulacion y entretenimiento, le preguntará Circe á la Virtud la causa que le ha movido á dejar sus estudios y entretenimientos mágicos por venirla á visitar; y ella le responderá que el fin de su venida han sido los amores de Ulíses, á quien desde que nació le tiene destinado para sí, habiendo logrado en él muchos respetos y ternezas amorosas, las cuales le obligan á buscarle y á venir por él, sacándole de entre sus manos, porque su grande amor no la permite reposo, ni reparos de amistades antiguas con Circe. Y oyendo estas razones los compañeros de Ulíses, admirados del suceso y confusos, le extrañarán, y por no conocer á la Virtud con el disfraz de maga, la tendrán por loca. Mas Circe, riéndose, y teniendo por cosa de entretenimiento lo que su amiga decia, se burla de ella, no obstante que recelosa, por asegurarse, hará que Ulíses y sus compañeros formen un torneo de á pié, apareciendo de repente la valla. A que apénas darán principio, cuando la Virtud celebrando el talle, la gallardía y las acciones y valor de Ulíses, causará tan grandes celos en Circe, que hará suspender el torneo, y desaparecerá la valla, mandándole á la Virtud que luego al punto se salga de la isla; mas ella no querrá, sino es llevándose consigo á Ulíses: con lo cual Circe rabiosa y enojada hará grandes conjuros, caractéres, figuras y encantos para vencerla y echarla de allí, los cuales obrarán en el aire y en la isla grandes portentos y vistas prodigiosas, que no podrán hacer daño alguno á la Virtud, la cual lo vencerá todo; y hallándose Circe sin poder para vencerla, se irá enojada, dejándose á la Virtud sola con Ulíses, la cual se le descubrirá y dirá quién es, reprehendiéndole su modo de vida, y afeándole su femenil trato le dirá si es aquel el que le habia sacado de Grecia y hecho vencer á los troyanos, con los demas sucesos gloriosos de Ulíses. El cual

Digitized by Google

reconocido y vuelto en su acuerdo, se arrepentirá, y le prometerá seguirla, apartándose de los vicios, que hasta allí le han tenido olvidado, con lo cual ella le llevará á una fuente, donde mirándose como en un espejo, y viéndose tan otro de su antiguo valor y sér, con fija resolucion se determinará á dejar á Circe. Con lo cual se aparecerá en el teatro, viniéndose hácia Ulises, un disforme gigante muy viejo, y de venerable barba, en hábito de ermitaño, con un baston en la mano, cuya presencia le obligará á preguntarle á la Virtud quién es, y lo que debe hacer con él; á que ella le responderá: «Este es á quien debes seguir, y con quien te debes congratular para salir de una vez de los abismos de vicios en que has estado metido.» Con lo cual Ulíses se volverá al gigante, y le pedirá le ampare, y diga quién es, y él se le ofrecerá diciéndole que es el Buen Retiro, y que lo que le conviene para colocarse en el templo de la eternidad y hacerse famoso, ilustrando su nombre con grandes glorias, es seguir el Buen Retiro; porque ménos que siguiéndole, no podrá apartarse de los vicios y amar la virtud, que solo se puede hallar retirándose de todo lo que le pudiere divertir de ella. Con que Ulíses determinado de seguir el Buen Retiro, se abrazará de la Virtud; y estando abrazado con ella, volverá Circe desesperada, mesados sus cabellos, y haciendo extremos lastimosos; y viendo á Ulíses abrazado de la Virtud, se volverá á él, y le dirá, si eran aquellas las finezas, los amores, las promesas y los halagos con que asistiéndola y enamorándola, le aseguraba de su firmeza y puntualidad; y le pedirá no la deje, y se valdrá para esto de grandes halagos, y asimismo de amenazas, de las cuales, burlándose la Virtud, le dirá que no solo á su pesar ha de sujetar á Ulíses; pero que por hacer mayor su trofeo, se ha de llevar todo lo que tiene encantado en la isla, en cuya ejecucion hará que se desgajen los árboles, y que de sus troncos y concavidades salgan aquellos.

PERSONAS.

ULISES.
ANTÍSTES.
ARQUELAO.
POLIDORO.
ARSIDAS.
TIMANTES.
LISIDAS.
FLORO.
LEBREL.
CLARIN.
TISBE.
SIRENE.
GALATEA.
CASANDRA.
CIRCE.
FLERIDA.
ASTREA.
LICIA.
CLORI.
LA NINFA IRIS.
BRUTAMONTE, *gigante.*
AQUILES.
UNA DUEÑA.
UN ENANO.
GRIEGOS.
SOLDADOS DE ARSIDAS.
TRITONES.
SIRENAS.

La escena es en Trinacria ó Sicilia.

JORNADA PRIMERA.

Mar y costa de Trinacria.

ESCENA PRIMERA.

Suena un clarin, y descúbrese un navío, y en él ULISES, ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL, POLIDORO, TIMANTES, FLORO, CLARIN, Y OTROS GRIEGOS.

ANTÍSTES.

En vano forcejamos,
Cuando rendidos á la suerte estamos,
Contra los elementos.

ARQUELAO.

Homicidas los mares y los vientos,
Hoy serán nuestra ruina.

TIMANTES.

Iza el trinquete.

POLIDORO.

Larga la bolina.

FLORO.

Grande tormenta el huracan promete.

ANTÍSTES.

¡Hola, iza!

LEBREL.

¡A la escota!

CLARIN.

¡Al chafaldete!

ULÍSES.

Júpiter soberano,
Que este golfo en espumas dejas cano,
Yo voto á tu deidad aras y altares,
Si la cólera templas destos mares.

ANTÍSTES.

Sagrado dios Neptuno,
¿Griegos ofendes á pesar de Juno?

ARQUELAO.

Causando está desmayos
El cielo con relámpagos y rayos.

CLARIN.

¡Piedad, Baco divino!
No muera en agua el que ha vivido en vino.

LEBREL.

¡Piedad, Momo sagrado!
No el que carne vivió, muera pescado.

TIMANTES.

Monumentos de hielos
Hoy serán estas ondas.

TODOS.

¡Piedad, cielos!

POLIDORO.

Parece que han oido
Nuestro lamento y mísero gemido,
Pues calmaron los vientos.

ARQUELAO.

Paces publican ya los elementos.

ANTÍSTES.

Y pa[illegible] mas fortuna,
(Que la buena y la mala nunca es una)
Ya en aqueste horizonte
Tierra enseña la cima de aquel monte
Corona de esa sierra.

TIMANTES.

Celajes se descubren.

TODOS.

¡Tierra, tierra!

ULÍSES.

Pon en aquella punta,
Que el mar y el cielo, hecho bisagra, junta,
La proa.

Digitized by Google

POLIDORO.

Ya toca el espolon la playa.

ANTÍSTES.

Vaya toda la gente á tierra.

TODOS.

Vaya.

ANTÍSTES.

Del mar cesó la guerra.

ULÍSES.

Vencimos el naufragio.

TODOS.

¡A tierra, á tierra!

(*Llega el bajel, y desembarcan todos.*)

ULÍSES.

Saluda el peregrino,
Que en salado cristal abrió camino,
La tierra donde llega,
Cuando inconstante y náufrago se niega
Del mar á la inconstancia procelosa.

ANTÍSTES.

¡Salve y salve otra vez, madre piadosa!

ARQUELAO.

Con rendidos despojos
Los labios te apellidan y los ojos.

CLARIN.

Del mar vengo enfadado,
Que no es gracioso el mar, aunque es salado.

LEBREL.

No es aqueso forzoso;
Que yo no soy salado, y soy gracioso.

ULÍSES.

¿Qué tierra será esta?

TIMANTES.

¿Quién quieres que á tu duda dé respuesta,
Si siempre derrotados,
Mares remotos, climas apartados
Habemos tantos años discurrido,
El rumbo, el norte y el iman perdido?

POLIDORO.

Pues no nuestras desdichas han cesado;
Que el monte donde ahora has arribado,
No parece habitable
En lo inculto, intrincado y formidable.

ANTÍSTES.

En él las mas pequeñas
Ruinas, de gente humana no dan señas.

ARQUELAO.

Solo se ve de arroyos mil surcado,
Cuyo turbio cristal desentonado
Parece, á lo que creo,
Desperdiciado aborto del Leteo.

LEBREL.

Que habemos dado temo
En otro mayor mal que Polifemo.

FLORO.

Quejas son lastimosas y severas,
Cuantas se escuchan, de robustas fieras.

TIMANTES.

Y si las copas rústicas miramos
Destos funestos ramos,
No pájaros süaves
Vemos, nocturnas sí, agoreras aves.

ARQUELAO.

Y entre sus ramos rotos y quebrados
Trofeos de guerra y caza están colgados.

POLIDORO.

Todo el sitio es rigor.

FLORO.

Todo es espanto.

ANTÍSTES.

Todo horror.

ARQUELAO.

Todo asombro.

TIMANTES.

Todo encanto.

LEBREL.

Absorto de mirar sus señas quedo.
¿Crêrásme una verdad, que tengo miedo?

CLARIN.

Sí crêré, si es que arguyo
Que por mi corazon se juzga el tuyo.

(*Vanse todos, y quedan Ulises y Clarin.*)

ESCENA II.

ULISES, CLARIN.

ULÍSES.

Pues los dos nos quedamos,
Por esta parte penetrando vamos.
¡Qué bosque es de confusion tan rara
Aqueste que pisamos!

CLARIN.

Y aun no para
En eso, pues del triste oscuro centro
Suyo, miro salirnos al encuentro
Un escuadron de fieras,
Bárbara inculta hueste, que en hileras
Mal formadas embiste
A los dos.

(*Salen animales, y hacen lo que se va diciendo.*)

ULÍSES.

Defendámonos (¡ay triste!)
El uno al otro.—Pero ¿cómo es esto?
No solo á nuestra ofensa se han dispuesto[1],
Mas humildes, postrados y vencidos,
Los pechos por la tierra, están rendidos.
Y el rey de todos ellos,
El leon, coronado de cabellos,
En pié puesto, una vez hácia las peñas,
Y otra hácia el mar, cortés nos hace señas.
¡Oh generoso bruto,
Rey de tanta república absoluto!
¿Qué me quieres decir cuando á la playa
Señalas? ¿Que me vaya,
Y que no tale mas el bosque donde
Tienes tu imperio? A todo me responde,
Inclinada la testa,
Con halagos firmando la respuesta.
Creamos pues al hado;
Que un bruto no mintiera coronado.—
Convoca á gritos fieros
A nuestros compañeros,
Para que al mar volvamos,
Y agradecidos el peligro huyamos.

CLARIN.

Compañeros de Ulíses, (*A voces.*)
Que discurrís los bárbaros paises
Deste encantado monte,
Desamparad su bárbaro horizonte.

ULÍSES.

Al mar, volved al mar, que tristemente
Con halago las fieras obediente
Cuando sus voces nuestras gentes llaman,
Quieren quejarse, y por quejarse braman.

CLARIN.

Todas con manso estruendo,
Repitiendo las señas, van huyendo.

ULÍSES.

Mucho es mi asombro.

[1] Falta un *no*. En otra comedia queda ya señalado otro caso igual.

CLARIN.

Y mi tristeza es mucha.

ULÍSES.

Dioses, ¿qué tierra es esta?

ESCENA III.

ANTISTES, *que sale huyendo*.—ULISES, CLARIN.

ANTÍSTES.

Atiende, escucha:
Entramos en ese monte,
Ulises, tus compañeros,
A examinar sus entrañas,
A solicitar su centro,
Cuando á las varias fortunas
Del mar pensamos que el cielo
Nos habia dado amparo,
Nos habia dado puerto;
Mas ¡ay triste! que el peligro
Es de mar y tierra dueño,
Porque en la tierra y el mar
Tiene el peligro su imperio.
Dígalo allí, coronado
De tantos naufragios ciertos,
Y aquí lo diga, ceñido
De tantos precisos riesgos,
Aunque ni el mar ni la tierra
No[1] tienen la culpa dellos,
Pues el hombre en tierra y mar
Lleva el peligro en sí mesmo.
Por diversos laberintos
Que labró (artífice diestro,
Sin estudio y sin cuidado)
El desaliño del tiempo,
Discurrimos ese monte;
Hasta que hallándonos dentro,
Vimos un rico palacio,
Tan vanamente soberbio,
Que embarazando los aires
Y los montes afligiendo,
Era para aquellos nube
Y peñasco para estos,
Porque se daba la mano
Con uno y con otro extremo;
Pero aunque viciosos eran,
La virtud no estaba en medio.
Saludamos sus umbrales
Cortesanamente atentos,
Y apénas de nuestras voces
La mitad nos hurtó el eco,
Cuando de ninfas hermosas
Un tejido coro bello
Las puertas abrió, mostrando
Apacible y lisonjero,
Que habia de ser su agasajo
De nuestros males consuelo,
De nuestras penas alivio,
De nuestras tormentas puerto.
Mintió el deseo; mas ¿cuándo
Dijo verdad el deseo?
Detras de todas venia,
Bien como el dorado Febo,
Acompañado de estrellas
Y cercado de luceros,
Una mujer tan hermosa,
Que nos persuadimos ciegos
Que era, á envidia de Diana,
La diosa destos desiertos.
Esta pues nos preguntó
Quiénes éramos; y habiendo
Informádose de paso
De los infortunios nuestros,
Cautelosamente humana,
Mandó servir al momento
A sus damas las bebidas
Mas generosas, haciendo
Con urbanas ceremonias

[1] Aquí no hacia falta la negacion.

Digitized by Google

Político el cumplimiento.
Apénas de sus licores
El veneno admitió el pecho,
Cuando corrió al corazon;
Y en un instante, un momento,
A delirar empezaron,
De todos los que bebiéron,
Los sentidos, tan mudados
De lo que fuéron primero,
Que no solo la embriaguez
Entorpeció el sentimiento
Del juicio, porcion del alma,
Sino tambien la del cuerpo;
Pues poco á poco extinguidos
Los proporcionados miembros,
Fuéron mudando las formas.
¿Quién vió tan raro portento?
¿Quién vió tan extraño hechizo?
¿Quién vió prodigio tan nuevo?
¿Y quién vió que, siendo hermosa
Una mujer con extremo,
Para hacer los hombres brutos
Usase de otros remedios,
Pues destas transformaciones
Es la hermosura el veneno?
Cuál era ya racional
Bruto, de pieles cubierto;
Cuál, de manchas salpicado,
Fiera con entendimiento;
Cuál sierpe armada de conchas,
Cual de agudas puntas lleno,
Cuál animal mas inmundo;
Y todos al fin à un tiempo
Articulaban gemidos,
Pensando que eran acentos.
La mágica entónces dijo:
«Hoy veréis, cobardes griegos,
De la manera que Circe
Trata cuantos pasajeros
Aquestos umbrales tocan.»
Yo, que por ser el que haciendo
Estaba la relacion
De nuestros varios sucesos,
Aun no habia al labio dado
El vaso, el peligro viendo,
Sin que reparara en mi
Circe, corrí; que en efecto,
El que se sabe librar
De los venenos mas fieros
De una hermosura, es quien solo
Niega los labios á ellos.
Esto en fin me ha sucedido,
Y vengo á avisarte dello,
Porque desta esfinge huyamos.
Pero ¿dónde podrá el cielo
Librarnos de una mujer
Con belleza y con ingenio?

ULÍSES.

¿Cuándo vengada estarás,
O injusta deidad de Vénus,
De Grecia? ¿Cuándo tendrán
Divinas cóleras medio?

ANTÍSTES.

No en lastimosos gemidos
La ocasion embaracemos,
Que tenemos de librarnos:
Al mar volvamos huyendo.

ULÍSES.

¿Cómo habemos de dejar
Así á nuestros compañeros?

CLARIN.

Perdernos, señor, nosotros,
No es alivio para ellos.

ULÍSES.

Juno, si en desprecio tuyo
Vénus ofende á los griegos,
¿Cómo tú no los defiendes,
Quejosa de tu desprecio?
Acuérdate que ofendida
De Páris, á nuestro acero
Le fiaste tu venganza;
Acuérdate que sangrientos
Por tí abrasamos à Troya,
Cuyo no apagado incendio
Hoy en padrones de humo
Está en cenizas ardiendo.
Si por haberte vengado,
Tantos males padecemos,
Remédianos, Juno bella,
Contra la deidad de Vénus.

(Tocan chirimías, y sale en un arco la ninfa Iris, y canta la música dentro.)

ESCENA IV.

IRIS, MÚSICOS. — DICHOS.

MÚSICOS. *(Dentro.)*

Iris, ninfa de los aires,
El arco despliega bello,
Y mensajera de Juno,
Rasga los azules velos.

IRIS. *(Canta.)*

Ya la obedezco,
Y batiendo las alas,
Rompo los vientos

ULÍSES.

Línea de púrpura y nieve,
Nube de rosa y de fuego,
Verde, roja y amarilla,
Nos deslumbra á sus reflejos.

ANTÍSTES.

¿Qué hermoso rasgo corrido
En el papel de los cielos,
Bandera es de paz?

ULÍSES.

Y en él
Está la ninfa pendiendo,
Embajatriz de las diosas,
Reina de dos elementos. —
Iris, bellísima ninfa,
Si tu respuesta merezco,
¿Qué, dichosa, vas buscando?
¿Qué, infelice, vas huyendo?

IRIS. *(Canta.)*

A tus fortunas atenta,
¡Oh nunca vencido griego!
Juno tu amparo dispone,
Y yo de su parte vengo.
Este ramo que te traigo,
De varias flores cubierto,
Hoy contra Circe será
Triaca de sus venenos.
(Deja caer un ramillete.)
Toca con él sus hechizos,
Desvaneceránse luego,
Como al amor no te rindas;
Que con avisarte desto,
Ya la obedezco,
Y batiendo las alas,
Rompo los vientos.

TODA LA MÚSICA.

Y batiendo las alas,
Rompe los vientos.
(Tocan chirimías, y desaparece el arco y la ninfa.)

ESCENA V.

ULISES, ANTISTES, CLARIN.

ULÍSES.

Hermoso aliento de Juno,
No desvanezcas tan presto
Tanto aparato de estrellas,
Tanta pompa de luceros.
Espera, detente, aguarda,
Que te sacrifique el pecho
Estas lágrimas, que lleves
En señal de rendimiento.

CLARIN.

Ya las esparcidas luces
Va doblando y recogiendo,
Hasta perderse de vista
Por las campañas del viento.

ULÍSES.

Ya no hay que temer de Circe
Los encantos, pues ya veo
Tan de mi parte los hados,
Tan en mi favor los cielos.
A sus palacios me guia,
Verasme vencer en ellos
Sus hechizos, y librar
A todos mis compañeros.

ANTÍSTES.

No es menester que te guie
A sus ojos; que ella, haciendo
Salva á tus peligros, sale
Al son de mil instrumentos.

—

Aparece el palacio de Circe.

ESCENA VI.

Salen los MÚSICOS, *cantando, y despues* CIRCE, CASANDRA, TISBE, CLORI Y ASTREA, *que trae un vaso en una salvilla, y* LIBIA *una tohalla.*— DICHOS.

MÚSICOS.

En hora dichosa venga
A los palacios de Circe
El siempre invencible griego,
El nunca vencido Ulises.

CIRCE.

En hora dichosa venga
Hoy á este palacio hermoso
El griego mas generoso
Que vió el sol, donde prevenga
Blando albergue, y donde tenga
Dulce hospedaje, y atento
A sus fortunas, contento
Pueda en la tierra triunfar
De la cólera del mar
Y de la saña del viento.
¡Felice pues fuese el dia
Que estos piélagos sulcó,
Felice fuese el que halló
Abrigo en la patria mia,
Y felice la osadía
Con que ya vencer presuma
En tranquila paz, en suma
Felicidad inmortal,
Ese monstruo de cristal,
Sierpe escamada de espuma!
Que yo al cielo agradecida,
Pues ya mis venturas sé,
De tanto huésped daré
Parabienes á mi vida;
Y así, á tus plantas rendida,
Con aplausos diferentes,
Vengo á recibir tus gentes,
Hurtando en ecos süaves
Las cláusulas á las aves,
Los compases á las fuentes.
Y porque al que en mar vivió,
Lo que mas en él le obliga
A sentir, es la fatiga
De la sed que padeció
(¿Quién sed en tanta agua vió?),
A traerte aquí se atreven
Los aplausos que me mueven
(En señal de cuán piadoso
Es mi afecto) el generoso

Digitized by Google

Néctar que los dioses beben.
Bebe, y sin pavor alguno
Brinda á la gran majestad
De Júpiter, la beldad
De Vénus, ciencias de Juno,
De Marte armas, de Neptuno
Ondas, de Diana honor,
Flores de Flora, esplendor
De Apolo; y por varios modos,
Porque en uno asisten todos,
Bebe y brinda al dios de amor.

ULÍSES.

Bellísima cazadora,
Que en este opaco horizonte
Siendo noche todo el monte,
Todo el monte haces aurora,
Pues no amaneció hasta ahora
Que te vi, la luz en él,
Admite rendido y fiel
Un peregrino del mar,
Que halló piadoso al pesar,
Que halló á la dicha cruel.
Esa nave derrotada,
Que con tanta sed anhela,
Pez que por las ondas vuela
Ave que en los aires nada,
A tu deidad consagrada,
Víctima ya sin ejemplo
De tus aras la contemplo,
Pues aquí se ha de quedar
Por trofeo de tu altar,
Por despojo de tu templo.
(*Llegan Licia y Astrea.*)
El néctar, con que has brindado
Mi feliz venida, aceto;
Aunque temor y respeto
Me han suspendido y turbado
Tanto, que de recatado
No me atrevo á tus favores,
Sin que otros labios mejores
Lisonjeen tus agravios;
Y así ántes que con los labios,
Haré la salva con flores.
(*Mete el ramillete en el vaso, y sale fuego.*)

ASTREA.

En fuego el agua encendió.

LICIA.

¡Qué es lo que mis ojos ven!

CIRCE.

¿Quién, cielos airados, quién
Mas ha sabido que yo?

ULÍSES.

Quien tus encantos venció,
Deidad superior ha sido;
Y pues á tiempo he venido,
Que á tantos vengar espero,
Verás, mágica, este acero
En tu púrpura teñido.
(*Saca la espada.*)

CIRCE.

Aunque llego á merecer
La muerte, es bien que te asombre,
Que no es victoria de un hombre
El matar á una mujer.
Valor tan hecho á vencer
No ha de ser, no, mi homicida.
Rendida tienes mi vida:
Luego de tu acero hoy
Dos veces segura estoy,
Por mujer y por rendida.

ULÍSES.

Por rendida y por mujer
Darte la muerte no quiero:
Vida tienes; mas primero
Que la vaina vuelva á ver
La cuchilla, has de traer
Mis compañeros aquí.

CIRCE.

Eso y mas haré por ti.—
Oid, racionales fieras,
En vuestras formas primeras
Trocad las formas que os di.

ESCENA VII.

TIMANTES, POLIDORO, FLORO, ARQUELAO, LEBREL.—DICHOS.

TIMANTES.

¿Qué es lo que me ha sucedido
Este rato que he soñado?

POLIDORO.

En un leon transformado
Mi letargo me ha tenido.

FLORO.

¡Qué ajeno de mi sentido
Me ha usurpado un frenesí!

ARQUELAO.

¡Gracias á Dios que te vi,
Oh campo azul cristalino!

LEBREL.

Vive Dios, que fui cochino,
Y aun me soy lo que me fui.

CIRCE.

Ya libres tus gentes ves.

ULÍSES.

Y ya aquí no hay que esperar.—
¡Alto, amigos, á embarcar!

TIMANTES.

A todos nos da tus piés
Por esta ventura.

CIRCE.

Pues
Tan seguro estás de mí,
No te ausentes, no, de aquí,
Sin que llegue á saber yo
Mas despacio, quién venció
Mis encantos.

ULÍSES.

Oye.

CIRCE.

Di.

ULÍSES.

Si caben tantos sucesos
En el coto de unas voces,
La fértil Grecia es mi patria,
Y Ulises mi propio nombre.
Aunque inclinado á las letras,
Militares escuadrones
Seguí; que en mí se admiraron
Espada y pluma conformes.
Cerqué á Troya, y rendí á Troya:
No me permitas que torne
A la memoria sus ruinas,
Basta que Vénus las llore.
Heredero de las armas
De Aquiles fuí, porque logren,
Si dueño no tan valiente,
Dueño á lo ménos tan noble.
Al mar me entregué, pensando
Volver á mi patria, donde
Trocara el bélico estruendo
A regalados favores.
Engañóme mi esperanza,
Mintióme mi amor, burlóme
Mi deseo. ¡Oh cuánto fácil
Su dicha imagina el hombre!
Vénus, del griego ofendida,
Mis venturas descompone;
Que es, aunque diosa, mujer,
En quien duran los rencores.
La cárcel abrió á los vientos,
Para mi agravio veloces:
Que para mis esperanzas
Aun fueran los vientos torpes.
Ellos, que airados embisten,
La frágil armada rompen,
Y yo turbado perdí
Con la confusion el norte.
Huésped viví de Neptuno
Seis años, y por salobres
Campañas de agua, sospecho
Que he dado una vuelta al orbe.
Entre Caribdis y Scila
Me vi, y á las dulces voces
Del golfo de las Sirenas
Basilisco fuí de bronce.
Llegué al pié del Lilibeo,
Ese gigante que opone
Al cielo sus puntas, siendo
Excelsa pira de flores,
Donde fuí de Polifemo
Mísero cautivo, y donde
Con su muerte rescaté
Mi vida de sus prisiones,
El trágico fin vengando
De Acis, generoso jóven,
Y la hermosa Galatea,
Hija de Nereo y Dóris,
Qué, lágrimas de un peñasco,
Al mar en dos fuentes corren,
Cuando... Mas deber no quiero
Tan poco á hazaña tan noble,
Que la desluzca en contarla,
Presumiendo que la ignores.
Basta decir que seguro
De sus castigos atroces,
Tuvimos por agradables
De los vientos los rigores,
Porque tan airados fuéron,
Que nos trajeron adonde
El rigor de una mujer
Venciese al rigor de un hombre,
Pues venimos donde tú
Mágicas transformaciones
Usas: llorando lo digan
Esas fieras y esos robles.
Y así, pues tan generosas
Deidades mas superiores
Me aseguran, volveré,
Huyendo de tus rigores,
A quebrantar los cristales
De ese piélago, que sobre
Sus espaldas tantos años
Huésped me admitió. —Descoge,
O surto delfin que vuelas,
Varado nebli que corres,
Las alas, porque otra vez
La plata del agua cortes,
O con la quilla la rices,
O con el buque la entorches.
Torne pues al albedrío
De aire y mar la nave, y torne
A llevarme donde fuere
La voluntad de los dioses.

CIRCE.

Retórico griego, á quien
Ese escollo cristalino,
Ese peñasco de nieve,
Esa campaña de vidrio
Náufrago huésped te tuvo
Tantos años, pues vencidos
Los hados, llegas trayendo
Aquesas flores contigo,
Que son antídoto hermoso,
Que son conjuro divino
Contra mortales venenos,
Contra mágicos hechizos:
No tan presto á peinar vuelvas
Al mar los cabellos rizos,
Que canos y ajados son

Digitized by Google

Hermosos con desaliño:
Deja descansar las ondas,
Y ese bajel, que al abrigo
De dos montes surto yace,
Permite que agradecido
A la piedad de los cielos,
De los hados al arbitrio,
Blanda, y no penosamente,
Bata las alas de lino,
En tanto que te reparas
De aquel pasado peligro,
Que derrotado te trajo
A aquestos montes altivos.
Y para que sepas cuanto
Asombro es el que has vencido,
Darte relacion de mí
Este instante solicito.
Esa luminar antorcha,
Que desde su plaustro rico
El cielo ilumina á rayos,
El mundo describe á giros;
Ese planeta, que corre
Siempre hermoso, siempre vivo
Llevándose tras sí el dia,
Fué el luciente padre mio.
Prima nací de Medea
En Tesalia, donde fuimos
Asombro de sus estudios,
Y de sus ciencias prodigio;
Porque enseñadas las dos
De un gran mágico, nos hizo
Docto escándalo del mundo,
Sabio portento del siglo;
Que en fin las mujeres, cuando
Tal vez aplicar se han visto
A las letras ó á las armas,
Los hombres han excedido.
Y así, ellos envidiosos,
Viendo nuestro ánimo invicto,
Viendo agudo nuestro ingenio;
Porque no fuera el dominio
Todo nuestro, nos vedaron
Las espadas y los libros.
No te digo que estudié
Con generoso motivo
Matemáticas, de quien
La filosofía principio
Fué; no te digo que al cielo
Los dos movimientos mido,
Natural y rapto, siendo
Ambos á un tiempo continuos;
No te digo que del sol
Los veloces cursos sigo,
Siendo cambiante cuaderno
De tornasoles y visos;
No que de la luna observo
Los resplandores mendigos,
Pues una dádiva suya
Los hace pobres ó ricos;
No te digo que los astros,
Bien errantes ó bien fijos,
En ese papel azul
Son mis letras; solo digo
Que esto, aunque es estudio noble,
Fué para mi ingenio indigno;
Pues pasando á mas empeños
La ambicion de mi albedrío,
El canto entiendo á las aves
Y á las fieras los bramidos,
Siendo para mí patentes
Agüeros ó vaticinios.
Cuantos pájaros al aire
Vuelan, ramilletes vivos,
Dando á entender que se llevan
La primavera consigo,
Renglones son para mí
Ni señalados ni escritos.
La armonía de las flores,
Que en hermosos laberintos
Parece que es natural,
Sé yo bien que es artificio;
Pues son planas, en que el cielo
Estampa raros avisos.
Por las rayas de la mano
La quiromancía examino,
Cuando en ajadas arrugas
De la piel, el fin admiro
Del hombre; la geomancía
En la tierra, cuando escribo
Mis caractéres en ella;
Y en ella tambien consigo
La piromancía, cuando
De su centro, de su abismo,
Hago abrirse las entrañas,
Y abortar á mis gemidos
Los difuntos, que responden,
De mi conjuro oprimidos.
¿Mas qué mucho, si al infierno
Tal vez obediente he visto
Temblar de mí, si tal vez
Sus espíritus aflijo?
¿Pero para qué te canso?
¿Pero para qué repito
Grandezas mias, si todas
En esta sola las cifro?
Para que mejor pudiese
Entregarme á mis designios,
A Trinacria vine, donde
En este apartado sitio
Del Etna y del Lilibeo,
Estos palacios fabrico,
Deleitosas selvas fundo,
Y montes incultos finjo.
Aquí pues siendo bandida
Emperatriz de sus riscos,
La vida cobro en tributo
De todos los peregrinos,
Que náufragos en el mar,
A la ley de su destino,
Cerrado puerto de nieve,
Osaron abrir caminos.
Y porque fuese mi imperio
Mas raro y mas exquisito,
Esas fieras y esos troncos
Todos son vasallos mios;
Que los troncos y las fieras
Viven aquí con instinto;
Pues, árboles racionales,
Son hombres vegetativos.
Esta soy, y con mirar
El sol á mi voz rendido,
La luna á mi accion atenta,
Obediente á mi suspiro
Toda la caterva hermosa
De los astros y los signos;
Con saber que, cuando quiero,
El cielo empaño, que vibro
Los rayos, que de las nubes
Aborto piedra y granizo,
Que hago estremecer los montes,
Caducar los edificios,
Titubear todo ese mar
Y penetrar los abismos,
Y finalmente trocarse
Los hombres sin albedrío
En varias formas, teniendo
Ya en las peñas obeliscos,
Ya en las cortezas sepulcro,
Y ya en las grutas asilo:
Hoy á tus plantas me postro,
Hoy á tu valor me rindo,
Y como mujer te ruego,
Como señora te pido,
Como emperatriz te mando,
Como sabia te suplico
No te ausentes hasta tanto
Que hayas del hado vencido
El rigor con que te trajo
Derrotado y perseguido
A surcar aquestos mares.
Quédate unos dias conmigo:
Verás trocado mi extremo
De riguroso en benigno,
Con el gusto que te hospedo,
Con la atencion que te sirvo;
Siendo el Flegra desde hoy,
No ya fiero, no ya esquivo
Hospedaje de Saturno,
Siempre en roja sangre tinto;
Selva sí de Amor y Vénus,
Deleitoso paraíso,
Donde sea todo gusto,
Todo aplauso, todo alivio,
Todo paz, todo descanso.
Y no quieras mas indicio
De mi piedad, que ser hoy
El primero que ha venido
A aquestos montes, á quien
Con algun afecto miro,
Con algun agrado escucho,
Con algun cuidado asisto,
Con algun gusto deseo
Y con toda el alma estimo.

ULÍSES. (*Ap.*)

No fuera Ulíses, si ya
Que á estos montes he venido,
La libertad no trajera
A cuantos aquí cautivos
Tiene el encanto. Hoy seré
De aquesta Esfinge el Edipo.

ANTÍSTES. (*Ap. á él.*)

Señor, no de sus lisonjas
Te creas, porque es fingido
Su halago.

LEBREL.

Huyamos de aquí.

CIRCE.

¿Qué dices, Ulíses?

ULÍSES.

Digo
Que no pudiera ser noble
Quien no fuese agradecido,
Y que conmigo he de ser
Cruel, por ser cortés contigo.

CASANDRA. (*Ap.*)

¡Ay de ti! porque no sabes
A lo que te has atrevido.

CIRCE.

Pídeme pues en albricias
Una merced.

ULÍSES.

Solo pido
Que estos dos árboles, que hoy
A lástima me han movido,
Porque fué mi acero causa
De aumentarles su martirio [1],
En pago de aquesto, sean
A la luz restituidos.

CIRCE.

Este árbol, Flérida, una
Divina hermosura ha sido,
Dama mia y mi privanza.
Rindió al amor su albedrío,
Enamorada de un jóven,
Lísidas en su apellido,
Heredero de Toscana,
Que de ese mar peregrino
Salió á tierra; y porque osados
Profanaron el retiro
De mi palacio, así yacen
En árboles convertidos;

[1] No se explica esto: no se dice en toda la comedia cosa de donde se infiera cómo la espada de Ulíses aumentó el martirio que padecian Flérida y Lísidas, convertidos en troncos. Acaso en algun pasaje, que se suprimió, habria algun juego de teatro, al cual se haria alusion aquí: verbi gracia, si Ulíses hubiese acuchillado aquellos árboles, y hubiese salido sangre de ellos.

Digitized by Google

Porque aunque yo fiera y monstruo
Tan dada soy á los vicios,
Solos delitos de amor
Fuéron para mí delitos:
Tanto, que Arsidas, valiente
Joven y príncipe invicto
De Trinacria, á cuyo imperio
Estos montes tiranizo,
Con saber que enamorado
De mi hermosura ha venido,
No ha merecido tener
Mas favor que volver vivo.
Pero ya que es la primera
Cosa que tú me has pedido,
Flérida y Lísidas rompan
Las prisiones que han tenido.

(*Abrense dos árboles, y salen Flérida y Lísidas.*)

ESCENA VIII.

FLERIDA, LISIDAS.—DICHOS.

LÍSIDAS.

Torpe el discurso, atado el pensamien-[to,
La razon ciega, el ánimo oprimido,
Sin uso el alma, el corazon rendido,
Muda la voz y tímido el aliento, [to,
Sin voluntad, memoria, entendimien-
Vivo cadáver de este tronco he sido.
Ya pues que me quitabas el sentido,
Quitárasme tambien el sentimiento. [lla,
Si de amar (¡ay de mí!) á Flérida be-
Castigo fué esta forma, en vano quieres
Que yo me olvide, porque vivo en ella.
Los troncos aman: luego mal infieres
Que, por ser tronco, venceré mi estre-[lla,
Pues no la vences tú, y mas sabia eres.

FLÉRIDA.

Racional, vegetable y sensitiva
Alma el cielo le dió al sujeto humano;
Vegetable y sensible al bruto ufano,
Al tronco y á la flor vegetativa.
Tres almas son; si de las dos me priva
Tu voz, porque amo á Lísidas, en vano
Solicitas mi olvido, pues es llano [viva.
Que, aun tronco, alma me dejas con que
No de todo mi amor tendrá la palma
La parte en que has querido conservar-[me;
De aquella sí, que permitió esta calma
Luego mudarme en tronco no es mudar-[me,
Porque si no me quitas toda el alma,
Todo el amor no has de poder quitarme.

CIRCE.

Agradeced vuestras vidas
Al huésped que me ha venido,
Y vivid los dos seguros
Por él ya de mis castigos,
Como de vuestros amores
No deis el mas leve indicio.

LÍSIDAS.

Siempre, Ulises, me tendrás
A tus piés agradecido.

FLÉRIDA.

Y siempre confesaré
Que por cuenta tuya vivo.

CIRCE.

Pues porque empiecen á ser
Desde hoy aplausos festivos
Todo el monte, todo el valle,
Todo el mar y todo el sitio,
Volved á cantar, y todos
Con él volved y conmigo

MÚSICA.

En hora dichosa venga
A los palacios de Circe
El rayo de los troyanos,
El discreto y fuerte Ulises:
En hora dichosa venga..

ESCENA IX.

ARSIDAS.—DICHOS.

ARSIDAS.

No venga en hora dichosa,
Felice en desprecio mio,
Ni el que fué sepulcro á tantos,
Hoy á uno solo sea alivio.
Peligre en la tierra quien
Por aquesos mares vino,
En su sombra tropezando,
De un peligro á otro peligro.
Ese acento armonioso,
Que le saluda benigno,
Airado trueque en endechas
Tristes, fúnebres caistros,
Las cláusulas, porque sean
De sus tragedias aviso;
Que no es justo, no, que un griego
Extranjero, advenedizo,
De tanto usado rigor
Venga á mudar el estilo.
¿Desde cuándo, Circe bella,
Con tanto aplauso festivo,
Con tan alegre aparato,
Tanto noble regocijo,
Al forastero saludas,
Recibes al peregrino,
Sin que este mar ó estas peñas
Le sirvan de precipicio,
O ya convertido en fiera,
O ya en árbol convertido,
Tenga en las peñas su estancia
Tenga en las grutas su asilo?
Príncipe soy de Trinacria:
No derrotado y perdido
Llegué á este puerto, pues vine
De mis afectos traido,
Porque aun aquesto tambien
Debieses á mi albedrío;
Que no quiso, no, el que solo
Porque le fué fuerza quiso,
Ni es sacrificio, no siendo
Voluntario el sacrificio.
Y en cuanto tiempo estos montes,
Por solo mirarte vivo,
No he debido á tu rigor,
Ni á tu crueldad he debido
Una accion á quien me muestre
Gustoso ni agradecido:
Tanto, que aun de tus encantos
Libre, estos campos asisto,
Porque en tantos sentimientos
No me faltasen sentidos.
Pues dos hombres solamente
Los que nos libramos fuimos,
Ulises y yo, porqué
Todo hoy en desprecio mio
Resulte; pues si los dos
Nos reservamos, ha sido
Ulises para gozarlo,
Y Arsidas para sentirlo.

ULÍSES.

Si de mi dicha envidioso,
Si de mi suerte ofendido...

CIRCE.

Calla, Arsidas: si conoces
Que la vida te permito
Porque es la mayor venganza
Que tomo, como tú has dicho,
Dejarte vivir, teniendo
Sentimientos y sentidos,
Quejarte de mí es decirme
Que lo que busco consigo;
Y así, porque tú te quejes,
Yo la causa no te quito.—
Cantad, cantad, y tú ven,
Ulises, al lado mio.

LEBREL. (*A Clarin.*)

No son muy malas las dos
Circecillas de poquito.

CLARIN. (*A Lebrel.*)

No hay que volver á dar cartas,
Que yo las tomo, y no miro.

ASTREA. (*Ap.*)

Hablanme dicho que eran
Los griegos feos y esquivos;
Y ni esquivos son, ni feos,
Tanto como me habian dicho.

LÍSIDAS.

¡Gracias á Amor, que otra vez,
Flérida hermosa, te miro!

FLÉRIDA.

¡Gracias, Lísidas, á Amor,
Que otra vez á amarte vivo!

CIRCE. (*Ap.*)

Venceréle mi hermosura,
Pues mi ciencia no ha podido.

ULÍSES. (*Ap.*)

Libraré de aquesta fiera
A Trinacria, si amor finjo.

ARSIDAS. (*Ap.*)

Solo celos me faltaban,
Ya está todo el mal cumplido.

MÚSICA.

En hora dichosa venga, etc.

JORNADA SEGUNDA.

Palacio de Circe.

ESCENA PRIMERA.

CIRCE, *llorando;* LICIA, ASTREA, CLORI, FLERIDA, CASANDRA.

LICIA.

Señora, ¿qué llanto es este?

ASTREA.

¿Qué pena, señora, es esta?

CLORI.

¿Tú lágrimas en los ojos?

FLÉRIDA.

¿Tú suspiros, y tú quejas?

TISBE.

¿Qué ocasion pudo moverte
A que sentimientos tengas?

CASANDRA.

Los males comunicados,
Si no se vencen, se templan.

CIRCE.

Quien tiene de que quejarse,
¡Oh, cuánto en quejarse yerra!
Que la justicia del llanto
Hace apacibles las penas.
Yo así mi tristeza quiero
Que tan poco no me deba,
Que en repetirla procure
Hacer menor mi tristeza.
Dejadme sola.

ASTREA. (*Ap. las dos.*)

¿Oyes, Licia?

LICIA.

Razonablemente, Astrea.

Digitized by Google

ASTREA.

¡Plegue á Amor que estos extremos
Lo que yo pienso no sean!

LICIA.

¡Plegue al amor que sí haga!
Qué es lo que plegamos piensa:
Pues si es amor la ocasion
Dellos, y ella a verse llega
Enamorada, dará...

ASTREA.

¿Qué?

LICIA.

Libertad de conciencia.

ASTREA.

Holgaréme de salir
De religion tan estrecha
Como es el honor. Vestales
Vírgenes Diana celebra
Entre gentes, mas nosotras
Entre animales y fieras
Somos vírgenes bestiales.

LICIA.

Calla, porque no lo entienda.
(*Vanse las damas, ménos Flérida.*)

ESCENA II.

CIRCE, FLERIDA.

CIRCE.

Flérida, tú no te ausentes:
Sola conmigo te queda,
Que tengo que hablarte sola.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

Sin duda, cielos, que intenta
Darme castigo mayor
Que el que en la dura corteza
Tuve, porque hablé esta tarde
A Lísidas.

CIRCE.

Oye atenta.
Este Ulíses, este griego,
Que esa marítima bestia
Sorbió sin duda en el mar,
Para escupirle en la tierra;
Este, que á la discrecion
De los vientos, con deshecha
Fortuna, tan derrotado
Llegó á tocar estas selvas;
Este, que trajo deidad
Superior en su defensa,
Pues, burlando mis encantos,
Les tiraniza la fuerza;
Este pues que mi hospedaje
Cortesanamente acepta,
Adonde hoy tan divertido
Vive olvidado de Grecia;
Como si fuera mi vida
Troya, ha introducido en ella
Tanto fuego, que en cenizas
No dudo que se resuelva;
Y con razon, porque ya
En callado fuego envuelta,
Cada aliento es un volcan,
Cada suspiro es un Etna.
Quisiera... ¿quisiera dije?
Mal empecé, pues si es fuerza
Querer, Flérida, y ya quiero,
Erré en decir que quisiera.
Quiero, digo; pero quiero
Tanto, á mi ambicion atenta,
Que quiero á Ulíses, y no
Quiero que Ulíses lo entienda.
Ahora te admirarás
De que yo, que tan soberbia
Tu amor reñí, te fie el mio;
Pero admiraráste necia;
Porque la causa mayor,
Porque la ocasion mas cierta
De incurrir en una culpa,
Es haber dicho mal della.
Y porque el contar delitos
A quien es cómplice, cuesta
Ménos vergüenza, yo quise
Recatear esta vergüenza,
Y porque me cueste ménos,
Decirlos á quien los sepa.
Yo amo en fin, Flérida mia:
Vengada estás de mi ofensa.
¡Pluguiera á Júpiter santo,
Tú trasformarme pudieras
A mí en insensible planta,
Que yo te lo agradeciera!
Porque si supiera entónces
Lo que es amor, mas quisiera
Verte enamorada y viva,
Que no enamorada y muerta.
Enamorada en efecto
Llego, y pues tú á saber llegas
Qué es amor, de tí pretendo
Ayudar una cautela;
Y es, que para poder yo
Hablar con él, sin que él sepa
Que soy yo la que le habla,
Tú con ruegos y finezas
Le has de enamorar de dia,
Y diciéndole que venga
De noche á hablarte, estaré
Yo con tu nombre encubierta,
Donde mi altivez, mi honor,
Mi vanidad, mi soberbia,
Mi respeto, mi decoro
No se rindan, y...

FLÉRIDA.

Oye, espera,
Que quieres hacer en mí
Dos costosas experiencias.
Yo amo á Lísidas, y tú
Cruel, señora, me ordenas
Que disimule el amarle;
Yo no amo á Ulíses, é intentas
Que finja amarle. ¿Pues cómo,
A dos afectos atenta,
Quieres que olvide á quien quiero,
Y que á quien olvido quiera?
Damas tienes con quien hoy
Partir los afectos puedas:
A una alma basta un cuidado.

CIRCE.

Y aun la misma causa es esa.
Yo sé que quien llega á estar
Enamorada, no deja
Lugar para otro cuidado
En el alma: luego acierta
Quien á ella el suyo le fia,
Porque no peligra en ella
El riesgo de enamorarse,
Pues ya lo está; de manera
Que tú no me darás celos,
Y otra sí, cuando te vea
Con Ulíses; pues tu amor
Sanea la contingencia.
Esto ha de ser en efecto. —
Mas ¿qué ruido es ese?

FLÉRIDA.

Llegan
Dos criados aquí, y traen
Sin duda alguna pendencia.

CIRCE.

Retírate, que no quiero
Que á todas horas me vean,
Y escuchemos desde aquí
Lo que tratan en mi ausencia.
(*Retíranse.*)

ESCENA III.

LEBREL, CLARIN. — CIRCE Y FLERIDA, *retiradas.*

LEBREL.

Digo que es la mejor vida
Que tuve en mi vida aquesta.

CLARIN.

¿Eso dices?

LEBREL.

Esto digo,
Y que en el mundo no hay tierra
Como Trinacria, y que Circe
Es un ángel en belleza
Y condicion.

CLARIN.

¿Estás loco?

LEBREL.

Dime, ¿ella no nos hospeda
Como á unos reyes?

CLARIN.

Es cierto;
Mas mucho mejor nos fuera,
Que en sus palacios, estar
En un bodegon de Grecia.

LEBREL.

¿No comemos lindamente?

CLARIN.

No, que no hay comida buena
Adonde no doy bocado
Que no piense que me deja
Hecho un cochino.

LEBREL.

No es eso
Tan malo como tú piensas;
Que yo lo fuí, y no me hallaba
Mal con serlo; de manera,
Que á cuantos cochinos hay
Sin aliño y sin limpieza,
Disculpo, porque se ahorran
De muchas impertinencias.
Y al caso, ¿dónde hallarás
Una cama tan compuesta?

CLARIN.

No está el descanso en la cama;
Ni hay pícaro [1] que no duerma
Sin penas en un pajar,
Mejor que un señor con ellas
En una cama dorada.

LEBREL.

¿Dónde estos jardines vieras?

CLARIN.

¿Para qué quiero jardines?

LEBREL.

Cógite: ¿dónde tuvieras
Dos mozas de tan buen aire
Como son Licia y Astrea?

CLARIN.

Daréme por concluido
En tocándome esa tecla;
Pero no confesaré
Que Circe no es una fiera,
Nigromante, encantadora,
Energúmena, hechicera,
Súcuba, íncuba; y en fin
Es, por acabar el tema,
Con los demonios demonia,
Como con los duendes duenda.

CIRCE. (*Ap. á Flérida.*)

No puedo sufrir ya mas
El escuchar mis ofensas.

[1] Pobre, miserable.

Digitized by Google

FLÉRIDA.
No te dés por entendida.

CLARIN.
Y es Circe...
(*Salen Circe y Flérida de donde estaban.*)

CIRCE.
¿Qué es?

CLARIN.
Una reina,
Y á quien dijere otra cosa
Le daré, porque no mienta,
Dos mil palos, como uno. —
Y á ti, porque no te atrevas (*A Lebrel.*)
A hablar mal de las señoras
Doñas Circes en su ausencia,
Yo te haré...

LEBREL.
¿Pues quién hablaba
Mal sino tú?

CLARIN.
¡Buena es esa!
¿A mí por los filos?

CIRCE.
Basta.

LEBREL.
Yo...

CIRCE.
Bien está.

CLARIN. (*Ap.*)
El cielo quiera,
Que no oyese lo demas.

LEBREL.
¡Que tan gran mentira creas!

CIRCE.
Yo sé bien lo que es verdad.
Vos os salid allá fuera,
Que yo haré que mi castigo
Hoy escarmiente la lengua
Que habló mal de mí.

CLARIN.
Y será
Muy justo.

LEBREL.
¡Qué esto suceda! (*Vase.*)

CIRCE.
A ti, en pago de que así
Hoy mis acciones defiendas,
Te quiero dar un tesoro
Con que á Grecia rico vuelvas.
De ese monte en lo intrincado
Llamarás con voces fieras
Tres veces á Brutamonte;
Que él te dará la respuesta.

CLARIN.
Mil veces tus plantas beso.
¡Qué bien tu gran valor muestras!
A toda ley, hablar bien.
¡Que haya hombres de mala lengua!
(*Vase.*)

FLÉRIDA.
¿Cómo castigas, señora,
Al que te defiende, y premias
Al que te ofende?

CIRCE.
A su tiempo
Verás el premio que lleva.

ESCENA IV

ASTREA.—CIRCE, FLERIDA.

ASTREA.
Ulises desde su cuarto
Al tuyo pasa.

CIRCE.
Aquí empieza
Del amor y la altivez
La mas cautelosa guerra,
Pues no he de dar por vencida
La que quiero que se venza. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA V.

ULISES, CIRCE, FLERIDA, LISIDAS, ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL, CLARIN, CASANDRA, DAMAS, GRIEGOS, MÚSICOS.

ULÍSES. (*Ap.*)
Temeroso vengo ¡ay triste!
A ver á Circe, si es fuerza
Que como sabia la admire,
Y la admire como bella.
¡Quién no se hubiera fiado
Tanto de sí! ¡Quién no hubiera
Hecho cautela el quedarse!
Pues ya contra su cautela
Es imposible olvidarla,
Y es imposible quererla.

CIRCE.
En este hermoso jardin,
Adonde la primavera
Llamó las flores á cortes,
Para jurar por su reina
A la rosa, que teñida
En sangre de Vénus bella,
Púrpura viste real;
Generoso honor de Grecia,
En tanto que de una caza
Boreal el término llega,
Que será luego que el sol
Vaya perdiendo la fuerza;
Con músicas y festines
Te espero, porque la ausencia
Y memorias de tu patria
Entretenido diviertas.

ULÍSES.
Bellísima Circe, en quien
Por lo hermosa y lo discreta
O está de mas el ingenio,
O está de mas la belleza:
No es menester que mi vida
Tantas lisonjas te deba,
Para que rendido siempre
A tus plantas la agradezca;
Que el merecer adorar
Tu hermosura...

CIRCE.
Aguarda, espera;
Que este cortés cumplimiento
No quiero, Ulises, que sea
Carta de favor, con que
A mi respeto te atrevas;
Que una cosa es hospedarte,
Agradecida á tus prendas,
Y otra es escucharte amores.

ULÍSES.
Ni yo, Circe, me atreviera
A decirlos; que una cosa
Es cortesana fineza,
Y otra fineza amorosa.

CIRCE.
(*Ap.* ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!)
En esta tejida alfombra,
Que de colores diversas
Labró el abril, á quien sirve
De dosel la copa amena
De un laurel, al sol hagamos
Apacible resistecia.
Vayan tomando lugares
Todos, y tú aquí te sienta.

ULÍSES.
Temo enojarte otra vez.

CIRCE. (*Ap. á ella.*)
Flérida, á entablar empieza
Lo que has de fingir.
(*Van tomando lugares las damas y los galanes, y Ulises se sienta en medio de Circe y Flérida.*)

FLÉRIDA. (*Ap. á Ulises.*)
Aquí
Me siento, porque quisiera
Daros á entender, Ulises,
Lo que me debeis.

LÍSIDAS. (*Ap.*)
¿Qué llegan
A ver mis ojos? ¡ay cielos!
¿Flérida al lado se sienta
De Ulises, y con él habla?
¡Denme los cielos paciencia!

ANTÍSTES. (*Ap.*)
¡Infelices de nosotros,
Si á estas lisonjas se entrega
Ulises, pues tarde, ó nunca
Daremos la vuelta á Grecia. (*Vase.*)

MÚSICOS. (*Cantan.*)
Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

ESCENA VI.

ARSIDAS. — DICHOS, *ménos Antistes.*

ARSIDAS. (*A Circe.*)
Si para ver sus desdichas
Siempre ha tenido licencia
Un triste, porque el pesar
A nadie cerró las puertas,
No te admires que la tome
Yo, y que á tus jardines venga,
Pues he de mirar mis celos,
A mirarlos de mas cerca.

CIRCE.
Yo no doy satisfacciones;
Pero huélgome que seas
Testigo de esto, porqué
Sin que yo las dé, las tengas.

ARSIDAS.
Pues siendo así, y que ya Ulises
Está á la mano derecha,
Como escogido, yo tomo,
Como dejado, la izquierda.

CIRCE.
Pues habemos de pasar
Aquí el ardor de la siesta,
Porque una aguda cuestion
Mas á todos entretenga,
Haz, Flérida, una pregunta,
Y cada uno la defienda.

FLÉRIDA.
(*Ap.* Diré lo que á mí me pasa,
Porque Lísidas lo entienda.)
Danteo ama á Lísis bella,
Y Lísis manda á Danteo
Disimular su deseo;
Silvio olvida á Clori, y ella
Manda que finja querella;
Danteo, amando, ha de callar;
Silvio, no amando, mostrar
Que ama: siendo esto forzoso,
¿Cuál es mas dificultoso?
¿Fingir, ó disimular?

ULÍSES.
Disimular el que amó
Lo mas difícil ha sido.

Digitized by Google

ARSIDAS.

Fingir el que no ha querido,
Mas difícil juzgo yo.

CASANDRA.

Esta opinion me agradó.

ARQUELÀO.

Yo estotra pienso seguir.

CLARIN.

¿Quién disimula el sentir?

LÍSIDAS.

¿Y quién fingirá el amar?

LEBREL.

Lo mas es disimular.

ARSIDAS.

Lo ménos es el fingir.

ULÍSES.

El hombre que enamorado
Está (quien lo está no ignora
Que esto es así), á cualquier hora
Trae consigo su cuidado;
El que finge no: olvidado
Puede estar, hasta llegar
De fingir tiempo y lugar:
Luego, si su afecto es juez,
Uno siempre, otro tal vez,
Mas cuesta el disimular.

ARSIDAS.

La misma razon ha sido
La que me da la victoria.
Consigo trae su memoria
Quien ama; quien finge, olvido:
Luego el que ama no ha podido
Olvidarse de sentir;
Quien finge sí, pues ha de ir
Tras la ocasion que se pierde,
Sin que nadie se lo acuerde:
Luego mas cuesta el fingir.

ULÍSES.

El fingir se trae consigo
Un cuidado tambien, pues
Batalla es fingir; mas es
Batalla sin enemigo:
La del que ama no, testigo
Es uno y otro pesar:
Este tiene que triunfar
De muchos afectos ciego;
Aquel de uno solo: luego
Mas es el disimular.

ARSIDAS.

Mayores afectos miente,
Que el que siente un mal cruel
Y le disimula, aquel
Que le dice y no le siente.
Pruébase esto claramente,
Si un representante á oir
Vamos, porque persuadir
Nos hace entónces que amó,
Y un enamorado no:
Luego mas es el fingir.

ULÍSES.

Yo siento esto.

ARSIDAS.

Estotro yo.

(*Meten mano á la espada.*)

CIRCE.

¿Qué es esto? ¿Pues cómo así
Hablais delante de mí?
Duelos del ingenio no
El acero los lidió:
Y así para que salgámos
De la cuestion en que estamos,
Desde el empuñado acero
Hoy á la experiencia quiero
Que la duda remitamos.
Ulises no ama, y defiende
Que es mas celar un ardor:
Arsidas ama en rigor,
Y que es mas fingirle entiende;
Y así mi ingenio pretende
La cuestion averiguar.
Los dos la habeis de mostrar
Hoy conmigo; y sin reñir,
Tú, Ulíses, has de fingir,
Tú, Arsidas, disimular.
Y el que en la experiencia hiciere
Primera demostracion,
Por premio de la cuestion
Una rica joya espere.

ARSIDAS.

Mi amor aceptar no quiere
El partido, pues la llama
Ha de ocultar que le inflama;
Y Ulises no ha de fingir,
Pues nada finge en decir
Que te ama, si te ama.

CIRCE.

Sospechas son de tus celos,
Y esto ha de ser.

ULÍSES

Desde aquí
Finjo ser tu amante.

CIRCE. (*Ap.*)

Así
Abran camino los cielos
Para explicar mis desvelos.

ARSIDAS.

Yo disimulo, que no
Te quiero, pues me obligó
Tu precepto.

CIRCE. (*Ap.*)

Desta suerte
Al uno y al otro advierte
Mi amor lo que deseó.

FLÉRIDA. (*Ap. á Circe.*)

Si le das á cada uno
Un cuidado, ¿cómo, ¡ay Dios!
Quieres que yo tenga dos?
Pues en mal tan importuno
Son muchos cuidados uno.

CIRCE.

Si ambos los has de tener,
¿Quién te metió, di, en saber
Cuál de los dos en rigor
Era cuidado mayor,
Pues no habias de escoger?

(*Quiere irse.*)

ARSIDAS. (*Ap.*)

Circe se va, ingrata y bella,
Y aunque su ausencia sentí,
No la seguiré, que así
Disimularé el querella.

ULÍSES. (*Ap.*)

Circe se ausenta: tras ella
Iré, aunque mi mal infiero,
Por mostrarla que la quiero.

CIRCE.

¿Dónde, Ulíses, vas?

ULÍSES.

Tras ti,
Que eres el sol de quien fuí
Girasol: vida no espero,
Ausente tu rosicler;
Y así tus reflejos sigo.

CIRCE.

Arsidas, ven tú comigo.

ARSIDAS.

Tengo otra cosa que hacer:
Perdona, no puede ser. (*Vase.*)

CIRCE. (*Ap.*)

Bien á los dos considero
En el combate primero.
¡Oh si este amor, si este olvido,
Uno no fuera fingido,
Y otro fuera verdadero!

(*Vanse todos, y Flérida detiene á Ulíses.*)

ESCENA VII.

ULISES, FLERIDA.

FLÉRIDA.

Oye, Ulises.

ULÍSES.

¿Qué me quieres?

FLÉRIDA.

Estoy tan agradecida
A la deuda de mi vida,
Que hasta decirte que eres
Quien hoy en ella prefieres
Sus sentidos, no tendré
Sosiego en ellos; porqué
Es el agradecimiento
El mas preciso argumento
Para probar una fe.

ULÍSES.

De tus penas obligado,
Decir puedo y afligido,
Que ántes de haberlas sabido
Ya me habian lastimado.
No debes á mi cuidado
Lo que por ti no hice allí,
Cuando á la luz te volví;
Porque tú no tienes, no,
Que agradecer lo que yo
No supe que hacia por ti.
Agora sí que debieras
Mi deseo agradecer,
Pues almas quisiera ser
Para que tú las tuvieras.

FLÉRIDA.

Aunque acciones lisonjeras,
Agradezca su trofeo
Con mis brazos mi deseo. (*Abrázale.*)
(*Ap.* Yo misma de mí me admiro.)

(*Al ir á darse los brazos, salen por partes distintas Circe y Lísidas.*)

ESCENA VIII.

CIRCE, LISIDAS. — ULISES, FLERIDA.

LÍSIDAS. (*Ap.*)

¿Qué es esto, cielos, que miro?

CIRCE. (*Ap.*)

¿Qué es esto, dioses, que veo?

LÍSIDAS. (*Ap.*)

El griego Ulises es quien
Darme vida y muerte espera.

CIRCE. (*Ap.*)

Bien que fingiese quisiera,
No que fingiese tan bien.

LÍSIDAS. (*Ap.*)

Muerte mis celos me dén.

CIRCE. (*Ap.*)

Mas ¿de qué debo quejarme?

LÍSIDAS. (*Ap.*)

La vida intenta quitarme,
Que me ha dado Ulises, ¡cielos!
Porque darme vida y celos
No deja de ser matarme.

Digitized by Google

FLÉRIDA. (*A Ulises.*)

Estaré, como te digo,
De noche en ese jardin
Que cae sobre el mar, á fin
De que él solo sea testigo
Del afecto á que me obligo.

ULÍSES.

Flérida, no es grosería
Que responda la voz mia
Que no te ha de obedecer,
Pues es mas desaire ser
Amada por cortesía.
Yo he de fingir ser amante
De Circe, y no lo fingiera
Si otro favor admitiera,
Tan poco firme y constante.
No el desengaño te espante;
Que aunque de mi pensamiento
Otro haya sido el intento,
Cesó; que en el mal que sigo,
Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CIRCE, FLERIDA, LISIDAS.

FLÉRIDA.

No pudiera responder
Mas á mi contento nada;
Pues de verme despreciada
Soy la primera mujer
Que gusto llegó á tener.

LÍSIDAS. (*Ap.*)

¡Qué espero? Mas ¡ay de mí!
Que está Circe ingrata allí.
Ocasion esperaré
De quejarme, si podré.

FLÉRIDA.

¿Aquí estás, señora?

CIRCE.

Sí.

FLÉRIDA.

¿Luego ya bien entablado
Lo que me has mandado habrás
Visto?

CIRCE.

Sí, Flérida, y mas
De lo que te habia mandado.

FLÉRIDA.

Encarecí mi cuidado
Con afecto ¡ay de mí! cuanto
Supe.

CIRCE.

Deja afecto tanto,
Flérida; que amando muero,
Y bien que lo finjas quiero,
Mas no que lo finjas tanto.
Demas, que si en los primeros
Lances pierdo los sentidos,
No quiero celos fingidos
Que sepan á verdaderos.
Tus afectos lisonjeros
Cesen, pues que su castigo
Fingido fué tal conmigo,
Que no digo su tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo. (*Vase.*)

ESCENA X.

FLERIDA, LISIDAS.

FLÉRIDA.

¿Quién mas necio extremo vió?
¿Hay mas penas que por mí
Pasen este instante?

LÍSIDAS.

Sí,
Que aun ahora falto yo.
No, Flérida hermosa, no
Porque á quejarme me obligo,
Porque para mi castigo,
Que esto hable, que esto vea,
No quiero mas de que sea
Solo el silencio testigo.

FLÉRIDA.

Lísidas, si has escuchado
Lo que á Ulises dije aquí,
Tambien lo que Circe a mí,
Es fuerza que hayas notado.
No lince para el cuidado
Y ciego para el contento
Estés; que este fingimiento,
Si fué causa de mi engaño,
Tambien, tambien desengaño
Ha de ser de mi tormento.

LÍSIDAS.

De un triste el rigor es tal,
Que aunque mal y bien estén
Iguales, duda del bien
El crédito que da al mal.
Uno y otro en mí es mortal,
Y así, al bien y al mal atento,
Flérida, ausentarme intento
De aqueste monte cruel;
Que con ser tan grande, en él
Aun no cabe lo que siento. (*Vase.*)

ESCENA XI.

FLERIDA.

Oye, escucha. — Mas ¡ay cielos!
¿Con qué podrán mis enojos
Detenerle, si los ojos
No pueden, que en sus desvelos
Rémoras son de los celos?
En vano ¡ay de mí! le sigo;
No á explicar mi mal me obligo,
Pues que no cabe, no ignoro,
Aun nada de lo que lloro
En todo lo que no digo. (*Vase.*)

—

Monte.

ESCENA XII.

CLARIN.

Engañada Circe bella
(Que en efecto las mujeres,
Que saben mas en el mundo,
Se engañan mas fácilmente),
Agradecida me dijo
Que á este monte me viniese,
Y que en hallándome sólo,
A Brutamonte le diese
Voces; que al instante el tal
Brutamonte, sea quien fuere,
Me traería un gran tesoro.
Solo estoy, ya no hay que espere.
¡Brutamonte! — No responde.
¡Brutamonte! — No me entiende.
A tres irá la vencida.
¡Brutamonte!

ESCENA XIII.

BRUTAMONTE, GIGANTE. — CLARIN.

BRUTAMONTE.

¿Qué me quieres?

CLARIN.

Nada, si fuere posible,
Es cuanto puedo quererte

BRUTAMONTE.

Ya me has llamado, y ya sé
A lo que vengo; que es este
Recado que traigo.

CLARIN.

¿Y no
La señora Circe tiene
Otros pajecicos mas
Mañeros que le trajesen?
Porque para mí bastara
Menor seis varas ó siete.

BRUTAMONTE.

De mí se sirve, que soy
De Cíclopes descendiente,
Por mas majestad, y espero,
Antes que de aquí se ausenten
Los griegos, vengar en todos
De Polifemo la muerte.
(*Sacan una arca dos animales.*)

CLARIN.

Poco hay que vengar en mí;
Que yo no le toqué, y siempre
Le tuve, viven los cielos,
Tanto miedo como este;
Que otro hipérbole no sé
Con que mas encarecerle.

BRUTAMONTE.

Toma esta caja que traigo
Para tí.

CLARIN.

Bien.

BRUTAMONTE.

Y agradece
A Circe, que su obediencia
Atadas mis manos tiene,
Para que no te arrebate
De un brazo, y contigo diese
Desotra parte del mar.

CLARIN.

Lindo saque fuera ese;
Pero, aunque hiciera buen bote,
¿Quién de allá habia de volverme?

BRUTAMONTE.

Y si esto no hiciera, hiciera
Otra cosa.

CLARIN.

¿Cuál?

BRUTAMONTE.

Comerte
De un bocado.

CLARIN.

Y aun no hubiera
Harto para untar un diente.

BRUTAMONTE.

¡Oh! llegue el dia en que tenga
Esta licencia.

CLARIN.

¡Oh! no llegue
Nunca, sino despeado
En el camino se quede.

BRUTAMONTE.

Toma la caja, y en ella
Hallarás mas que quisieres.

CLARIN.

Un modo de despedirte
Quisiera hallar solamente.

BRUTAMONTE.

Pues yo me voy.

CLARIN.

Haces bien.—
¡Qué gigantes tan corteses
En esta tierra se usan!

Digitized by Google

¡Qué poquito se detienen
En conversaciones donde
Estorban!

BRUTAMONTE.

Y cuantas veces
Me nombrares...

CLARIN.

¿Qué?

BRUTAMONTE.

Vendré
A estos paises á verte.

CLARIN.

Yo le ahorraré ese trabajo
Cuantas veces yo pudiere.
(*Vase el Gigante.*)

ESCENA XIV.

CLARIN.

¿Fuése? Parece que sí,
Aunque aquí no lo parece.
Pero ¿de qué tengo miedo
Si es, humilde y obediente,
Un novicio de gigantes?
Y pues el tesoro viene,
¿Quién me mete en discurrir?
Traigale quien le trajere.
¡Alto pues! Abro la caja,
Que la llave en ella tiene.
¿Quién duda que habrá diamantes
Como el puño, como nueces
Perlas, y como las bolas
De los bolos, los claveques?
(*Abre la caja, y sale una Dueña.*)

ESCENA XV.

UNA DUEÑA.—CLARIN.

CLARIN.

Mas ¡cielos! ¿qué miro?

DUEÑA.

Miras
A una mísera sirviente,
Que para servir de escucha,
Y parlar cuanto dijeres
De Circe, me manda que ande
Contigo acechando siempre.
Por eso en traje de dueña
Me envia para que aceche.

CLARIN.

¡Lindo tesoro de chismes
En la tal arca me viene!
¿Yo dueña, tras un gigante?
Aquí falta solamente,
Para que el triunfigurato
De caballeros noveles
Esté cabal, un enano.

DUEÑA.

Pues no faltará, si es ese
El defecto.—¡Brunelillo!
Sal al punto.
(*Sale un Enano.*)

ESCENA XVI.

UN ENANO.—DICHOS.

ENANO.

¿Qué me quieres,
Doña Brianda?

CLARIN.

¿De dónde
Sales, átomo viviente?

ENANO.

De mi casa, que lo es
Esta caja, donde siempre
Acuestas me has de traer.

CLARIN.

¿Pues cómo aquí caber pueden
Un enano y una dueña,
Si cualquiera de ellos suele
No caber en todo el mundo?

DUEÑA.

Brunelillo, gente viene,
Y no es justo que nos vean.—
Oye, dóblenos, y cierre
La caja.

ENANO.

Circe lo manda,
Que siempre al hombro nos lleve,
Y lo que dijere oigamos.

DUEÑA.

Y aun mas de lo que dijere.
(*Métense en la caja, y cierran.*)

ESCENA XVII.

CLARIN.

Señores, ¿qué es lo que pasa
Por mí? ¡qué tesoro es este?
—Vive Júpiter, que juntos
A su cáscara se vuelven.
Aquí hay trampa, ¡vive Dios!
Mas no, en la caja no tienen
Por donde haberse salido.
¿Qué haré en confusion tan fuerte?
Si de Circe no obedezco
El castigo que me ofrece,
Otro mayor me dará,
Si es que otro ser mayor puede
Que llevar la caja. Pues
Ahora veo claramente,
Por qué el gigante la trajo,
Y los animales fuertes;
Porque cosa tan pesada,
Como una dueña, no puede
Sufrirla sino un gigante
Y dos bestias solamente.—
¿Quién compra dueñas y enanos....
Como peines y alfileres?

ESCENA XVIII.

LEBREL.—CLARIN.

LEBREL. (*Para sí.*)

¡Que tal pensase de mí
Circe, y que á Clarin creyese!
Huyendo vengo á este monte,
Donde á los dioses pluguiese
Que, al castigo que me espera,
Hallase donde esconderme.
Pondré qué aquesta es la hora
Que está trazando de hacerme
Sabandija de estos montes,
Gusarapo destas fuentes.
Este es Clarin, y aquí dél
Será razon que me vengue.—
Huélgome de haberte hallado,
Clarin....

CLARIN.

Por mas que te huelgues,
No tanto como me pesa.

LEBREL.

Que vengo á darte la muerte.

CLARIN.

Yo vengo á darte la vida.

LEBREL.

¿De qué suerte?

CLARIN.

Desta suerte.
Circe, obligada de mí,
En esta caja me ofrece
Un tesoro, y yo con él
Pretendo satisfacerte;
Porque si del bien hablar
El premio, Lebrel, es este,
Con dártele á tí, tendrás
El premio que tú mereces.
¿Puedes obligarme á mas
De que todo te lo entregue?
Toma la caja.

LEBREL.

No quiero
Que todo á dármelo llegues,
Sino, pues me desenojas,
Que partamos igualmente.

CLARIN.

Pues llevaráste la dueña,
Y yo el enano.

LEBREL.

¿Qué quieres
Decir en eso?

CLARIN.

No sé;
Tú lo verás si la abrieres.
(*Pone la caja en otra parte, y ábrela Lebrel.*)

LEBREL.

Ponla aquí. Ya abierta está.
(*Saca Lebrel todo lo que dice*)
¡Qué joyas tan excelentes!

CLARIN.

Son muy excelentes joyas....
(*Ap.* Para el diablo que las lleve.)

LEBREL.

Aquesta cadena escojo,
Y esta para tí se quede.

CLARIN.

¿Ca... qué?

LEBREL.

Cadena; y ahora
De diamantes este fénix
Para mí, y esta sirena,
Toda de esmeraldas verdes,
Te dejo.

CLARIN. (*Ap.*)

¡Viven los cielos,
Que es imposible que hubiese
Diamantes donde hubo dueñas!

LEBREL.

Yo no quiero parecerte
Codicioso: esto me basta,
Lo demas es bien te deje.
(*Ap.* ¿Quién no se desenojara
Con tesoro como este?
A buscar á Licia voy,
Y á darla cuanto quisiere.) (*Vase.*)

ESCENA XIX.

CLARIN, *y luego* LA DUEÑA Y EL ENANO.

CLARIN.

O yo estoy borracho, ó yo
Sueño cosas diferentes,
O he perdido mi júicio,
O tengo un grande accidente,
O de Circe he hablado mal.
¡Que joyas hallar pudiese,
Donde yo dueñas y enanos!
Mas yo las vi claramente,
Y supuesto que las hay,
Tomaré las que pudiere.
(*Sale la Dueña, sacando no mas del medio cuerpo.*)

Digitized by Google

DUEÑA.

Señor, diga á Brunelillo
Vuesa merced que me deje
Hacer mi labor.

(*Sale el Enano.*)

ENANO.

Señor,
Dígala usted que no llegue
A lamerme la merienda.

DUEÑA.

Tú mientes.

ENANO.

Tú eres quien miente.

(*Aporréanse y húndense.*)

CLARIN.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Valedme, dioses, valedme!
¿Esto trajo Brutamonte?

ESCENA XX.

BRUTAMONTE.—CLARIN.

BRUTAMONTE.

¿Qué me mandas?

CLARIN.

(*Ap.* ¡Qué obediente
Es toda aquesta familia!
¡Con la presteza que vienen
En llamándolos!) Señor
Brutamonte, á quien prospere
Júpiter con la salud
Que su gigantez merece,
Yo he visto la caja, y yo
Le ruego que se la lleve.
Quédese para señores
Esto de trastos vivientes,
Que no he menester alhajas
Que coman y no aprovechen.

BRUTAMONTE.

¿Para eso se llama á un hombre
Como yo? Estoy por hacerle...

CLARIN.

Por deshacerme dirá.

BRUTAMONTE.

Piezas; y si le sucede
Llamarme otra vez...

CLARIN.

No hará.

BRUTAMONTE.

Por Júpiter, que le eche
Tan alto de un puntapié,
Que cuando á los cielos llegue,
Ya llegue muerto de hambre;
Y vuelva, si acaso vuelve,
De los pájaros comido. (*Vase.*)

CLARIN.

¡Puntapié bien excelente!
¿Dónde le hacen puntapiés?
No sé, vive Dios, qué hacerme
Entre los tres enemigos
Del cuerpo.

ESCENA XXI.

ASTREA, LICIA y LEBREL.—CLARIN.

LEBREL.

Un instante breve
Habrá que le dejé aquí
Con las joyas.

ASTREA.

Tiempo es este
De buscarle, que está rico.
Ven, Licia, conmigo á verle.

LICIA.

Aquí está.—Clarin, ¿qué hay?

LEBREL.

¿De qué suspiras?

ASTREA.

¿Qué tienes?

CLARIN.

Tengo dueña, tengo enano
Y tengo gigante.

ASTREA.

Vuelve,
Y dinos qué es eso.

CLARIN.

Es
La dueña que me atormente,
El enano que me valga,
Y el gigante que me lleve.

ASTREA.

¿Estás loco?

CLARIN.

¡A Dios pluguiera!

ASTREA.

¿Qué modo de hablarme es ese?
De otra manera Lebrel
A Licia habla, adora y quiere,
Pues una joya la ha dado,
Y tú ninguna me ofreces
De tantas.

CLARIN.

Déjame, Astrea,
Y no de joyas me tientes,
Que me harás desesperar
Si á hablar mas en eso vuelves.

Voces. (*Dentro.*)

Por acá, por acá.

ESCENA XXII.

CIRCE, *dentro*.—DICHOS.

CIRCE.

Sube,
Remontada garza, á hacerte
Estrella viva de pluma.

ASTREA.

Circe es esta, que aquí viene:
Yo no quiero que me vea.

LEBREL.

¡A Júpiter para siempre!

(*Vanse Licia, Astrea y Lebrel.*)

ESCENA XXIII.

CIRCE.—CLARIN.

CIRCE.

Por ver si Ulíses me sigue,
Me he perdido de mi gente,
Y dejando á un tronco atado
Ese céfiro obediente
Que fatigué, he de esperar
Entre estos álamos verdes.—
¿Quién está aquí?

CLARIN.

Un mentecato,
Un sucio, un impertinente,
Un necio, un loco, un menguado,
Y un cuanto vusted quisiere.
Sáqueme, por Dios, de dueñas,
De hombres largos y hombres breves,
Aunque me convierta en mona.

CIRCE.

Yo lo haré, si eso pretendes.

CLARIN.

No me tome la palabra
Tan presto, si le parece.

CIRCE.

Y porque me debas mas
Que otros que mi voz convierte,
Haré que tengas tu voz
Y tu entendimiento. Vete
De aquí.

CLARIN.

No lo dije yo
Por tanto.

CIRCE.

Un punto no esperes.
(*Ap.* Hasta mirarse á un espejo,
Ya en su forma no ha de verse.)

CLARIN.

Si es que mona me has de hacer,
Solo quiero merecerte
Que sea mona de lo caro,
Mas que dormilona, alegre.
¡Hombres monas! presto habrá
Otro mas de vuestra especie. (*Vase*)

ESCENA XXIV.

ULISES.—CIRCE.

ULÍSES.

Por mas que te he seguido,
Corto el aliento de ese bruto ha sido;
Si bien con harto rastro te seguia
Pues llevabas por señas todo el dia.

CIRCE.

De la caza cansada,
A este apacible sitio retirada,
Me vine. ¿Qué has volado?

ULÍSES.

Un deseo ¡ay de mí! tan remontado,
Que osó con alto vuelo
Calarse entre las nubes de algun cielo,
Donde al fuego vecino,
Con lijereza suma,
Abrasada la pluma,
Subió deseo y mariposa vino.

CIRCE.

De la caza pregunto: ¿qué has volado?

ULÍSES.

En ella te respondo que un cuidado.

CIRCE.

¿Pues cómo á mí en sentido
Equívoco respondes atrevido?

ULÍSES.

Como pienso que sabes que esta culpa
Anticipada tiene la disculpa.

CIRCE.

Ah, sí, no me acordaba...

ULÍSES. (*Ap.*)

Yo estoy loco.

CIRCE.

De la porfía de hoy.

ULÍSES. (*Ap*).

Ni yo tampoco.

CIRCE.

¿Qué dices?

ULÍSES.

Que por ella me atrevia.

CIRCE.

¿Por ella?

ULÍSES.

Sí.

Digitized by Google

CIRCE. (*Ap.*)

¡Oh mal haya la porfía!
Mas pues fingidos son esos extremos,
Hablemos en la caza sola.

ULÍSES.

Hablemos.
Luego que tú te retiraste de una
Guarnecida laguna,
Espejo de la hermosa primavera,
Se remontó una garza, que altanera
Tanto á los cielos sube,
Que fué á un tiempo aquí pájaro, allí nu-
Y entre el fuego y el viento [be;
Arbitro igual (¡oh, válgame su aliento!),
De suerte se interpuso, que las alas
En la diáfana esfera, en la suprema,
O las biela ó las quema,
Cuando las enarbola ó las abate:
Tan á compas entre las dos las bate,
Que aquí elevadas é inclinadas luego,
Aquí dan en el aire, allí en el fuego.
Geroglífico era
La garza entre la una y otra esfera,
De alguno que aquí osado, allí cobarde,
Se hiela á un tiempo y arde,
Y entre el aire y el fuego se embaraza.

CIRCE.

Eso no es de la caza.

ULÍSES.

Es de la pena mia,
Que es en parte tambien volatería.

CIRCE.

Hubiérame ofendido
Si no supiera, Ulíses, que es fingido.

ULÍSES. (*Ap.*)

¡A Júpiter pluguiera!

CIRCE

(*Ap.* ¡Pluguiera al cielo, ¡ay Dios! que [no lo fuera!)
Y pues que solo estás aquí conmigo,
No finjas, y prosigue.

ULÍSES.

Ya prosigo.
Atomo ya la garza apénas era,
Cuando, desenhetrada la cimera
Que el capirote enlaza,
Mi mano un gerifalte desembraza,
A quien, porque en prision no se presu-
La pluma le halagaba con la pluma, [ma,
Y él, como hambriento estaba,
Duro el laton del cascabel picaba.
Apénas á la luz restituidos
Se vieron otro y él, cuando atrevidos,
Cuantá estacion vacía
Palestra es de los átomos del dia,
Corren los dos por páramos del viento,
Y en una y otra punta
Este se aleja cuando aquel se junta;
Y el bajel ceniciento
(Que bajel ceniciento entónces era
La garza, que velera
Los piélagos sulcó de otro elemento)
Librarse determina diligente,
Aunque navega sola,
Hechos remos los piés, proa la frente,
La vela el ala y el timon la cola.
¡Mísera garza, dije, combatida
De dos contrarios! bien, bien de mi vi-
Imágen eres, pues sitiar la veo [da
De uno y otro deseo.

CIRCE.

Ahora disculparte no has podido,
Pues yerras si es fingido ó no es fingido.

ULÍSES.

Si puedo: ser tu amante no fingiera,
Si á la primera vez te obedeciera.
A uno pues y otro embate
Coge las alas, ó las velas bate,
Y poniendo debajo de la una
La cabeza, se deja á su fortuna
Venir á pique, cuando
Nos pareció caer revoloteando
Una encarnada estrella,
Y los dos gerifaltes siempre en ella.
Si ejemplo eres, ó tú, á mi pensamiento,
Sé tambien escarmiento,
Y no me ofrezcas esperanza alguna,
Si ha de desengañarme tu fortuna.

CIRCE.

Aunque sea fingido, todavía
Es ya en ofensa mia,
Pues si te habia mandado
Fingir ántes de ahora tu cuidado,
Tambien te mandé ahora
A solas no fingirle.

ULÍSES.

Pues, señora,
Si tu castigo espero
Siendo fingido y siendo verdadero
De verdadero ya el castigo pido,
Pues solo esto es fingido en ser fingido.

CIRCE.

¿Cómo, di, tan osado
Respondes?

ULÍSES.

Como estoy desesperado.

CIRCE.

¿Cómo tan atrevido
Te desvaneces...

ULÍSES.

Como estoy perdido.

CIRCE.

¿A hablarme desta suerte?

ULÍSES.

Como finjo quererte.

CIRCE.

¿Luego aquesto es fingido todavía?

ULÍSES.

No, señora.

CIRCE.

(*Ap.* ¡Oh, bien haya la porfía!)
Ulíses, aunque fuera
Justo que de escarmiento te sirviera
Tu osadía, conviene
Disimular, porque la gente viene,
Que hasta aquí me ha seguido.
En su fuerza se quede lo fingido.

ESCENA XXV.

ARSIDAS, LISIDAS, ANTISTES, ARQUELAO, TIMANTES, POLIDORO, FLORO, LEBREL, FLERIDA, CASANDRA, CLORI Y OTRAS DAMAS DE CIRCE, MUSICOS.-CIRCE, ULISES.

ARSIDAS.

(*Ap.* Aunque en tantos desvelos
Mis agravios se valgan de mis celos,
No darme intentaré por entendido.
¿Mas cómo disimula un ofendido?
Volverme es ya mostrar mi sentimiento:
Despejo quiero hacer de mi tormento.)
Siguiéndote, señora, con tu gente
Por la florida márgen desta fuente
Vine; que ella pautada de colores,
Las señas de tu pié daba con flores.

CIRCE.

Hácia esta parte vine,
Porque es donde la cena ahora previne.

LEBREL.

¡Qué bien, qué bien me suena
Esta palabra, cena!
Mas no veo entre ramas ni entre flores
Mesas ni aparadores,
Ni ocupada en doméstico trabajo
A la familia de escalera abajo
Cruzar muy diligente.

CIRCE.

Todos os id sentando brevemente,
Porque en el campo todos
Cenemos juntos, y de varios modos
Se sirvan las viandas.—
¡Hola, la mesa!

LEBREL.

Dime, ¿á quién lo mandas?

CIRCE.

A quien ya me ha entendido.

(*Por debajo del tablado sale una mesa muy compuesta y con luces, y siéntanse Ulíses, Circe y Arsidas, y los demas en el suelo.*)

LEBREL.

¡Linda mesa, par diez, nos ha venido!
¿No me dirás, si desto no te pesa,
Cuánto habrá que sembraron esta mesa?

CIRCE.

¡Hola, cantad! cantad, y divertido
Uno y otro sentido
Esté con las viandas y las voces,
Que suenen en los céfiros veloces.

(*Canta la música.*)

MÚSICOS.

Olvidado de su patria,
En los palacios de Circe
Vive el mas valiente griego,
Si, quien vive amando, vive.

(*Tocan dentro cajas, y sale Licia.*)

CIRCE.

¿Pero qué es esto que escucho?

ULÍSES.

¿Pero qué es esto que oigo?

FLÉRIDA.

¿Que es esto, cielos, que veo?

ARSIDAS.

¿Qué es esto, cielos, que noto?

CIRCE.

¿Qué bélico estruendo, qué
Marcial ruido, qué alboroto
Deja la luz del sol ciega,
Y el eco del aire sordo?

LICIA.

Ese fiero Brutamonte,
Ese gigante furioso
Que preso, señora, tienes
Por guarda de tus hermosos
Jardines, porque no robe
Nadie sus manzanas de oro,
Ofendido que á los griegos
Blanda paz y suave ocio
En tus palacios divierta,
Olvidados de sí propios,
Habiendo sido homicidas
De Polifemo, que asombro
Era monstruo de los hombres,
Y era hombre de los monstruos;
Comunero de tu imperio,
Para vengarse de todos,
Convocó del Lilibeo
Cuantos Cíclopes famosos,
Espurios hijos del sol,
Hoy viven de darle enojos;
Y dándoles paso al Flegra

Digitized by Google

Brutamonte cauteloso,
Vienen contra ti en escuadras
Mal ordenadas: de modo,
Que viendo vagar los riscos,
Discurrir los promontorios,
Parece que aquestos montes
Descienden unos de otros,
A cuyo estrépito, á cuyas
Voces y suspiros roncos,
El sol se turba, y del cielo
Caducan los ejes rotos.

CIRCE.

¡Ay de mí! en qué gran peligro
Estoy! en qué grande ahogo!

ULÍSES.

Dadme mis armas, que yo
Saldré á recibirlos solo...

ARSIDAS.

No temas, que yo á tu lado
Te defenderé de todo...

ULÍSES.

Porque para mi valor
Son tantos Cíclopes pocos.

(*Ulíses va hácia afuera, y Arsidas acude á Circe.*)

ARSIDAS.

Porque no quiero mas vida,
No, que morir á tus ojos.

LEBREL.

Cómo [1] y cordelejo, dicen
Que es en el mundo uno propio;
Mas la cena que esperaba,
Es cordelejo, y no como.

CIRCE.

Deteneos, deteneos,
Que este aparato ruidoso
Solo ha sido una experiencia:
Exámen ha sido solo
Para ver cuál de los dos
En un peligro notorio
Acudia á sus afectos
Mas noble y mas generoso,
Y así en campañas del aire
Fantásticas huestes formo.

ARSIDAS.

Pues si ha sido esto experiencia,
Yo soy el que me corono
Vencedor, y el que merezco,
Circe, tu favor hermoso,
Ya que Ulíses, acudiendo
A sus armas tan heróico,
Dejó de mostrarse amante,
Pues en riesgo tan forzoso
No acudió luego á su dama:
Que en un amante es impropio.

ULÍSES.

Que acudí á las armas mias
No niego; pero tampoco
Niego que de amante ha sido
El afecto mas forzoso;
Porque si tomo mis armas,
Para defensa las tomo
Suya.

ARSIDAS.

Nunca en un acaso
Está el discurso tan pronto,
Que espere á causa segunda:
Lo primero es lo mas propio.
A las armas fuiste, luego
Ya perdiste.

[1] Chasco, burla, mal rato que se da á una persona.

ULÍSES.

De ese modo
Tú tambien; pues si me acusas
De poco amante, de poco
Fino porque no acudí
A Circe, con eso propio
Te convenzo, pues que tú
Acudiste á sus enojos,
Y ya te mostraste amante.

ARSIDAS.

Si las nobles leyes noto
De caballería, acudir
A las damas es forzoso;
Y así como caballero,
No como amante, socorro
A Circe.

ULÍSES.

En las de milicia
Es ley, siempre que armas oigo,
Acudir á tomar armas;
Y así con valor heróico,
Yo, soldado, caballero
Y amante, he acudido á todo.

ARSIDAS.

Ya sé que por la elocuencia
Has de quedar siempre airoso;
Que no heredaras de Aquiles
El grabado arnes de oro,
Si por el valor hubiera
De dársele á Telamonio.

ULÍSES.

El valor le mereció;
Y ahora verás si es forzoso,
(*Saca la espada.*)
Pues de esa voz en ofensa
El Flegra volará en polvo.

ARSIDAS.

Primero arderá en cenizas
(*Saca la espada.*)
Con el fuego de mis ojos,
Porque á los dos de Trinacria
Volcanes, se añadan otros.

CIRCE.

Pues ¿qué es esto? ¿En mi presencia
Sacais el acero? ¿Cómo...?

ARSIDAS.

Tu respeto me perdone...

ULÍSES.

Perdóneme tu decoro...

ARSIDAS.

Que no hay respeto con celos.

ULÍSES.

Ni decoro con oprobios.

LEBREL.

En mi vida me hallé en cena
Que no parase en lo propio.

ULÍSES.

¡Aquí de Grecia!

ARSIDAS.

¡Y aquí
De Trinacria! Que aunque solo
Me ves, mis vasallos son
Esos brutos y esos troncos.—
¡Fieras de Trinacria humanas,
Dad á vuestro Rey socorro!

(*Salen todas las fieras, y pónense al lado de Arsidas, y los griegos al lado de Ulíses.*)

ULÍSES.

Aunque á tus voces se muevan,
Mejor que al eco sonoro
De Orfeo, troncos y fieras,
Haciendo en ellas destrozo,
Apuraré estas montañas
Bruto á bruto, y tronco á tronco.
(*Riñen.*)

ESCENA XXVI.

CLARIN, *de mona.*—DICHOS.

CLARIN.

Entre griegos y animales
Mal trabadas lides noto.
No sé á cuál debo acudir;
Porque obligado de todos,
Soy por una parte griego,
Y por otra parte mono.

CIRCE.

Pues no puedo reportaros
Con mis voces, con mi asombro
Podré. — Los aires cubiertos
De vapor caliginoso,
Segunda noche parezca,
Y á tanto fracaso absortos,
Del embrion de las nubes
Sean los rayos abortos,
Y el sol y la luna hoy,
Viéndose vivir tan poco,
Piensen que el camino erraron
De sus celestiales tornos,
O que yo desde la tierra
Apagué su luz de un soplo.

(*Truenos y relámpagos; oscurécese el teatro, y riñen á oscuras.*)

ARSIDAS.

¿Adónde, Ulíses, estás?

ULÍSES.

Con mi acero te respondo.
(*Pelean todos.*)

FLÉRIDA.

¡Qué pena!

CASANDRA.

¡Qué ciego abismo!

ARQUELAO.

¡Qué espanto!

CLORI.

¡Qué triste enojo!

ANTISTES.

¡Qué obscura noche!

CLARIN.

¡Ah, señores!
¿Somos griegos, ó qué somos?

LEBREL.

En tanto que todos andan
Tropezando unos con otros...

CLARIN.

En tanto que cada uno
Busca de escaparse modo...

LEBREL.

Yo á la mesa me remito.

CLARIN.

Y yo á la cena me acojo.

(*Suben sobre la mesa, y abrázanse uno con otro.*)

LEBREL.

Pero ¿qué es esto? Un leon
Dió conmigo.

CLARIN.

¿Mas qué toco?
Conmigo ha dado un gigante.

CIRCE.

Húndase este suelo todo,
Y ponga paz la distancia.

Digitized by Google

CLARIN.

Todo se hunde con nosotros.

(*Húndese la mesa, y los dos graciosos sobre ella, y con la batalla y la tempestad se van todos.*)

JORNADA TERCERA.

Marina, é inmediatos á ella los jardines de Circe.

ESCENA PRIMERA.

ANTISTES, ARQUELAO, POLIDORO, FLORO, TIMANTES, LEBREL.

ANTÍSTES.

Aunque ya todos sepais
Lo que repetiros trata
Mi voz, oidme, que tal vez
En pena, en desdicha tanta,
Aun mas que noticias propias
Mueven ajenas palabras,
Porque en efecto ninguno
Es juez en su misma causa.
Siempre á la cólera expuestos,
Siempre expuestos á la saña
De los hados rigurosos,
Despues de fortunas varias,
Arrastrados del destino,
Dimos en aquesta playa
Del Flegra, exentos vasallos
Del imperio de Trinacria.
Aquí, contra los venenos
De esa fiera, esa tirana,
Antídoto nos dió Juno
En las flores de oro y nácar
Que Íris trajo, desplegando
Arcos de carmin y gualda.
Libres pues de sus prisiones
Nos vimos; y cuando trata
Ulises volver al mar,
Que ya tuvimos por patria,
El blando halago de Circe,
Que cuando ve que no bastan
Mortales venenos, usa
De mas venenosas trazas,
Persuadió á Ulises que aquí
Unos dias se quedara
A reparar de los vientos
La repetida inconstancia.
El, fiado en sus cautelas,
Persuadido á que quedaba
A dar libertad á cuantos
En estas rudas montañas
Bárbara prision padecen,
Se quedó, donde á la rara
Beldad de Circe rendido,
Vive sin mas esperanzas.
¿Quién creerá, que no bastando
Tantos encantos, ni tantas
Ciencias á vencer sus hados,
Una hermosura bastara?
Mas todos lo creerán, todos,
Pues todos á ver alcanzan
Que un amor y una hermosura
Son el veneno del alma.
Rendidos pues al amor,
Tanto los dos se declaran,
Desde la noche que fuéron
Argumentos las espadas,
Y pusieron paz las nubes
Densas, oscuras y pardas,
Que Arsidas, celoso y triste,
Lleno de celosa rabia,
Se fué á su corte, quizá
A disponer su venganza.
Ulises pues sin recelo,
Solo de sus gustos trata,
Siempre en los brazos de Circe,
Y asistido de sus damas,
En academias de amores,
Saraos, festines y danzas.
Yo pues viéndonos perdidos,
Hoy he pensado una traza
Con que á su olvido le acuerde
De su honor y de su fama:
Y es, que pues el otro dia
Cuando oyó tocar al arma
Se olvidó de amor, y fué
Tras la trompeta y la caja,
A todas horas estemos
Desde el bajel, que en el agua
Surto está, tocando á guerra,
Como que á Circe hacen salva;
Cuya voz noble recuerdo
Será de su olvido, clara
Sirena que tras su acento
Los sentidos arrebata.

POLIDORO.

Dices bien, y yo el primero
Seré que esta tarde haga
La experiencia.

TIMANTES.

Pues ahora
Es tiempo; que Ulises anda
Estos jardines, que hermosos
Narcisos son de esmeralda,
Y enamorados de sí,
Se están mirando en las aguas.

ARQUELAO.

Yo seré el que desde el mar
Haré que toquen al arma.
Antístes aquí se quede,
Para prevenir que es salva
Que á Circe hace nuestra gente.

LEBREL.

Si entre tantos votos halla
Lugar un juro, yo juro
A la deidad soberana
De Júpiter, que haceis mal
En prevenir esta traza.

FLORO.

¿Por qué?

LEBREL.

Porque Circe sabe
Mejor lo que aquí se habla,
Que nosotros, y podrá
Tomar de todos venganza.
Escarmentad en Clarin,
Que habló mal della, y airada
Se vengó, pues no sabemos
Qué hay dél, ni por dónde anda.

FLORO.

Todo eso es temor.

LEBREL.

Es cierto.

ARQUELAO.

Dejadle, no le creais nada,
Y vamos á nuestro intento.

TODOS.

Vamos.

LEBREL.

Vuesarcedes vayan,
Que yo me quedo á tratar
Cosas de mas importancia. (*Vanse.*)

ESCENA II.

LEBREL.

De todos los animales
Que por estos campos andan,
Quisiera coger alguno,
Que á Grecia despues llevara,
Cuando quisieren los dioses
Escaparnos de Trinacria;
Porque fuera para allá
Importantísima alhaja
Uno dellos; pues á verle
Solamente se juntara
Toda Grecia, y yo tuviera
Con él segura ganancia.
Cierta mona aquestos dias
Siempre cocándome anda
Con gestos y con visajes,
Y á esta quisiera pescarla:
Para cuyo efecto traigo
Este cordel con que atarla
Luego que la vea, porque
Es juguetona y es mansa.

ESCENA III.

CLARIN, *de mona.* — LEBREL.

CLARIN.

Hácia aquí, si no me engaño,
Mis compañeros estaban,
Aunque, despues que soy mona,
Por donde quiera que vaya
Hallaré mis compañeros.
Por señas les diré que hagan
Que me dé libertad Circe,
Pues ya lo enmonado basta.

LEBREL.

Vela aquí: yo quiero echarle
Este lazo á la garganta.
Ahora es tiempo. ¿Qué me estorba,
Qué me turba, ó qué me espanta,
Si una mona diz que es fácil
De coger? Díganlo tantas
Como cogidas me escuchan.
No escaparéis de mis garras.
(*Echale un cordel al cuello.*)

CLARIN. (*Hablando para sí.*)

¡Ay, que me ahogas, Lebrel!
No en el pescuezo me hagas
La presa.

LEBREL.

Por mas que coques,
No te irás.

CLARIN.

¿No es cosa extraña
Que hable para mí, y discurra
Con sentidos, vida y alma,
Y con los otros no pueda
Articular las palabras?
Lebrel, mira que soy yo.

LEBREL.

¡Cómo brinca, y cómo salta!
No puedo llevar á Grecia
Cosa de mas importancia.
Señora mona, desde hoy
Hemos de ser camaradas:
No hay sino tener paciencia,
Y venir conmigo.

CLARIN.

Basta,
Que no me entiende.

LEBREL.

¡Qué gestos
Hace, y con qué linda gracia!

ESCENA IV.

ASTREA, LICIA. — DICHOS.

LICIA.

En todo el dia no hay verte,
Lebrel: dime, ¿dónde andas?

LEBREL.

He andado á caza de monas,

Digitized by Google

Y á fe que no es mala caza,
Y esta he cogido.

LICIA.

¡Ay, qué linda
Monica!

LEBREL.

Cócala, Marta [1].

LICIA.

¿Qué piensas hacer con ella?

LEBREL.

Pienso, Licia mia, llevarla
A Grecia, enseñarla allá
A tocar una guitarra,
A andar por una maroma,
Y hacer vueltas en las tablas.

CLARIN.

¿Yo por maroma, yo vueltas?
¡Esto solo me faltaba!

ASTREA.

Dime, Lebrel: ¿y Clarin,
Dónde está?

CLARIN.

Aquí. (*Acercándose á ella.*)

ASTREA.

Allá te aparta.

LEBREL.

Desde el dia que quedó
Cargado de joyas tantas..

CLARIN.

¡Tal tengas tú la salud!

LEBREL.

No le vi, ni sé qué se haya
Hecho.

CLARIN.

Yo sí.

ASTREA.

Su codicia
Le ha escondido.

CLARIN.

¡Hay mayor rabia!

LICIA.

Circe hácia esta parte viene.

LEBREL.

Pues por si acaso se enfada
De que cogiese esta mona,
Me voy. Ven conmigo, Marta [2].

CLARIN.

Si me ahoga, ¿qué he de hacer?

LEBREL.

¡Oh cómo he de regalarla! (*Vanse.*)

ESCENA V.

ULISES, CIRCE, DAMAS.

CIRCE.

En esta florida márgen,
Desde cuya verde estancia
Se juzgan de tierra y mar
Las dos vistosas campañas,
Tan contrariamente hermosas,
Y hermosamente contrarias,
Que neutral la vista duda
Cuál es la yerba ó el agua,
Porque aquí en golfos de flores,
Y allí en selvas de esmeraldas,
Unas mismas ondas hacen
Las espumas y las matas,
A los suspiros del noto,
Y á los alientos del aura,
Puedes descansar, Ulises,
Las fatigas de la caza
En mis brazos.

ULÍSES.

Dices bien:
Pues solo en ellos descansa
El alma, porque ellos solos
El centro han sido del alma.

CIRCE.

Con todas estas finezas
Temo, Ulises, que me engañas.

ULÍSES.

¿Por qué?

CIRCE.

Por pensar que dura
Aquella ficcion pasada.

ULÍSES.

Nunca lo fué para mí.

CIRCE.

¿Quién lo asegura?

ULÍSES.

Mis ansias.

CIRCE.

¿Quién lo dice?

ULÍSES.

Mis deseos.

CIRCE.

Es engaño.

ULÍSES.

Es verdad clara.

CIRCE.

¡Quién, Ulises, la supiera!

ULÍSES.

Escucha, Circe, y sabrásla.
Vengativa deidad, deidad ingrata,
Que á la de Juno y Júpiter se atreve,
Huésped de esa república de nieve,
Vecino de ese piélago de plata,
Tantos años la patria me dilata,
Y tantos contra mí peligros mueve,
Que, porque fuese mi vivir mas breve,
A tus umbrales derrotarme trata.
A ellos llegué, seguro y defendido
De escándalo, de horror, de asombro [tanto
Como has en tierra y mar introducido.
Tus encantos vencí, mas no tu llanto:
Pudo el amor lo que ellos no han podi-
Luego el amor es el máyor encanto. [do:

CIRCE.

Con toda aquesa fineza
La que me debes no pagas,
Porque fué mayor la mia.

ULÍSES.

¿De qué suerte?

CIRCE.

Oye, y sabrásla.
Vengativa y cruel, porque te asom-
A pesar de deidades lisonjeras, [bres,
Reina desta república de fieras,
Señora deste piélago de hombres, [bres,
Viví; y porque mas bárbara me nom-
Ninguno abortó el mar á estas riberas,
Que a mi sangrienta mágica no vieras
Trocar las formas y mudar los nombres.
Llegaste tú, y queriendo tu homicida
Ser, burlaste mis ciencias: con espanto,
Queriéndote vencer, quedé vencida.
Sí, mi encanto al mirar asombro tanto
Al encanto de amor rindió mi vida:
Luego el amor es el mayor encanto.
(*Duérmese Ulises.*)

ESCENA VI.

LICIA. — DICHOS.

LICIA.

La música que has mandado
Prevenir está, señora,
Esperando.

CIRCE.

Por ahora
No canteis; que desvelado
Se da Ulises por vencido
A la deidad de Morfeo,
A cuyo letal trofeo
Las potencias ha rendido,
Haciendo de todas dueño
Esta macilenta sombra,
Que á un tiempo halaga y asombra,
Pues es descanso y es sueño.
Infundid, aves y flores,
Para aliviar sus congojas,
Silencio en templadas hojas,
Suspended vuestros amores.
No hagan ruido los cristales
De los arroyos, callando
Corran las fuentes, mostrando
Obedientes y leales
El amor que en mí se encierra,
Y en retórico silencio
Digan cuánto reverencio
Su descanso.

Voces. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Tocan dentro cajas hácia un lado.*)

CIRCE.

¿Qué es esto? ¿Cuando pretendo
Silencio, hay quien le interrompa?
(*Despierta Ulises.*)

ULÍSES.

Guerra publica esta trompa,
Guerra publica este estruendo.
¿Pues cómo ¡ay dioses! así
Es hoy perezoso el sueño,
De nobles sentidos dueño?
No soy sin duda el que fuí,
Pues á delicias süaves
Entregado ¡ay de mí! estoy,
Y tras los ecos no voy
Mas belicosos y graves. —
Perdona, Circe; que así,
Habiendo guerra y furor,
No me ha de tener tu amor.

CIRCE.

Detente, escucha: ¡ay de mí!
¿Quién ese clarin tocó?

ESCENA VII.

ANTISTES, *y luego*, MÚSICOS Y GRIEGOS, *dentro*. —DICHOS.

ANTÍSTES.

Quien, pensando que sería
Lisonja, la salva hacia
Cuando desde el mar te vió.

ULÍSES.

Aquí no hay ya que esperar:
La guerra me ha despertado,
Porque en el alma ha tocado
La sirena militar.

CIRCE.

Para templar el furor,
Cantad de amor, cantad pues.
(*Dice esto á la música que está al otro lado.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

¿*Dónde vas, Ulises, si es*
El mayor encanto amor?

[1] [2] *Marta*, es nombre que se solia dar á las monas.

Digitized by Google

ULÍSES.

¿Qué blandas voces süaves,
Repetidas en los vientos,
Son con sonoros acentos
Dulce envidia de las aves?
¡Qué bien el amor me suena!
¿Cómo tu amor me ha podido,
Circe hermosa, haber vencido
Aquella pasada pena?
Ya me vuelvo á tu favor.

GRIEGOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

ULÍSES.

Mas ¿qué espero?
Las armas me llaman, quiero
Seguirlas.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Amor, amor!

ULÍSES.

¡Qué blanda, qué dulcemente
Suena esta voz repetida!

ANTÍSTES.

(*Ap.* Aunque me cuesté la vida,
Tengo de hablar claramente.)
Ulises, invicto griego,
¿Cómo cuando así te llama
La trompeta de la fama,
En delicioso sosiego,
Sordo yaces? ¿Cuánto yerra,
No sabes, el que rendido
A su amor, labra su olvido?
¡Oye esta voz!

GRIEGOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

ULÍSES.

Tienes, Antístes razon:
Torpes mis sentidos tuve,
Ciego estuve, sordo estuve,
Mas ya que estas voces son
Recuerdos de mi osadía,
Las prisiones romperé.

CIRCE.

¿Tan ingrata prision fué,
Ulises, la prision mia?
¿Cómo, cuando entre mis brazos
Envidia á las flores das,
Tras otro afecto te vas?
¿Tan fáciles son mis lazos
De romper? ¿Tanto rigor
Premio es de tantos favores?
Escucha en hojas y en flores
Esta voz.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Amor, amor!

ANTÍSTES.

No calle el marcial furor.

CIRCE.

Amor digan mar y tierra.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Amor, amor!

GRIEGOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra!

MÚSICA.

¡Amor, amor!

ULÍSES.

Aquí guerra, amor aquí
Oigo, y cuando así me veo,
Conmigo mismo peleo:
Defiéndame yo de mí.

ANTÍSTES.

Esto es honor.

ULÍSES.

Dices bien,
Todo el honor lo atropella.

CIRCE.

Esto es gloria.

ULÍSES.

¡Ay Circe bella!
¡Qué bien dices tú tambien!

CIRCE.

El gusto es dulce pasion.

ULÍSES.

Razon tienes.

ANTÍSTES.

La victoria
Es mas aplauso, mas gloria.

ULÍSES.

Tú tambien tienes razon.

ANTÍSTES.

Guerra y amor en rigor
Te llaman, miedos destierra.

MÚSICA.

¡Amor, amor!

GRIEGOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

CIRCE.

¿Quién ha vencido?

ULÍSES.

El amor,
Que, ¿cómo pudiera ser
Que otro afecto me venciera,
Donde tu hermosura viera?
Esclavo tuyo he de ser.
No hay mas fama para mí
Que adorarte, no hay mas gloria
Que vivir en tu memoria.
Dichoso mil veces fuí
El dia que tu favor
Mereció mi voluntad.

CIRCE.

Venid todas, y cantad:
«El mayor encanto amor». —
Entra tú; y vosotros, griegos,
Mas pesares no me deis,
Y agradeced que no os veis,
Entre volcanes y fuegos,
De mi cólera abrasados.

ANTÍSTES.

¡Ay de nosotros! que así
Ya morirémos aquí
Cautivos y desterrados.
Sepulcro será esta tierra
De tanto griego valor. (*Vase.*)

MÚSICA.

¡El mayor encanto amor!
(*Vanse todos cantando.*)

—

Palacio de Circe.

ESCENA VIII.

ARSIDAS, *dentro; y luego,* CIRCE, ASTREA, LICIA, CASANDRA, CLORI, TISBE, SIRENE.

(*Tocan armas dentro.*)

ARSIDAS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! Guerra, guerra!
(*Salen Circe y sus damas.*)

CIRCE.

¿Qué es esto? Habiendo mandado
Yo que temerosos callen
Los repetidos acentos
De baquetas y metales,
¡Otra vez osais, villanos,
Otra vez osais, cobardes,
Que oprimido el bronce gima,
Que herido se queje el parche!

ESCENA IX.

FLERIDA.—CIRCE, Y SUS DAMAS.

FLÉRIDA.

No este repetido acento,
Que con idiomas marciales
Estremeciendo los montes,
Titubear los ejes hace,
Cautela ha sido de griegos;
Mas desdichas, mas pesares,
Mas penas, mas confusiones,
Mas tormentos y mas males
Son los que quieren los cielos
Que estos aparatos causen.
Arsidas, que tantos dias
Fué de tu hermosura amante,
A tus desdenes quejoso,
Ofendido á tus desaires,
Desde que ya enamorada
De Ulises te declaraste,
Cuando de aquella cuestion
Pusieron los rayos paces,
A su corte se fué, donde,
Queriendo el amor que pasen
De extremo á extremo sus penas
(Que esto en los hombres es fácil),
Amenazando estos montes
Viene, infestando esos mares;
Y con razon, pues las ondas,
Gimiendo del peso grave,
Con ambicion de peñascos
Blasonan, cuando arrogantes
Ven por la campaña azul
De sus salobres cristales
Vagar un volcan deshecho,
Mover un Flegra portátil,
Correr un Etna movible,
Y ir una Trinacria errante.
Lisidas, de mí ofendido,
Creyendo que yo mudable
Amaba á Ulises (la causa
Con que yo lo fingí sabes),
Le acompaña, porque así
Pretende de aquí sacarme;
Que agravios de amor y celos
No guardan respeto á nadie.
Yo lo sé, porque sentada
Sobre esa punta, que hace
Corona al mar y á la tierra,
Arbitro de ondas y valles,
Vi (como entre oscuros lejos
De unos pintados celajes,
Suelen pintarnos las sombras
Ya jardines, ya ciudades)
Una confusa apariencia,
Que era, al perspicaz exámen
De la vista, neutral duda,
Mezcla de nubes y naves.
Luego al acercarse al puerto
La gruesa armada que traen,
A los sulcos de las proas
Rizarse vi y encresparse
Blanca espuma, que al azul
Camelote de aguas hace
Bella guarnicion de plata,
Que sin que al dibujo guarde
El órden, es mas hermoso
Por ser dibujo sin arte.
Llegaron á nuestro puerto,
Donde sin faenas baten
Las blancas alas de lino;
Negándose al mar ó al aire
Esos peces, si son peces,
O esas aves, si son aves,
Sin salva á tierra saltaron,

Digitized by Google

Y fuéron en un instante
Griegos caballos, preñados
De aparatos militares,
Pues abortarón sus vientres,
Siendo del agua volcanes,
Iras y rayos, que luego
Fuéron poblando la márgen.
Bien á los dos conocí,
Que armados á tierra salen,
Y en mal pronunciadas voces,
Que embarazó lo distante,
Oí á Arsidas que dijo:
« Hoy desta mágica acaben
Los encantos; y este monte,
Que es tiranizado Atlante
De Trinacria, á mi valor
Se postre. — Yo, viendo el grande
Peligro que te amenaza,
Volando vine á avisarte.
Preven la defensa pues,
Si es que hay defensa que baste,
A la sangrienta venganza
De dos celosos amantes.

CIRCE.

¡Calla, calla, no prosigas,
Ni lleguen ecos marciales
A los oídos de Ulises!
Aquí tengo de dejarle
Sepultado en blando sueño,
Porque el belicoso alarde
No pueda de mi amor nunca
Dividirle ni olvidarle;
Que yo con vosotras solas
Saldré á vencer arrogante.
Tú mi caudillo serás,
Y no temas que te falten
Gentes; que aunque son tan pocos
Los soldados de mi parte,
Yo armadas huestes pondré
En las campañas del aire,
Que con tropas de caballos,
Con escuadrones de infantes,
Fantásticamente lidien
Y fingidamente marchen.
Y porque entre tantas sombras
Vivas escuadras no falten,
Todas vosotras, armadas
Con escudos de diamante,
Galas desnudad de Vénus,
Túnicas vestid de Marte.

CASANDRA.

Esta vida y este pecho
Te ofrezco yo de mi parte.

CLORI.

Yo, que conozcan los hombres
Cuánto las mujeres valen.

SIRENE.

Hoy el sol será testigo
De mi valor arrogante.

TISBE.

De nuestro poder haré
Que el mundo se desengañe.

ASTREA.

A Pálas verás armada
Cada vez que me mirares.

LICIA.

A mí á Vénus, pues verás
A mis piés rendido á Marte.

CIRCE.

Pues con esa confianza,
Toca al arma.

CASANDRA.

Suene el parche.

CLORI.

Hiera la trompeta el eco.

SIRENE.

El bronce oprimido brame.

TISBE.

El fuego reviente.

ASTREA.

Sea
Toda Trinacria volcanes.

LICIA.

El duro horror de las armas
Cielo, mar y tierra espante.

FLÉRIDA.

Y viva Circe, prodigio
Destos montes y estos mares.

CIRCE.

Porque á los brazos de Ulíses,
Que en mudo letargo yace,
Vuelva rica de despojos,
Enamorada y constante. (*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA X.

ARSIDAS, LISIDAS Y SOLDADOS.

ARSIDAS.

Desde esta excelsa cumbre
Que del sol se atrevió á tocar la lumbre,
Y altiva y eminente,
Coronada de rayos la alta frente,
Es inmensa coluna
De ese cóncavo alcázar de la luna,
Entre celajes de rubí y topacio
De Circe se descubre el real palacio.
¡Ea pues, mis soldados,
Que valientes, intrépidos y osados,
En favor de los cielos
Manteneis la milicia de mis celos!
Hoy este asombro muera,
Perezca hoy la memoria desta fiera,
Que á Trinacria estos campos tiraniza,
Siendo el Flegra su hoguera y su ceniza.
Libremos pues á tantos
Como tienen sus mágicos encantos
Presos aquí y cautivos;
Queden pues, ó bien muertos ó bien vivos. [vi-
Rescatemos valientes
Nuestra patria de tantos accidentes,
Y dejemos seguro este camino
Al naúfrago piloto, al peregrino,
Que halló, cadáver de estas grutas hondas,
Mas tormenta en las peñas que en las ondas,
Cuando pisó por estos horizontes
Montes de agua y piélagos de montes.
Y tú, Lísidas fuerte,
A cuya voz se retiró la muerte,
Hoy á Flérida libra soberana
De la injusta prision de una tirana,
O véngate hoy en ella,
Si tus celos te olvidan de querella.

LÍSIDAS.

Arsidas, valeroso
Príncipe de Trinacria, no celoso
Mi venganza prevengo;
Que no tengo los celos que no tengo,
Porque ya sé que ha sido
Un cauteloso amor, amor fingido,
El que Flérida á Ulíses le mostraba,
Porque esa esfinge así se lo mandaba.
No celoso en efecto, enamorado
Sí que vengo, atrevido y despechado,
A rescatar á Flérida, que bella
Es de los cielos flor, del campo estrella.
Y así á tu lado juro
Por ese hermoso rosicler, que puro
Mirado nos deslumbra,
Y no mirado á todos nos alumbra,
De no dejarte hasta mirar postrada
Al fuego de tu enojo esta encantada
Selva de amor, donde por mas espanto,
Es el amor hoy su mayor encanto,
Aunque en sus campos, que el abril dibuja,
O brame el austro, ó la arboleda cruja.

ARSIDAS.

Guerra de amor y celos,
Pavor pondrá á los cielos.

Voces. (*Dentro.*)

¡Cierra, Trinacria, cierra! (*Cajas.*)

LÍSIDAS.

Ya de allá nos responden.

Dentro.

¡Guerra, guerra!

ESCENA XI.

UN SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO.

¡Ay Arsidas, advierte
Que á morir nos trajiste!

ARSIDAS.

¿De qué suerte?

SOLDADO.

Dijiste que no habia
Armas ni gente en esta selva umbría;
Y apénas tus soldados
Han salido del mar, cuando emboscados
En esta selva vieron
Infantes y caballos que salieron
A defender la entrada
Del monte.

ARSIDAS.

No temais, no temais nada;
Que esos monstruos incultos
Son fantásticas formas, que no bultos.
No hay que temer estragos;
Que sus heridas solo son amagos
Que tarde ejecutadas,
Se quedan en el aire señaladas.

LÍSIDAS.

Y tan cobardes fuéron,
Que amenazando siempre, nunca hirieron.

SOLDADO.

¡Cómo, si ya, causando al sol desmayos,
Truenos abortan y despiden rayos?

ARSIDAS.

Yo he de ser el primero
Que ese pavor os quite: altivo y fiero
Penetraré la sierra.

LÍSIDAS

Todos te seguirémos.

TODOS.

¡Guerra, guerra!

ARSIDAS.

¡Ah cauteloso griego,
Sal á apagar retórico este fuego!

ESCENA XII.

CIRCE Y SUS DAMAS, *con espadas.* — DICHOS.

CIRCE.

No saldrá, sino yo; que la memoria
No le ha de embarazar tan breve gloria.

ASTREA.

Ninguno quede vivo.

FLÉRIDA.

Ni un amante, que vuelve vengativo,
Sin celos.

Digitized by Google

LÍSIDAS.

Tu me ofendes, yo te ofendo;
Que mas mi fama que tu amor pretendo.

CIRCE.

Segur de vuestros cuellos
Hoy serán nuestras armas. ¡A ellos!

TODAS.

¡A ellos!

ARSIDAS.

En batalla tan dura [ra.
No atienda hoy el respeto á la hermosu-
Presto, Circe, serás tú mi trofeo.

LICIA.

¡Oh qué bonitamente lo peleo!
(*Dase la batalla, y retíranse los hombres.*)

—

Palacio.

ESCENA XIII.

LEBREL; CLARIN, *de mona.*

LEBREL.

Pues nos dejó Circe, y pues
A puerta cerrada estamos,
Y tan solos nos hallamos,
Tiempo, Doña Marta, es
De tomar una licion.
Ya la vuelta os enseñé
Del rodezno: ¿cómo fué?
(*Voltea Clarin.*)
¡Así! Bien! Teneis razon.

CLARIN.

¡Que aquesto pase por mí!
¡Y que en fin haya de ser,
O voltear ó nó comer!
Desdichado hablador fuí.

LEBREL.

Ahora, Marta, ponte en pié.

CLARIN.

Ello en fin no hay replicar:
O no comer ó voltear. (*Voltea.*)

LEBREL.

¡Lindamente por mi fe!
Ahora (porque si yo
No tengo quien de vestir
Me dé, uced me ha de servir)
Tome aqueste espejo, y no
Le quiebre, porque es azar,
Y véngase tras mí en pié.

CLARIN.

Qué cara tengo veré
De mona. ¿Hay mayor pesar?
¡Válgame Júpiter santo!
¡Qué hocico!
(*En mirándose al espejo, pierde la figura de mona.*)

LEBREL.

¿Quién aquí habló?

CLARIN.

¿Quién ha de ser sino yo?

LEBREL.

De verte, Clarin, me espanto.

CLARIN.

¿Yo Clarin? ¡Muy bueno es eso!
Mona soy.

LEBREL.

¿Dónde escondido?...
Mas la mona se me ha ido.

CLARIN.

Ya otra admiracion confieso.

LEBREL.

¿Sabes por dónde se fué
La mona que aquí tenia?

CLARIN.

Yo soy.

LEBREL.

¡Linda bobería!
Por la mona pregunté.

CLARIN.

Pues yo soy.

ESCENA XIV.

ANTISTES, Y LOS GRIEGOS, *con unas armas.* — DICHOS.

ANTÍSTES.

¿Quién está aquí?

CLARIN.

Los dos.

LEBREL.

¡Que, porque viniese
Clarin, la mona se fuese!
Tiempo y trabajo perdí.

ANTÍSTES.

Dime, Lebrel, ¿dónde está?...

LEBREL.

¿La mona? No sé: ¡ay de mí!

ANTÍSTES.

Ulises, te digo.

CLARIN.

Allí.

(*Descúbrese un trono, donde está Ulises durmiendo.*)

ANTÍSTES.

Entrar podeis todos ya;
Que pues aquí retirado
A Ulises Circe dejó,
Cuando al mar á ver salió
Las naves que habian llegado,
Este es el tiempo mejor
Para vencer sus extremos;
Y puesto que no podemos
Avisarle con rumor
De armas, hoy de Aquíles sea
El arnés su trompa. Aquí
Le dejemos, porque así
Cuando despierte le vea.

TIMANTES.

Acuérdele mudo él
Las batallas que venció,
Cuando en campaña se vió
Coronado de laurel,
Para que despertador
De tantos olvidos sea.

ARQUELAO.

Quien no creyó la voz, crea
Las insignias del valor.
(*Pónenle á los piés las armas.*)

POLIDORO.

Trofeos que soberanos
Troya entre cenizas llora,
Y aun estais sudando ahora
La sangre de los troyanos,
Volved por vos, y entre viles
Amores no os permitais
Empañar, pues aun guardais
El muerto calor de Aquíles.
(*Vanse, y despierta Ulises.*)

ESCENA XV.

ULISES.

Pesado letargo ha sido
Este á que rendido estuve,
Ni bien vida, ni bien sueño,
Sino letal pesadumbre
De los sentidos, que torpes,
Ni descansan ni discurren:
Crepúsculos son del alma,
Pues obran entre dos luces.
¿Quién está aquí? Solo estoy.
¿Pues cómo sin Circe pude
Vivir un instante? Bien
Que estaban sin luz presumen
Mis sentidos, pues sin sol
Aun todo el cielo no luce.
¡Circe! ¡Circe! ¡mi señora!
¡Qué mal tanta ausencia suple
Tu memoria!—Mas ¿qué veo?
El grabado arnes ilustre
De Aquíles á mis piés yace,
Torpe, olvidado é inútil.
Bien está á mis piés, porqué
Rendido á mi amor se juzgue,
Y segunda vez en mí
Amor de Marte se burle.
Tarde, olvidado trofeo
Del valor, á darme acudes
Socorro contra mi mismo;
Que aunque contra mí me ayudes,
Hoy colgado en este templo
Quedarás, donde sepulten
Sus olvidos tus memorias.

ESCENA XVI.

EL ESPIRITU DE ALQUILES, *desde el centro de la tierra.* — ULISES.

AQUÍLES. (*Debajo de tierra.*)

¡No le ofendas, no le injuries!

ULÍSES.

¿Qué voz es esta que en mí
Tan nuevo pavor infunde?
(*Tocan dentro cajas destempladas una sordina.*)
¿A quién destempladas trompas,
Exequias fingen lugubres?
¿Quién causa este efecto?

AQUÍLES. (*Debajo de tierra.*)

Quien
A sus venganzas acude.

ULÍSES.

Si ojos tengo con que mire,
Si oidos tengo con que escuche,
En el centro de la tierra
Sonó la voz, y no sufre
Ella aun de su grave faz
La arrugada pesadumbre;
Pues abre para quejarse
Una boca, y de ella escupe
Pardas nubes de humo y fuego.
¿Cuándo, contra la costumbre,
En el centro de la tierra
Forjan sus rayos las nubes?
(*Abrese una boca, y sale fuego.*)
A mas el asombro pasa:
Triste un monumento sube
De su abismo haciendo un caos
De vapores y vislumbres.
(*Va subiendo un sepulcro, y en él Aquíles, cubierto de un velo.*)
O tú, que en leves cenizas,
Que aun el viento no sacude,
En ese sepulcro yaces,
¿Quién eres?

AQUÍLES.

Porque no dudes
Quien soy, este negro velo
Corre, y mi aspecto descubre.
(*Descúbrele Ulises.*)
¿Conócesme?

Digitized by Google

ULÍSES.

Si me deja
Especies con que te juzgue
Lo pálido de tu faz,
Que no hay vista que no turbe,
Lo yerto de tu esqueleto,
Que aun desfigurado luce,
Aquiles, Aquiles eres.

AQUILES.

Su espíritu soy ilustre,
Que de los elisios campos,
Donde eterna mansion tuve,
Volví á pasar de Aqueronte
Las verdinegras y azules
Ondas, derretidas gomas
Del salitre y del azufre.
A cobrar vengo mis armas,
Porque el amor no las juzgue
Ya de su templo despojo,
Torpe, olvidado é inútil;
Porque no quieren los dioses
Que otro dueño las injurie,
Sino que en mi sepultura
A par de los siglos duren.
Y tú, afeminado griego,
Que entre las delicias dulces
Del amor, de negras sombras
Tantos esplendores cubres;
No entre amorosos encantos
Las tengas y las deslustres;
Sino rompiendo de amor
Las mágicas inquietudes,
Sal de Trinacria, y hollando
Al mar los vidrios azules,
A discrecion de los vientos
Sus pavimentos discurre;
Que en la curia de los dioses
Quieren que otra vez los sulques,
Hasta que de mi sepulcro
Las muertas aras saludes,
Y en él esas armas cuelgues.
No lo ignores, no lo dudes,
O harás que un rayo, con voces
Que horrible un trueno pronuncie,
Segunda vez te lo mande,
Cuando en abortada lumbre
Desatadas sus cenizas,
Aun, antes que ardan, ahumen.
(*Húndese.*)

ULÍSES.

Espera, helado cadáver,
Que asombro y horror infundes,
Que yo postrado te doy
Palabra... Todo se hunde.
Pesada imaginacion
Fué la que en mis sueños tuve;
Pero, aunque soñada, es bien
Que la crea y no la dude.

ESCENA XVII.

ULISES.—Los griegos.

ANTÍSTES.

Señor, ¿qué es esto?

TIMANTES.

¿Qué tienes?

POLIDORO.

¿Qué accidente hay que te turbe?

ARQUELAO.

¿De qué das voces al aire?

FLORO.

¿Qué temor hay que te ocupe?

LEBREL.

¡Que no parezca la mona,
Aunque todo el monte anduve!

ANTÍSTES.

¿De qué te asombras?

CLARIN.

¿De qué
Te recelas?

LEBREL.

¿De quién huyes?

ULÍSES.

De mí mismo.

ANTÍSTES.

Pues ¿qué tienes?

ULÍSES.

Nada tengo, mucho tuve.
¡Ay amigos! tiempo es ya
Que á los engaños me usurpe
Del mayor encanto, y hoy
El valor, del amor triunfe.
¿Dónde está, dónde se ha ido
Circe?

ANTÍSTES.

A esa ribera acude,
Despues que aquí nos dejó,
A ver qué bajeles surgen
A este golfo.

ULÍSES.

Pues en tanto
Que descuidada presume
Que los encantos de amor
Firmes en mi pecho duren,
Por esta parte, que el mar
Siempre repetido surte
Altas montañas, de quien
Turbante han sido las nubes,
Salgamos, y por no hacer
Ruido, y que ella nos escuche,
No el bajel, sino el esquife
Tomemos, y en él...

ANTÍSTES.

No dudes.

ULÍSES.

Huyamos de aquí; que hoy
Es huir accion ilustre,
Pues los encantos de amor
Los vence aquel que los huye.

ANTÍSTES.

Las lágrimas te respondan.

ULÍSES.

Hermosa Juno, no culpes
El mayor encanto, amor;
Pues, aunque tus flores tuve,
Pude vencer mil encantos,
Y aqueste solo no pude.

LEBREL.

Al fin me voy sin mi mona.

CLARIN.

¿Que hasta ahora, qué fuí, dudes?
(*Vanse.*)

—

Orillas del mar, frente al palacio de Circe.

ESCENA XVIII.

CIRCE, y sus damas, *marchando, que traen presos á* ARSIDAS y LISIDAS.

CIRCE.

Hagan salva á mis palacios
Los animados clarines,
Las cajas y las trompetas,
Porque sus voces publiquen
Que de Arsidas victoriosa
Hoy, y de Lisidas, Circe,
Coronada de trofeos,
Vuelve á los brazos de Ulíses.

ARSIDAS.

Bien, Circe, podré negarte
Que valiente me venciste;
Mágica no, que mis gentes
A tus apariencias rindes,
Pues huyeron de las huestes
Que aparentemente finges.

LÍSIDAS.

A sacar de tu poder
A Flérida hermosa vine:
¿Cómo pude defenderme,
Si ella misma es quien me rinde?

CIRCE.

Pues si preso estás por ella,
Tambien por ella estás libre.—
Ulíses, invicto griego,
Sal de esos ricos jardines,
Porque de celos y amor
Las caducas pompas pises.
Advierte que victoriosa,
Llena de aplausos insignes,
Vuelvo á tus brazos, porqué
Triunfe en ellos.—Mas ¡ay triste!
(*Suena un clarin.*)
¿Qué bastarda trompa es esta,
Aspid de metal, que gime
Al aire?

FLÉRIDA.

En el mar, señora,
Sonó la voz.

LICIA.

Y el esquife
De ese griego bajel, hecho
Al mar, sus campañas mide.

ASTREA.

Ulíses desde él te habla;
Escucha lo que te dice.

ESCENA XIX.

ULISES, *dentro.*—Dichos.

ULÍSES.

Asperos montes del Flegra,
Cuya eminencia compite
Con el cielo, pues sus puntas
Con las estrellas se miden,
Yo fuí de vuestros venenos
Triunfador, Teseo felice
Fuí de vuestros laberintos,
Y Edipo de vuestra esfinge.
Del mayor encanto, amor,
La razon me sacó libre,
Trasladando esos palacios
A los campos de Anfitrite.

Voces. (*dentro.*)

¡Buen viaje!

FLÉRIDA.

Buen viaje,
Todos los vientos repiten.

CIRCE.

Escucha, tirano griego,
Espera, engañoso Ulíses,
Pues te habla, no cruel,
Sino enamorada Circe.
Cuando victoriosa yo
Triunfos arrastro que pises,
¿Quieres que vencida llore?
¿Quieres que me queje humilde?
Escucha.—Mas ¡ay triste!
No llore quien te pierde, ni suspire,
Si te dan, para hacer mejor camino
Agua mis ojos, viento mis suspiros

FLÉRIDA.

Señora, en vano te quejas;
Que sordo el ingrato Ulíses,
Desbocado bruto, corre
A vela y remo el esquife.

Digitized by Google

LICIA.

Ya, perdiéndose de vista,
Un átomo es invisible.

ASTREA.

Y ya entre el agua y las nubes
Un pájaro apénas finge.

CIRCE.

Ya estás, Arsidas, vengado.
Pero mal dije, mal dije;
Que nunca se venga un noble
En mirar un infelice.
Si lo eres, ese acero
En mi roja sangre tiñe;
Que no es venganza, piedad
Sí, darle la muerte á un triste.
Y sea ántes que traspuesto
Ese neblí que describe
Las ondas, ese delfin
Que el campo del aire mide,
Ese caballo que corre,
Ese escollo que se rige,
Ese peñasco que nada,
Se esconda y no se divise;
Porque perdido de vista,
Tardará tu acero insigne,
Y no será menester
Mas muerte que no seguirle.
¡Escucha! Mas ¡ay triste!
No llore quien te pierde, ni suspire,
Pues te dan, para hacer mejor camino,
Agua mis ojos, viento mis suspiros.—
¿Mas qué me quejo á los cielos?
¿No soy la mágica Circe?
¿No puedo tomar venganza
En quien me ofende y me rinde?
Alterados estos mares,
A ser pedazos aspiren
De los cielos; que si lleva,
Porque de encantos se libre,
El ramillete de Juno,
Que trajo del cielo Iris,
No de tormentas del mar
Le librarán sus matices.
Llamas las ondas arrojen,
Fuego las aguas espiren.

(*Sale fuego del agua.*)

Arda el azul pavimento,
Y sus campañas turquíes
Mieses de rayos parezcan,
Que cañas de fuego vibren,
A ver si hay deidad que tanta
Tormenta le facilite.

ESCENA XX.

Serénase el mar, y sale por él, en un carro triunfal tirado de dos delfines, GALATEA, *y al rededor muchos* TRITONES Y SIRENAS, *con instrumentos.* —DICHOS.

GALATEA.

Sí habrá, y quien, sereno el mar,
Manso, quieto y apacible,
Le dé paso en sus esferas.

CIRCE.

¿Quién eres tú, que saliste
De esas húmidas alcobas
En triunfal carro sublime,
A serenar de mi enojo
Las iras desapacibles?

GALATEA.

Yo, que en este hermoso carro,
A quien tiran dos delfines,
De sirenas y tritones
Tan acompañada vine,
Galatea soy, de Dóris
Hija y de Nereo, invencible
Dios marino, y la que amante
De Acis, jóven infelice,
Murió á los bárbaros celos
De Polifemo, terrible
Monstruo, que el tálamo dulce
De nuestras bodas felices
Cubrió de un peñasco que hoy
Túmulo es que nos aflige:
Cuya pirámide, cuanta
Sangre de los dos esprime,
Cristal es, que desatado
Nuestro fin llorando dice.
Deste rústico jayan
Vengada me dejó Ulíses,
A cuya causa mi voz
Al amparo suyo asiste;
Y pidiendo á las deidades
De Neptuno y de Anfitrite,
Que serenasen los mares,
Y que sus claros viriles
Espejos fuesen del sol
Miéntras los griegos los pisen;
Como á ninfa de sus ondas,
Que discurra me permiten
El mar, apagando cuanto
Fuego en él introdujiste;
Y así ondas de plata y vidrio
Veloz mi carro describe,
Haciendo á su hermosa espuma
Que á las rodadas sutiles,
O como plata se entorchen,
O como vidrio se ricen.

CIRCE.

Si deidad eres del mar,
Cuando en él mis fuerzas quites,
No en la tierra: y si no puedo
Vengarme en quien huye libre,
En mí podré. Estos palacios,
Que mágico el arte finge,
Desvanecidos en polvo
Sola una voz los derribe.
Su hermosa fábrica caiga
Deshecha, rota y humilde:
Sean páramo de nieve
Sus montes y sus jardines.
Un Mongibelo suceda
En su lugar, que vomite
Fuego, que á la luna abrase,
Entre humo que al sol eclipse.

(*Húndese el palacio de Circe, y aparece un volcan arrojando llamas.*)

ASTREA.

¡Qué confusion tan notable!

LICIA.

¡Oh qué asombro tan terrible!

FLÉRIDA.

¡Huyamos, Licia! (*Vanse.*)

LICIA.

¡Huye, Astrea! (*Vase.*)

ASTREA.

¿Dónde estar podemos libres?

CIRCE.

Cuantos espíritus tuve
Presos, sujetos y humildes,
Inficionando los aires
Huyan á su centro horrible,
Y yo, pues de mis encantos
A saber que es mayor vine
El amor, pues el amor,
A quien no rindieron, rinde,
Muera tambien, y suceda
A mi fin la noche triste. (*Húndese.*)

GALATEA.

Pues seguro el mar, por donde
Venturoso corre Ulíses,
Tormentas ve de la tierra,
El mar con fiestas publique
Su vencimiento, y haciendo
Regocijos y festines,
Sus tritones y sirenas
Lazos formen apacibles;
Pues fué el agua tan dichosa
En esta noche felice,
Que mereció ser teatro
De soles, á quien humilde
El poeta, entre otras honras,
Perdon de las faltas pide.

(*Hicieron un bailete tritones y sirenas.*)

Digitized by Google

EL SECRETO Á VOCES.

PERSONAS.

FLERIDA, *duquesa de Parma.*
LAURA, *dama.*
FLORA. } *Criadas.*
LIVIA. }
FEDERICO.

ENRIQUE, *duque de Mantua.*
LISARDO.
ARNESTO, *viejo.*
FABIO, *criado, gracioso.*
UN CRIADO.

DAMAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GUARDAS.

La escena es en Parma.

JORNADA PRIMERA.

Parque del jardin contiguo al palacio de la Duquesa.

ESCENA PRIMERA.

Salen LOS MÚSICOS *en cuerpo*, FLORA, LIVIA, LAURA Y DAMAS, *con muletillas y sombreros; detras* FLERIDA, ARNESTO, *trayéndola de la mano, y* ACOMPAÑAMIENTO. *Van todos cruzando la escena.*

MÚSICOS.

Razon tienes, corazon:
Lágrimas el pecho exhale.
Mas ¡ay, que inútiles son!
Que á quien la razon amando no vale,
¿Qué vale tener amando razon?

FLORA. (*Canta.*)

Al cabo de tantos años,
Tus atrevimientos necios
¿Qué sacan de ver desprecios?
¿Qué de escuchar desengaños?
Da tus pasados engaños
Al olvido, corazon,
Sin querer que á tu pasion
Tanto tu queja se iguale...

MÚSICOS.

Que á quien la razon amando no vale,
¿Qué vale tener amando razon?
(*Vanse.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, FEDERICO Y FABIO, *como siguiendo la música.*

FEDERICO.

Ya que de mí te has fiado
Para venir con secreto
A ver á Flérida bella,
Podrás, desde aqueste puesto
Retirado...

ENRIQUE.

¡Ay Federico,
Cuánto á tus finezas debo!

FEDERICO.

Mas debo yo á tus favores;
Pues tal confianza has hecho
De mí.

ENRIQUE.

Es verdad, que de nadie
La hiciera.

FEDERICO.

No hablemos desto,
No entienda aquese criado
Quién eres.

FABIO. (*Ap.*)

Por mas que intento
Saber qué huésped es este
Que nos ha venido haciendo
Misterios sin ser rosario,
Sin ser cura sacramentos,
No es posible.

FEDERICO.

¿Qué os parece
Deste parque?

ENRIQUE.

Decir puedo
Que en cuantas fábulas varias
Leí por divertimiento,
Ociosamente ocupado,
Federico, el pensamiento,
No fué posible jamas
Percibir en el concepto
Que acá en la idea formaron
Agentes entendimientos,
Selva tan hermosa, aunqué
Se me ofrezcan por objeto,
O las selvas de Diana,
O los jardines de Vénus.

FEDERICO.

Es tal de Flérida bella
La tristeza con que el cielo
Castiga sus perfecciones,
Que todo es buscarla medios
De divertirla; y así,
Señor, ha sido uno dellos
Que estas mañanas de mayo
Baje á este apacible puesto,
Festejada y aplaudida
De voces y de instrumentos.

ENRIQUE.

Mucho extraño que en sus años,
En su hermosura, en su ingenio,
Haya una pasion tenido
Tan absoluto el imperio,
Que á la que nació duquesa
De Parma, y á la que el cielo
De tantas ilustres prendas
Dotó, no el grave, el severo
Arpon reserve, flechado
De la fortuna y el tiempo.
¿Y es posible que ninguno
La causa halle á sus extremos?

FEDERICO.

No.

FABIO.

¿Cómo que no? Pues yo
La sé.

FEDERICO.

¿Tú?

FABIO.

Sí, y bien de cierto.

FEDERICO.

Dila. ¿Qué aguardas?

ENRIQUE.

¿Qué esperas?

FABIO.

¿Habeis de tener secreto?

LOS DOS.

Sí.

FABIO.

Pues sabed que su mal
Es...

FEDERICO.

No dudes.

ENRIQUE.

Dilo presto.

FABIO.

Que está de mí enamorada,
Y mis desaires temiendo,
No se atreve á declararse.

FEDERICO.

Quita, loco.

ENRIQUE.

Aparta, necio.

FABIO.

Pues oid; si esto no es,
Es otra cosa.

(*Suenan los instrumentos.*)

ENRIQUE.

Volviendo
Viene la tropa á nosotros.

FEDERICO.

Retiraos pues, que quiero
Introducirme yo en ella,
O porque no me echen ménos
O porque pierdo la vida,
Si la ocasion de ver pierdo
A alguna de aquellas damas.

ENRIQUE.

Embarazaros no intento,
Sino ántes irme y volver
A hablarla, porque deseo,
Ya que he visto su hermosura,
Gozar de su entendimiento.
Con la industria que tratamos
Esta noche, á cuyo efecto
Aquella carta escribí,
Secretario de mí mesmo,
He de hablarla; y ya que vine
A verla, saber deseo
Si es verdad que la fortuna
Ayuda al atrevimiento. (*Vase.*)

ESCENA III.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO. (*Ap.*)

En notable confusion
Estoy; porque si revelo

Digitized by Google

Quién es, al secreto falto
Que ha fiado de mi pecho
El Duque; si no lo digo,
A la fe falto que debo
A Flérida, de quien soy
Criado, vasallo y deudo.
¿Qué he de hacer? Pero ¿qué dudo?
Mi obligacion es primero
Que toda su confianza.
Mas ¡ay de mí! que si pierdo
Al Duque, pierdo con él
Las esperanzas que tengo
De que ha de ser de mi amor
Su casa seguro puerto,
Cuando Laura... Mas ¿qué digo?
Vuélvase la voz al pecho;
Que en solo haberla nombrado,
Me parece que la ofendo.

FABIO.

Señor, ¿qué huésped es este,
Que anoche vino encubierto,
Y hoy se retira y se esconde?

FEDERICO.

Es un amigo, á quien debo
Obligaciones.

FABIO.

¿Le hubiste
Doncel? Mas ¿qué hablo yo en esto?
Sea quien fuere, él sea muy bien
Venido; pues por lo ménos
Comeremos estos dias
Mejor, porque el cumplimiento,
Cuanto en la capa es pesado,
Es en la mesa discreto,
Sazonado y de buen gusto.

FEDERICO.

Ya vuelven. Fabio, silencio.

ESCENA IV.

Vuelven como ántes FLERIDA, ARNESTO, LAURA, LIVIA, FLORA, DAMAS, MÚSICOS Y ACOMPAÑAMIENTO.—FEDERICO, FABIO.

FLORA. (*Canta.*)

Si adoras á Antandra bella
Sin méritos, sufre y calla,
Pues la causa que hay de amalla,
Hay para no aborrecella.
Culpa tu infelice estrella,
No su esquiva condicion,
Sin alegar, corazon,
La razon que al paso sale...

MÚSICOS.

Que á quien la razon amando no vale,
¿Qué vale tener amando razon?

FLÉRIDA.

¿Cuya aquesta letra es?

FEDERICO.

Mia, señora.

FLÉRIDA.

Siempre advierto
Que en los tonos que me cantan,
Y me dicen que son vuestros,
Os quejais de amor.

FEDERICO.

Soy pobre.

FLÉRIDA.

Para amar, ¿qué importa serlo?

FEDERICO.

Para merecer importa;
Y así veis que no me quejo,
Señora, de que no amo,
Sino de que no merezco.

FLÉRIDA.

¿Tan bajo sugeto amais,
Federico, que está atento
Al interés?

FEDERICO.

No está en ella
Dese defecto el efecto.

FLÉRIDA.

Pues ¿en quién?

FEDERICO.

En mí.

FLÉRIDA.

¿Por qué?

FEDERICO.

Porque á decir no me atrevo
Mi amor, no digo yo á ella,
A sus padres ni á sus deudos,
Pero á una humilde criada,
A una esclava suya, viendo
Que amante que no entra dando,
Puede mal entrar pidiendo.

FLÉRIDA.

Amor que tan desvalido
Se confiesa, bien el dueño
Publicar puede; pues no
Ofende al mayor respeto
El que se juzga tan mal
Tratado de sus desprecios;
Y así extraño, Federico,
Que amando y no mereciendo,
Nadie sepa á quien amais.

FEDERICO.

Está tan en mi silencio
Mi amor guardado, señora,
Que mil veces he resuelto
Enmudecer, porque alguno
De mis callados afectos,
Disfrazado no se salga
Entre las voces envuelto.
Tan sagrado en mi atencion
Mi amor vive, que mi aliento
Examino, cuando entra
En las cárceles del pecho,
De adonde viene; porqué
Juzgo sospechoso al viento,
Y no quiero que ni aun él
Sepa quien vive acá dentro
Tan oculto.

FLÉRIDA.

Basta, basta;
Que estais muy culto y muy necio.
¿Pues cómo, hablando conmigo,
Hablais con tantos afectos
En vuestro amor? ¿Olvidais
Quién soy?

FEDERICO.

¿Pues quién tiene deso
La culpa? ¿Vos preguntando,
Señora, ó yo respondiendo?

FLÉRIDA.

Vos, respondiéndome mas
De lo que pregunto.—Arnesto.

ARNESTO.

Señora.

FLÉRIDA.

Haced que le lleven
Luego á Federico...

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Hoy muero!

FLÉRIDA.

Dos mil ducados de ayuda
De costa, porque con ellos
Granjear pueda las criadas
De su dama; que no quiero
Que, en fe de su cobardía,
Me hable otra vez poco cuerdo,
Y teniendo allá el temor,
Tenga aquí el atrevimiento.

FLORA. (*Ap.*)

¡Notables desigualdades
Tiene su tristeza!

LIVIA. (*Ap. á Laura.*)

¡Extremos
Bien extraños son!

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay triste
De quien llega á conocerlos,
Cuando todos á ignorarlos!

FEDERICO.

Mil veces humilde beso
La tierra que pisas, donde,
Al breve contacto bello,
Mas flores sin tiempo nacen
Que abril produce con tiempo

FABIO.

Yo no la tierra que pisas
Besaré (que no me atrevo),
Ni la que has pisado, pues
Ya no es tierra, sino cielo;
La que has de pisar me basta.
¿Por dónde has de echar? Que quiero
Irte besando el camino.

ESCENA V.

LISARDO.—DICHOS.

LISARDO.

Un bizarro caballero,
A lo que ha dado á entender,
Del duque de Mántua deudo,
Dice que le dés licencia,
Señora, de darte un pliego.

FLÉRIDA.

¡Oh cuánto el duque de Mantua
Me cansa con mensajeros!

ARNESTO.

¿Por qué, si el Duque es, señora,
Tu mas igual casamiento?

FLÉRIDA.

Por la opuesta condicion
Con que el casarme aborrezco.
Decid, Lisardo, que llegue.

FEDERICO. (*Ap.*)

Quien es callaré, supuesto
Que el ser su amigo me importa.

ESCENA VI.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Turbado, señora, y ciego
Llego á tus plantas, que son
Ya de mis fortunas puerto.
(*Arrodíllase.*)

FLÉRIDA.

De la tierra alzad.

ENRIQUE.

El Duque,
Mi señor, con este pliego
A vos me envía. (*Dásele.*)

FLÉRIDA.

Su Alteza
¿Cómo está?

ENRIQUE.

Dijera muerto
De amor, á no darle vida
La esperanza.

Digitized by Google

FLÉRIDA.

Miéntras leo,
No esteis vos así. (*Lee para sí.*)

ENRIQUE. (*Ap. y cubriéndose.*)

Miutió
El pincel que fué bosquejo
De su hermosura, dejando
Corto el encarecimiento.

LISARDO. (*A Arnesto.*)

Ya, señor, envió mi padre
Los poderes.

ARNESTO.

Yo me huelgo
Que hayan venido.

FLORA. (*Ap. á Laura.*)

¡Qué airoso
Ha llegado el forastero,
Laura, á dar la carta!

LAURA.

Yo
Aun no he reparado en eso.

FLORA.

No me espanto, porque estando
Allí tu primo, y sabiendo
Cuánto te adora rendido,
Y que ya tu padre Arnesto
Con él trata de casarte,
Fuera especie de desprecio
Que repararas en otro.

LAURA.

Ni aun él me ha debido, cierto,
Ese descuido ó cuidado.

FEDERICO.

(*Ap.* La Duquesa está leyendo,
Arnesto y Lisardo hablando:
¡Déme amor atrevimiento!)
¿Y el papel? Di. (*A Laura al oido.*)

LAURA.

Ya está escrito.

FEDERICO.

¿Cómo recibirle puedo?

LAURA.

¿No traes el guante?

FEDERICO.

Sí.

LAURA.

Pues
Con él podrás...

FEDERICO.

Ya te entiendo.

ARNESTO. (*A Lisardo.*)

Todo está muy bien.

LISARDO.

A siglos
Contará amor los momentos,
Laura hermosa, á mi esperanza.

FLÉRIDA.

Dice el Duque en este pliego
Cuán cercano deudo suyo
Sois, y le importa teneros
De Mántua ausente unos dias,
Miéntras que compone el duelo
De no sé qué desafío
En que el amor os ha puesto.

ENRIQUE.

Es verdad que mi delito.
Es de amor, y por él vengo.

FLÉRIDA.

Que os ampare en Parma: yo
Por él y por vos lo ofrezco;
Y así desde hoy en mi corte
Podeis quedaros. Yo luego
Al Duque responderé
Y enviaré la carta.

ENRIQUE.

El cielo
Tu vida guarde, señora,
Felices siglos eternos,
Y de Mántua merezcamos
Los nobles vasallos vernos
Tan felices, que...

FLÉRIDA.

No mas,
Y mirad lo que os advierto:
Que, miéntras fuéreis mi huésped,
No me habeis de hablar en esto,
Sino cuando yo os hablare.

ENRIQUE.

Vos veréis que os obedezco.

FLÉRIDA.

Y porque escribir podais
Al Duque en qué me divierto,
(Que no dudo que traeréis
Alguna instruccion de hacerlo)
Sentaos todos, ya que el sol,
De pardas nubes cubierto,
Hoy parece que acechando
Sale mas que amaneciendo.
Vosotras tomad lugares
A esta parte; y vos, Arnesto,
Proponed una pregunta.
(*Siéntanse las damas á un lado, y los galanes están en pié á otro.*)

ARNESTO.

Aunque mis canas pudieron
Excusarme, no lo harán
Por ver que así te divierto.—
¿Cuál es mayor pena amando?

FLÉRIDA. (*A Enrique.*)

Responded vos el primero.

ENRIQUE.

¿Yo?

FLÉRIDA.

Sí; por huésped os toca.

ENRIQUE.

Dos grandes ventajas llevo,
Y así, por cumplir con ambas,
Escojo la que padezco.—
El ser uno aborrecido.

FLORA.

Yo, que es mayor pena siento,
La del mismo aborrecer.

LISARDO.

Yo digo que son los celos.

LIVIA.

Yo la ausencia.

FEDERICO.

Yo el amor
Sin esperar el remedio.

FLÉRIDA.

Yo, sin poder explicarse,
Amar callando y sufriendo.

LAURA.

Yo, que el amar, siendo amado.

FLÉRIDA.

Argumento será nuevo
Defender que es pena, Laura,
Amar siendo amado.

LAURA.

Eso
Han de decir las razones.

ARNESTO.

Pruebe cada uno su intento.

ENRIQUE.

Pues el del aborrecido
Me ha tocado á mí, yo empiezo.

FABIO. (*Ap.*)

Aquí es donde dice mas
Necedades el mas cuerdo.

ENRIQUE.

El amor es una estrella
Que influye dicha ó rigor:
Luego la pena mayor
De amor, es amar sin ella.
Quien de una hermosura bella
Aborrecido ha vivido,
Contra su estrella ha querido.
Luego es el mayor desvelo;
Pues lo que no quiere el cielo,
Quiere el que es aborrecido.

FLORA.

Cuando uno á sentir se ofrece
Aborrecido, ya es
Mérito para despues;
Pues por lo que ama padece.
Quien sin amar aborrece,
Padece sin merecer
Finezas, que puedan ser
Mérito: luego no ha sido
Tanto el ser aborrecido,
Como el mismo aborrecer.

LISARDO.

El que aborrecido amó,
Y el que aborreció, tuvieron
Un mal, que ellos padecieron
Porque el cielo se le dió;
El que ama celoso no,
Pues se le causa un dichoso,
De quien él vive envidioso:
Luego es mas su desconsuelo,
Pues lo que hay de un hombre al cielo
Hay de los dos á un celoso.

LIVIA.

Mil veces el mundo vió
Los amorosos desvelos
Sazonarse con los celos;
Pero con la ausencia no.
Muerte de amor se llamó:
Luego es su pena mas fuerte;
Pues si con celos se advierte
Avivarse su violencia
Y morir con el ausencia,
Uno es vida y otro es muerte.

FEDERICO.

El que aborrecido adora,
La que adorada aborrece,
El que los celos padece
Y la que la ausencia llora,
Cada uno su mal mejora
Con la esperanza que alcanza
De que puede haber mudanza:
Luego á estar probado viene
Que mayor tormento tiene
El que no tiene esperanza.

FLÉRIDA.

Quien sin esperanza vive,
Ya por lo ménos declara
No tenerla, y cosa es clara
Que, hablando, alivio recibe.
Quien á callar se apercibe,
Y solo á su amor previene
Un silencio donde pene,
Mas dolor, mas pena alcanza
Pues que ni tiene esperanza,
Ni dice que no la tiene.

LAURA.

El que ama y es amado
Siempre vive temeroso:
Tal vez discurre dichoso

Digitized by Google

Cuándo será desdichado:
Tal se juzga despojado
De las dichas que merece,
Y á aborrecerlas se ofrece:
Luego tiene el que es querido
Despechos de aborrecido
Y iras de quien aborrece.
Si[1] tiene celos, los cielos
Lo digan; pues el que amó,
Siendo amado, ya se vió
De sí mismo tener celos.
Un punto que sus desvelos
No tengan su bien presente,
Como por siglos lo siente:
Luego tiene el mas dichoso
Escrúpulos de celoso
Y sobresaltos de ausente.
Si[2] desesperado está,
Sus dichas lo dicen bien:
¿Qué tendrá que esperar, quien
No tiene que esperar ya?
El callar pena le da,
Porque en su gloria se halla
Razones con que explicalla:
Luego al querido le altera
El dolor de quien espera
Y la pena de quien calla.
Decir que no es desdichado
Porque se mira querido,
Es error, pues que ha temido
Siempre el riesgo amenazado:
Luego el que ama y es amado,
De aborrecido padece
El mal, el del que aborrece,
Del ausente, el temeroso,
Desesperado y celoso,
Del que habla y el que enmudece.

(*Levántanse todas.*)

FLÉRIDA.

Esas son sofisterías
Con que ha querido tu ingenio,
Laura, ostentarse; que no
Razones de fundamento.

LAURA.

Claro está; que mal pudiera,
Siendo el principal objeto
De amor, ser amado.

FLÉRIDA.

El guante...

(*Cáesele á Laura el guante, levántale Federico, y truécale con otro parecido.*)

FEDERICO.

Yo le alzaré.

ARNESTO.

Deteneos.

LISARDO.

Yo he de llevarle.

FEDERICO.

Si yo
Llevarle intentara, pienso
Que supiera conseguirlo;
Pero como no lo intento,
No hay que hacer duelo, Lisardo.
Y pues el llegar mas presto
No es mérito, sino dicha,
Ved cómo á Laura le vuelvo.
Tomad, señora, que yo (*Dásele.*)
Para lo que llegué, pienso
Que lo he conseguido ya,
Pues os sirvo y no os ofendo.

LISARDO.

Discretamente me habeis,
Federico, del empeño
Sacado.

[1] [2] *Si* equivale á *que* en estos dos lugares.

FLÉRIDA.

A mí no, él ni vos;
Que es sobrado atrevimiento
Que, estando yo aquí, ninguno
Ose levantar del suelo
El desperdicio mas fácil
El mas casüal trofeo
De ninguna de mis damas.
Y agradeced que no os muestro
Mi enojo mas que en decirlo
Esta vez. (*Ap.* ¡Valedme, cielos!
Que soy la primer mujer
A quien el callar ha muerto.)

(*Vase con sus damas, con el acompañamiento y los músicos.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, FEDERICO, ARNESTO, LAURA, LISARDO, FABIO.

ARNESTO.

Enojada va su Alteza,
Y bien sin razon por cierto.
No entres ahora en su cuarto,
Sino vamos, Laura, al nuestro,
Ya que por los accidentes
De su condicion, teniendo
Cuarto en palacio, y gozando
De aqueste estado el gobierno,
No quise que la sirvieras
Mas que por el cumplimiento.

LAURA.

En todo he de obedecerte.
(*Ap.* Mucho dicen los extremos
De Flérida. ¡Quiera amor
No sea lo que sospecho!)

ARNESTO.

Caballeros, ¿dónde vais?

FEDERICO.

Todos os vamos sirviendo.

ARNESTO.

No habeis de pasar de aquí.
Y vos, sobrino, el primero
Habeis de quedaros.

LISARDO.

Bien
A mi pesar obedezco.

ENRIQUE.

(*Ap.* Yo bien á mi gusto, pues
A tantas luces atento,
Seré girasol humano.)
Federico, al punto vuelvo.

(*Vanse Arnesto, Laura y Enrique.*)

LISARDO.

Hasta que pierda de vista,
Laura, tus rayos, no puedo
Dejarte; que es tu hermosura
Iman de mi pensamiento.

ESCENA VIII.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO.

¡Oh cuánto que me dejasen
Solo conmigo agradezco,
Pues tendré lugar de lér
Este papel!

FABIO.

Si no pierdo
Mi entendimiento aquí, es por
No tener entendimiento.

FEDERICO.

¿De qué te admiras?

FABIO.

¿De qué?
De tu flema, pues teniendo
Este papel desde anoche,
Hasta ahora no le has abierto.

FEDERICO.

¿Sabes qué papel es este?

FABIO.

Sea el que fuere, ¿no es cierto
Que desde ayer le has tenido
Cerrado?

FEDERICO.

En este momento
Le acabo de recibir.

FABIO.

Harásme perder el seso.
Si desde que amaneció,
Ninguno te ha hablado: el viento
Debió de traerle sin duda.

FEDERICO.

No le trajo sino el fuego
Donde me abraso y consumo.

FABIO.

¿El fuego?

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Ahora creo
Que es verdad...

FEDERICO.

¿Qué?

FABIO.

Que estás loco,
Y Galan Fantasma, has hecho
Una Dama Duende allá
Dentro de tu pensamiento,
A quien amas mentalmente.
Y así suplicarte quiero
Una merced.

FEDERICO.

¿Qué merced?

FABIO.

Que, pues vive en tu concepto
Imaginada esa dama,
Sin mas alma ni mas cuerpo
Que el que tú has querido darla,
Vengan sus papeles llenos
De amores y de ternezas;
Que es notable desacierto,
Pudiendo hacerte favores,
Hacerte, señor, desprecios.

FEDERICO.

Retírate.

FABIO.

Pues la letra
¿Qué importa?

FEDERICO.

Nada, si advierto
Que aun la letra es disfrazada.
Mas apártate.

FABIO.

Escudero
Del limbo debo de ser,
Pues que ni glorio ni peno.

FEDERICO.

(*Lee para sí.*) «Señor y dueño mio,
»Mucho se va acercando mi tormento,
»Pues forzando mi padre mi albedrío,
»Trata mi casamiento
»Con violencia tirana,
»Y los conciertos firmará mañana.»
¡Ay infelice de mí!
¡Y qué breve plazo tengo

Digitized by Google

De vida! De aquí á mañana,
Fabio...

FABIO.

¿Qué?

FEDERICO.

Me verás muerto.

FABIO.

Harás muy mal, si excusarlo
Puedes, porque te prometo
Que no es cosa de buen aire.

FEDERICO.

¿Cómo puedo, cómo puedo,
Si este papel es sentencia
De mi muerte?

FABIO.

¿Cómo? Haciendo
Otra nota á ese papel
Mas apacible, supuesto
Que está en tu mano.

FEDERICO.

Sin vida,
Sin alma á proseguir vuelvo.
(*Lee para sí.*) «Y así, aunque se aventure
»De nuestro amor el infeliz secreto, [re
»En lo que hemos de hacer es bien procu-
»Hablaros esta noche, á cuyo efeto
»Tendrá el jardin la reja prevenida,
»Y ántes que os pierda, perderé la vida:
»En cuya fe pediros solo trato [to...»
»Las ferias me pagueis de aquel retra-
¿Hay hombre mas venturoso?
¡Fabio! Fabio!

FABIO.

¿Qué tenemos?
¿No te mueres ya?

FEDERICO.

Ya vivo.

FABIO.

¿Ves si fué bueno el consejo?
No hay cosa como quererse
Uno á sí mismo.

FEDERICO.

Contento,
Desvanecido y ufano
Hablar esta noche puedo
Con la hermosura que adoro.
Luciente campeon del cielo,
Que á tornos su campo corres,
Que sitias su plaza á cercos,
Abrevia de tu tarea
Hoy los números, sabiendo
Cuánto con la luz ofendes
Y vosotros, astros bellos,
Pues influís los amores,
Levantaos con su imperio:
Trocad á comunidades
Las repúblicas del cielo;
Que os quita el sol vuestras leyes,
Que os rompe el sol vuestros fueros.
(*Vase.*)

FABIO.

Loco está como los locos,
Y no me admiro de verlo
Tan loco á él, como de verme
Tan demasiado y tan necio
A mí, que...

ESCENA IX.

FLORA. — FABIO.

FLORA.

Fabio.

FABIO.

Señora,
¿Qué me mandais?

FLORA.

Que siguiendo
Vengais mis pasos.

FABIO.

Sepamos
Si es desafío, que quiero
Llamar cuatro ó cinco amigos.

FLORA.

Seguidme.

FABIO.

Pues ¿á qué efecto
He de seguiros? ¿Sois vos
La dama que me da celos,
Yo el galan que no os da un cuarto,
Para que os ande siguiendo?

FLORA.

Su Alteza es quien quiere hablaros.
Estando ahora escribiendo,
Que os llamase me mandó.

FABIO.

¿Su Alteza á mí? ¡Santo cielo!
¿Qué fuera, si se atreviese
A decir su pensamiento? (*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de la Duquesa.

ESCENA X.

FLERIDA, *con una carta*; FLORA, *y despues*, FABIO.

FLÉRIDA.

Flora, ¿llamaste al criado?

FLORA.

Aquí, señora, te espera.

FLÉRIDA.

Pues aguarda tú allá fuera.
(*Vase Flora, y sale Fabio.*)
Ya conmigo habeis quedado.

FABIO.

Sí, señora; y nada ingrato
Me hallaréis. Sepa en qué puedo
Serviros, y hablad sin miedo,
Que fácil soy, y barato.
Muy poco habeis menester
Cansaros en conseguirme.

FLÉRIDA.

Vos, Fabio, habeis de decirme
Una cosa que saber
Pretende mi autoridad;
Porque importa á su decoro,
De una sospecha que ignoro
Averiguar la verdad.

FABIO.

Si es hablar yo el conseguirlo,
Hecha está la gracia dello,
Pues mas que vos por sabello,
Me muero yo por decirlo.

FLÉRIDA.

Tomad aquesta cadena.

FABIO.

Sí haré por cierto; y no ignoro
Que, por ser vuestra y de oro,
Será por extremo buena.
Por hablar rabiando estoy.
Preguntad.

FLÉRIDA.

¿Quién es la dama
A quien Federico ama?

FABIO.

Desdichado hablador soy,
Pues una cosa no mas,
Señora, que yo he ignorado,
Es la que habeis preguntado.

FLÉRIDA.

Si no le dejais jamas,
¿Cómo es posible que no
Lo sepais? (¡*Ap.* Tormento grave!)

FABIO.

Pues si él mismo no lo sabe,
¿Cómo he de saberlo yo?

FLÉRIDA.

Tan oculta estar su pena
No pudo.

FABIO.

Pues siendo así,
Contádmela vos á mí,
Y tomad vuestra cadena.
Porque en efecto, señora,
Sin que á nadie su amor fie,
El á sus solas se rie,
Y él á sus solas se llora.
Si recibe algun papel,
No vemos quién se le da,
Ni sabemos á quién va,
Si acaso le escribe él.
Solo hoy es el dia que mas
De su amor llegué a entender,
Pues acabando de lêr
Un papel, que Barrabas
Debió de darle, «hoy me espera,
Dijo, en la tiniebla oscura
Una divina hermosura
Para hablarme.»

FLÉRIDA.

¿De manera,
Que esta noche se han de hablar?

FABIO.

Si amor pendencias no entabla
Con que se quiten el habla.

FLÉRIDA.

¿Y es posible (*Ap.* ¡Qué pesar!)
Que la casa ó calle (*Ap.* ¡Hoy muero!)
De la dama no has sabido?

FABIO.

Eso sí: en palacio ha sido.

FLÉRIDA.

¿De qué lo sabes?

FABIO.

Lo infiero
De que siente sin mudanza,
De que goza sin empleo,
De que adora sin deseo,
De que ama sin esperanza,
Y de que noches y dias
Escribe un gran cartapacio;
Y solo son de palacio
Tan discretas boberías.

FLÉRIDA.

Pues mirad lo que ahora os mando.
Vos habeis de procurar
Con cuidado averiguar
Quién es la dama, notando
Desde hoy todas sus acciones;
Y con cualquier novedad
Que hiciere su voluntad,
En todas las ocasiones
Que la haya, venidme á ver;
Que desde aquí os doy licencia
Para entrar en mi presencia.

FABIO.

Gentil hombre de placer
Se llama, si no me engaño,
Esa merced que me haceis.

FLÉRIDA.

Y porque nunca dudeis
De dónde el provecho ó daño
Os viene: todo es de mí,

Digitized by Google

Si servis, Fabio, el provecho;
Y el daño, si vuestro pecho
Dice á nadie lo que aquí
Hemos hablado los dos.

FABIO.

Un mudo miron no dudo
Que seré, si hay miron mudo.

FLÉRIDA.

Id con Dios.

FABIO.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FLERIDA.

Loco pensamiento mio,
¿Qué tirano imperio tienes
En mí, que á quitarme vienes
Los fueros del albedrío?
¿Tanto de mí desconfío,
Que ha de postrarme un temor?
¡Aquí, aquí de mi valor,
Aquí de mí misma, cielos!
Mas ¡ay! que callar no puedo con celos;
Basta que pueda callar con amor.
¿Esta noche (estoy dudando)
Ha de ser (estoy muriendo)
Quedarme yo padeciendo
Lo que ellos están gozando?
Pues no ha de ser. Logren, cuando
Yo no lo sepa, el favor;
Que sabido, será error
No estorbarle. ¡Piedad, cielos!
Mas ¡ay! que callar no puedo con celos;
Basta que pueda callar con amor.
Con este pliego, que habia
A otro propósito escrito...
Él viene. Mal solicito
Encubrir la pena mia.

ESCENA XII.

FEDERICO, *con cartera y papeles.* — FLERIDA.

FEDERICO.

Estas cartas, gran señora,
Tiene que firmar tu Alteza.

FLÉRIDA.

(*Ap.* Valor, ingenio y grandeza,
Todo es menester ahora.)
Poned las cartas ahí,
Federico, que despues
Las firmaré; que ahora es
Mas necesario (¡ay de mí!)
Que á mi servicio acudais
En otra cosa, que importa
Mas que eso.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLÉRIDA.

Que una corta
Jornada esta noche hagais.

FEDERICO.

¿Esta noche?

FLÉRIDA.

Sí: aquí os doy
La carta...

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Fuerte pesar!

FLÉRIDA.

Que vos habeis de llevar.

FEDERICO.

Ya conoceis cuánto estoy
Con suma solicitud
Siempre deseando el empleo
De vuestro servicio. Hoy creo
Que de mi poca salud
La ocasion, darme podrá
Disculpa para pediros
Que...

FLÉRIDA.

Ninguna he de admitiros.
Breve la ausencia será:
Mañana estaréis aquí.
Y advertid que de vos fío
No ménos que el honor mio.
No hay que excusaros; y así
Tomad, y ved que al instante
Os tengo de ver partir.
Y otra vez vuelvo á decir
Que á quien soy es importante
Que vais á llevarla vos.
El sobrescrito dirá
Para quién y adónde va.
Traedme respuesta, y adios. (*Vase.*)

FEDERICO.

¡La noche que Laura bella
Me da licencia de hablalla,
En toda ella no se halla
Para mí sola una estrella!
¿Qué haré? que mi amor no debe
Deslucir la lealtad mia.

ESCENA XIII.

FABIO. — FEDERICO.

FABIO.

Señor, ¿es muy largo el dia?

FEDERICO.

Es el diablo que te lleve.
Al punto (¡pena cruel!)
De aquí parte (¡fiero agravio!),
Y preven dos postas, Fabio.

FABIO.

¿Ha venido otro papel
Por el fuego ó por el viento?

FEDERICO.

Una carta vino.

FABIO.

¿Hay mas
De enmendarla, y quedarás
Como una pascua contento?
Vuélvela otra vez á ver,
Y mejora tu querella.

FEDERICO.

Aun el sobrescrito della
No me he atrevido á leer.

FABIO.

Léle, á ver si contradice
A lo que primero fué.

FEDERICO.

Adónde me envía veré.
Al duque de Mantua, dice.
(*Ap.* Ya es otra mi confusion.
Sin duda que ha conocido
Al Duque, y que así ha querido
De la especie de traicion,
Con que en casa le he ocultado,
Dárseme por entendida,
Pues me previene ofendida
Que esto á su honor ha importado.
De un riesgo en otro cayendo,
Loco pensamiento, vas.)

FABIO.

¿Enmendóse?

FEDERICO.

Cuanto mas
Lo miro, ménos lo entiendo.

FABIO.

¿Viene en cifra..

FEDERICO.

¡Qué tormento!

FABIO.

Como la que uno escribió
En guarismo?

FEDERICO.

¿Qué sé yo?

FABIO.

Si no lo sabes, va el cuento.
De una dama era galan
Un vidriero, que vivia
En Tremecen, y tenia
Un grande amigo en Tetuan.
Pidióle un dia la dama
Que á su amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama
Se desvela en conseguir
Lo que su dama le ordena,
Por escoger una buena,
Tres ó cuatro envió á pedir.
El tres ó cuatro escribió
En guarismo el majadero:
Y como es allí la *o* cero,
El de Tetüan leyó:
«Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me enviad
Trescientas y cuatro monas.»
Hallóse afligido el tal;
Pero mucho mas se halló
El vidriero cuando vió
Contra su frágil caudal,
Dentro de muy pocos dias,
Apearse con estruendo
Trescientas monas, haciendo
Trescientas mil monerías.
Si te sucede lo mismo,
Lé sin ceros, pues es llano
Que una mona en castellano
Son cien monas en guarismo.

FEDERICO.

Darme á mí estas cartas, bien
Dicen por qué en mí se emplean.

FABIO.

¿No hay remedio de que sean
Ménos las monas?

FEDERICO.

¿Quién, quién
En el mundo se habrá visto
En igual duda? ¿Qué haré?

ESCENA XIV.

ENRIQUE.—FEDERICO, FABIO.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que teneis?

FEDERICO.

No sé
Cómo mis dudas resisto.
Oid aparte.

FABIO. (*Ap.*)

Esto no puedo
Sufrir. ¡Guardarse de mí!
En toda mi vida oí
Huésped que hablase mas quedo.

FEDERICO.

¿Qué es lo que hemos de hacer?

ENRIQUE.

Vamos
A casa; aquí no lo hablemos,
Pues en la carta verémos
La obligacion en que estamos.
Si se da por entendida,
El descubrirme será

Digitized by Google

La respuesta; y si no está
De quién yo soy advertida,
(Que puede ser, ser aquesta,
Ignorando que aquí estoy,
Otra cosa) escribiendo hoy,
Dar mañana la respuesta.

FEDERICO.

Decis bien. Y cuando yo
(Que lo diga ó no lo diga)
Otra cosa no consiga
Por ahora mas que no
Hacer ausencia este dia,
Daré por bien empleado
Todo el disgusto pasado,
No faltando á la fe mia;
Porque si para vos fué
La carta, no hay culpa en mí,
Puesto que á vos os la di,
Donde quiera que os hallé.

ENRIQUE.

Sus designios manifiestos
En esta carta vendrán.
Vamos á casa. (*Vase.*)

ESCENA XV.

FEDERICO, FABIO.

FABIO.

¿Estarán,
Señor, los caballos puestos?

FEDERICO.

Sí, Fabio, porque aunque ya
No me ausente, importa hacer
La deshecha.

FABIO.

¿Qué placer
Es este?

FEDERICO.

Amor lo dirá.

FABIO.

¿Ya alegre?

FEDERICO.

¿De qué te espantas?

FABIO.

De nada, pues sé que ha sido...

FEDERICO.

¿Qué?

FABIO.

Haber la cifra entendido,
Y no ser las monas tantas. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

LAURA.

¡Qué perezoso es el dia
De una esperanza! Parece
Que se le olvida á la noche
La jurisdiccion que tiene,
Pues tan á espacio las sombras,
Funestos pájaros leves,
Las nocturnas alas baten,
Las lóbregas plumas tienden.
¡Ay Federico! si ya
Llegase la hora de verme
Donde contigo mis ansias
Se alivien y se consuelen!
Y ¡ay Flérida! ¿qué han querido
Decir tantos pareceres,
Con que el desden disimulas,
Con que el favor desvaneces?
Pasar á su cuarto quiero,
Antes que al jardin me lleve
Anticipada la pena
De mi zozobrada suerte;
Pues con aquesto dos cosas
Consigo: una, que no llegue
A preguntar por mí; y otra,
Ver si hablando se divierte
El deseo, que tal vez
Hacer ocupadas suele,
Si no mas breves las horas,
Que nos parezcan mas breves.

ESCENA XVII.

FLERIDA, FLORA, *con luces.* — LAURA.

FLÉRIDA.

Laura, prima, ¿en qué mi amor
Tanta ausencia te merece,
Que en todo hoy no me has visto?

LAURA.

Estimo el favor de haberme
Echado ménos, señora;
Pero un pequeño accidente
Me retiró, y aunque dél
Mal el alma convalece,
Sin besar ántes tu mano
No he querido recogerme;
Y así vengo á saber solo
Cómo, señora, te sientes.

FLÉRIDA.

Pésame que de tu ausencia
Tu salud la causa fuese,
Y huélgome de que hayas
Venido, aunque tarde, á verme,
Porque te he menester, Laura,
Esta noche; y así puedes
Avisar de que conmigo
Te quedas.

LAURA.

Señora, advierte...

FLÉRIDA.

¿Qué he de advertir? ¿No lo ha hecho
Esto el cariño mil veces?
Hágalo la conveniencia
Una; que á ti solamente
Puedo fiar un secreto.

LAURA. (*Ap.*)

¿Quién vió confusion mas fuerte?
Si replico, sospechosa
Me he de hacer (¡cielos, valedme!);
Si no, he de perder...

FLÉRIDA.

¿Qué dices?

LAURA.

Que a tu servicio me tienes.
Tuya soy.

FLÉRIDA.

Déjanos solas. (*Vase Flora.*)

ESCENA XVIII.

FLERIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

Ahora tú, Laura, atiende.
Yo he sabido que un amante
(No sé cómo te lo cuente)
Ha recibido un papel
En que una dama le ofrece
Hablarle esta noche...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

FLÉRIDA.

Y aunque sé el galan quién fuese
Quién fuese la dama ignoro...

LAURA. (*Ap.*)

Eso sí.

FLÉRIDA.

Y saber conviene
Cuál dellas por esas rejas,
Que al terrero caen, se atreve
Á profanar del decoro,
Las nunca violadas leyes.

LAURA.

Harás muy bien, porque es
Grande atrevimiento ese.

FLÉRIDA.

No es justo por mi persona
Bajar yo, ni era decente;
Y así de tí, hermosa Laura,
Me he de fiar, pues tú eres
En quien mi imaginacion,
Por mas que discurra y piense,
No ha osado poner la sombra
Del escrúpulo mas leve.

LAURA.

Pues ¿qué mandas?

FLÉRIDA.

Has de ser,
Bajando una y muchas veces
Al jardin aquesta noche,
Centinela diligente
De mi honor, reconociendo
A la que en su esfera encuentres.
Y no te parezca, Laura,
Que es decoro solamente;
Que conocer quiero á quien
A Federico (imprudente
La lengua su nombre dijo;
Poco importa) favorece.
Aquesto, prima, te encargo.

LAURA.

En vano me lo encareces,
Porque yo, atenta á tu gusto,
Y á tu servicio obediente,
No solo iré, como mandas,
Al jardin una y mil veces,
Pero hasta el amanecer
Estaré en él muy alegre,
Por ver que en eso te sirvo.

FLÉRIDA.

Mi prima y mi amiga eres,
Mi honor y gusto te fio,
Cordura y ingenio tienes.
Entiéndelo, Laura mia,
Tú allá como tú quisieres,
Y yo diré que lo siento
Del modo que tú lo sientes. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

LAURA.

¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
A mi discurso se ofrecen,
Tan atropelladas, que
Las unas de otras pendientes,
Queriendo acabar con todas,
No hallo una por donde empiece!
Mas ¿qué me aflijo? Mejor
Será que todo lo deje
De una vez al desengaño;
Y para reconocerle,
El mejor medio tambien
Es callar hasta que llegue
A hablarlas con Federico;
Pues es preciso que muestre
O su voz ó su semblante,
Si me obliga ó si me ofende. (*Vase.*)

—

Jardin del palacio ducal. A un lado pared con una ventana, postigos y reja.

ESCENA XX.

LAURA.

¡Oh tú, hermoso jardin bello,
Cuya república verde

Digitized by Google

Patria es del abril, pues solo
Al abril conoce y tiene
Por dios de su primavera,
Por rey de sus doce meses:
Quien voluntaria venía
A tu ameno sitio fértil,
A repetir los amores
De tus flores y tus fuentes,
A tus fuentes y á tus flores
Forzada y mandada viene,
Con cuidado y con desvelo,
A ver cuál es la que aleve
Esconde el áspid de celos
Que en el corazon me ofende!
(*Dentro ruido.*)
La seña han hecho en la calle:
Fuerza es que dude y que tiemble
El corazon. Mas ¿de qué,
Si nadie en el mundo tiene
Mas seguras las espaldas,
Pues celos me las defienden?—
¿Quién es?
(*Abre los postigos de la ventana.*)

ESCENA XXI.

FEDERICO, *á la reja.*—LAURA.

FEDERICO.

No me lo preguntes,
Bella Laura, si no quieres
Que ya mis seguridades
A desconfianzas trueque.
¿Quién puede ser sino yo?

LAURA.

No te admires, no te quejes
De que yo te desconozca,
Puesto que tan otro eres
Del que yo te imaginaba.

FEDERICO.

¿De qué suerte?

LAURA.

De esta suerte
La Duquesa, Federico,
A aquestas rejas me tiene
Para ver quién te ha llamado,
De que bien claro se infiere
Que tú dices mis favores,
Y que ella tambien lo siente.

FEDERICO.

¡Plegue al cielo, Laura mia
(Mia dije; no me alegues
Que, yendo á decir verdades,
Por una mentira empiece),
Que los cielos me destruyan,
Que un rayo me dé la muerte
Si de mi pecho ha salido
Ni aun el acento mas leve
Que mi secreto profane!
¿Qué mas desengaño quieres
Que ser tú de quien se fie?
Fuera de que ¿cómo puede
Decir que aquí estés por mí,
Si ella ahora me juzga ausente?
Que esto es largo de contar.

LAURA.

Cuando en esta parte quedes
Disculpado, ¿quedaráslo
En el cuidado que tiene
En saber quién, Federico,
Es la que te favorece?

FEDERICO.

Cuando ella, que yo lo dudo,
Ese cuidado tuviese
Por sí, y no por mi respeto,
¿No fuera, Laura, ofrecerte
Mas gloriosa la victoria
Que á mis rendimientos debes,
Pues quien vence sin contrario,
No puede decir que vence?
No me barajes mis quejas,
Pues mas fundamento tienen
En Lisardo, cuanto va
De verdadero á aparente.
¿En fin, ¡ay Laura! te casas?

LAURA.

No me caso; pero quieren
Que me case mis desdichas.

FEDERICO.

Quien ama, todo lo vence.

LAURA.

Es verdad; pero tambien
Todo quien ama lo teme.

FEDERICO.

¿Pues para qué me escribiste,
Laura, que ántes que perderme
Habias de perder la vida,
Que mi retrato trajese
A que el tuyo me feriabas?

LAURA.

No habia el inconveniente,
Federico, que hay ahora.

FEDERICO.

¡A buen sagrado te atienes
Para disculparte! ¡Ay Laura!
Si ya resolucion tienes,
¿Para qué ahora conmigo
Tiempo ni palabras pierdes?
Este es el retrato mio;
Solo á ser testigo viene
Ya de mis celos. ¿Qué miras?
En el engaste parece
Al de un retrato que tú
Me enviaste, cuando alegre
Me miraba la fortuna,
Porque en esta parte fuese,
Si no igual la joya, igual
La caja que la guarnece.
Tómale, y solo te pido,
Si llegas casada á verte,
Te guardes dél; que aun pintado,
No sufrirá que le afrentes.

LAURA.

Yo, Federico... Mas mira
Que siento en la calle gente.

FEDERICO.

¿Qué va que ibas á decirme
Algo que bien me estuviese,
Pues que viene quien lo estorbe?

LAURA.

Que soy tuya eternamente
Iba á decir, y lo digo.

FEDERICO.

Pues venga ahora quien viniere.—
Mas ya la esquina doblaron.

LAURA.

Con todo, es fuerza que cierre
La reja hasta asegurarme;
Y solo es lo que te advierte
Mi voz, Federico, ahora,
Que hay muchos que nos atienden.

FEDERICO.

¿Habrá mas que desvelarlos
A todos?

LAURA.

Pues ¿de qué suerte?

FEDERICO.

Yo te escribiré mañana
Una cifra, con que puedes
Hablar delante de todos
Conmigo solo, sin que entren
En sospecha ni la tengan
Cuantos se hallaren presentes.

LAURA.

Paréceme que será
El *secreto á voces* ese.

FEDERICO.

Pon cuidado en abrir sola
La carta que te trajere.

LAURA.

Sí haré; y á Dios, que te guarde.

FEDERICO.

El cielo tu vida aumente.

LAURA.

¡Ay, amor, lo que me cuestas!

FEDERICO.

¡Ay, Laura, lo que me debes!

JORNADA SEGUNDA.

Sala del palacio ducal.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO Y FABIO, *en traje de camino;* ENRIQUE.

ENRIQUE.

Puesto, Federico, que
La carta de la Duquesa
Segunda intencion no tuvo,
Mas que ser cortés respuesta
De la que habia recibido
De mí; y enviaros con ella
A vos darla autoridad,
Pareciéndola que era
Justo, habiendo yo venido,
Que deudo del Duque piensa,
Que yendo vos allá, fuese
Igual la correspondencia;
No hay que temer de que sabe
Quien soy; y así la mas cuerda
Determinacion ahora
Es que, haciendo la deshecha
De que de Mántua venis,
Mi carta le deis, que es esta:
Con que estará mas segura,
Viendo mi firma y mi letra,
De que á Mantua fuisteis.

FEDERICO.

Bien
Reconozco todas esas
Razones; y aunque ninguna
Duda la carta me deja
En razon de que os conozca;
En razon de que pretenda
Ausentarme á mí la noche
Que alguna dama me espera
Para hablarme, y que la dama
Me diga que está su Alteza
Advertida de que yo
Favores suyos merezca,
Y que por su estimacion
Es forzoso que lo sienta,
No puede, Enrique, dejar
De darme alguna tristeza.

ENRIQUE.

Discurrir en eso es
Para mas despacio. Esta
Es la carta. Procuremos
Sanear la duda primera;
Que despues, á la segunda,
Tiempo, Federico, queda.
Tomad, y adios. (*Dásela.*)

FEDERICO.

¿No daréis
Despues á palacio vuelta?

Digitized by Google

ENRIQUE.

Claro está; que si es del alma
La patria, el centro y la esfera,
Cualquier instante que viva
Fuera dél, vive violenta. (*Vase.*)

ESCENA II.

FEDERICO, FABIO.

FABIO.

¡Que esto un hombre honrado sufra!

FEDERICO.

Pues, Fabio, ¿de qué te quejas?

FABIO.

Yo no me quejo de nada.
Pero hagamos, señor, cuentas
Del tiempo que te he servido;
Que, si cada hora me dieras
Lo que no me das cada año,
Juro á Dios no te sirviera
Una hora mas.

FEDERICO.

Pues ¿por qué?

FABIO.

Porque traigo esta cabeza
Mareada de discurrir;
Y no hay en el mundo hacienda
Para pagar un criado
Que discurre, y mas en temas
Tan varias como tú tienes.

FEDERICO.

¿Cómo así?

FABIO.

Desta manera.
«Fabio, yo me muero, Fabio,
Solo este dia le queda
Ya de vida á mi esperanza.—
Voy á que el entierro venga
Por tí. — No vayas, que ya
No me muero; que esta negra
Noche es dia para mí. —
Sea muy en hora buena. —
¡Fabio! — Señor... — Luego al punto
Me he de ausentar; adereza
Dos caballos. — Ya lo están. —
Ya no me ausento; mas vengan.
Ponte en uno. — Ya lo estoy. —
¿Qué hemos andado? — Una legua. —
Pues volvamos. — Pues volvamos.
¿No hay ausencia? — No hay ausencia.
Vete á casa; no me sigas...»—
Y tantas impertinencias
De chismes y secretillos,
Que el demonio que te entienda.
Y en fin, yo no quiero dueño
Que, no siendo papa, tenga
Casos á sí reservados.

FEDERICO.

Calla, que viene su Alteza;
Y mira que otra vez digo
Que de ninguna manera
Nadie sepa que esta noche
Yo no hice de Parma ausencia.

FABIO.

Claro está. (*Ap.* Rabiando estoy,
Porque Flérida lo sepa,
Por tres razones: la una,
Regalar aquesta lengua;
La dos, vengarme de tí;
Y la tres, servirla á ella.)
(*Retíranse á un lado.*)

ESCENA III.

FLERIDA, LAURA. — FEDERICO Y FABIO, *retirados.*

FLÉRIDA.

¿En fin, Laura, no bajó
Nadie á la apacible esfera
Dese jardin?

LAURA.

¿Cuántas veces
Quieres que te lo refiera?

FLÉRIDA.

Esta vez sola.

LAURA.

Pues digo
Que en su hermosa estancia amena
Estuve, hasta que riendo
El alba de mi obediencia,
Convirtió la risa en llanto,
Una flores y otro perlas,
Y nadie bajó al jardin;
De suerte que tus sospechas,
Si no es contra mí, señora,
No hay otra de quien las tengas.

FLÉRIDA.

Sí hay, Laura, porque es muy fácil...

LAURA.

¿Qué?

FLÉRIDA.

Que la dama supiera
Que á Federico tenia
Ausente á una diligencia,
Y no bajase al jardin.
Mas por lo ménos me queda
El gusto de que estorbé
Que no se hablasen y vieran
Esta noche.

LAURA.

Claro está.
(*Ap.* ¡Si bien supieses cuán necia,
Tercera tú de tus celos,
Los has juntado tú mesma!)
(*Llegan Federico y Fabio.*)

FEDERICO.

Dame, señora, á besar
Tu mano.

FLÉRIDA.

¿Con tanta priesa,
Federico, habeis venido?

FEDERICO.

Es veloz la diligencia
Del que sirve con deseo.

FABIO.

Sí, señora; y una legua,
Que hay de aquí á Mántua...

FEDERICO.

¿Qué dices?

FABIO.

Decir quise una docena.

FLÉRIDA.

¿Traeis carta del Duque?

FEDERICO.

¿Pues
Habia de venir sin ella?

FABIO. (*Ap.*)

En mi vida vi mentir
Con mas gentil desvergüenza.

FEDERICO.

Esta, señora, es la carta. (*Dásela.*)

FLÉRIDA.

Suya es. (*Ap.* Mi venganza es cierta)

FABIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Qué carta es esta?

FEDERICO.

Del Duque.

FABIO.

¿A mí tambien me la pegas?

FLÉRIDA.

¿Y cómo os ha ido?

FEDERICO.

Tan bien
(Segun, señora, desea
El amor con que yo os sirvo
Emplearse en vuestra obediencia),
Que os prometo que en mi vida
Noche he tenido mas buena.

FLÉRIDA.

Yo lo creo así. (*Ap.* Por mas
Que disimular pretenda,
No puede.)

LAURA. (*Ap.*)

Bien su semblante,
Que habla en dos sentidos, muestra

FLÉRIDA.

(*Lee.*) «De las honras y mercedes
»Que hace á Enrique vuestra Alteza,
»Y á mí en que su secretario
»Me trajese la respuesta,
»Estoy tan agradecido,
»Que no es posible que pueda
»El alma desempeñarse
»Jamas de una y otra deuda;
»Y mas cuando se halla el alma
»A la obligacion atenta
»De una esclavitud...» No mas.
Esto es ya de otra materia.—
Bien servida, Federico,
Estoy de la diligencia
Que habeis hecho.

FEDERICO.

Y yo muy vano
De haber acertado á hacerla.

FLÉRIDA.

Cansado vendréis: id pues
A descansar, y dad vuelta,
Firmaré aquellos despachos.

FEDERICO.

Primero, con tu licencia,
Daré á la señora Laura
Esta carta en tu presencia;
Porque quien tocar no debe
La mas descuidada prenda
Suya, no es justo que aguarde
A darla cuando te ofenda. (*Dásela.*)

FLÉRIDA.

¿Cuya es la carta?

FEDERICO.

No sé.
Del cuarto de la Duquesa,
Madre del Duque, una dama
Me llamó, pienso que deuda
O amiga suya.

FABIO. (*Ap.*)

Yo estoy,
Oyéndole, hecho una bestia.

LAURA.

Ya, señora, he conocido
La letra. Madama Celia
Es, y con licencia tuya
Allí me retiro á lérla.—
(*Ap.* Hasta perderla de vista,
Iré de temores muerta.)

FEDERICO.

Abrela presto.

LAURA.

Sí haré. (*Vase.*)

Digitized by Google

FLÉRIDA. (*A Federico.*)

Id con Dios.

FEDERICO.

Vivas eternas
Edades, que cuente el sol. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FLERIDA, FABIO.

FLÉRIDA.

¡Oh cuánto quedo contenta
De haber á su amor quitado
La ocasion! que, aunque se queda
En pié la duda, tambien
Se queda en pié la advertencia
Para estorbarlo otras muchas.

FABIO. (*Ap.*)

Si todas son como aquesta
Por cierto que tú habrás hecho.
Bonísima diligencia.

FLÉRIDA.

Fabio.

FABIO.

Para hablarte, estaba
Esperando que se fuera,
Haciendo, en esas pinturas
Divertido, la deshecha.

FLÉRIDA.

Dime si por el camino
Sentia mucho esta ausencia.

FABIO.

¿Qué ausencia?

FLÉRIDA.

La desta noche.

FABIO.

¿Luego tú, señora, piensas
Que él ha salido de aquí?

FLÉRIDA.

¿Cómo es posible que sea
Lo contrario, si del Duque
Trae, no solo la respuesta
Firmada, pero la carta
Toda escrita de su letra?

FABIO.

¿Qué sé yo? El salió conmigo;
Pero á ménos de una legua,
Conmigo volvió.

FLÉRIDA.

¿Qué dices?

FABIO.

La verdad tan manifiesta,
Que no hay mas verdad. Dejóme
En casa con la advertencia
Ordinaria de que habia
De estarme encerrado en ella,
Y él se fué á sus pitos flautos.

FLÉRIDA.

No es posible eso ser pueda.

FABIO.

Pues iria á sus flautos pitos.

FLÉRIDA.

Oye, y dime lo que resta.

FABIO.

Al amanecer volvió
Dando mil alegres muestras
De venir favorecido.

FLÉRIDA.

Miente tu atrevida lengua.

FABIO.

Quien miente, miente en buen duelo.

FLÉRIDA.

¿Pues á quién mandó que fuera?

FABIO.

A nadie.

FLÉRIDA.

¿Cómo trae cartas?

FABIO.

¿Qué dificultad es esa?
Pues quien un demonio tiene
Que billetes trae y lleva,
Hacerle podrá tambien
Que con cartas vaya y venga.
Infaliblemente aquí
Hay familiar; que esta tema
Mia no miente.

FLÉRIDA.

Pensar
Es fuerza que mientes.

FABIO.

¡Buena....!
Juro á Dios, señora mia,
Que la verdad es aquesta,
Que no ha ido, y que se ha estado
Toda aquesta noche entera
Con su dama.

FLÉRIDA.

Calla, y vete;
Que vuelve Laura, y quisiera
Saber, para salir yo
De las dudas que me cercan,
Qué carta para ella trajo.

FABIO. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por Duquesa,
El cuidado en que le ha puesto
Saber á quien galantea
Federico! El, vive Dios,
Hace mal en no entenderla.
No lo hubiera ella conmigo,
Que yo lo hubiera con ella. (*Vase.*)

ESCENA V.

LAURA. — FLERIDA.

LAURA. (*Ap.*)

Ya que la cifra quité,
Vuelvo á ver á la Duquesa,
Para que de mi retiro
Ningun escrúpulo tenga.

FLÉRIDA.

Laura, ¿qué es lo que te escribe
Celia?

LAURA.

Mil impertinencias.
Aquesta, señora, es
La carta, si quieres verla.— (*Sácala.*)
(*Ap.* Daréla la que venia
Dentro, para la deshecha,
Quitada la cifra ya.)

FLÉRIDA.

No, Laura, no quiero verla;
Que yo solamente quiero
Que mi sentimiento entiendas.
Ya te dije ayer que habia
Sabido por cosa cierta,
Que á Federico una dama
Le habia escrito que viniera
A hablarla de noche.

LAURA.

Sí.

FLÉRIDA.

Que al principio lo hice ofensa
De mi decoro, despues
Curiosidad, luego tema,
Y que por saber la dama,
A él le mandé hacer ausencia,
Y á ti que el jardin guardases.
Pues sabrás que ahora me cuenta
Una espía, que á su lado
Anda, que anoche (¡qué pena!)
No se ausentó Federico,
Y toda la noche entera
Con su dama ha estado hablando.

LAURA.

¿Hay tan grande desvergüenza?
¿Y dice la dama?

FLÉRIDA.

No.

LAURA.

Pues, señora, no lo creas;
Que cuando á tí te engañase
Con esa carta supuesta,
¿A qué propósito habia
De engañarme á mí con esta?

FLÉRIDA.

¿Estás cierta que esa carta,
De tu prima es?

LAURA.

Y bien cierta.

FLÉRIDA.

Pues él debió de enviar
Otra persona por ellas,
Y eso no sabe la espía.

LAURA.

Eso es sin duda.

FLÉRIDA.

Ahora resta
Otra duda. Tú estuviste
En el jardin, y á sus rejas
Ninguna dama salió:
Luego es cierto (segun cuenta
Este hombre, que con su dama
Estuvo hasta que amanezca.)
Que no es su amor en palacio.

LAURA.

No lo dudes, y que sea
En la ciudad es mas fácil.

FLÉRIDA.

Pues yo he de hacer experiencias
Extrañas, hasta saber
Aquesta dama quién sea.

LAURA.

¿Qué te va, señora, en eso?

FLÉRIDA.

No te hagas, Laura, tan necia:
Porque habiendo ya llegado
Contigo y conmigo mesma
A declarar lo que siento,
¿Qué importa que él no lo sepa?
Que es tan grande mi altivez,
Es tan vana mi soberbia,
Que no debe consentir
Ni aun ignorada la ofensa. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LAURA.

Avisar á Federico
Importa de todas estas
Celosas curiosidades.
Mas ¡ay de mí! que la mesma
Razon de avisarle yo
Lo será de que él entienda
Los celos que tiene dél
Flérida; y no es accion cuerda
Dar á entender al amante
Mas firme, que hay quien le quiera;
Porque el mas humilde cobra,
Querido, tanta soberbia,
Que la dádiva del gusto

Digitized by Google

Ya desde allí la hace deuda.
Pero ménos esto importa,
Que no que él (¡ay Dios!) no sepa
Las espías que le siguen
Y los daños que le cercan.
Para avisárselo quiero
Repasar primero esta
Contracifra que me envía;
Que es bien que mejor la entienda.
(*Guarda la carta, saca otra, y lee.*)
«Siempre que quieras, señora,
»Que de algo tu voz me advierta,
»Lo primero será hacerme
»Con el pañuelo una seña
»Para que esté atento yo.
»Luego, en cualquiera materia
»Que hables, la primera voz
»Con que empieces razon nueva,
»Será para mí, y las otras
»Para todos; de manera
»Que pueda yo juntar luego
»Todas las voces primeras,
»Y saber lo que me has dicho;
»Y aquesto mismo se entienda
»Cuando yo la seña hiciere.»
Fácil es la cifra y cuerda;
Pero la dificultad
Está en saber entenderla,
Y saber jugar las voces
De modo que á todo vengan.
Por no errarlo, vuelvo á lêr.

ESCENA VII.

LISARDO. — LAURA.

LISARDO. (*Ap.*)

Tan divertida y suspensa
Laura en un papel está,
Que aunque es verdad que no puedan
A tan sagrado respeto
Llegar las viles sospechas
De los celos, es forzoso
Que puedan llegar las necias
Curiosidades de ver
Qué hay que tanto la divierta.
¡Oh si lêr pudiera yo
El papel, sin que me viera!

LAURA.

¿Quién aquí?..

LISARDO.

Yo, Laura.

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

LISARDO.

¿De qué te turbas y alteras?

LAURA.

Yo ni me altero ni turbo.

LISARDO.

Ajado el papel lo muestra,
Turbado el color lo dice.

LAURA.

Entiende mejor las señas
Del color y del papel,
Verás que no son aquestas
De la turbacion efectos,
Sino efectos de la ofensa,
Con que tu desconfianza
A mi estimacion afrenta.
¿Tú á traicion, tú á hurto conmigo,
Cauteloso? (*Ap.* El mundo vea
Que el remedio de la culpa
Es apelar a la queja.)

LISARDO.

Yo, Laura, no desconfío;
Y para que mejor veas
Cuán confiado mi amor
Está de tus nobles prendas,
Sin temor de que lo encubras,
Te ha de preguntar mi lengua,
¿Qué papel es ese?

LAURA.

Este
Es un papel, que se lleva
Ya el aire en breves pedazos;
Porque á pregunta tan necia,
Que es hija del viento, es bien
Que al viento dé la respuesta.
(*Rásgalo.*)

LISARDO.

Yo la cobraré del viento,
Que es á quien tú se la entregas.

LAURA.

No harás tal; que, aunque no importe
Que le juntes y le leas,
Es ya reputacion mia
Castigar viles sospechas
Que de mí á tener llegaste.

LISARDO.

Mia tambien...

LAURA.

Ya le lleva
El viento, y no eres mi esposo
Para que á tanto te atrevas.

LISARDO.

Soy tu primo y soy tu amante,
Cuando tu esposo no sea,
Y he de juntar los pedazos
Desta víbora deshecha,
Que en su carácter escrito
Todo el veneno conserva.

LAURA.

No has de hacer; que esta, que tú
Víbora llamas sangrienta,
Ya es áspid de mí pisado.

LISARDO.

Aunque en sus flores me muerda,
Le he de coger.

LAURA.

No harás tal.

LISARDO.

Suelta, Laura.

LAURA.

Ingrato, suelta.

ESCENA VIII.

ARNESTO, *que sale por una puerta;* FLERIDA, *por otra, y luego,* FEDERICO Y FABIO.—DICHOS.

ARNESTO.

Lisardo, ¿qué ruido es este?

FLÉRIDA.

Laura, ¿qué voces son estas?

LISARDO.

No es nada.

LAURA.

No es sino mucho.
(*Ap.* ¡Aquí, amor, de mi cautela!)

LISARDO. (*Ap.*)

¡Aquí de mi valor, celos!

ARNESTO. (*A Lisardo.*)

¿Tú libre...

FLÉRIDA. (*A Laura.*)

¿Tú desatenta...

ARNESTO.

Con tu prima?

FLÉRIDA.

Con tu esposo?

ARNESTO.

¿Pues qué novedad es esta?

FLÉRIDA.

¿Qué causa hay entre los dos?

LISARDO.

No hay ninguna que yo sepa.

LAURA.

Sí hay, y muchas. ¿A este instante
Con una carta de Celia
No me dejaste, señora,
Aquí en la mano tú mesma?

FLÉRIDA.

Sí.

LAURA.

Pues sentado eso, á tí
Han de apelar mis ofensas
De atrevimientos de quien
Mis altiveces desprecia.
Y porque sepas la causa,
Escucha, señora, atenta;
Escuche tambien mi padre
Y cuantos contigo llegan;
Que me importa que no haya
Ninguno que no lo entienda,
Cuando ya el secreto á voces
Digo que mi pecho encierra.
(*Saca un pañuelo.*)

FEDERICO. (*Ap. á Fabio.*)

¿Qué habrá sucedido, Fabio?

FABIO.

No sé. (*Ap.* Mas como no sea
En razon de lo que yo
He parlado á la Duquesa,
Mas que sea lo que fuere.)

FEDERICO. (*Ap.*)

A su voz el alma atenta,
Pues vi la seña, juntando
Iré las voces primeras.

ARNESTO.

Prosigue, Laura: ¿qué aguardas?

FLÉRIDA.

Dí, Laura: no te detengas.

LAURA.

Flérida, cuya beldad
Ha con tu ingenio igualado,
Sabido es cuánto ha mostrado
Ya mi afecto mi humildad.

FLÉRIDA.

Es verdad. ¿Mas dónde va
Tu voz, que eso advertir quieras?

FEDERICO. (*Ap.*)

Las voces dicen primeras:
Flérida ha sabido ya...

LAURA.

Que intente sacar, señora,
De aquí mi alivio, ¡ay de mí!
No te admire; pues de aquí
Te ausentaste apénas ahora... (*Llora.*)

ARNESTO.

La voz que lo diga baste;
¿Lágrimas para qué fueron?

FEDERICO. (*Ap.*)

Claras las voces dijeron:
Que de aquí no te ausentaste...

LAURA.

¿*Y qué* importa llanto tal
Con quien ofenderme osa?
Tu dama soy, no tu esposa.
Hablaste, Lisardo, mal.

LISARDO.

Tú fuiste quien agraviaste
El justo amor de los dos.

Digitized by Google

FLÉRIDA.

Prosigue tú.—Callad vos.

FEDERICO. (*Ap.*)

Y que con tu dama hablaste.

LAURA.

De que se me haya atrevido,
Muy descortés, con accion
Celosa y sin atencion,
Está mi honor ofendido.

LISARDO.

Si un papel leyendo va,
Y le rompe al querer verle...

ARNESTO.

Hizo muy bien en romperle.

FEDERICO. (*Ap.*)

De que muy celosa está.

LAURA. (*A su padre.*)

Mira lo que te apercibo:
Bien puedo aquí morir yo;
En no casarme, y en no
Nombrarme su esposa, vivo.

ARNESTO.

¿Cómo podréis disculparme
Deste enojo?

LISARDO.

Bien me aflijo...

ARNESTO.

Ea, callad.

FEDERICO. (*Ap.*)

Ahora dijo:
Mira bien en no nombrarme...

LAURA.

Porque necio, descortés,
Quien ántes de ser marido,
Anda conmigo atrevido, (*A Arnesto.*)
Contigo ¿qué hará despues?

LISARDO.

Que erré, hermosa Laura, digo;
Mas mis celos me disculpan.

ARNESTO.

¿Celos? Ellos mas os culpan.

FEDERICO. (*Ap.*)

Porque quien anda contigo...

LAURA.

¿*Es* justo atreverse, di
(*Tú* lo juzga), á pedir celos?
Mayor no puede haber, cielos,
Enemigo para mí.
Y ven, señor, porque mas
Esta pasion no te ciegue:
Noche ni dia no llegue
A hablarme ó verme jamas.

ARNESTO.

En tu enojo ha de alcanzarme
Mayor parte á su castigo.

(*Vanse Laura y Arnesto.*)

FEDERICO. (*Ap.*)

Es tu mayor enemigo...
Y ven esta noche á hablarme.

FLÉRIDA.

Vos, Lisardo, habeis andado
Con Laura muy desatento;
Pero de su sentimiento
Yo os dejaré disculpado,
Ya que contra vos han sido
Hoy los celos en los dos,
Porque los pedísteis vos,
(*Ap.* Y yo porque no los pido.) (*Vase.*)

ESCENA IX.

FEDERICO, LISARDO, FABIO.

FABIO. (*Ap.*)

¡Gracias á Dios que se fué,
Sin hablar Flérida en mí,
Quedando seguro aquí
Del chisme que la parlé!

LISARDO.

¡Válgame el cielo! ¿Tan raro
Delito ha sido intentar,
Federico, averiguar,
Cuando en un papel reparo,
Lo que contiene el papel,
Para mostrarse ofendida
Laura, Flérida sentida,
Y su padre tan cruel?
Decidme, ¿habeis entendido
La ocasion que ha habido aquí
Para tanto extremo?

FEDERICO.

Sí,
Para mí bien claro ha sido.
Laura de vos se ofendió
Por vuestra desconfianza.

LISARDO.

¡Ay de mi loca esperanza,
Qué neciamente murió! (*Vase.*)

ESCENA X.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Ay de la mia tambien! (*Vase.*)

FABIO. (*Ap.*)

Seguro me considero.

FEDERICO. (*Ap.*)

Juntar lo que dijo quiero,
Si puedo acordarme bien;
Para cuyo efecto trato,
Por engañar á mi estrella,
Y pensar que lo oigo della,
Preguntarlo á su retrato.

(*Saca un retrato.*)

Bella imágen singular,
Lo que dijiste, ¿qué fué?

FABIO. (*Ap.*)

¿Retrato? Ahora lo sé.
Ya tengo mas que parlar.

FEDERICO. (*Repitiendo.*)

Flérida ha sabido ya
Que de aquí no te ausentaste,
Y que con tu dama hablaste,
De que muy celosa está.
Mira bien en no nombrarme,
Porque quien anda contigo
Es tu mayor enemigo;
Y ven esta noche á hablarme.
(*A Fabio.*) ¡Viven los cielos, traidor,
Que tú eres quien me ha vendido,
Tú quien ha contado has sido
Que no me ausenté! (*Castígale.*)

FABIO.

Señor,
¿Qué cólera repentina
Te ha tomado? ¿Pues por qué
Me tratas así?

FEDERICO.

Yo sé
Por qué, traidor.

FABIO.

Tu mohina
¿Qué ocasion tiene? ¿No entraste
Aquí gustoso conmigo?
¿Pues qué indicio, qué testigo
En aquesta sala hallaste,
No habiéndote nadie hablado?
¿Quién te ha dicho mal de mí?

FEDERICO.

Despues, villano, que aquí
Entré, supe que has contado
Que anoche no me ausenté,
Que á ver á mi dama fuí.

FABIO.

¿Despues que aquí entraste?

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Señor, advierte...

FEDERICO.

Yo haré
Que quedes escarmentado.

FABIO.

¿De quién aquí lo supiste?

FEDERICO.

Mira tú á quien lo dijiste;
Que ese me lo habrá contado.

FABIO.

Yo á nadie. (*Ap.* A morir dispuesto,
La verdad no he de decir.)

FEDERICO. (*Saca la daga.*)

¡Vive Dios, que has de morir
Hoy á mis manos!

ESCENA XI.

ENRIQUE. — DICHOS.

ENRIQUE.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

Es dar la muerte á un infame.

FABIO.

Detente, señor.

ENRIQUE.

Mirad
Que en palacio estáis.

FEDERICO.

Dejad
Que su vil sangre derrame.

ENRIQUE.

Huye.

FABIO.

Eso haré con presteza
Muy bien, si el paso me ofreces,
Porque lo he hecho muchas veces.
(*Ap.* ¿Parlerita me es su Alteza?)

(*Vase.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE, FEDERICO.

ENRIQUE.

¿Cómo aquí tan descompuesto
Así os mostrais? Sepa pues
La causa.

FEDERICO.

La causa es
En la que un traidor me ha puesto.
Flérida, Enrique, ha entendido
Que de aquí no me he ausentado.

ENRIQUE.

¿De quién?

FEDERICO.

Solo ese criado,
Vos y yo lo hemos sabido.

Digitized by Google

ENRIQUE.

¿Ella os lo ha dicho?

FEDERICO.

Ella no,
Porque, cuerda y advertida,
No se da por entendida.

ENRIQUE.

Quizá quien os lo contó
Lo inventa.

FEDERICO.

Eso no, porqué
Es la mas interesáda.

ENRIQUE.

Bien puede estar engañada.

FEDERICO.

No puede, y así no sé
Otro medio de que usar,
Sino en pena tan cruel
Hacer del ladron fiel,
Y llegarla á confesar
La verdad.

ENRIQUE.

Aunque yo fuera
Entónces el mas culpado,
Por veros asegurado
A vos, en ello viniera,
Si de su efecto pensara
Que ser acierto podia.

FEDERICO.

Pues en la confusion mia,
¿Qué hiciérades vos?

ENRIQUE.

Callar
Hasta ver lo que hacia ella,
Y entónces obrara yo;
Porque, ó lo ha sabido, ó no.
Si lo ha sabido, y su bella
Discrecion pasa por ello,
¿Contra vos no es ir obrando
Hacer que lo sepa, cuando
Ella no quiere sabello?
Si no lo ha sabido, ha sido
Obrando ir contra los dos;
Pues vendrá á saber de vos
Lo que de otro no ha sabido.
Y así lo que hiciera yo
Fuera halagar al criado:
Si calló, porque irritado
No lo diga ahora; y si no,
Porque si lo dijo ya,
Con la queja no volviera,
Y ella obligada se viera
A declararse.

FEDERICO.

Aunque está
De otra parte mi opinion,
La vuestra quiero seguir,
Solo por poder decir
Que no erré por mi eleccion.
Al criado buscaré,
Y hablaré á Flérida bella,
Sin disculparme, hasta que ella
Por entendida se dé. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ENRIQUE.

De su confusion heredo
Las dudas en que ahora estoy;
Pues aunque él de mí se ausenta,
Deja en mí su confusion.
A ver á Flérida vine
Pensando entónces que no
Aspirara mi deseo
A empeño (¡ay de mí!) mayor:
De un dia pasando en otro,
Dentro de su corte estoy
Disimulado, á peligro
De ofender la estimacion;
Pues es fuerza que haya muchos
Que me conozcan, y voy
Neciamente haciendo ofensa
La que fué en mí obligacion.
Pues si mi intencion ha sido
Solo hacer mis partes yo,
¿Qué aguardo? ¿Por qué no empiezo
A ejecutar mi intencion? (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA XIV.

FLERIDA, *por un lado;* ENRIQUE, *por otro.*

FLÉRIDA.

¿En fin me traes otra vez,
Ciega, tirana pasion,
Adónde...? Enrique, ¿qué haceis?

ENRIQUE.

Dando, gran señora, estoy
A estas flores y á estas fuentes,
De quien vos aurora sois,
Quejas del amor.

FLÉRIDA.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Porque al miraros á vos,
Hermosísima deidad
De su florida estacion,
Matar, como el sol, á rayos,
Y á flechas como el amor,
Le dije: «No desperdicies
Tantas municiones hoy;
Pues si solo un rayo, sola
Una flecha te bastó,
¿Para qué es, amor tirano,
Tanta flecha y tanto sol?»

FLÉRIDA.

Dos veces extraño, Enrique,
La plática; y son las dos,
Una, que así vos me hableis,
Y otra, que os lo sufra yo.
Idos de aquí; que si el Duque
A mi corte os envió,
Para que fueseis no fué
Al Duque y á mí traidor.

ENRIQUE.

Ni á vos, señora, ni á él
Imagino que lo soy,
Pues el Duque es el que siente
Todo lo que digo yo.

FLÉRIDA.

Casar por poderes muchas
Veces el mundo lo vió;
No enamorar por poderes.
Y cuando aquesta razon
Admita, y por él me hableis,
¿Mi lengua no os advirtió
Que en él no me habiais de hablar
Si no cuando os hable yo?

ENRIQUE.

Sí, señora; pero fué
Ninguna la condicion
De haber yo de callar siempre,
No hablándome nunca vos.

FLÉRIDA.

Pues si os he de hablar, Enrique,
Alguna vez, será hoy,
Para decir cuán en vano
El Duque sulcar pensó
Con remos de pluma el fuego,
Con alas de cera el sol;
Y retiraos, ántes que
Responda mi indignacion
Con mas declaradas iras
Al Duque, Enrique, y á vos.

ENRIQUE.

Ya os obedezco, temiendo
Mayor pena, si mayor
Que dejar vuestra hermosura,
Puede haberla. (*Ap.* ¡Muerto voy!) (*Vase.*)

FLÉRIDA.

Mucho que pensar me ha dado
Este atrevimiento. Amor,
Déjame un rato siquiera
Libre la imaginacion
Para discurrir... Mas ¿quién
Hasta aquí se ha entrado?

ESCENA XV.

FABIO. — FLERIDA.

FABIO.

Yo,
Parlerísima Duquesa,
Que enojadísimo vengo,
Por muchas causas que tengo,
Para decir que me pesa
De haber tan chismoso estado;
Aunque ya no es civil[1] cosa
Serlo, puesto que en chismosa
Tambien vuestra Alteza ha dado.

FLÉRIDA.

¿Qué quieres decirme en eso?

FABIO.

¿Qué quisiste, tú, señora,
Decir en esotro?

FLÉRIDA.

Ahora
Ménos te entiendo.

FABIO.

El suceso
Que yo te habia contado
De mi señor, ¿se pudriera
Porque en tu pecho estuviera
Siquiera un hora guardado?

FLÉRIDA.

¿Pues á quién le he dicho yo?

FABIO.

A nadie, sino es á él,
Que colérico y cruel,
En yéndote tú, embistió
Conmigo con tal fiereza,
Que á no llegarle á tener,
Me mata.

FLÉRIDA.

¿Por qué?

FABIO.

Por ser
Parlerita vuestra Alteza.

FLÉRIDA.

Pues si yo con él no he hablado,
¿Cómo decírselo yo
He podido?

FABIO.

Pues si no,
El demonio lo ha contado:
Esta es cosa declarada.
Y á fe que tenia de nuevo
Que decir; mas no me atrevo.

FLÉRIDA.

Di, ¿qué ha sido?

[1] Vil, ruin.

Digitized by Google

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

¿Ha tenido algun papel?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

¿Dónde ha ido?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

Di, ¿ha venido
Alguno que hable con él
En secreto?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

Casi á presumir me das
Que ya arrepentido estás
De servirme, y que te agrada
El servir con mas fineza,
Que á mí, á Federico.

FABIO.

Pues
No es eso.

FLÉRIDA

¿Pues qué?

FABIO.

Que es
Parlerita vuestra Alteza,
Y él me ha de matar, si á oillo
Llega otra vez.

FLÉRIDA.

Lo que advierto
Es, que hasta ahora no te ha muerto.

FABIO.

No, mas vaya un cuentecillo.
Con una dama tenia
Un galan conversacion;
Y gozando la ocasion
Un piojo entre sí decia:
«Ahora no se rascará,
Bien sin zozobra ni miedo
Comer á mi salvo puedo.»
El galan, cansado ya
Del encarnizado enojo,
A hurto de la tal belleza,
Metió con gran lijereza
Los dedos, y hizo al piojo
Prisionero de aquel saco.
Volvió la dama al instante,
Y halló la mano á su amante
A fuer de tomar tabaco;
Y preguntó con severo
Semblante, porque no hubiera
Otro allí que lo entendiera.
«¿Murió ya aquel caballero?»
Y él muy desembarazado,
La mano así, respondió:
«No, señora: aun no murió;
Pero está muy apretado.»
Y esta respuesta te doy
Cuando cogido me advierto,
Pues no importa no haber muerto,
Si muy apretado estóy,
Para no poder decir,
Por tu falso aleve trato,
Que hoy vi que traia un retrato,
De quien podrás descubrir
Quién es esta dama bella
A quien tiene tanto amor;
Pues ella misma mejor
Lo dirá, si para vella
Tienes industria. Esto y mas
Mi voz, señora, dijera,
Si tu lengua no temiera;
Mas no esperes que jamas
Te diga esto, ni otra cosa;
Y mas cuando considero
Que él es mi amo, y yo parlero,
Y vuestra Alteza chismosa. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

¿Retrato tiene consigo?
¡Aquí de mi ingenio, aquí
De mi industria para hallar
Decente modo sutil
De obligarle á que le enseñe!
Esto se ha de prevenir
En ménos público puesto.

ESCENA XVI.

FEDERICO.—FLERIDA.

FEDERICO.

(*Ap.* El mejor remedio en fin
Es no hablarla en ello yo,
Miéntras no me hablare á mí.)
¿Querrá, señora, tu Alteza,
Pues que me mandó venir
Para este efecto, firmar
Aquellos despachos?

FLÉRIDA.

Sí;
Pero para eso no es
Buena estancia este jardin,
Y mas cuando ya va el sol
Declinando en el zafir,
Que es cuna para nacer
Y tumba para morir.
Llevadlos luego á mi cuarto,
Y ántes que entreis, advertid
Que teneis aquesta noche
Muchas cosas que escribir.
Si os espera aquella dama,
A quien tan fino servís,
Que no os espere por hoy
Podeis enviarla á decir,
Que aunque es mas breve jornada
Donde esta noche habeis de ir,
Es mas segura la ausencia.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Qué escucho, cielos?

ESCENA XVII.

LAURA.—FLERIDA, FEDERICO.

LAURA.

(*Ap.* Aqui
Flérida está, y Federico.
Pues ella me quita á mí
Las ocasiones, yo quiero
Quitárselas á ella.) ¿En fin,
Vuestra Alteza compañía
Tiene hecha con el Abril
Para empleos á ganancia
Sin pérdida?

FLÉRIDA.

¿Cómo así?

LAURA.

Como en todo el dia no sale
De aqueste hermoso pensil,
Dando púrpura á la rosa,
Dando candor al jazmin.

FLÉRIDA.

Ya recogerme queria.
Vamos, Laura; y vos venid
Con los despachos despues;
Y pues vais por ellos, id
De camino á dar tambien
Aquel aviso que os di.

FEDERICO.

No estoy tan favorecido
Como vos me presumís;
(*Saca el pañuelo.*)
Y ese aviso pienso que
Podré darle desde aquí,
Porque...

LAURA. (*Ap.*)

La seña hizo: quiero
A sus voces advertir.

FEDERICO.

Mi bien es muy imposible,
Señora, de conseguir;
Alma es mia el padecer,
Y vida mia el morir.

LAURA. (*Ap.*)

Mi bien, señora, alma y vida...
De sus voces entendí.

FEDERICO.

Está mi amor tan tirano,
Cruel tanto mi sentir,
Fiera tanto mi esperanza,
Infeliz tanto mi fin...

LAURA. (*Ap.*)

Lo que dijo ahora fué:
Esta cruel fiera infeliz...

FEDERICO.

Hoy, que á costa de la vida
Me tiene fuera de mí,
Embaraza mi temor
El hablarte en esto á ti.

LAURA. (*Ap.*)

Hoy me embaraza el hablarte.

FLÉRIDA.

Pues ¿para qué lo decís?

FEDERICO.

No me culpes, ni conmigo
Vayas enojada así;
Pues será mi muerte, haciendo
Al jardin sepulcro vil.

FLÉRIDA.

Está bien.

LAURA. (*Ap.*)

En todo dijo,
Si lo puedo repetir:
Mi bien, señora, alma y vida,
Esta cruel fiera infeliz
Hoy me embaraza el hablarte:
No vayas pues al jardin.

FLÉRIDA.

Ven, Laura, conmigo; y vos
Tambien al punto venid.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Hay amor mas desdichado!

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¡Hay sentimiento mas vil! (*Vase.*)

LAURA. (*Ap.*)

¡Hay mas declarados celos! (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

FABIO. — FEDERICO.

FABIO. (*Ap.*)

¿Hay por adónde salir
Sin encontrar con mi amo?
Mas dicho y hecho, héle aquí.

FEDERICO.

Fabio.

FABIO.

No me dés de caso
Pensado.

Digitized by Google

FEDERICO.

¿Por qué de mí
Huyes? (*Ap.* ¡Que en efecto tengo
Mi sentimiento encubrir
Con un pícaro!)

FABIO.

Porqué
Este demonio civil,
Que te habla al oido, no haya
Dicho otra cosa de mí
Tan falsa como la otra.

FEDERICO.

Ya he llegado á descubrir
La verdad, y sé que tú
Fuiste fiel.

FABIO.

Tanto lo fuí,
Que así lo fueran algunos
Con la villa de Madrid.

FEDERICO.

Un vestido en desenojo
Te he de dar.

FABIO.

¿Vestido?

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Vestida tengas el alma
Con un ropon carmesí,
Una calza de cristal,
Y una cuera de ambar gris
En la vida perdurable.

FEDERICO.

Mas esto me has de decir...

FABIO.

Y esotro.

FEDERICO.

Miéntras es fuerza
Por unos papeles ir...

FABIO. (*Ap.*)

Dios ponga tiento en mi lengua.

FEDERICO.

¿Flérida háte dicho á tí
Algo de mi amor?

FABIO.

No, cierto.
Mas yo he llegado á inferir
Que eres bobo en no entenderla.

FEDERICO.

Pues ¿dice ella algo?

FABIO.

Sí,
Y mucho.

FEDERICO.

Mientes, villano;
Que su hermosura gentil,
Que es garza que vuela al sol,
No se habia de abatir
Al cobarde vuelo de
Tan destemplado neblí.

FABIO.

¡Ay, señor! prueba unos dias,
Ya que no á amar, á fingir,
Y verás...

FEDERICO.

Cuando tuviera
Algun indicio esa ruin
Villana malicia tuya,
No pudiera hallar en mí
Resquicio por donde entrar,
Porque, si no mas feliz,
Mas igual otro amor tiene
La posesion que le dí.

FABIO.

¿Luego tú nunca has amado
Dos?

FEDERICO.

No.

FABIO.

Pues haz cuenta...

FEDERICO.

Di.

FABIO.

Que en tu vida te has holgado.

FEDERICO.

No es amar eso, es mentir.

FABIO.

Tanto y mas gusto.

FEDERICO.

Pues ¿cómo
Se ama en dos partes?

FABIO.

Así.

(*Federico se pasea distraido miéntras Fabio cuenta.*)

Hay cerca de Ratisbona
Dos lugares de gran fama,
Que el uno *Ágere* se llama,
Y el otro *Macarandona*.
Un solo cura servia,
Humilde siervo de Dios,
A los dos, y así á los dos
Misas las fiestas decia.
Un vecino del lugar
De Macarandona fué
A Ágere, y oyendo que
El cura empezó á cantar
El prefacio, reparó
En que á voces aquel dia
Gratias agere decia,
Y *á Macarandona* no.
Con lo cual muy enojado
Dijo: «El cura gracias da
A Ágere, como si acá
No le hubiéramos pagado
Sus diezmos». Cuando escucharon
Tan bien sentidas razones
Los nobles macarandones,
Los bodigos le sisaron.
Viéndose desbodigar,
Al sacristan preguntó
La causa. El se la contó,
Y él dió desde allí en cantar,
Siempre que el prefacio entona,
Porque la ofrenda se aplique,
Tibi semper et ubique
Gratias á Macarandona. —
Si tú dos feligresías
Tienes de amor, ciego dios,
Cumple con ambas á dos,
Y verás que á pocos dias
Tu persona y mi persona
De bodigos nos comemos,
Como á Flérida cantemos
Algo de Macarandona.

FEDERICO.

¿Pensarás que te he escuchado?

FABIO.

¿Pues no, si has venido atento?

FEDERICO.

No, que mi divertimiento
Todo fué de mi cuidado.

FABIO.

Pues el Ágere te olvida
De Macarandona, digo
Que no tendrás un bodigo
De amor en toda tu vida. (*Vanse.*)

—

Sala del palacio.

ESCENA XIX.

FLERIDA, LAURA; LIVIA Y FLORA, *con luces.*

FLÉRIDA.

Dejad las luces aquí,
Y allá fuera todas idos;
Que mas compañía no quiero
Que vivir sin mí conmigo.

LIVIA. (*Ap. las dos.*)

¡Extraña tristeza!

FLORA.

Ya,
Mas que tristeza, es delirio
El suyo. (*Vanse.*)

FLÉRIDA.

Tú, Laura, no
Te vayas.

LAURA.

¿En qué te sirvo?

FLÉRIDA.

En hacer una fineza
Por mí, pues solo me fío
De tu amistad.

LAURA.

¿Qué me mandas?

FLÉRIDA.

Que en viniendo Federico,
Te pongas á aquesa puerta,
Y con cauteloso aviso
No dejes que escuche nadie
Lo que le dijere.

LAURA.

Digo
Que lo haré con el cuidado
Que tú verás. ¿Mas qué ha habido
Ahora de nuevo?

FLÉRIDA.

Yo he
De saber por raro estilo
Quién es su dama.

LAURA.

¿Quién es
Su dama?

FLÉRIDA.

Sí.

LAURA.

No imagino
De qué manera. (*Ap.* ¡Oh si yo
La ocasionase á decirlo,
Para que, en viniendo él,
Pudiera darle el aviso!

FLÉRIDA.

Sabrás, Laura..

LAURA.

Ya te escucho.

FLÉRIDA.

Que se que tiene consigo...
Mas ya viene; ya no puedo,
Sin que él lo oiga, descubrirlo.
Pero licencia te doy
De que escuches lo que finjo.
Retírate allí.

LAURA.

Sí haré.
(*Ap.* Poco la licencia estimo;
Que aunque tú no me la dieras,
La tomara yo de oirlo.) (*Escóndese.*)

Digitized by Google

ESCENA XX.

FEDERICO, *con cartera y papeles.*— FLERIDA; LAURA, *al paño.*

FEDERICO.

Aquí están las cartas ya.

FLÉRIDA.

Ahí las poned; que es indigno
Que en vuestra mano las firme,
Ni que los secretos mios
Os tengan por instrumento
De confianza, habiendo sido
A mi respeto traidor,
Y á mi decoro enemigo.

FEDERICO.

Señora, ¿en qué mi lealtad
Ha faltado? ¿En qué os desirvo,
Para que con ese nombre
Infameis tantos servicios?

FLÉRIDA.

¿En qué, preguntais, teniendo
Contra vos tantos testigos
Que os acusen?

FEDERICO.

Sepa yo
Dese cargo los indicios...

LAURA. (*Al paño, aparte.*)

¿Qué tiene aquesto que ver
Con saber qué dama quiso?

FEDERICO.

Para disculparme dellos.

FLÉRIDA.

Yo os lo diré. Yo he sabido
Que trato doble teneis
Con mi mayor enemigo.

FEDERICO.

Señora, oid; que si yo
Tuve en mi casa escondido
Al duque de Mántua, fué
Sola la noche que vino
Disfrazado.

FLÉRIDA.

(*Ap.* ¿Cómo es esto?)
¡El Duque! (*Ap.* ¡Cielos divinos!
Yo acabé cierto el enojo
Que ha empezado por fingido!)

FEDERICO.

En palacio estuvo, en tanto
Que no te habló.

FLÉRIDA.

¿Luego ha sido
El Duque ese caballero
Que yo en mi palacio admito?

FEDERICO.

Sí, señora.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¡Oh cuántas veces
Sacó verdad el que dijo
Mentira!

LAURA. (*Ap.*)

De un riesgo en otro
Tropezando, no apercibo
Su intento.

FLÉRIDA.

¿Pues cómo vos
Callado lo habeis tenido?

FEDERICO.

Como habiendo de casarse
Con vos, señora, hice juicio
Que de amor delitos nobles
No son traidores delitos.

FLÉRIDA.

Ahora entiendo cómo fué
Fácil haberme traido
Carta suya.

FEDERICO.

Sí, señora;
Porque, partiendo el camino,
El no llevársela yo
Fué porque él por ella vino,
Y yo en dársela cumplí.

FLÉRIDA.

Con él sí, mas no conmigo.
Pero la carta de Laura...

FEDERICO.

Fué carta que trajo él mismo.

LAURA. (*Ap.*)

Bien se disculpó. Mas ¡cielos!
¿Adónde van sus designios?
Esto ¿qué tiene que ver
Con quien su dama haya sido?

FLÉRIDA.

Pensaréis que es este solo
De vuestra culpa el aviso
Que tuve. Dadme unas cartas
Que sé que habeis recibido
Hoy del duque de Florencia,
En razon de aquel antiguo
Derecho que aqueste estado
Pretende.

FEDERICO.

Humilde os suplico
Os acordeis de quien soy,
Y que un casual delito
De honesto amor, que os adora,
No ha podido ser ni ha sido
Consecuencia para otro
Tan ajeno, tan indigno
De mi valor y mi sangre.

FLÉRIDA.

Quien halla uno en los principios,
Muchos hallará en los medios.
Dadme las cartas que os pido.

FEDERICO.

¿Yo cartas? Tomad, tomad
Cuantos papeles conmigo
Traigo, y la llave de cuantos
Tengo en casa, y si un resquicio
Halláredes de traicion,
En mí ensangriente sus filos
Un cuchillo.

(*Saca el pañuelo, llaves y una caja de un retrato, y escóndele.*)

FLÉRIDA.

¿Qué es aquello
Que ocultar habeis querido?

FEDERICO.

Una caja.

FLÉRIDA.

Esa tambien
He de ver.

FEDERICO.

(*Ap.* Ya he conocido
Dónde llevó la intencion
Su enojo.) Ni este es indicio
De traicion, ni puede serlo;
Y así, señora, os suplico
No le pidais.

LAURA. (*Ap.*)

Aquel es
¡Cielos! el retrato mio.

FLÉRIDA.

Saber tengo qué esa caja
Contiene.

LAURA. (*Ap.*)

Esto va perdido.

FEDERICO.

Un retrato es, y si solo
Saberlo habeis pretendido,
Ya lo sabeis.

FLÉRIDA.

Hasta verle,
No he de creerlo. Mostrad, digo.

FEDERICO.

Si esta, señora...

LAURA (*Ap.*)

¡Qué pena!

FEDERICO.

La causa fué...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué peligro!

FEDERICO.

De hacerme...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué sentimiento!

FEDERICO.

Traidor...

LAURA. (*Ap.*)

¡Que extraño conflicto!

FEDERICO.

Muy bien...

LAURA. (*Ap.*)

¡Riguroso empeño!

FEDERICO.

Dijisteis...

LAURA. (*Ap.*)

¡Cruel martirio!

FEDERICO.

Que lo soy...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué confusion!

FEDERICO.

Pues primero...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué castigo!

FEDERICO.

Que yo llegue...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

FEDERICO.

A entregarle...

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué delirio!

FEDERICO.

Me habeis de dar muerte.

(*Sale Laura, quita á Federico el retrato, truécale con el que tenia ella de él, y dásele á la Duquesa.*)

LAURA.

¿Cómo,
Traidor, podrás resistirlo?

FEDERICO.

Laura, ¿qué haces?

LAURA.

Esto hago,
Habiendo escuchado y visto
La plática; pues bastó
Haber su Alteza querido
Verle, para que grosero
No intentases impedirlo.—
Toma, señora.

Digitized by Google

FLÉRIDA.

En tu vida
Me hiciste mayor servicio.

FEDERICO. (*Ap.*)

Sin duda que de una vez
Laura declararse quiso.

FLÉRIDA.

Alumbra, Laura: veamos
(*Toma Laura la luz, y apártanse de Federico.*)
Este encantado prodigio
De amor. (*Ap.* Sabré por lo ménos
Quién causa los celos mios.)

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Qué hará al conocer de Laura
El retrato?

FLÉRIDA.

Mas ¡qué miro!

LAURA.

Poco hay que dudar en eso,
Pues es su retrato mismo.

FLÉRIDA. (*A Federico.*)

¿Y esto ocultábades tanto?

FEDERICO.

¿Qué hay que espantar, si esta ha sido
La cosa que yo mas quiero
En el mundo?

FLÉRIDA.

Yo lo fio;
Pues le quereis como á vos.—
Laura, ¿qué me ha sucedido?
(*Ap. á ella.*)
¿Qué puede ser esto, Laura?

LAURA.

¿Sé yo mas de lo que has visto
Tú misma?

FLÉRIDA.

(*Ap.* Corrida estoy.
Mal mi cólera reprimo.)
Toma, que yo por no hacer (*A Laura.*)
Un extremo, me retiro.
Dale su retrato á ese
Enamorado Narciso,
Y dile... Mas no le digas
Nada. (*Ap.* Volcanes respiro,
Un áspid llevo en el pecho
Y en el alma un basilisco.) (*Vase.*)

ESCENA XXI.

LAURA, FEDERICO.

FEDERICO.

¿Cómo, habiendo la Duquesa,
Laura, tu retrato visto,
No se da por ofendida
Ni contigo ni conmigo?

LAURA.

Como troqué los retratos.
Dile el tuyo, y guardé el mio.

FEDERICO.

Solo pudiera tu ingenio
Sacarnos de tal peligro.

LAURA.

Sí, pero siempre se queda
Tan cabal como al principio.

FEDERICO.

Remediarlo de una vez.

LAURA.

Mañana te daré aviso
De cómo lo dispongamos.
Toma, y adios. (*Dale el retrato.*)

FEDERICO.

¿Cuál ha sido
De los dos este retrato?

LAURA.

El tuyo, por si á pedirlo
Vuelve. (*Vase.*)

FEDERICO.

Dices bien. ¿Quién, cielos,
Se ha visto en mayor peligro?
Ni ¿quién pudiera...?

ESCENA XXII.

FABIO.—FEDERICO.

FABIO.

Señor,
¿Cuál de aquellos dos vestidos
He de ponerme?

FEDERICO.

Villano,
Infame, vil, mal nacido...

FABIO.

¿Eso tenemos ahora?

FEDERICO.

Sí, pues que por tí, enemigo,
Me he visto para perderme.

FABIO.

Y yo por tí no me visto.

FEDERICO.

¿Pensaste que este retrato
Era de dama, y no mio?

FABIO.

No, señor; que yo bien sé
Que te quieres á tí mismo.

FEDERICO.

¡Vive Dios, que has de morir
A mis manos!

FABIO.

¡Jesucristo!

FEDERICO.

(*Ap.* Pero mal hago, supuesto
Que bien del lance he salido.
Mejor es no hacer extremos.)
Fabio.

FABIO.

Señor.

FEDERICO.

Ven conmigo,
Y el mejor vestido toma;
Que ya sé que no has tenido
La culpa, y que eres leal.

FABIO.

¿Hay mas extraños caprichos?
¡Vive Dios, si le tuviera,
Que habia de perder el juicio!

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Federico.

ESCENA PRIMERA.

FABIO.

Quien hubiere visto el juicio
De un miserable criado,
Que le perdió solamente
Porque le perdió su amo
(Por señas de que era poco),
Véngale manifestando;
Pues no sirve allá de nada,
Y acá le darán hallazgo.—
No hay nadie que diga dél
Por mas que voy pregonando.
Pero ¿qué juicio se halló,
Perdido una vez? Volvamos,
Memoria, á hacer, si os parece,
Soliloquios otro rato.
¿Qué hay de nuevo?—¿Qué sé yo?
—¿Qué significa que, cuando
De mi amo mas seguro
A mi parecer me hallo,
Repentinamente embiste
A darme dos mil porrazos?
—Significa que está loco.
—Y cuando yo mas culpado
Huyo dél, darme un vestido
Y hacerme dos mil halagos,
Memoria, ¿qué significa?
—Significa estar borracho.
Fortísimas conclusiones
Son entrambas... Y no paso
A la tercera, porque
Con Enrique viene hablando
Submissa voce; y si ellos
Se han de guardar, en entrando
En esta sala, de mí,
Ganarles quiero por mano,
Y guardarme dellos yo:
Así por si escucho algo,
Como porque si una vez
Ha de estar conmigo airado
Y otra afable, la iracundia
Se sigue ahora; y acertado
Será el dejarla pasar
En vacío. Pero en vano
Será, si no solicito
Esconderme. Si debajo
Deste bufete no me entro,
Otra parte no hay. ¿Qué aguardo?
Pues no es la primera vez
Que yo me habré embufetado.
(*Escóndese debajo del bufete.*)

ESCENA II.

FEDERICO, ENRIQUE.—FABIO, *debajo del bufete.*

ENRIQUE.

¿Qué miras?

FEDERICO.

Si álguien nos oye.

ENRIQUE.

Allá fuera los criados
Se quedan todos.

FABIO. (*Ap.*)

No todos,
Que yo de allá fuera falto.

FEDERICO.

A este último aposento
No sin ocasion os traigo,
Donde no hay otro testigo.

FABIO. (*Ap.*)

Así es, que uno que hay es falso.

ENRIQUE.

Decid.

FEDERICO.

Cerraré primero;
Y ya que solos estamos,
Escúcheme vuestra Alteza.
Que es tiempo de hablarle claro.

FABIO. (*Ap.*)

¿Alteza? ¡Bueno!

ENRIQUE.

¿Pues qué
Accidente os ha obligado
A tratarme así?

Digitized by Google

FEDERICO.

Son dos,
Y bien principales ambos,
Uno mio, y otro vuestro.
El vuestro, aunque sé que agravio
En parte á mi lealtad, es
(Perdone el precepto, dando
La necesidad disculpa)
Deciros y revelaros
Como estais ya conocido
De Flérida, y es en vano
Afectar entre nosotros
Secreto que saben tantos.
El mio...

ENRIQUE.

Antes que á él paseis.
Decidme, ¿cómo ha llegado
Flérida á saber quien soy?

FEDERICO.

El cómo es el que no alcanzo;
Que lo sabe sé...

FABIO. (*Ap.*)

¡Oigan, oigan!
¿Alcahuetico es mi amo?

FEDERICO.

Que ella misma me lo dijo.

ENRIQUE.

A vuestro suceso vamos;
Que en el mio proseguir
El disfraz presumo, en tanto
Que ella mas no se declare.

FEDERICO.

Pues si en el mio he de hablaros,
Palabra, como quien sois,
Me habeis de dar que guardado
Ha de estar en vuestro pecho.

ENRIQUE.

Sí haré; y homenaje os hago
De que en cera le imprimis,
Para conservarle en mármol.

FEDERICO.

Ya teneis, ilustre Enrique
Gonzaga, famoso y claro
Duque de Mantua, noticia
De que á una hermosura amo.
Pues este humano portento,
Pues este divino encanto,
Este bellísimo asombro,
Este dulcísimo pasmo,
Hoy, á pesar de imposibles,
De sustos y sobresaltos,
Constante triunfa venciendo,
Leal atropella logrando
De su firmeza y mis dichas
Los dos mayores aplausos.
Aqueste papel, que el viento
Trajo sin duda a mis manos
(Pues para llegar á ellas,
Desde su cielo mas alto
Al abismo de mis ansias
Hubo de bajar volando)
Carta es de mi libertad;
Pero mal así la llamo;
Que ántes de mi esclavitud
Es carta, pues su contrato
Contiene que eternamente
Haya de vivir esclavo
De un firme amor, cuyos hierros
Asidos y eslabonados,
Del tiempo la sorda lima
Aun no ha de poder gastarlo.
Dice pues... Pero mejor
El lo dirá, disculpando
La verdad con que ella escribe,
La fe con que yo idolatro.
(*Lee.*) «Mi bien, mi señor, mi dueño,
»Mucho se va declarando
»Contra los dos la fortuna;
»Atajémosla los pasos.
»Tened para aquesta noche
»Prevenidos dos caballos
»En la surtida del puente
»Que hay entre el parque y palacio;
»Que yo saldré á vuestra seña,
»Porque de los celos vamos
»Huyendo, si hay donde huir dellos.
»Y á Dios, que os guarde mil años.»
Esto escribe, y de vos solo
Pude, gran señor, fiarlo,
Porque sé que me debeis
Favores anticipados;
Pues si vos de mí os valisteis
Para vuestro amor, y yo hago
Hoy de vos la confianza
Que de mí hicisteis, es claro
Que lo que me debeis cobro,
O lo que yo os debo os pago.
Para Mantua habeis de darme
Cartas vuestras, y empeñaros
En mi defensa, hasta que
Ponga yo esta dama en salvo.

ENRIQUE.

Tan agradecido estoy
Al cielo, que me haya dado
Ocasion en que yo pueda
Vuestras finezas pagaros
Con las mismas, que no solo
El favor tengo de daros
Que me pedis, pero tengo,
Agradecido y ufano,
De acompañaros yo mismo,
Hasta que de mis estados
Las rayas piseis, adonde
Teneros por dueño aguardo.

FEDERICO.

No, señor, yo solo tengo
De ausentarme. Más al caso
Me haceis quedándôs en Parma,
Teniendo yo vuestro amparo,
Allá para mi defensa,
Y aquí para mi resguardo.

ENRIQUE.

En todo he de obedeceros.

FEDERICO.

Pues escribid vos, en tanto
Que á palacio voy á hacer,
Atento y disimulado,
La deshecha, y á buscar
A este demonio de Fabio,
Que no le he visto en todo hoy...

FABIO. (*Ap.*)

Pues cerca le tienes harto.

FEDERICO.

Que aun él no ha de saber nada.

FABIO. (*Ap.*)

No por cierto.

FEDERICO.

Los caballos
Ha de tener prevenidos.

ENRIQUE.

Bien decis; y yo entre tanto
Seguir pienso las fortunas
De mis infelices hados.

FEDERICO.

Pues aquí á buscaros vuelvo.

ENRIQUE.

Allá escribiendo os aguardo.

FEDERICO.

¡Amor, dame tu favor!

ENRIQUE.

¡Amor, duélate mi llanto! (*Vanse.*)

ESCENA III.

FABIO.

Quien escucha, su mal oye,
Suele decir el adagio;
Pero muchas veces miente,
Pues yo mi bien he escuchado,
Puesto que dél cuatro cosas
Importantísimas saco:
Saber quién es este huésped,
Una; saber el estado
Del amor de mi señor,
Dos; ir ahora á contarlo
A Flérida, tres; y darme
Ella cualque alhaja, cuatro. (*Vase.*)

—

Sala del Palacio.

ESCENA IV.

LAURA, ARNESTO.

ARNESTO.

No fué tan grave culpa
La de Lisardo, Laura,
Que ya no se restaura
Con la cortés disculpa
De que amor nunca piensa
Que los extremos pueden ser ofensa;
Y así, que le hables mas humana quiero,
Pues la dispensacion que ya se aguarda,
Tan por instantes tarda.

LAURA.

Obedecerte espero;
Que una cosa (¡mal fuerte!)
Es disgustarte, y otra obedecerte.
Y así, obediente digo
Que tomaré el estado
Que mi suerte me ha dado;
Y desde aquí me obligo
A disponer de parte mia, que sea
Mi esposo quien hoy mas serlo desea.

ARNESTO.

Tu obediencia agradezco. —
Llegar podeis, Lisardo. —
Laura, espera.

ESCENA V.

LISARDO.—ARNESTO, LAURA.

LISARDO.

¿Qué aguardo,
Señora, que no ofrezco
A esas plantas rendido
La vida, en precio del perdon que pido?

LAURA.

Lisardo, esta licencia
A mi padre se debe:
El mis acciones mueve.
No eleccion, obediencia
Hay en mí; y así en vano
Mano me agradeceis que es de otra mano.

LISARDO.

Bástele á mi alegría
El saber que la tenga,
Señora, sin saber por dónde venga,
Como venga á ser mia;
Que el mas feliz destino
No averigua á las dichas el camino.
¡Oh perezoso y tardo
Curso del sol, abrevia en tu carrera
Los términos prolijos del que espera!

Digitized by Google

ESCENA VI.

FLERIDA. — Dichos.

FLÉRIDA.

¡Laura, Arnesto!

ARNESTO.

Á tu cuarto, gran señora,
Laura pasaba con los dos ahora.

FLÉRIDA.

Mucho veros estimo,
Lisardo, ya de Laura perdonado.

LISARDO.

Con tal favor ya mi esperanza animo.

ARNESTO.

Laura es muy hija mia.

LAURA.

¿Y cómo ha estado,
Señora, vuestra Alteza?

FLÉRIDA.

Tú sabes cuánta ha sido mi tristeza.

LAURA.

Divertirla procura.

FLÉRIDA.

Cualquier divertimiento
Crece su sentimiento;
Que es dolor que se aumenta con la cura;
Mas porque no se diga
Que á dejarme morir mi mal me obliga,
Los dos para mañana
Convidad la belleza
De Parma y la nobleza
Para un festin. (*Ap.* Veré si esta tirana
Pasion en él descubre su homicida.)

ARNESTO.

Tuya es mi voluntad. (*Vase.*)

LISARDO.

Tuya es mi vida. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FLERIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

¡Dichosa, Laura mia,
Tú, que serás esposa
De quien te amó!

LAURA.

Dichosa
Me juzga mi alegría,
Si la verdad te digo,
Pues quien me amó se ha de casar conmigo.

FLÉRIDA.

¡Infelice de aquella,
Que á imposibles rendida,
Ha de perder la vida!
Si bien ya de mi estrella
Vencer el desvarío
Piensa la libertad de mi albedrío.

LAURA.

Y es el mejor remedio.
Mas dime, ¿de qué suerte?

FLÉRIDA.

Buscando á un mal tan fuerte
El mas süave medio.

LAURA.

¿Y cuál es?

FLÉRIDA.

Declararme.

LAURA.

¿Eso es vencerle?

FLÉRIDA.

Sí.

LAURA. (*Ap.*)

Eso es matarme.

FLÉRIDA.

Obedecer al hado
Victoria es lisonjera.
¿Seré yo la primera,
Laura, que haya casado
Desigualmente?

LAURA. (*Ap.*)

¡Hoy muero!

FLÉRIDA.

Federico es ilustre caballero.

LAURA.

Que es verdad te confieso.

FLÉRIDA.

Pues ya que en esto hablamos,
¡Ay, Laura! discurramos
En el raro suceso
De aquel retrato suyo.
Dime, ¿qué arguyes dél?

LAURA.

Yo nada arguyo;
Que como no me toca,
No ocupo en eso la memoria mia.
(*Ap.* ¡De celos estoy loca!)

FLÉRIDA.

¿Por qué, di, su retrato guardaria
Con tan grande recato?

LAURA.

No sé. Mas no le diera su retrato
Yo, sin mirar primero
La caja; que no dudo
Que estar secreto pudo
Con él el de su dama.

FLÉRIDA.

Así lo infiero.
Mas ¿qué discurre quien con celos ama?

LAURA.

Pues no dudes que allí estaba su dama.

ESCENA VIII.

FEDERICO, FABIO.—FLERIDA, LAURA.

FEDERICO.

¿Era hora, Fabio, de hallarte?

FABIO.

Tu misma pregunta es
Mi respuesta, pues todo hoy
Te ando á buscar yo tambien.

FEDERICO. (*Ap. á Fabio.*)

¡La Duquesa! No te vayas,
Que te he menester despues.

FABIO.

No haré... (*Ap.* Aunque despues ni antes
Yo á ti no te he menester.)

FEDERICO.

Temeroso de sus iras,
A hablarla llego.

FABIO.

¿Por qué?

FEDERICO.

Por cierto extraño suceso.

FABIO.

Acuérdate tú de aquel
Cuentecillo, y verás cómo
Sales de todo muy bien.

FEDERICO.

¿Con qué?

FABIO.

Con que algunas gracias
A Macarandona dés.

LAURA.

Mira...

FLÉRIDA.

Yo he de declarar
Mi pena.

LAURA. (*Ap.*)

Yo padecer.

FLÉRIDA

¡Federico!

FEDERICO.

Gran señora...

FLÉRIDA.

¿Cómo en todo el dia no habeis
Parecido, y á palacio
Venis al anochecer?

FEDERICO.

Como en su mejor edad
Siempre el sol con vos se ve
Coronado de esplendor,
Ceñido de rosicler,
No pensé que era tan tarde,
Señora, porque pensé
Que á cualquier hora que os viese,
Sería el amanecer.

FLÉRIDA.

¡Lisonjas á mí!

FEDERICO.

No son
Lisonjas estas.

FLÉRIDA.

¿Pues qué?

FABIO.

Macarandonas, señora.

FLÉRIDA.

¡Ay, Laura mia! ¿no ves (*Ap. á ella.*)
Que se da por entendido
Ya de mi agrado?

LAURA.

Hace bien.

FEDERICO.

Fuera de que otra disculpa
Valerme puede.

FLÉRIDA.

¿Y cuál es?

FEDERICO.

Como ofendida os juzgaba
Conmigo, así dilaté
Llegar á vuestra presencia.

FLÉRIDA.

¿Ofendida yo? ¿De qué?

FEDERICO.

Muy necio fuera en decirlo,
Si ya vos no lo sabeis.

FLÉRIDA.

Aquesto no es no saberlo.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLÉRIDA.

No quererlo saber.

FEDERICO.

Tanta fué mas mi ventura
Cuanta mas la piedad fué
De vuestro olvido, supuesto
Que solo en las quejas es
Liberal el que las guarda.

Digitized by Google

FLÉRIDA.

No entiendo el concepto bien.

LAURA.

Si me das licencia, creo
Que yo explicarle sabré.

FLÉRIDA.

Si doy. (*Ap. á ella.* De suerte le explica,
Que él entienda algo.)

LAURA.

Sí haré. (*Saca el pañuelo.*)
Yo (que ánimo es generoso)
Estoy persuadida, el que
Muriendo calle el dolor
De celos, pena ó desden.

FEDERICO.

(*Ap. Yo estoy muriendo de celos*,
Dijo, y la he de responder.)
(*Saca el pañuelo.*)
No lo dudo. La mayor
Tienes entendida bien,
Laura; la menor prosigue,
De que respuesta te dé.

LAURA.

Sí haré. (*Ap.* ¡Oh si fuese verdad
No tienes, *Laura*, *de qué!*)
Luego, si ánimo es callar,
Saldré del concepto bien.

FEDERICO.

Si tú sales, como dices,
Yo espero darte el laurel.

LAURA.

Sentado esto así, al contrario
Pruebo ahora, que avaro es,
Puesto que ánimo no tiene
Quien se queja; en que se ve,
Que solo quien quejas guarda,
Es liberal al reves.

FEDERICO.

Tuyo es el lauro, y yo, Laura,
Soy quien le rinde á tus piés.

LAURA.

Tuya es la alabanza, y yo
Seré la que te la dé.
(*Ap.* ¡Qué dicha! *Tuyo soy*, dijo.)

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Qué favor! *Tuya seré*,
Oí.

FABIO. (*Ap.*)

Maestros son ellos:
Bien se deben de entender.

FLÉRIDA.

De toda vuestra cuestion
Solo he llegado á saber
Que es liberal quien no gasta
Su sentimiento.

LOS DOS.

Así es.

FLÉRIDA.

Pues supuesto, Federico,
Que digo que no lo sé;
Que lo sé, sabiendo vos;
No temais venirme á ver,
Sino vedme á todas horas,
Asegurado de que
Ni yo tengo que sentir,
Ni vos teneis que temer.
Harto digo y harto callo.
Esto basta. — Laura, ven. (*Vase.*)

LAURA.

¡Federico!

FEDERICO.

¡Laura hermosa!

LAURA.

Lo dicho dicho. (*Vase.*)

FEDERICO.

Está bien.

ESCENA IX.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO.

Fabio, ¿qué será, que cuando
Hallar enojos pensé
En Flérida, hallo favores?

FABIO.

Mira lo que quiere ser
Hallar yo un pesar en tí
Cuando pensaba un placer,
Que es lo mismo; aunque si doy
Otra razon, ya lo sé.

FEDERICO.

Díla.

FABIO.

La Macarandona
Del sol y del rosicler,
Con que la diste.

FEDERICO.

Dejemos
Las burlas, y al punto ten
Dos caballos prevenidos.

FABIO.

Eso me parece bien.
Ya que celebrado has
En Macarandona, ve,
Celebra en Ágere.

FEDERICO.

Calla,
Y en la salida los ten
Del parque. (*Ap.* Flérida bella,
Perdóneme tu altivez,
Perdóname tú, señora,
Que á esto se expone mujer
Que se declara á quien sabe
Que quiere á otra dama bien.) (*Vase.*)

ESCENA X.

FABIO.

Hoy que tengo mas que hablar,
¿Ocasion he de tener
De hablar ménos? Esto no,
Que será piedad cruel
Dejar pudrir un secreto
Que á nadie sirva despues.
Que corrompida la vena,
Como dijo el cordobes,
Del secreto, hecha secreta,
Huele mal y no hace bien.
Tras Flérida quiero ir.
Pero ya no hay para qué,
Que ella vuelve.

ESCENA XI.

FLERIDA. — FABIO.

FLÉRIDA.

(*Ap.* Aunque me fio
De Laura, ya la dejé,
Por seguir á solas esta
Victoria de amor cruel.)
Mas ya no está Federico
Aquí.

FABIO.

¿Tú quieres saber
La causa por qué no está?

FLÉRIDA.

Sí. ¿Por qué es?

FABIO.

Porque se fué.

FLÉRIDA.

¿Adónde?

FABIO.

A Ágere presumo.

FLÉRIDA.

No te entiendo.

FABIO.

Yo hablaré
Claro en tu Macarandona,
Como me dés algo qué.

FLÉRIDA.

Ya no quiero saber nada,
Pues solo sirve el saber
De tener mas que sentir.

FABIO.

¿Cómo que no? ¿Pues de qué
Me habrá servido el estar
Mas de dos horas ó tres
De gato en espera?

FLÉRIDA.

Digo
Que me dejes.

FABIO.

No me dés
Albaja; escúchame solo
De balde.

FLÉRIDA.

No hay para qué.

FABIO.

Pues yo no he de reventar.
Adios; que yo buscaré
A quien decir que esta noche
Las afufa mi amo.

FLÉRIDA.

Ten
El paso. ¿Qué es eso?

FABIO.

Nada.

FLÉRIDA.

Espera, y dime lo que es.

FABIO.

No quiero.

FLÉRIDA.

Aqueste diamante
Toma, y dilo.

FABIO.

¿Para qué
Andamos haciendo puntas,
Si yo criado, y tú mujer,
Uno muere por hablar,
Y otro muere por saber?
Mi amo y su dama tratado
Tienen esta noche...

FLÉRIDA.

¿Qué?

FABIO.

Irse por novillos.

FLÉRIDA.

¿Cómo?

FABIO.

Andando, pero no á pié;
Que dos caballos me mandan
Que al puente del parque estén.

FLÉRIDA.

¿Al puente del parque?

FABIO.

Sí.

FLÉRIDA.

A pensar vuelvo otra vez,

Digitized by Google

Que es dama mia su dama.
¿No te lo dijo tambien?

FABIO.

Este huésped, que es el duque
De Mántua, es, señora, quien
Los ampara en sus estados. —
¡Gloria á Dios, que descansé!
Venga ahora lo que viniere;
Que primero soy yo que él. *(Vase.)*

FLÉRIDA.

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
¿Quién vió pena mas cruel?

ESCENA XII.

ARNESTO. — FLERIDA.

ARNESTO.

Ya en damas y caballeros
De tu parte convidé
La nobleza y la hermosura
Para mañana.

FLÉRIDA.

Está bien,
Y seais muy bien venido,
Arnesto; que he menester
Vuestra persona esta noche.

ARNESTO.

Siempre estoy á vuestros piés.
¿Qué me mandais?

FLÉRIDA.

Federico
Acaba ahora de tener
Un disgusto muy pesado.

ARNESTO.

¿Con quién?

FLÉRIDA.

No han dicho con quien;
Que solo lo que me han dicho,
Es que trance de amor fué,
Y que el ofendido ahora
Le llama por un papel,
En que dice que le espera
No sé dónde. Ya sabeis
Cuánto le estimo.

ARNESTO.

Y las causas
Con que le estimais, las sé.

FLÉRIDA.

Pues darme por entendida
Del disgusto, fuera hacer
Público el agravio.

ARNESTO.

Es cierto.
¿Qué mandais?

FLÉRIDA.

Que le busqueis,
Y sin decir que os envio
Yo, que dél no os aparteis
Esta noche, y donde quiera
Que vaya, vais vos con él.
Y si por dicha su brio
Lo excusare, le prended,
Llevando para este efecto
Los que fueren menester;
De suerte que hasta mañana
Seguro esta noche esté.

ARNESTO.

Digo que luego al instante,
Señora, le buscaré,
Y no le dejaré un punto. *(Vase.)*

FLÉRIDA.

Hoy, ingrato, has de saber
Dónde los extremos llegan
De una celosa mujer. *(Vase.)*

—

Sala en casa de Federico.

ESCENA XIII.

ENRIQUE, FEDERICO, *y* UN CRIADO, *con luces, que luego se va.*

FEDERICO.

¿Habeis ya escrito?

ENRIQUE.

Estas son
Las cartas, y en ellas fio
Que halleis en el favor mio
Igual la satisfaccion
Que á vuestros favores debo.

FEDERICO.

Sois príncipe soberano,
Y á fiar de vos, no en vano
Vida, ser y honor me atrevo.
Quedad con Dios, que mas quiero,
Pues la noche llegué á ver,
Esperar, que no perder
La ocasion.

ENRIQUE.

Bien decis. Pero
En parte me habeis de dar
Licencia de acompañaros,
Hasta que llegue á dejaros
Solo fuera del lugar.

FEDERICO.

Perdonadme; que ir, por Dios,
Acompañado no puedo;
Que aun tengo á mi sombra miedo.
Y pues recato de vos
Mi amor, creed, que si de mí
Hoy recatarle pudiera,
Aun de mí mismo lo hiciera.

ENRIQUE.

Pues ¿habeis de ir solo?

FEDERICO.

Sí.
Adios.

ENRIQUE.

Id con Dios, que no
A entenderos hoy acierta
Mi voluntad. *(Llaman.)*

FEDERICO.

A la puerta
¿No llaman?

ENRIQUE.

Sí.

FEDERICO.

¿Quién es?

ESCENA XIV.

ARNESTO. — ENRIQUE, FEDERICO.

ARNESTO.

Yo.

FEDERICO.

¿Pues á estas horas, señor,
Vos fuera de casa?

ARNESTO.

Sí,
Que buscándoos vengo.

FEDERICO.

¿A mí?
Pues ¿qué mandais? (*Ap.* ¡Qué temor!)

ARNESTO.

Dijéronme que venido
Habiais á casa no bueno,
Y yo, de cuidado lleno,
(Que ya sabeis cuánto he sido
Siempre vuestro servidor)
No me quise recoger
Sin veros, y sin saber
Cómo estáis.

FEDERICO.

Guárdeos, señor,
El cielo por el cuidado;
Pero la palabra os doy,
Que nunca mejor que hoy
Me he sentido. Haos engañado
Quien dijo que yo tenia
Indisposicion alguna.

ARNESTO.

Yo agradezco á mi fortuna
Esta diligencia mia,
Por llevar tal desengaño.
¿Qué haciais? qué se trataba?

FEDERICO.

Con Enrique haciendo estaba
Al tiempo aquel dulce engaño
De pasarle, divertido
En buena conversacion.

ARNESTO.

Los cuerdos amigos son
El libro mas entendido
De la vida, sí, porqué
Deleitan aprovechando.

FEDERICO. (*Ap.*)

Despacio lo va tomando.

ENRIQUE.

(*Ap.* La plática atajaré
Yéndome yo, porque así
Haya ménos de que hablar.)
Licencia me habeis de dar.

ARNESTO.

Por venir yo ¿os vais?

ENRIQUE.

No y sí.
No, porque ya yo queria
Irme ántes de ahora, por Dios;
Y sí, porque estando vos,
No falta mi compañía.

ARNESTO.

Id con Dios. *(Vase Enrique.)*

ESCENA XV.

FEDERICO, ARNESTO.

FEDERICO.

Ya hemos quedado
Solos. ¿Teneis que mandarme?
¿Qué mirais?

ARNESTO.

Donde sentarme,
Porque vengo muy cansado.
Sentáos, sentáos. *(Siéntanse.)*

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Bien conviene,
Cielos, en mis penas hoy
La priesa con que yo estoy,
A la flema con que él viene!

ARNESTO.

¿En qué soleis divertiros
Estas noches?

FEDERICO.

(*Ap.* En morir.)
A palacio suelo ir, *(Levantándose.*
Y ahora lo haré por serviros.
Vámos, que dejaros quiero
En vuestro cuarto.

ARNESTO.

Despues,
Que ahora temprano es. *(Siéntanse.)*

Digitized by Google

FEDERICO.

¿Temprano es ahora? (*Ap.* ¡Hoy muero!)
¡Ay Laura! bien mi cuidado
Dice, que perderte tema.)

ARNESTO.

¿Jugais cientos?

FEDERICO.

(*Ap.* ¡Linda flema
Para un buen desesperado.)
No, señor.

ARNESTO.

Porque dispuesto
A salir de casa hoy,
Ya que fuera della estoy,
No quiero volver tan presto.

FEDERICO.

(*Ap* ¿Presto le parece ahora?)
Yo lo hacia por volver;
Que me ha mandado hoy hacer
La Duquesa, mi señora,
Un despacho, á que asistir
Toda aquesta noche habré.
(*Vase á levantar, y detiénele Arnesto.*)

ARNESTO.

Venga, yo os ayudaré;
Que yo tambien sé escribir.

FEDERICO.

¿En eso habia de ocuparos?

ARNESTO.

¿Por qué no, si dello gusto?

FEDERICO.

Fuera de que fuera injusto,
Cuando vos me honrais, cansaros.
La causa porque queria
Dejaros en casa, era
Que á un amigo ver quisiera.

ARNESTO.

Yo iré en vuestra compañía.
¿Qué visita puede haber
En que yo os pueda estorbar?
Y si importare esperar,
Lo haré hasta el amanecer.
Y si es por dicha de amor
La visita, bien sabré
La calle guardar: sí, á fe.

FEDERICO.

Créolo de vuestro valor. (*Levántanse.*)
Mas solo he de ir. Guárdeos Dios.

ARNESTO.

Acabaos de persuadir
A que vos no habeis de ir,
O tengo yo de ir con vos.

FEDERICO.

¿Pues qué, señor, os obliga?

ARNESTO.

¿Por qué no lo preguntais
Al cuidado con que estais?

FEDERICO.

No sé (¡ay de mí!) lo que os diga,
Que yo no tengo cuidado.

ARNESTO.

Yo sé bien el que teneis,
Y ir adonde vais no habeis
Si no es de mí acompañado.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Quién se vió en lance mas raro?

ARNESTO.

Confuso estais.

FEDERICO.

Así es,
Y mas que confuso.

ARNESTO.

Pues,
Federico, hablemos claro.
Yo sé que álguien os espera,
Llamado por un papel.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Quién vió pena mas cruel?
¿Quién vió confusion mas fiera?

ARNESTO.

A mi fama y á mi honor
(Habiéndolo yo sabido)
Importa, puesto que he sido
De Parma gobernador,
Estorbarlo. Ved con esto
Cómo os puedo yo dejar,
Declarado, ir á agraviar
Mi honor y fama, supuesto
Que si ya dejaros quiero,
Ofendo una y otra vez,
O la dignidad de juez,
O la ley de caballero.
Y uno y otro, vive Dios,
Me obliga (otra vez lo digo)
O que aquí os tenga conmigo,
O que allá vaya con vos;
Porque llegando á alcanzar
El agravio que hecho habeis,
¿Cómo que os deje quereis?

FEDERICO.

(*Ap.* ¿Qué mas se ha de declarar?)
Bien os confieso, señor,
Las razones que teneis;
Mas seguro estar podéis,
Que vuestra fama y honor
No se desluzcan por mí.

ARNESTO.

¿Cómo puede ser que no?

FEDERICO.

¿Daisme licencia que yo
Tambien hable claro?

ARNESTO.

Sí.

FEDERICO.

¿Sabeis que sóy caballero?

ARNESTO.

Sé que vuestra gran nobleza
Es sol, es lustre, es limpieza.

FEDERICO.

En esto fiado espero
Que hagais que quien me escribió,
La mano tambien me dé.

ARNESTO.

Eso, Federico, haré
De muy buena gana yo.
Al punto os dará la mano...

FEDERICO.

Mil veces beso tus piés.

ARNESTO.

En diciéndome quién es
El competidor...

FEDERICO. (*Ap.*

En vano
Mi dicha creí.

ARNESTO.

Porque yo
Le busque donde os espera.

FEDERICO.

¿Luego vos desa manera
No supisteis quién es?

ARNESTO.

No.
Solo sé que habeis reñido,
Y que os han desafiado.

FEDERICO.

¿No estais de mas informado?

ARNESTO.

No.

FEDERICO.

Pues ya...

ARNESTO.

¿Qué?

FEDERICO.

Nada os pido;
Que tambien ser yo el primero
Que aquí su nombre dijera,
No sabiendo vos quién era,
No fuera ser caballero,
Y sin vos sabré yo ir
A cumplir mi obligacion.

ARNESTO.

¿Y no sabrá mi opinion
La suya tambien cumplir?

FEDERICO.

Sí sabrá; mas quien me espera
Mi ausencia no ha de culpar.

ARNESTO.

Eso sabré yo estorbar.

FEDERICO.

¿Cómo?

ARNESTO.

De aquesta manera. —
¡Hola!

ESCENA XVI.

GUARDAS. — DICHOS.

GUARDAS.

Señor.

ARNESTO.

Esas puertas
Todos al punto tomad. —
Daos á prision, ó mirad (*A Federico.*)
En qué os empeñais.

FEDERICO.

(*Ap.* ¡Qué ciertas
Fuéron siempre mis desdichas!)
Con ménos guardas estoy
Seguro yo. (*Ap.* ¡Cielos, hoy
Han espirado mis dichas!)

ARNESTO.

Yo lo creo desa suerte;
Pero me importa impedir
El que no intenteis salir,
Porque os han de dar la muerte.
(*Vanse todos, y quédase solo Federico.*)

ESCENA XVII.

FEDERICO.

¡Qué poco ¡ay de mí! ella fuera
La que á mí me reportara,
Si otro riesgo no mirara,
Si otro daño no temiera;
Porque es ¡cielos! el hacer
En ofensa de mi amor
Otro escándalo mayor.
Pero dejar de ir á ver
Lo que allá á Laura le pasa,
¿Cómo lo podré sufrir?
Ya sé por donde salir
Desde esta casa á otra casa.
Laura, espera, y no dilate
Verse mi amor con tal prenda,
Aunque tu padre me prenda,
Y aunque Flérida me mate. (*Vase.*)

Digitized by Google

—

Jardin: á un lado pared con ventana, postigos y reja.

ESCENA XVIII.

LAURA.

Funesta sombra fria,
Cuna y sepulcro de la luz del dia,
Si amorosos delitos
En tu negro papel, tienen, escritos
Tantas hoy líneas bellas,
Cuantas contiene tu zafir estrellas,
No extrañes este ahora,
Sino escríbele, ántes que la aurora
A borrártele venga,
Porque lugar en tus anales tenga
Un ciego amor que en tantos desconsue-
Pisando va la sombra de sus celos. [los
Tirano el padre mio,
Esclavo hacer pretende mi albedrío;
Lisardo enamorado
Avasallar desea mi cuidado;
Y Flérida violenta
Tiranizar mi voluntad intenta.
¿Mas por qué, honor, me culpas,
Si te doy á un delito tres disculpas?
Mucho (¡ay de mí!) ya Federico tarda.
¡Cuánto aflige el discurso del que aguar-
¿Qué le habrá sucedido? [da!
¡Qué presto, penas, presumis que ha
El haberse mudado, [sido
Porque Flérida se haya declarado!
¿No era mejor decirme
Que no era culpa de un amor tan firme,
Sino que otro accidente,
Venir donde le aguardo, no consiente?
Mas no es tan fácil, en sospechas tales,
A los bienes creer como á los males.
¿Por qué, pregunto yo, nació el disgusto
Mas honrado que el gusto?
No porque alguna vez amor le afrente,
Se ha de pensar que siempre el gusto
[miente,
Y que el disgusto siempre verdad diga.
El lo hace; yo no sé lo que le obliga.

ESCENA XIX.

FLERIDA.—LAURA.

FLÉRIDA.

(*Para sí.* Dijo Fabio que en el puente
Del parque esperar le manda
Federico: con que es fuerza
Que repetidas mis ansias
Vuelvan á pensar que ha sido
Su amor en palacio. Laura
Tan presto se recogió,
Que no he podido encargarla
Que al jardin baje; y así,
Por no fiarme de otra en tanta
Pena, echando á mis tristezas
Deste delirio la causa,
No me he recogido, y sola
Bajo al jardin, porque hagan
A un tiempo mis sentimientos
Dos diligencias tan raras,
Como lo que aquí ejecutan,
Y lo que allá á Arnesto encargan.
Y si la trémula luz
De las estrellas, que anda
Entre bosquejos azules
Brujuleando nubes pardas
No me miente, un bulto veo.
Ya he cumplido mi esperanza.) —
¿Quién es?

LAURA.

(*Ap.* ¡Flérida! ¡Ay de mí!
Pero el ingenio me valga.)
Quien aquí esperando está,
Porque Flérida lo manda,
Para conocer quién es
Quien, de la noche amparada,
Tantos respetos ofende,
Tantos pundonores...

FLÉRIDA.

Laura,
No dés voces.

LAURA.

¿Quién es?

FLÉRIDA.

Yo.

LAURA.

¿Tú, señora, al jardin bajas
A estas horas sola?

FLÉRIDA.

Sí,
Que como hoy...

LAURA. (*Ap.*)

¡Estoy turbada!

FLÉRIDA.

No te dije que vinieras,
Quise...

LAURA.

Mi cuidado agravias.
¿He menester yo, señora,
Lo que una vez se me encarga,
Escucharlo cada dia?
Fuera de que ha habido causa,
Que me ha obligado á venir,
Demas de tu confianza.

FLÉRIDA.

Pues ¿qué ha habido?

LAURA.

Estando ahora...
(*Ap.* ¡Oh amor, hoy veré si sacas
De la culpa la disculpa!)
Estando en esas ventanas,
Que caen sobre el parque, oí
Que unos caballos pasaban;
Y como vi novedad
Afuera, quise apurarla
Reconociendo el jardin.

FLÉRIDA.

Las señas que das son tantas,
Y tan unas con las señas
Que yo tengo, que doy gracias
A tu cuidado. Di ahora,
¿Qué has visto en el jardin?

LAURA.

Nada,
Pues no ha habido hasta ahora seña
De lo que mi afecto aguarda.
Pero bien te puedes ir;
Que estando yo, no harás falta.

FLÉRIDA.

Es así. Quédate pues.

LAURA.

Sí haré. (*Llaman á la ventana.*)

FLÉRIDA.

Mas oye, ¿no llaman?

LAURA.

El viento engaña mil veces. (*Llaman.*)

FLÉRIDA.

Pues ahora el viento no engaña.
Abre y responde.

LAURA.

¿Yo?

FLÉRIDA.

Sí.
Llegaré yo á tus espaldas:
Verémos quién es, y á quién
Busca, si llega á nombrarla.

LAURA.

Mi voz es muy conocida.

FLÉRIDA.

¿Hay mas que disimularla?
Llega, digo.

LAURA. (*Ap.*)

¿Habrá precepto
Mas riguroso? ¡Que haga
Yo el verdadero y fingido
Papel hoy de aquesta farsa
De noche, donde aun la seña
De la cifra no me valga!

FLÉRIDA.

¿Qué temes? (*Llaman.*)

LAURA.

Que me conozcan
En oyéndome.

FLÉRIDA.

¡Qué extraña
Estás! Llega ya.

LAURA.

¿Quién es?
(*Abre los postigos de la ventana.*)

ESCENA XX.

FEDERICO, *á la reja.*—DICHAS.

FEDERICO.

Quien muerto, divina Laura...

LAURA. (*A Flérida.*)

¿No lo dije yo, que habian
De conocerme en el habla?
Mira si salió verdad
A la primera palabra.

FLÉRIDA.

Así es, y aun yo tambien pienso
Que te he conocido, Laura.

LAURA.

Caballero, pues sabeis
Quién soy, tambien, cosa es clara,
Sabréis que no soy á quien
Buscan vuestras esperanzas.
Id con Dios, y agradeced
Que no toma mas venganza
Hoy mi decoro ofendido,
Que daros con la ventana. (*Cierra.*)

FEDERICO. (*Dentro.*)

Laura, señora, mi bien,
No fué culpa la tardanza.
Escucha, y mátame luego,
O harás que á matarme vaya.

LAURA.

¡Que hayas querido que aquí
Me hayan conocido!

FLÉRIDA.

Calla.

LAURA.

Si mi padre ó si Lisardo
Supiesen que en esto andaba...

FLÉRIDA.

No dés voces, no dés voces.

LAURA. (*Ap.*)

¿Quién vió pena mas extraña?

FEDERICO.

Óyeme, y mátame luego,
Vuelve á abrir, hermosa Laura.
(*Abre Flérida.*)

FLÉRIDA.

¿Qué quieres decirme?

FEDERICO.

Que
Esa fiera, esa tirana

Digitized by Google

De Flérida me ha enviado
A tu padre, porque haga
Diversion á mis deseos;
Y prendiéndome en mi casa,
Me ha estorbado, dueño mio,
Venir á esta hora. ¿Qué aguardas?
En el parque los caballos
Esperan. Ya tengo cartas
Del Dûque, que me aseguran
El vivir contigo en Mántua.
Ven conmigo; qué aunque ya
Se va declarando el alba,
No importa, como una vez
Contigo al camino salga.

LAURA. (*Ap.*)

Si mas que decir tuviera,
Mas dijera. ¡Estoy sin alma!

FLÉRIDA.

Federico, tarde es ya
Para que hoy contigo vaya.
Mejor es que á la prision
Te vuelvas hoy, y mañana
Se disponga de otra suerte.

FEDERICO.

Tuya es la vida y el alma,
Y yo te obedeceré.
Pero ¿quedas enojada?

FLÉRIDA.

Con mi estrella, no contigo.
Adios. (*Cierra.*)

FEDERICO. (*Dentro.*)

Adios.

ESCENA XXI.

FLERIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

¡Pues bien, Laura!...

LAURA.

Señora...

FLÉRIDA.

Nada me digas,
Pues yo no te digo nada.
(*Ap.* Muriéndome voy de celos.)

LAURA.

Advierte...

FLÉRIDA.

Adelante pasa;
Que no has de quedarte aquí.

LAURA. (*Ap.*)

Mucho temo su venganza.

FLÉRIDA.

(*Ap.* Mostraré al mundo que soy
Quien soy.) Vamos, vamos, Laura.

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay infeliz! Hoy murieron
De una vez mis esperanzas.

FLÉRIDA.

¿Mas quién del jardin ha abierto
Ahora la puerta falsa?

LAURA.

Si la luz, que ya se muestra
Temerosamente clara,
Deja ver, mi padre ha sido.

FLÉRIDA.

El es. A esta parte aguarda;
Sabrémos con qué intencion
La puerta á estas horas abra
Del jardin.

LAURA. (*Ap.*)

¡Valedme, cielos!
No pierda honor, vida y fama.
(*Retíranse.*)

ESCENA XXII.

ARNESTO, FABIO, GUARDAS.—FLERIDA, LAURA.

ARNESTO.

Tú, Fabio, me has de decir
A qué propósito estabas
En el parque con aquellos
Caballos.

FABIO.

Señor, repara
En que yo en mi vida estuve
A propósito de nada.
Porque soy hombre muy fuera
De propósito.

ARNESTO.

¿Qué causa
Te llevó allí?

FABIO.

Yo, señor,
Tengo de sentarme gana
A la mesa con mi amo,
Y así hago lo que me manda.

ARNESTO.

¿Con quién Federico, dime,
Ayer riñó?

FABIO.

Con su dama
Debió de ser, pues no vió
La hora de echarla de casa.

ARNESTO.

Yo te haré que la verdad
Digas de todo. No hayas
Miedo que te escapes.

FABIO.

Eso
Dijo un dotor yendo á caza;
Que viniendo uno á decirle:
«Allí está una liebre echada
En su cama, déme uced
Su arcabuz para tirarla,
Primero que se levante»;
Le respondió en voces altas:
«Que se levante no tema,
Porque estando ella en la cama,
Y siendo yo quien va á verla,
¿Qué va que no se levanta?»

ARNESTO.

Mucho me huelgo que estéis
Ahora, Fabio, de gracias.

FABIO.

Son naturales.

ARNESTO.

¡Señora!
¿Aquí estáis?

FLÉRIDA.

Mi pena rara
Me sacó al jardin. ¿Qué es esto?

ARNESTO.

Yendo á hacer lo que me mandas,
Prendí á Federico anoche,
Porque no bastaron trazas
Ningunas á detenerle;
Y dejándole con guardas
En su casa, porque él
No saliese de su casa...

FLÉRIDA.

¡Y cierto que le guardaron
Muy bien!

ARNESTO.

Corrí la campaña,
Por ver si hallaba en el campo
Al hombre que le esperaba;
Y solo junto á la puente
Fabio su criado estaba
Con dos caballos. Queriendo
Que no corriese la fama
De su prision, en mi cuarto,
Por aquesa puerta falsa,
De quien llave maestra tengo,
Quise encerrarle.

FABIO.

¿En qué agravia
A nadie tener caballos
Un hombre?

ARNESTO.

Mira qué mandas
Hacer dél y del criado.

FLÉRIDA.

Que aquí á Federico traigas
(Pues solo mi intencion fué
Excusar una desgracia,
Y ya, poco mas ó ménos,
Sé del disgusto la causa),
Y que sueltes al criado.

FABIO.

Beso mil veces tus plantas.

ARNESTO.

Al instante con él vuelvo.
(*Vase con los guardas.*)

LAURA.

Señora, mira qué trazas.
Duélete de mi opinion.

FLÉRIDA.

Déjame, Laura.

ESCENA XXIII.

ENRIQUE.—FLERIDA, LAURA, FABIO.

ENRIQUE.

Si alcanzan
Por forastero mis dichas
Algun lugar en tu gracia,
Que dés libertad te pido
Hoy á Federico.

FLÉRIDA.

Nada
Me pedis en eso, puesto
Que él tiene libertad tanta.
Mas decidme vos, Enrique,
¿Habeis hoy tenido carta
Del Duque?

ENRIQUE.

¿Yo? No, señora.

FLÉRIDA.

Pues yo sí.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Ficcion extraña!

FLÉRIDA.

Y en ella me escribe el Duque,
Como tiene ya acabadas
Vuestras cosas y compuestas;
Y así desde aquí á mañana
De Parma salid, pues no
Teneis ya que hacer en Parma.

ENRIQUE.

Aunque del Duque, señora,
Dije que no tuve carta,
La tuve de un grande amigo,
En que me dice, no vaya
Tan presto, porque aun no están
Cumplidas mis esperanzas.

FLÉRIDA.

Eso os dice vuestro amigo,
Y esto os digo yo. Mañana
Salid de aquí, pues aquí
Nada haceis, y allá haceis falta.

Digitized by Google

ENRIQUE. (*Ap.*)

Con bien cuerdo estilo ¡ay cielos!
Me ausenta y me desengaña
Flérida.

ESCENA XXIII.

LISARDO.— Dichos.

LISARDO.

Dame tu mano,
Y permite, ó soberana
Deidad desta verde esfera,
Que bese la suya á Laura
En albricias de mis dichas;
Pues ahora en estas cartas
Tuve la dispensacion
Que há tantos siglos que aguarda
Mi deseo.

FLÉRIDA.

Á muy buen tiempo
Ha venido...

LAURA. (*Ap.*)

¡Pena extraña!

FLÉRIDA.

Que hoy ha de ser...

ESCENA XXIV.

ARNESTO, FEDERICO. — Dichos.

ARNESTO.

Federico
Está aquí.

FEDERICO.

¿Qué es lo que manda
Vuestra Alteza?

FLÉRIDA.

Que le deis
La mano de esposo á Laura;
Que yo valgo mas que yo...
Y note el mundo esta causa.

ARNESTO Y LISARDO.

¿Qué dices?

FLÉRIDA.

Que soy quien soy.

ARNESTO.

Pues, señora, ¿no reparas
Que ofendes mi honor?

LISARDO.

¿No miras
Que mis finezas agravias?

FLÉRIDA.

Esto, Lisardo, esto, Arnesto,
Importa á los dos.

ARNESTO.

Ya halla
Nuevas razones mi honor,
En sola aquesa palabra,
Para que no lo consienta;
Que no ha de decir la fama
Que por oculta razon
Diste á Federico á Laura.

FEDERICO.

Que sea pública ú oculta,
¿Qué pierdes conmigo?

ARNESTO.

Nada;
Mas basta ser sin mi gusto.

FEDERICO.

Para sentirlo sí basta,
Pero no para ofenderte:
Fuera de que la palabra
De darme á Laura me has dado.

ARNESTO.

¿Yo á ti?

FEDERICO.

Sí.

ARNESTO.

¿Dónde?

FEDERICO.

En mi casa
Anoche, cuando dijiste
Que harias que quien me esperaba,
Llamado por un papel,
Me diese la mano. Laura
Fué quien me llamó; y así
Para contigo esto basta.

LISARDO.

Sí; mas no para conmigo,
Que sabré en esta demanda
Perder la vida.

FLÉRIDA.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

Y yo sabré sustentarla.

ARNESTO.

Lisardo, á tu lado estoy.

ENRIQUE. (*A Federico.*)

Y yo al tuyo.

FLÉRIDA.

(*Ap.* ¡Pena extraña!
Mas si el amor supo hacerla,
Sepa el honor remediarla.)
Si el ser esto gusto mio
Y el mandarlo yo no basta,
Baste saber que á su lado
Se pone el duque de Mantua.

ARNESTO.

¿Quién?

ENRIQUE.

Yo, que á Flérida bella
Sirviendo estoy en su casa,
Y tengo de defender
A Federico y á Laura.

FLÉRIDA.

Y yo tambien, porque vea
El mundo que mi templanza
Es mayor que mi pasion.

ARNESTO.

Si los defienden y guardan
Los dos, Lisardo, no queda
A mi honor otra esperanza
Que ampararlos yo tambien.

LISARDO.

Aunque es la pérdida tanta,
Igual á ella es el consuelo,
Viendo que á voces declara
Sus favores Federico.

ENRIQUE.

Y yo, rendido á tus plantas,
Te suplico, mis finezas
Logren sus desconfianzas.

FLÉRIDA.

Esta es mi mano; que quiero
Ya, de lo que fuí, olvidada,
Acordarme lo que soy.

LAURA.

Cumplió el cielo mi esperanza.

FEDERICO.

Cumplió mi ventura el cielo.

FABIO.

¡Oh cuántas veces, oh cuántas
La dama de Federico,
Quise decir que era Laura!
Pero ya *el Secreto á voces*
Lo ha dicho. De nuestras faltas
Dad el perdon, que pedimos
Humildes á vuestras plantas.

Digitized by Google

Digitized by Google

ARGENIS Y POLIARCO.

PERSONAS.

MELEANDRO, *rey de Sicilia.*
ARGENIS, *su hija.*
TIMOCLEA, *dama.*
SELENISA, *dama.*
HIANISBE, *reina del Africa.*
Dos DAMAS *suyas.*

POLIARCO.
ARCOMBROTO.
ARSIDAS.
ERISTENES.
LIDORO.
TIMONIDES.

GELANOR, *criado de Poliarco.*
MARINEROS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.
MÚSICOS.

La escena es en Sicilia y en Africa.

JORNADA PRIMERA.

Marina.

ESCENA PRIMERA.

ARCOMBROTO, MARINEROS.

UN MARINERO. (*Dentro.*)

Dé el esquife á la playa,
Y en él á tierra el africano vaya.

ARCOMBROTO. (*Dentro.*)

Dejadme en ella solo;
Que en esta selva, consagrada á Apolo,
Quiero quedarme, libre del ultraje
Del viento.

MARINEROS. (*Dentro.*)

En paz te queda.

ARCOMBROTO.

¡Buen viaje. (*Sale.*)
Salude el peregrino,
Que en salado cristal abrió camino,
La tierra donde llega,
Cuando mísero náufrago se niega
Del mar á la inclemencia procelosa.
¡Salve, y salve otra vez, madre piadosa!
En rendidos despojos
Los labios te apelliden y los ojos.
Y tú, Sicilia bella,
A quien corona la mayor estrella
Por cabeza del mundo,
Fénix de las ciudades sin segundo,
Sin segundo y primero,
¡Salve tambien! y admite á un forastero,
A quien tu nombre llama
A conseguir honor, á ganar fama
En el trinacrio suelo.
Un africano soy...

ESCENA II.

TIMOCLEA.—ARCOMBROTO.

TIMOCLEA. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

ARCOMBROTO.

¿Qué voz tan triste ha sido,
La que lengua y accion ha suspendido
Con ecos lastimosos?

TIMOCLEA. (*Dentro.*)

¡Dadme vuestro favor, cielos piadosos!

ARCOMBROTO.

Una mujer huyendo
Sale del monte: socorrer pretendo
Su violenta fatiga;
Que una mujer, con ser mujer, obliga
Al hombre mas cobarde.
Tarde la sirvo, y la socorro tarde,
Si alas no calzo.

(*Sale Timoclea.*)

TIMOCLEA.

Ampara, ó caballero,
(Que el traje te acredita, aunque extranjero)
Ampara generoso
El pecho mas bizarro y mas brioso
Del mundo, cuya vida
Yace de tres contrarios combatida,
De tres prodigios fieros,
Partos destas montañas, bandoleros,
Que por tirana suerte
Su vida compran con la ajena muerte.
Vuelve los ojos á esa parte, y mira
Cómo el gallardo jóven los retira,
Y la victoria de los tres pretende:
¡Con tal maña los lidia y se defiende!

ARCOMBROTO.

Hermosa dama, sea
La respuesta servirte, porque vea
Sicilia mi valor, el primer dia
Que á ella me consagró la estrella mia.
(*Vase.*)

TIMOCLEA.

Valiente el forastero
Rayos esgrime en el templado acero.
Ya la sangre del uno el campo baña,
Y los dos desamparan la campaña,
Huyendo infamemente.

ESCENA III.

ERISTENES Y LIDORO, *y luego* POLIARCO Y ARCOMBROTO.—TIMOCLEA.

LIDORO. (*Dentro.*)

Huye, Eristenes, ya que en tan valiente
Accion los dos tan infelices fuimos.

ERISTENES. (*Dentro.*)

Vivo quedó: grande ocasion perdimos.

(*Salen con las espadas desnudas, y pasan huyendo; tras ellos salen Poliarco y Arcombroto.*)

POLIARCO.

Esperad, no los sigais:
Dejadlos pues van huyendo;
Porque de tanto valor
Es poca victoria el miedo;
Y dadme lugar en que,
Agradecido al esfuerzo
De vuestra valiente mano,
Saber merezca á quién debo
La vida: y en esta parte
Perdonad no conoceros,
Cuando pudiera informarme
De la fama.

ARCOMBROTO.

No os merezco
Tan grandes favores, cuando
Mas que os obligo, os ofendo.
Agravio fué, no lisonja,
El llegar á socorreros;
Y así esperaba de vos
Quejas, no agradecimientos,
Por haber entrado á parte
En ese triunfo pequeño,
Sobrando vuestro valor
A mayores vencimientos.
De que no me conozcais
No me admiro: soy tan nuevo
En esta tierra, que hoy
Pisé el siciliano suelo.
El patron de aquella nave
Que á vista pasó, á mis ruegos
Me arrojó en aquesta playa.
Lo que de mí decir puedo
Es, que soy un africano
Que á ganar opinion vengo,
Llamado de mi valor,
Cuyas voces, cuyo aliento
El corazon me arrebatan,
Que ya no cabe en el pecho.
Las guerras que hoy á Sicilia
En tanto peligro han puesto
(Que allá lo dijo la fama),
Deseoso me trajeron
De ver si en la ajena patria
Soy mas dichoso; que el cielo
A ninguno favorece
En la propia. Llegué á tiempo
Que esta dama me avisó
De vuestro peligro; y puesto
A vuestro lado, os serví,
Compañero en vuestros riesgos.
Es Arcombroto mi nombre.
Esto sé de mí; y si puedo
Saber de vos el estado
De las cosas deste reino,
Y quién sois, será favor
Digno de un heróico pecho,
A cuyo servicio ya
La vida y el alma ofrezco.

TIMOCLEA.

Para urbana ceremonia
De amistad y cumplimientos,
Rústico palacio es
La soledad de un desierto:
En él, detras de esos montes,
Una hermosa quinta tengo,
Donde podeis albergaros,
Aunque es alcázar pequeño
A huéspedes tan ilustres.
Y pues ya el dorado Febo
En ondas de plata y nieve
Baña los rubios cabellos,
Dando licencia á la noche
Que baje entre oscuros velos,

Digitized by Google

Infundiendo á los mortales
Miedo, espanto, horror y sueño;
Y pues es fuerza admitirlos,
Por ser de mujer, mis ruegos;
No espero mejor respuesta
Que deciros que os espero. (*Vase.*)

ESCENA IV.

GELANOR, *en cuerpo*.—POLIARCO, ARCOMBROTO.

GELANOR. (*A Poliarco.*)

¡Gracias á Dios que te hallé!
¿Dónde están los bandoleros?
Vamos á priesa á buscarlos;
Que ya con cólera vengo,
Que entónces no la tenia,
Y solamente por eso
Les dejé que me llevaran
Espada, capa y sombrero.
No teneis que prevenir
Armas, porque ya yo llevo
Esta pistola, que entónces
Se me quedó en los gregüescos,
Con que podemos matarlos.

POLIARCO.

Pues ¿por qué, di, á mejor tiempo
No la sacaste, y con ella
Defendiste todo aquello
Que te llevaron?

GELANOR.

Porqué
Este es, señor, un secreto
Notable.

POLIARCO.

¿Mejor no fuera?

GELANOR.

Sí fuera; pero no puedo
Decirlo, porque el guardarla
Entónces tuvo misterio.

POLIARCO.

¿Y qué fué?

GELANOR.

Pues que ya es fuerza
Decirlo, escúchame atento.
Como vi que me quitaban
Cuanto llevaba, prevengo
El no sacar la pistola
Entónces...

POLIARCO.

Pues ¿por qué efecto?

GELANOR.

Porque no me la llevaran
Tambien. ¡Mira si soy necio!

POLIARCO.

Eres cobarde?

GELANOR.

Es verdad.

ARCOMBROTO.

Ya pues que los dos nos vemos
A vista de ese palacio,
Que hospedaje ha de ser nuestro,
Por el camino podeis
Ir, señor, satisfaciendo
A las deudas en que os puse
Cuando os conté mi suceso.

POLIARCO.

De las cosas de Sicilia
Muy poco informaros puedo,
Porque tambien, como vos,
Soy, Arcombroto, extranjero;
Pero en efecto la curia
De la corte, en poco tiempo
Que la asistí, me habrá dado
Mas noticia. Estadme atento.
Yo, generoso africano,
Soy un frances caballero,
A quien destierran y arrojan
De su patria los sucesos
Del amor y la fortuna.
Mirad, si cualquiera destos
Dos contrarios ha postrado,
Ha sujetado y deshecho
Tantos triunfos, majestades,
Coronas, timbres é imperios,
Que en los teatros del mundo
Fuéron fábulas del tiempo,
¿Cómo pudo resistirse,
Acometido mi pecho
De dos violencias, dos golpes,
Dos venganzas? Aunque pienso
Que el haberme acometido
Los dos, en mi vida han puesto
Mas seguras confianzas;
Pues á dos muertes sujeto,
Muero, pensando que vivo,
Vivo, pensando que muero.
Vine á Sicilia, no sé
Si con el designio vuestro;
Pero sé que he conseguido
Sus causas y sus efectos,
Pues he mostrado en las lides
Que se han ofrecido, y hecho
Hazañas, que ellas pudieran
Haberme dado... Mas dejo
Al silencio mi alabanza,
Si la merece el silencio,
Y paso, ya que os he dado
Noticia de mí, á sucesos
De Sicilia, y esto baste,
Que aun no pensé decir esto.
Meleandro, de Sicilia
Rey único, á quien el cielo,
Mas que de ánimo gallardo
Dotó de su entendimiento,
Largo tiempo gobernó
Entre el ocio y el sosiego
De la paz, sin que á la guerra
Diese el militar gobierno,
Por ser de ánimo apacible,
Espíritu manso y quieto,
Y al fin, inclinado, mas
Que á la milicia, al consejo:
Cuyá condicion afable,
Cuyo semblante modesto
En los ánimos altivos,
En los alterados pechos
De traidores, engendró
Osados atrevimientos.
¡Oh á cuántos reyes, oh á cuántos
Les hizo mal el ser buenos!
Que el temor sobre el amor
Da estimacion y respeto.
Lidógenes pues, un hombre
Que fué en su gracia el primero,
Fué el primero en su desgracia;
Pues arrogante y soberbio,
Mezclando pompas de Marte
Entre regalos de Vénus,
Al sol se atrevió sin alas,
Trepando torres de viento.
Arroyo fué, que del mar
Salió humilde, y adquiriendo
Caudal y pompa, volvió,
No á darle tributo y feudo,
Sino á presentar batalla
Al mismo que fué su centro,
Y de quien él recibió
La majestad y el aumento.
Este pues desvanecido
Con los favores supremos
Del Rey, llegó á levantar
Tan altos los pensamientos,
Que enamorado de Argénis,
Hija suya... Mas ¡ay, cielo!
¿Cómo viviendo la nombro?
¿Cómo sin morir me acuerdo?
Argénis, Argénis digo,
En quien liberal el cielo
Logró, á pesar de la envidia,
Belleza y entendimiento.
En efecto, es un milagro,
Es un asombro en efecto
De la gran naturaleza,
En cuyos rasgos se vieron,
Con la discrecion del alma
Y la hermosura del cuerpo,
Admirados los pinceles
Del Artífice supremo.
Este pues desesperado
De conseguir tanto empleo,
Por la paz movió la guerra;
Y convocando los pueblos,
Cuya fe siempre dudosa
Quiere sacudir el peso
De la lealtad, aspiró
A la corona y al cetro.
La primera vez que dió
Escándalo tanto intento,
Fué una noche, que entregado
A las lisonjas del sueño
Meleandro, descansaba,
Por mas gusto ó mas sosiego,
En una quinta, á quien hizo
Cárcel voluntaria el cielo
De la belleza de Argénis,
Porque doctos agoreros,
Que al oriente de su vida
Juzgaron su nacimiento,
Dijeron que su hermosura
Sería asombro, espanto y miedo
Del mundo, siendo discordia
De príncipes extranjeros.
Y previniendo este daño
El Rey, advertido y cuerdo,
En aquella fortaleza
Que dije, con sabio intento
La dió guarda de mujeres;
Siendo inviolable precepto
Que ningun hombre llegase
A profanar el silencio
De sus muros. ¿Mas qué importa
Que el hombre vele, si es cierto
Que no bastan prevenciones
Contra fatales decretos?
Allí retirado estaba,
O logrando ó discurriendo
Los cuidados de la corte,
Cuando, en el mudo silencio
De la noche, de improviso
Todos asaltados fuéron.
Solo yo que le asistia,
Miéntras estaba durmiendo
(El cómo entré á lo vedado
Del jardin y en lo encubierto,
Vivir me importa el callarlo
Y no os importa el saberlo),
En fin, solo yo atrevido
Me concedí á tanto riesgo,
Me opuse á tanto valor,
Porque solo...

Voces dentro.

¡Al fuego, al fuego!

ARCOMBROTO.

¡Válgame el cielo! ¿qué voces
Robaron y deshicieron
De entre tu labio y mi oido
La admiracion y el acento?

POLIARCO.

Ya no solo lo que escucho,
Sino tambien lo que veo,
Me admira. ¿No ves el campo
Todo poblado de fuegos,
Cuya vista nos declara
Que no fué acaso su incendio,

Digitized by Google

Porque con órden se van
Unos á otros sucediendo?

Voces dentro.

¡Al fuego, al fuego!

ESCENA V.

TIMOCLEA, *alborotada.*—DICHOS.

TIMOCLEA.

¡Ay de mí!

POLIARCO.

Pues, Timoclea, ¿qué es esto?

TIMOCLEA.

¡Ay buéspedes! grande daño
Hay en Sicilia. De nuevo
Alguna grande traicion
Sin duda se ha descubierto.
Esas llamas, de quien veis
Todos los campos cubiertos,
Esas voces que escuchais,
Lenguas son, lenguas de fuego,
Que dicen nuestras desdichas.
Si no es en notables riesgos
De crímenes y delitos
Contra el Rey, nunca se vieron
Encendidas; porque así
Se avisa á todos los puertos,
Que ninguna nave pueda
Salir por entónces dellos.
Luego se nombra el traidor;
Y es tan grave, es tan severo
Este rigor, que ninguno
Puede ampararle, ó es cierto
Que, cómplice en su delito,
Muere con él.

POLIARCO.

¿Pues qué harémos
Para saberlo? Que ya
El corazon en el pecho
No cabe sobresaltado,
Y un grave temor, un hielo
Me cubre, y he de saber
La causa destos extremos.

TIMOCLEA.

No vayas tú, Poliarco,
Pues ya el daño descubierto,
En vano te sobresalta
El temor. Mejor acuerdo
Es que vaya Gelanor
A la ciudad, y sabiendo
El daño, vuelva á avisarnos.

GELANOR.

A mi pesar te obedezco.

POLIARCO.

Parte, Gelanor, y vuelve
A darme la vida presto;
Pues tú solamente sabes
La confusion en que quedo.

GELANOR.

El viento, si le comparas
Conmigo, es corto elemento;
El pensamiento es pesado;
Porque á todos los excedo
En la lijereza; en fin,
Compararme á nadie puedo,
Sino solamente...

POLIARCO.

¿A quién?

GELANOR.

A mí, cuando voy huyendo. *(Vase.)*

ESCENA VI.

TIMOCLEA, POLIARCO, ARCOMBROTO.

POLIARCO.

Yo en tanto, por divertir
Discursos y sentimientos,
Arcombroto, á la empezada
Historia de Argénis vuelvo.
A este alcázar de mujeres
(Aquí acabé, y aquí empiezo
Mayores admiraciones:
Escucha, africano, atento.)
Por una parte, que el mar
Combatia sus cimientos,
Arrojaron cautamente
Las escalas, y subieron.
Yo, que á sentencia de muerte,
Por hallarme allí encubierto,
Estaba ya condenado,
Que á mí me buscaban pienso;
Y así recatado, huyo
Secretamente á lo espeso
De un montecillo, sitiado
Del mar; pero cuando veo
Que llegan hácia la torre,
Y con máquinas de hierro
Rompen la puerta y la asaltan,
Con mayor cólera vuelvo.
A tiempo llegué que ya
Meleandro estaba preso,
Porque imágen de la muerte
Lo fué dos veces el sueño.
Asombrada del horror,
Temerosa del estruendo,
Argénis, medio dormida,
Salió de su cuarto huyendo;
Y como en el mar se ve,
Volcan de espumas, ardiendo
Una nave, y el soldado
En peligros de agua y fuego,
Por huir de uno da en otro;
Así Argénis, pretendiendo
Escapar de sus desdichas,
Tropezó en ellas mas presto,
Pues se entregó á sus contrarios.
Yo, que en aquel punto llego,
Osado á morir me arrojo
Entre las armas y el fuego,
Siempre cubierta la cara.
¡Oh qué valiente, qué diestro
Es cuando riñe, restado
A vender su vida á precio
De muchas, el que no riñe
Por vivir! No te encarezco
Lo que hice; pero basta
Decir que solo mi esfuerzo
Al Rey le dió libertad,
Quietud á Argénis, recelo
De mas armas al contrario,
Pues se volvió al mar huyendo.
Yo, en mayores confusiones,
En mayores dudas puesto,
Gozoso de la victoria,
Temeroso del decreto
Rompido, ignoré si habia
De conseguir descubierto
La gracia del Rey, ó irme,
Temeroso á sus preceptos.
Pero entre una y otra pena
Parto la duda, y me atrevo
A decir mi nombre á Argénis
Y callarlo al Rey. Con esto
Me ausento de su palacio,
Y de mi vida me ausento.
En fin, para no cansaros,
Ya declarados los pechos
De la traicion, el tirano
Puso en armas todo el reino.
Ardese en guerras Sicilia,
En cuyos duros encuentros
Partió fortuna las suertes;
Que tambien la guerra es juego.
En este estado el traidor
Quiso venir á concierto,
Y en oprobrio de sus armas,
Meleandro á concederlo;
Que no se atreviera un hombre
Particular á un imperio
Soberano, á no saber
Que cuando á su atrevimiento
Llegue el castigo, ha de estar
Puesta la piedad en medio.
Yo corrido, yo afrentado,
Siquiera por haber puesto
En defensa de Sicilia
Mis armas, no vengo en ello;
Y así de la corte salgo
(No sé si diga que huyendo)
Hoy que sus embajadores
Entran en ella; y viniendo
En servicio desta dama,
Que lo es de Argénis, salieron
Los bandoleros que viste,
Porque le deba á ese esfuerzo
La vida, y á mi ventura
La ocasion de conoceros,
Para que tengais en mí
Un amigo verdadero.

ESCENA VII.

GELANOR.—DICHOS.

GELANOR.

Nunca la desdicha fué
Pensada ni prevenida,
Tanto como sucedida.

POLIARCO.

¿Qué es lo que dices?

GELANOR.

No sé.
Contra tí ha sido, señor,
Todo este fuego encendido,
Contra tí la voz ha sido,
Que te publica traidor.
Un hombre me dijo el caso;
Que la pena suele ser
Bandolera del placer,
Que le está esperando al paso.
Contóme pues que hoy habias
Muerto tú un embajador
De Lidógenes, señor;
Y como en público habias
Resistido este concierto,
De tu gran valor disculpa,
Todos creyeron tu culpa,
Todos lo tienen por cierto,
Diciendo que tú has quitado
La paz de Sicilia, y puesto
En peligro manifiesto
El bien comun del Estado,
Y en sospecha la palabra
Del Rey, pues contra derecho
A un embajador se ha hecho
Tal traicion; y tanto labra
En el vulgo aqueste error,
Que te buscan desta suerte
Todos, para darte muerte,
Como á públieo traidor.

POLIARCO.

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
Siendo mi mal, no lo creo:
Sin duda mi mal es mucho.
¿Cuándo yo rompí la fe
Al Rey? ¿Cuándo fuí traidor?
¿Cuándo yo al embajador
De Lidógenes maté?

Digitized by Google

GELANOR.

Dicen que esta tarde, aquí,
En esta selva de Apolo.

POLIARCO.

Yo en aquesta selva solo
Muerte á un bandolero di,
Que con otros dos salió.
Mas sin duda ellos han sido
Los que matarme han querido
Esta tarde; y como yo
Me defendí, han publicado
Que matarlos pretendí.
Pero volverá por mí
La verdad. Desesperado
Iré al Rey... y su rigor
Se vengue; que en caso tal
Mas quiero morir leal,
¡Cielos! que vivir traidor.

ARCOMBROTO.

Políarco, aguarda, deja
La cólera; y aunque es mucha
La ocasion, atiende, escucha
A un hombre que te aconseja
Sin pasion. Aunque no estés
Culpado en esta traicion,
La autoridad, la opinion
Comun en tu daño es.
Huir el primer furor
A un jüez apasionado,
Fué siempre muy acertado;
Y mas á un Rey, que en rigor
Se querrá satisfacer.
Más la quietud importó
De todo un reino, que no
Una vida; y el poder
Tal vez, siendo interesado
El bien de su reino entero,
Con capa de justiciero
Mata por razon de Estado.

POLIARCO.

Confieso que me aconsejas
Mi bien; mas ¿qué solicitas
Si una confusion me quitas,
Cuando con otra me dejas?
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir,
Si nadie puede ampararme?
¿O quién, por querer guardarme,
Ha de arrojarse á morir
Porque yo viva?

ARCOMBROTO.

¿Pues no?

POLIARCO.

¿Habrá quien muera por mí
Con tan grande infamia?

TIMOCLEA Y ARCOMBROTO.

Sí.

POLIARCO.

¿Quién querrá ampararme?

TIMOCLEA Y ARCOMBROTO.

Yo.

POLIARCO.

Dudoso de haber oido
Vuestras voces, considero
A quién debia primero
Responder agradecido,
Al favor de tu hermosura,
O de tu esfuerzo al favor.

TIMOCLEA.

A nadie, porque el valor
Por sí solo se asegura
Esta gloria. Y pues aquí
Te da en los dos la fortuna
Valor é ingenio, ninguna
Tendrá fuerza contra ti;
Que el eje á su rueda roto
Has de ver, si en ti se emplea
La industria de Timoclea
Y el esfuerzo de Arcombroto.
Y pues que me toca á mí
La industria, haced lo que mando,
Que yo obedeceré cuando
Te toque el vencer á tí.
Tú, Gelanor, parte luego,
Y esparce que tu señor,
Temeroso del rigor
Que le busca á sangre y fuego,
A nado quiso pasar
El Himera, undoso rio,
Y que el caudaloso brio
De su curso sujetar
No pudo el caballo, y tal
Sepulcro á su fama debe,
Que tiene en urnas de nieve
Monumentos de cristal.—
Tú, por si alguien te vió acaso
(*A Poliarco.*)
Llegar aquí, la sospecha
Desmiente, y haz la deshecha
De irte, y encamina el paso
Por la vereda que enseña
Esa amena poblacion
De los árboles, que son
Doseles, y en una peña,
Que está al fin, atento mira,
Hasta tanto que la roca
Abra una funesta boca,
Tronera por quien respira
Una cueva, que esta casa
Tiene para tal efeto
Labrada con tal secreto,
Que nadie sabe que pasa
Hasta allí. Y si entras por ella
Una vez, fía de mí
Que no ha de saber de tí
Ni aun la luminar estrella
Del sol. En tanto ir podemos
Los dos á tenerla abierta,
Que es un peñasco la puerta.
Una antorcha sacarémos
Para que sirva de guia:
Bien seguro estarás dentro,
Que es un abismo su centro,
Triste oposicion del dia.

(*Vanse Timoclea y Arcombroto.*)

ESCENA VIII.

POLIARCO, GELANOR.

POLIARCO.

Que no me dejes, te ruego,
Tú, Gelanor, entre tanto
Que entre suspiros y llanto
Vivo á mi sepulcro llego.
Diréte por el abismo
Desta umbrosa competencia
Lo que has de hacer en mi ausencia,
O en mi muerte, que es lo mismo.
Lo primero es avisar
A Arsídas; y solamente
A él, Gelanor, cuerdamente
El aviso le has de dar
De mi vida, porque luego
Avise prudente y sabio
A Argénis... ¿Mas cómo el labio,
Cuando en mi llanto me anego,
Pudo pronunciar su nombre
Sin que me aborrezca aquí
Mi propia vida? ¡Ay de mí!

GELANOR.

Justo será que me asombre
Tu pensamiento. ¿A qué fin
Verte perseguido quieres,
Pues con solo decir que eres,
Señor, el frances delfin,
Pudieras?...

POLIARCO.

Necio, villano,
¿Tal pronuncias? ¡Vive Dios,
Que, á no estar solos los dos,
Te matara con mi mano! (*Vase.*)

ESCENA IX.

GELANOR.

Al tiempo que ya la salva
Del sol estos montes dora,
Sale riendo la aurora,
Y sale llorando el alba:
Risa y lágrimas envía
El dia al amanecer,
Para darnos á entender
Que amanece cada dia
Entre lirios y azucenas,
Entre rosas y jazmines,
Para dos contrarios fines,
De contentos y de penas.

ESCENA X.

ARSIDAS, TIMONIDES.—GELANOR.

TIMÓNIDES.

No hay rastro ninguno dél.

GELANOR.

(*Ap.* Gentes de palacio son,
Empiece aquí la invencion.)
¡Hado severo y cruel,
Fortuna inconstante y varia,
Suerte injusta y enemiga,
Muerte, nunca al hombre amiga,
Y estrella siempre contraria!...

ARSÍDAS.

Gelanor, ¿con qué dolor
Te acompañas y aconsejas,
Que de los cielos te quejas?

TIMÓNIDES.

¿Adónde está tu señor?

GELANOR.

Los dos me habeis preguntado
Una misma cosa, y ya
Una respuesta será
La que os dé mi pecho helado;
Pues con deciros que dejo
(¡Hado injusto y enemigo!)
Muerto á Políarco, digo
Dónde está, y de qué me quejo.

ARSÍDAS.

¿Qué es lo que dices?

GELANOR.

Que luego
Que aquella nueva escuchó,
Que traidor le publicó,
Y que supo de aquel fuego
La ceremonia y la ley,
Que le excluye del favor
De los hombres, al rigor
Quiso ausentarse del Rey;
Y por no fiarse á alguno,
Que por cómplice en su ausencia
Padeciese la sentencia
De rigor tan importuno,
Se fió de su valor,
Y quiso desesperado
Pasar el Himera á nado,
Y despreciando el temor,
Puso los piés á una alfana,
Rayo, si hay rayo de nieve,
Que con la espuma se atreve
A vivir dos veces cana;
Y diciendo: «Sabe el cielo
Que al Rey he sido leal,»
Atomos hizo el cristal,

Digitized by Google

Pedazos deshizo el hielo.
El bruto, que ya no es
Sino bajel eminente,
Hizo proa de la frente,
Remos hizo de los piés;
Y como una y otra ola
La helada clin erizaban,
Era vela, á quien hinchaban
Los vientos, timon la cola;
Y monstruo confuso en fin
De dos especies, tal vez
Era bruto y era pez,
Siendo caballo y delfin.
Pero cansado el aliento,
Por boca y ojos vertió
Fuego: una batalla yo
Vi de elemento á elemento.
Pensó vencerla; mas luego,
Aunque su valor le esfuerza,
Se rindió, porque era fuerza
Que venciese el agua al fuego;
Y yendo á su discrecion,
Donde en el mar se desagua,
Vivió en fuego y murió en agua
Con envidia de Faeton.

ARSÍDAS.

¡Qué desdicha!

GELANOR.

Justamente
Sientes las penas que digo;
Que yo sé que era tu amigo.

TIMÓNIDES.

Importa que brevemente
Llegue á palacio la nueva.

ARSÍDAS.

Tú, Timónides, podrás,
Porque yo es justo que mas
Pena y sentimiento deba
A la muerte de un amigo.
Dejadme hacer entre tanto
Las exequias con mi llanto.

TIMÓNIDES.

Hoy veloz al viento sigo.

ARSÍDAS.

No pongas cuidado en esto.

TIMÓNIDES.

¿Por qué, Arsidas?

ARSÍDAS.

Porque llevas,
Timónides, malas nuevas,
Y es fuerza que llegues presto.
(*Vase Timónides.*)

ESCENA XI.

ARSIDAS, GELANOR.

GELANOR.

Huélgome que aquí te quedes,
Para que sepas que ha sido
Cuanto te he dicho fingido.

ARSÍDAS.

¿Qué es lo que dices?

GELANOR.

Que puedes
Darme albricias de la vida
Que te estima y te desea.
En casa de Timoclea,
En una cueva escondido,
Vive Políarco, y dice
Que á tí solamente dé
Noticia de donde esté.

ARSÍDAS.

¿Hay suceso mas felice?
Toma un diamante, lucero
Que no hay llama que le iguale,
Y medio talento vale.

GELANOR.

Como quisiere el platero;
Que como esto no se entiende
Y es su precio estimacion,
Lo que compra en un doblon,
Vale diez cuando lo vende.
Pero parte luego á dar
Estas nuevas...

ARSÍDAS.

Ya te entiendo.
Volar sin alas pretendo,
Por si ántes puedo llegar
Yo, que el Mercurio cruel
De Timónides.

GELANOR.

Aquí
Puedo yo decirte á tí
Lo que tú dijiste á él:
No harás de veloz alarde,
Aunque á los vientos te atrevas,
Porque llevas buenas nuevas,
Y es fuerza que llegues tarde. (*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del rey Meleandro.

ESCENA XII.

ARGENIS, SELENISA.

SELENISA.

Pena mal resistida,
Muerte será forzosa.

ARGÉNIS.

No hay pena tan dichosa
Que acabe con la vida;
Porque en ser la postrera,
No fuera pena, que lisonja fuera.
¿Quieres ver si prevengo
Remedio á un mal injusto?
Solo conozco el gusto
En ver que no le tengo;
Y si en sentir tuviera
Gusto, por no tenerle, no sintiera.

SELENISA.

Sí; mas resista al llanto
La fingida alegría.

ARGÉNIS.

¡Ay Selenisa mia!
Mas me admiro y espanto
De que en penas tan graves
Tú me consueles, que la causa sabes.

SELENISA.

Quizá mentira ha sido
Que Políarco ha dado
Muerte al embajador.

ARGÉNIS.

¿Y mi cuidado
Podrá ser mentiroso ni fingido,
Cuando el vulgo le aclama
Traidor, y como tal el Rey le llama?

SELENISA.

El á tu cuarto viene,
No respondo por eso.

ARGÉNIS.

Que estoy muerta confieso.

SELENISA.

Disimular conviene.

ARGÉNIS.

¿Quién podrá, Selenisa,
Mezclar pena y contento, llanto y risa?

ESCENA XIII.

MELEANDRO, LIDORO; ERISTENES, *con una caja y una banda en ella.*—ARGENIS, SELENISA.

REY.

Como padre y amante
De tu hermosura, vengo
A darte parte de un dolor que tengo.
Ya habrás sabido tú, cómo arrogante
Políarco en campañas y desiertos,
Mató al embajador, que á los conciertos
De secreto venía,
Y que rompió la fe y palabra mia.
Eristenes lo diga, que, del muerto
Embajador amigo,
Allí le acompañaba.

ERISTENES.

De su traicion, señor, fuí yo testigo.
Políarco en el monte oculto estaba
Con emboscada gente,
Y al paso nos salió improvisamente.

REY.

Un presente enviaba,
Para testigo de que confirmaba
La paz, y de sus joyas he elegido
Para tí aquesta banda, porque ha sido
Pasmo con su belleza
Del artificio y la naturaleza.

ERISTENES.

Esa banda, señor, que á Argénis diste,
Es prenda de soldado [¡ay triste!
Mas que de dama. (*Ap.* ¡Quién pudiera
El daño descubrir que está encerrado
En la banda, supuesto que el secreto
De su traicion no tuvo buen efeto!)

REY.

He mandado buscarle,
Para que con su muerte
Me libre del delito, y publicarle
Traidor, pues desta suerte
Ha de quedar mi fama satisfecha.

ARGÉNIS. [aprovecha
Y es justa ley que muera. (*Ap.* ¿Qué
Disimular, fingir la lengua enojos,
Si lenguas de cristal hablan los ojos,
Y el alma, que no miente,
Dice una cosa, y otra cosa siente?)

ESCENA XIV.

TIMONIDES.—DICHOS.

TIMÓNIDES.

Dame tus piés.

REY.

¿Qué hay de nuevo,
Timónides?

TIMÓNIDES.

Que ya pide
Tu cuidado mas quietud
Que tuvo hasta aquí.

REY.

¿Qué dices?

TIMÓNIDES.

Que ya vives disculpado,
Y ya Lidógenes vive
Satisfecho.

REY.

¿De qué suerte?

TIMÓNIDES.

Murió Políarco.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Ay triste!

Digitized by Google

TIMÓNIDES.

Huyendo de tu rigor
(Para que mas se acredite
Que no fué de tí mandado)
Quiso ausentarse y partirse;
Y como todos los puertos
Estaban tomados, mide
Con la desdicha el valor,
Y se atrevió al invencible
Curso del Himera á nado,
Donde el caballo se rinde,
Y él, piloto de un bajel
Animado, se fué á pique.
Así lo dice un criado,
Y así villanos lo dicen,
Ciudadanos de su orilla,
Que oyeron las voces tristes.

REY.

Ya Lidógenes está
Vengado; pártete y dile
Cómo he castigado ofensas
Suyas yo, sin que él castigue
Las mias.

ERISTENES. (*Ap.*)

Bien sucedió:
Murió el frances invencible,
Porque consiga la lengua
Lo que el brazo no consigue.

(*Vanse todos, quedan Argénis y Selenisa.*)

ESCENA XV.

ARGENIS, SELENISA.

SELENISA.

Ya se fuéron, ya has quedado
Sola: no quiero pedirte,
Mi princesa, mi señora,
Que diviertas ni que alivies
Tu dolor, sino que ántes
Sientas, llores y suspires.

ARGÉNIS.

¡Ay, Selenisa! ¡ay, amiga!
Mal me aconsejas, mal dices.
¿Cómo he de poder quejarme?
¿Cómo he de poder decirte
Desdichas, que conocerlas
No puedo? Y es tan terrible,
Tan tirano este dolor,
Que entre los labios oprime
La voz, la lengua aprisiona,
Negándome que respire;
Porque, si es gusto quejarme,
Aun este no me permite.
¡Ay de mí otra vez! ¡ay cielos!
¿Cómo á la lengua le disteis
Tantas guardas, que encerrada
En cárcel estrecha vive,
Con muralla y con canceles
De corales y marfiles,
Si es instrumento por cuya
Consonancia se repiten
Dulces acentos? Y ya
Que vive guardada (¡ay triste!),
¿Por qué, por qué á los oidos
Tambien no los defendisteis
Con mas guardas? ¿Es razon
Que sin defensa posible
Escuche mi mal, y luego
Cuando quiera divertirle
Con publicarle, no pueda,
Y tenga en mi pecho humilde
La pena fácil la entrada,
Y la salida difícil?

ESCENA XVI.

ARSIDAS.—ARGENIS, SELENISA.

ARSÍDAS.

Dame, señora, tu mano,
Si esta dicha se permite
Á quien por llegar á verte
Plumas calza y alas viste.

ARGÉNIS.

¡Ay, Arsídas! ¡buena cuenta
De aquel vuestro amigo disteis!
¿Adónde está Poliarco?

ARSÍDAS.

Arguyo, por lo que dices,
Que ya la nueva engañosa
De Timónides oiste.

ARGÉNIS.

¿Cómo engañosa?

ARSÍDAS.

No quiero
Con pinturas divertirte,
Sino decir de una vez...

ARGÉNIS.

¿Qué?

ARSÍDAS.

Que Poliarco vive.
La nueva, que delatada
Por Timónides oiste,
Fué industria con que asegura
Que de buscarle se olviden.
En casa de Timoclea
Está escondido; allí asiste
Poliarco en una cueva,
Albergue lóbrego y triste,
Hasta que el descuido pueda
Dar lugar á que camine,
Y en los brazos de los vientos
Del Rey tu padre se libre.

ARGÉNIS.

Arsídas, si de esa suerte
Consolarme pretendiste,
Mira que doblas el llanto,
Mira que el dolor repites,
Pues quieres que de dos veces
Muera.

ARSÍDAS.

La verdad te dije.

ARGÉNIS.

No sé cuál de las dos nuevas,
La cruel ó la apacible,
A mi discurso me niega,
Que ignoro á quien deba humilde
Declararme agradecida:
O á Timónides que dice
Desdichas que ya son glorias,
O á tí que me dijiste
Glorias que fuéron desdichas;
Que es tal efecto el que pide
Este gusto, que ya es fuerza
Que el dolor pasado olvide.
Pues no me quitó la vida
El pesar, no me le quite
El placer: viva un dichoso
Lo que un desdichado vive.

Voces dentro.

¡Muera Poliarco, muera!

ARSÍDAS.

¡Cielos! ¿qué voces describen
Los vientos, que mal formadas,
Muera Poliarco dicen?

ARGÉNIS.

¿Otro temor, otra pena
Ya me atormenta y aflige?
Apénas en el diluvio
De mi llanto asomó el íris,
Cuando otra vez se cerró
El cielo.

ESCENA XVII.

EL REY.—DICHOS; *despues* TIMONIDES.

REY.

Confuso y triste,
Argénis, me traen las voces
Que escuché. ¿No las oiste?

(*Sale Timónides.*)

TIMÓNIDES.

Señor, porque no presumas
Que sospechoso[1] te dije
La muerte de Poliarco,
La verdad vengo á decirte.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿Si quiso el cielo,
Que la verdad se publique?

TIMÓNIDES.

En casa de Timoclea...

ARGÉNIS. (*Ap. á Arsídas.*)

No hay que esperar, que él le dice
La verdad.

ARSÍDAS. (*Ap.*)

Sí, que las señas
Que nos mientan no es posible.

TIMÓNIDES.

Escondido estaba...

ARGÉNIS. (*Ap.*)

Cierta
Es mi pena. ¡Ay de mí triste!

TIMÓNIDES.

Y la gente de su casa,
Por librarse y eximirse
De la opinion de traidores...

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Cobardes, traidores, viles!

TIMÓNIDES.

Preso le traen, y por ser
Tan amado, no permiten
Que nadie el rostro le vea;
Porque su vista no obligue
A algun alboroto.

REY.

El entre
Contigo solo, y retiren
A la gente que le trae.

(*Vase Timónides.*)

ARGÉNIS. (*Ap.*)

No hay prevenciones que avisen
La sentencia de los hados.
Su vida quiero pedirle.

ESCENA XVIII.

TIMONIDES; ARCOMBROTO, *cubierto el rostro.*—DICHOS.

TIMÓNIDES.

Aqueste es el preso. ¿Quieres
Que la banda al rostro quite?

REY.

No, porque mirando el mio,
No quede de muerte libre.

ARCOMBROTO.

Ya, señor, que me condenas
A muerte, ántes que examines
Mi culpa... (*Descúbrese.*)

[1] Falso, engañoso.

Digitized by Google

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!

REY.

¿Qué es esto que miro?

ARCOMBROTO.

Dime
Por qué muero, ya que muero.
¿Son por ventura de Circe
Estos palacios? ¿O son
Tus entrañas de Caribdis,
Que con sangre de tu huésped
Las aras injustas tiñes?
¿Así premias á quien viene
Desde su patria á servirte;
Pensando volver á ella
Coronado de invencibles
Trofeos, con que adornar
Los follajes de sus timbres?

REY.

¿Quién eres?

ARCOMBROTO.

Un hombre soy,
Que ayer á Sicilia vine:
En casa de Timoclea
Me hospedé, donde me afligen
Tantas penas, sin saber
La causa; solo me dicen
Que buscas un extranjero
Jóven; y si el serlo pide
Tan gran venganza, mi muerte
Dichosa será y felice,
Como por tu gusto muera,
Sujeto á tus piés humilde.

REY.

Las señas, jóven gallardo,
Que generosas compiten
Con el que busco, engañaron
Los que te prenden y siguen;
Pero válgate el sagrado
De tu inocencia. Ahora dime
¿De dónde eres?

ARCOMBROTO.

Africano.

REY.

¿Qué provincia?

ARCOMBROTO.

La que ciñe
El Océano.

REY.

¿Qué tierra?

ARCOMBROTO.

Mauritania.

REY.

¿Y tú naciste
Noble en ella?

ARCOMBROTO.

Sí lo soy.

REY.

Bien tu presencia lo dice.
(*Ap.* No vi mas gallardo jóven.)
¿Quién eres?

ARCOMBROTO.

No me permiten
El decirlo, y mas á tí.

REY.

¿Por qué?

ARCOMBROTO.

Juramento hice
De no decirte quien soy,
Y ha de ser fuerza cumplirle;
Que con estas condiciones,
Señor, á Sicilia vine.

REY.

¿Conociste por ventura
A vuestra reina Hianisbe?

ARCOMBROTO.

Y soy su criado yo.

REY.

¿Y Ana, hermana suya, vive?

ARCOMBROTO.

Sí, señor.

REY.

¡Qué buenas nuevas
Me has dado! Mas ¿de qué sirven
Pasadas memorias? Baste
Que esto sepa; que me aflige
El acordarme de un tiempo
Que yo, peregrino Ulises,
Viví en Africa, y en ella
Dejé (¡ay memorias felices!)
Alguna prenda del alma.
Y en tí, porque me repites
Estos gustos, mostrar quiero
Mi piedad. Desde hoy me sirve;
Que quiero premiar desde hoy
El intento que trajiste.
(*Ap.* ¡Válgate el cielo por jóven!
¿Que es lo que al alma le dices?)
(*Vanse el Rey, Timónides y Arsidas.*)

ESCENA XIX.

ARCOMBROTO, ARGENIS, SELENISA.

SELENISA. (*Ap.*)

Gallardo es el africano.

ARCOMBROTO.

Vos, señora, permitidme
Que llegue á tocar la esfera
De vuestras plantas humilde,
Quien solo á serviros viene.

ARGÉNIS.

En obligacion os vive
El alma.

ARCOMBROTO.

Será dichoso
Mi valor, como os obligue;
Que hasta ahora no ha mostrado
Que á vuestra deidad se rinde.

ARGÉNIS.

Vos seais muy bien venido;
Que si decir se permite,
Me holgué en veros, y que hoy
Fueseis vos el que venisteis. (*Vase.*)

ARCOMBROTO.

Guárdeos el cielo.—Deseos,
Mentira fué cuanto oísteis;
En las láminas mintieron
Las pinturas y matices,
En las lenguas de los hombres
Lisonjas y aplausos viles,
Porque es mas hermosa Argénis
Que cuanto la fama dice.

JORNADA SEGUNDA.

Selva.

ESCENA PRIMERA.

ARGENIS, TIMOCLEA, SELENISA.

ARGÉNIS.

Por las apacibles sombras
Destas amorosas selvas,
A divertir pensamientos,
Ven conmigo, Timoclea.
Tú, Selenisa, este rato
O te adelanta ó te queda,
Que despues podrás buscarnos.

SELENISA. (*Ap.*)

¿Qué novedad es aquesta?
¿Argénis de mí recata
Sus gustos? ¿A mí me niega
Sus secretos, y ya fia
De otro pecho sus tristezas?
¿Pues en qué la he deservido?
¿Qué ha visto en mí que no sea
Lealtad y amor? Triste voy:
¡Quiera Dios que por bien sea! (*Vase.*)

ESCENA II.

ARGENIS, TIMOCLEA.

TIMOCLEA.

Como te digo, salió
Polïarco de la cueva
En hábito de villano.

ARGÉNIS.

No te espante de que quiera
Escucharlo muchas veces,
Para que muchas lo sienta.
Vuelve al principio de todo.

TIMOCLEA.

Si sabes de la manera
Que él y el africano hicieron
Amistades, y que dellas
Resultó que se dejó
Prender para que pudiera
Escaparse Polïarco,
Porque algunos, por las señas,
Le siguieron y trajeron
A Arcombroto á tu presencia,
¿Por qué quieres que lo diga
Tantas veces?

ARGÉNIS.

Timoclea,
No te canses, porque yo
Ni hablar ni escuchar quisiera
Cosa que de Polïarco
No fuese; y así no tengas
Por prolijo este cuidado;
Que para que no lo sea,
Yo no te he de preguntar
Otra cosa sino esta:
¿Iba muy desconocido?

TIMOCLEA.

El hábito diferencia
Las personas. ¿Mas qué mucho,
Si un diamante hermoso apénas
Se reconoce engastado
En bajo metal?

ARGÉNIS.

Quisiera
Preguntarte, y no me atrevo,
Una cosa; sola esta
Me has de decir: ¿iba triste?

TIMOCLEA.

Y de su grave tristeza
Dieron los ojos señales.

ARGÉNIS.

¿Lloraba?

TIMOCLEA.

Lágrimas tiernas.

ARGÉNIS.

¿Y qué decia?

TIMOCLEA.

Del cielo
Y de la fortuna quejas.

ARGÉNIS.

¿Y de mí?

Digitized by Google

TIMOCLEA.
No te nombraba.

ARGÉNIS.
¿Y parécete que era
No acordarse de mí?

TIMOCLEA.
No,
Sino respeto.

ARGÉNIS.
¿Estás cierta
De que lo fuese, y no olvido?

TIMOCLEA.
Sí, señora.

ARGÉNIS.
¡Buenas nuevas
Te dé Dios! Dame los brazos,
Y dime ahora...

TIMOCLEA.
¿Aun te quedan
Mas preguntas? Para una
Sola pediste licencia.

ARGÉNIS.
Es verdad, tienes razon,
No me acordé; mas no seas,
A quien con gusto pregunta,
Avara de una respuesta.

TIMOCLEA.
Arcombroto viene.

ARGÉNIS.
Calla
Y disimula; no vea
Mi cuidado en tu semblante.

TIMOCLEA.
No es tan atento, que pueda
Por semblantes conocer,
Porque yo sé, que pudiera
Haber en alguno visto...

ARGÉNIS.
Prosigue.

TIMOCLEA.
Amorosas muestras.

ESCENA III.

ARCOMBROTO. — ARGENIS, TIMOCLEA.

ARCOMBROTO.
Ya vuestra Alteza, señora,
Podrá, porque el sol empieza
A desvanecer reflejos
Entre corales y perlas,
Dejar sin luz esos montes,
Sin lisonja esas riberas,
Sin hermosura ese valle
Y sin deidad esas selvas.
Una dorada carroza
En ese márgen espera;
No tan hermosos caballos
El aurora hermosa ostenta
Cuando el alba ántes que el sol
Sombras viste y nubes huella;
Y él en ondas de zafiros
Sepulta abismos de estrellas,
Como los que deste carro
Son hipógrifos, que llegan
A competir con las aves;
Pues en su veloz carrera,
Ni flor malogran sus plantas,
Ni surco imprimen sus ruedas;
Que siendo brutos del viento,
Siendo aves de la tierra,
Vuelan, pensando que corren,
Corren, pensando que vuelan.

ARGÉNIS.
La retórica pintura
Se mira en vos tan perfecta,
Que ha de faltar á la vista
Tan hermoso objeto.

ARCOMBROTO.
En ella
Antes se verán, señora,
De mi ignorancia las señas;
Porque yo soy tan cobarde
En hablar, que, aunque quisiera
Alguna vez declararme,
No acierto, y la voz se queda
En aquel breve camino
Que hay desde el pecho á la lengua.

ARGÉNIS.
Muchas veces el concepto,
Que se previene en la idea,
No se permite á los labios
Tan sutil como se piensa;
Mayormente en las pasiones
Del ánimo.

ARCOMBROTÓ.
Fuera de esa
Razon, hay muchas en mí
Para que la voz suspenda.

ARGÉNIS.
¿Cuáles son?

ARCOMBROTO.
Soy extranjero,
Y el idioma desta tierra
No sé tan bien, que con él
Me explique; que si estuviera
En mi tierra, en ella hablara
Con mas libertad, y en ella
Hablara mejor, porqué
Me oyeran mejor.

ARGÉNIS.
¿Qué esencia
Es, que otro me escuche bien,
De hablar yo bien?

ARCOMBROTO.
Porque lleva
Gran crédito de su parte
Quien habla, si sabe, ó piensa
Que el teatro que le escucha,
Le solemniza y celebra.
Y si no, vos escuchadme
Con gusto, y dadme licencia
Para hablar: veréis, señora,
Que ni me turba ni eleva
Lo confuso del concepto,
Lo ignorado de la lengua,
La novedad del idioma,
Ni lo sutil de la idea,
Ni lo ajeno de la patria,
Sino...

ARGÉNIS.
¿Qué?

ARCOMBROTO.
Vuestra belleza.

ARGÉNIS.
Pues ¿qué atrevimiento?...

ARCOMBROTO.
Yo
He dicho lo que dijera
De mi sentimiento, cuando
Vos me diérades licencia.
Si ha de enojaros el darla,
No me la déis, y suspensa
El alma, vuelva á dudar
Idioma, concepto y lengua.

ARGÉNIS.
Pues volved á dudar tanto,
Que el pensamiento aun no vuelva
A creer...

TIMOCLEA.
¡Qué gran desdicha!

ARGÉNIS.
¿Qué es eso?

TIMOCLEA.
Que se despeña
Un coche, y en lo profundo
De esa laguna se anega.

ARGÉNIS.
¡Ay Dios, que ese es el del Rey
Mi padre! ¿No hay quien se atreva
A sus ondas, y se arroje
Tras él?

ARCOMBROTO.
Sí: cuando no fuera
Por tí, que me ves, por él
Me arrojara; que secretas
Causas mi espíritu mueven,
Y mis acciones gobiernan. (*Vase.*)

ARGÉNIS.
Todo lleno de agua, ya
Se va á pique. ¡Qué tragedia
Tan lastimosa!

TIMOCLEA.
Mejor,
¡Qué felice accion! dijeras;
Pues al rigor de las ondas
El Rey ha hallado defensa,
Y en los brazos de Arcombroto
Llega vivo á tu presencia.

ESCENA IV.

ARCOMBROTO, *con* EL REY *en brazos, mojado.*—ARGENIS, TIMOCLEA.

ARCOMBROTO.
Si otro Enéas de las llamas,
Yo de las ondas Enéas,
Mejor Anquíses libré,
Será mi alabanza eterna.

ARGÉNIS.
Dame, gran señor, tus brazos
En albricias lisonjeras
De tu vida.

REY.
Hermosa Argénis,
¿Quién duda de que tú seas
La deidad deste milagro,
Que ha dado á Arcombroto fuerzas
Para tal accion, porque
A los dos la vida deba?

ESCENA V.

ARSIDAS, TIMONIDES, LIDORO, ERISTENES Y CRIADOS.—DICHOS.

ARSÍDAS.
Señor...

TIMÓNIDES.
Señor...

REY.
Deteneos.
¿A quién haceis reverencia?

ARSÍDAS.
A nuestro Rey.

REY.
No lo soy
Yo; porque si yo lo fuera,
Os arrojarais tras mí
Al agua: vuestra nobleza
Os llamara á socorrerme.
¡Bueno fuera, que yo fuera
Vuestro rey, y de un peligro
En vuestra misma presencia
Me librara un extranjero!

ARCOMBROTO.
Yo estaba, señor, mas cerca,
Por eso llegar pude ántes.

Digitized by Google

GENERAL LIBRARY University of MICHIGAN

REY.

Y ahora á mis brazos llega,
Llega al corazon, pues él
Diciendo está que agradezca
Mi desgracia, pues me ha dado
Ocasion para que pueda
Sin envidia levantarte
A mi privanza y grandeza.
Pídeme mercedes, pide
Cuanto imaginas y piensas.

ARCOMBROTO.

La vida de Poliarco
Es todo cuanto desea
Mi amistad: esa te pido.

REY.

Pues ¿no murió?

ARCOMBROTO.

Porque sepas
La verdad, ántes quisieron
Matarle á él: Timoclea
Y yo somos los testigos
Desta verdad. De tu tierra
Se ausentó, en Africa vive.

REY.

Pues luego á Sicilia venga.
Tú, Arsídas, que eres su amigo,
Búscale, y dile que vuelva
A mi reino y á mi gracia. —
Y dadme un caballo apriesa,
Que he menester descansar.
Ocasion habrá en que veas
(A Arcombroto.)
Cuánto tu persona estimo,
Cuánto estimo tu nobleza.

ARGÉNIS.

Arsídas, pues ya los cielos
Suspendieron la sentencia
Que contra mí decretó
La fortuna, parte y lleva
A Poliarco una banda
De mi parte, que es aquella
Que Lidógenes le dió
A mi padre, donde apénas
Se sabe cuál pudo mas,
El arte ó naturaleza.
(Vanse el Rey, Arsídas, Timónides y los criados.)

ESCENA VI.

ARGENIS, ARCOMBROTO, TIMOCLEA, ERISTENES, LIDORO.

ARGÉNIS. *(A Arcombroto.)*

Cada dia me poneis
En obligaciones nuevas;
Cada dia os debo mas,
Arcombroto.

ARCOMBROTO.

Si por esta
Accion merecí, señora,
Tal favor, dicha es pequeña
No haber perdido la vida
En generosa defensa
Del Rey mi señor.

ARGÉNIS.

Mas que eso
Quieren los cielos que os deba.
Muy agradecida estoy
A vuestro valor y fuerzas,
Mucho os debo.

ARCOMBROTO.

Pues pagadme,
Ya que conoceis la deuda.

ARGÉNIS.

¿Qué merced pedis?

ARCOMBROTO.

Si aquí
De un discurso se me acuerda
Pasado, en él me faltó
Solamente una licencia
Para no ser ignorante.

ARGÉNIS.

Tomad esa joya bella,
Y estimadla, porque vale
Una ciudad.

ARCOMBROTO.

Por ser prenda
De vuestras manos la estimo,
Que es cada rayo una estrella.
Pero ¿qué me respondeis
En esto de la licencia?

ARGÉNIS.

Que sois un desvanecido,
Pues que con alas de cera
Quereis penetrar los rayos
Del sol en dorada esfera.
Y que si, porque me veis
Agradecida, os alienta
Vuestro favor, eso mismo
Os castiga, pues no fuera
Yo agradecida, si yo
El favor agradeciera
Con la licencia; porque
La causa, Arcombroto, mesma
Que me fuerza á agradeceros
Lo que habeis hecho, me fuerza
A que esa licencia os niegue;
Porque en dos causas opuestas,
La misma que me acobarda,
Es la misma que me alienta.
(Vanse Argénis y Timoclea.)

ARCOMBROTO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué enigmas,
Qué confusiones son estas?
¡Juntos favor y rigor,
Risa y llanto, gloria y pena,
Gusto y pesar, vida y muerte,
Solo en Argénis se engendran!
Pues si el bien y el mal tan juntos
Andan, y el uno se templa
Con el otro, yo confuso
Entre alegría y tristeza,
Porfiaré, porque tambien
Entre dos causas opuestas,
La misma que me acobarda,
Es la misma que me alienta. *(Vase.)*

ESCENA VII.

ERISTENES, LIDORO.

LIDORO.

¿Oiste, señor, aquello
De la banda?

ERISTENES.

Y es la mesma
Que al Rey traje presentada,
Lidoro, la vez primera
Que le vine á divertir
Con estas fingidas treguas;
Y tambien es la que tiene
En su hermosura cubierta
La muerte, como entre flores
El áspid, porque está llena
De veneno.

LIDORO.

De esa suerte,
Si ella á Poliarco llega,
Conseguirás el deseo
De darle muerte en la selva.

ERISTENES.

Es verdad; mas si por dicha
Arsídas, que se la lleva,
No le halla, ó si le halla
El no la estima ni acepta,
Quejoso del Rey, y en fin
No se la pone, ¿qué fuerza
Habrá tenido el veneno?

LIDORO.

¿Que harás para que le tenga?

ERISTENES.

Oye una industria. Tú has de ir
Tambien á buscarle, y sea
Con tal órden, que á la accion
De Arsídas atento, veas
Si se la da, y él la toma;
Y si se la pone, deja
De decir á lo que vas,
Y da á Silicia la vuelta.
Mas si Arsídas no le halla,
O él no la estima ó la aprecia
Harás del ladron fiel,
Dándole una carta: en ella
Le diré como el Rey quiere
Matarle, y así que tema
De ponerse aquella banda,
Que va de veneno llena:
De suerte, que ya perdidos
Todos los efectos della,
Que fué dar la muerte al Rey
O á Poliarco, no pierda
El último, que es hacerle
Traidor; con cuya cautela
Poliarco no vendrá
A servirle en nuestra ofensa.
¿Haslo entendido?

LIDORO.

¡Qué industria
Tan sutil, si no tuviera
Tanto de traicion!

ERISTENES.

Te engañas;
Que la industria, ó la cautela,
Que traicion fuera en la paz,
Se llama ardid en la guerra. *(Vanse.)*

—

Sala en el palacio de Hianisbe en un puerto de Africa.

ESCENA VIII.

HIANISBE, UNA DAMA.

DAMA.

Triste estás.

HIANISBE.

¿No tengo causa?

DAMA.

Bastante fuera, señora,
Si de tu hijo lloraras
La ausencia, ó la rigurosa
Muerte de Ana, tu hermana,
Como suspiras y lloras
De un hurto, un robo el efecto.
¡Tú, Reina, invicta señora
Del Africa, á un sentimiento
Tanto te rindes y postras?
Reina eres.

HIANISBE.

Es verdad;
Pero ya que me provocas
A que te diga secretos
Que mi mismo aliento ignora,
Tu lealtad la justa causa
De mis sentimientos oiga.
Túsbal (que tú y todo el reino
Mi hijo heredero nombra)
Ausente (porque su brio
Le dió alas generosas
Para volar á la esfera
Del sol, y en tierras remotas


Digitized by Google

Quiso ganar por su esfuerzo
Aplauso, honor, fama y honra),
Aunque es mi heredero, y es
Príncipe vuestro, y le toca
Este reino, no es mi hijo.
Novedad dificultosa
Te habrá parecido; pues
Atiende al suceso ahora.
Casé con Túsbal de Persia,
Rey cuyas partes heróicas
Diga en la paz su consejo,
Y en la guerra sus victorias.
Casada y enamorada,
Viví la edad mas dichosa,
Si no trajera la dicha
Esta pension de ser corta.
Porque no queriendo el cielo
Que yo gozase la gloria
Que llaman paz de casados,
Cuya fe estiman y adoran
El bruto, el ave y la planta,
(Pues con muestras generosas,
Amantes de sus especies,
Sus semejantes informan)
Túsbal, cansado de mí,
Ya de sus brazos me arroja,
Ya mis finezas le cansan,
Ya mis regalos le enojan.
No sé cómo se consuela,
Cómo se desapasiona
Una mujer, que escuchó
Mil finezas amorosas,
Y ya desprecios, desvíos
Oye de la misma boca,
Porque hay hombres que los digan,
Si hay mujeres que los oigan.
En este estado vivia,
Cuando nuestros mares corta
Una nave de Sicilia,
Que á nuestros puertos arroja
Un bello, un gallardo jóven
Peregrino. Poco importa
Aquí el callarte un traidor,
Pues á este caso no toca
Mas que saber, que galan
De Ana, mi hermana, se nombra.
Liberal de hacienda y vida,
En secreto se desposa:
¿Qué mucho? Estaba al principio
De su amor, donde no hay cosa
Que el deseo de gozar
No facilite y disponga.
Para no cansarte, en fin,
Ana, puesta en cinta, llora
Que á ella le haga desdichada
Lo que me hiciera dichosa;
Porque ser ingrato el huésped
Es ya uso. Con las proas
De sus armados bajeles
Volvió á atormentar las ondas,
Y en la despedida dió
A Ana en un cofre una joya,
Que habia de ser la seña
Por donde á su hijo conozca,
Y como tal le asegure
No ménos que una corona.
Volvió á su patria con esto,
Donde pasadas memorias
El tiempo cubrió de olvidó
En los brazos de otra esposa.
Declaróse Ana conmigo,
Ofendida y vergonzosa,
Y aconsejándola cuerda,
«Ana (le dije), no pongas
En pretensiones tu honor;
Que quien le pide, pregona
Su desdicha, y la secreta
Hace pública deshonra.
Quéjate de tí, y padece
Tus liviandades tú propia,
Sin que sepan el camino
Que hay desde el pecho á la boca.
Y para que se remedie
El daño que esperas, oiga
Tu atencion de mí una industria,
Cuerda, sutil é ingeniosa.
Yo publicaré que estoy
Preñada, y cuando la hora
Llegue de tu parto, yo,
Prevenida y cautelosa,
Lo fingiré; y así haremos
Que tu hijo se suponga
En mi lugar. Tú estarás
Segura de la afrentosa
Opinion; yo viviré
Mejor casada: de forma,
Que se sigan dos efectos
Juntos de una causa sola.»
Sucedió así. Ahora, pues,
Dobla á este caso la hoja,
Y vamos á los cosarios
Que mis palacios despojan.
Entre otras prendas llevaron
Una arquilla que atesora
De Túsbal hados y señas,
Por donde el reino le toca
De su padre. Mira, pues,
Si la pérdida me importa
Poco, y es razon que sienta
Una pena tan forzosa,
Una desdicha tan clara,
Una ofensa tan notoria,
Una pérdida tan grande,
Y suerte tan rigurosa.

ESCENA IX.

OTRA DAMA.—DICHAS.

DAMA.

Señora, un bajel llegó
De paz al puerto, y en él,
Desde su vientre, el bajel
A nuestro puerto arrojó,
Con un escudero, un bello,
Un gallardo jóven, tal,
Que fuera á Narciso igual
Desde la planta al cabello.
Este pregunta por tí,
Y humilde pide licencia
De llegar á tu presencia.

HIANISBE.

¿Qué puede quererme á mí?
Dile que entre solo.—¡Mucha
Es mi pena, triste estoy!

(*Vase la Dama.*)

ESCENA X.

POLIARCO; GELANOR, *con un cofrecillo;* UNA DAMA.—HIANISBE, OTRA DAMA.

POLIARCO.

¿Eres Hianisbe?

HIANISBE.

Yo soy.

POLIARCO.

Pues á tí te busco. escucha.
Yo soy, deidad del Africa, un soldado
Frances, un noble que á Sicilia vino,
Ya por obedecer la ley del hado,
O ya por quebrantar la del destino.
De mi patria y la ajena desterrado,
En el mar inconstante peregrino
Vivo violento, y soy en tanta guerra
Hijo del agua mas que de la tierra.
Errando pues por la salada espuma,
Ciudadano del mar, y de una nave
Huésped, que ha sido, sin escama y pluma,
Del viento pez y de las ondas ave,
Miserias ví tambien, porque presuma
Que hallar el mal á un desdichado sabe
En la tierra y el agua, pues violento
Para enemigo basta y sobra el viento.
A su enojada saña nos rendimos
Cuando la nave en un escollo choca,
Y arribando (¡qué horror!) los que pudimos
A los desnudos hombros de una roca,
Tres tardes, tres auroras estuvimos
(Como dicen) el agua hasta la boca;
Y como una bebia, otra lloraba,
La vida entre dos aguas zozobraba.
Pasó á vista un bajel, y á los veloces
Acentos, por el aire derramados,
Vinieron por el norte de las voces,
Mas de rigor que de piedad armados,
Porque eran unos bárbaros atroces,
Cosarios deste mar. ¡Ay desdichados!
¡Temed, temed, que no hay miseria alguna
Donde no haga otra suerte la fortuna!
Codiciosos del precio de las vidas,
Puente de cabos al bajel hicieron,
Y ya las fuerzas al poder rendidas,
Eran prisiones las que vidas fuéron.
Pero cuando sus manos atrevidas
A mí llegaron, y ligar quisieron,
Así dije, á morir determinado:
(Que vive á su pesar el desdichado).
«¿Es posible, soldados, que no os llama
Vuestro valor y espíritu valiente
A morir con honor, aplauso y fama,
Antes pues que vivir miseramente?
A sí mismo se ofende, á sí se infama
Quien esta injuria bárbaro consiente.
Si nuestras vidas han de ser vendidas,
Comprémonos nosotros nuestras vidas.»
Tales razones pronunciaba apénas,
Cuando un rumor confuso se levanta,
Y discurriendo por heladas venas,
Nuevo furor el ánimo adelanta,
Los forzados con remos y cadenas,
Nosotros con las manos; al fin tanta
Fué la naval tragedia de aquel dia,
Que el bajel Troya de agua parecia.
Muertos unos en fin, y otros vencidos,
De esclavos nos hicimos los señores,
Y todos á mi esfuerzo agradecidos,
Su caudillo me aclaman vencedores.
Yo les ofrezco que restituidos
A sus patrias y haciendas, los rigores
Han de vencer del hado mas perplejo,
Y así me dijo un venerable viejo:
«Deste bajel, ó jóven, soy el dueño,
Que dél y de mi hacienda despojado,
Viví cautivo; pero si te enseño
Un tesoro que en él está guardado,
Rescate vendrá á ser, y no pequeño.
Tómale pues, y sabe que encerrado
Está en diamantes, perlas, plata y oro
De la reina del Africa el tesoro,
Porque estos le robaron.»—Yo, que solo
Fama pretendo, porque no se hallase
En mi poder, al africano polo
Mandé que nuestra proa enderezase.
Este te restituyo: sabe Apolo
Que no dejé que nadie le tocase.
Tómale, pues; y porque espira el dia,
Quédate en paz. Esta es la empresa mia.

HIANISBE.

Bien, generoso frances,
Muestras que eres principal;
Porque quien es liberal,
Ya dice que noble es.
No estimo, no, que me dés
Con tu dichosa venida
Gusto, hacienda, honor y vida;
Porque mas me has dado en darme
Esta ocasion de mostrarme
Liberal y agradecida.
De todo el presente aceto
Una joya rica y bella,


Digitized by Google

Y esta tomo, porque en ella
Vive el alma de un secreto.
Y pues altivo y discreto
Sabes dar, sabe pedir
En qué te pueda servir;
Que aquí, en la ignorancia nuestra,
Tanto el ánimo se muestra
En dar, como en recibir.
No me niegues este bien,
Y pues en mi reino estás,
Descansar en él podrás,
Y repararte tambien
De ese continuo desden.
Mi huésped aquí has de ser:
Noble eres, agradecer
Debes mis preceptos hoy,
Y no porque noble soy,
Sino porque soy mujer.

POLIARCO.

Tú, Reina, me has enseñado
A recibir del favor
Una parte, y fuera error
No haberte en esto estimado.
Tú me has ofrecido y dado
Joyas y hospedaje, altivo
Valor: yo, que atento vivo,
A imitarte me resuelvo,
Y así las joyas te vuelvo,
Y el hospedaje recibo.

HIANISBE.

Pues en tanto que dispones
Tu gente, yo dispondré
El cuarto.

POLIARCO.

Feliz seré,
Si entre triunfos y blasones
Esta obligacion me pones. (*Vanse.*)

—

Playa del puerto de Africa, que es residencia de Hianisbe.

ESCENA XI.

POLIARCO, GELANOR, *y luego* LIDORO, *dentro.*

POLIARCO.

Gelanor.

GELANOR.

Adsum.

POLIARCO.

A tí
¿Qué te ha parecido, di,
De mis sucesos?

GELANOR.

Señor,
Unos mal, y otros peor.
¿Quién te ha metido ahora, di,
En, por ajenas querellas,
Por los mares y desiertos
Ir enderezando tuertos
Y desforzando doncellas?
Vida, honor, sér atropellas,
Reino y patria.

POLIARCO.

Cuando toco
Esa verdad, que estoy loco
Confieso; mas si me acuerdo
Que por Argénis me pierdo,
Todo me parece poco.—
Bajel se perdió; que el mar,
Por despojos de la guerra,
Cuerpos y tablas á tierra
Arroja.

LIDORO. (*Dentro.*)

Dadme lugar
Para que pueda llegar,
¡Cielos! á la tierra amada.

POLIARCO.

¿Qué es eso?

GELANOR.

Un hombre, no es nada...

POLIARCO.

¡Qué lástima! qué mancilla!

GELANOR.

Que nadó y murió á la orilla.

POLIARCO.

El alma tengo turbada.
Mira si murió. (*Vase Gelanor.*)

GELANOR. (*Dentro.*)

Señor,
Muerto está; mas miraré
Otra cosa que yo sé.

POLIARCO.

¿Qué?

GELANOR. (*Dentro.*)

Qué cosa de valor
Quiso escapar del rigor
De las ondas, que un fardel
Trae al cuello. ¿Mas que en él
Hay oro, plata ó diamante?

POLIARCO.

¿Posible es que no te espante
Esa tragedia cruel?
Déjale.

(*Vuelve Gelanor con un papel.*)

GELANOR.

¡Gracias á Apolo,
Que ya en la ocasion presente
Vengo yo á ser el valiente;
Y tú el cobarde! Mas solo
Una carta viene aquí.
Nunca mejor lance tiene
Mi fortuna. ¡Oigan! y viene
La cubierta para ti.

POLIARCO.

¿Qué dices?

GELANOR.

Lo que ella dice.
Cosas los ojos ofrecen,
Que imaginacion parecen.
¿Hay suceso mas felice?

POLIARCO.

Sin duda es de Argénis, sí:
Porque ninguno pudiera
Buscarme desta manera
En tierra remota á mí,
Sino solo su cuidado..
Muestra pues, y la abriré.

GELANOR.

Llega con tiento, porqué
El papel está mojado.
Sobre la arena mejor
La podrás abrir y ver.

POLIARCO.

¿Quién ¡cielos! pudiera hacer
Tal milagro sino amor?
(*Lee.*) «Un hombre de los muchos que »teneis obligados (porque nunca el bien »se pierde) os avisa que Arsídas va á »buscaros de parte del Rey, que abor»rece vuestra vida; y para mataros mas »seguramente, Argénis os envia una »banda con veneno. No os la pongais, »sino haced la experiencia: veréis qué »dama amais, y qué Rey servís. Júpiter »os guarde.»
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
Con justa razon me admiro;
Ni bien dudo ni bien creo,
Si es verdad esto que miro,
Si es mentira esto que leo.

GELANOR.

Señor, aquese suceso
Que llamas de amor milagro,
Yo (si la verdad confieso)
A tu fortuna consagro;
Que es de la fortuna exceso
Que un hombre muerto llegase
Hasta aquí, y que te entregase
La carta que te traia,
Por piedad del cielo y mia.

POLIARCO.

No es posible que tal pase.
¡Oh si alguno aquí saliese
Que mas claras muestras diese!

ESCENA XII.

ARSIDAS.—DICHOS.

GELANOR.

Si es eso cuanto deseas,
Este es Arsídas.

POLIARCO.

No creas
Que tal mi ventura fuese.—
¡Arsídas!

ARSÍDAS.

Dame los brazos
Que busco.

POLIARCO.

Y con tales lazos
De amistad y nudo fuerte,
No los deshace la muerte,
Aunque los haga pedazos.

ARSÍDAS.

Dicha ha sido haber llegado
A tus piés, porque alterado
El mar, la nave sorbió
En que navegaba, y yo
En su esquife me he librado.

POLIARCO.

¿Y qué hay, Arsídas, de nuevo?

ARSÍDAS.

Que ya tu pena acabó,
Que aquel gallardo mancebo
Africano le pidió
Tu vida al Rey.

POLIARCO.

¿Tanto debo
A su amistad?

ARSÍDAS.

El envía
Por ti: el enojo destierra
En que su engaño vivia,
O es porque vuelve la guerra
Al estado que tenia.
Esto te diré despues
Mas de espacio; ahora escucha,
Que Argénis bella... despues
Que vives ausente... mucha
Su tristeza y pena es.

GELANOR. (*Ap. á su amo.*)

Si habla en la banda este dia,
El aviso fué verdad.

POLIARCO. (*Ap.*)

Fuera gran desdicha mia.

ARSÍDAS.

Y en prendas de voluntad
Aquesta banda te envía.
¿Cómo tal tristeza lucha
En tu pecho? ¿No respondes?
Sin duda la causa es mucha,
Pues tan mal la correspondes.

Digitized by Google

POLIARCO.

Arsídas amigo, escucha.
Escribieron un papel
A Alejandro que decia
Que un médico, de quien él
Se fiaba, pretendia
Darle un veneno cruel.
Cuando el médico llegó
Con una pócima, así
El César le recibió:
«Mira si fio de ti,
Y lé miéntras bebo yo.»
Esta noble confianza
Se mira en mí repetida;
Pues tanto poder alcanza,
Que hoy á costa de mi vida
Examino una mudanza.
Mira pues lo que fió
De Argénis bella y de ti
Mi amistad, mi dicha no,
Y lé tú, miéntras aquí
Me pongo la banda yo.
El rigor ó la piedad
Hoy me dén la muerte.

GELANOR.

Mira
Que es loca temeridad.

POLIARCO.

Si es verdad, porque es verdad,
Y si no, porque es mentira.

ARSÍDAS.

Polïarco, no aseguro
Hoy de la banda el veneno;
Pero asegurar procuro
Que vive su pecho lleno
De amor firme, honesto y puro,
Y que no pudo...

POLIARCO.

Detente:
Tu lengua injusta no afrente
Sus soberanas acciones;
Que en oir satisfacciones,
Me ofendiera claramente.

ARSÍDAS.

Pues ahora, sin que pida
Mas experiencia tu suerte,
Vuelva el alma agradecida
A ver quien busca su muerte,
O á quien le debe la vida.
Irás á ver la piedad
Del Rey, del pueblo el favor,
De Arcombroto la amistad,
De mi pecho la lealtad,
Y de Argénis el amor.

POLIARCO.

Dices bien; pues todo ya
Con ver á Argénis tendrá
Dulce efecto, alegre fin.
Ese sediento delfin,
Que harto en el mar no está,
Volar no, nadar presuma,
Las velas al viento erice,
Y con lijereza suma,
Escarchada plata rice,
Entorche nevada espuma.
¡Ea, Gelanor, preven
La nave, en tanto que voy
A despedirme tambien
Desta deidad, á quien hoy
Debe el alma tanto bien!
Aunque es despedirse en vano
Del Africa: el alma yerra,
Pues con discurso tan llano
Del Africa me destierra
La amistad de un africano. (*Vanse.*)

—

Parque del palacio de Meleandro.

ESCENA XIII.

ARCOMBROTO.

Yo he visto que quien amó
Alta prenda, encareciese
Sus partes, y aun que añadiese
Mas de las que mereció;
Pero que quitase no
De su poder infinito:
Yo solo, que solicito
Un bien, soy tan desdichado,
Que el mérito que me añado,
Son los muchos que me quito.
No sé qué camino siga,
Ni seguro puerto halle,
Pues ya es forzoso que calle
Lo que es forzoso que diga;
Mas para que se consiga
Hablar y callar, haré
Acciones con que se dé
A entender mi calidad:
Callaré así la verdad,
Y la sospecha diré.
Selenisa es esta: quiero
Asegurar la esperanza,
Pues que siendo la privanza,
De Argénis, seguro espero
En su favor lisonjero.
Por dar tengo de empezar
Mi valor á declarar;
Porque, en juegos y en amores,
Los que dan son los señores,
No los que tienen que dar.

ESCENA XIV.

SELENISA. — ARCOMBROTO.

ARCOMBROTO.

Selenisa, ¿qué tristeza
Cubre tu hermoso arrebol?
¿Eclipses padece el sol
Y accidentes la belleza?
¿Tú lloras? Naturaleza
Queda de verte admirada
A un sentimiento postrada.

SELENISA.

Es mi estrella rigurosa.

ARCOMBROTO.

¿Qué tienes?

SELENISA.

Que fuí dichosa,
Que es mas que ser desdichada.
A la privanza subí
De Argénis, y mi fortuna
En la esfera de la luna
Colocada entónces vi.
Era fortuna, caí.

ARCOMBROTO.

Tambien yo en alto lugar
Me vi. Testigo he de dar
De mi privanza. ¿No ves
Esta joya?

SELENISA.

Sí.

ARCOMBROTO.

¿Y no es
Para ver, para admirar?

SELENISA.

Es rica, costosa y bella.

ARCOMBROTO.

¿Y en fin, su valor no abona
Que era su dueño persona
De alto estado?

SELENISA.

Sí; en ella
Se conoce.

ARCOMBROTO.

Llega á vella,
Toma.

SELENISA.

Toda es un topacio,
Rayo del sol.

ARCOMBROTO.

De palacio
Sale el Rey, y aquí á los dos
No es bien que nos halle. Adios:
Y mírala muy de espacio. (*Vase.*)

ESCENA XV.

SELENISA.

¿Qué quiere decirme en esto?
Liberal el africano,
Apénas dejó en mi mano
La joya, cuando tan presto
Se ausentó. En dudas ha puesto
De mi secreto el decoro;
Porque ni dudo ni ignoro
Que quiere, como discreto,
Ser ladron de algun secreto
Quien abre con llave de oro.
Y á tiempo llega que yo
Desengañe su esperanza,
Por solo tomar venganza.
El tiempo que se fió
De mí Argénis, en mí halló
Lealtad; y pues desconfía
De mí quien de otra se fia,
A un agravio, una venganza.
¿No faltó su confianza?
Pues falte tambien la mia.

ESCENA XVI.

ARCOMBROTO. — SELENISA.

ARCOMBROTO.

¡Oh Selenisa!

SELENISA.

¡Oh señor!
Ya muy de espacio miré
La joya, y en ella hallé
Arte, hermosura y valor.
Tómala pues.

ARCOMBROTO.

Fuera error,
Pues lo que dices estoy
Dudando.

SELENISA.

Yo viendo voy
Que eres liberal y cuerdo.

ARCOMBROTO.

Yo, si recibo, me acuerdo;
No, Selenisa, si doy.
Esa joya fué favor
De una dama, un tiempo, bella;
Mas como suele una estrella
Deshacerse al resplandor
Del sol, planeta mayor;
Así esta joya hizo ausencia
De mi vista y mi presencia,
Temiendo el mortal desmayo,
Que esta le da rayo á rayo,
Segura la competencia.

SELENISA.

Pues da sepulcro de olvido
A una esperanza, que yace
En la cuna donde nace;
Porque tu intento atrevido
Conquista imposible ha sido
De una hermosura sin fe...

Digitized by Google

ARCOMBROTO.

Prosigue presto, porqué
Dispare la flecha el arco.

SELENISA.

Porque viene Poliarco.

ARCOMBROTO.

¿Qué es lo que dices?

SELENISA.

No sé;
Pero sé que en tanto daño
Ignoro cuál hizo mas,
Tú, que una joya me das,
O yo, que por mas extraño
Favor doy un desengaño,
Siendo mujer: grande espacio
Hay de uno á otro.—De palacio
Sale Argénis, y los dos
No estamos bien aquí. Adios,
Y míralo mas de espacio. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

ARCOMBROTO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?
¿Tanto pudo una razon?
¿Tanto un desengaño pudo?
Pero son celos, y son
Vivos rayos, fuego puro,
Que sin abrasar el cuerpo,
Penetran hasta lo oculto
Del alma, donde la vida
Suele convertirse en humo.
¿Habrá entre cuantos amaron
Un hombre tal en el mundo,
Tan aleve, tan cobarde,
Tan infame, tan perjuro,
Que haya sido de su dama
Tercero? No; pues si alguno
Vendió su honor, este tal...
(Que lo niego, y que lo dudo;
Pero en fin, si la malicia
Tan gran delito propuso
En alguno), digo que era
(Dado caso que le hubo)
Tercero de su mujer,
Mas de su dama ninguno.
Yo sí, yo sí que lo he sido;
Pues solicito y procuro
Con Poliarco ocasiones
Para mi muerte y su gusto.
Esta joya, que favor
Juzgué un tiempo, y en los rumbos
Celestiales pretendí
Fijarla por astro puro,
Colocarla por imágen,
Ya la juzgo, ya la juzgo
Precio vil, merced infame,
Con que pagarme propuso
La intercesion: claro está,
Pues me dijo entónces: «Mucho
Os tengo que agradecer,»
Palabra que entónces pudo
Darme la vida, y ahora
La muerte. No, ¿tal pronuncio?
Que jornalero de celos
Me paguen el precio justo
Que valgo, y aun el valor
Ponga á mi afrenta, es lo sumo
De la infamia, pues parece
Que por interes lo sufro.

ESCENA XVIII.

POLIARCO, ARSIDAS, GELANOR.—ARCOMBROTO.

POLIARCO

Sola esta vez para mí
El inconstante Neptuno
Fué piadoso, pues pudimos
Llegar á Sicilia ocultos.
Avisa á Argénis, que quiero
(Si puedo ántes que ninguno
Me vea) en el parque hablarla,
Donde en matices confusos
Admira la primavera
El natural y el estudio.

ARSÍDAS.

Espérame aquí. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

POLIARCO, ARCOMBROTO, GELANOR.

POLIARCO.

Allí he visto
A Arcombroto. ¡Qué mal sufro
La dilacion! Muy ingrato
Seré, si no me descubro
Y llego á darle los brazos,
Pues á su amistad presumo
Que debo la vida.

GELANOR.

Es cierto,
Y dos vidas, si es que juzgo
Esta y la de los traidores
De marras, lenguaje culto.

POLIARCO.

Dame, Arcombroto, los brazos,
Cuyo lazo será nudo
Tan inviolable en mi pecho,
Que nunca el acero duro
De la muerte le desate,
Y aun en los siglos futuros
Vivirá eterno en los bronces
Que á la amistad labren bultos.

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

¡Qué presto llegó, qué presto,
A Sicilia! ¿Mas qué mucho,
Si navega ondas de fuego
El piloto que le trujo?

POLIARCO.

¿Pues cómo, Arcombroto, cómo
Triste, suspenso y confuso
Me recibes? Quien finezas
Merecer ausente pudo,
¿Presente no ha merecido
Los brazos? ¿Qué agravio injusto
Me niega de tu amistad
Ni aun los primeros anuncios?

ARCOMBROTO.

Poliarco, lo que siento,
Lo que callo y lo que dudo,
No se permite á los labios,
Que siempre el dolor es mudo.
Mas ya que rompo el silencio
A mi pesar, lo que juro
A Júpiter soberano
Lo primero, es que procuro
Tu amistad, y que en mi vida
El pensamiento, el discurso
Te ofendió, porque ignorante
Se ha rendido; lo segundo
Es, que seas bien venido
A coger el dulce fruto,
Que te ha dado una esperanza
De tantos pasados lustros;
Y gócesla, ruego al cielo...
Iba á decirte que muchos;
Mas ruego á Dios no la goces
Ni un instante, ni un minuto.
Pero en efecto, esta prenda
Te toca; pues quien la puso
Aquí, debió de ponerla
En depósito, presumo,
Para que tú la cobrases;
Que no fuera caso justo
Ver en ajeno poder
Lo que de derecho es tuyo.
Y así te advierto que yo
La tengo, y la restituyo
A tu dicha, porque tú
La mereces; mas te anuncio
Que soy yo quien la defiende;
Y que tambien fuera injusto,
Que quien me la dió, la viera
En tu poder, sin que el rubio
Esmalte valor la diera
Mas acrisolado y puro.
Atrévete, pues te importa,
(Y con aquesto concluyo)
A cobrarla; pero mira...

POLIARCO.

¿Qué?

ARCOMBROTO.

Que te atreves á mucho.

POLIARCO.

Pues espérame.

(*Vase Arcombroto, Poliarco quiere ir tras él, y detiénele Arsídas, que sale á este tiempo.*)

ESCENA XX.

ARSIDAS.—POLIARCO, GELANOR; *despues*, ARGÉNIS.

ARSÍDAS.

Al instante
Que Argénis hermosa supo
Que estabas aquí, bajó
Al parque.

POLIARCO. (*Ap.*)

Mal disimulo
El enojo; pero es fuerza
Que por ahora esté oculto.
¡Oh qué bien mis penas siento!
¡Oh qué mal mis celos sufro!

(*Sale Argénis.*)

ARGÉNIS.

Tú seas tan bien venido,
Como recibido bien
De los ojos que te ven.

(*Apártase Poliarco.*)

¿Mas cómo tan divertido[1]
Los brazos me has defendido?
¿Tú sentimientos? tú enojos?
Tú lágrimas en despojos?
Tú desvíos, y tú agravios?
Haz contra-cifra los labios
De las cifras de los ojos;
Que no te entiendo, aunque aquí
Quejarme de ti pudiera,
Pues cuando tu amor tuviera
Alguna queja de mí,
No fuera justo que así
Me recibieras. Advierte
Que vengo en secreto á verte:
Si perder el tiempo dejas,
Y si le gastas en quejas,
Vendrá á suceder de suerte,
Que despues no habrá lugar
Para el gusto; y así es justo
Que empecemos por el gusto;
Y si nos ha de faltar
Tiempo, fáltele al pesar.
Mas si dudando verdades,
Contra mí te persüades,
Olvídalas, pues sospecho
Que faltas del tiempo han hecho
Infinitas amistades.

[1] Preocupado, enajenado ó distraido.

Digitized by Google

POLIARCO.

Argénis, nunca creí
Que un pecho de piedad lleno
Confícionara el veneno
De una banda para mí;
Mas despues que vine aquí,
Mis desdichas, mis recelos,
Mis penas y mis desvelos
Creyeron tu tiranía;
Que veneno me daria
Mujer que me ha dado celos.
¿Qué gloria adquiere, qué palma,
De piedad tu pecho ajeno?
¡Para la vida un veneno,
Y otro, Argénis, para el alma!
Si en esta dudosa calma
No fuera en sus desconsuelos
Eterna como los cielos,
El alma, y morir pudiera,
Pienso que el alma muriera
Desta enfermedad de celos.
Tu rigor está bien llano,
Dueño ingrato, pues así
Me dará el veneno á mí,
Y la joya al africano;
Pero...

ARGÉNIS.

Políarco, en vano
Formas de mi amor recelo:
Para mi inocencia apelo.

POLIARCO.

Y estos efectos ¿qué son?

ARGÉNIS.

Oye la satisfaccion.

POLIARCO.

Pues ¿hayla?

ARGÉNIS.

Sí.

POLIARCO.

¡Plegue al cielo!
Y una palabra te doy...

ARGÉNIS.

¿Y es?

POLIARCO.

Que, aunque imposible sea
La satisfaccion, la crea.

ARGÉNIS.

¿Qué dices?

POLIARCO.

Que tal estoy
Rendido á mis penas hoy,
Que cualquiera que me dés,
He de creer.

ARGÉNIS.

Oye pues.
Aquella banda envió...

POLIARCO.

¿Quién?

ARGÉNIS.

Lidógenes, y yo
Te la he dado á tí despues:
Se averiguará el veneno
Y el alma de la traicion.
¿Es buena satisfaccion?

POLIARCO.

Ya aquel enojo condeno.
Pero tu joya, ¿fué bueno
Verla en otro poder yo?
¿Quién á Arcombroto la dió?
¿Lidógenes?

ARGÉNIS.

Yo la dí.

POLIARCO.

Pues ¿tú lo confiesas?

ARGÉNIS.

Sí.

POLIARCO.

¿Y qué no lo niegas?

ARGÉNIS.

No,
Que por serte amigo fiel,
La dí en muestras de mi amor.

POLIARCO.

Y si él la trae por favor,
¿Quien me asegura á mí dél?

ARGÉNIS.

Ser quien soy.

POLIARCO.

¿Y no es cruel
Rigor saber que te quiera
Otro?

ARGÉNIS.

No, pues si no fuera
Para ser querida yo,
Nada hiciera por tí.

POLIARCO.

¿No?

ARGÉNIS.

No; pues no te prefiriera
A otros méritos.

POLIARCO.

¿Pues quién
Podrá el discurso parar
De aquel que te llega á amar,
Para que á mí no me dén
Celos sus penas tambien?
Pues si la imaginacion
Hace efecto, ciertos son
Mis temores, pues ya habrá
Imaginádose allá
Dentro de la posesion.

ARGÉNIS.

Esas son sofisterías
Del viento en el pensamiento.

POLIARCO.

¿Y no da celos el viento?
Mas ya que las penas mias
Conviertes en alegrías,
Da los brazos á un ausente.

ARGÉNIS.

¡Quita, detente, detente!

POLIARCO.

Pues ¿tú te retiras?

ARGÉNIS.

Sí,
Que á quien sospecha de mí
Tan baja y groseramente,
Castigo.

POLIARCO.

Advierte que vienes
Para tan dichoso efeto
A hablarme ahora en secreto;
Y si al enojo previenes
Tiempo, despues no le tienes
Para decir las verdades.
De conformes voluntades
Deja mi amor satisfecho,
Que faltas del tiempo han hecho
Infinitas amistades.

ARGÉNIS.

¡De mí se forman recelos
Tan bajos! ¡veneno yo!

POLIARCO.

Nunca el alma lo creyó.

ARGÉNIS.

Hasta ver otros desvelos.

POLIARCO.

¿Qué mas veneno que celos?

ARGÉNIS.

¿Yo habia de dar favores
Á otro dueño?

POLIARCO.

Mis temores
Fuéron de amor.

ARGÉNIS.

Ver no esperes
En principales mujeres
Dos gustos ni dos amores;
Uno sí.

POLIARCO.

¿Y ese quién fué
En tu eleccion?

ARGÉNIS.

Quien amó
Siempre firme.

POLIARCO.

Ese soy yo.

ARGÉNIS.

¿Por qué lo entiendes?

POLIARCO.

Porqué
Es firme mi altiva fe.

ARGÉNIS.

¿Quién lo asegura?

POLIARCO.

Los cielos.

ARGÉNIS.

¿Y has de tener mas recelos
De mi lealtad?

POLIARCO.

No de tí;
Mas de mi desdicha sí,
Cuantas veces me dés celos.

ARGÉNIS.

¿Pues en qué has escarmentado?

POLIARCO.

En andar mas atrevido.

ARGÉNIS.

Pues de mí, ¿por qué has temido?

POLIARCO.

Porque estoy enamorado.

ARGÉNIS.

Pues ¿no quiere el confiado?

POLIARCO.

No, pues no teme el perder
El bien que llega á tener;
Que son los celos crisol,
Y cuando te mira el sol,
Celos tengo de tener,
Miéntras no soy tu marido.

ARGÉNIS.

¿Y en siéndolo?

POLIARCO.

Satisfecho...

ARGÉNIS.

Prosigue.

POLIARCO.

Vivirá el pecho
A tu amor agradecido...

ARGÉNIS.

Esa palabra te pido.

POLIARCO.

Si tú esa mano me das.

ARGÉNIS.

¡Qué dulces paces!

Digitized by Google

POLIARCO.

Jamas
Vieron tal dicha mis ojos.
Sobre nublados y enojos
Amor y el sol lucen mas.

JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio de Meleandro.

ESCENA PRIMERA.

ARGENIS, TIMOCLEA

TIMOCLEA.

¿Qué novedad atormenta
Tu discurso?

ARGÉNIS.

Dasme causa
A repetirlo mil veces.

TIMOCLEA.

Atenta te escucha el alma,
Porque tragedias de amor
Es lisonja el escucharlas.

ARGÉNIS.

Vino Poliarco, y dióme
Quejas de que en una banda
Yo quise darle veneno [1];
Mas Eristenes declara
Que de Lidógenes era
Intento, con muestras falsas
De amistad, dar muerte al Rey,
Cuya fingida embajada
Vino á costarle la vida
Públicamente en la plaza.
Despues de aquesto, celoso
De Arcombroto (porque basta
Para dar celos el viento),
Apelaron á las armas;
Y siendo tales amigos,
Que prometieron estátuas
A la amistad, se midieron
Cuerpo á cuerpo en la campaña;
Que no hay segura amistad
Donde interviene una dama,
Y en celos averiguados
Las amistades se acaban.
Supo el Rey el desafío,
Y al parque en persona baja,
Y ya de todo informado,
Desta manera les habla:
«Extranjeros, que á mi reino
Venisteis á ganar fama,
Porque os adopte dichosa
Por hijos la ajena patria,
Aunque yo no sé quién sois,
Vuestros alientos declaran
Sangre generosa. Hoy pues
Mayores aplausos llaman
Vuestras victorias. Sicilia
Otra vez se pone en armas.
A los dos he menester
Para mi defensa y guarda.
Yo no tengo mas de un premio,
Si bien es tal que aventaja
Los imperios que el sol mira
Desde la cuna de nácar,
Hasta la tumba de nieve,
Que son la noche y el alba.
Este daré, como sea
Sangre real, ilustre y clara
Quien le merezca, despues
Del valor.» Con esto manda,
Que en busca del enemigo

[1] No se explica en la comedia cómo fué que el veneno de la banda no hizo daño á Poliarco, que se la puso: algun trozo debe faltar en este acto ó en el anterior.

Con dos ejércitos salgan.
Segun los avisos vienen,
Ayer se dió la batalla,
Y hoy han de entrar en la corte.
Mira tú si tengo causa
De sentir, pues he de ser
El laurel de su alabanza,
El premio de sus victorias,
El palio de sus hazañas,
Trofeo de su valor
Y fin de sus esperanzas.

ESCENA II.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.—ARGENIS, TIMOCLEA; *despues* ARSIDAS.

REY.

Felice, Argénis, el dia
En que los dioses amparan
Mi piedad. De dos victorias
Te doy el laurel y palma.
Venció el africano.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Ay cielo!
¿Y Poliarco?

REY.

Hoy alcanza
Igual victoria.

ARGÉNIS.

Los cielos
Te dén vida y edad larga,
Para que laureles de oro
Ciñan tus sienes de plata.

(*Sale Arsidas.*)

ARSÍDAS.

Ya de la ciudad, señor,
Con la belicosa salva
Los ejércitos saludan
Las trompetas y las cajas.

ESCENA III.

Tocan cajas, y salen por ambas puertas de la sala dos alardes de SOLDADOS, *y al fin de cada uno,* POLIARCO Y ARCOMBROTO: *van pasando y haciendo cortesía al* REY *y á la* PRINCESA.—DICHOS.

ARCOMBROTO.

¡Salve, invictísimo Rey...

POLIARCO.

¡Salve, felice Monarca...

ARCOMBROTO.

Para blasones del tiempo!

POLIARCO.

Para triunfos de la fama!

ARCOMBROTO.

¡Y tú, estrella de aquel sol...

POLIARCO.

¡Y tú, rayo de aquella alba...

ARCOMBROTO.

Salve tambien...

POLIARCO.

Tambien salve...

ARCOMBROTO.

Y goce tu edad dorada...

POLIARCO.

Y tu edad florida goce...

ARCOMBROTO.

Triunfos...

POLIARCO.

Glorias...

ARCOMBROTO.

Dichas...

POLIARCO.

Fama...

ARCOMBROTO.

Aplausos...

POLIARCO.

Honras...

ARCOMBROTO.

Trofeos...

POLIARCO.

Vencimientos!

ARCOMBROTO.

Y alabanzas!
Ya tu rebelde enemigo
Vuelve la cobarde espada.

POLIARCO.

Ya Lidógenes te deja
La tierra desocupada.

ARCOMBROTO.

De la lid sangrienta fué,
Señor, la tragedia tanta,
Que el sol tuvo por claveles
Las hojas de la campaña,
Porque murieron corales
Si nacieron esmeraldas.

POLIARCO.

El sol, mirando su faz
En espejos de escarlata,
Dudó cómo hallaba mar
La que dejó tierra: tanta
Era la vertida sangre,
Que los cuerpos navegaban,
Siendo bajeles de hueso,
Sobre las ondas de nácar.

ARCOMBROTO.

Los cuerpos muertos pudieran
Hacer defensa á su infamia,
Pues cadáveres y montes
Les fabricaron murallas.

POLIARCO.

Aquí no, porque si juntos
Estuvieran, levantaran
Promontorios hasta el cielo;
Mas fué urna cada planta,
Pirámide cada hoja
Y sepulcro cada mata.

ARCOMBROTO.

Este estandarte real
Es alfombra de tus plantas.

POLIARCO.

Esta sangrienta cabeza,
De tus piés coluna y basa.

ARCOMBROTO.

Poliarco, tu valor,
Tus empresas, tus hazañas
Y tus victorias merecen
Inmortales alabanzas;
No lo niego; pero yo,
Igual contigo en las armas,
En los méritos te excedo,
Pues en iguales balanzas,
El Rey me debe la vida,
Y ha de ser fuerza pagarla.

POLIARCO.

Si ya es forzoso que á luz
Guardados méritos salgan,
No solo al Rey se la he dado,
Sino tambien á la Infanta;
Pues fuí quien libré á los dos
De una encubierta celada:
De modo que tambien di
Vida al Rey, y de ventaja

Digitized by Google

Llevo la vida de Argénis,
Y ha de ser fuerza pagarla.

ARCOMBROTO.

Tú me la debes á mí,
Y en obligacion me estabas
De cederme tu derecho.

POLIARCO.

En esa opinion te engañas.
Que te la debo es verdad;
Pero quien hace una gracia
Y despues se satisface,
Descubre intencion villana.
¿Qué importa que allí me dieses
La vida, si aquí me matas?
Si vida y muerte me has dado,
No vengo á deberte nada.

ARCOMBROTO.

Eres ingrato.

POLIARCO.

Tú fuiste
Amigo doble.

ARCOMBROTO.

Quien habla
Con libertad... (*Empuñan.*)

REY.

Pues ¿qué es esto?
¿Aquí empuñais las espadas?

POLIARCO.

Señor...

ARCOMBROTO.

Señor...

REY.

¡Por la vida
De Argénis...

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

REY.

Que haga
Demostracion, que escarmiente
Altiveces y arrogancias!
Y pues méritos iguales
Me hacen árbitro en la causa,
Yo veré lo que conviene. —
Arcombroto.

ARCOMBROTO.

Señor.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Vana
Fué mi esperanza!

POLIARCO. (*Ap.*)

¡Ay de mí,
Que á él le nombra!

ARCOMBROTO.

¿Qué me mandas?

REY.

Venid conmigo, que es tiempo
De saber quién sois.

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

¡Mal haya,
Pues da lugar á mis celos,
Este honor, esta privanza!

(*Vanse todos, y quedan solos Poliarco y Argénis.*)

ESCENA IV.

POLIARCO, ARGENIS.

POLIARCO.

¿Quién, Argénis, tuviera
Tiempo para quejarse en mal tan fuerte?
¿Quién quejarse pudiera?
Porque es mi pena y mi dolor de suerte,
Que para tanto agravio,
Falta la voz desde la lengua al labio.
De tí, perdido dueño...
—Iba á decir (¡qué necio desvarío!)
Perdido dueño mio;
Aunque error fué pequeño,
Porque suele tal vez entre rigores,
Por costumbre decir la lengua amores.
—De tí, de tí me quejo,
Porque ingrata has querido
Tantas memorias sepultar de olvido.
La mas honesta dama
Piensa que no la ofende
Quien la sirve galan, adora y ama;
Y no mira, no atiende,
Que dice aquel con esperanza vana:
«Quien se deja hoy querer, querrá maña-
Míralo en tí, pues llega [na.»
A tanto de Arcombroto la esperanza,
Que en tus rayos se anega:
Tu favor despertó su confianza,
Y persuadido á que le merecia,
(Que nadie de sí mismo desconfia)
Por tu amante (¡ay de mí!) se ha declara-
Que quizá no lo hiciera, [do;
Cuando al principio tus enojos viera
El valido del Rey, yo despreciado,
El alegre, yo triste, él declarado
Amante, yo celoso, él lince, y ciego
Yo, ¡ten piedad de mí, por Dios te ruego!

ARGÉNIS.

Poliarco, pudiera
Tener queja de tí, pues que creiste
Que mudarse pudiera
Mujer en quien tan grande extremo vis-
Pero en rigor tan fiero, [te;
Ni disculparme ni culparte quiero;
Amarte sí, y ponerte
Por freno á tus livianas presunciones
Tantas obligaciones...
—Y para que se acuda
Al daño y á la queja,
La presuncion, la duda,
Al Rey dile quién eres,
Verás lo que á Arcombroto te prefieres.

POLIARCO.

Si sabes que encubierto
Vine á Sicilia, Argénis, desde el dia
Primero que te ví, por estar cierto
De que mi sangre el Rey aborrecia
(Que suelen entre sacras majestades
Los reyes heredar enemistades);
Si sabes que esta ha sido
La causa de no haberme declarado,
Y de haber tantas penas padecido,
¿Cómo quieres que ya desesperado
Al Rey diga mi nombre, [asombre?
Sin que el temor de ser quien soy me

ESCENA V.

GELANOR. — ARGENIS, POLIARCO.

GELANOR.

Perdona, que no puedo
Excusar esta vez las necedades
De dividir amantes voluntades.

POLIARCO.

¡Triste estoy!

ARGÉNIS.

¡Muerta quedo!

POLIARCO.

Prosigue pues: ¿qué novedad es esta?

GELANOR.

El africano...

POLIARCO.

¿Qué?

GELANOR.

Un bajel apresta,
Y en los brazos del viento
Al Africa camina,
Porque el Rey determina
(Así lo dice el vulgo) el casamiento,
Y que veloz ha ido
A su tierra á hacer pruebas de marido.

POLIARCO.

Ya es tiempo, si ha dejado la memoria
De pasada alegría,
O de perdida gloria,
En tu verdad, hermosa Argénis mia,
Llama ó ceniza alguna,
De que venza el amor á la fortuna.
¿Cómo quieres que viva
Victorioso el amor con los despojos
De deidad tan ingrata y vengativa?
Pues es mudable, ciérrala los ojos
Con firmeza y constancia,
Y pues vas con tu esposo, vente á Fran-
Allí estarás segura, [cia.
Allí servida, allí serás...

ARGÉNIS.

Detente,
Que tu lengua procura
Seguir un imposible inconveniente.

POLIARCO.

Pues si posible fuera,
¿Qué hiciera la fortuna? amor ¿qué hicie-
Imposible fué amarte [ra?
Sin verte, Argénis, imposible el verte,
Imposible el hablarte,
Y todo fué posible con quererte.
Pues hazle tú posible,
Y venza un imposible otro imposible.

ARGÉNIS.

Poliarco, acortemos
Discursos. Yo soy tuya;
Mas ahora probemos
A ver si quiere amor que se concluya
Esta paz por buen medio;
Que si no, ya sabemos el remedio.
Si en Sicilia no quieres declararte,
Vete á Francia tú solo, y vuelve luego
Con bajeles, que Marte
Admire por volcanes de agua y fuego,
Y entre estos horizontes
Teman el parto á tus preñados montes.
Mi padre temeroso
De tu poder y fuerzas, ha de hacerte
(¡Quiéralo el cielo!) mi feliz esposo.
Verás que desta suerte
Un imposible otro imposible allana,
No siendo tú traidor ni yo liviana.

POLIARCO.

Yo quiero obedecerte.
Hoy á Francia me iré; porque no quiero
(Por si llego á perderte)
Tener queja de mí; que solo espero
De tí, de tí quejarme,
Que solo este consuelo has de dejarme.
Solo una cosa (si atreverme puedo
A pedirte) te pido,
Y es...

ARGÉNIS.

No la digas, yo te la concedo.

POLIARCO.

Que si alguno ha de ser...

ARGÉNIS.

¿Qué?

POLIARCO.

Tu marido...
¿Hay quien mis penas crea?

ARGÉNIS.

¿No lo sea Arcombroto?

POLIARCO.

Que él lo sea,
Esto te pido y ruego,
Otro no.

Digitized by Google

ARGÉNIS.

Pues ¿qué alcanza
De alivio tu esperanza?

POLIARCO.

Porque, si á verte en otros brazos llego,
Será pena mas fiera
Saber que uno te goce, otro te quiera,
Y yo lo sienta todo:
Mejor es que los cielos
Junten todos mis celos
En un sugeto singular, de modo
Que uno solo te quiera,
Uno te goce, y uno solo muera.

ARGÉNIS.

Pues yo á los dioses juro,
Y por Júpiter, dios mas soberano,
Que te ausentas seguro,
No solo del amor del africano,
Sino del mismo amor, porque fué mucha
Mi firmeza.

POLIARCO.

Di como.

ARGÉNIS.

Atiende, escucha.
¿No miras ese monte, ó nuevo Atlante,
Que, coluna del sol, al sol se atreve,
Dando batalla en derretida nieve [te?
Al mar, que espera aun ménos arrogan-
Pues ya sobre las nubes se levante,
O ya se atreva al que sus ondas bebe;
Comparado al amor que el alma debe,
Ménos firme será, ménos constante.
Haré leyes de amor para obligarte,
Preceptos buscaré de obedecerte,
Los dioses negaré por adorarte.
Y si el alma inmortal puedo ofrecerte
Despues de muerto, el alma he de entre-
[garte,
Porque muerto aun no deje de quererte.

POLIARCO. [rerme,

¿Porque muerto aun no dejes de que-
Despues de muerto el alma has de entre-
[garme?
Pudiera, Argénis, de tu amor quejarme
Y de mis esperanzas ofenderme. [cerme,
Pues si el alma inmortal has de ofre-
No me das lo que dices que has de darme:
Luego poder el alma reservarme
Para otro tiempo, ahora no es quererme.
Yo no solo te doy el alma; pero
Antes que el cielo nuestras almas bellas
Formase, te la dí; pues considero
Que entónces se quisieron las estrellas;
Y así ántes y despues mi amor espero,
Que ha de durar lo que duraren ellas.
(*Vanse.*)

—

Sala de una quinta de Hianisbe.

ESCENA VI.

HIANISBE, UNA DAMA.

DAMA.

¿Gusto en esta quinta tienes?

HIANISBE.

Diviérteme su belleza.

DAMA.

¿Aquí á templar la tristeza
De tus pensamientos vienes?

HIANISBE.

Está de Sicilia cerca
Por esta parte [1], que ufano
Este piélago oceano
Estas dos provincias cerca,
Y véngome á consolar,
Pensando tal vez que veo
A Sicilia; que un deseo
Es lince que penetrar
Los mares sabe, y fingir
A los ojos el objeto
Mas apartado y secreto.

DAMA.

Pues bien ¿qué quieres decir?

HIANISBE.

Que está en Sicilia Arcombroto
Sospecho, y engaño así
La esperanza, y desde aquí,
Aunque esté en lo mas remoto
Del mundo, pienso que está
En esa provincia bella,
Y consuélome con vella.

DAMA.

Gusto mar y tierra da.

ESCENA VII.

ARCOMBROTO.—HIANISBE, LA DAMA.

ARCOMBROTO.

No quise que otro viniera,
Hermosa Hianisbe, á dar
Estas nuevas, y á ganar
Las albricias tuyas.

HIANISBE.

Fuera
Prevencion y aviso injusto,
Pues todo lo que tardara
Prevenido el bien, quitara
De valor el gusto al gusto.
Dame los brazos mil veces.

ARCOMBROTO.

Tu favor mas soberano
Será, si la blanca mano
Para besarla me ofreces.
No te pregunto si tienes
Salud, porque tu hermosura
Della informa y asegura.

HIANISBE.

Galan lisonjero vienes:
En la corte habrás estado.

ARCOMBROTO.

Y en corte á que he de volver
Presto.

HIANISBE.

¿Luego viene á ser
Este bien solo prestado?

ARCOMBROTO.

Despues de venir á verte,
A cosas que importan vengo,
Y á solas que hablarte tengo.

HIANISBE.

Vete tú. (*Vase la dama.*)

ESCENA VIII.

ARCOMBROTO, HIANISBE.

ARCOMBROTO.

Pues ahora advierte.
Yo, señora, me ausenté,
Llamado de mi valor,
A ganar fama y honor.
Llegué á Sicilia, y llegué,
Por mejor decir, al cielo,
Que es dosel y que es esfera
De un sol que causar pudiera
Diluvios de luz al suelo.
No es tan comun hermosura
La que mi vida desea,
Que Argénis misma no sea,
Argénis, imágen pura
Del templo de Vénus bella,
De las aras del amor,
Del cielo divina flor,
Y del campo humana estrella.
En fin, para conseguir
Tan altas victorias hoy,
Me falta decir quien soy;
Que no lo quise decir,
Por cumplirte la palabra,
Ni á Argénis ni al Rey, que estima
Mi persona; ántes le anima
Amor, que su pecho labra,
A decirme que si soy
Noble, su esposo seré
De Argénis (¡qué dulce fe!)
¡Mira qué nueva te doy!
No me niegues la licencia
Que humilde te pido ahora,
Hianisbe, reina, señora,
O con mas prolija ausencia
El alma destituida
Del cuerpo verás: de suerte,
Que en tu mano está mi muerte,
Y en tu mano está mi vida.

HIANISBE. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera decir,
Cielos, á Arcombroto ahora
Secretos que el alma ignora!
Pero callar y fingir
Importa; porque si aquí
De improviso desengaño
Su amor, temo mayor daño.
No sé qué hacer.

ARCOMBROTO.

¿Cómo así
Me recibes, cuando yo
En los brazos esperé
La respuesta? Porque fué
Tal mi valor, que llegó
A levantarse en los rayos
Del sol, ¿tan suspensa estás,
Que respuesta no me das?

HIANISBE.

Fuéron avisos y ensayos
Estos temores que en mí
Has visto, de no saber
Cómo debo agradecer
El valor que vive en ti.
Mas descansa sin cuidado
Solo un dia, y fía de mí
Que has de volver desde aquí
A Sicilia tan honrado,
Que en sabiendo el Rey quien eres,
Con mas gusto te reciba
Del que piensas, porque viva
Entre agrados y placeres
Tu persona tan honrada
Del Rey y Argénis, que sea
Un asombro, que se lea
Por historia celebrada.

ARCOMBROTO.

Si soy de Argénis esposo,
Es llano...

HIANISBE.

En él lo verás.

ARCOMBROTO.

¿Luego licencia me das?

HIANISBE.

Sí.

[1] Segun esto y lo que dijo Arcombroto en la escena XVIII del acto primero, el imaginario reino de Hianisbe se entenderia desde la Mauritania, cuyas costas baña en parte el Océano, hasta la provincia cartaginense, ya muy dentro del Mediterráneo. *Piélago océano*, está usado aquí en el sentido de *espacio de mar grande*.

Digitized by Google

ARCOMBROTO.

¡No hay hombre mas dichoso!
(Vase.)

ESCENA IX.

UNA DAMA.—HIANISBE.

DAMA.

Un extranjero ha llegado,
Sin querer decir quien es,
En traje y lengua frances,
A estos puertos derrotado,
Y dice que si le das,
Para que te hable, licencia,
Se atreverá á tu presencia.

HIANISBE.

Si es frances, no espere mas.
(Vase la Dama.)

ESCENA X.

POLIARCO, HIANISBE

POLIARCO.

Dos veces, señora, al suelo
Que piso, el alma adoró:
Una, porque quise yo,
Y otra, porque quiso el cielo.
Una vez llegué á tus piés
Victorioso y atrevido;
Y esta, cobarde y rendido,
Te pido que me los dés.

HIANISBE.

Eso no, llega á los brazos;
Que del favor recibido
No has de pensar que me olvido.

POLIARCO.

Haránme tan dulces lazos
Dichoso; y en tan penoso
Estado me llego á ver,
Que los dejo, por no ser
Solo un instante dichoso.
Yo he perdido á las desdichas
El temor con tanto extremo,
Que ya solamente temo
El veneno de las dichas.

HIANISBE.

Aunque es fuerza que me pese
Del rigor de tu fortuna,
Tambien me holgara que alguna
Tanto á tí te persiguiese,
Que me hubieses menester,
Para que en mi pecho vieras,
O frances, con cuántas véras
Espero satisfacer
La obligacion en que estoy.

POLIARCO.

¿Es por no deberme nada?

HIANISBE.

No, sino porque obligada,
Cuanto agradecida estoy.
En fin, ¿qué me quieres?

POLIARCO.

Solo
Que me escuches, y despues
Favor y amparo me dés.

HIANISBE.

Sí prometo, por Apolo.

POLIARCO.

Yo soy, hermosa Hianisbe,
(Que ya es forzoso decir
Secretos que en tanto tiempo
A mí mismo me encubrí:
No te espantes de escucharme.)
Manfredo, frances delfin,
Que sujeto á la fortuna
Llega á tus piés, ya feliz.
Amor (¿quién duda que habian
De empezarse por aquí
De un príncipe las fortunas,
Porque es un rayo sutil
Que con arrogancia sabe
Lo mas eminente herir?),
El amor pues de mi patria
Me ausentó: della salí
A vencer un imposible;
Y pues no importa decir
Quién fuese, pase en silencio
Por su respeto y por mí.
Por no cansaros, señora,
Aunque con gusto me ois,
Os diré solo, que César
De amor, llegué, vi y vencí.
Llegué á la imposible empresa
De un reservado jardin;
Vi en él reducido cielo
De una hermosura feliz,
Y vencí la mas constante
Belleza, que ha de vivir
En lienzo y mármol, por alma
Del pincel y del buril.
Merecí alguna fineza,
Y alguna noche (¡ay de mí!)
Lloró en mis brazos un alba
Porque otra empezó á reir;
Y al despedirnos los dos,
Yo y el céfiro sutil
Bebimos mas de un clavel,
Lamimos mas de un jazmin.
En esta paz fué forzoso
Ausentarme. Discurrid
Las desdichas de un amante,
Que todas juntas las vi,
Pues hallé (¡válgame el cielo!),
Cuando á sus ojos volví,
Un fuerte competidor
Que me pudo preferir,
Si no en el agrado della,
En el de su padre sí,
Para ganar por las armas
Lo que por trato perdí.
A Francia quise volverme,
Solo para conseguir,
Como su príncipe, el logro
Del premio que merecí.
Embarquéme, pero apénas
En el salado zafir
Abrió la quilla los senos
Del pavimento turquí,
Cuando rizadas espumas,
Combatidas entre sí,
Imitaban con las ondas
Un verdinegro tabí.
Sacó la escamosa espalda
El agorero delfin,
Sacó Triton el torcido
Caracol, acento vil,
Que es trompeta de los vientos,
Y hizo señal de embestir.
Aquí en montes se levanta
Al mar hasta competir
Con las estrellas, y juntos
Luces y fanales vi,
Que parecieron errados
Cometas, que del zenit
Del cielo se despeñaban
A dar guerra y á morir.
Gime el viento, brama el mar,
Y en su bramar y gemir,
De dulces sirenas era
La música para mí,
Por pensar que estaba cerca
La muerte que pretendí;
Que aun la muerte tiene dias
Para quien cansa el vivir.
Cúbrese el cielo de luto,
Y el sol, bajando al nadir,
Apercibiendo tragedias,
Vistió púrpura y carmin.
No pudiendo á los decretos
De los cielos resistir,
Nos dejamos á los vientos,
Que, piadosos, hasta aquí,
Nos derrotaron, adonde
Supe, Reina, que vivís
Por vuestro gusto esta quinta,
Narciso que en el viril
Del mar mira su hermosura,
Enamorado de sí.
Y pues los cielos quisieron
Conducirme á este pais,
Halle en él piedad y amparo,
Pues ya no es posible ir
A Francia, y volver á tiempo
De estorbar esta infeliz
Boda, gloria para ellos,
Y tragedia para mí.
Por reina, por poderosa,
Por obligada, y en fin,
Por vos misma, os toca, ya
Que mis desdichas ois,
Ampararme. Dadme gente
Y armada con que salir
Otra vez á la campaña
Del mar, ó ya desde aquí
Serán sepulcros las ondas
De aqueste frances delfin,
Que á vuestras plantas se arroja
Dando á sus desdichas fin.

HIANISBE.

Vuestras desdichas, señor,
Se pudieran imprimir,
Por amorosas y vuestras,
No en un pecho femenil
De mujer, sino en el bronce
Mas rebelde; porque así
Arrebatan y suspenden
Con lo heróico y lo sutil
De lo dulce y lo cruel,
Que me han llevado tras sí
El alma. No solo quiero
Daros gente con que ir
A conquistar esa dama
Que adorais y que servís,
Sino daros un amigo,
Con cuyo valor medir
Podais los rayos al sol;
Porque en la edad juvenil
Nació para hacer verdades
Cuantas fábulas fingir
Supo la encantada selva
De Esplandian y de Amadís;
Y sobre estas partes tiene
Otra mas alta y feliz
Para el propósito vuestro;
Porque ama tambien, y oir
Sabrá las fortunas vuestras;
Que es tambien suerte decir
Uno sus penas, y hallar
A quien las sepa sentir.
Este es Túsbal, hijo mio,
Que estaba ausente de aquí
Cuando esotra vez llegasteis
A estos puertos; y venir
Hoy á tan buen tiempo pudo,
Que con pecho varonil
Irá á esta amorosa empresa
A acompañar y servir
Vuestra persona. Ensanchad
El corazon, y vivid
Confiado, pues el cielo
Hoy os ofrece por mí,
Señor, de vuestras fortunas
El mas imposible fin.

POLIARCO.

Deja que mil veces bese
Esa tierra, que el marfil
De tus piés convierte en nieve.

Digitized by Google

HIANISBE.

Yo le voy á prevenir
De vuestro suceso, y él
Vendrá agradecido aquí
A ofreceros alma y vida.

POLIARCO.

La mia será feliz
Con tal amigo. (*Vase la Reina.*)

ESCENA XI.

POLIARCO.

Los cielos,
Cansados de perseguir
Mi vida, ya favorables
Se muestran, pues que ya vi
Tras el diluvio de ausencia
Resplandecer y lucir
El arco de paz morado,
Verde, azul y carmesí.
Bien Africa me recibe.
Si un africano... (¡Ay de mí!
Que si repito mis celos,
Muero y vivo.) Pero en fin,
Si un africano me dió
La muerte, otro me da aquí
La vida; que desta suerte
El Africa para mí
Salud produjo y veneno.
César soy de amor, vencí.

ESCENA XII.

HIANISBE, ARCOMBROTO.—POLIARCO.

HIANISBE. (*Hablando con Arcombroto, léjos de Poliarco.*)

Esta fué mi fortuna,
Y mi dicha tambien; pues que ninguna
A mis ojos pudiera
Ser mas dulce, apacible y lisonjera.
Vida y alma le debo
En un tesoro; pero no me muevo
Por eso solamente,
Sino porque de mí y de tí valiente
Y rendido se ampara.

ARCOMBROTO.

¿Y qué, es delfin de Francia?

HIANISBE.

Lo declara
Su pecho generoso,
Su persona y su trato.

ARCOMBROTO.

Deseoso
De llegar á sus brazos,
Los instantes parecen largos plazos;
Que si en esto te obligo,
Tengo de ser su verdadero amigo;
Porque en la tierra mia
Se debe á huésped tal, tal cortesía.
Con un delfin de Francia
En mi favor, segura la ganancia
Tengo de Argénis bella
Y de Sicilia, pues si llego á ella
Por quien soy declarado,
Y de un príncipe tal acompañado,
Poliarco no puede
Igualar mi valor, porque le excede
Como excede á una estrella el sol her-[moso.
Con este amigo solo soy dichoso.

HIANISBE.

Ya vuestra Alteza tiene (*A Poliarco.*)
A Túsbal á sus piés, que humilde viene
A servirle.

POLIARCO.

¡Qué veo!

ARCOMBROTO.

¡Qué miro!

POLIARCO.

No lo dudo.

ARCOMBROTO.

No lo creo.

HIANISBE. (*Ap.*)

Los dos se han admirado
De verse.

POLIARCO. (*Ap.*)

Estoy suspenso.

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

Estoy turbado.

HIANISBE.

Confirmen dulces lazos
Esta amistad. Da al Príncipe los brazos,
Túsbal, y vos, señor...

POLIARCO. (*Ap.*)

¡Que aquesto miro!
Segunda vez de mi rigor me admiro.

HIANISBE.

Nudos de amor enlacen vuestros cuellos.

POLIARCO.

Sí le daré, para matarle en ellos;
Porque quien llega á verse
Ofendido, podrá satisfacerse
Donde quiera que encuentre su enemi-[go.
(*Acométense con las dagas desnudas, y la Reina se pone en medio.*)

ARCOMBROTO.

Y yo tus arrogancias no castigo
Porque estás en mi tierra.
No presumas que en ella te hago guerra,
Ni que aquí con ventaja he de matarte;
Que eres mi huésped, y he de respetarte
Todo el tiempo que en ella
Estuvieres. Mas yo de Africa bella
Saldré luego al instante,
Porque me busques fiero y arrogante.

POLIARCO.

Hazte al mar, que primero
Saldré de Africa yo.

ARCOMBROTO.

Y en él te espero.

HIANISBE.

Pues ¿cómo desta suerte,
Con venganzas y amagos de la muerte,
Príncipes se saludan
Cuando llegan á hablarse? ¿Cómo dudan
Los generosos pechos,
A tantos triunfos y victorias hechos,
Al trato y cortesía,
Esmalte del valor y bizarría?
Tú, Túsbal, ¿cómo admites enojado
Tal huésped?

ARCOMBROTO.

Como estoy enamorado.

HIANISBE.

Vos, ¿cómo entrais, ó príncipe famoso,
Tan arrogante?

POLIARCO.

Porque estoy celoso.

HIANISBE.

¿Cómo á romper te atreves
La cortesía que en tu patria debes
A un príncipe extranjero
De tanta fama?

ARCOMBROTO.

Como amando muero.

HIANISBE.

Vos, ¿cómo vengativo
Llegais aquí?

POLIARCO.

Como rabiando vivo.

HIANISBE.

Y los dos, en efeto,
¿Cómo contra el decoro yel respeto
Ofendeis á los cielos?

ARCOMBROTO.

Como yo tengo amor.

POLIARCO

Yo amor y celos.

HIANISBE.

Bien se dejan mirar vuestros rigores,
Y que de Argénis sois competidores.
Pues yo premiaros quiero, [ro.
Remitiendo á mi industria vuestro ace-
Dadme palabra aquí con prometido
Homenaje, á los príncipes debido,
De volver á Sicilia los dos luego,
Llevando cada uno al Rey un pliego,
Haciéndome testigos
A los dioses de hablaros como amigos
Hasta que el Rey le vea.
Y si en el punto que las cartas lea
No os diéredes los brazos,
Haciendo la amistad eternos lazos,
Y quédarais contentos,
Logrados de los dos los pensamientos,
Tenedme por fingida,
Falsa y aleve, y quíteme la vida
Con mortales desmayos
El Dios de los relámpagos y rayos.

ARCOMBROTO.

A cosas nos persüades
De fabulosos extremos,
Y das causa á que dudemos
El crédito á tus verdades.
¡Que donde hay dos voluntades,
Y una Argénis solamente,
Eso tu discurso intente!
Una es sola Argénis bella;
Pues ¿cómo el que ha de perdella,
Posible es que se contente?

POLIARCO.

Perdona si desconfía
De tu crédito un temor,
Porque el cetro y el amor
No permiten compañía.
Si Argénis ha de ser mia,
¿Cómo otro dueño procura
Merecer igual ventura?
Y puesto que á uno ha de darse,
¿Cómo podrá consolarse
Quien perdiere su hermosura?
Y apurado el caso mas,
Cuando tu ingenio te ofrezca
Que ninguno la merezca;
Si eso imaginando estás,
Igual tormento nos das,
No igual premio, como dices;
Y cuando lo sutilices,
Dejando el premio dudoso,
Dejas de hacer un dichoso
Por hacer dos infelices.

ARCOMBROTO.

Cuando ese tu intento fuera,
En pié la duda quedara,
Porque de nuevo empezara
La competencia; pues fuera
Imposible que viviera,
Sin amar á Argénis yo.
Mi amor conmigo nació,
Conmigo ha de fenecer;
No gozarla, puede ser,
Mas quedar contento, no.

Digitized by Google

HIANISBE.

Las dudas tengo entendidas,
Y vuelvo á decir que en viendo
El Rey las cartas, entiendo
Que han de quedar concluidas.
Yo estimo vuestras dos vidas
Por ley y naturaleza,
Y sé que la sutileza
De mi ingenio pudo hacer
Esta paz, aunque ha de ser
De uno solo su belleza.

ARCOMBROTO.

Pues yo digo que de tí
Me fio.

POLIARCO.

Lo mismo yo.

HIANISBE.

¿Reñiréis hasta allá?

LOS DOS.

No.

HIANISBE.

Seréis muy amigos?

LOS DOS.

Sí.

HIANISBE.

Pues fiad los dos de mí,
Porque vuestra paz intento.

POLIARCO.

Yo digo que la consiento.

ARCOMBROTO.

Si pierdo bien tan dichoso,
Yo seré el primer celoso
Que haya quedado contento. (*Vanse.*)

—

Sala de una quinta del rey Meleandro.

ESCENA XIII.

ARGENIS, TIMOCLEA, SELENISA, GELANOR, músicos.

TIMOCLEA.

Sereno el cielo y el mar,
Agradable vista ofrecen,
Cuando espejos de sí mismos
A competirse se atreven.

ARGÉNIS.

Y la tierra con los dos,
Pues con tornasoles vence
Al cielo en sombras azules,
Y al mar en celajes verdes.

GELANOR.

Si fuera el mar de hipocras,
Como á partes lo parece,
¡Qué lindo monstruo que fuera,
Y mas si pudiera hacerse
De todo una limonada!
Pudieran bajar á verle
Los dioses, y dar dos higas
Al sacro néctar que beben.

ARGÉNIS.

Sola esta apacible quinta
Con soledad me divierte,
Ausente de Poliarco,
O por decir bien, ausente
De mí misma; pues la vida
A mí misma me aborrece;
Que quien vive ausente, vive
Por morir, y nunca muere.

GELANOR.

Yo espero que presto vea
Ese cristal transparente
República de sus naves,
Poblacion de sus bajeles;
Y conociéndole el Rey,
Luego á sus brazos te entregue,
Y él, como dice Ganasa[1],
Te reciba alegremente.

ARGÉNIS.

Selenisa.

SELENISA.

Mi señora.

ARGÉNIS.

Canta una letra, suspende
Agua, tierra, mar y viento
Con tu voz.

SELENISA.

¿Triste, ó alegre?

ARGÉNIS.

Canta de amor, porque sea
Todo amor cuanto yo oyere.

SELENISA. (*Canta.*)

Si no me dejan hablar,
Yo moriré de temor.

SELENISA Y MÚSICOS.

Que no hay tristeza en amor
Como sufrir y callar.

GELANOR.

¡Oh filomena con saya!
¡Jilguero con perendengues!
¡Oh ruiseñor con perico!
¡Oh calandria con afeite!
¡Oh Orfeo con enaguas!
¡Oh chirimía de nieve!
¡Oh corneta sin aullido!
¡Oh monacordio sin fuelles!
Vuelve á cantar otra vez,
Y otras cuatrocientas veces;
Que quiere hacerte un favor
De escucharte. Vuelve, vuelve.

SELENISA. (*Canta.*)

¡Qué tarde remedio espera
Quien ama y no se declara!
Que yo pienso que si hablara,
Hasta las piedras moviera.
El callar me ha de matar,
Sufriendo tanto rigor.

SELENISA Y MÚSICOS.

Que no hay tristeza en amor
Como sufrir y callar.

GELANOR.

Mucho mejor que yo cantas.

ESCENA XIV.

EL REY. — DICHOS.

REY. (*Ap.*)

La música la divierte,
Y yo, por no interrumpir
Su voz, entre estos laureles
La escuché.

ARGÉNIS.

Música y agua
Son dos sugetos alegres.

REY.

¿Siempre has de estar triste?

ARGÉNIS.

Sí,
Que soy infelice siempre.

REY.

Ya serás presto dichosa,
Pues dueño y esposo tienes.
Ya le espero.

[1] Autor ó jefe de una compañía de cómicos, contemporáneo de Calderon.

ARGÉNIS.

Y yo tambien.

REY.

Huélgome de que le esperes.
Yo espero que presto venga,
Porque ese piélago breve
Por esa parte divide
El Africa, y solamente
Hay un pequeño viaje,
Y mas si en sus pinos verdes
El viento sopla feliz.

ARGÉNIS.

No sé cómo responderte.
Ruego al cielo, que el esposo
Que espero, felice llegue
A tus piés.

REY.

¡Cuánto me obligas,
Cuando humilde me obedeces!
Pero ¿qué salva es aquella?

ESCENA XV.

ARSIDAS.—DICHOS.

ARSÍDAS.

De un edificio eminente
Del mar, alcázar con piés
Y ciudad con alas, vienen
A tierra dos hombres solos,
Y el número solamente
La vista nos los permite,
No las señas.

REY.

Pues que lleguen
Donde estoy.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!
¿Cómo tan conformes vienen
Arcombroto y Poliarco?

REY.

Estos dos jóvenes fuertes
Poliarco y Arcombroto
Son. ¿Qué intentan? ¿Qué pretenden
Tan conformes?

ARGÉNIS.

Si salieron
De aquí á partes diferentes
Enemigos, ¿cómo ahora
Juntos los dos nos prometen
Amistades?

REY.

Confusion
Dan.

SELENISA.

Admiracion ofrecen.

REY.

Hija, ya viene tu esposo.

ARGÉNIS.

Ya veo, señor, que viene.

ESCENA XVI.

POLIARCO, ARCOMBROTO.—DICHOS.

ARCOMBROTO.

No dudo yo que te admires,
Invicto señor, de verme
Con Poliarco, jurada
La paz, que enojo valiente
Fué otra vez en tu presencia;
Pero despues que leyeres
Esta, sabrás el suceso
Que tan conformes nos tiene.
(*Le da una carta.*)


Digitized by Google

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¿qué encanto,
Qué hechizo puede ser este?
En mas confusiones vivo
Que tuvo el caos.

POLIARCO. (*Ap.*)

El Rey vuelve,
Leyendo, á ver á Arcombroto,
Y con el semblante alegre
Le mira. ¡Qué mal anduve
En fiarme neciamente
De mi enemigo!

REY.

Los brazos,
O Túsbal, me da mil veces.

ARSÍDAS. (*Ap.*)

Túsbal le llamó.

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

¿Qué es esto?
Enigma mi amor parece.

POLIARCO. (*Ap.*)

El Rey le abraza, y despues
A leer la carta vuelve,
Y á mirarle con mas gusto.
¡Oh, mal haya aquel que quiere
Una dama, y llega á trato,
Sino que viva quien vence!

REY.

¿Qué encomienda de Hianisbe
Traes?

ARCOMBROTO.

Esta joya excelente.

REY.

Ella es. ¡Hijo del alma!
Deja que tu cuello apriete.

POLIARCO. (*Ap.*)

¿Qué enigmas, cielos, son estas?
Aquella joya que tiene
El Rey, volví yo á Hianisbe,
Y por ella le agradece
Su venida: yo le he dado
Al contrario armas. ¡Que fuese
Yo el tercero de su amor!
¡Valedme, cielos, valedme!

REY.

Túsbal.

ARCOMBROTO.

Señor.

REY.

Llega, llega,
Y da los brazos á Argénis.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¡Muerta soy!

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

¡Dichoso soy!

POLIARCO.

Eso no, Túsbal, detente;
Que si yo he sido engañado
De mujer que no me debe
Agravios, sino alabanzas,
No es bien que aquí me sujete
A sus engaños.—Señor, (*Al Rey.*)
Oye ahora atentamente
Mi parte, pues has oido
La de Túsbal, excelente
Príncipe de África.

REY.

Di.

POLIARCO.

Para tí esta carta viene
De Hianisbe: sabe della
(*Le da una carta.*)
Antes su engaño, y advierte
Despues á la justa causa
Que á tal enojo me mueve.
(*El Rey lee la carta.*)

ARCOMBROTO. (*Ap.*)

Bien el Rey me ha recibido.
Coronaré de laureles
Hoy las victorias de amor,
Pues soy esposo de Argénis.
Pero leyendo la carta
De Poliarco, suspende
El Rey el rostro, y le mira
Agradecido.

ARGÉNIS. (*Ap.*)

¿Qué puede
Contener aquella carta,
Que así á los dos enmudece?

REY.

Vuestra Alteza, gran señor,
(*A Poliarco.*)
Hoy á mi ventura deje
Tocar los indignos brazos,
Y perdóneme que fuese
Tan necio, que en tanto tiempo
Su valor no conociese.

POLIARCO.

Por no dejar de serviros,
No permití conocerme;
Porque ser criado vuestro
Mas me ilustra y ennoblece
Que ser de Francia delfin.

REY.

Pues sé desta[1] que merece
Vuestra persona y valor
Premio tan divino, déle,
Para fin de sus fortunas,
La mano de esposo á Argénis.

[1] Pues sé por esta *carta*.

ARCOMBROTO.

Eso no; que si engañado
Fuí de la Reina, no debe
Mi valor obedecer
La fe jurada.

REY.

Detente,
Túsbal; que si tú pudieras
Ser su esposo, solamente
Lo fueras tú.

ARCOMBROTO.

¿Pues no puedo?

REY.

No, porque su hermano eres.
Hijo mio, aquestas señas
Tal desengaño me ofrecen.
Jóven al África fuí,
Y entre agrados y placeres
Rendí con la fe de esposo
Los amorosos desdenes
De Ana, hermana de Hianisbe;
Porque ya que á Argénis pierdes,
Ganes á Sicilia.

ARCOMBROTO.

Solo
Tener sangre tuya puede
Consolarme deste daño,
Y hacer que contento quede
De una pérdida tan grande.
Dame los brazos, pues puedes
(*A Argénis.*)
Sin celos de Poliarco.
Y por pagar lo que debe
Mi amor, doy á Timoclea
La mano.

TIMOCLEA.

¡Dichosa suerte,
Pues logró amor con tu empleo
Su dicha! (*Danse las manos.*)

POLIARCO.

Pues ya fenecen
Las competencias, volvamos
A la amistad que se deben
Dos que fuéron tan amigos.

REY.

Si el amor la culpa tiene
De la enemistad, tambien
La disculpa.

ARGÉNIS.

Bien merece
Mi amor tan dichoso fin.

GELANOR.

Con cuyas paces le tienen
Las amorosas fortunas
De *Poliarco y Argénis.*

Digitized by Google

Digitized by Google

EL ESCONDIDO Y LA TAPADA.

PERSONAS.

DON CESAR, *galan*.
DON FELIX, *galan*.
DON JUAN, *galan*.
DON DIEGO, *viejo*.
MOSQUITO, *criado*.
CASTAÑO, *criado*.
OTAVÍO, *viejo*.
LISARDA, *dama*.
CELIA, *dama*.
BEATRIZ, *criada*.
INES, *criada*.
GONZALO, *cochero*.
OTAÑEZ, *escudero*.
UN ESCRIBANO.
ALGUACILES.
MÚSICA.
CRIADOS, GENTE.

La escena es en Madrid y extramuros.

JORNADA PRIMERA.

Un trozo de arboleda de la Casa de campo.

ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, *y luego* MOSQUITO, *vestidos de camino, con botas y espuelas.*

DON CÉSAR.

(*Dirigiéndose á Mosquito que está entre los árboles.*)

Pues no podemos entrar
En Madrid, hasta que sea
De noche, ata las mulas
A esos troncos, y sobre esta
Tejida alfombra de flores,
Que bordó la primavera
Entre estos estanques, donde
La Casa del campo ostenta
Tanta variedad, podemos
Esperar á que anochezca.
(*Sale Mosquito.*)

MOSQUITO.

Ya están las mulas atadas;
Y aun fuera mas justo que ellas
Nos ataran á nosotros.

DON CÉSAR.

¿Por qué?

MOSQUITO.

Porque son mas cuerdas.

DON CÉSAR.

¿Luego los dos somos locos?

MOSQUITO.

Concedo la consecuencia;
Mas con una distincion.

DON CÉSAR.

¿Cuál?

MOSQUITO.

Tú por naturaleza,
Y yo por concomitancia,
Que es por lo que se me pega
De andar contigo.

DON CÉSAR.

Aquí, pues,
¿Qué hay que locura sea?

MOSQUITO.

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Habrá tres meses apénas
Que salimos de Madrid
Por haber dejado en ella
Muerto á un noble caballero,
Que era hermano, por mas señas,
De una de aquellas dos damas,
Que á un mismo tiempo festejas,
Y por celos de la otra;
Que como autor de comedias,
Tienes en tu compañía
Segunda dama y primera.
Pasamos á Portugal,
Y porque en una estafeta
Nos vino un pliego (que yo
Aun no sé lo que contenga),
Sin mirar inconvenientes,
Dimos á Madrid la vuelta;
Y dices que ¿qué locura
Hay aquí? ¿No consideras
Que no hay alcalde de corte,
Que no esté echando centellas
Por aquella boca, y que
Juran que hemos de ver puestas
Tú la cabeza á tus plantas,
Las plantas yo á otras cabezas?

DON CÉSAR.

Confieso que dices bien
En que mi vida se arriesga
Hoy en Madrid; pero cuando
Mi vida trae una pena
Misma, habiendo de morir
En Lisboa de una ausencia,
O en Madrid de mis desdichas;
Ya que dos muertes me cercan,
Y que me dan á escoger
El modo de morir, deja
Que muera contento, donde
Lisarda hermosa lo vea.

MOSQUITO.

Pues aunque el martirologio
Romano á mí me trajeran,
Para que escogiera muerte
A mi propósito, fuera,
Sin agradarme ninguna,
Vanísima diligencia,
Porque no hay tan bien prendida
Muerte, que bien me parezca.
¿Qué culpa tengo de qué
Tú á morir contento vengas,
Para traerme de arreata?

DON CÉSAR.

Pues dime, tú ¿qué recelas,
Si tú en nada estás culpado,
Ni te hallaste en la pendencia?

MOSQUITO.

Pues si un triunfo matador
Arrastra los que se encuentra,
¿Un amo matador, dime,
No arrastrará (cosa es cierta)
Cualquiera triunfo criado?

DON CÉSAR.

No vi locura mas necia.

MOSQUITO.

Y esto á una parte, señor,
¿Qué razon hay de que sea
Tan cerrado tu capricho,
Que ya que me traes, no sepa
A qué me traes? Dime pues,
¿Qué es lo que en Madrid intentas?

DON CÉSAR.

Eso te diré, no tanto,
Mosquito, porque lo sepas,
Como por descansar yo
Con decirlo; que las penas
No tienen otro consuelo,
Sino el rato que se cuentan;
Que como mujeres son,
Se despican con la lengua.
Lisarda, raro milagro,
Donde la naturaleza
Para modelo compuso
De una hermosura perfecta
La belleza y el ingenio,
Haciendo paces en ella
(Que hasta allí estaban reñidos)
El ingenio y la belleza,
Fué (ya lo sabes) del templo
De amor la deidad mas bella,
A cuyas aras no hay
Vida y alma que no sea
Mudo sacrificio: bien
Tantas víctimas lo muestran
Como yacen á sus ojos
Rendidas, si no sangrientas.
Yo, que entre el mortal consuelo
De sus victorias apénas
La vi, cuando con la mia
Hizo número, y no cuenta,
Idolatrando su imágen
Viví, sin que mereciera
Perdon por el sacrificio,
Ni mérito por la ofrenda.
Desvalido amante pues
Deste hermoso hechizo, desta
Hermosa mujer, mi vida
A tanto esplendor atenta,
La Clicie fué de sus rayos
Y el iman de sus estrellas.
Viendo pues que á todo un sol
Alas fiaba de cera,
Y que al generoso vuelo
Solo monumento era
El mar de mi llanto, donde
Se apagaban sus centellas,
Dispuse olvidarla, como
(¡Qué error!), como si estuviera
El olvidarla en la mano
De quien no estuvo el quererla;
Y por hacerme, en efecto,
Contraveneno á mis penas
Venciendo amor con amor,
Puse los ojos en Celia:
Celia, que fuera milagro
De hermosura, si no fuera
Porque Lisarda se alzó

Digitized by Google

Con todo el imperio della.
Si donde amé fui infelice,
Y los afectos se truecan,
Donde no amé, ¿qué sería?
Saca tú la consecuencia.
¡Oh Amor! si te llaman dios,
¿Cómo de Dios desemejas
Tanto, que los fingimientos,
Y no las verdades, premias?
Ó deja, Amor, de ser dios,
Ó de ser ingrato deja;
Porque decir dios, é ingrato,
O suena mal, ó no suena.
De Celia, en fin, admitido,
Estaba siempre con Celia
Como extranjero mi amor,
Dejando á Lisarda bella
Acá en lo mejor del alma,
Donde adorada estuviera,
Cierto lugar reservado:
Escucha de qué manera.
Tiene un príncipe, un señor
Léjos de sí un gran palacio,
Y en el suntüoso espacio
Cerrado el cuarto mejor:
Este se guarda en rigor,
Y aunque igual huésped por él
Pase, el alcaide fiel
Dice: «Este cuarto oportuno
Es de mi Rey, y ninguno
Ha de aposentarse en él.»
Así el alma toda, que era
El palacio de mi amor,
Dejó á Lisarda el mejor
Cuarto, aunque no le viviera:
Este guarda de manera
El corazon, que nombró
Su alcaide, que aunque hospedó
Dentro á Celia, considero
Que fué en otro cuarto, pero
En el de Lisarda no.
De aquella pues despreciado,
Y favorecido desta,
Engañado en esta el gusto
Con la memoria de aquella,
Neutral estaba mi vida,
Cuando en esta competencia
Sucedió que Don Alonso,
Hermano infeliz de aquella
[illegible]llísima ingratitud
Que no ablandaron mis quejas,
A Celia sirvió. ¿Habrá dicho
Algun hombre que es la fuerza
De los celos tal, que donde
No hubo amor, haber pudiera
Celos? Sí, porque los celos
Son un género de ofensa,
Que se hace á quien se dan,
Y no es menester que sean
Hijos de amor; que tal vez
El pundonor los engendra;
Si bien estos dos linajes
Son con una diferencia:
Que el alma en los del amor
Anda por saber la pena,
Y en los del pundonor anda
El alma por no saberla.
Dígolo porque mil veces,
Aunque vi acciones y señas
Solo de parte dél, yo
Cuidé poco de entenderlas;
Hasta que saliendo un dia
De la hermosa primavera
Celia al Parque, Don Alonso
Al Parque bajó con Celia.
Yo, que en el sitio esperaba,
Y le vi venir con ella,
Por ella y por él no pude
Disimular mas, sin mengua
De mi valor; y llegando
A los dos, pronuncié apénas
La primera razon, cuando
Celia dijo: «Seais, Don César,
Bien venido; que os deseo,
Porque con vuestra presencia
Me dejará Don Alonso,
Ya que á hacerlo no le fuerzan
Tantos desengaños.» El,
Mal pensada la respuesta,
Dijo... Mas no sé qué dijo;
Que nunca un noble se acuerda
De palabras que el enojo
Pronuncia desde la lengua
A las espadas; mas luego
Sacamos los dos las nuestras.
De una estocada cayó
En el suelo: entónces Celia,
Abrigada con la gente
Que acudia á la pendencia,
Pudo, sin ser conocida,
Dar á su casa la vuelta;
Y yo libre, fui á tomar
En la Encarnacion iglesia,
Donde estuve hasta que fuimos
A Portugal. Todas estas
Cosas sabes; desde aquí
Las que no sabes empiezan.
Estando pues en Lisboa,
Recibí por la estafeta,
De Celia una carta, en que
Dice... Mas la carta es esta.

(*Lee.*) «Si no estuviera satisfecha de »que vos lo estáis de la poca culpa que »tuve en vuestra desgracia, fuera mi »vida la segunda que hubiérades qui- »tado. Mi hermano, como sabeis, está »ausente, y no podeis tener retrai- »miento mejor que mi casa; que en ella »no os han de buscar: y así para tratar »mas cerca de vuestros negocios, os »podeis venir á ella, donde estaréis »secreto como deseais, si no servido »como mereceis.—Celia.»

Esta carta me ha obligado
A que hoy á Madrid me venga;
Pues no hay retraimiento donde
Seguro un hombre estar pueda,
Mosquito, como una casa
Particular; y desde ella
Podré de noche salir
A las cosas de mi hacienda
Y de mi composicion,
Pues no negocia en ausencia
El pariente ni el amigo
Lo que el mismo dueño: fuera
De que si he de hablar verdad,
Ni esto ni aquello me fuerza
Tanto, como parecerme
Que podré adorar las rejas
De Lisarda alguna noche,
Ya que dispuso mi estrella
Que dando muerte á su hermano,
Toda la esperanza pierda
De merecer su hermosura;
Pues la que adorada era
Cruel conmigo, ¿qué será
Ofendida? La que fiera
Procedia á los halagos,
¿Qué ha de hacer á las ofensas?
Esto á Madrid me ha traido,
Pues para adorar en ella
Las paredes de Lisarda,
Estaré en casa de Celia.

MOSQUITO.

Siempre fui de parecer
Que por lo ménos, tuviera
Dos damas un hombre; porque
De dos la una, como apuesta,
No se puede errar el tiro.
Beatricilla é Ines sean
Testigos tambien; pues siendo
Las dos de Lisarda y Celia
Un algo mas que fregonas,
Y algo ménos que doncellas,
Las traigo en el corazon
Duplicadas como letras,
Por si se pierde la una,
Que la otra no se pierda.
Pero dime, ¿qué papel
Me toca en esta comedia
Del caballero escondido?

DON CÉSAR.

Pues no estás culpado, fuera
Te quedarás á avisarme
De todo lo que suceda.

MOSQUITO.

¿Y si miéntras se averigua
Si lo estoy ó no, me pescan
El coleto?

(*Suena dentro ruido de carruaje.*)

ESCENA II.

LISARDA; BEATRIZ, *dentro*. — DON CESAR, MOSQUITO.

LISARDA. (*Dentro.*)

Pára.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Tente,
Borracho, ¿qué haces?

DON CÉSAR.

Espera...

MOSQUITO.

Por mi nombre me llamaron.

DON CÉSAR.

Que en una zanja de aquellas
Se ha atascado un coche.

MOSQUITO.

Y todo
Sobre el arroyo se vuelca.

DON CÉSAR.

Mujeres son, fuerza es
Acudir á socorrerlas. (*Vase.*)

MOSQUITO.

Dios te haga caballero
Parante, por su clemencia;
Que harto tiempo has sido andante.
Ya la cerrada ballena,
Para escupir sus Jonases,
Por un costado revienta.
¡Beatricilla es, vive Dios,
La que sacaron primera!
Sin duda está aquí su ama. (*Escóndese.*)

ESCENA III.

GONZALO, *trayendo en brazos á* BEATRIZ; OTAÑEZ.—MOSQUITO, *oculto*.

BEATRIZ.

¡Ay de mí! yo salgo muerta,
Roto el manto, la basquiña
Manchada, y en la cabeza
Mas de cuatro mil chichones.

GONZALO.

¡Vive Dios!

BEATRIZ.

Gonzalo, ¡buena
Cuenta has dado de nosotras!

GONZALO.

Aquesta es la vez primera
Que me ha sucedido.

OTÁÑEZ.

Cierto
Que si desta suerte empieza,
Que dentro de un año puede,

Digitized by Google

A mi ver, poner escuela
De volcar coches.

BEATRIZ.

Parece
Que toda su vida entera
No ha hecho otra cosa, segun
El primor con que los vuelca.

OTÁÑEZ.

¿Y señora?

GONZALO.

Un caballero
La ha sacado medio muerta.

OTÁÑEZ.

Voy á avisar á mi amo,
Que allá en los jardines queda. (*Vase.*)

GONZALO.

Yo á la torre de las guardas,
Para que á ayudarme vengan. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MOSQUITO, *que sale de donde estaba.* — BEATRIZ.

MOSQUITO.

Beatriz.

BEATRIZ.

¡Mosquito! ¿qué es esto?

MOSQUITO.

Breve será la respuesta:
«Vengo de léjas tierras, niña por verte,
Hállote volcada, quiero volverme.»

BEATRIZ.

¿Y tu señor?

MOSQUITO.

Vesle allí.

BEATRIZ.

Pues ¿cómo desta manera...?

MOSQUITO.

¿Qué sé yo? Mas lo que importa
Es, Beatriz, atar la lengua.

BEATRIZ.

Haz cuenta que deslenguada
Estoy.

MOSQUITO.

Pues no es buena cuenta,
Que las deslenguadas hablan
Mas que las lenguadas mesmas.

ESCENA V.

DON CESAR, *que saca á* LISARDA, *desmayada.*—MOSQUITO, BEATRIZ.

DON CÉSAR.

Bien de Océano español
Blasonar podrá esta esfera,
Pues acaba su carrera,
Despeñado en ella, el sol:
Cobre su bello arrebol
El nácar, no triunfe así
Hoy de tan bello rubí.
¡Ay Lisarda! y ¿quién pensara
Que yo en mis brazos llegara
A verte? Mas ¡ay de mí!
Que como estás sin sentido,
Estoy con ventura yo,
Pues tú con sentido, no
Me la hubieras consentido:
¡Desdichada dicha ha sido
La que tanto bien me ha dado,
Pues ya me cuesta el cuidado
De verte así! que es forzoso
Que esté, aun cuando mas dichoso,
Desdichado el desdichado.
Hermosísimo desvelo,
A cuyo desmayo pierde
El suelo su pompa verde,
Y su pompa azul el cielo,
Desentumeced el hielo
Al fuego de vuestro ardor:
Ved que lloran el rigor
De tanto mortal desmayo,
Todo el cielo rayo á rayo,
Todo el suelo flor á flor.
Aquestas campañas bellas
Sin luz están ni arrebol:
Anocheced, si sois sol;
Pero dejadnos estrellas.

LISARDA.

¡Ay de mí infeliz!

DON CÉSAR.

Ya en ellas
Hay nueva luz, pues volvió
En sí: mi dicha acabó...
Mi desdicha, digo, esquiva;
Que á precio de que ella viva,
No importa que muera yo.

LISARDA.

¿Qué es lo que pasa por mí?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Cielos! pues se ha de ofender
De verme, no me ha de ver.
(*Cúbrese el rostro.*)

LISARDA.

¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

DON CÉSAR.

Quien viendo, señora, allí,
Que su vereda el sol ciego
Errada llevaba, luego
Llegó á enmendar el acaso,
Porque no era digno ocaso
Tan poca agua á tanto fuego.

LISARDA.

Pues ¿cómo habiendo vos sido
Quien mi vida ha restaurado,
La voz habeis recatado,
El rostro habeis escondido?
Lo que decis no he creido,
O son medios poco sabios;
Que esconder semblante y labios
Ni han sido ni son oficios
De quien hace beneficios,
Sino de quien hace agravios.

DON CÉSAR.

Quien sirve por merecer,
No merece por servir,
Pues ya se da á presumir
Que se lo han de agradecer.

LISARDA.

Tan hidalgo proceder
Ya es otro mérito, en quien
Hace suspension el bien.
Decid quién sois.

DON CÉSAR.

No haré tal.

LISARDA.

¿Y he de proceder yo mal,
Porque vos procedais bien?
No, y así he de ver ahora
Quién sois.

DON CÉSAR.

Pues no lo veais,
Si agradecer deseais
Este secreto, señora.

LISARDA.

Duda el alma, el pecho ignora
Por qué.

DON CÉSAR.

Porque, si me veis,
De verme os ofenderéis;
Y así el decirlo dilato,
Por no perder este rato,
Que en duda lo agradeceis.

LISARDA.

¿Ofenderme yo de veros?

DON CÉSAR.

Como holgarme yo de hablaros.

LISARDA.

¿Pesarme á mí de miraros?

DON CÉSAR.

Sí, como á mí de perderos.

LISARDA.

¿Yo sentir el conoceros?

DON CÉSAR.

Como yo el riesgo en que estoy.

LISARDA.

Pues yo tengo de ver hoy
Por qué el pesar ha de ser,
El sentir y el ofender.

DON CÉSAR.

Porque yo, señora, soy. (*Descúbrese.*)

LISARDA.

Bien dijisteis, sí, que habia
De ofenderme el veros; bien
Que el conoceros tambien
Pesar para mí sería;
Bien que la ventura mia
Habia de sentir hablaros;
Pues ya, solo por sacaros
Verdadero, siento veros,
Me pesa de conoceros,
Y me ofendo de miraros.
¿Cómo, cómo habeis tenido
Atrevimiento de estar
En tan público lugar?

DON CÉSAR.

¿Cuándo no fuí yo atrevido?

LISARDA.

¿Cómo hasta aquí habeis venido?

DON CÉSAR.

Como igualando á los dos,
Si por darle muerte (¡ay Dios!)
A vuestro hermano, me fuí,
Bien volví, pues que volví
Por daros la vida á vos.

LISARDA.

Tanto á sentir he llegado
Verla de vos defendida,
Que he de aborrecer mi vida,
Por habérmela vos dado.

DON CÉSAR.

Lisonja de mi cuidado
Será ver tratar así
Vuestra vida desde aquí,
Pues consuelo me parece;
Que quien su vida aborrece,
¿Por qué ha de quererme á mí?

BEATRIZ.

Mi señor, que se quedó
En esos jardines, viene
Hácia acá.

DON CÉSAR.

¿Qué haré?

LISARDA.

(*Ap.* Conviene
Proceder yo como yo.)
Don César, no penseis, no,
Que en mí mas poder alcanza
De mi enojo la esperanza,

Digitized by Google

Que la de mi rendimiento:
Obre el agradecimiento
Primero que la venganza.
Yo le tendré: idos de aquí.

DON CÉSAR.

Sí haré, pues vos lo mandais.

LISARDA.

Y si una vida me dais,
Ya mi obligacion cumplí;
Pero advertid desde aquí
Que no estáis libre en lugar
Ninguno.

DON CÉSAR.

Considerar
Debeis, que aqueso es decir...

LISARDA.

¿Qué?

DON CÉSAR.

Que os busque.

LISARDA.

El despedir
¿Cómo puede ser llamar?

DON CÉSAR.

Piérdese una noche obscura
En un monte un caminante,
Y cuando con planta errante
Hallar la senda procura,
Mas se ofusca en la espesura:
El can, que despierto está,
Siente el ruido, y á hacer va
Que huya dél con piés veloces,
Llamándole con las voces
Que para que huya le da.
Yo así, confuso y perdido,
Camino ni senda sé:
Bien, que no veo, se ve,
Pues á tus piés he venido:
Tú, despierta siempre, al ruido
Del desden velando estás:
Voces, porque huya, me das;
Mas como perdido estoy,
Donde oyendo la voz voy,
Me voy acercando mas.

(*Vase, y Mosquito con él.*)

ESCENA VI.

DON DIEGO, GONZALO. — LISARDA, BEATRIZ.

DON DIEGO.

Lisarda, ¿qué ha sido aquesto?

LISARDA.

Que ese coche se cayó.

DON DIEGO.

¿Hízote mucho mal?

LISARDA.

No.

DON DIEGO.

Volvamos á casa presto.

LISARDA.

Volvamos, si está dispuesto
El coche.

DON DIEGO. (*A Gonzalo.*)

Vos, majadero,
Mirad lo que haceis.

GONZALO.

No quiero
Que presumas...

DON DIEGO.

No seais, pues,
Desvergonzado.

BEATRIZ.

Eso es
Decir que no sea cochero.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix y Celia.

ESCENA VII.

DON FELIX, CELIA, INES.

CELIA.

Extraña es tu condicion.

DON FÉLIX.

¿Por qué no ha de ser extraña,
Si tú para que lo sea,
Celia, me has dado la causa?

CELIA.

¿Yo la causa, para que
De la guerra, donde estabas,
Te hayas venido á Madrid
A solo hacer en la casa,
Donde me mata tu ausencia,
Y donde viviendo me hallas,
Prevenciones de cerrar
Las puertas y las ventanas,
De modo que en los tejados
Aun no has dejado una guarda [1]
Sin reja? ¿Pues á qué efecto
(Siendo yo, Félix, tu hermana),
Sin mirar que en mi respeto
Tu mismo respeto agravias,
Tan neciamente me celas,
Tan locamente me guardas?

DON FÉLIX.

Celia, no puedo negar
Que es necedad asentada
La desconfianza, es cierto;
Pero no habiendo ventanas,
Es menor, pues en efecto,
Si no asegura, descansa.

CELIA.

¡Buena disculpa has hallado
De haber dado desde Italia
Vuelta á Madrid, tan á costa
De tu opinion y tu fama!
Partístete de la corte,
Lleno de plumas y galas,
No te debió de sonar
Bien el ruido de las cajas,
Ni oler la pólvora bien,
Echando ménos el ámbar,
Y vienes diciendo extremos,
Por dar disculpa á tu...

DON FÉLIX.

Basta,
Celia. Salte tú allá fuera,
Ines.

INES. (*Ap.*)

Desta vez descansa
Su corazon.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

CELIA, DON FELIX.

DON FÉLIX.

Pues baldonas
Mi honor con soberbia tanta,
Diré lo que he pretendido
Disimular; aunque es baja
Accion que celos de honor
Se pidan tan á cara á cara.
En Italia estaba, Celia,
Cuando la loca arrogancia
Del frances sobre Valencia
Del Po... Pero ¡qué ignorancia,
Ponerme contigo á hablar
Yo de guerras, ni de armas!
En Italia estaba (digo)
Cuando recibí una carta
De alguno que interesado
En el honor desta casa,
Me escribió, Celia, que un dia
De los que el abril traslada
Al Parque toda la corte,
Tú saliste disfrazada,
Y Don Alonso tras tí;
Y que habiendo (¡suerte ingrata!)
Llegado al Parque con él,
Sacó otro galan la espada,
Y le dió la muerte, siendo
Dicha entónces (¡pena extraña!)
No ser conocida, pues
A serlo allí, cosa es clara
Que tu honor en opiniones
Con la justicia quedara.
Estas cosas y otras, Celia,
Causa han sido de que haya
Vuelto; porque ¿qué me importa
Que yo gane honor y fama,
Si tú en mi ausencia los pierdes?
¿Qué me importa que yo haga
Acciones, que generosas
Soliciten mi alabanza,
Si me las desluces tú
Con acciones tan villanas?
No decir pensé mis penas,
Callar presumí mis ansias;
Pero ya que tú me obligas
A que de los labios salgan,
Advierte, Celia, que solo
Una diligencia falta,
Y es enmendar con las obras
Lo que erraron las palabras.

CELIA.

Pensarás que convencida
Me dejan tus amenazas;
Pues no, Félix, porque donde
La proposicion es falsa,
No se sigue el argumento.
¿Yo he salido al Parque al alba?
¿Yo seguida de ninguno?
¿Yo ocasion de cuchilladas?
Quien dices que lo escribió,
Te mintió, y yo...

ESCENA IX.

INES. — DICHOS.

INES.

Aquí te llama
Don Juan de Silva tu amigo.

DON FÉLIX. (*Ap. á ella.*)

Celia, no entienda Ines nada
Desto, que no es menester
Que lo que entre los dos pasa,
Lo sepan de ningun modo,
Ni criados, ni criadas;
Y retírate á tu cuarto,
Porque entre en aquesta sala
Don Juan conmigo.

(*Vase.*)

INES.

Señora,
¡Que una plática tan larga
Hayais tenido!

CELIA.

Don Félix
Ha sabido cuanto pasa.

INES.

¿Y lo del tabique?

CELIA.

No,
Eso solo se le escapa.
Por si hablan los dos en mí,
Escuchemos lo que hablan.

(*Escóndense las dos.*)

[1] *Buharda*, ahora *bohardilla* ó *guardilla*.


Digitized by Google

ESCENA X.

DON JUAN, *alborotado;* CASTAÑO, DON FELIX.

DON JUAN.

Seais, Don Félix, bien hallado.

DON FÉLIX.

Y vos, Don Juan, bien venido.

DON JUAN.

¡Gran dicha hallaros ha sido!

DON FÉLIX.

¿De qué venis tan turbado?

DON JUAN.

Ya sabeis que de Lisarda,
Amante y primo, adoré
La hermosura, miéntras que
La dispensacion, que hoy[1] tarda,
Viene á hacerme tan dichoso,
Que premiando mi constante
Amor, de primo y amante,
Me llega á llamar esposo.
Ya sabeis cómo mató
A su hermano, y primo mio,
Don César en desafío,
Por una mujer, que yo
Nunca conocí. Pues hoy,
Por vencer esta tristeza,
Salió al campo su belleza:
Yo que de sus luces soy
Flor, que la vive adorando,
A la Casa la seguia
Del campo, donde ella habia
Con su padre ido; mas cuando
Iba la puente á bajar,
El coche encontré en la puente;
Porque no sé qué accidente
Tan presto la hizo tornar.
Llegando al sol que conquisto,
A sacrificar mi vida,
De mi primo al homicida
Me pareció que habia visto
Entrar de camino: yo
Le quise reconocer;
Mas siendo al anochecer,
No fué posible. Y por no
Errarlo, si no era él,
Todo el lugar le seguímos
Ese criado y yo, y vimos
Apear (¡pena cruel!)
Adonde á ver si es ó no es,
Quiero que vamos los dos,
Y que entreis delante vos,
Porque no se esconda, pues
De vos no se ha de guardar.
Esto habeis de hacer por mí,
Ya que de vos me valí,
Pues es forzoso amparar
Un amigo á un caballero,
Cuando no lo fuera yo,
A cualquiera que...

DON FÉLIX.

No, no
Digais mas. Sí; (*Ap.* Considero,
Aunque hoy no es mucho el error,
Que si esta la muerte fué
Por Celia, así vengaré
Con otra causa mi honor.)
Que ya sé que es recibida
Necedad, que sin dudar,
Ni saber, ni preguntar,
Ofrezca un hombre su vida
A quien le llama; y así,
Ahorrad pláticas conmigo,
Y guiad, que ya yo os sigo.

[1] *Ya.* Calderon empleaba las voces *hoy, este dia, ahora, ayer, aquí* y otros adverbios en un sentido muy diferente del recto.

DON JUAN.

Ménos de vos no creí.
Vamos: veréis, vive el cielo,
Si el venir mi honor castiga.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Oh á qué de cosas obliga
Esta necia ley del duelo! (*Vanse.*)

ESCENA XI.

CELIA, INES.

CELIA.

¡Ay Ines! ¿has escuchado?

INES.

¿De qué me hubiera servido
Servir, si no hubiera sido
De saber cuanto han hablado?

CELIA.

A César van á buscar
(¡Pena injusta! dura suerte!),
Para darle los dos muerte.
¿Quién pudiera imaginar,
Que yo á Don César llamara
A que en mi casa viviera,
Que ántes mi hermano viniera
Que él, y él mismo le buscara
Para matarle, y así
Satisfaciera[2] mi hermano
Sus celos, pues es tan llano
Que fué la muerte por mí?

INES.

No dés por hecho, señora,
Lo que para haber de ser,
Aun faltan por suceder
Mas de mil cosas ahora:
El ser verdad su venida,
Que los dos le hayan de hallar
Luego, y luego le han de dar
Por la tetilla la herida.

CELIA.

Bien mi temor desconfía,
Porque es tirana mi estrella.
(*Hacen ruido dentro.*)

INES.

Aguárdate: ¿no es aquella
La seña que ántes solia
Don César hacer?

CELIA.

Sí.

INES.

Dios
Mejora los dias.

CELIA.

Pues
Métele tú en casa, Ines,
Miéntras le buscan los dos. (*Vase Ines.*)
Que hoy verá César, es llano,
Cómo mi ingenio le guarda
De su padre, de Lisarda,
De su primo y de mi hermano.

ESCENA XII.

DON CESAR, MOSQUITO, INES. — CELIA.

DON CÉSAR.

Hasta llegar á tus brazos,
Hermosa Celia, no sé
Si tuve vida; y así,
Pues que mis ojos te ven,
Dame, señora, á besar
Todo el chapin de tus piés.

[2] La edicion de Don Juan Fernandez de Apóntes dice *satisficiera.*

MOSQUITO.

Y á mí todo el ponleví
De tus zapatos, Ines.

CELIA.

Seas, Don César, bien venido
A aquesta casa; que aunqué,
No pueda servirte en ella
Hoy como yo imaginé,
Por causa de haber venido
Mi hermano...

DON CÉSAR.

La voz deten.
¿Qué dices? ¡tu hermano está
Hoy en Madrid!

CELIA.

El dia que
Escribí que tú vinieras,
Supe cómo venía él;
Que no te enviara á llamar,
A no saberlo despues.

DON CÉSAR.

¿No estaba en la guerra?

CELIA.

Sí,
Y lo que le hizo volver
Tan presto, fué haberle escrito
El suceso tuyo.

DON CÉSAR.

Pues
Segun eso, en mayor riesgo
En tu casa estoy.

CELIA.

¿Por qué?

DON CÉSAR.

Porque no es posible estar
Un punto en ella.

CELIA.

Sí es;
Que pueden, Don César, mucho
Amor, ingenio y mujer.
Yo en casa, Don César, tengo
Prevenido donde estés,
Si no bien acomodado,
Seguro, á lo ménos, bien.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

Desta suerte.
Aquesta casa que ves,
Tiene dos cuartos: el bajo,
Y el alto, que es este en que
Yo vivo, porque en esotro
Vive un extranjero, á quien
Vienen despachos de Roma:
Esto convino saber.
Por si acaso el dueño hallaba
Para toda ella alquiler,
Por de dentro della tiene
Secreta escalera, que
Comunica los dos cuartos,
Aunque condenada esté,
Por ser los huéspedes dos.
Aqueste tabique pues,
Por la parte está de abajo;
De suerte, Don César, que
Yo por la parte de arriba
Con mil trastos le ocupé.
El dia que por mi carta
A mi casa te llamé,
Y de que venía mi hermano
Aviso tuve tambien,
Me hallé confusa, sitiada
De los dos, por no saber
Qué hacer con los dos; y así,
Escucha lo que pensé.
Cerrar hice la escalera

Digitized by Google

Por acá arriba muy bien,
Tabicando sobre tabla
Una puerta (que no fué
Difícil tomar el yeso
Sobre tomiza ó cordel),
De suerte que no quedó
Ni aun señal en la pared;
Mayormente que la cuadra
Donde cae, sirve tambien
De tocador mio, y la tengo
Colgada toda, con que
Está mas disimulada.
Aquí estarás, César, bien
Todo el tiempo que mi hermano
Dentro de casa no esté,
Y en estando en casa, dentro
Désta escalera.

MOSQUITO.

¡Par diez,
Que hará lindo San Alejo!

CELIA.

¿Qué dices?

DON CÉSAR.

Que hay que temer
Mil inconvenientes, Celia.

CELIA.

Di, ¿cuáles son?

DON CÉSAR.

Vamos pues,
Salvando dificultades.
¿Es posible no saber
Tu hermano que esta escalera
Estaba aquí?

CELIA.

Sí, porqué
En ausencia suya, yo
Aqueste cuarto alquilé;
Y así no sabe Don Félix
Todos los secretos dél.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si vino celoso
Tu hermano, te dejó hacer
Esta pared?

CELIA.

Un criado,
Viendo su cuidado, fiel
Me avisó; y así, ya estaba
Hecha cuando llegó él.

DON CÉSAR.

Yo estimo, Celia, en el alma
El cuidado y la merced;
Mas ya que vino tu hermano
A este tiempo, ¿para qué
Hemos de estar con cuidado
Tan grande? Y así, me iré
Contento de haberte visto.
Quédate con Dios.

CELIA.

Deten
Los pasos, César; que no
De aquí has de salir, ni es bien;
Que está á gran riesgo tu vida.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

Has de saber
Que en la posada que estás,
Te van á matar.

DON CÉSAR.

Pues quién,
Quisiera saber.

CELIA.

Don Félix;
Que aquí se lo dijo á él
(*Llaman dentro.*)
Don Juan. Pero ¡qué! ¿llamaron?

INES.

Sí, y mi señor mismo es.

CELIA.

Pues ya no puedes salir:
Por fuerza te has de esconder.

INES.

El tabique sirva ahora,
Ya que no sirva despues.

DON CÉSAR.

Por tu opinion solamente
Me escondo ahora; mas despues
Que se haya acostado, Celia,
He de salir.

CELIA.

Presto ve,
Miéntras allá abren la puerta,
Y en esa escalera, Ines,
Encierra á los dos.

MOSQUITO.

¿A mí
Han de encerrarme tambien?

INES.

Claro está, y no abras, en tanto
Que recogida no esté
La casa; y en lo mas bajo
Estad sin ruido.

DON CÉSAR.

¡Ah poder
De la fortuna! mi vida
Acabe ya de una vez.
(*Vanse los dos con Ines.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON FELIX. — CELIA; *despues*, UN CRIADO.

DON FÉLIX.

Ya estoy en mi casa, idos,
Don Juan.

DON JUAN.

Pues della os saqué,
Y os conocieron á vos
Y á mí no, hasta que quedeis
Seguro, no he de dejaros.

CELIA. (*Ap.*)

Pues viene Don Juan con él,
Sin duda, á buscar á César
Vienen los dos.

DON FÉLIX.

Si ha de ser,
¡Hola! (*Sale un criado.*)

CRIADO.

Señor.

DON FÉLIX.

Esta hacienda
Toda en salvo la poned
Abajo en el cuarto de ese
Caballero milanes,
En tanto que hablo á mi hermana.

DON JUAN.

Yo el primero á todo iré.
(*Vanse Don Juan y el criado.*)

ESCENA XIV.

DON FELIX, CELIA.

CELIA (*Ap.*)

La casa van despojando:
Buscarle sin duda es.

DON FÉLIX.

Hermana.

CELIA.

Félix, ¿qué traes?

DON FÉLIX.

Traigo una pena cruel.

CELIA. (*Ap.*)

Los dos han sabido allá
Que aquí Don César esté.

DON FÉLIX.

Llamóme Don Juan de Silva
Para que fuera con él
A buscar á su enemigo...
(*Ap.* Dijera al mio mas bien.)
Al fin, llegué á la posada,
Y al huésped le pregunté
Dónde un forastero estaba,
Que hoy, despues de anochecer,
Llegó á su casa. Que no
Habia hecho mas que haber
Dejádole allí dos mulas,
Dijo, y ídose despues.
Esperándole estuvimos
Mas de dos horas ó tres,
Hasta que un hombre llegó,
De color; y al parecer
De Don Juan (que yo jamas
Le vi), dijo que era él.
Embestímosle los dos,
Desembarazóse bien,
Y al ruido de las espadas
Llegó justicia á querer
Conocernos, y Don Juan
Dió con el uno á sus piés.
Resistímonos, en fin,
Hasta que no faltó quien
Entre las voces decia:
«Don Félix de Acuña es.»
Habiéndome conocido,
Apelamos á los piés.
A riesgo traigo la vida,
Por ser una muerte, y ser
Con resistencia; y así
Pues ausentarme ha de ser
Fuerza, no has de quedar, Celia,
Donde me escriban despues
Alguna cosa de ti,
Que no le esté á mi honor bien.
Y así, conmigo al instante
En casa de mi tio ven,
Donde quedarás guardada
De su cuidado, porqué
No he de ausentarme yo, en tanto
Que tú segura no estés.

CELIA

Don Félix...

DON FÉLIX.

No hay que decirme.

CELIA.

Advierte.

DON FÉLIX.

Aquesto ha de ser:
No hay, Celia, que replicar.

ESCENA XV.

INES.—DON FELIX, CELIA: *despues*, CRIADOS; *al fin*, DON JUAN.

INES.

En un instante se ve
Mudada toda la casa.
¿Qué es lo que intentan hacer?
(*Salen algunos criados.*)

CRIADO 1.°

Baja tú aquese escritorio.

CRIADO 2.°

Tira deste brocatel;
Que hasta las camas están
Ya desarmadas tambien

Digitized by Google

Abajo, y no queda aquí
Solo un clavo en la pared.

(*Quitan las colgaduras, y quedan debajo las paredes blancas, con dos puertas á los lados, y en medio una blanqueada ; disimulada.*)

DON FÉLIX.

Celia, vamos, que esto es fuerza.
Vente con tu ama, Ines.

CELIA. (*Ap.*)

¿A quién, cielos, en el mundo
Esto pudo suceder?

INES. (*Ap.*)

¿Mas que á los de la escalera
Los han de mudar tambien?

(*Sale Don Juan.*)

DON JUAN.

No se quede aquí ninguno.
Salid, y cerrad despues. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

DON CESAR y MOSQUITO, *que salen por la puerta de enmedio.*

DON CÉSAR.

Mas de media noche es ya.

MOSQUITO.

¿Si se habrá olvidado Ines
De que nos tiene escondidos?

DON CÉSAR.

Pues ya tan quieta se ve
La casa, abre aquesa puerta.
Despega un poco el cancel;
Que teniendo colgadura
Encima de la pared,
No nos podrán ver. Sabrémos
Qué ruido el que han hecho es.

MOSQUITO.

¿Dónde está la colgadura?

DON CÉSAR.

Llama á Ines.

MOSQUITO.

Ines, ce, ce.

DON CÉSAR.

Quedo, no te vean ni oigan.

MOSQUITO.

¿Quién nos ha de oir ni ver,
Si estamos en el desierto?
Por Dios, que á mi parecer,
Alemanes han entrado
En esta casa.

DON CÉSAR.

¿Por qué
Lo dices?

MOSQUITO.

Porque ha quedado
Desbalijada.

DON CÉSAR.

¿Que estés
Tan loco, que digas eso?

MOSQUITO.

Mas lo estás tú en buena fe,
Si dices esotro. Sal,
Y verás que no hay que ver;
Pues para que tú lo veas,
Sin dudar si es ó no es,
Solo han dejado una luz
Por descuido ó por merced.
Ni una silla, ni un bufete,
Ni un cuadro, ni un escabel,
Ni un baul, ni un escritorio,
Ni una cama, ni un cordel,
Ni un jergon, ni una cortina,
Ni una Celia, ni una Ines
Nos han dejado.

DON CÉSAR.

¿Qué es esto?
Que aunque yo el ruido escuché,
Los golpes sin las palabras
No se daban á entender.
Gran novedad habrá sido
La que á esto ha obligado.

MOSQUITO.

Aun bien
Que vivirémos mas anchos.
Pero pudieran haber
Ines y Celia dejado
Siquiera un pan que comer.

DON CÉSAR.

¡Que estés ahora de gracias!

MOSQUITO.

Esto de desgracias es.

DON CÉSAR.

Y así, viendo lo que ha sido,
Y lo que aquí importa hacer,
Es irnos, porque si Félix
Ha llegado ya á entender
Que por causa de su hermana
A Don Alonso maté,
Y que hoy estoy en Madrid,
¿Quién duda que aquesto es
Por vengarse?

MOSQUITO.

Pues ¿por dónde
Hemos de salir? ¿No ves
Cerradas todas las puertas?

DON CÉSAR.

Por las ventanas.

MOSQUITO.

Tambien
Son todas rejas.

DON CÉSAR.

Por una
Guarda del tejado. Ven
Conmigo.

MOSQUITO.

Yo ruego á Dios
Que una gatada no dé.

DON CÉSAR.

¡Cielos! semejante caso
¿A quién pudo suceder?

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, MOSQUITO.

MOSQUITO.

Esta es la casa, sin duda,
Que aquel famoso extremeño
Carrizales fabricó
A medida de sus celos,
Pues no hay puerta ni ventana,
Guarda, patio, ni agujero
Por donde salga un mosquito:
Dígalo yo.

DON CÉSAR.

Si el ingenio
Quisiera inventar un caso
Extraño, ¿pudiera hacerlo
Con mayores requisitos
Fingidos, que verdaderos
Están presentes? ¿Habrá
Quien crea que es verdad esto?
Venir llamado de Celia,
Tener aviso á este tiempo
De que su hermano venía,
Hacer con tanto secreto
Este tabique, llegar
Félix á Madrid primero
Que yo, esconderme por fuerza,
Y en estando una vez dentro,
Mudarse toda la casa,
Dejarme aquí, y en efecto
No haber por donde salir,
Cosas son, viven los cielos,
Que han menester mas paciencia
Que la mia.

MOSQUITO.

Pues no es esto
Lo peor.

DON CÉSAR.

Pues ¿qué será,
Si esto no es?

MOSQUITO.

Que no tenemos
Que comer, porque el gigote
Que se olvidó en un puchero
A la lumbre, el medio pan
De la alacena, ya dieron
Fin; y así es fuerza rendirnos
Por hambre, porque no hay dentro
Del sitio para dos horas
Municion ni bastimento.

DON CÉSAR.

¡Que tuviese yo una llave
Maestra de casa, al tiempo
Que, ausente su hermano, entraba
A hablar á Celia, y que luego
Se la volviese el dia que
De aquí me ausenté! Mas esto
¿Quién lo pudo prevenir
Con humano entendimiento?

MOSQUITO.

Ya mal distinta la luz
En los distintos reflejos
Se va declarando. En fin,
¿Qué piensas hacer?

DON CÉSAR.

Un medio
Solamente se me ofrece.

MOSQUITO.

¿Y es, señor?

DON CÉSAR.

Escucha atento.
En este cuarto de abajo,
A Celia oí que un extranjero,
Hombre de negocios, vive.
A este declararme pienso;
Que ménos importará
Que sepa uno mas aquesto,
Que dejarme matar; pues
No dudo que es el intento
Este de haberse mudado
Don Félix.

MOSQUITO.

¿Y cómo harémos
Para llamarle?

DON CÉSAR.

Dar golpes
Por la escalera.

MOSQUITO.

Yo apuesto
Que piensan que andan ladrones
Al primer golpe que demos,
Y que nos matan á palos
Antes de oirnos.

DON CÉSAR.

No creo
Que hay otra cosa que hacer.
Voy á llamar.—Mas ¿qué es esto?
(*Al ir á llamar él, llaman de adentro.*)

Digitized by Google

MOSQUITO.

El extranjero de abajo,
Que llama ántes que llamemos
Nosotros. Mas ¿cuánto va
Que nos mudaron á un tiempo,
Y estando una vez cerrado,
Ha pensado allá lo mesmo?
(*Llaman otra vez.*)

DON CÉSAR.

Esto es llamar á la puerta.

MOSQUITO.

¿Quién es?

DON CÉSAR.

Tente: ¿qué haces, necio?

MOSQUITO.

Responder á quien nos llama,
Que la llave no tenemos,
Que vaya por ella.

DON CÉSAR.

Espera,
Que responder no es acierto.

MOSQUITO.

Déjame solo llegar
A ver por el agujero
De la llave quién es.

DON CÉSAR.

Mira.

MOSQUITO.

¡Buena hacienda habemos hecho!
¡Ay, señores!

DON CÉSAR.

¿Qué hay, Mosquito?

MOSQUITO.

La justicia, por lo ménos,
Es quien llama.

DON CÉSAR.

¿La justicia?

MOSQUITO.

Sí, señor.
(*Va Don César á mirar.*)

DON CÉSAR.

¡Por Dios, que es cierto!
¿Quién presumiera que así
Se vengara un caballero?

MOSQUITO.

Celia, señor, te ha vendido.
(*Golpes con martillo dentro.*)

DON CÉSAR.

Vive Dios, que no lo creo
De Celia.

MOSQUITO.

Yo sí. Ya escampa.

DON CÉSAR.

¿No es descerrajar aquello?

MOSQUITO.

Sí, ya conozco los golpes,
Que estos son los golpes mesmos
Que al empezar las comedias,
Se dan en los aposentos.

DON CÉSAR.

¿Qué hemos de hacer?

MOSQUITO.

Confesarnos
Es el mas útil remedio.

DON CÉSAR.

Por si acaso es otra cosa,
Lo mejor es escondernos,
Y no sea lo de anoche,
Oir el ruido, y no el suceso
(*Entranse en la escalera.*)

ESCENA II.

OTAVIO, UN ESCRIBANO, ALGUACILES, GENTE.

OTAVIO. (*Dentro.*)

¿Para qué es romper la puerta?
Que pues yo las llaves tengo,
Yo abriré, y ya que lo está, (*Salen.*)
Díganme sobre qué es esto,
Vuesas mercedes, que yo,
A los golpes que he oido, vengo
Desde ese cuarto en que vivo.

ALGUACIL 1.°

Buscamos un caballero
(Don Félix de Acuña es
Su nombre), por haber muerto
Anoche un hombre en mi calle.

OTAVIO

(*Ap.* Aquí importa el fingimiento.)
¿Don Félix de Acuña?

ALGUACIL 1.°

Sí.

OTAVIO.

Pues ya há mas de mes y medio,
Que no vive en esta casa,
Y que yo las llaves tengo
Del cuarto, para alquilarle,
Con poderes de su dueño.
Bien lo muestra el verle así.

ALGUACIL 1.°

Tarde venimos.

ALGUACIL 2.°

¿Qué haremos?

ESCRIBANO.

Poner esta diligencia
Por escrito.

ESCENA III.

OTAÑEZ.—DICHOS.

OTÁÑEZ.

Aquí Don Diego
Mi señor viene á saber
Qué hay de aquel despacho.

OTAVIO.

Necio,
¿Que estoy ahora, no veis,
Con estos señores? Luego
Bajaré: que en mi escritorio
Me espere.
(*Vase Otáñez.*)

ALGUACIL 1.°

Aquí no tenemos
Que hacer: vuesasted se quede
Con Dios.

ESCRIBANO.

Si hubiéramos hecho
Anoche la diligencia,
Quizás no se hubiera puesto
En salvo.

ALGUACIL 2.°

Nadie nos dijo,
Aunque se anduvo inquiriendo
Anoche, adonde vivia.
(*Vanse los Alguaciles, el Escribano y la gente que salió con ellos.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO, OTAÑEZ.—OTAVIO.

DON DIEGO.

Señor Otavio, viniendo
Tan de mañana á saber
Si habia venido en el pliego,
Que anoche llegó de Italia,
La dispensacion que espero
Para casar á mi hija
Con su primo (que deseo
Salir ya deste cuidado),
Y esperando, por saberlo,
Allá abajo, vi bajar
Justicia; y así me atrevo
A subir acá, por ver
Si en algo serviros puedo.

OTAVIO.

En cuanto á vuestros despachos,
Muy bien las albricias puedo
Pediros, que ya han venido.

DON DIEGO.

Mil años os guarde el cielo.

OTAVIO.

En esto de la justicia,
Es que un noble caballero
Aseguró su persona
Y su hacienda; que él, atento
A su honor, dejar no quiso
Sola á su hermana, y diciendo
Estaba que no vivian
Ya aquí.

DON DIEGO.

¡Ay de mí! ¡lo que siento
El traer á la memoria,
A vista deste suceso
Mis penas! Siempre son muchas,
Cada instánte que me acuerdo
De la muerte de mi hijo,
Y que el que le mató, huyendo
Tambien se libró de mí;
Que yo le hiciera...

OTAVIO.

En efecto,
¿Nunca dél habeis sabido?

DON DIEGO.

Hásele tragado el centro
De la tierra. Mas dejadme,
Y no hablemos mas en esto.

OTAVIO.

Yo hablo porque hablabais vos.
Vamos. —Mas ¿qué tan atento
Mirais en aqueste cuarto?

DON DIEGO.

En que he venido á hacer pienso,
De un camino, como dicen
Dos mandados; porque habiendo
La dispensacion venido,
He de traer desde luego
A mi sobrino á mi casa;
Y la que yo ahora tengo
No es capaz: demas que há un mes
Que ando buscándola, y creo
Que este cuarto, por el barrio
Y vecindad, será bueno.

OTAVIO.

Yo me holgaré que os agrade,
Por lo mucho que intereso.

DON DIEGO.

¿Qué mas vivienda que aquesta
Tiene?

OTAVIO.

No sé, que os prometo
Que aunque dias há que vivo
En él, es hoy el primero
Que en él he entrado.
(*Vanse por una puerta, y salen por otra.*)

DON DIEGO.

En verdad
Que me agrada, sí por cierto,
Mayormente por tener
Estos dos cuartos diversos;
Pues en este, hasta casarse,

Digitized by Google

Estará Don Juan, y luego
Yo estaré, dejando estotro,
Que es el mayor, para ellos.
¿Qué gana este cuarto?

OTAVIO.

Gana
Dos mil reales.

OTAÑEZ.

Es gran precio;
Que están baratas las casas.

DON DIEGO.

Decidme quién es el dueño,
Porque lo vaya con él
A concertar.

OTAVIO.

Para esto
Haced cuenta que yo soy;
Pues de un amigo es, que á un pleito
Está en Granada, y poder
Para sus negocios tengo.
Y así, conmigo no mas
Se ha de tratar.

DON DIEGO.

Segun eso,
Ya queda el cuarto por mí,
Porque yo con vos no tengo
De recatear; y así haced,
Porque vengan al momento
A colgarle, que las llaves
Se dén.

OTAVIO.

Si ha de ser tan presto,
Mejor es que os las lleveis,
Porque hoy una holgura tengo
En el campo, y en mi casa
No queda nadie. Bajemos
Donde la dispensacion
Os dé, y las llaves.

DON DIEGO.

Contento
Voy del cuarto.

OTAVIO.

No creréis
Cuánto en que lo estéis me huelgo.

DON DIEGO.

Tendréis un criado en mí.
Y en Lisarda un ángel bello
Por vuestra, que es muy hermosa.
(*Vanse, cerrando.*)

ESCENA V.

DON CESAR, MOSQUITO.

DON CÉSAR.

¿Háslo entendido?

MOSQUITO.

Algo dello.

DON CÉSAR.

¿Habrá mas y mas acasos?
¿Habrá mas y mas sucesos,
Que eslabonen mis desdichas,
Que logren mis sentimientos?
Un hombre mató Don Félix;
El mudarse nació desto;
Y buscando los despachos
Para hacer el casamiento
De Lisarda y de su primo,
Su padre (¡muero de celos!)
A Otavio subió á buscar
A este cuarto, y al momento
Se contentó dél, y dél
Llevó las llaves él mesmo;
Y por remate de todo
(Porque aun solo este remedio
De llamar abajo falte),
Todos se van fuera. ¡Cielos!
¿Hasta dónde echada está
La línea á mi sufrimiento?

MOSQUITO.

Alquilar un hombre un cuarto
Con ropa y servicio, vemos
En la corte cada dia;
Pero el alquiler mas nuevo
Es alquilar uno un cuarto
Con amo y criado dentro.
Mas bien, que en estos acasos
De pesar, hay de consuelo
Otros.

DON CÉSAR.

¿Cuáles son?

MOSQUITO.

No haber
Otavio visto ántes desto
Esta escalera, y estar
Desta casa ausente el dueño;
Pues si él viniera a alquilarla,
Su escalera echara ménos,
Y fuera fuerza el hallarnos
Escalerados Don Diego.

DON CÉSAR.

En fin, para haber de ser
Un tan extraño suceso,
No hay inconveniente alguno,
Segun todo se ha dispuesto;
Pero no se ha de rendir
Hoy el valor de mi pecho
A fáciles imposibles.
(*Saca la daga para abrir la puerta.*)

MOSQUITO.

¿Qué haces?

DON CÉSAR.

Desclavar pretendo
Con esta daga la puerta,
Y salir de aquí primero
Que mi enemigo me cierre
Hoy el paso, aunque sea al riesgo
De que en la primera calle
Me prendan; que ya no quiero
Vida, casada Lisarda
Con Don Juan: no quiero (¡ay cielos!)
Esperar á ser testigo
Yo del daño que me ha muerto.

MOSQUITO.

Dices bien, señor: salgamos
De aquí, aunque descerrajemos
La puerta.

DON CÉSAR.

No he de esperar
Mas desdichas. Mas ¡qué veo!
Por la parte de allá fuera
Abren.

MOSQUITO.

Pues al retraimiento.

DON CÉSAR.

Por si es Don Diego, es forzoso.

MOSQUITO.

Mucho nos quiere Don Diego,
Pues que nos guarda con llave.

DON CÉSAR.

¿Que viniese á tan mal tiempo?

MOSQUITO.

Segun todo se hace apriesa,
Que sea él adrede pienso.
(*Escóndense los dos.*)

ESCENA VI.

BEATRIZ, OTAÑEZ.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

¿Aquesta es la casa?

OTAÑEZ. (*Dentro.*)

Sí.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Santíguome, y entro á vella
Con el pié derecho en ella.
(*Salen los dos.*)
Malo es abrirse hácia aquí
La puerta, y los escalones
Toman la vuelta al reves.
(*Mira al techo, y cuenta en silencio.*)
Bien ó mal... una, dos, tres...
Y las vigas no son nones.
Otáñez, vuelva á señor,
Y diga que si no ha dado
El dinero adelantado
Desta casa, será error,
Si el dueño no se le obliga
A mudar la puerta (es llano),
La escalera hácia esta mano,
Y añadir aquí una viga.

OTÁÑEZ.

¡Mala mano te dé Dios,
Y mala viga tambien!
Mas esto del mal y el bien,
Esto de la una y las dos,
El pié derecho por guia,
Mirar puertas y escalones,
¿Son por tu vida lecciones
De la dueña de tu tia?

BEATRIZ.

Claro está: ¿qué pensais vos?
Como esto, cuando acá estaba,
Cada dia me enseñaba,
Porque era un alma de Dios.

OTÁÑEZ.

¡Y se le echa bien de ver
En la cristiana doctrina,
Que enseñaba á su sobrina!
Mas, Beatriz, lo que has de hacer,
Es solamente tratar
De barrer la casa, y no
Contar sus vigas; que yo
Tengo un chozno familiar,
Que da de mí testimonio.

BEATRIZ.

Si él es familiar, y está
Con vos...

OTÁÑEZ.

Dilo.

BEATRIZ.

No será
Familiar, sino demonio.

OTÁÑEZ.

Picudita, bachillera,
Que desde vuestra niñez
Teneis para la vejez
Hecho el gasto de hechicera,
Hablad como habeis de hablar.

BEATRIZ.

Arrendajo de Don Bueso,
Anotomía de hueso,
Almanac particular:
Vos, que sois en el abismo
De esa calcilla neutral,
De vos mismo el orinal,
Y el músico de vos mismo.
Flaca cecina de yegua,
Baul de tabla y pellejo,
Ne recorderis de viejo,
Parce mihi de la legua,
Puerto seco de la tos,

Digitized by Google

Quitoteca de Caifas,
Y trecientas cosas mas,
¿Cómo se ha de hablar con vos?

OTÁÑEZ.

Relamidilla, embustera,
Agradeced que ha llegado
El coche, y que se ha apeado
Señora; que yo os hiciera
Llevar á la Inquisicion.

ESCENA VII.

LISARDA, *con manto*. — BEATRIZ, OTAÑEZ.

LISARDA.

Notable priesa ha tenido
Mi padre, pues ha querido
Mudarse sin dilacion,
Y que venga la primera
Yo á ver la casa y mandar
Cómo se ha de aderezar.

OTÁÑEZ.

Tal huésped en ella espera.

BEATRIZ.

Muy cuerdo mi señor anda
En que tú vengas ahora,
Pues no agrada á una señora,
Sino solo lo que manda;
Que si yo hubiera empezado
A poner algo, sospecho
Que de cuanto hubiera hecho,
Nada te hubiera agradado.

LISARDA.

Buena la casa parece.

OTÁÑEZ.

En este cuarto ha de estar
Don Juan, hasta efectuar
Las dichas que amor ofrece.

BEATRIZ.

Acudid, Otáñez, vos
A ver apear la ropa
Del carro.

OTÁÑEZ.

Si en esto topa,
Ya acuden. ¡Válgame Dios!

LISARDA.

No me traigan nada aquí.—
Pues esta pieza ha de ser
Tocador, no es menester
Colgarla. (*Vase Otáñez.*)

BEATRIZ.

Guárdate allí
Del polvo.

LISARDA.

¡Oh qué triste estoy!

BEATRIZ.

Hoy que pedirte quisiera
Albricias, ¡de esa manera
Suspiras!

LISARDA.

Sí, porque hoy
Mirando mis penas voy.

BEATRIZ.

¿Quién, señora, las causó?

LISARDA.

Oye. Don Juan...

ESCENA VIII.

DON JUAN. — LISARDA.

DON JUAN.

¡Feliz yo,
Que á tan buen tiempo llegué
Que en tus labios escuché
Mi nombre!

LISARDA.

¿Y no pudo no
Ser dicha, y desdicha sí,
El acordarme de vos?

DON JUAN.

No, que siempre es dicha...

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

DON JUAN.

Que tú te acuerdes de mí;
Pues aunque haya sido aquí
En daño mio, sospecho
Que en el pecho satisfecho
Estoy; que el reloj veloz
Obedece con la voz
Al artificio del pecho.

LISARDA.

Sí, pero ninguno ignora
Que con otro tal indicio
Muestra un hora el artificio,
Y da la voz otra hora.

DON JUAN.

Pues ¿por qué, prima y señora,
Hoy tanto rigor?

LISARDA.

No sé;
Que á vos os lo callaré,
Por el autoridad mia:
Yo á Beatriz se lo decia,
Y á Beatriz se lo diré.—
Beatriz, mi primo Don Juan
Sin duda alguna ha creido
Que el entrar á ser marido
Es salir de ser galan:
Poco cuidado le dan
Finezas, poco cuidado
Festejos, pues olvidado
Está ya; de que se infiere
Que no quiere el que no quiere
Un poco desconfiado.
Ayer al campo salí,
Y á Don Juan en él no hallé;
En el campo peligré,
Y de otro amparada fuí;
Y si á aquel agradecí
La fineza de mi vida,
A este, que de mí se olvida,
Castigarle puedo, pues
No es con este cruel, quien es
Con aquel agradecida.
Vine á casa, como viste,
Y Don Juan no pareció
En toda la noche: yo,
Que ya sé que esto consiste
En ese festejo, triste,
No celosa, estoy, por ver
Que Don Juan, ántes de ser
Mi esposo, verme dilata,
Y que desde ahora me trata
Ya como propia mujer.

DON JUAN.

Si supieras la razon,
Tú me disculparas ya:
Buenos testigos quizá
Aquestas paredes son.
Digan ellas la ocasion,
Digan ellas...

LISARDA.

¿Para qué,
Si yo con Beatriz hablé,
Me respondeis?

DON JUAN.

Culpa es mia:
Yo á Beatriz se lo decia,
Y á Beatriz se lo diré.
Bajando anoche á buscar
A mi prima, vi al que dió
Muerte á Don Alonso, y yo
Con ánimo de vengar
Mi pena, le fuí á buscar,
Llevando en mi compañía
A Félix, el que vivia
En esta casa. Llegamos
Donde á César esperamos,
Hasta que la rabia mia
Me hizo embestir á otro hombre
Por él. Justicia llegó,
Conocernos pretendió,
Y uno quedó (no te asombre)
Muerto, cuando oimos el nombre
De Don Félix repetido;
Y viéndose conocido,
Fuerza el ausentarse fué.
Esta es la causa por qué,
De honrado y de agradecido,
Yo no le pude dejar
Hasta que en salvo estuviese
El y su casa, y hiciese
Diligencias de alcanzar
Si de mí llegaba á hablar
La justicia. Se ha sabido
Que yo no fuí conocido,
Con lo cual me he asegurado;
Que mal pudo otro cuidado
Tenerme á mí divertido.

BEATRIZ.

Pues yo, que he sido la oidora
En sala de competencia,
Fallo por mí la sentencia,
Que pues el uno á otro adora,
Os deis por buenos ahora.

DON JUAN.

Yo obedezco, y si hay disculpa,
Cese el rigor que me culpa.

LISARDA.

Yo creo que así será;
Que para nada me está
Bien, que vos tengais mas culpa.

DON JUAN.

Ya que estás desenojada,
De la caida de ayer
La sangría...

LISARDA.

Eso es querer
Volver á verme enojada. (*Vase.*)

DON JUAN.

Será para una criada.—
Castaño. (*Llamando.*)

ESCENA IX.

CASTAÑO.—DON JUAN, BEATRIZ

DON JUAN.

Dale á guardar
Aquello á Beatriz.

BEATRIZ.

El dar
Tanto el ánimo recrea,
Que aunque para mí no sea
Lo tomaré, por tomar.
(*Vase Don Juan.*)

Digitized by Google

ESCENA X.

BEATRIZ, CASTAÑO.

BEATRIZ.

Y pues tan revuelta está
La casa toda, en aqueste
Aposento, que ha de ser
O tocador ó retrete
De mi señora, poniendo
Ve, Castaño, sutilmente
No sé qué, que á mi ama traes.

CASTAÑO.

Son mas de mil no-sé-quées
Espera, irélos trayendo,
Que aquí unos mozos los tienen.

BEATRIZ.

Para ponerlos mejor,
Pongamos aquí un bufete.

(*Saca un bufete, y pónele delante de la puerta secreta, y desde la de entrada van tomando Castaño y Beatriz unos azafates cubiertos.*)

CASTAÑO.

Estos son de Portugal
Dulces.

BEATRIZ.

Di dulces dos veces,
Pues dos veces lo serán
Por dulces y portugueses.

CASTAÑO.

Chocolate de Guajaca
Esto, y estos que aquí vienen
Tocados, cintas y medias,
Guantes, pastillas, pebetes,
Faldriqueras, zapatillas,
Y bolsos estos.

BEATRIZ.

Bien huelen.

CASTAÑO.

Toda esta salsa, Beatriz,
Han menester las mujeres,
Para que no huelan mal,
Y mas las propias.

BEATRIZ.

Tú mientes.

CASTAÑO.

Esto es cuanto á esto, que aquí
Vienen joyas excelentes
En este contador, que hoy
Es contador de mercedes.

BEATRIZ.

Bien está; pero aquí falta
Una albaja.

CASTAÑO.

¿Qué es?

BEATRIZ.

Atiende:
Un cierto vestido mio,
Que destas bodas alegres
De ribete se me da.

CASTAÑO.

Forzoso era que lo fuese,
Porque ya, Beatriz, di ¿cuál
Vestido no es de ribete?
Mas no le quise traer,
Que hay un grande inconveniente.

BEATRIZ.

Di ¿cuál?

CASTAÑO.

A mí me han parlado
Que de un bergantou ausente,
Que por colada y tizona
Era Mosquito dos veces,
Fuiste (sin ser la violada
Violante de Navarrete)
De sus botones ojal,
Y de sus cintas ojete.
Hame dado pesadumbre
El caso, y no me parece
Que será puesto en razon
Que de Castaño se cuente
Que con él te vistes, con
Otro te desnudas.

BEATRIZ.

Tente.
¿Pues dasme el vestido tú?

CASTAÑO.

No, pero basta el traerle,
Que es como dar por tablilla
A la bola que está enfrente.

BEATRIZ.

Aun siendo esto, no hay razon;
Que Mosquito solamente
Fué, en hacer faltas con él,
Pelota de mi trinquete.
Y si va á decir verdad,
Tu solamente me debes,
Mas lágrimas en un hora
Que Mosquito en treinta meses;
Que de lástima le quise,
Solo por ser buen pobrete,
Miéntras hallaba otra cosa.

CASTAÑO.

Tanto cuanto me enterneces.
Este es, Beatriz, el vestido
Hecho y derecho, y aqueste
El manto.

BEATRIZ.

Y este un abrazo.

CASTAÑO.

En fin, ¿solo á mí me quieres?

BEATRIZ.

No está en uso querer solo
A nadie; basta quererte.
Y pues con tu amo hoy
En casa vives, advierte
Que si hay dares y tomares,
Habrá dimes y diretes.
Y adios por ahora, que es bien
Que aqueste aposento cierre
Con llave, porque ninguno
Aquí no salga ni entre.

CASTAÑO.

Adios. (*Vase.*)

BEATRIZ.

Quédese el vestido
Con lo demas. ¡Quién sirviese
Una ama que fuera novia,
Cada mes una ú dos veces! (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON CESAR, MOSQUITO.

(*Entreabren la puerta de la escalera, lo que permite el bufete que está delante.*)

MOSQUITO. (*Dentro.*)

Vive Dios, que he de salir.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

¿Dónde has de salir? Detente.

MOSQUITO. (*Dentro.*)

Si hemos oido cerrar
La puerta deste retrete,
Y que han dejado en él dulces,
¿Cómo podrás detenerme,
Cuando (aunque fueran amargos)
Me supieran lindamente?

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

No hagas ruido

MOSQUITO. (*Dentro.*)

¿Cómo no,
Sino me deja el bufete
Abrir la trampa?

(*Saca la mano por entre la puerta.*)

Ya alcanzo
Un azafate: ¡oh si fuese
El de los dulces! Los guantes
Son, el demonio los lleve.
A echar vuelvo la redada.
(*Derriba un azafate.*)

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

¿Qué has hecho?

MOSQUITO. (*Dentro.*)

Ruido.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

¿Tú quieres
Destruirme?

MOSQUITO. (*Dentro.*)

Comer quiero,
Como tú.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

Daréte muerte;
Que es veneno para mí
Todo lo que está presente.

MOSQUITO. (*Dentro.*)

Morir de veneno ó hambre,
Muere á lo mas conveniente.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

Harásme que todo junto
Lo arroje, lo rompa y queme

(*Derriba el bufete, ábrese la puerta y salen los dos.*)

Con el fuego de mi pecho,
O que lo inunde y anegue
Con el llanto de mis ojos.

MOSQUITO.

Si tanto fuego tuvieses,
Y si tanta agua llorases,
Que hacer pudiéramos este
Chocolate, ¡oh Jesus mio!

DON CÉSAR.

¡Que darse quejas oyese
Don Juan y Lisarda, cielos,
Ella con dulces desdenes,
El con amantes finezas,
Y yo escucharlo pudiese!

MOSQUITO.

Pues si á eso va, yo tambien
He escuchado claramente
Pisar al Frison Castaño
Y al Haca Morcilla en este
Pesebre de amor; empero
Digan lo que se dijeren,
Que de lástima me quiso,
Sea buen pobrete ó riquete,
Y coma yo lo que él trae;
Que otro despique no tienen
Celos, sino valer algo,
Porque sabe lindamente
Lo que otro compra.

DON CÉSAR.

En efecto,
Ya aquí lo mas conveniente
Es dejar anochecer,
Y despechado ó valiente
Determinarme á salir.

MOSQUITO.

Si tú en la calle tuvieses
Prevenidos para todo
Tus amigos y parientes,
Fuera seguro el empeño.

Digitized by Google

DON CÉSAR.

Tú, Mosquito, que no eres
Conocido, bien pudieras
(Pues hoy anda tanta gente
Revuelta en aquesta casa)
A salir de aquí atreverte.

MOSQUITO.

Por salir á beber algo,
No habrá cosa que no intente.

DON CÉSAR.

Tú has de salir y avisar
Desto á quien yo te dijere.

MOSQUITO.

Yo sí hiciera, pero temo...

DON CÉSAR.

Tú, aunque te vean, ¿qué temes?

MOSQUITO.

Ser tan Rey, que en la capilla
Me diga misa un bonete.
Pero algo he de hacer por tí,
Y una cosa se me ofrece
Para salir encubierto,
Que no puedan conocerme.
El vestido de Beatriz
Me disfrazará: á ponerle
Ayuda.

DON CÉSAR.

La puerta abren.

MOSQUITO.

Ya, por mal que nos sucede,
Hay que comer y vestir,
Venga ahora lo que viniere.
(*Éntranse los dos en la escalera.*)

ESCENA XII.

LISARDA, BEATRIZ.

BEATRIZ.

Digo que en toda mi vida
No he visto tan excelentes
Y aliñados azafates.

LISARDA.

Verélos, porque no piense
Don Juan que no los estimo.
Pero ¿qué estrago es aqueste?

BEATRIZ.

Esto ya es hecho, porque es
Paso de la Dama Duende,
Y no he de pasar por él.

LISARDA.

¿Quién entró, que desta suerte
Lo ha puesto, Beatriz?

BEATRIZ.

Ninguno
Pudo entrar, porque yo siempre
Tuve la llave conmigo.

LISARDA.

Pues siendo esto así, tú tienes
La culpa, que lo dejaste
De modo que se cayese.

BEATRIZ.

¿Cómo puedo...?

LISARDA.

¿Quién querias
Que para esto solo abriese?

BEATRIZ.

Quien no abrió para esto solo.
¿Hay mas desdichada suerte,
Señores?

LISARDA.

Pues ¿qué mas falta?

BEATRIZ.

Mi vestido, ¡y sin ponerle!

LISARDA.

¿Qué vestido?

BEATRIZ. (*Llorando.*)

El que me dió
Don Juan.

ESCENA XIII.

DON DIEGO, OTAÑEZ. — LISARDA, BEATRIZ.

DON DIEGO.

¿Qué ruido es aqueste?

BEATRIZ.

Y el manto tambien.

LISARDA.

Aquí
Puso Beatriz todo este
Regalo que envió Don Juan,
Y le hallamos desta suerte,
Y falta un vestido suyo.

BEATRIZ.

¡Ay señor! y sin ponerle!

OTÁÑEZ.

Sí, pero no sin quitarle.
Si una viga mas tuviese
Esta casa, no faltara,
Beatriz, tu vestido.

DON DIEGO.

Siempre
En las mudanzas de casas
Aquestas cosas suceden.
Id cogiendo todo eso,
Y tú trata recogerte
En tu cuarto, porque el tiempo
Que aquí Don Juan estuviere
Sin desposarse, ha de ser
El que ménos ha de verte.

LISARDA.

Tanto obedecerte estimo,
Qué porque á verme no entre
De noche en mi cuarto, quiero
Estar recogida. Venme
A desnudar, Beatriz.

BEATRIZ.

Quien
Me ha desnudado á mí, puede,
Que sabrá mejor que yo.

LISARDA.

No llores, que fácilmente
Se remediará. (*Ap.* Aunque he dicho
Que tengo de recogerme,
No lo he de hacer, hasta ver
A qué hora Don Juan viene.)
Trae luz, Beatriz.

BEATRIZ.

¡Ay, señores,
Mi vestido, y sin ponerle!
¡Notable descuido ha sido! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO, OTAÑEZ.

OTÁÑEZ.

Ha estado aquí tanta gente
Hoy, que no es mucho que falte
Aun mas que esto.

DON DIEGO.

Otáñez, ¿tiene
Prevenido ya su cuarto
Don Juan?

OTÁÑEZ.

Y curiosamente
Aderezado.

DON DIEGO.

Id á ver
Si en él falta algo, y ponedle
Luces, porque ya la noche
Cerrando baja. ¡Oh qué alegre
Dia fuera para mí, (*Vase Otáñez.*)
Si mi hijo viviera, este!
¡Oh si me viera vengado
Del traidor que le dió muerte!
Mas no quiso mi fortuna
Tantas dichas concederme,
Que llegase...

ESCENA XV.

CELIA, *con manto.* — DON DIEGO.

CELIA.

Caballero,
Si el amparar las mujeres
Heredada obligacion
Es de todos los que tienen
Noble sangre, pues con ella
Nacieron á ser corteses,
Amparad una mujer,
Ya que la trajo su suerte
A vuestros piés; que no en vano
Esta dicha he de deberles.
Un hombre, que de mi honor
Le hicieron dueño las leyes
Bárbaras que dispusieron
Que padezca el inocente
Los delitos del culpado,
Siguiéndome (¡ay de mí!) viene,
Y está en que no me conozca
El honor suyo y mi muerte.
Haced, por quien sois, señor,
Que hasta aquí (¡ay cielos!) no entre,
Porque yo si no...

DON DIEGO.

Callad,
No digais mas, que no deben
Escuchar los caballeros
Mas razon á las mujeres,
Para ampararlas, que verlas
Afligidas. A tenerle
Saldré, y aun á desvelarle
Las sospechas que trajere;
Y á no poder con razones,
Podré con la espada; que este
Pecho volcan es que ostenta
Dentro fuego, y fuera nieve.
Aquí esperad; mas de aquí
No habeis de pasar; que en este
Cuarto una hija mia vive,
Y no quiero yo que llegue
A saber que hoy en el mundo
Aquestas cosas suceden. (*Vase.*)

CELIA.

Bien hasta aquí ha sucedido
Este atrevimiento: déme
Fortuna amor, si es que amor
Fortuna para sí tiene.
Acercaréme al tabique
De la escalera.

ESCENA XVI.

DON CESAR, Y MOSQUITO, *vestido de mujer, que salen por la puerta de la escalera.*—CELIA.

(*La sala está oscura.*)

DON CÉSAR. (*A la puerta.*)

Abora puedes
Salir mejor, porque siendo
Ahora cuando anochece,

Digitized by Google

Antes que se enciendan luces,
Podrá ser salir sin verte;
Que yo, hasta que eche de ver
Que estás fuera, por si vuelves,
No me quitaré de aquí,
A todo trance valiente.

MOSQUITO.

¡Dios vaya conmigo, amen!

DON CÉSAR.

La seña, Mosquito, advierte
Que ha de ser, cuando en la calle
Estés con armas y gente,
Disparar una pistola,
Porque á mi noticia llegue,
Para que yo salga.

MOSQUITO.

Salga
Yo ahora, que es lo que conviene.

CELIA. (*Ap.*)

Un bulto se va acercando
A mí.

MOSQUITO. (*Ap.*)

Un bulto hácia mí viene.

CELIA. (*Ap.*)

No podré llamar á César,
En tanto que no se fuere.
(*Truecan lugares Celia y Mosquito.*)

MOSQUITO. (*Ap.*)

El no me ha visto, pues no
Me habla nada.

CELIA. (*Ap.*)

¡Oh si se fuese!

MOSQUITO. (*Ap.*)

¡Oh si encontrase la puerta!

ESCENA XVII.

DON DIEGO.—DICHOS.

DON DIEGO. (*Llegándose á Mosquito.*)

Señora, seguramente
Podréis salir; que en la calle
No hay un hombre que os espere.

MOSQUITO. (*Ap.*)

Es grande merced que me hacen.

DON DIEGO.

Ese portal, el de enfrente
Y todos están seguros.

MOSQUITO. (*Ap.*)

Lindamente me parece.
Si hay ángeles entre canos,
El de mi guarda es aqueste.

DON DIEGO.

Venid conmigo, que yo
Hasta donde vos quisiereis
Iré con vos.

MOSQUITO. (*Ap.*)

Que me place.
Si esto ahora me sucede,
Por un vestido inhumano
Que á media pierna me viene,
Yo juro de no traer
Otro traje eternamente.
¡Bien hayan los tres poetas,
Que piadosos y corteses
Sacaron á luz *los Pri-
vilegios de las mujeres!*

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Pobre señora! Afligida,
Aun á hablarme no se atreve.
(*Vanse Don Diego y Mosquito.*)

ESCENA XVIII.

CELIA, DON CESAR.

CELIA.

Ya se van los que allí hablaban:
Razon no pude entenderles.
Ahora, por la noticia
Desta casa, en pasos breves
Llegaré hasta la escalera. (*Llega.*)
—César, señor.

DON CÉSAR.

¿Por qué vuelves,
Mosquito?

CELIA.

No soy quien juzgas,
Don César.

DON CÉSAR.

¿No? Pues ¿quién eres?

CELIA.

Detente, no te alborotes:
Celia soy.

DON CÉSAR.

¿Celia?

CELIA.

Sí, que este
Extremo de amor, no mas
Que Celia supiera hacerle.
Dejéte anoche (fué fuerza)
Cerrado (¡raro accidente!),
Y he enviado esta mañana
A Ines para que te diese
Aquella llave maestra
Con que tú salir pudieses
De aquí, donde á tus desdichas
Les fuera mas conveniente
Halló la justicia aquí,
Volvió despues (¡dura suerte!),
Y halló alquilada la casa
A tu enemigo en tan breve
Tiempo; mas ¿cuándo desdichas
Gastaron mas tiempo que este?
No se atrevió á entrar en ella:
Yo, viéndote en tan urgente
Peligro, aunque en casa estoy
De quien guardada me tiene,
Della he salido, no importa
El cómo; basta que puede
Mi ingenio haber hecho que
El mismo Don Diego fuese
Quien me trajese hasta aquí;
Y á esta causa, detenerme
No puedo. La llave es esta:
Con ella, cuando pudieres,
Saldrás; y adios César, que
Si donde me dejó vuelve
Don Diego, y no me halla allí,
Podrá ser que algo sospeche.

DON CÉSAR.

Oye, escucha.

CELIA.

No es posible;
Y mas ahora, que vienen
Con luz. Cierra tú esa puerta,
Porque á tí no puedan verte;
Que á mí no importa, supuesto,
Que aquí Don Diego me tiene,
Pues el llegar hasta aquí,
Disculpará fácilmente
Mi mismo temor.

DON CÉSAR.

¡Ay Celia!
Mucho mi vida te debe.
Amor, déjame pagar
Obligaciones tan fuertes.
(*Entrase Don César por la puerta de la escalera, y Celia se queda cerca de una de las laterales.*)

ESCENA XIX.

OTAÑEZ, *con luz*, DON JUAN, DON DIEGO. — CELIA, *al paño*.

DON DIEGO.

No quiso, en fin, la mujer
Que acompañándola fuese
Mas que á esa primera calle.

DON JUAN.

¡Extrañas cosas suceden!

CELIA. (*Ap.*)

No llego á hablar á Don Diego
Hasta que solo se quede.

DON DIEGO.

Llevad esa luz al cuarto
De Don Juan, ya que merece
Mi casa desde este dia
Tan noble y honrado huésped...

DON JUAN.

La dicha, señor, es mia.

DON DIEGO.

Que yo he de quedarme en este.
(*Señala el suyo, y éntrase en él.*)

ESCENA XX.

CELIA, *sin ser vista de* DON JUAN *ni* OTAÑEZ.

CELIA. (*Ap.*)

Pues ¿cómo sin acordarse
Don Diego de que me tiene
Aquí, en su cuarto se ha entrado?
Sin duda, volviendo á verme
Adonde me dejó, y viendo
Que faltaba, le parece
Que me fuí sin esperarle.

DON JUAN.

Hoy tengo de recogerme
Temprano, porque Lisarda
No se enoje.

CELIA. (*Ap.*)

Si ha de verme
Don Juan, mejor es contarle
Lo que ha pasado; no lleguen
A echarme ménos en casa,
Que es ya muy tarde.

ESCENA XXI.

CASTAÑO, *y luego*, DON FELIX.—DON JUAN, CELIA.

CASTAÑO.

Aquí viene
Un caballero á buscarte.

DON JUAN.

¡A estas horas! Dile que entre.

CASTAÑO.

Entrad.
(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

A solas importa
Hablaros.

CELIA. (*Ap.*)

Mi hermano es este.

DON JUAN.

Salíos los dos, y dejad
La luz sobre ese bufete.
(*Vanse Otáñez y Castaño.*)

Digitized by Google

ESCENA XXII.

CELIA, DON FELIX, DON JUAN.

CELIA. (*Ap.*)

En extraño aprieto estoy.
Ni á salir puedo atreverme,
Ni estar aquí. Aquí me escondo
Hasta que se vaya Félix.
(*Éntrase por una puerta lateral, quedándose detras de ella.*)

DON JUAN.

Ya estais solo. ¿Qué traeis?
Hablad.

DON FÉLIX.

Si haré, si pudiere.

DON JUAN.

Apasionado venís.
Mejor estaréis en este
Cuarto; entrad donde os senteis.

CELIA. (*Al paño.*)

¡Ay de mí, si llega á verme!

DON FÉLIX.

No he venido tan despacio:
Escuchad, yo seré breve.
Don Juan, si sois mi amigo,
Y si, de que lo soy vuestro, es testigo
Aquesta casa, donde (voz no tengo)
Vos me buscasteis, y á buscaros vengo
(Que en un dia no mas están trocados
En los dos con la casa los cuidados),
Oidme, aunque parezca villanía
Venir tan puntüal la pena mia
A cobrar una deuda á que obligado
Estais.

DON JUAN.

A todo estoy determinado.
Decidme, ¿qué mandais?

DON FÉLIX.

Una fineza
Digna de ese valor y esa nobleza.

DON JUAN.

Decid pues qué quereis.

DON FÉLIX.

Que si habeis hecho
Mas diligencias, como yo sospecho,
De saber de Don César, homicida
Que á vuestro primo le quitó la vida;
Si habeis rastreado (¡ay cielos!) ó sabido
Dónde en todo Madrid está escondido,
Pues le habeis de buscar determinado...

DON JUAN.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que habeis de llevarme á vuestro lado.

DON JUAN.

Eso, Félix, yo habia
De pedíroslo á vos.

DON FÉLIX.

La pena mia
Esto os ruega, porqué (¡desdicha fuerte!)
Me importa mas que á vos darle la muerte.

DON JUAN.

Pues ¿qué os ha sucedido
Con él de anoche acá, que os ha movido
A salir solo á esto?

DON FÉLIX.

Yo os dijera
La causa, si la causa lo sufriera;
Que pronuncian de un noble (¡ay Dios!) los labios,
O mal ó tarde ó nunca los agravios.

DON JUAN.

¿Agravios, Félix?

DON FÉLIX.

Sí.

DON JUAN.

No sois mi amigo,
Si mas claro no hablais aquí conmigo.

DON FÉLIX.

Sí hablaré, aunque el honor con la voz lucha.

DON JUAN.

Hablad, pues otro vos solo os escucha.

DON FÉLIX.

Yo tengo (dudo ¡ay Dios! como lo diga)
Una aleve, una fiera, una enemiga,
Una injusta tirana,
Una (¿qué sirven frases?), una hermana:
Ya lo dije, y en la ansia que me aflige,
Solo es consuelo ver que á vos lo dije.
Esta, pues, causa fiera
De que yo desde Italia me viniera,
En Madrid me ha tenido,
Hermano con cuidado de marido:
¡Mal haya parentesco tan injusto,
Que es tan todo al pesar, tan nada al gusto!
Que otros celosos tienen ocasiones
De engañar con halagos sus pasiones:
Mas no un hermano, que entre sus desvelos
Halagos no halla en que engañar sus celos.
En fin, anoche á Celia (ya lo visteis)
Llevé á una casa: vos testigo fuisteis.
Pues hoy de ella ha faltado (¡ay enemiga!)
Diciendo que iba á ver á cierta amiga,
Y volviendo por ella,
No estaba de visita ya con ella.
La amiga pues turbada
Dijo que de su casa disfrazada
Salió, porque la dijo ser su intento
El irme á ver á mí al retraimiento;
Y que importaba mucho sola fuese,
Porque al verla, de mí nadie supiese.
Diréis que esta desdicha ¿en qué ha tocado
A César? Pues dél nace mi cuidado.
Cuando en la guerra yo de paz gozaba,
El dueño de la casa en que yo estaba,
Me escribió que la muerte,
Que á vuestro primo dió César (¡oh fuerte
Dolor!) por ella fué: yo así he inferido
Que habiendo ayer ¡ay Dios! César venido,
Y hoy mi hermana faltado,
No le dé aquella causa este cuidado.
Y así, pues á vos hoy en esto alcanza
Un enojo venganza,
Y en mí mi desagravio,
Cuerdo solicitad é inquirid sabio
Dónde está. Deudos tiene, amigos tiene,
Y buscarle entre todos nos conviene;
Que yo desesperado,
Ya que tan claramente aquí os he hablado,
Me voy huyendo, porque en tanto abismo,
Aun yo tengo vergüenza de mí mismo.

DON JUAN.

Esperad, que no tengo de dejaros
Ir solo, y es preciso acompañaros.
(*Vanse los dos, y dice Don Juan dentro:*)
Cerrad, hola, esta puerta,
Y hasta que vuelva yo, á nadie esté abierta.

ESCENA XXIII.

CELIA, *y luego* LISARDA *y* BEATRIZ.

CELIA. (*Saliendo tapada.*)

¿Habrá, cielos, mas desdichas?
¿Habrá, cielos, mas temores
Que en mi agravio se conjuren,
Que en mi daño se convoquen?
¿Qué he de hacer aquí?
(*Salen medio vestidas Lisarda y Beatriz.*)

LISARDA.

¿Qué dices,
Beatriz?

BEATRIZ.

Digo lo que oyes.

LISARDA.

¿Don Juan ha vuelto á salir
De casa á la media noche?

BEATRIZ.

Sí, señora.

CELIA. (*Ap.*)

Mas ¿qué dudo
Estas ciegas confusiones,
Si no...? Mas ¡ay de mí!

LISARDA. (*Repara en Celia.*)

Aguarda.

BEATRIZ.

Pues ¿qué hay que así te alborote?

LISARDA.

¿Quién eres?

CELIA.

Una mujer.

LISARDA.

¿A quién buscas aquí?

CELIA.

A un hombre.

LISARDA.

Descúbrete.

CELIA.

No haré.

BEATRIZ. (*A voces.*)

Esta
Es sin duda...

LISARDA.

No dés voces.

BEATRIZ.

La que me hurtó mi vestido.
(*Celia huye.*)

LISARDA.

Huyendo de mí se esconde.

BEATRIZ.

No entres allá, sin llamar
Gente.

LISARDA.

¡Qué poco conoces
De celos! Toma esa luz.
Donde hay celos, no hay temores.
(*Entranse las dos tras Celia.*)

ESCENA XXIV.

DON CESAR. (*A oscuras.*)

Ya que, tan quieta la casa,
Ruido ninguno se oye,
Saldré, pues que tengo llave
Con que abrir, para ir adonde
Repare el daño de Celia,
Que escuché. ¿Ahora estáis torpes,
Piés? Mirad, que las desdichas
Tienen pasos de ladrones.
La puerta hallé ya. ¡Adios, pues,
Infelices confusiones
De un desdichado! ¡Ay Lisarda!
Goza feliz tus amores,
Sin verlo yo.
(*Al abrir la puerta Don César, entra Don Juan.*)

Digitized by Google

ESCENA XXV.

DON JUAN.—DON CESAR, *embozado.*

DON JUAN.

¿Quién va allá?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

¿Quién es?

DON CÉSAR.

Un hombre.

DON JUAN.

¿Qué hombre en esta casa?

DON CÉSAR.

Uno,
Que si el mundo se le opone,
Ha de salir, sin que nadie
Le conozca, ni lo estorbe.

DON JUAN.

Si hiciera, á no ser yo quien
A estorbarlo se dispone.

ESCENA XXVI.

CELIA, *que vuelve á salir, seguida de* LISARDA. — DON CESAR, DON JUAN; *despues*, BEATRIZ.

LISARDA.

Tengo de verte la cara.

CELIA.

No harás, aunque á eso te arrojes.

LISARDA Y DON JUAN.

¿Cómo has de estorbarlo?

DON CÉSAR Y CELIA.

Así.

(*Mata Celia la luz, y sacan Don César y Don Juan las espadas, y riñen.*)

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Ruido de espadas se oye.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Alborotada la casa
Está: vuelvo á entrarme donde
No me vean.

LISARDA.

¡Hola! luces.

CELIA. (*Ap.*)

El mismo secreto logre,
Escondiéndome en él.

DON JUAN.

No
Te siguen mis piés veloces
Por no dejar esta puerta.

(*Colócase á una.*)

LISARDA.

Porque la puerta no tomes,
Della no me he de apartar.

(*Pónese en la otra.*)

DON JUAN.

Traed luces.

LISARDA.

¿Nadie me oye?

DON CÉSAR. (*Bajo.*)

¿Quién va?

CELIA.

¿César?

(*Éntranse Lisarda y Don Juan por las puertas de los lados, y Don César y Celia por la de la escalera.*)

DON CÉSAR.

Sí. Entra, Celia,
Y en la escalera te esconde.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, *que sale de la escalera, y saca á* CELIA, *desmayada.*

DON CÉSAR.

Apénas...—Sin reparar
Mis desdichas en la ociosa
Murmuracion del que diga
Que no está bien á la honra
De Celia haberse ocultado,
Iré pasando por todas
Estas calumnias injustas,
Atento á su vida sola.—
Desmayada ó muerta, en fin,
Ha estado apénas un hora
Aquí, rendida, ya al susto
De que á su hermano le oiga
Que le ha de dar muerte, ya
A la pasion rigurosa
De verse en ajena casa,
Donde sus peligros nota.
¡Ay amor! ¿qué medio pueden
Darme mis ansias dudosas?
Llamar á quien con piedad
La vida á Celia socorra,
No es posible. Pues dejarla
Morir sin remedio y sola,
Será crueldad. Si de cuantos
Oyeren despues mi historia,
Alguno ha de haber que diga
Qué tuve que hacer, no esconda
Su ingenio, sino anticipe
El consejo á la congoja.
Irme y dejarla es bajeza,
Y mas habiendo ella propria
Venido á darme la vida.
Declararme, es accion loca.
Si á darme la libertad
Has venido, ó Celia hermosa,
¿Cómo eres tú misma, cómo,
La que me la quita ahora?
¿En quién hallaré consuelo?
Mas á una persona sola
Me puedo fiar. Beatriz,
En quien mi pena amorosa
Halló favor, ó le hallaron
Mis dádivas generosas,
Valerla podrá; que en fin
Cualquier mujer es piadosa,
Y de la que está afligida,
El mejor médico es otra.
Yerre ó acierte, á ella quiero
Declararme; que aunque ponga
A riesgo todo el secreto,
¿A qué mas riesgo que ahora,
Puede estar entónces? Haga
Leal á mi pena traidora:
Este medio elijo, pues
No me dan otro que escoja;
Y pues aclarando el dia
Viene en brazos de la aurora,
A buscar voy un remedio.
Ya vuelvo, Celia, perdona.

(*Déjala sentada, vase, y vuelve ella en sí.*)

ESCENA II.

CELIA.

¡Ay de mí! mi proprio aliento
Es el que hoy mas me ahoga,
Pues aun para respirar
Le niega al pecho la boca.
Sin vida estoy y con alma,
Toda viva y muerta toda:
¿A quién dieron sus desdichas
En aire á beber ponzoña?—
César...¿Si acaso...? ¿qué es esto?
Fuera del tabique y sola
Estoy sin hablar con nadie,
Que me escuche y me responda.
¡César, César me ha dejado!
Hase ido, es cierta cosa;
Pues él de aquí no saliera,
Con tal riesgo su persona,
Sino para irse. ¿Qué dudan
Mis desdichas, ó que ignoran,
Pues dos veces serán ciertas,
Por ser desdichas y proprias?
¡Ay ingrato! ¿Que, primero
Que á mí, tú en salvo te pongas?
¿Qué he de hacer? Si hablo á Lisarda,
Estando de mí celosa,
Es error: si á Don Juan hablo,
Siendo Don Juan quien hoy toma
A cargo el honor de Félix,
Es aventurarme loca:
Solo á Don Diegó pudiera
Decir ménos temerosa
Todo el suceso; que al fin
Es noble, y solo á la sombra
De las canas, el honor
Seguramente reposa.
Esto es, si no lo mejor,
Lo ménos malo... aunque ahora
Ejecutarse no pueda,
Porque ya una puerta y otra,
De Lisarda y de Don Juan,
Abren. Otra vez me esconda
Este sepulcro, que yo,
Al rigor de mis congojas,
Como gusano de seda,
Fabriqué para mí propria.

(*Éntrase en la escalera.*)

ESCENA III.

LISARDA, Y BEATRIZ, DON JUAN, Y CASTAÑO, *por las puertas de los lados.*

LISARDA. (*A Beatriz.*)

Mira si está ya vestido
Mi padre. (*Ap.* ¡Triste cuidado!)

DON JUAN. (*A Castaño*)

Mira si está levantado
Don Diego. (*Ap.* ¡Pierdo el sentido!)

BEATRIZ.

En su aposento hay rüido.

CASTAÑO.

Ruido en su cuarto sentí.

LISARDA. (*Ap.*)

Contaréle lo que vi.

DON JUAN. (*Ap.*)

Sin declararle por qué,
Licencia le pediré.

LISARDA.

¿Es Don Juan?

DON JUAN.

¿Lisarda?

LISARDA.

Sí.

DON JUAN.

¿Qué es esto? ¿tan desvelada
Te tiene aquel embozado...

LISARDA.

¿Tan necio á ti te ha dejado
Aquella dama tapada...

DON JUAN.

Que á estas horas levantada
Estás?

Digitized by Google

LISARDA.

Que me hables así?

DON JUAN.

Yo digo lo que yo vi.

LISARDA.

Yo digo lo que vi yo.

DON JUAN.

Y esto ¿no es mentira?

LISARDA

No.

Pero esotro ¿es verdad?

DON JUAN.

Sí.

LISARDA.

Mira no me hagas, Don Juan,
Perder el juicio, por Dios.

DON JUAN.

Perderémosle los dos,
Si en eso tus cosas dan.

LISARDA.

Pues que presentes están
Solo los que han entendido
Todo lo que ha sucedido,
Hablemos con mas acuerdo.

DON JUAN.

¿Cómo he de hablar, cuando pierdo
De imaginarlo el sentido?

LISARDA.

Pues ¿qué viste?

DON JUAN.

Un hombre vi,
Que deste cuarto salia,
Y con una llave abria.

LISARDA.

Pues escucha ahora.

DON JUAN.

Di.

LISARDA.

Si ayer, Don Juan, vine aquí,
¿Qué tiempo tuve, Don Juan,
Para dar á ese galan
Llave del cuarto? ¿No ves
Cuánto mejor pensar es
Que son ladrones, que están
Mas hechos á esos excesos?

DON JUAN.

No son en las ocasiones
Tan valientes los ladrones

LISARDA.

Valientes hacen sucesos,
Y ayuda tambien á esos
Discursos haber habido
Un hurto, si ya no ha sido,
Que quieres decir tambien
Que mi galan era quien
Hurtó á Beatriz el vestido.

BEATRIZ.

Y nuevo.

LISARDA.

Mas fundamento
Hubiera en lo que vi aquí.

DON JUAN.

¿Qué viste?

LISARDA.

Una mujer vi
Recogida en tu aposento.

DON JUAN.

¿Fuera tal mi atrevimiento,
Que yo á tu casa trajera
Mujer la noche primera
Que era huésped?

LISARDA.

Quien lo tiene
Tal, que á media noche viene,
Tenerle en todo pudiera.

DON JUAN.

Si de una á otra queja pasa,
Ambas las he de amparar.
¿Qué habia de ir á buscar,
Si estaba mi dama en casa?
Luego suerte tan escasa
Bien claro te da á entender
El que yo tuve que hacer
Otra cosa, ó que no ha sido
Mi dama la que he escondido,
Pues que fuera la iba á ver,
Si no soy tan infeliz,
Y tengo tan mala fama,
Que presumas que mi dama
Le hurtó el vestido á Beatriz.

BEATRIZ.

Y sin ponerle.

LISARDA.

Un matiz
Viste con igual porfía
Tu queja y la mia este dia:
¿Por qué dirá quien arguya:
«Para creida la tuya,
Para dudada la mia?»

DON JUAN.

Porque no tiene en la ira
Tan grande facilidad
El decir una verdad,
Como oir una mentira:
Fuera de que si se mira
Igual la queja al dolor,
Aun en lo igual es mayor
La mia, y apurar es justo
Que la tuya toca al gusto,
Lisarda, y la mia al honor.

LISARDA.

Bien sabe mi vanidad
Que de tal hombre no sé.

DON JUAN.

Verdad cuanto dije fué.

LISARDA.

Será de otra calidad
Tu verdad de mi verdad.

DON JUAN.

Sí, que en mi duda el honor.

LISARDA.

En mí acredita el valor.

DON JUAN.

Yo sé que un hombre he encontrado.

LISARDA.

Yo que una tapada he hablado.

ESCENA IV.

DON DIEGO.—Dichos.

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

LOS DOS.

Nada, señor.

DON DIEGO.

¿Tan presto los dos (¡ay Dios!)
Levantados? Don Juan ¿pues
Tan mal hospedaje es
Esta casa para vos,
Y aun para tí, que los dos
Estais á esta hora vestidos?

DON JUAN.

(*Ap.* Disimulen mis sentidos.)
¿No miras que, desvelados,
Mal amorosos cuidados
Consienten ojos dormidos?

LISARDA.

Si á mí me estuviera bien,
La misma respuesta diera.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh! quién creerla pudiera!

LISARDA. (*Ap.*)

¡Oh! quién no dudarla, quien!

DON DIEGO.

La disculpa está muy bien
Fundada, y porque veais
Si en obligacion me estais,
Para sacar, madrugué,
Una licencia con que
Hoy desposaros podais,
De las amonestaciones
Supliendo la dilacion.

DON JUAN.

Yo estimo como es razon
Las muchas obligaciones
En que cada dia me pones;
Pero basta haber traido
La dispensa que ha suplido
El parentesco, y no es bien
Hacer dispensar tambien
El tiempo que...

LISARDA.

Y yo te pido
Que lo dilates, señor,
Todo cuanto tú pudieres.

DON DIEGO.

Si esto pides, y esto quieres,
Aun nunca será mejor.
Pero paréceme error
Madrugar para tan vana,
Tan inútil, tan liviana
Pretension; y en fin, si no
Quereis hoy casaros, yo
Quizá no querré mañana.

DON JUAN.

Yo, señor, siempre...

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Me tendré por muy dichoso
En ser de mi prima esposo.
Excusarte pretendí
Nuevos cuidados, y así...

DON DIEGO.

Claro está, que no habrá sido
Otra la causa que ha habido,
(*Ap. á él.* Porque, aquí para los dos,
Ni me la dijerais vos,
No, ni yo la hubiera oido.) (*Vase.*)

ESCENA V.

CASTAÑO.—LISARDA, DON JUAN, BEATRIZ.

LISARDA.

Bien ves cuán necio has estado.

DON JUAN.

¿Has tú acaso, por tu vida,
Estado mas entendida?

LISARDA.

Sí, pues he disimulado
Tanta parte á mi cuidado.

DON JUAN.

Yo no sé disimular
A mi costa mi pesar,
Y hasta que sepa despues
Quién el embozado es,
No me tengo de casar.

(*Vanse Don Juan y Castaño.*)

Digitized by Google

ESCENA VI.

LISARDA, BEATRIZ.

LISARDA.

Cielos, ¿habrá sufrimiento
Para tanta sinrazon?
¡Sospechas en mi opinion!
¡En mi fe deslucimiento,
Cuando mi honor, siempre atento
A su vanidad, ha sido
Risco del mar combatido,
Roble del viento azotado,
Donde uno y otro cuidado
Se quedaron con el ruido!
Dígalo aquel que, sitiada[1],
Por agua y viento movida,
De lágrimas combatida,
De suspiros asaltada,
En vano solicitada,
La admiró sin titubear;
Que al temer y al suspirar,
No la hicieron movimiento,
Ni las ráfagas del viento,
Ni las ondas de la mar.

BEATRIZ.

Sentir, señora, es error,
Las cosas con tanto extremo.

LISARDA.

A nadie mas que á mí temo.

BEATRIZ.

Entra en este tocador
A aderezarte mejor,
Que ya de ir á misa es hora.

LISARDA.

Poco gusto tengo ahora
De tocarme: así me iré.
Dame tú el manto, porqué
No he de ir tarde así.

BEATRIZ.

Señora,
El manto está aquí, que yo
Limpiándole ahora estaba.

LISARDA.

Ponle, y ponte el tuyo: acaba,
Y llama á Otáñez.

(*Pónele Beatriz el manto, y vase.*)

ESCENA VII.

LISARDA, *y luego*, DON CESAR.

LISARDA.

¿Quién vió
Mas pesares? ¿En mí halló
Entrada indicio tan grave?
Mas ¡ay! que no hay quien se alabe
De que se libró á esta ofensa,
Donde es vicio que se piensa,
Mas que virtud que se sabe.
¡Hombre en mi casa escondido,
Que pudo dar tal cuidado!

(*Siéntase en una silla, quédase suspensa, y sale Don César.*)

DON CÉSAR.

Ocasion de hablar no he hallado
A Beatriz; pero harto ha sido
No ser de nadie sentido,
Y vuelvo (¡ay Dios!) porque no
A Celia, que aquí quedó
Desmayada, hallen aquí —
¿Todavía estás así,
Mi bien?

LISARDA.

¿Quién me habla así?

DON CÉSAR.

Yo.

LISARDA.

¿Pues tú, Don César...

DON CÉSAR.

¡Qué azar!

LISARDA.

¿En mi casa?

DON CÉSAR.

¡Qué temor!

LISARDA.

¿Tú en mi cuarto?

DON CÉSAR.

¡Qué rigor!

LISARDA.

Responde.

DON CÉSAR.

No acierto á hablar,
Porque helado...

LISARDA.

¡Qué pesar!

DON CÉSAR.

El labio...

LISARDA.

¡Qué sinrazon!

DON CÉSAR.

Enmudece...

LISARDA.

¡Qué traicion!

DON CÉSAR.

Y al verte...

LISARDA.

¡Qué atrevimiento!

DON CÉSAR.

Le falta aliento al aliento,
Y razon á la razon.

LISARDA.

¿Cómo, di, el rostro encubierto
Tuviste (¡ay cielos!) tuviste,
Cuando la vida me diste,
Y no ahora que me has muerto?
Erradas, César, advierto
Tus acciones, por indicios
De trocados ejercicios,
Pues hacen tu voz, tus labios,
Cara á cara los agravios,
Pero no los beneficios.
Si cuando mas me adoraste,
De mí mas dejado fuiste;
Si del todo me perdiste
Cuando á mi hermano mataste,
Baste ya, Don César, baste
La porfía; que esta fué
Tu estrella: ya me casé,
Ya no te queda esperanza.
Si no vienes por venganza,
Di, ¿por qué vienes, por qué?
Hable tu temeridad.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¿Cómo la he de responder?
Pues cuando yo quiera hacer
Virtud la necesidad,
Echando á su voluntad
La culpa para moverla,
Celia, (pues no llegó á verla)
Cobrada al desmayo, está
Sin duda oyéndome ya.
¡Oh qué tirana es mi estrella!

LISARDA.

¿Qué dices?

DON CÉSAR.

Si yo supiera
Decir á lo que he venido,
Mi discurso enmudecido,
¡Qué buen retórico fuera!
Solamente considera,
Pues que yo mismo lo ignoro,
Pues no lo digo y lo lloro,
Que vendré en mal tan severo,
O á vivir con lo que quiero,
O á morir con lo que adoro.
Si está en esta casa el bien
Que yo adoré, y yo perdí...

LISARDA.

César, no me hables así,
Que ya no es justo, ni es bien:
Cobarde la voz deten,
Y dime si anoche fuiste
El que á esta casa veniste
A darme la muerte.

DON CÉSAR.

No.

LISARDA.

Pues déte dos vidas yo
Por una que tú me diste.
Vete ya de aquí, porqué
Si mi padre, ó si mi primo,
A quien como esposo estimo,
Ya uno ó ya otro te ve,
Es fuerza que yo les dé
Satisfaccion.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Qué esto haya!
Parad, desdichas, á raya.

LISARDA.

Véte ántes que á verte lleguen.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¿Quién creerá que ya me rueguen
Que me vaya, y no me vaya,
Pues no he de dejar en tal
Peligro á Celia?

ESCENA VIII.

BEATRIZ, *alborotada*. — LISARDA, DON CESAR.

BEATRIZ.

¡Ay señora!
¿Esto tenemos ahora?

LISARDA.

¿Qué hay, Beatriz? ¿es otro mal?

BEATRIZ.

Pendencia hay en el portal,
Y en las voces y el rumor
Es...

LISARDA.

¿Quién?

BEATRIZ.

Don Juan mi señor,
Con un hombre que ha encontrado
En la calle.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Mi cuidado
Siempre viene á ser mayor.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Si ve salir
De aquí á Don César Don Juan,
A evidencia pasarán
Sus sospechas. Pues decir
Que él se ha atrevido á venir,
Sin mí, á estar aquí conmigo,
Haciendo á mi honor testigo,
Otra sospecha es cruel,
Pues no se viniera él,
En casa de su enemigo,
A no tener ocasion
Mayor, que á esto le obligara.

DON CÉSAR.

Déjame salir.

[1] Mi fe.

Digitized by Google

LISARDA.

Repara
Que estoy en gran confusion.
— Mi opinion por mi opinion
Hoy aventurar intento.—
Llévale tú á tu aposento.

DON CÉSAR.

Mas seguro aquí estaré.
Déjame aquí.

LISARDA.

¿Para qué?
Que esto es público á mi intento.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Si le descubro el secreto,
No sé despues lo que hará
Por librarse; y pues está
Libre Celia deste aprieto,
Callarle quiero en efeto.

BEATRIZ.

Ya sube por la escalera
Don Juan con otros.

LISARDA.

¿Qué espera
Tu vida? Escóndete pues
Por mi honor, hasta despues.

DON CÉSAR.

Solo por tu honor lo hiciera.
(*Vase con Beatriz Don César.*)

ESCENA IX.

OTAÑEZ Y CASTAÑO, *que traen agarrado á* MOSQUITO; *detras*, DON JUAN. — LISARDA.

DON JUAN.

Traedle los dos desta suerte,
Hasta que en este aposento
Diga dónde está su amo.

MOSQUITO.

Séame testigo el cielo
De que se han hecho justicia
Sin vara y sin mandamiento.
¿Cómo me pueden prender
Vuestras mercedes?

LISARDA.

¿Qué es esto?

MOSQUITO.

Dos alguaciles, señora,
Porfian, á lo que entiendo
(Por no decir que hacen punta,
Pues á estirones me han muerto),
En traerme aquí, sin saber
Por qué.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ya sospecho
La causa. Aqueste es criado
De César: cuando aquí dentro
Entró, se quedó en la calle,
Adonde le conocieron.

DON JUAN.

Yo te diré lo que ha sido.
Este hombre que traemos,
Es de Don César criado.

LISARDA. (*Ap.*)

Bien discurrí yo en lo cierto.

DON JUAN.

Pasaba por esta calle
Mirando y reconociendo
Esta casa; y es sin duda,
Que estando aquí de secreto
César, y habiendo sabido,
Que yo le busco resuelto,
Envía á saber mi casa
Para matarme; y yo quiero
Que este criado me diga
Dónde está su amo...

LISARDA. (*Ap.*)

Hoy muero,
Si él lo dice.

DON JUAN.

Porque yo
Madrugue y mate primero.
Metíle en este portal,
Donde amenazas y ruegos
No han torcido su lealtad,
Y así, por fuerza pretendo
Que me lo diga, pues hoy
He de matarle, si luego
No dice dónde está César.

MOSQUITO. (*Ap.*)

Yo lo dijera bien presto,
Si no me hubieran traido
Donde él mismo me está oyendo.

DON JUAN.

¿Dónde está tu amo? Dilo.

MOSQUITO.

Sí diré.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!
Hoy acabará mi vida,
Si dice que está aquí dentro.

MOSQUITO.

No está muy léjos de aquí.
(*Ap.* Y es verdad.)

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Ea, presto:
Dilo pues.

MOSQUITO.

En Portugal
Entretenido le dejo
En ver unos folijones [1],
Que le dan mucho contento.

DON JUAN.

Si yo sé que está en Madrid,
Y que ha venido encubierto
Tres dias há, que se apeó
En una posada, y luego
Sé que Celia está con él,
¿Cómo solicitas, necio,
Encubrirlo?

MOSQUITO.

Pues ¿hay mas
De que me dén un tormento?
¿Quién querrá hacerse verdugo,
Ya que lo demas se han hecho,
Sin mas títulos?

DON JUAN.

Yo sé
Lo que se ha de hacer en esto.
Palabra á Félix he dado,
Que en público ni en secreto
No haré diligencia alguna,
Sin darle cuenta primero,
Como mas interesado
En la venganza que emprendo;
Y así me importa avisarle
De que á este criado tengo
En mi poder: y entre tanto
Que aquí con Don Félix vuelvo
(Que en un coche será fácil),
Quedará en este aposento
O retrete, que al fin es
Mas recogido y secreto,
Pues que solo tiene paso
A mi cuarto; y así, cierro,
Porque hasta hablar á mi amigo,
El lance apurar no puedo.
(*Cierra la puerta de su cuarto.*)

LISARDA.

(*Ap.* ¡Quiera el cielo que se vaya,
Porque pueda en este tiempo
Echar á César de casa!)
Don Juan, en todo obedezco.

DON JUAN.

Dejadle solo los dos.
Y a que nadie salga atentos,
No os quiteis de ese portal.

CASTAÑO.

En él, señor, estaremos,
Para que ninguno entre,
Ni el bergante salga.

MOSQUITO.

Quedo;
Que prender pueden ustedes,
Mas no hablar mal, caballeros.

DON JUAN.

Tú, si la verdad no dices,
Morirás: solo te dejo
A que pienses lo mejor:
Aconséjate á tí mesmo.
O el secreto descubrir,
O dar la vida á este acero.
(*Vanse todos, cerrando la otra puerta.*)

ESCENA X.

MOSQUITO.

¡Dar á este acero la vida,
O descubrir el secreto!
¡Y aconséjate contigo!
Aqueste es, viven los cielos,
Un lance muy apretado.
Pero ¿qué dudo, ni temo,
Si la cárcel donde estoy,
Es la misma que le dieron
A mi amo sus desdichas?
Y que él lo sabe ya es cierto,
Pues esperando estará
La diligencia que dejo
Hecha, para aventurarse
A salir. Llamarle quiero.—
¡Ah de la escalera! Bien
Puedes salir sin recelo,
Que yo solo estoy aquí,
Porque no es nadie mi miedo.

ESCENA XI.

CELIA, *que sale tapada por la puerta de la escalera.* — MOSQUITO.

CELIA. (*Ap.*)

Fuerza es abrir, porque no
Dé mas golpes este necio,
Y porque razon me falta.

MOSQUITO.

Señor, ¿pues qué ha sido esto?
¿Has hurtado otro vestido
Para salir encubierto
Como yo? Has hecho muy bien;
Que vive aquí un señor viejo
Que anda sacando mujeres
Con grandísimo respeto.
Ni una mano me tomó.
Pero las burlas dejemos:
¿Has sabido lo que pasa?
Habla. ¡Vive Dios!: ¿qué es esto?

CELIA.

¡Ay de mí!

MOSQUITO.

La voz tambien
Has hurtado, á lo que entiendo,

[1] Un baile.

Digitized by Google

Con el vestido. ¿Has estado
Acaso en muda este tiempo?
Porque yo te dejé bajo,
Y tiple, señor, te encuentro.
Mas ¿cuánto va que Lisarda
Agradecida á aquel tiempo
Que la quisiste, te ha dado?...

CELIA.

Calla, que aqueso me ha muerto.

MOSQUITO.

¡Santo Dios! ¡Mujer es esta!
Yo mil veces he oido un cuento
De una monja, á quien salió
Una escupidura, haciendo
Una fuerza, y que de monja
Quedó monjo en un momento;
Pero de un galan hacerse
Una dama, no me acuerdo
Haberlo visto en mi vida.

CELIA.

Calla, si no quieres, necio,
Que te dé muerte mi rabia.

MOSQUITO.

¿Celia?

CELIA.

Sí.

MOSQUITO.

Pues ¿qué es aquesto?

CELIA.

Es haber venido á ver,
De mi honor y vida al riesgo,
La mayor traicion de un hombre:
Harto así te lo encarezco.
César á quien vine á dar
La vida, en pago me ha muerto;
Que sabiendo que yo estaba
En tan riguroso aprieto,
Me dejó por declararse
Con Lisarda, donde (¡ay cielos!)
Le oí decir que era su amor
El que le trajo á este puesto.
Salir quise, cuando oí
Las gentes que te trajeron,
Y disimulé, á pesar
De mi amor y de mis celos,
Hasta que tú me llamaste.

MOSQUITO.

¿Y mi amo?

CELIA.

Estará á este tiempo
Dando quejas á Lisarda.

MOSQUITO.

¿De qué?

CELIA.

De su casamiento.
Mas porque no se dilaten
Los inconvenientes nuestros,
He de decir la verdad
A voces, porque con esto,
Desengañado Don Juan
De sus bien fundados celos,
Y asegurada Lisarda,
Los mire César mas presto.

MOSQUITO.

¿Ahora de celos te acuerdas
Ni de amor, cuando tenemos
Mas cosas á que acudir,
Que agentes con muchos pleitos?

CELIA.

Pues dime tú, ¿cómo fué
El venir tú aquí?

MOSQUITO.

Encubierto
Salí de aquí: á Don Rodrigo,
De César amigo y deudo,
Avisé de todo el caso,
Porque viniese resuelto
A guardarle las espaldas
Esta noche; él para hacerlo
Me dijo que le enseñase
La casa en que estaba; pero
Que no pasásemos juntos
Por ella los dos. Con esto
Venimos por las dos ceras,
Y yo quedémela viendo,
Porque él reparara en ella.
Pasó adelante; á este tiempo
Don Juan venia á su casa;
Conocióme, y muy soberbio
En su portal me metió.
Negar quise, y en efecto
El y todos sus criados
A esta parte me trajeron,
Donde pensé que él estaba
Todavía, y donde al juego
Desta escalera he jugado
Mete-ruin, y saca-bueno.

CELIA.

¿Y qué hemos de hacer ahora
Los dos aquí?

MOSQUITO.

¿Qué sé de eso?

CELIA.

Antes que mi hermano venga,
Llamar á esta puerta quiero,
Y descubrirme á Lisarda
De una vez, porque Don Diego
En casa no está á estas horas;
Que Lisarda por lo ménos
Es mujer noble, y será
Piadosa.

MOSQUITO.

Y es lo mas cierto.

(*Llama Celia á la puerta, y responde Beatriz*)

ESCENA XII.

BEATRIZ, *dentro*. — CELIA, MOSQUITO.

BEATRIZ.

Mosquito, no puedo abrirte
(Sabe Dios si lo deseo),
Porque se llevó Don Juan
La llave; mas lo que puedo
Asegurarte, es que César,
Que ahora está en mi aposento
Con mi ama hablando, no quiere
Irse, dejándote dentro.

MOSQUITO.

Esta es Beatriz, la criada
De Lisarda.

CELIA.

¡Nada, cielos,
He de escuchar y he de ver,
Que no sea otro tormento!

MOSQUITO.

Mira si puedes abrirme.—
Que estoy con piedra sospecho,
Pues es el abrirme cura.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Ya te he dicho que no puedo.
Mucho me pesa de verte
En tan riguroso aprieto;
Pero no puedo llorar.

MOSQUITO.

Y yo, pícara, lo creo,
Porque yo soy un pobrete
A quien de lástima un tiempo
Quisiste.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

A eso respondiera;
Pero no me toca hacerlo
A quien encerrado garla.

CELIA.

Cerró el paso á mi remedio
Llevarse Don Juan la llave,
Y abrióle á mi sentimiento.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Encomiéndate, Mosquito
A Dios; que Don Juan ha vuelto
Con aquel amigo suyo,
Que le buscó anoche.

CELIA.

¡Cielos!
Mi hermano es.

MOSQUITO.

Aquí, señora,
Lo mejor es escondernos.
Vivamos un rato mas,
Miéntras buscan el secreto.

CELIA.

Dices bien. Mas ¡ay de mí,
Que tropezando, y cayendo
Voy! (*Cae Celia.*)

MOSQUITO.

Cerraré yo la trampa,
Pues que no llegas á tiempo.

CELIA.

Hombre ruin, en fin.

(*Éntrase Mosquito, dejando á Celia fuera.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON FELIX.—CELIA.

DON JUAN.

Aquí,
Como os he dicho, le tengo
Encerrado.

DON FÉLIX.

Pues cerrad
La puerta ahora por de dentro,
Y quedémonos con él
Solos; que viven los cielos,
Que ha de decir de su amo,
O hemos de dejarle muerto.

DON JUAN.

Ya veis el riesgo en que estáis,
Hidalgo... Pero ¿qué es esto?
¡Donde un criado dejé,
Tapada una dama encuentro!

DON FÉLIX.

¿No me dijisteis, que estaba
Cerrado en un aposento
El criado, y que no habia
Por donde salir?

DON JUAN.

Y es cierto.

DON FÉLIX.

No mucho, pues él se ha ido,
Y una dama es la que vemos.

DON JUAN.

¡Vive el cielo, que la llave
Llevé conmigo!

DON FÉLIX.

Apuremos
De una vez el desengaño.

(*Don Félix se queda junto á la puerta, y llega Don Juan á hablar á Celia.*)

DON JUAN.

Señora, aunque es el respeto
Alma de un noble, tal vez

Digitized by Google

Rompe á las leyes el fuero
La necesidad.

CELIA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

DON JUAN.

Hoy es fuerza conoceros,
Saber como estais aquí,
Con qué fin, ó con qué intento;
Que me costais dos pesares
Ya, si sois la que sospecho.
Y he de saber, de un criado
Que aquí quedó, qué se ha hecho,
Cómo se fué y vos entrasteis.
Descubrios, ó grosero
Me haréis ser con vos.

CELIA. (*Ap.*)

Huir
Ya no puedo. Deteneos,
Señor Don Juan, y advertid
Que me debeis mas respeto
Por quien sois, y por quien soy.

DON JUAN.

Ni os conozco, ni os entiendo.
¿Quién sois? ¿Cómo estais aquí?
¿Dónde el criado? ¿Qué es esto?

CELIA.

Tres cosas me preguntais,
Y á dos he de responderos.
Yo he venido á buscaros, [hablaros.
Don Juan, porque me importa mucho
Entrando en esta casa, vi que habia
En este cuarto un hombre, y dél salia.
Presumiendo que fuera algun criado
Vuestro, le pregunté por vos: turbado
Me dijo el tal: «Aquí vendrá al momento.
Si le habeis de esperar, á este aposento
Entrad.» Dejóme en él, y por defuera
Volvió á cerrar la puerta; de manera,
Que la llave que él tuvo, acaso ha sido
Causa de quedar yo, y haberse él ido.
Con que respuesta he dado
Al cómo estoy aquí, y él ha faltado.
Quién soy y á lo que vengo,
No lo puedo decir.

DON JUAN.

Pues de eso tengo
Mas deseo, y es tanto, [bido
Que no he de ir á buscarle, aunque es sa-
Que de casa no puede haber salido.
Y así, quitad el manto
Del rostro.

CELIA.

Ved, Don Juan...

DON JUAN.

Quitad el velo.

CELIA.

Lo que haceis, que soy yo.
(*Descúbrese.*)

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

Para haceros hoy dueño [peño
De mi honor os busqué: de aqueste em-
Me sacad; que ya veis que si he venido
Aquí, solo en confianza vuestra ha sido.
Nada deciros quiero; [ro.
Mi hermano es, mujer yo, y vos caballe-

DON JUAN.

¡Cielos! ¡en qué me miro!

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Nuevo semblante ya en Don Juan admi-
¿Quién será esta embozada, [ro.
Que le asombra tapada y destapada?

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Qué debo yo hacer aquí
En tan fiera, en tan tirana
Ocasion como me vi?
Celia, de Félix hermana,
Viene á valerse de mí;
Félix buscando á un traidor,
Para alentar con valor
Su venganza y mi venganza,
Puso en mí la confianza
De su vida y de su honor.

DON FÉLIX.

Grande confusion ha sido
La que hoy en vos ha infundido
Esa dama.

DON JUAN.

Sí lo es,
Y tan grande, que despues
De haberla vos prevenido,
La habeis de hallar, os prometo,
Mayor que la imaginais,
Porque no cabe en conceto
Humano lo que mirais,
Que solo cabe en su efeto.

DON FÉLIX.

Pueda yo, Don Juan, tener
Parte en tal pena, por ver
Si en ella os puedo servir.

DON JUAN.

Ni yo os lo puedo decir,
Ni vos lo podeis saber.

DON FÉLIX.

¿No soy vuestro amigo?

DON JUAN.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Y no soy noble?

DON JUAN.

Tambien.

DON FÉLIX.

Pues fiaos, Don Juan, de mí.

CELIA.

Don Juan, mirad que no es bien
Que yo... (*Habla aparte con él.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO.—DON JUAN, DON FELIX.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Abrid, Don Juan, aquí,

DON JUAN.

Este es Don Diego.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Abrid, pues.

DON JUAN.

(*Ap.* Fuerza es preguntar quién es
Esta dama, y si la mira,
Lisarda hará su mentira
Verdad: con esto despues,
Si satisfacerla quiero
Con decir quién es (hoy muero),
Que está su hermano delante,
Seré por ser buen amante,
Ahora mal caballero.
Y así, nadie la ha de ver.)
Don Félix, esta mujer
He de encubrir de Lisarda.
Que este aposento la guarda,
A nadie deis á entender.
Entraos, mi señora, ahí.

CELIA. (*Ap.*)

Duélase el cielo de mí. (*Éntrase.*)

DON FÉLIX.

¿Quereis que entre á estarme yo
Con ella?

DON JUAN.

No, por Dios, no,
Don Félix.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

¿No abris aquí?

DON JUAN.

Ya está abierto.

ESCENA XV.

DON DIEGO, CRIADOS.—DON JUAN, DON FELIX.

DON DIEGO.

¿Qué es aquesto,
Don Juan? ¡Qué! ¿todavía andas
Lleno de locos discursos,
De imaginaciones varias?
¿Dónde está aquese criado?

DON JUAN.

Señor, cuando le buscaba
Aquí, se habia ya salido
Con alguna llave falsa.

DON DIEGO.

Tú te disculpas con eso
Por no empeñarme á mí en nada,
Y haces mal, porque de nadie
Puedes fiarte con tanta
Satisfaccion. Perdonad,
Caballero, que aunque haya
De fiarse de vos Don Juan,
Puedo con tal confianza
Hablar.

DON FÉLIX.

Podeis con razon,
Y nadie verdad tan clara
Negará; pero el buscarme
Don Juan es por otras causas,
Que á mí en hallar á Don César
Tambien, hoy, señor, me alcanzan.

DON DIEGO.

Pues decid, ¿qué habeis sabido
Los dos? que ya es excusada
Diligencia aquí encubrirme
El criado.

DON JUAN.

Si mi palabra
Te doy de que cuando entré
A buscarle aquí, no estaba...

DON DIEGO.

¿Cómo, si aquesos criados
Nunca de la puerta faltan,
Pudo salir? Id á ver
Si se oculta dentro en casa,
Por esa puerta, y nosotros
Por esotra.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XVI.

LISARDA, BEATRIZ.—DON DIEGO, DON JUAN, DON FELIX.

(*Don Diego se encamina á la puerta por donde se fué Celia; Don Juan y Don Félix le detienen. Miéntras tanto, salen Lisarda y Beatriz, y hablan junto á la puerta.*)

DON FÉLIX.

Tente.

DON JUAN.

Aguarda.

LISARDA. (*Ap. á Beatriz.*)

En fin, ¿no pudo salir?

Digitized by Google

BEATRIZ.

No, señora, porque estaban
Los criados á la puerta
Con mil prevenciones y armas.

LISARDA.

¡Oh! permita la fortuna,
Que bien de este empeño salga.
Si así teme una inocente,
¿Cómo teme una culpada?

DON DIEGO.

Vive Dios, que he de ser yo
Aquí el primero que haga
Diligencia de saber...

DON JUAN.

¿Quién dice que no las hagas?
Mas ya este cuarto está visto,
Miremos toda la casa.

LISARDA.

(*Ap.* ¿Mirar la casa? ¡Ay de mí!
Sin duda á saber alcanza
Algo, apuremos el caso.)
Señor, ¿tú das voces tantas?

DON DIEGO.

¿A qué has venido tú aquí?

LISARDA.

A ver qué es esto en que andas.

DON DIEGO.

En busca de un hombre.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay cielos!

DON DIEGO.

Y este aposento me guardan
Mas que todos, y he de verle.

DON JUAN.

No has de entrar aquí.

DON FÉLIX.

Repara
Que...

DON DIEGO.

Los dos me lo estorbais,
Por conseguir la venganza
Sin mí: apartaos, por Dios.
¡Qué resistencia tan vana!
¿Quién está aquí?

(*Va á entrar, y sale Celia.*)

ESCENA XVII.

CELIA.—DICHOS.

CELIA.

Una mujer
Infeliz y desdichada.
(*Ap.* Aquí, cielos soberanos,
Echó el resto mi desgracia.)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Muriendo estoy por saber
Quién es aquesta tapada.

DON DIEGO.

¡Por cierto, señor Don Juan,
Que no os merece mi casa
Tan poco respeto como
Guardais en ella á Lisarda!
¡Una mujercilla dentro
De su cuarto! En hora mala,
¿Harto Madrid no teneis?

DON JUAN.

¿Yo, mujer? Señor, repara.

LISARDA.

¡Mira, Don Juan, si fué todo
Cuanto dije verdad clara!
Tú no has visto, por lo ménos,
(*Ap.* En vano se alienta el alma.)
Al *escondido* que dices,
Y yo he visto la *tapada*.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ni hablar puedo ni callar.

LISARDA.

Señora, de embozo basta,
Que he de saber quién me hace
Este pesar en mi casa.

DON JUAN.

(*Ap.* Pues no lo perdamos todo.)
Tente, que no has de mirarla.

LISARDA.

¿Tú la defiendes?

DON JUAN.

Es fuerza.

CELIA. (*Ap.*)

¡Hay mujer mas desgraciada!

ESCENA XVIII.

CASTAÑO, *y luego* OTAÑEZ Y DON CÉSAR.—DICHOS.

CASTAÑO. (*Dentro.*)

Toma esa puerta, porqué
Por ella, Otáñez, no salga.

DON CÉSAR. (*Dentro.*)

Sí saldré.

DON JUAN.

¿Qué ruido es este
En el cuarto de Lisarda?

DON DIEGO.

Con un empeño se olvida
Otro, segun los que andan.

(*Sale Otáñez.*)

OTÁÑEZ.

Señor, el hombre que buscas,
Hallamos: sacó la espada
Para hacer paso con ella
Por donde á la calle salga...

(*Sale Don César, cubierto el rostro con la capa, y la espada desnuda.*)

DON DIEGO.

Dime, ¿es aqueste, Don Juan,
El criado que buscabas?

DON JUAN.

No, señor, otro hombre es este.
Bien el talle, el brio, las galas,
Dan á entender que no es el
Que encerrado quedó en casa.

CELIA.

(*Ap.* Este es Don César.) Señor,
(*Ap. á él.* Mi vida y la tuya ampara.)

DON DIEGO.

Hombre, que de tanto honor
La reputacion agravias,
¿Quién eres?

DON CÉSAR.

Un hombre soy.

DON DIEGO.

Quita del rostro la capa.

DON CÉSAR.

No puedo, porque encubierto,
Sin que me veas la cara,
Me has de dar la muerte aquí,
En la defensa bizarra
Desta mujer: ella y yo
Habemos de aquesta casa
De salir, si con mi muerte
Mis intentos no se atajan.

DON DIEGO.

¿Qué mujer?

DON CÉSAR.

Esta mujer,
Que yo no digo Lisarda,
Ni la conozco, ni sé
Quién es; y si esto no basta
Para que segura quede,
Habré de llevarme á entrambas.

DON DIEGO.

Hombre, demonio, ó quien eres,
Aunque en algo satisfagas
Esta sospecha, conviene,
Para que quede asentada,
El que sepamos quién eres.

DON CÉSAR.

Aquesa es pretension vana
Por ahora.

DON JUAN.

Tambien lo es
Que sea tal tu arrogancia,
Que pienses que entre nosotros
Te has de llevar esa dama,
Sin que sepamos por qué
Y cómo en aquesta casa
Estais tú y ella.

DON CÉSAR.

No puedo
Decirlo.

DON FÉLIX.

Pues las espadas
Harán bocas en tu pecho,
Por donde la verdad salga.

(*Disparan dentro un tiro.*)

LISARDA.

¿Qué pistola es esta, cielos?
¿Aun los sustos no se acaban?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Esta es la seña que espero.

DON DIEGO.

Ninguno allá fuera salga.
Deteneos, caballeros.
Hombre, yo te doy palabra
De ampararte y de valerte,
Si de estas dudas me sacas.

DON CÉSAR.

¿Dasme esa palabra?

DON DIEGO.

Sí.

DON CÉSAR.

Don César soy: ¿qué os espanta?

DON DIEGO.

Tú diste muerte á mi hijo.

DON CÉSAR.

Tú me robaste á mi hermana.

DON JUAN.

Tú en casa estás de mi prima.

DON CÉSAR.

Sí, pero á ninguno agravia
Mi valor. Si á Don Alonso
Dí muerte, fué cara á cara,
Riñendo solo con él.
Si en casa estoy de Lisarda,
Es porque me dejó Celia
Oculto en aquesta sala.
Y si esto de Celia digo,
Es porque no importa nada;
Que casado estoy con ella,

Digitized by Google

Que es esta misma tapada.
Y si estas satisfacciones
Para tus quejas no bastan,
Yo he de salir; que ya tengo
Quien me guarde las espaldas;
Que esa pistola es la seña
De la gente que me aguarda.

DON FÉLIX.

Cuando no hubiera ninguno,
César, yo solo bastara;
Que siendo mi hermano ya,
Es obligacion hidalga.

DON JUAN.

Yo soy, Don Félix, tu amigo,
Mas de Don Diego mi espada.

DON DIEGO.

Yo la palabra le dí,
Y he de cumplir mi palabra.
Mas decid, ¿dónde estuvisteis
Escondido en esta casa?

ESCENA XIX.

MOSQUITO, *que sale de la escalera.*— DICHOS.

MOSQUITO.

Eso yo lo he de decir.
Aquí estuvo.

DON DIEGO.

¡Cosa extraña!

BEATRIZ.

¿Hurtásteme tú el vestido?

MOSQUITO.

Y el azafate y las cajas.

DON DIEGO.

Con cuyo gran desengaño,
Aquí la comedia....

MOSQUITO.

Aguarda,
Que falta el decir ahora
A todos una palabra;
Y es, porque nada se ignore,
Que Don Félix, concertada
La parte de aquella muerte
Que fué de tanta importancia,
A pagar de su dinero
Quedó libre: con que acaba,
Por empeño escrita, *El Escondido y la Tapada.*

Digitized by Google

EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS.

PERSONAS.

EL TETRARCA HERODES.
OTAVIANO.
ARISTOBOLO.
FILIPO, *viejo.*
TOLOMEO.
UN CAPITAN

POLIDORO, *gracioso.*
MARIENE.
SIRENE.
LIBIA.
ARMINDA.
SOLDADOS ROMANOS.

SOLDADOS JUDÍOS.
MÚSICOS.
CRIADOS.
JUDÍOS, DAMAS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en las cercanías de Joppe, en Ménfis y en Jerusalen.

JORNADA PRIMERA.

Sala de una quinta á orillas del mar en la playa de Joppe (ó Jafa).

ESCENA PRIMERA.

EL TETRARCA, MARIENE, LIBIA, SIRENE, FILIPO, CRIADOS, MÚSICOS.

MÚSICA.

La divina Mariene,
El sol de Jerusalen,
Por divertir sus tristezas,
Vió el campo al amanecer.
Las aves, fuentes y flores
La dan dulce parabien,
Repitiendo, por servirla,
Al aire una y otra vez:
Sea triunfo de sus manos
Lo que es pompa de sus piés.
Fuentes, sus espejos sed,
Corred, corred, corred:
Aves, su luz saludad,
Volad volad:
Flores, paso prevenid,
Vivid, vivid.

TETRARCA.

Hermosa Mariene,
A quien el orbe de zafir previene
Ya soberano asiento,
Como estrella añadida al firmamento:
No con tanta tristeza
Turbes el rosicler de tu belleza.
¿Qué deseas? Qué quieres?
Qué envidias? Qué te falta? ¿Tú no eres,
Amada gloria mia,
Reina en Jerusalen? Su monarquía,
En cuanto ciñe el sol, el mar abarca,
¿No me aclama su ínclito monarca,
Como dan testimonió
Letras de Marco Antonio
Y firmas de Otaviano,
Porque los dos intentan, aunque en va-
Repartir el imperio [no,
Que dilata y extiende su bemisferio
Desde el Tiber al Nilo?
Y yo, con cauto pecho y doble estilo,
¿De Antonio no defiendo
La parte, porque así turbar pretendo
La paz, y que la guerra
Dure, porque despues cuando la tierra
De sus huestes padezca atormentada
Y el mar cansado de una y otra armada,
Pueda yo declararme,
Y en Roma, tú á mi lado, coronarme?
Tu hermano y Tolomeo,
¿No son á quién les fio mi deseo
Y ley de mi albedrío, [vio?
Pues con los dos socorro á Antonio en-
Y en tanto; oh cielo hermoso!
Que al triunfo llega el dia venturoso,
¿No estás de mí adorada?
¿De mis gentes no estás idolatrada?
¿No habitas esta quinta,
Que sobre el mar de Joppe el cielo pinta?
Pues no tan fácilmente
Se postre todo el sol á un accidente;
Liberal restituya tu alegría
Su luz al alba, su esplendor al dia,
Su fragancia á las flores,
Al campo sus colores,
Sus matices á Flora,
Sus perlas á la aurora,
Su música á las aves,
Mi vida á mí, pues con discursos graves
A celos me ocasionan tus desvelos.—
No sé qué mas decir, ya dije celos.

MARIENE.

Tetrarca generoso,
Mi dueño amante y mi galan esposo,
Ingrata al cielo fuera
Y á mi véntura ingrata, si rindiera
El sentimiento mio
A pequeño accidente su albedrío.
La pena que me aflige,
De causa ¡ay cielos! superior se rige,
Tanto, que es todo el cielo
Depósito infeliz de mi desvelo,
Pues todo el cielo escribe
Mi desdicha, que en él grabada vive
En papel de cristal con letras de oro.
No con causa menor mi muerte lloro.

TETRARCA.

Ménos entiendo ahora yo y mas dudo
El mio y tu dolor; y si es que pudo
Tanto mi amor contigo,
Hazme ya de tu mal, mi bien, testigo.
Sepa tu pena yo, porque la llore,
Y mas tiempo no ignore
Muerte, que ya con mis sentidos lucha.

MARIENE.

Nunca pensé decirlo; pero escucha.
Un doctísimo hebreo
Tiene Jerusalen, cuyo deseo
Siempre ha sido, estudioso
Apresurar al tiempo presuroso
La edad, como si fuera
Menester acordarle que corriera.
Este pues vigilante,
En láminas leyendo de diamante
Caractéres de estrellas,
Hoy los futuros contingentes dellas
A todos adelanta:
Tanta es la fuerza de su estudio, tanta,
Que es oráculo vivo
De todo ese cuaderno fugitivo,
Que en círculos de nieve
Un soplo inspira, y un aliento bebe.
Yo, que mujer nací (con esto digo
Que amiga de saber), docto testigo
Le hice de tu fortuna y mi fortuna,
Porque viendo que al orbe de la luna
Hoy empinas la frente,
El futuro previne contingente.
Con el mio juzgó tu nacimiento,
Y á los delirios de la suerte atento,
Halló... Aquí el labio mio
Torpe, muda la voz, el pecho frio,
Se desmaya, se cansa y desfallece,
Y aquí todo mi cuerpo se extremece.
Halló, en fin, que sería
Trofeo injusto yo ¡qué tiranía! [fuerte
De un mónstruo el mas cruel, horrible y
Del mundo: halló tambien, que daria
[muerte
(¿Qué daño no se teme prevenido?)
Ese puñal, que ahora traes ceñido,
A lo que mas en este mundo amares.
¡Mira si tales penas, si pesares
Tan grandes, es forzoso
Que tengan mi discurso temeroso,
Muerta la vida y vivo el sentimiento!
Pues infaustos los dos, con fin sangrien-
Por ley de nuestros hados, [to,
Vivimos á desdichas destinados:
Tú, porque ese puñal será homicida
De lo que mas amares en tu vida;
Y yo, siendo con llanto tan profundo,
Trofeo del mayor monstruo del mundo.

TETRARCA.

Bellísima Mariene,
Aunque ese libro inmortal
En once hojas de cristal
Nuestros discursos contiene,
Dar crédito no conviene
A los secretos que encierra;
Que es ciencia que tanto yerra,
Que en un punto solamente
Mayores distancias miente,
Que hay desde el cielo á la tierra.
De esa ciencia singular
Solo se debe saber
El mal que se ha de temer,
Mas no el que se ha de esperar
Sentir, padecer, llorar
Desdichas que no han llegado,
Ya lo son; pues tu cuidado
No puede haberte oprimido,
Despues de haber sucedido,
A mas que haberlas llorado.
Y si ahora tu desvelo
Lo que ha de suceder llora,
Tú haces tu desdicha ahora
Mucho primero que el cielo;
Que llorar con desconsuelo,
Por imaginada ó dicha [1],
Una distante desdicha,
Ya es acercarla en rigor;

[1] Predicha, vaticinada.

Digitized by Google

Y no hay desdicha mayor
Que el esperar la desdicha.
Con otro argumento yo
Vencer tu dolor quisiera :
Si ventura acaso fuera
La que el astrólogo vió,
¿ Dierasla crédito ? No,
Ni la estimaras ni oyeras ;
¿ Pues por qué en nuestras quimeras
Han de ser escrupulosas,
Las venturas mentirosas,
Las desdichas verdaderas ?
Dé crédito el cauto igual
Al favor como al desden :
Ni aquel dudes porque es bien,
Ni este creas porque es mal :
Y si en argumento tal
No estás satisfecha, mira
Otro que al discurso admira.
Esta prevista crueldad,
O es mentira ó es verdad :
Dejémosla si es mentira
Pues nada nos asegura,
Y á que sea verdad vamos,
Porque siéndolo, arguyamos
Que es el saberla ventura.
Ninguna vida hay segura
Un instante : cuantos viven,
En su principio perciben
Tan contados los alientos,
Que se cumplen por momentos
Los números que reciben.
Yo en aqueste instante no
Sé si mi cuenta cumplí,
Ni si la debo : tú sí,
A quien el cielo guardó
Para un monstruo : luego yo
Llorar debiera ignorante
Mi fin; tú no, si este instante
A ser tan dichosa vienes,
Que seguro el vivir tienes,
Pues no está el monstruo delante.
Y pasando al fundamento
De lo que sabes de mí,
¿ Cómo es compatible, dí,
Que aqueste puñal sangriento
Dé en ningun tiempo violento
Muerte á lo que yo mas quiero,
Y á tí un monstruo ? Ver no espero
Cosa de mí mas querida ;
Luego amenazan tu vida
Aquel monstruo y este acero.
Pues si hoy el hado importuno,
Que es de los gentiles dios,
Te ha amenazado con dos
Fines, no temas ninguno.
No hay mas rigor para el uno
Que para el otro piedad :
Luego será necedad
Temer, al rigor atenta,
Cuando es fuerza que uno mienta,
Que el otro diga verdad.
Y porque veas aquí
Cómo mienten las estrellas,
Y que triunfar puedo dellas,
Mira el puñal... (*Desenváinale.*)

MARIENE.

¡ Ay de mí !
Tente, señor.

TETRARCA.

¿ De qué así
Tiemblas, dí ?

MARIENE.

Mi muerte advierte
Mirarle en tu mano fuerte.

TETRARCA.

Pues porque no temas mas,
Desde hoy inmortal serás,
Yo haré imposible tu muerte.
Sea el mar, campo de hielo,
Sea el orbe de cristal,
Deste funesto puñal,
Monstruo acerado del suelo,
Sepulcro.
(*Arroja el puñal por una ventana.*)

ESCENA II.

TOLOMEO, *dentro*.—DICHOS.

TOLOMEO. (*Dentro.*)

¡ Válgame el cielo !

MARIENE.

¡ Oh qué voz tan triste he oido !

FILIPO.

Aire y agua han respondido
Con asombro ó con desmayo.

LIBIA.

El trueno fué de aquel rayo
Un lastimoso gemido.

MARIENE.

¿ Qué mucho que á mí me asombre
Acero tan penetrante,
Que hace heridas en las ondas,
Y impresiones en los aires ?

TETRARCA.

Los pequeños accidentes
Nunca son prodigios grandes.
Acaso la voz se queja...
Y porque te desengañes,
Iré á saber lo que ha sido,
Penetrando á todas partes
Las entrañas de los montes,
Los cóncavos de los mares.
(*Vanse todos, ménos Mariene y sus dos damas.*)

ESCENA III.

MARIENE, LIBIA, SIRÉNE.

MARIENE.

Toda soy horror.

LIBIA.

El mar
Es monumento inconstante
De un mísero, que rendido
Entre sus espumas trae.

SIRENE.

Ya tu esposo, el gran Tetrarca,
Con generosas piedades
Movido, al bajel humano
Ha dado puerto en la margen.

MARIENE.

El puñal que fué cometa
De dos esferas errante,
Arpon del arco del cielo,
Clavado en un hombre trae.

LIBIA.

Tolomeo es. ¡ Ay de mí !
(*Ap.* Mas bastaba ser mi amante
Para ser tan infelice.)
¡ Qué prodigio tan notable !
¡ Qué espectáculo tan triste !

MARIENE.

¡ Qué asombro tan admirable !
Vamos de aquí, que no tengo
Animo para mirarle.
(*Vase con sus damas.*)

ESCENA IV.

EL TETRARCA, FILIPO, Y LOS CRIADOS, *que traen á* TOLOMEO, *con el puñal clavado en un hombro.*

TETRARCA.

Ya del mar estáis seguro,
Infelice navegante.
¡ Así la mortal herida
Diera treguas á mis males !

TOLOMEO.

Detente, señor, detente :
Este puñal no me saques,
Porque al ver la puerta abierta,
Sus espíritus no exhale
El alma. Ya que los cielos
Solamente en esta parte
Son piadosos, pues me dan
Para verte y para hablarte
Tiempo, no se pierda el tiempo.
Mi muerte y la tuya sabe.

TETRARCA.

¿ Tolomeo ?

TOLOMEO.

Sí, señor.

TETRARCA.

Llevadle de aquí, llevadle
A curar.

TOLOMEO.

Aqueso no;
Que cuando el riesgo es tan grande,
Ménos importa mi vida
Que la tuya ; y así, ántes
Que acaben mi poco aliento
Desdichas que son tan grandes,
Oye las tuyas, señor ;
Y cuando helado cadáver,
Me falte tiempo al decirlas,
Al saberlas no te falte.
Otaviano en tierra y mar,
Ondas ocupando y valles,
Llegó á Egipto : salió Antonio
Con tu socorro á buscarle,
De Cleopatra acompañado
En el Bucentoro, nave
Que labró para él Cleopatra
De marfiles y corales.
A los principios fué nuestra
(¡ Fuerte pena, injusto trance !)
La fortuna ; pero ¿ cuándo
Estuvo firme un instante ?
Enojáronse las ondas,
Y el mar, Nembrot de los aires,
Montes puso sobre montes,
Ciudades sobre ciudades.
La armada del enemigo,
Como estaba hácia la parte
Del puerto abrigada, en él
Quiso el cielo que se ampare.
Mas la nuestra dividida,
Deshecha y sin órden, sale
A la campaña del mar,
Donde impelida mi nave,
Caballo fué desbocado,
Que no hay freno que le pare.
Atormentada en efecto,
Desmantelado el velámen,
Los árboles destroncados,
Enmarañados los cables,
Y trayendo, finalmente,
Arena y agua por lastre,
A vista ya de las torres
De Jerusalen la grande [1],
Fué rüina en un escollo,
Y aquí una tabla á los ayes
Repetidos fué delfin

[1] En esta composicion se hace á Jerusalen y á Ménfis puertos de mar.

Digitized by Google

Enseñado á sus piedades.
¿Quién creerá que la fortuna,
En un hombre que se vale
De la piedad de un fragmento,
Pudiera hacer otro lance?
Yo lo afirmo, pues yo vi
De acero un cometa errante
Contra este humano bajel,
Correr la esfera del aire.
Este pues que de mi vida
Tasando está los instantes,
Solo el decir me permite
Que tu enemigo triunfante
Queda en Egipto, y Antonio
O rendido ó muerto yace;
Que de Aristóbolo, hermano
De tu esposa, no se sabe;
Y en fin, que tus esperanzas
Como el humo se deshacen.
Y ya que de tus desdidas,
Siendo el todo, no soy parte,
Dáles sepulcro á las mias;
Aunque las mias son tales,
Que ellas se harán su sepulcro,
Pues tienen para labrarle
Sangre y acero, y podrán
Enternecer un diamante;
Que aun los diamantes se rinden
Al acero y á la sangre.

TETRARCA.

Ser un hombre desdichado
Todos han dicho que es fácil,
Y yo digo que es difícil,
Porque es estudio tan grande
Aqueste de las desdichas,
Que no le ha alcanzado nadie.—
Quitadme ese asombro, ese
Funesto borror de delante.
Llevadle donde le curen...
Y aquese puñal... guardadle,
Que importa saber qué debo
Hacer dél; que ya él me hace
Tenerle por prodigioso.—
¡Ay Filipo! hagan alarde
Mis suspiros de mis penas,
Mis lágrimas de mis males.

(*Llévanse los criados á Tolomeo.*)

ESCENA V.

EL TETRARCA, FILIPO.

FILIPO.

Señor, los grandes sucesos
Para los sugetos grandes
Se hicieron, porque el valor
Es de la fortuna exámen.
Ensancha el pecho, que en él
Cabrán todos tus pesares,
Sin que á la voz ni á los ojos
Se asomen.

TETRARCA.

¡Ay! que no sabes,
Filipo, cuál es mi pena,
Pues quieres darla esa cárcel.

FILIPO.

Sí sé, pues sé que has perdido
Tal república de naves.

TETRARCA.

No es su pérdida la mia.

FILIPO.

Serálo el mirar triunfante
A tu enemigo.

TETRARCA.

No tengo
Miedo á las adversidades.

FILIPO.

De Aristóbolo tu hermano,
Ni de Marco Antonio sabes.

TETRARCA.

Cuando sepa que murieron,
Tendré envidia á bien tan grande.

FILIPO.

Los prodigios del puñal
Preñeces [1] son admirables.

TETRARCA.

Al magnánimo varon
No hay prodigio que le espante.

FILIPO.

Pues si prodigios, fortunas,
Pérdidas y adversidades
No te rinden, ¿qué te rinde?

TETRARCA.

¡Ay, Filipo! no te canses
En adivinarlo, puesto
Que miéntras no adivinares
El amor de Mariene,
Todo es discurrir en balde.
Todos mis intentos son
Entrar con ella triunfante
En Roma, porque no tenga
Que envidiar mi esposa á nadie.
¿Por qué ha de gozar belleza,
Que no hay otra que la iguale,
(Error del mérito) un hombre,
Que hay otro que le aventaje?
Piérdase la armada, muera
El César Antonio, falte
Aristóbolo, Otaviano
De un polo á otro polo mande,
Con trágicas prevenciones
Hoy los cielos me amenacen,
Vuelva el prodigioso acero
A mi poder; que á postrarme
Nada basta, nada importa,
Siempre con igual semblante;
Sino solamente el ver
Que yo no he sido bastante
A hacer reina á Mariene
Del mundo; y en esta parte
Dirás, y diránlo todos,
Que es locura: no te espantes,
Que cuando amor no es locura,
No es amor; y el mio es tan grande,
Que temo (advierte, Filipo)
Que pasando los umbrales
De la vida, y que llegando
De la muerte á esotra parte,
Ha de quedar en el mundo
Por un prodigio admirable
De las fortunas de amor
A las futuras edades. (*Vanse.*)

—

Sala de un palacio de Ménfis.

ESCENA VI.

OTAVIANO, SOLDADOS ROMANOS.

OTAVIANO.

Felice es la suerte mia,
Pues de Egipto victorioso,
Dilato la monarquía
De Roma, dueño famoso
De los términos del dia.
Cante pues victoria tanta
La fama, y en testimonio
De que á todas se adelanta,
Sean triunfo de mi planta
Hoy Cleopatra y Marco Antonio.
Presos á los dos procura
Llevar mi heróica ventura,
Porque, lidiador bizarro,
Sean fieras de mi carro
El poder y la hermosura.

[1] Misterios.

ESCENA VII.

POLIDORO, ARISTOBOLO, UN CAPITAN.—OTAVIANO, SOLDADOS.

CAPITAN.

Aunque habemos discurrido
De Cleopatra el gran palacio,
Hallarla no hemos podido,
Ni á Antonio, porque su espacio
Laberinto de oro ha sido.
Solamente hemos hallado
A Aristóbolo, cuñado
Del que hoy en Jerusalen
Tetrarca asiste, de quien
Nos informó este criado.

(*Señalando á Aristóbolo.*)

Tu contrario fué; y así,
Porque averigües aquí
Sus designios, le traemos
De la parte en que le habemos
Hallado. Llega. (*A Polidoro.*)

POLIDORO.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
(*Ap. á Aristóbolo.*)
¿Cuál diablo me metió, cuál,
Cielos, en engaño igual?
¿No son notables errores
Que otros vivan de traidores,
Y yo muera de leal?

ARISTÓBOLO. (*Ap. á Polidoro.*)

Si así la vida me das,
No temas: seguro estás,
Que yo á ti te la daré.
Disimula.

POLIDORO.

Yo lo haré
Hasta que no pueda mas.

ARISTÓBOLO.

Grande César Otaviano,
Cuyo renombre inmortal
El tiempo asegure ufano
En láminas de metal,
Que intente borrar en vano:
No manches, no, riguroso
Los aplausos que has tenido
Con sangre; que es ser piadoso
Vencedor con el vencido,
Ser dos veces victorioso.

OTAVIANO. (*A Polidoro.*)

Aunque pudiera ¡oh valiente
Aristóbolo! vengarme
En tu vida dignamente
De ti y tu hermano, mostrarme
Quiero piadoso y clemente.
Alzate del suelo, y pues
El fin de mis glorias es
Entrar en Roma triunfante
Con Marco Antonio delante,
Y con Cleopatra á los piés,
Dime dónde están; que no
He sabido de ellos yo
Desde que aquel Bucentoro,
Armada nave de oro,
De la batalla salió.

POLIDORO.

Yo de los dos te dijera,
Si yo de los dos supiera;
Pues por mis discursos hallo
Que hiciera mas en callallo
Yo, que en decírtelo hiciera;
Mas desde que llegué aquí,
Nunca mas á los dos vi.

OTAVIANO.

Eso no es agradecer
Mi piedad. Yo he de saber
Dellos, y ha de ser así.—
¡Hola!

Digitized by Google

CAPITAN.

Señor.

OTAVIANO.

Al infante
Aristóbolo llevad
A una torre, y ni un instante
Goce de la claridad
Del sol: la noche le espante
Por eterna.

POLIDORO.

Aquí llegó,
Señor, de tu engaño el fin. (*Ap. á él.*)

ARISTÓBOLO. (*Ap. á Polidoro.*)

Sufre.

POLIDORO.

¿Torre obscura yo?

OTAVIANO.

Llevadle.

POLIDORO.

(*Ap.* El demonio sin
Duda me Aristoboló.)
Que yo...

CAPITAN.

Calla.

POLIDORO.

¿Qué es callar?
¡Vive Baco, que he de hablar!
¿Yo príncipe? Muy errado,
Muy cerrado y muy culpado
Soy...

OTAVIANO.

¿Qué teneis que esperar?
Y ese criado, primero
Padezca un tormento fiero,
O muera en él de leal.

POLIDORO.

¿Qué es tormento? (*Ap.* Mal por mal,
Torre pido, noche quiero.)
Vamos á la torre: yo
Soy Aristóbolo, no
Príncipe errado, segun
Decia. (*Ap.* Sin duda que algun
Angel me Aristoboló.)

ARISTÓBOLO.

Enfrena un poco el rigor,
Sabrás de los dos, señor;
Y de mi voz advertido,
Oirás que los dos han sido
Funestos triunfos de amor.
Apénas rota su armada
Vió Antonio, cuando la alada
Nave, haciéndose á la vela,
Nada pensando que vuela,
Vuela pensando que nada;
Pues con lijereza suma,
Pez sin escama nadaba,
Ave volaba sin pluma,
Tan veloz, que no le ajaba
Un solo rizo á su espuma.
A Ménfis en fin llegó,
Donde rehacerse pensó
De la pérdida y tornar
A la campaña del mar,
Que tantas desdichas vió;
Mas viendo que le seguias
A Ménfis, y que traias
De tu parte á la fortuna,
Pues al orbe de la luna
Con alas suyas subias;
Lamentando mal y tarde
La pérdida de su gente,
Sin que á ser despojo aguarde,
Del extremo de valiente
Dió al extremo de cobarde;
Pues ciego y desesperado,
Al Panteon, colocado[1]
A egipcios reyes, entró
Y una sepultura abrió,
Donde vivo y enterrado,
Dijo, sacando el acero:
«Nadie ha de triunfar primero
De mí que yo mismo: así
Triunfo yo mismo de mí,
Pues yo mismo mato y muero».
Cleopatra que le seguia,
Viendo que ya agonizaba,
Bañado en su sangre fria,
Cuyo aliento pronunciaba
Mas, cuanto ménos decia:
«Muera (dijo) yo tambien;
Pues por piedad ó por ira,
No cumple con ménos quien
Llega á querer bien, y mira
Muerto á lo que quiso bien».
Y asiendo un áspid mortal
De las flores de un jardin,
Dijo: «Si otro de metal
Dió á Antonio trágico fin,
Tú serás vivo puñal
De mi pecho; aunque sospecho
Que no moriré, á despecho
De un áspid, pues en rigor
No hay áspid como el amor,
Y há dias que está en mi pecho.»
Y él con la sed venenosa
Hidrópicamente bebe,
Cebado en Cleopatra hermosa,
Cristal que exprimió la nieve,
Sangre que vertió la rosa.
Yo lo vi todo, porqué
Así como aquí llegué,
El palacio examinando,
A Aristóbolo buscando,
Hasta el sepulcro me entré,
Donde él rendido al valor,
Y ella postrada al dolor
Yacen, porque de esta suerte
Aun no divida la muerte
A dos que junta el amor.

OTAVIANO.

Aquí dió fin mi esperanza,
Aquí murió mi alabanza,
Pues por asombro tan fuerte,
No ha de pasar mi venganza
Los umbrales de la muerte.
Ya triunfar de ellos no espero;
Que yo solamente quiero
Saber qué intento ha obligado
Al Tetrarca tu cuñado
Para que sañudo y fiero
Te enviase contra mí.

POLIDORO.

Si tú estás diciendo aquí
Que es cuñado, ¿no es error
Preguntarme qué es, señor,
Su intento? Pues digo así
Que lo que á esto le ha obligado,
Es el verme de esta suerte,
Pues solo me habrá enviado
A que tú me dés la muerte,
Propia alhaja de un cuñado.

CAPITAN.

Si examinar su intencion
Quieres, yo te la diré,
Pues con aquesta ocasion
Este cofre les quité.
Joyas y papeles son
Las que hay en él.

OTAVIANO.

Muestra á ver.
—Cifra es del mayor poder
Su inestimable riqueza;
Mas la pintada belleza
De una extranjera mujer
(*Saca del cofrecillo un retrato.*)
Es la mas noble y mejor
Joya, y la de mas valor.
No vi mas viva hermosura,
Que el alma de la pintura.

ARISTÓBOLO. (*Ap.*)

Atento el Emperador
Mira el retrato fiel;
Mas ¡ay fortuna cruel!
Ver los papeles porfía.
¡Mal haya el hombre que fia
Sus secretos á un papel!

(*Saca Otaviano del cofrecillo una carta.*)

OTAVIANO.

(*Lee.*) «En esta faccion está el fin de »mis deseos, pues no espero para de»clararme emperador de Roma, sino »que Otaviano, rendido ó preso...»
¿Qué tengo que saber mas?
Y pues sospechoso estás,
Y aun convencido conmigo,
Miéntras pienso tu castigo,
En una torre estarás.

POLIDORO.

No son buenos pensamientos
Andar pensando tormentos.
¿No será mucho mejor,
Que no castigos, señor,
Pensar gustos y contentos?

OTAVIANO.

Llevadle de aquí.

POLIDORO.

Escuchar
Debes que...

OTAVIANO.

No hay que aguardar.

POLIDORO.

Sí hay.

OTAVIANO.

Di.

POLIDORO.

Solamente digo
Que no hay que esperar castigo,
Pues no me dejas hablar.

(*Los soldados se llevan á Polidoro.*)

ESCENA VIII.

OTAVIANO, ARISTOBOLO, EL CAPITAN.

OTAVIANO. (*Al Capitan.*)

Tú partirás al momento
Con gente y armas, y atento
A mi cesárea obediencia,
Traerás preso á mi presencia
Al Tetrarca; que es mi intento
Que como á César me dé
Del tiempo que ha gobernado
Residencia: y tú, porqué
En efecto eres criado,
En quien tal lealtad se ve,
Darte libertad espero;
Pero por rescate quiero
Que ya liberal me dés
El decirme cuyo es
Este retrato.

ARISTÓBOLO.

(*Ap.* Aquí muero
De confusion: si le digo
Quien es, á amarla le obligo;
Desesperarle es mejor.
Hallé imposible su amor
Al principio: así consigo
Su quietud.) Esa pintura,
Sombra ya de una escultura,
Ceniza de un rayo ardiente,

[1] Erigido.

Digitized by Google

Es memoria solamente
De una difunta hermosura.

OTAVIANO.

¿Muerta es esta mujer?

ARISTÓBOLO.

Sí.

OTAVIANO. (*Ap.*)

¿Para qué, amor ¡ay de mí!
Sin esperanzas la veo?

ARISTÓBOLO. (*Ap.*)

Bien se logró mi deseo.

OTAVIANO.

Libre estás, vete de aquí.
(*Vase Aristóbolo.*)

ESCENA IX

OTAVIANO.

La muerte y el amor una lid dura
Tuvieron sobre cuál era mas fuerte,
Viendo que á sus arpones de una suerte
Vida ni libertad vivió segura.
Una hermosura amor divina y pura
Perficionó, donde su triunfo advierte;
Pero borrando tanto sol la muerte,
Triunfó así del amor y la hermosura.
Viéndose amor entónces excedido,
La deidad de una lámina apercibe,
A quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe, [do,
Pues de quien vive y muere dueño ha si-
Y la muerte lo es solo de quien vive.
(*Vase.*)

—

Campo en las inmediaciones de Jafa.

ESCENA X.

LIBIA.

Por las faldas lisonjeras
De estos elevados riscos,
Que son del puerto de Jafa
Enamorados Narcisos,
A divertir mis pesares
Melancólica he salido,
Por no escuchar los ajenos,
Pudiendo llorar los mios.
Sola estoy, salga del pecho
En acentos repetidos
Mi dolor. ¡Ay Tolomeo!
En tanto que lloro y gimo
Desdichas tuyas, admite
Este llanto que te envío.
Bastaba quererte bien,
Para que (¡rigor impío!)
Te sucediese mal todo,
Tropezando en tus peligros.
Cuando victorioso (¡ay triste!)
Te esperaba el pecho mio,
Dulce fin de tus amores,
¡Muerto has llegado y vencido!

ESCENA XI.

MARIENE, SIRENE. — LIBIA.

SIRENE.

Casta Vénus de estos montes,
Si á divertir has venido
Con la música y las flores
Los ojos y los oídos,
La atencion vuelve y la vista
A ese bruto cristalino,
Pues son flores sus celajes
Y música sus bramidos.

MARIENE.

Nada puede para mí
Servir, Sirene, de alivio.

ESCENA XII.

EL TETRARCA, FILIPO. — DICHOS.

FILIPO.

Este es, señor, el puñal,
Que ya una vez despedido
De tu mano, vuelve á ella.

TETRARCA.

Ya con asombro le miro
Como á fatal instrumento.
Mas di, ¿cómo se ha sentido
Tolomeo?

FILIPO.

No es la herida,
Señor, de tanto peligro,
Como la falta de sangre.

TETRARCA.

Mariene.

MARIENE.

Esposo mio.

TETRARCA.

Girasol de tu hermosura,
La luz de tus rayos sigo,
Bien como la flor del sol,
Cuyos celajes y visos,
Iluminados á rayos,
Tornasolados á giros,
Le van siguiendo, porqué
Iman del fuego atractivo,
Le hallan su vista ó su ausencia,
Ya luciente, y ya marchito.

MARIENE.

Ya que del fuego te vales,
Sea amor ó sea artificio,
Yo tambien; pues como aquella
Ave que tuvo por nido
Y por sepulcro la llama,
Enamorando el peligro,
Bajel de púrpura y oro,
Bate los remos de vidrio;
Así yo que á tantos rayos
Vida, muriendo, recibo,
Hasta que abrasada muera,
Me parece que no vivo.

TETRARCA.

Dejadnos solos.
(*Vanse Filipo, Libia y Sirene.*)

ESCENA XIII.

EL TETRARCA, MARIENE.

TETRARCA.

Ya pues
Que serán mudos testigos
De mis lágrimas y voces
Estos mares y estos riscos,
Salgan, Mariene hermosa,
Afectos del pecho mio
En lágrimas á las ondas,
Y á las peñas en suspiros.
Este sangriento puñal,
Sacre de acero bruñido,
(Que no con poca razon
Sacre de acero le digo,
Pues cuando desenlazado
De mi mano le despido,
Con la presa vuelve á ella,
En sangre y horror teñido)
Es aquel que la dudosa
Ciencia de un astro previno
Para homicida de quien
Mas adoro y mas estimo.
Y aunque es verdad que constante
A peligrosos júicios
No doy crédito, y desprecio
Los contingentes delirios
Del hado y de la fortuna
(Dioses que coloca [1] el vicio),
No sé qué nuevo temor
En mi pecho ha introducido
Verle volver á mi mano,
Que ya le temo y le admiro;
Y entre el miedo y el valor,
Ya cobarde, ya atrevido,
Sitiado dentro de mí,
Me quiero dar á partido.
Porque aunque bien yo no creo
Los acasos prevenidos,
No los dudo; que no ignoro
Que ese estrellado zafiro,
República de luceros,
Vulgo de astros y de signos,
A quien le sabe leer
Es encuadernado libro,
Donde están nuestros alientos
Asentados por registro.
Y así, ni dudando bien,
Ni bien creyendo, imagino
Que debe el varon perfecto
A los sucesos previstos
Darlos al crédito en una
Parte, y en otra al olvido:
Aquí para no esperarlos,
Y allí para prevenirlos;
Pues señor de las estrellas,
Por leyes de su albedrío,
Previniéndose á los riesgos,
Puede hacer virtud del vicio.
Yo pues, entre dos afectos
Vacilante y discursivo,
Ni creyendo ni dudando,
El puñal á tus piés rindo.
Tú eres, bellísima hebrea,
La luz hermosa que sigo,
La beldad que sola adoro,
La imágen que sola admiro.
No es posible que yo quiera,
Si inmortal al tiempo vivo,
Otra cosa mas que á tí:
Tanto que mil veces digo
Que el mayor monstruo del mundo
Que te amenaza á prodigios,
Es mi amor, pues por quererte,
A tantas cosas aspiro,
Que temo que él ha de ser
Ruina tuya y blason mio.
Pues si lo que yo mas quiero
Eres tú, y el cielo mismo
No puede hacer que no seas,
Sin borrar lo que ya hizo;
Tú eres á quien amenaza
Ese hermoso basilisco,
Que en tus piés se disimula
Entre dos cándidos lirios.
Yo quise hacer imposible
Tu muerte, cuando atrevido
Arrojé al mar el puñal;
Pero habiendo una vez visto
Que aun en él no está seguro,
Pues por casos exquisitos
Podrá llegar donde estés
Siempre ignorando el peligro;
Para mas seguridad
Tuya, cuerdo he prevenido
Que tú, árbitro de tu vida,
Traigas tu muerte contigo;
Que mayor felicidad
Nadie en el mundo ha tenido,
Que ser, á pesar del hado,
El juez de su vida él mismo.
La parca, que nuestras vidas
Tiene pendientes de un hilo,
Para que el tuyo no corte
Pone en tu mano el cuchillo.
En tu mano está tu suerte:
Vive tú sola á tu arbitrio,
Pues si acercas el aliento,

[1] Erige.

Digitized by Google

Podrás embotarle el filo.
Si es verdad ó si es mentira
El hado, no lo averiguo,
Mas prevengo los dos males;
Pues prudente y advertido,
Si es mentira la sospecha,
De que la temas te alivio;
Si es verdad, con la razon
A hacerla mentira aspiro.
Luego, mentira ó verdad,
Para todo prevenido,
Yo no puedo darte mas
Que tu vida: esta te rindo.
Este acero y este amor
Son hoy tus dos enemigos:
Pues miéntras yo te corono
De mil laureles invictos,
Triunfa tú dese, y al fin
Dueño tú de tu albedrío,
Guárdate tu vida tú,
Huye tú de tu peligro,
Hazte tú tu duracion,
Lábrate tú tus designios,
Cuéntate tú tus alientos,
Y vive al fin tantos siglos,
Que este amor y este puñal
Triunfen de muerte y olvido.

MARIENE.

Oye, señor, oye, espera;
Que aunque agradezco y estimo
El don que á mis plantas pones,
Ni le acepto ni le admito;
Que de púrpura manchado
Y entre flores escondido,
Tanto me estremezco, tanto
En verle me atemorizo,
Que muda y helada creo,
Torpe el labio, el pecho frio,
Que soy de aquesos jardines
Estatua de mármol vivo.
Mas rompiendo a mi silencio
Las prisiones y los grillos
Con que en cárceles de hielo
El temor los ha tenido,
Quiero declararme, y quiero
Argüirte que no ha sido
Cuerda determinacion
(Si bien de tu amor indicio)
La que contigo has tomado
Y ejecutado conmigo.
Dejo á una parte si es bien
El darse por entendido
Hoy mi amor de que yo sea
Del tuyo sugeto digno;
Y creyéndote cortés
(Pues por amante y marido
Me está tan bien el creerlo),
En mi argumento prosigo,
Sin tocar si es bien ó mal
Tampoco haberlo creido;
Pues por verdad ó mentira,
Ya tú en esta parte has dicho
Que el prevenirlo es cordura,
Esperarlo desatino,
Y providencia discreta
No esperarlo y prevenirlo.
Y así, esto aparte dejando,
Vuelvo á mi argumento y digo:
Si ese sangriento puñal
Es el que cruel y esquivo
El hado esquivo y cruel
Contra mi pecho previno,
¿Quién te persuadió, Tetrarca,
Quién te informó, quién te dijo
Que era la seguridad
De mi vida traer conmigo
La ejecucion de mi muerte,
Y que podrán ser amigos,
Ni hacer buena compañía
La vida y el homicidio?
Si este mi suerte amenaz-
Con asombros, ¿es arbitrio
Para excusar que se encuentren,
Hacer que anden un camino
Los dos, siguiéndose siempre
El acaso y el peligro?
¿Fuera buena prevencion
En el humano sentido,
Para estorbar que se abrase
Este supremo edificio,
Acompañarle del fuego?
¿Fuera acierto conocido
Para excusar que un espejo
No se quiebre, junto á él mismo
Poner piedras en que encuentre?
Pues piensa que es esto mismo
Lo que intentas, pues intentas
Que nunca estén divididos
Ese puñal y este pecho;
Y han de ser siempre enemigos,
Por mas que juntos los vea,
Seguridad y peligro,
Vida, muerte y impiedad,
Sombra y luz, virtud y vicio,
Homicidio y homicida,
Torre y fuego, piedra y vidrio.
Confieso que la razon
Es fuerte, cuando advertido
Dices que no es ocultarle
Remedio, cuando le vimos
Volver del mar á tus manos;
Y que será gran martirio,
Confieso tambien, estar
Dudando siempre afligido
Un pecho, «¿quién será ahora
Dueño de los hados mios?»
Pero entre apartarle tanto
Que ignore quién habrá sido,
Y acercarle tanto, que
Sepa que viene conmigo,
Hay un medio, que es ponerle
Con tal dueño y en tal sitio,
Que lo sepa y no lo tema.
Tú lo has de traer ceñido;
Pues si del juicio me acuerdo,
El mágico no me dijo
Que tú darias la muerte
A lo que mas has querido
Con él, sino que con él
Moriria; y pues colijo
Que otro podrá aborrecer
Lo que tú quieres, delito
Fuera, echándole de tí,
Dar armas á tu enemigo,
Pues podrá venir á manos
De quien me haya aborrecido.
Y así, señor, yo te ruego,
Y así, señor, te suplico
Que tú, alcaide de mi vida,
Traigas el puñal contigo.
Con eso seguramente
Sabré que aquel tiempo vivo
Que tú le tienes. Que escuches
El argumento te pido.
O tú me quieres ó no:
Si me quieres, no peligro,
Pues á lo que tú mas quieres
No has de dar muerte tú mismo.
Si no me quieres, no soy
A quien arrastra el destino
De tu amor, y al mismo instante
De la amenaza me libro.
Luego olvidada ó querida,
Mi seguridad te pido,
Mis temores desvanezco,
Mis quietudes facilito,
Mis deseos aseguro,
Mis contentos solicito,
Mis recelos acobardo,
Mis esperanzas animo,
Cuando tu amor y mi vida
Triunfen de muerte y olvido.

TETRARCA.

Tanto tu vida deseo,
Que á ser tu alcaide me obligo.
¡Ojalá fuera verdad,
No prevencion, este estilo,
Para que nunca murieras!
Y así á tus voces movido,
En tu nombre, dulce esposa,
Segunda vez me le ciño.
(*Tocan dentro cajas.*)
Pero ¡válganme los cielos!
¿Qué alboroto, qué rüido
Es este?

MARIENE.

El cielo parece
Que se hunde de sus quicios.

TETRARCA.

¡Qué asombro!

MARIENE.

¡Qué confusion!

ESCENA XIV.

FILIPO y LIBIA, *cada uno por su lado.* — EL TETRARCA, MARIENE.

FILIPO.

Señor.

LIBIA.

Señora.

TETRARCA.

Filipo,
¿Qué es esto?

MARIENE.

¿Qué es esto, Libia?

LIBIA.

No sé si sabré decirlo.

FILIPO.

Gente del emperador
Otaviano, tu enemigo,
A Jerusalen ocupa;
Y ya todos sus vecinos,
Sabiendo que Antonio es muerto,
Parciales y divididos
Te buscan para prenderte,
Diciendo á voces que has sido
La causa de sus traiciones.

MARIENE.

¡Ay de mí!

TETRARCA.

¡Pierdo el sentido!

MARIENE.

Huye, señor: ese monte
Sea tu sagrado asilo,
Porque mejor las desdichas
Se vencen en los principios.

TETRARCA.

¿Qué es huir? Viven los cielos,
Que tengo de recibirlos.

MARIENE.

Mira, señor...

TETRARCA.

¿Qué he de ver?

MARIENE.

Que es un vulgo...

TETRARCA.

Ya lo miro.

MARIENE.

Alborotado.

TETRARCA.

¿Qué importa?

MARIENE.

Tu vida.

Digitized by Google

TETRARCA.

Mi vida libro...

MARIENE.

¿Cómo?

TETRARCA.

Poniéndome...

MARIENE.

¿Dónde?

TETRARCA.

Delante dél.

MARIENE.

Es delirio.

TETRARCA.

No es.

MARIENE.

¿Por qué?

TETRARCA.

Porque con verme,
Verás que su orgullo rindo.
(*Vuelven á tocar.*)
Adios, esposa, que ya
Segunda vez dan aviso
Las cajas.

MARIENE.

Tente.

TETRARCA.

¿Qué temes?

MARIENE.

Temo, señor, tu peligro,
Que vas solo.

TETRARCA.

No voy tal:
Tú vas, señora, conmigo,
Y este acero, que me basta
(Si es de la muerte ministro)
Á ser asombro del mundo,
Á ser rayo, á ser prodigio.

JORNADA SEGUNDA.

Sala del palacio de Ménfis.

ESCENA PRIMERA.

DOS SOLDADOS ROMANOS, *con un retrato grande de Mariene.*

SOLDADO 1.°

Ya que en sus melancolías
No hay cosa que le divierta
Mas, que en varios trajes ver
Repetida esta belleza,
Y este es el primer retrato
De cuantos de la pequeña
Lámina al lienzo pasó
Del noble arte la excelencia,
Pongámosle de su cuarto
Sobre el marco de esa puerta,
Para que cuándo entre y salga
Á todas horas le vea.

SOLDADO 2.°

Bien has prevenido.

SOLDADO 1.°

Pues
Sea presto, que ya llega. (*Cuélganle.*)

SOLDADO 2.°

Con la prisa que me das,
No sé si bien puesto queda.
¡Quiera Dios que no se caiga,
Vencido el clavo ó la cuerda!

ESCENA II.

OTAVIANO.—DICHOS.

OTAVIANO. (*Para sí.*)

Pasion tan desesperada,
Que al primer paso tropieza
En un imposible, y cae
En otro, queriendo ciega
Dar una esperanza viva
En una hermosura muerta,
Bien se ve que no es pasion,
Sino locura, y de tema
Tan invencible, que triunfos,
Aplausos, lauros y empresas
No la alivian, puesto que
Ni todo ni parte sean
Á echar de mí una aprension
Tan rebeldemente necia.

SOLDADO 1.°

Como mandaste, señor,
Que en todo Ménfis se hicieran
De este pequeño retrato
(*Vuélvele el pequeño.*)
Varias copias, traje esta,
(*Señala el grande.*)
Por ser la mas parecida.

OTAVIANO.

Dices bien, pues no pudiera
Haberla mejor sacado
El pincel, cuando corriera
Las líneas y los bosquejos
Al lienzo desde mi idea.
¿Que nunca me hayas sabido,
Ó con maña ó con cautela,
De Aristóbolo, quién fuese
Alma de deidad tan bella?

SOLDADO 1.°

Con ese intento mil veces
Á la torre que le encierra
De guarda entré; pero nunca
Lo supe; que de manera
Aristóbolo ha perdido
El juicio desde que en ella
Está, que es en vano ya
Que á nada en razon atienda.

OTAVIANO.

¿Qué dices?

SOLDADO 1.°

Que solamente
Desatinos dice y piensa.

OTAVIANO.

No me espanto ¡ay infelice!
Si la causa que le fuerza
Á perder el juicio ha sido
Perder esta hermosa prenda.
¿Cómo es compatible, ¡oh rara
Beldad! que un delirio sientan
Dos, el uno porque te halle,
Y el otro porque te pierda?
¡Qué mal hice cuando necio,
De amor y de su violencia,
Culpé á Antonio que adorase
Á aquella[1] gitana, á aquella
Que en los teatros del mundo
Hizo la mayor tragedia!
¡Oh qué bien vengado está
De mi altivez y soberbia!
Pues para mayor trofeo,
Con instrumento se venga
Tan fácil como un retrato,
Y ese de una beldad muerta.
(*Tocan dentro cajas destempladas.*)
¿Pero qué es aquesto? Cuando
Triste pronuncia mi lengua
Muerta beldad, me responden
Las cajas y las trompetas
Destempladas. ¿Si los cielos
Si los montes, si las selvas,
Si los vientos, si los mares,
Cuando mi voz les acuerda
De igual pérdida la ruina,
Compadecidos celebran
De esa difunta hermosura
Repetidas las exequias?
(*Vuelven á sonar las cajas.*)
Otra vez ¡piadosos cielos!
Suena el rumor de mas cerca.
Ved quién ese pavor causa.

SOLDADO 1.°

Mucho extraño que las señas
No te lo digan, pues es
Ceremonia usada esta
De los bárbaros gitanos,
Siempre que rendida ó presa
Alguna persona real
En su corte sale y entra.

OTAVIANO.

¿Pues quién entra ó sale hoy,
Ó preso ó rendido en ella?

ESCENA III.

UN CAPITAN.—DICHOS.

CAPITAN.

(*Que ha oido la pregunta de Otaviano.*)
El Tetrarca, á quien tú diste
Orden de que yo le prenda.
Y viendo cuánto supone
Virey que por tí gobierna,
Usando la ceremonia
De que con sus armas venga,
Y con salva se reciba,
Bien que trágica y funesta,
Llega á tus piés.
(*Vuelven á tocar cajas destempladas.*)

ESCENA IV.

EL TETRARCA, *en medio de* SOLDADOS.—DICHOS.

OTAVIANO.

Mas estimo
Ver postrada esa soberbia,
Que el alto triunfo con que
Roma recibirme espera.
Quede él solo, y los demas
Salgan, Patricio, allá fuera;
Que por si acaso mi enojo
Tras sí mis acciones lleva,
No quiero que nadie airado
Con un rendido me vea.
Templad vos, pues sois mi espejo,
Mi cólera.
(*Mira el retrato que tiene en la mano.*)

TETRARCA.

(*Ap.* ¡Suerte adversa
¿Á qué mas pudo llegar
De tus ceños la influencia?)
Invicto Otaviano, cuyo
Nombre en láminas eternas
El tiempo escriba, dictado
De las plumas y las lenguas,
Á tus piés llego ofendido,
Porque para que vinieran
Mi lealtad y mi valor
Á rendirte esta obediencia,
No era menester que fuesen
Por mí; que el que se respeta
Por fuerza cuando por gusto
Puede, á sí mismo se afrenta,
Pues quita á la voluntad

[1] Egitana (de Egito ó Egipto), egipcia.

Digitized by Google

Lo que le añade á la fuerza.
Dame tu mano. (*Ap.* Mas ¡ cielos
(*Otaviano le alarga una, y el Tetrarca al ir á besársela repara en el retrato que Otaviano tiene en la otra.*)
Divinos! al besar esta,
¿Qué es lo que en la otra miro?
¿Habrá en el mundo quien beba
Dos venenos á dos manos,
Y á un mismo tiempo los sienta
En los labios y en los ojos?)
(*Vuelve Otaviano la espalda, y Heródes le sigue de rodillas.*)

OTAVIANO.

Si informado no estuviera
De mi razon, á la tuya
Bastante crédito diera;
Pero si son destempladas
Cláusulas, que no concuerdan,
Esa afectada humildad
Con tu traidora soberbia;
No violencia, no rigor
La prevencion te parezca;
Que con vasallos que son
De los de viva quien venza,
Fuerza es que la voluntad
Se aproveche de la fuerza.

TETRARCA.

(*Ap.* ¡ Mortal estoy! Dadme, dioses,
Valor, que quizá no es ella —
¡ Que agora me la ocultase!)
Si contra mí te aconseja
Quien pretende...

OTAVIANO.

No presumas
Que mal advertido hiciera
Extremos tales; de tí
Sé la ambicion con que intentas
Conspirar al sacro imperio,
A cuyo efecto la guerra
Mantenias, dando á Antonio
Los socorros para ella.
Estas firmas te convencen:
De ellas lo sé. Llega, llega,
Míralas bien, tuyas son.
Míralas.
(*Saca unas cartas, y preséntaselas puestas encima del retrato.*)

TETRARCA.

Ya miro, al verlas,
Mi muerte mas declarada
De lo que aun tú mismo piensas,
Pues... yo... si...

OTAVIANO.

Esa turbacion
Es ya segunda evidencia.
Pero quien á un Idumeo
Honró, baja estirpe hebrea,
Rebelada de sus nobles
Tribus, esto y mas merezca.
Y así, miéntras el castigo
A los demas escarmienta,
Sabe que soy Otaviano,
Que soy el único César
De Roma, y el Nilo y Tiber
Humildes mis plantas besan;
Y que á cuantos contra mí
Con traiciones, con cautelas
Quieran conspirar, negando
A mi poder la obediencia,
Seré yo quien los corone
De laurel, para que sean,
Con un impulso á mis plantas
Con una accion á mis huellas,
Dos trofeos de una vez,
Mi laurel y su cabeza.
(*Vase Otaviano hácia la puerta sobre la cual está el retrato.*)

TETRARCA. (*Ap.*)

¡Qué esto escuchen mis oidos,
Y aquesto mis ojos vean,
Sin que el dolor me despeñe!
Yo he de morir, cosa es cierta,
A sus manos, ó á mis celos:
Pues él á mis celos muera,
Y á mis manos; que una vida
Tan grande, no es bien se venda
A menor precio.
(*Al entrarse Otaviano, va á herirle Heródes; cae el retrato en medio de los dos, y se queda clavado en él el puñal.*)

OTAVIANO. (*Volviendo.*)

¿Qué es esto?

TETRARCA.

Desesperada impaciencia,
Que ha de costarme el decirla
Aun mucho mas que el hacerla.

OTAVIANO.

¡Tú con el desnudo acero,
Cuando yo la espalda vuelta,
Y entre tu acero y mi espalda
Esta hermosa imágen puesta!
¡ Turbado tú, yo seguro,
Y ella herida! ¡ Tú con muestras
De venganzas, yo de agravios,
Y ella de piedades! ¡ Muerta
Tú la accion, yo vivo al riesgo,
Y ella ofendida! Vive ella
(Que como á deidad que adoro,
Bien puedo este obsequio hacerla),
Que este sacrílego acero,
Ya que horrores representa,
El instrumento ha de ser,
Pues lo fué de tu violencia,
(*Quita el puñal del retrato.*)
De tu castigo: vea el mundo
Que el que me agravia, me venga.
¡ Hola!

ESCENA V.

EL CAPITAN, SOLDADOS.—OTAVIANO, EL TETRARCA.

CAPITAN.

Señor.

OTAVIANO.

A la torre,
Donde su hermano se encierra,
Llevad tambien al Tetrarca,
Donde solo un criado tenga
De los que le hayan seguido.

TETRARCA.

Cuando mi sepulcro sea,
La vida debo á un puñal,
Yo le pagaré con ella.

OTAVIANO.

Y yo la vida á un retrato;
Y pues que de otra manera
No puedo, con adorarle
Tambien pagaré mi deuda. (*Vanse.*)

—

Prision en una torre de Ménfis.

ESCENA VI.

Dos SOLDADOS, Y POLIDORO, *paseándose.*

SOLDADO 1.°

Grande es tu melancolía.

POLIDORO.

¿Melancolía decis,
Bergantonazo? Mentís.

SOLDADO 1.°

Pues ¿qué es eso?

POLIDORO.

Hipocondría,
Que un príncipe como yo
No habia de adolecer
Vulgarmente, ni tener
Mal que tiene un sastre.

SOLDADO 1.°

No
Te enojes de eso.

POLIDORO.

Sí quiero,
Que estar triste solamente,
No es achaque competente
De un príncipe prisionero:
Y mas si se considera
La grande superchería
Con que de noche y de dia
Me tratan.

SOLDADO 2.°

¿De qué manera?

POLIDORO.

¿De qué manera, picaño?
¿ Qué príncipe se perdiera,
Donde una infanta no hubiera
Que condolida á su daño
Con músicas le avisara
Desde el cubo del terrero,
Y á pagar de su dinero
Las guardas le sobornara,
Para que una noche oscura,
En dos caballos los dos,
Por parque, á la paz de Dios
Se fuesen á su ventura?

SOLDADO 1.°

Si estuviera por acá
(*Ap.* Así saber algo trato)
La dama de aquel retrato,
Quizá ella...

POLIDORO.

Claro está
Que mirara por su honor;
Y caso que allá estuviera
Preso un infante, y no hubiera
Teniéndole mucho amor;
Las desdichas acabadas
De esta mi prision cruel,
Por no haberse ido con él.
La matara yo á patadas,
Segun la adoro; y sospecho
Que si donde estoy supiera,
Estrafalaria viniera
Por mí.

SOLDADO 2.°

Lo medio está hecho,
Porque yo compadecido
Aderezo te traeré
De escribir. (*Vase.*)

SOLDADO 1.°

Yo un propio haré,
Al punto que haya sabido
Dónde se ha de encaminar
La carta.

POLIDORO.

¿Qué dices?

SOLDADO 1.°

Digo
Lo que por tí á hacer me obligo.

POLIDORO.

Mil abrazos te he de dar
Miéntras, habiendo avisado
Y librádome mi dama,
Te hago el hombre de mas fama.

Digitized by Google

SOLDADO 1.°

No es aquese mi cuidado;
(*Ap.* Que mas que espero de tí,
De Otaviano espero, pues
Con eso sabrá quién es
Dueño del retrato.)
(*Sale el Soldado 2.°*)

SOLDADO 2.°

Aquí
Hay ya de escribir recado.

POLIDORO.

¿Con su tinta y pluma?

SOLDADO 2.°

En él
Se dice todo.

POLIDORO.

¿Hay papel?

SOLDADO 2.°

Tambien.

POLIDORO.

¿Batido y cortado?

SOLDADO 2.°

No, pero el que bastará.

POLIDORO.

¿Polvos?

SOLDADO 2.°

Polvos hay.

POLIDORO.

¿Oblea,
Lacre y sello?

SOLDADO 2.°

Sí.

POLIDORO.

Pues ea,
Llegadme el bufete acá. (*Lléganselo.*)
La silla. (*La llegan.*)

SOLDADO 2.°

Ya está llegada.

POLIDORO.

¿Papel, tinta y pluma aquí
No hay? ¿Polvos y sello?

LOS DOS.

Sí.

POLIDORO.

Pues aun no tenemos nada.

SOLDADO 1.°

¿Qué falta que prevenir?

POLIDORO.

Lo mejor.

SOLDADO 2.°

Sepa qué fué,
Volando por ello iré.

POLIDORO.

El que yo no sé escribir.

SOLDADO 1.°

¿Ahora sale con eso
El tonto...?

SOLDADO 2.°

El loco...

SOLDADO 1.°

El menguado?
(*Maltrátanle, y échanle á rodar la capa y el sombrero.*)

POLIDORO.

¿Quién vió príncipe aporreado?

ESCENA VII.

EL TETRARCA, EL CAPITAN.—POLIDORO, LOS DOS SOLDADOS.

CAPITAN.

Esta es la torre en que preso
Aristóbolo está: en ella
Dejarte el César mandó.

SOLDADO 2.° (*Ap. á su compañero.*)

Gente en la prision entró.

SOLDADO 1.°

No vean que le atropella
Nuestro enojo; que han mandado
Con respeto le tratemos.

SOLDADO 2.°

Que le servimos mostremos.
(*Vuelven á poner á Polidoro la capa y el sombrero, fingiendo que le sirven.*)

CAPITAN.

¿Cómo tu Alteza ha pasado
La noche?

POLIDORO.

Mal, y peor
La mañana; que á porrazos
Aquestos picaronazos
Me han muerto. (*Da tras ellos.*)

CAPITAN.

Tente, señor;
¿Qué haces?

POLIDORO.

Reñir, vive Apolo,
A manera de valiente
Al uso, que habla si hay gente,
Y calla cuando está solo.

CAPITAN.

Advierte que á estar contigo
Viene el Tetrarca tu hermano

POLIDORO.

¿El Te... qué?

CAPITAN.

El Tetrarca.

POLIDORO. (*Ap.*)

En vano
Es ya excusarse el castigo
De haber tal engaño hecho.

CAPITAN. (*A Heródes.*)

Llegad: bien podeis llegar
Con Aristóbolo á hablar.
(*Adelántase Heródes.*)

TETRARCA.

(*Ap.* ¡Qué miro! Mas ya sospecho
Que hay algun secreto aquí,
Pues con su nombre no ignoro
Que esté preso Polidoro
Para grande fin; y así,
Disimular me conviene.)
Dame, en mis últimos plazos,
Aristóbolo, los brazos...

POLIDORO. (*Ap.*)

Borracho el Tetrarca viene:
¡Aristóbolo me llama!

TETRARCA.

Ya que en mis penas el cielo
No me deja otro consuelo
Que ver mentida la fama
Que de tu muerte corrió.

POLIDORO. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que insiste en ello!
¿Qué fuera que sin sabello [1]
Fuese Aristóbolo yo?

CAPITAN. (*Ap. á los soldados.*)

Dejarlos solos es bien,
Que hablen los dos, pues es llano
Que á algun efecto Otaviano
Quiso que juntos estén.
(*Vanse el Capitan y soldados.*)

ESCENA VIII.

EL TETRARCA, POLIDORO.

TETRARCA.

¿Estamos ya solos?

POLIDORO.

Sí.

TETRARCA.

¿Qué es aquesto, Polidoro?

POLIDORO.

Un fingimiento que lloro.

TETRARCA.

¿De qué suerte?

POLIDORO.

Escucha.

TETRARCA.

Di.

POLIDORO.

Porque este traje lucido
Me dió mi amo, es lo primero;
Que parece caballero
Un pícaro bien vestido.
Lo segundo, porque el dia
Que el César triunfante entró,
Y á Antonio y Cleopatra halló
En su fatal bobería,
Prisioneros nos hicieron,
Y como iba galan yo,
Con la caja en que guardó
Cartas y joyas, creyeron
Que era Aristóbolo. Él
El engaño prosiguió,
Con que él me Aristoboló,
Y yo le Polidoré.
Qué fué dél, no sé; que están
Mis ansias con luz tan ciega,
Sin ver si vienen ni van,
En un callejon Noruega,
Aprendiendo á gavilan.

TETRARCA.

Ya que de aqueso informado
Estoy, á un lado te aparta:
Que tengo que hablar conmigo.

POLIDORO.

Esa es la dicha mas rara
De un buen hablador, hallarse
Con quien no le diga nada,
Y le oiga cuanto él diga. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL TETRARCA.

Ya que solo me veo, salgan
En lágrimas y suspiros,
Sin estruendo de palabras,
A los labios y á los ojos
Tan cautelosas mis ansias,
Que saliendo de ella, aun no
Las eche ménos el alma.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto,

[1] *Seroit-ce bien moi qui me tromperois, et serois-je devenu médecin sans m'en être apperçu?* (¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?) Muchos años ántes que Molière escribiera este chiste, corria ya impreso en España el de Calderon, que hoy apénas es conocido, cuando todos repiten el del escritor frances.

Digitized by Google

¡Ay de mí! que por mí pasa?
Que bien será menester
Que vuestra autoridad valga
Mi crédito, porque es tal
El tropel de mis desgracias,
Que aun pasando á la experiencia.
Se me queda en la ignorancia.
Dejo aparte que del sacro
Laurel pierda la esperanza;
Dejo haberme convencido
De mis designios mis cartas;
Dejo el castigo forzoso
De accion tan desesperada
Como que á morir matando
Me despeñase mi saña;
Pues la desesperacion,
Designios y ambicion paran
Solo en pensar que ya tengo
El cuchillo á la garganta;
Y voy á que otro dolor
Es tal, que el morir no basta
Para acabar con él, puesto
Que en mí el frase se adelanta
De *á la garganta el cuchillo*;
Pues dirá desde hoy mi patria
Que, *el cuchillo al corazon*,
Murió su infeliz Tetrarca.
Al corazon dije, y dije
Bien; que él es á quien traspasa
Ver en poder de Otaviano
A Mariene retratada,
Y en dos partes, como quien
Dice que la luna clara
De un espejo, si está entera,
Hace un rostro, y si quebrada,
Dos; mostrando que en abusos
De supersticiones varias,
El espejo que se quiebra
Siempre agüeros amenaza;
Y es el mayor haber visto
A Mariene con dos caras.
Bien discurro yo que en una
Hermosura soberana,
Por soberana hermosura
Solamente la retratan,
Sin mas intencion que el serlo,
O la excelencia ó la gala
Del artífice; bien creo
Que al verla, el no recatarla
De mí, es ignorar quién sea;
Que ser mi esposa y mostrarla
Era cosa muy indigna
Para hecha cara á cara,
Cuando no por mí, por ella;
Pero todo esto no salva
El que no tenga interior
Afecto ¡ay de mí! de amarla
Quien no contento con una
En la mano, otra en la sala,
Jura por ella el haber
De tomar de mí venganza.
Y pasando á que el puñal
En su pecho...
(*Tocan cajas dentro.*)
¿Mas qué cajas
A marchar tocan? ¿Habrá
Quien en esta triste estancia
Me diga qué marcha es esta?

ESCENA X.

FILIPO. — EL TETRARCA.

FILIPO.
Sí.

TETRARCA.
¿Quién?

FILIPO.
Yo, á quien adelanta
Su lealtad á ser, señor,
El criado que se manda
Que solo te asista.

TETRARCA.
¡Oh, cuánto
El ser tú quien me acompaña,
Estimo!

FILIPO.
No es leal el que
No lo es hasta las aras;
Y así, aqueste breve tiempo
Que le queda á tu esperanza
De vida (pues se presume
Que ántes que de Egipto salga
Otaviano, su rigor
En tí ejecute), mis canas,
Mi amor, mi fe, mi alma y vida
Vienen á ver qué me encargas.

TETRARCA.
¿Tan breve y tan cierta es
Mi muerte?

FILIPO.
El que su jornada
Apresure, lo adivina.

TETRARCA.
¿Cómo?

FILIPO.
Como hace la marcha
A Jerusalen, por si hay,
Muerto tú, novedad.

TETRARCA.
Calla,
Filipo, no me lo digas;
Que tú eres el que me matas
Antes que él.

FILIPO.
¿Yo, señor?

TETRARCA.
Sí,
Pues tú el morir me adelantas.
¡A Jerusalen el César,
Donde (¡los cielos me valgan!)
Halle á Mariene viva,
Quien la idolatró pintada!
¡El victorioso, yo muerto,
Y ella querida! ¿Qué aguarda
Mi desesperado amor?
(*Quiere quitar la espada á Filipo.*)

FILIPO.
¿Qué haces?

TETRARCA.
Quitarte la espada
Para arrojarme sobre ella,
Que mas valor y mas causa
Tengo yo que Antonio.

FILIPO.
Mira...

TETRARCA.
Sí haré, si me das palabra
De hacer por mí una fineza.

FILIPO.
No habrá cosa que no haga
Yo por tí.

TETRARCA.
¿Si es prodigiosa?

FILIPO.
Ningun prodigio me espanta.

TETRARCA.
¿Si es terrible?

FILIPO.
Que lo sea.

TETRARCA.
¿Cruel?

FILIPO.
¿Qué importa?

TETRARCA.
¿Temeraria?

FILIPO.
Valor tengo para todo.

TETRARCA.
¿Fiera?

FILIPO.
Nada me acobarda.

TETRARCA.
¿Y si es bárbara?

FILIPO.
Tampoco.

TETRARCA.
Pues escucha. Pero aguarda,
Que es tal la resolucion,
Que para representarla
A los teatros del mundo,
Como al fin trágica farsa,
Pues hay recado, quiero ántes,
Con escribirla ensayarla.
(*Pónese á escribir.*)

FILIPO. (*Ap.*)
¿Qué será resolucion,
Que con prevenciones tantas
Piensa? Apénas dos renglones
Escribe y cierra la carta,
Cuando á mí vuelve.

TETRARCA.
Oye agora.

FILIPO.
Sí haré con vida y con alma.

TETRARCA.
Si todas cuantas desdichas,
Si todas cuantas desgracias
Ha inventado la fortuna,
Deidad de los hombres varia,
Se perdieran, todas juntas
Hoy en mí solo se hallaran,
Que soy epílogo y cifra
De las miserias humanas.
Yo que ayer de Mariene
Esposo y galan, con raras
Muestras de amor coroné
De victorias mi esperanza;
Hoy lloro agravios, sospechas,
Temores, desconfianzas
Y... celos iba á decir;
Pero imaginarlos basta.
Yo que ayer de Palestina
Gobernador y monarca,
No cupe ambicioso en cuanto
El sol dora, y el mar baña;
Hoy pobre, triste y rendido,
Entre dos fuertes murallas
Aprisionándome el vuelo,
Tengo abatidas las alas.
Yo que del laurel sagrado
Ayer pretendí las ramas
Siempre verdes, á pesar
De los rayos que las guardan;
Hoy, segur suya mi acero,
Veo que sus pompas tala,
Solamente por llegar
Embotado á mi garganta.
¡Pluguiera al hado! ¡pluguiera
Al cielo que aquí pararan
Sus presagios, y que en mí
Se desmintiera la ingrata
Indignacion de un destino!
Pues muriendo yo á la saña
Del temple infausto, pudiera
Persuadir á la ignorancia,
Que ya de lo que mas quise
Ejecutó la amenaza.
Mas ¡ay triste! ¡ay infelice!
Que no soy yo á quien mas ama
Mi misma vida, supuesto

Digitized by Google

Que tambien ella tirana
Me aborrece por ser mia;
Y no con morir acaban
Mis desdichas, que inmortales
Mas allá de morir pasan.
Otaviano... Al pronunciarlo,
Valor y aliento me faltan.
Otaviano adora... ¿Cómo
Lo diré sin que me añada
Dolor á dolor?—Adora
A Mariene.; pintada
Dos veces la vi, y dos veces
A él gentil, pues idolatra
Una vez á un sol sin luz,
Y otra á una deidad sin alma.
¡Mal haya el hombre infeliz,
Otra y mil veces mal haya
El hombre que con mujer
Hermosa en extremo casa!
Que no ha de tener la propia
De nada opinion; pues basta
Ser perfecta un poco en todo,
Pero con extremo en nada;
Que es armiño la hermosura,
Que siempre á riesgo se guarda:
Si no se defiende, muere;
Si se defiende, se mancha.
No pues mi ambicion, Filipo,
No mi atrevida arrogancia,
No el ser parcial con Antonio,
No mi poder, no mis armas,
Me aflije, me desespera,
Me precipita y me arrastra;
Sino el ser de Mariene
Esposo. ¡Oh caigan, oh caigan
Sobre mí mares y montes!
Aunque si de ofensas tantas
El peso no me derriba,
No me rinde, no me agrava,
El de los montes y mares
No me agobiará la espalda.
Y así, viendo cuánto á instantes
Mi vida cuenta la parca,
Y cuánto á brazo partido
En esta lóbrega estancia
Luchando estoy de mi muerte
Con las sombras y fantasmas;
Viendo, en fin, que apénas hoy
En una pública plaza
Seré horror de la fortuna,
Seré del amor venganza,
Cuando él sea ¡ay infeliz!
(Pues á Jerusalen marcha,
Donde es fuerza que la vea)
En tálamos de oro y grana,
Heredero de mis dichas,
Dueño de mis esperanzas;
Muero de agravios y celos,
Que matan, porque no matan.
Dirásme que ¿qué me importa,
Pues con la vida se acaban
Las desdichas? ¡Ay Filipo,
Cuánto esa opinion engaña!
Que amor en el alma vive;
Y si ella á otra vida pasa,
No muere el amor, sin duda,
Puesto que no muere el alma.
El ¿no nace de una estrella,
Ya propicia ó ya contraria?
¿Pues cómo faltará amor,
Miéntras la estrella no falta?
¿Quieres ver cuál es la mia?
Pues si pudiera apagarla
Hoy con el último aliento,
Lo hiciera, porque faltara
Del cielo, y otro ninguno
En su gracia ó su desgracia
No naciera como yo,
Porque como yo no amara.
Y en fin, ¿para qué discurre
Mi voz? ¿para qué se cansa?
Otra pena, otro dolor,
Otro tormento, otra ansia
En el corazon no llevo,
Sino solo ver que aguarda
Mariene á ser empleo
De otro amor, de otra esperanza.
Sea barbaridad, sea
Locura, sea inconstancia,
Sea desesperacion,
Sea frenesí, sea rabia,
Sea ira, sea letargo,
O cuanto despues mis ansias
Quisieren; que todo quiero
Que sea, pues todo es nada,
Como no sean mis celos;
Y así, pues que la palabra
Me has dado de obedecerme,
Haz lo que mi amor te encarga.
Vuelve á Jerusalen, vuelve
A la esfera soberana
Del mejor sol de Judea;
Y en diciéndote la fama
Que he muerto, en el mismo instante
Con mortal eclipse apaga
A la tierra el mejor rayo,
Al cielo la mejor llama,
Al campo la mejor flor,
La mejor estrella al alba.
Tolomeo, que quedó
Por capitan de mis guardas,
Y siempre á Mariene asiste
Sin poder seguirme, á causa
De quedar convaleciente
De aquella herida pasada,
Dará la ocasion, á cuyo
Fin, para él es esta carta: (*Dásela.*)
Dél te fia, pues no dudo,
Previstas las circunstancias
De un veneno ó de un dogal,
Que él te guarde las espaldas.
Muera yo, y muera sabiendo
Que Mariene soberana
Muere conmigo, y que á un tiempo
Mi vida y la suya acaban;
Pero no sepa que yo
Soy el que morir la manda:
No me aborrezca el instante
Que pida al cielo venganza.
No te acobarde lo horrible
De una historia tan extraña;
Que cuando murmuren unos
Que hubo quien dejó por manda
Un homicidio, creyendo
Que así sus penas engaña,
Que así sus quejas desmiente,
Que así desdice sus ansias,
Y que así enmienda sus celos,
Otros habrá que le aplaudan;
Pues no hay amante ó marido
(Salgan todos á esta causa)
Que no quisiera ver ántes
Muerta, que ajena su dama.

FILIPO.

Bien quisiera responderte;
Mas no es posible, que baja
Mucha gente á la prision.

TETRARCA.

Por si vienen por mí, salga
Mi valor á recibirlos.
Tú, cobrando la ventaja
Que puedas, parte, Filipo,
Al instante.

FILIPO.

Señor...

TETRARCA.

Calla,
Que sé que tienes razon;
Pero no puedo escucharla.

FILIPO.

Ni yo decirla, que llega
Ya la gente.

TETRARCA.

Esferas altas,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Nubes, granizos y escarchas,
¿No hay un rayo para un triste?
Pues si ahora no los gastas,
¿Para cuándo, para cuándo
Son, Júpiter, tus venganzas? (*Vanse.*)

—

Playa de Jafa.

ESCENA XI.

ARISTOBOLO, MARIENE, LIBIA, DAMAS Y SOLDADOS JUDÍOS. (*Tocan cajas.*)

ARISTÓBOLO.

Dame otra vez los brazos,
Porque coronen tan hermosos lazos
Hoy la esperanza mia.

MARIENE.

Mi vida, hermano, á tu valor se fia:
Publiquen pues tus glorias,
Que victorias de amor son mis victorias.

ARISTÓBOLO.

Ya que por la lealtad de Polidoro
(Como te dije) con mi nombre preso,
De un infeliz á otro infeliz suceso,
Pude llegar donde tu luz adoro,
Y donde á tu obediencia y tu decoro
Atenta dignamente
Nuestra nacion, de su alistada gente
General me ha nombrado,
Cumpliré la palabra que te he dado
De morir animoso,
O traerte libre á tu adorado esposo.

MARIENE.

¡Oh, cúmplamela el cielo!
Y pues el campo de cristal y hielo
De aquí á Egipto es tan breve
Por ese pasadizo que de nieve,
O se encrespa ó se eriza,
Cuando el copete de su frente riza,
Presto la nueva espero
De que mi amor desempeñó tu acero.

ARISTÓBOLO.

Si tu amor va conmigo,
Fácil empresa, fácil triunfo sigo.
(*Vuelven á tocar cajas.*)

ESCENA XII.

TOLOMEO.—DICHOS.

TOLOMEO.

Ya el campo cristalino
Tanto pez de madera, ave de lino,
Admite en sus esferas,
Que parecen las ondas lisonjeras,
Ocupando horizontes,
Una vaga república de montes.
Y pues noble no queda,
Que excusarse á tan alta faccion pueda,
Que me dés te suplico
Licencia...

MARIENE.

Antes de oirla, la replico.
Capitan de mis guardas te ha dejado
Mi esposo; su palacio te ha fiado.
No es asistirme á mí ménos ufana
Faccion que esotra.

ARISTÓBOLO.

Dice bien mi hermana;
Y pues el cargo, que os quedeis abona,
Mirad que me mireis por su persona.

TOLOMEO.

Obedecerte espero.

Digitized by Google

MARIENE.

Y yo veros partir á todos quiero,
Porque os déh para iros,
Agua mis ojos, viento mis suspiros.

(*Vuelven á tocar la caja, y vanse Mariene, Aristóbolo, las damas y los soldados.*)

ESCENA XIII.

TOLOMEO, LIBIA.

LIBIA.

Permita la ocasion á mi deseo
El que de tu salud ¡oh Tolomeo!
El parabien te dé; si bien pudiera
Dármele á mí mejor de que no hubiera
Mariene admitido
La fineza de ir; que hubiera sido
Doblada la dolencia
Consolar un dolor con una ausencia.

TOLOMEO.

Agradezca, señora,
El favor toda una alma que te adora;
Y pues como á milagro
Suyo, mi vida á tu deidad consagro,
Cré que el morir sentia,
No, Libia hermosa, no porque moria,
Sino porque sin verte,
Pagaba con dos vidas una muerte.

LIBIA.

Responderte quisiera;
Mas la Reina, que ocupa la ribera,
Me echará ménos: solo te prevengo
Que ya falseada para vernos tengo
Del jardin esta llave.

TOLOMEO.

Si ser amor ladron de casa sabe,
Dame la llave ahora,
Y apénas desdoblar verás, señora,
La falda que arrugó la noche fria,
Sobre la hermosa variedad del dia,
Cuando entre en el jardin, y sean sus flo-
Los testigos no mas de tus favores, [res
Siendo sus pompas bellas,
Si flores para tí, para mí estrellas.

LIBIA.

Toma, y advierte no entres (que quejosa
De tí Sirene, y de mi amor celosa
Anda) hasta... Mas no puedo
Proseguir: adios, pues.

TOLOMEO.

Confuso quedo.
Oye, espera.

LIBIA.

No faltes desta parte;
Que yo, si puedo, volveré á informarte.
(*Vase.*)

ESCENA XIV.

TOLOMEO, *y despues*, FILIPO.

TOLOMEO.

Aunque en la paz me quedo, [do
Temer mas guerra en mis sentidos pue-
Que tienen mar y tierra,
Pues incluyen mas guerra
Que tierra y mar el ansia y el cuidado
Del que aquí aborrecido y allí amado,
Lidia con su deseo,
Siendo Sirene y Libia...

FILIPO. (*Dentro.*)

Tolomeo.

TOLOMEO.

¡Cielos! ¿Llamáronme?

FILIPO.

Sí.

TOLOMEO.

¿Quién?

(*Sale Filipo con una banda en el rostro.*)

FILIPO.

Un hombre que ha llegado
En un barco que ha volado
Desde el mar de Egipto aquí,
Y que sin ser conocido
De otro (á cuyo fin cubierto
El rostro, ha tomado puerto
En sitio mas escondido),
A solas tiene que hablaros.
Seguidme.

TOLOMEO.

¿No me diréis
Quién sois?

FILIPO.

Despues lo sabréis.

TOLOMEO.

(*Ap.* ¿Quién vió sucesos mas raros?)
Guiad, pues.

FILIPO.

Sí haré, que ninguno
Me ha de ver hablar con vos. (*Vanse.*)

—

Otro punto de la costa, mas retirado.

ESCENA XV.

TOLOMEO, FILIPO.

TOLOMEO.

Ya estamos solos los dos,
Y el sitio es tan oportuno
Que es apartado lugar.

FILIPO.

Pues leed ese papel;
Que en viendo lo que hay en él,
Tenemos mucho que hablar.

TOLOMEO.

Cada punto, cada instante
Añadís al corazon
Otra nueva confusion.

FILIPO.

Aun mas quedan adelante.
Léd, que mas duda os espera
Por piadoso ó por cruel.

TOLOMEO.

Del Tetrarca es el papel,
Y dice... (*Lee para sí.*)

FILIPO. (*Ap.*)

Desta manera,
Descubriendo su intencion,
Lo que hay en él he de ver,
Para ver qué debo hacer.

TOLOMEO.

Notable es mi confusion.
(*Lee.*) «A mi servicio conviene,
»A mi honor y á mi respeto,
»Que muerto yo, con secreto
»Deis la muerte á Mariene».
Hombre, que de asombros lleno
Traes en carta tan sucinta,
Del rejalgar de su tinta,
Conficionado el veneno;
Si conjuracion ha sido
La desta temeridad,
Y á examinar mi lealtad
De parte suya has venido;
No solo en lo que contiene
Mi honor convendrá [1]; mas piensa
Que he de morir en defensa
De mi reina Mariene.
Y pues traidor, vive Dios,
Eres (que no te encubrieras
El rostro, si noble fueras),
Y estamos solos los dos,
Te tengo de hacer pedazos
Entre mis brazos.

FILIPO.

No harás,
Que yo no esperaba mas
Para darte mil abrazos. (*Descúbrese.*)

TOLOMEO.

¡Filipo! (¡qué es lo que veo!)
¡Tú sospechoso! (¡qué miro!)
Ya con mas causa me admiro,
Con mas razon no lo creo.

FILIPO.

El Tetrarca para tí
Con esta carta me envia;
Que de los dos solos fia
La accion que contiene en sí.
Muerto él, nos manda que muera
Mariene; pero ya
Que de tu valor está
Vista la fe verdadera,
Quédese el caso encubierto;
Que si él vive, estarlo es bien,
Y si acaso muere, ¿quién
Ha de obedecer á un muerto?

TOLOMEO.

Dices bien; pero aun es mucha
Mi duda: sepa qué es esto.
¿Quién en tal furor le ha puesto?

FILIPO.

Si quieres saberlo, escucha.
Otaviano enamorado
De un retrato que...

TOLOMEO.

Detente,
Que por aquí viene gente.

FILIPO.

A los dos nos ha importado
Que no me vean, y así,
Por desmentir la sospecha,
Quédate á hacer la deshecha,
Y vente despues tras mí;
Que en ese monte te espero,
Y mil prodigios sabrás. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

TOLOMEO.

¡Qué tengo que saber mas,
Si ya de lo que sé muero?
Mariene era, ya torció
A los jardines el paso;
Y yo suspenso del caso
Que me ha sucedido, no
Sé de una accion tan cruel
Cuántas cosas anticipo.
Vuelvo á seguir á Filipo,
Volviendo á lêr el papel.

ESCENA XVII.

SIRENE.—TOLOMEO.

SIRENE.

Decidme si por aquí
Ha pasado Mariene;
Que en su seguimiento... Pero

[1] Si el verbo *contiene* hace relacion, como parece, á la carta, falta una negacion para que diga Filipo: *No solo* no *convendrá mi honor en lo que contiene*, en lo que me previene, *esa carta, sino que moriré en defensa de la Reina.*

Digitized by Google

Si hubiera visto quién eres,
Ni aun esto te preguntara,
Por no hablarte, por no verte.

TOLOMEO.

Espera, Sirene, aguarda.

SIRENE.

¿Para qué, tirano aleve,
Ingrato, falso, inconstante?

TOLOMEO.

Para que sepas, Sirene,
Que los hombres como yo,
Con principales mujeres
Bien pueden no ser amantes,
Pero no el no ser corteses.
Yo, por soldado, no tuve
Inclinacion...

SIRENE.

Cese, cese
Tu voz, que aun satisfacciones
De tí no quiero.

ESCENA XVIII.

LIBIA, *que se queda retirada, escuchando á* TOLOMEO Y SIRENE.

LIBIA. (*Ap.*)

¡Valedme,
Cielos! ¡Qué escucho! Mas ¿cómo
Lo dudo? pues claramente
Dice que la satisface
La que dice que no quiere
Oir satisfacciones.

TOLOMEO.

Ya
Que aquesta ocasion ofrece
El acaso de encontrarme,
Por mí mismo has de oirme: atiende.

SIRENE.

No haré tal; que cortesana
Yo tambien, no quiero hacerte
El pesar de que no leas
El papel que te divierte
Tan á solas; y así es bien
(Porque él sea el que me vengue,
Mostrando cuán poco ó nada
Mis vanidades lo sienten)
Que pues leyéndole te hallo,
Que leyéndole te deje. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

TOLOMEO, LIBIA.

LIBIA. (*Ap.*)

¿Qué papel, cielos, será,
El que la venga y la ofende?

TOLOMEO.

Haces bien, pues aunque vuelva
A lêrle una y muchas veces,
Una y muchas volveré
A dudar lo que contiene.

LIBIA. (*Ap.*)

Mi sufrimiento, ¿qué aguarda?

TOLOMEO.

(*Lee*) «A mi servicio conviene...»

LIBIA. (*Adelantándose y asiendo á Tolomeo el papel.*)

Suelta, ingrato.

TOLOMEO.

¿Qué es aquesto?

LIBIA.

Saber qué papel es este.

TOLOMEO.

Pues no lo has de saber, Libia.

LIBIA.

¿Cómo no?

TOLOMEO.

Si es que merece
Algo contigo mi honor,
Si me estimas, si me quieres,
Débate yo la fineza
De no verle.

LIBIA.

¿Qué es no verle?
Si lo que á decirte vuelvo
Es que en el jardin no entres,
De cuya puerta la llave
Mi amor te entregó imprudente,
Hasta que una seña mia
Te asegure de Sirene,
Porque quejosa de tí,
Y de mí celosa, suele
Estar en él á deshoras;
¿Cómo, di, ingrato, pretendes,
Hallándote con la misma
De quien recatarte debes,
Dándola satisfaciones,
Y diciéndola que aqueste
Papel la venga de tí,
Que sin mirarle le deje?

TOLOMEO.

Aunque tienes razon, Libia,
Vive Dios, que no la tienes.
El papel ni á ella ni á tí
Toca, y en fin no has de verle.

LIBIA.

He de verle.

TOLOMEO.

Mira...

LIBIA.

Aparta.

TOLOMEO.

Considera...

LIBIA.

Quita.

TOLOMEO.

Advierte,
No desatento...

LIBIA.

¿Tú?

TOLOMEO.

Sí.

LIBIA.

¿De qué suerte?

TOLOMEO.

Desta suerte.

LIBIA.

¿Tú conmigo tan grosero?

TOLOMEO.

¿Tú conmigo tan aleve?

LOS DOS.

Suelta el papel.
(*Parten entre los dos el papel.*)

ESCENA XX.

MARIENE. — TOLOMEO, LIBIA.

MARIENE.

¿Qué papel?

TOLOMEO. (*Ap.*)

¡Grave mal!

LIBIA. (*Ap.*)

¡Desdicha fuerte!

TOLOMEO.

¿Qué pudiste engendrar, Libia,
Sino áspides y serpientes?

LIBIA.

¿Qué mas áspides que celos?

MARIENE.

¿Pues qué atrevimiento es este?
¿Así mi esplendor se agravia?
¿Así mi sombra se ofende?
¿Mi decoro se aventura,
Y mi respeto se pierde?
¿En mi casa, y á mis ojos,
Vuestras acciones se atreven
A profanar un palacio,
Templo de honor tal, que á verle
El sol no entrara, á no entrar
Con disculpa de que viene
A darle la luz; que el sol
Aun no entrara de otra suerte?
Dame esa parte tú, y tú
Esotra: de ellas conviene
Informar á mi recato.

TOLOMEO.

Que es una víbora advierte,
Que dividida en mitades,
Con cualquier extremo muerde.

MARIENE.

Véte tú, Libia, de aquí.

LIBIA. (*Ap.*)

Piedad es el que me ausente,
Por no verla tan airada. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

MARIENE, TOLOMEO.

MARIENE.

Tú tambien, ¿qué aguardas? Véte.

TOLOMEO.

Si por ventura han podido
Mis servicios merecerte
Sola una merced que sea
Capaz de muchas mercedes,
Rompe ese papel, y no
Le leas, señora: atiende
Que cuanto por verle ahora,
Darás despues por no verle.

MARIENE.

¿Qué deseo de mujer
Se rindió al inconveniente?

TOLOMEO.

El que advertido de mí
Sepa que, á fin diferente
De que llegase á tus manos,
Está inficionado ese
Papel de un mortal veneno,
Tan rigoroso y tan fuerte,
Que matará á quien le mire,
Que es la causa porque el lêrle
A Libia le defendia,
Viendo que entre estos laureles
Era ella quien le habia hallado,
No siendo ella á quien previene
Matar mi fe en tu servicio;
Que hay en él algun aleve,
Con quien se escribe Otaviano.
Y así, que de tí le eches,
Con lágrimas á tus piés,
Te suplico humildemente.

MARIENE.

Quien advierte de un peligro
Nunca suplicando advierte,
Porque el beneficio manda,
Y no ruega: luego mientes;
Que si estos extremos haces
Cuando me acuerdas los bienes,
¿Qué dejas que hacer, qué dejas
Cuando los males acuerdes?
Letra del Tetrarca es,

Digitized by Google

Con que ya se desvanece
El que fuese tuyo, y ya,
Que viva ó muera, he de lérle.

TOLOMEO.

¡Ay infelice de ti!

MARIENE.

Dice á partes desta suerte:
Muerte es la primer razon
Que he hallado: *honor* contiene
Ésta. *Mariene* aquí
Se escribe. ¡Cielos, valedme!
Que dice mucho en tres voces
Mariene, *honor* y *muerte*.
Secreto aquí, aquí *respeto*,
Servicio aquí, aquí *conviene*,
Y aquí, *muerto yo*, prosigue.
Mas ¿qué dudo? ya me advierten
Los dobleces del papel
Adonde están los dobleces,
Llamándose unos á otros.
Sé, ó prado, lámina verde,
En que ajustándolos lea.

(*Pone los pedazos en el suelo, y júntalos.*)

(Lee.) *A mi servicio conviene,*
A mi honor y á mi respeto
Que muerto yo, ¡hados crueles!
Déis... ¡con qué temor respiro!
Déis la muerte á Mariene.
Bien dijiste que era fiero
Tósigo y veneno fuerte,
Puesto que si no me mata,
Por lo ménos lo pretende.—
¿Quién este papel te dió?

TOLOMEO.

Filipo, que con él viene
De Egipto. Pero, señora,
Estar satisfecha puedes
De su lealtad y la mia,
Pues los dos...

MARIENE.

Otra vez mientes;
Que ni él ni tú sois leales,
Pues cobardes, pues aleves,
O viva ó muera, no sois
Como debeis, obedientes
Al precepto de mi esposo.
¿Quién mas es cómplice en este
Secreto?

TOLOMEO.

Nadie, señora.

MARIENE.

Pues mira lo que te advierte
Mi voz, que ninguno sepa,
Ni aun Filipo, que á entenderle
Llegué yo.

TOLOMEO.

Un mármol seré. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

MARIENE.

¡Oh infeliz una y mil veces
La que se ve aborrecida
De la cosa que mas quiere!
¿En qué, amado esposo mio,
En qué mi vida te ofende,
Que te pesa de que viva
La que de adorarte muere?
Cuando yo tu libertad
Trato, y á imperios de nieve
Doy, Semíramis de ondas,
Babilonias de bajeles;
Cuando en mi imaginacion,
Despues que vives ausente,
Adorando estoy tu sombra,
Y á mis ojos aparente,
Por burlar mi fantasía,
Abracé el aire mil veces;
¿Tú en una obscura prision,
Funesto mísero albergue,
En vez de abrazar mi imágen,
Estás trazando mi muerte?
O te quiero ó no. Si no
Te quiero, ¿no es mas decente
A un noble, que de mujer
Que le olvida no se acuerde?
Y si te quiero, ¿por qué,
Despues de muerto, pretendes
Que muera? ¿No sabré yo,
Sin mandarlo, obedecerte?
Luego olvidando ¡ay de mí!
O queriendo, de una suerte
Ofendes tu vanidad,
O mi gratitud ofendes.
Si del mundo el mayor monstruo
Me está amenazando en ese
Encuadernado volúmen,
Mentira azul de las gentes,
Y tú me matas, será
Bien decirse de tí que eres
El mayor monstruo del mundo.
¡Mas ay! que en llegando á este
Término, no sé qué nuevo
Espíritu me enfurece;
Y pues me tocan al alma
Afectos tan diferentes
De los mios, ¡plegue al cielo,
Fementido esposo aleve,
Que el socorro que te envío
Nunca á tomar puerto llegue!
Entre las Sirtes y Scilas
De Egipto á pique le echen
Los zozobrados embates,
Los contrastados vaivenes
De las ráfagas de Eolo,
O los sepulcros de Tétis.
No solo en tu libertad
Milite, pero de suerte
Irrite á Otaviano, que
Apresurando tu... ¡Tente,
Lengua! no su muerte digas;
Basta que él diga mi muerte;
Que una cosa es ser quien soy,
Y otra ofenderme él. ¡Oh plegue
Al cielo que victoriosa
Tan en su favor navegue
La armada de tu socorro,
Que sobre el puerto de Ménfis
En tan grande estrecho ponga
La confusion de sus gentes,
Que temerosa de que
Las mias sus muros entren
A sangre y fuego, á partido
Reducidas, me le entreguen
Vivo, para que á mis brazos...
Pero ¿qué digo? Suspende,
Lengua, otra vez el acento,
Sino es que decir intentes:
«A mis brazos, para que
Vengativa é impaciente
En ellos le haga pedazos.»
—¡Ay de mí! ¡qué fácilmente
De un extremo á otro se pasan
En afectos de mujeres
Las lástimas á ser iras,
Y los favores desdenes!
De mujeres dije; pero
Dije mal, que excluirse deben
Las mujeres como yo
De lo comun de las leyes.
Y pues piadosas en una
Parte, y en otra crueles
Mis ansias lidian, en tanto
Tropel como me acomete
De divididos afectos,
De encontrados pareceres
Y opuestas obligaciones;
¡Déme el cielo industria, déme
Medio el hado, para que
Tanto unas como otras temple,
Que como esposa ofendida,
Y como reina prudente,
Cumpla con el mundo, y cumpla
Conmigo, cuando á ver lleguen
Cielo, sol, luna y estrellas,
Astros y signos celestes,
Montes, mares, troncos, plantas,
Hombres, fieras, aves, peces,
Que como reina perdone,
Y como mujer me vengue!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

JUDÍOS, MÚSICOS, *y luego*, MARIENE, SOLDADOS ROMANOS, EL CAPITAN, Y OTAVIANO.

JUDÍOS. (*Dentro.*)

Viva Otaviano.

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Viva.

JUDÍOS. (*Dentro.*)

Y en los campos de Oriente...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Y en los campos de Oriente...

JUDÍOS. (*Dentro.*)

Ciñan su augusta frente...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Ciñan su augusta frente...

JUDÍOS.

Sacro el laurel, pacífica la oliva.

(*Tocan cajas destempladas.*)

MARIENE. (*Dentro.*)

La aclamacion festiva
Convertida en lamento
De mísero concento,
Diga en mi pena fiera
Que muera yo donde mi esposo muera.

SOLDADOS ROMANOS. (*Dentro.*)

A tierra, á tierra.

(*Salva y chirimías dentro.*)

CAPITAN. (*Dentro.*)

Marche,
Inspirado el clarin, herido el parche,
A la ciudad en órden nuestra gente.

(*Salen Otaviano, el Capitan y soldados romanos.*)

OTAVIANO.

Salve, tú, ó gran metrópoli de Oriente,
Jerusalen divina.
Salve, ó tú, emperatriz de Palestina
Y del Asia señora,
Que en el rosado imperio del aurora,
Con luciente voz muda
El sol en su primera edad saluda.
Salve otra vez, y admite
Tu César, cuyo nombre, que compite
Al tiempo y al olvido,
Dos veces al laurel restituido,
Pisa tu arena: una
En favor del poder y la fortuna;
Y otra, por mas blasones,
A pesar de traidoras sediciones;
Pues cuando presumias
Que del romano yugo sacudias
La cerviz con haber hoy enviado
A Aristóbolo tanto leño alado
A librar tu Tetrarca,
Yo como en fin caudillo de la parca,
Habiéndole encontrado en el camino,
Y á fuerza del destino

Digitized by Google

Dejádole su armada
En las costas de Jafa derrotada,
Llego á tí, donde intento
Que el primer escarmiento
Que tu muralla vea,
De tu Tetrarca la cabeza sea;
A cuyo fin, por mas infeliz suerte,
Su muerte dilaté, porque su muerte
Le dé terror mas fiero,
Y mas al filo de este infausto acero[1],
Desagraviando de camino aquella
Que ofendió, soberana deidad bella.
De ese pues bajel donde
Mas le sepulta el buque que le esconde,
A tierra le sacad con el criado.
Que tambien, por haberme á mí enga-
Y que él era Aristóbolo fingido, [ñado,
Ha de morir. ¿Mas qué confuso ruido
(Vanse los soldados, y suenan á un lado cajas y á otro música.)
De músicas en una [guna
Parte se escucha? ¿Quién (en otra al-
Sedicion) cajas toca destempladas,
Repitiendo encontradas,
Allí con voz altiva...

JUDÍOS Y MÚSICOS. *(Dentro.)*

Viva Otaviano, viva.

OTAVIANO.

Y allí con voz severa...

MARIENE. *(Dentro.)*

Y muera yo donde mi esposo muera.

CAPITAN.

De la ciudad abiertas
A tu salva, señor, miro dos puertas
Que de aquí se divisan,
Y varias de un extremo en otro avisan;
Que por una de hombres el festivo
Vulgo, aclamando tu renombre altivo,
A recibirte sale:
Y porque el llanto al regocijo iguale,
Por otra, negros lutos arrastrando,
Y haciendo las mujeres nuevo bando,
Salen tambien diciendo,
En ambos coros uno y otro estruendo...

JUDÍOS Y MÚSICOS.

Viva Otaviano, viva;
Y en los campos de Oriente
Ciñan su augusta frente
Sacro el laurel, pacífica la oliva.

MARIENE. *(Dentro.)*

La aclamacion festiva,
Convertida en lamento
De mísero concento,
Diga de otra manera,
Que muera yo donde mi esposo muera

ESCENA II.

Salen, por un lado, FILIPO, *con una fuente y en ella unas llaves, y* TOLOMEO *con otra, y en ella un laurel; y por el lado opuesto,* MARIENE Y DAMAS, *vestidas de luto, con un velo en el rostro;* JUDÍOS, MÚSICOS. — DICHOS.

TOLOMEO.

Pues la ciudad no tiene
Mas medio, aunque lo sienta Marïene,
Fuerza es rendirnos. Llega,
Y tú las llaves y el laurel entrega.

FILIPO. *(A Otaviano.)*

En albricias del fin de penas tantas,
Jerusalen, señor, hoy á tus plantas
Sus llaves rinde...

[1] El puñal de Heródes, que trae ceñido.

TOLOMEO.

Y su laurel y oliva...

LOS DOS.

Diciendo á voces...

TODOS.

Otaviano viva.

MARIENE.

A tus piés infelice
Llega tambien quien afligida dice,
Bien que en cláusula ménos lisonjera,
Que muera yo dónde mi esposo muera.

OTAVIANO.

En extremos tan raros,
Que agradeceros tengo y que estimaros
A vosotros;—mas no que agradeceros
(A Mariene.)
Ni estimaros á vos, llegando á veros
Con señas tan funestas,
De mis aplausos perturbar las fiestas.—
Marche el campo.
(Vuelve la espalda, y ella le detiene.)

MARIENE.

Primero
Me has de escuchar.

OTAVIANO.

Si enternecer no espero
Mis iras, ¿para qué con ellas luchas?

MARIENE.

¿Para qué tú gobiernas si no escuchas?

OTAVIANO.

Dices bien, oirte quiero; mas no ignoro
Que tampoco es respeto ni decoro
Que tapada escucharte haya, sin verte.

MARIENE.

Tambien tú dices bien: ahora advierte.
(Quítase el velo.)

OTAVIANO. *(Ap.)*

¡Cielos! ¿qué es lo que veo?
¿De cuándo acá tomó cuerpo el deseo?

MARIENE. *(Ap.)*

¡Cielos! ¿qué es lo que miro?
Todo el aliento al corazon retiro
Al verme en su presencia descubierta.

OTAVIANO. *(Ap.)*

¿No es esta la beldad que adoré muerta?

MARIENE. *(Ap.)*

Suspensa al verle quedo.

OTAVIANO. *(Ap.)*

Al mirarla, ni creér ni dudar puedo.

TOLOMEO. *(Ap.)* [duda

¿Qué extremo es este? ¡Ay infeliz! sin
Viene á que el César á vengarla acuda
De aquel rigor. ¿No basta, pena mia,
Presa á Libia tener desde aquel dia,
Sino querer ahora
Descubrir el secreto?

FILIPO. *(Ap.)*

Pues ignora
A qué fué mi venida,
No hay que temer, segura está mi vida.

MARIENE. *(Ap.)*

Mal cobarde me aliento.

OTAVIANO. *(Ap.)*

Mal osado me animo.

MARIENE. *(Ap.)*

Mas ¿por qué me reprimo?

OTAVIANO.

(Ap. ¿Pero por qué lo que he de estimar
Mujer, ¿qué quieres? [siento?)

MARIENE.

Que me estés atento.

OTAVIANO.

¿Qué aguardas pues?

MARIENE.

Escucha.
(Ap. Mucha es mi turbacion.)

OTAVIANO. *(Ap.)*

Mi pena es mucha,
Pues la muerta ceniza es viva llama.

MARIENE.

Ínclito César, cuya heróica fama...

ESCENA III.

SOLDADOS *que traen al* TETRARCA Y Á POLIDORO. — DICHOS.

UN SOLDADO.

Con el criado aquí el Tetrarca viene.

TETRARCA. *(Ap. á Polidoro.)*

¡Qué miro! ¿con el César Marïene?
¿Pues no bastaba ¡cielos!
Ir á morir, sino á morir de celos?

POLIDORO.

¿Qué son celos? ¡pluguiera
A Baco, para mí celos hubiera,
Y no hubiera un garrote
Que anda desde la nuez hasta el cogote,
Ya haciéndome cosquillas!

OTAVIANO.

Su castigo
Diré despues: prosigue.

MARIENE.

Ya prosigo.
Ínclito César, cuya heróica fama
Al alcázar se eleva de la luna,
Cuando con labios de metal te aclama
Su Júpiter, y dios de la fortuna:
Si cuando él á relámpagos se inflama,
El íris le serena, en mi importuna
Suerte que eres mi Júpiter se vea,
Y el íris de mi paz tu laurel sea.
Y pues tu nombre en láminas se escribe,
Que el tiempo que mas vuela, que mas
Ni con las torpes alas le derribe, [corre,
Ni con las plantas trágicas le borre;
Vive piadoso, generoso vive,
Y del sol coronada la alta torre
Que al águila de Roma le dió nido,
Verás triunfar del tiempo y del olvido.
Yo soy la desdichada Marïene...
Dijera bien la desdichada esposa
De ese, contra quien ya tu ceño tiene
Blandida la cuchilla rigorosa.
Si una línea de púrpura detiene
Del mas noble animal la mas furiosa
Accion, deten tú el paso á tus enojos,
Pues son líneas de púrpura mis ojos.
Mas ¡ay! que en vano á tus piedades pido
La vida que has de darme generoso;
Que eres Rey, y has de ser compadecido;
Que eres valiente, y has de ser piadoso;
Que eres noble, has de ser agradecido;
Que eres tú, y has de ser tan victorioso
Que conozcas que alcanza ménos gloria
El que con sangre mancha la victoria.
No pues el que te espera heróico asiento
Construyas en cadalso duro y fuerte,
No el triunfal carro en triste monumento,
No el fausto en ceremonias de la muerte,
No la música en mísero lamento,
No la felicidad en triste suerte,
La gala en luto, en pena la alegría.
No eches á mal tan venturoso dia.
Entra triunfando, pero no venciendo,
Entra venciendo, pero no vengando;
Que mas aplauso has de ganar, entiendo,

Digitized by Google

Perdonando, señor, que castigando:
Halle piedad la que lloró pidiendo,
Halle piedad la que pidió llorando;
Y pues son dos, siquiera una reciba,
O que yo muera, ó que mi esposo viva.

TETRARCA. (*Ap.*)

¿Quién de dos muertes sitiada
Vió su vida tan á un tiempo,
Que negada ó concedida,
De cualquiera suerte muero?

POLIDORO. (*Ap.*)

¡Hay tal infamia! ¡que llore
Por su marido, pudiendo
Llorar por mí, que á estas horas
Mas de sentenciado tengo
La cara que él!

OTAVIANO.

(*Ap.* Bien se deja
Ver que Aristóbolo al trueco
Del criado, y ver que estaba
En el retrato suspenso,
Fingiendo ser muerta, quiso
Desvanecer mis afectos.
Por mí, por ella y por él
Importa que satisfecho
Viva, pues ha de vivir.
¿Adónde hallará el ingenio
Disculpas para un marido,
Que es plática de tal riesgo,
Que aun satisfaciendo agravia?
Mas no hablando con él, puedo
Darle á él la satisfaccion.)
Alzad, señora, del suelo.
Una vida me pedís,
Y aunque es verdad que lo siento,
Enmiende el pesar de otros
El gusto de obedeceros.
Mas no me lo agradezcais;
Que si una vida os ofrezco,
Es porque os debo una vida,
Sin saber á quien la debo.
Vuestro hermano, entre otras joyas,
Perdió este retrato vuestro,
Y sin saber cuyo fuese
(De que hago testigo al cielo,
Y á cuantos dioses adoro),
Solo por ser tan perfecto,
Mandé á un pintor que me hiciese
Dél una imágen de Vénus.
Esta pues constituida
Ya una vez en deidad, viendo
Un peligro en que me hallaba
(Decir cuál fuese no quiero,
Porque olvidaré el perdon
Si del delito me acuerdo),
Dél me libró; de manera,
Que aunque Vénus fuese el dueño
Del acaso, fuisteis vos
Del acaso el instrumento;
Y así en términos pagando
El haberos interpuesto
Entre otro acero y mi vida,
He de hacer con vos lo mesmo,
Hoy que os advierto interpuesta
Entre otra vida y mi acero.
Viva vuestro esposo, y no
Solamente viva, pero
A su honor restituido;
Y por no dejar á riesgo
Vuestros ojos de que lloren
Otra vez, ni otros ni veros
En mi vida... (*Ap.* La voz miente,
No el alma.) Perdon concedo
A vuestro hermano, y á cuantos
En este levantamiento
Cómplices fuéron; y en fin,
Porque ni al llanto ni al ruego
Quede nada que pedirme,
Aun vuestro retrato os vuelvo;
Que no es decoro ser mio,
El dia que sé que es vuestro.
Tomad, pues. (*Dásele.*)

MARIENE.

Vivas los siglos
Del Fénix.

TETRARCA.

Y tan eternos
Como deseará esta vida,
Que ya como tuya ofrezco,
Porque el ser dádiva tuya
Le crezca el merecimiento
A Mariene.

MARIENE.

¡Felice,
Dulce esposo, amado dueño,
El dia que vuelvo á verte
En mis brazos! Quien en ellos...
(*Ap.* Mas no, que el de mi decoro
No es el de mi sentimiento.)

TETRARCA. (*Ap.*)

¡Qué dichosos desengaños!
Haber sabido, el primero,
El acaso del retrato,
Y el segundo hallar secreto
Aquel rigor que fié
De Filipo y Tolomeo.

TOLOMEO. (*Ap.*)

Ya ¿qué tengo que temer?
Pues anda tan fina, es cierto
Que tener quiere su enojo
En la cárcel del silencio.
¡Y luego dirán que no hay
Mujer que guarde secreto!
Así me sucedan bien
Los medios que tengo puestos
En la libertad de Libia,
De que avisada la tengo
Con el mismo que esta noche
Ha de abrir el aposento,
Para que pueda librarla.

OTAVIANO.

Mi tienda armad; que no quiero
Entrar en Jerusalen
Hasta que el recibimiento
De imperial triunfo apercibá.
(*Ap.* Hermoso prodigio bello,
¿Qué me sirve haberte hallado,
Si cuando te hallo te pierdo?)

MARIENE.

Hasta dejarle en su tienda,
Vamos todos.

TETRARCA.

Yo el primero,
Como el mas interesado,
Seré quien vaya diciendo:
¡Viva Otaviano!

TODOS Y MÚSICA.

Viva,
Y en los campos de Oriente
Cinan su augusta frente
Sacro el laurel, pacífica la oliva.
¡Viva Otaviano, viva!
(*Vanse todos, ménos Polidoro y unos soldados.*)

ESCENA IV.

POLIDORO, SOLDADOS.

SOLDADO 1.°

¿Por qué vos, pues perdonado
Estais, en su seguimiento
No vais, dándole con todos
Las gracias?

POLIDORO.

Porque no quiero;
Que tan gran superchería
Como conmigo se ha hecho,
No se hiciera, vive Apolo,
No digo yo con un negro,
Pero ni con un capon,
Que aun es muchísimo ménos,
Cuanto va desde ser hombre,
A solo empezar á serlo.

SOLDADO 1.°

¿Qué superchería?

POLIDORO.

¿No fuisteis
Vos quien me dijo, viniendo,
Que venia á ser ahorcado?

SOLDADO 1.°

Yo lo dije.

POLIDORO.

¿Pues qué es dello?
¿Es bien hacerme caer
En falta con todo un pueblo,
Que estaba ya convidado?
¿Es juego de niños esto?
— Venga usted á ser ahorcado.
— Vaya usted, que ya está absuelto.—
¿Qué ha de decirse de mí,
Sino que soy un grosero,
Y no valgo cuatro cuartos
Para ahorcado? Y fuera desto,
¿Qué ahorcado no es como un pino
De oro, en el comun lamento
De las viejas que le lloran?
¿Está por ventura el tiempo
Para no ser pino de oro,
Siquiera por un momento?
La costa que tenia hecha,
De mas de cuatro mil gestos,
Para escoger los que habia
De ir por el camino haciendo,
¿Qué he de hacer della? Y despues
¿Qué dirán de mí los ciegos,
Que la jácara tendrán
Escrita ya de mis hechos?
Ello, he de morir ahorcado;
Que mi honra es lo primero:
Y así, ustedes no se cansen,
Que aunque les pese, he de hacerlo.
Pues luego ¡es bobo el delito,
Sino oir al pregonero:
«Esta es la justicia, á este hombre
Por príncipe contrahecho!»

SOLDADO 1.°

Ande el menguado.

SOLDADO 2.°

Este es loco.

POLIDORO.

Hablemos bien, caballeros;
Que no es loco ni menguado
Quien tiene mi entendimiento.

SOLDADO 1.°

Dejarle para quien es.

POLIDORO.

Han de ahorcarme, ó sobre eso
Me mataré con mi padre,
Con mi tio y con mi abuelo:
Y para satisfacer
Hoy á todo el universo
De que no queda por mí,
A voces iré diciendo:
«Esta es la justicia, á este hombre
Por príncipe contrahecho.»

SOLDADO 1.°

Pues por vida...

POLIDORO.

¿Qué me jura?

Digitized by Google

ESCENA V.

ARISTOBOLO. — DICHOS.

ARISTÓBOLO.

Polidoro, pues ¿qué es esto?

SOLDADO 2.°

No es nada.

POLIDORO.

No sino mucho.

ARISTÓBOLO.

¿Qué es, di?

POLIDORO.

Un atrevimiento,
Y un desacato muy grande,
Que aquí contigo se ha hecho;
Pues siendo yo tu persona
Ahorcarme quisieron estos,
Y no pudo ser á mí
Cuando yo no era yo mesmo,
Porque hacia tu papel.

ARISTÓBOLO.

Pues si conmigo es el duelo,
Satisfecho le perdono,
Porque no te quejes dellos.
¿Dónde está el Emperador?

SOLDADO 1.°

En su tienda.

ARISTÓBOLO.

Pues yo quiero
Irle á agradecer la vida
A la piedad de su pecho.

POLIDORO.

Yo sabré de aquí adelante
El papel que represento. (*Vanse.*)

—

Aposento retirado en el palacio de Heródes, en Jerusalen.

ESCENA VI.

EL TETRARCA, MARIENE, ACOMPAÑAMIENTO.

TETRARCA.

Despues de darme la vida,
Que yo tan á costa compro
De los agravios que callo,
De las desdichas que lloro,
Torciendo las blancas manos,
Humedeciendo los ojos,
Turbada la voz del pecho,
Pálido el color del rostro,
Hasta el palacio has llegado,
Y en él á lo mas remoto
De sus cuartos. Pues ¿qué es esto?
Mira que es afecto impropio
Del beneficio cobrarle
Tan presto : no rigoroso
Tu pecho aquel bruto sea,
Que viendo el veloz arroyo
De una fuente inficionado
Del áspid, noble y piadoso
La enturbia porque no beba
El caminante, que absorto
De ver enturbiar la plata,
Que le brindó con sonoro
Acento á beber cristal
En penada copa de oro,
Maldice al bruto, ignorando
El favor : yo así dudoso,
No agradeceré la vida,
Si con agravios la logro;
Que es turbar los beneficios
Embozarlos con enojos.

MARIENE.

Ya hemos llegado hasta el cuarto
Prevenido. Salíos todos,
(*Vase el acompañamiento.*)
Tú tenme abierta esa puerta,
En tanto que yo dispongo
Cerrar esotra.

TETRARCA. (*Ap.*)

¡Fortuna,
Qué es esto?

MARIENE.

Ya estamos solos.

TETRARCA.

¿Qué miras?

MARIENE.

Miro el puñal,
Que del reloj presuroso
De mi vida fué el volante.

TETRARCA.

En un peligro notorio
De mi vida, le perdí.

MARIENE.

Pues escucha.

TETRARCA.

Ya te oigo.

MARIENE.

Bien pensarás, ó cobarde
Amante, ó tirano esposo,
Aleve, cruel, sangriento,
Bárbaro, atrevido y loco,
Bien pensarás que pedir
A aquel monarca famoso,
A aquel valiente romano,
A aquel capitan heróico,
Cuya vida el ave sea,
Que en sagrado mauseolo
Nace, vive, dura y muere,
Hijo y padre de sí propio,
La tuya, comprada á precio
De suspiros y sollozos,
Ha sido piedad y amor
De mi pecho generoso;
Pues no ha sido, no, piedad,
Ni amor; afecto rabioso
Y venganza sí, porqué
No hay otro estilo, no hay otro
Camino de castigar
Un ingrato pecho, como
Pagarle con beneficios,
Cuando ofende con enojos;
Que merced hecha á un ingrato,
Mas que merced es oprobio.
No pues por librarte, no,
Del veneno riguroso
Turbé el cristal, aprendiendo
Piedades del unicornio;
Antes, para que le bebas,
Te le enturbié con embozos;
Y al reves de la piedad
De aquel animal piadoso
Procedí, pues él cubrió
El beneficio de polvo,
Y yo de halagos la ofensa :
¡Mira lo que hay de uno á otro,
Que él desdora las piedades,
Y yo las crueldades doro!
No me diera, no, venganza
Verte morir, cuando noto
Que es la muerte en los afanes
Última línea de todos;
Verte vivir, sí, ofendido,
Aborrecido y quejoso;
Porque en el mundo no hay
Castigo mas riguroso
Para un ingrato, que verse
Olvidado de lo propio
Que se vió amado : el que llega
A esto, ¿cómo vive? ¿cómo?
Fuera desto, por mi misma,
Por mi honor, por mi decoro,
Pedí tu vida, encubriendo
Las causas con que me enojo,
Que saben todos quien soy,
Y quien eres uno solo;
Y no por ganar con uno,
Habia de perder con todos.
Tu vida pedí en efecto,
Porque sepas que no ignoro
Que has vivido en esta ausencia
De mi muerte cuidadoso.
Este papel, esta firma
Te convenza. ¡Con qué asombro
Le miras, quedando viva
Estatua de nieve y plomo!
En mi mano está : no tienes
Que examinar estudioso
Cómo vino á ella, porqué
La tierra, viendo el adorno
Y la hermosura que debe
A ese cristalino globo,
Que parte la luna á giros,
Que el sol ilumina á tornos,
Le ofreció de no encubrirle
Nada en su centro mas hondo,
Que aun los cielos, con ser cielos,
Dan las mercedes á logro.
¿Tú eres (¡aquí de mi aliento!)
Tú (desmayo al primer soplo,
Con mis lágrimas me anego,
Con mis suspiros me ahogo)
De Jerusalen Tetrarca?
¿Tú eres rama de aquel tronco?
¡Qué bien dice aquel que dice
Que eres bajo y afrentoso
Idumeo, cuya cuna
Bárbara es! ¿Qué mas apoyo
Desta opinion, que tus celos,
Infames como alevosos?
¿Qué fiera la mas cruel,
Qué bruto el mas riguroso,
Que pájaro el mas aleve,
Qué bárbaro el mas ignoto
Mató muriendo? pues ántes
De hombres, fieras y aves oigo
Que mueren dando la vida.
Dígalo en bramidos roncos
La víbora, que mordiendo
Sus entrañas, poco á poco
Se despedaza, sacando
Muchas vidas de un aborto.
Dígalo el ave que muestra
El pecho en mil partes roto,
Y por dar la vida, muere
Desangrada entre sus pollos.
Dígalo el bárbaro, pues
Que al peligro mas notorio
Expuesto el pecho, á su espalda
Pone á su esposa, y piadoso
Es escudo de su vida
Contra la pluma y el plomo.
Mas tú, mas que todos fiero;
Mas tú, mas bruto que todos;
Mas tú, mas bárbaro, en fin,
No solo apénas, no solo
Favoreces lo que amas;
Pero avaro de los gozos,
Aun muriendo no los dejas :
Bien como el que codicioso
Amante de sus riquezas,
Porque no las goce otro,
Manda que despues de muerto
Le entierren con su tesoro.
Supongo que fué fineza
Este decreto, supongo
Que fué con celos; que nada
Quiero dejar en tu abono :
¿Quién muriendo pues previno
Avariento ó cauteloso,
Llevar desde aqueste mundo
Prevenciones para el otro?
Si es nuestra vida una flor
Sujeta al mas fácil soplo

Digitized by Google

De los alientos del austro,
De los suspiros del noto,
Que en espirando ella, espira
Todo cuanto vemos, todo
Cuanto gozamos; ¿ qué error
Dispuso que tú celoso
Prevengas para el sepulcro
Las riquezas y los gozos?
¿Qué hazaña de amor es esta?
Y pues examino y toco
Que podrá vivir mi pecho
Mas seguro y mas dichoso
Aborrecido que amado,
Desde aquí á mi cargo tomo
El hacer que me aborrezcas;
Que aunque pudiera con otro
Medio huir de tí, y vivir
En el clima mas remoto
(Donde el sol avaramente
Dispensa sus rayos rojos,
U donde pródigo abrasa
Menudas arenas de oro)
Mas feliz sin tí y conmigo,
No he de dar con tal divorcio
Que decir al mundo, y esto
Se quedará entre nosotros.
En tu vida, ni en mi vida
Me has de mirar sin enojos,
Me has de hablar sin sentimientos,
Me has de escuchar sin oprobios,
Ver sin suspiros los labios,
Ver sin lágrimas los ojos;
Y este obscuro velo puesto
Siempre delante del rostro,
Estorbará el que te vea,
Siendo mis reales adornos
Eternamente este luto;
Y en aquese cuarto solo
Viviré con mis mujeres,
Guardando viudez en todo.
Y nunca me entres en él,
Que por los dioses que adoro,
Que de la mas alta almena
Me arroje al sepulcro undoso
Del mar, donde infelizmente
Me oculte en su centro hondo.
Y no me sigas, porqué
Te miro con tanto asombro,
Con tanto temor te hablo,
Con tanto pavor te oigo,
Que pienso que ya se cumple
De aquel judiciario docto
El hado; pues si él me dijo
Que tu acero prodigioso,
Y el mayor monstruo del mundo
Me amenazan, hoy conozco
La verdad, pues si entras dentro,
Huyendo del uno al otro,
O me ha de matar tu acero,
O el mar, que es el mayor monstruo.
(*Vase, y cierra la puerta.*)

ESCENA VII.

EL TETRARCA.

¡Hasta aquí pudo, hasta aquí
Llegar un hado cruel!
El papel mismo, el papel
Que con Filipo escribí
A Tolomeo ¡ay de mí!
¿Tiene Mariene? ¡fuerte
Dolor! Y ella ¡injusta suerte!
De mi rigor ofendida,
Me ha dilatado la vida,
Por dilatarme la muerte.
No me quejo del rigor
Con que se queja á los cielos:
Bien lo merecen mis celos,
Bien lo merece mi amor.
Mas quéjome de un traidor
Tan aleve y tan cruel...
Mas ¡ay de mí! que no es dél
La culpa, que solo es mia,
Que esto merece quien fia
Sus secretos de un papel.
Ni sé qué hacer, ni decir:
Que entre uno y otro pesar,
Ya ni me puedo quejar,
Ni dejarlo de sentir.
Desenojarla es mentir,
Porque es mi amor de manera,
Mi pasion tan dura y fiera,
Que si en tanta confusion
Hoy volviera á la prision,
Hoy al delito volviera.
Porque ella, al fin, no ha de ser,
Ni vivo, ni muerto yo,
De otro nuevo dueño, no;
Que mi amor se ha de ofender,
Aunque no lo llegue á ver.
En parte gusto me ha dado
El que se haya declarado,
Pues en esta ocasion ya,
Sin escándalo estará
Siempre este cuarto cerrado.
Cerraréle por de fuera,
Y yo mismo no entraré
En él, porque aun yo no sé
Si á mí otros celos me diera.
Y si hiciera, sí, sí hiciera,
Pues si á mirarme llegara
En sus brazos, y pensara
Que era tan dichoso, allí
Me desconociera á mí,
Y que era otro imaginara.
De suerte que mis desvelos,
Enseñados á desdichas,
Tuvieran miedo á mis dichas,
Pues ellas me dieran celos.
¿Quién son estos desconsuelos,
Quién es aqueste rigor,
Cuya pena, cuyo horror,
Que no es, discurso prolijo,
Ni envidia, ni amor, es hijo
De la envidia y del amor?
Hecho de heridos despojos,
Tiene de sirena el canto,
Y de cocodrilo el llanto,
De basilisco los ojos,
Los oidos, para enojos,
Del áspid: luego bien fundo,
Siendo monstruo sin segundo
Esta rabia, esta pasion
De celos, que celos son
El mayor monstruo del mundo.

ESCENA VIII.

FILIPO, TOLOMEO.—EL TETRARCA.

FILIPO.
¿Cómo te daré, señor,
El parabien de tu vida?

TETRARCA.
Viendo la tuya rendida
A manos de mi rigor.

FILIPO.
¿En qué te ofendí?

TETRARCA.
Traidor,
Poco leal, ménos fiel,
¿Qué hiciste, di, de un papel
Que...?

TOLOMEO. (*Ap.*)
Ya mis desdichas creo.

FILIPO.
¿No era para Tolomeo?

TETRARCA.
Sí.

FILIPO.
Pues él te dirá dél.

TOLOMEO. (*Ap.*)
¡Qué poco duró (¡ay de mí!)
El secreto en la mujer!

TETRARCA.
Dí tú, traidor.

TOLOMEO. (*Ap.*)
¿Qué he de hacer?

TETRARCA.
Un papel que te escribí,
¿Qué es dél?

TOLOMEO.
(*Ap.* La verdad aquí
Es la disculpa mejor.)
Una dama...

TETRARCA.
Di.

TOLOMEO.
Señor,
A quien sirvo para esposa...

TETRARCA.
Prosigue.

TOLOMEO.
De mí celosa
(Necios delitos de amor),
Me le quitó de la mano,
Y ella...

TETRARCA.
No prosigas, no,
Y castigue ese error yo...

FILIPO.
Tente, señor.

TETRARCA.
Por mi mano.

TOLOMEO.
Ya esperar aquí es en vano.
La fuga mi vida guarde.

FILIPO.
Huid, Tolomeo.

TETRARCA.
¡Ah cobarde!
Si al mismo cielo te subes,
Campaña serán las nubes
Que hagan de mi honor alarde.
(*Huye Tolomeo, y síguele Heródes, á quien procura detener Filipo.*)

—

Campo, y en él la tienda de Otaviano.

ESCENA IX.

TOLOMEO, *huyendo*, Y FILIPO, *deteniendo al* TETRARCA.

TOLOMEO.
¿Dónde de tanto rigor
Estaré seguro? (*Éntrase en la tienda.*)

FILIPO.
Advierte
Que huyendo tu acero fuerte,
Al campo salió, señor,
Y ya del Emperador
Hasta la tienda ha llegado.

TETRARCA.
Pues válgale ese sagrado
Por ahora; aunque no sé
Cómo un punto viviré
Ofendido y no vengado. (*Vanse.*)

Digitized by Google

ESCENA X.

OTAVIANO Y TOLOMEO, *saliendo de la tienda.*

OTAVIANO.

Hombre, que turbado y ciego,
Robado el color, y puesta
La mano en la espada, osas
Haber entrado en mi tienda,
Cuando he mandado que todos
Solo me dejen en ella
Con mis pesares: si acaso
Alguna traicion intentas,
Buena ocasion has hallado.
¿Qué aguardas?

TOLOMEO.

Detente, espera,
Que es lealtad, y no traicion,
La que á este trance me fuerza.

OTAVIANO.

¿Quién eres?

TOLOMEO.

Soy un soldado,
Hijo infeliz de la guerra,
Que llegué por mis servicios
A ser capitan en ella
De las guardias del Tetrarca,
Y de Sion en su ausencia
Gobernador.

OTAVIANO.

¿Qué pretendes?

TOLOMEO.

No mi vida, aunque pudiera,
La de Marïene sí,
Que es mi señora y mi Reina.

OTAVIANO.

Buenas cartas de favor
Traes. Di, y lo que fuere sea.

TOLOMEO.

(*Ap.* ¡Oh Libia, cuánto el empeño
De tu libertad me arriesga,
Pues por tí de una verdad
He de hacer una cautela!)
El Tetrarca enamorado
Tanto de su esposa bella
Vivió, que intentó pasar
A la práctica experiencia,
De que á amores y privanzas,
Cuando sus aumentos llegan,
Es de la felicidad
Declinacion la tragedia.
Viendo pues que de su muerte
Pronunciada la sentencia
Estaba; y viendo que tú,
Enamorado de verla,
En dos retratos la amabas
(Que todo aquesto me cuenta
Quien trajo una carta), aleve
Dispuso mandarme en ella
Que yo, como quien aquí
La asistia de mas cerca,
La atosigase y matase:
Cuyos celos de manera,
Al verla hoy viva y contigo,
Crecieron con la sospecha
De que por ella tomaste
A Jerusalen la vuelta;
Que en vez de que agradeciese [1]
El que su vida pidiera
Con tantas ansias, llegó [2]
Con ella á palacio apénas,
Cuando en un obscuro cuarto
La encerró, y con saña fiera
Conmigo embistió á matarme,
Por no haberla hallado muerta.

[1] [2] Falta algo aquí.

Dél es de quien vengo huyendo
A darte la infeliz nueva
De que Marïene está
Por tí en tanto riesgo puesta,
Que no tiene de su vida,
Seguridad; pues es fuerza,
Quien en ausencia lo manda,
Que lo ejecute en presencia.
Pues eres César, señor,
Y tan generoso César,
Que para victorias tuyas
Faltan plumas, faltan lenguas,
Del poder deste tirano
La saca, porque te deba
El sol su mejor aurora,
La aurora su mejor perla,
La tierra su mejor sol,
Y el cielo su...

OTAVIANO.

Cesa, cesa;
Calla, calla, no prosigas,
No en la persuasion me ofendas.
¡Expuesta Marïene, cielos!
¿Y por mi ocasion expuesta
A tanto riesgo? ¿Qué aguardo?
No soy quien soy, si por ella
No pierdo la vida. Iré
Donde... (*Ap.* Mas con mas prudencia
Lo he de mirar, que no es bien
Que la informacion primera
Me lleve tras sí, y mas cuando
No es cobarde la sospecha
De todos estos.) Soldado,
Mira si verdad me cuentas.

TOLOMEO.

Tanto, que á la misma torre
Adonde encerrada, presa
Y afligida está, señor,
Te llevaré á que la veas,
Luego que baje la noche
De pardas sombras cubierta.

OTAVIANO.

¿A la misma torre?

TOLOMEO.

Sí,
Porque yo tengo...

OTAVIANO.

Di apriesa.

TOLOMEO.

(*Ap.* ¡Para qué de cosas sirve
Hoy mi amor!) Llave maestra
De sus jardines. Si acaso
De mi lealtad te recelas,
Lleva tus guardas contigo
Y todo el palacio cerca,
Para que en cualquiera trance,
Llegando una vez á verla,
Como he dicho, en su socorro,
Asegures su defensa.
(*Ap.* Y yo la vida de Libia,
Pues que no dudo que puesta
La ciudad en confusion,
Podré ir á favorecerla.)

OTAVIANO.

Tan á los reparos sales,
Que ya nada dudo; y sea
En fin lealtad ó traicion,
Por verte, Marïene bella,
Iré, y si es á darte vida,
Quiera amor que lo agradezcas. (*Vanse.*)

—

Habitacion de Mariene.

ESCENA XI.

MARIENE, SIRENE; DAMAS, *unas con luces, que pondrán en un bufete, y otras con azafates.*

MARIENE.

Dejadme morir.

SIRENE.

Advierte
Que esa pena, ese dolor,
Mas que tristeza es furor,
Y mas que furor es muerte.

MARIENE.

Es tan fuerte
Mi mal, es tan riguroso,
Que no me mata de fiel,
Sin ver él
Que ser conmigo piadoso,
No es dejar de ser cruel.

DAMA 1.ª

Ya que aborreciendo el lecho,
En el jardin te has estado
Hasta esta hora, dé el cuidado
Blandas treguas al despecho.

MARIENE.

Mal sospecho
Que pueda el sueño aliviar
Mi pesar;
Pero, porque no pagueis
La culpa que no teneis,
Empezadme á destocar.

(*Recogen las damas en los azafates los adornos que se quita Mariene.*)

SIRENE.

¿Quieres, miéntras desafía
Al sol esplendor tan bello,
Desobligado el cabello
De los adornos del dia,
La voz mia
Algo te advierta?

MARIENE.

No,
Porque yo
No quiero que me mejore
Quien cante, sino quien llore.

SIRENE.

Filósofo hubo que halló
Causa en la naturaleza
Para aumentar la armonía
Al alegre la alegría,
Como al triste la tristeza.

MARIENE.

Pues empieza,
Con calidad que el dolor
Hagas mayor.

SIRENE.

Con una letra será,
Que aunque es antigua, podrá
Conseguir eso mejor.
(*Canta.*) *Ven, muerte, tan escondida,*
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

MARIENE.

¡Bien sentida
Y declarada pasion!
¿Cuyos son
Esos versos?

SIRENE.

No lo sé,
Porque acaso los hallé,
Estudiando otra cancion.

Digitized by Google

MARIENE.

Vuélvelos á repetir,
Porque yo con ellos pida...

LAS DOS.

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir.

MARIENE.

Mas si á advertir
Llego mi ansia entretenida,
El canto impida,
Que ya no los quiero oir.

LAS DOS.

Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

ESCENA XII.

OTAVIANO y TOLOMEO, *á la puerta, embozados.*—DICHAS.

TOLOMEO. (*Ap. á Otaviano.*)

Pisando las negras sombras
En el silencio nocturno,
El jardin has penetrado,
Al tiempo que al cuarto suyo
Se iba retirando ella.

OTAVIANO. (*Ap. á Tolomeo.*)

Ya tus verdades no dudo,
Ni su prision, pues tan sola
Está, y vestida de luto
Todavía. Tú á la puerta,
En tanto que me aseguro
De si es acaso ó malicia,
Pues ménos ruido hará uno,
Me espera.

TOLOMEO.

Sí haré, teniendo
La gente que has traido, á punto
Para cualquier accidente. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *ménos Tolomeo.*

OTAVIANO. (*Ap.*)

Tanto de verla me turbo,
Que no sabré discurrir
Si esto es ya pesar ó gusto.

MARIENE.

Vuelve, Sirene, pues es
Tan á mi intento el asunto.—
Tú, Laura, cierra esas puertas.

SIRENE.

Obedecerte procuro.
(*Canta.*) *Ven, muerte, tan escondida...*

DAMA 1.ª

Y yo tambien, pues acudo
A cerrar las puertas.

(*Al ir hácia donde está Otaviano, él la detiene.*)

OTAVIANO.

No
Lo intentes, que es dolor sumo,
Sin luz y sol quedar ciego
Dos veces.

DAMA 1.ª

¡Qué veo y escucho!
¡Ay de mí infeliz!

MARIENE.

¿Qué es eso?

DAMA 1.ª

El mal embozado bulto
De un hombre, que ha entrado aquí.

MARIENE.

¡Hombre aquí!

OTAVIANO. (*Ap.*)

Ya hablar no excuso.

MARIENE.

Dad voces.

SIRENE.

Yo no podré,
Que aun cómo respirar dudo.

DAMA 1.ª

Ni yo, que apénas aliento.

DAMA 2.ª

Ni yo, que medrosa huyo.
(*Huyen las damas, dejando caer los azafates y adornos.*)

ESCENA XIV.

MARIENE, OTAVIANO.

MARIENE.

Huya tambien yo.

OTAVIANO. (*Desembozándose.*)

Tenéos,
Vos, y reparad el susto;
Que mas que para enojaros,
Para serviros os busco.

MARIENE.

¡Vos, señor! pues... cómo... si...
Aquí .. yo... cuando...

OTAVIANO.

Quien pudo
Antes de veros amaros,
Despues de veros, mal dudo
Que dejar de amaros pueda.

MARIENE.

No son de César Augusto
Esas razones.

OTAVIANO.

Sí son,
Pues mas á veros me indujo
Vuestro daño que mi afecto,
Vuestro riesgo que mi gusto.
Yo he sabido que, en poder
De tirano dueño injusto,
Estais espuesta al peligro
De tan sacrílego insulto
Como que obre por su mano
Lo que á la ajena dispuso.
Á poner en salvo vengo
Vuestra vida.

MARIENE.

El labio mudo
Quedó al veros, y al oiros
Su aliento le restituyo,
Animada para solo
Deciros que algun perjuro,
Aleve y traidor, en tanto
Malquisto concepto os puso.
Mi esposo es mi esposo, y cuando
Me mate algun error suyo,
No me matará mi error,
Y lo será si dél huyo.
Yo estoy segura, y vos mal
Informado en mis disgustos;
Y cuando no lo estuviera,
Matándome un puñal duro,
Mi error no me diera muerte,
Sino mi fatal influjo;
Con que viene á importar ménos
Morir inocente, juzgo,
Que vivir culpada a vista
De las malicias del vulgo.
Y así si alguna fineza
He de deberos, presumo
Que la mayor es volveros.

OTAVIANO.

Sí haré, si vuestro discurso,
Como salva mi primero
Motivo, salva el segundo.
Un retrato tenia vuestro,
A cuyo hermoso dibujo,
Sin saber cuyo era, daba
Mi humana adoracion culto.
Por sanear sospechas (ya
Lo visteis) sabiendo cuyo
Fuese, os le di; y pues sirvio
Ya en vuestro abono, no dudo
Que con justicia le pido.

MARIENE.

No haceis; que tenerle es uno
Por acaso, y otro es
Por voluntad; y á este puro
Fuego abrasara mi mano,
(*Haciendo ademan de acercarla á una de las hachas que alumbran el cuarto.*)
Si en ella el menor impulso
Reconociera de que
Para volvéroslе tuvo.

OTAVIANO.

No hicierais, porque impidiera
Yo llegar al ardor suyo,
Estorbando así la accion.
(*Quiere tomarla la mano, y ella lo resiste.*)

MARIENE.

Es atrevimiento injusto.

OTAVIANO.

No es sino justo deseo.

MARIENE.

Antes á los cielos juro,
Que con vuestro mismo acero,
(*Quita á Otaviano el puñal que trae, que es el de Heródes.*)
Que ya en mi mano desnudo
Está, me atraviese el pecho.

OTAVIANO.

Tente, mujer; que confundo
Mis sentidos al mirar
No sé qué fatal trasunto,
Que vi otra vez.

MARIENE.

De ese pasmo,
De ese pavor que en tí infundo,
El contratiempo gozando,
Huiré, puesto el iracundo
Acero al pecho. Mas ¡cielos!
(*Conociéndole.*)
¿No es el que fiero y sañudo
Me amenaza? Con mas causa
Ya de dos contrarios huyo.
(*Arroja el puñal, huye, y síguela Otaviano.*)

OTAVIANO.

Oye, espera. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

EL TETRARCA.

¿Quién, ladron
Del mismo tesoro suyo,
Dentro de su misma casa
Buscó sus bienes por hurto?
Hasta ahora la esclava no
Abrió. ¡Qué triste discurro
El cuarto á la media luz
De escaso esplendor nocturno,
Que allí horrores late, y mas
Si á sus reflejos descubro
De mujeriles adornos,
Ajadamente difusos,

Digitized by Google

Sembrado el suelo! ¿Qué es esto?
No me propongas, discurso,
Que bajel que echa la ropa
Al mar, padece infortunios;
Que casa que se despoja
De las alhajas que tuvo,
Estragos de fuego corre;
Pues ni la tormenta dudo
Ni el incendio ignoro, cuando
Entre dos aguas fluctúo,
Entre dos fuegos me hielo,
Viendo que me embisten juntos,
Para zozobrar, suspiros,
Para hacerme llorar, humos.
Estas arrojadas señas,
¿No son de ilustres, de augustos
Faustos despojos? ¿Aqueste
No es el fiero puñal duro,
(*Levantándolo.*)
Que registro de los astros
Es aguja de sus rumbos?
¿No este el que yo á Otaviano
Dejé? Sí. ¿Pues quién le trujo
Aquí entre arrastradas pompas?
Pero ¿para qué lo apuro,
Si es de los desconfiados
La imaginacion verdugo?
¡Tarde hemos llegado, celos,
Tarde, tarde! Pues no dudo
Que quien arrastra despojos,
Habrá celebrado triunfos.
Si es dichoso el desdichado,
Que siéndolo no lo supo;
¡Desdichado del dichoso,
Que ya sin serlo lo tuvo
Por cierto! Y pues que me ponen
En mi mano mis influjos,
A ellos muera, ántes que...

ESCENA XVI.

OTAVIANO, MARIENE.—EL TETRARCA.

OTAVIANO. (*Dentro.*)
Espera,
Aguarda.

TETRARCA.
Pero ¡qué escucho!

(*Sale Mariene huyendo, y Otaviano tras ella.*)

MARIENE.
Será en vano, pues primero
Que logres... Mas ¡cielos justos!
¿Qué es lo que miro?

TETRARCA.
Turbado
He quedado.

OTAVIANO.
Yo confuso.

MARIENE.
Y yo confusa y turbada,
Pues entre dos daños, de uno
Doy en otro, y ya no sé
Cuál dejo, ni cuál procuro,
Cuál pierdo, ó cuál solicito,
Cuál hallo al fin, ó cuál busco;
Pues siempre tengo peligro,
Cuando paro, y cuando huyo.

TETRARCA.
Vista tu fuga, á tu honor
Este pecho será muro.

OTAVIANO.
No temas, que de tu vida
Este pecho será escudo.

TETRARCA.
Cumple pues lo que prometes.

OCTAVIANO.
Así verás si lo cumplo.
(*Sacan las espadas.*)

MARIENE.
¡Ay de mí! Para salir
De tan justo ó tan injusto
Duelo, estas luces apague.
(*Apaga las luces.*)

TETRARCA.
¿Adónde, César perjuro,
Te escondes?

OTAVIANO.
Yo no me escondo.

TETRARCA.
No te encuentro, aunque te busco.

MARIENE.
Tente, esposo. ¡Ay infelice
De mí! (*Encuéntranse los dos, y riñen.*)

OTAVIANO.
A mi violento impulso
Muere, aleve.

TETRARCA.
Aunque la espada
Perdí, con aqueste agudo
Puñal morirás.
(*Encuentra con Mariene, y la hiere.*)

MARIENE.
¡Ay triste!
Tened piedad, dioses justos,
Pues aquí muero inocente. (*Cae.*)

OTAVIANO.
¡Qué es lo que oigo!

TETRARCA.
¡Qué escucho!

OTAVIANO.
Vengaré su muerte.

ESCENA XVII.

TOLOMEO, SOLDADOS, DAMAS, *con luces; y despues*, LIBIA, ARISTOBOLO, FILIPO Y POLIDORO.—EL TETRARCA, OTAVIANO.

SOLDADOS.
Entrad
Todos, que es grande el tumulto.

DAMAS.
Llegad todas.

LIBIA.
A tan grande
Estruendo, romper no excuso
Mi prision.

ARISTÓBOLO Y FILIPO.
Señor, ¿qué es esto?

POLIDORO.
No haber gozado el indulto
Mariene como yo.

OTAVIANO.
Dar muerte al hombre mas bruto,
Mas bárbaro, mas sangriento,
Que ha eclipsado el sol mas puro.

TETRARCA.
Yo no la he dado la muerte.

TODOS.
¿Pues quién?

TETRARCA.
El destino suyo,
Pues que muriendo á mis celos,
Que son sangrientos verdugos,
Vino á morir á las manos
Del mayor monstruo del mundo.

ARISTÓBOLO.
El mayor monstruo los celos
Son siempre.

TETRARCA.
Porque ninguno
De mí la venganza tome,
Vengarme de mí procuro,
Buscando desde esa torre
En el ancho mar sepulcro. (*Vase.*)

OTAVIANO.
Seguidle todos, seguidle.

TOLOMEO.
Desesperado y confuso
Se arrojó al mar.

OTAVIANO.
Retirad
Aquese cielo caduco,
Y diga en su monumento
Para los siglos futuros
El epitafio: «Aquí yace,
Desfigurado su vulto,
La beldad mas milagrosa,
Muerta por celos injustos.»

TOLOMEO.
Libia, tu mano merezca
Quien al peligro se expuso
De libertarte.

LIBIA.
En llorando
De Mariene el infortunio.

FILIPO.
En que acaba la tragedia,
Donde se cumplió su influjo.

POLIDORO.
Como la escribió su autor;
No como la imprimió el hurto
De quien es su estudio echar
A perder otros estudios.

Digitized by Google

Digitized by Google

HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

PERSONAS.

DON DIEGO OSORIO.
DON JUAN.
DON FELIX.
LEONELO.
RODRIGO, *criado.*
DOÑA BEATRIZ.
DOÑA CLARA.
INES. } *Criadas.*
ISABEL. }
UN ALGUACIL.
GENTE.

La escena es en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO; RODRIGO, *en traje de color.*

DON DIEGO.

Tú seas tan bien venido,
Como has sido deseado.

RODRIGO.

Tú seas tan bien hallado,
Como bien buscado has sido;
Que há tres horas que llegué,
Y tres mil que ando buscando
Esta posada.

DON DIEGO.

Pues cuando
Te escribí, ¿no te avisé
De la calle?

RODRIGO.

¡Lindo talle!
En Madrid ¿no es cosa llana,
Señor, que de hoy á mañana
Suele perderse una calle?
Porque, segun cada dia
Se hacen nuevas, imagino
Que desconoce un vecino
Hoy adonde ayer vivia.
Y dado caso que hallé
La calle, ¿qué me importó,
Si en tu misma casa yo
Por tí mismo pregunté,
Y me dijeron que allí
No estaba tal caballero?
Adonde mas considero
La confusion que hay aquí,
Pues la huéspeda ignoraba
Quién en su casa vivia,
La criada á quién servia
Y el huésped quién le pagaba.

DON DIEGO.

Aquí á cualquiera condena
El ignorar lo que pasa
Dentro de su misma casa,
Y saber lo de la ajena;
Fuera de que causa ha habido
Para que desconociesen
Mi nombre, y no respondiesen
A tu pregunta.

RODRIGO.

¿Y qué ha sido?

DON DIEGO.

¿No has visto en una comedia
Verse dos, y en dos razones
Hacerse mil relaciones
De su gusto y su tragedia?
Pues imitemos aquí
Su estilo; que en esta parte
Tengo mucho que contarte.

RODRIGO.

Pues yo empiezo, escucha.

DON DIEGO.

Di.

RODRIGO.

Despues que por Doña Ulana,
Aquella doncella bella,
(Aunque aquesto de doncella
Se escucha de mala gana)
Tu amante filatería,
De necias finezas llena,
Fué de noche una alma en pena
Y un cuerpo en gloria de dia;
Despues que por los crueles
Celos, de unas cuchilladas
Fuimos danzantes de espadas
Y bailantes de broqueles;
Despues en fin que reñiste
Con tanto brio y destreza,
Que á Don Juan en la cabeza
Una cuchillada diste
Tal, que si no hubiera hallado
Un hombre que le curó
Por ensalmo, pienso yo
Que ántes hubiera sanado;
Te ausentaste de Granada,
Donde me quedé aquel dia,
Para que fuese tu espía
Mal perdida y bien ganada.
Veniste á la corte, donde
Seguro, señor, estás
De que te busquen, pues mas
Esta confusion esconde
A un delincuente, que el miedo
De embajador reservado,
O el respeto del sagrado.
Yo pues que en Granada quedo
Viendo que Don Juan está
Mejor, porque ha declarado
Un cirujano pagado
Que está sin peligro ya,
Vengo á buscarte con nuevas
De que tu padre está bueno,
Aunque de cólera lleno.
Y para que mas me debas,
Esta traigo en conclusion,
(*Le da una carta.*)
Y pienso que hay, señor mio,
Capítulo de *ahí envío.*
Aquesta es mi relacion.

DON DIEGO.

Despues que por la pendencia
Que refieres, yo salí
De Granada, y vine á ver
La gran villa de Madrid,
Esta nueva Babilonia,
Donde verás confundir
En variedades y lenguas
El ingenio mas sutil,
Esta esfera soberana,
Trono, dosel y cenit
De un sol español, que viva
Eternos siglos feliz;
Despues que ciego admiré,
Despues que admirado vi
Todo el mundo en breve mapa,
Rasgos de mejor buril,
Porque en sus hermosas damas
Consideré y advertí
El ingenio en el hablar,
El aseo en el vestir,
Y en sus nobles cortesanos
(De quien tambien recibí
Mil honras) ingenio, gala,
Valor y cordura; en fin,
Despues que á Madrid llegué,
Y despues que vi en Madrid
Damas y galanes, oye
Lo que ha pasado por mí.
Traje, Rodrigo, una carta
De mi padre á un Don Luis
De Toledo, amigo suyo;
Y visitándole aquí
Para entregarle la carta,
En su casa un cielo vi;
Que cielo era el que incluia
Tan hermoso serafin,
Y aun él era el cielo mismo,
Pues si has oido decir
Que es pequeño mundo el hombre,
Yo pienso que será así
La mujer pequeño cielo,
Cuando llega á competir
Con verdadera hermosura
La aparente del zafir.
Dejo aparte locuciones
Poéticas, aunque aquí
Pudiera decir que fué
Su cabello oro de Ofir,
Su frente campo de nieve,
Sus cejas sobre marfil
Línea de ébano, y mezclando
Rojo y cándido matiz
Sus mejillas, rosa helada
En los campos del abril,
Su boca joya de perlas
Guarnecida de rubís,
Su aliento el aura por quien
Flora respira ámbar gris,
Sus manos dos azucenas,
U dos ramos de jazmin,
Que en partidas hojas hacen
Una blanca flor de lís.
Nada destó digo, aunque
Todo lo puedo decir;
Pues demas de ser hermosa,
Lo que me parece á mí
Mejor, es tener de renta
Largamente doce mil


Digitized by Google

Ducados. Esta hermosura
Enamoro tan feliz,
Que escuché alguna fineza,
Y algun favor merecí.
Haz aquí un punto, y pasemos
A otro suceso. Yo vi
Que en la corte era muy fácil
Que me pudiesen seguir,
Más por la patria y el nombre,
Que por las señas; y así,
Previniendo aqueste daño,
Todo lo quise encubrir.
Callé el nombre de Don Diego
Osorio, y llaméme aquí
Don Dionis Vela, un soldado,
Que en el flamenco pais
Sirvió al rey. Por esta causa
No te dijeron de mí
En la posada. Con esto
Pude libre discurrir
La corte, y así á cualquiera
Conversacion acudí,
Donde liberal, cortés
Y afable, gané y perdí:
Perdí el dinero, y gané
Amigos, caudal, en fin,
El mejor. Con uno, pues,
A quien yo me descubrí
Por tener satisfaccion,
Una hermosa noche fui
A visitar una dama,
Tan bella, airosa y gentil,
Que aquí viniera bien cuanto
Dije que no dije allí.
Es de las que discretean,
Dama crítica y sutil,
Hace versos, canta, juega,
Con que acabo de decir
Que es pobre; porque á estas gracias
No se les sigue un cuatrin.
Desta estoy enamorado:
De suerte, que hoy ves en mí
Dos nombres y dos amores;
Porque no pude fingir
El propio con Doña Clara,
Que este es el nombre feliz
De la dama del dinero;
Pero con Doña Beatriz
De Córdoba, que es la otra,
Soy capitan, porque así,
Atento al provecho y gusto
Que se me puede seguir,
Soy Don Diego con la una,
Con la otra Don Dionis.
Desta manera me hallas.
No será trato rüin
Que yo engañe á dos, si una
Suele engañar á dos mil.

RODRIGO.

Suele decirse de aquellos,
Que muy poco han estudiado,
Que en Salamanca han entrado,
Mas no Salamanca en ellos.
Yo digo al reves aquí;
Pues si engañar es tu norte,
Tú no has entrado en la corte,
Mas la corte ha entrado en ti.
Suceso notable ha sido
Que un hombre pobre haya estado
De ninguna enamorado,
Y de dos favorecido
Tan presto.

DON DIEGO.

Si yo quisiera
Bien, Rodrigo, si yo amara,
Ni mi pena se estimara,
Ni mi amor se agradeciera.
Finjo, engaño, y es forzoso
Tener dicha semejante,
Porque ya el mas firme amante
Es el ménos venturoso.
Si bien, no porque me ves
Con uno y otro favor.
Dejo de tener amor;
Porque Beatriz bella es
A quien estimo y adoro;
Que esta traza me asegura
Hoy de Beatriz la hermosura,
Mañana de Clara el oro.
Ahora el pliego abriré
De mi padre. Carta tiene
Don Luis, y una letra viene
Aquí.

RODRIGO.

Aguárdate, y veré
De cuánto.

DON DIEGO.

En sucesos tales
No acudirá á mis cuidados
Ménos que con mil ducados.

RODRIGO.

Pues son cuatrocientos reales.

DON DIEGO.

¡Qué dices!

RODRIGO.

¿Pues no son hartos
Para quien somos los dos?
Y aun no son tantos, por Dios.

DON DIEGO.

¿Cómo?

RODRIGO.

Como son en cuartos.

DON DIEGO.

¡Que esto mi padre me envía,
Cuando yo á la corte vengo!
Sin los que debo, no tengo
Para gastar en un dia.
(*Lee.*) «Hijo, yo no tengo hacienda para sustentar vuestras travesuras y bellaquerías. Ahí va una letra de cuatrocientos reales; mirad cómo gastais, que quizá no podré enviaros otra. En la corte estáis, dad alguna traza de vivir honradamente, y ved que el pobre todo es trazas.»
¡Vive Dios!...

ESCENA II.

DON JUAN.—DON DIEGO, RODRIGO.

DON JUAN.

Pues, Don Dionis,
¿Qué pesadumbre teneis
Que tan grande extremo haceis?

DON DIEGO.

A tiempo, Don Juan, venís,
Que me hallareis muy mohino.

DON JUAN.

¿Con quién?

DON DIEGO.

Con ese criado,
Que de Granada ha llegado.
Con una letra se vino
De solo cuatro mil reales.

RODRIGO.

(*Ap.* ¡Pluguiera á Dios!) ¿Tengo yo
La culpa deso?

DON DIEGO.

¿Pues no?
¿Por qué de Granada sales
Con ella?

RODRIGO.

Pues si me envía
Tu padre...

DON JUAN.

¿Qué culpa tiene...?

DON DIEGO.

¡Con cuatro mil reales viene!

RODRIGO. (*Ap.*)

¡Pluguiera á Dios!

DON DIEGO.

Yo querria,
Don Juan, esta noche dar
A Beatriz alguna joya...

RODRIGO. (*Ap.*)

Aquí, señores, fué Troya.

DON DIEGO.

De cien escudos...

RODRIGO. (*Ap.*)

Andar.

DON DIEGO.

Y téngola por mujer
Tan loca y desvanecida,
Que ha de quedarse corrida.
Y así quisiera tener
Algun modo de obligarla,
Que galante y cortés fuese,
Con que yo darla pudiese,
Sin que llegase á enojarla.

RODRIGO.

¿Qué hay que estudiar ese modo?
Lleva la joya, y si no
La tomare, aquí estoy yo,
Que salgo á pagarlo todo.

DON DIEGO.

¿Sabeis lo que he imaginado?
Pues nos solemos juntar
Estas noches á jugar,
Llevará aqueste criado,
Que no conoce por mio,
Una cadena; y jugando
Conmigo, se irá dejando
Perder.

RODRIGO. (*Ap.*)

Sin gana me rio
Destos embustes.

DON DIEGO.

Y yo,
Ganándola entónces, puedo
Llegarla á ofrecer sin miedo.

DON JUAN.

¿Quién tan linda industria vió?
¿Quién en el mundo pensara
Tan buen modo? Así será:
Conmigo el criado irá;
Que allá una vez, cosa es clara
Que sabrá disimular
No haberos visto ni hablado.

DON DIEGO.

Mal conoceis al criado:
A mí me puede enseñar
A hacer un enredo.

RODRIGO.

Ha sido
Notable encarecimiento.

DON DIEGO.

Ahora, porque dar intento
Estas cartas que han venido
Para Don Luis, id con Dios;
Que á la noche nos verémos,
Donde efectuar podrémos
Lo tratado.

DON JUAN.

Adios.

DON DIEGO.

Adios.
(*Vase Don Juan.*)

Digitized by Google

ESCENA III.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Yo no pienso que he venido
A la corte celebrada,
Sino á una selva encantada,
Donde todo sueño ha sido.
¿Tú letra de cuatro mil?
¿Tú joya de cien escudos?
Mis labios dejáste mudos,
Advirtiendo cuán sutil
Ni te turbas ni embarazas.

DON DIEGO.

Como mi padre me escribe,
Desta manera se vive,
Porque el pobre todo es trazas.
Esta cadena que ves, (*Sácala.*)
Solo un doblon me costó,
Y en el contraste sufrió
Dos experiencias ó tres:
De modo, que esta ha de ser
La que yo te he de ganar. (*Dásela.*)
Por esto quise estorbar
El darla, no por temer
Que se disguste; que así,
Si llega á desengañarse,
De mí no podrá quejarse,
Pues la ve ganar allí.
De modo, que en la ocasion
Hago la galantería,
Sin que sea á costa mia
Del dinero ni opinion. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA IV.

DON DIEGO Y RODRIGO, *y luego* DOÑA CLARA É ISABEL.

DON DIEGO.

Aquí vive Doña Clara.

RODRIGO.

¿Y es esta que á vernos viene?

DON DIEGO.

Sí.

(*Salen Doña Clara é Isabel.*)

RODRIGO. (*Ap.*)

¡Qué linda hacienda tiene!
Que no quiero decir cara.

DON DIEGO.

Mi dicha fuera segura, (*A Doña Clara.*)
Si, como me pudo dar
El cielo tiempo y lugar
Para adorar tu hermosura,
Tú me dieras la ventura
Para lograr tanto empleo.
Tuviera, por mas trofeo,
Tiempo mi altiva pasion,
Lugar mi imaginacion
Y ventura mi deseo.

DOÑA CLARA.

Cuando agradecida quedo
A vuestro amor, podré dar,
Don Diego, tiempo y lugar,
Pero ventura no puedo.
Esta solo no os concedo,
Por faltarme á mí.

DON DIEGO.

Procura
Hacer mi dicha segura
Vuestro argumento, pues ya
Quien os mira, claro está
Que se tiene la ventura.

DOÑA CLARA.

Esos favores sospecho
Que os sobraron del amor
Que os tiene ausente.

DON DIEGO.

Es error
Presumir tal de mi pecho.

DOÑA CLARA.

Y por dejar satisfecho
Vuestro afecto, aquí venis
A sentir lo que decis;
Que los hombres con mas arte
Sentis en sola una parte
Lo que en cualquiera decis.

DON DIEGO.

Bien convenceros pudiera
La razon. Si es cosa clara
Que en ninguna parte hablara
El que en alguna quisiera,
¿Cómo se satisfaciera
Deseo de un gusto lleno
Con otro manjar, ajeno
Del mismo que apetecia?
En tal caso, ¿no sería
Cualquiera manjar veneno?

DOÑA CLARA.

¿Luego no habeis dicho á dos
Lo que me decis á mí
En vuestra vida?

DON DIEGO.

Eso sí;
Mas entónces, vive Dios,
Que estaba hablando con vos.

DOÑA CLARA.

¿Sin conocerme? Mirad
Que decis mucho.

DON DIEGO.

Escuchad,
Vereis cómo pudo ser,
Antes que os llegase á ver,
Amaros la voluntad.
Si con discurso naciera
Algun hombre, y en el cielo
Tachonado el azul velo
De rubias estrellas viera,
Cuando adorara y quisiera
Su luz, prestado arrebol
Del luminoso farol,
¿No adorara en las estrellas
Al sol mismo? Sí, pues ellas
Son claras sombras del sol.
Yo con esta misma fe,
En amorosos ensayos
Adoré al sol en sus rayos,
Hasta que al sol adoré.
Mil hermosuras amé;
Pero en ninguna luz pura:
Luego mi amor me asegura
Que os amaba entónces, pues
Cualquiera hermosura es
Sombra de vuestra hermosura.

DOÑA CLARA.

Con sofístico argumento
Quereis vencer mi opinion;
Pues si á las luces, que son
Del sol un rasgo, un aliento
Que ilumina el firmamento,
Adorase el que ha nacido
Capaz, ya hubiera querido
En muchas un resplandor,
Que es lo mismo que un amor
En dos partes dividido.
Y cuando hubiese adorado
Al sol mismo en las estrellas,
Puesto que la noche en ellas
Su luz ha depositado,
¿Quién á mí me ha asegurado
Ser el sol resplandeciente,
Que esas bellezas afrente?
Pues este mismo arrebol,
Que estando presente es sol,
Será estrella estando ausente.
Mas decidme ahora, ¿qué ha sido,
Pues no fué la voluntad,
Don Diego, la novedad
Que á esta casa os ha traido?
No sin causa habeis venido.

DON DIEGO.

Y decis bien: la mayor,
Pues amantes al rigor
Del amor están sujetos,
Y de todos sus efetos
Es causa primera amor;
Si bien la segunda ha sido
Esta carta que advertis,
Que para el señor Don Luis
Hoy en mi pliego he tenido.

DOÑA CLARA.

Pues mi padre no ha venido,
Dejad la carta.

DON DIEGO.

Eso no,
Que si ella ocasion me dió
Para llegaros á ver,
En una quiero tener
Muchas ocasiones yo.

DOÑA CLARA.

Ocioso es ese cuidado,
Pues tiene sombras la noche,
Rejas mi casa, yo coche,
Y hay calle Mayor y Prado.

DON DIEGO.

Yo quedo bien avisado.

DOÑA CLARA.

Sois forastero, y querría
Avisaros la voz mia
De lo que debeis hacer.

DON DIEGO.

Ya sé que tengo de ser
Argos la noche y el dia.
Por la mañana estaré
En la iglesia á que acudis;
Por la tarde, si salis,
En la carrera os veré;
Al anochecer iré
Al Prado, al coche arrimado;
Luego en la calle embozado.
Ved si advierte bien mi amor
Horas de calle Mayor,
Misa, reja, coche y Prado.

(*Vanse Don Diego y Doña Clara.*)

ESCENA V.

RODRIGO, ISABEL.

RODRIGO.

Y dígame uced, señora,
¿Tiene, para oir mi queja,
Calle Mayor, coche ó reja,
Para que sepa la hora
Este amante que la adora?

ISABEL.

¿Tan presto?

RODRIGO.

No es maravilla;
Que si mi estrella me humilla,
Tan antiguo mi amor es
Como las cabrillas, pues
Mi estrella es siete-cabrilla.

ISABEL.

Aunque advertirle pudiera,
Al fin, como á forastero;

Digitized by Google

Solamente decir quiero
Que hay tienda y hay carbonera,
Compro, limpio y salgo fuera.

RODRIGO.

Yo quedo bien advertido;
Y porque veas si ha sido
Ruda la memoria mia,
Argos la noche y el dia,
Así estaré repartido.
Por la mañana estaré
En la tal carbonería,
En la tienda al mediodía,
Y luego á la tarde iré
Al Rastro; de allí vendré,
Ya anochecido, al portal;
Y á las once, pese á tal,
En la calle; si es que hay quien
A una mujer quiera bien
El rato que huele mal. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Beatriz.

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, DON FELIX, INES.

DON FÉLIX.

No fuéron esas razones
Las que en otro tiempo oí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quereis? Múdanse así
Tiempos, gustos y ocasiones.

DON FÉLIX.

En desengaño forzoso,
Ofendido y despreciado,
No siento el ser desdichado;
Siento haber sido dichoso.

DOÑA BEATRIZ.

Cuando dicha hubiera sido
Merecer algun favor,
Yo tuviera por mejor
El haberle merecido.

DON FÉLIX.

Estaba un almendro ufano
De ver que su pompa era
Alba de la primavera
Y mañana del verano;
Y viendo su sombra vana,
Que el viento en penachos mueve,
Hojas de púrpura y nieve,
Aves de carmin y grana,
Tanto se desvaneció,
Que, Narciso de las flores,
Empezó á decirse amores;
Cuando un lirio humilde vió,
A quien vano dijo así:
«Flor, que majestad no quieres,
¿No te desmayas y mueres
De envidia de verme á mí?»
Sopló en esto el austro fiero,
Y desvaneció cruel
Toda la pompa que á él
Le desvaneció primero.
Vió que caduco y helado
D luvios de hojas derrama,
Seco tronco, inútil rama,
Yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
Aquel verdor que tenia,
Y contra la tiranía
Del tiempo se conservaba,
Y díjole: «¡Venturoso
Tú, que en un estado estás
Permaneciente, jamas
Envidiado ni envidioso!
Tu vivir solo es vivir:
No llegues á florecer,
Porque tener que perder
Solo es tener que sentir.»

DOÑA BEATRIZ.

Aplicado el cuento, yo
Prosigo con otro tal:
Oid lo que á una caudal
Aguila, le sucedió.
Esta, que con muestras graves
Es, sin fatigado aliento,
En los imperios del viento
Reina de todas las aves,
Quiso que la esfera octava
Hija del sol la presuma;
Y siendo bajel de pluma,
Ondas de fuego sulcaba.
Llegó a la region dorada,
Y con sedientos desmayos,
Anhelando por los rayos
Del sol, medio desmayada
Se volvió á la tierra, y vió
Que ninguna ave podia
Seguir el vuelo que habia
Intentado, y dijo: «Yo
Sola penetré la esfera
De diamantes guarnecida;
Que muriendo de atrevida,
No moriré, cuando muera;
Pues cuando rayo deshecho
Y cometa desasido,
Fénix del sol, baje herido
De rayos de luz mi pecho;
El despeñarme, el morir,
El abrasarme, el caer,
Todos no podrán hacer
Que ahora deje de subir:
Pues á este aliento atrevido
Que hasta el sol pudo llegar,
El caer no ha de quitar
La gloria de haber subido.»
En el ave y en la flor
Ved lo que á los dos nos pasa.

DON FÉLIX.

Ya yo sé que vuestra casa
Es academia de amor,
Donde todo es argumentos,
Todo gusto y opiniones;
Pero no admiten cuestiones
Mis penas y mis tormentos.
Sé que quiero, sé que adoro,
Sé que mi desdicha fué:
Esto solamente sé;
Todo lo demas ignoro.

DOÑA BEATRIZ.

Eso está bien á los dos.
(*Al irse Don Félix, sale Leonelo, y detiénele.*)

ESCENA VII.

LEONELO.—DOÑA BEATRIZ, DON FELIX, INES.

LEONELO.

Como á vuestro centro, vengo
Buscándos aquí, que tengo,
Don Félix, que hablar con vos.

DON FÉLIX.

Engañado pensamiento
Os trajo desa manera;
Porque, si mi centro fuera,
No estuviera en él violento.

LEONELO.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Ya no es centro mio.

LEONELO.

¿Y vos qué decis á esto?
(*A Doña Beatriz.*)

DOÑA BEATRIZ.

Que en este estado me ha puesto
Un forzoso desvarío
Que algun dia le diré.
Ruégole que no entre aquí,
Sin que se queje de mí
Que por otro le dejé.

LEONELO.

¡Tales fueran mis desvelos!
Estuviera despreciado,
Aborrecido, olvidado,
Como no tuviera celos.
Ya sabeis con cuánto gusto,
Siempre constante mi amor,
Sufrió de Clara el rigor,
El desprecio y el disgusto:
Pues ahora una criada
(Porque es el oro en efeto
Maestra llave de un secreto)
Me dijo que de Granada
Un Don Diego Osorio vino
A su padre encomendado,
Tan galan y enamorado,
Que á nuestros pechos previno,
A ella agrado, á mí desvelos,
A ella gusto, á mí rigor,
A ella finalmente amor,
A mí finalmente celos.
Quiero que vamos los dos
Donde este galan busquemos.

DON FÉLIX.

Pues si no le conocemos...

DOÑA BEATRIZ.

Lo que podré hacer por vos
Será ver á Doña Clara,
Y saber, Leonelo, della,
Quién es este forastero
Que tanto cuidado os cuesta,
Y aun hablarla en vuestro amor.

LEONELO.

Fuera darme vida, fuera
Comprar un esclavo en mí.
Hazme tanto bien, y sella
Mi rostro, Beatriz hermosa.

DOÑA BEATRIZ.

Leonelo, no me agradezcas
Esto; que no hago por tí
Tan curiosa diligencia,
Sino por mí; que este, dicen,
Que es oficio de discretas.
Mañana lo sabré todo;
Que mujeres, cuando llegan
A hablar á solas, se dicen
Cuanto imaginan y piensan.

DON FÉLIX.

Y yo hablaré á Doña Clara
Mañana para que venga
Otro dia á visitaros,
Y con la misma cautela,
Por quién me dejais á mí,
Y quién os agrada, sepa,
Si ya es cierto que en la corte,
A título de discretas,
Son terceras las hermosas;
Porque como en la experiencia
Diamante labra el diamante,
Rinde belleza á belleza.

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.

La fama, que á vuestra casa
Llama amorosa academia,
Disculpa el atrevimiento
De no aguardar mas licencia.

Digitized by Google

DOÑA BEATRIZ.

Vos sabeis, señor Don Juan,
Que podeis entrar en ella
Á mandarme con los mismos
Privilegios que en la vuestra.
(*Hablan aparte Leonelo y Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Leonelo, si es que los celos
Son linces, y que penetran
Lo mas secreto, he de ver,
Con la vista y alma atentas,
Si hay novedad en Beatriz,
Examinando hoy en ella
El semblante y las acciones
Que hace á todos los que entran.

LEONELO.

Por lo ménos en Don Juan
No ha dado ninguna muestra.

DON FÉLIX.

No, que ni en él vi temor,
Ni hallé novedad en ella.

DON JUAN.

Permitid que un forastero,
Que se ha quedado allá fuera,
Entre á besaros la mano.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿quién negarle pudiera
Al forastero y amigo
Vuestro tan cortés licencia?—
(*Vase Don Juan.*)
Este es Don Dionis, Inés. (*Ap. á ella.*)

INÉS.

Sin duda que no te pesa
De verle. Digo y aun pienso...

DOÑA BEATRIZ.

Si es el que el alma desea,
Si es el que la vida estima,
¡Qué bien dices, qué bien piensas!

DON FÉLIX. (*Ap. á Leonelo.*)

Al hablar del forastero,
¿No miras, no consideras
Mas alegre su semblante?

ESCENA IX.

DON JUAN; RODRIGO, *que trae puesta la cadena.*—DICHOS.

RODRIGO.

Pues me permites que pueda
Besar tus manos, señora,
Tan discreta como bella,
Permite que pueda el alma
Solo adorarte suspensa,
Porque en tu alabanza es
Torpe instrumento la lengua;
O alábate tú á tí misma,
Pues quiere el dios de las ciencias
Que, siendo la cuarta gracia,
La décima musa seas.

DOÑA BEATRIZ.

Tan prevenida, señor,
Ha sido la entrada vuestra,
Que habré menester lugar
Para estudiar la respuesta.

LEONELO. (*Ap. á Don Félix*)

¿Qué sientes del forastero?

DON FÉLIX.

¿Qué es lo que quieres que sienta,
Si al principio su semblante
Estuvo alegre, y ya muestra
Que le ha pesado de verle?
Donde hay mudanzas opuestas,
Hay secreto, y no son vanas
Su alegría y su tristeza.

DOÑA BEATRIZ.

Llega unas sillas, Ines.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Cuando merecer no pueda
Favores, podrá estorbarlos.
Aquí, Leonelo, te sienta.
(*Siéntanse.*)

ESCENA X.

DON DIEGO.—DICHOS.

DON DIEGO.

No llega á mala ocasion
Un forastero que llega
Al repartir los lugares,
Si es que hay alguno que sea
Asiento de un ignorante
En esta divina escuela,
En cuya esfera cifradas
Se miran las once esferas.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Disimular me conviene,
Porque Don Félix no vea
En mis ojos la alegría
Que me causa su presencia.)
Llega al señor Don Dionis (*A Ines.*)
Una silla.

RODRIGO.

Aquí está esta.

DON DIEGO.

Vos, señor, estáis muy bien;
Pues cuando yo la tuviera,
Fuera dichoso en que vos
Os sirviérades con ella. (*Siéntase.*)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Solo con el forastero
De la cruzada cadena
Hizo novedad Beatriz:
Sin duda por él me deja.

DON JUAN. (*Ap. á Don Diego.*)

¡Qué bien ha disimulado
Vuestro criado!

DOÑA BEATRIZ.

Si es fuerza
Que amor de cualquier discurso
Principal asunto sea,
Al que á una pregunta mia
Me diere mejor respuesta,
Daré esta flor.

DON DIEGO.

Ya envidiosos
Todos la pregunta esperan.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuál es mayor pena amando?

LEONELO.

Yo, que padezco esa pena,
Llevo gran ventaja á todos,
Pues es forzoso que sea
Mayor mal amar con celos.

DON FÉLIX.

El que tiene un dolor, piensa
Que ninguno á aquel iguala,
Y solo de aquel se queja.
Yo dijera de mi mal,
Cuando no le padeciera,
Esto mismo, que el mayor
Es amar contra su estrella,
Siendo un hombre aborrecido.

DON DIEGO.

Yo digo que es mayor pena
El amar sin esperanza.

DOÑA BEATRIZ.

Pues un argumento sea
El que pruebe la verdad.

LEONELO.

Oye, que el celoso empieza.
Si yo fuera aborrecido
Con tanta desconfianza,
Que no tuviera esperanza
De ser jamas admitido,
Consuelo hubiera tenido
En ver que la pena mia
Tan alta gloria perdia
Porque al cielo se atrevió,
Y al fin, perdiéndola yo,
Ninguno la merecia;
Mas si esta misma que allí
Á mi amor hallé imposible,
Fuese para otro apacible
Siendo ingrata para mí;
Si el bien que no merecí
Viese que otro mereció,
Di, ¿qué pena se igualó,
Beatriz, á esta pena amando,
De ver que otro esté gozando
Lo que estoy queriendo yo?

DON FÉLIX.

Bien puede un celoso estar
Sin esperanza de ser
Admitido, con tener
Dama que se deje amar;
Mas quien se llega á mirar
Aborrecido, no puede;
Que aun amar no le concede:
Luego ofender mi porfía
Con lo que obligar podia,
La mayor desdicha excede.
Tenga amor mi dama bella,
No tenga esperanza yo,
Y no me aborrezca, no,
Pues me basta á mí el querella;
Mas contra mi propia estrella
Porfiar, es desconsuelo
El mas tirano del suelo;
Que el celoso ha menester
Vencer solo á una mujer,
Y el aborrecido al cielo.

DON DIEGO.

Ni celos ni olvido temo,
Si constante llego á amar,
Porque es fácil de pasar
La mujer de extremo á extremo
Mayor pena, mas supremo
Es mi llanto, es mi dolor;
Pues padece mi temor
Eterna desconfianza:
Luego amar sin esperanza
Es el infierno de amor.
El que celoso vivió,
El que vivió aborrecido,
Con esperanza han sufrido
El mal que el amor causó;
El desesperado no,
Pues aun rigores no espera.
Si celos darme pudiera
Mi dama, ya la costara
Cuidado, ya se acordara
De mí, si me aborreciera.
Y como es uso pasar
La condicion de mujer
Desde amar á aborrecer,
Tambien se suele trocar
Desde aborrecer á amar:
Con esta esperanza asido,
Contento hubiera vivido:
Luego mi mal es mas fiero,
Pues verme jamas espero
Celoso ni aborrecido.

DOÑA BEATRIZ.

Dudosamente podré

Digitized by Google

Decir quién merezca aquí
La flor.

RODRIGO.

Escúchame á mí,
Señora, y te sacaré
Desa duda, porque sé
Que la flor ha de ser mia,
Probándote en este dia
Con un argumento tal,
Que padece mayor mal
Quien ama pobre y porfía.
¿Quién al pobre no aborrece?
Quién al pobre no da celos?
Quién al pobre en sus desvelos
Alguna esperanza ofrece?
Luego solo este padece
De todos el mal penoso,
Porque siempre temeroso,
Favor ni desden alcanza,
Y quiere sin esperanza,
Aborrecido y celoso.
Y porque no la razon,
Sino tambien la experiencia
Me dén la flor, por sentencia
Que no tenga apelacion,
Vengan los naipes, que son
Jueces; y jugando todos,
Veras que en tan varios modos
Tiene, cuando argumentare,
Mas razon quien se quedare
Con el dinero de todos.

(Llegan un bufete en que habrá naipes; juegan Don Diego y Rodrigo, y venlos jugar Leonelo y Don Juan, y Don Félix se queda hablando con Beatriz.)

INES.

Ya están los naipes allí.

DON DIEGO.

Yo jugara, si tuviera
Cobrada una letra que hoy
Acepté.

RODRIGO.

Venga la letra;
Que como vos la aboneis,
Tambien jugaré sobre ella,
Como vos querais, señor,
Jugar sobre esta cadena
Cien escudos, que mañana
Se han de pagar.

DON DIEGO.

Norabuena.
(Juegan.)

DON FÉLIX.

¡Qué mal han disimulado
Tus ojos, Beatriz! pues, lenguas
Del alma, me han dicho ya
Tu sentimiento y mis quejas.
Apénas el forastero
Entró en la sala, y apénas
Le viste, cuando mudaste
El semblante hermoso, y muerta
La color, trocaste entónces
Claveles por azucenas.

RODRIGO.

¡Plegue al cielo que en mi vida
Gane una vez!

DOÑA BEATRIZ.

Bien pudiera
Satisfacerte; mas quiero
Callar, Félix, porque entiendas
Que no es tiempo de que yo
Satisfacciones te deba.

DON DIEGO.

Diez pintas gano.

RODRIGO.

¡Demonios!
Vuestros rigores, ¿qué esperan
De mi paciencia ofendidos?

INES.

Por cierto, ¡linda encomienda!

DON FÉLIX.

¿Pues pudieras tú negar
Tan costosas experiencias,
Si el rostro es reloj, adonde
El corazon hace muestra?

RODRIGO.

¡Que no haya yo de ganar
Una suerte, y que me vengan,
La que es derecha trocada,
Y la trocada derecha!

DON FÉLIX.

Desprecios, Beatriz, se sufren
En voluntades que empiezan,
Pero en las que acaban, pasan
De ser desprecios, y llegan
A agravios.—Vamos, Leonelo,
Porque no quiero que tenga
Ocasion Beatriz, de ser
Descortes conmigo y necia,
Porque son muy insufribles
Necedades de discretas.

LEONELO.

¿No veréis á Doña Clara?

DOÑA BEATRIZ.

Mañana os tendré respuesta.

LEONELO.

¿Quién solicitó jamas
Con todo el sol una estrella,
Sino yo?
(Vanse Don Félix y Leonelo.)

RODRIGO.

No juego mas.
Usted guardada me tenga
La cadena, que mañana
Tengo de enviar por ella.

DON DIEGO.

Aquí la hallaréis mañana.

RODRIGO.

¡Que un hombre cristiano pierda
Diez pintas! ¿Qué deja el naipe
Para un moro? No hay paciencia.
(Vase Rodrigo como tropezando.)

ESCENA XI

DON DIEGO, DOÑA BEATRIZ, DON JUAN, INES.

INES.

El se ha quebrado al salir
Las narices en la puerta.
Y para enmendarlo ahora,
Ha rodado la escalera.

DOÑA BEATRIZ.

Saca una luz.

INES.

Eso no,
Que ha perdido. Si él hubiera
Ganado, yo le alumbrara,
Y llegara hasta la puerta
De la calle muy humilde
Haciéndole reverencias;
Pero hombre que ha perdido,
Ruede y quiébrese una pierna.

DON DIEGO.

Esta cadena he ganado:
Cien escudos, en que queda,
Dejo librados, señora,
Para los naipes y velas.
Perdonad mi atrevimiento;
Que, vive Dios, que quisiera
Que fueran diamantes cuantos
Eslabones hay en ella,
Para serviros; aunque
Presuncion fuera muy necia
Llevar diamantes al sol,
Siendo el sol quien los engendra.
Esto es barato, y así
Disculpa tengo y licencia
Para tal descortesía.

DOÑA BEATRIZ.

No es sino merced aquesta;
Pues cuando no fuera tal
Por su estimacion la prenda,
Por ser vuestra la estimara,
Y la tomo por ser vuestra.

DON DIEGO.

El cielo os guarde.—¡Qué bien
(Ap. á Don Juan.)
Que sucedió!

DON JUAN.

De manera,
Que yo he querido creerlo.
¡Qué bien engañada queda!
(Vanse Don Diego y Don Juan.)

DOÑA BEATRIZ.

¿Has visto, Ines, en tu vida
Mas cortesana fineza?

INES.

Aguárdate, iré á alumbrarles;
Que tiempo despues nos queda
Para que le alabes. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

¡Cuánto
Se estima, agradece y precia
La cortesía! Más es
El modo, que la cadena.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ É INES, *con mantos*; CLARA É ISABEL, *sin ellos*.

DOÑA CLARA.

¿Posible es que llegó el dia
En que tan dichosa fuese,
O Beatriz, que mereciese
Esta humilde casa mia
Tanto honor? Vuélveme á dar
Los brazos.

DOÑA BEATRIZ.

Y el alma en ellos,
Lazos que de nuestros cuellos
La muerte podrá cortar,
Pero dividirlos no.

DOÑA CLARA.

De mí te ofrezco otro tanto. —
Isabel, quítala el manto
A Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No vengo yo
Con tanto espacio y sosiego.

DOÑA CLARA.

¿Ya querrás irte tambien?
Propia condicion del bien,
Llegar tarde y faltar luego.
¿Quieres venir al estrado?

DOÑA BEATRIZ.

No, bien estamos así.

Digitized by Google

DOÑA CLARA.

Siéntate el rato que aquí
Has de estar, y derribado
El manto puedes tener,
Porque me afliges tapada.
¡A fe, que estás bien tocada!
Pudiérasme agradecer
El haberte descubierto.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es lisonja, ó burla?

DOÑA CLARA.

No,
Solo tengo envidia yo
Cuando tu hermosura advierto.

DOÑA BEATRIZ.

Si tuvieras quė envidiar,
No me alabaras, amiga.
¡Buena estás, Dios te bendiga!

DOÑA CLARA.

¡Mira cómo puede estar
Quien tantas penas recibe,
Que no tiene gusto en nada,
Y siempre desazonada
Y melancólica vive;
Quien de sí misma enemiga,
Á sí misma se aborrece;
Quien una pena padece
Incapaz de que se diga;
Quien con eternos enojos
Ha de celar sus agravios
Del aliento de los labios
Y las lenguas de los ojos!

DOÑA BEATRIZ.

Mal, que es fuerza que se calle,
Y que te trae disgustada,
De tus ojos descuidada
Y enemiga de tu talle;
Mal que á entristecer te obliga,
Y te obliga á enmudecer,
Cuyo efecto puede hacer
Que se sienta y no se diga;
Mal que es mi propio dolor,
Pues repite satisfecho
Sus efectos en mi pecho,
Sin duda, Clara, es amor,

DOÑA CLARA.

Bien tu discurso sacó
Por las centellas el fuego.
Amor tengo, no lo niego.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y ha sido á Leonelo?

DOÑA CLARA.

No.

DOÑA BEATRIZ.

Mi alegría fuera mucha
(Si yo tenerla pudiera),
Si tus pasiones oyera.

DOÑA CLARA.

Porque hagas lo mismo, escucha.
Los afectos humanos, Beatriz bella,
Tal vez arrebató fuerza divina,
Porque viven atentos á una estrella
Que superior ilustra y predomina: [della,
Y aunque es verdad que no se vencen
Con tal poder, ya que no fuerza, inclina;
Que pierden libertad, discurso y brio
El alma, la razon y el albedrío.
No es amor eleccion, pues si lo fuera,
Nadie en el mundo aborrecido amara:
No es voluntad, que nadie la rindiera
Donde con voluntad no se pagara:
No es razon, pues con ella se rigiera:
No es gusto, pues sin él no se entregara:
¿Qué será donde falta (¡cielo injusto!)
Eleccion, voluntad, razon y gusto?
¿Qué será pues violencia semejante,
Sino fuerza, rigor y tiranía [tante
De amor? Pues la que vió firme y cons-
Leonelo tanto tiempo á su porfía,
En un punto veloz, en un instante
Breve, que son los átomos del dia,
Se rindió fácil, se postró liviana
De un forastero á la lisonja vana.
Un forastero, amiga, un forastero
Que de Granada encomendado vino
Á mi padre, es la causa porque muero:
Este á mi pecho tal dolor previno;
Este á mi vida tal veneno fiero,
Este al alma tal pena, que imagino
Que á solo ver mi vanidad burlada
Vino Don Diego Osorio de Granada.
¿No has visto hermosa fuente que risue-
Por piedades del sol ó por rigores [ña,
Instrumento de plata, se despeña,
Con quien cantan las aves sus amores,
Sepultarse en la falda de una peña,
Donde estaban sedientas cuantas flores,
Llamadas de su música, venian,
Y por ver sus aljófares, bebian?
¿Y esta fuente, que allí dejó burlada
La beldad de las flores peregrina,
Por venas de la tierra dilatada,
Siendo de plata ya líquida mina,
Nacer segunda vez tan desdichada,
Que entre rústicos céspedes camina,
Sin que á su inútil nacimiento deba
Que noble flor de sus cristales beba?
Así el amor, que en mí se despeñaba,
Llegar al valle ameno resistia,
Donde tanta fineza me esperaba,
Y donde tanto amor me merecia.
Y el mismo, que soberbia me miraba,
Quiso, por castigar la ofensa mia,
Que huyendo agrados, y burlando amo-
Lograse penas, celos y rigores. [res,
No porque este gallardo forastero [te,
Mi amor no estime y mi esperanza alien-
Pues siempre es á mi gusto lisonjero;
Mas ¿cuál hombre no finge, engaña y
[miente?
Sino porque otro amor, que fué prime-
Aquí le trajo, temo que le ausente. [ro
Estos son mis temores, mis recelos,
Que no hay bien sin amor, ni amor sin
[celos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué parecidas que son
Nuestras penas, Clara bella!
Un mismo amor, una estrella
Rige nuestra inclinacion.
Pensarás que mi aficion
Es á Don Félix, á quien
Debo finezas tambien;
Mas como ninguna amó
Siendo amada, tambien yo
Quiero á un forastero bien.
En tu fuente á mirar llego
De amor una cifra breve;
Pero, como tú á la nieve,
Quiero yo aplicarla al fuego.
El rayo abrasado y ciego,
Que es un húmedo vapor
De la tierra, que al ardor
Del sol se ilustra y acendra,
En la parte que se engendra
Ejecuta su rigor.
Que como el viento recibe
Seca exhalacion que sube,
Adonde preñada nube
Humo pálido concibe,
Errando fácil, describe
Las esferas, hasta que
Herida del sol se ve,
Y en trueno y rayo veloz
Da aquí el golpe, allí la voz,
Que aviso y castigo fué:
Así el forastero ha sido
Rayo en su esfera engendrado;
Pero della desatado,
En ajena parte ha herido.
Desde Flándes ha venido
Este á turbar mi sosiego.
No sé cómo el amor ciego
Puede con violencia suma,
Siendo nieto de la espuma,
Hijo del Norte, ser fuego.
Una apacible mañana
Del mayo cuando la aurora
Con prestados rayos dora
Nubes de púrpura y grana,
Tan hermosa, tan ufana,
Que decia lisonjera:
«¡Quién coronarte pudiera
Mayo, de flores y mieses,
Por rey de los doce meses,
Por dios de la primavera!»
Salí al Prado; desde él fuí
Por la calle, donde en lazos
De los olmos darse abrazos
Copas y raices vi,
Á quien triste dije así:
«¿No os bastaba, álamos bellos,
Enmarañar los cabellos
Por la tierra fugitivos,
Sino que tambien lascivos
Quereis enlazar los cuellos?
Pero me respondereis,
Con verdad desvanecidos,
Que como en corte nacidos,
Cortesano amor teneis,
Y así ocultar no quereis
Vuestro contento süave;
Porque ya el amor mas grave,
Y ya el favor mas felice,
No es amor, si no se dice,
No es favor, si no se sabe.»
Con esta imaginacion
Llegué á sentarme cansada,
Cuando por verme tapada,
Gozando de la ocasion,
Llegó con airosa accion,
Y con galan desenfado,
El mas bizarro soldado
Que vi jamas, te prometo,
Y despues el mas discreto
Que en toda mi vida he hablado.
Desde entónces no le vi
Mucho tiempo; pero no
Por eso se sosegó
Aquel fuego que sentí.
En mi casa permití
Visitas, conversacion,
Juego y música, que son
Lazos de amor cada dia,
Por solo ver si podia
Verle con esta ocasion.
Cumplióme amor mi deseo;
Pues una noche, llevado
De un amigo, ó mi cuidado,
Dentro de casa le veo.
Miro el bien, y no lo creo
Por serlo; y sucede así,
Que constante desde allí
Me sirve, enamora y ama.
Don Dionis Vela se llama.
Esto sé dél y de mí.

ISABEL. *(A Doña Clara.)*

Á hablarte Don Diego viene.

DOÑA CLARA.

Mucho me huelgo que estés
Aquí para que le veas,
Porque me digas despues
Si tengo buen gusto yo,
Si le he encarecido bien.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es aquel que viene allí?

Digitized by Google

ESCENA II.

DON DIEGO. — DOÑA CLARA, DOÑA BEATRIZ, INES, ISABEL.

DOÑA CLARA.

Sí, Beátriz, el mismo es.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¿qué veo?

DOÑA CLARA.

¿Qué te parece?

DOÑA BEATRIZ.

Muy bien
Me ha parecido... (*Ap.* Y muy mal
Pudiera decir.) Ines, (*Ap. á ella.*)
¿No es Don Dionis?

INES.

Sí, señora.
¿Quién puede negar que es él?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué he de hacer?

INES.

Disimular.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¿Qué es esto que llego á ver,
Cielos? Clara y Beatriz son
Las dos. Amor, de una vez,
Cuanto adquirimos de muchas,
Hemos echado á perder.)
Mirando al sol, Clara hermosa,
¿Quién no se ha turbado? ¿Quién,
Viendo á un mismo tiempo dos,
No ha de suspenderse, pues
Esta sala, esfera breve
De uno y otro rosicler,
Con divina imitacion
Cielo de hermosura es?

DOÑA CLARA.

La lisonja os agradezco,
No por mí, pues cuando veis
A Doña Beatriz, cualquiera
Lisonja la viene bien.

DON DIEGO.

¿Quién es esta mi señora?
Que yo, por no conocer
A su merced (culpa en fin
De forastero), no osé
Ofrecerme á su servicio.
¿Es deuda vuestra ó es
Amiga?

INES. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

¿No oyes aquello?
Quién eres, pregunta.

DON DIEGO.

Aunqué
Para que conozca en mí
Un criado su merced,
No es menester saber mas
Que mirarla.

DOÑA CLARA.

Beatriz es
La amiga que yo mas quiero,
Señor Don Diego, y con quien...

INES. (*Ap.*)

Don Diego le llamó.

DOÑA CLARA.

(*Ap.* Amor,
Consulta tu parecer.)
En este punto las dos
En vos hablábamos.

DOÑA BEATRIZ.

Bien
Os lo puede asegurar
Su pecho constante y fiel;
Porque es muy cierto que en vos
Las dos hablábamos, pues
Ella hablaba en vos conmigo,
Y yo con ella tambien.
De que no me conozcais
Queja pudiera tener;
Pues viviendo yo en el pecho
De Clara, y estando en él,
Vos pudierais por fineza
Haberme visto tal vez.
Yo á lo ménos no llegara
A confesarlo, porque
Quiero que Clara me deba
Solo decir, que estimé
Tanto el dueño de su gusto,
Que le conocí por fe;
Porque yo os conozco, ya
Que vos no me conoceis.

DON DIEGO.

Yo conozco mi ignorancia,
Y aunque pudiera tener
Disculpa, quiero rendirme,
Agradecido y cortés.

INES. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

Señora, ¿qué dices desto?

DOÑA CLARA. (*A Doña Beatriz.*)

¿Qué te parece? ¿No es
Galan y discreto? Di,
¿No te parece muy bien?

DOÑA BEATRIZ.

Digo que me ha parecido
Tan bien, Clara hermosa...(*Ap.* Que
Ha de pesarte algun dia
Que me parezca tan bien.)

INES. (*Ap. á su ama.*)

Mal disimulas.

DOÑA BEATRIZ.

No puedo
Sufrir mas celos, Ines:
Estoy por dar voces.

(*Beatriz le hace señas por detras, y él hace como que no la entiende.*)

INES.

Mira
Cómo disimula él,
Y aprende tú.

DOÑA BEATRIZ.

Si él engaña,
Y yo siento, no podré
Igualarle; que me lleva
Mucha ventaja. ¡Ah cruel!

CLARA. (*A Doña Beatriz.*)

Al fin, ¿yo tengo buen gusto?
Alabámele otra vez.

INES. (*Ap.*)

Parece que la tal Clara
Nos está dando cordel.

DOÑA CLARA.

¿Qué tienes, que disgustada
Parece que estás?

DOÑA BEATRIZ.

No sé
Qué es lo que me ha dado. — Tráeme
Un barro de agua, Isabel. —
(*Ap.* Por desmentir una pena,
Otra pena fingiré.
Agua pido, y es en vano,
Porque es de fuego mi sed.)

DOÑA CLARA. (*A Isabel.*)

Ve tú por el agua, y yo
Unos dulces sacaré. (*Vase Isabel.*)
Dame licencia á que sea
(*A Doña Beatriz.*)
Hoy contigo descortes.

DOÑA BEATRIZ.

No vayas, no, por tu vida.
Conmigo excusado fué
El cumplimiento.

DOÑA CLARA.

Pues este
¿Quién te ha dicho que lo es?
¿Es cumplimiento dejarte
Con la visita? Aúnque bien
El dejarte acompañada
Pudieras agradecer. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, DON DIEGO, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Y es verdad, pues que me ha dado
Ocasion, ingrato, en que
Pueda hablar, pueda quejarme;
Porque el silencio cruel,
Hecho ponzoña en el alma,
Mil veces quiso romper
La cárcel, y reprimido,
Hizo con mayor poder
Un cuchillo al corazon
Y á la garganta un cordel.

DON DIEGO. (*Disimulando.*)

¿Vos con tanto sentimiento
Conmigo? ¿Cómo ó por qué?
¿Quién dió causa á tanta pena?
A tanta desdicha, ¿quién?

DOÑA BEATRIZ.

¿Esta es, ingrato amante,
Vil caballero, esta es
La prometida firmeza
De lealtad, amor y fe?
Si sois de Granada, ¿cómo
Sois de Flándes? Y si os veis
Ausente por una dama,
¿Cómo decis que teneis
Pretensiones? Si os llamais
Don Diego, ¿cómo os haceis
Don Dionis? ¿Es gran victoria
Engañar á una mujer?

DON DIEGO.

Viven los cielos, señora,
Que no os entiendo, ni sé
Qué decis, pues jurar puedo
No haberos visto otra vez.

DOÑA BEATRIZ.

¡Vos lo que oyen los oidos,
Vos lo que los ojos ven,
Quereis negar? ¿Vos no sois
Quien liberal y cortés
Me dió anoche esta cadena?

DON DIEGO.

No, señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿No?

DON DIEGO.

¿Por qué
Lo negara, si el serviros
Fuera mayor interes?
¡Bueno fuera negar yo
Dádivas, cuando uso es,
No solo negar aquello
Que se da, pero tambien
Con vanidad y arrogancia
Decirlo sin que se dé!
Advertid que en una estampa
Suele duplicar y hacer
Dos formas naturaleza
Con repetido pincel.

Digitized by Google

DOÑA BEATRIZ.

¿Luego intentais todavía
Desconoceros?

DON DIEGO.

No sé
Qué responderos.

DOÑA BEATRIZ.

¿No sois
Don Dionis Vela?

DON DIEGO.

¿Por qué
Negara mi nombre?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuándo
Venisteis?

DON DIEGO.

Aun no habrá un mes.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde vivis?

DON DIEGO.

En la calle
Del Príncipe.

DOÑA BEATRIZ.

¿En qué entendeis?

DON DIEGO.

En ver la corte.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y el nombre?

DON DIEGO.

¿Ya no os han dicho que es
Don Diego Osorio?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué amigos
Hoy en la corte teneis?

DON DIEGO.

Muchos.

DOÑA BEATRIZ.

Y Don Juan de Torres,
¿No lo es vuestro?

DON DIEGO.

No escuché
Aquese nombre en mi vida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Visitais una mujer
Junto á las Descalzas?

DON DIEGO.

No.

DOÑA BEATRIZ.

Mentis, mentis, que sí haceis.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Por mas preguntas que ha hecho,
No me ha podido coger.

ESCENA IV.

DOÑA CLARA É ISABEL, *con agua y dulces.*—DON DIEGO, DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA CLARA.

Aquí está el agua y el dulce.
Mas ¿qué es esto?

DON DIEGO.

No lo sé.
Beatriz, que me lo pregunta,
Podrá decir lo que es. (*Vase.*)

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto, Beatriz? ¿Pues tanto
Pudo el accidente ser,
Que te obliga á que dés voces?

DOÑA BEATRIZ.

Es una rabia cruel.

DOÑA CLARA.

Bebe el agua que pediste:
Quizá así podrás vencer
Esa pena que te aflige.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sé bien que no podré,
Aunque mas beba. Adios, Clara.

DOÑA CLARA.

¿De esa suerte has de ir á pié?
Aguarda, pondrán el coche.

DOÑA BEATRIZ.

No puedo.—Vamos, Ines.

DOÑA CLARA.

Pésame que de mi casa
Vuelvas enferma, una vez
Que, al cabo de tantos dias,
Vienes á hacerme merced,
Sin querer decir qué sientes,
Ni qué tienes.

DOÑA BEATRIZ.

Mal podré
Decírtelo, Clara, á tí,
Si yo misma no lo sé. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA V.

DON JUAN Y RODRIGO, *que salen por una parte;* DON DIEGO, *por otra.*

DON JUAN.

¿Dónde estará Don Dionis?

DON DIEGO.

Mucho estimo, vive Dios,
Hallar juntos á los dos.

DON JUAN.

¿De qué turbado venis?

DON DIEGO.

Hame, Don Juan, sucedido
El suceso mas extraño,
Que vió el mayor desengaño.

RODRIGO.

Cuéntanos pues lo que ha sido.

DON DIEGO.

Entré á ver á Doña Clara,
Y estaba, Don Juan, con ella
De visita Beatriz bella.
Cuando mi vista repara
En las dos, ciego quedé,
Turbado me suspendí.

DON JUAN.

Y al fin, ¿qué hicisteis?

DON DIEGO.

Allí,
Tan de improviso, no hallé
Otro camino, otro modo
De enmendar la culpa mia,
Que hacer que no conocia
A Beatriz, negando en todo
No haberla hablado, ni haberla
Visto otra vez en mi vida;
Pero, airada y ofendida,
No pude satisfacerla,
Aunque allí ella misma vió
Que Don Diego me llamaban
Todos, y que la contaban
Que era de Granada yo.
En fin, si vos acudis
A acreditar este enredo,
Hacer los papeles puedo
De Don Diego y Don Dionis;
Porque asegurando vos
Lo mismo, decir no temo
Que es otro, y que con extremo
Nos parecemos los dos.

DON JUAN.

¿Y es tan necia, que crêrá
Beatriz ese engaño?

DON DIEGO.

Sí,
Que yo parecidos vi
Muchos hombres; y no está
La dificultad en ser
Beatriz necia ó entendida;
Que al fin la mas presumida
Tiene ingenio de mujer.
Yo conocí á dos hermanos,
Que nadie determinaba
Con cuál de los dos hablaba.

RODRIGO.

Es verdad, los Valencianos [1].

DON JUAN.

Yo por mi parte me obligo
A disimular muy bien.

DON DIEGO. (*A Rodrigo.*)

Y tú has de ayudar tambien.
Desde hoy no has de andar conmigo;
Porque siendo conocidos
Los dos por amo y criado,
Fuera descuido extremado
El ser los dos parecidos.

RODRIGO.

Dices bien; y yo podré
Con mayor fuerza ayudar
Este engaño, pues entrar
Puedo en su casa, y haré,
Con retóricas, que crea
(Tanta eficacia en mí ves)
Hoy un necio que lo es,
Y una fea como es fea,
Una vieja con amor,
Que es vieja la haré creer,
Que es lo mas que puede hacer
Un retórico hablador.

DON DIEGO.

Pues dejadme á mí llegar
Primero, y miéntras los dos
Reñimos, llegaréis vos.

DON JUAN.

No me teneis que avisar. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

¡Qué de máquinas enlazas!

DON DIEGO.

Esto entre dos damas es
Lograr amor é interes,
Porque el pobre todo es trazas.

RODRIGO.

Sí, pero trazas de pobre
No sé qué efectos tendrán,
Pues por ser suyas, serán
Infelices.

DON DIEGO.

Cuando obre
Esta pension la fortuna,
Y una pierda, otra me queda;
Pues no es posible que pueda
De las dos faltarme una.

[1] Dos actores célebres.

Digitized by Google

RODRIGO.

Por eso debe tener
Cualquiera amante discreto
Una dama de respeto,
Por lo que ha de suceder.
Pero voime, porque vienen,
No hallen juntos á los dos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ É INES, *con mantos*; DON FELIX, LEONELO.—DON DIEGO, *retirado*.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Y los que vienen con ellas
Félix y Leonelo son.
De celos maté, y de celos
Muero. Vengativo amor,
Sé dios, ó no seas tirano,
Sé tirano, ó no seas dios.

LEONELO.

Al paso, Beatriz hermosa,
Esperando á oir estoy
La sentencia de mi muerte.
¿Qué has sabido?

DOÑA BEATRIZ.

Tal estoy,
Que no acertaré á decir
Lo que he sabido.

LEONELO.

A tu voz
Atenta el alma, resiste
Una y otra confusion.

DON FÉLIX. (*Ap. á ella.*)

Ines, yo tengo que hablarte.

INES.

Despues tendrás ocasion.

DOÑA BEATRIZ.

No has de quejarte de mí,
Si desengaños te doy;
Porque si esos tengo, darte
No puedo otra cosa yo.
Can soy con rabia, que muerde
Y comunica el dolor
Por la herida, y así ahora
Te pegaré mi pasion,
Basilisco por la vista,
Y sirena por la voz.
Clara vive enamorada:
Quien te lo dijo, contó
La verdad. Don Diego Osorio
Ha merecido el favor
Que te negó. Siente tú,
Y tendré consuelo yo,
Compañera en tus desdichas,
Si es que las lisonjas son
Una pena de otra pena,
Y un dolor de otro dolor.

DON FÉLIX.

Segun eso, vos venis
Celosa tambien.

DOÑA BEATRIZ.

No os doy
Desengaños, que llamais
Agravios; pero si vos
Me argüis la consecuencia,
No quiero negarla yo.

DON FÉLIX.

Ni yo la quiero creer;
Que fuera imposible error
Pensar que en el mundo hubiese
Quien diese celos al sol;
Y no dudando si puede
Eso ser verdad ó no,
Lo sentiré, por haceros
Aquesa lisonja á vos.

LEONELO.

Vive Dios, que he de buscar
A este granadino yo.
¡El cielo, Beatriz, os guarde!
¡Ay, Don Félix! muerto voy.

(*Vanse Leonelo y Don Félix.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, BEATRIZ, INES.

DON DIEGO.

(*Ap.* Ahora podré llegar
A hablar, empezando yo
A quejarme; que esta es
La estratagema mayor;
Pues si yo empiezo primero,
No le dejaré razon
Con que ella pueda quejarse.
¡Ayude mi industria amor!)
Quien tan bien acompañada
Hasta su casa llegó,
No pensará que ha tardado;
Pero quien aquí esperó
Toda la tarde, adorando
Los hierros dese balcon,
No podrá pensar que ha sido
Ménos que un siglo.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Mejor
Es esto! — Ines, este hombre (*A ella.*)
Pretende quitarme hoy
La luz al entendimiento,
O al discurso la razon.)
¿Qué decis, por Dios, Don Diego,
Don Dionis, ó lo que sois?
Si quereis volverme loca,
Confieso que ya lo estoy.
Dejadme, señor, dejadme:
Ved que muchas pruebas son,
Apurando un sufrimiento.

DON DIEGO.

Pues ¿en qué os ofendo yo?
Si mi pensamiento altivo
Merece vuestro rigor,
Castigadme con desprecios,
Pero con engaños no.
¿En qué os enoja un deseo?
¿En qué os agravia un amor,
Que solo aspira á serviros?
Si mudanzas, Beatriz, son,
Que en vuestro pecho ha causado
La breve conversacion
De Don Félix, bien haceis.

INES.

Quejarse él es lo mejor.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si en este mismo instante
Vengo de escuchar de vos
Que á mí no me conoceis;
Si vengo de oir que sois
Don Diego, y no Don Dionis,
¿No quereis que sienta, no,
Tantos engaños y enredos?

DON DIEGO.

No os entiendo, vive Dios.
¿Yo os he visto, yo os he hablado
En alguna parte hoy?
Enigmas son que no entiendo.
Vos habeis dicho que yo
Quiero quitaros el juicio;
Y así, con este temor,
Ganándome por la mano,
Quereis quitármele vos.

INES.

¿No pensará quien le oyere,
Que él solo tiene razon?

DOÑA BEATRIZ. (*A Ines.*)

¿Qué es lo que dices?

INES.

Señora,
Que tan admirada estoy
De escuchar con cuántas véras
Haberte visto negó,
Que me da á entender que aquí
Hay alguna confusion,
O por lo ménos secreto
Que no entendemos las dos;
Que nadie negar pudiera
Aquí y allí la razon
Con tantas véras.

ESCENA IX.

DON JUAN, *alborotado*.—DICHOS.

DON JUAN.

¡Jesus!
¿Aquí estáis?

DON DIEGO.

¿Qué admiracion
Es esta?

DON JUAN.

Hame sucedido
Una cosa, que por Dios,
Que ahora la estoy dudando.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha sido?

DON JUAN.

Palabra os doy,
Que en mi vida me he admirado
De cuanto he visto, hasta hoy.
Pasaba por una calle,
Cuando á la misma ocasion
Un hombre la atravesaba,
A quien, engañado yo,
Por Don Dionis llegué á hablar:
Tanto se le pareció,
Que no le desmiente el talle
Ni el rostro, y hasta en la voz
Le parece y en el traje;
Que como el dia de hoy
Están los precios tan caros,
Y todas las galas son
O bayeta ó tafetan,
Poco le diferenció.
El vestido que trae, casi
El mismo es que traeis vos;
Y tanto, que si no hubiera
Desta misma confusion
Ejemplares en el mundo
(Pues muchas veces se vió
Parecerse un hombre á otro),
Afirmara, vive Dios,
Ser vos mismo.

DON DIEGO.

Y eso mismo,
Sin duda, le sucedió
Tambien á Beatriz, pues piensa
Que pude en otra ocasion
Negar que la conocia.

DOÑA BEATRIZ.

Bien ensayados los dos
Venis. ¿Cuánto estudio os cuesta,
Don Juan, la tal relacion?
¿Por tan necia me teneis,
Que imagináseis que yo
Creyera tal?

DON JUAN.

Esto es cierto.


Digitized by Google

INES.

¿Pues no lo has creido?

DOÑA BEATRIZ.

No.

INES.

Yo sí, que he visto otra vez
Mil, que parecidos son.
Si no, dime: ¿con qué intento
Estos dos nombres fingió
Don Dionis? ¿Pudiera nadie
Prevenir esta ocasion?
¿Sabía si eras amiga
De Doña Clara, ó si no?
¿Sabía que habia de hallarte
Con ella en conversacion?
No, pues no entrara, si fuera
El mismo. Demas, que estoy
Mirándole con cuidado,
Y ahora me pareció
Que el otro de aquesta tarde
Era dos dedos mayor.

DON JUAN.

Sí, un poco era mas robusto.

DON DIEGO.

Beatriz lo advierte mejor;
Mas ella quiere quejarse,
Porque no me queje yo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿de qué podeis quejaros?

DON DIEGO.

De ver á Félix con vos.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad, que como á Clara
Vos no habeis hablado hoy,
Podeis quejaros de mí.

DON DIEGO.

¿Quién es Clara? Que, por Dios,
Que no la conozco.

INES.

Mira
Que ha sido, señora, error
De naturaleza.

DON JUAN.

Advierte
Que á mí mismo me engañó.

DOÑA BEATRIZ.

Todos bien podeis decirme
Que esto cabe en la razon,
Que esto se ha visto otra vez,
Mas no he de rendirme, no,
Hasta que mis propios ojos
Miren juntos á los dos. (*Vase.*)

INES.

No habrá quien la desengañe,
Que es mujer de su opinion,
Aunque tan claro lo vea.

DON JUAN. (*Ap.*)

Bien la traza sucedió.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Qué no intenta un hombre pobre
Con ingenio y con amor!

(*Vanse los dos por una calle, y al entrar Ines en su casa, la detiene Don Félix.*)

ESCENA X.

DON FELIX, INES.

DON FÉLIX.

Ventura notable fué
Que ahora pudiese hablarte,
Ines, y llegar á darte
Esta vida que hoy se ve
En tus manos. Tuyo soy;
Y en fe de que el alma mia,
Que ha de servirte confia,
Esta sortija te doy,
Que solo un diamante della
Doscientos escudos vale,
Porque no hay luz que le iguale
¡Ojalá fuera una estrella!

INES.

Bien está siendo diamante,
Que embarazada me viera,
Si mia una estrella fuera.

DON FÉLIX.

Dime, ¿quién es el amante,
Ines, por quien tu señora
Vive, y yo de celos muero?
Que aunque sé que á un forastero
Estima, quiere y adora,
No me he atrevido á creer
Que así cegarse pudiese,
Y que á hombre tal se rindiese
Tan presumida mujer.
Todo lo sé, mas no quiero
Sino estar asegurado.

INES.

¡Qué gran gusto me ha quitado
Quien te lo contó primero!
Pues tal condicion me dió
El cielo, que no quisiera
Que otro ninguno supiera
Los secretos sino yo,
Porque otro ninguno fuese,
Cuando secretos guardase,
Quien á todos los contase,
Quien á todos los dijese;
Porque, aunque es santo, prometo,
El secreto singular,
Yo nunca pude guardar
La fiesta de san Secreto.
¿Porque te le diga aquí
Me das prendas lisonjeras,
Cuando, porque me lo oyeras,
Yo te diera el alma á tí?
Que he estado enferma en la cama
Muchas veces, por no hallar
Con quien poder descansar,
Murmurando de mi ama.
Anoche ese forastero
Una cadena le dió
Que en cien escudos ganó.

DON FÉLIX.

Ya vi la cadena.

INES.

Quiero
Decir mas, cómo esta tarde
Vino de verle celosa,
Con otra dama, y dudosa
De si es él, se abrasa y arde
En celos.

DON FÉLIX.

Déjame á mí,
Que tambien me abraso y ardo.
¿Qué es lo que espero? qué aguardo?
Si yo la cadena vi,
Si de tu boca escuché
Que porque hablando le vió
Con otra, tanto sintió;
Si esto he visto, y si esto sé,
¿Por qué de mi necio amor
No agradezco el desengaño?
Mi remedio está en mi daño;
Que no hay cura sin dolor.

INES.

Advierte, Félix, que estás
Dando voces.

DON FÉLIX.

Pierdo el seso.
Déjame, Ines.

INES.

¿Segun eso,
Ya no quieres saber mas?

DON FÉLIX.

¿Qué mas, si esto me provoca...?

INES.

¿Y es buen término empeñarme
En hablar, para dejarme
Con la palabra en la boca?
Pues no has de irte sin que diga
Cuanto de mi ama sé;
Porque lo que yo empecé
No es bien que otro lo prosiga;
Porque es la murmuracion
Sarna empezada á rascar,
Que no se puede dejar;
Y así, señor, no es razon
Que mis labios queden mudos.
Porque me oigas un instante,
Toma, que solo un diamante
Vale doscientos escudos.

DON FÉLIX.

Déjame, que ya no quiero
Saber mas. ¿Quién, sino yo,
Curioso solicitó
Contra sí el veneno fiero?
¿Quién, sino yo, desta suerte
Pretendió su perdicion?
Verdugos los celos son,
Que cobran el dar la muerte.
¡Oh nunca hubiera yo oido
Lo mismo que he deseado!
Oh siempre hubiera ignorado
Lo mismo que he pretendido!
Pues si el que su pena sabe
Muere, y muere el que la ignora,
Morir dudándola ahora
Fuera muerte mas süave.
Cuando á un hombre en su fortuna
Siguen dos contrarios fuertes,
Por querer darle dos muertes
Suelen no darle ninguna.
Si á mí el dudar ó el saber
Dos muertes me pueden dar,
Quiero al saber y al dudar
Por enemigos tener;
Pues cuando mi pena allanes,
Sin ver si vivo ó si muero,
Estaré como el acero
Suspenso entre dos imanes.

INES.

¡Oh nunca yo hubiera hablado!
Pero no será el disgusto
Tan grande como fué el gusto
Del haberlo publicado. (*Vase.*)

ESCENA XI.

RODRIGO. — DON FELIX.

RODRIGO. (*Ap.*)

¡Con qué linda industria vengo
Prevenido, para hacer
Que Beatriz llegue á creer
Cuanto imaginado tengo
Cerca del galan de á dos
Que la engaña y enamora!

DON FÉLIX.

(*Ap.* Llegaréle á hablar ahora:
Ya estoy resuelto.) Con vos
Tengo que hablar, caballero,
Una palabra no mas,
Y para aquesto detras
De San Jerónimo espero.

RODRIGO.

Vos venis muy engañado:
No soy yo el buscado, no,
Porque no soy hombre yo

Digitized by Google

Que detras de nadie he hablado
En mi vida, sea el que fuere,
Cuanto mas detras de un santo
Que quiero y estimo tanto.
Lo que decirle quisiere,
Delante se lo diré;
A las espaldas jamas.:
No han de decir que detras
De San Jerónimo hablé.
Vuestras penas declaraldas;
No diga el santo, quejoso,
Que por ser tan poderoso
Le murmuro á las espaldas.

DON FÉLIX.

Puesto que quereis que aquí
Hablemos, decid, ¿no fuisteis
Vos el que anoche vinisteis
A esta casa?

RODRIGO.

Señor, sí;
Y ¡ nunca hubiera venido...

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Hay mas rigurosa pena?

RODRIGO.

Pues me costó una cadena
La visita!

DON FÉLIX.

(*Ap.* Cierto ha sido
Mi temor: este es sin duda
El que sospechaba yo;
Este es del que Ines habló;
Ni lo niega, ni lo duda.)
Pues yo, caballero, soy
Un hombre...

RODRIGO.

Sed norabuena.

DON FÉLIX.

Que tiene de veros pena.

RODRIGO.

Pues no verme.

DON FÉLIX.

Y tal estoy
De colérico, que aquí,
Palabra me habeis de dar
De no entrar, de no pasar
Por esta calle, ó aquí
Hoy el uno de los dos
Ha de morir.

RODRIGO.

Si estuviera
En mi mano, yo lo hiciera,
Con tal que fuérades vos.
Pero yo tengo de entrar;
Que no he de dejar perdida
Mi hacienda.

DON FÉLIX.

Y yo con mi vida
Así lo sabré estorbar.
(*Empuña la espada.*)

RODRIGO.

Detened, señor, la espada,
Y mirad que no es razon,
Con tan mínima ocasion,
Dejaria en sangre bañada.
Advertid que nuestra vida
Es una, y tan mal hallada
Con nosotros, que enojada,
Apénas ve una salida,
Cuando escapa por allí:
Pues es decir (aunque viejo)
Que es de ante nuestro pellejo.
Como una breva le vi
Pasarse, porque se advierta
Su frágil sér; y así os doy
Una y mil palabras hoy
De no llegar á esta puerta...
¿Qué es á esta puerta? á esta calle
A este barrio, á este cuartel.
Palabra os doy, como fiel
Católico, no se halle
Escrito que me verán,
Si esto vuestro amor desea,
En la parroquia, aunque sea
En la de San Sebastian,
Que es bien grande.

DON FÉLIX.

Has procedido,
Como villano cobarde.

RODRIGO.

Así moriré mas tarde.

DON FÉLIX.

Pues otra palabra os pido.

RODRIGO.

No hay cosa que ya no pueda
Vuestro mando entre los dos,
Pues no me pediréis vos
Cosa que yo no os conceda.
Imaginad este dia
Todo cuanto vos quereis;
Y eso otorgo, que no habeis
De vencerme en cortesía.

DON FÉLIX.

Y cuando no, ciego y loco
Yo os lo hiciera hacer...

RODRIGO.

Confieso
Sí hiciérades, que por eso
No hemos de reñir tampoco.

DON FÉLIX.

A estocadas.

RODRIGO.

¿A estocadas?
Son favores y regalos,
Porque yo pensé que á palos,
A coces y á bofetadas:
Que espero, porque os asombre,
Procediendo siempre así,
Que no han de decir por mí:
«Aquí mataron á un hombre;»
Sino: «Aquí como un lebrel
(Desta suerte han de decir)
A un hombre hicieron huir:
Rueguen al miedo por él.»

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, DOÑA CLARA.

DON DIEGO.

Por no encontrar un criado,
Sin que os avisasen, llego
Hasta aquí.

DOÑA CLARA.

Señor Don Diego
Osorio...

DON DIEGO. (*Ap.*)

Bien lo he trazado.

DOÑA CLARA.

Sabed que hoy tuve un recado
De Beatriz, la amiga mia
Que aquí estuvo el otro dia,
Don Diego, en que me ha enviado
Para hacer otra, á pedir
Que aquesta joya la envíe;
Y para que no la fie
De su criada, á decir
Me envió que la llevaseis
Vos mismo, y que la hora es
Aquesta tarde á las tres,
Para que en casa la hallaseis;
Porque si vos la llevais,
No quede Ines enojada,
Viendo que de mi criada
Fio mas.

DON DIEGO.

Vos me mandais
Cosa, que quien estimara
Mi deseo, no la hiciera;
Pues celosa, no quisiera
Que á otra dama visitara.
La que no cela, no diga
Que quiere, porque el temor
Es una sombra de amor.

DOÑA CLARA.

Yo soy de Beatriz amiga,
¿Qué he de temer ni dudar?

DON DIEGO.

El serlo Beatriz tambien;
Que de la amiga es de quien
Hay ménos hoy que fiar.

DOÑA CLARA.

Por lo ménos vos fiais
De vos poco en la ocasion,
Pues en mi satisfaccion
Temor y recelo hallais.
Y huélgome de tener
Ocasion en que la ausencia
Hoy me sirva de experiencia,
Para tocar y saber
Si tengo que agradeceros;
Que en la oposicion del dia,
Es la noche obscura y fria.
Y así quiero yo poneros
En la ocasion, porque diga
Experiencia semejante,
La fineza de un amante,
La falsedad de una amiga;
Porque el rigor de mi estrella
Hoy se conozca en los dos,
Viendo lo que tengo en vos,
O lo que no tengo en ella.
(*Da una joya á Don Diego, y vanse.*)

Calle.

ESCENA II.

RODRIGO, DON DIEGO, *cada uno por su lado.*

RODRIGO.

Dime si puedo llegar
A hablarte, señor, y puedo
Darte dos recados.

DON DIEGO.

¿Cuyos?

RODRIGO.

Uno es mio, y otro ajeno.

DON DIEGO.

¿Y qué son?

RODRIGO.

Empezaré
Por el mio; que es muy necio
Quien tiene propios negocios,
Y hace los de otro primero.
Yo, señor Don Diego, digo
(Que para mí eres Don Diego)
Que me hagas saber si soy
Criado apócrifo; si tengo
Cuerpo fantástico, ó si
Soy mortal, y cómo y bebo;
Porque ya todos los dias
En el filósofo leo
Ni-comedes, y á las noches

Digitized by Google

En el Concilio Ni-ceno.
Esto es cuanto á mí; y en cuanto
Al liberal huésped nuestro,
Dice, señor Don Dionis,
Que nos vamos ó paguemos.

DON DIEGO.

¿Hay mas de irnos y pagarle?

RODRIGO.

¿Cómo ha de ser sin dineros?
Que ya pienso que espiraron
Los pasados cuatrocientos.

DON DIEGO.

Es verdad; pero ¿qué importa?
¿Faltará un arbitrio nuevo
Para buscarlos?

RODRIGO.

¿En quién,
Si á todos debes?

DON DIEGO.

Consejo
De mi padre es. *Sé el que debes*,
Me dijo, y soy el que *debo*.
Pero en los mismos á que hoy
Debo tanto, hallar espero
Mas dineros.

RODRIGO.

¿Pues no quieres
Que tengan de tí escarmiento?

DON DIEGO.

¡Qué poco sabes! No hay banco
Que esté mas seguro y cierto,
Que aquel que una vez prestó;
Pues por no perder aquello
Prestado, va dando mas
Sobre su mismo dinero. —
Mas, por Dios, que nos ha visto
Ines hablando.

ESCENA III.

INES. — DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Mudemos
La plática. — La cadena,
Que vos me ganasteis, tengo
De quitar aquesta noche.

DON DIEGO.

Allí la tendreis.

RODRIGO.

El cielo
Os guarde. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO, INES.

INES.

A grande ventura
Haberos hallado tengo,
Porque iba á vuestra posada,
Y ahorro del camino el medio.

DON DIEGO.

¿Pues qué me quieres, Ines?

INES.

Decidme ántes: ¿qué era aquello
Que ahora hablábades, señor,
Con aquel grande embustero?

DON DIEGO.

Yo no le conozco mas
Que aquella noche del juego.
Díjome que hoy llevaria
De la cadena el dinero.

INES.

¡Plugiera á Dios que él hiciera
Esa necedad! que vengo
De la platería de ver
Cuánto pesa, y es muy cierto
Que es falsa.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

INES.

Digo
Lo que dicen los plateros.

DON DIEGO.

¡No llegaras cuando estaba
Aquí! que viven los cielos,
Que le matara. No importa
El interes del dinero,
Pues yo le enviaré á Beatriz
Esos cien escudos luego,
Sino el término. ¡Que fácil
Es de engañar (caso es cierto)
Un hombre de bien! Ines,
Di, por dónde fué, que quiero
Seguirle.

INES.

Escúchame ahora,
Que tiempo te queda luego.
Dice mi señora que hoy
A las tres...

DON DIEGO. (*Ap.*)

Aun peor es esto.

INES.

Vayas á casa, que tiene
Que hablarte, y que estés muy cierto
A las tres en punto.

DON DIEGO.

Dile,
Ines, que sus manos beso,
Y iré muy alegre en ver
Que su memoria merezco.

INES.

Quédate con Dios.

DON DIEGO.

Quisiera
Darte algo, mas no me atrevo,
Por no tener una joya
Muy buena; mas te prometo...
Esto basta, porque soy
Muy enemigo de aquellos
Que prometen, porque al fin
Da dos veces quien da luego.
Véte con Dios.

INES.

El te guarde,
Que yo otra cosa no quiero.
(*Ap.* Ya no dormiré en mi vida,
Pensando en qué será esto
Que me ha de dar. Desta vez
Salir de laceria pienso.)
(*Vase, y queda Don Diego suspenso.*)

ESCENA V.

RODRIGO. — DON DIEGO.

RODRIGO.

Ya se fué. — ¿De que has quedado
Tan elevado y suspenso?

DON DIEGO.

¡Ay Rodrigo! dieron fin
Mis esperanzas, cayeron
En tierra las presunciones
Que levanté sobre el viento.
Beatriz supo mas que yo,
Y hoy en ocasion me ha puesto,
De donde con mis engaños
Salir vencedor no puedo.
Para su casa me llama
Hoy á las tres, y ha dispuesto
Su desengaño tan bien,
Que para esta hora ha hecho
Que Clara me envíe á su casa
Con una joya que llevo.
Si voy como Don Dionis,
Galan suyo, falto luego
Como Don Diego galan
De Clara, y tendrá por cierto
Ser uno solo. Si voy
Con esta joya primero,
Haréle falta despues,
Que es el desengaño mesmo.
Aconséjame, Rodrigo.

RODRIGO.

Si has de tomar mi consejo,
Conténtate con la una,
Y sea Clara, pues sabemos
Que es la que dineros tiene;
Que entre el amor y el dinero,
Si tuviera dos galanes
Beatriz, hiciera lo mesmo.

DON DIEGO.

¿Cómo perderé á Beatriz,
Si en ella la vida pierdo?

RODRIGO.

Pues deja á Clara.

DON DIEGO.

Eso no,
Que aspiro á su casamiento.

RODRIGO.

Pues cásate con entrambas;
Aunque yo tengo por cierto
Que has de quedar sin ninguna.

ESCENA VI.

DON JUAN. — DON DIEGO, RODRIGO.

DON JUAN.

Don Dionis, buscándôs vengo.

DON DIEGO.

Pues, Don Juan, ¿qué me mandais?

DON JUAN.

Sabed que un hombre, á quien debo
Ochocientos reales, hoy
Me aprieta mucho por ellos.
Seis dias me da de plazo,
Y aunque es verdad que yo tengo
Los cuatrocientos aquí
En plata, pediros quiero
Que para cumplir con él
Me déis otros cuatrocientos,
Pues que teneis una letra
De cuatro mil.

DON DIEGO.

¿Para eso
Era menenester hacerme
Prevenciones, siendo vuestro
Todo cuanto fuere mio?
Que os lo dé tened por cierto;
Mas no podré hasta de hoy
En cuatro dias, al tiempo
Que la letra cumple. Aquí
Está Rodrigo, que en esto
No me dejará mentir.

RODRIGO. (*Ap.*)

Si dejaré yo por cierto.

DON DIEGO.

Yo estaba diciendo ahora
Que estoy tambien sin dineros.
Lo que podemos hacer,
Porque nos acomodemos
Entrambos, es que me déis
Ahora esos cuatrocientos
Que traeis; que á los seis dias
Y ántes mucho yo me ofrezco,

Digitized by Google

Don Juan, á que á vuestra casa
Se os lleven los ochocientos.

DON JUAN.

Decis bien: veislos aquí
Atados en este lienzo.

RODRIGO. (*Ap.*)

Dióle con la camarguina.

DON DIEGO.

Toma, Rodrigo, y con estos
Paga el huésped, ve gastando,
Y no te aflijas tan presto,
Que no desampara Dios
A nadie.

RODRIGO.

Por fe lo tengo.
(*Ap.* Pero si en esta materia
Desampara á alguno, creo
Que es Don Juan.)

DON DIEGO.

De aquí á seis dias
Hay un sin fin. Ahora quiero
Deciros, Don Juan, que estoy
Con un grande sentimiento.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Beatriz me ha citado
Para dos partes á un tiempo.

DON JUAN.

Y ¿qué habeis de hacer?

DON DIEGO.

No sé,
Si bien prevenido tengo
Un engaño, que si sale
Como le imagino, creo
Que le habeis de celebrar.

DON JUAN.

Yo no imagino ni pienso
Que haya industria para hacer
Que un hombre en un mismo tiempo
Esté en dos partes, ó en una
Parte sola con dos cuerpos.

DON DIEGO.

¿No habeis oido decir
Que para todo hay remedio?
¿Vos teneis un alguacil
Amigo?

DON JUAN.

Sí, muchos tengo.

DON DIEGO.

Pues habeis de hacer que esté
Esta tarde, al mismo tiempo
Que yo vaya á entrar en casa,
De Beatriz: yo os diré luego
Para qué fin, cuando esteis
Con él en la calle puesto.

DON JUAN.

¿Pues qué se consigue así?

DON DIEGO.

Lo que os toca, es poneros
En la calle, y que esté en ella
El alguacil encubierto;
Lo demas sabreis despues.

DON JUAN.

Mirad, ¡unos pensamientos
Los mas notables teneis!
¿Quién imaginara esto
Sino vos? No vi en mi vida
Tan sutil entendimiento. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Pues aunque mas le alabeis,
No vereis los cuatrocientos.

DON DIEGO.

Ahora, Rodrigo, entra aquí
La cadena.

RODRIGO.

¿Y á qué efecto?

DON DIEGO.

Tú has de ir á su casa un poco
Antes que yo.

RODRIGO.

Yo no puedo
Entrar en su casa.

DON DIEGO.

¿Cómo?

RODRIGO.

Como hay grande impedimento.

DON DIEGO.

¿De qué suerte?

RODRIGO.

Yo, señor,
Soy liberal, y no tengo
Palabra mia.

DON DIEGO.

Prosigue.

RODRIGO.

Pidiómela un caballero
De que no entre en esa casa,
Y concedísela luego;
Porque, como tengo dicho,
Soy liberal en extremo.

DON DIEGO.

Deja esas burlas, y acaba...

RODRIGO.

¿Cómo acabar, si ahora empiezo?

DON DIEGO.

Que has de ir en cas de Beatriz.

RODRIGO.

¿Qué dirá la ley del duelo,
Si yo rompo mi palabra,
Sino que el tal caballero
Me rompa á mí la cabeza?

DON DIEGO.

Vamos, iréte diciendo
Lo que has de hacer. Si esta vez
Con industria y arte venzo
Amor, ingenio y mujer
En la ocasion que me ha puesto,
No habrá que temer á amor;
Pues seguramente puedo
Atreverme á conseguir
En dos divinos sugetos
Belleza y hacienda, gusto
E interes, honra y provecho. (*Vanse.*)

—

Calle en que tiene su casa Doña Beatriz.

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ É INES, *á la ventana.* —*Despues,* RODRIGO.

DOÑA BEATRIZ

Ines, no me han sufrido
Mis celos, que temores me previenen,
Dejar de haber salido
A la ventana á ver si acaso vienen
Don Dionis y Don Diego,
Que al templo así del desengaño llego.

(*Sale Rodrigo.*)

RODRIGO.

(*Ap.* Bien sé que yo no puedo
Escapar, cosa es clara,
Con bien desta aventura; yo tomara
En paz, de buen partido,
Media cabeza abierta. A la ventana
Beatriz está: atrevido
Quiero llegar, pero de mala gana,
A empezar lo tratado.
¡Sáqueme Dios de cómico criado!)
Porque no penseis, señora
Doña Beatriz, que pasando
Por esta calle, y mirando
En esa reja la aurora,
Puedo inadvertido yo
Huir el rostro, por no haber
Hecho hasta ahora traer
El dinero en que quedó
Empeñada la cadena,
Llego á hablaros: el intento
Disculpe mi atrevimiento.

DOÑA BEATRIZ.

La disculpa fuera buena,
A no haberse ya sabido
El engaño, caballero,
Del oro; pero no quiero
Que de mí hayais presumido
Que eso me pudo tener
Quejosa. Lo que ahora os ruego
Es que el puesto dejeis luego,
Porque no os acierte á ver
Aquí el caballero á quien
Se hizo entónces el engaño;
Porque ningun hombre, en daño
De su opinion, sufre bien
Demasías; y no fuera
Bien que á mi puerta os hallara,
Donde de ofensa tan clara
Satisfacerse quisiera;
Que sé que os anda buscando
Con solo este fin. Y así
Os pido que os vais de aquí,
Porque puede venir.

RODRIGO.

Cuando
Ese caballero venga,
Sabré con cuerdas razones
Dar tantas satisfacciones,
Que por disculpado tenga
El engaño; y si no fuere
Bastante mi cortesía,
Y con mayor gallardía
Satisfacerse quisiere,
Sabré remitir, es llano,
Culpa tan averiguada,
Desde la lengua á la espada,
Desde la voz á la mano.
Y mal hicisteis, por Dios,
En decirme que me fuera,
Si eso quereis, pues lo hiciera,
A no mandármelo vos;
Que amenazado, no puedo
En todo hoy irme de aquí,
Porque no penseis de mí
Que puede ausentarme el miedo.
Venga ese galan, á ver
Si ejecuta en mi presencia
Cuanto os prometió en ausencia.
Aunque me llega á tener
Grande ventaja, si os ama,
Y le mirais esta tarde;
Porque nadie fué cobarde
A los ojos de su dama.

Digitized by Google

ESCENA IX.

DON DIEGO.—DOÑA BEATRIZ É INES, *á la ventana*; RODRIGO.

DON DIEGO.

(*Ap*. Todo queda prevenido
Para mi engaño feliz,
Y estar ahora Beatriz
Aquí, gran ventura ha sido.)
(*A Rodrigo*.) A mí el parabien me doy
De haberos hallado aquí,
Adonde sepais de mí,
Caballero...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap*.)

¡Muerta estoy!

DON DIEGO.

Que no estoy hecho á sufrir
(Dejo aparte el interes)
Sinrazon, que ofensa es.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap*.)

Cuanto llegó á prevenir
Mi temor, ha sucedido.

INES. (*Ap*.)

Si riñen, no pienso dar
Por un reino este lugar.

RODRIGO.

Vos, señor, habeis venido
En ocasion, que aunque yo
Satisfaceros quisiera,
Por mi opinion no lo hiciera;
Porque ningun hombre dió
Satisfaccion que se pide
Delante de una mujer;
Y así ved cómo ha de ser.

DON DIEGO.

Cuando igual en mí se mide
La razon y el valor, no
Es justo que blasoneis,
Ni quiero que vos me deis
Satisfacciones que yo
Puedo tomar. Perdonad,
Beatriz, si pierdo indiscreto
A vuestra casa el respeto.—
La espada, hidalgo, sacad;
Que desta suerte pretendo
Castigar engaños, no
Satisfaceros.

RODRIGO.

Y yo
Desta suerte me defiendo.

(*Sacan las espadas y riñen*.)

DOÑA BEATRIZ.

No me ha dejado el temor
Aliento.

INES. (*Ap*.)

¡Qué gusto ofrece!

RODRIGO. (*Ap*.)

Tira quedo, que parece
Que va de véras, señor.

DON DIEGO.

Cobarde, así tu malicia
Mi espada ha de castigar.

RODRIGO. (*Ap*.)

Eso es tirar á matar.

ESCENA X.

UN ALGUACIL Y GENTE.—DICHOS.

ALGUACIL.

¡Favor aquí á la justicia!

RODRIGO.

(*Ap*. Lo que me toca es huir.)
¡Muerto soy! (*Ap*. Aquesto haré
Muy propiamente, porqué
Tengo poco que fingir.)

(*Vase, fingiendo que va herido*.)

ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ É INES, *á la ventana*; DON DIEGO, EL ALGUACIL Y LA GENTE, *en la calle*.

ALGUACIL.

Deteneos al Rey, y dadme
La espada.

DON DIEGO.

La espada no,
Porque un hombre como yo
No la ha de entregar. Llevadme
Con ella donde gusteis;
Que yo no resisto aquí
El ir preso; solo así
Resisto que me lleveis
Sin espada, pues es cierto
Que yo no tengo que hacer
Resistencia, por haber
A un hombre tan bajo muerto.
Mi palabra bastará,
Si digo que preso voy.

(*Vanse todos los de la calle*.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay Ines, temblando estoy!
Baja, y mira donde va
Preso Don Dionis. ¡Ay cielos!
Yo tuviera por mejor
Que no hubiera hecho mi amor
Esta experiencia de celos.

(*Quítanse de la ventana*.)

ESCENA XII.

DON FELIX, LEONELO.

LEONELO.

¿Cuchilladas á la puerta
De Beatriz? ¿Qué puede ser?

DON FÉLIX.

Poco me da que temer
El tener por cosa cierta
Que su galan no seria,
Que es en extremo cobarde.

LEONELO.

No hay hombre que no haga alarde
Del esfuerzo y valentía
Cuando su dama le ve.
Llenas están las historias
De mil sangrientas victorias
Que dió el amor.

DON FÉLIX.

Ya yo sé
Que hay ejemplos diferentes
De muchos hombres famosos,
Que siendo muy temerosos,
El amor hizo valientes.

LEONELO.

Ines viene aquí, y podrás
Della saber lo que es.

ESCENA XIII.

INES, *con manto*.—DON FELIX, LEONELO.

DON FÉLIX.

Dime por tu vida, Ines,
¿Qué es esto?

INES.

Tú lo sabrás.
Don Dionis, el forastero
De quien otra vez hablé
Contigo, no sé por qué
Riñó con un caballero.
Llévanle preso, y yo vengo
De seguirle adonde va,
Y supe que en casa está
De un alguacil.

DON FÉLIX.

Y yo tengo
Mayor confusion de oir
Tus razones. ¿Cuándo fué
Cuando yo contigo hablé
De Don Dionis?

INES.

¿Desmentir
Quieres mi voz, siendo yo,
Quien por templar los rigores
De tus celos, los amores
De Don Dionis te contó?
¿Que esto olvidarse pudiese?

DON FÉLIX.

No lo olvidé; pero allí
Otro galan entendí
Que el favorecido fuese,
Porque en la cadena yo
Causa hallé de sospechar.

INES.

¿Y no la pudo ganar
Quien á Beatriz se la dió?

LEONELO.

Desa suerte ya es forzoso
Que ardamos á un mismo fuego,
Yo celoso de Don Diego,
Vos de Don Dionis celoso,
Siendo cierto que uno ha sido
Con dos nombres: yo le hablé
En casa de Clara.

INES.

Fué
Un engaño en que han caido
Muchas personas: al verlos,
Esa confusion padecen;
Que en extremo se parecen,
Tanto, que no hay conocerlos.

LEONELO.

No me puedo yo engañar
Tanto, Ines, que allí creyese
Que Don Dionis mismo fuese.

INES.

¿Pues esto puede faltar,
Si yo lo he visto y lo sé?
La verdad es la que digo. (*Vase*

DON FÉLIX.

Ahora bien, venid conmigo;
Que aunque esté preso, hoy sabré
Quién es; pues de dos quejosos
Juntos no se ha de escapar;
Pues cuando quiera negar
Con engaños cautelosos
Ser el que me ofende á mí,
No podrá negar que ha sido
El que á vos os ha ofendido;
Y convenciéndole así,
Sabrémos si es uno ó dos,
Riñendo, como advertís,
Conmigo, si es Don Dionis,
Y si es Don Diego, con vos. (*Vanse*.)

—

Sala en casa de Doña Beatriz.

ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde llevaron preso
A Don Dionis, Ines? ¡Triste suceso
De mi fortuna escasa!

Digitized by Google

INES.

Yo les seguí, señora, hasta una casa
Que me dijeron que era
Del alguacil; y en ella, aunque quisiera,
No pude hablarle ó verle;
Que pusieron cuidado en esconderle,
Porque todos, señora, de una suerte
Decian que dejaba hecha una muerte;
Y aun no faltó quien dijo
Que él habia visto al muerto.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me aflijo
Con mayor causa, ¡cielos!
¡Oh! nunca examinara yo mis celos!
¡Oh! nunca le dijera
Que á tal hora á esta casa, Ines, viniera!
Pues su disgusto hubiera así excusado,
Y no me hubiera yo desengañado;
Pues ya es hora, y no viene
Don Diego Osorio.

INES.

Dime tú, ¿quién tiene
El reloj tan atento,
Que un instante no mienta ó un momento?
Las tres dieron ahora,
Aun no tarda. (*Llaman.*)

DOÑA BEATRIZ.

¿Llamaron?

INES.

Sí, señora:
Tu desengaño tiene
Efecto.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo, Ines?

INES.

Don Diego viene.

(*Vase Ines, y vuelve á salir con Don Diego, que trae otro vestido.*)

ESCENA XV

DON DIEGO.—DOÑA BEATRIZ, INES.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Hasta aquí felizmente ha sucedido,
Pues preso me imagina, y el vestido,
En algo disfrazado,
Mejor color á mi fortuna ha dado.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á ella*)

Ines.

INES.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay triste!
¿Don Dionis está preso?

INES.

Tú le viste
Llevar.

DOÑA BEATRIZ.

Así es verdad. ya de otra suerte
Hoy mi discurso la razon advierte,
Pues que conozco, cuando á verle llego,
Que aquel es Don Dionis y este Don Diego.

DON DIEGO.

La bellísima Clara,
Con cuya luz es la del sol avara,
Beatriz hermosa, os besa
La mano, y obligada se confiesa
Á su feliz fortuna,
Por pensar que la dió ocasion alguna
En que serviros pueda;
Y en tanto que ella agradecida os queda,
Esta joya os envia,
Cuyos diamantes son hijos del dia;
Y dice que si ha sido
La joya tan feliz, que ha merecido
Agradaros, no hagais otra tan bella,
Pues os podeis servir desde hoy con ella.

DOÑA BEATRIZ.

No sé qué responderos,
Pues no sé lo que debo agradeceros,
O el haber vos venido
A honrar mi casa así, ó el haber sido
Enviado de Clara;
Pero si en todo mi aficion repara,
Por todo os agradezco
Esta dicha y honor que no merezco.

INES. (*Ap. á su ama.*)

¿Qué te parece?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á ella.*)

Estoile, Ines, mirando
De espacio, y voime así desengañando;
Porque, aunque es parecido,
No es tanto como habia yo aprendido;
Que este mil cosas tiene
En que con Don Dionis no se conviene.

INES. (*Ap. á su ama.*)

No fué la luz mas clara.

DOÑA BEATRIZ.

Y ¿cómo está, Don Diego, Doña Clara?

DON DIEGO.

Para serviros, tiene
Salud. (*Ap.* Grandes recelos me previene
La atencion al mirarme;
Mucho haré ¡vive Dios! en no turbarme.)

DOÑA BEATRIZ.

Curiosidad es esta, no cuidado:
¿Estais de Clara muy enamorado?

DON DIEGO.

¿Cómo negar pudiera
Cosa que confesarla me estuviera
Tan bien? Yo á Clara quiero
Con firme amor, constante y verdadero
Tanto, sin ser la lengua lisonjera,
Como merece Clara que la quiera.
Con esto á decir llego
Que es mucho.

DOÑA BEATRIZ.

Bien está, señor Don Diego.

INES. (*Ap. á Beatriz.*)

¿De qué te has ofendido?
No es tu galan, aunque es su parecido.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á ella.*)

No, ni aquestos desvelos
Son mis celos; parécense á mis celos.

DON DIEGO.

Deste enojo el remedio es el ausencia.
Por no cansaros mas, dadme licencia.

DOÑA BEATRIZ.

Vos la teneis. Decid cuánto he estimado
A Doña Clara tan galan criado:
Que yo estimo la joya, aunque no aceto
Tan generoso término y discreto:
Y á vos os guarde el cielo.

DON DIEGO.

Bésôs las manos. (*Ap.* Con mayor recelo
De mi visita queda:
No hay quien á una mujer burlar no pueda,
Damas, las mas discretas y entendidas,
Críticas presumidas,
Las de mas arte, ingenio, industria y maña,
Quien no quiere engañaros, no os engaña.
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, INES; *luego* ISABEL.

INES.

¿Ya cesaron tus enojos?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues no habian de cesar,
Si llego á considerar
Cómo se engañan los ojos?
(*Sale Isabel con manto.*)
¿Qué hay, Isabel?

ISABEL.

Mi señora
Dice que si quieres ir
Hácia el Prado á divertir
Tus pensamientos, que ahora
Ella vendrá por aquí
En el coche.

DOÑA BEATRIZ.

Di que espero
Muy gustosa, porque quiero
Contarla un caso que á mí
Me ha sucedido.

ISABEL.

Pues luego
Vendrá.

DOÑA BEATRIZ.

Dame, Ines, el manto,
Que hoy salimos deste encanto.
¡Válgate Dios por Don Diego! (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVII.

DON FELIX Y LEONELO *por una parte, y por otra* DON DIEGO, DON JUAN Y RODRIGO.

DON FÉLIX.

En todo el lugar no ha habido
Ni aun noticia de tal preso.

LEONELO.

Yo no entiendo este suceso
Cómo tan secreto ha sido.

DON JUAN.

En fin, sucedió muy bien.

RODRIGO.

La parte que me tocó,
Lindamente fingí yo.

DON FÉLIX.

¿No es aquel, Leonelo, á quien
Vamos buscando yo y vos?

LEONELO.

Sí, pues como vos decis,
U Don Diego, ú Don Dionis,
Mal el uno de los dos
Puede escapar.

DON FÉLIX.

Pues yo llego
A hablarle: quedáos aquí,
Que si no me toca á mí,
Podeis declararos luego.
(*Llega á Don Diego, y Rodrigo empuña la espada.*)
¡Caballero!

RODRIGO.

Yo he cumplido
Mi palabra, y ¡vive Dios!...

DON FÉLIX.

Yo no hablo, hidalgo, con vos,
Ni ya esa palabra os pido.

Digitized by Google

DON DIEGO.

Pues ¿con quién?

DON FÉLIX.

A vos, señor,
En el campo hablaros quiero.

RODRIGO.

¿Es aqueste caballero
El infante vengador,
Que temerario y terrible
A todos los desafia?
Así la guarda seria
De la puente de Mantible.

DON DIEGO.

Pues guiad donde elegis
Que os siga.

DON JUAN. (*A Leonelo.*)

Si venis vos
Con ese hidalgo, los dos
Los sigamos.

LEONELO.

Bien decis.

RODRIGO.

¿Para qué? Con prometerle,
Miéntras su locura pasa,
De no entrar en esa casa,
Podreis hoy satisfacerle,
Como yo hice, vosotros;
Miéntras que con furia vana
Desafie á otros mañana,
Y se olvide de nosotros. (*Vanse.*)

—

Campo, y tapias de San Jerónimo.

ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA, ISABEL É INES, *con mantos.*

DOÑA CLARA. (*A Isabel.*)

Di que se retire el coche,
En tanto que aquí apartadas
Con mas libertad gozamos
De las lisonjas del aura.

DOÑA BEATRIZ.

Por lo ménos no serémos
Tan conocidas, y agrada
Mas el campo cuando en él
Un rato se vive y anda.

DOÑA CLARA.

Aquí puedes proseguir
Ahora la comenzada
Historia. ¿Que se parecen
Nuestros galanes?

DOÑA BEATRIZ.

Con tanta
Perfeccion, que he presumido,
Clara amiga, que la sabia
Naturaleza, perdiendo
Las excelencias de varia,
U olvidada de sí misma,
Segunda vez se retrata,
Copiando en uno y en otro
El ejemplar de una estampa.
Yo no lo creí hasta hoy,
Que el verlos me desengaña
A uno preso, y á otro libre;
Que esta sola fué la causa
De decir que me enviases
Aquella joya prestada.

DOÑA CLARA.

Cosas notables me cuentas.

INES.

Mucha gente viene.

DOÑA BEATRIZ.

·Aguarda;
Que hácia esta parte parece
Que personas retiradas
Se encaminan.

DOÑA CLARA.

Y entre ellas,
Si la vista no me engaña,
Viene Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

El será,
Porque el otro, cosa es clara
Que está preso.

DOÑA CLARA.

Con él viene
Leonelo.

DOÑA BEATRIZ.

Y los acompaña
Félix y Don Juan, y el otro,
Ines, de las cuchilladas
Desta tarde.

INES.

¿Cómo está
Tan sano, si me afirmaban
Muchos que quedaba muerto?

DOÑA BEATRIZ.

Pues no han venido sin causa.

DOÑA CLARA.

¿Qué harémos? que si nos ven,
No querrán decirnos nada.

DOÑA BEATRIZ.

Lo mejor es escondernos
Detras destas rotas tapias.
(*Escóndense las dos damas.*)

INES.

Estéril poeta es este,
Pues en un campo le falta
Hiedra, jazmin ó arrayan
Para esconder unas damas.

ISABEL.

¿No ves que estamos detras
De San Jerónimo, y basta
Que finja tapias? Y aun esas
Plegue al cielo que las haya.
(*Escóndense las criadas donde están sus amas.*)

ESCENA XIX.

DON DIEGO, DON FELIX, DON JUAN, LEONELO, RODRIGO.

DON FÉLIX.

Retírese ahora el uno
De los dos que os acompañan
Y quedarémos iguales.

DON DIEGO.

Yo remito la ventaja.—
Vuélvete, Rodrigo, tú (*Ap. á él.*)
Al lugar.

RODRIGO.

De buena gana.
(*Ap.* Con todo eso desde aquí
Tengo de ver en qué pára.)
(*Escóndese Rodrigo hácia otro lado.*)

ESCENA XX.

DON DIEGO, DON FELIX, DON JUAN, LEONELO.

DON FÉLIX.

Ahora, para saber
Con quién riño, pues se hallan
En vos uno de dos nombres,
Decid quién sois.

DON DIEGO.

Temeraria
Accion ha sido sacarme
Al campo con ignorancia,
Dudando. Si no sabeis
Quién yo soy, ¿cómo con tanta
Satisfaccion me llamasteis?
Yo soy el que soy, y basta
Haber al campo salido
Para reñir.

DON FÉLIX.

Tengo causa,
Siendo cualquiera persona
De las dos que fingis, para
Hacer esto; y así quiero
Saber cuál sois.

DON DIEGO.

Porque haga
Mi lengua ahora, y despues
Mi acero igual la venganza,
Digo que yo soy Don Diego
Osorio, y soy de Granada.

LEONELO.

Pues á mí me toca ahora
El reñir. Félix, aparta.
Yo soy quien habrá dos años
Que he servido á Doña Clara;
Y siendo Don Diego vos,
Como habeis dicho, me agravia
Vuestra pretension; y así
Viene a ser mia esta causa.

DON DIEGO.

Pues escuchadme, supuesto
Que habeis querido que haga
Esta prevencion; que luego
Dirán lo demas las armas.
Vine de Granada aquí,
Por disgustos que disfrazan
Mi nombre: esta es la razon
Por qué en la corte me llaman
Comunmente Don Dionis
Vela.

DON FÉLIX.

Pues, Leonelo, aparta;
Porque siendo Don Dionis,
Viene á ser mia esta causa.

DON DIEGO.

Escuchadme pues los dos,
De una vez dejando tantas
Disensiones, hasta que
Diga verdades mas claras;
Porque un hombre principal
Puede mentir con las damas
(Que engañarlas con industria
Es mas buen gusto que infamia,
Y los mayores señores
Lo suelen tener por gala);
Pero con los hombres no.
Y así ahora en la campaña
Digo que soy Don Dionis
Y Don Diego, y que con trazas
De hombre pobre he pretendido
Juntas á Beatriz y á Clara,
A esta por su hacienda, á aquella
Por su hermosura y su gracia;
Si bien con tanto respeto
A las dos, que mi esperanza
No se atrevió ni aun á solo
Un átomo de su fama.
Abreviad quién ha de ser
Quien ántes se satisfaga
De mí, pues tengo á los dos
Quejosos; que aquí os aguarda
El valor, que ya remito
Desde la lengua á la espada.

DON FÉLIX.

Yo seré el primero que
Castigue vuestra arrogancia.

Digitized by Google

LEONELO.

Eso no, que yo he de ser.
(*Quieren acometerse.*)

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, INES.—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Aparta, Félix, aparta,
Leonelo; porque tambien
Viene á ser mia esta causa.
Yo, Don Félix, he de ser
Quien ántes se satisfaga,
Pues me trajo mi ventura
Adonde, desengañada,
Premio tu amor con mi mano
Y castigo su ignorancia,
Para que vea cuán poco
Le aprovecharon sus trazas,
Y cuente de aquesta suerte,
Cuando volviere á Granada,
Si el engañar á mujeres
Se tiene en Madrid por gala.

DON FÉLIX.

Leonelo, reñid ahora
Vos. Libre está la campaña,
Que yo estoy ya satisfecho
De mis celos y mis ansias.
(*Vanse Don Félix, Doña Beatriz é Ines.*)

DON DIEGO.

Por lo ménos, si he perdido
Su hermosura soberana,
Las esperanzas me quedan
De no haber perdido en Clara
La riqueza.

LEONELO.

Yo, que estimo
Mas su virtud y su fama,
Lo estorbaré. (*Vuelven á acometerse.*)

ESCENA XXII.

DOÑA CLARA, ISABEL. — DON DIEGO, DON JUAN, LEONELO.

DOÑA CLARA.

Ahora me toca
A mí el defender mi causa.
Porque veais que no son
Mal seguras esperanzas,
Esta es, Leonelo, mi mano;
Que á vuestro amor obligada,
Debo toda esta fineza.
Ved si el mentir con las damas,
(*A Don Diego.*)
Y engañarlas con ingenio,
Es mas buen gusto que infamia.

LEONELO.

Si es forzoso que el efecto
Cese en cesando la causa,
Mi desafío acabó.
Libre os queda la campaña.
(*Vanse Leonelo, Doña Clara é Isabel.*)

DON JUAN [1]. (*Ap.*)

Corrido estoy, vive Dios,
De considerar que haya
Valido yo sus engaños,
Siendo tantos, que me alcanzan
A mí tambien. Hasta ahora
No conocí mi ignorancia. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

RODRIGO, *que sale de donde estaba escondido.*—DON DIEGO.

RODRIGO.

¡Buenos habemos quedado!
Aquí no hay otra esperanza
Ni otro remedio, señor,
Sino el de sacar las dagas,
Y los dos desesperados
Andar aquí á puñaladas.
¿De qué, di, te habrá servido
Ser *el hombre pobre trazas*,
Si al fin te dejamos todos? (*Vase.*)

DON DIEGO.

De mucho, si en ellas halla
Desengaños el que es cuerdo,
Mirando en mí castigadas
Estas costumbres, porqué
Escarmentando en mis faltas,
Perdonen las del autor,
Que con mayor esperanza
Hoy á serviros empieza
Donde la comedia acaba.

---

[1] El lector habrá observado que este Don Juan es personaje distinto de aquel otro á quien dejó herido en Granada Don Diego. Véase la primera escena del primer acto.

Digitized by Google

MAÑANA SERÁ OTRO DIA.

PERSONAS.

DON FERNANDO, *galan.*
DON JUAN, *galan.*
DON DIEGO.
DON LUIS, *viejo.*
EL CAPITAN CLAVIJO.
ROQUE, *gracioso.*
DOÑA BEATRIZ, *dama.*
JUANA, *criada.*
INES, *criada.*
ISABEL, *criada.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
DOÑA ELVIRA, *dama.*
FABIO.
ALGUACILES.
UN ESCRIBANO.
UN ESCUDERO.
GENTE.

La escena es en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, señor, ¿que contigo
Nada han de poder mis penas?

DON LUIS.

Tú, Beatriz, tienes la culpa;
Porque quien á pedir llega
Lo injusto, para negarlo
Ya entra dando la licencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y es injusto que tu hijo
Y mi hermano á casa venga?

DON LUIS.

Sí, Beatriz; y porque hoy
Le pongamos fin á esta
Plática tan repetida,
Escúchame un rato atenta.
Tu hermano, muerta tu madre,
Fué con mi gusto á las guerras
Del Monferrato, en servicio
Del Señor duque de Lerma [1],
A cuya sombra sirvió
A su Majestad en ellas,
Hasta que pasando á Flándes,
Que es de la milicia escuela,
Murió el Duque. — ¡Oh! quién aquí
Tocar de paso pudiera
Tal lástima, sin que el llanto
Embarazase á la lengua! —
En aqueste desamparo,
Aunque le hizo su Alteza
Merced, la mayor de todas
Fué dar á Don Juan licencia
Para venir á la corte,
Atento á tener en ella
Dos causas tan justas, como
Su pretension y su hacienda.
Vino á Madrid, y en mi casa
Le recibí con mil muestras
De amor; que aunque esté enojado,
Decir que le quiero es fuerza.
El, pues, apénas se vió
En la corte, cuando llena
Su vanidad de arrogancias
Que le dió la soldadesca,
Dejando sus pretensiones
Al necio descuido, y puesta
La atencion toda en sus galas,
Sus solaces y sus fiestas,
Trató solo de sus gustos;
Y esto con tanta indecencia,
Que sin respetar mis canas,
Ni tu estado y tu belleza,
Hizo de sus travesuras
Testigo á mi casa mesma;
Ya buscándole tapadas
Mil mujercillas en ella,
Ya mil soldados amigos
Con libertad descompuesta
Hablando en su cuarto á voces
De sus travesuras necias,
Y ya finalmente entrando
Y saliendo sin prudencia
A mil excusadas horas,
Como si mi casa fuera
Alojamiento y no casa
A quien respetar debiera
Como al fin de viejo padre,
Con una hermana doncella.
Reñíselo muchas veces,
A cuya reprension cuerda
La enmienda me prometió;
Mas nunca me dió la enmienda.
Canséme un dia con él,
Y dióme en fin por respuesta
Que él era muy grande ya
Para estar á mi obediencia
Tan subordinado; yo
Con la cólera que ciega,
Y á veces dice mil cosas
De que despues no se acuerda,
Le dije que si pensaba
Vivir de aquella manera,
Mil cuerpos de guardia habia
En Madrid: que á uno se fuera. —
Que sí haria, respondió,
Y fuése, segun me cuentan,
Con un capitan Clavijo,
Su camarada: ¡así fuera
Su cordura, como son
Sus hazañas manifiestas!
En fin, Don Juan, no contento
Con haber hecho esta ausencia,
Me puso pleito á otro dia,
Pidiendo que le dé cuenta
De un mayorazgo, que á él
Le toca, su madre muerta,
A quien yo usufructuaba,
Como esposo suyo. Esta
Demanda importara poco;
Pero para mas ofensa,
En todas las peticiones
Que da en el pleito que intenta,
No se firma mi apellido
De Ayala, sino el de Leyva,
Materno. Yo le confieso
Que el mayorazgo que hereda
Por ella, tiene gravámen
De nombre y armas; y á esta
Razon, en otra ocasion
Yo mismo el primero fuera
Que así se lo aconsejara;
Mas sobre disgustos, muestra
Que es por hacerme pesar,
Puesto que poner pudiera
Un nombre y otro, Beatriz;
Y pensar que se desdeña
De sangre tan generosa,
Que refran antiguo era
Decir: «Quien no tiene Ayala,
No tiene nada», mi fiera
Cólera aumentado ha tanto,
Que si mil siglos viviera,
En mil siglos no me habia
De entrar por aquestas puertas.
Y así, en tu vida, Beatriz,
A aquesta plática vuelvas;
Sino, pues tienes ya cosas
De que cuidar, no te metas
En las cosas de tu hermano.
Por puntos mi amor espera
A Don Fernando Cardona,
Tu esposo, con quien ya hechas
Estan capitulaciones,
Por poderes, en ausencia.
Trata de galas y joyas,
Y de Don Juan no te acuerda.
Estése él donde quisiere.
Yo le entregaré su hacienda;
Pero mire lo que hace,
Y á mi casa no me venga;
Que le echaré, vive Dios,
Por un balcon, si entra en ella.

DOÑA BEATRIZ.

Espera, señor, aguarda.
(*Vase Don Luis.*)

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Fuése, sin que yo le diera
De todos aquellos cargos
Por mi hermano la respuesta.

JUANA.

A mi parecer, señora,
De tener razon no deja.

DOÑA BEATRIZ.

Sí hace, pues la mayor que él
Tiene, es, que mudarse emprenda
Su apellido, sin mirar
Cuán vana pretension fuera
El pedir un mayorazgo
Con una cláusula expresa,
Faltando en los pedimentos
A las condiciones della.
Mas ¡ay de mí! bien me dijo
Que yo en esto no me meta,
Pues tengo de qué cuidar;

[1] Don Francisco Gomez de Sandoval, segundo duque de Lerma, nieto del célebre ministro de Felipe III. Murió á 11 de noviembre de 1635.

Y es verdad, que de manera
Siento el ver cuánto es forzoso
Tomar estado, que muerta
Estoy de confusas ansias;
No porque yo causa tenga
Que en un átomo se oponga
De mi padre á la obediencia,
Sino porque mi altivez,
Mi vanidad y soberbia,
Sentir entregarse á un hombre,
Que nunca le he visto, es fuerza,
(*Ruido dentro.*)
Pues... Mas mira qué es aquello.

JUANA.

En casa, por esa puerta,
Que á la calle cae del Cármen,
Señora, una silla entra.

DOÑA BEATRIZ.

Pues yo no estoy avisada
Hoy de visita: quién sea
No sé.

JUANA.

Quizá pasará
A esa otra calle. ¿No echas
De ver, que hay de los Preciados
Al Cármen correspondencia?

DOÑA BEATRIZ.

¡Cuántas veces á mi padre
Le he dicho clave esta puerta
De enmedio, y cierre este paso!

JUANA.

Pues ya la dama se apea
De la silla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién será?

JUANA.

Paréceme que es aquella
Que ayer queria alquilar,
Señora, esta casa nuestra
Del lado, que está vacía;
Y ella lo dirá, pues entra.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA.—DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA ELVIRA.

Amiga, dame los brazos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Oh Elvira hermosa! tú seas
Muy bien venida.

DOÑA ELVIRA.

Mal puede,
Aunque á verte, Beatriz, venga,
Ser hoy, Beatriz, bien venida
Quien á verte viene muerta.

DOÑA BEATRIZ.

La hora, el no haberme avisado,
Y el hablar desa manera,
Ya de algun disgusto son,
Mas que indicios, evidencias.
¿Qué traes?

DOÑA ELVIRA.

Yo te lo diré,
Pues solo á eso vengo.

DOÑA BEATRIZ.

Entra
Al estrado.

DOÑA ELVIRA.

Bien estámos
Aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Aquesas sillas llega,
Juana.—Prosigue.

DOÑA ELVIRA.

Quedemos
A solas.

DOÑA BEATRIZ.

Salte allá fuera. (*Vase Juana.*)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA ELVIRA.

Ya te acuerdas, Beatriz mia,
De un dia que mis tristezas
Se consolaron contigo,
Franqueándote las puertas
A todo el murado alcázar
De mi pecho: ya te acuerdas
Que te dije que la causa
De mis sentimientos era
Amor, porque agradecida
A las continuas finezas
De un caballero, les di
A mis ojos mas licencia
De la que debieran darles
Ó mi estado ó mi nobleza.
No te dije el nombre entónces,
Ni ahora importa que le sepas;
Que no le conoceras,
Aunque nombrártele quiera;
Que es soldado, que há muy poco
Que vino á Madrid. Mi estrella
(Que aunque no fuerza, Beatriz,
Inclina con tal violencia,
Que en mí apénas se distingue
La inclinacion de la fuerza)
Me rindió á sus muchas partes;
Que aunque defenderse quiera
Una mujer, cuando amor
Poner sitio á un alma intenta,
Volando minas de fuego,
Se burla de las defensas.
Dile ocasion que me hablase,
Siendo la noche tercera
De mis yerros, añadidos
A los hierros de una reja.—
Dejemos en este estado
Nuestra igual correspondencia
Y vamos á la ocasion
Que la turba y que la altera.
Un caballero que há dias
Que me sirve y me festeja,
A quien yo desobligada
Respondí con aspereza,
Vino una noche á la calle,
Y hurtando (¡ay de mí!) la seña
A mi amante (que un celoso
No hay cosa, en fin, que no emprenda),
Hizo la seña en la calle.
Abrí yo, engañada, á ella
La celosía; y aun ántes
Que desengañar pudiera
Los ojos y los oídos,
El otro vino; y como estas
Cuestiones son Alcoran,
Que la espada las sustenta,
Y no la razon, al punto
Que á reconocerse llegan,
Con las espadas se dan
La pregunta y la respuesta.
Yo, que confusa y turbada,
Aun para cerrar la reja
No tuve ánimo, advertí
Que, al mucho ruido, diversas
Gentes con luz acudieron
A embarazar la pendencia.
Si ellos despues se buscaron,
No sé; solo sé que atenta
A darle satisfacciones
Con mil rendidas finezas,
A otro dia le escribí
Un papel; él, con la ciega
Informacion de sus ojos,
Ni le estima ni le precia.
Volvió á la calle otras noches,
Pero no volvió á la reja;
Que con el duelo y los celos
Quiso cumplir, porque vea
Aquel, que de allí no falta,
Y yo, que á mí no se acerca.
Yo pues viendo en mis desdichas
Tan culpada la inocencia,
Que tiene razon, y no
Tiene razon de tenerla,
Hoy un papel le he enviado,
Diciéndole que esta mesma
Tarde en Atocha me espere.
Ahora tu papel entra.
Yo no puedo (ya tú sabes
Cuánto mi tia me cela)
Salir de mi casa sola;
Y aun esta venida, piensa
Que es tan á hurto, que imagina
Que en el cuarto de Marcela
Estoy haciendo labor:
Allí aqueste manto, y esa
Silla tomé. Lo que vengo
A pedirte, Beatriz bella,
Es que esta tarde por mí
Vayas en tu coche: ella
No puede salir de casa,
Porque se siente indispuesta;
Y solamente contigo
Me dejará ir. Beatriz, esta
Fineza te he de deber.
Mis sentimientos consuela,
Mis venturas facilita,
Mi desgracia lisonjea,
Mis desventuras mejora,
Y mis ahogos alienta:
Así no tengas amores,
O con ventura los tengas.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho me ha pesado, Elvira,
Que tan ciegamente vengas
A pedirme á mí una cosa,
En que servirte no pueda.
¿Cómo quieres que en mi coche
Nadie hable? ¿No consideras
Cuánto soy yo conocida,
Y mas en parte, que es fuerza
Que haya tanta gente?

DOÑA ELVIRA.

A eso
Es muy fácil la respuesta.
Apearémonos del coche,
Y dando á las tapias vuelta,
Por el portillo saldrémos
Al ir á entrar en la iglesia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quieres tú que dos mujeres
En este traje, que es fuerza
Llevar, salgan por portillo?

DOÑA ELVIRA.

Disfrazarnos de manera,
Que nadie el traje repare.

DOÑA BEATRIZ.

Tú nada miras ni piensas.

DOÑA ELVIRA.

Yo hablo como enamorada;
Tú oyes libre.

DOÑA BEATRIZ.

Considera
Cómo podemos salir
Las dos de las casas nuestras
Disfrazadas.

Digitized by Google

DOÑA ELVIRA.

Para eso
Remedio hay.

DOÑA BEATRIZ.

No sé cuál sea.

DOÑA ELVIRA.

Leonor, una amiga mia,
Y de mucha confidencia.
Pasaremos por su casa,
Como que vamos por ella,
Y allí podremos dejar,
Apeándonos á verla,
Estos vestidos y mantos,
Tomando otros; pues es fuerza
Que de su criada ó suyos
Á propósito los tenga;
Que aun para esto viene bien
El vivir, Beatriz, muy cerca,
Pues del Olivo en la calle.
Vive, que es aquí á la vuelta.

DOÑA BEATRIZ.

Tú lo facilitas todo
Con tu dolor de manera,
Que aunque de muy mala gana,
Contigo iré, como adviertas
Que ha de ser aquesta vez
La primera y la postrera
Que de mí, Elvira, te acuerdes
Para cosas como estas.

DOÑA ELVIRA.

Hazme hoy aquesta merced;
Que despues cuanto tú quieras
Será.

DOÑA BEATRIZ.

Ahora bien, por ti iré
Esta tarde.

DOÑA ELVIRA.

Adios te queda.

DOÑA BEATRIZ.

El te guarde.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Ay, ciego amor!
Alguna piedad te deban
Mis ansias.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Oh! á cuánto obliga
Tener una amiga necia! (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR É ISABEL, *con mantos;* DON JUAN.

DON JUAN.

Licencia me habeis de dar
Para que os vaya sirviendo.

DOÑA LEONOR.

Antes rogaros pretendo
Que os quedeis, por excusar
El que no demos los dos
Que decir.

DON JUAN.

Grosero fuera,
Leonor, si no me ofreciera
(Habiendo visto que vos
Tan sola y á pié venis)
A cumplir mi obligacion,
Hallándome á esta ocasion:
Y el reparo que advertis
En quien nos ve, es excusado,
Pues esta justa asistencia
Es de criado licencia,
Y yo soy vuestro criado.

DOÑA LEONOR.

¡Oh qué de cosas, Don Juan,
Si tan de paso no fuera,
A eso mi voz respondiera!
Baste decir que no están
De vuestros divertimientos
Tan ignorantes mis penas,
Que no sepan, de ansias llenas,
Hasta vuestros pensamientos.
Si hoy de mi casa salí
Tapada, á pié y sola, fué
Porque fui cerca, y porqué
No habia mas gusto en mí
De vestirme y de tocarme:
Si vos acaso os hallais
A esta ocasion, mal pensais,
Don Juan, en acompañarme;
Porque, si bien lo advertis,
Mucho mas justo sería...

DON JUAN.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Que acompañeis de dia
Donde de noche reñis.

DON JUAN.

Yo no os entiendo (¡ay de mí!)
Si mas claro no me hablais.

DOÑA LEONOR.

¿No me entendeis?

DON JUAN.

No.

DOÑA LEONOR.

¿Y gustais
De que hable mas claro?

DON JUAN.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Pues esta noche os espero
En mi casa: allá podré
Hablar mas claro, porqué
Ahora en la calle no quiero
Que al repetir la razon,
Que de vuestros fingimientos
Tienen hoy mis sentimientos,
La cólera ó la pasion
Algo me obligue á decir.
Esta noche lo sabreis,
Si esta noche no teneis
Otros celos que reñir.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

EL CAPITAN CLAVIJO.—DON JUAN.

DON JUAN. (*Para sí.*)

¿Quién le habrá dicho á Leonor
Todo lo que ha sucedido?

CAPITAN.

¿De qué estáis tan divertido?
¿Son celos, pleito ó amor?
Que como todo esto junto
En vos está, por no errar
La causa de ese pesar
De una vez os la pregunto.

DON JUAN.

Son tan grandes mis desvelos,
Que con sentir el rigor
De celos, pleitos y amor,
Ni es pleito ni amor ni celos
Lo que me entristece. ¿Hay cosa
Como que ya haya sabido
El disgusto que he tenido,
Leonor? Aquí, muy celosa,
En él, capitan, me ha hablado.

CAPITAN.

Si amar a dos no tuviera
Esas pensiones, ¿hubiera
Tan felicísimo estado
Como amar, Don Juan, á dos,
Sin que llegara á saber
Una de otra? ¿Queriais ser
El primer amante vos,
Que gozase sin recelos
Tan envidiable fortuna,
Como dar favores una
Sin que otra pidiese celos?
Quitad de ahí, y persuadido
Os consolad, juro á Dios,
Con que el don de tener dos
En paz, nadie le ha tenido.

DON JUAN.

Yo amo á Elvira, porque della
Me ha rendido la hermosura;
Yo sirvo, no sin ventura,
A Leonor, que no es tan bella,
Porque es pobre Doña Elvira
Y casar con ella temo.
Leonor es rica en extremo,
Y á eso mi atencion aspira;
De modo que en competencia
Sirve á las dos mi aficion,
La una por inclinacion,
La otra por conveniencia;
Y así, no mi voluntad
Admira que una supiese
De otra, mas quién lo dijese.

CAPITAN.

Esa es otra necedad.
Pues habiendo vos reñido
En una calle, y llegado
Tanta gente allí, ¿admirado
Estáis de que se ha sabido?
Alguno que os conoció
Acaso se lo diria.
Mas ¿dijo ella que sabia
Quién era la dama?

DON JUAN.

No.

CAPITAN.

¿Ni el hombre?

DON JUAN.

Tampoco, que
No era hablar aquí decencia.

CAPITAN.

¿De modo que la pendencia
Sabe, y no mas?

DON JUAN.

No lo sé.
Que á la noche lo dirá,
Dijo; y no sé, tal me veo,
Cómo esperar mi deseo
De aquí á la noche podrá.

CAPITAN.

Mirad, aunque convencido
Os veais, negad osado,
Don Juan; que lo bien negado
Nunca ha sido bien creido.
Dejad que hable ella primero,
No os coja á palabras, que es
Grande ignorancia; y despues
Que os haya hecho el cargo entero,
Dad en hacerla entender
Que la pendencia y pesar
Fué por quereros capear,
Que hoy es fácil de creer.
Y ahora, por poder mejor
Vencer ese enojo ciego,
Vamos á ver dónde hay juego,
Que es el despique de amor.

DON JUAN.

Tengo un negocio que hacer.

Digitized by Google

CAPITAN.

¿Qué es?

DON JUAN.

Aquí esperando estoy
De un amigo el coche; que hoy
Ir á Atocha he menester.
Doña Elvira allí me espera,
Que en disculparse porfía,
Y yo la dije que iria.

CAPITAN.

Siendo de aquesa manera,
Yo tambien tengo que hacer.

DON JUAN.

Pues, ¿y qué es?

CAPITAN.

Irme con vos,
Porque viviendo los dos,
Juntos, no ha de suceder
Otra vez reñir sin mí.
De vuestra casa os salistes,
A mi posada os venistes:
No ha de decirse que fui
Amigo como el broquel,
Que anda todo el año al lado,
Y solo el dia ha faltado
Que quieren servirse dél.

DON JUAN.

Yo no he de ir acompañado.

CAPITAN.

Aquesa atencion tuviera
Su justo lugar, si él fuera
El que os hubiera llamado;
Pero ella ¿por qué? Supuesto
Que vos sois llamado á oir
Disculpas, y no á reñir...

DON JUAN.

Con todo, yo estoy dispuesto
A irme solo.

CAPITAN.

Aquí no hay duelo,
Y si le hay, es solo mio,
Pues lo reparé, y mi brio
No consiente, vive el cielo,
Con escrúpulo quedarme.

DON JUAN.

Vamos, ya que en eso dais,
Que el coche es el que mirais,
Aunque temo ha de culparme
Elvira.

CAPITAN.

Que os culpe ó no,
Podeis tener por consuelo
Que ninguna Elvira el duelo
Sabe tan bien como yo. (*Vanse.*)

—

Huerta inmediata al convento de Atocha.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA y DOÑA BEATRIZ, *disfrazadas y tapadas.*

DOÑA ELVIRA.

¿Ves cómo no ha tenido
Ningun inconveniente haber venido
Hasta aquí disfrazadas?
Pues saliendo de casa bien tapadas,
Con habernos entrado
En casa de Leonor, á quien fiado
Habemos el secreto,
Mudamos traje. ¿Ves cómo en efeto,
Dejando del convento en esa puerta
El coche, hemos llegado hasta esta huer-[ta,
Que es donde yo le dije que estaria
Sin riesgo alguno?

DOÑA BEATRIZ.

Aun no es pasado el dia.

DOÑA ELVIRA.

Grande desconfianza
Es la tuya.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad: como no alcanza
Mi recato estos lances, aun no puedo
En el primero haber perdido el miedo.

DOÑA ELVIRA.

¿Que en tu vida has tenido
Pasion de amor?

DOÑA BEATRIZ.

Su nombre no he sabido,
Y cuando le supiera,
No me obligara á que este exceso hicie-[ra.

DOÑA ELVIRA.

No hables tan libremente, [siente
Beatriz; que aunque tu pecho ahora no
Este mortal, este rabioso efeto
De amor, está sujeto
A sentirle y llorarle; que al fin eres
De la pasta de todas las mujeres.

DOÑA BEATRIZ.

No soy, pues que no creo
Que mi altivez arrastre mi deseo.—
Y esto aparte dejado,
Lo que mi amor, Elvira, te ha encargado,
Pues por tí se aventura en semejante
Trance, has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es? di.

DOÑA BEATRIZ.

Que ese tu amante
No sepa quien yo soy, pues que de nada
Te servirá.

DOÑA ELVIRA.

Diré que eres criada
De la amiga de quien yo me he fiado.

DOÑA BEATRIZ.

Y á ella di, ¿quién soy, no la has callado?

DOÑA ELVIRA.

Claro está. (*Ap.* Si supiera
Que yo á Leonor la dije que ella era
La que á mí me traia,
Si bien callé su nombre, ¿qué diria?
¡Oh cuánto la pesara!)

DOÑA BEATRIZ.

Muy tarde es, y no viene.

Voz dentro.

Pára, pára.

DOÑA BEATRIZ.

Un coche que ha llegado
Por fuera de las tapias, ha parado
Allí.

DOÑA ELVIRA.

Y el que se apea,
Es mi amante.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¿Quién hay que mi mal crea?
Que este es Don Juan.) Por Dios, Elvira,
[amiga...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué tienes?

DOÑA BEATRIZ.

Que quien soy, tu voz no diga.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué turbacion tan rara!

ESCENA VIII.

DON JUAN y el CAPITAN. — DOÑA ELVIRA; DOÑA BEATRIZ, *que se retira á un lado.*

DON JUAN.

Aunque pequeñas
Luces de vos da el traje, por las señas
Os conozco, y atento el pecho mio
Viene á cumplir con vos el desafío
A que he sido llamado.

CAPITAN.

Perdonad el venir acompañado.
Que es porque sus temores le avisaban
Que eran, señora, dos las que esperaban.

DOÑA ELVIRA.

Yo, señor capitan, que hayais venido
Con Don Juan agradezco; que si ha sido
Preciso que sepais las ocasiones
De sus quejas, de mis satisfacciones
Es justo que seais participante.

CAPITAN.

Para saber quién sois no es importante
Satisfacerme á mí vuestro cuidado;
Que bien sabe Don Juan cuánto he cul-[pado
El que él, señora, os culpe,
Y que á vos con vos misma no os disculpe.
Yo estoy bien satisfecho;
Satisfacedle á él; y pues sospecho
Que juega amor, en fin como fullero,
Mano á mano mejor que con tercero,
Hácia allí me retiro.

DOÑA ELVIRA.

Discreto sois.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay cielos! ¿que esto miro?
Pero disimular será forzoso.

DOÑA ELVIRA.

La razon que teneis de estar quejoso,
No os la puedo negar, Don Juan; mas
[puedo
Quejarme yo de tan injusto miedo
Como de mí teneis, imaginando
Que esté culpada, cuando
Debeis á mis tristezas
Tan rendidas finezas
Como vos mismo veis.

DON JUAN.

Ingrata Elvira,
¿Pudo, decidme, nunca ser mentira
La comprobada causa de mi queja?
¿Yo no ví un hombre hablando á vuestra
Con vos misma? [reja

DOÑA ELVIRA.

Es verdad; pero pensaba
Que érades vos, Don Juan, con quien ha-
[blaba.

DON JUAN.

Yo siempre, Elvira, creo,
Aun mas que á lo que escucho, á lo que
Aquello ví, esto escucho: [veo.
Con evidencias, no sospechas, lucho;
Y así, desengañarme (¡ay Dios!) no pue-
[do.

DOÑA ELVIRA.

No déis voces, Don Juan, hablad mas
[quedo.

ESCENA IX.

DON DIEGO, FABIO. — DICHOS.

DON DIEGO.

Dejadme, Fabio.

FABIO.

Mirándos
Desta manera, Don Diego,

Digitized by Google

A pié, solo y sin color,
En el campo, ¿cómo puedo
Dejaros? Desde el caballo
Os vi, y á seguiros vengo,
Porque me he de hallar con vos
Hoy en cualquiera suceso.
¿Qué teneis?

DON DIEGO.

¿Qué he de tener,
Sino desdichas y celos?
Disfrazada sigo á Elvira,
Porque del disfraz infiero
El último desengaño
De mi vida; y mas si advierto
Ahora (¡ay de mí!), Fabio amigo,
En que es aquel caballero
El que en su calle me ha dado
Tantos pesares, y el mesmo
Con quien reñí la otra noche.
Ya os conté todo el suceso.

FABIO.

Sí, ¿mas qué pensais hacer?

DON DIEGO.

Pues ¿cómo preguntais eso?
¿Qué he de querer hacer, cuando
Estoy á mi dama viendo
Disfrazada hablar con otro,
Sino morir? Pues no creo
Que nadie que honrado fuere,
A la vista de sus celos
Pudiera tener jamas
Cordura ni sufrimiento.

FABIO.

Pues haced lo que quisiereis,
Que con vos á todo vengo.

DON DIEGO.

Sois mi amigo.

DOÑA ELVIRA.

En fin, ¿no hay
Modo de satisfaceros?

DON JUAN.

No, miéntras que yo no sepa
Que de vos ese Don Diego
Está muy desengañado.

DON DIEGO. (*Llegando á los amantes.*)

De mí lo sabréis mas presto.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay infelice!

DON DIEGO.

Y de hallaros
Hoy en el campo me huelgo,
Donde mejor que en la calle
Vea esa dama que puedo
Vengar en vos sus ofensas.
Sacad la espada: otro medio
No hay en celos declarados,
Que quedar vengado ó muerto.

DON JUAN.

Ni yo...

DOÑA ELVIRA.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Supe nunca
A tales atrevimientos
Responder de otra manera.

DOÑA ELVIRA.

¡Falte á mi vida el aliento!
(*Desmáyase.*)

DON JUAN.

¡Cayó desmayada Elvira!

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay infeliz!

CAPITAN.

¿Qué es aquello?
—Don Juan, á tu lado estoy.
¡Mira si el venir fué bueno!

(*Vanse riñendo Don Juan y el Capitan, con Don Diego y Fabio.*)

ESCENA X.

ALGUACILES, UN ESCRIBANO.—DOÑA BEATRIZ, *tapada*; DOÑA ELVIRA, *desmayada*; DON DIEGO Y EL CAPITAN, *dentro*.

UN ALGUACIL. (*Dentro.*)

¡Cuchilladas, cuchilladas!
Señor Ortiz, corrá presto.
Ya que en aquesta ocasion
En estas huertas nos vemos,
Venga, escribirá la causa.

(*Cruzan la huerta unos alguaciles y un escribano.*)

ESCRIBANO.

Que me place, voy corriendo. (*Vanse.*)

DOÑA BEATRIZ.

¡Quién esconderse pudiera
En el mas oscuro centro!
Sin saber adonde, voy
De mis desdichas huyendo. (*Vase.*)

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Muerto soy. ¡Ay de mí!

CAPITAN. (*Dentro.*)

Uno
Ya dió consigo en el suelo.

ESCENA XI.

DON FERNANDO, ROQUE, PEDRO.—DON JUAN, FABIO, UN ALGUACIL, *todos dentro*; DOÑA ELVIRA, *caida en el suelo*.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

Apéate, Roque; y tú,
Cuenta con las mulas, Pedro.

ROQUE. (*Dentro.*)

No te apees tú, señor,
Pues ¿quién te mete á tí en eso?

DON JUAN. (*Dentro.*)

Muera este otro.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

Aqueso fuera,
A no haber llegado á tiempo
Yo, que viendo esa ventaja,
Le defenderé.

Voces dentro.

¿Qué es esto?

ALGUACIL. (*Dentro.*)

¡Favor aquí á la justicia!

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

Retiraos, caballero,
A esa iglesia.

ROQUE. (*Saliendo.*)

¡Que en mi vida
Llegase yo á mejor tiempo!

FABIO. (*Dentro.*)

¿Cómo me he de retirar,
Un amigo herido ó muerto?
Vive Dios, que he de morir
En venganza.

TODOS.

Deteneos
A la justicia.

FABIO. (*Saliendo.*)

Forzoso
Es ya retirarme, habiendo
Justicia ó gente llegado. (*Vase.*)

ALGUACIL.

Sigamos al que va huyendo.
(*Vase tras Fabio.*)

DON FERNANDO. (*Saliendo.*)

Acudamos al herido
Los dos, Roque.

ROQUE.

¡Bueno es eso!
¿Quién mete á los dos en ser
Los Tobías destos tiempos?
(*Vanse Don Fernando y Roque.*)

ESCENA XII.

EL CAPITAN, DON JUAN.—DOÑA ELVIRA, *caida*.

CAPITAN.

Don Juan, estando uno herido,
Y tanta gente acudiendo,
Mal en esperar aquí
Haremos ya; y pues que vemos
Que la justicia al que huyó
Sigue, vámonos.

DON JUAN.

No puedo,
Que está desmayada Elvira.

CAPITAN.

En aquese coche nuestro
La llevemos á su casa,
Alguna causa fingiendo.

DON JUAN.

Decís bien; mas ¿la criada?

CAPITAN.

Por el campo se fué huyendo.

DON JUAN.

Busquémosla, no por ella
Nos descubran.

(*Toma á Doña Elvira en brazos.*)

CAPITAN.

Ya no es tiempo,
Llévesela el diablo.—Corre
A toda priesa, cochero. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Señor, pues que ya al herido
Han metido en el convento,
Y el delincuente tambien,
Segun dicen, está dentro,
Volvámonos con las mulas,
Pues que venimos contentos
A bodas, y no á pendencias.

DON FERNANDO.

¡Cuánto haber llegado siento
A Madrid, en ocasion
Que lo primero que encuentro
Es una desdicha!

ESCENA XIV.

ALGUACILES.—DON FERNANDO, ROQUE; *despues*, DOÑA BEATRIZ.

ALGUACIL.

Pues
Prender ninguno podemos.
Una mujer, que esconderse
Vi, cuando venía corriendo,

Digitized by Google

Y ahora por allí viene,
Dirá quién son.

(*Sale Doña Beatriz huyendo, y rodéanla los alguaciles.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Amparándose de Don Fernando.*)

Caballero
(Que vuestro valor y señas
Dan claras muestras de serlo),
Una mujer infelice
Soy, que aunque en esto me veo
Tengo mucho que perder:
Mas soy de lo que parezco.
No permitais que me prendan,
Porque se aventura en esto
Mucho honor y muchas vidas.
Que me déis lugar, os ruego,
Para que pueda tomar
Un coche (¡ay de mí!) que tengo
Cerca de aquí.

DON FERNANDO.

Así lo haré.—
(*A los alguaciles.*)
Hacedme merced, os ruego,
De que no la prendais.

ALGUACIL.

¿Cómo,
Con un desafío y un muerto,
Quereis que en eso os sirvamos?

ROQUE.

Muy en la razon se han puesto.
Llévenla ustedes, que es justo,
Y guarda tú tu dinero.

DOÑA BEATRIZ.

Mirad que me va la vida,
Y aun la vida es de lo ménos.

DON FERNANDO.

Ahora bien, si no quereis
Por la conveniencia hacerlo,
Será de otra suerte.

ALGUACIL.

¿Cómo?

DON FERNANDO.

Desta suerte.— Escapad presto;
Que ninguno irá tras vos,
Si yo este paso defiendo.

ROQUE.

Enquijotóse mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Dadme ánimo y valor, cielos,
Hasta que tome mi coche. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON FERNANDO, ROQUE, ALGUACILES; PEDRO, *dentro*.

ALGUACIL.

Vaya uno y embargue luego
Las mulas y las maletas.

PEDRO. (*Dentro.*)

Eso será si yo quiero.
Mas que ellas ha de correr
Quien me alcance.

ROQUE.

El mozo, huyendo
Con ellas, vuelve al camino.—
¿Venir á bodas es esto?

ALGUACILES.

¡Favor aquí á la justicia!

ROQUE.

Iglesia me llamo, perros.
(*Vanse acuchillándose.*)

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA XVI

DOÑA LEONOR, ISABEL, *con luces*.

DOÑA LEONOR.

Isabelilla.

ISABEL. (*Dentro.*)

Señora.

DOÑA LEONOR.

Pon unas luces ahí.

ISABEL.

Ya están las luces aquí. (*Sale.*)

DOÑA LEONOR.

Pues salte allá fuera ahora,
Y advierte lo que te mando.
Si ántes que Elvira volviere
Por sus vestidos, viniere
Don Juan, dile que entre; y cuando
Venga Elvira, por la puerta
Del corredor entrará;
No vea quien aquí está.
Tendrásla la puerta abierta
Desde luego, y dila que es
Un deudo el que está conmigo.
¿Entiendes bien lo que digo?

ISABEL.

Sí, señora.

DOÑA LEONOR.

Vete pues,
Que yo con mi pensamiento
Quiero un rato descansar,
Por ver si puedo apurar
Lo que lloro y lo que siento.
(*Vase Isabel.*)

ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR.

Dos noches há que un criado,
Que tarde á casa venia,
Me contó cómo se habia
En una pendencia hallado
De Don Juan, y que escuchó
A un hombre que la contaba,
Que Don Juan se acuchillaba
Por una dama; aunque no
Dijo la dama quien era.
Pero yo, para apurar
Toda el alma á mi pesar,
He de fingir de manera
Que sé la dama quién es,
Que él á confesarlo venga,
Si no es que salida tenga
Su ingenio á todo despues.
Mal hice hoy en prevenir
Mi enojo; que es haber dado
Tiempo para haber pensado
Lo que ahora ha de decir.

ESCENA XVIII.

DON JUAN.—DOÑA LEONOR.

DON JUAN. (*Ap.*)

Llevó el Capitan á Elvira
A su casa, previniendo
Que habia de entrar diciendo
A su tia esta mentira:
Que su coche se volcó,
Y que siendo conocida
Dél, hallándola sin vida,
A ampararla se ofreció.
Sus razones cortesanas,
Y el ir desmayada ella,
Pudieron satisfacella;
Y yo, aunque penas tiranas
Me afligen, disimulando
De igual suceso el rigor,
Me atrevo á hablar á Leonor;
Que estoy temiendo y dudando
Hasta saber si ella sabe
Que Elvira es por quien reñí;
Y por desmentir así
Culpas de empeño tan grave
Como hoy me han sucedido,
Vengo...

DOÑA LEONOR.

¿Quién es?

DON JUAN.

Yo, Leonor,
Soy; que no pudo mi amor
Mas tiempo haber suspendido
Venir á veros; y así,
Apénas anocheció,
Cuando en vuestra casa yo
A entrar, Leonor, me atreví.
Y aunque pudiera traerme
Solo el gusto de miraros;
El deseo de escucharos
Es el que hoy pudo moverme
A venir tan presto, pues
De las quejas que hoy me disteis
Y para ahora remitisteis,
No sé cuál la ocasion es.

DOÑA LEONOR.

Si vos, Don Juan, la ignorais,
Yo, Don Juan, os la diré,
Porque pienso que la sé.
¿Qué dama es una que amais,
Por quien la pasada noche
Reñisteis?

ESCENA XIX.

DOÑA BEATRIZ, *dentro*.—DON JUAN, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ. (*Dentro.*)

Pára.

DON JUAN.

A eso diera
Disculpas, si no sintiera
Que á vuestras puertas un coche
Ha parado. Decid vos
Quién viene á veros, diré
Yo qué disgusto ese fué.

DOÑA LEONOR.

¡Oh! qué distante en los dos
De la queja es la razon!
¡Pluguiera, Don Juan, al cielo,
Que tuviera mi desvelo
Tan fácil satisfaccion
Como el vuestro le tendrá!

DON JUAN.

No muy fácil, si es que advierto
Que habiendo la puerta abierto
Que cae al corredor, ya
Gente entra por ella. Ver
Tengo quién es.

DOÑA LEONOR.

Detenéos,
Que sin verla, los deseos
Vuestros yo satisfacer
Puedo.

DON JUAN.

¿Para esto, tirana,
Me dijiste que viniera
A verte esta noche?

DOÑA LEONOR.

Espera,
Que tu presuncion es vana.

Digitized by Google

DON JUAN.

¿Cómo, si habiendo parado
Un coche á tu puerta, ya
Dentro de esa cuadra está
La gente que se ha apeado?

DOÑA LEONOR.

Escucha, y despues podrás
Hacer cuanto tú quisieres.

DON JUAN.

Pues dilo presto, si quieres
Que yo te escuche.

DOÑA LEONOR.

Sabrás
Que hoy una amiga ha venido
A mí muy enamorada
De un galan: ir disfrazada
La importó, y á mí un vestido
Me pidió; yo amiga fiel
Se le dí, y así estará
Deshaciendo el trueco, ya
Que viene de hablar con él.

DON JUAN.

Si no la veo, no creo
Que sea verdad.

DOÑA LEONOR.

Desde aquí,
(*Llevándole á una puerta.*)
Sin que te vea ella á tí,
Sabrás si es verdad.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué veo!
¡Vive el cielo, que es Beatriz,
Mi hermana! Pues ¿cómo, cielos,
Los celos de amor á celos
De honor pasan? ¡Qué infeliz
Soy! Mal resistir podré
Desdicha tan inhumana,
Mirando que ande mi hermana
En estos lances.

DOÑA LEONOR.

¿De qué,
Don Juan, es la turbacion?
¿No es mujer esa que ves?

DON JUAN.

¡Y cómo que mujer es!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿de qué es la suspension?

DON JUAN.

De que lo sea. (*Ap.* ¡Ay fortuna
Cruel!)

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

No veo á Elvira.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay Dios!
¿Qué haré?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Cómo yendo dos,
No ha vuelto mas que la una?

DON JUAN. (*Ap.*)

Mas ¿qué discurro?

DOÑA LEONOR.

El color
Perdido, la voz turbada,
Me deja mal informada
De que...

DON JUAN.

Déjame, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Que te va á tí que haya ido
A ver, Don Juan, á su amante
Esa mujer?

DON JUAN.

(*Ap.* Semejante
Lance ¿á quien ha sucedido?)
¿Cómo con tal sufrimiento
Estoy?

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

No sé;
Pero yo te lo diré,
Cuando esta vil escarmiento
Sea del mundo.

DOÑA LEONOR.

Considera....

DON JUAN.

Ya me declaró el dolor.
Morir matando es mejor.
Infame, afrenta mia...
(*Entra con la daga desnuda, y sale por otra parte huyendo Beatriz, y él tras ella.*)

DOÑA LEONOR.

Espera.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, mira que engañado
Por un accidente estás.

DON JUAN.

A mis manos morirás.
¡Tú disfrazada...

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué airado
Hoy el cielo contra mí
Se muestra!

DON JUAN.

¡A ver á tu amante!

DOÑA BEATRIZ.

Poneos, señora, delante.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo estando yo aquí,
Así á mis ojos, Don Juan,
Con tan públicos desvelos
Tienes de otra dama celos?

DON JUAN.

Para responder no están
Ahora mis ansias.

DOÑA LEONOR.

Señora,
Huid, que no le dejaré.

DOÑA BEATRIZ.

Si puedo huir, yo lo haré.
(*Ap.* No entraré en el coche ahora,
Porque en él, ¡ay desdichada!
Me hallará mas fácilmente.
Si así teme una inocente,
¿Cómo teme una culpada?) (*Vase.*)

DON JUAN.

En vano me deteneis.

DOÑA LEONOR.

Cierra, Isabel, esa puerta.

DON JUAN.

Veréla á mi fuego abierta.

DOÑA LEONOR.

¿Pues delante de mí haceis
Tales extremos?

DON JUAN.

Leonor,
Esto importa mas que piensas.
No son celos, sino ofensas. (*Vanse.*)

Calle á que da la casa de Doña Leonor.

ESCENA XX.

DON FERNANDO Y ROQUE; *despues*, DON JUAN, *dentro*.

ROQUE.

Y ahora, ¿qué harémos, señor,
Ya que, habiéndose pasado
Aquel turbion, te saliste
De la iglesia, y no quisiste
Parar allí?

DON FERNANDO.

Mi cuidado
Buscando, Roque, me lleva
De Leonor, que es prima mia,
La casa, porque á ella fia
Mi fe que el reparo deba
De tan extraño suceso,
Ya que el mozo se ausentó
Con las mulas, y llevó
Ropa y papeles.

ROQUE.

Aun eso
Muy malo, señor, no fuera,
Si mi sisa no llevara.

DON FERNANDO.

¿Quién creyera, quién pensara
Que esto á los dos sucediera,
Roque, en el primero dia
Que á Madrid mi amor me tray?
¡Ay de mis deseos!

ROQUE.

¡Ay
Negra ropa blanca mia!

DON FERNANDO.

¿Sabrás tú cuál es la calle
Del Olivo?

ROQUE.

Sí sabré,
Si me la dice álguien.

DON FERNANDO.

¡Que
Noticia ninguna halle
Della!

ROQUE.

Serán desatinos,
Si yo no te llevo allá.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

ROQUE.

Como en ella está
La casa de los Cien-vinos.

DON JUAN. (*Dentro.*)

La puerta derribaré.

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

ROQUE.

Por solo un Dios,
No nos metamos los dos
En lo que es, será, ni fué,
Pues basta una quijotada
En un dia.

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ.—DON FERNANDO, ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

Caballero,
Si acaso lo sois, yo espero
Que una mujer desdichada
En vos amparo ha de hallar,
Siquiera por ser mujer.

Digitized by Google

ROQUE.

Ahora acabamos de hacer
Otro tanto: no ha lugar
Vuestra pretension, señora,
Porque no hay maletas ya
Que perder.

DOÑA BEATRIZ.

Mi vida está
Pendiente de vos. Si ahora
Un hombre tras mí saliere
Desa casa, haced, por Dios,
No me siga.

ROQUE.

Ya van dos.

DON FERNANDO.

Para cuanto sucediere,
Señora, en mí habeis hallado
Favor, que soy caballero.

ROQUE.

Tanto como majadero.

ESCENA XXII.

DON JUAN.—DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ya la puerta he derribado,
Siguiendo á esta fiera que,
Porque la valga la noche,
No quiso entrar en su coche.
Por dónde iria, no sé.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Don Fernando.*)

Este es, (¡ay de mí!) de quien
Me importa ocultar.

DON FERNANDO.

Aquí
Hallareis amparo en mí.

ROQUE.

En mí, señora, tambien.
No lo ha de hacer el acero
Todo: ven entre los dos,
Como que es acaso.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay Dios!
¡Qué infeliz soy!

ROQUE.

Caballero...

DON FERNANDO.

¿Llámasle? ¿Qué desatinos?...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*).

¡Buen socorro hallé!

ROQUE.

Decí
Si es acaso por aquí
La casa de los Cien-vinos;
Que va esta dama preñada,
Y ya presumo que mueve,
Si en la tal casa no bebe
Un poco de limonada.

DON JUAN.

No lo sé. (*Ap* ¿Qué está dudando
La confusa suerte mia?
Pues ella á casa no iria,
Por aquí iré.) (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE

ROQUE.

Ya doblando
La esquina va.

DON FERNANDO.

Ved ahora
Qué es lo que quereis hacer;
Que hasta llegaros á ver
Asegurada, señora,
Sirviéndôs iré.

DOÑA BEATRIZ.

Los cielos
Os paguen tanta piedad,
Y que aumenten, perdonad,
Esa merced mis recelos.
Bien pensareis que ha nacido
El huir de ser culpada;
Mas solo ser desdichada
Es la culpa que he tenido.
Yo huyo porque no me dan
Lugar para disculparme;
Y así, si llego á mirarme
En mi casa, donde habran
De oirme, segura estaré.
Que allá me lleveis, os pido,
Que cerca está.

DON FERNANDO.

Agradecido
A mi fortuna de que
Esta ocasion darme quiera,
Iré donde vos querais.

ROQUE.

Y no se lo agradezcais;
Que esto lo hace por cualquiera.
Aquesta tarde llegó,
Y ántes de entrar en Madrid,
Desde la mula, advertid,
A otra mujer amparó
De la justicia; y por Dios,
Que pienso que ha de buscar
Otra luego que amparar,
En quedando en salvo vos.
Amparar son sus cuidados,
Y si aquí se llega á ver
Cuatro dias, no ha de haber
Casa de desamparados.

DOÑA BEATRIZ.

¿Que esta tarde habeis tenido
Otro empeño?

DON FERNANDO.

Aqueste necio
Miente, que yo no me precio
Nunca de haber procedido
Bien. Vi una dama afligida,
Con la justicia empeñada,
Y rescatóla mi espada.

ROQUE.

Sí, mas contar se le olvida
Que dos maletas dejó
En prendas de una maleta,
Pues entre la bulla inquieta
Con ellas el mozo huyó.

DON FERNANDO.

¿Quieres callar?

ROQUE.

No, señor.

DON FERNANDO.

A este loco no escucheis. (*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA XXIV.

DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE.

DOÑA BEATRIZ

En esta calle que veis,
Me dejad; que mi temor
Seguro está, como aquí
Os quedeis, por si escuchais
Voces.

DON FERNANDO.

Cuanto me mandais,
Me toca observar á mí.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Pues mi hermano por aquella
Calle fué, presumiria
Que yo á mi casa no iria:
Mi verdad me lleve á ella.
Que hallarme importara allí
Poco, si la verdad digo,
Pues él mismo fué testigo
De la parte donde fuí;
Que el haber huido yo
Fué, porque con la primera
Cólera mal atendiera
Mis disculpas.) De aquí no
Paseis.

DON FERNANDO.

Bien segura vais
De que no seréis seguida,
Señora, ni conocida
De mí.

DOÑA BEATRIZ.

No solo obligais
Con lo que haceis; mas el modo
Es segunda obligacion.
Esto no es satisfaccion;
Deudora quedo de todo;
Pero esta joya podrá
De la maleta perdida...

ROQUE. (*Ap.*)

¡Qué dama tan entendida!

DOÑA BEATRIZ.

Suplir la falta.

DON FERNANDO.

No está
Enseñado mi valor
Nunca á dejarse pagar,
Y yo no la he de tomar.

ROQUE.

Yo la tomaré, señor.

DON FERNANDO.

Aparta, loco, desvía.

ROQUE.

Si por tu maleta no
La quieres tomar tú, yo
La tomaré por la mia. (*Tómala.*)

DON FERNANDO.

Idos, señora, y llevad
La joya, y que aquí estaré
Créd, hasta que entienda que
Estáis segura.

DOÑA BEATRIZ.

Quedad
Con Dios, y de mi fortuna
Créd finezas tan rendidas,
Que os busquen, si es que dos vidas
Se pueden pagar con una. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

¿Adónde vas?

ROQUE.

Voy á ver
Dónde entra, por saber ya
Casa de mujer que da
Joyas.

DON FERNANDO.

No la has de saber;
Que si en aquesta ocasion
Vida la dí, y conocida
Es, no la habré dado vida,
Si la quito la opinion.

Digitized by Google

ROQUE.

Ya no se mira, señor,
Y quieta la calle está.

DON FERNANDO.

Pues bien podrémos ir ya
La posada de Leonor
Otra vez buscando.

ROQUE.

Vamos.
¿Hay acaso otra mujer
Que se quiera defender,
Antes que nos recojamos?

JORNADA SEGUNDA.

Calle en que está la casa de Don Luis.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CAPITAN.

CAPITAN.

¡Terrible estáis!

DON JUAN.

¿No os parece
Que tengo bastante causa,
Habiéndôs dicho?... Mas no
Querais que vuelvan mis ansias
A afligirme; que estas cosas,
Decirlas una vez basta,
Y aun esa, si á vos no fuera,
A nadie se las contara.

CAPITAN.

Sí, mas ¿para qué es, decid,
El venir ántes del alba
De vuestro padre á las puertas?

DON JUAN.

Mi hermana, si es que es mi hermana
Quien mal sus respetos mira,
Quien mal sus decoros guarda,
Huyó anoche...

CAPITAN.

Ya lo sé.

DON JUAN.

Salí á la calle á buscarla.
Pensando que no tuviera
Osadía (¡ay de mí!) tanta
Que á su casa se viniese,
Fué lo postrero su casa
Donde vine: halléla toda
Quieta, y las puertas cerradas,
De que inferí claramente..

CAPITAN.

¿Que?

DON JUAN.

Que della no faltaba.
No llamé, porque mi padre
Jamas á entender llegara
Que sé saber mi desdichas
Y no sé saber vengarlas;
Y así, ántes que él nada entienda,
Vengo aquí tan de mañana,
Porque en abriendo, he de entrar
En el cuarto desta ingrata,
Para que á un tiempo se sepa
Su desdicha y mi venganza.

CAPITAN.

Mirad, Don Juan: si allí hicierais
Cualquiera accion, disculpada
Fuera, porque lo improviso
No dió lugar de pensarla;
Pero ya que los sucesos
Tiempo han dado á vuestras ansias,
Pensadlo, Don Juan, mejor.

DON JUAN.

La puerta abren: allí aguarda.

CAPITAN.

Sí haré; mas quiero primero
Deciros una palabra.
Estas cosas, advertid,
Del honor (la frase es baja,
Pero no importa) mejor
Se descosen que se rasgan.
No tireis dellas, sino
Poco á poco examinadlas.
Alentad viendo; que el peor
Medio es la mejor venganza.

DON JUAN.

No lo dudo; mas no tienen
Mis penas cordura tanta.
De Beatriz entraré al cuarto. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, JUANA, *y despues*, DON JUAN.

JUANA.

¿Tan aprisa te levantas?

DOÑA BEATRIZ.

Sí, que no hay potro peor
Que el lecho, á quien no descansa.

JUANA.

Pues ¿qué tienes?

DOÑA BEATRIZ.

Si te he dicho
Cuanto ayer... Pero quién anda,
Mira, allí afuera.

(*Sale Don Juan.*)

DON JUAN.

Yo soy,
Y solo el tiempo que tarda
En hallarte mi desdicha,
Tarda en matarte mi rabia.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, hermano, señor,
No te arrojes (tente, aguarda)
Sin oirme; que si yo
Huí de tí, fué porque estabas
Ciego, y no era allí posible
Vencer la primera instancia
De tu enojo; no por verme
En un átomo culpada.
Mas ya que el tiempo da tiempo
Escúchame una palabra;
Y si no me disculpare
Contigo mismo, me mata.

DON JUAN.

Tanto deseo, cruel,
Que disculpa alguna haya
A tu error, que quiero oirte.
Entrate allá dentro, Juana.
No hácia el cuarto de mi padre.—
Di ahora. (*Vase Juana.*)

ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Elvira, á quien amas,
Es mi amiga; ella no sabe,
Don Juan, que yo soy tu hermana;
Que el llamarte otro apellido
Y el vivir fuera de casa
La tienen en ese error.
Vino pues ayer mañana
A contarme que por ella
Tuviste unas cuchilladas,
Si bien no dijo tu nombre,
(Que aun esta fué mi ignorancia);
Que celoso, no querias
Ni verla, Don Juan, ni hablarla;
Que la llevase yo á Atocha,
Adonde tú la esperabas,
Porque de otra Doña Elvira
No hiciera tal confianza.
Puse mil inconvenientes;
Díjome que disfrazadas
Habíamos de salir
Por defuera de las tapias.
Repliqué; facilitólo
Con que una amiga en su casa
Nos daria otros vestidos;
Venciéronme, al fin, sus ansias.
Fui con ella; por mas señas
De que con tu camarada
Llegaste tú al mismo instante
Que otro vino; las espadas
Sacasteis, hubo un herido,
Trajiste tú desmayada
A Elvira, quedé yo sola...
No cuento otras circunstancias.
Tomé mi coche, volví,
Para destrocar mis galas,
En casa de Leonor, donde
Me hallaste; que mis desgracias
Pudieron hacerlo todo:
De suerte, que si indiciada
Estoy en algo, es no mas
Porque hice á una amiga espaldas.
Si este, Don Juan, es error,
Ríñele, mas con templanza,
Como error, y no delito;
Pues cuando yo esté culpada,
No en lo principal lo estoy,
Sino en una circunstancia.

DON JUAN.

Dicha has tenido, Beatriz,
En que los cielos me hayan
Dado espera para oirte;
Y aunque razon no me falta
Para que de tí me queje
Al ver que por nadie hagas
Fiuezas mal parecidas,
Mi alegría ha sido tanta,
Que pues no lo riño todo,
No quiero reñirte nada.
Don Fernando de Cardona,
Con quien ya capitulada
Estás, vendrá presto, y él
Sabrá mirar por su casa.
Quédate adios, no me vea
Mi padre aquí... aunque ya es vana
Diligencia.

DOÑA BEATRIZ.

Nada entienda.

DON JUAN.

No hará.

ESCENA IV.

DON LUIS.—DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

DON LUIS.

Beatriz, ¿con quién hablas?

DOÑA BEATRIZ.

Con mi hermano.

DON JUAN.

Yo, señor,
Soy el que estoy á tus plantas.

DON LUIS.

Pues, señor Don Juan de Leyva,
¿Qué mandais en esta casa?

Digitized by Google

DON JUAN.

No me hables, señor, así,
Pues entre quien de honor trata,
«Pleitear y comer juntos,»
Dice un adagio en España.
A saber de tu salud
Y á visitar á mi hermana
He venido.

DON LUIS.

No creyera
Ser vos, porque no pensaba
Que los Leyvas se dignasen
De visitar los Ayalas.

DON JUAN.

De esa queja la disculpa
Tú la sabes.

DON LUIS.

Basta, basta,
Don Juan, no hablemos en esto.
Bien estuviera excusada
Esta visita, y Beatriz
Tambien pudiera estorbarla.

DOÑA BEATRIZ.

A mi hermano, cuantas veces
El venga á verme, yo tantas
Le he de recibir, señor,
Con la vida y con el alma.

DON LUIS.

¿No he dicho yo que no entre
Por estas puertas?

DON JUAN.

Repara
En que yo en mi vida hice
Contra mi honor ni mi fama
Indigna accion porque pueda
Desmerecer esta entrada.
Si tú de tu casa me echas,
Para vivir yo en mi casa,
¿Mi hacienda no he de pedirte?

DON LUIS.

¿Hablo yo en eso palabra?
Que la pidais desde léjos
Solo os digo.

DON JUAN.

Es tan extraña
Tu condicion, que estorbar
Quiero á tu enojo la causa. *(Vase.)*

ESCENA V.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es posible que á tu hijo
Con tal despego le hablas?

DON LUIS.

Yo tengo razon, Beatriz,
Aunque si verdad se trata,
Mi amor...

DOÑA BEATRIZ.

Dilo.

DON LUIS.

Bien quisiera
Que á casa Don Juan tornara;
Que de Barcelona ayer
Tuve, Beatriz, una carta,
Y Don Fernando Cardona
Vendrá aquí de hoy á mañana.
No quisiera que á los dos
Desavenidos hallara,
Pues no es bien que sin tu hermano
El desposorio se haga.
Toma tú la mano en esto
Con él, y vuélvase á casa,
Sin que parezca que yo
Le ruego: tú allá lo traza
Como á tí te pareciere.

DOÑA BEATRIZ.

Yo haré, señor, lo que mandas.
(Vase Don Luis.)

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ.

Y agora que mi fortuna
De tan deshecha borrasca
Puerto ha tomado, volvamos
Desde la orilla á mirarla,
Pues al náufrago piloto,
Que escapó sobre una tabla,
Desde el primero peñasco,
Templo á quien se la consagra,
No hay lisonja como ver
En las salobres montañas,
Cómo las ráfagas gimen
Y cómo los vientos braman.
Mas ¡ay de mí! que si allí
Nuevos bandidos le asaltan,
Y da en tormentas de fuego,
Huyendo traiciones de agua,
Poco á su fortuna debe,
Pues, la tierra y mar contrarias,
Convaleciendo á un peligro,
Dan en otro sus desgracias.
Tal de una desdicha en otra
Tropezando van mis ansias,
Pues cuando de dos tormentas
Ha parecido que escapan,
En el puerto donde llego
Nuevos peligros me aguardan.
Armadas de fuego están
Bandidas mis esperanzas,
Y así huyendo lo que ahoga,
Vengo á dar en lo que abrasa.
¿Qué Santelmo, cielos, fué
Aquel que puesto en la gavia
En dos deshechas fortunas,
Se vió favorable á entrambas?
Mas ¡ay de mí! ¿para qué
Doy con tan loca ignorancia
A mi discurso la rienda,
En una cosa tan vana
Como discurrir agora
En obligaciones tantas?
Ni sé quién es, ni á qué viene
A Madrid, y aunque obligada
Huya dél, pues él ignora
Quién yo soy, no seré ingrata
Solicitando un olvido,
Pues no puedo una esperanza.
A Don Fernando Cardona
Mi padre de hoy á mañana
Espera: suya he de ser.
Déjame, memoria, basta:
No me acuerdes mis desdichas,
No me digas mis desgracias,
No me cuentes mis pesares,
No me repitas mis ansias;
Pues ya sé que la mayor
Que á nadie en el mundo pasa,
Es que una mujer, por ser
Principal, de admitir haya
Esposo á eleccion ajena;
Y mas dia en que se halla
De otro muy agradecida,
Y dél poco enamorada. *(Vase.)*

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, DON FERNANDO.

DOÑA LEONOR.

Huésped que sin avisar,
Tarde y á deshora viene,
Si mala posada tiene,
De sí se podrá quejar.

DON FERNANDO.

Esfera es tan singular
Vuestra casa, Leonor bella,
Que el sol fuera huésped della,
Sin menguar de su arrebol,
Si ya no temiera el sol
Con vos parecer estrella.

DOÑA LEONOR.

No con lisonjas penseis
Que habeis de dejar pagada,
Don Fernando, la posada.

DON FERNANDO.

La merced que vos me haceis,
Tarde cobrarla podeis,
Que no hay precio; solo os pido
Humilde y agradecido,
Suplais el atrevimiento
Del haber tan desatento
A vuestra casa venido
A aquella hora; y advertid
Que aquesto lo ocasionó
Un lance que sucedió
A la entrada de Madrid.
Mi ropa perdí en la lid;
La justicia me seguia;
Sabiendo que aquí vivia
Vuestra beldad celebrada,
Por no irme á una posada
Con tal riesgo, prima mia,
Aquí me vine, porqué
Habiendo en lo sucedido
Letras y cartas perdido,
Es fuerza esperar á que
Otras vengan; y así, fué
Preciso parte buscar
Donde de secreto estar
Unos dias; que no es bien
Llegar desairado quien,
Leonor, se viene á casar.

DOÑA LEONOR.

Aunque nuevas he tenido
De venida y casamiento,
Con tan poco fundamento
Dello lo uno y otro ha sido,
Que la feliz no he sabido
Que merece tal estado,
Para haberla visitado,
Cumpliendo mi obligacion.

DON FERNANDO.

Sangre, hermosura, opinion
Y hacienda me ha asegurado
La fama, y mi padre es
De todo el mejor testigo,
Porque ha sido muy amigo
Del suyo: él, señora, pues,
Atento á tanto interes,
Lo ha tratado.

DOÑA LEONOR.

Si os iguala
Ella en gentileza y gala,
Será su beldad feliz.
¿Cómo se llama?

DON FERNANDO.

Beatriz,
Hija de Don Luis de Ayala.

DOÑA LEONOR.

Por el nombre, no á saber
Quién es puedo discurrir.

DON FERNANDO.

Pues por aquí ha de vivir.

DOÑA LEONOR.

De vista, bien podrá ser
Que la llegue á conocer.

Digitized by Google

DON FERNANDO.
No es difícil.

DOÑA LEONOR.
Ahora dad
Vos licencia, y perdonad,
Porque voy á una novena.
(*Ap.* Mejor diré que mi pena
Me lleva, ó mi voluntad,
A saber de Doña Elvira
Qué amiga suya es aquella,
Que desde anoche por ella
Tanto el corazon suspira.)

DON FERNANDO.
Mucho, que pidais, me admira,
La licencia que teneis.

DOÑA LEONOR.
¿Vos de casa no saldréis?

DON FERNANDO.
No sé.

DOÑA LEONOR.
Guarden-os los cielos.
(*Ap.* No déis tanta priesa, celos,
Que presto quién es sabréis.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ROQUE, *con una maleta.* — DON FERNANDO.

ROQUE.
Tan grande superchería
Solo pudiera conmigo
La vil fortunilla hacerla.

DON FERNANDO.
Despues de no haberte visto
En todo el dia, ¡es muy bueno
Venir ahora tan mohino!
¿Qué traes?

ROQUE.
Tu maleta traigo.

DON FERNANDO.
Pues esa, ¿qué causa ha sido
De enfado?

ROQUE.
No traer la mia.

DON FERNANDO.
¿Cómo, dime, ha parecido
Una sin otra?

ROQUE.
Como una
Era tuya que eres rico,
Y otra mia que soy pobre.

DON FERNANDO.
¿De qué suerte lo has sabido?

ROQUE.
Pues si tengo de contarlo,
Escucha desde el principio.
Despues que de amparador
Juraste ayer el oficio,
Don Quijote de prestado,
Don Esplandian de poquito,
Y despues que aquella dama
Segunda en salvo pusimos,
Pues fué dejarla en la calle
Dejarla donde ella dijo,
Buscando los dos la casa
De Leonor tu prima fuimos,
Y quiso Dios que la hallamos,
Porque un vecino lo quiso;
Que nadie supiera nada
Si callaran los vecinos.
Dicha fué, porque si tarda
Solo un instante, imagino
Que á la calle de los Negros
Vamos á media con limpio.
Entraste, y por abreviar
Los episodios prolijos,
Tú te recogiste, y yo
Ni desnudo ni vestido,
Sino arrojado no mas,
Sobre mi cansancio mismo
Me dormí. Desperté, oí,
Y viéndote á tí rendido
Al sueño, salí de casa
Con ánimo ambulativo
Contra todos los mesones,
Para ver si algo averiguo
De nuestro Pedro de Mulos.
Lleguéme pues á un corrillo,
Que hácia la Puerta del Sol
Siempre hacen, y uno me dijo
Que en un meson de la calle
De Alcalá, anoche habia visto
Entrar tres mulas. Las señas
Tomo, voy, y á Pedro miro
En el portal, de una silla
Cosiendo los entresijos.
Pregunté por nuestra ropa,
Y él muy hosco y muy esquivo,
Con un alma de demonio
Y con un cuerpo de Cristo,
Me respondió: «La maleta
Del amo yo la he tenido;
Pero la suya, perdone;
Que como no tuvo aliño
De ponerla mas cordeles
En todo aquese camino,
Se cayó en los trigos, cuando
Huyendo fuí del peligro
Del embargo.» Yo le dije:
«Mi maleta, Pedro amigo,
No era tan disparatada,
Que echase por esos trigos.»
Amohinéme y amohinóse,
Dí voces, sacó un cuchillo,
Llegaron mas de mil mozos,
Viejos en tales delitos;
Y teniendo por desaire
El verme hablar con hocico,
Trataron de deshacerle
De suerte, que por partido
Tomé el volver sin maleta.
Esta es la falta que gimo,
Esta es la pena que lloro,
Esta es la ansia que suspiro,
Esta la causa que siento,
La ocasion en que me aflijo,
La ira en que me enfurezco,
Y esto hago y esto digo,
Porque si de carretilla
No lo acabo, no habrá vítor.

DON FERNANDO.
Esa pérdida no sientas,
Pues habiendo parecido
Letras y cartas, que eran
Lo que me tenia escondido,
Todo lo demas es fácil
De remediar; y pues miro
Que ya que esperar no tengo,
Ir á verme determino
A Don Luis de Ayala, padre
De Beatriz, bello prodigio
De amor, á cuya hermosura
Desde aquí por fe me rindo.
Abre esa maleta, saca
Todos los papeles mios.
Esta es la de Don Luis,
Y esta al capitan Clavijo. (*Vanse.*)

—

Calle con puerta de casa de Don Luis.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.
La cosa que mas extraño,
De que con razon me admiro,
Es que en el mundo, señor,
Haya hombre tan atrevido
Que se case por concierto
Con quien nunca vió ni quiso.
Qué la dice á una mujer,
Saber quisiera, un marido,
Que sin haberla mirado,
Ni hablado, señor, ni escrito,
Se entra en la cama con ella.

DON FERNANDO.
Deja aquesos desatinos,
Y la casa de Don Luis
Pregunta, pues los vecinos
Dicen que vive en la calle
Del Cármen, y yo imagino
Que es esta.

ROQUE.
Espera, entre tanto
Que aquel barbero examino;
Que ellos de todo su barrio
Suelen tener los registros. (*Vase.*)

DON FERNANDO.
Por aquí fué donde anoche
A mí aquella mujer vino.
Como era á escuras, no pude
Ver de dónde habia salido.
No debe de vivir léjos,
Pues que la dejase quiso
A la vuelta desta calle.
(*Vuelve Roque.*)

ROQUE.
No solamente he sabido
Cuál es de Don Luis la casa,
Pero á sus umbrales mismos
Estás.

DON FERNANDO.
Agora conozco
Que dijo bien el que dijo
Que adivina el corazon.

ROQUE.
Pues es el tuyo adivino,
Dile que haga una figura
Donde me diga en qué sitio
Mi maleta se cayó.

DON FERNANDO.
Entra ya, loco, conmigo.

ROQUE.
Persinaréme primero.

DON FERNANDO.
¿Entras en un laberinto?

ROQUE.
Pues ¿qué mayor que en la casa
De amo suegro? (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.
Aquel que miro,
El forastero es, de quien
Hablaba, Juana, contigo.

Digitized by Google

JUANA.

Hasta aquí, señora, se entra.

DOÑA BEATRIZ.

Sin duda me ha conocido.
Y viene á pedir las gracias
De las finezas que hizo
Por mí.

JUANA.

Necedad, señora,
Era el haber presumido
Que anoche no te siguiese.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no lo dudo, aunque admiro
Que entrando yo por esotra
Puerta anoche, haya venido
Hoy á buscarme por esta.

JUANA.

¿Tan dificultoso ha sido
Saber que en casa hay dos puertas?

DOÑA BEATRIZ.

Con todo has de ver que finjo
No ser yo, en tanto que él
No se da por entendido;
Que si va á decir verdad,
No siento el haberle visto.

JUANA.

Si tú finges, finja yo.

ESCENA XI.

DON FERNANDO, ROQUE. — DOÑA BEATRIZ, JUANA.

JUANA.

Pues ¿cómo tan atrevido
Así os entrais, caballero?

DON FERNANDO. (*Á Doña Beatriz.*)

Perdonad, si inadvertido
Hasta aquí entré, porque como
Os vi, juzgué por mas digno
El hablaros que el llamar.

DOÑA BEATRIZ.

Muy vana disculpa ha sido;
Que el llamar, fuera á una puerta;
Pero el hablar, es conmigo.
¿Qué mandais?

DON FERNANDO.

(*Ap.* Ya de turbado
Apenas sabré decirlo.)
Al señor Don Luis de Ayala
Busco; que digais, suplico,
Si está en casa.

DOÑA BEATRIZ.

No está en casa;
Que ahora fuera ha salido.
(*Ap.* ¡A mi padre busca, cielos!
¿Quién creerá que á un tiempo mismo
Sentí que vino á buscarme,
Y que á buscarme no vino?)
¿Qué le quereis?

DON FERNANDO.

Unas cartas
Le traigo. (*Ap. á él.* Roque, tú, ¿has
Igual hermosura?) [visto

ROQUE.

Sí,
Muchas veces.

DOÑA BEATRIZ.

Ya os he dicho
Que no está en casa; si á mí
Quereis dejarlas, yo fio
Que queden seguras.

DON FERNANDO.

¿Sois [do.
Vos su hija? (*Ap. á Roque.*) Estoy perdi-

ROQUE.

Debes de ser mi maleta.

DOÑA BEATRIZ.

Su hija soy.

DON FERNANDO. (*Ap. á Roque.*)

Hallé el sentido.

ROQUE. (*Ap.*)

Así hallara yo mi bolsa.

DON FERNANDO.

El saber quién sois estimo;
Pero yo tengo que hablarle.

DOÑA BEATRIZ.

Siendo así, que os vais os pido,
Y volved cuando esté aquí.

DON FERNANDO.

Yo me iré, si en eso os sirvo;
Y aunque no os sirva en esotro,
Volveré. Pero mal digo,
Ni me iré ni volveré,
Pues desde instante asisto
Con vos; que ya vivo mas
Donde amo que donde animo.

DOÑA BEATRIZ.

Ese estilo, caballero,
Es tan nuevo en mis oidos,
Que no lo entiendo. (*Ap.* ¡A los cielos
Pluguiera!) En efecto, idos
Y volved, si os importare.
(*Ap.* ¡Qué á mi pesar le despido!)

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Qué á mi costa la obedezco!
¿Por qué no me determino
A...? ¿Cómo decir quien soy?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Sufrid, pensamientos mios.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Alentad, mis esperanzas.

DOÑA BEATRIZ.

¿No os vais?

DON FERNANDO.

No acierto el camino.
Quedad con Dios.

DOÑA BEATRIZ.

El os guarde.

ROQUE.

¿Por qué quién eres no has dicho?

JUANA.

¿Por qué quién es no preguntas?

DON FERNANDO.

De turbado no he sabido
Hablar.

DOÑA BEATRIZ.

De confusa no
Sé lo que callo ni digo,

DON FERNANDO.

Pero bien dices, diré
Quién soy, pues á eso he venido.

DOÑA BEATRIZ.

Pero bien dices, sabré
Quién es, ya que á ello me animo. —
¡Ah caballero!

DON FERNANDO.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues á qué volveis? Decidlo.

DON FERNANDO.

¿A qué volveis? Declaradlo.

DOÑA BEATRIZ.

Yo vuelvo para deciros
Que porque mi padre sepa
Quién á buscarle ha venido,
Vuestro nombre me digais.

DON FERNANDO.

Yo volví á aqueso mismo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues decid quién sois.

DON FERNANDO.

No sé
Quién soy ya.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan grande olvido
De vos teneis?

DON FERNANDO.

Sí, que otro
Soy del que fuí.

DOÑA BEATRIZ.

No imagino
Que pueda un hombre jamas
Ser otro del que habia sido.

DON FERNANDO.

¿Quieres ver si puede serlo?
Oye este argumento mio. [to,
El cadáver del hombre, cosa es, cier-
Que no es hombre; que aquel grande re-
[nombre
Se debe al alma; luego si no es hombre
El que sin alma yace helado y yerto,
Y yo sin alma vivo cuando advierto
Una rara hermosura, no os asombre
El no ser lo que fuí, pues de hombre el
[nombre
No le puedo tener despues de muerto.
Al veros os dí el alma en que vivia,
Al oiros otra alma he recibido:
Luego soy otro ya del que solia:
Porque si al alma el sér hemos debi-
Y yo no tengo el alma que tenia, [do,
Es preciso ser otro del que he sido.

DOÑA BEATRIZ. [tado;

Que el alma informa al hombre es asen-
Mas cuando á oir vuestro argumento lle-
Estaros obligada es lo que niego, [go,
Pues me habeis con lisonjas agraviado.
Porque si yo de un alma os he priva-
[do,
Y de otra nueva os he informado luego,
No haceis mucho en pintaros de amor cie-
[go,
Si me amais con el alma que os he dado.
¿No fuera mayor fe, mayor fineza,
Ser el que érades ántes al mirarme?
Debiéraos ese afecto mi belleza;
Si, porque es ofenderme, y no obligar-
El haber de mudar naturaleza, [me,
Y no ser lo que fuisteis para amarme.
Esto, porque no quedeis
Muy vano y desvanecido
Del argumento, respondo;
No porque sé los estilos
De amor. Y volviendo al caso,
O decid quien sois, ó idos
Sin decirlo, porque á mí...

DON FERNANDO.

De todas suertes, señora,
Quedo de vos convencido,
Y así decid al señor
Don Luis ..

Digitized by Google

ESCENA XII.

DON LUIS. — DON FERNANDO, DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Qué es esto que miro?
¿Quién con Beatriz está hablando?

DON FERNANDO.

Que es el que á buscarle vino
Don Fernando de Cardona.

DON LUIS.

No habrá menester decirlo
Ella, que yo con los brazos
Y con el alma os recibo.

DOÑA BEATRIZ.

¡Don Fernando! (*Ap.* ¿Hay mayor dicha
Que ser el esposo mio
A quien la vida le debo,
Y á quien el alma le rindo?)

DON FERNANDO.

Ya, señor, que mi fortuna
A vuestros piés me ha traido,
En tanto que aquestas cartas
De mi padre léis, os pido
Me deis licencia de que
Postrado, humilde y rendido,
Idólatramente adore,
De amor extranjero indio,
El sol de tanta hermosura.

DOÑA BEATRIZ.

Ese rendimiento es mio.
Muy bien venido seais.

DON FERNANDO.

Forzoso es ser bien venido
Quien viene á ser vuestro esclavo.

ROQUE.

Yo habré de decir lo mismo;
Que fuera gran disparate
Perder por inadvertido
Esta ocasion de besar
Este terso, claro y limpio
Copo de animada nieve.

DOÑA BEATRIZ.

Levantad del suelo, os digo.

ROQUE.

En dándome vos la mano.

DON FERNANDO.

Quita, necio.

ROQUE.

¿Este es delito,
U obligacion?

DON LUIS.

Juana, al punto
El cuarto que prevenido
Está al señor Don Fernando,
Se aderece. — Del camino
Vendréis cansado. (*Vase Juana.*)

DON FERNANDO.

Ya hallé
A todo el cansancio alivio.

DON LUIS.

¿Cómo queda vuestro padre?

DON FERNANDO.

Bueno, y á vuestro servicio.

DON LUIS.

¡Oh, allá en nuestras mocedades,
Y qué amigos los dos fuimos!
Y ahora mas, pues que con vos
Deudo la amistad se hizo.

DON FERNANDO.

¿El señor Don Juan..?

DON LUIS.

No debe
De haber tal dicha sabido.
Mas todo esto es cumplimiento.
Entrad, señor, á serviros
Desta casa.

DON FERNANDO.

Aunque de vos
Tan grande merced admito,
Es fuerza que á despedirme
Vuelva (*Ap.* ¡Ay bello dueño mio!)
De una deuda, en cuya casa
Me apeé.

DON LUIS.

¿Luego delito
Tan grande contra mi amor
Habeis hecho, como iros
Antes á otra casa?

DON FERNANDO.

Fué
Entónces, señor, preciso.

DON LUIS.

¿Preciso, siendo esta vuestra?
Mal disculparos conmigo
Podreis: agravio me hicisteis.

ROQUE.

Yo juraré que no hizo,
Porque no se habia de entrar
En casa de un suegro rico
Un yerno á pié, sin camisas,
Cartas, letras y vestidos.

DON FERNANDO.

No le oigais, que este es un loco.
Dirá dos mil desatinos,

ROQUE.

Sí diré; pero tendré
Mucha ocasion de decirlos.

DON LUIS.

Pues ¿qué es esto de camisas
Y cartas?

ROQUE.

¿Pues no venimos
En ocasion, que á dos damas
Sacamos de dos peligros...?
Pero tales eran ellas,
¡Oh puercas, fuego de Cristo!
Y aunque vencimos, con todo,
¿El bagaje no perdimos
En la demanda?

DON FERNANDO.

No oigais,
Señor, tan grandes delirios.

DOÑA BEATRIZ.

Bien me entra aqueste criado.
(*Ap.* ¡Si supiera que yo he sido!)

DON LUIS.

Ahora bien, si habeis de ir
De esa casa a despediros,
Mirad que á comer espero.

DON FERNANDO.

Volveré al instante mismo.
(*Ap.* ¿Hay hombre mas venturoso
Que yo?)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Hay mujer, ni la ha habido,
Mas felice?

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Qué hermosura!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué talle!

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Qué ingenio y brio!

ROQUE. (*Ap.*)

¡Qué sisa tan mal lograda!
Perdí todo el caudal mio.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Albricias, cielos! Beatriz
Es de amor hermoso hechizo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Cielo, albricias! Don Fernando
Es á quien el alma rindo. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Elvira.

ESCENA XIII.

DOÑA ELVIRA, DOÑA LEONOR, *con manto.*

DOÑA ELVIRA.

Dime, Leonor, la ocasion
Con que hoy á verme has venido,
Que parece que has traido
Alguna grave pasion.

DOÑA LEONOR.

Yo vengo á saber quién es
Aquella gallarda dama
Tu amiga.

DOÑA ELVIRA.

Beatriz se llama
De Ayala. ¿Qué tienes pues
Con ella?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Qué escucho? ¡Ay Dios!

DOÑA ELVIRA.

Don Luis de Ayala...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Hay fortuna
Tal?

DOÑA ELVIRA.

Su padre es.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Truje una
Ocasion, y ya son dos.)
Eso sabido, me di,
¿Cómo anoche no volviste
A mi casa, y te veniste
A la tuya, sin que allí
Te vistieses?

DOÑA ELVIRA.

Como fué
Un suceso bien extraño,
Ocasionado á un gran daño.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿qué hubo?

DOÑA ELVIRA.

Ya te conté
Cómo aquella amiga mia
De mi casa me sacó,
Y cuán á mi pesar yo
Ayer con ella salia.
Fuimos, como viste, pues
A tu casa: allí dejamos
Los vestidos y tomamos
Otros. Llegamos despues
Al campo; y un caballero
Su amante, á quien iba á hablar,
Quiso apénas entablar
Sus quejas, cuando al primero
Discurso llegó celoso
Otro. Sacaron la espada,
Y yo entónces desmayada
A un lance tan peligroso,
Caí en tierra. Desde allí
En un coche me trajeron
Gentes que me conocieron,
Y por eso no volví.

Digitized by Google

DOÑA LEONOR.

Pues sabe, Elvira, que aquella
Dama amiga tuya (¡ay Dios!),
No solo tiene esos dos
Caballeros, que por ella
Allá en el campo riñeron;
Pero tiene otro, que es quien
Riñó con ella tambien
En mi casa: tales fuéron
Sus engaños.

DOÑA ELVIRA.

¡En tu casa!

DOÑA LEONOR.

Esa es la rabia que tengo,
Y en lo que yo á hablarte vengo.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿cómo?

DOÑA LEONOR.

Oye lo que pasa.
Yo, Elvira amiga, he querido,
(Mal dije, he querido) quiero
A un gallardo caballero,
De quien, habiendo tenido
Celos, anoche (¡ay de mí!)
Supe que esa dama era
Su dama.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué manera
Lo averiguaste?

DOÑA LEONOR.

Oye.

DOÑA ELVIRA.

Di.

DOÑA LEONOR.

Díjele que anoche fuese
A verme, y á tiempo entró
Que esa tu amiga llegó,
Para que se deshiciese
El trueco de los vestidos.
Oyó desde el corredor
Coche, pasos y rumor,
Que encendieron los sentidos
De mi amante en viva llama,
Soplada mal de los celos.
Yo, por quietar sus recelos,
Dije como era una dama
La que á mi casa venia,
Y el suceso le conté.
No satisfecho de que
Verdad aquello sería,
Quiso verla. Llegó pues
A la cuadra, cuando al verla,
Tanto sintió el conocerla,
Que atrevido y descortés,
Sin ver que yo estaba allí,
Desatinado y furioso
Hizo extremos de celoso.

DOÑA ELVIRA.

¿Delante, Leonor, de tí?

DOÑA LEONOR.

Tan rabioso, que no dudo
Que allí la diera la muerte:
Yo le detuve de suerte
Que ella, en fin, escapar pudo.
Con esto me traen á hablarte
Dos causas: una, saber
Quién es aquesta mujer:
Ya lo sé; la otra, rogarte
Que pues sois las dos amigas,
A la mira, Elvira, estés
De su amor, porque despues
Cuanto pasare me digas.

DOÑA ELVIRA.

Yo, Leonor, procuraré
Saber desde aquí adelante
Cuanto á Beatriz con su amante
Pase; pero no podré
Cuidadosa y advertida
Hablar con ella despues,
Si de quién el galan es
No me doy por entendida.

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Leyva se llama.
Tú no le conocerás,
Porque habrá un año no mas
Que vino aquí.

DOÑA ELVIRA.

Que es su dama
Beatriz, que tú estás celosa
Della me basta saber,
Para lo que yo he de hacer.

DOÑA LEONOR.

Débate yo, Elvira hermosa,
Saber en qué estado está
Este amor.

DOÑA ELVIRA.

Digo que haré
Mil diligencias, porqué
Es empeño propio ya.

DOÑA LEONOR.

Pues la palabra me das
De lo que por mí has de hacer,
Quiero á Doña Elena ver,
Tu tia.

DOÑA ELVIRA.

Muy bien harás,
Que sabe que estás aquí.

DOÑA LEONOR.

¿No entras?

DOÑA ELVIRA.

(*Ap.* ¿Hay quien mi mal crea?)
Para que mas breve sea
La visita, entra sin mí.

DOÑA LEONOR.

A mí tambien me ha importado,
Porque tengo un huésped.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién?

DOÑA LEONOR.

Cierto primo, que es tambien
En todo esto interesado. (*Vase.*)

DOÑA ELVIRA.

Yo lo soy en que el dolor
Reviente, en voces deshecho.
Esto que me aflige el pecho,
No es posible que sea amor;
Celos sí, pues (¡dura estrella!)
Esa pasion, que infeliz
Tiene Leonor con Beatriz,
Tengo yo con Beatriz y ella.

ESCENA XIII.

DON JUAN, EL CAPITAN. — DOÑA ELVIRA.

DON JUAN.

Pues ya de mí se retira
El cuidado del honor,
Y no está en casa Leonor,
Sepamos de Doña Elvira
Con la ocasion de saber
En qué el desmayo paró
Con que la trujisteis. No
Hay, Capitan, que temer
El entrar en cortesía
A verla.

CAPITAN.

Mucho me espanto,
Don Juan, que no sepais cuánto
Es de temer una tia.

DON JUAN.

Entrad, y de mis deseos
Entienda ella las porfías.

CAPITAN.

Voy. ¡Válgame Matatías,
Padre de los Macabeos!
Pero esperad, que aquí Elvira
En esta cuadra se ve
Primera.

DON JUAN.

Yo llegaré
A hablarla, pues no se mira
Aquí nadie.—Elvira hermosa,
Tanto ha sido el sentimiento
De tu desmayo, que atento
A tu salud, no reposa
Mi deseo, hasta saber,
Entrando aquí, cómo estás.

DOÑA ELVIRA.

Traidor, no me digas mas;
Que hombre que pudo tener
Anoche, cuando sin vida
Me trujo aquí desmayada,
La pasion tan desahogada,
La pena tan divertida,
Que le quedó gusto (¡ay cielos!)
Para ver á su Leonor,
Donde buscando un favor,
Tropezó con otros celos,
No me hará creer ahora
Que aquí á venir le ha obligado
De mi salud el cuidado.

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que nada ignora!

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Hay hombre mas infeliz?

DOÑA ELVIRA.

Di, ¿á qué has venido, traidor?
¿A dar disculpa á Leonor
De los celos de Beatriz?

DON JUAN.

Escucha, Elvira, sabrás...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué he de escuchar ni saber,
Si esto he llegado á entender?

DON JUAN.

El grande engaño en que estás.
¿Tú sabes quién es aquesa
Beatriz que has nombrado?

DOÑA ELVIRA.

Sé
Que es una beata que
Grande clausura profesa;
Pues para ir conmigo ayer
Grandes escrúpulos hizo,
Y nada la satisfizo
De mi amante proceder;
Siendo así, que fué celosa
A averiguar nuestro amor,
Y luego en cas de Leonor
La halló tu pena amorosa.

DON JUAN.

Aunque aquí mi voluntad
Sentir, Elvira, debiera
Ese enojo, es de manera
El gusto de esa verdad,
Que ántes que llegue del daño
La queja á satisfacer,
Te tengo de agradecer
Tan felice desengaño,
Porque Beatriz es...

DOÑA ELVIRA.

No quiero
Escucharte.

Digitized by Google

DON JUAN.

Elvira, mira...

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que será mentira
Cuanto digas: tarde espero
Satisfacerme de aquestas
Quejas. No hables, vete presto.

DON JUAN.

Yo he de hablar.

DOÑA ELVIRA.

Yo no oir.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR.—DON JUAN, DOÑA ELVIRA, EL CAPITAN.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

CAPITAN. (*Ap.*)

Cayóse la casa á cuestas.
¿Esto estaba acá escondido?

DOÑA ELVIRA.

(*Ap.* ¿Cómo pudiera (¡ay de mí!)
Desvelar ahora que aquí
Por mí Don Juan ha venido?)
Pues ¿qué ha de ser, sino que
Te viene ese hombre á buscar,
Y porfía que ha de entrar
En mi casa?

DOÑA LEONOR.

¿Tanta fué,
Don Juan, vuestra demasía,
Que de atrevimiento llena,
Dais voces en casa ajena?
¿Pues no bastaba en la mia?
Lo que anoche sucedió
En ella, bien excusaros
Pudo de buscarme, y daros
Desengaños de que yo
En mi vida os he de oir,
Ni os he de hablar, ni he de ver,
Y así pudierais tener
Bien excusado el venir
Buscándome, y pues que vos,
Siguiendo á otra me dejais,
Ni me busqueis, ni sigais.—
Detenle, Elvira, por Dios. (*Ap. á ella.*)

CAPITAN. (*Ap.*)

Aun queda la duda en pié.

ELVIRA.

(*Ap. á Doña Leonor, que se va.*)
Sí haré, yo le detendré. (*A Don Juan.*)
¿Veis cuán declarada está
La traicion de vuestra fe?
Leonor se queja de vos,
Y si ella en tales desvelos
Siente tener unos celos,
¿Qué haré yo, Don Juan, con dos?
Ni me hableis, ni me veais,
Ni estos umbrales piseis,
Ni á mis balcones mireis,
Ni disculpas me escribais,
Porque siempre habeis de hallarme
Con la razon que hoy me ofendo. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON JUAN, EL CAPITAN.

CAPITAN.

«Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme.»
Se le olvidó.

DON JUAN.

¿Habrá paciencia
Para tanta confusion?
¿Qué haré?

CAPITAN.

Amar por eleccion
Una, otra por conveniencia.

DON JUAN.

¿Ahora os burlais, cuando veis
Lo que sucediendo está
Por mí desde ayer acá?

CAPITAN.

¿Pues no, Don Juan? Qué ¿quereis
Que yo me aflija por eso?
Aflíjase el que está herido.
En fin, dél no hemos sabido.

DON JUAN.

¿Que os acordeis de suceso,
Sino el que agora ha pasado?

CAPITAN.

Pues en lo que os importó
Mas, Don Juan, siempre, quedó
Vuestro honor asegurado,
Que es en cuanto á vuestra hermana,
No os dé lo demas desvelos;
Que damas que piden celos,
Darán favores mañana. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA XVI.

DON FERNANDO, DOÑA LEONOR.

DON FERNANDO.

No te sabré encarecer,
Sin que toque en grosería
Que delante de una dama,
De otra alabanzas se digan,
Cuánto estoy desvanecido,
Leonor bella, prima mia,
De haber ya visto á mi esposa;
Porque es una docta cifra,
Donde la naturaleza
Redujo á copia sucinta
De su estudio los designios,
Y de su pincel las líneas.
¡Qué beldad! ¡Qué entendimiento!

DOÑA LEONOR.

Mucho siento que me digas
Apasionadas finezas
Desa beldad peregrina;
Porque no fuera quien soy,
Ni tu ilustre sangre antigua
Generosamente noble
Ardiera en las venas mias,
Fernando, si te callara,
Viendo que tu honor peligra,
Que no es Beatriz tan perfecta
Como tú ahora la pintas;
Pues no hay perfecta hermosura,
Si bien el alma examinas,
Donde perfecta virtud
Falta, y...

DON FERNANDO.

Calla, no prosigas;
Que si hoy, Leonor, ignorabas
Quién era Beatriz divina,
Desde un hora acá no puedes
Saber, si no es de la envidia,
Tan maliciosas sospechas,
Tan sospechosas malicias.

DOÑA LEONOR.

Desde un hora acá he podido
Saber lo que no sabia;
Y Beatriz de Ayala, que es
De Don Luis de Ayala hija
A ser quien es ha acudido
Tan mal, que yo, que yo misma
Testigo, sin conocerla,
He sido de alguna indigna
Accion, para ser tu esposa,
Y basta que esto te diga.
Si no quisieres creerlo,
Esta es obligacion mia:
Tú sabrás cuál es la tuya;
Y ántes que te cases, mira
Lo que haces, y no me apures
A que mas señas repita,
Porque te enviaré á Don Juan
De Leyva, que te lo diga. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON FERNANDO.

¿Habrá rayo mas violento,
Ponzoña habrá mas impía,
Mas riguroso puñal,
Pistola mas vengativa
Que una palabra? No, que es
Rayo que centellas vibra,
Ponzoña que asombros vierte,
Puñal que el aliento quita,
Pistola que escupe horrores.
Leonor ¡ay Dios! no diria
Lo que no supiese, no,
Fuera que en cosas tan vivas
No es necesario que sea,
Pues que basta que se diga.
¡Oh nunca viera á Beatriz,
Nunca su beldad divina
Se hubiera tanto lugar
Hecho en mí! Mas si venia
Con nombre de dueño, ¿quién
Se resistia á su vista?
¡Oh nunca á Don Luis hablara,
Ni supiera mi venida!
Llegárame el desengaño
A tiempo; mas no sería,
No, si á tiempo me llegara,
Desengaño, sino dicha.
¡Qué mal de uno de dos daños,
Hoy mi pundonor se libra!
O casarme con sospechas,
Cosa á quien soy tan indigna,
O haber de decirle yo
A Don Luis ¡rara osadía!
Que no me quiero casar,
Ni me esta bien, con su hija.
Uno y otro es imposible,
Pues medio el ingenio finja
Para que lo uno no haga,
Para que lo otro no diga,
¿Cuál será?

ESCENA XVIII.

ROQUE.—DON FERNANDO.

ROQUE.

Señor, ¿agora
En suspension tan prolija
Estás? ¿Sabes que tu suegro
Te espera con la comida?

DON FERNANDO.

Solo sé, Roque, que soy
Desdichado.

ROQUE.

¿Qué desdicha
Te ha sucedido?

DON FERNANDO.

No sé.
Pero luego, muy aprisa,
Vuelve á poner las maletas,

Digitized by Google

ROQUE.

Pondré la tuya; la mia
¿Cómo la pondré? que no
Se pone lo que se quita.

DON FERNANDO.

Pues pon la mia; que solo
El tiempo en que me despida
De Don Luis, tengo de estar
En Madrid.

ROQUE.

Pues...

DON FERNANDO.

Nada digas.

ROQUE.

¿No te pareció Beatriz
Hermosa?

DON FERNANDO.

¿Qué me replicas?

ROQUE.

No replico, sino alabo,
Que vive Dios que es muy linda.

DON FERNANDO.

Es verdad; mas yo he de irme.

ROQUE.

Vamos. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Pero, señor, mira
Que ahora vamos por la calle.
No vayas con tanta prisa;
Que echan de ver los que pasan,
Que suegros umbrales pisas.
Vé despacio.

DON FERNANDO.

¿Cómo puedo,
Que no es mi voluntad mia? (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA XX.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ Y JUANA, *por una puerta.* — DON FERNANDO Y ROQUE, *por otra.*

DON LUIS.

Ya os acusaba, Fernando,
Mi amistad la rebeldía.
¿Cómo habeis tardado tanto?

DON FERNANDO.

Aun ahora no querria,
Señor, haber vuelto á veros,
Porque por mí no se diga
Que del dia del pesar
Es víspera la alegría.

DON LUIS.

Pues ¿qué ha sucedido?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Ya
Su daño el alma adivina.

DON FERNANDO.

De un pariente me alcanzó
Un propio, con quien me avisa
Que está acabando mi padre
De un accidente, y que asista
Es fuerza á vida y hacienda;
Y así habré hoy á toda prisa
De volverme á Barcelona.

DON LUIS.

Del señor Don Juan la vida
Mucho importa; pero ya
A violencia tan impía
Tarde llegaréis; y en cuanto
A la hacienda, no peligra,
Veinte dias mas ó ménos.
Y así, mi voto sería
Que espereis segundo aviso,
Y entre tanto...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Oh suerte impía!

DON LUIS.

Os desposeis.

DON FERNANDO.

No, señor.
Para ausentarme, sería
Excusado el desposarme.
Yo volveré á toda prisa.

DON LUIS.

Si eso os parece mejor,
Nada mi voz os replica.
Solo os advierto que usamos,
Don Fernando, acá en Castilla,
Que un novio, hasta que se case,
Dentro de casa no viva. —
Vén, Beatriz, y nada desto (*Ap. á ella.*)
A Don Juan tu hermano digas,
Porque de otra suerte no
Lo tomen sus bizarrías. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

En fin, ¿os vais?

DON FERNANDO.

Sí, señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué os obliga?

DON FERNANDO.

Esto me obliga.

DOÑA BEATRIZ.

¿No mas?

DON FERNANDO.

No sé.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no os vais,
Si no lo sabeis.

DON FERNANDO.

Sería
Por saberlo.

DOÑA BEATRIZ.

Quizá no.

DON FERNANDO.

Todos hablamos enigmas.
Yo he de irme.

DOÑA BEATRIZ.

Idos con Dios.

(*Vanse Don Fernando y Roque.*)

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Desagradóle mi vista.
¡Aquí de mi presuncion,
Y de la vanidad mia!
¿Hombre que me vió se ausenta?—
Juana, en tanto que yo escriba
Dos papeles, ponte el manto.—
Disfrazar sabré mi firma
Y letra de dos maneras. —
Y envuélveme seis camisas
De las que están para él hechas,
En una toballa muy limpia.
Llámame á Ginés.

JUANA.

¿Qué intentas?

DOÑA BEATRIZ.

Desagraviar, Juana mia,
La opinion de mi hermosura,
Obligando á quien me olvida
A que se muera de amor.

JUANA.

¿Cómo?

DOÑA BEATRIZ.

El suceso lo diga. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XXII.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Señor, ¿qué propio es aqueste
Que nos ha venido en cifra?

DON FERNANDO.

No has menester tú saberlo.

ROQUE.

¡Oh bien haya la poesía
Cómica, que á los criados
Nada calla! Pero mira,
Que nos vamos sin comer,
Y que en casa de tu prima
Ya habrán comido.

DON FERNANDO.

¿Qué importa

ROQUE.

Ser lo del perro de Olías,
Que por hallarse en dos bodas,
Fué á Cabañas con gran prisa,
Y en llegando habian comido,
Y volviéndose á su villa,
Habian comido tambien.
Comamos pues.

DON FERNANDO.

¡Qué porfía
Tan de hombre bajo!

ROQUE.

Los reyes
Son altos y comen.

DON FERNANDO.

¡Ira
De honrados celos, no tanto
Me atormentes ni me aflijas!
A tiempo has llegado: pues
Te obedezco, ¿qué porfías?
Ya voy huyendo: ¿qué quieres
De un alma que tan rendida
Al torpe altar de tu bulto,
Su esperanza sacrifica?

ESCENA XXIII.

Por un lado, UN ESCUDERO, *con un papel*, *y por otro*, JUANA, *con un azafate cubierto y un papel.* — DICHOS.

ESCUDERO.

Caballero...

DON FERNANDO.

¿Qué mandais?

ESCUDERO.

Aparte hablaros querria.

JUANA.

Hidalgo.

Digitized by Google

ROQUE.

¿Es á mí?

JUANA.

Sí, á vos.

ROQUE.

Pues ¿qué mandais, reina mia?

ESCUDERO.

Tomad este, y la respuesta
Es lo que en él se os avisa.

JUANA.

A vuestro amo este papel
Dad, y aquesta niñería.

DON FERNANDO.

¿Cuyo es el papel?

ESCUDERO.

No sé.

ROQUE.

Pues ¿quién es la que lo envía?

JUANA.

El papel lo dirá.

ESCUDERO.

Nada
Pregunteis. (*Vase.*)

JUANA.

Nadie me siga.
(*Vase muy apriesa.*)

ESCENA XXIV.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

¡Hay semejante novela!

DON FERNANDO.

¿Qué es esto, Roque?

ROQUE.

Un enigma.
Aqueste papel me han dado,
Y en esta bandeja india
Para tí no sé qué alhaja.

DON FERNANDO.

Y aquí otro papel me envian
De otra parte, y yo no sé
Que haya en Madrid quien me escriba.
Este leo. (*Lee.*) *Los deseos*
De un alma que agradecida
Se reconoce, manana
Os ruegan que vais á misa
A la Merced. Dios os guarde.—
La Dama de la Justicia.

ROQUE.

¡Ay, señor! ¡Ya sé lo que es
Lo que aquesta solicita?

DON FERNANDO.

¿Qué es?

ROQUE.

Como te vió sacar
Doblones en la bolsilla,
Está muy enamorada.
Siempre vi yo que debia
De ser aquella mujer
De guisa baja. Ahora mira
Esotro papel, que pienso,
Que es de mujer de alta guisa.

DON FERNANDO.

(*Lee.*) *Ya que anoche no quisisteis*
Tomar una joya mia,
La falta de la maleta
Suplan ahora esas camisas,
En tanto que se hacen otras,
Y doy lugar á la vista.—
La Dama de los Cien-vinos.

ROQUE.

Siempre vi yo que seria
Aquella grande señora;
Que esa es una gran familia.
Mas ¿sabes lo que imagino?
Que viene errada esa firma
La Dama de la Piedad
Es lo que decir debia,
Pues que se firma la otra
La Dama de la Justicia.
Pero aun bien, que ese regalo
Para mí es.

DON FERNANDO.

¿De qué lo indicias?

ROQUE.

La falta de la maleta
Dice que supla, y lo envía
A ese fin; luego á mí viene,
Pues en aquesta obra pia,
No hay que suplir en la tuya,
Y hay que suplir en la mia.

DON FERNANDO.

¿Quién vió mas raro suceso?

ROQUE.

Y ¿qué es lo que determinas?

DON FERNANDO.

No sé, que son muchas cosas
Las que hoy me pasan. Camina
A casa: salgamos hoy
De pesares y desdichas,
De disgustos y lisonjas,
De agravios y de caricias,
Pensando qué hemos de hacer
Mañana; pues en la enigma
De mi fortuna no hay
Mas consuelo ni mas dicha,
Que pensar que á bien ó mal,
Mañana será otro dia.

JORNADA TERCERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, JUANA é INES, *con mantos.*

JUANA.

¿No me dirás, qué es, señora,
Tu pensamiento?

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré,
Aunque él es tal que hay muy poco,
Juana, que decir en él.
Con Don Fernando Cardona
(¡Ay Dios!) me capitulé
Por poderes, ya lo sabes,
En su ausencia. Vino pues
A Madrid en ocasion
Que pudo una y otra vez
Darme y quitarme la vida:..
Mas esto sabes tambien:
Vamos acortando lances.
Vióme y hablóme: y aunqué
Al principio se mostró
Galante, fino y cortés,
Volvió de un instante á otro
Mudado, dando á entender
Que le importaba volverse
A su tierra. No dudé
Que podria ser verdad
La causa que dió, si bien
Ni propio ni carta vimos.
Toda aquella prisa, pues,
Pudo en mi padre y en mí
(Viendo que no queria hacer
El desposorio) engendrar
Claras sospechas de que
Mi persona, Juana, no
Le habia parecido bien.
A esta primera malicia
Yo añadí la de temer
Si es que le hàn dicho de mí
O lo ha sospechado él,
Que fuí la que socorrió;
Y en estas dos cosas es
Fuerza estar interesados
O mi honor ó mi altivez.
Si por sospechas me deja,
Que de mí llegó á tener,
En que fuí la que libró,
Conviene á mi honor que dé
Tiempo en que pueda su engaño
Llegarse á satisfacer
De la verdad; que no ha de irse
Con sospecha tan cruel.
Si de mí desagradado
Se va, conviene tambien
A mi vanidad hacerle
Que á mi amor rendido esté;
Y para lo uno y lo otro
Me ha importado suspender
Su partida; y ya no quiero
Llegarme, Juana, á valer
De otra razon, sino solo
De que agradecida dél,
He pasado á enamorada,
Y le quiero detener,
Por ver si puede un engaño
Lo que no puede una fe.
Tres cosas hay que á los hombres
Enamoran: esto es,
La hermosura, ó el ingenio,
O el alto empleo; porqué
La hermosura rinde al gusto,
La alma al ingenio, y despues
Lo ilustre á la vanidad:
Y así, desde hoy he de ser
Quien soy dentro de mi casa,
Procurando disponer
Que me vuelva á ver en ella;
Tapada, como me ves,
En la calle una entendida,
Que con arte bachiller
Le divierta; y en fin, una
Grande señora despues
De noche, con una traza
Que he de dar, porque ya que
Mi hermosura no le agrade,
Mi ingenio lo pueda hacer
A su vanidad; y así,
He de doblar mi papel
Con esta farsa de amor,
Siendo una, y haciendo tres.

JUANA.

¿Cómo puede durar eso?

DOÑA BEATRIZ.

Como dure hasta saber
Yo en que topa el irse, basta.

JUANA.

Pues ya viene hácia aquí él,
Que es donde tú le dijiste.

DOÑA BEATRIZ.

Pues retírate tú, Ines,
Y estando hablando conmigo,
Llega á darle ese papel. (*Vase Ines.*)

ESCENA II.

DON FERNANDO, ROQUE.—DOÑA BEATRIZ, JUANA.

ROQUE.

En fin, ¿que nuestra partida
Se suspendió?

Digitized by Google

DON FERNANDO.

Por saber
Quién es, Roque, aquella dama
Que me busca, y para qué,
La he dilatado por hoy.

ROQUE.

Ya me he dicho yo quién es,
Y para lo que te busca.

DON FERNANDO.

¿Tú?

ROQUE.

¿Pues no te dije ayer
Que es una pataratera,
Que se enamoró por ver
Que eres hombre de bolsillo?

DON FERNANDO.

¿Que siempre en la tema estés
De ese humor?

ROQUE.

¿Quieres ver cuánto
Lo estoy? El alma pondré
Que eran fingidas aquellas
Cuchilladas de antiyer,
Por agarrar mi maleta,
Y que está ya en su poder.
Y aquesto aparte dejado,
Si nuestro suegro nos ve,
¿Qué le hemos de decir?

DON FERNANDO.

¿Luego
Nos ha de topar?

DOÑA BEATRIZ.

Ce, ce,
Caballero...

ROQUE.

Con *C* llaman,
Grande amiga de la *D*,
Que siempre vivieron juntas.

DON FERNANDO.

Puntüal vengo á saber
En qué os sirvo; que no dudo
Ser, pues llamado me habeis
Vos, la que venir aquí
Me ha mandado.

DOÑA BEATRIZ.

Cierto es
Ser yo la que os supliqué
Vinierais aquí, porqué
De vos muy agradecida,
Quisiera satisfacer
En parte la obligacion,
Y el mejor estilo fué
Del acabar de pagar,
Empezar á agradecer.

DON FERNANDO.

En obligacion ninguna
Me estais, y así no me deis
Gracias; que no hice por vos
Ninguna fineza, pues
No os conocí: por mí mismo
Hice lo que hice.

DOÑA BEATRIZ.

Ya sé
Que quien por sí obra, no obliga,
Porque es premio el obrar bien
Del valor; pero no dudo
Tampoco que si despues
Aquel obrar bien resulta
En mi provecho, ya es
Mia la deuda; y así,
Cuando vos por vos obreis,
Y no por mí, á mí por mí,
Y no por vos, hoy tambien
Conocida y obligada,
Obrar me toca: con que
Vos por vos, y yo por mí,
Quedaremos todos bien.

ROQUE.

Y pregunto, reina mia,
¿Es muy discreta vusted?

JUANA.

Y vuesamerced, pregunto,
¿Es muy valiente, mi rey?

ROQUE.

¿Por qué lo dice?

JUANA.

Lo digo
Porque si es querer saber
Si soy discreta al mirar
Cuanto mi ama lo es,
Al ver yo cuanto es valiente
Su amo, pregunto tambien
Si lo es uced.

ROQUE.

¿No me viste
En la ocasion?

JUANA.

Sí, correr.

ROQUE.

Distingo: ¿atras, ó adelante?

DOÑA BEATRIZ.

A esto me obligó el saber
Quién sois, ¿Y á qué habeis venido
Á Madrid?

DON FERNANDO.

Yo os lo diré.
Don Fernando de Cardona
Soy, un caballero.

DOÑA BEATRIZ.

Bien
El apellido lo dice.

DON FERNANDO.

A lo que aquí vine, fue
A una pretension, y apénas
Con ella á Madrid llegué,
Cuando volverme ha importado.

DOÑA BEATRIZ.

¡Tan presto! Novedad es;
Que suele estar muy despacio
El que viene á pretender.

DON FERNANDO.

Ese es el que á conseguir
Espera; pero yo hallé
El desengaño tan presto,
Que no he de esperar.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque he sabido que hay
Otro pretendiente, á quien
Favorece mas la dicha.

DOÑA BEATRIZ.

¿Visteislo vos?

DON FERNANDO.

Lo escuché
De alguno que no me miente.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no así desconfieis;
Que hay desengaños que son
Engaños, y puede ser
Que el desengaño os engañe;
Que aun aquello que se ve,
Cuanto y mas lo que se oye,
Nos suele mentir tal vez.

DON FERNANDO.

Lo que se ve, ¿mentir puede?

DOÑA BEATRIZ.

Sí

DON FERNANDO.

¿De qué suerte?

DOÑA BEATRIZ.

Atended.
Nada á nuestra vista ha sido
Mas claro que el agua bella,
Siendo así que dentro della
La claridad ha mentido.
Muchos ejemplos ha habido:
Baste un remo, el mas igual
De corvo nos da señal,
Como en su esfera se bañe:
¿Qué habrá que no nos engañe,
Si nos engaña un cristal?
Nada mas distintamente
Se ve que la luz del sol,
Siendo así que su arrebol
Con cada viso nos miente.
En púrpura es diferente
Que en nieve, y pues á porfía
Varios reflejos envia
En que su color se extrañe;
¿Qué habrá que no nos engañe,
Si engaña la luz del dia?
Nada se deja ver mas
Que ese azul cielo que ves,
Siendo así que cielo no es,
Sino un objeto no mas
De la vista, á quien jamas
Su color halló el desvelo:
Pues si á ese claro azul velo
No hay verdad que le acompañe,
¿Qué habrá que no nos engañe,
Engañándonos el cielo?
Y así si informado mal
Estáis, ántes que se crea
El aviso, ejemplo sea
El cielo, el sol y el cristal.
Tocad de apariencia igual
La verdad; que si hoy impía,
En hacer creer porfía,
Como hoy la desecheis,
Para que os desengañeis
Mañana será otro dia.

DON FERNANDO.

Si supierais la ocasion
Que tiene para temer
Mi desconfianza, no
Me aconsejarais; mas bien...

DOÑA BEATRIZ.

Pues sirvaos de algo el consejo.

ROQUE.

Y en fin, ¿no sabrémos quién
Es esta dama?

JUANA.

No tengo
Yo licencia de hablar.

ROQUE.

Pues
Habla sin ella. ¿Qué moza
Aguarda á que se la dén?

JUANA.

Dices bien, esta mi ama
Es...

ROQUE.

Prosigue.

JUANA.

Una mujer
Soltera.

ROQUE.

Y llámase... ¿cómo...?

JUANA.

Doña Brianda.

Digitized by Google

ROQUE.
¿De qué?

JUANA.
De Bentivolli.

ROQUE.
¡Qué escucho!
Vuelve á decirlo otra vez,
Que es tan extraño apellido,
Que no le he entendido bien.

JUANA.
De Bentivolli.

ROQUE.
Mil dias
De estudio habré menester.
¿Dónde vive?

JUANA.
A Leganitos.

DON FERNANDO.
¿No sabré yo si tal vez
Hay beldad donde hay ingenio,
Y como hablais, pareceis?

DOÑA BEATRIZ.
Yo me descubriera; pero
Si os habeis de ir, ¿para qué?

DON FERNANDO.
De suerte vuestros avisos
Me han trocado, que no sé
Si me iré tan presto ya.

DOÑA BEATRIZ.
Pues como ocho dias estéis
En Madrid, sabréis quien soy.

DON FERNANDO.
Digo que los estaré,
Como ahora os descubrais.

DOÑA BEATRIZ.
Ahora no puede ser.
¿Son algun siglo ocho dias?

DON FERNANDO.
Ocho siglos son á quien
Desea; pero en efecto,
Ocho y mas esperaré.

DOÑA BEATRIZ.
¿Es aqueso asegurarme
Para iros?

DON FERNANDO.
Vos lo vereis.

DOÑA BEATRIZ.
Dadme un fiador.

DON FERNANDO.
¿Qué fiador
Puedo dar mas que mi fe?

DOÑA BEATRIZ
En prendas esa sortija.
(*Está Roque hablando aparte con Juana, y al nombrar la sortija, vuelve aprisa.*)

ROQUE.
La voz sortija escuché,
Si no me engaño.

DON FERNANDO.
Tomad,
Si á ella, mas que á mí, creeis.

ROQUE.
Aquí entra el tate, tate.
Espera, no se la dés.

DOÑA BEATRIZ.
¿Es ayo vuestro, ó criado,
Ese hidalgo?

DON FERNANDO.
Un necio es.

JUANA. (*Ap. á Doña Beatriz.*)
¿Tú pides nada?

DOÑA BEATRIZ.
Sí, Juana,
Que como voy á coger
A su amor todos los pasos,
Aquí por el interes
Le prendo, y en otra parte
Por lo liberal, porqué
El que da ó recibe queda
Esclavo de una mujer.

ROQUE.
¿No basta que mi maleta
Por ella llegue á perder,
Sino tu sortija? ¡Miren
Qué modo de enviarnos seis
Camisas, como la otra!

DOÑA BEATRIZ.
¿Qué otra?

DON FERNANDO.
Es loco, no escucheis.

DOÑA BEATRIZ.
Si es loco, no le traigais
Con vos, señor, otra vez
Que á verme vengais; que soy
Muy enemiga de ver
Un criado entremetido,
Consejero y bachiller.

ROQUE.
Señora Doña Brianda...

DOÑA BEATRIZ.
¿Mi nombre has dicho, Isabel?

JUANA.
Señora...

ESCENA III.

INES, *con un papel.* — DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE, JUANA.

INES.
Al cielo gracias,
Caballero, que os hallé.
Perdone esa mi señora,
Y tomad ese papel.
(*Dale el papel y vase.*)

DOÑA BEATRIZ.
Pues hay otra que os escriba,
Ya no será menester
Que sepais mas de mí. Adios,
Señor Don Fernando.

ROQUE.
Pues
Si son cosas acabadas,
Volved la sortija.

DON FERNANDO.
Ved
Que es sin tiempo vuestro enojo,
Pues quien me escribe no sé.

DOÑA BEATRIZ.
Para que lo sepais, quiero
Dar lugar.

DON FERNANDO.
Mirad...

DOÑA BEATRIZ.
Ya es (*Mirando adentro.*)
Otra (¡ay de mí!) la ocasion
Con que irme me importa. Aquel
Caballero que allí viene
No me llegue á conocer.
(*Ap.* ¡Que hubiese mi hermano, cielos,
De venir aquí!) Asi haced
Que no me siga, y adios.
(*Vanse las dos.*)

DON FERNANDO.
¿Quién vió mas rara mujer?

ROQUE.
En correr sortijas puede
Apostárselas al Rey
Y á mí, y será á Rey y Roque.

DON FERNANDO.
Fingido no puede ser;
Que aquel hombre, de quien hoy
Se recata, el mismo es
De la pendencia. Procura
De algun criado saber,
En tanto que yo me quedo
Si acaso la sigue á ver,
Dél el nombre.

ROQUE.
Aquí me espera,
Que yo, señor, lo sabré. (*Vase.*)

DON FERNANDO.
Por no perderle de vista,
No leo aqueste papel.

ESCENA IV.

DON JUAN, EL CAPITAN, *y luego,* ROQUE. — DON FERNANDO.

DON JUAN.
¿No es el forastero este,
Decid, Capitan, por quien
Dejé de vengar mis celos?

CAPITAN.
El mismo que llegó es
A la pendencia.

DON JUAN.
Yo estoy
Tal de llegar á saber
Que ya está Don Diego bueno,
Que porque él estorbo fué
Para acabar de vengarme,
Riñera agora con él.

CAPITAN.
El al lado del caido
Se puso. Mucha merced
Nos hizo, si bien se mira,
De estorbar su muerte; pues
Por no ser nada la herida,
No nos llegamos á ver
Agora presos ó ausentes.

DON JUAN.
Tanto he sentido perder
Por ese lance á Leonor
Y á Elvira, Capitan, que
Hiciera cualquier locura.

CAPITAN.
Pues no la hagais, y atended,
Que quien riñe sin razon
Queda mal, aunque ande bien.
(*Vuelve Roque.*)

ROQUE.
Por desvelar al criado,
Por los dos le pregunté.
El mozo es Don Juan de Leyva.

DON FERNANDO.
¿Qué dices?

ROQUE.
Digo lo que
Me dijo. ¿De qué te admiras?

DON FERNANDO.
Don Juan de Leyva es por quien
Yo, segun Leonor me dijo,

Digitized by Google

Dichoso dejo de ser,
Y de quien se guarda estotra.
¿Adónde ¡cielos! iré,
Que aqueste Don Juan de Leyva
Pesadumbre no me dé?

ROQUE.

El viejo es el capitan
Clavijo.

DON FERNANDO.

Y es para quien
Traigo una carta. Yo quiero
Trabar plática con él,
Pues es suerte hallar camino
Uno para conocer
Su enemigo. De un criado
(*Llegándose al Capitan.*)
Quién sois, señor, me informé,
Y por las señas os busco.

CAPITAN.

Pues decid, ¿qué me quereis?

DON FERNANDO.

Esta carta es para vos.

CAPITAN.

Del mayor amigo es
Que tuve jamas.

DON FERNANDO.

Yo estimo
La merced que á Otavio haceis,
Que por su deudo me toca.

CAPITAN.

Dadme licencia de lêr.
(*Lee.*) «Don Fernando de Cardona va »á esa corte á efectuar un casamiento, »en que ya está capitulado: sabiendo »que vos estáis en ella, mal hiciera en »no escribiros, suplicándoos que en »cuanto se le ofreciere le asistais co»mo á deudo y amigo mio.»—
No leo mas. En mucho estimo
La ocasion de conocer
Hoy vuestra persona.

DON FERNANDO.

En mí
Siempre un criado tendreis,
Que os sirva.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué escucho?
Este Don Fernando es
De Cardona, que á casarse
Viene con Beatriz; que bien
Nombre y señas lo publican.
¡Que tan enojado esté
Mi padre, que en su venida
Cuenta della no me dé!
¿Hay tal rigor?
(*Repara Don Fernando en el semblante de Don Juan.*)

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Vive Dios,
Que se ha turbado de ver
Don Juan quién soy! Mas ¿qué mucho,
Si amante de Beatriz es,
Y es fuerza saberlo todo?

DON JUAN.

(*Ap.* Pero aquí hay mas que atender.
Cuando mi padre de mí
Caso no quisiera hacer,
Beatriz ¿no me lo avisara?
Lo que hay en esto veré.)
Capitan, quedad con Dios.

CAPITAN.

¿Dónde vais?

DON JUAN.

Tengo que hacer.

CAPITAN.

Esperad, iremos juntos.
Señor Don Fernando, ved
En qué os sirvo: mi posada
En aquella calle es
De Barrio-Nuevo; serviros
Hoy della y de mí podreis.

DON FERNANDO.

Yo os buscaré.

CAPITAN.

Dios os guarde.
(*Vanse Don Juan y el Capitan.*)

ESCENA V.

DON FERNANDO, ROQUE.

DON FERNANDO.

¿Hay estrella mas cruel
Que la mia?

ROQUE.

¿De qué ahora
Te lamentas?

DON FERNANDO.

Yo lo sé.

ROQUE.

¿Es de la sortija?

DON FERNANDO.

Deso
Antes vano estoy, porqué
En toda mi vida vi
Mas entendida mujer.
¿Dijo la criada el nombre?

ROQUE.

Sí, señor.

DON FERNANDO.

¿Y cómo es?

ROQUE.

En verdad que no haré poco,
Señor, si me acuerdo dél.
Doña Brianda Bentivolli.

DON FERNANDO.

Extranjero el nombre es.

ROQUE.

Sí, pero ella es natural.
Mas ¿has leido el papel
Que la otra te trajo?

DON FERNANDO.

No;
Ahora, Roque, lo lêré.
(*Lee.*) «Los empeños de ser mas de lo »que puedo decir, y no menos de lo que »podeis imaginar, me obligan á que, »si os atreveis á hablarme, sea con »todo recato. A las diez de la noche »estará un coche en lo bajo de la Vi»toria; y porque no vengais solo, venga »vuestro criado con vos. Dios os guar»de.»
¿Hay mas extraño suceso
En el mundo?

ROQUE.

¿Y qué has de hacer
Ahora, dí?

DON FERNANDO.

Si el papel entra
Por lo de *si os atreveis*,
¿Cómo puedo dejar de ir?

ROQUE.

Eso yo te lo diré.
Como dejara de ir yo,
Que es no haciendo caso dél.

DON FERNANDO.

El empleo y la ventura
De tan principal mujer,
Como la prevencion dice,
No son, Roque, de perder.

ROQUE.

Siempre vi yo que era esta
Gran señora (el proceder
Lo dice bien); pero estotra
Es una picaña.

DON FERNANDO.

¿Quién,
Roque, se ha visto en el mundo
En mas confusion?

ROQUE.

¿De qué?

DON FERNANDO.

Beatriz es la mas hermosa
Beldad, que el sol llegó á ver:
Su belleza es el iman
De mis ojos; porque aunqué
Huya della, va conmigo
Acrêdora de mi fe.
Aquesta mujer tapada,
Por lo discreto, tambien
Es iman de mis oidos;
Que no ménos fuerza es
La que dió amor al oir,
Que la que dió amor al ver.
Estotra que ahora me llama,
Con la extrañeza de hacer
Misterios, y el pensamiento
De llegar á merecer
Un alto empleo, me tiene
Vano de tal suerte, que
He de seguir la aventura.
Pues ¿cómo, di, me saldré
Del empeño que me ofrecen
El pensar, oir y ver?

ROQUE.

Eso es fácil, viendo á una
Ahora, y oyendo despues
A otra, y otra obedeciendo;
Y cuando las tres estén
Conseguidas...

DON FERNANDO.

¿Qué?

ROQUE.

Apeldarlas [1],
Riéndonos de las tres. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, *con manto;* DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Desde el punto que te ví,
Elvira, en mi casa entrar,
Te vengo á notificar
Que nada he de hacer por tí,
Aunque hoy te valgas de mí,
Y de mi amistad te ampares;
Porque es justo que repares
Que otra entrada como esta,
En cuatro dias me cuesta
Muchos siglos de pesares.

DOÑA ELVIRA.

Ya lo sé; por eso vengo,
Hoy, no á valerme de tí;
A quejarme, Beatriz, sí,
Pues tantas razones tengo.

[1] Huirlas, escapar de ellas.

Digitized by Google

DOÑA BEATRIZ.

Ya para oir me prevengo
De tantas una razon.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué mayor que la traicion
Con que mi pecho has tratado,
Tus celos averiguado,
Y sabido mi pasion?
Si á Don Juan, Beatriz, querias,
Si de mí celosa estabas,
¿Para qué disimulabas
Y ir conmigo resistias?
¿Para qué, Beatriz, fingias
Con recato tus desvelos,
Con decoro tus recelos,
Si de hipócrita lo hiciste,
Pues ya que conmigo fuiste,
Fuiste á averiguar tus celos?
Todo lo sabe mi amor,
Pues aun secreto no estuvo
El lance que despues hubo
En la casa de Leonor:
Mira si es trato traidor
El tuyo.

DOÑA BEATRIZ.

Quéjaste en vano.
Oye, y verás cómo allano
El fuego que en tí amor labra,
Solo con una palabra.

DOÑA ELVIRA.

Dila.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan es mi hermano.
A esta causa pretendí
Que en el campo no me viera,
Y despues su pena fiera
De amor no fué, de honor sí.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo eso ha de crêrse, di,
Si otro apellido tomó,
Y en una casa vivió
De posadas?

DOÑA BEATRIZ.

No te asombre.
Llamarse otro sobrenombre,
Fué que una hacienda heredó
Por él; y el haber estado
Fuera desta casa, ha sido
Que por un pleito ha vivido
Con mi padre disgustado.
Y en fin como él se ha criado
En la guerra, no le agrada
Esta sujecion cansada
De hijo de familias.

ELVIRA.

Bien
Me has respondido; mas ¿quién
Celosa y enamorada,
La primera informacion
Crêrá? Licencia has de darme,
Beatriz, para asegurarme.
Y puesto que mi pasion
Ya puede en esta ocasion
La mitad haber vencido
De los celos que he tenido,
Ayúdeme tu amistad
A vencer la otra mitad.
Para uno y otro te pido
Mandes á Juana me dé
Recado aquí de escribir.
Que me vea he de decir
En mi casa, para que
Me desengañe.

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré.
Saca aquella escribanía,
Juana.

JUANA.

¿Mejor no sería
Entrarse á escribir allá?

DOÑA ELVIRA.

Dices bien, mejor será.
Si es verdad la dicha mia
De ser tu hermano, los cielos
Harán felice mi amor;
Que á tí temí; que Leonor
No puede darme á mí celos.

DOÑA BEATRIZ.

Fáciles son tus recelos
De averiguar, pues aquí
Para que le escribas di
Licencia: si Don Juan fuera
Mi amante, no le escribiera
Nadie delante de mí.

(*Vase Doña Elvira.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, *con manto*. — DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA LEONOR. (*Para sí.*)

Ha andado tan poco fina
Elvira con mi amistad,
Que de aquella voluntad
Que fiarla determina
Mi dolor cuando imagina
Averiguar sus recelos
Por tal medio, á mis desvelos
Ninguna cosa avisó;
Y así cara á cara yo
He de averiguar mis celos.
Hablar á Beatriz intento,
Por ver si en esta ocasion,
Desahogada la pasion,
Recata al entendimiento;
Que aunque impedí el casamiento
De Don Fernando, no fué
Impedir yo de mi fe
Los temores con que estoy.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién se entra hasta aquí?

DOÑA LEONOR.

Yo soy,
Señora Beatriz; que aunqué
La dicha no merecí
Hasta ahora de visitaros,
Traigo un negocio en que hablaros.
Ya me conocereis.

DOÑA BEATRIZ.

Sí,
Porque en vuestra casa os vi,
Donde un lance bien tirano
Me sucedió.

DOÑA LEONOR.

Y ese, es llano
Que aquí me obliga á venir.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Mas que me viene á pedir
Otros celos de mi hermano?

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Leyva, que fué
El que en mi casa os halló,
Beatriz...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¿No lo dije yo?

DOÑA LEONOR.

Es à quien yo le entregué
Una mal pagada fe,
A cuyo empleo feliz
Su mudanza hizo infeliz.
Celoso de vos (¡ay Dios!)
Le vi, y quisiera de vos
Saber si Don Juan...

ESCENA VIII.

DON JUAN. — DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, JUANA.

DON JUAN.

Beatriz,
Quejoso vengo... Mas ¿quién
Contigo está?

DOÑA LEONOR.

Yo, tirano...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué favorecido hermano!

DOÑA LEONOR.

Que para saber mas bien
Las traiciones que hoy se ven
En tu pecho, aquí he venido.
Averiguar he querido
Si entrabas adonde te hallo;
Pero al ir á preguntallo,
Tú mismo me has respondido.
Y así, pues no tengo ya
Que saber, yo moriré
Callando desde hoy.

DON JUAN.

No sé
Cómo agradecer podrá
Esta ocasion, que hoy me da
Tu pena, Leonor, mi suerte.
Oye, que satisfacerte
Quiero.

DOÑA LEONOR.

¿Qué satisfaccion
Habrá, si en esta ocasion
Llego en esta casa á verte?

DON JUAN.

Esa misma es la mas llana,
Que puedo darte, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¡Buscar á Beatriz, traidor!

DON JUAN.

Sí, que Beatriz es mi hermana.

DOÑA BEATRIZ.

Templad, Leonor, la tirana
Pasion, advirtiendo aquí
Que todo aqueso es así;
Pues no os diera, á ser mi amante,
Satisfaccion semejante
Don Juan, delante de mí.

DOÑA LEONOR.

¡Qué escucho! ¡Válgame el cielo!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Oh, quién estorbar pudiera
Que agora Elvira saliera!

DON JUAN.

Y porque nunca el desvelo
Vuestro quede con recelo,
(No digo de vuestro amor,
Que agora hablo de mi honor)
Sabed que si me enojé
Con Beatriz, fué porque fué
Con Elvira disfrazada,
Una amiga suya, á quien
Acompañó; y sé tambien
Que Beatriz no está culpada;
Que esta Elvira enamorada
Fué de un hombre... Bien sabreis,
Pues que vos la conoceis,
Y yo no, todo el suceso.

Digitized by Google

ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA. — DICHOS.

DOÑA ELVIRA.

Señor Don Juan, ¿cómo es eso
De que no me conoceis?
¿Vos no sois á quien á hablar,
De Beatriz acompañada,
Yo fuí? Decid, que ya nada
Mi dolor ha de callar.

DOÑA LEONOR.

¿Apénas yo de un pesar
Salgo, cuando ya me ha puesto
Vuestro trato en otro?

DON JUAN. (*Ap.*)

Presto
Elvira me desmintió.

DOÑA ELVIRA.

Yo fuí quien á hablar salió.

DOÑA LEONOR.

Yo soy quien...

DOÑA BEATRIZ.

Mirad...

ESCENA X.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Qué es esto?
¿Aquí voces? ¿Quién dirá
Qué ocasiona este rumor?

DOÑA LEONOR.

Don Juan lo dirá, señor. (*Vase.*)

DOÑA ELVIRA.

Señor, Don Juan lo dirá. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ, DON JUAN, JUANA.

DON LUIS.

¡Buena la deshecha está!
¿Fuera no os basta vivir
De casa, para venir
Hoy á alborotarla? Pues
¿Qué es esto, Beatriz, di, qué es?

DOÑA BEATRIZ.

Yo no lo puedo decir.

DON JUAN.

A hablarte, señor, venía
Con una queja; y aquí
Esas mujeres tras mí
Entraron á una porfía.

DON LUIS.

¡Buena disculpa á fe mia!
Ruégame, Beatriz, por él
Muy fina, constante y fiel,
Que á casa vuelva, si vemos
Que aun de fuera no podemos
Averiguarnos con él.

DON JUAN.

A cuanto quieras reñir
No he de responderte, no.
Acaba, empezaré yo
Mi sentimiento á decir.

DON LUIS.

Por llegar, Don Juan, á oir
El sentimiento que tienes,
Callaré. Dime, ¿á qué vienes?

DON JUAN.

De tí á quejarme, señor,
Pues en las cosas de honor
No darme parte previenes.
Está Don Fernando aquí,
Que con Beatriz á casar
Viene, sábelo el lugar
Todo, ¡y niegásmelo á mí!
Si es justo, señor, me di,
Que conozcan los de afuera
Los disgustos...

DON LUIS.

Considera
Que Don Fernando llegó,
Y al instante recibió
Unas cartas, de manera
Que á volverse le obligaron.
Yo, á Beatriz, es cosa clara,
Dije que te lo avisara;
Mas como se dilataron
Las bodas, te lo callaron
Sus labios.

DON JUAN.

Pues, señor, no
Don Fernando se ausentó:
Yo le vi, en Madrid está,
Y ese sentimiento ya
Apurar me toca: yo
Sabré presto la intencion
Que en fingir eso ha tenido.
(*Ap.* Perdone lo sucedido,
Amor, en esta ocasion,
Que primero es la opinion.) (*Vase.*)

DON LUIS.

Siempre yo, Beatriz, temí
Segunda intencion aquí:
¡Y plegue á Dios no proceda
De causa por quien yo pueda
Quejarme, Beatriz, de tí! (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

JUANA.

Muy malo se va poniendo
Todo esto, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Pues
Todo esto, Juana, que ves,
A estorbar lo que pretendo
No basta: así te encomiendo
Que por la puerta que habia
Condenada, que salia
A esotra casa, pues ya
La rompimos, y ella está
Muchos dias ha vacía,
Tú pases á abrir la puerta
De la calle, para que
Cuando llegue el coche, esté,
Como hemos tratado, abierta.
Por la reja, cosa es cierta,
Del patio, que sin cuidado
Podré hablarle; y dónde ha entrado
El nunca saber podrá,
Puesto que el cochero va
En esta parte avisado
De que dé vuelta al lugar
Primero que llegue aquí,
Para que pierdan así
El tino.

JUANA.

Nada dudar
Te ha dejado tu pesar.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad. ¡Ay Juana mia!
Esta amorosa porfía,
Que hoy afligiendo me está,
Sigámosla hoy, que quizá
Mañana será otro dia. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIII.

ROQUE, DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

¿Retiróse el coche?

ROQUE.

Sí.

DON FERNANDO.

¿Qué dijo el cochero?

ROQUE.

Que ambos
En este umbral embebidos
(Que es lo mismo que menguados),
Esperemos que nos abran...
Las cabezas, temo harto,
Mas la puerta dijo él;
Y que al tiempo que salgamos,
Si es que habemos de salir,
Vendrá á una seña volando.

DON FERNANDO.

¿Qué calle, Roque, será
Aquesta en que agora estámos?

ROQUE.

¿Quién ha de saber la calle,
Si ha mas de un hora que andamos
Antes de llegar aquí?
¿No es harto saber el barrio?

DON FERNANDO.

¿Qué barrio es?

ROQUE.

De la Vitoria
Salimos; la calle abajo
Fuimos primero, despues
La calle arriba; á esta mano
Dejamos á Anton Martin,
A estotra á San Andres: yo hallo
Por mi cuenta, que es la Cruz
De Moran adonde estámos.

DON FERNANDO.

¡Qué locuras!

ROQUE.

Yo las digo,
Y tú las haces: sepamos
¿Cuál de los dos es mas loco?

DON FERNANDO.

Pues yo, ¿qué locuras hago?

ROQUE.

Ningunas.—Roque, á casarme
Voy.—Roque, ya no me caso.
—Roque, al punto he de partirme.
—Roque, por hoy no me parto.
—¡Qué hermosa, Roque, es Beatriz!
—¡Qué ingenio tan extremado
Tiene Doña Brianda, Roque!
—Roque, ¡oh qué empleo tan alto
Hoy me ofrece mi fortuna! —
Pateta no hizo otro tanto,
Y traia capirote;
Pero hay locos desdichados,
Que se cae aprisa en ellos,
Y en los dichosos despacio.

DON FERNANDO.

¿Sientes abrir esa puerta?

ROQUE.

No sienta así abrir los cascos.

Digitized by Google

ESCENA XIV.

JUANA. — DON FERNANDO, ROQUE.

JUANA.

¿Sois vos, caballero?

DON FERNANDO.

Yo
Soy el que vengo llamado...

ROQUE.

Yo traido; y por mas señas,
Es la dama que buscamos
La dama de los Cien-vinos.

JUANA.

Entrad conmigo.

ROQUE.

Ya entramos.
Pero si es el inocente
De los dos solo mi amo,
¿A qué efecto, ángel, á oscuras
Al limbo nos traes á entrambos?
¿Siquiera un candil no hubiera
Encendido? (*Vanse.*)

—

Sala de un cuarto desalquilado.

ESCENA XV.

DON FERNANDO Y ROQUE, *guiados por* JUANA.

JUANA.

Aquí esperando
Estad los dos, y no hagais
Ruido, que os va en el recato
La vida, miéntras aviso
A mi señora.

DON FERNANDO.

Aquí aguardo.

JUANA. (*Ap.*)

No tropezarán en nada,
Que no hay nada en todo el cuarto.
(*Vase.*)

ROQUE.

Señor.

DON FERNANDO.

Calla, Roque, mira
En el peligro que estámos.

ROQUE.

Por eso quisiera hablar;
Que es muy propio, en cualquier caso,
Hablar mas el que mas teme.

DON FERNANDO.

¿Qué es aqueso?

ROQUE.

Es mi rosario.

DON FERNANDO.

¿Ahora rezas?

ROQUE.

En los riesgos
Me acuerdo yo de los santos.

DON FERNANDO.

Acércate; mas no hablemos,
Si hablar se ofreciere, alto.

ROQUE.

No me atrevo á rebullir,
Por no tropezar en algo;
Que este camarin (que fuera
No ser camarin agravio)
Lleno estará de escritorios,
Espejos, vidrios y barros,
Todo quebradizo, y yo
Soy torpe de piés y manos.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, *á una reja.* — DON FERNANDO, ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

Don Fernando...

ROQUE.

Allí á una reja
Que se divisa en un patio,
Oí la voz.

DON FERNANDO.

(*Llegándose á la reja.*)
Dos cosas son,
Señora, las que yo extraño:
Una, oir mi nombre; y otra,
Dentro en vuestra casa hablaros
Por reja.

DOÑA BEATRIZ.

La una importó
A mi preciso recato,
Y la otra á mi deseo;
Que no tan poco cuidado
Me debeis, que yo no sepa
Quién sois, señor; y si paso
Mas adelante, diré
A qué y cómo habeis llegado
A Madrid. (*Ap.* Así quisiera
Obligarle á hablar mas claro
De mí conmigo, por ver
Si puedo averiguar algo.)

DON FERNANDO.

Si todo eso habeis sabido,
Tambien sabreis que me parto,
Y la causa.

DOÑA BEATRIZ.

Eso no sé,
Decidla.

DON FERNANDO.

Yo siempre hablo
Bien de las damas, y así,
Lo primero es suplicaros
Que en esto no hablemos mas:
Lo que os obedezco, tardo
A una diligencia.

DOÑA BEATRIZ.

Ya
Que con vos no puedo tanto
Yo, que pueda deteneros,
Aquella dama que hablando
Estabais, cuando llegó
Hoy mi criada, ¿obligaros
No podrá á que no os volvais
Tan presto?

DON FERNANDO.

Aquel fué un acaso.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿quién era?

DON FERNANDO.

No lo sé.

ROQUE.

Yo sí, y si licencia alcanzo
De hablar, lo diré.

DOÑA BEATRIZ.

Decid.

ROQUE.

Era, si yo no me engaño,
Una arrebata-sortijas,
Que con la nema de un manto
Anda embustiendo la corte.
Allá en Atocha la hallamos
Cargada de cuchilladas,
Calza de obra de los campos:
Buscónos, agradecida
A cierto socorro, y tanto,
Que una sortija pescó:
Ved ¡qué modo de pagarnos!
En fin, es una buscona,
Cuyo gran desembarazo,
Bien puede ser que sea feo,
Pero tiene garabato.

DOÑA BEATRIZ.

Sí porque la socorristeis
A ella en algun sobresalto,
Della ese concepto haceis,
De mí direis otro tanto,
Pues yo tambien me valí
De vos.

ROQUE.

El recelo es vano;
Que luego se ve quién es
Cada una.

DOÑA BEATRIZ.

Gusto me ha dado.—
Si hubiérades de venir
Muchas veces á este cuarto,
Y no os fuérades tan presto,
Pidiera que este criado
Trujerais siempre con vos.

ROQUE.

La otra te pidió al contrario.

DOÑA BEATRIZ.

Y dad licencia, que tome
Una prenda de mi mano.

DON FERNANDO.

Será correrme.

ROQUE.

Será
Remediarme.

DON FERNANDO.

Antes te mando
No la tomes.

DOÑA BEATRIZ.

Por mi vida.

DON FERNANDO.

Si esa vida habeis jurado,
Obedeceré.

DOÑA BEATRIZ.

Tomad.

ROQUE.

¡Cadena! Alhaja es de esclavo.
Tuyo lo seré, señora,
Eternamente.

DOÑA BEATRIZ.

Volvamos.
A vuestra partida. ¿Os vais
Mañana?

DON FERNANDO.

Si os sirvo en algo,
En mi vida no me iré.

DOÑA BEATRIZ.

A eso no podré obligaros.

ROQUE. (*Ap.*)

¿Cuánto querrán los plateros
Que esta pese? Pues es claro,
Que lo que ellos quieren vale
Lo que á vender les llevamos.

DON FERNANDO.

Mandadme vos que me quede,
Para que se estime en algo
El pequeño sacrificio
De quedarme; pues es llano
Que no hago nada, si no es
Que por precepto lo hago.

ROQUE. (*Ap.*)

Quien me viere hoy con cadena,
¿Qué dirá? Pero extremado

Digitized by Google

Descarte es decir que hoy
Cumple mi maleta años.

DOÑA BEATRIZ.

Si eso es así, yo os suplico
No os vais, para que despacio
Sepais...

ESCENA XVII.

INES, *dentro*. — DICHOS.

INES.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué hay?

INES.

Venga usiría volando,
Que el Conde mi señor llama.

ROQUE. (*Ap.*)

¡Gran palabra!

DOÑA BEATRIZ.

Necia, ¿cuándo
Me suelen hablar á mí
Desa suerte? Don Fernando,
Id con Dios: mañana irá
Por vos el coche.

DON FERNANDO.

Contando
Los puntos á horas, las horas
A dias, los dias á años
Estaré. Pero quisiera...

ROQUE.

Hablar mañana mas claro,
Va á decir.

DOÑA BEATRIZ.

¿Luz? no es posible
Haberla en aqueste cuarto.

DON FERNANDO.

¿Pues no he de saber quién sois?

ROQUE.

Quien da cadenas: ¿no es harto?

DOÑA BEATRIZ.

No por agora, hasta ver
Experiencias de callarlo.

DON FERNANDO.

¿Ni el veros será posible?

DOÑA BEATRIZ.

El verme sí.

DON FERNANDO.

¿Dónde, ó cuándo?

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde? A la Victoria en misa.
¿Cuándo? Mañana.

DON FERNANDO.

¿Informado
No he de estar de alguna seña?

DOÑA BEATRIZ.

Dadme vos alguna.

ROQUE. (*Ap.*)

¡Malo!
¿Tambien las condesas piden?

DON FERNANDO.

No sé aquí cual pueda daros.
Estos guantes, aunque no
Sean para vuestra mano,
Llevad en ella; que ellos,
Por la labor del bordado,
Me darán señas de vos.

DOÑA BEATRIZ.

Pues aquesta basta.
(*Quitase de la reja.*)

JUANA.

Vamos
De aquí, que importa el salir
Apriesa.

DON FERNANDO.

Ya vuestros pasos
Sigo.

ROQUE.

¡Oh si fuera de dia,
Para ir á un lapidario!
Que aun llevo ciertos recelos
De si es oro fino ó falso. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ É INES, *ambas á la reja.*

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué con tan grande prisa
Llamaste?

INES.

Porque enfadado
Mi señor, volvió á salir
Fuera de casa.

DOÑA BEATRIZ.

Eso extraño.

INES.

Y aun no es sola esta la causa,
Que Doña Elvira ha llegado
Buscándote.

DOÑA BEATRIZ.

¿A esta hora?

INES.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Gran necedad! ¡Cielos santos!
¿En que oscuro laberinto,
En que peligroso caos
Me teneis? Pero no importa
Cuanto siento, sufro y paso,
Pues por lo ménos consigo
No ausentarse Don Fernando. (*Vanse.*)

ESCENA XIX.

DON FERNANDO Y ROQUE, *á quiénes* JUANA *abre la puerta de la casa desalquilada.*

JUANA.

Id presto.

DON FERNANDO.

Quedad con Dios.
(*Entrase Juana y cierra.*)
Roque, ¿has visto mas extraño
Suceso jamas?

ROQUE.

Señor,
Jamas le he visto tan raro
Como verme con cadena.

DON FERNANDO.

Esta dicha que hoy alcanzo,
Hasta el fin he de seguir.

ROQUE.

Sí, señor, esta sigamos.
No mas Beatriz ni Brianda:
Váyanse á espulgar un galgo,
Esta dama solamente
Hemos de querer. ¡Qué agrado!
¡Qué blandura! ¡Qué nobleza!
¡Qué bondad, y qué agasajo!

DON FERNANDO.

Haz la señal al cochero.

ROQUE.

Sí haré.

ESCENA XX.

GENTE. — DON FERNANDO, ROQUE.

Voces dentro.

Prendedlos, matadlos.

DON FERNANDO.

¿Qué es aquello?

ROQUE.

Una pendencia,
Y por esta calle abajo
Dos hombres, con las espadas
Desnudas, pasan volando.

DON FERNANDO.

Una gran tropa los sigue.

ROQUE.

Pues en nada nos metamos.
(*Sale gente con espadas desnudas.*)

Todos los que salen.

Estos son. ¿Qué esperais? Mueran.

ROQUE.

Si es que quereis que seamos,
Serémos; pero no somos.

DON FERNANDO.

Ténganse ucedes, hidalgos;
Que no somos los que buscan.

UNO.

¡No es el disimulo malo,
Despues que han quitado aquí
Dos capas!

ROQUE.

¿Vienen borrachos?

UNO.

O darse luego, ó morir.

DON FERNANDO.

Será así. Ponte á mi lado.

ROQUE.

Si haré, que yo con cadena
Reñiré como un Bernardo.
(*Entranse riñendo.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ELVIRA, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

¡Elvira, amiga! ¿á estas horas?

DOÑA ELVIRA.

Es tal el dolor que paso,
Que por descansar contigo,
En las cosas de tu hermano
Hablando, Beatriz, á solas,
Fingí en mi casa un recado
Tuyo, diciéndome en él,
Amiga, que te habia dado
Un accidente, y que así,
Viniese á cuidar volando
De tu salud.

DOÑA BEATRIZ.

Yo agradezco
Poder aliviar en algo
Tus tristezas.

Una voz dentro.

Por aquí
Los dos se nos ocultaron.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es aquesto?

Digitized by Google

JUANA.

Cuchilladas
Oigo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Gran desdicha aguardo.
¡Mi padre fuera de casa,
Cielos, y en el mismo espacio
Que falta della, y que della
Sale (¡ay de mí!) Don Fernando,
Tal rumor!

JUANA.

Dos hombres entran
Hasta aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Descuido extraño
Fué estar abierto.

JUANA.

Los mozos
De Elvira así lo dejaron.

ESCENA XXII.

DON FERNANDO, ROQUE. — DICHAS.

DON FERNANDO.

Señora, si la piedad...
(*Ap.* Mas ¡qué miro!)

ROQUE. (*Ap.*)

¡Cielo santo!
¿Adónde habemos venido?
¿Esto ha sido huir del rayo?

DOÑA BEATRIZ.

Decid, hablad, que admirada
(Si la verdad he de hablaros)
Estoy tanto á un tiempo en veros,
Como en veros tan turbado.

DON FERNANDO.

Aunque de vos (estoy muerto)
Me despedí (estoy turbado)
Ayer (no sé lo que digo),
No hallé (no sé lo que hablo)
Postas: (¡qué necia disculpa!)
Quedéme por hoy (¡qué extraño
Suceso!); y aquesta noche,
Por esta calle pasando,
Una cuadrilla de gente
Me ha embestido, imaginando
Ser otro; que la mayor
Desdicha sucede acaso.
Sospecho que un hombre he muerto:
Buscando el primer amparo,
Dí con vos; mas yo me iré.

DOÑA BEATRIZ.

Aqueso no, que aunque extraño
Que aquí os estéis, y pudiera
De todo formar agravio,
Ahora no lo he de hacer,
Por veros necesitado
De mi favor. A esa cuadra
Os entrad, miéntras yo mando
Que á aseguraros la calle
Bajen algunos criados.

DON FERNANDO.

No, señora: habiendo sido
Aquí donde yo he llegado,
Mi seguridad no quiero
Que os cueste á vos sobresalto,
Yo me volveré.

DOÑA BEATRIZ.

Tenéos,
Que ántes, señor Don Fernando,
Estimo al cielo la dicha
De darme ocasion de hablaros.

ESCENA XXIII.

DON LUIS.—DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)

¿Cómo está todo esto abierto?

ROQUE. (*Ap.*)

¡Nuestro suegro malogrado!

DOÑA BEATRIZ.

¡Mi padre! Escondéos ahí;
Que á él y á vos excusar trato
El enojo que de veros
Causarán vuestros engaños.

DON FERNANDO.

Ya es preciso. Roque, vén.

ROQUE.

No acierto á mover los pasos.
(*Entranse en un cuarto, quedándose á escuchar detras de la puerta.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué hombre es este, Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

Luego
(*Sale Don Luis.*)
Lo sabrás.

DON LUIS.

¿Hasta tu cuarto
Abierto está?

DOÑA BEATRIZ.

Vino agora
Elvira, señor, contando
Que con su tia un disgusto
Tuvo tal, que la ha obligado
A venir á estar conmigo:
Volviéronse los criados,
Y por eso estaba así.

DON LUIS.

Bésôs, señora, las manos;
Que yo estimo que os sirvais
Desta casa.

DOÑA ELVIRA.

Siglos largos
Vivais.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, ¿no sabré
La causa que te ha obligado
A salir fuera esta noche?

DON LUIS.

¿Para qué...

DON FERNANDO. (*Al paño.*)

¡Rigor extraño!

DON LUIS.

¿Quieres, Beatriz, que te diga
Que habiéndome ya informado
De que está aquí...

ROQUE. (*Al paño.*)

¿Escuchas?

DON FERNANDO. (*Al paño.*)

Sí,

DON LUIS.

Escondido Don Fernando...

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

El le vió
Entrar.

ROQUE. (*Ap.*)

Aquesto va malo.

DON LUIS.

Muerto de rabia y de pena,
Yendo á buscar á tu hermano,
Ya que saber se encargó
Dónde está, que no descanso,
Hasta saberlo.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Eso sí.

ROQUE. (*Ap.*)

Esto es bueno.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y dijo algo?

DON LUIS.

No le hallé, que para él
Debe ahora de ser temprano.—
Llevad, hola, á mi aposento
Una luz.

DOÑA BEATRIZ. (*A Doña Elvira.*)

Con él nos vamos
A divertirle; porqué
Vuelva, estando asegurado,
A hablar á este hombre.

DOÑA ELVIRA.

¿Mejor
No es que salga él entre tanto?

DOÑA BEATRIZ.

No, que hay mas aquí que piensas.
Y una fineza que trazo,
Por mí has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Muchas debo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no te quites el manto.
Ponte tú el tuyo... (*A Juana.*) Mas esto
Acá lo sabreis despacio. (*Vanse.*)

ESCENA XXIV.

DON FERNANDO Y ROQUE, *que salen del cuarto donde estaban.*

DON FERNANDO.

¿Fuéronse?

ROQUE.

Y tras sí la puerta
Por de fuera nos cerraron.
¿Mas si dijeses ahora,
Viendo el lance en que hoy estámos,
Mañana será otro dia?

DON FERNANDO.

Sí diré, porque no hallo
A las desdichas de hoy
Otro alivio, en ningun caso,
Que el esperar á mañana.

ROQUE.

Y si nos matan á palos,
¿Mañana no dolerán?

DON FERNANDO.

¡Que hubiesen, Roque, mis hados
De traerme aquí!

ROQUE.

Siempre dije
Que vivia en este barrio
La Condesa.

DON FERNANDO.

Si en él fué
Donde yo la hallé, está claro.
Quédate aquí, miéntras yo
Destos aposentos ando
Mirando si son balcones
O rejas, porque si hallo
Por donde salir, no tengo
De esperar. (*Vase.*)

Digitized by Google

ROQUE.

Ni yo dar salto;
Que, cuando me hallen aquí,
Todo es romperme los cascos,
Que tiene cura; y no la hay,
Si es que de una vez me mato.

ESCENA XXV.

DOÑA BEATRIZ.—ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Amor, imposible mio,
Este es el lance postrero,
Pues ya que dure no espero
El engaño en que porfio.
De una vez he de apurar
De Don Fernando el intento,
Para cuyo atrevimiento
Industrias supe buscar,
Ya que á casa le han traido.)
¿Dónde tu señor está?

ROQUE.

De todo tu cuarto va
Las piezas viendo: he entendido
Que las debe de tasar,
Segun, señora, el cuidado
Que en mirarlas ha mostrado.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho este breve lugar
De hablarte estimo.

ROQUE.

¿Qué quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Dime, así te guarde el cielo,
¿De qué ha nacido el recelo,
Las dudas y pareceres
De tu señor?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué ausentarse trató....

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

Y se quedó
En la corte?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, ¿no lo has de decir?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

Pues yo haré
Que él entienda que lo sé,
Y que lo he llegado á oir
De tí.

ROQUE.

¡Muy bien lo sabrás,
Si no te lo he dicho yo!

ESCENA XXVI.

DON FERNANDO.—DOÑA BEATRIZ, ROQUE.

DON FERNANDO.

Todas son rejas, y no
Hay sino un balcon no mas.

DOÑA BEATRIZ.

En buscar balcon no acierta
Vuestro cuidado, porqué,
Para que salgais, yo haré
Que os abran toda la puerta;
Que aunque es verdad que he deseado
Saber qué causa tuvisteis
Para el extremo que hicisteis;
Habiendo dese criado
Ahora la causa sabido,
No tengo que hablar con vos;
Y así idos, señor con Dios.

DON FERNANDO.

Infame, tú me has vendido.

ROQUE.

Tu cólera me atropella
Sin tiempo; mal me castiga...
Y si no, di que te diga
Lo que yo la he dicho á ella.

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré. Pues ¿no me has contado
Que la carta y la partida,
Una y otra fué fingida,
Por estar enamorado
De una dama, á quien él vió
En Atocha; que fué á vella,
A la Merced, porque ella
Luego un papel le escribió,
Y que esta, por entendida,
Le tiene muy satisfecho?

DON FERNANDO.

¿Ves, pícaro, lo que has hecho?

ROQUE.

¿Yo he dicho tal en mi vida?

DOÑA BEATRIZ.

Oid, que no para aquí.
Tambien me contó despues
Que cierta señora...

DON FERNANDO.

¿Ves?

ROQUE.

¿Yo te he contado tal?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.
Un regalo os envió
De ropa blanca. ¿Pudiera,
Si él aquí no lo dijera,
Saberlo en mi casa yo?

DON FERNANDO.

¿Pudo estas señas fingir?

ROQUE.

Ellas son tales, que no.
Sin duda alguna que yo
Se lo debí de decir.

DON FERNANDO.

Vive Dios que he de matarte.

ROQUE.

Y seré el primer criado
Que muera de haber callado.

DOÑA BEATRIZ.

Ved que estáis en esta parte...

DON FERNANDO.

La cólera que he tomado,
No es porque verdad ha sido
Nada de lo que atrevido
Este infame os ha contado,
Sino porque quiera así
Con mentiras disculpar
El disgusto ó el pesar
Con que yo me voy de aquí;
Pues no nace de otro amor,
Ingrata, sino de que...
—Pero no te lo diré,
Que las cosas del honor
Están en mí muy seguras.

DOÑA BEATRIZ.

Si enamorado lo haceis
De otras damas, no culpeis
Del sol las luces mas puras.
¡Vive Dios, que os ha mentido
Vuestro mismo pensamiento!
Pero mal mi sentimiento
De escucharos se ha ofendido;
Pues ya sé que todo vos
Sois engaños, pues lo haceis
Porque á dos damas quereis,
Si quiere quien quiere á dos.

DON FERNANDO.

No me obligueis á decir
Lo que en mi vida pensé,
Pues basta deciros que
De vos me ha importado huir,
No porque otro amor me aflija,
Ni porque haya hablado yo
Con ninguna...

ESCENA XXVII.

DOÑA ELVIRA, *con manto y tapada.*—DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE; *despues*, JUANA.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo no?
¿Conoceis esta sortija?

ROQUE.

¡Hay sucesos semejantes!

DON FERNANDO.

No, señora. ¿Qué quereis?
(*Sale Juana tapada.*)

JUANA.

Si á ella no la conoceis,
¿Conocereis estos guantes?

DOÑA BEATRIZ.

Bien veis, señor Don Fernando,
Que están dentro de mi casa
Mi señora la Condesa
Y la discreta Brianda.
Bien veis que es cuidado mio
Todo aquesto. Pues la causa
Sabed, que ha sido no mas
Que con industrias y trazas
Deteneros, hasta que
Salga á luz la verdad clara
Que á tantas obligaciones,
Os hace volver la espalda.
Dos cosas hay aquí: una
Que porque á saber alcanza
Vuestro recelo que yo
Fuí...

ESCENA XXVIII.

DON LUIS.—DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)

¿De qué das voces tantas,
Beatriz?

ROQUE.

No sea esta comedia
De *Peor está que estaba.*

DOÑA BEATRIZ.

La pasion me arrebató.

DON LUIS. (*Dentro*)

Dadme una luz.

DOÑA ELVIRA.

¡Pena extraña!

ROQUE.

¿No hay donde escondernos?

JUANA.

No,
Sin que por su cuarto salgas.

Digitized by Google

DON FERNANDO. (*Embozándose.*)
No temais, que á todo...

JUANA.
Ya
Mal vestido se levanta.
(*Sale Don Luis, con la espada desnuda.*)

DON LUIS.
Beatriz, ¿qué tienes? Mas ¡cielos,
Qué miro! ¡ Hombres en mi casa
A estas horas! Yo sabré
De mi honor tomar venganza.

DON FERNANDO.
Yo os defenderé, señora.
No temais.

ESCENA XXIX.

DON JUAN.—DICHOS; *luego*, EL CAPITAN.

DON JUAN. (*Dentro.*)
Abre aquí, Juana,
O las puertas en el suelo
Echaré.

DOÑA BEATRIZ.
¡ Desdicha extraña!
Que este es mi hermano.

DON LUIS.
Don Juan
Es. Abre presto : ¿qué tardas?
(*Abre Juana, y salen Don Juan y el Capitan.*)

DON JUAN.
Sabiendo que me has buscado,
(*A su padre.*)
Vine á saber qué mandabas;
Viendo cerradas las puertas,
Me iba, cuando las espadas
Y las voces me llamaron.
Pues á tu lado nos hallas
A mí y al Capitan, mueran
Los que aquesta casa agravian.

DON FERNANDO. (*Ap.*)
Don Juan de Leyva es aqueste.
Pues ¿cómo, si á Beatriz ama,
Se ofrece á vengar sus celos
Delante de Don Luis?

CAPITAN.
Nada
Repares : pues que los dos
Llegamos, mueran : ¿qué aguardas?
(*Desembózase Don Fernando.*)

DON LUIS. (*A Don Fernando.*)
¿Tú eres? Ya es mayor ofensa,
Pues me desprecias y agravias,
Si pudiendo como esposo,
Como amante aquí te hallas.

DON FERNANDO.
Como esposo nunca pude
Entrar yo aquí. ¿Pues es tanta
La ceguedad de tu honor,
Que no ves que el que te ampara
Es (mas celoso que fino,
Pues es quien á Beatriz ama)
Don Juan de Leyva, que agora
Equivoca su venganza?
Ya lo dije : ved si puedo,
A estas cosas declaradas,
Ni ser esposo ni amante.

DON LUIS.
Mira quién es quien se engaña,
Que Don Juan es mi hijo, hermano
De Beatriz, á cuya causa
Se empeña por mí y por ella;
Que si otro nombre se llama,
Es porque le obliga á eso
Un mayorazgo.

DON FERNANDO.
Aun no basta
Aquesa satisfaccion,
Con ser evidente y clara,
Pues á Beatriz hallé yo
En dos lances empeñada.

DOÑA ELVIRA.
Entrambos fuéron por mí,
Que siendo de Don Juan dama,
Fué conmigo : esto lo diga
Verle á él en las cuchilladas.

DON FERNANDO.
Con tales satisfacciones,
Rendido estoy á tus plantas;
Y pues nació de mi honor
Mi recelo, no te agravia.

DON LUIS.
Alzad, señor Don Fernando,
Del suelo; que como haya
Conseguido mi deseo,
Nada á mi vida le falta.

DON FERNANDO.
Dadme, señora, la mano,
Y perdonad mi ignorancia.

DOÑA BEATRIZ.
Dichosa fuí, pues al fin
Conseguí mis esperanzas.

ROQUE.
Grande ánimo tienes, pues
Con tres mujeres te casas.

DON JUAN. (*A su padre.*)
Pues Elvira de tu honor
A luz las tinieblas saca,
Prémiala, señor; con que
Hoy nuestra boda se haga.

ROQUE.
Esperen vuesas mercedes,
Que decir tres cosas falta.
Ya se acordarán que hubo
En la primera jornada
Un Don Diego, y que le dieron
En ella una cuchillada :
El se la ha estado curando,
Y por eso de aquí falta.
Tambien hubo una Leonor
Introducida en la farsa,
Y no está aquí, porque fuera
Malo el salir de su casa
A estas horas : de estos dos
Cuentan mil historias largas
Que se casaron. Tambien
Se acuerdan que entró en la danza
Una maleta perdida :
Desta sola no se halla
Tradicion. Aquesto he dicho
Porque no me quede nada
Que decir : si vuesarcedes
De la comedia se agradan,
Mañana será otro dia,
Para que vengan á honrarla.

Digitized by Google

Digitized by Google

NO HAY COSA COMO CALLAR.

PERSONAS.

DON JUAN, *galan*.
DON DIEGO, *galan*.
DON LUIS, *galan*.
DON PEDRO, *viejo*.
ENRIQUE, *criado*.
BARZOQUE, *gracioso*.
LEONOR, *dama*.
MARCELA, *dama*.
INES, *criada*.
JUANA, *criada*.
ALVAREZ, *escudero*.
CELIO, *criado*.
UN ESCRIBANO.
ALGUACILES.

La escena es en Madrid y en un camino.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *con hábito de Santiago en la capa y con venera, vestido de negro*, BARZOQUE, *de color*.

BARZOQUE.

Señor, ¿qué melancolía
O qué suspension es esta
Con que te hallo? ¿Tú tienes
Sentimientos, ni tristezas?
¿Tú suspiras? Ahora digo
Que hace bien el que se ausenta,
Que halla muchas novedades
En pocos dias de ausencia.
¿Qué es esto, señor?

DON JUAN.

No sé,
Y la causa de mi pena
Es no saber quién la causa.

BARZOQUE.

¿Pues cómo?

DON JUAN.

Desta manera.
Despues que fuiste, Barzoque,
A hacer unas diligencias,
A que te envió mi padre,
De cobranzas de su hacienda,
Tan trocado me hallarás,
Que de toda la soberbia
Con que de Vénus y Amor
Traté los rayos y flechas,
Aun las ruinas no han quedado;
Porque, postrada y deshecha,
De una y otra tiranía
Solo en mi quedó por seña
El padron que dice: «Así
Amor y Vénus se vengan.»
Oyendo en San Jorge misa
El pasado dia de fiesta,
Vi una mujer... Dije mal,
Vi una deidad lisonjera,
Tan hermosa, que no hizo
Cosa la naturaleza
En tantos estudios docta,
Sabia en tantas experiencias,
Con mas perfeccion: parece
Que quiso esmerarse en ella
Su inmenso poder, sacando
Del ejemplar de su idea
Logrado todo el concepto,
Como en desengaño ó muestra
De que ella mesma tal vez
Sabe excederse á sí mesma.
Todas cuantas hermosuras,
O nuestra vista celebra,
O nuestro gusto apetece,
Fuéron borradores desta;
Porque así como un ingenio
Cuidadoso se desvela,
Cuando á públicas censuras
Dar algun estudio piensa,
Que hecho fiscal de sí mismo,
Un pliego rasga, otro quema,
Y mal contento de todo,
Esto borra, aquello emienda,
Hasta que ya satisfecho
Del cuidado que le cuesta,
Da el borrador al traslado,
Y da el traslado á la imprenta;
La naturaleza así,
Viendo las varias bellezas
Que hasta entónces hizo, todas
Las emendó sabia y diestra,
Borrando desta el defecto,
Y la imperfeccion de aquella,
Hasta que en limpio sacó
Una hermosura tan bella,
Que mas que todas divina,
Y mas que todas perfecta,
Fué una impresion sin errata,
Y un traslado sin emienda.

BARZOQUE.

Bastante hipérbole ha sido;
Pero aunque mas la encarezcas,
Hasta ahora no me has dado
Ninguna gana de verla.

DON JUAN.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque tú conmigo
Tienes en esta materia
Perdido el crédito.

DON JUAN.

¿Cómo?

BARZOQUE.

Como en siendo cara nueva,
Siempre es superior; que en tí
La mejor es la postrera.

DON JUAN.

Yo te confieso que he sido
Tan señor de mis potencias,
De mi albedrío tan dueño,
Que no hay mujer que me deba
Cuidado de cuatro dias;
Porque burlándome dellas,
La que á mí me dura mas,
Es la que ménos me cuesta.
Pero no hay regla, Barzoque,
Tan general, que no tenga
Excepcion; y esta mujer
Que digo, temo que sea
Desta regla la excepcion.

BARZOQUE.

Dime ya quién es.

DON JUAN.

Aquesa
Es mi pena, que no pude
Saberlo.

BARZOQUE.

¿No la siguieras?
No estaba yo aquí, que á fe
Que al instante te trajera
Sabido, no solo el nombre,
La calidad y la hacienda,
Pero la fe del bautismo.

DON JUAN.

No quedó por diligencia.

BARZOQUE.

Pues ¿por qué?

DON JUAN.

Por un acaso.

BARZOQUE.

¿Y qué fué?

DON JUAN.

Yendo tras ella
Con deseo de saber
Su casa, al tomar la vuelta
Que hace la calle del Prado,
Vi trabada una pendencia.
Eran tres hombres á uno,
Que con brio y con destreza
De los tres se defendia,
Si para tres hay defensa.
No dudo que le mataran,
Aunque tan valiente era,
Si yo, cumpliendo animoso
De mi obligacion la deuda,
No me pusiera á su lado.
Vióse socorrido apénas,
Cuando con mayor esfuerzo
Los embistió de manera,
Que dió con uno en el suelo.
Llegó gente, fuéle fuerza
Retirarse, y yo con él,
Hasta dejarle en la iglesia;
De suerte, que por dar vida
A otro, quedé yo sin ella,
Pues no seguí á la mujer.

BARZOQUE.

Y el caballero ¿quién era?

DON JUAN.

Tampoco le conocí;
Que aunque dello me dió muestras
De agradecido, al instante
Hice de la calle ausencia,
Por no hacerme yo en la herida
Cómplice.

Digitized by Google

BARZOQUE.

¡Prevencion cuerda!
Y volviendo á la mujer,
Me he holgado saber que sea
Principio de amor tan tibio
La causa de tu tristeza.

DON JUAN.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque tú sabrás
Divertirla, pues apénas
Habrás visto otra mañana,
Cuando no te acuerdes desa.

DON JUAN.

Podrá ser; pero yo dudo
Que haya cosa que divierta
Afecto tan poderoso,
Tan rigurosa violencia,
Como ahora siento en el alma.

BARZOQUE.

¿Sola una vez que se deja
Ver una hermosura, puede
Enamorar con tal fuerza?

DON JUAN.

La muerte da un basilisco
De sola una vez que vea;
La víbora da la muerte
De sola una vez que muerda;
La espada quita la vida
De sola una vez que hiera,
Y de una vez sola el rayo
Mata aun ántes que se sienta.
Luego siendo basilisco
Amor, víbora sangrienta,
Blanca espada y vivo rayo,
Bien puede dar muerte fiera
De sola una vez que mire,
De una vez que haga la presa,
De una vez que se desnude,
Y de una vez que se encienda.

BARZOQUE.

Y Marcela á todo esto
¿Qué dice, señor?

DON JUAN.

Marcela
Es dama de cada dia:
Ni entra ni sale en la cuenta.
Todo ocioso cortesano,
Dice un adagio, que tenga
Una dama de respeto,
Que sin estorbar, divierta;
Y esta se llame la fija,
Porque á todas horas sea
Quien de las otras errantes
Pague las impertinencias.

BARZOQUE.

¡Bueno es eso, para estar
Ella tan vana, que piensa
Que no hay hombre hoy en el mundo
Mas enamorado!

DON JUAN.

Esa
La maña es, que ella lo piense,
Y que á mí no me acontezca.
Y porque mejor lo digas,
Sabe que, como me es fuerza,
Por haber sido soldado
(Pues con el duque de Lerma
Á Italia pasé y á Flandes),
Ir á esta jornada [1], ella
Muy dama, por hacer todas
Las ceremonias de ausencia,

[1] Parece, por lo que se dice despues, que es la que se hizo á fin de socorrer á Fuenterrabía, sitiada por los franceses, en el año de 1638.

Esta venera me ha dado
Para que memoria tenga,
Y dentro un retrato suyo.

BARZOQUE.

Dame para reir licencia.

DON JUAN.

Pues ¿de qué te has de reir?

BARZOQUE.

De que las Marcelas tengan
Vanidad de retratadas.
¿Qué deja, señor, qué deja
A una infanta de Catay,
Tratada casar en Persia?
Mas ¿dónde vamos ahora?

DON JUAN.

A hacer una diligencia
Perdida, por ver si puedo
Saber quién la dama sea.

BARZOQUE.

¿Cuál es?

DON JUAN.

Ir al puesto mismo
Donde la vi la primera
Vez, por si por dicha hoy,
Que tambien es dia de fiesta
Vuelve á él; que yo no dudo
Que vive por aquí cerca.

BARZOQUE.

¿De qué lo infieres?

DON JUAN.

De que
Una mujer como aquella,
A pié no fuera muy léjos.

BARZOQUE.

Si en este barrio viviera,
Donde vivimos nosotros,
¿No era fuerza conocerla?

DON JUAN.

No, que puede haber muy poco
Que á él se haya mudado; fuera
De que aquí nada se sabe.

BARZOQUE.

Dices bien, si consideras
Que en Madrid partos y medos
Viven una casa mesma,
Sin saber unos de otros.

ESCENA II.

MARCELA, INES.—DON JUAN, BARZOQUE.

(*Dama y criada se quedan en una esquina acechando á Don Juan.*)

MARCELA.

Tápate, porque no pueda
Conocernos.

INES.

No podrá,
Aunque nos hable y nos vea.

MARCELA.

Es tal su divertimiento
Estos dias, que me fuerza
A seguirle, por saber
Dónde sale y dónde entra.

INES.

A la puerta de San Jorge
Se ha parado. (*Éntranse.*)

MARCELA.

Pues en esta
Deste portal nos entremos
Nosotras.

DON JUAN.

Barzoque, espera,
No entres en la iglesia.

BARZOQUE.

¿Estoy
Yo excomulgado?

INES.

El se acerca.
¿Si nos conoció?

MARCELA.

No sé.
Ponte detras desta puerta,
Por si no nos vió.

DON JUAN.

A este umbral
Nos paremos.

BARZOQUE.

Pues ¿qué intentas?

DON JUAN.

He visto, si no me engañan
Los delirios de mi idea,
Todo el sol cifrado á un rayo,
Y todo el cielo á una esfera.
Aquella que sale (¡ay cielos!)
Del templo ahora, es la mesma
Que vi: repetido el daño,
No es posible que me mienta.
Y para que no repare
Alguien que vamos tras ella,
Dejándola ántes pasar,
Es mejor que no nos vea.
(*Éntranse en otro portal Don Juan y Barzoque.*)

MARCELA.

Ines, ¿oístelo?

INES.

Sí.

MARCELA.

No fué vana mi sospecha.

ESCENA III.

LEONOR, JUANA, ALVAREZ.—MARCELA É INES, *en un portal;* DON JUAN Y BARZOQUE, *en otro.*

LEONOR.

Alvarez.

ÁLVAREZ.

Señora.

LEONOR.

Haced
Traer la silla.

ÁLVAREZ.

Voy por ella.

JUANA.

Para ir á casa, ¿has mandado,
Señora, estando tan cerca,
Traer silla?

LEONOR.

No voy á casa,
Juana, ahora; que aunque sea
Contra el gusto de mi hermano
Tomarme aquesta licencia,
A verle á su retraimiento
Voy: tú da á casa la vuelta.

ÁLVAREZ.

Ya está aquí la silla.

LEONOR.

Abridla.

BARZOQUE. (*A su amo.*)

En una silla se entra.

Digitized by Google

LEONOR. (*Para sí.*)

Amor y honor, ¿qué quereis?
Dejadme, que ya estoy muerta,
Pues de mi amante y mi hermano
Lloro á un tiempo dos ausencias.

(*Vanse Leonor, Juana y Alvarez; Don Juan y Barzoque salen del portal; Marcela é Ines permanecen en el otro acechando.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, BARZOQUE, MARCELA, INES.

DON JUAN.

¿No es, Barzoque, mas hermosa,
Que yo supe encarecerla?

BARZOQUE.

Las cosas que no me tañen,
Nunca me detengo en verlas.
Déjame ver la criada.—
Vaya, ni es mala, ni buena:
Mediocre es.

DON JUAN.

Dicha he tenido.

BARZOQUE.

¿Qué aguardas? Vamos tras ella,
No haya otra pendencia ántes
De saber su casa.

DON JUAN.

Es fuerza;
Que iman de rayos, tras sí
Arrebatado me lleva,
Girasol de su hermosura.

(*Al irse, le detiene Marcela.*)

MARCELA.

Pues vuesarced se detenga;
Que el girasol, con la vista
Sola sigue la belleza
Del sol; pero no se mueve.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Vive el cielo, que es Marcela!

BARZOQUE. (*Ap.*)

¿No lo dije yo? Peor
Es esto que la pendencia.

DON JUAN.

Marcela, pues ¿qué venida
Por estos barrios es esta?

MARCELA.

Es venir á averiguar
La causa de las tristezas
Destos dias, y hela hallado
A precio de una experiencia.

DON JUAN.

Huélgome, porque hasta ahora
Yo no he sabido cuál sea,
Y diciéndomela tú,
Será mas fácil vencerla.

MARCELA.

Pues si no lo sabes, es,
Don Juan, para que lo sepas,
Haber visto el sol cifrado
A un rayo, el cielo á una esfera.

BARZOQUE. (*Ap.*)

¡Muertos somos, si oyó aquello
Del retrato y la venera!

DON JUAN.

Barzoque, mira si dije
Yo bien.—¡Que seas tan necia,
Que no eches de ver que habia
Conocídote, y que á esta
Puerta me puse á hablar eso,
En venganza de que vengas
Siguiendo en aquese traje
Mis pasos!

BARZOQUE.

Y por mas señas
Del haberos conocido,
Desde que entrasteis en esta
Calle, venisteis andando
Hasta aquí.

MARCELA.

¿Hay tal desvergüenza?
Pues tú, pícaro, ¿tambien
Te burlas de mí?

DON JUAN.

No seas
Terrible, que por tu vida...

MARCELA.

Di la tuya.

DON JUAN.

¿No es la mesma?
Que te habia conocido.

MARCELA.

¡No está mala la deshecha!

DON JUAN.

En tanto, Barzoque, que
Yo desenojo á Marcela,
Ve á ver si hallas aquel hombre
Que ha de aceptar esa letra.

BARZOQUE.

Yo voy.

MARCELA.

No quiero que vayas.

DON JUAN.

Importa la diligencia.

MARCELA.

No le dejes ir, Ines.

INES.

Yo le tendré.—Infame, espera.
¿Y aquello de la mediocre,
Y no ser mala ni buena
La criada?

BARZOQUE.

Todo eso
¿En la disculpa no entra?
Por tu vida, que es la mia
(Así en mal fuego la vea
Arder), que te conocí.

MARCELA.

Don Juan, aunque mas pretendas
Persuadirme, es imposible:
Yo sé bien que las tibiezas
Destos dias han nacido
De nueva pasion, que fuerza
Tu voluntad á que faltes
A tantas nobles finezas
Como me debes.

DON JUAN.

No sé
Que haya razones que puedan
Satisfacerte; y es cosa
Muy temeraria que quieras
Hacer verdad tu mentira
A costa de mi paciencia.

MARCELA.

¿Que es mi mentira verdad?
Si es la que miente tu lengua.

DON JUAN.

Mira que estás en la calle.
No dés voces. Esas quejas
Suenan en casa mejor:
Vete por tu vida á ella,
Que yo voy tras ti.

MARCELA.

Si es
Despedirme con tal priesa
Por ir siguiendo el iman
Que arrebatado te lleva,
Vete, vete; que no quiero
Que imagines ni que entiendas
Que he de sentir el desaire.

BARZOQUE. (*Ap. á su amo.*)

Cuidado con la venera,
Que este es paso de pedirla.

DON JUAN.

Pues como tú no lo sientas,
Yo me iré; no porque tengo
Que sentir, mas porque veas
Que no he de sentir el tuyo
Tampoco yo.

MARCELA.

Pues espera,
Que por sí ó por no, no quiero
Que por ahí te vayas.

DON JUAN.

Suelta,
Marcela.

MARCELA.

Ingrato...

ESCENA V.

DON PEDRO.—DON JUAN, MARCELA, INES, BARZOQUE.

DON PEDRO.

Don Juan.

DON JUAN.

Señor.

DON PEDRO.

Pídele licencia
A esa dama, porque importa
El que conmigo te vengas.

MARCELA.

Ya, sin pedirla, la tiene.

(*Ap. á Don Juan.*)

En tu vida no me veas,
Ni me hables.—Vamos, Ines.
(*Ap.* De rabia y celos voy muerta.)

DON JUAN. (*Ap. al criado.*)

¡Qué buena ocasion perdí!

BARZOQUE.

Pues ¿qué importa que se pierda,
Como no se haya perdido
El oro de la venera?

(*Vanse Marcela é Ines.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON JUAN, BARZOQUE.

DON JUAN.

¿Qué es, señor, lo que me mandas?

DON PEDRO.

Aunque reñirte pudiera
Haberte hallado, Don Juan,
Sin recato ni prudencia
Hablando en la calle á voces;
Lo que te quiero es, que sepas
Que ya el señor Almirante
Partió á Vizcaya, y es fuerza
Que salgas hoy de Madrid,
Y aun por la posta quisiera,
Porque en el sitio te halle,
Cuando llegue, su Excelencia.
Lo que habia detenido
Tu partida, solo era
Esperar á que Barzoque
Viniese; ya está la letra
Socorrida, nada falta;
Y así á toda diligencia
Es menester salir hoy;
Que no es justo, estando puesta

Digitized by Google

Pena de traidor á quien,
Habiendo servido, deja
De salir, que comprendido
Tú en el bando, te detengas
Ni un instante.

DON JUAN.

Ya tú sabes
Cuánto estoy á tu obediencia
Sujeto siempre; y aunque
Te parece que me encuentras
Mal divertido, una cosa
Son cortesanas licencias,
Y otra obligaciones justas.

DON PEDRO.

¡Cuánto estimo esa respuesta!
Vente pues conmigo, donde
Una cantidad me truecan
De dinero, porque tú
Lo recibas. — Las maletas
Puedes poner tú entre tanto,
Barzoque.

BARZOQUE.

Voy á ponerlas.

DON JUAN.

Pues, si vas á casa, toma:
Estos papeles te lleva,
Que son los de mis servicios,
(Que por descuido ó pereza,
Desde que fuí á registrarme,
Andan en la faldriquera)
Y ponlos entre la ropa.

BARZOQUE.

Harélo como lo ordenas. (*Vase.*)

DON PEDRO.

Ven, Don Juan, porque á vestirte
Luego de camino vuelvas.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ignorado amor, perdona
Si ántes de saber quién seas,
Me ausento de tí; que no
Será tu olvido mi ausencia. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de un embajador.

ESCENA VII.

DON DIEGO, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Si desa manera das
Lugar á tu pensamiento,
Aunque quieras no podrás
Pararle; que el sentimiento
Discurrido crece mas.

DON DIEGO.

El mas recibido error
Que hay en el mundo, en rigor,
Ser ese consuelo suele,
Que es decir á quien le duele,
Que no piense en su dolor.
No es lo mas que yo he sentido,
El haber á un hombre herido,
Pues suya la culpa fué,
Ni que él de peligro esté,
Estando yo retraido;
Pues con ausentarme, hallado
Estaba el medio al cuidado.
Mi pena es mas inhumana
Tener, Enrique, una hermana
Moza, hermosa y sin estado.
Esta es toda mi pasion
Que no, Enrique, la ocasion
Que en este trance me ha puesto.

ENRIQUE.

Yo espero en Dios que muy presto
Mejore tu confusion;
Que ese hombre sanará,
Con que muy fácil será
Las amistades hacer.

DON DIEGO.

Don Luis se ofreció á saber
Qué declaró y cómo está;
Mas como anda de partida,
Lugar quizá no ha tenido:
Con que mi pena atrevida
Hoy me tiene suspendido
Entre su muerte y su vida.

ENRIQUE.

Don Luis es tu amigo: espera
En su amistad verdadera
Que aunque de partida está,
Con la respuesta vendrá.

DON DIEGO.

En esa sala de afuera
Ruido siento: sal á ver,
Enrique, quién puede ser.

ENRIQUE.

Ya serán intentos vanos;
Que de una silla de manos
Ha salido una mujer
Tapada, y entra hasta aquí.

DON DIEGO.

¡Qué es lo que mis ojos ven!
¿Mujer á buscarme á mí?

ESCENA VIII.

LEONOR. — DON DIEGO, ENRIQUE.

LEONOR.

Y mujer que os quiere bien.

DON DIEGO.

¡Leonor, hermana! ¿tú así
Vienes? Pues no te he rogado
En papeles que he enviado,
Que esta fineza no hicieses,
Ni á verme, Leonor, vinieses?

LEONOR.

¿Cuándo obedeció el cuidado,
Y mas cuidado de amor?
Y viniendo desta suerte,
¿Qué importa?

DON DIEGO.

Nada, en rigor,
Mas de poder álguien verte
En cas de un embajador;
Y no sabiendo que he sido
Yo el que á ver hayas venido...

LEONOR.

De todo estoy avisada,
Y en una silla y tapada,
Nadie me habrá conocido.
¿Cómo estás?

DON DIEGO.

¿Cómo he de estar?
Con mil cuidados, Leonor,
Que tras sí trae un pesar.

LEONOR.

Ya sucedió, ya es error
Que en él me quieras hablar,
Aunque vengo á hablar yo en él,
No fiando mi pasion
A un papel; porque el mas fiel
Es, en efecto, un papel,
Que habla sin alma ni accion;
Y así, á la voz se remita
Lo que mi amor solicita.
Una merced á pedirte
Vengo; que no ha de salirte
Muy de balde la visita.

DON DIEGO.

Pues ¿qué me quieres?

LEONOR.

He oido
Que ese hombre que has herido,
Hoy muy de peligro está:
Fuerza ausentarte será;
Y así, lo que yo te pido..
Es que de toda mi hacienda
Te socorras, ó se venda,
O se abrase, porque no
Te vea en una cárcel yo.
Y porque mejor se entienda
El fin de mi pensamiento,
Es pedirte que te alejes,
Con ser lo que yo mas siento,
Y solamente me dejes
Con que viva en un convento.

DON DIEGO.

Sabe Dios que no he tenido,
Leonor, cuidado mayor
Que tú en lo que ha sucedido;
Pero oyéndote, Leonor,
Mi mayor consuelo has sido.
Mira tú dónde estarás
Mas á tu gusto y mejor;
Porque yo no quiero mas
Hacienda, vida ni honor,
Que saber que quedarás
En un convento sin mí,
Ya que tan infeliz fuí
En lo que me sucedió.
Pero, vive Dios, que no
Lo pude excusar, pues vi
Que por muy leve porfía,
Que jugando habia tenido
Con un hombre el mismo dia,
Siguiéndome habia venido
Con otros en compañía.
Paréme, y cuando llegaron,
Tres las espadas sacaron:
Saqué la mia. No sé
Cómo tal mi dicha fué,
Leonor, que no me mataron;
Y no dudo que logrado
Su intento hubieran, primero
Que yo me hubiera librado,
Si á este tiempo un caballero
No se pusiera á mi lado.
Jamas, hermana, sospecho
Que vi igual valor. ¡Qué airoso,
Qué en sí, de sí satisfecho,
Desempeñó generoso
La roja insignia del pecho!
Yo cuando me vi valido,
Con aquel que habia reñido
Cerré sin ningun recelo,
Y di con él en el suelo.
Llegando mas gente al ruido,
Me entré en San Jorge, amparado
Siempre de aquel caballero,
Que nunca dejó mi lado,
Hasta que dijo: «No quiero
Pues vos estáis ya en sagrado,
Hacerme cómplice yo:
Adios quedad.» Y salió
De la iglesia. Agradecido
Al socorro recibido,
Saber quise el nombre, y no
Pude, porque llegó en esto
Justicia. Queriendo entrar,
Cerraron las puertas presto:
Y yo, por no me quedar,
A alguna violencia expuesto,
No quise parar allí;
Y así, á la noche salí,
Y vine donde ahora estoy
Con tantas desdichas hoy,
Que...

ENRIQUE.

Don Luis entra hasta aquí.

Digitized by Google

DON DIEGO.

Tápate, Leonor, la cara,
No te vea.

(*Vase Enrique.*)

ESCENA IX.

DON LUIS, *de camino.*—LEONOR, DON DIEGO.

DON LUIS.

Si pensara
Hallaros entretenido,
Tan necio y inadvertido,
Antes de llamar, no entrara.
A daros cuenta venía
De lo que vos me mandais;
Pero necedad sería
Divertiros, cuando estáis
Con tan buena compañía.
Pésame de que no sé
Si dar la vuelta podré;
Que puesta á caballo ya
Está la gente que va
Conmigo; solo os diré
Que con el herido he estado,
Y que está mucho mejor:
Que el escribano, obligado
De mí tambien, me ha enseñado
La causa...

ESCENA X.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

El embajador
Mismo á la puerta llegó
Deste cuarto, preguntando
Por tí.

DON DIEGO

Pues justo es que no
Vea mujer aquí, cuando
Tal merced me hace: así yo
A ver qué manda saldré
A esotra pieza. No os vais,
Don Luis amigo, sin que
Todo aqueso me digais.

DON LUIS.

Vamos los dos.

DON DIEGO.

¿Para qué?
Si él quiere hablarme, es error.
Aquí os estad.

ENRIQUE.

Ya él te espera.

DON DIEGO.

Agradecedme el favor.—
Y de ninguna manera
Tú te descubras, Leonor. (*Ap. á ella.*)

(*Vanse Don Diego y Enrique.*)

ESCENA XI.

LEONOR, DON LUIS.

LEONOR.

(*Ap.* A obedecer no me obligo
El precepto que me das.)
¿No hablais mas que eso conmigo?

DON LUIS.

Nunca yo suelo hablar mas
Con la dama de mi amigo.

LEONOR.

Es muy justo proceder,
Muy conforme á vuestra fama;
Pero hablad, llegando á ver
Que no solo soy su dama,
Pero no lo puedo ser.

(*Descúbrese, y habla con priesa, mirando adentro.*)

DON LUIS.

Señora, mi bien, Leonor,
Contigo sí; que mi amor
Tan digno es como tú sabes,
Y es fuerza que mas le alabes
De fino que de traidor.
Parecerá error, primero
Guardar á su amor decoro,
Que á su honor; no así lo infiero
Del fin con que yo te quiero,
Y la fe con que te adoro.
Pues no haber hasta ahora dado
Parte de nuestro deseo
A Don Diego, lo ha causado
No ser dueño de un honrado
Mayorazgo que pleiteo.
Con que la disculpa es llana;
Pues si se atiende al efeto,
No ha sido intencion villana
El hablar con mas respeto
A su dama que á su hermana.

LEONOR.

¿Ya en fin de camino estás?

DON LUIS.

Sí, pues tú ocasion me das.

LEONOR.

¿Acaso te he dicho yo,
Don Luis, que te ausentes?

DON LUIS.

No;
Pero eso me obliga mas.

LEONOR.

¿Cómo así?

DON LUIS.

Como mi amor,
Atento solo á quererte,
Se ha valido del honor;
Porque para merecerte,
No hallo tercero mejor.
El es el que me ha mandado
Que acuda á la obligacion
De caballero y soldado;
Que al fin, servicios de honrado,
Méritos de amante son.
Mal sin opinion pudiera
Servirte yo.

LEONOR.

Dices bien;
Pero yo, Don Luis, quisiera
Que esa fineza tambien
Ménos á mi costa fuera.
Y por no gastar en vano
Este pequeño lugar
(Pues aunque te estimo, es llano
Que en mi casa no has de entrar,
No estando en ella mi hermano),
Solo decirte es mi intento
Que tal fe mi pecho encierra,
Que cuando, al honor atento,
Tú, Don Luis, vas á la guerra,
Yo me quedo en un convento.
Solo tú la causa has sido
Con que á pedirlo he venido;
Y puesto que á mi tristeza
Tú debes esta fineza
Mas que al lance sucedido
A mi hermano en la pendencia
De que el mismo amor es juez,
Haya igual correspondencia:
Vuelva siquiera una vez
Por su opinion el ausencia.

DON LUIS.

Yo haré que el mundo repare
Que hay ausencia que se ampare
De olvido en mi retraida,
Pues Dios me quite la vida
El dia que te olvidare.

LEONOR.

La misma palabra dió
Mi fe; y si tan grande dicha
No la mereciere yo...

DON LUIS.

¿Qué?

LEONOR.

Será por mi desdicha,
Pero por mi culpa no.

ESCENA XII.

DON DIEGO.—LEONOR, DON LUIS.

DON DIEGO.

Venia el embajador
A decirme que ha tenido
Un papel de un gran señor,
Que siempre ha favorecido
Mis fortunas su valor[1],
En quien le dice quién soy
Y como en su casa estoy,
Que me favorezca; y él,
A su obligacion fiel,
Vino á ofrecérseme hoy.
Esto es lo que me ha querido.
Decid vos, ¿qué habeis sabido
De mis desdichas?

DON LUIS.

Hablé
A un amigo, que lo fué
Tambien de ese hidalgo herido;
Y acompañándole yo,
A su casa me llevó:
Vile en extremo alentado.
Despues, habiendo buscado
Al escribano, me dió
La causa; y en conclusion,
Calla en su declaracion
Quién le hirió, diciendo que
Sobre el encontrarse fué
Muy acaso la cuestion.
Con esto, Don Diego, adios,
Y creed, que aunque me alejo,
El amistad de los dos
Es tal, que al dejaros, dejo
Mi vida y alma con vos. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LEONOR, DON DIEGO.

DON DIEGO.

¡Qué amigo tan verdadero!

LEONOR.

Bien lo muestra su fineza.

DON DIEGO.

Leonor, pues que considero
Mejorada mi tristeza,
Que no hagas novedad quiero.

LEONOR.

Yo no tengo voluntad.
(*Ap.* ¡Oh si esto fuera verdad!)

DON DIEGO.

Yo te lo estimo, y ahora
Vete, hermana, que ya es hora.
Prevenirte es necedad,
De que con recato estés:
Que tus ventanas y puertas
A todas horas...

[1] Ahora se diria: *cuyo valor, cuya bondad ha favorecido siempre mis fortunas.*

Digitized by Google

LEONOR.

No es
Menester que tú me adviertas;
Que soy quien soy. Dame pues
Los brazos, y cré de mí
Que en mi vida he recibido
Pesar como el que ahora aquí
Despidiéndome he tenido.

DON DIEGO.

Todo lo creo de tí. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, DON JUAN, BARZOQUE; CELIO, *con luces.*

DON JUAN.

¿Está todo puesto ya?

BARZOQUE.

Ya, señor, todo está puesto;
Solo falta de ponerte
Tú á caballo.

DON PEDRO.

Mira, necio,
Si se olvida algo.

BARZOQUE.

Ahora iré
La memoria recorriendo.
Mi amo aquí está, yo aquí estoy,
Las mulas allí están: bueno.
Cabales hasta aquí estámos,
Tantas mulas como dueños.
Las maletas allí están,
La sombrerera y el fieltro.

DON JUAN.

¿Fieltro llevas en verano?

BARZOQUE.

Quizá volveré en invierno.—
El quitasol...

DON PEDRO.

¿Quitasol,
Yendo de noche?

BARZOQUE.

Por eso,
Que quien de noche camina,
Le ha menester, pues es cierto
Que hace calor, y no están
Las posadas tan á tiempo,
Que no dé un poco de sol;
Y cuando no sirva desto,
¿Hay mas de hacer del que fué
Quitasol, quita-sereno?—
Las botas grandes.

DON JUAN.

¡En julio
Botas!

BARZOQUE.

Estas que yo llevo,
Yo he de calzarlas.

DON PEDRO.

¿Ahora?

BARZOQUE.

Pues ¿para cuándo se hicieron
Ellas, sino para cuando
Hay mayores sedes?

DON JUAN.

¿Luego
Son de vino?

BARZOQUE.

Pues.

DON PEDRO.

Y ¿cuántas?

BARZOQUE.

Dos, por igualar el peso.

DON PEDRO.

Si escuchamos este loco,
No saldrás, á lo que entiendo,
De aquí hasta el amanecer.

BARZOQUE.

Nada se olvida en efecto.
Vamos... si bien no sé qué
Escrúpulo acá me tengo
De que se me olvida algo,
Que dudando y discurriendo,
Me acuerdo de cierta cosa,
Y qué cosa es no me acuerdo.

DON JUAN.

Dame tu mano, señor.

DON PEDRO.

De nada, Don Juan, te advierto:
Tus obligaciones sabes.
Adios pues, y ¡plegue al cielo
Te traiga con bien!

DON JUAN.

No sé
Si te lo otorgue, que temo
No volver vivo. (*Ap.* ¿Qué mucho
Si ántes de partir voy muerto?
Ausencia, pues te llamaron
Remedio de amor y celos,
Pues me ves morir de amor,
Dame, ausencia, tu remedio.) (*Vase.*)

DON PEDRO.

Alumbrad.

BARZOQUE.

Dame los piés.

DON PEDRO.

Barzoque, solo te ruego
Cuides mucho de tu amo.

BARZOQUE.

Una y mil veces lo ofrezco.
(*Ap.* ¿Qué quieres de mí, memoria?
Déjame, todo lo llevo.
Nada dejo de importancia,
Pues las dos botas no dejo.) (*Vanse.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO, CELIO.

DON PEDRO.

Obligaciones de honor,
Mucho me debeis, pues tengo
Valor para ver partir
A tan conocido riesgo
Un hijo; y siendo yo mismo
Quien mas su peligro temo,
Fuí quien mas para el peligro
Le animo que le detengo.
Pero vaya, mozo es,
Sirva al Rey; pues es tan cierto
Que es la sangre de los nobles,
Por justicia y por derecho,
Patrimonio de los reyes. —
Hola.

CELIO.

Señor.

DON PEDRO.

Vamos, Celio,
Con luz recorriendo ahora
De Don Juan el aposento
Por esa puerta que cae
A mi cuarto, y á ver luego
Si la que cae á la calle
Cerrada está.

CELIO.

De eso vengo,
Y está cerrada; si bien
Que hayas de reñirme temo
Un descuido.

DON PEDRO.

Pues ¿qué ha habido?
¿Qué se ha olvidado? Di presto.

CELIO.

Pedir, señor, á Barzoque
La llave della.

DON PEDRO.

Pues ¿eso
Qué importa, que él se la lleve,
Si yo llave maestra tengo?
Y pues hay aquí recado
De escribir, escribir quiero.
Llégame bufete, silla
Y luces.

CELIO.

¿Ahora, siendo
Mas de media noche ya,
Quieres escribir?

DON PEDRO.

No puedo
Excusarlo, porque son
Unas cuentas... Mas ¡qué veo!
Los papeles de Don Juan
(¡Qué gran descuido!) son estos.
Mira si alcanzarle puedes.

CELIO.

¿Cómo he de alcanzarle, habiendo
Tanto tiempo que partió?

DON PEDRO.

Pues luego al punto, al momento
Busca en que ir hasta alcanzarle,
Y dáselos, porque es cierto
Que sin ellos no podrá
Cobrar su ventaja y sueldo.

CELIO.

Hasta la mañana, ¿quién
Me dará en que ir?

ESCENA XVI.

LEONOR, JUANA. — DICHOS.

Voces dentro.

¡Fuego, fuego!

DON PEDRO.

Mira qué voces son esas
Tan cerca...

LEONOR. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DON PEDRO.

De casa.

CELIO.

Yo voy á ver
Dónde son.

JUANA. (*Dentro.*)

Huyamos presto,
Señora: piérdase todo,
Pero no las vidas.

Voces dentro.

¡Fuego!

DON PEDRO.

¿Dónde será?

LEONOR. (*Dentro.*)

Pues abierta
Esta casa está...

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

(*Sale Leonor medio vestida.*)

Digitized by Google

LEONOR.

Una mujer infelice,
A quien esta luz (mi pecho
Me ahoga) trajo hasta aquí,
De sus desdichas huyendo.
Si sois, señor (¡muerta estoy!),
Como mostrais, caballero,
Amparadla (¡qué desdicha!),
Pues basta saber (no puedo
Hablar) que de vos se vale
En ocasion que (el aliento
Me falta) su misma casa
La echa de sí.

DON PEDRO.

Detenéos,
Sosegad, que habeis llegado
Donde halleis, yo os lo prometo,
Amparo y favor. ¿Qué ha habido?

LEONOR.

Que estando ahora...

Voces dentro.

¡Fuego, fuego!

LEONOR.

Esas voces os respondan.
En mi casa, en mi aposento
Son.

DON PEDRO.

¿Qué casa es?

LEONOR.

La frontera.

DON PEDRO.

A ella acudiré, y ofrezco
Poner cuanto yo pudiere
En salvo. Vamos corriendo.—
Llama todos los criados.— (*A Celio.*)
Vos aquí estad, miéntras vuelvo.
(*Vanse Don Pedro y Celio, y sale Juana.*)

ESCENA XVII.

JUANA. — LEONOR.

JUANA.

¡Ay, señora, qué desdicha!
Todo se nos queda ardiendo.
Como me cogió salí.

LEONOR.

Mayor pudo sucedernos,
Si dormidas nos hallara.
Ya que agradecerle tengo
A mi fortuna, que tantas
Penas me haya dado á un tiempo;
Pues la ausencia de Don Luis,
De mi hermano el retraimiento,
Desvelada me tenian
Para que pudiese (¡ay cielos!)
La vida escapar, quizá
Para mayores tormentos.

JUANA.

No sé como el fuego pudo
Encenderse.

LEONOR.

No apuremos
Cómo pudo suceder,
Pues ya sucedió; y no quiero
Ser ingrata á mi ventura,
Acordándome en suceso
Tan infelice de nada,
Ni cómo pudo ser, puesto
Que no perdiendo la vida,
Todo es poco cuanto pierdo.

JUANA.

No dudo que nada pierdas,
Que á lo que desde aquí veo,
Todo á esta casa lo traen;
Y si no me engaño, pienso
Que es ménos el fuego, pues
Ya el ruido, señora, es ménos.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO. — LEONOR, JUANA.

DON PEDRO. (*Hablando con sus criados que están dentro.*)
Entrad á ese cuarto toda
La ropa.— ¡Gracias al cielo,
Señora, que ha sucedido
Felizmente! Todo el fuego
Queda apagado; que fué
Dicha socorrerle presto:
Toda la hacienda tambien
Está en salvo.

LEONOR.

Agradeceros
Tan grande merced quisiera;
Pero á empezar no me atrevo,
Por no dejar desairado
Tan noble agradecimiento.
Guárdeos el cielo mil años;
Y supuesto que ya os debo
Tal merced, dadme licencia
Para recibirla, yendo
Acompañada de vos
A mi casa.

DON PEDRO.

Detenéos,
Y considerad, señora,
Que aunque ya cesó el incendio,
No el humo, y á ahogaros basta
El que hay en vuestro aposento.
Demas, de que fué forzoso
Para cortarle, en el suelo
El tabique derribar
De la alcoba; y fuera desto,
Toda vuestra ropa está
En mi casa; y así, es cierto
Que en la vuestra no podeis
Entrar, señora, tan presto.

LEONOR.

Pues ¿qué he de hacer ¡infelice
De mí! que una amiga, un deudo,
Donde pudiera albergarme,
Ambos viven de aquí léjos?
Y á estas horas y desnuda
Ir yo...

DON PEDRO.

Si el ser caballero
Os asegura, señora,
De mi proceder, saliendo,
Sobre la sangre, las canas
Fiadoras de mi respeto;
Y para decirlo todo
De una vez, si el ser Don Pedro
De Mendoza os asegura;
Lo que yo ofreceros puedo,
Este cuarto es, donde entrasteis,
Tan apartado y tan léjos
Del mio, que nadie tiene
Que hacer en él. No está puesto
Como mereceis; mas hay
Una cama, por lo ménos,
Para pasar lo que falta
De la noche, hasta que siendo
De dia, á la casa vais
Desa amiga y dese deudo.
Y por mas seguridad,
Si no basta todo esto,
Tomad la llave vos misma,
Y cerraréis por adentro.

LEONOR.

La seguridad mayor,
Señor, que yo tener debo,
Es ser quien sois; pero no
Quisiera yo, porque tengo
Mucho que perder, que alguno,
Por objecion de suceso
Tan extraño, me pusiera,
O bien malicioso ó necio,
El que me quedé una noche
Fuera de mi casa.

DON PEDRO.

Un riesgo
Tan preciso y tan forzoso
Disculpa un atrevimiento,
Y mas tan lícito y justo.
Quedaos aquí, y yo os ofrezco
Del menor inconveniente,
Que de esto os resulte, haceros
Satisfecha.

LEONOR.

¿Esa palabra
Me dais?

DON PEDRO.

Sí.

LEONOR.

Pues yo la acepto.—
Juana, vete á casa tú,
Para que cuides de aquello
Que allí quedó.

JUANA.

¿A casa yo?

LEONOR.

Sí, pues yo segura quedo.

DON PEDRO.

Esta es la llave. (*Le da la maestra.*)

LEONOR.

Señor,
No la tomo por recelo,
Sino por poder decir,
Que me cerré por adentro.
(*Vanse Don Pedro y Juana, Leonor echa la llave.*)

ESCENA XIX.

LEONOR.

¿Qué quieres de mí, fortuna,
Que en tantos lances me has puesto?
Dame mas valor, ó no
Me dés tantos sentimientos.
¿Quién crêrá que en cuatro dias
Caben tan raros sucesos,
Como me han acontecido?
Y aun con todo no me quejo
De tí, fortuna, porqué
Para adelante te quiero
Por amiga; que aun te queda
Cabal el poder, y temo
Lo que puedo padecer,
Aun mas de lo que padezco.
(*Siéntase en una silla.*)
Rendida, dudo si diga
De mis desdichas al peso,
O á las señas de mortal,
En esta silla me siento,
Tan dudosa, que no sé
Si podrá el entendimiento
Distinguir si el que me rinde
Es el desmayo ó el sueño.
¡Cielos! no descanso os pido,
Paciencia sí.
(*Quédase dormida.*)

Digitized by Google

ESCENA XX.

DON JUAN y BARZOQUE, *abriendo quedito una puerta.*—LEONOR, *dormida.*

DON JUAN.

Abre mas quedo,
No alborotemos la casa,
Si está mi padre durmiendo,
Ya que habiéndoté dejado
Todos mis papeles puestos
Sobre el bufete, la llave
Llevaste de mi aposento;
Porque en un descuido, otro
Pueda servir de remedio.

BARZOQUE.

¡Vive Dios, que no he tenido
Tal pesadilla y desvelo,
Como el que llevaba, hasta
Acordarme que eran ellos
Lo que se olvidaba! Bien
Que fué dicha ser tan presto.

DON JUAN.

¡Oh! ¡qué feliz fuera yo,
Si como á Madrid me vuelvo
A buscar unos papeles,
Volviera alegre y contento
A buscar una hermosura
Que dentro del alma tengo!

BARZOQUE.

¿Qué dieras, señor, por verla?

DON JUAN.

Diera el alma.

BARZOQUE.

¡Caro precio!

DON JUAN.

Entra en la sala.

BARZOQUE.

¡A esta hora
Hay luz en ella! ¿á qué efecto?

DON JUAN.

Algun criado quizá
Estará... Mas ¡santos cielos!
¡Qué miro! (*Repara en Leonor.*)

BARZOQUE.

¡Jesus mil veces!

DON JUAN.

¿De qué tiemblas?

BARZOQUE.

De algo tiemblo,
Pues es la mujer que está
Sobre esa silla durmiendo,
La misma que adoras.

DON JUAN.

Bien
La extrañeza del suceso
Puede dar admiracion,
Miedo no.

BARZOQUE.

¿Cómo no miedo,
Si cuando ofreces el alma,
Te la hallás en tu aposento,
En fe de que te aceptó
La palabra el diablo?

DON JUAN.

Necio,
¿Tan bien mandado es el diablo?

BARZOQUE.

No lo es; pero puede serlo.
¿Quién querias tú que aqui
Te la tuviese?

DON JUAN.

Sucesos
Que ahora no se ofrecen.

BARZOQUE.

Pacto
Ha sido explícito, es cierto.

DON JUAN.

Llega esa luz.

BARZOQUE.

¿Yo llegar?

DON JUAN.

¿Adónde te vas?

BARZOQUE.

Huyendo
Della y de tí. Con las mulas
Y el mozo, señor, te espero,
Si bien un diablo y un mozo
De mulas, todo es lo mesmo. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON JUAN; LEONOR, *dormida.*

DON JUAN.

Ignorada deidad mia,
Si eres en esta ocasion
El cuerpo de mi ilusion,
La alma de mi fantasía,
Si sombra que helada y fria
Mi imaginacion formó,
¿Cómo hizo en quien no te amó
Mi imaginacion efeto?
Luego no eres mi conceto,
Pues te ve otro mas que yo.
Pues siendo en mi devaneo
Cuerpo con alma y sentido,
¿Quién pudo haberte traido
Al lugar donde te veo?
Conjuro de amor, no creo
Haberle tal, que pudiera
Atraerte aquí: de manera,
Que aunque aquí te llego á ver,
No hallo razones de ser
Fingida ni verdadera.
Pues ¿qué serás? que rendido
A una duda y otra duda,
No hay desengaño que acuda,
Sino á quitarme el sentido.
Sueño debe de haber sido
Cuanto estoy viendo y tocando;
Aunque tampoco, mirando
Que fuera impropiedad, siendo
Tú la que aquí estás durmiendo,
Ser yo el que aquí está soñando.
Aunque bien puede ser, sí;
Que si de ser inmortal
El alma, es clara señal
El sueño, y yo te la dí,
Cierto es que aunque anime en mí,
En tí vive; y así, cuando
Duermes tú, estoy delirando
Yo: con que ser puede (¡ay Dios!)
Con un alma estar los dos,
Tú durmiendo y yo soñando.
Y puesto que sueños son
Las dichas y los contentos,
Soñémoslos de una vez.
Hermosa deidad...
(*Despierta Leonor.*)

LEONOR.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es un efecto de amor,
No hallado acaso, aunque serlo
Parece, pues es buscado
Del mismo amor.

LEONOR.

¿Cómo ¡cielos!
Así se rompe una fe
Jurada? Ved...

DON JUAN.

Nada veo.

LEONOR.

Que yo en confianza vuestra...

DON JUAN.

Ninguna es la que yo os debo.

LEONOR.

Aquí me quedé.

DON JUAN.

Es en vano
Disuadirme de mi intento.

LEONOR.

¿Vos sois noble?

DON JUAN.

No lo sé.

LEONOR.

Mirad que soy...

DON JUAN.

Nada advierto.

LEONOR.

Mas que pensais.

DON JUAN.

Poco importa.

LEONOR.

No, sino mucho; y primero
Que logreis tan gran traicion,
Yo sabré romperme el pecho
Con mis mismas manos.

DON JUAN.

Yo
Estorbarlo.

LEONOR.

¡Cómo ¡cielos!
Tan grande traicion sufris?

DON JUAN.

Como es de amor, no te oyeron,
Porque traiciones de amor
Nacen con disculpa.

LEONOR.

Al viento
Daré voces.

DON JUAN.

Taparéte
Yo la boca.

LEONOR.

¡Piedad, cielos,
Y no permitais que venga
A dar de un fuego á otro fuego!

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, JUANA.

DON DIEGO.

¿Y qué hace tu señora?

JUANA.

¿Ya no lo sabes tú? Suspira y llora,
Que es lo mismo que todos estos dias
La divierte [1], señor.

[1] La ocupa.

Digitized by Google

DON DIEGO.

Tú que debias
Saber (como que siempre acompañada
De tí está, aun mas amiga que criada)
La causa de que nace su tristeza,
¿Tambien la ignoras?

JUANA.

Sí, que la extrañeza
Con que á mí me ha tratado
Tambien en esta parte, su cuidado
Saber no ha permitido
De qué causa, señor, haya nacido.

DON DIEGO.

¿Pues no es fuerza, al mirar sus ansias [sumas,
Que cuando no la sepas, la presumas?

JUANA.

Mi pecho solo sabe
Que la ocasion, señor, penosa y grave
De su melancolía,
Dos meses ha que dura, pues el dia
Nació, que á verte fué á tu retraimiento.

DON DIEGO.

Aquese sentimiento,
Cuando deso naciera,
Ya al verme libre á mí, cesado hubiera;
Pues habiendo sanado
Aquel hombre que herí, y efectuado
Con él las amistades,
Trocara los rigores en piedades;
Pues en cualquier aprieto,
Cesando la ocasion, cesa el efeto.

JUANA.

Lo que en el mismo dia tambien pudo
Su sentimiento ocasionar, no dudo
Que fué, señor, el fuego
Que en casa se encendió.

DON DIEGO.

Tambien lo niego
Que si deso naciera,
Muriendo el fuego, la pasion viviera.
La hacienda ni la vida
No peligró, una y otra defendida
Por la piedad y estilo lisonjero
De aquel anciano y noble caballero,
Que en su casa hospedada
La tuvo aquella noche: luego en nada
Esas dos ocasiones han causado
Su mal; y mas habiéndose mudado
De la casa á otro dia,
Por el azar que dice que tenia
Con ella.

JUANA.

Pues en vano
Decir mas que eso puedo yo.

ESCENA II.

LEONOR.—DON DIEGO, JUANA.

LEONOR. (*Ap.*)

Mi hermano
Aquí está. ¡Oh! ¡quién pudiera
De sus ojos faltar! pues de manera
Me acusan mis desdichas, que no puedo
Verle la cara sin vergüenza y miedo.
Propio temor de un pecho delincuente,
Pensar que todos saben lo que él siente.

DON DIEGO.

Leonor, hermana mia,
Pues ¿por qué sin hablarme se volvia
Tu divina belleza?

LEONOR.

Por no darte pesar con mi tristeza.

DON DIEGO.

Eso no es excusarle,
Sino ántes aumentarle,
Añadiendo á tu gran melancolía
El rigor con que tratas la fe mia.
Merezca, por tus ojos,
Saber la causa yo de tus enojos.

LEONOR.

Si de causa naciera,
¿A quién con mas cariño la dijera?
Toda melancolía
Nace sin ocasion, y así es la mia;
Que aquesta distincion naturaleza
Dió á la melancolía y la tristeza;
Y para ella, los medios son mas sabios
Llorar los ojos y callar los labios.

DON DIEGO.

Otros hay.

LEONOR.

¿Qué?

DON DIEGO.

Aliviarla,
Y ya que no vencerla, desecharla.
¿Quieres aquesta noche
Salir á ver la máscara, en un coche,
Que hace Madrid, en generosas pruebas
De cuánto estima las felices nuevas
De la mayor victoria,
Que ha de durar eterna á la memoria
Del tiempo, en duras láminas grabada?

LEONOR.

No, que no puede divertirme nada
La comun alegría;
Que ántes la pena mia
Halló para afligirme nuevos modos,
Viéndome triste, estando alegres todos.

DON DIEGO.

Pues ¿qué podrá alegrarte?
Qué podrá divertirte? qué aliviarte?
No me trates ahora como hermano,
Trátame como amante, pues es llano
Que lo soy, ya que no de tu belleza,
De tu virtud. ¿Qué singular fineza
No haré por ti?

LEONOR.

¿Tú quieres hacer una,
Que es la que mas te estime mi fortuna?

DON DIEGO.

Mi amor con imposibles acrisola.

LEONOR.

Pues la mayor será dejarme sola.

DON DIEGO.

¡Qué pasion tan tirana!
Mas si en eso te sirvo, adios, hermana.
(*Vase.*)

ESCENA III.

LEONOR, JUANA.

JUANA.

¡Gracias, señora, al cielo,
Que presto cesará tu desconsuelo,
Pues ya vendrá Don Luis!

LEONOR.

Está advertida
Que á Don Luis no me nombres en tu vi- [da;
Que ya espiró en mi pecho
Todo cuanto ántes fué. Nada sospecho
Que en mi pecho ha quedado,
Porque hasta las cenizas han volado
De aquese ardor violento:
Búscalas, y hallarásias en el viento.

JUANA.

Siempre creí...

LEONOR.

No creas
Nada, sino la pena que en mí veas;
Y si quieres saber cuánto es severa,
Haz una cosa.

JUANA.

¿Qué es?

LEONOR.

Irte allá fuera,
Que estorbas á la grave pena mia
La soledad, y no haces compañía.

JUANA.

Fuerza es obedecerte. (*Vase.*)

ESCENA IV

LEONOR.

¡Oh! ¡cuánto estimo verme desta suerte,
Pues pueden sin testigos mis enojos
Desahogarse! Hablad, labios; llorad, [ojos.
Solos estáis, decid vuestros agravios.
Quejaos al cielo pues, ojos y labios;
Que aunque juré callar, siendo testigo
El cielo, no es hablar hablar conmigo
—De un fuego huyendo á otro fuego
Fuí... — Tente, memoria, tente;
Que pues que yo no lo olvido,
No es bien que tú me lo acuerdes.
Pensé al principio que fuera
El fiero agresor aleve
De mi honor, mi huésped, ya
Persuadida inútilmente
A que el ser traidor é injusto
Fuese conjunto al ser huésped.
Quise dar voces; no pude,
Que á un mismo tiempo fallecen
Mi aliento y mis fuerzas. Dudo
A cuál de los accidentes
Desmayada entre sus brazos...
—¿Qué frase habrá mas decente
Que lo refiera? Ninguna,
Porque la mas elocuente
Es la que, sin decir nada,
El mas rústico la entiende.
Volví del desmayo, cuando
El que (aquí el dolor se aumente)
Mas osado estuvo, mas
Cobarde la espalda vuelve.
¡Oh infames lides de amor,
Donde el cobarde es valiente,
Pues el vencido se queda
Mirando huir al que vence!
Mas animosa yo entónces,
(Propia accion de los que tienen
Poco valor, alentarse
En sintiendo que los temen)
Por conocer mi enemigo,
Quise (¡ay de mí!) detenerle,
Y echando la mano al cuello,
Diciendo: «Traidor, detente,»
Así una banda, de quien
Estaba esta cruz pendiente.
Abrióse el asa, y dejóme
Con ella, á tiempo que sienten
Ruido en el cuarto, y á él llaman.
A abrir fuí, porque me diesen
Favor, cuando á un tiempo mismo
El que huye y el que viene,
Aquel se va y este se entra
Por dos puertas diferentes.
Desengañéme yo entónces
De que Don Pedro no fuese
Cómplice en traicion tan grande,
Al verle entrar; y de suerte
La vergüenza me trocó
La accion, que estimando que entre
Porque vengue mis agravios,
No le dije que los vengue;
Porque viendo al agresor
Ya de mis ojos ausente,
Y que no era entónces fácil
Alcanzarle y conocerle,
Quise mas callar, porqué

Digitized by Google

Si yo una vez lo dijese
Y ninguna lo vengase,
Era afrentarme dos veces.
Volví á mi casa, porqué
No vi la hora de verme
Sola, para preguntarle
A este testigo quién fuese
Su dueño; y cuando pensé
Que debiera responderme:
«Noble es, conocer sabrá
La obligacion que te tiene,»
No solo (¡ay de mí!) es aquesto
Lo que me dice y me advierte;
Mas tan al contrario es,
Que me dice claramente:
«Noble es, pero tan traidor,
Que no á tí sola te ofende.»
Y es verdad, pues un retrato
Que la venera contiene,
Me da á entender que no he sido
Yo sola (¡oh traidor, aleve!)
La quejosa. ¡Oh muda imágen!
Dime quién es y quién eres,
Que yo por las dos, venganza
Tomaré, y...

ESCENA V.

MARCELA, INES, DON DIEGO, ENRIQUE, JUANA.—LEONOR.

MARCELA. (*Dentro.*)

¡Jesus mil veces!

INES. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

LEONOR.

¡Qué escucho!
¿Qué voces? qué ruido es este?

ENRIQUE. (*Dentro.*)

¡Qué desdicha!

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Acude, Enrique:
Basta estar dentro mujeres.

(*Sale Juana.*)

LEONOR.

¿Qué es eso, Juana?

JUANA.

Es un coche,
Que sin cochero y con gente,
Mas que de paso ha venido
La calle abajo, y en ese
Hoyo, que á la puerta está
Abierto para una fuente,
Se volcó; y no dudo que
Cuantos van dentro se hiciesen
Mucho daño. Mi señor,
Que á la puerta estaba, al verle,
Acudió á favorecer...
—Mas no hay para qué lo cuente,
Pues con una dama en brazos,
El y Enrique hasta aquí vienen.

(*Saca Don Diego en brazos á Marcela desmayada.*)

DON DIEGO.

Hermana, dén tus pesares,
Si es que hay pesares corteses,
Treguas al dolor, y acude
Piadosa, noble y prudente
A favorecer la vida
De una hermosura; pues debes,
Por hermosa y desdichada,
Favorecerla dos veces.

LEONOR.

En vano, hermano, me pides
Que acuda piadosamente,
Pues quien sabe de pesares,
Mas fácil se compadece.

(*Sale Ines.*)

INES.

Ninguna criada honrada
Caer donde cae su ama puede,
Pues todos se duelen della,
Y nadie de mí se duele.

LEONOR.

Juana, entra á prevenir
Un catre donde se acueste.

(*Vase Juana.*)

DON DIEGO.

Enrique, acude tú al coche.

(*Vase Enrique.*)

LEONOR.

Tú, hermano, pues no hay mas gente,
Dese camarin alcanza
Agua de azâr, por si vuelve,
Rociándola el rostro.

DON DIEGO.

¡Cielos!
No malogre un accidente
Tanta copia de jazmines,
Pues ya huyó la de claveles.

INES. (*Ap.*)

¿Que esté yo descalabrada,
Y nadie de mí se acuerde?

(*Vase Don Diego.*)

ESCENA VI.

LEONOR; MARCELA, *desmayada;* INES.

LEONOR.

Hermosa dama, si acaso
El acaso que sucede
Os dejó... (*Ap.* Pero ¡qué miro!
O mi discurso aparentes
Formas á mis ojos finge,
O el original es este
Desta copia. Sí, y no solo
En la beldad se parecen,
Pero en el estar sin vida
Es su retrato dos veces.
Ella es la que...)

ESCENA VII.

DON DIEGO.—LEONOR, MARCELA, INES.

DON DIEGO.

Ya está aquí
El agua.

MARCELA.

¡Cielos, valedme!

LEONOR.

Ya no es menester, pues ya,
Hermano, en su acuerdo vuelve.

INES.

Así volviera en el mio
Yo.

DON DIEGO.

Si albricias me pidieses,
La vida diera en albricias.

MARCELA.

Admirada dignamente
De hallarme aquí, no sé cómo
Mi agradecimiento empiece;
Y así, entre los dos habré
De repartirle igualmente;
Mas con una distincion,
Que si mi vida se debe
A algun valor, será vuestra
La accion; y si acaso fuese
Milagro el mirarme viva,
Vuestro el milagro: de suerte,
Que hallándome entre los dos,
Mi vida á los dos se ofrece,
Como á noble á vos, y á vos
Como á deidad excelente.

LEONOR.

De los agradecimientos
Que vuestra voz nos promete,
No es justo que yo, señora,
Por entendida me muestre,
Pues no soy yo la deidad;
Y así, á mi hermano se deben
Como á quien os socorrió,
Esos favores corteses.

MARCELA.

Guárdeos el cielo mil años;
Que ya gozosa de verme
Merecedora de tales
Dichas, mi vida agradece
El peligro en que me he visto.

DON DIEGO.

No agradezcais desa suerte
Accion que, sin conoceros,
Hice por vos; pues no tiene
Que agradecer quien acaso
Obligada llega á verse.
Si bien, por no malograr
A quien tan bien encarece
La obligacion, os suplico
Deis lugar para que en este
Breve cielo á tanta luz,
Y esfera, á tanto sol, breve,
Se os sirva.

ESCENA VIII.

JUANA.—DICHOS.

JUANA.

Ya está, señora,
Prevenido donde puede
Descansar.

MARCELA.

Dadme licencia
De que tal merced no acepte;
Que no es posible quedarme
A recibirla; que tiene
En mi estado tanta dicha
Algunos inconvenientes.

LEONOR.

Pues merezcamos saber
Quién sois, para que no queden
Dudas de vuestra salud,
Sin mas noticias de quienes
Informarnos; que no dudo,
Segun lo que mi alma siente
Vuestros sucesos, que ya
Me importa precisamente
Saber quién sois.

MARCELA.

Pues yo soy
La obligada, á mí compete
Saber de la vuestra; así,
Porque en ningun tiempo llegue
Tanta nobleza á ganarme
De mano en tantos corteses
Cumplimientos, perdonadme
Callar quién soy.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Ya allí tienes
El coche puesto, señora.

Digitized by Google

INES.

El demonio que en él entre.

DON DIEGO.

No vais en él, esperad.

MARCELA.

No es posible detenerme.
Quedad con Dios.

LEONOR.

El os guarde:
Y creedme que de suerte
Me he holgado veros con mas
Vida que os vi, que parece
Que retratada quedais
A vivir conmigo siempre.

MARCELA.

Y yo siempre agradecida
A tan piadosas mercedes,
Esclava vuestra seré. —
Y vos, caballero, hacedme
Merced de quedaros.

DON DIEGO.

Yo
He de ir sirviéndôs.

MARCELA.

De aquese
Cuarto no habeis de salir.

DON DIEGO.

A mi pesar, obediente,
Me quedo.

MARCELA.

Vamos, Ines.
(*Vanse Marcela é Ines.*)

ESCENA X.

LEONOR, DON DIEGO, ENRIQUE, JUANA.

LEONOR.

Enrique.

ENRIQUE.

Señora.

LEONOR.

Hacedme
Gusto de saber quién es,
Y en qué parte vive.

ENRIQUE.

En breve
Lo traeré sabido.

DON DIEGO.

Enrique.

LEONOR. (*Ap.*)

Si mi hermano le detiene,
La ocasion he de perder
De saber quién es.

ENRIQUE.

¿Qué quieres?

DON DIEGO.

Sabe quién es esta dama,
Su casa y qué nombre tiene.

ENRIQUE.

Sí haré. (*Ap.* El servir á dos amos
Fácil fuera desta suerte,
Mandando una misma cosa
Los dos.)

LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos, concededme
Alguna luz de saber
Quién aquel tirano fuese
De mi honor!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Permitid, cielos,
Que yo á saber quién es llegue
Aquesta hermosa homicida.

LEONOR. (*Ap.*)

Y hasta entónces, alma, vuelve
A padecer y callar.

DON DIEGO.

(*Ap.* Y, amor, hasta entónces, cesen
Los labios.) Adios, Leonor.

LEONOR.

El te guarde.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Amor, concede
Alivio á mi pena.

LEONOR. (*Ap.*)

Honor,
Treguas á mi llanto ofrece. (*Vanse.*)

—

Inmediaciones de una venta ó posada en el camino de Madrid á las provincias del Norte, á media jornada de dicha capital.

ESCENA XI.

DON LUIS, DON JUAN, BARZOQUE.

DON LUIS.

Aquí no hemos de parar
Mas que solo á dar cebada.

DON JUAN.

Que no se perdió jornada,
Dijo un adagio vulgar,
Por dar cebada y oir misa.

BARZOQUE.

Al contrario digo yo;
Pues cuando mas me importó
El caminar mas aprisa,
Siempre perdí la jornada
Por esas dos cosas; pues
Lo que mas detiene, es
El oir misa y dar cebada.

DON LUIS.

Barzoque, al mozo decid
Que acabe: que es tarde, veis.

DON JUAN.

Notable priesa teneis
Por entrar hoy en Madrid.

DON LUIS.

¿Quién (despues de haber cumplido,
Don Juan, con su obligacion,
Hallándose en la ocasion
Mayor que España ha tenido [1];
Y habiendo alcanzado ya
Licencia para volver;
Y al fin, llegándose á ver
Que media jornada está
De Madrid) no deseó
Verse entre deudos y amigos,
Haciendo á todos testigos
De tantas venturas?

DON JUAN.

Yo,
Que amigos y deudos tengo,
Y no se me diera nada
Que empezara la jornada
Ahora.

DON LUIS.

Pues yo, aunque vengo
Tan gustoso, por traer,
Don Juan, vuestra compañía,
Volar, no correr, querria.

[1] El socorro de Fuenterrabía.

DON JUAN.

Yo ni volar ni correr.

DON LUIS.

¿Estáis, por dicha, olvidado
De lo que es Madrid?

DON JUAN.

No estoy;
Mas no tengo en Madrid hoy
Cosa que me dé cuidado.

DON LUIS.

Pues cuando no le tengais
En lo particular puesto,
Por lo general (supuesto
Que en él tan bien visto estáis
De damas y caballeros),
¿No os da gana á volver?

DON JUAN.

No,
Porque de uno y otro yo
No necesito; y haceros
Un argumento podré.
Si por caballeros, ¿dónde
Mayor nobleza se esconde,
Que la que en Irun dejé?
Si por damas, cosa es llana
Que á mí lo mismo me inclina
Angosta una vizcaina,
Que ancha una castellana.

DON LUIS.

¡Oh! ¡quién se hallara, Don Juan,
Tan libre, que hacer pudiera
Donaire de la severa
Ira de amor! No me dan
Mi deseo y mi cuidado
Licencia á mí para hablar
De burlas.

DON JUAN.

Eso es mostrar
Que estáis muy enamorado.

DON LUIS.

Tanto lo estoy, que quisiera
Poder volar con las alas
De amor; y no fueran malas
Para llegar á la esfera
Adonde apénas llegó
Pensamiento que rendido
No volviese, porque ha sido
Del mejor sol que ilustró
El dia de luces bellas,
El mundo de resplandores,
La primavera de flores,
Y todo el cielo de estrellas.

DON JUAN.

Una pregunta hacer quiero.
¿Esa dama que adorais,
Poseeis ó deseais?

DON LUIS.

Deseo, sirvo y espero.
Deseo un dulce favor,
Sirvo un hermoso desden,
Y espero lograr un bien,
Premio de mi firme amor;
Porque es el alto sugeto
Que idólatramente adoro,
Beldad de inmenso decoro,
Deidad de sumo respeto.
Para casarme he servido
Una dama, cuya pura
Perfeccion de la hermosura
Honesta Vénus ha sido.
Iman de tan alta estrella,
A verla vuelvo, y constante
Es un siglo cada instante
Que tardo en volver á vella.

DON JUAN.

Aunque tan fino os hallais,
¿Quereis olvidarla?

Digitized by Google

DON LUIS.

No,
Ni que baya, presumo yo,
Tal remedio.

DON JUAN.

¡Oh cuánto estais
Templado á lo antiguo!

DON LUIS.

Pues
¿Qué medio hay para olvidar
Una hermosura?

DON JUAN.

Alcanzar
Esa hermosura. Esta es
La cura, Don Luis, mas cuerda;
Porque ¿quién tan importuna
Pasion tuvo, que de una
Lograda ocasion se acuerda?
¿Por qué pensais que Macías
Enamorado murió?
Porque nunca consiguió.
Yo quise bien ocho dias,
Y sané luego al momento;
Porque aun ántes que supiera
Casa, nombre, ni quién era
La tal dama, en mi aposento
La hallé una noche dormida,
Sin saber quién la llevase
Allí, ni qué la obligase
A ser tan agradecida:
Donde, entregando al olvido
De mi memoria el cuidado,
Yendo muy enamorado,
Salí muy arrepentido.

DON LUIS.

Pues ¿cómo sin saber que
Vos la amábais, os buscó
Esta dama?

DON JUAN.

¿Qué sé yo?

DON LUIS.

¿Quién la trajo?

DON JUAN.

Yo ¿qué sé?
Ni de saberlo be cuidado.

BARZOQUE.

¿Cómo es posible, señor,
Que eso cuentes sin temor?
Que yo, de haberlo escuchado
Ahora, aunque lo temblé
Entónces, vuelvo á temblarlo.

DON LUIS.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque, sin dudarlo,
Un diablo súcubo fué.

DON JUAN.

Calla, necio.

BARZOQUE.

¿Quién pudiera
Ser quien en casa se hallara
Al tiempo que él en voz clara
Dijo que por verla diera
El alma, y luego la vió,
Sino el demonio vestido
De mujer?

DON LUIS.

Tan suspendido
El suceso me dejó,
Que os tengo de suplicar,
Muy despacio me conteis
Cómo fué esto.

DON JUAN.

Si teneis
Gusto, volveré á empezar
Todo el caso. Estadme atento.
Que estimaré divertiros.

DON LUIS.

Mucho me bolgaré de oiros,
Porque es extremado el cuento.

DON JUAN.

Yo vi cierta dama, cuya
Beldad me agradó fiel.

BARZOQUE.

Que para agradarse él,
Bastó que no fuese suya.

DON JUAN.

Seguirla quise, y no pude
Por un grande impedimento.

BARZOQUE.

Aqueso no importa al cuento.

DON JUAN.

Volví á ver si al templo acude,
Donde la vi la primera
Vez.

BARZOQUE.

Volvió, que aunque sagrado,
Era diablo bautizado.

DON JUAN.

Siguiéndola, á ver quien era,
Otro acaso sucedió,
Que lo embarazó tambien.

BARZOQUE.

Por quien se dijo mas bien:
«Otro diablo que llegó.»

DON JUAN.

Llegó en esto mi partida:
Ausentarme determino;
Cuando, yendo mi camino,
Este, que siempre se olvida
De lo que mas importó,
Se acordó que habia dejado
Mis papeles. Enfadado
Volví á Madrid, y por no
Alborotar, quise entrar,
Con llave que yo tenia,
En mi cuarto: luz habia;
Y apénas volví á mirar
Quién estaba allí, cuando á ella
La vi en mi cuarto dormir.

BARZOQUE.

Acabando de decir
Que daria el alma por ella.

DON LUIS.

¿Cómo en tan raro suceso,
No preguntasteis quién fuese,
Ni quién allí la trajese?

DON JUAN.

¿Quién me metia á mí en eso?
Si ella se queria ocultar,
¿Preguntarla, no sería,
Quién era, descortesía?

DON LUIS.

Pues ¿qué hicisteis?

DON JUAN.

Sin hablar,
Maté la luz.

DON LUIS.

¿Para qué?

DON JUAN.

Para que ella no supiera
Tampoco allí quien yo era.

DON LUIS.

Pues ¿por qué, Don Juan?

DON JUAN.

Porqué
No se pudiera alabar
Jamas de que me gozó;
Que tambien tengo honor yo,
Y soy mozo por casar.
Fuera de que el principal
Intento fué, que esto hiciese,
Que mi padre no supiese
Que yo habia vuelto, pues tal
Prevencion me aseguraba
De la queja que podia
Tener la libertad mia,
Si allí por su órden estaba;
Pues ahora podré negar
En todo tiempo que fuí
El hombre que entró hasta allí.

DON LUIS.

Eso no quiero apurar,
Sino saber si despues
Supisteis quién era.

DON JUAN.

¿Yo?

DON LUIS.

¿Ni quién la llevó allí?

DON JUAN.

No.

DON LUIS.

¿Y ahora no os mueve, pues,
La curiosidad siquiera
De saber quién es, y allí
La tuvo?

DON JUAN.

En mi vida fuí
Curioso; y ántes quisiera
No preguntarlo jamas,
Ni que nadie me llegara
A decirlo; que estimara
El no saber della mas,
Porque estoy ya muy cansado
De saber cómo se llama
Y dónde vive mi dama,
Qué porte tiene y qué estado;
Y así, solo me desvela
Pensar que lo he de saber,
Porque me muero por ser
Caballero de novela,
Y que se cuente de mí
Que una infanta me adoró
Encantada, de quien yo
No supe mas.

BARZOQUE.

Y yo sí.

DON LUIS.

Y ella ¿qué porte tenia?

DON JUAN.

Tal, que si algo en este estado
Me hubiera de dar cuidado,
Su ofendido honor sería.

DON LUIS.

Y en fin, ¿en qué paró?

DON JUAN.

En que
Antes que me conociera,
Volví á cerrar por defuera,
Y en el cuarto la dejé.

DON LUIS.

Y ¿no sacasteis, decid,
Los papeles vuestros?

DON JUAN.

No,
Porque para negar yo
El haber vuelto á Madrid,
Fué importante no traellos,

Digitized by Google

Que pudiera ser que ya
Los hubiesen visto allá.
Y no importó, pues con ellos
Un criado me alcanzó,
A quien mi padre enviaba.

DON LUIS.

Y ese criado ¿contaba
Algo desa dama?

DON JUAN.

No,
Ni yo se lo pregunté,
Porque en malicia no entrara
De haber vuelto.

DON LUIS.

¡Cosa rara!
Y ahora ¿qué habeis de hacer?

DON JUAN.

¿Qué?
Entrar muy disimulado
En casa.

DON LUIS.

¿Pues ella ya
De ese lance no se habrá
A vuestro padre quejado?

DON JUAN.

¿Para cuándo es el negar,
Sino para ahora? Si bien
Hay un testigo con quien
El delito comprobar
Pueden.

DON LUIS.

¿Cuál?

DON JUAN.

Una venera,
Que del cuello me arrancó,
Con un retrato. Mas no
Importa, pues cuando quiera,
En tales señas fundada,
Convencerme, yo diré
Que es mentira, porque fué
Dejármela allí olvidada.

DON LUIS.

¡Buen desenfado teneis!
Y la dama retratada,
Viendo que de la jornada
Sin el retrato volveis,
¿No se quejará?

DON JUAN.

Eso es cosa
Que ha de darme mas placer.
¿Hay cosa como tener
Uno á su dama quejosa?
Fuera de que ¿ha de faltar
Una compuesta mentira,
Que ablande toda esa ira?

BARZOQUE.

¿Luego tú piensas tornar
A hablar á Marcela?

DON JUAN.

Sí.

BARZOQUE.

¿No te acuerdas que quedó
Muy desairada, y que no
Querrá ella hablarte á tí?

DON JUAN.

Ríete de eso, que nada
Hay que tenga á una hermosura
Mas rendida y mas segura,
Que tenerla desairada.
Esta noche me verás
Ir á visitarla y vella.

BARZOQUE.

¿Cómo?

DON JUAN.

Como si con ella
Reñido hubiese jamas.

DON LUIS.

En toda mi vida he estado,
Don Juan, mas entretenido,
Que este rato que os he oido.

DON JUAN.

¿No es raro cuento?

DON LUIS.

Extremado.

BARZOQUE.

Ya el mozo allí nos espera.

DON LUIS.

Vamos, Don Juan; que no veo
La hora que mi deseo
Llegue á abrasarse en la esfera
Del sol que adoro.

DON JUAN.

Ni yo
La hora de verme en mi cama,
Que es la mas hermosa dama
Y mas cómoda, pues no
Pide pollera ni coche,
Y en un rincon encerrada
Todo el dia está, y no enfada
Con gozarla cada noche. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Marcela.

ESCENA XII.

MARCELA, INES; *y luego,* ENRIQUE.

INES.

Aquel criado, señora,
Que nuestro coche siguió
Desde el sitio en que cayó
Hasta casa, vuelve ahora
Con un recado.

MARCELA.

Pues di
Que entre.
(*Sale Enrique.*)

ENRIQUE.

Mi señor Don Diego
De Silva con este pliego
Me envía.

MARCELA.

Mostrad. Dice así:
(Lee.) *El deseo de saber de vuestra salud sea disculpa de mi atrevimiento, para lograr la dicha de haberla yo amparado, con la certeza de haberla vos conseguido. Yo fuera á saber de ella, si me juzgara merecedor de oirlo de vuestra boca. Suplícoos me respondais, ó me déis esta licencia. Dios os guarde.*
Diréis al señor Don Diego,
Hidalgo, cuánto he estimado
De mi salud el cuidado;
Y que está de mas el ruego
Con que me pide licencia
De verme en mi casa, pues
A término tan cortés
Debo igual correspondencia;
Que yo seré la dichosa
En que quiera honrarla y vella,
Para que se sirva della.

ENRIQUE.

Guárdeos Dios. (*Ap.* Extraña cosa
Fué la aficion que cobraron
Mi amo y mi ama á esta mujer,
Pues los dos, hasta saber
Casa y nombre, no pararon.) (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MARCELA, INES.

INES.

¡Cuánto, señora, estimara
Que aqueste Don Diego fuera
El que venganza te diera
De Don Juan, y que te hallara
Vengada de su desden!

MARCELA.

No esperes ventura igual;
Que basta tratarme mal
Para que le quiera bien.
Y aunque tan justo sería
Que hallase en mí novedad,
Una cosa es voluntad,
Y otra cosa cortesía.
¿Cómo puedo á un caballero,
Que la vida, Ines, me dió,
Dejar de admitirle yo
A visita?

INES.

Pues primero
Que esa nos venga, ya ahora
Otra tenemos.

MARCELA.

¿Quién es?

INES.

¿Una tapada no ves
Entrarse hasta aquí, señora?

MARCELA.

¿Quién será?

INES.

Ella lo dirá.

ESCENA XIV.

LEONOR, *tapada.*—MARCELA, INES.

LEONOR. (*Ap.*)

Cielos, á mucho me atrevo;
Mas buena disculpa llevo
En mi favor, que es que ya
Tengo poco que perder,
Perdido lo mas; y así,
Sola y disfrazada aquí
Vengo, á si puedo saber
El nombre de aquel traidor.
Animo, agravios, pues puedo
Perder á mi honor el miedo
Que ántes me diera mi honor.

MARCELA.

¿Qué es, señora, lo que aquí
Buscais, que desa manera
Entrais?

LEONOR.

¿Sois, saber quisiera,
Vos Doña Marcela?

MARCELA.

Sí,
Que á nadie jamas negué
Mi nombre.

LEONOR.

¡Airoso desvelo!
Y pues estáis en el duelo
Tan bien vista, sabed que
Tengo un negocio con vos
A solas.

MARCELA.

Salte tú, Ines,
Allá fuera.—Decid, pues (*Vase Ines.*)
Ya estámos solas las dos.

Digitized by Google

ESCENA XV.

LEONOR, MARCELA.

LEONOR.

A mí me importa...

MARCELA.

Primero
Que la importancia digais,
Es justo que os descubrais;
Que si es desafío, no quiero
Daros ventaja, y es cierto
Que en vos será accion indina
Tirar detras de cortina,
Estando yo en descubierto.

LEONOR.

Ventaja en mí no se halla,
Que os pueda dar temor tanto,
Que la cortina de un manto
No es cortina de muralla.
Y la que siguió tan bien
La metáfora, no dudo
Que sepa tambien que pudo
Entrar de rebozo quien
Aventurero es; y así,
Descubrirme yo no quiero,
Pues la ley de aventurero
Me comprende.

MARCELA.

Pues decí.

LEONOR.

A mí me importa saber
De un galan muy desta casa
(Que aunque su amor no me abrasa,
Me ofende su proceder),
Qué tanto ha que no entra en ella,
Por saber si habla verdad
En algo su voluntad.

MARCELA.

Mi reina, mal respondella
Puedo á eso; que hay á ese umbral
Muertos de amor cada dia
Tantos hombres, que sería
Imposible saber cuál
Es el que á usarced ha dado
Satisfaccion de que ya
No me ve; y puesto que está
Aquel discurso pasado
Tan fresco, vuélvome á él.
Si entrar buscando á ese hombre
Quiere en la fuerza, dé el nombre,
Porque no ha de entrar sin él.

LEONOR.

Aunque nombrarle pudiera,
No le hago tanto favor
Como nombrarle, y mejor
Lo dirá aquesta venera.
¿Conoceisla?

MARCELA.

Sí, y si tiene
Un retrato, será ella.

LEONOR.

En mi mano habeis de vella,
Que en la vuestra no conviene.
¿Es este?

MARCELA.

¿Quién os le dió?

LEONOR.

El galan que le traia.
Y decid, por vida mia,
(*Ap.* ¡Qué hable desta suerte yo!)
¿Qué tanto habrá que no os ve,
Y cómo os ha dicho á vos
Que se llama? Que á las dos
Nos engaña (yo lo sé
Muy bien sabido), mudando
El nombre por disfrazar
Sus traiciones.

MARCELA.

Si apurar
Quereis mi paciencia, cuando
Me estáis matando de celos,
Contadme de aquese ingrato
Que os entregó ese retrato,
Cómo á vos os dijo...

LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos!
Sálgame esta industria bien.

MARCELA.

Que se llamaba. ¡Qué ira!

LEONOR.

Don Alonso de Altamira.

MARCELA.

Pues mintió.

LEONOR.

Es traidor.

MARCELA.

Que á quien
Le dí esa venera yo
Por favor con mi retrato,
Aunque me mintió su trato,
Su nombre no me mintió.

LEONOR.

¿De qué lo inferís?

MARCELA.

De que
Le conozco bien; y así
No pudo engañarme á mí.
O decidme, ¿cuándo fué
Cuando ese retrato os dió?

LEONOR.

Ayer.

MARCELA.

Pues ¿cómo, si está
Fuera de Madrid?

LEONOR.

Quizá
De donde estaba volvió
A verme á mí de secreto.
(*Ap.* Bien deste aprieto salí,
Y ya sé que no está aquí.)

MARCELA.

El os engaña, en efeto.

LEONOR.

Quizá sois vos la engañada.
¿Quién os dijo á vos que era?

MARCELA.

Hasta cobrar la venera,
No tengo de hablar en nada.

LEONOR.

¿Qué es cobrarla?

MARCELA.

¿Pues habia
De haber yo llegado á vella
En vuestra mano, y sin ella
Quedar? Desaire sería
Notable; y no solo ya
El retrato, cosa es clara,
Me habeis de dar; mas la cara
Os he de ver.

LEONOR.

No será
Fácil vuestra pretension.
Y reportaos, porqué
A sola una voz que dé,
Vendrá quien por un balcon
Os eche; que soy quien soy,
Y en efecto, tengo de irme
Con él, y sin descubrirme.
(*Ap.* Temblando de miedo estoy.)

MARCELA.

¿Veis todo eso? Pues en vano
El miedo es que me habeis puesto,
Y he de ver...

LEONOR.

Mirad...

(*Quiere descubrirla, y estando asidas las dos, sale Don Diego.*)

ESCENA XVI.

DON DIEGO.—LEONOR, MARCELA.

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

MARCELA.

¡Señor Don Diego!

LEONOR. (*Ap.*)

¡Mi hermano!

DON DIEGO.

Con la licencia, señora,
Que me disteis, he venido
A veros, porque sin ella
No fuera tan atrevido.

MARCELA.

Pésame, señor Don Diego,
Que haya á tan mal tiempo sido,
Que un enojo no me dé
Licencia de recibiros
Con el agrado que debo.

DON DIEGO.

Tambien es fuerza sentirlo
Yo, no tanto por la falta
De esa merced á que aspiro,
Cuanto porque vos estéis
Disgustada. Pues ¿qué ha sido?

LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos, doleos de mí,
Que en tanto empeño me miro!

MARCELA.

Esta señora tapada
A mi casa se ha venido
A decirme mil pesares,
Trayendo un retrato mio
Para blason de sus celos.
No me embarazo en decirlo,
Porque no os debo hasta ahora
Ningun respeto. — Hela dicho
Que me deje mi retrato;
A que ella me ha respondido,
Que llamará á quien me eche
Por un balcon.

DON DIEGO.

Aunque ha sido
Culpado siempre en un hombre
El meterse inadvertido
En disgustos de mujeres,
No cuando con este estilo
Habla, fiada quizá
En alguien que trae consigo
A reñirla sus pendencias;
Y así, puesto que he venido
A tan mal tiempo, partamos
En los dos el desafío.
Averiguad vos con ella
Vuestras cosas; que advertido
Yo callaré, hasta que haya
Con quien pueda hablar; pues se hizo
Para damas el respeto,
Y para hombres el castigo.

MARCELA.

Pues perdonadme, si os pongo
En empeño tan preciso,
Que no lo puedo excusar.

Digitized by Google

LEONOR. (*Ap.*)

¡Quién en tal riesgo se ha visto!

MARCELA.

Señora, la del balcon,
O al instante descubríos,
Porque he de saber quién sois,
O aquese retrato mio
Me habeis de dar.

LEONOR. (*Ap.*)

¿Cómo, cielos,
Saldré de tanto peligro?
¿Daréla el retrato? ¿Cómo,
Si no tengo otro testigo
De abono? Pues ¿qué he de hacer?
Que tambien, si lo resisto,
Mi hermano ha de conocerme.
¡En qué confusion me miro!

MARCELA.

¿Qué discurris? ¿Qué pensais?
O el retrato, ó descubriros.

DON DIEGO.

Yo no os digo que le deis,
Ni que os descubrais os digo;
Mas que si habeis de llamar
Esa gente que habeis dicho,
Sea presto.

MARCELA.

¿Qué esperais?

LEONOR. (*Ap.*)

Aquí hay solos dos caminos,
O decir quién soy, ó dar
El retrato: esto es preciso.
Pues piérdase por ahora
Lo que ya se está perdido;
No lo que por perder resta.

LOS DOS.

¿Qué elegis pues?

LEONOR.

Esto elijo.
(*Da el retrato á Marcela, y vase.*)

ESCENA XVII.

MARCELA, DON DIEGO.

DON DIEGO.

¡Extraña mujer!

MARCELA.

No puedo
Encarecer cuánto estimo
Aquesta merced.

DON DIEGO.

Ni yo
El desengaño que he visto;
Que ha sido ventura hallarle,
Y hallarle tan al principio.
Yo me huelgo haber llegado
En ocasion que serviros
Pude; y aunque fué mi intento
Algun cuidado deciros
Que ya me debeis, habré
De callarle, cuando os miro
Tan empeñada en cobrar
Un retrato, que ha tenido,
Segun se deja ver, dueño
Mas venturoso que fino.
Quedad con Dios, y mirad
Si es que en otra cosa os sirvo.

MARCELA.

Esperad.

DON DIEGO.

Perdonad, que es
El estado en que me miro,
Presto para pedir celos,
Y tarde para sentirlos. (*Vase.*)

MARCELA.

¡A quién en el mundo, cielos,
Esto hubiera sucedido?

ESCENA XVIII.

DON JUAN, BARZOQUE. — MARCELA, *y luego* INES.

DON JUAN. (*Dentro.*)

No me detengas, Barzoque.

BARZOQUE. (*Dentro.*)

El seguirle es desatino.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Vive el cielo que te mate.

BARZOQUE. (*Dentro.*)

Ya es tarde.
(*Sale Ines.*)

MARCELA.

Ines, ¿qué ruido
Es ese?

INES.

Al tiempo, señora,
Que Don Diego se iba, vino
Don Juan.

MARCELA.

¿Qué Don Juan?
(*Salen Don Juan y Barzoque.*)

DON JUAN.

Yo soy,
Que sabré mejor decirlo.
Pues ¿somos tantos Don Juanes,
Que dudas cuál haya sido?

MARCELA. (*Ap.*)

Si él viene pidiendo celos,
¡A muy buen tiempo ha venido!

DON JUAN.

Yo, pues que llegando ahora
A Madrid, sin haber visto
Mi casa, vine á la tuya,
(¡Oh mal haya amor tan fino
Y tan mal pagado amor!)
Cuando salir della miro
Un caballero. No pude
Verle el rostro, ni él el mio,
Porque le cogí de espaldas:
Seguirle pues determino
Para saber á qué fin
Entra aquí, cuando conmigo
Este borracho se abraza,
Y no me deja seguirlo.
Volvió la calle: de suerte,
Que ya de vista perdido,
Lo que no pude con él,
He de averiguar contigo.

MARCELA. (*Ap.*)

Esto es bueno para estar
Yo como estoy.

BARZOQUE. (*Ap.*)

Esto mismo
Hacen las mozas gallegas,
Entrar riñendo al principio,
Porque no las riñan.

DON JUAN.

¿Quién,
En ausencia mia, ha tenido
Licencia de visitarte?

MARCELA.

(*Ap.* Mucho he de hacer, si resisto
La cólera; pero importa.)
Ese hombre no ha salido,
Don Juan, de mi cuarto; y bien
Pudieras con otro estilo
Desengañarte primero,
Que entrar tan inadvertido
Barajando el alborozo
De verte.

DON JUAN.

¿Cuándo han tenido
Los celos paciencia?

MARCELA.

Cuando
Son á tan poca luz vistos.

DON JUAN.

Siempre el que ama teme. Dame
Los brazos, que aunque haya sido
La satisfaccion tan tibia,
En fin, es tuya y la estimo.—
¡Ahora te retiras!

MARCELA.

Sí,
Porque echo ménos....

DON JUAN.

¿Qué? dilo.

MARCELA.

En tu pecho la venera,
Que con un retrato mio
Te dí. ¿Qué es della, Don Juan?

DON JUAN.

Yo te diré qué se hizo;
Que si no fuera por ella,
No volviera á Madrid vivo.

MARCELA.

¿Cómo?

BARZOQUE. (*Ap.*)

Va de enredo.

DON JUAN.

Estando
En la jornada, hácia el sitio
Que ocupábamos salió
De emboscada el enemigo.
Avanzámonos á él,
Y en el encuentro, preciso
Fué el quedar yo prisionero,
Que es lo mismo que cautivo.
Al príncipe de Condé
Me llevaron, y él previno
Que pues era caballero,
Tratase el rescate mio,
Haciendo trueque con otro
Caballeró muy su amigo,
Que habia prendido un navarro.

MARCELA.

Algo deso acá se dijo.

DON JUAN.

Ahí verás tú que no miento.
Díjele que los partidos
Se tratarian mejor,
Volviendo á hacerlos yo mismo:
Que me diese pues licencia,
Habiendo ántes recibido
Homenaje de volver
A la prision; y él lo hizo,
Como en prendas le dejase
Banda y venera, testigos
De mi nobleza, y de que
Le cumpliria lo dicho.
Húbesela de dejar;
Vine al tiempo que se hizo
La rota: con que no fué
Posible entónces cumplirlo.
De suerte, que tu retrato
Le tiene en rescate mio
El príncipe de Condé.

MARCELA.

Yo pensara que habia sido
La princesa, segun fué

Digitized by Google

La soberbia con que vino
A traérmele. ¿Es aqueste,
Señor Don Juan?

BARZOQUE.

¡Jesucristo!

DON JUAN. (*Ap. á él.*)

¿Qué es esto, Barzoque?

BARZOQUE.

Es
El demonio que anda listo.

MARCELA.

¡Veis que sois un embustero,
Y que encubierto y fingido,
Disimulando quién sois,
Habeis á Madrid venido
A ver una dama ántes
De ahora?

BARZOQUE. (*Ap.*)

El diablo se lo dijo.

MARCELA.

A esto no hay satisfaccion;
Y así, de mi casa idos,
Que en mi vida no he de veros.

DON JUAN.

Oye, escucha.

MARCELA.

No he de oiros,
Hasta vengarme, Don Juan,
De vos, por los propios filos. (*Vase.*)

BARZOQUE.

Todo se sabe, señor.

DON JUAN.

¿Quién puede habérselo dicho?

BARZOQUE.

Tu demonio, que es sin duda,
Chismoso, sobre lascivo.

DON JUAN.

¿Quién será aquella mujer
Que conto que yo habia sido
El que habia vuelto encubierto,
Y á Marcela se lo dijo,
Callándoselo á mi padre?

BARZOQUE.

Yo bien sé quién será.

DON JUAN.

Dilo.

BARZOQUE.

Es el diablo.

DON JUAN.

Que te lleve,
Por tan grandes desatinos.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, *con manto;* JUANA, *sin él.*

LEONOR.

Juana, quítame este manto,
Quítame aqueste vestido
Presto.

JUANA.

¿Qué te ha sucedido,
Que á casa con temor tanto
Vuelves, y aun con mayor llanto
Que saliste?

LEONOR.

No lo sé.
Solo te prevengo, que
No digas, Juana (¡ay de mí!),
Que hoy disfrazada salí,
Ni un punto de aquí falté,
A nadie, y mas á mi hermano,
Porque me puede costar
La vida.

JUANA.

En cuanto á callar,
Ya sabes tú que es en vano
Prevenirme, pues es llano
Que soy la primer criada
Pitagórica, enseñada
Solo á callar; mas de modo,
Que nada en callarlo todo
Hago, porque no sé nada.
Y así, si quieres saber
Cuánto secreto hay en mí,
Dame que callar, y di:
¿Qué es lo que ha querido ser,
Disfrazada una mujer
Como tú, haber hoy salido,
Con tan humilde vestido,
En una silla alquilada,
Sin criado ni criada?
¿Adónde, señora, has ido
Desta suerte?

LEONOR.

¡Ay, Juana mia!
Tanto mi mal se acrisola,
Que he ido á perder una sola
Esperanza que tenia
Mi grave melancolía,
Para poderse aliviar.

JUANA.

Bien me la puedes fiar.

LEONOR.

No puedo.

JUANA.

¡Extraño rigor
El tuyo es!

LEONOR. (*Ap.*)

Ya, en fin, honor,
No tenemos que esperar
Remedio en nuestro cuidado;
Pues no solo hemos perdido
La ocasion, que habia ofrecido
Quizá por descuido el hado,
Para habernos informado
De un traidor; mas (¡qué rigor!)
Perdido hemos (¡qué dolor!)
De una vez (¡qué tiranía!)
Solo un testigo que habia
De hablar en nuestro favor.
Y pues que ya la desdicha
Tan deshecha sucedió,
Callemos, honor, tú y yo;
Que no ser de nadie dicha
Una desdicha, ya es dicha;
Y para obligarte á dar
El sepulcro singular
De mi pecho á mi dolor,
Honor, en trances de honor,
No hay cosa como callar.
Calle yo, y calle mi pena,
Pues ignorada...

JUANA.

Aunque ahora
Te enojes, tengo, señora,
De darte una norabuena.

LEONOR.

¿Norabuena á mí? ¡qué ajena
Della, Juana, vivo yo!

JUANA.

Don Luis...

LEONOR.

Calla, y si pensó
Tu voz con eso alegrarme,
El pésame puedes darme,
Que la norabuena no,
Que es otro acrédor á quien
Mi llanto ha de graduar.

ESCENA II.

DON LUIS.—LEONOR, INES.

DON LUIS.

Si el mayor gusto es llegar
Uno donde quiere bien,
El mayor pesar tambien,
Aunque el llegar haya sido
Donde bien haya querido,
Si mal allí le han tratado;
Que ninguno es bien llegado
Donde no es bien recibido.
¿Qué es esto, Leonor? ¿Qué enojos
Te da mi nombre al oirle,
Que salen á recibirle
Las lágrimas de tus ojos?
Otros fuéron los despojos
Que mi amor imaginó
De albricias; pues siempre vió
Amor ser deuda debida
El llanto de una partida,
Pero de una vuelta no
Desde el punto que llegué,
A verte á otra casa fuí,
Y el breve tiempo (¡ay de mí!)
Que en hallar esta gasté,
El mayor término fué
De mi ausencia: ya estimara
No haberla hallado; durara
Toda mi vida mi ausencia,
Pues me mata hoy tu presencia,
Y ella nunca me matara.
Que si llanto y brazos vi
Cuando de tí me ausenté,
Y sin los brazos hallé
El llanto cuando volví,
Mejor la ausencia es; y así,
O iguala en tan breves plazos
Leonor, lágrimas y brazos;
O porque yo vivir pueda,
Con las lágrimas te queda,
Pues te quedas con los brazos.

LEONOR.

Señor Don Luis, mis sentidos,
Si tienen hoy admirados,
Los brazos tan recatados,
Los ojos tan atrevidos,
De efectos tan confundidos,
No tengo la culpa yo;
Que si el llanto se ofreció,
Y con los brazos me quedo,
Es que á ellos mandarlos puedo,
Pero á las lágrimas no.
Que si en pena, en dolor tanto,
Dominio en el llanto hubiera,
Lo mismo, Don Luis, hiciera
Que de los brazos, del llanto
Por declarar mejor cuánto
Oiros he sentido y veros;
No porque en males tan fieros
Yo de quereros dejé;
Que quizá es esto porqué
Nunca dejé de quereros.
Enigma parecerá
Confesar que os quiero, y ver
Que el veros siento: esto es ser
Confusion mi pecho ya;
Y puesto que no se da
A entender, solo quisiera
Que una fineza os debiera,
Y es á creer obligaros
Que hago por vos en no amaros
Mas que en amaros hiciera.
Y así, os suplico me hagais
Merced de que me olvideis,
Que en vuestra vida me hableis,

Digitized by Google

Que jamas no me veais :
Y porque no presumais
Que es mudanza, sabe Dios
Que este apartarnos los dos
Es constancia y es firmeza,
Y es...

DON LUIS.

¿Qué?

LEONOR.

La mayor fineza
Que yo puedo hacer por vos. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

Si tú, divina Leonor,
Enigma á tu pecho llamas,
Siendo tú quien de tu pecho
Hoy los secretos alcanza;
¿Qué haré yo que los ignoro,
Viendo acciones tan contrarias,
Como hacer favor la pena,
Y fineza la mudanza?—
Juana, ¿qué es esto?

JUANA.

¡Qué diera
Por respondértelo, Juana,
Pues lo supiera!

DON LUIS.

Tu voz
Aun mas que la suya engaña.

JUANA.

Engañada me vea yo,
Si tal engaño.

DON LUIS.

¡Ay tirana!
No has de poder persuadirme
Que otro amor desto no es causa.

JUANA.

Mi señor.

DON LUIS.

Pues disimula.

JUANA.

Ya digo que no está en casa.

ESCENA IV.

DON DIEGO.—DON LUIS, JUANA.

DON DIEGO.

¡Don Luis!

DON LUIS.

¡Oh amigo!

DON DIEGO.

Los brazos
Me dad.

DON LUIS.

Y en ellos el alma;
Que hasta veros, no creia
Que en Madrid, Don Diego, estaba.
Y así, por cumplir mejor
Con la ley de amistad tanta,
Vine al instante á buscaros,
Informado en la otra casa
De donde os habíais mudado;
Y preguntándole á Juana
Por vos estaba.

DON DIEGO.

Los cielos
Os guarden; que aunque me pagan
Esas finezas las que
Debeis á amistad tan rara,
Quedo obligado de nuevo.

JUANA. (*Ap.*)

Voy á decir á mi ama
Cómo le halló aquí su hermano,
Para que ella esté avisada
De decir que no le ha visto. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON DIEGO, DON LUIS.

DON LUIS.

Como os dejé en la desgracia,
Porque estábais retraido,
Cuando yo me ausenté, el ansia
De saber el fin me trajo
Tan puntüal.

DON DIEGO

Ya, á Dios gracias,
Se acabó todo, porqué
Sana la herida y firmadas
Las paces, libre salí;
Solo lo que al lance falta,
Para que esté cabal, es
Conocer á quien con tanta
Nobleza me socorrió;
Que aunque diligencias varias
Hice, nunca quién fué supe.
Vos ¿cómo de la jornada
Venís?

DON LUIS.

Como quien se ha hallado
En la mejor, la mas alta,
Mas heróica y mas lucida
Faccion que ha tenido España.
Decid vos, ¿qué hay en Madrid
De nuevo?

DON DIEGO.

Bien poco, ó nada.

ESCENA VI.

LEONOR, *que se queda escuchando, al paño.*—DON DIEGO, DON LUIS.

LEONOR. (*Ap.*)

Temerosa que mi hermano
A Don Luis en esta sala
Hallase, por si algo oyó,
Vengo á escuchar lo que hablan.

DON DIEGO.

Todo como lo dejasteis,
Lo hallaréis.

DON LUIS.

Propuesta es falsa,
Porque nadie que se ausenta,
Las cosas que deja, halla
Como las deja.

DON DIEGO.

Por eso
Lo digo, que es cosa clara
Que hallar mudanza un ausente,
Ha sido no hallar mudanza,
Porque no hay cosa mas firme
En Madrid.

ESCENA VII.

JUANA.—DICHOS.

JUANA.

Una tapada
Por tí pregunta, señor.

DON LUIS.

No quiero estorbaros nada.
Dadme licencia, Don Diego,
Y adios os quedad.

DON DIEGO.

Mañana
Yo os buscaré, y hablarémos
Despacio.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Ay Leonor tirana!
¿Qué mudanza ha sido esta?
Mas ¿qué me admira ni espanta,
Si quien va á decir mujer,
Ya empieza á decir mudanza? (*Vase.*)

DON DIEGO.

¿Adónde mi hermana está?

JUANA.

En su cuarto retirada.

DON DIEGO.

Pues dí á esa dama que entre.
(*Vase Juana.*)

LEONOR. (*Ap.*)

Ver tengo quién es, que el alma
Recela, no sea resulta
De aquella historia pasada
Del retrato.

DON DIEGO.

¿Quién será
Quien me busca?

ESCENA VIII.

MARCELA.—DON DIEGO; LEONOR, *al paño.*

MARCELA.

Una criada
Vuestra.

DON DIEGO.

Señora Marcela,
¡Tanto favor! ¡merced tanta!
¿Vos en mi casa?

MARCELA.

A ella vengo
A hablaros una palabra
Que os importa....

LEONOR. (*Ap.*)

¡Quiera el cielo
No sea de mí (estoy turbada!),
Si acaso me siguió y supo
Quién era.

MARCELA.

Porque obligada
De vos tantas veces, no
Quiero parecer ingrata.
(*Ap.* No es, sino porque así espero
Tomar de Don Juan venganza.)

DON DIEGO.

Pues ¿qué mandais?

LEONOR. (*Ap.*)

Ella viene
De todo (¡ay de mí!) informada.

MARCELA.

Yo, señor Don Diego, os debo
La vida en una desgracia,
Y la libertad en otra,
Deudas bien precisas ambas,
Para que al precio de alguna
Fineza intente pagarlas:
La vida, cuando del coche
Me entrasteis en vuestra casa;
La libertad, cuando...

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay cielos!

MARCELA.

De vos en la mia amparada,
Cobré aquel retrato mio

Digitized by Google

De aquella encubierta dama,
Que ha sido carta de ahorro
De una voluntad esclava.
Habiendo pues advertido
En el retrato la causa
Que para no visitarme
Teneis; y habiendo en el alma
Sentido que la tengais,
He intentado remediarla,
Con pediros por merced
Me veais en ella á cuantas
Horas del dia quisiereis;
Y porque disculpa no haya
En el dueño del retrato
Para no hacerlo, esta banda
Pendiente le trae, porqué
El mejor os satisfaga
De que no tiene mas dueño.
Cuerdo sois: cosas pasadas,
Aunque disgustan, no ofenden.
Quedad con Dios, que esto basta.

DON DIEGO.

Espera, hermosa Marcela:
No satisfecha te vayas,
Persuadida á que me obligas
Con lo mismo que me agravias.
Yo confieso que agradezco
La accion, en cuanto á que traigas
El retrato por testigo
Que para otro no le guardas;
Pero confieso tambien
Que darle en tan rica banda
Es dádiva, y no favor,
Dando á entender que me pagas
El jornal de mis servicios,
Accion en un noble baja.
Las prendas de estimacion
No han de venir engastadas,
Y quien ha de pedir celos,
No ha de recibir alhajas.
Y así, la banda, señora,
Vuelve, porque á mí me basta
El retrato sin el oro.

MARCELA.

Yo no tengo de llevarla.

DON DIEGO.

Yo no he de quedar con ella.

MARCELA.

Obligaréisme á dejarla
Sobre esa silla. (*Déjala, y vase.*)

DON DIEGO.

Detente,
Espera, Marcela, aguarda
(*Vase tras ella, queda la banda sobre una silla, sale Leonor y tómala.*)

LEONOR.

¡Cielos! La venera es esta,
Testigo de mi desgracia:
Vuelva á mi poder, pues no
Hago delito en tomarla;
Que su hacienda cada uno,
Donde quiera que la halla,
La puede quitar.
(*Vase, y sale Don Diego.*)

ESCENA IX.

DON DIEGO, *y luego*, JUANA.

DON DIEGO.

No quiso
Aguardar que la bajara;
Llevarésela esta noche.
Pero ¿cómo de aquí falta?
¿Quién la quitó desta silla?
¡Hola!
(*Sale Juana.*)

JUANA.

Señor.

DON DIEGO.

¿Fuiste, Juana,
Quien una banda de aquí
Quitó?

JUANA.

No, ni en esta sala
Entré.

DON DIEGO.

Pues falta de aquí.

JUANA.

Aquella tapada infanta
Se la llevaria, que á eso
Solo vienen las tapadas
En cas de los hombres mozos.

DON DIEGO.

Esa es disculpa extremada.
¡Si ella á darla vino!

JUANA.

Pues
Arrepentida de darla,
La quitaria ella misma;
Que no se da mas distancia
Entre el dar, y arrepentirse
De lo que da, cualquier dama.

DON DIEGO.

¡Vive Dios, que la has tomado!

JUANA.

Yo soy mujer muy honrada,
Con un primo familiar,
Y en tres años que aquí en casa
Estoy, no se ha echado ménos
Un alfiler, ni una paja.
Mírenme toda, señores.

DON DIEGO.

Tantos extremos no hagas,
Que todos son contra ti.
Y ¡vive Dios!... (*Saca la daga.*)

ESCENA X.

LEONOR.—DON DIEGO, JUANA.

LEONOR.

¡Tú la daga
Para una criada!

DON DIEGO.

Sí,
Si es ladrona una criada.

JUANA.

¡Justicia del cielo! ¡yo
Ladrona!

LEONOR.

Pues ¿qué te falta?

DON DIEGO.

Una banda de oro y una
Venera, que ahora estaba
Sobre esta silla.

LEONOR.

No creas
Que la haya tomado Juana.

DON DIEGO.

Pues ¿quién pudo ser, si ella
Sola entró aquí?

LEONOR.

Antes pensara
Que yo la pude tomar,
Que ella.

JUANA.

El diablo lleve mi alma,
Si yo la he visto, señora.

LEONOR.

No llores por eso, calla,
Y éntrate allá dentro.

JUANA.

¡Yo
Ladrona! (*Vase.*)

DON DIEGO.

Con esas alas,
Tus criadas son señoras.
Si no entró persona en casa
(Que estaba á la puerta yo),
¿Quién de aquí pudo quitarla
Del brazo de aquesta silla?
(*Vuelve Juana.*)

JUANA.

Maldita y excomulgada
Yo muera...

LEONOR.

Calla, te digo,
Y éntrate allá dentro, Juana.—
Una destas mujercillas
Que á verte vienen....
(*Vase Juana.*)

DON DIEGO.

Repara,
Ya que lo has sabido, en que
Antes la mujer tapada
Que aquí estuvo, me la dió;
Y no queriendo tomarla,
La dejó sobre esta silla.
Fuí tras ella, y miéntras, falta.
(*Vuelve Juana.*)

JUANA.

Pues con un sapo en la boca
Y un canto á los pechos vaya...

LEONOR.

Ya te digo que te estés
Allá dentro.
(*Vase Juana.*)

ESCENA XI.

DON DIEGO, LEONOR.

DON DIEGO.

Y no, hermana,
Siento la banda perdida,
Sino un retrato que estaba
En la venera.

LEONOR.

Pues ¿cómo
A tí en venera te daban
Retrato? Nunca él se hizo
Para tí.

DON DIEGO.

Es historia larga,
Porque yendo á visitar
A aquella que desmayada
Yo saqué del coche...

LEONOR.

Bien
Me acuerdo.

DON DIEGO.

La hallé empeñada
En cobrar cierto retrato
Suyo, de una oculta dama,
Que habia ido á darle celos.

LEONOR.

¿Que hay mujeres en quien pasan
Esas cosas?

DON DIEGO.

Viendo pues
Que la habia hecho amenaza
De que gente llamaria,

Digitized by Google

Yo me dispuse á ampararla,
Por no ser partido. En fin,
Dió el retrato la tapada;
Y yo viendo en los principios
De mi amor y mi esperanza
El desengaño, me vine,
Si verdad te digo, hermana,
Despedido de servirla;
No puedo decir de amarla.
Ella obligada á mi trato,
O á mi término inclinada,
(Que si inclinaciones fueran
Méritos, no lo contara)
Me buscó; y satisfaciendo
La queja, en una extremada
Bandilla de oro el retrato
Me trajo.

LEONOR.

No ha sido tanta
La pérdida, que te obligue
A esos extremos; que dama
Que ayer á uno se le dió
Y hoy te le dió á tí, mañana
Para otro te le pidiera;
Y así, que hurtado le hayan,
Quizá es conveniencia tuya.

DON DIEGO.

¡Qué buenos consuelos halla
Mi pena, cuando por él
Diera la vida y el alma!

LEONOR. (*Ap.*)

No fuera la vez primera
Que tanto precio costara,
Pues yo las perdí por él,
Y por él pienso cobrarlas. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XII.

DON JUAN, BARZOQUE.

BARZOQUE.

Toda la corte está llena
De que eres muy entendido,
Y yo en mi vida te he oido
Decir una cosa buena.

DON JUAN.

¿Por qué lo dices ahora?

BARZOQUE.

Porque acabas de decir,
Que á ver á Marcela has de ir.

DON JUAN.

Y ¿eso es malo?

BARZOQUE.

¿Quién lo ignora?
Porque ¿hay mayor necedad,
Ni es posible, que ir á ver
Enojada una mujer?

DON JUAN.

No hay ley en la voluntad.
¡Qué bien el Fénix de España
Dijo: «En mi pena se infiere
Que el que piensa que no quiere,
El ser querido le engaña!»
Todo el tiempo que viví,
Barzoque, correspondido
De Marcela, el ser querido
Me engañó; nunca creí
Que la amaba enamorado,
Hasta que probé su olvido.

BARZOQUE.

Nunca ama un favorecido
Tanto como un despreciado.

DON JUAN.

No es eso, sino que quien
Seguro el favor alcanza,
No sabe que quiere bien
Hasta que viene á faltar,
Y introducido el temor
Una vez, se ve el amor.
Y ¿quién me ha metido en dar
Sofísticas agudezas?
Yo pensé que no queria
A Marcela, cuando via
En ella tantas finezas;
Y hoy que su retiro veo,
La quiero; y basta querella,
Sin que ande á caza por ella
De razones mi deseo.

BARZOQUE.

Y esa es la mayor, si infiero
Que otra el amor no ha tenido,
Que «yo olvido porque olvido,
Y yo quiero porque quiero.»
Y así, dejada por llana;
Pues querer pudiste ayer
Y olvidar hoy, y querer
Hoy para olvidar mañana,
Vamos á cómo hablarás
A mujer que te cogió
En tal mentira.

DON JUAN.

Eso no
Es lo que yo siento mas,
Sino pensar que mujer
Que su retrato la ha dado,
Barzoque, y que la ha contado
El que yo la volví á ver,
Ya me tiene conocido.

BARZOQUE.

¿Eso dudas? ¡Bueno fuera
Que el diablo no conociera
A quien tanto le ha servido!

DON JUAN.

¿Hasta cuándo aquesa vana
Necedad has de creer?

BARZOQUE.

Hasta que la vuelva á ver
En tratable carne humana.

DON JUAN.

¿Qué intento sería, en efecto,
Dime, el de aquella mujer,
Que á Marcela hizo saber
De mi venida el efecto,
Y su retrato la dió,
Sin que á mi padre dijera
Nada, ni á mí verme quiera,
Puesto que me conoció?

BARZOQUE.

¿Quieres pagarme, señor,
Todo cuanto te he servido
Mal ó bien? Pues solo pido
Que no hables mas deste amor.
Vamos á ver á Marcela,
Aunque ella enojada esté,
Y aunque á uno y otro nos dé
Cualquiera alhaja que duela,
Y no hablemos mas en esto;
Que tiemblo de discurrir
En ello.

DON JUAN.

En fin, á morir
Estoy, Barzoque, dispuesto,
Antes que consienta que
Marcela, aunque la ofendí,
Para vengarse de mí,
Celos con otro me dé.
Y aquel hombre que salia,
Cuando á su casa llegué,
Me da pesar. No apuré
El lance, porque creia
La verdad de la disculpa;
Pero habiendo visto ya
Que ella tan resuelta está
A no hablarme, de su culpa
Me persuado; y así, juez
He de ser de su cuidado.

BARZOQUE.

Di que estás enamorado,
Y acabemos de una vez.

DON JUAN.

Ya lo he dicho.

BARZOQUE.

Ella y Ines
¿No son aquellas dos?

DON JUAN.

Sí.

BARZOQUE.

A su casa por aquí
Vendrán.

ESCENA XIII.

MARCELA É INES, *con mantos.*—DON JUAN, BARZOQUE.

MARCELA.

¿No es Don Juan?

INES.

Sí.

DON JUAN.

Pues,
¡Señora Marcela....

MARCELA.

Vamos,
Ines.

DON JUAN.

Vos fuera á estas horas!

MARCELA.

Sí, que las grandes señoras
De noche nos visitamos.

DON JUAN.

¿De dónde venís?

MARCELA.

No sé.

DON JUAN.

Pues yo saberlo he querido.

MARCELA.

Una visita á hacer he ido
Al príncipe de Condé,
Y pedirle aquel retrato
Que vos le dejasteis.

DON JUAN.

Bien
Se venga vuestro desden.

MARCELA.

Mas merece vuestro trato.

DON JUAN.

No es tan malo como vos
Quereis que el amor le crea.

MARCELA.

Que lo sea ó no lo sea,
Importa poco á los dos:
A vos, porque una tapada,
Que fué quien me le dió aquí,
Os quiere mucho; y á mí,
Porque no se me da nada.—
Ven, Ines.

DON JUAN.

Barzoque, vén.

MARCELA.

¿Dónde vais?

Digitized by Google

BARZOQUE.

Ved lo que pasa.

DON JUAN.

Y ¿dónde vos?

MARCELA.

Yo á mi casa.

DON JUAN.

Pues yo voy allá tambien.

MARCELA.

¿A qué?

DON JUAN.

A que gran grosería
Fuera el dejaros.

MARCELA.

Mirad
Que uncion de la voluntad
Llaman á la cortesía
En sus últimos alientos.

DON JUAN.

Por eso es justo que quiera
Que ya que se muere, muera
Con todos sus sacramentos.

MARCELA.

No habeis de pasar de aquí.

DON JUAN.

Tengo de hablaros, que espero
Desenojaros.

MARCELA.

No quiero
Desenojarme.

DON JUAN.

Yo sí,
Que hecho un yerro, disculpalle
Es justicia, y es razon.
Oid mi satisfaccion.

MARCELA.

Mirad que estáis en la calle,
Señor Don Juan.

DON JUAN.

Algun dia
Os dije yo aqueso á vos.

MARCELA.

Barajóse entre los dos
La suerte, y llegó la mia.

BARZOQUE.

Desierta la boca y tuerta
Tenia un rico mercader,
Y un sastre acertó á tener
Tuerta la boca y desierta.
Buscando iba bocací
El sastre, y cuando llegó
Al mercader, preguntó:
«Tiene usarced *bocasí*[1]?»
El, presumiendo que aquello
Burla era, con gran rigor
Dijo: «*Boca-así*, señor,
Tengo; ¿qué quiere para ello?»
El sastre muy indignado
Creyó que le remedaba,
Y en tuertas voces le daba
Quejas de su desenfado.
En tuertas voces tambien
El mercader se ofendia:
Uno y otro presumia
Que el defecto era desden,
Hasta que gente, que allí
A despartirlos llegó,
Los dos igualmente vió
Que tenian boca-así.
Si entrambos de una manera
Tuerto el corazon teneis,
Si un defecto padeceis,
No haya vara ni tijera,
Sino consolaos los dos
Uno á otro, haciendo aquí
Amistades ante mí,
Y entraos en casa con Dios.

MARCELA.

Yo no he de entrar en la mia,
Si la calle no dejais.

DON JUAN.

Si en eso resuelta estais,
Ya se cansó mi porfía.
Id con Dios, que no entraré
En ella en toda mi vida.

MARCELA.

Yo voy muy agradecida
A tanto favor.

INES.

No sé
Para qué le dejas ir,
Si lo has de sentir despues.

MARCELA.

Aunque su rigor, Ines,
Tanto me has visto sentir,
Ya cesó el dolor cruel
Al punto que él me buscó,
Porque á él le buscara yo,
Si no me buscara él. (*Vanse las dos.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, BARZOQUE.

DON JUAN.

¿Has visto, Barzoque, igual
Rigor en tu vida?

BARZOQUE.

Sí.
En[2] Diocleciano leí
Otro, que debió ser tal
Como este, cuando mató
A un presbítero inocente...

DON JUAN.

¡Qué humor tan impertinente,
Cuando estoy muriendo yo!

BARZOQUE.

Ya ella á su casa ha llegado.

DON JUAN.

Si el dia, que en sombras va
Muriendo, alguna luz da,
Dos hombres dentro han entrado.

BARZOQUE.

De que doy fe.

DON JUAN.

A vistos celos
Callar, infamia sería.

BARZOQUE.

Mira que no es cortesía
Estorbar.

DON JUAN.

¡Viven los cielos,
Te mate!...

BARZOQUE.

Mira primero
Que son dos.

DON JUAN.

¿No somos dos
Nosotros?

BARZOQUE.

No, vive Dios,
Que yo soy humano cero.

DON JUAN.

Por Dios, que está ya la puerta
Cerrada.

BARZOQUE.

A crêr te resuelve
Que el diablo mismo se vuelve,
Si la halla así.

DON JUAN.

Pues yo abierta
La veré.

BARZOQUE.

Pues ¿has de hacer
Tú lo que el diablo no hiciera?
(*Éntrase Don Juan, y da golpes.*)

ESCENA XV.

DON DIEGO, MARCELA, ENRIQUE. — DON JUAN, BARZOQUE.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

A quien de aquella manera
Llama, yo he de responder.

MARCELA. (*Dentro.*)

Salir no habeis.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

¿Cómo no,
Y mas si llaman así
Por saber que entré yo aquí?
¿Quién llama á esta puerta?
(*Salen Don Diego, Enrique, y Marcela, que se queda junto á su casa.*)

DON JUAN.

Yo,
Que á saber vengo quién es
Quien tanta licencia tiene,
Que aquí de visita viene.

MARCELA.

Baja unas luces, Ines.

DON DIEGO.

No las bajen; que si ha sido
Su intento saber quién soy,
Yo así la respuesta doy.

DON JUAN.

Y es lo que yo he pretendido.
(*Sacan las espadas, y riñen los cuatro.*)

MARCELA.

¡Ay de mí infeliz!

BARZOQUE. (*Ap.*)

¡Qué diera
Yo, porque alguno llegara!

ENRIQUE.

¡Muerto soy! (*Cae.*)

DON DIEGO.

¡Desdicha rara!

ESCENA XVI.

UN ESCRIBANO, ALGUACILES.—DICHOS.

ALGUACIL 1.° (*Dentro.*)

Llegad todos.

DON JUAN.

¡Pena fiera!
(*Salen alguaciles y un Escribano.*)

ALGUACIL 2.°

La justicia.

BARZOQUE.

Huye, señor.

DON JUAN.

Fuerza es, habiendo uno herido,
Y la justicia venido. (*Vase.*)

[1] Como tenia la boca torcida, pronunciaba mal, *seseaba*. El bocací era un lienzo basto engomado.

[2] Equivale á *de*.

Digitized by Google

BARZOQUE.

A ver cuál corre mejor. (*Vase.*)

ESCRIBANO.

Seguid aquel, que aquel fué,
Pues que corre, el delincuente.
(*Vase la justicia.*)

DON DIEGO.

Yo he de alcanzarle.

MARCELA.

Detente,
Don Diego.

DON DIEGO.

Suelta.

MARCELA.

Porqué
Habiendo un muerto ó herido
A estos umbrales, dejar
A una mujer, es faltar
A quien eres.

DON DIEGO.

Atrevido
Te pondré en salvo, despues
Que haya, Marcela, vengado
La muerte dese criado.

MARCELA.

Contigo he de ir, que no es
Justo que yo quede aquí
A una violencia dispuesta.
(*Ap.* ¡Ay Don Juan, lo que me cuesta
Querer vengarme de tí!) (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Leonor.

ESCENA XVII.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

Juana, esto has de hacer por mí.

JUANA.

Sí hiciera, mas no me atrevo,
Que es cruel su condicion.

DON LUIS.

Solamente hablarla intento,
Por apurar de una vez
De aquel enigma el secreto.
Ve presto, avísala, Juana.

JUANA.

No es posible que yo á eso
Me atreva, sin una industria.

DON LUIS.

¿Cuál ha de ser?

JUANA.

Ya la pienso.
Ve á dar por ahí una vuelta;
Que estarte en la calle quedo,
Podrá ser que se repare.
Yo me dejaré ahora abierto
Este cuarto, y me estaré
Con ella en el suyo, haciendo
La deshecha: tú podrás
Entrarte entónces resuelto
A hablarla, y yo disculparme
Con que no sé nada, siendo
Un descuido el que me riña,
Y no una traicion.

DON LUIS.

Tu ingenio
Lo ha trazado bien. Yo voy.

JUANA.

Y yo lo tendré dispuesto.

DON LUIS. (*Ap.*)

Saber tengo cómo vienen
Juntos favor y desprecio. (*Vase.*)

JUANA.

Ve aquí por lo que no puede
Hacer una en este tiempo
Una obra buena. ¿No habia
Siquiera un diamante viejo,
Con que decir: «Toma, Juana?»
Mas ya el Dante no hace versos.

ESCENA XVIII.

LEONOR.—JUANA.

LEONOR.

¿Con quién hablabas?

JUANA.

Conmigo,
Señora, que tambien tengo
Yo mi don de soliloquios.

LEONOR.

Trae luces.

JUANA.

Allí las dejo,
(*Entrándose por ellas, y sacándolas.*)
Y ya están aquí.

LEONOR.

¿Qué hablabas?

JUANA.

Estaba un discurso haciendo
Sobre quién sería el ladron
De aquella banda. ¡En mal fuego
De San Anton vea la mano
Abrasada!

LEONOR.

Quedo, quedo,
Juana, que las maldiciones
Para nada son remedio.

ESCENA XIX.

ALGUACILES, *dentro, y luego* DON JUAN Y BARZOQUE.—LEONOR, JUANA.

ALGUACILES. (*Dentro.*)

Por aquí fué.

UN ALGUACIL. (*Dentro.*)

En esta vuelta
Se perdió.

LEONOR.

¿Qué será aquello?

JUANA.

Ruido en la calle, señora.

LEONOR.

Abiertas las puertas veo.
¿Qué es esto, Juana?

JUANA.

Un descuido.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Pues correr mas no podemos,
Ni resistirnos de tantos
Como nos siguen, y abierto
Está aquí, Barzoque, aquí
Nos entremos.
(*Salen Don Juan y Barzoque.*)

LEONOR.

¿Qué es aquesto?

DON JUAN. (*Ap.*)

Un desdichado es, señora.

BARZOQUE.

No son sino dos.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué veo!

BARZOQUE.

¡Jesucristo!

LEONOR.

Proseguid.

DON JUAN.

No podré, porque... (*Ap.* Estoy muerto.)

JUANA. (*Ap.*)

Si ahora se entra Don Luis,
¡Buena hacienda habemos hecho!

LEONOR.

¿Qué ha sido?

DON JUAN. (*Ap.*)

No tengo vida.

LEONOR.

Hablad.

DON JUAN. (*Ap.*)

Fáltame el aliento...

BARZOQUE. (*Ap. á él.*)

Disimula tú, pues ella
Disimula.

DON JUAN. (*Ap. á Barzoque.*)

Ya lo intento.
Un gran disgusto dos calles
De aquí he tenido... sospecho
Que queda un hombre (no sé
Lo que digo) herido ó muerto...
De la justicia seguido,
(Mortal estoy) venia huyendo
Cuando, al volver desta calle,
Vi luz, y...

ESCENA XX.

DON DIEGO, *y luego*, MARCELA.—LEONOR, DON JUAN, BARZOQUE, JUANA.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Entrad aquí dentro;
Que en quedando vos en salvo,
Le buscaré.

MARCELA. (*Dentro.*)

¡Muerta vengo!

DON JUAN.

Estos son los que me siguen.

LEONOR.

Retiraos á ese aposento;
Que yo les diré que aquí
No entrasteis; que daros debo
Favor, ya que por sagrado
Mi casa tomasteis.

DON JUAN. (*Ap. al criado*)

¡Cielos!
De un peligro he dado en otro.

BARZOQUE.

Yo y todo.
(*Escóndense los dos, quedándose detras de una puerta. Salen Don Diego y Marcela.*)

DON DIEGO.

Hermana.

LEONOR.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Desdichas mias; que apénas
Hoy libre de una me veo,
Cuando he tropezado en otra.
Mal herido á Enrique dejo,
Sin haber podido dar
Muerte al agresor, que huyendo
Se escapó por esta misma
Calle.

Digitized by Google

JUANA. (*Ap. á Leonor.*)
¿Si es el que tenemos?

LEONOR.
Calla, Juana, que no es bien
Añadir empeño á empeño.

BARZOQUE. (*Ap. al paño.*)
Hermano dijo.

DON JUAN.
Sin duda
Nos descubre.

DON DIEGO.
Y en efecto,
Como es siempre obligacion
De un noble en cualquier empeño
La dama, aquí la he traido.
Tenla aquí, miéntras yo vuelvo
Así por cuidar de Enrique,
Como por mirar si puedo
Vengarle.—Marcela, ya
En salvo estás.

MARCELA.
Detenéos.

LEONOR.
No salgas, señor.

DON DIEGO.
Dejadme.

ESCENA XXI.

DON LUIS.—DICHOS.

DON LUIS.
Déme amor atrevimiento
Para llegar. Mas ¿qué miro?

DON DIEGO.
¿Quién va? quién es?

DON LUIS.
Yo, Don Diego.

DON DIEGO.
¿Don Luis?

DON LUIS.
Sí.

DON DIEGO.
¿Pues á estas horas
Aquí?

DON LUIS. (*Ap.*)
Dadme industria, cielos,
Que me disculpe.

DON JUAN. (*Ap.*)
Don Luis
Aquel es.

DON LUIS.
Buscándôs vengo,
Porque en la conversacion
Se dijo ahora del juego,
Que habiais tenido un disgusto.
(*Ap.* Decir que allá lo dijeron
Es disculpa sin peligro.)

DON DIEGO.
¿Ya se supo allá tan presto?

DON LUIS.
Sí. ¿Qué ha sido?

DON DIEGO.
Pues habeis
Venido aquí á tan buen tiempo,
Venid conmigo, que allá
Lo sabreis.

DON LUIS.
Siempre fui vuestro.
(*Vanse Don Diego y Don Luis.*)

ESCENA XXII.

LEONOR, MARCELA; DON JUAN, BARZOQUE, *ocultos.*

DON JUAN.
Hasta las mentiras tienen
Buena ó mala estrella.

LEONOR. (*Ap.*)
¡Cielos!
¿Qué es lo que pasa por mí?
Escondido un hombre tengo,
En quien concurren las señas
Del hábito de su pecho
Y el ser de Marcela amante,
Pues por ella ha sido el riesgo:
Apuremos de una vez
Al vaso todo el veneno.

DON JUAN. (*Al paño.*)
¿Has visto, Barzoque, igual
Lance en tu vida?

BARZOQUE.
No, cierto.

DON JUAN.
En casa estoy de una dama,
A quien ofendida tengo,
Enemigo de su hermano,
Y la causa de todo esto,
Que es Marcela, por testigo.

LEONOR.
Decidme vos, ¿qué suceso
Ha sido este?

MARCELA.
De turbada,
No os he hablado en tanto tiempo.
Estando ahora en mi casa
Vuestro hermano, un caballero,
A quien ha dias que di
La libertad de mi pecho,
Llamó con celosos golpes;
Que no saben llamar quedo.
Salió Don Diego á la calle,
Y sucedió todo esto
Que él ha contado: la causa
De tan infeliz suceso,
Aunque he sido yo, no he sido
Yo sola.

LEONOR.
Pues ¿quién en ello
Tuvo mas parte?

MARCELA.
Una dama,
Que abrase un rayo del cielo..

LEONOR. (*Ap.*)
¡Buena ando yo en maldiciones!

MARCELA.
Que á mi casa á pedir celos
Con un retrato, que yo
Le di á aquel ingrato mesmo,
Fué. Yo ofendida intenté
Vengarme de su desprecio.

LEONOR.
¿Y él quién es?

MARCELA.
El es Don Juan
De Mendoza, de Don Pedro
De Mendoza hijo: ¡así fuera
Leal como es caballero,
Constante como es ilustre!

BARZOQUE. (*Ap.*)
Ya me holgara, segun pienso,
Que fuera diablo, y no dama.

LEONOR.
(*Ap.* Ya, honor, todo lo sabemos,
Pues solo quien hijo fuera
De Don Pedro, entrara dentro
De aquel cuarto aquella noche.
¿Qué he de hacer? Si aquí le tengo,
Podrá mi hermano venir,
Y no es remediar el riesgo.
Si le dejo ir, no tendré
Ocasion, como ahora tengo,
Para vengarme despues.
Mas ¿qué es vengarme? que en esto
Mi honor no pide venganza.
En esto al fin me resuelvo.)
Marcela, aquí no estáis bien.
Retiráos allá dentro;
Que si álguien viene, mejor
Es que yo esté sola.

MARCELA.
Eso
Quise suplicaros.

LEONOR.
Juana,
Ve con ella, y ni un momento
Te apartes della.

JUANA.
No haré.

MARCELA.
Fortuna, ¿qué ha de ser esto?
(*Vanse Marcela y Juana.*)

ESCENA XXIII.

LEONOR; DON JUAN Y BARZOQUE, *al paño.*

LEONOR. (*Ap.*)
Llevemos por bien el daño
En los principios, y luego,
Si no basta, honor, muramos.

DON JUAN. (*Ap.*)
En gran peligro estoy puesto.

BARZOQUE.
Pues que sola ella ha quedado,
Sal ahora.

DON JUAN.
Eso resuelvo.
Salgamos de aquí una vez.
(*Salen los dos.*)

BARZOQUE.
Dices bien.

DON JUAN.
Yo os agradezco
La vida que me habeis dado.
Quedad con Dios.

LEONOR.
Detenéos,
Que aunque deseo que os vais,
Tambien que no os vais deseo.

BARZOQUE. (*Ap.*)
Pues á mí no me detienen,
Saldré á la calle, y corriendo
Iré á avisar á mi amo
Del lance en que á Don Juan dejo.
(*Vase.*)

ESCENA XXIV.

LEONOR, DON JUAN.

DON JUAN.
Cuanto quisiereis decirme
Oiré despues, que no es tiempo
Ahora.

LEONOR.
Si es, por si despues
No hay ocasion.

DON JUAN.
Decid presto.

Digitized by Google

LEONOR.

¿Sabeis quién soy?

DON JUAN.

Sé que sois
Una deidad, á quien debo
La vida en esta ocasion.

LEONOR.

Y ¿no me debeis mas que eso?

DON JUAN.

No, porque aunque en mi memoria
Varios discursos revuelvo,
Y algo quiera confesar,
Bien á negarlo me atrevo,
Pues un testigo que solo
Podeis tener, ya no es vuestro.

LEONOR.

Sí es, Don Juan, que esta venera
Y retrato, yo le tengo.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Dónde iré yo, que no halle
Aquesta venera, cielos?

LEONOR.

Fuera de que el cielo mismo...

DON JUAN.

Cuanto á decir vais entiendo.

LEONOR.

Pues, señor Don Juan, que os deis
Por entendido agradezco,
Ahorrándome la vergüenza,
Para haceros un acuerdo.
La vida vuestra y mi honor
En dos balanzas á un tiempo
Puestas están. Pues yo miro
Por vuestra vida en tal riesgo,
Mirad por el honor mio,
Vos igualmente; advirtiendo
Que soy mujer que pudiera
Vengarme, y que no me vengo,
Porque á escándalo no pase
Lo que hasta aquí fué silencio.
Yo no soy mujer que andar
Tengo con mi honor en pleito;
Yo no tengo de dar parte
A mi hermano, ni á mis deudos;
Yo soy mujer, finalmente,
Que moriré de un secreto,
Por no vivir de una voz;
Que en fin hablar no es remedio.
Vida y honor me debeis:
Pues dos deudas son, bien puedo
Pedir dos satisfacciones...
Una solamente quiero,
Y es que si á pagarlo todo
No os disponeis, noble y cuerdo
Pagueis la parte en callarlo;
Que una clausura, un convento
Sabrá sepultarme viva,
Quedándome por consuelo
Solamente, que cayó
Mi desdicha en vuestro pecho.
Con esto, idos; no mi hermano
Vuelva, donde solo temo
Un lance que á hablar me obligue,
Siendo mi honor mi silencio.

DON JUAN.

Vuestra cordura, señora,
Vuestro gran entendimiento,
El mayor consuelo hallaron
En callar; y yo os lo ofrezco,
Porque no puedo ofrecer
Mas; que claro es que no tengo
De casarme porque pude
Hallaros en mi aposento
Una noche, habiendo sido
Quizá causa del suceso
Que á dejar os obligó
Vuestra casa...

LEONOR.

Deteneos,
No digais mas; que en pensarlo
Miente vuestro pensamiento;
Que el honor que me debeis,
Tan terso y claro...

ESCENA XXV.

DON DIEGO, DON LUIS.—LEONOR, DON JUAN.

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ah, quién pudiera encubrirse!
(*Embózase.*)

LEONOR. (*Ap.*)

¿Otra desdicha? otro aprieto?

DON DIEGO.

¡Hombre embozado en mi casa!

DON LUIS.

¡Hombre con Leonor riñendo!

DON DIEGO.

¿Qué aguardo, que no le doy
Muerte?

DON JUAN.

No temais, primero
(*Poniéndose delante de Leonor.*)
Moriré yo, que os ofendan.

DON LUIS. (*A Don Diego.*)

A vuestro lado estoy puesto,
(*Ap.* Cumpliendo con la de amigo
La obligacion de mis celos.)

DON JUAN.

Don Luis, mirad que soy yo
Con quien reñís; y si vuestro
Valor, por venir con él,
Os obliga á que á Don Diego
(Que á mí me debe la vida,
Si de otra ocasion me acuerdo)
Valgais, primero acrédor
Soy yo de vuestros esfuerzos;
Pues de algun suceso mio
Parte os he dado primero;
Y quien lo fió de vos
Entónces, ya os hizo empeño
De que le valgais ahora. (*Desembózase.*)

DON DIEGO.

¡Qué es lo que miro!

DON LUIS.

¡Qué veo!

DON DIEGO. (*Ap.*)

¿Este es quien me dió la vida?

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Don Juan es el que me ha muerto!
¿Qué he de hacer en tan extraño
Lance de amistad y celos,
De amor y honor?

ESCENA XXVI.

MARCELA, JUANA.—DICHOS.

MARCELA.

Nuevo ruido
Hay, ¿qué será?

DON DIEGO.

Caballero,
Yo confieso que me disteis
La vida, y que yo os la debo;
Pero nadie pagar debe
Mas que recibió: con esto
Os digo que si os hallara
Hoy en ocasion que hacerlo
Pudiera, mi misma vida
Os diera; pero no es precio
Para una vida un honor;
Y aqueste yo no os le debo.
En mi casa os he hallado,
Y he de saber á qué efecto
Entrais en ella á estas horas.

DON JUAN.

Aunque no es ley de buen duelo
Dar, con la espada en la mano,
Satisfaccion, darla quiero;
Que donde honor es lo mas,
Todo lo demas es ménos.
Con quien en cas de Marcela
Reñísteis, soy yo. De aquesto
Testigo es Marcela misma.
En esta casa entré huyendo
De la justicia.

DON DIEGO.

Aunque sea
Eso verdad, que lo creo
Porque vos lo decís, yo
No me doy por satisfecho:
Que entrarse á ampararse un hombre
No es entrarse á hacer extremos
Que obliguen á una mujer
A decir «que es puro y terso
El honor que la debeis.»

DON LUIS.

Decís bien, y con vos vengo.
Sin matarle no cumplís.
(*Ap.* Por matarle yo, le aliento.)

DON JUAN.

¿Es eso haberos yo dicho
Mi secreto?

DON LUIS.

Sí, y por eso
A Don Diego he de amparar.

ESCENA XXVII.

DON PEDRO, BARZOQUE.—DICHOS.

DON PEDRO. (*A la puerta.*)

¿Dónde quedó?

BARZOQUE.

Aquí.

DON PEDRO.

Entra dentro.—
Don Juan, á tu lado estoy.

DON JUAN.

Ya contigo nada temo.

MARCELA.

¡Qué pena!

LEONOR.

¡Qué confusion!

JUANA.

¿En qué ha de parar aquesto?

DON PEDRO.

Caballeros, yo y mi hijo
Hemos de salir resueltos,
Si se nos pone delante
Todo el mundo; aunque primero
Quisiera saber qué causa
Ha dado para un extremo
Tan grande como obligaros,
Siendo los dos caballeros,
A que ambos riñais con él
Encerrados; porque pienso
(Segun ese criado ha dicho)
Que ha sido acaso el suceso;
Y por sucesos acaso

Digitized by Google

No riñen ilustres pechos
Con uno en su misma casa,
Entre mujeres, habiendo
Campo. Dos á dos estámos.
Hagamos cabal el duelo.

DON DIEGO.

Señor Don Pedro, que sea
Vuestro hijo ese caballero,
Con ser vos á quien mi hermana
Y yo obligacion tenemos,
Y que vos querais hacer
Desafío cuerpo á cuerpo,
No es bastante á dejar yo
De darle la muerte, habiendo
Sido el hallarle embozado
En mi casa...

DON PEDRO.

Si él huyendo
De la justicia, entró aquí,
Ya vos no reñis por eso,
Sino por la primer causa;
Y esta mas debiera, es cierto,
Remitirse, cuando en vuestra
Casa le hallais, si es que infiero
Que haberla tomado él
Por sagrado, habia de haceros
Que al que allá fuera matarais,
Le ampararais aquí dentro.

DON DIEGO.

Hay mas causas, que Leonor,
Mi hermana, es....

LEONOR.

Yo diré eso,
Que aunque el silencio adoré,
Ya no es deidad el silencio;
Que hablar en tiempo es virtud,
Si es vicio el hablar sin tiempo.
Y no solo, si me ois,
Vos habeis de defenderlo,
Pero aun contra vuestro hijo
Habeis de ser.

DON PEDRO.

¿Cómo puedo?

LEONOR.

¿Os acordais?...

DON PEDRO.

¿De qué?

LEONOR.

De una
Palabra....

DON PEDRO.

Sí, bien me acuerdo,
Y daré muerte á Don Juan,
Puesto al lado de Don Diego,
Como importe á vuestro honor.

LEONOR.

Pues estad todos atentos.
Aquella infelice noche
Que hubo en mi casa un incendio,
Y que por estar en frente...

DON JUAN. (*Ap. á ella.*)

Tente, aguarda, que no quiero
Saber mas. Porque si yo
Cobarde estuve, temiendo
La ocasion que allí te tuvo,
Ya la sé, y así pretendo
Que ninguno sepa mas
Que yo. Todo ese suceso,
Ni mi padre, ni tu hermano,
Ni ninguno ha de saberlo,
Porque si en trances de honor
Dice un discreto proverbio:
No hay cosa como callar,
De lo que hablé me arrepiento,
Y no quiero saber mas,
Pues que no puedo hacer ménos.— (*Alto.*)
Esta es mi mano, Leonor.

DON LUIS. (*Ap.*)

Supuesto que á Leonor pierdo,
Y ya es mujer de un amigo,
Callemos, celos; que en esto
No hay cosa como callar.

DON DIEGO. (*Ap.*)

No alcanzo nada al secreto;
Mas pues está remediado
Mi honor, que es lo que pretendo,
No hay cosa como callar.

DON PEDRO.

Yo he pagado lo que debo,
Leonor, á mi obligacion.

MARCELA. (*Ap.*)

Y yo escarmentada, viendo
Casado á Don Juan, callar
Solo ha de ser mi consuelo.

BARZOQUE.

Cada uno á su negocio
Está solamente atento,
Olvidados de un criado
Que está herido, porque desto
Se saque cuán malo es
Ser criado pendenciero.
Y pues que yo soy criado
De paz, solamente os ruego
Que considereis, señores,
Que de los yerros ajenos
No hay cosa como callar;
Y así, perdonad los nuestros.

Digitized by Google

EL ASTROLOGO FINGIDO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON ANTONIO.
DON DIEGO.
DON CARLOS.
LEONARDO, *viejo.*
MORON.
DOÑA MARIA.
DOÑA VIOLANTE.
BEATRIZ, *criada.*
QUITERIA, *criada.*
OTAÑEZ, *escudero.*

La escena es en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, BEATRIZ.

DOÑA MARÍA.

¿Y que pasó tan galan?

BEATRIZ.

A todos cuantos miraba,
A un mismo tiempo causaba
Amor y envidia Don Juan.
Llevaba un vestido airoso
Sin guarnicion ni bordado;
Que con lo bien sazonado,
No hizo falta lo costoso.
Cabos blancos sin cuidado,
Valona y vueltas muy grandes
Con muchas puntas de Flándes:
En fin, muy á lo soldado.
Varias plumas, que llevadas
Del viento, me parecia
Que volar Don Juan queria:
Botas y espuelas calzadas.
Con esto y con su buen talle,
Sin quitar de tu ventana
La vista, aquesta mañana
Dos veces pasó la calle.

DOÑA MARÍA.

Por la pintura que has hecho,
Beatriz, toma este diamante.

BEATRIZ.

Razon será que me espante
De ver terneza en tu pecho
Tratando cosas de amor,
Si no son albricias ya
De ver que Don Juan se va.

DOÑA MARÍA.

Diferente es el rigor
Que tengo.

BEATRIZ.

Pues tu hermosura,
Porque amor se satisfaga,
Tan bien las pinturas paga,
Escúchame otra pintura.
Al tiempo que ya dejaba
La calle Don Juan, entró
En ella Don Diego; y yo,
Como en la ventana estaba,
Le vi en un caballo tal,
Que, informado dél el viento,
Dejó de ser elemento,
Por ser tan bello animal.
Con el freno conformaba
Los piés con tanta armonía,
Que el son con la boca hacia,
A cuyo compas danzaba.
Saltaron centellas puras
De las piedras; que el castizo
Bruto, por llamarte, hizo
Aldabas las herraduras.
Cuando Don Diego el sombrero
Quitó, sus piés se doblaron;
Que tu puerta respetaron
El caballo y caballero.
¡Si le vieras, qué brioso
Sacó el brazo, qué galan
Partió!...

DOÑA MARÍA.

Hablemos de Don Juan
Y deja aquese enfadoso.
¿Sabes si se partió ya?
¿Sabes, Beatriz, dónde fué?
¿Si vendrá presto?

BEATRIZ.

No sé;
Mas ¿qué cuidado te da
Que se vaya, si ha dos años,
Señora, que te ha servido,
Y que solo ha merecido
Desprecios y desengaños?
Váyase, y á sus desvelos
Podrá hacerles resistencia;
Que es muerte de amor la ausencia
Adonde faltan los celos.

DOÑA MARÍA.

Pésame que los enojos,
Que hasta agora he resistido,
No los hayas conocido
En el llanto de mis ojos.
¡Ay Beatriz! ¡Ay Beatriz mia!
No sé como hablar, no sé
Cómo decir que yo amé
A Don Juan desde aquel dia
Que conocí su aficion;
Aunque constante vencí
Mi pena, porque temí
La opinion de mi opinion.
Don Juan, aunque es cuerdo, es
Mozo, y si á saber llegara
Mi amor, no sé si callara;
Que en este tiempo que ves,
Hay mil galanes que viven
Rendidos y enamorados,
Por publicar confiados
Los favores que reciben.
Y un hombre, con solo hablar,
(¡Tan fácil es la deshonra!)
Es bastante á quitar la honra,
Que muchos no pueden dar.
¡Oh! ¡qué desigual fortuna!
¡Que una lengua ponga menguas
En mil honras, y mil lenguas
No puedan dar sola una!
Yo, temerosa de ver
Público mi deshonor,
Puse silencio en mi amor;
Mas fué silencio en mujer,
Pues hoy la ausencia provoca
A que salgan mis enojos
En lágrimas por los ojos
Y en suspiros por la boca.

BEATRIZ.

Si hoy con Don Juan te declaras,
Lo mismo te sucediera
Con Don Diego, si él se fuera.

DOÑA MARÍA.

Mal en mi daño reparas;
Pues cuanto la pretension
De Don Juan mi pecho enciende
Tanto Don Diego me ofende.

BEATRIZ.

En tu amor y en tu eleccion
Dos novedades me ofreces.
¡Querer al de ménos fama,
Hacienda y nobleza! Dama
De comedia me pareces;
Que toda mi vida vi
En ellas aborrecido
Al rico, y favorecido
Al pobre, donde advertí
Su notable impropiedad;
Pues si las comedias son
Una viva imitacion
Que retrata la verdad
De lo mismo que sucede,
¿A un pobre verle estimar,
Cómo se puede imitar,
Si ya suceder no puede?

DOÑA MARÍA.

Antes con mayor razon
Hallan su verdad en mí
Las comedias, pues que fuí
De ese defecto excepcion.

ESCENA II.

OTAÑEZ.—DOÑA MARIA, BEATRIZ; *luego*, DON JUAN.

OTÁÑEZ.

Don Juan de Medrano pide
Licencia para besarte
Las manos.

BEATRIZ.

Ya viene á hablarte
Antes de irse.

DOÑA MARÍA.

¿Quién lo impide?
(*Vase Otáñez, y sale Don Juan.*)

DON JUAN.

Con licencia me atreví,
Señora, á entrar donde están
Tus soles.

Digitized by Google

DOÑA MARÍA.

Señor Don Juan,
¡Espuelas y plumas!

DON JUAN.

Sí,
Que no me bastó llevar
Espuelas para correr,
Y así hube menester
Las plumas para volar;
Que quien ausentarse intenta
Del sol, bien es que presumas
Que ha de valerse de plumas.

DOÑA MARÍA.

¿Qué mandais?

DON JUAN.

Escucha atenta.
Si á quien se ausenta y se muere
Licencia se le permite
De hablar, por ausente y muerto
Licencia Don Juan te pide:
Muerto, porque vive ausente
De tí: ausente, porque vive
Muerto en tu gracia; que juntas
En mi vida y muerte asisten.
En fin, por última vez
Que he de hablarte y has de oirme,
Mis libertades perdona
Y mis disculpas admite.
Que te quise habrá dos años.
(Si me muero, no te admires,
Pues fué mi culpa el quererte,
Que confiese que te quise.)
Tantos há que á tus dos soles
Alas de cera previne;
Mas si á tu nieve se hielan,
Si á tus rayos se derriten,
¿Qué mucho que tanto fuego
Abrasado me derribe
A las ondas de mi llanto,
Que un mar de lágrimas finge?
Dos papeles te escribí,
Bien sabes tú cuán humildes,
Porque, á no serlo, no fueran
Hijos de un amor tan firme.
Engañada los tomaste;
Pero tú, que iguales mides
Ingratitud y belleza,
Callando me respondiste.
Un dia que hasta un jardin
Pude atrevido seguirte
Y entrar en él, porque el campo
Tales licencias admite,
Entre sus flores te vi
Con tal belleza, que hiciste
Competencia á su hermosura
Y ventaja á sus matices.
Corrida naturaleza
De sus pinceles sutiles,
Perdió la esperanza, viendo
Que imitarte era imposible,
Y dijo: «Pues ya no puedo
Excederme, no me estimen;
Que ya no tengo que hacer,
Despues que este asombro hice.»
Un jazmin tu mano hermosa
Robaba, y él apacible
Rindió sus flores al suelo
Porque tus plantas las pisen;
Y dijo, viendo que ufanos
Blancura y olor compiten:
«Quita á mis hojas las flores,
Y tus manos no me quites;
Pues es lo mismo tener
Tus manos, que mis jazmines.»
Aquí me acuerdo que yo
Llegué turbado á decirte,
Que estimases mis deseos.
No sé bien qué mas te dije
De un firme amor; pero sé
Lo que tú me respondiste,
Que fué que nunca te viera.
¡Brava respuesta! ¡terrible
Sentencia! ¡ingrato precepto!
¡Cruel rigor! ¡hado infelice!
Y viendo al fin que es en vano
Que un desdichado porfíe
Contra su estrella, y que es bien
Que te obedezca, y me prive
De verte, pues tú lo quieres;
Porque en mis desdichas mires
El extremo de obediencia
A que llega un amor firme,
Mañana á Flándes me parto
A servir al gran Felipe,
Que el cielo mil años guarde,
Donde mi valor imite
De mis nobles ascendientes
Tantas victorias insignes.
Don Vicente Pimentel,
Mi señor, hoy apercibe
Su jornada: con él voy,
Y muy honrado en servirle.
Bien sé que imposible es
Vivir sin tí; mas previne
Un imposible de amor
Vencer con otro imposible.
Quédate con Dios, y al cielo
Le ruego que apénas pise
De Flándes la tierra, cuando
La primer bala que tire
El enemigo, me acierte,
Si quien desdichado vive
Puede morir, y hay alguna
Muerte para el infelice.
Mas yo te doy mi palabra
Que si el cielo me permite
Dicha, y por ella merezco
Algun lugar que acredite
La sangre que me acompaña,
Que ha de ser para servirte.
Y si en tanto, nuevo dueño
Te merece mas felice,
Ruego al cielo que le goces
Por tantos siglos, que imites
La edad del sol, sin que tengas
Solo un instante de eclipse.
Tú le quieras, y él te adore,
Para que en los dos envidie,
En tus gustos los que quiero,
Y en los suyos los que quise.
Y cuando mas fácilmente
De aquesta verdad te olvides,
Habrá quien mas te merezca,
Pero no quien mas te estime.
Con esto, señora, adios;
Que mi libertad no pide,
Por saber que ya la tiene,
Licencia para partirse.

DOÑA MARÍA.

Don Juan, espera, detente,
Miéntras procuro romper
Las prisiones á un secreto
Que tantos años guardé;
Aunque es tanta la vergüenza
Que tengo, que al parecer
Un lazo la lengua oprime,
Y la garganta un cordel.
Muda la voz, torpe el labio,
Temo y dudo... ¿Mas por qué
Temo y dudo, si al fin somos
El secreto y yo mujer?
¡Ay de mí! que no sé cómo
Empiece á hablarte; no sé
Cómo decir que te quise,
Don Juan, que te quise bien
Desde el dia que engañada
(¡Ay de mí! digo otra vez,
Que la vergüenza me turba)
Tomé el primero papel.
¿Mas qué victoria me diera
Lo que amé, sufrí y callé,
Si yo en mis propios deseos
No tuviera que vencer?
Mas hoy que amor en mi pecho
Mina de pólvora es,
Que miéntras mas oprimida,
Revienta con mas poder,
Por la boca y por los ojos
Sale, porque mas no estés
De mi ingratitud quejoso,
Ni dudoso de mi fe.
No está el amor en el labio;
En el pecho sí, y en él
Vives; que el querer callando
Es de amor mas justa ley.
La que con extremos dice
Su amor, tiene otro interes;
Que son muchas las que quieren,
Y pocas saben querer.
No fué el alma tan ingrata
Como la apariencia fué;
Que en tu amor he parecido,
Pero no he sido cruel.
De mi silencio la causa
Ha sido, Don Juan, temer
(Perdóname este temor,
Si es que te ofendo con él)
Que tengo honor, que soy noble,
Y que ya la opinion es
Tan difícil de ganar,
Cuanto fácil de perder;
Y no hay desdicha mayor
Que rendir una mujer
El santo honor que la ilustra
A la lengua descortés,
No de aquel que ha merecido
Su gracia, sino de aquel
Amigo poco leal
Y criado nada fiel.
¿Hay en materia de honor
Desdicha, como temer
En la iglesia, en la visita,
Si sabrán que yo te hablé,
Si sabrán que te escribí,
Y al fin que te quiero bien;
Y con este pensamiento,
Encogida, no poder
Alabarse, que es honrada,
Una mujer que lo es?
Porque si acaso blasona
De serlo, teme que esté
Desmintiéndola por señas,
El que lo sabe mas bien.
En fin, este recelar,
Este dudar y temer
Hizo llave de mi amor
Aquel pasado desden;
Mas ya que rompo el silencio,
Como palabra me dés
Como noble que ni amigo
Ni criado ha de saber
Aqueste amor, para hablarnos
Ocasiones buscaré,
Si es que la partida tuya
Puedes, Don Juan, suspender.
Será única secretaria
Deste amor Beatriz, de quien
Fio lo que de mí misma,
Porque su silencio sé.
Y sino, viéndote ir,
Ya por consuelo tendré
Haberte dicho mi amor,
Porque te vayas con él.
Y no me agradezcas, no,
Don Juan, el quererte bien,
Porque solo el declararme
Me tienes que agradecer.

DON JUAN.

Déjame que venturoso
El alma ponga á tus piés,
Que responda con callar,
Porque empiece á obedecer.

Digitized by Google

¡Y plegue á Dios, que con este
Acero que al lado ves,
Y en cuya cruz pongo ahora
La mano, muerte me dé
A traicion el mas amigo,
Si quebrantare la ley
Del secreto, y ofendiere
De tu amor la firme fe.
Las espuelas y las plumas
Dejo: que fuéron, diré,
Las espuelas para ir,
Las plumas para volver.
Mas con todo, por cerrar
La boca al vulgo cruel,
Que de todo piensa mal
Y de nada juzga bien,
En la casa de un amigo
Con gran secreto estaré
Unos dias; luego pleitos
O enfermedad fingiré,
Por dar color á la vuelta,
Si mi dicha puede hacer
Que hoy se acuerden en Madrid
De lo que vieron ayer.

DOÑA MARÍA.

Pues con aquesa palabra,
A hablarme esta noche ven,
Y sin pararte en la calle,
Entra en el portal; que á él
Beatriz bajará advertida,
Don Juan, de lo que has de hacer.
No reparen los vecinos
De verte en la calle, que es
Uno mal intencionado
De toda la vida juez.
Todo lo saben; ¿qué mucho,
Si hay vecino que por ver
Lo que pasa en una noche,
No se acuesta en todo un mes?
En la reja estará un lienzo.
Esta la seña ha de ser
Si hay ocasion; pero advierte
Que vengas solo.

DON JUAN.

Vendré
Sin mí. ¿Qué mucho, si ya
Sin mí me tiene el placer?

DOÑA MARÍA.

Espera, Don Juan. Advierte
Que has de callar.

DON JUAN.

Yo seré
El ave que el viento rompe
Con una piedra en el pié
Y otra en el pico, advirtiendo
Que soy vigilante y fiel. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MARIA, BEATRIZ.

DOÑA MARÍA.

Deste concertado amor,
Di, Beatriz, ¿qué te parece?

BEATRIZ.

Que justamente merece
Tanta fineza y favor
Don Juan, que es noble y discreto
Como galan.

DOÑA MARÍA.

Tú has de ser,
Beatriz, la que has de tener
La llave deste secreto.
Mi vida y alma te fio.
Bien sé que segura puedo.

BEATRIZ.

Desecha, señora, el miedo,
Que ofendes el honor mio.

ESCENA IV.

DON DIEGO, MORON. — DOÑA MARIA, BEATRIZ.

MORON. (*Ap. á su amo.*)

¡Aquí llegas! ¿Qué procura
Tu amor? ¿qué intentas?

DON DIEGO.

(*Ap. á Moron.* Intento
Saber si al atrevimiento
Se le sigue la ventura.)
Perdóneme tu hermosura,
Si atrevido y descortés
Pongo en tu casa los piés;
Que yo en esta contingencia
No quise pedir licencia,
Porque tú no me la des.
Que estimando tu rigor,
No quiso la suerte mia
Que lo que era cortesía,
Me pareciese favor.
Bien sé que mi firme amor
Con tus desprecios no alcanza
Un átomo de esperanza;
Pero yo viendo tu fuerte
Rigor, tengo de quererte
Por solo tomar venganza.
Más la venganza me das
Cuando ménos gusto esfuerzas,
Pues cuanto mas me aborrezcas,
Tengo de quererte mas.
Si de esto quejosa estás,
Porque con solo un querer
Los dos vengamos á ser
Entre el placer y el pesar
Extremos, aprende á amar,
O enséñame á aborrecer.
Yo aprenderé tus rigores,
Aprende tú mis firmezas,
Enséñame tú asperezas,
Yo te enseñaré favores:
Tú desprecios, y yo amores,
Tú olvido, yo firme fe;
Aunque es mejor, porque dé
Gloria al amor, pues es dios,
Que le deis rigores vos,
Pues yo por los dos querré.

DOÑA MARÍA.

El haberos escuchado,
Señor Don Diego, no ha sido
Por solo haberos oido,
Sino por haber pensado
Qué responderos, y he estado
Dudosa, mirando esta
Retórica tan molesta;
Porque como no temia
Tal libertad, no tenia
Prevenida la respuesta.
Decísme que en mis rigores
Mayor gusto y gloria hallais;
Y porque no lo tengais,
Estoy por daros favores.
Si los desprecios mayores
Hoy son los mas lisonjeros,
Dejaré de aborreceros;
Pues solo por no agradaros,
No os dejaré por dejaros,
Y os querré por no quereros. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON DIEGO, BEATRIZ, MORON.

MORON.

¿Esto sufres? ¡Vive Cristo,
Señor, que no lo sufriera,
Si la diosa Vénus fuera!

DON DIEGO.

En vano el dolor resisto.
¿Has visto, Beatriz, has visto
La ciega resolucion
De una libre condicion?

BEATRIZ.

Harto hago yo de mi parte;
Mas es imposible amarte.

DON DIEGO.

¿Pues no sabré la ocasion?

BEATRIZ.

El haber nacido así
Con tan natural desden,
Altiva y ingrata.

DON DIEGO.

¿A quién
Se le trata como á mí?
Ya no he de volver aquí
En mi vida: esta verdad
Prometo: mi voluntad
Hoy acaba.

MORON.

Si codicias
Tu propio bien, dame albricias.

DON DIEGO.

¿De qué?

MORON.

De tu libertad.
En tu vida no has tenido
Mejor pensamiento que este.

DON DIEGO.

Aunque la vida me cueste,
Pondré mi amor en olvido.
Tú, Beatriz, que al fin has sido
A quien he debido mas,
Toma esta cadena.

BEATRIZ.

Das
Las prisiones... (*Ap.* ¡En qué aprieto
Se va poniendo el secreto!)
Como ves que libre estás.

MORON.

Una república habia
Que al médico no pagaba,
Señor, hasta que sanaba
El enfermo; y si moria,
Tiempo y cuidado perdia.
Y, esta ley tan bien fundada,
A nuestro intento aplicada,
Digo que de amor que muere,
El alcahuete no espere
Tener de derechos nada.
¡La cadena la das!

DON DIEGO.

Sí.

BEATRIZ.

Quitándote las prisiones,
En el alma me las pones.
Mas poco podré...

DON DIEGO.

¡Ay de mí!
Ya no es tiempo, porque aquí
Se despide mi mudanza
De una loca confianza.
¡Adios, malogrado empleo,
Necio amor, loco deseo,
Que hoy moris con la esperanza! (*Vase.*)

ESCENA VI.

MORON, BEATRIZ.

MORON.

Yo ¿qué tengo de decir?
¿Despediréme tambien?

BEATRIZ.

Si ya no me quieres bien,
Bien te puedes despedir.

Digitized by Google

MORON.

Yo tras mi amo he de ir:
Cuando él amare, amaré;
Que un criado siempre fué
En la tabla del amor
Contrapeso del señor.
Adios.

BEATRIZ.

¡Bien pagas la fe
Que me debes!

MORON.

Si quisieras,
Beatriz, que asistiera á verte,
Tu hubieras hecho de suerte
Que este imposible vencieras.
Entónces tú me tuvieras
Aquí de noche y de dia.

BEATRIZ.

No quiso la suerte mia,
Porque mi desdicha excede...

MORON.

Yo sé que una criada puede
A veces mas que una tia.
Yo sé que ni una razon
Dijiste.

BEATRIZ.

Yo sé que sí.
Y aun tú lo vieras, si aquí
Te dijera la ocasion
Que estorba la pretension;
Pero por ser fuerza, callo.

MORON.

Pues yo no quiero apurallo;
Que tú por decirlo mueres
Tan liberal, que aun no quieres
Que me cueste el preguntallo.
—Dime, ¿qué causa la obliga?...

BEATRIZ.

Mi señor es el que viene.
Basta decir que la tiene,
Sin que la causa te diga.

MORON.

¿Luego en vano es que prosiga
Aqueste intento?

BEATRIZ.

Jamas
De mi boca lo sabrás.

MORON.

Pues de tí lo he de saber.
¿No sirves y eres mujer?

BEATRIZ.

Sí.

MORON.

Pues tú me lo dirás. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

DON JUAN Y DON CARLOS, *en traje de noche.*

DON JUAN.

Importa al fin para un honroso efeto
El quedarme en Madrid con tal secreto,
Que si á vos no os hallara,
Por no fiarme de otro no quedara.
La voz ha de correr que ya he partido,
Y en vuestra casa quedaré escondido.

DON CÁRLOS.

¿Son celos de Violante?

DON JUAN.

No, por Dios; más altivo y arrogante
Sube mi pensamiento:
De Violante, ni amor ni celos siento.
Basta decir, cuando de vos me fio,
Don Cárlos, que le importa al honor mio
Esta resolucion.

DON CÁRLOS.

Yo os agradezco
La confianza, y desde aquí os ofrezco
Con pecho noble y alma agradecida
Mi casa, hacienda, espada, pecho y vida,
Sin saber qué os obliga;
Que un amigo no quiero que me diga
Sino lo que él quisiere.

DON JUAN.

Ahora falta, porque no me espere,
Que entreis en casa de Violante bella,
Y le digais que yo me fuí sin vella,
Porque viendo la priesa del partirme,
Alma no tuve para despedirme;
Que yo la escribiré. Su casa es esta:
Entrad; que por ir solo, he de dejaros.

DON CÁRLOS.

Dadme licencia para acompañaros.

DON JUAN.

Impórtame el ir solo.

DON CÁRLOS.

Pues no quiero
Porfiaros.

DON JUAN.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON CÁRLOS.

Jamas espero
Entender tan notables confusiones.
Todo es diversas imaginaciones
Si bien no es ménos la memoria mia,
Ocupándola amor de una porfía
Rigurosa y cruel. Bella Violante,
¿Cuándo seré tu declarado amante?
Cuando pensé que ya Don Juan me daba
La ocasion con su ausencia que esperaba
A declararme, mi fortuna escasa
Le tiene ausente dentro de mi casa.
Mas ella me dirá, si á hablarla llego,
Lo que tengo de hacer, que amor es ciego.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Doña Violante.

ESCENA IX.

DON CARLOS, DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DON CÁRLOS.

Ménos que con un recado
De Don Juan, no me atreviera
A haber llegado hasta aquí
Antes de pedir licencia.

DOÑA VIOLANTE.

Vos la teneis para entrar,
Señor Don Cárlos, sin ella
En esta casa. Mas ¿dónde
Queda Don Juan?

DON CÁRLOS.

¿Dónde queda?
Preguntad adónde va.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ay de mí! ¿Luego ya es cierta
Su partida?

DON CÁRLOS.

Aquesta tarde
Me mandó que yo viniera
A despedirle de vos;
Que fué tan grande la priesa
De partirse, que no tuvo
Lugar. Aunque no es aquesta
La mejor disculpa suya;
Pues no veros á la ausencia,
Fué por no ver atrevido
La gloria de que se ausenta.
Que al despedirse de vos,
Cerrar los ojos es fuerza;
Que no os viera si os dejara,
O no os dejara si os viera.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es posible que tuviese
Tan mala correspondencia
Don Juan, que aun palabras solas
No quiso que le debiera?
Si esto hiciera una mujer
Con un hombre, ¿qué dijera,
Sino que era fácil, vana,
Mudable, inconstante y necia?
Pues ¿qué hemos de ser nosotras,
Si ellos mismos nos enseñan?
Siempre la ocasion es suya,
Y siempre es la culpa nuestra.—
Perdonadme que hable así.

DON CÁRLOS.

Son tan justas vuestras quejas,
Que ellas propias os disculpan,
Cuando pensais que os condenan.
¿Que haya hombre tan descortés,
O tan necio, que se atreva
A hacer agravio á este amor,
Y desprecio á esta belleza?
¡Vive Dios, que si Don Juan
No fuera mi amigo, fuera
Donde está, solo á decirle,
Violante, de la manera
Que os habia de estimar!
Mas creed que en esta ausencia
Quedo yo para serviros;
Que en mí la amistad es deuda.
Y mirad qué me mandais.

DOÑA VIOLANTE.

Que os dejeis ver, porque tenga
Con quien hablar de Don Juan.

DON CÁRLOS.

Yo agradezco la licencia,
Y por serviros, la acepto.
(*Ap.* Poderoso amor, ¿qué intentas?
Don Juan ausente es mi amigo,
Violante presente es bella:
No sé qué han de hacer de mí
La amistad y la belleza.) (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

Quiteria, ¿qué dices desto?

QUITERIA.

Que me huelgo de que veas
De tu amor el desengaño,
Y del suyo la experiencia.
No tomaste mis consejos;
Que á fe que agora tuvieras
Mas oro y ménos amor,
Mas joyas y ménos quejas.
¿Qué va que estás tan perdida,
Que te vas de tierra en tierra
Como mujer desdichada?

DOÑA VIOLANTE.

Aquí has de ver mi firmeza,
Que ha de hacer que yo le espere
Libre y suya hasta que vuelva,
Porque hallen crédito en mí
La lealtad y la nobleza.



QUITERIA.

Templada estás á lo antiguo.
Pues ¿qué juros y qué rentas
Te deja el señor Don Juan
Con que sustentarte puedas?

VIOLANTE.

Pues ¿qué mas ha de dejarme,
Si tanto tiempo me deja? (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

DON JUAN Y BEATRIZ, *que salen de casa de Leonardo.*

BEATRIZ.

Vete, porque ya amanece,
Y no hay nadie que te vea.

DON JUAN.

¡Que tan veloz, Beatriz, sea
El tiempo! No me parece
Que há una hora que anocheció,
Y presumo que envidioso
De mi gloria el sol hermoso,
Mas temprano descubrió
Entre nubes de oro y grana
Los reflejos en quien dora
Sus lágrimas el aurora.

BEATRIZ.

¿Requiebros á la mañana?

DON JUAN.

Sus maravillas celebro.

BEATRIZ.

Cuando tan rico te ves
De ellos, no es mucho que dés
De barato algun requiebro.
Vete presto.

DON JUAN

¡Ay suerte mia!
¿Quién crêrá en tanta ventura
Que es la noche mas oscura
Para mí el mas claro dia? (*Vase.*)

ESCENA XII.

BEATRIZ, *y luego* DON DIEGO Y MORON.

BEATRIZ.

¡Ved lo que en el mundo pasa [1],
Y qué es honor! Por no hablalle
Con escándalo en la calle,
Le entramos dentro de casa.
Cuando miro estas honradas,
Pienso que sus fantasías
Vuelven las caballerías
De las historias pasadas.
Dama, que tus vanidades
Te hicieron impertinente,
Ama al uso de la gente,
Deja singularidades.

(*Salen Don Diego y Moron.*)

DON DIEGO. (*Ap. los dos.*)

¿Aqueso Beatriz te dijo?
¿Que hay de olvidarme ocasion?
De aquesta causa, Moron,
Varios efectos colijo.
¿No lo pudieras saber?

MORON.

Si su amo no viniera,
Pienso que me lo dijera;
Que Beatriz es muy mujer,
Y nada me negará,
Porque es ley en las mujeres
Contarás cuanto supieres.

DON DIEGO.

A la puerta suya está.

MORON.

¡Tan de mañana! Por Dios,
Que á decirlo ha madrugado.

DON DIEGO.

Llégate allá descuidado;
Y pues no nos vió á los dos,
Yo te esperaré en la esquina
Desta calle.

MORON.

Allí te esconde
Miéntras voy. (*Retírase Don Juan.*)

BEATRIZ.

¡Galan! ¿adónde
Tan de mañana camina?

MORON.

A buscar el arrebol
Que en esos ojos perdí;
Pues por solo hallarte á tí,
Me levanté con el sol.
¿Qué hay de nuevo?

BEATRIZ.

Todo es viejo
Cuanto pasa por acá.

MORON.

Y tu señora ¿está ya
Tomando mejor consejo,
O estáse honrada y terrible?

BEATRIZ.

Tú ¿viénesme á perseguir?
¿Cómo tengo de decir
Que el quererle es imposible?

MORON.

Callando tú, en conclusion,
Llego, Beatriz, á pensar
Que yo no soy de fiar,
O ella no tiene ocasion;
Porque si ocasion tuviera,
¿Qué ocasion pudiera ser
Imposible de saber?

BEATRIZ.

Yo, Moron, te lo dijera,
Si me juraras aquí
Tenerme siempre secreto.

MORON.

Y yo, Beatriz, lo prometo
A fe de gallego. Di.

BEATRIZ.

Ni á tu señor....

MORON.

¿Cómo, qué?
Pierde de aqueso el cuidado;
Que á fe de gallego honrado,
Que jamas se lo diré.

BEATRIZ.

Pues has de saber agora...

MORON.

¿Con preámbulo tambien?

BEATRIZ.

Que mi ama quiere bien,
Y mejor diré que adora,
A un caballero, á un Don Juan
De Medrano, gentil hombre
De cierto señor, un hombre
Tan pobre como galan.
Aqueste agora ha fingido
Que á Flándes va á ser soldado;
Y es mentira, que ha quedado
En una casa escondido
De un Don Cárlos de Toledo;
Que todo me lo contó
Esta noche, porque yo
Ser su secretaria puedo.
Este al fin de noche pasa,
Y si en la ventana está
Un paño blanco, que da
La seña, se mete en casa.
Bajo yo, y por una puerta,
Que piensa que está clavada
El viejo, le doy entrada,
A tales horas abierta.
Llega al jardin, donde tiene
Una reja el aposento
De mi señora, y contento
Muchas noches la entretiene
Con bachillerías; despues
Vuelve á salir muy quedito;
Y solo deste delito
Somos cómplices los tres:
De modo, que si tú das
Noticia desto á cualquiera,
Y se sabe luego...

MORON.

Espera,
Que no quiero saber mas.
De algun músico civil
Tu relacion me parece,
Que le dan mil porque empiece,
Y porque acabe cien mil.
Mas la honrada, ¡vive Dios,
Que ha caido!

BEATRIZ.

Quiero entrar,
No tenga que sospechar.
Esto para entre los dos. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON DIEGO, *retirado*, MORON.

MORON. (*Para sí.*)

¿Aqueste es el santo honor
Que tan caro nos vendia?
¡Cuántas con honor de dia,
Y de noche con amor
Habrá! Con puerta cerrada,
Pañuelo, Beatriz, zaguan,
Jardin, ventana y Don Juan,
La Chirinos fuera honrada.
Mas ¡qué fuerte es un secreto!
Mucho es no haber reventado
Del tiempo que le he callado.
Mi vida está en grande aprieto,
Si no lo digo. Advertid:
Esto que me han dicho agora,
Mátenme si de aquí á un hora
No se supiere en Madrid.
Porque trompa de metal
La voz de un criado es,
Que hablando en el Lavapiés
Le han de oir en Foncarral.

(*Vuelve Don Diego.*)

DON DIEGO.

A que se fuese esperaba,
A tus acciones atento,
Por solo hacer á los ojos
Adivinos del suceso.
¿Qué tienes? qué ha sucedido?
Qué te dijo? qué hay de nuevo?

MORON.

(*Ap.* Beatriz, ya pruebo á callar;
Mas vive Dios, que no puedo.)
Señor, gran mal hay.

[1] En la *Parte veinte y cinco de Comedias recopiladas de diferentes autores*, impresa en Zaragoza, año de 1633, se halla otra redondilla en lugar de la que se ha preferido por mas clara. La redondilla es:

¡Notables discursos son
Estos, que el honor previno!
¡Que por quitarla á un vecino
Le da al galan la ocasion!

Digitized by Google

DON DIEGO.

Pues ¿cómo?
¿Qué ha sucedido? ¿qué es esto?

MORON.

No te lo puedo decir,
Y por decirlo reviento;
Que aunque el secreto sea santo,
Yo no guardo á San Secreto.
Aquí para entre los dos,
Aquel pobre caballero,
Don Juan de Medrano, aquel
Que apénas te daba celos,
Aquel que dijo que á Flándes
Iba, se quedó encubierto
En la corte, y en la casa
De Don Cárlos de Toledo
Es llamado y escogido.
No puedo decir que un lienzo,
Puesto en la reja de noche,
Es señal que está diciendo
Que entre en el portal, adonde
Le espera Beatriz; y luego,
Por una pequeña puerta
De un patio, que sale á un huerto,
Entra hasta una reja baja;
Que allí cae el aposento
De Doña María de Ayala;
Que parlan hasta el lucero,
Debe de haber mas de un año...

DON DIEGO.

No digas mas, calla. ¡Cielos!
¿Alguno crérá que son
Tales las penas que siento,
Que la menor viene á ser
En mi desdicha los celos?
No siento que á Don Juan quiera,
Ni le hable; solo siento
Que hiciese Doña María
De mí tan loco desprecio.
Si cuerdamente culpara
Mi atrevido pensamiento,
Y con cortés bizarría
Castigara mis deseos,
Yo callara, yo sufriera;
Pero ¡con tantos extremos
De honrosas estimaciones,
De arrogantes devaneos,
De soberbias fantasías!
Ni sufrir ni callar puedo.

MORON.

Pues, señor, ya que yo he sido,
Del desengaño instrumento,
No publiques de esa suerte
De aqueste amor el efecto,
Que no ha de vengar la lengua
Sus agravios.

DON DIEGO.

Solo siento
Estar tal, que tú le dés
A mi término preceptos.
Claro está que he de callar;
Mas no puede el sentimiento
Tal vez dejar de mostrarse.

MORON.

¿Y qué piensas hacer?

DON DIEGO.

Pienso,
Sin darme por entendido,
Volver á mi amor primero,
Y llegar á hablarla ahora
Con mayor atrevimiento;
Que á mujer de quien se sabe
Alguna flaqueza, es cierto
Que llega á hablarla el galan
Sin aquel cortés respeto
Que ántes tuvo; porque piensa,
Teniendo su honor en ménos,
Que el favor que al otro hizo,
Se le debe de derecho.

MORON.

Don Antonio es este.

DON DIEGO.

Mira
Si sale á misa, que quiero
Irla siguiendo á la iglesia.
(*Vase Moron.*)

ESCENA XIV.

DON ANTONIO.—DON DIEGO.

DON ANTONIO.

Besós las manos, Don Diego.

DON DIEGO.

Yo las vuestras.

DON ANTONIO.

¿Qué teneis,
Que estáis tan triste y suspenso?

DON DIEGO.

No sé qué tengo.

DON ANTONIO.

Mal hice
En preguntároslo, viendo
Esta calle y estas rejas.
¿Hay algo, amigo, de nuevo?
Decídmelo.

DON DIEGO.

¿Qué ha de haber?
Penas mias, que por serlo,
Ya no es nuevo, aunque lo sea
La causa.

DON ANTONIO.

¿Qué fué?

DON DIEGO.

No puedo
Decirlo.

DON ANTONIO.

Pues ¡á mí!...

DON DIEGO.

A vos
Lo dijera, si el secreto
No viniera encomendado.

DON ANTONIO.

Muy seguro está en mi pecho,
Y el no decírmelo ya
Será ofensa, y ¡vive el cielo!
De no hablaros en mi vida.

DON DIEGO.

Pues, Don Antonio, es aquesto,
Aquí para entre los dos...

DON ANTONIO.

Decid, que yo os lo prometo.

DON DIEGO.

Que aquel Don Juan de Medrano
No fué á Flándes, como dieron
Muestras plumas y colores,
Pues se ha quedado encubierto
En casa de vuestro amigo
Don Cárlos. La causa desto
Ha sido, porque de noche,
Dos años há, ó poco ménos,
Entra embozado en la casa
De Doña María. No puedo
Pasar de aquí.

DON ANTONIO.

Yo sabré
Si aqueso es verdad muy presto;
Que Don Cárlos viene allí,
Y él me lo dirá.

DON DIEGO.

Yo espero
A esta parte retirado. (*Retírase.*)

ESCENA XV.

DON CARLOS.—DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Don Cárlos, buscándôs vengo
Para un negocio que importa.

DON CÁRLOS.

¿Qué mandais?

DON ANTONIO.

Saber si es cierto
(Y esto para entre los dos,
Porque me importa el saberlo)
Que está Don Juan de Medrano
En vuestra casa encubierto,
Y que va para tres años
Que con muy grande secreto
Entra á hablar todas las noches
En el nocturno silencio
Con Doña María de Ayala.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Miren por dónde yo llego
A saber quién estorbó
Su partida!) Aunque no tengo
Licencia para decirlo,
Con vos no se entiende eso;
Y aquí para entre los dos,
Cuanto habeis pensado es cierto,
Que no se fué, que quedó
En mi casa, y que encubierto
Entra de noche en su casa
Habrá cuatro años y medio.

DON ANTONIO.

Quedad con Dios.

DON CÁRLOS.

El os guarde. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON DIEGO, *y luego* MORON.—DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Verdad ha sido, Don Diego,
Cuanto pensais. Ya él sabia
Tambien su amor.
(*Sale Moron.*)

MORON.

Esto es hecho:
Ya va á misa.

DON DIEGO.

Idos con Dios;
Que hablarla en la calle quiero,
Por solo ver en qué para
Su favor y mi desprecio.

MORON.

¿En eso te determinas?

DON DIEGO.

Sí: ven conmigo.

MORON.

Yo pienso
Que ha de nacer deste amor,
Señor, un notable cuento.

Digitized by Google

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA Y BEATRIZ, *con mantos;* DON DIEGO, MORON, OTAÑEZ.

DON DIEGO.

Pues no puedo por amante,
Mereceré por criado
Aqueste lugar.

DOÑA MARÍA.

¡Qué enfado!
No he de pasar adelante,
Si no os volveis.

DON DIEGO.

Cuando hiere
La llama el viento, se hace
Un ave que della nace,
Un fénix que en ella muere;
Y sin que su riesgo tema,
Mariposa iluminada,
De aquel fuego enamorada,
Cercos hace, hasta que quema
Las alas de tornasol:
Así anda mi amor ciego,
Como sombra deste fuego,
Haciendo cercos al sol;
Que hasta abrasarme porfía
Esta pena, este rigor.

DOÑA MARÍA.

Mirad que es necio el amor
Que para en descortesía.
¿Cuándo de aquesta amorosa
Locura que estoy mirando,
Dejareis el tema?

DON DIEGO.

Cuando
Dejeis vos de ser hermosa.

DOÑA MARÍA.

No está en mí el haber nacido
De esta suerte, si es así
Que os lo parezco.....

DON DIEGO.

Ni en mí
Dejar de ser atrevido.

DOÑA MARÍA.

Mas pudiera en tal locura
Quitaros, con escarmiento,
Mi honor el atrevimiento
Que os ha dado mi hermosura.

MORON. (*Ap*).

Este honor me ha de matar.
¡Mas qué cosa tan cansada
Es una mujer honrada!

DOÑA MARÍA.

Aquí os habeis de quedar;
Pues cuando el sol mismo fuera
El que seguirme intentara,
Solo en pensarlo, eclipsara
Su luz, y no se atreviera
A mirarme sin desden....

MORON. (*Ap.*)

El sol no; pero la luna
Sí, entre las doce y la una.

DOÑA MARÍA.

Cuanto mas un hombre, á quien
De ningun modo estimara,
Aunque mas altivo fuera,
No para que me sirviera,
Mas para que descalzara
Aun un chapin de mis piés.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Mucho mi paciencia temo,
Oyendo tan loco extremo.

DOÑA MARÍA.

No me hagais ser descortés;
Que será mas que desprecio
El castigo.—Beatriz, vamos.

DON DIEGO.

Poco importa que seamos
Vos descortés y yo necio.
Escuchad, si no quereis...

DOÑA MARÍA.

Ya pasa de necedad,
Y llega á ser libertad.

DON DIEGO.

Ya quiero que me escucheis;
Que siendo pleito de amor,
Es fuerza darme un oido
A mí, pues habeis oido
De espacio al competidor;
Que si en la justicia mia
Bien enterada no estáis,
Será bien que nos oigais,
A él de noche, á mí de dia.
No quiero yo que á este fin
Haya lienzo por señal,
Beatriz que baje al portal,
Reja que caiga al jardin,
Puerta al parecer cerrada,
Galan que está ausente y viene...

MORON. (*Ap.*)

¡Qué linda memoria tiene!
No se le ha olvidado nada.

DON DIEGO.

Pero quiero, pues se humana
El honor que encareceis
Tan alto, que despreciéis
Mas honrada y ménos vana.
No me ofendieron, por Dios,
Los desprecios de honor llenos;
Mas no le echara yo ménos,
A no encarecerle vos.
No es honra la vanidad;
Que no está en encarecerla
La virtud, sino en tenerla.
Y en lo que he dicho, culpad
Vuestra lengua, la mia no,
Si lo dicho se os acuerda;
Pues si vos fuerais mas cuerda,
No fuera tan necio yo.
De vuestros desprecios fué
La culpa, no de mis celos.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

¿Qué es esto que escucho? ¡cielos!

MORON. (*Ap. á Don Diego.*)

Señor, ¿qué has hecho?

DON DIEGO.

No sé.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he oido?

DOÑA MARÍA.

(*Ap.* ¿Ya qué tengo que esperar,
Si esto he llegado á escuchar?)
Tú, Beatriz, tú me has vendido.

BEATRIZ.

¿Yo, señora? No hice tal.
(*Ap.* ¡Qué bien aquesto temia!)

DOÑA MARÍA.

¡Mal haya, amen, quien se fia
De criadas!

OTÁÑEZ. (*Ap.*)

¡Pesia tal!
Esto va como ha de ir.

MORON. (*Ap. á Don Diego.*)

¿Qué la has dicho?

DON DIEGO.

Despreciado,
Celoso y desesperado,
Ya no la pude sufrir.

MORON.

La pobre Beatriz lo paga.

DOÑA MARÍA. (*Ap. á Beatriz.*)

Si solo tú lo has sabido,
¿Quién decírselo ha podido?

MORON. (*Ap.*)

No sé, por Dios, cómo haga
Para disculparla aquí.

DON DIEGO.

Sácame, por Dios, Moron,
De tan grande confusion,
Con alguna industria.

MORON. (*Ap.*)

¿A mí
Me falta hoy una mentira,
No sobrándome otra cosa
Todo el año?

BEATRIZ. (*A Doña María.*)

Rigurosa
Estás.

DOÑA MARÍA.

¡Por tí, infame!

BEATRIZ.

Mira
Que te mintió quien te ha dicho
Que yo se lo fuí á contar,
Y he de morir y negar.

MORON. (*Ap. á su amo.*)

No es muy seguro capricho,
Mas por Dios, que por ahora...

DON DIEGO. (*Ap. á Moron.*)

Yo te ayudaré á mentir.

MORON. (*Alzando la voz.*)

Yo lo tengo de decir,
Aunque me mates.—Señora,
No tiene Beatriz la culpa
Desta celosa licencia;
Porque, en Dios y en mi conciencia,
Su ignorancia la disculpa.
Y si á hablar verdades llego...
—No hay que hacerme señas, no:
Todo he de decirlo yo,
Aunque me despidas luego.—
Sabe pues que mi señor,
Este que presente ves,
Un grande astrólogo es...
Puedo decir el mejor
Que se conoce en España.

DON DIEGO.

(*Ap.* El dirá mil disparates.)
¡Ah Moron!

MORON.

Aunque me mates.—
Desta ciencia tan extraña
Tuvo en Italia maestro
El tiempo que en ella estuvo,
Que en jugar de manos no hubo
Otro mas sutil y diestro.
¡Pues qué andar por la maroma,
Aunque estuviese mas alta!
No le hizo el camino falta.
Dicen que en una redoma
Tenia un familiar amigo
Que todo se lo contaba...
—Porque con el diablo hablaba
Como pudiera conmigo.

Digitized by Google

DON DIEGO.

Mira, Moron, lo que dices.

MORON.

Siempre la verdad enfada;
Mas no ha de quedar culpada
La Beatriz de las Beatrices.
Aqueste, en fin, le enseñó
De los planetas y sinos...

DON DIEGO.

Él dirá mil desatinos.

MORON.

Y á mí anoche me mostró
Un hombre, y me dijo: «Ahora
Va á hablar con Doña María
Este; que la astrología
Lo mas oculto no ignora».
Luego en el espejo vi
Un jardin adonde estaba,
Y allí una mujer hablaba
Con él, aunque no la oí
Lo que dijo. Esto es verdad.

DON DIEGO.

Pues que ya me ha descubierto
Aquese loco, lo cierto
De aquesta ciencia escuchad.
En la corte de Filipo,
Villa insigne de Madrid,
Gran metrópoli de España,
De nobles padres nací,
A quien dió naturaleza
Tan liberal y feliz
La hacienda como la sangre,
Indignas de hallarse en mí.
Crecí inclinado á las armas
Y letras, sin preferir
Nunca el valor al ingenio;
Que uno altivo, otro sutil,
Con la espada y con la pluma
Compitieron entre sí,
Midiéndose siempre iguales
Al vencer y al escribir.
Apénas pues sobre el labio
Tuve el primero perfil,
Cuando en el armada, vuelta
Al Mediterráneo di.
Si hice algo, lo que hice
Podrá la fama decir;
Porque en la mas noble lengua
La propia alabanza es vil.
Llegué á Nápoles, adonde
Por mi dicha conocí
A Porta [1], de quien la fama
Contaba alabanzas mil;
Ese, á quien no reservó
Dudoso suceso el fin,
Porque su ciencia tenia
Presente lo porvenir;
A quien planetas y signos
En sus astrolabios vi
Tan obedientes, que nunca
Le pudieron encubrir
El mas inconstante efecto...
¿Qué mucho si desde allí
Contaba cuantas estrellas
Tiene el celestial zafir?
De aquesto tomó ocasion
El vulgo para decir
Que tenia familiar
Secreto; mas no es así;
Que el vulgo ninguna accion
Admira sin añadir;
Que la verdad mas desnuda
Viste de ajeno matiz.

[1] Juan Bautista Porta, célebre físico napolitano, que murió en 1615. Compuso varias obras científicas en latin y otras dramáticas en italiano, una de ellas titulada *El Astrólogo*.

Aquí le conocí (¡nunca
Le conociera!) y aquí,
O fué fuerza de algun astro,
Para mi suerte infeliz,
O fué mi desdicha sola,
Tan inclinado me vi
A su estudio, como él
A mi inclinacion; y así
Fuimos los dos tan amigos,
Que no acertaba á vivir
Uno sin otro. Duró
Dos años, que estuve allí,
Aquesta amistad, y en ellos,
Con estudiar y asistir,
Llegué, no sé si á saber
(Estoy por decir que sí)
La astrología tan bien,
Que pudiera competir
Con él mismo, á quien mil veces
Envidia y espanto di.
En este tiempo, envidiosos
Que quisieron deslucir
Su opinion, le denunciaron,
Diciendo dél y de mí
Esto de los familiares;
Y aunque salimos al fin
Libres de aquella afliccion,
No lo pudimos salir
De la sospecha comun;
Pues por quitar desde allí
El escándalo, mandaron
No pudiésemos decir
Nada que nos preguntasen.
Yo, que entónces advertí
El poco fruto y la mucha
Sospecha que conseguir
Pude, por no verme en otra
Ocasion, siempre encubrí
Lo que sabia. Por esto
Nunca has oido decir
Que era astrólogo hasta ahora,
Que despreciado de tí
Como pudo el mas humilde
Hombre, el mas bajo, el mas vil,
De tus desprecios la causa
Y de mi desdicha el fin,
Por no preguntarla á otro,
La quise saber de mí.
Y anoche con ese loco,
Que se atrevió á descubrir
Tan gran secreto (¡mal haya
Quien se fia de hombre ruin!),
Hallé el paño, hallé la reja,
Hallé la puerta, el jardin,
Y hallé... Pero ya no puedo,
No puedo pasar de aquí.
Si llegué á hablarte celoso,
¿Cómo pude resistir
Tus desprecios y mis celos?
Perdona, si me atreví
A tu honor y á tu respeto;
Que mal se pueden sufrir
Desdenes de enamorada.
Y pues que fio de tí
Este secreto, aunque seas
Mujer, sabe desmentir
La opinion que las acusa
De fáciles; pues aquí,
Por verme ya descubierto
Y disculpada á Beatriz,
Ha sido fuerza contarte
Cómo lo supe y lo vi.

MORON.

Esta es la verdad.

BEATRIZ.

Señora,
¿Jamas oiste decir
Que era astrólogo Don Diego,
Otras veces? Pues yo sí.

DOÑA MARÍA.

¡Ay Beatriz! ¿qué puedo hacer?

BEATRIZ.

Quéjate ahora de mí,
Y di que yo te he vendido.

OTÁÑEZ. (*Ap.*)

¡No he visto, por San Crispin,
Hombre mas sabio en mi vida!

DON DIEGO. (*Ap. á Moron.*)

¿Qué te parece?

MORON. (*Ap. á su amo.*)

Que así
Lo has fingido, que yo mismo
Casi casi lo creí.

DOÑA MARÍA.

Señor Don Diego, no quiero
Tener de vos que temer,
Si el respeto considero
Que á una principal mujer
Debe un noble caballero.
Y quien tan bien conoció
La fuerza de las estrellas,
Bien verá en sus luces bellas
Que no pude torcer yo
Lo que dispusieron ellas.
Solo un consuelo me dais,
Que es ser tan noble y discreto,
Pues con esto asegurais
Mi honor y vuestro secreto:
Y mirad qué me mandais.

DON DIEGO.

Quien no pudo suplicar,
¿Cómo ha de poder mandar?
El cielo os guarde.

DOÑA MARÍA.

Y á vos
Dé vida.

MORON.

¡Cuerpo de Dios!
Aqueste es modo de hablar.

BEATRIZ.

Si él no te dijera aquí
La verdad tan claramente...

DOÑA MARÍA.

Nunca de tí lo creí.

BEATRIZ.

Estaba al fin inocente:
Volvió la verdad por mí.

ESCENA II.

LEONARDO. — DOÑA MARIA, DON DIEGO, MORON, BEATRIZ, OTAÑEZ.

LEONARDO. (*Ap.*)

Hablando en la calle está
Con un hombre. ¿Quién será
Que en la calle la detiene?

DOÑA MARÍA.

Mi padre, Don Diego, viene.

DON DIEGO.

¿Iréme?

DOÑA MARÍA.

No importa ya,
Pues nos ha visto.

LEONARDO.

(*Ap.* Yo llego
Dudoso.) ¿Qué haces aquí?
(*A Doña María.*)

DOÑA MARÍA.

Nunca la verdad te niego;
Y aunque te rias de mí,
Hablaba al señor Don Diego,
Que un recado me traia
De mi prima, porque estando

Digitized by Google

En su casa el otro dia
De varias cosas tratando,
Me dijo que conocia
Un grande astrólogo, á quien
Preguntó su nacimiento;
Y aunque creerlos no es bien,
Quise de mi casamiento
Ver el efecto tambien.
En este punto decia
Como mi prima le envía
A verme.

DON DIEGO.

Esta es la verdad.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Quién vió tal facilidad
De mentir?

MORON. (*Ap.*)

Mi astrología
Pendanga es, si bien se mira,
En tan intrincado juego,
A donde á mentir se tira;
Pues con ella se hace luego
La quinola, ó la mentira.

LEONARDO.

¿Y de qué estás tan llorosa?

DON DIEGO.

Yo no sé qué la decia
Agora de cierta cosa
Que vi por la astrología,
Que aunque es ciencia muy dudosa,
Ha hecho algun sentimiento.

LEONARDO.

¿Pues qué pudistes saber
En un instante, un momento?

DON DIEGO.

Díjela que habia de ser
Muy pobre su casamiento,
Y su merced lo ha creido
Tanto, que en llanto infelice
Solamente ha respondido.

LEONARDO.

Lo que un astrólogo dice,
¿Lo das ya por sucedido?
¿Es causa para que así
Hayan los ojos llegado
A tales extremos? di.

DOÑA MARÍA.

Dióme el pensarlo cuidado...

LEONARDO. (*Ap.*)

Tambien me lo ha dado á mí.

DOÑA MARÍA.

Que el señor Don Diego es
El astrólogo mejor
Que se conoce.

DON DIEGO.

Tus piés
Beso por tanto favor;
Que no es justo que me dés
Tal nombre.

LEONARDO.

Muchos ha habido
Que en estudio tan dudoso
Aquese nombre han tenido;
Mas es tan dificultoso,
Que pocos le han merecido:
Pocos al fin han llegado
De estudios tan peligrosos.
Vos tenedme por criado;
Que á los hombres ingeniosos
Les soy muy aficionado.
Tambien yo en mi mocedad,
Si he de deciros verdad,
Alguna cosa estudié,
Y con deseos pequé
En esta curiosidad.
Don Ginés de Rocamora
Me enseñó, tiempos atrás.

MORON.

Por Dios, que el viejo no ignora.
(*Ap. á Don Diego.*)
Y no te faltaba mas
Que te examinase ahora.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Si él me pregunta, atropella
Mi intencion, porque no sé
Nombre de signo ni estrella,
Y mil locuras diré.

LEONARDO.

Esta es mi casa, y en ella
Os suplico me veais.

DON DIEGO.

Mirad vos qué me mandais;
Que yo os he de obedecer.

LEONARDO.

Suplícos, que os dejeis ver;
Que quiero que me digais
Algo de la suerte mia,
Y que tratemos los dos
Un poco de astrología.

DON DIEGO.

Yo vendré á veros.

LEONARDO. (*Yéndose.*)

¡Ay Dios!
¡Pobre has de casar, María!
(*Vanse Leonardo, Doña María y Beatriz.*)

ESCENA III.

DON DIEGO, MORON.

DON DIEGO.

¿Fuéronse? Dame tus brazos,
Pues de tanta confusion
Hoy me has librado, Moron.
Por ti vivo.

MORON.

Los abrazos
Estimo; pero quisiera,
Agradeciendo el favor,
Que me donaras, señor,
Algo que abrazo no fuera.

DON DIEGO.

Toma este diamante, tal
Que hace de la luz desden,
Por que fingiste tan bien.

MORON.

No lo ayudaste tú mal;
Que de suerte lo pintaste
Todo, que si no estuviera
Advertido, lo creyera.
¿Adónde á Porta le hallaste,
Y con tanta brevedad,
Que aun imaginarlo admira?

DON DIEGO.

Moron, la buena mentira
Está en parecer verdad.

MORON.

¡Y luego haber encontrado
A quien tan presto la crea!

DON DIEGO.

No hay cosa como que sea
Tambien el viejo engañado.
Por astrólogo me tiene.

MORON.

Sí; mas si el viejo supiera
Algo, ¡buena burla fuera!
Aquí Don Antonio viene.

ESCENA IV.

DON ANTONIO.-DON DIEGO, MORON.

DON DIEGO.

Antes que me pregunteis
Qué ha habido, lo he de contar;
Que sé que os habeis de holgar
De la burla que sabreis.
Hablando á Doña María
Soberbia me respondió
Como siempre; pero yo
Con la celosa porfía
Que hizo en mí tan bajo efeto,
No pudiéndola sufrir,
Me determiné á decir
De su amor todo el secreto.
Y porque ella no supiese
Quién me lo ha contado á mí,
Le dije á Moron que allí
Una mentira fingiese.
El dijo que yo sabía,
Siendo en esto sin segundo,
Cuanto pasaba en el mundo;
Y que por la astrología
Pude llegar á saber
El secreto que la admira.
Mala ó buena la mentira,
Ella la llegó á creer,
Porque yo le dí color
Tambien á su fingimiento.

DON ANTONIO.

¡Por Dios, extremado cuento!

DON DIEGO.

Falta agora lo mejor.
Llegó luego el padre, á quien,
Por disculparse, contó
Como era astrólogo yo.

DON ANTONIO.

¿Creyólo el viejo?

DON DIEGO.

Tambien.
Él queda mas engañado,
Pues me dijo que le viera
Muy despacio, porque era
A hombres de ingenio inclinado.
Lo que falta agora es
Que en toda conversacion
Se dilate esta opinion;
Porque si acaso despues
De alguna persona sabe
Que he merecido alcanzar
Este nombre, será echar
A la mentira otra llave.
Publicadlo vos, y así,
Sin temer el desengaño,
Tendrá mas fuerza el engaño.

DON ANTONIO.

Eso dejádmelo á mí
Y á Moron; que vive Dios,
Que para hacerlo creer
Al mundo, no es menester
Mas que contarlo los dos.

MORON.

Sí; que en barrios divididos,
Como los demandaderos,
Seremos dos pregoneros;
Y yo iré dando alaridos,
Como un médico que iba
Diciendo por el lugar:
«¿Hay enfermos que curar?»
Así pues, con voz altiva
Diré: «¿No hay algo perdido?
Que para hacer parecer
Cuanto se puede perder,
Un astrólogo ha venido.»

DON DIEGO.

Pero luego ¿qué he de hacer

Digitized by Google

Si todos esos se juntan
Y mil cosas me preguntan?

MORON.

Lo que todos, responder
Una vez sí y otra no,
Sea de gusto ó de pena:
Dios se la depare buena.
Pues ¿qué astrólogo acertó
Cosa ninguna?

DON DIEGO.

Advertid
Que os espero.

DON ANTONIO.

Yo seré
Vuestra fama.

MORON.

Y yo daré
Papilla á medio Madrid.
Pregonaré, si pregonas
Tú en salas, yo en los zaguanes,
Yo á lacayos, tú á galanes,
Tú á damas, y yo á fregonas.
(*Vanse Don Diego y Moron.*)

ESCENA V.

DON CARLOS, *con un pliego de cartas.*—DON ANTONIO.

DON CARLOS. (*Para sí.*)

¿Habrá en el mundo nacido
Quien quiera como yo quiero,
Que soy galan y tercero,
Ni amado ni aborrecido?
Entre Don Juan y Violante,
Si varios discursos sigo,
Por ser amante y amigo,
Ni soy amigo ni amante.
Estas cartas que él escribe
Desde casa, he de fingir
Que acabo de recibir
De Zaragoza. Si él vive
En su memoria veré,
Si al leerlas, en despojos
El alma sale á los ojos;
Y mas cuerdo callaré
Mi amor. Pero si al tomar
Las cartas, se tarda en vellas,
Miraré su olvido en ellas,
Y me podré declarar.
Ayude amor mi osadía,
Pues determinado estoy.

DON ANTONIO.

(*Ap.* ¿No es Don Cárlos? Sí; aquí doy
Principio á la industria mia.)
¡Jesus! ¡Jesus! No creyera
Que un hombre pudiera haber
Que tal llegara á saber.

DON CÁRLOS.

Tente, Don Antonio, espera.
¿Qué tienes?

DON ANTONIO.

No sé, por Dios.
Vengo confuso, elevado
Y absorto.

DON CÁRLOS.

¿Qué te ha pasado?

DON ANTONIO.

¿Estamos solos los dos?

DON CÁRLOS.

Sí

DON ANTONIO.

Pues habrás de saber
Que en Don Diego, aquel amigo,
El que suele andar conmigo,
Acabo ahora de ver
El prodigio mas extraño
Que se puede (no hay que hablar)
En el mundo imaginar.

DON CÁRLOS.

Ya deseo el desengaño.

DON ANTONIO.

Este hombre, que aquí ves
Tan humilde, tan modesto,
Tan reportado y compuesto,
El hombre mas docto es
Que tiene la astrología.
En este punto lo ví...
Aunque él tiene para mí
Gran ramo de hechicería.—
Conmigo se declaró
Esta tarde, y me ha contado
Cosas que á mí me han pasado,
Que Dios (esto es cierto) y yo
Sabíamos solamente.
No sé cómo pudo ser
Que él lo llegase á saber.
En dos rasgos de repente
Hizo la figura allí,
Teniéndome á mí delante...
¿Cómo? en ménos de un instante.

DON CÁRLOS.

¿Don Diego de Luna?

DON ANTONIO.

Sí.

DON CÁRLOS.

En mi vida no le he hablado
Sino es una vez ó dos,
Y en esas solas, por Dios,
No sé bien qué aire me ha dado;
Que aunque no de astrología
(Que eso era mucho saber),
En él he echado de ver
Que era hombre que sabía.—
Pero ¿que es tan eminente?

DON ANTONIO.

Un dia te he de llevar,
Que dice me ha de enseñar
Una mujer que está ausente
Y esto es lo ménos que él hace;
Porque, si verdad te trato,
He visto hablar un retrato;
Que de aquesto, Cárlos, nace
Tanta confusion.

DON CÁRLOS.

¡Qué escucho!
¿Aqueso es cierto?

DON ANTONIO.

Y tan cierto,
Que fuera lo mismo un muerto.

DON CÁRLOS.

Holgaréme en verle mucho.

DON ANTONIO.

Tú le hablarás, y verás
Que es verdad lo que te digo.

DON CÁRLOS.

Don Antonio, hazme su amigo.

DON ANTONIO.

Sí, y en él conocerás
Un muy cortés caballero.
Pero callar te conviene,
Por el peligro que tiene
Aquesto de lo hechicero.

DON CÁRLOS.

De todo quedo advertido,
Porque en mas su amistad precio.

DON ANTONIO.

Pues adios. (*Ap.* Este es el necio
Primero que me ha creido.) (*Vase.*)

DON CÁRLOS.

¡Qué cosas Madrid encierra!
¡Que los mismos que tratamos
Aquí, no los conozcamos!
¡Cuánto la ignorancia yerra!
Quien le viere tan compuesto
Á él con su capa y espada,
Dirá que no sabe nada,
Y es un rayo, despues desto. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Doña Violante.

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA, *y despues* DON CÁRLOS.

QUITERIA.

Digo que Don Cárlos es,
Señora, el que en casa entró.
(*Sale Don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

Dame tus manos, si yo
Merezco que me las dés
Por porte desta, que agora
Para tí la he recibido
En un pliego que he tenido.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es de Don Juan?

DON CÁRLOS.

Sí, señora.

DOÑA VIOLANTE.

¿De dónde escribe Don Juan?

DON CÁRLOS.

De Zaragoza.

DOÑA VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON CÁRLOS.

No sé qué esperará allí;
Mas las cartas lo dirán
(*Le da un pliego.*)
Mejor. (*Ap.* No se holgó al tomar
El pliego, ni con deseo
Rompió la nema; ya creo
Que me puedo declarar.)

DOÑA VIOLANTE.

(Lee.) *No me despedí, bien mio,*
De tus ojos, porque al vellos,
El alma que vive en ellos
No usase de mi albedrío;
Que viendo que era tan fuerte
La ocasion, por resistirme
No quise verte al partirme,
Por enseñarme á no verte.
(*Ap.* Ni yo quisiera acordarme
De tí.)

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Lágrimas ofrece
Al papel; ya me parece
Que me voy sin declararme.)

DOÑA VIOLANTE.

(Lee.) *Que te llore ausente es bien,*
Y presente no te gocé;
Porque nunca se conoce,
Hasta que se pierde, el bien.
(*Ap.* No leo mas, porque pasar
No puedo de aquí.) (*Rompe el papel.*)

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Leyendo
Rasgó el papel; ya voy viendo
Que me puedo declarar.)
Si acabando de leer
Tantas perlas derramais,
Dichosamente mostrais
Que hay lágrimas de placer.

Digitized by Google

Suspende el llanto agora,
No deis sobresalto al dia;
Que sin que el alba se ria,
No es bien que llore el aurora.
¿Qué causa turbó la gloria,
Que en tan luminoso empleo
Partida en dos soles veo?

DOÑA VIOLANTE.

Una pasada memoria
Pudo, Cárlos, obligarme.

DON CÁRLOS.

¿La memoria te entristece?
(*Ap.* Segunda vez me parece
Que me voy sin declararme.)
Pues muy justo ha sido el llanto
De que están tus ojos llenos,
Porque quien sintiera ménos,
No pudiera querer tanto.
Pero como el necio he sido,
Que pensando lisoujear,
Suele decir un pesar,
Y yo un pesar he traido,
Y pensé que te traia
Una lisonja.—¿Tan vivo
Está tu amor?

DOÑA VIOLANTE.

No recibo,
Cárlos, mayor alegría,
Que cuando su ausencia siento.
Por ver á Don Juan, no hubiera
Cosa que yo no emprendiera.

DON CÁRLOS.

No es muy difícil intento.

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues cómo?

DON CÁRLOS.

Alguno pudiera
Enseñarte á Don Juan hoy
De la suerte que yo estoy.

DOÑA VIOLANTE.

¡Oh cuánto lo agradeciera!

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Mal camino mis desvelos
Han tomado de olvidar;
Que no la tengo de dar
Gusto que me pague en celos.
Neciamente me arrojé.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es verdad lo que me dice,
Cárlos, tu lengua?

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Mal hice;
Pero yo lo enmendaré.
Válgame la ciencia aquí
Del otro que me contó
Don Antonio.) Sí, pues yo
Hoy á un hombre conocí,
Que en tu casa te hará ver
Al mismo Don Juan presente,
Aunque Don Juan esté ausente.

DOÑA VIOLANTE.

Eso ¿cómo puede ser?

DON CÁRLOS.

Como es de ciencia un abismo,
Y á Don Juan te enseñará
De la suerte que allá está.

DOÑA VIOLANTE.

¿Al mismo Don Juan?

DON CÁRLOS.

Al mismo
¿Cómo es posible que sea?
Que el que desta suerte ves,
Cuerpo fantástico es
Que se retrata en la idea.
Mas verásle de la suerte
Que está, si le quieres ver.

DOÑA VIOLANTE.

(*Ap.* Del modo que pueda ser,
Don Juan, me holgaré de verte.)
¿Quién es ese hombre?

DON CÁRLOS.

Es...
(*Ap.* Ya con la verdad espero
Engañarla.) Un caballero,
Que no hace por interes
Aquesto, sino por gusto.
(*Ap.* Lindamente lo he enmendado.)
Vive en la calle del Prado.
Mas no es pensamiento justo
El verle así, porque asombra,
Aunque tan fácil parece,
Pensar que despues se ofrece
Una fantasma, una sombra.

DOÑA VIOLANTE.

Animo tendré, si llego
A examinar en su ausencia
Tan peligrosa experiencia.
¿Cómo se llama?

DON CÁRLOS.

Don Diego
De Luna.

DOÑA VIOLANTE.

Eso ¿puede ser?

DON CÁRLOS.

Sí. Agora os podeis quedar;
Que yo os quiero dar lugar
Para que acabeis de lér. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

Dame, sin tardanza alguna,
El manto.

QUITERIA.

¿Pues qué has de hacer
Con él?

DOÑA VIOLANTE.

Yo tengo de ver
Hoy á Don Diego de Luna.

QUITERIA.

¿Sin conocerle?

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué importa?
Que, si caballero es,
Por fuerza será cortés.

QUITERIA.

Mira...

DOÑA VIOLANTE.

Discursos acorta.

QUITERIA.

Tus desengaños verán
Que todo es mentira y juego.

DOÑA VIOLANTE.

¡Bueno es eso! Si Don Diego
Quiere, yo veré á Don Juan. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA VIII.

DON ANTONIO, DON DIEGO.

DON ANTONIO.

Astrólogo excelente
Sois, divulgado ya de gente en gente.
En Madrid no he hallado [tado
Hombre ninguno, á quien no haya con-
Mil cosas: sea justo, ó no sea justo,
¡Por Dios, Don Diego, que el mentir es
[gusto!
Al punto que de vos me aparté, luego
Fuí á la casa de juego;
Dijelo á dos mirones,
Que es lo mismo llamaros á pregones.
Salí de allí, y entréme en los corrales
De las comedias, donde
La mas oculta cosa no se esconde.
Pasé adelante, á aquellas cuatro esqui-
De la calle del Lobo y la del Prado, [nas
A quien por nombre ha dado
Una discreta dama *mentidero*
De varones ilustres. Lo primero
Fué hablar de vos: ya habia
Allí quien por astrólogo os tenia,
Y como si no fuera
Yo quien mejor que todos lo supiera,
(¿A quién esto no admira?)
Por verdad me contaron mi mentira.
Mas lo mejor de todo no fué esto,
Sino que entré en los trucos, donde es-
Un hombre que contaba [taba
Cosas que os habia visto
Hacer. No sé, por Dios, cómo resisto
La risa. No pudiendo [do,
Sufrirlo, empecé á hablar contradicien-
De tantos disparates enfadado.
Levantóse enojado,
Diciéndome: «Si usted no le conoce,
Yo sí muy bien, y sé lo que aquí digo
De buen original, porque es mi amigo.»
Tanto una novedad Madrid esfuerza,
Que mi mentira la creí por fuerza.

DON DIEGO.

Bien lo habeis ponderado.

ESCENA IX.

MORON.—DON DIEGO, DON ANTONIO. *Despues*, DOÑA VIOLANTE Y QUITERIA.

MORON.

Una señora
De angosto talle y de caderas ancha,
Con mas cañas que carro de la Mancha,
A quien el manto solo deja fuera
Un ojo que le sirve de lumbrera,
Dice que hablarte quiere.

DON DIEGO.

¡Mujer! ¿quién puede ser?

DON ANTONIO.

Sea quien fuere,
Dí que entre.

MORON.

Ya está dentro de la sala.

DON DIEGO.

Por Dios, que la fachada no es muy mala.
(*Salen Doña Violante y Quiteria.*)

DOÑA VIOLANTE.

¿Quién es de ustedes el señor Don Diego?

DON DIEGO.

Yo soy, señora, que á ofrecerme llego
A esos piés, si merecen obligaros
Tan súbditos deseos.

DOÑA VIOLANTE.

Solo quisiera hablaros.

DON ANTONIO.

Pues yo despejaré. (*Ap.* Desde allí quie-
Saber qué encanto es este.) [ro
(*Vanse Don Antonio y Moron.*)

Digitized by Google

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, DON DIEGO, QUITERIA.

DON DIEGO.

Lo primero
Sentaros ha de ser y descubriros.

DOÑA VIOLANTE.

Por cansada me siento, y por serviros
Me descubro.

DON DIEGO.

No es bien que cielo tanto
Tenga oculto la noche dese manto;
Aunque en luces tan bellas [llas.
Suplió un ojo, que es sol, por las estre-
No sé cuál de las mias levantarme
Pudo á tanto favor.

DOÑA VIOLANTE.

Con escucharme
Sabréis mi pensamiento.

DON DIEGO.

Ya os escucho, decid.

DOÑA VIOLANTE.

Estadme atento.
Amorosos extremos
No será bien que causen
Vanas admiraciones
A hombres que tanto saben;
Mayormente quien pudo,
Con ingenio tan grande,
Merecer que la fama
En dulce voz le alabe.
Así pues confiada
Que puedo declararme,
Como mujer á un noble,
Y á un cuerdo como amante,
Me atreveré á deciros
La causa de mis males,
Que en lágrimas y quejas
Rompiendo el pecho salen.
Yo quise bien, yo quiero,
Diré mejor; qué tarde
Olvida quien bien quiere:
Ni es posible que pasen
Por el amor los dias,
Los años, las edades;
Que si el amor es gloria,
Los siglos son instantes.
Yo quiero á un caballero.
No os alabo sus partes;
Que no importa saber
Mas de que supe amarle.
Al fin de muchos dias
Me dejó y se fué á Flándes;
Que son de un firme amor
Siempre los premios tales.
Esta carta que veis,
He tenido esta tarde,
Mensajero y testigo
De su ausencia, bastante
A defender la vida,
Que quisieron quitarme
Pasados gustos, siendo
Ya presentes pesares.
Nació desto un deseo
De verle. No os espanten,
Pues sois cuerdo y discreto,
Los extremos que hace
Una mujer que quiere;
Que en las antigüedades
Me previenen disculpas
Hechos mas admirables.
Supe que sois tan sabio,
Que con ingenio y arte
Esta dificultad
Es para vos muy fácil.
Así pues, si os obligan
Los extremos que esparcen
Lágrimas por la tierra,
Suspiros por el aire,
Por triste, por rendida,
Por mujer, por amante,
Merezca ver, señor,
A Don Juan esta tarde.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Quién en el mundo ha visto
Suceso semejante!
¡Yo quiere que la enseñe
Su galan, que está en Flándes!
No sé qué hacer.) Señora.
No es razon que os engañe
Quien serviros desea.
Aqueso no es tan fácil
Como á vos os parece,
Ni astrólogos lo hacen;
Porque representar
A la vista la imágen
De un hombre que está ausente,
Es magia, y castigarle
Podrán á quien lo hiciere,
Si alguno hay que lo alcance;
Porque esa es una ciencia
Que no la sabe nadie.

DOÑA VIOLANTE.

No llegara yo á hablaros,
Señor, sin informarme
De que sabeis hacer
Cosas mas admirables.
Si temeis el secreto,
Muy bien sabré guardarle,
Aunque mujer.

DON DIEGO.

Señora,
Por Dios, que el excusarme
No es sino no saber.

DOÑA VIOLANTE.

Otras dificultades
Habeis hecho mayores;
Que yo he estado esta tarde
Con hombre que os ha visto
Hacer prodigios grandes.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¿Hay cosa como esta?
Así habré de librarme,
Porque aquí yo no pierda
La opinion, y ella calle.)
Pues, señora, la causa
De no determinarme
Ha sido por estar
Esa persona en Flándes;
Y si hay mar de por medio,
No es posible alcanzarse
El encanto, porque él
No penetra los mares.
Si por acá estuviera,
Aun pudiera enseñarle;
Pero en Flándes no puedo.
Con esto, perdonadme.

DOÑA VIOLANTE.

Si advertís las razones
Que tengo dichas ántes,
Fuéron que á Flándes iba;
Mas no que estaba en Flándes.
El está en Zaragoza.
No hay como disculparse
Ahora.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Vive Dios,
Que es apretado el lance!

DOÑA VIOLANTE.

Si saber para esto
El nombre es importante,
Es Don Juan de Medrano.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¿Aun otra?... Enmendaráse
Mi confusion agora.)
No paseis adelante,
Que ya sé que ese hombre
Es de mediano talle,
Algo rubio de rostro,
Blanco, los ojos grandes,
Va vestido de verde...
(*Ap.* Así he de asegurarme,
Si es el que yo imagino.)
No há dos meses cabales
Que se ausentó.

QUITERIA.

¡Jesus!
¿Y quién pudo contalle
Todo aquello?

DOÑA VIOLANTE.

Quiteria,
¿Ves cómo son verdades?—
El mismo es que decís.

DON DIEGO.

Como jureis guardarme
El secreto, me atrevo
Esta noche á llevarle
A vuestra casa.

DOÑA VIOLANTE.

Y yo
Os juro de guardarle,
Siendo mi obligacion
De mi silencio llave.

DON DIEGO.

Moron.

ESCENA XI.

MORON. — DICHOS.

MORON.

Señor. (*Ap. á él.* ¿Qué es esto?)

DON DIEGO.

(*Ap. á Moron.* Un lindo cuento.) Traime
Tinta y papel.—¿Tendrás (*A Violante.*)
Animo para hablarle?
(*Vase Moron, y vuelve á salir.*)

DOÑA VIOLANTE.

Animo tengo.

MORON.

Aquí
Está el recado.

DON DIEGO.

Dame
Esa cartera, y vete.— (*Vase Moron.*)
Ahora es importante (*A Doña Violante.*)
Que escribais.

DOÑA VIOLANTE.

Notad vos.

DON DIEGO.

Don Juan, ya sé... (*Escribe Violante.*)

DOÑA VIOLANTE.

Adelante.

DON DIEGO.

Adónde estáis; venid
Aquesta noche á hablarme.

DOÑA VIOLANTE.

Ya está puesto.

DON DIEGO.

Firmad
Vuestro nombre.

DOÑA VIOLANTE.

Violante. (*Firma.*)

Digitized by Google

DON DIEGO.

Con esto podeis iros,
Y esta noche esperadle;
Que yo sé que irá á veros.

DOÑA VIOLANTE.

Don Diego, el cielo os guarde.—
(*Ap.* ¡Que hoy, Don Juan, he de verte!
¿Hay dicha semejante?)
(*Vase con Beatriz.*)

ESCENA XII.

DON ANTONIO, MORON.—DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Habeislo escuchado?

DON ANTONIO.

Sí.

DON DIEGO.

¿Y habeis visto otro suceso
Mas gracioso?

DON ANTONIO.

Yo os confieso
Que ya perdido me ví
De risa, cuando os cogió
En lo del mar.

DON DIEGO.

¡Qué segura
Vino de mí!

MORON.

La ventura
Toda estuvo en que nombró
A Don Juan. ¿Y qué has de hacer?

DON DIEGO.

Por la reja de la calle
Este papel has de echalle;
Porque, si le llega á ver,
Siendo público el secreto,
Por fuerza á su casa irá
Aquesta noche, y tendrá
Nuestra burla lindo efeto.

MORON.

¿Piensas que comedia es,
Que en ella de cualquier modo
Que se piense, sale todo?
¿Si él lé, y no va despues?...

DON DIEGO.

Excusas habrá. Entre tanto
Mudarnos los dos podemos,
Para que á la vista estemos
De en lo que pára el encanto. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Cárlos.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON JUAN.

DON CÁRLOS.

Dile la carta, y mostró
Al tomarla un sentimiento
De tristeza y de contento,
De adonde conozco yo
Que os quiere bien, y pagais
Mal una fe tan segura
En tan perfecta hermosura.

DON JUAN.

Vos, Don Cárlos, no mirais
Que las perfecciones bellas
En la hermosura mayor
No dan lugar al amor,
Si le niegan las estrellas.
En vano Violante espera
Premio á fineza tan rara.

DON CÁRLOS.

Segun eso, no os pesara
Que un amigo la quisiera.

DON JUAN.

No sé qué hiciera en rigor,
Ni si me diera desvelos;
Que suelen soplar los celos
Las cenizas de un amor.

DON CÁRLOS.

¿No os causa melancolía
Pasar tanta soledad?

DON JUAN.

Esta soledad, pensad
Que es mi mejor compañía.

DON CÁRLOS.

¿Que al fin nadie ha de saber
La causa que preso os tiene?

DON JUAN.

El callarla me conviene.
Créd que si pudiera ser,
Rompiendo tan gran secreto,
Saberlo en el mundo dos,
El uno fuérades vos.
Mas como amigo os prometo
Que no lo puedo contar.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* La confianza es graciosa,
Cuando no anda otra cosa
Tan pública en el lugar.)
Par daros la compañía
Que estimais, quiero dejaros
Solo.

DON JUAN.

¿Con qué he de pagaros
Tal favor? (*Vase Don Cárlos.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN.

Ven, noche fria,
Extiende el velo que dió
En triste, funesto empeño
Breves sepulcros al sueño:
Muera el sol y viva yo.
(*Echanle un papel por una ventana.*)
Mas ¿qué es esto? ¿No es papel
El que está en el suelo? Sí.
¿Quién pudo traerle aquí?
Veré lo que dice en él.
(*Lee.*) *Don Juan, ya sé adónde estáis:
Venid esta noche á hablarme.*—
Aun no acabo de admirarme.
Ojos, ¿qué es lo que mirais?
Violante, la firma dice.
Cárlos, Cárlos la contó
Que estaba en su casa yo.
¿Hay suerte mas infelice?
¿Que Cárlos me ha descubierto?
Sí, pues claro me ha mostrado
Que está muy enamorado
De Violante. Esto es lo cierto,
Y aun él me trujo el papel
(¿Qué pena á mi pena iguala?),
Porque dentro desta sala
Nadie ha entrado sino es él.
¿Qué puedo hacer? Si no voy
A vella, mas atrevida,
De mi silencio ofendida,
Publicará donde estoy.
Pues si ya se ha de saber
Que estoy encubierto aquí
Mejor lo sabrá de mí;
Que de modo sabré hacer
Que quede mas obligada
Con lo que la he de contar;
Que es muy fácil de engañar
La mujer enamorada. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Doña Violante.

ESCENA XV.

DOÑA VIOLANTE, Y QUITERIA, *con luz en una bujía.*

QUITERIA.

¿Es posible que has creido
Que haya de venir á casa
En esta noche Don Juan,
Y no veas que te engaña
Tu deseo? ¿Cómo puede
Venir quien de leguas tantas
Hoy te ha escrito?

DOÑA VIOLANTE.

Necia estás.
¿Quieres tú con tu ignorancia
Poner límite á las ciencias,
Que tanto poder alcanzan?
Como no haya mar en medio,
Es ya cosa averiguada
Que vendrá; mas no Don Juan,
Sino sombra que retrata
A él mismo de la manera
Que allá estuviere.

QUITERIA.

¿Y qué sacas
De verle así?

DOÑA VIOLANTE.

Solo verle.
Y no me preguntes nada,
Si no sabes qué es amor.
Yo sé bien que hay muchas damas
Que se holgaran de saber
En qué los ausentes pasan.

QUITERIA.

Y cuando fuera posible
El venir, ¿no te causara
Miedo pensar que era sombra?

DOÑA VIOLANTE.

Ningun temor me acobarda:
Animo tengo.

QUITERIA.

Yo no.

DOÑA VIOLANTE.

Mira que á la puerta llaman.
Toma esa luz y abre presto.

QUITERIA.

La color tienes turbada.
¿Has creido que es Don Juan?

DOÑA VIOLANTE.

No lo creo; pero acaba.

QUITERIA.

Ya voy á abrir. (*Vase.*)

DOÑA VIOLANTE.

¡Qué no intenta,
Quejosa y desesperada,
Una mujer! ¡Qué de cosas
Sabe prevenir quien ama!
No hay al amor imposibles;
Todo lo vence y lo allana.
No hay fuerza...
(*Vuelve Quiteria.*)

QUITERIA.

¡Jesus mil veces!
Señora, verdad es clara
El encanto. ¡Muerta vengo!
Don Juan era el que llamaba
A nuestra puerta.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ay de mí!

Digitized by Google

QUITERIA.

Ya está dentro de la sala.

DOÑA VIOLANTE.

Hasta ahora mas valiente
Y mas animosa estaba,
Y ya de ver que es verdad,
Está sin sentido el alma.

ESCENA XVI.

DON JUAN.—DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DON JUAN.

Violante, dame tus brazos.

DOÑA VIOLANTE.

Espera, Don Juan, aguarda.
Detente, Don Juan, espera.
(*Ap.* Ya todo el valor me falta.)

DON JUAN.

Violante, escucha. ¿Qué tienes?
Despues de ausencia tan larga,
¿Desta suerte me recibes,
Y desta suerte me pagas
Venir á verte no mas?

QUITERIA. (*Ap.*)

Bien claro me desengaña,
Que viene desde allá á verla.

DON JUAN.

Escúchame.

DOÑA VIOLANTE.

(*Ap.* ¡Estoy turbada!
El cuerpo me cubre un hielo,
Y el corazon se desmaya.)
Don Juan, ya veo que vienes
A verme de donde estabas...
—Vuélvete presto, que á mí
Haberte visto me basta.

DON JUAN.

Si por el ausencia mia
Estás, Violante, enojada,
Escúchame las disculpas.

DOÑA VIOLANTE.

Yo creo que tienes hartas.
Vete, y déjame.

DON JUAN.

Si estoy
En Madrid por ciertas causas...

DOÑA VIOLANTE.

Ya sé las causas que son.

DON JUAN.

Si en este papel me llamas...

QUITERIA. (*Ap.*)

¿Quién se le llevó tan presto?
Aquí algun demonio anda.

DOÑA VIOLANTE.

Yo te llamé, por pensar
Poderte hablar; mas es tanta
Mi turbacion, que no puedo.
Bien verás que no fué falsa
Mi voluntad, pues que hizo
Diligencias tan extrañas.

DON JUAN.

Ya sé que tus diligencias
Han sabido cuanto pasa.
Por eso vengo yo á á verte.

QUITERIA. (*Ap. á su ama.*)

¡Qué bien dice que la causa
Del haber venido fué
Tu diligencia!

DOÑA VIOLANTE.

Fantasma,
Vuélvete, y déjanos ya.

DON JUAN.

Mi bien, los baldones bastan.
Dame los brazos.

DOÑA VIOLANTE. (*Huyendo.*)

¿Los brazos?
¡Ay de mí!

DON JUAN.

Violante, aguarda.

DOÑA VIOLANTE.

Cerrada en este aposento
Estaré hasta que te vayas.
(*Éntrase, y cierra la puerta.*)

DON JUAN.

Quiteria.

QUITERIA.

¡Señor, detente!
¡Esto solo me faltaba!
¿Mas que he de pagarlo yo?

DON JUAN.

¿Qué ha sido?

QUITERIA.

Yo no sé nada.
Violante te lo dirá.
(*Éntrase huyendo.*)

DON JUAN.

¿Hay confusion mas extraña?
Tambien Quiteria me deja.
¿Quién vió confusiones tantas?
Escucha, Violante, escucha.
Espera, Quiteria, aguarda.
¿A quién he de dar disculpas,
Si á un mismo tiempo me llaman
Con la traicion de un amigo
Unos celos de una dama?

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, DON JUAN, BEATRIZ.

DON JUAN.

Pues ¿no me darás los brazos
Siquiera por bien venido?

DOÑA MARÍA.

Sí, Don Juan, puesto que han sido
Del alma y la vida lazos.

DON JUAN.

Dichosa la ausencia fué,
Si por fin de su rigor
Merezco tanto favor.

DOÑA MARÍA.

Mas mereces tú.

DON JUAN.

No sé
Cómo me atreva á pedir,
Soberbio con tal licencia,
Otro que sufra esta ausencia.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo, Don Juan? Con decir
Lo que te agrada.

DON JUAN.

Señora,
Dame esa cinta pendiente
De tu cuello, porque afrente
Al iris que el cielo dora.

DOÑA MARÍA.

La joya darte imagino.

DON JUAN.

La cinta pido no mas.

DOÑA MARÍA.

Tómala así, que vendrás (*Dásela.*)
Empeñado del camino.

BEATRIZ.

¿Es tiempo, señor, de verte?

DON JUAN.

Muy bien, Beatriz, preguntaste.
No me viste, aunque me hablaste
Todas las noches.

DOÑA MARÍA.

Advierte
Bien en lo que has de fingir,
Y en la salida que tiene,
Porque ya mi padre viene.

DON JUAN.

Yo sé lo que he de decir.

ESCENA II.

LEONARDO.—DOÑA MARIA, DON JUAN, BEATRIZ.

DON JUAN.

Dame mil veces tus piés.

LEONARDO.

Los brazos será mejor.—
(*Ap.* No le conozco.)

DON JUAN.

Señor,
Estos quiero que me dés,
Por la obligacion que tengo
A esta casa; y porque mas
No estés dudoso, sabrás
Que de Zaragoza vengo,
Donde muchos dias fuí
Huésped, señor, de tu hermano,
De cuya liberal mano
Mil mercedes recibí.
Unas cartas que traia
Para abono desto yo,
Entre otras cosas me hurtó
Un criado que tenia;
Y ya, señor, que la culpa
De aquella falta no tengo,
Si á dar las cartas no vengo,
Vengo á darte la disculpa.

LEONARDO.

Siento en extremo no vellas,
Y no por lo que os abona,
Que basta vuestra persona
Para mas crédito.

DON JUAN.

En ellas
Lo que Don Pedro os decia
Es que con vuestro favor
Aquí me ayudeis, señor,
En una pretension mia,
Causa de pleitos muy grandes
Que hoy á la corte me han vuelto,
Cuando ya estaba resuelto
De pasar sirviendo á Flándes.

LEONARDO.

Esta es mi casa, y en ella
No os falta la de mi hermano.

DON JUAN.

El estilo cortesano
Estimo.—Vos, dama bella...

LEONARDO.

Advierte que habla contigo,
María.

Digitized by Google

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

Por no turballe,
No me he atrevido á miralle.

DON JUAN.

Pues á serviros me obligo,
Buscad alguna ocasion
En que yo os pueda decir
Mi deseo, por cumplir
Ansí con mi obligacion.
Aquesto no es fingimiento,
Porque ya habrá conocido
Lo que es ó no es fingido
Tan sutil entendimiento:
Y mirad qué me mandais.

LEONARDO. (*A Doña María.*)

Respóndele.

DOÑA MARÍA.

(*Ap.* Ya no temo.)
Yo me he holgado con extremo
De que con salud vengais.
En esta casa, pensad
Que os servirán sin alguna
Falta; que sé que en ninguna
Hallareis mas voluntad.
Venid á veros, (*Ap.* Turbada
Estoy.) pues entre los dos,
Ya sabeis que para vos
No ha de haber puerta cerrada.

LEONARDO. (*Ap. á Beatriz.*)

¡Qué bien respondió María!

BEATRIZ. (*Ap.*)

Y ¡qué bien Don Juan fingió!

LEONARDO.

Yo he de ir con vos.

DON JUAN.

Eso no. (*Vase.*)

ESCENA III.

LEONARDO, DOÑA MARIA, BEATRIZ.

LEONARDO.

Hija, ¿qué melancolía
Es esta?

DOÑA MARÍA.

Con causa he estado
Divertida en mis enojos.
Pues delante de los ojos
Una joya me ha faltado,
Que era la que mas queria.
¿He de tener alegría?
Que pienso qué fué el perdella
Por tener el gusto en ella.

LEONARDO.

¿Tales extremos, María,
Has de hacer?

DOÑA MARÍA.

¿Pues no he de hacer
Extremos, si yo me vi
Con ella, señor, aquí,
Y aquí se pudo perder?

LEONARDO.

¿Y cuál era?

DOÑA MARÍA.

Era el Cupido
De diamantes.

LEONARDO.

¿Eso pasa?
Búsquese en toda la casa;
Y si se hubiere perdido,
Mas joyas tienes, en quien
Valor y arte se acrisola,
Porque no estaba esta sola.

DOÑA MARÍA.

Esta sola quise bien.

LEONARDO.

¿Qué medio así se previene?...

DOÑA MARÍA.

No sé qué llegara á hacer
Por ver la joya... (*Ap.* Y por ver
De camino á quien la tiene.)

LEONARDO.

Tanto tu pecho sintió
Que te llegase á faltar,
Que no me has dado lugar
Para que lo sienta yo.
Y á tanto tu llanto obliga,
Que por darte gusto luego,
He de buscar á Don Diego
Que de la joya me diga. (*Vase.*)

BEATRIZ.

¿Ves lo que ha querido hacer
Con los extremos que has hecho?
Si él va á Don Diego, sospecho
Que todo se ha de saber.
¿Qué hicistes?

DOÑA MARÍA.

¡Ay, crueldad
De estrella siempre enemiga!
¡Que solo en mi agravio diga
Un astrólogo verdad!
(*Vuelve Leonardo.*)

LEONARDO.

Aquesto se me olvidó...

BEATRIZ.

Tu padre vuelve, señora.

LEONARDO.

Dime, María, ¿á qué hora
Esta joya te faltó?

DOÑA MARÍA.

Entre once y doce.

LEONARDO.

Así goce
Tu edad, y te llegue á ver
Casada, que he de saber
Quién la tiene. Entre once y doce.
(*Vanse padre é hija.*)

ESCENA IV.

MORON.—BEATRIZ.

MORON.

Aquí esperaba, Beatriz, (*Deteniéndola.*)
Para saber cuanto pasa
A Don Juan en esta casa;
Que es dar mas vivo matiz
A mi engaño y tu disculpa
Con que lo sepa Don Diego;
Pues esto acredita luego
Que tú no tuviste culpa.

BEATRIZ.

Has de saber que ha venido
Don Juan á casa, y por dar
A entrar en casa lugar,
Unas cartas ha fingido.
Y una joya, que le dió
Doña María á Don Juan
Por favor, á saber van
De Don Diego quién la hurtó.
No hay mas que esto.

MORON.

Y esto ¿es poco?
¡Cuánto mejor es tener
Por esfera una mujer,
Que volverse un hombre loco
Pensando en los celestiales
Orbes, culebras, dragones,
Osos, tigres y leones
Y otras imágenes tales?
Pues sin observar los puntos
De aquella esférica bola,
Hoy en una mujer sola
Se pueden ver todos juntos.
Y pues que somos los dos
Quien levanta la figura
De este astrólogo, procura
Saber lo demas, y adios. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA V.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON DIEGO.

Huyendo vengo de mí;
Que no sé en qué confusion
Me habeis puesto, Don Antonio.

DON ANTONIO.

En la que os pusisteis vos.
¿Vos mismo no me dijisteis
Que extendiese aquella voz?

DON DIEGO.

Sí; mas no que publicarais
Que era mago encantador,
Sino astrólogo no mas.

DON ANTONIO.

La fama crece veloz.
Mas sepamos de qué os pesa.

DON DIEGO.

De que no hay hombre á quien dió
Duda cualquiera suceso,
Que por ruego ó por favor
No me venga á preguntar
El fin de su pretension.

DON ANTONIO.

¿Y eso os da tanto cuidado?

DON DIEGO.

Como sin certeza doy
La respuesta, temo luego
Que en sucediendo un error,
Han de quejarse de mí.

DON ANTONIO.

¿Pues qué astrólogo acertó
Cosa que dijo? Pensad
Que el mejor del mundo sois,
Que vos os saldreis con ello,
Y alegraos.

DON DIEGO.

No puedo yo,
Cuando á un punto me atormentan
Desprecios, celos, y amor.

DON ANTONIO.

¿Agora salís con eso?
Pues si de vuestra pasion
Aun no vivís olvidado,
¿Cómo en tan forzoso amor
No hablais á Doña María?
Desde que ella os confesó,
Por el engaño, que amaba
A ese Don Juan, hasta hoy,
No la habeis visto.

DON DIEGO.

Es verdad;
Pero escuchad la ocasion.
Don Antonio, en el amante
Los celos causan amor,
Como en el marido agravios;
Y siendo su galan yo,

Digitized by Google

La serví con pensamiento
De esposo, en cuya intencion
Pude, resistiendo rayos,
Mirar cara á cara al sol.
Cuanto á galan, ya he sentido
En mí su fuego, mas hoy,
Cuanto á marido, ya siento
Como agraviado el rigor.
Ansí la adoro y la olvido,
Siendo los efetos dos,
Supuesto que en mi concepto
Galan y marido soy.
Si como galan no pude
Servirla, ¿fuera razon
Sirviera como marido
A mujer que confesó
A mis ojos que á otro quiere?
No fuera lícito, no,
Pues llevaba ya perdida
La vergüenza y el temor.

DON ANTONIO.

Muy bien habeis satisfecho
A la duda; mas quedó
Otra no menor.

DON DIEGO.

Decid.

DON ANTONIO.

Decidme, ¿de qué os sirvió
El fingir la astrología?

DON DIEGO.

De salir de una ocasion
Tan forzosa.

DON ANTONIO.

Yo pensé,
Viéndôs con tanta opinion,
Que fuera para estorbar
El casarse.

DON DIEGO.

Cuando yo
De propósito me hiciera
Sabio, tuvierais razon
De pensarlo; pero fué
Por un accidente, y yo
No tan solo no he de ser
Estorbo para su amor,
Pero tengo de ser parte
A que se casen los dos.
Yo quedaré satisfecho
Con esto, pues la ocasion
Que no les puedo quitar,
Pensaré que se la doy.

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE y QUITERIA, *con mantos.* — DON DIEGO, DON ANTONIO.

QUITERIA.

Señor Don Diego, una dama
Hablaros quiere.

DON ANTONIO. (*Ap. á Don Diego.*)

Por Dios,
Que si viene á consultaros,
Que viene á buena ocasion.
Id, astrólogo, que os llaman.

DON DIEGO.

Dejad las burlas.

DOÑA VIOLANTE.

Yo soy
La que os busca, y la que viene
Solo á quejarse de vos.

DON DIEGO.

¿Vos teneis queja de mí?

DOÑA VIOLANTE.

Si Don Juan no se ausentó,
Si estaba en Madrid Don Juan,
Decidme, ¿por qué razon
Vos no me desengañásteis?

DON DIEGO.

Pues ¿pude saberlo yo?
Si dije que á vuestra casa
Iría como en vision,
Y despues os llevé á él mismo,
Señal es que fué mayor
Y mas poderosa fuerza
La del encanto.

DOÑA VIOLANTE.

Razon
Es esa á que yo no hallo
Respuesta. Y puesto que estoy
Desengañada, os suplico
Deis remedio á mi dolor.
Don Juan está enamorado
De una dama, que ocasion
Fué de quedarse en Madrid.
Un su amigo me contó
Esto, y dice que en secreto
Casados están los dos.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Esta mujer ¿qué pretende?

DOÑA VIOLANTE.

Pues vuestro estudio alcanzó
Tal fuerza, que se aborrezcan
Puede hacer.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Pluguiera á Dios!

DOÑA VIOLANTE.

Haced que mas no se quieran,
Que se olviden, y el rigor
De los celos los abrase.
Mueran como muero yo.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Bueno es poner en mi mano
La cura de mi dolor,
Y pedirme á mí el remedio
Del mal que teniendo estoy!
Porque me deje, me importa
Engañarla; que si doy
Otra respuesta, en su vida
Ha de dejarme.) Mintió,
Violante, tu amor, tus celos
Mintieron; que la ocasion
De estar Don Juan en Madrid
Fuiste tú, y él se quedó
Por celos que de tí tuvo.
Si un amigo te contó
Otro amor, mintió el amigo:
Concierto fué de los dos.
Vete, y vive satisfecha
Que te adora.

DOÑA VIOLANTE.

Yo lo voy
Con tu respuesta feliz.
¿Quién mayor ventura vió?
Quiteria, el mayor desprecio
De Don Juan, es un favor.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA VII.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué la habeis respondido
A su pregunta molesta?

DON DIEGO.

Con equívoca respuesta
Oráculo suyo he sido.
Díjela que la quería
Don Juan, y la despreciaba,
Por solo ver si le amaba,
Y aquella experiencia hacía.
Con esto, si la desprecia,
Ha de pensar que la quiere;
Y si algun favor le hiciere,
Mas engañada y mas necia,
Ha de pensar que es amor;
Y con esto no vendrá
A darme la muerte.

DON ANTONIO.

Ya
Tenemos otra mejor.
Cuando á Cárlos nuevamente
Conté vuestra astrología,
Le dije que le traería
A ver una dama ausente
A vuestra casa; y de suerte
Desea, Don Diego, veros,
Que él muere por conoceros;
Pero á mí me da la muerte.

DON DIEGO.

Mirad, si uno solo así
Os cansa, lo que serán
Tantos juntos.

ESCENA VIII.

DON CARLOS.—DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Allí están
Los dos: venturoso fuí.)
Señor Don Diego, yo soy
Un muy grande aficionado
Vuestro, y quien mas ha deseado
Serviros.

DON DIEGO.

Muy cierto estoy
Que tengo esa obligacion.

DON CÁRLOS.

Aunque pudiera valerme
De amigos, quiero atreverme,
Fiado solo en razon.
Un dia la dama vi
De un amigo, en que hice mal,
Y rendíme, aunque leal
Mi misma pasion vencí.
Los ojos fuéron despojos
Del alma, sin gusto mio;
Porque es un cierto albedrío
De por sí este de los ojos.
No fué amistad verdadera
La suya; y yo, por tener
Venganza, quisiera hacer
Que le olvide y que me quiera.
Aquesto vengo á pediros,
Y esto habeis de hacer aquí:
Tendreis un esclavo en mí
Eterno.

DON DIEGO.

Yo he de serviros,
Y haré de suerte que os quiera
Esa dama. Proseguid
Vuestros amores, servid;
Que aunque altiva, ingrata y fiera
Esté los primeros dias,
A muy pocos, os prometo
Que, yendo haciendo su efeto,
Le tendrán vuestras porfías.

DON CÁRLOS.

Yo esperaré, hasta vencer
Este imposible de amor. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON DIEGO.

¿Hay ignorancia mayor?
¿Que esto se llegue á creer,

Digitized by Google

Sin mirar que es fingimiento
Todo?

DON ANTONIO.

¿Qué le respondistes
A Don Cárlos?

DON DIEGO.

¿No lo oistes?
Pues hice el mismo argumento
Con Cárlos que con Violante.
Díjele que su porfía
Siguiese; que yo le haria
Despues venturoso amante.

DON ANTONIO.

¿Y cómo saldréis de aquí?

DON DIEGO.

Porfiando vencerá
Él, y luego me dará
Todas las gracias á mí.
¿Qué mujer no se rindió
Á las amantes porfías?
Quien mas resiste, es tres dias;
Al cuarto ninguna llega.
Pero ¡bendito sea Dios,
Que libre un rato me veo
De necios! Aun no lo creo.

ESCENA X.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.

(*Ap.* Aunque estén juntos los dos,
Hablarle aquí solicito.)
Buscándôs vengo.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Qué presto
Se cansó...

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¿Mas que por esto
Se dijo: «No muy bendito?»

DON DIEGO. (*A Leonardo.*)

Señor, ¿pues qué me mandais?
¿Hay en que pueda serviros?

LEONARDO.

Yo he de hacer eso, y dejando
Los cumplimientos prolijos,
Pues que están bien excusados
Entre tan grandes amigos,
Sabreis, Don Diego, que hoy
Una joya se ha perdido
En mi casa, que por gusto,
Mas que por valor, la estimo.
Quisiera que me dijerais
Dónde está; y así os suplico
Que me estudieis con cuidado
Esta figura.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¿Hase visto
Confusion como la mia?

DON ANTONIO. (*Ap.*)

A buen tiempo el viejo vino.

LEONARDO.

Joya perdida es muy fácil.

DON DIEGO.

Si alguna mentira finjo,
Será imposible que deje
De averiguarse. ¡Perdido
Estoy, que el lance es forzoso!
Pero sin causa me aflijo,
Pues con nadie importa ménos
La opinion que he pretendido,
Que con Leonardo, pues él
Nunca sabrá que yo he sido
Astrólogo por su hija.
Y si la verdad le digo
Y que no sé ciencia alguna,
Él quedará agradecido
Al desengaño. Más quiero
Perder del crédito mio,
Que engañar á un viejo noble.
En esto me determino.)
Señor Leonardo, escuchadme.
Yo tuve algunos principios
De astrología, es verdad,
De donde tuve motivo
Para tener opinion,
Acreditada de amigos.
Todos dicen que la sé;
Pero ninguno lo ha visto:
Y es verdad, pues no sé tanto
Como alguna vez he dicho,
Porque entónces no importó
Con poca causa fingirlo;
Mas hoy, que llega á mas véras,
Porque no penseis que estimo
Mas la opinion que el trataros
Verdad, la verdad os digo.
Yo no sé de astrología
Tanto, que pueda deciros
Desa joya.

LEONARDO.

Cuando yo
Jamas hubiera tenido
Noticia de que vos sois
Hombre docto, haberos visto
Hablar con tanta humildad,
Basta para haber creido
Que sabeis mucho.

DON DIEGO.

Por Dios,
Que no sé nada.

LEONARDO.

Eso mismo
Que decís, es lo que mas
Os acredita conmigo.
Así han de ser los que saben,
Muy modestos y encogidos:
Vuelva por ellos su ciencia,
No su soberbia.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¡Por Cristo
Que le da cordel el viejo!

DON DIEGO.

Si yo hubiera merecido
Ese nombre, yo os dijera
La verdad.

LEONARDO.

Otra vez digo
Que si fuerais ignorante,
Os alabarais; y estimo
Esa humildad por mas ciencia;
Que el hombre que de sí dijo
Que sabe, ese es el que ignora,
Pues llega á haberlo creido.
Prudente quiero yo al sabio,
Y no como otros mocitos,
Que diciendo que son sabios,
Los da por necios el siglo.
Y volviendo á nuestro caso,
Era la joya un Cupido
De diamantes.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Vive Dios,
Que quiere quitarme el juicio!)
¿Cómo tengo de decir
Que en mi vida no he sabido
Si son los planetas siete,
Ni si son doce los signos,
Si el zodíaco guarnecen,
Si anda el sol por su epiciclo,
Por la eclíptica, ó por dónde?

LEONARDO.

Don Diego, aunque habeis querido
De propósito ignorar,
Verdad en todo habeis dicho;
Que tambien yo alcanzo un poco.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Él en efeto ha creido
Que lo que hago de ignorante,
Hago de bien entendido.

LEONARDO.

Olvidóseme deciros
Que faltó entre once y doce
La joya.

DON DIEGO. (*Ap. á él.*)

¿En qué laberinto
Me pusisteis, Don Antonio?

ESCENA XI.

MORON. — DICHOS.

MORON.

(*Ap.* Importante es el aviso:
Yo llego.) Señor, escucha.
(*Ap. á él.* Todo cuanto ha sucedido,
Despues que no voy allá,
Es que esta mañana vino
Don Juan á su casa, y ella
Por favor le dió un Cupido
De diamantes. Con su padre
Fingió habérsele perdido;
Y él tambien fingió venir
Á buscarle de camino,
Con unas cartas.)

DON DIEGO.

(*Ap. á él.* Moron,
¿Antes no hubieras venido
Porque me hubieras sacado
De aqueste confuso abismo?)
(*Ap.* Pero ya con un secreto
Hoy dos intentos consigo:
El uno, el crédito; el otro,
Que el viejo quede advertido
De su amor, porque despues
Yo llegue á ser el marido
De su hija.)—Perdonad, (*A Leonardo.*)
Que un criado me ha traido
Un recado que me importa.

LEONARDO.

Disculpado estáis conmigo.
Pero ¿qué me respondeis
De esotro?

DON DIEGO.

Yo he pretendido
Disimular hoy con vos
Mi ciencia, por no deciros
Cosas que os han de pesar;
Mas puesto que habeis querido
Apremiarme, esta mañana
La misma figura he visto;
Que su prima me avisó
De cómo se habia perdido.
Un hombre, que en vuestra casa
Hoy vestido de camino
Ha entrado, tiene la joya.
Por aquesto me he fingido
Ignorante: perdonadme,
Si os pesare de lo dicho.

LEONARDO.

(*Ap.* ¡Lo que la necesidad
Hace! ¿Aquel hombre, que vino
De Zaragoza, ese tiene
La joya? Mas ¡qué mal hizo
Naturaleza en poner
En aquel talle aquel vicio!)
¿Veis, Don Diego, cómo yo

Digitized by Google

Nunca me engaño? Si digo
Una vez: «Este hombre sabe»,
Es cierto. Ahora os suplico
Que vais á verme esta noche,
Que habeis de cenar conmigo.

DON DIEGO.

Bésôs las manos.

LEONARDO.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON ANTONIO, MORON.

DON DIEGO.

Don Antonio, ¿habeis oido
Otro cuento como este?

DON ANTONIO.

A tiempo llegó el aviso;
Que si no, el viejo apretaba
Lindamente.

DON DIEGO.

¿Si ha tenido
Pensamiento de pedirle
La joya?

DON ANTONIO.

Pues yo imagino
Que va á buscarle con ese
Intento.

MORON.

El enredo es lindo,
Si él le prende por ladron,
O por yerno, que es lo mismo;
Pues de la hacienda y la vida
Entrambos son enemigos.

DON DIEGO.

¡De bravo aprieto salí!

DON ANTONIO.

Que era imposible imagino,
Desengañarle.

ESCENA XIII.

OTÁÑEZ. — DICHOS.

OTÁÑEZ.

Señor
Don Diego, por quien se dijo
Lo de *¡oh qué lindo Don Diego!*
Pues sois el Don Diego lindo,
A suplicaros me atrevo
Un poco, por haber sido
Criado de una señora
Que vos amais y yo sirvo.

DON DIEGO.

Ya os conozco. ¿Qué quereis,
Buen Otáñez?

OTÁÑEZ.

Yo he vivido
Mucho tiempo muy reglado,
Con cuya cuenta he podido,
Para pasar mi vejez,
Juntar algun dinerillo.
Quisiera irme á la montaña,
Y por temer los peligros
Que á un hombre, y mas con dineros,
Suceden en los caminos,
Y por ahorrarme la costa,
Humildemente os suplico.
Que me envieis á mi tierra
Por encanto; pues yo he oido
Que llegaré, si quereis,
En un instante muy chico.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¿Puede haber llegado á mas?...

MORON.

Este encanto ó este hechizo
A mí me toca, señor;
Y así por merced te pido
Me le remitas á mí.

DON DIEGO.

Otáñez, en mucho estimo
El hacer algo por vos.
Id al punto á preveniros;
Que esta noche habeis de ir.
Moron estará advertido
De lo que ha de hacer.

OTÁÑEZ.

Señor,
Deste Moron no me fio.

DON DIEGO.

¡Pues atreveráse á hacer
Mas de lo que yo le digo?
(*Vanse Don Antonio y Don Diego.*)

ESCENA XIV.

MORON, OTAÑEZ.

MORON.

Mucho me pesa por vos
Hacer nada; mas ya ha visto
Que he de obedecer por fuerza
A mi amo.

OTÁÑEZ.

Pues yo afirmo
Que no lo habeis de perder.

MORON.

¡Ea pues, seamos amigos!
Y lo que ahora habeis de hacer,
Es poneros de camino
Botas y espuelas. Si acaso
Teneis algun papahigo[1],
Ponéosle; que es menester
Que lleveis muy grande abrigo,
Porque en las sierras de Aspa
Hace temerario frio;
Aunque vos en esta vida
Mas veces habreis temido
Aspa y fuego, que aspa y nieve.

OTÁÑEZ.

Mentís, que no soy judío.

MORON.

En fin, si aquesto ha de ser
Del modo que os significo,
Habeis de estar á la puerta
De vuestro jardin en hilo
De las ocho.

OTÁÑEZ.

Pues yo voy
A prevenirme.

MORON. (*Ap.*)

¡Por Cristo,
Viejo del gato encerrado,
Que en la trampa habeis caido!
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XV.

DON JUAN, *y luego* LEONARDO.

DON JUAN.

Llegó el felice dia
Del fin dichoso de la pena mia;
Que fué, por mi obediencia,
Verdadera prision, fingida ausencia.
Con este engaño, ya seguro puedo
Ver á mi bien sin que me causen miedo
Recelos de Leonardo,
Cuya amistad hacer eterna aguardo.
(*Sale Leonardo.*)

LEONARDO.

(*Ap.* El es: tiemblo de hablalle.
¡Que un mozo desta cara y deste talle
Hiciese tal! A no tener María
Su gusto aquí, por vida suya y mia,
Que no se la pidiera... y he tenido
Vergüenza de miralle.
Pero no me daré por entendido
De que él la hurtó.) Yo vengo,
Don Juan; buscándôs.

DON JUAN.

Desde aquí me tengo
Por dichoso, si ha sido
Para mandarme; porque agradecido
Al favor, he deseado
Serviros.

LEONARDO.

(*Ap.* ¡Qué cortés! ¡qué bien hablado!
¡Gran lástima es, por cierto,
Que veneno tan vil esté encubierto
En tan hermoso vaso.)
Yo he venido, Don Juan, vamos al caso,
A vos porque he sabido
Que una joya teneis, que hoy se ha perdido
En mi casa.

DON JUAN.

¡Señor...! ¿Cómo?

LEONARDO. (*Ap.*)

Turbado,
¡Qué presto su delito ha confesado!

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cielos! ¡qué es lo que he oido!

LEONARDO.

No digo yo que vos habeis tenido
La culpa, si no aquella
Mano de quien la hubisteis.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Fuerte estrella
Es la mia!

LEONARDO.

Ni dudo,
Don Juan, que quien la dió, darla no pudo.
Vos estais disculpado,
Pues al fin la tomasteis engañado.
(*Ap.* Así un error tan grave
Le pretendo dorar.)

DON JUAN.

(*Ap.* Todo lo sabe.
Pero, por Dios, María,
Que aquí toda la culpa ha de ser mia.)
Señor...

LEONARDO.

Yo no pretendo,
Don Juan, satisfaccion.

DON JUAN.

Dártela entiendo,
Para que de tu engaño
Llegues con mi vergüenza al desengaño.
La joya yo la tengo:
Vesla aquí. La disculpa, que prevengo,
No es para mí. Yo he sido
Solamente, señor, quien ha tenido
Culpa; que te ha engañado
Quien te dijo que nadie me la ha dado.

LEONARDO. (*Ap.*)

Tanto su error le ciega,
Que se le encubro yo, y él no lo niega.

[1] Montera con una vuelta, que echada hácia abajo cubria cuello y barba.

Digitized by Google

DON JUAN.

Yo solo...

LEONARDO.

Don Juan, mira
Que yo sé la verdad.

DON JUAN.

Pues fué mentira.
(*Ap.* ¡Que esté un hombre tan ciego,
Que cuando de su honor á darle llego
Satisfaccion, se culpa
Tanto, que aun no me admite la disculpa!
Y pues me da ocasion con disculparme,
El camino mejor es declararme.)
Señor, pues se ha sabido
Quién la joya me dió...

LEONARDO. (*Ap.*)

Mas advertido
Don Juan se ha reparado
Con la misma disculpa que le he dado.

DON JUAN.

Sabrás que há muchos dias,
Que con piedad oyó las quejas mias.

LEONARDO.

(*Ap.* Ya se va disculpando.)
Don Juan...

DON JUAN.

(*Ap.* Ya se va holgando
De que su agravio diga,
Como lo sabe y el honor le obliga.)
Yo, como habrás sabido,
Aunque pobre, señor, soy bien nacido.
Disculpas son forzosas...

LEONARDO.

Mozo fuí, no me espanto de esas cosas.

DON JUAN.

Pues que mi bien dispones,
Por quitarme de aquestas ocasiones
Honra la humildad mia
Hoy con la celestial Doña María,
Y cesará con esto
Causa que en tal peligro nos ha puesto.
Advierte...

LEONARDO.

¡Poco á poco,
Don Juan. (*Ap.* Este hombre es loco.
Porque él ladron no sea,
Quiere que yo le case (¡hay quien tal
Con mi hija. ¡Y qué presto [crea?)
Dijo que la ocasion cesa con esto!
Hurte cuanto quisiere;
Mas casar con mi hija, no lo espere.
No sin causa Don Diego le avisaba,
Que un casamiento tal la amenazaba.)
Don Juan, yo te prometo...

DON JUAN.

¿A tu hija, señor?

LEONARDO.

Basta el secreto. (*Vase.*)

DON JUAN.

¿Pues cómo me ha dejado
Leonardo así, despues de haberme da-
Ocasion que pidiese...? [do
¿Dísela yo para que así se fuese?
¿Cómo, si ya sabia
Quién la joya me dió, y quién la tenia,
No remedió sus daños?
De un engaño salieron mil engaños.

ESCENA XVI.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.—DON JUAN.

DOÑA VIOLANTE.

Señor Don Juan, no creia
Que, aunque pudo en tal violencia
Faltar la correspondencia,
Pudiese la cortesía.
Tambien la voluntad mia
Se acabó; mas no por eso
Os olvido, pues confieso
Que os quise.

DON JUAN.

(*Ap.* Eso me faltó
Ahora, para que yo
De una vez perdiese el seso.)
Dijistes que en vuestra casa
No entrase: yo he obedecido,
Por estar mas encendido
Otro fuego que me abrasa.
Corrió el tiempo, el gusto pasa:
Si vos mismo me mandais,
Que no os vea, ¿qué os quejais,
Si os obedezco?

DOÑA VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Qué bien
Sabe fingir el desden!

DON JUAN.

Mirad, pues, qué me mandais.

DOÑA VIOLANTE.

(*Ap.* ¡Qué bien su amor encubrió!)
Que mil años os goceis
Con la dama que quereis.
(*Ap.* Bien digo, pues que soy yo.)
¿Veréisme esta noche?

DON JUAN.

No.

DOÑA VIOLANTE.

No os reñirá esa señora
A quien vuestro pecho adora,
Que yo sé que se holgará.
(*Ap.* Pues que soy yo, claro está
Que he de holgarme.)

DON JUAN.

Dadme agora
Licencia...

DOÑA VIOLANTE.

¿Por qué mostrais
Estar aquí con disgusto,
Si yo sé que teneis gusto,
Don Juan, de estar donde estais?
Si me quereis, si me amais,
Ya es la entereza sobrada.

DON JUAN.

Estais, por Dios, engañada;
Que despues que otro sol vi,
Sois, Violante, para mí
La cosa mas olvidada. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

¿Hase visto ni se ha oido
En un hombre enamorado
Desprecio tan mal fundado
Ni desden tan bien fingido?

QUITERIA.

Antes presumo que ha sido
Verdad, cuando á mirar llego
Que en un engaño tan ciego
Te quieres asegurar.

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues esto puede faltar,
Si me lo ha dicho Don Diego?

QUITERIA.

Lo que yo he visto es que aquí
Hizo tan notable exceso.

DOÑA VIOLANTE.

Pues ¿vesle? con todo eso
Se va muriendo por mí.

QUITERIA.

¿A eso te persuades?

DOÑA VIOLANTE.

Sí.
Con aquel desden prolijo,
Mas me alegro que me aflijo.

QUITERIA.

Mira que el tiempo se muda.

DOÑA VIOLANTE.

¿Esto puede tener duda,
Si Don Diego me lo dijo?

ESCENA XXVIII[1].

DON CARLOS.—DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DON CÁRLOS.

Si tu luz hermosa sigo,
Escucha, hermosa Violante,
Oye un declarado amante
Que ha sido encubierto amigo.
Aunque hoy mis penas te digo,
Testigos fuéron los cielos
De que lloré sus desvelos.

DOÑA VIOLANTE. (*Ap.*)

Don Juan, con venganza extraña,
Engáñese quien engaña,
Tenga celos quien da celos.
A Cárlos he de fingir
Que quiero, para probar
Si celos se saben dar
Como se saben pedir.

DON CÁRLOS.

Si no me atreví á decir
Mi aficion, fué por temer...

DOÑA VIOLANTE.

Bien la supe conocer,
Si pagarla no he sabido,
Porque no le es permitido
Declararse á una mujer.
Cárlos, vergüenza y respeto
Tuvieron la lengua muda.

DON CARLOS. (*Ap.*)

Ya del hechizo, sin duda,
Se va mostrando el efeto.

DOÑA VIOLANTE.

La vida y alma os prometo,
Cárlos, cuando á tanto fuego
Turbada á abrasarme llego.
(*Vase con Quiteria.*)

DON CÁRLOS.

Al fin la supe obligar.
Mas ¿esto pudo faltar,
Si me lo dijo Don Diego?

—

Jardin en casa de Leonardo.

ESCENA XIX.

OTAÑEZ, *muy galan, con botas y espuelas; despues* MORON.

OTÁÑEZ.

¡Adios, Madrid! desta vez
No pienso volver á verte,
Que va á buscar buena muerte
Quien tuvo mala vejez.
¿Habrá cosa mas extraña,
Que viéndome anochecer
En Madrid, amanecer
En medio de la montaña?
Este fuera buen estilo,
Aunque costara dineros,

[1] Esta escena falta en la edicion de 1653.

Digitized by Google

Por no tratar con venteros.
¿Si serán las ocho en hilo?
¿Cómo no viene Moron?
(*Sale Moron.*)

MORON.

Yo estoy aquí. ¿Venís ya
Prevenido?

OTÁÑEZ.

Todo está,
Amigo, puesto en razon.

MORON.

¡Qué cabalgadura os tengo!

OTÁÑEZ.

No entendí que hasta este dia
Mozos de diablos habia,
Como de mulas.

MORON.

Prevengo
Que aunque mucho ruido oigais
De voces muy lastimosas,
Confusiones ú otras cosas,
Ni os turbeis ni lo temais.
En llegando, os quitarán
Los cordeles con extraña
Presteza, y en la montaña
Muy contento os dejarán,
Muy alegre y descansado.

OTÁÑEZ.

No me suceda un desastre.
¿Qué mula tendré?

MORON.

Es un sastre
Antiguo, que ha profesado
Ya de demonio. Tapaos
Con esa capa muy bien,
Y yo los ojos tambien
(*Le venda los ojos.*)
Os vendaré. Arrebozaos
Con mucho brío, eso sí.
Ya está aquí el diablo: saltad.

OTÁÑEZ.

¡Jo, demonio!

(*Moron hace á Otáñez ponerse á caballo en un banco, en el fondo del jardin.*)

MORON.

Ahora tomad (*Dale una cuerda.*)
Esa rienda, y porque así
Vais mas seguro, yo quiero
Ataros contra la silla. (*Lo hace.*)

OTÁÑEZ.

Tened de un pobre mancilla,
No ateis tan fuerte.

MORON. (*Apartándose.*)

Escudero,
Que por esos aires vas...

OTÁÑEZ.

Ya siento que voy volando;
Que la voz se va quedando.

MORON.

Camina con Barrabas. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON JUAN, DOÑA MARIA.—OTAÑEZ.

DOÑA MARÍA.

¿Que mi padre te pidió
La joya?

DON JUAN.

A enojo tan fuerte
Mil disculpas le previne,
Todas á efecto de hacerme
Culpado, porque quedases
En su concepto inocente.

DOÑA MARÍA.

Don Juan, yo tuve la culpa
Pues que por satisfacerle,
Hice por la joya extremos,
Que obligaron á que fuese
A un astrólogo, que ha sido
Contrario de tu amor siempre.
Pero aunque planetas, signos
Y estrellas en sus celestes
Globos influyan rigores,
Y contra tí se concierten,
No ha de dejar de ser tuya
La que por suyo te tiene,
Y la que te da su mano.

DON JUAN.

Deja que infinitas veces
En ella ponga la boca,
Para que en su hermosa nieve
Ocupado el labio, tenga
Disculpa el no responderte.

OTÁÑEZ. (*Para sí.*)

Que paso sin duda ahora
Por algun lugar parece,
Porque en el aire he escuchado
Hablar á diversas gentes.

ESCENA XXI.

BEATRIZ, *asustada.* — DICHOS.

BEATRIZ.

¡Ay señora! mi señor
Con el convidado viene.
¿Qué hemos de hacer?

DOÑA MARÍA.

¿No podrás
Llevarle tú á mi retrete?

BEATRIZ.

No, que ya está en el jardin.

DOÑA MARÍA.

Mi señor la llave tiene
De esta puerta.

DON JUAN.

¿Qué he de hacer
Pues?

DOÑA MARÍA.

Fuerza será esconderte
Detras de aquellos jazmines.
(*Escóndese Don Juan.*)

ESCENA XXII.

DON DIEGO, DON ANTONIO, LEONARDO, MORON. — DOÑA MARIA, BEATRIZ, OTAÑEZ.

DON DIEGO.

¡Qué agradable vista ofrece
Este jardin! Bien le adorna
Con su hermosura esta fuente;
Buena es esta galería.

OTÁÑEZ. (*Para sí.*)

Ya es otro lugar aqueste,
Pues, de las que oí no há mucho,
Son las voces diferentes.
O están los lugares cerca,
O yo ando mucho.

DON ANTONIO. (*A Doña María.*)

Tenedme
Por vuestro humilde criado.

LEONARDO.

Esta es tu joya.

DOÑA MARÍA.

Advierte
Que yo no tuve...

LEONARDO.

Ya sé
La poca culpa que tienes.

ESCENA XXIII.

DOÑA VIOLANTE, DON CARLOS. — DICHOS.

DOÑA VIOLANTE.

He de entrar hasta su cuarto.

DON CÁRLOS.

Violante, aguarda, detente.

LEONARDO.

¿Qué es esto?

DON CÁRLOS.

Escucha, Violante.

DOÑA VIOLANTE.

No te espantes de que entre
Así, Leonardo, en tu casa;
Que tales licencias tiene
En los hombres el engaño
Y el desprecio en las mujeres.
Yo vengo siguiendo á un hombre,
Que es el que á tu hija quiere,
Y está escondido en tu casa.

LEONARDO.

¡En mi casa! ¡Injusta suerte!

OTÁÑEZ. (*Para sí.*)

Las voces son lastimosas,
Que prevenidas me tiene
Moron: no hay de qué espantarme.

DON DIEGO.

Escucha, señor, advierte...

DOÑA VIOLANTE.

No creas á este embustero,
Porque en cuanto dice miente.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué ha de ser de mí?

LEONARDO.

¿Qué es esto, ingrata? ¡Así ofendes
A la sangre mas honrada!
¿Qué es de ese hombre?

DOÑA MARÍA.

¿Qué puede
Responder á quien á un tiempo
Celos y desdichas vienen,
Si es que celos y desdichas
Ser cosas distintas suelen?

LEONARDO.

No ha de quedar en mi casa
Un átomo que no queme.

DON ANTONIO.

Un hombre está atado aquí.

LEONARDO.

¡Atado! ¿qué encanto es este?
¿Pues es el de Falerina
Mi jardin?

MORON.

Aquí parece
El pobre Otáñez. (*Ap.* Mi burla
Vino á salir excelente.)

LEONARDO.

¡Hombre aquí! ¿Quién puede ser?

DON CÁRLOS.

Ya están rotos los cordeles.

Digitized by Google

OTÁÑEZ.

Ya he llegado. ¡Oh patria mia,
Deja que tu tierra bese
Agradecido! Qué bien
Conozco yo estas paredes!
En fin, nací aquí.

LEONARDO.

¡Qué miro?
¡Cielos! ¿No es Otáñez este?
¿Qué es esto, Otáñez?

OTÁÑEZ.

¡Jesus!
Pues tú, señor, ¿tambien vienes
A las montañas? ¿A qué?

LEONARDO.

¡Muy á propósito ofreces
Una burla á tantas véras!

OTÁÑEZ.

Mucho me huelgo de verte
Donde sepas mi hidalguía.

MORON.

Figurilla de bufete,
En Madrid estais.

OTÁÑEZ.

Por Dios
Que es verdad. ¡Jesus mil veces!
(Éntrase Doña Violante, y vuelve á salir con Don Juan.)

ESCENA XXIV.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN. — DICHOS.

DOÑA VIOLANTE.

Este es el hombre.

LEONARDO.

¿Qué dices?
¿El hombre?... Aun mas daño es ese.
¿Un ladron habia de ser
El que á mi hija pretende?

DON JUAN.

No soy ladron; que ella misma,
Que mi humildad favorece,
Me dió la joya, y yo quise,
Por disculparla, ofenderme.
Pobre soy; pero mi sangre,
Por mayor lustre, merece
En tu enojo mas piedad.
Si ya es cierto que previene
Su estrella pobre marido,
Dime, señor, ¿con quien puedes
Cumplir el hado mejor?

LEONARDO.

(Ap. ¡Honor, otro caso es este!
Y para templar el daño,
Consejo muda el prudente.)
Dale la mano á María;
Porque quiero desta suerte,
Que de mi honor las sospechas
Todas satisfechas queden.

DON JUAN.

¡Dichoso soy!

DOÑA MARÍA.

¿Ves, Don Diego,
Como, aunque fingidamente,
Descubriendo mis secretos,
Quisiste estorbar mil veces
Mi casamiento, en efecto
No pudiste? Luego miente
Tu ciencia.

DOÑA VIOLANTE.

¿Ves cómo á mí
Me dijiste que estuviese
Segura que me queria
Don Juan, y al llegar á verle,
Le hallo casado con otra?
¡Mal haya, amen, quien os cree,
Astrólogos mentirosos!

DON CÁRLOS.

¿Ves, Don Diego, cómo hacerme
De Violante firme amante
Prometiste, y locamente
Viene á buscar á Don Juan,
Celosa de sus desdenes,
Sin acordarse de mí?
Luego no hay cosa en que aciertes.

OTÁÑEZ.

¿Ves como á mí me dijiste
Que iria my brevemente
A la montaña, y me estoy
En Madrid?

BEATRIZ.

Señores, cesen
Los baldones; que harto ha hecho
Hasta ahora en defenderse,
No siendo astrólogo.

LEONARDO.

¿No?

BEATRIZ.

Ya mi señora no pierde,
Supuesto que está casada,
En cuanto llegue á saberse. —
Yo le dije tus amores *(A su ama.)*
A Moron.

MORON.

Y brevemente
Yo se los dije á Don Diego.

DON ANTONIO.

Y él á mí.

DON CÁRLOS.

Yo estoy presente,
A quien vos se lo dijisteis,
Porque yo estaba inocente,
Y se lo dije á Violante.

MORON.

¡Muy lindo secreto es este!

DON ANTONIO.

¡Qué frio os habeis quedado!

DON DIEGO.

¿Alguno obligarme puede
A mas que á no adivinar?
Pues yo juro eternamente
De dejar mi astrología.
Esta boda se celebre,
Para que con su contento
Supla las faltas que tiene
Un *Astrólogo fingido*,
Si tantas perdon merecen.

Digitized by Google

Digitized by Google

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA.

PERSONAS.

EL REY DON SEBASTIAN.
DON LOPE DE ALMEIDA.
DON JUAN DE SILVA.
DON LUIS DE BENAVIDES.
DON BERNARDINO, *viejo*.
EL DUQUE DE BERGANZA.
DOÑA LEONOR, *dama*.
SIRENA, *criada*.
MANRIQUE, *criado*.
CELIO, *criado*.
UN BARQUERO.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.

La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una quinta del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON LOPE.

Otra vez, gran señor, os he pedido
Esta licencia, y otra habeis tenido
Por bien mi casamiento;
Mas yo que siempre, á tanta luz atento,
Vivo en vuestro semblante, vengo á da- [ros
Cuenta de mi eleccion, y á suplicaros
Que en vuestra gracia pueda
Colgar las armas, y que Marte ceda
A Amor la gloria, cuando en paz reciba,
En vez de alto laurel, sagrada oliva.
Yo os he servido, y solamente espero
Esta merced por galardon postrero,
Pues con esta licencia venturosa
Hoy saldré á recibir mi amada esposa.

REY.

Yo estimo vuestro gusto y vuestro au- [mento,
Y me alegro de vuestro casamiento;
Y á no estar ocupado
En la guerra que en Africa he intentado,
Fuera vuestro padrino.

DON LOPE.

Eterno dure ese laurel divino
Que tus sienes corona.

REY.

Estimo en mucho yo vuestra persona.
(*Vase el Rey y acompañamiento.*)

ESCENA II.

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Contento estás.

DON LOPE.

Mal supiera
La dicha y la gloria mia
Disimular su alegría.
¡Felice yo, si pudiera
Volar hoy!

MANRIQUE.

Al viento igualas.

DON LOPE.

Poco aprovecha; que el viento
Es perezoso elemento.
Diérame el amor sus alas,
Volara abrasado y ciego;
Pues quien al viento se entrega,
Olas de viento navega,
Y las de amor son de fuego.

MANRIQUE.

Para que desengañarme
Pueda, creyendo que tienes
Causa, dime á lo que vienes
Con tanta prisa.

DON LOPE.

A casarme.

MANRIQUE.

¿Y no miras que es error,
Digno de que al mundo asombre,
Que vaya á casarse un hombre
Con tanta prisa, señor?
Si hoy, que te vas á casar,
Del mismo viento te quejas,
¿Qué dejas que hacer, qué dejas
Cuando vayas á enviudar?

ESCENA III.

DON JUAN DE SILVA, *en traje pobre*.—DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN. (*Para sí.*)

¡Cuán diferente pensé
Volver á ti, patria mia,
Aquel infelice dia
Que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Pues siempre mejor ha sido,
Adonde no es conocido,
Vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razon
Verme en el mal que me veo.

DON LOPE.

Aguárdate. No lo creo.
¿Si es verdad? ¿Si es ilusion?
¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Don Lope!

DON LOPE.

Dudoso
De tanta dicha, mis brazos
Han suspendido sus lazos.

DON JUAN.

Deteneos, que es forzoso
Que me defienda de quien
Tanto honor y valor tiene;
Que hombre que tan pobre viene,
Don Lope amigo, no es bien
Que toque (¡oh suerte importuna!)
Pecho de riquezas lleno.

DON LOPE.

Vuestras razones condeno,
Porque si da la fortuna
Humanos bienes del suelo,
El cielo un amigo da
Como vos: ¡ved lo que va
Desde la fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque haceis que aliento cobre,
En mí mayor mal está:
¡Mirad cuán grande será
Mal que es mayor que ser pobre!
Y porque mi sentimiento
Algun alivio prevenga,
Si es posible que le tenga,
Escuchad, Don Lope, atento.
A la conquista famosa
De la India, que eligió
Para su tumba la noche
Y para su cuna el sol,
Amigos, y tan amigos,
Pasamos juntos los dos,
Que asistieron en dos cuerpos
Un alma y un corazon.
No codicia de riqueza,
Sino codicia de honor
Obligó nuestros deseos
A tan atrevida accion,
Como tocar con bajeles
La provincia que ignoró
Por tantos años la ciencia,
Nunca creida hasta hoy.
La nobleza lusitana
De su fortuna fió
Naves, que ciertas exceden
Las fingidas de Jason.
Dejo esta alabanza á quien
Pueda con mas dulce voz
Contar los famosos hechos
Desta invencible nacion;
Porque el gran Luis de Camoens,
Escribiendo lo que obró,
Con pluma y espada muestra
Ya el ingenio y ya el valor
En esta parte. Despues,
Don Lope invicto, que vos,
Por muerte de vuestro padre,
Volvisteis, me quedé yo,
Bien sabeis con cuánta fama
De amigos y de opinion,
Que ahora perdidos hacen
El sentimiento mayor.
Pero en efecto es consuelo:
¡Ved si desgraciado soy,
Que nunca le dí, malquisto,
A la fortuna ocasion!
Habia en Goa una señora,
Hija de un hombre á quien dió
Grande cantidad de hacienda
Codicia y contratacion.
Era hermosa, era discreta;
Que, aunque enemigas las dos,
En ella hicieron las paces
Hermosura y discrecion.
Servíla tan venturoso,
Que merecí algun favor;

Digitized by Google

Pero ¿quién ganó al principio,
Que á la postre no perdió?
¿Quién fué ántes tan felice,
Que despues no declinó?
Porque son muy parecidos
Juego, fortuna y amor.
Don Manuel de Sosa, un hombre
(Hijo del gobernador
Manuel de Sosa) por sí
De mucha resolucion,
Muy valiente, muy cortés,
Bizarro y cuerdo (que yo,
Aunque le quité la vida,
No he de quitarle el honor),
De Violante enamorado,
(Que este es el nombre que dió
Ocasion á mi ventura
Y á mi desdicha ocasion)
En Goa públicamente
Era mi competidor.
Poco cuidado me daba
Su amorosa pretension;
Porque siendo, como era,
El favorecido yo,
La pena del despreciado
Hizo mi dicha mayor.
Un dia, que el sol hermoso
Saliera (¡ pluguiera á Dios,
Sepultara eterna noche
Su continuo resplandor!),
Salió con el sol Violante:
Bastaba pedirle yo
Que aun el uno no saliera,
Para que salieran dos.
De criados rodeada
A la marina llegó,
Donde estaba mucha gente,
Porque en aquella ocasion
Había llegado una nave
Al puerto, y su admiracion
Dió causa á aqueste concurso,
Y á mi desdicha la dió.
Estábamos en un corro
De mucha gente los dos,
Todos soldados y amigos,
Cuando á la vista pasó
Violante. Iba tan airosa,
Que allí ninguno dejó
De poner el alma en ella,
Porque su planta veloz
Era el móvil que llevaba
Tras sí la imaginacion.
Dijo un capitan: —¡Qué bella
Mujer!— A quien respondió
Don Manuel: —Y como tal
Ha sido la condicion.
—Será cruel.— No por eso
Lo digo (le replicó),
Sino por ver que ha escogido,
Como hermosa, lo peor.—
Yo entónces dije: Ninguno
Sus favores mereció,
Porque no hay quien los merezca;
Y si hay alguno, soy yo.
—Mentís, dijo. Aquí no puedo
Proseguir, porque la voz
Muda, la lengua turbada,
Frio el cuerpo, el corazon
Palpitante, los sentidos
Muertos y vivo el dolor,
Quedan repitiendo aquella
Afrenta. ¡Oh tirano error
De los hombres! ¡Oh vil ley
Del mundo! ¡Que una razon,
O que una sinrazon pueda
Manchar el altivo honor
Tantos años adquirido,
Y que la antigua opinion
De honrado quede postrada
A lo fácil de una voz!
¡Que el honor, siendo un diamante,
Pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)
Abrasarle y consumirle,
Y que siendo su esplendor
Mas que el sol puro, un aliento
Sirva de nube á este sol!
Mucho del caso me aparto,
Llevado de la pasion.
Perdonad, vuelvo al suceso.
Apenas él pronunció
Tales razones, Don Lope,
Cuando mi espada veloz
Pasó de la vaina al pecho,
Tal que á todos pareció
Que imitaron trueno y rayo
Juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre,
Muerto en la arena cayó,
Cuando para mi defensa
Tomé una iglesia, á quien dió
En aquel sitio lugar
La sagrada religion
De Francisco; que por ser
Su padre el gobernador,
Me fué forzoso esconderme
Con tanto asombro y temor,
Que tres dias un sepulcro
Habité vivo. ¿Quién vió
Que siendo el contrario el muerto,
Fuese el sepultado yo?
Al cabo de los tres dias,
Por amistad y favor,
El capitan de la nave
Que á nuestro puerto llegó,
Y que á Lisboa venía,
En ella me recibió
Una noche, cuyo manto
Fué de mi vida ocasion.
En esta nave escondido
Estuve, hasta que el veloz
Monstruo del viento y del agua
Los piélagos dividió
De Neptuno. ¡ Injusto engaño
De la vida! O su pasion
No dé por infame al hombre
Que sufre su deshonor,
O le dé por disculpado
Si se venga; que es error
Dar á la afrenta castigo,
Y no al castigo perdon.
Hoy he llegado á Lisboa,
Adonde tan pobre estoy,
Que no osaba entrar en ella.
Estas mis fortunas son,
Ya no tristes, sino alegres,
Pues me dieron ocasion
De llegar á vuestros brazos.
Estos mil veces os doy,
Si un hombre tan infelice
Puede merecer de vos,
O gran Don Lope de Almeida,
Tal merced, honra y favor.

DON LOPE.

Atentamente escuché,
Don Juan de Silva, las quejas,
Que en lágrimas anegadas
Dais desde el pecho á la lengua,
Y atentamente he pensado
Que no hay opinion que pueda,
Por mas sutil que discurra,
Tener dudosa la vuestra.
¿Quién, en naciendo, no vive
Sujeto á las inclemencias
Del tiempo y de la fortuna?
¿Quién se libra, quién se excepta
De una intencion mal segura,
De un pecho doble, que alienta
La ponzoña de una mano
Y el veneno de una lengua?
Ninguno. Solo dichoso
Puede llamarse el que deja,
Como vos, limpio su honor
Y castigada su ofensa.
Honrado estáis: negras sombras
No deslustren, no oscurezcan
Vuestro honor antiguo, y hoy
En nuestra amistad se vea
La virtud de aquellas plantas,
Tan conformemente opuestas,
Que una con calor consume,
Y otra con frialdad penetra,
Siendo veneno las dos,
Y estando juntas, se templan
De suerte, que son entónces
Salud mas segura y cierta.
Vos estáis triste, yo alegre:
Partamos la diferencia
Entre los dos, y templando
El contento y la tristeza,
Queden en igual balanza
Mi alegría y vuestra pena,
Mi gusto y vuestro dolor,
Mi ventura y vuestra queja,
Porque el pesar ó el placer
Matar á ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
Por poder, con la mas bella
Mujer... (Mas para ser propia
Es lo ménos la belleza.)
Con la mas noble, mas rica,
Mas virtuosa y mas cuerda
Que pudo en el pensamiento
Hacer dibujos la idea.
Doña Leonor de Mendoza
Es su nombre, y hoy con ella
Don Bernardino mi tio
Llegará á Aldea Gallega,
Donde salgo á recibirla
Con tan venturosas muestras
Como veis; y un bello barco
Tan venturoso la espera,
Que juzga por perezosas
Hoy del tiempo las lijeras
Alas; porque el bien que tarda,
No llega bien cuando llega.
Esta es mi dicha, mayor
Por ver cuánto la acrecienta
Vuestra venida, Don Juan.
No os dé temor, no os dé pena
Venir pobre; rico soy:
Mi casa, amigo, mi mesa,
Mis caballos, mis criados,
Mi honor, mi vida, mi hacienda,
Todo es vuestro. Consolaos
De que la fortuna os deja
Un amigo verdadero,
Y que no ha tenido fuerza
Contra vos quien no os quitó
Ese valor que os alienta,
Esa alma que os anima,
Y este brazo que os defienda.
No me respondais, dejad
Las cortesanas finezas,
Entre amigos excusadas,
Y venid adonde sea
Testigo vuestra persona
De la dicha que me espera;
Que hoy en Lisboa ha de entrar
Mi esposa, y estas tres leguas
De mar (para mí de fuego)
Hemos de venir con ella;
Que de esotra parte está
Sin duda.

DON JUAN.

Pues no pretenda
Con mi humildad deslucirse,
Don Lope, vuestra nobleza,
Porque el mundo, no la sangre,
Sino el vestido, respeta.

DON LOPE.

Ese es engaño del mundo,
Que no ve ni considera
Que al cuerpo le viste el oro,
Pero al alma la nobleza.

Digitized by Google

Venid conmigo. (*Ap.* Suspiros,
Ofreced viento á las velas,
Si es que en los mares del fuego
Bajeles de amor navegan.)
(*Vanse los dos.*)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar
En alguna barca destas,
Que llaman muletes, y hoy
Siendo cojo con muletas,
Pediré á mi nueva ama
Las albricias de que llega
Su esposo; que el primer dia
Da las albricias cualquiera,
Porque sale de forzada,
Si es lo mismo que doncella. (*Vase.*)

—

Campo cercano á Aldea Gallega.

ESCENA IV.

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON BERNARDINO.

En la falda lisonjera
Deste monte coronado
De flores, donde ha llamado
A cortes la primavera,
Puedes descansar, en tanto,
Bella Leonor, que dichoso
Llega Don Lope tu esposo.
Y perdona al dulce llanto,
Aunque no es gran maravilla
Que con sentimiento igual,
A vista de Portugal
Te despidas de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Ilustre Don Bernardino
De Almeida, mi tierno llanto
No es ingratitud á tanto
Honor como me previno
La suerte y la dicha mia.
Viendo tan cercano el bien,
Gusto ha sido; que tambien
Hay lágrimas de alegría.

DON BERNARDINO.

Cuerdamente te disculpa
La discrecion lisonjera;
Y aunque por disculpa fuera,
Te agradeciera la culpa.
Yo quiero dar mas lugar
A divertir la porfía
De aquesta melancolía.
Aquí puedes descansar,
Venciendo el rigor aquí
Del sol, que en sus rayos arde.
El cielo tu vida guarde. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¿Fuése ya, Sirena?

SIRENA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

¿Óyenos alguien?

SIRENA.

Sospecho
Que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.

Pues salga mi pena (¡ay Dios!)
De mi vida y de mi pecho.
Salga en lágrimas deshecho
El dolor que me provoca,
El fuego que al alma toca,
Remitiendo sus enojos
En lágrimas á los ojos,
Y en suspiros á la boca.
Y sin paz y sin sosiego
Todo lo abrasen veloces,
Pues son de fuego mis voces
Y mis lágrimas de fuego.
Abrasen, cuando navego
Tanto mar y viento tanto,
Mi vida y mi fuego cuanto
Consume el fuego violento,
Pues mi voz es fuego y viento,
Mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA.

¿Qué dices, señora? Advierte
En tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR.

¿Tú que sabes mi dolor,
Tú que conoces mi muerte,
Me reportas desta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA.

Tu inútil queja escuchando
Estoy.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿cuándo
Son inútiles las quejas?
Quéjase una flor constante
Si el aura sus hojas hiere,
Cuando el sol caduco muere
En túmulos de diamante;
Quéjase un monte arrogante
De las injurias del viento,
Cuando le ofende violento;
Y el eco, ninfa vocal,
Quejándose de su mal,
Responde el último acento.
Quéjase, porque amar sabe,
Una hiedra, si perdió
El duro escollo que amó;
Y con acento süave
Se queja una simple ave
Del que la cogió á traicion[1],
Y en la dorada prision
Así aliviarse pretende,
Que al fin la queja se entiende,
Si se ignora la cancion.
Quéjase el mar á la tierra,
Cuando en lenguas de agua toca
Los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
Rayos, que al mundo hacen guerra:
¿Qué mucho pues que mi aliento
Se rinda al dolor violento,
Si se quejan monte, piedra,
Ave, flor, eco, sol, hiedra,
Tronco, rayo, mar y viento?

SIRENA.

Sí, mas ¿qué remedio así
Consigues desesperada?
Don Luis muerto y tú casada,
¿Qué pretendes?

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!
Di, Sirena amiga, di,
Don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó,
Me verás en esta calma,
Sin gusto, sin sér, sin alma,
Muerta sí, casada no.
Lo que yo una vez amé,
Lo que una vez aprendí,
Podré perderlo, ¡ay de mí!
Olvidarlo no podré.
¿Olvido donde hubo fe?

[1] Suplido.

Miente amor. ¿Como se hallara
Burlada verdad tan clara?
Pues la que constante fuera,
No olvidara, si quisiera,
No quisiera, si olvidara.
¡Mira tú lo que sentí
Cuando su muerte escuché,
Pues forzada me casé
Solo por vengarme en mí!
Ya la vez última aquí
Se despida mi dolor.
Hasta las aras, amor,
Te acompañé; aquí te quedas,
Porque atreverte no puedas
A las aras del honor.

ESCENA VI.

MANRIQUE. — DOÑA LEONOR, SIRENA.

MANRIQUE.

¡Dichoso yo que he llegado,
Venturoso yo que he sido,
Felice yo que he venido,
Refelice yo que he dado
El primero labio mio
A la estampa dese pié,
Que, lleno de flores, fué
Primavera del estío!
Y pues he llegado á vos,
Beso y vuelvo á rebesar
Cuanto se puede besar,
Sin ofender á mi Dios.

DOÑA LEONOR.

¿Quién sois?

MANRIQUE.

El menor criado
De Don Lope, mi señor
(Mas no el hablador menor),
Que veloz me he adelantado
Por albricias de que viene.

DOÑA LEONOR.

Descuido fué, bien decís[1],
Tomad. Y ¿de qué servís
A Don Lope?

MANRIQUE.

Hombre que tiene
Este humor, ¿ya no os avisa
Que es gentil-hombre su nombre?

DOÑA LEONOR.

¿Y de qué sois gentil-hombre?

MANRIQUE.

De la boca de la risa.
Criado, á quien le prefieren
A los mayores cuidados,
Y es pendanga de criados,
Hecha del palo que quieren:
Cuando guardo, mayordomo;
Cuando algun vestido espero
De mi amo, camarero;
Maestresala, cuando tomo
Para mí el mejor bocado;
Secretario, poco amigo,
Cuando sus secretos digo;
Caballerizo extremado,
Cuando por no andar á pié,
Con achaque de pasealle,
Salgo á caballo á la calle;
Cuando alguna cosa fué
Tal que se guarda de mí,
Soy entónces su vêdor,
Y despues su contador;
Pues á todos desde allí
Lo cuento, á todos lo aviso;
Cuando hurto lo que quiero

[1] Manrique nada ha hablado de *descuido* en el razonamiento que ha dicho. Deben faltar algunos versos.

Digitized by Google

De la plaza, repostero;
Despensero, cuando siso;
Soy valiente cuando huyo;
Y soy su cochero el dia
Que sus amores me fia;
Y así claramente arguyo
Que soy por tan varios modos,
Sirviéndole siempre así,
Cada oficio de por sí,
Y murmurándole, todos.
(*Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.*)

ESCENA VII.

DON BERNARDINO, DON LUIS Y CELIO, *que se quedan léjos de*—DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE.

DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes,
Que hoy son piedras, y rayos fuéron án-
Del sol, que perficiona y ilumina [tes
Rústico grano en la abrasada mina.
Paso desde Lisboa hasta Castilla,
Y en esta aldea vi la maravilla
Del cielo, reducida en una dama
Que acompañais; y luego de la fama
Supe que va casada ó á casarse.
Y como suele en todas emplearse
Este caudal mas bien, porque las bodas
En la gala y la joya empiezan todas,
Enseñaros quisiera algunas dellas,
Que no son mas lucientes las estrellas,
Por ver si la ocasion con el deseo
Hacen en el camino algun empleo.

DON BERNARDINO.

La prevencion y la advertencia ha sido
Acertada. A buen tiempo habeis venido,
Pues yo, por divertirla y alegrarla
(Que está triste), una joya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero
A prevenirla.

DON LUIS.

Pues ahora quiero
Que la lleveis, señor, para bastante
Prueba de mi verdad, este diamante;
(*Dásele.*)
Que visto su valor y su excelencia,
No dudo yo, señor, que os dé licencia
De llegar á sus piés.

DON BERNARDINO.

¡Es piedra rara! [ra!
¡Qué fondo! qué caudal! qué limpia y cla-
Aquí, divina Leonor, (*Llégase á ella.*)
Ha llegado un mercader,
En cuya mano has de ver
Joyas de grande valor,
Ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar;
Que yo te quiero feriar
Lo que te agradare dellas.
Este diamante, farol
Que con luz hermosa y nueva,
Para su limpieza prueba
Ser luciente hijo del sol,
Viene por testigo aquí.
Toma el diamante. (*Dásele.*)

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Qué veo?
¡Cielos!

DON BERNARDINO.

Dime...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aun no lo creo.

DON BERNARDINO.

Si ha de llegar.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
Este diamante es el mismo...)
Dile que llegue. — ¡Sirena!
(*Apártase Don Bernardino.*)
(*Ap.* Sáqueme amor desta pena,
Deste encanto, deste abismo.)
Este diamante que ves,
Luz que con el sol la mides,
Dí á Don Luis de Benavides.
Prenda mia y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
O es el mismo. Hoy sabré yo
Cómo á mis manos volvió.

SIRENA.

Disimula, que ya llegan.
(*Llega Don Luis.*)

DON LUIS.

Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Alma de la pena mia,
Cuerpo de mi fantasía.

SIRENA. (*Ap. á ella.*)

Disimula y calla ahora;
Que ya veo la razon
Que tienes para admirarte.

DON LUIS.

Yo soy quien en esta parte
Piensa lograr la ocasion,
Habiendo á tiempo llegado
En que pueda mi deseo
Hacer el feliz empleo
Tantos años esperado.
Traigo joyas que vender
De innumerable riqueza;
Y entre otras, una firmeza
Sé que os ha de parecer
Bien; porque della sospecho
Que adorne esa bizarría,
Si es que la firmeza mia
Llega á verse en vuestro pecho.
Un Cupido de diamantes
Traigo de grande valor;
Que quise hacer al amor
Yo de piedras semejantes,
Porque labrándole así,
Cuando alguno le culpase
De vario y fácil, le hallase
Firme solamente en mí.
Un corazon traigo, en quien
No hay piedra falsa ninguna:
Sortijas bellas, y en una
Unas memorias se ven.
Una esmeralda que habia,
Me hurtaron en el camino,
Por el color, imagino,
Que perfecto le tenia.
Estaba con un zafiro;
Mas la esmeralda llevaron
Solamente, y me dejaron
Esta azul piedra que miro;
Y así dije en mis desvelos:
«¿Cómo con tanta venganza
Me llevasteis la esperanza
Para dejarme los celos?»
Si gusta vuestra belleza,
Descubriré, por mas glorias,
El corazon, las memorias,
El amor y la firmeza.

DON BERNARDINO.

El mercader es discreto.
¡Qué bien á las joyas bellas,
Para dar gusto de vellas,
Las fué aplicando su efeto!

DOÑA LEONOR.

Aunque vuestras joyas son
Tales como encareceis,
Para mostrarlas habeis
Llegado á mala ocasion.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
Contento hubiera tenido,
Si ántes hubierais venido;
Pero habeis venido tarde.
¿Qué se dijera de mí,
Si cuando casada estoy,
Si cuando esperando estoy
A mi noble esposo, aquí
Pusiera, no mi tristeza,
Sino mi imaginacion
En ver ese corazon,
Ese amor y esa firmeza?
No los mostreis; que no es bien
Que, tan sin tiempo miradas
Agora, desestimadas
Memorias vuestras esten.
Y tomad vuestro diamante;
Que ya sé que pierdo en él
Una luz hermosa y fiel,
Al mismo sol semejante.
No culpeis la condicion
Que en mí tan esquiva hallasteis;
Culpaos á vos, que llegasteis
Sin tiempo y sin ocasion.
(*Ruido dentro.*)

MANRIQUE. (*Mirando dentro.*)

Ya Don Lope mi señor
Llega.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Habrá en desdicha igual
Mal que compita á mi mal,
Ni dolor á mi dolor?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué veneno!

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Qué crueldad!

DON BERNARDINO.

A recibirle lleguemos. (*Vase.*)

MANRIQUE.

Callen todos, y escuchemos
La primera necedad;
Porque un novio á quien le place
La dama y á verla llega,
Como necedades juega,
Es tahur que dice y hace. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO.

DON LUIS.

¿Qué me podrás responder,
Mujer tan fácil, liviana,
Mudable, inconstante y vana,
Y mujer, en fin, mujer,
Que pueda satisfacer
A tu mudanza y tu olvido?

DOÑA LEONOR.

Haber tu muerte creido,
Haber tu vida llorado
Causa á mi mudanza ha dado,
Que á mi olvido no ha podido;
Pues cuando te llego á ver,
A no estar ya desposada,
Verás hoy determinada
Si soy mudable ó mujer.
Desposéme por poder.

DON LUIS.

Y bien por poder se advierte:
Por poder borrar mi suerte,
Por poder dejarme en calma [1],

[1] En postracion, en abatimiento, en soledad y desamparo.

Digitized by Google

Por poder quitarme el alma,
Por poder darme la muerte.
Esta dices que creiste,
Y no fué vana apariencia;
Que si creiste mi ausencia,
Es lo mismo: bien dijiste.

DOÑA LEONOR.

No puedo, no puedo ¡ay triste!
Responder; que está conmigo,
No mi esposo, mi enemigo.
Mas porque me culpas fiel,
Lo que le dijere á él,
Tambien hablaré contigo.
(*Retírase Don Luis á un lado.*)

ESCENA IX.

DON LOPE, DON BERNARDINO. MANRIQUE.—DOÑA LEONOR, SIRENA; DON LUIS Y CELIO, *retirados.*

DON LOPE.

Cuando la fama en lenguas dilatada
Vuestra rara hermosura encarecia,
Por fe os amaba yo, por fe os tenia,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira, suspensa y elevada
El alma que os ámaba y os queria,
Culpa la imágen de su fantasía,
Que sois vista mayor que imaginada.
Vos sola á vos podeis acreditaros:
¡Dichoso aquel que llega á mereceros,
Y mas dichoso si acertó á estimaros!
Mas ¿cómo ha de olvidaros ni ofenderos?
Que quien ántes de veros pudo amaros,
Mal os podrá olvidar despues de veros.

DOÑA LEONOR.

Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto solo en vos estaba,
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor, llego á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podeis quejaros,
Pues, aunque yo os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.

DON LOPE.

Ahora, tio y señor,
Me dad los invictos brazos.

DON BERNARDINO.

Y serán eternos lazos
De deudo, amistad y amor.
Y porque no culpe ahora
La dilacion, á embarcar
Nos lleguemos.

DON LOPE.

Hoy el mar
Segunda Vénus adora.

MANRIQUE.

Y pues que con tanta gloria
Dama y galan se han casado,
Perdonad, noble Senado,
Que aquí se acaba la historia.
(*Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino, Manrique y Sirena.*)

ESCENA X.

DON LUIS, CELIO.

CELIO.

Señor, pues que desta suerte
Hallaste tu desengaño,
Vuelve en tí, repara el daño
De tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
Que tú debas elegir.

DON LUIS.

Sí hay, Celio.

CELIO.

¿Cuál es?

DON LUIS.

Morir,
Que es el último remedio.
Muera yo, pues vi casada
A Leonor, pues que Leonor
Dejó burlado mi amor
Y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
Si los celos me han dejado
Con vida? Aunque mi cuidado
Me pretende consolar
Dándome alguna esperanza;
Pues cuando á su esposo habló,
Conmigo se disculpó
De su olvido y su mudanza.

CELIO.

¿Cómo disculpar contigo?
A mil locuras te pones.

DON LUIS.

Estas fueron sus razones,
Mira si hablaban conmigo:
Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto solo en vos estaba,
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor, llego á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podeis quejaros,
Pues, aunque yo os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.
Y puesto que así me ha dado
Disculpa de su mudanza,
Sea mi loca esperanza
Veneno y puñal dorado.
Si ha de matarme el dolor,
Mejor es el gusto ¡cielos!
Y si he de morir de celos,
Mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
Su fin contra tanto honor,
Porque he de amar á Leonor,
Aunque me cueste la vida.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Sirena de mis entrañas,
Que para aumentar mi pena
Eres la misma Sirena,
Pues enámoras y engañas:
Duélate ver el rigor
Con que tratas mis cuidados;
Que tambien á los criados
Hiere de barato amor.
Dame un favor de tu mano.

SIRENA.

Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE.

Mucho puedes; pero no
Quiero bien mas soberano
Que aquese verde liston,
Con que yaces declarada
Por dama de la lazada
O fregona del tuson.

SIRENA.

¿Una cinta quieres?

MANRIQUE.

Sí.

SIRENA.

Ya aquese tiempo pasó,
Que un galan se contentó
Con una cinta.

MANRIQUE.

Es así;
Pero si yo la tuviera,
Desparramando concetos,
Mil y ciento y un sonetos
Hoy en tu alabanza hiciera.

SIRENA.

Por verme tan soneteada
Te la doy; y vete ahora,
Porque viene mi señora.
(*Vase Manrique.*)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.—SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Ya vuelvo determinada.
Esto, Sirena, es forzoso:
Declárese mi rigor,
Porque mi vida y mi honor
Ya no es mio, es de mi esposo.
Dile á Don Luis, que pues es
Principal, noble y honrado,
Por español y soldado
Obligado á ser cortés,
Que una mujer (no Leonor,
Porque le basta saber
A un noble que una mujer)
Le suplica que su amor
Olvide; que maravilla
Cuidado en la calle tal,
Y no sufre Portugal
Galanteos de Castilla:
Que con lágrimas bañada
Vuelvo á pedirle se vuelva
A Castilla, y se resuelva
A no hacerme mal casada;
Porque fiera y ofendida,
Si no lo hace, vive Dios,
Que podrá ser que á los dos
Nos venga á costar la vida.

SIRENA.

Desa suerte lo diré,
Si puedo verle y hablalle.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo falta de la calle?
Mas no hables en ella, ve
A buscarle á la posada.

SIRENA.

Mucho, señora, te atreves. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE.—DOÑA LEONOR.

DON LOPE. (*Ap.*)

¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN.

Ya se acerca la jornada.

Digitized by Google

DON LOPE.

No queda en toda Lisboa
Fidalgo ni caballero,
Que ser no piense el primero
Que merezca eterna loa
Con su muerte.

MANRIQUE.

Justo es;
Mas no pienso desa suerte
Tener yo loa en mi muerte,
Ni comedia ni entremes.

DON LOPE.

¿Luego tú no piensas ir
Al Africa?

MANRIQUE.

Podrá ser
Que vaya; mas será á ver,
Por tener mas que decir;
No á matar, quebrando en vano
La ley en que vivo y creo;
Pues allí explicar no veo
Que sea moro ni cristiano.
No matar, dice. Y los dos
Esto me veréis guardar;
Que yo no he de interpretar
Los mandamientos de Dios.

DON LOPE.

¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mio!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
Quejoso vive el amor
De los instantes que pierde.

DON LOPE.

¡Qué castellana que estáis!
Cesen las lisonjas, cesen
Las repetidas finezas.
Mirad que los portugueses
Al sentimiento dejamos
La razon, porque el que quiere,
Todo lo que dice quita
De valor á lo que siente.
Si en vos es ciego el amor,
En mí es mudo.

MANRIQUE.

Y desa suerte
En mí endemoniado ha sido.

DON LOPE.

Siempre, Manrique, parece,
Que al paso que yo estoy triste,
Tú estás contento y alegre.

MANRIQUE.

Y dime, ¿cuál es mejor,
En pasiones diferentes,
La alegría ó la tristeza?

DON LOPE.

La alegría.

MANRIQUE.

Pues ¿qué quieres?
¿Que deje yo lo mejor
Por lo peor? Tú, que tienes
La tristeza, que es la mala,
Eres quien mudarte debes,
Y pasarte á la alegría;
Pues será mas conveniente,
Que el ir yo de alegre á triste,
Venir tú de triste á alegre. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

¿Vos estáis triste, señor?
Muy poco mi pecho os debe
O yo le debo muy poco
Pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE.

Forzosas obligaciones,
Heredadas dignamente
Con la sangre, á quien obligan
Divinas y humanas leyes,
Me dan voces y recuerdan
Desta blanda paz y deste
Olvido, en que yacen hoy
Mis heredados laureles.
El famoso Sebastian,
Nuestro rey, que viva siempre,
Heredero de los siglos
A la imitacion del fénix,
Hoy al Africa hace guerra.
No hay caballero que quede
En Portugal; que á las voces
De la fama nadie duerme.
Quisiérale acompañar
A la jornada; y por verme
Casado, no me he ofrecido
Hasta que licencia lleve
De tu boca, Leonor mia.
Esta merced has de hacerme,
En este caso has de honrarme,
Y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR.

Bien con esas prevenciones
Fué menester que me hicieseis
Oraciones que me animen,
Y discursos que me alienten.
Vos ausente, dueño mio,
Y por mi consejo ausente,
Fuera pronunciar yo misma
La sentencia de mi muerte.
Idos vos sin que lo diga
Mi lengua; pues que no puede
Negaros la voluntad
Lo que la vida os concede.
Mas porque veais que estimo
Vuestra inclinacion valiente,
Ya no quiero que el amor
Sino el valor me aconseje.
Servid hoy á Sebastian,
Cuya vida el cielo aumente;
Que es la sangre de los nobles
Patrimonio de los reyes;
Que no quiero que se diga
Que las cobardes mujeres
Quitan el valor á un hombre,
Cuando es razon que le aumenten.
Esto el alma os aconseja,
Aunque como el alma os quiere;
Mas como ajena lo dice,
Si como propia lo siente *(Vase.)*

ESCENA V.

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE.

¿Habeis visto en vuestra vida
Igual valor?

DON JUAN.

Dignamente
Es bien que lenguas y plumas
De la fama la celebren.

DON LOPE.

Y vos ¿qué me aconsejais?

DON JUAN.

Yo, Don Lope, de otra suerte
Os respondiera.

DON LOPE.

Decid.

DON JUAN.

Quien ya colgó los laureles
De Marte, y en blanda paz
Ciñe de palma las sienes,
¿Para qué otra vez, decidme,
Ha de limpiar los paveses
Tomados de orin y polvo
En que hora yacen y duermen?
Yo fuera justo que fuera,
A no estar por esta muerte
Retirado y escondido;
Y no es razon ofrecerme,
Porque á los ojos del rey
Llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa á mí,
Bastante disculpa tiene
Quien soldado fué soldado.
No os vais, amigo, (y creedme),
Aunque un hombre os acobarde,
Y una mujer os aliente. *(Vase.)*

ESCENA VI.

DON LOPE.

¡Válgame Dios! ¡quién pudiera
Aconsejarse prudente,
Si en la ocasion hay alguno
Que á sí mismo se aconseje!
¡Quién hiciera de sí otra
Mitad, con quien él pudiese
Descansar? Pero mal digo:
¿Quién hiciera cuerdamente
De sí mismo otra mitad,
Porque en partes diferentes,
Pudiera la voz quejarse
Sin que el pecho lo supiese?
¡Pudiera sentir el pecho
Sin que la voz lo dijese!
¡Pudiera yo, sin que yo
Llegara á oirme ni á verme,
Conmigo mismo culparme,
Y conmigo defenderme!
Porque unas veces cobarde,
Como atrevido otras veces,
Tengo vergüenza de mí.
¡Que tal diga! ¡que tal piense!
¡Que tenga el honor mil ojos
Para ver lo que le pese,
Mil oidos para oirlo,
Y una lengua solamente
Para quejarse de todo!
Fuera todo lenguas, fuese
Nada oidos, nada ojos,
Porque oprimido de verse
Guardado, no rompa el pecho,
Y como mina reviente.
Ahora bien, fuerza es quejarme;
Mas no sé por dónde empiece;
Que, como en guerra y en paz
Viví tan honrado siempre,
Para quejarme ofendido,
No es mucho que no aprendiese
Razones; porque ninguno
Previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
Qué tengo?... Lengua, detente,
No pronuncies, no articules
Mi afrenta; que si me ofendes,
Podrá ser que castigada,
Con mi vida ó con mi muerte,
Siendo ofensor y ofendido,
Yo me agravie y yo me vengue.
No digas que tengo celos...
—Ya lo dije, ya no puede
Volverse al pecho la voz.
¿Posible es que tal dijese
Sin que, desde el corazon
Al labio, consuma y queme
El pecho este aliento, esta
Respiracion fácil, este
Veneno infame, de todos
Tan distinto y diferente,
Que otros desde el labio al pecho
Hacer sus efectos suelen,

Digitized by Google

Y este desde el pecho al labio?
¿A qué áspid, á qué serpiente
Mató su propio veneno?
A mí ¡ cielos! solamente,
Porque quiere mi dolor
Que él me mate y yo le engendre.
Celos tengo, ya lo dije.
¡Válgame Dios! ¿Quién es este
Caballero castellano,
Que á mis puertas, á mis redes
Y á mis umbrales clavado,
Estatua viva parece?
En la calle, en la visita,
En la iglesia atentamente
Es girasol de mi honor,
Bebiendo sus rayos siempre.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
Darme Leonor fácilmente
Licencia para ausentarme,
Y con un semblante alegre,
No solo darme licencia,
Sino decirme y hacerme
Discursos tales, que aun ellos
Me obligaran á que fuese,
Cuando yo no lo intentara?
Y ¿qué será, finalmente,
Decirme Don Juan de Silva
Que ni me vaya ni ausente?
¿En mas razon no estuviera
Que aquí mudados viniesen
De mi amigo y de mi esposa
Consejos y pareceres?
¿No fuera mejor, si fuera
Que se mudaran las suertes,
Y que Don Juan me animase
Y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor.
Pero ya que el cargo es este,
Hablemos en el descargo:
Vaya, que el honor no quiere
Por tan sutiles discursos
Condenar injustamente.
¿No puede ser que Leonor
Tales consejos me diese,
Por ser noble como es,
Varonil, sagaz, prudente,
Porque quedándome yo,
Mi opinion no padeciese?
Bien puede ser, pues que dice
Que da el consejo, y lo siente.
¿No puede ser que Don Juan,
Que me quedase dijese
Por parecerle que estaba
Excusado, y parecerle
Que es dar disgusto á Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
Ser tambien que este galan
Mire á parte diferente?
Y apretando mas el caso,
Cuando sirva, cuando espere,
Cuando mire, cuando quiera,
¿En qué me agravia ni ofende?
Leonor es quien es y yo
Soy quien soy, y nadie puede
Borrar fama tan segura
Ni opinion tan excelente.
Pero sí puede (¡ay de mí!);
Que al sol claro y limpio siempre,
Si una nube no le eclipsa,
Por lo ménos se le atreve,
Si no le mancha, le turba,
Y al fin, al fin le oscurece.
¿Hay, honor, mas sutilezas
Que decirme y proponerme?
¿Mas tormentos que me aflijan,
Mas penas que me atormenten,
Mas sospechas que me maten,
Màs temores que me cerquen,
Mas agravios que me ahoguen
Y mas celos que me afrenten?
No. Pues no podrás matarme,
Si mayor poder no tienes;
Que yo sabré proceder
Callado, cuerdo, prudente,
Advertido, cuidadoso,
Solícito y asistente,
Hasta tocar la ocasion
De mi vida y de mi muerte:
Y en tanto que esta se llega,
¡Valedme, cielos, valedme! *(Vase.)*

—

Calle con puerta de casa de Don Lope.

ESCENA VII.

SIRENA, *con manto;* MANRIQUE, *tras ella.*

SIRENA. *(Ap.)*

Escaparme no he podido
De Manrique, para entrar
En casa; todo el lugar
Hoy siguiéndome ha venido.
¿Qué haré?

MANRIQUE.

Tapada de azar,
Que mira, camina y calla,
Con el arte de batalla
Y el tallazo de picar,
La de entrecano picote,
Que con viento en popa vuelas,
Con el manto de tres suelas
Y chinelas de anascote,
Habla ó descúbrete, y sea
Desengaño tu fachada;
Porque callando y tapada,
Dice boba sobre fea.
Aunque en tu brio, confieso
Que indicio de todo das.

SIRENA.

¿No dice mas?

MANRIQUE.

No sé mas.

SIRENA.

¿Y á cuántas ha dicho eso?

MANRIQUE.

Antes soy muy recatado.
No he hablado, á fe de quien soy,
Sino cinco en todo hoy;
Que ya estoy muy reformado.

SIRENA.

¡Gracias al cielo, que veo
Un hombre firme y constante!
Yo tampoco soy amante
De mas que nueve.

MANRIQUE.

Sí creo;
Y porque me creas á mí,
De todas mostrarte quiero
Un favor. Sea el primero *(Sácalos.)*
El moño que sale aquí.
Este moño pecador
Su papel un tiempo hizo,
Y de rizado y postizo
Fué mártir y confesor.
No es de aljófar lo ensartado;
Liendres son con que me alegro,
Que desde léjos mirado,
Parece un penacho negro
De blancas moscas nevado.
Aquesta sutil varilla
Es barba de la ballena,
Sacada de una cotilla,
Que fué entregar á mi pena
Lo mismo que una costilla.
Vara es de virtudes llena,
Que hace bueno el pecho y buena
La espalda mas eminente;
Que ya todo talle miente
Por la barba de ballena.
La zapatilla que estás
Mirando ahora en mis manos,
Casa fué, donde sabrás
Que vivieron dos enanos[1]
Sin encontrarse jamas.
Este es un guante, y no hay duda
De que, como ruiseñor,
Mucho tiempo estuvo en muda;
Pregúntaselo al olor:
Sebo de cabrito suda.
Esta cinta es de una dama
De gran porte; pero yo
No la quiero.

SIRENA.

¿Por qué no?

MANRIQUE.

Porque sé que ella me ama.
¿No es causa bastante?

SIRENA.

Sí.

MANRIQUE.

La que yo tengo de amar,
Me ha de mentir, engañar,
Y se ha de burlar de mí,
Dar celos cada momento,
Maltratarme, despedirme,
Y en efecto ha de pedirme,
Que es la cosa que mas siento;
Porque si al fin es costumbre
En ellas, tengo por justo
Hacer desde luego gusto
Lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.

¿Y es hermosa esa señora?

MANRIQUE.

No, pero es puerca.

SIRENA.

En verdad
Que es muy buena calidad.

MANRIQUE.

Arrope un ojo la llora,
Y otro aceite.

SIRENA.

¿Es entendida?

MANRIQUE.

Cuanto dice entiendo yo;
Mas cuanto la dicen, no,
Que es entendida, entendida.

SIRENA.

Por muestra de que es verdad,
Que amarle á su gusto esperó,
Este liston solo quiero.

MANRIQUE.

De muy buena voluntad.

SIRENA.

¡Ay triste de mí!

MANRIQUE.

¿Qué ha sido?

SIRENA.

Mi marido viene allí;
Váyase presto de aquí,
Que es un diablo mi marido.
Dé vuelta á la calle presto,
Que en tanto, señor, que él pasa,
Le esperaré en esta casa.

MANRIQUE.

En buen sagrado te has puesto;
Que aquí vivo yo, y vendré
En estando asegurada. *(Vase.)*

SIRENA.

A un bellaco, una taimada. *(Vase.)*

[1] Dos juanetes.

Digitized by Google

—

Sala en casa de Don Lope.

ESCENA VIII.

SIRENA.

Bien dentro de casa entré
Sin que fuese conocida.
Lindamente le he engañado,
Aunque él mas, pues me ha dejado
Tan afrentada y corrida.
¡Que dijera que era fea!
No importaba, aunque lo fuese,
Ni importaba que dijese
Que necia y que sucia sea;
Pero ¡aceite un ojo á mí,
Y otro arrope! No, por Dios.
Y aun si lloraran los dos
Una cosa, entónces sí.
Que callara; ¿mas que tope
Un picaron, un taimado,
Que mis ojos han llorado
Uno aceite y otro arrope?

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora mia.

DOÑA LEONOR.

¡Cuánto tu ausencia me cuesta!
¿Hablástele?

SIRENA.

Y la respuesta
En este papel te envía;
Y de palabra me dijo,
Que si él una vez te hablara,
Él se fuera y te dejara.

DOÑA LEONOR.

Con mayor causa me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?

SIRENA.

Para traerte el papel.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay, pensamiento cruel,
Qué fácil entrada hallaste
En mi pecho!

SIRENA.

Pues ¿qué importa
Que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR.

¿Eso es bien que de mí creas?
La voz, Sirena, reporta,
Con abrasarle y romperle.
(*Ap.* Entiéndeme, necia, y sea
Rogándome que le vea;
Que estoy muerta por leerle.)

SIRENA.

¿Qué culpa tiene el papel
Que viene mandado aquí,
Señora, para que así
Vengues tu cólera en él?

DOÑA LEONOR.

Pues si le tomo, verás
Que es solo para rompelle

SIRENA.

Rómpele despues de lélle.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Eso sí, ruégame mas.)
Pesada estás, y por tí
Rompo la nema y le leo,
Por tí sola.

SIRENA.

Ya lo veo.
Abrele pues.

DOÑA LEONOR.

Dice así:
(*Abre el papel Doña Leonor, y lee.*)
«Leonor, si yo pudiera obedecerte,
»Y pudiera olvidar, vivir pudiera:
»Fuera contigo liberal, si fuera
»Bastante yo conmigo á no quererte.
»Mi muerte injusta tu rigor me advierte,
»Si mi vida en amarte persevera,
»¡Pluguiera á Dios! y de una vez muriera
»Quien de tantas no acierta con su muerte.
»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo
»Despreciado olvidar y aborrecido?
»¿No ha de quejarse del dolor el labio?
»Quiéreme tú; que si obligado quedo,
»Yo olvidaré despues, favorecido;
»Que el bien puede olvidarse, no el agravio.»

SIRENA.

¿Lloras, leyendo el papel?
Son, en fin, pasadas glorias.

DOÑA LEONOR.

Lloro unas tristes memorias
Que vienen vivas en él.

SIRENA.

Quien bien quiere, tarde olvida.

DOÑA LEONOR.

Como el que muerte me dió
Está presente, brotó
Reciente sangre la herida.
Este hombre ha de obligarme,
Con seguirme y ofenderme,
A matarme y á perderme
(Que aun fuera ménos matarme),
Si no se ausenta de aquí.

SIRENA.

Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo?

SIRENA.

Oyéndole, que él dice
Que en oyéndole una vez,
Se ausentará de Lisboa.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo, Sirena, podré?
Que á trueco de que se vaya,
Imposibles sabré hacer.
¿Cómo vendrá?

SIRENA.

Escucha atenta:
Ahora es al anochecer,
Que es la hora mas segura,
Porque ni temprano es
Para que á un hombre conozcan,
Ni tarde para temer
Que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
Que nunca viene á esta hora.
Don Luis, no dudo que esté
En la calle: podrá entrar
A esta sala, donde hableis
Los dos, y entónces podrás
Decirle tu parecer.
Oyele lo que dijere,
Y obre fortuna despues.

DOÑA LEONOR.

Tan fácilmente lo dices,
Que no le dejas que hacer
Al temor, ni aun al honor
Que dudar ni que temer.
Ve ya por Don Luis. (*Vase Sirena.*)

ESCENA X.

DOÑA LEONOR.

Amor,
Aunque en la ocasion esté,
Soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
La que á esta ocasion me puso:
Ella me ha de defender;
Que cuando ella me faltara,
Quedara yo, que tambien
Supiera darme la muerte,
Si no supiera vencer.—
Temblando estoy; cada paso
Que siento, pienso que es
Don Lope, y el viento mismo
Se me figura que es él.
¿Si me escucha? ¿si me oye?
¡Qué propio del miedo fué!
¡Que á tales riesgos se ponga
Una principal mujer!

ESCENA XI.

SIRENA Y DON LUIS. — DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Esta es Leonor.

DON LUIS.

¡Ay de mí!
¡Cuántas veces esperé
Esta ocasion! Ya quisiera
No haberla llegado á ver.

DOÑA LEONOR.

Ya, señor Don Luis, estáis
En mi casa, ya teneis
La ocasion que habeis deseado.
Hablad aprisa, porqué
Os volvais; que temerosa
De mí misma, tengo al pié
Grillos de hielo, y el alma
De mi aliento puede hacer
Al corazon un cuchillo
Y á la garganta un cordel.

DON LUIS.

Ya sabeis, Leonor hermosa,
(Si es que olvidado no habeis
Pasados gustos, y ya
Ignorais lo que sabeis)
Que en Toledo, nuestra patria,
(Perdonadme) os quise bien,
Desde que en la Vega os vi
Un dia al amanecer,
Que aumentado nuevas flores
Al campo hermoso, tal vez
Lo que las manos robaron,
Restituyeron los piés.
Ya sabeis...

DOÑA LEONOR.

Esperad, yo
Seré mas breve. Ya sé
Que muchos dias rondasteis
Mi calle, y á mi desden
Constante siempre, tuvisteis
Amor firme y firme fe,
Hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado á vencer
Lágrimas de amor, que lloran
Los hombres que quieren bien?
Y favorecido ya,
Siendo tercera fiel
La noche, (¿qué no consiguen
Una reja y un papel?)
Tratábamos de casarnos,
Cuando os hicieron merced
De una gineta, y fué fuerza
Iros á servir al Rey.
Fuisteis á Flándes...

Digitized by Google

DON LUIS.

Sí fui
(Que aqueso yo lo diré),
Donde dimos un asalto,
Y murió valiente en él
Un Don Juan de Benavides,
Caballero aragones.
La equivocacion del nombre
Dió causa para entender
Que fuese yo el muerto: ¡cuánto
Una mentira se crê!
Llegó la nueva á Toledo...

DOÑA LEONOR.

Eso diré yo mas bien,
Que sin vida la sentí,
Y con la vida lloré;
Pero callo aquí, aunque aquí
Os pudiera encarecer
Los sentimientos que hice,
Las tristezas que pasé.
En efecto, persuasiones
De muchos pudieron ser
Bastantes á que en Toledo
Me casase por poder.

DON LUIS.

Yo lo supe en el camino,
Y pensando deshacer
El casamiento, corrí
Hasta que os vi y os hablé,
Con equívocas razones,
En traje de mercader.

DOÑA LEONOR.

Estaba casada ya;
Y pues os desengañé,
¿A qué habeis venido aquí?

DON LUIS.

Solo he venido por ver
Si hay ocasion de quejarme;
Que si culpando tu fe
Descanso, iré luego á Flándes,
Donde una bala me dé,
Porque la pólvora cumpla
Lo que me ofreció otra vez.

SIRENA.

Gente sube la escalera.

DOÑA LEONOR.

¡Ay cielos! ¿qué puedo hacer?
Oscura está aquesta sala:
Que aquí te quedes es bien,
Porque á tí solo te hallen;
Y habiendo entrado quien es,
Podrás irte, no á Castilla;
Que ocasion habrá despues
Para acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo tambien.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XII.

DON LUIS.

¿Qué confusion es esta,
Que á mi desdicha iguala?
Oscura está la sala,
Y la noche funesta
Ya de sombra cubierta
Baja. No sé la casa ni la puerta;
Que otra vez no he llegado
Aquí. ¡Forzosa pena!
Temerosa Sirena
Y Leonor, me han dejado
Confuso y sin sentido.

ESCENA XIII.

DON JUAN, *que andando á oscuras, encuentra con* — DON LUIS.

DON JUAN.

¿A estas horas, no hubieran encendido
Una luz? — Mas ¿qué es esto?
¿Quién es? ¿No me responde?

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Halle puerta por donde
Salir.!

DON JUAN.

Responda presto,
O ya desenvainada,
Lengua de acero, lo dirá mi espada.

(*Al entrarse Don Luis por la puerta que va al cuarto de Doña Leonor, alcanzado por Don Juan, saca la espada y la cruza con él, retirándose luego.*)

ESCENA XIV.

DON LOPE Y MANRIQUE. — DON JUAN.

DON LOPE.

¡Ruido de cuchilladas,
Y oscuro el aposento!

DON JUAN.

Aquí los pasos siento.

MANRIQUE.

Voy por luz. (*Vase.*)

DON LOPE.

¡Aquí espadas!
Ya es fuerza que me asombre.

DON JUAN.

Ya le he dicho otra vez que diga el nom- [bre.

DON LOPE.

¿Quién mi nombre pregunta?

DON JUAN.

Quien, porque hableis, sospecho
Que abrirá en vuestro pecho
Mil bocas con la punta
Deste acero.

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, SIRENA Y MANRIQUE.—DON LOPE, DON JUAN.

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*)

¡Luz, presto.!

(*Salen Doña Leonor y Sirena, y Manrique con luz.*)

DON LOPE.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Don Lope!

DOÑA LEONOR.

¡Ay cielos!

DON LOPE.

¿Pues qué es esto?

DON JUAN.

En esta cuadra entraba,
Cuando un hombre salia.

DOÑA LEONOR.

Algun hombre seria,
Que robarla intentaba.

DON LOPE.

¡Hombre!

DON JUAN.

Sí, y preguntando
Quién era, la respuesta dió callando.

DON LOPE.

(*Ap.* Disimular conviene,
No crea que yo puedo
Tener tan bajo miedo,
Que mi valor condene.)
¡Bueno fuera, á fe mia,
Mataros! Yo era el mismo que salia;
Que (tan desconocida
La voz) viendo que un hombre
Me preguntaba el nombre
En mi casa, ofendida
La paciencia y turbada,
Callando doy respuesta con la espada.

SIRENA.

¡Por cuánto aquí se viera
Un infeliz suceso!

DON JUAN.

¡Cómo puede ser eso,
Si el que yo digo que era
Dentro esta, cosa es cierta,
Pues no pudo salir por esta puerta,
Que vos entrasteis?

DON LOPE.

Digo
Que era yo.

DON JUAN.

Es cosa extraña.

DON LOPE.

(*Ap.* ¡Oh cuánto á un hombre daña
Un ignorante amigo! [bios,
¡Que no puedan los cuerdos, los mas sa-
Celar de un necio amigo los agravios!)
Pues si por cosa cierta
Teneis que dentro ha entrado,
Fuerte y determinado
Guardadme aquella puerta,
En tanto, si eso pasa,
Que yo examino toda aquesta casa.

DON JUAN.

Pues no saldrá por ella.
Mirar seguro puedes.

DON LOPE.

Mira que en ella quedes,
Y no te apartes della.—
(*Vase Don Juan.*)
(*Ap.* Hoy seré cuerdamente,
Si es que ofendido soy, el mas prudente,
Y en la venganza mia
Tendrá ejemplos el mundo,
Porque en callar la fundo.)
Ea, Manrique, guia
Con esa luz.

MANRIQUE.

No oso,
Que yo de duendes soy poco goloso.
(*Quiere Don Lope entrar en un aposento, y detiénele Doña Leonor.*)

DOÑA LEONOR.

No entreis, señor, aquí: yo soy testigo
Que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE. (*A Manrique.*)

Pues ¿de qué tienes miedo?

MANRIQUE.

De todo.

DON LOPE. (*A Doña Leonor.*)

Suelta, digo.—(*A Manrique.*)
Y tú vete de aquí... (*Ap.* Que ántes es di- [cha
Que falte otro testigo á mi desdicha.)
(*Toma la luz y éntrase, y Manrique se va por otra puerta.*)

Digitized by Google

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿qué suerte
Es esta tan airada?
Estoy, desesperada,
Por darme aquí la muerte;
Pues ya es fuerza que tope
A Don Luis escondido ¡ay Dios! Don Lope.
El pensó que salia
Por la puerta que entraba
A mi cuarto: allí estaba.
¿Mas por qué mi porfía
Duda lo que ha pasado?
Ya le ha visto Don Lope, ya le ha hablado.
¿Qué haré? Irme no puedo;
Porque en desdichas tantas,
Oprimidas las plantas,
Cadenas pone el miedo
De cobardes prisiones.
Toda soy confusion de confusiones.

ESCENA XVII.

DON LUIS, *que sale con la espada desnuda y embozado, y tras él* DON LOPE, *con la espada desnuda y luz.*
—DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.

No os encubrais, caballero.

DON LUIS.

Detened, señor, la espada;
Que en la sangre de un rendido
Mas que se ilustra se mancha.
Yo soy de Castilla, donde
Por los celos de una dama,
Di á un caballero la muerte
Cuerpo á cuerpo en la campaña.
Vine á ampararme á Lisboa,
Donde estoy por esta causa
De Castilla desterrado.
He sabido esta mañana
Que aquí un hermano del muerto
Cautelosamente anda
Encubierto, por vengarse
Con traicion y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
Por esta calle pasaba,
Cuando tres hombres me embisten
A las puertas desta casa.
Viendo que (aunque el corazon
Algunas veces engaña)
Era imposible defensa
Contra tres de mano armada,
Subíme por la escalera;
Y ellos, ó por ver que estaba
En sagrado, ó por no hacer
Tan dudosa la venganza,
No me siguieron, y estuve
En esa primera sala
Esperando á que se fuesen,
Y sintiendo sosegada
La calle, bajarme quise;
Pero al salir de la cuadra,
Hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
Que eran mis propios contrarios,
No le respondo palabra.
De una sala en otra, entré
Hasta aquí. Esta es la causa
De haberme hallado, señor,
Escondido en vuestra casa.
Ahora dadme la muerte;
Que como yo dicho haya
La verdad, y no padezca
Alguna virtud sin causa,
Moriré alegre, rindiendo
El sér, la vida y el alma
A un honrado sentimiento,
Y no á una infame venganza.

DON LOPE.

(*Ap.* ¿Pueden juntarse en un hombre
Confusiones mas extrañas?
¿Tantos asombros y miedos,
Penas y desdichas tantas?
Si en la calle este hombre ¡cielos!
Tantos pesares me daba,
¿Qué vendrá á darme escondido
Dentro de mi misma casa?
Basta, basta, pensamiento;
Sufrimiento, basta, basta,
Que verdad puede ser todo;
Y cuando no, aquí no hay causa
Para mayores extremos:
Sufre, disimula y calla.)
Caballero castellano,
Yo me alegro de que haya
Sido contra una traicion
Sagrado vuestro mi casa.
En ella, á ser hoy soltero,
Os sirviera y hospedara;
Porque un caballero debe
Amparar nobles desgracias.
Lo que podré hacer por vos,
Será acudiros en cuantas
Ocasiones se os ofrezcan,
Porque á ese lado mi espada,
Contra tres mil, no os suceda
Otra vez volver la espalda.
Y ahora, porque salgais
Mas secreto de mi casa,
Podreis salir del jardin
Por aquella puerta falsa...
Yo la abriré.... y tambien hago
Prevencion tan recatada,
Porque criados, que al fin
Son enemigos de casa,
No cuenten que os hallé en ella,
Y sea fuerza que vaya
A todos satisfaciendo
De cuál ha sido la causa.
Porque aunque es cierto que nadie
Dude una verdad tan clara,
Y yo de mí mismo tengo
La satisfaccion que basta,
¿Quién de una malicia huye?
¿Quién de una sospecha escapa?
¿Quién de una lengua se libra?
¿Quién de una intencion se guarda?
Y si llegara á creer...
¿Qué es á creer? si llegara
A imaginar, á pensar
Que alguien pudo poner mancha
En mi honor... ¿qué es mi honor?
En mi opinion y en mi fama,
Y en la voz tan solamente
De una criada, una esclava,
No tuviera, ¡vive Dios!
Vida que no le quitara,
Sangre que no le vertiera,
Almas que no le sacara;
Y estas rompiera despues,
A ser visibles las almas.
Venid, iréos alumbrando
Hasta que salgais.

DON LUIS. (*Ap.*)

Helada
Tengo la voz en el pecho.
¡Qué portuguesa arrogancia!

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, SIRENA; *despues* DON LOPE.

DOÑA LEONOR.

Aun mejor ha sucedido,
Sirena, que yo esperaba.
Sola una vez vino el mal
Menor que el que se esperaba.
Ya puedo hablar, y ya puedo
Mover las heladas plantas.
¡Ay, Sirena, en qué me vi!
Vuelva á respirar el alma.

(*Vuelve Don Lope.*)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿pues qué intentas?
¿Ya no supiste la causa
Con que él entró? Ya supiste
Que yo no he sido culpada.

DON LOPE.

¿Tal pudiera imaginar
Quien te estima y quien te ama?
No, Leonor, solo te digo
Que ya que aquí se declara
Con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿Ya él no dijo
Que aquí de Castilla estaba
Ausente por una muerte?
Pues yo, señor, no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.
Mira... mira que me matas.
Tú, Leonor, ¿pues de qué habias
De saberlo? Pero basta
Que él se fie de nosotros,
Para que de aquí no salga.
Y tú, Sirena, no digas
Lo que entre los tres nos pasa
A ninguno, ni á Don Juan.

ESCENA XIX.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN. (*Ap.*)

Tanto Don Lope se tarda,
Que me ha dado algun cuidado.

DON LOPE.

¡Por Dios, Don Juan, linda gracia
Es hacerme andar así
Mirando toda la casa,
Siendo cierto que fuí yo!
Tomad otro poco el hacha,
Y andadla vos.

DON JUAN.

¿Para qué,
Si ya aquí me desengaña
El saber que fuisteis vos?
Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE.

Con todo habemos los dos
Segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué prudencia tan notable!

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA. (*Ap.*)

¡Qué temor!

DON LOPE. (*Ap.*)

Desta manera,
El que de vengarse trata,
Hasta mejor ocasion,
Sufre, disimula y calla.

Digitized by Google

JORNADA TERCERA.

Atrio de un palacio del Rey en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN.

¿Dónde está Don Lope?

MANRIQUE.

Cuando
Entró en palacio, yo aquí
Me quedé.

DON JUAN.

Búscale, y di
Que yo le estoy esperando.
(*Vase Manrique.*)

ESCENA II.

DON JUAN.

Quedaréme imaginando
A solas, sin mí y conmigo,
El dudoso fin que sigo,
Y la obligacion que tiene
Quien á hacer discursos viene
En la opinion de un amigo.
Yo de Don Lope lo soy
Tanto, que no ha celebrado
Amigo mas obligado
La antigüedad hasta hoy.
Huésped en su casa estoy,
Su hacienda gasto, y es mia,
Su vida y alma me fia:
¿Pues cómo ¡cielos! podré
Ser ingrato á tanta fe,
Amistad y cortesía?
¿Podré yo ver y callar
Que su limpio honor padezca,
Sin que mi vida le ofrezca
Para ayudarle á vengar?
¿Podré yo ver murmurar
Que este castellano adore
Á Leonor, que la enamore,
Y le dé lugar Leonor,
Y padeciendo su honor,
Yo lo sepa y él lo ignore?
No podré; pues si él quedara
Satisfecho, siendo mia
La venganza, en este dia
Al castellano matara.
A él sin él yo le vengara,
Prudente, advertido y sabio;
Mas de la intencion del labio
Satisfaccion no se alcanza,
Si el brazo de la venganza
No es del cuerpo del agravio.
Yo á Don Lope le diré
Clara y descubiertamente
Que no hable al rey ni se ausente.
Mas si me dice por qué,
¿Cómo le responderé
La causa? Duda mayor
Es esta; que al que el valor
Eterno honor le previene,
Quien dice que no le tiene
Es quien le quita el honor.
¿Qué debe hacer un amigo
En tal caso, pues entiendo
Que si le callo, le ofendo
Y le ofendo si lo digo,
Ofédole si castigo
Su agravio? Yo fuí su espejo:
¿Por qué bien no le aconsejo?—
Mas él mismo viene allí.
No ha de quejarse de mí.
El me ha de dar el consejo.

ESCENA III.

DON LOPE, MANRIQUE.—DON JUAN.

DON LOPE.

Vuélvete, Manrique, y di
Que luego á la quinta voy;
Que esperando á hablar estoy
Al rey.

MANRIQUE.

Don Juan está allí,
Y viene á hablarte. (*Vase.*)

DON LOPE.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
¿Qué puede haber sucedido?
¿A qué puede haber venido?)
Don Juan, ¿pues qué hay por acá?—
(*Ap.* ¡Oh, cómo un cobarde está
Siempre á su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo
(Si estamos solos los dos)
A aconsejarme con vos
En una duda que tengo.

DON LOPE.

(*Ap.* Ya para oir me prevengo
Alguna desdicha mia.)
Decid.

DON JUAN.

Un caso me envía
Un amigo á preguntar,
Y quiérole consultar
Con vos.

DON LOPE.

¿Y es?

DON JUAN.

Jugando un dia
Dos hidalgos, se ofreció
Una duda, en caso tal
Forzosa, sobre la cual
Uno á otro desmintió.
Con las voces, no lo oyó
Entónces el desmentido;
Un amigo lo ha sabido,
Y que se murmura dél;
Y por serlo tan fiel,
Esta duda se ha ofrecido:
¿Si este tendrá obligacion
De decirlo claramente
Al otro, que está inocente;
O si dejar es razon
Que padezca su opinion,
Pues él no basta á vengalle?
Si lo calla es agravialle,
Y si lo dice es error
De amigo. ¿Cuál es mejor,
Que lo diga, ó que lo calle?

DON LOPE.

Dejadme pensar un poco.
(*Ap.* Honor, mucho te adelantas;
Que una duda sobre tantas
Bastará á volverme loco.
En otro sugeto toco
Lo que ha pasado por mí.
Don Juan pregunta por si:
Luego alguna cosa vió.
¿Haré que la diga? no;
Pero que la calle, sí.)
Don Juan, yo he considerado,
Si es que mi voto he de dar,
Que no puede un hombre estar
Ignorante y agraviado.
Aquel que ha disimulado
Su ofensa por no vengalla,
Es quien culpado se halla;
Porque en un caso tan grave,
No yerra el que no lo sabe,
Sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
Que si un amigo cual vos
(Siendo quien somos los dos)
Tal me llegara á decir,
Tal pudiera presumir
De mí, tal imaginara,
Que [1] el primero en quien vengara
Mi desdicha, fuera en él;
Porque es cosa muy cruel
Para dicha cara á cara.
Y no sé que en tal rigor
Haya razon que no asombre,
Y que se le pueda á un hombre
Decir: «No teneis honor.»
¡Darme el amigo mayor
El mayor pesar!—Testigo
Es Dios (otra vez lo digo),
Que si yo me lo dijera,
A mí la muerte me diera,
Y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.

Ya quedo ahora de vos
Enseñado. Eso diré,
Y á este amigo avisaré
Que calle. Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos
Pasa el caso que ponia
En tercero, y que sabia
Que Leonor matarme intenta?
—Pues el que supo mi afrenta,
Sabrá la venganza mia.
Y el mundo la ha de saber.
Basta, honor: no hay que esperar;
Que quien llega á sospechar,
No ha de llegar á creer,
Ni esperar á suceder
El mal; y pues su mudanza
Logra tan baja esperanza,
Volveré donde contemplo
Que dé su traicion ejemplo,
Y escarmiento mi venganza.

ESCENA V.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.—DON LOPE.

REY.

Aunque en la quinta, que *del Rey* la lla- [ma
El vulgo, aquesta noche duerma, digo
Que no me he de quedar hoy en Lisboa.
Esté la gente toda prevenida,
Que desde allí saldrá la mas lucida
A competir con plumas y colores
Del sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE.

(*Ap.* Cobarde al Rey me llego;
Que esta pena, esta rabia y este fuego
Tan cobarde me tiene, que sospecho,
Con vergüenza, dolor y cobardía,
Que todos saben la desdicha mia.)
Dame tus piés: será feliz mi boca,
Si con su aliento esas esferas toca.

REY.

¡Ah Don Lope de Almeida! Si tuviera
En Africa esa espada, yo venciera
La morisca arrogante bizarría.

DON LOPE.

¡Pues pudiera quedar la espada mia
En la paz, en la vaina que se os muestra,

[1] Hoy no usaria Calderon este segundo *que:* en su tiempo era bastante comun esa innecesaria repeticion de la partícula.

Digitized by Google

Cuando vos, gran señor, sacais la vuestra?
Con vos voy á morir. ¿Qué causa hubiera
Que en Portugal, señor, me detuviera
En aquesta ocasion?

REY.

¿No estáis casado?

DON LOPE.

Sí, señor; mas no el serlo me ha estorbado
El ser quien soy; porque ántes hoy me llama
Tener mayor honor á mayor fama.

REY.

¿Cómo, recien casada,
Quedará vuestra esposa?

DON LOPE.

Muy honrada
En ver que os ha ofrecido
A esta empresa un soldado en su marido;
Que es noble, es varonil, y mas sintiera
Que á vuestro lado, gran señor, no fuera;
Pues si ántes por mi fama os acudia,
Ahora por la suya y por la mia.
Y no es inconveniente á mi deseo
El ausentarme della.

REY.

Así lo creo;
Que yo lo dije porque no era justo
Descasaros tan presto, y desto gusto;
Que en vuestra casa, aunque la empresa es alta,
Podréis hacer, Don Lope, mayor falta.
(*Vase el Rey y acompañamiento.*)

ESCENA VI.

DON LOPE.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto
Por que pasan mis sentidos?
Alma, ¿qué habeis escuchado?
Ojos, ¿qué es lo que habeis visto?
¿Tan pública es ya mi afrenta,
Que ha llegado á los oidos
Del Rey? ¿Qué mucho, si es fuerza
Ser los postreros los mios?
¿Hay hombre mas infelice?
¿No fuera mejor castigo
¡Cielos! desatar un rayo,
Que con mortal precipicio
Me abrasara, viendo ántes
El incendio que el aviso,
Que la palabra del Rey,
Que grave y severo dijo
Que yo haré falta en mi casa?
¿Pero qué rayo mas vivo,
Si fénix de las desdichas,
Fuí ceniza de mí mismo?
Cayeran sobre mis hombros
Esos montes y obeliscos
De hiedra, fueran sepulcros
Que me sepultaran vivo.
Ménos peso fueran, ménos,
Que esta afrenta en que he caido,
A cuya gran pesadumbre
Ya desmayado me rindo.
¡Ay honor, mucho me debes!
Júntate á cuentas conmigo.
¿Qué quejas tienes de mí?
¿En qué, dime, te he ofendido?
Al heredado valor,
¿No he juntado el adquirido,
Haciendo la vida en mí
Desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte á riesgo,
Toda mi vida no he sido
Con el humilde, cortés,
Con el caballero, amigo,
Con el pobre, liberal,
Con el soldado, bienquisto?
Casado (¡ay de mí!), casado,
¿En qué he faltado? ¿en qué he sido
Culpado? ¿No hice eleccion
De noble sangre, de antiguo
Valor? Y ahora á mi esposa,
¿No la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
Si en mis costumbres no ha habido
Acciones que te ocasionen,
Con ignorancia ó con vicio,
¿Por qué me afrentas? ¿por qué?
¿En qué tribunal se ha visto
Condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre, que por sí hizo
Cuanto pudo para honrado,
No sepa si está ofendido!
¡Que de ajena causa ahora
Venga el efecto á ser mio
Para el mal, no para el bien,
Pues nunca el mundo ha tenido
Por las virtudes de aquel
A este en mas! ¿Pues por qué (digo
Otra vez) han de tener
A este en ménos, por los vicios
De aquella que fácilmente
Rindió alcázar tan altivo
A las fáciles lisonjas
De su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
Que es tan frágil? ¿Y quién hizo
Experiencias en redoma,
No habiendo experiencia en vidrio?
Pero acortemos discursos;
Porque será un ofendido
Culpar las costumbres necias,
Proceder en infinito.
Yo no basto á reducirlas,
(Con tal condicion nacimos)
Yo vivo para vengarlas,
No para enmendarlas vivo.
Iré con el Rey, y luego
Volviéndome del camino,
(Que ocasion habrá) tambien
La tendré para el castigo.
La mas pública venganza
Será, que el mundo haya visto.
Sabrá el Rey, sabrá Don Juan,
Sabrá el mundo, y aun los siglos
Futuros ¡cielos! quién es
Un portugues ofendido. (*Vase.*)

—

Orillas del mar.

ESCENA VII.

Óyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN, *riñendo con unos* SOLDADOS; *despues,* DON LOPE.

DON JUAN.

Cobardes, el satisfecho
Soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO.

Huye, que es rayo su espada.
(*Éntranse Don Juan y sus contrarios.*)

DON LOPE. (*Dentro.*)

¿No es Don Juan aquel que miro?
A vuestro lado me hallais. (*Sale.*)

OTRO. (*Dentro.*)

¡Muerto soy!

DON JUAN. (*Volviendo.*)

Si estáis conmigo,
Poco fuera el mundo.

DON LOPE.

Ya
Huyeron. Decid qué ha sido,
Si la ocasion que teneis
No nos obliga á seguirlos.

DON JUAN.

¡Ay Don Lope, muerto estoy!
Hoy nuevamente recibo
La afrenta, que en la venganza
Pensé que estaba en su olvido.
Mas ¡ay de mí! ha sido engaño,
Porque bastante no ha sido
La venganza á sepultar
Un agravio recibido.
Cuando me aparté de vos,
Llegué hasta este propio sitio
Que bate el mar, con el fin
Que vos propio habeis venido,
Que es de volver á la quinta
Adonde habeis reducido
Vuestra casa, previniendo
Vuestra ausencia. Divertido
Llegué pues, y en esta parte
Estaban en un corrillo
Unos hombres, y al pasar
El uno á los otros dijo:
«Aqueste es Don Juan de Silva.»
Yo, oyendo mi nombre mismo,
Que es lo que se oye mas fácil,
Apliqué entrambos oidos.
Otro preguntó: «¿Y quién es
Este Don Juan?—¿No has oido
(Le respondió) su suceso?
Pues este fué desmentido
De Manuel de Sosa.»—Yo,
Que ya no pude sufrirlo,
Saco la espada, y á un tiempo
Tales razones le digo:
«Yo soy aquel que maté
A Don Manuel, mi enemigo,
Tan presto, que de mi agravio
La última razon no dijo.
Yo soy el *desagraviado*,
Que no soy el *desmentido*;
Pues con su sangre quedó
Lavado mi honor y limpio.»
Dije, y cerrando con todos,
Siguiéndolos he venido
Hasta aquí, porque me huyeron
Luego; que es usado estilo
Ser cobarde el maldiciente;
Y así ninguno se ha visto
Valiente, que todos hacen
A las espaldas su oficio.
Esta es mi pena, Don Lope,
Y ¡vive Dios! que atrevido,
Que loco y desesperado,
De aquí no me precipito
Al mar, ó con esta espada
Mi propia vida me quito,
Porque me mate el dolor.
«¡Este es aquel desmentido,»
Dijo, no «aquel satisfecho!»
¿Quién en el mundo previno
Su desdicha? ¿No hizo harto
Aquel que la satisfizo?
¿Aquel que puso su vida
Desesperado al peligro,
Por quedar muerto y honrado
Antes que afrentado y vivo?
Mas no es así; que mil veces,
Por vengarse uno atrevido,
Por satisfacerse honrado
Publicó su agravio mismo,
Porque dijo la venganza
Lo que la ofensa no dijo. (*Vase.*)


Digitized by Google

ESCENA VIII.

DON LOPE.

«Porque dijo la venganza
Lo que la ofensa no dijo.»
Luego si me vengo yo
De aquella que me ofendió,
La publico: claro está
Que la venganza dirá
Lo que la desdicha no.
Y despues de haber vengado
Mis ofensas atrevido,
El vulgo dirá engañado:
«Este es aquel ofendido,»
Y no «aquel desagraviado [1]».
Y cuando la mano mia
Se bañe en sangre este dia,
Ella mi agravio dirá,
Pues la venganza sabrá
Quien la ofensa no sabia.
Pues ya no quiero buscalla
(¡Ay cielos!) públicamente,
Sino encubrilla y celalla;
Que un ofendido prudente
Sufre, disimula y calla.
Que del secreto colijo
Mas honra, mas alabanza:
Callando mi intento rijo,
Porque dijo la venganza
Lo que el agravio no dijo.
Pues de Don Juan, que atrevido
Su honor ha restituido,
No dijo el otro soldado:
«Este es el desagraviado»,
Sino: «este es el desmentido».
Pues tal mi venganza sea,
Obrando discreto y sabio,
Que apénas el sol la vea,
Porque el que creyó mi agravio,
Me bastará que la crea.
Y hasta que pueda logralla
Con mas secreta ocasion,
Ofendido corazon,
Sufre, disimula y calla.—
¡Barquero!

ESCENA IX.

UN BARQUERO.—DON LOPE.

BARQUERO.

Señor.

DON LOPE.

¿No tienes
Un barco aprestado?

BARQUERO.

Sí,
No faltará para tí,
Aunque en una ocasion vienes,
Que siguiendo á Sebastian,
Nuestro rey, que el cielo guarde,
Hasta su quinta esta tarde
Los barcos vienen y van.

DON LOPE.

Pues prevenle, porque tengo
De ir hasta mi quinta yo.

BARQUERO.

¿Ha de ser luego?

DON LOPE.

¿Pues no?

BARQUERO.

Al momento le prevengo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON LUIS, *que sale leyendo un papel.*—DON LOPE.

DON LUIS. (*Para sí.*)

Otra vez quiero leer
Letras de mi vida jueces;
Porque ya es placer dos veces
El repetido placer.

(*Lee.*) «Esta noche va el Rey á la quinta: entre la gente podeis venir disimulado, donde habrá ocasion para que acabemos, vos de quejaros, y yo de disculparme.— Dios os guarde.— Leonor.»

¡Que no haya un barco en que pueda
Pasar! ¡Oh suerte importuna!
¡Plegue á Dios que la fortuna
Nunca un gusto me conceda!

DON LOPE. (*Ap.*)

Leyendo viene un papel
Quien mi venganza previene,
¿Y quién dudará que viene
Leyendo mi afrenta en él?
¡Qué cobarde es el honor!
Nada escucho, nada veo
Que ser mi pena no creo.

DON LUIS. (*Ap.*)

Don Lope es este.

DON LOPE.

(*Ap.* Rigor,
Disimulemos, y dando
Rienda á toda la pasion,
Esperemos ocasion
Sufriendo y disimulando;
Y pues la serpiente halaga
Con pecho de ofensas lleno,
Yo, hasta verter mi veneno,
Es bien que lo mismo haga.)
En muy poco, caballero,
Mi ofrecimiento estimais,
Pues que nada me mandais,
Cuando serviros espero.
Yo quedé tan obligado
De vuestra gran cortesía.
Discrecion y valentía,
Que en Lisboa os he buscado
Para que á vuestro valor
Servir mi espada pudiera,
Cuando otra vez pretendiera
Vengarse el competidor,
Que aquí os busca aventajado,
Y tanto, que desta suerte
Pretende daros la muerte
Cuando esteis mas descuidado.

DON LUIS.

Yo, señor Don Lope, estimo
Merced que pagar espero;
Mas hoy, como forastero,
A pediros no me animo
Que en esta ocasion me honreis,
Por no empeñaros, señor,
Con ese competidor
De quien vos me defendeis:
Fuera de que ya los dos
Que estamos amigos creo;
Pues ya le hablo y le veo
Del modo que estoy con vos.

DON LOPE.

Créolo; pero mirad
Vuestro riesgo con cuidado;
Que amistad de hombre agraviado
No es muy segura amistad.

DON LUIS.

Yo, al contrario, siento y digo
Cuando su amistad procuro,
¿De quién no estaré seguro,
Si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE.

Aunque argüiros podia
Con razon ó sin razon,
Seguid vos vuestra opinion,
Que yo seguiré la mia.
Y decidme, ¿qué buscais
Por aquí?

DON LUIS.

Un barco quisiera
En que hasta la quinta fuera
Del Rey.

DON LOPE.

A tiempo llegais:
Que os podré servir creed,
Que ya le tengo fletado.

DON LUIS.

Ocasion la gente ha dado
A recibir tal merced,
Que siendo tanta, no ha habido
En qué pasar; y yo quiero
Ver faccion que considero
Que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE.

Pues conmigo iréis. (*Ap.* Llegó
La ocasion de mi venganza.)

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Cuál hombre en el mundo alcanza
Mayor ventura que yo?

DON LOPE. (*Ap.*)

A mis manos ha venido,
Y en ellas ha de morir.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Que me viniese á servir
De tercero su marido!

ESCENA XI.

EL BARQUERO.—DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO.

Ya el barco ha llegado.

DON LOPE. (*Al Barquero.*)

Entrad
Vos en el barco primero,
Poque yo á un criado espero.
Pero no, vos le esperad,
Pues conoceis al criado;
Que al barco nos vamos ya.

BARQUERO.

No entreis en él, porque está
Solo y á una cuerda atado,
Que no estará muy segura.

DON LOPE.

Buscad al criado vos,
Que allí esperamos los dos.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Quién ha visto igual ventura?
El me lleva desta suerte
Adonde á su honor me atrevo.

DON LOPE. (*Ap.*)

Yo desta suerte le llevo
Donde le daré la muerte.

(*Vanse los dos.*)

[1] En el *Celoso prudente* de Tirso, acto tercero, escena VI, se leen estos versos en una situacion igual:

El que me viere vengado,
No dirá cuando me vea:
«Este es Don Sancho de Urrea;»
Sino: «Este es el afrentado.»

Calderon, que imitó á Tirso en el pensamiento y en muchos pasajes de esta comedia, aventajó en casi todos á su original.

Digitized by Google

BARQUERO.

El criado no vendrá
En mil horas, segun creo.
Mas ¿qué es aquello que veo?
¡Desasido el barco está,
Rompida la cuerda! Dios
Solo los puede librar;
Que sin duda que en el mar
Tendrán sepulcro los dos. (*Vase.*)

—

Otro punto de la playa á vista de la quinta de Don Lope.

ESCENA XII.

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.

Sirena, cuyo mirar
Suspende, enamora, encanta,
¿Vienes acaso á escuchar
A su orilla como canta
La sirena de la mar?
Oye un soneto oportuno,
Heróico, grave y discreto:
No te parezca importuno,
Porque este es el un soneto
De los mil y ciento y uno.
(*Saca Manrique un papel y lee.*)
«Cinta verde, que en término sucinta,
Su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto
En sangre, que gobierna el globo quinto,
Para que Vénus estuviese en cinta:
La primavera tus colores pinta,
Por quien yo traigo en este laberinto,
Tamaño como pasa de Corinto,
El corazon, mas negro que la tinta.
Hoy tu esperanza á mi temor se junte,
Porque en su verde y amarillo tinte
Amor flemas y cóleras barrunte;
Que como á mí de su color me pinte,
No podrá hacer, aunque en arpon me apunte,
Que mi esperanza no se encaraminte.»

SIRENA.

¡Qué lindo soneto has hecho!
Pero enseña á ver si es verde
La cinta.

MANRIQUE.

(*Ap.* En bien se me acuerde
Lo que la cinta se ha hecho.
¡Ah! sí.) Estaba cierto dia
Junto al Tajo, en su frescura
Contemplando tu hermosura,
Sirena, y la dicha mia.
Saqué aquella cinta bella
Para aliviar mi esperanza,
Y culpando tu mudanza,
Empecé á llorar con ella.
Besábala con placer,
Y un águila que me vió
Llegarla al labio, pensó
Que era cosa de comer.
Bajó de una piedra viva,
Y con gran resolucion
Arrebatóme el liston,
Y volvió á subir arriba.
Yo, aunque con gran lijereza
Subir á su nido quiero,
No pude hallar un caldero
Que ponerme en la cabeza.
Con esta ocasion se pierde
De tu liston la memoria.
Esta es, Sirena, la historia
Llamada la cinta verde.

SIRENA.

Pues óyeme lo que á mí
Despues acá me pasó.
Estando en el campo yo,
Volar una águila vi,
Que era la misma; pues viendo
No ser cosa de comer,
La cinta dejó caer
Junto á mí; y yo, acudiendo
A ver lo que habia caido,
Hallé entre las flores puesta
La cinta: mira si es esta.

MANRIQUE.

¡Notable suceso ha sido!

SIRENA.

Mas notable será ahora
La venganza.

MANRIQUE.

Mejor es
Dejarlo para despues,
Que sale al campo señora. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora.

DOÑA LEONOR.

Mucha
Es mi tristeza.

SIRENA.

¿Pues no
Sabré qué es la causa yo?

DOÑA LEONOR.

Ya la sabes; pero escucha.
Desde la noche triste
Que en tantas confusiones, abrasada
Troya á mi casa viste,
Quedando yo de todos disculpada,
Don Juan mas engañado,
Libre Don Luis, Don Lope asegurado;
Despues que por la ausencia
Que quiere hacer, en esta hermosa quinta
Adonde la excelencia
De la naturaleza borda y pinta
Campaña y monte altivo,
Mas estimada de Don Lope vivo;
Perdí, Sirena, el miedo
Que á mi propio respeto le tenia;
Pues si escaparme puedo
De lance tan forzoso, la osadía
Ya sin freno me alienta;
Que peligro pasado no escarmienta.
A aquesto se ha llegado
Ver á Don Lope mas amante ahora;
Porque desengañado,
Si algo temió, su desengaño adora,
Y en amor le convierte.
¡Oh cuántos han amado desta suerte!
¡Oh cuántos han querido,
Recibiendo por gracias los agravios!
Deste error no han podido
Librarse los mas doctos, los mas sabios;
Que la mujer mas cuerda,
De haber amado, amada no se acuerda.
Cuando Don Luis me amaba,
Pareció que á Don Luis aborrecia;
Cuando sin culpa estaba,
Pareció que temia;
Y ya (¡qué loco extremo!)
Ni amo querida, ni culpada temo;
Antes amo olvidada y ofendida,
Antes me atrevo, cuando estoy culpada,
Y pues para mi vida
Hoy sigue al Rey Don Lope en la jornada,
Escribo que Don Luis á verme venga,
Y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

ESCENA XIV.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡No sé cómo el corazon
Tan grandes rigores sufre,
Sin que se rinda á los golpes
De una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR.

Señor Don Juan, ¿pues no viene
Con vos Don Lope?

DON JUAN.

No pude
Esperarle, aunque él me dijo
Que ántes que en el mar sepulte
El sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo puede, si ya cubren
Al mundo pálidas sombras,
Y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN.

A mí me tuvo violento
Un gran disgusto que tuve,
Y esperar no puede á nadie
El que de sí mismo huye.

DON LUIS. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR.

¡Qué voz
Tan lastimosa discurre
El viento?

DON JUAN.

En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR.

En las ondas se descubre
Del mar un bulto, que ya
Siendo trémulas las luces
Del dia, no se determina
Quién es.

DON JUAN.

Osado presume
Escaparse; pues parece
Que hácia nosotros le induce
Piedad del cielo. Lleguemos
Donde valientes le ayuden
Nuestros brazos. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON LOPE.—DICHOS.

DON LOPE. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡Llega!

DON LOPE. (*Dentro.*)

¡Oh tierra, patria dulce
Del hombre!
(*Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.*)

DON JUAN.

¡Qué es lo que veo!
¡Don Lope!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo!

DON LOPE.

No pude
Hallar puerto mas piadoso,
Que el que en tal favor acude
A mi fatiga. ¡Oh Leonor!
¡Oh mi bien! no es bien que dude

Digitized by Google

Que el cielo me ha prevenido
Con sus favores comunes
Tan grande dicha, en descuento
De tan grande pesadumbre.
¡Amigo!

DON JUAN.

¿Qué ha sido esto?

DON LOPE.

La mayor lástima incluye
Aquesta ventura mia,
Que vió el mundo.

DOÑA LEONOR.

Como ayude
El cielo mis esperanzas,
Y vivo esteis, no hay quien culpe
A la fortuna, aunque usase
De su trágica costumbre.

DON LOPE.

Hablé al Rey, busquéos á vos,
Y como hallaros no pude,
Fleté un barco. Estando ya
Para hacer que el agua sulque,
A mí un galan caballero,
Cuyo nombre apénas supe,
(Que pienso que era un Don Luis
De Benavides) acude
Diciéndome que por ser
Forastero, á quien se suple
Un cortés atrevimiento,
Me ruega que no le culpe
El pedirme que en el barco
Le traiga; que es bien procure
Ver en la quinta del Rey
La gente cuando se junte.
Obligóme á que le diese
Un lugar; y apénas hube
Entrado con él, y el barco
De los dos el peso sufre
(Que el barquero aun no habia entrado),
Cuando el cabo, á quien le pudren
Las mismas aguas del mar,
Falta, porque le recude
Una onda reciamente,
A cuyo golpe no pude
Resistir, aunque tomé
Los remos. Al fin no tuve
Fuerza, y los dos en el barco
Entrando por las azules
Ondas del mar, padecimos
Mil saladas inquietudes.
Ya de los montes de agua
Ocupé las altas cumbres,
Ya en bóveda de zafir
Sepulcro en sus arcos tuve;
Al fin guiado á esta parte,
A vista ya de las luces
De tierra, chocando el barco,
De arena y agua se cubre.
El gallardo caballero,
A quien yo librar no pude,
Por apartarnos la fuerza
Del golpe, sin que se ayude
A sí mismo, se rindió
Al mar, donde le sepulte
Su olvido.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí! (*Cae desmayada.*)

DON LOPE.

¡Leonor,
Mi bien, mi esposa, no turbes
Tu hermosura! ¡Ay cielo mio!
Un hielo manso discurre
Por el cristal de sus manos.
¡Ay, Don Juan! la pesadumbre
De verme así, no fué mucho
Que la rindiese: no sufren
Corazones de mujer
Que estas lástimas escuchen. —
Llevadla al lecho los dos.
(*Llévanla entre Don Juan y Sirena.*)

ESCENA XVI.

DON LOPE.

¡Qué bien en un hombre luce
Que callando sus agravios,
Aun las venganzas sepulte!
Desta suerte ha de vengarse
Quien espera, calla y sufre.
Bien habemos aplicado,
Honor, con cuerda esperanza,
Disimulada venganza
A agravio disimulado.
¡Bien la ocasion advertí
Cuando la cuerda corté,
Cuando los remos tomé
Para apartarme de allí,
Haciendo que pretendia
Acercarme! Y ¡bien logré
Mi intento, pues que maté
Al que ofenderme queria,
(Testigo es este puñal)
Al agresor de mi afrenta,
A quien di en urna violenta
Monumento de cristal!
¡Bien en la tierra rompí
El barco, dando á entender
Que esto pudo suceder
Sin sospecharse de mí!
Pues ya que conforme á ley
De honrado, maté primero
Al galan, matar espero
A Leonor: no diga el Rey,
Viendo que su sangre esmalta
El lecho que aun no violó,
Que no vaya, porque yo
En mi casa no haga falta.
Pues esta noche ha de ver
El fin de mi desagravio,
Medio mas prudente y sabio
Para acabarlo de hacer.
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,
Bella como licenciosa,
Tan infeliz como hermosa,
Ruina fatal de mi honor;
Leonor, que al dolor rendida,
Y al sentimiento postrada,
Dejó la muerte burlada
En las manos de la vida,
Ha de morir. Mis intentos
Solo los he de fiar,
Porque los sabrán callar,
De todos cuatro elementos.
Allí al agua y viento entrego
La media venganza mia;
Y aquí la otra mitad fia
Mi dolor de tierra y fuego;
Pues esta noche mi casa
Pienso intrépido abrasar.
Fuego al cuarto he de pegar,
Y yo, en tanto que se abrasa,
Osado, atrevido y ciego
La muerte á Leonor daré,
Porque presuman que fué
Sangriento verdugo el fuego.
Sacaré acendrado dél
El honor que me ilustró,
Ya que la liga ensució
Una mancha tan cruel;
Y en una experiencia tal,
Por los crisoles no ignoro
Que salga acendrado el oro
Sin aquel bajo metal
De la liga que tenia
Y su valor deslustraba.
Así el mar las manchas lava
De la gran desdicha mia:
El viento la lleve luego
Donde no se sepa della:
La tierra ande por no vella,
Y cenizas la haga el fuego;
Porque así el mortal aliento,
Que á turbar el sol se atreve,
Consuma, lave, arda y lleve
Tierra, agua, fuego y viento. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA
ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Pensando el mar que dormia
Segundo sol en su esfera,
Mansamente retrató
A sus ondas las estrellas.

REY.

Vine, Duque, por el mar;
Que aunque pude por la tierra,
Me pareció que tardaba,
Cuanto por aquí es mas cerca.
Y habiendo estado las aguas
Tan dulces y lisonjeras,
Que el cielo, Narciso azul,
Se vió contemplando en ellas,
Ha sido justo venir
Donde tantos barcos vea,
Cuyos fanales parecen
Mil abrasados cometas,
Mil alados cisnes, pues
Formando esta competencia,
Unos con las alas corren,
Y otros con los remos vuelan.

DUQUE.

A todo ofrece ocasion
La noche apacible y fresca.

REY.

Entre la tierra y el mar
Deleitosa vista es esta;
Porque mirar tantas quintas,
Cuyas plantas lisonjean
Ninfas del mar, que obedientes
Con tanta quietud las cercan,
Es ver un monte portátil,
Es ver una errante selva;
Pues vistas dentro del mar,
Parece que se menean.
Adios, dulce patria mia,
Que en él espero que vuelva
(Puesto que es la causa suya),
Donde ceñido me veas
De laurel entrar triunfante
De mil victorias sangrientas,
Dando á mi honor nueva fama,
Nuevos triunfos á la Iglesia,
Que espero ver...

Voces dentro.

¡Fuego, fuego!

REY.

¿Qué voces, Duque, son esas?

DUQUE.

Fuego, dicen; y hácia allí
La quinta, que está mas cerca,
Y si no me engaño, es
La de Don Lope de Almeida,
Se está abrasando.

REY.

Ya veo
En ímpetu salir della,
Hecha un volcan de humo y fuego,
Las nubes y las centellas.
Grande incendio, al parecer,
De todas partes la cerca:
Parece imposible cosa
Que nadie escaparse pueda.

Digitized by Google

Acerquémonos á ver
Si hay contra el fuego defensa.

DUQUE.

¡Señor! ¿Tal temeridad?

REY.

Duque, accion piadosa es esta,
No temeridad.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *medio desnudo*.—DICHOS.

DON JUAN.

Aunque
Cenizas mi vida sea,
He de sacar á Don Lope,
Que es su cuarto el que se quema.

REY.

Detened aquese hombre.

DUQUE.

Desesperado, ¿qué intentas?

DON JUAN.

Dejar en el mundo fama
De una amistad verdadera.
Y pues que presente estás,
Es bien que la causa sepas.
Apénas, ó gran señor,
Nos recogimos, apénas,
Cuando en un punto, un instante,
Creció el fuego de manera,
Que parece que tomaba
Venganza de su violencia.
Don Lope de Almeida está
Con su esposa, y yo quisiera
Librarlos.

ESCENA XIX.

MANRIQUE. — DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas,
Como diablo de comedia,
Salgo huyendo de mi casa,
Que soy desta Troya Eneas.
Al mar me voy á arrojar,
Aunque menor daño fuera
Quemarme, que beber agua.

ESCENA XX.

DON LOPE, *medio desnudo, que saca á* DOÑA LEONOR, *muerta*.—DICHOS.

DON LOPE.

¡Piadosos cielos, clemencia,
Porque, aunque arriesgue mi vida,
Escapar la suya pueda!—
¡Leonor!

REY.

¿Es Don Lope?

DON LOPE.

Yo
Soy, señor, si es que me deja
El sentimiento, no el fuego,
Alma y vida, con que pueda
Conoceros, para hablaros,
Cuando vida y alma atentas
A esta desdicha, á este asombro,
A este horror, á esta tragedia,
Yacen postradas y mudas.
Esta muerta beldad, esta
Flor en tanto fuego helada,
Que solo el fuego pudiera
Abrasarla, que de envidia
Quiso que no resplandezca,
Esta, señor, fué mi esposa,
Noble, altiva, honrada, honesta,
Que en los labios de la fama
Deja esta alabanza eterna.
Esta es mi esposa, á quien yo
Quise con tanta terneza
De amor, porque sienta mas
El no verla y el perderla
Con una tan gran desdicha,
Como en vivo fuego envuelta,
En humo denso anegada;
Pues cuando librarla intenta
Mi valor, rindió la vida
En mis brazos. ¡Dura pena!
¡Triste horror! ¡fuerte suceso!
Aunque un consuelo me deja,
Y es, que ya podré serviros;
Pues libre desta manera,
En mi casa no haré falta.
Con vos iré, donde pueda
Tener mi vida su fin,
Si hay desdicha que fin tenga.—
Y vos, valiente Don Juan, (*Ap. á él.*)
Decid á quien se aconseja
Con vos, cómo ha de vengarse
Sin que ninguno lo sepa;
Y no dirá la venganza
Lo que no dijo la afrenta.

REY.

¡Notable desdicha ha sido!

DON JUAN.

Pues óigame vuestra Alteza
A parte; porque es razon
Que solo este caso sepa.
Don Lope sospechas tuvo,
Que pasaron de sospechas
Y llegaron á verdades;
Y en resolucion tan cuerda,
Por dar *á secreto agravio*
Tambien *venganza secreta*,
Al galan mató en el mar,
Porque en un barco se entra
Con él solo: así el secreto
Al agua y fuego le entrega,
Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa.

REY.

Es el caso mas notable
Que la antigüedad celebra;
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa.

DON JUAN.

Esta es verdadera historia
Del gran Don Lope de Almeida,
Dando con su admiracion
Fin á la tragicomedia.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LAS COMEDIAS DE CALDERON.

Digitized by Google

INDICE.

Digitized by Google